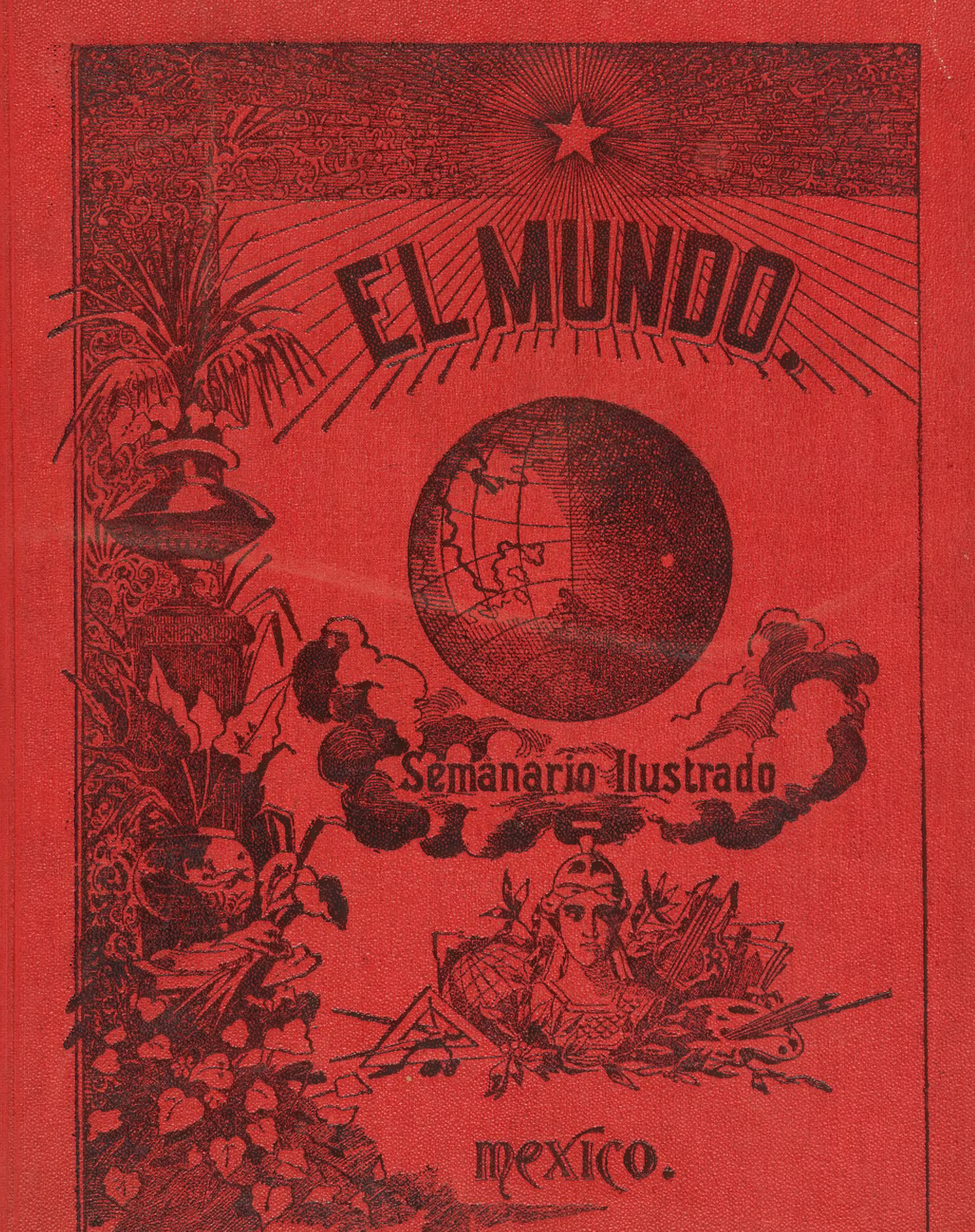

EL MUNDO.
Semanario Ilustrado
MEXICO.

Ex Libris. J. Baranda Mac Gregor.
Perfer. et. obdura.

EL MUNDO.

TOMO. I — MEXICO, ENERO 2 DE 1898. — NUMERO I.

En Chapultepec

Política General.

1897-1898

Cuando fatigados de la ardua brega en que nos hemos ocupado todo el año, volvemos la vista hacia las sombras del pasado ó la tendemos hacia las tinieblas de lo porvenir, hállase nuestro espíritu como suspenso entre dos abismos, el abismo de lo que fué que ya no nos pertenece y el abismo de lo que será del que queremos adueñarnos.

Vano delirio, intento vano: si no tenemos á nuestra disposición la ley y la medida de los acontecimientos, si no contamos con la noción de causa que encadena los fenómenos sociales lo mismo que relaciona los astros en el espacio y los átomos en la materia, nos perderemos en un dédalo de vagas lucubraciones, é hijos de la fantasía, nuestras creaciones y conceptos tendrán el brillo y el esplendor de las obras de imaginación, pero no la firmeza y la consistencia que tienen las obras engendradas por la meditación y el razonamiento.

Al perderse en la eternidad el último minuto de un año, creemos haber llegado al fin de una jornada, y nos sentamos á descansar buscando alivio en el fatigoso viaje de la vida. Presa la humanidad de los apetitos y deseos que la impulsan, de las pasiones que la agitan, de las angustias que la martirizan, cree encontrar al fin de una revolución solar, una solución de continuidad en el espacio y en el tiempo, como una gota de agua á su insaciable sed, como una dulce caricia á su cuerpo fatigado. Medita, y piensa y siente el peso de los acontecimientos que fueron, é intenta penetrar con mirada escrutadora, en las obscuras sombras que la cercan.

* * *

Epoca de transición la nuestra, edad de desencantos la que atravesamos, período de crisis el que corremos, no podemos tener como en los siglos pasados ideales hermosos que nos alienten, concepciones apocalípticas que nos seduzcan, impulsos extraordinarios que nos den vida.

La columna luminosa que guiaba á los israelitas en el desierto en busca de la Tierra prometida, ya no brilla delante de nuestros ojos; los sueños eternos del arte, que empujaba á los helenos al engrandecimiento de su raza que se extendió desde las columnas de la fenicia Gades hasta las ondas revueltas del sagrado Ganjes, no forman ya parte de nuestro equipaje intelectual; la fe inquebrantable que en los principios de nuestra era llevaba los mártires á las arenas del circo, los ascetas á las soledades del desierto y los apóstoles á las playas de paises remotos, ya no enciende nuestros corazones; la santa esperanza, el ardiente amor que iluminó á Pedro el Ermitaño, armó el brazo de los cruzados y llevó la Europa cristiana á la formidable lucha con el Oriente para rescatar el sepulcro de Cristo, ha tiempo que se apagaron en nuestras almas; las dulces inspiraciones de los trovadores medioevales, los arrobamientos románticos de los caballeros que soñaban con su Dios, con su Rey y con su Dama, las enagenaciones celestiales de los místicos que se perdian en la inmensidad de cielos azules y serenidades infinitas; los fieros arrebatos de los hombres del 93 que con la piqueta al hombro derribaron el antiguo régimen, socavaron los cimientos de las viejas sociedades, destruyeron las bases de instituciones seculares, pensando dar á la humanidad nuevos rumbos, nuevos horizontes, nuevas creencias que les sujiriera su ardiente fantasía......todo ha pasado entre nosotros. Vacíos están nuestros templos, desmantelados los olimpos, convertidas en pavesas las caducas teogonías y en el esfuerzo de suprema angustia, la raza de Adán se debate sin fe, sin creencias, sin guía pero roídas las entrañas por una sed insaciable, por una hambre que nada satisface, carcomido el corazón por el buitre feroz de Prometeo. En medio de la desolación y de la ruina que la rodea, heridas las alas pero no destrozadas, vuela, vuela en busca de algo que llene ese vacío en que se pierde su alma

* * *

Y entre tanto la fiera lucha en que se debaten los grupos humanos, no cesa un punto. Sangre y exterminio, odio y rencor, envidias y rivalidades formaron el legado que recibiera el año que hoy termina, y las mismas contradicciones, los mismos problemas, idénticas luchas deja para lo porvenir al perderse en la noche eterna de los tiempos.

Celosa Europa de la competencia que en el orden económico le hace la inmensa producción de los Estados Unidos y el asombroso adelanto del país del Sol Naciente, quiere olvidar por un momento sus rencillas anteriores, pretende buscar el remedio á los males que la amenazan en el interior, y se fatiga en vano creyendo que las tarifas de Dingley son la causa que más de cerca compromete su bienestar general.

Cierra los ojos ante los defectos tradicionales de su organización, no ve el desequilibrio fundamental que existe en el repartimiento de la riqueza, no atiende á la pesada carga impuesta á las colectividades con la costosa mentira de la paz armada, que es en realidad una guerra sin batallas, no oye los clamores del obrero esclavo del taller y de la máquina, ni escucha los gemidos del minero perdido en las profundidades de la tierra: y como cierra sus ojos á todas estas claridades, solo mira su ambición y pretende en alianzas imposibles, oponerse á la fuerza de las cosas.

A veces la dolorosa experiencia le enseña con hechos palpitantes lo funesto de su error: un fanático de aquellos que derribaron la figura escultural de Sadi Carnot, tallada en mármoles pentélicos, amenaza al Rey de Italia y hiere de muerte á Cánovas del Castillo, que era como la viva encarnación de la monarquía española.

Se alzan cadalsos, se levantan patíbulos donde van á expiar su crimen esos desdichados, señalados por la suerte para ejecutar los tremendos fallos del anarquismo. Pero la úlcera está viva, la llaga está abierta y esas cauterizaciones parciales, esas amputaciones de miembros aislados y corrompidos de la sociedad, no bastan á purificar el organismo que lleva en su seno los gérmenes de esas manifestaciones morbosas.

* * *

¿Qué importa que el emperador Guillermo, qué vale que el primer ministro de Austria convoquen á los pueblos europeos á una liga continental, para resolver el problema económico, para dar solución á la cuestión social? ¿Qué importa que la reina Victoria en la espléndida apoteosis de su jubileo, congregue en magnífica fiesta á los representantes de pueblos y naciones de toda la redondez de la tierra, si en aquellas conferencias, si allí bajo las augustas bóvedas de la Catedral de San Pablo, se sienten las palpitaciones del odio y se adivinan los estremecimientos del rencor entre los mismos congregados?

Allí está la infeliz Grecia sacrificada en aras del miedo á la universal conflagración, en favor del Imperio Otomano. Juzgó posible el rey Jorge realizar la manumisión de Creta, soñó con un pedazo más de tierra en sus dominios y otro florón en su corona, esperó en la ayuda de los poderosos, y los poderosos le volvieron la espalda y lo abandonaron á su destino implacable, preparado por las predicaciones de los demagogos ilusos, y alentado por las enseñanzas de los filo-helenos en la Europa cristiana. Ya no sonó el cañón Navarino, no resucitó el héroe de Mihiolongss y Grecia fué humillada por las huestes semibárbaras de Edehm-Bajá.

* * *

Allí está también el continente negro donde se dan cita las ambiciones británicas, las expansiones alemanas, las concupiscencias francesas; allí están las regiones inexploradas del Africa, para engendar la pesadilla, la manía del kilómetro cuadrado que se ha apoderado de las naciones europeas. En la alta Abisinia, por donde avanzan imperturbables las columnas inglesas, el Dahomey donde se tropiezan britános y franceses, el Egipto, eterna manzana de la discordia entre los pueblos colonizadores, se puede provocar en un momento dado el choque formidable con que quiere terminar nuestro siglo, por la posesión de un pedazo de terreno, si antes no estalla por la competencia mercantil.

Y si esto no fuera bastante, volviendo la vista hacia el extremo Oriente, en aquellas comarcas que fueron el sitio de los ruidosos triunfos del Japón sobre el Celeste Imperio, en aquellas aguas agitadas de tormenta, tintas en sangre de los hijos de Confucio, se han dado cita los potentados de Europa, y el primero, el soberano de Alemania, ha levantado orgulloso su estandarte, confiando á su hermano la gloria de esta aventura.

Dado el primer paso, todas las ambiciones se desbordan contra China que ofrece espléndido botín. Se habla ya de su repartimiento, se murmura de la formación de factorías extranjeras, que abran á los pueblos occidentales francas las puertas del inmenso comercio de sus populosas muchedumbres. Por un puerto que toma Alemania, Rusia extiende como un aro conductor el ferrocarril transiberiano, toma á su cargo la Mandchuria casi se apodera de Corea y en Puerto Arturo desafía á todos sus rivales.

¡Que poco tranquilizadores son todos los comienzos del año futuro!

* * *

Sólo América, la libre América sigue tranquila su natural evolución y su progreso, aunque á veces se sienta agitada por sacudimientos atávicos en la parte que corresponde á la raza neolatina.

Es verdad que Guatemala se ha sacudido en terrible y rápida convulsión; que un torpe criminal—que no tiene su filiación entre los Casserio y los Angioliti—hirió de muerte al Presidente del Uruguay, y otro fascineroso, por herir al jefe de la república del Brasil; derribó al ministro de la Guerra que lo acompañaba, pero estos son hechos aislados. Por lamentables que sean, no tienen su origen en la organización misma de nuestro modo de ser político y social; y no entorpecen la marcha majestuosa de todas las naciones del continente que caminan en pos de su grandeza, guiadas por sus modernos ideales sintiendo solo los lamentos de Cuba que aún se debaten en lucha tremenda por su independencia y libertad. Si la autonomía prometida é implantada al comenzar el nuevo año á la hermosa Antilla, bastara á satisfacer los deseos de los cubanos, la situación de América se manifestaría en un himno gigante á la libertad y al progreso.

Dr. Constancio Peña Idiáquez.

31 de Diciembre de 1897.

¡AÑO NUEVO!

. . . . Y allá se fué el buen viejo, el trágico Lear, con su blanca barba revuelta y su amplia túnica rasgada. Allá se fué el trémulo anciano, en la alta noche, cuando la campana de la iglesia vecina ha volcado al espacio sus vibraciones sonoras y, en el hogar, se apura la última copa del año. . . . allá se fué.

Mientras, los astros pálidos se cuelgan; mientras, los *wilis* danzan y los duendes de la atmósfera negra se descuelgan; y en las vagas claridades del nuevo día la rebelde esperanza se esfuerza en tejer la eterna historia de la vida, la persistente leyenda de la eterna quimera.

¡Año Nuevo! ¡Año Nu . . . . Y ya quisiéramos haber penetrado en el ario templo y haber colocado nuestra ofren n el altar perfumado; ya quisiéramos rasgar s tinieblas y ahondar ese misterio. Vivir ar padamente, precipitar en una hora la rítmic orriente que vibra en nuestro ser, adelantar cuantas horas en el relox de la existencia, ornar al tiempo, echar leña á la máquina, hac ue la caldera estalle á fuerza de presión. ¡Má risa! ¡Más aprisa!

¿Para qué? La vida a como una desconocida á nuestro lado.—¿Ella? Lo ignoramos.

¿Es acaso amable? joven? ¿Es vieja?

No lo sabemos. Por erlo hemos corrido tras ella, infatigablemente reposo, hasta que en una revuelta del cam nos sentamos á descansar á la sombra de un uce que entolda un sepulcro.

Pero el año se imp nta, llama á las puertas de la vetusta casa de ntelada, trae su tarjeta de visita y sus regal lucientes. Por él son esas picantes sonrisas y curiosas miradas que sorprendeis en vuestra ta por el *boulevard*; por él cantan himnos los íritus y la palabra santa, la que redime y vivi, se prende en todas las almas y germina en as las conciencias. ¡Buen Año Nuevo! Tu tiene azón, porque eres la imperecedora *alegría de vivir*, que sobrenada por encima de todas las tedias humanas.

* * *

Ya en esta Navic no habréis leído uno de esos cuentos de inci ternura, dulces en la apariencia pero con amargos dejos de ironía, que el escritor más exquisito de los modernos novelistas franceses daba á la estampa de tiempo en tiempo, como para hacer olvidar que se iba muriendo poco á poco.

De estas narraciones expontáneas y francas, de estas páginas p olientes y sinceras, es *El tesoro de Arlatán*, donde el autor de *Los Reyes en el destierro* derramó toda la luz de esas resplandecientes tierras meridionales, de las que estaba impregnado el espíritu del narrador. Nadie como Alfonso Daudet para impresionar la retina del público, con esas vivas claridades de las comarcas del sol, de esas caridades de matices variados, desde el rojo de a sangre hasta el rosa atenuado de la flor del durazno, con las que un gran poeta, Federico Mistral, ha escrito un poema en el que las estrofas parecen colores que vibran: *Mireya*.

Nadie como el ilustre recien desaparecido para decir sencillamente todas esas cosas dolorosas, esas inmensas desdichas, que, al pasar por su pluma, tomaban un aire de ingenuidad punzante y desgarradora. Sus novelas tenían el sello de una incurable dolencia. Parecía un *enfermo de la vida*—Y de ella iba herido el tierno novelista, y por eso su frase, acerada y pulida, se clava en no sé que ignoradas celdillas, y desgarra quién sabe qué ocultas fibras. Y por eso también, era Daudet un autor *feminia*, un predilecto de ese auditorio refinado y sutil, que gusta de todas las delicadezas: hasta de la del dolor.

Era para ese público Daudet un excelente amigo que le contaba trágicos sucedidos en galante forma. Y por un extremado prodigio de impresionismo, por algo de lo que Bourget llama la *intelectualización de las sensaciones*, todos los hechos que Daudet relata tienen el sabor acre de la realidad vívida.

Ahora, ya os explicais, porque este hombre, que acaba de morir, había muerto hacía ya algunos años, vencido aniquilado, exangüe—sin la sangre de la idea—por ese trabajo angustioso y persistente de sufrir con todos los sufrimientos, amar con todos los amores, llorar con todas las lágrimas. Ahora os explicais por qué cayó en plena lucha, y de su pluma, fatigada y convulsa, no brotaron, de tiempo atrás, esas páginas sugestivas y punzadoras que antaño lo llevaron al puesto que ocupó.—¿Pero es posible que aquel hombre, que joven hemos conocido los que todavía somos jóvenes, el de la revuelta melena merovingia y la partida barba nazarena, haya podido sentirse tan breve fatigado y que terrible enfermedad se adueñara de aquel sistema nervioso, hasta deprimirlo anticipadamente y condenarlo á la inacción, que es la muerte de los cerebrales?

¡Daudet está agotado! ¡Daudet ha acabado! se oía decir, cada vez que uno de los nuevos obreros del arte lanzaba al público alguno de sus tradicionales volúmenes.—Pero despues de haber vivido tanto, Daudet tenía el derecho de morir.

Y he aquí que ha muerto.

***

Pero si los muertos, como en la balada alemana, *van de prisa*, los que aquí nos quedamos, en espera de aplazar el vencimiento desconocido, hemos, como todos los años, celebrado este fin de 1897 con esas sabrosas charlas que preceden á la noche de Navidad.—La crónica ha dado cuenta oportuna de las *Posadas*; ella os ha dicho cómo se reunieron en un salón un grupo de señoritas y una parvada de *ellos* y dieron de vueltas hasta que la anémica luz del alba tornó diáfanos los cristales de las ventanas.

Tiene esta claridad del nuevo día un como honesto pudor que se recata; parece que huye de la fiesta, que repugna entrar en el amplio *hall* en donde el color brinca y corretea en deslumbrantes irisaciones. La acobarda el brillo de los espejos, el resplandor de los candiles, el tintineo de las copas y la ola musical que se desprende de la caja del piano.

Ella surge para los que sufren, para los que esperan con la angustiada frente apoyada sobre la lisa superficie de los cristales, y le dicen á la noche: «No te vayas no es tiempo todavía.» Para éstos el alba es un sudario blanco que va envolviendo los horizontes.

Y avanza, avanza, despertando los ruidos ocultos, animando los rumores adormidos, mientras en la cabecera del lecho de la que amais la vida se va anublando á medida que la luz crece. Entonces quisiérais inundar de sombras el espacio; llenar de nuevas estrellas el firmamento, detener el dia...... porque aquel día os trae el trágico dolor de una vida que se os evade.

Y el día sigue su aparición radiosa y los últimos parpadeos de los astros se esfuman en el lago azulado de los cielos. ¡Cómo pasais y repasais entonces el rosario de los recuerdos, vosotros los que habeis vislumbrado estos terribles amaneceres, después de una larga noche insomne, escuchando el rumor de una respiración fatigosa, asiéndoos de cada debil esperanza, en tanto que á lo lejos, á largos intervalos, escucháis un grito perdido como el chirrido de un ave perdida en un bosque desierto!....

Pero la fiesta prosigue, y corretea por el *hall* espacioso, irradian los candiles, y en las ventanas la primera claridad del día torna diáfanos los cristales.

¡Es el Año Nuevo! el desconocido amigo que llama á vuestras puertas y os trae su tarjeta de visita.

OBERÓN.

En Tierra Yankee

Notas á todo vapor.

COLON-CERVANTES

En una pequeña, pero elegante casa de la ciudad alta se han arreglado los hispano americanos de N. York un casino, un club, que aquí dicen, y nos cupo la buena suerte de asistir á su primera reunión de invierno. Entre los socios, los mexicanos están en minoría; abundan los españoles, los sud-americanos, los cubanos...... Ahora retraidos. Pero todos parecen compatriotas; á nosotros todos nos parecieron mexicanos, con todos fraternizamos. Es muy bello esto de creer, durante ese largo espacio de la vida de un mortal que se llama una noche de baile, que todos los hombres somos hermanos, que todos los latinos formamos un pueblo, que de nuestras patrias particulares podemos remontarnos, al compás de una habanera, á una patria ideal que nos es común......... A la luz del alba ¡ay! se dibujan en el horizonte lejano el águila azteca, parada sobre las rocas gigantescas que sirven de urna al Uzumacinta y abajo la serpiente anillada de la América central atisbándose recelosas, y sobre las vertientes andinas del Pacífico, Chile y el Perú, ensayando una reconciliación perpetua sobre el cadáver de Bolivia, y Argentina tendiendo su Pampa hasta la punta austral del continente en donde la expansión chilena le saldrá al paso y disponiéndose á disputar el triunfo al futuro crecimiento del Brazil, en el curso y en la desembocadura de sus rios gigantescos, el Uruguay y el Paraguay...... Y aquí, en la boca del Golfo, la tragedia siniestra y convulsiva de una lucha entre padres heroicos é hijos dignos de sus padres......... Y esta es la historia de todos los ensueños, solo es cierta la lucha, sólo es verdad la muerte.

El amor mismo, la fuerza que atrae los cuerpos y las almas para engendrar la vida, ¿qué es más que el supremo esfuerzo y por consiguiente el dolor supremo? Aquí reina, aquí está, invisible y presente bajo las especies de la belleza y la juventud; lo aspiran, lo sienten, lo comulgan, esos cuerpos que ondulan al compas de la música, esas miradas encendidas ó iluminadas ó adormecidas en un crepúsculo azul como el de la mañana ó negro como el de la noche, y las bocas entreabiertas y los senos palpitantes y las frases breves ó lánguidas y, sobre todo, esa fusión mágica de la mujer, la luz, el diamante, la flor, la seda y la música, que producen en el cerebro una impresión sola, al grado que no se sabe, si no es descomponiendo y desatando la emoción, si las luces son diamantes, si los diamantes son miradas, si las flores son bocas, si las mujeres son flores y si la música es la respiración rítmica y el aliento de este organismo efímero pero intensamente vivo de deleite y poesía

Alguna señoras mexicanas había allí, todas buenas y amables por extremo; allí reconocí á aquella elegantísima amazona que los jóvenes de mi tiempo veíamos codiciosos y admirados cruzar por las calles de México, entre la envidia, porque era muy hermosa, y la sorpresa, porque era muy atrevida, de las señoritas encerradas en sus jaulas de cristal en el flamante paseo de la Reforma, ahora convertida en una matrona de porte regio y suntuoso que, en compañía de su sobrina encantadora y dulce como un ángel de Botticelli, hace á los mexicanos los honores del consulado de México, el último dia de cada semana; allí cerca de ella las señoras de L. de S. m., del cónsul de España, un cortés y fino caballero de origen mexicano, la deliciosa señora de G., hija de nuestro buen amigo Lameda Díaz y otras que en este momento olvido, formaban un grupo amabilísimo en aquella encantadora isla latina perdida en el oceano sajón.

Las muchachas revoloteaban, reían y bailaban sin descansar: Teresa L., una abeja de oro lijera y susurrante, María I. un silfo de balada, risueño y tenue, la linda señorita A. hija de un opulento minero de Sonora, eran, con la sobrina del Cónsul, las representantes de México en el sarao. Habia también espléndidas jóvenes sud-americanas; cubanas muy pocas; las cubanas suelen tener la piel del color de la pátina que el sol y el aire salino ponen en el oro y los ojos como dos gotas de mar verde iluminadas por la luna, y la boca, revelación de la vida y la sangre tropical, roja y jugosa como la carne del mamey, y el cuerpo cimbrante como las palmas que Torroella cantó......Pero cuando son blancas y rubias y altas, son incomparables como esta señorita que pasa ante el ocular de mis recuerdos y que es de la familia de nuestro buen amigo Cuyás, (Kalendas) que es el alma de esta sociedad, hombre inteligente, activo y simpático como pocos.—Habia también, algunas lindas americanas bailadoras intrépidas y gallardas, flirteadoras espirituales y peligrosas, que me tomaron por profesor de castellano, lengua que proclamaban adorable, y que en los labios sanguineos y puros de estas doncellas, parecía compuesto de rigidos esdrújulos, que flotaban como girones abigarrados de sonoras banderolas arrolladas en derredor del acento de la antepenultima sílaba. Yo, bajo los auspicios del Gobernador de San Luis, que apuesto y un tanto soñoliento, inclinaba ante aquellas hermosas su marcial figura, tomé en serio mi papel de maestro.

***

Este mismo grupo del Colón-Cervantes se reunió en un pequeño teatro de la ciudad alta con objeto de despedirse de una joven socia, que había perdido recientemente á su padre y que iba á ingresar en una compañía dramática para ganarse la vida. Todos aprobaban esa determinación; aquí ningún modo de trabajo deshonra, excepto el que tiene por materia prima la honra misma. Todos reconocian que aquella simpática muchacha tenia para el teatro facultades distinguidas y aplaudian su decisión valiente de tomar un puesto peligroso en la lucha por la vida.

Y era cierto; tenía facultades escénicas, que Cuyás el Director habilísimo de la *troupe* del Colón-Cervantes, había cultivado *con amore*, la joven beneficiada. En una pieza compuesta *ad hoc*, por el espiritual cronista del *Diario de la Marina* de la Habana, pudo lucir la actriz futura, no solo esas facultades, sino la facilidad y propiedad extrema con que podia expresarse en tres idiomas á la vez: el francés, el inglés y el español.

Aquí es común esto entre las jóvenes hispano americanas; mexicanitas conozco yo en New York que hablaban el inglés con soltura maravillosa ¿qué raras veces una inglesa ó una francesa llega á hablar el castellano, á pesar de permanecer largos años entre nosotros, con la exactitud y el acento propio con que nuestras paisanas dicen el inglés ó el francés y con frecuencia ambos idiomas? Es verdad que al salir de los labios de las mexicanas adquieren los vocales exóticos y hasta los españoles cierta insinuante dulzura como las mariposas, se levantan de las corolas de las flores con las alas orladas de miel.........

En esta reunión teatral de los hispano-americanos tuve ocasión de conocer y de hacerme amigo (quien lo conoce tórnase amigo suyo en el acto) del eminente hombre de letras sud-americano D. Nicanor Bolet Peraza. Un literato no presuntuoso es una ave tan rara, que aquel escritor tan efusivo, tan simpático, tan hondamente americano y tan altamente latino me dejó admirado y encantado. Mucho suyo había leido, le debía yo frases y conceptos exquisitamente benévolos y le estaba profundamente agradecido. Hablamos largo de México, de sus escritores, de sus poetas que conoce perfectamente, de nuestro infortunado amigo Gutiérrez Nájera, cuya muerte ha enlutado para siempre la lira nacional «No, me decía Bolet Peraza, no diga usted la lira nacional, diga la lira de América; Gutiérrez Nájera es nuestro, le reclamamos y le aclamamos todos. Lo amamos y lo ensalzamos todos cuantos hemos concebido para los pueblos latinos de este continente, un ideal común, cuantos sin cesar los conozcamos á un unánime *sursum*» Me despedí de él con cierta emoción; ¿nos volveremos á ver?

***

Abajo, debajo, en el piso subterráneo, en la sala de billar, en el bar, reunidos en derredor de los vasos de cerveza, de los cock-tails, del licor de gengibre, entre espesas nubes de humo de tabaco. los muchachos bebían y pasaban, los hombres serios bebian y se sentaban y hablaban de negocios, de politica ¡ay! de política internacional. Cómo podrá resistir Venezuela los avances de Inglaterra sobre un territorio que es por herencia de España, venezolano? (Aún no hacía sonar Mr. Cleveland la gran campana de alarma de la doctrina Monroe de *alarma* en todos sentidos). Y, luego, Cuba. ¿Qué actitud tomará el Ejecutivo, cuál los poderes legislativos? ¿Cómo permitir que esta guerra, cada vez más sangrienta siga indefinidamente? Que impidan, no aparentemente, sino de veras los americanos las expediciones filibusteras, y la insurrección morirá falta de parque y de dinero, decían los españoles y los españolizantes. La opinión predominante allí y en todos los círculos sociales era ésta: ha llegado la ocasión de resolver el problema cubano; á todo trance será resuelto esta vez ó; lo resuelve España ó lo resuelven los Estados Unidos; en América no puede haber más que pueblos libres y Cuba lo será. Sí, pero solo una política *sensiblera* puede querer que esta libertad sea obra de los Estados Unidos; esto equivaldria en realidad á la anexión de la Isla y los que nos llamamos latinos no podemos ver tranquilamente la absorción del mundo antillano por la raza sajona que tiene fines y medios esencialmente distintos de los nuestros Estas, poco más ó poco menos, eran las opiniones que ahí oimos y de que pudimos tomar nota. Por regla general la nota dominante en todos los círculos sociales de la unión, es esta: Cuba debe ser independiente y debe ser, no de los Estados Unidos, ¡oh! no, sino formar parte de los Estados Unidos No una colonia, sino un estado de la federación americana. Y eso es indeclinable. Y este sentimiento que es general, casi unánime, según pudimos observar, va en un *crescendo* de exaltación á compás de la exaltación española; eso en el pueblo Los móviles humanitarios sobre que se frasea tanto en discursos y artículos, son una soberana añagaza; ésto solo es cierto en el corazón de algunos señores y estudiantes; lo que aquí hay es una formidable codicia; lo que aquí existe es el mismo cínico apetito que determinó al Congreso Americano á aceptar la anexión de Tejas, que al segregarse de nosotros había hecho lazar por sus *cow-bois* un girón del territorio de Tamaulipas. La verdad es que Cuba es un gran *bussines:* hace cincuenta años que el entonces ministro Buchanan autorizaba al plenipotenciario Saunders á ofrecer cien millones de duros á España por la siempre infiel Isla; cinco años después la oferta subió 200 millones y ahora mismo. si pudiese haber de parte de España una intención manifiesta de discutir semejante proposión el gobierno americano ofrecería lo mismo ó más con el reconocimiento de la deuda cubana por añadidura, ¡si será negocio!

Por eso el gobierno tiene la firme decisión de facilitar, con la libertad, la americanización de la Isla; este es el pensamiento, apenas disimulado, es el de *derrière la tête*, como los franceses dicen. Si su actitud ha sido hasta hoy reservada y en apariencia correcta, depende de que aquí una preparación para la guerra es muy lenta y muy pública; pero, según informes que creo buenos, esta preparación quedará completa en el curso de 98; entonces la amonestación amistosa á España, se convertirá en aspérrima intimación, y el coloso levantará la voz formidable para formular un insolente *ultimatum*. Y los españoles no pueden forjarse ilusiones; una guerra por Cuba, que empezaría por hacer de Cuba misma la prenda pretoria que asegurase los gastos de la guerra, sería aquí enormemente popular. Un puerto bombardeado, una ciudad saqueada, dos ó tres centenares de buques mercantes pillados en la mar por los corsarios, son alfilerazos en el cuerpo del coloso; solo servirian para irritarlo. ni lo desangrarán, ni lo rendirán. Verdad es que España perdiendo á Cuba con honor, es decir, luchando, perderá casi nada, si se atiende á la incurable situación de la Isla mientras sea española. Pero la guerra con los Estados Unidos, si enriquecerá con nuevos episodios heroicos, los heroicos anales españoles, cavará tal abismo financiero á los pies de la monarquía, que no bastarán á colmarlo las ruinas seculares del trono.

Hay ciertamente, mucho de admirable, no ya en el esfuerzo y la abnegación sorprendentes del pueblo español arrojando su sangre y su oro, sin vacilar y sin contar, á la insaciable hornaza tropical de Cuba; sino en la política de Cánovas del Castillo, colocándose resueltamente en un extremo de la cuestión y sosteniendo con intratable y soberbia entereza la doctrina absurda de que debe considerarse á Cuba como parte integrante del territorio nacional, de modo que no es una cuestión colonial, sino de integridad territorial la presente. Desde el primer ministro español hasta nuestro excelso y venerado Castelar, todos los hombres de Gobierno en la Peninsula se han encastillado, en esta especie de dogma de orgullo que cuadra á maravilla con la índole del pueblo español, pero que saca la cuestión de su quicio. La doctrina natural y racional es esta otra. Cuba es una colonia; toda colonia es una nación embrionaria, toda metrópoli debe cuidar del crecimiento de su hija, de hacer de ella una nueva y completa manifestación en el mundo de su espíritu, de sus ideales y de sus intereses, si posible fuere. Planteado así el problema, la autonomía no será nunca una solución definitiva, es cierto, pero llevará á ella, por un pacto libremente consentido. La aceptación del consejo del Conde de Aranda, habría evitado los abismos de sangre de las guerras de insurrección en América: la política de O'Donuju, comprendida y aprobada en las Cortes liberales de 1822 habría salvado el prestigio de España en el Nuevo Mundo.

No importa; desde un punto de vista eminente, el error mismo de esta guerra antillana, tiene una filosofía estoica y rígida, pero soberanamente consoladora: en pleno fin de siglo, del siglo más egoista y más positivista de la Historia, dos considerables grupos humanos, espontáneamente se sacrifican por dos altisimos ideales; si un juez regula en su arbitrio supremo la finalidad del mundo moral, hagamos votos porque esos dos ideales en conflicto, se refundan en uno solo de libertad y de justicia.

***

La mañana del domingo siguiente á una de estas fiestas (que son invariablemente en sábado) me diriji

á la casa de mi buen amigo el Sr. Smithers. Allí comí en familia, una simpática, por extremo simpática familia. La señora, joven aún y hermosa, su hermana María, la espiritual muchacha de que hablé antes y una docena (creo que sí) una docena de muchachos discurridores, traviesos y que á pesar de saber inglés hablan castellano y son aficionados á los poetas españoles como Becquer y escuchan embelesados á Juan Peza en sus tiernas elegías del hogar. Hablamos de una familia sinaloense, ahora radicada en México ,cuya amistad nos era cara á ellos y á mí, del jefe de la familia, excelente amigo, de la admirable señora que la preside, de su bella hija, de los muchachos tan amables y tan buenos......

Un cubo de estos que se llama *una casa* en N. York puede alojar comodamente á un burgués de recursos distribuida como la de mi anfitrión de aquel domingo. Un piso, bajo el suelo, para el carbón, las tomas de agua, la base de los calefactores etc.; encima otro piso que toma luz por sus ventanas sobre el nivel de la acera, allí están las cocinas y el comedor; encima dos ó tres saloncitos para recibir, para fumar, los otros dos pisos altos para dormitorios, y así se puede tener una casa en ascensión constante hasta el cielo......

Llovió todo aquel dia; en la melancólica tarde me fuí á instalar á la *batería.* No hay ensueño duradero sin un mar presente ó presentido, que prolongue dulcemente el alma y la difunda en lo infinito. La mar estaba tranquila y suavemente acariciadora con rumores de cristal en las olas lentas.... Las nieblas se recogían en inmensas bambalinas que quedaban colgando del cielo...... Los *ferrys* cruzaban silenciosos la bahía como geológicos cetáceos de fierro y humo se adivinaban los contornos de las islas; la Libertad parecía un gran fantasma (¡ay! eso es) y más allá de su silueta espectral se abría un arco de misterioso azul.. .... Un rayo de sol en agonía tocó todo aquella, que vivió y palpitó un instante en desleimientos de oro....Después palideció todo y por la puerta azul voló mi espíritu como un celaje impregnado de mis nostálgias y mis lágrimas.

JUSTO SIERRA.

La verdad, es como la luz: por más dificultades que se la opongan, nunca le falta por donde penetrar, aún á los lugares más escondidos.

NUESTROS GRABADOS

La Señorita Fanny Cañedo.

Hace tiempo engalanamos las columnas de *El Mundo Ilustrado* con la copia de una fotogrfía en que aparecen en grupo encantador, las hermanas Sritas. Luz y Fanny Cañedo, de Mazatlán. Ahora hemos tenido á nuestra disposición otro retrato de la Srita. Fanny, y no hemos vacilado en copiarlo también por ser verdaderamente artístico.

Las corridas de toros de Mazzantini.

No habíamos querido ocuparnos en *El Mundo* de este espectáculo que, en tésis general, no aplaudimos, por más que constituya hoy por hoy la *great atraction* en la capital; pero advertimos en la primer corrida que la aristocracia de México lo favorecía plenamente con su presencia y desde ese momento creimos jus tificado dedicarle algunas páginas. En efecto. Nuestro semanario es y ha sido siempre para la gente elegante é ilustrada de México, por consiguiente debe ser un eco de las reuniones y espectáculos á que concurre la misma.

Resueltos pues á dedicar algunas páginas á esas corridas lo hemos hecho reuniendo el mayor número posible de explêndidas fotografías y coleccionándolas después, de tal suerte que constituyen una colección completa de cuadros de una corrida y no hay suerte que en ellas no esté perfectamente sorprendida.

Aunque por su colocación podría juzgarse que son ilustraciones del artículo «Una corrida de Toros en España,» no es así. Fueron tomadas directamente por nuestros fotógrafos en la Plaza de Bucareli durante las últimas corridas.

Su publicación significa un esfuerzo que no dudamos apreciaran nuestros lectores.

La igualdad ante la embriaguez

Ruelas ha trabajado dos cuadros del más profundo realismo, sugestivos en alto grado y que hallarán nuestros lectores en este número.

¿Conque puede haber un punto de contacto entre el dandy y el pelado, conque hay determinada hora, determinado momento en que el miembro del Jockey, el sportman elegante, el lagartijo del bulevar, se asemejan, más aún, se igualan al infeliz andrajoso que se abita de pulque en una taberna?

Sí, señor y este prodigio lo realiza el alcohol, que mata todas las finezas, destruye todas las capas sugestivas de la urbanidad que recubren al caballero, y pone á la vista la parte vil de su individualidad: la bestia.

DAMAS MEXICANAS

Srita. Fanny Cañedo.

[DE MAZATLAN]

Cuando en el pelado el alcohol despierta los malos instintos, el pelado, vocifera, insulta, y riñe.

Cuando en el hombre decente el alcohol despierta los malos instintos, el hombre decente vocifera, insulta y riñe.

Nada vale el precedente de una existencia que empezó en pañales de lino, siguió en colegios aristócratas y se deslizó en salones elegantes.

El alcohol lo arrasa todo; es el que iguala; el nauseabundo conservador.........

Oh! á cuántas reflexiones se presta ese cuadro!

Por lo que ve á las actitudes, á la localidad, á la expresión, juzguen los inteligentes.

La mañana.

Eos, llamada más comunmente la aurora es hermana del sol; y no bien ha terminado este su viaje nocturno al través del Río Oceano, Eos lo despierta besándole los párpados y corre á preparar en el Oriente su salida triunfal. Abre con sus dedos de rosa las diáfanas puertas del día; y reclinándose luego en una nube que se tiñe de oro y carmín, aguarda impaciente, hasta que entre la grata harmonía de las celestes esferas, se oyen los relinchos de la fogosa cuádriga que tira del carro deslumbrante del sol. Ante la divina presencia de su hermano, se extremece ella de íntima felicidad y suben del corazón á sus ojos abundantes lágrimas que, apenas brotadas, son recogidas en las alas de los céfiros quienes vienen á rociar alegres con ellas las flores. Se la representaba volando, con grandes alas, y derramando rosas sobre la tierra, y también flotando en los espacios, con una antorcha en la mano y acompañada de su hija la Estrella de la mañana.

Esta última alegoría es la que aparece en nuestro grabado de hoy.

Eos, emblema de belleza, de frescura y de juventud llegó á cautivar el corazón del glorioso Marte; y celosa entonces Venus, obtuvo del Padre Jove que se la condenara á vivir constantemente sintiendo los estragos de amores renovados todos los días.

Pero alguna vez Eos pudo escapar á la sentencia, pues habiéndose enamorado de Titón hijo de Laomedonte y hermano de Priamo, lo arrebató en su carro de rosas y la llevó consigo á la Isla de Delos donde los unió secretamente Himeneo. Así corrieron para los amantes años de incomparable felicidad creciendo tanto su ternura, que llegó á conmover á las Parcas las cuales concedieron á Titón la inmortalidad.

Cuando lo supo la vengativa Venus ya era tarde para retirarle la gracia; pero como solo se le había concedido inmortalidad pero no acompañada de juventud. consiguió de Jano que lo envejeciera rápidamente.

Cuando Eos lo encontró viejo y feo lo abandonó, y tornó á ser la enamorada y bella diosa de la inconstancia y de la veleidad.

La estrella del Sport.

Cuando se secan las fuentes, y enmudecen los nidos, y huyen del campo las corolas y el sol anémico se envuelve en su capa de nubes, desciende sobre la tierra el llanto de las estrellas y se congela en el ambiente que está formado de tristes suspiros y cae la nieve menudita y tenaz, y cubre unas tumbas y abre otras. ¡Con qué tristeza la ven caer, la anciana octogenaria que ya no tiene calor bastante para luchar con ella y el joven tísico que va á exhalar la vida en un golpe de tos!

Y la nieve cae menudita y lenta, y envuelve los campos en un sudario blanco y brillante.

Todo esta triste? No: la alegre y vigorosa criatura que ama las emociones del *Sport* y que sabe que las hijas de Ryan, las Sirenas de los mares del Norte se bañan en hielo fundente y retozan arrojándose bolas de nieve, la estrella del Norte, con los labios y las mejillas teñidas en ráfagas de aurora boreal, la niña blanca y pura, calza sus pequeños patines y se lanza sobre el sudario brillante y blanco y sonrie mientras la nieve cae lenta y menudita.

En la hoja iluminada que repartimos con este número la *Estrella del Sport*, lleva á los abonados al *Mundo Ilustrado*, nuestra felicitación de año nuevo.

Salud, amables lectores!

Viaje original de novios.

William Robertson, domador de caballos y gran tirador, de Chattanooga (Tennesse) se casó con la joven Cythia Kenna, y llevado de sus aficiones al *sport*, le propuso, después de verificada la ceremonia comenzar la luna de miel haciendo un viaje en globo.

Aceptó la novia, y ante miles de personas se elevó un aereostato llevándose á los recien casados.

Pero la mujer, en cuanto se despreedió del suelo, presa del mayor pánico, perdió la cabeza, y creyendo que estaba á flor de tierra saltó desde la barquilla cuando ya estaba á cien pies de altura.

Afortunadamente cayo de cabeza en el rio Tennesse, de donde fué sacada en el acto y vuelta á la vida.

Él, que ya se creía viudo, subió, mal de su grado, hasta unos mil piés de altura con el globo. Este se deshinchó poco á poco, bajó gradualmente y en cuanto tocó al suelo corrió Robertson en busca de su mujer, á quien no pudo de momento preguntar muchos detalles, pues los entusiasmados espectadores colocaron á la pareja en una plataforma y no la dejaron bajar hasta que, satisfecha su curiosidad se retiraron todos, comentando las escenas que habian presensiado.

Notas de los editores

Hecho está el supremo esfuerzo: este número del *Mundo Ilustrado*, es en nuestro concepto lo mejor que por hoy puede producirse en México, pues lo hemos hecho á todo costo y con el más ardiente deseo de agradar á nuestros lectores.

En cambio, estamos satisfechos de la aceptación que hasta la fecha han tenido nuestros trabajos y ofrecemos no desmayar ni un solo día para sostener y mejorar si es posible nuestro periódico.

Tenemos pendiente de reparto el completo de la novela *Por honor del nombre*, y daremos un buen número de páginas con el número del día 9, ó el siguiente, por estar combinando la manera de distribuir los diversos obsequios que haremos.

Las grandes planas de patrones que hemos ofrecido para la sección de modas, se repartirán con el número siguiente ó con el del 16 del corriente.

Con este número adjuntamos un hermoso cromo á cinco tintas, hecho en nuestros talleres especialmente para los subscriptores de EL MUNDO.

El Año Nuevo.

Un año más! Con risa ó con gemido,
El puerto, apenas, fatigado alcanza
Peregrino el mortal, cuando se lanza
De nuevo al porvenir desconocido.

Quién lamenta en el viaje el bien perdido,
Quién vislumbra un tesoro en lontananza;
El joven ve la dicha ó la esperanza,
El viejo ve la tumba y el olvido.

Nauta es el hombre, el año, mar obscuro
Donde tal vez Fatalidad traidora
La sirte oculta del dolor futuro

Naufragio horrible ó playa salvadora
Nos aguarden, el piélago inseguro
Hiende la nave con altiva prora.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

DAMAS MEXICANAS

Srita. Guadalupe Gómez Pliego.

Srita. Dolores Gómez Pliego.

De Mexico

(Fotografías de Steadman & Trager, especialistas en Kodac.)

LA VISION DE LA MONTAÑA.

Para "El Mundo"

Era una noche tibia,
serena, silenciosa;
La luna iba subiendo
por el espacio azul;
Los astros difundían
su lumbre misteriosa
Velados entre nubes
de vaporoso tul.

Brillaban de los Andes
los picos altaneros
Al recibir á mares
la lumbre sideral,
Y al lejos semejaban
fantásticos guerreros
Cubiertos de armaduras
de fúlgido cristal.

Dormido estaba el condor
en su gigante nido
Colgado entre las grietas
del árido peñón;
Y se escuchaba apenas
el áspero mugido
Con que el volcán anuncia
las iras de Plutón.

De pié sobre la cumbre
granítica de un monte,
Miraba yo los astros
en la extensión rodar,
Cuando de pronto, un ángel,
cruzando el horizonte,
Sobre un peñasco, vino
sus alas á plegar.

Era su veste blanca,
dorados sus cabellos,
De pudorosa virgen
la seductora faz;
Brotaban de sus ojos
purísimos destellos
Cual la azulada estela
de exhalación fugaz.

¿Quién eres tú—le dije,—
visión encantadora,
Que desde el alto cielo
llegaste junto á mí?
¿Eres acaso el angel
que por las noches llora
Las lágrimas heladas
que en las corolas ví?

Allá, cuando en los días
de mi niñez pasada,
Su manto de luceros,
la noche, al desplegar.

Srita. Juana Soto.

(DE MÉXICO)

(Fot. Torres Hermanos.)

Sirviéndonos de templo
su bóveda argentada
Y los paternos bosques
de perfumado altar,

Al lado de mi madre,
con ella repetía
Sus rezos, confundiendo
las voces de los dos,
La voces que, cual ecos
de dulce melodía,
En alas de los vientos
mandábamos á Dios.

He visto muchas veces
en la tiniebla obscura,
Bajar hasta la copa
del gigantesco ombú,
O de mi cuna en torno,
radiante de hermosura,
Cerniéndose en los aires,
un ángel como tú.

Después, cuando los días
de mi niñez pasaron,
Y de la duda el viento
mi dicha se llevó,
Tan sólo negras sombras
á mi alredor vagaron;
El ángel de áureas alas
ya nunca retornó!.........

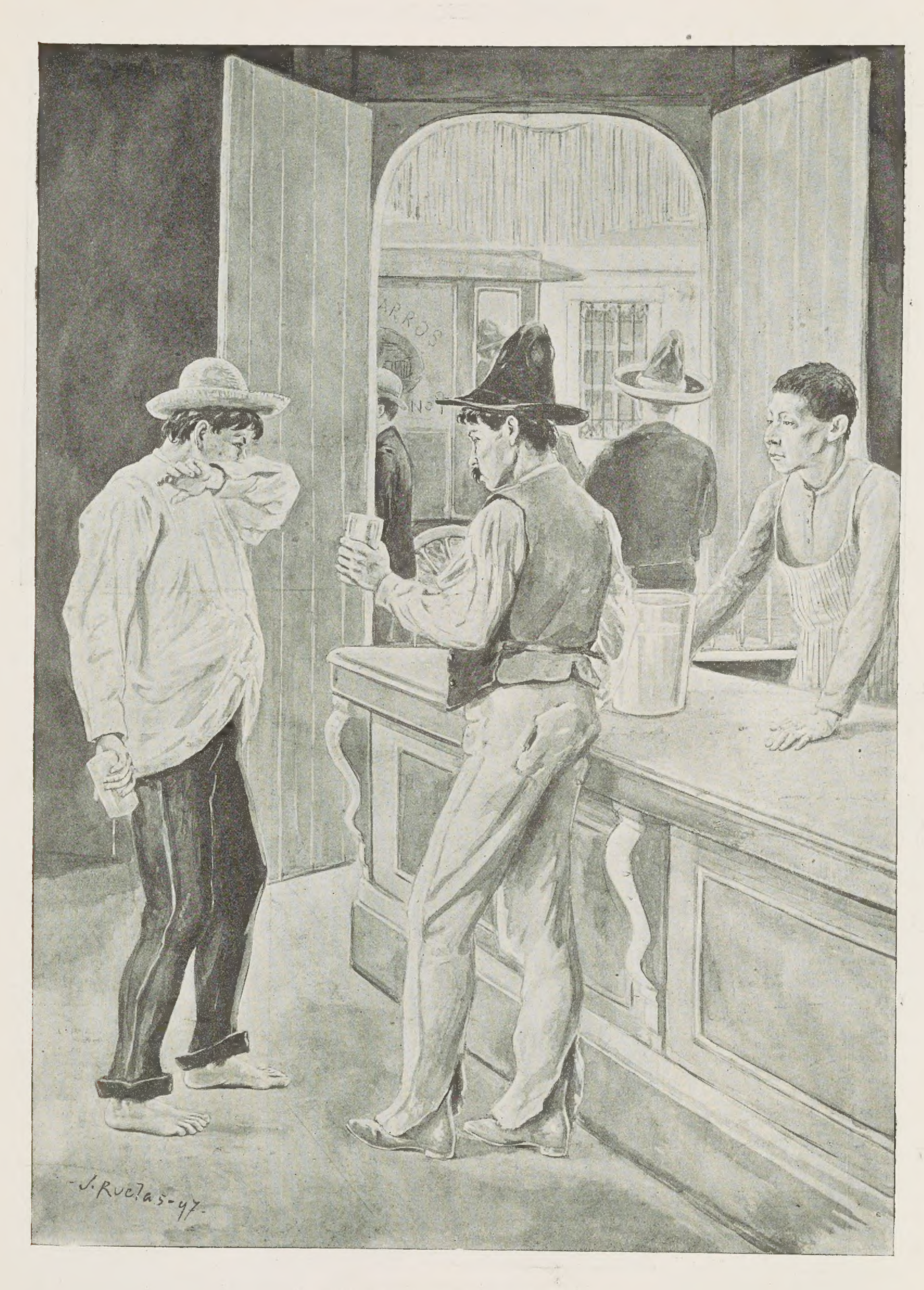
Visión encantadora,
que el azulado velo
Rasgaste, luminosa,
del alta inmensidad,
¿Eres memoria acaso
de mi perdido cielo,
Reminiscencia vaga
de mi primer edad?

Entonce el ángel blanco
de célica mirada,
Tras los azules velos
despareciendo fué,
Y al irse de los aires
por la región callada,
«¡Yo soy el genio,
dijo, de la divina fé!»

Y desde aquella noche,
cuando la acerba duda
En horas de tristeza,
me hiere el corazón,
Reanudo con los astros
mi conferencia muda,
Y torna á visitarme
la fúlgida visión!

GERMÁN GARCÍA HAMILTON.

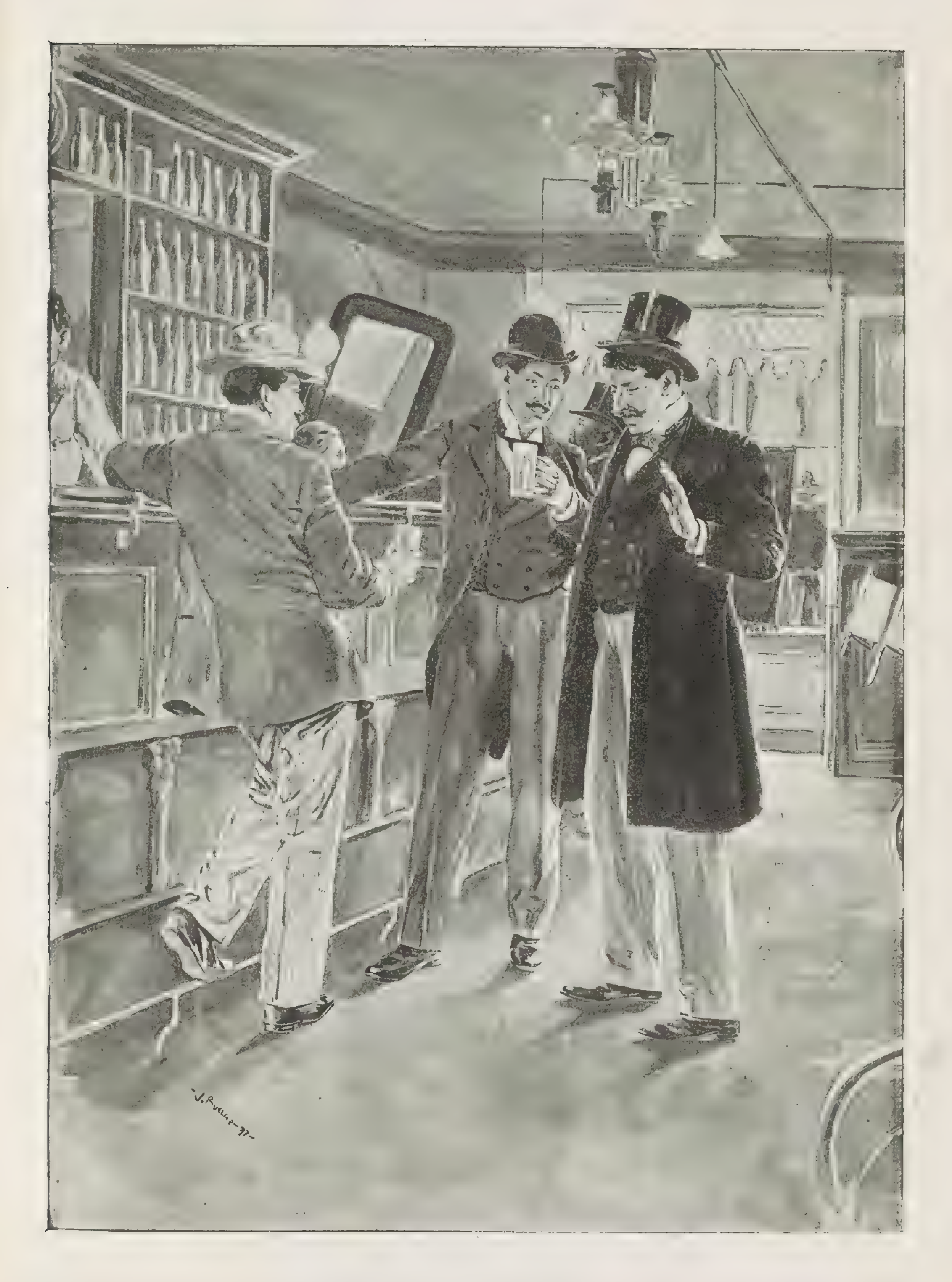
(Uruguayo)



LA IGUALDAD ANTE LA EMBRIAGUEZ.

(Por Ruelas.)

(Número 1.)



LA IGUALDAD ANTE LA EMBRIAGUEZ.

(Por Ruelas.)

(Número 2.

LA PRINCESITA DE LOS LIRIOS ROJOS

Erase una austera y fría princesita que contaba apenas diez y seis años; tenía ojos grises de águila coronados por cejas altivas, y era tan blanca que sus manos parecían de cera y sus sienes de mármol; se llamaba la princesa Audovera.

Su padre era un viejo rey guerrero, siempre ocupado en lejanas conquistas cuando no batallaba defendiendo las fronteras de su reino, y ella habitaba en un claustro en medio de las tumbas en que yacían los reyes de su raza; la princesa había quedado sin madre el mismo día de su nacimiento.

El claustro en que había estado durante los diez y seis años de su vida, se hallaba situado entre la sombra y el silencio de una selva secular cuyos caminos solamente el rey sabía; de modo que la princesa no conocía en el mundo más hombre que su padre.

Aquel era un lugar severo al abrigo del paso de los bohemios; en él no penetraba más que la luz del sol y eso tamizada y triste á través de la bóveda espesa que formaban las frondas de las seculares encinas.

Al morir la tarde, la princesa Audovera salía algunas veces del recinto del claustro, y se paseaba á pasos lentos escoltada por dos hileras de monjas procesionistas: iba seria y pensativa, como abrumada bajo el peso de un secreto grave, y tan pálida que parecía á punto de morir.

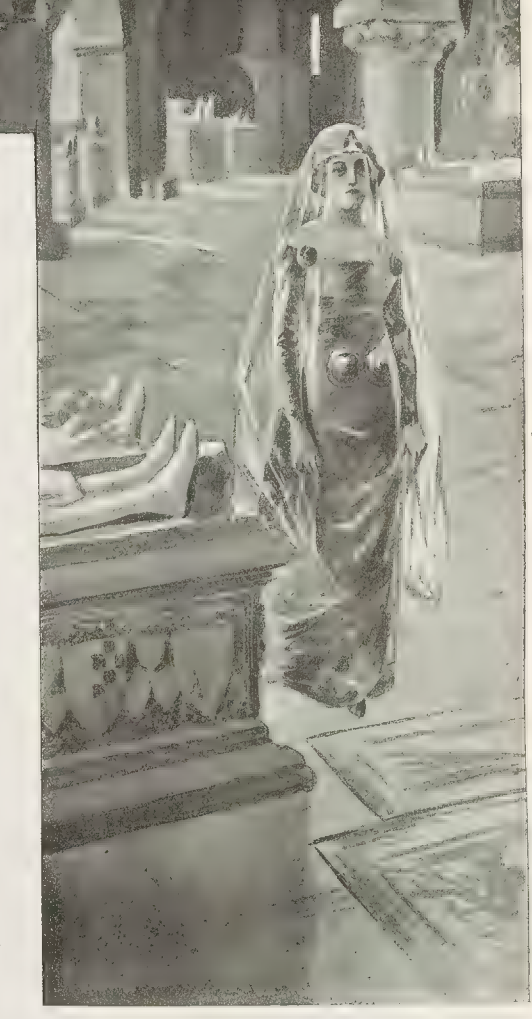
Una larga túnica de lana blanca bordada con grandes ramazones de oro, caía desde sus hombros hasta el suelo prolongándose en extensa cauda; un aro de plata cincelada sugetaba en sus sienes un ligero velo de gaza azul que atenuaba el brillo de su opulenta cabellera, rubia como el pólen de las flores y como la llama de los cirios del altar.

Tal era su vida; tranquila y con el corazón lleno de anhelante alegría, como otras esperan á su prometido, esperaba ella en el claustro el regreso de su padre y era su pasatiempo y el más grato de sus pensamientos, imaginarse las batallas, sus peligros y la agonía de los príncipes acuchillados á quienes vencía su rey.

En torno de ella, en Abril, florecían las altas colinas llenándose de prímulas y trinitarias que se cubrían de barro y de hojas muertas al llegar el Otoño; y siempre fría y pálida bajo su túnica de lana blanca bordada de oro, en Abril como en Octubre en Junio ardiente como en Diciembre helado, la princesa Audovera pasaba silenciosa al pié de las encinas marchitas ó reverdeciendo.

En Estío tenía siempre en las manos grandes lirios blancos brotados en el jardín del claustro, tan blancos y tan ténues como ella misma y que se les habría tomado por hermanos suyos. En Otoño eran digitales las que estrujaba entre sus dedos, digitales violáceas recogidas en los prados, y la rosa enferma de sus labios semejaba la purpura vinosa de esas flores; y ¡cosa extraña! no las deshojaba nunca sino que las besaba con frecuencia como maquinalmente, en tanto que sus dedos parecían hallar placer en despedazar los lirios en flor. Una sonrisa cruel entreabía entonces su boca y se habría dicho que cumplía algún rito obscuro correspondiente, á través de los espacios, á alguna mala acción lejana. . Y en efecto, los pueblos lo supieron más tarde: era una ceremonia de sombra y de sangre. A cada flor tocada por la princesa vírgen, correspondía la muerte y el sufrimiento de un hombre. El anciano rey lo sabía bien y encerraba en un claustro ignorado lejos de los lazos del amor esa virginidad funesta; y la princesa cómplice lo sabía también y por eso era su sonrisa cuando besaba los digitales ó desgarraba los lirios entre sus dedos implacables.

Cada lirio deshojado era un cuerpo de príncipe gallardo ó de joven guerrero caido en la batalla, y cada digital besada era una herida abierta que dejaba libre paso á la sangre de los corazones. La princesita había olvidado ya el número de sus lejanas victorias. En los cuatro añosque llevaba de conocer el secreto, había prodigado sus besos á las venenosas flores rojas y había despedazado sin piedad los cándidos lirios. Ayudante misterioso y verdugo de su padre, derrochaba el esfuerzo de sus dedos y el color de sus labios para producir incontables muertes. Todas las tardes el capellán del Convento, un anciano barnabita ciego, recibía la confesión de sus faltas y la absolvía, seguro de que las faltas de las reinas no condenan sino á los pueblos, y que el olor de la sangre es un incienso al pié del trono deDios.



La princesita no tenía ni remordimientos ni tristeza; de pronto se sentía purificada por la absolución y luego, en los campos de batalla, bajo cielos cárdenos al morir la tarde, soldados y príncipes heridos incorporándose sobre muñones destrozados y sangrientos, estertores, agonías, todo eso halaga el orgullo de las vírgenes. Las vírgenes no tienen horror á la sangre como las madres que siempre están temblando por sus hijos. Audovera además, había heredado la implacable ferocidad de su padre.

Una tarde, sin que se supiera cómo habría podido llegar al ignorado monasterio, un miserable fugitivo vino á caer á la puerta dando un grito de niño espantado, y cubierto de sudor de polvo y con el cuerpo taladrado por siete heridas. Más por terror que por piedad las monjas lo recogieron y lo llevaron á descansar en la cripta de las tumbas.

Se puso á su alcance una cantarilla de agua para que bebiera á satisfacción, un hisopo de agua bendita y un crucifijo que lo ayudara á bien morir, porque ya agonizaba con el pecho oprimido por las angustias de la muerte. A las nueve en el refectorio, la superiora hizo rezar por aquel infortunado el oficio de difuntos y las monjas un poco conmovidas ganaron sus celdas cayendo en el sueño después todo el convento.

Unicamente Audovera no dormía, pensando en aquel fugitivo á quien había entrevisto al atravezar el jardín, conducido por dos monjas viejas, y una idea la atenaceaba: el agonizante era de seguro algún enemigo de su padre, alguno que pudo escapar á la carnicería del combate, como el último despojo de un naufragio arrojado á las playas del Convento. La batalla debió librarse en los alrededores; más cerca de lo que las monjas suponían y la selva estaría á esas horas llena de otros fugitivos, de otros miserables ensangrentados y quejumbrosos, y toda una muchedumbre, destrozada y repugnante de mutilados llenaría antes del alba el recinto del claustro en donde sería acogida por la indolente caridad de las monjas.

Corría entonces el mes de Junio y extensas platabandas de lirios embalsamaban el jardín. La princesita descendió y entre los elevados pinos que bañaba la luz de la luna y levantaban sus ramas húmedas como herradas lanzas, se puso lentamente á deshojar las flores.

Pero ¡oh misterio! empezaron á oirse suspiros y estertores, sollozos y gemidos; y las corolas, bajo la presión de sus dedos, tenían resistencias y palpitaciones de carne. Hubo un momento en que Audovera creyó sentir que caía en su mano algo caliente que podía ser como lágrimas, en tanto que el olor de los lirios singularmente cambiado, desagradaba y se volvían pesados con sus nectarios llenos de un incienso deletereo.

Aunque se sentía desfallecer en esta tarea, la princesita proseguía su obra de muerte, decapitando sin piedad, desojando sin intermisión calices y botones; pero mientras más flores destruía más brotaban, y se puso todo el jardín como un inmenso trigal de altos lirios rígidos, erguidos, un verdadero

ejército de picas y alabardas abiertas á la luz de la luna en cuádruples pétalos. Horriblemente fatigada pero presa de un vértigo, de una delirante rabia de aniquilamiento, la princesa seguía rompiendo, destrozando, haciendo añicos, cuando la paralizó una visión extraña.

De un haz de flores más altas, surgió con transparencia azulada el cadáver de un hombre, los brazos extendidos en cruz, los pies crispados y uno sobre el otro, la cabeza coronada de espinas y brillando en la noche las heridas del costado, las manos y los pies. La princesa despavorida reconoció en la visión al miserable fugitivo recogido esa tarde, al agonizante de la cripta de las tumbas.

Entreabriendo sus párpados lívidos fijó en ella sus ojos sin luz y con una voz de amargo reproche la dijo:

—¿Por qué me has matado? ¿Qué te había yo hecho?

Al día siguiente, las monjas encontraron á la princesita Audovera, tendida en una senda á la entrada del jardín, estrechando muchos lirios contra su pecho, fría, inmóvil, más pálida que nunca, muerta.

Al rededor del cadáver, todos los lirios se habían puesto rojos, y rojos siguieron siendo y seguirán, hasta el fin del mundo, en aquel jardín.

Así murió la princesa Audovera, la de los ojos grises de mirada de águila, la que fué tan blanca, que sus manos parecían de cera y su frente de mármol.

JUAN LORRAIN.

LAS NUEVAS IDEAS.

PROGRESOS DE LA ASTRONOMIA.

Con el título de *Les derniers progrés de l' astronomie*, acaba de publicar Camilo Flammarion un estudio en que traza los últimos descubrimientos llevados á cabo en Marte, Júpiter, Saturno, Venus, el Sol, la Luna y los nuevos movimientos de la Tierra.

Respecto de Marte ha observado Flammarion que los supuestos mares del planeta, no son sino refracciones del hielo en la atmósfera, como lo demuestra el no reflejarse sobre esa mancha que se suponía de agua, la luz solar. Marte se trasforma misteriosamente cada año que trascurre. Ahora la gran mancha en forma de V que se denomina mar del Sablier, extiéndese y cubre el lago Moeris que á su vez ha ido á unirse al mar. Dedúcese que la naturaleza difiere allí tanto de la nuestra, que todavía pasarán muchos años sin que demos con el problema que nos oculta la vida de aquel planeta.

Júpiter, por su parte, ha revelado al observador que, en efecto, se halla en el periodo primordial, en su génesis. De modo que no es todavia sólido, sino líquido ó gaseoso muy denso: un oceano de sustancias calientes desconocidas, en la superficie del cual se forman escorias, islas y solidificaciones parciales. El movimiento de rotación de ese planeta es diverso, dependiendo de la latitud de sus zonas y el Ecuador, como ocurre en el sol. En el Ecuador su velocidad es de 12.500 metros por segundo.

Actualmente Júpiter se halla cruzado por una banda ancha rojiza con puntos negros y otras dos sonrosadas.

Saturno está igualmente atravesado por bandas iguales, aunque menos marcadas. También se ha advertido la separación de los anillos que encierran al planeta.

Recuerdo de las fiestas de Cuernavaca.

CUERNAVACA.--El General Diaz saliendo de la casa que habitó Maximiliano.

(Fot. hecha para «El Mundo» por C. Alvarez y Cía.) México.

Acerca de Venus ahora se duda de que una parte esté siempre iluminada por el sol, y la otra en perpetua obscuridad, como se ha sostenido por Schiapaselli.

Hablando del sol todos los astrónomos convienen en que á medida que el tiempo transcurre van desapareciendo las manchas que lo obscurecían en determinados puntos, é irán disminuyendo hasta 1899.

También se ha calculado que la velocidad del sistema solar es de unos quince kilómetros por segundo en su movimiento ascensional.

En las observaciones hechas sobre la Luna, se ha conseguido fotografiar objetos de 700 metros de diámetro, y Gaudibert confía en obtener pruebas de objetos que solo midan 300 metros.

Pero vengamos de nuevo á la Tierra después del paseo brevísimo que hemos dado por esos mundos de Dios.

Todos saben que el planeta que habitamos es juguete de once movimientos. Ahora se ha descubierto el duodécimo, el del polo terrestre que hace variar constantemente las latitudes. Las últimas observaciones demuestran que el polo ó extremidad del eje de rotación del globo cambia ligera pero perpetuamente, por la circulación de los océanos y de la atmósfera.

RICARDO.

—LOS—

MAS FUERTES.

La preciosa novela de Clemenceau que comenzamos hoy á publicar, ha sido expresamente traducida para nosotros.

Los grabados que la ilustren, saldrán de los talleres de

«EL MUNDO»

Una corrida de toros en España

Suena el clarín: cuatro guardias del circo, á caballo, con sombrero y plumas á lo Enrique IV, capa negra, jubón, botas y espada, salen por la puerta de debajo del palco real y con paso lento dan la vuelta á la pista. La gente despeja, cada uno va á su puesto y la arena queda limpia y sin estorbos. Los cuatro caballeros se colocan dos á dos ante la puerta, cerrada todavía, que se halla frente al palco del rey. Diez mil espectadores tienen allí puestos sus ojos y el silencio es general: de allí ha de salir la cuadrilla, todos los toreros de gran gala, que han de presentarse al rey y al pueblo. Suena la música, se abre la puerta, resuena una nutrida salva de aplausos y avanza la cuadrilla. Van á la cabeza de ésta los tres espadas. Frascuelo, Lagartijo, Cayetano, los tres famosos, vestidos con el traje de Fígaro del Barbero de Sevilla, de seda, de terciopelo amarillo, encarnado, azul, cubiertos de alamares, franjas, galones de oro y plata que casi cubren todo el vestido y envueltos en anchas capas amarillas ó encarnadas, medias blancas, franja de seda, una trenza en la nuca y un sombrero de pelo.

El Alguacil partiendo la plaza

Vienen después los banderilleros y los capeadores, formando un grupo, y cubiertos también de oro y plata; detrás los picadores á caballo, dos á dos con la larga pica en la mano, con sombrero gris, bajo y de anchísimas alas, una recamada chaqueta y pantalones de amarilla piel de búfalo, forrados con planchas de hierro, inmediatamente después los chulos, ó servidores, vestidos con sus ropas de gala. Todos atraviesan la arena majestuosamente, dirigiéndose hacia el palco del rey.

No puede imaginarse nada más pintoresco que aquel espectáculo. Hay allí todos los colores de un jardín, todos los esplendores de un cortejo real, toda la alegría de una banda de máscaras y toda la majestad de un ejército de guerreros. Entornando los ojos sólo se ve una nube de oro y plata.

Todos son hombres bellísimos: los picadores, altos y fornidos como atletas; los otros ligeros, esbeltos; de formas intachables, tez morena y ojos grandes y fieros; figuras de gladiadores antiguos vestidos con el lujo de príncipes asiáticos.

Toda la cuadrilla se detiene delante del palco del rey y saluda; el alcalde hace la señal de que pueden empezar; desde el palco tira á la arena la llave del toril, donde los toros se hallan encerrados; un guardia del circo la recoge y la entrega al guardián que se coloca junto á la puerta, dispuesto á abrirla.

Salida del toro.

El grupo de toreros se deshace: los espadas saltan la barrera; los capeadores se distribuyen por la arena agitando sus capas amarillas y encarnadas; los picadores, unos se retiran esperando que les toque el turno, mientras que los otros, espoleando los caballos, se colocan á la izquierda del toril, á la distancia de unos veinte pasos los unos de los otros, dando la espalda á la barrera y lanza en ristre. Aquellos son momentos de agitación, de ansiedad indescriptible; todas las miradas se fijan en la puerta de la cual ha de salir el toro; todos los corazones palpitan; reina en la plaza un silencio profundo; sólo se oye el mugido del toro, que avanza de encierro en encierro, en la obscuridad de su vasta carcel, gritando así: «¡Sangre!» «¡sangre!» Tiemblan los caballos, palidecen los picadores; transcurre un instante, suena el clarín, se abre la puerta: un toro enorme sale á la pista y un grito formidable, salido á la vez de diez mil pechos, le saluda. Empieza la carnicería.

* * *

¡Ah! no es necesario ser de pastaflora: en aquel momento se queda uno blanco como un cadáver.

Solo recuerdo confusamente lo que sucedió en los primeros momentos, porque á decir verdad, yo no sabía donde tenía la cabeza. El toro se abalanzó contra el primer picador, retrocedió después; volvió á hacer presa y arremetió contra el segundo; si hubo lucha no lo recuerdo: á los pocos instantes el toro se lanzó contra el tercero; despues corrió hasta el centro de la plaza, paróse allí y miró..... Yo también miré y me cubrí la cara con las manos. Toda la parte de la arena que el toro había recorrido se hallaba cubierta de sangre: el primer caballo yacía en tierra, abierto el vientre y las entrañas fuera; el segundo, con el pecho abierto por ancha herida de la cual manaba un chorro de sangre, iba tambaleándose de un lado para otro; el tercero, tendido en el suelo, hacía inauditos esfuerzos para levantarse; los chulos, presurosos, levantaban del suelo á los picadores, quitaban la silla y las bridas del caballo muerto, procuraban poner de pie al herido, y una gritería infernal salía de todos los ámbitos de la plaza. Así empieza generalmente el espectáculo

Los picadores son los primeros que reciben el choque del toro, le esperan á pie firme y le clavan la lanza entre cabeza y cuello en el momento en que la fiera se baja para arremeter y clavar los cuernos al caballo. Es necesario advertir que la lanza solo lleva una pequeña punta que no puede abrir una profunda herida, y los picadores deben tener una mirada segurísima, un brazo de hierro y un corazón sereno; y no siempre aciertan; es más, lo frecuente es que no acierten; y entonces el toro clava sus cuernos en el vientre del caballo, y el picador da con su cuerpo en tierra. Pero corren los capeadores, y mientras el toro saca sus pitones de las entrañas de su víctima, agitan la capa ante sus ojos, le distraen y hacen que les persiga dejando seguro al caido para que los chulos le socorran, poniéndole en la silla, si el caballo puede tenerse en pie todavía, ó llevándole á la enfermería, si es que se ha roto la cabeza.

Salida de la cuadrilla.—Fotografía de C. B Waite hecha para «El Mundo.»

El toro parado en mitad de la pista, con sus cuernos ensangrentados, mira jadeante á su alrededor, como diciendo: «¿quedan más víctimas todavía?»

Un enjambre de *capeadores* corre á su encuentro y le rodea: le provocan, le enfadan, le hacen correr de un lado á otro, sacuden la capa ante sus ojos, se la pasan por sobre la cabeza, huyen en rápida carrera para volver á provocarlo, huyendo de nuevo en seguida, y el toro persigue á uno y á otro hasta llegar á la barrera, y allí da cornadas furiosas contra las tablas, escarba el suelo, da unos cuantos saltos, muge, vuelve de paso á clavar los cuernos en el vientre de los caballos muertos, se esfuerza en saltar la barrera y recorre la arena en todas direcciones. Durante este tiempo han entrado otros picadores para reemplazar á los que han quedado sin caballo, colocándose á distancia unos de otros, á ambos lados de la música y del toril, esperando que el toro les embista. Los capeadores le llaman hacia ese lado; el toro, al ver el primer caballo, corre hácia él con la cabeza baja. Pero esta vez su ataque no tiene éxito; la lanza del picador le hiere en la espalda y le detiene; el toro se obstina, empuja, pero en vano: el picador se mantiene firme, el toro retrocede, el caballo se ha salvado, y resuena una tempestad de aplausos, saludando al salvador. El otro picador no fué tan afortunado: el toro le atacó, sin que tuviera tiempo de clavar la lanza; los formidables cuernos penetran en el vientre del caballo con la rapidez de una espada, se ensaña con la víctima y al poco rato se retira; los intestinos del pobre animal salieron y quedaron pendientes como un saco hasta tocar al suelo; el picador queda montado. En lugar de desmontarse, el picador, viendo que la herida no era mortal, espoleó el caballo y fué á colocarse más lejos, esperando un segundo ataque. El caballo atravesó la pista con los intestinos colgando, pisándolos al andar y estorbando con ellos su propia marcha. El toro le siguió algunos instantes y después se detuvo. En aquel momento sonó el clarín: era la señal de retirarse los picadores. Abrióse una puerta y desaparecieron al galope uno trás otro; quedaron en la arena dos caballos muertos y aquí y allá charcos de sangre que los chulos cubrían de arena.

* * *

Después de los picadores vienen los banderilleros. Para los profanos ésta es la parte más divertida del espectáculo, porque es la menos cruel. Las banderillas son dos flechas de cerca de dos cuartas de largo, adornadas con papel de color y armadas de una punta de metal fabricada de tal modo, que una vez que ha penetrado en el cuerpo, es imposible arrancarla; el toro, al agitarse y sacudirla, hace que penetre más y más.

El banderillero coge dos flechas de esas, una en cada mano, se coloca á unos quince pasos delante del toro y lo provoca, levantando las manos y gritando. El toro se lanza contra él; el banderillero á su vez corre al encuentro de la fiera; ésta baja la cabeza para clavarle los cuernos en el vientre; y el torero aprovecha este movimiento para plantarle las banderillas en el cuello, una á cada lado, y se pone en salvo saltando apresuradamente de lado. Si se detiene, si le falta el pie, si duda un solo instante, queda ensartado como un sapo. El toro muge, resuella, se enfurece y persigue á los banderilleros con espantosa furia; en un instante todos han saltado la barrera, la arena queda vacía. La bestia salvaje, con la boca llena de espuma, los ojos inyectados en sangre, destrozado el cuello, escarba la tierra con furor, se tira contra la barrera, pide venganza, quiere matar, necesita carne. Nadie se atreve á desafiarla; los espectadores gritan:

—¡Adelante! !Valor! ¡Otro banderillero!

Y éste se adelanta y clava sus flechas; después un tercero, y de nuevo el primero. Aquel día le clavaron ocho. La infortunada bestia, cuando sintió la dolorosa impresión de las dos últimas, dió un mugido prolongado, espantoso, terrible y lanzándose á la persecución de uno de sus enemigos, le acosó hasta la barrera: la saltó y cayó con él en el corredor antes citado. Los diez mil espectadores se levantaron á la vez, exclamando: «¡Está herido!» Pero el banderillero no había salido de la suerte sin un rasguño. El toro corrió adelante y atrás entre las dos barreras, recibiendo una lluvia de palos y puñetazos, hasta que dió con una puerta abierta; salió á la arena y la puerta se cerró tras él.

Entonces banderilleros y capeadores volvieron á rodearlo; uno de ellos pasando por detrás tiróle con violencia de la cola y desapareció como el rayo; otro corriendo, le enreda la capa en los cuernos; un tercero es tan audaz que le coge con la mano la ensangren-

La primera pica.—Fotografía de C B. Waite hecha para «El Mundo»

La última pica.—Fotografía de C.B. Waite hecha para «El Mundo»

tada divisa; un cuarto, el más temerario de todos, planta una lanza en el suelo en la misma línea que ha de seguir el toro, corre y da un salto por encima de la fiera, cae al otro lado y tira la lanza entre las piernas del animal estupefacto. Y hacen todo esto con rapidez de prestidigitador y gracia de danzante, como si jugaran con una oveja. Durante este tiempo la muchedumbre hace retemblar el circo con carcajadas, aplausos, gritos de alegría, admiración y terror.

El clarín suena de nuevo: los banderilleros han terminado su suerte. Tócale el turno al espada. Este es el momento solemne, el desenlace el drama. El público se calla, las damas sacan la cabeza del palco y el rey se levanta.

El célebre Frascuelo, teniendo en la mano la espada y la muleta, que es un pedazo de trapo colorado sostenido por un pequeño palo, pisa la arena, se adelanta hasta el palco real, se quita la montera y ofrece al rey en frases poéticas, el toro que va á matar, tira luego su montera al aire como diciendo: «¡Venceré ó moriré en la lucha!» Y con su brillante cortejo de capeadores, avanza resueltamente hacia el toro. Entonces es cuando empieza una verdadera lucha cuerpo á cuerpo, digna de un canto de Homero. De un lado la bestia con sus terribles cuernos, su fuerza prodigiosa, su sed de sangre, fuera de sí por el dolor, ciega de cólera, horrible, espantosa; de otro un joven de veinte años, vestido como un bailarín, á pie firme, sin otra defensa más que una ligera espada. ¡Mas de diez mil miradas están fijas en él! El rey le prepara un regalo. ¡Su querida está allí, en un palco, y le mira ansiosa! ¡Mil damas tiemblan por su vida!

El toro se para y le mira: él á su vez mira al toro y agita ante sus ojos el trapo colorado. El toro baja la cabeza para arremeter, el espada se ladea, los formidables cuernos rozan su chaqueta, levanta la muleta y el bicho hiere en el vacío. Una tempestad de aplausos resuena en tendidos, gradas y palcos. Las damas miran con sus gemelos y exclaman: «¡Ni siquiera está pálido!»

Se restablece el silencio: no se oye ni una palabra, ni un murmullo. El audaz torero juega con la muleta ante el furioso animal; se la pasa por sobre la cabeza, al rededor del cuello: por entre los cuernos; hace que el toro adelante, retroceda, salte; se hace embestir diez veces y otras tantas escapa de la muerte por un ligero movimiento; deja caer la muleta y la recoge á la vista del animal; se ríe en sus propias barbas, le insulta, le provoca, juega con el. Mas de repente se para, se pone en guardia, levanta la espada y calcula un golpe: el toro le mira; permanecen quietos un instante y se lanzan uno contra otro al mismo tiempo. Uno de los dos ha de morir. Diez mil miradas corren con la rapidez del rayo de la punta de la espada á las puntas de los cuernos; diez mil corazones se agitan con ansiedad y terror; los rostros todos están inmóviles; no se oye ni respirar; la inmensa muchedumbre parece petrificada...... ¡Este es el instante terrible! El toro arremete y el torero hiere. Un solo grito agudo, seguido de inmensos aplausos, se oye de todas partes; la espada ha penetrado hasta la empuñadura en el cuello del toro; la fiera tambalea, y echando por la boca un río de sangre, cae de repente al suelo.

* * *

El tumulto entonces es indescriptible: la multitud parece frenética. Todos se levantan, gesticulan y dan voces furiosas; las damas agitan sus pañuelos, aplauden y saludan al torero con el abanico; suena la música; el espada vencedor se acerca á la barrera y da la vuelta á la plaza. A su paso, de las gradas, palcos y tendidos los espectadores, locos de entusiasmo, le tiran á puñados los cigarros y arrojan á la arena carteras, bastones, sombreros, todo cuanto les viene á mano. Pocos instantes después, el afortunado torero tiene el brazo lleno de regalos y pide auxilio á los capeadores. Devuelve los sombreros á los admiradores, da las gracias, responde como puede á los saludos, á los elogios, á los nombres gloriosos qus le tributan de todas partes y llega por fin ante el palco del rey. Este saca del bolsillo una petaca llena de billetes de Banco y se la tira; el torero la coge en el aire y el público prorrumpe en entusiastas aplausos.

Durante este tiempo la música ejecuta la marcha fúnebre del toro; se abre una puesta y salen por ella al galope cuatro soberbias mulas con hermosos penachos, borlas y cintas amarillas y encarnadas, guiadas por unos cuantos *chulos*. Son las mulas de arrastre que se llevan uno á uno los caballos muertos y por último el toro, para dejarlo en una pequeña plaza vecina, donde le espera una horda de pilletes que mojan los dedos en su sangre, siendo después desollado y vendido.

La plaza queda libre, suena el clarín y retumba el tambor. Un segundo toro sale de su encierro, ataca á los picadores, revienta caballos, ofrece su cuello á los banderilleros y muere a manos del espada; y así un tercero y un cuarto, hasta seis.

¡Cuantas emociones, temblores y sobresaltos durante el espectáculo! ¡Cuántas veces palidece uno derepente! Pero vos, extranjero, vos sois el único que allí temblais: el muchacho que junto á vos se encuentra, ríe á carcajadas; la joven sentada frente á vos está loca de alegría; la dama del palco vecino dice que nunca se ha divertido tanto.........

Necesario es ir á la plaza para aprender el idioma. ¡Oh, qué gritos y qué exclamaciones! Mil distintas voces saludan la aparición del toro: «¡Hermosa cabeza!» «¡Qué preciosos ojos!» «¡Este sí que hará correr sangre!» «¡Anda que vales un tesoro!» Y le dedican palabras de amor. Si ha muerto un caballo: «¡Bueno!» le dicen. ¡Ved lo que le ha sacado del vientre! Un picador yerra el golpe, pone la pica donde no debía, ó le falta valor para recibir el empujé, ¡infeliz! más le valiera no haber nacido, por que aquello es un diluvio de injurias que ha de escuchar impasible. ¡«Gandul!» «¡Embustero! «¡Anda á la cuadra!» «¡Asesino, hazte matar!» Y todos se levantan para señalarle con el dedo y amenazarle con los puños cerrados. Pero no pára aquí la cosa; pues no falta quien pase á vias de hecho arrojándole á la cara cáscaras de naranja y puntas de cigarro!

Cuando el espada mata al toro del primer intento, escucha palabras de enamorado delirio: «¡Ven aquí, ángel mío!» «¡Dios te bendiga, Frascuelo!» y otras por el mismo estilo. Y le tiran besos y le llaman, y le tienden los brazos como para abrazarle. ¡Qué profusión de epítetos, de palabras galantes, de proverbios! Cuánto fuego y cuánta vida!

Pero sólo he narrado la muerte de un toro, y la verdad es que durante la corrida suceden mil distintos accidentes. Aquel mismo día, un toro metió los cuernos en el vientre de un caballo, levantó en alto cabalgadura y ginete, los paseó en triunfo por la plaza y los arrojó por último al suelo como un saco de patatas Otro toro hirió á cuatro caballos en pocos instantes; un tercero se revolvió con tanta furia contra caballo y picador, que este, al caer, dió con la cabeza contra la barrera, perdiendo el sentido. Lo llevaron á la enfermería. Pero no por esto, ni por una herida grave, ni por la muerte de un torero se interrumpe la corrida. El programa lo dice, y no se falta á él por nada del mundo: si uno muere, queda otro para reemplazarle.

El toro no ataca siempre: hay algunos cobardes ó recelosos, que llegan hasta el picador, se detienen y huyen después de un rato de indecisión; otros de caracter tierno y bondadoso, no responden á las provocaciones, dejan que el picador llegue hasta ellos para plantarles la pica en el cuello y retroceden moviendo la cabeza como diciendo: «¡Si á mí no me gustan esos juegos!» Y al huir se vuelven de pronto para mirar con aire de sorpresa el grupo de capeadores que le persiguen, y no parece sino que exclama: «Pero ¿qué demonios quieren ustedes de mí? ¿Les he hecho acaso algún daño? Entonces, ¿porqué no me dejan en paz?»

Mas el público, que no se ablanda tan facilmente, se desata en imprecaciones contra la sensible bestia, contra el empresario y contra los toreros. Y algún *dilettante* del toril da la voz de «¡Banderillas de fuego!» y los espectadores de sol responden á la consigna, y luego los de sombra, y las damas de los palcos, y toda la plaza en peso, y ya no se oye más voz que: «¡Fuego!» «¡Fuego!» Aquel grito va dirigido al alcalde, que es quien manda y dispone. Las banderillas de fuego sirven para enfurecer al toro; son banderillas con un cohete que estalla cuando la punta del dardo penetra en las carnes del toro y quema la herida, causando un dolor atroz que enardece é irrita al animal, haciendo que de cobarde se vuelva temerario, y de tranquilo furioso.

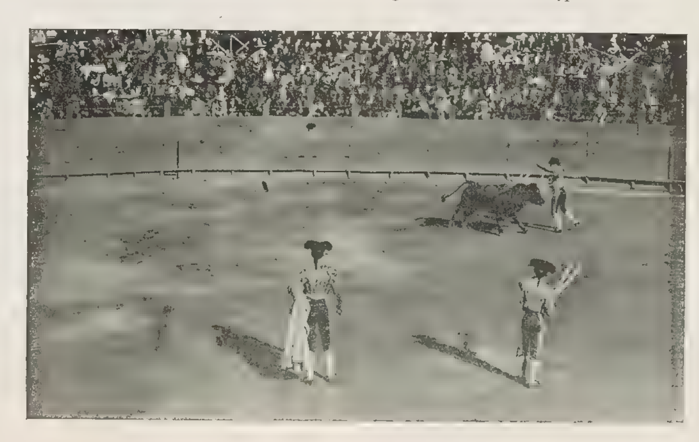
Como he dicho ya, es necesario el permiso del alcalde para clavar las banderillas de fuego; si el alcalde niega el permiso, todos los espectadores se levantan y entonces la plaza ofrece un golpe de vista curioso. Vense diez mil pañuelos que se agitan como las banderolas de diez regimientos de lanceros, y desde los palcos hasta la arena se forma una línea blanca que ondula. Y resuenan con mayor fuerza que antes las voces de «¡Fuego! «¡Fuego!» «¡Fuego!» Entonces cede el alcalde; pero si se obstina, desaparecen los pañuelos y se levantan los puños y los bastones, desatándose el público en injurias: «¡No sea usted necio!» «¡No se burle usted del mundo!» «¡Banderillas al alcalde!» «¡Fuego al alcalde!»

* * *

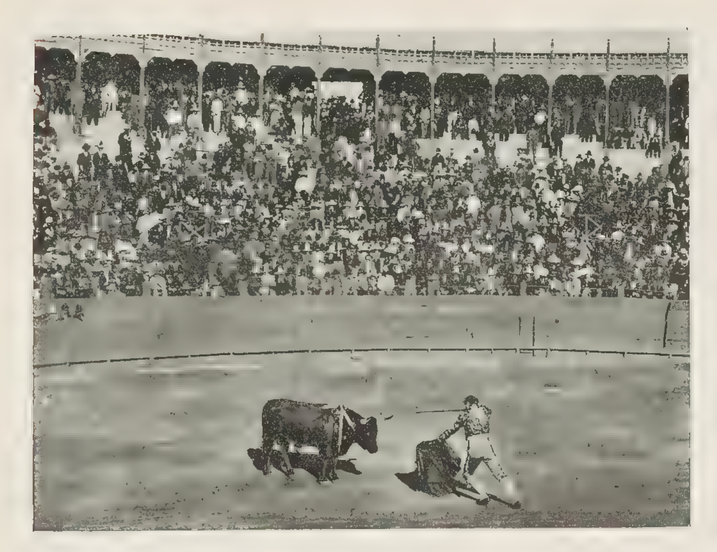
La agonía del toro es horrible por que á veces el torero no sabe ó no puede precisar el golpe y la espada penetra hasta la empuñadura, pero desviándose del camino que debía seguir para llegar al corazón. Y entonces el toro corre por la plaza con la espada metida en el cuerpo, regando el suelo con su sangre, lanzando espantosos mugidos, saltando y dando mil vueltas atribuladas por verse libre de aquel martirio. En aquella carrera impetuosa la espada se desprende de la herida alguna vez; pero en otras penetra más en ella causando la muerte de la fiera.

Muy á menudo el espada ha de dar una segunda estocada, á veces una tercera, y por acaso una cuarta. El toro pierde un torrente de sangre, manchando las capas de los capeadores; y de sangre se llena el espada y se baña la barrera, y la sangre corre por todos lados, y los espectadores, indignados, cubren de injurias al torero. Alguna vez el toro, gravemente herido, cae al suelo, pero no muere y allí se queda inmóvil, erguida la amenazadora cabeza, como si dijera: «¡Venid asesinos, si os atreveis!» La lucha ha terminado; entonces un hombre misterioso salta la barrera, se acerca con paso furtivo, se coloca detrás del toro, y aprovechando el momento oportuno, le clava un puñal en la cabeza, que le penetra hasta el cerebro, y el animal muere. El golpe no siempre es acertado; el hombre misterioso debe repetirlo dos, tres, hasta cuatro veces; pero si tal sucede, la indignación del público estalla como una tempestad, y le llaman ladrón, gandul, asesino, y le desean la muerte, y si lo tuvieran entre manos lo estrangularían como á un perro.

A veces el toro, herido de muerte, vacila un instante antes de morir, y vacilando se aleja á paso lento del lugar donde ha sido herido, para ir á morir en otro si-



Villita poniendo un par de banderillas -Fotografía de C. B. Waite hecha para «El Mundo.



Mazzantini dando una estocada.—Fotografía de C. B. Waite hecha paia «El Mundo.»

tio apartado; los toreros le siguen paso tras paso como un cortejo fúnebre, á cierta distancia. El público sigue con la mirada todos aquellos movimientos, cuenta sus pasos y mide el progreso de la agonia. Un profundo silencio acompaña sus últimos momentos y su muerte tiene algo de solemne y misteriosa. Hay toros indomables que no doblan la cabeza hasta el momento de dar el último suspiro; toros que echando por la boca torrentes de sangre amenazan todavía; toros que, heridos por diez estocadas y casi sin sangre en las venas, levantan aún el cuello con seberbio movimiento y hacen retroceder á sus perseguidores hasta el centro de la plaza; toros que tienen una agonia más espantosa que su primer furor, que se ensañan con los caball s muertos, sacan astillas de la barrera, pisotean con ira las capas esparcidas por la arena, saltan al callejón y dan vueltas á la plaza con la cabeza enhiesta, desafiando con la mirada á los espectadores, cayendo por último para levantarse de nuevo y morir rugiendo.

La agonía de los caballos, menos larga, es más dolorosa. Algunos salen de la brega con una pierna rota; á otros el toro les atraviesa el cuello de parte á parte; otros heridos en el pecho, mueren instantaneamente sin perder una gota de sangre; otros, ciegos de espanto echan á correr en línea recta, van á dar de cabeza contra la barrera y caen muertos; otros se agitan por largo espacio en un lago de sangre antes de morir; otros, heridos, desangrándose, perdiendo las entrañas, destrozados, galopan aún con desesperada furia, se lanzan contra el toro, caen, se levantan y luchan todavía, hasta que los sacan del circo desgarrados, pero vivos; y entonces les meten los intestinos dentro, les cosen la herida y sirve la pobre bestia para otra vez. Otros, cobardes, cuando ven que el toro se dirige á ellos, tiemblan de pies á cabeza, retroceden, se impacientan, relinchan, resistiéndose á la mucrte: ¡y éstos son los que más lástima inspiran! A veces un solo toro mata cinco; á veces también en una sola corrida mueren más de veinte, y los picadores se cubren de sangre, el circo queda sembrado de entrañas humeantes, y los toros se fatigan de tanto matar.

***

También los toreros tienen sus momentos fatales Los picadores, á veces, en lugar de caer bajo el caballo, caen entre el caballo y el toro, y éste entonces se precipita sobre ellos para matarlos; el público lanza un grito; pero un capeador arriesgado cubre con la capa los ojos de la bestia feroz y con riesgo de su propia vida salva la de su compañero. Con frecuencia en vez de arremeter contra la muleta, más avisado el toro, arremete contra el espada, le busca, le embiste, le persigue, le obliga á tirar el arma y ponerse en salvo, saltando la barrera, pálido y tembloroso. Alguna vez le empuja con la cabeza y le tira al suelo; el espada desaparece entonces entre una nube de polvo y la muchedumbre exclama: ¡«Lo ha matado!» Pero el toro pasa; ¡el espada se ha salvado! A veces el bicho llega de improviso hasta él, lo levanta con la cabeza y lo tira por un lado. Y no es rar que el toro no deje que el hombre pueda precisar la estocada; el *matador* nunca lo encuentra de frente, y como, según el reglamento solo puede herir en tal dirección y de tal manera, el torero se fatiga por mucho tiempo inútilmente, y al fatigarse se expone y corre cien veces el peligro de hacerse matar. Durante este tiempo el público alborota, silba, le insulta, hasta que el pobre hombre desesperado, resuelve matar ó morir y dirije la estocada como puede. Entonces, ó sale con bien, y es levantado hasta las nubes, ó le falta el golpe y se ve vilipendiado, escarnecido y ha de sufrir que le tiren cáscaras de naranja, así sea el más intrépido, el más hábil, el más célebre torero de España.

También en el público se suceden mil pequeños incidentes durante el espectáculo De tiempo en tiempo ocurre una riña entre dos espectadores. Como la gente se halla allí muy apretada, los vecinos reciben algún palo; éstos á su vez levantan el bastón y descargan garrotazo de ciego; el círculo de los golpes se extiende y pronto la riña se hace general en todo un tendido.

Algunas veces es un grupo de jóvenes alegres que se vuelven todos á la vez, gritando, »¡Ya está ahí!.....» —¿Quién? —Nadie; pero todos los vecinos se levantan, los que están más lejos se suben en los bancos, las damas se asoman á los palcos, y en un abrir y cerrar de ojos toda la plaza se halla en movimiento. Entonces los bromistas se rien sonoramente; sus vecinos, por no pasar plaza de engañados, les hacen eco, se ríe en los palcos, en los tendidos, en las gradas y diez mil personas ríen.

En resumen: es inexplicable la impresión que este espectáculo deja en el alma. Es una mezcla, una confusión de sentimientos de la cual es imposible sacar nada en claro. Hay momentos en que, dominado por el terror, uno quisiera salir de la plaza, jurando no volver á ella en los días de la vida; pero hay momentos también en que, reanimado, maravillado ebrio, uno quisiera que el espectáculo no terminara nunca. A lo mejo os parece que os vais á desmayar; pero de repente lo mismo vos que vuestros vecinos, os echáis á reir y prorrumpís en gritos y aplausos La sangre no circula por vuestras venas, pero os exalta el maravilloso valor del hombre; el peligro os oprime el corazón, pero la victoria os causa inmensa alegría; poco á poco esa fiebre que agita á la muchedumbre se apodera de vosotros, hasta el extremo de que os desconocéis. porque sois otro, porque vosotros mismos sentís accesos de cólera, de ferocidad de entusiasmo; y os sentís fuerte y audaz, y la lucha enardece vuestra sangre y el brillo de la espada os causa temblor.

EDMUNDO DE AMICIS.

AL SOL

Resplandece, celeste llamarada!
Mana fulgores, centelleante esfera!
Irradía, pupila nacarada;
Que en cada vibración de tu mirada
Se adivina la mano que te hiciera!

Indiferente á la terrena vida
Que se aprovecha de tu clara lumbre,
En tu curva gigante y extendida
Giras veloz......molécula perdida
Enmedio á la estrellada muchedumbre!

Luz y calor en olas derramando
Alimentas un mundo y otro mundo,
Y vas en curso cadencioso y blando
Con tu radiosa escuadra navegando
Del éter en el piélago profundo.

Tu has visto á los planetas producirse
Brotando de tu seno en otros siglos,
Con las galas vitales revestirse
Y más tarde veráslos extinguirse
Y transformarse en tétricos vestiglos.

Mientras indiferente y altanero
Prosigues en tu ruta misteriosa,
La humanidad lanzando el lastimero
Sollozo de su vida postrimero
Inerte y fría se hundirá en la fosa.

Mas tu también, celeste llamarada
De asiento servirás á otros vivientes;
Y convertido en sideral morada,
De dicha oirás la alegre carcajada
Y los gemidos del pesar dolientes.

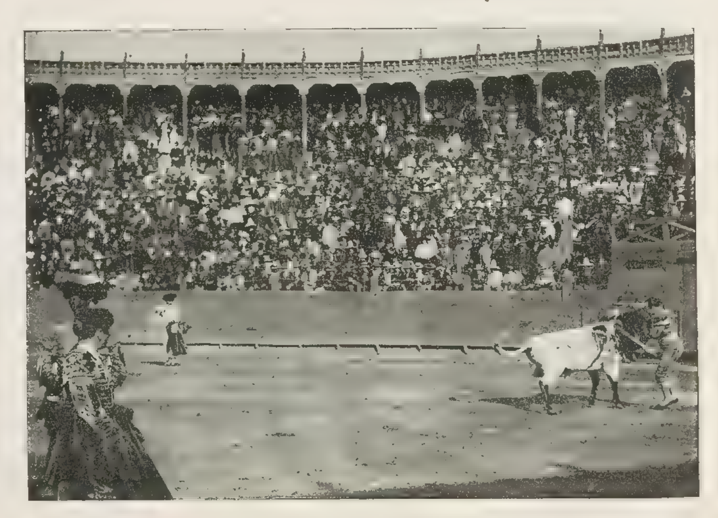
Y después, abatido y apagado,
Cuando no puedas mantener la vida,
El firmamento cruzarás helado
Como siniestra sombra del pasado,
Tu fuerza ya gastada y consumida.

Y si con otra esfera el choque fuerte
No te anima otra vez..... obscuro y frío
Tu marcha seguirás, siendo tu suerte
Cual imagen sombría de la muerte
Rodar eternamente en el vacío.

O faltando cohesión á tu organismo
Como á marchita y deseada brizna,
Quien sabe, ¡oh sol! si en sordo cataclismo
Desgranado en el fondo del abismo,
Te desharás en cósmica llovizna.

E inadvertida pasará tu ausencia
En el espacio sideral fecundo;
Por que en la inmensidad es tu presencia
La del grano de polvo.... y tu existencia
En el tiempo infinito, es un segundo...!

AGUSTÍN MANUEL DOMINGUEZ.



Mazzantini intentando sacar la espada.—Fotografía de C. B. Waite hecha para »El Mundo»

LOS MAS FUERTES

POR GEORGES CLEMENCEAU—ILUSTRACIONES GRABADAS EN NUESTROS TALLERES.

Número 1.

Termina un día de Diciembre. Un sol pálido que se desmenuza en luz helada entre la bruma, penetra temblando la fronda seca de los árboles. Silbidos del cierzo vienen de los barbechos abandonados y de las hojas amarillas que se obstinan en no caer. Silenciosos cuervos bajan de las alturas en vuelo rápido para ganar la desnuda selva, y la tierra sonora arroja al vacío del cielo, los últimos ecos de la labor, el retintín de las herramientas que se guardan, el paso lento de los caballos, el gemido de las ruedas, un grito de alguien que llama, un balido quejumbroso, una canción lejana y el graznido de esos pájaros oscuros que anuncian la venida de la noche.

En una colina, Puy-Maufray alza la torrecilla cuadrada de su iglesia.

En los techos elevados, en los muros descoloridos, aun se prenden algunos rayos fugitivos del astro moribundo; y las espirales de humo azulado que brotan de las chimeneas recuerdan que ya se acerca la hora de la cena. El campesino las ve con ojos alegres, aviva el paso pensando en la fuente de sopa y en las delicias de la velada y del descanso, donde habrá conversaciones gratas, dulces recuerdos, risas alegres, en tanto que se oye que mujidos amorosos vienen de la caliente oscuridad del establo. Las ventanas se iluminan y al lado del camino, la herrería con la puerta abierta, desata una ancha franja de luz roja y chispeante, entre la cual se agitan sombras pavorosas.

Hombres y bestias, caminando con paso tardo, emergen fantásticamente al pasar por allí, en una apoteósis de incendio, para hundirse á poco otra vez en las tinieblas.

A los golpes sordos sobre el hierro enrojecido, responde el repique vibrante de la bigornia.

Brazos desnudos hacen volar los martillos que caen dando forma á la masa de fuego, de donde brotan deslumbramientos de chispas. Y cuando el hierro resistente vuelve á la fragua para una nueva prueba, los demonios formados en círculo, jadeantes, oyen el gruñido del fuelle que respira con aliento de tempestad, y esperan, con las manos en el mango del martillo que vuelva el metal á presentarse á sus golpes. Este es el momento de la conversación y del brevísimo descanso. Entonces vienen á charlar, el alegre bromista, el arrendatario que vuelve de la granja, el vecino de enfrente; y cambian las noticias del día y hacen del antro del herrero de la aldea, un centro de novedades corrientes sobre todas las materias dignas de atención.

Acababa de ponerse el hierro en la fragua de Puy-Maufray: Pedro Queté, con la mano izquierda frente á los ojos y una escobita en la derecha rociaba de agua el fogón, cuando un rumor de botas ferradas en el camino, hizo que la reunión mirara para afuera.

Dos cazadores, con sus fusiles en bandolera y seguidos de sus perros, salieron de la sombra y cortaron en marcha rápida el haz de rayos luminosos.

Esta aparición momentánea fué bastante para que todos conocieran á los transeuntes. Pedro con su escoba en la mano se detuvo sin decir nada. Los otros sonrieron tontamente como hacen los campesinos siempre que quieren disimular sus pensamientos, y se empezaron á fijar en los mandiles de cuero salpicados por las quemaduras de las chispas.

—El señor Enrique regresa tarde hoy, dijo alguno á media voz.

—Lo encontré al amanecer, que batia el soto de Touchus y no se quedó sin cazar su buena liebre. No siempre se tiene esa fortuna.

—Siempre fué buen tirador.

Todavía pasa en el monte días enteros.

—Pues ya tiene sus sesenta años y está tan fuerte.......

—Sinembargo, algo ha cambiado últimamente.

—¿Qué le pasa?

—No se sabe. Cada hombre lleva siempre algo dentro.

En tanto que se cambiaban estas frases, los dos hombres seguian su camino. Eran el Marqués de Puymaufray y su ayuda de cámara, todavía vigorosos los dos, marchando con paso firme y sin decir una palabra. Llegados á las últimas casas, doblaron á la derecha para internarse en las negruras de una avenida de encinas seculares. Decaida de su antiguo esplendor, la avenida no presentaba mas que enormes restos de monstruos dislocados, desgarrados, rotos por el huracán, el rayo, ó los golpes no menos impios de la edad. Pero la tierra tiene á veces para sus hijos envejecidos, inagotables fuentes de rejuvenecimiento; de las raices carcomidas brotaban troncos jóvenes retorciéndose entre los árboles muertos y pugnando por lanzarse al espacio y á la luz. Y los troncos vecinos se alegraban también, con ese esfuerzo supremo de lo que se siente decaer.

La pendiente rápida precipitó el paso de los cazadores al llegar al valle en que á la vaga luz de la luna, se distingue la silueta del castillo.

A los cinco minutos de marcha el cielo se cubrió de pronto, pues los cazadores entraron bajo un bosque espeso. Mas allá del foso lleno en parte de piedras, aparecía la gran muralla del castillo flanqueada por dos torres abandonadas, donde parecían danzar esqueletos de árboles enanos que semejaban un ejército de gnomos azotados por el viento de la noche. Dos arcos desiguales "el grande y el pequeño" ostentaban sus puertas desvencijadas que empujadas por el servidor se abrieron temblorosas, acojiendo con un gemido senil la vuelta de su señor. Los perros se lanzaron dando alegres ladridos por el patio, como anunciando el regreso para activar los preparativos de la recepción.

El Marqués y su criado, siempre silenciosos, atravesaron el puente de piedra del canal y penetraron en el patio de honor todo lleno de yedra y jaramagos salvajes. A la derecha en la antigua capilla, ahora convertida en establo, se oía que balaban los carneros. A la izquierda está el corral de la aves y la huerta donde las eras de papas, el trigo, la avena y las legumbres, han sido sustituidas por los abrojos.

Tras el cuadrilátero de sus fosos de agua fangosa alza el descolorido castillo, entre la niebla gris su inexpresiva fachada de tres pisos con ventanas envejadas lúgubremente negras.

El puente levadizo cuyos postes oscilantes están desde hace dos siglos empotrados en el muro, se adhiere á la bóveda coronada de almenas que dá acceso á la fortaleza. Frente al puente levadizo, limitando el patio interior, la alta muralla de la primer época de la construcción eleva todavía sobre montones de escombros su triple fila de aspilleras. La ruina arroja de entre las cuarteaduras, con monstruoso culebreo de raíces, un olmo gigantesco que destaca entre las paredes vetustas un gran penacho de gloria en que palpita, á cielo libre, la alegría de las canciones aladas.

A la izquierda y al lado del Castillo desierto hay construcciones de distintas épocas acomodadas para la habitación. A la derecha, un melancólico edificio cubierto de bóvedas y taladrado por dobles ventanillas en lo alto del muro, termina la union de las dos torres de defensa. Antes había allí cuarteles y prisiones; ahora graneros vacios y gallineros.

A los ladridos de los perros habían contestado gritos agudos sobre las ramas. Un pavo real hizo vibrar su graznido estridente, los gallos enronquecidos cantaron, y luego el tumulto cesó de pronto, en tanto que el amo acostumbrado desde la infancia á esta salutación nocturna, aparecía en el salon principal que estaba cubierto con gruesos cortinajes de invierno.

Desembarazado de su abrigo de pieles apareció el Marqués á plena luz. Es un hombre de sólida complexión, robusto aún y cuyo rostro pálido y enflaquecido contrasta con su apariencia de decisión nerviosa y de vigor muscular. Cabellos blancos recortados coronan una de esas frentes despejadas que tanto sorprenden en las medallas de la antigüedad; ojos grises y tristes dulcifican la energía de sus rasgos fisonómicos; una sombra de tristeza le envuelve, y parece como que se resiste á dolorosas obsesiones.

Sin duda que hace treinta años era un hermoso caballero resuelto y altivo, valiente en las batallas y arrebatado en el amor. Pero ha pasado el tiempo y está solo frente á la chimenea del hogar que abandonó para la lucha por la vida y al cual vuelve ahora y no lo cambiará sino por la tumba.

—No hay cartas? preguntó con voz conmovida.

—No ha venido nada, contestó con acento apenado una anciana de cofia blanca.

Nada! El Marqués permanece pensativo mientras sus perros á quienes las egoistas voluptuosidades de la ceniza caliente no hacen olvidar sus simpatías, lo observan con atención y siguen la mirada de sus ojos grises que perdida en el vacío parece implorar de lo desconocido quién sabe qué socorro. Y sigue pensando abstraido cuando se sienta á la mesa que sin ruido arregló la anciana y pensando toma el Marques algunos bocados, en tanto que la servidora lo contempla con amistosa ansiedad.

Luego el Marqués enciende su pipa y con el entrecejo fruncido, los ojos medio cerrados, inmóvil, se envuelve en nubes de humo perfumado.

El tiempo corre, la pipa se apaga sin que nada haya turbado el silencio de aquella melancólica soledad.

—Entonces, dijo una voz clara provista al mismo tiempo de audacia y timidez. ¿Qué pasa hoy señor Enrique?

Es que la anciana ha venido al ángulo negro que se dibuja entre el muro y la chimenea, y desde allí dirige su pregunta.

El Marqués abre los ojos y contesta como hablando consigo mismo: hoy estamos lo mismo que ayer, lo cual es bastante.

—Demasiado, señor. ¿Pero que va á ser de nosotros si pierde Ud. el valor?

—Me quejo acaso?

—Lo preferiría yo, y no que Ud. se mata sin decir ni una palabra.

—Tengo mis tristezas como todo el mundo. ¿Tú no sueles tenerlas?

—Yo no tengo mas tristezas que las de usted, que amo como no ama ninguno y que hoy adora á la muerta en una viva que es una especie de veleta libre á todos los vientos. Mi anciana madre que fué su nodriza de usted y que le dió su corazón con su leche, se lo dijo en los días de mayor ventura: amar es abrir la puerta á los dolores, y usted le respondió: cuando llegue la hora pagaré mi deuda y sabré sufrir como estoy sabiendo gozar.

—Tienes razón. Soy un cobarde.

—Es usted desgraciado y nada mas. Lo peor es que ni yo ni nadie podemos nada contra el infortunio de usted.

Yo tengo la culpa porque no he sabido hacerme amar de esa niña. ¿Cómo hacerle comprender lo que debe siempre ocultársele? Ella me decía: padrino, si todo el mundo me ama riendo, por qué usted me regaña siempre? Y no es que yo regañara sino que trataba de hacerle comprender lo tonto de la vida que se obstina en llevar y que ya comprenderá cuando empiece á sufrir. Pero entonces yo tal vez no estaré allí para ayudarla y suspirará por mí y me amará, demasiado tarde.

—No se ha pronunciado aun la última palabra. Apesar de las apariencias, la niña es buena y tiene á quien heredárselo; su madre á los veinte años tenía un corazón amoroso y tierno. No hay que desesperar: usted prometió vivir para ella y es necesario vivir y luchar hasta que Dios considere la prueba terminada. ¿Es culpa suya si está en manos de un padre (como ella le dice) siempre listo para satisfacer sus caprichos y abismarla con sus millones que son perniciosos para èl y para todos, mientras usted está lejos sepultado en este castillo que al fin nos servirá de tumba?

Puymaufray, se levantó bruscamente.

—Basta por hoy, dijo. Todas las noches oigo el mismo inútil discurso, después de la misma batalla perdida. Estoy cansado: mañana iré á Santa Redegunda, pues hace tres días que estoy sin noticias y sobra ese tiempo para hacer tonterías irreparables. Buenas noches, Naneta; tal vez estaremos más contentos mañana.

—Usted no lo cree señor Enrique, pero la alegria vendrá si somos valientes. Ensayemos y duerma usted para estar fuerte mañana.

Y Naneta llevando dos candelabros de cobre precedió á su hermano de leche bajo la bóveda por donde sube la escalera de piedra, dirigiendo una última mirada al marques con los ojos enrojecidos á fuerza de contener las lágrimas. Luego entró sin ruido al cuarto vecino, desde donde velaba siempre el tesoro de adhesión á que estaba ligada su vida.

Cuando quedó solo aquel hombre abatido, cansado del cuerpo y del alma, se hundió en el sillón más cercano para seguir lentamente el curso de sus crueles pensamientos; evocó el fantasma de la muerte, murmuró un llamamiento de socorro en lo negro de la noche y en lo profundo del vacío y se admiró de que nadie le respondiera. Luego se dirigió al lecho que lo estaba invitando al sueño y al olvido. Allí nació, allí la muerte deseada debería venir á buscarle. Entre tanto él probó todas las alegrías de vivir; amó con el amor más grande y ahora en su decaimiento y en su soledad, brillaban aún los explendores del pasado. En su amada encontró el ideal.

Más vale la paz de esa muerta tan llorada que los infortunios con que paga el Marques sus dichas robadas. Y si la muerta hubiera quedado para siempre en el maravilloso pasado! Pero no, ella revivió en la niña cruel que inconscientes vengadores de faltas ignoradas alejan siempre del Marqués! Todos los días ante sus ojos un poder superior martiriza, mata con refinamiento de crueldad á la niña cuya mirada le llama y no la puede socorrer. Esa joven y hermosa criatura de quien lo apartan implacablemente la ley y el mundo es su sangre, el amor de su vida, y ve con dolor que la sociedad y los millones á que ella no tiene derecho la corrompen sin que pueda salvarla gritándole: hija mía! otro usurpa el nombre de padre realizando una venganza inconsciente.

Cien veces el pensamiento se revuelve encarnizado contra el insondable problema, y cien veces el recuerdo obstinado aviva las heridas por donde se está escapando la vida. Y agotada luego la fuerza necesaria para el sufrimiento, viene con cierta pesadez abrumadora, el precursor bendito del gran descanso de la tierra, el sueño divino, y arrulla con caricias de bienestar al dolor abatido. Sobre el lecho de figuras olímpicas que fué la alegría de su infancia y que recibirá su última mirada, Enrique de Puymaufray duerme al fin y se recobra de los tormentos de hoy, preparándose para los tormentos de mañana.

Entre tanto á traves de los sombríos corredores y de las chimeneas de los salones desiertos, el viento feroz de las ruinas hacía resonar en prolongados sollozos, el monstruoso juego de tubos de órgano en que se habían convertido las viejas murallas.

El buho doloroso lanzaba su áspero graznido insultando á la noche: el gallo inquieto llamaba impaciente á la aurora y la tierra siniestra y sombría esperaba......

II

El Marques Enrique Lepastre de Puymaufray, había seguido brillantemente el curso de los últimos años del segundo Imperio. Sus duelos, sus aventuras galantes, le habían hecho célebre en Longchamps, en los castillos, en los teatros, en San German y las Tullerías, que se habían mezclado con infiltraciones del oro acuñado internacional. En lo más fuerte de este carnaval de locura, tan bruscamente interrumpido por los cañones del sentimentalismo alemán, Puymaufray estaba en todo el explendor de sus conquistas. Entonces corrió á poner su pecho frente á los cañones con la celeridad alegre con que acudía á las citas de las damas, y se batió como un león y rehusó luego la recompensa que se le ofrecía, diciendo que su generación había hecho bastantes males para que él se pudiera vanagloriar del valor vulgar de defender á la patria.

—Convenido, soy un heroe, respondía amargamente á los que creían halagarlo hablándole de la campaña, pero soy un heroe en derrota. Condecoraciones, cintas, artículos de periódico, no me consolarán del dolor de ver á mi país despojado por delitos de estos tiempos. ¡Que vale la herida que recibí, junto á las de la patria que no se pueden cerrár!

Como por aquellos dias el Marques ya estaba arruinado y se retiró á lo que le quedaba de sus tierras, sus amigos se dijeron filosóficamente: desapareció!

La vida insustancial de placeres que Puymaufray se imputaba como delictuosa, tenía á lo menos para él, la excusa de una juventud de huérfano.

Su padre, antiguo gentil hombre de cámara de Carlos X, gran amigo del vino blanco y de las mujeres bonitas, murió de un accidente en una cacería, sin haber llegado á saber que estaba en momentos de tener un heredero. Su madre nacida de un Panetier, criatura fea y pesada, hija de un proveedor del ejército murió á los tres días del parto despues de haber dorado por algunos días el blason del Marqués y de haber asegurado la continuación de la raza. Llenado este deber de plebeya millonaria conforme á los acuerdos del mercado conyugal tomó su lugar gerárquico en la bóveda mortuoria de los Puymaufray. Un viejo tío, de nobleza dudosa, nombrado tutor legítimo, aunque lamentaba el nacimiento del Marquesito que arruinaba sus seniles esperanzas, se instaló en el castillo para velar por el sobrino en compañía de un abad que le dió el obispado de Nantes y de Naneta primera, la nodriza, traída de sus tierras de Vertou con Naneta segunda entre los brazos.

Catorce años sin historia. El niño creció entre la nodriza y el abad amado por la una, vapulado por el otro, consolado por la hermana de leche, y sermoneado á gritos por el tutor de nariz chata, y ojos amarillos, y que estaba siempre haciéndole molinetes amenazadores con un bastón de puño de oro.

Apesar de este imponente aparato no era malo el caballero Vertprée. Solamente que la miseria unida al orgullo de la sangre lo había vuelto avaro, y por por eso le causó una gran alegría, administrar á su antojo los millones del proveedor, puestos al sol bajo la forma de bienes nacionalizados, y hasta perdonó á su sobrino su intempestivo nacimiento. Pronto se encariñó con el niño á su manera, divertiéndole y luego concibió entre dos partidas de básiga la idea de hacer de él un verdadero gentil hombre. Sobre esto, tuvo en la mesa de juego graves conferencias con el abad.

—Señor Caballero, decía este, no hay en el mundo más que un camino; haremos de nuestro joven Marques un cristiano muy perfecto, temeroso de Dios, siervo de la Iglesia, fiel á sus deberes con aquellos que el cielo ha puesto bajo su dominio y capáz de combatir con el hierro y el fuego á esos perturbadores que amamanta en nuestros calamitosos tiempos la libertad de la herejía.

—Ud. jugará mal, replicaba, pero habla bien. Solamente que mientras Ud. cuida el alma, es necesario tener presente que á mí me corresponde velar por el honor y la altivez de una raza encargada por Dios de la defensa del altar y del trono. Usted forma el espíritu de este niño, yo su corazón. No le llene Ud. la mollera con las tonterías de la ciencia y yo me encargo de lo demás.

Estas conversaciones cien veces interrumpidas por disputas sobre las briscas y los tantos del juego, no llevaban trazas de terminar.

No había miedo de que el abad quebrantara las recomendaciones de su buen compañero, porque todas «las porquerías de todos los sabios» como decía el caballero, le eran perfectamente desconocidas. Sabía del latín lo que un padre necesita saber, estaba por el estilo en historia y geografía con extrañas nociones sobre los tiempos mitológicos; su mayor ambición era verter este tesoro en el intelecto de su discípulo, pero Enrique era espantosamente rebelde á las enseñanzas de un martilleo cuya sola presencia bastaba para poner en derrota los vagos deseos de ciencia que á veces lo estimulaban y crecía su mayor aficion al sistema de educación de su tío. Muy grave éste en su poltrona, poniéndose por lujo para el caso unas inútiles antiparras de oro, se dedicaba á precaver á su dócil alumno contra el peligro de aprender algo.

—Enrique, hijo mío; tú eres el Marqués de Puymaufray y no hay muchos con título semejante. Todos los días aumento tus bienes que es necesario cuidar como un primer deber hacia la casa. ¿Me prometes cuidarlos?

Con una inclinación de cabeza, Enrique muy conmovido prometía.

—Está bien. Mientras tengas este castillo que algún día será restaurado, y las granjas y los bosques y los prados, no habrá necesidad de que te ocupes más que de defenderte contra los errores del siglo.

Los doce años de Enrique no se despabilaban entre las penosas revueltas de esta elocuencia; pero cuando el sermón llegaba á "los errores del siglo," él alistaba el oído sabiendo bien lo que iba á seguir. Era una larga letanía en preguntas y respuestas sobre las cosas que no se deben conocer.

—Los hombres de ahora quieren saberlo todo. Blasfeman y hacen revoluciones; son unos bandidos. Vamos, Enrique, tú amas á los bandidos?

—No, decía el chico enérgicamente.

—Muy bien, hijo mío. El Abad te ha dicho seguramente cómo tentó el demonio á nuestros primeros padres con el fruto del arbol de la ciencia. Pues, bien, el demonio sigue tentándonos con el mismo fruto. Ofréceme resistir.

Enrique hacia un gesto que significaba que resistiría.

—Así está bien: yo he resistido, y mírame. ¿Qué necesidad hay de romperse uno la cabeza con libros embusteros?

—¡Ninguna! exclamaba el Marques.

—¿De qué sirven todas esas necedades de gas, péndulos y termómetros?

—Me río de todo eso.

—¿Te interesan los buques de vapor y las locomotoras y todas esas máquinas que hacen tanto ruido y tienen tan mal olor?

—El escolar se encojía de hombros en señal del más alto desprecio.

Entonces, concluía el viejo golpeando el suelo con el regatón de su caña, eres una bravo chico que sirves á Dios, amas á tu prójimo, demuestras gratitud á tu tío que te hará un gentil hombre y al Abad que acaso te enseñará geografía y otras cosas inútiles pero inocentes. Estoy contento de tí, ven á darme un abrazo.

Estas lecciones producían sus frutos. Bajo la vigilancia de la nodriza elevada al rango de aya, el niño crecía alegre é insensible á las tentaciones científicas de Satanás.

El Abad, hombre bueno en el fondo apesar del martilleo que empleaba por conciencia de su misión docente y el imponente Caballero con sus preceptos para la vida, no despertaban en Enrique sino sentimientos de una respetuosa consideración y por eso se arrojaba á los brazos de su queridísima Naneta que le acariciaba, le mimaba, le adoraba y era para él todo un mundo de benevolencia y de amor.

Las bretonas son sentimentales, de corazón obstinado, de voluntad serena, y un instinto de su naturaleza las impulsa á la adhesión incondicional. La historia de esta, se concentraba en una palabra: amor.

Amaba á su niño con la pasión perfecta de las almas que se entregan sin correspondencia, con la

alegría de colaborar sin esperanzas de recompensa al bien de quién sabe que Puymaufray del porvenir cuyos gestos seran el orgullo de la historia. A esta obra meritoria, asociaba á su hija á quien amaba con igual ternura, subordinándola y amoldándola á sus honrados propósitos. Y fuerte con este deber de alta maternidad que se había impuesto libremente, con el desinterés más absoluto, la humilde mujer hacía dominar sus decisiones sin ruido, por la energía tranquila del sentimiento.

El caballero no gustaba de disputar con ella y el Abad le rendía las armas estupefacto de oirla hablar autoritativamente sobre los designios de Dios. Y eran un gran recurso para el huérfano esos brazos siempre tendidos, ese corazón siempre abierto. Con su hermana Naneta, protectora, confidente y auxiliar en toda aventura, el niño riente y dulce se dejaba llevar á los lazos de seda de esa ternura infinita y entregaba su debilidad infantil á esa fuerza ingénua cuyo encanto siempre presente lo envolvía, lo reconfortaba con inconscientes esperanzas para el porvenir.

El Campesino y el niño se parecen: las mismas tendencias para sentir, para conocer y para querer, mal desorralladas, rebeldes á los esfuerzos laboriosos del espíritu, ardientes hasta lo maravilloso y que aparecen en su sencillez ansiosas del socorro de una voluntad que se les imponga. Enrique oyendo con la boca abierta los prodigiosos relatos de los cuentos de Perrault, los milagros del Evangelio y las aventuras del pequeño Victor, le parecia ligarse con los protagonistas en una harmoniosa unidad. Y se iniciaba en las labores del campo, cavaba, plantaba, sembraba, rastrillaba en su jardín privado, trataba bien á los animales hablaba á los bueyes que regresan de la labor echando humo por las narices, se holgaba con las pacas de heno, con las gavillas amontonadas, se encariñaba con la tierra que alegra y que proporciona los alimentos y se hacía rústico de alma y de cuerpo, aumentando cada día su piedad hacia los seres—hombres ó bestias—á quienes veía sufrir.

El carpintero escarbando la madera para hacer zuecos, el carrocero fabricando sus ruedas de olmo, el herrero haciendo pasar su voluntad del martillo, al fierro le parecían obreros divinos, dueños de los secretos de la tierra.

El Caballero le veía y le oía contento de que fuera conociendo el mundo sin necesidad de libros, el Abad le hacía tocar con el dedo la bondad de Dios que se manifiesta hasta en los dolores que son nuestras pruebas, y el universo le parecía encantador.

¡Breve ventura de la infancia!

Tantas dichas no podían prolongarse. Enrique tenía catorce años cuando el Abad procedió á convencer al caballero de Vertprée (cuya avanzada edad había motivado la debilitación de sus energías) de que tres ó cuatro años en el Colegio de Jesuitas de Poitiers forman el indispensable complemento de la educación de un gentil hombre.

La separación fué cruel. Naneta grande y Naneta chica y Enrique para quien hasta entonces el mundo terminaba en la aldea cercana, lloraron á mares. Se computaron escrupulosamente las épocas de vacaciones, se consolaron como pudieron con protestas y ofrecimientos, y un día, el enorme coche salió gimiendo á tropezar y balancearse sobre los guijarros del camino.

A pesar de las seducciones de un lenguaje acaramelado, los buenos padres encontraron el alma del joven Enrique silenciosamente cerrada. En lo más profundo de esa alma, Naneta había depositado un tesoro del cual solo ella tenía la llave. Con todo su celo, los maestros se fueron desilusionando de un alumno que no estaba obligado á presentar exámenes, y esta circunstancia feliz permitió á Enrique mariposear al acaso en el mundo nuevo de los libros. Preguntaba, aprendía y se formó así por su propio esfuerzo una mediana cultura de conocimientos incoherentes. Acababa de cumplir diez y ocho años, cuando su tío súbitamente murió. Al día siguiente de los funerales se celebró un Consejo de familia en el gran salón del Castillo, bajo las tapicerías mitológicas donde divinidades jóvenes sonreían con respetuosas actitudes, á los venerables pelucones que habian descendido de sus cuadros, para deliberar sobre la suerte del último retoño de los Puymaufray. La deliberación se compuso de un monólogo. Una viejecita vestida de verde y agitando con autoridad sus manos largas huesudas y enguantadas, dijo:

—Enrique, hijo mío, nos hemos reunido para cumplir nuestro deber hacia la noble casa de los Puymaufray. Ha llegado la hora de tomar una resolución grave. Tu raza (ahora es tiempo de que lo sepas) ha tenido sus grandezas y sus miserias. Después del gran día en que uno de tus abuelos salvó la vida al Rey Felipe Augusto, según tradición verbal que te trasmito, todos tus antecesores han sido soldados. Los Puymaufray sirviendo á su Rey han hecho (ayudados por otros, lo concedo), han hecho la Francia!

¿Por qué, pues, uno de ellos parece degenerar de tan altos destinos? ¿Cómo en estos tiempos de vergüenza y de error un Puymaufray llega hasta á desoir la voz del honor y deja en su nombre una mancha que si la tuviera el mío, sería borrada con mi sangre. Yo no puedo dar mi sangre, Enrique, pero tu puedes dar ó á lo menos exponer la tuya. Heredero de los Puymaufray te corresponde rescatar, si es posible el error de uno de ellos.

Enrique impresionado por tan solemne aparato, sorprendido por la revelación inesperada de que estaba manchado su nombre, oía sin comprender, tratando de adivinar en su angustia de qué crimen se le hacía responsable. La palabra rescate fué de pronto una iluminación. Muchas veces había oído al abad disertar con su tío respecto al orígen de la fortuna de los Panetier. Fue muy rápidamente ganada, decía el padre. ¡Dios sabe cómo!

Y aunque se ganara legítimamente, de todos modos es pecaminosa puesto que se adquirió al servicio del usurpador.

No es esto todo. A las tierras de Puymaufray se han añadido bienes nacionalizados que en rigor son de la Iglesia. ¿No es horroroso pensar en esto? Es necesario ofrecer un rescate pródigo por medio de donaciones piadosas. La Iglesia tiene sus misericordias.....

(Continuará)

Prólogo.

Aquel domingo, por la mañana,
La cuna vino del almacén,
Y el colchoncito de blanca lana
Para la cuna, llegó también.

Junto del lecho de los esposos
El tibio nido se colocó,
Y con encajes voluptuosos
La colgadura se le formó.

¡Qué buen domingo! ¡qué hermoso dia!
A punto estaba de obscurecer.
Y alegre Clara, se divertía
Los cortinajes en componer.

Aquí las colchas, recién sacadas,
Blancas y tibias, de su baúl.
Y encima puestas dos almohadas
Transparentando su fondo azul.

Sobre la cuna, la cruz bendita
Con una palma pequeña al pié.
Y al otro lado, la virgencita
Que para el niño guardada fué.

Vino la noche, la casta cuna
Ya concluida, puesta quedó;
Y un apacible rayo de luna
Entre sus ropas se acurrucó.

Abriendo Clara su costurero,
En la mesilla puso el quinqué,
Mientras, fumando rico veguero,
Alegre, Carlos tomaba el te.

Junto á la mesa, Clara cosia,
Y el buen esposo fuera de sí,
La suelta cuna lento mecía.
De gozo lleno, diciendo así:

—Verás, mi alma no se equivoca,
Yo te lo digo, será mujer........
Tendrá tus ojos, tendrá tu boca,
Cual la del sueño que tuve ayer

Los ojos negros, grandes, rasgados:
Castaño el pelo también tendrá,
Y de sus labios, tan encarnados,
La misma fresa se encelará

Cuando nos venga, luego, muy luego,
Cuando la mande nuestro buen Dios,
Como hace frío, junto del fuego
La velaremos siempre los dos.

Verás, mi vida, como sonríe
Por las mañanas al despertar;
Verás, mi cielo cómo se engríe
Y con los ojos nos quiere hablar.

Irá creciendo: la llevaremos
Los dos del brazo por el jardín,
Y vueltos niños retozaremos
Hasta que Vésper salga por fin.

Será muy bella......... ¡Si ya la veo
Causando siempre la admiración.
Siendo de todos vivo deseo,
Y sólo nuestro su corazón!

He de ponerla tu mismo nombre ......
—No dice Clara—¡qué loco estás!
¡Si lo presiento! ¡Si será hombre!
¡Rubio, gallardo, ya lo verás!

A esta alcoba le falta abrigo,
Ya los balcones mandé ajustar,
Que por la puerta, por el postigo
Un soplo de aire se puede entrar.

Será tan débil......... ¡El pobrecito
Irá cobrando fuerzas después;
Pero cubriendo su cuerpecito
Calentaremos sus blancos pies.

Y su cabello rubio, rizado,
Yo con mis manos alisaré,
Y entre mis brazos apisionado
Sin que me entienda le charlaré.

Verás al verlo cómo reimos:
Por las alfombras gateando irá
Y cuando advierta que le seguimos,
Verás si sabe decir *papá!*

Cuando se acueste, como una loca
Un beso largo daré en su sién,
Dos en el cuello, tres en la boca
Cinco en los ojos, diez......... hasta cien.

Como cristiano, desde pequeño
Sus oraciones sabrá rezar:
¡Ver me parece con cuánto empeño
Su media lengua quiere ensayar!

Y así diciendo Clara soñaba
Tan á lo vivo su porvenir,
Que de alborozo llena cantaba
Como si el niño fuese á dormir.

Luego siguiendo con ansia rara,
Ambos hablaban como en tropel;
—¡Tus mismos ojos!—¡Tu misma cara!
¡Si será ella!—¡Si será él!

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.

LA MAÑANA.

(Véase el artículo «Nuestros Grabados.»)

A ESTRELLA DEL SPORT.

LA MODA

TOMO I. | MEXICO, DOMINGO 2 DE ENERO DE 1898 | NUMERO 1.

Sombrero Carlix.

CRONICA DE LA MODA.

El eco de la última pandereta fué á morir entre las molduras del artesonado; la flor última, que yacía muerta en la alfombra, fué barrida por la escoba de la sirvienta y arrojada después al arroyo, donde, pisoteada por los frisones del landó, oprimida por el caucho del biciclo, profanada por el pie del transeunte, fué perdiendo pétalo tras pétalo, estambre tras estambre, hasta que trituraron su tallo, aquel tallo, gala del verde, envidia de la esmeralda que se enredó á la blonda de un corpiño y participó del calor leve de un seno.

Y el año nuevo llegó lleno de promesas, con la fantasmagoria perpetua que le forma séquito ideal.

Los hombres, cuando el primer rayo pálido del sol de Enero ha teñido de oro su frente, pretendiendo sondear el arcano del futuro, se preguntan si en las sombras de mañana habrá relámpagos de luz.

Las mujeres despiden con pena ese mes de Diciembre que fué tan pródigo en fiestas y repasan en la memoria las fiestas que vendrán.

Frgura 1.

Y unos y otras, engañados por esa división convencional del tiempo, que les sugiere la idea de una etapa del todo nueva en la vida, cuando no es más que la continuación de la anterior, se prometen el cambio de destino sin pensar como el poeta que

Ay! el cambiar de destino
solo es cambiar de dolor!

Las mujeres empero, no juzgan al año nuevo como una etapa diferente, sino como una colección de periodos, relacionados, no ya con cambios de suerte, no ya con mejoramiento de destino tan solo, sino primaria y principalmente con variación de modas.

Un abrigo, un género, la forma de un sombrero, limitan y separan para ellas las estaciones y los meses.

Enero es frío, demasiado frío, y hay que pensar en la forma del abrigo. El terciopelo y el boa son los símbolos de este mes.

Febrero, tiene vientos helados que barren el polvo de las calles y lo arrojan á los rostros. Debemos preocuparnos de los velos, más nutridos y mejor ajustados para que las rosas de la tez, más delicadas, ay! á ve-

Figura 2.

ces que los pétalos de aquella flor abandonada de que hablábamos al principio, no se marchiten.

Marzo tiene ya hálitos tibios; empieza la profusión de los pétalos, se multiplican los nidos que se empollarán en Mayo. Los árboles echan renuevos; en Abril estrenarán vestido. Trajes de media estación, sedas leves; la paja empieza á sustituir al fieltro, los guantes claros á los oscuros.........los velos espacian sus mallas, y los corpiños se ajustan menos á los bustos.

Abril y Mayo....Primavera. Hay rondas de brisas y conciertos de nidos; ya los árboles van á estrenar ropa. Muselinas serias para el templo donde la Virgen sonríe á los niños que riegan perfumes y desgranan flores ante su altar, muselinas claras para el paseo......... Sombreros leves de formas caprichosas y muchas flores naturales en el corpiño.........

Junio, Julio, Agosto y Septiembre.........calor.

El sol chorrea fuego calcinante. Los árboles apenas mueven sus hojas. La aristocracia emigra. Las *villas* de Coyoacan, Mixcoac, San Angel y Tacubaya, abren en toda su amplitud sus rejas de hierro. Los jardineros no

Figura 3.

se dan punto de reposo para ordenar aquella flora loca que revienta en todos los macizos; el agua límpida canta en los pilones de mármol y regada de pétalos espejea en el baño; llegan del campo rudos perfumes.....Muselinas leves, siempre floreadas, encajes diáfanos en el corpiño, sombreros amplios cuya forma no tiene más adorno que cintas y flores, luengos trajes de amazonas para campear en alas del caballo fervído por la llanada; coquetas ropas de baño cuajadas de blondas y lazos rosados ó azul pálido; rebozos de seda á grandes tayas, que se cruzan sobre el pecho como las cintas del uniforme de un dragón y luego se enredan al talle gracil, llenos de matices.

Figura 4.

Meriendas al amparo secular de los árboles; soirées íntimas en que el piano y el violin desgranan sus notas.....

Y un caballero que asoma entre los árboles, ginete en brioso alazán y se pierde rápido en el llano...... Es el ensueño.

Octubre, el cielo se pone azul, de un azul profundo, limpido y tranquilo, de un azul *enfoncé* como dicen los franceses. La naturaleza tiene la augusta melancolía de una madre que acaba de alumbrar, según la hermosa expresión de d' Annunzio, *muertas caen las hojas de las ramas*, y yacentes sobre los surcos, semejan *un enjambre de mariposas muertas*

Se impone el traje de media estación; se impone el calor del nido del bulevar; hay que tornar á la metrópoli que se anima singularmente, quedan en el fondo del ropero los arreos del campo. El gros y el satin sustituyen á la muselina; el fieltro á la paja; el abullonado de raso al ramo de flores.

Noviembre y Diciembre......... Los lutos primero; las fantasías después Las coronas muestran todas sus pompas de porcelana, de terciopelo y de seda en los aparadores. Hay que pensar en los muertos. Ellos ya no tendrán mas variación que el renacimiento de las primaveras á que suceden las blancuras y las desolaciones de los inviernos.........

Después, Navidad con todos sus atavíos, con toda la fantasía de sus abrigos, esos abrigos que se aman

Figura 5:

Figura 6.

tanto no solo porque calientan sino porque son tan bellos......

He aquí pues el año de la mujer.

Ella no se pregunta, cuantas prosperidades traerá el nuevo año? Unicamente interroga: Qué variaciones traerá la moda?

—Muchas amiga mia, ya lo vereis.

* * *

Por lo pronto el invierno ha decepcionado y no poco á nuestras elegantes que habiendo hecho ya *in mente* la elección entre los trajes que la moda les proponía graciosamente, hanse encontrado con que el frío ese poético huésped lleno de melancólicas gracias, no llegaba ó cuando menos se mostraba con benignidades tales que más bien parecía una primavera disfrasada.

Esto no está bien, ¡oh buen viejo Invierno! Las estaciones deben ser tal cual han sido siempre; de otra suerte muchos géneros, muchas pieles, muchos som-

Figura 7.

breros, ideados ó preparados por manos blancas y aristócratas, se exponen á permanecer en el rincón perfumado del ropero de caoba, ó en el más perfumado aún de la imaginación de una dama elegante.

Tal ha sucedido ahora en muchos casos. Hay gruesas sedas ya cortadas, al lado de gentiles y blandas aplicaciones de pieles, en sus cajas de cartón, esperando que al buen viejo Invierno se le ocurra barrer la atmósfera con su soplo helado, y desencadenar los cierzos agudos y cortantes.

Acaso *papá Enero* haga cumplida justicia á vuestros deseos, señoras mias, acaso sea más galante que ese Diciembre rabo verde, que por enamorar algunas flores que el Otoño no se atrevió á matar, se nos ha disfrazado de Tenorio, ha entibiado sus hálitos, se vistió de sol, tiñó el cielo de un azul digno de Abril, y cátalo de Don Juan. besando corolas é impidiendo con solicitudes femeninas, dignas de la señorita Primavera, que las flores se mueran de tisis, que los verdes palidezcan, que las savias se paralicen y los cielos velen su cristal con leves brumas.

Traje parisiense de recepcion, de terciopelo con bordados y aplicacion de pieles.

Pap[illegible] es pre[illegible] que te quites [illegible] muchos [illegible]mos la mala [illegible] que ese tio siempre asmático y hoy remilgado y g[illegible]nteador que se llama Diciembre ha hecho nacer.

***

Mas como pudiera suceder que las cosas cambiaran, que esta engañosa primavera nos volviese la espalda, que este solapado invierno se resolviese por fin á [illegible] tra[illegible] tal cual ha sido siempre, cosa que va presintiénd[illegible] atendemos á las últimas noches pensemos amigas mías en el mañana con elegante cautela.

Desde luego se impone la preocupación de las salidas de baile. Enero suele ser bullicioso y anún[illegible]se tales ó cuales matrimonios, tales y cuales fiestas que pondrán en actividad la imaginación femenil.

Que aconseja el buen tono respecto de las salidas de baile, que ha aconsejado siempre mejor dicho?

Como las toilettes de interior, estas prendas piden los colores más claros, las formas más fantaseadas y más elegantes.

Por ejemplo:

Una pelisse de paño azul celeste, con guarniciones de plumas del mismo tono. Adornos de pasamanería seda y oro. Puede reemplazarse la guarnición de plumas, un poco costosas, por mongolia.

Visita de peluche verde-agua, guarnecida de encajes blanc)s ó de piel de zorro argentada, según que se quiera algo barato ó algo costoso.

Un gran collet de terciopelo coral, bordado de zibelina, de grandes aplicaciones de bordado de oro; pero esos bordados costosos pueden reemplazarse por galones colocados de arriba abajo, siguiendo los pliegues y formando abanico.

Salida de ópera. Una gran muceta detenida en el talle, de velutina blanca bordada de Chinchilla. Un manteau de abate de guipure veneciano, se une al cuello de chinchilla, y vuelve por delante con el brillante ornato de una pasamanería de perlas.

Sin contradicción, lo que hay más cómodo es la muceta que roza menos las toilets.

Todos los colores son adoptados, así como todas las telas elegantes, terciopelo, peluche, satín. drap y todos los adornos *flou* (graciosos y ligeros): pieles, encajes, plumas.

Hay algunos encantadores y tan frágiles que solo con guardarlos en unión de los trajes se descomponen y marchitan: he aquí por qué es inútil gastar en estas salidas de baile y de teatro grandes cantidades. Empero tales prendas deben ser siempre elegantes como todo lo que se refiere, oh amigas mías, á vuestra graciosa persona.

Con unos cuarenta pesos y con la ayuda de vuestra costurera ó de una obrera á jornal, podréis obtener una salida de baile ó de teatro, muy coqueta. El forro debe ser siempre de seda suave, surah ligero, ó marceline. Así, cinco metros de género á unos tres pesos metro lo que hace quince pesos, otro tanto de forro á siete reales ó un peso metro lo que hace cinco pesos y lo

Talle de un vestido de fantasía.

demás para el adorno, os es suficiente. Podeis, es cierto dar á una prenda así triple ó cuádruplo precio. Esto depende de la hermosura del terciopelo ó del peluche, de la longitud de la *salida*, (hoy la moda las pide luengas), y sobre todo de la riqueza de la guarnición.

***

La Reforma está en su apogeo, á pesar de que la Obrería Mayor siempre tarda en sus tareas, para aplanar una gran zona de la calzada tendió unos morillos que impedían el libre tránsito de los carruajes salvo en una línea demasiado angosta. Esto por lo demás ha contribuido á la belleza del paseo, pues los carruajes encauzados por una zona más angosta, formaban dos filas inmensas y nutridísimas que á la luz de los focos que se encendían luchando con las llamaradas del crepúsculo, y con el fondo bellamente decorativo de los palacios de la banda derecha del paseo, bien iluminados, daban á éste un aspecto del todo parisiense.

Y á propósito de alumbrado, viene aquí á cuento recordar un proyecto que es lamentable no se haya realizado. Tratábase de que las grandes casas de comercio de nuestra principal avenida, dejasen encendidos y abiertos sus aparadores cuando menos hasta las diez de la noche. Si á esto se agregase un buen alumbrado en la Reforma, se lograría acaso prolongar el paseo hasta hora más avanzada y aunque muchas familias, en las bellas noches de primavera paseasen por la calzada. De esta suerte nuestra arteria principal ganaría inmensamente en animación y no presenciaríamos ese espectáculo de soledad que desde que cae la noche se advierte en nuestra metrópoli.

México, que en el día tiene visos de población europea, por la noche se convierte en un poblachón triste y silencioso. Un resto de vida se concentra en las tandas y en tal ó cual cafe, mas solo sirve para hacer más notable el general silencio.

Imaginaos si no sería bello un paseo en carruaje, después de la cena por la Avenida Juárez y la Reforma, profusamente iluminadas y qué fantástico aspecto tendrían los sombreros, los abrigos, los trajes, cómo brillarían los ojos, cómo florecerían las sonrisas á la luz pálida de los focos.

Si la nueva empresa de la luz electrica iluminase cuando menos mejor que la actual nuestro paseo!

***

La muerte de la linda señorita Paz Algara y Terreros ha llevado el luto—siquiera sea mitigado—á nuestros hogares elegantes.

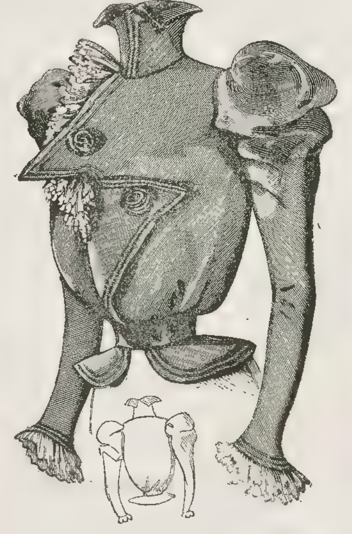
Cuepo para vestido de pasee.

Con que también los reyes mueren! decía en una de sus más formidables oraciones fúnebres el gran Bossuet.

Con que no basta,—diríamos nosotros —ser bella.—Abrirse apenas á las albas de la vida, ser rica, ser buena y ser feliz para desarmar á la muerte?

Conque es preciso á veces

. . . .partir en pleno día,
cuando el sol resplandece en su jornada,
cuando todo en el pecho ama y confía,
y la vida, Julieta enamorada,
nos dice: No te vayas todavía!



Traje corte de sastre

Menandro afirmaba que *los amados de los dioses mueren jóvenes!* Más ay, esto no puede consolar á los corazones huerfanos. Cierto es que la tumba que disuelve y transforma, también inmortaliza y que la vida que se extinguió en primavera sigue, en nuestra mente siendo joven, perennemente joven, como nos imaginamos á Hero y Leandro, á Amelia y á la pensativa María; pero por esto mismo queda en el espíritu la dolorida impresión de una aurora rota, de una flor helada en botón y repetimos con un poeta:

Cuanta melancolía
causa ver seca ya la flor tan blanca!
la vida de las flores dura un día
pero más triste llanto nos arranca
ver marchito el botón que aun no se abría.

***

En París hanse registrado dos notas de sensación. la muerte de un dentista americano y la aparición de un sombrero revolucionario.

Un dentista americano? dirás amiga mía, haciendo un delicioso mohín despreciativo.

Sí, señora. pero un dentista de reyes y de reinas: Mr. Evans, que ayudó nada menos que á la fuga de la Emperatriz Eugenia cuando el trono de Napoleon III se derrocaba y soplaban vientos de horror para Francia.

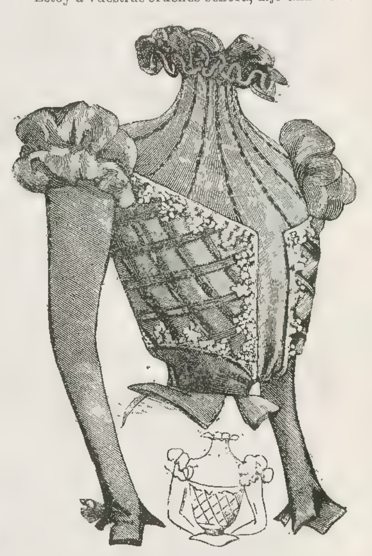
Y con este propósito ha surgido una vez más en las conversaciones parisienses la delicada figura de esa bella condesa española que, reina por la hermosura, supo cautivar el corazón de un Emperador y sentarse sobre uno de los tronos mas poderosos del mundo.

Eugenia es bella aun, su rostro de medalla encuadrado por dos *bandeaux* de cabellos blancos, no se marchita. Sus ojos tienen la misma dulzura imperiosa que sometía corazones

Cuéntase que una vez en una recepción de las Tullerías, á raiz de ciertos conceptos injuriosos para Eugenia vertidos en un folleto que hizo ruido, por el socialista Rochefort, la Emperatriz exclamó:

—En mi país se estila que los caballeros salgan á la defensa de las damas ultrajadas. Qué, no habrá en Francia un hombre que sepa defender á su soberana?

—Estoy á vuestras órdenes señora, dijo una voz viril; la del periodista Paul de Casagnac, que desafió á Rochefort.



Traje de visita

El duelo efectuose en condiciones tremendas, pero Rochefort se salvó de la certera bala de Casagnac, merced á ....una medalla que su mujer le había prendido sin su consentimiento, en el forro del chaleco, sobre el corazón.........

***

En cuanto al sombrero es un sombrero ideal, nada menos que un tricornio coquetísimo, un sombrero napoleónico que ha recibido el nombre de toca *Emperador* y que fijado en la mediania de la cabeza, dejando escapar hacia la frente y hacia la nuca el caudal de los rizos, produce el efecto más gentil que pueda imaginarse. Se hace de seda acordonada gruesa, y se unen sus dos porciones perfectamente iguales, con terciopelo ó seda más delgada; exactamente como las de una mitra. Lleva armazón de cartón grueso y en la especie de diadema en que termina, ábrese un penacho de pluma de pavo rizada. En la parte anterior, sobre la seda que es negra, lleva una guía de perlas.

Naturalmente los ejemplares se multiplican y hay quien los lleve de colores obscuros.

Es esta una de las prendas más bellas que se hayan visto y está llamada á una boga prodigiosa.

***

Y las corridas de Mazzantini continuan concurridísimas. En la última los palcos estaban llenos y vimos á numerosas familias conocidas.

He aquí algunos nombres: Sra. Romero Rubio de Díaz, familia de la Torre, familia Redo, familias Zaldívar, Landa, Jiménez, Llamedo, Gutiérrez, Peralta, Night, Chaussal, Barron, Braniff y Mercado

Y ahora, amigas mías, hasta luego.

Roxana.

Traje para niña de 10 á 11 años.

Traje de paseo.

DIFERENTES PEINADOS

La moda en cuestión de peinados tiene á veces tales caprichos que no todos son aceptables, á trueque de funestas consecuencias. Las damas de la corte sin pensar en *más tarde* pintan sus cabellos tornándolos rubios ó negros según su capricho, sin reflexionar que la sabia naturaleza organiza con tal regularidad sus obras, que pone en harmonía íntima el color del cabello con la expresión del semblante y sobre todo con el de los ojos; y cuando suele descuidarse lo hace con tanta gracia, que en vez de enmendarla se debe agradecer por ser una distinción en favor de aquella rubia de ojos negros ó viceversa. Así se ve constantemente la *nieve del estío* aparecer sobre cabezas jóvenes á causa de los liquidos empleados para mejorar sus cabelleras, cuando con muy poco trabajo podrán dar á su rostro el mayor atractivo, estudiando únicamente el peinado que, como antes dije, armonice con su semblante y expresión particular. Para esto damos hov diversos modelos, todos salidos de la mejor peluquería y adoptados indistintamente por las más elegantes señoras.

Número 1. He aquí un peinado sencillo, pero que por su misma sencillez se aduna á todos los rostros. En lo alto de la frente un puf de menudos rizos, el resto del pelo ligeramente ondulado y recogido en torsales que recibe una peineta de jaspe.

Para una niña á quien aún no se le riza el cabello naturalmente [illegible] de dividirse por detrás en cin[illegible]jos que se atarán desde la mañana envolviéndolos en una cinta; y la parte de cabellos que circunda la frente ondúlase con el fierro en tres ó cuatro aguas rizando sus puntas para reunirlo con el de atrás, como lo indica el número 2.

Las lindas morenitas pueden también hacerse dos rayas á los lados de la frente, llevando hacia atrás el pelo ondulado para atarlo sobre la cabeza con un listón y dejarlo caer con el resto del cabello en grandes bucles, como los que ostenta nuestra figura número 3.

El número 4, de aire más aristocrático, es también sumamente sencillo pues ha cortado menos pelo para rizarlo sobre la frente y, aunque ondulado el resto de la cabellera, está toda en lo alto de la cabeza con un moño del que salen tres torsales, quedando un poco fuera de la peineta de carey con que se adorna.

El número 5 no se adaptará á todas las fisonomías pero hará más lindas á algunas

Este lleva un puf de rizos sobre la frente y algunos leves rizitos amparan el cuello: el resto del cabello ondulado en aguas muy leves, se reune sobre la cabeza en amplios torsales: completando el tocado una bellísima peineta de carey obscuro ó rubio, enriquecida con diamantes y acompañada de un *aigrette* de pluma.

El número 6 es un peinado tan sencillo cuanto gracioso, y tiene la ventaja de favorecer á la que menos tenga que agradecer de la naturaleza. Este consiste en rizar el pelo en pequeños bucles sobre la frente, ondulando el resto, que se lleva en bandas flojas sobre el vértice de la cabeza, donde se reune el pelo de la parte posterior ondulante y flojo, sujetándolo todo con una cinta que se oculta bajo grandes bucles.

Número 7. Este es un peinado exclusivo para las morenas, llevándolo sencillamente en el día y adornándolo para la noche con una hermosa peineta española. La raya está á la izquierda y los cabellos ondulantes, llevados por un soplo á la derecha. El moño se divide en tres cocas que terminan por rizos y en medio de la frente un buclecito de mágico efecto.

No hay más que elegir entre estos numerosos modelos el género que mejor convenga á las líneas y aire del rostro. Esta es cuestión de gusto que dejo á la elección de mis bellas lectoras.

Traje de calle, número 1.

Traje de calle, número 2.

Vestido de seda, negro, guarnecido de castor.

DESCRIPCION DE NUESTROS GRABADOS.

SOMBRERO CARLIX.

He aquí una de las más graciosas novedades de la actual temporada en cuestión de sombreros Es un fieltro blanco de forma redonda, tan sencillo como gentil. Una cinta de seda acordonada, negra cubre todo lo alto de la forma que está cortada por una superficie plana y á la izquierda arranca un airón formado de gigantesca pluma negra, que cae sobre el mismo lado de la falda. Un penacho de follaje mate ó de pluma lisa, surge más hacia adelante coronando de una manera encantadora la forma.

TRAJE DE RECEPCIÓN

El modelo que hoy ofrecemos á nuestras lectoras es tan bello, tan rico, tan enteramente nuevo, parece á propósito para realzar los encantos de una joven erguida y que sabe conquistar los corazones. Este traje es especialísimo; de terciopelo negro con aplicaciones de finos y muy elegantes bordados á la Richelieu y colocados según nuestro grabado.

La enagua muy estrecha en las caderas, pero bastante ancha en su base; está circundada por un ancho bordado y en su borde una tira de piel. Gran cuello de hombreras, cortado á cuadro y ornado en el escote con piel. Una festola cae en el delantero hasta tocar el bordado con el de la cenefa. Blusa de encaje festoneada blanca lo mismo que el bordado.

Cuello Médicis de terciopelo cubierto con bordado. El cuerpo liso de debajo es de raso blanco. Mangas y cinturón de terciopelo.

TALLE DE UN VESTIDO DE FANTASIA

Este se hace de paño verde ruso. La espalda ligeramente blusa no tiene costura en medio: pequeños laditos; el delantero algo suelto debajo de los brazos; y desde la pinza se redondea abriéndolo sobre un plastrón de raso negro; basca sujeta al cinturón. Bordados de aplicación adornan los delanteros y la basca. Plissé de raso negro sale bajo los delanteros. Cuello de raso cubierto con otro de batista. Manga de sastre adornada también con aplicaciones de bordado y plissé de raso en su borde.

CUERPO PARA VESTIDO DE PASEO

De cachemir gris claro en forma de blusa, sobre un forro ajustado de tafetán gris se coloca un canezú de guipur crudo de cuyo pie sale la blusa que va cortada en la espalda y el delantero, se abre en un lado abotonado por dos patas opuestas y entrecruzadas. Cintas de terciopelo negro adornan la blusa, según las indicaciones de nuestro grabado. Cuello recto de guipur, manga abullonada en lo alto y con hombrillos cuadrados y adornados de cinta. Un encaje cae sobre la mano.

TRAJE CORTE DE SASTRE

La tela de este vestido es paño arrasado color beige claro. Su forma es blusa, espalda sin costura, ámplia y sujeta por un cinturón de terciopelo marrón. Una costura bajo el brazo. Delante igualmente blusa, ésta cortada en solapas opuestas que se cruzan sujetándolas con un botón punzante. Chorrera de encaje saliendo del cuello, que es derecho, con forro de terciopelo. Basca pendiente del cinturón. Mangas con ligero bullón, y volante de encaje que cae sobre la manga.

TRAJE DE VISITA

Este modelo que ofrecemos á nuestras lectoras, ha sido de general agrado y el cuerpo está hecho de terciopelo beige cuerpo blusa, sobre un forro ajustado: espalda lisa ligeramente amplia, y recojida con un cinturón de terciopelo negro; delantero algo suelto liso. La parte superior del talle está adornada por cordoncitos de abalorio simulando piezas hasta el cuello que es de terciopelo plegado.

Corselete de terciopelo rojo enteramente velado por cintas de terciopelo negro dispuestas en rombos. Un bordado crema circunda este corselete. Pequeña barca lisa sigue al cinturón. Manga lisa con dos bullones en lo alto y su borde inferior cortado.

TRAJE DE PASEO

Este es un traje de gran mérito aceptado por las mejores damas de Europa. Consiste en una enagua de paño tórtola adornada con una gran franja de terciopelo del Norte negro, cuyas costuras se ocultan bajo unas tiras de piel de chinchilla. El cuerpo blusa ligeramente holgado es también de terciopelo, cubierta en lo alto del talle y mangas con un bordado de paño perforado. La abrochadura se inclina algo á la izquierda y la vuelta está cubierta con piel de chinchilla. Cuello Médicis forrado de piel. La basca tambéin va orlada de piel, cinturón con tres hebillas.

TRAJE PARA NIÑA DE 10 Á 11 AÑOS.

Este trajecito es de sarga de Escocia; azul y verde, con un cuello de terciopelo verde oscuro con trencilla negra vueltas de raso del mismo color.

Traje de baile.

TRAJES PARA CALLE.

Falda lisa—roja y blanca Jaquette de ondulina roja cruzada por onduladas líneas negras. el Jaquette forma una corta basquiña en la espalda rodeada con una cinta que festonea las vueltas como un budé de fantasía. Los frentes y cuello de astrakan negro.

El segundo traje de calle es de paño heliotropo. talle blusa remetido muy poco holgado abrochado sobre el lado izquierdo, con botones y alamares y trozado en el centro en forma de pinsa dejando ver un pico á manera de chaleco. La vuelta y el cuello están forrados de piel de chinchilla.

Sombrero fieltro gris con plumas tornasol.

Collet de Astrakán

Vestido de paño gris. Bolero de cuero y astrakan

Paletto de terciopelo del Norte negro.

VESTIDO DE SEDA NEGRO

Este vestido hecho de seda negra está adornado por bandas de castor castaño claro que simula sobre la enagua estendida, una veste bastante larga. El cuerpo blusa se abre con dos vueltecitas cuadradas, sobre un peto bordado, recojiéndose en la cintura con un listón de seda negro con hebilla esmaltada. El talle está adornado lo mismo que las vueltas, por tiras sesgadas de seda negra. El borde, cuello y mangas están guarnecidos por tiras de castor.

TRAJES DE PAÑO GRIS.

Tiene la enagua y sobre las costuras laterales una cinta de terciopelo acompañada de una serie de precillas colocadas á distancia de cinco centímetros, otras tres presillas van en el borde. El talle, es ajustado con pico delante y atrás sobre un chaleco de terciopelo gris que á su vez deja ver un plastron de terciopelo ornado con paño.

El cuello sigue al plastrón y se oculta por detrás bajo el chaleco. Manga entera lijeramente abuyenada en lo alto. y en el bajo presillar. Una profución de botones de concha quemada completan el traje.

COLLET DE ASTRAKÁN

Los delanteros y la espalda ajustados en el talle por una cinta; está guarnecido en su borde superior por un cuello Médicis. Las mangas de astrakán forman una pelerina. El cuello va forrado de raso negro.

Pequeño sombrero de fieltro gris guarnecido de terciopelo tornasol de rojo y verde, plumas matizadas.

BOLERO DE CUERO Y ASTRAKÁN

Este bolero tiene un plastrón de cuero perforado rojo obscuro, que desciende delante y detrás hasta el talle. Una banda estrecha de zibelina, circunda el plastrón que está forrado de seda clara; el ramaje está bordado de perlas y bronces. El exterior del cuello Médicis es de cuero bordado y el interior de astrakán y zibelina. Toque de terciopelo rojo.

PALETOT DE TERCIOPELO DEL NORTE NEGRO.

Este paletot para Sra. de cierta edad tiene siempre la basca semi-larga y cubierta hasta el hombro con cordones y bordados de seda; la cerradura del lado está guarnecida de una banda de skungo—El borde superior termina por un cuello de skungo.

La capota de terciopelo negro guarnecida de encaje y un aigrette.

TRAJE DE BAILE

En nuestros días el baile parece que ha perdido gran parte de su encanto, pues apenas si se piensa en un baile donde las bellas señoras puedan ostentar sus luengas colas ni su calzado blanco. Hoy la juventud se contenta con dar unas cuantas vueltas sin saber si deben ser á la derecha ó á la izquierda, eliminando toda etiqueta y toda ceremonia; y ésta es la causa por lo que pocas veces presentamos á nuestras bellas jóvenes un modelo para toilette de baile. El que damos hoy es tan lindo que podrá reinar en un elegante salón

Este traje es de raso amarillo oro, el talle estrecho, liso: escotado, con una pequeña manga lisa. Cubre el talle una coraza de encaje negro cuyo delantero cae hasta el borde del vestido y va sujeta por ancho cinturón de raso oro.

El delantero se adorna con bolantes de raso: Las mangas formadas primero por tres volantes de encaje tienen encima un plissé de raso. Completa el adorno un ramo de anemonas sobre los hombros.

Vestido para niño de 7 á 8 años. — Traje para niño de 2 á 3 años — Vestido para niña de 13 á 14 años

Traje con galones

TRAJE CON GALONES.

Este vestido de lana rayado de rojo y negro, está adornado con alamares de pasamanería negros, quillas, y un cuello derecho de terciopelo negro, bordado de rojo Los alamares guarecen el borde inferior del vestido á los lados de las quillas y los delanteros del cuerpo-blusa, el exterior del cuello Médicis. Cinturón de raso rojo atado al lado izquierdo.

VESTIDO PARA NIÑO DE 7 Á 8 AÑOS.

Es de chebiot azul obscuro y consta de pantalón hasta la rodilla y jaquette abierto, el jaquete va sobre una camisa con gran cuello marino abotonado al jaquette.

TRAJE PARA NIÑO DE 2 Á 3 AÑOS.

Se hace de terciopelo verde obscuro de falda y jaquette abierto sobre un chaleco blanco figurado. Un chaleco interior sujeta la falda y se une al cuello.

VESTIDO PARA NIÑA DE 13 A 14 AÑOS.

Este es de rosa vieja punteado de negro, bordado con raso liberty rosa viejo y completado con un cinturón amplio de raso. La falda va forrada en percalina.

DOS TRAJES PARA NIÑOS DE 1 Á 2 AÑOS.

1. Abrigo de franela blanca adornado con piel cordones de seda, manga ancha con puño de piel. Capelina de franela con lazos color de rosa. Polainas acojinadas.

2 —Vestido imperio de cachemir verde-agua: con vueltas de picos tanto delante como en la espalda adornadas con galoncillo de abalorio y orladas de encaje muy fino. Botitas acojinadas

Las bodas de Camacho

Refiere un periódico que en Hervás (Cáceres) se ha celebrado una boda, en la que los comensales han despachado lo siguiente:

Tres hermosas terneras, la una de quince arrobas y las otras de trece; siete docenas de pavos, once jamo-

Dos trajes para niños de 1 á 2 años

nes, dos arrobas de truchas, la más pequeña de tres cuarterones: setenta docenas de chorizos, ochenta lomos en tripa, seis docenas de barriles de aceitunas, cinco arrobas de salchichón, siete docenas de gallinas y capones, postres, frutas y dulces de todas clases, predominando las natillas y flanes, que ocasionaron un consumo de catorce cientos de huevos

Hay quien asegura que el vino consumido podría llenar un recipiente de cincuenta y seis metros cúbicos.

LABORES MANUALES.

SERVILLETAS PARA TE.

Constantemente nos interesamos por objetos para regalos de familia, y como es muy conveniente unir lo útil á lo bello, nos proponemos que nuestras suscritoras encuentren lo deseado y para ello tenemos un verdadero placer en trasmitirles detalles minuciosos.

Nuestros grabados 1 y 2 representan el todo y el tamaño natural. Puede tomarse un cuadro de género de lino de 30 centimetros con un dobladillo de ojo de 2 cent metros. En el centro lleva un pequeño deshilado, de una hebra, luego otro de baretas y bridas con punto de ojal como lo indica el dibujo. luego otro deshiladito igual al primero y antes del dobladillo unas eses de seda lavable (sea francesa ó americana) color capuchina de dos tonos.

UN LINDO SACO PARA NODRIZAS

Las mamás y también las nodrizas cuidan mucho de tener canastilla ó saco en donde poder cargar la botella, ropa de cambio, el velo; etc., para su adorado bebé.

En nuestros dibujos 3 y 4 damos hoy un sencillo pero muy bonito modelo para saco: este se ejecuta sobre un lienzo á cuadros, ya sea franela. piqué ó cretona, malva y blanco de 90 centimetros de largo por 40 de ancho; los dibujos están dispuestos, como lo indica el diseño número 4 y se hacen sobre 5 lineas de cuadros dejando dos para la jareta. Lo que forma el cuadro bordado es de hilo de malva rojiza, el contorno de seda amarilla á punto de cordón; la flor del centro malva clara. y la sencilla amarilla. Se forma con tafetán malva, marcando con dos pespuntes la jareta corrediza y adornando el borde con un pequeño guipur.

ROPA INTERIOR

CAMISA DE HOMBRE

Esta es una bonita camisa de percal blanco cuya pechera se hace de tejido flexible dispuesta en cinco pliegues huecos hasta el de la botonadura. Cuello disminuido de batista, puños almidonados. Corbata de raso broché.

Otra camisa para caballero se hace de tela fina y la pechera es de lienzo acordonado. Cuello derecho y puños almidonados. Corbata blanca del género mariposa. Cifra de última moda fuera de la pechera.

CHALECO DE FRANELA PARA SEÑOR.

Nuevo y sencillo modelo de abertura cruzada y adornado con bandas de razo cosidas con un gaviado. Cifra bordada.

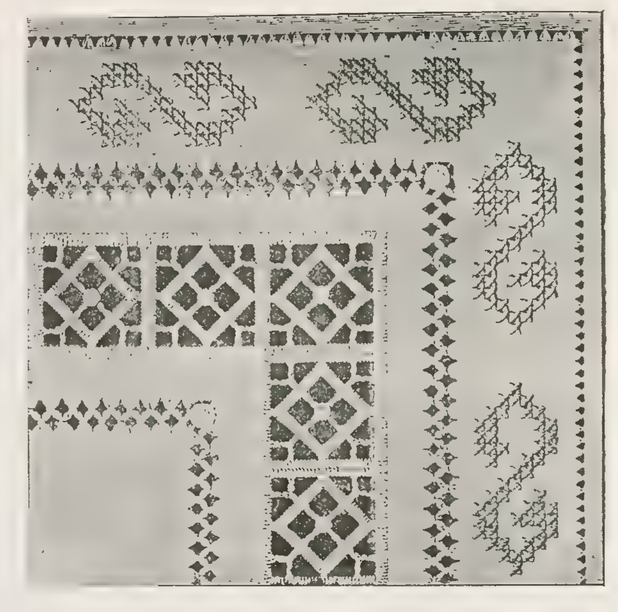


Fig. 2. Detalle de la servilleta para té.

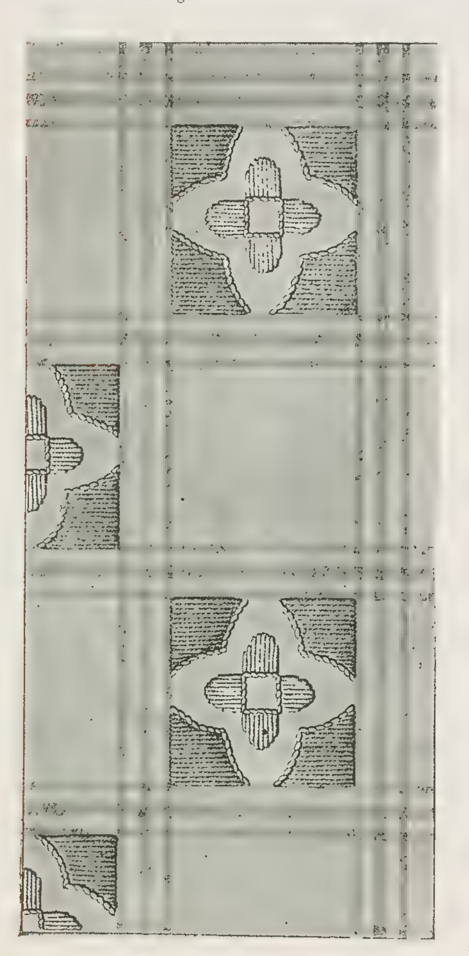


Fig. 4. Detalle para la bolsa de nodriza.

CAMISA DE VESTIR PARA SEÑORA.

1. Camisa de vestir. Esta lleva al derredor del escote, un pequeño bordado; luego un abullonadito á pliegues huecos en el delantero que se termina con un entredos bordado. Las mangas llevan también bordado y un lazo color de rosa en el hombro.

CAMISA DE DORMIR PARA SEÑORA.

2. La camisa cuyo modelo ofrecemos es de batista con un canesú de alforcetas cortado por dos entredoses bordados. Cuello de encajes plegados. Chorrera y berta también de encajes. Mangas cerrada por un puño de alforcitas cortadas por entredos, con un volante con encaje

PANTALON DE SEÑORA.

3—Una especie de puño de alforcitas forma el borde del pantalón, adornado con un entredos por el cual se pasa un listón que se anuda graciosamente: un volante ornado de encaje termina el adorno.

Fig. 1. Servilleta paro té

CARNET DEL DOCTOR.

LA OBESIDAD.

Algunas señoras, preguntan cuál es el mejor tratamiento para adelgazar. La gordura las desola y con ella se espanta su coquetería asustadiza.

Sin embargo, es necesario que en ésto, como en todo, haya sus distinciones.

Si la finura y la esbeltez convienen á ciertas mujeres y las embellecen, por el contrario otras son bellas y majestuosas debido á su morbidéz que las da tan buena presencia.

La obesidad depende, en general, del temperamento.

Por eso los más enérgicos remedios aconsejados para disminuirla, son tan poco eficaces, pues no es posible cambiar el departamento que predispone á engordar y el tratamiento sirve para solo debilitar el organismo, y hace consigo la ruina de la salud.

Por mi parte aconsejo á las personas sanas pero gordas, quedarse tal como están, sopena de alterar, gravemente, las más veces su salud.

No hay más que un sólo régimen que sea permitido por que no es en modo alguno nocivo el régimen higiénico.

Por lo mismo, de éste voy á hablaros.

* * *

Las personas muy gordas, tienen el sistema muscular ordinariamente muy poco desarrollado. Se puede desarrollar ese sistema, quitando á la gordura los elementos necesarios, y el ejercicio, bajo todas sus formas. es el medio más á propósito para conseguirlo.

Todos los ejercicios musculares son excelentes: la gimnasia, la natación, el remar; pero el más práctico evidentemente es la marcha, el ejercicio á pié y al aire libre. Es muy fácil, sin gran trastorno en las ocupaciones, dar un gran paseo todas las mañanas. Se comienza temprano y se anda poco los primeros días; después se aumenta cada mañana la duración del paseo.

La causa más común y corriente de la obesidad es en efecto la vida sedentaria. En tal caso, la agitación y el ejercicio son los soberanos remedios que bastarán generalmente á hacer desaparecer la gordura, mejorando al mismo tiempo la salud general.

Fig. 3. bolsa de nodriza.

Para ciertas personas convendrá añadir el *massage* que, *bien usado*, podrá prestar grandes servicios; pero para esto será necesario tener un *masseur* competente, el médico de casa, por ejemplo, que después de aconsejarlo, lo practique, si puede y quiere, pues el *massage* mal usado es inútil.

La hidroterapia, las fricciones secas en todo el cuerpo, son algunas veces muy buenas.

Por último, el régimen alimenticio es el que debe ser principalmente vigilado.

Las comidas deben ser regulares y bien espaciadas.

Es necesario, comer pocas grasas, pocas sopas y preferir los caldos; el pan es uno de los principales productores de grasa, especialmente la corteza; vale más comer la miga.

Evítense igualmente el azucar, los dulces, pasteles, etc. y las legumbres secas como habas, frijoles, lentejas, arroz y las papas.

Por el contrario deben comerse frutas bien maduras, carnes y legumbres verdes.

Las bebidas tienen una influencia manifiesta en el desarrollo de la obesidad, sobre todo, las alcóholicas: no debe beberse vino, ni cerveza, ni licores. Con esto desde luego ganará el estómago y todo el organismo. Tómese agua, pero lo menos posible: también es muy buena la infusión ligera de té sin azucar ni leche.

El ideal sería no beber agua sino al comer y una taza de té caliente una hora después de la comida; pero es difícil habituarse á este régimen, en cuyo caso bébase lo menos que se pueda.

Los medicamentos son perjudiciales, en particular el abuso del vinagre que muchas porsonas creen soberano remedio contra la obesidad. es completamente ineficaz y al mismo tiempo funesto para el estómago.

He aquí unas ligeras notas; sin embargo, no os ilusioneis. Hay muchas personas que á ningún precio deben intentar enflaquecer. Una enfermedad cualquiera, ciertos temperamentos contra indican absolutamente toda especie de tratamiento, y aun de régimen. Así, antes de intentar nada, consúltese con el médico y solo con su permiso, emprended cualquiera cosa.

El Doctor.

Camisa de percal, para hombre

Nudo de corbata para señor:

LA NARIZ ROJA.

No es por cierto un accidente extraordinario tener la nariz roja, por más que sí sea poquísimo agradable. Yo creo que la higiene puede prevenir este inconveniente cuando es tiempo aún; pero mucho me temo que sea irreparable cuando no se le atiende á tiempo, porque he conocido á un hombre de mundo, muy cuidadoso de su persona, muy sobrio y que se desolaba de tener aquella como señal de excesos que no había cometido.

Según mi debil experiencia. lo rojo de la nariz proviene del estómago inflamado no salamente por la bebida, si que también por la nutrición. Cuando se digiere mal no importa que alimento, se produce cierto desorden en la economía, traducido muy pronto por granos, flujos de sangre á las mejillas, pesadeces en la cabeza malestares que no lo dejan á uno, sin que revistan una verdadera gravedad, hasta el día en que se produce en la salud un trastorno real. Cuando uno se nutre conforme á las necesidades de su temperamento debe sentirse ligero, vivo y despierto, así antes como después de la comida.

—Ahora bien, qué se debe comer? No hay reglas generales. Hay quien se enferma por haber tomado un vaso de leche, una cucharada de guisantes y en cambio absorverá impunemente, cabrajo, jamón y pan caliente.

Los médicos saben lo que es propicio á cada uno de sus clientes. El régimen es frecuentemente la fuente más simple de numerosas curaciones. Pero es preciso también que el enfermo se estudie y descubra todo lo que le conviene.

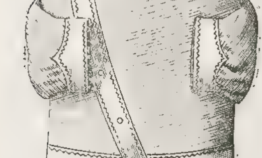
En general, toda la gente instruida está de acuerdo en reconocer que nosotros comemos demasiado y mal. Sin ser vegetariano puede uno aproximarse á las doctrinas que el vegetarismo propone. Nuestros padres, no obstante ser un poco más rudos que nosotros no daban casi nunca carne á los niños antes de la edad de quince años. Las bellas marquesas, empolvadas de la época tan coqueta de Luis XV no sabían lo que era el buey y el carnero.

Se cuidaban del puerco, de las salsas obscuras y de las especias. Era la época de las teces de lirio y de rosa!» Los hombres por su parte llevaban una vida más activa que la nuestra.

Ahora el confort nos mata. En nuestras casas falta el aire. Los tranvias y los caminos de fierro nos evitan grandes marchas. Casi no andamos...... Así pues, hay que ser sobrio é higiénico cuando no se quiere tener la nariz roja.

Camisa de hombre

Camisa de dormir.



Chaleco de franela para señor

EL PEINADO POMPADOUR

Si bien es cierto que las mangas son menos amplias y las faldas muy diferentes en el año actual respecto las del anterior, no ha habido en las modas el cambio radical que se verifica á menudo. Existen, sin embargo, muchos detalles mínimos notablemente distintos—el peinado, la manera de llevar las joyas, el adorno del cuello y otras—cien menudencias que completan el atavío de una dama deveras elegante. De todo punto cierto es que hoy la mujer consagra mayor atención que en otro tiempo á causar buena impresión en conjunto, usando siempre lo más decente y primoroso; pero sobre todo, á adornarse el cuello, á hacerse esmeradamente el tocado y á proporcionarse vestidos de muy correcto corte y muy á la medida. Quien visite á una modista distinguida, se podrá formar cabal idea acerca de la solicitud con que procuran las damas que el talle ajuste á maravilla, no obstante que, pareceria innecesario tal cuidado, por los adornos que hoy se usan en aquel. La verdad es, sin embargo, que no hay pormenor que deba mirarse con descuido, si se aspira á figurar entre las personas elegantes. Daremos golpe siempre que nos ataviemos con escrupulosa atención

Nunca había estado tan en boga como ahora el rizado *Pompadour*; más como no son muchas las damas ó señoritas de cabello suficientemente tupido para formar con él un perfecto *Pompadour*, por lo general se requiere un postizo para obtener el objeto deseado. Fórmanse estos postizos de cabellos cortos muy bien rizados y fuertemente unidos, con algunos bucles de pelo más largo, el cual se echa hacia atrás sobre el postizo. Para poder darle una forma correcta, hay que distribuir el cabello de la coronilla á la oreja, y que hacerlo volver sobre el postizo, cuya longitud debe ser la necesaria, á fin de colocarlo casi por completo en derredor de la cabeza.

En seguida se llevará á la mayor altura de la coronilla el cabello restante y se atará. Ya atado, será menester hacerlo salir de la cinta hasta conseguir que quede de graciosa figura. Es preciso darle ondulaciones, ya sobre alfileres, ya con un hierro caliente. Demasiado duro es este último procedimiento para que pueda estimarse como benéfico al pelo; pero es, en cambio, el que da mejores resultados. Por la noche se arregla el pelo á la mayor altura posible de la cabeza, detrás del *Pompadour*. Existen algunos admirables joyeles, de diamantes y otras piedras preciosas, que embellecen sobre modo el cabello, haciéndolo parecer de gran primor: un anillo de brillantes de tamaño á propósito para circundar el nudo de cabellos, ostenta al frente dos alas de Mercurio: otro luce dos largas plumas de pavo real, de sobresaliente naturalidad; las estrellas de diamantes, medias lunas, coronillas y diademas, tienen aún el auge de otros días, al paso que la rígida trenza y las cintas de raso con garzota ó avestruz, forman parte del tocado de baile

Camisa de vestir, idem de dormir y pantalón para señora

TOCAS DE FLORES.

En Europa está hoy en gran vigor una costumbre encantadora. Las damas llevan á la zarzuela hermosos coronas de flores que remedan una pequeña toca, en la parte superior de la cabeza.

Estas coronas son muy pequeñas y generalmente de rosas vivas y producen un delicioso efecto aplicadas al peinado.

Solo se estilan. como decimos, para ir á la zarzuela.

NO SE DEBE ESCRIBIR ABREVIADO

Muchas gentes activas ó perezosas abrevian las palabras cuando escriben. Esta manera de obrar es reputada como muy anti-elegante y aún contraria á la comodidad, pues que puede en rigor exigir una atención más grande de quien lee esas palabras incompletas.

No se puede obrar con tal confianza sino en tratándose de amigos experimentados, muy bondadosos, muy indulgentes y que *saben* que nuestro tiempo es preciosísimo ó más bien muy breve.

LAS MARGARITAS.

En las noches de Abril, mansas y bellas
en tanto que recuerdas ó meditas,
ascienden al azul las margaritas
y se truecan en pálidas estrellas.

Cuando el alba en las mares infinitas
del orto, desparrama sus centellas,
descienden á los campos las estrellas
y se truecan en blancas margaritas.

Por eso, cuando llena de rubores
deshojas margaritas de alabastros,
auguran el olvido y los amores;
Presienten el futuro: han sido astros!
comprenden la pasión: han sido flores!

Amado Nervo.

ESTANTE PINTADO PARA GUARDAR PIEZAS DE MÚSICA

Con el objeto de guardar las piezas de música y diarios en un estante según el grabado que presentamos, este se construye de la manera siguiente. Se toman dos pilares de madera de 76 centímetros cada uno y se les pinta imitando la madera de caoba. Los pilares cuyas paredes miden 57 centímetros de largo y 36 centímetros de ancho sostienen ocho divisiones, cuyas tablas miden 36 por 55 centímetros, y la distancia que guarda una tabla con la otra es de 5¾ centímetros.

La tabla superior mide 63 por 39 centímetros, y los piés tienen un diámetro de 2½ centímetros.

En la parte superior de este mueblecito se pintan flores al oleo, quedando así un mueble sencillo, vistoso y cuyo costo no es grande.

BREVIARIO DE LA MUJER ELEGANTE

El genio de la elegancia.

La elegancia es un arte que posée á la vez algo de la escultura, por la belleza, la pureza ó la gracia de la linea, y de la pintura por la harmonia de los colores, la graduación sábia de los tonos y de los medios tonos, por la composición más ó menos original ó graciosa de una toilette, de una decoración, por lo picante de un detalle, por la feliz concepción de un conjunto.

Ahora, el arte de la pintura y el arte teatral, es decir, el arte de embelezar y de atraer al público, no responde acaso un poco á la magnificencia de los accesorios.

Ved cuanto cuidado pone un pintor en la composición de una tela ó en el colorido de las draperías. Ahora los fondos tienen una gran importancia en los cuadros: son estudiados, analizados con un sabio cuidado de arqueologo.

Todos los grandes pintores coloristas tienen en sus talleres magníficas telas antiguas ú orientales en que se inspiran.

En el teatro el movimiento artístico de la forma y del color está más acentuado aun, ciertas piezas no se sostienen sino por la originalidad ó la verdad de las decoraciones y la magnificencia de los trajes.

Como todas las artes, la elegancia tiene sus artistas de genio y tal ó cual tapicero, tal ó cual costurera, tal ó cual modista, tal ó cual mujer de mundo—estas son más numerosas de lo que se piensa—son verdaderas y grandes artistas por el gusto exquisito que muestran, sea en la composición de una tela, sea en la decoración interior de una casa. Hay numerosas mujeres, mexicanas que con los solos recursos de su buen gusto, sin poseer ni belleza ni fortuna, se cuentan entre las más lindas, las más irresistibles, las más encantadoras y son las verdaderas reinas de la moda. A estas nada tenemos que enseñarles son la elegancia inata. Basta que sus dedos delicados se apoderen de un ciffon para que inmediatamente este trozo de tela insignificante se transforme en un adorno exquisito. No se ve algunas veces á simples niñas vestirse y peinarse con un arte del todo inesperado? Y cuantas grandes damas no desdeñan dirijir ellas mismas á su costurera ó su tapicero! Pero hay así mismo un gran número que tienen necesidad de guía, de consejos. Si son ricas pueden recurrir á esos grandes artistas parisienses que son los primeros del mundo en el arte de componer para la belleza femenina escenarios y cuadros maravillosos.

En la clase media, las mujeres voluntariamente se ocupan por sí mismas del arreglo de su morada. Así vemos á cada momento las cosas más vulgares cuando no son burlescas, sobre todo desde que la manía del bric á brac y del bibelot chino ú oriental, nos ha invadido. Cuantas piezas así decoradas, son horribles basta la exageración.

No pasa lo mismo con las toilettes, cuyo forma tiende mas bien á depurarse; pero cuan poco graciosas son todavía! Hay así mismo ciertas ópticas tan refractarias á la distinción, á la verdadera elegancia que si para ellas escribiéramos perderíamos el tiempo.

Así, sea cual fuere la elocuencia y la lógica de mis demostraciones, no llegará jamás á salir tal burguesia de su salón cuadrado; regular, solemne, estilo Luis XIV y Luis XII: un canapé, seis sillones, seis sillas, todo cubierto de la misma tela: terciopelo de ultrecht ó terciopelo de Génova, brocado ó damas de lana según la fortuna de cada una.

Estante pintado para guardar piezas de música

El buen gusto es el buen sentido, ha escrito Mme. de Mamtenon y nosotros nos sentiríamos tentados á decir como un escritor célebre: Si el esprit corre por las calles, nada es más raro que el buen sentido. Ahora bien, la originalidad en la toilett, lo picante, lo chic, lo espiritual si quereis, lo encontramos á cada paso, pero la originalidad de buen gusto es lo que hay mas raro.

GOLAS Y GRIÑONES.

Hubo una época en que las golas y griñones se consideraron propios sólo de los vestidos de niña; más en la presente estación los han adoptado con positivo afán las señoras de edad provecta, y hoy es una excepción el vestido que no tiene unas ú otros.

Hay en la actualidad para los vestidos de noche un griñón á propósito para transformar un traje de baile de hechura común en traje de banquete. Puede hacerse un bonito griñón de raso azul pálido, adornado de blonda azul, se ajusta á la parte alta de la garganta por medio de un cuello de corbata, con encajes en la parte posterior. Las mangas son bastante largas para alcanzar hasta las manos, y terminan en vueltas de encaje. No se les pone forro. Se usan mucho para los griñones el tul, los lienzos de color, la seda *Liberty* y la muselina de seda.

Por regla general, las golas de los vestidos de paño son de colores y material que hacen contraste con aquellos. Con el paño negro se acomodan muy bien las golas de tafetán fino sombreado. Al vestido azul negro le cae muy bien una gola de brillante color de llama, con cuello de corbata y rosetas de tafetán en la parte posterior del cuello. Al vestido azul obscuro le acomoda una gola de tafetan azul sombreado y lo hermosea admirablemente: su objeto es, según parece, hacerla entallar mejor y dar á los hombros toda la amplitud posible. Como se vería muy mal un talle con gola obscura circular, conviene hacerla de paño liso de color castaña. Se separa enteramente de los hombros y termina en una doble vuelta; pero la gola de terciopelo castaño obscuro da un color más pronunciado al frente que sirve de guarda al vestido.

De un estilo semejante es el talle de un vestido rojo obscuro. La gola no es de color contrastante; pero el alto cuello y los angostos hombrillos son de diferente color, y la forma se hace resaltar por medio del esmerado ajuste de la gola, que es absolutamente lisa; los frentes del talle van llenos, y con vueltas circulares guarnecidas de piel de *mince.*

Los talles de seda llevan cuellos de ancha gola cortados en puntos y guarnecidos con vueltas de encajes; son lisos en los hombros, y producen el mismo efecto de la gola. Se usan todos los colores y están aún en privanza los tafetanes sombreados. Si las golas acaban en vueltas de encajes, imitan entonces mucho mejor las usadas por los niños; mas precisa admitir que tal moda es bella y conveniente, y que una gola de raso adornada con encajes, es un lucido aditamento casi para todos los vestidos. El paño y las sedas muy gruesas son con frecuencia demasiado ásperos para la cara y entonces esos accesorios de seda y encaje préstan los mayores servicios.

Basquiñas de seda.

El problema relativo á la manera de conseguir que las pesadas faldas de paño caigan bien, versa en la presente estación sobre las basquiñas de seda que han de llevarse debajo de aquéllas, y estas mismas basquiñas de seda son las más voluminosas por su tamaño. De la cintura á las rodillas, son mucho más angostas que las faldas de vestido común aunque de suficiente anchura por el frente. Algunas veces se les ponen cuadrados en el ancho del frente, con el objeto de impedir que las rodillas las destruyan. En la rodilla ó un poco abajo es donde deben empezar los flecos y dobleces. Las faldas más historiadas tienen un ancho fleco sobre el cual están cosidos algunos dobleces de la seda, y que en realidad funciona como una especie de extensor.

Otra forma, aunque no nueva, tiene el ancho fleco terminado en varias hileras de cordones, una guarnición y una vuelta al borde de ella. Se pone una varilla de acero al través de la guarnición, y otra al través del ribete de la falda, la cual se forra con batista y se sujeta con terciopelo.

La objeción principal en contra de las faldas de seda, consiste en que son muy delgadas para el invierno, desaparece forrándolas con paño de *albatroz,* el cual es caliente y, sin embargo, tan lijero, que ni es basto ni causa estorbo.

Un banquete original.

Hace poco se celebró en Lóndres un banquete organizado por cien señoras inglesas que gozan de reputación envidiable en el campo de las bellas artes, de la literatura, de la ciencia y de otras ramas de la actividad intelectual humana, cada una de las cuales tenia el derecho de invitar á la fiesta á un compatriota no menos ilustre que ellas. El invitado podía ser el propio marido, pero á condición de que estuviese adornado de méritos propios que lo hicieran digno de figurar en aquel escogido concurso. La organización del banquete corrió á cargo de un comité compuesto de quince damas, las cuales llenaron tan á la perfección su cometido, que con ello demostraron cumplidamente cuán equivocados están los que creen incompatibles las aptitudes de una literata ó artista de fama con las de una buena ama de casa. De este comité formaban parte, entre otras: mistress F. A. Steel, notable escritora que ha alcanzado gran notoriedad con una novela histórica de asunto indio y que fué la iniciadora del banquete: la célebre trágica miss Ellen Terry, lady Jeune, lady Dorotea Naill, miss Clara Montalva, la doctora en Medicina mistress Garret Anderson, la doctora en Jurisprudencia mistress Juana Harrison, mistress Faweet y miss Flora Shaw. Entre las cien comensales contábanse: lady Randolph Churchill, Mad. Paul Bourget, mistress Craigie, más conocida por su seudónimo literario John Oliver Hobbes, la Condesa Teodora Gleichen, miss Kingsley, lady Enry Somerset, mistress Stanley, mistres Alma Tadema, mistress Humpry Ward y otras damas no menos distinguidas. Entre los hombres invitados había poetas, escritores, pintores, escultores, músicos, directores de teatros, astrónomos, filósofos, médicos, estadistas, políticos, eclesiásticos, jurisconsultos, viajeros exploradores, críticos, periodistas y editores; también tenían allí su representación el ejército, la marina y las colonias. A pesar de hallarse reunidas tantas celebridades, no hubo más que dos brindis, uno á la reina y otro á los invitados del sexo feo pronunciados por mistress Flora Annie Stell y lady Somerset respectivamente.

Las damas inglesas organizadoras de este banquete al hacer partícipes del mismo á los representantes del sexo fuerte, han dado una prueba de buen sentido y han demostrado ser menos exclusivistas que los hombres, á quienes no parece sino que en esta clase de fiestas les estorban las mujeres ilustradas, temerosos quizá de la competencia que puedan hacerles, si les dan alas, como vulgarmente se dice.

CONSULTAS DEL MEDICO

A Margarita.—Mucho ejercicio al aire libre, descanso de los trabajos intelectuales, evitar los alimentos estimulantes, y evitar ante todo el abuso de los narcóticos.

A una curiosa.—El bromuro de potasio que es el más empleado se usa ordinariamente á la dosis de *uno hasta cuatro gramos* cada dia; la hora más propicia para administrarlo es la de acostarse, buen tiempo despues de la cena.

A Artemisa.—En el sentido estricto de la palabra no puede decirse que los baños tibios debiliten; todo depende de la temperatura del agua y de la duración del baño. Las personas delicadas y neuróticas harán bien en usarlos con mucho prudencia, y para las irritaciones de la piel agregarles doscientos gramos de bicarbonato de soda á cada uno.

CORRESPONDENCIA

María N. P.—Tan de moda están hoy los vestidos de color gris, que hará Ud. muy bien en procurarse uno, si posible es de *poplín* ó cachemira.

Es muy elegante y decente un cuello de capa rojo.

M. L.—La cachemira es el material más hermoso que puede Ud. escoger; y, para su intento, mucho mejor que cualquiera otra tela en esta época del año. Hágase Ud. una falda circular adornada con tres ó cuatro *ruchings* de tafetán blanco, puestos en líneas onduladas al rededor del frente. Haga Ud. el talle con tiras alternadas de encaje *point d' esprit* y cachemira plegada. Las mangas recogidas ó arremangadas, de cachemira y con ebanillos en el remate y collar de tafetán con escote de encaje. Cinto de seda de tafetan blanco, con hileras de *ruching* en las extremidades.

Sara B. La trenza oscura es el mejor adorno, en todos casos, para un vestido de sarga. La falda lisa y acuchillada es la que da líneas más largas que cualquiera otra, y se usa todavía. Vea Ud. las ilustraciones de nuestro último número.

Margarita.—Es muy poco apropósito para el invierno el traje azul con cubierta de paño; sería mejor prescindir de él por ahora, y volverlo á usar sino en la próxima primavera. Durante todo el invierno será bien recibido el *waist*; pero puede vd. reemplazarlo con uno de seda más espesa ó de terciopelo.

VARIEDADES

JUEGOS PARA NIÑOS

Coro campestre.—Las niñas y los niños se sentarán en rueda, alternados. El que dirige el juego entra á la rueda y da á cada chiquitín el nombre de una ave; por ejemplo: cuervo, paloma, cuclillo, gallina, pavo, etc. Cuando ya todos tienen nombre, el director dice algo en secreto á cada uno. Lo que le dice es un movimiento ó sonido ó una y otra cosa que quiere que produzca el aconsejado. Al corriente ya todos de lo que deben hacer, se para el director en el centro de la rueda y dice en voz alta: *uno, dos, tres.* A la voz *tres* se levantan todos y se ponen á correr alrededor de las sillas desocupadas, moviendo los brazos á manera de alas y graznando, cantando como gallo, etc.. según lo que se le ha mandado á cada uno.

Nueve. Todos los niños deben sentarse para este juego de igual modo que para el anterior. Se elige un niño y se le da un pañuelo para que lo arroje á alguno de los jugadores, y antes que aquél acabe de contar nueve en voz alta, el chiquilistrillo á quien le ha arrojado el pañuelo debe mencionar algo cuyo nombre empiece con la letra *D,* como por ejemplo: dinero, duende, dátil, etc. Si se equivoca, pasa á ocupar el lugar del que le ha hecho caer en la trampa, y se encarga de arrojar el pañuelo. No se permiten repeticiones.

Caza de manzanas. -Pónense manzanas en diferentes partes del cuarto: corren á un tiempo todos los chicuelos á cogerlas, y el que junta más, se queda con ellas en recompensa de su ligereza.

En lugar de manzanas se pueden poner sabrosos *sandwiches* de lengua ó jamón, pastelitos, dulces, nueces, etc., etc., que irán especialmente adornados cuando se festeja el cumpleaños de alguno de los rorritos que toman parte en el juego

EL MUNDO.

TOMO I. MEXICO, ENERO 9 DE 1898. NUMERO 2.

La entrada al baile.--Dibujo de Villasana.

LA SEMANA

Ha habido en estos días un éxito: el Almanaque! Sobre la brillante superficie de un cromo sugestivo, el paquete de hojas guarda sus impenetrables secretos. Se os antoja que son cartas que el porvenir se encargará de leer. ¿Qué dirán? Acaso traigan buenas nuevas, tal vez aporten horas felices, quizás contengan en sus rápidas líneas algunos átomos de ese polvo de oro, que cae como lluvia de sueños en los espíritus.

El Almanaque ha destronado al añejo Calendario serio y grave, un señor cargado de años, mal impreso en papel corriente. *El Más Antiguo Galván* ha pasado á mejor vida.—El Almanaque moderno es un refinado, un hijo de la cultura fin de siglo, lleno de delicadezas y de artificios; es el demonio civilizado de que habla Madame Staël, un demonio de frac y corbata blanca, que debe haber asistido al elegante *baile de Reyes* que dió el juéves último el Casino Alemán.

En la leyenda del poeta de Weimar, un cofrecillo de joyas basta para preparar el alma de Gretchen á la seducción. En 1898 el cofrecillo puede substituirse por un almanaque.—En las vitrinas de la librería, en los escaparates de la tienda de modas, sobre el mostrador de la cantina, revueltos y amontonados se confunden estos galantes cartones.

Y los hay para todos los gustos: los que despiertan olvidadas impresiones de viejas leyendas románticas; los que reproducen sensaciones dormidas de unn medioevalismo mal apagado; los que fotografían escenas de una sociedad quintaesenciada; rembrantnescos al estilo de Van Dick, con colorido de Murillo y encarnadura del Tiziano, con brochazos de Goya, sutilezas de Teniers y alambicamientos prerafaelistas. La abigarrada procesión comienza. Y ante vuestros deslumbrados ojos veis pasar en pintoresco desfile de colores, una gallarda comitiva que os trae á los umbrales de la memoria la divina cohorte de Angélica en la obra de Zolá, una gran fiesta de personajes de todos los tiempos y de todos los países, arrancados de las páginas de vuestros poetas favoritos, de esos amigos desconocidos como los ha llamado Heredia.

***

No recuerdo quién ha dicho que la humanidad está enferma de ensueño. Ama dejarse arrebatar por la quimera y viajar por espacios ignorados; gusta arrojar en la copa de sus banquetes la perla de los festines de Cleopatra. El vino es bueno, ha cantado Haroum-al-Raschid, porque en el fondo está el placer! Si el espíritu del hombre se conformara con tomar las cosas de la vida tales como son ellas, sin pasarlas por el tamiz de la fantasía, el cansancio llamaría muy pronto á nuestras puertas.

Por eso nos complacemos todos, quiénes más, quiénes menos, en añadir á la realidad vivida una dosis de poesía soñada. Nos place embellecer los hechos más triviales. Un año nuevo no despertaría ninguna sensación nueva, si no nos complaciéramos en dotarlo de todas las cualidades que el deseo ha puesto en nuestra conciencia, tal como en esos cuentos de hadas, las hijas de la floresta se agrupan en torno del recién nacido para adornarlo con los dones que á merced conceden. Será bueno! será hermoso! será rico! será feliz!. . . . Hasta que, como en la fábula de no recuerdo qué cuentista sud-americano, llega la última hada, la rezagada, la que acudió tarde á la cita, y tendiendo el brazo sobre el infante, le otorga la postrera gracia: la muerte.

***

Pero ¡chist! mis amigos, dejad vuestras lúgubres filosofías: la sinfonía del año comienza; apenas habéis arrancando del Almanaque-cromo los primeros pétalos, y hay allí muchas floraciones en promesa. Todavía podemos derrochar algunas hojillas del repleto in folio.

Aún flotan en el espacio los últimos ecos del baile señorial con que se celebró la entrada del año en el palacio de D. Ignacio de la Torre.

La crónica ha ampliamente reproducido la impresión de la fiesta. La ingeniosa *Sharezada* no sorprendió acaso nunca en el inagotable arsenal de su fantasía, una tan brillante velada. De ella publica *El Mundo* una fiel descripción, salpicada de fotografías.

La casa del Sr. de la Torre es una de ¿me atreveré á decir de las pocas? y bien! ya está escrito,—que adunan á la riqueza de una posición desahogada, el buen gusto de un *amateur*. No es difícil arrojar una gruesa puñada de monedas para proporcionarse un albergue cómodo; es difícil preparar un *home* de arte. A ocasiones un bohemio con cuatro libros, una *chaise-longue*, una *aguafuerte* y media docena de macetas, improvisa un rinconcito lleno de encanto.

Atractivos edificios no faltan en nuestra excelente capital, construcciones estimables, con alguno que otro detalle arquitectónico digno de encomio, al lado de palomares detestables y fachadas *rococós*. Pero carecemos de interiores.

Tal morada que en la apariencia se nos antoja guardadora de inapreciables obras de mérito, no encierra, á semejanza de muchas pirámides egipcias, sino simples mezquindades. Se ha hecho el lujo á fuerza de dinero, pero la delicadeza, el refinamiento, jamás han pasado esos umbrales.

Pero la casa del Sr. de la Torre no se cuenta en este número. Basta fijarse en los detalles de ornamentación y decorado que aparecen en las fotografías de la elegante morada, para olfatear el aticismo.

Por eso la fiesta resultó más espléndida: porque á las brillazones de la fortuna se hermanan las exquisiteces del arte. Y he aquí como esta noche fué día, según la frase de un Padre de la Iglesia.

***

El asalto á los ciclistas en Puebla ha causado honda sensación por lo inesperado y anormal del trágico suceso. Nos hallamos muy lejos ya, por fortuna, de los viejos tiempos en que se realizaban plagios en las puertas de las ciudades, con asombro de los pacíficos habitantes.

Ha sido un trabajo firme y persistente éste de limpiar las cercanías de los lugares poblados y aun los mismos campos, del añejo bandolerismo. Hízose legendario semejante estado de cosas durante larga época, hasta que la sociedad, consolidándose, encontró para su amparo un gobierno provisto de bastante fortaleza para cambiar la faz de la Nación.

En la actualidad un asalto como el de Puebla, produce un doloroso sacudimiento acompañado de una explicable indignación.

Por un error de criterio no faltaron espíritus que pretendieran hacer solidaria á la policía de las lenidades que surgieron en el crímen. Imaginan algunos que estos misteriosos sucesos han de dejar en pos de si una huella tan perceptible, que sea fácil penetrar en el fondo del drama siguiendo el rastro trazado por las manos de los delincuentes mismos.

Precisamente acaba de llegar á esta capital una interesante obra que de policía y de crímenes trata: las "Memorias" de M. Gorón, Inspector General de aquel cuerpo de París. Nárranse en ella extrañas historias, en las que no siempre á la policía corresponde el papel más airoso. M. Gorón, que, como buen francés, ama la paradoja de sobre mesa y gusta de la frase, llega á decir que no existe la policía.

***

Tranquilicémonos: en París como en México, la policía existe, como una institución apreciable y á la cual debemos nuestra seguridad. Ese dios ciego, al que Gorón atribuye la mayor parte del éxito en el descubrimiento del criminal—el azar—no figura ya en el altar de los cultos modernos. Nosotros hemos aprendido á eliminar el azar de todos los problemas de orden sociológico. Lo que para la vieja escuela fatalista era un resultado de la *casualidad*, para nosotros es un producto necesario de la *causalidad*. Con solo variar el orden de una letra hemos variado el criterio.

No fué la casualidad la que puso en las manos del burgués cubano el periódico que publicó el retrato de Eyraud, á quien la policía francesa perseguía sin éxito. Se necesitó un concurso de hechos *necesarios*, dados los medios que la civilización contemporánea tiene á su disposición. Me direis que sin periódico que publicara el retrato del criminal, ni burgués que lo comprase ni retentiva suficiente para identificar el grabado con la fisonomía del desconocido transeunte que pasó á su lado, no habría habido aprehensión; pero precisamente todas estas circunstancias son los antecedentes de una consecuencia inevitable.

La policía de Puebla ha dado con los hilos de esta grosera trama, y el crímen ha surgido con los toscos perfiles que caracterizaban á nuestro viejo bandolerismo. Allí están los vetustos héroes de un grupo social nocivo y repugnante: el criminal vulgar, con sus instintos de baja rapiña y su acometividad desenfrenada y turbulenta. Y estos sombríos personajes son un anacronismo viviente, en medio de una situación en que la vida y los intereses han encontrado una sólida garantía.

Todavía pueden abandonarse á brillantes lucubraciones los pertinaces paladines del sentimentalismo del derecho personal, que cada vez que aisladamente por fortuna, se produzca uno de estos casos, siempre se impondrá indeclinable y forzosa la única solución recomendada por la cirujía social.

***

El invierno ha hecho su fría aparición en la buena ciudad de México.

El aire baja desde las cimas de nuestros volcanes, acre y punzante. Lleva en sus alas impalpables átomos de las nieves hiporbóreas; van en esa *onda fria*—como la ha llamado un escritor—soplos de las regiones en dondé se ha hundido, acaso para no volver más, la osada barquilla de Andrée.

El rezagado de última hora, cuando la plateada luna de Enero tiende sus lienzos blancos sobre el esqueleto de la población dormida, piensa en la casa lejana, mientras allá, á lo lejos, se escucha el grito penetrante que caracteriza á la estación del año! *¡Castañasáada!*

OBERÓN.

EL ARTE Y LA MORAL.

Nunca se ha discutido con tanto ahinco como en la actualidad el grave problema de si el arte y especialmente la literatura, deben sujetarse á los principios rígidos é inflexibles de la moral; de si el libro, la estátua, el cuadro tienen atingencia y conexiones con las reglas de la conducta; de si, porque hasta allá llegan las causas, existe lo bello dentro de lo reprobado, de lo vituperable, de lo inmoral, en fin, ó si solo se cosechan las flores de la estética en el jardinillo reducido, tirado á cordel, podado y escardado de lo virtuoso, de lo correcto, de lo irreprochable.

Trátase de saber, en suma, si el arte debe ser libre, si puede y debe elegir sus asuntos indiferentemente en el vergel ó en en el estercolero; si debe buscar temas lo mismo en la virtud que en el vicio; si debe engalanar con sus esplendores ya lo exelso y lo noble, ya lo asqueroso y lo mezquino. Lamartine se encara con Zolá, Fray Luis de León con Rabelais, Beato Angélico con Lafan Moló, y se discute y polemiza sin término y sin el menor asomo de llegar á un resultado, y mientras La Harpe preconiza la pulcritud y la decencia, Victor Hugo imprime audazmente la palabra de Cambronne.

La batalla campal se está librando actualmente con motivo de las audacias de Zolá y de su escuela, si es que Zolá ha hecho escuela, y con ocasión de los extravios del decadentismo moderno. Teresa la filósofa se mide cuerpo á cuerpo con Grazziella y trata de disputarle el campo, y los campeones de uno y de otro ideal se ciñen, se enlazan, luchan y tratan de hacerse pisar el polvo.

***

Los partidarios del arte libertino razonan poco más ó menos así: El arte tiene por fin exclusivo encontrar y expresar la belleza: no tiene cargo de almas, no tiene misión alguna moralizadora ni civilizadora; puede, tanto como le plazca, huir de lo bueno como de lo verdadero: quien quiera oír preconizar la virtud y flagelar el vicio que acuda al sermón ó lea el catecismo. El libro de arte, el teatro, la pinacoteca ostentan bellezas, no virtudes. Medea mata á sus hijos por vengarse de Jasón; Hamlet dice á su propia madre los más asquerosos improperios; nada más inmoral, nada más criminal ni nada más grande ni más bello. La Leda de Miguel Angel es incomparablemente hermosa y profundamente obscena.

Hay pues arte y belleza fuera é independientemente de la virtud, como hay verdad contraria al bien. A la ciencia, que busca lo verdadero sea como fuere, no se le exije pulcritud ni se la obliga á prescindir de las verdades inmorales, ni se la anatematiza porque analiza vicios y describe crímenes; todo el mundo concibe que la ciencia busca pura y simplemente las leyes reales, que rigen el mundo exterior y nuestra naturaleza física, intelectual y moral; todos le reconocen el derecho de escudriñar el fondo de nuestras miserias, de nuestros vicios, de explicar sus causas y su mecanismo Nadie vitupera al anatómico que registre nuestras entrañas y las pinte y describa, al psícologo que penetre en las tinieblas de nuestro ser moral y remueva sus inmundicias: ¡y al arte, que tiene también un fin exclusivo y extraño á la propaganda de la virtud y á la regeneración moral del hombre, al arte se le vedan lo criminal como lo obsceno; se le obliga á engañar para regenerar, á mentir para moralizar y á fingir para aleccionar!

Tan absurdo como sería vedar á la ciencia el estudio de nuestras funciones animales, so pretexto de buen gusto, es vedar al arte la pintura de lo inmoral y de lo criminoso, so pretexto de moral y de buenas costumbres. A cada manifestación del intelecto humano hay que dejar el cumplimiento de su misión: á la ciencia, lo verdadero; á la moral, lo bueno y al arte, lo bello. ¿Que Edipo conduce al pesimismo? No importa, Sófocles no era predicador; ¿que Otello es un león del Soudán, salvaje y brutal? qué más da ¿Shakespeare no era un apóstol; ¿que *Los Miserables* desconsuelan y desalientan de la organización social y de su mejoramiento? es lo de menos: Victor Hugo no era un confesor; ¿que Rubens estimula la lascivia y el desenfreno paganos? y qué! Rubens no era maestro de escuela!

* *
*

El alegato como se ve es formidable, lleno de plausibilidad y apoyado en documentos fehacientes. ¿Qué replican los partidarios del arte púdico, recatado, virtuoso? Poca cosa: el arte y la virtud se confunden; no hay verdadera belleza sino dentro de lo bueno; el arte tiene por misión pintar lo noble y lo grande; no siendo sino una emanación divina aspira á la virtud suprema y pinta el ideal; el ideal del arte en la virtud y la belleza divinas, etc., etc.

Esta lamentable argumentación, que comienza por dar por demostrado lo que está á discusión, que asigna al arte fines que los hechos prueban que no son, exclusivamente al menos, los suyos; que invirtiendo los términos del problema pone al Perugino más alto que á Miguel Angel, á Shakespeare muy por debajo de Delille, es á mi juicio el mejor alegato en contra y sería bastante á hacer triunfar la tesis contraria.

Pienso que la imposibilidad de entenderse en la cuestión, emana de la manera de plantearla. A cada paso se confunde lo que el arte es y ha sido, con lo que el arte puede y debe ser.

* *
*

Que el arte es y ha sido inmoral, es inconcuso. Las señoras no pueden hoy visitar Pompeya ni leer á Marcial, como no podrían concurrir á las Saturnales ni á los misterios de Eleusis; hay un museo secreto en Nápoles, que ruborizaría á un dragón El arte ha sido inmoral porque la humanidad lo ha sido y seguirá ese camino mientras ella persevere en el suyo. Cuando á la humanidad le ha dado por la virtud, como durante una parte de la Edad Media y durante el imperio del puritanismo en Inglaterra, el arte se ha hecho púdico, intransigente, mogigato; y en vez de pintar las delicias de Capua, pinta las excelsitudes del éxtasis y los tormentos del purgatorio. Todas las figuras pintadas antes del Renacimiento y todas las estátuas esculpidas, están envueltas en ropajes que ocultan las formas pálidas y enflaquecidas por el ayuno, sombrías y taciturnas; en el teatro se representaban autos sacramentales y escenas bíblicas; la literatura era mística, extática, paradisiaca. Hay que leer á los puritanas ingleses, á los místicos españoles, visitar no solo los claustros y conventos sino los palacios y museos, para formarse idea del imperio de la religión y de la moral de aquellos tiempos y de aquellos lugares.

El arte reflejaba entonces, como antes y después, el estado del alma, el giro del espíritu, el sesgo de las costumbres. En Grecia y Roma era franca y cándidamente obsceno, como los usos de la época; volvió en parte á revestir ese tipo con el Aretino y con Boccacio, siguiendo la corriente pagana del Renacimiento; y vuelve á revestirlo hoy con la decadencia moral de las Babilonias modernas, amparado con el sofisma realista, que pretende que el arte es la verdad y que se complace en la pintura del vicio, porque es real y positivo en nuestra época.

* *
*

El arte ha sido, es aún inmoral, y fuera de las reglas de la moral y de los principios de la virtud ha producido obras maestras, creaciones inmortales. Pero á la vez que se comprueba ese hecho, se dibuja y se acentúa otro que le es contrario. El arte se modifica en el sentido de la moral y de la virtud mismas. Donde quiera que ha desaparecido un vicio, ó cuando menos que la opinión lo ha flagelado y anatematizado, el arte que lo embellecía ha desaparecido. Ya no se pintan cuadros ni se escriben versos de la índole de los que fueran predilectos en Gomorra; Zolá no se ha atrevido á tanto ni el público se lo toleraría. No bien un vicio se hace odioso y repugnante, deja de ser bella la obra que lo preconiza ó lo exhibe. En Inglaterra casi no se escriben dramas ni novelas de adulterio, porque repugna completamente á las costumbres; en Francia ese género de producciones es el pan de cada día, porque, triste es confesarlo, el adulterio en Francia no es odioso sino á los maridos, y eso respecto de sus propias mujeres.

Cualesquiera que sean los desbordamientos de nuestra literatura y de nuestro arte inmorales, es un hecho que tienden á hacerse clandestinos, solapados, ocultos; leemos á Zolá pero lo escondemos, y esto constituye un progreso sobre las cínicas ostentaciones de otras edades.

* *
*

No; que el arte sea de hecho inmoral, no prueba que deba serlo ni que siga siéndolo. Para encontrar bello lo calumnioso, lo obsceno, lo indecente, se necesita tener algo de todo eso en el fondo. Un sabio no tolera los paraísos artificiales de Baudelaire; un casto repugna los sonetos del Aretino; una mujer virtuosa tira con asco un libro sádico.

A medida que la humanidad se moraliza, el arte se acomoda á la virtud reinante; esa transacción comienza con la hoja de higuera y acaba con los idilios de Lamartine. Y como esa virtud gana y contagia también al artista, acaba por no haber quien produzca obras inmorales, porque no hay intérpretes para ese género de belleza.

Pero hay una razón que justifica el vituperio de las obras inmorales. El hombre necesita de toda la verdad; pero puede y sabe prescindir de una parte de la belleza. Mientras la ciencia está obligada á investigarlo todo, á saberlo todo, á decirlo todo, porque cada verdad ignorada es una necesidad no satisfecha, el arte puede, debe prescindir de determinado género de goces, cuando son malsanos y peligrosos. El arte suministra goces, placeres; la ciencia satisface necesidades; hay goces que enferman, que pervierten, que matan, tal es el alcohol, el hatschis, el opio; y pretender que el arte debe ser libre, es sostener que el goce debe serlo también, y á tanto equivale esto como á envenenar á la humanidad para hacerla feliz. El arte libre, sin trabas, sin restricciones, es la distribución sistemática de jeringuillas de Pravaz, de pipas con opio y de litros de ajenjo.

Dr. Manuel Flores.

LOS DOS COMPLICES

Triste estaba yo, triste, muy triste; y dos ángeles que pasaban, á consolarme acudieron. *Amor y Esperanza* se llamaban, y amando y esperando revivieron la alegría de mi alma y las ansias de mi ambición.

Dulce la vida corría: flores por doquiera hollaban mis pies; guirnaldas ceñían mis sienes, y el cielo estrellado bajaba hasta mí sin que yo fuera hacia él.

Hechicero el amor, encantado paisaje para mí dibujaba, y poníale luz y colores la fantástica Esperanza; prados hermosos, aguas serenas, montes altivos, y sobre ellos un castillo blanco que las nubes tocaba y con las nubes crecía, y sobre el castillo mi amada, y junto á mi amada yo

Vino la escarcha, borró el paisaje, heló las flores, despertó la razón y voló la esperanza.

Sólo el amor permaneció gritando: «¡Aquí quedo yo!»

Y herido mi corazón responde: ¿quién eres tú sin la Esperanza? Déjame tú también, huye, verdugo, huye por Dios!

Nicanor Bolet Peraza.

LA LIBELULA Y EL LOTO

(CUENTO CHINO)

En una tarde del estío un joven mandarín encontró en los jardines de loto que bordan el río de oro, el palanquín de marfil de la princesa heredera cuyo gracioso nombre significa: Reina de la Primavera.

Impresionado por la belleza ideal de la Princesa, el joven en un arranque de insensato amor cometió la loca impertinencia de cantarle estos versos:

Disfruta el loto de perenal delicia
¡Oh Princesa de rostro encantador!
La libélula pasa y lo acaricia,
Y el loto muere suspirando amor

Conmovida por esta audacia la princesa quiso recompensar al atrevido y con su mano blanca y fina como un copo de nieve, desprendió de sus cabellos de ébano un botón de nenúfar y lo arrojó sonriendo por la ventanilla del palanquín.

Pero el Emperador cabalgaba en pos de su hija, vió lo que había pasado y acercándose al palanquín.

—Luna que alumbras mi vejez —dijo—Reina de la Primavera ¿por qué tus dedos delicados firman con tanta ligereza sentencias de muerte? Por tu irreflexiva coquetería, ese joven mandarín entrará mañana al seno del infinito foco de la vida.

El sabio Kong-Phu-Tcheû lo dijo: morirá el loto que se enamore de la libélula.

La Princesa palideció y como sabía que su padre era inexorable no pretendió hacer defensa alguna, sino que tan pronto como volvió al Palacio se encerró en sus departamentos y lloró abundantes lágrimas por la triste suerte del joven mandarín. Luego le escribió:

«Gentil pajarillo cuya suave ternura ha dorado mi alma con un rayo de sol, gracioso colibrí de ojos que encienden la voluptuosidad; tu canto de amor te va á costar la vida. Mañana los cazadores de mi padre te atravesarán el corazón.

Si quieres que la harpa cuyas cuerdas sabes tañer tan deliciosamente, conserve por mucho tiempo las vibraciones de tu voz, escapa á la deshonra que te aguarda y suicídate esta misma noche. Pasa por tu garganta el collar de perlas negras que hallarás en el cofrecillo de sándalo que lleva este billete, y por amor á las libélulas, sumérgete en el profundo río donde crecen los lotos apasionados.

La muerte te parecerá dulce si cerrando los ojos te persuades de que la presión mortal del collar es la caricia ardiente de mis amorosos brazos.. .... »

La noche ha cubierto el Palacio con su manto de raso azul bordado de estrellas. La Princesa duerme con los labios entreabiertos por una sonrisa que parece ser precursora de besos. Al despertar el alba, despierta alegre y tranquila, se entrega perezosamente al cuidado de sus esclavas y una vez engalanada por ellas, monta en su palanquín de marfil.

Ninguna sombra obscurece la faz radiosa de la Reina de la Primavera. Ríe locamente y se divierte atormentando al perrito de Tartaria que le regaló su tía la reina de Corea. En el curso del paseo matinal, el palanquín de marfil pasa por los jardines de lotos que bordan el río de oro. La Princesa no se fija en el espanto de su servidumbre, y pasa sin demostrar la menor emoción cerca del cuerpo del joven mandarín, suspendido por su collar de perlas negras á la rama de un tamarindo.

—Caminad más despacio, dijo á sus esclavos, y luego moviendo con lentitud su abanico de plumas de pavo real, dió amorosamente á su perrito una pastilla de Nafé de Arabia.

Pablo D' Enjoy.

NUESTROS GRABADOS

Las fotografías del baile

Debemos á la fina amabilidad del Sr. D. Alfredo Zaldivar varias vistas del Baile de Tacubaya. El Sr. Zaldivar, *amateur* entusiasta del arte fotográfico, lo cultiva por mero pasatiempo con un éxito satisfactorio. Sus trabajos que mucho le agradecemos esta vez, nos han sido muy útiles para dar una idea lo más exacta posible del sarao que reunió á nuestra culta sociedad.

Otras vistas debemos al Fotógrafo ruso Mr. C. K. Thorncliff, conocedor de su arte y especialista para hacer fotografías por la noche Sus trabajos son siempre de una precisión admirable y de una delicadeza exquisita.

Nuestros grabados de hoy reproducen las fotografías á que nos hemos referido.

La eterna belleza.

El ideal de la belleza es eterno Que haya surgido como una flor blanca en los polos ó como una flor pálida en las costas, que haya palidecido bajo los artesones del harem ó sonrosádose suavemente al beso de las primaveras europeas. La belleza es inmutable, es el eterno ritmo de la línea unido al ritmo eterno también de la expresión serena. Por eso el retrato de esa mujer que hoy orna nuestras páginas, ese retrato en que se sorprenden todas las serenidades del olimpo y todos los himnos de la línea debe llevar al calce estas palabras: La eterna belleza. Eterna porque si el cuerpe es perecedero, la línea es inmortal. Huye de un rostro, pero no desaparece del mundo de lo posible y mañana radiará en un rostro nuevo.

La línea no puede morir

El Medio Dia

Faeton, hijo de Climene, subió una vez por el sendero que guía al palacio del Sol y penetrando por sus puertas de diamante, llegó hasta el trono de luz donde con manto de púrpura y corona de oro se hallaba Helios acompañado de las Horas, los Días, los Meses y los Años.

Primavera y Estío, coronados de flores y frutos, Otoño é Invierno con pámpanos y nieve, hacían en el palacio guardia de honor.

—Oh! Febo, luz del mundo! si es verdad como dice Climene que tú eres mi padre, exclamó Faeton arrodillándose, acredítalo con una prueba patente que arranque de mi corazón la serpiente de la duda.

Helios se quitó para no quemar á Faeton los rayos que le circundaban, y recibiéndolo en sus brazos lo acaricio diciéndole:

—Pídeme la prueba que quieras y te la daré; lo juro por el Río que recibe los juramentos de los dioses y que mis ojos no verán jamás!

—Quiero guiar un día el carro del sol y sus corceles.

Arrepintióse Helios de haber prometido, porque solo á su brazo potente era dado contener y dirigir el ímpetu indomable de la cuádriga y rogó á Faeton le relevara del juramento: pero como este insistió, el dios apenado y triste lo llevó junto al carro obra de Vulcano. La vigilante aurora abrió con sus dedos de rosa las puertas del Oriente, huyeron las estrellas y en pos de ellas Lucifer para cuidar de su regreso. Los caballos jadeantes llenaron el espacio con sus relinchos, Faetón bañado en divino elixir que le preservaría de las llamas, se lanza audaz, empuña las riendas, blande el látigo y parte por la inmensidad de los cielos. Pero no bien desconocieron la mano que los guía, abandonan su camino y se lanzan por extraviados senderos. Espantado Faetón de los portentos que le rodean y sin fuerzas para domeñar á los caballos se abandona á la desesperación, en tanto que el carro tirado al azar en loca precipitación, ya se eleva á los astros del firmamento ó ya se hunde en las tinieblas del abismo.

Las nubes incendiadas se transforman en llamas, las más altas cumbres de la tierra son devoradas por el fuego, los mares se evaporan, los árboles se inflaman, y los campos se convierten en un río de lumbre. Muros, ciudades, pueblos, selvas y montes, todo se convierte en cenizas, y espantada la Tierra acudió á Júpiter el cual disparando sus rayos sobre Faeton le dió muerte. Lloró Helios la desgracia de su hijo y aun se propuso no volver á verificar sus viajes: pero instado por el Padre de los Dioses tomó de nuevo las riendas de la Cuádriga, blandió el látigo, castigó á los caballos impacientes y se lanzó por el Oriente en donde la Aurora había derramado millares de rosas frescas.

En recompensa del servicio que Helios prestó á la tierra y á los Dioses volviendo á sus tareas cotidianas, Júpiter hizo que una bellísima joven, coronada de rayos de luz, lo esperara en la mitad del cielo para animarlo con sus besos y sus caricias á seguir siempre su camino. Esta joven es la que está representada en nuestro grabado de hoy, radiante de hermosura, lanzando ardientes miradas, mientras su diáfano y magnífico ropaje flota á impulsos de la brisa.

POR HONOR DEL NOMBRE

Con este número de *El Mundo Ilustrado* recibirán nuestros abonados parte de la novela "Por honor del nombre." En este mes haremos otro reparto y quedará terminada la obra.

EL BAILE EN LA
QUINTA DE LA TORRE.

Un baile es un torneo de gracias. ¡Cuán triste sería la más elegante de las vidas, sometida hoy y mañana y siempre á la seriedad que imponen las preocupaciones de sociedad y la serie de falsías que se llama la etiqueta.

Yo siempre he tenido del baile una idea menos vulgar de las que patrocinan algunos moralistas: lo creo de origen divino; recuerdo que en todas las religiones la danza ha sido una suerte de adoración, una manera de honrar á los dioses, una manifestación de la belleza y de la gracia que equivale á la ofrenda de flores nuevas y al sacrificio de cándidas víctimas.

Andando los tiempos, el baile adquiere el carácter de una tregua concedida al ilógico yugo impuesto á la mujer; bailar es ser libre un momento, poder mostrar todos los atractivos, descubrir un poco de la velada hermosura y escotar un poco de esa novicia taciturna que se llama el corazón femenino.

El baile en la quinta de la Torre

Lágo y avenida del jardín.--Fot. de Alfredo Saldívar. [aficionado]

Galería de pinturas. ,, ,, ,,

Vestíbulo de la casa.---Fot. de C. K. Thorncliff.

Escalera para el comedor.---Fot. de A. Saldivar [aficionado]

Cascada en un ángulo del comedor. ,, ,, ,,

Detalle del adorno del comedor. ,, ,, ,,

La juventud y un baile: he ahi la batalla campal donde la virgen si no decide de su suerte, cuando menos ve desconocidos horizontes de ese océano misterioso y confuso que se llama la vida. El baile dicen unos. es justa de vanidades; el baile, dicen otros, los reumáticos, es lazo del demonio; el baile, exclaman no pocos y yo con ellos, es una de las más artísticas formas de la lucha por la vida y de la vida femenina tan difícil, tan amarga, tan sedentaría para la mujer condenada á exhibirse á distancia en las recepciones ceremoniosas, en el palco de los teatros, en las tribunas de los hipódromos.

¡Cuánto se encierra en la cartulina timbrada que os invita á pasar unas breves horas de regocijo! Un pasquín revolucionario no produce en un partido turbulento. las ansiedades que en el divino sexo provoca la invitación lacónica.

Y se preparan al sarao como si se tratase de una lucha con las únicas armas que les están permitidas: las personales y las accesorias; la sonrisa y la mirada; el traje y el abanico; el busto hermoso y el aderezo encendido con todos los fuegos de rica pedrería. Y son los arsenales la tienda de la modista, del guantero, del orfebre, del lapidario, de todos esos cómplices que llevando hasta el colmo el irresistible encanto, decidirán del triunfo ó la derrota.

Cúan trascendental será el episodio, cuan inmensas las esperanzas que despierta y las melancolías que sugiere que no hay una, (á menos que sea incurable desventurada) que no lleve por siempre en la memoria el recuerdo de una frase musical, canto amoroso Y junto á la madona confidente...... aquella etiqueta señalada con cruces, símbolo de otros tantos calvarios del espiritu!

Se llama *derroche* á una fiesta suntuosa; ya el incomparable Gauthier hizo de manera triunfal no solo la defensa, sino la apología de esas locuras de la moda y de esas trivolidades de una noche, que ponen en movimiento por unos cuantos días la misma suma de riqueza que un empréstito en vías de negociación.

Se bota el dinero pero...... hay quienes lo recojan.... el tapicero, el mueblero, el cristalero, el vendedor de vinos, el sastre, la modista y otras humildes personas que tienen familia. Eso no es dilapidar, es distribuir la riqueza alegremente, gasto que ó es virtuoso

ó no hay virtudes en el presente siglo.

Es un juego de azar: muchos hallaron la dicha y otros la perdieron, ahí bajo los grandes tibores, á la sombra de amplios follajes, junto á un biombo, en el rincón discreto del gabinete donde, como desmayadas frases y ruegos, llegaban las últimas y moribundas ternezas de la danza. Cuántas que entraron como triunfadoras, salieron como esclavas, á la luz del alba y cuántos iluminó la claridad del nuevo día poseídos de la lívida cólera de los celos¡ peripecias irremediables!

Peripecias que solo se evitan, anexionándose á las gentes graves del *fumoir* ó á la falange positivista del *buffet!* Y á veces ni aún así: he visto heridas de apoplegía amorosa á gentes pacíficas que por ofrecer una copa de dulce Oporto, se condenaron en vida. Bendita muerte!

Ya os explicareis porque el baile reciente ha adquirido las proporciones de un acontecimiento social. Los últimos crímenes, las enfermedades, la baja de la plata, la cuestión cubana, el asunto Dreyfus, tenían á los habitantes de la metrópoli en muy delicada situación de ánimo: era indispensable un libertador para esas preocupaciones é ideas tristes, y ese libertador fué D. Ignacio de la Torre y Mier.

No necesito deciros que desciende de antigua familia de adinerados, que es un hombre de buen gusto, que sus posesiones, sus trenes y sus joyas artísticas lo colocan en envidiable fila de nuestra aristocracia, pero que el mejor tesoro, el más valioso, es la compañera hermosa, modesta y buena que convierte el palacio suntuoso en algo más suntuoso y más santo en el hogar. Esa compañera es la Sra. Amada Díaz de la Torre.

La prensa os ha dicho también que la fiesta fué dada en honor de la Sra. Catalina Cuevas de Escandón, dignísima y hermosísima dama que pertenece á una casa bendecida por todos los que aman las virtudes ú hubieron menester de la caridad. Los anfitriones y la reina elegida, no podían menos de marcar alto tono al festival celebrado en Tacubaya.

Comedor particular de los señores de la Torre. Fot. de C. K. Thorncliff

Nuestros aristócratas son parcos en invitaciones de este género; si en algunas épocas las han hecho, á últimas fechas se han encerrado en profunda reserva, á costa de la alegría social. Los círculos elegantes no cultivan sino el *sport* ó los regocijos del casino: una que otra fiesta de carácter privado; una que otra comida para íntimos, es cuanto registra la crónica de los salones en sus exiguas páginas.

La noticia por eso causó honda impresión, y mucho antes de que se fijara la fecha del baile, comenzó la ansiosa caza de invitaciones, y hasta los comentarios platónicos sobre la decoración de la finca que superaría á cuanto era conocido en materia de lujo.

La *villa* de la Torre era el lugar apropósito para realizar los caprichos del más peregrino decorado. Un inmenso jardín cultivado á costa de enormes capitales, un jardín que tiene el misterio de los bosques antiguos, sus profundidades sombrosas, cortado aquí y allá por las callecitas de arbustos floridos; interrumpido por colinas cubiertas de trepadoras que se enredan en una fuente; dominado por árboles corpulentos que abrigan plantas raras, que envuelven en penumbras la silenciosa desnudez de las estátuas que se miran en un lago surcado por cisnes; que en las noches esplende á la luz de los focos eléctricos y que ciñe como cíngulo de flores la habitación de fachada antigua y señorial que al transponer sus puertas el *amateur* y el hombre de buen gusto, tienen donde saciar su curiosidad de novedad. s En esa casa el *sportman* halla departamentos hípicos montados á la moderna trenes lujosos; el hombre de tendencias suntuarias y estéticas, todos los muebles y los objetos que la moda y los refinamientos exigen en una vivienda de capitalista.

En el peristilo, mármoles imperiales y valiosos jarrones: os recibe en las alfombradas escaleras una tapicería de los Gobelinos; pálidas escenas de cacería con sus verdes antiguos de vegetación caprichosa, caballos que se encabritan, amazonas de ancho sombrero y larga pluma refrenando con la mano enguantada el brio de las impacientes cabalgaduras; grupos de perros poseídos del vértigo de la presa y en cada personaje y en cada terciopelo y en cada pormenor, el arte supremo de esas telas decorativas. Avanzais á un salón rojo de muebles amplios de corte antiguo; os devuelven una imágen, numerosos espejos encuadra-

Sra. de Gonzalez Cosío
M. Benoit Ministro francés
Señora Díaz de la Torre
Señora de Espinosa

Fot. de C. K. Thorncliff

Mr. Clyton, Ministro americano
Señora de Limantour
Señor General Díaz
Señora de Clyton
Mr. Strong. Ch d'Aff. de Inglaterra

Lago en el parque. -Fot. de C. K. Torncliff

dos en madera tallada; atrae vuestra vista un bronce, un vaso; inclasificables é innumerables obras de arte que requieren para ser vistas y apreciadas más tiempo del que puede disponer un visitante de paso, y los salones se suceden y algo os detiene en cada uno; ya es el reloj de marca principal, ya el dragón de porcelana obra del Japón extravagante, ya la *Musmé* de sombrilla y amplio traje que os ofrece en un plato rosas frescas; ya la mesa conventual obscurecida por los siglos, ó el sillón de coro lleno de misterios; ó la filigrana en corcho que reproduce las ruinas de *Poestum*; ó el medallón de esmaltes ó los vasos de Sajonia ó el servicio de café, de Sévres de vívidos dorados y perdurables y brillantes cobaltos.

Comentáis el *bibelot*, el violetero frágil y exquisito el *zinc* de asunto parisiense, tal cual porcelana meritoria por su abolengo y la mirada se siente atraída por las hileras de cuadros que en los muros se suceden Recuerdo que el Sr Alfredo Chavero un amoroso de la pintura, un refinado *amateur* de las telas calzadas por célebres firmas, contaba á alguien que parte de la galería del Sr. de la Torre, es resto de la que poseyó el Sr. Fagoaga; éste linajudo personaje encargó al pintor del Rey de España D. José de Madrazo que le formara una colección á cualquier precio y el notable pintor sin poner mientes en el importe la formó. Queda explicado por qué en este rincón de América y en el delicioso palacio de Tacubaya, se puede contemplar un Juan de Juanes, un divino Morales, paisajes moriscos, episodios místicos que no es dado tener cerca en las casas montadas muy á lo moderno, ni enumerar fielmente sin los conocimientos competentes para no incurrir en equivocaciones.

Afortunadamente para nosotros y para nuestros lectores, un hábil fotógrafo ruso Mr Thorncliff, especialista en negativas tomadas de noche, y el joven y ya notable aficionado Don Alfredo Zaldívar nos han proporcionado vistas que en este número publicamos.

Unas representan curiosos departamentos de la casa del Sr. de la Torre como ordinariamente se encuentran y otros como se hallaban poco antes del baile y en el momento en que tenía lugar la espléndida comida.

La imagen con más fidelidad que la pluma os mostrará el romántico lago que se halla al extremo de una calzada de idílica sombra, y á cuyas márgenes se levantan las palmeras erizas y el ciprés simbólico; no puede empero reproducir la algarabía de las aves acuáticas ni el trino de los huespedes de la arboleda, ni el zumbido del insecto, ni el cuchicheo de los vientos; pero sí os mostrará el final de la rampa guardada por leones esculturales, la plazoleta en cuyo centro se levanta la casa habitación de arquitectura sencilla y elegante; el peristilo de piso de lucientes mosáicos, muebles de laca, tibores y plantas de ornato, el salón de recepción tapizado de rojo, amueblado con ajuares lujosos, provisto de objetos de arte, desde el cincelado candelabro hasta el taburete árabe incrustado de nácar; desde el espejo maravillosamente encuadrado hasta la figura en bronce de gusto parisiense y asunto japonés; el comedor propio para las comidas íntimas y montado con todas las exigencias del servicio moderno; notable por su vajilla de familia labrada en plata y grabada con el escudo nobiliario; por su colección de porcelanas de servicio, cada una de ellas joya de la cerámica y por algunas piezas de Sévres antiguo que no necesitan comentario; la imagen en fin os mostrará la galería de pinturas que se convirtió para el baile en *buffet*, donde abundan cuadros que merecen mención más ámplia que la hacedera en estas líneas breves y ella misma os dará idea de la decoración original del comedor donde la noche del sarao tuvieron asiento muy cerca de seiscientas personas: fué una obra no solo de adorno sino arquitectural. El salón del banquete se levantó en un jardín convertido en algo fantástico: mirad esas columnas ligadas por guias de flores, empavesadas con escudos y gallardetes; mirad esa escalera monumental que forma tribuna de macizos, de musgos y de flores; las estátuas que sostienen los lampadarios, las grecas, dibujos. caprichosos relieves vaciados en yeso; mirad la enorme concha, la vulva de flores enceradas y pensad después el efecto de ensueño que producirían mil y tantos focos eléctricos formando cornisas de luz, postes incandescentes de columna; constelaciones aquí y allá, orlas de flama en los gallardetes y cortinas; ramilletes de fuego de trecho en trecho.

Figuraos el descenso de la comitiva, las damas deslumbradoras, con sus alhajas mejores y sus trajes de seda, los caballeros de frac rojo, la servidumbre de

Casa habitación.--Fot. de C. K. Torncliff

Salón rojo de recepción.--Fot. de C. K. Thorncliff

Señora Formento de la Torre
Señor Pablo Escandon
Señora Romero Rubio de Díaz
Señor General Mena
Señora Mariscal de Limantour
Señor Felipe Iturbe
Señor Ignacio de la Torre
Señora Cuevas de Escandón
Señor José I. Limantour
Señora Escandón de Escandón

Fot. de C. K. Thorenliff

Aspecto general del comedor

gran librea y descendiendo de las tribunas de la música las frases amorosas de los valses.

La aristocracia, la hermosura, la distinción congregadas en un solo punto, y los dueños de la casa y sus parientes y sus amigos íntimos, sin olvidar al más lejano de sus invitados, previendo sus menores deseos, adelantándose á cualquier fantasía. Soñaos después, en los salones iluminados á *giorno* desbordando parejas de bailadores, el buffet con sus brindis espirituales, el *fumoir* con sus comentarios *bon ton* sobre la fiesta, y habréis tenido apenas una idea vaga de lo que fué la realidad.

En fiestas como aquella se palpa la cultura social que hemos alcanzado, nuestras damas saben vestir sus trajes como reinas, sus alhajas á la par que valiosas son de buen gusto; las hermosuras son numerosas; ¿porqué pues esa reclusión de la clase alta? ó por qué si existen capitales, salones suntuosos, y un público selecto, raro es el que como regalo de gran señor congrega en su casa á un círculo elegante!

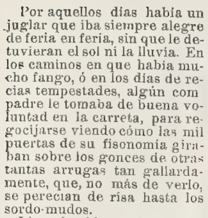
En este momento la crónica os ha dicho que la fiesta de Tacubaya fué un triunfo para el Sr. de la Torre y su bellísima esposa; que fué digna de la Sra. Cuevas de Escandón á quien estaba dedicada, y que concurrieron el Señor Presidente de la República y su esposa, la dama querida y virtuosa, modesta en su alto puesto; los Sres. Srios. de Estado Don José Ives Limantaur, Don Manuel González Cosío, y Don Francisco Z. Mena; los Señores Ministros de Francia y de los Estados Unidos, y los *chargées d' affaires* de Inglaterra y de España; el Señor Gobernador del Distrito y los Gobernadores del Estado de México y de Tabasco, y las altas personalidades de la aristocracia, la banca y la política: y en cuanto á las damas, lo más distinguido de nuestros salones.

N. N. N.

La eterna belleza.

La Niña Bohemia.

LEYENDA HUNGARA



Por aquellos días había un juglar que iba siempre alegre de feria en feria, sin que le detuvieran el sol ni la lluvia. En los caminos en que había mucho fango, ó en los días de recias tempestades, algún com padre le tomaba de buena voluntad en la carreta, para regocijarse viendo cómo las mil puertas de su fisonomía giraban sobre los gonces de otras tantas arrugas tan gallardamente, que, no más de verlo, se perecían de risa hasta los sordo-mudos.

Llegado al lugar de la feria se detenía cerca de alguna vendedora de embutidos y le hacía un gesto; los extremos de sus cejas le llegaban junto á la boca, y la nariz se le hundía y aplastaba de modo que la cara parecía un pan de especia viejo y arrugado. Todos soltaban la carcajada; y la vendedora lo obsequiaba con una salchicha. El juglar abría la enorme boca, daba una cabriola y el obsequio desaparecía. ¿Dónde habría ido á parar? Se le buscaba por todas partes y al fin parecía en la manga de un monje que de casualidad pasaba por allí, pero la salchicha salía junta con el rosario, algunas puntas de cigarros y una baraja.

Hijo de una mula! Nada de juegos conmigo ó sino......

Y el hombre de vida santa, prorrumpía en un sermón de palabras feas.

El juglar entonces se arrodillaba persignándose convelocidad vertiginosa y pidiendo perdón con tan dolorosos extremos, que el monje levantaba la mano para bendecirlo: pero entonces el juglar empieza á sacar de esa mano metros y más metros de cintas de todos colores, mientras el hombre santo rabia y la multitud aplaude á reventar.

* *

Cierto día el juglar encontró en pleno camino una florecilla de los campos, sin dueño, rodada por el viento.

¿Dónde vas chiquilla?—A ninguna parte— ¿De quién eres?—De nadie.

Estaba abandonda y tenía hambre, y una criatura así, precisamente necesitaba el juglar.

Desde entonces empezaron á correr el mundo juntos el alegre juglar y la jovencita á quien había convertido en hechicera, y partían juntos también los regalos que les hacían. En una feria les dieron un peine y la hechicerilla aunque no lo usó nunca para peinarse aprendió á tocar en él aires encantadores; y conforme pasaba el tiempo crecía en edad, en cuerpo y en belleza. Con un pedazo de cinta roja sabía sujetar tan bien sus rebeldes cabellos negros, que formaban un conjunto más bello que si los hubiese alisado con un peine de oro frente á un espejo veneciano.

Por donde quiera que iban, una muchedumbre de admiradores les salía al paso, y la niña les decía la buena ventura, revolviendo en su delantal piedrecillas de colores: pero no era eso lo que los admiradores querían, sino uno solo de sus cabellos á cualquier precio.

—Un cabello, no mas que un cabello, linda hechicera, y toma en cambio mi alma.—Para el diablo está buena, ese la necesita, les contestaba ella riéndose; y sus dientes resplandecían de blancura y sus labios parecía que echaban llamaradas de fuego

El juglar brincaba tras ella, se arrancaba de su peluca de payaso puñados de estopa y los ofrecía á cambio de un beso, que naturalmente nadie quería darle, y luego se iban con el viento á donde los llevaba.

Dormían sobre los surcos y dormían muy bien; el rocío de la aurora los despertaba, y después el sol evaporaba ese rocío Y siempre con su juglar la bella hechicera, iba danzando de feria en feria.

* *

Cierto día llegaron á una ciudad donde se encuentra la iglesia más hermosa del mundo, y en cuyas calles cruzan á todas horas innumerables procesiones de peregrinos. ¡Por qué, Dios mío, el viento los llevó allí! Al mismo tiempo que las procesiones, había en la ciudad una feria que duraba diez días cada año.

Las campanas de las torres repicaban, todo aquel pueblo estaba de gorja y se regocijaba ampliamente con las locuras del juglar. Cien jóvenes impresionados se agrupaban en torno de la linda hechicera, y todos y siempre le proponían el alma y la vida en cambio de uno solo de sus cabellos.

Entre estos adoradores había uno que la seguía también, que no le pedía nada, pero sabía mirarla como el sol cuando llega á la mitad del cielo. Y aun cuando estuviera detrás de ella, la hechicera sentía el poder de aquella mirada.

Cuando acabó de bailar una danza delirante y empezó á dar vuelta entre la concurrencia, presentando su tamboril engalanado, cayeron repicando moneditas de cobre, algunos espectadores arrojaban monedas de plata y cuando la niña llegó trémula, frente al extranjero aquél, cerró los ojos ante su mirada, dejó caer el tamboril y todo el dinero se derramó por el suelo. Los comerciantes, bateleros y peregrinos, se apresuraron á buscar y devolver las monedas. El extranjero por su parte dió al juglar una gran bolsa llena de oro, y el juglar pareció inquietarse y disminuyeron sus cabriolas, y llamó á la niña aparte y le dijo: vámonos de aquí, en esta ciudad está el infortunio. Sucedió por aquellos momentos que en medio de la muchedumbre, un hombre enorme, un marino tomó á la hechicera por el talle; pero el extranjero aquel que sabía mirar como el sol cuando llega á la mitad del cielo, tomó por la cintura al marino con una sola mano, y lo hizo volar sobre la multitud como una brizna de paja.

Inmediatamente el juglar se puso á suplicar de nuevo á su compañera que abandonaran la ciudad, y la llamaba como no la había llamado nunca. ¿No nos vamos de aquí? le preguntaba con una voz dulce como la nube que se funde en el azul de la aurora, profunda como el rumor nocturno de la selva.

Y el extranjero los siguió todo el día, y sin cuidarse del juglar decía que su barca estaba anclada allá abajo, junto al arco del puente, cerca de la puerta de la ciudad y que en el mástil flotaba un pabellón azul salpicado de estrellas.

—¿La reconocerás? preguntaba.

—Sí. Respondía la bella hechicera.

Más adelante la niña volvió á bailar una danza que echaba chispas como si mil diablos estuvieran piafando dentro de su sangre.

Al caer la tarde, cuando los mercaderes se alejaron, el juglar en pos de la bella hechicera, y á pasos languidecientes, atravesó las calles hasta llegar á la puerta de la ciudad. ¡Qué expresión tan triste la de su cara! ¡A bien que nadie había de verlo!

—Irás?—Sí.—¿Quiéres que te lleve?—Sí.

Y la acompañó hasta la barca que tenía un pabellón azul salpicado de estrellas. Y no le volvió á decir nada, aunque no sabía qué iba á hacer cuande se quedara solo. No hablaba, pero sus gestos eran tales que de verlos habrían llorado las piedras si las piedras tuvieran lágrimas.

Saltó rápida la hechicera por la escalerrilla despues de abrazar al juglar y le gritó desde la barca: «no te arrojes al agua, ya volveré»

Sentado á la orilla del río el juglar vió cómo los marineros desataban la barca, y cómo la barca empezó á seguir la corriente del agua.

El juglar echó á correr á lo largo del río y corrió durante tres días y tres noches hasta la playa del mar y no apartaba sus ojos del pabellón azul salpicado de estrellas, hasta que se borró en el horizonte. Y cuando no vió ya nada más, siguió mirando todavía durante tres noches y tres días.

* *

El séptimo día regresó con paso vacilante á la ciudad donde está la iglesia más hermosa del mundo y en cuyas calles cruzan innumerables procesiones de peregrinos.

Allí le dieron dinero, mucho dinero, porque no hay nada que divierta más que un payaso triste.

El pobre se fué directamente á la iglesia.

Se acordaba muy bien. En sus tiempos de juglar alegre, se le había referido que los votos formados en esta iglesia se realizaban siempre y que por eso iban allí tantas procesiones de peregrinos. Pero los que cuidaban el templo le rechazaron. Todo el mundo podía entrar á la iglesia pero él no, porque se pensaba que vendría á hacer una locura.

Con la cabeza inclinada se sentó en un extremo del atrio, y las gentes rodearon á este juglar que estaba tan triste y le arrojaron tantas piezas de plata que se formó con ellas como un nido y en el centro empezaron á caer piezas de oro.

Luego vino la tarde, enmudecieron las campanas, la iglesia quedó desierta, y el juglar se deslizó furtivamente por la sacristía.

—Qué vienes á hacer aquí, tú, payaso? refunfuñó el sacristán.

Todas las monedas de oro y de plata del juglar pasaron á la mano del monje, pero eran tantas que no cabían y las recibió en el hábito. El juglar suplicó se le dejara entrar á la iglesia por la sacristía para pronunciar un voto.

—Tú sin duda, no sabes rezar.........

Pero suplicó tanto y rogó tanto al padre sacristan que al fín le permitió penetrar á la iglesia.

—Qué debo hacer para que la Vírgen me conceda lo que voy á pedirle?

—Lo que mejor puedas.

Y lo dejó entrar á la iglesia y desde el umbral de la sacristía se puso á observarlo.

El juglar no vaciló. Se fué derecho al altar que coronaba un cuadro con una imagen de la Virgen.

El padre sintió cierto pavor y permaneció estupefacto en el umbral de la sacristía.

Ante el altar, el juglar comenzó á hacer contorsiones vertiginosas, se retorcía las piernas y los brazos, daba volatines, ponía la barriga en el suelo, juntaba la cabeza y los pies y rodaba por toda la iglesia, rebotaba con las manos, y sus pies casi llegaban á la bóveda, sus miembros repercutían contra el suelo como el redoble de un tambor y su cabeza retumbaba contra los escalones del altar, su cara se plegaba en millones de arrugas, jadeaba furiosamente, y los cascabeles de su vestido de payaso repiqueteaban sin cesar. De pronto su cuerpo se contrae como un lienzo que arde, luego se redondea en forma de tonel, luego se estira como una culebra y solloza con quejas desgarradoras, ar-

dientes, y las venas de su cuello se hinchan á reventar, y el sudor corre á mares de su frente.... hasta que al fin el infeliz, sobre mármol frío de la iglesia cae.

Y entonces en todas las torres, todas las campanas sonaron á la vez, la luz surgió de todos los cirios, los órganos preludiaron un himno, un divino fulgor emergió del altar; y la Virgen, la santa Virgen descendió del cuadro, se desprendió serenamente del velo estrellado ceñido á sus sienes y con dulzura de madre enjugó el sudor de la frente del juglar.

Luego voló su alma, voló, allá, donde para ser feliz no se necesita el regreso de la linda hechicera que se fué en ese barco que tenía sobre el mástil un pabellón azul salpicado de estrellas.

Désire Malonyay.

DESDE AFUERA

A la pregunta de Lucio Sagris, de si habíamos sentido alguna vez el estremecimiento de lo sobrenatural, aquel soplo que en la alta noche hacía erizarse los cabellos de Job, casi todos nosotros respondimos (á fuer de burgueses prosáicos que somos) un *no* risueño. Dos ó tres, sin embargo, exlamaron sin titubear que *sí;* á los restantes les puso pensativos la afirmación.

—La impresión de lo sobrenatural—dijo Sagris, enderezándose en la mecedora,—á lo menos, para mí, reviste formas variadísimas. No es solo á la cabecera del moribundo, ni al reflejo de los cirios que alumbran al muerto, ni en la gruta de Lourdes, ni en alta mar, cuando lo inefable nos roza con sus alas. A veces basta el choque de una mirada, la luz de unos ojos, el movimiento de unos labios al articular palabras solemnes.

Interrumpieron á Sagris las chungas del auditorio, que creyó ver en aquellas frases una alusión al amor y su peculiar efecto magnético. Al cesar el fuego graneado. Sagris hizo un mohín desdeñoso y un ademán que significaba, «atiendan.»

—Manía muy común—pronunció así que callamos—la de explicarlo todo por la recíproca atracción sexual. Hay en el mundo otras fuerzas y otras corrientes. Lo más notable de las revelaciones hipnóticas es que han demostrado hasta la evidencia que una persona enteramente desconocida y extraña puede, sin preliminar alguno, modificar profundamente nuestra sensibilidad nerviosa....

—Si es una mujer bonita, vaya si puede! -advirtió Tresmes el incorregible.

—¡Bah!—murmuró flemáticamente Sagris.—El italiano Bastia, con solo fijar en usted las pupilas, le haría caer en sopor.........No me armen ustedes disputa sobre el hipnotismo; sacaríamos lo que el negro del sermón; el hipnotismo, hoy por hoy, tiene parte de charlatanismo y parte de ciencia, y no vamos aquí á deslindarlas. Que fotografíen efluvios y cuerpos astrales; yo no necesito esas pruebas materiales de la vida del espíritu. El mío, á guisa de balanza sensible, nota el peso más leve; cualquier influencia espiritual lo inclina. ¿Quieren que les confiese hasta que extremo me dominó la fuerza de una voluntad? Confesión es, porque mucho hubo de pecado en mí, y siempre dura el remordimiento.

La cosa ocurrió siendo yo juez en Pontenova, una villita encantadora, como todas las que bañan las aguas del Miño, sea en la margen española ó en la portuguesa. Debe Pontenova su nombre á un magnífico puente de la época de Carlos III, por cual pueden pasar el río y refugiarse en Portugal los criminales á quienes persigue la justicia. Así es que en Pontenova se reconcentra muchas veces la guardia civil, y los desconocidos de mala traza infunden recelos. El puente se encontrará como á un cuarto de legua de la villa. Estos detalles son necesarios para que ustedes comprendan lo que sigue.

Una tarde, al volver de dar mi acostumbrado paseo, vi á la orilla de la carretera el cuerpo de un hombre, que más que vivo parecía cadáver. Acerqueme y noté que respiraba, y al mismo tiempo, al último rayo rojizo del sol, advertí la siniestra catadura del que yacía recostado en un montón de greva. Los andrajos de la ropa, la descalcez de los pies destrozados y envueltos en trapos, la lividez del rostro, lo hirsuto de la barba, el anhelo de la respiración, decían á las claras lo que era aquel hombre y por qué se encontraba en el camino de Pontenova. Mi instinto de Magistrado se despertó, y pensé: «Un malhechor....Buena caza para mi amigo el teniente Pimentel.»

Cuando me acudía tal idea, el hombre abrió los ojos, y vi cruzar por ellos un terror humilde, un miedo de liebre, una súplica elocuentísima «Ahora eres cristiano y no juez» me gritó dentro una voz piadosa; y tendiendo la mano al caído le ofrecí asilo y socorro. «No tengo más que hambre y cansancio......Hace cincuenta horas que no he probado alimento......» Al oir las palabras y el acento lastimero que las profería, miré alrrededor: la campiña y el camino estaban enteramente solitarios, y á mi casa, situada en las afueras de la población, podríamos llegar sin encontrar á nadie. Levanté como supe al desvalido; le hice apoyarse en mi brazo, y medio arrastras le llevé hacia las tapias de mi jardín, al cual entraba yo por una puertecilla que daba á un soto. No tropezamos con nadie; introduje á mi protegido en un cuarto bajo donde se guardaban trastos de desecho, y señalándole un sofá, le indiqué que descansase, mientras le traía de comer. A los diez minutos volví con pan, una botella de Jerez, bizcochos, jamón frío, fruta, queso, y me hice el distraido para permitirle devorar ansiosamente, á dentelladas, apurando copa tras copa. Y fué una cosa fulminante: acabar la postrer migaja, escurrir la postrera gota, y caer en el viejo sofá harto, feliz, dormido como una piedra.

Entonces me retiré y subí á mis habitaciones, con ánimo de dejarle pasar la noche allí y despertarle á la madrugada á fin de que cruzase el puente y se salvase. Ni aun se me ocurría reflexionar acerca de lo extraño de la situación, cuando vino á recordarme mis funciones y mis deberes el recado de que una mujer solicitaba hablar con el señor juez en aquel mismo instante. Mandé que entrase, y la claridad de mi lámpara alumbró una figura imponente. Era, á juzgar por el traje, una aldeana de Castilla; vestía de luto, y su estatura, ya muy elevada, la aumentaban las negras haldas y el ceñido justillo de estameña. Venía cubierta de polvo; apoyábase en un palo largo, y sus greñas grises se revolvían sobre una frente atezada sombreando dos ojos de brasa, cuyo mirar me subyugó, como subyuga el de algunos retratos antiguos. Flaquísima, enhiesta, grave, la mujer se quedó de pie al otro lado de mi mesa escritorio; y, á mis preguntas, contestó en el lenguaje claro y castizo de su tierra.

—Soy viuda. Desde Burgos vengo siguiendo al asesino de mi marido, para que no consiga meterse en Portugal. Al principio me llevaba bastante delantera, pero hace días le voy á los alcances, sin dejarle entrar en poblado ni descansar en sitio ninguno. He pensado: «En no consintiéndole que duerma ni que coma, él acabará por entregarse.» Y van dos días por mi cuenta que ni ha podido dormir ni comer.

Aquí la mujer calló y me clavó su mirada ígnea, como se clava un puñal: al recibirla, sentí ese estremecimiento de que antes tratábamos, un escalofrío que no tiene nada que ver con el de la enfermedad ni con el que causa la baja temperatura, un escalofrío no *físico*, sino más hondo.—«*Lo sabe,*» pensé.—«Sabe de cierto que su enemigo está aquí, oculto, amparado por el juez....»—Y mientras yo guardaba un silencio cargado de electricidad, la mujer añadió secamente, sin tratar de moverme á compasión, sino más bien al modo del que acusa.

—A mi marido lo mató *ese* esperándolo á la noche, en el robledal......Cinco cuchilladas le dió, una en el corazón, dos en el cuello, las otras dos en el vientre......allí quedó para que lo comiesen los cuervos. Y yo aguarda, aguarda, hasta que viendo que no volvía salí á buscarle, y le topé así, con un charco de sangre negra debajo......Al momento dije á la justicia: Fulano ha sido......Cuando quisieron echarle mano..... ya estaba él huyendo, pero yo detrás, como su sombra. Mi casa se ha quedado abandonada: ni cerré la puerta al salir.

Mi equipaje, este palo; mi vida, anda que te andarás. Nadie me dió seña ninguna, pero yo acerté con el rastro, yo sola. En mi pueblo era una persona acomodada, y he venido pidiendo una caridad. *El* pudo esperarme en despoblado y acogotarme también, solo que ya sabía yo que no se atrevería......¡porque á mi me acompaña Dios.

Al pronunciar este santo nombre con expresión tan trágica que creí escucharle por primera vez, la vengadora alzó un dedo descarnado y se quedó muda, hincándome en el alma su terrible mirar. Fué un combate que duró más de un minuto, entre sus ojos y los míos, hasta que acabé por querer desviarlos, y no lo logré. Comprendí que se apoderaba de mí, por la tensión increíble de su espíritu, por la energía de su deseo. El criminal también había influido en mí un instante; solo que satisfecha la materia con la comida, la bebida y el sueño, el anhelo de salvarse que al pronto demostró quedó extinguido. En cambio la mujer se me presentaba despreciando las necesidades físicas, en pié después de correr leguas y leguas, convertida en bronce, pero bronce caldeado por la llama de la voluntad.

Ríanse Uds. si quieren......Aquella mujer fea y vieja *pasó á mí*, se me incorporó y me fascinó hasta tal punto, que como en sueños, automáticamente, me levanté del sillón, tomé la lámpara, eché andar, y bajando la escalera seguido de la negra figura, abrí la puerta del cuartucho y señalé al sofá donde el asesino reposaba.........

Sagris al llegar aquí, respiró fuerte, oprimido de angustia.

—Y cuando le ahorcaron, ¿sufrió Vd?—no pude menos de preguntar.

—No sufrí más, ni siquiera tanto, como al otro día de entregarle..........La vida de aquel malvado, en suma no me importaba gran cosa. Lo que me alborotó la conciencia,fué el hacerme cargo de que *desde afuera* puedan impulsarme así, obligarme á un acto tan decisivo...... Por efecto de esta página de mi historia, temo más á una voluntad entera que á un cartucho de dinamita.

Emilia Pardo Bazán.

LA DANZA DE LA NIÑA BOHEMIA

Este preciosísimo aire de *Ballet* que publicamos hoy en nuestras columnas, no es una obra suelta; pertenece á la Leyenda La Niña Bohemia y es la misma que la bella hechicerita cantaba con su peine de marfil

GODARD (2ª Mazurca)

[De «Bruma» libro en preparacion]

Estábamos en invierno y caia nieve.

Tras las amplias vidrieras de los balcones de la sala, allá en la casa de tu padre, nos poniamos á contemplar el panorama que tan pródigo era para tí,—que sabes tan delicadamente sorprender la naturaleza —en impresiones que llevabas al lienzo con admirable realidad de matices.

Aquella tarde la nieve habia tendido nna alfombra por los campos y estaba prendiéndose en las orquetas de los viejos árboles sin hojas.

El cuadro era bellisimo esa vez, pero tú no te impresionabas con sus bellezas.

Acurrucada en un sillón, envuelto tu cuerpo en un abrigo lustroso de nutria, y hunidos los piés entre las vellazones de aquella piel de tigre de cabeza achatada, fauces amenazadoras y ojos de vidrio, estabas, al parecer indiferente, mirando los rosetones de la alfombra, pero se delataba tu ansiedad por el vaivén acentuado y violento de tu pecho.

Nuestros amores no habian tenido nunca un instante de sombra; pero en aquella tarde nublada y fria.—momento neurótico en la vida de la naturaleza.—surgió como violenta erupción volcánica, el grito de tu primera bendita angustia.

¡Cuanto vacilaste!......¡Qué grande fué la lucha que entablaron tus ideas y tus palabras!......No, no, éstas no expresaban lo justo....¿Cómo me dirias?

Por fin temblaron tus labios, habian encontrado la frase que hiriera como dardo....palideciste y con voz débil y entrecortada hablaste.

Era yo un pérfido, cruel, monstruo......y todo porque te contaron que la noche pasada habia asistido á un baile de máscaras.

Tenias razón....una debilidad mia, las condescendencias con los amigos....

Y á tal grado llegó tu exhaltación, que me hizo pensar en algo terrible: una ruptura, nuestra separación, tú para siempre lejos de mí....¡Cómo! ¿No volver á oir tu voz tiernisima, como arrullo, como cadencia?.... ¿No mirarme más en tus ojos? ¡imposible!....

Quise llorar, te lo confieso, quise gritar que me perdonaras, arrastrarme á tus pies, invocar en mi auxilio el recuerdo de nuestros instantes más felices....

—Eres cruel, muy cruel.—me decias, te amé! ¡No te amo ya! .

¡Qué negra fué la sombra que me envolvió en aquel instante.

Y queria yo que me oyeras, y las súplicas subian de mi corazón á mis labios, y no las dejaba derramarse en lágrimas tu mirada altiva.

—Calla! ni una pálabra más . voy á llamar á mi padre y á comunicarle mi decisión de no volver á verte.

Y tendiste tu brazo ; tomaste temblando el cordón de la campanilla.

Por piedad, no llames.........; te lo ruego. ¡óyeme!.....

Aquella escena iba siendo dramática.

—¿Habla entonces, miénteme, engañame más...... ¿que tienes que decirme?

¡Qué tenia que decirte!......

Nada: callé y senti que tu mirada, como un baño de fuego penetró por mis ojos.

¡Qué prodigiosa elocuencia la del amor! ¿Verdad que comprendiste luego.........?

Recuerdo que tu frente pálida se inclinó, tus labios húmedos y suaves se contrajeron voluptuosos, como si hubieran besado á una alma; y una irradación tenue de la luz inmortal del amor, iluminó tu rostro de reina.

Comprendiste toda mí pena, toda mi angustia. Tu mano no cayó tímidamente sobre una de las mias que había apoyado en un brazo de tu sillón.

Aquel contacto me produjo un efecto imposible de describir...... Anhelé que mis labios...... pero te apartaste bruscamente arrojando los abrigos y las pieles.

Ya lejos de mi, me miraste sonriendo y fuiste al rincón en que tu piano abierto, ofrecia la blancura de sus marfiles á tus caricias de artista.

Oye,—me dijiste.—Y nació el sonido.

Los primeros acordes que surgieron eran la expresión de un dolor desesperante, cruel; un dolor que incitaba á la cólera, que rugía, amenazaba.... luego, —un paroxismo de febricitante—cadencias hechas girones, notas huídas gimiendo, acordes incoloros, el sonido vagando, vagando loco, hasta transformarse en un ritmo cadencioso y dulce. .. Aquello parecía ser la tierna balada del perdón—¡Un perdón como el tuyo!—el canto de una esperanza de felicidad.

¡Que bellamente ronreían tus ojos! Y me atrajiste hasta estar á tu lado. Seguias tocando, y ambos gozábamos ya con la atmósfera de amor que nos creaba la inspirada melodia.

Casualmente levanté los ojos y miré un cuadro que estaba suspendido arriba de tu piano. ¿Te acuerdas que representaba?

No puede habérsete olvidado. Sobre un lecho blanco, como un nido de armiño, una niñita arrodillada y con las manos enlazadas decia la oración por sus padres.

Ellos. tras las gasas del pabellón contemplaban la actitud conmovedora de su hija, de su realizado ensueño de amor.

¡Qué desconocida impresión me causó aquel cuadro! Senti volar mi pensamiento hasta un entónces semejante, que flotaba aún en el cielo azul de mi porvenir! me abismé...... y me sorprendiste, llevaste tu mirada á aquel cuadro y......... lo comprendiste todo.

Ruborosa inclinaste tu frente, pero ya no era tiempo: tus ojos me contaron lo que pensaste.

Nos amabamos, y nuestras almas habían celebrado sus nupcias.........!

De nada te sirvió que huyeras cuando intenté besar tu mano, porque después,—recuérdalo,—puse sobre tu frente virgen, tersa, eucarística, el beso más apasionado que ha producido mi alma.

Ahora, dime, si no conservaré un recuerdo gratisimo de aquella tarde...... vamos, siéntate al piano y preludia otra vez aquellos acordes tan sentidos; mira, aqui está el papel: *Godard (2ª Mazurka.)*

LUIS FRÍAS FERNÁNDEZ.

DRAMAS PSIQUICOS.

EL REGRESO

Cuando se fué, risueña é insensata,
y me dejó llorando, dije:—Parte,
pero vuelve al hogar pasión ingrata,
que se quedan mis sueños á esperarte.

Mis núbiles y frescas alegrias,
la persiguieron, locas y traviesas,
gritándole: ¿Qué buscas ó qué ansías?
¿Por qué te vas ¡oh madre! y no nos besas?

Trémulas de dolor se despidieron
mis ilusiones, y después, en calma,
silenciosas y juntas se escondieron
en el rincon más triste de mi alma.

Y todo esperó en paz: todo callado,
como al huir la golondrina espera
en el alero el nido abandonado,
á que torne otra vez la primavera.

Y hablaba mi tristeza pensativa
á una enferma ilusión entre las sombras:
Vamos, no sufras más pobre cautiva......
Si ya no ha de volver ¿porqué la nombras?

Mas como aguarda jóven impaciente
la hora de la cita, en la ventana,
mi ilusión, al recuerdo de la ausente
decia: hoy no volvió, vendrá mañana.

Y mi esperanza, pálida de amores,
como anémica virgen se moría
y pasaban las nieves y las flores,
y la pasión ingrata no volvia.

Y de cansancio, soledad y frío,
llegó á mis sueños la infinita calma,
y muerta la ilusión quedó vacio
el hogar pavoroso de mi alma.

Ya mudo desde entonces fué mi duelo:
nadie espera, llorando, su venida.
Caen las hojas; se entristece el cielo......
Estoy en el Otoño de la vida.

Mas he aquí que por la senda obscura,
con paso lento que el pesar delata,
aparece en la sombra su figura......
Ah! qué distinta estás, pasión ingrata!

¡De dónde vienes? Todo lo adivino;
una flor mustia tu cabello enreda,
y entre tu falda azul, manchas de vino
salpican los encajes y la seda.

Hay en tu rostro fiebre que consume;
los ojos brillan en su negro engaste,
y, á distancia, trasciendes al perfume
de las aras de amor donde oficiaste.

Te creí muerta ya; pero aún existes;
tiene tu débil voz extraños ecos;
traes de mucho ver, los ojos tristes,
y de mucho besar, los labios secos.

Hoy detienes tu marcha ante la puerta
del olvidado hogar, pero ya es tarde;
no hay en mi alma lúgubre, y desierta,
ni quien llore por tí ni quien te aguarde.

La madre se olvidó de los pequeños
hijos; mas vuelve y sollozante grita:
¡Esperanzas, abrid! ¡Salid, ensueños!.........
......Y no contestarán......... ¡Quién resucita?

Llega el hastío tras la dicha loca,
los sueños mueren y el encanto pasa......
Toca, pasión arrepentida, toca,
toca! no te han de abrir.,. . No hay nadie en casa.

LUIS G. URBINA.

LAS MUJERES DE WAGNER

Iolanda, una espiritual señora italiana, acaba de publicar un curioso libro, con este título, al que le ha puesto un prólogo el literato italiano, Conrado Ricci.

Dice el prologuista: «Con inteligencia amorosa presenta *Iolanda* al lector esas hermosas figuras wagnerianas, y escruta el alma de las mujeres creadas por el que poseía una gran inteligencia artística. Hay que decirlo, el nombre de Ricardo Wagner conmueve y exalta, como el nombre de aquellos pocos que, en la aparente vulgaridad de las cosas, encuentran la eterna belleza y la eterna poesía de la naturaleza.»

Ricardo Wagner es una de las figuras artísticas más potentes que han existido. De él puede decirse que «se rompieron los moldes al nacer.»

Es el taumaturgo de la harmonía que una vez que le ha dado forma, la entrega al pueblo, afanoso de alcanzar la alta cima del ideal, y le acompaña en la gloriosa ascensión.

Y para armonizar al mundo con la idealidad, Wagner enlaza en un vínculo de harmonía los elementos de arte, tomando la tradición del teatro griego é infiltrando la vida en el melodrama.

Poesía, música, baile, aparato escénico, deben fundirse y formar un todo indivisible, aportando una serie nueva de goces estéticos que á un tiempo levanten el espíritu y susciten las alegrías del pensamiento.

El melodrama—dice Ricci, queriendo mostrar la altísima idealidad de la obra wagneriana;—anterior á Wagner, salvo pocos fragmentos, se formaba con unas cuantas recetas.

Insisto sobre esas palabras: romanza, cabaletta, rondó, conzertatto, duetto, terzetto, etc.

Podían ser, y eran algunas veces estas romanzas, concertantes y rondós, bellísimos, pero la acción dramática dependía toda del poeta.

Toda la música de una ópera, casi siempre podía aplicarse á otra mientras las estrofas fuesen del mismo metro y tuvieran número igual de versos. El *ambiente* en el *melodrama* prewagneriano (que por desgracia del arte ha llegado hasta hoy y aun se cultiva) no existe.

Viven la *primma donna*, el tenor, el barítono......pero con vida propia, y el uno depende del otro, porque el poeta los acerca para que se quieran ó se maten.

«¡Pero de qué unión y de qué espíritu está animado todo, en el drama wagnerino.»

El hombre canta, pero no está solo.

Le rodean sus pensamientos.

Cuando no habla, la naturaleza se agita alrededor suyo. Los recuerdos del corazón, expresados por dulce melopea ó por suave melodía, vuelan sonando por el aire. Como con los ojos de la mente volvemos á ver una imágen adorada; así, con la audición de la mente, podemos sentir otra vez un dulce canto. En el drama lírico wagneriano, todo pensamiento espiritual vuélvese pensamiento musical, y cuando debe volver, empiezan á susurrarlo los instrumentos, desde la cueva donde están encerrados (refiérese á Bayreuth, donde la orquesta no está á la vista del público) hasta que sale con toda la potencia de un recuerdo que alegra ó entristece.»

Todo el mundo sabe refiérome á los wagneristas (que afortunadamente cada día aumentan considerablemente) y filómanos—que las representaciones de Bayreth revisten una solemnidad grandísima, casi religiosa; que el teatro está construído de manera que la representación produzca en el espectador la mayor ilusión posible y le aleje, todo lo posible de la realidad para que su espíritu esté dispuesto á la visión de lo ideal. Así los personajes hacen su aparición de manera esplendida, desaparecen los actores y aparecen las figuras grandiosas de los héroes wagnerianos: Sigifrido, Lohengrin, Parsifal, Senta, Isabel, Ortruda, Elsa, Isolda, Brunequilda......... La escena completa la ilusión, utilizando todo lo inventado por la ciencia moderna; y aparece otro mundo que la harmonía orquestal envuelve en su mágica sonoridad

El espectador es hipnotizado; y se encuentra como en un estado de alucinación y se sumerge con el poeta en el encanto de aquellas fantásticas apariciones.

Iolanda ha sentido todo esto, con las exquisitez de una alma superior, y las mujeres de los poemas wagnerianos han pasado en su fantasía como brillantes fantasmas.

La escritora coge en su genial pureza aquella «idealización de lo real,» y muestra su significado.

Senta (Barco Fantasma) «la pálida soñadora» abre el fantástico cortejo.» Más pura que Isolda, más grandiosa que Isabel y más joven que Elsa, tiene una vaga semejanza con Ofelia y Guiulieta, porque vive como ellas encerrada en arrobamiento de amor y de dolor.

Después viene Isabel (Tanhauser) «Se parece á una de aquellas santas reinas, que bajaban las áureas gradas de sus tronos con las manos juntas y los ojos clavados en el cielo, para sumergirse en la sombra piadosa de un claustro ó de una gruta de penitente.

«Senta é Isabel dedican al amor el mismo holocausto; ambas se sacrifican por el pecador: pero entendiéndolo de manera bien distinta. Senta quiere redimirlo con el amor vivo, eterno; Isabel, torturándose con una larga y ociosa oración.»

«Aquí está Ortruda de una belleza siniestra y fatal, como su corazón, y á su lado su víctima Elsa, la rubia virgen loca, que para destilar fragancia destruyó las soberbias flores de su amor sobrehumano. ¿Quereis saber quién es Lohengrín, quien el que la adora, y a quien ella adora? ¡Oh, Elsa, el nombre del sueño! Una fluctuación ténue, ridente, intangible, ¿Has visto? Pues aquí está el sueño.

«El nombre de Isolda (Tristán é Isolda) significa el poema de la pasión delirante, el incendio. Le hace contraste Eva, la coquetuela enamorada, que cree en el amor y está contenta con sus alegres esperanzas.

Siglinda, Brunequilda y Kundry, aparecen en el lejano horizonte, indistintas, desvanecidas, cual blanca voluptuosidad que fluctúa en el éter.

La poesía de Wagner es revelada en el poético libro de *Iolanda*, que caldea en su corazón las fantásticas figuras femeniles del mundo wagneriano, y las circunda de luz y de perfumes y las hace palpitar cual si fueran criaturas vivientes.

—

DAMAS MEXICANAS.

Señorita Virginia Cañas

DE GUADALAJARA.

[Fotografía Lupercio.]

En la primera página de un álbum.

—

Sonó el clarín: por los espacios vuela
Su ronco acento que el castillo guarda,
Y firme y respetuoso el centinela
Golpeó contra el marmol la alabarda.

Te vió llegar el mercenario suizo
Que vigilaba desde el muro viejo;
Sobre el foso está el puente levadizo
Esperando que pase tu cortejo.

A la voz del heraldo que te nombra,
La servidumbre por doquier se mueve....
Ya se extendió en el pórtico la alfombra
Hecha no más para tus pies de nieve.

Entra y no temas. ...... el fulgor del día
Que en tus grandes pupilas centellea,
Alumbrará la obscura galería
Que el cincel del artista festonea.

Del trono augusto hasta la meta sube
Por la ámplia escalinata de alabastro,
Y envuelta del incienso entre la nube
Parecerás como en el cielo el astro.

Bañarán las antorchas con su brillo
La orla dorada de tu airosa veste,
Serás la reina del feudal castillo
Que un mago alzó sobre la roca agreste.

Agitando sus bélicos penachos
Armados te custodian los pecheros;
No temas por tu honor, que en los picachos
Sólo anidan los buitres altaneros.

En la almena que sirve de atalaya
Se abarcan infinitos horizontes:
De un lado el mar con su espumosa playa
Y por el otro los azules montes.

Cuando se acerque la estación que aterra
En que la nieve de los cielos baje,
Y silenciosa y fúnebre la tierra
En sudarios inmensos se amortaje;

Cuando con su melena destrenzada
Corra por fuera el huracán que ruge,
Y al cabo te fastidie en la velada
El eco eterno del cristal que cruje,

Deja que llegue el trovador errante
A quien mofan é insultan los protervos,
Dile que pulse su laúd, que cante
Para embeleso de tus pobres siervos:

Que destierre la negra pesadumbre
Que pobló de su espíritu el vacío,
Y al brindarle un lugar junto la lumbre
Que lo proteja del nocturno frío,

Dile que forje la leyenda de oro
Que al mismo tiempo que cautiva, arredra,
De la cristiana que adoraba al moro
Y que hoy se encuentra convertida en piedra.

Deja que formulado en vibraciones
Suba tu nombre hasta los cielos tersos,
Que invadan tus magníficos salones
Cual golondrinas de tisú los versos.

Y al mirar los raudales esplendentes
De tus cabellos que la esclava peina,
Deja que te proclame entre las gentes,
De las hermosas la señora y reina.

Ordena á los guardianes del castillo
Que nunca al pobre sus recintos cierren,
Que bien pueden dejar franco el rastrillo
Á cuantos bardos por los muros yerren.

Y yo que, como todos, deslumbrado
Por las grandezas del altar severo,
El templo á tu hermosura consagrado
Con torpe planta profané el primero,

Perdóname esta vez......... negros dolores
Hieren á mi alma que á tu lado reza.........
Yo no sé qué virtud tienen tus flores
¡Que alivian del que sufre la tristeza!

Ungir con los perfumes de sus rosas
La fe que el vate de los cielos trajo,
Es la santa misión de las hermosas,
De las castas vestales de aquí abajo.

En cambio, Julia, por la hermosa dama
Irá vibrando mi clarín de acero,
Y seré de tu prez y de tu fama
Paladín, trovador y caballero!

RODOLFO FIGUEROA.

MIS DESEOS

—

Yo quisiera sintiendo en mi rostro
Tu tibio, aromado, purísimo aliento,
Sorprender en tus ojos, ¡oh niña!
Tus sueños de dicha, tus castos secretos.

Yo quisiera, sintiendo en el alma
De tu alma de virgen los cándidos besos,
Que tus rayos, tus rayos divinos,
Cual rayos de aurora llenaran mi pecho.

Yo quisiera, mi bien, con tu aroma
Llenar de mi vida los tristes momentos,
Transformar en risueños celajes
Las tétricas sombras que enlutan mi cielo;

Confundir en ardiente suspiro,
Suspiro profundo, mi aliento y tu aliento,
Y en tus brazos quedarme dormido
Sintiendo en mis labios tus labios de fuego....

X.

VERSOS VIEJOS.

Todo lleno de luz y poesía.........
Qué hermoso fué aquel día!
Cuánto níveo fulgor en lontananza!
Por todas partes el edén risueño!
En la mente, el ensueño!
Y en el alma oprimida, la esperanza!

El destello quemante de tus ojos
Templaba los enojos
Que tuve al golpe de mi suerte fiera,
Y al contemplar tus délficos primores;
A plácidos amores
Se abrió mi corazón por vez primera.

Tú ¡más hermosa que la luz del día!
Alma del alma mía,
Grata escuchaste la canción del bardo,
Canción que pronto se tornó en gemido,
Cuando sintióse herido.
De tu frialdad por el punzante dardo.

Con qué placer, en nuestro amor profundo,
Cruzáramos el mundo
Siempre llenos de dicha, siempre unidos
Como dos hojas de la misma palma:
Dos almas en una alma,
Dos corazones en un ser fundidos!

¡Oh quiméricos goces de la mente!
¿Qué vale el fuego ardiente
Que al par que quema, la existencia halaga,
Si es tan solo el amor de las mujeres
¡Ay! como los placeres,
Que se enciende, que brilla y que se apaga?

Triste de mí! tu corazón olvida
Y en mi alma ensombrecida
Que albergue fuera de pasión gigante,
Queda tan solo, del amor ya muerto,
Un fantasma, cubierto
Por el crespón de tu maldad triunfante.

Más, todo acaba...... Y de mi fé tan pura
No esperes la ternura
Que á tus aras llevé......... Llora, infelice!
Que mi alma, al rudo golpe de sus penas,
Ha roto las cadenas
De ese funesto amor......... y te bendice!

EDUARDO MELO Y ANDRADE.

CANCION.

A veces en mi sueño, como estrella
Que surje en cielo obscurecido y triste,
Aparece una imagen dulce y bella:
Todo lo que no fuiste.
¡Ah! ¿por qué brotan con tenaz porfía
Recuerdos tuyos que mi mente abruman?
¿Por qué llevo en el alma noche y día
Rosas que no perfuman?
No se envanezca tu cerebro hueco
Con fácil lauro que á ninguno asombra:
¡Yo confundí el sonido con el eco,
Y el árbol con su sombra!
En la callada noche, cuando brilla
Solitario el lucero, entonces vuela
mi espíritu hacia tí, y en tu mejilla
Posa el beso de amor que te desvela.
Despierto yo: riquísima fragancia
El triste mundo de mi estancia llena:
Es que vino tu espíritu á mi estancia
Y en ella abrió sus alas de azucena.

VICTOR G. MANTILLA.
(Peruano)

Frons in mare.

A la muerte de la niña Amelia Aguayo.

Cada vida mortal es una hoja
que el arbol guarda á Otoño amarillento.
Cuando secas están, se agita el viento
y al bramador torrente las arroja.
Mas ¿porqué de la tuya nos despoja,
si era fronda que el aire tremulento
acariciaba con sonoro acento,
bajo una alba de Abril dorada y roja?
Del huracán al golpe furibundo,
cayó la verde hojita en la corriente
del manso rio azul que desde el mundo,
en sus ondas clarísimas y bellas,
la llevó cariñosa y blandamente
hasta el sereno mar de las estrellas......

MANUEL JOSE OTHÓN.

San Luis Potosí. Nbre. de 1897.

Preludios de invierno.

La parda bruma, en su girar incierto,
cuelga su encaje y lánguida se mece,
y está el trigal tan mústio que parece
[illegible] sudario cobijando á un muerto.
A los desnudos álamos del huerto
se agarra el heno que en las ramas crece;
y en la montaña sin verdor, fenece
de las palomas que huyen, el concierto.
Aun quedan hojas verdes que prendidas
en lo alto de los árboles, secreta
canción sollozan por el cierzo heridas:
Mientras se arrastran en corriente inquieta
las que ya se han secado, las caídas....
¡las ilusiones que lloró el poeta!

FRANCISCO DE A. CASTRO

EL MEDIO DIA

(Véase el artículo «Nuestros Grabados.»)

LOS MAS FUERTES

POR GEORGES CLEMENCEAU—ILUSTRACIONES GRABADAS EN NUESTROS TALLERES.

Número 2

Nada tengo que ver en eso, respondía el viejo avaro: Enrique más tarde, rescatará ó no; eso es negocio suyo. Ahora esas conversaciones revivieron en la memoria de Enrique.

—Señora de Tremblayes, tía mía, exclamó impetuosamente, rojo de indignación: habla usted en justicia. Es preciso devolver, restituir, rescatar.—Si hubiere algo que decir contra mi abuelo Panetier, no quiero su dinero, ni los bienes nacionalizados.—Yo los rehuso!

La viejecita saltó en su sillón como si la hubiera picado una víbora.

—¿Qué locura es esa, sobrino de que nos hablas? Por enojosa que sea la desigual alianza de tu padre, debe excusarse por el deber que tenía de volver á los Puymaufray su rango en el mundo. Ignoro qué cuentos te hayan hecho respecto al Señor Panetier (de Vertou) á quien conocí en su ancianidad y que era un hombre temeroso de Dios. Harás sin embargo lo que quieras, sin olvidar que no tienes otros medios de llenar tus deberes de gentilhombre cristiano, que los que te vienen de la fortuna de tu abuelo. La Iglesia aclarará tu conciencia sobre el particular. A lo que me he querido referir en un principio, es al deplorado y deplorable error cometido por tu abuelo paterno Juan de Puymaufray que no vaciló en permanecer aquí en su castillo durante la revolución de Robespierre y Marat, dando así al asesinato del Rey, á las persecuciones de los sacerdotes y á las sangrientas violencias del Terror, la legitimidad que resultaba de su presencia. ¿Cómo no comprendió que su lugar estaba en la primera fila de los que, en torno al estandarte del derecho, luchaban noblemente por reconquistar la Francia? Pero en vez de eso.... ay! vivió durante todo el execrable y sangriento período aquí, en medio de los Jacobinos, cediendo las campanas del castillo para que se fundieran cañones contra nosotros, permitiendo que sus tierras fueran entregadas al pillaje, tomando parte en las llamadas fiestas de los patriotas que ni aun pretendieron guillotinarlo. ¿Qué opinas de eso? Otros que de pronto habían caído en las necedades de esos días, los Rochefoucauld, los Montmorency, los Lameth, se arrepintieron luego y abjuraron de sus errores; mientras que él después de haber tolerado la revolución, no vaciló en aceptar yo no sé qué funciones del usurpador, hasta el día en que *Luis el deseado* le relevó de esta indignidad por la gracia de su investidura.

Enrique respiró.

—Ya sabes todo ahora, agregó la señora de las Tremblayes, y no dudo que compartes mi justa cólera. De consiguiente, un acto de reparación te lo imponen estos recuerdos; y como no puedes servir al trono porque el Rey de Francia está en el destierro, te corresponde servir á Dios en la persona de Su Santidad el Papa, que se ha mostrado tan grande en la amarga prueba de Castelfidardo. Como nos hemos anticipado á tus deseos, ya te conseguimos una plaza de zuavo; y aquí tienes tus cartas de introducción y una de crédito para el Banco. Mañana te pones en camino.

Enrique no vió desde luego mas que una cosa, y era que se le sacaba del Colegio de Poitiers. Por otra parte; lo desconocido era una tentación para su juventud.

—Estoy dispuesto, dijo sencillamente. Un murmullo halagador acojió estas palabras y un pariente vino á estrechar la mano del héroe.

Al día siguiente estaba en camino. Partió alegremente y se despidió ¡ingrato! sin pena, de Naneta á quien ya no debía volver á ver.

Como no se había preparado para comprender á Roma no se sorprendió ante sus grandezas que estaban mudas para él. Lo poco que sabía de antigüedades le parecía que no conjugaba con aquellas piedras amarillentas cuyo sentido histórico se le escapaba. Comprendió sí que aquello había sido la cuna de un gran dominio universal heredado por la Iglesia, y la religión le hubiera parecido más grande si no hubiera visto tan de cerca el Vaticano. No inspiraba en efecto sentimientos de piedad ver á Monseñor Mérode, Cardenal Ministro de la Guerra, haciéndose atravesar sobre el lomo de una mula, para probar camillas de ambulancia. La misa de la Capilla Sixtina le pareció muy bella, pero en contrasentido con la monstruosa humanidad pintada en las bóvedas por Miguel Angel.

En el Regimiento de zuavos, había una confusión atroz. Junto á un lote de charlatanes de todos los países, había hijos de familia Irlandeses, canadenses y belgas, llevados por el entusiasmo religioso. Aquí y allá solían cruzarse algunos tiros contra los *Islamitas* que decía Lamorciere, pero sobraba tiempo para gozar, y las bellas romanas no se mostraban excesivamente severas con los jóvenes franceses á quienes recibían alegremente.

Enrique fué arrancado á estas distracciones por la carta en que se le participaba la muerte de la vieja Naneta. Sus últimas palabras habían sido para recomendar á su hija que estimara mucho á Enrique, velara sobre él y le protegiera. La joven campesina, cuyo socorro podía entonces parecer superfluo, hizo llorando la promesa. Más tarde ese socorro ¡ay! tuvo que emplearse con frecuencia.

Enrique lloró algunos días á su buena nodriza y luego la vida de cuartel le llamó nuevamente hasta el día en que cansado de cuatro años en Roma, volvió á París y presentó en las fiestas imperiales un Puymaufray desencantado, escéptico y batallador. Cuando se le hablaba de los zuavos romanos decía:

—Puedo asegurar que hay quienes creen que existen y hasta quienes digan que los han visto. Y callaba que había sido de la clase, y su sonrisa burlona ponía término á la cuestión.

¿Qué habría podido hacer en París Enrique si no lo que hacía entonces la regocijada juventud? En seis años, los bienes nacionales del abuelo Pa-

netier habían sido restituidos como deseaba el Abad, pero no más que no en forma de donaciones piadosas, sino que volvieron al seno de la nación misma por el intermedio de ciertas damas de Teatro y de mundo, de Jockeys, comerciantes y usureros cuya misión benéfica es impedir la excesiva acumulación de capitales.

Esta tarea de equilibramiento social á que colaboran galantemente todos los parásitos del gran mundo, fué resultado natural de una vida en que siempre estuvieron cerradas todas las corrientes de actividad productiva. Vivir para su dinero le parecía á Puymaufray la simpleza más redonda, y no había destino especial para el que lo hubieran preparado á él los que estuvieron cuidándole su dinero. ¿Cuál uso de sus potencias personales habría podido acrecentar la fuerza social de sus riquezas? Ninguno: y se conformaba con prodigarse en el vacio, comer, beber y correr en pos de todos esos placeres que ponen en claro el organismo.

Con esto no se sobrepasa mucho del nivel de las bestias; pero sin pensar ni aun en que tenía la posibilidad de elegir, Enrique entró con la cabeza inclinada por la senda de los placeres vulgares. No aprendió es verdad en esta empresa á estimarse á sí mismo, pero se consoló más ó menos aprendiendo á despreciar á sus contemporáneos y ..... á sus contemporáneas. Las tierras hipotéticas vendidas apesar de las protestas de Naneta 2ª desaparecían sin dejarle un sentimiento de pena. Sin embargo, la amarga ironía de sus frases dejaba adivinar un gran desengaño de la vida y un agrio descontento de si mismo.

Estaba casi arruinado y á punto de comenzar á dirigir miradas discretas á las jóvenes herederas yankees que andan á caza de marquesados, cuando en los momentos más álgidos de su desprecio por las mujeres, se sintió arrebatar por un huracán de pasión que le arrastra, le pulveriza y forma de su ser una masa nueva por virtud del sufrimiento, brotando al fin el hombre que por una educación atrofiadora y un medio ambiente mal sano, había estado soterrado en las profundidades del espíritu.

En el Hipódromo, Enrique se encontró un día con Domingo Harlé antiguo condiscípulo de Poitier, que terminada su carrera acababa de fundar en Santa Radegunda, cerca del Castillo de Puymaufray una fábrica de papel. Nunca habían simpatizado mucho los dos jóvenes porque Harlé era un *machaca*, un espíritu estudioso y lento, notablemente dotado para las matemáticas y que era orgullo de los Padres Jesuitas, en tanto que el otro, rebelde á la instrucción, estaba papando moscas y con la mente sumida en los recuerdos de Nanta y el Abad y de los placeres del campo.

La vecindad del Castillo y la fábrica separados solamente por diez kilómetros, debía necesariamente aproximar algún día al ocioso castellano desdeñador de riquezas que acababa de echar por la ventana, y al trabajador utilitario que hallaba en la amistad de Puymaufray un valor nominal que acrecía su crédito. Estos dos hombres, tan alejados al principio, se hicieron súbitamente amigos por el común sentimiento de una suerte de predestinación, y cubrieron con rápidas confidencias el vacío de su separación, desde las aulas de Poitiers hasta las tribunas de Longchamps. —Un primo lejano de Harlé, canónigo de Tours que tenía crédito en el arzobispado, le había conseguido los capitales necesarios; y los Padres Jesuitas que no perdían de vista á un alumno de tal calidad, lo habían casado ricamente según su propio relato.

Desgraciadamente, añadió, los Padres no podían preveer la quiebra del Banco Católico del Canadá, causada por maniobras fraudulentas de los judíos de Lóndres y París, y yo no llegué ni á ver un céntimo de los cien mil francos de renta que me debían haber sido pagados. Mi suegro murió de tristeza después de penosas explicaciones entre nosotros, mi mujer se ha vuelto adusta, díscola, insoportable, y yo he procurado conformarme; y como la vida no es nada atractiva en Santa Radegunda, vengo con frecuencia á París á buscar el reposo del trabajo y el olvido de los afanes abrumadores.

Ese día Domingo pudo, con ayuda del Marqués olvidar á satisfacción los disgustos en una bella compañía. El Parisién estragado, hastiado de París, notó que casi se divertía ante les ansiedades de vicio que espoleaban á aquel provinciano que rompía regocijado sus cadenas. Pero esta diversion fugaz no le quitaba la repugnancia creciente que le causaban esas invariables alegrías en que había gastado su vida. Eterno comenzar á las mismas horas, en los mismos lugares, diciendo y oyendo iguales palabras, convencionales, viendo idénticas genuflexiones y forzadas en la monotonía inagotable de las mismas personas, entregadas á los mismos simulacros de placeres que se vuelven odiosas para quien con el instinto abierto á alegrías superiores, está en incapacidad de esfuerzos diferentes, porque tiene gastados los resortes de la energía. El inglés en ese caso para buscar sensaciones nuevas, viaja ó se suicida. El alemán se embriaga entre los jarros de cerveza y las nubes de humo. El francés, brillante concha vacía, permanece inerte, juguete de los elementos, con la pasividad de las descomposiciones lentas. Es en verdad melancólico espectáculo, esta barahunda parisiense de policroma envoltura y que no lleva nada en el interior; la forman las gentes empujadas por la casualidad, agitadas por movimientos mecánicos que simulan la ilusión de la vida, con sensaciones gastadas, sentimientos marchitos, ideas muertas.... el brillo de la apariencia, el prestigio de la mentira!

Puymaufray impasible se dejaba llevar de la corriente. Harlé para quien todo era sorpresa, gozaba como un colegial; y sus admiraciones distraían algo á su hastiado amigo y se repetía la misma comedia siempre, variando solamente los actores secundarios.

Habiendo ido Enrique alguna vez á Sta. Radegunda para firmar con el notario unas actas de venta, Harlé lo invitó á almorzar en su casa. La señora le llamó la atención, menos por la fría corrección de sus facciones, que por su altiva melancolía de reina destronada. ¿Adusta, díscola había dicho su marido? Pues no tenía nada de eso. Más bien parecía que la catástrofe de que Enrique tenía conocimiento, había dejado en esta alma despedazada la impresión de una desgracia irreparable. Sin embargo, por cruel que sea una pérdida de dinero, no deja expresión de amargura tan intensa en los labios de una joven. La muerte de un padre amado, deja abatimiento profundo, pero sin esos extremecimientos de rebeldía comprimida. La voz trémula, como quebrada, sonaba dolorosamente y su sonrisa amable y cortés con el recienvenido, envolvía en dulzuras la harmoniosa actividad de una gracia dominadora. Esbelta, pura, bella con una belleza sin vida, cabeza erguida é imperiosa bajo su corona de cabellos rubios, Clara Harlé, en la sencillez de una vencida imponente, despistaba todas las observaciones que sobre su carácter pudieran aventurarse. ¿Qué se podía leer en las limpideces de sus ojos verdes con rayitas de oro? La investigación de Puymaufray se embotaba ante esos espejos impenetrables que recibían y guardaban sus miradas, sin devolvérselas.

La conversación giró sobre banalidades, forzada y embarazosa. El Parisiense se encontraba cohibido, sin espiritualismo, sin esa palabra insinuante que trae la confianza y la animación. Solamente el provinciano, todavía enardecido de su viaje á París peroraba con ruidosa alegría, y declaraba que no tenía en el mundo más que un objeto: su fábrica, que después de algunas alternativas empezaba ya á prosperar. Expuso luego sus grandes proyectos para el porvenir, fatigando con su charla la indiferencia de Puymaufray, y dijo después de una larga pausa.

—Todo eso estaría hecho ya, á no ser por la imbecilidad de....quienes de un golpe me cortaron los brazos y las piernas.

Tan brutal evocación del recuerdo de las desdichas de su padre, no produjo en la señora de Harlé un gesto de sorpresa, y solamente un relámpago de rubor le coloreó las mejillas. Luego dejó el salón como para ir á dar una orden y no volvió á presentarse.

—Así sucede siempre, exclamó Domingo aliviado al parecer con esta partida. Escenas mudas, farsas de martirio, y querría que se me dijera quién es la víctima entre nosotros dos. ¿Cómo encontrar libertad de espíritu, energía de pensamiento para el combate del día, cuando siento siempre contrariado mi esfuerzo por las recriminaciones y provocaciones de una neurótica?

—Pero ¿no eres tú? indicó tímidamente Enrique quien recriminas fuera de oportunidad y sin utilidad alguna posible?

—Eso mismo es lo que ella dice, pero tu deberías sin embargo comprenderme mejor. ¿Que esperaba yo de mi matrimonio? Lo que todo el mundo: una mejoría de situación personal. ¿Qué encontré? Disminución de mis comodidades y fuerzas por el aumento de trabajo. Esto no es culpa solamente de esa mujer, convengo en ello, y tengo bastante educación para reprocharle siempre la honra de su padre y la falta (muy poco honrada por cierto) al cumplimiento de compromisos suscritos ante un notario. Pero ¿que soy yo después de todo sino el conductor de un ejército industrial, un jefe que lanza con sus tropas diariamente el honor y la vida á los riesgos del incesante combate? Yo estoy aquí en plena brega, obligado á veces á resoluciones violentas á actos irreparables. ¿Cómo he de haber podido conservar la plena poseción de mí mismo, y apasiguar la exhaltación de mis nervios, cuando en lo más fuerte de la acción se me escaparon los elementos decisivos, precisamente los que más hábilmente había preparado en el orden inteligente de las previsiones humanas? Reprimir en sus circunstancias un grito destemplado, una rudeza en la acción, será conducta de ángel pero no del Capitán de guerra que estoy orgulloso de sentir en mí. Puymaufray no decía nada mirando al luchador violento, implacable bajo obcesión del fin y le parecía explicable al fin si no digna de excusa la expresión extraña que creyó sorprender en el brillo lúgubre de los ojos verdes de la señora de Harlé.

Harlé con sus cabellos cortados á peine, muy negros con su barba recta, descubriendo la energía de unas facciones duras, gestos imperiosos, palabra vibrante, era un verdadero jefe en la poesía feroz de la acción. Su mujer, pensaba Enrique, es de otro mundo de sensaciones y de sugestiones, motivo en que se apoyan y fundan las desgracias todas del matrimonio.

Sin duda que debe pensarse en tí, aventuró tímidamente, pero también existe tu mujer que, como tú mismo, tiene derecho al pleno desarrollo de su vida.

—Mi mujer! Yo buscaba en ella un punto de apoyo que desapareció con su dote, y no me queda más que la carga de la mujer inútil, pesada con el petardo de que no llenó su función y con el resentimiento que me conserva por las faltas que según ella cometí al rescatar de la culpable impresión de los suyos algo que me correspondía.

—Pero tienes hogar.

—Sí. Eso está bueno para que lo digan los solteros. Cántame las delicias del hogar. Ven; mira esa enorme chimenea que casi llega á las nubes. Ese es mi hogar: por darle vida entregué lo mejor de mi ser á una mujer que lo desprecia y lo destruye.

Al día siguiente Enrique se dejó persuadir por Naneta de que el castillo tenía necesidad de reparaciones urgentes y que estas deberían hacerse con la sobrevigilancia del dueño, y se instaló en Puymaufray considerándose obligado á reorganizar cuidadosamente algunos otros trabajos que caminaban con lentitud.

Como debe suponerse, siempre estaba listo para franquear la corta distancia que le separaba de Santa Radegunda. La fabricación del papel le interesaba, ó más bien Clara Harlé que después de simulacros de indiferencia seguidos de infructuosos esfuerzos de desdén se apaciguó lentamente y terminó por rendirse á los encantos de un corazón sinceramente subyugado, corazón que sentía con regocijadas palpitaciones la atracción de un dolor inmerecido, dolor que ardía en el célico mirar de unos ojos verdes, dolor que gemía en las vibraciones de una voz harmoniosa, y siente la atracción y no quiso ni soñó nada más. Sorprendido de sí mismo, feliz de probar una nueva voluptuosidad, se entregó impetuosamente á esa fuerza desconocida que poniendo en vergonzosa fuga todo su arte de seducir, lo dejaba sin mas armas que las de la verdad.

En el estruendo de la fábrica ó en el silencio de los campos, Clara le entretenía con largas conversaciones, estupefacta de sentirse otra, presintiendo un mundo de nuevo del cual tenía las llaves su nuevo amigo. Domingo al principio quiso tomar parte en sus paseos, pero la fábrica no lo dejaba; y por otra parte sentía cansancio inconsciente al seguir á este par de soñadores por las revueltas del campo.

—¿Quién habría pensado, decía á Enrique, que la vida agitada de París acabaría por transformarte en un poeta selvático? Ese es el castigo de la ociosidad. En lugar de caer en éxtasis frente á una encina, penetra en la actividad viva del mundo, descúbrete los brazos como obrero, emplea tu fuerza de voluntad contra los elementos, enreda en rollos de papel ese arbol cuya sombra es

perjudicial á las cosechas, eleva á tus labradores ignorantes á la altura de tus concepciones industriales, aumenta á los elementos para la nutrición de los hombres, y eso valdrá más que el profundo sentido de las más bellas frases.

—Es verdad que he derrochado tontamente mi vida que pudo ser útil y bella, á lo menos por los medios de acción que me había dado la casualidad. Solamente que la acción que tú comprendes no es la única que existe, y tu papel nada valdría si no se le pusiera al servicio de las ideas. Tú eres un agente en vez de un causante, y estos éxtasis que te dan risa, son los que motivan y justifican el desarrollo de tu actividad. De la idea vienen cada día las sensaciones que mueven á los hombres; y el mismo fabricante de papel, tú lo has dicho, tiene un sentimiento de arte que lo impulsa.

—¿De la gran vida de París, como dice Mr. Harle, es de donde ha sacado usted todas esas filosofías?

—No, señora, las encontré aquí.... demasiado tarde. Había vivido estúpidamente de los recuerdos de las proezas de mi raza, triste despojo de esplendores pasados y grandezas desparecidas; tengo ya cuarenta años y lo poco que me queda ya de fuerza, no tendrá empleo alguno por culpa mía. El único placer que he probado, ha sido arriesgar por la patria mi inútil existencia; pero las sociedades viven hoy de la paz y no de la guerra, y no se halla qué hacer de aquellos que no sirven más que para morir. Perdidas mi juventud y mi fortuna en insípidas y brillantes necedades, regreso aquí; y la tierra en que de niño me desperté campesino, me vuelve á encontrar campesino; y el espectáculo sano de la labor honesta no sé qué de vida benéfica me da, y por lo menos, el conocimiento de lo que no supe hacer.

—Y la verdad es que tales pensamientos le venían por la vez primera, bajo la luz de una mirada que francamente le iluminaba la conciencia. No decía nada pero una gratitud sincera por el alma virgen y feliz que nacía en él, se revelaba en las inflexiones de su voz, en señales imperceptibles que avisaban sin saberlo, á la joven, los avances de su obra.

Las instintivas desconfianzas iban desapareciendo con rapidez; Clara entregaba á Enrique algo del dominio celosamente guardado en que ocultaba bajo enigmática sonrisa el dolor de sus arranques de vivir reprimidos de un modo salvaje. y llegaba al desahogo de las confidencias. Le hablaba de su juventud insubstancial en el encierro del convento donde se elabora con discreta obstinación una perfecta ignorancia de la vida, le hablaba de su madre enferma, de su padre entregado á los negocios, y le hablaba en fin de su matrimonio á los diez y nueve años de edad, aceptado con alegría porque todos le hacían la enérgica afirmación de que en eso estaba su felicidad.

Nuestros más crueles enemigos, agregaba, obrarían con refinamento de crueldad para dañarnos, del mismo modo que obran nuestros padres amorosos creyendo favorecernos. Cuando paso en revista las mentiras de familia y de escuela con que se nos falsea el espíritu y se nos embauca el corazón, admiro que nuestra llamada virtud pueda dejarnos en el fondo partículas de sinceridad, de probidad verdadera con relación á nosotras mismas y á los demás. ¿Cuáles serán nuestros pensamientos y nuestras acciones, cuando al primer contacto con el mundo los velos bruscamente desgarrados hacen aparecer en su desnudez las falacias del cielo y de la tierra? Dígame usted ¿donde se vé, donde se realiza eso que se nos dice, que se nos enseña respecto de la familia y de la sociedad?

En lugar de las dulzuras y bellezas prometidas, no resulta más que un campo de batalla donde triunfa el capricho del más fuerte. Yo sé que hay reparaciones y recompensas celestes. Todo el mundo lo dice y algunos hasta lo creen. Dígame usted ¿quién, fuera de los aparatos de virtud convencionales, conforma sinceramente su conducta con estas santas y honradas creencias?

—No lo intentaré: pero si debo decirle, que todo ese mundo malévolo de que es usted víctima, le deja un refugio bastante bueno en su propio corazón. Actos brutales han abrumado á usted.

¿No hallará usted una revancha. en la conciencia intangible de un sentimiento superior á todo lo que le han arrebatado? Y si le fuere á usted dable hallar un corazón en donde verter el suyo; si la fuerza de usted se duplica en potencia vital, no piensa usted que de sus desdichas puede salir una alegría terrenal comparable con las venturanzas divinas?

Así es como habría yo comprendido el matrimonio. La fusión de dos vidas en un solo ser; pero la sociedad y la familia tienen otros fines, pero este mundo no es un museo donde se admiran los cuadros sin preocuparse de los marcos. Mi dinero y yo estábamos remachados juntos, y como hubo atracción entre el dinero del Sr. Harlé y el mío, bastó con esto para que yo me viniera adherida. Lo malo está en que un día el dinero se evaporó y sola la mujer ha quedado frente á frente del amo irritado que Ud. conoce. Después de un año de diversiones frívolas mi marido que al principio era solícito y atento, arroja la máscara de improviso: ya no tenía que cobrar. La violencia hasta allí contenida estalló súbitamente en invectivas, en reproches groseros á mi padre que murió de desesperación. Esa es la vida que comenzó para mí.... á los veinte años: hoy tengo veinticinco y soy más vieja que Ud.

—No, porque está Ud. en plena rebelión de juventud. ¿Y qué, piensa Ud. que de todos estos males no le deban traer algún bién? Sin la catástrofe habría Ud. seguido en la vida de placeres mundanos que debieron serle gratos. ¿Qué habría sido de Ud? Yo quisiera poder enseñarle lo que esa vida ha hecho con otras. El sufrimiento le ha dado á Ud. que tiene una alma.

—¿Y para qué? Para sufrir un poco más. Eso es todo. Y lo que llama Ud. mi rebelión, palabras y nomás palabras. En realidad he adquirido la inercia y la corriente me lleva.

—Quien sabe si la prueba esté próxima á su fin.

—Oh! Ya comprendo. Allí está Ud. He hablado más de lo que debía.... Bien sabe Ud. que yo no tengo salida. No estoy organizada para la mentira. Ud. no podría ofrecerme más que un cambio de desdicha.

Siempre que un pensamiento venía á estrellarse contra el obstáculo invencible, Enrique se decía:

—Imposible! esto no será nunca:

Y Clara pensaba:

—El mundo que me derribó del primer golpe no quiere que yo me levante. Pero luego, en lo profundo de su alma, una voz preguntaba: ¿Y por qué?

Ay! la infeliz no podía decirlo todo; no podía confiar las peores torturas, el horror de las vilezas conyugales, fuente inagotada de vergüenza y odio. Enrique sabía bastante. La esperanza feliz de auxiliarla, prestaba cierta dulzura á lo más cruel de las dolorosas confidencias. Por el temor de alejar el consuelo en que cifraba su vida, le había venido una gran timidez. En otros tiempos decía que los más bellos momentos del amor era cuando se subía la escalera. ¿Estaba enamorado ahora? ¡Qué nombre dar á este impetuoso arrebato que, lejos de darle la suprema alegría en el camino de Santa Radeguna, le desesperaba hasta el martirio! Cómo engañarse respecto al sentimiento más claro? Amaba y no ansiaba nada más allá de las delicias de su amor. Esto mismo le ocultaba el peligro y engañaba á los dos con falsas seguridades hasta el abandono extremo de sus corazones.

En cuanto á Clara, acabó por no combatir consigo misma, contenta de sentir que su alma se había entregado. Insensiblemente se dejaban deslizar y hablaban á corazón libre, de amistad y de amor, sin reticencias, no queriendo ni pudiendo reprimirse, sin preocuparse de saber qué haría de ellos el sentimiento soberano. ¿Qué importa el nombre de un sentimiento? Las consecuencias no los espantaban, pues habían decidido cada uno en el fondo de su alma que vivirían castamente, juntos, unidos por un amor tan sublime como no hay en la tierra. Y así se lo dijeron una tarde en voz muy baja, orgullosos y de sufrimientos y voluptuosidades tan elevados, de su ascención á los cielos: pero cuando despertaron del éxtasis la tierra había recobrado sus derechos y ellos habían dejado de ser amantes místicos.

Justificados por lo irresistible, no se asombraron de este resultado y desde entonces no volvieron á formarse propósitos, abandonándose completamente al destino que parecía haberlos tomado bajo su protección.

¿La felicidad será el talismán de los cuentos orientales que hace invisible á su posedor? Los desgraciados se alivian exhibiendo sus miserias. La suprema dicha se substrae á las miradas, sin cuidarse del mundo indiferente, que no puede subir hasta la admiración del milagro. Pero la ley social, ha establecido rígidamente las formas en que se debe ser feliz.

Clara y Enrique en su delirio olvidaron todo. La cuestión de saber cómo romperían con la hipocresía para ser francamente el uno del otro, no se les impuso de pronto. Domingo absorvido por la batalla industrial que asumía una forma palpitante, estaba entregrado por completo á su fábrica. Siempre listo á los arrebatos y á los reproches, se sintió calmado ante la indiferencia de su mujer. Sintió vagamente en torno suyo como una atmósfera de paz, y refirió la causa á la influencia de su amigo á quien vió con placer que se había venido á establecer definitivamente en Puy-Maufray, en donde unas doce mil libras de renta salvadas del naufragio, le aseguraban una modesta vida de gentil hombre campesino.

Continuará.

PAGINAS DE LA MODA.

Traje de Mañana.

mas la mujer que sabe mitigar esta moda, será verdaderamente distinguida.

El peinado igualmente no debe presentar un gran volumen, ni más altura que anchura: conservará aproximadamente la forma de la cabeza ó cuando menos esta deberá sentirse adornada bajo de él.

TRAJE PARA NIÑO DE 10 A 11 AÑOS.

Este trajecito de diagonal marrón, se compone de pantalón ajaretado y blusa de marinero con su chaleco y plastrón. El chaleco es de raso con silecía

COLLET (DELANTERO Y ESPALDA)

Este precioso collet está hecho de paño blanco con bordados de trencilla de seda blanca y guarnecido el cuello y delanteros con piel de angora blanca.

ABRIGO PARA NIÑAS DE OCHO Á DIEZ AÑOS DELANTERO Y ESPALDA.

Este es un lindísimo abrigo de un género labrado de fondo rojo guarnecido de un gran cuello forrado de terciopelo negro y rodeado de mongolina negra. La espalda forma saco y monta sobre un canezú liso, recogiéndose en el talle bajo una *pata* abotonada para sujetarlo. El delantero que forma tres pliegues huecos se cierra bajo el pliegue de enmedio. Mangas lisas recogidas por ancho puño de terciopelo. Cuello ensanchado circundado también de mongolina.

TRAJES PARA BAILE.

El primero de nuestros grabados es de una primorosa salida de baile. de piel de seda roja, una banda en forma de pico chiffonet cae la sobre la berta de ancho volante. Un lazo de nipis blanco adorna el cuello.

El segundo es de un exquisito gusto, de muselina de seda rameada amarillo muy claro con los reflejos del espumoso champagne sobre un fondo de seda algo más vivo. El cuerpo escotado está adornado en el delantero con dos bandas de tafetán blanco drapeadas. Sobre una de estas bandas descansan dos grandes lazos de listón negro. Cinturón del mismo listón. Las mangas están formadas por un volante de tafetán muy recogido y orlado todo con plissé muy fino negro y blanco.

3—El tercero es un traje de nipis blanco marfil, con corta cola y largas mangas cerradas; en el cuerpo

TRAJES PARA BAILE

Figura 1. Figura 2. Figura 3

BREVIARIO DE LA MUJER ELEGANTE

El verdadero chic.

El chic, esa palabra que no se encuentra en el diccionario de la Academia, es una locución esencialmente parisiense; palabra y cosa, podríamos decir que es artículo de París y que no se encuentran más que en París.

El chic es lo pintoresco, lo gallardo, lo coqueto y lo sorprendido. Es á la vez pintoresco y embelesador y atractivo en el más alto grado. La mueca parisiense se presta al chic, al peinado despeluzado, al sombrero aereo que no adorna más que un solo lazo; pero este lazo es todo un poema. A falta del lazo; la flor ó la pluma tan coquetamente puestas, que atraen la atención y provocan la mirada.

Por el chic se designa también el gusto supremo: «Es chic,» es decir, es grandemente bello, es eminentemente elegante. Sin embargo, la primera acepción es la verdadera.

El chic se improvisa, pero no se enseña. Se nace con ese genio particular esencialmente original. Ciertas mujeres, hagan lo que quieran, jamás tendrán chic: no solamente la naturaleza de su espíritu no se presta á ello, sino que toda su persona es una antitesis del chic, que comprende siempre algo de sorpresa, algo de imprevisto, algo de inédito.

Se puede tener mucho chic y carecer absolutamente de distinción. Ahora bien, la distinción, he aquí lo que puede aprenderse y lo que vamos á tratar de enseñar á nuestras queridas lectoras.

No hay verdadera elegancia sin distinción y todas las mujeres pueden llegar á la distinción que es la elegancia de quienes no son ricos.

Collet.—Delantero y espalda.

La distincion

La distinción es la mesura perfecta, la gracia noble, el color atenuado y mate. Nuestras modas actuales, sencillas en sus líneas, sobrias en sus aplicaciones, se prestan admirablemente á esta distinción pero se necesita todavía, para que haya elegancia que esta sencillez no llegue hasta la ceguedad y hasta la insignificancia.

Son horribles esos adornos, esas aplicaciones exajeradas que abrumaban nuestras ropas hace algunos años y que nunca tendrán la elegancia de nuestros actuales trajes, perfectamente unidos. El abrigo que dibuja perfectamente las formas poco esculturales á veces, con esos largos pliegues de atrás, sin una ondulación, sin un ornato, no realiza para nosotros el ideal de la gracia. Ese aplanamiento exajerado en el sitio en que en otro tiempo surgían desgraciadamente por lo demás, los enormes polizones, nada tiene de hermoso porque modifica poco hábilmente á la naturaleza. Una mujer que desnuda estuviese constituida así, no proporcionaría el tipo de la belleza perfecta aun sería deforme. Asi pues, la exajeración, sobre todo en ciertas pícaras modas, es absolutamente contraria á la distinción.

Desde luego, estableceremos estas premisas.

La primera ley de la verdadera elegancia, es no apartarse de la harmonia que es la condición absoluta de la belleza, así en la línea y en la forma como en todos los colores, y en consecuencia seguir tanto como sea posible en el traje las líneas naturales del cuerpo.

Ejemplos:

Ahora la moda de las mangas abullonadas y de globo es ya inaceptable

Abrigo para niña de 8 á 9 años

hay un pequeño jaquette fígaro de color, con aplicaciones de bordado de encaje. El jaquette tiene una espaldeta cubierta con encajes alternados con doble chiffonet y rodeados con punto de niño para fijar el terciopelo. Una banda de chiffonet ancho está sujeta cerca del cuello y cae en el delantero formando una gran corbata. Las mangas tienen tres volantes de chiffonet.

DOS BLUSAS DELANTERO Y ESPALDA.

1.—Esta es de tafetán verde luz, está plegada diagonalmente en grupos de alforzas y tiene un cuello vuelta con chorrera que cae hasta el talle. Cinturon de galón de oro con hebilla.

2.—Esta segunda es de terciopelo á cuadros verde y blanco. El frente está cortado en ondas que caen una sobre otra sujeta por un botón de fantasía, orlada con doble puf de chiffon blanco y forrada de tafetán verde: El cuello es de chifón blanco y el cinturon de tafetán verde.

Dos blusas.—Delantero y espalda

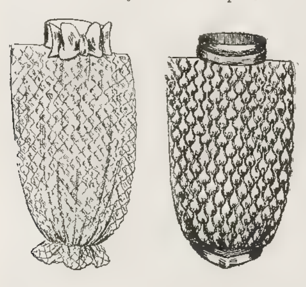
DIFERENTES GENEROS DE PLISSE.

La moda del plissé lejos de languidecer, se generaliza cada día con mayores ventajas.

Para contestar á las súplicas de nuestras lectoras que nos han pedido una explicación acerca de la manera de ejecutar los plissés, contestamos hoy, haciéndoles ver algunos modelos, sobre los que hablaremos.

El plissé Walleau comprende diferentes hechuras tan encantadoras unas como otras, y en los modelos que hoy damos verán nuestras amables lectoras los diversos empleos que puede dárseles.

Nuestro número 1 representa una enagua concluida. Para ejecutarla se dispone



5 6

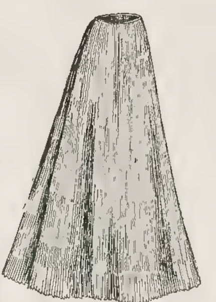
la enagua con doble anchura de la que debe sacar y sobre una pretina lisa se pliega muy fino, haciendo que este pliegue descienda por medio de hebras, más de cinco centímetros: luego se deja un espacio sin rayar, y vuelven á tomarse los pliegues sujetos con dos ó tres hebras hasta terminar con un volante.

Bajo el mismo procedimiento se ejecuta el número 2 que sirve con preferencia para blusas. Otra forma de plissé Watteau nos representa el número 3, también para blusas y adoptado con preferencia. La diferencia en su ejecución consiste en una serie de hebras que sujetan el pliegue á trechos, dejando un tanto igual sin pliegue. El número 4 es el plissé sútil empleado tanto en blusas como en enaguas, y se ejecuta metiendo las hebras sin rayar y á trechos cortos: después de muy recojido se plancha fuertemente y se le sacan las hebras quedando ya la tela quebrada.

El plissé Graciela número 5 sólo se emplea para chalecos, y se ejecuta plegándolo por medio de hebras diagonales en sentido opuesto.

El plissé grano de trigo número 6 se ejecuta por medio de hebras serpentinas de arriba á abajo y cuidando de que su dirección ondulante forme los granos de trigo.

1 2



7

La figura 7 representa el plissé acordeón que es el más sencillo y de más fácil ejecución, pues al rayar se bajan los pliegues llevando las hebras á mayor distancia, se plancha fuerte y se sacan las hebras.

Debe tenerse en cuenta que para obtener un metro de plisse se emplearán dos metros de tela lisa y si es muy fina dos y medio metros.

Si nuestras lectoras ponen por obra estos consejos, tendrán un plisé más ó menos fino, según el uso á que lo dedicaren.

Traje para niño de 9 á 10 años

ENAGUA DE DEBAJO, MOIRE NEGRO,

TIRAS DE RASO AZUL

Esta enagua de mucho abrigo, es á la vez muy graciosa. Enteramente iguales los lienzos, midiendo cuatro metros de ancho. Un volante al sesgo forma su principal adorno. La parte posterior del volante mide 35 centímetros, y el delantero sólo tiene 12. La pretina lisa según la forma de nuestro grabado, mide dos terceras partes de la cintura, y la parte plegada otra tercera. En las extremidades bajas de la pretina se coloca una jareta cuyo liston se anuda luego formando un gracioso lazo.

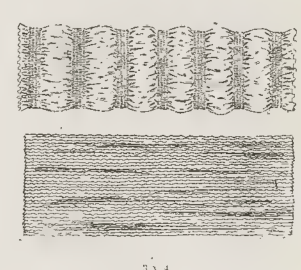
MODAS DE INVIERNO.

LOS ABRIGOS

Es indispensable un abrigo, corto ó largo, cuando se concurre por la noche al teatro ó á una tertulia; pero casi siempre ocasiona gasto de consideración. Los abrigos de teatro que se usan en la presente estación son de tal primor y tan costosos, que se hallan enteramente fuera del alcance de la generalidad. Hay no obstante, algunos estilos que pueden seguirse sin gran dispendio, de elegante forma, y que satisfacen el deseo de protejer el vestido de noche y son á la vez calientes y ligeros

No son tan voluminosos como los abrigos de teatro ajustados á la moda; pero si perfectamente entallados en los hombros. Pueden hacerse de seda, raso, brocado ó de paño ligero, y se atavian con tiras de piel y con puntas de encaje en la garganta. El forro es, necesariamente, de seda acolchada de colchadura.

Los hay de varias formas. El que menos cuesta, porque requiere menos material y es de hechura más fácil, es exageradamente circular, con frentes bastantes anchos para que caiga uno sobre otro; detrás de las frentes se pliegan porciones del forro, de manera que



3 y 4

formen manguitos y sirvan para cerrar el abrigo. Otro estilo lleva largas vueltas sobre los brazos; pero no mangas regulares. El remate propio consiste en un cuello Médici, una alta tira de piel alrededor del cuello, y si posible es, se forrará éste de piel.

Con terciopelo ó con pana se hacen también vistosos abrigos. Uno de los estilos consiste en adornarlos con tiras de piel y ponerles sobrecuello ancho. El abrigo de terciopelo ofrece la ventaja, si es de color obscuro, de ser elegante y de no llamar mucho la atención en un coche de sitio ó cuando se lleva en público por la noche, y, por lo mismo, nada importa que se ocupe un coche de última clase, lo cual, entre paréntesis, merecería atención. Los abrigos leonados ó grises tienen la misma excelente cualidad

Para el teatro son mucho más á propósito las capas cortas ó largas que los sobre todos y *jackets*, por la facilidad con que se pueden quitar y poner.

Enagua de debajo

Manga de visita.

Manga de comida.

Manga de paseo.

Manga de ceremonia.

TRAJE DE MAÑANA

Este vistoso y elegante traje está hecho de cachemir rojo obscuro. El talle blusa está compuesto de grande paño delantero, que cae hasta las rodillas, el cual está sujeto á la cintura por un listón de raso negro, que pasa bajo unas bandas negras de fantasía, que descienden á los lados en forma de chaqueta; la misma banda adorna el borde superior de la bluza, y los pekeys, que forman parte de la manga ajaretada; esta lleva en su borde inferior un vuelo de muselina de seda. El cuello va drapeado con muselina de seda roja, que se suelta sobre la espalda en un flotante puf.

MANGA DE VISITA

Esta preciosa manga está hecha entera y fruncida en la costura. Entredos de azabache dispuesto en punta ascendente para sujetar dos bullones de punto bordado, terminados por un encaje recojido por un choux.

MANGA DE COMIDA

Es enteramente ajaretada de muselina de seda verde agua y recojida en la parte posterior con gruesas margaritas de terciopelo blanco y follaje verde. Un bullón de punto cae sobre la mano.

MANGA DE CEREMONIA

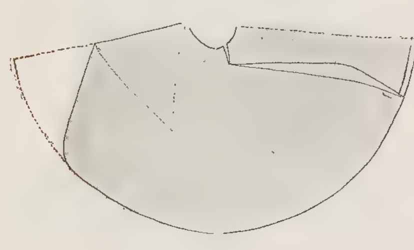
Se hace toda de seda velada en la parte superior por entredos dispuestos en líneas diagonales. La mitad inferior está drapeada con punto y cubierta la unión con un encaje: otro encaje adorna el brillo y puño.

MANGA DE PASEO

La manga de paseo es de paño, ajustada y adornada con dos golpes de pasamanería en la parte superior: luego va sujeta por dos cordones abotonados en forma de puño. y un gran alamar termina su adorno.

CONSEJOS PÁCTICOS.

Supongo que alguna de mis bellas lectoras necesite reformar un collet; á esta le diré, que habiendo una ligera modificación en los de última moda, deberá hacer con el suyo lo siguiente: descoser el cuello, extender el collet, y darle una ligera pinza para armar la espalda, según lo indica el croquis número 1 que, á continuación manifestamos, quitándole á la parte que forma espalda el pequeño sobrante que resulte por efecto de la pintura: luego se recortarán las puntas en la forma indicada y con ellas se formarán las vueltas forrándolas con raso labrado ó terciopelo. El cuello podrá hacerse de raso ó terciopelo. Dos choux de terciopelo le guarnecerán bajo el cuello, y dos grandes botones al terminar la vuelta. Puede ponérsele una pequeña bolsita siguiendo el corte delantero, terminándose el collet con un pespunte hecho á 6 centímetros del borde.


1—Croquis para reformar un Collet.

ABRIGO PARA NIÑA DE 13 Á 14 AÑOS.

Con el abrigo que en este bello modelo ofrecemos hoy á las señoras que gustan de ser acompañadas por sus tiernas hijas, podían con entera confianza sacarlas seguras de que los sútiles aires de la noche no se atreverán á ofenderlas, se hace de cheviot gris, de corte entero recogido á pliegues huecos, lo mismo el delantero que la espalda sobre un canezú liso, donde descansa un capelo de piel de chinchilla con cuello vuelto. Manga entera con puños figurados por un bies de seda con pespuntes.

Collet reformado.

Abrigo para niña de 13 á 14 años.—Delantero y espalda

ZAPATO TEJIDO DE ESTAMBRE

Este zapato en primera línea puede utilizarse para conservar los piés en una temperatura agradable, y para cubrir el calzado delicado de baile El trabajo dilatable del tejido se sujeta perfectamente al pié y puede decirse que es bastante sencillo. Se tejen 60 macizos, haciendo alternativamente uno bolleto á la derecha y otro á la izquierda inclusa la zuela, pero sin considerar la parte superior. Al comenzar la vuelta 26 ó 27 se agregan 16 macizos y se tejen con los 28 macizos restantes, 28 vueltas más, para formar el pie.

En la vuelta 29 se disminuye el tejido al formar la punta del pie, y en la vuelta 80 en vez de dos macizos, con el estambre restante se termina la punta.

El grabado que reproducimos da una idea de la manera como debe hacerse el tejido. Para formar por último la pierna se utilizan 36 macizos, lo mismo que al hacer una media alternando dos vueltas á la derecha y dos á la izquierda, hasta completar 18 vueltas.

Entonces se pone bien el tejido y de esta manera el zapato de estambre queda terminado.

Zapato tejido de estambre.

EL MUNDO.

TOMO I. MEXICO, ENERO 16 DE 1898. NUMERO 3.

Antes del baile.

(Dibujo de Antonio Bribiesca)

LA SEMANA

El Invierno se va, agitando su imperial manto de armiño sembrado de abejas; se va y nos deja tristes porque después de todo esos días helados, esas tardes grises, esas noches en que el cierzo golpea con sus alas las vidrieras, son bellos. Nos proporcionan inocentes voluptuosidades. Refiere el conde José de Maistre, literato francés muy sutil y siempre embelesador, que en Italia, en invierno, ordenaba á su ayuda de cámara que le despertase á las seis de la mañana.

—Un conde madrugador!

—No, amiga mía, un conde refinado.

Sabe usted para que ordenaba ese pícaro escritor que se le hablase á las seis? Pues para no levantarse.

Al despertar, bajo el mullido edredón de su lecho, en su elegante alcoba de soltero, llena de los vahos tibios de los caloríferos, el conde se decía:

—A esta hora innumerables obreros van por esas calles de Dios hollando con sus zapatos burdos las gruesas capas de nieve y soplándose los dedos amoratados; muchas grisetas recorren los bulevares en pos del taller, trotando desesperadamente para calentarse; numerosas campesinas van á la fuente sobre la cual se congelan en brumas de cristal los vahos de la mañana. .. Y entretanto, yo, sin urgencia alguna de levantarme, con la perspectiva de un día agradable, pasado en labores fáciles, en *flanéo* embelesador, en visitas cautivadoras, dormito en un lecho tibio y veo como en los vidrios de mi ventana se cristaliza el aliento del invierno.

Y dicho esto, el conde José de Maistre se volvía del otro lado y descabezaba un nuevo sueño.

Pero el ayuda de cámara tenía orden de despertarle cada hora: á las seis, á las siete, á las ocho, á las nueve, y el buen conde enhebraba en cada una de esas horas el mismo plácido monólogo y tornaba á dormirse hasta que el sol maculaba con su rojiza mancha circular el cenit azul espolvoreado de oro.

Y bien, mexicanita frágil y delicada que en verano te levantas con el alba, y con los ebúrneos brazos desnudos cuidas tus pájaros y cultivas tus macetas, y en invierno te acurrucas como palomita blanca bajo las colchas de seda azul ó rosa de tu lecho, no es verdad que eres reo del mismo pecado, de ese horrible y delicioso pecado del conde José de Maistre?

Vamos, confiésamelo sin rubores á mí, que soy un amigo indulgente, siempre dispuesto á perdonar cuando imploran unos ojos hermosos.

Cuantas veces la voz, severa y cariñosa al propio tiempo, de mamá, llega á tus oídos, muy temprano para tí, tarde para la dama, diciendo:

—Ea! perezosa, ya es hora!

«En santa Brigida llaman á misa; levántese y no pida el coche que el ejercicio le hace falta.

Cada día está más pálida y el apetito se va y después hay que menudear la emulsión.»

Tu haces un delicioso mohín de disgusto, yo he adivinado ese mohín! tornas á acurrucarte y clamas con voz melosa:

—Otro ratico nada más, mamá; unicamente otro ratico.

Y mamá, que al fín y alcabo no es un Nerón á pesar de aquellas miradas que clava en las tuyas cuando miras al novio de soslayo, y de aquellas reprimendas cuando dialogas con él desde el balcón, te concede esa tregua, ese plazo, y tu reanudas los hilos de oro de tu sueño.

Y es que la dicha no es completa si nó se dá uno cuenta de que la disfruta; es que la misma bienaventuranza sin la conciencia refleja de que se es objeto de ella, valdría poco....menos que el beso aquel que diste en la mejilla de Concha, la picaruela que te quería quitar á tu novio.

***

Más ya huyeron los días helados, ya es agradable saltar á buena hora de la cama, sustraerse al calorcito de las sedeñas ropas y acudir al llamado de la esquila que parlotea desde la torre. Apenas si Febrero trae unas cuantas horas de frío, porque Febrero es loco como los poetas, y luego torna la primavera que en realidad no se ha ido.

He aquí pues que desaparecen tus voluptuosidades: el despertar alborozado en la alcoba tibia, el vaso de punch que humea, en las tardes grises, sobre la mesita de laca; la velada junto al piano harmonioso; el paseó á través de la niebla sutil del atardecer, en el rinconcito muelle del cupé cerrado, la caricia del boa de nutria que se enreda á tu cuello de marfil.

Si en este México no hay que creerse del invierno!

Estamos en Enero y sin embargo ya puedes llevar en el corpiño flores frescas! flores locuelas que se ríen por todos sus pétalos y por todos sus estambres de nuestro buen frío!

***

El Circo Orrin ha levantado su tienda de la provincia y torna á Villamil. Vendrán los buenos domingos para los niños y para los viejos; para los niños que se deleitan con Bell y para los viejos que se deleitan con los niños. El goce en los pequeñuelos, tiene luz propia: se difunde, irradia é ilumina; tiene resplandores de oro en las sonrisas y sonoridades de campanas de cristal en las carcajadas. El goce en los que ya descienden el agria cuesta de la vida, es goce de reflejo. Esos espíritus cansados son las perennes lunas de la alegría. Ya no pueden irradiar más que una luz prestada.

Pero quien es más feliz? el que difunde luz ó el que la refleja? Que es más hermoso en la vida, ser luna ó ser sol?

La luna es doliente, pero ilumina y su fulgor no abrasa....

Para quienes han matado el egoismo de uno y solo admiten el *divino egoismo de dos*, para quienes viven por los que aman y han enarbolado ante el combate la bandera del afecto paternal, el goce de los suyos es más precioso que su goce. Por esto sería difícil determinar quien es más feliz en el circo: si los niños que agitan sus manos como mariposas de nieve ó los viejos que sonrien blandamente ante las sonrisas de los niños.

No se sabe quienes radían ahí mejor, si los espíritus soles ó los espíritus lunas....

Y luego que el espectáculo es bello de por si; se piensa en los gimnasios paganos; el músculo se hincha poderoso y la curva se tiende triunfal. Hay torsos que parecen robados á un museo de mármoles griegos. Hay espaldas capaces de soportar las puertas de Gaza; hay puños aptos para extrangular á la hidra de Lerna.

Y Bell....es la eterna mueca triunfante....

Si yo pontificase canonizaría á ese clown: en nombre de las risas de los niños y en nombre de las sonrisas de los viejos; en nombre de la alegría, que divinizaron los griegos; en nombre de los goces que alivian y que ya quieren dejarnos. Es tan bueno reír para esos espíritus que surgen á la vida! Bell ha hecho bien porque ha hecho olvidar muchas cosas y el olvido es casi la beatitud.

***

El Presidente de la República ha emprendido un viaje triunfal á través de magna extensión del territorio.

El *Zaragoza*, ese buque avezado á todas las tormentas y cuya bandera es ya *conocida de todos los mares y de todas las playas*, le llevó en su seno hasta la barra de Tampico. En San Luis el entusiasmo ha salido al paso del hombre público y se han organizado innumerables fiestas en su honor. Muchos mexicanos hay en aquellas regiones tan apartadas del centro, que no conocían al viejo Jefe, y que hoy le verán, viril, y joven todavía de espíritu y de cerebro, bajo las nieves de sus cabellos blancos.

***

Mazzantini se va después de haber triunfado; tras pasear en medio de las aclamaciones los oros y las sedas de su ropilla.

Se va tras habernos recordado de una manera elocuente que vale más hoy por hoy saber hundir un estoque en el testuz de una bestia que muchas otras cosas, quizá más nobles, de la vida.

Pensar, escribir, volcar sobre el papel el ánfora de las excelsas ideas; encadenar con hilos de oro las perlas de la rima; enhebrar frases áureas, doctrinar, enseñar, ilustrar, ennoblecer..... Bellas futilidades ante las que el mundo deja ver un olímpico mohin de desprecio. Blandir el estoque, agitar como una llamarada la capa, mostrar ante un público ávido de lubricidades el contorno provocador de una pierna; vender lo que embriaga, lo que pervierte, lo que mata, he aquí algo infinitamente más productivo.

He calculado que un gran periodista necesitaría exprimir su cerebro durante tres años, siempre que ganase doscientos pesos al mes, para obtener lo que ese torero privilegiado obtiene en dos horas de una tarde.

Si en una balanza, colocásemos la prodigiosa masa encefálica de un hombre ilustre, en un platillo, y la espada de un torero, en el otro Dios, ese Dios al cual Justo Sierra demanda que decida sobre el peso de los grillos de Colon, no evitaría que la espada del diestro pesase más por lo que ve á la lucha por la vida, que el cerebro del grande hombre.

En México donde diez mil gentes se sacrifican por contemplar á un torero, y un suscritor de periódico se borra porque le es oneroso pagar un peso cada mes por proporcionarse lectura diaria, pasarán muchos años para que el fósforo del cerebro se justiprecie siquiera en el mercado, como los cerillos. Y es que el talento constituye un efecto de lujo menos solicitado que los boas de nutria ó que los listones de gros.

En cuanto al arte, como ha dicho muy bien Oscar Wilde, *es absolutamente inútil*, si nó acierta, añadiríamos, á mostrar una pantorrilla plena, sinó se envuelve en la capa de un torero, sinó desciende á la chistera de un pelotari, si no alcanza á ritmar bebidas falsificadas en el mostrador de una cantina.

Todo duerme; solo la taberna vela, exclamaba un gran ruso.

En México velarán siempre pese á la moralidad administrativa, la Taberna y la Tanda, pero el arte dormirá mucho, mucho aún, hasta que lo despierte el espaldarazo triunfador de *Aquel que debe venir!*

Amado Nervo.

Enero 15 de 98.

Política General.

Las grandes potencias en el extremo Oriente

No ha mucho tiempo que un grupo de fanáticos chinos en la península de Chan-Sang, atacaron una misión católica alemana, degollaron á varios sacerdotes y entraron á saco en la iglesia. Aquellos misioneros que en otro tiempo fueron expulsados de la tierra alemana, han sido el pretexto para que el emperador Guillermo ponga su mano codiciosa en tierra china con tanto anhelo ambicionada, y haga sentir su influencia en comarcas donde más sensible era la acción de la República Francesa.

No se limitó el soberano de Germania, como otras potencias lo habían hecho, á pedir la indemnización debida, reclamar el castigo de los culpables y exigir del Celeste Imperio las garantías debidas á sus súbditos, que entre los hijos de Confusio derraman con las semillas del evangelio los gérmenes vivaces de la civilización occidentales. La destrucción de las misiones encendió sus bríos, arrebato sus iras y dió orden á sus navíos de guerra, para que en su nombre tomaran posesión del puerto y de la bahía de Kiao-Chao, enarbolando orgulloso el estandarte imperial de negro y rojo.

Al asentar allí sus reales, al apoderarse de aquel girón de tierra china, no es con el objeto de simple amenaza para apoyar sus justas reclamaciones, sino para retenerlo de modo definitivo, para que sea la base de nuevas operaciones. Por eso envía á las aguas del remoto Oriente á su hermano Enrique, no montado en el cisne de Lohengrin, como los caballeros del Santo Graal para entonar los cánticos legendarios y convencer á los enemigos del trono al dulce són de las liras y los címbolos; va sobre poderoso acorazado, acompañado de formidables cruceros para hacer oir con la voz tonante de los cañones, la soberana voluntad del Cesar germánico.

***

Incapaz de resistir, el imperio de los Hijos del Cielo se deja arrebatar lo que codicia el germano; pero esa debilidad abre puerta franca á todos los apetitos que se desbordan indomables sobre aquel pueblo, donde se han petrificado las civilizaciones antiguas; donde la clépsidra de los tiempos ha dejado caer su última gota; donde las multitudes se arrodillan humildes ante su soberano, se prosternan estúpidos ante sus mandarines, hunden la frente en el polvo ante sus sacerdotes y se aniquilan ante sus ídolos.

Por eso á la agresión del Emperador Guillermo han sucedido nuevas ocupaciones. Sin concierto previo, sin acomodación anterior, las potencias se

preparan ó proceden á tomar su parte de botín; y Rusia, la omnipotente Rusia, como por vía de tener una estación naval de invierno, manda su escuadra á Puerto-Arturo, plaza formidable que domina la entrada del Golfo de Petchilí y desde donde puede desafiar las escuadras enemigas coligadas; Francia se dispone á tomar posesión definitiva de la Isla de Hainau y la Gran Bretaña; que no quiere permanecer extraña á estas aventuras, que procede en línea recta en su propio beneficio, en medio de su espléndido aislamiento, congrega numerosos buques en el puerto coreano de Chemulpo, abre las arcas de sus tesoros para ofrecer á China empréstito cuantioso, protesta de la destitución de un empleado inglés que intervenía en las finanzas del reino de Corea, y hasta se murmura que, unida con el Japón, el revelador de las debilidades del coloso chino, el vencedor en las tremendas jornadas de Wei-Hai-Wei y Puerto-Arturo, está lista para oponerse en caso necesario á las demás potencias; si no le dejan su parte correspondiente en el reparto.

⁂

Cuando hace tres años los triunfos del Mikado alarmaron á la Europa, temiendo que las condiciones impuestas por el vencedor á la vencida China hicieren disminuir la influencia occidental y prevalecer la acción japonesa en aquellas comarcas, donde hay tantos y tan variados intereses, Rusia asociada á Francia y Alemania protestó contra el tratado de Shimonoseky y limitó en lo posible las desmedidas exigencias del Japón, tomando bajo su protección y amparo á los que habían sido humillados por la derrota.

Inútil era la resistencia, imposible por entonces de vencer el *veto* intruso, interpuesto por los poderosos de Europa. El Japón no pudo recojer todo el fruto que ansiaba de sus victorias, hubo de conformarse con la revuelta Isla de Formosa, tuvo que devolver la península de Liao-Tao que retenía en rehenes, y ceder á las amenazas del omnipotente moscovita.

Desde entonces la influencia rusa se hace sentir más duramente en los asuntos chinos: extiende sus cintas de acero á través de las estepas siberianas, cruza el territorio propio y el ageno hasta unirlos con el remoto Vladivostock.

⁂

Parecería que estas ventajas serían motivo para que el Czar cubriera con su egida al miserable soberano de Pekin; parecería que estando bajo ese abrigo China quedaría libre por algún tiempo de nuevos ataques: pero ¿quien puede fiar en las promesas de los diplomáticos? quién es capaz de sorprender los íntimos secretos y las ocultas tramas de los gabinetes?

Si Alemania toma á Kiao Chao, Rusia se apodera de Puerto Arturo y dueña allí del golfo de Petchili, señora de las aguas del Mar Amarillo, teniendo en frente una serie de islotes escarpados que bien provistos pueden desafiar á todas las escuadras del mundo asentada al pie de la vetusta muralla, levantada para defender á los mongoles de las invasiones tártaras: la primera potencia de Europa, que hace pesar sus desiciones en los consejos de las demás, decidiendo á su talante voluntad la suerte de las naciones, la colosal señora del Neva, que parece llevar en los pliegues de su opulenta túnica la guerra ó la paz de los pueblos, se yergue soberana y tremola su estandarte, por encima de todas las sombras que envuelven las complicaciones del extremo Oriente.

⁂

Inglaterra, entre tanto, congrega sus escuadras allega sus elementos, derrama su oro á raudales, proporciona los medios para que China salde sus cuentas con el Japón por indemnización de guerra, parece tomar á su cargo la protección del grande y acuitado Imperio, junta con las suyas las que le parecen ofensas al Japón y desaires á su grandeza, y parece decidida á exigir de quienes han tomado posesión de territorio chino, que los puertos queden abiertos al libre comercio de todas las naciones, ó que acaben las nuevas factorías militares que pretenden establecerse.

Celosa también la Gran Bretaña de conservar su influencia en Corea, hasta se decide á compartirla con su antiguo rival el Imperio del Sol Naciente, con tal de no ver que el reino mogol se convierta en un simple protectorado ruso.

La maraña se enreda, el embrollo se hace inextricable, y citadas en las aguas chinas las ambiciones europeas, ávidas de poseer los inagotables mercados que allí se abren á la codicia, no sería difícil un choque tremendo entre tantos y tan opuestos intereses encontrados.

El Príncipe Enrique, á bordo del buque almirante *Deustchland*, tiene orden de volver coronado de laureles. ¡Ojalá no se deje llevar por los arrebatos de su augusto hermano, y puedan en transacciones pacíficas acallarse todas las concupiscencias aunque haya de pagar los vidrios rotos el más débil, el carcomido Imperio de los Hijos del Cielo!

X. X. X.

13 de Enero de 1898.

La isla de Clipperton

Con motivo de un articulo que publicó *El Tiempo* acerca de la noticia que atribuía ciertas pretensiones á Inglaterra sobre la Isla de Clipperton, oc. pada, según se dijo, por unos ingleses, la Secretaría de Guerra y Marina ordenó al Comandante del cañonero «Demócrata» que hiciera un reconocimiento de la Isla

Salió con ese fin el Cañonero «Demócrata», y llegó á la Isla de Clipperton, el 14 de Diciembre último

Allí encontró izada la bandera Norte Americana. Por el mal tiempo se hizo con mucha dificultad y peligro el desembarco de tropas, pero realizado que fué, los tres individuos que vivian en la Isla no opusieron dificultad alguna para arriar la bandera que tenían é izar la de nuestra República.

Como está marcado en los planos antiguos, Clipperton tiene una laguna en el centro pero ya no se comunica esta laguna con el mar. Carece de vegetación, se eleva apenas unos diez pies sobre el nivel de la marea media y se inunda cada vez que hay un temporal.

El peñón que tiene al Sur es árido como toda la isla, tiene la forma de un buque á la vela, sobre todo de lejos, con un perimetro de 300 á 400 metros en su base, erizado de picos, todo de piedra y de unos doce metros de altura.

La extensión de toda la isla es de $3^1/_2$ millas de largo por $2^1/_3$ de ancho, y como tiene en su centro una gran laguna, cuyo fondo varía de 2 á 20 piés, hay partes del anillo que forma, que solo tienen 100 metros ó menos de ancho del terreno. La laguna es de agua dulce aunque no potable, el fondo de ella es de piedra volcánica y no existe la isleta en el centro que tienen los planos antiguos. Casi siempre llueve allí, y con algunos depósitos que se tengan puede conservarse agua llovediza todo el año Su situación geográfica es la misma señalada en las cartas; tiene el peñón 109°10' de longitud Oeste del meridiano de Greenwich y 10 17' de latitud Norte.

Al rededor, su fondo es muy acantilado, por lo que es peligroso abordarla, siendo necesario buen tiempo y mar en calma.

Allí sólo fondean los buques de poco calado que van á cargar guano quedando muy cerca de tierra cuando hay buen tiempo; y para las operaciones de cargar y descargar emplean el andaribel como en nuestros puertos de Salina Cruz. Tonalá, etc., y embarcaciones especiales que son planas y con cubierta, llevando la carga en bodegas cerradas y calafateadas las escotillas.

Hay pesca en abundancia y tal cantidad de tiburones, que según dicen los individuos que estaban allí, una lancha zozobró con 17 trabajadores hace algún tiempo, y todos perecieron devorados.

Es extraordinaria la cantidad de aves marinas que hay, que son las productoras de guano; los habitantes que han estado en la isla, además de las provisiones que llevan, se alimentan de la pesca y de los huevos de las aves.

El clima en la isla es saludable, aunque caliente por la baja latitud en que está situada.

Cumpliendo con las órdenes de nuestro Gobierno el Comandante del *Demócrata*, hizo formar un inventario de los objetos existentes en la Isla y notificó la desocupación. De los tres habitantes dos pidieron venir al Continente y se les concedió, y otro quedó al cuidado de los intereses que allí lo llevaron y que están valuados en más de 300.000 pesos —La "Oceanic Phosphate C$^{\text{o}}$" de San Francisco California, es la que ha estado haciendo la explotación del guano que produce en grandes cantidades la Isla de Clipperton.

NUESTROS GRABADOS

Antes del baile

Y ella dice:

Que necio es el hombre! Poseer una mujer así, una mujer que, vamos y perdón por la vanidad, es tan bella, á lo menos eso dicen muchos, y luego, en estas heladas noches dejar el calor de la alcoba por el estruendo trivial de un baile!......

Y beber, beber sin descanso esa copa de la danza, que emborracha, mientras la esposa se muere de tedio esperando al trasnochador!

Tonto!.........aunque dicen que la misma hermosura, la gracia misma, la misma ternura, cansan al fin, que Dios se hace hombre y busca el dolor hastiado de la inmutable gloria de los cielos, y el hombre, halla desabrido el caliz en que bebió ayer con delicia.

Pensativa: Será esto cierto? Qué mis ojos que eran antes para los suyos noche estrellada, ¿habrán perdido su misterio? Acaso mi boca es menos roja ya que la granada? Qué mis brazos han perdido su morbidez y su color?

Animándose: Mentira! la luna de mi espejo me adula aun! Mentira, soy joven, soy bella, y si nó triunfo ya de ese corazón gastado, es porque la propia luna si bogase perennemente por las noches, cansaría, es porque fatiga hasta el perenne juego de luz de las auroras......es porque un día el hombre que compara, halla más bella la fealdad que no parece que la hermosura que aprieta entre sus brazos.........

Sombría: Pero me queda la venganza.........Cuantos hombres darían su vida por beber la miel sobre las hojuelas rosadas de mis labios.........Sí, me vengaré.........

Se oye en la alcoba inmediata el *vagido* de un *niño.........*

Radiante: Ah no! soy madre... .....que se vaya......... él se embriagará con la trivialidad de un baile......... A mi me queda lo infinito de la ternura maternal.

El juguete de Bebé

Cuando por la mañana vió Bebé al alegre vendedor de diablillos rojos, qué contento, qué regocijo, qué ansiedad de tener uno para darle cuerda y verlo saltar el aro y mover las orejas y abrir y cerrar la boca.

Y se lo compraron al fin y él entre anhelante y temeroso lo tomó, y espantaba á sus hermanas mayores abriendo mucho sus ojazos azules, enseñándoles el diablillo y finguiendo pavorosa voz.

Pero llegó la noche y sacudió sus adormideras sobre la camita blanca, y Bebé después de oír embelesado el cuento de La Cenicienta con su chapincito de cristal, suspiró, dobló la gentil cabeza de rizos rubios, y se durmió en eso muy suave, muy perfumado, muy delicioso, y que no se olvida ni se sustituye nunca, se durmió sobre el seno maternal.

¡Dulce y grato dormir de la inocencia! Las pestañas grandes y finas, proyectan poética sombra en las megillas, sonrie la boquita que huele á pétalos frescos, murmura suavemente la respiración como rumor de alas de libélula, y haces de la luz del amor, juegan entre los linos del blando lecho........

Como no había querido soltar para nada su diablito rojo y como lo llevó consigo al irse á acostar, quedó ¡pícaro diablo! enhiesto y orejigrande parado entre otros juguetes sobre la mesa de noche.

La imaginación infantil es muy voluble, sobre todo si se divierte haciendo un viajecillo entre sueños con el angel de la guarda, por esos paises donde las personas vuelan y hay campos de diversos colores alumbrados por luz que no es como la de aquí.

Bebé se durmió, soñó, viajó, descansó de las travesuras del día; y muy tempranito, como de costumbre antes que saliera el sol, pidió sin abrir los ojos ese vaso de leche endulzadita y con bizcochos que es la delicia de los golosos chiquitines. Y como el vaso de leche no venía pronto, se incorporó en su camita y á la luz vacilante de la lamparilla vió......... ¡Horror, terror y espanto, angustia y aflicción! vió al diablillo rojo, pero no rojo ni pequeño sino negro y enorme en la sombra de la pared, moviendo sus gigantes orejas su tremenda boca y bailando una danza infernal.

Mamá! mamá!! gritó Bebé con voz de loca desesperación; y antes de que gritara por tercera vez, unos labios muy llenos de amor le habían cerrado la boca, una mujer linda como los ángeles le había tomado en sus brazos; y desparecido el diablo negro y grande empezó Bebé á beber con delicia esa leche endulzadita y con bizcochos que les gusta tanto á los golosos chiquitines.

A nuestros abonados.

Cumpliendo nuestro ofrecimiento de la semana pasada, repartimos con el número de hoy el final de la novela

"POR HONOR DEL NOMBRE"

Si algunos tienen trunca esta obra, pueden dirigirse á la Administración, por que quedan ejemplares de los repartos hechos, con que puedan completar sus colecciones.

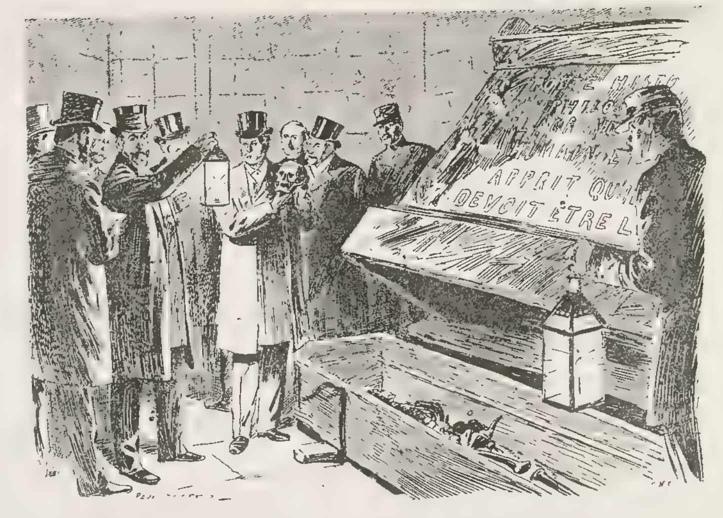
Estamos ya preparando de una manera especial, la impresión de los tomos de doscientas cincuenta páginas que repartiremos mensualmente desde el mes de Febrero, y de los cuales seguramente quedarán bien contentos nuestros subscri tores.

REVISTA EXTRANJERA.

Nuestros lectores habrán notado que desde hace dos meses ó más, no hemos podido publicar en las páginas de «El Mundo Ilustrado» las que generalmente tenemos designadas para los acontecimientos extranjeros, como corresponde á la índole de nuestro periódico; esto depende de que no obstante que recibimos en nuestra redacción los principales periódicos de Europa y los Estados Unidos, no hemos encontrado hasta hoy ningún asunto que por sus ilustraciones á la vez que por lo notable del acontecimiento, ameriten la publicación en estas páginas.

Pero como es posible que pasemos muchísimo tiempo en las mismas circunstancias, nos hemos decidido á establecer una sección que publicaremos cada tres ó cuatro números, en la cual hemos de reunir varios pequeños asuntos extranjeros, que en conjunto den lectura útil é ilustraciones agradables á nuetros lectores.

Las páginas de hoy, son muestra de la sección á que nos referimos.



Apertura de las tumbas de Voltaire y Rousseau

Las tumbas de Voltaire y Rousseau.

Unas ochenta personas concurrieron á fines del pasado Diciembre á la apertura de las tumbas de Voltaire y Rousseau en el Panteón de París.

En una caja de madera de encina de dos metros de largo por sesenta centímetros de ancho, forrada con láminas de hierro, oxidadas, estaban los restos del terrible filósofo Voltaire.

Se levantó la tapa que sugetaban grandes clavos, muy visibles ante la silenciosa concurrencia que se agrupó inclinándose ansiosa para ver, pues se había susurrado en público que la caja estaba vacía, y se descubrió un segundo ataúd, que se abrió tambien, en medio de la mayor ansiedad.

Allí estaba Voltaire. Desde luego se extrajo del ataud la cabeza y se la colocó sobre el marmol de la tumba. Era él en efecto; y aunque la imaginación desempeñaba un gran papel en este reconocimiento, cada cual evocó al contemplar aquel cráneo pequeño y delicado, los recuerdos de la estatua en marmol debida á Houdon, y cada cual creía ver la espantosa sonrisa de que habla Musset.

En el fondo de la caja quedaban los huesos descarnados, formando un montón entre algo como yesca y entre hojas marchitas, restos probables de las flores arrojadas sobre el cadáver durante la ceremonia fúnebre de 1791. ¡Ah! dice un testigo presencial ¡qué poco lugar ocupaba este grande hombre! la caja parecia como si estuviera vacía.

Desde la losa de marmol, el cráneo del tremendo demoledor contemplaba con sus órbitas vacías el espectáculo, y la fina sección de sus mandíbulas se podia creer que estaba contraída por una risa sardónica.

Es posible que haya recordado que los parisienses de su época eran más respetuosos con él, y que no se le acercaban sino con el cuerpo inclinado y la cabeza descubierta, tratándole como á un semidios.

Pero después de todo, no puede quejarse de esta generación preparada por él, que va con el sombrero calado, que bromea y habla fuerte bajo los muros de la iglesia devastada, que ya no tiene respeto supersticioso por los muertos, y que no ve en las osamentas humanas mas que *detritus* repugnantes, curiosidades científicas ó elementos históricos.

Antes de que Voltaire sacudiera el arbol envejecido de las creencias —dice Mr. G. Lenotre— ¿quién se atrevía á inmiscuirse así en los secretos de la muerte, ni á inclinarse con aspecto burlón sobre un ataud abierto?

La noche iba entrando poco á poco en las bóvedas. En la otra extremidad de la cripta retumbaron los barretazos con que se abría la tumba de Juan Jacobo Rousseau. Levantado el cenotafio dejó ver una caja de plomo gris agujereada en algunos lugares, y bajo esta primera cubierta otra caja de madera, que cedió fácilmente, y por último un ataúd de plomo que no presentaba huella alguna de ruptura. Se le abrió.

El esqueleto de Juan Jacobo apareció en la tranquila actitud en que se colocó hace ciento diez y nueve años, los brazos cruzados sobre el pecho, los pies juntos, la cabeza un poco torcida á la izquierda. Aun quedaban algunos restos de vestido, cruzados entre los huesos como telas de araña tenues y sutiles. Formaba contraste la actitud serena y reposada del *hombre de la naturaleza* y el desorden de los despojos de Voltaire que parecían haberse agitado en la tumba.

Los obreros sostenian unas linternas para que la concurrencia pudiera ver. Era de noche; un frio húmedo caía de las bóvedas, poco á poco fueron cesando las conversaciones; el problema estaba resuelto; la desaparición de las cenizas de los dos grandes hombres era una leyenda sin fundamento; por grupos pequeños fueron saliendo los testigos de esta escena macabra y pasaron silenciosos bajo las altas columnas del templo que parecian enormes espectros inmóviles.

Así, por la diligente iniciativa de los Sres. Grand-Carteret y Ernesto Hanul quedó desvanecido el error sostenido por numerosas personas y referente á que durante el gobierno de la Restauración, habian sido profanadas las tumbas de Juan Jacobo y de Voltaire.

No es cierto pues que Luis XVIII haya ejercido cruel represalia de la violación de las tumbas de *Saint Denis*. El perdón y el olvido prometidos por él, fueron un hecho que el tiempo se ha encargado de comprobar.

Nuevo puente en Alemania

Nuevo puente en Alemania

Los puentes de un arco metálicos tienen cada dia mayor aceptación porque á su belleza y elegancia reunen positivas ventajas prestándose á anchuras muy considerables. Ejemplo de esto son el famoso viaducto de Garabit cuyo arco tiene una luz de 165 metros, 40, el de Paderno con 149,90, el de Wáshington en Nueva York y el de Luis I° en Oporto que tiene 172.50 de luz. Se ha puesto ultimamente mano á una obra análoga en extremo interesante que reemplaza al antiguo puente tendido sobre las Cataratas del Niágara.

Este nuevo arco de doble tablero tiene 167,60. metros como comprensión de la nave central.

Pues bien: acaba de inaugurarse en Europa un puente de arco que es también muy notable y que merece ser descrito: el que se tendió en Müngsten sobre la barranca de Wupper para ligar directamente las dos ciudades de Solingen y Remscheid que son vecinas, y facilitar la comunicación entre el Gran Ducado de Berg y el Rhin inferior. Como la barranca de Wupper es muy profunda, cortada á pico y corta precisamente el camino que debía seguirse, se necesitaron trabajos excepcionales para llegar al resultado.

La longitud total de la obra es de 187,67 metros y la luz del arco central alcanza 159.72 metros Y como se verá en nuestro grabado correspondiente, es una construcción tan ligera como elegante.

El emplazamiento de los grandes pilares en que se apoya el arco es de 27, 75 metros y su altura de 65 52 desde el nivel del agua. Sobre esto está todavía la galería del puente y apoyos que la sostienen, con una altura de 5.79 metros más.

La obra se ejecutó con gran habilidad y solamente hubo de lamentarse la muerte de tres jornaleros.

Los trabajos se empezaron al mismo tiempo en los dos lados hasta llegar sobre los sostenes del arco central pero para cerrar este fué necesario tender cables metálicos de 89 milimetros de diametro cuya tensión se aseguraba por medio de aparatos hidraulicos.

Gruas rotativas hacian ascender las piezas de peso de 8 á 12 toneladas y las sostenian en el aire hasta su montaje definitivo, también en el aire colgados por medio de cuerdas estaban los obreros que hacian el montaje. Esto era lento difícil y peligroso y sin embargo para el 1° de Julio último estaba lista la obra que se ha entregado ya á la circulación.

Telefonía militar

Entre los recursos que la ciencia moderna pone á disposición de los ejércitos en campaña, la telegrafía y la telefonía son de aquellos que apesar de su apariencia modesta constituyen factores de positiva importancia para la guerra.

Gracias á su concurso los jefes de ejército pueden centralizar instantáneamente las indicaciones de diversos puntos y disponer hábilmente de sus unidades de combate, adquiriendo las operaciones precisión y rapidez.

Una vez en campaña, fuera de las vias ferreas, las tropas se encuentran diseminadas generalmente en

TELEFONIA MILITAR

Estación fija

Comunicándose

Llamando con la campana

Estación telefónica ambulante y bocina de hilo.

grandes extensiones de terreno y desprovistos de fácil comunicación entre si.

Entonces interviene el papel de la telefonía y la telegrafía.

El capitán francés Charollois ha dado á este difícil asunto una solución fácil dando al empleo del teléfono en campaña las cualidades que le faltaban, es decir: sencillez, ligereza, solidez, fácil y rápida instalación y comodidad para las comunicaciones, por medio de un hilo único, siendo la tierra la que sustituye el hilo del circuito.

Este punto es capital pero aumenta su importancia al verse la inutilidad de aislar el alambre. En efecto, después de numerosas experiencias ha probado que un hilo metálico tendido sobre el suelo sin precaución alguna de aislamiento conduce á distancias hasta de veinte kilómetros corrientes de inducción entre dos teléfonos eléctricos ó simplemente magnéticos, colocados en las extremidades del hilo. El mejor alambre es el bimetálico de cobre con alma de acero, inoxidable y de poco costo.

El mismo capitán Chorollois ha estudiado un transmisor y un receptor microfónicos de una sensibilidad tan fina, que las conversaciones pueden cambiarse sin inclinarse sobre el aparato como en los teléfonos ordinarios

Para obtener más exactitud en la correspondencia y sobre todo para que sean más perceptibles los campanilleos de llamada se emplean pilas secas pequeñas añadidas al transmisor y encerradas con él, en una caja protectora de tela. La estación telefónica así constituida se lleva á espaldas de un hombre y la comunicación se obtiene desarrollando un hilo de una bocina rotatriz especial, efectuándose el retorno por tierra gracias al empleo de estacas ó aun de bayonetas clavadas en el suelo.

Los grabados señalan las diferentes fases del establecimiento de una línea.

En vez del teléfono eléctrico se puede usar el magnético que es más sencillo. El Capitán Charollois ha construido receptores y transmisores microfónicos de una sensibilidad y una simplicidad notables. El telefonista lleva el receptor pendiente del Kepí cerca del oído y la bocina en la boca.

Para establecer una línea de las llamadas de Regimiento y que sirven para comunicar á los cuerpos con el Cuartel General, un telefonista toma posicion fijando á la oreja el aparato y ligándolo por uno de los conductores á la línea y por otro á una bayoneta hundida en el suelo mojado. Lo primero es desenrollar el hilo. Para esto, el portador de la bovina (fig 1) marcha en la dirección dada sin preocuparse del alambre que deja tras él pero cuidando de dirijirse por donde vea mayor número de ramas ó puntos de apoyo para que el hilo pueda ser amarrado ó suspendido.

Su compañero provisto de la tenaza correspondiente le sigue y va fijando el hilo á los soportes naturales que va encontrando al paso, como árboles, casas, cercas, etc. y en defecto de esto, tirará el alambre en los surcos, fosos ó lugares más propios para que pueda cuidarse y evitar rupturas.

Cuando se hayan desenrollado dos mil metros. el portador del teléfono se instala en el campo y entra en comunicación con la cabeza de la línea á fin de averiguar si no ha habido ruptura, estando uno de los telefonistas pronto para recorrer la línea tendida y remediar el mal en caso de interrupción. Para otros dos mil metros de alambre se emplean otros dos hombres de la misma manera explicada anteriormente y así para lo demás.

Una línea de 6,000 metros en consecuencia, comprenderá cuatro estaciones de á dos hombres, ó sean dos estaciones extremas y dos intermedias que están todas relacionadas entre sí. De este modo la sobrevigilancia puede ser rigurosa y las rupturas reparadas sin retardo.

En algunos casos como reconocimientos, patrullas, exploraciones, es útil para la cabeza de la columna poderse comunicar con las fracciones en marcha. Entonces el telefonista movil tiene su bayoneta en la mano izquierda y comunicada con el teléfono que lleva junto al oído La corriente es entonces permanente aún durante la marcha, siendo conductor de tierra el cuerpo del mismo telefonista.

En caso de que se necesite un establecimiento de línea muy rápido, puede hacerse por medio de soldados ciclistas.

Peregrinos rusos en el Jordán

¡Con qué fé tan acendrada se adhieren los aldeanos rusos á su creencia en las virtudes y propiedades milagrosas de las aguas del bíblico Jordán!

Según ellos no debe usarse para el bautismo, otras aguas que las del legendario río, y los que quieren ser enterrados según la tradición, tienen por íntimo deseo envolverse en sudarios tejidos con lino bañado en las aguas del Jordán, ó mucho mejor haberse sumerjido ellos siquiera una vez en las aguas benditas del hermoso río que cantaron los poetas de Palestina.

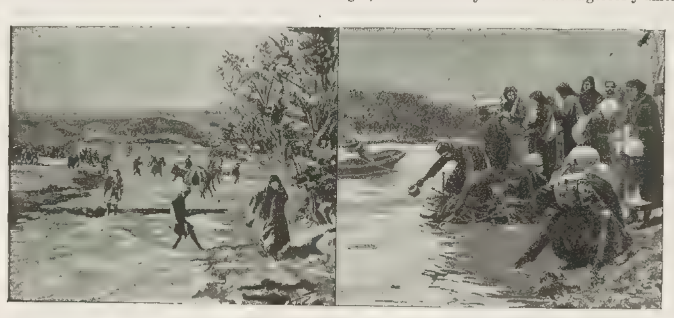
Tan arraigada es la creencia, que cada año parte un éxodo de peregrinos en busca de la tierra prometida. En el largo trayecto que hay de la frontera rusa á Jerusalen se han construido posadas y hosterías donde los peregrinos tienen libre alojamiento por un periodo que no exceda de doce meses.

Acuden de todas partes de Rusia, algunos vienen de las remotas playas del Mar Blanco hasta Odessa, donde toman el vapor que ha de conducirlos á Jaffa. De allí se encaminan á Jerusalen, donde esperan devotamente el sábado que precede á la fiesta de Epifanía ó manifestación del Señor.

En ese día, hombres y mujeres, ancianos y niños, caminan por millares formando un cordón no interrumpido de veinte millas de largo, en dirección de Jericó donde acampan en la noche bajo el toldo azul del cielo de Canaan.

El domingo, la multitud entera con su obispo á la cabeza se dirige al sagrado Jordán y después que el prelado ha bendecido las aguas, llenan botellas y cántaros y así son capaces de formar el cargamento de cualquier navío solo con aguas del Jordán.

Después de esta ceremonia, la mayor parte de ellos lo mismo los hombres que las mujeres, se despojan tranquilamente de sus vestiduras, se cubren de sudarios y cruzando tres veces el sagrado río, se sientan plácidamente en sus riberas movedizas y se sumergen con devoción en las aguas heladas sin hacer caso para nada de los millares de árabes, judíos, griegos, mahometanos y aun turistas ingleses y americanos, armados de sus respectivas cámaras que contemplan con fruición aquellas escenas paradiciacas.



Los peregrinos al llegar á la orilla del Jordán, rehusan pagar piaje á los árabes que han tendido un puente y vadean el río.

Los peregrinos recogiendo agua del Jordán para llevarla á su patria.

Nótase un contraste saliente entre las sencillas, francas y honestas actitudes de los rusos, y las expresivas y altaneras caras de los árabes beduinos que los rodean.

También es de notarse la diferencia que hay entre estas peregrinaciones de los cristianos rusos y las que emprenden los mahometanos de todas partes, ya para visitar la sagrada ciudad del profeta ó para bañarse en las aguas del Ganges. Aquellas, por excepción son insalubres, y rara vez á su regreso son portadoras de enfermedades y plagas. Estas por lo contrario, son vehículo seguro del cólera morbo, y su paso á través de las comarcas asiáticas, queda marcado con un montón de cadáveres, y van sembrando por donde pasan la muerte y la miseria.

Con grato placer sorpréndese el paseante al oir por la primera vez las dulces y bien timbradas voces de los peregrinos que entonan devotamente plegarias rituales en la que cada uno toma su parte propia, produciendo una hermosa y sentida melodía que se grabará de manera indeleble en la memoria de quien la ha escuchado.

***

Los grabados que hoy publicamos representan á los peregrinos cruzando el Arookcherit memorable, por el lugar en que el Hijah fue devorado por los cuervos y ahora, empapado por fuertes lluvias, se ha convertido en un sitio agreste.

Un árabe ha construido allí un pango para hacerse de recursos y á ese efecto cobra un toll por personal á todos los que lo usan. Aunque en nuestro dibujo el árabe está vuelto de espaldas, fácilmente puede comprenderse la rabia con que contempla á los peregrinos vadeando el río en lugar de pagar su toll.

En otro de nuestros grabados, puede verse á los peregrinos amontonados en la orilla del río, después de la bendición de las aguas, recogiendo las legítimas del bautismo, mojando telas de lino nuevas con las que fabricarán después sus sudarios y bañándose en el Jordan envueltos en sus blancas vestiduras

Allí se lavan las pasadas culpas, allí se prepara el alma para vida mejor, y allí en fin avivada la fe religiosa, hayan los peregrinos rusos puras y gratas impresiones de alegría.

Peregrinos atravesando el Jordán.

El globo de aluminio

El globo de aluminio de Berlín

El honor poco envidiable de haber construido el primer globo metálico, pertenece á M. Mares Monges, autor de muchos proyectos excéntricos de dirección aérea. En 1842, este original hizo fabricar en la vecindad del Maine, con hojas delgadas de cobre una gruesa bota hueca de 10 metros de diámetro. Ensayó llenarla de hidrógeno, pero cuando vió que no quería subir se disgustó. Retiró la memoria que había enviado á la Academia de ciencias y obsequió su pieza á un taller.

Puede decirse que desde hace muchos años el globo de aluminio estaba en el aire, pero el globo mismo no dejó la tierra sino últimamente en Berlín, ante un numeroso público de elección

El hecho que representamos según fotografías auténticas, testifica un progreso obtenido en la metalurgía y aún bajo el punto de vista de la aereostación, presenta un gran interés. El globo, con ayuda del cual los aereonautas militares de Berlín han ejecutado ese tour de force y de destreza, ha sido construido en su parque bajo la dirección de M. Schwartz, el inventor del proyecto. Sería demasiado largo enumerar todas las precauciones que debieron tomarse para que se lograra una operación tan complicada.

El inflamiento ha sido ejecutado con hidrógeno preparado á costa del Emperador Guillermo II á quien no se puede rehusar ese mérito raro en un jefe de Estado, de comprender la importancia de la navegación aerea

Para llenar el precioso globo de metal hubo que retirar el aire del cual estaba naturalmente lleno. A fin de resolver este problema, se vieron obligados á introducir en el interior un globo de tela á donde llegaba el gas y que redondeándose, arrojaba el aire. Una vez que el globo de tela vació bien la forma del globo de metal se retiró suavemente, de modo que el gas pasara por detras en el vacío que la tela dejaba al retirarse. Este efecto se produjo mediante algunos agujeros hechos de antemano en la tela.

El aereostato tenía dimensiones enormes: más de 40 metros de longitud. La sección recta perpendicular á su gran eje era enteramente elíptica. Parece que se dió 14 metros á su eje vertical.

Era de tal suerte pesado, quizá á causa del modo complicado del inflamiento, que no podía elevar sino á un solo operador encargado de hacerlo todo y extraño á la profesión de aereonauta.

La maniobra de cuatro hélices, dos para el movimiento vertical y dos para el movimiento horizontal, es mucho para un hombre solo. La insuficiencia del personal debe considerarse como una de las causas del naufragio que interrumpió la experiencia. A pesar del gran valor de que aquel obrero dió pruebas, no pudo evitar el percance. Por fortuna este hombre intrépido escapó.

Damos un grabado que representa al globo en los momentos de elevarse.

Un faro en el Japón.

Los japoneses han importado al poderoso imperio del Sol Naciente una gran parte de los progresos con que se envanece el mundo civilizado, y principalmente los que se refieren al ramo de Marina, procurando también imitar los procedimientos de construcción. Sin embargo, utilizan á veces medios que nos sorprenden de un modo notable y puede citarse un ejemplo en el establecimiento de un faro que se levanta en Kagoschina y que debe alcanzar una altura de 30 metros.

Ese faro debe ser formado por una torre de palastro, que llevará en su cima un aparato luminoso de primer orden. En el grabado que hoy aparece en nuestras columnas se notará, sobre todo, el andamiaje construido con cuerdas de paja trenzada. Todas estas cuerdas están entrelazadas y se cruzan en todos sentidos para formar un conjunto de gran solidez. A la izquierda, desde el suelo, se ve partir un plano inclinado que sale poco á poco en forma helicoidal, siguiendo la parte exterior del andamiaje.

Este plano inclinado sirve para transportar los materiales, y se mantiene sólidamente por ligaduras de cuerdas que lo sostienen.

Presenta pues la construccion un aspecto muy curioso y da motivo para admirar este arte lleno de ingenio, que permite la instalación de armazones y andamios por medio de simples cuerdas.

Para terminar, recordaremos apropósito del plano inclinado, puesto para el transporte de materiales, que una disposición análoga se empleó en otra ocasión para construir la gran torre do Coucy que tenía una elevación de 60 metros y un diámetro de 32.

De todas maneras, los adelantos que con asombrosa rapidez ha venido alcanzando al Japón en los últimos años, llaman fuertemente la atención de Europa.

El Folioscopio

Aunque ya es común entre los niños el precioso juguete científico llamado folioscopio, no está fuera de conveniencia dar su descripción para que se conozca el por qué de la cosa.

Se recordará que el zotropo es una caja redonda con tapa y cuya cubierta circular está provista de ventanillas largas y angostas, que pasan una a una frente á los ojos del espectador que ve sin moverse El cilindro puesto en movimiento hace pasar rollos conteniendo una serie de fotografías instantáneas de animales á la carrera ó de criaturas humanas en movimiento. El zotropo es bello, pero le supera por su sencillez el folioscopio, album doble, como lo presenta el grabado y en cuyas páginas están las diversas posiciones, por ejemplo de una bailarina ó de un gimnasta en el trapecio.

La manera de funcionar es muy simple, pues basta sostener el album con una mano y hacer pasar rápidamente con el dedo pulgar de la otra, las páginas al modo usual de revisar con lijereza los libros comunes, cuidando de que no haya interrupción en el curso de las hojas. Así se verá que las figuras parecen estar animadas de un movimiento propio lo que les da verdadero atractivo.

La causa de este fenómeno consiste en que impresionada violentamente la retina por el rayo desprendido de cada posición de la figura, no queda tiempo durante el transcurrido de figura á figura para que se complete el trabajo de fijación del nervio óptico y esta vibración corresponde al movimiento del folioscopio.

Curación de los sordos y sordo-mudos

M. Dusand, como es ya bien sabido, inventó un aparato, el *microfonógrafo* destinado á despertar y educar el sentido del oido en las personas atacadas de sordera ó sordo mutismo. Luego con la colaboración de Mr. Jaubert, Doctor en ciencias, ha trabajado en perfeccionar su invención; y relacionándose con Mr. Berthon ingeniero famoso por sus trabajos de telefonía, llegaron á fabricar el último modelo de *microfonógrafo* que es el que está en uso y que por su intensidad expansible á voluntad y por su exactitud, ha dejado atrás á todos los sistemas de fonógrafos.

El Dr. Labord presentó últimamente á sus colegas de la Academia de medicina de París el microfonógrafo así perfeccionado, y ante la misma Academia hizo experiencias sensacionales sobre sujetos sordo-mudos. El Dr. Labord continuó sus experiencias en el laboratorio de fisología de que es Director y acaba de publicar el resultado en una nota que hará época en los anales de la ciencia.

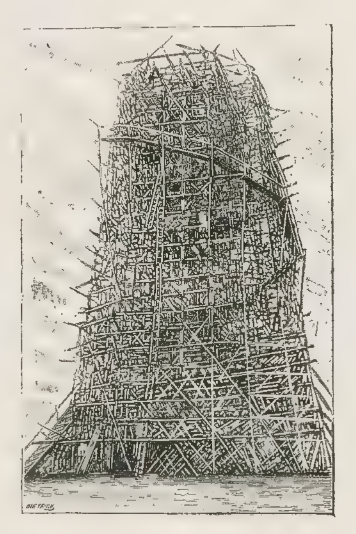
Dice el eminente academico: Poseemos un microfonógrafo perfeccionado que produce resultados del más alto interés, que pueden ser comprobados fácilmente y que tiene, sobre los del fonógrafo empleado solo, las ventajas siguientes:

1º Está considerablemente reforzado.

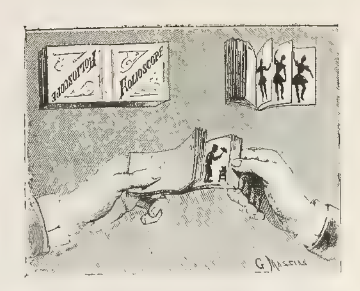
2º Tiene mayor exactitud y claridad de voces

3º Puede ser arreglada su intensidad como sea necesario, de suerte que el instrumento constituye á la vez un audífono de los más sensibles.

4º Puede ser oído de numerosas personas al mismo tiempo y comunicar su sonido á grandes distancias.



Un faro en el Japón



El Folioscopio.

Estamos pues en posesión de un aparato automático de hablar, facilmente manejable para los ejercicios auditivos necesarios á la recuperación ó aprendizaje de la palabra en los sordomudos cuya curación va á poder emprenderse y realizarse sobre nuevas bases, pues basta ahora por falta de medios apropiados se había descuidado el órgano defectuoso del oido abandonandolo á su falta nativa ó accidental de funcionamiento.

Se consigue enseñar á oir y á hablar con este aparato en condiciones singularmente favorables, pues con un aparato solo y gracias á múltiples combinaciones telefónicas que tiene agregadas, puede un profesor proseguir simultáneamente la educación de gran número de sugetos.

Ya por su intervención y su alta competencia en la especialidad que nos ocupa el Sr. Doctor Gellé ha obtenido resultados prácticos importantes.

No solamente por su funcionamiento apropiado el micro-fonógrafo regula el despertamiento del órgano de los sonidos, sino que cría por ejercicios repetidos la memoria auditiva, realizando este principio fisiológico: *la funcion hace al órgano*.

Cuando por consecuencia de ejercicios sufucientes la imágen anditiva de una vocal que es es el signo representativo más simple de la palabra, se ha fijado en el cerebro, basta en seguida pronunciarla en alta voz para que sea oida.

El Dr. Gellé de la Salpetriére ha presentado á la Sociedad de Biología los resultados que ha obtenido y publicado en la *Tribuna Médica* de 27 de Octubre último.

En estos momentos está en diversos paises á la orden del dia el tratamiento de la sordera y sordo-mutismo por medio de la micro-fonografía, con los resultados más concluyentes.

Quién se interese en conocer más detalles sobre el particular, los hallará en los pricipales periódicos científicos Europeos, correspondientes á Diciembre último

Arlequín aritmético.

No porque pueda tener aplicación práctica sino por ser sumamente curioso, reproducimos hoy un dibujo del siglo pasado, en que se copian las diversas posiciones que tomaba Arlequín para figurar los números dígitos

No intentarán de seguro más que las personas sueltas de coyunturas y acostumbradas á ejercicios de flexibilidad, imitar á Arlequín; pero de veras llama la atención la manera ingeniosa que tuvo para conseguir que un hombre quedara convertido en cifra, sobre todo si esta es tan complicada como la que representa cinco unidades.

No lo hemos visto, pero sería curioso que tomando el modelo alguna compañía de gimnastas y volatineros. hiciese combinaciones numéricas que podrían resultar muy divertidas é interesantes.

Un correo en zancos.

Entre Burdeos y Bayona se extiende una zona de comarca plana que se denomina las Landas. Una gran parte de la zona que era primero tierra baldía ha sido ahora parcialmente reclamada y plantada de pinos que se cultivan cuidadosamente con el fin de explotar la resina que de ellos se extrae. El resto de las tierras permanece cubierto de grandes malezales.

Las poblaciones y caseríos de las «Landas» son muy difíciles de atravesar por estos malezales muy crecidos y llenos de espinas y los habitantes para resguardarse de ellas usan grandes zancos. Montados en estos resistentes apéndices de madera pueden cruzar lo más difícil del terreno, sin gran trabajo.

Llevan además consigo un gran báculo que les permite descansar de vez en cuando, apoyándolo contra la tierra. Los hombres dedicados á traer y llevar el correo entre las diversas poblaciones de aquellas comarcas, han adoptado también este procedimiento para caminar. En el invierno, cuando las «Landas» están cubiertas de nieve, deteniendo y embarazando la marcha del zanco que es puntiagudo, los correos han ideado adaptar á la extremidad, para obviar inconvenientes, unas especies de zuecos ó pequeños patines de madera que les permiten deslizarse mejor.

El Correo lleva además un gran capote provisto de capucha, sus piernas van bien abrigadas, y así hace con diligencia el servicio entre aquellos pueblos de Parteres que de otra suerte hallarían grandes dificultades para sus comunicaciones postales.

Los dineros del diablo

Este era un viejo barón aleman llamado el barón Albrecht de Thalensburg, el cual, después de haber hecho barbaridad y media como todos los barones del feudalismo, vivía tranquilamente con su sobrina Welhelmina, adorable muchacha, en una calle obscura y triste de Nuremberg, lejos de los hombres y dedicado á la inocente manía de la *numismática* coleccionando medallas y monedas antiguas. Todos los sábados, cabalgaba en su asno y se dirigía al mercado de la ciudad, donde no faltaba quien le vendiese lo que constituía su pasión única. Cierta vez se encontró ahí con un hombrecillo viejo y jorobado, el cual le dijo:

—Tengo algo maravilloso que venderos y si queréis seguirme al lugar más solitario, os lo mostraré.

—Vamos dijo el barón, y ya en un sitio apartado el hombrecillo exclamó.

—En primer lugar debo confesaros que yo soy el diablo.

El barón ni siquiera pestañeó.

—Es uno lo que puede, dijo, con filosofía, y no hay oficio que sea despreciable. Pero y lo que me ibas á vender?

—Poseo nada menos que los dineros de Júdas.

—Los dineros de Júdas! Tú tienes los dineros! Los treinta!

—No, veintiocho, señor, porqué el individuo que recibió los treinta dineros en cambio de su campo, gastó dos en comprar un cofre para encerrar los otros veintiocho, y yo me alegro de que esos dos dineros hayan sido gastados porque, puestos en circulación, han perpetuado el espíritu de lucro en la humanidad.........

—Bueno, y me los darás?

—Os los cambiaré.

—Por mi alma sin duda......

No, almas como esa me sobran: por la de esa palomita sin mancha de tu sobrina Wilhelmina.

—Quiéres el alma de mi sobrina, Satanás? Pero yo no dispongo de ella......

—Dámela por mujer, yo me encargo de lo demás.

—Pero hombre, eres demasiado viejo y demasiado feo .....

El diablo se echó á reír, desapareció súbitamente y fué reemplazado por un joven esbelto y pálido que llevaba bajo del brazo un rollo de canto llano y una viola á la espalda.

Esta vez si que el barón fué presa de un asombro tal que instintivamente se persignó. El diablo se puso á rechinar los dientes; se hubiera dicho el rechinar de una sierra.

—No gastes esas bromitas, eh? me hielan los huesos.

El barón le examinaba curiosamente.

—Es extraño, murmuró, me parece que conozco á álguien que posee este rostro.

Arlequin aritmético

—No ves que he tomado la máscara y el traje del joven Arnaldo, el maestro de viola de la Srita. Wilhelmina?

Y la he tomado á tiempo porque como sabes están enamorados.

Esto era tan cierto que el joven Arnaldo había pensado muchas veces en pedir al baron la mano de su amada y lo seguía á diario con este objeto, pero sin atreverse á hablarle ... Precisamente aquel día había ido tras él y oido toda la conversación con el Diablo. El peligro dobló entonces su valor. Corrió á todas piernas hacia la posada donde el baron había dejado á guardar su asno, lo cabalgó sin tardanza y partió á todo galope hacia la morada de su novia, donde llamó tan fuertemente que la Sra. Gertrudis se decidió á abrir.

El asno entró él primero y fuese á la cuadra. Arnaldo se introdujo al cuarto de Wilhelmina y contó lo que había visto y oido

Ay! suspiró Wilhelmina. Cómo podría yo distinguir jamás al falso Arnaldo del verdadero? Quién sabe si aun ahora mismo no es el diablo el que está aquí?

La señora Gertrudis la sacó de su incertidumbre.

—Haced el signo de la cruz, niña. Ya veis que el señor Arnaldo no rechina los dientes.

Se convino en que Wilhelmina finguiría ignorar el complot formado por el barón y que acogería los galanteos del Diablo como si no supiese nada.. Hasta el día del matrimonio, en que Arnaldo sabría como se desembarazaba de Satanás.

Así se hizo y un hermoso medio día, la puerta de la vieja casa se abrió de par en par para dejar salir el cortejo nupcial.

El Diablo se paseaba con impaciencia bajo el pórtico de San Sebalo. El barón luego que lo percibió echó á correr hacia él.

—Los dineros dijo, ó rehuso mi consentimiento.

El Diablo registró su bolsa.

—Aquí están, dijo.

El barón los guardó voluptuosamente y volviéndose hacia Wilhelmina.

—Sobrina, dijo, tomad el brazo de vuestro novio.

En este momento apareció Arnaldo seguido de un viejo Padre á quien había referido todo el asunto. El Padre blandía un hisopo y asperjeó al Diablo de agua bendita.

Se oyó un ruido de fritura, surgió una llama verde y en el sitio en que estaba el Diablo no se vió más que una mancha de grasa.

El baron continuaba acariciando beatamente sus dineros en la bolsa. De pronto lanzó gritos espantosos. Era su bolsa la que ardía. Rápidamente retiró los dineros y los echó á tierra. Después de lo cual pidió perdón á Dios y asistió piadosamente á la celebración del matrimonio de Wilhelmina con el verdadero Arnaldo.

Los dineros de Júdas fueron recogidos por el cura, que para santificarlos, los dió á un fundidor, al cual había mandado hacer una campana.

El fundidor los arrojó al metal en fusión. Pero la campana á la cual fueron amalgamados tuvo siempre mal sonido y desapareció misteriosamente.

Algunos aseguraron que se ahogó en el lago mayor yendo para Roma un Viernes Santo; pero los historiadores aseguran que la tal ahogada se efectuó en el lago de Ginebra, debido á los partidarios de Calvino Esto tendería á probar que contra lo que dice el proverbio, una sola campana puede dar dos sonidos.

GUSTAVO GUESVILLER.

Aparato para la curación de los sordos y sordo-mudos

Byron en la Bacanal

Es la alta noche. La ciudad fantástica
Con sus torres y alcázares labrados
Cual florentinas joyas, duerme envuelta
En la más densa oscuridad Tan solo
Fulgura en las tinieblas de la noche
Como alegre sonrisa de una hermosa
A través de tupido y negro velo,
Una góndola azul, iluminada
Con antorchas y globos de colores.

En el esquife suenan voces, risas
Y canciones de amor. La pintoresca
Góndola es el magnífico teatro
De loca bacanal. Sueño parece,
Fruto de la exaltada fantasía
De un poeta oriental, la deslumbrante
Fiesta que ríe en las calladas ondas.

Bajo un dosel de púrpura y de oro,
Y en torno de una mesa coronada
De resplandores y fragantes rosas,
Seis régias hermosuras de luciente
Cabellera, estrellada de diamantes,
Y otros tantos mancebos bulliciosos,
Celebran un festín en el esquife.

Sobre la falda de crugiente seda
De una rubia beldad de ojos azules,
Que recuerda á la blanca Fornarina,
Gallardo joven tiene reclinada
La cabeza gentil.

—¡Que hable el poeta!
¡que cante el Lord una canción de amores!

Gritan las diosas de la fiesta báquica,
E irguiéndose de pronto aquel mancebo
De ojos radiantes y cabeza olímpica,
Y tomando una copa fabricada
Con un cráneo montado en oro y perlas
Así exclama con voz clara y vibrante:

—Como el rey Jorge IV, que vivía
Entregado á las fiestas bulliciosas,
Y olvidaba, entre impúdicas hermosas,
La oculta pena que su pecho hería,
Así mi corazón vivir ansia.

¡Dadme vino; ceñid mi sien de rosas,
Y acariciadme tiernas y amorosas
Estrellas fulgurantes de la orgía!
¡Así quiero vivir! Y cuando muera
Fabricad mi ataúd con la madera
De vuestro dulce bandolin sonoro,
Y colocad sobre mi cuerpo helado
Un sudario magnífico formado
Con vuestros chales de bordado y oro.

Mientras los comensales aplaudían
Este erótico canto, el Lord sublime,
Apurando febril hasta las heces
El áureo vino en la siniestra copa,
Desplomose embriagado por el suelo,
Rodando su corona de poeta,
Su corona de estrellas inmortales,
A los piés de infamadas meretrices!

MANUEL REINA.

Un correo en zancos

El juguete de Bebé.

GRITOS CLASICOS

VESPERTINA II.

No me preguntes si la amé.... ¡quién sabe!
Cuando la vi en mi lecho, ya rendida,
trémula de pasión, como una ave
que aprisionó el deseo, dar la vida
cual una ofrenda en el altar suave
De su seno de virgen, fué una gloria.
Se estremeció mi carne entre sus brazos,
y me alejé, sin penas y sin lazos
de aquel amor sin alma y sin historia.
¿Amor?.... Tal vez; más el sensual que gasta
en besos la energía y la memoria;
deshace el ideal, apura el brío:
y lentamente sorbe alientos, hasta
que se asoma en la cámara el hastío,
abre á la luz la puerta, y dice: basta:
fugaz y ardiente amor, muere de frío.
....Pero tú no me entiendes! En tu casta
sonrisa hay burla, y á la vez, asombro:
¡Ah! perdóname; apoya tu risueña
cabecita de angel en mi hombro,
y en tu delirio azul húndete y sueña.
Prende tus alas invisibles; sube,
y busca en las celestes fantasías,
alguna blanca y vaporosa nube
que abrigue tus quimeras y las mías.
Vuelca el cáliz de oro, consagrado
y ofrecido por tu alma á mi ternura,
donde verti, sacrílego y osado,
mi lágrima más acre y mas impura.
¿Ves? ¡Qué cielo tan limpio! En tus pupilas
irradia su misterio y su pureza.
¡Qué dulces, qué apacibles, qué tranquilas
á un tiempo están la tarde y tu belleza!
Que tu sueño perfume mis dolores;
que arrulle mi maldad tu voz suave:
interroga á los astros y á las flores;
no me preguntes si la amé.... ¡quién sabe!

LUIS G. URBINA.

UN MILAGRO DE AMOR

Era Domingo y día de *Corpus Cristi* y por eso las alegres campanas estaban echando á volar desde que amaneció, sus sonidos graves y agudos que mariposeaban primero sobre los techos rojos, luego en las copas de los árboles y por último en la cumbre de las altas montañas.

Niñas vestidas de blanco llevaban flores al altar, los sacerdotes oficiaban revestidos de gran lujo, y en las torres de la Catedral y de las iglesias y capillas repicaban á vuelo todas las campanas.

Claudio Mirandol estaba por eso desesperado: habría querido enmudecerlas con un gesto, por que le hacían mal hasta el extremo de llorar, como si manos de atormentadores hubieran buscado la enconada herida de su corazón y allí le revolviesen un puñal. Y sin fuerzas para defenderse de la obsesión que le dominaba, volvía los ojos á su calvario para suspirar en las ruinas de cuanto fué su felicidad. Y con la mano en la mejilla, los ojos fijos, abrasados por el llanto y la fiebre, estaba retirado en lo más sombrío del jardín aguardando el término de su convalescencia moral. Pensaba en voz alta y sollozaba dolorosamente.

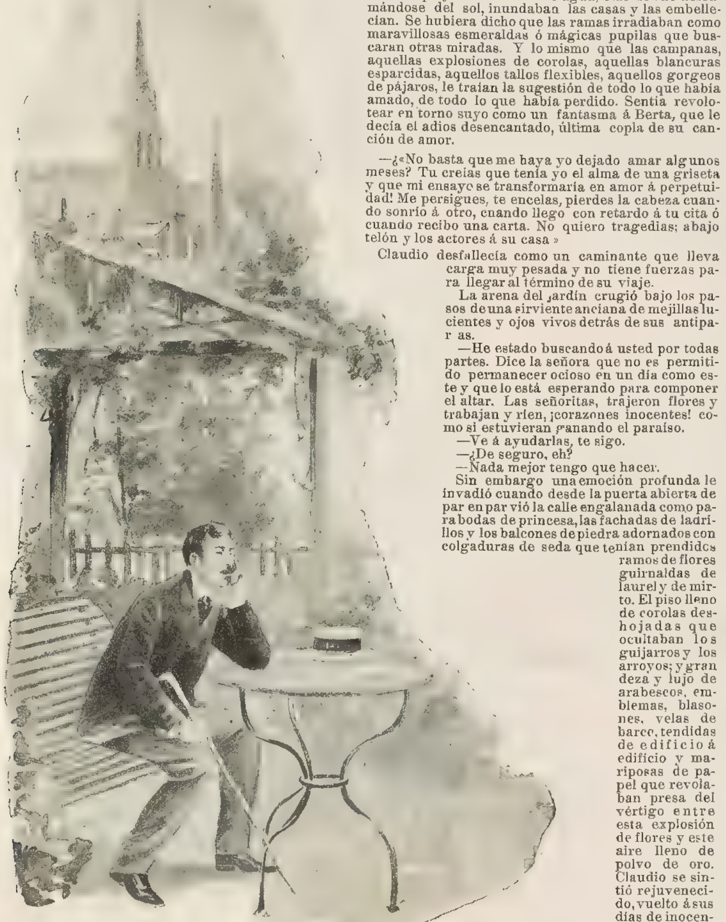
—¿Porqué, decía, se cansó de mi ternura, que le hice, por qué me engañó á mí que la amaba con la vida? Y se acordaba hasta de los menores detalles de aquel amor que debió durar para siempre, de las escenas de cólera de amargura y de celos, que levantaron entre Berta y él un abismo infranqueable, las mentiras irrisorias, las comedias ridículas, la ruptura brusca, resuelta, peor que la amputación de un miembro destrozado por una bala de cañón, y por último, la vileza de volver más sumiso, más ciego al yugo. Luego perdido todo al fin, su retorno de hijo pródigo á la ciudad natal, en derrota, como azotado por una lluvia de tempestad.

Sin fuerzas ya, descepcionado, llegó á reconfortarse con la recepción que le hicieron en su casa apacible, donde lo aguardaba la mejor de las madres, anciana serena y sonriente, rodeada de amistades fieles, tesoro de recuerdos queridos y de creencias consoladoras. Pero ya esta calma inmutable, este estancamiento de la vida semejante al agua inmovil de una laguna, le empezaba á despertar aborrecimientos. Y necesitaba ocultar sus penas por temor á las reflexiones hostiles, á los aires de indulgencia, y de vaga piedad que sin duda le hubieran interrumpido al menor ensayo de confesión, como si setratara de un enfermo cuya razón vacila, que no sabe lo que dice y que balbucea historias inverosímiles. Empezó á intentar evadirse del presidio, del destierro que voluntariamente se había impuesto y tenía prisa de tomar el tren que le llevara á París, para perderse allí entre las multitudes, aturdirse, interrogar á los amigos y saber si la infiel le extrañaba, si había tenido alguna tristeza, si se había conmovido después de la ruptura ó había tomado su partido y acomodándose á nuevas alegrías de amor era feliz.

El jardín estaba alegre como un traje de desposada y lo tenía la claridad de los cielos con franjas de oro: millares de rosas formaban guirnaldas en los venerables troncos, en las estátuas y en los zócalos de las jarras de mármol.

Pajarillos invisibles mezclaban sus trinos dulces como el sonido de una flauta de cristal á la monótona y arrulladora queja del surtidor de agua; olas de luz derramándose del sol, inundaban las casas y las embellecían. Se hubiera dicho que las ramas irradiaban como maravillosas esmeraldas ó mágicas pupilas que buscaran otras miradas. Y lo mismo que las campanas, aquellas explosiones de corolas, aquellas blancuras esparcidas, aquellos tallos flexibles, aquellos gorgeos de pájaros, le traían la sugestión de todo lo que había amado, de todo lo que había perdido. Sentía revolotear en torno suyo como un fantasma á Berta, que le decía el adios desencantado, última copla de su canción de amor.

—¿«No basta que me haya yo dejado amar algunos meses? Tu creias que tenía yo el alma de una griseta y que mi ensayo se transformaría en amor á perpetuidad! Me persigues, te encelas, pierdes la cabeza cuando sonrío á otro, cuando llego con retardo á tu cita ó cuando recibo una carta. No quiero tragedias; abajo telón y los actores á su casa.»



Claudio desfallecía como un caminante que lleva carga muy pesada y no tiene fuerzas para llegar al término de su viaje.

La arena del jardín crugió bajo los pasos de una sirviente anciana de mejillas lucientes y ojos vivos detrás de sus antiparras.

—He estado buscando á usted por todas partes. Dice la señora que no es permitido permanecer ocioso en un dia como este y que lo está esperando para componer el altar. Las señoritas, trajeron flores y trabajan y rien, ¡corazones inocentes! como si estuvieran ganando el paraíso.

—Ve á ayudarlas, te sigo.

—¿De seguro, eh?

—Nada mejor tengo que hacer.

Sin embargo una emoción profunda le invadió cuando desde la puerta abierta de par en par vió la calle engalanada como para bodas de princesa, las fachadas de ladrillos y los balcones de piedra adornados con colgaduras de seda que tenían prendidos ramos de flores guirnaldas de laurel y de mirto. El piso lleno de corolas deshojadas que ocultaban los guijarros y los arroyos; y grandeza y lujo de arabescos, emblemas, blasones, velas de barco, tendidas de edificio á edificio y mariposas de papel que revolaban presa del vértigo entre esta explosión de flores y este aire lleno de polvo de oro. Claudio se sintió rejuvenecido, vuelto á sus días de inocencia angélica y de fé ardiente.

II

Al entrar en la capilla vió á la señora Mirandol sentada en un sillón de terciopelo contemplando su obra, dando prisa á las jovencitas que vinieron á trabajar y que reían y cantaban extendiendo el mantel de blondas, añadiendo rosas á las otras rosas, poniendo el tabernáculo y dando brillo á los candelabros.

Una entre todas, por su belleza exquisita y delicada, merecía oír murmurar en sus oídos la salutación del arcángel. No era ni grande ni pequeña; sus cabellos de seda de un rubio claro encrespaban sobre su frente suaves rizos donde parecían dormir rayos de sol; sus ojos grandes como llenos de una agua límpida y azulada, sus labios aterciopelados como una fresa que ni el aire ha besado, tenían un encanto auroral. Llevaba un vestido sencillo de muselina y un sombrero de paja.

Cuando entró Claudio las turbulentas trabajadoras callaron y se detuvieron intimidadas por el aspecto doloroso del joven.

Por otra parte, temían estar despeinadas y desagradar á este visitante inesperado, á este personaje romanesco y misántropo de quien murmuraban las comadres tantas historias y al cual no se había visto todavía desde su llegada de París ni en los salones, ni en catedral, ni en la retreta.

La Sra Mirandol se levantó con alegría.

—Pícaro, perezoso, le dijo, llegas cuando nada hay ya que hacer.

—Espero, señoritas, dijo él, que mi madre no haya visto bien y que podré todavía ser útil para algo.

—Ciertamente, señor. Prenderá vd los cordones del dosel. Nosotras no podríamos clavar una cosa tan alta ¿Quiere vd. escalera?

La Sra. Mirandol las interrumpe.

—Esperen vds. al menos que les presente á Claudio, señoritas.

Las jóvenes avanzarón como para una distribución de premios.

—La Srita Jacobina Fronfrede y su hermana Berenguela, la Srita. Andrea Vinarac, la Srita. Teresa Bastide tu prima.

La Sra Mirondal hizo una pausa antes de presentar á la última, la de los cabellos finos y los ojos claros.

—La señorita Carlota de San Ciro, Lileta, que acaba de salir del Sagrado Corazón, hija de mis mejores amigos.

La bella rubia saludó á Claudio con una reverencia y Claudio como deslumbrado por un relampago dijo:

—Lileta ¿Es posible? Y ayer apenas estaba vd. saltando la cuerda, persiguiéndome para oir cuentos de hadas.

—No merecía vd. mi perdón. Estoy disgustada de que no me haya vd. buscado sabiendo lo mucho que le quise...... Teresa los vino á separar.

—No está vd. primo para impedirnos el trabajo; tenga vd. los clavos y el martillo.

A poco rato se juntaron otra vez Claudio y Lileta en lo alto de una escalera doble y ella dijo:

—Antes no tenía vd esa cara triste ni esos ojos huraños. A nuestra edad no se llora por tonterías y yo adivino que llora vd. cuando está solo

Señorita...... juro á vd.

—Por mí?

No se jura así sin necesidad.

—Embustero, feo.

—Curiosilla, linda.

Merece vd. que no me interese por sus penas.

Varias mujeres entraron diciendo:

—A encender! allí viene la procesión.

III.

Pronto resplandeció el altar. El rítmico redoble de los tambores precedía á lo lejos al rumor solemne de los salmos y á las vibraciones de los cánticos que entonaban las mujeres y los niños.

Las ventanas se abrían, salían á los balcones las gentes con cestos de flores; y las banderas de las parroquias, los estandartes de las cofradías, las reliquias, las imágenes veneradas llenaron la calle. De las buhardillas, de las ventanas y balcones, arrojaban flores y más flores que caían sobre los ornamentos de los sacerdotes, sobre los roquetes de los monaguillos, sobre los bordados del palio La procesión avanzaba como bajo una nevada olorosa y radiante.

Claudio se arrodilló junto á Lileta y tomándole la mano al pasar la Custodia, le dijo con angustia suprema.

—Dios oye tus plegarias, niña. Pídele el olvido y la dicha para este pobre loco.

IV

La Srita. de San Ciro estaba junto al piano cuando Claudio entró en el salón tímidamente, como quien entra en una iglesia. Las persianas cerradas y las anchas cortinas de muselina tamizaban la luz; y esas vagas tinieblas entre las que se destacaban los retratos y los adornos antiguos, prestaban cierta frescura adormecedora de selva. La joven, iluminada por un haz de luz que pasaba al través de una ojiva, parecía uno de esos santos circundados de aureola, y sus ca-

bellos tenían reflejos de joya. Turbada también se estremecía al más leve ruido y maquinalmente dejaba correr los dedos sobre el teclado produciendo una música dulce que Claudio oía encantado. Sus ojos se llenaban con la presencia de Lileta y embelesado viéndola, dijo con voz que revelaba gratitud y ternura.

—Lileta te amo!

Ella se levantó sobresaltada y trémula.

-Tengo miedo, dijo.

—¿Me permites abrazarte?

—En un arrebato de ternura Lileta reclinó su frente en el pecho de Claudio, y le entregó en una sonrisa de éxtasis su juventud, su belleza, su alma blanca. Claudio la besó en la frente, en las mejillas, en los ojos, en los cabellos, cubrió su faz adorable con un velo de caricias y le repetía:

—Te amo, corazón mío, te amo, te amo.

—¿Y será siempre como ahora?

Siempre mi bien, cada día más.

Y los labios de Claudio se posaron en los de Lileta apasionada y castamente, y consagraron su juramento alcanzando con la alegría de vivir, la confianza en el futuro, la fé.

V

Una por una se habían ido apagando las luces de la ciudad y de la ribera, y empezaron esos rumores otoñales que parecen la plegaria de los peregrinos que encienden las estrellas. Roncos graznidos de buho y ladridos locos de perros, rechinido de carretas retrasadas, cantos de ébrios perdidos, interrumpían por momentos la melancólica y adormecedora quietud; y los grillos dialogando á la orilla del agua, hacían pensar en algún reloj mágico de timbre de cristal destinado á contar las horas de rosas ó de luto que no volverán jamás.

Claudio hundido en esas tinieblas de las que debiera haber huido como de un peligro, se inclinaba en la rampa de la terraza como si estuviera escuchando á alguien que le llamara. En efecto, desde el salón donde acababa de escribir á su madre, Lileta le había estado llamando sin éxito.

En vísperas de viaje, se piensa mucho en la vieja casa paterna que queda oculta tras de la cercana selva, abrigando excelsas beatitudes, gorgeos de nidos, el cuarto de los niños de bocas olientes á rosa, las ventanas donde se cambiaron confidencias contemplando el cielo profundo constelado de astros y rasgado por reflejos fugitivos.

El presentimiento de que no volverán á probarse esas alegrías, de que se ha agotado de un sorbo la copa de la dicha, viene entonces con la idea de que empezaron ya los días funestos.

VI

¡Qué locos eran partiendo á París cuando tan contentos habrían seguido en la paz de su hogar nativo!

¿Tendría él fuerzas suficientes si Berta lo llamaba otra vez, para cumplir sus juramentos de no verla más? ¿Estaba bien curado de aquel amor? Había reflexionado bien, antes de realizar su romanesco matrimonio con Lileta? La amaba y causarle la pena más leve sería su desesperación. Lo encantaba con su dulzura apasionada, con su belleza ideal, y se decía que sería la infamia más negra, engañarla por seguir las sugestiones de Berta. Y sin embargo si algún amigo le hubiera dicho en ese momento «dame tu palabra de honor de que rechazarás á esa mujer si te llama» él habría contestado: no puedo prometerlo.

Iba á prorrumpir en algún arrebato de ira contra sí mismo, cuando se enlazaron á su cuello los brazos desnudos de Lileta que le dijo:

—¿Le parece á vd. bien, señor mío, dejar á su Lileta llamando como una loca y pasarse largas horas sin darla un beso? Sobre todo, hay que dormir temprano cuando se está de viaje.

—No viajamos.

—¿Te chanceas? Ya todas las maletas están arregladas y dadas todas las órdenes.........

—Se desbarata todo. ¿Para qué echarnos al camino cuando estamos tan bien aquí?

—¿Ya lo decidiste? Pues bien: yo quiero ir á París, á nuestra casa.

—Somos tan felices aquí!

—Allá lo seremos también. Di que nos vamos mañana, ó si no, ya no me quieres.

—Puesto que lo deseas, partamos.

Y entraron á sus habitaciones en tanto que los grillos contaban con su nota de cristal clara y vibrante, las horas que se van....

VII

Berta se apoyaba con una languidez arrobadora en el brazo de Claudio, al dirigirse al bosquecillo de manzanos donde estaba puesta la mesa

—Entonces, no estás ni disgustado ni contento de esta farsa de casualidad que te reunió con tu Berta? ¿Tú corazón no palpitó un poquito más fuerte?

Claudio se mordía los labios sin contestar, y ella con voz amorosa y tierna añadió:

Como me amabas poco, te desprendiste fácilmente de mí. Esta mañana cuando nuestro amigo Bayeux te llamó para que me vieras, necesité una gran fuerza de voluntad para no desmayarme.

Claudio se estremeció.

-Y tu mano, continuó ella, quedó como muerta entre las mías, y ese hielo me lastimó el corazón.

—Bien conoces, ¡ay! que no estoy curado de mi amor por tí.

Berta, sacudida en todo su ser por la respuesta de Claudio, se apoyó contra el muro respirando penosamente, con los párpados entrecerrados, y empezó á rayar la arena con el extremo de su sombrilla

—Habría dado no sé qué por sentarme á tu lado en el carruaje durante el paseo y no me atreví.

¡Oh! ¿y cuándo volveremos á vernos á solas como ahora? ¡Nunca, puesto que ya eres casado!

Quedaron en silencio los dos. En el cielo había resplandores siniestros de incendio, y como ruinas grises de un palacio que se derrumba. Luego, el crepúsculo agonizante tendió sus velos de crespón como lluvia de ceniza y flores azules; y se empezaron á oscurecer los valles primero y luego la montaña. Sollozos ahogados, quejas plañideras hendían el silencio precursor de la noche..... Berta lloraba y gemía por lo irremediable!

—Otros me dieron la noticia de este matrimonio Siquiera no me lo dijiste tú!

El la vió frente á frente, como á un enemigo de quien se temen las traiciones.

—Si has sufrido, tu dolor no fué menos cruel que el mío, le contestó, sin tu impío abandono habría sido tuyo hasta la muerte:

—Perdón, Claudio! Fuí una inexperta: jugaba con tu corazón tan tierno, creyendo así esclavizarte más, encender en tí la fiebre de la desesperación.

-Está bien: separémonos. Ya tú estarás consolada.

—No, Claudio, amo hasta mi dolor porque lo motivas tú.

Y lo fascinaba con sus ojos soberanos, con su boca encendida, de donde brotaban las palabras como olas de perfume.

Claudio vaciló y luego, agotado por la lucha gritó:

¡Cállate! Yo no te debo amar

Berta retrocedió sonriente, deslumbradora.

Es pués más hermosa que yo? dijo, te ama locamente como yo?

La campana les recordó que el resto de la concurrencia ya estaria á la mesa.

Después de la comida Berta le preguntó:

—Cuando partirá usted?

Mañana

—¿Para volver?

—Dentro de ocho dias.

¡Qué largos me van á parecer! E inclinándose para levantar del suelo una rosa, la triunfante seductora rozó la faz de Claudio con sus cabellos.

VIII

Nubecillas como fantasmas se perseguían huyendo por el horizonte; las tinieblas subían del mar á la encrespada costa, las constelaciones cintilaban pálidas, haces de luz amarilla desprendidos de un foco lejano taladraban la bruma, y el mar en silencio parecia un abismo de tristeza. Sollozos ahogados, quejas plañideras, suspiros tristes venían de muy lejos y hallaban eco en el seno anhelante de Lolita que sonreía con angélica dulzura.

Lileta soñaba reclinada en los cojines de terciopelo y seda que habían amontonado en la poltrona, detrás de su cabecita rubia De pronto se volvió para el lado donde estaba Claudio y le tendió los brazos gozosa sin apercibirse del gesto de augustia y remordimiento que entristecía al culpable, que ni aun se atrevía á mirarla

—Qué bien hiciste yendo á cazar al castillo de Bayeux. Como nunca nos habíamos separado, no sabia todo el lugar que ocupas en mi corazon.

—No deberías haberme dejado ir solo.

—¿Piensas que fué por falta de voluntad? Pero no convenía.

¿No convenía? Explicate.

—Cuando era yo pequeñita, me hacías cuentos maravillosos que empezaban todos «Erase un rey» y terminaban «y el príncipe y la princesa se amaron mucho y tuvieron muchos hijos»

Claudio sintió algo muy hondo que nunca habia sentido en el corazón.

Lágrimas de ternura afluian á sus párpados y tenía en la garganta un nudo y en el pecho una opresión tan profunda que le era materialmente imposible articular una palabra.

Ruborizándose Lileta continuó.

A mi me corresponde hoy hacer el cuento. Oyeme bien. «Erase una rubita que amaba hasta la desesperación á un gran calavera que también la quería mucho.... ó á lo menos la rubita se lo imaginaba Y pasaban la vida tan feliz! Un dia la rubita tuvo un bebé.........» Claudio se lanzó sobre los cogines sollozando y llenó de besos la frente, las mejillas, los labios, el cuello de Lileta, con arranques de alegría, de fervor, como quien se ha salvado de un peligro, como quien se ha curado de una enfermedad mortal en maravillosa piscina, como si alguna blanca aparición celeste lo hubiera arrebatado de las garras de un mago infernal y.........

IX.

Así se realizó el milagro que Lileta pidió á Dios al pasar la Custodia en la procesión del día de Corpus, cuando las campanas echaban á volar sus vibraciones que mariposeaban primero en los techos rojos, luego sobre las copas de los árboles y al fin en la cumbre de las altas montañas.

René Maizeroy.

Lides de gallos.

La función empieza á la hora señalada. Un hombre se presenta en el circo con un papel en la mano y comienza a leer; todo el mundo se calla. Da lectura á una serie de nombres que indican el peso de los gallos que van á luchar, porque es de saber que los gallos no pueden pesar más de lo que señala el código del arte Las conversaciones se reanudan, para cesar de repente al poco rato. Otro hombre se adelanta cargado con dos cajas: abre una puerta de la balaustrada, sube al estrado y pone las cajas en los platos de una balanza que pende del techo. Dos testigos aseguran que las cajas tienen igual peso, todo el mundo se sienta; el presideote se va á su sitio, el secretario grita: *¡silencio!* el pesador y otro empleado toman cada uno una caja y llevándolas á las dos aberturas opuestas de la barrera, las abren á un mismo tiempo. Salen los gallos, se cierran las puertas y los espectadores guardan por algunos instantes un profundo silencio.

Eran dos *gallos andaluces de raza inglesa*, sirviéndome de la extraña definición que me dió un espectador; altos, flacos, tiesos como dos husos, con un largo cuello, completamente desplumados de las partes posteriores y del pecho para arriba; sin cresta, la cabeza pequeña y con un par de ojos que revelan su espíritu guerrero. Los espectadores los estudian atentamente sin decir una palabra.

Los *aficionados*, en estos cortos instantes, juzgan por el color, la forma y los movimientos de los dos animales, cual es el probable vencedor; después se cruzan las apuestas. Es, como se comprende fácilmente, un juicio muy incierto; pero precisamente esta misma incertidumbre da vida al juego. De repente una explosión de gritos interrumpe el silencio.

¡*Un duro por el derecho*! ¡*Un duro por el izquierdo!*

¡Tres duros por el negro!—¡Cuatro duros por el pardo! ¡Una onza por el chico! ¡Va!—Va, por el negro!—Va por el pardo!

Todos gritan, agitan las manos, se señalan unos á otros con los bastones, y las apuestas se cruzan en todos sentidos; en pocos momentos se han cruzado más de mil pesetas.

Los dos gallos, al principio, no se miran. Uno se vuelve de un lado, otro de otro, cantan y alargan el cuello hacia los espectadores como preguntándoles: «¿Qué queréis?» Poco á poco, como si no se hubiesen visto, se van mutuamente acercando; diríase que cada uno quiere cojer al otro de sorpresa. De repente, con la rapidez del rayo dan un salto abriendo las alas, se encuentran en el aire y caen esparciendo en torno una nube de plumas. Después del primer choque se quedan plantados el uno enfrente del otro, casi tocándose los picos, como si quisieran arrojarse veneno por los ojos. Luego se lanzan de nuevo uno contra otro con gran violencia, y desde aquel momento se suceden los asaltos sin interrupción. Se hieren con las patas, con los espolones, con el pico, se oprimen con las alas, de modo tal que parecen un solo gallo con dos cabezas; se suben el uno sobre el vientre del otro, se tiran contra las barras de la balaustrada, se persiguen, caen, voltean; poco á poco los golpes son más frecuentes, las plumas de las alas vuelan á lo lejos, los cuellos se enrojecen y corre la sangre. Se pican en la cabeza alrededor de los ojos, en los ojos mismos y se desuellan con la ira de dos furiosos que temen verse separados. Diríase que saben que alguno de los dos ha de morir. No sueltan ni un grito, ni un gemido; no se oye más que el ruido de las alas al agitarse, plumas que se rompen, picos que se clavan en el hueso, y ni un ins-

tante de tregua; es una rabia que no cesará hasta la muerte.

Los espectadores siguen con mirada atenta todos sus movimientos, cuentan las plumas arrancadas, las heridas y el murmullo de las voces aumenta siempre y las apuestas también.—*¡Cinco duros por el chico! —Ocho duros par el pardo! —Veinte duros por el negro! —¡Va! —¡Va—*

Pero llega el momento en que uno de los dos gallos hace un movimiento que revela la inferioridad de sus fuerzas y empieza á dar señales de fatiga. Aunque resiste todavía, sus picotazos son menos frecuentes, sus espolonazos más raros, sus saltos menos elevados; diriase que va comprendiendo que se halla en peligro de muerte. Ya no lucha por matar, sino por no ser muerto; retrocede, huye, cae, se levanta, vuelve á caer y vacila cual si le faltara la cabeza. Entonces el espectáculo empieza á ser horrible. Ante el enemigo que cede, el vencedor se vuelve feroz; sus picotazos son más fuertes, llenos de rabia, implacables, dirigidos á los ojos de la víctima, con la regularidad de la aguja de una máquina de coser: su cuello se alza y se baja como si lo moviera un resorte; su pico busca la carne y se recrea arrancándola á pedazos y destrozándola; después profundiza en la herida y se afana y lucha, cual si buscara fibras rotas; luego pica con pertinaz insistencia en la cabeza, como si quisiera abrir el cráneo y sacar los sesos. No hay palabras que puedan expresar el horror de esos picotazos continuos, infatigables, inexorables. El vencido se afana, se escapa, corre de aquí para allá en su cárcel y el otro detrás de él y sobre él, inseparable como su sombra, la cabeza inclinada sobre la del fugitivo lo mismo que un confesor, siempre picando, ensañándose y destrozando. Hay algo del asesino, del verdugo en aquella insistencia: tiene el aire de hablar al oído de su víctima y diríase que acompaña cada golpe de un insulto. «¡Toma! ¡sufre! ¡muere!—¿Todavía no? ¡Toma ese golpe! ¡y ese! ¡y otro más!» Un poco de esa rabia sanguinaria se insinúa en vuestras venas; esa cobarde crueldad os inspira deseos de venganza; quisierais ahogarle entre vuestras manos, aplastarle la cabeza con los pies. El gallo vencido, lleno de sangre, sin plumas, vacilante, intenta de vez en cuando algun ataque, da algún picotazo, huye, y se esconde entre los barrotes de la balaustrada, buscando un asilo.

Los jugadores se enardecen y gritan cada vez más fuerte. Ya no pueden apostar sobre la lucha, pero apuestan sobre la agonía.

—*¡Cinco duros á que no tira tres veces!*—*¡Tres duros a que no tira cinco!*—¡Va! ¡Va!

En aquel momento oí unas palabras que me hicieron temblar. «*¡Está ciego!*»

Me acerqué á la barrera, miré al vencido y volví en seguida la cabeza con horror. No tenía piel, ni ojos; su cuello no era más que un hueso sangriento; su cabeza no era más que un cráneo; sus alas reducidas á tres ó cuatro plumas, semejaban dos andrajos; parecía imposible que pudiera aún vivir y caminar, pues no tenía forma de gallo. Y esa ruina, ese monstruo, ese esqueleto manando sangre se defendía aún se batía en las tinieblas, sacudía sus alas destrozadas, alargaba su cuello hecho girones, agitaba su cráneo al azar, aquí y allá, como los perros recien nacidos. Estaba sangriento y horrible, entorné los ojos, para verlo confusamente. Y el verdugo seguía picoteando las llagas, ahondando en las vacías órbitas de los ojos picando el desnudo cráneo. Aquello no era una lucha; le roía y se hubiera dicho que le quería despedazar sin matarlo. Alguna vez, cuando la víctima quedaba inmóvil, se bajaba para contemplarla con la atención de un anatomista; á veces se hacía un paso atrás y la miraba con la indiferencia de un sepulturero pero luego volvía, ávido como un vampiro, á picotear, herir, destrozar, con más fuerza y vigor que la primera vez.

Por último el moribundo parándose derrepente, deja caer la cabeza sobre el suelo, cual si le rindiera el sueño, y el verdugo, mirándole atentamente, también se para.

Entonces redóblanse los gritos: ya no puede apostarse sobre las convulsiones de la agonía, pero se apuesta sobre los síntomas de la muerte: *¡Cinco duros á que no levanta más la cabeza! —Dos duros á que la levanta!—¡Tres duros á que la levanta dos veces! —¡Va! —¡Va!*

El gallo moribundo levanta lentamente la cabeza; el verdugo descarga rápidamente sobre él una tempestad de picotazos: los gritos se repiten de nuevo. La víctima hizo todavía un ligero movimiento: nuevos picotazos. Echó sangre por el pico, vaciló y cayó por último. El vencedor, como un cobarde, se echó á cantar. Salió un empleado y se llevó al vencedor y al vencido.

Todos los espectadores se levantaron y empezó entonces una acalorada conversación. Los afortunados, radiantes de alegría; los que salen perdiendo blasfeman: unos y otros discuten sobre el mérito de los gallos y los incidentes de la lucha: «*¡Buena pelea!—¡Buenos gallos! —¡Gallos malos!—No valen nada! —¡No lo entiende usted!—¡Callese usted! —¡Buenos!—¡Malos!*»

—*¡Sentarse, caballeros!*—gritó el presidente. Todos se sentaron y empezó otra lucha.

Eché una mirada al campo de batalla y salí de circo. Tal vez no seré creído: este espectáculo me causó más horror que la primera corrida de toros. No tenía idea de una ferocidad tan cruel; nunca hubiera creído, antes de verlo, que un animal, después de haber reducido á otro á la impotencia, pudiese torturarle, martirizarle, destrozarlo de aquel modo, con él encarnizamiento de la hiena y la voluptuosidad de la venganza. Yo no creía que el furor de un animal pudiese llegar al extremo de presentar el caracter de la maldad humana más acentuada.

EDMUNDO DE AMICIS.

DAMAS MEXICANAS.

Srita. María Lomeli

DE GUADALAJARA.

(Fotografía de Lupercio.)

JUNTO AL MAR.

TRADUCIDA DE «FIORS DEL CALVARI» DE VERDAGUER.

Desde el altivo monte que domina
Del mar azul la límpida extensión,
Me agrada ver la tarde que declina
Serena y triste, cual declino yo.

¡Qué grandioso es el mar, qué hermoso el cielo
Del sol muriente á la postrera luz!
¡Y cuán pequeño yo con mi hondo duelo,
Cansado ya de mi pesada cruz!

Ese piélago azul en noches bellas
Astros y ensueños á mi afan mintió:
Hoy copia como entonces las estrellas
Pero no finge mis ensueños, no!

Sobre su arena que arrebata el viento
¡Cuánto castillo hermoso levanté!
Y cómo allí con loco atrevimiento
Puse el altar de mi bendita fé.

Ilusiones que erguidas un instante
Fueron luego juguete del azar,
Conchas que trajo la onda murmurante
Y que también se las volvió á llevar.

Barcos en que naufraga la ventura,
Nubes en que se esfuma el arrebol,
Islas que surgen en la noche obscura
Y desparecen al salir el sol.

Locas ideas de mi mente loca!
¡No sé cómo con ellas vivo aún,
Porque queman cual quema cuando toca
Con su hálito de llamas el simun!

La ola por los vientos agitada
Algo trae, ó lleva para el mar.........
Si yo no espero ya ni tengo nada
¡Qué me puede traer, ó qué llevar!

Ay! ¿Por qué me enseñaste, poesía,
A formar mundos de ilusión, por qué,
Si en el abismo de la mar un día
Contigo y con mis mundos rodaré?

Cual hoy escribo en la movible arena
¿Cuándo, cuándo del cielo de zafir
En la inmutable página serena
Podré mis pobres versos escribir?

JAVIER SANTA MARÍA.

DESFILE.

En las cimas profundas de mi alma
hay un lóbrego y triste aposento,
donde bullen siluetas macabras
de cosas que fueron
y luego brillaron
al conjuro triunfal de mis dichas
y á la cárdena luz de mis sueños.

Es un páramo ignoto y sombrio
donde ocultos están mis recuerdos,
mariposas de luto que encarnan
marchitos anhelos;
floraciones sin brillo que asoman
sus rostros enfermos,
en la celda donde abren sus alas
como abejas de luz mis ensueños.

En mis lúgubres noches de insomnio
y en mis horas brumosas de tedio,
los invoca mi espíritu y vienen
vestidos de andrajos
polvosos y viejos,
como ronda de seres difuntos
escapados de algún cementerio.

A mi voz se esperezan y llegan
salmodiando sus tristes arpegios
y acordes extraños
de ritmos siniestros;
cobijados en nimbo de bruma
y en tocas raídas
de pliegues funéreos.

Al posarse en mi espíritu encienden
sus pupilas de sátiros negros,
y después de exhumar las tristezas
que vagan ocultas
vibrando en mis sueños,
se dispersan, y surgen de mi alma
cabalgando en las alas del verso.

BENITO FENTANES.

EL OCASO

Sangriento el sol corona la alta cumbre,
Y mustio, al despedirse de la tierra,
Se amortaja con sábanas de lumbre
Y espira como un dios tras de la sierra!

La tarde entorna los cansados ojos
Y al sucumbir doliente y abrasada,
Cual sobre inmensos almohadones rojos,
La cabeza reclina destrenzada.

Y entonces Dios, enamorado de ella,
Desde su trono azul lleno de galas,
Al verla triste, moribunda y bella,
Poco á poco la cubre con sus alas.

Y del silencio ante el solemne halago,
La alba luna, esa anémica sublime
Que finge amor al soñoliento lago,
Llega, y un beso á la expirante imprime.

Oyense preces en ignotas aras
Y al fin, envuelta en sus obscuros velos,
La inmensa negra de pupilas claras
Penetra en el alcázar de los cielos.

Llena al punto el espacio de crespones,
Hace vibrar el arpa del mutismo,
Y comienza á llorar exhalaciones
Como gotas de fuego en el abismo.

La flor cierra los labios; calla el mundo,
En luz se rompe en lo infinito el astro,
Y del negro horizonte en lo profundo,
Sube la niebla en olas de alabastro.

Surge Morfeo, el dios ebrio del opio
Que al pardo buho del osario alegra,
Y el astrónomo apunta el telescopio
A las pupilas de la inmensa negra.

En tanto, del vacío en la negrura,
Como lagos de pétalos de rosas
Frescas y blancas, en la eterna altura
Se ven palidecer las nebulosas.

Transpira el bosque aromas embriagantes
Y aduerme los monótonos ruidos
De sus hojas, temiendo por instantes
Que despierten las aves en sus nidos.

Duerme la virgen en su blanco lecho
Y sueña con las flores y las nubes,
Mientras le rozan el ebúrneo pecho
Con sus abiertas alas los querubes.

Duerme el niño y suspira blandamente
Y sueña con el seno que lo aguarda,
Mientras lo arrulla con amor ferviente
Quedo, muy quedo, el ángel de la guarda.

El criminal no duerme: su conciencia
No deja que sus párpados se unan;
De la noche lo espanta la presencia,
El silencio y la sombra lo importunan.

El amante está en vela, pero sueña,
Sueña con los encantos de su amada,
Cierra los ojos y la ve risueña
Con la cabeza hundida en su almohada.

El fuego fatuo, sol de los osarios,
Brota de los sepulcros entreabiertos,
Y agitando sus fúnebres sudarios
Hablan á solas los helados muertos!

Sólo del mar el poderoso grito
Se oye vibrar en tan solemne calma;
Canta el poeta! explora el infinito,
Y al infinito se remonta el alma!

La luna, en tanto, entre ignorados mundos,
Del monte baña con su luz los flancos,
Y parecen sus rayos moribundos
Hebras sutiles de cabellos blancos.

Y al fin sucumbe desolada y triste
Mostrando su letal abatimiento,
Y son las nubes con que al fin se viste
Rotas mortajas que amontona el viento.

De súbito la noche entristecida
Siente que alguien la acosa, y asustada
Corre, corre temiendo por su vida,
Corre á perderse en la insondable nada.

Surge la aurora en horizontes bellos,
Y á la noche, colérica amenaza,
Luego empuña sus dagas de destellos
Y la hiere, y después......la despedaza!

Salta la luz en explosión ardiente
Y al mundo rueda en argentada lluvia,
Mientras en pie, sobre el lejano oriente,
Canta victoria la gigante rubia!

JULIO FLOREZ.

EL OCASO
(Véase el artículo «Nuestros Grabados.»)

LOS MAS FUERTES

POR GEORGES CLEMENCEAU—ILUSTRACIONES GRABADAS EN NUESTROS TALLERES.

Número 3

Por otra parte, acababa de encontrar capitales para llevar á cabo los proyectos que hizo abortar la ruina de su suegro, y el nuevo desarrollo de su fábrica necesitaba una sobrevigilancia activa y constante. Luego, frecuentes viajes á París y al extranjero, trajeron á su espíritu un contingente de distracciones nuevas.

Al regresar de uno de sus viajes, su médico, el Doctor Archambaud lo llevó aparte y le dijo:

—Tengo, señor, una noticia feliz que comunicar á usted. Según todas las apariencias, la señora de Harlé está en estado interesante: no he querido decírselo á ella terminantemente, para dejarle á usted la alegría de confirmar sus sospechas, pero yo no tengo duda: reciba usted mis felicitaciones.

Domingo, sorprendido por esta idea, que no se le había ocurrido nunca, exclamó:

—¡Imposible, Doctor!

—Perdóneme usted, señor Harlé, es necesaria esa posibilidad porque el hecho existe.

—Yo no digo que no. Espéreme usted.

Y trató de recordar la fecha incierta en que por última vez, llamó á una puerta que ni súplicas ni amenazas lograron abrir.

El Doctor viendo esa faz contraída, concibió de pronto la sospecha de que había cometido una tontería.

-¿Qué tiempo tiene? preguntó Harlé despues de una pausa.

—No podría precisarlo, dijo el Doctor ya con desconfianza.

—Escuche usted, y no se ría. Tantas cosas me han pasado despues que.... yo no sé. Esa cuenta no se lleva como las de mis libros y si está usted seguro, así debe ser.

Y seguido del médico se precipitó al cuarto de su esposa.

—Y bien, querida mía, dijo tomándole la mano; estás enferma y pálida y Archambaud acaba de decirme por qué, lo cual me hace muy feliz. Comprendo ahora tu cambio de carácter que no me explicaba, pero no quiero molestarte, tienes calentura, te dejo con el Doctor.

Solo ya con su enferma que estaba sacudida por una crisis nerviosa, el viejo Archambaud que amaba tiernamente á Enrique se hizo algunas reflexiones relativas á el, y de pronto lo iluminaron claridades de evidencia. Como la joven estalló en sollozos, el médico la dijo vivamente.

—No llore usted. Comprendo mi falta demasiado tarde, pero yo lo arreglaré todo. Descanse usted en mí.

Clara no duda de nada en la estupefacción del suceso.

—Corra usted á Puymaufray, suplicó al médico, y dígale á Enrique que yo no lo sabía.... que pensaba que mis temores eran vanos. Ahora ¿qué hacer? Lo que ya sucedió no puede cambiarse. Nuestro hijo debe nacer bajo este techo, y es fuerza que Enrique me tenga compasión y se resigne á lo irreparable.

Archambaud cumplió respecto á disipar las dudas de Harlé lo que había prometido, conforme á datos impuestos por la casualidad de las circunstancias pues no había otro recurso, y Puymaufray tuvo que conformarse porque estaba de por medio la vida de Clara. El Doctor desarrolló una gran teoría sobrecargada de ejemplos, respecto á los alumbramientos tardios que el principal interesado aceptó sin discusión, y la pequeña Claudia, presentada á la pila bautismal por el Marqués de Puymaufray, se inscribió en las actas del Registro Civil, como hija legítima de Domingo Harlé y Clara Mormand su esposa.

Harlé en el pleno desarrollo de sí mismo, daba su alma toda al capital de oro y de voluntad que estaba ya en producción, y se sentía orgulloso de tener una heredera de su ilustre disnastía, fijándose más lejos sus esperanzas en un yerno para el porvenir. Enrique, un arruinado y Clara una inútil, estaban distantes para él y envueltos en un indulgente olvido.

Una nueva vida empezó para los amantes aumentada por el amor de la niña, y no pensaban ya sino en vivir el uno para el otro y los dos para ella. Pero el más bello sentimiento se debe transportar á la acción, traducir en actos cotidianos, realizar en movimientos visibles, y se necesita una fuerza particular de simulación para ocultar todas las sensaciones, de la indiferencia al odio pasando por el amor, y conservar un aspecto de aparente sinceridad.

Clara y Enrique se amaban demasiado para no mentir: pero el hombre se resigna más fácilmente á esta violencia, pues apesar de lo que se cree comunmente en ese caso son menos propicias á conservar su serenidad las mujeres.

La niña agravaba esta situación tendiendo sus bracitos amorosa á Puymaufray, que entonces sí casi no podía fingirse tranquilo.

Puymaufray soñaba en el desolado aislamiento de su castillo, en tanto que Clara al llegar la noche velaba al lado de la camita de Claudia, y buscando los ojos amados del ausente amigo, tropezaba con los del *otro*, víctima también, cuyos actos resultaban falsos en su aplicación respecto de esta criatura intrusa, usurpadora de sus bienes y de su alma, pero que más tarde le serviría de dócil instrumento para la inconsciente venganza. Humillado Enrique sufría porque á consecuencia de su baja acción, el mal por él creado repercutía sobre él. Clara á lo menos estaría en su puesto de madre, aunque la apenaría el sacrificio que imponía á aquel cuyo amor la salvó de sí misma.

Pasado el primer vértigo, los dos se asombraron

de que se alzara en ellos una potencia superior de ternura.

—¡Qué pobre amor era el mío, decía, cuando te correspondí! No había vivido hasta entonces sino en la contemplación de mí misma y no te pedía más que el olvido de mis males. Eso fué ayer y parece ya tan lejano! En algunos meses qué prodigalidades de altruismo se han derramado de mi ser!

—¿Y qué diré yo que al volar á ayudarte para que te salvaras del naufragio, hallé mi salvación en mi propia vida? Yo te tendí la mano y fuiste tú quien me sacó del abismo.

—Confiesa que de nuestras dos derrotas hemos hecho una victoria. ¿Qué era yo? Un despojo perdido en los mares de las catástrofes vulgares. Lo mismo que tú. Yo te debo haber aprendido á vencer la tempestad.

—Yo te debo mi resurrección. El mundo que te abrumó desde el primer encuentro, me había viciado hasta destruir en mí toda voluntad de resistencia. Luego, tus ojos me enseñaron por donde viene la renovación salvadora y veo y admiro lo que se me ocultaba: la pequeñez del hombre y la grandeza del amor. Mi fuerza que me viene de ti se me revela poderosa; y mi amor más bello que la egoísta alegría de amar, sabrá hacer de tí y de nuestra niña algo sublime, devolviéndoles algo del alma que tú me has dado para derramar dulces destellos de tu bondad sobre las desventuras de la tierra.

—Lo que yo te dí ya lo tenías. La chispa no viene del eslabón ni de la piedra, sino del encuentro de ambos. El encuentro: he aquí la maravilla. El sacerdote quiere que un Poder de arriba realice el choque de las almas para que brote el fuego sagrado. Tal vez sea más grande el milagro si la eterna energía dispersa en todas las cosas se acumula en nosotros, y por el relampagueo de voluptuosidad infinita que surge del alma, nos convierte en dioses de un día.

—Si, yo sentí que había milagro, cuando me abismé en la claridad de tus ojos, porque allí ví irradiar el fulgor de todos los misterios.... luego hubo una explosión de luz; y en el deslumbramiento, sentí que algo inaudito acababa de realizarse, de cumplirse.

—El eslabón y la piedra. Te lo dije. Luego la chispa que enciende el crisol para la hermosa fusión de dos vidas. Dos vidas diferentes confundidas de pronto para que apaguen la una en la otra su sed inagotable de amor, sed que constituye la desdicha humana. ¡Qué misterios del destino! Atrévete á decir que se habría producido el milagro, que me habrías comprendido y amado si me hubieras encontrado antes la prueba de mis dolores ó antes de tu desencanto de los placeres. Y yo, ¿te habría elegido libremente cuando salía del convento; y si lo hubiera hecho sería, sin el sufrimiento, la mujer que te debe su sér?

—Por todo eso pienso que es fuerza pagar nuestra deuda, y pagarla como dices en afan de competir, en voluntad de ayudar. Y á pesar de todo, tengo miedo. Nosotros no tenemos ni celos del pasado ni remordimientos del presente, pero ¿no sientes en lo porvenir, como una fatalidad acreedora de dicha?

—No siento nada. Me creía muerta ya cuando nací del caos y vivo ahora. El destino puede pedirme el precio de esta vida. Pagaré.

—Sí, ciertamente, la claridad que irradia del amor nos hace ver en el mundo reflejada por todas partes nuestra fácil bondad y decimos: «pagaré» como el deudor que cuenta con las indulgencias de su acreedor. ¿No temes pagar muy cara tu dicha si el precio de ella resulta ser tu dicha misma?

—No la puedo perder por completo. Habiéndola tenido, guardaré de ella memoria eterna. Tengo bastante felicidad para narcotizar con ella los sufrimientos que me vengan, porque no vendrán de ti, y el amor inmutable desafía á la suerte.

—Pero el amor es también el hijo en quien se prolonga.

—Y bien! Lucharemos por el hijo! Aceptaremos por Claudia y con Claudia el destierro, el recurso supremo en el cual esperamos los dos encerrar el secreto de nuestros corazones. ¿Quién sabe si no nos venga de la niña el valor que me ha faltado por tí y que te ha faltado por mí. Vivamos. Este es el único precio que hasta ahora se nos reclama.

En efecto, solo vivir se necesitaba, pero esta manera de pagar que parecía tan facil, es la que les reservaba ¡ay! desgarradora sorpresa.

Domingo no era un padre demasiado exigente, y sus primeros actos de autoridad sobre la niña ueron dulcificados en el curso natural de las cosas, por la voluntad tranquilamente imperiosa de la madre, pero ya se veía, sin embargo, que el dominio legal no sería abdicado por Domingo, que aplicaría una voluntad enérgica á preparar el espíritu de Claudia con vista de los destinos á que debería empujarla su ambición egoísta de amo. Como era de suponerse, desde luego surgió un desacuerdo mudo pero formidable, entre él y los que teniendo no más que derechos metafísicos se proponían como único designio un perfecto desarrollo del alma de la niña, por la niña misma; y este desacuerdo era más doloroso para Puymaufray, cuyo corazón paternal ansioso de ofrecer las delicadas protecciones del amor, hallaba que la sociedad implacable lo rechazaba con la espada justiciera de la ley. Pero esto en los primeros años no fué todavía sino torturadora aprehensión en vez de herida real: Clara estaba allí y eso bastaba.

Seis años de dicha, seis eternidades que se transformaron en seis relámpagos al llegar el temido vencimiento del plazo. El acreedor que se presentó fué la muerte. En tres días Clara, desplegada en belleza soberana de amor, fuerte en su desbordante ansiedad de vivir, reflejando en las luminosas profundidades de su mirada absorta la divina alegría de ser, cayó á la tumba, término y fin de las venturas de la tierra.

Domingo en esos días había partido á Noruega para hacer unas compras, y en consecuencia Enrique pudo entregarse sin freno á las demencias del dolor. Tres días cuyos instantes deberían quedar prendidos en cada fibra de su carne, tres días de indecibles martirios entre fugaces esperanzas, tres días de heróicos combates acabados por la derrota eterna. Archambaud y Naneta desesperadamente obstinados, no sirvieron más que para prolongar el suplicio de la doble agonía; y Enrique, con los ojos huraños, lanzando relámpagos de muerte en vez de miradas, esperaba con gestos de alucinado, con entonaciones de voz contrarias al significado de las frases, el desplome de un ensueño que caía del deslumbramiento al abismo. La moribunda en su delirio solo expresaba un pensamiento, un deseo, una voluntad:

Enrique, Enrique, es necesario que vivas, que vivas por mí, que vivas para Claudia.

—Vivir, vivir....! murmuraban con el último aliento sus labios, secos, pálidos y convulsos.

Y cuando cesó la invocación á la vida, la muerte había sellado para siempre la boca de Clara.

El dolor carece de palabras y el corazón de sollozos cuando viene el desastre irreparable; es la tumba la tentadora de los caídos, la que les brinda el consuelo de la infinita paz. Enrique sintiendose muerto, no pensaba más que en morir; y en su embrutecimiento le parecía que los ojos de Clara le hablaban de la eternidad....

Cuando supo que Domingo estaba en camino para Santa Radegunda, le sacudió un sobresalto terrible. Eso era demasiado, se hacía preciso partir y partió, conducido por Naneta, á Milán donde en la época feliz pasó algunos días con Clara.

El atrio bizantino de San Ambrosio, le produjo una crispación de dolor que terminó súbitamente por una explosión de lágrimas.

Allí había estado muchas veces con Clara, soñando en alta voz, con las manos enlazadas y los ojos felices.

Diariamente pudo llorar allí, encontrando en el alivio de los sollozos sensaciones de vida. Iba á sentarse ante la serpiente de bronce de Moises que debe un día saltar de su columna para anunciar el fin del mundo. En otros días sentados en ese mismo banco ella y él, desafiaban con una son risa tranquila al inmóvil guardian del gran secreto de las cosas. Y he aquí que la serpiente no había saltado aun, y el fin del mundo había llegado! Todo es mentira en la tierra. En vano se obstinan los ojos buscando en las volutas del bronce, en las piedras, huellas de una mirada querida. El cielo mismo permanecía sordo, y las mismas preguntas sin respuesta volaban en el aire hasta que en medio de sus arrebatos de rebelión contra el universo, vino el agotamiento de la crísis como alivio del pesar.

—¿Y la niña? dijo un día tímidamente Naneta.

—Te comprendo, respondió Enrique, estoy pronto, partamos.

Como no hay personas melancólicas de seis años de edad, Claudia estaba riendo de un modo que contrastaba con su traje de luto, cuando llegó su padrino. Este fué un golpe cruel para el corazón de Enrique ¡ay! pero no fué el último.

Un tanto caprichosa pero buena y regocijada, Claudia mezclaba á sus afectuosas ternezas arrebatos de rudeza desconcertadores, en tanto que Puymanfray estremecido por su inagotable dolor buscaba á la muerta en el alma de la niña, flo que brotaba del derrumbamiento del mundo. Convencido de que necesitaba vivir para Claudia que era tanto como vivir por Clara, aceptaba el sacrificio de seguir viviendo para prolongar su amor más allá de la muerte y prolongar á la muerta en la viva.

En el rostro móvil de la chicuela, buscaba los reflejos de la dulce gravedad de su madre y pretendía por obra de su propia imaginación, hallar en los rasgos fisonómicos la semejanza necesaria para el parecido de las almas; y se encaprichaba restituyendo actitudes, expresiones de voz y obstinandose en una resurrección imposible. Los ojos, los ojos sobre todo le causaban un tormento constante y agudo. La *Catalina Cornaro* del Ticiano en Florencia tiene los ojos de tan extraño color que los innumerables pintores que se atarean copiándolos, los hacen grises, azules ó pardos ante el modelo único é invariable. Vistos de cerca tienen reflejos inciertos que colora de diferentes modos la luz según la hora. Así eran los ojos de Claudia, fugaces, inconstantes, bajo el doble arco de sus cejas disparando la flecha penetrante. Nada de la límpida serenidad de aquel mirar que con Clara se extinguió para siempre; ningún confiado abandono, y sin embargo á veces en las cambiantes pupilas pasajeras claridades de un verde diáfano en que temblaban transparencias del alma de la madre. Enrique febricitante devoraba esas miradas instantáneas y caía de nuevo en la noche; pero en esa noche misma, la muerta, con obsesora luz, irradiaba en él por la fuerza incontrastable del amor.

Y queriéndola ver en Claudia alegre y móvil, se obstinaba en arancarla del más allá ultraterrestre y en hacerla revivir en la hija de su corazón. Perpétua voluptuosidad, perpétua tortura de una vida concentrada en el loco esfuerzo de convertir en realidad un sueño.

¡Y qué medios de acción desarrollados sobre la inconsciente criatura, que, en la expansión anhelante de su vida, no podía saber nada ni comprender nada al recibir con asombro los contragolpes de lo invisible!

Puymaufray se hizo amar de Claudia á fuerza de amor, pero el padre legal se había instalado en el corazón que el intruso legítimo quería disputarle. Domingo, prontamente consolado no sentía ni pensaba más que con relación á su industria, para la cual Claudia era una carta de su baraja y no la menor. En ella se fijaba el plan de atraer un matrimonio aristocrático digno coronamiento de una vida laboriosa, sirviendo para esto de incentivo la gran suma de poder y riquezas acumuladas por el industrial. Harlé quería preparar de antemano para este elevado porvenir el espíritu de la niña y todo en su educación fué metódicamente previsto y encaminado á su propósito. Teniendo necesidad de hablar de sus ambiciones, hacía á Enrique la confidencia de ellas martirizándolo con el relato de mil proyectos en que la niña no aparecía sino como un instrumento de prosperidad. En vano Enrique objetaba sobre el respeto á la voluntad y á las indicaciones de Claudia.

—Eso me concierne; respondía el industrial. Ya verás como yo sé preparar la masa humana para el molde que me convenga, igual que preparo la pasta fibrosa para el papel. Puymaufray sentía á través de su pecho la espada que después de clarearle iba hasta el corazón amado de la muerta. Le asaltaban furiosos arrebatos de defender á toda costa á su hija, su amor, su resucitada, contra la empresa infame. ¿A qué precio? No importa; era necesario luchar. El amor sería más fuerte que las mentiras del mundo. Y el infeliz padre se ingeniaba en habilísimas maniobras para salvar á su hija *del otro*. De pronto era necesario lisonjear á Domingo para ganar su confianza y así lo hacía, cosa grata para el industrial puesto que en sus cálculos el Marqués de Puymaufray era un factor importante como padrino de Claudia. Así pues aparentaba á veces convenir con él sobre los puntos más insignificantes pero á condición de no ceder en nada de lo fundamental. Después de alguna batalla consintió en renunciar á las ventajas sociales del convento; pero Puymaufray que había sentido la muerte al solo pensamiento de ser separado de Claudia, vió venir en clase de aya enviada por los buenos padres Jesuitas á una señora que, debidamente atrincherada tras de la autoridad paterna, comenzó por fomentar la rebelión contra "las ideas del padrino." Las ideas del padrino eran abrir el corazón de la niña á las sensaciones de la verdad y la bondad, á la compasión de los seres, á los

sentimientos de benevolencia humana que provocan el noble arranque de la caridad. La voluntad de Harlé era hacer de su hija una potencia formidable á su disposición.

Es verdaderamente artístico, con los nombres de abnegación y sacrificio evocar sentimientos perfectamente distintos de los que deben designar esos vocablos. ¿Que cosa más banal que la repartición de caridades y qué cosa más rara que el auxilio desinteresado, sin esperanza de recompenzas divinas ni deseo de alabanzas humanas? Una caridad administrativa de la Iglesia ó del Estado, poniendo á cada cual en regla según las fórmulas convenidas, se convierte en excusa de las ferocidades del egoismo librado así de todo embarazo.

Contra la enseñanza desnudamente realista que desde la infancia tuerce el alma más bien inclinada, Puymaufray procuraba levantar aquella conciencia joven y precaverla, menos por doctrina que por la rara alegría de transmitirle algo de su propio corazón. Sin embargo, lo alarmaba en la niña el desenvolvimiento *del yo*, primero instintivo y más tarde favorecido por la educación de *clase*, que establece la absorción ó nulificación del dominado por el dominador.

Claudia, juez fatalmente parcial escuchaba las discusiones de que era objeto, y en ellas todos revelaban las mismas intenciones en bien suyo pero ¡por qué diferentes caminos!

Nadie se atrevería á recomendar en términos precisos la indeferencia á las miserias de otro. La semilla del egoismo no tiene necesidad de riego. Y en tanto, las sublimes fórmulas del Evangelino representan nada para el niño fuera del hábito correspondiente que debe formar las costumbres morales. «Procura ser buena, Claudia, y ama á tus semejantes que nacieron para sufrir mientras tú naciste para todas las venturas.» ¿Qué efecto puede producir este dircurso, ante el perpétuo espectáculo de miserias que podían aliviarse y que no se alivian jamás? Una palabra seca de repulsa durante la premura de los negocios, un gesto de disgusto á los séres sórdidos que parecen venidos de otro mundo, la voz general de «yo no puedo socorrer á todos» que comunmente expresa más desfallecimiento de la voluntad que impotencia, llegan muy léjos en el alma atenta de los niños. Y si la lección de hechos es diaria y á todas horas ¿qué importa el martilleo de las palabras piadósas? ¿Qué puede resultar sino el engaño y la hipocresia frente á frente de nosotros mismos, que nos hace tomar por nuestra propia imágen en el espejo del mundo, la máscara que nos disfraza para la comedia universal?

Hace falta que una empresa general de reforma utilitaria, se dedique á moderar en la conciencia humana nuestros deberes para con las multitudes agobiadas por la miseria.

A despecho de la falta de penetración inherente á su edad, Claudia sentía sobre su voluntad que se ejercía un poder. Su padrino á quien amaba, le hablaba de su madre desconocida, de la que nadie más pronunciaba el nombre delante de ella, y le asustaba un poco la vaga conciencia de que había una alma sola en tensión de resistencia contra el resto del mundo. Y el resto del mundo, era la señora María Teresa con sus dulces palabras de adulación, era Harlé, temible para otros y pródigo para ella en halagos de la vanidad en todo tiempo seductores.

Puymaufray la veía crecer: y encontrando que cada día había más mirar de la muerta en los ojos de la viva, esperaba la edad de la razón, como si la razón nos guiara en vez del sentimiento que es el que nos encargamos de falsear!

El sufrimiento formó el alma de Clara, pensaba Enrique, y el sufrimiento no faltará aquí. Pero olvidaba que Clara con todo y su rebelión contra las vulgares tendencias del mundo, había pecado con su amor lo mismo que él.

Quedaba el recurso de lo desconocido. En las horas de ansiedad y de duda, Puymaufray invocaba lo desconocido.

La joven ahora había reemplazado á la niña y Claudia Harlé que se conocía bella y sabia que era rica, veía desde muy alto el universo. Contenta de vivir, orgullosa de su vida, tomaba posesión del mundo y le agradaba tal como es puesto que así le iba bien.

Apesar de todo, cuando era excesiva la atracción, esterior no la dominaba la segunda naturaleza venida de la educación, sino que estaba pronta la reacción de sí misma hacia el fondo de su bondad natural. El contraste de estas bruscas alternativas era para Puymaufray al mismo tiempo motivo de profundas tristezas y alentadoras esperanzas.

Acompañada de la Sra. María Teresa, Claudia hacía frecuentes viajes á París donde los negocios y todavía los placeres llamaban á Harlé. ¡En qué angustias vivía el solitario durante ese tiempo! Todo se le escapaba entonces, y los regresos á Santa Radegunda no le traían de seguro más que desagradables sorpresas. Pero ¿cómo quejarse de lo que constituía las alegrías de la juventud? ¡Habría sido tanto como enagenarse para siempre el corazón mismo que trataba de conquistar ....y guardar. Las visitas, las travesuras, las charlas de inocente depravación de una juventud precoz; el teatro con los comentarios frecuentemente peligrosos que promueve, los Padres Jesuitas y sus benditos consejos, se partían la vida feliz de Claudia. Todas estas cosas le parecía que tenían (y la tenían en verdad) una harmonía maravillosa. Solo el padrino desafinaba. De vez en cuando una carita de la ahijada le hacía saltar en su sillón hiriéndole con una palabra cándidamente escapada, que á él, parisiense experto, le atormentaba hasta la desesperación porque conocía la pendiente á donde se va por ese camino. A veces él iba también para "tomar su parte de placeres" y ¡ qué amarguras le costaba!

Harlé no tenía escrúpulo en llevar á su hija á casa de la bella Vizcondesa de Fourchamps, que ennobleció por el matrimonio y que con veinte mil libras de renta al casarse, llevaba, aun en vida de su marido, un tren de cien mil francos ó más pór amistad del famoso Baron Oppert. A las primeras observaciones de Puymaufray, lo dejó mudo Harlé contestándole:

Pues allí encuentra mi hija á tus parientes, á tus amigos á los nombres más distinguidos de Francia. No hay salones más bien concurridos. Y era verdad. Un baile blanco en casa de la Vizcondesa, era el punto de cita de la flor y nata de la inocencia y de la juventud doradas: y á causa de una reunión de estas, fué la triste plática de Naneta y de Puymaufray con que dimos principio á nuestro relato. Lo peor es que el padrino sentía que Claudia y Harlé estaban en abierta rebelión contra el y de allí su martirio, su angustia, el desaliento anticipado de la derrota y la resolución de hacer esfuerzos supremos para salvar en su hija lo que podía quedar de Clara. Basta de gemir, basta de esperar: Santa Radegunda lo abandonaba y resolvió ir á Santa Radegunda.

III

Puymaufray, la frente azotada por la brisa, al trote largo de su caballo, se lanzó á la batalla. En los setos, en los árboles, en las piedras del camino, cuántos aspectos familiares de la infancia, cuántos recuerdos de vida mejor convertidos ahora en cruel tortura! Todo le hablaba de Clara. Por allí había pasado ella. Algo de su ser había quedado en esos troncos viejos y retorcidos que gemían al soplo del invierno..... ¡dolorosos amigos de los días gratos, que caían uno por uno al golpe de los años ó bajo el hacha del leñador!

Un sufrimiento nuevo, una especie de encarnizamiento de la tumba contra él, antes de ofrecerle la suprema consolación!

—Pronto llegará mi turno...... cada hora que se abisma me hace dar un paso más en el camino hacia la paz soberana.

Cerca de las primeras casas el Marqués acortó el paso de su cabalgadura. Más allá de las blancas murallas, de las altas chimeneas y de los techos rojos, brillaba á traves de los vergeles, como cínngulo de plata, el río en la campiña desnuda. Los elevados aleros rojos de los talleres limitaban la ancha calle en que, como soldados en formación estaban alineadas iguales y rígidas las chozas de los obreros. Simétricas murallas albergaban extraños ruidos y ocultaban á las miradas la dura labor, la lucha por la vida de que se envanece tanto el progreso actual. En fin, el castillo moderno de ladrillo y piedra, con voluminosas iniciales doradas en las rejas de hierro, aplastaba todo con su masa pomposa. La morada burguesa se ostentaba enorme, triunfal en su rusticidad pretensiosa como una declaración muda de plebeyas ambiciones.

El parque inmenso con sus grutas artificiales y sus cascadas obligadas, separaba completamente de la mansión señorial, el sitio á donde se acumulaba la colmena obrera. El contraste había en otros tiempos pasado desapercibido para Puymaufray; pero ahora que la desgracia reinaba en su corazón le llamó á humanitarias refexiones.

—Buenos días, padrino, dijo una voz gozosa. En estos momentos hacía yo enganchar ál *poney* para ir á almorzar con usted.

—Los viejos se anticipan á los jóvenes en estos tiempos, dijo riendo el padrino, y dulcificó su reproche con un cariñoso beso.

—Papá está en no sé que negocios en la fábrica. Le propongo á usted un paseo a San Albino; tenemos dos horas disponibles.

—Vamos.

—Claudia estaba encantadora bajo su toquilla de pieles, oprimiendo sus formas impacientes con una chaquetilla de paño azul y una falda sin adornos.

A no ser por la cara demasiado parisiense, ostentaría la amable jovencita una sobria elegancia. ¿Por qué las mujeres de París quieren parecerse todas? ¿Y por qué las mujeres de provincia tratan de copiar el modelo? La imitacion de la belleza por medios artificiales. es comun á todos los tiempos. Las atenienses de Pericles, las venecianas del Ticiano, ponian gran cuidado en pintarse con los mismos colores. Los caprichos del gusto masculino han alentado la uniformidad de esas mentiras. La efusión de rizos falsos que casi llegaba hasta la naricilla móvil de Claudia, daba al rostro juvenil una expresión de dureza que le sentaba mal. Puymaufray sorprendido por esta nueva fantasia de su hija, sintio acrecer su dolor observando los ojos volubles, la sonrisa y las inflexiones de voz que acentuaban este nuevo cambio.

—¿Qué vamos á hacer á San Albino? preguntó.

—A ver al hijo de un arrendador que ayer se tronchó los dedos en la sierra.

—Pienso que se le habrán enviado ya todos los auxilios.

—Asi lo creo. Mi padre ha cuidado seguramente de hacerlo. Esas gentes no carecerán de nada pues cumplen escrupulosamente sus deberes religiosos.

—¿Y si no los cumplieran?

—Estarían fuera de la ley. Papá quiere que se concurra á la iglesia.

—¿Y qué piensas tú de eso?

—Iría de todos modos á verlos como voy ahora y les daría algún socorro porque están en la desgracia, pero reconozco la justicia que asiste á papa: esas gentes necesitan el freno de una religión.

—¿La de él?

—Oh! ¿La suya? El cumple sus deberes y es bastante. No se les pide más.

Ni se les dá.

—No lo sé. Yo lo que he aprendido es que Dios ha hecho dos clases de hombres: los ricos y los pobres; y que tenemos el deber de mantener á nuestros inferiores, en la práctica del culto que les enseña la sumisión y á pasar por las pruebas del infortunio.

—Se creería oír á Domingo en persona. Como es de los *superiores*, se conforma con que pasen por las pruebas los demás.

Cuidado, Padrino, con zaherir á papa! El es muy bueno....y usted también.

Y tu también y todo el género humano! Lástima que apesar de todas esas bondades haya tanto mal sobre la tierra.

—No tanto como pudiera parecer, padrino. ¿Cree Ud. que los obreros de la fabrica son desgraciados? Mi padre les da la vida dándoles trabajo.

Y ellos dan también algo en cambio ¿no es así?

Y ásí debe ser, puesto que somos sus *superiores*. Por otra parte, papá trabaja también y mucho. Usted es es un anarquista, padrino, y oyéndole hablar ninguno creería que fué usted zuavo del Papa.

Ay hija! No lo hice al propósito.

Abandonaron el camino para entrar en una senda de travesía practicable por haberse solidificado la nieve. El bosque, salpicado de escarcha, dificultaba el tránsito, se defendía del hombre y de la bestia hambrienta, arrojaba al espacio á los pájaros y ocultaba bajo un manto de hielo el misterio de los reverdecimientos futuros.

Continuará.

PAGINAS DE LA MODA.

Breviario de la mujer elegante.

CONÓCETE Á TÍ MISMA.—ESPEJOS ENGAÑOSOS.

Conócete á tí misma, he aquí una de las bases de la moral; esta es también una de las bases de la elegancia distinguida. Conocerse bien así misma físicamente es cuando menos tan raro como conocerse bien moralmente. Hay poquísimas mujeres que no se hagan respecto á su persona extrañas ilusiones, ilusiones que algunas veces me confunden de asombro. Y no hablo solamente bajo el punto de vista de la belleza. A este respecto casi todas somos más ó menos ciegas Y aun añadiré, á riesgo de asombrar mucho á nuestros señores y amos que critican tanto nuestra coquetería, que ellos se ilusionan tanto como nosotras si nó es que más, respecto á sus deducciones. Tal ó cual hombre escuálido, se imagina tener un torso hermoso.

Otro casi calvo, se cree aun provisto de un abundante toison.

La coquetería natural de las mujeres, las galanterías que se tienen para con ellas, aumentan sin duda esta ceguera natural. Así pasa que mujeres de una gordura feroz, se creen aun esbeltas. Se ven otras excesivamente flacas que no vacilan en ponerse un escote inmenso sin advertir que no tienen otra cosa que exhibir que profundas oquedades ó salientes poco graciosas.

Pero la ilusión más común es, la relativa á la juventud. Todas las mujeres conocen su edad: han contado esos terribles años que poco á poco han visto desparecer sus encantos, han empalidecido sus mejillas y extinguido el brillo de sus ojos. Y sin embargo, generalmente serías ante el espejo no perciben la horrible pata de gallo que se fija sobre sus sienes á la menor sonrisa, ni las líneas que marchitan los párpados ni los surcos de las mejillas, ni los estiramientos angulosos de la boca, envuelta por otro tiempo en finos y coquetos modelados.

Por último: conozco algunas que no ven ni siquiera que el esmalte de sus dientes se altera, que su barba pierde la morbidez, que su tez pierde el matiz y toma tonos de madurez, esos tonos de ocre alrededor de los ojos y de los labios, uno de los más desagradables síntomas de la vejez. Así pues repito: si se quiere permanecer ó ser bella, si se quiere vestirse con distinción y elegancia, la primera condición es: conocerse á sí misma, es decir, no se hagan ilusión alguna sobre el estado de su rostro y las proporciones de su persona.

Cuando os mireis en un espejo, acordaos de que ese espejo, sea cual fuere su limpidez, no refleja más que la mitad de los rayos luminosos.

Hay otros espejos que engruesan, otros que adelgazan, otros que alargan. Es en consecuencia muy justo decir que los espejos son engañadores.

Así, un traje en uno de ellos, parece engrozaros y otro traje parece adelgazaros Podeis engañaros así mismo sobre el valor de un drapeado ó de una guarnición, como sobre la forma más ó menos ventajosa de un corsé. Vuestro primer cuidado será pues asegurarós de que vuestros espejos son perfectos, de que no son ni azules ni verdes ni amarillos, sino absolutamente incoloros y que reflejan exactamente las dimensiones de vuestro cuerpo. Hay un medio de aseguraros de la exactitud de esos reflejos y es presentar al cristal vuestra mano á lo largo, de través, de perfil y estos experimentos aclararán perfectamente vuestras dudas acerca de la excelencia de vuestro espejo.

Es fuerza que presentada de sesgo vuestra mano, no se alargue más de un lado que de otro; y como á la simple vista podeis comparar todas las dimensiones os asegurais por medio de esta comparación de la mayor ó menor exactitud del efecto producido. Para reunir la elegancia y la distinción se adquieren sin duda pero llevando una dosis de reflexión á todos los actos y el gusto puede, por el estudio y la comparación atenuarse, seleccionarse, para servirnos de una expresión muy en boga en la actualidad.

Ahora bien, el fin de estos artículos es demostrar que sin un desequilibrio grande del dinero, por reducido que sea éste, se puede alcanzar la alta elegancia por el arte aplicado á la toilette de las mujeres, como á la decoración de sus departamentos, que se puede así, como un escultor con la arcilla, ó un pintor con los colores de su paleta: llegar á componer obras maestras de gracia, de belleza, si se poseen las nociones artísticas de la línea y del color.

Fig. 1. Sombrero Stelka.

Adorno para vestido de baile.

CONSEJOS PRACTICOS.

Una gran señora tan virtuosa y bella en sus ochenta y cinco años, como lo fué en su juventud, consigna en su precioso libro de memorias llamado poéticamente «Crisantema» la máxima siguiente: «La coquetería de la vejez, es una santa coquetería, porque ella consiste en tomar más cuidado con su persona para no desagradar que los que, la juventud se toma para agradar. Todas las señoras de cierta edad deberían copiar la toillet de esta recomendable señora en vez de tomar por modelo figurines para personas de pocos años.

«Llega una hora, dice esta ilustre señora, en que cada mujer debe vestirse á su modo, si no quiere faltar á la dignidad de sus años, siguiendo con exageración la moda.»

«Este es pues todo el secreto de estar siempre bella y agradar á todos hasta el fin.»

La inteligente señora, de una bondad, de una generosidad y de una gracia exquisitas, encontraba su felicidad en proporcionar á los otros la alegría; en valorizar las más pequeñas acciones de aquellos á quienes amaba, sin ver jamás el lado defectuoso. Su frente pura guardaba las más nobles ideas; y aun cuando sufriera, su sonrisa era siempre tan dulce como penetrante. Tenía sus cabellos blancos, que ligeramente empolvados, le daban cierta semejanza con las encantadoras damas del pasado siglo Vestíase con una rara elegancia, sin dispensarse del todo de lo que las mujeres de su rango usaban.

Había sido una de las más lindas mujeres de su tiempo, pero nunca había rendido un culto ciego á su hermosura En su juventud, su pensamiento siempre estaba adherido á un ausente amado con delirio: al esposo siempre lejos y siempre en peligro. La vejez no había atemorizado ni menoscabado esta valiente naturaleza, porque ella sabía soportar bien las penas; y los años le habían dado un donaire atractivo á la vez que imponente. En su mirada y en su frente, se reflejaba la pureza de sus pensamientos, lo cual describía en su derredor la aureola de la mujer fuerte, virtuosa y amante.

Esta es la coquetería que la mujer debe tener hasta el fin.

Una mujer entrada en años debe pensar en atraer los corazones y no las miradas ,un correcto y aseado traje les dará mayor atractivo que los oropeles deslumbrantes

En los últimos años de la vida se recoje el fruto de aquellas semillitas sembradas en la juventud.

El gobierno de una mujer.—Le pedían á Milton que esplicara la razón de que en algunos países pueda el rey ceñir la corona á los catorce años y no pueda casarse hasta los diez y ocho.

«Porque es más difícil, contestó el poeta, gobernar una mujer que un reino.»

Traje de terciopelo con aplicación de bordados

NUESTROS GRABADOS

SOMBRERO ETELKA.

Fig. 1.—He aquí un precioso sombrero que está en grandísima boga en París en estos días. Está hecho en fieltro delgado, completamente redondo, con la falda levantada ligeramente en la parte posterior. Alrededor de la copa, hay un chifon de raso negro brillante, recogido hacia la izquierda por un gracioso pliegue del mismo y un broche sencillo.

De la copa absolutamente plana, surge un lazo del mismo género recubierto por hojas de parra que producen un primoroso efecto.

ADORNO PARA VESTIDO DE BAILE.

Este consiste en tres plisses que forman Jockey á cuadros sobre el brazo.

Gran chaux de muselina de seda adorna el escote, y sobre el jockey descansa una hombrera de encaje.

TRAJE DE TERCIOPELO CON APLICACIÓN DE BORDADO.

Es todo del mismo género. Falda absolutamente lisa y cuerpo en forma de corselete con grandes bordados á derecha é izquierda, y tres hermosas guías en el centro y sobre los hombros. Manga ligeramente chifoneada en la parte superior, con apéndices bordados de pequeñas bellotas. Cuello de guipure con aplicaciones bordadas.

CUERPO BLUSA PARA BAILE

Este es un talle de seda rojo. Espalda lisa cubierta por fino encaje que viene á terminar por tres puntas que adornan el delantero sujetándolas una bellísima pasamanería de fantasía

Basca ondulante sujeta por cinturón de fantasía. Una pequeña banda sujeta el talle sobre el hombro en forma de manga

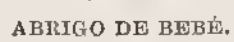
BLUSA CRUZADA DE TAFETÁN CON MANGAS PLEGADAS.

Esta blusa ligeramente obscura. es para jovencitas de diecinueve años y encantadoramente sencilla.

Blusa de tafetán con mangas plegadas

Está hecha de tafetán escosés rayado á grandes cuadros, y recogida en la linea del centro por una banda de bordado.

El cuello tiene también una sencilla aplicación de bordado, y las mangas de satín liso, se pliegan á todo por una cinta bordada igual á la de la blusa. Elegantes apéndices en las hombreras.



ABRIGO DE BEBÉ.

Es para niño de cuatro á cinco años. De paño amazona *Lucifer* con gran cuello y bajos de mangas de mongolia blanca ó chinchilla. La espalda tallada de una sola pieza y el frente cerrado sobre el pliegue del medio, están montados á pliegues redondos.

GRUPO DE CUELLOS Y FRENTES DE CORPIÑOS.

Es un hermoso grupo de prendas coquetísimas, todas de batista con bordados de bruselas.

Llamamos la atención de nuestras lectoras sobre la corbata que aparece á la derecha del dibujo y que es de un modelo elegantísimo. La que aparece al pié de la primera es más sencilla aún y más hermosa con su gran orla bordada.

En cuanto á los cuerpos que constituyen la parte principal del grupo son elegantísimos, recogido el primero sobre el pecho por un lazo de seda, cercado el segundo por una aplicación del acordeón con volantes á ambos lados.

PABELLON PARA LECHOS.

Sobre la cabeza del dosel que corona el gran lecho, se tiende un prolijo bordado cordoncillo de seda todo, sobre satin ocre. A los bordes, motas de seda roja, que forman un fleco muy hermoso.

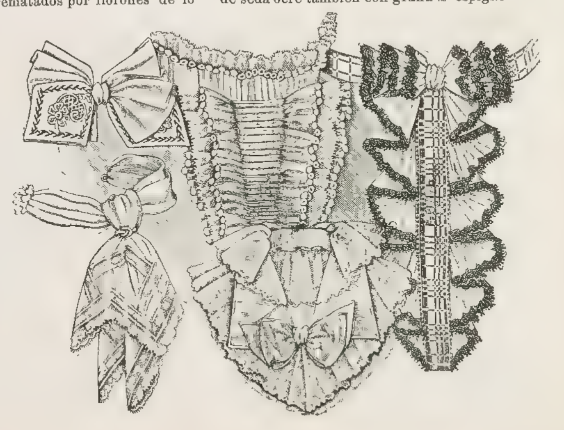
Este pabellón simuladamente se detiene por dos grandes lazos de terciopelo rematados por florones de lo mismo, y fleco acordonado de seda, de los cuales caen los grandes cortinajes del lecho.

Este, en conjunto, está representado en la figura y

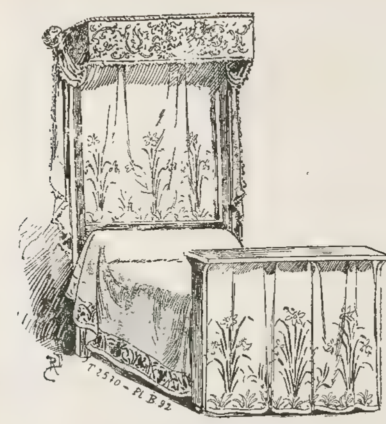
Abrigo de bebé.

es de una primorosa elegancia. El respaldo forrado de seda ocre también con grandes espigas bordadas

Cuerpo blusa para baile.



Grupo de cuellos y frentes de corpiños



Cama con pabellón.

que hacen pendant con las realzadas en el pié de la cama, sobre el bastidor vertical.

Este lecho es una preciosidad en una alcoba elegante.

——

CHORRERA DE MUSELINA DE SEDA.

Esta chorrera de muselina de seda marfil, se compone de dos pedazos, puesto el uno sobre el otro; el pedazo inferior tiene la forma de un triángulo, el pedazo superior algo más corto, está cortado en su borde en dos picos. Los dos pedazos adornan en su borde inferior con encaje y ruches de muselina de seda; se frunce el borde superior, se le une á un listón de raso blanco, que tenga 6 centímetros de ancho y 1 y medio de largo cubierto con un bordado, lo mismo que el medallón formado por el lazo bordado con lentejuelas. La parte de listón que forma cuello está guarnecida de ruches de muselina de seda y se abrocha bajo un nudo.

A.—Broche de diamantes

JOYAS PARA REGALOS

Estan muy de moda algunas cuyos modelos ofrecemos en estas páginas.

A.—BROCHE DE DIAMANTES.

Es de una elegancia suprema: una simple flor de lis: la flor heráldica! de plata, con veintitrés pequeños diamantes de las más puras aguas.

Usase lo mismo para alfiler de corbata de caballeros como para broche de cuello en las señoras. Muy solicitado.

B.—Goza de gran favor esta *aigrette* de diamantes. Sobre la mitad de un caliz de margarita explende un gran diamante que simula el broche de la flor y en los intervalos de las hojas, fingiendo pistilos deliciosos, surgen guias de oro fantaseadas con brillantes. Sobre la frente de una dama y en toilette de baile es de un aspecto primoroso.

C.—Reloj para dama.

C. Reloj para dama, de acero esmaltado, de azul con una corona dibujada en blanco y una hermosa alegoría en el fondo. Circunscribiendo el anverso una línea de pequeños diamantes..

Tan hermoso como el anillo es el broche gran flor de plata niquelada alternando con plata lisa, con un apéndice niquelado que es el que se fija en la argolla. Este lleva por solo adorno un brillante.

D.—Algunas sortijas todas de última novedad. De oro labrado; la primera con tres brillantes, mayor el del centro, la segunda con dos brillantes y un zafiro y con un rubí y dos brillantes la tercera.

Hasta ahora estas piedras montábanse en oro liso, en la misma forma que en la actualidad, y con oro decreciente. La única variación por hoy es la montadura.

CIFRAS PARA PAÑUELO.

Damos hoy una colección de 5 combinaciones nuevas de cifras para pañuelos, sumamente elegantes. En ellas pueden alternar todas las sedas de colores, á condición de que se elijan habilmente. Hay combinaciones alternadas de blanco y rojo, de rojo y lila, de azul y blanco, etc.

——

Dos séres perfectos.

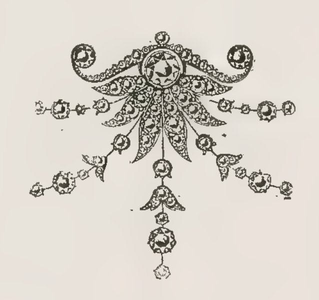
Una mujer de encantadora belleza, como una ninfa, con unos grandes ojos dormidos como una nayade, ha sido encontrada en las selvas del Brasil, en un punto completamente apartado de la civilización humana. Con la inocencia de Eva antes de su caida, y lo mismo que ésta, se alimenta como los pájaros, con los variados frutos que la mano del Creador ha puesto en esas selvas vírgenes, ó bien con pescadillos que abundan en los arroyuelos de esos parajes.

Admirados se han quedado los descubridores de esta mujer perfecta, y no han tenido más nombre para ella que el de Eva.

En unas selvas vecinas se encontró al tipo varonil perfecto, este Apolo de los bosques hubiera podido servir de modelo á los grandes escultores de la antigua Grecia.

Igual á su compañera vaga errante, y se alimenta de la pesca y de la caza.

Pero lo más admirable de estos dos séres, es su prodigiosa inteligencia.



B.—Aigrette de diamantes.

Privaciones de una reina

El Consejo de regencia de los Países Bajos ha deliberado muy larga y seriamente sobre si convenia que la joven Reina Guillermina montase en bicicleta.

La Reina tiene pasión por este sport y su gusto sería pasar la vida pedaleando.

En el último viaje que ha hecho al extranjero pudo entregarse con mayor libertad á los ejercicios y goces del ciclismo, que ahora le cuesta trabajo abandonar.

Compró en Viena una máquina del mejor modelo y regresó con élla á Holanda. donde se prometia usarla á diario. Pero la regente sintió escrúpulos que la obligaron á consultar al consejo de la Regencia, el cual ha decidido que la reina Guillermina debe sacrificarse en obsequio de su pueblo y arrinconar la bicicleta.

Pabellon para cama.

Chorrera de muselina de seda.

——

USOS Y COSTUMBRES

¿QUÉ TRAJE DEBE LLEVARSE Á LOS MATRIMONIOS?

El traje vespertino es el adoptado para los matrimonios que se celebran á las cinco, y consiste en levita y chaleco de reglamento, esto es, de vicuña negra; pantalón de casimir de color gris, con rayas; camisa blanca; cuello parado; corbata blanca; calzado de cuero muy fino; guantes blancos y sombrero de seda. Deberá llevarse el traje de noche si la recepción nupcial ó la comida siguen á la ceremonia, pues en noviembre á las cinco ya ha obscurecido.

La familia de la novia es quien paga las tarjetas; el novio paga el carruaje, y se acostumbra que obsequie á la novia un ramo nupcial. Por lo regular, es la familia quien provee de ramilletes á la novia; no obstante, se mirará como galantería del novio que lo haga él. ¿Por qué no ponerse de perfecto acuerdo con la familia de su novia en cuanto á los gastos, así como para cualquier desembolso dudoso?

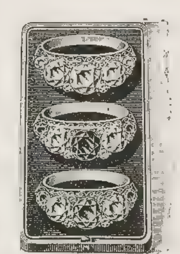
RECETA PARA LOS DIENTES.

Vuestro aliento es un poco fuerte y este mal olor os desagrada, para hacerlo desaparecer cepillaos los dientes á mañana y noche, aun después de cada comida, empleando los polvos siguientes:

Creta pulverizada ...50 grs.
Magnesia calcinada 50 ,,
Piedra pomes pulverizada ...., 5 ,,
Salol pulverizado... 2 ,,

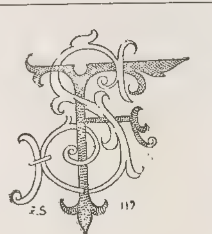
enjugaos después bien la boca y la garganta con agua destilada caliente á la que le pondreis hasta colorearla, la solución siguiente:

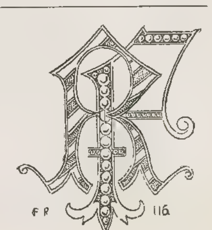
Permanganato de potasa...........1 gramo.
Esencia de menta... ....5 ,,
Agua destilada.................... ...200 ,,



D.—Sortijas última novedad.

——





EL MUNDO.

TOMO I. | MEXICO, ENERO 23 DE 1898. | NUMERO 4.

¿Seré feliz correspondiendo á su amor?.....

POR VILLASANA

LA SEMANA

Fecunda en acontecimientos de todo género ha sido la semana que finaliza, y entre ellos descuellan los de orden, ó mejor dicho, los de desorden penal. La policía incitada por la denuncia de un fraude, ha descubierto una vasta y completa organización encaminada á despojar á un prójimo de una no despreciable fortuna adquirida en el extranjero, y que la víctima pensaba acrecentar entre nosotros por medios más ó menos extra-morales.

El alemán Franke debe estar, y lo está en efecto, bien compungido y contrito ante el desastroso resultado de lo que creía recurso infalible para enriquecerse, y debe haber hecho profundas reflexiones acerca de la fragilidad de los castillos de naipes, de la volubilidad de la fortuna, de la *volatilidad* del ensueño y del carácter efímero de todas las esperanzas, como de todos los bienes de la tierra.

En lo que menos pensaba al tomar en Chicago el tren para México,—revestido del guarda—polvo tradicional, cubierto de la multiforme cachucha á cuadros del tourista aficionado, terciadas en tahalí las correas de los gemelos y repleta la cartera con setenta mil pesos en letras y billetes,—era en que en México lo esperaba y lo atisbaba una jauría de gran olfato y de agudos colmillos, lista para hacer presa en sus fondos. Victor Hugo dice: ni el ave se atrevería á incubar, ni la hembra á amamantar, ni el hombre á trabajar, si pensaran en las tenebrosas acechanzas que los atisban y en las siniestras emboscadas del abismo. Franke no hubiera pensado en emigrar ni en especular, si hubiera previsto el plan maquiavélico que se le había de preparar; pero es el hecho que no lo previó y que cayó atado de piés y manos en las redes que se le tendieron.

Apenas llegado, se vió sin saberlo, rodeado, asediado y seducido por media docena de caballeros de industria cosmopolitas. Le propusieron doblar su capital en unos cuantos días y ¡claro está! quien resiste á convertir setenta mil en ciento cuarenta mil! El plan era sencillo: con sus recursos establecería bancas de baccarat y de *faro*, sus nuevos amigos le llevarían millonarios que desplumar, y en tres ó cuatro sesiones se podrían ganar cientos de miles. El *cándido* alemán aceptó y comenzaron á desfilar ante su vista atónita los supuestos millonarios. Aquí la cosa toma un aspecto irremediablemente bufo; las pesquisas de la jusjusticia nos han dado á conocer los Jay-Gould los Mackay y los Rostchild destinados á la tonsura. Hay entre ellos de todo, mayores de mesa redonda, cubanos que huyen de la guerra en busca de la estafa, supuestos hacendados que, como dice maliciosamente nuestro pueblo, tienen sus tierras en las uñas, y ganaderos fabulosos que hacen sus crías en las costuras de su ropa interior. Los alemanes son generalmente miopes; pero la miopía de Franke raya en lo fabuloso. ¿Cómo no se fijó en la blancura dudosa de las camisas, cómo no percibió el deshilachado de los puños, cómo no diagnosticó en los fluxes el corte y las telas de *La Explosión*, ni adivinó el doublé de las leontinas ni el *strass* de los alfileres de corbata?

Comenzar la talla y comenzar la ruina de Franke fué todo uno. Aquellos millonarios ganaban sumas absurdas y acertaban golpes inverosímiles. En tres ó cuatro días treinta mil sobre los setenta mil habían pasado ¡cosa increible! de las manos del banquero, á las de los puntos.

Basta! dijo Franke y sus verdugos, seguros de que no jugaría más, encontraron manera de exprimirle aún algunos miles fingiéndole una comedia de inminente aprehensión por sabe Dios qué delito y haciéndole cohechar al supuesto *detective* americano encargado de capturarlo.

La policía se ha manifestado, en la especie, grandemente habil y oportuna aprehendiéndo en la Capital y fuera de ella á los complicados en la ingeniosa estafa. Parece resultar de sus pesquisas que ha desanidado una verdadera francmasonería de *griegos*, estafadores, petardistas y aventureros de todas tallas, edades, categorías y nacionalidades, sobre los cuales recaerá todo el rigor de la ley.

La moral que se desprende de este suceso sensacional y poco común por su magnitud, entre nosotros, es que el mal es una pendiente; que *quien de santo resbala hasta demonio no para;* que el juego es uno de los vicios más ocasionados á degradar al hombre, á embotar la delicadeza natural ó adquirida por la posición ó la educación, y que quien maneja mucho los naipes no está exento de llegar á manejar la ganzúa.

Son, en efecto, jugadores habituales la mayoría de los acusados, sacerdotes del culto de Birjan á quienes sacar un reloj repugna; pero que juzgan simple travesura marcar una carta ó lastrar un dado. La trampa en el juego marca para ellos el límite que separa el acto disculpable del robo declarado. Casanova. el cínico y espiritual Casanova, ni pagaba sus deudas de juego ni omitía recursos fraudulentos para ganar, y disculpaba su proceder diciendo que es esa la única manera de escarmentar á los viciosos, y de contribuir á la extinción del vicio.

Los abogados de los reos pueden muy bien,—peores cosas se han visto,—recurrir á este sistema de defensa y presentarnos á los acusados como servidores útiles de la humanidad, escarmentando á los incautos ó á los extraviados que fian al naipe su fortuna, y como protectores de viudas y de huérfanos expuestos á la ruina por el amor de los jefes de familia al *paco chico* ó al *baccarat*.

Confiamos en que el Jurado, ante tan inspirado alegato, no vacilará en soterrar en Belén á los culpables, por el tiempo reglamentario.

***

No menos alarma y desazon han causado la denuncia de una quiebra, fraudulenta según se dice, de una casa extrangera de la Capital, y otra no fraudulenta de una casa foránea. El monto de ambos desastres no llega á medio millón y es una gota de agua en la masa ya imponente de nuestra riqueza pública. Pero acostumbrados á la vida patriarcal del real en el tlaco, al negocio pingüe y seguro de sembrar maíz bajo la protección del arancel, á la construcción de fincas urbanas, verdaderas alcancías para el excedente de las rentas, hoy que el movimiento industrial se acentúa, que las instituciones de crédito se multiplican, que comienza á emprenderse en negocios aventurados, que las lonjas y bolsas negocian valores de todos tamaños, formas y colores, nos asustan y sorprenden la ruina de un rico, la quiebra de un banquero, el suicidio de un agente de cambio. Todas estas cosas sin ser buenas, debiendo ser castigadas unas y evitadas las otras, son, dentro de sus perniciosos efectos, síntomas favorables de la prosperidad creciente del país y del movimiento, que empieza á ser febril, de sus negocios. Las sociedades, como los organismos, tienen enfermedades y achaques de crecimiento que ameritan tratamiento é higiene, que exigen atención y vigilancia; pero que son en suma indicios del desarrollo, de la evolución á que está sometido todo lo que vive. Esa evolución no se hace nunca sin sacudimientos, sin crisis, sin convulsiones, sin fiebre. La dentición se acompaña de enfermedades graves, la clorosis es indicio de nubilidad, en la madurez son frecuentes las congestiones y apoplegías, y en las sociedades no se inicia ni consolida el movimiento económico sin un desarrollo paralelo de las crisis comerciales.

Dos tipos encarnan y simbolizan esas enfermedades de crecimiento social: el Caballero de Industria y el fallido. El caballero de industria huye de los mercados muertos, de las situaciones económicas consolidadas y definitivas, y acude, como la mosca á la miel, allí donde surge un renacimiento industrial y comercial. Recuérdese si no durante la Regencia la afluencia á Francia de todos los timadores y petardistas europeos; cuando el Misisipí Law y el sistema; reléanse en P. Feval en La perrera de Medor, los millones ganados perdidos en solo un día, las ruinas amontonadas en pocos meses, los suicidios registrados en ese efímero período de ficticia prosperidad. En la Argentina, durante Juárez Colman y aun hoy, se jugaba con desenfreno, se quebraba dos veces por año, todo el mundo estafaba ó defraudaba á todo el mundo, y en el fondo de todo eso había grandes riquezas creadas, enormidades de mercancías producidas y exportadas y el surgimiento de la nada de un país ya rico y mañana feliz.

Dos quiebras, un pasivo de medio millón y una estafa de treinta mil pesos, tienen todavía el privilegio de alarmar nuestra candidez y de asustar nuestra inocencia. En los Estados Unidos quiebran de doscientas á doscientas cincuenta casas por semana, el pasivo se cifra por decenas de millones y nadie se asusta. Dicen que en China la ley obliga á los médicos á colgar un farolito en la fachada de sus casas por cada enfermo que se les muere. Un enfermo deseando ponerse en manos de una eminencia se echó á buscar un médico que tuviera los menos faroles posibles. Las fachadas de los más reputados doctores estaban siempre cubiertas de incontables linternas y le fué forzoso ir á un barrio pobre y extraviado para encontrar un médico con un solo farol en su pasivo. Entró resueltamente y entabló conversación; ¿Cómo es que no habiendo perdido mas que un enfermo vive usted en condiciones tan precarias? Señor respondió el Galeno, ese enfermo que murió es el único que he asistido. En materia de quiebras nos pasa felizmente lo que al médico chino. No hay, pues, porque alarmarse ni desalentarse de emprender. Si la quiebra es fraudulenta, ahí está Belén, y si no lo es, paciencia, que ya vendrán tiempos mejores.

***

En elegante vitela, superada por una pareja de bailadores artísticamente grabada, circuló días pasados en uno de los círculos de mayor notoriedad de México, la siguiente invitación.

> **Apolonio Plata y Señora**
>
> **abrirán á sus amigos los salones del Callejón del Obraje la noche del 16 de Enero de 1898, en honor del Señor Senador D. G. de L. y E.**
>
> **On danserá.** Tenue de ceremonie.

Era natural é inevitable! la suntuosa y aristocrática fiesta del Sr. D. Ignacio de la Torre, tenía que inspirar celos y despertar rivalidades, y los esposos Plata, se propusieron eclipsarla y en cierto modo lo han conseguido.

Los salones del palacio del Obraje profusamente iluminados y exornados de una expléndida decoración floral, presentaban un aspecto feérico cuando á las dos de la madrugada se inició el suntuoso cotillón. Fué éste uno de los más originales y *reussis* que se hayan jamás visto. Entre las figuras llamó la atención la de las carteras, creada especialmente por los anfitriones para esa circunstancia. Los caballeros y las damas llevaban en los bolsillos de los fracs y en los escotes de los corpiños, respectivamente, primorosas carteras con cantos y monogramas vistosos; la figura consistía en escamotear sin ser sentido, la cartera de la persona con quien se pretendía bailar. El Sr. Plata, *maitre de sceans*; manifestó una habilidad pasmosa que muchos le conocian, escamoteando las carteras de las damas mas distinguidas y hermosas y bailando con ellas *á ravor*. ¡El *buffet* fué espléndido, los caldos de los mejores crudos y se brindó calurosamente por el honorable senador á cuya salud y á cuyas expensas se hacía aquella suntuosa fiesta.

Entre la concurrencia pudimos notar al Sr. Juan *El Chinampino* y Sra., al simpático Emilio *Pellejos*, al espiritual Anselmo el *Chato*, al distinguido Lorenzo el *Ministro*, al chispeante Gregorio *La Chiva*, A Manuel O. que posée un rico fistol que fué del Sr. Gral. Martín González, á Agustín M. que portaba el magnífico relox que perteneció á D. Luis Pombo y otros más cuyos nombres sentimos no recordar. Entre las damas brillaba la Sra. de Plata, y se distinguían por la riqueza de su atavío varias *Señoras y Señoritas cruzadoras* ventajosamente conocidas en los almacenes de ropa. El señor senador en cuyo honor se celebraba la fiesta no recibió invitación; pero se hizo representar por varios agentes de la reservada, quienes ofrecieron en su nombre á los anfitriones y á sus invitados, cómoda y cordial hospitalidad en la regia mansión de Belen.

Los Señores Plata hacen hoy los honores de su nueva morada con el mismo *savoir faire* que desplegaron en sus salones del Obraje. Se espera que muy pronto podrán recibir allí al vasto círculo de sus relaciones.

***

Esta *simpática* reunión ha permitido á la policia escudriñar la constitución del interesante círculo social que con tanto esplendor se reveló á la sociedad mexicana. El círculo rateril está organizado á la vez como un casino, como un banco y como una casa de comisiones. Tiene sus gerentes y administradores, su junta directiva, sus agentes viajeros, sus almacenes, sus comisiones de adquisión, de venta y de reparto. Usa un lenguaje pintoresco, colorido, eufónico, verdadera clave de sus secretos profesionales, lleva una voluminosa correspondencia con los Estados en donde tiene sucursales y especialmente con el Valle Nacional en donde radican las reservas y depósitos de su ejército activo. Anticipa fondos sobre operaciones futuras y lleva cuenta corriente á los

asociados, reparte dividendos y hasta está en vía de formar un museo para lo cual cuenta con coleccionadores especialistas y ha reunido ya ejemplares raros de carteras, pañuelos, joyas y objetos varios.

Es verdaderamente deplorable que la policía, que en todo se mezcla, haya ahogado á la víbora en el nido. Era edificante el ejemplo que daba la asociación raterîl de que la unión constituye la fuerza....!

Y somos tan hostiles al espíritu de asociación, que estamos seguros que la Sociedad entera va á felicitarse y á felicitar á la policía por la destrucción de un centro de poderosa actividad y de un modelo de Sociedad Cooperativa. —LÓPEZ I.

Política General.

RESUMEN.—EL ASUNTO DREYFUS.—LA AGITACIÓN DE LOS JUDÍOS Y LA REACCIÓN ANTISEMÍTICA.—EL CONDE ESTERHAZY ABSUELTO Y DREYFUS OTRA VEZ CONDENADO.—RUMORES DE TEMPESTAD.—LA REPÚBLICA Y LA MONARQUÍA.—LA SUPERFICIE Y EL FONDO.—APOTEOSIS DE LA REPÚBLICA.—CONCLUSIÓN.

Tres años han pasado desde que el capitan Alfredo Dreyfus fué condenado en Consejo de Guerra, por el crimen de alta traición, á prisión perpétua en una fortaleza del Estado. El Gobierno señaló la isla del Diablo en la colonia de la Guayana, y el infeliz traidor ha permanecido desde entonces solo con sus remordimientos, aislado del mundo entero, y encadenado á una roca solitaria que azotan las ondas del mar, en incesante murmullo.

Durante todo este tiempo, el sentimiento público se habia acallado, y apenas si alguna vez se dejaban escuchar las hondas lamentaciones de la esposa del condenado, proclamando á voz en cuello la inocencia del pobre Dreyfus. Mientras las protestas y los lamentos eran inspirados por el amor de una mujer desolada, nadie reparaba en ellos; se confirmaba el juicio emitido por el tribunal militar, y todos consideraban culpable al deportado de Cayena.

Pero llegó la vez en que los sentimientos de raza se unieron á los gritos de familia; se constituyó un verdadero sindicato con capitales judíos para trabajar por la rehabilitación de Dreyfus; se derramó á manos llenas el oro israelita entre los que se llaman directores de la pública opinion; se compraron hojas periódicas por todas partes, se sobornaron conciencias, se conechaban votos y se levantó formidable gritería, reclamando del Gobierno la revisión del proceso, la rehabilitación del infeliz, que con todo el aparato militar, con la vergüenza en el rostro, y el odio en el corazón, ante la rabia de la muchedumbre que lo insultaba llamándolo traidor, fué degradado de su honroso puesto en el Ejército, despojado de sus insignias, y aventado como asqueroso harapo, para ocultar su humillación en las remotas playas de una isla desconocida.

***

No se limitaron los defensores del declarado traidor, á presentarlo como inocente víctima sacrificada en aras del odio antisemítico; señalaron también al verdadero culpable en su opinión, y un senador de intachable reputación, de honradez política reconocida, fué el encargado de presentar al Gobierno francés la moción que había de dar por resultado la absolución de Dreyfus, á cambio de la condenación de un comandante retirado, el conde Esterhazy.

Era tan tumultuosa la grita de la prensa, tan exijentes sus reclamaciones, tan continuados sus ataques, tan repetidas las manifestaciones que compraba el oro y atizaba la influencia de los judíos; fué tan seriamente presentada la acusación de Mr. Scheurer-Kestner, que el Gobierno procedió contra el conde Esterhazy; se instruyó la causa conforme al Código Militar, y fué llevada sin festinación ante un Consejo de Guerra. El fallo del tribunal fué favorable al acusado, y la absolución del conde Esterharzy, significa la segunda condenación de Dreyfus.

***

Irritados en lo más hondo, los que acaudillan esta cruzada del cohecho y el soborno, enardecidos con la derrota los que han corrompido la prensa, pretendiendo torcer la opinión pública queriendo arrebatar su presa á la justicia, han vuelto de nuevo á la carga, no se dan por vencidos, y siguen, siguen incansables en el camino de una rehabilitación casi imposible.

Esa actitud ha despertado los dormidos odios y mal apagados rencores contra la raza judía; Drumont ha blandido el formidable ariete de su *Palabra*, el pueblo francés, fosfórico por naturaleza y excitable por carácter ha creído que se trataba de arrojar una mancha sobre el ídolo que adora hoy en sus altares, sobre el Ejército, en quien tiene puestas todas sus complacencias y en quien ha confiado todas sus esperanzas, y se revuelve ardiendo en iras santas contra aquellos que, queriendo vindicar á un miembro gangrenado arrojan lodo y podredumbre sobre toda la institución militar.

***

Como viento murmurador que se convierte en huracán, como brisa juguetona que se transforma en aquilón, como arroyuelo cristalino que se torna en gigante catarata, como rujido sordo que se desata en formidable tempestad, ha ido creciendo y desarrollándose la agitación pública en Francia con motivo del asunto Dreyfus.

No ha bastado la entereza del Gobierno, castigando al culpable y salvando al inocente, según el fallo de los tribunales competentes; no ha bastado su firme propósito de mantener incólume el nombre del Ejército y defenderlo de los ataques que le han lanzado lo mismo los propios que los extraños; no ha bastado su actitud resuelta para desoir interesadas sugestiones, para desechar falsos encantamientos: la marea crece, la agitación aumenta, el pueblo parisiense grita, los estudiantes del Barrio Latino vociferan en las calles contra los que se venden; se necesita todo el prestigio del gabinete para evitar un voto de censura en el seno de la Representación Nacional; el elemento judío, incrustado en una gran parte del andamiaje del país, se revuelve al sentirse herido; los odios antisemíticos estallan en espantosa explosión y trabajosamente se mantiene en equilibrio, el ministerio Méline; Zolá cae de su pedestal al impulso de las iras populares, y en medio de todo ese oleaje turbulento, de esas ondas de corrupción que todo lo salpican, de esos estremecimientos que todo lo conmueven, se siente algo sordo y profundo que amenaza á la República.

***

Como en los tiempos de Boulanger, se adivina una reacción con tendencias monárquicas, en medio de este desenfreno de radicales y republicanos, de socialistas y conservadores, de nacionalistas y judíos; se siente que una nube de tormenta se cierne sobre el suelo volcánico de Francia; se vislumbra que el Duque de Orleáns trabaja secretamente en medio de todas esas convulsiones.

Recuérdense las ceremonias regias que precedieron á su matrimonio con una Archiduquesa imperial de Austria; recuérdense los homenajes rendidos por la aristocracia del Faubourg Saint-Germain á la imperial pareja y los obsequios que recibieron en la corte de Austria; búsquese con cuidado la causa que pueda haber realmente en las presentes agitaciones, y se verá que, aun contando con el carácter francés y atendiendo al espíritu del pueblo, apasionado hasta el heroismo, arrebatado hasta el frenesí y capaz de conmoverse por cantos de sirenas y arengas de demagogos, queda algo que no aparece en la superficie. Además, el nieto de Luis Felipe jamás ha dado á entender categóricamente que renunciaba á sus pretendidos derechos al trono de Francia, y hoy más que nunca, teniendo en sus manos la herencia de la monarquía tradicional y de la templada, viendo combatida la República por los radicales que llegan hasta el socialismo, y pretenden otra vez la revisión de la Constitución, es posible que se presente como iris de paz en medio de la tormenta, como prenda de estabilidad ante las potencias amigas y enemigas, como testimonio de mejor harmonía para conservar la preciada alianza francorusa.

***

¡Vano intento! la Francia republicana que supo expulsar de su territorio á todos los príncipes de la sangre con todas sus grandezas legendarias; la democracia que se salvó del indigno tráfico de Wilson; haciendo descender de su alto puesto la personalidad honrada de Grevy; que salió inmaculada de la amenazante agitación carnavalesca de Boulanger; que permaneció firme en medio del lodazal con que quisieron mancharla los mercaderes del Panamá; que quedó intacta á pesar del golpe horrendo y criminal de Casserio Santo, hiriendo de muerte al gran Carnot; que no se inmutó ante las debilidades de Casimiro Perier: la Francia republicana que ha enseñado con Thiers y cantado con Hugo, que se ha transfigurado en el martirio y regenerado en el trabajo, la Francia de Faure, quedará firme en sus cimientos, desafiando todas las tormentas, cualesquiera que sean los agitadores, cualesquiera que sean sus enemigos, se llamen judíos, comprando la prensa, ó se llamen orleanistas, agitando las incosncientes muchedumbres.

X. X. X.

20 de Enero de 1898.

LAS VIRTUDES EXCESIVAS

Las virtudes son como los medicamentos. usadas en altas dosis y fuera de ocasión son dañinas y perniciosas, tanto como los vicios que les son contrarios. Para poblar de mendigos un país nada más eficaz que ejercer á troche y moche la caridad; á fuerza de indultar delincuentes se infestan de bandidos los campos y de ladrones y asesinos las poblaciones; perdonando á un tramposo se puede tener la evidencia de sembrar la semilla de diez y nada más ocasionado á fomentar la coquetería y la ligereza de costumbres que la indulgencia y la tolerancia con las mujeres frívolas y con los hombres *calaveras*.

La benevolencia de Grevy con los anarquistas engendró á los Vaillant y los Henry; la última escena del D. Juan Tenorio, toda de perdón y de misericordia para el culpable y de severidad cruel para los inocentes, ha multiplicado las casos de seduccion de mujeres honestas y los de duelo, riñas y homicidio entre *caballeros* y Margarita Gautier ha sido la perdición de centenares de doncellas.

Para ver en todo su esplendor las consecuencias funestas de las virtudes excesivas, hay que recorrer las páginas de historia de la España Medioeval: los campos incultos, la industria paralizada, la ciencia muda, los hombres válidos por mitad en los monasterios ó en los tercios de Flandes y las mujeres, los niños, los ancianos apiñados en las puertas de los monasterios y en los peristilos de los palacios en espera del caldo y del pan de caridad. Aquellas distribuciones metódicas de *raciones de hambre* bastaban para alejar á los pueblos del trabajo y de la actividad honesta, como las distribuciones de trigo hundieron á la plebe romana en la crápula más abyecta y en la inacción más empobrecedora

En los Estados Pontificios, país de caridad, llegó á no cultivarse la tierra, á no girar el molino, á no funcionar la maquinaria y todavía la mendicidad es en Italia una plaga social, una enfermedad general y repugnante, mantenida por la munifíscente liberalidad de los turistas.

No bien, por el contrario, en un país ó en una raza, comienza la caridad á ser menos pródiga, la beneficencia menos manirrota y el amor al prójimo menos irreflexivo, cuando el hombre, convencido de que solo debe contar consigo mismo, de que no puede comer sino de su trabajo, de que solo de su personal actividad puede esperar el bienestar, apura el ingenio, saca fuerzas de flaqueza; inventa y descubre, trabaja y prospera, y un poco de severidad y de energía bastan para extirpar la vagancia, reprimir la mendicidad, hacer desaparecer esas bandas nómades y harapientas que averguenzan y dañan, y fundar la prosperidad privada y pública en el trabajo que ennoblece y no en la limosna que degrada.

Tal pasa en Francia, en Inglaterra, en Holanda, en los Estados Unidos: ahí el hombre se basta á sí mismo; huye de la disipación y del vicio por miedo al abandono y á la miseria; se aquilata su valor moral y social en la franca competencia industrial; se acrecienta el comercio, aumenta la producción, se perfeccionan sin cesar la agricultura, la minería y la industria; y esos paises son grandes, fuertes, respetados y civilizadores, porque nadie huelga, porque nadie vive de nadie y porque todos los trabajos como todas las inteligencias colaboran al progreso y al bien comun.

Por exceso en el bien, por irreflexión é inoportunidad al practicarlo, por extravío del camino que á él conduce llegan, pues, los filántropos, á veces, á causar daños inmensos, á provocar calamidades espantosas, á sembrar inconscientemente la desolación y la ruina, y de séres benéficos y providentes se truecan en verdaderos azótes de la humanidad, fomentando la pereza y la imprevisión, robando brazos al trabajo y cerebros á la ciencia y decretando la miseria gratuita, obligatoria y universal.

Y no se crea que en Francia, Inglaterra, Holanda, y los Estados Unidos no se ejerce la caridad ni se practican las más altas virtudes. Países son esos en que las instituciones y obras benéficas absorben miles de millones, en que los legados para esos fines son frecuentes y cuantiosos y en donde pululan las gentes caritativas y bondadosas.

Pero hay mayor discernimiento, mayor discreción y mejor empleo de los cuantiosos recursos destinados á la caridad. Desde luego se ejerce de preferencia sobre el anciano impotente, sobre el enfermo imposibilitado de trabajar, sobre el niño abandonado, sobre la víctima de algún accidente, rara vez ó nunca sobre el hombre adulto y vigoroso, ó sobre la mujer sana y apta. Apenas si á título temporal y precario se imparten auxilios á padres de numerosas familias accidentalmente inocupados, ó á viudas y huérfanos en los primeros momentos de su desgracia.

Esta cuidadosa selección es ya altamente benéfica: el dinero de la caridad privada ó pública acude á remediar miserias reales, contratiempos imprevisibles, á suplir á impotencias irremediables y la caridad so-

Soñar despierta

lo tiende la mano á quien de ella necesita y solo en la medida de su necesidad.

Se excluye, en general, de su benéfica acción al vàgo, al ebrio al tahur, al D. Juan de encrucijada, á la mujer alegre y de mala vida: no alcanza tampoco al hombre ni á la mujer vigorosos y fuertes, sanos y capaces de trabajar, ni se prodigan socorros á granel, á todo el que se presenta, á cualquiera que pasa.

Además, la forma de caridad generalmente admitida en los pueblos cultos y la única plenamente recomendable, consiste, no en suministrar dinero, ni alimentos, ni ropa al necesitado, sino trabajo, ocupación honesta, medios de adquirir personalmente con el propio esfuerzo los elementos de vida de que carece y que implora. En esta forma la caridad es racional, justificada, pura de todo inconveniente y antes estimuladora de la actividad honesta y fecunda que del vicio degradante y estéril.

Se hace necesario sugerir estas reflexiones á la mayoría de nuestro público y especialmente á la mujer mexicana, tan ciega, tan inflexiva, tan inoportuna en materia de caridad. Ver una miseria, real ó aparente, y socorrerla, sin inquirir sobre quien recae, ni si el ser socorrido es un desgraciado ó un perverso, un hijastro de la fortuna ó un niño mimado del vicio y si va á comprar pan para alimentarse ó aguardiente para envenenarse, son cosa común y corriente entre nosotros y ya palpamos las consecuencias de tan excesiva compasión.

Los mendigos pululan y los rateros también: en todas partes faltan brazos y sobran gentes desocupadas: el San Lunes es ya una institución; á fuerza de prodigar papeles de conocimiento, de recibir de nuevo á criados despedidos y de perdonarles sus faltas y socorrerlos en sus miserias, el servicio doméstico está por los suelos; batallones de mujeres alquilan niños y recorren las calles pidiendo limosna, seguidas de turbas de muchachos; bajo de cada papelero hay un vago, un ratero y un mendigo y nos estamos aproximando á pasos agigantados á la mendicidad de la Italia moderna y á la vagancia de la España medioeval.

Y es tal la perniciosa influencia de la caridad mal entendida, que los obreros yankees de importación piden descaradamente limosna en nuestras calles, cosa que no se atreverian á hacer en los muelles de Nueva York ó en las avenidas de Chicago.

El exceso de nuestra virtud nos está dañando y ya es tiempo de no sentir tan vivamente la compasión, á trueque de ejercer con más acierto la caridad. No hay que olvidar, en efecto, que la virtud, como toda la actividad humana, gana mucho en ser ilustrada y reflexiva y que el cerebro debe gobernar los impulsos del corazón.

DOCTOR M. FLORES.

Las grandes y puras afecciones tienen esto de hermoso: que después de haberlas experimentado, queda la dicha de recordarlas.

NUESTROS GRABADOS

FLIRT.

En dias pasados *El Mundo* publicó un articulo que constituia curiosísimo análisis de lo que en Europa se entiende por flirt. El grabado que hoy publicamos, muy bien acabado por cierto, es digno complemento de esas observaciones.

En México se ha creído de buena fe que el *flirt* es una inocente coquetería de salón á la cual pueden entregarse tranquilamente todas las niñas soñadoras.

Desgraciadamente nada es más inexacto. El flirt no justifica ni mucho ni poco la singular indulgencia con que se le ve en los salones del viejo mundo

Es nada menos que un procedimiento hipócrita que permite, sin faltar á las buenas formas sociales, iniciar una seducción que en cualquier otro caso alarmaría á los menos alarmadizos.

Merced á el una jovencita recien salida del colegio, puede aislarse con un caballero tras un biombo, bajo una sombrilla japonesa, en el discreto rincón de un senador, y oir *sin comprometerse*, todas las lisonjas, la expresión de todos los anhelos, todas las insinuaciones *delicadamente veladas*.

El papá de la niña al sorprenderla se encojerá de hombros con un gesto perfectamente mundano y exclamará:

—Ah! vamos! está con su *flirt!*

Merced al *flirt* toda mujer casada puede coquetear recio y tupido con un caballero sin que el marido se asombre en lo más mínimo; y por último, merced al *flirt* los oidos mas castos pueden oirlo todo, todo aquello que en la calle una mujer contestaría con un sombrillazo.... eso sí, dicho en la forma más culta.

El *flrit* todo lo disculpa y todo lo santifica. Es la capa de Jafet, arrojada sobre todas las desnudeces.

El *flirt* es una exquisita flor de la cultura moderna, dicen quienes le abonan

El *flirt* es una prostitución social admitida, dicen los que la deturpan.

Por nuestra parte, colocándonos en el justo medio, diremos:

El *flirt* es un hermoso peligro.

Fé. Esperanza y Caridad.

Después de aquella espantosa catástrofe que le arrebató á sus padres, y cuando el exeso del dolor le permitió reflexionar, se consoló el huérfano con la idea de que Ida su novia le amaba mucho, y que tan pronto como terminara el duelo se casaría con él. Y no habia qué temer por el porvenir, porque los bienes que heredaba estaban en manos de su tío que era muy honrado.

Pero un día, y después de haber vendido los todos bienes, se fué el tío sin decir adios, y el huérfano quedó en la miseria.

No importa! Ida quedaba para consolarlo y endulzar con su amor todas sus desdichas.

Corrió á verla, y ella también había desaparecido. !

Con su dolor y sus lágrimas fué por todas partes y no encontró más que indiferencia y desvio. Entonces salió de la ciudad, se internó en la montaña y alli rompió á llorar con la idea de que fundido en lágrimas todo su ser, el alma libre de su dura cárcel volaría á la eternidad. Cuando estaba más abatido, vió venir de lo profundo del bosque á un angel de alas blancas y cabellos rubios como hebras de sol, el cual le dijo:

—En todo has pensado menos en Dios: recuerda que él puede devolverte la felicidad.

—Como llevo tanto tiempo de llorar, me estoy muriendo y ya ni para orar tengo fuerzas.

—Levántate y ve al templo: por el camino encontrarás á una mujer que te ayudará y te sostendrá.

¿Quien es esa mujer?

—La Fé.

—El huérfano fué en efecto al templo, pero á nadie vió en el camino y después de orar tornó, al bosque y el angel se le volvió á aparecer.

—No la viste le dijo, porque como solo en ella ibas pensando, se enceló su hermana y no la permitió que te hablara.

—¿Quien es su hermana?

—La Esperanza.

El huérfano echó á andar otra vez pero no encontró á ninguna de las dos, y después de orar se encaminó de nuevo al bosque y de nuevo habló con el ángel.

Tampoco las vi: dijo tristemente.

¿Ya perdonaste preguntó el ángel, á quien te arrebató tus bienes, á la que se burló de tu amor, á los que te abrumaron con su abandono y su desprecio? ¿ya le pediste á Dios por todos los que te han hecho daño y por todos los que te han ofendido?

—No.

Pues por eso no las viste. Van siempre juntas con su hermana la Caridad y esta no gusta de presentarse más que á las personas de noble y generoso corazón.

Desde lo profundo de su alma el huérfano formuló las más tiernas plegarias de perdón y de amor, y al momento vió surgir ante él, bellas, insinuantes deslumbradoras, á las tres divinas hermanas que siempre andan juntas, á las que son depositarias de lo más noble que hay sobre la tierra, á las dispensadoras de todos los bienes, á Fé Esperanza y Caridad.

El huérfano se consoló y luego vivió largos años de ventura.

La cabeza encantada

Presentada bajo el titulo de la calavera encantada esta experiencia de fisica divertida ha hecho las delicias de los teatros en tiempos pasados. Ahora se ha vuelto á poner á la espectación pública con el nombrede la cabeza de José Bálsamo y como ha obtenido un éxito tan grande como entonces, nos parece merecer la pena de explicar á nuestros lectores su secreto.

Señores y señoras, dice el prestidigitador: he aquí sobre esta mesa un cráneo, triste despojo de lo que fué un hombre Añadiendo á mi poder de prestidigitador el de medium, voy á impregnar de fluido misterioso esta cabeza de muerto que animándose se pondrá atenta y obediente á las órdenes de ustedes.

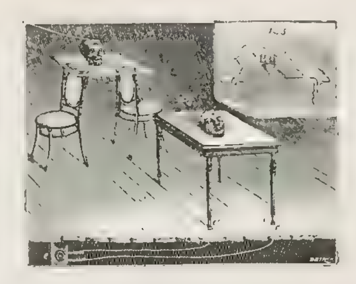
Y entonces bajo la acción más ó menos magnética del prestidigitador que presenta la experiencia, el cráneo se inclina y parece saludar á los espectadores.

A fin de quitaros, continúa el mago, toda idea de preparaciones o de un mecanismo cualquiera, colocaré esta cabeza en una placa de cristal y la placa sobre dos asientos La trasparencia del vidrio y su no conductibilidad para el fluido eléctrico son garantias seguras de que no me ayudaré de nada para esta experiencia, ni aun de la hada maravillosa que está transformando al mundo.

Y arroja al aire unos dados y los cubre con un pañuelo y da á los espectadores un juego de dominó; y la cabeza dice por medio de movimientos los tantos de los dados y los de la ficha ó fichas que quieran los espectadores con gran asombro del público. Remplazada luego por una mano de esqueleto, la experiencia no cambia sino de nombre y el secreto como vamos á ver es siempre el mismo.

En la mesa y próxima á la mano del prestidigitador está colocada una bolita de cera suave fijada a un hilo que entre bastidores sostiene el ayudante á fin de tirar de él cuando sea necesario. Despues de haber hecho examinar la calavera el presdigitador al ponerla en la mesa le adapta la bolita de cera. Después de la experiencia una simple raspadura con la uña basta para quitar toda huella de la cera y por consiguiente de la combinación, simple por cierto, puesto que el menor movimiento del hilo hace bascular la calavera. En cuanto á adivinar la cifra de los dados es igualmente sencillo, pues son dados cargados, es decir, que tienen en el interior y del lado opuesto á la cifra que se desea obtener, una pequeña bola de plomo que necesariamente pasa desapercibida para el espectador preocupado como está principalmente con el cráneo.

Para los dominós el procedimiento es también muy fácil, pues consiste en guardar una de las fichas el 2 y 3 por ejemplo; y cuando la cadena esté formada con las fichas en manos de los espectadores, las dos extremidades darán el mismo número de puntos: es decir, un tres y un dos. Los hermanos Isola han presentado de otramanera últimamente en París esta espeniencia. La cabeza esta rem plazada por una máscara de madera colocada en un velador y pudiendo bascular ligera-



LA CABEZA ENCANTADA.

mente de manera de responder á las cuestiones que se le propongan Hasta aquí nada de extraordinario Pero cuando el prestidigitador lleva el velador en medio de la concurrencia y la máscara continua impasible sus movimientos, entonces la admiración se lee en las caras de los espectadores. Y verdaderamente habria de que se admiraran hasta nuestros lectores si no reveláramos la manera como puede ser realizada esta experiencia.

En la parte que forma el cuello de la máscara hay un alambrito de hierro de 4 á 5 centímetros de largo escondido en el espesor de la madera y pintado del mismo color. su punta no puede ser notada. Un electro imán está incrustado en la tableta superior del modo, que los polos estén frente á la cabeza de alambre cuando la máscara se ponga sobre el velador. Dos contactos eléctricos de metal inoxidable terminan en dos piés del velador y se aplican sobre otros dos contactos fijados en el lugar á donde se lleva el velador de modo que se cierre un circuito eléctrico que ligue el electro imán con un botón de contacto colocado entre bastidores. A cada presión sobre éste, es evidente que la corriente circula en el electro-imán, el alambre de hierro será atraido y por consecuencia la máscara basculará y parecerá contestar á las preguntas del prestidigitador.

Estos son los secretos de la máscara de José Balsamo y de la calavera encantada.

Ejercicios de fuerza

Pindaro el poeta excelso y varonil, nos ha legado una descripción admirable por lo inspirada y vigorosa de los juegos olimpicos, primera exhibición pública y ordenada de lo que ahora á vuelta de los siglos, llamamos en el circo Juegos de salón. En ellos predominaban los ejercicios de fuerza y agilidad haciéndose famosos Teagenes, Eutimio, Polidamas y Milon de Crotona. De este último se cuenta que sobrepujó en fuerza á todos los atletas de su época, y que una vez ganó el premio en la carrera llevando un toro á cuestas, que luego lo mató de un puñetazo, y en un solo dia se lo comió. En Roma que fué donde mayor auge alcanzaron estas diversiones instituidas por los Tarquinos, el espectáculo era deslumbrador. Se formaba una procesión en el Capitolio y atravesando el Foro se dirigía al Circo Máximo, edificado entre los montes Aventino y Palatino. Abrían la marcha soldados de á pié y de á caballo, luego los luchadores el Presidente de los juegos con sus familiares y clientes, coronado de encina y adornado de oro y diamantes, los servidores de los dioses con los vasos turiferarios y los utensilios del culto.

La carrera de carros inauguraba los juegos, luego los jinetes con su caballo de batalla y su caballo de mano; después el ejercicio del disco, y por fin los que luchaban y corrian á pie. Decia una tradición que Rómulo fué quien instituyó los juegos Capitolinos que se celebraban en honor de Júpiter y acerca de los cuales se tienen muy incompletas noticias, creyendo algunos que no comenzaron sino después de la milagrosa salvación del Capitolio y para celebrarla.

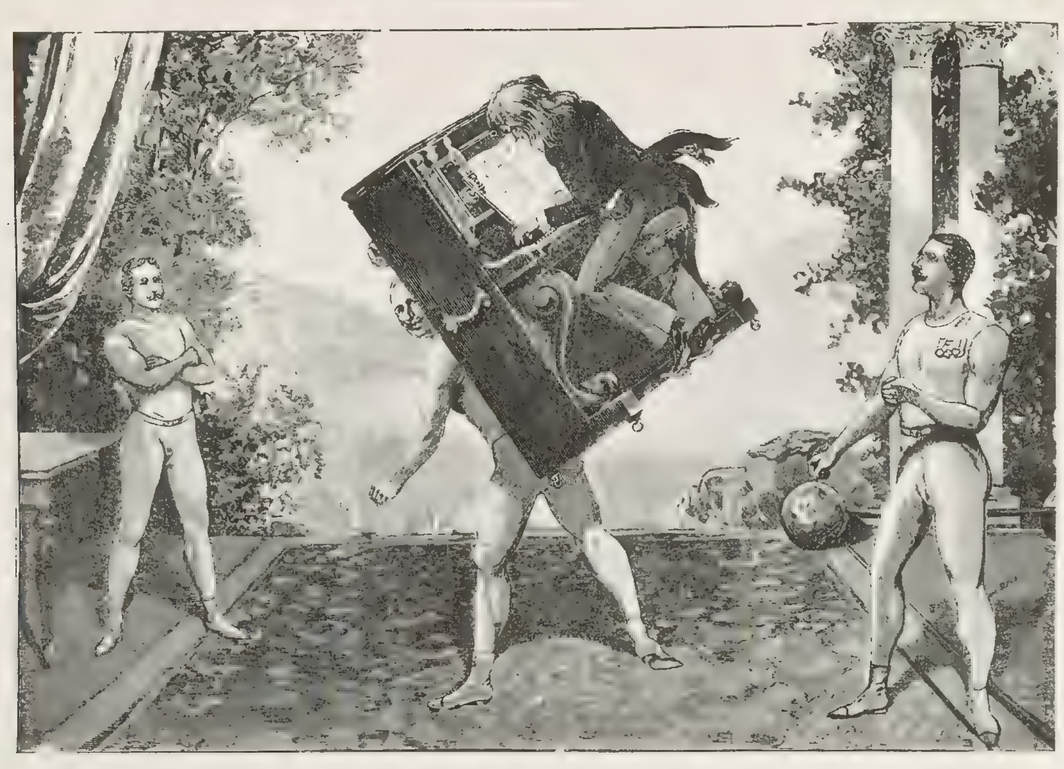
Domiciano fundó otros juegos Capitolinos de que hacen frecuentemente mención los poetas é historiadores de la época, y consistían conforme á la usanza que prevalecia en Grecia, en certámenes de música, carreras y luchas de toda clase.

Más tarde, á las antiguas luchas de fuerza, agilidad y destreza, habían sucedido sangrientos combates entre gente asalariada. De Etruria y Campania pasó á Roma el horrible espectáculo de los gladiadores, y ya en el año 490 enrrojecióse con sangre humana la arena del circo para solaz de los espectadores. El historiador de quien extractamos este dato, dice que ya en la época de la República Romana y siendo edil Cayo Julio Cesar, hubo dia en que trescientas veinte parejas de gladiadores con armaduras de plata se presentaran en el repugnante y abominable combate, en el cual, al capricho del público, los vencedores perdonaban ó remataban al que caía herido en la lucha. El tiempo ha modificado las costumbres y ya en todo el mundo civilizado las luchas de hombres, aunque no sean mortales, se rechazan con horror.

Lo que sí agrada y divierte aún, son esos ejercicios de fuerza y agilidad que se presentan en los circos modernos y de los que da idea nuestro grabado de hoy. La literatura de programa los titula juegos de salón, como si en los salones fueran cosa corriente juegos de esa clase en estos tiempos de anemia y clorósis en que la mayoría de las gentes que van á los salones apenas tiene fuerzas para levantar una silla.

En los circos es otra cosa: hay gimnastas que forman enormes pirámides humanas sostenidas en los hombros de un solo hombre. Otros hay que colgados por las piernas de un trapecio, sostienen con los dientes un caballo con todo y ginete y otros en fin que como los del grabado, llevan á la espalda un piano con todo y el músico que lo toca.

EL FLIRT.



Ejercicios de fuerza

La seda artificial

Esta curiosa industria de que Francia se enorgullece con justicia, llegó ya al periodo de gran producción, pues una poderosa Sociedad ha establecido en Besançón una fábrica colosal cuyos productos se emplean en fomentar la misma industria.

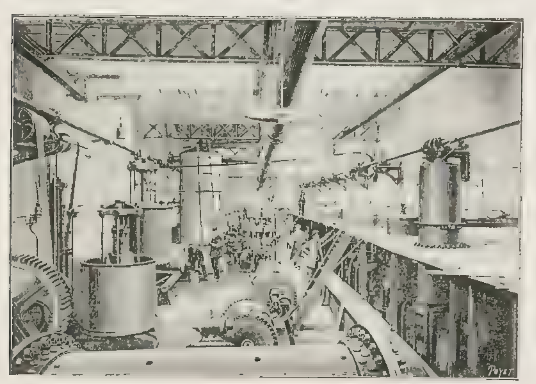
Los comerciantes en seda y los fabricantes de tejidos son los únicos que conocen la seda artificial. El público no puede notar diferencia alguna entre el producto artificial y el natural.

La seda artificial es tan bella y tan brillante como las sedas naturales más estimadas, y solo es un poco menos resistente; por consiguiente, se emplea sobre todo para los tejidos en que la trama es hecha de seda ordinaria, ó bien para cintas de trama de algodón que resultan magníficas y para toda especie de fantasias en telas de lana y seda, trajes de teatro, etc.

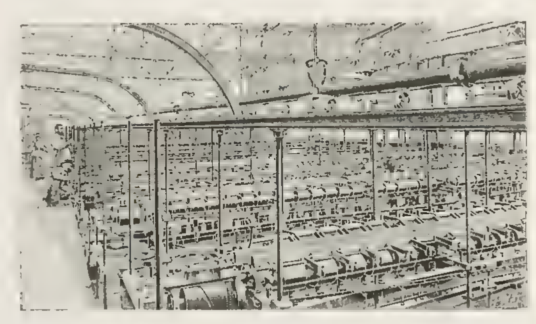
Con ayuda de precauciones convenientes y de procedimientos especiales, los tintoreros dan á la seda artificial los más ricos matices. El principio fundamental y aun los procedimientos generales de fabricación, fueron encontrados y patentados por el señor Conde de Chardonet, ingeniero en jefe de puentes y calzadas.

Se fabrica primero algodón pólvora ó *fulmicotón* por los procedimientos ordinarios. Es decir: algodón bien cardado desecado, sumergido en una mezcla de ácido sulfúrico y nítrico, lavado abundante, desecación etc. Pero en lugar de emplear el algodón, se usa pasta de madera como la que sirve para fabricar el papel, en lo cual no hay ventaja dado el precio actual del algodón. El algodón pólvora se disuelve en una mezcla de alcohol y éter bajo una fuerte presión: 40 ó 50 atmósferas, en aparatos especiales, obteniéndose así un colodión viscoso más espeso que el colodión clásico y que debe filtrarse, bajo presión también, con el mayor cuidado, para que no retenga ni la menor partícula de algodón pólvora sin disolver.

El colodión bien depurado, se lleva por medio de un grueso tubo á la sala



Fabricación del Colodión



Transformación del Colodión en seda

de filatura; y siempre bajo la presión de 40 á 50 atmósferas, se distribuye por tubos más delgados á los aparatos de los oficiales de hilar.

En el lugar que ocupa la longitud de cada sección, se adaptan grifos de filatura y cada uno de estos se compone de un pequeño receptáculo comunicado por una llave con el tubo de alimentación. El receptáculo termina en un tubo de vidrio, de pronto muy ensanchado y que al fin concluye por un agujero estrecho cuyo diámetro es de un centésimo de milímetro.

El hilo de colodión que sale de esta especie de capullo semejante al del gusano de seda, se sumergía de pronto en el agua que lo solidificaba en el acto, diluyendo el alcohol del colodión. Esta era la filatura por el agua; pero se ha llegado á mejores resultados hilando en seco. El disolvente [alcohol y éter] se evapora rápidamente, y los hilos quedan bastante secos para no pegarse unos á otros cuando se les enrolla en las bobinas.

Se necesitan tres ó cuatro hilos de capullo para constituir un hilo de trama, y más para formar el torsal.

Las fibras de seda artificial se sujetan á presión y torsión como las de seda verdadera; pero ántes de poner en obra la seda nuva, es necesario *desnitratarla*. En efecto: el producto no es en suma sino algodón pólvora, y sería muy inflamable y hasta detonador. Por eso, terminadas las madejas, se sumergen en una solución de sulfuro de amonio que destruye al ácido nítrico que se había combinado con el algodón, pudiéndose así retirarle la totalidad del ácido nítrico, sin embargo de lo cual se le deja una corta cantidad que no tiene inconvenientes. La seda de Chardonet *desnitratada* ha conservado todas sus cualidades que dando de este modo tan poco combustible como el algodón hilado del mismo grueso.

Desde que esta industria se ha puesto en posibilidad de proveer cantidades ilimitadas de seda artificial con un 50 por ciento de economía sobre el precio de la seda comun, las aplicaciones se han multiplicado. Con el nuevo producto se confeccionan las pajas de seda tan apreciadas para los sombreros de señoras y señoritas, con hilos de seda juxtapuestos y sostenidos por una encoladura sutil de modo que forma cintas planas de algunos milímetros de ancho. Estas pajas de seda son muy propias para que las modistas produzcan efectos enteramente nuevos

Fe, Esperanza y Caridad.

INTRODUCCION A UN POEMA

Es una gran columna de silencio y de ideas
En marcha.

El canto grave que entonan las mareas
Respondiendo á los ritmos de los mundos lejanos;
El rumor que los bosques soberbiamente ancianos
Dan, como si debajo de largas sepulturas
Sintiérase crujidos de enormes coyunturas;
Las sordas evasiones de la raza, que arroja
El heroismo nómade á la vendimia roja;
El *¡han!* de los supremos designios, que se escucha
En el postrer hachazo que acabará la lucha,
Ya sea que se trate de un cedro ó de un gigante;
Las torres que no alcanza con su talón triunfante
La horda; el trájico viento de las batallas;

todo
Lo que es grande, ó solemne ó heroico de algun modo
—Clamores de conquistas, rumores de mareas—
Va en esa gran columna de silencio y de ideas
Que el poeta ve alzarse desde las hondas grutas.

El Sol es su vanguardia!

—Por las eternas rutas
Que accidentan la historia, van los pasos enormes.
Es un largo desfile de tinieblas informes.
Mas, dominando aquella procesión tenebrosa,
El alba se levanta como una húmeda rosa
Cuyos petalos caen en una lluvia de oro.
El poeta apostrofa con su clarin sonoro
A la columna en marcha; lo que dice, resuena
Como el flujo de bronce de una hornalla harto llena.
Tan fuertes son sus alas, que aquel ser de ancho aliento
Parece que en los hombros lleva amarrado el viento.
Es el gran luminoso y es el gran tenebroso.
La rubia Primavera le elige por esposo.
Él se acuesta con todas las flores de las cimas.
Las flores le dan besos para que él les dé rimas.
El sol le dora el pecho, Dios le sonríe—apenas
Hay nada más sublime que esas sonrisas, llenas
De divinidad, que hacen surgir sobre la obscura
Silueta de los montes una inmensa blancura
Zodacal.—Forja el hierro de su peto y su casco
La Paciencia en los yunques de una ideal Damasco,
Y el Silencio custodia la hoguera donde amasa
Con bronce y sombra el verbo que templará en la brasa.
A fin de que los hombres alcancen con sus bocas
Su oreja, enormemente sentado entre dos rocas
Como un afable condor, les escucha; y los hombres
Creen que están á un mismo nivel, almas y nombres,
Y cabezas. Los grandes hombres y las montañas
Es forzoso que siempre estén de pié. Estrañas
Son las voces del antro á la cumbre. La oruga
Que esconde entre las hierbas su imperceptible fuga,
Ve al águila y opina: «eres un ser monstruoso,
Aguila!» En cambio el águila no ve á la oruga. Hermoso
Y divino es el cielo porque es indiferente
A las nubes que le hacen mal. El cielo es la frente
De Dios, sobre la eterna serenidad suspensa:
Cuando se llena de astros y sombra, es que Dios piensa.
El cielo se repite en las frentes radiosas.
No importa que ellas sean claras, ó misteriosas
O formidables, siendo capaces del martirio.
¡No de la infamia! Tanto vale rasgar un lirio
Como manchar un astro; el viejo Cosmos gime
Por la flor y la estrella con un amor sublime
Y total. Grave enigma de amor! Esto consiste
En que el grán Sér no quiere que ninguno este triste.
Y el dolor ese fuego que exalta todo hombre,
(Cristo sangriento, brilla; triste, suda como hombre.)
Es un heroico vino que ignora la tristeza.
Hombres! no escupais nunca sobre una gran cabeza.
No seais mancha cuando pudierais ser herida.
El hierro sufre en lo hondo de la fragua encendida,
Pero hasta hoy nadie ha visto las lágrimas del hierro.

El poeta es el astro de su propio destierro.
Él tiene su cabeza junto á Dios, como todos,
Pero su carne es fruto de los cósmicos lodos
De la Vida. Su espiritu del mismo yugo es ciervo,
Pero en su frente brilla la integridad del Verbo.
Cada vez que una de esas columnas, que en la historia
Trazan nuevos caminos de esfuerzo y de victoria,
Emprende su jornada, dejando detrás de ella
Rastros de lumbre como los pasos de una estrella,
Noches siniestras, ecos de lúgubres clarines,
Huracanes colgados de gigantescas crines
Y montes descarnados como imponentes huesos:
Uno de esos engendros del prodigio, uno de esos
Armoniosos doctores del Espíritu Santo,
Alza sobre la cumbre de la noche su canto.
[La alondra y el Sol tienen de común estos puntos:
Que reinan en los cielos y se levantan juntos.]
El canto de esos grandes es como un tren de guerra
Cuyas sonoras llantas surcan toda la tierra.
Cantan por sus heridas, ensangrentadas bocas
De trompeta, que mueven el alma de las rocas
Y de los mares. Hugo con su talón fatiga
Los olímpicos potros de su imperial cuadriga;
Y, como de un oceano que el sol naciente dora,
De sus grandes cabellos se ve surgir la aurora.
Dante alumbra el abismo con su alma Dante piensa.
Alza entre dos crepúsculos una portada inmensa,
Y pasa, transportando su empresa y sus escombros:
Una carga de montes y noches en los hombros.
Whitman entona un canto serenamente noble.
Whitman es el glorioso trabajador del roble.
Él adora la vida que errumpe en toda siembra,
El grande amor que labra los flancos de la hembra;
Y todo cuanto es fuerza, creación, universo,
Pesa sobre las vértebras enormes de su verso.
Homero es la piramide sonora que sustenta
Los talones de Júpiter, goznes de la tormenta.
Es la boca de lumbre surgiendo del abismo.
Tan de cerca le ha hablado Dios, que él habla lo mismo

Aquella gran columna se ha poblado de voces:

«Las cosechas proficuas esperan nuestras hoces,
Los metales, esclavos de inmutable obediencia,
Trazan la ruta. El indice severó de la ciencia
Señala el paraíso de la grandeza humana;
El yunque y el martillo, sí; mas no la campana.
La razón es el lábaro del ideal eterno;
La razón que no admite ni el cielo ni el infierno.
Dios es un viejo amo, desterrado monarca
Que agoniza en la inmensa desolación de su arca.
—Substituir la noche por la aurora, y el falso
Culto por la evidencia de la luz; y el cadalso
Por el libro; ser astro, ser cumbre, ser progreso;
Sentir sobre la frente la dicha como un beso
Floral; prender al flanco de la tiniebla el rayo
Cual flamíjera espuela; contradecir el fallo
De los siglos; dar cimas á la conciencia augusta;
Romper los viejos moldes de la creencia injusta;
Confiscar á la sombra su vasto calabozo;
Anegar las tinieblas en un vasto alborozo;
Deshacer para siempre las coronas de espinas;
Sembrar modernas rosas sobre el altar en ruinas;
Desencajar las claves del formidable techo
Que encubre la sombria negación del derecho;
Bautizar con vitales perfumes toda frente;
Esprimir frescas uvas sobre el deseo ardiente;
Desafiar las borrascas con la altivez de un cedro
Secular; pedir cuentas á César como á Pedro
—«César que mata y Pedro que miente»!—alzar la mano
Hasta la consagrada mejilla del tirano,
Y con el mismo esfuerzo que inicie la venganza,
Ante el culto de muerte proclamar la Esperanza:
¡Hé aquí el nuevo dogma! Dios, lacerante yugo,
Es el primer tirano y es el primer verdugo,
La libertad le niega, la ciencia le suprime:
La libertad que alumbra, la ciencia que redime.
A destronarle, picas! Guerra á Dios! Muerte al mito!

—Mas ¿con qué váis, entonces, á llenar lo infinito?

No! la fe es la suprema reveladora. El mundo
Es un milagro eterno de fe. Lo que es fecundo,
O luminoso, ó bello amor, estrella, rosa—
Certifica el imperio de una ley misteriosa
Que combina la trama de los destinos, y hace
Converger los esfuerzos de todo lo que nace
Sobre un eterno foco que ejecuta y que piensa,
Tal como el haz de músculos de una derecha inmensa.
La fe es una montaña llena de precipicios.
En sus cavernas moran las larvas de los vicios:
Lo negro es lo monstruoso. Su cuesta es agria y dura.
En todas las montañas sólo la cima es pura.
La cima es el esfuerzo visible del abismo
Que lucha en las tinieblas por salir de sí mismo.
El alma tiene una: Dios. Si el alma descuella
Sobre su propio vuelo, se reconoce en ella.

Pueblo, sé poderoso, sé grande sé fecundo;
Abrete nuevos cauces en este Nuevo Mundo;
Respira en las montañas saludables alientos;
Destuerce los cerrojos del antro de los vientos;
Recoje las primicias de los frutos opimos.
Cíñete la corona de espigas y racimos;
Desarma la muñeca y el calcañar del fuerte
Cuyos sobacos huelen á bravío y á muerte;
Funda en las nuevas aras los dogmas fraternales
Noblemente rodeados de nimbos siderales;
Borra de tus encías la hiel de todo insulto;
Y haz que las hostias sean, en tu moderno culto,
No de carne sangrienta sino de dulce trigo.
El Tío Sam es fuerte. Arraigada en su ombligo
Tiene la cepa de Hercules. En su vasta cabeza
Hay no sé qué proyectos de una informe grandeza:
Aprende el recio canto que esfuerzan sus martillos;
Muerde con sus tenazas la cuña de tus grillos;
Pon en las férreas ancas de sus locomotoras
Una gigante carga de nubes y de auroras;
Desflora con su hierro las cumbres familiares;
Y alzándote desde esos gigantescos altares,
Proclama á Dios, en frente de las excelsas lumbres
Del Sol. Los arrabales del cielo son las cumbres.
Castiga si hay infamia que castigar: nivela
Los antros, no las cimas; alza tu blanca vela
Sobre el egregio mástil de la fé; tiende al viento
Como un plumaje de oro todo tu pensamiento,
Y abre á la aurora tu alma como un bosque armonioso,
El astro de tu suerte flota en lo misterioso.
Algo, como una sorda germinación que abraza
Con sus potentes vástagos la carne de la Raza,
Algo que sobre el monte de tus espaldas pesa
Cual la triunfante garra de un cóndor que hace presa,
Pretende libertarte de su peñón sombrío:
Salvadora borrasca que sacude al navío,
Obscuras expansiones del oculto renuevo,
Alas que se presienten en la eclosión del huevo......
Tú eres el arca errante del abismo. Tu frente
Es el lecho de sombra del ideal naciente
Los siglos te desean, pero tu alma está obscura
Todavía; la llama divina que fulgura
Sobre el total esfuerzo de las razas, no brilla
En tu cabeza. El arbol duerme aún en la semilla.
Mas la semilla en lo hondo del porvenir vegeta.
De ella surgirá este átomo, este sol:

Un poeta!

Un poeta? Es preciso. Dios no trabaja en vano;
Cuando sobre las cumbres del pensamiento humano
La noche se constela de lejanos fulgores,
Cuando las grandes lenguas del viento dan rumores
Inauditos, y cuando sobre esas cumbres flota
La inefable caricia de una armonia ignota,
La luz presiente al astro, la fe presiente al alma.

Dios trabaja en el seno de una inmutable calma.
Pero las grandes voces: el trueno, el mar, el viento,
Dicen las predicciones de aquel advenimiento.
—Yo escuché esas tres grandes voces: Dios ha querido
Que esas tres grandes voces sonaran en mi oído.
Dios ha dicho palabras á la hoja de hierba;

Pueblo del Nuevo Mundo, tú eres la gran reserva
Del porvenir. Tu grave destino que medita
El vasto pensamiento de la sombra, palpita
Como el feto de un astro futuro èntre el oleaje
De las Causas divinas. Tu frente alta y salvaje
Deja correr en olas pensamientos sombríos,
Tal como una montaña madre de muchos ríos.
Tus esperanzas, formas que en lo vago se mecen
Llenando excelsitudes luminosas, parecen
Una visión de torres bajo una alba dorada.
Allí está Dios. Su mano paternal levantada
Sobre el abismo, enseña las proficuas cosechas.
En su mirada de oro vibran sublimes flechas.
Su seno es inefable. Su poder no fatiga
Ni un pétalo de rosa, ni una antena de hormiga.
Vosotros los siniestros que le llamais tirano,
Vosotros los campeones del ideal humano,
Vosotros los intérpretes austeros de la Vida,
Vosotros los apóstoles de la razón deicida,
Los que quereis derecho, libertad, luz, aurora,
Para todo el que sufre, para todo el que llora,
Para todo el que piensa, para todo el que canta,
Oh admirables rebeldes de la luz: si os espanta
Que Dios reine en sus cielos, que su grandeza impere
En todo lo que vive y en todo lo que muere,
Que su palabra, llena de celestes cariños,
Cubra de bendiciones las cunas de los niños,
Que el trueno de su boca desarraigue los montes,
Que el fulgor de su gloria llene los horizontes,
Que el rayo de sus ojos omnipotentes, vibre,
¡Dejadle, por lo menos, que sea un hombre libre!...

—Los astros centelleaban de furores divinos,
Y daban fuertes sones como un bosque de pinos
Flameantes, cabalgado por el huracán, sones
Que flotaban cual nubes sobre los escuadrones
De aquella gran columna blasfema. El mar oía,
Oía la montaña, la selva, el antro, el día,
Presintiendo un cercano temblor de cataclismo
Ante esas formidables alarmas del abismo.
Aquellos sones eran las palabras de una ira
Tenebrosa que hablaba como el viento en la lira.
«¡El alma está en peligro!» clamaban. Desde el cielo
Caían sordas lágrimas de sangre y luz; el duelo
De las sombras pesaba sobre la tierra inerte
Como un arbol sobre una meditación de muerte.
La Cruz austral radiaba desde la enorme esfera
Con sus cuatro flamígeros clavos, cual si quisiera
En sus terribles brazos crucificar al polo.
En medio de aquel trágico horror, yo estaba solo
Entre mi pensamiento y la eternidad Iba
Cruzando con dantescos pasos la noche. Arriba
Los astros continuaban levantando sus quejas
Que ninguno sentia sonar en sus orejas.
Rugían como bestias luminosas, heridas
En el flanco, mas nadie sujetaba las bridas;
Nadie alzaba los ojos para mirar aquellas
Gigantes convulsiones de las locas estrellas;
Nadie les preguntaba su divino secreto;
Nadie urdía la clave de su largo alfabeto;
Nadie seguía el curso sangriento de sus rastros....

Y decidí ponerme de parte de los astros.

LEOPOLDO LUGONES

Argentino

LA NOCHE

Era una noche tropical de aquellas
En que todo es amor y poesía:
Eclipsando las pálidas estrellas,
En el alto zenit resplandecía.

Hermoso globo de marfil, la luna
Y el puro azul del cielo abrillantaba:
En el terso cristal ráfaga alguna,
Ni un leve copo de algodón flotaba.

¡Qué claridad tan plácida y suave!
Nada por cierto que envidiar tendría
Sino la intensa luz, el calor grave
Al esplendor magnífico del día!

La quietud, el reposo y el beleño
Brindan la calma y el solaz profundo:
Y los dioses seráficos del sueño
Pliegan los ojos del cansado mundo.

Del céfiro deleitan los halagos:
Entrreaben las flores sus corolas
Aduérmense las aguas en los lagos
Y se acarician flébiles las olas.

Se esparcen por los tibios horizontes
Ligeras sombras, vaporosas brumas
Corren vagos rumores por los montes:
En las cascadas brillan las espumas.

Ilumina su faz el tosco muro:
En perfumeros tórnanse las flores:
En las alas del aire, terso y puro,
Van disueltos balsámicos olores.

Vienen del mar las refrescantes brisas
Las cabañas divísanse á lo lejos
Del blanco campanario las cornisas
Son, á los rayos de la luna, espejos.

Por el aura los árboles mecidos
Del jardín en los cuadros deliciosos.
Dibujan en los céspedes floridos
Reflejos de la luna temblorosos.

Noches de los coloquios y paseos
En que suenan las arpas por sí mismas,
Y coronan de luz nuestros deseos
De la ilusión los misteriosos prismas.

Noches en que los ojos visionarios
Descubren otros mundos y otras vidas:
Y del alma en los viejos relicarios
Renacen las memorias bendecidas.

Noches son de esperanzas y embelesos
Cuando al muelle susurro de las palmas,
De los labios escápanse los besos,
Electrizadas búscanse las almas.

Horas son las más gratas del planeta......
¿Quién entonces no siente un vivo anhelo:
Quién no ambiciona entonces ser poeta
Y volar por los cármenes del cielo?

¡Qué bella noche para andar á solas
Por el jardín sin rumbo dos amantes!
¡O en leve esquife sobre mansas olas
En plática feliz bogar errantes!

Para estar en las ruinas quejumbrosas,
Viajeros de la vida, recordando
El triste fin de las humanas cosas
Y en la historia del mundo cavilando.

¡Qué bella noche para andar dichosa
Por las desiertas calles sin testigos,
Al són de la guitarra melodiosa,
La comparsa de jóvenes amigos!

¡Y al pie de las ventanas entreabiertas
Dar música á las niñas de su encanto,
Mientras desde su lecho ellas despiertas
Con gusto escuchan el alegre canto!

¡Qué bella noche para estar contentos
Bajo los corredores alumbrados,
Del padre oyendo los sabrosos cuentos
En su torno los niños agrupados!

¡Para mirar la luna cómo brilla
Sobre las olas de la mar risueñas,
Sentados pensativos á la orilla
En solitarias y lucientes peñas!

¡Para oír los rumores que, perdidos,
Llegan en alas del nocturno viento,
O en la quietud inmóvil ver dormidos
Los altos murallones del convento!

¡Qué bella noche para alzar la mente,
¡Oh Tierra! de tus míseros abrojos,
Y volver al espacio refulgente
Del angustiado corazón los ojos!

¡Para en transportes nobles y benditos
Dirigir hacia el bien el sentimiento;
Y en medio de los cielos infinitos
Levantar al Creador el pensamiento!

RODOLFO MENÉNDEZ.

LA NOCHE

(Ultimo de la colección de cuatro grabados)

LOS MAS FUERTES

POR GEORGES CLEMENCEAU—ILUSTRACIONES GRABADAS EN NUESTROS TALLERES.

Número 4

El invierno tiene también su poesía: la de la lucha contra los elementos ingratos del cielo y de la tierra; el melancólico sufrimiento de todo lo que se marchita, y la convicción de que al fin de la lncha está la victoria. Todo esto es más hermoso que el adormecimiento abrumador bajo los rayos de un sol de estío.

Puymaufray se lo hacía notar á Claudia, y esta encontraba la conclusión de que en este mundo todo va perfectamente bien.

Claudia se maravillaba de las aves de paso que rápidamente hendían el viento para ir en busca de mejores climas.

—Vea vd. padrino, si hasta puede decirse que piensan.

—Si, niña, pero pensar no es su más ruda tarea. A nosotros nos pasa lo contrario.

El herido estaba sentado junto á las cenizas del hogar, la mano bajo las vendas ensangrentadas, y parecía haber tomado filosoficamente su desgracia.

—Podré trabajar todavía, dijo, y luego añadió con sincera alegría: y sin embargo, ya estoy exento del servicio militar.

Como Claudia lo había previsto, el enfermo no carecía de nada. Acaso la madre expresó su gratitud por la visita que recibía, con palabras y acciones de servil humillación; pero ¿cómo guardar el punto medio, cuando se depende de otro de un modo absoluto?

La alegría que causó al joven poder librarse del cuartel, desagradó á Claudia que al regresar á Santa Radegunda se lo dijo así á Puymaufray.

—Esta ausencia de civismo, respondió el padrino, no me es simpática; pero, dime: ¿qué conoceríamos de los verdaderos sentimientos de esas gentes, si la educación les hubiera dado el barniz de la hipocresía? Estos siquiera se presentan, tales como son, en tanto que otros cuya manera exterior de ser te agrada, son comunmente peores. Y además, el infeliz que en tiempo de paz halla el servicio militar como una carga abrumadora, acaso llegaría en la oportunidad de una guerra, á la altura de los héroes.

Habían vuelto al camino y andaban rápidamente como se hace en invierno, cuando un tilbury que venía en sentido contrario se detuvo de pronto. El Conde Armando Hauteroche que descendió de él era un gentil hombre de buena casa cuyos antepasados se habían distinguido en las guerras legitimistas. Un rústico en el sentido más lato de la palabra, desprovisto de toda cultura, gran cazador y buen ginete, que gastaba alegremente el resto de su fortuna en las tabernas, cambiaba chanzonetas con las arrendatarias en ausencia de sus maridos y cantaba coplas picantes con los campesinos en las férias.

Puymaufray experimentó una sorpresa desagradable al verlo que trataba á Claudia con familiaridad, pues no sabía hasta qué punto era bien visto Hauteroche en Santa Radegunda, y aumentó su disgusto cuando el recien venido anunció con desparpajo que iba á compañarlos hasta el castillo. Esto era tanto como invitarse á almorzar. La joven no pareció contrariada, y el paseo terminó entre las banalidades de una sosa conversación sobre el frío del invierno y los placeres del campo. La acogida de Domingo no fué de lo más cariñosa, pues aún recordaba que Enrique habló mal de la Sra. Fourchamps cuya gracia le parecía encantadora.

Por otra parte Hauteroche monopolizó la atención de Harlé refiriendo una cacería, relato complicado que constituyó lo esencial de la conversación durante el almuerzo. Se veía que el gentil hombre deseaba agradar, y para ello desplegaba una facundia empalagosa.

A la hora del café, junto á la estufa, Harlé se desquitó tomando la palabra y diciendo:

—Querido Conde: esas carreras de monteria son de lo más hermoso del mundo, pero ¡vamos! usted no piensa sino en ir en pos de las bestias. ¿Y no ha reflexionado usted que también yo soy cazador á mi manera? Sin tener necesidad de cabalgar por el hielo y por el fango, lanzo mi jauria de obreros á la conquista del mundo. Este es un género de *sport* bastante interesante ¿no es verdad? Y además yo no destrozo inutilmente, sino que cobro un tributo como los antepasados de usted, y esto me resulta más provechoso.

El otro no se apresuró á contradecir aunque le enojó oír que se comparaba á sus abuelos con un fabricante de papel, pues por muchos que fueran los avances de éste había que ser indulgente con sus millones, sobre todo cuando estaban acompañados de una niña casadera.

Claudia presentaba cumplidamente al Conde homenajes de admiración por sus famosas cacerías, en tanto que la señora María Teresa explicaba á Puymaufray los milagros de *Nuestra Señora de la Fábrica* que disciplina el obrero para la celeste vida sin descuidar disciplinarlo para la vida de la tierra.

Hauteroche, por lo que manifestó mayor admiración, fué por la magnífica gruta de donde una poderosa bomba de vapor hacía brotar un torrente de agua sobre los pececillos de un estanque inmenso. Esto le parecía la más alta expresión del arte y expresaba su asombro á gritos.

—Quisiera ser patrón, exclamó de súbito en un arrebato de entusiasmo.

—Lo creo; dijo Harlé aparentando modestía, pero no es tan sencillo mi puesto como parece.

—Esta vez el descendiente de los legitimistas encontró que el burgues sobrepasaba los límites de la conveniencia; y pretextando que le aguardaba una cita para ver unos caballos, se despidió. Cuando pasó del enverjado iba cruelmente dividido entre su dignidad lastimada y la alegría de los vinos generosos que se compran con los productos del comercio de papel.

Domingo tomó del brazo á Enrique diciéndole:

—Y bien, ¿no dices nada? Apuesto cualquier cosa á que estabas soñando en una bella condesita de Hauteroche que podría llamarse....Claudia por ejemplo.

—Estas loco!

—Pues yo lo he pensado así. El Castillo de Hauteroche es hermoso y en él haría yo una morada de príncipes.

Sin olvidar la cueva ¿verdad?

—Si, ya sé que el Conde se encanalla un poco, pero mi dinero lo haría recobrar pronto la fiereza de su raza. Y..figúrate, mi poder aumentado por el prestigio del nombre....

—¿Y conmigo, papá, no tiene que ver ese asunto? ¿Ningún papel me corresponde en la combinación?

—Tu eres el todo en ella y no me guía otro pensamiento que el de tu felicidad. Tienes cuanto se puede ambicionar, excepto un nombre ilustre. Lo tendrás. Atrévete á decir que no has guiñado el ojo en son de conquista al Conde!

—Pues me atrevo á decirlo. El nombre es hermoso. es verdad, y aun habría yo hecho los guiños que dices, á fuerza do oír á la señora María Teresa ponderar las grandezas de la noble casa, pero sería ir muy de prisa; tengo apenas veinte años y pienso que no me faltarán ni tiempo ni oportunidad para hacer mi elección, tarea que me corresponde á lo que creo.

—Así es hija mía, pero yo desconfío de París. Los vicios son allí mas temibles y sobre todo más costosos que en el campo. Lo que hay de malo en Hauteroche es que está muy prendado de su legitimidad, pero hoy le dí su leccioncilla que no se le olvidará. Es forzoso que se vaya republicanizando.

¿No han observado ustedes, insinuó dnlcemente Puymaufray, que están discutiendo el matrimonio como una combinación industrial?

—No serás tú quien venga á reformar el mundo, contestó Harle duramente. Si en la vida imperan las cuestiones de interés, ni tú ni yó podemos remediarlo. Mi deber es reunir para mi hija todas las condiciones de felicidad, entre las que figura en primer término el engrandecimiento de los suyos. Lo demás, depende de ella.

—Y soy capaz de salir del trance tan bién como cualquiera otra; pero te advierto de antemano, papá, que defendere mi opinion.

—Naturalmente—Pero no rehúsarás seguir los consejos de la señora de Fourchamps.

Y como Puymaufray no pudo reprimir un gesto de disgusto, Harlé que lo observaba agregó.

—Vamos, Enrique, no te pongas en ridículo. Es increible que un parisiense de raza se haya vuelto tan provinciano. Quién sabe mejor que tú los rejuegos de París? Tienes algo contra la señora Fourchamps, y eso es todo, pero no la juzgas sin pasión. La vizcondesa es bella, amada y distinguida por todos, y si lo que se le reprocha fué verdad, no sería sino más admirable á mis ojos porque tuvo bastante poder propio para humillar á toda la nobleza haciéndola comparecer en sus bailes de señoritas. Ya ves que no me derrotarás en ese terreno, á mí que nada conozco más bello que la fuerza. Por otra parte es tamos esperando á la señora Fourchamps y pienso que no vas á intentar comértela, aunque me tranquiliza la convicción de que ella no se dejaría.

—Y cuando llega?

—Pasado mañana. Pero me están llamando. Adios.

—Claudia, te habías propuesto ir hoy á almorzar conmigo ¿Quieres que te espere yó mañana?

—Sí, padrino, con mucho gusto.

Caía la tarde. Al paso lento de su caballo, abandonadas las riendas, Enrique como siempre meditaba tristemente. La batalla iba á ser más ruda aun de lo que se había imaginado. ¿La señora Fourchamps, Domingo y Claudia ¡Claudia tam-

bién! no son demasiado contra él que solo tiene á la muerta de su parte?

IV

Cuando al día siguiente el *poney* hizo su entrada en el patio mayor de Puymanfray, Enrique que había estado esperando en su ventana, descendió con paso resuelto como un luchador que se lanza á la arena. Desde su ventanilla Naneta observaba y al descubrir la cara angulosa de la señora María Teresa amoratada por el frío apesar de los abrigos, le disparó con la mirada dura y los dientes comprimidos algún deseo nada cristiano, como bala de bienvenida.

Sin embargo Claudia y el Marques, del brazo riéndose y con aspecto de alegría como dos enamorados franquearon la entrada hasta el salón y cuando Naneta llegó allí, dos besos juveniles le acariciaron las mejillas.

—Buenos días, Naneta ¿que habrás pensado de mí? Tres días sin venir ni enviar noticias. Eso no se perdona. ¿Y creeras que mi padrino no me hizo ayer ni un roproche y que yo no anticipé mis excusas para no mentir?

Entonces, señorita no hay que volverlo á hacer Las buenas amistades no son comunes, y un padrino como el que usted tiene, no está nunca suficientemente bien amado. Ya sabrá usted esto más tarde.

—Si veniste para sermonearnos, bien puedes regresar á tus quehaceres, le dijo Puymaufray. A bien que la señora María Teresa está helada, llévala junto á un buen fuego, mientras nosotros vamos á pasear al jardín.

Y Claudia y su padrino bajaron al severo y hermoso parque de Puymaufray. Claudia le tenía cariño y comprendía por instinto que el falso jardín inglés de Santa Radegunda con sus rocas artificiales, sus ríos blanqueados por la pasta de la fábrica y las cifras de Harlé pintadas de rojo y blanco entre los hierros de la puerta de honor, no eran la última expresión de la elegancia. Sin embargo habría querido más corrección en el Parque de Puymaufray.

—Padrino, dijo, esto es en verdad muy bello helado y con estos resplandores que deslumbran. Pero no sería mejor si se le pudiese suprimir algo de esa vegetación salvaje?

—Sí, mi vida, se podría gastar mucho dinero para que volvieran á las bellezas del pasado todos estos encrespamientos de selva pero como prodigué en otras cosas mi fortuna no puedo hacerlo, y además hallo cierto encanto en este abandono de la naturaleza. Es como una bienvenida anticipada de la tierra que me espera. Tú no puedes comprender esto. Si exprimiera un poco á mis arrendatarios, ó quitara mis tierras á algunos campesinos que viven en ellas, podría hacer esos gastos y otros mayores, pero no sé hacer eso; me pagan con rosas en la primavera y con sonrisas siempre y estoy en mi negocio!

—Usted es muy bueno, padrino.

—Soy hombre y eso es lo que gané al arruinarme. La riqueza aisla el corazón, suscita en torno del rico odios de egoismos vencidos y le trae vanaglorias de egoismo vencedor. Si fuera yo industrial como Harlé, cifraría como él mi gloria en aumentar dividendos superfluos á costa de las mezquindades de insuficientes salarios; pero como no soy más que feudal caído, me río de las cóleras de Naneta cuando mis feudatarios vienen á pillarme las frutas ó las legumbres.

—Pero no los excusará Ud. sinembargo!

—Pues sí los excuso. Aunque hago poco por ellos, tengo una gran idea de mi generosidad en tanto que á su juicio lo que les doy es poco en comparación de lo que les podía dar. La diferencia de puntos de vista ocasiona estos errrores.

—Pero no debemos privarnos de todo por los demás.

—Tranquilízate; no me quedaré sin tener que comer. Lo que desearía que comprendieras es que fuera de la humanidad especializada, deformada por la riqueza y que se te ha hecho conocer con el nombre de el mundo, hay otra humanidad más vasta, deformada también pero por la miseria y hácia la cual tu posición te obliga á acercarte con indulgencia. Esta humanidad está muy cerca de tí, hija mía, y un revés de fortuna te haría descubrirla desde luego. En lugar de volverle la espalda, ve á buscarla con los brazos abiertos; y las alegrías que no te da tu vanidad de clase, las encontrarás en tu conciencia.

—Péro nosotros hacemos el bien. Papá lo hace.

Sí, con su cuenta de debe y haber pues entra en los gastos de explotación. Se pone en regla con la Junta de Socorros de su Curato y luego redobla las extorsiones sobre los mismos para cuyo auxilio contribuyó. No sabe esas palabras amistosas que llegan al corazón, pero no es por culpa suya, no ha tenido oportunidad de sufrir. Y si se arruinara......

—¿Y á mí me desea Ud., padrino, esa oportunidad que dice?

—Tal vez. ¿Qué más necesitarías tú que estas tierras que al fin serán tuyas? Los millones te harán más daño del que tú te imaginas, porque te convertirán en una cosa artificial muy bella, con el alma falseada irreparablemente si no te sabes defender de esa deformación. También yo fuí millonario y también hice muchos males sin tener conciencia de las ocasiones de bien que se me presentaban; una eventualidad me arebató del abismo y empecé á ser hombre.

Claudia oía sin entender y se sentía atraída, retenida por la fuerza de un amor verdadero en extraña rebelión contra todas las cosas de donde le venían promesas de placeres. ¿Qué le quería esta afección feroz que le deseaba la ruina? Mil preguntas le venían á los labios y no se atrevían á traducirse en palabras. Puymaufray despechado por esta muda resistencia, comprendió que su falta consistía en querer hablar á la razón en vez de acudir al sentimiento y no hallaba como empezar. Los dos se amaban bien pero se comprendían mal, y trabajados por el tumulto de sus pensamientos y en desacuerdo mutuo, acabaron por callar.

La campana del comedor los despertó bruscamente. Claudia dió un salto de chiquilla y se arrojó al cuello de Puymaufray.

—Padrino, dijo, yo le amo á usted como me ama y veo que le aflige mi manera de ser, por más que está conforme con las inspiraciones de cuantos me rodean. Debo estar equivocada. Pero papá me dice cosas muy diferentes, apoyándolas con ejemplos diarios. Sea usted indulgente con mi mala cabeza y...... á besarme.

Dos besos sellaron la tregua y padrino y ahijada fueron á unirse á Naneta y María Teresa, que parecian conversar amistosamente al pié de la escalera.

Naneta no había perdido el tiempo y en vez de perderse en vanas escaramuzas, había emprendido la tarea de insinuarse en el favor de la política señora, cuya superioridad intelectual se complacía en proclamar. La astucia jesuítica debía rendir las armas ante la sagacidad campesina y Naneta recibiría las confidencias que, según los designios de la señora María Teresa, debían permitirle influir en el espíritu del Marques. Toda la mañana la rústica había estado oyendo las historias de la casa de Hauteroche para finalizar por este arranque de ingenuidad:

Pues la señorita Claudia haría una linda condesa!

—Eso es lo que quiero, contestó la otra.

El almuerzo fué alegre. Las últimas palabras de Claudia habían deslizado rayos de sol al corazón de Puymaufray y, la niña feliz con una dicha que venía de ella, se entregaba ingenuamente á la alegría.

Cuando quedaron solos junto á la mesita en que se sirvió el café, se contemplaron un rato en silencio y luego exclamó Claudia derrepente.

—Vamos, padrino, dígame usted ahora qué quiere de mí.

—Que tú seas tú, es decir, una alma recta, un corazón bueno, en vez de dejarte ganar por las malas tentaciones que te asedian.

Tu padre te ama, no lo dudo, pero te ama por él en tanto que yo te amo por tí! Tiene ambiciones de capitales y de grandezas, á las cuales te asocia creyendo beneficiarte. Quiere que seas instrumento para su dicha y la tuya; y ... ¿qué harás entre todas esas magnificencias? Ya lo sé: fastidiarte después de fugaces placeres que agotarás, tratando luego en vano de revivirlos. Con el espíritu estragado, el corazón vacío, ¡quién sabe á qué locuras puede lanzarte la necesidad de extender tu dominación de beldad, tu poder de riqueza! Ya has visto de París cuanto puede ver una niña, se te ha paseado por Italia antes de que pudieses comprenderla y arrojando al aire la bella flor de tus sorpresas, te han robado la alegría de desear. Busca algo que pedir y no lo encontrarás. ¿Qué esperas del matrimonio? Satisfacciones de vanidad ¿y luego?

—Entonces ¿es Hauteroche el que trae á usted preocupado? ¿Será una desgracia muy grande llegar á vizcondesa? Usted es Marqués, padrino y eso en nada le perjudica.

—Yo no ridiculizo á la nobleza, sino que la juzgo: es todavía un adorno que ansían los millonarios. Mi abuelo Panetier que compró con su dinero el nombre de mi padre, enriqueció vendiendo á los soldados del segundo imperio zapatos con zuelas de cartón. El fundador de mi raza debe haber sido no hace muchos siglos, como lo indica mi nombre, un pastor nada limpio. Yo quisiera enseñarte la cabeza de un antepasado de los Montmorency solamente del tiempo de César, y verías de que inauditas mezclas hemos venido á resultar. Hauteroche mismo....

—Pero padrino, si no quiero casarme con Hauteroche.

—Nunca pensé que dejarías que te casaran con ese borrachin, y sin embargo, no lo has desanimado y aun te has dado la pena de ocultarme sus intenciones. No dudo por otra parte que harás una gran tontería si tomas por consejero á la señora de Fourchamps para gùiar tu elección como pretende tu padre. Esta mujer no vendría mañana á Santa Radegunda si tu madre viviera.

No se me impondrá la señora de Fourchamps, padrino; elegiré por mi misma y no sin el conocimiento de vd. se lo juro!

—Oh! Claudia, qué bien has comprendido lo que era necesario decirme. Tu no sabes todo el cariño que hay para tí en mi corazón.—Yo quisiera que seas verdadera mujer y que te enamores siendo amada, porque el amor conduce á la bondad. Eso es lo que puede hacer que estes contenta de ti misma, lo cual es superior á todas las eventualidades de la vida. Oyeme! Nadie te habla de tu madre y yo mismo no lo hago sino temblando: pero ha llegado una hora decisiva y es fuerza que elijas entre los placeres vulgares que no son más que apariencia y las alegrías humanas, las verdaderas, las de la vida dignamente empleada. Ya te lo he dicho, yo viví mal hasta el día en que la admirable criatura que fué tu madre me abrió los ojos y por la vergüenza del pasado y por mis sufrimientos, me hice mejor. La humanidad me parecía en aquellos tiempos que estaba tan alejada de mi como si perteneciera á otro mundo.... así te sucede....! pero luego ví que no es cierto; que todos estamos estrechamente unidos y que es fuerza ayudarnos. Mañana viene el dolor para tí y buscarás el consuelo en una palabra amiga. Si del resto de mi vida maléfica salvé algo noble y generoso á tu madre lo debo: yo le debo todo. Y puesto que espantoso destino la arrebató á los deberes que hoy desempeñaria para contigo, necesito pagarle mi deuda si tu quieres....¿Me has comprendido?

—Oh, padrino! Nunca me había vd. hablado así.

—El peligro me da valor. Escucha. Cuando tu madre murió yo recibí con ella el golpe fatal; y cuando se agitaba en las convulsiones de la agonía, algo leyó en mis ojos y me rogó que viviera yo para Claudia. Esa fué su última voluntad y la he cumplido, y mírame, procurando redimir en tí lo que ella puso de su alma, porque tu eres su carne, su corazón y no puedes haber degenerado. Pero el mundo tiene poder para arrancar del buen camino á las almas buenas; y esos mismos que creen amarte serán arrastrados y te arrastrarán á los prejuicios de que su espíritu está colmado, á los errores que traeran más tarde la expiación. Y yo que lucho por recobrarte y que día por dia he luchado veinte años, resultaré inhabil ó cobarde, inferior á la misión que tu madre me encomendó, al caer vencido como lo temo, solo contra todos, en resistencia desesperada contra la coalición de los más fuertes. Pero al sentirme abandonado, una fuerza hace brotar de lo mas profundo de mi alma el nombre de aquella que te ama con mi ternura y esto me empuja al combate. Tu buen corazón se torna á ella, déjame creerlo al llorar por lo que he sufrido: y al verte llorar también, déjame concebir dulces esperanzas. Es que tu madre vuelve y está dentro de nosotros.

Y los dos sollozando se oprimieron en estrecho abrazo, como para no separarse nunca más.

—Bendita sea esta hora Padrino dijo al fin Claudia. No soy más que una chicuela. ¿Con qué poder irresistible de amor me ama usted para hablarme como lo ha hecho? Y yo, frivola y tonta, ingrata, no conocía esto y había cerrado mi corazón para no recibir al de usted tan grande y tan noble. Perdón! Diga usted que me perdona.

—No puedo decir sino que te amo.

—Dígalo usted.

—Pues bien, sea, te perdono.

—Y yo le obedeceré siempre, como si también fuera mi papá.

En tanto que Puymaufray al oír esta palabra se extremecía con un delicioso terror, ella continuó.

—Mire usted, yo no soy mala y siempre mi primer movimiento es buscar el cariño protector de usted. Solamente que. . usted padrino, está siempre triste en este mundo que es regocijado y hermoso.

—Eso crees?

—Eso, y no puede usted admirarse de que yo vea feliz al mundo. No pienso que estime usted justo encerrarme en Santa Radegunda. Papá me facilita todo y usted se alarma por el porvenir. Tal vez tenga usted razón. ¿Pero como no he de estar agradecida al presente que se porta tan bien conmigo? Todo me rie, todo me ama. ¿Que vendría bien un poco de desgracia? No tentemos al destino. Déjeme usted que intente ser buena sin pasar por la prueba del sufrimiento, y aunque sea dificililllo se andará contando con el apoyo de usted. Mi padre me ama á su manera y me quiere triunfadora con sus riquezas para que sea yo un elemento fuerte de su prosperidad. No es posible cambiar su carácter. ¿Por qué no aprovechar el espectáculo de brillo que sus éxitos atraen y retienen en torno mío? Yo sé que mis millones son más codiciados que mi amable personita, pero la comedia es alegre y me quiero divertir. Los placeres no son malos en sí; el peligro es que se apoderen de la vida. Pero con usted no corro ese riesgo, porque permanecerá á mi lado como conciencia intransigente y vigiladora. Yo le contaré todo, reiremos y lloraremos juntos como personas que se aman bien, y eso es lo mejor.

¡Qué cuadro de felicidad sobrehumana! Mucha dicha después de muchos sufrimientos. ¿Pero cómo resistirse?

Si Domingo no hubiera estado tan distraído con la fábrica, hubiera observado á la hora de comer, en Santa Radegunda, los ojos brillantes, el hablar breve y nervioso y el raro acento de alegría de su amigo. El no se inquietaba por eso pues conocía las expansiones de la ahijada y el padrino y no veía en sus ensueños de un día más que una nueva razón para redoblar sus esfuerzos.

Por su parte Puymaufray, seguro de Claudia sentía frente á Harlé algo como escrúpulos de abusar de su victoria.

A su regreso, á media noche, revivió las impresiones del día en su conversación con Naneta la cual había creído abrumarlo con el peligro de Hauteroche.

—La niña es nuestra, decía abrazando á Naneta regocijado. He vencido por Clara y para Clara. Le devuelvo á su hija salvando en ella lo que quedaba de la eterna ausente.

Esa noche casi no durmió. Cada gesto, cada inflexión de voz, cada palabra de Claudia, volvían á la memoria de Puymaufray vertiendo sobre los antiguos sufrimientos, caricias de una voluptuosidad profunda. El buho de siempre cantaba ahora la esperanza en los ensueños nocturnos, y proclamaba la victoria de lo invisible contra Domingo vencido. Entonces una piedad generosa surgía del alma del vencedor, pensando que la fatalidad había hecho su víctima á aquel fuerte entre los fuertes.

V.

La señora de Fourchamps fué acogida en Santa Radegunda con honores de Reina, lo cual convenía á sus inclinaciones, De nacimiento menos que mediocre, había recibido del cielo el don de la dominación sonriente. Llevaba veinte años de venir reinando por su beldad y su gracia, dulcemente acompañada de cierto desprecio indulgente por todo aquello que no gravitaba en su órbita. París tiene para sus reinas del teatro ó del mundo inauditos tesoros de adulación. Proclamada bella una mujer, aunque sea simplemente simpática, conserva su fama de belleza hasta los últimos desplomes de la ruina. Se ha visto á celebridades del Imperio brillar todavía en veinticinco años de la República. La Señora de Fourchamps no era de esas y sin embargo acudía ya al supremo recurso de los afeites y de las pinturas que acentúa las líneas y pone de relieve bajo el encanto de la sonrisa el implacable esfuerzo de la voluntad.

Después de haber sido sucesivamente morena y rubia, ahora era pálida como todas las hermosuras de este tiempo y hacía entre la juventud (de lo cual Claudia era testigo) propaganda de los afeites y colores conque ella se embadurnaba. Conservaba ojos bellos, radiantes de promesas que se encargaba de desmentir la imperiosa contracción de los labios. Su voz era de mando y el talle recto, y la fría corrección de las formas con cierta elevación altiva de la cabeza, imponían.

Su marido, uno de los turistas más famosos, las encontró en los Alpes y se declaró su adorador antes del regreso á Chamounix. Como no tenía más de veinte mil libras de renta, vendió sus tierras de Normandía para confiar á la que ya era su esposa, la inversión de su fortuna en mejores empresas.

El matrimonio se instaló con lujo en París y los capitales se colocaron con tan buena fortuna que en breve aumentó el lujo para evitar la maledicencia. Entonces fué cuando María de Fourchamps reveló su superioridad, pues rodeada de una corte brillante, puso todo empeño en procurarse apoyos. Los millones de Israel siempre listos para las autoridades mundanas fueron el primer elemento aprovechado y luego el de los periodistas mercenarios dispensadores de toda fama y vengadores de toda ofensa.

Los Fourchamps, á la verdad eran de nobleza dudosa; pero el alto favor de un Archiduque, apoyado por obsequios de dinero á ilustres amigos apremiados por el sastre, había puesto á la vizcondesa en contacto familiar con príncipes y monarcas. Al abrigo de tan sólidas murallas, podía desafiar y desafió en efecto al universo, desarmando con su gracia las maledicencias atraídas por su éxito insolente, sirviendo á todos, buena con quienes la ayudaban y no aplastando más que á los caídos.

Entretanto, Fourchamps otra vez atacado de su pasión por las montañas, seguía las huellas de Humboldt en el Chimborazo. Cayó un día el infeliz en un cráter y allí está todavía á pesar de las investigaciones de su viuda.

El duelo fué de una corrección rara. La educación mundana tiene de precioso que da los más adecuados medios para salvar todas las apariencias, á lo menos presentando la ilusión de que existen los sentimientos necesarios al buen orden y á las conveniencias de la moral pública. La vizcondesa tuvo pues más mérito, aislándose del mundo en una edad en que el precio de los años se hace sentir, y cuando una conducta menos severa le habría sido seguramente perdonada. Pero ¿qué sería dela virtud en la tierra sin una muestra que señale su valor total?

Un año entero la señora de Fourchamps vivió enteramente retirada en compañía del Barón Oppert á quien había encargado de sus intereses: y por un refinamiento de delicadeza que fué muy favorablemente comentado por todos, el barón mismo se abstuvo en ese año de la gran fiesta de flores que siempre daba al principiar Abril.

El baile blanco al que Harlé llevó á Claudia fué, terminado el duelo, una brillante vuelta al mundo de la vizcondeza después de su duelo. Parecería tal vez que se necesitaba cierta audacia para este golpe, pero la viuda no vaciló porque llevando los triunfos en la mano, la partida era segura. Ciertos nombres estaban conquistados y ellos arrastrarían al rebaño aristocrático, de manera que la asamblea virginal fué precidida desde muy alto con aparato de triunfo por la amiga del barón Oppert. Este por lo demás contribuyó con sus acciones al éxito de este gran día. pues á título de Judío convertido, contaba con el apoyo de la Iglesia. Ya con esto y con recordar que era fabulosamente rico, está dicho todo.

Samuel Oppert salió de Amsterdam como un aventurero; pero después de algunos tanteos atrevidos logrados en la Bolsa de París, tuvo una ráfaga de audacia tan arriesgada, que se la señaló con severos apóstrofes á la elocuencia judicial. Sin embargo, tal fué el éxito que, los tribunales no pudieron menos que callar ante la evidencia, y admirar la limpieza de Oppert que quedó como el armiño.

Más allá de la medida ordinaria, una falta considerable asentada sobre bases de audaz solidez, hace vano todo esfuerzo de reivindicación pública; porque cada uno tiende á la sanción de los hechos consumados, como garantía de conservación general.

Así fué como Samuel Oppert conquistó de pronto un lugar entre los que le despreciaban la víspera, y que por otra parte no podían sino hacer discretas reservas sobre el caso. El culpable mismo hubo de seguir la corriente del cambio verificado, tuvo la envidia que rendirse; y al apaciguarse las conciencias, vinieron el respeto y aun las alabanzas.

Por su parte el hombre no se envanecía de este éxito principalmente debido á su reciente conversión al Cristianismo, y practicaba sin ostentación después de haber franqueado con serenidad el puente de Moisés á Jesús. El encontraba muy razonable el cambio, porque las fórmulas de su nueva religión generalmente aceptadas, establecían sobre sólido fundamento las gerarquías sociales sin las cuales: decía él, la humanidad entraría en la confusión y el encanallamiento.

Harlé, con vista de la estimación que gozaba el barón en los círculos aristocráticos, no carecía de autoridades que oponer á los ataques de Puymaufray; y no por que necesitara de Opper para sus proyectos, sino porque tenía muy alta estimación de sí mismo para dejar de creerse igual á este rey del capital que con el capital todo había conseguido.

Sin conocer «las historias del barón» y sobre todo sin querer conocerlas, admiraba su fuerza y le respetaba como la manifestación de una alta personalidad humana. Pero á la vizcondesa era á quien iba toda su alma. Harlé sufría el poder de esta dominadora de voluntades, tanto más cuanto que esa mano delicada y bella en que con deleite y respeto posaba los labios, le abría poco á poco las puertas de ese mundo que se envanece de tenerlas cerradas para todo lo plebeyo, excepción hecha de las salazones de Chicago y otras.

Un misterioso proyecto incubado desde hacía tiempo, iba á colmar la gloria del industrial determinando en él una explosión de poder que le igualaría á los más grandes. ¿Pero qué vale esa soberanía sin la pompa del coronamiento social? Esta recompensa suprema, la vizcondesa la hacía aparecer ante los ávidos ojos del burgués circundándola en una aureola de gracia y beldad.

Un matrimonio que los buenos Padres Jesuitas se apresurarían á ayudar, podía poner á su disposición los abuelos supuestos de los Fourchamps. La aristocracia del dinero debía unirse para su mayor gloria á la nobleza desdorada, pues una traía el contingente de la posesión del mundo actual y la otra el ornamento de sus siglos de historia, marchándo unidas á plena luz bajo la dirección del Santo Padre. Se necesitaba de pronto ahogar la revolución y él era hombre apropósito para contener á las multitudes. Sus obreros le ayudarían, agruparía toda suerte de intereses, llevaría á la tribuna proposiciones prácticas que avergonzarían á los científicos, y las altas clases podrían rehacerse por él. La sociedad se reorganizaría de un modo fundamental y se sabría entonces lo que hay de voluntad y de fuerza en un jefe capaz de llevar á cabo la obra en que fracazaron otros que parecían más grandes.

Estos sueños que el papelero creía hundidos en lo más secreto de su conciencia, la señora Fourchamps los había penetrado sin esfuerzo desde hacía largo tiempo. En ciertos días de fatiga, ella se decía que la confusión de los tiempos podía hacerle necesario este fin. De todas las alegrías del mundo ¿qué le quedaría dentro de poco? Había hallado verdadero placer en el reinado de sus encantos, pero la belleza estaba á punto de decirle adios, y solamente le quedaría la inagotable satisfacción del poder.

Tener al industrial anhelante y siempre vacilando entre la esperanza y el temor, no era para ella más que un juego. Se encargó de servir de madrina á Claudia para su ingreso en el gran mundo y Harlé no pudo sino agradecer profundamente el favor. Por la niña, instrumento eventual de las ambiciones de su padre, ella exclavizaba al futuro hombre de Estado: pero desde que emprendió los preliminares de la empresa y aplicó su espíritu á ellos, sintió en Claudia y hasta en el mismo Harlé la resistencia lejana de Puymaufray. Este era el enemigo que era necesario quitar desde luego del camino; y como no conocía toda la autoridad del poder que le inspiraba temores, resolvió practicar un reconocimiento que la pusiera en aptitud de apreciar la situación con exactitud.

La más minuciosa averiguación sobre el pasado de Puymaufray no le reveló más que las leyendas de su arrebatada vida de París propias para apartarla del conocimiento del hombre que intentaba sondear. Nada podía despistarla tanto como las investigaciones en París, del misterio que había desterrado al fondo de su provincia al héroe de tantas alegres aventuras. Ni la desesperación de un amor no correspondido ni la pérdida de su fortuna, eran motivos aceptables. . . .

(Continuará)

La seduccion eterna

Desde el génesis del mundo asiste la humanidad á un tremendo y taimado combate, á un combate sin tregua. Es una gran batalla en la que el éxito es perpetuamente dudoso y perpetuamente inesperado.

Esta pugna secular se llama la pugna de los sexos.

¿No es cierto pues que los sexos se buscan á través del Universo? No es cierto que la palmera macho, sulamita solitaria, tiende el oro y la esmeralda de sus abanicos hacia la palmera hembra que se yergue, allá, lejos, en la gloria de los ocasos tropicales, y le envía el invisible beso que la fecunda?

¿No es cierto que en los nidos no hay cantos de cristal, ni en las [illegible] olas miel, ni rugidos de pasión en la selva, ni brillo en los astros, ni albas en los espíritus sin [illegible] soplo que flota en toda la infinidad de los espacios y de los mundos, sin esa flor del amor que solo puede surgir cuando se funden en una dos individualidades que se buscan?

Todo esto es verdad, y sin embargo los sexos se odian ..... se odian amándose.

No parece sino que una desconocida y formidable fatalidad los empuja el uno hacia el otro, cuando son antagónicos, y los hace besarse cuando quisieran morderse.

La fecundación es siempre un atentado y un dolor. El macho se acerca á la hembra tembloroso y vergonzante y la hembra deseándole y todo, le muerde. Es su enemigo y su deseado. Es preciso que llegue y es preciso que martirice. Algo hay en los cielos ó en la tierra que empuja á ese vencedor hacia la que debe ser vencida; que se trueca misteriosamente en vencedora y hacia ese gran victorioso que es al propio tiempo un debil......

Y el amor, ese amor que forja el verso de los poetas como un divino Julián del rey forjaba espadas, y enciende los soles en el azul y agita los corazones hasta romperse é ilumina las miradas hasta radiar:

Ese amor es mentira. Es el perpetuo engaño de los mundos. Diviniza momentáneamente como el velo de Tannit, más la desilusión arranca el velo y la diosa torna á ser mujer y el Dios torna á ser hombre

El hombre y la mujer se odian antes de resentir ese impulso misterioso y se odian después de haberlo resentido. Nada tienen de común; la naturaleza les ha hecho diversos y el amor que es un mago, momentáneamente los unifica.

Nada hay más real que el odio de las almas, nada hay más real tampoco que el anhelo de los sexos.

Es un cuadro inmortal el que simboliza esa pugna; es un cuadro milenario en el cual solo el accesorio varía. Ocupan el primer término de la escena humana el hombre y la mujer. El es fuerte, ella es hermosa. Ambos llegan á la plenitud de la vida y asistimos al momento supremo y definitivo en que el varón se insinúa, suplica, fascina y manda, y la mujer resiste y cede. Es un acto más de esa tragedia que se llama *La Seducción eterna.*

Ella tiene el alma enlazada como Prometéo, á la roca de un deber. Hay ya un dueño que la posee cuando viene ese otro dueño que la solicita. El amor llegó tarde, porque el amor frecuentemente se dilata [illegible].

Más que importa? ¿Es todopoderoso y viene á vencer.

El seductor posee en aquel momento todas las bellezas; sus ojos rasgan como flechas de llamas la obscuridad; su voz tiene sonoridades inauditas; es un verbo que abre ante las pupilas enlutadas de la hembra paraísos encantadores; es una voz satánica que repite la vieja frase tentadora del Evangelio:

Mira el mundo; [illegible] bello y muy grande: *todo eso te daré si me adoras......*

El rostro de ella es un poema.........Vosotros los donjuanes impenitentes lo conocéis muy bien. Tiene palideces augustas, tristes: las palideces de la angustia, las palideces de la virtud que presiente su derrota

Ese pliegue doliente de los labios es sublime, esa cinta sutil que raya la frente es divina.........Hay en la faz el último resplandor pálido de la conciencia íntegra.........

No puede ya luchar......... La voz del seductor es una melodía heroica é invencible; sus manos difunden un calor que hace maleables los pobres corazones de arcilla; sus ojos continúan relampagueando..

Hay mucha sombra en rededor, mucha sombra y de ella surgen severos y tristes, dos rostros, los de Adán y Eva, condenados á contemplar á través de los tiempos el doloroso drama eterno de la seducción humana: ellos que fueron las primeras víctimas.

Con ellos dió principio esa pugna en que á veces sucumbe el fuerte, y en la que iba de por medio según los libros el Paraíso. El poderoso era Adan, Eva era la débil; más hay en la debilidad femenil una fuerza misteriosa, una virtud arcana

El hombre gusta de dejarse vencer por la fuerza que no se viste la armadura, que no embraza el escudo, que no vibra el acero; cuando el empuje que va á derribarlo llega mostrando el milagro de la curva, la luz plácida de la sonrisa, el fuego vivificador de la mirada, la música blanda de la voz, el hombre es un Sanson que delata su secreto; un Hércules sumiso á Onfalia

Adán fué vencido por la eterna seducción y de inmortal tornose carne que se marchita como la verdura de las eras.

Con qué inme[illegible]sa melancolía contemplan e[illegible] primeros caídos, esas primeras víctimas de la primera derrota moral que haya visto el mundo, á la que á su vez va á caer por enamorada, por joven y por bella.

Radian vagamente sus rostros en la penumbra y se lee en sus ojos algo como un temor angusti[illegible]

Una caída más...... Una alma más que se rompe en el azul y cae al pantano...... y la Redención? donde [illegible] el Cristo que ha de venir arrojando su manto de [illegible]sericordia sobre todos los vencimientos?

Cuando menos habrá una infinita disculpa para el debil...... haber amado mucho.

La sombra solo tiene maldiciones para la que cayó sin amar....

RIP RIP.

Hay para el hombre y para la mujer una serie de deberes que llenar, los cuales deberes los impulsan siempre adelante y los hacen habituarse á la ausencia de sus más caras afecciones. El mundo hubiera acabado pronto, si el primer hijo no hubiese podido sobrevivir á la primera madre.

* *

[illegible] atacan á las almas nobles, [illegible] almas semejantes á esas rocas [illegible]nito que la mar cubre durante la tempestad con sus olas furiosas, á las que cree ahogar y á las cuales lava, á su pesar, y reaparecen después ante el sol más pulidas y más lucientes. La adversidad hace brillar á los que no puede abatir.

* *

Quien no tiene corazón cuando es joven, no lo tiene jamás. El corazón no es fruto de invierno, no crece en la nieve.

ALEJANDRO DUMÁS (hijo)

El Buen Crimen

Una tarde de Junio -una de esas puras y tranquilas tardes en las que parece qu . la noche no llegará nunca, bajo un cielo azul turquesa por el que pasaban y volvían á pasar ágiles golondrinas el tío Volcán, el viejo estanquillero de la aldea de Saint Martin. L'Eglise, se encontraba sentado sobre un banco de madera, cerca del umbral de su tienda fumando con delicia su pipa.

Me explico mal al decir que fumaba su pipa Debería más bien decir que la pipa era fumada por él, porque en la unión, excelente por otra parte, que formaban juntos el tío Volcán, así llamado por todos los habitantes del lugar, á causa de la nube de tabaco en que se encontraba sin cesar envuelto, pertenecía á su pipa, era el humilde servidor de ella. La prodigaba mil amorosos cuidados, la frotaba y hacía relucir, á cada momento, con la manga, limpiaba á menudo el tubo con un alambre, y, cuando no se encontraba en su boca, descansaba cerca de su corazón, en el interior de su chaqueta, cuidadosamente recostada, en su estuche. Acá, para entre nosotros, creo que la consideraba como un ser dotado de razón y de voluntad Después de rellenarla de tabaco, el tío Volcán antes de encender el cerillo, arrojaba á su pipa una mirada tierna y respetuosa, como si la pidiera permiso para encenderla; y se lo concedía indudablemente con una señal visible para él solo, porque en la expresión de dicha y reconocimiento que se pintaba en el rostro del buen hombre desde la primera bocanada, se podía reconocer que gozaba entonces de un señalado favor y que esta pipa se dejaba fumar porque ella quería.

Hacía ya una decena de años que este fumador sentimental había venido á establecerse á Saint Martin de M'Eglise, en Brie, con objeto de ponerse al frente del estanco de tabaco, cuya propietaria, viuda de un prefecto residía en París. Con esta pequeña renta y su retiro de sargento, el tío Volcán, que en realidad se llamaba Pedro Masón, vivía enteramente feliz, gozando de frecuentes ocios que consagraba á su querida pipa. Todos los que acudían á su tiendecita para llenar sus cajas de rapé y tomar allí la copa, entraban muy pronto en amistad con este rudo y probo semblante de viejo soldado A los jóvenes labriegos, ávidos de relatos de guerra, les refería, sin cansarlos, sus campañas.—Solferino, México, las batallas de París—y las hembras lo estimaban porque no consentía nunca borrachos ante su mostrador y era el primero en decir á sus clientes, cuando estos empinaban el codo más de lo regular: «Ea ya basta por esta noche, camaradas...... Vámonos á la cama.»

Así pues, aquella apacible y hermosa tarde de Junio, el tío Volcán fumaba, sentado ante su puerta, cuando distinguió, al extremo de la calle de la aldea, al cura, señor abate Poulier, que venía, obeso de dentro de su sotana, y con su sombrero de tres picos echado hacia atrás, á comprar, según su costumbre, sus cuatro sueldos de rapé.

Entre el fumador resuelto y el tomador de rapé decidido, había nacido, hacía mucho tiempo, una mútua simpatía, porque los dos eran excelentes sujetos. Y, aquella tarde, el cura, después de haber sorbido una primera toma de su tabaquera nuevamente rellenada, se sentó en el banco, al lado del tío Volcán, con objeto de tomar el fresco y charlotear un rato con él.

Pero el estanquillero era taciturno. En vano el abate, que se interesaba por los bienes de la tierra, trató de llevar la conversación hacia las cerezas, que se presentaban aquel año sabrosísimas, y hacia la cosecha de avena que prometía ser magnífica: el veterano no respondía más que por monosílabos. Repentinamente habíase puesto sombrío, como si la presencia del sacerdote hubiese despertado en el fondo de su ser un antiguo pesar.

Acabó por retirar la pipa de su boca, la miró durante un minuto como para pedirle consejo, y habiendo obtenido de ella, probablemente, una tácita aprobación, se volvió bruscamente hacia el abate.

Señor cura, dijo con algo de embarazo, usted no me ve en misa, ni en las fiestas religiosas; pero usted no me quiere mal y tiene usted razón, porque sabe que estoy solo en mi casa, y no puedo cerrar la tienda mientras duran los oficios...... En el fondo, soy religioso, y el día en que me encuentre muy enfermo en que sienta que ha llegado el momento de abandonar las filas, esté usted tranquilo le enviaré á que busque á Dios y todos los correajes...... Antes de la partida se hará usted pasar revista de inspección y me enviará al paraíso, ante San Pedro, de todo uniforme, número uno...... Es cosa convenida...... No he hecho nada inconveniente, usted se le figurará...... Sin embargo hay un acto de mi vida que me preocupa, cuando me viene á la memoria, más que todos los demás...... Oh! sí! me preocupa hasta el punto que he tenido, deseos de ir á ver á usted y referírselo.

Nada más fácil, respondió el sacerdote, muy sorprendido del tono serio con que el tío Volcán había pronunciado estas últimas palabras. Estoy todos los sábados de cinco á seis, en el confesonario.

Pero el estanquillero le interrumpió:

¡Ah! Esto presenta más complicaciones de lo que parece......y hay momentos en que me pregunto si esta acción es la mala ó la mejor que he cometido.... Escuche usted, señor cura, ustedes son la tumba de los secretos, por profesión...... Si le contase á usted el hecho, aquí sencillamente, con objeto de saber su opinión, de hombre á hombre, quedaría esto entre los dos ¿no es verdad? .....

—Ciertamente, dijo el cura. Aun fuera del tribunal de la confesión, sé ser discreto. Y si esta confidencia puede servir á usted de alivio.

—Y bien! sí..... Gracias! exclamó el excelente hombre. Me hace usted un positivo servicio.

Luego bajando la voz:

—¡Ah! ¡diablo! la historia es terrible...... Pero es igual, tengo confianza y algo así como una idea de que usted ha de juzgarme con indulgencia..... En dos palabras, he aquí el hecho: he sido cómplice de una estafa y he matado á un hombre...... pero yo creo que, á pesar de todo, he hecho bien...... Escuche usted como fué.

Con involuntario sobresalto, el sacerdote había retrocedido instintivamente hasta el extremo del banco. Pero el tío volcán no fijó su atención. Vació su pipa, la rellenó con cuidado, encendióla sin apresurarse, se quedó pensativo durante algunos segundos, mirando al cielo glauco por el que no se deslizaban ya las golondrinas y en el que comenzaban á brillar las primeras estrellas, y comenzó tranquilamente su relato:

—Ante todo, es preciso decir que, hacia el año de 1868, antes de la guerra, yo era ya un veterano. Catorce años de servicio. Acababa de volver á engancharme y recibir mi dinero. Era sargento y debía quedarme siempre de sargento, naturalmente. No, no conozco ni la ortografía Mi carrera militar estaba marcada, pues, de antemano. Un poco más y ganaría mi retiro, como ha pasado, efectivamente El ejército está lleno de insignificantes como yo. Las más de las veces, viejos tontos, ignorantes, que no saben como se amasa un pedezo de pan; pero, en el fuego, testarudos, eso sí!...... No quiero hablar mal de los regimientos de niños que tenemos hoy. Y sin embargo, habrá que verlos en la tarea.

Entre los veteranos más duros, era yo uno de los menos brutos, porque no me ha gustado nunca empinar el codo. Un día, he aquí que se engancha en mi compañía, la tercera del primero, un voluntario, un joven de buena familia, que no tenía con que pagar su pensión en el Colegio Militar, pero que quería á pesar de todo, ser soldado y obtener sus charreteras, por el camino más largo, desde lo más bajo arriba. El recien venido me simpatizó en seguida. Era un guapo muchacho, rubio, de bigotes rojizos, con una llama de valor en la mirada, atento y excelente muchacho con todo el mundo, pero con yo sé qué de serio en su persona, que hacía decir: «Tú eres un jefe.» Como instructor, yo fui el primero que le puse un fusil entre las manos y le enseñé «por el flanco derecho.» Al cabo de quince días, él hubiera podido enseñarme á mí. Había nacido militar, estaba en su sangre. Me aficioné á Luis Pascual—así se llamaba—y le dí algunos buenos consejos, que pudieran dulsificar las durezas de los primeros días. Al cabo de algunos meses, alcanzaba muy pronto sus galones de oro, y nos hicimos un par de amigos. Aunque por su grado no fuese igual, yo sabía que, de todos modos, era mi superior. Pero él tenía la bondad de no hacérmelo sentir, mostrándome deferencia, por el contrario en calidad de veterano, recordando siempre los pequeños servicios sin importancia que yo le había hecho. al llegar al cuerpo. ¡Ah, buen muchacho!........ Es necesario advertir que era huérfano, que no tenía fortuna, que había hecho sus estudios como arrimado en un colegio, y que no recibía por todo, sino veinte francos mensuales de una parienta ¡No importa! Era el sargento más reluciente de toda la compañía. Ni una pieza de cobre de deudas, y siempre cien sueldos á disposición de un camarada. Una perla, como comprende vd. ¿Qué mejor podía hacer un viejo imbécil como yo sino entregarme en cuerpo y alma, al encontrar un amigo de estas cualidades? Y más tarde, un día, tiene un duelo y proporciona un lindo pinchazo á otro sargento de la compañía, un destripado de Saint Cyr.... Pregunto el motivo á Luis Pascual, y me responde: «Nada, tonterías» Pero al día siguiente, me informé que el de Saint Cyr, el pedante, se había burlado de mi modo de pronunciar las *rrr* al dar las voces de mando, en el ejercicio, y que Pascual se había batido por mí...... Y desde entonces, ya comprenderá vd., señor cura, si él hubiese querido, no hubiera tenido más que hacerme una señal para dejarme cortar por él en cuatro pedazos.

Por aquel entonces se declara la guerra, y hénos aquí, de buenas á primeras en Wissemburgo. Allí fué en donde ví á Pascual en medio del fuego. ¡Oh, soberbio! ¡La intrepidez fría, la mejor! Nada más que una arruga en forma de V en medio de ambas cejas. Pero tan fuerte como un veterano y manejando el fusil como en una parada......En los malos días es cuando se conoce á los hombres. Y en la retirada, no fueron ciertamente los muchachos de nuestro pelotón los que se desbandaron, tirando las armas. Luis se encontraba allí, infatigable, dando el ejemplo......... Un soldado distinguido; lo había yo adivinado.

En Chalons, cuando se trató de rehacer los restos del ejército y volver á la carga, lo nombraron oficial; era justo....No podría decir á usted el placer que tuve en no tutearlo más, en decirle: mi subteniente!...... Unos días después en Sedán, volvimos á ser derrotados. Eramos del cuerpo de Vinoy, que se replega y entra en París. En Chalpigni me pescó un tiro en una pierna y hubiera sido apresado por los prusianos si mi bravo Pascual, que también sangraba de dos heridas no me hubiese tomado en sus brazos y llevado á la ambulancia, en medio de las balas..... Ya comprenderá usted porqué adoraba á éste hombre....Así, cuando pudo venir á verme, á Val-de-Grace, después de la capitulación, en los momentos en que comenzaba á caminar apoyado en un palo, y cuando lo ví con sus dos galones y su cruz ¡á fé mía! mandé al diablo la disciplina y me arrojé en sus brazos llorando como un chiquillo.... ¡Subteniente y condecorado! ¡A los veinticinco años! Era seguro que llegaría á Coronel, á General y quién sabe?....La única pena era que ya no podíamos estar juntos. Lo enviaron á Burdeos, con su nuevo grado, en tanto que yo permanecí en el regimiento en donde no me quedaban sino tres años para obtener mi licencia absoluta.

Pero el subteniente Pascual no era hombre que olvidara á sus antiguos camaradas de armas. Cada dos meses recibía yo una carta de él, muy afectuosa, con un pequeño obsequio para tabaco, con palabras de cariño; y yo respondía lo mejor posible, con la certeza de que siempre tendría placer al reconocer mi fea letra.

Pasó tiempo. Yo por fin quedé libre. Y como los escasos centenares de francos de mi retiro son poca cosa, busco acomodo y encuentro, por último, un empleo de celador de construcciones, en la casa de un contratista de demoliciones, hacia la estación de Ibry. Una tarde me oigo llamar por mi nombre. Me vuelvo y veo ante mí á mi subteniente vestido de paisano,

con una cubeta en la cabeza, pero siempre buen mozo, con su sobretodo abotonado y cinta roja.

¡Oh no se mostraba más orgulloso que en otros tiempos. Me dió un abrazo, me preguntó como estaba, si era feliz, y como le dijese:

—¡Diantres! mi subteniente, es la primera vez que lo veo á usted en traje de paisano....

—Y bien, mi buen Pedro, me respondió, ya no me verás de otro modo.

—¿Cómo? ¿qué quiere usted decir?

—Que ya no soy militar, que ha presentado mi dimisión

Me dió un vuelco la sangre. ¡Un soldado tan soberbio! Abandonar el ejército, renunciar á un ascenso seguro, á una carrera brillante! Era preciso que hubiese motivos poderosos. Pero de todos modos, era una lástima.

Paseando á mi lado me refirió lo que le sucedía. Una mujer!.... Debía haberlo adivinado....Dejaba el servicio con motivo de una mujer. En Tolosa, en donde estaba de guarnición, el bueno de mi subteniente se había enamorado perdidamente de la hija de un profesor del instituto, que vivía en la misma casa que él. Pero un oficial no puede casarse en Francia sino presentando la dote de reglamento, y el pobre muchacho, como el futuro suegro, no tenía el primer centavo de los 30,000 francos reclamados. Entonces, en un arranque, presentó su dimisión. Por fortuna encontró una buena colocación en París, en la casa de un banquero, y como resultado de su condecoración. Y con toda franqueza decía él, no se arrepentía puesto que era dichoso como un dios con su mujercita que iba muy pronto á darle un *bebé*. Y acabó por invitarme á comer con ellos, el domingo próximo en su pequeño nido de enamorados, en un sexto piso de una casa del boulevard de Batignolles.

Acudí á comer el asado, con mi sobretodo, tieso como si se tratase de una revista pasada por su coronel. Y cuando conocí á la señora de Pascual, ¡ah! entonces me expliqué la locura de mi subteniente.

Una cabecita rubia, jóven y tan alegre, con tal bondad en sus ojos azules, que hacían perder el sentido. Era hermoso verlo á él al lado de ella. Se veía que la amaba con pasión y ternura, como á una mujer y como á un niño. ¡Oh que deliciosa comida! La señora me trató como á un antiguo amigo, y me alegró el corazón ver que su marido le había hablado de su antiguo camarada. Había un vinillo de Saumur, del que no había que fiarse mucho, y vacié algunos vasos, á la salud del mocoso que se esperaba, por manera que al regresar á Ibry la Gore, estaba un poco alegre y durante el camino hice memoria de viejas canciones Pero á pesar de mis copas, no dejé de pensar en la linda pareja que formaban mi subteniente con su rubia, y les deseaba de todo corazón, muchas prosperidades.

Y las obtuvieron.

Parece ser que Pascual había entrado de lleno en los negocios con tan felices disposiciones que su patrón, al cabo de dos años, lo hacía su socio, y mi subteniente iba todos los días á la Bolsa y ganaba tanto dinero como pesaba. Y la misma fortuna en la casa.

Tres muchachos en tres años! dos varones y una ella. Y hermosos! Verdaderos hijos de enamorados. El primer domingo de mes—era de reglamento—comía yo con ellos en familia Porque la prosperidad no cambia á los buenos corazones y ni el marido ni la mujer se ruborizaban de un amigo tan humilde como yo. Ah! ya no vivían en un sexto piso, sino en un lindo departamento de primero, en el boulevard Haussman, y un criado con corbata blanca era el encargado de quitarle á usted los platos. Para honrar á mis huéspedes, hacía uso de toda mi circunspección, pero apesar de todo, tenía el aspecto de lo que soy, de un pobre diablo. Y bien, señor cura, siempre fuí recibido en la casa de Pascual con un amistoso apretón de manos de mi subteniente, y una hermosa sonrisa de la señora. Los muchachos, por su parte venían á besarme desde que entraba.

¡Déme usted muchos ricos como éstos!

Todo marchó bien hasta el invierno de 1880; y muchas veces, pensando en que Pascual arrastraba carroza, me decía que había tenido una feliz idea, después de todo, al abandonar la milicia y devolver sus galones. Pero el primer Domingo de Diciembre, comiendo en su casa, observé que estaba distraido, preocupado, y que, de tiempo en tiempo, volviendo á una costumbre de otras épocas, cuando experimentaba algún pesar, pasaba el extremo de su lengua por su bigote rubio y después se lo mordía ligeramente.

—¿Qué tendrá, pues? pensaba yo al retirarme. Sus hijos crecen y estan sanos. Conserva siempre, al mirar á su mujer, sus ojos de luna de miel .... Con tal de que sus negocios no caminen mal...... Con este diablo de dinero, nunca se está seguro de nada.

Y aquella noche dormí mal... Las verdaderas amistades son una especie de barómetro.... Todo el día siguiente estuve muy inquieto; tenía como el presentimiento de una desgracia.........

Como á las diez de la noche, poco ántes de acostarme, encendí mi linterna y comencé mi ronda por la cantera, según costumbre diaria. ¿Quién podía venir á verme tan tarde? Voy á abrir, y al reflejo de mi luz reconozco á mi subteniente, envuelto en las pieles de su abrigo ¡Ah! entonces comprendí que se trataba de cosas graves. Estaba pálido, y vi, entre sus dos cejas, aquella V que se le formaba, en otros tiempos, en medio del fuego.

Bruscamente me dijo:

—Mason, te necesito, camarada.......... ¿Me puedes acompañar?......... ahora.........

—Ya lo creo......... ¡Presente! le contesté sin vacilar.

—¿Podrás salir de la cantera y estar fuera de ella dos horas sin que nadie te eche de ver?

—Nada más fácil Por la noche estoy aquí solo....... ¿Quién se ocupa de mí?...... Un barrio desierto, ni un gato en la calle, desde que cierra la noche.

—Entonces, ven—replica mi subteniete, con una voz seca que no prometía nada bueno. Apaga la linterna, cierra la verja, ponte la llave en la bolsa.... y sígueme.

Obedecí, y henos aquí en camino. Iba tan de prisa que me costaba trabajo caminar al lado suyo. Seguimos el muelle hasta llegar al puente de Austerlitz No se habló en el trayecto ni una palabra. Algunas veces le dirigía á hurtadillas una mirada, tímidamente. Su perfil medio oculto por el cuello del abrigo, se destacaba como crispado; me causaba miedo. No cesaba de morderse el bigote nerviosamente. Buenas ganas tenía de preguntarle á donde íbamos con aquel paso, pero no me atrevía

Cuando pasabamos ante el Mercado de Vinos, me interrogó entre dientes:

—¿No estas cansado?..... ¿Puedes seguirme como vamos hasta la esplanada de los Inválidos? Allí es donde tenemos que hacer.

Hasta donde Ud. guste mi subteniente.

Ah! nunca olvidaré el paseo.. . Uno! dos!.. Uno!... dos!.... A paso gimnástico.... Muelles y muelles, con el reflejo de las luces de gas sobre las aguas negras del río.... otro por allá.... escasas personas que apresuraban el paso.... Y luego, de cuando en cuando, un ómnibus que rodaba pesadamente, con aspecto adormecido.

Le digo á Ud. que cuando vá á suceder alguna cosa horrible á un hombre á quien se quiere tan tiernamente como yo quería á Pascual, se adivina, se presiente.... Y mi corazón palpitaba: pum! pum! dentro del pecho

Por último, llegamos á esta esplanada Absolutamente desierta. Oí un reloj lejano dar las once menos cuarto. Mi subteniente se metió por una avenida hacia Cros Caillón Los árboles estaban desnudos, y sin embargo, reinaba una sombra profunda. A punto estuvimos de lastimarnos contra un banco. Se dejó caer en él como agobiado de fatiga, y me ordenó con voz terrorífica:

—Siéntate!

Pero cuando ocupé un lugar á su lado, se apoderó de una de mis manos, y sentí las suyas ardientes como un áscua.

—¿Me quieres, no es verdad?—Me dijo entonces.

—Bah! mi subteniente, ¿se pregunta eso acaso?

—Es que voy a exigir de tí una cosa muy grave.

—Y qué importa?

—Y bien, escucha...... Estoy perdido!

Y el tono con que me lanzó estas palabras, ah! señor cura, me hizo extremecer.

—Perdido!.... Y sin recurso! Ah! ¿Por qué no me quedé siendo el pobre oficial, que no tenía veinte francos en el bolsillo al final del mes, después de haber pagado mi hospedaje, la cuenta del zapatero, la del sastre y todas las demás?.... En fin, lo que está ya hecho...... Figúrate, mi viejo camarada, que Krielmann, mi socio, es un bribón, que ha abusado de mi firma, que me ha comprometido en un montón de sucios enredos y que dentro de uno, de dos meses, se presentará la catástrofe, la quiebra y quedaremos deshonrados.

Era para proporcionar un ataque de aplopegía semejante confidencia. En una como ráfaga de recuerdo, traje á mi vista aquel pagador que había metido mano en los fondos, una antigua historia, cuando me encontraba en Nostaganen aquel veterano de bigotes grises, á quien habían degradado ante el regimiento formado en batalla......

Y volvía á ver al sargento arrancándole las charreteras.

—Yo no soy culpable más que de debilidad...... Estaba ciego, ¿verdad que no lo dudas?—me dijo entonces mi desgraciado amigo. Pero mi nombre está al pié de todos estos papeles; yo soy el responsable..... Vamos á dejar de pagar, y en una suma enorme .. Pero tranquilízate Tu subteniente no hará una quiebra fraudulenta...... Esta noche, después de que este miserable de Krielmann me presentó la situación tal como es, desesperada, volví á mi casa y cargué mi revolver de ordenanza.

En un sobresalto de dolor y sorpresa, exclamé en grito:

—¿Se quiere Ud. matar?

—¿Preferirías respondió él, verme arrestado, condenado, borrado de la lista de la Legión de Honor?. . . No nos dejemos arrastrar por sensiblerías. Sé que hablo á un hombre! No me queda otro recurso que levantarme la tapa de los sesos.

Señor cura, yo quería á mi subteniente como á un hermano; pero el honor ante todo. Puesto que las cosas habían llegado á este punto, no podía hacer sino aprobar su resolución; es decir, callarme.

—Así, pues, el negocio arreglado, prosiguió el pobre muchacho. Si me rehusas lo que voy á pedirte, vuelvo á mi casa...... y fuego! en la sien derecha...... Moriré con la atroz idea de que dejo á mi mujer y á mis hijos en la miseria...... Y bien, este dolor, Masón, viejo amigo mío, tu puedes ahorrármelo.

Creí volverme loco y dije maquinalmente:

—¿Pero como?

Pero mi subteniente tenía ya su proyecto, un terrible proyecto como va Ud. á ver.

—Desde hace algunos años, como tú sabes, murmuró aproximándose á mí, ha pasado por mis manos mucho dinero. No he hecho economías, creía que las buenas épocas durarían siempre, que ya tendría tiempo. Y luego me era tan dulce rodear de bienestar y de lujo á aquellos á quienes se ama! Sin embargo, tomé una buena precaución, adquirí, á favor de mi mujer, un seguro de vida..... Si muero, pero de muerte natural porque los suicidios no se pagan, le entregarán cien mil francos. Ahora, escúchame: aquí tienes un puñal, tómalo......... Voy á darte mi reloj, mi portamonedas...... Me vas á dar una puñalada en el corazón, á matarme de un solo golpe...... Luego me descompondrás el vestido como si lo hubieras registrado, te irás muy pronto de aquí, á la cantera, llevándote el puñal...... Nadie sospechará nada...... Mañana se encontrará aquí el cadáver de un hombre asesinado, la compañía pagará la prima y mi familia tendrá pan...... Ya sé que robo á la compañía . . .

Pero la Compañía es rica, y después, este es asunto de mi conciencia y yo me explicaré con el buen Dios, si es que hay uno.........En cuanto á tí, lo que te pido es sencillamente que prestes este último servicio á tu amigo, á tu viejo compañero de armas ....Vamos, Masón mi buen Masón ¿has comprendido?

Ah! sí; había comprendido; pero estaba helado hasta la médula de los huesos. ¡Matarlo! A mi subteniente? A mi único amigo? No, no.........Nunca tendría este valor.........Pero él me cogió las manos, me suplicó, llorando sobre mi hombro, con caricias de mimo!.........

El desdichado, que esperaba que yo acabase por ceder, había dicho á su esposa, después de la cena, que tenía una fuerte jaqueca y que iba á dar un largo paseo.........¿Qué cosa más verosímil que un ataque nocturno, que el asesinato de un transeunte solitario?. . . ¡Oh! Aun cuando viviera mil años me acordaría siempre de la hora espantosa que pasé allí, en la noche, sobre aquel banco desierto, escuchando á mi pobre Pascual sollozar y pedir la muerte.

Por último, á fuerza de rogarme, á fuerza de enternecerme por esta familia tanto peor si le causo á usted horror, señor cura—me convenció á hacer lo que él quería.........¡Y le obedecí! Sí, en un supremo adios, le estreché contra mi corazón, como en la sala de armas, antes del asalto, y lo herí en pleno pecho, huyendo después como si mis vestidos fueran presa de las llamas.........En un ángulo del puente de la Concordia, arrojé al Sena el puñal sangriento, con el relox y el portamonedas, regresé á Ibry y lloré toda la noche en mi catre......Y todo sucedió como él había previsto. Se creyó que un malhechor lo había asesinado por despojarlo; la Compañía de seguros entregó los cien mil francos á la viuda y ella ha tenido con qué vivir y educar á sus hijos.

Unicamente que la presencia de esta familia es para mí un suplicio......¡No! ¡ver á la que yo había hecho viuda y que nada podía consolar! ¡Ver á estos huérfanos que me saltaban al cuello, cada vez que llegaba á aquella casa, y á quienes tenía que acariciar con la misma mano con que maté á su padre! No, yo no podía más!......Entonces fué cuando me propusieron la gerencia de este establecimiento y acepté, para alejarme de ellos, para dejar á París. Les escribo de tiempo en tiempo y sé que no son demasiado desgraciados. Al menos mi crimen no ha sido inútil

¡No importa! Pienso en él á menudo, por la noche, cuando no llega el sueño, y entonces se apodera de mí honda tristeza y más de una vez he tenido el deseo de referirle á usted lo sucedido, señor cura, allá, en su garita Pero en otras ocasiones, reflexionándolo despacio, me he dicho que no podía rehusar este servicio á mi subteniente, que he procedido como un verdadero amigo, y me siento completamente tranquilo......Y ahora, dígame usted señor, con entera franqueza, lo que piensa.

El abate Poulier, que había escuchado el relato del tío Volcán con una emoción profunda, permaneció pensativo durante algunos minutos, abrió su tabaquera, metió en ella el pulgar y el índice, como para extraer de allí la respuesta, y por último, decidiéndose á hablar, apuró una copiosa cantidad de rapé y dijo al viejo soldado:

—Querido amigo, si estuviéramos en el tribunal de la penitencia, mi deber sería recordar á usted, ante todo, el santo mandamiento: No matarás. y no podría sino exhortarle á que se arrepintiese de su mala ca-

ción.... Pero aquí, me contento con tenderle á usted la mano y decirle: es usted un hombre de bien.

El cura se alejó, después de estas consoladoras palabras, que seguramente proporcionaron un gran placer al tío Volcán, á quien, sin embargo, quedaba un escrúpulo. Ya sólo, en la claridad de una noche llena de estrellas, se dirigió para calmar esta última duda, á su pipa apagada, que se encontraba en sus manos; á esta pipa que formaba parte de su conciencia: la miró por largo espacio y encontróla sin duda un aspecto de inocencia, porque, repentinamente tranquilizado, le pidió y obtuvo de ella el permiso de fumar la una última vez, antes de meterse en la cama.

Francisco Coppée.

Cuentos azules.

LA ETERNA HISTORIA.

La princesita Fanny se moría. Su semblante lindísimo iba tomando un matiz pálido, como si la sangre se encontrara en un sólo núcleo, en sus labios bermejos, donde ya la sonrisa aparecía casi muerta para siempre. En sus grandes ojos azules, como dos florecillas de *myosotis* se veían continuamente vagar las ondas de las lágrimas, y la cauda espléndida y brillante de su cabellera de oro, en completo desorden, revelaba la postración y el malestar de su adorable dueña.

El padre de la niña, el anciano rey Hugo, sentía que el espíritu se le dividía en mil pedazos, al contemplar la agonía de aquel sol de quince años, que era corazón sangre y alma de su propia vida. Gemía y sollozaba á solas el desdichado viejo, cubriendo su cabeza de cenizas en señal de dolor infinito; y desesperado por encontrar remedio que alentase el frágil cuerpecito de su hija, abría sin medida los tesoros inmensos de su palacio de mármol, á todos los médicos del orbe y á todos los mágicos y encantadores de la tierra

La ciencia huía avergonzada ante el problema; pues el mal de Fanny era tan extraño y de síntomas tan graves y desconocidos, que ningún libro lo consignaba en sus páginas, ni caso alguno práctico se había presentado semejante en muchos siglos

Loco y desesperado el rey mesaba sus blanquísimas barbas, las humedecía de amarguísimo llanto, y arrodillándose, en medio de paroxismos violentos, pedía al cielo no le quitase á su amor único, á la hija de su amor, á su angel adorado. Otras veces se dirigía al cuarto de la doncella, acompañado de todos los comerciantes de su reino, quienes desplegaban ante los ojos de la princesa las más variadas telas de seda recamadas de oro, piedras finísimas, ricas joyas, y las más primorosas y acabadas obras de las bellas artes; pero todo era en vano: los ojos de la enferma apenas se posaban con indiferencia sobre aquellas montañas de ricas telas, luminosas joyas y asombrosos productos del ingenio humano: la artística y pálida cabeza, volvía á inclinarse sobre del pecho, como una dorada espiga de trigo herida por el viento.

Inconsolable el rey no se daba en modo alguno por vencido, y mandaba alfombrar el camarín azul de la adorable enferma con nardos y con rosas, con azahares blanquísimos y oscuros heliotropos; todos ellos recien cortados del jardín de palacio, y temblando aun en sus corolas los líquidos diamantes de la noche. Un coro de pintados pajarillos, aprisionados en sus jaulas de oro alegraban la estancia, y el cielo azul y los rayos del sol jugando en los cristales de las ventanas, en reflejos chispeantes, le daban un aspecto féerico y delicioso á las cuatro paredes de aquel recinto mágico, sin lograr infundir calor, vida ni dicha al corazón de la princesa enferma.

Hacia tiempo que ningún médico cruzaba los extensos salones del alcázar. La escalera de mármol y de bronce no había visto hollados sus cincelados escalones por mágico, encantador ó genio alguno, en el intérvalo de incontables meses, cuando un día los heraldos anunciaron á las puertas á un nuevo visitante, imberbe joven de ojos y cabello negro, que venía de lejanos países á volver la salud y la vida á la princesa.

En la oscura mirada del recién venido relampageaba un rayo divino, y en su espaciosa frente parecían anidarse todos los besos de la naturaleza y de la madre tierra.

Tenía veinte años, y en su pálido rostro no se reflejaba el aturdimiento natural de su edad, sino una gravedad y reflexión compatibles con el proyecto que intentaba.

Su ropaje era pobre, y por toda riqueza cargaba á sus espaldas un laud de marfil de plateadas y harmoniosas cuerdas.

No inspiró al rey Hugo mucha confianza aquel bagaje; pero como no desperdiciaba la ocasión de procurar la salud de la princesa, hizo que condujeran al extranjero al camarín azul de puertas de oro, donde los pajes y las doncellas del servicio de Fanny, descorrieron ante él las pesadas cortinas.

Sentada estaba la princesa en su sitial de madera de rosa y de brocado, cuando apareció ante ella el moreno mancebo: una sola ojeada bastó á éste para comprender cuál era el mal de la rubia hermosa que tenía delante: aquel delicado cuerpo perecía de tedio, de aislamiento, víctima de la nostalgia de una alma apasionada que sueña con un mundo color de rosa, en donde todo es fuego, todo lágrimas y todo sentimiento. Sin hablarla, sin avanzar, sin procurar siquiera que los azules ojos se levantasen para verlo, descolgó el poeta su laud y pasó ágilmente sus dedos por las cuerdas. Un gemido harmonioso brotó como una evocación, y en seguida se desparramó por todos los ámbitos de la pieza una vertiginosa ronda de dulcísimas notas, puras y claras como el cristal mientras una voz aterciopelada, suave, tierna y varonil, se acompañó con el instrumento, para verter un raudal de pasión, quejas, suspiros y dolores ocultos de una alma que quería y no podía alcanzar el cielo de sus aspiraciones......... "Amor!......... Amor!......... Amor"!........, repetían las estrofas, primero tímidamente, suavemente, como con miedo intenso, hasta llegar á una explosión ruidosa, candente, poderosísima, que agonizaba poco á poco en medio de los sollozos arrancados á las frases y á las cuerdas, al formular la queja de un ideal imposible.

Desde los principios de esta escena, la princesa se fué animando: dos manchas sonrosadas aparecieron en sus pálidas mejillas, mientras sus ojos color de turquesa resplandecían de asombro é iluminada por vivo fuego interno: *"Amor!"*.... repetía...... *"Amor!"*... Y la mágica palabra, revoloteando en su alma inmaculada, era una revelación que la hacía volver á la vida, que la hacía amarla, sintiendo que su sér entero renacía á una nueva existencia. Fijó los ojos en el encantador que la salvaba de la muerte, y vió el moreno semblante de éste enteramente transfigurado: aquella noble figura tenía la vista fija en el espacio infinito y radiante, mientras una luz indecisa cubría como una aureola su crecida y negra cabellera, que era el marco de la frente espaciosa y altiva, digno santuario del genio prodigioso del poeta y del músico.

¿Qué fué lo que sintió la princesa al ver á ese hombre entregado al éxtasis, y modulando esas palabras misteriosas y dulces que conmovían su sér y lo rejuvenecían? Nadie lo sabe; pero el hecho fué que maquinalmente abrió ella los brazos, como si tratase de estrechar contra su pecho al autor de la transformación maravillosa que surgía de su alma, aún cuando el valor le faltó para consumar su impulso.

Cuando la voz enmudeció y los últimos arpegios del laud se desvanecieron, la princesa ruborosa y anhelante desfalleció del todo. Instantes después se repuso, para ya no volver á caer en su abatimiento, ni en su hastío, en la debilidad del cuerpo, ni en las tristezas tan amargas del espíritu. ¡Un rayo del amor la había salvado!.........

....

Es inútil decir, que dos semanas más tarde, el trovador llamaba esposa á la cándida y rubia doncella á quien salvó la vida.

Poca le pareció al rey la recompensa, sin acompañarla de su trono.

El camarín azul se tornó rosa, y un enjambre de locos amorcillos batía dentro de él sus alitas blancas, enmedio de discretos cuchicheos y ahogadas risas. Mientras, las nupcias se consumaban envueltas blandamente en un coro de besos y suspiros.

Juan Ruiz de Hernández y Esparza.

RECUERDOS

He ido á los Mercados en estas últimas madrugadas. París tiene pocos atractivos tan de mañana. Aún no ha comenzado su tocado. Se parece á un vasto comedor, á un templado, á un pringoso desde la cena de la víspera; los huesos ruedan por el suelo; los desperdicios están amontonados sobre el mantel La familia se fué á la cama sin hacer levantar la mesa; y sólo al día siguiente la criada da cuatro escobazos y pone ropa limpia para el desayuno

En los Mercados la batahola es enorme. Es la despensa colosal donde se encierra el alimento de todo París. Cuando éste abra los ojos, tendrá ya el vientre lleno. A la claridad indecisa de la mañana, entre el murmullo de la multitud, se ven colgar cuartos rojos de carne, cestos de peces, cuyas escamas brillan al sol con resplandores argentinos; montañas de legumbres, que salpican la sombra de manchas blancas y verdes. Es un desplome de comestibles, de carretas vaciadas sobre el pavimento, de cajas volcadas, de sacos abiertos que dejan caer su contenido; una marea creciente de huevos, de frutas, de aves, que amenaza invadir las calles inmediatas é inundar á París entero.

Avanzaba curiosamente por en medio de esta confusion, cuando vi á unas mujeres que hundian sus manos en anchos montones de color negruzco extendidos en el suelo. Bailaba el fulgor de los faroles, y creí al principio que se trataba de desperdicios de carne que se vendian con rebajo.

Me aproximé; me había equivocado. Aquellos montones eran manojos de rosas.

Toda la primavera de las calles de París se arrastra sobre ese suelo fangoso entre los comestibles de los Mercados. Los días solemnes, la venta comienza á las dos de la mañana. Los jardineros de las afueras traen sus flores en grandes ramos, que tienen un precio corriente según la estación, como los nabos y las hortalizas. Esta venta se efectúa por la noche. Los revendedores, los mercaderes al por menor, meten los brazos hasta los codos en las carretadas de rosas: tienen el aire de ejecutar una mala acción: parece que mojan sus manos en algún baño sangriento.

Me detuve ante estas pobres flores moribundas. Estaban húmedas aún, atadas brutalmente con cuerdas que cortaban sus tallos delicados. Conservaban todavía el olor fuerte de las coles en cuya compañía habían venido. Y había algunos ramos rodando por el suelo, que agonizaban.

Cogí uno de estos ramos; se hallaba lleno de fango por un lado; se le lavará en un cubo de agua, y recobrará su aroma delicado. Algunas manchas de lodo que acaso queden en el fondo de los pétalos, demostrarán únicamente su visita al arroyo. Los labios que le besen por la tarde serán quiza menos puros que él.

Entonces, en medio del abominable estruendo de los Mercados, recordé el paseo que di contigo, Ninon, hará como diez años. Nacía la primavera; las tiernas hojas brillaban al claro sol de Abril. El pequeño sendero que seguía la costa estaba limitado por extensos campos de violetas. Al pasar, se sentía subir grato aroma, que penetraba y enlanguidecía el alma

Te apoyaste en mi brazo; estabas rendida; te adormecía el amor bajo la influencia del oloroso ambiente. El campo estaba luminoso y los mosquitos volaban en los rayos del sol. El silencio era inmenso. Nuestro beso fué tan discreto, que no asustó á los pinzones que nos espiaban desde los cerezos en flor.

Al revolver un recodo del camino vimos en una pradera á algunas viejas encorvadas que cogían violetas y las echaban en grandes cestos. Llamé á una de ellas.

—¿Quiere Ud. violetas? (me preguntó.) ¿Cuántas? ¿Una libra?

Vendía sus flores por libras; huimos desolados; creímos ver á la Primavera abriendo en la poética campiña una tienda de comestibles. Me deslicé por encima del vallado y robé algunas violetas macilentas, que tuvieron para tí nuevo atractivo. Pero he aquí que en el bosque, en lo más escondido, sobre una eminencia, crecían violetas, violetas muy pequeñas, muertas de miedo, que trataban de ocultarse bajo las hojas con mil astucias.

Tiraste en el acto las violetas robadas, aquellas tontas de violetas que crecían en campos labrados y se vendían por libras. Querías flores libres, hijas del rocío y del sol levante. Durante dos horas estuve rebuscando en la hierba. En cuanto encontraba una flor corría á vendértela. Tú me la comprabas con un beso.

Y pensaba yo en esas cosas lejanas, entre los olores crasos, ante el ruido ensordecedor de los Mercados, mirando las pobres flores muertas en el empedrado. Me acordaba de mi amante y de aquel ramo de violetas secas que tengo en casa, en el fondo de un cajón. Conté, al volver, estas pobres flores ajadas. Había veinte, y sentí sobre mis labios la dulce quemadura de veinte besos.

Emilio Zola.

PAGINAS DE LA MODA.

Traje de paseo con jacquet de blondas.

BREVIARIO DE LA MUJER ELEGANTE

No nos detendremos en demostrar lo que toda mujer sabe tan bien como nosotros: que todas las líneas verticales alargan, en tanto que las líneas horizontales ensanchan y por consecuencia disminuyen en apariencia la esbeltez.

Al decir línea, no queremos solamente hablar de los rayados sino de todas las disposiciones y de todos los adornos.

Así el chaleco alarga porque corta al corpiñoen tres líneas verticales. Los rayados de traves ó las guarniciones, tales como los *brandebourgs*. pieles, berthas y largas vueltas muscadens, convienen á las mujeres delgadas y altas. La amplitud de la toilette da á los cuerpos aventajados elegancia y magnificencia á condición sin embargo de que no se le exagere. Esto es el A. B. C. de la costurera que tiene aunque sea en pocas dósis el sentimiento de las proporciones.

Mas fuera de estas observaciones por decirlo así fundamentales, hay que estudiar la gracia de la línea. Una mujer deseosa de vestirse bien, hará desde luego un pequeño curso de estética, examinará con una seria atención los más puros *chefs d'oeuvre* de la estatuaria y del dibujo; después, estudiándose á sí misma, verá por donde peca y en su toilette, tratará de aproximar su línea á la de los grandes modelos, según que su belleza sea graciosa ó imponente; porque, he aquí otro gran principio fundamental: en el arte de vestirse, de adornarse, importa ante todo que la toilette de una mujer esté en harmonía con el género de su belleza. Una mujer de perfil soberbio y majestuoso, no se peinará, no se vestirá como cualquier otra de aspecto gracioso y espiritual, provocador, so pena de producir una discordancia, una disonancia que heriría el gusto.

Voy á deciros pues una verdad, que acaso va á pareceros una enormidad y es que la primera cosa que debe hacerse si queréis vestiros según las leyes del buen sentido, del buen gusto, de la verdadera elegancia. es estudiar en un juego de espejos, la forma de vuestro perfil ó más bien de vuestra nariz; que es la nariz la que determina por decirlo así el tipo del perfil.

Si vuestra nariz ofrece una hermosa línea pura y noble, si continúa la línea de la frente en una inflexión ligera, si recuerda en una palabra á las estátuas antiguas, necesitaréis una toilette en harmonía con ese perfil, es decir, de un estilo simple, noble, severo.

Pero vuestra nariz, aunque regular y recta, describe al contrario una curva insensible para levantarse de nuevo, á las dos terceras partes de su longitud en un pequeño respingo al cual se enlazan narices móviles, vibrantes: es preciso en este caso aplicaros á las toilettes de género que encantan por el contraste, de lo picante, más que por la simetría y cuyas líneas en lugar de continuarse en una severa simplicidad se rompen, se contrarían, sin herir sin embargo la harmonía.

En fin, si vuestra nariz afecta una forma aún más irregular y remangadada, como la nariz Roxelana, que imprime á la fisonomía un aire vivaracho, deliberado, provocante, vuestra toilette podrá llevar aún más fantasía y capricho.

Hay aún otros tipos y son numerosos: tienen perfiles rebuscados, extraños, inquietantes, que no son ni clásicos ni desvergonzados, pero que tienen carácter y un gran aspecto. A estos les es necesaria la elegancia pomposa más bien que las improvisaciones de la moda. Los recuerdos históricos inspirarán su toilette como su peinado, que deberán la una y el otro tener carácter.

Así pues, imponente ó graciosa, la línea general de la toilette debe harmonizarse con la línea del perfil, correjir la forma del cuerpo, si es defectuosa, y aproximarse tanto cuanto sea posible á los grandes modelos.

¿Hay algo más adorable que esa línea magnífica que parte de la cintura para ir afilándose hasta la punta de los piés? Pero es raro que en la naturaleza esta línea se realice. Se trata pues de modificarla por medio de un corte de faldas, sabio, artístico, si es que puedo explicarme así. Sin embargo, cuando la falda ablanda esa forma elíptica de la cadera uno de los mayores atractivos de la mujer, soy de opinión, si esta línea no es absolutamente perfecta, ó si el vientre es un poco prominente, romperla por un drapeado un poco vago, ó una blanda y elegante drapería con tal, sin embargo, de que no caigais en las complicaciones pretenciosas que han sido largo tiempo de moda y que ahora nos parecen horribles.

Sin embargo, más aún que la línea, el color nos da los medios de alcanzar la alta elegancia si se sabe aplicar los contrastes y las armonías.

Jacquet de mañana.

Páginas para las Damas.

LA REINA VICTORIA INTIMA

Se ha puesto á la venta en Londres un magnífico volumen de 200 páginas espléndidamente ilustrado, cuyo título es *La Reina Victoria*.

Figura como autor el mismo M. Richard Holmes, bibliotecario del castillo real de Windsor, pero, en realidad, no se trata sino de una autobiografía, puesto que la soberana inglesa ha dictado la obra en-

Traje de recepción para matrona

Traje parisiense para comida

Entre los detalles inéditos que aparecen en las páginas referidas, citaremos los más interesantes.

Parece que, durante la juventud, S. M. la Reina Victoria poseía exactamente el perfil de Carlos Eduardo Stuardo, y los rasgos fisionómicos particulares de esa familia, heredados de la Princesa Ana, hija de Francisco II de Dinamarca y de Sofía de Meckl. mburgo, esposa de Jacobo I de Inglaterra.

La leyenda del soldado Moloney, á quien se atribuía haber evitado que la Princesa Victoria fuera aplastada por un carruaje en el Parque de Kensington es una de las primeras que desmiente Mr. Holmes. La reina no conserva recuerdo alguno de ese accidente. Es, por tanto, falso que Moloney, con peligro de su vida, salvara la de la Princesa, y que recibiera como recompensa de su acción una guinea, último detalle que debiera haber bastado para demostrar lo absurdo de la historia.

También corría por Inglaterra otro falso supuesto, según el cual, la Princesa Victoria, contemplando á la edad de once años un árbol, genealógico, exclamó, viéndose próxima al tromo.

—Cuando sea Reina seré muy buena.

Demuestra Mr. Holmes que las anteriores palabras no pudieron ser pronunciadas, porque la Princesa fué teniendo gradualmente conocimiento de su probable sucesión á la Corona, perspectiva que la hacía muy desgraciada, por el temor á las graves responsabilidades que había de asumir.

"Por lo demás, dice el autor del libro,—si la reina no prometió "ser buena," lo ha sido desde los primeros instantes de su reinado.

Al tener noticia la Princesa de la muerte de su tio el Rey, escribió á la viuda del Monarca una sentida carta con esta dirección:

"A. S. M. la Reina."

Habiéndole indicado álguien que debía escribirse "A S. M. la Reina viuda," la Princesa se negó á hacer ninguna alteración añadiendo:

—Ya sé lo que debe escribirse; pero no quiero ser la primera que recuerde á la Reina mi nueva condición.

Un día que se hallaba de visita en Windsor, díjola el Rey al conducirla al salón de baile.

—Dime, Victoria, ¿qué quieres que toque la orquesta?

—Lo que más me gusta.—dijo sonriendo la Princesa,—el *God save the king.*

Cuando contrajo matrimonio con el Príncipe tuvo grandes dificultades para llegar á la determinación de la lista civil que á aquel correspondía.

La resistencia del Parlamento á conceder las 50,000 libras solicitadas por la Reina causó á ésta extraordinaria mortificación, siendo tal contrariedad la única nube que oscureció un momento la felicidad del regio matrimonio.

tera, desde el primero hasta el último capítulo. Trátase, pues, de un libro interesante en alto grado y que para los historiadores futuros constituirá un precioso documento de la autenticidad más completa.

Gran parte de la obra tiene por objeto destruir ciertas leyendas existentes acerca de la infancia y juventud de la Reina Victoria.

Descripción de nuestros grabados

TRAJE DE PASEO CON JACKET Y APLICACIONES DE BORDADO

Este traje es de paño de damas gris obscuro.

Cuerpo blusa cuya originalidad consiste en la forma de la solapa, triangular y con espaldetas planas con doble ribete de cinta de satín negra. A ambos lados del frente de la blusa alhamares de trencilla en forma de guías ó alfanges, prendidos de sesgo formando órdenes de adornos muy elegantes. Basquiña angular ribeteada por doble cinta de satín y ajustada sin pliegues por el cinturón.

Falda lisa con delantal simulado, que limitan tres órdenes de cintas dobladas graciosamente en la parte seperior de la falda y circundando hacia atrás toda la medianía de esta. La blusa se abre ligeramente en el centro dejando ver un apliquée de blonda crema de Bruselas, que adorna también el cuello, estilo Médicis.

JACKET DE MAÑANA.

Es de grueso satín azul obscuro, de una admirable sencillez. Toda la parte que constituye el peto, ligeramente plegada A ambos lados gruesa aplicación de felpa que limita un apliquée decreciente de blonda negra en forma de guía el cual se detiene en el talle, descendiendo hasta la parte inferior de la blusa únicamente la trencilla de felpa -Mangas lisas ligeramente abultadas en los hombros. Cuello redondo con orla de trencilla y una guía de blonda.

Grueso cordón de seda como ceñidor, cayendo sobre el frente en gracioso lazo.

TRAJE DE RECEPCIÓN PARA MATRONA.

He aquí uno de los modelos más brillantes que se hayan visto en esta estación.

Gran falda de satín crema floreada con hermosas guías de seda, completamente plana; cauda de amplio vuelo y bordado en toda la parte inferior de encaje blanco en forma de volante.

Cuerpo ajustado de terciopelo negro con amplio golpe de blonda que rodea al cuello, se detiene en hermoso lazo en el mismo y desciende cubriendo el intervalo que separa las dos alas del cuerpo. Este está cortado en su extremidad con varios cortes ó gajos triangulares en forma de pétalos, que se reproducen en las espaldetas. Mangas del mismo género de la falda, lisas, ligeramente abultadas bajo la espaldeta y guarnecidas de encajes La falda es de vuelo completo.

TRAJE PARISIENSE PARA COMIDA.

Los trajes de comida, de alto cuello, están viéndose frecuentemente este invierno, más frecuentemente que en otros años y aunque no son de una moda estricta para las grandes comidas, se consideran aceptables para las de menos solemnidad. Uno de los figurines favoritos está hecho de tul blanco y de encaje negro, y otro figurín, más encantador aun se hace de satín blanco acordonado completamente cubierto con tul y encaje blanco de Chantilly. El cuerpo tiene forma de blusa y va adornado en el frente con cuatro ramos de tul negro que van del cuello al cinturón en toda la extensión de la blusa. Las mangas plegadas en toda su longitud, con vuelos de enca-

Traje parisiense de recepción

Traje parisiense de baile

Traje de paño para calle.

Toqueta Lucy y toca Ludwig.

ramente abiertas para mostrar una blusa de encaje.

Los frentes están hechos con una fina pieza de encaje de guipure conectado con un cuello y espaldetas también de guipure. En la espalda y en los frentes del cuerpo hay bandas de cinta de satin arregladas en rombos como los de la falda. El collar es de terciopelo turquesa drapeado con encaje.

SOMBREROS.

1 (*a*)—Toqueta *Lucy*, en satin antiguo negro y en terciopelo verde pistacho. La passe está drapeada de satín y remontada muy alto á la derecha, bajo un nudo de terciopelo negro atravesado por una gran hebilla en plata vieja, reteniendo dos alas negras. El fondo está drapeado de terciopelo con tres correderas en medio: toda la amplitud, llevada á la derecha proporciona dos orejas rectas que ascienden al nivel del volante.

(*b*)—Toca Ludwig. Gruesa toca de terciopelo negro, formando un gran birrete ó gorra vizcaína drapeada, muy levantado á la izquierda, bajo un enorme pájaro de fantasía acompañado de cuchillos de aguila Detrás del pájaro, sobre el perfil, hay una berza de terciopelo negro.

3.—Sombrero *Yahne*, de fieltro blando bordeado de melucina, muy lindamente chifoneada, hacia adelante, llevando el peinado completamente sobre la frente. Perfil muy drapeado, ratrapeado por una larga barreta strass con puntas de orejas, cayendo hasta sobre el moño ó postizo. Hacia adelante un soberbio pájaro.

4.—Sombrero Wynns, de fieltro marrón claro, bordado de terciopelo tórtola. Alrededor del casquete una corona de postizos de terciopelo y seda plissée alternados del mismo matiz, teniendo de lado, dos alas de Mercurio, mordoreadas.

5.—Toquita *Calvé*, para teatro, de terciopelo capuchino, terciopelo negro y felpilla gris perla bordada de pajitas negras. El fondo es drapeado y rodeado de un volante Bajo este volante un chifoneado de terciopelo negro formando lazo alrededor. A la izquierda nudo de cuatro hermosas plumas negras ligadas bajo un enorme postizo capuchino.

6.—Toquita *Bartet* para ceremonia, un drap de terciopelo muy en boga.

———

Toquita Calvé.

je negro. El *collar*, vueltas de mangas y cinturón están todos hechos de pasamanería negra del más hermoso corte. La falda es casi plana no muy llena ni muy brillante. Tiene un delantal simulado de tul blanco, bordado al pié con alforzas y tiras como de felpa. La espalda y los lados son de encaje de Chantilly sobre tul.

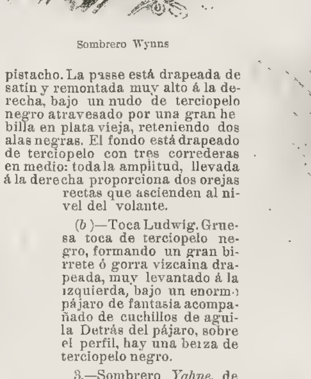
TRAJE PARISIENSE DE BAILE.

Un ingenioso traje de baile que verán nuestras lectoras en otra plana y que excede en elegancia á todos los vistos en esta estación, está hecho de punto *de esprit*, del más hermoso azul claro. La falda está adornada con tres volantes, el más bajo de los cuales borda la base en toda su circunferencia. Los otros dos se levantan graciosamente formando ángulos, á ambos lados, descendiendo hacia el frente y hacia la espalda en amplias curvas. Están bordados con dos orlas de cinta de satin azul. Es una original falda esta, que produce el efecto más favorecedor para una dama. El cuerpo está en forma de blusa cortado por un amplio y bajo escote y adornado sobre los hombros con una apéndice bordado por tres líneas de cinta negra, así como la blusa.

El cinturón es de satin azul.

TRAJE PARISIENSE DE RECEPCION.

Un llamativo traje claro—lo es en efecto—se hace de paño del color más bajo que pueda encontrarse. La falda está adornada á ambos lados del frente por piezas de encaje de guipure en el talle y en los pies, en tanto que entre ambos puntos hay un bordado romboide formado por cintitas de un matiz claro obscuro. El cuerpo es de blusa con dos bandas centrales de encaje detenidas bajo el cinturón de satin y lige-



Sombrero Wynns

Sombrero Yahne

Toquita Bartet

Los hombres contentos de su celebridad son ingenuos; los hombres orgullosos de ella, son necios.

Alejandro Dumas (hijo.)

Agentes generales de este periódico en Centro Amèrica, Sres. J M. Lardizábal y Cía. en Guatemala. Están autorizados para arreglar contratos para anuncios y suscriciones.

EL MUNDO.

TOMO I. | MEXICO, ENERO 30 DE 1898. | NUMERO 5.

Complicidad inconsciente.

Dibujo de Antonio Bribiesca.

LA SEMANA

Ha regresado ya el Presidente de la República de su viaje triunfal por los Estados de Veracruz, Tamaulipas y San Luis Potosí. Bailes, serenatas, banquetes, aclamaciones entusiastas lo han acogido por todas partes: en todo el trayecto se le han tributado no solo los honores que exije su alta investidura, sino las manifestaciones más espontáneas y sinceras de adhesión y de simpatía. No puede ser de otro modo: háse necesitado la labor emprendida, inmensa, la obra colosal realizada por el General Díaz, para unir en una sola aspiración á todos los mexicanos, para vencer las veleidades con que suelen pagar los pueblos su deuda con los gobernantes y para ver crecer, consolidarse y depurarse una popularidad que para tantos hombres de Estado ha sido efímera.

El General Díaz no llegará á mendigar, ciego y abandonado como Edipo; ni tendrá como Cincinato que volver á la vida apacible del campo; ni verá el peñón de Sta. Elena, ni lo congelará la soledad de Friederichsruhe: la evolución de su destino está ya trazada: gobernará mientras viva, sin decaer, sin degenerar y mirando cada día mas firme y más gloriosa la posición que sus energías, su genio y sus virtudes le han sabido conquistar.

Si la felicidad consiste en encontrar y ejercer el género de actividad que conviene á las facultades del alma y á las energías del cuerpo, en forjarse dentro de ese programa un ideal noble, grande y elevado, batallar por realizarlo y llegar á alcanzarlo, el General Díaz debe reputarse uno de los mortales más dichosos; no por su posición elevada, no por su gloria, no por el bien que le ha cabido en suerte hacer á su país y á sus compatriotas, sino por la maravillosa y completa adaptación de sus capacidades, de sus inclinaciones, de sus aspiraciones, de todo su ser moral y de todo su organismo físico al género de destino á que estaba llamado y que ha sabido cumplir.

***

Temperamento activo y batallador por naturaleza, le han seducido siempre las grandes empresas, los intentos temerarios, las cosas que parecen imposibles. Para un caracter como el suyo el descanso es hastío, la tranquilidad *spleen*, suplicio la inacción. Cuando ante su paso se hiergue el obstáculo, experimenta la misma deliciosa impresión que cuando la pieza de caza pasa ante su certera carabina. Bien que se le otorga, satisfacción que llueve del cielo, adquisición sin esfuerzo y victoria sin lucha, no lo seducen ni lo atraen, ni lo estimulan. Ha vivido, vive y vivirá luchando; pero la lucha no lo enerva, ni la resistencia lo fatiga, ni la derrota lo desespera; antes al contrario, acrecientan en su espíritu la presión de sus inagotables energías y en su cuerpo de atleta la tensión de las fibras y la contracción de los músculos.

Para él las fatigas, los peligros y zozobras de la guerra son un ejercicio fácil, grato, restaurador; todavía sabe descansar trabajando y cuando reposa su espíritu, entra en inmediata actividad su cuerpo. Cazador, nadador, buen jinete, tirador habil, tal parece que no lo fatigan bastante los trabajos del poder y que tiene que abrir la válbula de desahogo á energías que se crecerían ya agotadas.

Con este temperamento sanguíneo en lo físico y batallador en lo moral, se combina una dosis incalculable de sangre fría y de serenidad, casi diríamos de apacibilidad. Sediento de combate, no lo provoca ni lo acepta sin necesidad y sin razón; si su temperamento lo orillaría á crearse dificultades y á suscitar conflictos, en cambio su reflexión serena, fría, le sugiere conciliaciones, transacciones, contemporizaciones indispensables, necesarísimas en la vida política.

Capaz de medirse con todos, jamás provoca á nadie y arroja el guante solo al que se lo arranca á el de la mano.

Siendo hombre superior y hombre fuerte, tiene un inmenso espíritu de tolerancia para las debilidades, las miserias y los vicios humanos, solo limitada por la consideración del bien público. Su trato es de una afabilidad y de una corrección social envidiables, sabe tratar á todo el mundo y dar su lugar á todos. Tiene por la mujer en general una consideración y un respeto verdaderamente ingleses. Su palabra, antes difícil é insegura, es hoy de una gran fluidez, de una completa facilidad y llega á ser, en momentos solemnes, de una elocuencia vigorosa á la vez que persuasiva. Su estilo es pintoresco, su frase descriptiva; es el estilo de un observador sagáz que abarca y comprende de un solo golpe y pinta con un solo rasgo. Saca, para persuadir, un gran partido del refrán, de la anécdota, del modismo militar.

***

Sus modales son de una intachable pulcritud, viste con elegancia severa, y limpieza minuciosa, es sobrio, sano, vigoroso, marcial y de alta estatura. Al verle se percibe que no hay un atributo de su persona que desdiga del conjunto y que no forme un todo regular y harmónico, y sus costumbres personales, del más severo puritanismo completan una personalidad nacida para el mando, predestinada á la celebridad, llamada á altos y prósperos destinos.

Con un lineamiento distinto en su físico ó una facultad diferente en su cerebro, el General Díaz no hubiera llegado á la alta cumbre donde hoy asienta su prestigio. Los hombres eminentes son como los cronómetros: deben estar construidos con precisión y engranados con harmonía, deben los resortes ser sólidos, los ajustes matemáticos, los engranes perfectos; necesitan estar bien protegidos y ser de un metal á la vez duro, tenaz, elástico, inoxidable. El General Díaz estudiado física, intelectual y moralmente, da idea de esos aparatos que crea la industria moderna y que poderosos como locomotoras, son exactos, precisos y delicados como cronómetros. Solo una estructura y tan bien equilibrada podía haber acometido y llevado á cabo obra tan complexa, tan difícil, tan peligrosa y tan fecunda como la que el General Díaz ha podido realizar.

Se admira en él, generalmente, al soldado, al gobernante, se mide su valor por sus éxitos, por sus triunfos; sin embargo hay algo más interesante: el hombre, la harmonía y el poder de sus facultades. Así estudiado, la posteridad lo presentará como uno de esos organismos privilegiados que no esperan todo de las circunstancias sino que las crean.

Nació organizado para grande hombre y lo es y lo hubiera sido en éste ó en cualquiera otro medio, en estas ó en otras circunstancias.

Lo sensible es que cuando la naturaleza crea un hombre así, rompe después el molde.

Concluyó la temporada taurina de Mazzantini y el torero *clubman reintegra el domicilio conyugal*, dejando en el campo, como recuerdo de sus proezas, á su segundo mal ferido y llevando consigo para memoria de su campaña á la mitad de su flamante ejército convertido en Cuerpo de Inválidos. Pocas jornadas tauromáquicas habrán sido tan desastrosas para el personal de lidia; y si la expedición se prolonga, es seguro que vuelve Mazzantini á España acompañado tan solo de un paquete de esquelas de defunción.

En presencia del entusiasmo, del frenesí que la bárbara diversión despierta aún entre nosotros; ante los tendidos llenos y los teatros vacíos; ante el tumulto á las puertas de la plaza y el vocerío dentro de ella; ante tantos hombres serios y no serios, pulcros y no pulcros, ricos y pobres, rojos de animación los semblantes, brillantes los ojos de regocijo, birsutas las cabelleras en las expansiones de un positivo delirio; ante ese encanallamiento momentaneo del hombre culto y ese transitorio regreso del ser civilizado á la barbarie, ocurre preguntar: ¿qué mágica atracción, qué misterioso prestigio, ejerce y poseé ese espectáculo de sangre y de matanza y cómo puede el corazón palpitar de alegría, las mejillas colorearse de placer, secarse la garganta de grata emoción frente á esas entrañas desparramadas, esos charcos de sangre esparcida, ese peligro inminente de la vida humana y ese sacrificio inútil de hombres y de animales?

Los adversarios del *sport* taurino fingen creer que es el solo género de placer bárbaro, que las otras formas del regocijo son pulcras, estan calcadas en el «Manual del buen gusto» y ajustadas á los preceptos del «Catecismo del P. Ripalda» que las corridas de toros son las más peligrosas de todas las diversiones, y que solo una anomalía de raza ó de educación puede explicar la afición de los españoles y de sus derivados á ese espectáculo.

Nada es menos cierto; de una manera general puede decirse que todo *sport* es bárbaro y peligroso, que consume vidas de hombres y de animales, y que ni el pueblo ibero ni sus descendientes constituyen los únicos seres que gozan con el peligro, con la sangre y con la muerte.

La lucha, el pugilato, el *foot-ball* son espectáculos tan salvajes y peligrosos como las corridas de toros, y no se percibe diferencia entre ver á Mazzantini frente á un cornúpeto ó á Corbett frente á Fitzimonds.

Muchos pelotaris han muerto heridos por la pelota; en las carreras de caballos se condena á todas las formas del martirio; al hambre, á la dieta, á la castidad, al *favorito* y á su jockey y con frecuencia se desnucan sin ulterior recurso. ¿Qué es la caza? Una hecatombe de seres débiles, inocentes, irresponsables, cubiertos muchos de ellos por la prescripción; y cuando se cazan fieras, no es el *sport* menos peligroso y ocasionado para los fervientes de San Huberto. En todo *sport* hay peligro y hay barbarie con la sola excepción, acaso, del *lawn tennis*, del billar y del baile y aún en estos dos últimos suele el peligro existir para el bolsillo y para el corazón y revestir caracter financiero ó moral.

***

Y lo peor del caso es que no solo todo *sport* es bárbaro y entraña peligros más ó menos graves, sino que esos atributos son necesarios, inevitables, esenciales á él. El sport es la resurrección de la vida física, animal del hombre primitivo. Los ejercicios esportivos son remedos y símbolos imitativos de los actos y de los procedimientos normales de la vida salvaje. Nuestros más remotos antepasados cazaban para alimentarse y vestirse y para destruir á sus enemigos animales. Montaban á caballo en sus excursiones de nómades; luchaban, combatian con las tribus vecinas; guiaban carros, manejaban armas, no por placer, sino por necesidad. Los moros conquistadores alanceaban toros para extinguir á esos seres dañinos que infestaban los montes y los hacían inhabitables é inexplotables. Los señores feudales cazaban, no por gusto, sino por necesidad, para alimentarse y también á sus siervos y para hacer posible la agricultura y la ganadería: para nuestros ganaderos colear y lazar son actos necesarios de su profesión. Saber dar un buen puñetazo ó poder derribar á un adversario fueron actos tan indispensables en el pasado, como hoy lo son saber leer y escribir.

Estas faenas penosas, estas fatigas rudas, estas imperiosas necesidades vanse convirtiendo y se han convertido en placeres, precisamente desde que han dejado de ser necesidades, según una ley general del espíritu hoy bien probada. Todo lo antiguo, por solo serlo, reviste carácter estético, y todo lo superfluo, lo inútil, lo anacrónico tiende á ser bello. Las modas y usos del pasado, las costumbres, las necesidades de otra edad, el castillo feudal, el templo derruido, la choza primitiva, son hoy cosas profundamente bellas.

El *sport* reviste ese carácter de salvajismo, porque para ser bello necesita ser reminiscencia de hechos remotos, de actos ya antiguos é innecesarios y porque tiene que buscar sus modelos en los tipos bruscos, crueles, bárbaros de la humanidad primitiva.

No es esto, ¡líbrenos Dios de ello! un alegato en favor de las corridas de toros; reconocer el origen de un vicio, demostrar qué causas se oponen á su extirpación, no es defenderlo, ni aconsejarlo, ni pregonarlo. A medida que nuestras costumbres de civilizados envejezcan, revestirán para nuestros sucesores formas bellas y llegarán á constituir diversiones más nobles y honestas; y así como del canibalismo no nos queda más que el beso, de todos nuestros *sports* bárbaros no quedarán más que símbolos inofensivos y recreaciones púlcras.

LOPEZ I.

Política General.

RESUMEN. —Otra vez el embrollo en el extremo Oriente. —Alemania triunfante.—Rivalidades de Rusia y ambiciones del Reino Unido.—La victoria por el Czar. —Temores de un choque.—La fiebre de Francia.—Crece la marea. —¿Hay peligro para la República?—Conclusión.

Aun no se ve claro en el embrollo del extremo Oriente; frente á frente quedan todavía las potencias en él interesadas buscando astutas la manera de sacar la mejor parte, sin ocasionar en lo posible un rompimiento que podría dar origen á una guerra continental.

La gran Germania ha tomado definitivamente posesión del puerto y bahía de Kiao-Chau que ambicionaba, prometiendo sin embargo, dejar libre entrada al comercio de todas las naciones.

Hábiles y entendidos los diplomáticos alemanes, han podido enarbolar su orgulloso pabellón en las remotas costas del Mar Amarillo, sin despertar las suspicacias de Rusia, sin excitar las rivalidades de Francia, sin provocar resentimientos por parte de la Gran Bretana

Su marcha ha sido tranquila y eficaz; no ha habido necesidad de la presencia del Príncipe Enrique para hacer prevalecer la voluntad del prepotente Kaeser

REGRESO DEL SEÑOR PRESIDENTE

EN LA ESTACION DE BUENAVISTA — EN LA CALLE DE CADENA

(Fotografías de «El Mundo»)

dóciles á sus indicaciones los hijos del Celeste Imperio, han cedido el territorio ambicionado, y dejan á los alemanes fundar sus factorías, bases de populosas colonias para lo porvenir.

* * *

No así los dos imperios que se disputan la preponderancia sobre el vasto continente asiático: no así las dos potencias soberanas, rivales de abolengo por adquirir el predominio sobre los pueblos mongólicos y sobre los pueblos mahometanos del Oriente; no así las dos naciones más poderosas de la tierra que se combaten encarnizadamente por el protectorado sobre Persia, la influencia sobre Turkestán, el dominio sobre los afganes, y sobre todo, el poder sobre las costas risueñas del encantado Bósforo: como han estado oculta ó francamente de enemigas irreconciliables en la revolución de los afridas, en las agitaciones secretas del Emir, en las vacilaciones amenazantes del Shah, en las veleidades criminales y cambios horriblemente inmorales del Sultán, también están frente á frente para explotar las ceguedades del Emperador de China

Hasta hoy, en esa lucha infatigable, en ese desafío á muerte por el dominio de Oriente, la victoria ha estado á favor del Czar de todas las Rusias. Supo el omnipotente moscovita interponerse entre la espada vencedora de los japoneses, dispuesta á caer formidable sobre la cabeza de los chinos vencidos y humillados; alcanzó á detener la marcha triunfal y arrolladora del Mikado, y con esos actos que aparecieron á los ojos del mundo como muestras de clemencia y de magnanimidad para el vencido, llegó á asentar la planta en el territorio amenazado y extender como un cerco constrictor los eslabones de acero del gran ferrocarril estratégico transiberiano hasta los confines de la Manchuria Después ha tomado posesión de Puerto-Arturo desde donde domina todo el Golfo de Petchilí y hoy disputa á la Gran Bretaña, el privilegio envidiable de proporcionar un empréstito de 16 millones de libras esterlinas, para las urgentes necesidades de la acuitada China.

* * *

El Gobierno inglés por su parte, no se ha dado por vencido. Despreciando protestas y amenazas que venían de Petersburgo, ha seguido impávida en la conquista del Soudán y hasta ha tomado posesión de la plaza fortificada de Kassala, cedida por los italianos, como punto avanzado en el agrio territorio de Abisinia; ha llegado á sofocar la formidable insurrección de los afridas. más ó menos abiertamente auxiliados por los afganes amigos de Rusia; ha conseguido establecer inteligencias entre China y el Japón, ayer enemigos irreconciliables y hoy casi ligados por secretos convenios; ha congregado formidables escuadras anglo japonesas en las aguas del Mar Amarillo, que amenazan por un lado los puertos de Corea y por otro Puerto-Arturo donde se abriga la flota moscovita.

En tal situación, es de temerse un rompimiento; pero no vendrá: asegurado por Inglaterra el empréstito chino y recobrando su influencia en el reino de Corea, todo podrá arreglarse pacíficamente, aunque se hayan oido gritos subversivos de guerra, en *meetings* y reuniones de los siempre tranquilos y serenos hijos de Albión.

* * *

La fiebre de agitación que ha sacudido el suelo francés por el asunto Dreyfus, y la irritación antisemítica, ha llegado casi á su período álgido El sindicato constituído en las sinagogas para comprar conciencias y sobornar opiniones á favor del deportado de la Guayana, no ha cesado en sus esfuerzos ni descansado en sus tareas

Después de la exaltación que atizó la prensa vendida, el movimiento ha ascendido hasta los escaños de la representación nacional, y el mundo civilizado, que ya mira con prevención los parlamentos corrompidos, y siente temores sobre la eficacia de ese engranaje tan importante en los pueblos modernos, ha visto asombrado escenas truhanescas, representadas por los diputados en plena Cámara Francesa, apropósito de un incidente en el asunto que caldea todos los espíritus y hace estremecer todas las conciencias.

Hasta hoy el gobierno que preside Mr. Mélline ha podido permanecer firme, desafiando como roca enhiesta todos los embates de la tormenta; pero la marea crece, el oleaje azota con espumarajos de rabia, el odio antisemítico estalla tumultuosamente en las colonias africanas, y si no ha llegado todavía á su último extremo, aun son de temer horas de angustia para la tranquilidad de la República.

X. X. X.

27 de Enero de 1898

NUESTROS GRABADOS

Complicidad inconsciente

Hermosa juventud! Hermosa con sus alegrías, con sus emociones locas que hacen saltar el corazón como pajaro recién aprisionado, y borran de la imaginación todo lo que no sea amor

¡Cómo se deslizan sus horas inolvidables, acariciadas por la esperanza, astro que brilla en el Oriente de la ventura sin que nube alguna lo empañe!

El grabado de nuestra primera plana copia del natural uno de esos instantes de arrobamiento celeste en que, como decía Victor Hugo, el universo se reduce á un solo ser y ese ser se dilata hasta fundirse en Dios

¿Qué le importa á la linda enamorada que un ladronzuelo rapaz le arrebate el pañuelo de fina batista? No siente la impresión del hábil escamoteo, pero si la sintiera tampoco haría caso, porque toda su atención la absorve esa rosa que le ofrece su amado, prenda de dulce ternura, promesa de futuras felicidades

Unos minutos más y la bella flor prendida en el opulento seno sentirá los desvanecimientos de la dicha y plegará envidiosa sus pétalos y exhalará en perfumes toda su alma.

Luego, marchita ya, irá á dormir el sueño eterno en el cofrecillo de sándalo que guarda las reliquias amorosas

¿Y el pañuelo? Ese acabará sus días en el Patio de los Pericos de la Cárcel de Belen, ó en las floridas vegas del Valle Nacional

Esas cosas de tanta valía no se venden. Las guardan los *ratas* como trofeos de guerra.

Judith

Ya consumó su acto heróico la atrevida Judith. Ya rodó exánime el aborrecido cuerpo del enemigo de su Dios y de su pueblo

Gallarda, altiva, imponente como el angel de la venganza, ni esperimenta los estremecimientos del terror ni la punza el aguijón del remordimiento Mató porque debía matar.

Es muy bella, pero no causa impresión de mujer. La sangre cuando mancha manos femeniles, debe ser de heridas que se restañan y no de heridas que se hacen.

María llorando al pié de la cruz, sin una palabra de odio para los asesinos de su divino hijo es el prototipo exelso de la mujer.

¿Pero las que matan?

Esas dan miedo, ya sea que se llamen Herodias Judith ó Carlota Corday. Dan miedo, no inspiran amor.

Sobre la nieve

Durante los últimos tres meses, la pobre viuda de Simón el molinero había tenido que vender el molino para pagar al médico y al cura los gastos de la enfermedad y entierro de su marido; y luego se fué desprendiendo de cuanto tenía para comprar leña conque calentarse ¡Estaba tan crudo el invierno! ¡Y eran tan largas las noches sin sueño de la viudéz!

Llegó el dia de San Silvestre, el último del año, y no hubo ni leña ni pan

La niña decía á gritos que cuando vivia papá no pasaba eso, y la madre silenciosa y sombria sollozaba en un rincón

Se habría creído que el buen Dios que da que comer á los pajarillos del aire y á las hormigas de la tierra, se había olvidado de la huerfanita; pero no, derrepente se transformó en idea y entró en el cerebro de la niña que exclamó:

—En la ciudad y en casa de tio Juan, hay cena de la noche buena de año nuevo. Vamos, mamá

Ya era casi de noche cuando la viuda y su hija tomaron el camino de la ciudad; y á poco que anduvieron, empezó á caer la nieve en copos sutiles y menudos que se arremolinaban primero en el aire y luego se posaban suavemente sobre la tierra

El viento frio, la nieve mucha y la distancia larga........

¿Llegarían á la ciudad?

Ya se oía el canto de los gallos, el aullido de los perros y el rumor de la población, y se veía á lo lejos luz en todas las ventanas.

¿Llegarían?

Si! En la casa del tio Juan había un buen fuego. Se sentaron junto á la chimenea y una vez secos sus vestidos, se sentaron á la mesa.

Luego, cuando la niña se durmió, soñó que el alma de su padre la besaba en la frente.

Y era verdad!

Las victoriosas

Hoy engalanamos las columnas de El Mundo Ilustrado, con la copia de una fotografía en que se representa á las bellas damas que resultaron victoriosas en la regata de embarcaciones menores que hubo en Tampico en el Rio Pánuco, y con la cual el bello sexo obsequió á la distinguida esposa del Presidente de la República.

Dicen nuestros corresponsales del puerto, que esa regata estuvo animadísima, y fué una de las fiestas más simpáticas que hubo allí durante la permanencia del Señor General Díaz.

PARAFRASIS.

Cuando ella supo cuál era mi vida
sin un ser que mi ser pueda halagar,
la miraba pasar enternecida
al ver mi triste hogar.
Quizá la causa entonces presumía
de mi letal angustia y soledad,
pues siempre que pasaba, me veía
con ojos de piedad.
Mas al saber que siempre fué por ella
por quien amante el pecho palpitó,
atraída al hogar llegó mi bella
y vacilante entró.
"Yo te amo," entonces suspiró mi boca;
y ella al mirar lo grande de mi amor;
cayó en mis brazos delirante, loca
pero ya sin temor.

Gregorio Orive.

Judith.

Sobre la nieve.

El viaje del Sr. Presidente

La prensa diaria ha venido dando cuenta minuciosa del último viaje que hizo el señor Presidente á Veracruz, Tampico, San Luis Potosí y poblaciones del tránsito y en el que, como era de esperarse, fué objeto de las más calurosas y entusiastas ovaciones de parte de todas las clases sociales.

Hoy damos copias de varias vistas fotográficas tomadas en Tampico donde el señor General Díaz fué recibido y atendido como corresponde á su alto carácter oficial y á las cualidades y virtudes privadas que lo adornan.

Casa que habitó el Gral. Díaz en La Barra. Fot. Ibañez.

En la noche del 16 del actual, según nuestras noticias, el Sr. Presidente á Tampico, donde más de 5000 personas lo esperaban en el muelle al cual llegó á las nueve y tres cuartos con su distinguida esposa y personas que lo acompañaban. Todo el trayecto desde el muelle hasta el Casino donde se le esperaba con un baile, estaba adornado é iluminado con elegante profusión. En el Casino, comisiones del Cuerpo Consular del Comercio y otras Corporaciones le hicieron los honores correspondientes, en tanto que varias señoras y señoritas atendían á la señora Romero Rubio de Díaz. El baile terminó á las dos de la mañana.

Al día siguiente una excursión al Pánuco, río arriba.

La comitiva partió á las 10.35 a. m. del muelle fiscal, embarcada en dos grandes chalanes unidos, compuestos en forma de salón y remolcados por el alijador «Tampico». Dos músicas acompañaron á los excursionistas. A bordo se improvisó un baile y se sirvió un mágnífico lunch.

Al regresar á Tampico á las cinco de la tarde, el señor General Díaz tuvo una grata impresión viendo á unos 300 hombres de las fuerzas rurales del Estado que lo recibieron con los honores militares correspondientes.

El 18 antes de amanecer, se emprendió la marcha á terrenos del Naranjal para una partida de caza que duró tres días y en la que como siempre el señor Presidente dió pruebas de ser un afortunado y diestro cazador.

El «Zaragoza» en el río Pánuco. Fot. Ibañez.

En fin, banquetes, bailes, paseos, cacerías, todo cuanto podía hacerle al señor General grata su permanencia en Tampico, abundó, dejándolo sumamente complacido.

En San Luis Potosí no recibió el viajero menores muestras de adhesión y respeto, á pesar de lo breve que fué su permanencia allí.

Desde mucha distancia antes de llegar á la estación del ferrocarril, se adornó el camino con postes, flámulas, farolillos de cristal de colores y luces de Bengala; la estación se engalanó con gusto y lujo, y las autoridades y empleados federales y locales y el pueblo, se esmeraron en hacer una recepción digna del personaje á quien se consagraba.

En resúmen, Veracruz, Tamaulipas y San Luis han competido en sus expontáneas, entusiastas y significativas demostraciones al Primer Magistrado de la República.

Ha sido muy justo hacer notar que todos los jefes de Estado gozan de vacaciones. M. Faure descansa á menudo de sus labores en excursiones á diversos departamentos franceses y aún á países extranjeros. El Emperador de Alemania visita á Inglaterra, Austria, Rusia é Italia. La Reina de Inglaterra pasa los inviernos en Niza. La Regente de España veranea en las provincias vascongadas, Mc Kinley y Cleveland abandonan la Casa Blanca y se instalan en los balnearios de estío. Solo el General Díaz ha persistido años y años en su fatigosa tarea, sin un momento de reposo, sin una tregua á esta labor de hierro, que constituye el rasgo de mayor relieve de su enérgica personalidad.

Ya era tiempo de que se diera el placer de realizar algunos viajes de recreo como los que en los últimos meses ha hecho á algunos Estados de la Federación. Con ellos no solamente conseguirá solaz y reposo, sino que también avivá en el corazón del pueblo de los Estados que visita, el afecto y la estimación que siempre se le ha profesado.

El jueves último al medio dia regresó el señor Presidente á esta Capital que también se engalanó coquetamente para recibirlo. Desde la estación del ferrocarril Central hasta su casa de la calle de Cadena, estaban adornados los postes de los teléfonos, los de la luz eléctrica y las fachadas de las casas particulares y establecimientos mercantiles.

Fuerzas de las tres armas le hicieron los honores de ordenanza, y como siempre fué objeto de vivas muestras de simpatía por parte del pueblo, que acudió á recibirlo y aclamarlo.

Ha regresado pues á sus tareas el infatigle hombre de Estado, cuya existencia activa y vigorosa viene consagrándose desde hace ya muchos años al servicio de la patria.

TAMPICO.—El Mercado

¡CULPABLE!

Aun ostentas al mundo tu hermosura
cantada por las liras de los bardos:
tu cuerpo airoso de inmortal blancura
como una nivea floración de nardos!

Aun vives seductora y admirada
y hecha de luz, de ensueño y de poesía;
¡pareces la mujer que fué soñada
por Gauthier en su blanca sinfonía!

Más ¡ay!.........¡mentira tu aparente calma!
Ha tiempo que sollozas entre ruinas,
y que del horizonte de tu alma
huyeron las postreras golondrinas.

Y así, entre tanto que á tu paso arrancas
tan honda admiración y todo alegras,
vuelan en torno de tus sienes blancas
mariposas muy negras!.........

Tiempo hace ya......Las flores de tu alfombra
vieron salir á Fausto una mañana.........
Mefisto sonreía entre la sombra
Y Siebel no ha tornado á la ventana!
....

Hoy, cuando todo lo recuerdas,—triste
la impura frente, el corazón convulso—
ves que no obrabas por maldad......caiste,
pero arastrada por extraño impulso.

¿Extraño?—Sí, es verdad: sugestionada
tu voluntad, no supo tu caída;
acaso, acaso fuiste condenada
desde el obscuro germen de tu vida!

Y acaso á tu dolor buscas consuelo
acusando á la suerte, á tu destino,
á la implacable mano que en el cielo
te señaló el camino!

Sin embargo, mujer! podrás ser buena;
más en la sed de amor que te enagena,
nunca hallarás sino mortal encono.........
¿Donde ha de haber ¡oh pobre Magdalena!
un Jesús que te diga: te perdono?

Liborio Crespo.

LA NATURALEZA

Entré en una inmensa subterránea sala de altas bóvedas. La sala toda iluminada por un resplandor que parecía salir del suelo.

En el centro estaba sentada una mujer de grandioso aspecto, vestida de un amplio traje verde. Apoyaba en la mano su cabeza y parecía meditar profundamente.

Al punto comprendí que era la Naturaleza, y como súbito frío, llenóseme el alma de reverencia temerosa.

Acerquéme á la mujer sentada y después de saludarla con respeto, le dije:

—¡Oh, madre común! ¿en que estás pensando? ¿Acaso en los futuros destinos de la humanidad? ¿En las condiciones necesarias para que alcance toda la perfección y dicha posible?

Volvió hacia mí lentamente la mujer sus ojos sombríos, penetrantes y terribles: entreabriéronse sus labios y oí su voz resanante, como el hierro que choca con el hierro:

—Pensando estoy en el modo de dar mayor fuerza á los músculos de la pata de la pulga, para que más fácil le sea evitar las persecuciones de sus enemigos.

El «Zaragoza» en La Barra. Fot. Ibañez.

TAMPICO—La Plaza.

Panorama de Tampico

LAS REGATAS EN EL RIO PANUCO. —Señoritas que tripulaban el bote «Delfin» triunfante en las regatas
Srita. Josefa Lopez, Srita Elvira Torres. Srita. Teresa Salemne
Srita. Anita Lopez. Sra. Matilde López de Lippinet (Fot. Ibañez.)

El equilibrio entre el ataque y la defensa se ha roto: es necesario restablecerlo.

—¡Cómo! exclamó balbuceando: ¿en eso estás pensando?...... Y nosotros los hombres ¿no somos tus hijos predilectos?......

Ella frunció un poco el entrecejo.

—Todos los animales, dijo son mis hijos. De todos me preocupo igualmente, y á todos por igual los extermino.

—Pero ... el bien.... la razón.... la justicia...... murmuré

—Esas son palabras humanas, repuso la voz de hierro: yo no conozco ni el bien ni el mal Vuestra razón no es mi ley, y ¿qué es la justicia?.... Yo te di la vida, yo te la quitaré: y se la daré á otros, á gusanos de la tierra ó á hombres, indiferentemente. Tú, mientras no te llegue la hora, defiéndete; y no me importunes más!

Quise replicar; pero la tierra toda en torno mio mugió sordamente y yo me estremecí......

Entonces desperté

TOURGUENEF.

IVAN EL LOCO

Sarah.... Sarah, tóma tu cintillo de coral y guárdalo. Abre un hoyo en la tierra tan hondo como mis penas, y por hondo, negro, como tus ojos: quitate tu basquiña roja y tus enaguas de raso azul, y vistete el sucío harapo de la bohemia errante; deshaz tus trenzas de ébano, desatando el hilo de monedas falsas que las anuda: desnuda tus piecesitos de las chinelas acordonadas, desaparezca de ti la hermosura de las hijas de Tyrol, para tornarte en la gitanilla ruin, transeunte abigarrada de villorrios, y sígueme: huye conmigo. Presto.... iremos al Mediodía, allí donde el naranjo florece y la perspectiva hermosa no se reduce á los cielos opacos y á los álamos blancos de las montañas del Voralverg ¡te quiero tanto!

¿No sabes que quemarán nuestro hogar? Donde tu cuna se meció, el viento de la mañana barrerá cenizas. Ya no tendremos techo que detenga los plumones nevados del invierno, ni al amor de la lumbre del hogar cantaremos las endechas de las historias del pais natal. Nosotros no debemos tener patria ni hogar! Mejor.... mejor.... nuestro hogar es nómade: hoy será la hoya de un camino, mañana el umbral de una puerta extraña, pasado.... será un palmo de tierra capaz sólo para tapar un cuerpo! Por patria el mundo ¿qué no? ¡el mundo todo! ¡Si, el mundo todo, hasta que mi raza acabe! Ven...... ven, sígueme, no vuelvas el rostro atrás, que allí quedan los que nos lanzan á la intemperie; si te conocieran virgen y hermosa te ultrajarían, y eso nunca mientras Ivan tenga sangre en las venas y un bordón recio como un basto!

Te has cansado, pobrecita, de andar descalza. Oye, ¿no sabes el sueño de un hombre agonizante al golpe de los que nos arrojan? Escucha: te lo referiré, pero no te entristezcas: ríe, ríe al oirlo, que es una moraleja. Cansado un tzíngaro de huir sin rumbo, sin un pedazo de pan en la alforja, ni un centavo en el pañuelo, se sentó en una piedra á la entrada de una rica ciudad. A poco tiempo una hermosa mujer de tez blanca, no morena como la tuya, pasó á su lado. Su hermosura le pasmó, y en lugar de pedirle dinero, el loco le pidió amor. ¡Amor! y á quién? Ella le contestó riendo, y apartándose con asco de sus harapos, le dijo: ¡allí me esperan: allí están los que amo! Y así diciendo fué a besar en los carrillos á los niños que jugaban aventándose bolas de nieve en una plaza cercana Era la Felicidad. Otra mujer pasó, más hermosa aún, pasó con sus ricos vestidos y su tren lujoso. —¿Y tú no me amarás? —le preguntó el tzíngaro. Aparta, importuno, aparta y no estorbes mi camino: ¿no ves que me esperan los que amo? Y huyó hacia una estancia que la luz anegaba y en donde echaban las cartas hombres inmensamente ricos. Era la Fortuna. Otra surgió, bella también! y cantando y riendo, como una manceba ebria. —Tú sí me amarás, la dijo él. Pero ella le vió andrajoso, rió con desdén, y le dijo: «¡Yo no amo en razón sino á aquel que escribe hazañas ó versos sobre el dorso de letras de cambio!» Y siguió hasta llegar al ático de soberbio palacio. Era la Gloria. El lloraba de verse desdeñado, con la cabeza caida entre las manos, hasta que sintió que álguien le tocaba y se irguió. Eran tres mujeres: dos jóvenes, una habladora resuelta, de ademanes risibles, y otra muda, con el cabello suelto y vestida de negro. La tercera, vieja y asechadora. «Somos, dijo ésta, la Locura, la Tristeza y la Muerte, y amamos al que nos ame;» sólo que yo amo la última porque me gusta amar eternamente; por eso voy siempre la última al caminar; al que aman la dicha, la fortuna ó la gloria, él concluye por desdeñarlas y amar á la Locura ó la Tristeza, mientras yo llego.

Arco en honor del señor Presidente
Fot. Ibañez.

Entrada del Sr. Presidente á Tampico
Fot. Ibañez.

El amor de éstas lo conduce al mio. Sólo en mi está todo; fuera de mi todo es nada, yo soy la negación inevitable y la inevitable novia. La dicha al infinito agobia; la fortuna hastia y la gloria cansa: nada son dicha, fortuna ni gloria mientras no las altera el dolor, el deseo ó la ilusión. Con que ahora decide, ¿á quien amas? y él sintió el beso de la Tristeza vagar en sus labios, amando en secreto á la novia del amor! Al día siguiente un cuerpo semi oculto por la nieve amaneció en las afueras de aquella ciudad! ¡Pero vamos, vamos andando que ellos vienen! ¿No me sigues? ¿Donde estás? Já....já..... já....¡Te han cojido!.... Sarah....Sarah mia....¡te perdí! E Ivan riendo, lloraba detrás de la reja del departamento de locos del hospital, pensando en su hija, mientras llegaba la novia del amor eterno.

LEÓN TOLSTOY.

TAMPICO. El Faro

AMOR

Mirarte solo en mi ansiedad espero
Solo á mirarte en mi ansiedad aspiro,
Y más me muero cuanto más te miro,
Y más te miro cuanto más me muero.

El tiempo pasa por demás ligero,
Lloro su raudo, turbulento giro,
Y más te quiero cuanto más suspiro,
Y más suspiro cuanto más te quiero.

Deja á tu cuello encadenar mi brazo,
Y al blando sol con que nos brinda el remo
La mar surquemos en estrecho lazo;

Ni temo al viento ni á las olas temo,
Que más me quemo cuanto más te abrazo,
Y más te abrazo cuanto más me quemo!..

MANUEL REINA.

Vista oriental de las obras del muelle
Fot. Ibañez.

LA ULTIMA

EXCENTRICIDAD.

I

Mister Edward Mac Murphy tenía 30 años, patillas rubias, seis caballos de raza árabe pura y treinta y cuatro perros de diferentes castas; había dado cinco veces la vuelta al mundo, había dibujado una nariz colosal en un mapa de Europa y luego la había seguido á caballo; obtuvo el título de socio protector de la Sociedad de ciencias morales, por una profunda y luminosa memoria sobre la influencia de la moral católica en la industria del algodón: su libro de memorias registraba trecientas veinte apuestas; pertenecía al Jockey-Club, era, en fin, lo que en la buena sociedad de Londres se conoce por un honorable *gentleman.*

En el momento en que lo presentamos á nuestros lectores, estaba consumido por el más devorador *spleen*: hacia veintitres horas y cinco minutos que había muerto su padre, y, con el reloj en la mano, esperaba que pasasen cincuenta y cinco minutos más, para poder mitigar el acerbo dolor que sentia por una muerte que le había legado una renta de cuarenta mil libras esterlinas, las cuales representaban un capital inmenso hundido en las colosales arcas de la *Society Royal of India.*

Por fín pasó la esperada hora, y enjugando con el reverso de su mano una lágrima que creyó oportuno derramar para no faltar á su filantropía, salió con paso silencioso de su habitación, y atravesando una serie de lujosos salones, llegó con una precisión matemática á la calle en el momento que pasaba por ella un coche furiosamente arrastrado por dos briosos caballos escapados que con una rapidéz vertiginosa corrían á despeñarse en el Támesis.

Los honorables transeuntes dejaron libre el paso con una prisa que desdecía de su respetabilidad. De repente se oyó una voz que decia:

—Apuesto cien libras á que se estrellan.

—Acepto en contra, dijo Edward sacando su cartera y añadiendo aquella á la lista de las apuestas.

En aquel momento un cambio se verificó en los espectadores; todos permanecieron inmóviles en sus sitios dando inequívocas muestras de entusiasmo; cruzábanse entre ellos cuantiosas apuestas en favor ó en contra de los dos antagonistas; dos *policemen* que corrieron á detener por la brida á los caballos fueron silvados horrorosamente por la concurrencia, hasta que tuvieron que desistir de su empeño al grito de: ¡Respetad la apuesta! ¡hay apuesta! ¡hay apuesta!

Los caballos continuaron con insensata rapidéz su marcha, faltaban solo algunos pasos para que arrastrasen al coche á lo más profundo del río, las personas que iban dentro en vano extendian sus brazos por la portezuela pidiendo auxilio, el público estaba ávido por el desenlace, el que había propuesto la apuesta se restregaba las manos calmosamente, y recibia ya los plácemes de los presentes, y preparaba ya su cartera para apuntar en la sección de á cobrar, cien libras á cargo de Edward Mac-Murphy; cuando de repente, burlando las esperanzas de todos, uno de los caballos se enredó con unos cables abandonados cerca de la orilla, cayó arrastrando á su compañero en la caída, y el coche pudo salvarse así de una catástrofe inminente

—¡Hurra! ¡Hurra! exclamaron los partidarios y los que habian apostado por Edward, viendo á éste meterse en el bolsillo con la mayor sangre fria un billete de cien libras que acababa de recibir de su contrario mientras los amigos de éste discutían á puñetazo limpio con algunos exaltados del bando opuesto la legalidad del descenlace.

Edward, después de poner una crucecilla al lado de su última apuesta, en la cartera, dirigióse con paso lento al sitio donde se habia detenido el coche, para ir á ofrecer sus respetos á los ó las que lo ocupaban

Habian éstas, que mujeres eran, saltado ya del vehículo, y apenas libres de un peligro, se veían en otro mayor, en el de ser ahogadas entre la multitud que las rodeaba Un inglés de patillas y cabellos rojos, pequeño, regordete, con la nariz excesivamente colorada, cubierto su diminuto cuerpo con un frac minuciosamente abrochado que le llegaba hasta los pies, ofrecióles, poniéndose de puntillas para decírselo al oido, cincuenta libras para enseñarlas á cuenta y mitad: un enjuto y alto joven, dibujante del *The Ilustrated London News*, tomaba sobre el terreno un rápido cróquis y aceptaba cinco chelines de un fabricante de fideos, á trueque de poner en una de las casas que había de dibujar, el anuncio de su industria; algunos concurrentes frenéticos, niños desarrapados y andrajosos, y mujeres de vida libre las insultaban porque no habian sabido animar á los caballos: lo restante del ilustrado público rodeaba los dos caballos que algunos chalanes trataban de levantar, apostando algunos chelines sobre si estaban ó no heridos; un miembro del Jockey-Club sacó rápidamente la cuenta para saber la fuerza de inmerción del coche al caer en el agua, teniendo como datos conocidos representada por r la fuerza de los caballos, por p el peso del coche, por m la velocidad en la distancia recorrida, y por m' la distancia á recorrer.

Edward, después de algunos puñetazos oportunamente distribuidos, logró sacar de aquel círculo de carne á sus protegidas, y con la elasticidad de que un cuerpo inglés es suceptible dobló su espina dorsal hasta hacer un arco de treinta grados, y las saludó, ofreciendo atentamente su brazo á la más joven.

—Gracias, caballero, dijo ésta con delicada voz; hemos comprendido que os interesábais por nosotras.

—No, interesarme no: mediaba una apuesta, y mi contrario ha tenido la desgracia de que no os ahogarais, en cuyo caso hubiera recibido de mí cien libras, una friolera

Mayor fué la mía; el Baronet Wiliams Robertson apostó cuatrocientos dollars á que se casaría conmigo, contra Lord Smith quien decía que sería él el preferido; aposté yo contra ambos, y gané ochocientas dollars, continuando en mi independencia.

—¿Habéis ganado una apuesta al invencible Robertson? Permitidme que os admire dos minutos.

—No tendréis tiempo, hemos llegado á casa.

—Oh! caballero

—Oh! señoras.

—(Me parece que este hombre haría un buen marido.)

—(Mi corazón apostaría mil libras contra mi cabeza á que esa mujer me gusta.)

II.

Brillantes se ostentaban los salones del palacio de lady Esther Moore; una colección de ingleses de todos temperamentos y de todos tamaños, desde el inglés percha hasta el inglés hongo, inundaba los espaciosos salones en que debía celebrarse la boda de la ideal miss Sara, hija de la dueña de la casa

—Y ¿quien es el novio? preguntaba Wiliams Robertson con un acento irónico especial.

—Edward Mac-Murphy.

—No le conozco.

No le conoce nadie, repuso un redactor del *Punch* que habia escrito una obra sobre las bellezas del Anglicalismo, á cambio de un perro de Terranoba de dos meses.

—Un Mac-Murphy he conocido yo en mi juventud, pero no será ese, porque aquel murió, repuso un profesor de lógica, muy acreditado como *boxador* en los círculos aristocráticos.

¡Mac-Murphy!... yo conozco este nombre.... ¡ah! sí, ya caigo... hubo de este nombre un fabricante de botones de marfil en Glocester, á mediados del siglo pasado; tengo muestras, dijo un coleccionador de botones que estaba orgulloso de su museo, al que decia no faltaba sino, entre los de levita, uno que hubiera pertenecido á los antiguos de Israel.

—¡Vamos! el mundo se pierde, todo se acaba, ya no hay dignidad, el nombre de Inglaterra ya empieza á decaer. ¡Un Mac-Murphy, un nadie, casarse con la heredera de los Moore, de esa familia cuyo penúltimo vástago murió por querer tomar una taza de café con leche en el cráter del Vesubio! ¡Un Mac-Murphy á quien nadie conoce, que tal vez en su vida habrá hecho algo digno, se casa con Sara!

Si, es cierto, murmuró Edward, que, sin que nadie se apercibiera de ello, acababa de entrar en el salón y había oído las palabras de Robertson; sí, es cierto, soy indigno de Sara, soy indigno del mundo: y se reclinó en un muelle diván escondiendo su avergonzado rostro entre sus manos—es cierto, pero no, no, yo he de hacer algo grande, algo sublime que acalle la maledicencia del mundo, y haga hermanarse dignamente los Mac-Murphy olvidados con los celebrados Moore; pero ¡qué haré en que no haya tenido predecesores! ¡Una idea, Dios mío, dadme una idea, y me suscribo por doce acciones en la Sociedad Evangélica de Propaganda! ¡oh! la rabia me devora, comprendo que soy impotente; ¡yo quisiera inventar algo!

—¡Sir Edward! dijo un criado llamándole, el pastor espera.

Edward se levantó tambaleando. De repente, ¡dichoso él! oyó que decía Robertson, y una idea iluminó su mente, y en su cara recobro la perdida serenidad; adelantóse hasta el centro del salón, y allí con voz reposada dijo:

—Dispensa, Sara, dispensadme señores; un momento, un solo momento.

—¡Pero Edward! objetó Sara con una impaciencia provocativa.

—¡Cinco minutos! repuso Mac Murphy sacando su reloj; y pasando por entre la concurrencia cuyas extrañas conjeturas y cuya sorpresa le llenaban de orgullo, entróse en una reducida habitación vecina cuya puerta cerró calladamente.

Sentóse alli en una pequeña silla, dió cuerda al reloj y le dejó sobre la mesa; arreglóse el traje, miróse al espejo y murmuró:

Si, no hay duda, eso es lo único, lo único verdaderamente grande. Me desespero un año venciendo cuantos obstáculos se oponian á mi boda con Sara, mato cinco rivales y descalabro al sexto, y, cuando llego á tocar con mis manos lo que tanto desean......... me suicido ¡Ah! ¡Magnífico! Así mi nombre pasará á la posteridad, y Robertson envidiará mi gloria, y Sara podrá decir: ¡Era digno de mí!

Y sacando un revólver lo limpió cuidadosamente, y esperó con calma á que pasase el último de los cinco minutos.

Una detonación sorprendió muy pronto á los concurrentes; corrieron todos, presintiendo una desgracia, al aposento en que se había encerrado Edward, y al entrar vieron, horrorizados, tendido en el suelo su cadáver. Robertson huyó envidioso de la gloria de su rival; al ausentarse hizo caer de la mesa el reloj de Mac-Murphy; era un magnífico cronómetro de óro marcha fija, horizontal, montado sobre diez rubiés, arreglado al meridiano de Londres número 17,313, marca A. Alexis Cobmer et Co. Patent

JOAQUÍN MARÍA BARTRINA.

SRITA. MERCEDES ARANDA

(DE GUATEMALA)

JOYAS MEXICANAS

OTOÑAL

Es una de esas tardes que yo adoro:
rota por las aristas de los montes,
el Sol deja su túnica de oro
flotar en los inciertos horizontes.

Y se va como un Dios, llevando impresos
los celajes que cubren el Poniente:
rastros de sangre de sus largos besos
lo siguen por la atmósfera candente.

Su disco, cual un nimbo, en la montaña
ciñe un vórtice azul, desnudo y yerto;
en un río de fuego al mundo baña
y se estremece el mundo: el Sol ha muerto.

En innúmeros átomos se quiebra
su último rayo, y tiñe el aéreo velo
de tonos espectrales, en que enhebra
la tarde su oro, y su zafir el cielo.

De ese velo en un pliegue, en este instante,
una perla, una estrella, brilla sola:
flor de luz que entreabre pa'pitante
en el éter su pálida corola.

La brisa de Noviembre, fresca y pura,
desata sus efluvios perfumados,
y penetra, y se esparce en la verdura
húmeda y moribunda de los prados.

Canta en las selvas con clamor solemne,
y balbuce en las fuentes un reproche:
¡fragmentos del monólogo perenne
que extinguirá el silencio de la noche!

Los insectos efímeros palpitan
de amor, y en nubes de fulgor cubiertas,
sus élitros metálicos agitan
en derredor de las corolas muertas.

Los vibrantes maizales, ya quemados
por la escarcha, su grácil caña mecen.........
todo agoniza; sólo en los sembrados
las violas melancólicas florecen.

Hay en todo una queja comprimida:
la flor, la fuente, el astro que allí brota
cantan, pero profunda y escondida
de un gran dolor la misteriosa nota.

La escuchan, como yo, las rezagadas
golondrinas, que el aire tibio anhelan,
y abandonan los surcos, y en bandadas,
como celajes fugitivos vuelan.

Mañana en los aleros carcomidos
de la torre rural que toca á duelo,
direis adios á los vernales nidos
¡oh nómades alígeras del cielo!

Presto partís: los círculos glaciales
el Norte deja, prodigando estragos;
ya lo aspiran las garzas tropicales
en el salado aliento de los lagos.

Volad, hijas del Sol; ¡ah! quién pudiera,
en un eterno afan de luz y flores,
mecida el alma en brisas y fulgores
transmigrar de una en otra Primavera!

De juventud en juventud! Impío
intento......... Hay en Abril horas fatales......
Prefiero el soplo voluptuoso y frío
de estas mágicas tardes otoñales.

La inexpresable, la ideal tristeza
crepuscular, y esta infinita calma,
beso de la inmortal naturaleza
que lentamente nos absorve el alma.

Un torrente de fuego moribundo
rompe en mares de sangre los espacios.........
cual náufrago bajel zozobra el mundo
entre ondas y espumas de topacios.

Los lagos rayan de ópalo y de rosa
los esfumados términos de Oriente,
y su azulino vaho, lentamente,
prende en torno su niebla venenosa.

Más allá, de las cimas entre el coro,
el Popocatepetl, yergue en el cielo
estriada de púrpura y de oro
su gigante pirámide de hielo.

La ola opaca de improviso crece:
tiembla la regia hoguera en el vacío;
mas sus flavos fulgores desvanece
el ósculo nocturno mudo y frío.

En este incendio que el ocaso inflama
sorprendieron las fáses fugitivas
de un episodio del eterno drama,
las grandes teogonías primitivas.

Un dios, entre los gritos sollozantes
de la tierra, pasión y muerte hallaba.........
En su tumba la noche derramaba
urna inmensa de sombra y de diamantes.........

Isis buscaba en la región sombría
el cadáver del Sol......... Luego en la altura,
la sonrisa de amor de la natura
y la triunfal resurrección del día.

Oh! túnica de luz de lo infinito,
que es la sombra! Oh, natura! el alma humana
con un anhelo trágico se afana,
en darte alma también, y nace el mito.

Yo te amo y renuncio á comprenderte:
sé que no sientes nada, y que si anida
en tu regazo expléndido la muerte,
la muerte es el capullo de la vida.

Sé que el llanto silente de las cosas
y tus duelos, son símbolos y nombres
de las múltiples sombras dolorosas
que en tí proyecta el alma de los hombres.

Sufre un átomo en tí, la mente, tiñe
al Universo en su color sombrío
y con su duda y su anhelar lo ciñe
como la espuma al impasible río.

¿Tu fuerza es odio si la dicha trunca,
ó amor cuando la dicha en él se alcanza?
Todo es ilusión; tú no amas nunca,
no eres ni el dolor ni la esperanza.

Eres una experiencia, ya divina
y embriagadora, ya trágica y ruda;
la Ciencia tus umbrales ilumina,
pero no tu misterio, esfinge muda.

¿Qué más allá de la asombrosa malla
de tus formas encuentra el pensamiento?
¡Qué realidad eterna en tí se halla!
¿Cual es tu alfa y tu omega? El movimiento.

"Hacia ese punto la Creación gravita;
mas allá surge integro el problema.........
Es natura la incógnita infinita
y Ella y su causa la ecuación suprema!

Por eso yo ignorarte y adorarte
prefiero en tu hermosura augusta y fría!
Sé que un esbozo junto á tí es el arte,
y un grito en el naufragio la Poesía.

Sólo grande eres tú, solo tú bella!
¿Por qué te quemo incienso á toda hora,
yo, que sé que del polvo de tu huella
mi alma es una molécula sonora?

Es que espero que extingas mis dolores
con tu visión perpétua en mi desierto,
y que con todo lo que en mí se ha muerto
hagas tu obra fatal: trocarlo en flores.

Vano esperar! No importa; nuestra pena
tu régia magestad serenar sabe;
y es nada el sufrimiento en la cadena
en que del astro al polvo el mundo cabe.

Ya no un tormento me serán tu imperio
ni tu inconsciente y sepulcral grandeza,
en que se hunde, sediento de misterio,
el corazón con inmortal tristeza.

El pensamiento es el dolor! Yo ansío
aniquilarlo en tu sublime calma;
gozarte á solas y arrojar al río
de tu inconstancia, la razón y el alma.

E ignorarte! Tal vez ilusión pura
eres, y acaso tu esplendor diverso
un sueño del espíritu. ¡Oh Natura!
¿Fuera del hombre, existe el universo?

Quien sabe!...... Este crepúsculo me encanta
con su oro muerto y sus perfiles rojos.....
¡Ay! ¿porqué este sollozo en mi garganta
y esta rebelde lágrima en mis ojos?

JUSTO SIERRA

La Princesa Griot

En el recodo de un camino melancólico y solitario apareció la pobre niña con los piés desnudos, suelto el cabello y la túnica destrozada: se conocía que venía huyendo de muy léjos, porque le faltaban ya fuerzas para caminar.

Cuando el príncipe la vió, sintió como si le hubieran clavado un puñal en el corazón y creyó haber hallado el alma errante del pueblo, la personificación del sufrimiento de los pobres ¡tan doliente así era la mirada de aquellos ojos que tenían claridades de cielo y negruras de abismo!

Deteniendo su fogoso corcel el joven guerrero quedó inmóvil y como en oración contemplando á la bella vagabunda, bella como no lo ha sido mujer alguna sobre la tierra ni lo será jamás, bella con diafanidades místicas y dulzuras arrobadoras, y siguió contemplándola como quien sueña, hasta que al fin con voz acariciadora como murmullo de selva, le dijo:

¡Oh tú, mujer ó deidad que te has apoderado de mi corazón! llévalo contigo á los encantados bosques donde habitas, ó arrójalo al fango para que lo devoren las serpientes, porque sin tí no me servirá ya para nada.

La niña lo vió con mirada de gratitud y de amor, profunda y luminosa, que había pasado entre lágrimas, y se empezó á acercar á pasos de sonámbula y como atraida por irresistible imán; pero derrepente se detuvo, pasó por todo su ser, sacudiéndolo la tempestad del terror, retrocedió de un salto cual si fuera una medrosa cervatilla sorprendida por el tigre, y se internó corriendo en el monte.

II.

El príncipe la hizo conducir á su palacio y allí, bajo las columnas de onix y de pórfido que parecen hundirse y crecer en el pavimento luciente y blanco, la sentó en los cojines de un trono de marfil; y arrodillándose á sus piés, le rogó sollozándo que lo amara

Ella, pensativa y llorosa inclinó por largo tiempo la cabeza gentil y luego como quien toma una resolución terrible, habló y sus palabras parecian el eco lejano de los rumores nocturnos.

Príncipe, le dijo, no te debo engañar porque te amo: sé que después de mi confesión me aguarda la más horrorosa de las muertes, pero óyeme:

Allí, al pié de las montañas del Sudan, está el país de Kita, oasis cultivado que pueblan unos centenares de ebrios, terribles para el combate y para el robo y que en la paz están riendo siempre con una risa inquietante y siniestra

Los gobernaba el viejo Makadian, último resto de una dinastía carnicera, y el cual tenía en sus miradas de viejo león, pintadas las escenas macabras de su larga vida de pillaje. Acostado en su lecho de juncos, bebiendo sin cesar mixturas embriagantes y resguardándose del aire bajo una piel de pantera, esperaba con horribles sarcasmos en los labios, que la muerte viniera por él. Una corte irrisoria asistía á su decadencia, pues de los antiguos esplendores apenas le quedaba el Gran Mago de Nama la diosa de la montaña, algunos sacerdotes y guerreros y el pobre bufón Sega (á quien un día le mandó sacar los ojos por divertirse) y que se iba muriendo poco á poco de vejez y de miseria.

Sega tenía una hija de belleza precoz y ¡cosa extraña! esa infeliz esclava era de una fiereza altiva que no ablandaron nunca las dádivas ni las amenazas del rey. Aunque las mujeres de su raza eran consideradas como impúdicas y alegres cortesanas, las gentes de Kita que la conocían casta, le pusieron el apodo de la virgen sombría. Cantaba y bailaba para divertir á Makadian porque era su oficio, pero siempre en sus canciones había dejos de amargura, y siempre después de bailar con asombrosa agilidad, iba á esconderse en algún rincón donde se la veía suspirar. Amaba tiernamente á su padre y sentía por él una profunda conmiseración, recordando sus amargas improvisaciones de bufón que llegaban á lo patético de un talento mostruoso, y entraban á los corazones causándoles heridas de donde manaba la verguenza. Los dos estaban asediados por el menosprecio con que era vista su raza, y una barrera fatal les separaba del resto de los hombres por que su destino estaba inscrito con caracteres indelebles en su piel blanca de griots, odiosa y despreciable aun para los dioses, que tienen el sagrado color de la noche

Donde quiera que se refugiasen no podrian salir; la risa burlesca y feroz les acompañaría, clamor de ultraje que fustiga á los réprobos que por su nacimiento solo tienen derecho al desprecio y á la irrisión al extremo de que matarlos es envilecerse pues no merecen ni el consuelo de la muerte. ¡Desgraciado de aquel que derrame la sangre maldita de los griots! sus miembros iran cayendo uno por uno devorados por la lepra, y su tronco deforme no tendrá al poco tiempo más que sangrientos muñones.

Sega había sembrado los tamarindos de la aldea que daban sombra á la plaza de las deliberaciones y era por consiguiente más viejo que Makadian Sus ojos que habían visto resplandecer tantos soles, ahora obscurecidos se fundían en lágrimas lentamente y luego no quedaría de ellos más que dos boquerones sombríos.

A la puesta del sol Maïram le paseaba fuera de la aldea hasta una roca aislada en la cual se sentaban silenciosos á gozar la frescura de la tarde y á oir el monótono ritmo del tam tam lejano.

Una noche que Sega estaba taciturno, Maïram para arrancarlo á los pensamientos melancólicos cantó una balada acariciadora y dulce. En las ondas claras del mar dormido al pie de la roca, la luna se levantaba entre vapores sonrosados abriendo su abanico de varillas color de sangre, en tanto que por la playa, enfrente, saliendo de la maleza, con el cuello tendido hacia el astro, una hiena apareció lanzando un largo gemido lúgubre.

—Oh! Las hienas, Maïram ¿las oyes? dijo Sega temblando.

La joven sorprendida contempló á su padre con ansiedad. No era la primera vez que oían cerca esos rugidos en la sombra. ¿Por qué Sega temblaba así? El griot se abrazaba á su hija

—Tengo miedo, no te apartes, Maïram.

El acento con que Sega pronunció estas palabras enterneció á Mairam que tomando con ambas manos la cabeza del griot la apretó contra su seno.

—Padre, tranquilízate, ¿qué tienes que temer?

Otros alaridos lejanos vibraron en lo profundo del bosque.

—¡Cómo gritan hoy! murmuró Sega.

Maïram empezó á inquietarse; la hiena huye del hombre y allí en la roca nada tenían que temer ¡Por qué ese terror sordo se apoderaba de Sega?

—Ah! las hienas, las hienas inmundas..... ellas se comieron á tu madre, ahora me reclaman á mi y más tarde te comerán también.

No, padre, no tengas miedo, vámonos.

—Oye su concierto, repetia obstinadamente Sega, es que la hora del festín se aproxima......¡ Horror!...... y mis huesos crujirán entre sus dientes . .

Sus huecos ojos sin luz, dilatados por un espanto senil se fijaban obstinadamente en el lado del bosque como si hubiesen buscado en la sombra los ojos de brasa que le acechaban.

Volvamos á la aldea, dijo Maïram. Y acudiendo á todos sus esfuerzos, trató de levantar á su padre.

—Todavía no.....cuando se callen me llevarás, y nunca volveremos aqui... ¡oh, no!.... nunca

Luego dirigiéndose á las hienas que rugían aun, les gritó:

—No tendréis mi cadáver, abyectos sepulcros vivos de las gentes de mi raza: os protesto que no tendréis mi cadáver!

Maïram sospechó que la razón de su padre se turbaba ya por la edad y con voz insegura volvió á entonar su canción. Sega lo comprendió, le puso la mano en la boca y luego abrazándola le dijo:

—Maïram, tu no sabes aun... nadie te ha dicho..... Oh! si alguien hubiera venido á decírtelo arrojando el pavor en tu alma, yo lo habría castigado!

Maïram temblaba ahora; una emoción imposible de dominar la estremecía de la cabeza á los pies. Sega continuó:

—Ah! los griots ¿si vieras? no se les entierra, porque sus restos envenenarían el suelo: esos no mueren, revientan como los perros; y tan pronto como cierran los ojos, se arroja su cadáver en la maleza donde aguarda sin sepultura que las hienas, esos sepultureros siniestros, golosas de la ralea de los muertos, se sacien en sus carnes manidas y purguen la tierra que un hechicero desinfecta después.

—Ah! Miserables gentes de Kita: las execro!

—De Kita y de todas partes, hija mía; así pasa en todo el Sudan.

Luego siguiendo el curso de sus pensamientos agregó:

—Tengo miedo, por que voy á morir.

—Entonces, mi madre? dijo Maïram con terror.

—La comieron.

Un sollozo agitó el seno jadeante de la joven.

—Y me comerán á mi, y luego te llegará tu turno.

Y se abrazaron llorando en tanto que la luna subía serena en el espacio.

—No quiero; grito Maïram enloquecida, no quiero!

Nama tal vez se apiadará de tí. Perdóname: si yo lo hubiera pensado, no te habría transmitido con la vida la abyección de mi existencia; pero nos amábamos tanto tu madre y yo! Perdón por ella y por mí.

....

....

Allá lejos, en el bosque, la hiena aullaba aún .....

La revelación que brotó de la crispada boca del ciego, hundió á Maïram en un estupor que la agitaba á intérvalos con rudos estremecimientos. No había ignorado que su raza estaba maldita y que la abrumaba un inmenso desprecio. La atormentaba su impotencia que no la dejaba salir de la fosa social donde se aho-

gaba su fresca juventud, pero el fin lamontable reservado á los suyos la sumergía en tremenda desazón. Creia ver la bocaza carmin de una hiena soltando baba sanguinolenta, que se abría desmesuradamente ante ella; y para sustraerse á esta visión espantosa se tapaba los ojos con las manos.

—Sega replegado en sí mismo, avergonzado tal vez de su confidencia, oía el aliento desigual de su hija.

—Maïram, le dijo como hablando en sueños, Maïram...

La joven cedió á un arrebato de amor.

—Padre! Esas horribles fieras no se apoderarán de tí: pueden erizar sus espantosas cerdas, la presa se les escapará. te lo juro! No devorarán tus restos con sus fauces ardientes.

Y con ternura infantil se aproximó á su padre para decirle al oído:

—Se te pondrá al pié de la montaña, en el sitio consagrado para ellos, y Maïram con sus manos piadosas te enterrará.

Y erguida sobre la roca, envuelta en sus ropas flotantes. transfigurada dijo:

Sí! En un rincón delicioso de sombra y de frescura.

Sega lloraba en silencio.

Maïram lo besó, diciéndole amorosa.

—¡Qué bella noche! Es hermoso vivir....

Los aullidos hambrientos se confundían á lo lejos con los rumores nocturnos.

—Ya se fueron, dijo Maïram.

La luna resplandecía, los ecos del tam-tam se extinguieron, Sega apoyó el brazo en los hombros de su hija y los dos se internaran en los senderos estrechos que conducen á la aldea.

III

El príncipe, siempre de rodillas escuchaba el relato como quien oye celestes harmonías y de vez en cuando posaba dulcemente los labios en la mano de la niña que había conservado entre las suyas. Ella continuó:

Dos días después el pobre viejo griot clavado por los sufrimientos en su miserable lecho no dejaba su casa, que se había convertido para los kitankés en objeto de asco y repulsión.

Le devoraba una fiebre ardiente con espantosos delirios: por las noches imitaba el aullido de las hienas.

—Robadas, decía luego, robadas por Maïram.

Makadian que lo supo, esperimentaba cierto placer por la agonía del griot, y así se lo manifestaba á Maïram vaciando calabazas enteras de *dolo* y haciéndola bailar llorosa y doliente, en torno de su camilla de paralítico que hacía transportar al centro de la cabaña. Y cuando ya sin aliento la bailarina pedía descanso y se lo concedían corría á acurrucarse junto al lecho de su padre y á espantarle las moscas encarnizadas sobre las llagas de sus ojos.

Una noche las hienas rugieron mas fuerte y más cerca:

Paciencia, decía Makadian Pronto será el banquete.

En efecto, al día siguiente murió Sega, y ese día Maïram tomó empeño en divertir á su señor

—Hurra! gritaba este, eres verdaderamente hábil; la sangre de Sega corre por tus venas. Que se le regale un collar de ámbar, dijo á una esclava, para que se engalane esta noche y vea como hay preparada para su padre una sepultura digna de él.

La expresión terrible de la mirada del amo hizo temblar á Maïram que cayó de rodillas.

—Señor, dijo, concédeme una gracia.

¿Cuál?

—Que me dejes el cadáver de mi padre para enterrarlo en la montaña, en algún sitio en que no perjudique ni al último de tus cautivos.

Una explosión de carcajadas brotó á los labios de Makadián

—Repítelo, dijo tu audacia no me disgusta. Será enterrado, pero con el entierro de los griots.

La esclava ultrajada se levantó.

Quiero, dijo con altivez que sea enterrado como tú.

—Qué? exclamó Makadián con un gesto horrible.

Ya lo he dicho: como tú!

—Se acostumbra arrojar vuestros cadáveres léjos, en el monte, para pasto de las fieras, pero para Sega he pensado otra cosa mejor. Se le llevará cerca, á una roca que tu conoces y que le agradaba visitar. Yo asistiré á ver el festín nocturno, le haré ese honor, y tú también: te convido.

Pasó por los ojos de Maïram un relámpago salvaje

—Pierde cuidado, dijo, concurriré.

Un euforbio venenoso crece en la montaña: Maïram corrió á cortar algunas hojas, volvió y exprimió el jugo en el calabazo de *dolo* preparado para su señor, y luego se retiró á velar junto al cadáver de Sega.

Antes de que el sol hubiera llegado á la mitad de su carrera, Makadián murió.

Maïram en el fondo de su choza, hundida en un rincón de sombra miraba sin ver en tanto que reposaba Sega con la boca contraida por un rictus de terror. Las gentes de la aldea, alejadas por una repugnancia supersticiosa, se abstenían hasta de pasar por allí.

Maïram pensaba en la imbécil cobardía de los hombres que la encerraban en un círculo inexorable de infamia en que su vida aislada se extinguiría. Había matado á Makadián, sin espíritu de venganza y para cumplir su promesa Nama reiría en las montañas esa noche. durante el festín de las hienas.

De aldea en aldea por todo el país de Kita circuló la noticia de haber muerto el rey noblemente en una orgía, y el buen pueblo se enorgullecía de este glorioso fin. Las virtudes del jefe fueron cantadas por un concierto de voces discordantes y desde el llano á la montaña, debió la selva despertar de su sopor para gemir por el ilustre muerto.

Corrieron las horas contrastando las dos cabañas mortuorias: de un lado el fingido duelo de la multitud expresándose en alaridos y contorsiones junto al ataud de un muerto aclamado, y del otro una joven solitaria y silenciosa cerca del cuerpo de un infeliz.

Al ponerse el sol, las vírgenes de Kita vinieron á envolver á Makadian en un paño bordado de escarlata y se puso á su lado una calabaza de hidromiel á fin de que cuando Nama viniera á concertar el eterno viaje, tuviera con que apagar su sed.

Después, un gran misterio rodeó la cabaña: nadie debía sorprender la visita de la diosa ni perturbar la conferencia. Un hechicero velaba junto á la puerta del corredor y la del campo estaba libre para el paso de la diosa. Era lo que Maïram esperaba.

El jefe de los cautivos fué con varios hombres que recojieron en una parihuela al cuerpo de Sega y lo fueron á arrojar al monte. Maïram los siguió cautelosamente y tan pronto como vió que regresaban corrió á la maleza, levantó el cadáver y con esfuerzo desesperado, huyendo á toda prisa, lo trajo á la cabaña del rey; y despreciando resuelta los peligros y deponiendo todo temor, puso el cadáver del griot en el ataúd de Makadian, lo cubrió con el paño escarlata y llevó al monte el cuerpo de Makadian

El hechicero que velaba oyó rumor en la cabaña y se prosternó apoyando la frente en el suelo. Nama conferenciaba con el muerto.

Terminada su tremenda tarea macabra, Maïram subió á la roca testigo de su juramento, y pudo ver desde allí el horroroso festín de las hienas que llegaron con sus ojos de brasa.

Al día siguiente la griot presidió el coro de plañideras en el entierro del rey; y al cerrarse la tumba rompió en sollozos, alaridos y lágrimas que á todos asombraron porque parecían arrebatos de verdadero dolor. Los ancianos se contemplaban admirados y comentaban el talento trágico de la inimitable artista.

Pero cuando Mussa, rey por derecho de herencia, la buscó para que entrara en su servidumbre, la griot había desaparecido.. ..

IV

Y caminó por las vastas soledades muchos días, muchos, hasta salir del Sudan; y al fin, cuando ya le faltaban las fuerzas, fué sorprendida por tí en el recodo de un camino. Aquí pienso que ya no pertenecen estas tierras al país que nos considera como raza maldita, aquí puedo morir y no ser devorada por las hienas; si así fuere ¡oh príncipe! manda que me den la muerte, única felicidad á que puede aspirar la griot.

—La princesa Griot, dijo el príncipe abrazándola embelesado y ahogándo con besos ardientes las palabras de amor y de gratitud que intentaba pronunciar Maïram.

Entre tanto allá lejos, en las montañas del Sudan, al hundirse en el Ocaso un sol de fuego, las infelices de la raza maldita eran arrojadas á la maleza y venían las hienas con sus ojos de brasa al temido festín.

LORRAIN Y TARDIF.

El talento, el genio sobre todo, es involuntario. No es un esfuerzo del hombre, es un don de Dios, como la belleza. Pero la posteridad no lo consagra sino á condición de que se haya hecho virtud por la sinceridad y por la comunión en el progreso universal con el mundo entero. El afan por la gloria es una especulación vergonzosa.

***

El hombre no está por encima de la humanidad que le rodea, sino por un título; la virtud; y como no sabría ser virtuoso si no fuese humilde, á los que tienen por ambas cosas el derecho de considerarse como superiores, les está prohibido saber que lo son.

UNA MISION EN VIA DE TERMINAR

Nos encontramos en frente de una potencia que va á caer! El caballo que según el sabio criterio del eminente naturalista Buffon fué la más grandiosa conquista hecha por la humanidad sobre la Naturaleza, está yendo al fin de su misión de un modo dolorosamente impresionador.

De todas sus grandez[illegible] pas[illegible]das, luego no quedará más que la memoria y dentro de algún tiempo, las multitudes contemplando las estátuas ecuestres que el mundo ha erigido en memoria de los héroes de la guerra, tendrán de seguro una justa alabanza para el noble bruto, que durante largos siglos compartió y aún hoy [illegible]n parte con inteligencia y adhe[illegible]n sin semejante, los trabajos y los peligros del hombre.

Refiere Fedro en una de sus fábulas, que cierta vez en que el caballo recibió del ciervo grave ofensa, ocurrió al hombre para que le ayudara á vengarla; y deseando en su impetuosidad apresurar el castigo, aconsejó al hombre que se subiera sobre sus lomos, y así lo condujo en breve espacio hasta el sitio en que fué hallado y muerto su enemigo. Desde entonces perdió el caballo la libertad.

La mitología pone los caballos al servicio de los dioses, ya uncidos al carro de Helíos que derra[illegible] la tierra la luz, el calor y la vida, ya transportando á Marte y a Minerva á los sangrientes campos de batalla de la legenda[illegible].

[illegible]

Cuanto abarca de un hombre la mirada
parado de la mar sobre alta roca,
tanto avanzan de un salto los caballos
que tiran de los dioses la carroza.

Los astrónomos caldeos colocaron al caballo entre las constelaciones, y los indios Mayas levantaron un templo en honor de un caballo que los españoles dejaron abandonado en la Península en su primera expedición. La leyenda nos habla del caballo de Atila, y la historia del de Alejandro. Donde se posaban los cas[illegible] del primero n[illegible] volvía á nacer la [illegible]ba, y el otro siempre llevaba á [illegible] dueño á la victoria, pasando sobre montones de cadáveres. Calígula hizo senador á su caballo y el del Cid Campeador llevó las tropas á la victoria cuando ya su amo había muerto.

En boca del Cid pone un poeta español la siguiente estrofa:

Yo por Castilla batallo
Y cuando estoy en mi silla,
Se va ensanchando Castilla
Al paso de mi caballo.

Los conquistadores trajeron á México el caballo y al poco tiempo hallaron los criollos tan de su gusto la importación, que ll[illegible]ron á ponerse á la altura de los mejores jinetes del mundo y en opinión de muchos á superarlos. Parece en efecto inverosímil lo que llegó á hacer á caballo el charro mexicano, en esos atrevidos ejercicios que se llaman *jaripeo* y que forman la delicia de nuestra gente del campo.

Al influjo de las costumbres europeas desapareció de nuestro país el rozagante tipo de la China, y ahora al poder de la bicicleta puede desaparecer el charro; primero el de ciudad, vulgarmente llamado de agua dulce, y luego el campesino, que encontrará al fin más comoda, más barata y con menores gastos de sostenimiento la máquina de acero, que el corcel indómito por más que sea menos poetica.

Eso por cuanto al caballo de montar, porque el dedicado á otros usos va desapareciendo con mayor rapidez, en los centros populosos, derrotado por las máquinas de vapor y electricidad, los automóviles y las tranví[illegible]. En el ejército mismo se hacen ya pruebas de marchas en bicicleta para determinadas sec[illegible]iones facultativas, y no está distante el día en que alguna de l[illegible] naciones del viejo mundo, nos sorprenda con alguna más amplia aplicación del bi[illegible]clo á sus tropas ligeras.

La industria entre tanto no pierde el tiempo; y con vista del nuevo porvenir que está reservado á la cría de los caballos, ha pedido auxilio al arte culinario, y ha descubierto que preparada de un modo especial la carne de caballo, supera á [illegible]a de vaca y á otras que actualmente se comen con agrado.

La prensa de París anuncia ya establecimientos donde se vende carne fresca de caballo, y fondas y *charcuteries* donde se confecciona con primor. ¡Triste fin y término del amable y amado compañero del hombre, de su más útil colaborador en las fatigas y de su mejor auxiliar en los peligros!

Ahora, pues, que ya se está poniendo para el noble corcel el sol de la ventura, es oportuno recordar sus días de gloria, sus ma[illegible]res placeres, las tareas que [illegible]lo enorgullecen, lo que const[illegible]tuye su deleite; y por eso lo representa nuestro grabado cuando conducido por elegante y bella amazona, se lanza á la carrera en amplio campo para el animado y pintoresco juego de la sortija.

A vuelta de los años si la cosa sigue como va, pasará de [illegible] planas artísticas de los periód[illegible]cos á las de avisos, donde se harán pomposos elogios de los magníficos beefsteacs ó de las suculentas chuletas de caballo, que [illegible]rvan en el restaurant más á la moda.

Así pasan las glorias de este mundo!

Así se desvanecen, nubes fugitivas del cielo de la vida, todas las más dulces venturas. El [illegible]ño cuando llega á hombre arroja con desdén el juguete que había sido su encanto y busca en otros goces nuevos atractivos. Eterno niño la humanidad, desprecia un día lo que la víspera amaba y en el templo de sus antig[illegible] levanta altares para los nuevos.

La bicicleta está á la orden del día: es el recreo de las multitudes, el encanto de la juventud, la reina del *sport*. En bicicleta las [illegible] jóvenes y bellas parecen [illegible] bellas y más jóvenes, pero [illegible] sabe qué de rígido y sombrío tiene esa máquina muda é insensible!

Es más bello á no dudar el caballo, jadeante y brioso, tendiendo al aire la opulenta cascada de sus crines, orgulloso de ser manejado por una amazona de ojos radiantes y sonrisas de amor.

Todavía se admira por el mundo ese cuadro encantador: por eso lo copiamos antes de que se desvanezca en el espacio como las naves y los palacios de la *Fata Morgana*.

Pero ¿se desvanecerá en verdad? ¿Ya es tiempo de poner el epitafio sobre esa tumba? Tal vez no! Los ferrocarriles cruzan los caminos y los coches automóviles las ciudades, hay arados de vapor y la fuerza de sangre no tiene ya casi aplicaciones prácticas, pero aún corre á caballo por las abrasadas campiñas de Arabia el vigoroso Argelino de piel obscura [illegible]ueños, peludos y vigorosos, y todavía enorgullecen el Presidente Faure, al Czar Nicolás y el Emperador Guillermo, al pasar revista sus tropas de caballería.

Aun no piensa la gente de buen tono en suprimir de sus placeres el de asistir al Hipódrómo, y es [illegible] difícil que puedan ser [illegible]tituidas las carreras de caballos, tan impresionadaras por lo ani[illegible] y pintor[illegible].

[illegible] el caballo [illegible]r de las carretas? Mejor para él, será un artículo de lujo para los *sportman* que nunca dejarán de hallar en la equitación un goce intenso y un higiénico ejercicioio.

Pero de todos modos existe un hecho innegable, y es que el reinado del caballo tiende á su fin combatido por la máquina, que es lo fuerza arrolladora que en el presente siglo ha taladrado las montañas, ha cortado los itsmos, ha nulificado casi las distancias, ha transformado la industria y ha ennoblecido el trabajo del hombre.

¡Caiga pues el [illegible]allo si así lo ordena ese tirano irresistible que se llama el progr[illegible], pero séanos dado hacer constar que la humanidad le debe eminentísimos servicios, placeres puros y sanos, y que le defenderá por muy largos años todavía! Luego, cuando sea inevitable, le abandonará como el niño abandona sus juguetes, pero también como el niño se acordará de él siempre con ternura.

JAVIER SANRA MARÍA.

LOS MAS FUERTES

POR GEORGES CLEMENCEAU—ILUSTRACIONES GRABADAS EN NUESTROS TALLERES.

Número 5

Ningún vividor expía una catástrofe de pasión por una renuncia definitiva al mundo. Esto no tendría precedentes. La pérdida de todos los bienes no sería una explicación suficiente, habiendo tráfico oficial de blasones entre los arruinados del antiguo mundo y los ambiciosos millonarios del nuevo. Suponer que Puymaufray se hubiese rehusado á tentar la empresa universalmente honrada, sería degradarlo de antemano en la estimación pública. Debía haber otra cosa. ¿Pero cuál?

Para descubrirla vino la vizcondesa, y como todos los grandes capitanes amados de la victoria, pronta á desconcertar al enemigo por la audacia de sus movimientos, su primera palabra fué que el ferrocarril la había puesto de humor de caminar y le sería más grato el viaje yendo á sorprender á Puymaufray, ese oso, en su cubil.

—¡Pero señora, dijo Claudia, mi padrino debe venir esta tarde á presentar á usted sus respetos.

—Justamente quiero darle una lección, replicó la viajera riendo y sintiendo aumentarse sus deseos con la resistencia de la niña. No se despidió en el último viaje, y hasta pienso que estamos un poco peleados por yo no sé que tonterías. El marqués tiene sus odios de provincia, mudos y duraderos, y estoy segura de que no me ha perdonado sus impertinencias: lo voy á avergonzar.

Oh, señora, dijo Claudia vivamente. Eso sería desconocer á mi padrino que es incapaz de abrigar malos sentimientos.

Sí, ya sé que encontrará abogados aquí. Pero es á él mismo á quien quiero presentarme, pues además estoy curiosa por ver al bello Marqués de Puymaufray representar al natural el Timón de Atenas en su confortable retiro.

Es todavía más divertido de lo que usted se imagina, interrumpió Harlé encantado de la desagradable sorpresa que iba á llevar su amigo. El confortable retiro no es como usted se figura. Yedra, escaramujo; murallas que caen y agua encharcada al rededor; viento de quejas lúgubres en las salas desoladas, nidos en las habitaciones; pollos y patos vagando por los corredores; murciélagos y buhos en todas las torres y ventanas, y en esta confusión y en esta ruina Timon como usted le llama, tranquilo, filosofando con una amarga dulzura sobre los hombres bastante locos que no siguen su ejemplo.

—A usted que es hombre de acción, corresponde esbozar ese cuadro de vida abandonada. Solamente que si se despierta á ese punto la curiosidad de las gentes, no podrá luego rehusarse á satisfacerla. Yo quiero verlo. ¿No es justo que yo aprenda á conocer verdaderamente también y que estime á un hombre que desde hace tantos años tiene un lugar tan grande en el corazón de ustedes?

Una hora más tarde el gran brick espantaba con los cascabeles y latigazos de los cocheros á toda la volatería de Puymaufray. Naneta con profundas reverencias hizo saber á los visitantes que el marques en compañía del señor Deschars y de Pedro Queté, se encontraba en el campo para una venta de árboles á media hora de allí. Deberían volver pronto por el camino carretero. Se resolvió ir á encontrarlos, pues el aire vivo y la tierra endurecida hacían del paseo un placer.

¿Quién es el señor Deschars, preguntó la vizcondesa con la entonación con que habría dicho ¿es gorrión ó cuervo ese que pasó?

Deschars? exclamó el papelero. Otro original. sencillamente. Yo no le conocía; es amigo de Claudia y sus amistades se hicieron en las vacaciones. Los Deschars son una antigua familia de Poitou enriquecida por un siglo ó dos de avaricia. Este, que aun no tiene treinta años, siembra los escudos en los caminos por fantasía de vida nómado. Los castellanos de por aquí le tratan con despego, porque su abuelo fué *un azul* en las guerras, un coronel de los republicanos que los legitimistas hicieron asar según creo en Machecul. Pero yo, señora, como usted sabe, no tengo prejuicios y además Deschartes no es un mal hombre. Recorre toda la tierra y llega generalmente de China ó de Java á menos que no sea del Polo Norte. A veces se le suele ver en París ó en sus posesiones á dos leguas de aquí. Acaba de pasar dos años yo no sé donde, y Enrique debe estar contento de haber vuelto á verlo, porque los dos se entienden á maravilla para censurar cuanto no es de su agrado. Las paradojas de Deschars tal vez van á divertir á usted, porque pretende volver el mundo de reves bajo el pretexto de que ha visto en otros países lo contrario de lo que se hace aquí, lo que para mí más bien es argumento para cambiar lo que hacen los otros.

—Yo no tengo proposiciones que hacer sobre el particular, y dejo á los otros en paz: nunca se me hará convenir en que el mundo sea malo como se dice, y me basta tomar con mis amigos lo mejor cuando se presenta la ocasión.

—Tal vez podríamos, dijo Claudia, reservar algo para esos otros á quienes deja usted en paz y que tienen todo el aspecto de estar en perpétua guerra para poder vivir.

—Eso es pecado de tu padrino! exclamó Domingo: pero allí viene justamente y podrá predicar en persona.

Grande fué la admiración de Puymaufray.

—Querido marqués, dijo la vizcondesa sin darle tiempo de hablar: le traigo á usted la paz entre los pliegues de mi manto: usted se disgustó conmigo en otro tiempo no sé por qué, y he aquí á nuestro amigo Harlé que pretende que todavía me guarda usted rencor. Vine á buscar sus excusas de usted y á recibir su pleito homenaje; y como leo el arrepentimiento en sus ojos, le doy mi perdón.

Señora: me confunde ese exceso de clemencia, y todos mis esfuerzos tenderán á hacerme digno de ella. Al dar á usted la bien venida, me es grato presentarle á mi amigo Mauricio Deschars que nos trae las noticias más nuevas del mundo!

—No se las pediré, dijo la vizcondesa riendo con un benévolo desdén, pues casi nada sé respecto á negros; y en cuanto á chinos, tengo algunos pequeñitos en la misión, y eso me basta. Per-

mítame usted, señor, admirarlo sin pruebas y bajo la palabra del señor Puymaufray.

—Nada tendrá usted que admirar, señora, porque nunca he hecho nada admirable.

—¿Qué, no ha estado usted un mes sin beber en el desierto, vestido de blanco, con morenitos traicioneros y con tuaregs de esos que asesinan sin avisar? ¿No estuvo usted como se dice en las huellas de Stanley?

—No, señora: no exploré nada, no descubrí nada. He paseado sencillamente y no tengo por qué vanagloriarme.

—Pues lo siento por usted, contestó la vizcondesa á quien desagradaba por instinto esa modestia. Me presentaron á Stanley cuando estaba de moda, y me dió calosfrío saber que uno de sus compañeros pagó una negrita con un pañuelo de cuadros.

—Es justo excusar á mi amigo, observó Puymaufray, cada uno hace lo que puede.

Este intruso contrariaba el primer arranque de confianza preparado por la vizcondesa en sus proyectos estratégicos. Harlé lo acogió con ardiente cordialidad, y Claudia pareció sincera al manifestarle su alegría de volver á verlo. La señora Fourchamps que estudiaba las fisonomías, no pudo descubrir sino las manifestaciones de una leal amistad, y sin embargo quedó con cierta prevención contra el joven.

Pero como á Puymaufray era á quien había venido á buscar la vizcondesa, le dijo sus quejas en dulces reproches de amistad resentida, y luego las borró con una sonrisa ¿Quién conocía mejor que ella el justo precio de las frivolidades del mundo y el error de juzgar por las apariencias? La vida separa á personas que debían estar aproximadas por su comunidad de sentimientos; y cuando se vuelve uno á encontrar con ellas, se asombra al descubrir que las muy ingratas la han olvidado tal vez. Todo esto á media voz, como hablando consigo misma, en tanto que los otros seguían á algunos pasos.

Parisiense experimentado que se cuida de una mujer cuanto más amable la ve, Enrique parecía entregarse á la alegría y al encanto de su sonriente vencedora; pero por su parte, la experta mujer del gran mundo, no corría el riesgo de alucinarse por este fácil abandono, y bajo la confianza de sus palabras, se percibía una oculta reserva. Estaban pues en los preliminares.

Harlé que observaba á su amigo, pensaba alegremente: «ya se lo metió en la bolsa.» Claudia más excéptica, esperaba. Por de pronto se puso á reñir con Deschars á quien después de las primeras preguntas de amistad curiosa, lo sujetó á tormento pidiéndole dijera qué trajo de la India á sus amigas.

El viajero se obstinaba en jurar que había venido con las manos vacías, pero no se lo creían.

—No encontré nada que fuera digno de usted, decía, y no he traído más que á mí mismo, lo cual es como si no hubiera traído nada.

—Sería bastante en verdad, pero lo conozco á usted demasiado y no dudo que traerá algo además. Por lo menos unos negritos con anillos de plata en las narices, un tigre disecado, sables, ídolos.

—No tengo nada. Habría querido traer la luz que hizo reverberar el último guijarro, pero no pude. Pienso que vino una caja de telas, pero vino en mal barco y llegará seguramente cuando menos la esperemos. Es para Naneta.

—Ya sabía yo que hablaría usted al fin, lo que me falta ahora es hacerle la corte á Naneta para que me dé mi parte.

Ardía un buen fuego en el salón de las tapicerías, donde Naneta acababa de servir el té, con pilas de galletitas doradas que hacía conforme á la fórmula heredada de sus antepasados.

Desprovista de sus abrigos la señora Fourchamps irradiaba de alegría familiar; feliz, decía, de estar libre del mundo.

—En fin, estoy en algo que no es París, exclamaba. Confieso que toda esa volatería que picotea por los patios me sorprendió de pronto, pero estas ruinas como les dice usted, marqués querido, y que he visto desde el parque, me encantan. Esto no es una decoración de ópera, sino la verdad: un bello retiro para un zuavo que se metió á ermitaño.

Ni aún el mérito tengo de haberlo elegido. Tal como lo encontré lo dejaré á Claudia, que en memoria mía lo salvará por algún tiempo del hacha y de la barreta.

—Lo que yo admiro sobre todo, es que no haya usted vuelto á extrañar el mundo: ¡debe ser grato el encanto de todo esto, cuando hace olvidar tan bruscamente en París...... ¡A menos que no sea París el que le jugó á usted alguna mala pasada que no ha olvidado todavía......

De todo hay. De Roma y de París no conocí más que el carnaval mundano y pronto me aburrí. Ahora soy de la tierra y todo lo que piensan las almas por allá me parece disfraz de las cosas. Aquí comprendo todo, me agrada todo, amo todo; y si me atreviera diría también que la tierra me ama; de la tierra me han venido alegrías que usted no puede conocer.

—Juan Jacobo marqués de Mirabeau el amigo de los hombres. Esto es maravilloso! pero de mi parte creo que haría una campesina sin convicción, pues francamente no se puede renunciar al comercio de la gente.

—Hay gente aquí, se lo aseguro á usted:

—Cá.... ¡Naneta, que hasta barbas tiene!

—No se ría usted. Tiene un corazón de elevada nobleza, como no conozco otro alguno. ¿Vió usted á ese de mandil de cuero que me acompañaba y que desde que ustedes llegaron desapareció á la inglesa por los breñales? Es Pedro Queté, el charro, mi amigo. En las tardes de invierno voy á fumar mi pipa á la fragua; y sentado cerca del yunque, junto á mi perro que me ama, miro al obrero en sus luchas con el hierro, oigo al campesino que pasa, aprovecho lo que dice, respondo á sus preguntas cuando puedo, (porque algunas veces sé menos que ellos) y crea usted que esto es más sano y más divertido que el club: además tengo un pleito de treinta años en Santa Radegunda con Domingo, y un amor de veinte años con Claudia. ¿Qué más puedo pedir? Deschars de vez en cuando regresa de los antípodas; y en fin, de más lejos de los antípodas, de París mismo, he aquí que llega usted, señora, y ya nada nos falta. Me atrevería á decir que estámos colmados.

—Como! ¿No se rehusa usted ni el placer de hacer madrigales?

—Hablo con toda sinceridad. Y nada he dicho aún de los libros, que en París ustedes no tienen tiempo de leer y que aquí devoramos con regocijo! ¿Y no son de tomarse en cuenta los espectáculos permanentes de la heredad, el hombre en el surco, la bestia, las cosechas, toda la vida de la tierra?

—Basta! Son ya demasiados goces! La pipa en casa de Pedro Queté sería suficiente para que me confesara vencida, y sin embargo, vea usted mi locura; quiero que deje usted próximamente todas estas voluptuosidades, por las tristezas de París. Desde hoy me debe usted una visita y no es usted hombre capaz de hacerse esperar.

—Me será grato, señora, estar á las órdenes de usted cuando usted guste.

No lo dudaba. Harlé, según dice, tiene cita con usted en París para un gran negocio: Claudia va á los conciertos, al Teatro y á bailar. Si usted no los acompaña, no seré yo quien pueda retenerlos, y me abrumará la ordinaria canción que precede á las partidas: la historia del padrino que se enoja y que se fastidia aquí solo.... en las alegrías que acaba usted de describir. Usted me priva de los amigos que querría tener á mi lado: hágase usted amigo mío y véngase también.

¿No me permite usted señora que lo sea ya?

—Preferiría yo que deseara usted sinceramente serlo.

Mientras se cruzaba este tiroteo, Harlé interrogaba vivamente á Deschars sobre las producciones de Ceylán. ¡Cómo! ¿Hacen papel allá? Y si lo hacen ¿por qué procedimiento? ¿Es posible que un viajero venga sin informes precisos sobre el particular? Mientras hablaba la señora Fourchamps no perdía tiempo, con ojo ejercitado observaba á Claudia que sin dejar de comer sus galletas interrumpía diestramente una enumeración de los papeles extranjeros, con impertinentes preguntas sobre el diente de Buda ó sobre el pié de nuestro padre Adán, cuyos moldes pedía con exigencia.

Decididamente á la vizcondesa no le simpatizaba Deschars que era sin duda un joven gallardo y bien parecido, con actitudes de un leoncillo en reposo. ¿Por qué bajo esa apariencia de fuerza se adivinaba en él como una fatiga, como un vago despego de la vida? La apatía de un sufrimiento fundido en ensueños podía herir de impotencia á este fuerte y entregarlo á la insensibilidad. En el contraste de la ingénua seguridad de la mirada con la palabra vibrante, la parisiense adivinaba el combate oculto de una alma sencilla contra las mentiras convencionales en que sé expande tanto de nuestras alegrías civilizadas. Todas las encantadoras hipocrecías venían á estrellarse contra esa serena y salvaje rectitud. Claudia tenía necesidad de sonreirle á ese hombre en vez de enviarlo á sus correrías de Judio errante.

Luego la joven se aproximó á su padrino á quien observaba febril bajo su alegría de cortesano; cambió con él afectuosas palabras divirtiéndolo con sus salidas y haciéndolo reir. La señora Fourchamps pronto reconoció toda la fuerza del profundo lazo que había entre estos dos seres y consideró que evidentemente iba á encontrar una resistencia superior á sus previsiones. Después de todo, este amor de un hombre envejecido hácia una niña cuya gracia encantaba su soledad, no tenía nada de sorprendente; y este sentimiento celosamente guardado durante veinte años como la única cosa que se teme perder, no se deja sorprender facilmente: solo queda el recurso de meter una cuña donde se pueda, y esperar que el tiempo haga lo demás ayudado de la prudencia. Los placeres de la juventud no dejarían de ocupar á Claudia y entre tanto Puymaufray ¿podía volver al mundo? La aventura parecía eventual. En él los campos habían matado la pasión, el deseo, y adormecido toda vida. Sin embargo no le faltaban sus sueños, y precisamente París corresponde á las necesidades de esa edad.

Si se le removía cuidadosamente, el fuego podía renacer. El bello Puymaufray ardería en resplandores supremos de incendio antes de extinguirse. Domingo Harlé y su hija serían libertados del poder temible que servía de obstáculo á la vizcondesa, y luego quién sabe cómo quedarían las cosas! El Marqués regresando con brillo al mundo, era un valor de más cuantía para un contrato conyugal que el papelero vulgar con sus millones superfluos. La partida valía la pena de ser jugada. Pero una inquietud tenía en suspenso á la bella jugadora: este encantador Puymaufray, tenía bajo su aparente sencillez demasiada experiencia para ser una presa tan fácil como Harlé, que por su exhuberancia presentaba blanco por todos lados á la vez mientras el otro concentrado en un único sentimiento, acorazado por un hastío universal, opondría á las seducciones de gastados atractivos, la inercia socarrona que podía desafiar cualquier plan y cualquier esfuerzo. Su secreto, si tenía alguno, parecía inpenetrable. Y después de todo ¿lo tendría? La historia del asendereado vividor podía ser tan sencilla como á primera vista lo parecía, y en ese caso, era inútil ese vago temor en una mujer prevenida para afrontar lo peor. ¿Por qué pues esta aprehensión de una fuerza desconocida que escapaba al cálculo y la previsión? En la paz aparente de la mar, surge á veces del fondo una ola que devasta la rivera.

Pero todo esto no era más que imaginación, inquietud, miedo de una batalla incierta después de tantas otras. Si se fuera todo á preveer ¿dónde estaría la eventualidad de los encuentros? «Aun no he sido vencida» pensaba la vizcondesa, en tanto que Puymaufray olvidado del enemigo, se abandonaba á la alegría de sentir á su Claudia tan cerca, ahogando en la dicha presente las inquietudes del porvenir.

Harlé acababa de convidar á Deschars á comer, y después de un paseo en el parque durante el cual el industrial no dejó de ejercitar su verba á expensas de los enamorados de la naturaleza, se despidió para volver á Santa Radegunda.

La señora Fourchamps cuidando de las desconfianzas que pudieran existir, se guardó de interrumpir en toda la tarde las conversaciones de la ahijada y el padrino, y se impuso la tarea de conquistar al viajero, pero este se le escapaba sin las habiles argucias de Puymaufray. Después de las escaramusas, en que siempre acababa sin encontrar más que la coraza, acabó por pensar que Deschars encontrándose á disgusto sobre la tierra, era una fuerza inutilizada é inutilizable de la cual Puymaufray no podía esperar socorro alguno.

—¿Es cierto entonces le dijo ella, que usted corre por el mundo sin ir en pos de nada?

—En pos de mi mismo si usted gusta, lo cual viene á ser igual. No tengo tamaños para abrirme paso como el señor Harlé en el campo de la acción; y como nada he hecho, no tengo ni el recurso de vivir de mis recuerdos como el señor de Puymaufray. Mi placer único es pues ver vivir á los demás, teniendo cuidado de cambiar frecuentemente de puntos vista.

—Sin correr tanto, en París no le faltarían á usted espectáculos.

—Sí, pero pronto estaría yo á mi vez en espectáculo. Nuestra vieja Europa que ocupa tan poco

lugar sobre la tierra, se agita mucho y cree que eso es obrar. El Asia está poblada por razas que desprecian la existencia. y de las cuales hemos recibido una doctrina que no practicamos pero que la predicamos á grandes voces. Pues bien yo no soy de mi país á lo que veo, pues lo que sobre todo me divierte en el tumulto del mundo, es la variedad de medios que imaginan los hombres para engañar la vida. Yo mismo me olvido á veces de que vivo y eso ya es una ventaja ¿para qué despertarme á inútiles tormentos?

—Bien me guardaría yo, usted es un viajero más grande de lo que me había imaginado, porque está usted regresando de las estrellas. Viaje usted libremente, señor mío, y vea con ojos de piedad desde allá arriba, á los pobrecillos que estamos tan apegados á la tierra. Cifre usted su alegría en ver, nosotros la ciframos en vivir.

VI.

Durante todo un mes la señora Faurchamps, infatigable tuvo en constante movimiento á Santa Radegunda. Una especie de resorte de acero impulsaba en ella la facultad de querer y obrar desde luego aun después de las peores fatigas. Los conquistadores necesitan plena seguridad sobre su cuerpo; donde el alma conduce, la bestia humana debe ir. Desde el dia en que María Eillard comprendió su destino, se consagró por un método dominador, á disponer de todos sus recursos de energía para la gran *steeple chase* de que esperaba las eventualidades. Su cuenta de fatigas corporales la consideraba como puesta en un banco mercantil, y una higiene cuidadosa prevenía los riesgos ó los reparaba. Alegría ó dolor, las grandes emociones que se traducen por espasmos musculares, habían sido, por una decisión soberana de su vida, suprimidas para siempre.

Por consiguiente nada de lágrimas, sucediera lo que sucediera, y nada de alegrias vivamente manifestadas. En todas las cosas, la sonrisa convenientemente medida, y con eso había bastante. Su vida entera estaba concentrada en el único placer de reinar por reinar, sin otro provecho personal que el de pensar, no que ella estaba muy arriba, sino que los demás estaban muy abajo, y hasta para eso era necesario á veces conformarse con las apariencias.

Corriendo por los caminos para perseguir la caza de Hauteroche, y dándole toda la rienda á su caballo para llegar primero á la meta, imponiendo su visita á Deschars poco deseoso de exponer su rústica morada á sátiras y burletas, jugando en el salón con su abanico y abandonándose á las poesías de la tierra, la vizcondesa ponía todo su arte en hacer reconocimientos sobre la plaza que iba á asaltar, y según la tradición del gran siglo, inauguraba el sitio con músicas y sin abandonar nada de su belicoso ardor en la fiesta. Quiso ser amiga de Naneta y lo fué con el empeñoso apoyo de la señora María Teresa (curiosa falta de perspicacia en una inteligencia que estaba siempre en guardia) y empleaba toda su diplomacia en aprobar cuanto decía ó hacía Puymaufray, sin temer que se le pudiera estar jugando el mismo juego.

Naturalmente Naneta le hizo la mejor acogida, la colmó de rústicas adulaciones prestándose á todo cuanto quería, y desembuchándole en un arrebato de expansión el gran secreto del señor marqués.

—Ama mucho á Claudia: no es de extrañarse ¡su ahijada! La vió nacer, y le dará mucha tristeza cuando se nos case, lo cual me parece que no tardará mucho tiempo, Pero eso no tiene remedio. ¡Ah! si la señora vizcondesa lo pudiera distraer! ¡Qué buena idea la de llevarle á París! Era conveniente tratar de tenerlo allá por algún tiempo, si se podía. Aunque bien visto no habia de ser tan difícil puesto que se iba á encontrar justamente en medio de aquellos á quienes amaba y de quienes era amado ¡qué buena sería la señora vizcondesa si quisiera ayudar á Naneta á salvar al señor marqués de la triste vejez que le esperaba!

Era muy importante contar con ese apoyo, pensaba la neble dama; pero ¿había averiguado lo que quería? Tal vez, y entonces no había nada que temer. Entonces ¿por qué esa audaz confianza en los ojos de Puymaufray? Y redoblaba sus demostraciones de amistad á Naneta que de su parte se derramaba en abundantes palabras, sin traer nuevas luces al obscuro debate del porvenir.

Por las tardes, al lado del fuego, cuando Enrique volvía de Santa Radagunda y lucía un aspecto de triunfador; la viejecilla se entregaba á la alegría de irónicos comentarios.

—Tiene usted suerte, señor Enrique siendo amado por esa parisiense como lo ama la vizcondesa por que está muy enamorada al parecer, pues no habla nunca mas que de usted; vamos ¡que le tiene á usted ley! Pero lo que es con esos amores se complica otra idea.

—¿Y qué idea quieres tú que se complique?

—No lo sé. Puede ser un marido para Claudia, marido que no sea de la devoción de usted. No ha de ser por mí por quien ella ha hecho el viaje á Santa Redegunda; el señor Harlé está desvanecido con su vizcondesa, pero es á usted á quien ella dirige todas sus miradas ¡quién sabe si también pretenderá ser marquesa! Pero además creo que tiene alguna otra mira.

—¿Qué es lo que tú piensas?

—No podría decirlo por que no lo sé; pero veo con desconfianza que se muestra demasiado amiga de nuestra niña, y nuestra niña debe entrar de algún modo en sus proyectos. El señor Harlé no seria para ella un buen partido. ¿Qué quiere pues?

—Hay una cosa segura y es que necesitamos defender á Claudia.

Claudia se estaba defendiendo muy bien sola y sin esfuerzo, pues ningunas tentaciones temibles le venían todavía. Prematuramente pletórica de placeres, nada la solicitaba aún de las impaciencias de su edad. Se le había enseñado un mundo donde el dinero lo es todo, lo hace todo, lo puede todo, y ella tenía dinero, juventud y belleza. Así pues reinaría.¿Sobre quién? No importaba. El porvenir le parecía tan bello, que cifraba su orgullo en que no necesitaba mas que extender la mano para cojerlo y pensaba que la vida venía á ella gozosa con la voluptuosidad de hacerla feliz. ¿De dónde podría venirle el presentimiento de un dolor? Sin duda había otros que sufrían y esto la afligía sinceramente, pero estas desgracias de un mundo extraño, no repercutían en su alma con demasiada fuerza. Cuantas ocasiones tenía de manifestar su generosidad superior, la afirmaba deliciosamente en la convicción de que poseía la virtud de la piedad hacía los miserables que Dios ha colocado expresamente bajo nuestros pies.

Como el dinero no le costaba nada, Claudia daba dinero y daba también palabras de bondad que le venían á los labios por emoción de un corazon que el farisaismo no había todavia acorazado bien.

Para conmoverse ese corazón, necesitaba el choque de las miserias visibles, el horror de las llagas sangrientas, las quejas, las súplicas, los gritos de desesperación. El dolor mudo, la miseria ignorada, no la conmovian aún por que no había tenido la educación del dolor ni la inquietud de desgracias posibles?

Las privaciones sufridas por otros, las alegrías del sacrificio, eran palabras que no tenían sentido en una vida semejante. Sin duda que tales cosas podian servir para motivo de predicaciones, pero no tenían aplicación en una niña que para ponerse bien con Dios y para obtener todas las indulgencias de la Iglesia, sabía que no necesitaba más que pagar cantidad determinada. El cumplimiento de los ritos, el socorro á los pobres de sacristía bajo la forma de dones que no representan renuncia de nada, tal era la mecánica de la salud divina que se le había aconsejado y que era muy compatible con cuanto había oído decir sobre bondad desinteresada. Se le dice al rico, da: y al pobre: resígnate. El uno da mal y el otro no se resigna, y eso consiste en que la dádiva del rico no es por lo común sino un empírico aseguramiento contra la falta de resignación del pobre, no el acto de abandono generoso que aconseja la sublime religion del predicador de Judea. El egoísmo satisfecho se pone en guardia contra los egoismos por satisfacer y en eso consiste la guerra social que se ha desencadenado porque la predicación actual del sacrificio, mientras se practica una insensibilidad estoica ante los infortunios del prójimo, no es más que una decoración de estética social como esas fórmulas de adhesión banales de que se envanece nuestra literatura epistolar.

Claudia no podía ver muy lejos y se creía sinceramente buena, porque daba y se sentía conmovida ante las formas más visibles de la desgracia. Tambien los esfuerzos del padrino para elevar las caridades vulgares hasta el refinamiento de compasión penetrante, le parecían obscuras sutilezas de un solitario melancólico que contrastaban con las facilidades de bondad que provenian de las riquezas paternales.

A través de todo, la feliz disposición de una alma recta pero flexible, resistía á las sugestiones perniciosas de las fuerzas de *clase*. Incapaz de rebelión contra la gerarquía de los fuertes dispensadores de las alegrías de este mundo, Claudia inconscientemente y para salvaguardia de sí misma, combatía contra las seducciones que la atraían con brillantes ventajas en la toma de posición de una parte de la humanidad por la otra. Dispuesta por la educación de su vida á la aceptación fácil de las venturas de algunos, en medio de las desgracias de las multitudes miserables, la niña buena por naturaleza, intacta apesar de los primeros asaltos del mundo, podia aún ser salvada.

Al grito de Puymaufray invocando al auxilio supremo de su madre, una instintiva esperanza se le había aparecido y se había arrojado en precipitado arrebato á los brazos abiertos que se le ofrecian como asilo contra las ilusorias dichas que el mal le debería fatalmente devolver en repercusión de desgracias. Sin vacilar, sin deliberar, sin temer se había entregado al gran corazón que la llamaba, la quería y la defendía además. Admirada al apercibirse de que hasta allí había estado sola entre el ruido de su séquito, gozaba ahora de la facilidad profunda de vivir plenamente con dos corazones, feliz de una debilidad que la entregaba confiada al poder protector de un amor absoluto.

Continuará.

PAGINAS DE LA MODA.

TRAJE PARISIENSE DE CALLE

El Hogar y la Moda

Por lo mismo que en distintos artículos, venimos tratando de la moda en sus relaciones con la mujer y la sociedad, procurando que resalten las ventajas que la misma, bien entendida, ofrece á sus devotos, justo nos parece también discutir sobre las relaciones establecidas entre la moda y el hogar, útiles como ningunas, y muestra evidente así mismo de la cultura alcanzada por nuestros tiempos.

[illegible]to moderno, es decir la moda, tomando de to[illegible]ocas, enlazándol[illegible] la industria, dicta leyes [illegible]ra el mueblaje [illegible] y merced á ella se eman[illegible]n nuestras vi[illegible]ndas de enojosos y rutinarios tra[illegible]lismos, pues dentro de un gusto risueño y sen[illegible] casas modernas ostentan muebles pequeños, [illegible] de manejar, coquetones, caprichosos, habiéndose desterrado de la esfera elegante entre otros incómodos muebles, el vetusto y amplio sofá, en el cual sentadas dos ó tres personas como en lugar preferente, no podían sostener entre sí una conversación, sin indudable molestia. La moda sustituy[illegible] el sofá, por la reducida marquesina, *le dos á dos le vis á vis*, muebles caprichosísimos que se prestan á las exigencias de una visita y hacen amena toda conversación y confidencia.

[illegible]

Traje para niña de 6 á 8 años

Traje para niños de 1 á 3 años

Traje para niños de 3 á 5 años.

edades. Y lo que decimos respecto á los salones, puede aplicarse á las demás estancias de la casa, con ligera variante de criterio, toda vez que la elegancia de esos deliciosísimos muebles modernos, estriba, bajo el influjo de la moda, en su estructura y proporciones, no en la tela de que se hallen revestidos. De modo, que á todos nos alcanzan esas solicitudes de la moda, porque á todos nos es fácil, de manera relativa, la adquisición de esos muebles modernos, que por su comodidad y risueño aspecto hacen grata, dulcísima, la permanencia en el hogar, centro de las mayores dichas de la tierra.

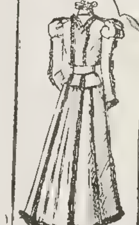
Precisamente de idea en idea, venimos á parar en algo que defiende á la moda de muchos ataques, cuando se la acusa, en lo relativo á trajes y á superficialidades de apartar á la mujer del hogar, para arrastrarla al aturdidor torbellino del mundo. No es así ciertamente, y menos lo será todavía, cuando se sepan descifrar sus indicaciones, puesto que una gran parte de sus coquetismos, de sus más ingeniosas fantasías, tienden al adorno del hogar, donde el bueu gusto, interpretado por la mujer, pretende y consigue, en fuerza de atractivos, encadenar el espíritu inquieto del hombre, sustrayéndole al absorvente casino y á las demás diversiones, un tanto ó mucho, divorciadas de la dicha íntima.

La moda, al penetrarse de todas las necesidades del hogar y también de todas las delicadezas en que abunda la vida en familia, si ha de ser grata, facilita á la mujer inteligente la solución de muchos problemas que antes considerara extremadamente difíciles. La amable consejera, que tanto influye en la confección de un vestido destinado á lucirse en deslumbradora fiesta, no podría, incompleta su tarea, abtenerse de proyectar sus reflejos en la casa, siendo tam bién en los detalles domésticos consejera discretísima, nunca apartada de esa economía relativa que forma, por decirlo así, la base más firme de las sociedades modernas, de continuo solicitadas por multitud de atenciones. Por eso la moda al indicarnos le hechura de los muebles y su relativa economía, reviste el hogar de aspecto por demás risueño y cómodo, y para conseguirlo en absoluto al par de las nociones elegantes que infatigable nos prodiga, sabe también darnos consejos de higiene y de orden, que mucho sin disputa influyen en el bienestar y prosperidad de las familias.

Basta un detalle para demostrarlo. Como la moda es cosmopolita y de todos los países solicita elementos para mejor llenar su misión, la grave moda inglesa, que es la más práctica de las modas, inspirándose en las reglas elementales de la higiene, escoje de la casa las habitaciones más sanas, espaciosas y alegres para que en ellas viva la familia con la debida holgura; pues bien, poco á poco y á ello se inclina la corriente, quedará destruída la preocupación reinante en México, de no disfrutar de las mejores estancias de la casa, por destinarlas á las visitas, mientras la familia pasa el día en otras menos acondicionadas á las exigencias á la salud y del bienestar. En buena hora que destinemos una sala ó varias para recibir; pero importa que estas no sean las mejores de la casa: no es cuerdo sacrificar á la vanidad de una hora, las comodidades del día entero.

Los humanos, como los pájaros, necesitamos aire, espacio, luz; sin ser completos esos elementos, podemos en verdad vivir; pero no resulta facil la conservación de la salud, y teniéndolo en cuenta, siempre menos frívola de lo que parece, la moda aspira á remediar esas deficiencias que tanto nos perjudican, desprendiéndose para ello si es necesario y á medida que se compenetra del progreso y de las exigencias de los días de aquellas apariencias aturdidoras desprovistas de buen sentido, que le legaron edades menos prácticas y menos adelantadas, y persiguiendo, por el contrario, incansable, y solicitando á este afecto el concurso de diversidad de países, el adorable fin, síntesis de sus anhelos, y revindicación completa de sus tendencias, todas encaminadas tanto á hermosear á la mujer, gala y ornato de los salones, como á hacer fácil y agradable la estancia en el hogar.

Traje princesa con pliegues.



JOSEFA PUJOL DE COLLADO.

Blusa para teatro

Traje para concierto ó para teatro

Traje con blusa rusa

NUESTROS GRABADOS

TRAJE PARISIENSE DE CALLE.

Hay muchas y encantadoras toilettes dignas de verse en esta época del año, que es la designada para recibir y visitar. Una de ellas, sobre todo, es demasiado atractiva. Está hecha de vengalina verde, género que se presiente estará muy en boga en la próxima primavera, y lleva una gran aplicación de bordado. La falda no es muy ancha ni muy vistosa, pero alcanza una adorable perfección y cae de una manera muy cómoda y muy graciosa sobre las caderas. La aplicación de bordado hállase á uno y otro lado del frente y luego continúa al rededor de la falda. Esto constituye un hermoso modelo, pero que, debemos advertirlo, tiende á hacer aparecer

Bolsa de estambre

menos altas á las personas El cuerpo es rigido y hermosamente guarnecido con un peto ó plastron de gran efecto, hecho todo de blonda y bordado, que da al busto cierta rigidez admirable. Tiene piezas de jacket á cada lado, hechas del mismo material del vestido y completamente cubierto por el bordado. Hay un cinturón de terciopelo negro con vuelillos bajo los remates de los extremos del frente. Las mangas son pequeñas, con una banda de bordado cerca de las hombreras, y terminadas con una aplicacion de terciopelo punteado.

Con este traje se usa una toca bordada con el mismo material que la falda. A la izquierda hay tres nudos y algunas plumas blancas.

TRAJE PARA NIÑA DE 6 Á 8 AÑOS.

Un cheviot verde obscuro es el género más adecuado para un traje para niñas de seis á ocho años. El cinturón lo forma una cinta verde de moiré de 1 centimetro de ancho y adornan el traje listones del mismo color.

El talle se cierra en la espalda. Las mangas no deben ser muy largas y la parte inferior la adornan tres vueltas de cintas, lo mismo que la parte baja de la falda, pero en dos hileras.

TRAJE PARA NIÑOS DE 1 Á 3 AÑOS.

Para hacer este trajecito y que quede vistoso se utilizará de preferencia un género á cuadros. La abertura va adornada con una cinta de tres y medio centimetros de ancho de terciopelo color rojo obscuro y la orilla de esta con un encaje fino. Las mangas son cortas y la parte inferior va también adornada con una cinta de terciopelo y encaje.

TRAJE PARA NIÑOS DE 3 Á 5 AÑOS

Para hacer este traje se utiliza de preferencia un cheviot azul obscuro, y para que quede vistoso va acompañado de un chaleco blanco de piqué.

De este chaleco se puede prescindir si se desea. Un cinturón de seda negra sujeta el pantalón Las polainas se hacen de un piqué blanco y sujetan también el mismo.

El cuello del saco es ancho. Las mangas van sin adorno, llevan solamente en la parte inferior tres bo tones, iguales á los que tiene el saco en ambos lados, pero no se utilizan para abrocharse, sino sirven solamente de adorno.

BLUSA PARA TEATRO.

Para la hechura de una blusa para teatro es preferible escoger un moiré color de rosa. Esta blusa va abierta con un buche

Cesto para periódicos

de crepé rosa guarnecido con cintas trasversales de seda ó terciopelo azul Atlas. Este buche va unido á la blusa hacia el lado derecho, dejan do el otro para abrocharse. Las orillas del buche van adornadas con encaje fino y guarnición color rosa.

La serpentina de la blusa es 12 centimetros ancho y forma sobre el talle un gracioso lazo. Los globos de la manga deben ser pequeños, bajando ajustada la manga. Un listón de moiré rosa de 13 centimetros forma la corbata sobre el cuello, lo mismo que el cinturón.

TRAJE PARA CONCIERTO Ó PARA TEATRO.

La tela más propia para este traje es de seda negra y blanca á rayas anchas como lo indica la figura del centro de nuestro grabado

El globo de la manga como se ve es casi un bullón, que cae sobre el hombro. El cuello lo forma un peto de gasa de seda negra bordada en blanco y un listón ancho de seda negra. Las

Traje con cuello ancho

mangas llevan en su extremidad inferior una vuelta de seda negra de ocho centimetros de ancho y una pequeña blonda de la misma materia.

El cinturón se forma de un listón de 10 centimetros de ancho

TRAJE CON BLUSA RUSA.

La blusa va cerrada al lado izquierdo con seis botones formando una solapa con la guarnición de la orilla. Las mangas son de mariposa y en su extremidad inferior figuran estar abiertas llevando como adorno tres botones y en la boca una blonda.

El cuello y el cinturón son de listón de raso. La falda va unida á la blusa por medio del cinturón.

El listón que adorna el cuello se le da la forma de un plato, como lo demuestra nuestro tercer grabado.

TRAJE PRINCESA CON PLIEGUES.

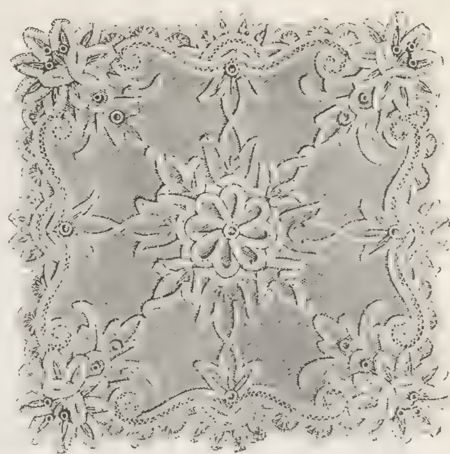
En la hechura del traje princesa se utiliza el gros negro y es un traje bastante vistoso, cómodo y que las señoras lo pueden utilizar para recibir visitas

El adorno lo componen galones de siete centimetros de ancho.

Las mangas no llevan ningún adorno en la parte superior, sino en la inferior, es decir, al terminar las adorna un encaje fino.

El cuello lo forma una escarola dreaso ó de seda.

Block para apuntes



Sobremesa

Nuestro grabado representa el traje visto de frente y por la espalda.

TRAJE CON CUELLO ANCHO.

En la hechura de este traje se emplea un género cuyo tejido sea elástico, va adornado con galones negros de dos centímetros de ancho, acompañados de un plissé del mismo ancho formado de cinta negra Atlas

La falda y la blusa estan separadas. El talle lo forma una cinta de seis centímetros de ancho. Las mangas deben ir bien largas y llevan los mismos adornos que el traje.

El cuello como se ve en el grabado es ancho y lleva sus respectivos adornos.

BOLSA DE ESTAMBRE

Para hacerse una bolsa como la representa nuestro grabado no se necesita que sea de seda, sino simplemente puede emplearse el estambre.

Este es un objeto sumamente útil para una señora y no debe faltar en ninguna casa, ya sea en la mesa del trabajo ó en el dormitorio.

Ante todo debe verse que el material esté liso. Junto al tejido debe añadirse una pequeña bolsita para que allí sea el lugar del pañuelo.

CESTO PARA PAPELES

Este cesto deberá ir pintado de un color verde obscuro y tener una altura de treinta y seis centímetros. El adorno consiste en que entre las rejillas se hacen tres cintas de un color verde claro de diferentes tamaños, y al terminar formen dos lazos para que queden aseguradas como lo indica el grabado

CARPETA DE MESA

Se toma un género cualquiera pero de color vivo y se le da la forma de un cuadrado, midiendo cuarenta y siete centímetros por cuarenta y ocho. Se bordea de encaje muy fino y luego se va dibujando, sobretodo con cinta delgada, augurando cada figura con hilo, según lo indica el grabado.

BLOCK DE APUNTES

El block que reproducimos mide catorce cm. de altura por seis y medio de ancho. Este se hace de un pedazo de cartón y en seguida se le forra con un cuero fino. En la parte inferior se le colocan dos esquinas de cuero y en la parte intermedia se asegura una tira de cuero de un centímetro de ancho en la que va la inscripción «Memorandum.» Tanto esta tira como las esquinas sirven para sostener la pizarrita de porcelana para hacer los apuntes.

En la parte superior se pinta sobre el cuero flores ó lo que más le agrade, al que tenga el deseo de hacerse un objeto como el que acabamos de describir.

EL MUNDO.

TOMO I. MEXICO, FEBRERO 6 DE 1898. NUMERO 6.

El regalo del novio

POR VILLASANA

LA SEMANA

—

El suicidio del Sr. Weil ha conmovido hondamente á la Sociedad. Joven, lleno de vida y de ilusiones, con un porvenir risueño abierto ante su paso, dotado de todas las virtudes y sin ningún vicio, estaba al parecer llamado á una vida larga, útil y fecunda, á fundar un hogar tranquilo y feliz y á figurar como uno de los muchos miembros honorables y estimables de las colonias extrangeras que colaboran al progreso del comercio y de la industria nacionales.

En condiciones vulgares el suicidio consterna, en los especiales del joven Weil aterra. ¿Qué busca el hombre en la tierra? ¿qué exige de la naturaleza y de la Sociedad y de la vida, que la abandona en medio de sus galas, de sus placeres, de sus panoramas pintorescos y de sus horizontes infinitos?

Si el instinto primordial, dominador, omnipotente es el de la propia conservación; si como el viejo impotente y valetudinario de «La Joie de Vivre» de Zola, el hombre da de barato la vejez, la impotencia, la gota que tortura, el enfisema que asfixia, el cancer que corroe con tal de vivir á todo trance y á toda costa; si la miseria, el desencanto, el menosprecio social no bastan á extinguir el anhelo de sentir circular la sangre, latir el corazón, contraerse el músculo y funcionar la víscera, entonces el suicidio es una aberración, una forma de la locura, una manifestación del delirio. Así lo explicaron los antiguos psicólogos y moralistas.

Hoy esa opinión no es ya sostenible y está probado que en plena razón, con el goce expedito de todas sus facultades, hay hombres, algunos, tal vez muchos, que desertan voluntariamente de la vida. ¿Por qué? En virtud de una transformación gradual de nuestros instintos animales primitivos. Los refinamientos de la civilización, el aumento perceptible del bienestar humano, las comodidades que proporciona el lujo y los placeres que derivan de la cultura social y de la vulgarización del arte, van haciendo predominar en el corazón del hombre, el amor al placer sobre el amor á la vida. Ya no vivimos para vivir; vivimos para gozar. Para un grupo de séres cada día mayor, la vida en sí misma nada vale; lo esencial son las satisfacciones de la vanidad, los éxtasis de la gloria, los goces materiales refinados, el vino, el amor, las mujeres, el ejercicio del poder, el culto que les tributan las multitudes. La vida, para ellos, es una carga y un suplicio cuando se desvanece la ilusión que la alimenta, cuando se extingue la esperanza que la estimula, cuando se evapora la dicha que la endulza.

De ahí la generalización del suicidio: el cajero que juega y pierde porque sabe que liquida con el revolver: el amante desdeñado que extingue su dolor en la copa de veneno; el ambicioso desencantado que deja colgados en una viga madre sus aspiraciones y sus despojos; la obrera miserable que aspira vapores de carbón para ahogar en el humo sus tormentos.

El suicidio es enfermedad endémica de nuestro siglo ¡pero lleva en sí misma su remedio: Eliminados por su propia mano los hombres que aman más el placer que la vida se restablecerá el equilibrio, como se extinguen las epidemias cuando ya no tienen á quien matar ,y en definitiva; sobrevivirán aquellos que aman la vida por sí misma y que huellan con valor y con serenidad sus abrojos. *Ainsi soit-il.*

—

Ya pareció *el faro*; que es como quien dice: ya pareció el peine. El juez que investiga el caso Franke tenía ya muchas declaraciones, muchas pruebas de convicción y algunas confesiones paladinas; pero necesitaba para redondear el proceso una prueba material, tangible, inequívoca, un *cuerpo de delito* innegable é indubitable y su habilidad ha dado ya con él.

Es una chuchería á la vez decorativa y práctica: *el faro* es un mueble que puede figurar indiferentemente en un *boudoir* como en una cueva de bandidos. Su mecanismo es delicado y preciso como un instrumento científico y un resortito invisible, última palabra de la industria del timo, quita y pone las cartas á voluntad del tallador con la delicadeza de una mano de dama.

Se atribuye á Withney la invención de ese ingenioso aparato de despojo que debe estar *patentado* en Norte-américa y figurar en el Museo de las patentes de Washington. Sustituír la mano siempre sucia y siempre torpe del tallador tramposo por un *movimiento de relojería*, como dicen los tratados de física, y reemplazar la *boca de lobo* y el *cambiazo* por un mecanismo de engranes y palancas, es una idea genial y cuyos resultados están ya palpando los acusados. Hasta el caló de Birján va á experimentar una transformación: ya no se dirá *amarrar* sino *engranar* ni *dar el pegue*, sino *aceitar*; *zapotear* será *cargar la batería; hacer la mueca, abrir la válvula; dar la empalmada, apretar el resorte.* Se mandará *afinar* la ruleta como un piano y se llamará al electricista para arreglar la mesa del baccarat.

Todo el lenguaje semibárbaro de los tramposos de la Edad de Piedra, quedará sustituido por una terminología científica, exacta, adecuada, como cumple á la civilización moderna y como cuadra á este maravilloso fin de siglo.

Withney, en cambio, nuevo Colón de este Nuevo Mundo de la estafa, cargado de cadenas, espera en su calabozo el fallo de la justicia.

—

Mientras en Inglaterra y los Estados Unidos, en Francia y en Rusia, el *feminismo* reviste caracteres serios y formales, entre nosotros y los pueblos de donde derivamos, en parte, por la sangre, ostenta aspectos extravagantes y colosalmente ridículos. El feminismo anglo sajon propende á conquistar á la mujer los derechos políticos y la posición económica que han sido hasta aquí el patrimonio exclusivo del hombre. En Londres como en Nueva York se organizan *meettings*, se fundan periódicos y se establecen clubs que reclaman para la mujer los derechos electorales, que lanzan candidaturas femeninas para los cargos públicos, que á veces las hacen triunfar y que se esfuerzan por pasar el rasero igualitario sobre las diferencias de sexo.

La mujer francesa y la rusa son menos tumultuosas en sus manifestaciones y más modestas en su ambición. Aspiran, de toda preferencia, á nivelarse intelectualmente con el hombre, á hacer los mismos estudios y á ejercer las mismas profesiones liberales. Vestidas con una enagua lisa y una chaquetilla ajustada, con chaleco de aplicación, cubiertas con un sombrerillo de fieltro apenas adornado con un gallito de pluma y cargadas de libros y cuadernos, se inscriben en las Universidades, siguen los cursos de las escuelas de derecho, medicina é ingeniería, concurren á los anfiteatros y practican autopsias, pasan exámenes y se graduan para ir después á ejercer su profesión, si las leyes y las autoridades se los permiten. Mlle. Chauvin no ha tenido esa fortuna y el foro de París le ha cerrado sus puertas.

En España y entre nosotros las cosas pasan de otro modo. Díganlo si no las señoritas toreras que reivindican para su sexo la igualdad ante la barbarie y que teniendo obligación profesional de nivelarse con el hombre *por todo lo alto*, han conseguido igualarse á él por todo lo que de bajo, de anti-civilizado y de bárbaro tiene la naturaleza masculina.

En el fondo puede que las señoritas toreras tengan razón, y de no tener razón puede que les tenga cuenta su proceder. Matilde Montoya, nuestra primera doctora mexicana, debería acaparar toda la clientela femenina de la Capital, y sin embargo obtienen la preferencia sus rivales del sexo feo. Las señoritas toreras se han de haber dicho *á sí mismas:* Sagasta con todo y ser liberal no nos ha de hacer diputadas ni ministras, vamos mejor á ser reinas en el coso: la clientela es seguro que no nos confiará ni sus litigios ni sus enfermedades y en cambio es evidente que asistirá á nuestras proezas tauramáquicas; á torear pues, dejemos los comicios por las taquillas y practiquemos en grande la cirugía taurina ya que la otra nos está vedada.

Y hételas ahi vestidas de corto, lo cual es ya una ventaja, luciendo sus encantos bajo el ajuste del calzón y de la chaquetilla, y toreando de brazos, sin bailar, sin cuartear, citando en corto y tirándose derecho. El espectáculo va á ser edificante: la gracia descabellando á la fuerza, la debilidad burlando á la ferocidad, la delicadeza banderillando á la brutalidad, hay motivo para mandar de nuevo apuntalar la plaza y para reforzar con una batería mínima siquiera, la división de caballería que no pudo reprimir el desorden en las corridas de Mazzantini.

Lo que nos preocupa es la posibilidad de achuchones, de trompicazos y revolcones que no dejan de ir acompañados de desgarrones de ropa y otros incidentes harto comprometedores para el pudor privado de las *diestras* y para el general del público. Allá lo veremos ó por mejor decir no lo veremos porque no nos proponemos asistir.

—

En Tacubaya el feminismo se revela por manifestaciones más modestas y puramente indumentarias. Algunas señoritas de aquella culta sociedad han dado en vestirse con ropas masculinas de sus parientes y amigos y hasta han llegado á profanar el uniforme militar. Bota fuerte, *foette* en mano, espada al cinto, kepí sobre la oreja se paseaba noches pasadas Diana Cazadora de bracero con la misma Venus, vestida de redingotte y sombrero de copa, por las sombrías avenidas del jardín de la Ermita.

Nada más horrible que una mujer vestida de hombre. El traje moderno masculino, todo él líneas rectas, es adecuado para revestir la estructura rectilinea tirada á cordel, característica del sexo feo y se acomoda mal á los contornos arqueados y á las curvas harmoniosas de la forma femenina. Todo cruje, todo estorba, todo amenaza estallar en un flux cuando lo usa una mujer; y luego, qué andar tan menudo, qué balanceo de faldones, qué atrojamiento de modales, qué desproporcion en todas las lineas! Cuando una mujer se viste de hombre, es que ha perdido toda fe en su hermosura y toda confianza en sus encantos y no es ese, no puede ser el caso de las feministas de Tacubaya.

Con todo y todo, sea cualquiera la tendencia que impulse á la mujer á igualarse al hombre, siempre será menos repugnante que la que impele á ciertos hombres á igualarse á la mujer, y preferimos mil veces una señorita torera ó un neocadete de Tacubaya, á todos los señoritos gomosos, como hay tantos, que por su porte, modales, coquetería y afeminamiento á penas se distinguen de sus hermanas.

—

Ya tenemos algo que oponer á los organizadores de novilladas. El arte en México decae visiblemente y las diversiones públicas tienden á encanallarse cada día más; la juventud pide á los más bajos géneros de *sport* el recreo y los goces que debiera buscar en manifestaciones más nobles de la actividad humana.

Lo primero que se ocurre á los organizadores de una fiesta es salpimentarla con un jaripeo ó condimentarla con una novillada. Pululan los primeras espadas de afición y los banderilleros de la mejor sociedad, y las miradas de las hermosas son para los picadores de tanda de los círculos más distinguidos. Cuando la sensibilidad moral de los invitados es mucha, se dulcifica el espectáculo con una partida de polo ó de *fooe ball* en el que se desnucan los herederos de los nombres más ilustres y de los millones mejor saneados.

En estas condiciones nada más simpático ni más digno de aplauso que el esfuerzo de un grupo de amantes del arte por organizar una compañía dramática de aficionados. Una primera tentativa seguida de éxito completo, debe de estimularlos á perseverar y ayudarlos á progresar y quién sabe si lleguen á redimirnos de la esclavitud y de la abyección de la zarzuela.

Es sorprendente que en el México próspero y populoso de hoy, imperen los Cocineros y la Marcha de Cádiz sin que puedan hacerles competencia ni los dramas de los Dumas ni las comedias de Victoriano Sardou y que hayamos desdeñado á Echagaray por Arniches y á Mayerbeer por Chueca.

Dos causas han contribuido á producir esa decadencia del arte y ese encanallamiento de los espectáculos públicos. La primera es la baja de la plata que coincidiendo con las excesivas pretensiones de los artistas líricos y dramáticos, ha obligado á los empresarios á reclutar en esferas humildes sus artistas y en espectáculos de categoría inferior sus repertorios. La segunda causa es el hábito que hemos contraído de oir malo y mal interpretado, lo que ha estragado bastante nuestro gusto.

Pero México se ha poblado y enriquecido y puede al menos una vez por año darse el lujo de un espectáculo pulcro, y la cultura del arte en sociedad puede neutralizar el efecto de los malos hábitos adquiridos.

Hay que rehacer nuestra educación artística, en el orden teatral sobre todo; hay que volver á nuestra antigua tradición de hombres de gusto; y ese círculo de aficionados podía prestarnos ese eminente servicio. Si así lo hiciere, la Nación se lo premie y si no que se lo demande...... á D. Luis Arcaráz.

López I.

Política General.

RESUMEN.—LA AUTONOMÍA DE CUBA.—EL GOBIERNO LIBERAL Y EL GOBIERNO CONSERVADOR.—RESOLUCIÓN TARDÍA.—LAS RESISTENCIAS DE LOS INSURRECTOS.—LA AUTONOMÍA DE CRETA.—LA VOLUNTAD DEL CZAR.—LOS SUEÑOS DEL SULTÁN.—CONCLUSIÓN.

Tras rudo batallar, tras porfiada brega, que pronto habrá cumplido tres años, contra los elementos separatistas de la Isla de Cuba, al gobierno liberal del señor Sagasta, ha tocado implantar el régimen autonómico, cumpliendo con las pomesas que hizo cuando se sentaba en las filas de la oposición y cuando. caliente todavía el cadáver del Señor Cánovas del Castillo, lo consideró como la única solución aceptable para apagar la conflagración revolucionaria de la revuelta Antilla.

Venciendo las resistencias tradicionales que oponía el partido conservador de la metrópoli y de la colonia; desoyendo los clamoreos que lanzaban todos los interesados mercantil é industrialmente en la prolongación del régimen colonial; no haciendo caso de las exageraciones desesperadas de unos cuantos impacientes republicanos que solamente en la absoluta independencia miran la solución del problema antillano: el gobierno español constituído por el partido liberal se decidió valientemente por la autonomía de Cuba, y sin esperar la sanción de las Cortes, la instituyó á la brevedad posible.

El día 1° del pasado mes tomaron posesión, previo el juramento de ley, los ministros que constituyen el primer gabinete autonómico, y tienen la misión de preparar el terreno para que fructifique el régimen constitucional.

Ardua es su tarea, duras las resistencias que han de vencer lo mismo entre los españoles que entre los cubanos. Aquellos, ven derrumbarse la obra de los siglos entregada á la explotación de unos cuantos; estos, miran la sangre derramada, ven los inmensos sacrificios que la guerra ha costado, sienten sus inagotables aspiraciones por la independencia, sus insaciables deseos de libertad, de vida y de gobierno propio, y resisten con todas sus fuerzas, á las fascinaciones caleidoscópicas de la autonomía, que fingen pero que no son en realidad la soberanía á que aspiran.

***

Por eso la lucha no ha cesado; por eso la manigua arde hoy como ayer con llamaradas de incendio; por eso se sacrifica sin piedad en las filas insurrectas, al Teniente Coronel Ruiz y á todos los que van á proponer la sumisión de los rebeldes al régimen de autonomía; por eso protestan los directores de la revolución, lo mismo los que están en el campo de batalla expuestos á la muerte y al exterminio, que los que trabajan en tierra extranjera por la soñada patria cubana.

Martí, que fué el alma ardiente y el espíritu pensador de la presente revolución, apresuró el día señalado para la explosión, porque vió que las promesas de Arbazuza pudieran intimidar á unos, resfriar á otros, contentar á muchos, y por ende sofocar en su cuna la idea de independencia absoluta. Antes que se promulgaran en forma de ley aquellas promesas, antes que las Cortes españolas dieran su sanción soberana á los remedios anodinos propuestos para curar la inquietud de la colonia, el futuro mártir de Remanganaguas evocó la memoria de Céspedes, los recuerdos de Plácido, los cantos de Zenea y las víctimas todas de la guerra de diez años, y lanzó á la Antilla en plena rebelión.

Proponer entonces la franca autonomía que hoy acaba de implantarse con un gabinete responsable, un Congreso casi soberano, ayuntamientos propios y autoridad bastante en los poderes constituidos, para determinar la suerte del país y corresponder á las públicas aspiraciones, tal vez habría sido la solución del problema. España se habría ahorrado muchos sacrificios, habría economizado mucha sangre, habría librado á la juventud española de perecer en la manigua; pero en la actualidad hay políticos españoles encanecidos en la vigilia y envejecidos en la meditación que juzgan como carga onerosa el sostenimiento del régimen colonial. y piden al gobierno liberal de Sagasta, como pidieron al conservador de Cánovas, el abandono de Cuba y la concesión gratuita y magnánima de su independencia.

Los cubanos, confiados más que en sus propias fuerzas en la debilidad ocasionada á la metrópoli por esta larga y costosa guerra llena de desastres, henchida de dificultades, necesitada de inmensos sacrificios, esperan tranquilos, con algo del fatalismo atávico que les corresponde por sus abuelos árabes ó africanos.

Los Estados Unidos entre tanto, cautelosos y reservados como siempre, parecen confiar en la implantación del régimen autonómico y en la influencia que ha de ejercer la política un tanto conciliadora del General Blanco, comparada con la terriblemente severa del Marqués de Tenerife, de inolvidable memoria en los campos antillanos. Esa confianza no empece que el acorazado *Maine*. visite las aguas cubanas, que el *Montgomery* dirija su proa hacia la gran Antilla, y que toda la escuadra del Atlántico se prepare á una visita cordial y amistosa en caso necesario.

¡Cuántas sorpresas nos prepara todavía la cuestión cubana!

***

Hace un año que los patriotas cretenses, hartos del dominio secular del fiero musulmán y cansados de la coyunda impía á que habían vivido sujetos por varias generaciones, pretendieron por centésima vez sacudir el yugo de la esclavitud y constituirse autonómicamente, ó formar parte del reino heleno á donde los arrastraban sus sentimientos religiosos, sus tradiciones de raza, sus aspiraciones de libertad. Inútiles fueron sus esfuerzos ahogados en sangre por la espada del Sultán, y cegados en flor por la intervención de las potencias cristianas, que no permitieron á Grecia acudir al socorro de sus hermanos, sino antes bien, como irritando las iras populares y excitando las ilusiones de los demagogos, la arrastraron á una guerra desastrosa donde quedó maltrecha y humillada.

Han cambiado los tiempos: el Czar omnipotente que el año pasado mandó su flota para ayudar al bloqueo de Creta, acaba de declarar formalmente ante la Sublime Puerta, su inflexible decisión, su inquebrantable deseo de ver al Príncipe Jorge de Grecia como gobernador de la isla.

Expresada en terminos categóricos esta determinación, nadie podrá resistirla, y el Sultán dócil y plegadizo á las insinuaciones de los poderosos, como ha sido altanero y cruel con los desvalidos, tendrá que manumitir la isla de Minos, otro girón arrancado á su manto imperial salpicado de sangre como se arrancaron la Moldavia y la Valaquia, como le quitaron la Bulgaria y la Rumelia, la Servia y la Circasia, como le han ido arrebatando uno á uno los florones más brillantes de su corona.

Pudo enorgullecerse y mostrarse altivo con Grecia infeliz, humillada en los campos de batalla en el último conflicto; acaso soñó entre los perfumes voluptuosos de su harem y las canciones sensuales de sus odaliscas, vengar á filo de espada y con llamas de incendio la última rebelión de los cretenses y renovar en las agrias montañas las matanzas de armenios y los sacrificios épicos de los suleotas. Ha hablado el autócrata moscovita y habrá que acatar su soberana voluntad.

¡Resurge, Creta! Ya estas libre del yugo musulmán! Entra de lleno á cumplir tu destino en el concierto de los pueblos civilizados.

¡Resurge, Creta!

X. X. X.

3 de Febrero de 1898.

DAMAS MEXICANAS

Srita. Mercedes Serrano
DE LAGOS

Un palacio encantado.

Los viajeros que de las cinco partes del mundo van á París; se han familiarizado ya con el encantador espectáculo del *Chateau d' Eau* sin embargo de que parece un sueño de la fantasía esa mansión de las Náyades y de las Nereidas, que guarda primorosos hechizos en sus mil vistosos juegos de movible cristal.

Pues bien, el profesor Jan Zawiejshi, arquitecto del Teatro de Cracovia, ha presentado para la Exposición fin del siglo, un proyecto de *Palacio del agua* que supera en esplendor á cuanto pudiera imaginar el loco de más talento que tuviera la monomanía de las grandezas.

La esbelta armazón se construirá en hierro hueco preparado y taladrado de manera que anchas lenguas del precioso líquido formen las paredes, chorros constantes las rejas, las cornisas y las molduras y poderosos surtidores envuelvan los arcos y galerías de columnas.

En sus diversos pisos ostentará los ordenes Toscano, Jónico y del renacimiento y será iluminado de noche con luz eléctrica de cambiantes colores

En medio de las enormes cataratas de agua que constituirán este prodigio del ingenio humano, los visitantes podrán recorrer todos los departamentos interiores y exteriores, sin que los moje una sola gota del líquido cristal

Contará el palacio para mayor atractivo con un Teatro de Variedades, un Restaurant, un Velodromo y un Salón de baile

Con extraordinaria habilidad estan tomadas todas las precauciones para que el viento por fuerte que sea, no influya sobre el Palacio

En el invierno, el Palacio del Agua se conjelará y no habrá más que variarle título y poner á la puerta *Palacio de hielo*

Y ganará en belleza.

Refieren las antiguas leyendas que un bufón enamorado de una de las más nobles damas de la Corte Moscovita, llegó en su pasión á tal ceguedad que se atrevió á pedirle al Emperador permiso para casarse con ella. Grande fué el asombro de Su Majestad cuando vió que la solicitud de su bufón iba en serio, y se asombró más todavía cuando consultada la voluntad de la dama, esta accedió gustosa al matrimonio y confesó que estaba de acuerdo con su pretendiente.

Para castigar la audacia del uno y la fragilidad de la otra, el Monarca consintió en la boda, la apadrinó y como presente regaló á los novios un magnífico palacio de hielo que hizo amueblar suntuosamente. Allí tuvieron verificativo las ceremonias nupciales y el gran saráo con que terminó la fiesta.

Idos todos los convidados se despidió el último el Emperador, y después de salir, mandó regar con agua las junturas de todas las puertas y ventanas. Solidificada el agua con la primera ráfaga de viento el palacio se convirtió en tumba de aquellos dos enamorados.

Pero el *Palacio del Agua* de la Exposición de París aunque se torne en Palacio de hielo, no será tumba de nadie, sino centro de regocijos, deleite de los ojos, asombro del espíritu, y una de las concepciones más fantásticas que el cerebro del hombre haya producido jamás.

Estamos concluyendo de preparar y repartiremos con nuestro último número de Febrero actual,

Una preciosa novela

que se les entregará encuadernada á nuestros abonados.

Belleza Húngara.

Cuentos del porvenir

EL INTERES DEL DINERO

En la época en que el oro y la plata servían para los cambios y constituían el signo representativo de la riqueza, todo el mundo los necesitaba en mayor ó menor cantidad y quienes se hallaban desprovistos de estos preciosos metales, tendían procurárselos; y por el contrario los que habían acumulado abundantes sumas por no importa qué medios, no querían desprenderse de lo que llamaban su capital.

Al principio, los desheredados intentaron simplemente mejorar su posición suprimiendo á los ricos de modo que, invertido el orden de los factores, resultaran ellos ricos á su vez; pero los ricos se organizaron para defenderse y aumentar su riqueza. En fin, durante varios siglos, al lado del empleo de la violencia se estableció una costumbre de la cual podrían encontrarse todavía algunos vestigios en la época actual. He aquí en qué consistía:

El rico, en lugar de dejarse despojar, consentía en confiar al pobre una cierta cantidad de metal por un tiempo más ó menos largo, pero en cambio exigía que se le restituyese más de lo que había anticipado. Por ejemplo: por una suma de cien pesos, era necesario pagar al prestamista cada año una proporción determinada de esta suma. Este uso persistió aún después del empleo parcial del papel moneda, y se llamaba "el interés del dinero," porque los bárbaros agrupaban bajo esta denominación general de dinero, todo cuanto representaba la riqueza.

Hasta hubo gentes cuya única profesión consistía en prestar así gruesas cantidades á los que las necesitaban, y se les llamaba banqueros ó usureros. No ha sido posible establecer bien la distinción entre estos dos términos; y sorprende descubrir que, á lo que parece, los primeros estaban rodeados de una consideración extraordinaria, y los segundos eran vistos con el más profundo desprecio. Los doctos suponen haber averiguado que hubo una época en que los banqueros gobernaron el mundo, lo cual pasó cuando se hacían las primeras tentativas de la industria humana, para hacer funcionar esas máquinas groseras que se utilizaban entonces para hacer rodar vehículos fantásticos por vías ridículas que llamaban ferrocarriles y que imponían gastos formidables. Sirviendo los banqueros de intermediarios, fué como únicamente se pudieron reunir los fondos necesarios para estas empresas. Este fué un periodo en que se desarrollaron asombrosamente los instintos de discusión ociosa que caracterizaron por largo tiempo á los salvajes, quienes cuando empezaron á tener escasas ocasiones de batirse á sablazos ó á cañonazos, la dieron por batirse con la pluma ó con la palabra Los de unas mismas ideas formaban partidos ó escuelas.

Sobre la cuestión del interés, los réditos ó la renta que nos ocupa (y las tres palabras parecen haber sido equivalentes) hubo grandes disputas que prueban hasta qué punto tan inverosímil eran bárbaros los bárbaros. Dos escuelas sobre todo los volvían locos, una que se intitulaba *economista* y otra que se llamaba *socialista.* No se ha podido penetrar nunca el sentido preciso que les daban á estas palabras. Los economistas decían: "Todo está bien, la renta del dinero es legítima. Es justo que el que presta una parte de sus riquezas obtenga una utilidad. Las reclamaciones elevadas contra una institución respetable, son obra de los facciosos y de los que aman el desórden." Los socialistas respondían. «Todo está mal; la renta es odiosa é injusta y gracias á ella los ricos se hacen más ricos sin trabajar, en tanto que los pobres se hacen más y más pobres con esta explotación: ¡abajo los ricos!»

Y así siguió la cosa con algunas variantes, durante largo tiempo, y el resultado más visible que obtenían los economistas, era exasperar á los pobres; y el que obtenían los socialistas era inspirar un terror sin nombre á todos los que poseían algo, á pesar de que unos y otros marchaban en un sentido diametralmente opuesto al fin que se proponían

Ahora, mientras así se persisten en discutir, lo cual consumía mucha tinta con que se emborronaba mucho papel, se iba produciendo día por día y por la fuerza natural de las cosas, una evolución de la que nadie veía el tamaño y que debía concluir por transformar el mundo.

La plata y el oro se habían hecho menos raros, el uso del papel moneda empezó á extenderse, y volviéndose mucho más intensa la circulación, la renta del dinero fué bajando poco á poco. Del diez por ciento, tipo medio en un principio, cayó á seis, luego á cinco, luego á cuatro, y siguió disminuyendo diariamente. Desde entonces, la clase de los privilegiados de la fortuna que había adquirido la dulce costumbre de vivir del producto de su dinero sin trabajar y aprovechándose del trabajo de los demás, fué resbalando suavemente por la pendiente en que había de dar la voltereta final y llegó la vez en que se vió como todos obligada al trabajo para el cual estaba mal preparada por múltiples razones. La primera y principal, era que la aptitud para el trabajo se pierde por la práctica de la ociosidad. Ya se trate de los músculos ó del cerebro, es indispensable tenerlos en constante ejercicio para que á cualquiera hora puedan ser utilizados: y personas que habían ocupado toda su vida en no hacer nada, lo que no les impedía ver aumentarse sus rentas, estaban en aptitud bastante inadecuada para volverse laboriosos de un día para otro, bajo el imperio de la necesidad.

En segundo lugar, la gran mayoría de esta clase de ricos salvajes, había llegado á una enorme decadencia moral, hasta el extremo de vanagloriarse de su pereza. Ponerse á trabajar, habría sido no solo una fatiga cruel, sino una degradación. Este fenómeno, cosa increible! se producía expontáneo una ó dos generaciones después de otra que había sido trabajadora En ciertas familias los hijos ó los nietos de un hombre que hizo su fortuna á fuerza de laboriosidad dedicaban sus dias á dormir ó á ocuparse de fri-

UN PALACIO ENCANTADO EN LA EXPOSICION DE PARIS DE 1900

FACHADA DEL GRAN PALACIO DE BELLAS ARTES EN LA EXPOSICIÓN DE PARIS.

Gabinete de trabajo de la Directora.

volidades, y sus noches á recorrer los garitos y los lugares de perdición.

Generalmente el viejo salvaje, quedaba encantado y orgulloso viendo á su progenitura tomar tal dirección, y decía: «Cómo se divierten los picaruelos! A lo menos, no se verán obligados á trabajar como su padre, porque les dejo una buena fortuna».

Otra razón que ejerció una influencia considerable en la evolución humana de que se trata, fué la institución del matrimonio entre esa clase y en aquellos tiempos. No es fácil de descubrirse eso ahora, porque los documentos más serios nos dan á ese respecto de talles tan cómicos y extraordinarios, que no puede uno atreverse á darles fe antes de hacer un prolijo estudio. Parece que particularmente en ciertas poblaciones de la Europa Occidental, los maridos eran vendidos á sus mujeres por una cierta cantidad de dinero que se llamaba «la dote». Esta compra era voluntaria á lo menos de parte del vendido, pues la compradora, es decir, la novia, no era consultada sino por mera fórmula: sus padres arreglaban generalmente el negocio, y la prevenían en seguida.

Naturalmente de aquí resultaban las más extrañas parejas, de las cuales salían los retoños más extraños. Este es un asunto bastante curioso, bajo ciertos aspectos bastante divertidos, del cual pienso ocuparme otra vez cuando esté bien provisto de documentos; por ahora, no hablo más que para demostrar por qué sucesión de causas se producía, en los tiempos prehistóricos, ese lamentable aniquilamiento de una clase que parecía todopoderosa, que tenía en sus manos el gobierno del mundo al mismo tiempo que la riqueza, y parecía desafiar todos los ataques.

Mientras con más encarnizamiento se la quiso destruir por medio de la violencia, más se consolidaba, y al último fué ella misma la que se encargó de su propia decadencia, y en verdad que logró su inconsciente propósito de un modo maravilloso.

En realidad, la quimera anticientífica de la igualdad de condiciones debía permanecer, como permanece y permanecerá siempre, en el dominio de los sueños; pero era posible, como lo vemos ahora, la igualdad en la justicia distributiva. Si hay hombres más ó menos ricos, lo mismo que los hay más ó menos bien constituídos; si la actividad, la inteligencia, el trabajo, y hasta la casualidad algunas veces, traen aún esas desigualdades de que ya nadie se queja, á lo menos no existen actualmente pobres en el sentido prehistórico de la palabra. No hay en la actualidad quien, si está sano y es trabajador, se vea expuesto ni tampoco su familia á carecer de lo necesario para la existencia, pero nadie piensa tampoco en sustraerse á la ley del trabajo que nos impone la naturaleza, y los más afortunados son los que trabajan más.

En cuanto á los incapacitados para trabajar, nuestras instituciones filantrópicas los ponen al abrigo de la necesidad; enfermos ó ancianos no tienen nunca que preocuparse por la vida material. Y todo esto se hace naturalmente, y dejando correr el desarrollo simple de las cosas, y así es como hemos llegado á este estado en que, en definitiva, la vida es buena y dulce, y en que la humanidad toma de la naturaleza todo lo que la naturaleza le puede dar.

Es curioso observar que la diminución gradual del tipo del interés del dinero, hace ya bastantes siglos, vino á ser la causa primitiva de los beneficios relativos que gozamos ahora; y es más curioso todavía, notar cómo la agitación febril y enfermiza de nuestros antepasados prehistóricos, fué inútil y vana para la humanidad.

Por lo común, hicieron exactamente lo contrario de lo que querían hacer, provocando los progresos con sus resistencias ó retardándolos en su deseo de alcanzarlos demasiado pronto. Bueno ¿y ahora nosotros, los civilizados, estamos bien seguros de que no estamos haciendo enteramente lo mismo?

Mad. Séverine, Editorialista.

Secretaria de Redacción.

Las Frondistas

"*La Fronda*, periódico diario de política y literatura, está dirigido, administrado, redactado é impreso por mujeres"

Después de haber sido fijado este anuncio por todo París, aparece todos los días desde hace un mes á la cabeza de las columnas del periódico al cual sirve á la vez de definición y de programa. *La Fronda* no pretende ser y no es un periódico feminista. Por el contrario, á la declaración arriba citada, agrega estas palabras: «y ha sido creado para servir de órgano á la reivindicación de la mujer» Pero no reivindica más derecho que el de ser directoras, administradoras, redactoras, é impresoras de su periódico Eso es todo su programa al cual no se le puede negar claridad. *La Fronda* es sencillamente un diario femenino.

Como la prensa no es un sacerdocio sino más bien una industria, las fundadoras de *La Fronda* han tenido suficiente perspicacia para comprender que un periódico *femenino* asegura una clientela más numerosa que un periódico *feminista* pues quien dice feminista, dice rebelión contra las costumbres y aun contra las leyes, y Francia no cuenta ya más que con una ínfima minoría de gente levantisca; pero posee en cambio una enorme cantidad de curiosos que, inteligentes ó bobos, son un buen elemento lector.

Las mujeres hacen las tres cuartas partes del éxito de las novelas y dejan á los hombres casi enteramente la lectura de periódicos. Esto debe ser porque mientras los novelistas han buscado y encontrado el camino para llegar al corazón y al cerebro del sexo hermoso, los periodistas ó no han hecho esfuerzos en el mismo sentido, ó no han obtenido sus esfuerzos favorable resultado. Por lo general los periódicos, hablo de los políticos, fastidian á las mujeres.

Las redactoras de *La Fronda* han emprendido la tarea de interesarlas, presentándoles no tésis feministas, sino juicios exclusivamente femeninos, sobre los sucesos políticos, las cuestines sociales, los acontecimientos callejeros, los dramas de amor ó de miseria, el estado financiero del mundo y el resultado de los espectáculos de *sport*.

La Fronda no ha hecho ruido, ni se ha dado bombo como todas las publicaciones nuevas para llamar la atención. Por el contrario, ha llegado sin vanaglorias á su número 37, comprendiendo seguramente que vale mas una firme clientela de abonados que el provecho pasajero de los lectores de ocasión.

Sería indiscreto preguntar si ya abundan los suscriptores, pero no está fuera de camino profetizar para esta hora en un plazo más ó menos largo, un millón de abonados que significa por lo menos tres millones de lectores.

«La Fronda» ha instalado sus oficinas en París, calle de San Jorge; y un redactor de «La Ilustración» que las visitó quedó complacido de esta visita. Ante todo, hace notar que un periódico femenino se hace como cualquier otro, pero que en sus oficinas hay plantas y flores, perfume grato y gusto delicado para el mobiliario.

En cada piso de la casa, en la antecámara, están dos señoritas de servicio con traje sencillo y correcto.

En el primer piso hay un salón de espera amueblado al estilo inglés moderno y luego sigue el gabinete de la señora Margarita Durand, Directora do *La Fronda*. Muy rubia, muy seductora, con la mirada firme y la boca sonriente, la señora Durand no es una debutante en el periodismo. Tuvo redactores bajo su dirección, antes de tener redactoras. Casada con el Sr Jorge Laguerre que era más orador que escritor, ella hizo la campaña en *La Prensa* que era el órgano del partido de Boulanger. Fracasada la aventura, y luego divorciada de su marido la señora Durand, tuvo á su cargo por largo tiempo el Suplemento Literario del *Fígaro*:

Ella inventó un cuestionario que tuvo un gran éxito y que fué imitado ó reproducido por todos los periódicos del mundo.

Para redactar *La Fronda* se ocupa de hacer una cuidadosa selección entre las escritoras, y trabaja con afán todos los días desde las tres de la tarde que llega á sus oficinas, hasta las tres de la mañana.

En el segundo piso está la Sra. Fournier, Secretaría de redacción, encargada de distribuir el trabajo á los *reporters*, revisar los artículos, dirijir la formación y releer las segundas pruebas. La Sra. Fournier no había tenido nunca ocasión de ensayar este oficio ingrato y espinoso; pero seguramente nacida para él, lo desempeña con rara perfección.

En un pequeño departamento destinado para ella, la Sra. Severine redacta con su vehemencia infatigable el *entre filet* cotidiano. Al lado está el departamente de la Sra. Mendez, cronista teatral á quien sus émulos y envidiosos critican porque el otro día hizo cantar *Orfeo* en los infiernos á la Sra. Delna ¿Quién en el periodismo no ha caído alguna vez en un *lapsus* de esa clase?

Más allá está la sala común de redacción para todas las secciones del diario, Parlamento, Tribunales, Sucesos varios, el Hogar, la Moda, etc. etc.

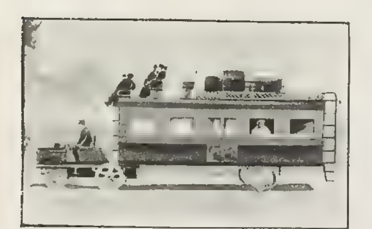
No estando la coqueteria proscrita de *La Fronda*, cuentan las redactoras con un elegante y bien provisto gabinete de tocador, detalle de instalación que no carece de importancia. Los dedos manchados de tinta y las cabelleras hirsutas de las redacciones varoniles, no se ven nunca allí.

La redacción de *La Fronda* comprende otras muchas personalidades además de las que hemos citado, y que son cuanto de mejor hay en la literatura femenina francesa.

PALACIO DE BELLAS ARTES

Bajo la dirección de M Louvet, que obtuvo el primer premio en el concurso de 1896, se está edificando en los Campos Eliseos, el Gran Palacio de Bellas Artes, que debe ser orgullo de la avenida Nicolás II y uno de los éxitos de la Exposición. Los arquitectos que obtuvieron premios inmediatos han sido llamados como se sabe, á colaborar con M. Louvet, al plan definitivo, y el más rudo trabajo que era construir la fachada principal, por la cual el conjunto de la obra será juzgado, correspondió á M. Deglane.

Mad. Mendéz. Cronista teatral.



EL CARRO AUTOMÓVIL.

Carruajes automóviles

¿Quién de nosotros, viajando, no ha lamentado no poder llevar la casa á cuestas como la tortuga, pero con la condición de que la marcha fuera rápida? ¿Quién no ha renegado contra el cosmopolitismo y la promiscuidad del hotel, la falta de comodidades de la posada y la trivialidad de las hostelerías de todas clases? Reunir las dulzuras del hogar á las emociones del viaje, ¡qué sueño! Escapar á los guisotes de fonda y á las pulgas y á las sábanas descutibles de alojamientos malos pero caros ¡qué felicidad!

Pues todo esto que hasta ayer era una fantasmagoria, va á convertirse tal vez en realidad gracias á los progresos del automovilismo. Después del triciclo de petroleo, el ómnibus eléctrico y el carruaje de vapor, los constructores han presentado el carro que camina solo, es decir, la casa transportable que cambiará de estación todas las tardes y que hará sus diez y seis kilómetros de camino por hora con lo que se alcanzarán jornadas tan convenientes como poco fatigosas.

Antes de describir el carro construido en los talleres de Mr. Jeanteaud y que representa nuestro grabado, conviene recordar, aunque sea suscintamente, por qué fases ha venido pasando el *coche con piernas*, desde el pesado cilindro aplanador de caminos, hasta los ligeros vehículos de gran velocidad que cruzan hoy las calles.

Se sabe ya que la primer idea del carruaje de vapor se debe á un francés, Cugnot, que en tiempo de Luis XVI construyó una máquina capaz de llevar ocho ó diez mil libras y que caminaba una legua por hora. La Revolución impidió que se prosiguieran los ensayos, y la máquina fué á dormir eterno sueño en las galerías del conservatorio de Artes y Oficios, donde los curiosos la pueden todavia examinar.

Los ingleses construyeron en 1833 la primera diligencia de vapor que cruzó los caminos, pero era una máquina informe, sin belleza y sin velocidad. Un hombre á pie, llevando una bandera roja la precedía á unos cien metros de distancia, para avisar á los transeuntes que dejaran libre el paso, y el pesado armatoste no llegó á caminar ni cuatro kilómetros por hora. Naturalmente la tentativa abortó, y la diligencia desapareció de la escena entre la grita y las pullas populares.

Hasta 1870, y en Francia, se volvió á emprender seriamente el estudio del automovilismo que empezó desde luego á realizar progresos rápidos. En 1878, en la Exposición, se pudo ver ya un carruaje ligero, «La Mancelle» capáz de alcanzar una velocidad de 35 kilómetros por hora.

En 1879, se construyó un gran ómnibus de vapor para 40 pasageros «La Mariana» cuyo peso era de 27,000 kilos y empleaba 74 horas en andar los 700 kilómetros que hay de Aix á Mans.

Luego vienen los motores de M. M. de Dion y Bouton que demuestran un gran adelanto en el automovilismo. El peso de estos carruajes no excede de 400 kilos

En la actualidad tres sistemas, vapor, electricidad y petroleo están en competencia y verificando pruebas serias de la mayor importancia

En el Concurso París Rouen, organizado en 1894 por M. Pierre Giffard, el petroleo triunfó por el conjunto de sus ventajas, pero fué vencido por el vapor en lo relativo a velocidad. Entonces obtuvieron su primer gran éxito los Sres. Dion y Bouton que llegaron los primeros á la meta con un motor que remolcaba una carretela.

Al año siguiente, en una segunda prueba organizada por un Comité á cuya cabeza estaban M. Dion y el barón Zuylen, la revancha del petróleo fué completa. El camino que se debia recorrer esta vez, era para asustar á los más resueltos: 1,200 kilómetros era el trayecto señalado y debían andarse sin descanso alguno, de una sola tirada. Esta carrera de Paris á Burdeos regresando á París, fué el verdadero punto de partida de un movimiento universal que determina el éxito definitivo de los carruajes automóviles.

El resultado llenó de admiración y de asombro á los mismos que tenian mayor fé, pero que no llegaban á pensar que en trayecto tan largo pudiera llegar á sostenerse una velocidad superior á 12 kilómetros por hora.

Pues bien, el carruaje que llegó primero, hizo el viaje en 49 horas. El que lo guiaba Mr Levassor tuvo la energía suficiente para sostener la barra de dirección dos días y dos noches, sin descansar, sin dormir y sin perder la presencia de ánimo

Los carruajes movidos por vapor se quedaron en el camino á consecuencia de diversos accidentes. Solo el de Mr. Bolée, "La Nouvelle" volvió á Paris en 90 horas después de haber perdido un dia en reparar averias. El triunfo del motor de petroleo era indiscutible.

Se notará que en estas competencias no se han tomado en cuenta los motores eléctricos, que fueron derrotados desde un principio por las dificultades que hay para renovar la provisión de electricidad. En este concurso de París-Burdeos el sindicato de la ciencia eléctrica hizo un esfuerzo increible. Un *breack* fue enviado por él y realizó la primera mitad del viaje llegando sin averías á Burdeos en 40 horas; pero tuvo que volver en Ferrocarril, porque solo el trayecto de ida habia costado la modesta suma de siete mil pesos. Se necesitó en efecto fletar un tren especial que costó dos mil pesos, para sembrar de acumuladores cargados toda la extensión del camino y luego movilizar una escuadra de cuarenta electricistas que velaran al lado de esos despósitos. Las baterías, en número de veinte y con un peso de 800 kilos cada una, habian costado cuatro mil pesos y quedaron sin aplicación después del ensayo.

El Sindicato supo perder y pagar régiamente, pero ya se comprenderá que no ha caido en tentaciones de repetir esta heroica fantasía.

El primer carruaje eléctrico que ha rodado recorriendo una distancia de 30 kilómetros sin renovar el fluido, data de 1881. Hasta que se construyó, se pretendía que un vehiculo eléctrico no podría hacer otra cosa que dar vueltas en derredor de la fábrica en que hubiera sido establecido.

Desde hace quince años ese carruaje ha servido una docena de veces, y es seguro que se han ensayado en él los progresos de los diversos acumuladores conforme se han ido alcanzando.

El coche de vapor Serpollet, modelo de 1890, casi no ha sido mejorado después; apenas se puede apuntar una tentativa de embellecimiento en la forma, para hacerle la presa más apropiada á su destino.

En cuanto á los triunfadores, los carruajes de petroleo, conviene citar el Faeton de dos asientos que ganó la carrera en un trayecto de 40 kilómetros y con un gasto de un centavo por cada kilómetro. Este Faeton regresó en tan buen estado, que habría podido seguir viaje en cualquier dirección. Su construcción costó mil seis cientos pesos. Hay en la actualidad unos tres cientos del mismo modelo que circulan en las calles de París, de provincias y del resto de Europa. Este modelo parte el favor público con la Duquesita, tipo adoptado por Mr. Jeantaud para las excursiones al campo. «La Duquesita» tiene cuatro asientos y también cortinas movibles que permiten á los viajeros abrigarse del sol y de la lluvia.

Mencionaremos también el *coupé* del barón de Zuylen tal como quedó arreglado para la última fiesta de las flores en París, y que constituye la última expresión de la elegancia y del lujo en materia de automovilismo.

Pero la palma del *confort* se la lleva indudablemente el carro y puede uno convencerse de ello desde que ha subido las gradas de la escalerilla que da acceso á la puerta practicada en uno de los flancos del vehículo.

Se encuentra entonces un corredor que da vuelta al carro en toda su extensión de siete metros setenta centímetros, y da acceso á dos cámaras divididas por un tabique que se puede suprimir de dia para formar un solo salón; á un gabinete de aseo que tiene duchas y baños tibios; á una cocina colocada en la parte trasera donde dos camitas que pueden guardarse, sirven de lecho al cocinero y al maquinista.

Todo amueblado con suntuosidad y las piezas provistas de ventanas con cristales que permiten gozar de las bellezas del paisaje.

El conjunto es soberbio, pero se le pueden presentar algunas objeciones: de pronto el ancho del coche mayor de los dos metros y medio que están permitidos, y su peso de más de siete mil kilógramos. Semejante mastodonte no puede circular sino en los grandes caminos, y suponiendo que se atasque, se necesitará una grua de vapor para sacarlo del lance. En fin su precio, seis mil pesos, no lo pone al alcance de todas las fortunas: en vez de gastar eso, vale más dejarse crucificar por los posaderos.

JUEGO DEL «POLO» EN UN CLUB DE BAÑOS INGLES.

ARCOS TRIUNFALES EN LA ESTACION DE LEÓN

EL "POLO" EN EL AGUA

Uno de los más famosos clubs atléticos ingleses, el Club de Baños, reunió en una de las primeras noches del mes de Enero último y en el "Palacio Popular," á numerosísimas damas de la buena sociedad Londonense. En torno del enorme estanque se levantaron tribunas lujosamente engalanadas que en pocos minutos se vieron completamente llenas, pues las invitaciones que se repartieron no solamente fueron aceptadas sino que se disputaban á última hora, haciéndose difícil atender tantas recomendaciones y obsequiar tantas solicitudes.

El local estaba alumbrado con luz eléctrica; y á pesar del invierno, adornado con profusión de flores importadas en su mayor parte del extranjero.

CARRO-PALACIO DEL PRESIDENTE DIAZ

Una numerosísima orquesta tocaba sin descanso esas piezas de ritmo acentuado y melancólico que encantan siempre á los súbditos de Su Graciosa Majestad.

A la hora convenida los contendientes se presentaron elegantemente cubiertos por sus ligerísimos trajes y se arrojaron al agua entre los aplausos y los *hurras* de la concurrencia.

Entonces empezó el *match* de "Polo," ese juego tan divertido, tan animado, tan lleno de incidentes y aun de peligros, pues pocos escapan sin tragar más agua de la que sin molestia puede pasar de garganta para adentro.

Pero todo entra en la diversión cuando no hay resultados trágicos, y en aquella noche no los hubo por fortuna. Dos horas después de principiado el juego, ya estaban los jugadores en el Salón del Ambigú comiendo sandwiches como montañas y bebiendo vasos de cerveza como mares.

Agradable fin y término de una diversión que tiene tanto prestigio en las islas británicas.

Recuerdos del viaje del Sr. Presidente

Hemos hablado ya de la mayor parte de las manifestaciones de afecto y respeto que recibió el Sr. Gral. Díaz en su último paseo triunfal por varios Estados de la República, y también hemos publicado copias de fotografías tomadas durante la expedición.

Ahora verán nuestros lectores una reproducción del Carro-Palacio en que viajaron el señor Presidente y su respetable familia un grabado que representa los arcos levantados en la ciudad de León para que bajo ellos pasara el tren presidencial y otra copia del arco erigido cerca de la estación del ferrocarril en Querétaro.

No hay duda de que en todos los puntos del tránsito los honores tributados al Primer Magistrado de la Nación, fueron dignos de tan elevada personalidad.

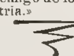
Respecto de León se comunicaron á la prensa de esta capital los siguientes detalles:

En la estación había reunidas como cinco mil personas; el 9° Regimiento se extendía en correcta formación para hacer los honores militares y un gran número de charros á caballo daban vistosa animación al grupo.

La estación estaba adornada con elegante sencillez; ostentábanse hermosos arcos triunfales, de los cuales el más notable era el que se alzaba á ocho metros de altura hacia el costado Norte, rematado por dos torres almenadas y en el centro un trofeo de cañones y fusiles. Por encima de este arco ostentábase también el retrato del General Díaz.

Hacia el costado Sur se alzaba otro arco más sencillo, adornado con cortinajes transparentes de gasa azul salpicada de estrellas de oro. En las columnas se veían inscripciones con fechas memorables en la historia militar del General Díaz.

Frente á las oficinas del ferrocarril á la derecha de la vía, se levantaba sobre un basamento de dos cuerpos, una columna rematada por lujoso cuadro con el retrato del Presidente. En grandes caracteres dorados leíase la siguiente inscripción «No he tenido Soberano y seré siempre enemigo de los de mi patria.»



ARCO TRIUNFAL EN QUERETARO.

LOS LIBROS

Los libros para mí, como para todos los niños, no tuvieron durante algunos años, más significación de la que les daban sus estampas y grabados. El color ó la línea reemplazando al relieve imitan la vida. Cuando me agradaba una imágen volvía yo vivamente la página para buscar del otro lado el interior de las casas cuya fachada había visto, el fin de la avenida que se escondía bajo los árboles ó el perfil de las caras sacrificado á la perspectiva, pero pronto comprendí que todo eso no era sino una apariencia con la que debía uno contentarse; y aunque esto fué una decepción, los libros conservaron para mí el atractivo mágico y misterioso de reveladores de lo desconocido que siguen teniendo hasta ahora.

En mi casa había muchos. Sin contar los de los estantes colmados que recargaban contra el vidrio sus adornos dorados y sus títulos diversos, los había por todas partes en los muebles, prestos para ser hojeados al capricho del pensamiento ó de la ociosidad, y los departamentos de la casa parecían más llenos, más animados de vida, porque el libro entreabierto parece derramar su espíritu en torno suyo. Hay nombres que conocí mucho antes de saber leer. Lamartine, Jorge Sand, Victor Hugo: y á mis ojos esos nombres no representaban seres sino mundos desconocidos, lo mismo que el título de un libro me causó largo tiempo la impresión de esas líneas ideales que representan montañas, ríos y oceanos en las cartas geográficas.

Desde que supe leer ningún juguete me pareció más interesante que un libro y mi dicha era abrirlo, sentir la sorpresa de sus páginas, sin que me inquietara gran cosa su contenido, pues todo me divertía igualmente. Es supérfluo comenzar por dar á los niños cuentos de hadas. Los primeros libros que tuve en las manos en mi fervor de aplicación, fueron la historia Sagrada, los cuentos Perrault y los de Schmid todos igualmente encuadernados con lujo, poblados de séres fantásticos y de aventuras maravillosas tales, que estaba yo deslumbrada por el milagro de saber leer, y mi excitación aumentaba aquella apariencia sobrenatural, dejando entre las frases intérvalos de ensueños. Son de esas lecturas balbucientes las palabras que no olvido núnca; y se diría que el misterio en que estaban envueltas las encarceló muy en el fondo de mi memoria, como en una crisálida impenetrable y frágil que solo debe romperse á su hora por el ala vibrante y abierta de la idea despertada al fin.

Los libros de versos me parecían llenos de aire y luz, con las líneas cortas rodeadas de espacios blancos que son como una atmósfera musical formada por el ritmo. Allí encontraba yo espacio para el pensamiento, pues la anchura de los márgenes alivia á los lectores la inteligencia. Realmente, eso me ayudaba á comprender, en tanto que la prosa compacta, me ha parecido siempre difícil de leer de un golpe de vista.

La forma tipográfica presenta de pronto una fisonomía más tentadora, más interesante que el asunto mismo. Es la primera impresión de una cara; luego se verá su sonrisa, ó su tristeza, ó sus complicaciones, ó sus simpatías. De la primera hojeada se alcanza lo inaccesible; esta primera impresión demasiado fina cae ó se levanta según la que luego causan las frases.

En invierno cerca de los estantes bajo el círculo estrecho de la lámpara, en estío en un banco del jardín rodeada de zumbidos de insectos y de rumores ligeros de la naturaleza tranquila, he vuelto á leer muchas veces mis libros de niña. La dicha me ha durado mucho tiempo aumentada por detalles inesperados, por sorpresas y por el encanto de una completa comprensión. Si eran ó no interesantes y de valía no lo sé porque á los hambrientos en su precipitación todo les parece bueno. Solamente me acuerdo de mi gran emoción al abrir cada libro, de esa opresión singular que dejan las páginas hojeadas, como si se llevaran consigo una parte de las ideas y los sentimientos expresados allí. Y luego se siente uno feliz de haberlos fijado, interpretado, á la luz del talento del autor y con la exactitud de los caractéres de imprenta.

MAD. ALPHONSO DAUDET

¡Qué caro paga el alma el alquiler de su vivienda!

JOUNG

LA REINA REGENTE DE ESPAÑA

Y SUS HIJAS.

Dos Flores Reales

Han pasado ya muchos años desde que Mercedes, la hi a del duque de Montpensier, envuelto el cuerpo gracil en la sedeña mantilla española, juguetones y titiladores aquellos ojos que enloquecieron á un pueblo, al transponer el soberbio dintel de la catedral de Sevilla, era aclamada por los estudiantes que tendían á sus piés como alfombra, las luengas capas de paño con vueltas de seda, (alta y noble galantería esa) y atronaban el espacio con un *olé!* jubiloso.

Han pasado ya muchos años desde que Mercedes, en las fiestas sevillanas, bailaba una soleá, contoneando su busto real al compás quejumbroso de las guitarras.

La joven duquesa, soberana despues de las Españas, adorada por un pueblo heroico, llevada en triunfo por todos los cariños, teniendo por escabel los hombros de todos los grandes, se fué para siempre muda y pálida, sin dejar, alba flor infecunda, un heredero que ciñese después de Alfonso la vieja corona de Castilla!

Mercedes tuvo hasta esa aristocracia suprema de la esterillidad; y al partir para lo desconocido, dejaba viudo á un rey enfermo, cuya juventud doliente parecía que muy en breve volaría tras ella.

INFANTA MARÍA DE LAS MERCEDES

INFANTA MARÍA TERESA

En efecto, Alfonso no sobrevivió mucho á su prima, á aquella reinecita que amó tanto y por solo amor elevó á su trono.

Mas España no debia quedar huérfana y Alfonso buscó una esposa en la casa de Austria Esa reina fué Cristina, quien, fecunda, dió á su señor tres hijos dos mujeres y un niño, póstumo y deseado, Alfonso XIII. Cuando éste nació, el rey había muerto. La Providencia habíale permitido solo dar fruto, un fruto viril asegurándo así el porvenir de España y le arrebató luego de su trono.

A Mercedes cúpole en suerte una efímera vida de esplendores y de triunfos; pasó como pasa la subyugadora melodía de una *Diana*.

A Cristina le tocaba una larga y lenta vida de sacrificio. Ella la aceptó y desde entonces ha sido la mujer fuerte de que hablan los Libros, el custodio simpático, fiel y discreto de un niño rey Envuelta en sus tocas de viuda ha pasado severa y triste por la existencia sin más objetivo que la educación sólida de sus hijos, como una de aquellas santas reinas de las leyendas doradas, y esto en la época en que es tan dificil sustraerse á la influencia de un medio ambiente pródigo en alegrías. Cristina no es de la época en que *los reyes se divierten;* no ha tocado con sus plantas los lodazales de las fáciles concupiscencias de los próceres; su vida limpia y severa encauzada en el deber, ha sido un espejo para todos los que hayan formado del deber una religión y un amor.

Ella ha sabido vivir la vida de un país que no era el suyo, pero que envolvió luego en sus ternuras porque era la patria de su marido y de sus hijos; ha sabido preocuparse por los negocios árduos del Estado y en este para la Nación, tremendo momento histórico, en que todo parece hundirse y todo quebrantarse; en que las revueltas coloniales, absorven como un maelstrom siniestro vidas españolas y la guerra civil asoma en el corazón mismo del país, el pueblo ibero ha visto, serena, gravemente serena, melancólicamente serena á su reina, sobre la pobre barca combatida, con la una mano posada en la testa adolescente de su hijo y la otra levantada al cielo como bandera de dolor y de esperanza!

***

La vida de la familia real de España es una vida de labor, de silencio y de paz.

Una estimable dama del «Sagrado Corazón» que residió en Madrid y á quien la augusta María Cristina distinguió con su afecto, me refiere que las princesas Doña María de las Mercedes y Doña María Teresa se educaban de la suerte que se educaría una española humilde, por lo que ve á la total ausencia de boato.

-No poseen ni un espejo, decía sonriendo María Cristina á la estimable dama citada—¿para que lo necesitan si su aya las arregla muy bien?

Rígida al propio tiempo que cariñosa, la Reina Regente jamás ha escatimado á esas niñas el trabajo, soñando acaso con que sean mañana semejantes á las Isabeles de Hungría y á las Isabeles de Castilla; y puedan preciarse como la última, de que sus maridos no se han puesto jamás una camisa que no fuese hilada por ellas

Ambas son agraciadas y María Teresa no solo agraciada, sino hermosa. ¿Qué príncipes vendrán á llevarlas entre festivo cortejo á su tálamo?

No se sabe aun.

Años ha, cuando aún no venía al mundo Alfonso XIII y la infanta María de las Mercedes era la presunta heredera del trono, no faltó quien pensase en dar una solución á este eterno problema carlista, uniendo en matrimonio á la princesa de Asturias con Don Jaime de Borbón; más el nacimiento del sucesor varón hizo nulo todo arreglo en este sentido y en la actualidad, María de las Mercedes que cuenta diecisiete años y María Teresa que cuenta quince, han sido designadas por la voz popular futuras ya del hermano de Nicolás II la una y de uno de los duques reales de Inglaterra la otra, ya de príncipes alemanes ó bien de altos señores austriacos; más hasta hoy nada hay oficialmente decidido con gran satisfacción de su augusta madre, dichosa sin duda en conservar cerca de sí á esas dos flores modestas pero de valor eximio que serán muy pronto acaso firme apoyo moral del monarca, significando para él, así la ternura que alienta como el prudente consejo que guía.

***

Mas, si de María Teresa y de María de las Mercedes nada puede horoscoparse aun con relación al príncipe que á cada una deba llevar á los altares, si se conoce ya la real decisión respecto de Alfonso. A este se le ha destinado para esposa la princesa Isabel, hija del difunto príncipe Leopoldo de Hapsburgo, primo de María Cristina, y educada al amparo del Rey Francisco José de Austria.

Alfonso cuenta en la actualidad doce años y quince su prometida.

Matrimonios de Reyes en que para nada se consulta el corazón, acertadamente acaso! Nunca ha sido el amor base firme del porvenir.

Su condición es efímera y en algo más firme debe sustentarse el mañana de un tálamo en que se forjan las realezas.

RIP-RIP.

PAISAJES NUEVOS

Los espíritus superficiales afirman que los fenómenos exteriores se repiten sin variantes que alteren la monotonía y el cansancio de la vida. ¿Es verdad esto? ¿Es cierto que la naturaleza nos presenta con singular obstinación el mismo espectáculo y los mismos panoramas? ¿Es cierto, en fin, que la existencia se agota en sensaciones y emociones que estarían destinadas á reproducirse sin novedad ni atractivo para el hombre exigente con insaciable curiosidad?

No pues; la naturaleza es variada y rica para el espíritu que sabe comprenderla y admirarla. Sus cuadros presentan á todas horas infinita diversidad de formas, de matices, de colores. Partiendo de harmonías iniciales, los mismos elementos se conciertan en una perpetua y distinta combinación.

Es defecto de la inteligencia poco cultivada y poco comprensiva restringir las bellezas del universo. Por eso se ha dicho que es pequeño el sugeto que todo lo encuentre defectuoso y malo, desde que todo lo defectuoso y malo es manifestación de pequeñez en algún sentido.

Así como el poseedor de miserable capital se reduce á un mínimo de goces, destinados á reproducirse continuamente con lamentable insuficiencia, así también el pobre de pensamiento y de corazón, se aletarga dentro de la reducida órbita en que lo circunscribe su poca capacidad intelectual y moral.

Al reino interior escaso de ideas, de comprensión y de voluntad, corresponde un medio exterior vacío de objetos de contemplación y de meditación huérfano de motivos impulsadores al movimiento y al trabajo

Como lo dice Guyau «no hay dos auroras iguales.
» Los cuentos de hadas nos hablan de libros maravi-
» llosos que podían siempre hojearse sin cansancio,
» pues cada una de sus imágenes desaparecía y se re-
» novaba bajo la mano que volvía sus páginas El uni-
» verso es un libro de esta especie, tan variable á la
» mirada, que cuando se quiere volver á la página
» contemplada ella ha cambiado ya; nosotros también
» cambiamos, y para aquel que sabe profundizar sus
» sensaciones y su pensamiento, cada una de las vi-
» siones del mundo posee siempre la frescura de la
» juventud.

Esto es, en realidad, lo que sucede para el hombre que discurre con cuidado ante las fuerzas que todo lo agitan en torno suyo. La sencillez é ingenuidad de la ignorancia halla que todo es homogéneo, que nada cambia en el mundo de las cosas y de los seres. La distracción tan común en ciertos sujetos que no les permite divisar sino aquello que solicita su instinto y no les deja percibir más que el sonido de la única cuerda capaz de hacer vibrar su oído rudimentario, encierra la causa secreta de la identidad del amplio escenario en que se desarrollan tantos paisajes luminosos y donde resuenan tantas músicas distintas y encantadoras á la vez

Es necesario mirar para ver, hay que prestar el oido á ese rumor que encierra todas las harmonías para distinguirlas y gozar con ellas.

La naturaleza es una inmensa tela de estudio, un campo inconmensurable de observación y de experiencia.

Los hombres tan distintos unos de otros, los panoramas tan diversos entre sí, las ciencias y el arte con sus principios y con sus teorías, ofrecen aspectos siempre nuevos y por tanto siempre dignos de solicitar la atención del sujeto capaz de interesarse por las cosas que se mueven á su alrededor.

Explíquese, entonces, por la propia limitación interior esa identidad del mundo de que lo acusan los espíritus frívolos, que al mantenerse tenazmente en el mismo punto de vista, perciben en obligada consecuencia una sola perspectiva

El universo varía eternamente y presenta de contínuo paisajes bellos é interesantes. En él también, como en esos maravillosos libros de que nos hablan los cuentos de hadas, se suceden sin interrupción los más prodigiosos cuadros ante la mirada que sabe contemplar, ante la inteligencia que sabe comprender, ante el corazón que sabe amar todo lo digno de contemplarse, de comprenderse y de amarse en la vida.

CARLOS BAIRES.

A MI MADRE

Los dolientes gemidos
que brotan de mi harpa,
en alas de los vientos, madre mía,
hasta tu oído, moribundos vayan,
hasta el hogar bendito donde alegre
se deslizó mi infancia
Suspiros de mi pecho,
mensajeros de mi alma,
te lleven de mi amor la casta ofrenda
desde el confín de la arenosa playa
en que al rigor de la contraria suerte
paso mi vida derramando lágrimas!

***

¡Quién me diera mirar siempre á tu lado
los bosques de esmeralda
que fecundizan al pasar fugaces
las ondas murmurantes del Grijalva!
¡Cómo pudieran contemplar mis ojos
junto á la márgen las esbeltas palmas,
balanceando sus verdes abanicos
al beso fugitivo de las auras!
Y el arroyuelo manso
que entre la oscura grama
resbala sus cristales,
cual leve cinta de luciente plata!

***

Ah! Cuántas veces al soñar contigo
por el afán vencida la distancia,
siento en mi rostro tus amantes labios
y el casto resplandor de tus miradas!
y cuántas, á la luz de las estrellas,
en la noche callada,
vago por mi heredad: veo sus valles,
sus lagos con sus juncos y sus garzas,
sus ríos opulentos
y mi casita blanca
Y al poder del engaño,
en tropel se levantan
del santuario feliz de mi memoria
los dormidos recuerdos de mi infancia,
de aquella edad risueña
que raudo el tiempo se llevó en sus alas;
y siento tus caricias
y escucho tus palabras,
como en aquellos días venturosos
en que al pie de la cuna me arrullabas....

***

Mas se rompe el encanto,
palpo de nuevo la verdad ingrata,
y las lagrimas vuelven á mis ojos
y el rebelde sollozo á mi garganta,
¡Y envuelta en mis gemidos,
Oh madre de mi amor, te mando el alma!

ANDRÉS CALCÁNEO Y DÍAZ.

CUENTOS BURGUESES

EL HARMONIO

Cuando fuí estudiante en Alemania, hube de vivir, como todos los compañeros, en uno de esos quintos pisos que no se llaman buhardillas sólo por no herir el decoro de sus habitantes, que son en su mayoría empleados subalternos del gobierno imperial ó alumnos universitarios. Esos quintos pisos ya no forman viviendas, sino cuartos aislados que por mes valen generalmente quince marcos y cincuenta pfennigs. Por ese precio podría alquilarse ciertamente una pequeña habitación en las afueras de la ciudad; pero sitio era ese que no podía convenir en ningún caso á un estudiante como yo, debidamente matriculado en varios cursos académicos, socio activo de la "Arminia," y poseedor de pichel propio con su pipa correspondiente en la cervecería del "Aguila Negra." A trueque, pues, de morir asfixiado cualquier día por la exigüa amplitud de mi cuarto, vivía yo en calle principal y bien tenida, en el sentir de la juventud académica, y llamada Augustenstrasse, en honra y gloria de la emperatriz Augusta (q. e p. d.) graciosa consorte del viejo Guillermo I (q. e. p d. igualmente.)

Y pertenecía mi cuarto á un caserón de aspecto palaciego, construido en piedra gris y propiedad de un viejo veterano, el Barón de Steinhaufen, general con mando en la plaza, que habitaba el piso principal.

Lo que en esa casa constituía mi suplicio y mi obsesión era la escalera. Y qué escalera, Dios mio! Era de caracol, pero tan tortuosa y tan traidora, que no la alcanzaban ni los razonamientos del maestro Hertzog, nuestro profesor de filosofía. Por supuesto que los honorables habitantes del quinto piso habíamos de usar, según contrato, la *segunda* escalera, en otros terminos y más claros, la de servicio, y ésta es á la que me refiero comparándola favorablemente con las cerebraciones filosóficas de nuestro digno Herr Hertzog.

En cuanto á la otra, la que servía hasta para el cuarto piso, no había más que pedir: amplia y cómoda, estaba alfombrada para el primero y el segundo piso y seguía hasta el cuarto encerada y brillante como pechera de camisa.

Pero para escalar la nuestra había menester, por lo menos, de haber asistido á un curso semestral de equilibrio práctico. sopena de romperse las espinillas. ¡Cuántas veces estuvo á punto de sucederme á mí, sobre todo si regresaba de la cervecería del «Aguila Negra.»

En aquella escalera puesta allí para castigo de mis pecados, trabé conocimiento con el anciano semita Moritz Nathanson; un conocimiento superficial y somero ocasionado por haber trepezado ambos en la escalera, en cierta noche obscura Moritz vivía en buhardillas, es decir arriba de mí, y subía la escalera con la lentitud propia de su avanzada edad; y yo, que la subía asimismo pero de prisa, hube de alcanzarle y tropezarle, con grave riesgo de nuestras vidas.

Encendí luz y ví la escuálida silueta del judío que se incorporaba, y sobre su luenga y blanca barba vi un hilo rojo que le brotaba de la nariz. Pero no me hizo recriminaciones y á mis excusas multiplicadas, sólo contestome:

—Si no ha sido nada, mi joven señor, no ha sido nada!

Y si era algo, porque yo, que no caí como él ni me hice sangre, quedé maltrecho y hube de acostarme luego y de renunciar á mi habitual refresco con los camaradas.

Mas consoleme, porque de allí á poco surgió, turbando la calma de la noche, una dulce é inefable melodía de harmonio; algo así como una plegaria angelical y casta, cuyas lejanas vibraciones parecían venir de muy lejos, para arrullar suavemente el proverbial sueño de los justos.

Era la joven esposa del viejo general Barón von Steinhaufen, que confiaba al harmonio sus tristes expansiones de lirio sujeto á un casco.........

* * *

En la casa aquella todos odiaban al viejo semita Moritz Nathanson y á no ser por la religiosa exactitud con que pagaba sus términos de alquiler, se le hubiera arrojado á la calle de mil amores.

Desde la voluminosa portera hasta el Señor mayordomo y *maître d' hôtel* de Su Excelencia, todos le miraban con desdén profundo y hacían variados comentarios sobre sus costumbres y modos de vivir, que conceptuaban delictuosos.

Y en verdad que yo mismo abrigaba gran curiosidad por saber de qué vivía aquel viejo, tanto más, cuanto que desde que salía en la mañana con su mucha cho no regresaba á su buhardilla hasta ya entrada la noche, igualmente acompañado de su hijo.

Porque tenía un muchacho que decía ser su hijo; un hombrecillo de diez años, raquítico, escrofuloso, moreno y narigudo, á fuer de legítimo israelita.

Naturalmente, los señores de plumero, escoba y servilleta que estaban al servicio del General del primer piso y del Juez Civil del segundo, creían firmemente y aún pretendían saberlo de buena fuente, que aquel muchacho no era hijo del judío y que sólo le tenía consigo para sacrificarlo en un momento dado, cuando sus odiosos ritos exigiesen el corazón palpitante de un doncel.

Además había otra circunstancia que le hacía todavía más sospechoso: frecuentemente entraba ó salía llevando debajo del brazo ó á cuestas, voluminosos bultos de estrambóticas formas envueltos en paños negros; otras veces eran libros, gruesos y menudos volúmenes, encuadernados en pergamino y alguien había leído alguna vez en sus carátulas los nombres de Cornelio Agrippa y de Aureolo Paracelso....

Habían indagado luego que esos eran apodos de dos célebres alquimistas ya difuntos.

¡Alquimia en pleno siglo XIX! ¡Decidme, pues, si el viejo semita Moritz Nathanson no había de parecer sospechoso!

* * *

....En la alegre noche de Navidad, el clásico *Weihnachten* germano, el General Baron von Steinhaufen invitó á cena y á árbol á todos los habitantes de su casa. Menos al judío, naturalmente.

Cuando yo recibí su invitación me sentí lleno de gozo, pues iba á ver de cerca y á hablar con la delicada tocadora de harmonio que noche á noche, y desde aquella vez, hacía mis delicias con sus místicas melodías, á las que yo daba hondas interpretaciones psicológicas

La cena estuvo espléndida, nos sentamos á la mesa más de cincuenta personas, todas habitantes de la casa, desde el *rèz de chaussée* hasta el quinto piso. También la servidumbre y los humildes obreros de las buhardillas fueron obsequiados regiamente por el general.

Mi nacionalidad exótica y mi calidad de estudiante acortaron distancias sociales y estuve siempre cerca de la generala.

La hablé de su harmonio y de las exquisitas sensaciones que en mí despertaban sus creaciones musicales. La dije que la comprendía, que conocía sus anhelos y que mi alma era amiga de su alma. No dije más, porque era aún casi niño y porque aún no había estado en París.

Y ella, ruborizada:

Pero caballero. si jamás toco harmonio!

Sí no le hay en esta casa y apenas sé algunos acompañamientos sencillos al piano!

¡Oh, deliciosa criatura, artista exquisita, que tocabas para tí sola á las altas horas nocturnas: cuánto debías sufrir encadenada á un hombre que tenía la gloria de los combates pero no la de los veinte años.... ..!

......Después de la cena fueron arrancados los juguetes del ardiente arbol. Y ella, la generala, acordóse del chiquitín israelita, y tomando un pintarrajeado polichinela, le entregó á un criado con una orden. Y el de librea, haciendo gestos, hubo de Levar el muñeco á la bohardilla de Moritz Nathanson, de parte de su ama.

Mas volvio á poco con el envío:

—Que Nathanson agradecía á la señora su bondad, pero que el niño no podía aceptar nada en noche Buena.... Y además, que su hijito estaba enfermo.

La generala sonrió muy tristemente y arrojó el polichinela lejos de sí, mientras el joven teniente de húsares, von Blasewitg, la decía, ajustando con tonto amaneramiento un monóculo á su ojo izquierdo:

—¿Ve usted, mi generala, cuánta ingratitud?

Siempre lo he dicho: á estos perros judíos es preciso dejarles reventar sobre la nieve!

Y yo, hubiera dado tantas patadas al teniente, cuantos besos á la generala.

* * *

Algunas horas después tocaban con insistencia á la puerta de mi cuarto. Abrí, y á la incierta luz de una lamparilla de aceite reconocí el rostro del viejo semita Moritz Nathanson, horriblemente desfigurado.

—No me equivoco, ¿verdad? ¿Es usted el joven mexicano que tropezó conmigo en la escalera, una noche?

—Sí, ¿qué desea usted?

—Por Dios, por el Eterno Dios, venga usted conmigo! Mi niño se muere y no quiero estar solo.........

Subimos á su buhardilla. Sobre el lecho yacía el muchacho casi asfixiado, destacándose su rostro amoratado sobre la albura del miserable lecho, Precisaba hacer luego la traqueotomía y le dije al viejo:

—Vamos. pronto, un médico!

Pero él movió tristemente la cabeza.

—No, es inútil......A nosotros, los judíos, se nos trata como á perros, si no somos ricos. En la ciudad no hay un solo médico israelita y los otros no querrían venir, y menos en esta noche......Además, ya es tarde, no hay remedio, mírele usted.. ....

En efecto el muchacho se moría.

Moritz me narraba locamente muchas cosas: que me había buscado á mí, porque siendo extranjero, tal vez no sentiría repugnancia por él, que el niño era su nieto, y que su hijo y su nuera habían muerto en Rusia durante las persecuciones antisemíticas; que él, á su edad, trabajaba para dar al niño una educación racional y comerciaba en objetos antiguos y libros raros...

Por fin murió el muchacho.

El viejo semita le alzó en sus brazos y le estrechó contra su pecho.

Y sollozante:

Adios, mi nieto! Adios, último de mi raza! Hoy nadie me queda, hoy puedo dejar que los cristianos me deshagan á puntapiés......Quedo solo, solo . Sus pupilas se abrieron desmesuradamente, pensó un momento, y luego:

—¿Solo? No no, me queda un amigo......

—Y febril. desesperado, se acercó á un mueble.

¡¡¡Era un harmonio!!! .... .

Las descarnadas manos del judío pasaron sobre las teclas, y surgieron melodías, melodías, melodías....

Primero vibrantes, crujientes, devastadoras como clamores de tormenta; nacían crecían se multiplicaban, lo invadían todo.

Rechinaban las vigas de la buhardilla, temblaba el vidrio de la claraboya, y se estremecía mi alma......

Luego, poco á poco, apagóse la tormenta, oyeronse cantos entrecortados por los ecos de los últimos rayos, y sollozos enlazados á plegarias.

Claridad nimbosa se colaba en el chiribitil.

Las campanas de los templos, á todo vuelo, anunciaban regocijadas el nacimiento de un pequeño judío en Bethlem; sobre el lecho miserable, junto á mí, yacía otro niño judío que acababa de expirar......

Y el viejo semita Moritz Nathanson tocaba, tocaba...... Pero era ya una música suave y dulce que se fundió alfin en los compases del viejo himno hebreo.

¡Dios de Israel salva á tu pueblo!

Calló el harmonio. Moritz volvióse á mí: sus ojos estaban secos, casi rientes. Púsome ambas manos sobre los hombros y mirándome fijamente, me dijo con voz temblorosa:

—Gracias, gracias, hijo de América. ¡No sabes cuánto bien me has hecho! Gracias, mil veces gracias.

Y como yo ofreciera. aún, mis servicios, contestóme, volviendo á su ceremonioso respeto, y muy dulcemente.

—No, puede usted volver ya á su lecho. No es justo que le retenga...... Lo que yo temía, la desesperación, ha pasado. ¿Ve usted? Ya estoy tranquilo, gracias á eso .. ..

Y señalaba el harmonio.

* * *

Desde entonces creo en la omnipotencia del Arte.

JUAN SÁNCHEZ AZCONA.

Enero de 98.

Tened compasión de los ancianos adustos; su mal carácter demuestra la amargura de su vida.

SÉGUR.

El derrumbe del 72.

Es una historia trágica. Me la refirió un peso fuerte, uno de esos duros nuevecitos y brillantes que arrojamos con desenfado, sin inquirir sus secretos, sin preguntarles su historia, (¡qué peso fuerte no tiene historia!) sobre el mostrador de la cantina, ó en la taquilla del teatro

Y la historia de mi peso, era á la vez que la historia de su génesis, génesis envuelto en sombras, la de un drama vulgar acaso, pero rodeado de circunstancias de alguna emoción.

Yo creo que, como el duro de mi cuento, hay muchos que corren por esos mundos de Dios, sorprendiendo terribles intimidades, secretos espantosos, alegrías infinitas y dolores sin tasa, bañados, si se ofrece, desde su origen, con sangre ó lágrimas.........¡Sirve tanto un peso para dar loca esperanza al tahur, para comprar al tedioso el ajenjo que envenena y para que la madre pobre compre al niño enfermo la medicina que salva!

Fué en el mineral X. Allá en el pliegue yermo de la serranía polvosa y triste, donde crecen sedientos y raquíticos el *pájaro bobo* de blancas flores y el *viznago* erizado de espinas, allá está el mineral, cercado los patios de beneficio por miserables casucas de penca de maguey y rompiendo solo la monotonía del paisaje la chimenea esbelta y altísima de la casa de calderas, coronada día y noche por densas volutas de humo negro que, al desgranarse, saturan ambiente y caserío con ese olor característico del cook quemado. Aquel manojo de miserables construcciones parece entre semana abandonado y en ruina; solo los sábados en la tarde se anima momentáneamente; es que el *tiro* vomita por su ancha bocaza de nido de topo gigantesco gente y más gente, una avalancha de nombres, como del hormiguero pisado adrede brotan centenares de hormigas. Los sábados en la tarde «se raya» y de la perforación abierta en la roca y ramificada en nervaturas en el vientre de la madre tierra, surgen como abortados los que punzón y maza en mano la rompen las entrañas para sacarle el oro, como del árbol herido brota tibia la sávia; se acercan al «mostrador» del despacho y allí reciben indiferentes el puñado de monedas fruto de seis días de vigilia de luz, de aire puro, de noción del color, de privaciones y de ausencia de la familia para ir á dilapidarlo con el desdén del que sabe que el metal abunda bajo la corteza del globo, en una orgía momentánea, y volver el lunes, con la aurora, á enterrarse vivos en las galerías y en las labores, estrechamente, como el molusco litófago que labra su urna mortuoria en cualquier pedazo de roca marina.

Bajar á una mina, descender en un tiro cuando no se es minero, es asfixiarse, sentir la opresión del infinito y la nostalgia del sol y del aire.........Las ideas más pueriles asaltan al pensamiento. Cuantas toneladas de roca por sobre vuestras cabezas! Una contracción, un estremecimiento, una plegadura de la peña, y todo habrá concluido! Muerte espantosa comparable solo á la del fósil prensado entre capa y capa de terreno, allá en las edades epilépticas del planeta! *Un cuele* traidor, el desgajamiento de un peñón por una aleve estría, equivalen á morir emparedado, asfixiado, sin que el grito de socorro se oiga fuera de la improvisada cripta....Morir en pleno Oceano es morir *viendo* la muerte y esperando, esperando una remota salvación, admirando y creyendo....Morir en el socavon, es morir en la tiniebla, en el pavór, en la blasfemia... En el mar ahoga la inmensidad magestuosa, imponente, magnífica. En el tiro mata la inmensidad del terror....El mar es Dios; el *tiro* es el averno. Aquel es la luz infinita y este la infinita sombra y es menos cruel morir *viendo*! Yó, si os he de decir verdad, cuando el *cicerone* me dijo en el interior de la mina, «estamos á cuatrocientos pies de profundidad» sentí la angustia de Atlas, sentí congestionarse mis pulmones con aquel aire húmedo y enrarecido y me abalanzé al ascensor....Arriba!....Abajo nó....Arriba siempre! ¡Es tan hermoso el azul del infinito!

Y sin embargo; cuántos hombres venden la vida en esas profundidades hasta salir de ellas presa de la hemoptísis para ir á morir en un camastro del Hospital, con una bocanada de sangre, si no es que mueren asaltados por el agua, aplastados por la roca ó víctimas de una hecatombe de la dinamita! Esos hombres ¿son unos desesperados de la vida ó son unos héroes del trabajo? ¿Buscan el más premeditado de los suicidios ó huyen de él en terrible *strugle for life*? Si se los preguntais, no os sabrán responder, pero si una rencilla estalla, si un odio encarna, entonces veréis que saben solo no temer á la muerte y que cargan confundidos en la misma bolsa del ancho pantalón, el escapulario milagroso y el Colts de seis tiros. Y hay razón para que quien tiene á la muerte siempre encima, abajo, en los costados, no la tema cuando la vé de frente.

Rostros de bronce en que hay estampado un rictus imborrable, algo como la gloriosa sonrisa de los egipcios; ojos de felino, tranquilos y escrutadores; cuerpos de atleta con dorsos de soberbia anatomía, y pulsos firmes, tan firmes que con ellos se juegan la vida; así son los mineros. Conocen la mina como nosotros nuestra casa y la *veta* como nosotros nuestra mano diestra y quieren á su *labor* como nosotros á nuestras familias. En las obscuras galerías, trabajan afanosos y constantes como si el trabajo fuera su religión; allá, en "parejas" uno coloca el punzón en el reliz de la roca y el otro deja caer el mazo, y la piedra salta en pedazos á la torpe luz de una candileja oscilante, acompañándose ellos con una especie de canto monótono, dos únicas notas, la una grave, aguda la otra; y esto como quiera que se esté; de pié, de rodillas, pecho á tierra....

"Así los conocí;—me contaba el duro—en una labor que después supe era la 72, y de una de las paredes de la que formaba parte, enclavado en mi matriz de galería, junto á un crucero, y casi junto á un *ademe* provisional, sostenido en el medio por un horcón vacilante y adornado con todas las fantásticas floraciones de la madera húmeda y en putrefacción.—Cuando los conocí, eran dos buenos amigos que trabajaban en "pareja"; en muchas ocasiones los vi, sentados en el suelo fangoso, dividir la frugal comida y apurar á boca de botella, en la misma y única botella, la ración de pulque"

—"Miguel, el marquesito," era el más joven; moreno, robusto, alto, de franca mirada y resueltos ademanes se hacía simpático desde luego. Le decían el "marquesito" los camaradas por sus manifiestas tendencias de grandeza; y sin embargo, no era un ambicioso vulgar; era un hombre de aspiraciones: soñaba con llegar á ser patrón, después arriero ó fletero con su recua propia, y luego comprador de metales, y después accionista y luego banquero.... Y todo para que en algún día tuviera su coche y su casa propia su chiquilla, una hijita habida en alguna aventura casi olvidada.... ¡Quería tanto á aquel angel sin madre!"

Nicolas, el compañero, no se le parecía; le decían "el rubio" y algo lo era; pero, (acaso por un presentimiento me decía el duro) á mi me fué siempre poco simpático. Regordete, algo picado por la viruela, con su andar indolente y su cabello crecido y abundante, ostentaba en plena frente una ancha cicatriz que, aunque él aseguraba que provenía de un "refilonazo" era sin disputa la huella de una cuchillada en hueso firme.

—"Miguel, según después supe, andaba loco apasionado de una tal Rosa que, á juzgar por lo acontecido después, debe haber sido una real hembra en cuanto á hermosura y una real pérfida en cuanto á alma. Esa pasión sin duda, y según las alternativas de ella, era la que tenía á Miguel trabajando en una semana hecho unas Pascuas y en la otra un buho por lo taciturno y triste. Según lo oí decir, llegó á contar con los favores de la cortejada y trastornado el seso, creyéndola buena y casta y pura, se formó un idilio con final decoración de fiesta nupcial. ¡Pobre Miguel! Digo ¡pobres hombres! ¡En eso estamos mejor jugados los que no tenemos alma!"

—"Yo no sé como fué que á poco andar en aquel camino de ventura "el marquesito" se enteró de la verdad; pero lo cierto es que, al primer lunes, bajó á la labor más que nunca adusto, y antes de tomar el punzón y comenzar la faena la emprendió con Nicolás recriminándole su perfidia, su ingratitud y su infamia, al mismo tiempo que le sacudía, colérico, de un brazo, concluyendo por amenazarle de muerte si volvía á poner un pié en el dintel de la casa de Rosa, si la volvía siquiera á ver...... ¡Luego no eran infundadas las murmuraciones de los que hablaban de él porque daba su cariño y el producto de su trabajo á una mujer que le deshonraba,...... ¡y con quien!.... con el, con su amigo, con su compañero, con su hermano!.... Nicolás hipócrita redomado, juró y perjuró su inocencia con tal aire de sinceridad, con tal unción con tanta cobardía, que "el marquesito" se aplacó llegando á dudar que no fuera todo más que una calumnia.

Aquella semana, para la pareja que trabajó con un desgano invencible, transcurrió lenta y tediosa: parecía que en los cráneos de aquellos hombres aleteaba una idea fatídica y persistente; la de desembarazarse del rival odiado pensando acaso el uno romper el cerebro al otro con un golpe de mazo que le regarara los sesos; pensando el otro acaso ahogar al primero con un abrazo al que se comunicara toda la fuerza de sus celos; todo sin más testigos que la imagen de una Virgen pendiente, en una mala estampa, de una de las paredes de la labor.

Al lunes siguiente la decoración cambió por completo, probablemente por un terrible secreto puesto del todo en claro por el "Marquesito": éste llegó á la labor tambaleándose como un ebrio, hosca la mirada y feroz el semblante; colgó la lámpara que les daba luz en aquella infinita tiniebla y encarándose resueltamente con Nicolas que lo seguía, le dijo:

—He bajado tan solo para que arreglemos cuentas.... Donde está Rosa?

—Rosa? ¡Qué sé yo!

—Devuélvemela y.... te perdono. Que me diga que no me quiere, que me desengañe...... y después que se vaya! ¿Donde la tienes?

Nicolás se encogió de hombros desdeñosamente, y tal mohin exacerbó la cólera del "Marquesito" que, apoderándose del pesado mazo que yacía en el suelo, lo blandió sobre la cabeza del amigo infiel gritándole con voz turbia de coraje:

—Pues ni tuya ni mía! No me la devuelves pero tampoco volverás á verla!

Rápido, con la rapidez del relámpago. Nicolás desnudó el puñal oculto entre la blusa; pero no encontrando modo de herir, por fuerza del vertiginoso molinete que hacia en el aire el mazo esgrimido por Miguel y comprendiendo la superioridad del enemigo, trató de huir poco á poco, caminando para atrás mientras Miguel le decía:

—Cobarde! ¡cobarde!

Pero viendo que su enemigo iba á escaparse, que se alejaba, haciendo girar aun más violentamente el mazo, lo lanzó á la cabeza de Nicolás que pasaba en aquellos momentos bajo el peligroso *ademe*, y el pesado proyectil fué á chocar con terrible fuerza contra el horcón que, sacado de la base, perdida la perpendicular y dislocadas las cuñas que lo tenían en firme, se desplomó arrastrando tras de sí las tablas y los atraques y dejando franco el paso á una catarata de grava y guijarros que sepultó ruidosamente á Nicolás, cegó la entrada y apagó en mortal soplo, con la columna del aire comprimido, la candileja que alumbrara tal escena!

Cuando la vibración del desplome se apagó y se extinguió el tremendo ruido, pude oír en la sombra *absoluta*, entre sollozos de una agonía lenta y cruel, estas palabras:

—Perdón, madre!.... ¡Perdón Virgen mía....! mi hijita.... sé tu quien cuide de mi hijita....!

Después reinó el pavoroso silencio de la muerte...."

***

Yo pude comprobar la veracidad de la narración del peso porque registrando la prensa de la época me encontré en un diario esta gacetilla:—Derrumbe—El lunes último hubo uno en el socavón de la labor número 72 de la mina X, debido, según parece, al desplome de un ademe provisional. Perecieron dos mineros; uno enterrado bajo los escombros, sepultado seguramente al intentar salirse; el otro murió asfixiado."

Oaxaca, Enero de 98.

F. MAQUEO CASTELLANOS.

Preludios de invierno

La parda bruma, en su girar incierto,
cual gasa su encaje y lánguida se mece,
y está el trigal tan mústio que parece
tosco sudario cobijando á un muerto.

A los desnudos álamos del huerto
se agarra el heno que en las ramas crece;
y en la montaña sin verdor, fenece
de las palomas que huyen, el concierto.

Aun quedan hojas verdes que prendidas
en lo alto de los árboles, secreta
canción sollozan por el cierzo heridas:

Mientras se arrastran en corriente inquieta
las que ya se han secado, las caidas....
¡las ilusiones que lloró el poeta!.........

FRANCISCO DE A. CASTRO.

FONS ILLIMIS.

Cual céfiro sutil entre las frondas,
Cual arroyuelo de calladas linfas,
Cual blanco cisne en el azul de un lago,
En santa paz, se deslizó su vida.
El goce apenas dibujó en sus labios
Imperceptible y plácida sonrisa;
Su dolor fué una lágrima asomada
Al abismo de luz de su pupila.
El fuego de la edad de las pasiones
Apenas dió color á sus mejillas;
El amor, con la punta de sus alas
Rosó su frente pudorosa y nítida.
Sin huella de su paso por el mundo
Cruzó como una nube fugitiva:
Nació de aspiraciones sin objeto
De sueños vagos y dulzuras íntimas.
A su alcoba de virgen, una noche
Serena, dulce, perfumada y tibia
Llegó la muerte, la besó en los labios
Y en su albo lecho la dejó dormida

ENRIQUE GONZALEZ MARTINEZ.

Nuestras Artistas.

Srita. Julia Hidalgo

Reanudamos la sección simpática que el pasado año consagramos á las jóvenes artistas mexicanas y que formará un perfumado ramillete de inspiraciones y de talentos, con el retrato de la Srita. Julia Hidalgo, una de las más gentiles damas de la capital.

La Srita. Julia Hidalgo desenvolvió y abrió su espíritu al divino arte musical, en Eruselas, la vieja ciudad flamenca, la arcaica metrópoli gótica fecunda en grandes talentos tales cual los Meterlink, los Rodembach; los Verhearen, y los Lemonnier.

En el conservatorio de esa ciudad hermosa, uno de los principales del mundo; dedicose al estudio del harpa, llegando á dominar de tal suerte ese instrumento complicado de embelesadoras sonoridades, que obtuvo un primer premio consistente en primoroso relojito ricamente exornado.

De Bélgica, logrando ya uno de los más altos triunfos á que puede aspirar un artista, tornó á su patria donde se la recibió con dilección inmensa y donde, al escucharla, cayó á sus pies al más perfumado ramillete de admiraciones sinceras.

Hoy, ya en el seno de los suyos que la aman, dedícase al cultivo de su arte que la sublima y la embellece y que será su paraiso en medio de las contradicciones perennes de la vida, el *hortus conclusus* donde se refugiará con su ideal, inaccesible á la trivialidad y á las miserias de la tierra.

SOR PRIMAVERA

Pequeñita y rosada, más rosada y más pequeña por el sombrío y enorme convento de que es monja, como podría ser avecilla de inmensa jaula, la señorita de Albanis, en religión Sor Rosalía, y Sor Primavera en la estación de las flores,—nombre con que la designa á veces la abadesa—llena con sus alegrías infantiles el viejo claustro en que mora. Como ha vivido siempre entre religiosas, lejos del mundo, siente, aunque prisionera, la alegría sin pesares, y exhala algunas veces el canto del avecilla encerrada desde pequeñita, que nunca ha volado por la selva. Aun el día en que sus cabellos, cortados, cayeron,—¿es acaso, señor con el oro de todas estas cabelleras virginales con que haces la aureola de tus ángeles?—no derramó lágrimas, ni se entristeció su sonrisa con la solemnidad de la profesión. Realmente, no supo á que renunciaba. Que el fuego de otra vida, igual á la suya y atrayéndola, se encendiera en los ojos é hiciera latir el corazón de los hombres; élla lo ignoraba absolutamente; se entregaba á Dios, contenta porque no tenía idea de que podía entregarse á otro Ahora, con los menudos pasos de un ratoncillo—pero tan ligero, que tiene alas y podría volar—va, viene, se detiene y corre por los largos corredores negros, amarillos, fríos, en las piedras sepulcrales, en el hermoso jardín florido, cementerio antaño, en que atrapa las mariposas que se posan sobre las cruces. Por una gotita de agua que tiembla y vá á caer de una campanilla que trepa por el muro, siente alegrías que la hacen reir y batír palmas, y con la punta de su lengua rosada, extendida, espera y quiere beber al paso aquella perla del rocío. Lo que quisiera, más que otra cosa, sería jugar, á la hora de la recreación, con las niñas, con las más pequeñas sobre todo,—que están de pensionistas en el convento. No se atreve, y además, no puede, porque ya es monja. Pero aunque lo sea, el buen humor pueril que en ella existe, cintila en sus ojos claros, se extiende por su boca bermeja, sube por su rosada nariz y se derrama por sus temblorosos y pequeños rizos de oro; aún durante los oficios, y arrodillada, no sabría estarse quieta; élla es siempre la que deja caer, haciendo mucho ruido, el tenedor ó la cuchara en el refectorio. Es el diablillo del convento, un diablillo angelical. Y cuando por la noche, la fila procesional de las monjas, lenta, las cabezas bajas, regresa á sus celdas, élla, con su blanca cofia, más alta que las otras, cuyas alas se agitan, parece una garza volando sobre un rebaño.

Pero no es por esto menos piadosa. No tan sólo cumple sin quejarse, las duras obligaciones de la Regla, no solamente reza, sino que hace, tres veces al día, la oración mental, es decir, la meditación sobre las verdades eternas y la bondad de Dios, que, si no es tan indispensable para la salvación como la oración, es, no obstante, necesaria para hacernos perseverar en la gracia. Santa Teresa ha dicho: «El alma que persiste en la meditación, cualesquiera que sean los pecados que el demonio le haga cometer, estoy persuadida que Jesús la conducirá al puerto de salvación.» De rodillas ante una estatua muy pequeña de la Virgen, de yeso blanco, que la abadesa le dió, Sor Primavera pasa largas horas en fervoroso recogimiento. Es, además de esas personas tiernas y nerviosas á quienes se llama «escrupulosas,» que atormentan mucho á sus confesores con exagerados temores del pecado, aún venial, y de la condenación. Una vez creyó que su alma se había perdido, ¡su alma tan pura! —á causa de una distracción en la capilla. Cuando el sacerdote oficiaba, revestido con la casulla rameada de bordados, inclinado al Evangelio, una mosca, grande, de alas tornasoladas, muy brillantes, revoloteaba en un rayo de sol que caía de las ventanas, zumbando y luminosa. Para no ver al insecto que la distraía en su oración, Sor Primavera cerró los ojos; pero no pudo mantenerlos así. ¡Oh! bien sabía ella que es preciso desconfiar de esos bichos volantes, de los que el espíritu maligno toma la forma para perder á las más santas; no ignoraba tampoco que Belzebuth es el Señor de las Moscas Pero aquélla atraía sus miradas de un modo irresistible. ¡Se veía tan linda al sol,—como una turquesa con alas,—y describía tan caprichosos giros en su vuelo! Revoloteaba al rededor de la cabeza del padre, se detenía al borde de la oreja derecha, volvía á volar, se paraba sobre la oreja izquierda, entraba, salía de ella, y volvía á entrar. Si el Sr. Cura era cosquilloso, ya estaba divertido.

Sor Primavera, á su pesar, sonreía, ocultando su sonrisa entre las páginas de su devocionario. En aquel momento, la mosca se cernía; pero derrepente se dejó caer sobre la coronilla del sacerdote; permaneció en ella largo tiempo, ya aplicando su trompa sobre la piel de marfil liso, ya empinándose y flotando en el aire sus patas. El oficiante no aguantó más, y con un sacudimiento de todo su cuerpo, arrojó á la importuna bestia, que huyó, lanzando un zumbido de cólera.—Muy bien; ya no volvería, pero ¡ay! pronto volvió. En el momento en que el Sr. Cura con las manos juntas, y vuelto hácia la devota asamblea, mostraba plenamente su gruesa faz rojiza, y su hermosa nariz que lucía como un puñado de ardiente pedrería, la mosca se precipitó, directa, sobre aquella nariz,—como si fuera un zafiro entre rubies—y se pegó á ella, pregonando su victoria. Entonces, Sor Primavera soltó la risa. Imaginaos que escándalo La pobre monjita, desesperada, espantada, solicitando penitencias, ayunando, macerándose, creyó durante un mes que iría, por aquella risa, á un infierno mucho más rojo y encendido que la nariz del Sr. Cura.

Por tan buena y tan linda, todas la aman y la prefieren, aun las viejas y las feas. La perdonan y la consienten su loca alegría de niña. Gustan mucho de aquella claridad en medio de la sombra en que viven. Pero en la primavera última, causó un gran pesar cuando se vió que la linda criatura ya no reía y no corría sobre las tumbas tras de las mariposas. Se ponía muy pálida, con los ojos tristes, como de haber llorado

Sor Primavera se marchitaba. Con la frente inclinada, y los brazos caídos, caminaba á lo largo de los muros, sin hablar. «¿Estais enferma, hermana?» Hacía señal de que nó y se alejaba. Quería estar sola. ¿Qué le sucedía? ¿De qué podía provenir aquella tristeza? Llegó aquel estado á ser tanto más alarmante, cuanto que se aproximaba la comunión de la Pascua. ¿La melancólica monja había cometido algún pecado tan grave, que la verguenza y el temor la contenían en el momento de irla á confesar? Si, había pecado, sin duda. La abadesa, más que las otras religiosas, parecía atormentada, por la honra del convento. Se preguntaba: ¿qué falta será? ¿Acaso Sor Primavera alimentaba una inclinación peligrosa hacía alguien, ya por conversaciones, ya por cartas *amatorias?* Puede ocurrir, aun en los claustros más austeros, que la portera deje la puerta entre abierta, por negligencia, con peligro de escándalo para las religiosas y personas de fuera; que la tornera introduzca papeles ó recados sospechosos. Y á medida que se acercaba el día de la confesión general, Sor Primavera se desesperaba y sufría más y más. Por las noches, en su celda, no dormía. Se escuchaba el ruido de sus pasos y sus sollozos á través de la puerta. Algunas veces se la sorprendía prosternada ante el altar, golpeando su frente contra el suelo. La víspera del gran día, mientras las religiosas esperaban en la capilla haciendo su examen de conciencia, el momento de confesar sus pecados y de recibir la absolución, Sor Primavera estaba tan pálida que parecía iba á desmayarse. Con el paso vacilante de quien, agonizante, va á caer para no volverse á levantar, se dirigió al santo tribunal en que están todos los castigos y todo el perdón. Ya en el confesionario, fué peor: se arrodilló, con estremecimientos de todo el cuerpo, lanzando sollozos de angustia. El sacerdote se sobresaltó ¿De qué fardo tan terrible de culpas estaba agobiada aquella alma tan débil? Se estremecía al interrogarla. De pronto ella no contestó, sofocada por el llanto. Pronunciaba palabras entrecortadas: «No puedo, no; nunca me atreveré.» O bien: «Esto se acabó: estoy condenada,» y hasta que el sacerdote, en nombre del Dios terrible y dulce le ordenó que hablara, murmuró con voz débil. «Tengo en mi celda una pequeña escultura de la Virgen Santa, en yeso, que nuestra madre me regaló.... Ante ella hacía yo la oración mental, tres veces al día...... hasta hace dos meses que, una noche, en vez de meditar ante la sagrada imágen, la tomé en mis manos.... la vestí con ropas de muñecas que me prestó una pensionista........ y......... jugué con ella, como con una muñeca, hasta que fué de día!

C. M.

EL ARTE

El Arte es luz, á su feliz destello
admirase lo bello,
Notas y versos, formas y colores,
Tesoros ignorados ó escondidos
en la lira en los nidos,
En el lienzo, en el mármol y en las flores.

El Arte es luz: su influjo soberano
es del género humano
Claro timbre de orgullo y de victoria;
Por él, riquezas y poder desprecia
y ostentase en la Grecia
Digno del lauro, emblema de la Gloria.

Surje radiante, en medio á las cadenas
de la virtuosa Athenas.
De siglo en siglo los instintos doma,
Y alma del mundo, moraliza y crea
con la forma y la idea,
Templos abiertos por la culta Roma.

Sufre y batalla, mirase ultrajado,
caído, abandonado,
Y lucha sin cesar, llama á las puertas
De palacios ó chozas olvidadas,
y persisten cerradas
Cuando él les lleva las del alma abiertas.

Es él quien besa la inspirada mano
del Dante, del Ticiano,
Y arrebata al amor, cándido y tierno,
De una lira inmortal y prodigiosa
la gloria de un infierno
y de un pincel la «Mater Dolorosa.»

Es su fuego el que incendia la paleta
del escultor poeta
Y surje Miguel-Angel; y fascina
Nuestros ojos absortos, extasiados.
Con los lienzos sagrados
Que en sus bóvedas guarda la Sixtina

Es del Arte la fé pura y sencilla
que lleva á la buhardilla
Del gran Cervantes el color y el tono;
Y el "Quijote." al salir de tal morada,
con una carcajada
Corrije un siglo y estremece un trono.

Es el Arte un galán, el que á las aves
roba notas suaves,
Himnos al bosque al alma su ternura
Y de Adelina Patti en la garganta
Coloca la ventura
Rogándole sumiso "siente y canta."

Al eco misterioso de su acento
despierta el sentimiento,
Risas de amor á nuestro labio asoman,
Y nubla nuestros ojos ese llanto
que fortalece tanto
Cuando Dioses y templo se desploman.

El Arte es Dios, su soplo indefinible
humilla al imposible,
Mozart, y Rembrandt, Paganini y Hugo
Son astros que en el álbum firmamento
demuestran el portento
Que al mismo cielo regalarles plugo.

Linea, color, estrofa y harmonía!
El Arte es vuestro guía
Y del humano padecer, consuelo;
Todo lo bello vuestra forma encierra....
seguid sobre la tierra
Regando prismas para ver el cielo!

JOSE M. ZAYAS.

Amame, virgen!

Si un dulce beso de tu dulce boca
mi alma sedienta conquistar pudiera,
en un impulso de ternura loca
mi vida toda ante tu altar pusiera.

Si en tu albo seno, que deseos arranca,
mi corazón se reclinara un día,
al ver cerca de mí tu frente blanca
en espasmos de amor me moriría.

Si de tus bellos luminosos ojos
besar pudiera la pestaña blonda,
ébrio de amores me verías de hinojos
para decirte mi pasión más honda.

Si yo sintiera tu adorable cuello
cabe mi labio palpitar opreso,
¡ay! en la nuca de dorado vello,
fundido en perlas te dejara un beso.

¡Oh, dulce niña, aparición radiosa
de virginal y candorosa calma!
sobre tus aras de mujer y diosa
yo te abandono, apasionado, el alma.

Amame tú!....¡Mi corazón te adora!.....
¡Ténle piedad!....y en amorosos lazos,
deja que mi alma, que muriendo llora,
vuelva á la vida en tus amantes brazos!

JUAN RUIZ DE ESPARZA Y HERNÁNDEZ.

DAMAS MEXICANAS.

Srita. Victoria Tapia.

DE GUADALAJARA

Fotografía de Lupercio

BESOS DE ORO

(CUENTOS DE HADAS.)

I

Pequeños, tan pequeños que hablaban apenas, halláronse un día en medio de un camino. Ella salía de un matorral, él de una zanja; ¿qué madres sin entrañas los habían abandonado?—y al momento asiéronse riendo, de las manos y echaron á andar juntos.

Lloviznaba en aquel momento, pero á lo lejos distinguíase la costa iluminada, y caminaron hacia adonde hacía sol. Desde aquel día no siguieron otro itinerario que el de la luz y el buen tiempo.

Hubieran muerto de hambre y de sed, si no existiesen arroyuelos que se deslizan entre las matas, y si las buenas mujeres de las aldeas no les hubieran dado de vez en cuando algún pedazo de pan de los que echaban á las gallinas

Causaba pena verles tan débiles y tan pálidos; pero un día, ya grandecitos, se sorprendieron á sí propios con las manos estrechamente enlazadas y palabras de ternura y cariño en los labios.

Desde entonces no se cuidaron ya de su miseria; ¿qué les importaba ser infortunados ó no, si se amaban?

Vestidos de andrajos, por cuyas roturas los tostaba el sol y los mojaba la lluvia, maldito si envidiaban á las gentes que usan en el estío frescas telas, y en el invierno capas forradas de pieles.

Andaban de pueblo en pueblo y deteniéndose en las plazas delante de las casas de mejor apariencia; ella entonaba coplas, él repicaba la pandereta, y como eran de agradable aspecto los dos, solían obtener de limosna algunos cuartos.

Si no recogían nada, tampoco se entristecían; todo era acostarse en ayunas, y bien puede soportarse el estómago vacío, cuando se tiene lleno el corazón.

II.

Un día, empero, sintiéronse muy tristes.

Hacía un frío horrible, llevaban tres días sin recoger limosna alguna,, y pudiéndose apenas sostener habíanse refugiado en un cobertizo, por cuyas grietas entraba á su sabor el aire helado.

Por más que se acurrucaban; que se estrechaban el uno contra el otro, tiritaban que era una compasión ...

A la desesperación del instante, se unía la zozobra del mañana

¿Iban á morirse, abandonados de todos, sobre unas piedras menos duras que los corazones humanos?

—¡Dios mío— exclama ella tantas personas que duermen á su gusto en aposentos abrigados, mientras que nosotros estamos aquí temblando de frío, como pobres pajarillos sin nido y sin plumas!

El no respondió: lloraba.

Mas de improviso imaginaron que se habían muerto y estaban en la gloria; tal era el resplandor, en medio del cual, y tan hermosa como un angel, se les apareció una dama vestida de brocado rojo y con una varita de oro en la mano.

—Pobres niños,—exclamó,—vuestra desdicha me conmueve y quiero auxiliaros. Después de haber sido más pobres que los más miserables, vais á ser más ricos que los más opulentos

—Y cómo? preguntaron ellos creyendo soñar.

—Soy una hada y lo puedo todo. En adelante, cada vez que uno de vosotros abra la boca, echará por ella una moneda de oro; en vosotros consistirá, por lo tanto poseer cuantas riquezas se os antoje

El hada desapareció y como, á causa del asombro, quedaron los adolescentes con la boca abierta, empezaron á caer de sus labios zequíes, doblones, florines, y tantas y tan brillantes monedas, que hubiérase dicho que llovía oro.

III

Poco tiempo después, no se hablaba de otra cosa en aquellos países, que de un príncipe, y la princesa su esposa, que habitaban un palacio, grande como un pueblo, y resplandeciente como un cielo estrellado. ¡Como que los muros exteriores eran de jaspe, riquísimos, incrustados de pedrería!

Y esto era nada comparado con el interior Sería cuento de nunca acabar el de describir los magníficos muebles, las estufas de oro, las arañas de piedras preciosas que decoraban los salones. Ofuscábanse los ojos al mirar tantas maravillas.

Los señores del palacio daban en él, festines que todo el mundo juzgaba incomparables. Mesas tan grandes, que todos los habitantes de la ciudad podían sentarse en ellas, ofrecíanse cubiertas de manjares exquisitos y de vinos famosos. Los servidores trinchaban en fuente de oro faisanes de Tartaria, y los escanciadores vertían vinos de Tockay y de Jerez en copas talladas de una sola piedra fina

Lo que más recocijaba á los comensales de los príncipes, era, que estos apenas habrían la boca para comer ó para hablar, dejaban caer monedas de oro, que los criados recogían en canastillos y repartían, á los postres, entre los convidados.

El renombre de aquellas riquezas y liberalidades se difundió tanto, que llegó hasta el reino de las Hadas.

Una de ellas la que se había aparecido vestida de brocado rojo en el cobertizo roto á los cuatro vientos—determinó visitar á sus protejidos, para contemplar de cerca la dicha que les había procurado y recibir la expresión de su gratitud.

Más cuando al obscurecer penetró en la cámara suntuosa donde el príncipe y la princesa se habían retirado, quedó profundamente sorprendida, porque en vez de darle las gracias henchidos de júbilo, se echaron á sus piés con los ojos arrasados de lágrimas y sollozando de dolor.

¿Es posible—dijo el hada—que no estéis contentos con vuestra suerte?

—¡Ay! Señora, somos de tal modo desgraciados, que si no os apiadais de nosotros, moriremos de pesar.

—¡Cómo! ¿Aún sois bastante ricos?

—¡Lo somos demasiado!

—¿Preferiríais en vez de arrojar monedas de oro por la boca, arrojar zafiros y diamantes?

—De ningún modo!

—Decidme, pues, lo que os desconsuela, porque á fe que no lo entiendo.

—¡Oh, hada poderosa! es grato por extremo calentarse cuando hace frío; dormir en lecho de plumas cuando se siente fatiga ó sueño, comer cuando se tiene hambre: pero hay algo más grato todavía, y es besarse cuando se tiene amor. Y desde que somos ricos no gozamos de tal ventura, porque apenas entreabrimos los labios para darnos un beso, salen de ellos zequíes detestables ó repugnantes doblones, y lo que besamos es oro.

—¡Ah!—exclamó el hada.—No había pensado en ello Pero ya no hay remedio y es preciso conformarse.

—¡Nunca!......Compadeceos de nosotros. Recoged el don fatal que nos hicisteis.

—Lo haré; pero tened en cuenta que al perder la facultad de derramar el oro, perdeis igualmente cuantas riquezas habíais adquirido.

—¡No importa!

—Sea, pues, dijo el hada.

Y al tocarlos con su varita, halláronse en un cobertizo por cuyas grietas entraba á su sabor el aire helado, hambrientos, medio desnudos, tiritando de frío como pobres pajarillos sin nido y sin plumas. . ¡pero cuán felices, pudiendo cambiar besos de amor!

CATULLE MÉNDEZ.

VIEJOS ROMANTICISMOS

FLOR DE INVIERNO

¡Calla! No es la verdad, deja que acabe
mi triste vida, sola, como empieza;
tú misma me amarás; el alma sabe
que ya en tu inmenso corazón no cabe
otra nueva pasión ni otra tristeza.

Conozco las escenas de tu drama;
he sorprendido el doloroso enredo;
sé que hubo un soplo que apagó la llama,
y hoy que mi juventud te grita: ¡ama!
tu corazón responde: ya no puedo.

Calla! No es la verdad; está cerrado
el templo del amor; solo despojos
en el desierto altar has conservado,
y el doliente fantasma del pasado
es la visión perpetua de tus ojos.

No hay expresión que conmoverte pueda;
no me digas que crees ... calla....! calla!
Quedó en tu espíritu la fe, cual queda
la espada rota que en la lucha rueda
sobre el sangriento campo de batalla.

Mas déjame á tu lado: me fascinas,
me haces, soñar, me elevas y me asombras
¡Seré un rayo de luz en tus neblinas,
seré un festón de hiedra en tus ruinas,
seré un lucero pálido en tus sombras!

LUIS G. URBINA.

ALBORADA

Despierta! Ya amanece: en tintas de arrebol
se visten los celajes que cruzan el azul;
y ya el primer destello del sonriente sol
de niebla de oro tiende su transparente tul.

Empiezan las palomas su nido á abandonar,
y cual nevados copos ya van por el zafir;
en el naranjo umbroso cargado de azahar,
el perezoso mirlo ya se oye rebullir.

Se fué llorando perlas sobre la fresca flor
la Noche cuando viose la luz aparecer;
las últimas estrellas extinguen su fulgor,
—¡pupilas que la aurora ya vino á adormecer

Espera la Natura al tibio mes de Abril
que de anunciar acaba la luz primaveral;
le borda verde manto el prado, y el pensil
le teje ya afanoso corona nupcial.

Qué alegre está la tierra! qué dulce la estación
Columpianse las flores en plácido vaivén,
y como se abren ellas, el joven corazón
de amor al dulce beso entreábrese también.

Mas ¡ay! mientras el cielo la luz engalanó
y se envolvió el oriente en mágico tisú,
un alma vela triste, sin esperanza: yo;
y duerme otra insensible y descuidada: tú!

MANUEL PUGA Y ACAL.

LOS MAS FUERTES

POR GEORGES CLEMENCEAU—ILUSTRACIONES GRABADAS EN NUESTROS TALLERES.

Número 6.

Su afección por Harlé no le parecía haber disminuido, y permanecía reconocida á su padre por los esfuerzos que prodigaba para sus placeres. Pero he aquí que el padrino la ponía en guardia contra las mismas palabras que antes la tranquilizaban pareciéndole justificar el mal de otros que vivia gimiendo mientras ella reía á carcajadas, y que la inquietaban ahora como inconscientes blasfemias.

La señora de Fourchamps más experta en transiciones, más fuerte en precauciones de lenguaje y ocupada por otra parte totalmente en ganarse á Puymaufray plegándose á sus fantasias de sentimentalismo, supo conquistar algo del corazón de Claudia á pesar de las advertencias que contra ella se habían prodigado. ¿Cómo resistir á movimientos de amistad que se traducían por las tardes, cuando Puymaufray había partido, en alabanzas delicadas del padrino, para concluir con la expresa recomendación de obedecerlo en todo? La afectuosa recomendación fué acogida con un arranque tal de confianza feliz, que la vizcondesa descubriendo la fuerza inmensa de amor que le estaba opuesta, sintió por un momento vacilar sus esperanzas. Pero había descubierto ya la parte débil de la armadura: juventud, beldad, riqueza, son facilidades que pueden ofrecerse sin escrúpulo á las tentaciones del mundo, para hundir la hoja mortal cuando haya más confianza y más intimidad entre los corazones.

Puymaufray enteramente feliz, se cuidaba menos, aunque le inquietaba en verdad el próximo viaje á París porque la fuerza de la vizcondesa estaba allí, y quién sabe si Claudia seguiría permaneciendo docil á los consejos de precaución con que él se empeñaba en mostrarle al enemigo que ocultaba su maldad bajo la capa de ternura maternal.

—Pero, amado padrino, observaba la niña, si la señora de Fourchamps es tan mala ¿como se explica usted que el mundo que debe conocerla bien le dispense tan favorable acogida?

—Si son los vicios del mundo, Claudia mía, los que hacen á las vizcondesas de Fourchamps ¿cómo quieres tú que las repulse el mundo?

—Pero el mundo no puede estar tan corrompido y hay en él magníficas personas. Ese baile blanco que puso á usted tan furioso, estuvo concurrido por las familias de la más alta nobleza. ¿Por qué?

Mujeres que están por encima de toda sospecha ¿qué fueron á buscar allí? Supongo que no han de haber pretendido un reflejo de la gloria de la señora de Fourchamps. Tampoco el dinero puede ser el interés que haya conducido á casa de la vizcondesa señoritas cuyo dote se cuenta por millones.

—El dinero necesita del dinero, el oro atrae al oro. Pregúntale á tu padre si dejaría que te casaras con un pobre no siendo para comprarle un nombre ilustre.

—¿Entonces, el dinero?

—El dinero es todo! Lo que se llama *el mundo* es el sindicato de los más fuertes como lo explica muy bien tu padre, y la primera fuerza después de la brutalidad de las armas, es la de las riquezas que reasume todas las demás brutalidades. La antigua nobleza pretendía coronar con una flor ese doble poder lo cual constituyó un hermoso sueño. Richelieu minó y llenó de pólvora la mina bajo los castillos feudales de los gentiles hombres batalladores. Luis XIV arruinó á su corte y Luis XV corrompió á la suya. La revolución hizo rodar muchas cabezas en la guillotina y encendió en otras la loca idea de pedir contra Francia el socorro del extranjero.

Después de esa época, la nobleza no es ya más que un recuerdo que algunos explotan por vanidad y con la cual trafican otros bajo la forma honesta de contrato conyugal, como estamos viendo todos los días en la feria universal de hombres y mujeres que están en subasta pública. Por eso yo mismo soy á la vez que un nobilísimo Puymaufray un plebellísimo Panetier, y por eso tu padre ha soñado en hacerte condesa de Hauteroche. Este es otro agrupamiento que se hace como resultado de la disolución del pasado, pero agrupación siempre de los más fuertes. Desde luego hoy, los más fuertes son los más ricos: he aquí el hecho brutal.

—Pero el dinero no lo es todo, padrino.

—Cierto que no. Es demasiado simplemente. El dinero no es todo, pero tiene al género humano por clientela desde que el egoísmo tangible en discos de metal, se ha convertido en fuerza liberadora.

Por eso es que todo cede á esta universal pasión que ninguna otra puede contrabalancear. El dinero no es todo, pero en torno de él se agrupan todas las demás potencias sociales; y ellas mismas que se habían anunciado como protectoras de los hombres, tan pronto como pertenecen al grupo se aglomeran en tiranía.

Alguien ha dicho que contra la opresión de los fuertes, Dios se levantaba en otro tiempo, pero eso sería cuando el mundo era menos pecador.

—¿Entonces todo está corrompido?

—No hija mía. Los buenos se aislan y en eso consiste el mal. Ellos tienen pureza de sentimientos pero no energía para concertarse y obrar. El interés, la infamia, el apresuramiento de aprovechar la hora, cimentan sólidamente á los que han hecho una coalición de señorio contra las virtudes débiles: entonces los sentimientos generosos recomendados por el decoro, no encuentran sitio en el cuadro social sino á precio de deformaciones que destruyen lo mejor de su energía benéfica y siempre viene á concluirse en que la razón del más fuerte es la mejor. Sin embargo, la hipocresía con que se hace todo esto, es una confesión de

vergüenza hasta en los esplendores del triunfo y es lo que anima mis esperanzas para los siglos por venir.

Indudablemente que estoy hablando en hebreo. Ni la señora Fourchamps ni las excelentes mamás que le llevan á sus hijas, han tenido ni el tiempo ni los medios de reflexionar sobre estas cosas.

Van por instinto hacia la fuerza, y toman el inmediato regocijo de los provechos sociales, acto que se explica por si mismo y aunque no quiera uno se justifica. Lo ventajoso en la actualidad es seguir la corriente, pues aislarse es decidirse á pagar con una derrota segura de la vida, una victoria incierta más allá de la muerte.

—Eso es desesperante padrino ¿Qué me queda pues á mí? Hacerme hermanita de los pobres, ó puesto que no puedo cámbiar las cosas, vivir con mis veinte años únicamente ocupada en esperar la muerte.

—Dices bien: hablo como un viejo á tu juventud, y tengo tanto menos derecho, cuanto que la vida me ha dado cuanto tiene de más bello. Ahora estoy pagando.... A tí te ha llegado tu turno de vivir, y para que vivas plenamente noblemente; quisiera yo á toda costa salvarte del engaño universal.

Sí, comprendo bien. Hay convenciones que usted reconoce como necesarias, y dice que es locura romper abiertamente con los contemporáneos. Creo que de todo hay en la tierra, bueno y malo porque el mundo no es perfecto, ni la señora Fourchamps es una heroina ¿pero cómo he de ser juez del género humano? El gran amor que usted me tiene es el que lo hace severísimo con todo lo que se me aproxima. Sea usted más indulgente, padrino, y considere que nada tengo que temer mientras esté usted á mi lado.

No siempre podré estar y te hará siempre falta tu madre.

Y entonces empezaban largas conversaciones sobre la muerta. Puymaufray hallaba profundo placer refiriendo cómo su alma fué abierta por Clara á la piedad de los seres que gimen bajo el yugo de la fatalidad, cómo le destruyó las barreras del egoismo, y como le inspiró el sentimiento de un común destino, extendiendo su simpatía humana, desinteresándolo de sí mismo é iluminado su dolorosa soledad al revelarle la plenitud de vivir. Pero no podía decirlo todo, omitia que el milagro fué de amor, y no comprendía que sus palabras despertaban en su alma envejecida, otros sentimientos diferentes de los que experimentaba la niña que empezaba á vivir.

Fiel á su táctica la señora Fourchamps cuidaba mucho de no interrumpir nunca estas entrevistas y Puymaufray le quedaba por eso reconocido Harlé obraba de igual modo, distraido y feliz al estar maravillando á la vizcondesa á su antojo con los proyectos que iban á hacerle uno de los reyes de Francia. Un día, emprendió la tarea da comprometerla á visitar la fábrica.

—¿Y qué quiere usted que vaya yo á ver allí, le decia la amable indiferente riendo con benevolencia? Hombres enegrecidos por el carbón, encaramados en horribles máquinas que hacen dar vueltas á las cosas con ruidos ensordecedores de ferrocarril en la estación y luego hombres blanqueados por la pasta que remueven en cubas yo no sé que horribles cocimientos. ¿No los veo salir todas las tardes con figuras de muertos? ¡Lástima que no pueda usted ocultar esas feas chimeneas negras que taladran las nubes! Napoleon no dejaba visitar sus campos de batalla.

—Porque Napoleon no se atrevía y yo sí. Esto es el progreso. Ochenta mil hombres caídos un día en Moscow, ochenta mil cuerpos destrozados, heridos, gimiendo entre mares de sangre.... ¿Y para qué? Yo hago vivir á un pueblo, y eso vale la pena de ser visto lo mismo que los beneficios que derramo y de los que la sociedad saca doble provecho por los hombres cuya vida aseguro, y por los productos de la civilización que yo prodigo por todas partes.

—Lo creo á usted bajo su palabra.

—No basta eso señora. Quiero que lo vea usted por sus propios ojos. Nosotros sembramos el bien, y luego nos dejamos vilipendiar tontamente por los ignorantes y los revolucionarios, cuando bastaría enseñar lo que hacemos.

—Enseñe usted todo cuanto quiera, pero le ruego que sea á los que tengan necesidad de ser convertidos.

—Todo el mundo tiene necesidad de conocer la verdad; si á usted no le agrada ver la fina trama del papel formarse ante sus ojos, desarrollarse y cortarse en hojas aladas que serán sus mensajeras cerca de aquellos á quienes distingue su pensamiento, á lo menos vea usted mis ciudades mis asociaciones cooperativas, mis instituciones de caridad.

—Yo sé que es usted bueno, y no necesito más. Mi misión es de arte y no de industria. Nosotras las mujeres somos decorativas, amigo mío, y no servimos para otra cosa. Los dividendos son nuestra materia prima; déjennos ustedes hacer su labor más grata pagándola con complacencias, y quede para su oportunidad la filantropía batalladora.

Harlé desalentado se callaba, no concibiendo que hubiera un espectáculo más bello que su pasta de papel al deslizarse trémula por los telares.

Por agradar á su bella amiga, el desgraciado dejaba su fábrica, y seguía de lejos á Hauteroche en sus cacerías de ciervos, mientras que la vizcondesa galopaba en pos de los perros, tocaba el cuerno de caza, y se embriagaba con las emociones de la carrera, del aire y del ruido. Deschars á su lado corría infatigable, conquistándose su simpatía cada vez más, en tanto que Enrique, después de fatigarse un poco cortaba el camino no demostrando demasiada tristeza por la dulce soledad en que los dejaban á él y á Claudia.

Por las tardes, se chanceaban con Harlé quien olvidaba su papel por acompañar á sus amigos, con todo y que una gran idea desde hace tiempo concebida estaba á punto de realizarse y antes de un mes todos los convenios serían firmados para el coronamiento de su riqueza y su poder.

El papelero insistió tan bien en que su aristocrática visita consintiera en pasar las puertas de la fábrica, que esta al fin lo dejó hacer. Harlé á la cabeza llevaba soberbiamente la voz, y la vizcondesa lo que quería era quedar en la última fila de los rezagados.

Todo había sido barrido, arreglado, aseado, desde la víspera para el paseo triunfal, y sin embargo la señora Fourchamps tuvo necesidad de reprimir movimientos de disgusto. Se diría que la mujer de mundo estaba á gusto en todas partes, y reinaba indistintamente, en cuantos lugares la conducía la casualidad, exceptuando el universal imperio de la fábrica y el surco. La exquisita flor montada en alambre de fierro con sus pétalos de seda y sus hojas de terciopelo, deslumbraba los ojos, es verdad, pero cuidadosamente preservada de los contactos de la Naturaleza. Una gran distancia había quedado establecida entre la bestia humana de labor y la floración de una humanidad artificial que para estar fuera de las vulgaridades de la vida, se decía y se creía superior á todo. En las rudas escabrosidades de la tierra ó ante el tumulto de las máquinas violentas, la delicadeza de las sensibilidades refinadas se expone sin provecho á dolorosas mortificaciones.

Coquetamente replegada en sí misma, dando ligeros gritos de pudor espantado, la vizcondesa llena de afectación, se puso en espectáculo en la fábrica, en vez de que la fábrica hubiera sido espectáculo para ella. ¿Qué podía comprender de esas hornallas que dia y noche sin detenerse jamás, quemaban con su carbón las vidas humanas que la flama atrae? Lo que ella veía era un pueblo que aguijado por la necesidad de vivir, corría para sucumbir en cruel holocausto. Todo arde, todo flamea, todo se reduce á cenizas. los músculos, los nervios, los cerebros, los corazones, pues la muerte se apodera de cuanto ansía la vida: y nosotros nos acostumbramos á ver estos acontecimientos con indiferencia, cuando el interés no nos ciega, en tanto que las multitudes no hacen más que temblar ó cantar el *hossana* de su tortura.

La señora Fourchamps pasaba con los párpados medio cerrados junto á la ironía silenciosa de esas criaturas melancólicas áquienes ella rehusaba su mirada. Y seguía su visita andando á saltitos entre esas incomprensibles cosas de hierro ó de carne, vagamente consolada del rápido contacto, por la idea de que le era propicio para brillar más en su gloria.

Aquellos hombres súcios por el carbón ó por la pasta, desagradables, mojados con el agua de los tanques ó con el aceite de los motores, esas mujeres precozmente envejecidas, aquellos niños embrutecidos por la mecánica, siempre en tensión, contraídos por la eterna repetición de la actitud inmutable en que pasan toda su vida, eran la muestra visible de una humanidad que estaba en el polo opuesto de la humanidad á que ella pertenecía ¿qué sentimiento era para ella más natural en esa situación, sino el de considerarse como de un mundo extraño, y experimentar arranques de repulsión allí mismo, donde deberían nacerle arrebatos de piedad? ¿Qué habría podido decir á esas gentes la parisiense desterrada? Estaban demasiado lejos unas y otra. Podian hablarse pero no entenderse.

Claudia, familiarizada con la fábrica, en cotidianas relaciones con las familias visitadas por la desgracia, no sentía ningún embarazo entre este hormigueo de labor. Miradas amistosas la saludaban al pasar. Un signo de inteligencia, una sonrisa, una muestra silenciosa de estimación en que generalmente Puymaufray tenía tambien su parte, probaban que, á lo menos con ellos, había lazos de unión y simpatía.

Domingo era el capitán en su buque. Su presencia hacía que cada obrero estuviera militarmente en su puesto. No era odiado, pero tampoco era amado: se le obedecía y él no pedía más. Capaz de generosidad á sus horas, fuera de la fábrica, afectaba en el ejercicio de su autoridad un rigor implacable. El reglamento, como las antiguas cartas de los reyes, no permitía excusas; y la multa ó la expulsión, seguian inmediatamente á la falta. Sin embargo habia apelación, y la reparación era inmediata también si así lo reclamaba la justicia; el condenado mismo, con la condición de entregarse á merced, obtenia á veces indulgencia, pero á precio de tan duros reproches, que ninguno podía conservar un grato recuerdo del favor. Sin embargo de todo, los obreros le consideraban compañero, amigo del trabajo, y trabajador por su parte, y decían: es de la clase, y no se equivocaban.

Harlé quería mostrar todo á la vizcondesa, que desesperada de contenerlo, se resignó á su destino, y seguía vencida al triunfador.

La pasta de Noruega ó de Austria; el bisulfito ó el kaolin, los papeles viejos, los tubos subiendo á las buardillas ó hundiéndose en las cuevas, y la pasta fluida conjelándose en hojas blancas sobre las telas donde se tamiza el agua, no le interesaban poco ni mucho.

Todo lo que ella sacaba en limpio, es que los árboles se volvían papel y maldito lo que le importaba que esta transformación se hiciera de uno ó de otro modo.

Un departamento de donde se escapaban acres vapores estaba fuera de itinerario.

—Para qué sirve, preguntó Deschars, y qué se hace allí?

Allí se blanquea la materia prima, respondió Harlé. El olor es insoportable y hasta hace toser.

En los momentos en que hablaba Harlé, se abrió la puerta violentamente y salió un hombre atacado por una tos desesperante. Se le vió convulso, apoyar la cabeza contra el muro, y oprimiéndose las sienes con ambas manos.

Luego; cuando recobró su aplomo después del acceso, la blusa se le tiñó de sangre que arrojó abundantemente por la boca como les pasa siempre á los que trabajan con el cloro. El acontecimiento fué tan de improviso y de aspecto tan trágico, que todos gritaban á la vez.

-Qué abominación! dijo Claudia. ¿No es espantoso que se mate así á los hombres? Y sin embargo, es fuerza que la familia viva, y siempre hay gentes que por no abandonarla vengan á buscar esta muerte.

El empleado que servía de guía á las visitas, volo al socorro del desgraciado, á quien atacó un nuevo acceso, y empezó á llevarselo quedando marcada cada estación que hacían, con otras manchas en la pared.

—Se le va á dar leche en la enfermería, dijo Harlé. Mis hombres no resisten más de cuatro horas en este trabajo respirando ese gas pero no se economiza la leche, y como se las doy en abundancia, hay quienes me viven algunos años.

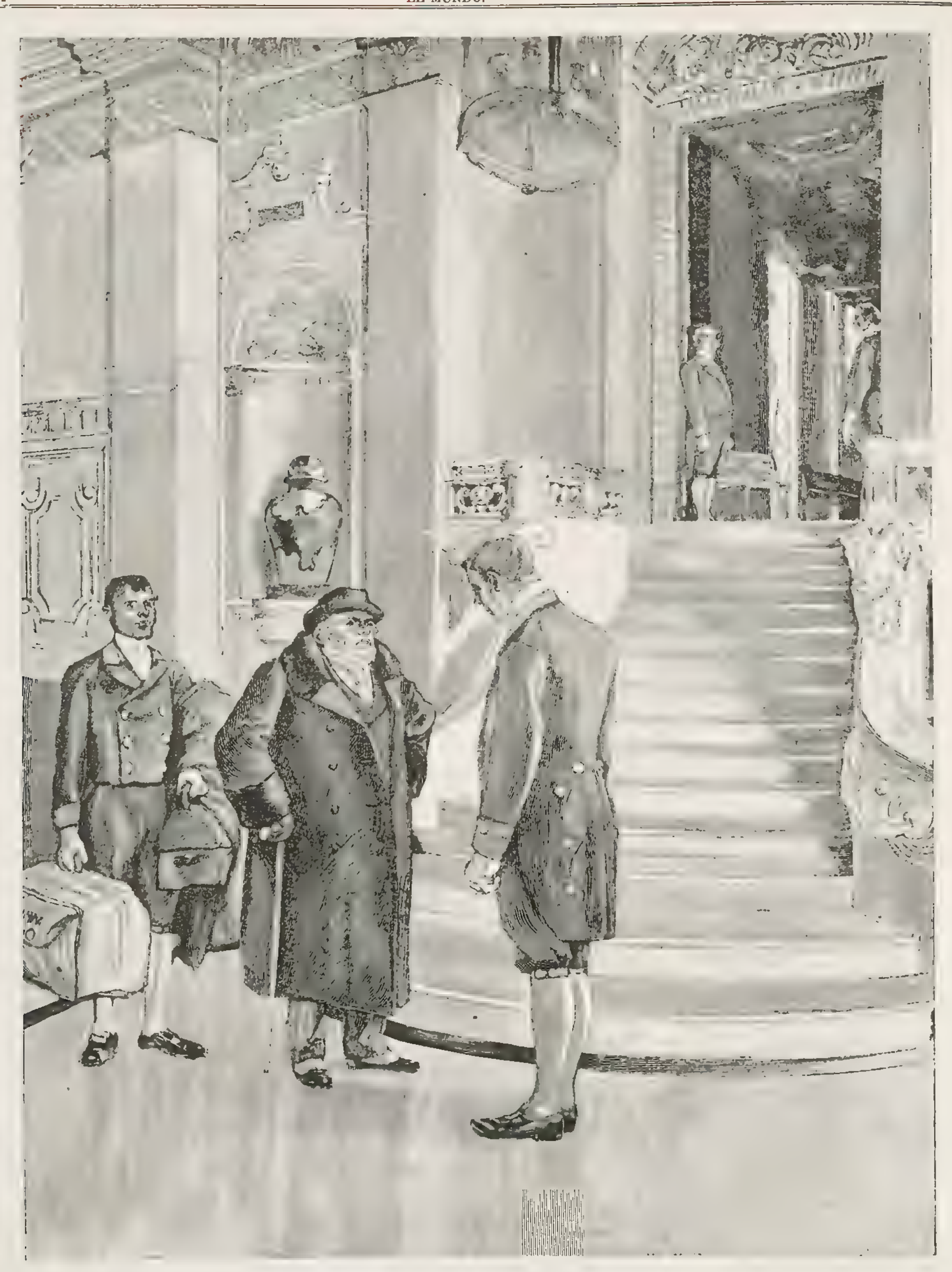
—Y no se podría prescindir del cloro? preguntó Deschars. No. Ya ensayé blanquear por medio de la electricidad, y no me dió resultado. No hay manera de evitar esto.

—Entonces es necesario resignarse, dijo la señora Fourchamps indolentemente.

—Nuestra resignación se explica más fácilmente que la suya, exclamó Puymaufray.

—Tienen que resignarse á lo inevitable, replicó Domingo. Y además ganan un buen sueldo, cuatro ó cinco francos al día.

Con lo que basta para no morirse de hambre pero no se evita morirse de cloro, insistió Puaymaufray. ¿En cuanto tiempo despilfarras tú la suma que representa los cortos años de labor en la que se consumirá la vida de uno de esos trabajadores?



—Es mi negocio. Yo saco de mi industria que comprende mi trabajo y el de los otros, todo lo que puedo, porque soy el jefe y el jefe no se expone como los soldados. No faltan otros peligros, otras alegrías si tu quieres. ¿Y crees que yo no arriesgo nada en la batalla? Me mato de otra manera, y eso es todo.

Pero el modo es muy distinto, dijo Claudia con tristeza. Bien veo que la lucha por la vida es mortal siempre, poro hay procedimientos que parecen aceptables, en tanto que otros son crueles. No es absolutamente indispensable aspirar cloro.

—Si: como es necesario ir á la guerra cuando llega el día.

Pero papá, el soldado tiene probabilidades de salir ileso, mientras que para estos desgraciados no hay más probabilidad que la muerte.

—¿Y la enfermería, y el hospital, y los socorros? Vengan ustedes á ver lo que hago yo por mi pueblo.

Y entre un torbellino de palabras, arrastró á la comitiva, ahora silenciosa, á los departamentos donde brillaba el lujo de una filantropía sabiamente ordenada. Todo se detalló en conciencia, el alojamiento obrero, luciente de la última limpieza, donde la enfermera endomingada proclamó que se vivia feliz por la gran bondad del Sr. Harlé: el almacén de provisiones á precio de costo, el refectorio, la casa de socorros, la caja de ahorros, y hasta una organización de pompas fúnebres objeto de un justo orgullo. La Iglesia por un precio que el patrón pagaba de su cuenta, ofrecía á los vivos el consuelo de convenientes funerales para sus muertos. No se puede llevar más allá la filantropía.

Todas estas disposiciones parecieron buenas y excelentemente combinadas; pero á pesar de los ditirambos de Harlé, pesaba sobre la comitiva una inquietud de cosas sentidas aunque no formuladas, una vaga melancolía.

Continuará.

PAGINAS DE LA MODA.

Capola Mealy.

CONSEJOS A LAS DAMAS

Sucede con frecuencia que la persona invitada para madrina de un niño, no encuentra el regalo más á propósito. En este caso, y para facilitar su elección, damos las instrucciones siguientes:

Los regalos para los niños varían siguiendo la posición social y la fortuna, pero se les ofrece con más frecuencia la toilette de bautismo, el cubierto, el tamborcillo, la cuchara para papilla y la pequeña cacerola con mango de marfil. Sobre estos objetos se graban las cifras, bien entendido que la madrina es libre de escojer su regalo entre ellos, si la argentería completa le parece demasiado cara. En este caso se pondrá de acuerdo con el padrino que debe poner la mitad en esta compra. Este último, mandará á la madre de su ahijado nn bibelot, cualquiera alhaja, una jardinera de Saxe llena de flores ó un vaso, etc.

El padrino, además de un objeto de arte como el que ofrece á la mamá, obsequiará también á la madrina una caja de dulces, cuyo número varía en razon de su generosidad y riqueza.

La imaginación, las rebuscas, los esfuer[illegible] nados del arte y de la industria, parecen no tener otro fin que satisfacer los gustos de lujos femeninos y aliar la coqueteria á la comodidad. Es decir, procurar estar bella sin sufrir, esto es legitimo pero ¿es asi de fácil? esto se relaciona con la parte más importante de las toilettes de la mujer, el corsé que es la prenda más interesante y que con más frecuencia se lleva mal, debe escojerse que reuna á la vez las cualidades necesarias para dar al cuerpo una forma perfecta sin lo cual no hay belleza verdadera y una libertad absoluta á los órganos esenciales de la respiración.

Usos y costumbres

Se pregunta si se pecará contra la elegancia aprovechando la ley que permite á las mujeres ser testigos en ceremonias del estado civil

[illegible]das las veces que se haga este papel á titulo excepcional, por necesidad ó por hacer un servicio, no habrá absolutamente por que temer un ridículo.

Por ejemplo, los términos legales para la declaración de un nacimiento ó de una defunción van á expirar, si no hay más que una mujer que pueda encargarse de este deber civil, ¿en que sería criticable usar de este nuevo derecho?

Ultimamente un marido ha escogido para testigos á sus dos hermanas. Tampoco en esto hay nada reprensible. Las dos jóvenes estaban en la comitiva, no parece que se hayan masculinizado, por llenar una función que no les ocasiona ningún abandono de sus ocupaciones obligadas, reduciéndose únicamente á poner una firm[illegible]

Muy distinto sería dejar la casa y correr á una alcaidía, sin necesidad. únicamente con el objeto de afirmar su independencia, cuando amigos á falta de hombres de la parentela, podrian encargarse de un cuidado que correspondia antiguamente al sexo fuerte.

El feminismo, he aquí una palabra singular para [illegible] emancipación de la mujer, sus reivindica[illegible] [illegible]aldad con el hombre—el feminismo no [illegible]do sino en ciertas exageraciones. [illegible] nunca—soy retrógrada, lo sé—[illegible] médico atendiendo á los hombres, cortando brazos y piernas.

Pero una mujer-médico, que cuidara únicamente á las mujeres y á los niños, no me espantaría de ninguna manera, sobre todo si no practicaba tampoco sobre ellos operaciones sangrientas, para las cuales un hombre tendrá siempre más seguridad y sangre fría.

Es menos penoso para una mujer enferma dirgirse á otra mujer. Los niños serían siempre menos miedosos y más dóciles en las manos de un médico femenino Por bueno que sea, un médico de bigotes no sabe tomarlos bastante bien.

Aun comprendo muy bien que por previsión, por miedo á los reveses de la fortuna, una mujer aprenda una de estas profesiones tan buenas como la de dentista que puede ejercer tan bien como un hombre.

Pero desearía que ella no se sirviera de su ciencia, sino en un caso de necesidad. Todo el tiempo que pueda apoyarse en el brazo de un padre ó de un marido, que siga para su felicidad confinada en las ocupaciones de su sexo que son bien menos serviles, bien menos humildes que lo que se piensa. ¿No es el papel de un angel guardián el de rodear de bienestar y de alegria al que gana el pan de la casa? ¿No es pues muy elevada la otra misión dada á la madre de educar para la patria, la sociedad humana, los hombres rectos y fuertes y las mujeres honestas y puras?

Esto vale más, esto sobrepasa á las glorias de las mujeres de letras, de la artista, de la abogado.

Este último oficio—ah, cómo soy retrógrada—yo lo prescribo "absolutamente." Y no se puede sufrir el de artista ó el de escribano, sino con la condición de verlos ejercerse discretamente, muy finamente.... si la academia lo permite.

NUESTROS GRABADOS

CAPOTA MEÁLY.

Este modelo puede decirse que es el modelo del día. Una capota de las más lindas del mundo, la armadura es toda de fieltro, con gusanillo de felpa, ribeteándola en todo su diseño que recuerda la forma de un ala Dos plumas de cuervo le forman airón elegantísimo y otras tres surgiendo de la parte anterior de la capota, caen graciosamente sobre el peinado.

A pesar de su elegancia es tan severa, que pueden usarla las matronas.

TOILETTES DE SOIRÉE Y SALIDAS DE TEATRO.

A.—Salida de teatro de muselina de seda rosa sobre fondo de satín blanco, guarnecida de volantes plisé, de tul negro y de pequeños enjambres fruncidos del mismo tul. La prenda se compone de una especie de collet alargándose en punta sobre los brazos.

Este collet se hace de muselina fruncida sobre un forro de *plate;* se entalla de cada lado de adelante para dejar pasar una larga estola proporcionada por el primer collet, que se hace igualmente de muselina fruncida. Cuello muy levantado, formado por un volante de muselina. El volante de tul plissé que rodea el primer collet, gira bajo el brazo para formar la manga. Grueso nudo de tul formando corbata.

B.—Manto salida de teatro de terciopelo de «Parma» con larga corbata escarpa de encaje blanco. El vestido se compone de un cuerpo de gran collet, ajustándose á los hombros por tres presillas de cada lado.

Este collet se redondea por delante, y se adorna con un pequeño volante y dos grupos de coulissés; el último grupo se coloca á la altura de un pequeño collet. Gran cuello muy elevado. Forro de satín blanco.

TRAJE Y ABRIGO PARA CALLE

A.—Traje estilo sastre, de cachemira beige obscura con falda tallada de una sola pieza y pequeña jaquette compuesta de una espalda de lados pequeños, y frente con aplicación de solapas de satín blanco unidas por tiras de paño y abriéndose en ángulo hacia abajo sobre un chaleco de satín Liberty, plise, beige claro. Grandes vueltas de paño beige y en el extremo de la falda cinco órdenes de volantes ligeros. Sombrero bourete

Materiales: 7 metros de paño obscuro y 55 centíme- de paño claro y 60 centímetros de satín; veinticuatro botones

B.—Collet de terciopelo negro guarnecido de bordados y de cabuchones. Está guarnecido de un volante cerrado por una vuelta aconchada, con un forro de satín crema. Toquita de terciopelo rojo vivo guarnecida de alas negras y de un motivo de joyería

Materiales: 5 metros de terciopelo en 60 centímetros. 1 m. 25 de satín. Los bordados se ejecutan sobre el tejido

C—Collette de terciopelo mordoreado, de elegantísima forma, coronado por una pieza recubierta de un capuchón de zibelina. Gran cuello Medicis y volante de la misma piel. Corbata de muselina blanca apretada por un broche de terciopelo rojo «decorado» prendido con un botón de bisutería—Toqueta drapeada de terciopelo rojo, guarnecida de plumas negras.

Toilettes de soirée y salidas de teatro.

Traje y abrigos para calle.

TRES HERMOSOS MODELOS

A B C

Materiales: 2 metros de terciopelo, una guarnición de piel: 60 centímetros de muselina, 25 centímetros de terciopelo; un botón.

TRES HERMOSOS MODELOS.

El primero [a] de los tres encantadores dibujos que reproducimos en esta plana es un delicioso figurín para un Jacket en paño negro bordado de trenza del mismo color. En cada lado del frente hay una ala elegantísima ribeteada con sencilla cinta. El cuello es estilo Médicis con cinta en tres filas paralelas en los bordes y á uno y á otro lado tres botones de plata. El cinturón es un lazo de satín negro El sombrero chifoneado con un gran manojo de rosas y un chou de terciopelo negro.

El segundo dibujo (b) es un encantador cuerpo para teatro. El bolero es todo bordado, en tanto que el chaleco y las mangas son de panne. Está ribeteado por un galón bordado de perlas. Las mangas y el yoke están alforzados en tanto que la parte inferior de las mangas tiene incrustaciones de Cluny. El cinto es de terciopelo negro, así como el manguito. El mismo modelo es en grado extremo atractivo con un bolero de aplicación de blondas reemplazando al bordado y ribeteado con una cinta bordada.

El tercer modelo (c) es para comidas de poca ceremonia. Se hace de rosa *fleurs ó moiree velours*, la falda y las mangas bordadas con aplicaciones recortadas de paño *beige.*

El corpiño es de blonda clara, ablusado con un ancho listón de raso terminado en lazo, que lo corona. El cinturón es de satín crema, ribeteado por una pequeña banda de terciopelo obscuro.

Todas las mangas en estos trajes son apenas abultadas en los hombros.

CAPOTA ANDRÉE.

Toqueta formando capota, toda de terciopelo miroir capuchino, bordado y pajeteado, con aplicaciones de terciopelo blanco cernidas por un hilo de oro. Al rededor de la pasadera, enrolladura de una pequeña marta, cuya cabeza se vuelve hacia adelante, posándose en un chifoneado de terciopelo y se encuentra apretado por un collar de strass antiguo. Pluma blanca.

Capota Andrée

TOCA DE MONTIGNY.

Gran toca para patinar, muy elegante. Toda de marta zibelina con rodete estilo bolero, al rededor. A la izquierda un par de alas turquesa fijadas por un boucle antiguo de strass, en joyería.

Taqueta Mabel

ZAPATO DE ESTAMBRE.

Para hacer este zapato debe utilizarse ante todo un estambre grueso y de color negro. Nuestro grabado demuestra la ejecución del tejido, para que se pueda comprender.

Una vez que está terminada la forma del zapato se le entrega á un zapatero para que este ponga la suela.

En ambos lados del zapato deben ponerse dos fuerzas de cuero para que sostenga el tejido.

DIFERENTES TEJIDOS

Los grabados que reproducimos son tejidos hechos á mano y que se utilizan para el adorno de mesas ú otros objetos. Algunos de ellos son redondos y los otros tienen una forma ovalada.

Los diversos tamaños que deben tener estos, fluctúan entre 22 por 31 cm. 17 por 22 cm y 21 por 21 cm.

El tejido es por demás sencillo y puede estar al alcance de cualquiera.

GRUPO DE ROPA BLANCA PARA BEBÉ.

A.—Babero rico para salir á la calle, en forma de corazón, atándose al talle por un pequeño broche. Se hace de batista y se guarnece con un volante de valencianas, pequeños pliegues de lino y de un entredos de puntos.

B.—Camisa de batista con berta y espaldetas, ornadas de entredoses y de pequeño volante de encaje. En la parte inferior de la camisa, volante de batista orlado de encaje.

C.—Chambrita de nansuk compuesta de un delantero y de una espalda, fruncidos hacia abajo por una pieza de pequeños pliegues. Volante fruncido de nansuk, orlado de encaje

Toca Montigny

Manga de una sola pieza estrechada en el puño.

D.—Camisa de batista ó de percal chifon, abotonada sobre los hombros, guarnecida de pattes de entredos; bordados, rodeados de una pequeña banda bordada. Grupo de pequeños pliegues sobre el delantero.

E.—Babero para casa, de piqué con cinturón del mismo tegido, guarnecido de pequeño entredós de bordado y de un volante de nansuk orlado de encaje; el mismo volante adorna el babero.

F.—Blusita de lana blanca tricoteada y con corredera de cinta cometa, rosa.

CIFRAS PARA PAÑUELOS.

Damos otra hermosa coleccioncita de cifras para pañuelos, que se bordan en seda rosa, blanca y azul, y que son de una encantadora originalidad.

COSAS VARIAS

LAS FUMADORAS DE THE

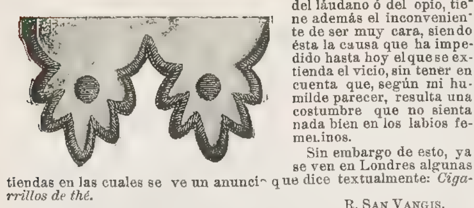
Suponiendo que no llegará hasta nosotras, queridas lectoras, la injustificada manía de copiar lo extranjero, daré cuenta de la última excentricidad,—no retiro la palabra—que han tenido las inglesas.

No contentándose las vecinas de allende el canal de la Mancha con estar bebiendo thé muchas veces al día, se dedican al presente, hasta ahora muy pocas por fortuna, á fumar cigarrillos de thé verde. Afortunadamente entre nuestras compatriotas, tan poco inclinadas á esas aficiones no hará camino ese vicio, que bien puede calificarse de funesto por lo mucho que tiene de enervante en primer término. Mezclado con el vapor de la tetera, se confunde ahora el azulado humo de los cigarrillos de thé inundando la atmósfera del salón con olores embalsamados, excitantes y agradables. La mayor parte de los adeptos á esta rara distracción son, según parece, señoras de clase elevada y de mucho talento. Una autora de novelas, que han tenido éxito, se fuma veinte cigarrillos de thé el día que trabaja.

Hay ya algunas casas en que se ofrecen estos cigarros después de comer, y se ha organizado además un club en Kensingtón para fumar en sociedad.

Esta moda, que es tan perniciosa como es el abuso

Zapato de estambre



del láudano ó del opio, tiene además el inconveniente de ser muy cara, siendo ésta la causa que ha impedido hasta hoy el que se extienda el vicio, sin tener en cuenta que, según mi humilde parecer, resulta una costumbre que no sienta nada bien en los labios femeninos.

Sin embargo de esto, ya se ven en Londres algunas tiendas en las cuales se ve un anuncio que dice textualmente: *Cigarrillos de thé.*

R. San Vangis.

CONVERSACION.

MOBILIARIO

Los muebles que decoran generalmente una alcoba de señora, suelen ser, con frecuencia, una cama, una mesa de noche y un armario de espejo.

Si se quiere que dicha alcoba sea lo que se llama de *estilo*, es necesario empezar porque el armario de espejo mencionado, no conserve la línea curva en el copete, si es que se trata de dar el género Luis XV, ó Imperio.

Se necesita, además, un mueble de actualidad; una papelera en que guarde su correspondencia particular, y si se quiere, un buen espejo fijo ó volante, llamado *psiché*.

Pero si no se tiene verdadero empeño en cumplir exactamente la nota *histórica*, puede emplearse entonces muebles de uso frecuente y además muy bonitos en su estructura, á los cuales puede dárseles un *aire* Luis XV, Luis XVI ó Imperio.

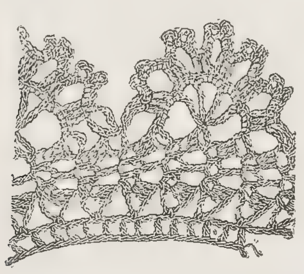
Es indiferente la elección de cualquiera de estos tres géneros, puesto que la moda, en medio de su tiranía, los preconiza á todos de igual manera.

Una alcoba estilo imperio, debe tener, forzosamente, muebles de caoba con molduras de cobre; y otra estilo Luis XV o Luis XVI, ha de ser de nogal encerado, ó de madera laca blanca.

Existen, además, otras alcobas llamadas bretonas, de tal variedad en su género, que la adquisición de su mobiliario está al alcance de cualquier fortuna.

No suponemos necesario decir, que el cortinaje debe ser adecuado al estilo del mobiliario.

En éste hay una infinita variedad, que empieza en la tela conocida por el nombre de Jony, y llega hasta la seda brochada, pasando por los tejidos de seda y algodón, ó lana y seda. La cretona fuerte, llamada generalmente *frappé*, hace muy buen efecto, adornándola con franjas estampadas, en todos generos y estilos



Los tapices han de armonizar también con las colgaduras.

Es necesario advertir que, en toda alcoba de mujer, debe haber dos muebles que se consideran como indispensables: una mesita para escribir, ó *secreter*, en cuya elección puede lucir su buen gusto y esplendidez, y un costurero ó mesa de labor, mueble esencialmente femenino, que caracteriza la habitación particular de una señora.

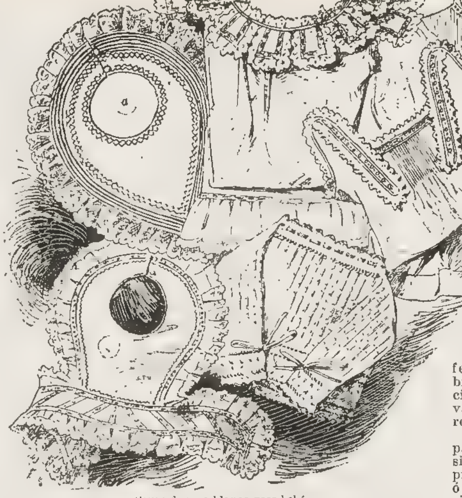
Las alcobas de los caballeros deben ser más serias en el tono del color y en el empleo de los muebles. Los estilos Luis XIII y Luis XIV é Imperio son los más convenientes, las colgaduras deben ser de color obscuro, los tapices modestos y los muebles más bien hermosos que elegantes.

Pero quizás se me pregunte, ¿cómo podrán arreglarse las familias modestas, que poseyendo un antiguo mobiliario no pueden cambiarle, ó teniendo necesidad de uno nuevo, no pueden comprar muebles finos de los llamados de estilo?

Pues bien, señoras; estas familias podrán también resolver el problema, porque hoy se venden muebles bonitos y elegantes á varios precios, que aunque no tengan la delicadeza de los de verdadero mérito, son muy aceptables para la vista; y los que ya tengan muebles viejos, les queda el medio de la recomposición, y sobre todo el de una inteligente colocación. Un mueble que sea un poco feo se puede hacerle variar de aspecto; una cama que no esté ya de moda, se puede tapar con un hermoso cubre-cama, y las colgaduras que ya estén un poco deslucidas se las puede hacer sufrir una transformación inverosímil, con sólo adornarlas con una sencilla franja, que cuesta á 5 centavos metro, y formando una especie de pabellón con peluche de algodón. Hemos visto cortinajes reps azul ya descoloridos y bastante feos, que han vuelto á recobrar una agradadable apariencia gracias á una franja de variado color de fondo obscuro.

Existen también los *bibelots* palabra gráfica con que se designa en Francia, no sólo esas preciosas figuritas de bronce ó porcelana, que tanto aprecian las señoras, sino también todas aquellas cosas y frivolidades que constituyen los objetos que adornan la habitación exclusiva de la mujer; ejemplo de esto es hasta los mismos portieres, que dan tan buen aspecto y pueden, á muy poco costo, hacerse en casa, empleando para ello la peluche, ó el paño.

M. M



Grupo de ropa blanca para bebé

ARTE EN CASA

PANÓ QUE DA ACCESO Á UN SALÓN.

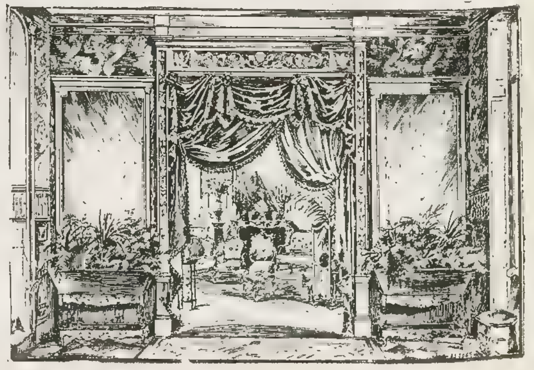
Ahora que están muy de moda las pequeñas antesalas ampliamente comunicadas con los salones, véase el modelo que damos y que es de una soberbia elegancia. Dos consolas lacadas, sobrias en dibujo, con descansos, y sin cubierta, flanquean la entrada en cuyo dintel se pliega, recogido por graciosos broches de raso, un cortinaje de terciopelo violeta.

Dos espejos sobre base de plantas de sombra, levántanse á cada lado de la consola, y sobre ellos hay tapicería hermosamente decorativa.

El salón corresponde á la manificencia de este gracioso vestíbulo.

Las almas sencillas son las únicas que pueden conocer el secreto de otra alma que también sea sencilla.

Princera de Salm-Dick.



Panó que da acceso á un salón.

EL MUNDO.

TOMO I. MEXICO, FEBRERO 13 DE 1898. NUMERO 7.

Mensajero discreto.

POR VILLASANA

LA SEMANA

Cuántos heroismos y cuantos martirios humildes y oscuros oculta la humanidad! El trabajo es un Minotáuro que exije con imperio un tributo de sangre que pagamos con toda regularidad los hombres; y para ensancharse, para perfeccionarse, para hacerse más remunerativo, consume vidas sacrifica á sus mismos hijos, como Saturno y á sus sacerdotes y apóstoles como la fe religiosa y como el ideal político.

El lamentable siniestro de Santa Fé es un episodio tan solo de esa inmensa lucha del hombre contra la Naturaleza despiadada, en su afan de regirla por la ciencia y de gobernarla por la industria. Pero en realidad y especialmente para nuestras condiciones, no son los fabricantes de explosivos, los marinos, los soldados los únicos hombres que desafian á diario á la muerte y que viven con ella en eterno contacto y completa promiscuidad. El minero que *se madura* en la oscuridad y en la atmósfera confinada de la mina; el albañil que se balancea en el espacio sobre una mala viga atada con un par de cuerdas; el garroterro que cruza todos los dias la barranca de Escontzin y recorre la siniestra curva de Temamatla; el maquinista que vive al lado de ese volcán comprimido que se llama caldera, todo obrero industrial que maneja ácidos corrosivos, que respira vapores deletereos, que juega con monstruos de hierro y de acero, cuyos engranes son mandíbulas, cuyas palancas son mazas, cuyos volantes son hondas, está en peligro de muerte y ve sonreir ante sí esa calavera siniestra que simboliza nuestro fin y que se aparece á todos los moribundos.

Las medidas de precaución, las prácticas preventivas y de higiene, los reglamentos de las autoridades, son en México más necesarios cada dia y apremiantes, ante la inconsciencia del peligro, ante la temeridad sin ejemplo, ante la indiferencia por la vida, características de nuestro pueblo obrero, que canta, rie y retoza en medio del peligro constante, y de la contínua acechanza del trabajo á que se entrega.

En el caso de Santa Fé, como con el de Guerrero, no hay, seguramente, responsabilidades que exijir. Mas vale; es preferible tener solo que acusar de tantas muertes al acaso y no al hombre. Compadezcamos á las víctimas y exageremos las precauciones para evitar nuevos desastres.

Hoy que Tacubaya está convertida en un verdadero Monte Carlo, que resuenan allí los ecos de las músicas acompañando al retintín de las monedas que ruedan en el tapete verde y que brillan los farolillos venecianos anunciando las partidas de monte y de ruleta, bueno nos parece hacer algunas reflexiones sobre las condiciones del juego en México.

Estas no van encaminadas á quitar el vicio á los jugadores consuetudinarios--que nada vale la reflexión contra las pasiones y los malos hábitos—sino á demostrar á los jugadores de paso y de lance que no hay ilusión posible respecto á que en nuestras partidas se pueda ganar y que matemáticamente es segura la pérdida sin recurrir, para explicarla, á malas artes del montero.

El monte cobra á cada jugador el veinticinco por ciento de su apuesta cada vez que gana á la puerta. Como este cobro se hace cualquiera que sea la carta de las dos del albur que á la puerta venga, resulta que siendo solo diez las cartas que pueden aparecer en puerta y dos las que permiten al montero cobrarla, de cada cinco albures, á la larga, viene una puerta Un ejemplo permitirá comprender la ventaja del montero: un jugador apuesta sistemáticamente cuatro pesos en cada albur; en un número grande de jugadas, supongamos cien, habrá ganado cincuenta albures y perdido otros tantos y quedaría á mano si no le cobraran la puerta; pero en los cincuenta albures que ha ganado han salido diez á la puerta y en ellos pierde el punto diez pesos que no tiene manera de recobrar.

Si ha jugado á la dobla, el resultado es más desastroso; en cinco albures acertados por este medio nuestro jugador habrá ganado ciento veinticuatro pesos y si el quinto es á la puerta, la casa le cobra treinta y dos pesos de puerta por cinco albures que muy pocos aciertan á ganar.

Un cálculo matemático más complicado demuestra que la puerta, á la larga, es dinero definitivamente perdido para el punto cualquiera que sea el modo y forma en que apueste; y que con puertas de veinticinco por ciento, el monte gana invariablemente y á la larga el cinco por ciento de las apuestas de cada albur, sean cuales fueren.

En la ruleta es peor; hay treinta y seis números y dos casas, es decir, hay treinta y siete eventualidades para el punto de perder contra, una de ganar; y como le pagan treinta y cinco tantos, resultan dos sobre treinta y ocho ó sea; uno sobre diez y nueve, más del cinco por ciento en favor del banquero.

No es esto todo: además de esta ventaja, el banquero lleva otra incalculable, la de nunca perder todo lo que ha ganado, única manera de que los puntos pudieran encontrar la compensación.

***

Si un loco pierde diez mil pesos, esa suma debería figurar sobre el tapete mientras durara el juego; el punto podria llegar á recuperarla en un buen momento y á ganar el importe de la banca ó parte de él. Pero no es así; por un lado el banquero guarda los billetes que se le dan á cambiar y ya naturalmente no los aventura, y por otro, presta á los puntos del mismo dinero de la banca y lleva un apunte de *cajas* que debiera existir en efectivo sobre el tapete en espera de la revancha. De este proceder resulta á menudo que un punto que ha perdido seis ú ocho mil pesos, se encuentra, á la hora de desmontar con dos ó tres mil enfrente y pierde sin remisión la otra mitad. Y suele también resultar que desmontado en apariencia, el banquero, en la cajita de los billetes, en las listas de caja, resulta ganando dos ó tres veces lo que parece haber perdido.

La facultad que se reserva el monte de levantar el campo cuando le parece, agrava esta situación y le permite impedir el desquite, única base de todo juego normal y regular.

En Monte Carlo ni se cobra esa *puerta* exagerada, ni la ruleta tiene dos casas sino una tan solo; ni se da á nadie caja sobre el dinero del monte, habiendo una oficina especial de crédito; ni se esconde un solo centavo del dinero que los puntos pierden, figurando siempre todo él en la mesa y la duración de las sesiones es fija sin que el montero pueda acortarla, ni por causa de desmonte, estando obligado en este caso á reponer la banca.

Esto no impide á la Compañía explotadora distribuir colosales dividendos, tener la instalación más lujosa que pueda darse y obsequiar explendidamente á su público.

En México se haría grande y buena obra no otorgando concesiones de juego sino dentro de condiciones más razonables para el punto. Los concesionarios á pesar de ellas todavía ganarían en la combinación el tlaco que el boticario del cuento ganaba aun cuando regalara la medicina.

«De dulcera á princesa» pudiera titularse la odisea de María Villaseñor, que ayer modesta vendedora de dulces, hoy cosecha lauros en el proscenio y empuña el cetro dominador del arte. Fué el activo é inteligente empresario de ópera Sánchez de Lara quien descubrió ese tesoro escondido, entre el personal de su cuerpo de coros. María Villaseñor tiene una voz poderosa, extensa, bien timbrada, ductil y maleable como dicen los físicos, es decir tiene una mina de oro en su privilegiada garganta.

Princesa; reina deberíamos decir. Hoy que las testas coronadas suelen morir en el destierro ó á manos de furibundos revolucionarios ó de locos fanáticos; hoy que las monarquías son meros símbolos como en Inglaterra, Austria y Holanda ó que solo las sostiene el prestigio transitorio de una victoria ó el temor fundado de una revancha, como en Alemania; hoy que la idea democrática invade los espíritus, y las aspiraciones de libertad y de igualdad fermentan en todos los corazones, la única, la exclusiva, la sola soberanía ante la cual se inclinan todas las cabezas, que impone un yugo á todos los hombres es la del talento y especialmente la del talento artístico.

Daudet desde su florida residencia de Champrosay; la hoy doliente viuda desde su castillo feudal de Craig y-nos; Sara Bernard desde el tablado de la Renaissance; Tamagno desde su quinta de las afueras de Milan, dan leyes, imponen sus caprichos, emiten fallos, fundan usos y costumbres, subyugan corazones y ejercen en el alto mundo un imperio que todos les envidian; pero que nadie los disputa.

Todas las virtudes y todos los encantos no logran hacer de una mujer mas que una honrada esposa y una buena madre, sierva, por la ley social, de su marido y esclava, por la ley moral, de sus hijos. En cambio, una pantorrilla elástica ó una garganta ágil la unjen soberana y le permiten pasear su mirada dominadora sobre el oceano de cabezas calvas y humilladas de sus adoradores. Riquezas, lauros, enlaces regios, todo depende para la mujer del diapasón de sus cuerdas vocales ó de los grados que en el dinamometro marca la contractilidad de sus piernas.

María Villaseñor, llegará segun parece á todo eso, sin gran esfuerzo, sin grandes dificultades, porque posee la materia prima, la nota mágica con que se conquistan hoy todos los goces y todas las satisfacciones de la vida.

Lo importante para ella, la única gran dificultad que tiene que vencer, es no derrochar el capital en la zarzuela, ni conformarse con ser, como tantas otras, *artista de porvenir*.

La Capital está de fiesta; ya ha comemzado á ostentar la espléndida gargantilla de perlas luminosas con que el Ayuntamiento y los Sres. Siemens y Halske la han dotado.

Los ensayos parciales del nuevo alumbrado resultan satisfactorios; la luz, aperlada, suave á la vez que intensa, no ofende la vista, tiene una fijeza completa y un gran poder lumínico y nada más vistoso que las filas interminables de globos opalinos á lo largo de nuestras avenidas y suspendidos como aeróstatos en el espacio.

Ya no clamaremos, como Goette: Luz, más luz. . . . ya México está alumbrado y ha dado uno de los más importantes pasos de progreso en el sentido del bienestar público.

Sin luz no hay higiene, ni moralidad pública, ni policía, ni seguridad posibles. La luz espanta al ladrón, modera al intemperante, refrena al vicioso é influye no solo en el bien parecer sino también en el desarrollo de las buenas costumbres. Una ciudad bien alumbrada es una ciudad no solo más bella, no solo más cómoda, sino más segura, más morigerada y más pulcra. Lo primero que hizo el Creador fué alumbrar el caos como único medio de organizarlo.

Bien por el Ayuntamiento que nos ha redimido de las tinieblas.

Política General.

RESUMEN.—APERTURA DEL PARLAMENTO BRITÁNICO.—ESPERANZAS QUE SE REALIZAN.—IRLANDA DE PLÁCEMES.—LA HOME RULE.—PERCANCES DE UN MINISTRO.—CONFLICTO QUE SE CONJURA.—REGOCIJO DE LOS CUBANOS.—MUERTE DEL PRESIDENTE DE GUATEMALA.—LOS ODIOS PERSONALES Y LAS PASIONES DE PARTIDO.—UNA VENGANZA.—CONCLUSIÓN

Acaba de inaugurar el Parlamento Inglés un cuarto período de sesiones, y en el mensaje de la Corona donde se da cuenta detallada del estado que guarda la administración del vasto Imperio británico, hallamos interesantes declaraciones sobre la política consiliadora que trata de inaugurar el ministerio conservador en el gobierno de Irlanda.

Tiempo ha que los partidos, que tienen alternativamente la dirección de los asuntos públicos en la Gran Bretaña, míranse urgidos por las reclamaciones justas de los irlandeses y sus vivas aspiraciones al gobierno propio, exigido á las veces por medios violentos, y en otras desarrolladas por los medios pecíficos que á su disposición pone la admirable Constitución del Reino Unido, Por largo período la fracción política que acaudillaba Mr. Gladstone puso en su bandera de combate la proclamación de la *Home Rule* para Irlanda; las crecientes necesidades y clamores comprimidos y mal disimulados de la católica Erin, hicieron que el mismo partido conservador, ahora en el poder, tomara á su cargo las libertades solicitadas.

Las promesas de Lord Salisbury en el mensaje de la Reina no alcanzan hasta la plena concesión del gobierno propio ambicionado por los Irlandeses y ofrecido por los liberales; son una especie de transacción que lentamente podrá ir ensanchándose, hasta constituir del viejo reino de Irlanda, un verdadero Estado autonómico, libre de trabas y desarrollándose pacíficamente al amparo del

vasto imperio cuyas posesiones se extienden por toda la redondez de la tierra.

Aun se ha dicho que un príncipe de la casa reinante, muy cercano al trono de Inglaterra, ejercería en la isla católica cuasi una soberanía, indicándose que ese gobierno sería como una preparación educativa, para ejercer la plenitud de la realeza. Si así fuera, quedarían satisfechos los sueños más dorados de los irlandeses, y próspera y féliz la pátria de O'Connell se engrandecería en el ejercicio de su libertad.

* * *

En los momentos en que se hacían más difíciles las relaciones amistosas que con tanto trabajo han podido mantenerse entre la Monarquía Española y la gran República Norte-americana, á pesar de las exaltaciones patrióticas del pueblo y la prensa de los dos paises, á pesar de las ceguedades de partido que alguna vez han pretendido posponer los legítimos intereses nacionales á las preocupaciones que ha enjendrado, aquende y allende el Atlántico, la insurrección de Cuba y la suerte futura de la colonia, un incidente desgraciado viene á irritar los ánimos y á enconar más que nunca las rivalidades y los odios que hierven y se agitan entre españoles y norteamericanos. El Sr. Dupuy de Lôme, ministro de España ante el gobierno de Washington, tuvo la entereza suficiente—pues no podemos llamarla de otro modo—de confiar á una carta particular, conceptos escabrosos y palabras de censura contra el Presidente Mc. Kinley, y los agentes de la Junta revolucionaría cubana de Nueva York, por medios desconocidos, tal vez censurables, pero eficaces á su objeto, lograron apoderarse de la imprudente epístola, y acaban de darla á la estampa en uno de los grandes periódicos de Nueva York.

Como un estallido estrepitoso que interrumpe la solemne calma y la aparente ó real cordialidad en que vivían España y los Estados Unidos, ha sido tal publicación; todos los periódicos han reproducido el descubierto, secreto todos se han llenado de comentarios; los millonarios de *Wall Street* han quedado perplejos y suspendido sus operaciones bancarias, esperando tremendos resultados; el Ministro sorprendido no ha querido negar la autenticidad de la carta, el Gabinete de Washington ha pedido con urgencia el retiro del Sr. Dupuy de Lôme, según nos anuncian los últimos cablegramas; el gobierno de Madrid ha cedido á la solicitud y admitido de plano la renuncia del diplomático presentada por cable; y de todo el embrollo ha resultado afortunadamente hasta ahora, la continuación no interrumpida de las buenas relaciones entre los dos paises, un Ministro censurado y tal vez mortificado en su difícil posición y una junta revolucionaria que se regocija del efecto alcanzado por la astucia y acaso lamenta que el incidente haya pasado sin más graves consecuencias.

* * *

Otra vez la inquieta república de Guatemala ha conmovido al mundo americano con el espectáculo de una catástrofe que, como otras veces lo hemos dicho, es rara y no tiene explicación ni merece disculpa entre los pueblos jóvenes del nuevo continente: el General José María Reyna Barrios, Presidente de la República según la Constitución y Dictador por voluntad propia, acaba de caer para siempre, herido por la mano de un asesino.

Agitado todavía el suelo guatemalteco por la convulsión tremenda de la última guerra civil, que se levantó formidable contra el golpe de Estado de Reyna Barrios; caldeados los espíritus por las explosiones de la lucha, en la que al fin prevaleció por la fuerza el gobierno contra los elementos formidables de la revolución, racionalmente se vuelven los ojos á buscar la causa que haya armado al asesino, el soplo tenebroso que lo haya inspirado, la idea siniestra que lo haya guiado á cometer el asesinato político, ya que en la América latina

General José M. Reyna Barrios

Asesinado en San José de Guatemala el 8 del actual.

no medran las morbosas manifestaciones del anarquismo que hace temblar á Europa, porque no encuentran la materia prima con que se forjan esos tipos dantescos y sombríos, esos seres profundamente extraviados ó eminentemente criminales que se producen en las condiciones políticas, sociales y económicas de las viejas nacionalidades.

Escasas como son hasta ahora las informaciones recibidas, y faltas del detalle minucioso que dibuje claramente los contornos de un acontecimiento tan notable y por diversos modos conmovedor en la América latina, tenemos que referirnos al juzgarlo á las circunstancias especiales que han agitado la vecina república, en los meses últimos del pasado año.

* * *

Es indudable que la pasión política ha entrado por mucho en el tremendo drama; es posible que los odios de partido hayan tenido que ver en el suceso que lamentamos sinceramente, y que reprobamos con todas nuestras energías. Pero por últimas noticias recibidas y de las que apenas ha dado cuenta la prensa diaria, surge como por arte mágica la sombra de un honrado ~~ciudadano~~, de un rico banquero cruelmente sacrificado y despiadadamente destrozado en las calles de Quetzaltenango, durante la última revolución; resuenan otra vez los lamentos dolorosos de esta víctima arrebatada al hogar, substraída al bienestar, explotada primero é inmolada después por los agentes de la dictadura; y se murmura por lo bajo que el asesino de Reyna Barrios, muerto también al perpetrar su crimen, era el brazo armado de la venganza. era un empleado fiel y abnegado de la víctima de Quetzaltenango, que quiso lavar con sangre y aun con sacrificio de su propia existencia la muerte de su patrón.

No son aventuradas ni carecen de fundamento estas versiones: la pasión política puesta al servicio de resentimientos personales, puede alguna vez dar tremendas lecciones. El General Reyna Barrios, dueño de omnímodo poder, pudo por considerarlo adicto á los revolucionarios; ordenar la muerte de Aparicio, pero pronto tropezó con un hombre resuelto que no retrocedió ante el nefando crímen político, para ejercitar cruel venganza.

Jamás alcanzará nuestra aprobación un hecho que merece el anatema social y la condenación implacable en el juicio severo de la historia; siempre marcaremos con el estigma candente de justa indignación el asesinato político. No pretendemos disculpar, sino indicar la filiación del tremendo drama de Guatemala.

X. X. X.

Febrero, de 1898.

NUESTROS GRABADOS

Cuchicheos de amor

—¿Sabes, rubia? Anoche vino por estos bosques la primavera, con su conorte de silfos y de ondinas, de sátiros y de nereidas, que reian á la luz de la luna, y bailaban danzas encantadoras.

Cuando amaneció hoy, ya lo ves, en todas las ramas hay flores, en todos los troncos hay nidos y en todo el cielo hay luz Murmuran las corrientes, cantan los pajarillos, se expande el aroma en oleadas transparentes y cuanto alienta y vive, dice: amor, amor, amor!

También lo dice ¡oh rubia! tu corazón, también la sávia de la tierra ha subido hasta él y los rayos del sol han convertido en miel esa sávia.

Ya viene, ¡oh rubia! el enjambre sediento de las mariposas que se bañaron en las vestiduras de la diosa Iris y que derraman polvo de oro cuando aletean.

¿Oyes? Esas músicas delicadas vienen de los pífanos de caña de los faunos moradores de estas selvas; Apolo les acompaña con su lira y la Musa del amor canta estrofas olímpicas á la maternidad triunfante.

Helios arroja desde la mitad del cielo sus saetas, y la Madre Venus, abrumada de calor se baña en los cristales del oceano, en tanto que celebran su hermosura las sirenas y los delfines.

Ama, ¡oh rubia! ya llegó la hora del amor.

Tus ojos despiden ráfagas como esos peces de la mar que aman por las noches. En tus labios hay color de clavel y jugo de fresas, tus cabellos flotan al aire como el abanico de las palmas, ríes y suspiras sin saber por qué.

Tienes ¡oh rubia! la ansiedad febricitante del amor!

Ama! Amar es la ventura.

La dicha es el amor.

....

Eso decía en discretos cuchicheos el hijo de Venus á la rubia de nuestro grabado.

Amor triste y amor alegre

Para expresar es necesario sentir. Cuando el inspirado Jaques Gasper pintó sus preciosos cuadros „Amor triste y Amor alegre” estaba de seguro penetrado del sentimiento pagano que personalizó al amor haciendo de él un dios niño, inocente y caprichoso que á veces martiriza sin piedad y derrama á veces sobre los corazones las más intensas alegrías.

Basta fijarse en la copia que de esos cuadros publicamos hoy para comprender que están pensados y sentidos, que tienen el secreto divino del arte, que pertenecen á esos lienzos que tienen derecho á no pasar desapercibidos en el mundo.

Lo que expresan esas dos caritas infantiles y bellas, lo hemos sentido todos en el corazón, allá en lo muy íntimo, ó lo estamos sintiendo ahora, ó lo sentiremos más tarde, porque las tristezas y las alegrías de amor, son el capítulo más interesante en la historia de los corazones.

Hermosa juventud

Cuando la alegria desbordada del corazón se derrama por las miradas y las sonrisas, y es música la voz y libro de versos la imaginación, todo encanta con el encanto que lleva uno dentro de sí mismo, y que se transmite á cuanto tiene también vida y juventud.

La joven riente, blanca y bella que retrata nuestro grabado de hoy, está estrenando su traje para el baile de fantasía. Es un traje caprichoso de Arlequín, hecho de colores vivísimos despertadores de los regocijados pensamientos.

Va muy contenta con su vestido alborotador y revolucionario y piensa que ese raso y esas cintas y esos adornos, son los que la llenan de tan entusiasta alegría que parece que le va á reventar el corazón.

Pero no! La alegría no viene de fuera: le brota de lo muy íntimo y palpita en su corazón de veinte años.

Hermosa juventud!

Estamos concluyendo de preparar y repartiremos con nuestro último número de Febrero actual,

Una preciosa novela

que se les entregará encuadernada á nuestros abonados.

Viaje al país del oro

Todos conocen la preciosa fábula en que se habla de una gallina hambrienta que habiéndose encontrado un diamante de gran valor, lo despreció desesperada porque no era un grano de trigo. Pues algo por el estilo está pasando actualmente á los habitantes de Alaska, solo que pensar en ello es desgarrador por tratarse de seres humanos, que ahora gimen entre montones de oro casi sin tener un pedazo de pan que llevar á sus labios.

Con profundo terror se ha conocido en el mundo la espantosa noticia de haber naufragado el vapor *Cleveland* que había llevado á los gabusinos las provisiones que debieron servirles para su alimentación durante todo el invierno actual. Perdido este barco no puede enviarse otro, porque avanzado el invierno ya ninguna comunicación es posible con aquellas remotas regiones ni por tierra ni por mar y había que renunciar á todo recurso humano de llevar víveres que prolongaran siquiera por algunos días la vida de aquellos infelices millonarios.

Pero he aquí que cuando se desesperaba de toda tentativa de salvación, cuando las familias de los buscadores de oro les lloraban ya muertos de la muerte más horrorosa, cuando la prensa universal basándose en los últimos datos oficiales relativos á la población de Alaska y sus importaciones de sustancias alimenticias, le contaba los meses, los días y hasta las horas que aun tiene de vida, un grupo de franceses científico y audaz, concibe y pone en práctica el increible proyecto de.... la cosa mas natural y sencilla del mundo, llevar víveres á Alaska. Cómo, por mar? El mar está helado, y se necesitaría para cruzarlo y llevar provisiones suficientes, muchos centenares de trineos muchos, pero muchos centenares de pesos, y sobre todo unos centenares de días. Cuando el auxilio llegara ya sería tarde. ¿Por tierra? No hay caminos sino desertos sin fin y montañas, inaccesibles. ¿Como van, pues, los franceses? Por el único camino posible, por el aire.

Uno de los promotores de la idea ha dado sobre el particular algunos detalles que de seguro serán vistos con interes por nuestros lectores, por tratarse de la organización de una expedición que ocupará un lugar prominente entre las más audaces tentativas que el ingenio humano haya puesto nunca al servicio de la filantropía y de la generosidad. Los informes á que nos referimos, hacen concebir grandes esperanzas sobre el resultado de esta empresa, con razón tenida como una de las más extraordinarias del presente siglo.

Desde luego no se trata de un globo sino de varios globos, todo una flotilla de aeróstatas que tomará de un momento á otro el camino de las regiones auríferas. Mr. Variclé miembro de la Sociedad de Topografía de Francia es el jefe de esta expedición, y al mismo tiempo el inventor de un sistema muy práctico de dirección, sobre el cual un ilustrado colega francés da las siguientes explicaciones:

Mr. Variclé no tiene la pretensión de no haber resuelto el problema de la dirección de los globos, sino que sencillamente ha puesto en ejecución un medio que le permite desviar un globo cerca de doce grados á la izquierda ó doce grados á la derecha de la linea del viento, y seguir así una curva bastante pronunciada que le permite utilizar ciertas corrientes en su provecho. El globo que ha venido empleando hasta ahora es de forma ovoide, pero conviene observar que con ayuda de algunas modificaciones insignificantes, pueden los globos de cualquier forma ser destinados á esta aplicación especial. Gracias á una ingeniosa disposición de frenos, el aereóstata de Mr. Varicle no se separa jamás de la tierra á una altura mayor de 50 metros, y sigue absolutamente, en una linea paralela todas las sinuosidades del terreno. No abandonando por consiguiente las fuertes presiones, no sufre desperdicio alguno de gas y puede viajar casi por tiempo indefinido.

Un aparato de extremada sencillez permite además á los aereonautas detenerse á voluntad en un punto cualquiera sin ocurrir á la válbula del globo, y por consiguiente sin pérdida de gas. Añade el colega de quien tomamos estas noticias, que el sistema de que venimos hablando ha sido ya objeto de repetidas pruebas, y que el 19 de Noviembre último, dos globos de los cuales uno iba provisto del sistema Varicle, partieron juntos de la fábrica de gas de La Villette. El viento soplaba del Sur. Pues bien: en tanto que el globo normal fué arrojado hacia la *Mancha*, el que estaba provisto del sistema de derivación pudo dirijirse marcadamente hácia el Este y llegar á Vastorf cerca de Hamburgo, conforme á un intinerario que se había trazado de antemano. En toda la extensión del trayecto los viajeros habían ido arrojando tarjetas postales con la súplica de ponerlas en el Correo, y dando diversas informaciones sobre la hora de su paso, la dirección del viento etc. etc. La distancia así recorrida fué de mil kilómetros y el globo llegó veinticuatro horas después de su partida, como lo hacen constar certificados expedidos oficialmente. Así pues, bajo el punto de vista de la distancia y de la duración del viaje, este fué un verdadero acontecimiento tanto más notable, cuanto que el globo no media más de ochocientos metros cúbicos.

Precedentemente otro ensayo había sido efectuado en las mismas condiciones, entre Paris y Diepps. El viento soplaba igualmente del Sur y la desviación ésta vez, siguiendo el intinerario marcado, se operó al Oeste.

Pues lo que se hizo muy fácilmente de Paris á Dieppe y de Paris á Hamburgo, puede hacerse desde un punto cualquiera de la Costa Norte Americana para ir al centro minero de Dawson con más seguridad acaso y más precisión matemática. Esto consiste en que el régimen de los vientos es extremadamente regular en la Alaska, pues soplan invariablemente sea de Norte á Sur, sea de Sur á Norte. En estas condiciones, con una desviación que no sería ni aun de tres grados, los expedicionarios casi tienen la certidumbre de llegar al término de sus deseos. Y alcanzarán este resultado, continúa diciendo el convencido y entusiasta colega, sin desinflar sus aereóstatas, lo cual les permitirá regresar con un viento del Norte en las mismas condiciones

Tal es el curioso y [illegible] interesante proyecto formado por Mr. Varicle y por los valientes que lo van á acompañar en está expedición sin precedente. Entre estos que son cerca de doce, figuran varios industriales, un propietario, un minero, un arquitecto y un ingeniero mecánico.

Deben haber salido de París el 22 de Enero los expedicionarios para embarcarse en Liverpool y cuentan con que les bastarán seis días para ir de Liverpool á Nueva York, cerca de siete para alcanzar Vancouver por el *Canadian Pacific*, un día para ir de allí á Victoria y en Victoria pasarán una semana en equiparse y aprovisionarse. Harán en barco y en cuatro días luego la travesía hasta Juneau, punto donde concluye la linea de navegación, y en esta localidad es donde aparejarán sus aereóstatas y se entregarán al viento que en menos de 20 horas, según esperan, los depositará sin fatiga en el mismo centro minero.

Es conveniente hacer observar que para cumplir esta última parte del viaje, las caravanas mejor organizadas no empleanmenos de 60 días, en el curso de los cuales agotan sus víveres su valor y sus fuerzas. Y con todo y eso, como ya lo hemos dicho, no pueden ponerse en marcha sino en la buena estación, lo que da á los franceses una ventaja de cuatro meses para socorrer á los abandonados de Alaska. Si como es de desearse y esperarse realizan tan humanitaria empresa, habrán hecho una cosa digna de su siglo y de su país.

DAMAS MEXICANAS

Sra. Matilde de la Garza de Margain.

DE MEXICO

UN SILLON
triciclo, para enfermos

Los coches para enfermos no escasean, pero ninguno presenta tantas ventajas como el que representa nuestro grabado y que ha puesto á la venta la Kalamazoo Cicle Comp. de Paris. El fin perseguido es fabricar un sillón rodante confortable, bajo y de facil acceso que deja al enfermo el espacio libre delante de él, y que puede caminar con suficiente velocidad lo cual no había sido posible con los coches arrastrados ó empujados por un hombre á pié.

El grabado nos dispensa de dar largas explicaciones sobre las disposiciones de este sillón, pero es conveniente hacer notar que la construcción está arreglada de manera que el sillón puede ser puesto en movimiento lo mismo por un hombre que por una mujer.

El desarrollo total de la máquina no pasa de tres metros para que el motor humano no esperimente demasiada fatiga La silla puede bascular para que la tablita en que se apoyan los pies llegue hasta el suelo, lo que facilita la instalación de las personas que andan con mayor dificultad. Cuando el enfermo está convenientemente instalado, el sillón bascula de nuevo y acaba por quedar en una posición un poco inclinada para atras, en la cual se mantiene por medio de un resorte.

Cuchicheos de amor.

Amor alegre.

Amor triste.

En tierra Yankee.---Notas á todo vapor.

WASHINGTON.

Estos ferrocarriles del Alto Este son ferrocarriles de salón; dobles, triples, cuádruplos, vías lujosamente instaladas, barridas, bruñidas, acicaladas como las veredas de un jardín rico; los wagones soberbios de confort, con muebles, cortinas, cojines y asientos suntuosos, sultánicos, se deslizan casi sin trepidación ni ondulaciones por entre ciudades abigarradas que se tocan y se espían mútuamente desde lo alto de sus torres, casas de quince pisos, especies de ciudades anuncios, coronadas por letreros, rótulos y enseñas y empenachadas de inmensos plumeros pardos de humo de hulla. Hay paréntesis deliciosos; bosques que el otoño convierte en selvas de coral y oro, formados de árboles de comedia de mágia que parecen flores por cuyas venas corre sangre en vez de savia; ríos amplios y profundos que lamen isletas de vegetación en agonía y corren al mar próximo cargadas de buques de todos los tamaños, y de todos los colores.

Una hora larga despues de haber pasado á orillas de la gran mancha escarlatinosa de Baltimore, paramos en una estación chaparra, fea sin majestad, sin esa majestad que da lo enorme y que es propia de estas arquitecturas yankees: estábamos en Washington.

Primera impresión: ciudad casi sola, agradable, correcta, amplia, formada por eternas calles bordadas de árboles pálidos y susurrantes como los de los cementerios, un pavimento admirable de limpieza y de lisura; podría patinarse en el sin tropiezo durante una legua. Por entre las copas nerviosas y finas de los árboles se entreven largas séries de casas modestas en comparación de los giganteseos bloques de Nueva York, pero, al parecer, más cómodas, más sanas. De vez en cuando un severo y colosal convento de granito, un edificio público blanquecino y enorme, recuerdan al viajero que está en el país de las grandes dimensiones. ¡Oh! ¡qué ciudad tan simpática, tan triste!

Enferma, á pesar de su higiene, enferma de viruela negra. Hay en la Unión, según el censo de este año, 6.338,000 negros puros y 1.132000 mestizos (mulatos, cuarterones, etc.) y aunque en 25 años la proporción de la gente de color respecto de los blancos haya bajado de 15 á 13 mil por cada 100,000 blancos esto no quiere decir que los negros sean cada vez menos prolíficos, sino que la inmigración blanca ha superado á esa fuerza reproductiva. Sea lo que fuere, Washington es una de las capitales de la nación negra y eso la carga de sombra. El mulato de los hoteles de nueva York, es limpio elegante y simpático, con frecuencia; el negro de los hoteles de Washington es súcio y feo como un diablo de baja estofa. Pobre raza apenas desprendida de la esclavitud, apenas en estado de oruga hace un tercio de siglo, la libertad ha hecho en ella un efecto singular parecido al del alcohol; en realidad no la ha hecho libre, sino insolente.

***

Instalados en nuestro hotel, que resultó ser una casa histórica (según nos díjo luego el Sr. Romero, que es la viva historia moderna de Washington) y después de ver al sosiayo, en un extremo de la espléndida avenida de Pensilvania, la imponente masa del Capitolio, tomamos un carruaje y nos hicimos conducir á la legación de México. Es una casa de serio y elegante aspecto, de color granítico y situada relativamente cerca de la *Casa Blanca* y de los Ministerios que la rodean. Todas las legaciones hacen la corte y con mucha razón, más bien á la casa del Presidente que al Capitolio. El Sr. Romero no estaba en Washington, lo esperaban en la noche, el primer Secretario, mi buen amigo Miguel Covarrubias tampoco estaba, y solo tuvimos el gusto de ver aquella tarde al joven Secretario Plaza, hijo de aquel extraño poeta, popular en México hace algunos años, pesimista y ardiente, especie de Baudelaire inferior, apenas artista, pero intensa y amargamente sentimental. El joven Plaza se puso á nuestra disposición con exquisita cortesia, nos hizo recorrer en carruaje algunas de las principales calles, lo que es una delicia en un morir de tarde color de violeta como el de aquel día de Octubre, con un frio apenas molesto y sin viento ni tristeza y por un pavimento sin un solo desnivel. Las casas se empinaban sombrías sobre los árboles que se desnudaban hoja por hoja para recibir en plena piel el beso mortal de las nevadas próximas. La luz de los reverberos eléctricos dejaba las partes altas de esas casas y las caprichosas líneas de sus remates en una oscuridad azulosa como la del país de los ensueños; á mi me parecian una curiosa mezcla de palomares y órganos de iglesia, de abrumadoras proporciones.

Entregamos á nuestro cicerone, para que la pusiera en manos del Sr. Romero, la carta que para él me había enviado con su impecable cortesia el Sr. General Díaz, y en la que me parecia encontrar, no sin cierta flaca vanidad, algo más expresivo que las fórmulas usuales de la secretaría del Presidente y que son conocidísimas en el mundo burocrático.

Llegó la noche, nos hicimos servir en el lujoso restaurant del hotel Raleigh una cena suculenta dorada al márgen por el bullicioso topacio de una champaña seca de alta marca y de un precio que me obligaré á renunciar á ella como succedánea del *agua delgada* en la capital azteca y remolcados á todo humo por los opíparos puros que se pagaba mi casi imberbe primo, nos dirijimos al teatro: á un teatro que se llama de la *grande opera* y que me pareció inferior á cualquiera de los de Nueva York. La concurrencia vestía de cualquier modo, las señoras de los palcos estaban casi todas de sombrero como en las tardes teatrales de México y entre ellas vimos á algunas bonitas y bien puestas mujeres. Cierto es que aún no inauguraba la sociedad política y diplomática de Washington sus fastuosos inviernos.

***

Cuando ví por primera vez las deliciosas parodias en que Meilhac y Halevy pusieron en caricatura á Homero y los trágicos griegos, dorando esta píldora de arsenico, con la música endiabladamente joven y mal intencionada de Offembach, uno de los más simpáticos agentes del diablo en nuestro siglo, me creí obligado á protestar con melancólica solemnidad en nombre del arte eterno, aunque estudiante (digo, que á

DAMAS MEXICANAS

Srita. Elena Paz

DE MEXICO

Fot. de Torres.

pesar de ser estudiante me creia facultado para hablar de cosas eternas) La verdad es que aquellas operetas me divertian, ay! furiosamente, y que hacía esfuerzos imposibles para disimularlo, por pura actitud Llorábamos entonces la muerte de lo bello asesinado por la señorita Torreblanca que bailaba con unas piernas muy gordas un *cancan* muy azteca; el maestro Melesio Morales, trasportando al tono menor la música misma de las cuadrillas cancanescas, componia la marcha fúnebre de la estética; dulce y elefantina, como la estátua de Atena, la pobre Carolina Civili amenazaba á los sacrílegos con el puñal de Melpómene, Olavarría, que era en aquellos siglos un muchacho muy bonito, muy amable y muy entusiasta y candoroso (en esto último éramos gemelos) se batia con el barón, es decir con Gostkowski que era el barón por antonomasia; por que aquel defendia la causa del llanto en el arte y el barón la de la risa; y todos los *bohemios*—asi nos llamábamos de orden de Pepe Cuellar y por odio á los filisteos—seguíamos en lúgubre teoría á nuestro ilustre maestro Altamirano y exhalando unisonos lamentos de dolor literario, reproducíamos como simios, los gestos de indignación de nuestro amado corifeo En el fondo esta comedia nos divertía mucho también.

En el escenario del gran teatro de Washington, se desarrollaba una parodia enorme, aplastante y sin pisca de gracia. 1492 se intitulaba, y allí, desde el sitio de Granada hasta el descubrimiento del parque Madisson en Nueva York por el genovés consabido, vimos una sucesión de cuadros estúpidos en el fondo y sumamente divertidos en la forma, si por la forma se entienden las decoraciones. La corte de los reyes católicos (hacia de reina Isabel un yancazo de veinte codos de altura, voz de escocés borracho y copioso bigote) era una especie de corte de los milagros: la reina aplanchaba los pantalones de D. Fernando, las princesas flirteaban con los militares, y Colón jugaba á la pelota con su mundo por descubrir; impagable resultaba el espectáculo á fuerza de ser idiota. Pero espléndidos trajes; ¡que serpenteamiento de oro y luz en los telones, que surtidores de agua tan bien iluminados, que mágicas vistas de la Alhambra! Luego Colón emprende el viaje: la escena representa el mar inmenso; perdidas en el, como un triángulo volador de procelarias en la noche, las carabelas históricas; luego una lenta y pura aurora americana...... Realmente la ilusión era poderosa; caía el telón sobre el alma trémula de admiración y vibrante de recuerdo... ¡Oh! si el recuerdo de lo que no se ha visto, pero que ha sido, es el más conmovedor de los recuerdos!.........

Después seguían escenas neo-yorquinas, en pleno mundo rateril; los timos ingeniosos de los pick-pocket formaban la substancia de todo aquello. Y se conocía que el público gozaba mucho; las mandibulas de aquellas buenas gentes estaban animadas de un perpetuo y silencioso movimiento trepidatorio. Lo que más me gustó fué la parte negra de aquella monserga teatral; los bailes interminables de los negros, sus canciones monótonas acababan por hipnotizar y luego por producir una dulce y sorda voluptuosidad que paralizaba el espiritu y hacia cosquillas como con una pluma suavisima, en todas las puntas y nudos del sistema nervioso..... Y en aquel sopor lánguido dominaba la voz opaca y ardiente y la ondulación de las formas de una mujer (una inglesa de carne opulenta y que debia de tener el microbio negro en la sangre) que cantaba con un ritmo siempre igual una canción erótica en que había arrullos de paloma y rugidos aterciopelados de pantera en noche de luna Temo que la Academia se escandalice con estos adjetivos y me escomulgue. ¡oh! si, lo temo!

* * *

En esta estación del año, aun no están plenamente preparados los hoteles para el servicio de invierno y suele hacer bastante frio en las mañanas, á pesar de las espesas mantas. Aconsejo en este caso hacer lo que yo hice en Washington; prepararse un baño semi-caliente y sumergirse en el hasta la venida del sol; tomar entonces un buen almuerzo é ir á pie por aquellas amplias avenidas, contemplando los medianamente ricos aparadores que dan á Washington el aspecto de una ciudad de provincia, comparándola con Nueva York ó Filadelfia, hasta la Legación de México. Esta última parte del consejo puede suprimirse naturalmente; yo no hubiera por ningún motivo prescindido de esta excursión; D. Matías Romero es el hombre que oculta mayor dosis de amabilidad bajo su cetrina y velluda corteza de cuáquero melancólico. Muy bueno, excelente hombre; por desgracia trabaja tanto con la cabeza como con los pies, es decir, indefinidamente. Había llegado de Filadelfia hacía algunas horas, después ó antes de tomar su ducha había jugado á la pelota, el solo, en una sala *ad hoc*; luego había firmado y revisado cien documentos, la mayor parte redactados por él, los más largos, porque el Sr. Romero plumea indefinidamente tambien; es el hombre más liberal de la tierra, porque no tiene la noción del límite: todos sus informes son opúsculos, todos sus opúsculos son libros, todas sus memorias son bibliotecas. Es un Tostado; nadie lo lee sin fatiga, nadie lo lee sin provecho. Nos abrazamos, y, sin sentarnos, sin reirnos, (yo descanso de una caminata de una legua con una risada de seis minutos) tomamos el camino de la Tesorería al paso menudo y rapido del Sr. D. Matias

Grandioso pórtico, de dórico severo; columnas, arquitraves, escalinata, formados de enormes bloques de piedra blanquizca, monolíticos. Entramos, saludamos á los jefes principales de la oficina, que todos tratan á Mr. Romero con afecto respetuoso, como á persona de la casa, y provistos de uno de estos amables funcionarios bajamos por un descensor á los sótanos, iluminados perfectamente *a giorno* por focos de luz incandescente dia y noche. Allí en departamentos de acero, admirablemente distribuidos y cerrados por alambrados que no es posible atacar ni abrir, sin poner en movimiento una série de juegos de campanas eléctricas, yacen centenares de millones de valores: garantías de bancos, billetes del tesoro, barras de oro y plata, etc. Tanto es lo allí aglomerado que ni codicia despierta, está por encima de cualquier ensueño de poeta ambicioso de riquezas, aun cuando tenga la imaginación y el apetito á altisima presión, aun cuando crea posible caer al mar envuelto en un saco de muerte y emerger de allí convertido en Montecristo.... Esta indiferencia sublime ante aquella serranía de dinero me dió buena idea de mi mismo

Y esta buena idea subió de punto en el momento en que uno de los jefes de aquellas opulentisimas oficinas puso en mis manos un paquete de billetes (dos o trescientos mil pesos) y me invitó á destruirlos por un solo golpe de palanca en una finísima prensa de acero; lo que hice concienzudamente. Pocos hombres han de haber aniquilado tamaña fortuna, con tanta rapidez y tan poca emoción como yo.—Lo admirable en estas gigantescas bombas de aspirar y arrojar dinero en todo el sistema circulatorio de la Federación, es lo bien que en ellas se ha distribuido el trabajo. Hay una seccion destinada al sello de billetes desempeñado por mujeres que es una maravilla de orden y destreza. Pero el más curioso de todos es el departamento en que se cambian billetes viejos ó estropeados por nuevos; todo aquel que quiere cambiar sus billetes por nuevos, los envia al Tesoro, que sin gasto alguno para el remitente hace el cambio. "La Federación desea, que su papel sea siempre limpio y entero" nos decia el Tesorero. La sagacidad desplegada por las señoras encargadas de revisar los billetes enviados, no solo para averiguar si son ó no falsos, sino para restaurarlos, porque muchas veces vienen en fragmentos minúsculos ó quemados y, para leer en ellos su valor real, es igual, algunas veces, á la que puede desplegar un paleontologista para restaurar el esqueleto de un paquidermo antidiluviano con solo el examen de un molar ó de un fragmento de tibia fósiles.

* * *

En los otros ángulos del bonito parque que ciñe la Casa de los Presidentes, blanquisima realmente, la famosa *Casa blanca*, se elevan los ministerios de Estado (relaciones) y de guerra, los visitamos de prisa, jadeando en pos de nuestro infatigable D. Matías. Nada de particular tienen ó nada de particular vimos en ellos; el despacho del Ministro de la guerra, con unos retratos de Washington y del general Grant entre banderitas nos pareció *cursi;* la biblioteca del ministerio de Estado, está admirablemente instalada; allí se muestran autógrafos, piadosamente conservados, de los fundadores de la Unión y, entre otras curiosidades, un colmillo de elefante regalado en prenda de paz al Presidente Cleveland, por un jefe africano En la casa del Presidente recorrimos las elegantes, aunque no lujosas galerías laterales, y, si nuestra permanencia en Washington se hubiese prolongado, habríamos tenido el gusto de ver á Mr. Cleveland, que en aquellos momentos había salido de la ciudad; yo que me había propuesto no hacer este viaje para observar, sino para recibir sensaciones, sentí no haber visto á la bella y distinguidísima Sra. Cleveland.

* * *

La Sra de Romero nos recibió á su mesa en la noche. La esposa del ministro ha pasado en los últimos años por graves enfermedades y, por eso, no es ya aquella deliciosa joven fresca y alegre como una flor de primavera, que fué encanto de la sociedad mexicana en los años que siguieron inmediatamente á la restauración de la República; pero bella aun y elegante y distinguida como pocas, la Señora de Romero, en un castellano un tanto breve y condensado, si muy correcto, hace con tan exquisita amabilidad los honores de la casa de México en Wáshington, que allí las horas pasan rápidas y en la despedida tiembla siempre una nota sorda de emoción y de tristeza.

Tuvimos el gusto de ver en la tertulia de nuestro ministro al Sr Foster, antiguo plenipotenciario de los Estados Unidos en México y en España, legista y político eminente, que descansaba en Washington de su viaje á China y al Japón, en donde asesoró á Li-Hung-Chang, en los tratados de paz celebrados entre las dos potencias; labor considerable que acababa de ser remunerada con 250 ó 300 mil pesos. El Señor y la señora de Foster recuerdan mucho á México y si no fuera porque tienen deseos de descansar un poco después de haber dado tres veces la vuelta al mundo, irían á pasar un invierno á nuestro país

Salimos encantados de la legación cuando mediaba la noche y departimos por aquellas magnificas calles de Washington con algunos paisanos nuestros y dos ó tres caballeros americanos; la noche estaba tibia y serena y yo agobiado de recuerdos de mi padre que, hacia cincuenta años había hecho iguales paseos, que describe en su viaje, por esta misma avenida de Pensilvania.

JUSTO SIERRA.

Dichosa juventud.

Cuentos de mi vida

HIJOS DE COMICA

(A CARLOS DIAZ DUFOO.)

NOCHE de Reyes. En el teatro, distrayendo el fastidio, mirábamos tú y yo, á tres chiquitines que pugnaban, en la primera fila de una platea, por cometer el trágico crimen de Macbeth, por matar al sueño. Se conocía que estaban habituados á esta lucha terrible. El sueño, un negro gigantesco, un Billy Clark fanfarrón y engreido de su fuerza, no reparaba en que los niños eran más débiles que una pompa de jabón; les pegaba papirotazos, con una crueldad inicua...... y, ¡claro!, ellos vacilaban sin querer darse por vencidos, en un combate heróico de lo más cómico que puede imaginarse. Estaban bien vestidos, ostentosamente adornados, con plumas, perifollos y cintajos de matices fuertes: los dos muchachos, no más altos que Pulgarcillo, recordaban mucho, por la cabellera suelta á los lados y recortada sobre la frente, á los famosos *hijos de Eduardo* de Paul Delaroche, y ella, la más grande, un minúsculo figurín de la moda, abrumaba con un gran sombrero Luis trece, de pluma esponjosa y blanca, su cabecita de cromo, que emergía de una corola de raso azul. Era el suyo un atavio algo extraño, como de guardarropía, llamativo y deslumbrador. de elegancia teatral y artificiosa, propio para escandalizar, atraer las miradas y provocar cuchicheos y admiraciones.

—¿Quiénes son aquellos niños? te pregunté contagiado por la curiosidad del público que encontraba una impresión nueva engarzada en el aburrimiento de «La Marcha de Cádiz.»

Y tú me respondiste haciendo ese gesto de ironía, incisivo y picante, que es como la mascara alegre con que se disfrazan tus amarguras:

—¡Pobrecillos! Son hijos de cómica....

Ah! hijos de cómica! Ahora me explicaba el cuadro: en el fondo, la vieja de tápalo raido y cara enjuta y diabólica, como la de una bruja de Goya; sobre un asiento, una montaña de abrigos de mujer con un cráter de sombreros que vomitaba plumas y flores de trapo, y junto á la barandilla, en incómodas posturas felinas, aquellos tres muchachos que parecían una ilustración de almanaque de pared. Las madres debian de estar entre bastidores, vestidas de aldeanas aragonesas, y esperando la hora de desfilar por el tablado al compás de la "marcha de los naipes."

Y nos pusimos tú y yo á *hacer* humorismo triste y deshilachado con aquel tema del momento. Se equivocan los buenos burgueses que creen á pié juntillas, que la maternidad de una hembra de teatro es una maternidad común y corriente. Desde luego, es el resultado de una historia de amor, muy vulgar, pero muy dolorosa, que deja hiel y disgusto en la vida de una de estas jovenes histéricas que, tras angustias y necesidades, toman el teatro como refugio de sus miserias y exposición de sus encantos y sus gracias. En general, cada mujercita lanzada así, á la buena de Dios, en el cuerpo de coros, entre seculares suripantas y apolillados comparsas, trae su cuento de Boccacio ó su historieta de Paul de Kock, tramada con encantadora habilidad, por la suerte. Casi todas estas buenas mozas habituadas á una existencia trashumante, han perdido la noción del hogar, y se han encariñado con su condena á trabajos forzados de alegría. Adquieren —¿no lo has visto? una especie de indiferencia cínica que, con el tiempo, se convierte en algunas, por obra y gracia de la costumbre, en aptitud artística, para los movimientos voluptuosos y las coplas picarescas

Son madres, sí que lo son; y hasta se sacrifican en ocasiones, por sus criaturas, con un heroismo más vistoso que real, es cierto, pero que no por eso deja de ser conmovedor. Acarician y miman—¡vaya si nó!—á sus pequeñines, y aseguran que por ellos están en el teatro y estarán en presidio si es forzoso, para que sus ángeles no sufran. Y.... tal parece que estos parlamentos, más aprendidos que sentidos, son la recitación de una tirada de ternuras en la que, por intérvalos, se oye la voz del apuntador. Hay exageraciones de mimica, frases declamatorias extraídas del *repertorio grande*, y acomodadas á la situación.... todo un arsenal de recursos dramáticos El natural sentimiento del amor aparece en ellas disfrazado de opereta para llamar la atención, meter ruido y embaucar á cándidos y sensibleros. Aman á sus hijos, á su manera, á tontas y á locas. ¿Y qué culpa tienen? Se les ha pegado el artificio, y en fuerza de vivir entre telones y bambalinas, adquieren una enfermiza y extraña precipitación para ejecutar todo acto de la vida, como si oyesen de continuo y en cualquier parte la llamada insolente del traspunte.

Yo sé muchas cosas de éstas porque en mis truhanerios y vagabundeos, no ha faltado su episodio *lessagiano* de cómicos y busconas.

El caserón aquel que habité hace siete años y que tú conociste era una *hampa*. ¿Lo recuerdas? Tenia sus vericuetos, sus escondites, sus escaleras secretas, sus pasillos que semejaban encrucijadas, sus corredores que en pleno dia, daban la impresión de catacumbas, y después de todo, su patio de claustro en ruinas, con arcadas severas, columnas de fustes ensalitrados y morroñosos, cornisas de parásitas y una fuente seca en el centro, junto á la cual un árbol, de tronco arrugado, abria su gran copa de un verde tan fresco y jugoso, que parecia imposible que en tierra tan árida pudieran hacer tal maravilla las raices. Pero así como Theo dice que los árboles impiden ver el bosque, yo te aseguro que los habitantes no dejaban mirar la casa: era un hormiguero de gente del pueblo abajo, y arriba una nidada de estudiantes, de cómicos, de músicos de la murga, de militares y de oficinistas de última clase. ¡Cómo diablos fueron á dar allí los cantantes menores de la Compañía Sieni?

Ya se ve; los alquileres eran baratos, y el ahorro es una inflexible línea de conducta para esas pobres medianías que se atreven á atravesar el Oceano. Año por año, en la temporada de ópera, eran huéspedes segurísimos segundos tenores, segundos baritonos, comprimarias, cuerpo de coro y bailarinas. Tomaban los cuartos más feos, las habitaciones más obscuras y húmedas, las que nadie quería por más que fuese inconcebible lo infimo de la renta. Los viejos vecinos al oír los gritos, de un italiano crudo y áspero, que indicaba á leguas lo bajo y grosero de su origen, solían exclamar, sonriendo, como quien se propone asistir á un regocijado espectáculo:

—Vamos! ya se ocupó la *pajarera*.

Yo era un pájaro intruso de esa jaula, un pájaro que no cantaba, por supuesto; pero que iba de aquí para allá, parloteando medias voces de la *divina lengua*, barajadas y revueltas con los más exquisitos disparates. Las bailarinas y muchachas del coro, gustaban de reirse de mi, á carcajada abierta, cuando me ponía á charlar, con una desvergüenza inaudita en el *volapük* que habia compuesto para mi uso particular. A esta desfachatez que muy claro mostraba mi desparpajo y mi falta de escrúpulos, debí, probablemente, la confianza que, á poco andar, adquiría, entre la *bande joyeuse* del *Signor Sieni*. Ellas, avaras, calculadoras y vulgares, conteniendo, sin lograrlo á veces, los ímpetus pasionales de la raza, que las obligaban á encapricharse hasta la locura, por unos cuantos dias, con el amor efímero, despojado de alas y de carcaj, que se entretenia en cambiar no cerezas como el de la fábula sino monedas, por besos y caricias.

Ellos, egoistas, coléricos y brutales con sus compañeros de oficio, cínicos y encanallados; todos, *ellos* y *ellas*, de apariencia amable, decidores, risueños, complacientes, cómicamente afectuosos; algunos, buenas cabezas de estudio, de fisonomía nerviosa y movible, y de ojos expresivos, veneros de claridades interiores cual si á cada momento las pupilas, heridas por la luz, chispeasen, como el hierro en el yunque.

Entre una de estas familias nómades de la bohemia lírica, ocurrió la aventura. Anda; haz un esfuerzo de memoria ¿Estamos en Enero? Pues hace siete años precisamente. Eras mi jefe en *El Siglo*. ¡Qué tiempos! ¡Qué sueños! ¡Qué derroche de juventud y de alegria! Muy de mañanita, frente á la gran ventana, llena de cielo, tú, en un extremo de la colosal mesa de tapete verde y polvoso, yo, en el otro, tú escribiendo editoriales y yo crónicas, entre aquel endiablado ruido de martillos y cobres de la herrería vecina, cambiábamos intimidades y secretos. A período terminado sobre la cuartilla, confidencia rehecha en el palique. Y el hilo de oro de la charla enredándose, como en inquietos devanadores, en el artículo político y el *entrefilet* de crítica. Busca, busca entre tus recuerdos. ¿Por qué locura me has regañado más, joven abate? ¿Qué he hecho yo de menos cuerdo á tu parecer, severo analizador de conciencias? ¿Busca, busca alguna de mis insensateces. ¿No das con la más grande? Bueno, pues te ayudaré. Acuérdate del *italianito*. ¡Ajá! Te sonriés: ya sabia yo que esa iba á ser tu respuesta.

Déjame refrescar este suceso, me hace bien contártelo, estoy mirando que has olvidado los pormenores, y además, experimento, cuando vuelvo á él, una sensación de consuelo semejante á la que me produce ver mis premios de escuela, releer mis primeros versos, y abrir el estuche en que conservo el retrato de mi madre.

En el elenco, Emma venía anunciada bajo este título, en letras carmesíes: *otra mezzo soprano*, y Antonio: *segundo tenor*.

Emma, alta, elegante, airosa; cabellos rizados y castaños; semblante de palidez de marfil, boca desdeñosa, ojos claros y mansos en perpetua mirada de ternura. Antonio, hombre hecho, erguido, flaco, de larga levita romántica, testa nazarena, de cabellera lacia, en alboroto bajo el sombrero napolitano; cara morena de perfil numismático.

Desde que llegaron á la casa, los ví entrar y salir juntos. Casi nunca se separaban. De vuelta del ensayo, al medio día, ó al salir por las noches, antes de las ocho, para la función, pasaban junto á la puerta de mi cuarto. Iban juntos, prendidos del brazo y de la mirada olvidados, al parecer, de todo, con una lentitud de *duo* final que, la primera vez mientras se alejaba la pareja por el angosto pasadizo, me hizo exclamar con burla: "Vamos: qué parodia de *Otello*......... *Vien! Vènere esplende!*.........Telón lento "

Ellos eran los únicos que pasaban así, silenciosos y enamorados, entre la batahola y algaraca de vecinos y compañeros. Deveras que llamaba la atención su gravedad en el bullicio de la *pajarera*. A las tres de la tarde, por las flojas baldosas del corredor, sonaba un redoble de tacones, con acompañamiento de risas agudas y picadas, de taraceos extravagantes, de gritos y exclamaciones, y, á poco, por las vidrieras de mi tugurio, cruzaba una procesión de siluetas chinescas, un rápido desfile de figuras en negro, como esas que los prestidigitadores fingen, con la sombra de las manos, sobre un lienzo iluminado. Me levantaba de mi mesa de trabajo, cerraba el libro, y me iba á saludar á mis amigos. ¡Oh, la algazara de la jaula, los preparativos de la comida, los cuentos y los chismes de bastidores!

Y allí supe la historia. Emma y Antonio estaban en la luna de miel de un amor delincuente que había comenzado en Italia y que, aprovechando la oportunidad de una contrata, venían á ocultarse en América. Eran de Nápoles Antonio, casado, con hijos, se enamoró de Emma, su prima. La joven de la clase media, vivía modestamente con su madre; tenía dos hermanos, oficiales de la marina italiana, casi siempre ausentes, en el mar. Era una niña: diez y siete años. Antonio la vió crecer, desarrollarse, hacerse bella, fuerte, tal como estaba ahora; y el amor de Antonio crecía á par de Emma; era un amor en la plenitud, insaciable, ardoroso, que acabó por hacerle olvidar todo deber, toda preocupación, toda consideración, y dejar á su esposa, y á sus hijos, y á su patria, para vivir con esta muchacha que lo había enloquecido. Y como dentro de cada napolitano hay un cantante, ellos se engancharon á la Compañía de ópera, no para lucrar ni para adquirir fama y gloria como los otros, sino para poder amarse lejos, libres y olvidados, en medio de las agitaciones del teatro, tal como si estuviesen en una isla desierta.

Emma estaba radiante de felicidad; muy bien lo había visto toda la *troupe*, durante la travesía, en aquellas noches azules en que, sobre cubierta, sorprendieron á la *otra mezzo soprano* en pie, con los brazos alrededor del cuello de su amante, suspendida de él, en un beso interminable, cuyo rumor apagaba el canto melancólico de las olas

El relato, entre burlón y dramático, salpicado de malicias y de ironías, me interesó. Coristas y bailarinas se arrebataban la palabra delante mí, en actitudes cómicas y con movimientos de araña, contándome á su modo, lo que cada cual pensaba de los misteriosos enamorados.

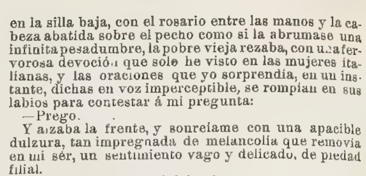
Y una noche, en el segundo entreacto del *Fausto* me dirigí al foro del Nacional y me hice presentar á la pareja—Emma, un delicioso Siebel, adolescente y cándido, y Antonio, uno de los encorvados y barbudos viejos de la *Kermesse*.—Les hablé—¡qué sé yo!—mil y tres banalidades, me ofrecí como vecino suyo, y, al terminar la ópera, vinimos juntos á casa. Al principio, los ví recelosos, desconfiados, con una contrariedad que les salía por los poros y que yo procuraba calmar con la franqueza de mi carácter: pero después, mis saludos graves, mis pláticas de cinco minutos, y mis galanterías y mis ceremonías, se fueron tornando, como era natural por el trato diario, en una tranquila y respetuosa confianza.

Domé á las fieras. La tarde en que Antonio llamó á mi puerta, y con voz insinuante y suave me convidó á comer, tuve un mal disimulado acceso de alegría Fuí con él: y allí acabé de conocer el secreto: No vivían solos, los acompañaba la madre de Emma que no salía jamás de su rincón.

De vecinos pasamos á amigos y de amigos á camaradas.

En la habitación, pobre, un poco sucia, como la de todos estos *artisti minori*, de paredes desnudas, camas de campaña desarregladas sillas viejas y corrientes, y una mesa de palo, cargada de restos de viandas, papeles de música y botellas vacías, me pasé las horas más deliciosas de mi juventud.

No por ellos.... ¡quiá! ellos se iban al ensayo, ó de paseo, ó á cualquier parte, prendidos del brazo y de la mirada, y yo me quedaba con la *mama*, una viejecita toda blanca, de fisonomía purísima, unciosa y demacrada, nariz gruesa, boca de labios delgados, dolorosamente risueños, y ojos grandes, tristes, de un verde pálido, como dos gotas de agua del Adriático iluminadas por la luna Por no sé qué asociación de sueños místicos, la *mama* me recordaba á León XIII; algo había en aquel conjunto del anciano pío doso y santo que años más tarde hizo atravesar Bourget, como una inmaculada epifanía, por uno de sus libros más dolientes. Llegué á ser inseparable compañero de aquella viejecita, toda blanca. Olvidado de las conquistas fáciles y de las compañías bulliciosas, me enamoré de aquel rincón de hogar, el único de la *pajarera* adonde no llegaba el hálito perturbador é impuro del deseo.



Día por día, entreabrí la puerta, preguntando:

—*¿Qui fa la mama?*

—*Prego*....

En efecto, en la penumbra, junto al muro, sentada en la silla baja, con el rosario entre las manos y la cabeza abatida sobre el pecho como si la abrumase una infinita pesadumbre, la pobre vieja rezaba, con una fervorosa devoción que solo he visto en las mujeres italianas, y las oraciones que yo sorprendía, en un instante, dichas en voz imperceptible, se rompían en sus labios para contestar á mi pregunta:

—Prego.

Y alzaba la frente, y sonreíame con una apacible dulzura, tan impregnada de melancolía que removía en mi sér, un sentimiento vago y delicado, de piedad filial.

La confidencia principiaba siempre, serena y suave, por el recuerdo de la patria. Yo procuraba consolar aquella desolación, obligando al pensamiento á acariciar cosas amadas y lejanas: el Golfo azul y centelleante, el Posilipo paradisiaco, las rojas iluminaciones del Vesubio, las calles y los templos de Nápoles; narraciones ingénuas, nimiedades sencillas pormenores insignificantes llenos de interés. toda esa filigrana de detalles que en *pauca meæ* guardan las almas buenas que han amado y sufrido mucho.

Y la voz de la *mama*, pausada, con vibraciones de cristal, tranquila y dulce como un cántico, entretegida con suspiros, pronunciando palabras toscanas, aladas y sedeñas como las palomas, era una mágica evocación de mis sueños ¡Oh, qué delicia aquella; semejante á la del monje que oyó contar al ruiseñor siglos y siglos!

Mas cuando, de improviso, al tocar un recuerdo doloroso, la memoria retrocedía espantada ¡qué veladas amarguras, qué reticencias pudorosas, qué ocultamientos y escondites para no dejarme ver las secretas heridas del corazón!

Luego, la plática descendía á lo presente, á sus hijos, á los jóvenes y arrogantes marinos, cuyas cartas me enseñaba la anciana para que las leyéramos juntos, yo deletreando y ella, con los ojos muy brillantes, muy fijos sobre el papel, como si mirase, en una soberana alucinación el buque en alta mar, desde donde dos oficiales, agitasen sus pañuelos, á la sombra de la *mama* entrevista en la diafanidad del horizonte.

De Emma hablaba poco, pero con lástima, misericordiosamente, en un tono de reproche, casi de disgusto, que dejaba asomar á los labios el acíbar de un desencanto. Emma era caprichosa, amaba el Arte, y con su primo Antonio, había cometido la locura de hacerse cantante.

—.... Pero pronto alcanzará la gloria *mama*, está muy joven

Y con un mohín de incredulidad y de escepticismo, la vieja me contestaba:

—Bah....! la gloria....

Hasta que al fin una noche en que se prolongó por muchas horas mi visita, y la conversación se hizo más cordial, más intima, como si fuese un dialogo de latidos, de corazón á corazón, la *mama* excitada, nerviosa, estremecida por los sollozos, ahogada en lágrimas, con los brazos torcidos y las manos crispadas, en un arranque de angustiosa desesperación, no pudiendo ya contenerse, me confesó todo, la seducción de Antonio, la caida de Emma, su fuga, porque esta era una fuga un pretexto para huir y ocultar la vergüenza y el delito de una pasión sensual. Era cierto; allí quedaban, en Nápoles, la esposa entregada á su despecho, los niños abandonados, el hogar vacío, y en el duro servicio de la escuadra italiana, los dos honrados muchachos, que creían en la vocación artística de la *sorella* y esperaban que volvería triunfante y celebrada. Ella había seguido á los amantes obligada por el amor y la necesidad, incapaz para resistir la ausencia de su hija, prefiriendo verla así, encadenada á la deshonra, á no verla, temerosa de perder para siempre á esta mala

niña, sumisa al pesar, afligidísima, inconsolable. Y con un acento más triste. más conmovedor, más doloroso, me repetía, como si no estuviese segura de que yo estaba comprendiendo su desgracia:

–Va á ser madre, amigo mio, muy pronto va á ser madre.

———

Ya había yo oído el rumor en la *pajarera*. Se contaba á *sotto voce*, en el coro malevolente, la noticia. La joven napolitana no podía ocultarlo. En el teatro mismo se le notaba. Y fué preciso retirarla del trabajo.

En quince dias no salió más. Escondida en el rincón de su lecho, esperaba la vuelta de Antonio, con una ansiedad apasionada, que irritaba á la *mama*. Debía Emma de sufrir mucho con los reproches, porque, cada vez que entraba yo á verla la sorprendía llorosa, y hasta me pareció que mi visita interrumpia siempre una escena de borrasca.

La noche del alumbramiento, poco antes de las doce, Antonio llamó á mi cuarto; me despertó á gritos, llorando como un chicuelo; Emma está mala, muy mala, se nos muere.

Y corrimos por la profesora, y por el médico y por las medicinas, desalados, contando los minutos, creyendo que una tardanza podría acarrear la muerte, con el pánico de una próxima catástrofe

No, no; al amanecer, la otra *mezzo soprano*, dió á luz un niño; y como yo esperaba recargado en el barandal del corredor, el resultado, verdaderamente inquieto y molesto por los desesperados quejidos de la enferma, Antonio, para darme la nueva, salió á verme, menos intranquilo, pero mucho más abatido.

Sombrio, con los brazos cruzados sobre el pecho, monologueando con sus reflexiones, exclamaba alzando los ojos al cielo que comenzaba á teñirse de un pálido rosa, en un rapto de superstición italiana, y con el fervor de quien tiene costumbre de recurrir á la religión en los supremos trances:

—¡Ah! *Madonna mia.*

Lo obligué á que me comunicara sus cuitas. En ese momento estaba como arrepentido, y su deseo era volver á Italia, volver; era forzoso que Emma y él volviesen á Nápoles, cada quien á su hogar, á su familia, á su deber; hacia tiempo que acariciaba la idea y que buscaba medios de realizarla. Llegar, sin que nadie se apercibiese de su falta, llegar a convencer á su esposa y á besar á sus hijos, y obligar á Emma á que hiciese lo mismo con sus hermanos; un engaño benéfico, una separación necesaria una reparación justa. Atar los rotos estambres de la vida, con cuidado, con sumo cuidado, de manera que ninguno notase el sitio en que los cortó, locamente, una ciega pasión. Y ahora ¿cómo lograr eso? ya estaba ahí el niño, el obstáculo, el que impedía todo plan, el que echaba por tierra todo proyecto, el que hacía imposible toda ocultación. En el fondo de estas lamentaciones adiviné una perversidad no muy clara porque se envolvía en sutiles velos bondadosos, pero, aunque imprecisa, bastante sensible á la observación. Aquel hombre era un egoista y un tímido. Le faltaban resolución y generosidad: quería ser amante, más tal vez por sensualismo que por sentimiento, pero le horrorizaba la carga de la paternidad en tales condiciones.

Y en un instintivo golpe de piedad, sin darme cuenta de ello, entre indignado y enternecido, le propuse:

Déjeme usted al niño.

Antonio me vió intensamente, con mirada interrogativa, sorprendido por la solución que yo daba á su problema y al cabo de un instante me respondió con desaliento:

—Es usted muy joven.

Y qué? Tanto mejor, Antonio, para el caso. Sin obligaciones, sin compromisos.—Me puse á hablarle desalentado y febril. ¿Le convencí ó se dejó convencer? ¿Fué una red la que me tendió ese miserable? No me importa. Obré, por un impulso, viejo en mí, de compasión hácia los débiles, exacerbada por el recuerdo de mi niñez un poco triste

Convenimos en que yo sería el depositario; un pacto honrado: recojería al recién nacido, lo tendría conmigo, y más tarde, cuando ellos lo creyeran conveniente, se los devolvería sin más requisitos.

Fuí á tenderme en mi cama, sin dormir, alarmado por mi audacia y un tanto disgustado de la existencia. No conocía aún al chico y era ya mio, me lo pasaban como un fardo ¿Sería posible? ¿Aceptaría la madre esta iniquidad?

Sí; me lo dieron; llegué por él, lo extraje del regazo materno, mirando la cara de Dolorosa de Emma, interesante de palidez y resignación, con las pupilas lucientes á traves de las lágrimas, y los labios exangües y temblorosos. Un ímpetu de resistencia, un grito ahogado, la voz imperativa de Antonio ordenando la maniobra, la *mama* en un ángulo de la pieza, vuelto el rostro á la pared, en un mudo y colérico reconcentramiento, y yo llevándome el *obstáculo* aquel pobrecillo que no tenia fuerza ni para llorar, y que, á semejanza de los hongos, nació, no de entrañas humanas, sino de la tierra y abandonado.

Tú sabes lo que sucedió, ¿no te lo dije? Le compré cuna, le busqué nodriza, me hice un maternal, un metódico, un bueno. El niño, mi perro,—el mastín que me regalaste—y yo, formamos la familia mas dichosa del mundo. La *pajarera* me tuvo envidia. Las bailarinas se acercaban á mi habitación cuchicheando, y se alejaban conteniendo la risa; tú me reprendías mis extravagancias, el Universo se me venía encima, pero yo me sentía feliz, te lo juro, con mi calaverada.

Visité á los amantes, pero ellos no me visitaron; los primeros días, al verme, me asaltaban á preguntas; en seguida fueron serenándose, y cuando la enferma pudo levantarse y me rogó que la llevara á contemplar á su hijo, la *mama* la retuvo con violencia, y Antonio—¡no!—le dijo con un agrio gesto.

Emma, con una pasividad desconsoladora ya no hizo resistencia; tentado me ví á devolverle á la criatura, se lo indiqué; pero la mujer, tras un rato de reflexión exclamó:

—Se lo dejo á usted, cuídelo mucho; es muy hermoso, no podemos llevárnosle, quién sabe si más tarde. ..

Y en los momentos de preparar el viaje para la Habana, arreglando las maletas, rotulando los baules, en el trajín escandaloso de la Compañía en marcha, se despidieron de mí, entre el alboroto de los compañeros alegres, y me hicieron mil encargos, y me abrazaron efusivamente, y me llamaron su salvador, y santificaron mi conducta, y me bendijeron.

—Regresarían á vernos, muy en breve; ya no podrían vivir sin nosotros. ¿Entrar á ver al niño? ¿Para qué esa tortura? Lo llevaban en el corazón. Emma dirigiendo la vista hacia mi cuarto y enclavijadas las manos murmuraba:—*Angelo mio*

Los dejé al pie de la escalera; subí, y al levantar las cortinas de la cuna, noté que el abandonado, no dormia: miraba con la vaguedad conmovedora de los recien nacidos. Su cabecita de nácar, cubierta de una ligera peluza de oro, se destacaba en la blancura de la almohada.

Y forjándome la ilusión de que me entendía, me incliné para decirle:

—Ahora sí; ya estamos solos en la *pajarera* amiguito. ¿No es verdad que prefieres esta alcoba á la Casa de Expósitos?

——

—¿Y tu *italianito*? –solías preguntarme en la redacción, muy de mañana, mientras tú forjabas editoriales y yo afiligranaba crónicas?

Oh! famoso; rollizo, gordo, sano; en camino de ser un grande hombre.

Al cumplir el muchacho cuatro meses, consideré que mi propiedad estaba asegurada. Y no; las cartas mentían; las cartas en que Emma y Antonio me hicieron el regalo, eran unas embusteras; las cartas aquellas con recortes de periódico y reseñas de triunfos artísticos, y halagos y promesas y al final tres *patas de mosca* de la *mama* me engañaron

Un día se presentó Antonio en el *Siglo*—¿Cómo? Ya de vuelta?

—Sí; nos vamos luego; hemos formado una Compañía lírica para recorrer la República....

–¿Luego no volverán ustedes á Italia?

–Por ahora, no....

Y fué insinuándoseme, envolviéndome en su maquiavelismo. ¡Ah hipócrita! Venía por el niño ..¿y que había de hacer? Se lo entregué Mi contrariedad se asemejó á un sufrimiento. Me acostumbré, en esa época, á poseer algo, á cuidar algo, á contestarte cuando me hablabas de tus hijos—¡qué tontería!—con la confidencia de mi *italianito.*

Al saber la verdad –no falta nunca quien se apresure á darnos las malas noticias—me enfurecí; me habían quitado al inocente, por lucro: se lo entregaron á un rico, extravagante como yo, por no sé qué cantidad para formar la Compañía lírica. Se hacían empresarios á costa de una infamia. Pero, señor, ¿estos eran padres ó comprachicos?

Pasó la onda de ira, y ya en calma el espíritu, pensé: hicieron bien; se conoce que, aunque poco, se preocupan por el abandonado; lo llevan á donde tiene más bienestar y más porvenir. Han exprimido sus almas y ha brotado una última gota de amor. Buscándole el sendero para la felicidad, á falta de calor de cariño suyo, le dan lujo ageno. Menos mal

A mis oidos llegó el eco de la fiesta; el bautizo del muchacho. Las hadas de los cuentos lo llenaron de dones. Se deshicieron perlas en las copas de vino. ¿Quienes se presentaron por sus padres? Lo ignoro; más sé lo que necesito; que Emma y Antonio no estaban allí.

Me guardé mi desengaño en el arca de las chucherías viejas, de las ilusiones rotas y de las esperanzas aliquebradas, y camina que caminarás, seguí viviendo.

Algunas veces, durante dos años, ví en la Reforma, al rico burócrata y á su mujer en carruaje abierto: Exhibían al chico en un florón de encajes y de sedas. Me consolaba; yo no hubiera logrado jamás vestirlo así.

Y me reconciliaba con los napolitanos, de quienes sabía que cantaban óperas vetustas en provincias, que Emma hacía furor en *Norma* (Oh *Norma* interpretada por la *otra mezzo soprano*, la hija del jefe de los Druidas, la heróica madre) y que seguían amándose con el mismo sensual ardor, como si llevasen inextinta en el corazón, lava del Vesubio.

Y una ironia me retozaba en los labios:

—Está bien, enamorados impenitentes; á tirar hijos al arroyo!.........

——

¿Lo creerás? No hará seis meses he vuelto á ver al *italianito.* ¡Qué cambio! El rico burócrata murió; y la viuda está muy pobre, muy pobre: en la miseria. Va por esas calles con la falda raida y el tápalo descolorido Lleva de la mano á un niño, á un rubito de cara pecosa y ojos tristes, de un verde pálido, como dos gotas de agua del Adriático, iluminadas por un rayo de luna. Con la boina grasienta sobre la cabellera sucia, el vestido manchado y con desgarrones, las medias agujereadas los zapatos torcidos, parece un mendiguillo.

Me enternecí; á tí te habría pasado lo mismo; tuve deseos de acercarme á ellos y preguntarles y socorrerlos.

Pero la señora parece muy altiva y, luego, me contuvo un pensamiento súbito: ¿Qué diablos voy á decirles? Tal vez el niño nada sospecha; y es feliz y se siente amado. ¿Para qué acercármele? ¿Qué voy á darle? Sí ya tiene lo que le faltaba: ya tiene madre.

——

Y he aquí, mi buen Carlos, joven abate, severo analizador de conciencias, lo que tu frase, que encierra tanta amargura, me trajo á la memoria, hoy, seis de Enero, noche de Reyes, en las *tandas* del Principal.

Noche de Reyes! Tus hijos, que ya son huérfanos de caricias santas, porque la bella y dulce alentadora de tu juventud te dejó en medio de la *selva obscura* duermen y sueñan La abuela á esta hora, ha puesto un juguete en cada zapato.

En la atmósfera azul hay aleteos: esta noche, los ángeles abren las ventanas y los balcones de las casas que tienen niños, para que los Magos depositen sus presentes.

Quizá el *italianito* haya puesto también su burdo y roto botín. Amanecerá con su regalo.

Sólo á estos pobres chiquitines amodorrados es probable que no les visite el cortejo celeste. Al acostarlos cuando los desnuden á tirones, no les dirán que deben dejar en el balcón un zapatito.

–Pobrecillos; son hijos de cómica!.........

AURORA

Huye la sombra! El pálido horizonte
De ondas de luz purísima se anega,
Y por encima del andino monte
La hermosa rubia á sus dominios llega

Y se mece en hamaca de neblinas.
Casi desnuda en el azul del cielo,
desgarrando sus gasas purpurinas
Sobre los blancos témpanos del hielo.

Mece el árbol la copa somnolenta;
Las hojas lucen brilladora escarcha,
Y allá arriba, do ruge la tormenta,
La luz prosigue su infinita marcha.

De la choza del rudo campesino
Como buscando incógnitas regiones,
Suben en impalpable remo ino
Con el humo sutil, las oraciones.

Yérguese el toro en la feráz llanura
Con el testuz cubierto de rocio;
Blanco vapor de su nariz obscura
Brota y se expande en el ambiente frío,

Y muge... de la limpida mañana
El aire fresco sus pulmones hincha
Mientras que el potro en la extensión lejana
Revuélcase, incorpórase y relincha.

Tiemblan los nidos! las desnudas rocas
Dóranse al esplendor de la alborada,
Y abren las nubes, como azules bocas.
Franjas de cielo en la extensión callada.

Entre las ramas del follaje umbrío
Frases de amor arrullan las palomas,
Y en el césped cuajado de rocío
La flor revienta en explosión de aromas

Zumba el insecto; la sonora fuente
Murmura alegre y su raudal dilata;
Y ruge altiva, en rapida pendiente,
De peñón en peñón la catarata.

Hinchase el lago á la primer caricia
Del aura flébil que en los juncos ora,
Y saborea, con sensual delicia,
Los castos besos que le da la aurora.

Allá léjos, soberbio y palpitante,
Lucha el mar con las rocas de granito;
El mar! ese colérico gigante
Que amenaza y atruena al infinito!

La violeta se esconde, y ya despierto
Se empina el girasol, ríe la rosa,
Y parece el clavel, rojo y abierto
Ascua movible entre la selva hojosa.

Y en tanto que sacude el ala fria
El céfiro en el cáliz de las flores,
Parece el bosque al despuntar el día,
Jaula inmensa de alados trovadores.

Teñidas de carmín y de topacio
Flotan las nubes en la aguda sierra:
¡Todo se baña en luz en el espacio!
¡Todo respira amor sobre la tierra!

Ya tras el ancho cortinaje denso
De blancas nieblas y opalinas brumas,
Asoma el sol en el espacio inmenso
Cual barco de oro en piélago de espumas

Y se eleva dorando los pensiles
Que esparcen sus balsámicos efluvios,
Al descender sus rayos cual sutiles
Hebras flotantes de cabellos rubios

Y avanza! avanza! y las inquietas nubes
Al recoger los gayos esplendores,
Se convierten en pálidos querubes
Que á hundirse van en mares de colores.

La aurora tiembla! el sol la mira y posa
Un ósculo en su cuerpo nacarado;
Ella lo envuelve en su fulgor de rosa
Y se extingue en la hoguera de su amado.

JULIO FLÓREZ.

NO SE DECIRTE MAS.

Gloria tiene que haber mientras aspires
Al bien eterno que alcanzar esperas;
En el mundo hay amor mientras tu quieras
Y en el cielo habrá luz mientras tú mires.

Las puras auras, mientras tú suspires,
Besarán á las flores hechiceras,
Y habrá virtud hasta que tú te mueras,
Y habrá belleza mientras tú no expires.

Que por tí, que eres causa del anhelo
Que siente por la gloria el alma mia,
Tienen el pecho amor, dicha y consuelo.

La noche estrellas, claridad el día...
Y si no hubiera por desgracia un cielo,
Cuando murieses tú.... ¡se formaria!

FELIPE URIBARRI

¡Castigada!

LOS MAS FUERTES

POR GEORGES CLEMENCEAU—ILUSTRACIONES GRABADAS EN NUESTROS TALLERES.

Número 7

Usted habla solo, mi querido huesped, dijo la señora Fourchamps, pero habla usted bien. Es usted un benefactor de la humanidad pero no tenía yo necesidad de salir á sufrir para proclamarlo.

—Justo es confesar que todos esas gentes viven de mí.

—Es la ley del mundo, contestó gravemente la vizcondesa. La felicidad de los pobres es que hay ricos que les den pan.

—Pues yo me atrevería á creer, dijo sonriendo Puymaufray, que ellos se la pasarían mejor sin nuestras bondades que nosotros sin su trabajo. Convengo, Domingo, que sin tí, Francisco Baty que esta arrojando la sangre en estos momentos, tendría con sus compañeros que buscar otro empleo á su actividad, pero allí está la tierra que no se rehusa á nadie. En cuanto á mi, pienso que mis arrendatarios podrían prescindir de mis liberalidades, en tanto que yo me vería bien apurado sin sus rentas.

—Mutuamente se ayuda uno, replicó el industrial enfadado. Por otra parte, tú no haces nada, mientras que yo trabajo y no me quejo.

—Seguramente porque trabajas menos y ganas más.

—Pero yo dirijo y mando.

Hay tantas maneras de mandar!

—Exijo la obediencia pasiva.

Es la más sencilla, pero ya los hombres empiezan á razonar.

Sé mejor que ellos lo que les conviene y sobre todo lo que pueden alcanzar.

—No siempre serán de tu opinión.

—Lo que no prueba que sea yo el equivocado. Los oígo siempre con paciencia, y á veces hasta explico á los más inteligentes lo que hago, cuál es mi trabajo que resume el de todos ellos á la vez, sobrepasando las catorce horas de que ellos se quejan. Les demuestro mis riesgos allado de su irresponsabilidad, y los dejo confundidos. Cuando me vienen con lo de sus sindicatos les digo: hijos míos, no es lo que ustedes creen. Cuando todos ustedes esten asociados contra nosotros, nosotros nos asociaríamos contra ustedes y siempre seguiremos siendo los más fuertes. Ellos bajan la cabeza.

—¿Y cuando la levanten?

—Habrá llegado el momento de que la sociedad se proteja por sí misma. Hay medios para eso.

—Oh, papá! dijo Claudia, no te creo capaz de ir á buscar soldados con fusiles cargados, contra esas buenas gentes.

Me daría pena como á tí: pero ya comprenderás que la fuerza es la última razón en las cosas de este mundo. Las pobres gentes como les dices, no tienen más que someterse.

Sin eso, dijo la vizcondesa, vendría la ruina social. Debemos defendernos.

—Yo no sé que será lo justo, dijo Claudia, pero sí sé que no quiero que se mate á nadie por mí.

—Tu padrino mismo que es un filántropo, te dirá que no se puede vivir sino á expensas de los demás.

La tarde pasó sin alegría por la obsesión de la fábrica. Harlé viendo de su parte á la vizcondesa se obstinaba en predicar á Claudia bajo el pretexto de convencer á Deschars ó á Puymaufray pués había emprendido con método la tarea de curar á Claudia de lo que él llamaba *su sensiblería*, para que en el porvenir la niña fuera una gloriosa hija de los más fuertes. Por eso le había abierto antes de tiempo las puertas de la vida mundana, para que el nacimiento de sus ambiciones fuera prematuro y aparecidas estas, él tenía en la manos para levantarlo oportunamente, el telón de las futuras grandezas. Mientras, cuidaba de precaver á Claudia contra la *pobreza de espíritu* del padrino, y desarrollaba sus tésis sobre la lucha por la vida, donde solo hay vencidos y vencedores. El quería ser de estos. Solo Puymaufray le combatía valientemente y á veces por malicia invocaba el auxilio de la vizcondesa que se veía en apuros. Claudia oía y exponía sus dudas.

—Esas gentes, dijo una vez la vizcondesa, son groseras, no lo negaréis, son extrañas á nuestros refinamientos de penas y de placeres, y no sienten la desgracia ni la dicha como nosotros. Son otro mundo.

—Será? Mis antepasados (si verdaderamente los tuve y no son una fantasía del Caballero Vertpré) tenían disculpa si pensaban así; pero nosotros, después de las lecciones de la revolución, ya podíamos haber cambiado de opinión. Diariamente se hace alguna fusión entre el pueblo y la nobleza, pero Domingo me ha dicho que bajo un cambio de nombres y á traves de las revoluciones, una cosa permanece: la unión de los más fuertes. De cualquier punto de la tierra que lleguen, se reconocen, se agrupan, y se instalan sobre los demás hombres.

—Lo bueno sería que hubiera lugar para todos, decía Claudia. ¿Pero cómo? En mis visitas á los desgraciados, los veo resignados como las bestias á los golpes; y otros creyendo halagarme se arrojan á mis pies, pero sus ojos están llenos de rudos reproches, de amenazas obscuras, y pienso que en su lugar yo seria revolucionaria. Cuando me dicen: «*sufrimos mucho*, comprendo que quieren decir: dejadnos un poco de lugar al sol. Y quedo descontenta de ellos y de mí, y luego olvido, comprendiendo que aunque les sacrificara todos mis placeres no cambiaría en nada su situación. Hago bien, padrino?

—Tú no estás encargada de hacer la eterna justicia, pero conserva tus sentimientos de piedad, y tu vida se iluminará, confortándose con los actos de reparación que puedas hacer.

VII.

Sin haber por fin averiguado nada, la vizcondesa resolvió su viaje á París, pero no sin llevar ciertas ventajas.

Sospechando que Deschars sentía por Claudia algo más que amistad, le invitó también á ir á París con Puymaufray; y la precipitación conque aceptó, redobló sus sospechas. Era conveniente observarlo.

Luego dejó Santa Radegunda, entre las más vivas demostraciones de amistad.

Dos días después, el barón Oppert regresaba de sus propiedades de Galicia y como Harlé no aguardaba más que su regreso para volar á París se presentó en el Palacio Fourchamps donde fué muy bien recibido.

Tenía un grandioso proyecto para su fábrica del cual había hablado á Oppert, quien no le ocultó su admiración por el maravilloso esfuerzo pensado. El barón cuya afección ya paternal por la señora Fourchamps llegaba á una confianza admirativa, le transmitió esas confidencias, lo cual no dejó de contribuir para el viaje á Santa Radegunda y para orientarla en sus proyectos.

Cuando un hombre, tal como el barón llegaba hasta el punto de considerar igual suyo á Harlé, ¿que seguridad no tendrían los proyectos del industrial? La reflexión favorecida por los ocios del viaje, había fortificado de tal manera las primeras impresiones del financiero, que resolvió invertir en el negocio, con algunos millones que no eran sino cosa secundaria, el concurso sin reserva de todas sus energías bajo el impulso de su voluntad. Harlé por su parte, después de haber sometido al más minucioso análisis cada parte de la combinación, sentía acrecido su ardor con el apoyo del gran Oppert y resolvió pasar al campo de los hechos.

Cuando dió parte á Puymaufray de que sus grandes proyectos iban á tomar forma, y que el éxito inevitable le iba á poner muy por encima de todos los grandes potentados del capital, Puymaufray tembló por el porvenir de Claudia. Mientras más corriera la loca ceguedad del millonario en pos de los millones sin fin, más se alejaría la joven del sano contacto de la humanidad laboriosa, y más harían presa de ella las angustias del egoísmo mundano. La exclusiva dominación del dinero que es la peor, desarrolla en la personalidad instintos abusivos, teniendo de más corruptor que nulifica la util salvaguardia del respeto á los otros; y rebajando el aspecto de todo, lo sujeta á precio de tarifa. Así se falsea el espíritu, así se seca el corazón. Enrique no necesitaba más que recordar su juventud, para conocer los peligros á que corría su hija. Intentó hacérselos comprender repitiéndole las cosas ya dichas, renovándole las advertencias, inútiles en tanto que son teóricas, y comunmente tardías cuando puede comprobarse su exactitud. ¿Qué autoridad de acción podían tener á los ojos de una niña ávida de la dicha de vivir, tantos discursos tristes, que le hacían sentir de antemano un amargo desencanto contra el cual protestaba todo su ser?

—Padrino, decía ella, cortando por lo sano. Puesto que yo lo amo á usted, ¿qué más se necesita? Tenga usted fe en mi como yo la tengo.

Puymaufray no hallaba qué contestar, porque en efecto no hay nada que decir cuando el sentimiento se ampara de la experiencia para ser conducido por el camino del bien.

Cuando Santa Radegunda quedó vacía, todavía Puymaufray tardó quince días para desprenderse de aquellos sitios que tanto le recordaban á Clara. Temía ir á París, sin darse cuenta de sus temores, y luego le servía de alivio pensar en que Mauricio era de la partida. Y no porque esperara de su compañero consejo ni socorros, en la imposibilidad de abrirle su corazón, sino porque la fuerza del sentimiento es tal, que la amistad provoca por su sola presencia como el fenomeno de las corrientes de inducción, la unión de las energías.

Cabalgando á través del bosque, ó conversando junto á la chimenea se interrogaban, se examinaban, trataban de sondearse mutuamente el espíritu para averiguar lo que había en los pliegues

más profundos de la conciencia, porque los dos tenían su secreto: el de Puymaufray sepultado para siempre en el misterio impenetrable, y el del otro por el contrario, pugnando por revelarse al fin.

Cierta especie de timidez contenía á Deschars, y fué en un paseo á Sablieres, cuando le vino el valor de hablar. Esta morada rústica y vulgar que provocó las despreciativas sonrisas de la señora Fourchamps, era una gran construcción sembrada de viñas y de rosales y levantándose en un claro de cesped entre el bosque y el río. Las prolongadas ausencias del amo dejando todas las cosas en el abandono, no habían hecho sino aumentar el aspecto imponente y salvaje del lugar. Esto le agradaba á Puymaufray, y por eso y queriendo conversar en confianza, Deschars lo había llevado allí animado por los espectáculos familiares de la naturaleza que á su regreso le habían parecido tan dulces.

—Mi querido Marques, comenzó, tengo una confidencia que hacer á usted y un consejo que pedirle. Me conoce usted desde la infancia, me ha visto crecer entre los campesinos y algunas veces me ha guido usted con sus afectuosos consejos y me ha iluminado con su experiencia. Acabo de pasar mucho tiempo lejos de usted, pero puedo asegurarle con toda la sinceridad de mi alma, que he vuelto tal como usted me conoció y me estimó.

He visitado muchos países, y si no he aprendido mucho, á lo menos el conocimiento de la vida de la tierra me ha dado una idea bastante exacta de la justa proporción de las cosas. Mi ambición actual es vivir utilmente si puedo, y acaso esto no sea muy dificil apesar de la lucha que hay entre el bien y el mal.

—Lucha encarnizada.

Si: pero una existencia delante de mi. Soy rico, con una fortuna acumulada por gentes laboriosas, y quiero hacer de ella un uso que justifique las economías de mis abuelos, y me propongo que mis hijos, cuando los tenga, sigan en el cumplimiento del deber. Un hogar fundado por el amor, ¿qué, no me ha dicho usted cien veces que es lo más noble de la tierra? ¿Por qué había yo de ser incapaz de realizar este sueño? Sin falsa modestia y teniendo por escudo mis intenciones, me atrevo á afirmar que soy digno de un favorable resultado.

—Bravo! querido Mauricio. No puede usted figurarse lo feliz que soy oyéndole hablar así. Me siento rejuvenecido en usted, sin mis vértigos, tal como debería haber sido en mi juventud.

—¿Y qué añadirá usted cuando le diga que amo á su ahijada y que me ha dado la locura de ofrecerle mi nombre y mi corazón?

—Usted?

—Sí, yo. ¿Esa estupefacción es una respuesta?

—No. Me he sorprendido y eso es todo. Está usted ausente desde hace dos años, conoce á Claudia, es verdad, desde la infancia, pero no había yo notado nunca nada que me preparara para esta confidencia. Y he aquí que me cae usted ahora del Himalaya para decirme, «amo á su ahijada» cuando no hace más de seis semanas que está usted aquí. No me creo con ojos de dormilón, y sin embargo, nada había sospechado.

Esperaba esta observación. ¿Puedo decir si estaba yo enamorado cuando partí? Ni yo mismo lo sé. Una irresistible pendiente me arrastraba y usted no había sospechado nada ni la señorita Claudia tampoco. Con mi aire de aventurero, no soy muy valiente con las mujeres, y el misterio de un sentimiento nuevo, me hace más tímido todavía. Además no he intentado vencerme. El señor Harlé con sus millones, con ideas de grandeza, levantaba ante mi como una barrera impenetrable, y yo temía y temo porque el obstáculo no ha desaparecido todavía, sino que por el contrario ha crecido. La señorita Claudia se ignora asi misma y para decirlo de una vez, sus maneras de sentir y de hablar me herían y me lastimaban algunas veces. Ya había yo viajado, y me resolví esta vez á una más larga ausencia. Y aun que no vengo de pasear por el mundo la tragedia de Werther, traigo el tormento sin tregua del que ha dejado á una mujer muy lejos. Vuelvo á encontrarla, más bella, más noble, con alma y corazón nuevos: y yo que la amo, comprendo que eso es trabajo de usted que tan noblemente se interesa por ella.

—Y ha podido usted aparentar indiferencia, engañarme hasta ese punto y dejar á Claudia misma ignorante de todo?

—He tenido de pronto que desconcertar á la señora Fourchamps, pues si ella se hubiera hecho dueña de mi secreto, me parece que estaría yo perdido.

—Hizo usted bien. Pero me es usted muy caro y mi ahijada también, para que no me sienta yo en la obligación de iluminar su camino. Harlé es una maquina de ambición ciega, lanzada á toda velocidad y que arrolla todos los obstáculos. Usted, pobre amigo mío, ni siquiera es obstáculo á sus ojos. ¿Qué necesidad puede tener él de la rectitud de usted, de su sencillez, de su bondad? El plan de vida de usted, le haría reir. ¿Qué trajo usted de sus viajes para la ascención social que él quiere verificar de un solo salto? Es usted un viandante, un inútil, un soñador.... Nunca le pediré á usted más sino que se quite de su camino. No digo que pueda obligar á su hija á recibir de su autoridad el hombre que deba ser su marido, pero esto no le obliga á él á aceptar uno que no sea de su agrado, salvo el caso de una gran pasión porsupuesto.

—¿Y ella?

Es preciso conquistarla. Yo que la conozco bien y que la amo, me vería en dificultades para decir cómo. Ella es buena, pero á veces es debil ante el medio funesto que la rodea. Resiste valerosamente, pero luego cede porque el medio es más fuerte que su voluntad. Claudia quisiera por lo comun hacer el bien, y ó no puede, ó se deja arrastrar por las tentaciones de vida frívola que la asedian. Le falta la comprensión del mal que le hacen los millones de su padre y aun el mal que le hace su padre mismo, amándola á su manera.

¿Cómo evitarlo? el amor profundo de los séres que viene de la comunidad de sufrimientos, no corresponde á su edad. Los placeres mundanos atraen á esta niña querida alejándola de los sentimientos naturales á que la llama su corazón cuando le es dado hacerse oir. El mundo será su enemigo de usted, querido Mauricio, como ha sido enemigo mío, porque usted lo habrá adivinado muy bien y aún se lo he dicho así; soy yo quien he cambiado lo que esa niña era en un principio, y no he tenido para eso más que acudir á su conciencia. El egoismo del mundo no puede arraigar en esa alma generosa, y por desgracia se la ha saciado de todo antes de que pudiera conocer nada ni desear nada. No resta su curiosidad sino el brillo y el ruido de las poderosas amas de la humanidad. He salvado á Claudia sencillamente amándola, y ahora me propongo conservarla. De su parte no abuse usted. En torno suyo están despertadas todas las tentaciones, y el apetito de las grandes dotes, ha matado en nuestra juventud la ambición de obrar. El buen casamiento es el golpe de dados con que se ganan todas las alegrías que honran, el respeto de los envidiosos y la adulación de los impotentes. La raza de los jugadores es audaz. ¿Es usted de su talla para entrar en la partida? En ese caso estaré á su lado sin vacilar. ¿Cómo se conseguirá que una niña como Claudia pueda sospechar lo que es el amor?

—Ya despertará su corazón.

-Sí, y yo quisiera que fuera al llamamiento de usted.

—¡Quién sabe! El amor puede crear el amor.

—He visto de estas cosas. En Santa Radegunda la partida sería hermosa; pero en Paris, entre muchos millones y pocos años, no preveo lo que pueda suceder.

—¿Y la fuerza de la verdad?

—¿Y la tremenda potencia de la mentira?

—Por un día.

—Sí, sin duda, pero nosotros no somos de un día.

—¿Y mi voluntad no entra para nada? ¿He luchado durante dos años contra mí mismo para dejarme vencer ahora sin combatir?

—Combatirá usted heroicamente, estoy seguro, y combatiremos juntos y no excusaré los peligros y moriré tranquilo si queda en manos de usted lo que tengo de más caro. Sin embargo, no abuse usted contra las fuerzas del mundo, porque todo se volverá contra usted y quien sabe lo que pueda pasarle á Claudia sin contarme á mí, que por fortuna les tengo tomada la delantera.

VIII

Cuando volvió el Marqués al castillo, las llamaradas del hogar danzaban caprichosamente, arrojando siluetas sombrías sobre las paredes de la sala de piedra, y allí le aguardaban sus amigos Juan y Pedro Zueté y una vez calentados los vestidos y encendidas las pipas, se desarrollaron las nubes de humo y con ellas el ensueño de las horas obscuras.

—Señor Enrique, dijo el contramaestre, no quiso usted el otro día que le acompañara en su viaje á la fábrica.

—Te conozco, Juan, y sé bien que ibas á decir un disparate.

—¡Oh; era muy bello, tenía el patrón un aire muy contento y oí que decía á la señorita: yo hago esto, yo hago aquello, lo cual me hacía pensar por la expresión de la fisonomía, que había convicción profunda.

—Veamos, ya se sabe que el papel no se hace solo y por eso quieres que el patrón hable en plural.

—Si señor, y por eso me extrañó que más comunmente hablara de sí propio.

—Lo mismo que tú, Juan. Haces vendimiar tu viña y dices; estoy cosechando mi vino.

—Deveras, contestó el otro riendo, no había pensado en eso.

—Ya ves cuánto lastima el egoismo de los otros.

Es posible, pero Pedro también es patrón en su fragua, y sus obreros son para él sus camaradas; viven la misma vida y tienen las mismas ideas y soportan el mismo yugo. Mientras que entre el Sr. Harlé y nosotros, hay una gran diferencia.

—La del pequeño junto al grande.

—Precisamente, él es muy grande y nosotros demasiado pequeños. Tenemos intereses diferentes y aún contrarios y los sentimientos siguen á los intereses. Se dice que no todos nos metemos á hacer papel: pues bien ¿con quién comparte él los provechos? Con ese *yo* de quien se muestra tan enamorado. Hay una fábula así, de un león que al hacer las partes con sus compañeros de caza, se tomaba todo lo mejor.

—Y tú Pedro, preguntó Enrique, dejas á tus obreros fijarse su salario?

—No; pero me discuten el precio y resulta lo mismo, y además ellos ven que no gano centenares de miles con su trabajo, como gana el Sr. Harlé con el de sus obreros. Sería mejor que nos dijera: hago esto, por que soy el más fuerte, y entonces, si lo pensamos bien, puede ser que la fuerza cambiara de lugar.

—¿Y cómo harias eso, amigo Juan?

—No lo haría yo ni nadie, sino todo el mundo. Aunque no sé de qué manera, al fin los muchos resultarán teniendo más razón que los pocos.

—No son gratos tus anuncios para el porvenir.

—Tampoco es muy grato el presente; me pare-

ce que cuando llegue la justicia al lugar de la fuerza, usted no consideraría eso como un mal.

—Ciertamente que no, pero para llegar allí suponiendo que nuestro espíritu y nuestra voluntad pudiesen bastar, se necesitarían muchas luchas y muchos males. Somos viejos amigos, es un movimiento de afección el que les trae á ustedes á mi casa y siempre siento en el fondo de sus corazones algo como una declaración de guerra.

—Pero la guerra es á nosotros á quienes se hace, Sr. Enrique, y nos veremos obligados á aceptarla. Por otra parte, usted no entra en cuenta. Si usted cree que porque es Marqués está del lado de los fuertes, como dice el Sr. Harlé, se engaña y engaña á los demás. Sus antepasados tal vez y acaso usted también cuando tenía muchos millones, que sin embargo no supo ni aumentar ni conservar. Es usted propietario como Pedro es ranchero, en pequeño, y sobre todo, es usted de los nuestros, y todo lo que nos interesa le habla al corazón. Ayuda usted á sus arrendatarios sin decirlo, y sus rentas no entran ni siempre ni todas, á pesar de Naneta que intenta hacer entrar á usted en razón. Es que usted es bueno, sencillamente, y ama á los pequeños y en cambio los pequeños le aman. Nosotros hemos encontrado nuestro lote, dice el Sr. Harlé, y cada uno está en su lugar. Mejor, mientras más lejos estén los unos de los otros; por eso es que no conociéndose entre sí, las dos clases se odian y se hacen mal sin remordimiento; pero usted no es de los más fuertes, y se ligará con nosotros y hará lo que hagamos.

—No quiero hacer nada.

—Siempre se quiere algo mientras está uno vivo, y para alcanzarlo en lo que á usted concierne, le convendría ponerse de parte de nosotros abiertamente.

—No puedo. Tengo que partir.

—Deveras, dijo Naneta, pero se diría que el Sr. Marqués va á la guerra; y ahora no hay guerra en París.

—Tiene usted razón, añadió Pedro. La amistad era nada más la que me hacía hablar y no sé porqué siento mucha tristeza viendo partir al Sr. Enrique.

—Lo que nosotros deseamos, dijo Juan, es que regrese muy feliz.

—¡Quién sabe! Puede ser que la haya llegado el buen día, agregó Naneta soñadora.

—Para alcanzar eso, exclamó Pedro que seguía en su idea, no necesitará más sino abstenerse de poner su dicha en manos de los otros.

Es justamente lo que necesito hacer dijo Enrique, cerrando los ojos para volver á ver la eterna imagen. La dicha no ha de venir sola.

Hacía tiempo que las pipas se habían apagado. El veladorcito en que se servía la cena al volver de la caza enseñaba los vasos vacíos que Enrique llenó para la libación de despedida y se brindó gravemente en el silencio de los pensamientos. Para el hombre del pueblo, hay en ese choque de las copas como el cumplimiento de un rito augusto. El brazo tendido, la mirada fija, la actitud recogida, cada uno pone algo de su alma en la fraternal comunión del líquido sagrado que lleva al corazón del hombre una llamarada de esperanzas.

Enrique miraba á los dos hermanos mudos, embarazados, más conmovidos de lo que querían demostrar y á pesar de la inquietud de estos augurios, se sentía reconfortado con arranques de amistad tan sinceros. El enternecimiento positivo no dispone de otras palabras que de las mismas que usa la cortesía banal; pero el acento, el gesto, el silencio mismo, lo dicen todo. Al último apretón de manos no se encuentran vocablos y después de un «hasta la vista» se separa uno bruscamente.

Enrique resuelto, se acercó á Naneta que estaba frebicitante en su sillón, delante de los tizones encendidos.

—Me voy, dijo rudamente, para cortar de firme toda veleidad de emoción; y como su perro se le aproximara solicitando una caricia, le rechazó con un gesto de impaciencia.

Naneta, por no quitarle el valor se fingió muy fuerte entreginada en los últimos preparativos del viaje comenzados desde tres días antes, y así se evitó el peligro de las espansiones de la despedida tan peligrosa para ambos.

El día siguiente y sin otra palabra que: «Escríbame Ud. y decidiré si debo partir,» la anciana estrechó tiernamente contra su corazón á ese hermano querido que después del más grande amor y de las más extremas alegrías, no tenía ya sino las más desesperadas angustias.

Ascendió el coche lentamente por la polvorosa avenida, y después en un recodo del camino desapareció. El rumor de las ruedas se oyó un breve espacio, luego se confundió con el murmullo del viento entre las ramas, y al último no se oía más que como un rumor quejumbroso.

Y Naneta, cuando quedó sola, pudo llorar....

IX

Harlé, para sus temporadas parisienses, se hacía reservar de ordinario un lujoso departamento en el hotel de Mirabeau, pero abrigaba desde hacía tiempo la idea de una instalación permanente aunque temía los mil disgustos que le había de causar. Pero su situación próspera le imponía deberes sociales, y aún consideraba que eso le serviría de escalera para futuras elevaciones. Por otra parte, Claudia, cuyo matrimonio comenzaba á preocupar á todos los cazadores de dotes, no podía permanecer en ese chiribitil de hotel poco á propósito para semejante empresa.

La señora Fourchamps no había pues, tenido mucho trabajo para convencer al provinciano de que había llegado la hora de establecerse en París con el explendor que necesita el que quiere brillar. Se encontró una ocasión á consecuencia de sus buenos oficios y fué el Palacio de Príncipe que era un jugador de bolsa obligado de súbito á realizar todos sus bienes, había entregado en manos del Barón Obpert. En medio de un gran jardín, al lado de la avenida Friedland, una pesada y pretensiosa construcción de mármol, ostentaba ese estilo de falsa grandeza, que la esterilidad de algunos arquitectos ha encajado en las construcciones contemporaneas. Harlé, que nada sabía de bellas artes se deslumbró ante aquella magnificencia, y concluyó rápidamente la compra. Se convino en dar una sorpresa á Claudia, y un mes después toda la corporación de tapiceros se apoderó del inmueble en vista de sus nuevas apropiaciones; y bajo la alta sobrevigilancia de la Vizcondesa se dedicó á atenuar con detalles de elegancia el lujo escandaloso y teatral. Harlé querír reconstruir en París su jardín de invierno y su cascada artificial con una colección de horquideas comprada á lance, que á sus ojos debia dar al todo un carácter de refinamiento parisiense. La señora Fourchamps lo desanimó, y lo resolvió á no comprar un lote de armaduras falsificadas en que el ambicioso papelero había puesto sus ojos; y gracias á la mujer de mundo, la decoración del hotel se mantenía en una escala de fausto mesurado con todo y el esplendor de sus milagrosas tapicerías de Beauvais.

La obra maestra de la Sra. Fourchamps, fué el departamento de Claudia donde le dejaron toda libertad. Allí dispusa una susesión de salones, de gabinetes barnizados de blanco, con vidríeras de cristales bicelados que arrojaban por todas partes sus destellos. Era un regocijo decorar con luz á la juventud. En los rincones ó dispersos al azar, muebles blancos estilo Luis XVI; ingleses; otros de estilo ingles, sencillos acompasados, virginales entre algo como una neblina verde pálida, con ramilletes aquí y allá de flores de azahar.

En los muros grabados en color y entre la fría severidad del estilo inglés, algunas fantasías caprichosas 81 cuarto de dormir, rosa claro con florecillas azul pálido. Una sonrisa de primavera, decía ella.

Oportunamente la vizcondesa dió la noticia de que todo estaba listo, pero, lo que no dijo es que habia puesto á Claudia en el secreto de la sorpresa, desflorando el golpe teatral del desenlace, este secreto de consultas íntimas que le ganaban la solidez de una confianza agradecida. Hasta en el abandono de sus confidencias con el padrino, Claudia había permanecido fiel á su promesa de silencio desplegando tal vez en esta reserva más celo del que era de desearse.

Harlé impaciente por instalarse en su gloria, muy orgulloso de un gabinete de encina donde debía reinar bajo un Vandyck indiscutible, quería correr á la avenida Friedland, pero la señora de Fourchamps se opuso, declarando que Puymaufray debía ser de la sorpresa: Fué, pues, preciso tener paciencia hasta la llegada del padrino para quien se había arreglado un pabelloncito. Por fin se llegó el día, y un portero inglés, grave y ceremonioso, abrió con gesto solemne al landau la entrada del patio de honor. Flores por todas partes, la librea toda nueva. Un desbordamiento de riqueza á pesar de haberse contenido los impulsos de la vanidad. La sensación de un reinado que comienza y que está resuelto á apoderarse de todo y á invadirlo todo.

La admiración de Claudia estuvo muy bien fingida y al verla palmotear, extaciarse, prorrumpir en exclamaciones ante los muebles y los juguetillos que ella misma había escogido, se reconocían las lecciones de la vizcondesa, como le refirieron á Puymaufray que la señora Fourchamps había hecho que se le esperara para que todos juntos conocieran la casa nueva, este se manifestó sinceramente reconocido.

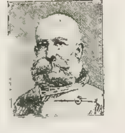
Continuará.

ALEMANIA

Guillermo II

Augusta Victoria.

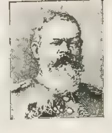
AUSTRIA HUNGRIA



Francisco José I

Isabel

BAVIERA



Leopoldo

Othon I

BÉLGICA

Leopoldo II

Maria

Los Jefes de Estado en Europa

—

ALEMANIA.—Imperio fundado en 18 de Enero de 1871, federativo y hereditario. Tiene un Consejo federal que se llama Bundesrath y una Cámara de Diputados que se llama Reichstag Su pabellón nacional y comercial negro, blanco y rojo. Cuenta con 91 habitantes por kilómetro cuadrado ó sea un total de 51.758,000. Hay tolerancia de cultos. Guillermo II actual Emperador, nació el 27 de Enero de 1859 y fué coronado el 15 de Junio de 1888. En 1881 casó con Augusta Victoria de Slesvig-Holstein y ha tenido siete hijos.

AUSTRIA HUNGRÍA.—Imperio fundado en 21 de Diciembre de 1867. El Imperio de Austria y el reino de Hungría, son inseparables y hereditarios, aun para las mujeres. El Parlamento para Austria, está dividido en Cámara de Señores y Cámara de Diputados, y para Hungría en Cámara de Magnates y Cámara de Diputados. Tiene 66 habitantes por kilómetro cuadrado y un total de 41 019,157 habitantes. Hay tolerancia de cultos. Actualmente es Emperador Francisco José I que nació el 18 de Agosto de 1830 y se coronó el 2 de Diciembre de 1848. Casó en 1854 con Isabel Baviera y ha tenido tres hijos. Es hermano del Archiduque Maximiliano que fué fusilado en Querétaro, México

SUECIA Y NORUEGA.—Monarquia constitucional hereditaria. Dos Cámaras en Suecia y una en Noruega, Pabellón comercial azul con cruz amarilla. 4.820 000 habitantes ó 12 por kil. cuad. Religión luterana. Rey Oscar II. nacido en 1829 casado en 1847 con Sofía de Nassau coronado en 1872. Tiene cuatro hijos, Gustavo Adolfo, Oscar, Carlos y Eugenia.

RUSIA

Nicolás II

Feodorowna

SAJONIA

Alberto

Carolina

PAISES BAJOS

Guillermina

Emma

ESPAÑA.—Monarquia constitucional y hereditaria Tiene Senado y Cámara de Diputados Pabellón amarillo y rojo. 35 habitantes por kilómetro cuadrado 17 565 651 por total. Domina la religión católica. Es Rey Alfonso XIII que nació el 17 de Mayo de 1886 bajo la Regencia de su madre Maria Cristina de Austria que sigue gobernando.

FRANCIA.—República parlamentaria con Cámaras de Senadores y Diputados elegidos por el pueblo. Pabellón azul, blanco y rojo. Domina la religión católica y tiene 71 habitantes por kilómetro cuadrado y 38.579.975 por total. Es Presidente Félix Faure que nació el 30 de Enero de 1841, fué electo el 17 de Enero de 1895. Su elección fué por siete años.

GRAN BRETAÑA.—Monarquia constitucional y hereditaria, aun en la línea femenina. Tiene dos Cámaras, la de los Pares y la de los Comunes. Su pabellón comercial es rojo y lleva en el angulo superior junto al asta un cuadro azul con la triple cruz de Unión Jack. Tiene en las Islas del Reino Unido 38.104975 habitantes ó sea 120 por kilómetro cuadrado. Domina la religión protestante. Es su soberana Victoria de Brunswick, que nacio el 24 de Mayo de 1817, subió al trono en 1837 casó en 1840 con Alberto de Sajonia Coburgo Gotha y tuvo numerosos hijos. El heredero de la corona es Alberto, Príncipe de Gales.

SUIZA. República Cantonal con un gobierno Central en Berna, un Tribunal Federal en Lausana, 22 Cantones, Presidente hasta 1897 M Deucher: Presidente en 1898 M. Ruffy.

RUMANIA.—Monarquía constitucional y hereditaria, con dos Cámaras de Diputados. Pabellón azul, amarillo y rojo en bandas verticales, 5.038,332 habitantes ó sea 39,000 por kilómetro cuadrado. Religión griega. Rey Carlos I nacido en 1839, coronado en 1894 y casado el mismo año con Isabel de Wied. Sin hijos.

BULGARIA

Fernando I

Maria Luisa

DINAMARCA

Cristian IX

Luisa

GRAN BRETAÑA

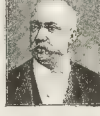
Victoria

ESPAÑA

Alfonso XIII

María Cristina

FRANCIA



Felix Faure

Mad. Faure

BAVIERA.—Reino confederado de Alemania desde 1870. Su parlamento lo forman dos Cámaras; una de pares nombrada por el Rey y otra de Diputados elegida por el pueblo. Pabellón comercial blanco y azul, 74 habitantes por kilómetro cuadrado, y un total de 5.594,982 habitantes Dominan la religión Católica y la Protestante. Es Rey Othon I. que nació el 2 de Abril de 1848 y se coronó el 13 de Junio de 1886 y no se ha casado.

BÉLGICA.—Monarquía Constitucional y hereditaria establecida el 4 de Junio de 1831. Tiene Senado y Cámara de Representantes, elegidos por sufragio universal. Pabellón, tres bandas verticales negra, amarilla y roja. 213 habitantes por kilómetro cuadrado y un total de 6.495,886 habitantes. Casi toda la población es católica. Es Rey Leopoldo II que nació el 9 de Abril de 1835 y subió al trono el 10 Diciembre de 1865 Casó en 1853 con Maria Enriqueta de Austria. Sus hijos son Luisa y Estefania. Este Monarca, es hermano de la infortunada Carlota viuda de Maximiliano.

WURTEMBERG.—Reino hereditario con dos Cámaras, pabellón rojo y negro. 2.036,522 habitantes 1,104 kil. cuad. Rey Guillermo II. nacido en 1848, coronado en 1891, y casado hoy con Carlota de Schaumbourg-Lippe.

BULGARIA — Monarquia bajo el protectorado de Turquía. Es constitucional y hereditaria. Su Parlamento lo forma una Cámara elegida por sufragio universal y que se llama Sobranje. Pabellón blanco, verde y rojo. Tiene 33 habitantes por kilómetro cuadrado y un total de 3,309,816 habitantes. La religión mahometana y la griega ortadoxa, son las dominantes Es jefe del Estado. Fernando I que nació el 23 de Febrero de 1861 y subió al trono el 7 de Julio de 1887. Casó en 1883 con María Luisa de Borbón. Princesa de Parma y ha tenido dos hijos: Boris Príncipe de Tirnova y Cirilo Príncipe de Preslaw.

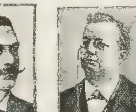
DINAMARCA.—Monarquía constitucional y hereditaria. Tiene dos Cámaras el Lansthing y el Folkething, Pabellón rojo atravesado por una cruz blanca. Cuenta con 2.172,387 habitantes, correspondiendo 57 por kilómetro cuadrado, Es Rey Cristian IX que nació el 18 de Abril de 1818. Casó en 1843 con Luisa de Hesse Cassely, tuvo seis hijos que son: Federica esposa de Luis de Suecia, Alejandra, casada con el Príncipe de Gales, Jorge, Rey de Grecia, Dagmar, Thyra, Duquesa de Cumberland, y Waldemara.

SUECIA Y NORUEGA

Oscar II

Sofía

SUIZA



M. Rufy

M. Deucher

WURTEMBERG

Guillermo II

Carlota

GRECIA.—Monarquía constitucional hereditaria. Cámara de Diputados por sufragio universal. Pabellón comercial, nueve bandas azules y blancas y en el ángulo superior, junto al asta, una cruz blanca sobre fondo azul Tiene 2.418 000 habitantes ó sea 34 por kilómetro cuadrado. Religión, griega ortodoxa., Es rey Jorge I que nació en 1841, subió al trono el 5 de Junio de 1863 y casó en 1867 con la Princesa Olga Han tenido seis hijos.

ITALIA.— Monarquía constitucional heriditaria con Senado y Cámara de Diputados; pabellón tres bandas verticales verde, blanca y roja. Religión Católica, 107 habitantes por kilómetro cuadrado. 30 913663 por total Es rey Humberto I que nació el 21 de Marzo en 1844, casó en 1888 con Margarita de Saboya.

PAÍSES BAJOS.—Monarquía constitucional y hereditaria, con dos Cámaras. una hereditaria y otra popular. Tiene pabellón comercial de bandas horizontales roja, blanca y azul. Tiene 143 habitantes por kilómetro cuadrado, y 47.288,870 por total. Es Regente del reino Emma de Waldeck Arimont, durante la minoria de su hija Guilermina que es la reina, y nació en 1880.

PORTUGAL.—Monarquía constitucional y hereditaria, con Cámara de Pares hereditaria y Cámara de Diputados popular. Pabellón azul y blanco. Tiene 51 habitantes por kilómetro cuadrado y 4.708,000 por total. Religión Católica. Es rey Carlos I que nació el 28 de Marzo de 1863 y casó en 1866 con Amelia de Borbón. Subió al Trono en 1859, y tiene dos hijos, Luis Felipe y Manuel.

RUSIA. Imperio Hereditario. Pabellón Comercial, tres bandas horizontales azul, blanca y roja. Tiene 126 millones de habitantes ó 6 por kilómetro cuadrado Religión griega.

Emperador Nicolás II nacido el 18 de Mayo de 1868. Subió al trono en 1894 y se casó en el mismo año con Alix de Hesse que tomó el nombre de Alejandrina Feodorawna. Tienen dos hijas, Olga y Tatiana.

SAJONIA — Monarquia Constitucional hereditaria, con dos Cámaras. Pabellón blanco y verde, habitantes 3 502 684, ó sea 234 por kilom. cuad. Rey Alberto Federico, nacido en 1828 casado en 1853 y coronado en 1873. Sin hijos, heredará el primogénito de su hermano Jorge.

RUMANÍA

Carlos I

Isabel

PORTUGAL

Carlos I

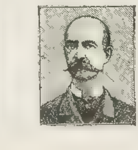
Amelia

ITALIA

Humberto I

Margarita

GRECIA



Jorge I

Olga

PAGINAS DE LA MODA.

TRAJE DE PASEO

Lecturas para las Damas

HISTORIA DE TODOS LOS DIAS

UN "KRACH" PARISIENSE.

Volvia yo de un viaje á Oriente á donde me habian conducido, mis estudios relativos á la belleza femenina, en ese pais de las *mil y una noches*, cuando apenas llegada, recibí este billetito que me causó una emoción dulce y alegre.

"Mi bella madrina:

"Acabo de saber vuestro retorno. Por fin!...... Si yo no escuchase sino á mi corazón, correría á abrazaros; pero no me atrevo, pues que frecuentemente os he oido decir que era conveniente recelar siempre, al proporcionarse un placer, molestar á otro.

"Mañana se efectúa mi último *five o'clock*.

¡Qué alegría experimentarian vuestros admiradores y admiradoras si os volviesen á ver! Por que desde vuestra partida, nos parece á todos que Paris yace en el marasmo.

"¿Y luego os quedaréis á comer no es esto?

"Tendría mucha tristeza madrinita querida si no vinieseis.

"Mi Jorge besa los piés del ídolo, y yo, yo le salto al cuello.

MARIA LAURA.

Yo no resisto jamás á los deseos de mi encantadora ahijada. Un poco aislada en la vida, no puedo impedir cierta inclinación por la maternidad adoptiva y Maria Laura es una criatura tan exquisita que nadie escapa al encanto de su belleza, de su gracia, de su bondad sobre todo, que radia en sus ojos profundos y dulces en su sonrisa tierna, en las entonaciones férvidas y melodiosas de su voz.

De todo su sér se desprende como una atracción que retiene y cautiva el corazón y la mirada.

Ahora bien yo adoro á mi ahijada, que por su parte me corresponde.

Pero como no habia de ser buena? Desde su nacimiento todo le habia sonreido en la existencia. Bella, rica, noble, su vida no habia sido más que una fiesta. Esa espansión de todas las horas habia completado su belleza, que realizaban todas las elegancias, todos los lujos. Asi, ella me llamaba siempre madrina buena hada. Añadiendo con su voz zalamera tan dulce: Y de todas las felicidades que tu has llamado á mi cuna, la más grande es este marido perfecto, mi Jorge. Nuestro amor, he aquí la verdadera felicidad, después de la cual, las otras son casi nulas.

En efecto, ella habia encontrado al mirlo blanco: un marido perfecto, casi tan bello y tan bueno como ella.

Se adoraban.

Después de tres años de matrimonio pasados en el torbellino de la vida parisiense, le llamaba aún: mi Jorge.

A mis ojos, sin embargo, Jorge de Coursols tenia un defecto: era financiero, y aunque joven, financiero hasta la punta de las uñas. Tenia la demencia de la especulación, la locura del juego; pero si queria ganar mucho era para gastar mucho también. Tenía la ostentación brillante, arrojaba el oro á manos llenas y lejos de tratar de restringir el lujo de su mujer la impulsaba á derroches exajerados.

Un poco paradojal, pretendia que ese gran lujo era un deber social al mismo tiempo que un gran círculo, contribuyendo á la circulación de la riqueza y acabando de afirmar su crédito

Su hotel era pues uno de los más renombrados por la suntuosidad de sus fiestas; y Maria Laura por su belleza y su elegancia suprema, una de las reinas del *high life*.

Cuando entré al salón de la Sra. de Coursols, la luz pálida de las cinco, en aquella estación semi-invernal penetraba en fulgores murientes á través del amontonamiento de colgaduras, levantadas á la italiana Y en la claridad vaga, flotaba un delicioso perfume de mujeres, mezclado á un perfume y á un aroma de té ruso; cuyo humo se escapaba de un rutilante y soberbio Samobur.

Llevaron las luces y fué un repentino flamear, un manantial de oro que me deslumbró.

El suntuoso salón estaba todo lleno de bibelots nuevos para mí, los unos raros y preciosos; los otros curiosos, el mayor número barrocos; los habia por donde quiera.

(Continurá.)

NUESTROS GRABADOS

TRAJE DE PASEO.

Este es un traje de paño de piel de gacela, gris plata, con bolero estilo bratschwants compuesto de una espalda de una sola pieza y de un delantero cerrado en medio, ajustado por una pinza de cada lado. Manga ajustada y un collet de aspecto original; de paño, se coloca sobre el bolero. Este collet, que simula una especie de bolero ondulado se corta de una sola pieza y se recorta para formar el contorno y la manga.—La falda está cortada de una sola pieza con gran volante y coronada por una banda de bratschwantz—Toqueta drapeada de terciopelo coral guarnecida de plumas diversas.

TRAJE DE MODA

VESTIDO BLANCO DE GASA BORDADA, PARA TERTULIA

TRAJE DE MODA

Para confeccionar este traje se utiliza un paño azul obscuro y éste va adornado con cintas del mismo paño.

La falda es sencilla, en la parte baja lleva como adorno las cintas del mismo paño formando un zigzag como lo representa en el grabado.

La blusa lleva el mismo adorno, y todas estas cintas se unen y terminan en un cuello parado color terciopelo rojo.

La blusa va sujeta á la falda por un cinturón de terciopelo.

Las mangas en la parte baja llevan el mismo adorno que la blusa, formando puño.

Una bonita Boa cuyas extremidades van adornadas con cabezas de animalitos, lo mismo que colitas y un sombrero del color de la toilette, hacen que este traje que acabamos de describir en sí sencillo, sea elegante.

VESTIDO BLANCO DE GASA BORDADA PARA TERTULIA

Es este un encantador modelo de gasa blanca bordada, que tiene por base una falda de tafetán blanco acordeón, aplanado, sobre el cual, se aplica otra falda de tul, en la que se ostentan tres amplios vuelos de la misma gasa, con hermosos bordados. El cuerpo es de gasa acordeón tableada, sobre tafetan. El frente de la blusa ajústase graciosamente á un cinturón de satín blanco. Por la parte posterior de la falda, desciende un lazo de gasa, muy prolongado y ligeramente más obscuro. Algunas rosetas hechas de la parte del mismo género que no tiene bordado y dobles volantes en forma de aletas sobre los hombros, completan el traje.

TRAJE PRINCESA PARA COMIDA.

Encantador es este traje princesa, hecho de piel de seda clavel; el frente en el cuerpo, está ajustado graciosamente por un lazo de satín en el talle, el cual da nacimiento á una amplia banda de tul dibujado, del mas primoroso efecto. Del propio tul son las mangas, de gracioso vuelo en el remate.

Guarneciendo el escote, así al frente como en la espalda, la tela se dobla ostentando amplias redes romboidales, que en la espalda terminan en punta. Sobre los hombros batista lisa formando dos aletas onduladas, del más primoroso efecto.

TRAJE PARA NIÑOS

Este traje es para niños de doce á trece años.

La tela es color gris, y el pantalón corto.

El saco es bastante largo, lo adornan dos hileras de botones, y las solapas son de seda.

El cuello es hecho de un paño verde oscuro. Las mangas llevan unas vueltas de este mismo paño verde, como lo indica el grabado.

TRAJE PARA NIÑOS TRAJE PARA NIÑAS

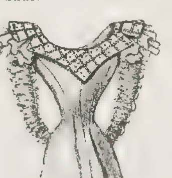
TRAJE PARA NIÑAS.

El traje de que vamos á hablar es hecho de cachemir rojo, y está adornado por unas vueltas bordadas, con seda blanca.

La blusa está sujeta á la falda por medio de un cinturón adornado, lo mismo que las vueltas, y termina con una roseta de listón.

El buche de la blusa es de gaza blanca y el cuello está hecho de esta misma, figurando también una roseta, como puede verse en el grabado.

TRAJE PRINCESA PARA COMIDA


ESPALDA DEL TRAJE PRINCESA

GRAN MANTEAU PARA PASEO EN CARRUAJE

GRAN MANTEAU PARA PASEO EN CARRUAJE PARA SEÑORITA.

El cuerpo de la prenda que se hace de piel decoutré se corta sobre un gran collet ajustado á las espaldas por presillas. Un gran cuello formando chaleco se aplica sobre la prenda. Este cuello es de paño beige claro incrustado de guipure crema y bordado de la misma piel, deteniéndose de cada lado del chaleco. Cuello muy alto, sombrero de fieltro crema guarnecido de plumas negras y de una cresta de terciopelo rubí.

—

TRAJE PARA SOCIEDAD

Blusa con cuello cuadrado, de bengalina gris con blonda. Descote en óvalo. La blusa va cerrada sobre el pecho hasta el talle con una banda orlada de encajes y dos botones de cada lado en la parte alta

Cuello de seda obscura formando mariposa en la parte de atrás

El cinturón lo forma una cinta de terciopelo color rosa. La falda es sencilla, pues solo lleva un bordado ó aplicación de pasamaneria en la forma que indica el grabado.

——

TRAJE PARA SOCIEDAD

Blusa de paño color oro viejo en forma de coraza. Mangas con popelinetes blanco. Cuello y cinturón de seda azul turquí.

La falda es lisa con ruló alto, y el adorno de la blusa de cuenta pavon azul.

—

TRAJE PARA BANQUETES

Se utiliza moiré color marfil y tul. El descote en pico lo forman adornos de tul. El cinturón es angosto y de terciopelo negro con una hebilla

Mangas angostas y de seda cubiertas con tul, el cuello cubierto con una boa de plumas de avestruz color marfil. Falda lisa con un olán en la extremidad y guirnaldas abullonadas.

Ramo de margaritas en el lado izquierdo del pecho.

—

ACERICO DE SATIN BLANCO.

Las figuras *a* y *b* constituyen en detalle y en conjunto un acerico con el adorno que lo decora, al tamaño natural. Este acerico es de satin blanco; bordado rococo y pajitas. Las margaritas son rosadas. Las estrellas son oro con puntos de seda verde. Los anges forman un talle en seda amarilla; los motivos que los llenan están hechas con estrellas en pajitas heliotropo y las flores en seda heliotropo.

La pelota en conjunto está guarnecida de un volante de muselina de seda blanca, una cinta pasa sobre todo el contorno, formando la cabeza del volante.

—

TRAJES PARA SOCIEDAD — TRAJE PARA BANQUETES

COJIN PARA COLGAR

Para hacer este sencillo y bonito cojin de veinte y nueve centímetros, se forra de ambos lados de un género color rojo subido. La parte superior va adornada de un cordón grueso de pasamanería de color encendido. Este cordón puede hacerse de estambre ó de seda.

Al género que se emplea para este trabajo se le da la forma de un cuadrado. Uno de nuestros grabados indica la manera como se hace este cojin, y el otro representa el trabajo terminado.

Para completar este cojin se le añade unas borlas de fleco de pasamanería.

——

DELANTAL PARA SEÑORA.

El delantal es de lino blanco, formando blusa y tiene como adorno un encaje. El talle está sujeto por un cinturón de siete centimetros de ancho, y éste está adornado en la orilla con una cinta azul.

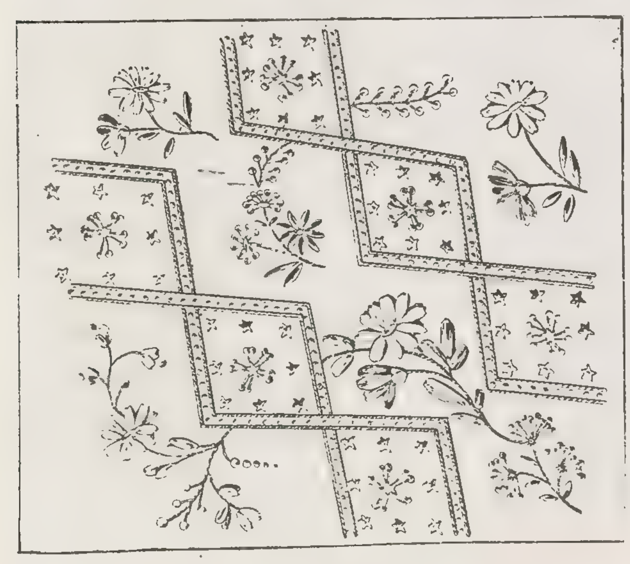
La parte inferior del delantero figura una falda, y lleva dos bolsas adornadas de la misma cinta, como lo indica el grabado.

—

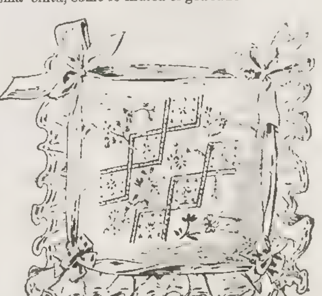
PANTALLA PARA LÁMPARAS.

Esta Pantalla, que es un bonito y elegante adorno para un salón ó para un escritorio, tiene un diámetro de veinte centímetros. La hechura es bastante sencilla, pués todo él lo forman perlitas de vidrio de bonemia, y estas son sostenidas por medio de unas varillas de acero

El fleco tiene un largo de once centímetros y éste lo forman también perlitas pero de color verde claro.



a.—ACERICO DE SATIN BLANCO. TAMAÑO NATURAL



b.—ACERICO DE SATIN BLANCO. CONJUNTO.

Historia del peinado femenino en 1897

(Tomado del natural)

DELANTAL DE BAPTISTA.

Este delantal es para niñas de tres á cuatro años, lleva un moño de listón al terminar el descote y éste lo forma una Berta de tira bordada

Las mangas son de un olán de este mismo adorno.

La parte inferior del delantal tiene tres vueltas de alforsas.

Nuevas costumbres matrimoniales.

Nuestras lectoras no saben sin duda que en Inglaterra las recien casadas dejan el techo paternal, bajo una granizada de arroz y zapatos de satin blanco. Esto, se dice, les trae buena suerte. En Francia se ha empezado ya á adoptar esta costumbre; pero corrigiendo lo que tiene de brutal.

Los recien casados salieron bajo una lluvia de pétalos de rosa de los cuales se habian llenado de antemano numerosas canastillas y que los invitados arrojaban sobre el feliz parecito con un impetu encantador........

Hay así mismo un pequeño é ingenioso cambio en el anillo de bodas: Este anillo se parece á los otros exteriormente, es una sortija de oro bien unida. Pero en el interior se puede percibir una pequeña oquedad redonda. Si en esa oquedad se introduce la punta de una aguja, el circulo, sólido en apariencia se separa en dos circulitos ligado el uno al otro. Sobre uno de ellos estan trazadas las iniciales de los esposos, y la fecha de su matrimonio Sobre el otro está grabada una divisa, ó una palabra de amor cuya significación es conocida solo de los jóvenes esposos.

Cuando los circulos estan unidos nadie recela del anillo. La joven casada no es la sola que debe llevar la *alianza*. Se ve un anillo similar en el dedo del marido. No hay novia que no quiera un emblema de amor eterno, así comprendido.

DETALLE DEL COJÍN PARA COLGAR.

PANTALLA PARA LAMPARA

DELANTAL DE BAPTISTA

DELANTAL PARA SEÑORA

COJÍN PARA COLGAR

Carnet del Doctor

LOS DIENTES.

Entre las causas que pueden viciar la frescura del aliento, debemos citar las aftas. Pero, aunque muy frecuentemente, no acontece, sino en casos muy raros que esta afección traiga consigo un mal olor muy durable. No diré lo mismo del estado de los dientes cuyo cuidado exigüo ó la carie, pueden traer una fetidez desagradable del aliento; así, conviene cuidarlos escrupulosamente, tanto por coquetería como por higiene. Los dientes cariados necesitan evidentemente un tratamiento largo, aplicado por el dentista. ó bien la extirpación; de suerte que debeis si los teneis cariados orificarlos lo más brevemente posible, porque el mal progresa constantemente y causa dolores intolerables y trae consigo un pésimo olor y afecciones de la mucosa bucal. Muchos personas vacilan para ver al dentista, temiendo que este les arranque el diente enfermo. Que se tranquilicen, porque los dentistas saben muy bien que vale más cuidar un diente que arrancarlo. hay evidentemente excepciones, y la que temía ver su mandívula desguarnecida. sale al contrario con todos sus dientes restaurados, curados y propios para asegurar la masticación completa. Esto me lleva á hablaros de la importancia que tiene eso de masticar los alimentos. Numerosas enfermedades de estómago, ciertas dispepsias, no tienen otra causa que el hábito de tragar los alimentos sin masticarlos suficientemente, lo cual trae una fatiga al estómago Si se tienen malos dientes ó si faltan, se mascan naturalmente muy mal los manjares; así pues, hay que cuidárselos ó sustituir por dientes artificiales los que estan atacados, y las digestiones se hacen más fáciles, las dispepsias desaparecen como por encanto.

El cuidado diario de los dientes tiene por fin evitar la producción del sarro que se deposita sobre ellos y destruir los microorganismos, microbios y hongos microscópicos que viven en la boca. El lavado de los dientes debe hacerse tarde y mañana y después de las comidas para desprender las partículas alimenticias que se interponen en los intersticios de los dientes ó en sus cavidades y que, descomponiéndose dan lugar á malos olores y favorecen la carie. Así sucede que la azucar á la cual se acusa de podrir los dientes, es del todo inofensiva; pero si se queda en la boca se descompone y esta descomposición es la perjudicial. Así pués, que aquellas de nuestras lectoras que tengan el ligero defecto de ser golosas se tranquilicen y coman sin remordimiento sus bombones, pero que tengan cuidado de lavarse la boca y los dientes con regularidad, á fin de impedir á los residuos azucarados que se corrompan en las bocas.

Para el mantenimiento de los dientes y al mismo tiempo para su blancura, que acompaña siempre á su buena salud, lo mejor es cepillarlos con un cepillo que yo aconsejaría un poco duro. Debe ser muy limpio y se ha de lavar largamente después de cada vez que haya servido, en agua simple, y después en agua boricada

Se emplea para destruir el sarro polvos que deben ser demasiado duros para destruirlo pero no tanto que rayen el esmalte.

He aquí una fórmula de polvo que debe conservarse en un bote de porcelana ó de madera:

Polvo de quinina, 10 gramos; tanino, 10 gramos; carbón de madera 10 gramos; esencia de menta, 10 gotas.

REGLAS DE BUENA SOCIEDAD

Hay personas que no encontrado en la mesa los útiles necesarios á su alcance, salero, vaso, por ejemplo, estienden, para tomarlos, el braso, más allá del lugar del convidado que se les ha dado por vecino.

Esta manera de obrar es reprensible porque puede ser molesto ó desagradable para otro (su vecino). Pero cómo salir del apuro? Esto es bien simple: si un criado sirve la mesa, es preciso pedirle que acerque los objetos que se necesitan. En el caso contrario no hay sino suplicar al vecino nos los pase.

—Se encuentran muchas gentes que tararean en las calles. Esto no es ni de buen gusto, ni de tono. Las personas serias cantan alguna vez, pero en sus casas. No conviene demasiado silbar en la calle ó en un lugar público.

AMI SEPH.

EL MUNDO.

TOMO I. MEXICO, FEBRERO 20 DE 1898. NUMERO 8.

En Carnaval.

POR VILLASANA

LA SEMANA.

El Carnaval ha muerto, y los restos de aquel cuerpo sano, joven, lleno de vida y de movimiento, nadan hoy en la sanies de una descomposición repugnante y lamentable. Allí donde se enlazaban las guirnaldas y sonaban los cascabeles, pululan hoy los gusanos; los disipados perfumes son hoy miasmas y el Carnaval como Nana ha muerto de esa viruela que se llama *encanallamiento*.

Hace años, muchos por desgracia, el Carnaval era una tregua á las monotonías y á las austeridades de la vida. Los hombres serios y las mujeres honradas lo esperaban con ansia, como los niños la hora de recreación, para esperezarse, para desentumecerse de las rijideces de actitud que impone la vida social, para charlar en voz alta, para reir á carcajadas, para hablar un lenguaje más espiritual, más picante, más impregnado de verba y de chispa, para censurar vicios y satirizar ridiculeces, para esparcirse, en suma, dentro de una libertad mayor de acción y de pensamiento, pero en los límites del decoro y del bien parecer.

En aquellos buenos tiempos, quien organizaba y daba brillo á la fiesta eran las clases altas y medias, los hombres cultos y pulcros y las mujeres castas é intachables. Toda la juventud mundana y tambien toda la madurez, se disfrazaba, bailaba, reía y cantaba; al abrigo de la careta se hacían bromas, se preparaban farsas, se daban cargas; gozaba la vista con las extravagancias de los trajes, con el lujo ó el buen gusto de los atavíos, gozaba el oído con los ecos de cantos y músicas, gozaba el cuerpo con las cadencias del baile y gozaban el espíritu y el corazón con los rasgos de ingenio, con la sátira fina y acerada, con la salida de tono, con la broma y la guasa generales.

De improviso se presentaba en una casa un grupo alegre y bullicioso de máscaras, música á la cabeza y provistas de pastelillos y de un cesto de champagne, y la invadían, inundándola de regocijo con su algazara. El jefe de la banda se daba á conocer al jefe de la familia y salía garante de la intachable corrección de su séquito; se guardaba escrupuloso secreto respecto á la personalidad de los invasores, y momentos después todos bailaban, reían y brincaban.

Las fiestas públicas tenían tres etapas: Bucareli, el Zócalo y el Teatro. Desde las tres de la tarde una multitud ansiosa de gozar y sedienta de emociones, invadía las avenidas de Plateros y San Francisco, el costado de la Alameda y el paseo de Bucareli. Una interminable fila de carruajes recorria casi al paso ese largo trayecto. Elegantes landaus enflorados, ligeras victorias y hasta pesados carros encintados y decorados con profusión, circulaban atestados de máscaras multicoloras que llenaban el espacio con su bullicio y su algazara, con sus músicas, sus ramilletes de flores y sus granizadas de dulces. De coche á coche se entablaban diálogos, se discreteaba con las damas, se bromeaba con los caballeros, se entablaban combates de flores y dulces y en medio de aquel desorden reinaba la más completa y envidiable corrección.

***

Por la noche en el zócalo y el teatro, no eran menores la animación y el contento. En el teatro la fiesta culminaba. La vasta nave chispeaba de luz entre las guirnaldas y los ramilletes, el patio y el foro formaban un vasto salón de baile, una magnífica orquesta en cuyos pupitres bailaba sentado el negro Delgado, acometía valses, polkas y sobre todo danzas habaneras, vibrantes, sonoras, bulliciosas, ó bien lánguidas y voluptuosas que hacían bailar hasta las figuras pintadas del decorado.

El desfile de las comparsas era encantador y á veces de efecto mágico. Recuerdo una de Penitentes negros, cirio en mano, cubiertos de fúnebres capuchones y conduciendo un féretro negro galoneado de plata al son de una música de responso. En medio de la sorpresa del público desfilan grave y acompasadamente, ofician no sé qué ceremonia de fantasía, y depositan la caja mortuoria. Derepente el féretro se abre, y de su seno se escapan en bandadas blancas palomas que ávidas de luz y de espacio revolotean largo rato por todo el salón á los acordes del himno nacional. Aquella comparsa simbolizaba la exclaustración de las monjas, devueltas á la luz, al aire libre, á la vida y á la libertad, por el empuje de la idea liberal y el sacudimiento volcánico de La Reforma.

Se hacía política, también, como se ve, en el carnaval. Comparsas de galleros, de estudiantes con bandurrias y panderos, de rorros y niñeras y otras mil, daban al espectáculo un brillo inusitado y una indescriptible animación.

Pasada la media noche un formidable grito de abajo caretas, hacía caer todos los antifaces y era delicioso reconocer entre las damas á las más distinguidas de la sociedad y entre los caballeros á lo selecto y granado del mundo de la política, de la banca, de la aristocracia y de las letras.

Con la invasión francesa, el carnaval comenzó á degenerar; era una fiesta y se transformó en una orgía.

Antes asistían la dama y el caballero y hoy concurren la cortesana y el perdulario; se iba á bailar, á reir, á bromear; hoy se va á beber, á reñir y á prostituirse; antes la regla era el chiste fino y la sátira delicada, hoy la regla es el insulto soez y la palabra obscena.

Y tan es verdad que esa prostitución y ese encallamiento son la causa de la decadencia del carnaval, que allí donde se han conservado las tradiciones del decoro y de la buena sociedad, como en Mérida, el carnaval aún agita sus cascabeles y pasa esparciendo flores y goces.

Es lástima que ya no podamos decente y delicadamente aquí disfrutar de esas horas de inocente libertad y de inofensiva expansión. Es más sensible acaso perder un placer viejo que adquirir un dolor nuevo.

***

Consolémonos de la pérdida del Carnaval con la creación del nuevo teatro de «El Renacimiento.» Parece, en efecto, que esa creación es ya un hecho y que frente al monopolio de los hermanos Arcaraz se alza amenazadora la competencia de un nuevo coliseo. Bien venida sea esa redención si lo es. Pero ocurre preguntar: ¿Son teatros los que nos faltan? ¿debe atribuirse al monopolio, odioso como todos, pero legítimo, de los teatros, la decadencia del arte en México? ¿Qué es lo que nos falta, teatros, empresarios, compañías, buen gusto ó público?

That is the question. El problema es complexo y yo creo que el factor menos importante de esa decadencia es el teatro mismo. Díganlo si no los suntuosos coliseos de San Luis y Guanajuato, inocupados, cerrados y muertos. Puede ser que falten buenos empresarios. Sieni, convertido de Vestal del drama lírico en Méjico en modesto hostelero de Orizaba, tendería á demostrarlo y la falta de empresario pudiera reconocer por origen la carencia de público ó de buen gusto del público, que á tanto equivale. En este caso lo que necesitamos no es un nuevo teatro sino un nuevo público. Compañías no faltarían pagándolas, y puede muy bien suceder que la actual decadencia quedara explicada no por falta de teatros, compañías, empresarios, buen gusto y público, sino por sobra de la guerra de Cuba y de puntos de baja en el cambio.

¿Los constructores de «El Renacimiento» piensan constituirse en empresarios y de un modo permanente? En ese caso pronostico á breve plazo una fusión con el sindicato Arcaráz. Si traen compañía, auguro una buena temporada y luego clausura ó fusión.

Pero los empresarios de «El Renacimiento» deben conocer sus negocios mejor que yo mismo y acaso nos reserven alguna sorpresa capaz de llenar sus arcas y de llenarnos de regocijo. Así se los deseamos.

***

Lo que ya empieza no á renacer, pero sí á nacer, son las huelgas. Los obreros de «La Colmena» y «Barron» se han armado en corso contra sus patrones y enarbolado la bandera negra de una huelga que, como todas, se saldará con notables pérdidas de uno y otro lado. Las huelgas son como las victorias de Pirro, suelen dejar al vencedor tan aniquilado como al vencido.

Puede sin embargo presagiarse que la mejor parte la llevarán los obreros. Quien vive, como los nuestros, de nada, puede contentarse con poco, y para nada necesita del salario quien está habituado, como nuestros trabajadores, á privación voluntaria y crónica de todo y á ayuno de por vida. Los patrones europeos tienen contra los huelguistas un aliado poderoso; el estómago de los obreros que pide kilos de carne, libras de pan y litros de vino y por consiguiente alto y puntual salario. Nosotros no estamos en ese caso y podemos apostar doble á sencillo, á que los ochocientos rebeldes de Tlalnepantla han encontrado ya hospitalidad árabe con casa, vestido, sustento y algo más, en casa de ochocientos compadres, comadres, parientes, amigos y personas de estimación de cuya asistencia no carece en México ningún obrero ó trabajador de ningún giro ó industria.

Desde la cabaña del compadre, y tortilla en mano, pueden los extrabajadores hacer un palmo de narices á sus patrones durante varios meses y hasta tomar algunas *medidas* por el progreso de la industria nacional.

Tan cierto es esto, que hay toda una clase en la Capital, (la de la servidumbre doméstica), que vive en huelga permanente, que impone al capricho sus condiciones, á la que no hemos podido jamás someter por hambre y ante cuyas exigencias y vicios, doblamos resignados la cabeza. Y cuenta que esta simpática é interesante clase social, significa más, mucho más, que los ochocientos tipos de La Colmena y Barron.

Con que ¡guarda el León! señores patrones.

***

Quien necesita un renacimiento en toda regla es Santa Fé, asolada por un tornado después de consternada por una explosión. Ese simpático pueblecito que en años anteriores se consagró á una activa propaganda del derecho sagrado de la propiedad, haciéndolo predicar de palabra y de obra, en montes, caminos y encrucijadas por grupos de apóstoles montados y armados, no bien vuelve á la vida privada y se retira, por ministerio de las fuerzas rurales, á sus cuarteles de invierno, ve desatarse contra él la cólera divina un poco tardía y extemporánea, es verdad, pero severa y enérgica como siempre.

Ciertamente que no es generoso ensañarse contra el león caduco, ni vale la pena de castigar al lobo en cabeza del cordero. Santa Fé ha modificado sus antiguas tendencias, prescindido de hábitos inveterados y con que la imitara San Juanico, ya serían dos las aldeas magdalenas, dignas de toda consideración y respeto. Y á propósito ¿porqué no soplarán tornados en San Juanico ya que las explosiones de pólvora no son posibles por falta de materia prima?

Más vale que no soplen, ya que la policía ha hecho encontrar á San Juanico su camino de Damasco.

López I.

Política General.

RESUMEN.—LA AGITACIÓN EN FRANCIA.—ZOLA EN MEDIO DE LA TORMENTA.—UN HOMBRE CONTRA UN PUEBLO.—LOS DOS PROCESOS. LA REACCIÓN MONÁRQUICA.—QUÉ HAY ENTRE BASTIDORES.—ESTABILIDAD DE LA REPÚBLICA.—LA REPÚBLICA MAYOR DE CENTRO AMÉRICA.—EL SALVADOR SE SEPARA.—CÓMO SE CONSTITUYEN LOS GRANDES PUEBLOS. -ALEMANIA Y LA AMÉRICA CENTRAL. CONCLUSIÓN.

Todavía palpita, con interés creciente y con todas las explosiones arrebatadas del espíritu latino, el asunto que en estos últimos días ha preocupado al pueblo francés. La figura apocalíptica de Zola se yerge en medio de la tormenta, azotada la frente con furias de huracanes y conmovida toda con rachas de pasión.

La marea crece, los espumarajos amargos del oleaje manchan á personalidades hoy conspícuas; se oye el galopar de los corceles, el crugir de los sables y las imprecaciones de los soldados; el ejército, columna firmísima en que se apoya el andamiaje de la República, esperanza en que confía la Francia moderna, se cree humillado, se considera injuriado por la falta de cualquiera de sus miembros, y por eso se agita reclamando sus fueros; el Gobierno, apoyado más que todo en la verdad legal, aferrado á las decisiones de los Consejos de Guerra que juzgaron á Dreyfus y á Estehrazy, revolviendo la vieja doctrina de la *cosa juzgada*, muéstrase manifiestamente inclinado á impedir que se revise el proceso de traición, instruido contra el oficial de artillería, sobre el cual ha caído con pesadumbre inmensa la maldición del pueblo. Entre tanto, allá en la solitaria Isla del Diablo, en las insalubres tierras de la Guayana, el réprobo, el proscrito, el infelíz Dreyfus, se revuelve en su jaula de hierro como fiera salvaje, acaso sintiendo en su espíritu entenebrecido,

cómo se levantan las sombras dantescas del odio, cómo fermentan las amargas heces del rencor, cómo se retuercen las sierpes venenosas de la desesperación, y cómo se hunde él, muerto y enterrado en vida, en las tinieblas obscuras del infierno á que lo han condenado.

Si pudiéramos penetrar en el abismo de ese espíritu; si pudiéramos sorprender el secreto de esa alma; si pudiéramos obtener la explicación clara de aquellas lágrimas candentes que derramó Dreyfus en el acto solemne y terrible de su degradación, y saber qué significaban, si la desesperación de la inocencia marcada con el *inri* del réprobo, ó la rabia de la impotencia del hombre criminal, de la bestia irsuta, sorprendida en su guarida y detenida en su empresa de odio y de venganza.... ¡cómo se alumbrarían esas luchas entre el acusado que quiere declaraciones y los testigos que callan; entre los jueces inexorables que defienden sus procedimientos con la *razón de Estado*, y los defensores hambrientos que piden, como Goethe en sus últimos momentos, ¡luz, mucha luz! para alumbrar todas las sombras, para descorrer todos los velos, para explicar todos los misterios, aunque resultaran descubiertos secretos que se quieren guardar ocultos!

***

Por eso es grande y majestuosa en estos momentos de crísis la figura de Emilio Zola, ante el jurado que lo juzga por ultrajes al ejército, á la justicia y á algunas personalidades del Estado.

En medio de la deshecha tempestad, ha levantado muy alta su frente de pensador, y con la mirada altanera del águila que se remonta para ver de frente el sol, desafía las iras populares y sostiene ante el tribunal su tremenda acusación, pidiendo á la justicia nacional de Francia, no la absolución de los culpables, sino la revisión del famoso proceso, que hace tres años tiene á un hombre encerrado en una jaula como si fuera el criminal más miserable de la tierra.

Aún no se pronuncia el fallo. El mundo entero está pendiente de la actitud de los jueces, y sigue con inquietud siempre creciente las peripecias, los incidentes y los más pequeños detalles del proceso. Todos están suspensos de los labios que han de absolver ó condenar al gran acusador que hoy responde de sus actos con toda energía, con la entereza de un gran carácter.

Algo se ha podido vislumbrar durante las audiencias sobre el proceso de Dreyfds instruido en el más riguroso secreto; algún rayo de luz ha penetrado en las conciencias, pues se ha visto al pueblo tornadizo de París calmar á las veces sus furiosos ímpetus y asistir tranquilo y reposado á las audiencias. Pero como si alguien se complaciera en arrojar combustible á aquella hornaza, como si alguno gozara con la efervescencia popular y la agitación de los espíritus caldeados al rojo blanco, míranse de nuevo levantarse las llamas rojas de la pública indignación, se oyen los gritos destemplados del ciego populacho, que vomita injurias sobre Zola, y los espumarajos de la rabia de los arrabales salpican la frente del gran novelador.

***

¿Qué cosa habrá detrás de estas escenas que juzgamos casi indignas de la ciudad-luz? cuál será el aliento que sopla sobre esa hoguera para producir llamaradas de incendio? cuál la mano oculta que siembra odios, agita rencores y provoca esas fermentaciones que sacuden en sus cimientos la República Francesa?....

A la vista está la actitud enérgica del gabinete que preside M. Méline, y se palpa su firme decisión de mantener incólume el decoro del ejército, la honorabilidad de los tribunales militares, y por ende el prestigio de la nación, trabajosa pero victoriosamente alcanzado en veintiocho años de la improba tarea de reconstruir toda una patria.

Se ha hablado también de un poderoso sindicato judío, constituido con el exclusivo objeto de rehabilitar al proscrito de la Isla del Diablo. El oro semita ha corrido á raudales, se ha derramado á cataratas, y en él, se dice, se ha ahogado más de una reputación. Se han comprado conciencias, se han cotizado opiniones, y los mismos apóstoles de la opinión pública, los que se envuelven en la toga de la *sagrada misión*, se han puesto en venta para defender convicciones que no se sienten, para manejar el sofisma, para esgrimir la diatriba, y con pomposo aparato defender á un miembro de la sinagoga y librarlo del infamante estigma con que la justicia de un tribunal marcó su frente, y en tres años de silencio recibió la sanción del país.

Hay, además, la voz de los que reclaman la revisión del proceso de Dreyfus en nombre de la justicia. «Si Dreyfus es culpable del nefando crimen de que se le acusa, debió, según los Códigos, y por el prestigio del ejército, ser condenado á muerte; si las pruebas en su contra no resultaron bastante evidentes para hacerlo merecedor de un castigo irreparable, entonces, por el mismo prestigio del ejército, debe revisarse el proceso.»— Así se expresan los defensores del infeliz traidor.

¿Por qué han callado durante tres años? ¿Por qué sólo se han oído en este tiempo los lamentos lastimeros de la víctima que á nadie conmovían y no han levantado eco más que en el desolado corazón de los suyos? ¿Por qué tarda tanto tiempo en organizarse una defensa que ha de provocar universal conmoción en los espíritus?

Es que, acaso, como otra vez lo hemos dicho, hay algo secreto entre bastidores, algo que interesa á la seguridad de la República; y por más que todavía no salga á la superficie, creemos que en el fondo de toda esta tragedia se revuelven los intereses de una reacción monárquica. Quizá se pretende con este escándalo, en el que están fijas las miradas de todo el mundo civilizado, arrojar una mancha sobre el manto inmaculado de la República para iniciar la vuelta de los Orleans, que tienen en sus manos el prestigio de la monarquía histórica, junto con los recuerdos de la monarquía constitucional, y tal vez pudieran adquirir hasta la alianza de la fracción bonapartista.

Inútiles esfuerzos: la República que resistió á las infidencias que en nombre del Conde de Chambord la amenazaron en su primer período, á los escándalos de Wilson que hicieron rodar al honorable Grévy, por más que estuviera limpio de las salpicaduras de ese lodazal, á la agitación cancanesca del General Boulanger, rodeado con aureolas efímeras y aclamado por turbas de *vaudeville*, y á la sucia marejada del Panamá en cuyas ondas infectas se sumergieron nombres y se mancharon prestigios...... la República resistirá ahora, como en los pasados días. Tiene en su abono y acudirán á salvarla, las glorias de Thiers y la sombra inmaculada de Sadi Carnot.

***

Asi lo esperábamos. Frágiles eran los lazos que unian á las naciones centro americanas que se ligaron con el pacto de Amapala; débiles y mezquinos eran los ideales que perseguían, y faltos de esos intereses que atan á los pueblos en federaciones: por eso se han roto al primer asomo de tormenta, y se han desvanecido como las creaciones de una imaginación calenturienta.

Acaba de comunicarnos el cable, que ha quedado disuelta la República Mayor de Centro América, por la separación de El Salvador que había sido el *trait d'union* entre Honduras y Nicaragua.

Agitado constantemente el volcánico suelo centroamericano por las convulsiones políticas de intestinas discordias, y teniendo la pretendida alianza miras ocultas y manifiestas tendencias hostiles contra sus hermanos y vecinos, á la primera racha de huracán ha desaparecido.

Vanos son los esfuerzos que se hacen entre cantos de poeta y ditirambos metafísicos de demagogos, para constituir agrupaciones superiores en el orden político, y más vanos todavía cuando esas agrupaciones se constituyen ó quieren constituirse con carácter internacional.

Para erigir la gran Germania, una, fuerte y poderosa, que desde su nacimiento brotó, como Minerva de la cabeza de Júpiter, armada y resplandeciente, se necesitó el pensamiento de Bismarck, la espada de Moltke y la energía del Rey Guillermo, obrando entre pueblos unidos por la tradición, por la historia, por intereses reales y positivos. Antes de las batallas de Sadowa y de Sedán, antes de oirse la tremenda voz de los cañones que arrebataron á Austria la hegemonia alemana y colocaron á Prusia en el catálogo de las grandes potencias, ya se habían oído por muchos años las predicaciones de los apóstoles y las palabras de los pensadores en las Academias y en las Universidades.

Pero pueblos inquietos por raza y por herencia, repletos de rivalidades y henchidos de odios entre sí, no pueden constituir una confederación duradera si no hay una mano fuerte y vigorosa, si no hay un pensamiento noble y elevado que substituya sus inválidas agitaciones con una potente estabilidad.

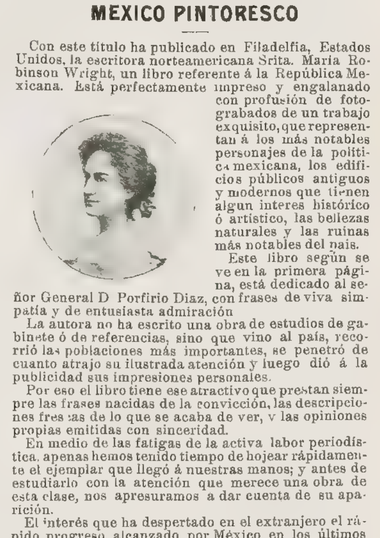
La República Mayor de Centro América ha sido hasta ahora una vana utopía; no juzgamos imposible su establecimiento, pero para esto se necesitan condiciones de viabilidad de que hasta hoy no han dado muestras los pueblos centroamericanos.

X. X. X.

Eebrero 19 de 1898.

MEXICO PINTORESCO

Con este título ha publicado en Filadelfia, Estados Unidos, la escritora norteamericana Srita. Maria Robinson Wright, un libro referente á la República Mexicana. Está perfectamente impreso y engalanado con profusión de fotograbados de un trabajo exquisito, que representan á los más notables personajes de la política mexicana, los edificios públicos antiguos y modernos que tienen algun interes histórico ó artístico, las bellezas naturales y las ruinas más notables del país.



Este libro según se ve en la primera página, está dedicado al señor General D Porfirio Diaz, con frases de viva simpatía y de entusiasta admiración

La autora no ha escrito una obra de estudios de gabinete ó de referencias, sino que vino al país, recorrió las poblaciones más importantes, se penetró de cuanto atrajo su ilustrada atención y luego dió á la publicidad sus impresiones personales.

Por eso el libro tiene ese atractivo que prestan siempre las frases nacidas de la convicción, las descripciones frescas de lo que se acaba de ver, y las opiniones propias emitidas con sinceridad.

En medio de las fatigas de la activa labor periodística, apenas hemos tenido tiempo de hojear rápidamente el ejemplar que llegó á nuestras manos; y antes de estudiarlo con la atención que merece una obra de esta clase, nos apresuramos á dar cuenta de su aparición.

El interés que ha despertado en el extranjero el rápido progreso alcanzado por México en los últimos años, hace que las obras que se le consagran merezcan particular atención no solo de parte de los hombres de letras, sino de todos los que necesitan nuevos campos de acción para su comercio su industria ó su capital.

EL PROCESO DE ZOLA.

Los lectores de *El Mundo Ilustrado*, tienen ya noticias de la gran conmoción producido últimamente en Francia con motivo de haberse propalado la versión de que el ex Capitán Drèyfus, deportado por traidor á una Isla desierta, era inocente. En el público, en la prensa, en el Parlamento, se trató el asunto con calor, hasta que empezó á cundir la noticia de que todo ese movimiento lo había producido el oro de los judios derramado á manos llenas, sin que hubiera podido sin embargo corromper á los que en la República están encargados de administrar la justicia.

Entre los que han sido acusados por la opinión de haber sido corrompidos y corruptores, figura el gran novelista Emilio Zola, que hasta hace poco tiempo era uno de los ídolos del entusiasta pueblo francés

Del resplandeciente pedestal de su gloria cayó de improviso Zola, y el populacho indignado vociferaba pidiendo para él un castigo enérgico y ejemplar.

La autoridad se vió en la necesidad de intervenir en el asunto, y el mil veces laureado autor de Los Rougon Macquart fué sometido á juicio.

Como mientras se iniciaba este procedimiento tuvo lugar la absolución del Mayor Estherazy á quién los defensores de Drèyfus acusaban para salvar á su defenso, esta absolución acogida con entusiasmo, aplacó los furores populares y ya no se piensa en Zola con tanto encono como hace pocos días.

La justicia no ha pronunciado aún su última palabra sobre la culpabilidad ó la inocencia del ilustre literato.

Esperemos tranquilos ese fallo, que de seguro será la expresión de la verdad, si no real, á lo menos de la verdad legal.

Estamos concluyendo de preparar y repartiremos con nuestro último número de Febrero actual,

Una preciosa novela

que se les entregará encuadernada á nuestros abonados.

Estrellas errantes

Más vale tarde que nunca! Sería necesaria toda la autoridad de este viejo proverbio, que es la misma sabiduría, para hacerme perdonar todas las cuestiones á que me entrego sin darles solución.

A propósito de la lluvia de estrellas que debió producirse el 14 de Noviembre último y habiendo sido esa noche excepcionalmente clara, los aficionados só lo pudieron encontrar en lugar del ramillete de fuegos artificiales esperado, algunas llamas fugitivas, que cruzaron aquí y allá el terciopelo azul del firmamento.

Furiosos por haberse desvelado para tan poca cosa, los aficionados se apresuraron á protestar; siendo tanto más serio el hecho, cuanto que la Astronomía pasa con justo título por la más exacta de las ciencias y sus predicciones se cumplen, en general, como se verifican sus cálculos, más difíciles, con una precisión matemática. Nunca telescopista alguno había visto todavía á los astros faltar á su cita regular y precisa.

¿Qué significaba, pues, esta falta, ¿qué va á ser de la Tierra, corpúsculo perdido en el desastre cósmico?

Durante doce ó quince días consecutivos, una verdadera avalancha de preguntas buscaba la clave del enigma, y no contesté á ellas porque otros cuidados menos lejanos, pero más importantes, motivaron mi negligencia.

Aunque tarde, pero manifiesto desde luego que las estrellas errantes ó exhalaciones no son estrellas propiamente dichas, sino migajas de estrellas, despojos de astros dislocados ó cometas hechos trizas, montones de cuerpecillos vagabundos, que revolotean alrededor del sol, cuya atracción les retiene y les arrastra á una distancia que varía de 3,000 000 000 á 145.000,000 de kilómetros, un inmenso y radioso arrastre anular que se extiende desde los confines del planeta Urano, hasta las vecindades de todo el sistema solar. Este cortejo emplea 33 años en hacer su revolución circular ó más bien, elíptica, siguiendo una ruta que la órbita de la Tierra debe cortar en la noche del 13 al 14 de Noviembre.

La velocidad de la Tierra en esta época, es de 30 kilómetros por segundo, en tanto que los corpúsculos meteóricos al través de los cuales pasa como una bala, son una nube de moscos que marchan en sentido contrario á razón de 42 kilómetros por segundo En tales circunstancias es tal el calor desarrollado por el frotamiento de la atmósfera terrestre rarificada á la altura de 100 kilómetros, donde se opera generalmente el encuentro. que el asteroide se funde, se volatiliza ó se disgrega, sin dejar otra huella de su paso que el relámpago incandescente de su fuga.

En 1866 el fenómeno se manifestó por la última vez en la plenitud de su intensidad y, por consiguiente, hasta 1899 es cuando podemos esperar volver á verlo en todo su esplendor, lo cual sucederá justámente como para festejar el centésimo aniversario de la primera observación científica que de las estrellas errantes hizo Humboldt en la América del Sur.

Sin embargo, á causa de la diseminación de los asteroides que se llaman Leónidas, porque su principal núcleo aparece en la constelación de León, la longitud del anillo brillante que forma su órbita nos permitirá siempre asistir á mediados de cada Noviembre, á una lluvia de estrellas errantes, más ó menos considerable, y á medida que se aproxime el fin de los 33 años marcados como máximun, se acentuará el fenómeno para decrecer en seguida progresivamente. Así pues, en Noviembre próximo, deberemos ver en la fecha señalada una lluvia de estrellas relativamente copiosa.

Eso, si no sucede que falten á la cita como en el año pasado, aventura enojosa para los astrónomos pero que no tiene nada de sorprendente, pues este cortejo de asteroides que ronda al sol está muy lejos de tener una densidad uniforme. Sometida á innumerables causas de disgregación; unas constantes y otras eventuales varían de espesor en enormes proporciones. A veces la falange está compacta y á veces débil por lo que no siempre contemplamos igual espectáculo cuando la tierra pasa al través.

A veces es una lluvia de fuego y las estrellas caen tan numerosas como los copos de una tempestad de nieve; y á veces por el contrario como en Noviembre último, el paso de la tierra coincidiendo con un vacío del anillo meteórico, apenas da ocasión de distinguir algo anormal.

Pero esto no prueba nada contra la certidumbre de las predicciones astronómicas, sin contar con que todos esos movimientos están sujetos á numerosas causas de perturbaciones que no todas están comprendidas en nuestro campo de observación y que pueden ocasionar retardos é irregularidades.

En efecto, además de la atracción del sol y de la tierra, las asteroides arriesgan siempre en su curso vertiginoso á través del espacio sin límites, entrar por casualidad en la zona de atracción de otras masas siderales cuya influencia no podría ser indiferente á su evolución.

Por ese motivo sucedió que, según los cálculos de Leverrier, habiendo pasado hace mil setecientos setenta y un años, un poco cerca del planeta Urano, ocurrió trastorno tal en su marcha, que de parabólica que era su órbita se convirtió en elíptica. Nada impide que de un momento á otro se produzca á millones de leguas de nosotros, en las insondables profundidades del empireo, algún misterioso fenómeno más ó menos acentuado de ese ó de otro género.

Todo esto no ha impedido á los eclipses, cuya venida se ha anunciado con meses y años de anticipación, cumplir honradamente su compromiso sin dar motivo para que los astrónomos se queden calvos de pensar en la causa de ninguna informalidad.

E. GAUTIER.

DAMAS MEXICANAS

Sritas. Guadalupe y Concepción Muro

DE SAN LUIS POTOSI

Fot. Mendez Hermanos

Un cañon en el Siglo XIV.

Ahora que el Señor General Diaz acaba de pasar una escrupulosa revista á la artillería nacional compuesta de armas de retrocarga ligeras, mortíferas, de gran alcance y de última invención, es oportuno hacer un recuerdo de lo que era un cañón hace quinientos años.

En Córsega ha descubierto últimamente el señor Monte Rossi un bellísimo ejemplar de las bocas de fuego de aquella época, al estar abriendo un pozo en terrenos de su propiedad situados en la aldea de Palasca

Es el tipo de una culebrina, del cual existen especimens análogos en algunos museos de armas; su forma es octagonal y el metal está enteramente oxidado. Data probablemente del siglo XIV en la epoca de la memorable lucha que hubo entre los corsos y los genoveses.

N. Libri, en su historia de las ciencias matemáticas, refiere que hacia el año de 1325 se fabricaban en Florencia, cañones de metal y balas de fierro. Puede ser que el cañón á que ahora nos referimos, haya sido fabricado en aquella ciudad en esa época lejana, á menos que no haya sido importado por los árabes que devastaron la Córsega y que hacia el año de 1285 hacían uso ya de esas máquinas de guerra.

Esta arma estaba provista de una especie de guión macizo para fijar la puntería. el cual estaba en un soporte de forma perpendicular que le servía de punto de apoyo. Un bombardero debía con ayuda de una palanca, poner la pieza en la dirección del blanco, mientras que un segundo artillero ponía con ayuda de una mecha, fuego á la pólvora esparcida en la superficie del oido.

El cañón encontrado en Palasca profundamente excavado, demuestra que se hizo de él un dilatado uso en las guerras.

La palanca actualmente abollada y torcida, hace cuerpo con el cañón, pero debió estar colocada en el prolongamiento del ánima, ó bien estar ligeramente inclinada y no doblada como se encuentra.

Esta interesante boca de fuego está en la actualidad en poder de M. F. Guidono, consejero general del Cantón de Olmi Capella.

En estos tiempos de ametralladoras, cañones de Bange y fusiles de pequeño calibre, causan admiración la pesadez, lentitud en el tiro, peligro para los artilleros y grandes dificultades de toda especie que presentaban las antiguas bocas de fuego; y sin embargo, ¡qué revolución causó su empleo en la guerra, cambiando radicalmente el sistema de combate!

Por más que se hayan dirigido reproches, maldiciones é invectivas contra el inventor de la pólvora y sus sucesores, los inventores y perfeccionadores de las armas de fuego, el hecho real es que ellas mientras más destructoras y perfeccionadas, hacen menos crueles y sangrientas las guerras y sobre todo más rápidas en su desarrollo y fin

Esto que parece paradójico se comprende con solo recordar que antes de que se descubriesen las armas de fuego, todas las batallas eran combates personales cuerpo á cuerpo.

Las últimas guerras de China y el Japón y de Grecia y Turquía, demuestran lo que la táctica moderna de combate debe al armamento perfeccionado.

En México hay también ejemplares preciosos de armas antiguas. Además de los cañones del Museo de Artillería quedan aún bocas de fuego traídas en la época colonial que tienen gran valor histórico.

EL SEÑOR GENERAL DIAZ DIRIGIENDOSE Á LA REVISTA—(Del natural.)

REVISTA MILITAR

El 12 del actual en la mañana, pasaron revista los Cuerpos de Artillería, Ingenieros y Ambulancia, ante un numeroso concurso de personas que se manifestaban muy complacidas de la buena organización de esta parte del ejército nacional.

Los expresados Cuerpos con sus trenes correspondientes, se situaron desde muy temprano en la Calzada de la Reforma, desde la estatua de Cuahtemoc hasta las inmediaciones de Tacubaya.

Cada batallón de Artillería ocupaba un tramo de calzada, comenzando dicha línea en la glorieta de Cuauhtemoc, con el Primer Batallón á las órdenes del Coronel Alberto Yarza. Continuaba el segundo, mandado por su jefe el General Eugenio Rascón; en el tramo siguiente estaba el tercero, con el General Ignacio Salamanca y en el último tramo de la Reforma, el cuarto batallón á las órdenes del General Luis G. Valle.

En la nueva calzada que se ha construido para unir la Reforma con la de Tacubaya, se instalaron los trenes. Veianse en primer término los carros de invención moderna que contienen la dotación completa para instalar en campaña la línea telegráfica, la fragua, algún puente indispensable para el violento avance de las tropas, y otro carro con los instrumentos y utensilios para los zapadores.

En seguida, 20 carros del cuerpo de Ingenieros con sus correspondientes toldos, 24 del cuerpo de Artillería, 4 guayines de la Ambulancia para el servicio de ciudad y 10 carros del mismo Cuerpo. Por último 22 carros de transportes, cerrando la línea una escolta de Gendarmes de Ejército Las dos alas de las calzadas estaban cubiertas por las piezas de artillería, los carros del parque y los pelotones de soldados, quedando el centro libre para el tránsito de carruajes.

La Comandancia Militar ordenó que se pusiera al frente de las fuerzas el Coronel General D. Jesús S. Jiménez, Jefe del Departamento de Artillería. Su Estado Mayor se compuso así: Jefe Teniente Coronel Gilberto Luna, jefe y oficiales de órdenes, Mayor Salvador M Zurita, Capitán 1º David de la Fuente, Capitán 2º Luis G. Barragán y Tenientes Mariano Alcérreca, Luis Hernández y Emilio Alemán.

El cuartel general se había instalado en el lado sur de la glorieta de Cuauhtemoc.

A las nueve llegó el Señor Presidente de la República en uno de sus carruajes, acompañado del Señor Ministro de la Guerra y de otros Oficiales de alta graduación Escoltaban al primer Magistrado de la Nación, su Estado Mayor y un piquete de la Gendarmería del Ejército.

Llamaron la atención veinticuatro de las ametralladoras que adquirió últimamente la Secretaría de Guerra, que están montadas sobre cureñas de bronce y carecen de avantrenes.

Bajóse del carruaje el Sr. General Díaz para examinar las cajas del parque de esos nuevos instrumentos de guerra, las cuales son muy pequeñas y están guarnecidas de planchuelas de latón amarillo con cerraduras automáticas.

Continuó recorriendo la línea hasta llegar al sitio donde terminaba para regresar por la misma calzada, colocándose luego á la entrada del Paseo para presenciar el desfile de la tropa.

Este comenzó á las diez y cuarto y duró 45 minutos. Pasaron revista 84 piezas de artillería ligera, de montaña y de batalla, un número igual de carros de parque y 24 ametralladoras.

La columna se dividió en la esquina de la Calle Nueva y Avenida Juárez, para regresar los trenes y batallones á sus respectivos cuarteles.

El carruaje presidencial, seguido de las escoltas y dando vuelta por las calles de Iturbide, recorrió las de Alconedo, Nuevo México, Rebeldes y Zuleta, llegando el General Díaz á su residencia de Cadena, á las once en punto.

Se ha visto que el cuerpo de Artillería cuenta con los principales elementos modernos, siendo su organización y equipo dignos de elogio. Los soldados maniobran con habilidad y hay muchos que son hábiles tiradores.

El señor Presidente parece haber quedado muy satisfecho del éxito de la revista.

CUENTOS DEL PORVENIR.

El periodismo en la antiguedad

Es en verdad muy interesante encontrar cada día en el relato de viejos acontecimientos nuevas enseñanzas de alguna importancia. Pero nunca se maravillaría uno bastante de los recursos por medio de los cuales se intentaba llegar á este fin en tiempos pasados y sobre cuyos recursos se nos dan detalles muy interesantes. De ellos reproducimos los que nos parecen más esenciales, pero sin poder adornar el cuento con ese sabor especial, esas reflexiones inesperadas, esas anécdotas acertadísimas con que el bisabuelo sabía esmaltar sus discursos.

A falta de la forma, el fondo bastará ciertamente para despertar la curiosidad, y no faltará seguramente quienes le consideren inverosímil, sin embargo de que nada hay más exacto.

Cuando la humanidad estaba todavía en la infancia, las noticias se propagaban por medio de grandes cuadros de papel que se llamaban periódicos, en lugar de que se refirieran sencillamente de viva voz con los fonogramas que ahora nos las comunican minuto por minuto. Primero las escribían con gran fuerza de pormenores, generalmente bobos; y luego, una vez escritas, obreros especiales recortaban el papel en pedacitos y recomponían de nuevo el manuscrito en caracteres movibles, para lo cual iban tomando las letras en la mano, de una en una. Esta composición servía luego para imprimir el periódico. Ya puede considerarse la pena y el tiempo que se necesitaba invertir en

EL SEÑOR PRESIDENTE EXAMINANDO LAS AMETRALLADORAS—(Del natural.)

un trabajo semejante hasta el extremo de que se pregunta uno qué hay más que admirar: si la rudeza primitiva de esos medios ó la habilidad con que bien ó mal se les ponía en ejecución.

Pero todo esto no es más que la parte material de la cuestión, y no puede sorprender que en una época en que no había ni ciencia ni industria, el hombre haya ensayado suplir todo esto como podía, para proveer á lo que le hacía falta.

Si se hubiera limitado á esparcir así las noticias, no tendría eso nada de extraordinario, y demostraría solamente cuán atrasada estaba la humanidad en aquellos tiempos lejanos; pero no es esto simplemente lo que sucedía, pues cada cuadrado de papel tenía un nombre y se enviaba todos lo días á algunos millares de lectores que pertenecían á tal ó cual partido político; y en lugar de darles las noticias diciendo las cosas como eran, cada partido se esmeraba en interpretarlas y falsificarlas según lo que juzgaba más conforme á sus intereses. Llegaban á este fin con una cosa que llamaban artículos y los empresarios de periódicos confiaban el cuidado de confeccionar estos artículos á ciertos obreros especiales, de los que algunos habían adquirido una gran habilidad en este género de trabajo. Apropósito de cualquier cosa se fingían sentimientos de una extremada violencia, se insultaba á los adversarios y se prodigaban elogios á aquellos que se quería sostener, y por estos medios infantiles, se imaginaba hacer compartir á los lectores la convicción de las apreciaciones que se aparentaba poseer, pero lo grande y lo asombroso del caso, y lo inverosimil, es que conseguían su objeto, porque tan natural y simple así es la credulidad en los cerebros que no están todavia desarrollados.

ESCALERA DEL GRAN TEATRO DE LA OPERA EN PARÍS

Por lo general un salvaje no leía mas de un periódico, y llegaba á tomar por verdad cuanto estaba impreso en él. A veces había quienes leían varios, pero esto ocasionaba al fin tales jaquecas, que los infelices comunmente acababan por volverse locos. Este resultado se comprende muy bien, cuando se comparan textos como los siguientes que se contraian á un mismo hecho:

"Ayer el director de Obras Públlicas fué á inaugurar la nueva linea de Fouilly les Pruneaux á Tournevieux les Baudets. Por todo el camino, los honrados y valientes vecinos de la comarca, se han apresurado á hacerle una ovación entusiasta. Los gritos de «Viva el Director» no han dejado de oirse en todo el día."

(Periódico A.)

"Ayer, cuando la inauguración de la linea de Fouilly á Tournevieux, nuestros valientes conciudadanos de aquellas patrióticas regiones, han hecho pasar un día bien triste al Director de Trabajos públicos (que estaría mejor en trabajos forzados) pues á los gritos de *Viejo foragido*, le arrojaban papas cocidas por todo el camino."

(Periódico B.)

Los desgraciados á quienes estaba confiada la carga de hacer los artículos, eran por costumbre bastante mal pagados, pero en justificación de esto, es bueno hacer constar que no tenian instrucción ni capacidad alguna. Y no solamente á los asuntos políticos se dedicaban los artículos, sino á todo lo que podía interesar al público en aquellos tiempos, como literatura, teatros, bellas artes y ciencias, pues los pobres se atrevian á hablar de ciencias.

Sobre todo, en lo que se escribia respecto al teatro y que era una admirable colección de enormidades, podría uno sacar provecho diviртiéndose largos años. Esta clase de artículos parece haber constituido una especialidad, y los obreros que los fabricaban se llamaban *Críticos* y prestaban un gran servicio á los demás hombres, dispensándolos de pensar por sí mismos, lo cual generalmente les valia la celebridad. ¡Lastima que no haya sido posible descubrir el nombre individual de ninguno de estos *Críticos*, apesar de las más minuciosas investigaciones!

La acción del periodismo se extendia á todos los hechos de la vida privada de las personas, y como era necesario llenar todo el cuadrado de papel, se recopilaban todos los chismes, todas las faltas, todos los escándalos y este trabajo se confiaba á unos aprendices á quienes llamaban *Reporters* y que se ejercitaban así en el oficio. Cuando un personaje se encontraba puesto en celebridad por un acontecimiento cualquiera, los periódicos lo sometian á una tortura especial, que se llamaba *El suplicio de la Interview* y que consistia en mandarle una nube de pequeños *reporters* (uno ó dos por cada periódico) cada uno armado de un lapiz y de un pedazo de papel blanco. Le metian, parece, el lapiz en la boca y le obligaban á hablar: y en tanto que hablaba, los *Repórters* escribian febrilmente. Al otro día, todos los periódicos hacian, por lo general, decir al paciente lo contrario de cuanto había dicho.

Sobre los obreros fabricantes de artículos, y dándoles sus órdenes se encontraban los empresarios ó dueños de los periódicos que eran el alma del periodismo y que alcanzaban posiciones considerables y una gran fortuna. ¡Tal era la imbecilidad universal, y tanto así se sentían felices los hombres de encontrar á su servicio ideas hechas sobre todas las cosas!

La credulidad íba tan lejos, que los empresarios de periódicos habían encontrado una gran fuente de recursos en una industria lateral que se llamaba *el anuncio*. Los vendedores de no importa qué cosa, pagaban porque se pusiera en el periódico un número de líneas concernientes á lo que vendian; y el público, buen muchacho, aunque sabia que nueve veces sobre diez lo que decía el anuncio, era una mentira abominable, se dejaba pescar con sin igual candor y hacía la fortuna del comerciante anunciador.

Algunas veces estos anuncios tenian tal carácter, que se queda uno confundido ante el abismo de tontería y credulidad que debían presentar los cerebros.

Se ha encontrado un periódico con un llamamiento á los calvos y á los que perdían el cabello. El Doctor X, cubierto de medallas de oro, y condecorado por muchas órdenes extranjeras, prometía hacer renacer los cabellos con su agua maravillosa que valia seis francos el frasco.

Otro periódico ofrecía alicientes de dinero: *fortuna facil y sin trabajar*, pero siempre se trataba de empezar por dar dinero antes de recibir nada. Los casamientos ricos jugaban un gran papel en esta industria. Este es un asunto sobre el cual hablaremos probablemente en uno de estos próximos dias.

De pronto, no pudrían enumerarse todos los anuncios por medio de los cuales se procuraba entonces engañar á los hombres, despertando sus apetitos y prometiéndoles la curación de todos sus males.

Una crónica antigua refiere también que un gran número de periódicos vivia del *chantage*, pero se ha perdido el sentido de esta expresión singular. Acaso significaría que ciertos periodistas eran al mismo tiempo profesores de música vocal en establecimientos instituidos expresamente para ellos, que se llamaban *Conservatorios* y en los cuales se hacía mucho ruido, pero la explicación no puede ser exacta, porque parece que el epíteto de Maestros Cantores, fué aplicado más bien á personajes desprovistos de voz. Por otra parte, había una profesión que llamaban de diputados, la cual exijía por el contrario mucha voz para ser bien desempeñada según lo que se afirma; y como muchos diputados eran al mismo tiempo periodistas, de aquí puede haberse producido una confusión.

Infatigables investigadores no cesan (desplegando sin desanimarse una admirable paciencia) de trabajar en la solución de este difícil problema. A fuerza de compultar textos, y de descifrar las inscripciones de monumentos en ruinas han dilucidado ya evidentemente tantas cuestiones, que no hay motivo para desesperar.

Provisionalmente, es discreto emitir la hipótesis de que la política, el periodismo y el chantage, constituian industrias separadas, aunque tuvieran entre sí ciertos puntos de conexión que no pueden ser ahora precisados.

Por otra parte: basta que cualquiera de estas industrias haya prosperado, en las condiciones que acabamos de indicar, para que quede demostrado el estado de delicuescencia que presentaba la materia cerebral de los hombres primitivos.

NATALIS

El Carnaval en Paris

MIS IMPRESIONES

El Carnaval en París tiene dos manifestaciones grandiosas y verdaderamente mágicas: la procesión del Buey Gordo y los bailes de la Ópera.

No he tenido la curiosidad de investigar que origen tradicional ni que significación simbólica tiene ese interminable desfile de carros alegóricos, de comparsas vistosas y abigarradas, de tipos de todos los pueblos de la tierra y de todas las épocas de la historia y de las divinidades imaginarias de todas las mitologías. Los Egiptólogos y Orientalistas veran tal vez en ello una continuación del culto del buey Apis, los teólogos acaso lo tomen como símbolo del sacrificio del último buey que se ha de devorar antes de las maceraciones y ayunos cuaresmales; yo solo sé que es una ceremonia característica y peculiar del pueblo frances, y acaso lo más carnavalesco que tiene el carnaval de Paris.

Desde el medio día comienza á acumularse á todo lo largo de los boulevares una multitud compacta, inquieta, agitada y sedienta de contemplar el solemne desfile. Organizada la procesión por los gremios obreros y especialmente por los del ramo alimenticio, cada uno de ellos, carniceros, panaderos, verduleras, fruteras, hace dibujar, construir y decorar un carro alegórico y más, ménos ó nada simbólico del gremio que lo exhibe; el carro va poblado de figurantes y figurantas vestidas y ataviadas con gran lujo y con delicado gusto; la elección del personal es esmerada, ellas todas jóvenes y hermosas y ellos todos arrogantes y apuestos. El carro, ya representa una nave más ó ménos fantástica, empavesada de sedas vistosas, decorada de anclas y cadenas plateadas, flotando al viento las girandolas y gallardetes multicoloros y tripulada por marineritas frescas, rubias, sonrosadas, encaramadas en los mástiles, recostadas en los obenques, empuñando el timón en la popa ó la bocina en el cuarto de mando, saludando con cantos, vivas y hurras, y saludadas con vitores entusiastas y aplausos atronadores.

BAILE DE MÁSCARAS EN EL GRAN TEATRO DE LA ÓPERA EN PARÍS.

Otro carro representa un ramillete de flores animadas: de entre los pétalos de encaje y los pistilos de seda y oro surgen sonrientes y agraciadas las cabecitas de ángel y chispean los ojos de hurí y un pulverizador de perfumes va dejando tras del ramillete una estela aromática y embriagadora.

***

De súbito aparece una fortaleza artillada; resuenan tambores y trompetas; Vauban desde lo alto de la torre da órdenes y organiza la defensa, estallan petardos que simulan disparos y responden las músicas y las voces populares entonando frenéticas la Marsellesa.

Los aprendices pintores presentan á Afrodita, desnuda, palpitante, sonrosada bajo su *maillot*, surgiendo de la espuma de los mares, y los aprendices escultores á Diana Cazadora, no menos desnuda, de pié sobre la media luna, con su estrella en la frente, asestando su venablo. La emoción es indiscriptible; las dos diosas merecen serlo por su perfección plástica, como escogidas entre los mejores modelos por conocedores. A su paso triunfal chispean las miradas de los jóvenes calaveras, enrojece la nariz de los viejos verdes, y se cubren de rubor las mejillas de las señoritas púdicas y de los hombres serios

Siguen otros y otros más, todos precedidos de maceros, circundados de mosqueteros del rey y de guardias del cardenal, seguidos de ginetes suizos ó flamencos, escoltados por caballeros cruzados ó por spahis, vistosos, ricos, elegantes, impregnados de ese buen gusto refinado y de ese genio decorativo que nadie disputa á los franceses porque nadie puede igualar, y comparables tan solo á los maravillosos desfiles que los Medicis organizaban en Florencia durante El Renacimiento.

Derepente la multitud se agita, en oleaje formidable, al son de trompetas, tambores y músicas: es el carro de la reina. Esta reina se elige entre las jóvenes más bellas del gremio de lavanderas, y suele ser de incomparable belleza. El carro viene precedido de heraldos recamados de oro, de trompeteros y timbaleros en doble y triple fila y escoltado por ginetes en briosos palafrenes lujosamente enjaezados.

Bajo un rico dosel, sobre un solio de oro, cetro en mano y diadema en la frente, aparece la reina del día, rodeada de cortesanos y damas de honor, custodiada por alabarderos, aclamada por la multitud, incensada, regado de flores su camino é impregnado de perfumes su ambiente. Brilla, impera, recibe homenajes, crea adoraciones, se allega servidumbres, para, al día siguiente volver á su pobre buhardilla, é inclinada sobre el lavadero ganarse humilde é ignorada una mezquina subsistencia.

Sin quererlo y sin conciencia de ello, los franceses en esa reina de un día, simbolizan el carácter efímero y transitorio de toda gloria y de todo triunfo.

***

Para encontrar un espectáculo comparable, es necesario acudir á los bailes de la Opera. Pasado el vestíbulo se llega á la maravillosa escalera, con sus cuatro ramales de mármol blanco, sus pasamanos de onix argelino, monumento el más grandioso y bello que haya acaso producido la arquitectura decorativa.

Por ella, como por una escala de Jacob, suben y bajan ángeles; pero más pintoresca que la escala bíblica ve también ascender por sus peldaños los monstruos de todas las pesadillas, las huríes de todos los paraísos, los animales de todas las zonas, los héroes de todas las leyendas, los paladines de todas las historias; y animadas y multicoloras, las flores de todos los verjeles.

En el salón, espléndido y suntuoso, se ha dado cita toda la humanidad, allí cantan, bailan y se agitan al compás de una orquesta invisible y de una música arrebatadora, beduinos envueltos en sus mantos, caballeros de Calatrava revestidos de sus capas, aschanties y zulúes medio desnudos, caballeros armados de punta en blanco, oficiales de todos los ejércitos, soldados de todas las naciones, figurines masculinos y femeninos de la moda universal, pierrots, arlequines, polichinelas, locuras, estudiantes con sus panderos, gallegos con sus gaitas, mariposas finamente aladas, insectos con élitros de oro; rosas, claveles y gardenias, gatos, perros monos, cotorras...... Enumeración digna de Homero.... El bullicio ensordece, la música atruena, y la luz deslumbra y la atmósfera embriaga. Todas las formas de la sensibilidad, excitadas hasta el paroxismo conducen al delirio, á la locura, al frenesí: en aquella noche se vive un siglo, se consume una vida y para descansar de esa sacudida y reponerse de ese despilfarro de fuerza psíquica y corpórea, se necesita un año de trabajo, de sobriedad, de austeridad y de anestesia.

Tal es el carnaval en París; si he de sintetizar mis impresiones diré que es una embriaguez de hátchis como no sea un sueño de Mahoma.

DR. M. FLORES.

La Mujer instruida

La mujer instruida es la inteligente compañera de su marido: ella lo comprende, vive de sus ideas y se eleva con él por encima de los prosaicos quehaceres domésticos.

Ella un día y otro día lo sostiene en las dificultades, en las luchas numerosas á que está sujeta la existencia del hombre.

Sus consejos son preciosos y su esposo halla consolación y fortaleza en confiarle sus contratiempos, sus esperanzas y sus tristezas.

En el gobierno de la casa, la mujer instruida tiene á su cargo la contabilidad: sabe lo que se gasta y lo que se gana y de ese modo mantiene una prudente economía.

El marido la aprecia, la idolatra y hace el elogio de su mujer á todos cuantos llegan á su casa.

A más de todo esto ,hay una cosa en que resalta más el cometido de la mujer instruida: la educación de los hijos:

En los primeros años los lacta, los cuida de sus enfermedades, etc., más tarde, ella es quien les pone el libro en la mano para enseñarles á leer, y razona con ellos sobre infinidad de asuntos; puede decirse que ella es quien les suministra las *lecciones de cosas*.

Cuando llegan sus hijos á cierta edad, los sigue en sus estudios, les ayuda y los anima á continuar y á triunfar.

Una mujer instruida es un tesoro para un hombre, es un ángel para sus hijos.

Mujer, que lees estas líneas, ¿no quisieras ser como el bello tipo de que hablo? ¿no quisieras tú ser una *mujer instruida?*

RODOLFO MENÉDEZ.

EL REINO DE LAS MUJERES

Existe en la provincia rusa de Smolensko un pequeño Estado cuyo Gobierno, como el de la fantástica isla de San Balandrán, está á cargo de las mujeres

Dicho Estado, perteneciente al Distrito de Somolensko, mide 15 *verstas* cuadradas, y comprende gran número de aldeas.

Al comenzar la primavera, la población masculina emigra en masa á las grandes ciudades del Distrito en busca de trabajo. Durante la ausencia de los hombres, que suele ser de ocho ó diez meses, las mujeres cultivan los campos, atienden á los cuidados del hogar, construyen las *isbas*, y se encargan de la gestión de los asuntos públicos.

Todavía les queda tiempo á las abandonadas mujeres para distraerse unas horas en una especie de casino, donde juegan ó charlan desde las cinco de la tarde hasta bien entrada la noche.

Cuando se aproxima la época de regresar los ausentes, organízanse grandes festejos; elaborábanse enormes cantidades de cerveza, aguardiente y *piroghi* (torta de maíz)

Llegado el día del recibimiento, las mujeres acuden al encuentro de sus esposos, padres ó hermanos, y les tributan extraordinarios honores.

La situación política y financiera del «Reino de las Mujeres,» como designan los rusos al pequeño Estado, es muy floreciente.

La emperatriz Feodorowna demuestra tal interés por la original comarca, que anualmente, se hace presentar un informe oficial acerca de su situación.

Tiempo es ya, dejando momentáneamente la capital, de excursionar un poco por los Estados, y recoger en ellos, para el búcaro simpático que constituye esta galería de artistas, algunas flores opulentas. De otra suerte nuestra sección quedaría incompleta, y dejaríamos de ser justos.

En la provincia, lejos del vértigo de la metrópoli donde tantos. ¡ay! vivimos una vida de fiebre, deseando en vano un gironcito de soledad para estar un momento á solas con el ideal y con nuestro espíritu hay muchas almas de elección, cráteres de finos perfumes, nectarios de aljófares perennes y deslumbrantes, urnas de altos pensamientos, que han construido en lo íntimo de su cerebro una nivea capillita para el Ensueño:

María Ruiz es una de esas almas.

Nacida en Hermosillo, capital de Sonora, población simpática donde los hálitos del Cancer pronto maduran las rosas y las almas, la suya abrióse en prematura eclosión al Ideal, y desde entonces ha sido la fiel enamorada de ese rey invisible.

Para llegar á él ha tendido una escala de notas cristalinas, una escala divina como la de Jacob y como ella, excelsa.

El piano le reveló muy pronto sus secretos; abrió para ella el ánfora de sus tesoros y cuando la joven artista, adolescente aún, pudo viajar por los Estados Unidos y por el corazón del país, el aplauso salió dondequiera á su encuentro.

Acaso, esa alma *d'elite*, en sus íntimos coloquios con la Belleza eterna habrale demandado una vida menos apacible que la que le tocó en suerte: la vida que transcurre en las grandes ciudades, donde el artista halla suculento pan para su espíritu; mas quién dice que no es mejor la mansedumbre de una ciudad pequeña y familiar, donde se puede realizar el ideal de Schopenhauer y de Simmerman: la fructífera y fecunda soledad?

No son por cierto muchas las almas que ahí nos comprenden, pero son muchas en cambio las almas que nos aman, y no vale acaso más ser amado que ser admirado? No vale acaso más que la corona de popularidad en que brillan los diamantes mas también punzan las envidias y abrasan los odios, sentir según la expresión del poeta, sobre la frente *la dicha como un beso floral?*

El Duque Job decía: "Prefiero á ser admirado, ser querido" y decía tan bien!....

No debemos demandar al arte sino la suprema dicha de sentir y la suprema dicha de admirar; de otra suerte, el divino Rey, celoso, nos dará gloria, pero nos coronará también de espinas. Cada escalón de nuestra escala de renombre, mostrará las huellas de nuestra sangre....

Y todo para qué! para que mañana el eco tardío de la justicia vaya á repercutir trágicamente en una tumba, llena de coronas que no podrán embalsamar al corazón desecho, alumbrada por la luz de un triunfo que no podrá entibiar los áridos y amarfilados huesos.........

Cuanto más vale pasar por la existencia sintiendo y amando las supremas bellezas del Ideal,

Y luego reclinarse fatigado
en el hombro de nieve del olvido...

para dormir el manso sueño del cual se despierta á una vida á donde no llegan los débiles aplausos de la tierra!

Esta blanda, y tranquila, y más perenne apoteosis es la que deseamos para la joven artista sonorense y para sus hermanas, las otras vírgenes que como ella, cultivan los lirios del ensueño en apartadas villas de la fecunda nación mexicana.

Fotografías nocturnas de la torre Eiffel

Reproducimos las copias de las fotografías de la torre Eiffel tomadas en la noche del 31 de Octubre último por Mr G. Lopeé desde una ventana de la Avenida del Trocadero. Son interesantes desde luego porque fueron tomadas largo tiempo después de la puesta del sol, y además porque hacen ver perfectamente los detalles de un rayo que cayó sobre la gran construcción de hierro.

Durante esa noche, Mr. Lopeé ha estado siguiendo constantemente con el objetivo de su aparato la tempestad que estalló hacia las nueve, y pudo obtener varios *clichés* sucesivos.

En las dos últimas pruebas, (las que reproducimos) la tormenta se encontraba con relación al operador en la dirección de la torre de Eiffel, es decir, casi al sur. En el primer *cliché* reproducido se ve la imagen de varios rayos caídos sucesivamente, uno de ellos en la cima de la torre de Eiffel y que es por otra parte el único que cayó allí durante la tempestad.

En el momento en que estalló este rayo la lluvia caía en abundancia, lo que explica la anchura considerable de la imagen.

La segunda fotografía fué tomada inmediatamente después, cuando la tormenta se alejaba ya en dirección del sur: los relámpagos que culebreaban fuera del campo del objetivo iluminaban una parte del cielo, y las nubes del lado izquierdo son por esto muy visibles y están perfectamnte modeladas. Aunque el punto de vista haya sido el mismo para los dos *clichés*, la imagen de la torre está mucho más precisa en el segundo porque la lluvia había cesado de caer. En los dos casos la duración de la exposición ha sido bastante corta relativamente.

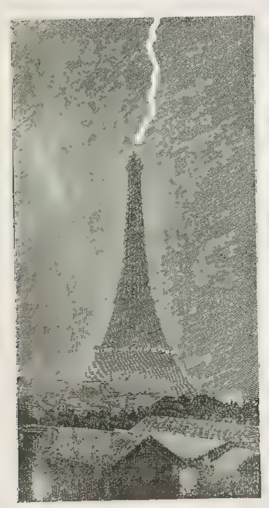
Mr. G. Lopee ha venido tomando desde hace cerca de diez años un gran número de fotografías de noche, y ha conseguido llegar á obtener *clichés* absolutamente notables. Para obtener éxito en estos casos, se necesita haber adquirido una gran costumbre á fin de poder determinar según las circunstancias el tiempo que deba durar la exposición, con vista de la intensidad de la luz y la sensibilidad de las placas que se han de emplear, pues solamente la experiencia puede determinar esta duración que varía de cinco á treinta minutos.

Esto es muy trabajoso al principio y se pierde cierto número de placas, pero al cabo de algunos ensayos se llega á juzgar con bastante precisión el tiempo de la exposición para obtener *clichés* interesantes.

Otra dificultad es la colocación, punto bastante delicado y que demanda mucha atención Evidentemente que se puede afocar durante el día y esperar en seguida pacientemente la noche, pero este procedimiento ni siempre es posible ni es cómodo. Con una poca de costumbre se llega á poder afocar directamente durante la noche, sobre todo cuando se es miope que se puede ver de cerca en el aparato la imagen débilmente iluminada. Para esto se necesita emplear un vidrio lo menos opaco que sea posible, á fin de que no absorva una gran parte de la luz: de otro modo el resultado es poco satisfactorio

Las fotografías nocturnas pueden tener utilidad fuera de su interes científico, y es de desearse que á ejemplo de Mr. Lopeé los aficionados se esfuercen en ensayar, para obtener buenos resultados en esta vía todavía tan poco explotada.

INAUGURACIÓN DEL MONUMENTO ERIGIDO EN TLAXIACO AL SEÑOR GENERAL DIAZ.



FOTOGRAFIAS NOCTURNAS DE LA TORRE EIFFEL

UN MONUMENTO

En Tlaxiaco, Estado de Oaxaca, acaba de celebrarse con una fiesta sencilla, imponente y conmovedora, la inauguración de un monumento erigido en el Parque Central, frente al Palacio Municipal, para perpetuar la memoria del Sr. Gral. Porfirio Diaz como heroe de la paz que forma ahora el más poderoso elemento de prosperidad de la República.

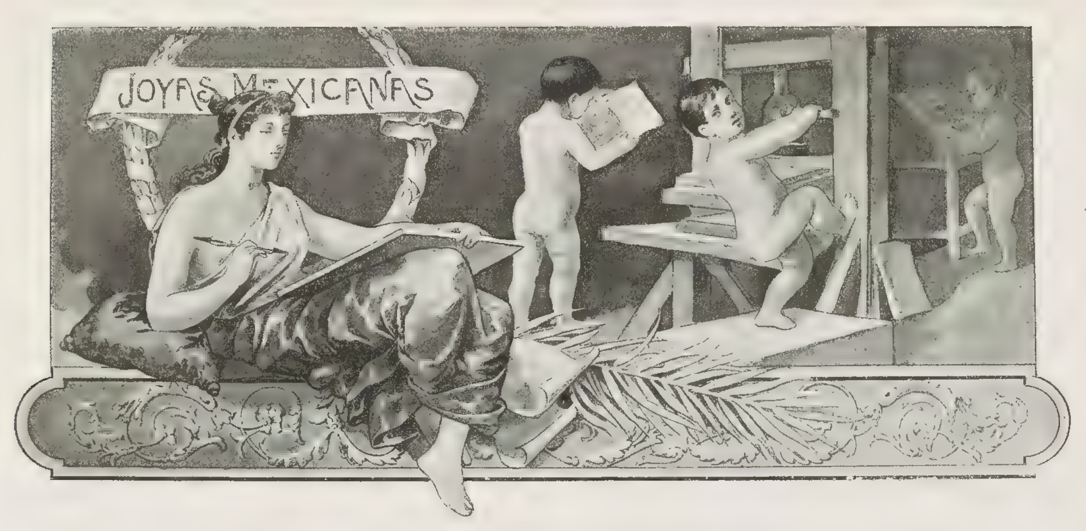
Constituye el monumento un busto en bronce del Señor Presidente, sustentado en una artística columna de mármol, como se verá en los grabados que publicamos hoy

Ante numerosa y animada concurrencia, el Jefe político descubrió el busto, entre los acordes del Himno Nacional, entusiastas vítores al General Diaz, repiques á vuelo, nutridas salvas y aplausos.

El Sr. Jefe Político hizo formal entrega del monumento, al municipio de la ciudad.

El Sr. Presidente municipal contestó manifestado su gratitud en nombre del municipio y de la población por haber satisfecho sus deseos.

MONUMENTO ERIGIDO AL GENERAL DIAZ EN TLAXIACO



POR LOS MUERTOS

Brindis en un banquete de la Asociación Gregoriana.

Cesen las risas y comience el llanto!
Esta mesa en sepulcro se convierte.
¡Vivos y muertos, escuchad mi canto!

Mientras que vinos espumosos vierte
Nuestra antigua amistad en este día,
Y con alegres brindis se divierte,

Y en raudales se esparce la harmonía,
Y la insaciable gula se despierta,
Y va de flor en flor la poesía;

Y el júbilo de todos se concierta
En una sola exclamación: ¡Gocemos!
Y gozamos.... la muerte está á la puerta.

Rechazar unas sombras no la vemos?
¡Ellas nos tienden suplicantes manos!
Ese acento, esos rostros conocemos.

¿No los ois? Se llaman Gregorianos.
Permíteles entrar ¡oh muerte adusta!
Hé aquí su asiento. Son nuestros hermanos.

Pudo del mundo la sentencia injusta
Proscribirlos. mas no de mi memoria....
Conversar con los muertos no me asusta.

Algunos de ellos viven en la historia;
Otros, en florecer ocultamente
Cifraron su placer, su orgullo y gloria.

Villalba asoma su tranquila frente
Y el fraternal abrazo me reclama,
Y yo no puedo declararlo ausente!

Ay! En *Fonseca* ved cómo se inflama
El fraternal cariño no olvidado,
Y por nosotros lágrimas derrama.

¿Será de nuestro seno arrebatado
Domínguez, que constante nos traía
Un fiel amor y un nombre venerado?

¿No guarda nuestro oído todavía
Los brindis que en el último banquete
Pronuncian *Soto, Iglesias y García?*

Pero.... ¿Será la Parca quien respete
Los votos del dolor? Empeño vano....!
¡Turba de espectros, á tus antros vete!

Separóse el hermano del hermano.....
Para sentaros á la mesa, es tarde,
Para irnos con vosotros es temprano.

Para vosotros ¡infelices! no arde
Ya un solo leño en el hogar, ni miro
Cuál copa vuestros ósculos aguarde.

Solo va tras vosotros un suspiro...
Idos en paz, y quiera la fortuna
No cerrar á la luz vuestro retiro.

¡Odio al sepulcro convertido en cuna
De vil insecto ó sierpe venenosa,
Donde jamás se asoman sol ni luna!

¡Arraigue en vuestros huesos una rosa
Donde aspire perfumes el rocío
Y reine la pintada mariposa!

Escuchad sin temor el rayo impío,
Y sonreid al contemplar cercano
Vida esparciendo un caudaloso río.

Para irnos con vosotros, es temprano....
¡Aguarde por lo menos la Impaciente
Que la copa se escape de la mano!

Más que á vosotros ¡ay! rápidamente
¿Por qué de la existencia nos desnuda?
A este despoja la adornada frente,

Al otro dobla con su mano ruda;
A unos envuelve en amarillo velo,
Y algunos sienten una garra aguda

En las entrañas, y en las venas hielo.
Ay! Otra vez vendrá la Primavera
Y hallará en nuestro hogar el llanto, el duelo....

Y este festín veremos desde afuera....
¡Tal vez alguno á despedirse vino!
¡Turba de espectros, al que parte, espera!

¿Sabéis cual es el puerto del camino
Que llevamos? La tumba.... Ya naufraga
Nuestra nave.... en astillas cae el pino....

¡Quién en las aguas moribundo vaga!
¡Quién á la debil tabla se confía!
Y el que á la jarcia se subió, no apaga

La luz de la esperanza todavía....!
Y conciertan sus golpes viento y olas
Y el cielo inexorable un rayo envia.

Sube el fuego á bajar las banderolas
Y el ave de rapiña, el triste caso,
Y las fieras del mar, lo saben solas.

¿Que es nuestra vida sino tosco vaso
Cuyo precio es el precio del deseo
Que en el guardan Natura y el Acaso?

Si derramado por la edad le veo,
Solo en las manos de la sabia tierra
Recibirá otra forma y otro empleo.

Cárcel es y no vida, la que encierra
Privaciones, lamentos y dolores.
Ido el placer, la muerte ¿á quien aterra?

Madre Naturaleza! Ya no hay flores
Por do mi paso vacilante avanza:
Nací sin esperanza ni temores.....
¡Vuelvo á ti sin temores ni esperanza.

Ignacio Ramírez.

México, 1872.

LA VENGANZA DEL DOCTOR.

Asunto para un drama

Era una noche sombría y tempestuosa. En el cielo densamente entoldado, vibraban á cortos intervalos los latigazos violentos del relámpago con ruido sordo y prolongado.

A pesar de que solamente hacía una hora que habia empezado la noche, ya no más cruzaban la calle con paso presuroso, algunos obreros que habían salido tarde de su trabajo. Toda la demás gente de la ciudad se refugiaba al lecho, cuidando de encender un buen fuego. Por los cañones de las chimeneas y por los intersticios de las puertas penetraba de vez en cuando el lúgubre quejido del viento.

Las nocturnas tempestades son imponentes y pavorosas en el campo, rugiendo entre los árboles, despeñándose de la montaña, serpeando sobre el hinchado y estruendoso río, pero no traen al corazon una tristeza tan profunda, una melancolía tan abrumadora como en la ciudad.

Esas calles anchas y desiertas alumbradas por la luz rojiza del gas, cuyos picos luminosos sobre el fondo negro del horizonte, recuerdan los trajes que llevan en el teatro las artistas que visten de hechiceras, negros con lentejuelas de oro; esos gendarmes que se acurrucan temblando junto á las puertas cerradas de la tienda de la esquina, y algún transeunte que corre empujado por la necesidad, ó rastrea desvanecido por la embriaguez, todo, hombres y cosas predispone el ánimo á lo triste, á lo horrendo, á lo dramático.

***

Seguramente impresionados por la tristeza de la noche, y por la silenciosa soledad del Café de La Tertulia en donde llevaban largas horas de estar haciendo honor á la habilidad del cocinero, conversaban varios caballeros en el salón de fumar, después de comer. El judío Pereira, director de teatro, tan conocido por sus cuellos postizos color de marmol y sus corbatas de aspecto triunfador, estaba en pie ante la chimenea, con un vaso de curazao en la mano.

—¡La anécdota! decía: todo consiste en eso. Una pieza de teatro no es buena sino cuando su argumento se puede contar en cinco minutos. Cuando un autor viene á hablarme de una comedia á la hora de almorzar, lo interrumpo inmediatamente: ¿Podrá usted haber acabado de referirme el asunto antes de que yo me tome este huevo pasado por agua? Si no lo puede hacer, su pieza no vale nada.

Y Pereira absorbió su vaso de curazao.

—Yo no soy autor dramático, dijo el gallardo Mauricio, adjunto de legación, desde el fondo de la gran poltrona en que estaba acurracado; y sin embargo, Pereira, si usted quiere, le referiré una anécdota de la que me parece que podría sacar partido un hombre de la profesión...... Pero el tiempo de tomar un huevo es muy corto.

—Le concedo una tortilla, respondió el judío riendo estrepitosamente...... Pero las ideas de piezas que tiene la gente de salón! Desconfío de ellas, como dice el «guillotinado por persuación.» Vamos, cuente usted.

—Bueno. La historia corrió de salón en salón, en Viena, cuando estuve yo allá. Había entonces en aquella ciudad un médico muy afamado, especialista en enfermedades del corazón; se llamaba (cambio los nombres, naturalmente, porque el asunto es trágico,) se llamaba el Doctor Arnold, apénas tenía cuarenta años de edad, y ya su clientela era magnífica. Era un hombre hermoso, muy elegante, con un rostro regular, un aspecto grave y serio, tipo austriaco, en fin...... pero con un par de ojos á la americana, azules y fríos como el acero, que lo hacían á uno reflexionar. Residía también en Viena una familia rusa (nombrémosla, si les parece, los Skebeloff). Esa familia llamó al Doctor para que viera á una de las señoritas de la casa, en la que el especialista reconoció, desde el primer exámen, un principio de aneurisma. Debió de ser cosa comprometedora auscultar y tocar á la señorita Mara. ¡Figúreselo usted! Aplicar el oido al seno de una linda morena de diez y nueve años, y tocarle sobre el corazón, como quien dice: «Se puede entrar?......

—Mauricio, interrumpió el dueño de la casa, nada de chistes de *Vaudeville*.. Usted nos prometió un drama.

—Y lo tendrán ustedes, no tengan cuidado.... Los Skebeloff aunque recibidos en la mejor sociedad, eran, sin embargo, algo sospechosos: vivían en un hotel, y el Señor Skebeloff tenía demasiados galones, presillas y adornos en sus trajes; vivían con mucho boato, y se decía que los diamantes de la señora eran falsos. Había en la casa dos señoritas casaderas, demasiado lindas para que se pudiera hacer algo bueno de ellas; en fin gente sospechosa. Pero el Doctor se enamoró apasionadamente, y pidió la mano de la señorita Mara; la obtuvo: se casó tres meses después, y la familia Skebeloff, repentinamente aburrida de Viena, emprendió el vuelo hacia nuevos horizontes. La esposa del médico, *frau doctorin*, como dicen allá, agradó mucho á la sociedad de Viena. Eran muy interesantes los recien casados; el Doctor amaba á Mara como su esposa y como su enferma; la adoraba y la curaba. Ese cuadrito novelesco encantaba á las alemanas sentimentales. Y la señora Arnold, cuya salud se restablecía visiblemente, se dejaba ver con frecuencia en los salones, y hasta bailaba algunas veces.....

—A pesar de su aneurisma?

—Sí; la joven parecía tan restablecida, que su marido le permitía, como médico, bailar algún wals; pero yo creo que, como celoso, se lo hubiera prohibido, pues el hermoso Capitán de Blasewitz, un Apolo con uniforme blanco, estaba siempre inscrito en el programa de la señora Arnold, siempre en la primera pieza, y la estrechaba muy tiernamente sobre sus cordones dorados. Reaparecía una vez más el antiguo mito de Marte y Venus...,

***

—Bien, dijo Pereira; ya teneis hecha vuestra exposición, Mauricio: ya vuestros personajes están cada uno en su lugar. *Encadenemos* ahora, como se dice en lenguaje de teatro: *encadenemos*.

Corriente. Un día encontró el doctor un paquete de cartas......

—¡Qué resorte tan gastado, las cartas!

—¡Pereira, usted es insoportable! Válgase usted del recurso que quiera, pero en mi historia aseguro que fueron cartas......

—Que dieron al marido la seguridad de su deshonra?

—Aparentemente.

—Y que le hicieron concebir un proyecto de venganza?

—Si usted conoce la historia, Pereira, siga usted contándola.

—Tiene usted razón. Decía, pues, Mauricio, que el marido......

—Proyectó una venganza terrible, pero posible solamente en un hombre de su profesión. Mara no estaba completamente curada, y el especialista lo sabía bien, de esa enfermedad del corazón que él había cuidado durante dos años con tanto interés y cariño. Propúsose empeorarla. Conteniendo su cólera, se limitó á representar ante su esposa el papel de un marido inquieto y desconfiado, y así hizo nacer en el ánimo de ella el temor y la angustia. Sabía, por las cartas sorprendidas, cuán profunda era la pasión insensata que experimentaban los dos amantes, y estaba seguro de que procurarian siempre verse, aún arriesgándose. Nuestro Maquiavelo doméstico se aprovechó de esas circunstancias. Desde entonces, un poder misterioso interpuso toda clase de pequeños obstáculos entre Mara y M. de Blasewitz, pero sin separarlos enteramente; ese poder les hacía faltar á las citas, interrumpía su correspondencia, turbaba y envenenaba sus amores: y en esa vida llena de emociones agudas y dolorosas, la salud de Mme. Arnold se alteró profundamente. El Doctor estaba matando á su esposa con tanta seguridad y acierto, como había usado no hacía mucho tiempo para curarla

A la hora del terror loco que da á la circulación una actividad morbífica, el habil médico hacía suceder los largos días de tristeza, que congestionan el corazon y detienen en él la sangre. Luego, repentinamente, fingía no sentir absolutamente celos, y se mostraba conmovido hasta las lágrimas con los sufrimientos de su mujer. ¿Pero qué es lo que te está pasando mi pobre Mara? le decía. Mi diagnóstico no sirve ya para nada; tienes el aspecto de una persona que se estuviese muriendo de pesar: ¿no eres dichosa conmigo? Y, al mismo tiempo que observaba con delicia diabólica los progresos del mal, crucificaba á su víctima con sus desesperaciones hipócritas. A los seis meses, los síncopes eran más frecuentes, las palpitaciones más rápidas; habían vuelto á aparecer los síntomas más inquietantes del aneurisma...... Vamos, Pereira, usted ¡no me interrumpe ahora!

—Así es: está usted ahora en su segundo acto, que es el nudo de la pieza; pero el desenlace! el desenlace!

—¡Piden el desenlace! exclamó Mauricio con el acento de un mozo de fonda que trae un plato. Hélo aquí:

***

Una tarde entró el Doctor en la alcoba de su mujer, agitado como una tempestad.

—Señora! le dice: lo sé todo. M. de Blazewitz es vuestro amante.

La pobre Mara se puso pálida como un sudario, y en sus labios aparecieron las violetas de la muerte.

¡Matadme! contestó.

Eso era lo que él quería.

—No pondré la mano sobre una mujer, contestó el Doctor Arnold; vuestro cómplice ha pagado por ambos. Acabo de batirme con M. de Blazewitz, y lo he matado.

Mara cayó sin sentido sobre la alfombra.

Pero el Doctor mentía: el no se hubiera atrevido á tocar un pelo al Capitán, que pasaba como el primer tirador de Viena. Arrodillóse junto á su mujer y le tomó la mano; el pulso palpitaba, todavía no había muerto. Entonces el verdugo le prestó algunas atenciones, y la reanimó.

—Vais á poneros ahora mismo un traje de baile y todos vuestros diamantes, le dijo con tono imperioso, y me acompañaréis al baile de la Embajada de Francia, á que estamos invitados.

¡Jamás! ¡no podré, jamás!......

—Os vestiréis é iremos. He dado como pretexto de mi duelo con M. de Blazewitz una disputa de juego; pero vos estáis comprometida, y es preciso que la gente os vea á mi brazo esta noche; de lo contrario, se creería que nos hemos batido por causa vuestra, y yo quedaría deshonrado. ¡Vestíos, yo lo mando!

No había más remedio que obedecer. Cómo resistir al esposo á quien ella había ultrajado tan cruelmente? Arreglóse, pues, ¡qué agonía! y su marido la arrastró hacia el baile de la Embajada. Allí, estenuada, se tendió más bien que se sentó en el salón de entrada, donde el ujier proclamaba á cada instante. el nombre de los que iban llegando. El Doctor, de riguroso uniforme, soberbiamente ataviado con todas sus condecoraciones, estaba en pie junto del sofá que ocupaba su mujer. De repente, y después de haber dirigido la vista á la antecámara, se le acercó al oído, como para decirle una galantería, y le preguntó:

—El dolor no te ha matado, miserable?

—Todavía no, por desgracia, murmuró la infeliz.

—Pues, bien, replicó él, señalándole la puerta; mira, y muere de alegría!

En ese momento el ujier anunciaba con voz sonora:

—¡El Capitán barón de Blasewitz!

El hermoso Capitán entró con la sonrisa en los labios, y desde luego, como lo hacía siempre, buscó á su amada con la vista. Apenas la reconoció: ella acababa de levantarse de su asiento, tiesa, como impulsada por un resorte, lívida bajo sus adornos de fiesta, espantosa! Le dirigió una mirada distraída, llevó la mano á la garganta, y cayó pesadamente muerta, bien muerta en esta vez!

***

La conmoción general fué horrible!

El Doctor se arrojó sobre el cuerpo de su mujer, lanzando gritos, y la desesperación de M. de Blazewitz habría causado escándalo, si un amigo no lo hubiese sacado de allí á viva fuerza.

Todos los convidados desaparecieron: los lacayos se comieron la cena, y la Embajadora quedó muy descontenta, pues había hecho preparar expresamente para el *cotillón* figuras grotescas, de las que esperaba un éxito magnífico.

Maurició se calló: hubo un momento de silencio. Todos estaban estremecidos, y Pereira mismo tuvo el tacto de no salir con alguna de sus habituales majaderías.

FRANÇOIS COPPÉE.

S. M. ALFONSO XIII

ELISABETH DE AUSTRIA

Alfonso XIII y Elizabeth de Austria.

UN MATRIMONIO REAL.

Una de las más hermosas adolescencias de Europa —ha dicho alguien—es la de Alfonso XIII.

Alfonso XIII, cuenta en la actualidad doce años y muestra frecuentemente embelesadores rasgos de ingenio. Un día, dirigiéndose al Ejército, díjole con brío y desplante que lamentaba ser un niño, pues de otra suerte iría á combatir contra los rebeldes cubanos por la causa de la nación.

Poco después tuvo una violenta querella con su augusta madre, que no le permitió ir á visitar á Sarah Bernhardt, que veraneaba cerca de él en una estación balnearia.

Los primeros retratos de Alfonso XIII, nos le muestran muy delicado y prometiendo bien poco al pueblo cuyo soberano es: pero en la actualidad está vigoroso y respira alegría y salud, á lo que contribuye sin duda su decidido amor por el *sport*.

El rey niño ha heredado mucho del carácter de sus antepasados. Nadie ignora el carácter de la vieja reina Isabel, más no todo el mundo sabe que con su curiosa idea de los convencionalismos de la vida, supo combinar el más dulce de los temperamentos y el más sutil de los ingenios

Estas cualidades parece haberlas heredado el monarca niño, unidas á la sensatéz de su madre austriaca.

Los reyes españoles pueden sentarse en el trono á la edad de quince años, de suerte que la regencia de María Cristina no se prolongará más de un trienio

A juzgar por los sucesos actuales, que han desencadenado sobre Iberia los rayos de todas las tempestades, las iras de todas las tormentas, bien pobre y atormentada será la herencia de ese niño cuyo advenimiento está próximo; más ¡quién pretende develar las sombras del mañana! Quién sabe si ese reino cuya grandeza le impidió en un tiempo ver el ocaso del sol; quién sabe si ese pueblo que pasó ocho siglos forrado en la malla de su armadura, y que ha tenido el más largo aprendizaje de combate que cuentan los siglos, no abandonará mañana los molinos de viento alanceados por la pica de su Quijote y se lanzará lleno de coraje á la conquista del porvenir!

***

Las anécdotas que se refieren á Alfonso XIII son numerosas y dignas de conocerse.

Referiremos algunas:

Cuando era muy niño, su aya le reprobó sus malas maneras en la mesa.

—Los reyes no deben comer con los dedos—le dijo.

—Este rey así come—le respondió sencillamente Alfonso XIII

Su buen humor se compadece poco á las veces con la dignidad real, y no puede reprimir la aguda réplica que asoma á sus labios.

Una tarde que paseaba en landau con su aya, vinole la humorada de hablar á todos los muchachos que encontraba en el arroyo.

El aya viose obligada á decirle:

—Si Vuestra Magestad sigue portándose de esta suerte, me veré en el caso de dejarle solo.

Instantaneamente el rey indicó al cochero que se detuviese.

—La señora desea bajar, dijo.

Y no hubo remedio, el aya descendió del coche y llegó á pié al palacio.

El niño fué castigado por su madre, pero se permitió su rato de buen humor.

Otra anécdota aún, referente también á la más tierna infancia del monarca.

Es el caso que Don Antonio Cánovas del Castillo, nombró Ministro de España en Londres á un grande de España si mal no recordamos, al duque de Medinaceli.

Antes de partir para su destino, el duque fué á palacio y llevó á su hijo, de la misma edad poco más ó menos que Alfonso, á despedirse de éste.

Los dos amiguitos pusiéronse á conversar.

—Te gusta la bicicleta? preguntó el rey al duquesito.

—No, á mí me gusta más el caballo, y ahora los veré muy buenos, pues el tío Antonio ha nombrado á papá Ministro en Inglatera.

—Sí eh?—exclamó Alfonso con cierto despecho— pues no me había dado parte!

Los españoles temen que el joven rey herede de su madre, la poca afición á las corridas de toros, lo cual sería una calamidad nacional. La reina procuró evitar al niño, que viese corridas hasta donde fué posible. Jamás han dejado de parecerle bárbaras.

Pero el clamor popular pudo más que ella y Alfonso acabó por ir á los toros

Al principio dió alaridos de terror, pero poco á poco fué serenándose y ahora asiste impasible á todas las peripecias del combate.

***

Según se ha dicho, acaba de destinársele para esposa á la Archiduquesa Elizabeth de Austria.

Esta es hija única de la princesa real Estefanía de Austria y del difunto príncipe Rodolfo, hijo menor de Francisco José, y nació el año de 1883.

Su belleza es discutible; ya muestra la preminencia, característica en su raza del labio inferior, de la cual los Hapsburgos imperiales se muestran tan orgullosos. Tiene una nariz ligeramente remangada, y un rostro punteado de pecas, pero sus facciones, aunque irregulares, respiran gracia. Ama el caballo apasionadamente, al reves de Alfonso, que á lo menos en su primera edad, según hemos dicho, prefería la bicicleta.

Producirá esta diferencia de predilecciones una discordia real?

No es probable; mas si hay quien prosiente en el futuro matrimonio, un conflicto infantil que podría degenerar en tragedia. El pequeño rey aun no ha visto á su prima y dice que no quiere verla nunca

Cuando se le mostró su retrato, le volvió la espalda y se negó á verlo.

Reprendiolo su madre y se echó á llorar.

El no quiere una razón de Estado por esposa, sobre todo cuando esa razón de Estado tiene pecas y nariz remangada.

Sus ensueños van por otro camino, han echado á volar prematuramente hacia el alero de un ideal y este ideal es ibero.

Alfonso está enamorado de una española.

Es ella la joven hija del duque de Tetuan, Ministro de Relaciones; esta niña, Doña Mercedes O'Donnel, llega apenas á los quince años y es un tipo de infantil belleza digno de verse. Une los encantos de la hermosura irlandesa á los de la belleza española en ideal unión. Su padre es descendiente de una de las familias más ilustres que abandonaron á Irlanda después de la subyugación de Cronwell.

En el verano, relativamente poco ceremonioso de San Sebastián, el rey y la duquesita fueron constantes compañeros de conversacion y de juego Allí surgio ese amor del cual se dieron prendas ciertas, y que hoy pone en los ojos de Alfonso lágrimas de despecho ante el anunciado matrimonio con Elizabeth

El rey juró á la niña que no volvería á tener otra novia y que moriría antes que dejarla

Sí, direis..."un amor de niños"....Pero acaso no son estos los grandes amores?

En España, es notorio que los amores maduran bien pronto......como las uvas.

Naturalmente Cristina se opone á esta dilección prematura y es probable que habrá dicho á su hijo:

-Hijo querido. Para tí está ya elegida una princesa. Debes casarte con tu prima que procede de una de las dinastías más viejas y más gloriosas del mundo. Tu matrimonio te amistará con todas las aristocracias europeas, y en asunto tan serio como éste, debes sacrificar tus sentimientos íntimos

Y el niño rey, incapáz de comprender aún la importancia de tal razonamiento, responderá sin duda con los ojos húmedos:

—Yo quiero *á la otra*.

La otra por hoy, significa para él: *Ilusión!*

En la muerte de la Reina Mercedes.

Fué su hermosura su menor encanto!
De la virtud y el bien destello vivo,
Apagose cual astro fugitivo
En el profundo mar de nuestro llanto.

Solo un instante bajo el regio manto
Vivir pudo su espíritu cautivo,
Que de otro amor más grande y más activo
Oyó en el cielo el misterioso canto.

Para reinar nació, más no en la tierra
Donde combaten con tenaz porfía
Los vicios y los crímenes en guerra.

¿Qué hubiera sido aquí? Reina de un día!
Hoy, tras la tumba que su cuerpo encierra,
Ya en el trono estará que merecía!

MANUEL DEL PALACIO.

LOS MAS FUERTES

POR GEORGES CLEMENCEAU—ILUSTRACIONES GRABADAS EN NUESTROS TALLERES.

Número 8

Ella sonreía sin responder como para significar, no tengo la culpa de haber sido injustamente juzgada y en el fondo estaba regocijada por este fácil triunfo.

El Marques, pensaba, se entrega. Enrique protestó la mayor gratitud por la galantería del pabelloncito, pero declaró que habiendo tomado alojamiento con Deschars, en un hotel de la calle de Rivoli, no abandonaría á su compañero de viaje. La vizcondesa lo aprobó, é hizo del joven un caluroso elogio, pues había también soñado en la aventura posible de un *flirt* sentimental.

Harlé un poco sorprendido de encontrar á Deschars en favor tan alto, rogó á Enrique que lo llevara á la comida de familia con que pensaba inaugurar ese mismo día su palacio. El Barón Oppert había prometido ir con su primo el Abate Nathaniel. Vicario de Los Angeles, este sacerdote había tomado parte quien sabe con qué caracter en las negociaciones ultimamente concluidas entre el industrial y el financiero. Extendidas ya las escrituras, estaban en vísperas de ejecución. El papelero, lleno de misterio, conferenciaba con la vizcondesa, y ni Puymaufray ni Claudia lo notaban empeñados en una discusión sobre asuntos de tocador. Acostumbrado á la sencillez de su aldea, el padrino habia visto con repulsión las exageraciones de la moda, observando no sin enojo, que Claudía las aceptaba con entusiasmo, y sufría con eso tanto más cuanto que el ambiente de París, hace que las tentaciones de coquetería para las que la gracia femenil es tan apropiada, marquen como habían marcado en la niña, rasgos provocativos de belleza subrayada. Habría querido callarse, porque la eterna predicación del buen sentido es odiosa á la juventud, y la peor de las desventajas es tener siempre razón. Pero ¿que hacer?

Con mil precauciones de lenguaje, manifestó que la juventud y la belleza se bastaban á si mismas, y que queriendo retocarlas se las perjudicaba.

—Padrino, contestaba la niña, vea usted en las estampas de sus tiempos que los vestidos de entonces eran tan ridiculos como los de ahora y eso no le desagradaba á usted porque era joven; y como yo soy joven hoy, hagáme usted la gracia de su indulgencia.

—No solo tienes mi indulgencia, sino mi cariño. Pero las estampas de que hablaste dan la imagen de los maniquíes, no de las verdaderas mujeres que no gustaban de andar en figurines. El traje es un marco: anda á la Academia de Pinturas ó al Museo, y me dirás si las obras maestras estan rodeadas de adornos superfluos.

—Los hombres no saben nada de esto, se lo juro á usted.

—Y sin embargo es para ellos para quien es se visten las mujeres.

—No! dijo la señora Fourchamps, que habiendo oído la última frase de Puymaufray había volado al socorro de Claudia. Sepa usted, señor Marqués, que las mujeres se visten para las mujeres, y que la opinión de un hombre en asuntos de esta clase solo tiene peso, cuando se trata de un sastre ó de un pintor.

—Así debe ser, señora, puesto que así lo dice usted, y por eso me atrevería á suplicar á usted me ayude á curar á Claudia de sus extravagancias.

—Ay! yo se las envidio, replicó la vizcondesa. Son cosas de su édad, y el tiempo mejor que nosotros la curará.

—Lo sé, dijo Puymaufray, pero lo que me desalienta, es que nuestra juventud dedique toda su exhuberancia á las mangas, los cuellos ó las plumas de sombrero. En otro tiempo, poníamos nuestros veinte años en el corazón.

—Y todo eso, querido padrino ¿es apropósito de mis mangas que tienen demasiados adornos?

—Oh sí! Hay trajes, que sirven para inspirar tonterías, como los hay que dan idea de la vida sencilla que es la de la belleza y la virtud.

—Pues bien Marqués, si el corazón ha de juzgarse por la tela de los vestidos, ¿sabe usted qué es bueno hacer? Venga usted mañana con nosotras á la casa del modisto y allí arreglará usted á su gusto las fantasías de Claudia y el modisto mismo aprovechará tal vez sus lecciones.

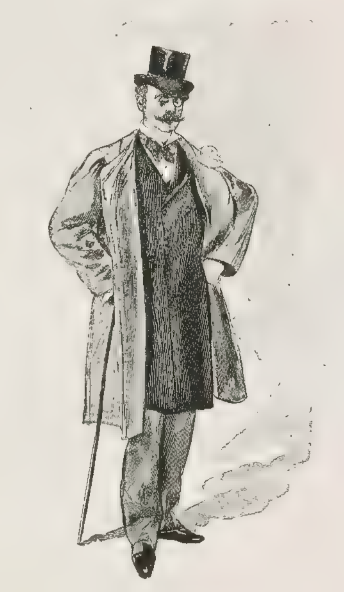
—Para qué?

—Hablo sériamente. Venga usted, y será el primero en ver mi traje *Bola de Nieve*, con el que me atrevo á desafiar sus críticas.

—Sí, sí, padrino, venga usted dijo Claudia. Pondremos un maniquí á su disposición, lo viste usted como quiera, y estoy segura de que retrocederá espantado ante su propia obra.

—Bueno. Afrontaré al modisto en persona.

Por la tarde á la hora convenida, el barón Oppert con el abate hizo su entrada en el saloncito del hotel en que se encontraba ya la señora Fourchamps. Algunos minutos más tarde llegaron Puymaufray y Deschars.



—Y bien, dijo Claudia al joven, ¿esta usted contento de París?

—El París de esta tarde me encanta, contestó Mauricio, pero le tengo miedo al Paris de mañana.

—Lo creía yo á usted valiente.

—Yo también me creía, pero la verdad es que no se conoce uno bien.

—Qué es lo que le espanta?

—Lo desconocido. Esta multitud tan estruendosa, que no hace nada y que no quiere sin embargo que se la distraiga, y usted misma que no sé por qué me parece otra que en Santa Radegunda.

—Tiene usted razón, pues soy diferente en efecto. Esta loca alegría que espanta á usted, ejerce sobre mi espíritu una acción especial y me atrae. Mi padrino me condenaba esta mañana por tener veinte años. Creo que usted no lo hará y vendrá conmigo á la partida del placer.

—A usted, señorita. nada le negará el placer.

—Y bien ¿Conoce usted algo que valga más?

—Sí: la felicidad.

—La señora Fourchamps cita una frase del Caballero de Bouflers: La felicidad es el placer fijado.

—Si.... Que se renueva.

—Y dónde hay de eso?

—En los que se aman.

—Si he de creer en lo que he oido decir, es muy eventual eso de enconcotrar uno su pareja. Entre tanto el tiempo está delante de nosotros, y yo quiero aprovecharlo divirtiéndome.

Mientras, el barón Oppert cambiaba con Puymaufray las fórmulas de cortesía de una primera entrevista, porque la gloria del financiero no había empezado en París sino después de haberse ausentado el vividor.

Enrique veía delante de él á un hombre calvo, cuya faz rosada se encuadraba en una barba sedosa y blanca. Una boca grande y delgada, nariz burlona y correcta, sonrisa benévola, ojos amarillos de luz fría enviando finas irradiaciones á través de los anteojos con armadura de oro, la voz dulce y afectuosa tenia ese acento de franqueza oriental de que los hombres prudentes desconfían, y bajo formas de bondad, un resto de esa obsequiosidad de los antiguos siervos, que esconde ímpetus de revancha traidora de vencidos. El sueño de tesoros que aguijonea los cerebros asiáticos, potencia inmoderada de atracción ejerciéndose sobre todo, hombres y cosas, con la ciencia innata de sacar partido de todo, una vanidad de esclavo convertido en rey, un perfecto desprecio por la humanidad y el hábito de sugetar á tarifa las almas y los cuerpos, exornado con rasgos teatrales de desinteres calculado, tal era el barón Oppert.

Lejos de renegar de su origen judio, lo ostentaba con soberbia fiereza, siendo su tema favorito la alta antigüedad de su raza. Por Moisés y Jesús hemos conquistado al mundo, repetía siempre, y parecía que se había hecho cristiano por orgullo de Cristo judío, como Pablo se hizo por cecesidad ciudadano Romano. No tenía odio contra los débiles, temía solamente sus tendencias á crecer que los empujaban á la revolución; y para prevenir ese mal, invocaba el medio supremo: la fuerza, eficaz sobre todo, decía él, por sus abusos. Un mal chico para un bien grande, tal era su opinión cuando se le hablaba de las represiones violentas. Enemigo de los vencidos, yendo por movimiento natural al lado del fuerte, si llegaba á jefe alguna vez, no pensaría sino en sacar el mayor provecho de su posición. Era barón por decreto auténtico del Papa: decía *nosotros* cuando se hablaba de la nobleza, y un título eclesiástico cualquiera le parecía de superioridad indiscutible. Su hermano menor Simón, había comprado en Portugal sin consultar á nadie, un título de Conde para su padre con el fin de proveerse de antepasados, en tanto que el viejo Conde á quien habían dejado abandonado en su tugurio de Hamburgo, moría en la miseria sin sospechar su grandeza. El mundo poco afecto á meterse en averiguaciones cuando se trata de los ricos, contaba los millones de Oppert y no se preocupaba más. Recibía bien así mismo al conde Simón cuya hija había casado con un príncipe austriaco, pero la universal preferencia era en favor del barón que parecía ejercer un poder soberano. Los gobernantes reclamaban sus consejos, los pretendientes contaban con él, era la esperanza de las altas clases, y la fortaleza de los aristócratas que mezclan en su gloria las ventajas del alto ó bajo negocio, con la tradición del nacimiento.

Tal personaje no podía menos de inspírar universal respeto lo mismo que su primo el abate. Nathaniel, que representaba como la sansión suplementaria de la Iglesia á sus combinaciones financieras.

Observador Puymaufray, habría notado pronto el acuerdo, en víspera de traducirse en actos, que existía entre el industrial, el eclesiástico y el financiero, pero no se ocupaba casi de eso, acaparado por la vizcondesa, que con el rabo del ojo vigilaba á Deschars.

Se llamó á comer. El barón dió el brazo á Claudia, Harlé á la vizcondesa, y los seguían el abad y el marqués. Así llegaron al comedor, cuyas paredes casi desaparecían bajo un tapíz de flores naturales. El servicio todo nuevo, la argentería y la cristalería cintilaban entre las orquideas y las rosas, y herian á Mauricio como una ostentación de lujo que levantaba entre Claudia y él una impenetrable muralla de luz florida. Todos prorumpieron en exclamaciones admirativas con que el papelero se deleitó á su satisfacción, y describió el hotel á sus convidados sin perdonar un detalle mezclando alusiones al próximo triunfo de su génio. La vizcondesa aprovechando un instante en que el papelero se detenía para tomar aliento, arrojó habilmente el dado sobre las desventuras del prójimo. Todas las atenciones se despertaron y la conversación tomó otro camino.

El acontecimiento del día era la respuesta dada por la señorita Luciana Preban al Sub-secretario de Estado Dumonzin.

Me gusta usted mucho, le dijo, lo confieso pero....qué le voy á hacer? Mi fortuna me crea deberes como el trono á las altezas. Nosotras no tenemos el derecho de disponer de nuestra mano y es necesario compadecernos. Qué haría yo de mis príncipes? Tal vez tenga que casarme con uno en un arrebato de fastidio.

Si fuera usted siquiera duque....su amor me haría feliz.

La millonaria que así hablaba, es de advertirse que era más fea que el miedo.

Muy divertidos comentarios se hacían en todas partes á propósito del chasco del jóven diplomático publicado por Luciana misma que estaba secretamente prendada según se decía en público, de un Argelino mostachudo.

No es tonta la chica, exclamó Harlé. Detesto á esos galanes que bajo el pretexto de su talento se quieren colar entre nosotros. Esos genios no son para nosotros sino lo que los tenores son para los maestros: gorjean los temas que les damos para cantar y luego creen que los aplausos son para ellos.

—Tiene usted razón, amigo mío, dijo el barón. Nosotros damos á esos artistas la materia prima, y no son sino nuestros intérpretes: pero hombre modesto, me contento con las realidades del poder y les dejo cuanta gloria quieran.

—Tal vez sea necesario no abandonárselas, contestó Harlé, pensando en sus ambiciones políticas.

—Tal vez! Nosotros utilizamos para nuestros fines los movimientos de la humanidad, y sin embargo nosotros provocamos esos movimientos. Para convencer á los hombres de que deben obedecernos y dejarse guiar, se necesita el exitante de un sentimentalismo que los oradores, los escritores y los artistas reparten á domicilio por nuestra cuenta.

La verdad en el sentido en que la entiende usted, señor marqués, no puede ser alimento más que de un pequeño número de profetas, poetas, impulsivos, que más tarde serán comprendidos. Las multitudes viven de esas verdades á medias que usted llamaría mentiras y que les son suministradas por las clases superiores. Los que ponen en circulación y hacen vivir esos prejuicios, en que se funda con la salud pública el bien de todos y el poder de la aristocracia, deben ser largamente recompensados: prometerles y darles mucho, pues si queremos que nos sirvan debemos servirlos también. Si el Sub-Secretario Dumouzin se hubiera casado con Luciana Preban, yo no habría visto en ello sino ventajas, porque habría sido una gran lección objetiva para la juventud que viene. Su mal estuvo en que no me pidió consejo.

—Dumouzin, dijo la vizcondesa, es de mis amigos, y su aventura con Luciana, lejos de perjudicarle, lo coloca en la clase de los que están resueltos á hacer un buen matrimonio.

—Ah! ya comprendo. Ese señor está públicamente admitido á negociar con sus encantos; y cuando la Iglesia haya santificado el negocio, se convertirá en título de honor.

—He ahí, exclamó el barón, he ahí una de esas verdades de que acabo de hablar y que no son sino para el uso de una docena de seres exquisitos. Convengo en que ante la moral divina Dumouzin no se escaparía sin reprimenda, y algunos de sus contemporáneos con él, pero los casamientos por dinero florecen con utilidad para nosotros. Este mercado es aceptable porque lo tolera la ley, y la opinión no ha de ser más severa. La sociedad ha convenido en encubrir ciertas faltas y aun en honrarlas, haciendo así posible la vida sin un gran esfuerzo de perfección que sería difícil y enojoso. Los grandes nombres se sostienen por la riqueza, y es de interés social no condenar el origen y transmisión de los bienes, sino en el límite fijado por el uso, porque no hay consideración superior á la necesidad de mantener, ante todo, el poder del dinero, en interés de los muchos pobres á quienes alimenta.

Enrique, que recordaba los millones del padre Panetier, se callaba. Harlé aprobaba calurosamente, y los postres llegaron sin que el triunfador hubiera fatigado su admiración con los esplendores de que era causa.

La conversación siguió sobre los matrimonios afortunados y el barón dijo dirigiéndose á Dechars:

—Y usted, señor viajero, no tiene nada que decirnos sobre la manera como los paganos entienden el matrimonio? Usted podría demostrar al señor de Puymaufray el inmenso progreso del cristianismo al haber elevado á Sacramento la unión conyugal. Nunca ha visto usted en Asia al marido comprar á su mujer?

—Sí señor, replicó el joven. Aquí en Europa solamente es donde he visto á las mujeres comprar maridos.

—Todos se asombraron de la frase que fué considerada de mal gusto: Claudia sobre todo, parecía sorprendida, y su irritación crecía viendo que Puymaufray aprobaba resueltamente á Dechars.

—Todo se puede interpretar de esas palabras, dijo ella con amargura. Si se contenta uno con juzgar por las apariencias, las ricas pueden casarse como todo el mundo, y usted piensa que se las solicita por su dinero. Pues bien, por algo se han de casar las mujeres: belleza, caracter millones, lo que tengan. Luciana llevará su fortuna, el otro su gran nombre ó sus ambiciones á las cuales les falta para desarrollarse la palanca del dinero. Y he aquí que usted condena este absurdo con los nombres de *compra* y *venta*. La ley llama á eso un contrato y esa es la palabra justa. Cada uno es libre para disponer de su persona y de sus bienes como mejor le convenga.

—Eso es hablar como se debe! Dijo Harlé contentísimo.

—En efecto esa es la filosofía de la época, á la que solo una cosa insignificante le falta: el amor.

—Nadie rechaza el amor, mi querido Marqués, dijo la vizcondesa, pero, quién sabe cuando ha de llegar?

—Tal vez hay, dijo Claudia, herida por el reproche de su padrino, en lo más encrespado de los Alpes un pastor de quien soy el ideal y que sería el mío. Pero para ir á reunirme con él, cuántas ocasiones de romperme la cabeza! Y si luego no hay tal pastor?

—Ay de la juventud que duda! murmuró Puymaufray con voz ahogada, como hablando consigo mismo.

- Ya ve usted señor Deschars, añadió la vizcondesa, que no basta tener ideales, el mundo exige además que se tenga razón.

--Oh, sí, contestó Mauricio, razón es el nombre que se da á los actos desmentidores de los sentimientos que se alardean. Pero todas estas discusiones son perfectamente ociosas, porque cuando habla el amor el más endurecido cambia de opinión: y se ama cuando se puede, y si se ama verdaderamente, rico ó pobre que uno sea todo va bien.

-Por cuánto tiempo? preguntó Claudia.

—Por poco que sea, es bastante. La vida no es muy larga.

—Eso, dijo el barón, avergüencen ustedes á los viejos Mr. Deschars ha dicho la frase que nos tiene que poner de acuerdo. Sobre todas las teorías utilitarias que presidan á un matrimonio, sobre los actos exteriores, florece obscuramente en lo profundo de nosotros un yo no sé qué perfectamente puro y perfectamente bello, una necesidad de sentimiento desinteresado que tiende hacia su ideal. En los obscuros conflictos de la vida, si esas dos florecillas se encuentran, se convierten mágicamente en todo un ramo de flores. Es una eventualidad. Si no, cada cual va por su camino cumpliendo como puede con las leyes de la sociedad y acomodando las prescripciones divinas con las debilidades humanas.

—Bravo, barón! gritó alegremente la vizcondesa. No sospechaba que nos regalara usted con tanta poesía.

La raza de David es de poetas, señora, lo que no les impide ser prácticos cuando se necesita.

Terminada la comida, Puymaufray silencioso meditaba sobre la increible mezcla de sentimientos encontrados del financiero-poeta y los estragos que el cinismo ingénuo de tales discursos podía causar en las almas jóvenes. Deschars, descontento de sí mismo y de todos, reía en falso, presa de una dolorosa tensión de los nervios.

Claudia obsequió á cada uno con flores de las que adornaban la mesa, y pasaron todos al invernadero.

—Se diría que esto es una fiesta pagana, murmuró el abad á quien le estorbaban sus flores.

—Sí, una fiesta de primavera, agregó Claudia. Pero vea usted, señor Deschars, vea usted lo que esto dura.

Y mostraba una rama de manzano cuyas flores habían caído todas en un momento, y luego la dejó caer con un gesto de melancolía.

—Es verdad, señorita, pero la rama ha florecido, y la vida consiste en dar flor, ha dicho un gran poeta.

La vida consiste en durar.

—Entonces las rosas de trapo, estarían más vivas que sus modelos.

—Causan la ilusión y eso basta.

—No, no hay mentiras que puedan prevalecer contra la verdad.

—No se fijó usted en lo que dijo el barón hace un momento?

—Sí, pretendió mezclar la mentira y la verdad, y se previno contra las objeciones explicando que el hombre gusta de hacer la doctrina de sus actos después de consumados.

La vizcondesa había oído las últimas palabras, y comprendió que la partida había sido emprendida y que Deschars no tenía la ventaja. Sólidamente instalada en la amistad de Claudia, se le presentaba como garantía de independencia y apoyo contra las exigencias á veces imperiosas del padrino.

—Es usted, le decía, bella, inteligente y rica. El mundo le pertenece y debe usted ser libre para decidir de su porvenir. Si quiere usted sepultarse viva en un sueño en vez de reinar sobre el mundo, hágalo. Su padre de usted y su padrino no piensan igual, pero como los dos aman á usted, acabarán por someterse á sus deseos. En todo caso, cuente usted comigo.

La hábil consejera, sin imponer sus juicios, limitaba su arte á provocar conversaciones cuyo resultado conocía.

Mientras se tomaba el café, Harlé explicaba su cascada y sus juegos de luz eléctrica, Deschars avisaba á Claudia que habían llegado las telas de la India, y que recibiría al día siguiente una caja, y la niña, pesarosa de haber afligido á su padrino, buscaba la ocasión de desdecirse.

—No me quiere usted mal, dijo á Deschars, por las tonterías que sostuve?

—Usted no sostuvo tonterias, sino que habló como todo el mundo.

—Es lo mismo.

—Puede ser que no. Tal vez los sentimentalistas sean los equivocados.

—Usted no lo cree así.

—Y usted?

—Yo no sé lo que creo. Soy un pobre cerebro confuso; y siempre acabo por causar pena á mi padrino á quien amo, y que me ama más de lo que merezco.

—Puymaufray conoce á usted bien y sabe que su corazón....

—Ni yo me conozco á mí misma. Según el momento, pienso que tiene razón mi padrino ó los otros.

—Podía convenir dar á cada uno su parte.

—No está usted pues, sistemáticamente contra el mundo?

No podría obrar así contra mis semejantes.

—Es que parece que mi padrino condena á todo el universo: y el atractivo del mundo al arrastrarme me aleja de él, por más que mi corazón se quede á su lado.

—A qué llama usted el atractivo del mundo.?

—No lo sé. Una necesidad de vida exterior, una inclinación hácia los demás por impulsos de alegría.

—Pues bien, eso no es malo, y solo falta saber quienes son los demás.

—Los demás, son el mundo en que he vivido, vivo y viviré. Los de mi clase, para decirlo en una palabra.

—He ahí toda la cuestión. Pero hay además otra humanidad.

—San Vicente de Paul?

—No es necesario ir hasta allá. La bondad no es tan extravagante como se quiere hacer creer. Y además, el contacto con nuestros semejantes, no siempre es cuestión de dinero. La mano que se tiende no está siempre vacía cuando lleva amistad. Algo del corazón se cambia en una vida que nos sublima. Para ser amada y consolada cuando llegue la hora de sufrir, se necesita haber amado antes y consolado también.

—Amar es sufrir ha dicho mi padrino.

—Oh, sí! Pero también es conocer la más elevada felicidad. Los egoistas, por temor al sufrimiento, dejan escapar la dicha.

—Entonces en vez de acorazarse es necesario ofrecerse al dolor?

—El que se acoraza, no sufrirá acaso, pero no vivirá. La más pequeña alegría de la vida, es una gran compensación.

Toda la tarde, Claudia estuvo con una encantadora alegría y Puymaufray feliz con sus mimos, olvidó la penosa impresión de la comida. Claudia lo llevó dulcemente á un lugar apartado, y lo besó con filial ternura.

—Perdóneme usted, padrino, dije cosas que le apenaron, pero yo no quise ocultar las ideas que me sugiere el mundo y que me inquietan por mi propio destino.

—No te pido sino que tú, seas tú, querida mía.

—Es dificil, cuando el mundo quiere que yo sea él.

No somos dos para resistir?

—Sin duda; pero usted puede hacerlo más fácilmente que yo, querido padrino, porque usted todo lo sabe y yo todo lo quiero saber. Por eso hay que ser indulgente conmigo. Ya notó usted que esta tarde me puse un traje muy sencillo solo por agradarle? Mañana vendrá usted conmigo á la casa del modisto y dará usted su aprobación á los trajes que quiera usted para mí.

—Prometido!

—Ah! una idea; mañana temprano debo recibir las telas que me trajo de la India el señor Deschars. Si las mando á la calle de la Paz, le invitaremos á la apertura, y eso será magnífico verdad?

—Le dará mucho gusto.

—Convenido. Venga usted á las cuatro y traiga consigo á Deschars.

La Señora Fourchamps se despidió sabedora de que el barón y el abad tenían que hablar de negocios con Harlé, pero no se le había escapado nada de las inocentes coqueterías de Claudia y observaba á Deschars que sufría una explosión de la elocuencia del industrial bajo la mirada irónica del barón.

—Niño! pensaba, yo te daré cuerda, mucha cuerda, y girarás conforme me convenga.

Deschars y Puymaufray siguieron á la vizcondesa en tanto que Claudia con el alma contenta se retiró á su departamento.

Los tres financieros pasaron al gran gabinete donde imperaba el Van Dick legítimo, y el abad de súbito haciendo explosión, como una arma de panoplia cargada por descuido, exclamó:

—Señores tengo noticias de Roma.

IX

Al otro día hacia las diez, el modisto Morgán recibió una gran sorpresa cuando al entrar en sus almacenes leyó un billetito que tenía la anotación de urgente. Recorrió sus salones, hizo mecánicamente sus observaciones como de ordinario, y antes de satisfacer la curiosidad de la "primera," ordenó ciertos cambios en las disposiciones de la víspera.

Un acontecimiento le detuvo, la Srita. Melania no habia venido y era esa su primer falta desde hacia tres años.

Es necesario averiguar qué ha pasado, dijo Morgán.

Melania era una joven rubia de veinte años, gallarda, graciosa, con ojos de antílope y la sonrisa de Margarita ante Fausto. Un día llegó con una recomendación y Morgan que la encontró suficientemente bella para hacer lucir los trajes de soireé ó de paseo, la admitió. Melania pasó al principio algunos trabajos pero luego le vino un sueldo de 500 á 600 francos.

Cuando perfeccionó sus manos á fuerza de tinturas y pomadas y aprendió mil detalles delicados, se la calificó apta para el oficio de maniquí. Y por la gracia cimbradora de su talle, por su andar airoso, por su harmonía acompañada de cierto malicioso candor, obtuvo un éxito completo desde luego. Cualquier traje en ella parecía bellísimo, y marquesas y condesas confesaban que era encantadora. Morgan, inglés esceptico y frío respetaba á su encantadora dependiente que daba á su casa una nota muy especial. Por otra parte, el servicio de Melania era irreprochable y por eso se admiró el costurero de que la joven ausente no le hubiera dejado ni siquiera una excusa. Sin dejar de meditar rompió el sobre de la carta y su inmóvil fisonomía tomó tal expresión de sorpresa y estupefacción, que la Srita. Julieta en espera de una desgracia permaneció muda.

Lea usted, dijo á la primera dependiente despues de un silencio.

Julieta temblando leyó:

«Querido señor Morgan:

He decidido no probarme mas trajes en la casa de usted que los que mande yo hacer, pero como no podría olvidar los servicios que nos debemos el uno al otro, iré desde hoy al medio día á ayudar á usted en la elección de los modelos.

Soy de usted afectísima,

Melania.

P. D. Es posible que me deba usted algo, y si así fuere, hágame usted la gracia de distribuirlo en mi nombre entre las chicas del taller.»

Y bien ¿qué piensa usted de eso? preguntó Morgan sombrío.

Que nada se puede creer, lo mismo que cuando se metió á monja Blanca, nuestra antigua compañera.

No se trata de ella, dijo impaciente Mongan. Es un poco más hipócrita que las otras, y eso es todo. Lo que es inconcebible, es el aplomo con que me anuncia Melania que vendrá hoy mismo á hacer sus encargos.

Y si es una chanza?

—Cuando estas mosquitas muertas empiezan, son capaces de las mayores extravagancias. En fin, si viene la liquidará usted y luego la pondrá á la puerta con todas las consideraciones debidas.

Y esto dicho, Morgan se retiró gravemente á su gabinete.

—He aquí un tipo que no reemplazaré, pensaba. Era una especialidad, un refinamiento parisiense que se me evapora. Será necesario encontrar otra.

Derrepente, rápido como el rayo, un rumor atravesó los salones. Era que Melania llegó. Para este rasgo de audacia se necesitaba un raro espíritu de venganza ó una protección superior. Melania entraría? Era lo que se discutía de grupo en grupo. Morgan apareció y su sola presencia restableció el orden un momento comprometido.

Continuará.

MEDIO DIA.

Deslumbra el sol en la mitad del cielo;
Mares de luz desde el zenit envía,
Y ante su rayo abrasador, el hielo
Se torna en llanto en la montaña umbría

Es hora del trabajo; en las ciudades
Recomienzan los hombres sus tareas;
Y el humo entre infinitas claridades
Brota de las negruzcas chimeneas.

En los lagos las náyades á solas
Flotan cual sobre piélagos de llamas,
Y los peces ostentan en las olas
El oro y el azul de sus escamas.

Oyese el rudo golpe del martillo
Sobre el ascua que cruje y que se queja;
Y en los prados la voz del caramillo
Hace dúo al balido de la oveja.

Arde la tierra; el ave se guarece
Bajo las verdes y tupidas frondas,
El trigal brilla y ante el sol parece
Sordo huracán de cabelleras blondas.

Hunde el gañan la deslumbrante azada
En el surco que el rojo sol caldea,
En tanto que á su frente retostada
De sus cabellos el sudor gotea.

La brisa abochornada finge amores
Y se aquieta y se esconde en los pensiles;
Se oyen besos de aromas en las flores
Y rugidos de amor en los cubiles.

Besa una flor la abeja; el delicioso
Néctar la flor le da con embeleso,
Y la abeja borracha y sin reposo
Va en busca de otra flor y de otro beso.

Es hora del calor; vagos efluvios
Enervantes, acortan las faenas;
La luz arde en los cielos en diluvios,
Y en diluvios de fuego arden las venas.

Ansias incomprensibles se desbordan
De los vírgenes senos; flotan mares
De luz en las pupilas, y se asordan
En el fondo del alma los pesares.

Bullen las savias; los retoños nuevos
Revientan en las vírgenes montañas;
Se estremecen las aves en los huevos ....
Y sacuden los fetos las entrañas.

Las fieras en sus hórridas guaridas
Los músculos se oprimen temblorosas,
Y se lamen las jetas sonreidas
Y se palpan las garras espantosas.

El turbulento y plateado río
Hierve y levanta sus convulsas olas,
Y aunque azota las márgenes bravío,
Por besarlo se inclinan las corolas.

En el desierto el caminante busca
El oasis que brinda sombra y calma,
Mientras que el sol canicular chamusca
Las polvorientas hojas de la palma.

Los amantes se ocultan en la sombra
De los frondosos árboles, y luego
Se recuestan del cesped en la alfombra,
Y hacen vibrar sus ósculos de fuego.

Cómo brillas ¡oh sol esplendoroso!
No hay una nube que tu rayo quiebre;
Tú la vida difundes ¡oh coloso!
¡Pero avanza!.... Natura tiene fiebre!

JULIO FLORES

VESPERTINA

Los labios de mi amada enmudecieron;
El sol se hundió tras los lejanos montes,
Los celajes después palidecieron
Y los vahos de sombras invadieron
Los tranquilos y ténues horizontes.

Ni el ave canta ni la flor se mueve.
Las estrellas brillaron opacadas
Puntuando la sombra en radio breve,
Como flechas de luz, plumas de nieve
O perlas en la atmósfera regadas.

Y en los céfiros leves ni un ruido.
De solemne quietud hubo un momento....
Después—paloma que abandona el nido
La luna alzóse, y su primer vagido
Sopló una fresca ráfaga de viento.

Ondas de luz, perfume y harmonía
Embriagaron mi ser con embeleso,
Me envolvió la suprema poesía
Del amor, y me uní á la amada mía
En un solemne, apasionado beso.

Mi amada entonces suspiró; sus ojos
Tranquilos me me miraron con fijeza;
Me hablaron otra vez sus labios rojos,
Y dijeron: Pongámonos de hinojos;
Dios palpita en la gran Naturaleza.

JOSÉ P. PADILLA.

PIERROTINA

A UN SAUCE

¡Oh sublime enamorado de los fúnebres sitiales!
En tu tétrico frondaje de dolientes lozanías,
Flota el vaho mortecino de las sombras sepulcrales
Con el ritmo de alas negras de las tiernas elegías.

En la lívida penumbra que realza tu belleza,
Y cubierta bajo el solio de tus frondas solitarias,
Se levanta como virgen soñolienta la tristeza
Deshojando la guirnalda funeral de sus plegarias.

¡Oh doliente pensativo! si al doblar tu frente mustia
Riza el viento la esmeralda que tapiza tu techumbre,
Tu ramaje funerario se extremece con la angustia
Del que alienta bajo el yugo de una extraña pesadumbre

Cobijado por los pliegues del crespón de tus ensueños
Te sacuden hondas penas y secretas inquietudes,
Porque sientes en la bruma vagarosa de tus sueños
La nostalgia de las tumbas y los negros ataúdes.

¡Oh sublime enamorado de los fúnebres sitiales!
Yo también guardo en el alma mis difuntas alegrías..
Y en mis sueños flota el vaho de las sombras sepulcrales
Con el ritmo de alas negras de las tiernas elegías.

1897. BENITO FENTANES.

PAGINAS DE LA MODA.

Sombrero Juliette

LECTURAS PARA LAS DAMAS

LA MADRE

He aquí un rincón obscuro donde ha de haber escondido algo, el corazón humano.

Acerquémonos un momento á esta arca; pero no debemos pasar del umbral de este misterio.

Todo el mundo sabe lo que es una hermana, lo que es una esposa; pero ¿quién sabe lo que es una madre?

Dice un niño: «Yo no tengo abrigo, yo no tengo casa, yo no tengo pan, yo no tengo caricias» ¿Sabeis lo que quiere decir? Que no tiene madre.

¿Queréis comprender la profunda soledad de un huérfano? Pues eso no se puede conseguir más que siendo huérfano.

Ved dos niños jugar alegres á la puerta de una casa: los dos tropiezan á un tiempo y ambos ruedan por el suelo. Uno de ellos siente al instante alrededor de su cuerpo unos brazos cariñosos que lo levantan, una mano suave que le limpia el vestido, una boca impaciente que le besa sus mejillas.

Ese tiene madre.

El otro espera en vano: se levanta poco á poco; sacude con tristeza el polvo de su vestido, y va á confiar á la pared más cercana sus ahogados sollozos.

CUELLOS PARA SEÑORAS

Ese no tiene madre.

El que no siente humedecerse sus ojos ante ese cuadro, es aún más infeliz que el niño desamparado, por que es señal que no tiene lágrimas.

Yo no sé como las madres que tienen hijos pequeños se pueden morir; y, si se mueren, no sé como no se los llevan consigo

¡Las madres! Pensadlo bien: ellas son las que cubren de ángeles la tierra.

No sería difícil conocer á los hombres que se han criado sin madre como se conocen las plantas que no reciben los rayos del sol.

Así como Dios ha puesto en el alma del hombre una chispa de su inteligencia, de la misma manera ha puesto en el corazón de la madre un relámpago de su amor.

El niño se va alejando del cielo en la proporción que se va alejando de su madre.

No le pidais á ninguna madre el bárbaro sacrificio de Guzmán el Bueno. Para ella no hay más patria que sus hijos.

Las mujeres de Esparta serán eternamente el horror del universo.

Que un hijo sacrifique á su madre dejándose matar por su patria, es un heroismo que está dentro de la naturaleza; pero que una madre arrastre á su hijo á la muerte, es la barbaridad del heroismo.

TRAJE PARA NIÑA DE 10 AÑOS. FRENTE Y ESPALDA

¿Queréis saber la diferencia que hay entre el amor del padre y el amor de la madre? Pues fijad vuestra atención en la vida íntima de una familia.

El padre prefiere en su cariño al hijo más hermoso ó al más atrevido ó al más robusto, ó al más inteligente ó al más inquieto. La madre al más débil, al más defectuoso, al más enfermo, al menos querido de los demás.

Esa es la madre.

Semejante sentimiento no puede ser humano.

Hay un abismo que el hombre no medirá jamás, y es el amor de la madre.

Hace con él lo que con el cielo: cuenta las estrellas, sorprende el camino de los astros y fija el rumbo de los cometas; pero el cielo, donde todo eso brilla y se mueve, es para él insondable: no sabe ni donde empieza ni donde concluye.

El amor de la madre es una inmensidad donde el mismo corazón de la mujer se pierde

Viene en este momento á mezclarse en mis reflexiones un extraño contraste, que se dibuja ante mis ojos de esta manera.

El hombre todo lo averigua, todo lo penetra, todo lo descifra. Sabe que dos líneas oblicuas, que se juntan en un punto, forman un ángulo; sabe que el carbón cristalizado se hace diamante; sabe que el sol tiene manchas, y que hay otro planeta que posee un anillo; mide las distancias, y sondea los abismos; sabe lo que pasa en la tierra; anuncia las revoluciones de los astros y hace las de los pueblos; conoce todos los idiomas y explica todos los misterios

No podemos negar nuestro asombro á ese cúmulo de maravillas.

Pues bien, ante ese sabio, á quien nada se le oculta y la madre, que todo lo ignora, colocad un niño que aun no haya aprendido más lenguaje que el de sus gritos, el de sus lágrimas y el de sus sonrisas

¡Humillante situación para el sabio!

Ninguna ciencia le ha dicho como se puede comprender á un niño que no habla todavía.

Solo la madre sabe leer en ese corazón lleno de misterios que se ha formado en sus entrañas.

TRAJE DE PAÑO Y TERCIOPELO PARA PASEO

Solo la madre tiene esa ciencia infusa, que ve de una sola mirada lo más oculto del alma, y que se llama ternura.

Si el hombre no estuviera tan orgulloso de su ciencia, doblaría la cabeza ante tan incomparable sabiduría.

¿Qué es una madre?

Una cosa que el niño ama y que el hombre olvida

Un amor hecho á prueba de toda clase de dolores, de todo género de ingratitudes.

Un corazón que no se cansa nunca de sufrir.

Un alma que no deja ni un momento de querer.

J. SELGAS

NUESTROS GRABADOS

SOMBRERO JULIETTE.

Encantador modelo que nos permitimos designar á nuestras lectoras.

Todo está hecho de tul blanco que dá una vuelta en rededor de la frente y luego asciende en un inmenso chifón casi suelto. El frente está detenido por eslabones de acero oxidado con pedrería y entre el chifón y el tul inferior nacen dos elegantes penachos de plumas.

TRAJE PARA NIÑA DE 10 AÑOS FRENTE Y ESPALDA.

Es de género de lana, delgado y rojo, con cuello recto de terciopelo y capelina de lo mismo. Jockes de terciopelo también y falda cortada

TRAJE CON BLUSA

TRAJE PARA CALLE

MODELOS PARA MENÚS

de una sola pieza Manga ligeramente abullonada con ribetes de terciopelo rojo y cinturón de satin claro

TRAJE CON BLUSA

La chaqueta blusa, que representa nuestro grabado, es hecha de una tela delgada.

El cuello y la pechera son de género de gaza blanca y de esta misma el cuello que lleva en la parte de atrás un moño.

El rededor de la chaqueta está adornada con

FICHÚ PARA GUARNICION DE CORPIÑO

un encaje blanco, y en el delantero lleva tres moños de listón y el tercero está hecho del mismo cinturón.

La manga es angosta y la adornan dos esclavinas tableadas del mismo género.

La falda es verdaderamente sencilla, pues solo lleva tres alforzas en la parte baja.

TRAJE PARA CALLE

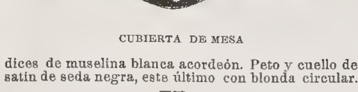
La tela que se emplea para este traje tan sencillo y á la vez muy chic es de lana con cuadros.

En el delantero de esta blusa tiene un tablón de entredos y éste á la vez forma cuello marino El cinturón puede usarse de cuero ó bien de listón.

La manga es angosta y solo está adornada por una esclavina del mismo género.

TRAJE DE PAÑO PARA PASEO

Es un traje madera obscuro, con aplicaciones de terciopelo negro. A la izquierda de la falda hay un entrepaño de terciopelo decresciente con tres presillas abotonadas por un solo botón. Jacquet de paño más obscuro, cruzado por dos grandes bandas caprichosas de paño claro, una de las cuales, la de la derecha, se pliega en suave ondulación ocultando parte de la solapa. caída y fija por tres presillas dentadas, con tres botones. El estilo de presilla repítese sobre el abullonado de las mangas que contínúan muy pegadas, con apén-


CUBIERTA DE MESA

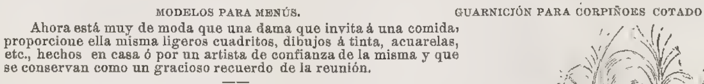
dices de muselina blanca acordeón. Peto y cuello de satin de seda negra, este último con blonda circular.

CUELLOS PARA SEÑORAS.

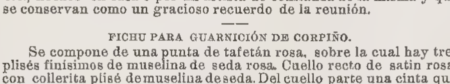
El nuevo cuello tiene una altura de cuatro centimetros. Se cierra por atrás y está hecho de lino blanco fino. Tiene como adornos unos picos del mismo género á los que se les puede dar diferentes formas y que dan vuelta á todo el cuello.

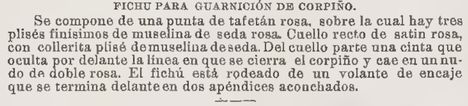
Lleva como corbata un listón de diez centimetros de ancho, blanco con listas amarillas.

En nuestro grabado verán nuestras lectoras los diferentes dibujos


MODELOS PARA MENÚS.

Ahora está muy de moda que una dama que invita á una comida, proporcione ella misma ligeros cuadritos, dibujos á tinta, acuarelas, etc., hechos en casa ó por un artista de confianza de la misma y que se conservan como un gracioso recuerdo de la reunión.


FICHU PARA GUARNICIÓN DE CORPIÑO.


Se compone de una punta de tafetán rosa, sobre la cual hay tres plisés finísimos de muselina de seda rosa. Cuello recto de satin rosa, con collerita plisé de muselina de seda. Del cuello parte una cinta que oculta por delante la línea en que se cierra el corpiño y cae en un nudo de doble rosa. El fichú está rodeado de un volante de encaje que se termina delante en dos apéndices aconchados.

CORPIÑO PARA BAILE

Este corpiño que es tan elegante para baile, y que puede servir para soirée es descotado.

Para este se puede emplear satin rosa, está adornado solamente por dos olanes plegados y plissé. que hace cabecita cada uno de estos olanes.

La manga es de globo y lleva en cada hombro un bouquet de rosas artificiales

CORPIÑO PARA BAILE

Este precioso corpiño de que vamos á referirnos. es de satin.

Todo el cuerpo es fruncido formando unos boullonés.

La manga es de globo y en la

GUARNICIÓN PARA CORPIÑOES COTADO

CORPIÑOS PARA BAILE

CAPA DE OTOMAN

parte superior del ante-codo lleva también un boulloné y á la vez este forma olán. En cada hombro tiene un moño de listón.

El tocado lleva también un moño del mismo listón, que el corpiño.

CAPA DE OTOMÁN

El abrigo á que vamos á referirnos es hecho de Otomán color gris rata.

Esta capa lleva dos esclavinas de plissé.

El cuello es hecho á la Narestuart y atrás tiene un moño de listón negro.

La capota es sencilla y elegante, pues es hecha de terciopelo y la capa está formada por unas egraittes de abalorio, saliendo de atrás unas bridas de listón de un centímetro de ancho. El frente solo tiene una egraite de plumas negras como se ve.

GUARNICIÓN DE CORPIÑO ESCOTADO.

Compuesta de un volante de encaje dispuesto en berta y muy nutrido, que se detiene delante por un hermoso bucle de brillantes, y terminado por un doble apéndice jaboteado.

TRAJE PARA NIÑO Y VESTIDO PARA SEÑORITA

Este último es de gros gris acero acordeón, en forma de bata, muy ajustada y detenida con hermosas precillas de felpa á la izquierda naciendo ahí la solapa superior, de felpa de seda también, la cual deja solo á descubierto la parte alta de la solapa de la derecha Cuello florentino y ribetes de mangas de la misma felpa y en la espalda dos alas de cinturón abotonadas.

El traje para niño se compone de una falda de paño belga acordeón también, con adornos de cadenita, pequeño peto con cintas transversales bordadas y jaquecito de terciopelo con amplio cuello de lino ornado de amplios volantes de muselina blanca que se repiten en las mangas.

TRAJE DE CACHEMIRA AMARILLA Y TERCIOPELO PLAID.

Este traje de paño de estio claro ó doble cachemira, está graciosamente alternado por grandes aplicaciones ó relieves de terciopelo plaid,

TRAJE PARA NIÑO Y VESTIDO PARA SEÑORITA

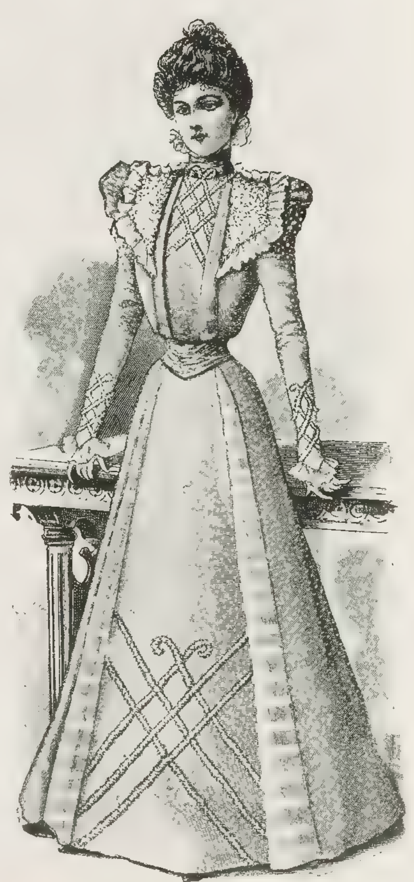
verde y azul. Hay una inserción triangular de este terciopelo en cada lado del frente de la falda. El cuerpo forma una especie de blusa abierta sobre un peto del mismo terciopelo formando amplias aldetas cuadradas. Mangas ligeramente aglobadas en la hombrera y ajustadas en toda su estensión—con aplicación de blondas en el borde—cuello de terciopelo plaid también, y cinturón de lo mismo.

TRAJE DE CACHEMIRA AMARILLA Y TERCIOPELO PLAID

VESTIDO PARA TERTULIA ÍNTIMA

Es de Bengalina clavel y blanca, figurada. En cada lado de la falda y los correspondientes del cuerpo, hay bandas graduadas de muselina de seda blanca alternada con tafetán clavel y entre esas bandas, en la parte inferior de la falda y en la superior del cuerpo, hay intercaladas figuras romboidales de gusanillo de seda color clavel también

El revés del cuerpo es de guipure blanco sobre seda clavel, formando graciosas aletas ribeteadas de volantes de muselina clavel pálido. Cuello y cinturón de sabino petunia, de color. Mangas abullonadas, muy ajustadas con apéndice de muselina de seda igual á la que adorna las aletas y aplicación interior de gusanillo de terciopelo clavel igual á la que se ve en el cuerpo y en la falda.


VESTIDO PARA TERTULIA INTIMA

REGLAS DE BUENA SOCIEDAD

Por imitar al príncipe de Gales, los cursis. que no llaman jamás al heredero de la corona de Inglaterra, de otro modo que "Ahis dearbf Wales (este querido de Gales) los cursis, que no abrochan enteramente su chaleco; dejan sin empleo el último botón, y encuentran esto de una "encantadora elegancia natural" Yo no critico al hijo de la reina Victoria, hace lo que quiere este amable hombre que adora á Paris: pero nuestros elegantes son tan absurdos en este caso, como cuando se dan la pena de mandar su ropa á Lóndres ó Viena, para hacer como el director de la moda.

Y además, si hay personalidades que creen poder valerse de lo acostumbrado, los jóvenes gomosos no tienen nada absolutamente que invocar, para no conformarse. Que cierren pues su chaleco hasta el último botón. Esta pequeña negligencia no les es del todo permitida, y el príncipe de Gales se privará de lo que yo lo felicitare.

—Cuando un hombre encuentra en la calle á una mujer á quien hablar, (en el caso en que las conveniencias lo autorizan) no la detiene en la banqueta para platicar con ella, la deja continuar su camino después de haberla abordado, desviándose él mismo de su ruta si es necesario, para marchar á su lado y comunicarle lo que tiene que decirle Una persona joven obrará del mismo modo con otra de más edad del mismo sexo.

—Cuando una persona no puede hacerse presentar en una casa en que desea tener relaciones, puede bastar que le sea conocido el nombre de los dueños. A la primera visita que se les hace, se manda la tarjeta al criado, pidiéndole antes de entrar al salón la lleve á quien corresponda. Estas pequeñas idas y venidas no duran más de un minuto; pero cuando se es introducido, los señores de la casa saben ya á quien van á recibir y la acogida es más calurosa que si hubieran visto avanzar hacia ella un visitante totalmente desconocido. Esta corta preparación, es pues, excelente.

—El Duelo, á menos que se remonte á dias solamente, no puede dispensar en ninguna forma visitas oficiales de inferior á superior. La vida privada y la vida pública son muy distintas. Una se rige por el "savoir vivre" la otra por el protocolo.

LA VIOLETA

Es la flor predilecta hoy, se le ve por todo, en los sombreros, manguitos y en los cuerpos, se colocan en todos los trajes y su discreta esencia es el perfume favorito de las señoras elegantes.

EL MUNDO.

TOMO I. | MEXICO, FEBRERO 27 DE 1898. | NUMERO 9.

En el pórtico del Teatro

POR VILLASANA

LA SEMANA.

En este invierno, reinado del hielo, lo que verdaderamente ha imperado es el fuego. En vez de sábanas blancas, hogueras; en vez de sabañones quemaduras, en vez de seres congelados hombres abrasados; tal es el balance de esta cruel temporada. Mientras ardian las sementeras de las haciendas, estallaba el *grisú* en los pozos de las minas y volaba el *Maine* en la bahia de la Habana, nuestro hermosisimo muelle de Tampico convertido en ascuas, flameaba y humeaba como un cráter. Cuánto tiempo y cuánto dinero perdidos! De esa gran mejora material que iba á transfundir nueva vida y mayor actividad en aquel centro de comercio, pocos años ha empobrecido y casi muerto, no quedan hoy sino algunos pilotes negruscos irguiéndose como muñones calcinados, alguna que otra tablazón desunida y un monton de arenas de oro chisporroteando encima de las aguas al soplo del impetuoso viento del Norte.

Suele ser más trascendental y lamentable la destrucción de una obra material que la ruina de una institución moral ó política. Suponed cegado el Canal de Suez, obstruido el Monte Cenicio ó el San Gotardo, destruido el gran telescopio de Lord Rosse, aguadas las hulleras inglesas, y una revolución radical y completa en el comercio y en la industría y un deplorable retardo en los avances de la ciencia serán la consecuencia; herida en el cerebro ó en el vientre la humanidad, sufrirá largo tiempo y acaso para siempre de tan dolorosos trastornos.

La destrucción del muelle de Tampico es un mal local y reparable; pero perjudicial á los intereses más nobles y respetables, á los intereses del comercio, y con ellos y de rechazo á los de la agricultura y de la industria. Un sincero pésame merece Tampico y se lo enviamos con nuestros votos por la pronta reconstrucción de su muelle.

***

En compensación, todo la tiene en esta vida, tenemos á las Señoritas Toreras. Una opresión de angustia resienten la alta crítica taurina y el público en general, ante la indisposición inesperada y persistente de Lolita, sin que basten á disiparla los esfuerzos por agradar y las proezas de Angelita, que se multiplica en el coso para llenar el vacío que en él deja su simpática compañera.

Con la habilidad taurina de las estimables damas de referencia, se ha repetido un fenómeno frecuente y curioso, el de la divergencia radical é inconciliable entre la crítica y el público. Si se consulta á los espectadores, responden invariablemente que las señoritas toreras no tienen de toreras mas que lo señoritas; que bailan, que *cuartean*, que encojen el brazo, que banderillan de *sobaquillo*, que no capean de farol y otras mil cosas, todas en caló. Los cronistas nos las pintan airosas, arrogantes parados los pies, saturadas de vergüenza torera, ceñidas á las buenas tradiciones, perfiladas correctamente y acostándose en la cuna.... en la cuna ¡que ironía!

Entre estas dos opiniones, yo que he sido cronista á ratos, que conozco un tanto los bastidores de la crítica y que, es oportuno decirlo, he trasteado un poco á ese bicho que se llama el público, opino con el público. El crítico de espectáculos es una especie de farmacéutico á quien está encomendada la tarea de dorar las pildoras destinadas al público. En general, propende á singularizarse, á asesorar, á oficiar de pontifical y esa mania lo orilla á llevar la contra á su público; si éste aplaude, al crítico no le queda otro recurso que silbar y si silba el cronista se cree obligado á aplaudir. De otro modo, siguiendo el gusto general, haciéndose eco de la opinión del espectador, saldría el crítico sobrando, de maestro se convertiría en discípulo, de timonel en pasajero y habría abdicado de sus fueros de dómine y renegado de su noble apostolado y de su alta misión periodística.

En virtud de las consideraciones anteriores quedamos, pues, en que es eminentemente probable que las señoritas toreras no sepan torear, y que exploten tan solo el refinamiento de barbarie que nos impele á ver con entusiasmo, al débil luchar con el fuerte y que hace más interesante el espectáculo cuanto más peligroso.

Las señoritas toreras no son más que imitadoras y sucesoras de las trapecistas y equilibristas que vemos con deliete cernirse en el vacio en espera del desnucamiento supremo.

***

Vuelve al tapete la cuestión siempre debatida y jamás resuelta de las relaciones del arte con la moral, y vuelve á plantearse en un terreno práctico y en un caso concreto. Es el caso que un estimable regidor hizo multar á dos actores por haber sustituido frases de un libreto con otras de su propia cosecha, al parecer fuertemente condimentadas, y que después pretendio retocar el libro original y reemplazar todos sus matices, de un verde profundo, por otros de tono rosa tierno. Protesta del autor de la obra, confirmación por el superior del auto dictado por el inferior y retiro de la pieza, táles son los cantos—rodados—de esta epopeya.

Acto continuo la crónica se ha espeluznado y ha hecho la caricatura del púdico regidor. Nosotros volvemos á estar contra la crítica y en pro del regidor. Desesperamos de averiguar á qué principios de moral debe estar sometido el arte y hasta de llegar á saber si debe acatar alguno ó si libre, soberano, é independiente debe dar de mano á todos y pasar á la orden del día.

Pero hay una cosa bien averiguada é indiscutible y es que los espectáculos públicos estan sometidos á reglamentos de policía que prescriben en ellos el respeto á las formas, la salvaguardia del decoro, el acatamiento de los principios del pudor. De otro modo correríamos riesgo de encontrarnos el día menos pensado en el teatro con el "Portero de los Cartujos" disfrazado de *género chico*, lo cual es inadmisible. Que los partidarios del arte libre se recreen á solas con "Teresa la Filósofa," tanto peor para ellos; pero si un fanático de esa escuela literaria pretendiera hacer de ese libro lecturas públicas y conferencias literarias, caería de plano bajo la férula del regidor Pérez Galvez quien tendría derecho á suspender el edificante y artístico espectáculo y á privar al público de los comentarios y ampliaciones del conferencista.

La intervención de la autoridad en estas materias no es siempre fácil ni siempre acertada. Hay épocas y pueblos timoratos y mogigatos que no tolerarían el *maillot* y la enagüilla en las tablas y que en punto á literatura apenas soportarían á "Clarisa Harlowe;" hay otros de manga ancha y conciencia elástica, como el público parisiense, que no se alarma por poco ni se escandaliza por nada, que asiste á "El baño de la Parisiense" y "Au coucher de la Mariée" sin escrupulo ni rubor. Pero en todo pueblo y en toda circunstancia hay un límite reconocido que nadie debe franquear, dentro del cual todos queremos mantenernos y que no debe salvarse en nombre de la libertad del arte ni de ninguna otra libertad. En París mismo, las autoridades dieron en la cárcel con los organizadores del cortejo de la fiesta llamada "Les Quat'z'Art" porque se permitieron exhibir una Venus en toda la extensión de la palabra.

***

Entre nosotros y en general en los países de habla española, hay una razón especial que obliga á mayor severidad en materia de moral teatral. Hay lenguas como el latín y como el francés moderno, en las que todo se puede decir porque todo se puede velar, atenuar, disimular. En estas, la sintáxis ofrece puentes para pasar airosamente por los parajes escabrosos, trampolines para salvar obstáculos y hasta globos aerostáticos para esquivar abismos; en ellas la frase alada, ágil, delicada, pasa como sobre ascuas y tocándola apenas sobre la realidad pornográfica. El pormenor rudo y tosco, la intención malévola, la sátira picante, la anécdota verdosa, se enmascaran en las galas del estilo, se ocultan bajo las flores de la retórica, y como las mujeres coquetas y púdicas se dejan adivinar pero nunca ver ni tocar.

El habla española es habla épica antes que lengua social; es abrupta en sus perfiles, dura en sus contornos, franca y abierta; no presenta esos recodos y vericuetos en los cuales puede esconderse el fondo del pensamiento; pelea desnuda como las amazonas. El diápason de los rujidos es en ella más variado y abundante que el de los suspiros; la gama de la interjección más sonora y rica que la del discreteo. En español todo chiste es crudo, todo juramento soéz, toda imprecación blasfematoria.

Con una lengua así, tan categórica y tan contundente, no hay manera de hacer pornografía discreta, ni inmoralidad disfrazada, como no se puede hacer filigrana con el acero; el mejor modo de atenuar ó disimular el pensamiento es callarlo. «Les Demi-viérges» en español causarían nauseas, en francés son apenas un poco acres, pero soportables.

En estas condiciones, la pornografía y la inmoralidad en el teatro y en la literatura española, saltan á la vista, se ostentan con cinismo, hieren los oidos, lastiman la delicadeza natural y á igualdad de fondo, son menos tolerables y deben ser menos permitidas. Para esfuminar y atenuar esas naturales crudezas y para mitigar ese descoco inherente al habla castellana, se necesita mucho talento, que pocos tienen, mucho castigo del estilo, que contados practican, y mucho deseo de no ofender de que carecen, en general, los autores del género chico, que van precisamente á eso.

Pero ya que el autor no se vigila, no es la autoridad quien debe retocarlo; á ella solo le toca imponer su veto ó exigir la atenuación. Tiene pues razón la crítica en reprochar al regidor en cuestión por haber querido reemplazar la prosa del autor con la suya, más moral sin duda alguna; pero casi sin duda también, menos artística ó literaria.

Debió haberse limitado á plantear á la Empresa y al autor el dilema: ó retoque ó suspensión y agregar: Su Magestad escoja.

***

Algunos hechos que presenciamos durante las últimas fiestas de Carnaval nos sugieren proponer á la policía un modo más cómodo é igualmente seguro de mantener el órden en esas considerables corrientes de circulación que durante las grandes fiestas se establecen en calles no siempre ámplias y ocasionadas á accidentes.

El sistema adoptado el martes de carnaval consistió en obstruir, á la circulación transversal de carruajes, todo el sistema de calles que desde Plateros se extiende hasta los confines de la Calzada de la Reforma. Que este sistema dió todo género de ventajas á los peatones y vehículos que concurrieron al paseo, es indudable, la circulación fué fácil, muy cómoda y no se registraron accidentes; pero en cambio tuvo el inconveniente de aislar el Norte del Sur de la Ciudad, haciéndose imposible el paso á través de la línea compacta de vehículos que llenaban la avenida principal.

Personas que venían de Bucareli en carruaje se vieron detenidas al nivel de la glorieta del Caballito, así como las que venían de Rosales. Los gendarmes se conformaban con impedir el paso de orden superior y no podían siquiera indicar por donde podía atravesarse la corriente.

Esto tiene sus inconvenientes y habría que aceptarlos con resignación si no fueran fácilmente remediables. La fórmula es sencilla; según lo adoptado en el extranjero, en el Brodway, en el Puente de Londres, en los boulevares de París; en donde la circulación es mil veces más considerable, *ninguna corriente de circulación es continua en ningún sentido*. De tiempo en tiempo el gendarme del crucero detiene con una señal y alternativamente cada una de las corrientes para dar paso á la otra. Gracias á este sistema el encuentro de dos corrientes, aún cruzadas, no ocasiona sino un ligero retardo en el momento del paso y no se sacrifica al movimiento de la una el de la otra que tiene igual derecho á circular. Gracias á ese arreglo, vehículos, peatones, señoras, niños y hasta inválidos pueden atravesar las calles más transitadas á la hora de mayor movimiento sin accidente ni contratiempo alguno.

Como no solo en los días de grandes fiestas se registra el inconveniente de las corrientes continuas de circulación, sino que todas las tardes se percibe al regreso por San Francisco y Plateros de los carruajes que se retiran de La Reforma, podría adoptarse el medio que aconsejamos como regla general en las calles de mayor circulación. Estrechas é incómodas son esas vías de circulación, pero el Corso Romano es igualmente estrecho y la Calle de Richelieu de París lo es más aún, sin que por eso y gracias al sistema indicado deje de circularse facilmente tanto á lo largo de ellas como transversalmente.

El movimiento de México ya va exijiendo medidas de orden y seguridad, compatibles con el derecho de todos á circular á todas horas y por todas partes.

López I.

Con el presente número obsequiamos á nuestros abonados la preciosa novela

Las Sras. de Croix-Mort.

Política General.

RESUMEN.—Francia y Gran Bretaña en Africa.—Rumores de complicaciones.—La paz reina en Varsovia.—La condenación de Zola.—El epílogo de un drama.—Un triunfo del antisemitismo.—¿Será el triunfo de la justicia?—Impresión general.—España y los Estados Unidos.—La catástrofe del «Maine.»—Serios temores.—Que la ciencia decida.—Conclusión.

Repetidas veces han circulado rumores alarmantes anunciando serias complicaciones entre las dos grandes potencias que se disputan la posesión de las ricas y fértiles comarcas que baña el caudaloso Niger. Colocadas allí frente á frente Francia, que anhela extender sus dominios más allá del Dahomey y constituirse en verdadera potencia colonizadora del Continente Negro, y la Gran Bretaña que impasible sigue sus planes adoptados y va derecha á su objeto, sin importarle nada los obstáculos que á su paso pueda encontrar, dueña ya y en posesión de una buena parte del territorio discutido, míranse las dos con recelo y á cada paso encuentran motivos de disención y ocasiones de choques trascendentales.

Afortunadamente para los dos países, los dos gobiernos se curan muy poco de las noticias sensacionales y se guardan de los arrebatos á que se verían expuestos, si secundaran el patriotismo explotado por la prensa de los dos lados de la Mancha. Serenos y reposados ven desenvolverse los acontecimientos, defendiendo cada uno su derecho y apoyando tranquilamente sus pretensiones.

La gran potencia marítima que extiende sus dominios desde Alejandría hasta el Cabo de las Tormentas, no permitirá por ningún título, que elementos extraños, que fuerzas armadas que no se amparen bajo el pabellón inglés invadan sus posiciones; defenderá con toda energía lo que le pertenece por cesión ó por conquista, y unas veces con astucia y otras con violencia, no dejará que se le escape un solo palmo de su propio territorio. Por eso es que el mismo Lord Salisbury se ha presentado ante el Parlamento á dar lectura á un mensaje de M. Hanoteaux, donde se explican satisfactoriamente y sin que haya ningún motivo de alarma las versiones circuladas por la prensa.

El conflicto se ha conjurado, se ha desvanecido toda dificultad, no hay que temer por ahora ninguna complicación. ¡Ojalá siempre sea así y no veamos, como es de temerse en no lejano día, que lleguen á las manos los pueblos encargados de dominar y de civilizar los vastos y fértiles territorios africanos! La tarea que se ha impuesto Europa, creando grandes intereses en aquellas tierras abiertas á todas las ambiciones, está erizada, como todas las grandes empresas, de grandes dificultades que hasta hoy se van venciendo sin roces violentos, sin choques trascendentales. Que la semilla sembrada allá y los sacrificios hechos produzcan siempre frutos de paz y de concordia.

* * *

Acaba de comunicarnos el cable el desenlace que ha dado el veredicto del jurado popular al drama que se representaba en París en los salones del Palacio de Justicia, donde hacía de protagonista Emilio Zola, y eran personajes principales el pueblo, el ejército, los partidos de la Francia republicana.

Capitan Sigsbee

Comandante del Acorazado Americano «Maine»

No es la primera vez que hablamos de este drama, que tuvo su prólogo en la tremenda degradación del Capitán Dreyfus, condenado por el delito de alta traición. Tampoco son desconocidos á nuestros lectores los diversos episodios desarrollados en el periodo de tres años, desde la humillación desesperada del infeliz judío convicto de traidor, pero protestando siempre de su inocencia, lo mismo en el acto terrible de la ejecución de la fatal sentencia que en la soledad espantosa de su destierro, hasta la condenación de Zola en el jurado popular, por haber alzado la voz en favor del proscripto de la Isla del Diablo y contra las aclamaciones de un pueblo y las inapelables desiciones de un tribunal cohibido al parecer en sus procedimientos.

Los que han seguido paso á paso las diferentes fases del proceso instruido al gran novelador de *Los Rougon Macquart*, han admirado su energía, comprendido su entereza y se han extasiado en la contemplación de ese hombre colosal, irguiéndose sereno por encima de los odios populares, agitados por soplos de tempestad. Los que han visto al acusado aparecer sereno ante sus jueces y sereno ante las muchedumbres que le escupían al rostro la befa y el insulto, los que lo han contemplado de pie, cruzando sobre las olas encrespadas de la opinión que le era contraria, y desafiando las vociferaciones salvajes del populacho; esos comprenderán cómo sería recibida la noticia en las calles de París, por un público hambriento del castigo y que había anticipado en su actitud espantosas explosiones de venganza.

Como si una ráfaga de frenesí rugiera sobre las multitudes galvanizadas por su odio antisemítico, un formidable grito se escapó de todos los labios, y entre las aclamaciones entusiastas al ejército y sus representantes que habían aparecido como testigos en el proceso, se dejó escuchar también inmensa explosión de rencor contra Zola y contra los judíos.

* * *

Ya estarán satisfechos los que anhelaban la condena del egregio novelista; ya podrá reposar tranquilo el Conde Esterhazy, á quien señalan los que piensan en la rehabilitación de Dreyfus como único autor del famoso documento de convicción contra el infeliz traidor; ya podrá el Coronel Picquart volver tranquilamente á su cuartel sin temor por ahora de nuevas complicaciones; ya la señora Dreyfus verá con honda pena desvanecidas sus esperanzas, evaporadas las ilusiones que había acariciado en medio de su angustia en tres años de lucha y de zozobra; ya no sentirán los ánimos asustadizos, los espíritus apocados, los temores que hizo sembrar el Mayor Fernando Esterhazy, con su terrible profecía de un gran levantamiento, de una explosión general que armaría el brazo de un nuevo Angel Exterminador que había de dejar cien mil cadáveres de judíos sobre el suelo estremecido de Francia, ya los que consideran que el heróico ejército de la República, que es su apoyo y su sostén, su esperanza y su amparo puede mancillarse con la revisión de un proceso fallado en tribunales militares (aunque se demuestre la posibilidad de algunas irregularidades en la instrucción ó en las audiencias) deben estar tranquilos: la autoridad de la cosa juzgada ha prevalecido por encima de toda otra consideración.

Pero la Justicia á la que Emilio Zola defendía con tanta entereza ¿ha quedado inmaculada, ha salido limpia dentro esta tormenta donde han rugido las pasiones, atronado los odios y fulminado los rencores? El honor de Francia invocado por los defensores de Zola y por sus acusadores, el honor de esa Francia heroica y grandiosa que ha sido maestra de los pueblos, verbo de las ideas modernas, víctima propiciatoria en aras de la democracia, el honor de esa Francia que se ha transfigurado en la Revolución y engrandecido en la República, que es grande y majestuosa hasta en sus sublimes extravíos ¿ha quedado ileso y sin mancilla, después del veredicto pronunciado ayer contra Zola que salva á Esterhazy y condena por tercera vez á Dreyfus?

Aun tenemos que esperar la última palabra en el tremendo drama. Quién sabe si serenada la tempestad, se abran nuevos rumbos á la opinión reinante ahora en Francia y podamos presenciar con asombro, la revisión de estos procesos, marcados ya con el estigma de la reprobación en la prensa de todos los países y en la conciencia de muchos pensadores.

* * *

Graves y serias complicaciones amenazan la buena harmonía que, merced al buen sentido de los gobiernos español y norteamericano, ha reinado entre los dos países, á pesar de los frecuentes motivos que ha dado la cuestión cubana para interrumpirlas.

La reciente implantación del régimen autonómico en la Isla rebelde era una especie de tregua á todas las exaltaciones. Aceptado en España por todos los partidos, que lo han considerado como una transacción honrosa, fué recibido también con satisfacción en la Casa Blanca, y todos esperaban que al echar raíces el nuevo régimen en la colonia y al imponerse por la fuerza ó por la convicción sobre los insurrectos, había de terminar la dolorosa lucha que por tres años ha sacudido el suelo antillano.

Casi al cumplirse tres años del grito rebelde lanzado en el pueblo de Baire, surje un incidente inesperado: el acorazado americano *Maine* que

CORONEL PICQUART

MME. DREYFUS

MATHIEU DREYUFUS

MAYOR CONDE ESTERHAZY

en pacífica empresa se hallaba surto en la bahía de la Habana, es destrozado por una terrible explosión cuya causa positiva se ignora todavía; más de 250 marinos perecen en la catástrofe; las llamaradas del incendio manchan de escarlata el cerúleo pabellón indiano y el humo de la explosión obscurece los horizontes de la paz.

Si hubiéramos de creer las exaltaciones de la prensa americana, con este motivo que todos lamentan, era de temerse la pronta ruptura de la paz y la harmonía entre España y los Estados Unidos.

Pero el Gobierno de Washington procede con laudable cordura y corrección, y los de Madrid y de la Habana han logrado demostrar con su cortesía irreprochable al cuidar de los heridos en la catástrofe, al dar honrosa sepultura á las víctimas, al cooperar eficazmente á la salvación de los náufragos que, carece de fundamento cualquiera acusación que se haga contra el elemento oficial; y mientras las comisiones investigadoras española y americana no decidan técnicamente sobre la causa de la catástrofe, hay que atribuirla á un accidente, y por lo mismo, esperar que la paz no se turbe ni aun por este acontecimiento, que ha cubierto de luto muchos hogares americanos y es causa de un verdadero duelo nacional.

X. X. X.

México, 24 de Febrero.

Frases autógrafas de Zola á la prensa del mundo

Merci à tous les soldats de la vérité, quelle que soit leur patrie. Je suis absolument convaincu que Dreyfus est innocent et que justice lui sera enfin rendue, car la France est toujours, malgré tout, la grande nation libre et généreuse.

Emile Zola

TRADUCCIÓN.

A todos los soldados de la verdad, cualquiera que fuere su patria, ¡gracias!

Estoy absolutamente convencido de que Dreyfus es inocente y de que al fin se le hará justicia, porque Francia es siempre y apesar de todo, la gran nación generosa y libre.

EMILIO ZOLA.

RECUERDOS

¡La guerra, la infame guerra, la guerra maldita. Nosotros no la conociamos, nosotros, no teníamos aún veinte años en 1859. Estábamos entonces en el Colegio y ese nombre terrible no despertaba en nosotros más que el alegre recuerdo de los días de vacaciones.

Y sólo veíamos en nuestra memoria las noches templadas en que el pueblo se reía en calles y plazas: por la mañana, la noticia de una victoria había pasado sobre París como un soplo de fiesta y al comenzar el crepúsculo las tiendas se iluminaban, los granujas tiraban petardos. A la puerta de los cafés había señores bebiendo cerveza y hablando de política, mientras que allá abajo, en algún rincón perdido de Italia ó de Rusia, los muertos, tendidos de espaldas, miraban con sus grandes ojos abiertos, vidriosos y sin luz, cómo nacían las estrellas.

En 1859, cuando se supo la victoria de Magenta, recuerdo que, al salir del Colegio, iba por la plaza de la Sorbona para ver, para pasearme, para participar de aquella fiebre que invadía las calles. Tropecé con un grupo de galopines que gritaban: «¡Victoria, victoria!» Me recreaba yo ante la espectativa de un día de fiesta. Y entre aquellas risas, entre aquellos gritos oí sollozos. Era un viejo zapatero remendón, que lloraba en el fondo de su chiribitil. El pobre hombre tenia dos hijos en el ejército de Italia.

Desde entonces, aquellos sollozos han resonado con frecuencia en mis oidos. A cada rumor de guerra me parece que el viejo zapatero, que el viejo de cabellos blancos, se oculta para llorar en medio del frenético entusiasmo de la muchedumbre.

Me acuerdo aún de la otra guerra, de la campaña de Crimea. Tenía á la sazón catorce años; vivía en provincias; la guerra no me importaba un ardite, reduciéndose para mi al continuo paso de tropas, cuyo desfile se había convertido en una de nuestras diversiones favoritas.

Por la pequeña ciudad del Mediodía en que habitaba, atravesaron, á lo que creo, casi todos los soldados que fueron á Oriente. Un diario de la localidad anunciaba de antemano los regimientos que debian pasar. La partida se verificaba á las ocho de la mañana. Desde las cuatro estábamos en la carretera. Ningún alumno externo faltaba á la cita.

¡Ah, los gallardos mozos, los coraceros, los lanceros, los dragones, los húsares! Teniamos debilidad por los coraceros. Cuando el sol aparecía y sus rayos oblicuos se reflejaban en las corazas, retrocedíamos, ciegos, deslumbrados, como si un regimiento de astros á caballo desfilase ante nosotros.

Después sonaban las trompetas, y partían.

Echábamos á correr detrás de los soldados. Los seguíamos á los anchos caminos blanquecinos. La música tocaba, agradeciendo su hospitalidad á la población. La claridad de la atmósfera, la limpidez de la mañana, todo tenía aire de fiesta.

Recuerdo haber andado de esta manera millas y más millas. Ibamos al paso, atados los libros á la espalda con una correa, á modo de cartuchera. No debíamos acompañar nunca á los soldados más allá de la Poudriére; pero llegábamos hasta el puente; después remontábamos la costa; luego continuábamos hasta la próxima aldea.

Y cuando el miedo se apoderaba de nosotros y decidíamos detenernos, nos encaramábamos á algún ribazo, y desde allí seguíamos al regimiento con la vista, por entre los pliegues del terreno, á lo largo de los recodos del camino; los veíamos perderse y borrarse, con sus mil pequeñas llamas, en la luz brillante del horizonte.

Aquellos dias nadie se cuidaba del Colegio. Hacíamos novillos; nos entreteníamos con los guijarros del camino, y era frecuente bajar al río y permanecer allí hasta la noche.

En el Mediodía se ama poco á los soldados. Los he visto llorar de cansancio y de rabia, sentados en las aceras, con su boleta de alojamiento en la mano; los propietarios, los pequeños rentistas, que intentaban mil sutilezas; los ricos negociantes, que obraban con menos miramientos, todos se habian negado á recibirlos. Era menester que la autoridad interviniese.

La nuestra era la casa del buen Dios. Mi abuela, natural de la Beauce, amaba á aquellos hijos del Norte, que le recordaban su país. Conversaba con ellos; les preguntaba el nombre de su aldea, y ¡qué gozo cuando esta aldea estaba cerca de la suya!

Se nos enviaban dos hombres de cada regimiento. No podian quedarse en casa: los mandábamos á la posada, más no sin que antes mi abuela les hiciera sufrir un interrogatorio en toda regla. Me acuerdo que un día llegaron dos que eran de su mismo pueblo. No consintió que estos partiesen. Les hizo comer en la cocina. Ella misma les sirvió el vino. Cuando volví del Colegio, fuí á ver á los soldados. Hasta creo que bebí con ellos.

Había uno bajo y otro alto; en el momento de partir los ojos del alto se llenaron de lágrimas. Había dejado en su país á una pobre vieja, y daba gracias con efusión á mi abuela, que le recordaba su querida Bauce, todo lo que dejaba detras de sí.

—¡Bah! (le dijo mi abuela). Ya volverá usted y traerá su cruz.

Pero él movia dolorosamente la cabeza.

—Y bien—agregó ella si usted vuelve por aquí, será preciso que venga á verme. Le guardaré una botella de este vino que tan bueno le ha parecido.

Los dos pobres muchachos se echaron á reír. Esta invitación les hizo olvidar por el momento su desgraciada suerte, y se vieron sin duda, de regreso, obsequiados en aquella casa hospitalaria, brindando por los peligros pasados. Prometieron formalmente no faltar.

¡Qué de regimientos no seguí desde entonces y cuántos infelices soldados no vinieron á llamar á nuestra puerta! Nunca olvidaré la procesión interminable de aquellos hombres que iban á la muerte. A veces, al cerrar los ojos, los vuelvo á ver, recuerdo ciertas fisonomías y exclamo: «¿En qué zanja oculta yacerá aquel?»

El paso de tropas empezó á ser menos frecuente, y un día se vió pasar á los soldados en sentido inverso, lisiados, exánimes, arrastrándose por los caminos. Ya no ibamos á esperarlos. No eran nuestros hermosos soldados. No merecian que arrostrásemos el enojo del maestro.

El triste desfile duró largo tiempo. El ejército sembraba de moribundos el camino. A veces mi abuela decía:

—¿Y los paisanos, te acuerdas, nos habrán olvidado?

Pero una tarde, á la hora del crepúsculo, un soldado llamó á nuestra puerta; venía solo; era el bajo.

—El camarada ha muerto —dijo al entrar. Mi abuela trajo la botella.

—Sí, bebere solo—añadió.

Y cuando se vió allí, á la mesa, levantando su vaso y buscando al del compañero para brindar, lanzó un gran suspiro, y murmuró:

—Soy el encargado de ir á consolar á la vieja. Preferiría haberme quedado allá abajo.

Mas adelante tuve á Chauvin por camarada en una oficina. Eramos ambos modestos empleados, y nuestras mesas se tocaban en el fondo de una habitación oscura, agujero excelente para no hacer nada esperando la hora de salida.

Chauvin había obtenido el grado de Sargento y volvía de Solferino con fiebres cogidas en los arrozales del Piamonte. Maldecía sus dolores, pero se consolaba, culpando á los austriacos. Estos bribones le habian puesto de aquella suerte.

¡Qué de horas pasadas en hablar! Tenia á mi antiguo soldado y estaba resuelto á no soltarle mientras no le arrancara ciertas verdades. No me curaba de las palabras sonoras, gloria, victoria, laureles guerreros, que adquirían en su boca soberbia resonancia. Le atacaba en los detalles insignificantes. Consentía en oir el mismo relato veinte veces para apoderarme de su sentido verdadero. Sin imaginarlo, Chauvin me hizo preciosas confidencias.

En el fondo era ingenuo como un niño. No se alababa; se expresaba simplemente de la manera acostumbrada en la jerga militar: era un «fanfarrón inconsciente,» un bravo muchacho convertido por el cuartel en insoportable charlatán.

Era facil ver que tenía relatos, palabras dispuestas para cada ocasión. Adornaba sus anécdotas con frases hechas, como «tropas invencibles» y «valientes oficiales salvados en medio de la carnicería por el heroismo de los soldados.» Por espacio de dos años estuve oyendo referir durante cuatro horas al día la campaña de Italia. No me quejo, sin embargo, Chauvin completó mi instrucción.

Merced á él, gracias á sus confesiones involuntarias, conozco la guerra, la guerra verdadera, no aquella cuyos episodios heroicos refieren los historiadores, sino la que infunde miedo á la luz del sol y se resbala en la sangre como una mujerzuela borracha.

Preguntaba á Chauvin:

—Y los soldados iban alegremente al fuego?

—¡Los soldados! Se les obligaba á ir, me acuerdo de algunos reclutas que no habían visto nunca el fuego, y que se encabritaban como caballos asustadizos. Tenían miedo; por dos veces emprendieron la fuga: pero se les hizo avanzar, y una batería mató la mitad. Era preciso verlos entonces, ciegos, cubiertos de sangre, arrojándose como lobos sobre los austriacos. Estaban desconocidos, lloraban de rabia, querían morir.

—Es un aprendizaje necesario—decía yo para alentarle.

—Y duro á fe mia—continuaba.—Créalo usted; los más valientes tienen sudores frios. Es necesario estar chispo para batirse. Entonces ya no se ve nada; se adelanta uno, descargando golpes como un loco.

Y abandonándose á sus recuerdos:

—Cierto día—agregaba—se nos había colocado á cien metros de una aldea ocupada por los austriacos, con orden de no movernos ni disparar. Pero he aquí que el enemigo nos acribilla con una granizada de balas. No habia medio de escapar á ellas. A cada descarga bajábamos la cabeza. Vi á algunos que se tiraban al suelo. Aquello era vergonzoso. Así estuvimos durante un cuarto de hora. A dos de mis camaradas se les puso blanco el cabello.

Luego seguía:

—No, usted no tiene la menor idea de lo que esto es. Los libros disimulan la verdad......... Vea usted: la noche de Solferino no sabiamos siquiera si habíamos quedado vencedores. Corrían rumores de que los austriacos iban á venir á concluir con nosotros. Le juro á usted que estábamos con el alma en la garganta. Así, al día siguiente, cuando se nos hizo levantar antes del alba temblábamos; temiamos que la batalla se reanudase con más vigor. Seguramente habríamos sido vencidos, por que no nos quedaban dos átomos de fuerza. Cuando se dijo: «La paz está firmada» todos nos pusimos á dar cabriolas. Hubo una explosión de alegría salvaje. Los soldados se cogían de las manos y bailaban como las niñas. No miento; estaba allí; nuestro gozo era indescriptible.

Chauvin, que me veía sonreir, se imaginaba que yo no podia creer que el ejército francés tuviera tanto amor á la paz. Su sencillez era adorable. A veces le hacía ir muy lejos. En una ocasión le pregunté:

—Y usted ¿no tenía miedo?

—¡Oh! Yo respondió riéndose modestamente—era como los demás......... Ignoraba lo que hacia. ¿Cree usted que sabe uno si es valiente? Se tiembla y se dan golpes; esta la verdad......Un día me derribó una bala ya fría. No me moví pensando que, si me levantaba, acaso lo pasaría peor.

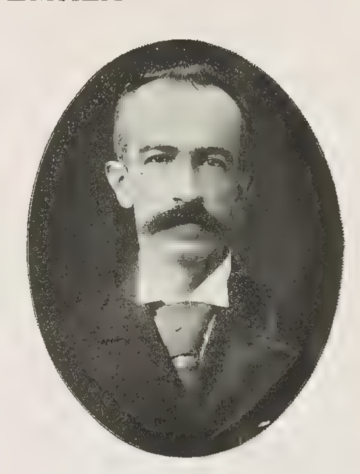
Y sin embargo, este bonrado Chauvin que no sabía disfrazar la verdad era un valiente. Habia dominado al peor de los enemigos: la vanidad.

EMILIO ZOLA

LIMITES ENTRE MEXICO Y GUATEMALA

INGENIERO DON MANUEL E. PASTRANA

Jeje de la Comisión Mexicana de Limites,



INGENIERO DON CLAUDIO URRUTIA

Jefe de la Comisión Guatemalteca de Limites

Al fin, después de largos años de penosa labor para las Comisiones Mexicana y Guatemalteca encargadas de fijar la linea divisoria de ambas Repúblicas, se ha llegado al término de los trabajos sobre el terreno y ahora solo faltan algunos de gabinete que se convino serian rematadss en México, en la ciudad dePuebla.

Aqellos trabajos fueron llevados á cabo por las Comisiones, venciendo innumerables obstáculos y dificultades que se han presentado, y logrando, por fin, la conclusión de la laboriosa obra.

El clima mortífero de los valles y serranías en donde trabajaban los ingenieros, fué la causa principal de que las obras se suspendieran algunos periodos de tiempo. por la falta de brazos. reanudándose cuando se llegaban á conseguir algunos peones en las aldeas proximas y que accedian á trabajar, después de mucha resistencia.

Hubo ocasión en que de algunos puntos salieran varias partidas de peones á trabajar en determinado lugar y no llegaran á su destino sino uno ó dos individuos, quedando en el camino insepultos y abandonados los cadáveres de todos los demás, hasta que alguno de los ingenieros recibia aviso.

Una de las enfermedades más terribles que tienen asoladas la mayor parte de las poblaciones de la Serrania, son las calenturas que algunas veces en pocas horas concluyen con sus victimas.

La Comisión de Guatemala con motivo del asesinato del Gral. Reyna Barios, Presidente de la vecina República, ha retardado su marcha para México: pero por telegramas recibidos por el señor Ingeniero Pastrana, se sabe que es muy probable lleguen en este mes ó á más tardar en la primera quincena del entrante.

Se les alojará en un lugar á proposito, atendiéndoseles debidamente; y acabados los planos hechos por los Ingenieros mexicanos y guatemaltecos, se compararán, y en caso de estar de acuerdo, lo cual espera fundadamente el jefe de la Comisión mexicana, por haber trabajado todos á conciencia y de comun acuerdo se procederá á firmar la carta por duplicado, remitiendo un ejemplar al Gobierno de Guatemala y quedando otro en la Secretaría de Relaciones de nuestra República.

En este mismo número publicamos los retratos de los señores Ingenieros Manuel E Pastrana y Claudio Urrutia jefes de las Comisiones de México y Guatemala, respectivamente.

He aquí como bajo los auspicios de la paz y de una amistad leal y sincera, se está llegando al término de una cuestión que por dilatado periodo de tiempo preocupó á los hombres politicos de ambos países, y que en algunas veces se pensó no podria resolverse sino de un modo violento.

Hace pocos años, como recordarán nuestros lectores, surgió un serio incidente con motivo de haber venido fuerzas guatemaltecas, á hacer efectivo el dominio de aquella nación sobre unas rancherias que se consideraban establecidas en territorio mexicano.

Por fortuna ni una ni otra nación se dejó llevar de arrebatos irreflexivos, sino que por el contrario, desoyéndose el vocerio de los espíritus inquietos y levantiscos que pedian la guerra, se llevó á efecto un estudio sereno y frio del asunto y de los demás que con él se relacionaban, y abrazándolos todos en un solemne convenio, se acordó indemnizar por parte de Guatemala á las rancherias perjudicadas y fijar las bases de una paz estable y duradera.

Es de justicia hacer constar que cuando surgió el incidente referido los ingenieros de la Comisión Mexicana de límites estaban en territorio guatemalteco, y que fueron tratados por las autoridades y particulares con toda suerte de consideraciones.

EL ACORAZADO «MAINE» QUE HIZO EXPLOSIÓN EN LA BAHIA DELA HABANA

Telégrafos sin hilos.

El hombre es insaciable: sus ambiciones no encuentran barrera que no se esfuerce por saltar; sus deseos no tienen límite; constantemente resuenan en sus oídos aquella voz tentadora: "Lisardo en el mundo hay más."

Maravillosa conquista fué la del telégrafo, porque fué casi suprimir el espacio; pero al fin y al cabo, el lenguaje telegráfico es un lenguaje convencional. Y se inventó el teléfono, por cuyo medio la voz humana, á pesar de ser tan débil, resuena á centenares de kilómetros y aun aspira á traspasar los mares y á hacerse oir de una á otra orilla del Atlántico.

Pues todavía esto parece poco. El telégrafo y el teléfono se nos antoja que son mecanismos imperfectos, porque uno y otro emplean hilos metálicos para salvar la distancia y transportar la señal eléctrica ó la palabra humana.

Este hilo metálico es una humillación; es un resto de servidumbre; revela en cierto modo nuestra impotencia, sujeta los anhelos del espíritu á la metálica materia de un conductor.

De aquí el nuevo problema que hoy se pretende resolver: transmitir las señales eléctricas á centenares de kilómetros, si es posible sin líneas telegráficas, libremente, por el espacio, por el éter.

¿Y por qué no? La ciencia supone que el éter, substancia eminentemente elástica, se extiende por todas partes.

Pues si por todas partes se extiende, él podrá servir de vehículo á la señal eléctrica, como sirve de vehículo á la luz y al calórico.

Nada muere donde nace: todo se comunica y se pone en relación con cuanto le rodea.

Si un hombre levanta un dedo, ¿quién puede dudar que teóricamente este movimiento, con ser tan mínimo y tan insignificante, ha de tener resonancia hasta en las regiones más apartadas del cosmos?

Pero ¿qué número es capaz de expresar y de medir la magnitud de esta resonancia ó de esta influencia en el estado dinámico de una lejana nebulosa?

Claro es que toda la señal eléctrica, ya una corriente que nace en un conductor, ya una carga de electricidad estática que se acumula sobre una esfera de metal y que oscila, han de alterar las condiciones del éter que los rodea, han de operar lo que se llama un *campo eléctrico*, bien un campo *electro-magnético*, bien un campo *electro-estático*. Pero la intensidad de esta modificación, irá decreciendo con la distancia, según una ley empezará rapidísima, y á un centenar de kilómetros la modificación del éter será tan pequeña, que no se comprende cómo pueda existir aparato con sensibilidad suficiente para apreciarla.

CASTILLO DEL MORRO

Sucede aquí lo que sucede con la luz: soles enormes se nos presentan en el espacio como pequeñísimo puntos brillantes. La distancia todo lo achica!

Que las modificaciones eléctricas de un sistema pueden transmitirse por el espacio, apoyadas en el éter no más, es cosa sabida y evidente. La conversación que circula por el alambre de un teléfono puede oirse en un alambre paralelo: y de aquí nace una primera solución del problema; pero, á decir verdad, muy imperfecta.

Si en la orilla de un río que tenga, pongo por caso 100 metros, se establece un conductor que tenga 100 metros también, comunicando sus extremos con tierra, y en la otra orilla se hace otro tanto, es decir, se tiende otro conductor de cien metros, paralelo al primero, todo sistema de corrientes eléctricas que circule por uno de ellos y que representará, naturalmente, un sistema de señales, creará un campo electro-magnético; es decir, una alteración en el éter, alteración que se extenderá hasta la orilla opuesta; que rodeará al segundo conductor, y que provocará en él otro sistema de corrientes eléctricas, ó, hablando en términos prácticos, *de señales*, que salvarán la anchura del río sin que ningún alambre las lleve de una á otra margen.

Pero es un sistema imperfecto, molesto y de escaso poder; es decir, de pequeño alcance.

La intensidad del campo magnético, que podemos suponer que decrece en razón inversa del cuadrado de las distancias, llegaría al otro extremo con escasísima intensidad.

Bien pronto la transmisión sería prácticamente imposible.

¿Hay algún modo de vencer este obstáculo, mejor dicho esta dificultad?

A primera vista parece que no.

Pero el genio de la invención no se da por definitivamente vencido jamás.

Y en el problema que nos ocupa, el ingeniero italiano Marconi ha conseguido sino una victoria decisiva, una victoria de gran importancia.

Abandonando el sistema de los campos electro-magnéticos y acudiendo al de los campos electro-estático ha logrado transmitir las señales eléctricas á quince kilómetros de distancia, desde un *pequeño aparato transmisor* á otro aparato *receptor* tan pequeño como él, casi pudiéramos decir, *de un punto á otro punto.*

Su sistema es verdaderamente ingenioso, y el principio en que se funda, quizá sin sospecharlo su autor tiene algo de metafísico.

Las causas de los fenómenos pueden ser *causas eficientes* de las que pasan totalmente á sus efectos. Cuando un cuerpo choca con otro cuerpo, y contra él se para, la fuerza viva que llevaba el primer móvil, se conserva íntegra después de verificarse el choque, ni disminuye, ni aumenta, y si desaparece de la vista, es porque se ha convertido en calórico ó en trabajo molecular.

BAHIA DE LA HABANA

Pero hay otras *causas* que podemos llamar *ocasionales*, porque no son ellas las que producen directamente los efectos: tales causas sólo sirven de ocasión para que estos efectos se produzcan.

Cuando un mecánico da vuelta á la llave de un tubo que conduce vapor y éste se precipita en los cilindros y pone en movimiento la máquina, el movimiento de la llave ha sido causa ocasional ó determinante de movimiento de la máquina.

El esfuerzo que desarrolló el maquinista ¡qué pequeño!, el esfuerzo que desarrolla la máquina ¡qué enorme!

Entre la causa y el efecto no hay aquí proporción ni puede haberla: la causa aquí no es más que como una orden de mando para que entren en juego otras fuerzas y otras energías, que pueden ser tan grandes como se quiera.

Y lo mismo pudiéramos decir del fósforo que inflama una carga de pólvora.

Pues en estos principios se funda el admirable *receptor* del ingeniero italiano.

Las variaciones del campo eléctrico no se convierten íntegramente en señales eléctricas; porque á la distancia de quince kilómetros, estas variaciones son muy pequeñas y las señales eléctricas serían imperceptibles.

Lo que hacen las variaciones del campo eléctrico es obrar como causas determinantes, haciendo entrar en juego ó suprimiendo, alternativamente, una corriente eléctrica, que puede ser tan grande como nos convenga.

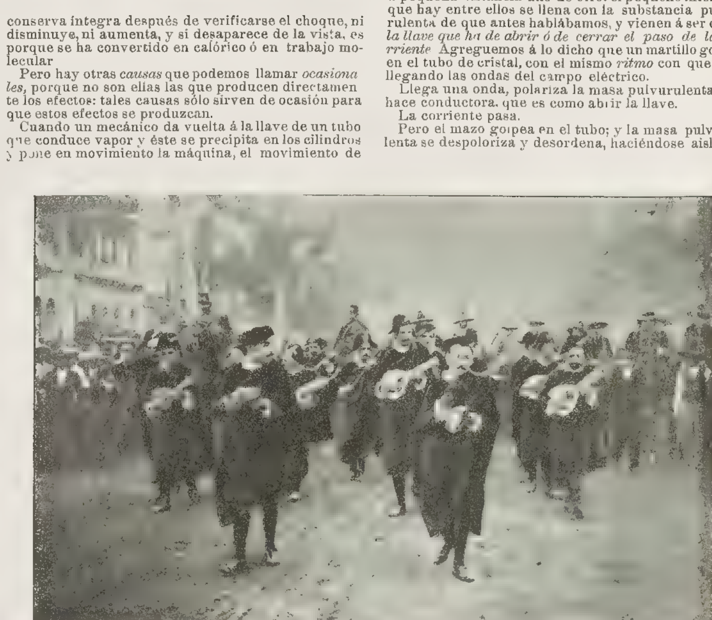
Descubrió un físico francés según parece, que ciertas masas metálicas pulvurulentas (según se dice, compuestas de polvo de plata y polvo de níkel), en estado natural, no conducen la electricidad; y que, por lo tanto, si se interponen en un conductor, cortan la corriente. Pero que, *cuando se las somete á la acción de un campo eléctrico, aun siendo de muy pequeña intensidad*, el polvillo metálico se ordena y poloriza, y ya la masa es conductora de la corriente eléctrica.

Pues en esto se funda el nuevo receptor. Este se halla cortado, y sus dos extremos penetran por las dos partes opuestas de un tubo de cristal y terminan por dos discos metálicos, que no están en contacto, pero sí á pequeña distancia uno de otro: el pequeño intervalo que hay entre ellos se llena con la substancia pulvurulenta de que antes hablábamos, y vienen á ser como *la llave que ha de abrir ó de cerrar el paso de la corriente.* Agreguemos á lo dicho que un martillo golpea en el tubo de cristal, con el mismo *ritmo* con que van llegando las ondas del campo eléctrico.

Llega una onda, polariza la masa pulvurulenta y la hace conductora, que es como abrir la llave.

La corriente pasa.

Pero el mazo golpea en el tubo; y la masa pulvurulenta se despoloriza y desordena, haciéndose aislado



ESTUDIANTINA HISPANO-MEXICANA "CARIDAD"

DAMAS Y CABALLEROS QUE EJECUTARON LA SINFONÍA DE HAYDEN EN EL BAILE DEL SR KOSIDOWSKI.

ra, que es como *cerrar la llave*: la corriente se interrumpe. Y de este modo continúan las señales entre el transmisor y el receptor.

Nos encontramos aquí con que aquellos caracoles simpáticos, de que se habla hace muchos años, ha venido á encarnar en dos aparatos eléctricos, que funcionan *con el mismo ritmo*. En esto consiste su simpatía.

Y es que á veces los poetas, los literatos los humoristas, y, en suma, los hombres de imaginación, tienen adivinaciones maravillosas, por disparatadas que parezcan.

José Echegaray.

LA EXPANSION DE LAS LENGUAS

Por iniciativa de la *Review of Reviews*, de Londres, se ha establecido entre Inglaterra y otros países un sistema de comunicación tan original como de grandes resultados prácticos.

Sabido es que actualmente el conocimiento de los idiomas ha venido á constituir una necesidad esencial de la vida moderna. Los ferrocarriles poniendo en rápida comunicación á los pueblos y sembrando el cosmopolitismo en las grandes ciudades, han convertido á París en un arrabal de Londres y á Europa casi en una nación, cuyas capitales vienen á ser como cabezas de regiones.

De ahí que hoy los viajes constituyan paseos recreativos y que los viajeros se familiaricen con los diversos idiomas que se hablan en el mundo en pocos meses, á la manera que el castellano se habitúa al cabo de poco tiempo al dialecto de cualquiera de las provincias de España.

Pero como el estudio precipitado de los idiomas es causa principal de que aunque se hablen no se escriban, ó se escriban mal y se hablen peor, la célebre revista londonense ha ideado un procedimiento muy curioso para conseguir la expansión de los idiomas, al propio tiempo que la formación de una inmensa liga internacional en que personas desconocidas fraternicen, comunicándose por medio de cartas sus sentimientos y sus ideas.

El principal objeto de la *Review of Reviews* se encamina á que personas que estudien, por ejemplo, el español en Francia, escriban á cualquiera otra de España, bien sea mujer, bien hombre, preguntándole cuales son sus gustos, sus inclinaciones, sus quehaceres, etc., y la mutua correspondencia daria por resultado escribir bien en las lenguas que empleasen recíprocamente los comunicantes.

La idea ha tenido en Inglaterra y en Francia un éxito extraordinario.

En la actualidad es posible que pasen de cuatro mil las personas que mantienen entre sí incesante y provechosa correspondencia

De este modo se va ensanchando, además, el circulo de las relaciones individuales, y nadie podrá poner en duda las ventajas que reporta el tener conocidos en todas partes.

La idea del *Review of Reviews* ha sido patrocinada por su homónima de París la *Revue de Revues*, y ambas dan cuenta del éxito que ha obtenido este bonito pensamiento.

¿Y quién sabe si con este nuevo sistema epistolar no se llegue á conseguir que muchos ingleses, franceses y rusos se enamoren de los hermosos conceptos de algunas ingeniosas ó ingénuas españolas y vayan á completar la obra ofreciéndose verbalmente como sus muy afectísimos y seguros servidores que besen sus pies?

Quién desee iniciar estas correspondecias, puede dirijirse á la *Revue des Revues* en París.

Ricardo.

LA ESTUDIANTINA

En los paseos y calles, en el teatro y en escojidas casas particulares, ha sido visto y oido con extraordinario aplauso el simpático y entusiasta grupo de jóvenes que forman la estudiantina hispano-mexicana, y que al placer de la diversión ha unido en consorcio feliz el placer de la caridad, pues los fondos que colecta serán aplicados á instituciones de beneficencia de esta Capital.

Por donde quiera que ha ido la estudiantina he llevado en pos un brillante séquito de calurosos admiradores; y encantando con sus canciones y conquistando aplausos y despertando simpatías, llena la grata y benéfica misión que se impuso voluntariamente.

Entre los grabados de este número hallarán nuestros lectores uno que representa á la Estudiantina hispano-mexicana.

El baile en casa del Señor Cónsul Alemán

El acontecimiento social que constituye una nota brillante de la temporada carnavalesca en México, ha sido el baile que el Sr. Pablo Kosidowski y su elegante esposa dieron en su residencia de la Calle de Capuchinas.

Correctamente engalanados los salones, recibieron una escojida concurrencia de damas y caballeros. Reinó la mayor animación durante la inolvidable fiesta que estuvo llena de deliciosos atractivos Lo más notable fué la sinfonía de Hayden ejecutada admirablemente por un concierto de capricho, dirigido por el Sr. Plagge, y un minuetto bailado con trajes de carácter del más hermoso efecto

Nuestros grabados dan idea de las grupos que ejecutaron la sinfonia y bailaron el minuetto.

VIEJOS ROMANTICISMOS

SUICIDA.....

...Tuve un acceso de dolor; el llanto
se cuajó en mis pupilas, quedé mudo:
inmóvil cual la fría
estátua de un sepulcro;
Sentí no sé que vértigo sombrío
que estremeció mi espíritu, y al punto
se hundió mi pensamiento
en un abismo obscuro.

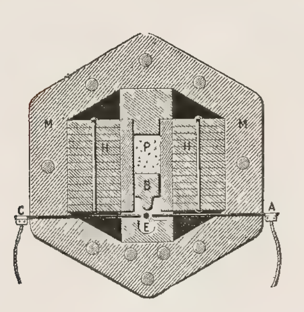
Miré desde el umbral la alcoba: en ella
se dibujaba con los rayos últimos
del sol enrojecido
el tapizado muro.
Por la ventana abierta que era un marco
de luces y fulgores de crepúsculo,
el cielo sonreía
transparente y profundo.
Rodaban por la alfombra algunas flores
mustias y desprendidas de los búcaros......
estaba un libro abierto
en la mesa de estudio.
Y en el ángulo, lleno de tinieblas,
al fulgor azulado y moribundo
de lámpara colgante que arrojaba
espirales de humo,
ví destacarse los contornos rígidos
del blanco lecho, en el rincón obscuro,
como el campo sin mancha de la nieve
entre la bruma oculto.

Allí estaba la hermosa, inerte, exangüe.
pálida, cual Julieta sobre el túmulo;
hundidos en las ondas
de su cabello rubio,
el rostro de perfiles delicados
y las líneas purísimas del busto;
envuelto en una túnica
alba de pliegues duros,
el cuerpo inanimado que arrojaba
su proyección medrosa sobre el muro;
fuera del lecho, un brazo
que caía desnudo.. ......

Del trágico desorden de la alcoba
distinguir pude los detalles últimos:
entre dos flores secas
una esquela de luto;
arriba, entre la luz, un crucifijo,
y en medio de este lúgubre conjunto,
palpitación de sombras, aleteos
misteriosos y mudos.........

Luis G. Urbina.

UN GRUPO DEL MINUETTO EN EL BAILE DEL SR. KOSIDOWSKI.



APARATO PARA FABRICAR DIAMANTES

Diamantes artificiales

El diamante, como lo sabe todo el mundo no es más que carbono cristalizado, y se ha ensayado ya muchas veces producirlo artificialmente

La materia prima existe en abundancia, y si no se conocen bien los medios empleados por la naturaleza para fabricar el diamante, se supone á lo menos que un gran calor combinado con una enorme presión es el principal agente para que se realice la formación de esa piedra que es la más preciosa de cuantas hasta ahora se conocen.

Mr. Moissan, que ha llegado en su horno eléctrico á producir temperaturas de 2 000 grados y aún más, ha intentado reproducir aquellas dos condiciones colocando en medio de una masa de plata fundida un pedazo de carbono elevado al más alto grado de temperatura.

Enfriando bruscamente la plata, se contrae y produce la compresión requerida. La experiencia práctica ha correspondido á lo menos en parte á la teoría, porque se han encontrado, en efecto, diamantes microscópicos cuando se ha roto el bloc que se formó de la manera indicada.

Otro experimentador Mr. Majorama, ha pensado que si se lograba obtener una presión más fuerte se alcanzarían probablemente resultados mejores, y nuestro grabado da una idea del dispositivo que ha imaginado En medio de sólidas armaduras de hierro (E. y H), formadas por rodajas de hierro atornilladas y entrecruzadas, ha encerrado un tubo en el cual puso pólvora de cañón (P). En la extremidad inferior colocó una especie de bala (B) de la que estaba suspendido un trocito de carbono que se había elevado á una temperatura muy alta por medio de una corriente eléctrica transmitida por dos barrillas de carbón (A. y C)

Cuando la temperatura se consideró suficiente, se dió fuego á la pólvora con un hilo de platino que la corriente eléctrica encendió al rojo en el instante deseado. La bala fué vivamente empujada á la cavidad (E.) puesta debajo, y entró con ella el pedazo de carbono que estaba así en excelentes condiciones de ser fuertemente comprimido.

Luego se desmontó el aparato; y empleándose tratamientos muy delicados para eliminar el fierro y el carbono amorfos, se encontró un polvo que rayaba los rubíes y que tenía todos los principales caracteres del diamante natural. pero los pedazos más grandes no excedían de un décimo de milímetro

No habrían servido pues para hacer una joya, pero bajo el punto de vista científico, es del más alto interés hacer constar y haber comprobado, que eran verdad las previsiones de los mineralogistas

La lámpara de Wells

El alumbrado de grandes espacios al aire libre, es bastante difícil de realizase con las lámparas de que se dispone ordinariamente y cuando no se trata de una fiesta pública, donde la multiplicidad de focos luminosos es un feliz pretexto para decorar alguna localidad, sino de poder disponer de una ó dos luces poderosas.

Desde hace algún tiempo se ve en todas partes pero sobre todo en las canteras, una lámpara izada en lo alto de un mástil y lanzando con un ruido más bien inquietante una larga llama de gran fuerza iluminadora. Es la luz de Wells, producida por la combustión de aceites pesados de petróleo.

El sistema, que no ofrece ningún peligro, se compone de un receptáculo (R.) en el cual se introduce el combustible por medio de un tubo (A.) y de una bomba aspirante y de presion (P.) que se maneja con la mano. Cuando están llenos de aceite unos dos tercios del receptáculo, se separa el tubo y se continúa bombeando para comprimir aire en la parte superior y hacer ascender el líquido por el tubo (T.) al quemador (L.) Este está formado de una serpentina de lámina delgada por donde se escapa el aceite.

Para que empiece á funcionar, se hace arder alcohol durante algunos minutos en una copa colocada bajo la serpentina, con lo cual se calienta el aceite y produce un gas que se inflama produciendo una fuerte luz.

El calor que desde entonces se sigue desprendiendo del foco luminoso es suficiente para que el aparato continúe funcionando, ya sin el auxilio del alcohol. Para sostener la presión del aire basta bombear un poco, de tiempo en tiempo.

Para una lámpara de potencia de mil bujías, los diversos gastos de combustible, entretenimiento y limpieza asciendeu en Francia á unos 70 centimos por hora que vienen á ser 14 centavos de nuestra moneda

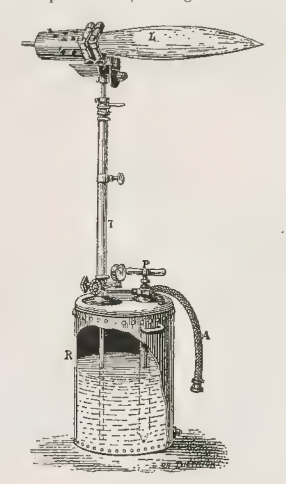
El ascensor proyectado

Los periódicos alemanes hablan de un medio de transporte que va á ser empleado para que los viajeros verifiquen la ascensión del monte Hochstaufen en Baviera. En vez de un ferrocarril de cadenas, se utilizará un globo guiado por un riel que se fijará en el flanco de la montaña, por medio de pilotes de hierro espaciados de cinco en cinco metros. Un sistema de garfios corredizos retendrá el carruaje contra el riel y le servirá de guía, en tanto que la fuerza ascensional del globo se utiliza como motor para remolcarlo.

El descenso se efectuará en virtud de la pesantez y el globo entonces convenientemente arreglado obrará como freno. Para este efecto, se ha dispuesto un receptáculo que se llena con 500 litros de agua y que se puede vaciar más ó menos según el esfuerzo que se quiera producir. Pesas de hierro sirven además para compensar el número de viajeros que falte

La experiencia en escala reducida ha sido ya hecha y ha dado resultados bastante satisfactorios, para que los promotores de la empresa MM Volderaner y Brackebusch hayan hecho un proyecto completo de instalación definitivo.

El globo tendrá 22 metros de diámetro y una fuerza ascensional de 4 500 kilógramos; y siendo el peso del cable, de la envoltura, del vehículo y de los accesorios, de 3,400 kilógramos, quedara un sobrante de fuerza disponible de 1,100 kilógramos.



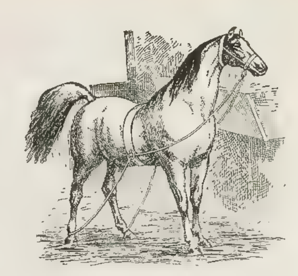
LA LÁMPARA DE WELLS

Está instalación quedará construida y será menos costosa que un ferrocarril de cables, pero es de temerse que el viento venga á comprometer la explotación. En cambio, en tiempo de calma no hay razón para que tal sistema no marche convenientemente, y la originalidad del ascensor será indudablemente un gran aliciente para los turistas.

EL ASCENSOR PROYECTADO

Contra los caballos pateadores.

Los dueños de caballos conocen muchos medios de corregir la manía de tirar coces que adquieran tan fácilmente, sobre todo, los caballos briosos. No creemos inútil, sin embargo, señalarles el que aconseja. *El Cosmos* que es facil de realizarse y que produce, dicen, resultados infalibles.



CONTRA LOS CABALLOS PATEADORES

Como lo indica el grabado, se dispone una cuerda que pasando por la argolla del bozal ó almartigón del caballo, y por otras dos argollas que se fijan á los dos lados de una cincha, va á terminar en cada uno de sus extremos atada á una pata del animal.

Fácilmente se da una cuenta del efecto que el aparato tan sencillo y eficaz produce; desde que el caballo dispara la coz recibe un fuerte golpe en la nariz y al cabo de algunos ensayos seguidos invariablemente del mismo resultado, comprende que es preferible renunciar á este recurso contraproducedente.

EXCELENCIA DEL CAFE

Si *Ben-Zuma* perdió el Paraíso por una taza de café, éste, según uno de sus entusiastas defensores, es uno de los medios con que se puede ganar el cielo, he aquí sus deducciones no exentas de lógica:

El café despeja la cabeza.

Con la cabeza despejada se trabaja con gusto.

Trabajando con gusto, se trabaja mucho y bien.

Trabajando mucho y bien hay ganancias.

La ganancia es dinero.

El dinero produce buen humor.

Con dinero y buen humor, hay salud ó se alivia el mal.

Con dinero, buen humor y salud, es uno feliz.

El que es feliz, se halla dispuesto para el bien.

Las buenas obras conducen al cielo.

Ergo. El café es el camino del cielo.

Y como después del cielo no hay nada más, damos por terminado este artículo sobre el café.

Aunque todavía queda algo que decir pues como el cielo empieza cuando la tierra termina hay que tener siempre presente la tierra y en ella para gozar de venturas nada hay como el café Así pues, café para la dicha de esta vida y la bienaventuranza eterna.

MARZAL.

Una serpiente voraz

El Administrador de Correos de Soyán, señor Walker, persona muy respetable, afirma que desde algún tiempo los agricultores del valle de Crystal Creek, en el Condado de Phillips, Kansas, E U., son presa de una viva emoción.

Un enorme reptil hace de vez en cuando su aparición en esas comarcas, y los hacendados, los más dignos de crédito, aseguran que el monstruo tiene más de cincuenta pies de largo. Su cuerpo tiene la figura de la serpiente, pero tiene una lengua ahorquillada, y lleva dos pequeños cuernos sobre la cabeza. Se nutre de animalitos y aves.

Lo que más hace lamentar á los agricultores, es que el apetito del monstruo es feroz. En una sola noche un hacendado perdió 60 pollos, y al amanecer ha podido seguir la huella del reptil voraz, hasta el arroyo inmediato; claro era que el monstruo había pasado por el corral del hacendado. Uno de sus vecinos ha perdido 40 puerquitos de leche en cuarenta y ocho horas. En fin, un hacendado alemán certifica que el monstruo ó serpiente destructora, ha matado un caballo de un solo colazo, mientras la pobre bestia comía á orillas del arroyo.

Varias veces se ha hecho fuego sobre ese reptil de raza desconocida, pero su piel está á prueba de bala. Cuando se enoja, levanta la cabeza á una altura de más de seis pies, saca la lengua no menos de tres piés; y pega un grito semejante á un perrito que llora. Se esconde en las marismas y en las aguas del arroyo.

Piensan unirse para darle caza y lograr su exterminio.

DAMAS MEXICANAS

Sra. Juana de la Garza de Pliego

DE MÉXICO

(Fotografía Valleto)

Mi última cacería.

Un día al salir á cazar me llevé un volúmen inglés traducido del sanscrito, lengua sagrada de la India. Un corzo inocente y feliz brincaba de alegría por la hierba aún empapada del rocío en la linde del bosque. De cuando en cuando le distinguía por entre las matas enderezando las orejas, sacudiendo al sol naciente su tersa piel arrancando los tiernos retoños y gozando de su tranquilidad y aislamiento.

Hijo de cazador, he pasado mis primeros años entre guarda-bosques, curas de aldea y señores campesinos, cuyas jaurías se mezclaban á menudo con la de mi padre; por lo tanto, nunca tuve ocasión de reflexionar sobre el fatal instinto del hombre en formarse un pasatiempo de la muerte, matando sin necesidad, sin justicia, sin piedad y sin ningún derecho á unos pobres animales, que tendrían sobre él el mismo de caza y muerte á ser tan insensibles, tan feroces y á ir tan armados en sus diversiones.

El perro había dado con el rastro; me hallaba con la escopeta en la mano y tenía al corzo en el extremo del cañón; pero no podía desprenderme de un cierto remordimiento, cierta incertidumbre en cortar de repente tanta vida, tanta felicidad y tanta inocencia en un sér que no me había hecho mal alguno, que saboreaba la misma voluptuosidad matinal que yo; criado por la Providencia y dotado quizás de una sensibilidad superior á la mía, y enlazado con los mismos vínculos de parentesco y afección que yo con el bosque, buscando á un hermano, esperado por su madre, buscado por su compañera y llamado por sus hijuelos. Pero el instinto maquinal de la costumbre, dominó á mi deseo de no matar. El tiro partió y el corzo cayó atravesado un brazuelo por la bala, haciendo en su dolor vanos esfuerzos por levantarse del suelo enrojecido por su sangre.

No olvidaré nunca aquella mirada, á la que el espanto y el dolor daban una expresión de sentimiento enteramente humano, y tan inteligible como las mismas palabras; porque los ojos poseen también su lenguaje, sobre todo cuando están próximos á cerrarse para siempre

Cuando se hubo disipado el humo del tiro me acerqué pálido y temblando al sitio del crimen. El lindo animal no había aún muerto, y me miraba con la cabeza recostada en la hierba y con los ojos anegados en lágrimas.

Aquella mirada me decía claramente con su desgarradora reconvención: "¿Quién eres tú? Yo no te conozco: nunca te he ofendido: tal vez hubiera podido amarte: ¿por qué me has herido de muerte? ¿Por qué me has quitado la vista del cielo, de la luz, mi parte de aire, de juventud de felicidad y de vida? ¿Qué va á ser de mi madre, de mis hermanos, de mi compañera y de mis hijos, que me esperan en el bosque, y que no volverán á ver de mí más que unos mechones de lana esparcidos por el tiro, y algunas gotas de sangre que están regando esta hierba? ¿No hay allá arriba quien me vengue y que juzgue tu crueldad? Y sin embargo, yo que te acuso, te perdono: en mis ojos no existe la cólera, pues mi natural es generoso aún para mi asesino: en mí no hay más que asombro, dolor y lágrimas."

Esto decía la triste mirada del corzo herido; yo lo comprendía como si hubiera oido su voz. "Acábame de una vez," me parecía aún que quería decir al ver el llanto de sus ojos y los inútiles estremecimientos de sus miembros Hubiera querido poderlo aliviar á cualquier precio; pero volví á tomar la escopeta, y cerrando los ojos, dí fin á su agonía con el segundo tiro.

Arrojé entonces la escopeta lejos de mí, y confieso que me eché á llorar. Mi perro parecía también enternecido, pues en lugar de olfatear la sangre y morder el hocico del cadáver, se echó tristemente á mi lado: los dos quedamos en un profundo silencio, como en el duelo de la muerte.

Era el mediodía, y esperé que el viejo pastor que conducía los carneros al establo durante las horas del calor, volviese por la linde del bosque para encargarle que llevase el corzo á la casa Mientras tanto saqué del bolsillo el libro inglés, que contiene esos restos de los poemas épicos de la India, y procuré distraerme con su lectura ¡Vano esfuerzo! Lo abrí por una página en donde se leían las maravillosas alegorías de la poesía sagrada de los indios, infiltrada en sus dogmas de caridad universal.

Enseñándonos el amor y el respeto que debe tener el hombre á todo lo que está dotado de vida y de sensación, se apercibe en ellos la caridad del mismo Dios por su creación animada é inanimada.

El poeta refiere la ascención al cielo de un héroe pasando por todas las pruebas de la vida, en la penosa escala del monte Himalaya. A medida que el camino va siendo más pesado, más escabroso y glacial, va siendo abandonado por los que más le amaban en la tierra, que le han seguido hasta allí, y al fin, sin com pasión de sus infortunios se vuelven atrás y sucumben á sus piés en los picos de hielo y nieve de la subida.

Parientes, amigos y hasta su misma esposa se cansan de este sacrificio y de sus esfuerzos para dominar el cansancio Sólo un perro, más fiel y más inseparable de él que el amor y la amistad, sigue, jadeando las huellas de su amo para morir á su lado ó para triunfar con él

El héroe llega al fin á las puertas del cielo, que se abren para él, pero que se cierran para el animal. Entonces el hombre, poseído de una justicia divina y de una abnegación que llega hasta el sacrificio de sí mismo, se niega á entrar en la mansión de la felicidad divina si no se concede la misma gracia al perro, compañero en sus fatigas y merecimientos

Los dioses enternecidos por tanto sacrificio y tanta generosidad, permiten la entrada del animal con el hombre, y las puertas vuelven á cerrarse tras de ellos. He anotado este fragmento de caridad universal y lo consignaré en los archivos de bellezas del entendimiento humano.

Esta lectura me hizo comprender y apreciar aún más que en la de los dogmas religiosos de la India, la verdad, la santidad y la belleza de aquella doctrina, que prohibe á los hombres no tan sólo matar á los animales sin una absoluta necesidad, sino aún despreciarlos, porque son nuestros compañeros y nuestros huéspedes en la tierra y debemos responder de ellos ante nuestro Padre común: porque les somos superiores en la inteligencia y en la fuerza de que nos valemos para dominarlos.

Admiro y adoro esa confraternidad universal entre todos los séres, entre todo lo que respira, entre todo lo que siente y entre todo lo que se ama aquí abajo, según la medida de su inteligencia y de su posición respectiva. Concluyo, pues, que el poeta indio era el verdadero sabio, y yo el bárbaro é ignorante, en medio de una civilización que tan atrasada se encuentra en el camino del amor, ó más bien que aún no ha llegado á comprenderlo. Espero, sin embargo, que el hombre de Occidente llegará un día á su término.

Renuncié para siempre al placer tentador de la caza; al despotismo cruel del hombre en cortar la vida sin piedad, sin necesidad y sin derecho á unos séres á quienes no puede volvérsela; juré no quitar jamás, por solo un capricho, ni una hora de sol á esos pobres habitantes de los bosques, ó á esos pájaros del cielo que saborean como nosotros la corta alegría de la luz, y el instinto más ó menos vago de su existencia.

Pertenecen á Dios, dijo. Dios me ha hecho su amigo y no su tirano. La vida á cualquiera que pertenezca, es demasiado santa para hacer de ella un juguete, un pasatiempo que nuestra incompleta civilización nos consiente hacer impunemente autorizándolo las leyes; pero el Criador no lo consentirá así en presencia de su justicia.

Desde aquel día no he vuelto más á cazar: el libro cimentando tan patéticamente la Naturaleza me convenció de mi crimen. La india me reveló la caridad en el corazón humano hasta en su más lata extensión.

ALFONSO DE LAMARTINE.

EN EL PALENQUE

Empiezo apenas á subir la cumbre
En donde irradia sempiterno el Arte,
Quiero forjar estrofas en su lumbre
Y en la cima clavar el estandarte.

Quiero llegar al fin que me propongo
Aunque el destino por doquier me abrume;
No ambiciono arrastrarme como el hongo,
Sino altivo subir como el perfume.

El hombre que no lucha se afemina;
Yo busco los palenques, no el serrallo,
Quiero caer así, como la encina,
A los golpes titánicos del rayo.

Y aunque mi frente al combatir se parta
Anhelo ser condor, nunca paloma;
Quiero cantos de guerra como Esparta,
No cantares lascivos cual Sodoma.

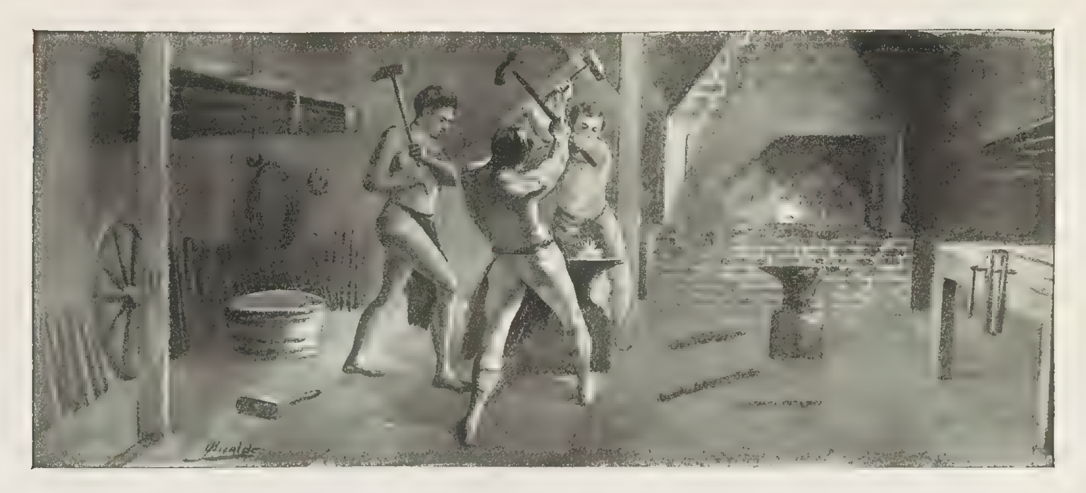
Empiezo á batallar; entro á la lidia
Y en ella tengo que perder la calma.
¡Porque sé que los buitres de la envidia
Se alimentan con trizas de nuestra alma!

También sé que en la vida transitoria
Es rudo el combatir y amargo el fruto,
Que se alza la traición ante la gloria
Como ante César se levanta Bruto.

¡Qué me importa que silbe turbulenta
La sorda tempestad!...... ¡No busco albergue
Cuando ruje más recio la tormenta
Sobre los riscos el condor se yergue.

En una tabla llegaré á la orilla
Entre los tumbos de la mar rugiente:
Cuando en el alma la entereza brilla
Se sube al cielo sin doblar la frente.

G. ARTALEJO DEL AVELLANO.



El anillo maldito

Escapándose de la cámara mortuoria los gemidos del anciano, lúgubres, desesperados, quejumbrosos, se arrastraban á lo largo de los corredores, repercutían bajo las bóvedas sombrías y llenaban de espanto el castillo.

Nunca esposa ni favorita fué más amargamente llorada que aquella espantosa Rahil, por aquel tigre á quien llamaban el bey Hassan.

Inmóviles, con un dedo sobre los labios, los oficiales y los servidores repartidos en los diversos compartimentos, temblaban oyendo esos alaridos furiosos, como tiemblan las niñas medrosas cuando escuchan el retumbar siniestro de los rayos: temblaban, pero sus ojos permanecían secos, porque á excepción del bey que yacía inanimado en el gran salón principal del Harem, la muerta no había sido amada por nadie.

En voz baja, con palabras entrecortadas, secreteándose aquí y allá los palaciegos, hacían recuerdos de la extraña fortuna de esta favorita, poder misterioso del cual ninguno conocía el secreto.

Una mañana, una gitana venida de no se sabe dónde, vestida de harapos pero con la cabeza erguida, arrojando llamas de orgullo de sus ojos negros como los abismos infernales, se presentó á las puertas del palacio solicitando hablar con el bey.

Rechazada, repulsada, golpeada por los guardias, ¿cómo consiguió introducirse? No bien hubo fijado sus ojos el bey en la extraña viajera, se sintió presa de un inmenso amor por ella.

Todos los oficiales recibieron orden de obedecer á esta desconocida, que se apoderó desde luego del tesoro público, y todas las mujeres del Harem fueron despedidas ó repudiadas. Durante cuatro años, Rahil fué la verdadera soberana del país bizertino.

Pero reinó mal. Fantástica y pródiga de sangre humana, ni una buena acción había rescatado sus crímenes. Los habitantes de las aldeas, los ciudadanos y los soldados, los pequeños y los grandes, todos la maldecían por igual.

Más de una vez había ultrajado al bey mismo delante de toda su corte, y con la cabeza baja y en silencio, el anciano sufría esos ultrajes. y era un espectáculo que indignaba el de este Pachá todo poderoso, terror de la Ifrikia, humillado delante de esta miserable bohemia, como se humilla una fiera domesticada ante la varilla candente del domador.

II.

Indiferente al duelo del amo, y al espanto del palacio, presa de otras angustias, apoyada contra una ventana y con la frente unida á la reja, la joven esclava Nauma hundía sus miradas afligidas en un patio interior ya invadido por la sombra, donde se distinguían obreros que cumplían una tarea siniestra: levantar un cadalso.

En un ángulo, á la luz de una linterna, se distinguía apenas á tres hombres encadenados, marinos de Argel capturados algunos días antes, y que deberían ser ahorcados á la próxima salida del sol

Al través de un velo de lágrimas, los ojos de la esclava contemplaban á uno de esos prisioneros, joven, de fisonomía inteligente y altiva.

Desde que al desembarcar los corsarios lo vió por primera vez, su corazón se conmovió profundamente. Era de su tribu, un amigo de sus primeros años, el más querido...... ¡Cuán felices habían sido en su país! Verdes montañas y playas de oro.........Reclinada en el flanco de una colina, una veintena de casas blancas; y abajo el inmenso mar azul donde las mujeres veían errar á lo lejos las barcas pescadoras en que iban sus maridos. Por las tardes, á la hora del regreso, se descendía á la playa, los niños retozando en torno de sus madres. Una vez que Nauma se alejó para formar un ramillete de flores silvestres, los piratas bizertinos que estaban ocultos detrás de las rocas se apoderaron de ella y se la llevaron en su jabeque y desde entonces fué esclava.

Y ahora, pasados muchos años, he aquí que vuelve á ver al compañero de su infancia, al tabb Said prisionero y condenado á morir.

La esclava combinó desde luego un plan de evasión y comenzó á llevarlo á la práctica con rara fortuna. Robó la llave de una puerta que daba sobre el lago, se procuró una canoa, y todo listo ya, la fuga debía efectuarse esa misma noche, cuando una orden inesperada vino á detener toda tentativa. Por un refinamiento de barbárie, el bey decidió que los prisioneros serían extraídos de sus calabozos y conducidos á pasar la noche en el patio para que presenciaran la erección de su cadalso.

III

Nauma lloraba.

¿Qué medio de salvación podría imaginar? Su cabeza trabajaba reflexionando desesperadamente. Dirigirse al bey? Pedirle misericordia? Solo un sér habría tenido poder sobre ese déspota sombrío: la favorita que acababa de morir.

Y por qué esta gitana sin belleza y sin amor había conquistado tal influencia?

Encaprichado en este problema, el espíritu enfermo de la joven mariposeaba al través de mil recuerdos y vino á su memoria el hecho siguiente:

Un diá Rahil se puso como loca por haber perdido un anillo khal khal (anillo para el pie) y se buscó el anillo por todas partes y gritaba que se lo habían robado y mandó dar tormento, é hizo quemar vivas á varias de sus esclavas; y durante todo el tiempo que el anillo duró extraviado, se negó á recibir á Hassan.

Por casualidad Nauma encontró el khal-khal en una avenida del jardín. Un anillo todo unido de metal negro y de apariencia tan vulgar, que la esclava vaciló antes de creer que fuera el de la favorita y se lo llevó con temor. Pero tan luego como esta lo vió se arrojó sobre él haciendo inexplicables demostraciones de regocijo.

La cabeza abatida de Nauma se irguió lentamente al influjo de un pensamiento extraño. Meditó algunos instantes, sus ojos chispearon y se puso en pié con actitud resuelta. Después escuchó con atención: los gemidos del bey habían cesado y en ese momento todos parecían dormir.

Nauma con los piés desnudos se deslizó por los sombríos corredores, se detuvo delante de una puerta que abrió con precaución, levantó una pesada cortina y penetró en una cámara suntuosamente amueblada en medio de la cual estaba en un lecho blanco el cadáver de la favorita iluminado por una lámpara que pendía de la bóveda. Cerca del lecho en un ancho sillón y abrumado por la fatiga y el dolor, el bey dormía.

Con mano firme la joven levantó el paño mortuorio y descubrió las piernas de la muerta. En el pie derecho, en la sombra, un anillo negro brillaba con una luz fosforescente. Nauma sin temblar tomó el anillo y lo pasó á su pié, pero apenas acababa de hacerlo cuando lanzó un grito de espanto. Hassan se había arrojado sobre ella con un puñal en la mano.

—Desgraciada. ¿Qué veniste á hacer?

La joven vió llegada su última hora, y permaneció inmóvil, helada, sin pronunciar una palabra.

Los ojos de Hassan relampaguearon bajo la nieve de sus pestañas. Iba á herir pero su brazo cayó inerte

—¿Estoy soñando? murmuró.

Y sintió que su cólera se desvanecia.

Nauma atenta le observaba y recobraba el valor.

—Vine, dijo, para ver por última vez á mi buena ama, a quien tanto amábamos todos.

—Buena? dijo el bey. No, no era buena ni digna de ser amada y agregó con voz amorosa: ni menos de ser amada por tí.

Nauma dió algunos pasos hacia la puerta.

—Quédate gritó el bey, y con una agitación creciente se oprimía las sienes con las manos. Quédate, deja niña que te contemple yo todavía. Tu presencia es como un rocio divino para mi pobre alma sedienta. Tu presencia es el cielo que se entreabre.

--Señor, ¿puede usted hablar así junto á esa muerta?

Dices bien Ve á dormir, es la última noche que dormirás esclava.

—No he comprendido bien todas las palabras de mi señor, pero si ellas indican alguna benevolencia, me atrevería á pedir una gracia para esta noche.

—Habla.

—Bajo mi ventana en el patio, hay un ruido espantoso de sierras y de martillos que no me deja dormir y hay hombres encadenados cuyas figuras espantosas me causan pesadillas. Deseo que cesen esos ruidos y que se retiren esos hombres.

—Pides poco, le dijo el bey sonriendo, y dió la orden de interrumpir los trabajos y de relegar á los prisioneros á sus calabozos.

IV.

En el lago sombrio, bajo el cielo tenebroso, como entre dos placas de mármol negro, la barca se deslizaba rápida y los tres evadidos remaban vigorosamente y sin ruido. Sentada á la popa, Nauma gobernaba el timón. ¿Escaparian? La ribera no está lejos la noche los proteje. ¿Durará lo suficiente esta protección? En el horizonte aparece una luz inquietante. Es la luna que se levanta, una luna pálida que por fortuna está cubierta de nubes. Sin embargo, de tiempo en tiempo se filtra algún rayo, y entonces el lago se ilumina y la barca se hace visible y los fugitivos ven alzarse y como correr á perseguirlos el fantasma blanco del castillo con sus torres almenadas y con sus ventanas negras que parecen ojos amenazadores.

Ay! fué sorprendida su evasión! Hassan que había llamado en vano al sueño, salió á la terraza y vió partir la barca. Sus ojos apenas pudieron distinguir á Nauma, pero su rábia la reconoció. Todo el palacio se puso en conmoción y los alaridos de furor del bey llegaron hasta los fugitivos que vieron al fin desplegarse una vela, salir una embarcación y lanzarse en pos de ellos. En la proa se hallaba un hombre de elevada estatura: era el bey que había querido dirigir por sí mismo la persecución. Doblados sobre los remos los evadidos hacen volar su esquife, pero la vela les gana barlovento visiblemente. De tiempo en tiempo vuelve la oscuridad y la persecución se borra. Luego el viento cambia de dirección y los perseguidores se ven obligados á bordear. Parecia un cuervo describiendo círculos en torno de la presa. No bastando esto, se arrió la vela y seis robustos remeros la remplazaron.

El bey dió sus órdenes á un arquero y en el acto uno de los compañeros de Said cayó atravesado por una flecha. Nauma, intrépida, tomó el remo en su lugar. Otra flecha inutilizó al segundo remero y sin embargo la barca siguió en su obstinada fuga. El arquero cesó de tirar porque el bey quería cojer vivos á Nauma y á su amigo. La joven se hirió en una mano y su sangre empezó á correr. Desesperado Said soltó los remos y arrodillándose ante Nauma:

—Ya solo nos quedan unos minutos de vida, le dijo: Te amo, bésame antes de morir.

Yo no besaré más que á un valiente, replicó Nauma conmovida. Toma el remo, Said, reanima tus brazos y tu corazón.

Said obedeció, pero ya no habia esperanza. Las dos embarcaciones estaban tan cerca, que se oian las maldiciones y las amenazas del bey.

De improviso la joven se pone en pié como inspirada, con los ojos serenos y los labios rientes Se habia quitado el anillo misterioso, lo mostró á Hassan y lo arrojó en seguida al lago.

El bey seguía inmóvil en la proa de su falua, pero su fisonomía cambiaba á medida que se acercaba al sitio en donde desapareció el anillo. Ya no veia á los fugitivos, sino que sus miradas se fijaron con expresión de arrobamiento.

—Deteneos! gritó á los remeros.

La aurora abría lentamente su abanico de nacar y plata! En la superficie de las aguas y en el espacio infinito todo estaba silencioso, sereno, dulce. El anciano parecía haber olvidado su venganza.

El Oriente comienza á irisarse; la vida despierta con la luz; á lo lejos van saliendo de la sombra los campos, las selvas y las aldeas.

—Señor, los fugitivos llegan ya á la ribera, van á escapar.

—Tanto mejor, dijo el bey. Esa niña ha desdeñado mi barba gris y mi fea y arrugada catadura Tiene razón. Y luego añadió:

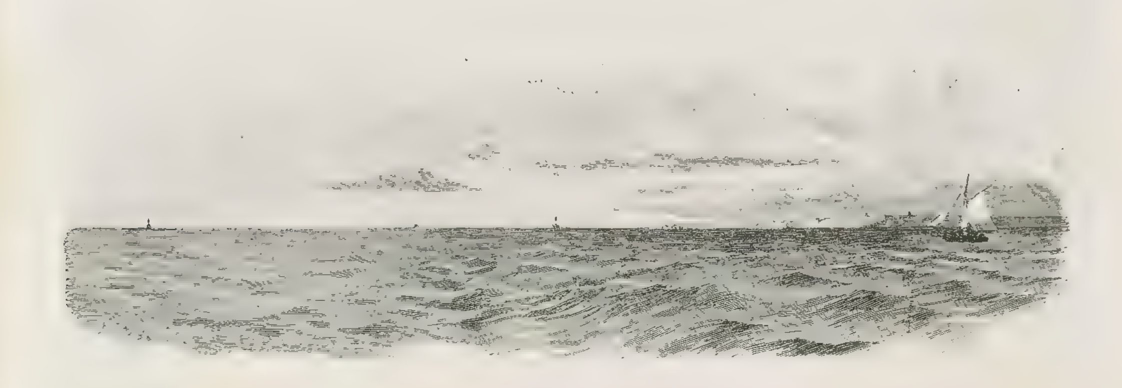
—Hijos mios, ya no temais al viejo Hassan. ¡Amaos y sed felices!

Said y Nauma desembarcaron....la brisa les llevó las palabras del bey; pero desconfiados, todavía siguieron huyendo, hasta que llegaron al antiguo nido de su amor y su felicidad.

El bey también fué feliz. Aquel anillo maldito, forjado en la fragua de los dioses para que quien lo tuviera en su poder esclavizara y volviera crueles y sanguinarios á los monarcas de Ifrikia, aquel talismán de la desgracia y de la muerte, yacía en el fondo del lago.

Muchos de los que por la indiscreción de los remeros y atando cabos descubrieron el misterio del anillo, se sumergieron en el lago para apoderarse de él; pero sucedió que todos se ahogaron y así quedó libre de ese peligro el gran Hassan, lo mismo que su gloriosa dinastía que sigue reinando hasta los tiempos actuales.

Albert Ferme.



Julieta y Romeo.

LOS MAS FUERTES

POR GEORGES CLEMENCEAU—ILUSTRACIONES GRABADAS EN NUESTROS TALLERES.

Número 9.

Con un paso de modesta seguridad, la joven atravesó el salón sonriendo vagamente á la admiración general, y por todas partes había ojos que la veían con placer malicioso, mezclado de respeto asustadizo. Melania sin cuidarse de nada, avanzaba dando discretamente los buenos días que le eran discretamente contestados por bocas sonrientes y afectuosas.

Un traje talar muy sencillo y elegante revelaba su gusto exquisito. La señorita Julieta muy pálida avanzó en su categoría de mensajera del maestro, interiormente reconocida á su antigua subordinada de haber anticipado el suceso.

Julieta con su discurso preparado de antemano, no estaba más que á tres pasos de Melania que le sonreia con todo su candor, cuando un ligero movimiento de la recien venida descubrió al principe de Luques que la acompañaba. Julieta quedó clavada en el sitio y antes que hubiera vuelto de su sorpresa, el príncipe, que no era de los hombres que se quedan á la mitad del camino, le hizo un saludo protector y pasó noblemente con su compañera al salón llamado de la Psiquis blanca.

—Diga usted al señor Morgan, que lo esperamos, dijo Melania negligentemente.

Entretanto Julieta se precepitó al despacho de Morgan.

—Señor, Melania está allí.

Y bien, no la ha despedido usted?

Viene con ella el príncipe de Luques.

—El príncipe? preguntó el otro asombrado; lo ha visto usted?

—Si, y lo están esperando á usted.

Morgan midió de un golpe la situación y tomando su resolución, contestó:

—Allá voy.

El príncipe era uno de los más famosos gentiles-hombres de Francia.

La entrevista fué digna de una y otra parte y Melania no abusó de su triunfo. Melania con talento de conocedora encargó varios trajes y estaba terminando de dar sus órdenes á Julieta, cuando anunciaron la llegada de la vizcondesa de Fourchamps y de la señorita Harlé.

En cuanto la vió la señorita Julieta corrió á decirle:

—Ay señora vizcondesa! Si viera usted lo que nos pasa? Y sin dejar á la noble cliente tiempo de preguntarle, le refirió de un tirón el acontecimiento.

—Admirable! exclamó la señora de Fourchamps. Y se la puede ver?

—Sí, cuando salgan.

—Mis felicitaciones, señor Morgan, el fin de vuestra mascota no le hace á usted menos honor que su principio.

—Esto es enteramente parisiense, dijo Morgan con satisfacción.

—Si parece que lo hizo usted á propósito.

—Pues se hizo solo.

Comenzó la prueba que fué un martirio. Claudia heroicamente contraída en las actitudes más incómodas, se dejaba palpar tirar comprimir, mover como autómata siguiendo las indicaciones del momento y siempre la pregunta: ¿está bien? y siempre la respuesta: todavía no.

Cumpliendo estrictamente sus deberes, la vizcondesa vigilaba la puerta y cuando oyó al fin pasos lijeros seguidos de otros vigorosos, levantó la cortina y se colocó en el lugar conveniente, Melania pasó favoreciendo con su más inocente sonrisa á la vizcondesa, y el príncipe altivamente distraído no se fijaba en nada. Claudia había recibido su parte de la sonrisa dirigida á la señora Fourchamps.

—Bueno, dijo Claudia, nada de extraordinario veo en ella, me parece inteligente y eso es todo lo que puedo decir.

Mi padrino quedaría contento de su traje que es más sencillo que el mío y más discreto.

—Querida mía, dijo la vizcondesa. Melania da una prueba de tacto procurando compensar la extravagancia de su conducta con la simplicidad de su traje, pero usted no tiene nada que disimular y puede sin inconveniente exaltar la curiosidad y la fantasía.

—Eso es lo que mi padrino condena con el nombre de trajes provocativos, y dice que solamente las damas como Melania procuran llamar la atención de ese modo.

—Puede ser. En todo caso ahora no es esa la moda. Deje usted hablar á los viejos como viejos, y usted amiga mía, sea joven.

—Es que mi padrino va á venir justamente para.....

—¿Para vestír á usted de monja? Pero usted no lo consentirá.

—No quisiera disgustarlo.

—Y tiene usted razón; pero es bueno tener presente que esos no son más que temas de conversación para él. Es uno de tantos modos de lamentar la perdida juventud. Se desolará de ser obedecido, y reclamará á son de fanfarria, pero cuando venga le diremos que se retardó y que ya los vestidos están en el taller. El reconocimiento de las cajas de M. Deschars nos proporcionará la diversión necesaria.

—Si pero cuando vea.....

—Es muy sencillo. Se le dice: Padrino, ya ve usted cuán sumisa soy. He hecho cuanto pude para no lastimar la estética del imperio. Reirá creyendo que le sacrificó usted mucho, y pasará por todo lo demás. ¿Quiere usted estar bella?

—Tanto como sea posible.

—Pues bien, la belleza es una cosa enteramente convencional que cambia con los tiempos y los lugares. Deschars le dirá á usted como una india no es bella sino á condición de llevar un anillo de plata en la nariz. ¿Por qué nuestras fantasías de artistas habian de ser menos respetables? Que se nos deje encantar las miradas de nuestros contemporáneos y entrar por los ojos á los corazones. Julieta que había salido, regresó con Puymaufray.

—Querido marqués, exclamó la señora Fourchamps, ó llegó usted con retardo, ó nosotras venimos con anticipación, pero el resultado es el mismo, pues Claudia no podía estarse con los brazos al aire y yo le prometí contentar á usted si se disgustaba. Soy yo pues quien necesita perdón, aunque por otra parte hemos disminuido mucho nuestras extravagancias por complacer á usted.

Claudia no dijo una palabra.

—Señora, contestó el marqués, así ha sido mejor, porque yo habría dicho sin duda grandes tonterías y aún temo que mi crítica hubiera sido la de un salvaje.

—No conozco más crítica que la de la prueba. Un adorno debe agradar. ¿Qué son nuestros adornos más que una concesión á la veleidad del corazón masculino que no se contenta con solo la belleza moral?

—Entonces por qué arreglar tan laboriosamente trajes y tocados que un hombre es incapaz de analizar? Soy uno de los más ardientes admiradores de usted y sin embargo no sabría decir como estaba usted vestida ayer.

—Por eso las críticas de usted carecen de valor. Nosotras nos engalanamos para las mujeres, ya lo he dicho, y sin embargo á despecho de la falta de firmeza de la mirada varonil, el hombre sabe muy bien si le agradamos ó no. ¿Qué importa que ustedes no sepan por qué; si nosotras lo sabemos?

—No le había yo advertido á usted que iba á decir tonterías?

—El objeto del arte se les escapa á todos los hombres.

—Creo que me concederá usted que la vida pasada delante de un espejo exajera la personalidad y la deforma, por un falso punto de vista, y quisiera yo salvar á Claudia de esa enfermedad.

—¿Y está usted seguro de que los hombres no se componen tan ingeniosamente como nosotras? Diferencia de modo de vestir: eso es todo.

Entre tanto Julieta enseñaba corpiños; hacía desfilar los maniquíes, que evolucionaban con graciosa lentitud para colocarse finalmente cara á cara ó de perfil ante los ojos del marqués, con cándido impudor. La señora Fourchamps daba sus opiniones y Claudia escuchaba atenta para tomar de los modelos que pasaban, detalles para conservar en su memoria.

Terminado este trabajo, se convino en que se dejara obrar á la meditación, y que de allí á dos dias se volvería á conversar. Antes de levantar la sesión fué necesario admirar el traje *Bola de nieve* y Deschars que acababa de llegar fué admitido á este favor. Cuando se presentó el maniquí, una joven rubia de facciones puras con una sonrisa cándida que hacia lucir dientes de perlas bajo la púrpura de los labios, hubo un grito de admiración. Gasas de cristalaciones sedosas sobre campo de escarchas sembradas de agujas de hielo, y luego celajes de leves plumas blancas de donde emergía el triunfo de la carne, *Una flor en una visión de ráfaga*, decía Morgan.

La vizcondesa hizo aproximarse á la joven; y manipulándola como una cosa inerte, con manifiesto placer de despreciar su belleza, explicó á lo vivo las modificaciones nacidas de su propio genio.

—Esto me parecía un poco confuso, decia ella. El tema debía llevar más unidad y para eso hice desplegar este volante. Vuélvase usted, señorita. Pero mi idea principal fué la cascada que viene desde la espalda hasta la orla de la cola.

Es necesario verla, pues esto no puede dar una completa idea.

Puymaufray convino en que la bola de nieve era una obra maestra, y Claudia recojió la palabra como una confesión de derrota. Decididamente no había nada superior á la vizcondesa.

Deschars vino á anunciar que la apertura de la caja se había terminado ya en el salón de la Psiquis blanca, y Claudia corrió seguida de todos.

Verdaderamente era una fiesta para los ojos. Sedas bordadas de un trabajo tan precioso que asombraba, gasas que parecían llamaradas de luz, ráfagas de incendio rayadas de estrías sangrientas, ó ahogándose en opacamientos esfumados, radiaciones de hojas metálicas, centelleos de oro y de plata, facetas de pedrería, flores de ensueño, púrpura fundida, celajes de primavera en campos de azur, una mágia! Claudia, estupefacta, veía con la boca abierta.

—Pero esto es una locura, dijo, cómo ha encontrado usted ese tesoro?

—Pensando mucho en usted, respondió Mauricio. No hay mérito en la elección de los colores. Todos son así en el país del sol.

—Pero entre nuestra neblina no se puede encontrar nada más bello. No sé ni qué decir. Es preciso que sea usted un amigo de la infancia para que papá me permita aceptar.

—Esas cosas señorita, no tienen más valor que el que les da la paciencia de haberlas estado reuniendo aquí y allí, donde se encontraban.

—No puedo estar más reconocida. Y usted padrino, qué dice?

—Que estoy desvanecido y descontento de Mauricio, que te mal acostumbra.

—La señora Fourchamps fascinada por esta explosión de colores, exclamó:

—Señor viajero, debo felicitar á usted sin reservas.

Después, agregó como para terminar su elogio:

—El exotismo tiene en su favor la impresión del primer momento, la sorpresa de la imaginación. Me ha deslumbrado usted.

Cada pieza fué pasada en revista, examinada, admirada, sin que se cansaran de ver. Los ojos brillantes de Claudia, su admiración, sus exclamaciones de alegría, eran para el joven la más hermosa recompensa.

Morgan invitado á dar su opinión, pronunció un discurso técnico y explicó cómo la estética del Norte exije de la mujer inmóvil que exhiba en ciertas ocasiones los brazos y la garganta, en tanto que el Oriente soñador, goza con verla agitarse entre nubes de gasas estrelladas.

—En todo caso, añadió, nuestras telas quieren la tranquilidad de la línea, en tanto que las del país de la luz no se revelan sino en la agitación rítmica de las danzas.

Y el modisto hizo revolotear al aire las telas indianas, que arrojaron desde luego destellos de sol serpenteando entre una explosión de chispas.

—Ahora, dijo la vizcondesa, lo que se trata de averiguar es qué partido se puede sacar de esas riquezas, porque no se ha de vestir una de bayadera para ir al bosque de Boloña.

—Conviene la decoración de salones, agregó Morgan, los bailes de fantasía, los cuadros vivos.

—Los cuadros vivos! exclamó Claudia, he ahí la idea. Y como usted señora siempre está lista para volar al socorro de los desgraciados, organizará algo ¿verdad? Nunca se habrá visto nada semejante. Deslumbraremos al mundo y haremos el bien. Eso le pondrá á usted muy contento ¿no es así, padrino?

El padrino tenía un contento mudo.

—Señora vizcondesa, vino á decir una dependienta, la señora de Peyrouard está en el salón inmediato y pregunta si la puede venir á saludar á usted.

—Cómo! ahí está Luisa? Digale usted que venga. ¿Quiere usted señor Deschars hacer á mi amiga los honores de la India?

Mauricio se inclinó en señal de asentimiento.

La señora Peyrouard, era hermana del pequeño Montperrier, diputado ministerial cuya elocuencia había por dos veces fulminado á la oposición, que sin embargo siempre renacía de sus cenizas.

El padre de este joven había hecho una carrera política casual volviéndose republicano de ocasión, hasta elevarse á la Corte de Casación. Su hija Luisa educada en el Sagrado Corazón y provista de una dote regular, casó con un gentil hombre arruinado, que vegetaba en las últimas filas de la administración. La protección del suegro le ascendió rápidamente á Inspector general. Era un hombre amable y dulce que pasaba concienzudamente su vida despachando su oficina según las reglas administrativas, con la convicción de que así prestaba eminentes servicios á la nación.

Su mujer no bella pero fresca y viva, había nacido para la intriga y tenía por todas partes algún hilo que se divertía en tirar ó romper según la ocasión. Conocía todas las necesidades, los apetitos, las debilidades de todos, y se convertía en instigadora cuando era preciso y era implacable cuando se la detenía en sus designios. Por sus amistades del Sagrado Corazón, por la vizcondesa, y aun por los Peyrouard, Luisa que había estado proscrita del barrio de la nobleza, acabó por hacerse aceptar en todos los salones.

Para la señora Peyrouard la carta principal de su juego era su hermano Etienne joven diputado de gran porvenir á quien nadie le escaseaba las alabanzas. Aunque era dos años mayor que ella, lo había ayudado poderosamente con sus consejos á la hora crítica de las luchas parlamentarias y era su amiga más fiel, su inspiradora más feliz y su auxiliar más fecunda en recursos.

A ejemplo de su padre, Etienne Montperrier era de los «proscriptos de Diciembre» y amorosamente modelado por su madre y salido de un almacen de novedades de Saint Ireix con aspiraciones de grandeza, el joven, dotado de ricas facultades de memoria y de imitación, se proveyó pronto el intelecto con lo que forma los éxitos; y bajo la alta dirección de su padre coronó esta ciencia con la mecánica de la palabra. Su aptitud para componerse, para conservar actitudes correctas, su arte de plegarse á todo lo utilizable, sus felices disposiciones para agradar, y su aplicación dedicada á procurar el elogio de las medianías, hacían la admiración de todos. Era incomparable en frivolidades y en conocimientos menudos, y nadie bailaba ni dirigía un cotillon mejor que él.

—Asegúrate á las mujeres; no cesaba de decirle su hermana.

Lo hizo como se le decía y conquistó á fuerza de paciencia numerosos sufragios. "Irá lejos," se decía, y nada vale tanto como esta sencilla palabra para instalar á un hombre en el favor universal.

Su padre muy prudente, le procuró iniciaciones modestas. Un día que el ministro tenía necesidad de su voto, se lo cambió por una Sub Prefectura y el debutante partió para el destino, donde, bajo la prudente vigilancia de su madre, meditó á su antojo sobre Toqueville y Duvergier de Haurannes sin descuidar á sus administrados. Y los *cuidó* tan bien, que á los cuatro años el diputado de la circunscripción era escandalosamente impopular, y no había más candidato posible que el mismo Etienne de Montperrier.

Decir que Montperrier fué diputado, no es decir nada: fué el diputado por excelencia, el dispensador autorizado de los favores gubernamentales, el que concedía las cintas multicolores, las funciones de todos los grados, los galones de todos los empleos, y era por eso el amo de todos, potentado de un feudalismo de aldea, y primer esclavo de su tiranía. En la Cámara recitó gallardamente algunos trozos que le compuso su padre, y terminó por fabricar él mismo, y de modo conveniente, los productos de su elocuencia. Periodistas independientes, cuidadosos de su propio porvenir, y que desean acompañarse de glorias acomodaticias, le consagraron brillantes artículos ditirámbicos de los cuales se reían á sus solas cínicamente, pero que corrían por el mundo como carta de abono.

Así el orador de la juventud se encontró considerado como el modelo de los discretos pensadores que no gustan del exceso de la expresión ó del colorido. "El Bouguereau de la tribuna," decía la señora Fourchamps como elogio superlativo. La bella presencia del prematuro hombre de Estado, su elegancia estudiada, sus ojos de un azul profundo y su barba negra recortada en punta, hacían estragos segun la voz pública. Casi mediano en todo, tenía una provisión de inferioridades, una curiosa cantidad de pequeñeces, y era bueno hasta donde lo detenía el interés, sincero hasta el momento en que debía empezar á obrar y atrevido hasta el límite exclusivo de la valentía. Constituía el más envidiable principio que puede darse, el principio de una cosa inútil é infecunda, pero digna de atención como la muestra más preciosa del conjunto de todo lo que no es verdad.

Sin las luchas que amargaron la juventud de Montperrier padre, el diputado había desde luego hallado camino abierto, se había colocado al servicio de los más fuertes y animado por su éxito, hasta hablaba de poner condiciones cuando se le indicaba la posibilidad de llegar á Ministro. Por otra parte, sabiendo que la realidad supera á las más bellas esperanzas, pretendía antes de llegar á la cumbre de su carrera política, hacer el «gran casamiento» á que le llamaba su destino.

Su hermana tenía á este respecto largas conversaciones con la vizcondesa, quien se encargó

de negociar á Montperrier al más alto precio en el mercado conyugal. Diversas combinaciones se discutieron y rechazaron sin que jamás Etienne hubiera tenido el mal gusto de contrariar las miras de sus protectoras.

Se intentó un esfuerzo con Luciana Preban, pero pronto la vizcondesa adquirió la convicción de que estaba realmente enamorada del argelino mostachudo, y después de una consulta con el barón Oppert resolvió no insistir sobre el particular, sino inclinarse más bien, dadas las grandezas presentes y futuras de Harlé, á casarlo con Claudia lo cual era conveniente bajo todos los puntos de vista.

Muy político Etienne, supo caer con mucha gracia de lo alto de su sueño de ciento cincuenta millones.

La señora Fourchamps admiró mucho esta desenvoltura en un hombre que conocía su valor, y cuando regresó de Santa Radegunda, convino con la señora de Peyrouard en que se proporcionarían á los dos jóvenes frecuentes ocasiones de verse. El encuentro en la casa de Morgan no tenía nada que pudiera sorprender ni tampoco era extraordinario que Montperrier fuese acompañando á su hermana.

La viscondeza manifestó vivísimo placer presentando al marqués con el joven diputado, que de su parte dió señales de sentirse muy halagado por ese honor. Cambiados los primeros cumplimientos fué necesario volver á las maravillas de la India, y la señora de Peyrouard apoderándose de Claudia, quiso verlo todo y manejarlo todo, en tanto que Montperrier se dedicaba á ganarse las simpatías de Puymaufray.

—Yo sé señor marqués, que usted después de haber combatido noblemente por su fe y por su patria, vive retirado del mundo en sus tierras, en medio de los campesinos á quienes consagra usted su vida dando ejemplo hasta el fin, de amor al cumplimiento del deber.

—¿Estaremos dijo Puymaufray en tan tristes tiempos que se pueda uno vanagloriar como de un acto raro de haber defendido á su patria?

—He ahí una hermosa frase, pero nosotros no comprendemos la cosa así. Nos corresponde ala bar ya que á ustedes les tocó obrar.

—Obren ustedes también.

Ay! todas las buenas intenciones parecen paralizadas; sería necesario para reanimarlas hacer entrar en acción una gran potencia de espíritu y de voluntad!

—¿Habrá quien pueda intentar la empresa?

—Debe procurarse.

—No ha llegado aún el día para mi generación, pero espero que llegará. ¿Cuándo, cómo, qué esfuerzos nos serán pedidos? Bajo todos los gobiernos hay condiciones de orden y de progreso que son las mismas. Usted las defendió con la espada y nosotros no tenemos más que la pluma para defenderlas contra los ataques que vienen de abajo....

—¿Y contra los que vienen de arriba?

—Señor de Montperrier, dijo la señora Fourchamps, no puedo tolerar que el señor de Puymaufray nos prive del placer de hacer á usted admirar las magnificencias de la India! Es usted de un gusto tan exquisito! Venga usted á ver lo que se puede hacer con un simple hilo de seda, y díganos lo que le parezca sobre el particular.

—Todo eso me parece muy bello, dijo Montperrier distraidamente, y luego volviéndose á Deschars añadió:

—Debe usted, señor, haber hecho un viaje muy curioso. He visto en Inglaterra admirables telas que uno de mis amigos, el duque de Stemborf trajo de la India, y más tarde supe que Delhi las recibe de Manchester y de Manchesfield.

—Ninguno de ese grupo se equivocaría así, contestó tranquilamente Mauricio.

—Yo no me equivoco, dijo Claudia, presurosa. Tenemos la idea de organizar unos cuadros animados y cuento con usted señor Montperrier para que nos dé asuntos. El señor Deschars que conoce la india como usted la comisión de presupuestos, va á reconstruirnos alguna escena de historia en que figuremos entre pavos reales, elefantes y tigres. Usted podía escojer un papel.

—Entre las fieras?

—No, sino como una divinidad tonante, con una cabeza que irradie y con brazos muy largos, brazos por todas partes, como en política.

Usted me halaga mucho, señorita: haría yo mejor un papel de esclavo á los pies de usted.

—No estaría usted bien, se lo aseguro.

—Morgan no le ha referido á usted la aventura de Melania? preguntó la señora de Peyrouard que no veía muy bien parado á su hermano.

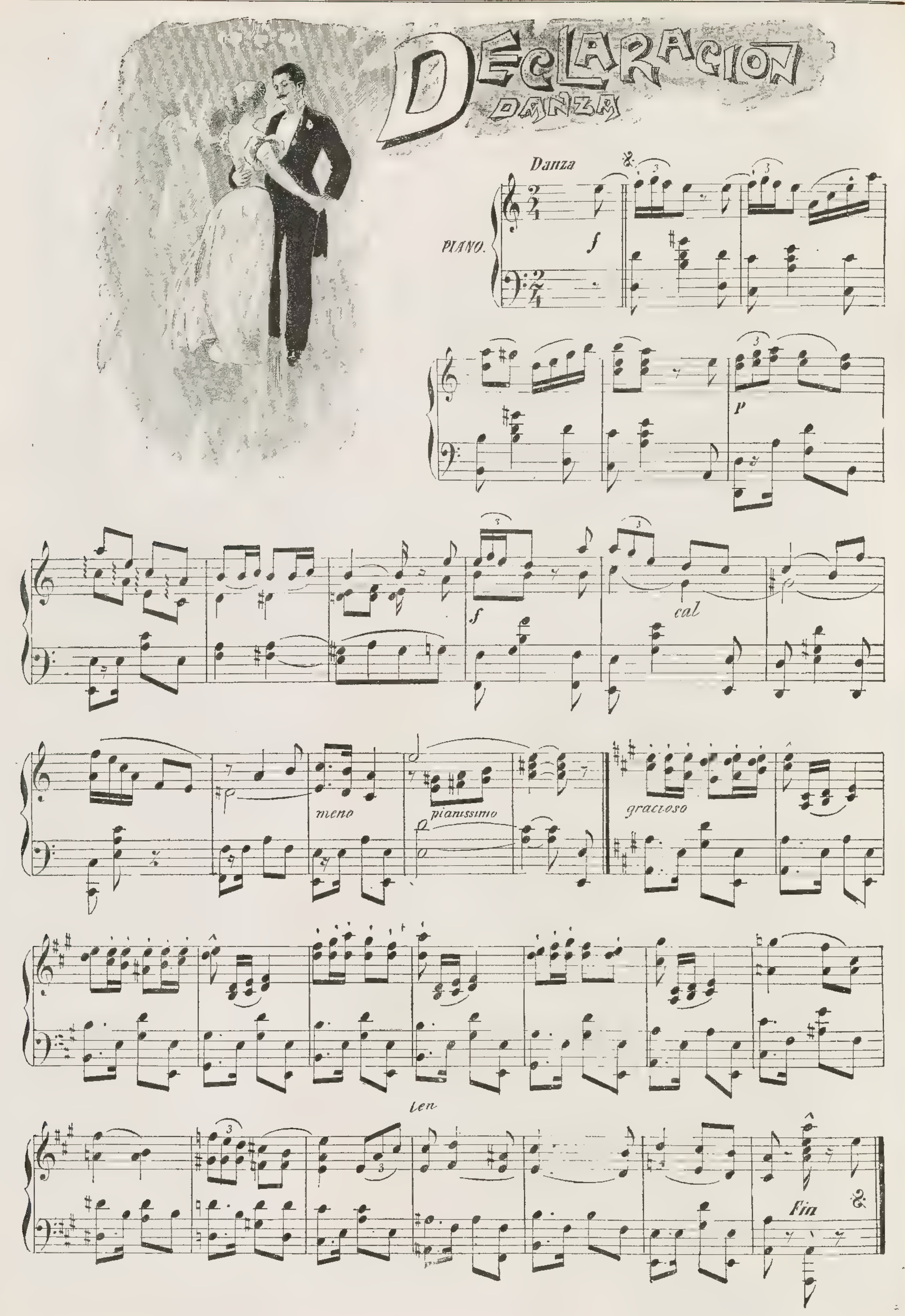
—Ya lo creo! contestó la vizcondesa. Claudia y yo vimos con nuestros propios ojos pasar á la joven con el príncipe, y debo confesar que estaba muy bella. Sencilla, con aire de naturalidad, ni altiva ni avergonzada por lo que ha hecho.

—Por qué había de obrar de otro modo? dijo Montperrier. Ese más tarde ó más temprano es el destino de esas jóvenes.

—Encuentro á usted severo, observó Puymaufray. Esas pobres niñas que se tiene cuidado de escojer lindas, graciosas, nacidas para agradar; más seductoras seguramente que muchas de las clientes á quienes sirven de maniquíes de prueba; esas pobres niñas, se ven adornadas de los más ricos atavíos cuyo precio representa para las ricas el capricho de su fantasía y para las obreras el salario de años enteros. Se agotan todos los recursos del arte más exquisito para realzar sus encantos de juventud y de belleza. Se las lleva enfrente de espejos donde se las hace tomar coquetas posiciones; y aunque fuesen ángeles, no podrían dejar de notar que todo eso les sirve para embellecer. Y ni siquiera se les deja la breve ilusión de la actriz vestida de reina, que á lo menos habla y obra como reina durante unas horas, sino que se pone la mano sobre ellas, se las vuelve de uno á otro lado como autómatas, se las mueve á la voz de mando; y para decirlo todo de una vez, más de una gran señora secretamente irritada de ver tantas perfecciones que á ella le faltan, aprovecha la ocasión de manifestar su desprecio por esta *cosa* tan inferior.

—Marqués: está usted conmovedor como un predicador en cuaresma, dijo la vizcondesa que se sentía herida en lo más vivo.

(Continuará.)


DECLARACION
DANZA
Danza
PIANO.
f
p
f
cal
meno
pianissimo
gracioso
len
Fin

PAGINAS DE LA MODA.

CAPA PARA NIÑA

Los besos

Hay besos de frente, de costado, de media vuelta, redondos y puntiagudos, fugaces como la sombra, pesados como el plomo.

Los hay también excepcionales, dulcísimos, de color de rosa. Esos son los besos castos. Los de la madre llevan el perfume de la santidad, el aroma del cielo.

Los del hermano no dicen nada.

Los besos de la mujer á la mujer, de la amiga á la amiga, son pardos, pardos como la mentira. Abrigo la creencia de que la mentira es parda. Me reservo el derecho de explicación.

Hay ciertos besos que nunca son impuros: los de la despedida. En ese instante el deseo material se retira para dar lugar al sentimiento del espíritu, humillándose bajo el peso del dolor. Y el verdadero dolor es siempre puro

Aun existe otro beso sublime: el del moribundo. Ultima caricia, postrer hálito amoroso de una alma que se va. Este beso, luchando con la agonía, no parece humano, parece de la otra vida.

Los labios le imprimen, pero no sale de ellos. Es una emanación del cielo, dulce bendición del espíritu.

El beso en la frente, es castidad En los ojos, ternura. En las mejillas, alegría.

Carnet del Doctor

El agua natural es una de las más valiosas substancias medicinales de que dispone la farmacopea y de las pocas que tienen la singular ventaja de estar siempre á mano cuando se necesita en casa.

No es ahora nuestro objeto hacer una extensa relación de todos los usos y propiedades de este elemento, pues que las personas que quieran enterarse de ellos los pueden encontrar ya descritos en cualquier tratado de farmacopea, pero si citaremos algunos de los casos en que puede ser de suma utilidad si se ocurre á ella. Así, por ejemplo, cuando un niño tiene el crup nada mejor puede hacérsele durante el ataque mientras viene el médico, que enrollarle al cuello una toalla mojada en agua caliente y retorcida. Este simple tratamiento produce marcado alivio en pocos minutos y suele efectuar la curación completa. Ese mismo remedio es valiosísimo para curar el dolor de muelas, la neuralgia y el cólico, pues una toalla mojada en agua caliente y retorcida obra como por encanto cuando se aplica á la parte dolorida.

Nada hay que ataje tan bien ni tan pronto los graves efectos de una congestión de los pulmones, del dolor de garganta y del reumatismo, como el agua caliente aplicada á tiempo y en abundancia al sitio de la enfermedad.

El agua caliente en abundancia media hora antes de acostarse es excelente remedio para el estreñimiento y el mejor tónico para el vientre. Este mismo remedio tomado todas las noches y ayudado por una taza de agua caliente un poco antes de cada comida, ha curado la dispepsia en muchos casos, sobre todo cuando el paciente no comete excesos en la comida y bebida.

Los ataques ordinarios de dolor de cabeza ceden en la mayoría de los casos á las aplicaciones simultáneas de agua caliente á los piés y á la nuca.

ROPÓN PARA BAUTISMO

TRAJE PARA USARLO CON CAMISA — TRAJE PARA LA CALLE — TRAJE HECHURA SASTRE

NUESTROS GRABADOS

CAPA PARA NIÑOS.

Esta capa es hecha de cachemir crema, tiene dos esclavinas y un lomillo de seda á la orilla.

La falla es muy sencilla, pues solo está adornada por una rushe muy plegada por delante.

El velo que cubre la cara es de seda y tiene tres vueltas de encaje, y á la orilla de éste, también tiene un encaje de seda.

ROPÓN PARA BAUTISMO.

Este ropón es hecho de velo blanco con motitas blancas.

En cada hombro lleva un gran moño de listón.

El talle está sostenido por una cintura de listón ancho y un lazo.

En la parte inferior de la falda, tiene un olán ancho de encaje.

La manga es corta y de globo.

TRAJE PARA USARLO CON CAMISA.

Este traje es hecho de merino azul y vá adornado con galón de pasamanería de dos centímetros de ancho. La camisa y el cinturón son de terciopelo verde, el cuello de la camisa figura cuello de Médicis y vá abierto

Traje para niñas

Traje de caza para niños — Traje marinero para niña — Traje para niñas — Traje para niños

La manga es angosta y en el hombro tiene un olán del mismo terciopelo que la camisa, como lo representa el grabado.

TRAJE PARA LA CALLE.

La chaqueta blusa es de astrakán negro. El cuello 4 centímetros de alto. La chaqueta y el cuello estan adornados de piel de nutria.

El cinturón tiene un ancho de cuatro centímetros, es de terciopelo y lleva una hebilla en cada lado.

La falda es sencilla, y la manga angosta.

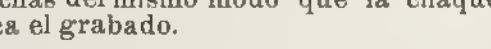
El manguito es también de astrakán y lleva el mismo adorno que la chaqueta.

TRAJE HECHURA SASTRE.

Se recomienda para este traje un paño gris rata. La chaqueta forma saco de hombre con solapas y está adornada por unas alforsas volteadas y pespunteadas en máquina. El cuello tiene el corte Médicis y lo adorna un moño de listón.

La manga es angosta con alforsas pespunteadas.

La falda lleva cinco alforsas de cada lado del delantero hechas del mismo modo que la chaqueta, como lo indica el grabado.



TRAJE PARA NIÑAS.

Es traje que puede llevarse para la calle y es de una tela delgada.

En el delantero de la blusa tiene figurado un peto por medio de cintas blancas.

El cuello es alto y tiene dos vueltas de esta cinta.

El cinturón es del mismo género y tiene un ancho de un centímetro y también lleva una vuelta de cada lado de cinta.

La manga es globo entero y angosta y tiene un puño de tres centímetros de ancho.

La falda lleva tres vueltas de cinta.

TRAJE PARA NIÑAS DE 5 Á 7 AÑOS.

El traje de que vamos á hablar es de género de lana, y muy sencillo. En la Berta lleva como adorno unas cintas blancas que van formando caracoles, y tiene en la parte inferior de la Berta cuatro vueltas de cinta.

El cinturón está adornado del mismo modo que la Berta.

La manga es de globo y solo tiene un olán adornado con tres vueltas de cinta como lo representa el grabado.

TRAJE DE BAILE PARA NIÑAS.

Este elegante y sencillo traje de baile que es para niñas de diez á trece años, es hecho de velo bordado. Lleva un cuello ancho figurando Berta; á la orilla de éste tiene un olán fruncido cayendo en cada lado del brazo en punta.

En los hombros y en el tocado tiene un moño de cada lado

La manga es solamente un globo y es corta.

En el talle lleva un cinturón de listón acabando en un moño en la parte de atrás.

La falda es muy sencilla, la de encima es velo bordado como dijimos, y en la falda inferior tiene un olán que se deja ver de cuatro ó cinco centímetros

Traje para niñas de 5 á 7 años — Traje de baile para niñas — Traje para niños

Traje para gimnacia

Caracolitos y camisitas para niñas

.b Sombrero Wanda

Ropones interiores para los niños

a.—Toqueta Du Menil
c.—Sombrero Baretta

TRAJE PARA NIÑOS.

El traje á que vamos á referirnos es para niños de cuatro á seis años. Es verdaderamente sencillo; la blusa es larga, lleva cuello ancho adornado con un entredos y á la orilla de éste, tiene un encaje Miniardi.

Ropón para la calle

El cinturón lleva dos botones y una hebilla y es del mismo género.

El pantalón es ancho y cuelga un poco para abajo como verán el grabado que se vé por la parte de atrás y adelante.

TRAJE DE CASA PARA NIÑOS.

La bata de levantarse de que vamos á tratar, es para niños de uno á dos años. Puede hacerse de lana ó bien de género de color.

Es sencilla, pues sólo tiene un tablón en el centro. El cuello es volteado y está adornado con un lomillo de hilo de color.

Lleva en el talle un cordón de pasamanería, como verán nuestros lectores en el grabado.

TRAJE MARINERO PARA NIÑA.

Este trajecito, que es tan sencillo y elegante en las niñas, es hecho de terciopelo, y también puede hacerse de paño; pero el más adecuado es el que indicamos más arriba.

Tiene dos solapas de piqué acordonado que vienen á acabar en punta un poco más altas que el talle; el chaleco es del mismo piqué y tiene un olán plegado.

En la cintura lleva un cinturón ancho de piqué y de este mismo tiene una punta de fleco, como lo indica el grabado.

TRAJE PARA NIÑAS.

Este traje es verdaderamente sencillo, pues forma una bata. Lleva los mismos adornos por delante que por detrás.

La manga es de globo y caen encima dos olanes; en la parte inferior está adornada por tres vueltas de listón que acaban en una roseta, como lo representa el grabado.

TRAJE PARA NIÑOS.

Este trajecito es muy sencillo, y es para niños de cuatro á cinco años. La blusa es marinera. El cuello es blanco con rayas de color, la corbata es del mismo género que el cuello.

El pantalón es del mismo género que la blusa; en la parte inferior es angosto y en la parte superior es ancho, como verán el grabado.

TRAJE PARA GIMNASIA.

El género es de una lana delgada y la forma de calzoncillo de dormir pues el pantalón es ancho.

La manga es angosta y en la parte inferior tiene un paño angosto.

El otro traje, es para niñas, tiene el corte de un de-

Traje para niñas

lantal y es hecho de una lanita delgada; está adornada al rededor del peto con una cinta blanca angosta y vá abotonado por detrás como lo indica el grabado.

——

SOMBREROS.

a.—Toqueta *Du Menil*, de satin antiguo, de plissé, drapeado en chifoneado de satín rosa al pie y cresciente de *strass*, perdido en el chifoneado.

b. Sombrero *Wanda*, estilo *Rembrandt*, en fieltro negro, con calotte blonda, muy obscura y ajaretado dividido en siete órdenes. Al rededor de lo alto de la calotte un golpe de satin blanco, subrayado por cinta de satin blanco, anudado á la izquierda con un moño de terciopelo negro reteniendo dos plumas erguidas, una blanca y una negra

c.—Sombrero *Baretta*. Hermosísima capelina de fieltro blando Aplicación de parma en la parte posterior sobre un *cache peigne* de terciopelo parma lindamente chifoneado. Drapería que se enrolla en fichu alrededor de la calotte y se anuda detras con dos pequeñas orejas doublées.

Sombrero para niñas

——

ROPONES INTERIORES PARA LOS NIÑOS.

Estos ropones regularmente son de franela ó bien tejidos de hilo ó de estambre.

Puéden adornarse con encajes ó con olanes del mismo género.

La manga puede ser larga ó corta.

ROPON PARA LA CALLE.

Este ropón es hecho de linón blanco y tiene una Berta, de alforcitas angostas.

La manga es ancha y en la parte inferior tiene un olán de encaje.

En el talle lleva un listón con moño.

En la parte de atrás no lleva Berta, y al derredor de la falda lleva una palmita figurando ramos hechos de hilo grueso.

——

TRAJE PARA NIÑAS.

El traje á que nos referimos es hecho de un merino color café. Lleva un cuello ancho marino que viene á acabar angosto en el talle, y el buche es de surah rojo.

En el cuello lleva una roseta de listón, el cinturón es también de listón y en la parte de atrás va angosto y por delante está más ancho y tiene un moño como lo demuestra el grabado visto por delante y por detrás.

SOMBRERO PARA NIÑAS.

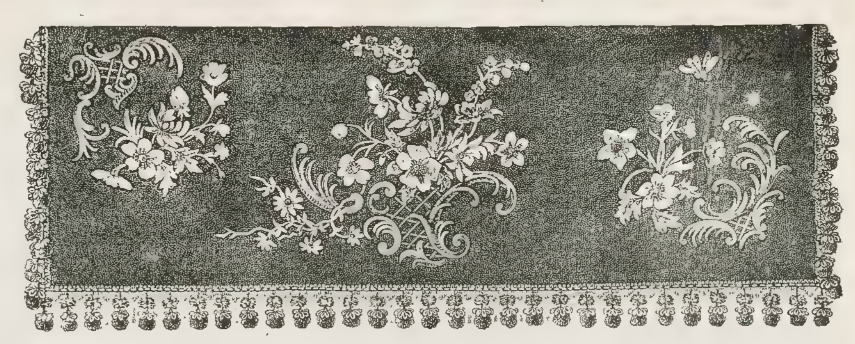
Este sombrero marino á la vez de ser muy sencillo es muy chic.

Solamente está adornado por un listón al rededor formando caracolillos, y tiene sobre el lado izquierdo un moño que está fruncido en el centro formando también caracolillos como representa el grabado.

——

TRAJE PARA NIÑAS.

Este traje es hecho de una lanita delgada, la Berta está formada por un entredos y alforcitas, y lleva de cada lado una patita con un botón.



Tapete en Etamine

La manga es de género delgado blanco; también lleva entredos y alforcitas y en la parte inferior tiene tres olancitos.

La falda va enteramente suelta, como lo representa el grabado.

TAPETES BORDADOS CON ÉTAMINE

Estos tapetes bordados étamine pueden hacerse de estambre ó bien de sedas de color.

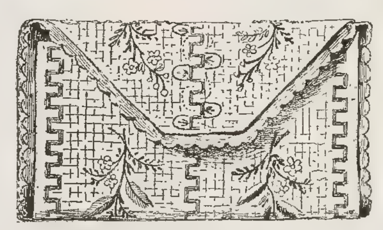
Los tapetes pueden utilizarse en el respaldo de los sillones, ó bien para pie de cama ó para mesa ó chimenea.

Pueden hacerse de diferentes dibujos.

——

PEQUEÑA CARTERA

Esta cartera puede hacerse de raso con aplicaciones de guías de seda y constituye un bonito trabajo para las damas.



Pequeña cartera

BATA PARA CAMISA

Esta bata es muy sencilla, está bordada toda al derredor de margaritas. También se puede hacer de gancho, como se verá en el dibujo.

——

LAVATORIO PARA NIÑOS CHICOS

Este pequeño y confortable mueblecito está hecho de madera y tiene un diámetro de cuarenta y cinco centimetros, teniendo en la mitad una abertura para sujetar la tina.

A los lados tiene dos pilares de treinta y tres centímetros de alto sujetados por otro pilar atravesado y en la parte superior de los dos pilares lo mismo que en el centro están colocadas la jabonera, la polvera y la aceitera.

En los botones sujetos en los pilares se cuelga la borla, la esponja, el termómetro, el cepillo de cabeza, el peine y el cepillo de dientes.

——

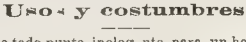
TRAJES PARA NIÑAS DE TRES AÑOS.

Este vestidito que tan elegante viste á las niñas es de lana delgada. La Berta es hecha de entredoses, y al rededor de la Berta tiene dos olanes del mismo género plegados.

En el talle lleva un cinturón también del mismo género.

La manga es enteramente lisa y es de globo, con su puño angosto y adornado con un lomillo de hilo grueso, como lo indica el grabado.

——



Usos y costumbres

——

—Es de todo punto inelegante para un hombre, y mil veces más para una mujer hacer preceder su apellido á su nombre Así, no debe firmarse jamás Durand Luis, sino Luis Durand. Mucho menos debe dirigirse una carta ó algún objeto al Sr. Durand Luis, sino al Sr. Luis Durand.

Muchos hombres firman simplemente: Durand. Esto es bien admitido, cuando se es el único llevando este nombre por no haber ni hermanos, ni parientes. En ciertos países el marido añade á su nombre el de su esposa: Durand Martín En estas condiciones un hermano célibe puede firmar simplemente: Durand. Cuando un hombre escribe á personas á las cuales desea hacer conocer su condición sin entrar en detalles, hace al firmar, preceder su nombre de su cualidad El heroe de Palestro, que firmaba simplemente: Chabrón escribiendo á sus amigos, adoptaba, con los desconocidos la siguiente firma: El general de Chabrón. Yo he visto así mismo firmar. El Abate X..... el Doctor Z.....

Labatorio para niños

—La grafología no me parece ser un juego de salón que pueda agradar á todo el mundo. Ó es preciso que el grafólogo que analiza la escritura de las personas presentes, é de sus amigos, diga siempre cosas halagüeñas, ó al menos amables, miente por consecuencia, porque nadie es perfecto, ó bien hiere á las gentes señalándoles sus defectos, sus extravagancias, sus manías.

No se puede, pues, usar de la grafología sino entre amigos muy íntimos y muy inteligentes, ó en familia.

Yo creo, por otra parte, que la grafología es una ciencia difícil, que exige mucho estudio, observación penetración. Es una distracción más bien seria, cuando no un arte útil y un divertimiento ligero y mundano.

Traje para niñas

Bata para camisa

Traje para niñas de 3 años

EL MUNDO.

TOMO I. MEXICO, MARZO 6 DE 1898. NUMERO 10.

Examen de Conciencia.--El pecado de siempre.

POR VILLASANA

LA SEMANA.

SUMARIO.---Dramas de amor.--La tiranía del hombre sobre la mujer.—La mujer es cosa y no persona. La ley debe ser rigurosa contra los amantes asesinos.—Robos en los almacenes.—¿Enfermedad ó delito? —El Club Dramático Mexicano.—Un gran éxito y un gran programa.

En esta última semana las furias que detrozaron el corazón de Otello, se han desencadenado, como el diablo en dia de San Bartolomé, y han sembrado estragos y desastres en la capital y sus alrededores. Mientras Carlos y Julia, nombres de Lamartine y personajes de Ponson du Terrail, almuerzan idílicamente en el Cerrito de la Villa y se propinan á los postres sendos tiros de revólver so pretesto de amor y celos, Francisco Lopez, nombre de Perez Galdós y personaje de Shakespeare, honrado albañil, escoje un dispensario de salud para obsequiar á su amada quince buenas puñaladas en su sitio, en premio de la abnegación y fidelidad con que ha compartido años hace con él las miserias de una posición humilde y las expansiones de un amor libre, expontáneo y que sólo bendijeron la Naturaleza y la animalidad.

Casados tan solo á la faz de Dios, lo que equivale á tanto como no estarlo, llega un día en que hastiada y aburrida Concepción, rompe libremente los compromisos que libremente había contraido; él, desesperado, loco, ciego de furor, va, la busca, la encuentra y la sacrifica sin misericordia, con tremenda saña, y descarga sobre ella una granizada de mortales golpes, como si pretendiera pulverizarla.

Tratemos de hacer la filosofía de estos hechos y la psicología de estos criminales. Lo primero que se desprende del desparpajo con que los hombres matan, por quítame allá esas pajas, á sus amadas, es que se creen investidos de un derecho indiscutible de vida y muerte sobre ellas, que ejercen sobre ellas una ominosa y repugnante tiranía, que las consideran como cosas y no como personas. Ay de la mujer que dice: ¡te amo! desde ese punto ha abdicado de su albedrio, renunciando á su libertad, remachando la cadena de presidio, mientras viva y mientras el hombre quiera. Este se reserva el derecho de abandonarla, de cambiar de amores, de revolotear como la abeja de flor en flor, cuando y como le parece: ella es ya una esclava sumisa, un bien mueble que se tiene derecho de destruir cuando desagrada é incomoda, un trapo que se usa y se lleva mientras viste; pero también un harapo que se tira al basurero cuando está ya viejo, desgarrado y sucio.

***

Esta exigencia del hombre, de conservar á la mujer, de exigirle fidelidad, de obligarla á compartir su trabajo, sus miserias, á asistirlo en sus enfermedades, á alimentarlo cuando incapacitado, á guiarlo cuando ciego y á consolarlo cuando triste, es la ley inmutable y sagrada del matrimonio; pero dentro de él es recíproca, liga al uno como al otro, los obliga á entrambos y ni el marido ni la mujer deben infringirla.

Pero en las uniones libres que el capricho anuda y que la veleidad desata, en esos pactos, prosaicos como contratos de arrendamiento, en esas uniones accidentales que el amor noble no ha sancionado, que la sociedad no ha consagrado, que no tienen por objeto la fundación de un hogar y de una familia, la educación y prosperidad de los hijos, el encauzamiento de dos vidas dentro del trabajo y de la virtud y la morigeración de las costumbres bajo la influencia del respeto recíproco y de la identificación de las existencias; en esos concubinatos, por su forma y por su fondo transitorios, como abonos de fonda ¿qué sentimiento arma la mano del hombre contra la mujer? ¿qué pasión sugiere el sacrificio de un ser libre á los caprichos de su tirano? ¿El amor? Algunas veces; pero en general son el instinto irrefrenable de la propiedad y los fueros de la posesión; la convicción de que la mujer, como el perro ó como el caballo, es *la cosa* del hombre, sin otra voluntad que la suya, sin otro anhelo que lamer la mano que la maltrata, sin rebeldías y sin exigencias, odalisca del harem, prisionera, sumisa, esperando sin reproches el pañuelo de una preferencia momentánea y contemplando sin protestas á su señor y amo en brazos de otras mujeres.

Cuando se tiene de la mujer una idea tan triste y se profesa por ella una pasión ardiente, forrada de un menosprecio tan profundo, si se subleva, si se yergue altiva, si deja de agradar, si otro le agrada, sin vacilaciones y sin reticencias se la aniquila y destruye, como se arroja al suelo y se hace añicos la copa de la orgía después de apurada la última gota de Champagne.

Los latinos heredamos de los romanos y de los orientales ese instinto animal que hace de la mujer pura y simplemente una hembra: y necesitariamos mucha civilización, mucha virtud, mucha imitación de anglo-sajones y germanos y mucho rigor de la ley contra los amantes asesinos, para elevar nuestra dignidad elevando la de la mujer y para corregir nuestros extravíos amorosos, considerándola como un ser condenado por la naturaleza á la desgracia y por la sociedad á una inferioridad irremediable y que sólo del hombre puede esperar redención y rehabilitación.

***

Fueron consignadas al turno por robo en un almacen de ropa tres señoritas, guapas mozas, elegantes y con todas las apariencias de pertenecer á una categoría media, por lo menos, de la sociedad. Este género de delito, como la fiebre tifoidea, que hace años no conocíamos, se va generalizando entre nosotros y está llamado á tomar carta de naturaleza en México, como ya la ha tomado en Paris, Londres, Viena ó Nueva York y á acrecentarse aquí como ha tomado incremento allá. En este, como en la mayor parte de los casos, la culpable, la responsable es la misma sociedad con los extravios de criterio y con las aberraciones de principios que caracterizan la época actual.

—¿Qué es una mujer en la actualidad? Un maniquí de modista, un figurín de semanario de modas, una confección guarnecida de encaje y salpicada de joyas. En Esparta se la pedía que fuera sana, ágil, vigorosa y fecunda; en Atenas se le exigía belleza plástica, perfil correcto, contornos irreprochables; en Roma sumisión y obediencia; en la Francia del siglo XVII chispa, talento, gracejo, erudición literaria y filosófica; en la Italia del Renacimiento descoco, pasión, fuego en los ojos, aventuras extrañas, crímenes, muerte trágica; los ingleses le piden pudor, recato y castidad; los alemanes labor tenáz, talentos domésticos, fecundidad.

Nosotros al presente hemos prescindido de tantos requisitos y de tantas exigencias. Ya no pedimos belleza plástica porque no la podemos admirar; nos asustan las mujeres instruidas y chispeantes por que brillan y nos opacan; en punto á virtud sólo se la exijimos á nuestra esposa y á nuestras hijas y bien quisiéramos que las demás mujeres no la conocieran ni por el forro; lo mismo nos pasa con la laboriosidad y el talento doméstico. Hemos acabado á fuerza de abdicaciones, por limitarnos á exijir á la mujer pura y simplemente que sea elegante, que vista bien, con gusto y con lujo. Pero eso sí, esta exigencia es terrible, apremiante y tiene más fuerza ella sola que todas las demás juntas.

Las mujeres que encantaron á Leonidas por el desarrollo de sus biceps: las que endiosaron al divino Platón con la pureza de su perfil; las que sedujeron á Cesar Borgia con la fama de sus aventuras; las que inspiraron á Shakespeare con su fidelidad, su recato y su pudor los tipos inmortales de Ofelia y de Desdémona, hoy roban nuestros corazones con las vistosidades de su atavío, embriagan nuestras almas con vapores de perfumería, envuelven nuestras ilusiones y nuestras esperanzas en nubes de encaje y de guipure y deslumbran nuestros ojos no con los fulgores de los suyos, sino con los de sus diamantes.

***

Es claro que en su afan de agradar y de cautivar las mujeres atenienses hubieran robado á la Vénus de Milo los puros contornos de sus brazos mutilados; las romanas á Cornelia la grandeza de su alma, las italianas á Lucrecia Borgia sus crímenes y sus grandes pasiones, las inglesas á Julieta su pureza y su virtud, las francesas su literatura clásica á Mad. de Sevigné; pero como no podían robarlo se conformaban con renunciar al encanto supremo de su país y de su época. En esas condiciones no había más que dos clases de mujeres, las que poseían el atractivo favorito y eran felices, y las que carecían de él y vivían resignadas. En nuestra época el atractivo por excelencia, el encanto dominador y soberano, el género de belleza exigido y predilecto se ostenta insolente y altivo en los aparadores de las tiendas y los anaqueles de las joyerías; por cuanto vos, todas pueden ataviarse, engalanarse, seducir y conquistar; el cetro está á la venta y al mejor postor, y cuando el padre, el marido ó el hermano no suministran los recursos indispensables, la idea de adquirir por la astucia y el ingenio los medios de brillar y de dominar, se fija en el espíritu, se convierte en una obsesión que solo viene á disiparse en la Comisaría de la Demarcación.

La patria del robo femenino en los almacenes es precisamente París, el emporio de la elegancia y el imperio de la Moda; ese delito es desconocido entre kuáqueros, mormones y demás gente sobria en el vestir é indiferente á los refinamientos del lujo.

Como era de esperarse, el robo en las tiendas de ropa, como todos los delitos, acaba por ser una especie de sport ó de diletantismo. Muchas ladronas de esta especie han acabado por robar sin necesidad, por puro amor al arte y se les han encontrado en sus casas colecciones de telas, cintas y chucherías que jamás han usado, que amontonan sin saber qué hacer de ellas y que hubieran podido adquirir sin esfuerzo y sin sacrificio, por pertenecer la mayoría de esas extravagantes á categorías sociales ricas y de alto coturno.

La ciencia se ha apoderado de este fenómeno insólito, se ha calado las gafas, lo ha estudiado y clasificado, lo ha llamado kleptomanía, y ha sugerido á las autoridades y á los legisladores considerar irresponsables y dejar impunes á las delincuentes. No aconsejaríamos nosotros otro tanto. Esos eufemismos de dipsomania, erotomania, kleptomania y otros de la misma asonancia no son más que la borrachera, la lujuria y el latrocinio y si sensible es que haya quien los practique más sensible sería que no hubiera quien los reprimiera. Los almacenistas y joyeros, bien que no los he consultado, son enteramente de mi opinión.

El mejor correctivo sería volver un poco á la sencillez y á la sobriedad en el vestir y volver á preferir en la muger las virtudes á los trapos; pero primero vendrá el Antecristo que el redentor de estos vicios y culpas de la sociedad que, por lo pronto, y hasta nueva orden, son su mejor adorno.

***

Sigue el Club Dramático Mexicano luchando á brazo partido contra el género chico y la invasión zarzuelera que aqueja al arte dramático en México. Su función mensual del sábado pasado fué un éxito completo. «Militares y Paisanos» es una comedia chispeante, llena de movimienio y de vida que desdice de su origen aleman por la verva ágil y vibrante que la impregna y por lo cómico de muchas de sus situaciones, pero que revela su origen tudesco por lo decente, lo morigerada, lo pulcra, lo acicalada.

Solo palanqueando de ese lado puede el Club Dramático Mexicano recomenzar la educación artística de nuestro público y desquiciar una buena vez á «Las Señoritas Toreras» obscenas antes é insulsas despues de la corrección. El público no quiere por ahora llorar en el teatro sino reir y hay que darle momentáneamente por su juego para encarrilarlo y retenerlo; de lo cómico se puede pasar por transiciones graduales á lo melancólico primero y llegar á lo dramático despues, como se saca poco á poco á un convaleciente al aire y á la luz y como se alimenta gradual y progresivamente á un niño.

El desempeño de la obra fué excelente. Esa juventud tiene amor al arte, una buena voluntad á toda prueba, talento natural y comienza á adquirir experiencia. De todas esas dotes dió pruebas el sábado pasado en «Militares y Paisanos» y el Director de escena, bien atareado en esa obra en que se mueven tantos personajes y se precipitan y amontonan tanto los sucesos, reveló cualidades superiores y de gran porvenir.

Agréguese á todo esto un público selecto, bien intencionado, delicadamente estimulador y reclutado entre lo más granado de nuestra sociedad, y se tendrá una idea de las delicias del espectáculo noble, recreativo, decoroso que el Club Dramático supo organizar.

La idea del Club Dramático Mexicano raya en lo genial. Ya que los profesionales y empresarios del arte dramático lo rebajan, lo desnaturalizan

y lo encanallan, por qué no organizar nosotros mismos nuestro teatro y ofrecer á las gentes cuyo gusto no se ha estragado aún, y á los que quisieren encontrar su camino de Damasco, un espectáculo digno de nuestra cultura y capaz de encauzar nuestro gusto en el buen sendero?

Si la condición de éxito en toda empresa es la de haber encontrado y proponerse seguir una buena idea fundamental, la del Club Dramático es magnífica y promete los mejores augurios de prosperidad y de progreso.

Así lo deseamos para enseñanza del público y escarmiento de empresarios.

LOPEZ I.

Política General.

RESUMEN.—El príncipe de Prusia en los mares orientales.—Auras de paz.—La Gran Bretaña y su espléndido aislamiento.—La alianza anglo-japonesa.—La cuestión del extremo Oriente.—Insurrección de Macedonia.—Rusos y búlgaros.—Los estados balkánicos y la Independencia de Bulgaria.—El panslavismo en Sofía.—Rumores de guerra.—El atentado contra el rey Jorge.—Manifestación anárquica en Grecia.—La enfermedad del pueblo griego.—Conclusión.

Allá van, surcando ya los tempestuosos mares de Oriente, los cruceros alemanes con el príncipe Enrique de Prusia á bordo, á plantar el pabellón imperial sobre los recortados kioscos y macizas pagodas que bordan las costas de Kiao-Chau. Hace un mes que el *Deutsch* y el *Gefien*, penetraron á las revueltas aguas del Océano Indico, y siguiendo una ruta más corta que la seguida cuatro siglos ha por el insigne navegante portugués Vasco de Gama, se acercan á todo vapor y con el estandarte orgulloso del Imperio Alemán, desplegado en el castillo de popa, á esas playas encantadas de China, hacia donde se vuelven las miradas codiciosas de la Europa civilizada.

Ya no será la misión confiada al hermano del emperador Guillermo una empresa guerrera, ocasionada á proporcionarle frescos lauros al valiente marino y triunfos ruidosos al poderoso Káisser. Ya no podrá agregar á su escudo las leyendas de sus hazañas, y habrá de conformarse el joven almirante con recibir los homenajes debidos á su alto rango y las ovaciones correspondientes al soberano que representa.

El embrollo oriental, que un punto amenazó alterar ó romper la paz europea y estallar en explosión horrenda en aquellos mares apartados, en aquellas remotas regiones, ha entrado en un período más tranquilo y se halla lejos de las complicaciones que prometía al terminar el pasado año. China ha consentido en la cesión que ambicionaba Alemania. Rusia prosigue avasalladora, extendiendo sus dominios y su influencia en el Golfo de Petchilí, reteniendo Puerto Arturo como estación de invierno por ahora, ó acaso definitivamente si así conviene á sus intereses y á sus aspiraciones; toma en arrendamiento la isla Deer al reino de Corea; arregla con los banqueros alemanes el empréstito chino que por mucho tiempo codició la Gran Bretaña y estuvo á punto de tomar por su cuenta. Francia se dispone á tomar posesión definitiva de Hainan; y todos hasta la misma Inglaterra que más ha sufrido en estos incidentes, convienen en esperar el desarrollo pacífico de los acontecimientos sin violentos choques, sin francas hostilidades.

***

El Japón á quien amenaza nueva insurrección en sus dominios de Formosa, es el único que no se conforma, que se rebela ante los hechos consumados y exije con urgencia el pago inmediato de la indemnización china, sabroso fruto de sus victorias en la pasada guerra.

Vió desvanecida su influencia en la corte de Seoul, tuvo que retroceder en sus pretensiones sobre el territorio chino á la primera amenaza de Rusia, y se sintió irritado viendo á Alemania asentar su planta en tierra que él conquistó; ha experimentado el acicate del resentimiento y acaso los amargos dejos de la envidia, viendo que sus victorias y los inmensos sacrificios que le costó la última contienda, han servido, más que en su propio beneficio, para enseñar á la absorta Europa la miseria y las debilidades del coloso chino. su fácil desmoronamiento y posible conquista, y han contribuido á dar cita allí á los apetitos y ambiciones de las potencias occidentales que sueñan con la fascinación del kilómetro cuadrado, y se afanan continuamente por encontrar mercados á sus industrias, campos á sus actividades y factorías á los emisarios de su comercio.

Pero esas contrariedades que lamenta el Mikado, apenas encuentran eco en la Gran Bretaña, la cual en su espléndido aislamiento, parece más inclinada á favor de los intereses del Japón que de acuerdo con las grandes potencias que le han arrebatado su influencia en los mares orientales y han pretendido herirla de ese modo. Mucho se ha hablado de una alianza anglo japonesa; mas cuando no se ha hecho manifiesta en las últimas peripecias del conflicto, hay que suponer que era pura invención de corresponsales mal informados ó de agentes dados á las creaciones de la fantasía más que á las tristes enseñanzas de la realidad.

Llegue pues en su magnífica marcha triunfal el Príncipe de Prusia, llegue á las playas inhospitalarias de China, abiertas á la civilización á cañonazo limpio; llegue en buena hora á recoger en aplausos y ovaciones el fruto de la diplomacia germánica; bien está, siquiera su misión es ahora pacífica y civilizadora.

***

Pero si el cielo del extremo Oriente parece serenarse, satisfechas por de pronto las competencias que amenazaban turbar la paz sepulcral del petrificado imperio chino, no así el cielo de la mísera Turquía, que vuelve á mancharse con los resplandores del incendio y del humo de las batallas, á estremecerse con los gritos de la rebelión y con el rumor de próximas catástrofes.

Sometida la Grecia á las decisiones de los poderosos, humillada la cerviz después de la derrota, y obligada á vivir de la conmiseración de los grandes, ya parecía que el pérfido Sultán gozaría tranquilamente en las delicias del harem, las dulzuras de una paz impuesta á filo de espada, y alcanzada entre espantosas carnicerías sobre los indefensos armenios, los míseros cretenses y los patriotas griegos. Ya parecía que el Yildiz Kiosk, vigilado por turbas de genízaros y envuelto en el humo soporífero de los perfumes orientales mezclados al opio de la inacción, permanecería tranquilo, turbando sólo su silencio los eunucos y las conspiraciones secretas de los corrompidos cortesanos que acechan en la sombra el sueño lleno de fantasmas del sanguinario Abdul Hamid.

Mas ay! que la tranquilidad ha durado solo un día como las galas de la flor. Los macedonios han levantado el estandarte de la rebelión, y tras ellos la Bulgaria se agita pretendiendo acaso ser más feliz que la divina Hélade en sus aspiraciones de arrancar un jirón al manto ensangrentado del Sultán. Tiempo ha que la Bulgaria pretende romper los débiles lazos que la atan á la Sublime Puerta y la mantienen bajo un protectorado ficticio. Alternativamente, según han sido las ideas de los partidos imperantes, se han estrechado ó relajado las secretas relaciones con la corte de San Petersburgo; pero todos han visto en el autócrata moscovita, el único medio para conseguir la absoluta independencia de un Estado soberano.

Rumórase hoy que la insurrección de Macedonia es fomentada y sostenida por Bulgaria, en tanto que Bulgaria se cree apoyada por el coloso del Neva. Cuéntase también que el aislado príncipe Fernando de Coburgo está resuelto á lanzar reto formal á su señor de Stambul, y con mejor apoyo que el Rey Jorge, piensa romper en el campo de batalla el tratado de Berlín, manumitir el Estado Balkánico del dominio turco, apoderarse de Macedonia y coronarse Rey de los búlgaros.

Cuando se recuerda la peregrinación del Arzobispo de Sofía á San Petersburgo, que fué á rendir pleito homenaje al Czar como al Sumo Pontífice de la iglesia ortodoxa griega y el bautizo del príncipe Boris, católico por sus padres y griego por adopción, y el asesinato de Stambuloff en las calles de Sofía por sus manifiestas ideas antieslavitas, y se reunen todos estos acontecimientos, se comprenden las tendencias actuales de Bulgaria.

No sería difícil que si llegara á estallar la guerra turco-búlgara, menos desastrosa quizá para las armas cristianas que lo fué la última campaña de Thesalia, interviniera el Czar, renovando las glorias de Plewna y Andrinópolis, so pretexto como alguien asegura, de no haberse saldado todavía la indemnización impuesta por el vencedor después de la guerra del Danubio.

¿Qué harán los signatarios del tratado de Berlín?

***

Otro atentado de esos que hacen estremecer el corazón y ponen en los labios palabras tremendas de reprobación infinita acaba de acaecer en la capital de Grecia. El rey Jorge, que antes de la guerra era el ídolo aclamado por su pueblo, acaba de ser víctima de uno de esos locos miserables, enfermos proscriptos de la civilización, que buscan en el crimen una triste celebridad.

Obsesado por una de esas concepciones extravagantes, que fingen en la imaginación delirante de esos enfermos transfiguraciones patrióticas y nimbos de fama imperecedera; seducido por un extraño concepto del deber, só-

LA DRAGA "MÉXICO" EN EL DIQUE FLOTANTE

lo engendrado en las sombras de la ignorancia y las negras tinieblas de la desesperación, el infelíz Karditza, asestó los tiros de su revólver contra la augusta persona del rey Jorge, quien viéndose atacado y considerando el grave peligro que corría una hija suya, se irguió en arrebato sublime de heroísmo paternal á cubrir con su pecho el cuerpo de la princesa, que lo acompañaba en aquellos momentos de suprema angustia.

¿De donde brotó ese producto infernal de la anarquía que amenazó la vida del soberano helénico? qué mala simiente dió vida á ese engendro monstruoso? Su filiación se encuentra entre la pléyade insensata de los que acusaron al Rey de las desgracias que afligieron á la patria helena en la primavera pasada. En esas explosiones de mal aconsejado patriotismo, en esas manifesteciones del extravío popular, allí se encuentran los gérmenes donde incubaron el criminal Karditza y sus cómplices, su criminal intento.

Afortunadamente para la dinastía reinante en Atenas, este brutal atentado ha servido para reconciliar á los descontentos con el Rey y para que renazca fecundo y hermoso el amor del pueblo para su soberano.

Las nubes de tempestad son precursoras del íris hermoso prendido en la inmensidad del cielo.

X. X. X.

3 de Marzo de 1898.

Algunos filósofos quieren dar una explicación del mundo prescindiendo del alma y de Dios. Tanto valdría querer explicar el color suprimiendo la vista y la luz.

* * *

Los títulos nobiliarios y las condecoraciones son una especie de letras á la vista giradas contra la opinión pública; su mayor ó menor estimación depende del crédito que merecen el librador y los endosantes.—*Arturo Shopenhauer.*

DAMAS MEXICANAS

Srita. Elena García.

DE TOLUCA.

En Tierra Yankee.

NOTAS A TODO VAPOR

Washington-El Capitolio-Paseando

Como la de San Pedro en Roma, el domo de esta gran catedral laica de la Libertad humana, se ve de todas partes. Confesémoslo de buen grado; el *Capitolio* de Washington es el centro de la transformación republicana del mundo político. La teoría científica (apoyada en la observación y la experiencia) del gobierno libre, democrático y federal, reducida á preceptos en la Constitución, ha sido en este laboratorio político y judicial, reducida á la práctica. Y á pesar de que el admirable domo blanco, asentado sobre un tambor artístico de puro estilo francés neo-clásico, ha disminuido á la vista sus majestuosas proporciones de antaño, gracias al crecimiento constante de los pabellones laterales, puede decirse que, idealmente, descuella sobre todo el Continente nuestro; es la mayor altura americana. Admiro al pueblo cuyo centro de gravedad política es el Capitolio, su grandeza me abruma, y me impacienta, y me irrita á veces. Pero no soy de los que se pasan la vida arrodillados ante él, ni de los que siguen alborozados con pasitos de pigmeo, los pasos de este gigante, que, en otro tiempo, fué el ogro de nuestra historia, como los niños á los hércules de circo. Pertenezco á un pueblo débil, que puede perdonar, pero que no debe olvidar la espantosa injusticia cometida con él hace medio siglo; y quiero, como mi patria, tener ante los Estados Unidos, obra pasmosa de la naturaleza y de la suerte, la resignación orgullosa y muda que nos ha permitido hacernos dignamente dueños de nuestros destinos Yo no niego mi admiración, pero procuro explicármela; mi cabeza se inclina, pero no permanece inclinada; luego se yergue más, para ver mejor.

Desde la noche misma que llegamos á Washington, después del teatro, sin poder dominar nuestra curiosidad, subimos como sombras por la amplísima escalinata que hace accesible la colina sagrada del Capitolio; nos sentamos al pie de la gran balaustrada, y durante una hora larga vimos de hito en hito aquel edificio ¿por qué con indefinible emoción? Es muy grande, muy regular en cada una de sus partes, aunque desproporcionado ya, como he dicho; la cúpula no totaliza el edificio, como antes; necesitaría ser cinco veces mayor de lo que es; no era ni podía ser la mía una emoción estética; era otra del orden moral, sin duda; muy confusa y muy tumultuosa brotaba de mi memoria y de mi conciencia; pensaba yo en todo lo que ahí se había discutido, en las enseñanzas insólitas que esas discusiones entrañaban, en los actos que de ellas se han ido desprendiendo; pensaba yo en las iniquidades allí sancionadas por la facción que cometió la guerra con México y la anexión de territorios nuestros que no eran Tejas; pensaba en lo que por tanto tiempo había logrado hacer el partido esclavista protegido por la ley; en la áspera é implacable política de egoismo nacional que con el título de "protección á la industria," no solo ha creado la industria americana, lo que podía justificarla, sino que. después de nacida y crecida. la ha mantenido en su situación privilegiada, lo que ha dado por resultado la formación de formidables divisiones sociales en el seno de la democracia, provocando el amontonamiento de gigantescas riquezas en manos de unos cuantos oligarcas y de apetitos insaciables en las densísimas masas obreras, electricidades contrarias de donde se originarán conflagraciones más pavorosas que los cataclismos de la naturaleza que cambian la forma de los continentes. Se ve bien, por contraste, esa parte obscura en la flama que esplende en este gran faro en que se combinan el elemento de la ley y de la justicia para producir la luz. El desenvolvimiento de la Constitución, su apropiación á las ingentes necesidades de este organismo que es un milagro de crecimiento, la liberación de millones de esclavos, provocando la guerra civil, para hacerla definitiva y exponiendo á la unión á disolverse, para hacer triunfar la libertad humana, y el comentario perpetuo de la ley fundamental hecho por la Corte, que con él ha embebido de derecho constitucional hasta la última celdilla de este cuerpo vivo, esa es la labor sin par del Capitolio. ¿Cómo no inclinarnos ante ella, nosotros, pobres átomos sin nombre, si la historia se inclina?

* * *

Subimos por la magnifica escalinata en que termina, por el lado de la Avenida Pensilvania, el parque del Capitolio, llegamos á la meseta de la colina en cuyo centro descansa el edificio y que está rodeado de una balaustrada monumental coronada por severísimos vasos de bronce, dimos vuelta al pabellón del N. y, fatigados aunque sin sentirlo todavía, nos colocamos frente á la entrada que ve al Sol naciente. La verdad es que era aquel un sol de fuego que nos cocía con la misma voluptuosidad con que calentaba el solemne domo de metal blanco que se levantaba á nuestra vista, inmenso, esbelto y correcto como un dibujo académico grabado sobre la placa de acero del cielo. Tomamos distancia para ver bien el cuerpo central. cuya insignificancia determinada por la abrumadora curva peraltada del domo, ha quedado más acentuada por el pronunciado saliente de los dos pabellones laterales que el primitivo arquitecto no previó y que han rebajado en perspectiva la altura de la curva aumentando las dimensiones latitudinales de la base Nos colocamos cerca de la estatua heróica de Washington, sentado en su curul romana, el medio cuerpo desnudo y castamente envuelto en paños esculturales el otro medio, nada diré de lo que me pareció esta estatua que á un viajero para mi caro, entre todos, gustó por todo estremo. Desde ahí se ve bien el domo insistente en amplísima basa poligonal, que surge, desnuda y fría, sobre los áticos centrales; encima un enorme anillo toral y sobre él un magnífico tambor columnado, forman el primer piso; más arriba un tambor de altura y diametro menores; y descansando en un gran cinto adornado de modillones invertidos, de gracioso efecto, la curva terminal del domo ovoide, alijerado por los ojos de cristal de las claraboyas y rematado por la linterna, columnada también, alta y airosa, y que sirve de pedestal elegantísimo á la estatua de la libertad, según creo, la diosa que aquí tiene los mejores altares. Tal es el monumento. Poniendo las manos de modo que, ocultando los palacios laterales. pudiese *afocar* bien el cuerpo central obtuve la clara y pura visión del edificio tal como fué concebido y que hoy ha perdido su unidad que el domo resumía antaño.

Subimos por la escalinata muy bien lanzada desde el nivel del piso del pórtico hasta el de la meseta y cuya altura permite al piso inferior ceñirse de magestuosas arcadas, el domo disminuía á nuestra vista; cuando desapareció por encima del vértice del fronton, llegábamos ya á las columnas del vestíbulo; los batientes de las puertas, imitación de las clásicas del *Bautisterio* de Florencia, son de bronce esculpido en magníficos relieves que representan los grandes episodios del Descubrimiento. En la rotonda, rodeada de columnas de mármol encontramos la cúpula del domo, sostenida. por columnas de mármol y que atrae la vista desde el fondo de la linternilla á más de noventa metros de altura.

Yo adoro las cúpulas y los domos; desde la del Panteon de Agripa (de Hadriano en realidad) incrustada en su cubo de piedra, y la de Santa María de las Flores, que es la misma, pero eregida en el aire en forma de domo por Brunnellesco; y el de San Pedro (ambos vistos por mí en sueños) hasta el delicioso de Santa Teresa que se destaca gris y puro en el cielo, frente á la ventana de mi clase en la Preparatoria, todo mi horizonte interior, toda la decoración imaginaria de mis ensueños florece en domos de todas las curvas y de todos los colores. Este del Capitolio (no había visto otro mayor) me agobió y me apasionó.

El primitivo edificio, á los lados de esta rotonda soberbia, decorada con estátuas y frescos que representan de cualquier modo, escenas salientes de la historia americana, tenía otros dos departamentos destinados á las Cámaras del poder legislativo; hay uno de ellos en una especie de biblioteca de estátuas y bustos mandados por los Estados, ridículos y feos algunos de ellos, y el otro, el situado á nuestra mano derecha es el salón de la Suprema Corte Federal No vale nada: un hemiciclo mezquino decorado con los bustos en mármol de los Presidentes del Tribunal ya muertos, atestado de pupitres en el centro y con un corto lugar para el público, frente á la curva en que están espaciados los sitiales de los jueces supremos de la Unión; ese es el local del famoso areópago americano, que ha llegado á tener un prestigio augusto y á fundar una jurisprudencia constitucional. gracias á la *Inamovilidad*, que ésta enorme y extremosa democracia ha sabido respetar con el sentido práctico que la caracteriza, y que nosotros, que nos contentamos con una democracia verbal y de aparato, rechazamos á son de trompeta, en nombre de un decálogo jacobino que está ya mandado recojer.

Visitamos el Senado, primero, y la Cámara de Diputados luego, iguales de aspecto aunque de diferentes proporciones, grandes graderías de ascensión suavísima en hemiciclo también; poco lujo, no hay tribuna; cada quién habla desde su asiento. Las galerías relativamente pequeñas. Las oficinas dependientes de las Cámaras y de la Corte muy vastas y algunas suntuosamente instaladas; el salón en que el Presidente de los Estados Unidos se instala en los últimos días de sesión, para firmar las últimas disposiciones que la gran maquinaria legislativa, muy semejante á las que se emplean en la fabricación del papel, despide por resmas en sus postrimerías. Las actas de las cámaras están escritas en tiras sin fin, arrolladas en formidable cilindro; nada de esto vimos funcionar, porque Cámaras y Tribunales estaban en vacaciones.

Y seguimos subiendo, bajando, cruzando por naves, á veces decoradas al oleo, con gusto exquisito, aunque sin originalidad alguna, y cansándonos de lo lindo. Por ahí, muy á la vista, entre dos monumentales escaleras nos encontramos con un gran cuadro que representa la toma de Chapultepec. El cuadro es de una fantasía risible; aquel es un Chapultepec de teatro infantil y á más de mentiroso, es malo, pero malísimo. Por reverencia al arte debían mandar el lienzo á las bodegas. A nosotros no nos pesaría una representación verídica del combate de Chapultepec;

el sólo nos venga de todas las afrentas de la invasión americana y en esa pirámide de miserias, de vergüenzas, de sangre y de cadáveres, de derrotas nuestras y de triunfos americanos que se llama 1847, forma el vértice fulgurante, el grupo de niños sublimes del Colegio Militar que vengaron á su patria en la historia con solo morir por ella. ¡Sean benditos de generación en generación!

Bajamos por la parte posterior de aquel edificio que los fundadores de la Unión Americana quisieron que fuese algo como el centro, como el ombligo del mundo nuevo, que diría Esquilo el centro eterno, y del cual irradian las interminables avenidas de una ciudad trazada para tres millones de habitantes y que solo contiene la duodécima parte en la actualidad. Muertos de cansancio, caímos famélicos sobre unos deliciosos platos de ostras fritas y de cucarachas idem (éstas en minoría, tres ó cuatro por cabeza) en una taberna colocada en un ángulo que por la avenida de Pensilvania continúa á la plaza capitolina.

Después visitamos, en wagones abiertos, la parte nordeste de Washington, por el lado del Anacortia, pequeño río que se une al Potomac, y en donde hay más matorrales que casas, y en seguida nos desplomamos en nuestras bañaderas tibias como pantuflas de odaliscas. Ah! qué bueno; luego el barbero, el frac y á la Legación. Solo el señor Romero no se cansa en Washington.

***

Por ser domingo nos privamos de ascender cómodamente por el interior del altísimo obelisco de mármol blanco de Maryland, cuyo piramidión domina uno de los extremos de la ciudad y desde donde se descubre ésta en panorama espléndido; nos dirijimos en uno de los excelentes carruajes de Miguel Covarrubias hácia las afueras de Washington; estabamos muy contentos, llevábamos por viático tres cosas que rara vez se reunen: un buen amigo, un buen sol y un buen frio. Sin tropiezo alguno, é insensiblemente, llegamos á una loma en que existe una especie de cuartel de inválidos, un abrigo para los veteranos no utilizables en el servicio, el *soldius home*, fundado desde el tiempo de la guerra de México con dinero recogido á los soldados del ejército triunfador en 47 á moción del honrado general Scott. ¡Un cuartel de inválidos! Sí, pero de la edad de oro, la casa, *el home*, es una encantadora finca para abrigo de una familia de pastores; ahí hay vacas, becerrillos, leche, flores, enredaderas y cañones y balas, rodeados, desarmados, digámoslo así, por todo esto. Si las bombas partieran, llevarian guías de parietarias en vez de espoletas y derramarían crema en vez de muerte; niños rosados, blondos, como hijos de Fausto y Gretchen, cabalgan sobre los pacíficos cañones y se divierten en regar las impasibles pirámides de proyectiles. Y en torno, todo es tranquilidad arcadiana, todo es vida en los bosques, en las fuentes, en los *chalets* pintorescos de aquel parque espléndido. En un recodo de aquellas sombrías avenidas de púrpura y oro, porque el verde apenas aparece en esta vegetación otoñal, bajamos del carruaje para ver entre dos ramas de árboles, en las lejanías profundas de aquel cielo de cristal, la masa del Capitolio, admirablemente diseñada, como si fuera vista por un anteojo invertido.

Antes de las once del día, después de pasar el Potomac salpicado de vaporcillos alígeros y de inmóviles barcas (un rio con su mansa y apacible cara de los domingos) nos internamos por el Estado de Virginia y subimos á la cima de unas colinas que dominan un gran fragmento del Valle del Potomac y el Distrito de Columbia en que está edificada y trazada la Capital de la República. Estábamos en el cementerio de Arlington. Once ó doce mil combatientes de la guerra de secesión descansan allí en el supremo apaciguamiento de la muerte; allí los adversarios yacen codo con codo, en filas densas, como en la hora del combate; mas la bandera de la reina implacable es allí una bandera blanca. Y por eso aquel parque repuesto, los pinos vibrantes y escuetos que en apretados batallones trepan por las pendientes, las selvas sembradas de flores, una que otra tumba monumental como la del simpático y bonachón general Sheridan (una estela fúnebre, una medalla de bronce clavada en ella, una palma, un nombre) las estrofas de un poema de triunfo y de muerte grabados en tablas de fierro distribuidas por las grandes avenidas del cementerio, todo esto produce una emoción grave de entusiasmo, de tristeza y de respeto; el sentimiento religioso está compuesto de estos elementos.

Otra cosa me impresionó mucho, me impresionó más: aquel cementerio es una granja del general confederado Lee. La confiscación fué llevada á cabo durante la guerra y para impedir una reivindicación posible en lo futuro, se cubrió la tierra de tumbas, se consagró á la muerte y ya no podía ser devuelta sin sacrilegio. La respetable sobrina de este rebelde, que creyó cumplir con un deber supremo, no defendiendo la esclavitud, sino los derechos de los Estados, prefiriendo romper el pacto federal á interpretarlo como los del Norte lo hacían, ha reclamado en vano; la casa de Lee, á quien ella ha comparado valientemente á Wáshington, en un elocuentísimo panegírico, es la casa de la muerte; la muerte no devuelve su presa

Cosa singular; todos estos vencedores nuestros, todos estos violadores soberbios de nuestro derecho y de nuestro territorio, han sido después vencidos en su propio suelo. Lee, que fué en la guerra de 47, despiadado vencedor, el alma de la organización técnica del ejército americano, aunque simple teniente; Jefferson Davis, el presidente de los confederados, que capitaneó en México á los voluntarios de Virginia, si no recuerdo mal, expiaron luego sus culpas (expiaron ¿porque no? aunque soldados tenian conciencia plena de la iniquidad que cometían) como Bazaine, Doauy Margueritte y mil otros, supieron en su propia tierra á lo que sabía la derrota sin día siguiente y la humillación sin venganza. Me odiaba á mí mismo por ser capáz de hacer estas reflecciones en la antigua casa del general Lee, del hombre cuyo triunfo habría prolongado indefinidamente la guerra civil en México, quizás, pero cuya inmensa desventura nos conmueve y nos obliga á enmudecer respetuosos, como la de todos los hombres que han sabido sacrificarse por un deber.

Desde la galería exterior de esta sencilla mansión de campesino, el panorama es admirable; se vé correr sinuoso y bañado de sol al Potomac hacia el mar, reunirse con el Anacostia y huir de la metrópoli, que capitonada de vegetación y de finísima niebla parece dormir al pié del Capitolio.

Bajamos lentamente del «vivac de la muerte» como llama un poeta á aquel dulce cementerio y fuimos á tomar el *lunch* á la casa de Cobarrubias en *la Avenida Conecticut*.

Justo Sierra.

El muelle de Tampico

El hombre en su lucha constante contra las formidables fuerzas ciegas de la Naturaleza obstinada, realiza maravillas de inteligencia y poderío cortando los itsmos, perforando las montañas, canalizando los rios, cambiando la faz de la tierra de modo que de resistente y ruda se convierta en dócil y grata.

Y así esta activa generación de luchadores, puede erguirse para decir á las generaciones del futuro:

"Nosotros somos los que en gran cadena
Lleva el vapor, veloz como el deseo,
Y nos arrastra desde el Ebro al Sena

EL MUELLE DE TAMPICO AL EMPEZAR EL INCENDIO

EL MUELLE DE TAMPICO. PÉRDIDA TOTAL

EL MUELLE DE TAMPICO —FUEGO POR TODAS PARTES.

EL BAILE DE FANTASIA EN LA LONJA MERCANTIL DE VERACRUZ

Manuel M. Muñoz Mercedes Landero José Martinez Gertrudis Landero Elvira Landero Natalio Ulibarri Jose de la Fuente
Felix Martinez [Fot. Ibañez]

Las entrañas rompiendo al Pirineo.
Los que Atlante y Pacífico enlazamos
De hierro con perpetuos eslabones,
Los que del harpa eléctrica colgamos
En los aires, los mágicos bordones.»

Y habrá que admirar los prodigios que ha realizado el trabajo en este siglo de las grandes conquistas científicas.

¿Que es tardío, peligroso y difícil pasar por las cumbres del Monte Cenicio ó del San Gotardo? Pues pasemos por debajo! ¿Que cuesta muchas fatigas tener que rodear todo el Continente para ir de uno á otro mar? Pues partamos el Continente por la mitad!

Y no solamente se hace eso, sino que las ventajas adquiridas se adicionan con todos los refinamientos de lo confortable y aun de lo lujoso. En los ferrocarriles hay carros-palacios, fondas y bibliotecas, en los grandes vapores trasatlánticos no hay comodidad de que se carezca.

La agricultura, la industria el comercio, las ciencias y las artes, todo cuanto constituye la vida moral, intelectual y material de los pueblos, está puesto á contribución para el progreso de la humanidad, y es un triunfo universal cada verdad que se descubre, cada mejora que se instala y cada camino que se abre.

Cuando el éxito corona los esfuerzos ¡qué alegría! Ya se tendió el puente de Brooklin, ya se encontró el Paso del Noroeste, ya se clavó el último riel del Ferrocarril trasandino! ¡Hossana, hossana!

Pero cuando se fracasa. ó lo que es peor cuando alcanzado el beneficio se pierde y se pierde de un modo violento y trágico ¡qué decepción, qué amargura, qué protestas tan justas contra el implacable destino!

En México acabamos de entrar á la vida del Progreso, pero hemos entrado con toda el alma y con todas nuestras fuerzas, las emociones del adelanto son diarias y en el placer de las inauguraciones se ensancha el corazón, ¡sí! se ensancha y regocija, como sufre y se oprime en el dolor del desastre.

Y el desastre acaba de ocurrir!

Tampico puerto apenas naciente á la prosperidad, vió en breves días realizarse para su bien y el de las extensas comarcas del Interior de la República, los milagros del capital y del trabajo.

Se canalizó la barra, se profundizó el río, se construyó un muelle. y empezó á entrar por allí la riqueza con ese afán ardiente con que invade los campos propicios á su vertiginosa actividad y á su insaciable sed de expansión y desarrollo.

Pero no bien se había iniciado esta labor transformadora y fecunda, la mano de la fatalidad, diosa estúpida y ciega, destruyó en unas cuantas horas lo que en largos días habían levantado la inteligencia y la laboriosidad.

Cundieron por el maderamen del muelle las llamas hambrientas y enfurecidas, se abrazaban á los pilotes y se retorcían entre los cruceros, con rugidos de leona enamorada

Los barcos que estaban en el fondeadero, acudieron con sus bombas al salvamento, los empleados de la Aduana y de la empresa, militares y paisanos, los hombres de tierra y los de mar, intentaron la lucha. Empeño vano! Ya el incendio se había apoderado de su presa y no la soltaría hasta haberla consumido.

Así es de implacable la naturaleza: así se despeña en aludes desde las altas cumbres; así se precipita en tempestades sobre los olas del mar; así brota en huracanados torrentes de lava por el crater encendido y así sopla con pulmones de monstruo sobre la roja llamarada del incendio.

Había que hacer lo peor, lo más amargo, lo más humillante para el orgullo humano: rendirse á la impotencia, doblegarse como pajarillos sin alas, decir "*¡Alah lo ha querido!*" y que el fuego avanzara hasta saciar su voracidad de Gargantua?

¿No te bastan ¡oh cruel! el muelle, los almacenes, las dependencias, las oficinas? ¿Quieres nuestros hogares, nuestras vidas?

Ven; un salto del viento lo acabará todo! Tan pronto como deje de soplar el terral empezará la brisa y entonces.... ¡ay de Tampico!

Pero no.... el fuego cede. Cuando ya no había más que abrasar, el mónstruo se fué entre sombras á quién sabe qué negras profundidades donde tiene su guarida de fiera.

Ahora ... á trabajar otra vez, á rehacer lo perdido. ¡Dios ayuda á los que no desmayan en la adversidad!

Baile de fantasía en Veracruz

La Lonja Mercantil se vistió de gala para recibir á la crema de la sociedad veracruzana invitada á un gran baile de trajes de fantasía con que se celebraba el Domingo de Carnaval.

Los salones superiores se destinaron á salas de baile y gabinete de señoras, y, con este objeto, se arreglaron con delicado gusto é irreprochable elegancia, los principales departamentos, inclusive el de la *biblioteca*

A pesar de que desde por la mañana empezó á llover y á soplar el viento del norte que no cesó ni un momento, concurrieron con gran entusiasmo las familias invitadas y á las diez de la noche empezó el baile.

Ya la prensa diaria ha publicado noticias detalladas referentes á ese baile que ha sido una de las notas más animadas del último Carnaval en el país.

Hoy publicamos unas fotografías en que aparecen grupos de señoritas y caballeros que concurrieron á dicho baile.

La riqueza de los antiguos

Al contemplar los grandes monumentos que erigieron los antiguos y que aún se conservan para dar testimonio del estado en que se encontraban las artes en siglos pasados, no puede uno menos que admirar tanto el arrojo de los que tales obras acometieron como la gran riqueza que debieron poseer para sufragar los gastos que necesariamente ha de haber ocasionado la construcción de tan gigantescas obras.

No deja de ser curioso el que las nuevas naciones, habiendo heredado toda ó casi toda la riqueza acumulada durante muchos siglos por sus antepasados y los tesoros extraídos de las minas de México, California. Australia, el Transvaal y otras, tienen que pensar detenidamente sobre los medios y arbitrios para construir un museo, hospital ó biblioteca, mientras los antiguos monarcas hacían construir por centenares suntuosos templos ó palacios cada vez que así lo quería su soberana voluntad.

Verdad es que los reyes antiguos tenían esclavos á quienes hacían trabajar á su antojo, pero también lo es que los esclavos había que adquirirlos mediante el dinero ó la fuerza y ambos medios son caros. Hay quien arguye que, si bien la guerra era muy costosa, en cambio el saqueo era muy productivo. En efecto, mediante el saqueo, los guerreros y los monarcas reunían inmensas riquezas, pero el pueblo saqueado quedaba reducido á la más espantosa miseria.

De todos modos, aun cuando el trabajo lo hicieran los esclavos había que mantener á estos, y la manutención de tanta gente no es una bagatela.

Por otra parte, los esclavos no eran artistas, sino cuando más, guerreros ó soldados, y no podían confiárseles ni hacerles ejecutar trabajos delicados. Tal vez los esclavos, dirigidos por buenos maestros, hayan podido construir el Coliseo ó las Pirámides, más las esculturas de los palacios de Asiria y las pinturas de los templos de Egipto, tienen que haber sido ejecutadas por artistas que, probablemente eran libres, ó si esclavos, educados con grande esmero, y no poco gasto.

Cuando leemos que la ciudad de Dur Sargunn fué construida en un campo raso, por órden del rey, en ocho años, que tenía 700 acres de cimientos de ladrillo, y murallas de 60 piés de altura, forradas de piedra y bastante anchas para que anduvieran sobre ellas siete carrozas una al lado de otra, preciso es tener pruebas irrecusables para creerlo; pero esto no admira aún tanto como la descripción del Palacio de Sargón, cuyas paredes estaban cubiertas de piedra esculpida, y todas las puertas exteriores tenían un enorme toro de piedra á cada lado.

Esas esculturas no pueden haber sido hechas por esclavos sino por artistas que las ejecutaron de encargo, toda vez que cada piedra representa algún fragmento de la historia del reinado.

Para que esas esculturas hayan sido hechas en 8 años preciso es que el rey haya llamado á todos los escultores de sus dominios y que su número formáse todo un ejército

También los sepulcros de los particulares ricos de Egipto tenían pinturas y esculturas que han de ha-

EL BAILE DE FANTASIA EN LA LONJA MERCANTIL DE VERACRUZ

Luis Pasquel Laura Muñoz Carmen Pardo María Vendrell H. Gonzalez Paez Concepción Dominguez
Luz Vila Mercedes Ascorve Joaquin Pardo [Fot. Ibañez]

EL BAILE DE FANTASIA EN LA LONJA MERCANTIL DE VERACRUZ (*Fot. Ibáñez.*)

Luis Millán — Amalia Jimeno — Joaquina Vendrell — María Samará — Luis Muñoz — Luz Muñoz — Daniel Mirón — Rufina Landero — Sofía Martínez — Arturo B. Ascorve — Concepción Zulueta

ber sido hechas á expensas de la familia por artistas libres.

Estas consideraciones han hecho dedicar mucho tiempo y trabajo al cómputo de las riquezas que poseyeron los antiguos y por las indagaciones practicadas se ha venido en conocimiento de que los bienes terrenales no han estado nunca mejor repartidos que ahora.

En la historia de Babilonia se describe un templo cuyas paredes estaban forradas de placas de oro y cuyos ornamentos de oro y plata valían cerca de sesenta millones de pesos, de nuestra moneda. De la estatua de Nabucodonosor se dice que contenía oro por valor de $18,000,000; de las riquezas que dejó David, que ascendían á 750 millones de oro y mil millones de plata, pero no se sabe de fijo cuanto valía el talento hebraico. El saqueo de Alejandro, que es histórico, produjo en Babilonia 70,000,000 de libras esterlinas: en Persépolis, 180,000,000; en Pasargurde, 9,000,000; en Escoatana, 270,000,000. ó sea por todo unos 520 millones de libras esterlinas.

En cuanto á las fortunas particulares, se refiere que Creso tenía 1,600,000, libras esterlinas en dinero y otro tanto en bienes inmuebles, Séneca £2,450,000, y Sentulus, £3,250,000.

La luz y los organismos.

En la revista *Tilkueren*, Herr Bang publica un curiosísimo artículo acerca de la influencia de la luz sobre los organismos vivos, y en él da cuenta de los numerosos experimentos hechos últimamente para curar enfermedades por medio de rayos distintos del prisma.

En éste hay colores químicos y colores calóricos. Si se coloca un papel fotográfico sensibilizado bajo la acción del espectro solar, se observará que los rayos azul y violeta le impresionan mucho más que los otros y que la influencia de la luz sobre él va disminuyendo á medida que se acerca el extremo rojo del prisma. Con las propiedades caloricas de los rayos del espectro solar sucede todo lo contrario; los rojos son los más calientes. Tenemos, por lo tanto, dos escalas: la de influencia química y la de influencia calórica, que progresan en sentido inverso dentro del prisma.

Además de los colores visibles del espectro hay muchos otros que no vemos, y que, sin embargo, tienen notable fuerza. Mucho más allá del extremo rojo del prisma el termómetro sigue subiendo bajo la influencia del calor, y estos llamados rayos caloricos ultrarojos tienen una esfera de acción mucho más amplia que la de los visibles De igual manera, más allá del extremo visible del violeta hay rayos invisibles para nosotros pero que poseen gran fuerza química.

Puede por lo tanto decirse que la luz se compone de rayos calóricos (el rojo y los ultra-rojos), y de rayos químicos (el azul, el violeta y los ultravioletas.) Pero entre unos y otros están el amarillo y el verde que constituyen la sección más fuerte del espectro en sus efectos sobre la vista. Y resulta que esos colores rojo, amarillo y verde tienen también influencia química, aunque operan solo sobre organismos sensibles, como lo son precisamente los organismos vivos.

A las plantas en general conviene la luz roja, porque ésta y la amarilla tienen el poder de asimilar el ácido carbónico y de transformarlo en alimento; á su vez el verde, el color de las plantas, tiene el privilegio de absorber los rayos rojos y amarillos y de repeler hasta cierto punto los demas Por eso son verdes las plantas. Los rayos azules y violetas perjudican el crecimiento de los vejetales. La esponja, desprovista de hojas verdes, huye de la luz en vez de buscarla.

Lo mismo sucede con los bacterios. Estos, como casi todos los organismos enemigos de la humanidad, son enemigos de la luz; y algo de esto debieron adivinar nuestros antepasados cuando desde tiempo tradicional se viene llamando "rey de las tinieblas" al diablo, es decir, al enemigo del hombre.

Conociendo este odio de los bacterios á la luz, es naturalísima la teoría de que debe emplearse la luz para su destrucción, Así se viene experimentando y haciendo desde hace años, justificándose de este modo la razón del refrán italiano que dice que el médico entra en las habitaciones cuando se echa de ellas la luz Solo que el sol no puede por sí solo realizar la tarea purificadora de exterminar microbios; hay que ayudarle, distinguiendo cuales son sus rayos favorables y cuales los adversos á los organismos enemigos del hombre.

Según los experimentos realizados, los colores más antagónicos á los bacterios son el azul y el violeta, lo mismo que con las plantas.

No cabe tampoco duda de que la luz ejerce poderosa influencia sobre los animales, aunque nuestros conocimientos acerca de ello son todavía muy escasos.

Los efectos de la luz sobre la piel han sido también muy estudiados. Creíase que el tostado de la piel y las quemaduras que el sol produce sobre el cutis eran efecto de los rayos caló icos; pero se ha comprobado que los rayos químicos, y no los calóricos, son los que oscurecen la piel y la queman; buen ejemplo de ello es que los viajeros árticos y los alpinistas son los que más padecen las tales mal llamadas quemaduras. pues aunque el sol no calienta gran cosa en las regiones por donde viajan, las extensiones de blanca nieve reflejan con extraordinaria fuerza la luz solar.

Ahora se recomienda á los exploradores que van al Polo y á los que van donde hay ventisqueros, que se cubran cara y manos con un velo amarillo, como la mejor defensa contra los rayos violeta, que son los que queman con su acción química.

Desde el momento en que se ha visto que el exceso de ciertos rayos de luz perjudica á la piel, se ha pensado que la exclusión de esos rayos podía ser beneficiosa en determinados casos. Este razonamiento, que no puede ser más lógico, fué el que indujo á Finsen hace tres ó cuatro años á ver de curar la viruela con la simple exclusión de la luz.

Muchos años antes, los médicos ingleses Black Barlow y Waters experimentaron eso con resultados muy favorables; pero como no explicaban su teoría de un modo científico, nadie creyó en ella: Finsen, sin embargo, ha hecho sus experimentos después de profundos estudios acerca de la influencia de la luz sobre los organismos vivos.

Descubrió que los rayos azules y violetas son perjudiciales, y como la obscuridad completa es molesta para los enfermos y para las personas que tienen que asistirlos, Finsen decidió someterá sus pacientes á la luz roja, cubriendo al efecto ventanas y puertas con telas coloradas. Creyóse entonces que los enfermos sanaban por efecto de la luz roja; pero Finsen ha confesado que no era así, sino que curaban por la exclusión de los rayos color azul y color violeta.

Este método ha sido ensayado en Dinamarca y en Alemania, y de setenta atacados de viruela solo murió uno, y los demás sanaron sin que les quedaran señales. Con un enfermo que estaba ya casi curado y á quien solo quedaban algunas en la mano se hizo el experimento de sacarlo á la luz del día; el resultado fué que las pústulas se llenaron de materia y dejaron señal, mientras que las tratadas en el cuarto rojo no dejaron rastro alguno.

Es un hecho curiosísimo que en la Edad Media había costumbre de encerrar á los virulentos en cuartos pintados de rojo y con vidrieras rojas, y que China y el Japón se sigue igual sistema, llevándolo al extremo de que á los niños atacados de viruelas les dan muñecas encarnadas para jugar.

Con el lupus, una de las enfermedades de las más persistentes y peores, se han hecho también experimentos que abren la puerta á fundada esperanza de curarlo por medio de la exclusión de los rayos azules y color violeta. -*Wanderer.*

NUESTROS GRABADOS

El pecado de siempre.

Naturalmente era preciso confesarse ya que se llegaba á la cuaresma, y confesarse no así como quiera, sino en confesión general, que tal deben hacer las niñas piadosas en estos santos días.

Mas, Dios eterno! quien va á tener memoria para tantos pecados.

Por fortuna ahí está el consabido papelito en que se toma nota exacta de todas las faltas á medida que vienen á la memoria y luego se lee ante la rejilla con temblores y sonrojos innenarrables.

Y no son los pecados en general los que ponen el alma en un hilo, sino uno, uno solo: *el pecado* de siempre, ese de que no se puede una arrepentir por más

que hace; ese que se obstina en volver; ese que.........que vamos, no acabará hasta que la niña se case; la plática nocturna desde el balcón con el consabido novio.

Hasta eso, desde que llegó la cuaresma la niña le ha puesto las peras á veinticuatro. El viernes no se platica porque es dia de vigilia, y el sábado porque es día de la inmaculada. No se priva ella acaso de dulce en la mesa? Pues porqué no se ha de privar de plática.

El domingo, se puede comer dulce.... y platicar también.

Pero mamá no quiere. Mamá dice que es necesario limitarse á la visita oficial y la charla por el balcón constituye por lo mismo, y además de todo, una desobediencia......

Mas quién va á contentarse con la visita oficial, Dios mio!

Eso de que las miradas vuelen como pájaros locos á encontrarse, de un sillón á otro y de que las bocas hayan de estar quietas.

Y cuando hay celos no poder ni siquiera amohinarse.....

Nada, que es iremediable ese pícaro, ese nefando ese inevitable *pecado de siempre.*

Y la joven sonríe al apuntarlo porque piensa que si hoy viernes toca confesión y comunión, mañana sábado comunión, el domingo es día de gracia; se puede comer dulce é incurrir.........pues *en el pecado de siempre.*

El Dique flotante

Desde hace años que viene preocupando al Gobierno del Sr. General Diaz la importante cuestión de que puedan ser carenados en nuestro propio país los barcos nacionales, sobre todo los que están al servicio de la República, como guarda costas, guarda faros y escuelas de práctica naval.

Ya se habían hecho anteriores ensayos en Lerma con un dique flotante y un arsenal naval, en Acapulco con un varadero y aún creemos que también en Mazatlán se estudió algo relativo al asunto.

Ahora al fin se ha llegado al éxito con el dique flotante de Veracruz, en el que actualmente se está carenando la Draga *México*

Hoy publicamos copia de una fotografía de dicho dique.

EL PAPEL ANTIGUO

Es frecuente oir opiniones de los seudo expertos sobre el efímero carácter del material con que se hacen los libros modernos y los documentos, pues se dice que el papel es de mala calidad y la tinta de tal naturaleza que no puede menos de borrarse muy pronto. Compáranse estos materiales con los otros que se usaban siempre para el mismo objeto en los buenos tiempos antiguos y la diferencia que entre ellos resulta sirve de pretexto para hacer á la industria moderna toda clase de reproches. Mas no falta, sin embargo, quien defienda á los nuevos productos y hasta el análisis científico parece estar de su parte. En efecto, en el laboratorio del ejército alemán se han hecho pruebas muy prolijas y sus resultados indican que el papel con que se hacían los libros y documentos en los tiempos antiguos no solamente no es superior al que ahora se emplea, sino que tampoco es tan bueno, antes más bién, muy inferior en todos respectos.

La revista alemana que publica el resultado de esos experimentos hechos por Herr W. Herzberg, relata la historia de la fabricación del papel en Europa desde el tiempo en que la industria fué introducida en España por los moros en el siglo XI hasta una época relativamente reciente, y afirma con acopio de pruebas que desde su principio el papel se consideraba útil solamente para los documentos que no habian de guardarse largo tiempo y que cuando se empezó á usarlo para hacer libros encuadernados se creía necesarió alternar las hojas de esta materia con otras de pergamino para darles resistencia. En aquella época estaba prohibido escribir documentos públicos en materia tan frágil como el papel, y solo cuando el arte de su fabricación hubo mejorado mucho fué sustituyendo el papel al pergamino.

La inspección que se ha hecho de varios cientos de legajos que se guardan en la Biblioteca Real de Berlin, no demuestra que el antiguo papel tenga propiedad alguna que le haga ser muy durable. Al contrario, muchos de ellos tienen las hojas en tan malas condiciones, que se deshacen al tocarlas y la tinta se ha borrado hasta el punto de que no se distinguen las letras.

Muchos suponen que la durabilidad del papel depende del material de que se hace y la creencia de que el moderno es de mala calidad, se basa en que no se hace ya con trapos como antes, sino con pulpas de madera y otras substancias, pero en realidad el método que se emplea para la fabricación influye en la calidad y en la fortaleza de tal modo que el material no es más que uno de los muchos elementos que hay que tener en cuenta para apreciar la bondad del producto.

No hay que dudar que hoy se hace mucho papel malo, pero también está fuera de duda que la industria produce en la actualidad un artículo muy superior al que jamás existió en los tiempos antiguos y la generalidad de los libros que hoy se imprimen son más durables que los mejores que produjeron los siglos pasados. La industria de la producción de libros avanza apresuradamente y no retrocede como afirman aquellos que creen que no tenemos ya de bueno más que lo que heredamos de los antiguos.

DAMAS MEXICANAS

Srita. Luisa Alcázar
DE GUANAJUATO
(Fotografía de Torres)

El mecanismo del reloj de bolsa

Está admitido en todas partes que el mecanismo de un reloj de bolsillo es sumamente delicado y una de las combinaciones más admirables que el ingenio humano ha producido; mas la familiaridad que tenemos con esta prenda de uso diario, es causa de que no se aprecie como es debido el mérito de tan diminuta máquina, producto de siglos de estudio y de trabajo.

Un reloj medianamente bueno se compone de no menos de 98 piezas, y su fabricación exige más de 2.000 operaciones distintas. Algunos de los tornillos más pequeños que en ellos se encuentran, son tan diminutos, que el ojo humano apenas puede distinguirlos de las partículas de basura que suelen meterse entre las ruedas, pero cuando se examinan mediante un poderoso microscopio, se descubre que son tornillos perfectos, con sus espiras regulares y bien hechas.

La ranura que tienen en la cabeza apenas mide 2 centésimas partes de una pulgada de ancho. De estos tornillos se necesitan 308,000 para que den una libra de peso y esa cantidad vale 1,585 pesos. El pelo de la rueda volante es del más fino acero; tiene unas 9 y media pulgadas de largo, una centésima parte de pulgada de ancho y 27 diezmilésimas partes de una pulgada de grueso. El procedimiento que se usa para templar estos pelos de acero se guardó en secreto por mucho tiempo y sólo le conocían unos cuantos individuos. Aun hoy es operación que saben hacer muy pocos Hasta ahora no se ha inventado ningún instrumento capaz de medir el espesor de esos pelos con bastante precisión para que se sepa de antemano la fuerza que han de tener cuando estén acabados. Una diferencia de dos centésimas partes de una pulgada en el espesor de uno de estos pelos, es suficiente para hacer que el reloj en que se ponga se adelante ó atrase unos seis minutos cada hora.

El valor de estos muelles ó pelos ya acabados y listos para ponerlos en los relojes es enorme en proporción con el material de que se hacen. En efecto, una tonelada de acero en barras vale poco; pero cuando se ha convertido en muelles de esa clase vale unas doce veces más que la misma cantidad de oro puro El alambre de que se hacen estos muelles peso 1/20 de un grano por pulgada, y en media libra entran cerca de dos kilómetros.

La rueda volante de un reloj vibra cinco veces por segundo, 300 veces cada minuto, 18,000 cada hora y 432,000 cada día.

La conservación de la vista

Si hay en el cuerpo humano algún órgano que merezca ser cuidado con mayor esmero que los otros, ese órgano es sin duda el de la vista, precisamente el que mayor abuso tiene que sufrir en la actualidad, y el que menos atención recibe hasta que llega un dia en que no pudiendo resistir más, se pierde y su falta hace que su importancia se estime en lo que vale. Entonces, cuando ya es tarde y tal vez el mal no tiene remedio, es cuando no se omite ningún sacrificio para recobrar la vista. Mientras ésta es buena, no se piensa nunca en el daño que hace el leer cuando se va en el tren, en un tranvía ó en coche, ó en la falsa economía que es hacer lo mismo por la noche con la poca luz de un candil ó de una vela Aun cuando la lectura se practique durante el día, con luz natural y sentado en cómoda butaca, es muy importante dar descanso á los ojos, lo cual se hace cerrándolos de vez en cuando por un rato y fijándose después la vista en algún objeto distante para que cambiando el foco descansen los nervios que trabajan cuando se lee, teniendo el libro cerca.

Es también muy importante consultar á un buen oculista en seguida que se note que la vista se debilita. La matemática de los ojos se entiende ya hoy perfectamente y, gracias á ella, los ópticos producen anteojos especiales, no solamente para cada individuo, sino también para cada ojo, pues hay que notar que son muy pocas las personas cuyos ojos no necesite anteojos distintos El astigmatismo y la miopia son defectos de la visión que hoy se corrigen fácilmente con el uso de anteojos apropiados que hagan á la luz llegar á la retina en ángulo conveniente para corregir la aberración.

Algunos se extrañan de ver á tantos niños con anteojos y eso les hace creer que los defectos de la vista se están haciendo más frecuentes cuanto más adelanta la ciencia óptica, pero lo que en realidad sucede es que hoy se descubren temprano los defectos de los ojos y se procede en seguida á corregirlos con el uso de anteojos apropiados, de donde resulta que, cuanto más crece el número de personas que ocurren al arte de la óptica, tanto más decrece el de los ciegos.

Los zapatos, los cuellos y los corpiños apretados son muy perjudiciales para la vista porque entorpecen la circulación de la sangre, pero uno de los peores enemigos que la vista tiene, es el velo que usan las señoras, sin darse cuenta del daño que les hace. Para convencerse de eso, basta un sencillo experimento que se puede hacer en cualquier parte. Escójanse dos ó tres velos de textura diferente y trátese de leer á través de ellos un periódico colgado de una pared.

El velo, cuanto más tupido, es más nocivo y, los que tienen motas, constituyen el material que hace ricos á los oculistas

Iré al Templo

Bueno, mi vida, lo que quieras, todo!
Adoré á tu Dios con fanatismo:
Es el mio, no lo dudes, es el mismo,
Pero lo vemos de distinto modo.

Juntos al templo iremos. Allí en calma
Con devoción y fé, sin presunciones,
Rezarás en tu libro de oraciones,
Yo le hablaré en secreto con el alma.

Le pediré llorando por mi padre
El que en el mundo de los muertos vive,
Le rogaré también que no me prive
De ir á besar las canas de mi madre.

Y que permita que se llegue el día
En que deban unirse los humanos,
Que nos amemos todos como hermanos,
Y que nunca me olvides, vida mía.

Que refrene en el alma la pasiones
Indómitas, rebeldes, borrascosas—
Esto se lo diré con otras cosas
Que no estan en tu libro de oraciones.

MEDARDO FERNANDEZ.

GOCES DE PRIMAVERA

EN PLENA NOCHE

I

Ya la noche su tienda de sombras
Lentamente prendió en las montañas;
Ya en los campos se cierran las flores;
Ya en los nidos se pliegan las alas.
Ya está todo callado,—El rocío
En los cálices tersos resbala,
Como en una mejilla de vírgen
Silenciosas descienden las lágrimas:
Ya en la húmeda copa del arbol
Colgó el viento la eólica arpa;
Ya salió el leñador, de los bosques;
Ya no suenan las trompas de caza.
Algo queda de luz en Ocaso:
Un cendal transparente, una franja
Amarilla y azul, que parece
Salpicada con granos de plata.
Pero pronto el fulgor de la tarde
En el negro océano naufraga:
Ni una estrella cintila en el cielo,
Ni una antorcha en la tierra se alza.

II

¿Dónde vas, caminante sombrío,
Que así llevas desnuda la espada,
En el cinto el laud, y en los hombros,
Como un manto flotante, la capa?
¿Te intimida el crujir de las mustias
Hojas secas que quiebra tu planta?
¿Te parecen los álamos negros
Que en las sombras se esfuman, fantasmas?
¿Tienes miedo?.. De qué? ¿Del pantano
Que recorren fatídicas llamas,
Fuegos fátuos que son en la sombra
Movedizas y cárdenas manchas?
¿Tienes miedo?..De qué? ¿Del ruido
melancólico y vago del agua
Que al caer en la roca semeja
Misterioso rumor de palabras?..
No: tristeza, tristeza infinita
Es la que ora tu espíritu asalta,
Al mirar esta noche tan negra,
Tan medrosa, tan triste y tan larga!

III

Oh poeta! La noche es de ébano;
Mas la densa negrura abrillanta
Algo aéreo, sutil, fugitivo,
Como orlas de túnicas blancas,
Como bruma deshecha y flotante
O girones de velos de gasa;
Son los dulces recuerdos, poeta,
Que atraviesan las noches del alma
Ah! desprende el laud de su cinto;
Y detén un instante la marcha:
Ya lo sé; tienes cita, es la hora,
Y Julieta ha tendido la escala;
Es muy tarde, el castillo está lejos;
Es muy tarde, tu novia te aguarda;
¿Pero no te conmueve esta sombra,
Este horrible silencio, esta calma?
¡Oh poeta! que vuelen los versos
En brillante y sonora parvada!
Piensa en todo lo grande, en tu anhelo,
En tu amor, en tus penas, y canta!

IV

Cuando hiere tu mano las cuerdas,
¡Qué harmoniosos preludios arrancas!
El cristal de la estrofa se rompe
Al sentirse besado del aura!
Quizá llegue á chocar en los vidrios
De la estrecha y obscura ventana,
Esa nota doliente que lleva
Un suspiro y un beso á tu amada.
Más... ¡que oculto poder el del canto!
¿Por qué tiene tu voz esa magia?
¿De qué anciano hechicero aprendiste
A evocar estos sueños que exaltan?. ..
Se ha encendido de pronto la selva:
Se ha llenado el ambiente de áurea
Claridad, y una red luminosa
Se ha tendido en el haz de las aguas.
Todo brilla en la obscura tiniebla,
Todo explende; mirad en las ramas
Un puñado de insectos que brota
Como un roto collar de esmeraldas.
Se columpia en el negro follaje
Una flora luciente y extraña....
De alabastro los lirios; de púrpura
Las camelias; las rosas de nácar.
Tras el muro de encinas del bosque
Desgarrando una nube, levanta
La mitad de su disco la luna
Que parece una rosa de plata.

V

Entretanto, las ninfas desnudas
En el lago tranquilo se bañan;
Y los gnomos las miran de lejos
Ensanchando sus ojos de llamas.
Allá van!.... Allá van.... Perseguidas
De los silfos. ¿Las veis? Son las hadas:
En los juncos flexibles se posan,
O recorren la atmósfera diáfana.
¡Como van despertando los besos!
¡Cómo llenan el aire de ámbar!
¡Cómo cruzan las frondas, y en ellas
Entretejen brillantes guirnaldas!
Son las flores el tálamo donde
Acaricia Oberón á Titania....
Allá van! Alla van!....Ligerísimas
Vaporosas, risueñas y aladas!
Y esas niñas vestidas de blanco,
Quiénes son? Las memorias de infancia....
¿Y esa tropa riente de silfos?
Los primeros amores que pasan....
Ya desciende el querub del ensueño,
Ya surgís de la verde enramada,
¡Ilusiones, caléndulas de oro!
¡Mariposas de luz, esperanzas!
¡Cómo se ha trasformado la noche!
¡Cómo la honda tiniebla se esmalta!
Ah! qué inmenso poder es el tuyo!
Tañe, bardo, el laud, canta....canta!

VI

Allí está!....Se prendió tras el bosque
Un cendal luminoso, una franja
Amarilla y azul, que parece
Salpicada con polvo de plata.
Todo va despertando..... El rocío
En los cálices tersos se cuaja;
Y ya el viento recorre los valles
Entonando sus dulces baladas.
Leñadores! Volved á la selva,
Continuad la monótoma charla
De los troncos que gimen heridos
Al vibrante rumor de las hachas.
Cazadores! tomad la ballesta;
Perseguid á los siervos que saltan,
En los hombros poned los alcones
Y tocad en las trompas de caza.
Y tú, triste y errante poeta,
Ya no cantes; los pájaros cantan.
Ya la noche pasó; ya se abre
La pupila curiosa del alba!

VII

Margarita, ya viene la aurora;
Margarita, llegó la mañana;
Si hubo sombra, y tristeza, y silencio,
Ya se hizo la luz en tu alma.
Mas ¡quién sabe! la noche es artera;
Quizá llegue muy pronto, enlutada,
Y otra vez se derrame en tu vida,
Como entonces, tan triste y tan larga.
Ojalá que á través de la sombra
Se adelante y detenga la marcha,
Un poeta que evoque tus sueños,
Y despierte tu fe y tu esperanza!

Luis G. Urbina.

DE LA MISERIA

AL CRIMEN

La lancha de vapor que hace el servicio de Calmar á la isla de Elandia, acababa de tocar en Farjedalen, y los pasajeros se preparaban á desembarcar bajo un sol brillante que hacía chisporrotear las aguas del puerto. Tomaban el puentecillo presurosos para ir á sus negoci[illegible] eran casi todos campe[illegible]sinos, mozos de servicio de ambos sexos, ó p[illegible]dores de aquellas costas.

Cuando la multitud se dispersó, un individuo de aspecto miserable y traje raído, quedó solo en el desembarcadero. Parecía tener á lo m[illegible] veinticuatro años, y sin embargo estaba tan [illegible]batido por la mis[illegible] que andaba como un [illegible]jo á quien hubieran deb[illegible]litado largas privaciones. Dió algunos pasos indeciso; luego, echándose á la espalda su fementido equipaje, tomó el camino de la población.

Era la primavera. La nieve se había fundido. Las lianas cruzaban la anchura del foso y los botones verdosos de las anémonas comenzaban á aparecer aquí y allá. Una niebla sutil se elevaba de la tierra remojada por el deshielo, y un vientecillo fresco soplaba haciendo susurrar á los álamos que bordaban el camino.

El vagabundo pasó sin detenerse delante de varias construcciones rurales, y despues se detuvo frente á la reja de un edificio pintado de rojo; y apenas hubo vacilado un momento, se dirigió resuelto á la habitación. Al través de la puerta cerrada se oían gritos de niño y el rumor de una voz que cantaba, llamó, pero no obteniendo respuesta, se decidió á abrir y á entrar. Había dejado su bastón y el bulto de su ropa en lo alto de la escalera; y entró con el sombrero en la mano, como corresponde al que viene á suplicar.

Al ruido de la puerta que se abría, una joven alta y muy bella, vestida de luto, avanzó al encuentro del recien venido.

—Puedo descansar aquí un momento? preguntó.

Habiendo contestado que sí, la joven, él se sentó en un taburete cerca de la puerta y paseó por la habitación una mirada ávida. La dueña de la casa tomó al niño, lo abrazó tiernamente como para defenderlo, y el pequeñuelo, silencioso, fijaba sus ojos límpidos y sin expresión en el vagamundo.

—No tiene usted nada para darme de comer? preguntó éste al fin. Estoy en ayunas desde ayer.

La joven suspiró.

¡Hay tantos que están en el mismo caso! dijo para sí.

Sin embargo, se levantó. colocó al niño en la cuna, avanzó al hogar en el que estaba una marmita con algunas papas humeantes y poniéndolas en una escudilla, se las llevó al viajero. En seguida fué al armario y sacó un pedazo de pan y un jarro que llenó de leche.

El hombre se puso á comer con avidez sin mirar siquiera á su benefactora, y habiéndose dormido el niño en su cuna, reinaba el silencio en la estancia.

—¿De donde viene usted? preguntó ella.

—De Calmar; contestó lacónicamente el interpelado.

—¿Allí nació usted?

—No.

—¿Y no pudo usted encontrar trabajo en la ciudad?

—Es muy difícil hallar trabajo en los tiempos que corren.

Cuando acabó de comer, permaneció todavía un buen tiempo silencioso.

—¿Y usted no tiene ninguna obra para recomendarme? preguntó luego con una entonación monótona, como la de una interrogación que se tiene la costumbre de hacer y de la cual se sabe de antemano la respuesta.

—Ninguna enteramente, dijo ella como apesar suyo.

El se levantó sin insistir.

– Gracias, dijo; y tomando su sombrero y recobrando luego su bastón y su ropa, descendió la escalera atravesó el patio y llegó á la reja. Después con su mismo andar fatigoso tomó el camino que conduce del Oeste al Este atravesando la isla. Pasó delante de varias casas con la mirada melancólica y triste, fija delante de él sin cuidarse de pedir trabajo en los laborios del tránsito. De repente se encontró frente á un camino de travesía. El mar Báltico se extendía en el horizonte como una ancha cinta azul, y á derecha é izquierda se distinguía el camino que sigue á lo largo de las costas de la isla De pronto se detuvo: el llano estaba sembrado de cabañas y de cortijos aislados, y aquí y allá sobre las alturas algunos molinos de viento perfilaban sus alados esqueletos. Como empujado por un espíritu de contradicción, se decidió por la derecha, es decir, por la parte menos poblada de la isla, aquella en donde había menos probabilidades de encontrar trabajo. Caminó sin detenerse y llegó por fin á una iglesia El muro del cementerio que la rodeaba estaba todo en ruinas, y contra ese muro se apoyó teniendo á sus piés la vista de la aldea. Una calle de casas irregularmente alineadas con techos de paja ó de teja y con aspecto de deshabitadas, se extendía delante de sus ojos

¿A cual de esas casas iría á llamar?

De pronto le vino una idea, ir á ver al presbitero.

Entonces se enderezó y dirigió sus pasos á un gran edificio rodeado de un jardín que resguardaba una empalizada de poca altura, pintada de verde, y cuya puertecilla estaba entreabierta.

Cruzando la senda enarenada que conducía á la habitación, vió á dos niños que jugaban y que le contemplaron con la curiosidad ávida é inocente de su edad. Los saludó políticamente y se dirigió al pórtico de la casa.

La cocina está por aquí abajo gritó el mayor de los niños, indicando con el dedo otra puerta hácia el lado izquierdo.

—Gracias, dijo el vagamundo y se encaminó en la dirección indicada.

Una joven de cara redonda y vulgar pero que estaba muy bien vestida, se ocupaba en amasar pan en la cocina. Era la esposa del pastor. Al ver entrar al hombre cesó de trabajar y llamó:

—Lina!

El se detuvo ante la puerta abierta con el sombrero en la mano, é hizo un saludo torpe y embarazado, pues comprendió que la dama le había tenido miedo y esto le llenó el corazón de amargura. Por un momento tuvo la idea de decir que no había venido á hacer ningún mal; sin embarg[illegible] tuvo, dijo que tenía hambre y que agradecería mucho que le dieran algo de comer.

--Lina! repitió la dueña de la casa con una voz más fuerte, y entonces una criada campesina, obedeciendo á este llamamiento, apareció al fin y las dos mujeres contemplaron un momento al viajero sin decirle una palabra.

-Dale de comer á ese hombre, dijo la señora que había tenido ya tiempo de reponerse. Lina colocó delante del desconocido unos trozos de pescado que habían sobrado de la comida, y su ama le dió dos panes que estaban acabados de sacar del horno, por que era buena y compasiva aunque el pensamiento de encontrarse sola con uno de esos hombres que no tienen domicilio fijo, le llenaba el alma de pavor. El mendigo comió copiosamente, y poco á poco la impresión de amargura [illegible]a que había de pronto resentido, se le fué borrando. Luego preguntó si podría hablarle al pastor.

Lina fué enviada á transmitir ese deseo, y regresó diciendo al joven que podía seguirla. Le hizo atravesar el patio y lo introdujo al gabinete de trabajo del sacerdote.

Era este un hombre de anchas espaldas y de cabellos canos, que respiraba la fuerza y la salud. Su fisonomía y su apariencia exterior eran las de un campesino acomodado. Solamente la barba rasurada y los anteojos con montadura de oro, indicaban la vocación de los estudios.

El pobre hombre que se había detenido á la puerta paseaba en torno suyo miradas tímidas, viéndose en esta pieza de cortinajes blancos, con su gran aparador lleno de libros y con su alfombra blanda y delicada.

—¿Usted era el que quería verme? dijo el pastor, ¿cómo se llama usted?

Hacía tanto tiempo que nadie le había preguntado su nombre, que esta prueba de interés le hizo casi venir las lágrimas á los ojos!

—Erik Boman dijo respetuosamente.

—Pues bien Erik Boman dijo el pastor con el tono con que interrogaba á sus feligreses ¿qué tiene usted que decirme?

—Quisiera encontrar trabajo respondió el desgraciado. Estoy sin ocupación y sin medios de subsistencia.

El pastor le observó con aire de sospechas y le preguntó.

—No ha podido usted obtener trabajo en el lugar de donde viene?

Boman bajó los ojos comprendiendo que el hecho de no haber encontrado trabajo en su pueblo le hacía sospechoso y respondió turbado:

—No había en que ocuparme.

—¿No había en qué? dijo severamente el pastor.

—No: contestó el otro escondiendo los ojos.

—Pero alguna vez debe usted haber estado ocupado en algo.

No.

—¿Y cómo lo hacía usted para vivir?

—Yo no sé. Comunmente he sufrido hambres.

—Siguieron algunos minutos de silencio.

—¿De dónde es usted?

—Bomán dió el nombre de su comuna, y luego agregó:

—Mi padre era jornalero pero murió y mi madre es tan pobre que no puede subsistir más que por la cari-

dad de los vecinos. En estío iba yo á ganar mi jornal donde lo había, si lo había y en invierno vivía como era posible.

Su mirada se ensombreció y su respiración se hizo más difícil. El recuerdo de lo que había sufrido con su madre le afectaba penosamente.

El pastor hizo una señal de conmiseración, recordando que en el año en que estaban el invierno había sido singularmente riguroso, al Este de la isla.

—Durante días enteros estuvimos sin fuego y he creido que nos íbamos á morir de hambre mi madre y yo. Llegué á verme tan extenuado que no podía ni tenerme en pie. Sin embargo, se vino en socorro nuestro y el invierno pasó. Pero no quisiera sufrir otro Oh! no. Dios me libre!

El pastor reflexionaba y habría querido venir en ayuda de ese infeliz ¿pero cómo? En otro tiempo había recomendado á un vagamundo así y había tenido que arrepentirse. Este recuerdo despertó la prudencia y acalló á la caridad. No podía hacer nada por este hombre y le explicó cómo no conociéndole el mismo no podía recomendarlo á otra persona y que él no lo empleaba porque no tenía en qué. Después sacó de su portamoneda una corona y se la dió.

Boman comprendió que todo había terminado: tomó maquinalmente la moneda de plata saludó profundamente y abrió la puerta continuando la marcha con su mismo paso lento y pesado. Pasó la noche bajo un soportal en el campo á corta distancia de la aldea y siguió de casa en casa durante largo tiempo. Así recorrió toda la costa oriental de la isla al través de las inmensas selvas y de los ingratos arenales hasta que al fin un día se encontró en la playa frente al faro cuya silueta se dibujaba en un cielo sin nubes. Por la tarde llegó á la lengua de tierra donde el mismo había desembarcado al venir á buscar fortuna.

Boman se detuvo allí contrariado é indeciso, dejando errar su mirada sobre el brazo de mar que le separaba del faro. Creyéndolo construido sobre tierra firme, había contado con abrigarse en él durante la noche, para continuar al día siguiente su peregrinación. Con mirada triste y envidiosa contemplaba esos edificios en que habitan los hombres y luego se puso á pensar en el hombre que habitaba en lo alto de la torre, en el encargado de vigilar esa luz radiante que ilumina las regiones peligrosas de la mar.

Ahora estaría el pobre sentado al lado de su lámpara que no debía abandonar, pero apenas pasadas algunas horas lo relevarían de su función y se iría á comer y á acostarse en un buen lecho sin temor al día siguiente. Todos tenían su sitio en el mundo y él solo sin tener ni esperanzas, debía errar ageno á todo descanso como un perro sin dueño. Tales eran las reflexiones del infeliz Boman frente á esas aguas inquietas y sombrías que no podía vadear. Viendo á lo lejos las cabañas, un sentimiento de odio se apoderó de su corazón y tomando entonces una piedra la arrojó con todas sus fuerzas contra la cabaña mas próxima con el maligno deseo de interrumpir el reposo de los que la habitaban, pero lejos de conseguir su objeto la piedra cayó en el agua á poca distancia en tanto que Boman lleno de rabia amenazaba con el puño cerrado las lucesillas rojas que no podía extinguir. Una por una fueron después por sí mismas desapareciendo, la noche negra lo envolvió todo, y solo la llama del faro continuó ardiendo por encima de las ondas agitadas. Lanzó un suspiro, y un tanto aliviado porque ya no veía aquellas luces que le hacían pensar en hombres felices y en hogares tranquilos, se encaminó con paso rápido á la selva, allí encontró la masa negra de un cobertizo que le pareció ser depósito de mercancías, y habiendo visto que la puerta estaba abierta, se acostó en un rincón y se durmió á pesar del hambre. Tuvo espantosas pesadillas de las que lo arrancó al día siguiente á puntapiés el guardián de aquel almacén.

El sol levante alumbraba vivamente el suelo húmedo, las aguas reverberantes y el polvo blanco del camino. Una brisa ligera le azotaba la cara, y oía, por encima de su cabeza la alegre canción de una alondra invisible.

Los largos días que había pasado buscando trabajo sin encontrarlo, habían envejecido aún más al pobre Boman. Arrastraba los piés como un apaleado, y la expresión de su fisonomía tenía algo de extravío, de espanto, como si se le hubieran ido la energía, la fuerza y aún la voluntad de vivir. Las injurias, los insultos, ni provocaban su cólera y sintió con indiferencia haber sido despedido como un perro á puntapiés. El corazón adolorido por los sufrimientos, y el estómago vacío, arrastraba un pié detrás del otro en el aislamiento más completo replegado en la tristeza amarga que lo poseía todo entero. Ya no había para él puertas abiertas, se le rechazaba de todas partes como una bestia inmunda y peligrosa.

Muchas veces creyó adivinar que aquellos á quienes había pedido qué comer, le habían dado porque les inspiraba miedo y se decía irónicamente que debía ser un hombre bien peligroso, cuando su aspecto producía tales resultados.

Marchaba de ordinario sin detenerse, sintiendo una especie de angustia que lo hacía caminar, y sus pensamientos iban siempre con extraña tenacidad á la casita roja, la primera que había visitado en la isla y á la jóven y bellísima viuda que le había dado todo cuanto pan tenía y que le había hablado con palabras de misericordia, andando, andando había regresado al llano desierto que el sol brillante de medio día iluminaba vivamente y al mismo sitio en que desembarcó á su llegada.

La soledad le causaba un sentimiento de opresión casi intolerable. Nativo de una comarca montañosa, el llano le era poco familiar y desde que se encontraba en la isla esos inmensos espacios desnudos, esos horizontes lejanos, le parecían espantosos al extremo de que le parecía constantemente perseguido por un enemigo invisible.

Se levantó para ponerse en marcha y esta vez no pudo realizar sus deseos.

Le parecía que un poder irresistible le retenía en el lugar desde no distinguía más que la casita roja de la viuda perfilarse sobre el fondo azul del estrecho. Se acostó sobre el cesped húmedo y le pareció de pronto que todos sus pensamientos, el recuerdo de todo lo que había sufrido, de todo lo que había vivido, se desvanecían entre espesas tinieblas y quedó allí tan vacío de ideas como si acabara de nacer.

Un solo sentimiento le restaba, el de que le repulsaba la humanidad entera, y apretaba convulsivamente la yerba entre sus dedos y la arrancaba á puñados bajo la tortura de su obsesión desesperada de soledad, de abandono, de hiel que le salía del corazón como las burbujas de aire que suben á la superficie del agua hirviendo.

Luego sus ideas se concentraban sobre la viuda que acababa de desaparecer entrando en su casita roja y le parecía que esta madre infeliz y también abandonada, compartía con él su soledad inmensa y se admiraba de que estuviera tan cerca de él otra criatura humana que tenía también que luchar contra la miseria.

Es extraño decía, que esta mujer debilitada por el dolor, abrumada con el peso de su hijo, quiera vivir así largo tiempo ¿Qué puede hacer ella, débil como es, para procurarse la subsistencia, cuando hay tantos que se la disputaran en sangriento combate?

Mientras así monologaba, el calor del día iba cediendo á la frescura del crepúsculo, las sombras caían lentamente y al fin la noche silenciosa y profunda, reinó sobre la tierra. El se levantó maquinalmente, y le vino el pensamiento de que todo había terminado y para nada serviría luchar por más tiempo: no tenía más que llenar sus bolsas de piedras y arrojarse en el agua fría donde la muerte no tardaría en adormecerlo sin que pudiera venir ya otro día de hambre y de miseria. Llorando como un niño se dirigió hácia el mar y vió mientras iba caminando que una luz roja evidentemente producida por el fuego del hogar, salía por la ventana de la casita roja.

El infortunado se detuvo de pronto, y su mirada brillaba en la obscuridad con reflejos de ojos de tigre. Dejó de llorar y cambiando de dirección se encaminó á donde se veía la luz, sacudido por estremecimientos, como si tuviera fiebre: su mano estrechaba convulsivamente el bastón y su respiración era entrecortada y jadeante. Cuando estuvo á pocos pasos de la reja se detuvo para escuchar y para ver. Penetró como la primera vez, llegó junto á la puerta y oyó una voz de mujer que parecía decir apasionadas ternezas. Abrió de un golpe la puerta y entró bruscamente como empujado por un resorte. La viuda estaba allí hermosísima, junto á la cuna del niño dormido acariciándolo con delicia; volvió el rostro hácia la puerta que se abría, y sus ojos asombrados expresaron una interrogación. Sin dejarle tiempo de pronunciar una palabra, el miserable levantó su bastón y lo descargó con todas sus fuerzas y á golpes redoblados sobre el craneo de la infeliz.

Es preciso que mueras, decía, es necesario que dejes conmigo este mundo de miserias. Y hería, hería hasta que el bellísimo cuerpo cayó, inerte á sus piés sobre el suelo ensangrentado y al lado de la cuna donde el niño dormía sonriendo entre sueños.

Cuando el se apercibió de que su víctima estaba bien muerta, arrojó un grito que retumbó en el silencio de la noche, un verdadero rugido de fiera. Luego sus brazos cayeron inertes y permaneció un momento así contemplándola. Le éra imposible explicarse lo que le había impulsado á cometer ese crimen, esa acción atroz nacida del desorden mental que le produjo la acumulación de sus sufrimientos que no tenía nada de premeditada sino que vino como una explosión.

Un llanto de criatura le sacó de su estupor. El asesino retrocedió espantosamente impresionado; la presencia del niño le llenó de terror más que la idea del crimen mismo y salió enloquecido de la estancia. Luego se dejó caer sobre el dintel de la puerta abierta, con el cuerpo sacudido por sollozos convulsivos.

Permaneció así algunos minutos y luego intentó partir, pero tuvo miedo, un miedo horrible de que se descubriera el asesinato. Entró de nuevo en el lugar del crimen; el niño lloraba aún; algunos tizones ardían en el hogar; el asesino no osaba fijar los ojos en el cadáver de su víctima y temblando y arrastrándose como una culebra, llegó á donde estaban los tizones, encendió con ellos cuanta ropa hubo á la mano y pocos momentos después la cuna y el niño y toda la casa eran presa de las llamas.

Un grito espantoso se escapó de la garganta del incendiario; un grito tan tremendo que Boman se espantó de su propia voz y se precipitó fuera de la cabaña y echó á correr en dirección al mar.

El incendio estaba en su plenitud, arrojando una inmensa lengua carmín en las tinieblas de la noche y las chispas rasgaban la sombra y se apagaban luego en el vacío.

Boman seguía corriendo y de vez en cuando se detenía un instante para ver el fuego. Así llegó á la orilla del mar y penetró en las aguas despavorido.

Todavía corrió largo tiempo porque la playa descendía por allí en una pendiente muy suave.

Agotado cuanto de combustible tenía la casita roja, el incendio llegó á su fin.

Al mismo tiempo que brilló la última chispa en el espacio, la cabeza de Boman desaparecía bajo las olas.

Después, todo negro en la tierra y en el mar.

G. de Geijerstam.

FRAGMENTO.

Yo no sabré decirte que es lo que siento
al contemplar tu cara, tus lindos ojos,
pero, si sé decirte que experimento
que se borran mis penas y mis enojos.

Yo que siempre estoy triste, siempre abatido,
admirando tus ojos que hablan al alma
gozo de las delicias del bien perdido,
y como consecuencia, de paz y calma.;

De esa paz y esa calma, santa harmonía,
de esa paz y esa calma, bella aureola,
que á nuestras almas sirven de norma y guía
y que funden dos almas en una sóla

Paz y calma que nacen, que no se inventan,
paz y calma admirables que nos inspiran,
paz y calma sublime que nos alientan,
paz y calma inefables que amor respiran.

Yo no sabre decirte, cara de cielo,
qué es lo que por mí pasa cuando te miro......
pero recibe mi alma grato consuelo
y al ver en tí la gloria, por tí suspiro.

Lucas Tarazona.

LA FUGA.

No quería escribirte, mi querido Gastón, porque la frase que te dejé al partir, era en su laconismo brutal lo único que le podia decir. Cuando un cirujano amputa un miembro, corta con decisión y rapidéz silenciosamente, y no se entretiene en hacer comentarios con el bisturi en la mano, ni en dar lecciones de anatonomia. Por eso escribi: "Obligada por fuerza mayor, parto. No volverás á verme."

Ahora que se hizo la operación y que ha cicatrizado, rompo la resolución que tomé de guardar un silencio absoluto.

¡Y era vigorosa esa resolución, pues con ella combiné los menores detalles de mi partida para que nada pudiera venir á entorpecerla á última hora y me dió fuerzas para huir bruscamente realizando esta ruptura definitiva! Pero toda energía me abandonó así que me ví sola en el vagón. Todavía en la estación, sofocándome y bajo la emoción del momento, estaba decidida; los nervios excitados aguijonaban el pensamiento y temia yo una casualidad que poniéndonos frente á frente hiciera terminar el drama en comedia. Pero cuando la locomotora silbó con un silbido lúgubre, cuando la pesada masa del tren se estremeció, toda mi energía cayó de golpe como si el sacudimiento del vagón hubiera roto el debil equilibrio de mi castillo de barajas. El tren no debia detenerse durante el trayecto: lo elegí expreso para precaver debilidades y arrepentimientos. El paisaje, como los muertos de la balada de Murger pasaba rápido desarrollándose sin interrupción y veia yo esta ruta recorrida contigo en sentido inverso y encontraba los principales puntos que me señalabas hace un mes sin poder ahora interrumpir esta fuga porque la máquina corría, corría llevándome, indiferente y brutal.

Pensé tirar de la campanilla de alarma cuya cuerda me incitaba columpiando su borla delante de mí, pero pensé á tiempo que no iba á hallar que decir á los empleados y que con razón se burlarian de mi si les decia la verdad.

Mi pensamiento volaba, pero el tren también, y pronto llegamos á Paris. Sin tratar de ocultarme porque eso no nos es fácil á las gentes de teatro, volví á mi antigua casa y vine otra vez á la compañía de mi Director, que está contentisimo de haberme recobrado. Les referí una historia cualquiera que aparentaron creer, y.... ya ves que todo está terminado entre tú y yo.

Yo corto pronto y bien, por eso espero que la amistad sucederá á nuestra ruptura. Me seria grato conservar un buen amigo á quien pudiera pedir consejo, relatar mis tristezas y escribirle cartas, ¡me gusta tanto escribir cartas!

¿Por qué habrias de estar enojado? Tu amor propio no puede lastimarse. Les dirás á tus amigos la verdad: que soy una artista contratada y que no podia faltar á mi compromiso Tu corazón no ha sufrido; no habias tenido tiempo de enamorarte de veras de mí, y yo de mi parte nada hice para conseguirlo. Soy un lujo y siempre conservarás el amable recuerdo de que no te dí más disgusto que el de mi partida Tendrás la impresión de quien toma un bello ramo de flores, lo aspira con delicia y luego lo deja en cualquier parte antes de que aroma y colores se hayan ido y antes de que las flores se hayan deshojado.

Te amé verdaderamente, poeticé cuanto pude los dias en que estuvimos juntos, y antes de que viniera la prosa, escapé con el corazón adolorido y casi sin fuerzas, para llevar á cabo mi resolución.

Me debes estar agradecido.

Y ahora que ya somos amigos, voy á darte una explicación de mi escapatoria para que no me consideres una cabecita loca que no sabe donde va ni lo que quiere. En primer lugar, tenía yo la nostalgia de París y la de las tablas Esto no es una salida; si quisiera mentirte, escojería un pretexto menos simple, un sentimiento más elevado.

Todas las parisienses verdaderas, las que como yo han vivido recorriendo los bulevares, y todas las que como yo han tenido un éxito más ó menos ruidoso en el teatro, no pueden ni olvidar los unos ni abandonar el otro. Este es un sentimentalismo grotesco, incomprensible si quieres, una afición de gato, pero aun cuando tenga sus puntas de locura, es una cosa que existe, una fuerza inalienable, un poder que no se puede resistir.

Nace uno en cualquiera ciudad, pasa allí los primeros años de su vida, parte y luego la olvida. París no sale nunca de la memoria ni se separa del corazón. Cuando se le abandona, es cuando se conoce la verdadera nostalgia, el mal del país el que no tiene más recurso que la repatriación ó la muerte

Oh! la impresión que se siente cuando vuelve uno á ver esos montones de casas altas y negras, con sus innumerables ventanas abrumadas y abrumadoras que rodean la estación y que son París. Oh! la voz del empleado que desde el anden lanza claro y vibrante el grito: Estación de París, como un llamamiento, como un grito de bienvenida! Y la calle, ésta calle especial con sus carruajes, con sus transeuntes, todo el mundo empujándose para andar más aprisa, esto es el calor y la agitación de la vida.

Regresar, recobrar uno su lugar en el mundo, es una alegría intensa. Esos primeros minutos son divinos, de una dicha sin igual porque es inconsciente, indefinida, instintiva.

Yo además tenia mi teatro......... Cuando entré á la conserjería donde montones de cartas me aguardaban, cuando trepé por la escalerilla negra y llamé á la puerta del Director, no sé que sonaba más fuerte si mi mano al golpear la madera ó mi corazón saltándome en el pecho. Solté mi historia; el director hizo como que me creia y terminó diciéndome que volviera yo al servicio desde esa misma noche lo cual se le avisaría en el acto á la que había estado remplazándome; no más que el muy pillo me hizo saber que mis sueldos no empezarían á correr sino desde la siguiente quincena.

En mi casa todo estaba en perfecto arreglo La caja de polvos de arroz entreabierta y lista para servir, las pastillas de pintura esperándome, mis trajes del programa de ese día en el perchero, todo demostraba que había la seguridad de que regresaría yo. Respiré por fin esta atmósfera de gas y de polvo que prefiero á los aires puros de la selva ó del mar y en la noche ya estaba representando mi papel Cuando salí á la escena, aunque mi nombre no estaba en el programa, me reconocieron desde luego y me saludaron con una ruidosa salva de aplausos.

No te rias; ya se que no sé necesita ser Sarah ni Rojana para desempeñar mi papel, y que basta con una mediana hermosura, pero representé lo mejor que pude y salí del paso.

Francamente, allá en Lyon no tenia yo estas emociones y me fastidiaba de un modo mortal, como no se fastidia uno nunca en París.

Y me vino la idea de partir y pasando por encima de mi amor por más que me dolia el corazón te dejé y punto final. Ahora ¿quieres que te diga una cosa muy buena que me ha venido á la imaginación á fuerza de pensar en que te quiero mucho? Pues óyeme: ustedes los hombres honrados y laboriosos que ganan su vida por medio de un trabajo inteligente, lo que necesitan es una mujer honesta y pura que les forme un hogar digno y decente. Una mujer sencilla y sana que sepa estar en su casita, que se regocije en esa atmósfera tranquila y dulce del interior, que se ponga á coser alegre y dichosa mientras el marido vuelve de sus ocupaciones, en vez de estar como nosotras desocupadas y descontentadizas leyendo novelas sensacionales, buscando siempre pimienta en la comida, en las distracciones y en el amor.

Escríbeme. Te supe comprender y apreciar y soy tu amiga

VALENTINA.

EL CISNE

Por las verdosas aguas del estanque,
tranquilo, noble, grave, reposado,
cual blanca embarcación, el viejo cisne
va su regio fastidio paseando,
sin ver que de la orilla
le llaman los muchachos,
que tal vez le confunden
con la villana turba de los patos,
la cual nunca se niega
de la gente infantil á los halagos.

De sus recuerdos vive
sólo en la alberca el cisne centenario,
no del pan que le arroja de limosna,
sin conocer quién es, el vulgo gárrulo:
Vive de sus memorias, que le impulsan
á erguirse con orgullo aristocrático
y á seguir lentamente
su majestad callada paseando.

Recuerda un feliz siglo,
creación soberbia de los vates clásicos,

en que, fingido cisne, el padre Zeus,
de la graciosa Leda enamorado
mezclaba con pasión devoradora,
lo divino y lo humano,
sometiendo hombres, dioses, bestias, plantas,
de Amor fecundo al poderío mágico.

Recuerda que, después de muchos siglos
cierto día avanzaba remolcando,
veloz como las flechas,
en un ligero esquife por el lago,
á Lohengrín, el bravo caballero
del castillo feudal de Monsalvato,
con su armadura de brillante plata
que relucía al sol...... noble y gallardo,
más que en la luz mortal, de la fe pura
en el divino resplandor bañado.

Por las verdosas aguas del estanque
sigue sin rumbo el cisne solitario,
que echa de menos sus brillantes días,
y al verse confundido con los patos
en este pavoroso desconcierto
que todo lo domina, resignado,
tiende el cuello flexible y ondulante,
pronto á exhalar su maribundo canto.

F. NAVARRO Y LEDESMA.

Cúanto dolor sufrí por las mujeres!
Mas hoy pienso mirando sus primores,
Que sería el placer de los placeres
Sentir una vez más esos dolores!

A la luna la dicha se asemeja
Pues sin que nunca nuestro afán mitigue,
Si avanzamos, parece que se aleja
Y si retrocedemos, nos persigue.

LOS MAS FUERTES

POR GEORGES CLEMENCEAU—ILUSTRACIONES GRABADAS EN NUESTROS TALLERES.

Número 10

—Entonces, contestó Puymaufray como si no hubiera oido, *esa cosa* se hiergue, se siente mujer bajo el aguijón de la ofensa recibida, y....

—Verdaderamente, dijo la vizcondesa agobiada por los sermones del marqués, no presenta utilidad eso de discutir cómo debería ser el mundo. Gocemos tranquilamente de lo que nos ha sido dado, sin embarazarnos con recriminaciones que son impías por que todo está bien como está, puesto que todo es obra de Dios.

—Morgan, observó Claudia, repite comunmente que sus manequíes tienen la manía de las grandezas y no me sorprende que quieran cambiar de papel. Pero cualquiera que sea la excusa que se invoque, su degradación hace contraste con el mérito de la virtud tan fácil entre nosotras.

—Es verdad, hija mía, y yo no te ofrecería á Melania ni por modelo ni por compañía.

—No puede uno rendirse con mayor lealtad, dijo la vizcondesa; y para acabar de consolar á usted, marqués, me voy á hacer referir por el mismo Luques la verdadera historia de Melania. y ya verá usted que no dará motivos para llorar. Además aunque los diera, ni Claudia ni yo derramariamos lágrimas, porque, tenga usted presente niña, que llorando se pone una muy fea.

XI

El «Comité de la Obra de la Vejez Desamparada» celebraba sesión esa tarde en la casa de la señora Fourchamps que era su presidenta. El abate Nathaniel cuya actividad no se agotaba con las veinte empresas de caridad que tenía entre manos, recogía en la puertas de las prisiones y enmedio del arroyo á los miserables harapientos de los dos sexos, y los nutría con sopa y buenos consejos, después de lo cual morian edificados y edificantes y dejaban el lugar para otros infelices.

Para la «Vejez Desamparada,» y para otras dos docenas de obras caritativas el abate todo el día pedía, cosechaba y gastaba á manos llenas.

Para tratar de la organización de un bazar de caridad se habían reunido esa tarde, primero el abad y la vizcondesa que discutieron largo tiempo, y luego todo el Comité del cual era Vice Presidenta la señora de Peyrouard y Secretaria Claudia. Harlé acompañó á su hija con Puymaufray á casa de la vizcondesa: Oppert y el abad también concurrian, el uno porque había puesto los salones de su palacio á disposición de la obra, y el otro para dar cuenta de comisiones que se le habían confiado cerca del comercio.

En un gabinete tapizado de gasa malva salpicada de racimos grises, El Comité ejercía su virtud entre olas de palabras y risas.

Sin dejarse influenciar por las expansiones de la caridad, los hombres conversaban en un salón vecino decorado con todos los Fourchamps de toga y espada, ausente toda la dinastía de los Billard.

La sociedad decía el abad está divinamente organizada.

Y sobre este tema se discutió largamente sazonándolo con la caridad tal como la entendían los presentes, que por supuesto era muy diferente de como la entendía Puymaufray.

Para terminar, Harlé en un arrebato de entusiasmo pronunció un discurso en loor de la autoridad social, declarando solemnemente que en el mundo *los más fuertes* son los mejores por que todo lo que aumenta su fuerza hace crecer el bienestar de la humanidad, porque *los más fuertes* como los conquistadores engrandecen y civilizan.

—Ustedes demuestran siempre cierto ardor de conquistadores, dijo Enrique.

—Tanto mejor para todos.

—Esa es la opinión de ustedes.

—Y es justa. Tu no me has preguntado nunca cuál podría ser ese gran proyecto de que me has oído hablar, y que ahora nos pertenece en común al abad, al barón y á mí. Te lo voy á decir: ya no es un secreto, puesto que dentro de un mes estaremos delante del público.

—No dudo que estará muy bien concebido y muy metódicamente ordenado.

—Es de una extrema sencillez. Me hago periodista.

—¡Qué!......

—Te admiras? Sigue bien mi razonamiento. Noruega y Austria tienen pinos para materia prima y caídas de agua para fuerza motriz, y me envían pasta de madera en esas hojas de cartón grosero que has visto en Santa Radegunda, Austria más industrial, hace sufrir á sus pastas una operación química que las hace más directamente utilizables. Sin embargo, algo les falta, se detienen ambos países á medio camino, y yo voy á tomar la obra donde ellos la han dejado. Pero seguiré pasando las hojas virginales de mi papel á gentes que le venden á buen precio, despues de haber escrito en ellas cuatro disparates? Mi papel es la materia prima de esos hombres como para mi lo es la pasta de Austria ó Noruega. Por qué no he de acabar yo mismo la operación industrial? Por qué he de dejar á otros el cuidado de ennegrecer mis hojas cuando puedo hacerlo yo mismo aprovechando todo el beneficio de la fabricación? Solo hay que ver que esta industria de las publicaciones esté anárquica todavía. Es necesario que alguno venga y agrupe sus esfuerzos y ordene la labor para llegar al resultado máximo. He examinado esta empresa curiosa de la fijación de los pensamientos y me ha parecido muy importante, porque pone en acción á la humanidad! ¿Tú nunca has reflexionado sobre la cuestión del débito comercial del pensamiento?

—No comprendo lo que con eso quieres decir.

—No me sorprende. Oyeme todavía. No basta con escribir, es necesario ser leido, y para esto se necesita no imponer opiniones sino adaptarse á las del medio social en que se vive. Nada de imponerse sino aclimatarse, y el negocio está hecho.

—Decididamente veo que tienes razón al hablarme de la industria de escribir, pero no veo donde está la ventaja para todos de que me has hablado.

—A eso voy. Vender mi papel escrito, encontrar el éxito máximo para esta mercancía fabricada como todas las demás para el comprador, está bien. Pero el papel por la significación de la escritura, por los hechos que revela y que interpreta, por los comentarios del día apropiados al medio del sentimiento público, mueve las multitudes; impresionables, de suyo, determina la opinión amoldándose á las antiguas costumbres para sacar partido del momento presente.

—En otros términos, las ideas admitidas fundamentales de lo que vemos, te parecen de una explotación más fácil y más fructuosa que la propagación de ideas nuevas para actos mejores.

—Lo que más me convence del proyecto de Harlé dijo el barón, es que se adapta á los principios establecidos y aceptados para el gobierno de los hombres. Operar directamente sobre el monstruo de mil cabezas por medio de sugestinos y de sentimientos adaptables para las multitudes, esa es la gran empresa Iremos hacia las masas populares, descenderemos hasta ellas y sabremos aprovechar en nuestro favor sus errores capitales.

—Acabo de recibir, contestó Puymaufray una bella lección de sociología y no discuto sino que admiro. Nada más lamento que, según propia confesión, están ustedes en el caso de no poder apelar á otros sentimientos que á los inferiores de la naturaleza humana.

—Señores, dijo entrando la vizcondesa, seguida del Comité de «La Vejez Desamparada.» Pronto estaremos en condiciones de abrir nuestra venta en los salones del Señor Barón Oppert, y á fin de realzar con un atractivo nuevo la noble empresa de beneficencia, hemos decidido colocar en un círculo cuidadosamente escojido, billetes para una exhibición de cuadros animados que se presentarán en el Hotel del Señor Harlé que para ello generosamente los ha cedido. Pienso, Señor abad que los cuadros animados le parecerán á usted aceptables, porque conoce usted de antemano las fuentes en que se van á inspirar.

Seguramente, señora. Pueden tomarse cuadros de la Biblia ó del Evangelio y escenas de la vida de los santos.

—Había donde escojer, dijo Puymaufray.

—Así lo habíamos pensado, agregó la señora de Fourchamps contestando al abad. Pero ya se ha espigado mucho en ese campo, y nosotras vamos en busca de novedades. Quisiera pues, que se nos permitiera unir lo profano á lo sagrado.

—Por qué no? dijo el abad, con tal de que se evite lo que pudiera chocar.

—Esa es la cuestión. El señor Deschars, para utilizar sus telas de la India, propone que sean representadas no sé qué escenas de la vida de Budha. No fué éste un falso Dios?

—Es adorado como de divina esencia por muchos paganos, especialmente los chinos, y eso presenta sus peligros.

—Lo que necesitamos, señor abad, es dinero y no debo ocultar á usted que los cuadros del señor Deschars, serían el atractivo de la fiesta.

—Usted me hace reflexionar, señora, porque en realidad Budha fué un hombre muy modesto y muy bueno que habiendo venido á la tierra muchos años antes que nuestro Señor, trajo algunas luces de nuestras futuras verdades.

—Fué pues, un precursor?

—Yo no digo eso. Estuvo, como correspondía

á su época, hundido en un abismo de errores. Siendo nada menos que hijo de un rey predicó la austeridad, la pobreza, la restricción de los instintos, la renuncia de los placeres mundanos, y añadió el ejemplo á la predicación.

—Pero eso es muy bello!

—¿Y no existen hasta hoy en las sociedades civilizadas, como máximas y ritos comunes, ritos y máximas de la India? preguntó el marqués.

—Eso es lo que digo, señor marqués, aquellas gentes tuvieron sus luces.

—En ese caso, dijo la vizcondesa, la religión no puede ofenderse de que se representen pasajes de una historia en que no está mezclada.

—Seguramente que no.

-Me ha quitado usted un peso del corazón, señor abate. Ahora si puedo responder del éxito de la exhibición.

—Y bien, Claudia, preguntó Puymaufray, tú no dices nada? De seguro estabas pensando en ese hijo rey que aconsejaba renunciar á los placeres del mundo.

—Exactamente, padrino, y me preguntaba yo, como podríamos hacer con tantas virtudes un cuadro que resultara interesante.

—Tú no te imaginas cómo podría ser una escena de austeridad?

—No, sino que para eso no había necesidad de telas recamadas de oro.

—No está prohibido indicó el abad, conciliar la belleza moral con el arte; para la edificación de los unos y el alivio de la miseria de los otros.

—Y es al mismo tiempo necesario, agregó la vizcondesa, para que los pobres ricos puedan procurar su salvación al hacerla de los dichosos pobres.

—Procuremos juntos nuestra salvación, dijo Puymaufray. Nos quedará siempre la ventaja de haber gozado los bienes de este mundo.

—Que no son de desdeñar, contestó Claudia. Si el señor Deschars quiere que hagamos un cuadro de su Budha, será necesario proponernos una sublimidad que pueda acomodarse con nuestras debilidades.

—Esté usted enteramente segura, amigita mía, dijo la señora Fourchamps, de que el señor Deschars no va á pretender que usted se vista de mendiga. Si quiere usted, suplicaremos al señor de Montperrier que se entienda con el señor abad para lo relativo á los asuntos que se relacionen con la religión. El señor de Montperrier que tiene todos los talentos, se excede á sí mismo en los arreglos para el teatro. Se eleva hasta lo milagroso en las comedias de salón, y si la señora de Peyrouard se lo suplica, no se negará á ayudarnos.

—Si yo se lo suplico, respondió la señora de Peyrouard, mi hermano encontrará ciertamente algún pretexto para esquivarse; pero bastará una palabra de usted, querida amiga, ó de la señorita Harlé para que acepte con reconocimiento la tarea que le sea confiada.

—Pues bien, le hablaré mañana, y si á pesar de lo que usted me asegura quedare yo dudosa del resultado de mi poder, cuento con Claudia para que me apoye. Rogaré también al señor Deschars que venga y que nos haga conocer sus ideas. Mientras duren los ensayos, yo instalaré en casa varias obreras del señor Morgan que confeccionarán bajo nuestra dirección algunas bagatelas, que venderemos á precio de oro como fabricadas por nuestras blancas manos. El señor abad nos perdonará esta inocente superchería, y no rehusará absolvernos en gracia de la intención.

XII

Cuando la señora de Peirouard acompañada de Montperrier llegó al dia siguiente á casa de la vizcondesa, Claudia ya estaba allí, ocupada en arreglar ramos de flores artificiales para la venta. El joven político se manifestó lleno de voluntad, pero alegó las graves ocupaciones que no le dejaban la libre disposición de su tiempo. Y no era esto todo. Se le reprochaba ser demasiado elegante; y los enemigos que le venían de sus grandes éxitos oratorios, y sus amigos celosos, le tachaban de frivolidad. Era su canción. Y aunque él no se preocupaba, aquellos de quienes era jefe y que se arrogaban el derecho de disponer de su vida, se quejaban de que no se cuidara de las críticas de los necios. Qué no dirían al saber que estaba arreglando cuadros animados? De todo se sacaba partido contra él: habían llegado hasta el extremo de reprocharle que frecuentara el mundo cuando se pensaba ya en proponerlo como candidato á la Academia de la lengua. Qué cara pagaba su gloria y su brillante posición!

—Veo, querida mía, dijo la señora Fourchamps á Claudia, que es necesario que sea usted misma la que insista con el señor Montperrier, porque yo me declaro derrotada.

—No quisiera contraer responsabilidad tan grave, como la que me vendría, puesto que después de lo que acabamos de oir seria cruel comprometer al señor de Montperrier en tan peligrosa aventura.

-Bastaba con que me indicara usted sus deseos: es supérflua la ironia: estoy á las órdenes de ustedes:

—Y si hay arrepentimiento después?

—Si fueren gratos á usted mis servicios, quedo de antemano recompensado de mis penas.

Deschars, que al entrar oyó estas palabras, se sintió mal impresionado de su tono de suficiencia y de fatuidad banal.

—Al fin se presenta usted, dijo la señora Fourchamps: lo estábamos esperando con impaciencia. Ya descubrimos que Budha no fué un falso Dios como yo creía.

El abate Nathaniel que es muy liberal, nos ha autorizado para representar escenas de la vida de este profeta ó filósofo, con la condición por supuesto, de que nada en ellas pueda interpretarse como contrario á la religión.

—Me guardaría bien señora, de proponer algo inconveniente.

—El abate que todo lo sabe, dijo también que ese Budha es un hijo de rey que se hizo mendigo ó poco menos.

—En efecto, señora, así fué.

—Hemos admirado ese rasgo: pero ¿no teme usted que el recuerdo de ese ejemplo haga propaganda en las familias presidenciales?

—No señora, ni en esas, ni en ninguna.

—Así lo creo, y por consiguiente, queda sentado que nada exponemos. Ahora cuéntenos usted su historieta, pero sobre todo, no vista á Claudia de mendiga. Ella manifestó ayer á este respecto ciertas inquietudes, que me ví en la necesidad de calmar. No le parece á usted señorita, que con dos cuadros de la india es bastante? Es necesario que la piedad domine. Debemos esto á los sentimientos que han inspirado la obra.

—Pienso que dos cuadros de esos darán bastante ocupación, pues las escenas religiosas tendrán que ser más sencillas.

—Sin embargo, señorita, dijo Montperrier. ¿Si propusiera yo la visita de la reina de Saba á Salomón?

—Magnífica idea exclamó Claudia. También allí el Oriente puede desarrollarse en todo su esplendor.

—Decididamente, dijo la vizcondesa, no hay otro como usted señor Montperrier, para esta clase de cosas; usted nos hará, estoy segura, un arreglo maravilloso. Y bien; señor Deschars, esperamos al tal Budha.

—Correspondiendo á los deseos de ustedes, les propondré dos cuadros: La partida del príncipe cuando abandona la corte de su padre para ir á predicar la pobreza y la humildad, y luego la tentación bajo el árbol de la ciencia del bien y del mal.

—Explíquenos Ud. eso.

—No es necesario hacer erudición, pues no se trata más que de conformarse á la leyenda estrictamente. El príncipe Siddharta no había salido nunca del palacio del rey Kapilavaston su padre.

—Y son muy necesarios esos nombres?

—Casi no, porque los cuadros son mudos.

—Se necesitaría entonces poner una nota en el programa, y eso desanimaría á las gentes.

—Bastará con no poner nota alguna.

—Si no cuenta usted con otros nombres más discretos, eso será lo mejor. Díganos usted el fin de la aventura.

—Pues bien: dicen los libros que una vez al salir el príncipe del palacio en su carro de oro, vió sucesivamente á un anciano sin fuerzas, á un enfermo y á un muerto....

—Dios mío! interrumpió Claudia, no será eso lo que nos querrá usted hacer representar.

—No señorita, y solo ruego se me deje concluir. Más lejos un religioso mendicante se presenta....

—¡Como! dijo la señora de Fourchamps, ¿En ese tiempo ya habia órdenes mendicantes?

—Si, señora.

—Ah! Entonces ya sé la historia. El príncipe quiso hacerse religioso. Ya le decía yo al abad que fué un precursor.

—Lo adivinó usted en efecto. Ante lo que había visto, concibió el pensamiento de enseñar á los hombres á vencer la decrepitud, la enfermedad, todas las miserias humanas.....

—Por la contemplación de las cosas eternas. Conozco el resto. Se abisma en la divinidad. Es admirable. Solamente que eso que nos trae usted de la India no tiene nada de nuevo. Es la historia de San Francisco de Asis.

—Si, hecha con dos mil años de anticipación.

—Y por qué no representar mejor á San Francisco?

—Sería bueno, dijo Claudia; pero no podrían figurar los trajes orientales.

—Eso es decisivo hija mía, vaya que sea con Budha, ya estoy viendo el cuadro. El príncipe en su carro y toda la corte en las murallas.

Las damas se lamentan y por medio de gestos apropiados manifiestan su pena. El anciano, el enfermo y el mendigo, hacen un efecto de contraste que resultará muy moral. Ese cuadro puede pasar; vamos al otro.

—El otro es más sencillo. La tentación bajo el arbol de la ciencia.

—Está Ud. seguro de que no es eso una parodia de nuestros libros sagrados?

—Absolutamente seguro, señora.

—Y no hay serpiente?

—No. A Budha, vinieron á inspirarle tentaciones las hijas del demonio Papiyan.

—Y qué hacen esas señoritas?

—Se expresan por medio de actitudes.

—Confío en que el príncipe se resiste.

—Sin eso señora, no les hablaría á ustedes de él.

—Este segundo cuadro también es aceptable y de una moralidad ejemplar, por lo cual doy á usted mis felicitaciones porque tiene las ventajas reunidas. No será mejor que el de la reina de Saba porque al señor Montperrier no puede ni aun igualársele, pero estará bastante bien. Ahora señores es necesario que vuelvan ustedes á más tardar, dentro de tres días con sus diseños que nosotros modificaremos según nuestras conveniencias. Después de eso haremos la elección de los trajes, mientras ustedes se ocupan de las decoraciones.

—Para el efecto, señora, dijo Montperrier veré á Wilfrido Leigh. Se reprocha su pintura religiosa por ser demasiado moderna y ese es precisamente nuestro negocio. Necesitamos una reina de Saba que sea de estos tiempos.

—Y yo, dijo Deschars, pasaré al Museo Guimet para consultar los modelos.

—Nada de exactitud. Se lo suplico á usted. Queremos fantasía. Es necesario, señor sábio, una India perfectamente acomodada al París contemporáneo.

Deschars estaba admirado de la habilidad con que la señora Fourchamps lo apocaba sin dejar de testificarle una perfecta benevolencia. Sentía los efectos de este arte parisiense y se encontraba impotente contra tan amable perfidia. Triste y agobiado de despecho se dejaba aguijonear por su bella enemiga, mientras que Montperrier, daba ideas á Claudia para la venta, le aconsejaba sobre telas y flores; discutía proyectos para la reina de Saba y sujería el pensamiento de representar el suntuoso cuadro de las bodas de Canaan, según el Veronés.

—Soy un tonto, pensaba Mauricio.

Y era que estaba sencillamente enamorado, sinceramente comprometido en un juego en que solo él empleaba armas de lealtad. El apresuramiento de Montperrier le disgustaba tanto más cuanto que á Claudia parecía agradarle, y la vizcondesa llegó al colmo de la crueldad, diciendo como con inocente candidez:

—Claudia, querida mía, nos está usted monopolizando al señor de Montperrier, cuando nosotros también sacaríamos provecho de oirle, sobre todo el señor de Deschars; en cuyos ojos estoy leyendo la intención de pedirle consejo.

—Montperrier, se excusó con una gracia impertinente, en tanto que Deschars, de improviso percibía la revelación de lo que en realidad estaba sucediendo. Y era que Montperrier aspiraba á la mano de Claudia, y la vizcondesa dirigía el complot.

El desgraciado tembló! Ante sus ojos bajo la insultante ironía de las sonrisas pasó la visión de una catástrofe total: la victoria del mundo sobre un amor que no tenía en favor suyo más aliciente que el de ser verdadero. Consideró á Claudia, que estaba vacilante sobre el camino que debía tomar y le espantó la terrible potencia de todo lo que le era enemigo. Pero amaba y de consiguien-

...te quería creer y ahogando su dolor entró de lleno en la batalla.

—La señora vizcondesa me hace justicia. Tengo en efecto, señor, necesidad del precioso consejo de usted para poner la India á la moda de París.

—No es muy difícil lo aseguro contestó Montperrier, en Lahore necesitaría yo más de los servicios de usted. Nosotros somos parisienses y nada más.

—Si me atreviera, diría que tiene usted razón pero París no parece bastante grande cuando se llega de la tierra.

—Ciertamente que nos faltan las riberas doradas del Ganges dijo la vizcondesa los cielos encendidos, las bayaderas danzando á la luz de la luna pero yo creía que París sin embargo era algo.

—Si que lo és y se puede decir con orgullo aunque no sin lamentar que cada parisiense viva asido á la preocupación de considerarse centro del universo.

—Yo no pensaba que estuviéramos llenos de preocupaciones ¿qué piensa usted de ese cumplimiento, Claudia?

—Usted tiene, señora, una manera terrible de presentar las cosas.

He hablado del parisiense confinado en París, y la señorita Claudia acaba de venir del campo donde ha visto muy de cerca una humanidad diferente de la del barrio de San Germán.

—El proceso de París por los pensadores? dijo desdeñosamente Montperrier. Que se me diga por qué todo aquel que piensa se vuelve hacia París esperando de París algo.

—Por desgracia no es eso ahora tan cierto como lo era en otro tiempo. Y me temo que usted y yo no estemos hablando de un mismo París.

—En el siglo XVIII el París mundano ha llamado la atención del mundo civilizado.

—Pero desde hace dos horas estamos muy lejos del siglo XVIII y de todos los siglos pasados.

—Estamos en el siglo XIX señor Deschars, interrumpió Claudia, y estamos al terminarlo, lo cual cambia el aspecto de las cosas. Yo he llegado del campo, es verdad, y allí no me encontraba mal pero aquí estoy muy bien, en verdad, y no creo que haya nada en el mundo superior á la vida de París; naturalmente que hablo de la vida que me ha tocado en suerte. Cuando sea vieja, incapáz de gozar, meditaré sobre las vanidades de la tierra; pero mientras llega ese día, todavía lejano por fortuna, sigo el último consejo de mi padrino: me abandono á mi juventud.

—Y hace usted bien, replicó Deschars porque la desgracia del París de hoy es ser viejo hasta en sus jóvenes, fatigados de no pensar ni obrar, regresados ya de todas partes sin haber ido á ninguna. Los jóvenes, señorita, son aquellos que tienen en el corazón impulsos de generosidad, los que creen, los que dan un fín noble á su vida, los que luchan contra el desencanto del mundo y rehusan en la derrota rendirse. Los viejos son toda esta juventud estrecha de cálculos bajos, de ambiciones bastardas, despedazada por la vanidad de figurar, raquítica, impotente y mala que se jacta de sus defectos como un galeote de la marca de sus cadenas. No pueden comunicar las alegrías del vivir puesto que no son ellos nada más por una lamentable y faláz apariencia de vida.

—Vamos, Deschars, dijo la vizcondesa ¿Que es lo que le ha hecho á usted nuestra juventud? Tiene usted acaso razón? El señor de Montperrier que está en la batalla dice á veces desde su altura cosas muy diferentes. Comencemos por dar el buen ejemplo y volvamos á nuestros cuadros de caridad.

Deschars se apresuró á ver á Puymaufray y le dijo su descubrimiento, las pretensiones manifiestas del joven estadista y la complicidad demasiado cierta y demasiado visible de la señora Fourchams. Montperrier tomó como punto de honor quitarle la conquista á su rival. La hermana de aquel hasta allí borrada, permanecía con la vizcondesa para cubrir la retirada. Pero Claudia no parecía dispuesta á las confidencias ni á las expansiones. Súbitamente encerrada, podían percibirse en ella preocupaciones, inquietudes y descontento. En el carruaje en que salía á pasear con la señora María Teresa, esta no podía sacarle una palabra.

El elevado desinterés de Deschars, parecía á la joven tanto más insoportable cuanto que hacía aparecer en toda su miseria la razón calculista de Montperrier. ¿Pero qué puede en un alma combatida la sola virtud de la verdad cuando todas las fuerzas exteriores se acumulan para hacerle resistencia? Deschars había salido al encuentro del mundo. Y de qué le serviría su valor? No se impondría por su genio porque los hombres de altos pensamientos solo pueden llegar por lo común á la gloria póstuma, estando mientras viven aplastados por la presión de los más fuertes. El tenia grandezas íntimas y era tal vez más bello que por todo y más digno de admiración, por el filosófico desdén que le inspiraban las contemplaciones mundanas; pero esas sublimidades apenas tenían eco en un débil corazón de mujer asediado por tentaciones constantes de alegrias inmediatas.

En cambio Montperrier, mediocre pero bien dotado, poseyendo apreciables facultades de habilidad y de elegancia, tenía la ventaja de estar al servicio de las potencias que manejan el mundo. Sin duda se le distinguía muy bajamente empujado y muy enano con sus éxitos parlamentarios, pero qué importa? un impulso superior podía dirigirle en la ejecución del mercado conyugal, en que la victoria corresponde siempre al poder del dinero.

Así hablaba la sangre de los Panetier, de la que por una ley misteriosa, Enrique pudo haber transmitido á la niña partículas sutiles, sin haber sufrido él nunca su influencia relajadora. Y esta influencia provendria de los Panetier, plebellos y rudos ó vendría de los Puymaufray nobles é inteligentes? Los últimos representantes de ambas razas habían sido reconocidamente calculadores en el mercado de almas y cuerpos, al cual cada uno llevó su parte de elementos materiales é intelectuales para la formación de la raza que debía sucederles. ¿Sobre Claudia, sobre esta criatura inocente estaría destinado que recayeran en fatal complicación los pecados de sus abuelos? ¿O la hija de Clara se encontraría como en otros tiempos su madre, firme y altiva, frente á frente de los más fuertes?

Dos poderes se disputaban esta alma: Domingo Harlé, viviente ejemplo de actividad feliz, y Enrique Puymaufray contemplativo y retardatario: éste todo amor y el otro pródigo de placeres; las elevadas abstracciones morales tentaban poderosamente la juventud de Claudia, pero desde el primer esfuerzo los atractivos del mundo cortaban el arrebato de las alas juveniles y hacian caer el alma vencida. En el corazón de su padrino la niña hallaba siempre felizmente el gran refugio y se habría abandonado al acaso ya sin las ardientes palabras de la ternura nunca desmentida ni nunca cansada de Puymaufray. ¿Quién la amaba pues verdaderamente? ¿Quién había recibido de su madre moribunda la misión de velar por ella? ¿Quién no se dejaba desanimar en su tarea de abnegación y de amor, ni por las salidas de tono de Harlé, ni por la necia frivolidad de la misma cuya felicidad se pretendía?

(Continuará.)

PAGINAS DE LA MODA.

CABEZA ALTIVA

En las inmensas y luminosas regiones del éter, donde todo ruido es harmonía y plegaria todo pensamiento, forman bandadas y círculos de adoración hermosísimas cabezas llenas de viva luz, y por luz intensa rodeadas.

De sus ojos brota la mirada serena y pura, como claridad de amanecer, en sus labios palpita la frase de oración con ese estremecido y suave rumor del árbol, cuyas ramas mueve vientecillo de Mayo; sus cabellos son como huellas luminosas que retratan direcciones de pensamientos, y su frente, que ninguna arruga cruza, ni ninguna pena mancha, tiene la majestad de la lápida de mármol en que se ha escrito la palabra «Dios,» y la gracia atractiva de la frente del niño, donde quedan los besos de una madre como los pájaros al dormirse en el nido.

Cuando la palabra creadora cae sobre esas cabezas para bajar después á convertir las nebulosas en soles y los soles en mundos, todas ellas se inclinan y un estremecimiento luminoso traduce su adoración sublime; luego, aquella luz trémula, aquel deslumbrador parpadeo se condensa en sonido y una música dulcísima rodea á las hermosas cabezas, del mismo modo que á la masa de árboles que un sol de primavera ilumina, rodea el suave rumor de sus hojas que tiemblan cerniendo al temblar la luz y envolviéndose de este modo los árboles, á la vez, en reflejos y músicas.

Sucedió que al bajar la palabra creadora todas las cabezas se inclinaron, menos una. Su altivez, su delito, trazó una línea negra en medio de aquella vivísima y deslumbradora luz; y por esa línea negra descendía rápida la cabeza altiva desde las inmensas y deleitosas regiones del éter á las prisiones y miserias de este mundo.

Unióse al llegar á él, hermoso cuerpo de mujer, y la cabeza altiva quedó prisionera en un hermoso cuello, blanco, sí, pero duro como el mármol.

Y al verificarse esa unión, los labios de la rebelde y hermosa cabeza murmuraban:

—¡No me inclinaré nunca!

***

Poderosa al principio y altiva siempre, aquella mujer de indecible hermosura, paseó por el mundo su satánico orgullo, su supremo desdén sin compadecer nunca á las víctimas ni doblar la cabeza para contemplar á los que se rendían á su belleza ó á su imperio.

Persiguiéronla después en apretado haz las adversidades, y cuanto más le afligía la desgracia, más se erguía aquella cabeza hermosa y rebelde.

Desde los esplendores de un trono cayó en la lobreguez de una prisión, y para saciar en ella su ira sin límites, determinaron sus persecutores que el carcelero afligiese á aquella desgraciada mujer con la más brutal de las injurias.

Todas las pruebas, todos los martirios, todos los horrores no pudieron hacer que su soberbia desmayase, que su cabeza se inclinara.

Mas transcurrido un año de prisión, la infeliz, en la miseria de la cárcel, dió vida á una desdichada criatura; y así como la tenía en su regazo con esa cariñosa y solemne actitud de las madres que parece que á la vez amparan y acarician, el niño lloró.

Quebráronse rápidas durezas del mármol en el cuello de aquella mujer, y la hermosa y altiva cabeza se inclinó por vez primera para dejar un beso.

Y de ese modo, quien fué de ángel rebelde á Dios, quien de mujer desafió las iras y las persecuciones de los hombres, de madre se rindió á su hijo y todo le fué perdonado.

TRAJE PARA REUNIÓN

TRAJE DE CASA

En la civilización moderna, cultivar las ciencias es más necesario quizá para el estado moral de una nación, que su prosperidad material.

PARA QUITAR LAS MANCHAS.

He aquí una excelente fórmula para quitar las manchas de grasa de los géneros. Mójese la parte manchada; tómese después un trozo de magnesia; mójese esta también y frótese vigorosamente la mancha. Déjese en seguida secar y quítese el polvo que se quedó adherido al trapo. Toda mancha habrá desaparecido.

Las manchas producidas por el aceite de petroleo ó la esencia mineral se evaporan sin dejar huella alguna, simplemente exponiendo la tela al aire. Para las manchas de lodo, el mejor medio es el lavado, pero si resisten, se disuelve una yema de huevo en una pequeña cantidad de agua tibia y se enjabona con esa mezcla la parte manchada.

TRAJE DE PRIMERA COMUNION

TRAJE DE LANA.

TRAJE DE SEDA ROSA

BABERITO PARA NIÑOS

DELANTAL DE GÉNERO BLANCO

NUESTROS GRABADOS

TRAJE PARA REUNIÓN.

Este traje está hecho de un género blanco delgado. La blusa lleva en la parte delantera en ambos lados adornos de cinta de Atlas, de dos centímetros de ancho.

Tiene una berta, que forma cuello ancho y acaba en el talle en punta

El cuello es Médicis y va adornado de encaje.

El cinturón es de listón ancho y tiene un moño grande atrás.

La manga es angosta, está adornada con un entredos y á la orilla lleva la cinta plegada.

La falda de cada lado del delantero tiene tres vueltas de esta cinta fruncida.

TRAJE DE CASA.

Este traje es de género de lana. La blusa es abierta por delante y lleva pechera blanca con cuatro botones. El cuello blanco forma Médicis y se usa corbata blanca.

El cinturón es de cuero y lleva hebilla ancha.

La manga es angosta y tiene un olán en la parte de arriba.

La falda es sencilla, solo está adornada por una tira de género escosés, como verán nuestras lectoras en el grabado.

TRAJE DE PRIMERA COMUNIÓN.

Este sencillo y elegante traje que esperan las niñas con tanto entusiasmo, es de género blanco de linón fino.

El corpiño tiene siete vueltas de alforzas anchas y el talle está plegado, dejándolo caer un poco sobre el cinturón. Este es de moiré y del lado izquierdo lleva una bolsa de seda con moños de listón.

La manga es angosta y tiene dos olanes y en la parte inferior lleva una ruche de encaje muy plegada lo mismo que el cuello.

La falda es sencilla, sólo está adornada por seis alforzas anchas.

TRAJE DE LANA.

El corpiño está adornado por tres tablas de cada lado y en la parte de arriba con dos botones.

El cinturón es ancho y de cuero con hebilla grande.

Este corpiño puede llevarse con cuello y puños blancos postizos:

La manga es enteramente lisa y ésta misma figura globo

La falda es derecha y no lleva ningún adorno.

TRAJE DE SEDA ROSA.

Este traje es verdaderamente sencillo y chic.

La Berta del corpiño es de encaje y cae en punta por delante. Al rededor tiene un olán del mismo género y abajo de éste uno de encaje.

El cinturón es de listón y lleva un moño á un lado.

La manga es angosta y lleva tres olanes con un encaje angosto á la orilla y en la parte inferior un olán de seda.

El cuello forma Médicis y es de un ancho de cuatro centímetros.

La falda en la parte inferior está adornada con un olán doble de seda, y arriba de éste tiene un entredos de encaje.

BATA PARA CAMISA DE SEÑORA.

Esta bata es hecha de género de lino, á la orilla está ondeada y bordada con puntada de ojal. Al rededor tiene unos botones de rosa y en el centro un ramo lleno de botones. Esta bata puede ser hecha de diferentes dibujos.

La manga es ancha y lleva los mismos adornos que la bata.

BATA CON MONOGRAMA PARA CAMISA DE SEÑORA.

La bata á que nos referimos es de encaje figurando tejido de orquilla. En el centro se le pone el monograma ó bien á un lado.

La manga está hecha con la misma bata y está adornada lo mismo.

Se le puede hacer bordada ó de gancho.

BABERITOS PARA NIÑOS.

Este baberito á la vez de ser muy elegante es muy sencillo. Es hecho de gancho, figurando un corselete, en cada hombro lleva un lacito de listón.

DELANTAL PARA CANTINA.

Este delantal es de género blanco, el peto forma blusa en la parte de arriba y tiene una berta de alforzas. En el talle tiene un cinturón del mismo género, que termina en un moño grande atrás.

La falda de este delantal tiene dos alforzas en la parte inferior.

BATA PARA CAMISA DE SEÑORA
BATA CON MONOGRAMA PARA CAMISA DE SEÑORA

CANDELABRO NORUEGO DE PARED.

Es de bronce, y su origen es Noruego. Se le utiliza en los comedores, y en los salones de fumar y tiene una forma ochavada.

La placa está pintada con diversos dibujos como lo demuestra el grabado.

En el centro de esta placa hay un reflector y en la parte superior se coloca una placa igual á la que acabamos de describir, pero más chica.

En la parte inferior de la placa se colocan dos candelabros, cuyas luces dan muy buen reflejo y alumbran una pieza perfectamente sirviendo al mismo tiempo de un bonito adorno.

VESTIDO PARA NIÑO DE 10 Á 12 AÑOS.

Es de paño asargado y consta de tres prendas: pantalón, chaleco y saco redondo. Este último tiene la particularidad de una elegantísima solapa y dos órdenes de bolsas con cantineras. El pantalón lleva dos cintas de terciopelo en las costuras exteriores de cada pierna. Es un lindo modelo muy á propósito para la estación.

GRUPO DE TRAJES PARA SEÑORITA.

Vease desde luego el elegantísimo bolero que aparece en primer término.

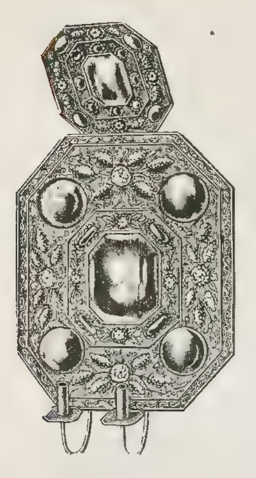
Demasiado abierto lleva los bordes del coselete bordados de pasamanería, una elegante gola ligeramente abierta guarneciendo el cuello, y dos órdenes de bordados de pasamanería en la espalda. Un lazo de raso cierra graciosamente el bolero.

Un traje de vichy, para casa, en forma de bata, ocupa preferente lugar en el modelo. Está ceñido por una sencilla cinta del mismo género y lleva una capelina sencilla y un escapulario gracioso. Acompaña á este modelo una chaqueta de sarga para primavera sin más adorno que un orden de botones de acero, dos órdenes de alforzas sencillas, un cuello con reminiscencias de Médicis, y un orden de botones en cada manga.

ELEGANTE CAMISA DE HOMBRE.

De puro lino con aplicación completa de corbata y puños.

Muy sencilla de hacerse y de muy bonita forma.


CANDELABRO NORUEGO DE PARED

TRAJE PARA LA CALLE.

El traje de que vamos á hablar es de cachemir azul. El corpiño está abrochado bajo el brazo izquierdo, y está fruncido del talle. De cada lado lleva tres vueltas de listón con dientitos formando bolero.

El cuello es de diez centímetros de ancho y en la parte de atrás tiene un moño grande de listón.

El talle lo forma una cinta de diez y ocho centímetros de ancho y termina también con un moño grande atrás.

La manga es angosta, tiene en la parte de arriba dos olanes, en la del antecodo tres vueltas de listón y la parte inferior forma pico.

La falda es derecha y sin adornos.

CANASTA MOISÉS

La canasta tiene treinta centímetros de alto, cincuenta de ancho y noventa y seis de largo

Para hacer esta canasta se utiliza tul blanco con encajes sobre satín de color.

El copete tiene forma de una gorra; al derredor lleva un olán de encaje plegado y en el centro un moño de listón.

ADORNO PARA CUARTO DE CABALLEROS.

Está compuesto de una placa de madera de un centímetro de grueso, teniendo un ancho de cincuenta centímetros por setenta y cinco de largo y en la parte de atrás lleva un gancho para colgarse.

A la distancia de dos centímetros del borde, se hace el dibujo que demuestra el grabado.

En medio de este cuadrado se pinta la cabeza de un venado ó de cualquier otro animal.

El fondo de la placa se pinta de color guinda, y así resalta el dibujo, quedando completo el adorno adecuado para un cuarto de caballero.

DIBUJO SOBRE UNA MESA.

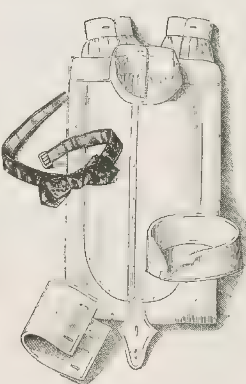
Para hacer los dibujos que nuestro grabado representa en pintura sobre una mesa se recomienda que ésta tenga un largo de noventa y tres centímetros por cuarenta y cinco de ancho.

El espesor de la mesa debe ser grueso para que los diversos dibujos salgan bien Los bordes de la mesa para que los dibujos resalten más van pintados de color de oro.

TRAJE DE CALLE

GRUPO DE TRAJES PARA SEÑORITA

TRAJE PARA NIÑO DE 10 Á 12 AÑOS


CAMISA PARA HOMBRE

Los juegos de Sociedad.

PROVERBIOS

Sin duda interesará á nuestras lectoras que les digamos algo relativo á los juegos de sociedad. Estos no siempre son juegos de ingenio. El ingenio no entra en ellos sino cuando uno se propone hacerlo entrar. La mayor parte de estos juegos son demasiado ingeniosos, habiendo empero algunos muy espirituales. Por lo demás no hay que ver en ellos más que un pretexto para divertirse en buena compañía y como una ocasión para proporcionarse una distracción saludable.

Deben iniciarse los juegos de salón entre jóvenes y señoritas, procurando que sean demasiado numerosos.

Algunos de esos juegos demandan presencia de espíritu y no sería malo habituarse á ellos, pues son para los jóvenes un buen aprendizaje de ingenio.

Nótese sin embargo, que el éxito que puede obtenerse en este género no constituye el *esprit* verdadero; basta mas bien para habituarse á ser oportuno.

Como en todo lo que se hace en sociedad hay que saber tener arte en los juegos, aún cuando sean *inocentes*, como suele llamárseles, por

CANASTA MOISES

más que á veces no lo sean. Es preciso portarse como la mayoria, sin mostrar jamás ni tédio ni despecho, y es muy agradable, tanto para sí mismo como para los otros, conocer un poco todos los fuegos y tener cierta habilidad para ellos. En los juegos hay siempre uno á quien toca hacer el papel de victima Este debe portarse afablemente y sobrellevar de buen talante las vicisitudes del caso. Es la mejor manera de divertir y divertirse.

Y ahora vamos á dar detalles sobre un juego poco conocido en México y que es sumamente agradable. Se llama el *Juego de los Proverbios y es como sigue:*

Una persona de la Sociedad se retira. Se escoje entonces un proverbio que tengan tantas palabras como personas que están presentes. Cada uno toma una palabra en seguida; por ejemplo si son cinco: *á buen gato buen ratón*; empezando de izquierda á derecha.

La persona designada vuelve y propone á cada uno de los presentes una cuestión de su elección; la interrogada debe poner en su respuesta la palabra que le tocó en suerte. Esto requiere algunas veces cierta finura porque hay que colocar la palabra sin llamar la atención.

Suponed que os han preguntado por ejemplo: *¿ama usted la música?* y que teneis que colocar la palabra *rata* del proverbio que os tocó en suerte; como veis no es muy fácil deslizarla oportunamente y está uno obligado en ese caso á iniciar un largo monólogo para llegar á encuadrar la expresión de manera que parezca natural.

Acabado el turno de las preguntas, se dan tres golpes en el suelo y todos gritan su palabra al mismo tiempo, lo que produce una cacofanía que impide al paciente entender una jota. Es en vano que trate de asir una sola sílaba que pueda ponerlo sobre la pista, para adivinar el proverbio. Se comienza de nuevo, una, dos voces, y esta es la fase más divertida del juego, sino la más espiritual.

Este juego no está muy extendido y garantizamos el éxito á todos aquellos que lo introduzcan en un salón donde no es conocido.

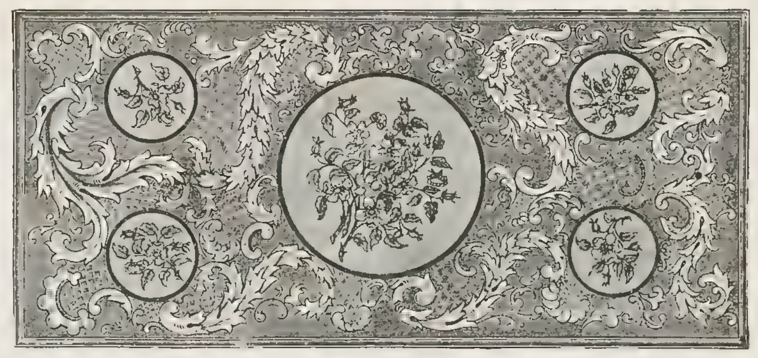
Todos estos juegos de ingenio no pueden tener lugar sino entre intimos amigos, porque un extraño tiene muchas probabilidades de ponerse en ridículo Bien arreglados; entre gentes de buena educación, con las cualidades requeridas, constituyen un pasatiempo agradable y divierten en sumo grado.

Un niño y una niña estaban embobados ante un cuadro que representaba la creación, en el cual Adan y Eva aparecian desnudos.

La niña más curiosa ¡mujer al fin! preguntó á su hermanito:

—Ricardo, ¿cuál de los dos es el marido?

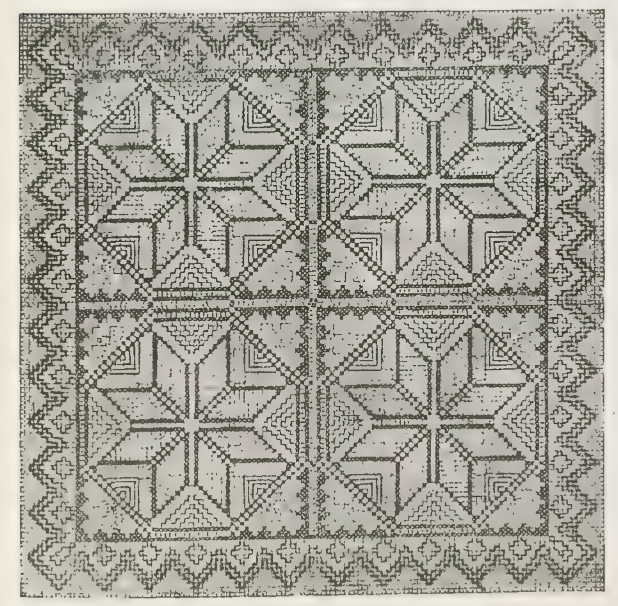
—¡Qué cosas tienes, tonta! ¿Pues cómo he de conocerlo si no están vestidos?



CUBIERTA DE MESA PINTADA

TEJIDO DE GANCHO

ADORNO PARA CUARTO DE CABALLERO



TAPETE PARA BURÓ.

DETALLE DEL TAPETE

Notable Doctor en Cirujia Dental.

Justo es reconocer el mérito en donde existe y conveniente para el público saber en quien puede encontrar alivio á sus sufrimientos. La gratitud que se profesa al Cirujano de que hoy nos ocupamos, ha hecho que al querer uno de sus clientes significársela de una manera pública, lleguen á nuestro poder algunos apuntes biográficos del Doctor Adolfo A. Price.

Dicho Doctor es jóven, pues nació en la capital de Rusia, San Petersburgo, el día 15 de Julio de 1858. Siendo él un niño, sus amables pad. es se transladaron á Estados Unidos de América, y en Filadelfia, hizo el completo de sus estudios preparatorios y obtuvo luego en la distinguida Facultad Dental de esa ciudad, su título profesional, después de merecer unánimes aprobaciones en todos sus cursos. Pasó luego á Nueva York, de cuya escue.a también obtuvo el título de Cirujano Dentista, y practicó al lado de positivos maestros, en ciencia tan delicada.

El carácter viajero del señor Price, le hizo hacer á un lado el lucro y se dedicó á recorrer casi el mundo entero. En los lugares donde se ha detenido para ejercer su profesión, ha merecido calurosos elogios. Así lo vemos por las publicaciones periódicas que tenemos á la mano y de las que sólo citaremos algunas y no todas, por no permitírnoslo las estrechas dimensiones de un artículo de la índole del presente.

El Eco del Comercio de Mazatlán, decía el 13 de Abril de 1889 entre otras cosas: «nosotros que tan avá«ros somos para hacer recomendaciones, por las que «del hábil dentista Señor Price, han publicado periódi«cos caracterizados, nos vemos en el caso de hacer «una especial que nos agradecerán aquellos de nues«tros lectores que necesiten de ese Médico especia«lista.»

«*La Gaceta Jaliciense* dice......... «Deseosos de no « aparecer como llevados de la primera impresión qui« simos que el tiempo nos dijera exactamente si el Doc« tor Adolfo A. Price, era ó no acreedor á la fama y « recomendación que trajo cuando llegó á esta ciudad. « Algunos meses cuenta ya en Guadalajara y hemos « tenido oportunidad de admirar algunos de sus tra« bajos y las operaciones practicadas por él, operacio« nes que nos han demostrado que el Sr. Doctor Price, « es un inteligente Dentista. La sociedad cuya sensa« tez, no ponemos en duda, sabrá estimar la inteligen« cia y conocimientos que en el arte dental poseé el « caballero á quien venimos mencionando.»

Las Noticias diario de Guatemala, dice el 4 de Oc« tubre de 1892: Está de paso en esta ciudad en su via« je á Europa, el distinguido Doctor Adolfo A. Price,

Doctor Adolfo A. Price

« cirujano dentista. En los trabajos que ha practicado « aquí tan reputado Doctor, nos consta que ha demos« trado ser habil operador. Deseámos por bien de los « pacientes, que prolongue su permanencia entre no« sotros.»

"*El Valiente* periódico de León de fecha 11 de Octubre de 1891 dice: "El apreciable caballero, Adolfo "A. Price, cirujano dentista afamado, acaba de llegar "á esta ciudad. Tenemos magníficos antecedentes del "Dr. Price y por ello lo recomendamos á nuestros "amigos y al público en general."

En Centro América mereció elevadas distinciones y elogios, los que, por no ser difusos omitimos; limitándonos á citar algunos periódicos de los principales que los contienen. *El Bien Público* de Quetzaltenango, *Diario Oficial de Caracas* Venezuela en 1879, *Periódico Oficial del Brasil* en 1892; en Colón, República de Colombia en Febrero de 1895, encontramos en *The Colón Telegram*, una de esas menciones que por concretas, son más significavas y más aún en redactores sajones, dice así: "The Dr. Adolfo A. Price Surgeen Dentist, has don dental work for many persons here who have espressed themselvs as being highly pleased wiht his skill and efficiency."

Así sucesivamente vamos encontrando en la prensa universal, citas á este tenor y llama la atención en la de la Habana principalmente, el *Diario de la Marina* y *La Lucha* del año de 1887, en cuyas publicaciones se halla el aplauso más entusiasta por el hecho siguiente: Una enferma, había sido ya tratada por varios facultativos, sin obtener el alivio que buscaba á cruelísimos dolores que sufría por tener invadido por la cáries el maxilar inferior. Ocurrió con el Doctor Price, y este cirujano logró extirpar la parte dañada, evitar la propagación de mal tan corrosivo y sustituyó dicho maxilar, con uno artificial de plata, con el que la enferma se encontró muy bien y aliviada completamente.

Con los hechos relatados, creemos dar testimonio ámplio de las aptitudes del notable cirujano de que nos ocupamos. Actualmente reside en Zacatecas, en dónde ha sido estimado en su valer, como hábil y entendido en su arte, por las principales familias de aquella culta sociedad, así como por las eminencias médicas de la misma Capital, á quienes ha operado con éxito lisongero.

Deseamos que el Señor Doctor Don Adolfo A. Price, ponga término á su espiritu viajero y que radicando su gabinete en la Capital de la República, sea estimado y distinguido como lo merece.

EL MUNDO.

TOMO I. MEXICO, MARZO 13 DE 1898. NUMERO 11

La Perla de S. Juan.

POR VILLASANA

LA SEMANA.

SUMARIO.—Aniversario de la muerte de Barreda.—La muerte de Cavalloti.—El duelo es una abominación. —El suicidio por deber.—Los marinos franceses en México.—"La Revoltosa."—La muerte de Frascuelo. —Corrida fúnebre.

Con una peregrinación piadosa á la tumba del maestro y con una brillante velada, conmemoraron los discípulos del eminente pensador Gabino Barreda el aniversario de su muerte. Los discípulos de Barreda son legión; maestro en toda la extensión de la palabra, fundador entre nosotros y propagador de una nueva filosofía y de un nuevo criterio, supo, y cuán pocos lo logran! no solamente inculcar en los espíritus fórmulas y teoremas, principios y reglas, sino tambien imprimirles un nuevo impulso, una orientación diferente y mejor, abrir para el pensamiento nacional un cauce nuevo, emanciparlo de antiguas rutinas, abrirlo á los cuatro vientos de la ciencia moderna y de la nueva filosofía, y proveerlo de una brújula segura que señala invariablemente, como norte, la Verdad y el Bien. Y supo y pudo hacer más; impregnarlos de amor al trabajo, á la virtud, á la humanidad; enseñarles el culto del Progreso; ponerlos al servicio de la Justicia y de la Libertad y hacerles inscribir en su bandera la fórmula sagrada: "*El amor como principio, el orden como base, el progreso como fin.*"

Desde entonces, sin previo acuerdo, sin concierto esplícito, sin congregarse en lógias bajo un ritual masónico, sin confabularse en antros bajo una disciplina de conspiradores, sin encerrarse en claustros bajo severas reglas monásticas, solos, independientes, animados del mismo impulso, inspirados en la misma fé, fortalecidos por la misma esperanza, los discípulos, diseminados por todo el país, predican la misma buena nueva, generalizan el mismo criterio, practican las mismas virtudes y continúan modestamente la obra gloriosa del maestro.

La ceremonia, modesta, pero altamente significativa, no fué sino una continuada manifestación de amor y gratitud. Aquel apóstol supo cegar en sus discípulos los manantiales obscuros y turbios de donde brotan el odio, la envidia, el instinto de la venganza y por eso las expansiones del corazón en aquel solemne momento fueron todas puras, nobles y elevadas.

Así deben ser venerados los hombres buenos, olvidando que tuvieran enemigos, rivales y adversarios y que sus doctrinas encontraron resistencias y obstáculos que parecían insuperables. El porvenir dirá si Barreda predicó la verdad, el bien, la justicia, si encarriló ó descarrió al espíritu nacional, si abrió al pensamiento nuevos horizontes y orientó la actividad hacia fines laudables; pero una justicia puede desde luego hacérsele, que formó, no solo inteligencias vigorosas y bien armadas, sino corazones virtuosos y buenos, ciudadanos pacíficos que aspiran á la conquista evolutiva y no revolucionaria del progreso, colaboradores de toda obra de justicia y de paz, capaces de debilidades pero no de crímenes, accesibles á la clemencia y al olvido del mal que se les pueda hacer, y que en aquella generación que según los pesimistas parecía estar condenada al vicio, á la abyección, á la anarquía y al crimen revolucionario, se reclutan hoy los hombres más virtuosos, los de menos tachable conducta, los sostenedores más decididos de un régimen de paz y de prosperidad, los más ardientes liberales y los más sinceros y acrisolados patriotas.

Solo esto basta para hacer á Barreda grande y para que sea su memoria imperedecera.

***

El duelo salvaje en que encontró la muerte Cavalloti, el poeta inspirado, el pensador profundo, el político activo y el patriota ardiente, es el fallo más contundente, el más decisivo, el menos apelable que haya podido formularse contra la abominable institución del duelo. Cuando Emilio de Girardin dió muerte, tambien en duelo, á Armando Carrel, quedole para el resto de sus días un resabio de amargura, un intenso remordimiento que no pudo extinguirse; juró no volverse á batir y hasta se dejó una vez abofetear en público sin enviar testigos á su agresor.

Cuáles no serán el remordimiento y la tortura moral del matador de Cavalloti! Armando Carrel era joven, brillante, talentoso, ardiente, mil veces estimable y de gran porvenir; pero Cavalloti era una gloria humana, su inspiración había esmaltado de obras maestras no solo la literatura italiana sino la literatura universal; su obra política era considerable y su esfuerzo patriótico inmenso en bien de Italia; es pues irreemplazable y la gloria de haberse batido con él y de haber truncado aquella brillante existencia debe convertirse en vituperio y anatema para el matador.

Cavalloti y su adversario eran amigos, se amaban y se estimaban, gustos y preferencias les eran comunes, habian soñado en los mismos ideales y se habían enamorado de las mismas ilusiones, habían compartido el pan y la sal en la misma mesa, se habían consolado en sus tristezas, sostenido en sus desfallecimientos, aconsejado y ayudado en sus apuros y en sus dificultades; estaban llamados á combatir en el mismo campo bajo la misma bandera, á defender cada uno la vida del otro, á llevar el uno, bañado en lágrimas, los despojos del otro á su última morada, á ser sostén de la viuda, consejero y guía de los huérfanos y á prolongar más allá de la tumba la amistad y la fraternidad que los unía.

Surge una divergencia política, se cambian en la prensa frases impertinentes y palabras duras y un vicioso y vituperable concepto del honor y del deber arma su brazo, caen el uno sobre el otro encarnizados, ciegos, furiosos como fieras hambrientas y Cain da muerte á Abel. Es la espada del hermano la que ha cortado el hilo de aquella existencia fecunda y preñada de promesas; un corazón generoso ha dejado de latir, un cerebro luminoso ha extinguido las fulguraciones de su genio y las palpitaciones de su numen; ya no más versos armoniosos, ni imágenes bellas, ni metáforas esplendentes, ni cantos patrióticos, ni idilios amorosos, consuelos de nuestra miseria, estímulos de nuestra actividad, reposo de nuestra fatiga, compensación de nuestros dolores; no más ideas profundas, lucubraciones brillantes, polémicas fecundas, investigaciones reveladoras; por una vena abierta se ha escapado toda una vida y con ella se ha evaporado todo un genio.

Placer de salvaje el de romper el ánfora que encerraba perfumes; placer de ratero el de machacar la joya delicadamente cincelada y comprar con su oro un poco de fama pública y de mala embriaguez de triunfo; placer de loco el de destruir la delicada maquinaria y con ella su labor fecunda y preciosa.

La humanidad debe un inestimable servicio al asesino, el haberla privado de un grande hombre. Pero Cavalloti es también un delincuente y no ha recibido sino lo que merecía. No pudieron las alas de su genio elevarlo más allá de los odios mezquinos, de las bajas preocupaciones, de las ridículas supersticiones de los hombres vulgares; no pudo el prestigio de su posición y de su mérito personal hacerle invulnerable al insulto gratuito, á la imputación calumniosa, á la injuria violenta; no bastó su talento para hacerle discernir el verdadero del falso honor, para indicarle las verdaderas rutas del deber cívico y las verdaderas metas del deber moral, para hacerle percibir la superioridad del valor civil sobre todas las formas del valor, y atolondrado y aturdido, lo cual es criminal en un hombre superior, aceptó el reto, acudió al combate y el destino inexorable lo castigó de muerte.

Tan cierto es así que somos siempre las víctimas de nuestros errores y de nuestros vicios. No pedemos compadecer á Cavalloti; pero damos el pésame á su matador y á Italia. Son ellos quienes más han perdido.

***

No menos trágica, si bien por distinto motivo, ha sido la muerte del Jefe Político Guevara en Sinaloa. Ofuscado por un falso concepto del deber, no habiendo podido dar caza á asesinos famosos y que la sociedad tiene el mayor interés en aprehender y castigar, Guevara, encargado de su captura, se cree deshonrado, juzga, equivocadamente, que no es digno de la confianza de sus jefes y de la estima social y se da la muerte para purgar un delito que no ha cometido, para expiar una falta imaginaria, para dar una satisfacción inútil á una sociedad no agraviada.

Para juzgar de la moralidad de semejante hecho basta tan solo generalizarlo. El fracaso, en esta vida, es la regla; el éxito, la excepción. Si todos los funcionarios pundonorosos, delicados, que han vinculando su honra y su prestigio en el cumplimiento de sus deberes, desertan y emprenden la fuga en el primer desastre; si el general amerita-do se da la muerte en la primera derrota; si el abogado que no alcanza sentencia favorable; si el médico que pierde un cliente, si el ingeniero á quien se derrumba la construcción, deben morir, ¿dónde encontrar funcionarios, empleados, obreros, médicos ó abogados á no reclutarlos entre hombres sin conciencia, sin pudor, sin dignidad y sin virtud? El ejemplo que todos debemos dar á todos no es el de saber morir cuando sobreviene la desgracia, sino el de saber vivir en la adversidad, el de querer luchar contra la desgracia, el de no dejarse vencer por el desaliento, el de saber desafiar á las furias y el de jamás escapar al combate aun cuando sea por la puerta del sepulcro.

Menor daño hacen el soñador romántico que se suicida por hastío; el desengañado que se mata por amor, que el funcionario íntegro y honrado, que se aniquila por un falso concepto del deber. Suicidios sublimes el del bombero audáz que se precipita en la hornaza para salvar á la mujer ó al niño; el del soldado heróico que prende fuego á la pólvora y vuela haciendo volar al enemigo; el del viejo marino que se lanza en el bote de salvamento á auxiliar á la tripulación náufraga; el del médico que se encierra en el foco de infección para asistir á sus semejantes. Hay más grandeza que en vencer en saber ser vencido, y la deserción será siempre uno de los más feos delitos.

***

La Colonia francesa está de plácemes. Dió en estos días hospitalidad al contra almirante Escande, viejo lobo de mar, y á la brillante oficialidad del «Dubordieu» y se afanó por hacer grata, y lo consiguió, la permanencia de sus marinos entre nosotros.

No puede ser menos; grande y brillante ha sido el papel que la marina francesa ha venido representando en estos últimos tiempos y especialmente en los memorables y trascendentales sucesos de Cronstadt y de la alianza franco rusa. A las glorias de un pasado envidiable, la marina francesa une los lauros conquistados no solo en los últimos sucesos coloniales y diplomáticos de estos días, sino cosechados también en medio de las calamidades que afligieron á Francia hace ya veintiocho años.

No hay más que una voz elogiosa para ponderar el valor heróico, la admirable disciplina, el culto al deber y la pericia militar de las tropas de marina que cooperaron á la defensa del territorio invadido, cualidades tan difíciles de conservar en medio del naufragio del ejército de tierra. Aquellos marinos, casi legendarios, conservaron su serenidad en medio del desastre, su fe en medio del desencanto general, su disciplina en el seno de la revolución, su ciencia ante la ciencia del adversario, su valor en el pánico. Al pié de sus cañones, estoicos y resueltos, hicieron frente á todas las adversidades, pelearon bajo granizadas de balas y tempestades de metralla, protegieron todas las retiradas, custodiaron y defendieron los escombros de todas las fortalezas, guarnecieron las ruinas de todas las plazas bombardeadas y mantuvieron en alto y sin dejarlo caer el honor militar y el prestigio guerrero de Francia.

Por eso son las hijos mimados de la Patria: por eso son venerados y aclamados y por eso la Colonia francesa de México, los agasaja y los mima y les tributa merecidos honores; son no solo la honra de la Francia, son también elemento capital de su gloria y de su prestigio en el porvenir.

***

Arcaraz entra por el aro; «La Revoltosa» es una especie de *mea culpa*, de *amande honorable*, de tanda de ejercicios en desagravio del arte y en expiación de sus muchas culpas como empresario. Festiva y alegre en la forma, con una música tendenciosa y agradable, «La Revoltosa» es una pieza decente, bien hecha, digna de verse y capáz de contentar á todo el mundo. Pueden asistir á ella todas las clases sociales, todas las edades, todas las inocencias y puede satisfacer todas las exigencias.

El público gusta de ella en extremo; cada representación es un lleno y bastaría, bien que no sea fácil encontrar otras de esa factura para redimirnos de «Las Señoritas Toreras» y otras obras de ese jaez.

***

Y á propósito de Señoritas Toreras, tenemos el sentimiento de participarles que el maestro Frascuelo ha muerto. ¿Por qué no le organizan una corrida fúnebre? Tendría éxito.

López I.

Política General.

RESUMEN. Otra vez la cuestión de Oriente.—Rumores de complicaciones y nubes de dificultades.—El empréstito chino y la ambición de las potencias.—El derrumbamiento del Imperio.—El amor y el interés.—General angustia.—La paz armada y el porvenir.—Ansiedad en todas partes.—Conclusión.

Aún no se desvanecen las nubes que la ambicion ha amontonado en el extremo Oriente, y á cada relampagueo de la tormenta, se ven claramente á las potencias occidentales frente á frente, dispuestas á romper la trabajosa paz, si la presencia de sus colegas es un obstáculo á sus planes de engrandecimiento, con mengua del desahuciado Imperio Celeste.

No ha mucho declarábamos, ateniéndonos á las últimas noticias recibidas, que la complicada cuestión entraba en un periodo de relativa calma, pensando que cada cual de los interesados había realizado sus designios. Rusia estaba en posesión de Puerto-Arturo, dominando todo el golfo de Petchilí y adueñándose de la Mandchuria, donde extendía su red de acero por medio del ferrocarril de Vladivostock; Alemania era pacíficamente dueña de la Bahía de Kiao-Chao, con todo el territorio adyacente; Francia enviaba sus soldados á las islas vecinas de su colonia de Tonquin, para seguir el mismo camino que le han marcado Rusia y Alemania, y la Gran Bretaña se veía como su aliado el Japón, expuesta á perder los últimos restos de su influencia en los mares orientales.

S. S. bendiciendo á los peregrinos

***

Son tan distintos y variados los informes que se dan sobre el famoso empréstito de China, entregado unas veces á merced de los banqueros moscovitas auxiliados por la inagotable riqueza de Francia, concedido otras á los comerciantes alemanes que cuentan con las cajas de los Bancos ingleses, que es difícil decidir, contando sólo con la información palpitante y impresionista de cada día, de parte de quién se inclinan los que manejan la política y los intereses del Celeste Imperio.

Y esa decisión tiene que ser de altísima importancia para lo porvenir, pues las dificultades financieras de China se irán embrollando cada día, su insolvencia se hará cada vez más manifiesta, haciendo que el empréstito de ahora se convierta en semillero de reclamaciones para lo futuro, que el acreedor, que abre hoy con mucha munificencia sus cajas y pone á disposicion del Imperio sus tesoros, se convierta en no lejano día, apoyado por la fuerza, en reclamador violento que ha de querer pagarse con posesiones territoriales las sumas invertidas y las rentas no saldadas.

***

Nadie puede prentender que por cariño y simpatía se disputen las naciones el favor del empréstito chino; imposible suponer que platónicamente quieran salvar al erario chino de la bancarrota libertándolo de la tutela que sobre él ejerce el triunfador Japón, mientras no cobre la indemnización correspondiente á sus pasadas espléndidas victorias. Tienen que considerar por necesidad, por cuenta propia, que la mano que hoy tienden al acuitado Hijo del Cielo, en su conmiseración, no va guiada por sentimientos filantrópicos, sino que sus movimientos preparan con astucia las invasiones futuras.

Incapaz China de saldar sus compromisos pecuniarios por esfuerzo propio; impotente para organizar en una nación fuerte y poderosa esas informes agrupaciones de pueblos y de razas, unidas al trono por débiles lazos, dirigidas por mandarines ambiciosos, siempre preparados á la rebelión y á medrar en su propio beneficio; incapaz de amalgamar en un mismo sentimiento de patria y de virtud sus millones de súbditos esparcidos sobre la haz de sus inmensos territorios, el vasto imperio asiático abre sus puertas á todas las ambiciones, y está destinado á seguros repartimientos en el litoral y á formaciones ciertas de Estados fragmentarios, desprendidos de ese coloso falto de la vida y el movimiento con que se constituyen las grandes nacionalidades.

***

Por eso es la competencia abierta entre las potencias occidentales y el Japón para *favorecer* á China; por eso se disputan la primacía en la emisión de los empréstitos; por eso se empeñan en asentar la planta en su territorio, como acaba de hacer Alemania, ó en extender sus dominios, como pretenden las demás naciones interesadas en el reparto.

Mírase Inglaterra cada vez más sola en sus operaciones; pálpanse sus fracasos repetidos en todo lo que intenta para su beneficio; nota que el prestigio se escapa al partido conservador, ahora en el poder; y aun siente que ya podría haberse efectuado un cambio en la dirección del Estado, si los liberales, que ahora se sientan en la banca de la oposición, contaran con algunos siquiera de aquellos genios batalladores que se agrupaban al rededor de la bandera de Gladstoen si tuvieran los elementos activos, que en otro tiempo han hecho del partido una fuerza impulsiva siempre en acción, en pro del gran programa que ha informado siempre la política inglesa. Pero no habiendo nada de eso, careciendo de caudillo propiamente dicho el partido liberal, Lord Salisbury se impone, y triunfa en el parlamento, aunque se vea que á su fracaso en el Oriente europeo, dejando abandonada á Grecia, irredenta á Creta, desolada á Armenia y agitada con agitaciones panslavistas á Bulgaria, se sigue un fracaso en el Oriente asiático, donde se mira pospuesta á sus rivales y competidores.

De ahí toman orígen los repetidos rumores, que á cada paso anuncian la existencia de una alianza ofensiva y defensiva entre el Japón y el Imperio Británico, á la que algunos añaden con raro fundamento, tratados secretos con los Estados Unidos. Si existe esta triple alianza, destinada á equilibrar la cordial inteligencia manifestada actualmente entre Rusia, Francia y Alemania, para decidir los destinos futuros de China, muy pronto lo habremos de saber; pero entre tanto, hay que hacer notar el aislamiento de Inglaterra, que aunque se empeñen en llamarlo espléndido, no deja de ponerla en una situación desventajosa, en estos momentos precisos en que la concurrencia es más sangrienta, las rivalidades más palpitantes, las envidias más acres y las circunstancias más ocasionadas á producir un rompimiento general por causa del embrollo chino.

***

Todos los espíritus están suspensos y ansiosos de encontrar una solución satisfactoria al fatídico problema que se alza amenazador allá en las ingratas costas del Mar Amarillo, todos se estremecen al pensar que de allí puede partir la chispa que encienda la guerra universal.

Y la ansiedad crece, el anhelo se hace punzante, al considerar que la situación interior de los pueblos europeos nada tiene de tranquilizadora; se sienten los crujidos y los estremecimientos en este edificio de la paz tan trabajosamente erigido; se escuchan los clamores contra una situación violenta, que ni siquiera ofrece las terribles soluciones que á veces puede dar la guerra declarada, y todos en medio de su angustia vuelven al cielo los ojos buscando el iris salvador. Francia se siente sacudida por las agitaciones antisemíticas y las ordinarias pero trascendentales que preceden á las elecciones generales; el Imperio Austro Húngaro está atacado de disgregación y mira desmoronarse su institución secular; Italia se lamenta de la situación financiera en que la ha colocado la paz armada y sus fracasos últimos en las colonias africanas; Alemania oye los silbidos del socialismo que amenaza la constitución del Imperio; España mira en el horizonte la nube negra de una guerra colonial que no se acaba y de una guerra internacional inminente; y todos, presa de corrosivas ansiedades, sienten los dolorosos aguijones de una situación insostenible.

¿A dónde volver los angustiados ojos?

Marzo 10 de 1898. X. X. X.

Notas universales

Para la coronación de la Reina de Holanda al entrar en la mayor edad, entre varios proyectos para festejar el acontecimiento, se piensa en un Congreso de historia diplomática, en la Haya. que presidirá el Ministro de Relaciones Exteriores honorariamente, y en efectivo el Secretario general de la asociación de esa índole existente en París.

El Congreso se dividirá en tantas secciones como número de países á él ocurran y en cada cual de ellas, se hablará el idioma nacional respectivo.

—El Colegio de Abogados de Bruselas ha transladado á corporaciones semejantes de otras naciones, la orden del día recientemente votada por el elemento joven de profesores de derecho Belgas.

Dice así:

«La conferencia del elemento joven reunido el día 24 de Enero con motivo de un proceso famoso que apasiona grandemente en estos momentos al mundo entero afirma el principio jurídico de que un acusado debe conocer todos los cargos lanzados contra él. cualquiera que sea la gravedad del crimen cometido y las circunstancias que lo rodeen. Toda sentencia dictada por los tribunales de justicia que viole el sagrado derecho de la defensa, constituirá una monstruosa é inexcusable iniquidad que deberá ser inmediatamente reparada.»

Nos importa vivamente— continúan diciendo —publicar el pensamiento de los abogados de todos los países, sobre una cuestión que pone en duda los sagrados derechos de la defensa de los acusados, y cuyos derechos debemos hacer respetar más que ningún otro.

—Acaban de efectuarse en el puerto de Cannes (Francia), curiosísimas experiencias con un buque que ha navegado sin velas, sin remos y sin motor alguno. Digamos, ateniéndenos á la prensa, en que estriba su mecanismo: echado á flote sobre la superficie del mar, sigue naturalmente el movimiento de las olas, encontrándose provisto, así en la proa como en la popa, de dos aletas horizontales, que se inmergen bastante profundamente en el mar, y como se encuentran en una capa tranquila, tienden á permanecer inmóviles; pero por hallarse fijas en el buque siguen su movimiento y encontrando apoyo, como acontece con los remos sobre la capa liquida determinan la propulsión del buque. Este, denominado par su inventor *Autonauta*, reconoce por base el movimiento propulsor de la cola de los peces, es decir, que se encuentra en acción por las olas, y su velocidad es mayor y más cómoda su marcha, cuanto más gruesa es la mar.

Según se afirma, el resultado de las experiencias ha sido concluyente: el barco ha navegado de manera admirable, aunque en virtud de la calma del mar no pudieron realizarse velocidades muy notables. Van á efectuarse nuevos experimentos, llamados á despertar gran interés entre los marinos.

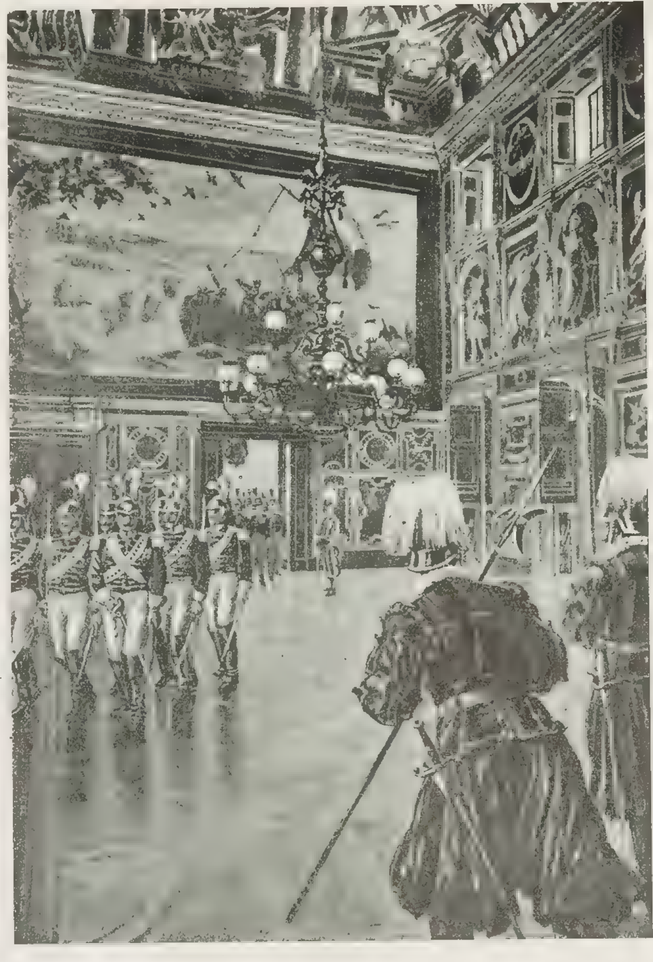
—Se ha abierto al servicio público el cable telegráfico que pone en comunicación la isla inglesa de la Bermuda con Jamaica

Gracias á este nuevo cable se puede telegrafiar desde Europa á la isla de Cuba sin tocar en territorio alguno de los Estados Unidos, ni hacer uso del alambre de ninguna Compañía norteamericana.

Subsiste, además, hallándose en las mismas condiciones, la comunicación por Tenerife, el Senegal, Pernambuco, Guayana, Puerto Rico y Santiago de Cuba.

Por lo tanto, hay dos lineas seguras con la grande y pequeña Antilla españolas, prescindiendo por completo de las Compañías de los Estados Unidos, y particularmente de la Western Unión, que invocando las más peregrinas teorías, trata ahora de reclamar una indemnización á España porque ha disminuido su tráfico, lo cual se debe á la paralización general de los negocios en la isla de Cuba.

—Es consolador contemplar la unanimidad con que los críticos y la prensa elogian á Monsieur Richebourg, el célebre literato, muerto recientemente, y que descollaba, en primer término entre esa falanje de escritores, que sin altas pretensiones literarias, y sin pensar en las Academias, llevan á cabo obras tan útiles como plausibles. Richebourg, disponía de una fuerza considerable, ó sea el folletín popular de que jamás usó para despertar pasiones aviesas en el espíritu de sus numerosos lectores.



LA GUARDIA PALATINA DEL PAPA EN EL ÚLTIMO JUBILEO

Al examinar cualquiera de sus novelas podía tenerse la seguridad de que por muchas que fuesen las peripecias de sus obras, constantemente la virtud encontraba recompensa dominando la honradéz en todas ellas. Su laboriosidad é influencia sobre las clases populares, que le idolatraban, le proporcionaron medios bastantes en breve término para conseguir una fortuna más que regular.

—Un periódico inglés ha tenido la caprichosa idea de abrir información sobre la mujer ideal y en qué consiste.

Después de consultar á mucha gente de saber é ilustración, resultan conformes las opiniones.

Que la mujer, según las costumbres y educación de nuestro tiempo, no responde en manera alguna á la concepción de un tipo ideal.

Y que las bicicletistas como las que sin serlo adoptan las maneras viriles del hombre en los hábitos como en el lenguaje, son un producto enfermizo de la imaginación moderna.

—Se han expuesto públicamente en Lóndres, dos nuevos aparatos telegráficos.

Llámanse *Telescriptor* el uno y *Zerógrafo* el otro, y ambos tienen por objeto transmitir telegramas impresos, en caractéres ordinarios de imprenta, como lo hace el aparato Hughes, ya hace muchos años en uso en muchas partes; pero el Telescriptor y el Zerógrafo tienen tales ventajas sobre el aparato Hughes. que marcan una revolución completa en la telegrafía y sin duda también en la telefonía.

El Telescriptor no necesita para su manejo un empleado técnico y de habilidad como el Hughes. Un particular cualquiera, subscriptor, como ahora al teléfono, que tenga en su oficina ó en su domicilio el aparato, recibirá impresos de un modo automático los telegramas que se le remitan; y si se halla á la sazón ausente, los encontrará cuando retorne.

Estos mismos telegra quedan igualmente impr en la estación transmisor cual hace posibles las recti ciones y comprobacione todo tiempo.

A su vez la transmisión del mensaje es muy sencilla. Todo el mundo conoce los *Typewriters* ó máquinas de escribir, tan extendidas hoy día por todas partes.

Pues bien, el manipulador, en el Telescriptor, es un *Type writer* sencillo que tiene, á modo de botones ó teclillas, todas las letras del alfabeto, signos de puntuación y cifras arabigas de la numeración corriente. Con este manipulador cuyo manejo se aprende en una hora, se remiten los despachos, que quedan simultáneamente impresos en la estación transmisora y en la receptora. Esta consiste en otra máquina de escribir igual á la primera, y que puede á su vez convertirse á transmisora con solo mover una palanquita, y lo mismo le sucede á la transmisora para convertirse en receptora Un solo alambre pone en comunicación ambos aparatos, cerrándose el circuito por medio de la tierra.

El costo del aparato es casi igual al de las máquinas actuales de escribir; la instalación y comunicación, análogas á las telefónicas; la manipulación sencillísima y al alcance de todo el mundo. Cada subscriptor puede seguir una rápida correspondencia con otro, pues las comunicaciones se establecen y se cortan por conmutador en una estación central como en el teléfono, y como los despachos quedan impresos en ambas estaciones extremas, no son posibles errores ó equivocaciones, ó pueden corregirse inmediatamente pues el despacho está á la vista del trasmisor tal como lo ve el receptor.

Con el Zerógrafo, instrumento inventado por Mr. Leo Kamm, se obtienen los mismos resultados que con el telescriptor. pero el modo de operar es algo diferente. Tiene alguna mayor complicación, pero en cambio puede operarse con él á mayor distancia y transmitir más palabras por minuto.

No hay duda que la adopción de estos sistemas de comunicación á distancia ocasionará una revolución en los métodos de telegrafía y telefonía ahora en uso; pero sin miedo á las perturbaciones que esto pueda ocasionar al servicio establecido y á la disminución en los ingresos en el ramo de telégrafos, el General Post Office, de Londres, en vez de apegarse á la rutina y oponerse á estos inventos, los ha acogido bajo su cuidado, los estudia antes que nadie y trata de ayudar á que se pongan cuanto antes al servicio del comercio y de la vida social en general.

—Se estima que si todas las locomotoras que hay en los Estados Unidos, que se calculan en 30,000, se formaran en un solo tren, ocuparían como 300 millas de extensión; si se añadieran luego todos los carros de pasajeros, serían otras 300 millas más, y agregando furgones, plataformas y toda clase de carros de transporte, el tren compuesto tendría una extensión de 7,000 millas de largo. Para cada cinco millas de camino de fierro, hay en los Estados Unidos una locomotora; y por cada milla de camino hay 6 furgones, á cada cinco y media millas corresponde un carro de pasajeros Cada máquina arrastra 35 000 toneladas de carga en un año y 60,000 pasajeros. Los ferrocarriles de los Estados Unidos, emplean 725,000 personas, casi todos varones. Se calcula que de los productos de los ferrocarriles viven cerca de 3.000,000 de individuos ó sea la vigésima parte de la población total de los Estados Unidos.

—Martín Maurier se llamaba un viejo soldado francés que hizo las campañas de Crimea, México y el Tonkin, y que acaba de suicidarse en Paris desesperado por los dolores de una enfermedad incurable.

Este Maurier era en 1870 y71 director de la prisión de la Roquette y recibió la comisión de guardar los rehenes que habían tomado las tropas de la comuna. Luego vinieron unos delegados del Gobierno revolucionario para fusilarlos. Maurier á quien esta infame traición indignó, fingió acceder; y llevándolos á un patio de la prisión cerró tras ellos la reja hasta que pasada la efervescencia los dejó salir de uno en uno.

Con este rasgo de audacia inverosímil salvó la vida de más de cien personas.

—

S. S. LEON XIII

S. S. LEON XIII

El día 3 del mes presente se celebró en todo el mundo católico con grandes demostraciones de veneración y de fervor religioso, el vigésimo aniversario de la exaltación de S. S. León XIII á la silla de San Pedro á la vez que el sexagésimo de su investidura sacerdotal.

Ha sido de notarse que el reinado de este Papa está resultando fecundo en bienes, pues S. S. ha intervenido con palabras de amor y de paz en las contiendas de los pueblos, unas veces consiguiendo para ellas amistosa y tranquila solución, y otras logrando que la victoria de los vencedores no sea excesivamente cara para los vencidos. Tanto es así y de tal modo se reconoce la influencia moral ejercida por la política conciliadora de León XIII sobre todas las naciones cristianas, que en uno de los últimos días de la semana que acaba de terminar, uno de los periódicos de más peso en la opinión pública europea, indicó la conveniencia de que se solicitara su intervención ó la del Emperador de Rusia para evitar un conflicto entre España y los Estados Unidos.

Contribuyen á estos éxitos del Jefe de la Iglesia Católica, no solo su gran talento diplomático por todos reconocido, sino también las grandes simpatías que ha sabido inspirar por su carácter modesto y afable y por sus hábitos de laboriosidad y de virtud.

De tales simpatías ha recibido vivas demostraciones Su Santidad en el último jubileo celebrado al cumplir El los ochenta y ocho años de su edad.

Concurrieron á esta solemne festividad peregrinos de todas partes del mundo, y la grandiosa basílica de San Pedro se abrió radiante para que presenciaran las augustas ceremonias del culto, relacionadas con tan importante acontecimiento, en tanto que el Sacro Colegio de Cardenales recibía en audiencia á los embajadores de las Naciones y á los representantes de comunidades civiles y religiosas que llevaron al Santo Padre presentes y felicitaciones.

Entre estos últimos figuraban los peregrinos mexicanos que salieron de Veracruz el 24 de Enero, y llegaron oportunamente á la capital del orbe católico.

La prensa Europea y americana ha consagrado á S. S. León XIII con motivo de éste su último jubileo artículos de felicitación y de alabanza, y otra vez se ha hablado de las costumbres metódicas que tiene, de su frugalidad y temperancia, de su amor al trabajo y de todas las demás cualidades que lo hacen ser un verdadero modelo de virtud. También se ha hecho mención de los regalos que ha recibido y de los cuales uno de los más valiosos es la corona de oro que le envió el Emperador de Alemania.

Los donativos en monedas de oro excedieron por sí solos de tres millones de pesos. El valor intrínseco de todos los obsequios del jubileo, pasó de veinticinco millones.

Una colección de trajes talares y ropas sacerdotales, obsequio de las damas nobles de la Corte austriaca, fué valuada en veinte mil pesos, y sólo los adornos no podían calcularse en menos de diez mil.

Puede decirse que ha recibido anillos por kilos y cruces por centenares.

Hubo una cruz pastoral que se distinguió de todas por su magnificencia; venía de la América Meridional y tenía diez y seis pulgadas de largo, hecha del oro más puro recogido en las minas del Brasil y su brillante superficie irradiaba de diamantes recogidos en las minas de los Andes.

El Duque de Norfolk, como enviado de la reina Victoria, ofreció un anillo pastoral con un gran diamante clasificado entre los más grandes del mundo, y como regalo de los católicos de Inglaterra, presentó un trono y una urna de oro macizo

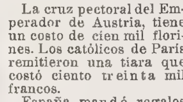
El Emperador de Rusia remitió un magnífico báculo de oro macizo con incrustaciones de piedras preciosas

El Presidente de los Estados Unidos un espléndido libro con un ejemplar de la Constitución de la Unión Americana.

SALA DEL TRONO

CAPILLA PRIVADA DE S. S.

Los obsequios de Francia, se dice que pueden valuarse en cinco millones. Una peregrinación le ofreció una caja conteniendo cien mil pesos en monedas de oro.



La cruz pectoral del Emperador de Austria, tiene un costo de cien mil florines. Los católicos de París remitieron una tiara que costó ciento treinta mil francos.

España mandó regalos por cerca de un millón.

El Sultán de Turquía ofreció como obsequio un anillo con el rubí más hermoso del mundo.

También los judíos estuvieron representados por el gran Rabí de Alemania, llamado comunmente el Papa de los Hebreos y remitieron una Biblia tan antigua como la imprenta, con la cubierta incrustada de piedras preciosas.

Las galerías de arte del Vaticano se enriquecieron con algunas de las pinturas más notables del mundo.

Pero no sólo con dones de riqueza mostró el mundo cristiano su veneración al gran Pontífice. Durante las fiestas del jubileo, más de setecientos cincuenta mil peregrinos visitaron la ciudad sagrada de las siete colinas.

Por segunda vez la Reina de Inglaterra, la Reina Regente de España, el Emperador Guillermo II, el Emperador de Austria, el Czar, el Presidente de la República Francesa, el Sultán, el Sha, el Ghedive de Egipto, las órdenes religiosas militantes y monásticas, las congregaciones, el clero de todo el mundo católico, han honrado al ilustre anciano y su sabiduría sobre la tierra, y agregado nuevos dones á las riquezas y tesoros de todo género que guarda el Vaticano.

Entre los regalos más notables que ha recibido el Papa, hay una cruz de diamantes enviada por los católicos de los Estados Unidos; fué fabricada en Nueva York y costó veinte mil pesos.

La Reina Regente de España envió un cáliz de oro guarnecido de piedras preciosas. El Emperador Francisco José, un cofrecillo del mismo precioso metal, conteniendo cincuenta mil pesos; el Presidente Faure seis vasos de porcelana de Sevres, la más fina de Francia; el Czar una cruz de diamantes; el Sultán una esmeralda grande como el rubí de ahora diez años.

El regalo más grande entre todos, es sin embargo, la iglesia de San Joaquín, terminada en Roma. La iglesia fué erigida por suscrición universal, entre los católicos del orbe, y ha costado cerca de dos millones de pesos.

El principado de Mónaco ha obsequiado á S. S. con los vasos sagrados para la iglesia referida, la manufactura de los cuales ha costado treinta mil pesos.

Cuéntase que el Papa se conmovió hondamente con las muestras del trabajo hecho por los niños en las escuelas de America, y mandados de todos los puntos de los Estados Unidos.

Todas las glorias del jubileo de oro se han reflejado en grado un poco inferior desde el principio del presente año. La observancia de la fiesta que corresponde al sexagésimo aniversario de la ordenación sacerdotal de León XIII y al vigésimo de su exaltación al trono pontificio, no ha tenido el carácter universal de las bodas de oro, pero ha sido observado con interés más solemne en los círculos eclesiásticos.

Se ha señalado principalmente por peregrinaciones, presentación de presentes y tiernos donativos tan valiosos y bellos como los más notables de la fiesta de hace diez años.

Así se han cumplido, entre el aplauso y las bendiciones universales, los veinte años de un reinado glorioso y tranquilo, los sesenta de un sacerdocio de bondad consagrado al servicio de Dios y de los hombres, y los ochenta y seis de una vida de ejemplar virtud, útil para el mundo y para el cielo.

Graves son las cuestiones sociales y políticas que agitan actualmente al orbe civilizado ¡Quiera Dios conservar vivo al Soberano Pontífice para que influya porque se resuelvan en el seno de la paz!

SALA DE LOS CONSISTORIOS.

ALCOBA DE S. S.

El Carnaval en Mérida

En días pasados, al referirnos á la transformación vergonzosa que ha sufrido en México el Carnaval, hacíamos notar que no lamentan cosa semejante las poblaciones donde se conserva gran suma de moralidad social, y poníamos como ejemplo á Mérida. En efecto en esa hermosa ciudad tropical la prostitución no prospera, por más que la riqueza local haya sido aliciente para implantarla. Hace pocos años se formó una sociedad con capital competente para dar en el teatro, lujosamente engalanado, bailes de paga á los que todos podían tener entrada con tal de que compraran el correspondiente boleto. Esta innovación fué recibida con aplauso por la gente de rumbo y trueno y con temor por las personas de orden, que ya veían peligrar el tradicional decoro del Carnaval Meridano; pero temores y esperanzas fueron defraudados y la sociedad se liquidó con pérdidas, por falta de concurrencia para sus bailes.

La juventud dorada iba á los salones de *La Unión* y de *El Liceo*, á buscar sanos y puros placeres que fueran alegría á la vez del cuerpo y del espíritu: los hombres maduros no pensaron en llevarle la contra á la juventud, y sucedió por consecuencia que el teatro con sus espléndidos salones, su gran restaurant y su abundante cantina, se quedó vacío ó poco menos, demostrándose así que el medio ambiente de aquella culta sociedad no se presta para la propagación del microbio de la orgía.

Y siguieron los palacios de *La Unión* y de *El Liceo* recibiendo á sus invitados para los bailes, y siguieron las procesiones de carros alegóricos, llamadas allí *bandos*, y las procesiones nocturnas de mascaradas y comparsas con millares de antorchas y las batallas de flores y confites en que se hace derroche de gusto y lujo.

Se necesita verlas para creer en estas reuniones al aire libre de todo un pueblo entregado á la más loca alegría, que corre, brinca, salta, ríe y grita á pié, á caballo, en carruajes, que se arroja en reñido combate, dulces, flores, *conffetti*, serpentinas, y que después de seis horas de frenética locura, no lamenta una riña ni un desorden ni una desgracia. Se necesita ver esos bailes á donde concurren por centenares las mujeres bellas, elegantes, deslumbradoras, y los hombres correctos y enguantados, bailes en que de brazo la Alegría y el Decoro apuran sin saciarse todas las delicias del lícito placer.

Pero si esto agrada y regocija tratándose de las clases elevadas, asombra y sorprende al ver á las clases populares. Ellas también se reunen en palacios decorados y amueblados con lujo, también á los acordes de orquestas numerosas y bien combinadas, bailan los bailes europeos, con la misma corrección que se notaría en cualquier salón aristocrático.

Tampoco en estas reuniones ocurre nunca desórden alguno, ni tiene que intervenir la policía; y habiendo licores en abundancia, nadie bebe sino con una moderación ejemplar.

Uno de los atractivos que dan mayor singularidad á los bailes populares de Mérida es el traje peculiar del país, el *terno de las mestizas*, tan limpio, tan vaporoso, tan ideal.

Los jóvenes artesanos, vestidos de blanco, una blancura inmaculada que deslumbra, y las bellas mestizas igualmente ataviadas con el color de las azucenas, forman no parejas de bailadores, sino parvada de palomas. Se imagina uno que van á volar.

Y luego, son los *mestizos* tan finos y corteses! Cuando llegan (que también dan su vuelta por allí) familias encopetadas y caballeros distinguidos, hay comisiones especiales de recepción que los conducen á recorrer los salones, les atienden debidamente y les obsequian con cerveza y champaña, fiambres y pasteles exquisitos, helados y frutas frescas y secas.

Hoy publicamos entre nuestros grabados uno que representa un grupo de mestizos y mestizas, otro que copia el Monumento de Cuauhtemoc sacado á lucir en un carro alegórico y otros en que aparecen algunos de los carros que causaron más sensación.

SEÑOR LUIS D. MOLINA. FIGURA SUPERIOR EN EL CARRO "CUAUTHEMOC"

EL ASCENSOR

Estos utilísimos aparatos ganan más terreno cada día. Ya hoy no se comprende la edificación en nuestras grandes poblaciones sin los indispensables ascensores. El ascensor nació en la mente de los ingenieros y arquitectos el día en que el crecimiento de las grandes ciudades obligó á los constructores á elevar considerablemente la altura de los edificios, so pena de extender el radio de las ciudades populosas á distancias enormes é incómodas para las necesidades de la vida de la relación.

Muchas familias habían de habitar en reducidísimos espacios: había, pues que ganar en altura lo que no daba de sí el reducido perímetro de un exiguo solar. Tal sistema ofrecía el grave inconveniente de no poder llegar á los pisos altos de las edificaciones sino á costa de un penoso recorrido de escaleras. Para la caja de éstas se disponía, por otra parte, de muy limitado espacio, si se quería aprovechar debidamente el terreno, y tal limitación en la planta de la escalera, había de traducirse forzosamente en fatigosa pendiente.

El ascensor, ya implantado en las minas desde muy antiguo, vino á allanar las consabidas dificultades.

Hoy apenas se hallará edificación suntuosa que no se halle dotada del mencionado aparato.

Sabido es que el ascensor se reduce en esencia á un camarín que, por un determinado mecanismo va subiendo á los diferentes pisos de la edificación. Unas veces, el mecanismo elevatorio tira del camarín hacia arriba y otras veces, y esto es lo más frecuente, lo empuja por elementos adecuados. La energía propulsora puede ser cualquiera: el vapor, el agua á presión, la electricidad y hasta el aire comprimido.

De la clase de energía utilizada y del modo de utilizarla nace una clasificación de los ascensores.

Cuando los contrapesos que equilibran y el camarín y la columna ejercen presión en poleas situadas en la parte alta del edificio, los ascensores se denominan de *equilibrio superior mecánico*. Si los aparatos equilibradores van en parte inferior se llaman de *equilibrio inferior*.

Entre los ascensores de equilibrio inferior figura un sistema muy ingenioso llamado de *compensador hidráulico*, en el cual se ahorran varios órganos de transmisión, como poleas, cadenas, etc. El aparato compensador es una especie de balancín hidráulico. El peso del pistón del compensador equilibra el peso muerto del ascensor. Un sistema, el llamado de equilibrio hidráulico, se funda en el principio de Arquímides, y consiste en un cilindro vertical alojado en el pozo y dentro del cual funciona un émbolo tubular, formando una cámara de la capacidad necesaria para desalojar del cilindro la cantidad de agua necesaria para su equilibrio estático. Los ingenieros y arquitectos muestran gran predilección hacia el consabido tistema.

Las graves dificultades que á veces presenta la perforación del pozo es causa de que á veces se reduzca al minimum la profundidad de éste, y en dicho caso la columna no es de una sola pieza rígida, sino que se fracciona en varias, enchufándose unas en otras, al modo de los tubos de los anteojos. Tal sistema de ascensores ha recibido el nombre de *telescópico*.

Cuando se ofrecen temibles dificultades para la perforación del pozo, se usan tambien en vez de los *telescópicos* los ascensores *hidráulicos funiculares*. Estos no descansan sobre un émbolo, sino que van suspendidos de uno ó varios cables metálicos que después de pasar por las poleas situadas en la parte superior del edificio, van á parar al aparato hidráulico instalado en la parte inferior. El movimiento en los funiculares es más rápido que en los de émbolo.

Se utiliza también el fluido eléctrico como agente motor de los ascensores, á cuyo efecto se dispone el mecanismo en forma de que la corriente eléctrica, que debe ser continua (pues hasta el presente no es completamente satisfactorio el empleo de la alternativa), después de pasar por un conmutador dispuesto de modo que cada punto de su superficie cilíndrica

SOCIEDAD «PAZ Y UNIÓN» SALA DEL BAILE

(Fots. de C. K. Thorncliff.)

CARRO «FORTALEZA DEL FUEGO»

·comunique con una caja de resistencias metálicas ó líquidas graduadas.

Este motor está dispuesto para girar en un sentido y en el contrario y va provisto de un freno ya magneto-eléctrico, ya mecánico, que actúa en las paradas. En la prolongación del eje del motor está emplazado un sin fin que engrana con una rueda dentada, acoplada á un tambor donde se arrollan y desarrollan los cables que suspenden al camarín y los del contrapeso, que irá en un patio cercano, y en caso necesario, en un rincón de la escalera ó habitación. Como toda clase de aparatos colgados ó funiculares destinados al servicio de personas, van provistos los eléctricos de dobles paracaídas de excéntricos que funcionan instantáneamente en caso de rotura de los cables, y clavándose en las guías de madera, impiden un accidente desgraciado.

Cuando se quiere reunir la seguridad del hidráulico y la velocidad del eléctrico, se combinan en parte los mecanismos, resultando el ascensor *hidro-eléctrico*. Tienen éstos la ventaja de poder funcionar indistintamente por medio del agua ó de la electricidad.

En los llamados *mecánicos* el motor no es el agua comprimida ni la electricidad, sino una máquina de vapor. Los hay también movidos á brazo.

Los aparatos llamados monta-cargas funcionan en un todo análogamente á los ascensores.

Si del camarín de los ascensores se hacen desaparecer las paredes laterales y el techo, quedará una plataforma, un verdadero monta-cargas. Estos no requieren, como es fácil comprender, tanta perfección y seguridad en su construcción y funcionamiento. Los hay funiculares, mecánicos, movidos á brazo, etc., y afectan diferentes formas, según sea el servicio á que se les consagre.

Análogos á los monta cargas, pero de dimensiones harto más reducidas, son los monta-platos que tanto se usan hoy en fondas, hoteles, círculos, etc. El manejo de estos aparatos es sencillísimo.

Respecto del precio de los mismos nada es posible adelantar. Depende de un sin número de circunstancias aleatorias que solo en un determinado caso particular pueden aquilatarse. Es fácil, sin embargo, conjeturar, por aparatos ya establecidos en condiciones similares, la conveniencia ó no conveniencia económica de mejorar un edificio por este medio ¿La mejora eleva el alquiler de los pisos superiores hasta el punto que compense los desembolsos realizados? Pues claro es que para el dueño de la finca habrá ventajas en adoptar la solución, y por eso es que los ascensores van ganando de dia en dia el favor del público.

CARRO «AZUCARERA» (Fot. G. K. Thorncliff)

AL POLO NORTE.

Alfred Riedel, de Baltimore, ha conferenciado con profesores de la Universidad Hopkins, á fin de llevar á cabo una expedición al polo Norte con auxilio del submarino que inventó Lake, de esa ciudad.

Los planes de Riedel no parecieron descabellados á los miembros de la facultad. Estos declararon que eran dignos de ser tomados en cuenta y estudiados.

El explorador cree factible sumergirse en el punto en que se hundió el *Fram*, y llegar al polo navegando bajo el hielo.

Dice que las noticias dadas por viajeros y marinos, hacen creer que en el Norte existe un mar libre y cubierto sólo por una capa regular de hielo.

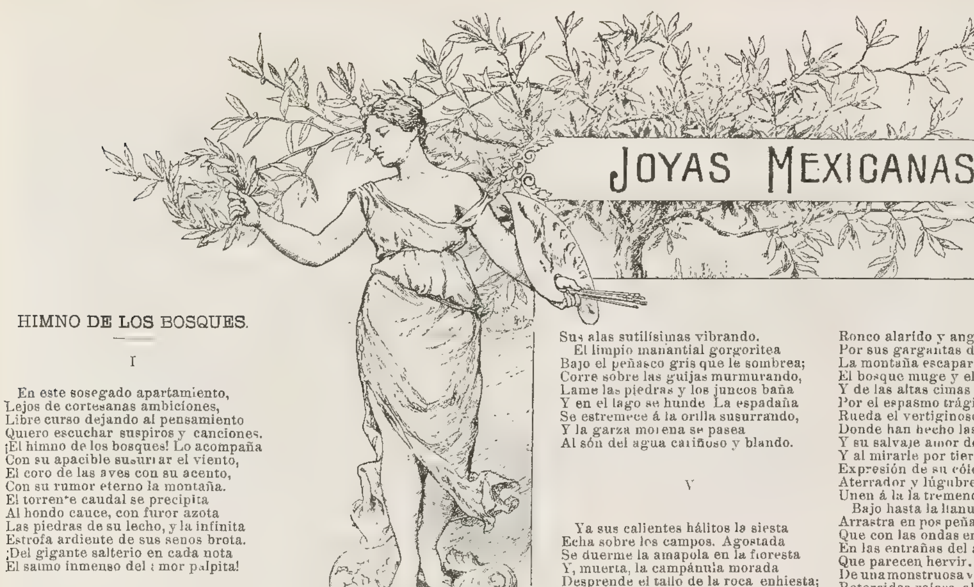
En apoyo de su teoría, cita el hecho de que el Dr. Nansen encontró osos y animales procedentes del Norte, que sólo podían hallar su alimento en el agua.

Según el plan de Riedel debería llevarse el submarino *Argonauta* á Spitzberg, introducir en él las modificaciones necesarias para la navegación por mares glaciales, y dar principio al viaje bajo las aguas, en el punto que logró alcanzar el *Fram*, situado á 150 millas del polo.

Para renovar el aire cada cien millas dice Riedel que podría horadarse el hielo de la superficie del mar ó romperlo con cartuchos de dinamita.

CARRO "TEMPLO GRIEGO" (Fots. C. K. Thorncliff) CARRO «CUAUHTEMOC»

El baile de la Sardina



HIMNO DE LOS BOSQUES.

I

En este sosegado apartamiento,
Lejos de cortesanas ambiciones,
Libre curso dejando al pensamiento
Quiero escuchar suspiros y canciones.
¡El himno de los bosques! Lo acompaña
Con su apacible susurrar el viento,
El coro de las aves con su acento,
Con su rumor eterno la montaña.
El torrente caudal se precipita
Al hondo cauce, con furor azota
Las piedras de su lecho, y la infinita
Estrofa ardiente de sus senos brota.
¡Del gigante salterio en cada nota
El salmo inmenso del amor palpita!

II

Huyendo por las selvas presurosos
Se pierden de la noche los rumores.
Los mochuelos á su antro van medrosos
A esconderse, y exhalan los alcores
Sus primeros alientos deleitosos.
Abandona mis párpados el sueño,
La llanura despierta alborozada;
Con su semblante pálido y risueño
La vino á despertar la madrugada.
Del Oriente los blancos resplandores
A aparecer comienzan. La cañada
Suspira vagamente; el sauce llora
Cabe la fresca orilla del riachuelo,
Y la alondra gentil levanta al cielo
Un preludio del himno de la aurora.
La bandada de pájaros canora
Sus trinos une al murmurar del río.
Gime el follaje temblador, colora
La luz los campos, las montañas dora;
Y á lo lejos blanquea el caserío.
Y va creciendo el resplandor y crece
El concierto á la vez. Ya los rumores
Y los rayos de luz hinchan el viento,
Hacen temblar el éter, y parece
Que en explosión de notas y colores
Va á inundar á la tierra el firmamento.

III

Allá, tras las montañas orientales,
Surge de pronto el sol, como una roja
Llamarada de incendios colosales,
Y sobre los abruptos peñascales
Ríos de lava incandescente arroja.
Entonces de los flancos de la sierra
Bañada en luz, del robledal obscuro,
Del espantoso, acantilado muro
Que el paso estrecho á la hondonada cierra;
De los profundos valles, de los lagos
Azules y lejanos que se mecen
Blandamente del aura a los halagos,
Y de los matorrales que estremecen
Los vientos... de las flores, de los nidos,
De todo lo que tiembla ó lo que canta,
Una voz poderosa se levanta
De harpegios y sollozos y gemidos.

Bala el ganado que á los pastos llevan
Silbando los pastores. Mansamente
Pacen los bueyes y mugiendo abrevan
En las límpidas ondas de la fuente.
Bajo el espeso bosque de raíces
Que el tronco de las ceibas ha formado,
Grita el papán, y se oye en el sembrado
El triste cuchichear de las perdices.
Mezcla aquí sus ruidos y sus sones
Todo lo que voz tiene, la corteza
Que hincha la savia ya, crepitaciones,
Su rumor misterioso la maleza
Y á lo lejos, muy lejos, cuando el viento
Que los maizales apacible orea
Sopla del Septentrión, se oye el acento
Y algazara que, locas de contento,
Arrojan las campanas de la aldea.
Es que también se alegra y alboroza
El viejo campanario. La mañana
Con húmedas caricias lo remoza;
Sostiene con amor la cruz cristiana
Sobre su humilde cúpula; su velo
Para cubrirlo tienden las neblinas
Como cendales que le presta el cielo,
Y en torno de la cruz las golondrinas
Cantan, girando en caprichoso vuelo.

IV

Oigo pasar, bajo las frescas chacas
Que del sol templan los ardientes rayos,
En bandadas los verdes guacamayos,
Dispersas y en desorden las urracas
Va creciendo el calor. Comienza el viento
Las alas á plegar. Entre la fronda,
Lanzando triste y gemidor acento
La solitaria tórtola aletea.
Suspenden los sauces su lamento;
Calla la voz de la cabaña honda,
Y un vago y postrer hálito menea
Las áureas puntas de la espiga blonda.

Entonces otros múltiples rumores
Como un enjambre zumban á mi oído:
El chupamirto vuela entre las flores,
Sobre las ondas de cristal fundido
Cae el escarabajo de colores;
Mientras que la libélula temblando
Va sobre los cristales bullidores
Sus alas sutilísimas vibrando.
El limpio manantial gorgoritea
Bajo el peñasco gris que le sombrea;
Corre sobre las guijas murmurando,
Lame las piedras y los juncos baña
Y en el lago se hunde. La espadaña
Se estremece á la orilla susurrando,
Y la garza morena se pasea
Al són del agua cariñoso y blando.

V

Ya sus calientes hálitos la siesta
Echa sobre los campos. Agostada
Se duerme la amapola en la floresta
Y, muerta, la campánula morada
Desprende el tallo de la roca enhiesta;
Pero bajo la selva estremecida
No deja aún de palpitar la vida:
Toda rítmica voz lo manifiesta,
No ha callado una nota ni un ruido,
En el espacio rojo y encendido
Se oye á los cuervos, crascitar, veloces
La atmósfera cruzando; y la montaña
Devuelve el eco de sus roncas voces.
Las palomas arullan en el nido,
Entre las hojas de la verde caña
Se escucha el agudísimo zumbido
Del insecto apresado por la araña.
Las secas ramas quiébranse al ligero
Salto de las ardillas, su chasquido
A unirse va con el golpeo bronco
Del pintado y nervioso carpintero
Que está en el árbol taladrando el tronco;
Y las hondas harmónicas desgarra
Con desacorde són el chirriante
Monótono cantar de la cigarra.
Corre por la hojarasca crepitante
La lagartija gris; zumba la mosca
Luciendo al aire tornasol brillante,
Y agitando su crótalo sonante,
Bajo el breñal la víbora se enrosca.
El intenso calor ha resecado
La sávia de los árboles, cayendo
Algunas hojas van, y al abrasado
Aliento de la tierra evaporado
Se revienta la crústula crujiendo.
—En tanto yo, cabe la márgen pura,
Del bosque por los sones arrullado
Cedo al sueño embriagante que me enerva,
Y hallo reposo y plácida frescura
Sobre la alfombra de tupida hierba.

VI

Trepando audaz por la empinada cuesta
Y rompiendo los ásperos ramajes,
Llego hasta el dorso de la abrupta cresta
Donde forman un himno á toda orquesta
Los gritos de los pájaros salvajes.
Con los temblores del pinar sombrío
Mezcla su canto el viento, la hondonada
Su salmodia, su alegre carcajada
Las cataratas del lejano río.
Brota la fuente en la escondida gruta
Con plácido rumor, y acompasada,
Por la trémula brisa acariciada,
La selva agita su melena hirsuta.
Esta es la calma de los bosques: mueve
Blandamente la tarde silenciosa
La azul y blanca y ondulante y leve
Gasa que encubre su mirar de diosa.
Más ya Aquilón sus furias apareja
Y su pulmón la tempestad inflama.
Ronco alarido y angustiosa queja
Por sus gargantas de granito deja
La montaña escapar, maldice, clama,
El bosque muge y el torrente brama,
Y de las altas cimas despeñado
Por el espasmo trágico rompido,
Rueda el vertiginoso acantilado
Donde han hecho las águilas el nido
Y su salvaje amor depositado.
Y al mirarle por tierra destruido,
Expresión de su cólera sombría,
Aterrador y lúgubre graznido
Unen á la la tremenda sinfonía
Bajo hasta la llanura. Hinchado el río
Arrastra en pos peñascos y troncones
Que con las ondas encrespadas luchan
En las entrañas del abismo frío
Que parecen hervir.... palpitaciones
De una monstruosa víscera se escuchan;
Retorcidas raíces, al empuje
Feroz, rompen su cárcel de terrones;
Se desgaja el espléndido follaje
Del viejo tronco, que al rajarse cruje;
El huracán golpea los peñones;
Su última racha entre las grietas zumba,
Y es su postrer rugido de coraje
El trueno que alejándose retumba
Sobre el desierto y lóbrego paisaje

VII

Augusta ya la noche se avecina
Envuelta en sombras. El fragor lejano
Del viento aún estremece la colina
Y las espigas del trigal inclina
Que han dispersado por la tierra el grano.
Siento bajo mis pies trepidaciones
Del peñascal. Entre su quiebra obscura,
Revuelto el manantial, ya no murmura,
Salta garrulador á borbotones.
Son las últimas notas del concierto
De un día tropical. En el abierto
Espacio del Poniente, un rayo de oro
Vacila y tiembla. El Valle está desierto
Y se envuelve en cendales amarillos
Que van palideciendo.—Ya el sonoro
Acento de la noche se levanta.
Ya empiezan melancólicos los grillos
A preludiar en el solemne coro....
¡Ya es otra voz inmensa la que canta!
Es el supremo instante. Los ruidos
Y las quejas, los cantos y rumores
Escapados del fondo de los nidos,
De las fuentes, los árboles, las flores;
El sonrosado idilio de la aurora
De estrofas cremecinas que el sol dora;
La égloga de la verde pastoría,
La oda de oro que al mediar el día
De púrpura esplendente se colora;
De la tarde la pálida elegía
Y la balada azul, la precursora
De la noche tristísima y sombría......
Cual bandada de pájaros errando
Fueron á guarecerse en la campana
De la rústica iglesia, que lejana
Se vé sobre las lomas descollando.
Y en el instante místico en que al cielo
El *Angelus* se eleva condensando
Todas las harmonías de la tierra,
El himno de los bosques alza el vuelo
Sobre lago, colina, valle y sierra,
Y al par de la expresión que en su agonía,
La tarde eleva á la divina altura,
Del universo el corazón murmura
Esta inmensa oración: ¡SALVE, MARÍA!

MANUEL J. OTHÓN.

GISSETA

I.

Gisseta tenía un amor: su padre, y un culto: su patria. Verdad es que ambos sentimientos podían considerarse fundidos en uno solo, porque el buen viejo Wandawski había sido un héroe defendiendo la libertad de Polonia, y había cuidado de infundir en el ánimo de su hija, el más puro y ardiente patriotismo.

Terminada la última lucha, el cabo Wandawski se retiró á su aldea, recobró sus instrumentos de trabajo y se puso á la obra, porque necesitaba formar un porvenir á Gisseta, pobre huerfanita, único lazo que lo ligaba á la tierra. La madre de esta niña (arranca lágrimas el recordarlo) murió en el tormento, á golpes de knout, sin que lograran sus verdugos hacerle confesar el sitio en que estaba oculto su esposo curándose unas heridas. Ya puede considerarse como vivía en el corazón del cabo el recuerdo de aquella mártir.

Como Wandawski era un hábil carpintero, no le faltaba nunca qué hacer y vivía con relativas comodidades, muy estimado en secreto por la gente del pueblo, y constantemente vigilado por los que ejercían el poder, los cuales á pesar del perdón general otorgado por el Padre á los antiguos defensores del país, ni perdonaban ni olvidaban.

Entre tanto Gisseta empezaba á crecer en corpulencia y en beldad, pero sin abandonar sus instintos varoniles; y era de vérsela por lo profundo del bosque cercano ó en la ribera del río, á la cabeza de una veintena de muchachos de su edad, organizando asaltos, dirigiendo defensas y haciendo simulacros de guerra, en que no faltaban ni las banderas ni los clarines, para darles atractivos marciales.

Ya las autoridades habían tenido que tomar cartas en el asunto, pues como sucediera que una tarde el ejército de Gisseta no dejó desembarcar á unos muchachos que vinieron en una lancha, éstos habían prometido, y cumplieron, volver al siguiente día. Desde temprano, Gisseta y sus más adictos, provistos de instrumentos de zapa, emprendieron las obras de defensa, levantaron reductos y bastiones, abrieron fosos y clavaron sus banderas. A la hora convenida, llegó el enemigo y se trabó un combate á pedradas tan encarnizado y cruel, que tuvo necesidad la fuerza pública de intervenir para hacerlo cesar. Varios heridos de uno y otro bando, quedaron en el campo; y uno que cayó al río, estuvo en gran riesgo de perder la vida. Gisseta fué obligada á pagar una multa y el juez la reprendió severamente, sin que esto bastara á apagar sus belicosas aficiones.

Todos los ejercicios de habilidad ó de fuerza la encantaban. Cuando vino á la aldea una compañía de circo y la ecuestre bailó y dió volatines en el caballo, Gisseta se propuso imitarla y en breves días la superó. ¡Qué proposiciones más locas le hizo el empresario! Pero amaba mucho á su padre, al viejo patriota, y no lo dejaría por nada de este mundo.

—Niña, le decía el hombre del Circo; tu porvenir está hecho: eres muy bella, muy inteligente y muy ágil, y llegarás á notabilidad en todos los ramos del arte.

Y como ella se negara repetidas veces y como su padre también se opusiera, nadie volvió en muchos días á hablar del negocio; pero cuando estaba la compañía en momentos de partir, el empresario llamó aparte á Gisseta y estuvo hablando con ella largamente. Le hizo ver las ventajas de la vida artística, el lujo y las comodidades que proporciona, le habló del encanto de los aplausos, de los laureles de la gloria y por último le dijo que por si alguna vez se resolvía á partir, le dejaba (y en efecto le dió) una carta-órden para que su banquero de la cercana ciudad le diese cuanto necesitara para el viaje hasta donde estuviera trabajando la Compañía.

II

A los pocos días Gisseta no se acordaba ya ni del empresario ni del Circo ni de la gloria; y aún la carta se habría perdido, si la lavandera (que la encontró en el bolsillo de un delantal) no se la hubiera llevado á la niña, una vez en que esta estaba casualmente arreglando el cofrecillo que guardaba algunas joyas de su madre y otros objetos de predilección para ella. Allí quedó la carta condenada á dormir tal vez el sueño de la eternidad.

Gisseta, con gran asombro de los que la conocían bien, había cambiado radicalmente de carácter. Ya no con locos arrebatos corría por la arenosa playa dejando flotar al aire su opulenta cabellera, ni perseguía por los bosques á los espantadas cabritillas, ni robaba las lanchas pescadoras para emprender sola atrevidas excursiones por el lago.

Ahora melancólica y taciturna, con sus grandes ojos desprendiendo relámpagos reveladores de tempestades íntimas, gustaba de retirarse á los parajes más solitarios donde se la oía cantar con su hermosísima voz, delicia de los ecos y envidia de las aves, tristes y plañideras baladas.

Cuando su padre le preguntaba el motivo de sus tristezas, "no lo sé" le decía; y como la niña no mentía nunca, el viejo cabo acabó por reflexiona rsabiamente que había llegado la hora en que se vá el ángel que vela los sueños de la infancia y deja el puesto vacío hasta que llega el que vela los sueños del amor. "Mientras el puesto no se ocupe, decía sonriendo Wandawski, Gisseta seguirá displicente y suspiradora." Y como la conocía bien, estaba convencido de que él sería el primero en saber, por boca de la misma interesada, cuándo ocurriría tan importante y trascendental acontecimiento.

Y así fué: una noche de invierno, junto al fuego y después de cenar, Gisseta le dijo á su padre sinceramente, con la lealtad de la virtud y la voz del cariño, que creía estar enamorada de Wath el joven estudiante que venía todos los años á pasar las vacaciones al lado de su anciana madre que era una de las mejores y más virtuosas de la aldea. Wath había sido compañero de la infancia de Gisseta, la quería mucho desde entonces, habían jugado como niños, siempre con gran confianza é intimidad, pero esta vez que llegó, ambos como de costumbre en alegre arrebato se precipitaron el uno en los brazos del otro, pero

al ir á cambiar el beso de bienvenida los dos retrocedieron, ella ruborizada y confusa y él pálido y extremecido como bajo la influencia de una profunda emoción. Luego, confidencias en voz tímida y opaca, largas conversaciones sobre cosas sin interés, prolongados silencios, el uno junto al otro, sin verse, sin pensar en nada pero sintiendo dulce bienestar. Ni una palabra de amor todavía, ni una promesa: mucho miedo y mucha vergüenza cuando ella sospechaba, deseándolo, que había llegado el momento de la declaración; y la dificultad resuelta con una escapatoria de la cual se arrepentía por el camino, eso y otras bagatelas por el estilo fué la confesión que oyó sonriendo, de labios de su hija Gisseta, el viejo patriota.

A los pocos dias terminaron las vacaciones y el estudiante se fué; y al partir, cuando ella y él estaban con los ojos nublados por las lágrimas, Wath preguntó:

—Si piensas en casarte, será conmigo?

—Lo juro por.... por mi padre, dijo ella con acento solemne, y un beso selló el juramento.

Pero no todas son venturas en el mundo. A los pocos días de la partida de Wath, Wandawski que estaba componiendo el alero de una casa cayó y se fracturó el brazo derecho; luego por ineptitud del cirujano ó por rigor de la desdicha, la soldadura de los huesos se hizo mal y el miembro quedó inútilizado para siempre. Los gastos de la enfermedad agotaron las pequeñas economías y la miseria vino al fin á sentarse junto al hogar apagado. Entonces Gisseta empeñó todas las joyas de su madre, vendió las suyas propias, reunió algunos centenares de kopeks que dejó á Wandawski, y despidiéndose él en una larga carta llena de amor, salió de su casa llorando y tomó á pie el camino de la cercana ciudad. Allí presentó á los banqueros la carta del empresario, y éstos sin pérdida de tiempo, según se les prevenía, pusieron á la niña con toda suerte de consideraciones y comodidades en camino para Paris.

A los pocos meses se leía en un diario frances: «De una compañía de circo ha pasado á la Opera por breves días y contratada á gran precio, una estrella de primera magnitud: Gisseta Wandawiski que debe su reputación á la hermosura más que al arte. Sus ojos irresistibles de un negro aterciopelado, hacen víctimas por centenares; su opulenta cabellera es oscura como un abismo y el cuidado y el arte con que la arregla no han dejado de contribuir á que su cabeza pase entre los pintores y escultores como un modelo de perfección. Su cara es delicada y fina, de facciones correctas, y la transparencia extraordinaria de su cútis de raso perla, le presta un encanto sobre natural—Cuerpo de estátua griega, espiritualizado hasta lo ideal por cierta finura peculiar que la hace parecer intangible, causa el efecto de una de esas musas que están pintadas en las vitrinas del Louvre. Y ¡qué riqueza de contornos y qué morbideces tan arrebatadoras, fundidás en esa aureola de ensueño celeste! Sin embargo, no es la enloquecedora regularidad de las formas lo que más fascina en ella, sino la expresión de sus ojos y de su boca, que tienen un aire de candor y de juventud rara vez vistos en la vida real; una apariencia maravillosa de pureza y de sencillez. No tiene aún veinte años—¿Su incomparable belleza, como la de Ninon de Lenclos, durará treinta más, ó se extinguirá muy pronto entre las garras de una vejez prematura?

No hay que pensar en eso. Hay que verla.

Quien se muere sin haberla conocido, es como quien se muere sin haber visto el mar: no tiene una idea completa del poder de Dios».

Pero Gisseta no se mareaba con el incienso de la gloria, ni la desvanecían las pomposas ofertas con que se trataba de comprar su virtud. Resuelta con su genial entereza varonil á formarse por medio de sus contratas una fortuna con que hacer gratos los últimos días de su padre, cumplía honradamente este propósito. «No temas, le escribía á Wath que se manifestaba alarmado por sus triunfos, no temas por mi fidelidad: sabes que desde muy niña soy, física y moralmente fuerte y no habrá nada que me aparte de lo que debo al nombre de mi padre y á tu amor. Dentro de dos años terminan á la vez mis compromisos de trabajo y tus estudios: entonces nos casaremos y seremos felices si Dios quiere.»

Se acabaron los estudios y las contratas como estaba previsto: Gisseta de acuerdo con su padre y con su novio colocó discretamente en fincas y negocios seguros la fortuna que había conseguido; y todo parecía sonreir á estas buenas gentes tan llenas de virtudes y tan merecedoras de felicidad. Los preparativos de la boda se hacían rápidamente. Una modesta casita, nido de amores, á la orilla del río y con mirador desde donde se dominaba la extensión del vecino lago; la mejor habitación muy abrigadita y confortable para papá Wanddawski; ellos se conformarían con cualquier cosa con tal de estar cerca del jardín para que los despertara el canto de los pájaros y vieran, al abrir los ojos, sus árboles y sus flores y más lejos el río, el lago y el cielo azul testigos de su firme y leal amor, nacido en las horas felices de la infancia.

Faltaban cuatro días para el de la ceremonia, y ya todos los preparativos estaban terminados

Como Wath había estado muy atareado durante todo el día en el arreglo de los documentos necesarios para el matrimonio, tarde vino á casa de su amada, y se puso, radiante de felicidad, á referir los pasos que había dado.

Apenas terminaba el relato, cuando vino un hombre á decirle que su madre le llamaba con urgencia. Esto era extraño y produjo la alarma consiguiente, no tanto por el hecho cuanto por los presentimientos funestos que en todos los ánimos vino á despertar.

He aquí lo que Wath refirió dos horas después á su novia y al cabo Wandawski:

En Varsovia acababa de descubrirse una conspiración Nihilista cuyo centro principal estaba en la universidad donde Wath hizo sus estudios. De los conspiradores unos habían sido sentenciados á muerte, otros deportados á Siberia y otros lograron huir. Dos de los fugitivos habían venido á buscar el amparo de Wath y era preciso ocultar los, mientras se encontraba la manera de que atravesando el lago pudieran salir del país.

No debía perderse un minuto. Gisseta conocía una gruta en lo más intrincado del monte y allí se les debía llevar. Luego se compraría una lancha pescadora y como era muy peligroso hacer confidencias, Gisseta y Wath la tripularían. El matrimonio se aplazaba para la semana siguiente.

Gisseta, su padre y su novio salieron recatadamente, recogieron á los fugitivos y tomaron el camino del bosque; y ya estaban próximos al término del viaje, cuando fueron sorprendidos por un destacamento de soldados que venía en su persecución.

Gisseta entonces sintió despertarse en su pecho la llamarada del valor, y de un salto se puso frente á los soldados.

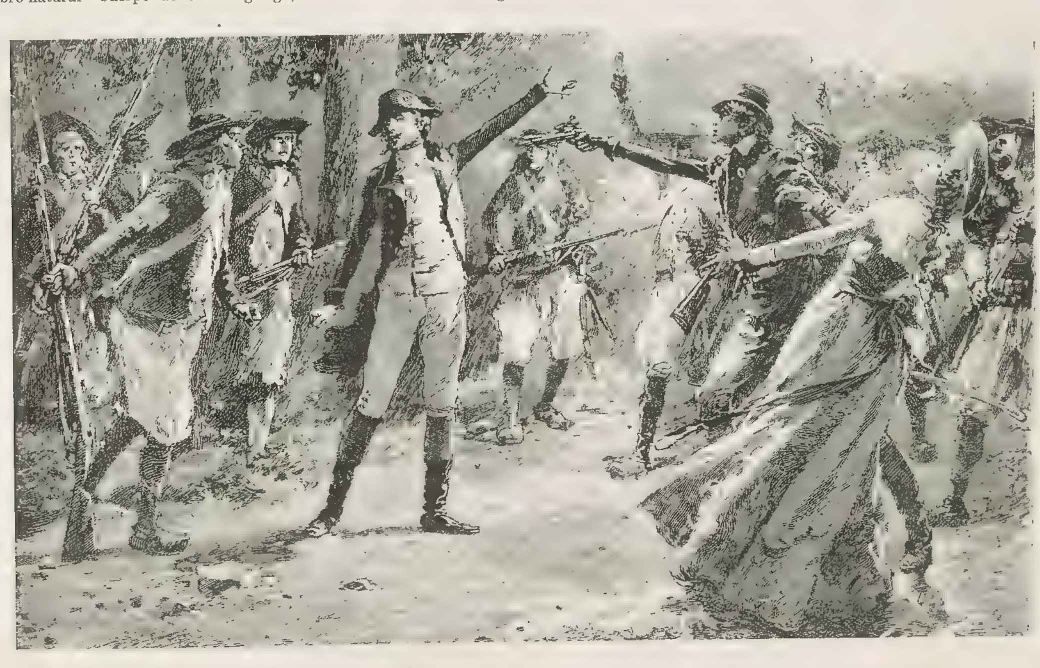
—¿A donde vais? les dijo, polacos sin decoro, que perseguis al hermano fugitivo para entregarlo á sus verdugos?

—De frente, marchen, fuego!! Dijo el jefe á la fuerza que se había detenido dominada por la sorpresa.

Y al acercarse al paso veloz los que traían las antorchas, el jefe vió......la más extraordinaria y milagrosa belleza que ojos humanos hubieran visto jamás, y quiso, deslumbrado, contener á su tropa y dió voces é hizo disparos para defender á Gisseta, pero ya era tarde......una bala le habia partido el corazón, y murió la heróica niña, dando vivas á la difunta libertad de la difunta Polonia.

Wandawski, Wath y sus amigos fueron al fin capturados y acabaron sus días en Siberia, abrumados y consumidos más que por el rigor del clima, por el rigor del infortunio.

Javier Santa Maria.



NUESTRAS ARTISTAS

Srita. Ana Nuñez.

Cuando con inflexión al parecer ind ferente, pregunté á Ramos Martínez, el habilísimo acuarelista que acaba de ser pensionado por una americana millonaria, enamorada d3 los paisajes, para ir á estudiar á Italia:

¿C ıál es en pintura el género en que predomina su encantadora discipula? él me contestó:

-Tiene una habilidad suma para él paisaje, que surge siempre bajo sus pinceles, extraño, opulento de gamas luminosas, y genial. Mas hay algo que yo no le he enseñado y que me cautiva sobremanera y es su vigor, viveza de imaginación y delicadeza suma para el ornato.

En efecto, una viñeta, una simple orla, un capricho de la jóven y hermosa artista suele ser una maravilla, maravilla de frescura, de ingenuidad y al propio tiempo de procedimiento artístico que subyuga.

Hay en sus toques arcanidades sutiles de Bertha Morissot y másculos vigores de Rosa Bonheur: hay sobre todo estremecimientos n ıevos, revelaciones inesperadas y gracias supremas.

***

En cuanto á los paisajes, un género en que la acuarela posee recursos únicos, los suyos cantan todas las vaguedades, las tenuidades todas, y abren á la imaginación horizontes de ensueño.

A veces proclaman la vida; y entonces al sepia de cada tronco, al verde obscuro de cada follaje, al indigo de cada lejanía al lila páli io de cada cielo, al envenenado sanguíneo de cada reflejo de crepúsculo cárdeno sobre aguas irisadas, prende un lampo de luz exultante la primavera: la que brota del alma de la artista como un haz de oro de un alba toda de rosas.

A veces, proclaman la muerte y entonces á la desolación de cada rama anatomizada por el invierno, á la blancura mate de cada pradera vestida de lino, al gris clorótico de cada cielo que recuerda *el bistre* doloroso de muchas ojeras, se prende otro lampo ténue de luz apacible pero misericordiosa, con toda la misericordia de un alma sana que dice *buenos días* á la ventura y á la que falta aun mucho tiémpo para *dar todos sus adioses*

***

La vocación de esa gentil damita que ayer era apenas una niña y que hoy aún no traspasa los nimbos de nácar de la adolescencia, para el arte que hoy embelesa sus juvenilias, fué desde temprano resuelta y decidida.

En el colegio de las Damas del Sagrado Corazón Ana Núñez robaba á estudios y tareas más útiles quizá, menos bellas sin duda que la inmortal tarea de los pinceles, todo el tiempo que le era dable para entregarse á su pasión favorita.

Muchas veces en tanto que en la capilla toda luminosa el coro juvenil de sus compañeras las doncellitas blancas, entonaba himnos á la Virgen de Mayo; ella, en un discreto rinconcillo de la nave, sorprendía rápidamente, con su lapiz travieso la silueta de una *madre* estática en la plegaria.

El color la seguia por todas partes, y hubo traje de seda lastimosamente echado á perder por un esbozo de acuarela y hubo escarpines blancos, escarpines de Cenicienta, orlados á huartadillas, de orlas policromas en un momento de ocio.

Así es siempre la tendencia artística; imperiosa, dominadora, incontrastable, pero mágica

***

Nuestra artista ama también la música, augusta hermana del color y de la rima, y sus manos blancas de duquesita latina despiertan en el teclado enjambres de alas, bandadas de trinos.

***

Hermosa? cien veces más que su retrato en que la luz no ha acertado á copiar la transfiguración perpétua de su rostro blanco de nieve, de sus ojos en que por azules se cree que van á apuntar de un momento á otro las estrellas y de su cabecita en que fulguran blandamente oros ténues de ocasos invernales.

El madrigal se prendería gustoso á esos cabellos, insinuando frases misteriosas....

Mas no invadamos el reino de los poetas.

RIP RIP.

MI MARIA

El angel de mi cielo, mi María,
Que á la primera vuelta de las flores
Tres años cumplirá, medrosa un dia
Buscó refugio en mis abiertos brazos;
Y cuando entre caricias y entre abrazos,
Que prodigué con paternal empeño
Hubo al fin disipado sus temores,
Trocando por sonrisas sus clamores
Cerró los ojos en tranquilo sueño.

En silencio quedó la estancia mía;
Y sintiéndome ansioso
De no turbar el infantil reposo
De mi bien, en mi pecho reclinado,
Inmóviles mis miembros mantenía,
Y mi amoroso corazón latía
Al ritmo de su aliento sosegado.

Sobre su faz serena,
Regadas como límpido rocío
En el cáliz de cándida azucena,
Brillaban gotas del reciente lloro;
Y las guedejas de oro
Del undoso cabello,
Caían arropando su albo cuello.
Así nos sorprendió mi tierna esposa,
Que también temerosa
De interrumpir mi sueño de ventura,
Con paso leve recorrió el estrado
Y sin sentirla yo, vino á mi lado.

Aquella dulce calma
Que reinaba entre mí y en torno mío,
Llenóme al fin de arrobamiento el alma,
Y se quedó mi mente
Enajenada en éxtasis creciente.

Absorto siempre en ella,
Con íntimo lenguaje la decía:
—"Eres botón de flor, embalsamado
Con aromas del cielo todavía»—
Y al verla así....tan bella,
Con plácido embeleso,
A su rosada frente
Fuime inclinado para darla un beso.

Mas, escuché de súbito á mi lado
Algo como un sollozo,
Y mirando con ojos sorprendidos,
Hallé los de mi esposa....humedecidos
Por inefable gozo.
—"No la despiertes," -díjome sencilla,
Y acercó hasta mis labios su mejilla.

IGNACIO GUTIERREZ PONCE.

Lo que yo quiero

(DE EMILIO ZOLA.)

¿Sabéis lo que yo quiero?.... en la ladera,
Cuando Mayo comience á sonreirnos,
Una cabaña que se esté mirando
En el espejo diáfano del río.

En el fondo y oculto entre las hojas,
Donde llegar no pueda otro camino,
Junto del que hacen las palomas blancas,
Allí quisiera entretejer un nido.

A lo léjos, tocando el horizonte,
Sobre una roca gris, bajo los pinos,
Escuchar las canciones que la brisa
Module por las tardes á mi oido.

Una cadena de profundos valles
Por donde crucen en revuelto giro,
Bajo el verde follaje, los arroyos
Murmurantes, inquietos, cristalinos.

Donde inclinen al peso de las flores
Sus plateadas cab ·zas los olivos;
Donde las vides, como amantes locas,
Trepen saltando por agudos riscos!....

Sabéis lo que yo quiero?.... es una senda
Fresca como la cuna de los niños,
Que convierta el umbral de mi cabaña
En umbral de risueño paraíso.

Una alfombra de musgo embalsamada,
Cubierta de alhucema y de tomillo,
Bajo las ramas de un rosal silvestre
Que sirva de dosel á mis dominios.

Después que así mi pueblo haya formado,
Lo que quiero también en mi retiro,
Es ver flotar mis sueños de poeta
En las penumbras del follaje umbrío!

Pero lo que yo anhelo sobre todo
Y sin lo cual de mi poder abdico,
Lo que yo quiero en mi pequeño mundo
Es una reina de dorados rizos!

Reina de amor, con el acento dulce,
Pálida frente y ojos pensativos,
Y cuyos piés pequeños, sobre el musgo,
Ni lo marchiten ni produzcan ruido!

LEOPOLDO DIAZ

JESUS

Uno de aquellos que á Jesús herían
con blasfemias después de flajelarlo,
arráncole un puñado de cabellos
en tibia sangre y en sudor bañados:
Y dijo alzando los crispados puños
—«¡Voy á ofrendarlos á Caifás! -El manto
de la noche cayó sobre la tierra......
y el hombre caminaba apresurado.
De pronto se detuvo, como presa
de una visión deslumbradora, pálido
y amedrentado vació......¡Tenía
un haz de resplandores en la mano.... .!

VICTOR HUGO.

LOS MAS FUERTES

POR GEORGES CLEMENCEAU—ILUSTRACIONES GRABADAS EN NUESTROS TALLERES.

Número 11

Por otra parte, vislumbrando su propia decadencia Claudia se estremecía de angustias mortales, porque la asustaba el pago que por sus debilidades iba á dar al ser perfectamente bueno que le había consagrado su vida. ¿No le amaba á su vez tambien ella? ¿No podría por él y aun por sí misma afrontar las luchas, defenderse, evitar cobardías, precaverse contra el vértigo, ante el abismo que se abría á sus pies? No, no se dejaría arrebatar por las seducciones de un mundo que aparecía brillante, pero que debía ser malo puesto que su padrino lo condenaba. No sería vencida. "No quiero, ¡no quiero!" decia, mientras que en el fondo de su conciencia le preguntaba una voz: «¿Y tendrás fuerzas para resistir?»

Entre tanto la señora de Peyrouard, á solas con la vizcondesa, discutía francamente sobre la situación. Deschars no le parecía temible, pues su hermano, decía, se lo tragaría de un bocado, pero la señora Fourchamps hallaba el manjar algo duro hasta para las quijadas de un Montperrier y añadía que Claudia no estaba segura y que hasta se divertía á veces. por despistar á las gentes, en hablar contra sus sentimientos.

—No hemos llegado al fín, amiga mía; desconfie usted de los cambios del viento y aun cuando el cura haya cumplido su misión, ya verá usted cómo su hermano, con todo y las habilidades que le adornan, no va á estar sin ocupación.

—Etienne no es un niño. Es necesario que cuide ante todo de sí mismo, que se forme una posición: y con tal que su mujer guarde la forma...

—Verdaderamente, querida Luisa, la moralidad de ustedes es bien elástica, contestó la señora Fourchamps. En el matrimonio, es cierto, lo principal es el asunto de intereses, pero no viene mal que si se puede entre en juego algo de sentimientos. Sin paradoja, no me desagrada ver en los que se casan siquiera una chispita de amor.

—Ese tiene que venir al fin cuando los esposos después de las batallas de la juventud, se retiran á sus cuarteles de invierno.

—Esa es una moralidad tardía que por el agotamiento de las alegrias de la libertad, llama á las austeridades del deber.

— De todos modos ¿por qué buscar dificultades para que la señorita Harlé se transforme en señora de Montperrier? ¿Qué le pedimos nosotros? Que ponga la potencia social de sus riquezas á nuestra disposición para ventaja de ella misma y logro de las ambiciones de su marido. Esto no puede fallar una vez que el negocio haya sido arreglado, pues cuando hay verdadero acuerdo de los intereses y en consecuencia el pacto relativo á ellos se cumple lealmente por ambas partes, resulta de parte de cada uno un reconocimiento fortificado por el deseo de aumentar los provechos comunes, que es, después de todo, una especie de amor y forma un lazo más seguro que el acceso de locura pasajera que toman por amor las clases inferiores. Etienne que tiene una gran amplitud de espíritu, no exigirá á su mujer que se momifique en una vida de monja. Esto está en el interés de él; y Claudia en compensación comprenderá que su asociado, para desarrollar toda su plenitud personal debe ser admitido en el uso de esas libertades que no son en realidad sino restablecimientos de higiene intelectual.

—Todo eso está muy bueno y constituye una tésis brillante; pero para desenvolverla en el terreno de la práctica, lo primero que se necesita es el matrimonio. El señor Harlé, como habrá usted podido observar, no soltará sus millones sino en cambio de ventajas equivalentes. El marcha á grandes cosas, á lo que me imagino, y como tiene un génio práctico, no dará sus realidades á trueque de simples esperanzas.

—No lo condenaré por eso, pero hay que ver que Etienne es un brillante partido. Es el primero en la generación que actualmente brilla: todos los salones se lo disputan, su influencia social y política no tiene rival, y el señor Harlé á quien le ha picado la araña por figurar en la cosa pública, sabe bien que un talento semejante en la situación anormal porque atraviesa el país....

—Sí, sí. Pero hay otro interés.

—¿Cual?

—El de Claudia. Esta chicuela es de una madera tal, que la veo muy capáz de tomar la iniciativa y tomar á su cargo la dirección de sus propios asuntos.

Esta vez, querida amiga, me deja usted llena de admiración. Supongo que no irá usted á decirme que esa chiquilla, que es una ingénua bastante complicada, pueda resultarnos refractaria á las satisfacciones de orgullo conque la situación oficial de mi hermano realzará la gloria de los millones.

—Claudia sabe su precio. La política es fértil en equivocaciones. El padre, como es natural, se inclina por la nobleza y la hija ve un poco más alto. De consiguiente, van en pos de un título, que, cualquiera que sea su orígen, es en estos tiempos de gobiernos advenedizos, una fuerza social más grande tal vez que bajo la monarquía.

—Convengo en ello, pero no es menos cierto que la moda reinante de actualidad tiende á elevar dinastías burguesas que forman una nobleza también. Se necesita un advenedizo para que

traiga su contingente de fuerza á las antiguas vías que no se pueden desalojar sin peligro: un advenedizo de raza, valiéndome de esta frase hípica, que sepa dar á los sentimientos antiguos el grato atractivo de los renacimientos. Los advenedizos de las noblezas pasadas, se ven obligados á hablar de libertad y de otras mil cosas de las cuales no saben ni una palabra. Nosotros que lo debemos todo á nuestro propio esfuerzo, tenemos autoridad para mantener los intereses permanentes.

Sí, pero si á todo eso pudiera agregarse el brillo de un título......

—Mi hermano será Presidente del Consejo, miembro de la Academia, y la Presidencia de la República está al fin del camino. Etienne de Montperrier marchará al igual de los primeros de Europa, y los reyes le pedirán consejo. Ya se empieza á ver eso en las cortes. Los autócratas de hoy, descienden de su trono para abrazar á sus antiguos detractores pomposamente encaramados en su audacia. Claudia, os lo aseguro, será reina conforme son sus deseos, y en verdad que no hay mejor colocación para sus millones.

—Cualquiera juraría que quiere usted convencerme. No hay necesidad. Lo que quiero es hacer ver las dificultades de la empresa y.... todavía no lo he dicho todo. Si me descuido un poco, el enemigo más temible será Puymaufray.

— Vaya.... un decaido.

—La sencillez de usted va un tanto rápida, querida mía, pues el marqués es de la más alta nobleza. Un Montmorency se honraría con su saludo.

—Lo que yo quise decir es que falta á sus deberes de clase hablando mal de los suyos; que incurre en una imprudencia al prestar así la autoridad de su nombre á las divagaciones populares.

Pero esas divagaciones serán abogadas desde la tribuna por los Montperrier. Lo grave respecto de Puymaufray, es que con los defectos y las cualidades de su raza no es una dificultad vulgar. Lo venceremos, pero la lucha será reñidísima. Apostaría á que cuando Deschars salió de aquí fué en busca del auxilio de su amigo, porque ya comprendió la partida que estamos jugando aquí.

La señora Fourchamps no se equivocaba. Mauricio había corrido á la casa del marqués dándole de golpe la noticia.

Enrique no pareció de pronto que compartía el espanto de su amigo.

—Era de esperarse que le disputarían á usted la mano de Claudia. Ya he oido diversos rumores y si esto dura se pondrá en movimiento todo el mercado de blasones, pero por fortuna Harlé está en guardia y no ha trabajado para pagar las deudas de algún gran señor, cuando sabe que á menos costo puede proporcionarse él mismo antepasados á su satisfacción. Claudia también está prevenida y Montperrier no tiene en su favor ni siquiera un título, ayudándole solo las ambiciones políticas de Harlé y la influencia de la vizcondesa. Hemos debido preverlo todo. Sin embargo, cuento con que Claudia sabrá leer en el alma poco misteriosa de su bello pretendiente y creo que debe usted tener más confianza en ella y en sí mismo. Debe usted hacerse amar.

—Si con amar y decirlo se llegase al resultado....!

—Se llega, siempre que se tenga fe en la victoria.

—Y, usted, nunca amó así?

—Y supe luchar y vencer.

—Tendré la misma suerte?

—En todo caso cuente usted conmigo.

Entre tanto, la señora Fourchamps meditaba. Quería ayudar á Montperrier, pero sin que esto pudiera perjudicar sus combinaciones personales. Porque todo eso de el joven orador y los antiguos vínculos que con él la ligaban y Claudia, nada le importaban en realidad. Lo que le interesaba era su propia persona. Puymaufray la atraía por su desdén y Harlé por su fuerza de acción. Podía dominar á Harlé, pero Puymaufray sería su amo. Grave eventualidad para una mujer que nunca se había dejado dominar! Y luego ¿cómo era en realidad Puymaufray? Todo el arte de esta parisiense astuta se había estrellado ante la reserva impenetrable de este hombre, que bajo su aparente sencillez, guardaba una invencible resistencia contra todas las seducciones. Y con todo, algunas veces el relámpago de la mirada, la vibración de la voz denunciaban la existencia oculta de una pasión misteriosa. ¿Qué habia logrado la vizcondesa después de tantos esfuerzos para penetrar en esa alma, más que la sorda irritación de encontrarla cerrada siempre? y en estos combates, ella fatigada al fin, se preguntaba con terror si no estaria enamorada.

En París, que por la mayor aproximación había esperado cautivarlo con sus encantos, el hombre había permanecido como siempre impenetrable y dulce.

La indiferencia misma había fracasado contra quien sabe qué absorción de vida interior. Era pues seguro que no se dejaría Puymaufray arrancar su cortesa de impasibilidad sin el socorro de lo imprevisto ó el choque de alguna sorpresa. Harlé entre tanto no se fatigaba esperando y quedaba muy contento recibiendo sonrisas prometedoras, pues había resuelto no emprender campaña definitiva hasta después de alcanzar el éxito de

su nueva empresa. Por este lado podía ganarse tiempo; pero la rivalidad de Deschars y de Montperrier iba á precipitar los acontecimientos. Sostener á Montperrier descaradamente podía atraerle el odio de Puymaufray. ¡Al diablo pues Montperrier si Puymaufray quería......

A este punto de sus reflexiones llegaba la señora Fourchamps, cuando le anunciaron al barón Oppert. El barón entre otros conocimientos tenía el de la psicología.

La víspera en una conversación sostenida, estuvo insistiendo en interrogar á la vizcondesa respecto de Puymaufray. Había sospechado una debilidad en esta mujer de mundo, sorprendiéndole que la ocasionara un hombre fuera de combate como Puymaufray. Luego la señora de Peyrouard había ido con muchos misterios á hacerle la confidencia de que Montperrier pretendía la mano de Claudia y él le ofreció su apoyo según lo tenía convenido de antemano con la señora Fourchamps. En este negocio veía la común ventaja de Harlé, para quien acababa de negociar en Roma un titulo de conde, comprándolo por conducto del abad Nathaniel. También quería proteger á Montperrier, cuya figurita le divertía, compinándose así la doble conjugación como él decía y sobre la cual comenzaba á formarse mil proyectos. ¿Por qué el capricho de una mujer había de venir á descomponer tan discretas combinaciones? La vizcondesa era incapáz de una calaverada y por eso se necesitaba en interés suyo averiguar qué ensueño había perturbado su razón.

Después de haber besado con galantería la mano de su amiga, el barón se sentó en un confidente y abordando la cuestión á su manera, dijo:

—He notado señora que no acostumbra usted hablar en vano, y en vista de algunas palabras de usted referentes á Puymaufray, me he preguntado si no corre peligro nuestro protegido Montperrier.

—Lo temo, mi querido barón; aunque no puedo precisarlo. Además de la influencia que ejerce en su ahijada, tiene gran poder sobre Harlé. No me explico el lazo que haya podido unir esos dos carácteres tan opuestos.

—¿Sabe usted algo sobre la señora de Harlé?

—He pensado en eso. Una enferma con accesos de melancolía. ¿No son así los informes de usted?

—Casi. Pero para estimar de tal modo á ese hombre, forzoso es que Harlé esté ligado por algún gran servicio hecho ó recibido.

—Ya lo sabríamos.

—Creo que le ha hecho á usted la corte.

—Quién, Harlé?

—No lo preguntaría yo. Hablo del marqués.

—¿Quién ha podido dar á usted esa idea?

—No sé. Tiene un aire distinguido y está usted en su derecho para considerarlo todavía seductor.

—No usaré ese derecho. Por otra parte y pienso que será usted de mi opinión, él no tiene más que á su ahijada en la cabeza.

—Estos vividores retirados son una calamidad. El marqués por fastidio ó por indolencia ha caído en el sentimentalismo y es incurable. Ni usted misma conseguiría cambiarlo; en tanto que Harlé tiene otras ideas y otras energías y con él puede uno entenderse y de consiguiente permaneceremos fieles á Montperrier.

—Si á usted le parece......

—El negocio es igualmente ventajoso para el industrial y para el orador, sin contar las ventajas que obtendrá también la jovenzuela. Bajo nuestra dirección, esta reunión de fuerzas producirá un magnífico poder. Yo quiero para usted además del de la belleza y el talento otro reinado y lo conseguiré.

La vizcondesa penetrando los pensamientos de su amigo, le quedó agradecida por tan discretas advertencias y resolvió aclarar la incertidumbre y no tomar ningún partido sino con conocimiento de causa. El barón reducía todo á una cuestión financiera y ella necesitaba para resolverse arrancar su secreto á Puymaufray con resolución. La hora de la diplomacia había pasado con un adversario siempre puesto á la defensiva y era necesario arriesgar un asalto brusco.

El marqués de su parte la consideraba cada día más temible y comprendiendo que Harlé estaba apasionado de ella, veía bajo su poder al hombre de quien podía depender la dicha ó la desgracia suprema. Lejos de haber podido arrancar á Claudia de tan funesta amistad, veía diariamente estrecharse los lazos entre lo que tenía de más caro y de más aborrecido en el mundo.

Lo peor era que con sus eternos sermones había acabado por fatigar á la jovencita, y su poder sobre ella se desmoronaba á medida que el peligro se hacía mayor. No debía contar con Mauricio, pues éste estaba desorientado y pedía socorro en vez de traerlo.

Un hombre sencillo y recto, de alma noble y tierno corazon, desconfiado de sí mismo y tímido por el exceso del amor, luchaba con singular desventaja en ese mundo desconocido en que todo se levantaba contra él; en tanto que Montperrier, calculador frío con sus villanías interiores y su amable apostura, no tenía más que dejarse llevar sirviendo á los intereses altos y bajos de la eterna coalición de los más fuertes. Puymaufray y Mauricio no tenian sino amor.

Emboscada tras de su eterna sonrisa, la vizcondesa acariciaba á su víctima y pronto llegaría la hora de sentir el estremecimiento de la carne bajo las finas garras de esta encantadora fiera. Un disgustillo leve entre la ahijada y el padrino dió la ocasión deseada.

Irresistiblemente sugestionada por el ejemplo, Claudia estaba entregada á sus cosméticos y á sus coloretes y á sus aguas maravillosas que le falseaban la natural belleza y de allí resultaban querellas desventajosas para el marqués.

—Qué placer puedes encontrar repetía él, en esa mentira que no tiene ni aún la excusa de engañar á nadie?

—Papá dice que me sienta muy bien, y luego que todo el mundo hace otro tanto y cuando todo el mundo está de acuerdo para mentir, es como si todo el mundo dijera la verdad puesto que nadie engaña á nadie. Cuando digo á un fastidioso que estoy muy contenta de verlo miento también, pero qué importa? se me pagará en la misma moneda, y la vida será más grata que si yo dijera ó me dijeran brutalmente: Si viera usted como me revienta!

—Te estás engañando á tí misma, pobre hija mía, y eso es mucho peor, estás mintiéndote con tu juventud que falseas con tu sencilléz que abandonas, con tu gracia que descompones poniéndote á la altura de las que á fuerza de afeites entablan una lucha impotente contra la vejéz. Qué locura la de desfigurar la belleza en el culto idolátrico de sí, que es de todas las perversiones la peor, porque dispone el alma á todas las demás.

—Entonces estoy pervertida con mi siglo, pero era peor el anterior que usted ama tanto y en el que el colorete, los polvillos y los lunares formaban el más bello ideal, lo mismo que toda clase de postizos.

—No es eso lo que dió valor al siglo XVIII, hija mía, y su fin trágico demostró los gérmenes de disolucion violenta que se encerraban en él.

—No me quiera usted hacer creer que una poca de crema para el cútis trajo tan funestas consecuencias; vamos, riase usted.

—No, no puedo reir. A causa de tus unturas é iluminaciones, no puedes darme un beso sino con la punta de los labios, ni yo puedo abrazarte á mi satisfacción. Te desafio á que me saltes al cuello.

—No, porque me está usted haciendo enojar.

—Es que te lastima la verdad, hija mía. Yo creí que me amabas más.

Un gesto de impaciencia cortaba estas conversaciones, y cuando venía la reconciliación era sin que la niña cediese en nada.

Un día el marqués agotada ya su paciencia, dijo que no reconocía á Claudia, y que esperaba la hora de volverla á encontrar. Esta vez la vizcondesa viendo á Enrique desamparado, consideró llegado el momento de descubrir sus baterías y rompió el fuego resueltamente.

—Estoy desolada querido marqués, le dijo, de ver á usted tan triste y tan empeñado en parecer alegre. No hay que negarlo. Mi amistad lo adivina todo, pero me callaré si puedo ser tenida por indiscreta. No obstante, me consideraría dichosa si pudiera contribuir al consuelo de usted. Me tiene usted por enemiga? estoy dispuesta á declararle mis ideas sobre la dicha de las personas que le son queridas, pues deseo que me juzgue usted mejor, y por eso me he decidido á hablarle con todo mi corazón.

Enrique silencioso escuchaba sorprendido al ver su prudente reserva traida á esta explosión de confidencia.

—Pero yo no estoy triste, señora, dijo con esfuerzo.

—Ah! no es así como se corresponde á las pruebas de la amistad más sincera y pura. Permaneceré si usted lo quiere, sin mezclarme en sus asuntos, pero no será sin profunda pena, porque yo creía poder servir á usted de algo.

—Hable usted, señora, se lo ruego, dijo Enrique desconcertado y como vislumbrando un vago destello de esperanza.

—Si lo exije usted, ya es distinto:

No soy la única que conoce el gran cariño de usted hacia su ahijada, y que usted prometió á su madre moribunda velar por ella.

—Efectivamente, señora, no es usted la única que lo sabe.

—Pues bien, ha llegado para ella la hora del matrimonio, que es la suprema para la mujer cuyo porvenir en todo caso y aún ya casada es de grandes combates y derrotas tal vez.

—Pero si se casa por amor....

—Ese es el opio con que se nos adormece, pero á la edad en que una se casa, comunmente no sabe lo que hace, y como la felicidad es tan eventual, tiembla usted por su ahijada, ¿es verdad? Harlé preocupado con sus negocios, con tal de que su hija á quien adora goce del presente, se cuida poco del porvenir: ella vive al día como nosotros lo hicimos á su edad, y usted teme llegar á fatigarla con sus sermones. ¿No había usted pensado en el socorro de una amiga?

Puymaufray hizo un ademán sin significación precisa.

—¿Se acuerda usted que fuí yo quién le aconsejé venir á París? Sabía bien que de todos modos habría usted venido, porque Harlé destina claramente á su hija á cálculos financieros ó de posición, y usted no la queria dejar correr sola esos peligros. Mi invitación fué para dar á usted pretexto plausible de venir. ¿Habría obrado así, con miras contrarias á las suyas?

—No he dudado de usted.

—De todos modos, he hablado ya con bastante franqueza para no llegar hasta el fin. Los pretendientes se me descubren, pero amo demasiado á Claudia para aventurar ningun consejo sin conocimiento de usted, aunque Claudia tiene conciencia de que la mayor parte de esas pretensiones no son nobles. ¿Qué piensa y qué siente? ni ella podría decirlo por que no lo sabe, pero yo cuento como usted, con su natural rectitud y acaso salve las tentaciones del mundo recordando las afirmaciones de usted, sobre que existe el amor.

—Todo esto, señora, está muy bien pensado ¿pero nosotros qué podemos hacer?

—Poca cosa en efecto, pero á la hora oportuna eso poco puede inclinar la balanza, y si es una mujer quién estudia esa oportunidad, una palabra será decisiva.

—Señora, dijo el marqués que estaba bien convencido de ese peligro, veo que mi ahijada tiene una amiga preciosa, y estoy muy reconocido de que quiera usted guiarla con sus consejos, pero el acontecimiento de que usted habla puede no estar tan cercano.

—Pierde usted, querido marqués su diplomacia, pues bien sabe usted que no le estoy hablando fuera de tiempo; y ya que estima usted mi franqueza quiero hasta el fín conservar ese mérito á sus ojos. Tengo por usted la simpatía más viva y la afección más sincera y cuando doy mi mano no la retiro.

Y tendió á Enrique una mano larga y fina, trabajada compuesta, como un objeto de arte, en que brillaban pedrerías desconocidas de todos los Fourchamps, una mano que daba la sugestión de todo menos de la honrada amistad prometida. Enrique intentó besársela.

—No, dijo la vizcondesa: estreche usted; después veremos. Estreche usted.

—Estrecho, contestó Puymaufray con más cortesía que arrebato.

—He terminado mi discurso. Somos amigos; puede usted contar conmigo y entre los dos defenderemos á Claudia. Nuestra alianza ahora me impone un deber grato y más tarde cuando me conozca usted mejor, cuando sepa usted hasta qué punto yo, mundana, estoy separada del mundo y cuando haya usted comprendido de qué manera puedo pagar su confianza con la lealtad absoluta de mí corazón......

Ella había bajado los ojos para acentuar sus palabras: cuando los levantó no pudo reprimir un estremecimiento de espanto á la vista de Puymaufray, ante quien las acababa de decir y que lo había comprendido todo. ¿Dónde lo queria conducir esta miserable mujer? Un casamiento al precio del porvenir de Claudia? Y osaba proponerle á sangre fría ese mercado!

Su cara pálida de horror en que brillaban las pupilas espantadas, relampagueaba de repulsión odiosa ante la impudente cortesana que quería poner en el altar su mano sacrílega.

—Hay una mujer entre nosotros, pensó la vizcondesa temblando de rabia, una mujer que me odia.

Y luego reponiéndose y con una magnífica serenidad agregó:

—Si, querido marques, cuando me haya usted puesto á prueba y tenga ocasión de juzgar qué energías puedo poner al servicio de mis amigos, se acordará usted con reconocimiento de nuestra entrevista de hoy.

—No hay necesidad señora de esperar hasta entonces, respondió Enrique violentándose para parecer tranquilo. El afecto de usted hacia mi ahijada me garantiza que no puede usted desear más que su bien y me atrevo á contar de antemano con que un poco de esta amistad se extenderá algún día hasta mí. Crea usted que los sentimientos de que se sirva usted darme pruebas no serán perdidos.

—Así lo espero.

Cuando la vizcondesa quedó sola se puso á pensar quién sería la mujer á quien amaba Enrique y terminó exclamando:

—Ofrecí la paz y escojió la guerra. Habrá guerra y sin cuartel.

Y Puymaufray, loco de cólera y comprendiendo el nuevo ardor con que iba á luchar el enemigo, sentía rujir en él un furor salvaje contra todos esos ladrones de Claudia, y se proponía no descuidar nada, aún cuando debiera dar su vida por salvar á su hija.

XIII

Bajo la alta dirección de Etienne de Montperrier y con ayuda de Deschars, del pintor Wilfrido Leigh y del artista aficionado Alfonso de Valbois bien conocido en la alta sociedad, los cuadros animados se organizaron en breve, aunque se tuvieron algunas dificultades para la distribución de los papeles. Wilfrido Leigh compuso una reina de Saba enteramente parisiense y los dibujos en que aparecía el proyecto obtuvieron el éxito más brillante.

Montperrier resolvía las dificultades accediendo á todos los deseos, á riesgo de desfigurar el aplaudido proyecto.

Se necesitaba un Salomón y la vizcondesa propuso al Príncipe de Lucques quien discretamente consultado aceptó.

—Con una peluca rizada, una barba negra, el cetro y la corona, el Príncipe producirá un efecto majestuoso.

El Príncipe necesitaba en efecto de todos esos ornamentos para parecer rey, pues su figurilla más bien recordaba á Escaramuche en la agonía que á Salomón en su gloria.

—Señor Montperrier, dijo la vizcondesa; contamos con usted para que el Príncipe no se vaya á arrepentir. La estrecha amistad que hay entre ustedes dos me garantiza el resultado.

La vizcondesa callaba que ese mismo día había capitulado con el Príncipe á propósito de Montperrier. El duque de Balsam en el club se excusaba de recibir al joven diputado á su mesa y le aplicó un chiste sangriento que Lucques encontró encantador y lo andaba circulando por la ciudad.

La vizcondesa le rogó que se callara y él prometió hacerlo y aún aceptar el papel de Salomón siempre que Montperrier se lo pidiera personalmente para reírsele á las barbas.

Alfonso de Valbois se encargó de arreglar las bodas de Canaan conforme al cuadro del Veronés.

A la inversa de Montperrier, Deschars que había tomado á su cargo los cuadros de la India no podía contentar á nadie, sobre todo á la vizcondesa que estaba al frente de la oposición. El abate Nathaniel le había dado alguno vagos informes sobre budhismo de los cuales sacaba grandes recursos de polémica.

Mientras Deschars explicaba vivamente la leyenda y agrupaba á los cortesanos del rey para ver partir al joven Príncipe, la vizcondesa le dijo bruscamente:

—Dígame usted, señor Deschars, ¿su príncipe á quien los salvajes en su estulticia consideraron Santo, cambió el mundo como pretendía?

—Si señora, cambió el corazón de muchos centenares de millones de hombres haciendo brotar en ellos la natural bondad que había estado ahógada por el egoismo. Su piedad se extendía hasta las bestias y se dejó devorar por unos tigrillos que tenían hambre.

—Era un loco.

—Como todos los que sobrepasan la medida común.

—¿Sabe usted que tiene sentimientos paganos? En otro tiempo le habrían quemado, ahora le cerraran sencillamente los salones por su inmoralidad.

—No creo al mundo de una virtud tan severa.

—Nosotros no matamos á los recién nacidos, como lo hacen los chinos.

Si viera usted que antier, en la sala de jurados, oí decir lo contrario?

—No tenemos la poligamía.

—Sin embargo, no faltan por el bulevar serrallos ambulantes.

—Somos caritativos.

—Es virtud que á ninguno de ustedes arruina.

—¡Qué ocasión elige usted para escandalizarnos con sus impiedades! Cuando estamos haciendo el bien y obligándole á que lo haga. ¿No está usted viendo que la señorita Harlé espera que le explique usted lo que le interesa de su harapiento Budha, á quien yo cerraría mis puertas si no tuviera su cortejo de bayaderas?

—Usted es testigo, señorita de que me esfuerzo en disponer á su gusto la corte de Kapilavastow.

—Eso es lo más urgente y ya estamos casi de acuerdo. Luciana Preban acepta el papel de Budha y usted la aleccionará. Yo seré Gopa, la mujer del príncipe ¿Está bien?

—Gopa era la más bella, y por milagro la más inteligente de su reino.

—¿Y usted cree que eso no ha vuelto á verse nunca? preguntó la vizcondesa.

—Al contrario. Hago notar la coincidencia.

—¿Y qué traje necesita Gopa?

(Continuará.)

IDILIO

Una casita
Sobre una alfombra
De blancas flores y verde grama,
Donde recuestan su fresca sombra
Los arrayanes y la retama:

Entre las juncias
Y carrizales
Un arroyito que corre puro,
Acariciando con sus cristales
La madreselva que escala el muro.

Blancas ovejas
Sobre las lomas,
Tordos parleros por los sembrados,
Y en dulce arrullo blancas palomas
En los aleros de los tejados.

Cabe las puertas
Y en las ventanas
De verde hiedra frescas cortinas,
Y por los patios cruzando ufanas
En raudo vuelo las golondrinas.

Entre los fresnos
Aves cantando,
Junto al estanque lirios y rosas,
Y por las flores, ledas buscando
El dulce néctar las mariposas.

Y tú á la sombra,
Cerca del río,
El verde musgo por blando lecho,
La trova oyendo que el pecho mío
Manda á que more dentro tu pecho.

Allí pintando
Mi amor ardiente
Y contemplando tus bellos ojos,
Húmedos besos sobre mi frente
Pondrán temblando tus labios rojos.

VICENTE RIVA PALACIO.

LOS NARANJOS

Perdiéronse las neblinas
En los picos de la sierra,
Y el sol derrama en la tierra
Su torrente abrasador.
Y se derriten las perlas
Del argentado rocío,
En las adelfas del río
Y en los naranjos en flor.
Del *mamey* el duro tronco
Picotea el *carpintero*,
Y en el frondoso *manguero*
Canta su amor el *turpial*.
Y buscan miel las abejas
En las piñas olorosas,
Y pueblan las mariposas
El florido cafetal
Deja el baño, amada mía,
Sal de la onda bullidora;
Desde que alumbró la aurora
Jugueteas loca allí
¿Acaso el genio que habita
De ese río en los cristales,
Te brinda delicias tales
Que lo prefieres á mí?
¡Ingrata! ¿por qué riendo
Te apartas de la ribera?
Ven pronto, que ya te espera
Palpitando el corazón.
¿No ves que todo se agita,
Todo despierta y florece?
¿No ves que todo enardece
Mi deseo y mi pasión?
En los verdes tamarindos
Se requiebran las palomas,
Y en el nardo los aromas
A beber las brisas van.
¿Tu corazón, por ventura,
Esa sed de amor no siente,
Que así se muestra inclemente
A mi dulce y tierno afan?
¡Ah, no! perdona, bien mío;
Cedes al fin á mi ruego,
Y de la pasión el fuego
Miro en tus ojos lucir
Ven, que tu amor, virgen bella,
Néctar es para mi alma;
Sin él, que mi pena calma,
¿Cómo pudiera vivir?
Ven y estréchame; no apartes
Ya tus brazos de mi cuello,
No ocultes el rostro bello,
Tímida huyendo de mí
Oprímanse nuestros labios
En un beso eterno, ardiente,
Y transcurran dulcemente
Lentas las horas así.

. . . .

En los verdes tamarindos
Enmudecen las palomas;
En los nardos no hay aromas
Para los ambientes ya......
Tú languideces; tus ojos
Ha cerrado la fatiga,
Y tu seno, dulce amiga,
Estremeciéndose está
En la ribera del río
Todo se agosta y desmaya;
Las adelfas de la playa
Se adormecen de calor
Voy el reposo á brindarte
De trébol en esta alfombra,
A la perfumada sombra
De los naranjos en flor.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

PAGINAS DE LA MODA

Lecturas para las Damas.

El lenguaje de las cosas.

EMBLEMAS Y SÍMBOLOS

Siempre el espíritu humano se ha complacido en analogías curiosas, en ingeniosas relaciones de cosas morales y de cosas sensibles; siempre ha ensayado dar á las ideas, á los sentimientos, una forma palpable, tangible, facilmente comprensible para todos.

De ahí los emblemas y los símbolos que se encuentran en las más antiguas civilizaciones.

Desde que los hombres se ingeniaron para crear relaciones entre el pensamiento y la materia, quisieron representar sus ideas á los ojos como la palabra las transmitía á la oreja, y nacieron los geroglíficos, cambiáronse los símbolos, tomando su significación de los colores, de las piedras, de las plantas, de los animales: la espiga de trigo, significa abundancia; el oro, fe; el gallo, valor; el color blanco, pureza.

El lenguaje convencional de las cosas con sus afiligranamientos y su misteriosa poesía, nació en el oriente. El espíritu sutil de las mujeres condenadas al enclaustramiento ó al silencio de los haremes pronto creó una doble lengua: los símbolos de los colores y de los perfumes, fueron la lengua hablada; los de las piedras y las flores, la lengua escrita.

El uso confunde habitualmente los emblemas y los símbolos con todo y que entre ellos hay diferencias marcadas. Los unos y los otros son imágenes materiales de una idea, pero el emblema se aplica á las abstracciones puras en tanto que el símbolo sirve para las cosas morales y para los sentimientos. Una mariposa por ejemplo, es el emblema del alma; un reloj con alas, el emblema del tiempo; una hoz ó una ampolleta, el de la muerte; una serpiente que se muerde la cola, el de la eternidad; una mano, es el emblema del poder: una rosa encendida, el del amor; la rosa pálida, el de la belleza; la rosa blanca, el de la inocencia; el cisne, el del orgullo; la cigüeña, el de la hipocresia.

El símbolo es sencillo y de ordinario tomado á la naturaleza, mientras que el emblema es más ó menos ingenioso y convencional y generalmente compuesto.

Vervigracia: un casco es el símbolo de la guerra y un nido puesto en un casco es un emblema que significa que terminó la guerra y ya empezó la paz. Un reloj simbólico, ó más bien emblemático de estilo Imperio, representa un amor riente en un casco coronado de laurel, con esta leyenda: *El amor sobre laureles no halla corazones crueles.* Es un emblema compuesto de tres símbolos.

Los geroglíficos son una escritura á la vez simbolica y emblemática. La boca es el símbolo de la palabra; el corazón el de la verdad y la confianza: un corazón suspendido de dos labios fué para los egipcios el emblema de la franqueza. Los galos que pretendian batirse bien, y hablar bien, tenian por emblema un hércules de la boca del cual salían cadenas de oro. Podían multiplicarse al infinito estos ejemplos, pero los ya dichos significan suficientemente que con un poco de ingenio, cualquiera puede, por medio de símbolos conocidos, componer múltiples emblemas.

TRAJE PARA NIÑITA.—*Véase la pág. 215.*

TRAJE PARA SEÑORITAS, NIÑOS Y NIÑAS —*Véase la pág. 215.*

Consejos á una niña

Con la conciencia no hay transacciones; las que se celebran de día las rompe de noche, y de las que se hacen en el mundo, apela ante la soledad.

No demuestres tu superioridad sino en la bondad del corazón.

El calzado se debe romper dentro de la casa; cuando quieras romperlo en la calle, usa botas y pantalón.

Si tienes talento, escóndelo, y si no lo tienes, escóndete.

La mujer es bella á los quince, la inocencia es bella á los cuarenta.

Los versos á las mujares, se hacen con mentiras y consonantes.

Cuando una mujer tropieza, el tropezón no está en la piedra sino en su pie.

Cuando las flores están en el balcón, nadie entra á la casa á verlas.

El color de la verguenza gusta más que la palidez de la serenidad.

El hombre que te ame de veras te lo mandará decir con tu madre.

Las mujeres que tienen miedo no tendrán nunca necesidad de valor.

El matrimonio es una cadena de flores, pero aunque sea de flores siempre es cadena.

Si tu marido es bueno, imítalo; y si es malo haz que te imite.

Adios, querida Elvira: cuando estés en edad de comprender estas líneas, comprenderás también el deber que tienes para el que te vió en tu cuna, y le enviarás, no flores sino oraciones, ¿no es cierto? Ruega, ruega por mí á fin de que «yazga en paz mi amargura amarguísima.» Sé buena, y si es posible dichosa; lo primero está en tu mano, mientras que lo segundo no pertenece sino á Dios. El te guarde, y tú no me olvides.

JOSÉ MARÍA VERGARA.

La influencia del beso en la salud

Muchas personas timoratas, imbuidas en las teorías panmicrobianas, temen, ateniéndose al dictamen de algunos sabios pesimistas ser contagiados por el aliento más ó menos suave de las personas á quienes acarician!

Sin embargo, si debe darse crédito á las recientes afirmaciones de un médico aleman e contacto oscular debe producir los resultados más satisfactorios en las secreciones gástricas Existe, según él, en este acto frecuentemente original, cambio de microbios, es verdad, pero también mutua comunicación de enérgicos y bienhechores bacillos que ayudan al trabajo digestivo. El clásico dicho de «¿puedo besar papá?» resulta hoy, pues, inoportuno: no habrá ya necesidad de impulsar á nadie para prodigar los besos. En la actualidad todos deberán besarse en la boca por prescripción facultativa, puesto que los besos son *higiénicos*

MODELO DE ULTIMA NOVEDAD

PALETOT LIGERO.

Es de media estación, para principio de primavera, con bonitos alforzados, peto y cuello de satín bordado y moño de terciopelo con elegante lazo.

GRUPO DE PRENDAS PARA BEBÉ.

Dos blusitas: la una de lino con guarniciones de lo mismo, pequeña marinera bordada y doblado triangular en los remates de las mangas. La otra, de batista con gran aplicación de bordados y elegante cuellito encarrujado. Los remates de las mangas con muy hermosas aplicaciones.

Véanse los guantes y zapatitos de estambre de nueva forma y con primorosos lazos.

TOILETTE DE BAILE PARA SEÑORITA.

Todo de muselina clara con alforzado á todo lo largo y un vuelo completo de volantes en tres órdenes al rededor del busto, á guisa de capelina. Cinturón ancho del mismo género, con dos zonas de bordado en la basquiña y en la parte superior del talle. Mangas de corbeille graciosamente plegadas sobre los grandes guantes de ceremonia.

CAMISA DE DÍA.

Es de batista blanca y se compone de una espalda de una sola pieza y de un delantero montado á pliegue con un bolero rayado de entredos de valencianos y drapeado sobre el pecho por un nudo de satín rosa; nudos de lo mismo sobre los hombros. Algunos volantes de encaje ornan el esbozo de la manga.

MODELO DE ULTIMA NOVEDAD

NUESTROS GRABADOS

DOS MODELOS DE ÚLTIMA NOVEDAD.

El primero es de pongé figurado, de matiz parma en crepé de china bordado ó en zenana. De ambos modos resulta gracioso. Pero podría igualmente reproducirse en molletín, en muselina de lana ó en cachemira, sin hacerle perder nada de su elegancia. La mayor ó menor riqueza del género empleado depende del uso que quiera hacerse de la toilette y de la posición que se ocupe. Este modelo es largo, con pliegues Wateau, de falda toda unida y ornado, en el corpiño, de una blusa en muselina de seda plisse agrafeada bajo el brazo derecho.

Un talle drapeado en terciopelo miroir, sube en la espalda para venir á cerrarse en lo alto, bajo el pliegue Watteau. El cuello es estilo Valois, cernido por una banda de Labrador.

Otro de los figurines que hallarán nuestras lectoras es un traje de baile de trabajo exquisito, en satín blanco, matizado de cidra. Sobre falda triangular con la punta en tablero, ornada de encaje viejo de Génova muy fino. Falda inferior ligeramente plissé. Corpiño abierto estilo Inés Sorel, que se compone de una blusa muy graciosa con pequeños pliegues horizontales, sobre la cual se dibuja un elegante bolero de grandes follajes de fantasía, cortados sobre el mismo encaje.

Cinturón de terciopelo miroir cerrado detrás por un motivo de joyería sobre un lazo de terciopelo y pequeñas bascas cortas, de variado encaje. Mangones muy cortos, planos, recubiertos de tul cidra elegantemente chifoneado y rosa mariscal.

GRAN TRAJE DE SOIRÉ PARA SEÑORA JOVEN.

Todo de moiré figurado, de falda plana y cuerpo redondo con escote ligero, ornada de blonda antigua de Bruselas. Cinturón de satín negro y vuelta de manga de felpa armiñada. La salida para este traje, que por entero representa el modelo, es de suprema elegancia, con gran capelina de rico bordado.

TRES MODELOS ELEGANTES

Damos tres modelos de cuerpos delanteros y espalda, dos para calle y uno para baile, del mejor gusto. Los tres son de última novedad y el núm. 2 es de gros acordonado con grandes guías de seda; el número 1 es de terciopelo acordeón, con gran peto alforzado de satín. En cuanto al cuerpo escotado, fig. 3, es de satin con blonda, espaldetas, guías y cinturón muy harmónicos y de gran efecto.

TRAJE DE CASA.

Es de cachemira malver con gran falda recogida en el talle y un cuerpo de blusa montado sobre un doblado ajustado ordinario.

Doble solapa rectangular con guías muy elegantes, que ornan también la parte inferior de la blusa. Gran cuello mariscal con aplicación de encaje y corbata de blonda primorosa. Manga ancha con guarnición bordada y gran apéndice de blonda.

GRAN TRAJE DE SOIRÉ PARA SEÑORA JOVEN

TRAJE DE CASA

TRAJES PARA SEÑORITA, NIÑOS Y NIÑAS.

Todos de paño ligero acordonado y de estilo sastre; tres de ellos de blusa; uno de jacquet y otro, el tercero del frente, de una graciosísima hechura. Casacón de dos cortes, con vueltas de terciopelo sobre una ba-

PALETOT LIGERO

ta acordonada y rígida, alforzada á todo lo largo y con dos órdenes de botones. El traje de niñita que aparece en el fondo, es de cambray de seda con peto figurado y coqueta capelina detenida sobre los hombros por dos lazos de seda.

GRUPO DE PRENDAS PARA BEBÉ.

TRAJES PARA NIÑITA.

Ambos de lana figurada, el primero formando una bata lisa con gran cinturón que la ciñe en lo alto, y gran lazo á la izquierda, de terciopelo negro; gran ribeteado de terciopelo en lo inferior de la falda y en el borde de la misma. La segunda bata con gran dibujo, tiene aplicaciones de felpa en el borde de la bata, en el de las mangas, ligeramente abullonadas, y en el límite superior de la bata, donde arranca una vueltecita de satín bordada.

ELEGANTE BOLERO

Muy sencillo, de satín ligeramente obscuro, solapa triangular bordada con guías. Medio cuello de gran elegancia. Mangas abullonadas.

La República doméstica

«Pues bien, Amabilia, dijo el esposo á su cara consorte, yo necesito decirte que........

—Qué me quieres?

- No. Eso pertenece á la historia antigua. Lo que yo necesito es organizar la administración doméstica bajo una forma política.

-Y bien?

—El hogar, hija mía, no es otra cosa que una Repúbliquita.

—De veras?

—Sí. Y por eso he pensado, después de maduras reflexiones, en regularizar nuestro sistema de gobierno.

—A ver, hijo, veamos cómo?

—Desde luego yo seré el Jefe del Estado, digo el Jefe del hogar.

—Y yo?

—Tú, Amabilia, serás el Ministerio de Justicia.

—No, señor, no crea usted que soy tan boba. La justicia es hoy lo mismo que nada. Yo quiero ser Ministro de Hacienda, estamos?

—Pero te encuentras tú con aptitudes de manejar los fondos?

—Eso lo hace cualquiera, Simón. Para gastar dinero no se necesita más que tenerlo.

—Es verdad. Bien: tú serás el de Hacienda. Tu madre doña Porfiria, el de Guerra, porque es un cargo muy compatible con su habitual belicosidad.

—Aprobado.

—Nuestra hija Palomina, el de Negocios Extrangeros, porque yo he notado que la chica se las vale para cultivar las relaciones exteriores.........

—Conformes.

—Y tu padre, Don Sinforiano, será el de Justicia, Culto, Beneficencia, etc. Qué te parece el Gabinete?

—Me parece una cosa....

—Cuál?

—Que toda la familia va á estar en el Poder.

—Y eso por qué te sorprende? Los gobiernos bien organizados y duraderos se componen de una sola familia. Así todo se queda en casa

—Y dónde está el pueblo que vamos á gobernar?

—En la cocina. Allí está Chepa la cocinera, y ella va á ser la que represente al pueblo.

—Pero, Simón, si la pobre es una infeliz!

—Así son los pueblos, hija mía. De lo contrario, te figuras tú que se dejarían gobernar como uno quiere?

—Entonces, manos á la obra. Voy inmediatamente á balancear los fondos públicos.

-Sí, vé mientras yo preparo una conferencia con los demás ministros.

***

—Papasito!

—Yo no soy papasito, estamos? ni tú eres Palomina, mi hija.

—Ah, bien, como soy nueva en la política y.........

—Adelante señor Ministro!

—Pues bien, señor Presidente, el caso es que en el severo cumplimiento de los deberes de mi cargo, me consagro á *estrechar más y mas las buenas relaciones que felizmente existen* con Lucas Gómez. Después de varias y profundas conferencias que hemos tenido al respecto, avanzaron tanto nuestras negociaciones, que estábamos al celebrar un pacto internacional, pero llegó á conocer el protocolo el señor Ministro de Guerra y cogiendo una tranca, rompió las hostilidades con mi honorable colega.

—He aquí un conflicto internacional.

—Y un *casus belli*, papá, digo, señor Presidente.

—Válgame Dios, qué no pueda estar uno en paz con las potencias extranjeras!

—Por eso es que vengo á renunciar el Ministerio.

—Eso no puede ser, hija, digo, señor Ministro. Voy á reunir ahora mismo el Consejo de Estado.

***

—Señor Presidente: no hay un centavo en caja.

—Es posible, señor Ministro de Hacienda?

—Como usted lo oye!

—Y en qué se han invertido las rentas públicas?

—En sostener, con el rango debido, el personal de Gobierno.

—Pero haga usted algunas economías, hombre.

—Se han hecho ya todas las que se puede. Le hemos suprimido el chocolate al loro, el maíz al gallo, el alpiste al canario y la carne al gato.

—Y qué comen esos animales?

—Nada.

—Entonces, estarán agonizando?

—No, porque todos se han ido.

—Se han ido? Ah, traidores! Con que abandonan al Gobierno en situación tan crítica?

—Pero señor, si estaban pereciendo!

—Eso no importa. El buen servidor está obligado á morir en ayunas.

Yo lo que digo es que la Hacienda Pública estaba en bancarrota completa.

—Y tenemos crédito?

Sí, pero crédito perdido.

—Entonces es lo mismo que nada

—Lo mismo.

TOILETTE DE BAILE PARA SEÑORITA.

TRAJE PARA NIÑITA.

CORPIÑO DE BAILE.

—Jesús nos ampare!

—Y, además, va á haber crisis ministerial.

—Otra te pego! Por qué?

—Ya sabe Vuecencia el desacuerdo ocurrido entre los ministros de Guerra y de Relaciones Exteriores con motivo del pacto secreto que estaba negociando el segundo con una potencia amiga y en el cual estaba seriamente comprometida la honra nacional, dicho sea entre paréntesis. Sin embargo, el Ministro de Justicia apoyó la injusticia en favor del de Relaciones. alegando que podia haber una ventajosa alianza en perspectiva, ó sea una *maravilla*, como dijo cierta vez otro Ministro Se inflamó entonces el de la Guerra y tuvo un choque con el de Justicia, intervino el de Relaciones en auxilio del último y yo acudí á favorecer al primero, armándose un zipizape que terminó cuando los cuatro nos arrojamos las carteras á la cabeza.

—Qué atrocidad! Ahora yo con quién gobierno?

—Es eso lo que yo estaba pensando.

—Y el pueblo, ¿qué dice de todos estos escándalos?

—Nada, allí está la pobre Chepa en la cocina lavando los platos."

LA ELEGANCIA EN LA COMIDA

No solo en este fin de siglo se han pr eocupado la gentes de comer con elegancia.

En la época en que solo las reinas poseian para su uso un tenedor de plata de dos dientes, y de mango de marfil, en que los simples mortales, se veian forzados á servirse de sus dedos para comerlo todo, habia, como en la actualidad libros que enseñaban las buenas maneras.

Se prescribia no tomar la carne á plena mano para cortarla por medio del cuchillo ó para llevársela á la boca.

"Para comer los trozos de pescado, de carne ó de pollo. no empleeis más de dos dedos y el pulgar."

En aquellos tiempos se hacia preciso—no es verdad? ofrecer agua perfumada de rosas, para lavarse las manos después de la comida. Pero ahora que el material de servicio en la mesa, muy complicado, respondiendo á todas las necesidades nos permite no tocar ya nada de lo que comemos fuera del pan, esa ceremonia arcaica nò tiene ya objeto.

MODELO PARA CALLE

LA MUJER Y LA NOCHE

De noche todas las mujeres son más hermosas. Entre mujeres, todas las noches son más bellas.

La noche le dice al hombre; duerme; á la mujer le dice: sueña.

La noche está llena de misterios y la mujer de secretos.

La belleza de la noche consiste en el velo que la cubre: lo más hermoso de la mujer es el pudor.

La noche derrama sobre nosotros el bálsamo que reanima nuestras fuerzas; la mujer vierte en nuestro espiritu el sentimiento que vivifica nuestro corazón.

Las noches se dividen en claras y obscuras, lo mismo que las mujeres en blancas y trigueñas Los ojos se abisman en las tinieblas de la noche, como el corazón en la ternura de la mujer.

El talento, el genio, sobre todo, es involuntario. No es un esfuerzo del hombre, es don de Dios como la belleza. Hé aquí porqué está en segundo orden Así la posteridad no lo consagra sino á condición de que se haya hecho virtud por la sinceridad y por la comunión en el progreso universal con el mundo entero. La gloria por la gloria es una especulación vergonzosa.

MODELO PARA CALLE. FIG.2.

CAMISA DE DIA

DIAMANTES

Murió sin una lágrima en los ojos,
Y era joven. muy bella y muy sensible,
Y cuando iba á expirar, sus labios rojos
Murmuraron: "¡Me mata un imposible!"

El llanto que faltó en esa agonia
Quedó tras sus pupilas, sin embargo,
Y los gusanos de la tumba fria
No lo bebieron. ¡Era tan amargo!

Más tarde, y al abrir la sepultura
Que del angel guardó el pesar postrero,
Del cráneo yerto entre la cuenca oscura
Un diamante encontró el sepulturero.

Y desde entonces pienso entristecido
Al contemplar las joyas más preciadas:
—¡Cuántos de esos diamantes habrán sido
Lágrimas congeladas!

F. Rivas Frade.

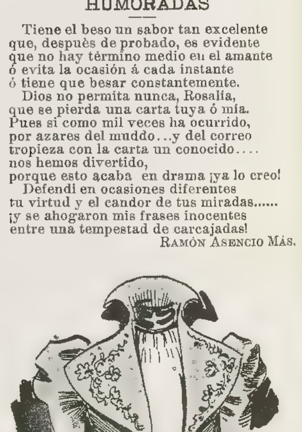
HUMORADAS

Tiene el beso un sabor tan excelente
que, despuès de probado, es evidente
que no hay término medio en el amante
ó evita la ocasión á cada instante
ó tiene que besar constantemente.

Dios no permita nunca, Rosalía,
que se pierda una carta tuya ó mía.
Pues si como mil veces ha ocurrido,
por azares del muddo...y del correo
tropieza con la carta un conocido....
nos hemos divertido,
porque esto acaba en drama ¡ya lo creo!

Defendí en ocasiones diferentes
tu virtud y el candor de tus miradas......
¡y se ahogaron mis frases inocentes
entre una tempestad de carcajadas!

Ramón Asencio Más.



ELEGANTE BOLERO

EL MUNDO.

TOMO I. MEXICO, MARZO 20 DE 1898. NUMERO 12.

Entre estudiantes.--¡A dormir!

POR OLVERA

LA SEMANA.

SUMARIO.—Barbarie festiva. La juventud se divierte. La civilización al servicio del salvajismo.—Corbett y Fitzsismonds en el Cinematógrafo.—La nueva Chicago.—Dos ruinas.—Como se llega á la felicidad.

Tacubaya se está convirtiendo en un centro de amenidad y recreo verdaderamente delicioso. A las señoritas que se disfrazan de hombres para dar y darse bromazo; á los carcamanes y partidas de la feria; á las palizas, suculentas y confortativas que incógnitos vecinos del lugar propinan á otros no menos vecinos, inconocibles después; de ellos, han sucedido otros géneros de *sport* incomparablemente más espirituales, más sensacionales y que deben hacer la felicidad de sus inventores. Noches pasadas se corre la palabra de casa en casa, de puesto en puesto de policía, de oficina en oficina sembrando *por doquier* el pánico y la desolación. La voz que corre es alarmante y de fuente *soi dissant* oficial: un gran terremoto que conmoverá la tierra y por consiguiente la población hasta en sus cimientos. La voz misteriosa sugiere á los vecinos ponerse en salvo así como sus bienes muebles, si quieren quedar con vida y tener que desayunar al día siguiente.

Como el fuego en un reguero de pólvora cunde y se propaga la alarma; señoras á medio vestir y con la cajita del gasto bajo el brazo, salen corriendo á la calle y se refugian en el despoblado; sácase á los niños de las cunas para abrigarlos en la intemperie; caballeros en camiseta y sombrero alto huyen llamando y arreando á sus mujeres é hijos; los inválidos, los impotentes y los enfermos piden á gritos se les ponga en salvo; se accidentan en plena vía pública las señoritas románticas; los novios buscan para salvarlas á las amadas de su corazón; las autoridades prestan, las unas, auxilio á los fugitivos, dan las otras pábulo al desorden y por un momento Tacubaya se transforma en un pequeño Tehuantepec.

Poco después la calma y la reflexión recuperan su perdido imperio; se busca al autor de la especie y no se le encuentra; el principio de autoridad niega haber propalado la especie; se raciocina, se discute y se llega á la convicción de que la villa ha sido víctima de una broma y todo entra en el orden y vuelven todos á reintegrar el domicilio conyugal. Resultados tangibles: catarros, pulmonías, alferecías, ataques de nervios, pérdidas de algunas prendas de más ó menos valor, derrames de bílis y ridículo general.

Entre tanto el autor ó autores de la broma han sido felices, han gozado con el terror público, experimentando la deliciosa fruición de causar daño y en suma se han divertido como apaches y bromeado como canacas.

***

¡Cómo nos retrotrae este suceso á las épocas semibárbaras de las *chorchas*, de *Los del bronce*, de la sociedad del *Chivo Prieto*, y otras instituciones que tenían por objeto *hacer maldades*, dar chascos, provocar conflictos, promover riñas y armar escándalos con la intención de divertirse, de tener un rato de expansión del mejor gusto tendiendo á un hombre en cama de cólera, descalabrando á un niño, avergonzando á una mujer ó desacreditando ó ridiculizando á un funcionario!

En aquellos patriarcales tiempos, cuando se quería matar de cólera á un amigo se le daba un *gregorito*. Se escogía una accesoria que hiciera esquina, y tuviera puertas á una y otra calle; se invitaba á un amigo á cenar á un figón, á una *jugadita* clandestina, á visitar á unas muchachas, y se le llevaba á la esquina en cuestión. Un cómplice situado á la vuelta, aplicando la boca á la cerradura fingía ser el dueño de la casa. Llegaban la víctima y su verdugo y llamaban; de mal humor y con malos modos el cómplice preguntaba qué se le quería.

—Traigo á fulano á que cene conmigo.

—Fulano no es más que un tal, por cual, un esto, un el otro; sus hermanas así, su mamá asado, su padre un pícaro, su tío un sinvergüenza.

Al oirse tratar de tal modo el invitado, protestaba, se enfurecía, contestaba insulto con insulto; clamaba: Abra usted si es hombre! intentaba derribar la puerta. Nueva furia del supuesto dueño de la casa y nuevas injurias; salían entonces á lucir los pormenores íntimos, los secretos de familia, se hacía la biografía difamatoria del invitado; el amigo terciaba y sopretexto de conciliarlos exaltaba los ánimos y exasperaba á los contendientes. Cuando la víctima, jadeante, furiosa, trémula y loca de cólera había apurado aquel cáliz, el amigo se lo llevaba con la promesa de que tomaría venganza al día siguiente. Al día siguiente, en efecto, el galante pulquero dueño de la casa, veía entrar garrote en mano, como una exhalación, á un hombre, verde de ira, que le pedía cuenta y razón de los agravios de la víspera.

Excusado es decir que este género de bromas, como las que daba *El Chivo Prieto*, acabaron muchas veces con riñas sangrientas y homicidios proditorios.

Así es como se divierte la gente decente! La nobleza inglesa de en tiempo de Isabel, se congregaba también en *chorchas* para cintarear plebeyos, hacer bailar de cabeza á las plebeyas, incendiar chozas, quitar capas, romper vidrios y faroles, mutilar estátuas, ensuciar fachadas y otros honestos, plausibles y civilizados entretenimientos.

Todo eso, digámoslo en serio y de una vez, es abominable, salvaje y criminal; las autoridades deben perseguir y castigar á esos bromistas que reniegan de la cultura social y de la civilización y que olvidan la ley para procurarse diversiones de trogloditas y entretenimientos de fidjianos.

Si algún paso ha dado nuestra cultura social, es el de haber acabado en las clases medias con la travesura dañina, con la broma sangrienta, con el retozo brutal, con el juego peligroso y pernicioso y no debemos tolerar que resucite en Tacubaya una barbarie que hemos extinguido en él resto del país.

***

Combinar el cinematógrafo, que es la civilización, con el pugilato que es el salvajismo, tal es el espectáculo que noches pasadas pudimos contemplar en el Teatro Nacional en donde se exhibía de movimiento y con toda la crudeza de la realidad en el Veriscopio, la lucha épica á trompis entre Corbett y Fitzsismonds.

Toda la raza anglo sajona está en ese su sport predilecto y apasionante, y para medir la distancia que media entre dos razas basta comparar sus diversiones favoritas.

En España y la América Latina las corridas de toros son espectáculo vistoso, deslumbrador por la riqueza de los atavíos brillando bajo un sol de fuego, por la variedad de los lances de la lidia, coronado por la victoria del hombre sobre la fiera. Los lidiadores ostentan valor y elegante destreza, pelean sonriendo y como jugando. y en fuerza de desparpajo y de agilidad hacen perder la noción del peligro, parecen invulnerables intangibles, sus suertes son pasos de baile, sus actitudes, estéticas, sus movimientos, agraciados.

En el pugilato no hay más que un yunque y un martillo. Dos hombres desnudos, desgarbados, antes secos y escuetos que ricamente musculados, producen al presentarse en la arena la impresión de dos reumáticos que entran al baño. Bajo un cielo nebuloso y gris que cada dos minutos vierte su ducha sobre aquellos cuerpos sudorosos, se aglomera una multitud de paragüas abiertos, de *waterpaoufs* abrochados, de paletots guarnecidos de pieles; un público silencioso espera con calma el principio de la lucha, trabando apuestas al mando de los corredores oficiales.

Suena el timbre, los luchadores se adelantan y comienza el jaleo. Con los brazos caidos, con movimientos desgarbados é insulsos, idénticos á los de un tango de negros, se acechan, se amagan, se esquivan, pero todo sin elegancia, según las reglas de una gramática, pero sin acatamiento de un solo principio de estética. Esta zandunga dura casi todo el primer asalto, la mitad del segundo y parte del tercero y siguientes; poco á poco los luchadores entran en calor, suenan como tamborazos las puñadas; *los honores* de la primera sangre corresponden á Corbett, Fitzsismonds acaba por convertirse en yunque sobre el que golpea su adversario á porfía.

Fitzsismonds, el vencedor, no da más que tres golpes en los catorce asaltos que duran casi dos horas; el primero tras de la oreja de Corbett á quien hace girar como un volante; el segundo en plena boca que hace augurar un buen negocio á los Spyers de la libre América; el tercero definitivo y vencedor sobre el corazón de Corbett.

Aquello es bárbaro, salvaje; pero monótono é insulso. En la corrida de toros el hombre lucha contra la fiera, los latinos no han vencido aún á la naturaleza y luchan con ella todavía; en el pugilato el anglo sajon lucha con el hombre y trata en la arena, como en la política, de dominar y subyugar al hombre. En la corrida cada lidiador ayuda, auxilia, ampara á los demás, y *el quite* es una manifestación filantrópica, un acto de abnegación caballeresca, característica de la raza; en el box ninguno de los lidiadores tiene quien lo ampare, ni lo proteja, ni lo defienda; tiene que bastarse á sí mismo luchar por su cuenta; símbolo de el individualismo anglo sajón. El Juez de campo, representa fría, inexorable, impasiblemente á la justicia y á la ley que todo lo dominan y todo lo rigen en esa raza austera y fuerte. En la corrida se ejercita ante todo el valor, en el pugilato la resistencia, la perseverancia, la tenacidad infatigable, la testarudez indómita que convierte á los hombres en máquinas poderosas y eficaces para lograr sus fines. Con un *varetazo* un torero pasa á la enfermería; el boxeador moreteado, bañado en sangre, con las quijadas rotas, las costillas hundidas, no abandona la lucha, sino ya caído, impotente, medio muerto, incapacitado, acaso para siempre, de acción y de movimiento.

Fitzsismonds es viejo y Corbett es joven; el primero representa la calma, la cachaza, la astucia; el segundo el ímpetu, la agilidad, el fuego. Venció el primero; tenía que ser: precisamente porque el toro es ciego y brutal lo vence el torero que tiene de su lado el cálculo, la reflexión, la sangre fría. En ese considerando está encerrado el secreto del éxito colosal, imponderable, que en la ciencia, en la industria, en la guerra, en el dominio del mundo han sido el patrimonio y serán el futuro de la raza anglo sajona. Cada vez que la latina crea un Napoleón lleno de ambición, de empuje, de entusiasmo, el anglo sajón le opone un Wellington, obstinado é inflexible y cada vez que se ofrece un Trafalgar, la raza poderosa encuentra un Nelson que mutilado de ambas piernas, se hace meter en un barril de salvado y continúa peleando hasta vencer. Y esta es toda, pero es grande, la filosofía del pugilato.

***

Hémos aprendido de los americanos á recorrer toda la gama del cocktail, á hacer un pliegue rígido y vertical á nuestro pantalón, á jugar al *basse ball*, á *flirtear*; pero el contagio yankee gana terreno y vamos poco á poco adoptando usos y costumbres peculiares suyos, que entran gradualmente en los nuestros y forman parte integrante de nuestro modo de ser. Entre ellos figura la allá inveterada costumbre de los incendios que de una manera expléndida hemos inaugurado hace meses y que en la semana que reseñamos hemos ostentado con brillo y esplendor, sin que haya inmodestia en decirlo.

Tres grandes fortunas, acumuladas brazo á brazo, á fuerza de trabajo, de perseverancia, de honradez y de inteligencia se han evaporado en flamas, disipado en humos, desvanecido en vapores bajo la influencia destructora del fuego, y tres hombres ayer ricos, felices, seguros del hoy y tranquilos por el mañana, tienen que volver á comenzar la grande obra, que luchar de nuevo, que penar, que bordar una vez más la tela de Penélope y que rehacer en la edad madura y en la vejez las energías, los entusiasmos y los esfuerzos de la juventud,

¡Qué implacable es el oxígeno me decia un químico amigo mío ante el formidable incendio de la Casa Empacadora! Cuando ese comburente, agregaba, hinca el colmillo en un combustible, lo devora y lo diseca con una tenacidad de roedor; sigue el hilo de las fibras de la madera, se insinua en los intersticios de los cristales del carbón, se enreda en las mallas de la tela, lame la superficie de los metales, desaloja los productos empireumáticos, desarrolla calor y luz, enciende llamas, desparrama chispas, lanza irradiaciones y destellos, y bajo aquella fiesta para la vista y en el seno de aquella orgía de irisaciones y de matices, trabaja, buitre siniestro, en las entrañas de la materia, que funde y deforma y hace estallar cuando no puede devorarla.

Y no es lo menos siniestro en un incendio que sea agente de ruina, de desolación y de muerte el mismo que fecunda los campos, que anima las industrias, que transfunde y mantiene la vida de animales y plantas; el aire. Así está hecha la existencia, de incongruencias y de contrastes. El placer que vivifica y endulza la vida, lleva consigo el tósigo que ha de producir la muerte; con

venenos y con prácticas destructoras de la salud se curan las enfermedades; el alimento indispensable para la subsistencia, mata á la mitad de la especie humana; inoculando virus se precaven las infecciones; el anhelo de gozar conduce al sufrimiento y al dolor, y se suele llegar á la felicidad dentro del perpétuo sistemático sacrificio de sí mismo y el mejor modo de ser dichoso es no ocuparse para nada de conseguirlo.

Estas consideraciones están muy lejos de poder consolar á las víctimas de los tres siniestros de la semana; pero puede reconfortarlas la consideración de que quien ha hecho una fortuna es capaz de rehacerla y que en materia de riquezas, lo grato, lo noble y lo digno no estriba en disfrutarlas, sino en adquirirlas.

López I.

Política General.

RESUMEN.—El nuevo ministro Español en Washington.—Su alta y delicada misión.—La explosión del "Maine" y el conflicto cubano.—La prensa y los gobiernos.—La excitación de los pueblos y la serenidad de los gabinetes.—El sentimiento y la razón—Por que no habrá guerra.—Europa y América.—Conclusión.

Difícil y peligrosa es en verdad la delicada misión, confiada al Sr. Polo de Bernabé, nuevo enviado extraordinario y Ministro plenipotenciario de España ante el Gobierno de los Estados Unidos. Si no hubiera todos los motivos que concurren á hacer las relaciones de los dos grandes pueblos cada vez más tirantes, las solas circunstancias que precedieron al retiro del Sr. Dupuy de Lome serían bastantes á erizar de dificultades la posición del nuevo diplomático.

Mientras en la unión americana y en la monarquía española los espíritus inquietos en efervescencia se caldean al rojo blanco, al soplo ardoroso de una prensa henchida de pasiones y repleta de amenazas; mientras las clases sujetas á los vaivenes y abandonadas á las mareas de las luchas políticas en los dos pueblos, gritan desaforadamente guerra y exterminio, y las masas populares se agitan con estremecimientos, extraños buscando soluciones violentas á una situación insostenible, sin ver el hondo abismo en las conmociones de las luchas armadas; mientras todo esto pasa en los diversos grupos sociales conmovidos por las impresiones, mejor que guiados por el razonamiento: los gobiernos de Madrid y de Washington hacen supremos esfuerzos para conservar la paz amenazada, para restablecer la harmonía rota, para acallar las pasiones que estallan, los odios que chispean, los arrebatos patrióticos que hacen explosión.

Prudentes y reservados el Sr. Sagasta jefe del gabinete español y Mr. Mc Kinley supremo magistrado de la unión americana, se conservan tranquilos en la región serena de su alto puesto, y procuran por todos los medios que tienen á su alcance satisfacer los verdaderos intereses de su nación, poniéndolos de acuerdo con el clamor creciente de la opinión pública, extraviada tal vez por los heraldos de la prensa en sus procedimientos, pero siempre guiada por el culto sagrado del honor y de la patria.

***

La desgraciada catástrofe que hundio entre las sombras y en las revueltas aguas de la bahía de la Habana el acorazado americano *Maine*, la noche del 15 del Febrero último, todavía es un enigma que en vano han tratado de descifrar por extraordinarios esfuerzos las comisiones navales española y americana, trabajando sin descanso por más de tres semanas entre los restos destrozados del buque náufrago que se hunden cada vez más en el lodo y ocultan con más tenacidad la misteriosa causa de su hundimiento.

Avida de impresiones y con razón interesada en el asunto, la prensa de los dos países ha querido adelantarse á las cortes oficiales, ha lanzado ejércitos de reporters y antes de que se haya pronunciado una sola palabra sobre el informe que ha de resolver la escabrosa cuestión, aventura las opiniones más formales y unos, los periodistas americanos, lanzan tremendo reproche y deciden sobre la responsabilidad de los funcionarios de la Habana; otros los españoles, atribuyen la explosión á una causa originada en el interior del buque náufrago, descargan de toda culpa á los encargados de velar por la seguridad en el Puerto de la Habana y acusan de negligentes y descuidados á los oficiales del *Maine*.

Mientras no se conozcan los documentos oficiales autorizados debidamente por los encargados de la investigación, en nombre del gobierno de Washington y del gobierno de Madrid, siempre creeremos que es algo aventurada cualquiera opinión que se emita. Los procedimientos inquisitivos se han desarrollado en la mayor reserva, se ha prohibido á los testigos y á los jueces someterse á entrevistas reporteriles, se ha procurado escrupulosamente aislarlos de toda comunicación, se ha prevenido por los gobiernos interesados en el asunto que nadie que carezca de carácter oficial se acerque á los despojos del *Maine*; y aunque la habilidad del moderno reporterismo pudiera quebrantar estos preceptos, romper estas consignas y pasar por encima de toda consideración, en su anhelo de satisfacer la pública ansiedad, hay que tener mucha reserva con todas las noticias que se han dado á los cuatro vientos de la publicidad.

Y suponiendo que sean ciertas estas informaciones, considerando que los corresponsales de la prensa hayan podido romper todo sigilo y bebido en fuentes fidedignas su información, no vemos motivo suficiente para la alarma que siembra en los espíritus, la nota diaria que viene de Madrid ó de Wáshington.

***

Queremos creer que hay divergencia absoluta entre las decisiones de las dos cortes navales que investigan la causa de la destrucción del *Maine*; queremos conceder que, guiados por prejuicios ó indicaciones especiales, cada cual ha pretendido dejar incólumes los intereses que representa: esa división en los pareceres, ese apartamiento en las opiniones, aleja y aplaza por tiempo más ó menos largo la solución del conflicto, da á los gobiernos ocasión para pesar con prudente reserva sus determinaciones; proporciona la coyuntura de un arbitraje internacional para salvar las diferencias, y concede una tregua para que los espíritus se calmen, las excitaciones se amortigüen, los impulsos arrebatados se dulcifiquen y para que el frío razonamiento pueda hacer oír su fallo sereno y justiciero.

***

Cierto es que en la efervescencia del momento, el congreso de los Estados Unidos se ha levantado como un solo hombre, inspirado por patriótico impulso, para acudir á la defensa de la República, concediendo un crédito de cincuenta millones de pesos y un amplísimo voto de confianza al poder ejecutivo. Es verdad que el gabinete español, con menos holgura pero no con menos sentimientos patrióticos, procede en la órbita de sus facultades á reforzar sus elementos de combate, á acallar el público clamor, procurando en esfuerzo supremo terminar las dificultades antillanas, alejando de ese modo todo pretexto de intervención extraña. Pero aún en este supuesto, vemos como posible una solución satisfactoria para los dos países, sin perturbaciones violentas y sin que haya necesidad de resolver el conflicto por la fuerza de las armas.

Se habla de los buenos oficios interpuestos en correcta forma por la Gran Bretaña, que sufriría no poco, caso de estallar la guerra; se pronuncia con respeto y veneración el nombre de León XIII, dispuesto á interponer su figura blanca en el conflicto de dos pueblos cristianos; se murmura por lo bajo la acción de las grandes potencias que, con razón ó sin ella querrían interponerse entre los combatientes; y estas murmuraciones, estos díceres toman cuerpo y consistencia y hacen creer en el posible alejamiento del conflicto.

***

Pero hay más todavía. Aunque el pueblo español se sienta con todos sus bríos, capaz de todos los sacrificios, para abandonar el terreno de la diplomacia y entrar de frente en la lucha armada, sin contar el número de sus enemigos, el gobierno parece dispuesto á agotar todos los medios decorosos, antes de recurrir á las armas para dirimir las dificultades.

Y aunque una gran parte del pueblo americano se sienta fascinado por los espejismos de dar independencia á los que luchan con desesperación en la revuelta Antilla, á los que hace tres años pugnan por adquirir su libertad, hay algo que pesa más en las decisiones del gobierno de la Casa Blanca: la tradición republicana de Washington, de vivir en paz con las naciones, la influencia de los sindicatos de Wall Street, que no quieren perder ni menoscabar siquiera el triunfo alcanzado en las últimas elecciones.

Y si bien los pueblos alguna vez se rigen por sus sentimientos, creemos que vivimos en una época en que se escucha la razón y se atiende á los legítimos intereses de los grupos sociales.

X. X. X,

Marzo 17 de 1898.

DAMAS MEXICANAS

Srita. Teresa Bernstein
(ENSENADA DE TODOS SANTOS,) BAJA CALIFORNIA

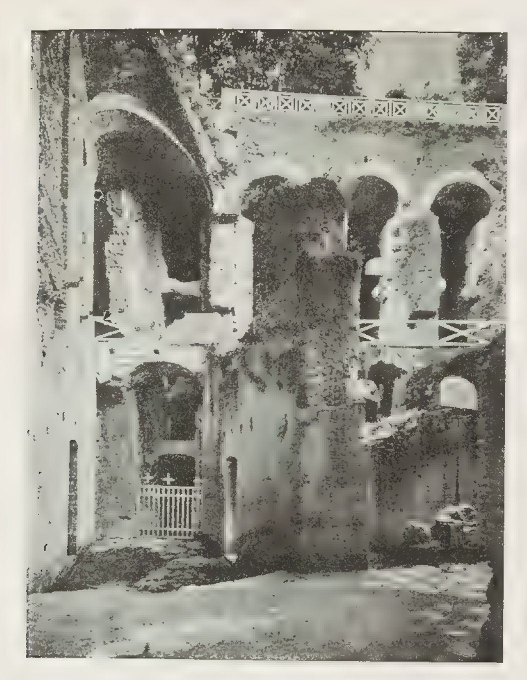
Para que mueran con valor

Un medico americano pretende que el Gobierno acepte un procedimiento suyo para que las personas que sean conducidas al patíbulo vayan á él y mueran con valor. El procedimiento es muy sencillo: inyectar al condenado con éter acético.

"Así, dice el médico filantrópico, se le hace al que va á morir, el favor de darle ánimo y *hasta dignidad*; y á los que presencian las ejecuciones se les ahorra el triste espectáculo de ver á un hombre que va dando diente con diente y que le flaquean las piernas"

EL INCENDIO EN LA CASA EMPACADORA

1. Departamento de fabricación de bujías esteáricas.
2. Bomberos apagando las grasas incendiadas en la mañana del jueves.
3. Depósito de jabón labrado.
4. Fachada principal.
5 y 6. Fachada Norte y detalle de la misma.
7. Otro departamento de fabricación de bujías.
8. Máquinas para p ner mechas á l s bujías
9. Departamento para fabricar jabón.
10. Otro departamento de lo mismo que todavía ardía en la mañana del jueves.
11. Máquinas para empacar bujías esteáricas.
12. Bodegas de sebo y grasa.
13. Patio de la Administración.
14. Depósito de la fábrica de jabón.



CASA DE TIBERIO EN ROMA

El incendio en la Casa Empacadora

A las nueve de la noche del miércoles último, se observó que había empezado á incendiarse uno de los departamentos del amplio edificio que por el rumbo de San Lázaro, cerca de la antigua garita tiene la Compañía Nacional Empacadora que se dedica á la matanza de cerdos en gran escala y á la fabricación de jabones ordinarios. Tan luego como fue notado el siniestro, acudieron los bomberos, los empleados de la casa y compañías de soldados; pero la clase de materias que habían sido atacadas por el fuego y el fuerte viento que soplaba imposibilitaron la extinsión, y solo fué posible conseguir que quedara aislada una gran parte del edificio. Para llegar á este resultado, qué maravillas de la fuerza, qué prodigios del valor, qué milagros de la inteligencia fué preciso poner en actividad!

A la una de la madrugada del Jueves—Dice un testigo presencial—ya los bomberos estaban rendidos de cansancio, lastimados, heridos algunos y todos con las ropas empapadas. Entonces fué cuando su Comandante ordenó que entraron los de reserva que habían estado al cuidado de las bombas.

El aire soplaba con fuerza arrastrando las llamas hacia el Poniente y bien pronto se comunicó el fuego á la extremidad Norte del departamento de matanza. Ahí se reconcentró toda la atención, comprendiéndose que ese lugar era de eminente riesgo por estar en comunicación con otros departamentos, ser casi todo de madera y contener maquinaria de mucho costo

Un descuido ligero y la línea de fuego se hubiera extendido con la mayor rapidez, porque hay que advertir que no solo los muros y los pavimentos están impregnados de grasa, sino también los piés derechos que sostienen la construcción, la techumbre y la escalera.

Pero no hubo ese descuido. El peligro, atractivo irresistible de los corazones bien templados, el noble sentimiento del deber, la instigación rabiosa de la lucha contra las fuerzas ciegas de la naturaleza rebelada, todo ese conjunto de elementos vigorizadores animó á las autoridades, á los bomberos, á los soldados, y al fin se logró vencer al voráz fuego que se retorcía humillado cebando su despecho entre los escombros de la presa que no hubo tiempo de arrebatarle.

El juéves al medio día todavia trabajaban los bomberos, extinguiendo entre los escombros las últimas fogatas

Todo lo más importante de la negociación se salvó; y las pérdidas, que por la magnitud del incendio se creyó en un principio serían enormes, parece que no llegarán á ochenta mil pesos

La «Casa Empacadara» tiene seguros por seis cientos mil en dos acreditadas compañías.

UN DIBUJO DE LA CRUCIFIXION.

Un arqueólogo muy distinguido, el profesor Marucchi, de Roma, que se ha dedicado desde hace muchos años con tanta paciencia como talento y no sin éxito al dificilísimo estudio de la epigrafía, comunicó en los últimos días á la prensa romana que acababa de hacer un importante descubrimiento.

Se trata nada menos que de la reproducción en un *grafito* en la pared de una cámara del Palacio de Tiberio en el Palatino, de la escena de la crucifixión de Jesucristo en un dibujo bastante groseramente ejecutado y que debe haber sido obra de alguno de los soldados romanos que tomaron parte en la divina y legendaria tragedia del Calvario.

La escena, dice el Profesor, está trazada por una mano visiblemente inexperta, y las figuras de unos quince centímetros de altura están ejecutadas de un modo rudimentario. En medio del dibujo se ve la cruz, al lado de la cual hay soldados llevando escalas Jesucristo, está representado en el momento de ser clavado al instrumento del suplicio. Su Juez, Poncio Pilatos, está en un extremo. Cada personaje, además está designado por su nombre inscrito al pie y esos nombres tienen una consonancia enteramente romana. Por encima del dibujo corre una inscripción latina de quince líneas en caracteres pompeyanos bastante difíciles de descifrar y que comienza por la palabra *Crestos* refiriendo sumariamente el apostolado y la Pasión del Divino Maestro.

La noticia de este descubrimiento ha despertado, como era de esperarse una gran conmoción en el mundo arqueológico Se ignoraba que nuevos registros ó inquisiciones se hubieran emprendido ha poco en el Palatino y por eso se pregunta cómo pudo hacerse este nuevo descubrimiento y si ha sido tal descubrimiento en el verdadero sentido de la palabra. Para resolver esas dudas, el Sr. P. Ziegler, que escribe en "La Ilustración" de París, ocurrió al lugar del acontecimiento y he aquí la explicación que pudo recojer:

Desde hace mucho tiempo se sabe que existe en el piso bajo de la casa de Tiberio un corredor en que hay muchos *grafitos*, nombre que se da á los diseños acompañados de explicaciones y en los cuales tanto el dibujo como la leyenda están groseramente trazados con ayuda de la punta de un cuchillo ó de un clavo aguzado.

Naturalmente, no ahora sino desde hace largos años los sabios arqueólogos é historiadores se han dedicado á descifrar este antiguo lenguaje mural, pero fuerza es decirlo, con menos éxito que buena voluntad.

Y eso se comprende porque si el asunto fuera fácil, la epigrafía ó ciencia de descifrar los caracteres antiguos no sería como es tarea de sabios y bastaría á cualquiera para el caso con tener buenos ojos pues con pasarlos por una inscripción quedaría esta tan bien comprendida como cualquiera de las del Arco de la Estrella.

Algunos sabios han leído de una manera; otros de otra, y el Señor Marucchi pretende que todos se han equivocado ó más bien que no estudiaron suficientemente el texto grabado. A esto es pues á lo que se refiere el último acontecimiento; á una interpretación nueva de los ya conocidos *grafitos*. Será esta finalmente la buena, la verdadera, la única admisible? "No me siento suficientemente familiarizado con las dificultades de la epigrafía—dice el Señor Ziegler—para radicar mi convicción, aunque las altas dotes del Señor Marucchi pudieran ser una garantía de probabilidad.

El grabado que publicamos en este mismo número es una vista general del emplazamiento topográfico. Representa las ruinas de la casa ó palacio de Tiberio, detrás de la verja de madera colocada allí por la Administración á cuyo cargo están las excavaciones *(Servicio degli Scavi)* para impedir que los visitantes puedan deteriorar ó cambiar con grafitos de su cosecha los de venerable antigüedad que cubren los muros con preciosas inscripciones.

No ha sido posible obtener una fotografía directa del grafito que motiva este artículo, porque en el corredor dónde se encuentra hay constante y profunda obscuridad y porque los guardianes del local no permiten que se haga luz de magnesio temiendo que sea un formidable explosivo pero se han sacado á lápiz copias de la mayor exactitud

En esos dibujos hay dos cosas muy perceptibles: primero en la parte superior caracteres apenas visibles y más abajo representada una escena. El señor Marucchi descifra de los caracteres la inscripción siguiente:

Crestus, virgis caesus, decretus mori super palum vivus fixus est Lo cual quiere decir:

"Después de haber sido azotado y condenado á morir, Cristo fué clavado en la Cruz."

En cuánto á la escena, la descripción que hace Maruchi corresponde bien á la de una crucifixión.

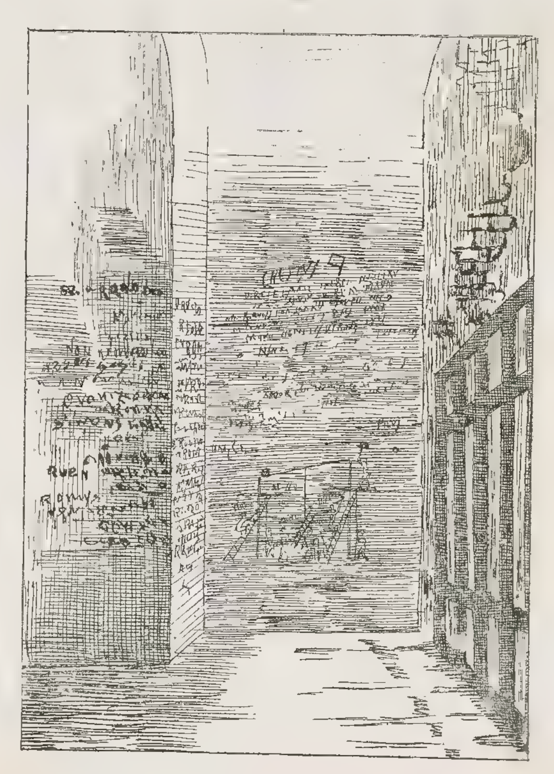
Otros arqueólogos habían afirmado que él representaba una escena de funambulismo y que todos los aparatos allí diseñados son los necesarios para bailar en la cuerda. El Señor Marucchi con gran acopio de argumentos combate esa teoría y se inclina en definitiva por la de la crucifixión.

Por otra parte, el Señor Marucchi ofrece publicar un estudio *in extenso* sobre el particular, que no dejará duda sobre la verdad de su afirmación.

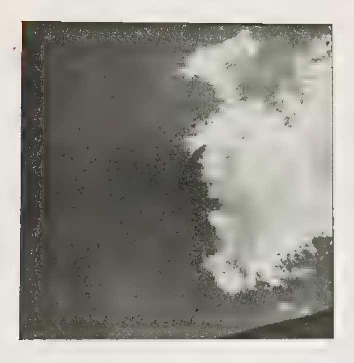
Esperémoslo.

Seguramente el libro que promete el señor Marucchi no se limitará á la descripción de los grafitos de la casa de Tiberio y á las razones de más ó menos peso que inclinaron al arqueólogo á darles la interpretación que defiende, sino que traerá una nueva clave racional y comprobada para descifrar esos caracteres que habían permanecido mudos.

Siendo así, el sabio romano prestará á la arqueología un servicio eminente.



GRAFITO DE LA PASIÓN DE JESUCRISTO



CÚMULUS

Fotografias de las nubes

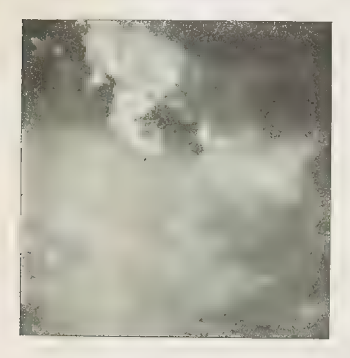
Las nubes son aglomeraciones de gotitas de agua que flotan en el aire. Gracias á su leve peso y á la resistencia que el aire opone á su caída, esas gotitas quedan en suspensión, empañan la transparencia de las capas atmosféricas y se hacen visibles. Cuando rasan la superficie del suelo, constituyen las *nieblas*, y si se forman en las altas regiones de la atmósfera, dejando las inferiores transparentes y limpias, constituyen las *nubes*.

Las nubes no sólo pueden estar formadas por gotas de agua de extremada pequeñez, también lo están por agujitas de hielo, como pasa con esas nubes finísimas y delicadas llamadas *cirrus* que son las que se forman á mayor altura.

La causa principal de la formación de las nubes es una corriente ascendente de aire cargado de gran cantidad de vapor de agua. Cuando por alguna circonstancia se produce esa corriente ascendente, el aire, recibiendo menor presión comienza á dilatarse y como para este trabajo se necesita calor, el vapor de agua adquiere una temperatura más baja, y se condensa cuando llega á una capa cuya temperatura es la del *punto de rocío*.

El límite inferior de la región de las nubes estará, pues, determinado por la altura á la cual la corriente de aire deba elevarse para llegar al punto de rocío.

Las nubes cargadas de agua y de agujitas de hielo, son más pesadas que el aire y tienden sin cesar á caer á la tierra; pero este descenso se verifica muy lentamente: primero, porque las gotas de agua y las agujas de hielo que forman las nubes, presenta una gran superficie y el aire les opone gran resistencia. Esto se comprenderá muy fácilmente con el ejemplo siguiente: Si desde lo alto de una torre se deja caer una hoja grande de papel, en posición horizontal, tardará



FRACTO CÚMULUS

mucho en llegar al suelo, y si la misma hoja de papel se arruga se hace una bola y se la deja caer, tardará incomparablemente mucho menos tiempo en llegar á tierra.

Hay que tener en cuenta en segundo lugar, que los elementos que constituyen las nubes son sumamente ligeros, á causa de su pequeño volúmen y de su gran superficie, y por último las corrientes ascendentes de aire, á las cuales deben las nubes su formación, obran precisamente en un sentido contrario á su caída.

La antigua teoría de que las nubes estaban formadas por vesículas llenas de aire caliente á manera de pequeños globos ó burbujitas de jabón, está completamente desechada.

Según Aitkens, hay una conexión singular entre los polvillos de la atmósfera y las partículas de los vapores acuosos, y la formación de las gotitas ténues que constituyen las nieblas ó las nubes, debe tener por condición esencial, la presencia prévia de polvillos sólidos en el medio en que se forman.

Ahora bien, cuando la condensación del vapor de agua en el seno de una nube da lugar á que se formen gotas de gran volumen, que son ya demasiado pesadas para quedar suspendidas en el aire, caen á la tierra produciéndose el fenómeno de la *lluvia*. La niebla en lugar de elevarse á las capas superiores de la atmósfera para transformarse en nube: cae á veces en forma de lluvia fina y algunas veces persistente, que se llama *llovizna*.

La primera clasificación de nubes se debe á Lamark. El físico inglés Howard, hizo una clasificación que pronto se popularizó; tomando como base los tres tipos principales siguientes:

Cirurs: filamentos paralelos, sinuosos ó divergentes, susceptibles de extenderse en cualquiera dirección, por vía de acrecentamiento.

Cúmulus: aglomeración convexa ó cónica, que crece en sentido de la altura á partir de una base horizontal.

Stratus: capa muy prolongada, continua, horizontal: que crece de abajo arriba.

En el curso de meteorología que se da en la Escuela Normal para Profesoras se sigue la clasificación de Pöey, quien dividió á las nubes en los ocho grupos siguientes:

1. *Cirrus.*	5. *Pallio Cirrus.*
2. *Cirro stratus.*	6. *Pallio-cúmulus.*
3. *Cirro-cúmulus.*	7. *Cúmulus.*
4. *Pallium.*	8. *Fracto Cúmulus.*

De éstas, las tres primeras y la quinta son las nubes de las altas regiones de la atmósfera, y las tres últimas son los nubes de las regiones inferiores. (1)

La conferencia general de meteorologistas, reunida en Munich en 1891 considerando que las formas y los movimientos de las nubes merecen un estudio profundo que requiere el concurso de los institutos y observatorios meteorológicos de todo el mundo, tomó las siguientes decisiones.

1° La conferencia recomienda adoptar la clasificación de nubes de los Sres. Abercromby é Hildebrandsson.

2° El Atlas de las nubes, publicado por los Sres. Hildebrandsson, Köppen y Neunayer se adopta como una base para llegar á un acuerdo sobre la clasificación y designación de las nubes. Se nombrará una comisión que se encargue de publicar dibujos iluminados de nubes en láminas de cortas dimensiones y que no alcancen un precio muy elevado. El Atlas de las nubes, así como otras figuras presentadas á la conferencia, pueden servir de base á sus trabajos.

Se eligieron como miembros del comité á los Sres. Hann, Hildebradsson, Mohn, Teisserenc de Port y Rotch, quienes podían asociarse á otros miembros. El Comité solicitó la cooperación del Sr Singer y en el Otoño del mismo año el Sr. Weilbech entró á formar parte del comité.

4° La conferencia propone que se emprendan observaciones referentes á los movimientos y altura de las nubes, por espacio de un año, en diferentes estaciones, diseminadas en todo el globo.

4° La conferencia suplicó al Sr. Hildebrandsson que redactara instrucciones para las observaciones.

6° Se nombrará una comisión internacional permanente que se encargará entre otras cosas, del establecimiento y de la dirección de estaciones para la observación de la altura y de los movimientos de las nubes.

En el Otoño del año de 1895 los miembros de la comisión presentaron al Congreso de la Upsala la siguiente

CLASIFICACION DE LAS NUBES

a Masas separadas ó globulares (se ven con frecuencia en tiempo de secas)

b. Formas muy extendidas como un velo que cubre completamente la bóveda celeste (tiempo lluvioso).

A Nubes superiores, á 9,000 m. por término medio.
a. 1 Cirrus.
b, 2. Cirro-Stratus.
B. Nubes medias, entre 3 000 y 7,000 m.
a. { 3. *Cirro-Cúmulus.*
  4. *Alto-Cúmulus.*
b. 5. *Alto-Stratus.*
C. Nubes inferiores menos de 2,000 m.
a 6. *Stratus-Cúmulus.*
b. 7. *Nimbus.*
Nubes de las corrientes ascendentes diurnas.
a. 8 *Cúmulus.* Vértice 1,800 m, base 1,400.
b. 9. *Cúmulu-Nimbus.* Vértice 3,000 á 8,000 m. base 1,400 m.
E. Altas nieblas, menos de 1,000 m.
10. *Stratus.*

Es probable que esta clasificación se acepte en los principales observatorios del mundo.

* * *

El Sr. D. Luis G. León, Director del Observatorio Meteorológico de la Escuela Normal para Profesoras comenzó el primero del mes en curso á sacar fotografías de nubes, algunas de las cuales representamos en nuestros grabados y va á publicar un album, con su texto correspondiente, y al cual album titulará "Las nubes de nuestro cielo."

En cada nube se estudiará su forma característica, el cuadrante en que aparece, la velocidad con que se mueve y demás circunstancias de gran importancia bajo el punto de vista meteorológico.

(1) La atmósfera. Elementos de Meteorología por Luis G. León; pág. 45.—1896.

NOTAS UNIVERSALES.

La noche del viernes 11 de Febrero último se representó por primera vez en el teatro Español de Madrid el drama de Echegaray titulado *La Duda.* El aplauso que obtuvo en este drama la actriz María Guerrero, fué unánime, estruendoso y merecido. Fácil ha sido, por consiguiente, que los críticos, en perfecto acuerdo con los espectadores, dicten sobre todo lo tocante á la representación una sentencia favorable, cuya validez nadie trata de impugnar y de la que nadie apela.

En cambio, acerca de la obra misma representada hay y se manifiestan muy divergentes opiniones; y como la estética, singularmente en su aplicación á casos particulares, dista mucho de ser una ciencia exacta como las matemáticas, no debe extrañarse que los críticos vacilen un poco ó un mucho, duden también, ya que se trata de *La Duda*, y se sientan incli-

CIRRUS CÚMULUS

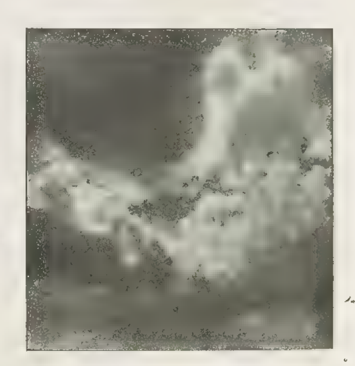
nados á tomar para sí el papel de un gracioso personaje que hay en el mismo drama, que nunca dice *sí ó nó,* que siempre dice *según,* y que apenas sabe á qué atenerse.

Lo que desde el principio está fuera, ó mejor diremos, por cima de toda discusión, es el prodigioso y fecundo ingenio de Echegaray celebrado y admirado en toda España y reconocido ya en América y entre las más cultas naciones de Europa, donde se ponen en escena sus producciones y donde él es considerado como una de las mayores glorias contemporáneas.

Todo lo que escribe un autor de gran mérito no por eso es menester que sea una perfección y una obra maestra

Acudir, como acuden algunos, para explicar que no obtenga el poeta en ocasiones el laurel de la victoria, á que escribió de priesa, con determinado fin y sujetándose á condiciones previas que refrenan el vuelo de la inspiración ó que le extravían ó le tuercen, puede explicar en parte un mal éxito, pero no le disculpa.

No tratemos, de disculpar al poeta ni porque escribió su drama á escape, ni porque lo escribió para que todo el peso é importancia de la acción recayesen sobre María Guerrero, y para que el drama fuese á modo de monólogo coreado. Y no culpemos tampoco al público porque no gustase extraordinariamente del drama. A mi ver, aunque en esto me parezca yo al cómico personaje D. Braulio, lo que no se sabe aún con certeza es si el público gustó ó no gustó de la obra. Y lo que ya se sabe con certeza es que el público quedó sorprendido, maravillado y suspenso al verla y oirla, lo cual jamás acontece con las obras medianas, sino solo con las obras producidas por autores de talento original y espontáneo, que no se resigna á seguir los frecuentados y trillados caminos, sino que se lanzan con ímpetu valeroso por los no abiertos ni tal vez hollados aún, para descubrir y conquistar inexploradas y desconocidas regiones en el mundo del arte y de la poesía.



FRACTO-CÚMULUS

DOS NIÑOS

A JESUS CONTRERAS

El niño tenía la culpa y era preciso castigarlo!

No andaba lejos seguramente. Siempre que mi vecina toca la *Traumereï* de Schumann, el chiquitín la espía ó por las rendijas de la puerta ó por los cristales de la ventana, cabalgando en el barandal y riendo feliz, de las tribulaciones de la inconsolable.

Pero ese niño, fresco como una primicia de rosal florido en el alegre Mayo; pero ese niño, blanco, rubio, de ojos azules candorosos y de risa sonora y alegre; pero ese niño juguetón, amigo de los pájaros, las flores, las mariposas y los céfiros; pero ese niño vagabundo podría ser?

Sí, él era, todos lo decían......... Sorprendióse y quiso huir, pero lo sujeté de un piecesito adorable.

—Baje usted de ahí!

—Estoy oyendo...... suélteme usted, me lastima.

—Baje usted pronto, le digo.

—Ay, mamá! y comenzó á llorar.

Su llanto parecióme cínica comedia y sin reflexionar que es un cobarde quien maltrata á una criatura, con brusco ademán lo atraje, lo sujeté como á un bandido, cubrile la boca para ahogar sus gritos, resistí sus mordidas de fiero cachorro rebelde, y lo encerré en mi estudio, donde dí doble vuelta á la llave, que guardé en mi bolsillo.

—Siéntese usted, le dije con el tono que hubiera usado un pedagogo del siglo pasado.

—Ya no lo vuelvo á hacer, me dijo elevando las manos juntas en ademán suplicatorio y poniéndose de rodillas—ya no lo vuelvo á hacer.

—Demasiado lo sé, repuse, tales crueldades solo se cometen una vez! Y mi acento era tan triste y tan sincero, que el niño dejó de chuparse un dedo que en la lucha le había yo lastimado........ No te voy á hacer mal, agregué; sólo que tu conducta ha sido tan mala, tu enormidad tan inaudita, tu ensañamiento tan criminal, que no me explico porqué, cómo, en virtud de cuál estupenda perversión, un ser de tus años puede provocar tamaños conflictos y derrumbar en un minuto una existencia de poeta, esa torre de Babel hecha de creencias, de esperanzas, de ensueños, de mitos y de amarguras; en cuyo extremo, que se hunde en los cielos, la fantasía no distingue sino vaguedades en el monótono desierto de la vida.

No comprendes la magnitud de tu obra? ¿No tiemblas al ver mi alma envejecida y caduca y vacilante en un momento de angustia, que equivale al vejetar años largos de un hombre sin preocupaciones? ¿No te contrista este huérfano de aspiraciones? ¿No te remuerde la conciencia ponerme á orillas del suicidio por un pasatiempo, por un capricho, por una puerilidad?

El niño cabeceaba en el viejo sillón de mi abuelo, con los brazos cruzados y la cabeza rizada de oro solar, reclinada en la vaqueta recia y lustrosa del mueble. Lo desperté tirándole del brazo. Abrió los ojos, repetí las preguntas y me contestó entre dormido y despierto:

—Yo no fuí......... no sé...... tengo sueño.

—No fuiste? Yo te he visto ¿no fuiste? ¿Quién puso en mis manos aquel libro de versos, quién me aconsejó en nombre de muchos que hiciera romances, quién aquella noche me llevó frente á un balcón abierto, de donde salían chorros de luz y el filado lamento de una romanza, quién me llamó la atención hacia la sirena que cantaba; quién me hizo recorrer la calle de arriba abajo espiando á una dama vestida de luto, que parecía triste y fastidiada, que miraba sin ver las lejanías crepusculares, que tosía mucho, quién le dijo que yo la amaba tanto? ¿quién le arrancó del peinado el clavel y lo hizo caer cuando yo pasaba, sangriento, quién hizo que se encontraran como dos hermanos largo tiempo distantes, nuestras miradas y nuestras sonrisas; quién ¡oh cruel! dictó las mias y escribió las suyas, frases empapadas en ternura? ¡quién oh, dílo! Tú, que seguías mis pasos como un espía, tú que mirabas lo que leía; tú que adivinabas en mi gesto cual nocturno de Chopin ó rondó de Weber, me causaba más hondas nostalgias de un mundo mejor; tú que escuchabas mis soliloquios de vagabundo y sabías qué flor, qué estrella, qué matiz de crepúsculo, qué actitudes de cabeza femenina, qué ademán de pálidas manos, qué expresión de miradas, hacían latir mi corazón confuso y anhelante, con indefinibles y tiránicos deseos. ¿No fuiste tú? ¿No reías detrás del arbol musgoso, aquella noche, cuando á solas ella y yo murmurábamos al unísono el mismo juramento, y nuestras manos se buscaban, y nuestros labios se oprimían y la noche misma llovía sobre nosotros una nevada de plata, envolviéndonos en luz de luna como en un crespón nupcial? ¿Porqué lo niegas? Fuiste tú ¡oh traidor! No eres un niño, eres un monstruo de precocidad malevola y enfermiza; eres un genio satánico vestido de candor: solo así comprendo la trama refinada y perversa de mi tragedia. No eres un niño: un niño no tiene la elocuencia de un vidente y á mi, el excéptico, me torna en el idólatra incondicional de una mujer á quien dedico como campo virgen mis cicutas y mis azucenas; un niño no transforma al filósofo serio en un fanático que se extasía ante los fuegos de luz muriente del breve sol de los amores; un niño no ata con hilos de oro al fakir de una mujer y pone en las manos de la deidad el puñal más agudo para que á traición infiera la herida más honda!

Poseído como un enajenado hablaba más y más alto gesticulando, como el reo condenado á muerte injustamente, que quiere con lágrimas, y arranques y humildades y ruegos, conmover al adusto tribunal.

El niño no me oía, abandonó el sillón conventual y tímidamente comenzó á recorrer la estancia de puntillas y sin hacer ruido, mientras yo, en el colmo de la pena, hundía la cabeza en las manos para que no me viera llorar.

El se entretenía en mirar el iris á través de un prisma de candil; en todas sus actitudes denunciaba á un olvidadizo, despreocupado y frívolo, que no fija la atención en nada ni en nadie. Hojeó al parecer entretenido, un libro de caricaturas, apenas deletreó el título de dos ó tres infolios de iconoclastas; se divirtió en dar vueltas á un globo terráqueo; todo lo tocaba para dejarlo en distinto lugar al que ocupaba; se sentó sobre una testa del Dante; sopesó una espada toledana; arrancó del florero una rosa de Bengala y masculló sus pétalos y tomando un corazón de *papier maché* que bajo un capelo había, lo desarmó sin saber después cómo colocar las partes que lo componian; los volúmenes diversos con grabados, los cromos, los grupos bufos, todo ello parecía seducirlo y esbozó los pasos de un minueto cuando soltó la cuerda de la caja de música y dejó la melodía por emprenderla contra un saco de seda lleno de dulces que comió con glotonería para escupirlos después y despertar al gato que ronroneaba hecho bola en el cesto de los papeles viejos y retozó con él y quiso hacerlo jugar á las escondidillas ocultándose detrás de la cortina de la puerta.

—¿Y este puede ser, me decía? ¿Este niño jugueton, alocado, trivial; seducido más por un muñeco de porcelana como el tarjetero que por ese busto de Shakespeare? ¿Puede ser este niño la causa de mi mal cuando prefiere un saco de dulces á ese vaso sagrado con misticas crisografías? ¿Cuando entre un Goya y un Lengo opta por un cromo de Lengo? ¿Cuando lo entretiene ese volúmen de Bocaccio y lo enfada el divino Platón? ¿Puede ser, y me ve sufrir y en vez de aflijirse ¿qué hace?......quemar *su última carta* y entretenerse con las crepitaciones del papel enegrecido recamado de chispas......Un niño así es un monstruo y debe morir.........

Al buscar una flecha envenenada en la panoplia que está sobre el canapé; al buscar el arma justiciera para una nueva pena del Talión; vi destacarse en la sombra un yeso, blanco, puro, y mutilado; era la Venus de Milo.

—Señora, le dije: debe morir vuestro hijo, debe morir por que es cruel, porque es inconsciente, porque es mentiroso, por que es cínico.

—Es un niño, me respondió la hermosa y severa señora, es un niño á quien quisiste conquistar con sermones y él no los entiende; con crueldades y le produces miedo, con elegías cuando ama las anacreónticas; con venenos y puñales, cuando se entretiene con dulces y juguetes; con simulacros de guerra cuando su juego favorito es el de las escondidillas; con responsos y ama las alegres zarabandas......es un niño, pobre enfermo y los niños son así, flores nuevas y misteriosas en cuyo blanco cáliz no se aislan aún el perfume y el veneno, la maldad y la inocencia: lloran por la rotura de un fantoche y le sacan los ojos á un ruiseñor que canta; tiemblan por que les riñan y se duermen tranquilos al borde de un abismo; es un niño, pobre enfermo, á quien siempre atraerán más las imágenes de una linterna mágica, que todas las pompas del rey sol.........es un niño y al mirarte serio, huraño, triste, vestido de luto no te creyó un enamorado sino un pedagogo del amor......¡si te hubieras coronado de rosas, bebido vino de Lesbos, cantado á la amable Afrodita y pulsado la lira regocijada de los epitalamios!...... ¿Qué quieres que sepa de dramas un niño que solo comprende las pastorelas?

Ven hijo mio, te perdonan; ¿verdad que lo perdonais?

Cupido me miró de tan cómica manera, que para no provocarlo á risa con mi gesto, apagué la vela. En la sombra una voz femenina decía:

¡Eres un niño!

—Ellos son los niños, contestaba una voz infantil.

Y se oyó rumor de besos y batir de alas......

MICRÓS.

En la flor de la edad.

PELIGROS DEL SIMBOLISMO.

¿Y de veras serás muy desgraciado, hijo mío, si no te casas con la señorita Postel?

—¿Qué te pasa mamá? ¿Porqué me dices eso?

—Te has puesto pálido como un muerto al oir mi pregunta. ¡Cuán hondamente te ha entrado esa jóven en el corazón!

—Veamos mamá, explícate por favor, veo algo en tí que no es natural. ¿Qué ha sucedido?

Y Roger se dejó caer sobre el diván al lado de la señora Gauvain, le tomó las manos y se las estrechó nerviosamente.

La señora Gauvain volvió la cabeza para ocultar sus miradas.

—Nada, dijo, no ocurre nada, preguntaba yo por simple curiosidad.... y luego, que supe que te habías disgustado con ella.....

—¿Disgustado? No. Una insignificante querella de enamorados, que espero habrá dado al olvido. Ella se burlaba de mis gustos literarios de mi predilección por la escuela jóven, por los decadentes, los simbolistas, y como llegué á exaltarme, le dije que las mujeres no entienden nada de eso, porque no siendo más que unas lindas muñecas, solamente habían sido hechas para ocuparse de cintajos y niñerías. Esta palabra "muñeca" fué la que la hirió más y rabió un poquito y eso es todo.... Pero tú! Háblame, háblame al fin. Algo me intentas ocultar. ¿Es que ya no me quieres?

La señora Gauvain sonrió con una expresión singularmente amarga y despreciativa, pero no contestó.

—Vamos, ya es demasiado, exclamó Roger con la faz encendida, tú crees aliviarme matándome poco á poco, cuando prefiero ser aniquilado de un golpe. Habla de una vez!

—Pues bien: no puedes casarte con la señorita Postel.

—Por qué?

—Porque...... ah! Lo que voy á decirte es tan monstruoso, que se me atraviesan las palabras en la garganta......La señorita Postel tiene...... tiene un hijo; ya lo dije todo!

Roger que estaba pálido, echó á reir ruidosamente.

—Bah! Una carta anónima, chismarajos de criados que llevan y traen... y has podido creer eso?

Mi querido Roger ¡Cómo puedes pensar que te dijera yo cosas semejantes, cometiendo una imperdonable ligereza! Yo era tan incrédula como tú y he pedido pruebas.

—¡Pruebas de que Paulina tiene un hijo!

Y el jóven intentó sin éxito reir otra vez.

—Calma: dijo la señora Gouvain; no corras por la habitación como fiera enjaulada. Siéntate de nuevo á mi lado y trata de escucharme tranquilamente. En suma, es mejor descubrir esas cosas antes y no después de la boda.

Roger vino á sentarse junto á su madre.

Te oigo, dijo.

Ella tomó una mano de su hijo entre las suyas.

—Es fuerza confesar, hijo mío, que tú y yo nos hemos cegado muy pronto por esa jóven á quien encontramos en Italia y que volvió á París al mismo tiempo que nosotros. A tí te sedujo su belleza y yo quedé encantada de su gracia y su travesura, y aunque poco sabiamos de sus antecedentes, nos conformamos de un modo que no fué muy discreto. El título de canonesa que lleva la señorita Luini, esa buena tía que se encargó de la jóven desde que quedó huérfana, parecía responder de todo. Sin embargo: bien veíamos que aunque la tal canonesa es una excelente persona, carece de voluntad propia, malcría sin límites á su sobrina y se deja regocijada manejar por ella. Con todo y eso, jamás habría pensado en escudriñar el pasado de la que iba á ser mi hija, si uno de esos agentes (poco recomendables pero útiles á veces) que ejercen el espionaje por cuenta de los particulares, después de haberme enviado notas alarmantes, no se hubiera presentado en casa el otro día.

—Y te has fiado de semejante canalla?

—Estaba tan desprevenida y tan segura de que nada podía existir, que cedí á la curiosidad de saber lo que iba á inventar el personaje vil para ganar su dinero. Como tú, me reí á carcajadas al recibir la nueva de que la señorita de Postel tenía ún hijo y lo criaba ella misma en secreto bajo el techo de la venerable canonesa. Quise poner en la calle al amable espía amenazándolo con la policía verdadera, pero tenía pruebas.

—¡¡Pruebas!!

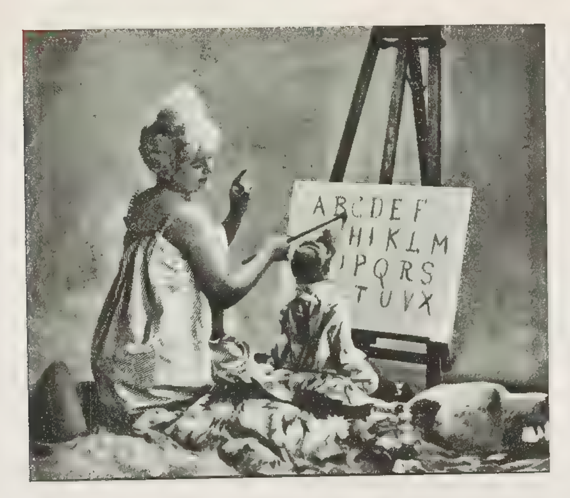
—Sí, hijo mío, este individuo me trajo toda una serie de fotografías instantáneas, sin retoques, que forman una colección de cuadros de elocuencia irrefutable.

—Dame eso, pronto, pronto! gritó Roger.

—Es que esto verdaderamente resulta curioso. No solamente las fotografías descubren la falta sino que revelan tal cinismo en la jóven, una inconsciencia tan completa......no! prueban sobre todo que es una loca.

—Y vacilas aún, mamá?

Roger hizo esta pregunta con la voz empapada en lágrimas. Ira, dolor, descepción, amargura, todo había en ese corazón despedazado de un solo golpe, y todo salía como una catarata de los ojos del infeliz.



La señora Gouvain se levantó resueltamente y fué á traer un rollo de papeles que había dejado en la antecámara.

Roger se lo arrebató de las manos y aunque había en la estancia bastante luz, corrió á la ventana para ver mejor.

*
* *

Paulina! era verdaderamente Paulina, en traje de clown, con una peluca en la cabeza y retozando con un niño!

El jóven suplicó á su madre que lo dejara entregarse sin trabas á su dolor y su cólera, y se quedó solo lamentando el pesar que lo abrumaba. Cien veces tomó en sus manos esas ligeras hojas sin barnizar, que estaban esparcidas en su mesa.

—Ella es, decía, no hay duda, ella es á pesar de este traje indecente y extravagante. Ah! bribona, bribona, esto es lo que me reservabas? Y contabas engañarme como á esa pava desventurada de tu tía! Y estaba yo allí, en éxtasis, ante tu gracia picaresca y tu travesura de niño que no era más que el descaro de una desvergonzada.... He sido un idiota....idiota. . . idiota!!

Y estrujaba entre sus dedos los papeles frágiles y luego los desenvolvía y los alisaba para contemplarlos todavía.

¡Hay que ver cuán poco pesan á esta insolente madre la vergüenza y los remordimientos!..... ¿Pero carece por completo de sentido moral? Se diría qué es una gata retozando con su cachorrito. ¡Y cómo se pavonea gallardamente haciendo marchar al espantoso mequetrefe! ¡qué gravedad cómica para enseñarle las letras! ¡con qué mano tan ligera lo castiga! Atenta y amorosa lo harta con la papilla como que ya es tiempo de destetarlo.... Y esos ojos? ¡Pero qué lindos ojos tiene la maldita!

Las palabras más insultantes le venían á los labios y las arrojaba contra esa Paulina, á la cual algunas horas antes prodigaba los nombres más dulces.

Pero por más que hacía, por más que se indignaba estallando en maldiciones, el amor no se iba, no había podido arrancarlo, sino que por el contrario, se le clavaba en el corazón y se le hundía más profundamente

agravado por los celos, por el sufrimiento y por un deleite agudo y brutal que le hacía extasiarse en la contemplación de las ignotas y arrebatadoras bellezas que el extraño traje le ponía de manifiesto. Nunca había visto nada semejante. En el baile mismo apenas si llevaba Paulina un púdico escote, mientras que aquí un hilo ligero de perlas sujetaba á los hombros la indecente blusa de payaso, dejando desnudos los brazos y las espaldas. Y las piernas? ¡Oh! se le veían hasta las rodillas. Era necesario convenir en que Paulina era muy bella, mucho, hasta causar rábia y desesperación la corrección de las líneas, el brillo de los ojos, el encanto arrobador de las sonrisas.

—Ah! va á ser muy curioso, pero muy curioso cuando le ponga yo ante los ojos todas estas indecencias: y eso no tardará en suceder, porque voy á darme ese gusto ahora mismo, en seguida.

Roger se puso rabiosamente el paletó, amontonó con brusco movimiento todas las fotografías y se las metió en el bolsillo; luego se encasquetó el sombrero y salió haciendo á la puerta estallar como un cañonazo.

*
* *

Cuando llegó Roger á las habitaciones de su madre, esta se estaba sentando á la mesa.

—No te esperaba, le dijo, pero me alegro de que hayas venido á pesar de todo.

—Si piensas que voy á comer......

—Siéntate sin embargo y haz como que comes, por complacerme. Vamos, ¿ya estás más sereno? ¿qué has decidido?

—Es lo que venía á decirte, mamá, contestó Roger después de haber bebido un vaso de agua. Mi novia nos espera como siempre esta noche: pues bien, vamos á su casa y nos damos muy dulcemente el placer de confundirla.

—¿Y piensas en eso, hijo mío? Sería muy incorrecto; palabras ofensivas, una escena, escándalo tal vez. No, no se hacen esas cosas. La penosa misión de romper me corresponde á mí que obraré con toda discreción y mesura.

—Estoy resuelto, madre, iremos los dos. Yo quiero esa escena, la ansío, tengo necesidad de una sacudida así porque estoy verdaderamente despedazado.

—Sería poco delicado y de mal gusto.

—El gusto y la delicadeza no tienen que ver en las catástrofes: por otra parte, te ofrezco que hablarás no más tú, pero quiero estar allí y eso es todo. Quiero ver la vergüenza y la confusión de la que me ha burlado. ¡Ironía, desdén, desprecio: esas son las armas que llevo!

—Después de todo, si esto puede aliviarte ¡peor para las conveniencias! dijo la señora Gauvain levantándose, y añadió: haré lo que quieras.

*
* *

Tan pronto como oyó el campanillazo que anunciaba la visita de su novio, Paulina se lanzó al vestíbulo.

—Una gran noticia mi querido Roger, gritó, ya me volví simbolista!

Pero inmediatamente se contuvo, cortada y pálida al ver las caras heladas y severas de los visitantes.

—¿Qué tienen ustedes, dijo, están enfermos, ha ocurrido alguna desgracia?

—Desearíamos una entrevista con la Señorita de Luini......

—Mi tía? si los espera como siempre....¡una entrevista! ¡Dios mío, qué pasará!

Entraron rígidos y altivos sin contestar, y así llegaron al salon tan alegre, tan íntimo, bajo la tibia luz de las pantallas, y con el perfume de las flores gratas á los enamorados.

La canonesa estaba en un rincón, cerca del fuego, poniendo puntos á una tapicería, y su noble cabeza italiana se destacaba iluminada por una lámpara cercana.

—¡Santa María! dijo, ¡qué tarde llegan ustedes! ¿Qué les ha sucedido, algún accidente de carruaje?

La señora Gauvain suspiró profundamente, apenada de veras por el dolor que iba á causar á tan buena señora.

—¡Plegue á Dios que no fuera más que eso! contestó. Mi hijo y yo quisiéramos hablar á usted confidencialmente, pero á usted sola por lo que le suplicamos aleje á la señorita Paulina, pues más vale que de pronto ignore ella de lo que se trata.

—Me voy, dijo conmovida la jóven, pero les ruego que no me dejen mucho tiempo sin saber nada; tengan presente que en la angustia en que estoy, van á ser siglos los minutos.

Y se fué cerrando las puertas, antes de que su tía, llena de asombro, hubiera podido decir una palabra.

* * *

—Paulina! Paulina! infortunada niña, ven pronto!

La canonesa había hecho este llamamiento con voz tan extraordinaria, tan dolorosa, que en dos saltos llegó la joven con el corazón palpitando

hasta sofocarla, y con los ojos asombrados, apesar de que habia pensado tantos y tan diversos sucesos trágicos mientras estuvo sola, que ya nada podía sorprenderla.

Es posible....! es posible....! Se me dice que tienes un hijo, se me enseñan las pruebas y yo me niego á la evidencia.....no lo quiero creer.

La jóven lanzó un grito sordo, vió en torno suyo y observó que la señora Gauvain se había levantado y ocultaba los ojos como para no fulminarla, y que Roger permanecía sentado junto á la mesa, con la mano en la mejilla, mirando á la culpable con ojos insolentes.

Observó las fotografías y se abalanzó á ellas para examinarlas mejor; y una singular expresión contrajo su fisonomía, mordióse los labios que temblaban y luego, de improviso, se cubrió el rostro con las manos, y amargos sollozos empezaron á sacudirla.

La Canonesa cayó en su sillón abrumada y gruesas lágrimas salían lentamente de sus ojos y le rodaban por las mejillas.

—*Povera ragazzina*, dijo después de un largo silencio......con que era verdad! cuánto ha debido sufrir ocultándose de mí!

Paulina descubrió su lindísima cara y contempló á su tía con estupor y arrobamiento.

—Es lo único que tienes que decirme? exclamó. Oh! amor mío, qué buena eres!

Luego se arrojó sobre la llorosa y dolorida anciana, la rodeó con sus brazos y besándola apasionadamente le dijo algunas palabras al oído.

Luego vino á colocarse enmedio del salón y tomando un aire contrito se puso de rodillas.

Pues que se ha descubierto mi falta, exclamó, fijando su mirada en las flores de la alfombra, debo soportar el desdén de ustedes y su cólera y pedirles humildemante perdon por haber querido engañarlos: pero si lo hice fué no más por amor, y espero conseguir con una vida de arrepentimiento y de virtud borrar la falta de un día. Pequé y me arrepiento. Ahora, ya somos extraños los unos y los otros y vamos á separarnos esta misma noche para no volver á vernos jamás: pues bien, sean ustedes generosos y no envenenen el recuerdo tan dulce de los días encantadores de mi amor. Díganme que me dan su perdón.

—Cómo sería posible? sollozó Roger. Me ha hecho usted tanto mal, que diciéndolo mentiría.

Su voz se ahogaba apesar suyo en un mar de lágrimas; no volver á verla ya nunca, nunca.... Imposible! ¡Ay, cómo habría querido ignorar, permanecer ciego y feliz! ¡Qué cobarde se sentia y qué próximo á perdonar .....! sí; pero cómo?

Ella que vió su emoción se levantó vivamente con extraña alegría en los ojos; pero recobró pronto su doliente voz y agregó bajando sus párpados:

—Conjuro á ustedes que me perdonen ó á que lo digan por lo menos y no pido más: solamente esa gracia! Decir que me perdonan junto á la cuna de mi hijo.

Roger dio un salto de león herido y la señora Gauvain se levantó como empujada por un resorte, diciendo con voz severa:

—Deveras que no tiene usted pudor, señorita!

—Háganlo ustedes por ella, dijo la canonesa, que había recobrado toda su serenidad, vamos, vamos á ver al chiquitin!

Y arrastró casi por fuerza á la señora Gauvain, que murmuraba entre dientes:

—No es bueno contrariar á los locos!

* * *

En el último piso de la casa había una extensa pieza, una especie de taller cuidadosamente cerrado con llave y que la electricidad iluminó desde que Paulina abrió la puerta.

Las paredes estaban cubiertas de telas de seda, claras, y el espesor de

la alfombra apagaba el ruido de los pasos. Había pocos muebles: un diván en un rincón, un biombo, un velador y eso era todo. Aquí y allá, fijados en el piso ó pendientes del techo, barras, trapecios, argollas, el material completo de una clase de gimnasia.

—Nadie mas que yo ha entrado nunca aquí, dijo Paulina. Después corrió tras del biombo, que apartó mostrando una cunita con sus cortinas de gasa blanca. La joven con una sola mano se apoderó del ser que allí estaba acostado...... y lo arrojó en medio de la sala.

—Aquí está mi primogénito, todavía no he comprado otros.

Y la risa que había estado conteniendo por tan largo espacio de tiempo, estalló al fin en sonoras carcajadas.

—Oh, sí! exclamó: he aquí á mi hijo, un encantador hombrecito de madera y trapo. Ah! conque se me espiaba, mi camarista intrigada largos días por la policía secreta, había acechado por el ojo de la llave, y luego.... «Si vieran ustedes, la señorita oculta un niño» y se han taladrado mis paredes y se me ha hecho el insulto de asestar sobre mi desnudez tranquila el objetivo de una cámara fotográfica. Se ha violado la morada de una niña, se la ha sorprendido en el abandono de la soledad, en el misterio de sus intimidades. ¡Qué acción tan noble! Y los que la inspiraron y pagaron, vienen con grandes humos de dignidad y con arrebatos de tragedia á retirarme su estimación. Ah! pero el aire de confusión que tienen ahora me venga. Pueden ustedes irse, les perdono, adiós!

Pero en vez de salir, Roger se arrojó á sus pies, le tomó una mano y se la cubrió de besos.

—He sufrido tanto con este desprecio, que quedan lavadas las ofénsas que te hice. Insúltame, pégame, soy tan feliz ahora, que no sentiré nada. Arrójame de tu casa y me quedaré á la puerta como un perro fiel.

La buena canonesa, que reía y lloraba, dió, enjugándose los ojos, algunas explicaciones á la señora Gauvain.

—Figúrese usted: la chica enflaquecía, le recetaron la gimnástica, y como no me pareció conveniente enviarla á una escuela le hice poner esta instalación donde estaba cuanto tiempo quería.

—Sí, sí, comprendo todo eso, decía riendo la señora Gauvain, pero...... el muñeco? á qué viene el muñeco?

—¿A qué? contestó Paulina. Lo iba yo á referir á ustedes cuando llegaron con tan negras intenciones: «Para agradar á mi marido me ejercitaba en el simbolismo.»

—¡En el simbolismo!

Paulina, jugando con los rizos de Roger, que aun permanecía arrodillado agregó:

—¿No me dijiste que la mujer no es mas que una chiquilla? Pues bien, simbólicamente eso significaba que en manos de esa chiquilla el hombre no es mas que un muñeco.

JUDITH GAUTIER

IMITACION

Ya listo está el barco! Si quieres me sigues,
que alegre esta playa por tí dejaré:
conozco, en la opuesta ribera, un paraje
de ensueños y dichas, florido vergel.

Ya listo está el barco! Su blanco velámen,
¿no ves como ondula del viento al compás?
tus negros cabellos serán mi estandarte,
tu pálida frente, mi luna será.

Tus ojos que tienen fulgores de estrellas
serán de la proa luciente fanal;
y acaso al mirarte surcar sus cristales,
ondule sus ondas salobres el mar.

Tus húmedos labios, la límpida fuente
será donde apaguen los míos su sed;
y al ver los marinos la copa en que bebo
caerán embriagados de envidia á mis pies.

Ya listo está el barco! Si quieres me sigues....
¡no sé donde fuera contigo, mi bien!
conozco, en la opuesta ribera, un paraje
de ensueños y dichas, florido vergel.

A.

DE LEJOS

Abajo, allá tras la montaña, se hunde
Envuelta en una atmósfera dorada
una tarde sin nubes y sin viento.
Vénus, la estrella del amor, declina
como gota de llanto hacia los bordes
de la copa infinita de los cielos;
el polvo del camino se levanta
al paso de los carros que se alejan......
entonces pienso en la *Oración por todos*
y la dulce tristeza de estar lejos
de los séres queridos que otras tardes
recitaron conmigo esas estrofas,
Me invade y me penetra, y la esperanza,
llena de encanto, de mirarlos pronto
muere de amor y de tristeza y miedo
en lo hondo, lo íntimo del alma.
Conforme se obscurece la violeta
profunda del espacio, gotas de oro
como dulces luciérnagas se posan......
¡Qué largas son las noches de la ausencia!
Suenan las ocho las campanas; triste
se vuelve el pensamiento hacia aquel sitio
do siempre nos hablamos; está solo;
voy á mi cuarto y á pensar me siento;
abro mi libro predilecto y busco
unas violetas que me vienen de Ella;
su amor, su imagen, su recuerdo, todo
vela en el panteón de mi memoria,
solo duermen los sauces del olvido.

ROBERTO BRENES MECÉN.

ENTRE BOHEMIOS

.... Se alzó grave y solemne de un asiento,
Con la copa en la mano levantada,
Y dijo así con inspirado acento:
Soñadores! yo brindo por mi amada.

Por la mujer que las tristezas calma
Y á cuyo acento,—que el amor inspira,—
Resplandecen los astros en el alma
Y vibran las estrofas en la lira....

A la mujer por su belleza adoro!
Y rindo culto y fanatismo ciego,
A las triunfales cabelleras de oro
Al seno henchido y al contorno griego!

Y me inspiran nostalgias muy extrañas
Los ojos negros de mirar muy hondo,
Que llevan una noche en las pestañas
Y una explosión de auroras en el fondo!....

Envidio los amores de María,
De Romeo la cita romanesca,
Y si fuera Paolo, moriría.
¡Ay! con un solo beso de Francesca....

¿En qué gran creación de qué poeta
No existe una mujer que el estro agita?....
¡Brindemos, soñadores, por Coseta,
Por Laura, por Beatriz y por Julieta
Y por la desdichada Margarita!

Mas calla el labio ya....Mi fantasía,
Como un corcel indómito galopa....
La mujer es tu musa, oh Poesía!
Brindo por la mujer....¡Dadme otra copa!

LIBORIO CRESPO.

El viento de la noche.

¿Oyes? Ya baja á nuestro espacio umbrío,
De las etéreas salas
El viento de la noche rudo y frío,
Rasgando nubes con sus negras alas.

¿Oyes? Como rumor de tristes voces,
Ecos de llanto, vuelos de suspiros......
Como tropel de ayes.... como roces
De incomprensibles y volubles giros.....

Es que el viento recoge con empeño
Escorias de dolor, restos de llanto,
En la hora del sueño,
En que por bien de Dios se olvida tanto.

Es que el viento, divino mensajero
De la morada pía,
Barre el valle de lágrimas entero;
Pues si la aurora del risueño día
Viera tanta miseria...... no saldría.

JOSÉ T. DE CUELLAR.

Cuando se acaba el hechizo
De la juventud florida
Y se llega á ver la vida
Tal y como Dios la hizo,

Hasta el ánimo más fuerte
De la fé se apaga en pos,
Y hay que dar gracias á Dios
Porque hizo también la muerte.

LOS MAS FUERTES

POR GEORGES CLEMENCEAU—ILUSTRACIONES GRABADAS EN NUESTROS TALLERES.

Número 12

—Su suegro, dice la leyenda, le regaló un par de piezas de tela blanca bordada de piedras preciosas, un collar de perlas blancas y una guirnalda de oro incrustada de perlas rojas.

—Magnífico. La señora de Fourchamps me prestará sus perlas. ¿Y cual fué el presente del Príncipe?

—Una túnica bordada de oro.

—Eso fué todo?

—No estoy enteramente seguro, pero el mejor de sus dones fué sin duda el espectáculo de la suprema sabiduría.

—De la cual dió pruebas dejándola para ir á mendigar por los caminos.

—Este Príncipe indudablemente era un estúpido, añadió la señora Peyrouard.

-Señor Deschars, dijo Montperrier, en el dibujo de usted que es encantador, hay una falta, pues Budha está en primer término y la Corte forma tapicería. Propongo á usted dar más importancia á la Corte, porque el Príncipe tiene tantas virtudes que la modestia será la menor. Colocaremos el carro á la entrada de los bastidores y eso nos salvará del peligro del caballo. El Príncipe dará un adios con el gesto á su esposa, y toda la sala seguirá sus miradas!

—Será mejor así en efecto, dijo Claudia.

—Todavía sería mejor poner al Príncipe tirando del carro, y á los cocineros en primer término vestidos de dioses, dijo Puymaufray. Eso sería más modesto.

—Lo que dijo Montperrier no tiene réplica y demuestra su génio, dijo Claudia.

—No es más que una observación de artista, replicó modestamente el aludido, pues cuando los actores y los espectadores son ilustrados hay que respetar las conveniencias de la óptica.

—¿Cómo hace usted para estar en todo, preverlo todo y enmendarlo todo? preguntó la señora Fourchamps.

—En cuanto á la tentación el proyecto de usted es perfecto, pero estaría más bien si Budha vistiera de oro y pedrerías.

—Pero si ya llevaba diez años de mendigo!

—Como la señora Preban que es muy rica, hace á Budha, el oro y los diamantes no deben suprimirse, pero se le podía poner como prueba de pobreza una flor de loto en la mano. Más allá, una orgía de bayaderas entre las flores y la señorita Harlé en primer término.

—Pero este hombre es una calamidad, pensaba Puymaufray.

En el otro lado del salón, la señora Peyrouard hacía la lista de los invitados. La señora Fourchamps se le reunió á poco rato y empezaron una conversación escabrosa sobre teatros y actrices.

Claudia que pasaba por allí buscando algo, oyó las últimas palabras y paró, como se dice, las orejas. Luego se sentó á dos pasos junto á un velador haciendo como que escribía. La vizcondeza que vió con gusto las maniobras de su discípula, quiso recompensarlas fingiendo que nada había observado.

Después de diversos relatos picantes, se refirió que Lucques había estado la víspera en el teatro con Melania y que la atención del público había sido para ellos. Luego la vizcondesa dijo con intención:

—Montperrier salió de nuestro palco y fué á saludar discretamente á Melania que se manifestó impresionada de la visita.

—La conoció en casa de Morgán cuando iba conmigo.

—Supongo, dijo Claudia levantándose, que hay que dar un buen sitio al señor Carlober.

—Ya lo creo! El nos hará figurar en la prensa y es protegido del barón.

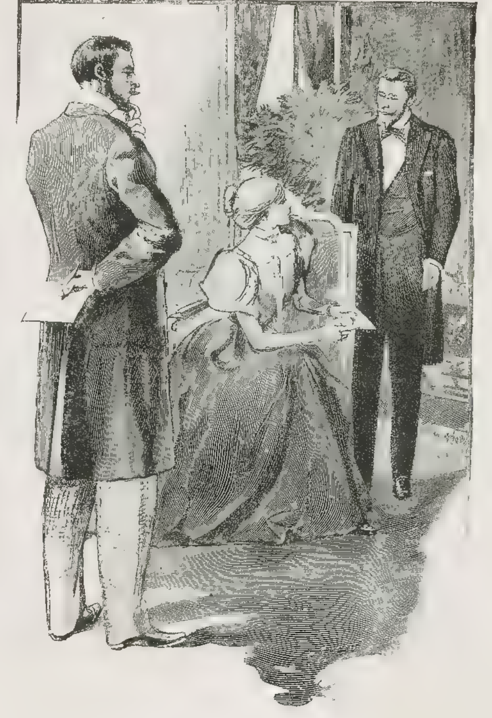
—En verdad que no es muy decorativo.

—Pero es buen abogado de nuestra causa.

Señorita, vino á decir Montperrier, necesitamos á usted para el cuadro de *la tentación.*

Claudia se fué y á los pocos momentos ya se había trabado una discusión sobre los puestos de las bayaderas.

La señora de Peyrouard y la vizcondeza continuaban haciendo la crónica escandalosa de París, cuando se oyeron carcajadas en el salón vecino.



Las tentadoras de Budha querían todas el lugar preferente. Montperrier, proponía aislar á Claudia, en primer término colocándola de perfil en tanto que Deschars, la quería más al centro y en la actitud reclamada por la significación general del cuadro. La opinión de Montperrier, fué la que prevaleció. Luego una discusión se entabló y Claudia consultando los albums y recogiendo las indicaciones de Deschars tomaba notas para Morgán.

—Creo señora, dijo Montperrier, que la Vejez desamparada quedará contenta de nosotros.

La frase venía á propósito y la señora Fourchamps quedó agradecida al joven político de haber traído la atención al objeto un instante olvidado de tan loables esfuerzos. A través de incidentes variados seguían su curso los ensayos á los cuales llegaba Montperrier, tan pronto como lograba sacudirse esas moscas de ministros, embajadores banqueros y hombres públicos que lo fatigaban con sus consultas; y dejando en suspenso la grave cuestión de saber la orden del día de la próxima sesión corría á iluminar á Deschars y á sus amigas no por pretensiones, añadía, sino por un sentimiento de arte y de buen gusto que era innato en él.

Cuando llegó el momento de precisar los puestos, Montperrier, alegó que los croquis del viajero tenían necesidad de trasposiciones parisienses hechas por un especialista y que la señora Farini, antigua estrella de la Escala y maestra de baile, era la indicada para el caso. Se vió llegar á una obesa matrona de sonrisa cortés que tomó la dirección de escena y consagrándose á Deschars, lo mantenía en actividad constante, mientras que Montperrier libre de todo estorbo, se hacía el inseparable de Claudia, todo esto en una marejada de personajes que discutían vestidos, colocaciones y cortaban con preguntas disparatadas las explicaciones más importantes, riendo, charlando, refiriendo los escándalos del día. En primer lugar, Luciana celosamente vigilaba por su argelino el conde Espiridion Levidi.

La bella Lady Havoard mostrando indiscretamente una alma idealista bajo contornos esculturales.

La señora Artois, alta y esbelta de cuerpo correctísimo; el Príncipe de Lucques, á quien todos pedían confidencias sobre Melania y luego toda una juventud feliz agradecida á la «Vejez desamparada» por la ocasión que le proporcionaba de divertirse.

No había sido fácil la designación de artistas pues hubo necesidad de pesar fortuna, título, influencia y demás consideraciones sociales para los grados de una escala de papeles desde los más importantes hasta los de menos significación. Los amigos acudían á los ensayos para ver y jactarse de haber visto, para traer y llevar noticias y agitarse con ese ruido monótono de las vidas que no tienen objeto; para entretenerse en esas agradables maledicencias con que ensuciando un poco al prójimo, parece que nos lavamos nosotros.

La educación de Claudia se completaba en este medio que era para ella el universo realizado en felices expansiones de vida, entre las cuales Puymaufray aparecía como la memoria confusa de un sueño del que se ha despertado ya.

Puymaufray iba allí ó más bien se dejaba llevar por la fuerza de un inútil deber y se veía fuera de su centro como esperando algo que tardaba en llegar. Entre tanto Claudia rodeada, adulada, cortejada, viendo la bienvenida en todos los ojos, orgullosa de su triple poder—dinero, juventud, belleza,—teniendo á su servicio todos los elementos de la vida y de la alegría, no soportaba ya el peso del amor de su padrino que le parecía un obstáculo á la expansión completa de sí misma.

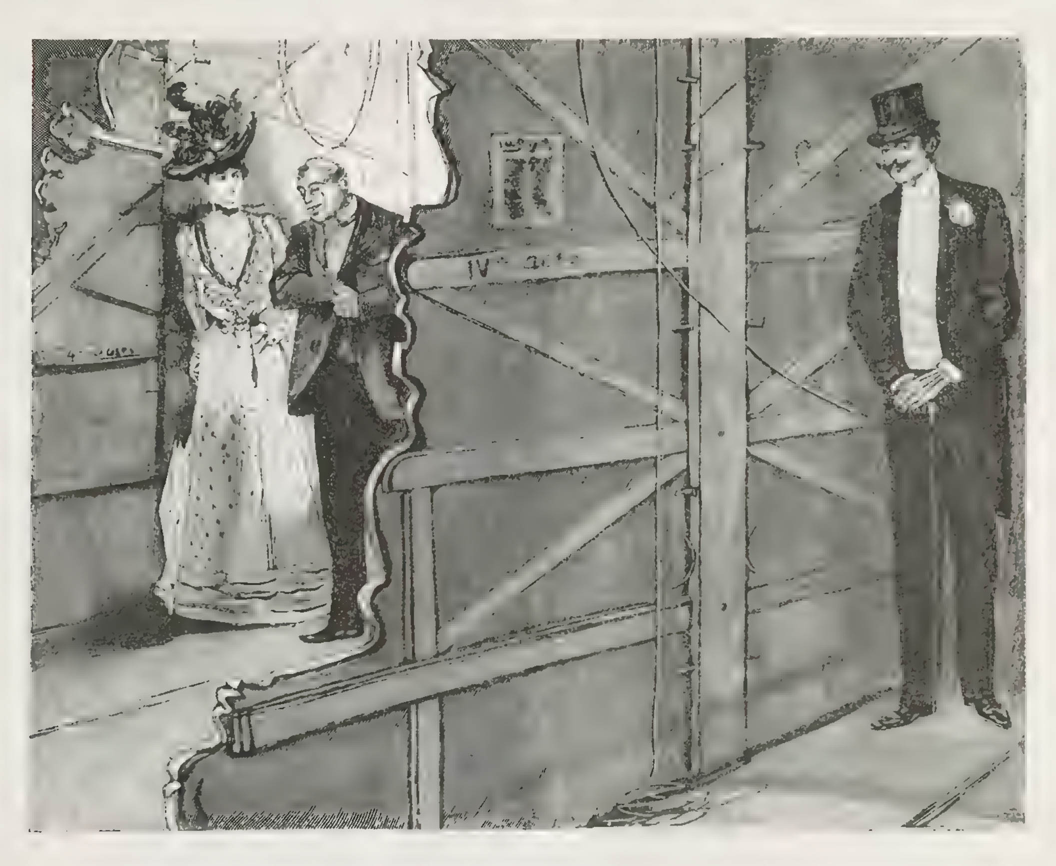
¡Qué ironía la de recordarle á sus humildes amigos de Santa Radegunda, esos seres sencillos rudos y dulces á quienes ella daba socorros por la sola satisfacción de darles la felicidad de un día! Qué lejos estaba de todo eso! Cuántas cosas ocurridas en tan pocas semanas! Un mundo había terminado para ella.

En París, entre el torbellino de los placeres había visto pasar deslizándose por la perpetua fiesta, algunos mendigos degradados, severamente mantenidos en los límites de un gran respeto á los felices, triste objeto de escándalo por la exhibición de esos vicios de la miseria que según el príncipe de Lucques hacen la canalla revolucionaria.

¿Y los otros, príncipe amable, los que trabajan y piensan y dan á la nación la sabia de la vida desde el surco del campo ó el banco del taller?

Esos no importan á los más fuertes, que no tienen más preocupación que la de aprovechar la vida que pasa. Todo lo demás es convencional y el idioma, elástico, presta palabras para ocultar el acto impío en el cuadro fastuoso de un falso celo para el alivio de los desventurados. Con ideas así predicaba Puymaufray á Claudia al llevarla á su casa después de la representación. Inútiles comentarios, vanos esfuerzos de una filosofía desencantada que Claudia no discutía sino escuchaba con disgusto.

—Mi padrino pensaba empezo como yo, por gozar de su juventud y ahora quiere que yo abandone mis placeres y viva como vieja. Pero son



manías suyas. Qué hará cuando yo me case y no tenga á quien sermonear?

Lucques había sido "de los buenos tiempos" de Puymaufray y su encuentro con él daba siempre motivo para nuevos *¿te acuerdas?* que el infortunado marqués sufría con el heroico endurecimiento de la víctima que no aguarda auxilio alguno. Claudia se divertía hallando esto como una revancha bufa de las predicaciones dramáticas y Puymaufray resentía cruelmente la ofensa de esta alegría.

—Sabes quién me visitó esta mañana? Moisés Bernardo que aún vive y practica la usura por pasa tiempo. Te acuerdas? Era prestamista y proveedor de joyas de las mujeres del teatro del Gimnasio donde tu estabas loco por la bella Valentina. Moisés le administraba su capital y tú de ese dinero le tomabas para regalar á Valentina, de donde resultaba que te prestabas á tí mismo con un crecido interés. Cuando descubriste la triple combinación financiera de que eras víctima, te duró mucho el dolor, ¿te acuerdas? Puymaufray se encogía de hombros riendo de mala gana, la vizcondesa y Claudia gozaban á maravilla y Lucques que era implacable seguía:

—Pero la aventura más graciosa de aquellos tiempos fué la del Centenario.

Oigan ustedes; Seguia yo con gran recogimiento el cortejo de mi tía la señora de Saublieres, cuando noté que Puymaufray apenas terminada la ceremonia se escapó discretamente entre las tumbas. Cuando se despidieron todos yo me lancé á buscar á mi amigo y lo encontré con una escoba en la mano barriendo concienzudamente la tumba de Juan Desral brigadier que fué de gendarmería. Iba á reirme de la facha del barrendero, cuando observé cerca de él á la hermana hija del brigadier y luego averigüé que se daban cita allí todos los sábados y cumplido el piadoso deber se iban juntos quién sabe á donde. Lo que sí sé es que por la noche en el Club, obsequiamos al Marqués con una escoba de honor.

Puymaufray ponía al cielo por testigo de que todo era una calumnia, afectaba reir con el círculo que habia venido á oir el relato, pero procuraba no encontrarse con los ojos de Claudia que compadecida al fin separaba de allí á Lucques con cualquier pretexto.

—Vamos, dijo la señora Fourchamps á Lucques que iba con Claudia, ¿Por qué atormenta usted así á Puymaufray delante de su abijada?

—Porque la señorita Harlé no es provinciana que yo sepa, y ya es tiempo de que vaya conociendo este su París de que un día será la reina.

—Entonces ¿eso que usted cuenta, es París? preguntó la joven maliciosamente.

—París somos nosotros.

—Es cierto replicó Claudia, pero pienso que hay algo más.

—Poca cosa, añadió el príncipe con acento desdeñoso: escritores, artistas, empleados, obreros, ¡que sé yo! todos artesanos de nuestros placeres y que no tienen más valor que por el éxito que les damos. La sociedad florece en nosotros; y lo que se llama neciamente nuestras corrupciones, no es sino el indispensable esparcimiento de toda floración. Nuestra función es gozar y nuestras artes hacer útiles los goces.

—Es usted un cínico, príncipe, dijo la vizcondesa.

—Y usted una hipócrita encantadora. Pero transijamos para ocuparnos de Salomón y de la reina de Saba. Vea usted, señora Farini como comprendo el encuentro. Yo estoy de pie sobre las gradas del trono con los brazos extendidos, en éxtasis, y usted, vizcondesa, un poco deslumbrada pero altiva, levanta hácia mí una mirada púdica, expresando en la actitud la inconsciente derrota de un corazón indómito.

—¿Y como se expresan tantas cosas con la actitud?

—Verdaderamente, exclamó la señora Farini, el príncipe no tiene necesidad de mí, pero si me lo permite usted señora, haré unas indicaciones: una media sonrisa, los ojos no muy abiertos y con violentos parpadeos, la mano izquierda sobre el corazón como para contenerlo. La mano derecha.... esa es más difícil: el brazo como que avanza y la mano como que repulsa... cediendo. Así, bravo!

La señora vizcondesa tiene aptitudes admirables, pero haría bien en ensayar frente á su espejo.

En tanto que la señora Fourchamps se dedicaba á ensayar la inconsciente derrota de un corazón indómito, Claudia repartía los papeles para las bodas de Canaan.

—Señor Balbois, preguntó Claudia, cuantos personajes femeninos necesita usted?

—Consulte usted sus conveniencias, pues tenemos bastantes princesas en el cuadro y hasta se pueden aumentar.

—No cree usted que sería bueno aprovechar á la señorita Chauvinet?

—Sí, pues lo desea la vizcondesa y es además encantadora.

—Ya lo creo, el otro día fué á casa y estaba tan linda, pero tan linda, que todos vinieron á preguntarme cuánto tenía de dote.

—Ya oye usted, eso preguntó Montperrier á Claudia.

—Sí, está bien, verdad?

—La señorita Prebán, tiene siempre el dinero en la cabeza.

—Le parece á usted mal?

—No, si asegurándose la vida se busca un desarrollo para las ambiciones de dos.

—¿Suele suceder que la ambición de un hombre y una mujer sea la misma?

—Suele. El ambicioso soñará con un aumento de poder, la mujer con un aumento de homenajes y los dos se unirán para la realización del sueño común. Supongamos una joven muy bella y muy rica como usted.

—Supongámosla.

—Por otra parte un hombre de talento y gran porvenir.

—Como usted..?

—Como yo. ¿Qué hay de más razonable que

fundar en la satisfacción de los intereses permanentes de cada uno la esperanza de un acuerdo durable que no está exento de poesía?

—Razón y poesía......!

—Es mi divisa.

—Dice bastante pero no fija estipulaciones.

—Esas se hacen de antemano si se quiere.

—Entonces estipulemos. Para usted las ventajas de que dispongo: y yo ¿cómo sería pagada en compensación?

—Pues por los provechos comunes de este aumento de fuerza: y el orgullo de usted podría señalarse la parte del León.

—Eso es todo?

—No puedo ofrecerle á usted el gobierno de las estrellas.

—Apruebo ese rasgo de modestia, pero las estrellas se la pasarán bien sin nosotros. Supongamos que llegamos á reyes de la tierra. Eso debe ser divertido el primer día, pero el segundo y el centésimo.

—La fantasía renueva los placeres.

—Ay! no soy todavía sino princesa y estoy agotando ya los caprichos.

—Se cambia á los otros cuando no puede uno cambiarse á sí mismo.

—Entonces usted me cambiaría y yo también.

—Olvida usted la poesía.

—Cuánto me divierte que no se haya usted atrevido á decir: el amor.

—Es palabra que viene sola.

—Pero tiene un bello significado.

—Por eso hace la desdicha de los tontos.

—Entre los cuales no se cuenta usted.

—Cada cual trata de escapar á la desgracia.

—Entónces ¿cómo hay tontos que ván trás del amor? Hay horas en que los envidio.

—Por que no los ve usted cuando regresan. Criaturas desahuciadas llorando haber jugado su vida á un golpe de dados. Reproches, gritos de odio, sangre derramada qué se yó! ¡Y en cambio viven en paz los que relegan el amor al mundo de las fantasías.

—No sé. Se me ha predicado todo lo contrario.

—El padrino. Ese tiene la dicha triste, mientras que la vizcondesa....

—Me la pone usted como ejemplo?

—Es una mujer superior y afirma que la poesía es de una hora y el casamiento de toda la vida, por lo cual conviene ante todo la cuestión de intereses.

—Presiso es confesar que no todos hablan con la franquesa que nosotros.

—Sí, se usa sujetarse á las reglas del mundo mintiéndose á sí mismo y á los demás.

—A nuestra edad el amor no es siempre una mentira.

—Pero ya es tiempo de tener juicio. Yo soy capáz de amar como cualquier versificador, pero me daría vergüenza hablar de las flores y de las estrellas á mi prometida.

—Es particular. Todo esto es contrario á las lecciones que he recibido y me arrastra á nuevas impresiones.

Luciana Prebán, discutiendo sobre Budha y Deschars á quien la señora Farini no había podido contener, pusieron fin á estas confidencias de poesía utilitaria. La vizcondesa cusando de negligente á Balvois, hizo que Montperrier dispusiera las suntuosidades del Veronés en torno del dulce anarquista de Judea convertido por el curso de los tiempos en rey de los mismos que lo crucificaron.

Levidi debia representar al Galileo y la Sra. Farini le explicaba como debía ser un Cristo al gusto de París. Puymaufray no pudo menos de sonreír.

—¡Pobre crucificado! pensaba: no se conforman convirtiéndolo en instrumento de opresión y pretexto de puerilidades, sino que lo profanan de este modo! ¿No penetraran estos contra sentidos á iluminar el ánimo de Claudia? La veo ir al mal y no puedo evitarlo. ¿Qué la decía ese Montperrier? La mirada de Claudia no prometía nada bueno. Se me escapa, siento que se me escapa. Si Deschars la amara menos, lucharía mejor, pero sin la convicción de la victoria está loco, lo mismo que yo!

En efecto, con la grandeza de sus sentimientos ambos eran débiles ante la coalición de los que los combatían deformando el amor y oponiéndoles la fisonomía de los intereses y el poder del cálculo.

Naneta escribía:

«¿Por qué ya no se me dan noticias? Veo que me será necesario ir á París, aunque si no me llaman ustedes es que no me creen apta para ayudarles. Son muchos contra usted, señor Enrique y puede ser que no esté de más allí la presencia de Naneta.»

Fuera de la imperiosa invasión del amor que las conveniencias mundanas toleran difícilmente, los razonamientos de Deschars y de Puymaufray, en contradicción con todas las realidades visibles, eran impotentes para arrancar á la joven de las exigencias de los intereses de clase que formaban como el marco en que se encerraba el cuadro de su vida. A veces en sus arrebatos íntimos Claudia se preguntaba si no sería lo mejor tomarse del brazo de un Montperrier cualquiera para que fuese su representante oficial en el mundo, y asegurarse así la conquista de todos esos vuelos de fantasía y esas impunidades de que hacía gala la vizcondesa. «Soy bella» pensaba mariposeando frente á su espejo, y haciendo un exámen de las cualidades que debía lucir ante los ojos del observador.

Y después de emplear á su gusto los lápices y pinceles del tocador ¡qué mágia, pensaba, qué mágia hay en una gota de agua irisada por un rayo de luz! ¿Qué es esto que se crée ver, que atrae irresistiblemente los corazones, se apodera de ellos, los embriaga con promesas, los enloquece de esperanza y los entrega á inefables alegrías ó á penas desgarradoras? Es un misterio. Lo aclararé? Más tarde...... tal vez demasiado tarde, pero, qué importa? Feliz ó desgraciada poseo el talismán que sujeta á los hombres y ¡alegría inmensa! puedo usar y abusar de él á mi capricho.

Pero para quién? Montperrier es un calculista; Deschars tiene esa generosa locura cuyo fin se muestra por todas partes á nuestra vista. Lo que éste quiere es la abdicación de mi personalidad en abstracciones monótonas de ventura interna, en tanto que Montperrier me abre la infinita senda de los placeres. Se aproxima el momento de decidir.

Claudia acabó la inspección general de su revista con la observación meticulosa de sus manos que perfeccionaba diariamente con cuidados de artista. Todo lo recorrió, todo menos el alma que debia realzar esos méritos y embellecerlos con divino fulgor.

Dónde hallar el espejo en que se refleje la conciencia, sino en los ojos entristecidos de aquel padrino contra quien tenía que ponerse á la defensiva?

Junto con el recuerdo de Puymaufray la perseguía el de Deschars con dulces memorias y aún vagas esperanzas. Tenía afectos por este amigo de la infancia y estimaba la altiva modestia de este hombre de concentrada valía que había afrontado peligros sin hacer ostentación de ellos jamás, haciendo vivo contraste con Montperrier siempre pronto para hacerse valer.

En medio de sus discusiones con la señora Farini, Mauricio había observado bien que Claudia y Montperrier en el último ensayo no estuvieron hablando siempre de las bodas de Canaan.

Mil indicios le habían revelado que hablaban de cosas graves: la cara seria de Claudia, la intensidad de la mirada del orador, sus silencios, sus palabras sin mímica, y la expresión de solemnidad que se tiene al borde de lo irreparable.

Deschars amaba, amaba profundamente y vivía lleno de ansiedades, hundido en delicioso dolor, esperando y desesperando á la vez, esperando que aclarara el horizonte en lugar de lanzarse hácia el foco de luz.

Un gran destello de triunfo creyó leer en los ojos de Montperrier que le sobresaltó decidiéndole á obrar.

Algunos días después encontró á Claudia en el jardín; el momento le pareció propicio, y tan pronto como ella le vió venir comprendió que había llegado la hora de las explicaciones.

—Y bien, señorita, comenzó Deschars, las bodas de Canaan son de su agrado?

—Oh, nó, replicó Claudia decidida á precipitar los acontecimientos; será necesario que la señora Fourchamps tome la dirección del asunto porque Montperrier que se ha encargado de todo, habla mucho y no hace nada.

—Los veía yo á ustedes tan entusiasmados en el último ensayo....

—Me hablaba de su fuego amoroso....no hay que temer que llegue á incendio!

—Qué es entónces?

—Una hoguera mansa artísticamente renovada, que no arde mucho pero que puede durar bajo sus cenizas más tiempo que las grandes llamaradas.

—Eso depende de lo que arda. Ya es sabido lo que Montperrier quiere de usted.

—Mi dinero? No lo he dudado, y aún me hace el honor de no permitirme ilusiones sobre el particular lo cual es una franqueza que le agradezco.

—No comprendo.

—Es muy sencillo. Por qué se busca á una mujer? porque conviene. Pues bien, yo soy yo con mi belleza física y moral y la belleza social de mi fortuna que forma parte de la personalidad como los rasgos de la fisonomía ó los detalles del carácter. Todavía estos cambian con la edad, en tanto que el dinero permanece y hasta aumentará según todas las probabilidades. Es preciso aceptarme como soy y no puedo enojarme de que se me ame por mis ojos ó por mis millones.

—Es espantoso oír á usted hablándome así, y siento que se me destroza algo en lo íntimo; porque aunque nunca lo haya yo dicho usted sabe bien que la amo con toda mi vida, por usted y no por el capital de su padre.

—Sí, lo sé, y si he puesto los medios de que me lo dijera usted es porque creo llegada la ocasión de que tratemos de ver claro en nuestras conciencias.—Usted me ama por mí? Eso significa que si mañana se arruinara mi padre, usted me permanecería fiel y Montperrier se orientaría por otro lado; pero en revancha, si se me cayera la nariz ó me dieran viruelas, Montperrier ganaría el premio de constancia, mientras que usted después de nobles esfuerzos para conformarse con las bellezas del alma, tendría que confesarse vencido.

—Cómo puede usted bromear sobre esas cosas?

—No bromeo: acomodo á mi vez, la influencia de la nariz de Cleopatra sobre los destinos del mundo. Atrévase usted á decir que me amaría fea.

—Yo la amo á usted.

—Ya ve usted: no puede engañarme.

—Yo amo á usted, y Montperrier no.

—Ama usted otra cosa en mí: si pudiera yo hacerme comprender.

—No comprendo sino que ha ido usted conmigo, en mi alma hasta el fin del mundo y que ahora que estoy junto á usted no la veo, y por desgracia mía, ni aun me consuelo con el recuerdo de lo que fué.

(Continuará.)

SONETOS.

I

PRIMAVERA.

Ya del invierno la terrible saña
Cesó, y envuelta en la sutil neblina,
Lenta desciende de la azul montaña
La primavera á la húmeda colina.

Libre el arroyo se desliza y baña
Nardos y rosas, el zenzontle trina,
Y alegre vuelve de región extraña,
Heraldo de placer, la golondrina.

Del azahar que en el jardín descuella,
Céfiro esparce el virginal aroma
Y el alba surge como nunca bella;

Y cuando el sol onmividente asoma,
Tiembla de amor la matutina estrella
Y amor demanda la torcaz paloma.

II

EN EL CEMENTERIO.

Arde el volcán y en púrpura descuella
Mientras al reino de Plutón se lanza
El astro-rey, y surge en lontananza
Lirio de luz, la vespertina estrella.

Envuelta en sombras, misteriosa y bella,
La dulce noche sobre el campo avanza,
Y, sonriendo en plácida bonanza,
La blanca luna en el zafir destella.

Doblan su cáliz las silvestres flores
Que ornan la tumba esbelta y blanquecina
Do reposa el mortal, ya sin temores.

Mudo el saúz su cabellera inclina,
Y el ruiseñor, que llora sus amores,
Tiende su vuelo hacia la cruz y trina!

E. FERNANDEZ GRANADOS.

LEJOS

Ya la noche desciende; el agua busca
Albergue tibio en las enhiestas palmas,
El dia es sombra que la mente ofusca,
Y la noche, la aurora de las almas.

Cuán bella ¡oh noche, estás! .

. . . .
Desgarra el velo
Que á mis ojos te encubre, ángel proscrito!
De dos almas la unión festeja el cielo;
Nuestras nupcias celebra el Infinito.

Vén á mi lado, vén! La luna asoma
Y nos bendice Dios. Sigue mis huellas.
Las flores todas nos darán su aroma,
Y sus fulgores todas las estrellas.

"Recordar es vivir." Oh Pensamiento!
Rompe tus ligaduras, bate el ala,
Despiértate á la voz del sentimiento;
Sea la escala de Jacob tu escala.

Recordar es vivir. Como solías
Habla á mi alma, sin tu amor desierta.....
Haz que revivan los pasados dias,
Haz que reviva la esperanza muerta!

Solo!... Lejos de ti... Martirio horrible!
Hoy al perder tu amor todo lo pierdo.
¡Quién hiciera posible lo imposible,
Y quién eterno hiciera mi recuerdo!

Ya estás aquí! Mi corazón te siente;
Ya oigo el ruido que forman tus pisadas...
Parece envuelta tu marmórea frente
En la luz de las tibias alboradas.

De la vida en la senda borrascosa
Tu planta siempre seguirá mi huella,
Somos perfumes de una misma rosa
Somos fulgores de una misma estrella.

No huyas, visión! En tu sonrisa veo
Tu ardiente amor.. la súplica ..el reproche
En tus pupilas, que encendió el deseo,
Parpadea la luz, duerme la noche.

No huyas, visión! En dulces embelesos,
Unido á ti por invisibles lazos,
Quiero en mi boca el fuego de tus besos
Y en mi pecho el calor de tus abrazos.

Canta! El dolor al corazón avanza
Y quiero oír tus notas virginales,
Tristes, como el amor sin esperanza,
Bellas, como las noches tropicales.

Canta!.... tu voz á mis oidos llega
Remedando en cadencia arrulladora,
Las vibraciones de la lira griega
Y el dulce ritmo de la guzla mora.

Tú eres fuerza laud y Poesía,
Inspiración de mi cerebro enfermo;
Mi débil fe sostienes en el dia,
Y me hablas de esperanza cuando duermo.

Tú siempre para mí serás consuelo
Y de mi frente apartarás las sombras.
Haces brotar estrellas en mi cielo
Como de flores mi camino alfombras
....

Huiste ya, del corazón mentira!
De tu paso ante mí no quedan rastros.
Huyes, en tanto que la tarde espira,
Mientras la noche se corona de astros.

En la selva plegó la flor su broche;
La luna irradia en la extensión vacía.
Es hora de soñar!...... Cayó la noche,
Aurora de tu alma y de la mia!

ISMAEL ENRIQUE ARCINIEGAS.

FLORA

PAGINAS DE LA MODA

Traje de Baile.

LA MUJER EN EL HOGAR

Está demostrado que el hogar es para el hombre la verdadera escuela donde los buenos ó malos hábitos allí adquiridos cuando niño, forman el carácter del hombre. Y aunque el desarroyo de su inteligencia se efectúa en la escuela, su alma es formada en el hogar; según las impresiones que reciba así serán sus sentimientos Luego los maestros del hogar son los padres, y de ellos dependen sus hijos; si son buenos y saben dirijirlos, ellos honrarán su memoria imitando el laudable ejemplo que han recibido.

La madre es la que más influencia ejerce en el hogar, porque ella es quien vive más tiempo con sus hijos: el padre necesita procurarse medio para darles de comer, vestirlos y educarlos: y á ella corresponde principalmente el inculcarles buenas ideas y apartarlos del mal camino; es decir, labrarles las bases de un feliz porvenir.

Es más natural que los niños posean las mismas virtudes de la madre y aunque adolezcan de sus mismos defectos, debido al incesante trato con ella. Dos tipos de madres se pueden citar: aquellas que considerando el hogar como una cosa secundaria, ambicionan el brillo de la grandeza, la fortuna y el placer, y que fuera de ese círculo viven hastiadas, círculo de

ESPALDA DEL TRAJE DE BAILE

vanidad y orgullo. Y hay otras madres de infinita bondad que cifran su dicha en la dicha del hogar, y su ambición no es otra que el amor del hijo y del esposo; aquellos en cuyo hogar la felicidad ha establecido su dominio Esas mujeres no desmayan ante la doble misión que les ha sido encomendada, y luchando contra la adversidad, casi siempre salen victoriosas

El ejemplo es el mejor educador del niño, porque desde pequeño, como no puede distinguir el bien del mal, imita todo lo que vé; por lo tanto, si el modelo es bueno, el niño también lo será; pero si así no sucede, no puede esperarse que resulte un hombre de bien.

No basta plantar el árbol, es preciso cuidar que no crezca torcido, pero si esto sucede al principio; después es imposible enderezarlo, y esto mismo acontece con el niño; así es que la madre debe afanarse por su bien, y procurando educarlo desde pequeño, le quitará las leves faltas que después se convierten en hábitos funestos, y le proporcionará un incalculable tesoro. el "buen carácter." y en pos de él la felicidad.

Desde la más tierna edad debe la madre empezar á educar al niño, haciéndole conocer la belleza de la caridad y el amor al prójimo; despertar en su corazón sentimientos de amor y de bondad; haciendo que sea generoso y sepa conquistarse un buen nombre, usando para ello como medios la honradez y el trabajo.

La maternidad es el amor más grande y puro que existe, pero debe ser bien entendido; madres hay, que á causa de llevarlo al exeso, toleran débiles faltas en sus hijos, sin mirar que mas tarde las culparán de ser ellas mismas la causa de su desgracia.

OBJETOS Y LABORES PARA DAMAS.—

LA ABUELA

Me dolía la espina dorsal, como á hombre viejo que va en el descenso de la vida. Caminaba pensativo y triste, recordando cosas que fueron, ¡ay! que fueron para mí muy gratas.

Primero vino á mi memoria la época de mi infancia. Y me acordé de una viejecilla que me amaba tiernamente, y que es el ser más querido que se me ha ido de la tierra

Sí, me decia, ella te amaba. Te enseñó cosas tan tiernas, en lenguaje tan ingénuo, que si tu alma tiene algo de bueno, á ella se lo debes Son los besos de aquella anciana los más castos y tibios que jamás sentí en mi frente. Fue ella la que me regaló el primer muñeco, y ella la que me hizo conocer esta cosa luminosa que en el alfabeto, se llama *A*.

Se me figura que debe de haber tenido una voz parlera, porque en mis oídos sonaban sus palabras con voces de harmonías celestes.

Tenía 60 años, y yo 4, y eramos amigos inseparables. Juntos trabajamos en el jardinito de nuestro hogar, cuidando las rosas, los lirios y las violetas que ella amaba un poquitito menos que á mí y cuyo amor heredé y cultivo aún, en recuerdo de ella.

En las mañanas salíamos al campo, como buenos camaradas, y como yo era un chicuelo me le adelantaba lleno de gozo, como globito inflado por el aire reparador Estoy seguro de que la anciana debe haber reido de gozo en verme alegre, saludando al sol naciente con sonrisas estruendosas.

Nada se hable de las consejas contadas en la noche, acostado yo en su cama, ella sentada en una silla, cerca de mí.

—¡Cuántas cosas supe yo por ella! Aún tengo la cabeza llena de los apólogos y de las historietas que me refirió.

Uno sobre todo me llamba la atención.

El del hijo de un carpintero nacido en Galilea, hacía ya mucho tiempo, que había sido bueno, pero muy bueno; que siendo niño dejó asombrados á los Doctores de la Ley, que amó mucho á los hombres, y que estuvo en una montaña en donde dijo un discurso admirable.

Ella me lo recitaba, y yo no lo entendía, por ser tan niño; pero sí me gustaba por oirlo en labios de mi viejecita.

Siendo hombre lo he vuelto á leer, y me he convencido que tenía mucha, mucha razón—¡vaya si la tenía!

Después me contaba que aquel joven que jamás hizo mal á nadie, murió ajusticiado. en una cruz.

Cuando entré en años leí á Mateo, á Lucas y á sus demás compañeros. Muy bellos son sus libros, pero ¡ay! me gustaban más las narraciones de mi amiga la viejecilla.

Fuí creciendo Ella se sumía en la tierra por la ancianidad; yo levantaba la cabeza hácia lo alto, empujado por la juventud.

Una vez me encontró llorando en mi cuarto.

—Hijo, ¿qué tienes? y con su cabellera canosa secó mis lágrimas. La abracé y recosté mi frente sobre su hombro, con lo que me sentí calmado.

Debe de haber comprendido el motivo de mi aflicción; pero como me vió calmado, no insistió.

Yo no me había atrevido nunca a confesarle que amaba, por temor de despertar sus celos. Hoy que recuerdo aquello, me digo ¡quizá ella habría sido tu mejor confidente!

Después reflexiono y protesto diciendo; te equivocas porque habría querido para tí una reina.

Y por fin concluyo: ¡Tenía mucha corazón para caer en esa ridiculez!

Te habría aconsejado que buscaras para tu compañera á una mujer modesta y buena, que te amase y te comprendiese. Y tanto es así que fué un día muy feliz para ella cuando conoció á la compañera de mi vida.

Pasó todavia algún tiempo. Mi hado, benigno ó contrario, me llevó á puestos distinguidos políticos. Fuí revolucionario. La oleada liberal barrió de mi mente las ideas de niño, y pensé como pienso hoy y pensaré toda la vida que me falta.

A la buena señora no le gusta mucho el oropel, ni los honores, pues fué ella quien con su ojo de abuela descubrió mi primera cana, que me arrancó piadosamente.

Yo estaba por entonces raras veces sonriente, y las más veces, serio y meditabundo

Hasta creo que hubo un día que pasé á su lado sin darle el ósculo acostumbrado, lo que he sabido después que le causó lágrimas.

Si entonces me hubiera preguntado el motivo de

TOQUETA HADING

TRAJE DE TERTULIA

mis tristezas, tampoco creo que habría sabido contestarle, como cuando jóven me sorprendió llorando.

En fin...... ¡no sè cómo decirlo! ¡ay de mí! Se murió.

Ya ha pasado mucho tiempo de ese suceso.

Hoy amanecí triste, y naturalmente, como todos los dias, me acordé de ella.

Agaché la frente y cojiéndomela entre las manos, dije:

¡Ay! ¿Por qué no te fuiste tú, antes que ella?....

RAMON A. SALAZAR.

NUESTROS GRABADOS.

TRAJE DE BAILE.

Entre las novedades que han llamado verdaderamente la atención en la capital del mundo, se cuenta el modelo que ofrecemos á nuestras lectoras. Es todo de satin blanco, de cauda amplísima, de cuerpo ajustado, con dos grandes guías á derecha é izquierda hácia el frente y una tira de felpa finísima en el centro, con reminiscencias de la misma el hombro derecho. Una série de lazos de seda blanca que en la falda se prenden á la banda de felpa en número de seis y en el cuerpo adornan el escote, completan el elegante atavío. El peinado es en bandós y pertenece al nuevo estilo Lenthéric.

TOQUETA HADING.

Toda chifoneada con gran penacho de pluma y gran broche de terciopelo ornado á su vez con brochecito de *stras*.

TRAJE DE TERTULIA.

Todo de grueso satin crema, con centro lleno de satin blanco bordado de oro, que aparece así mismo en el cuerpo, muy bajo, con vueltas del mismo satin, orlado de guías de oro. Cinturón de terciopelo negro. Lazo de blonda obscura de Bruselas en el cuello. Mangas cortas de blondas. Amplia cauda.

TRAJE PARA COMIDA.

Muy severo, cuerpo bajo y mangas cortas de dibujo sobrio mas no por esto de menos efecto.

Falda acordonada de satin, con delantal figurado. Cuerpo lleno, con amplio cinturón trabajado en dos líneas. Al rededor de los hombros chifoneado. Las mangas con pequeños puffs muy graciosos. Aplicación de blonda á la izquierda del cuerpo.

TRAJE DE PRIMAVERA.

De terciopelo delgado negro. Falda lisa. Cuerpo ajustado con aplicación de satin obscuro en el frente y en las aldetas. Ligerísimo bullón en las mangas. Chaleco figurado sobre peto de tul con bandas transversales de encaje. Cuello bordado rematado por lazo de tul blanco. Manga muy ajustada.

TRAJE DE SOIRÉE.

Falda llena de popelina ó glacé de seda. Cuerpo muy elaborado, sobre tafetán de seda finísima. Aplicaciones de Marta. Manga angosta en harmonía con el cuerpo. Gran lazo que cierra la blusa en forma muy original. La falda es completamente lisa y de gran vuelo.

GRUPO DE SOMBREROS.

Ofrecemos cuatro de los que están más en boga: dos fieltros y dos toquetas de última moda, propios para sport y teatro.

Las toquetas están elegantemente chifoneadas.

GRUPO DE OBJETOS Y LABORES PARA DAMAS.

Ofrecemos á nuestras lectoras una hermosa colección de elegantes minuciosidades para adorno del hogar, todas muy en boga en la actualidad y del mejor gusto.

Algunas tales como los acericos, pantallas de lámpara, tapetes, pañuelos, cojines, etc., pueden fácilmente fabricarse en casa á poco costo; otros de los objetos representados, servirán de modelo para ayudar al buen gusto de nuestras lectoras.

MESA PARA GUARDAR COSTURA.

He aquí un modelo que no debe faltar en el cuarto de costura de las señoras. Toda ella es construida de madera y tiene una altura de setenta y seis centímetros.

La parte superior está formada de dos puertecitas que estando cerradas tienen treinta y nueve centímetros de largo y abiertas setenta y ocho centímetros.

En el centro de la mesa existe una bolsa que sirve para guardar los hilos, tijeras, y demás accesorios.

Esta bolsa es hecha de seda y la parte inferior vá cerrada con listón. La parte superior está clavada á la mesa.

Las puertas ya indicadas si se desea pueden pintarse de la manera que más agrade.

MAPA PARA GUARDAR VISTAS

Este elegante mapa está hecho de cartón y cubierto con seda moiré verde claro, llevando como adornos, bordados de seda.

TRAJE DE PRIMAVERA

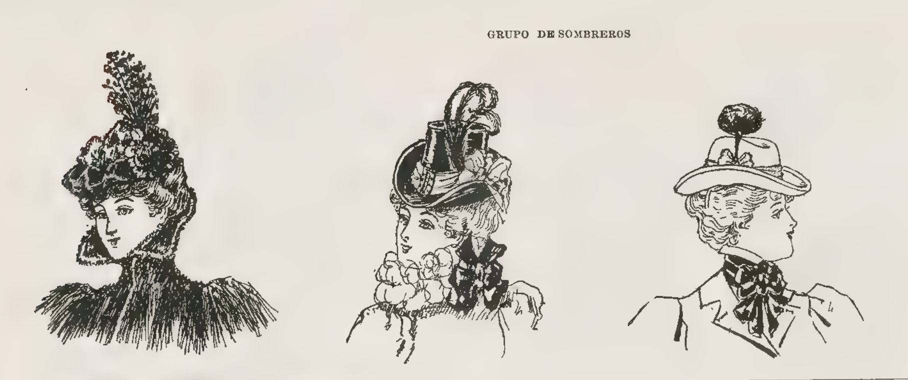
Este mapa tiene un ancho de veintinueve centímetros por cuarenta y tres de largo y están unidas las dos partes por un cinto de goma de siete centímetros de ancho, una con la otra.

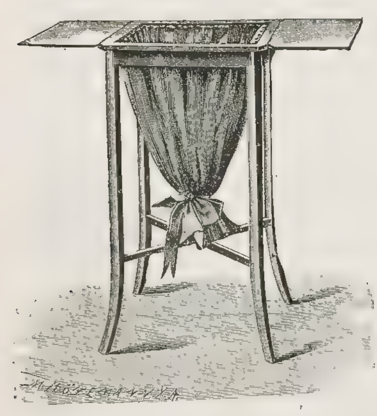
La seda que se emplea para adornar este mapa, puede ser de diferentes colores.

TRAJE PARA COMIDA

TRAJE PARA SOIRÉE

GRUPO DE SOMBREROS





MESA PARA GUARDAR COSTURA

EL PORVENIR

Problema que solo el tiempo resuelve con certeza. Objeto de los devaneos constantes de la mente, que en sus atrevidos vuelos se aproxima á descifrar. Luciente hermoso alhagador; para el feliz; obscuro, aterrador, sin esperanza, para el desgraciado. Luz y sombra; certeza é incertidumbre; amor, gloria; pesar, sufrimiento, todo guarda entre luces de esperanza y obscuridades de decepción, ese mucho que no es nada y á ninguno nos falta, que en la continua evolución del tiempo llega á ser presente y pasado, sin agotarse nunca, porque avanza, avanza al infinito, conforme el mundo con sus pueblos, naciones y habitantes, corren tras él.

Creación de la esperanza, sostenida por la fé en una felicidad que se quiere encontrar y que la imaginación engalana con sus tintes peculiares. Estimulo en la jornada de la vida que nos alienta cuando vamos á desmayar y nos guía cual faro lejano para continuar tras nuestro ideal.

El hombre que mucho piensa en el porvenir, promete mucho; pero nada vale el porvenir individual, si se piensa en el porvenir social, en el porvenir de la patria, que aunque es consecuencia del primero, no puede constituirlo por sí sólo El del individuo, depende de él mismo; el de la patria, de sus habitantes, cuya voluntad no siempre es posible unificar.

En lontananza se le prepara la grandeza ó destrucción, según la vida moral, intelectual y material del pueblo y según también la mano que guia sus destinos. Guárdale velados por el tiempo, templos de elevadas cúpulas, palacios y monumentos grandiosos, pregoneros de su fama, La luz, la paz, el adelanto ó las tristes ruinas de su naciente prosperidad, que la maleza compasiva habrá cubierto, quizá para minorar el baldón de los antepasados. ¡Por el suelo, la tribuna, el derecho y los techos de elevados edificios que en otros tiempos desafiaran al rayo, sirviendo de vivienda á inmundos reptiles antes que ser habitados por hombres sin dignidad!......... ¡La ignorancia arrellenada en su trono

Para el niño ¿qué es el porvenir? Una antítesis que lucha entre los dominios extensos de sí mismo y los restringidos límites de su mente infantil, que abandonada en brazos de ese olvido encantador de los primeros años, concentra sus ideas á saltar de piedra en piedra, á jugar con el agua cristalina de una fuente ó á deshojar la corola de una rosa.

La educación decide entonces. Preparándolo para la vida futura; le abre nuevos horizontes y le pone en aptitud de ser feliz; pero por desgracia, cuántas veces su benéfica influencia no se deja sentir, porque los ejemplos corruptores de los séres que lo rodean, son más elocuentes como sucede en las clases más bajas de nuestra sociedad; que mientras el maestro encomia las virtudes y pone de manifiesto las faces detestables del vicio, el niño llega á su hogar á ver cometer actos reprensibles y á oir la máxima corruptora de "no te dejes," lo que más tarde arma el brazo del hijo contra el padre fomentando la venganza y el crimen más horrible y preparando un porvenir de sangre y completa desmoralización, para concluir por último en un cadalso.

En la juventud, el porvenir se ve á través del prisma del entusiasmo, que según la luz, se colora más ó menos. Hoy le parece risueño, encantador, porque lleva en su mente, bellas ilusiones, que la imaginación reviste de galas atrayentes y colora la esperanza, ocultando la realidad entre gasas esmaltadas. Mañana, el mundo cruel, rasga esas gasas, aparece la realidad, se aleja la esperanza, y sola la imaginación queda marcando con negros caracteres cada pesar, cada decepción: pero todo pasa y el olvido, cual bálsamo bienhechor, viene compasivo á sepultar los recuerdos, para que puedan brotar nuevas y hermosas ilusiones. Esa alternativa sigue, pero al fin el alma se resiente al comprender la táctica del mundo y principia á esperar solo de sí, la felicidad. Compra la experiencia á costa de sus más caras ilusiones que al desvanecerse deja herido el corazón y el alma triste.

En la vejez el problema está resuelto, no hay nada que esperar en este mundo, ya la misión está cumplida. Los recuerdos constituyen la felicidad ó desgracia, porque si ha empleado su existencia pasada en provecho de la sociedad, sin que cuente una sola acción que repruebe su conciencia y las lágrimas que haya vertido, han lavado sus faltas en vez de convertirlas en cieno, debe creerse feliz: pero si ha malgastado el tiempo ¡cuánto sufrirá! Los remordimientos martirizarán sus últimos días en justo castigo de su disipación pasada.

Los goces tranquilos del hogar, los afectos sólidos que los merecimientos inspiran, y la fé en una esperanza lejana, pero segura, les estarán vedados, no quedándoles más, que apurar hasta las heces el cáliz de la desesperación.

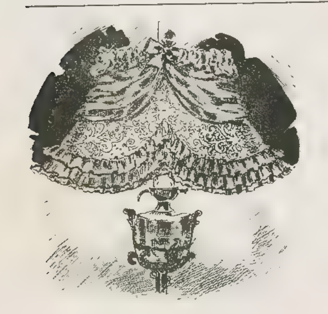
¡El porvenir! El porvenir, resultado de la conducta del niño, para con el joven, del joven para con el anciano y de todos para con la patria.

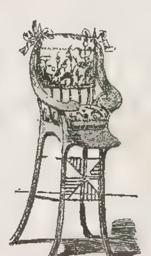
De dulce remembranza para el bueno, de.... triste recordación para el malvado!

MATILDE ARIZA POITEVÍN.

MAPA PARA GUARDAR VISTAS

GRUPO DE OBJETOS Y LABORES PARA DAMAS





EL MUNDO.

TOMO I. | MEXICO, MARZO 27 DE 1898. | NUMERO 13

Jesus en casa de Marta y de Maria en Betania

LA SEMANA.

SUMARIO.—A propósito de "La Revoltosa"—Género grande y género chico.—Evolución homeopática del arte.—Aramburo.—Sanson lírico.—Primavera siniestra.

Hoy que La Revoltosa, firme en el cartel de anuncios, ha consolidado un éxito merecido y destronado, (ojalá fuera para siempre!) á Los Cocineros y La Marcha de Cádiz, suscítase la cuestión de juzgar del género chico en parangon con el género grande y de formular opinión respecto al caracter plausible ó vituperable de esa metamórfosis del arte escénico que consiste en servirlo al público en pequeñas dósis, como el calomel, y en componer un espectáculo como se combina un *menú*, con platillos pequeños y variados.

Lo primero que hay que observar á este respecto es que la evolución del género grande al género chico es general y comprehensiva de todo el arte, lo mismo del musical que del plástico, lo mismo del literario que del arquitectónico, y que es peculiar de la época presente trabajar en pequeño y proceder por pequeñas masas, como fué propio de los primeros tiempos, trabajar en grande y manejar masas considerables. Los Faraones construían pirámides como montañas, esculpían esfinges como torres, levantaban templos como ciudades. En la India, en Persia, en la Roma primitiva, en Yucatán, toda construcción es desmesurada, se caminan leguas entre las ruinas de sus poblaciones y kilómetros entre las arquerías y columnatas de sus edificios; y á veces, como en los famosos gigantones egipcios, el bloc primitivo era la misma montaña. En estatuaria pasaba lo mismo, el Coloso de Rodas tenía un pie en una isla y otro en otra y bajo la arcada de sus muslos monumentales pasaban, como bajo un arco triunfal las flotas griegas; el robo de Europa por Júpiter-toro está esculpido en un islote de mármol; el Hércules Farnesio; el Nilo son enormes y hay cuadrigas de bronce de las que apenas se conservan fragmentos, capaces de llenar con su masa una plaza mayor.

***

La literatura y los espectáculos públicos asumían las mismas vastas proporciones: La Iliada y la Odisea, El Ramayana y el Mehabarata son interminables, como siguieron siéndolo después La Divina Comedia y el Paraíso Perdido. Los espectáculos comenzaban en una egira para terminar en otra; hemos visto, durante la Exposición de París la sexagésima segunda noche de un drama Tonquinés que dura tres meses: los autos sacramentales y los espectáculos religiosos alemanes, ocupan todo el día y parte de la noche.

Pero ¿qué mas? hasta el arte gastronómico, que debiera clasificarse entre las bellas artes, con más razón que la zarzuela, ha pasado tambien del género grande al genero chico. Milón de Crotona luchaba con un toro, lo mataba de un puñetazo, se lo echaba á cuestas y daba con él la vuelta al circo, despues lo asaba y por último se lo comía; es éste un caso típico del género grande en achaques de mesa. En los banquetes antiguos que, duraban varios días, se servían manjares épicos: un ciervo entero flanqueado de liebres y conejos asados; todo un jabalí rodeado de sus lechoncillos; un avestruz en brocheta, un buey relleno de aves y piezas de caza, y cada manjar entraba al comedor precedido de músicos y danzantes, acompañado triunfalmente de un séquito brillante, que entonaba cantos y recitaba poemas. Cuando se servía un ciervo, se entonaban himnos á Diana Cazadora; si un cisne, se narraba la historia de Leda; si un toro, se cantaba y se rimaba el rapto de Europa.

Hoy es todo lo contrario: figuritas de Sèvres y de Sajonia que caben en el bolsillo, cuadritos que se pierden en el muro, casitas de Nacimiento que pueden llevarse á cuestas; en literatura el soneto en vez del poema, el cuento de dos páginas en vez de los quince tomos de Casandra ó de los diez de Clarisa Harlowe; la cuarteta epigrámatica ó el dístico en sustitución de las odas kilométricas de Lamartine; el volúmen de doscientas páginas reemplazando á las novelas-bibliotecas como Los Miserables; Los Payasos y Caballería Rusticana, relevando á la Tetralogía; y La Revoltosa predominando sobre La Conquista de Madrid; y cuando queremos hacer grande nos resulta feo, como los dos trogloditas que guardan la entrada de La Reforma.

¿Por qué ese paso de lo grande á lo pequeño? ¿Por qué esa evolución de lo desmesurado á lo proporcionado? Por que ya no sabemos hacer vibrar en nuestra lira la cuerda épica, porque nuestra sensibilidad se ha refinado y ya no podemos soportar lo tosco, lo pesado, lo monstruoso, patrimonio obligado de todo lo grande; porque ya solo toleramos lo desmesurado en el mar y en el cielo; porque del arte épico hemos pasado al arte de género; porque, á fuerza de estudiar y de gozar nuestros sentidos se han refinado, y ya no toleramos ni el contacto rudo, ni el ruido estrepitoso, ni la luz deslumbradora.

Este arte á media luz, como un budoir, es sin embargo un arte y Maissonier, Lafon Molló, Mascagni, y Silva y Shaw tienen su género de mérito, menos esplendente que el de Rubens, Cánova Wagner ó Dumas padre, pero conservan un lugarcito envidiable al sol.

***

«La Revoltosa,» como «La Verbena de la Paloma,» como «Caballeria Rusticana y los «Payasos,» es un primoroso cuadro de género. Toda España está en ella. No ciertamente la España que se educa en París, elegante, cortesana, disipada y cosmopolita, sino la España popular, la que conserva aún los vicios como las virtudes, las ideas como las costumbres de la raza ibérica, en toda su pureza. Mari Pepa está primorosamente modelada en aromática arcilla de Guadalajara; tiene el balanceo voluptuoso de la sevillana, el fuego en los ojos de la madrileña, la escuadría vigorosa y sana de la montañesa; es coqueta por táctica y casta por naturaleza; lleva la gracia en la sangre y el atractivo en la fé de bautismo; es decidora, salada, lista en la parada, pronta en la réplica, ardiente en la pasión y recatada en la conducta; tiene en suma muchas virtudes, muchas gracias y muy mala reputación. Es toda una española.

Felipe es el tipo del guapo mozo, del conquistador; seduce mujeres casi á pesar suyo; vienen á él como las mariposas al fuego, se ha acostumbrado á conquistar sin invadir y á triunfar sin luchar. ¡Que no daría por ver venir á él á Mari-Pepa! Pero su orgullo lo retiene y también las deliberadas coqueterías de la hembra que quiere verlo caer á sus pies rendido de amor y vencido por los celos.

Esta lucha de dos amores y de dos orgullos, tratada de mano maestra, es toda la pieza, y, se resuelve en una espontánea, franca, ardiente y simultánea declaración. Pero cuánto arte, cuánta maña, cuánta diplomacia para llegar cada uno á dominar el orgullo del otro!

Y Candela! y los Jugadores de brisca! y Gorgonia! impagables, de una pieza, completos. Así se trabaja para el teatro, señores autores dramáticos. Si hacéis mover figuras de cartón como en «Viva el Rey,» el fracaso es seguro. El teatro es la vida; necesita seres vivos, reales, y no maniquíes; inteligencias, corazones y caractéres concretos y no ideas ó sentimientos abstractos, y el mérito literario de «La Revoltosa» más que en su verso fluido, más que en el dominio completo y el manejo perfecto de ese lenguaje pintoresco, de ese caló gráfico del pueblo español, más que en el ordenamiento lógico de las escenas y en el desarrollo progresivo de la acción, está en los tipos mismos llenos de vida é impregnados de realidad que hace mover, pensar y hablar en el tablado

La música es adecuada enteramente al libreto, sin pretensiones Wagnerianas ni modernistas, esencialmente española, como cuadra al medio y á los caractéres que describe, original y apasionada por todos los cuatro costados; música de género, deliciosa y digna de su autor y de la obra.

***

Quien si no es artista de género, decididamente, es el tenor—pongámosle ex—Arámburo. Oirle cantar malagueñas y serenatas de Braga con ese torrente caudaloso y atronador de voz, produce la misma impresión que oir una pastoral ejecutada en un cañón Krupp. Arámburo necesita cantar en los espacios interplanetarios; el Circo Romano con sus cien mil espectadores le vendría aún chico. No es un cantante, es una voz, poderosa, bien timbrada, que fué extensa y que vale la pena de oir como se va á ver á las mujeres colosos ó á los niños que pesan cien kilos. Su garganta es una ostentación del gran poder de Dios; sus pulmones un fuelle de fragua. Es el Hércules del canto, el Goliat del arte lírico; su arte cabalga en el caballo de Carlos IV; es su voz una masa de cien toneladas; hay que oirle desde el pórtico.

Modular, filar, expresar sentimientos tiernos ó melancólicos, le está vedado; es un clarín de guerra propio para tocar generala; pero no será nunca una zampoña que gima y suspire un amor casto, dulce, idílico. Es la fatalidad que pesa sobre las voces torrenciales, Maffei, Delrat, Tamagno, necesitan música á la medida, creada para sus aptitudes, trazada á grandes rasgos sin filigrana ni acicalamiento; pueden interpretar pasiones vehementes, como las iras de Otello, oficiar en solemnidades magestuosas como las del culto druídico, pero no se acomodan ni á las agilidades del canto lijero ni á las dulzuras del canto tierno, ni á los discreteos del canto académico.

Grande como ha sido su éxito, podrá Arámburo aspirar á mucho más con solo escoger la música que conviene á sus excepcionales aptitudes naturales, y podrá dar la vuelta al país en son de triunfo, con solo limitarse á la música épica sin abordar la de género.

***

Si el arte va abandonando lo épico para abordar los asuntos de género, la vida en cambio propende, de las costumbres y sucesos de género, á remontarse á lo trágico; incendios que devoran fortunas, naufragios que sacrifican vidas, suicidios que hunden en la desesperación á familias distinguidas y estimables, rebaños de obreros sin trabajo por las últimas catástrofes, enfermedades y epidemias que incuban en el calor sofocante conque se inicia la primavera, tal es en bosquejo el cuadro desolador de la última semana. Antes que narrar estas desdichas y comentarlas amargando de nuevo á mis lectores estas páginas, antes que recorrer de nuevo el doloroso calvario de miseria, desastres y tristezas que tanto alimento han dado á la curiosidad mal sana como á la compasión sincera, hemos preferido refugiarnos en la región serena del arte, en la contemplación de las fases múltiples de su evolución, dejando la tierra momentáneamente entenebrecida por los nubarrones de una tormenta internacional, enrojecida al fuego del incendio y entristecida al ver que la primavera, estación de las flores y de los placeres, se inaugura con muertes, miserias y dolores.

López I.

Política General.

RESUMEN.—El ocaso de un astro.—La retirada de Lord Salisbury.—Tories y "wights."—Conservadores y liberales.—La obra del estadista.—La constitución inglesa.—El Emperador Guillermo prevaleciendo sobre el parlamento.—La marina germánica y la paz armada.—Europa sobre un volcán.—Las aspiraciones del pueblo y el mandato del soberano.—Conclusión.

No en vano se lucha por luengos años y se dedican todas las energías al servicio de la patria. No en vano toda una vida se consagra al culto de un ideal, á la religión de un programa político y á la realización de las más hermosas concepciones. Tenaz y poderoso, el espíritu genial que vivifica á los escogidos, sobrenada por encima de las tormentas y relampaguea con brillantes claridades por entre las sombras que lo cercan; pero el vaso terrenal que lo encierra, resiente las inclemencias del tiempo y su deleznable estructura sufre los resultados de la lucha.

El Marqués de Salisbury ha recorrido en el escenario político de la Gran Bretaña, todas las etapas que separan al simple luchador, al *struggle-for-lifeeur* vulgar, del que ha llegado á la meta y coronádose con la aureola de los vencedores; ha cruzado paso á paso, siempre con la frente levantada y con ánimo sereno, ese viacrucis que divide y aparta al humilde estudiante, al periodista obscuro, del gefe supremo, del Gabinete, y es con el concurso del parlamento, árbitro de los destinos del Gran Imperio Británico, tal vez con más influencia en el gobierno de la monarquía que la augusta persona que se sienta en el trono por el derecho divino de los reyes.

Lord Salisbury, ha sido un luchador de poderosas energías. Siempre afiliado en el espléndido par-

tido de los *tories;* siempre al servicio de esa aristocracia británica que no abdica de sus derechos, ni cede en sus prerrogativas, ni tolera el menoscabo más pequeño en sus privilegios; siempre dedicado al desarrollo del gran partido conservador, que odia y desecha todo estancamiento, toda petrificación en los ideales políticos, y buscando el apoyo de la potente burguesía y alentando las aspiraciones de las clases populares, favorece el desenvolvimiento natural y efectivo del organismo social, sin choques violentos, sin saltos espasmódicos, sin revoluciones incendiarias, sino por la lógica y regular evolución de las fuerzas vivas de la sociedad y de los elementos activos que constituyen el gran Imperio Británico, cuyos múltiples tentáculos se extienden por toda la redondez de la tierra: ha contribuido el insigne político inglés con todos sus esfuerzos al progreso positivo de la Gran Bretaña, realizado en el brillante y glorioso reinado de Victoria I.

***

No transcurren los años inpunemente, sin dejar sus huellas profundamente marcadas en los organismos individuales. Lord Salisbury, está cansado y enfermo; como los atletas del circo cae sobre la arena, si nó saludando al *César Imperator*, sí dando su última mirada á la gloriosa bandera, que ha sido su amor en tantos años de trabajo dedicados al servicio de la patria británica.

Dicen que se retira de la escena política, dicen que, vencido á la fatiga y abrumado por el trabajo, deja á los más aptos el puesto altísimo que ha ocupado; que como Gladstone, que fué el alma y la vida por muchos años de los viejos *wights*, y el acicate de oro que empujaba á todas las clases sociales á buscar siempre lo mejor en los modernos ideales, deja huérfanos y solitarios á los altivos *tories*; que como Bismarck, cerebro poderoso donde encarnó la idea germánica, donde tomó vida y luz el verbo de Alemania, una y fuerte: siente el brazo fatigado, deja caerla potente lanza, abandona el inquebrantable escudo, y se retira á la soledad de su hogar á esperar el fallo de la historia y la justicia de su pueblo.

La obra más grande, efectuada durante el gobierno de Lord Salisbury, ha sido la creación de lo que ha dado en llamarse "el espléndido aislamiento" de la Gran Bretaña. Grandes han sido las dificultades que ha tenido que vencer; serias las crisis internacionales que se han ofrecido á su paso; trascendentales los obstáculos que ha tenido que salvar; solo y aislado el poderoso imperio colonial, ha tropezado por todas partes con ajenos intereses, en el Oriente europeo y en el Oriente asiático, en la América del Norte y en la América del Sur, en el Egipto y en el Transvaal, en las costas africanas y en las fértiles riberas que bañan los inmensos lagos de Victoria y Alberto Nyanza, al pié de las altísimas cumbres del Himalaya y en los abruptos desfiladeros del Afganistán: por todas partes ha habido una protesta violenta, la ocasión de una nota diplomática, y á veces la explosión de armados conflictos.

No siempre ha salido victorioso ni en todas ocasiones ha cumplido sus designios el gabinete de Londres; pero en todo caso, el plan general de la política inglesa, el hermoso ideal que lo guiaba para engrandecimiento del pueblo británico, el objetivo final de todas sus empresas, ha quedado en pié; y dominen liberales ó conservadores, permanezca en el trono la augusta soberana que por más de media centuria se ha sentado en él, ó abdique en favor del Príncipe de Gales, los destinos de la aristocrática república no cambiarán, aunque el ilustre hombre de Estado que preside el gabinete responsable deje su alta investidura á un sucesor, cuya silueta apenas se dibuja en los horizontes políticos.

Tal es la admirable estructura de la constitución inglesa.

***

Inútiles fueron todas las resistencias, que en la Cámara baja del Imperio alemán, opusieron por largo tiempo los diputados liberales y socialistas y aún el grupo católico de la derecha, á las exigencias del Emperador. Por mucho tiempo lucharon con increíble energía, negando los créditos solicitudes para el ensanchamiento de la marina.

Las discuciones y abiertas luchas en el parlamento se sucedieron unas á otras; una y otra vez vencido el Ministerio, no cejó en su empresa, urjido por las manifestaciones indomables de Guillermo II. Se dió una tregua, se aplazó el conflicto, se suspendió la discusión, y después de la aventura en el Mar Amarillo, después de la conquista de *Kiao Chau*, después de la cruzada del remoto Oriente, á la que como caballero del Santo Grial ha ido el Príncipe Enrique á las remotas aguas orientales, para afianzar un pedazo de territorio arrebatado al gran Imperio chino, el Parlamento ha tenido que ceder; y aunque con escasa mayoría, ha prevalecido la opinión del Emperador sobre las aspiraciones de su pueblo que temía, y con razón, que el ensanche indefinido en los presupuestos de marina fuera una amenaza nueva para la trabajosa paz de Europa, y un nuevo sacrificio impuesto al pueblo, abrumado ya por la pesadumbre de los ejércitos de tierra.

Nada ha resistido, pues, en el interior á las pretensiones del orgulloso Hohen Zollern, que si se siente ya satisfecho con el poder de sus fuerzas militares, quiere completar su regocijo trabajando porque sus fuerzas navales, figuren entre las primeras de la tierra, y no sean inferiores á las de sus odiados rivales.

Nuevos combustibles á la hoguera, explosivos más á esa mina gigantesca sobre la que se asienta Europa como sobre la cima de un volcán, risueño y halagador con los atributos de la paz, pero rugiendo en su seno la muerte y el exterminio.

X. X. X.

Marzo 25 de 1898.

DAMAS MEXICANAS

Srita. María Chávez

DE SAN LUIS POTOSI

[Fot. Mendez Hermanos.]

Jesus en casa de Marta y de Maria

EN BETANIA

Cierto día Jesús, se dirigió á la Aldea de Betania como tenía por costumbre, y fué á visitar á sus amigas Marta y María.

Dos adorables figuras que aparecen á cada paso en el Evangelio al lado del maestro, rodeándole de solicitudes y de afecto.

María fué á refugiarse á los piés del maestro; quería ella perpétuamente estar á su lado, bañarse en la luz clara de aquellos ojos misericordiosos que tenían el don de calmar á las almas y beber el agua de vida y de verdad eterna que manaba de aquella boca purísima nido del espíritu santo.

Marta en cambio iba y venía por la estancia, llenando sus deberes domésticos, Jesús comería en casa y para agasajar al maestro, bien diligente debía ser la amable hermana de la pecadora de Magdalo.

Mas viendo que Magdalena, no se acomedía á ayudarles en lo más mínimo, que toda entregada á la delicia de ver y de escuchar al Maestro permanecía á sus plantas extática Marta se quejó dulcemente á Jesús de que su hermana la dejase sola en las tareas y Jesús pronunció entonces estas inmortales palabras:

—Marta, Marta solícita andas y muchas cosas te preocupan, más en verdad te digo que una sola es necesaria; María ha elegido la mejor parte, que no le será quitada

Los interpretadores del evangelio han creido ver en este texto la declaración de la excelencia de la vida contemplativa sobre la vida activa. María representa la primera y Marta la segunda.

Marta es uno de esos espíritus avejas que aman el ideal en medio de la labor, sin dejar de elaborar perpetuamente su miel; María es el modelo de esos espíritus elegidos que se dejan invadir y anegar todos por el Ideal y cada dia se hallan mas lejos de la tierra.

Marta es la hermana de la Caridad que va de hospital en hospital derramando consuelos, que corre al campo de batalla y recibe en sus brazos á los que caen y restaña sus heridas.

María es una de esas flores del claustro, pálidas como la cera, que desde niñas dijeron a la vida todos sus adioses y solo abren su cáliz en la mansa obscuridad de la nave y envían en silencio al Cristo invisible el perfume de su amor y de su plegaria.

Es glorioso para la tierra que haya almas como María; más es benéfico y aun necesario que haya almas como Marta.........

Sin María el buen Jesús estaría solo; abandonado en este refugio de los santuarios que le plugo escoger en la tierra; sin Marta, el buen Jesús no tendría la mesa preparada.

No debemos censurar á las almas activas. Más que absurdo sería censurar á las almas contemplativas: ellas son el perfume del mundo, ellas son su alma; ellas son el himno que asciende á Dios y por ellas Dios tiene piedad de la tierra!

LAS NUEVAS IDEAS

EL ESCÉPTICO

Después de ocuparse el profesor Lichtenberg de la parte de la obra de Nietzsche en que trata del hombre de ciencia, ocúpase en el estudio del escéptico, y dice que este es tan impotente como aquél, pero por otras causas

Los hombres de ciencia —añade—son trabajadores, instrumentos más ó menos perfectos, en tanto que los escépticos son temperamentos debilitados por la excesiva cultura, almas que no poseen la energía del querer, y por consecuencia unos decadentes.

Hay, por lo demás, variedades innumerables de escépticos, desde el vanidoso mediocre y el *aficionado* del pensamiento que procura colocarse en la actitud ventajosa y "distinguida" del *dilettanti*, hasta el alma dolorosa que pretende descifrar el misterio del universo, y que, en el curso de sus peregrinaciones á través de todos los dominios del espíritu, ha logrado solo herirse, usarse, eliminarse, atenuarse hasta no ser más que una sombra vana y sin consistencia.

Zarathustra, el profeta, arrastra detrás de sí á una de esas pobres sombras errabundas, que le acompaña en sus aventuras intelectuales, y que abjura de las creencias consoladoras, rompe todos los ídolos, pierde la fé en los grandes nombres y en las grandes palabras y acabando por perder de vista el fin, corre sin amor, sin deseos y sin patria, por el mundo desolado y mudo.

Para esa sombra el profeta halla acentos de piedad dolorosa y dice:

"Tú eres mi sombra. El peligro que te rodea no es pequeño ¡oh espíritu libre! ¡oh viajero! ¡El día ha sido malo para tí, pero guárdate de que la noche no sea peor! Para volátiles como tú, hasta una prisión acaba por parecerle un bien.

"¿No has visto cómo duermen los malhechores aprisionados? Duermen tranquilos, porque gozan de su nueva seguridad.

"¡Ten cuidado no te conviertas, al fin, en prisionero de una creencia estrecha, de una ilusión dura y rigurosa! Para tí, de hoy más, todo lo que es estrecho y sólido equivaldrá á una tentación seductora.

¡Has perdido tu fin!... De modo que has perdido tu

camino....¡Pobre alma errante, volandera, mariposa fatigada!"........

Pero la ciencia no produce exclusivamente *objetivos* y hombres escépticos. También tiene hombres de fe. No se satisface con registrar hechos y decir ¿quién sabe?

A veces oye expresar voluntades, proclamar una tabla de valores.

"En la filosofía dice Nietzsche, llega un momento en que la *convicción* del filósofo aparece en escena."

Y aquí entra otro nuevo ser que puede representarse por una ilusión. Ese ser es el filósofo.

RICARDO.

DON JUAN

POEMA MUSICAL DE R. STRAUSS.

Confieso que hasta hace pocos días no me era conocida ninguna obra de Ricardo Strauss.

De su talento como director de orquesta me había hablado, hace ya algunos años, mi ilustre amigo Hermann Levi cuando vino á Madrid para dirigir dos inolvidables conciertos, afirmándome que la buena tradición de interpretación clásica creada por Wagner, continuada luego por Hans de Buloco y mantenida después por el mismo Levi, por Richter y por Motte, tenía un notable continuador en Strauss, uno de los músicos más jóvenes que cultivaban el arte alemán. Este, en el comienzo de su carrera y cuando otros no habían conseguido darse á conocer, alcanzaba el alto puesto de director en el teatro lírico más admirado de Europa: el teatro de Bayreuth.

Tal reputación de director había obscurecido para mí la del compositor mismo. Su venida á Madrid á dirigir algunos conciertos y el anuncio de la ejecución de algunas obras suyas avivaron mi curiosidad y entré en deseos de examinar sus composiciones. Deparóme la suerte la partitura de su poema musical *Don Juan*, y su estudio ha encadenado de tal suerte mi interés y mi admiración que hoy no vacilo en considerar á Strauss como uno de los compositores que más gloria dan al arte contemporáneo.

LA FIESTA DEL 19 DEL ACTUAL EN LA IGLESIA DE SAN JOSÉ

Ante todo conviene advertir que el estilo de Strauss está nutrido en la savia vigorosa del gran arte alemán y revestido de forma donde se combinan los procedimientos más audaces y nuevos en la técnica de la música. Al escribir sus obras, antes que al efecto que puedan producir ante el público, debe de atender Strauss á su conciencia de artista que se las dicta con absoluta despreocupación del aplauso. Creo que busca el arte por el arte y para dar satisfacción á su propio sentir, sin que acierte á variarlo el deseo de halagar á la multitud y obtener su aprobación. Al trazar sus composiciones procura alcanzar ese goce íntimo, no exento de cierta tortura, que acompaña á toda creación artística hecha sin trabas. Si más tarde el público aplaude, tanto mejor. De todos modos, la obra atraviesa inmutable la censura y va á enriquecer el caudal del verdadero arte.

Al examinar el *Don Juan*, de Strauss, no se trata, pues, de ninguna de esas obras que por su gracia rítmica ó por sus condiciones puramente físicas de sonoridad tienen asegurado el éxito. Cuando escribo estas líneas faltan algunas horas para la ejecución pública de *Don Juan* y no puedo prever el efecto que habrá de causar. Descuento ahora la impresión ajena para hablar de la propia. Quien busque un placer frívolo puede evitarse el oir tal obra, pero no se prive de ello quien en la audición musical persiga un elevado placer de sentimiento.

***

El personaje pintado por Tirso de Molina en su inmortal comedia *El burlador de Sevilla y convidado de piedra* ha fecundado la imaginación creadora de cien artistas. Todas las literaturas de Europa cuentan entre sus heroes más populares á Don Juan, en obras derivadas directamente de la del poeta español, conservando de ella los rasgos que más la avaloran. La pintura y la escultura también se han inspirado frecuentemente en la comedia castellana, pero ningún arte ha tenido ante tal asunto la fecundidad creadora de la música. Pudieran citarse sin gran esfuerzo docena y media de obras escritas sobre la leyenda del convidado de piedra, al lado de las cuales figuran los nombres de Gluck, Cimarosa, Mozart, Dargomigsky y otros no menos famosos. La última en el orden cronológico, y para mí, sin duda alguna, una de las primeras como mérito artístico, es la de Ricardo Strauss.

Prescindiendo éste de la palabra y de la acción dramática, aspira á una descripción ideal del tipo legendario, con su carácter impetuoso, con la conciencia de su fuerza dominadora, con su aspiración constantemente renovada hacia un nuevo amor. El Don Juan de Strauss, apenas alcanzada la victoria de la posesión, siente dentro de sí el impulso que le hace correr tras nuevas aventuras, y le desliga de los brazos que le encadenan. Ni la graciosa Aminta, ni la caritativa Tisbea, ni la noble doña Ana de Ulloa consiguen retenerle. Con unas habla de burlas; con otras sus palabras adquieren acentos de pasión, pero ninguna acierta á echar raíces en su corazón atormentado por la ansia de lo que no posee. A semejanza de la dama castellana del siglo XV, cuyo mote escribió en el *Cancionero General* Cristóbal de Castillejo, puede repetir el enamorado sevillano:

«Lo imposible quiero yo
porque sé que no ha de ser.»

Con ese anhelo, siempre inquieto y siempre atormentado, llega D. Juan á la destrucción de sí mismo, desapareciendo su vida en el punto culminante de su pasión.

***

La realización musical de esta idea filosófica inspirada en unos versos de Nicolás Lindau es afortunadísima.

Comienza la obra con un tema impetuoso y lleno de fogosidad, en que la movilidad constante, pasando desde las regiones graves hasta las más agudas del diapasón, simboliza bien el espíritu mudable del burlador de Sevilla. La instrumentación es hirviente y llena de vida. Diseños rápidos circulan por doquiera, como la sangre en las venas, prestando calor al conjunto. La sonoridad es constantemente fuerte y en ella, como en el carácter del heroe, nada reposa.

De repente surge un tema gracioso y rítmico, que parece la personificación de Zerlina, la Aminta del drama de Tirso, ante la cual formula D. Juan súplicas apasionadas. El episodio que las describe es admirable, y está impregnado de cierta poesía crepuscular, en que todo se funde y amalgama. Sobre notas tenidas de casi todos los timbres de la orquesta, un solo violín en un diseño expresivo, desciende desde las regiones agudas del diapasón, como si se fueran extendiendo sobre la tierra las sombras de la noche. El diseño adquiere desarrollo en la melodía que sigue, cantada por la trompa frase bellísima repetida en canon por los violines en octavas. La madera hace un fondo de acorde en valores irregulares sincopados, que semejan suspiros. En el curso de la melodía, y hábilmente ligada á ella por procedimientos contrapuntísticos, hace la frase su nueva entrada en los violoncellos con el refuerzo al unísono de la trompa y la octava de un solo violín.

Todo este episodio, poético y lleno de pasión, está escrito con una seguridad de mano envidiable, manejándose con rara soltura los giros cromáticos de las voces, y con extraordinaria habilidad la disposición instrumental por la que se obtiene una sonoridad al mismo tiempo dulce y vibrante.

Cuando el desarrollo de las combinaciones melódicas ha llegado al punto culminante, se ve interrumpido de repente por acordes fortísimos y pesantes, tras los cuales se dibuja el tema de Don Juan, como si en el fondo del alma del burlador apareciese su verdadero modo de ser, borrándose los destellos de la pasión que solo momentáneamente pudo avasallarle. Don Juan abandona á la infeliz aldeana y busca en las fiestas carnavalescas nuevas aventuras.

La imitación instrumental de una multitud alegre que grita desaforadamente, es afortunadísima, y está obtenida por el compositor con sorprendente intuición.

En momentos de calma, un canto apasionado de los violoncellos demuestra que ha germinado en el corazón de Don Juan un nuevo amor. La voz aguda de la máscara responde con apoyaturas sincopadas, como oponiendo débil resistencia á las galanterías. Redobla el conquistador sus ataques, y en medio de un pianísimo lleno de encanto, la voz femenina del oboe canta una deliciosa melodía acompañada en lo grave primorosamente con diseños del canto de amor de los violoncellos, como si Don Juan estuviese postrado á los pies de la mujer amada.

Esta escena de amor, culminante en la obra, contiene uno de los efectos de color instrumental más delicados que recuerdo en el arte moderno, efecto obtenido por medios tan nuevos como la división de los contrabajos en cuatro partes, el diálogo entre las mitades superiores de las violas y violoncellos y el delicioso refuerzo cromático de la trompa con sordina. Sólo dudo de la eficacia con que el contrafagot pueda cooperar á la delicadeza del conjunto, por parecerme su voz, de gravedad extrema, fuerte en demasía para fundirse con los timbres ténues de que está rodeada.

La naturaleza voluble de Don Juan tiene nueva personificación en un tema, lleno de gallardía formulado por las trompas sobre un *trémolo* violentísimo, tema repetido después por otras voces, hasta obtener una significación potentísima en el metal y en los bajos del cuarteto. Tras esta explosión de su naturaleza impetuosa, viene el decaimiento moral del héroe: por su alma pasan como espectros los recuerdos de sus víctimas, y cuando el héroe pugna por levantarse y redimirse de su tristeza en un esfuerzo supremo, sobreviene la destrucción y el anonadamiento. Tras la lucha, la muerte. *Trémolos* de la cuerda descienden, como sangre vertida; y todo desaparece en una sonoridad esfumada, cómo la vida del héroe en el silencio de la noche.

MANUEL MANRIQUE DE LARA

El Templo de Señor San José.

Desde hace ya tiempo se vienen haciendo importantes reparaciones y reformas en la Iglesia Parroquial de Señor San José, de esta ciudad. Terminadas oportunamente esas obras y las de ornato que se creyeron necesarias para mejor decoro y brillo del culto, se decidió que la inauguración se hiciera el 19 del presente, día que está consagrado á la fiesta del Patriarca.

Así sucedió verificándose una función solemne que estuvo concurrida por lo mejor de la sociedad.

El Templo con sus nuevas mejoras presenta un aspecto alegre y brillante con sus vitrinas de vistosísimos colores en la cúpula y la nave, sus muros recién pintados y adornados en algunos puntos con grandes cuadros al oleo, su pavimento de madera reluciente y el púlpito y el coro y los candiles y sobre todo, el altar mayor que es una primorosa obra de arte.

Publicamos hoy la copia de una fotografía tomada durante la función á que nos hemos referido.

Las ceremonias del culto que sirvieron para celebrar este acontecimiento estuvieron muy lucidas pues verificada la bendición de las obras, las campanas repicaron á vuelo, se cantó una Tercia y luego hubo misa solemne que duró hasta las doce y media del día.

El Reverendo Padre Dominico Fray Secundino Martínez, vistiendo los hábitos de su Orden, ocupó el púlpito y pronunció un sermón que conmovió al numerosísimo auditorio.

La concurrencia estuvo poseída de verdadero fervor católico, y ocuparon los asientos de honor las personas que apadrinaron la bendición, á saber:

Sras. Sanz de Lavie, de Martínez del Río, de Barreche, de Echeverría; Sritas. Emilia Díaz, Dolores Elcoro, Angela Lascurain y María Ramírez. Sres. Lic Rafael Dondé, Lic. Agustín Arroyo de Anda y J. Ortiz de la Huerta.

Una orquesta compuesta de treinta profesores y reforzada por un competente cuerpo de cantantes, ejecutó la parte musical dirigida por el Sr. José Aragón.

Con el próximo número repartiremos á nuestros abonados el Volúmen 1 º de la preciosa novela de Jorge Ohnet, titulada *"El Gran Margal"*

LOS BOMBEROS

El éxito brillante que acaban de obtener los bomberos de esta capital salvando del incendio la mayor parte y lo más valioso de la Casa Empacadora, ha sido causa de que la atención pública se fije otra vez en estos servidores de la sociedad, tan hábiles, tan valientes, tan abnegados, que en perpetuos y peligrosos ejercicios viven, esperando la oportunidad de llevar á la práctica los conocimientos que les dá esa infatigable labor.

Y á fé que saben cumplir su misión!

Dos incendios de importancia ha habido en los últimos dias: el de San Lázaro y el de Contreras.

En el primero acudieron los bomberos, cortaron el fuego, lo acorralaron, lo redujeron casi á la impotencia y las pérdidas fueron relativamente de poca importancia si se tienen en cuenta los enormes intereses que estuvieron en peligro. Contreras está á gran distancia de la ciudad, el aviso vino tarde, los bomberos no pudieron por eso llegar oportunamente, y el fuego acabó con la antigua y valiosísima fábrica de hilados y tejidos. La pérdida fué total.

Así ó poco menos sucedía en México en tiempos pasados. Sin remontar nuestros recuerdos á la época en que las llamas destruyeron el Parian foco entonces del capital y del comercio, bastará recordar el incendio de la Cámara de Diputados hace apenas veinte y cinco años, para formarnos una idea del beneficio que la sociedad recibe con la existencia del cuerpo de bomberos, por más que todavía no cuenta sino con personal y elementos reducidos.

Los artistas de "El Mundo Ilustrado" que fueron á tomar en el cuartel de bomberos las fotografías que hoy aparecen en nuestras columnas, quedaron sumamente complacidos del buen órden y disciplina que allí reina así como de las finas atenciones que se les prodigaron.

El personal del cuerpo lo forman hoy, un comandante, cuatro oficiales, seis sargentos, sesenta soldados, seis cocheros y un jefe de la sección mecánica.

Los principales materiales son una bomba grande de vapor, dos bombas de doble acción para ser movidas á mano, cuatro pequeñas de la misma clase, carros conductores de hombres é instrumentos de trabajo, escalas lijeras y de prolongación, malacates rodantes para transportar mangueras y un número competente de herramientas y útiles de labor.

Sin embargo, como en los últimos tiempos la mecánica ha avanzado tanto en la construcción de aparatos extinguidores de incendios, el señor Comandante Pérez, Jefe de los Bomberos mexicanos, ha pedido al gobierno una nueva dotación que espera le será concedida

La Estación central de los bomberos está en Betlemitas, la primera en el Tulipán, y la segunda en el Salto del Agua.

EL PRIMER COMANDANTE, SEÑOR AGUSTIN PEREZ

AVISAN POR TELÉFONO QUE HAY UN INCENDIO

LOS MILLONES DE INGUANZO

Fuerza y justicia requieren que la historia no se convierta en tradición, y que la tradición no se pierda en la noche de los tiempos. Y para éllo no hay medio mejor que la letra impresa y el periodico que alcanza los honores del archivo.

Corría el año de gracia de 1812 Morelos, el gran Morelos, aquel "rayo de la guerra" de Independencia. trás de haber roto gloriosamente el sitio de Cuautla, ignorante de que el feroz Calleja trataba de levantar por impotencia, el campo. después de haber caido con la presteza del águila sobre Tehuacán y de haber salvado en Huajuápan á Don Valerio Trujano, testarudo insurgente, terror de los *chaquetas*, y de haber ocupado Orizaba, se presentó de improviso sobre Oaxaca defendida por González de Saravia, Régules de Villancante y Bonavia, ya que no por los sermones de aquel Obispo Bergaza, Caballero de la órden de Carlos III, que predicaba que los insurgentes tenian cuernos, cola y pezuña como los diablos y que huyó, parejas con el viento, cuando supo que aquellos venian á probarle con su presencia su craso error respecto de su figura; prueba que no admitiría otra en contrario.

Llegó á Etla, á cuatro leguas de Oaxaca el señor cura, y cuentan las crónicas que allí y al ser interpelado sobre la órden general del dia siguiente, la dió en los siguientes preciosos y lacónicos términos:

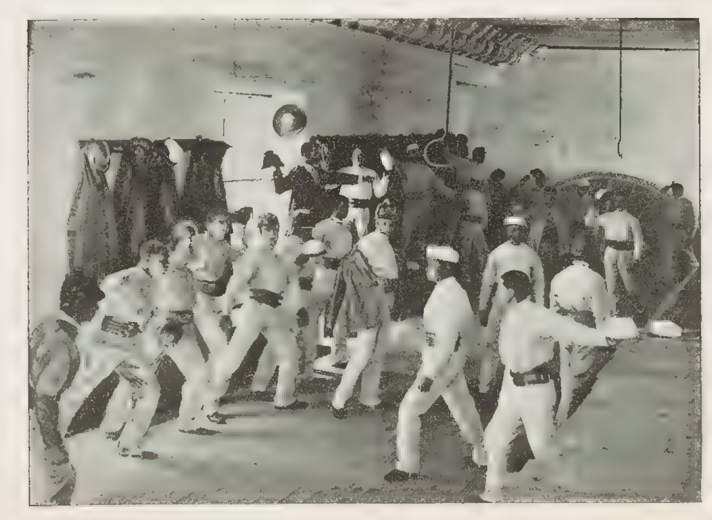
—"A acuartelarse en Oaxaca." Y como lo dijo lo hizo, pues en materia de ofrecer y cumplir pocos tan formales como el señor cura.

Tomó Oaxaca por asalto con aquella pléyade de bravos que le seguían, Mier y Terán, Bravo y el bizarro Victoria, que desesperado en aquel asalto por no poder tomar el juego de pelota, tenazmente defendido se adelantó en un tercio de siglo á Prim en la batalla de los Castillejos, en aquello de «soldados, en esas mochilas (que las tenian los moros) está el honor de España,» pues el insurgente aventó el kepi por sobre el foso al campo enemigo, y dicen que dijo á sus soldados: «y ahora vamos por él» Y fué en efecto.

Tomada Oaxaca. el Cura, como era de regla, echó sus bandos encaminados á sacarles las peluconas á los *gachupines* y hasta á los no gachupines, pues que en tiempo de guerra lo primero es lo primero; plata para hacerla. Y aquí de mi hombre, inguanzo, que á mi entender merece ó mereció bien de la patria.

Pues señor, este sujeto, que á vivir hoy lo buscarian para Ministro de Hacienda más de cuatro naciones, llegó á las playas del Golfo como era de costumbre que entonces llegaran barcelonetes y santanderinos. Con un costal de esperanzas, otro de buenos proyectos, sus respectivas alpargatas de remuda y ni un ochavo: tomó el primer camino que halló á mano, llegó á la fabulosa Antequera, patria de la *cochinilla* ó *grana*, que era oro, y á una casa de arrabal en cuyo patio había un limonero, y allí se instaló en un socucho. Posible es que al mismo siguiente dia haya emprendido el comercio de limones, base de su futura prosperidad, pues lo cierto es que con la venia de la casera se dedicó á vender limones de los que de maduros caian del limonero plantado en el patio de la casa.

De los limones pasó á la grana y á las minas, y cátense Uds. á nuestro hombre millonario á la vuelta de pocos años Como buen rico se volvió avaro, y todas las noches, sobre la tapa que cubria la entrada del só-



LOS BOMBEROS TOMANDO SUS CASCOS, MÁSCARAS ETC.

TOMANDO LOS ARNESES DE LAS MULAS

tano en el que en viejos arcones dormian las *carolinas* amarillas, el buen Inguanzo en su butacón de baqueta, se ponía á rezar fervorosamente rosarios tras rosarios á una cruz de azulejos enclavada en la pared, para cuidar sus tesoros. Aún vi la cruz, cubierta por sendas posteriores en caladuras; alguna piadosa mano había puesto en su pié—"Sancta Cruz de Inguanzo."

Pero para desventura del millonario llegó el Señor Cura á Oaxaca, y para bien de la causa nacional á oídos de aquel que Inguanzo guardaba ocultos muy buenos pesos; y "aquí que no peco," el Señor Cura mandó alijarlo de los tesoros para invertirlos en hacer la guerra á los opresores. Pero qué alijo, Santo Cielo! Poco hace que murió un testigo presencial un noventón, tío Tacho, quien me contaba como salía en carretas y en *parihuelas* el dinero para ir de la casa de Inguanzo á la en que se había hospedado «la América,» como mis paisanos de aquel entonces llamaron al benémerito Cura de Carácuaro

Qué tal sería la función, que admirado el Generalísimo y picada su curiosidad, ya no se conformó con los dineros y mandó por el gachupín que llegó tranquilo y sonriente á la presencia de Morelos, se entiende que haciendo de tripas corazón. Y el diálogo entablado, tal como yo lo sé, vale tanto como los millonce-jos ocupados.

—Usted, es el señor Inguanzo?

—Servidor de Dios y del Rey—contestó el tezudo *gachupín*, al enemigo más grande que el Rey tenía.

—Y de usted es todo este dinero?

—*Era*, supongo, pues no está aquí porque yo lo haya traído—repuso Inguanzo con el estoicismo propio de un español legítimo.

—Y querrá decirme su señoría para que guardaba tanto dinero?

—Para que lo disfrutara su señoría

Picado Morelos con las respuestas de molde del millonario, le dijo:

—Como lo disfrutaré...... ¿Qué dice usted?

—Que nadie sabe para quien trabaja

—Y bien, señor Inguanzo, la Nación agradecida quiere señalarle, por mi conducto una pensión vitalicia; la que usted quiera, la que usted pida......... se fincará lo suficiente.

Diez reales diarios para mi plato.

—Eso es muy poco.

—Es lo que necesito justamente.

E Inguanzo comenzó á percibir desde luego sus diez realillos diarios, pero no paró en eso; pues temeroso de que, con el sobrante de ellos pudiera hacer otro capitalazo, al hacer economías, quien comenzando por vender limones, había hecho tantos miles; cuenta la chismosa tradicion que, cada noche, si algo le sobra de aquel diario mezquino, lo tiraba por la ventana á la calle ó lo daba á algún mendigo; no fuera á ser que, labrada una nueva fortuna, viniera otro Cura insurgente y se la llevara

Oaxaca, Marzo de 1898.

E. Maqueo Castellanos.

Naufragio de un vapor.

En la noche del 6 de Febrero, el vapor "Veedam," de la línea "Holandesa Americana," que entre tripulación y pasajeros conducía á bordo 212 personas, tropezó con un escollo desconocido, probablemente restos de algún antiguo naufragio. El mar estaba irritado: el viento corría con una velocidad de cincuenta millas por hora, y las olas rodaban como montañas que se desploman. El primer golpe se creyó obra del mar, pero un nuevo sacudimiento hizo comprender á todos que se trataba de algo peor.

GUARNECIENDO LAS MULAS

Los oficiales y la tripulación saltaron á sus puestos y los pasajeros, medio desnudos, se precipitaron sobre cubierta. El capitán y los empleados de mayor gerarquía les salieron al encuentro, y trataron de tranquilizarlos

—Señores, dijo el Capitán: el buque ha tropezado con un objeto flotante pues aquí no hay escollos de ninguna clase. Estamos á 640 millas al Oeste de Southamptom, esto es, en pleno océano. El mal no puede ser grave, y aunque lo fuera, el "Veendam" está hecho para estos contratiempos, y yo os juro que lo mantendré á flote hasta que alguno de los numerosos trasatlánticos que forzosamente cruzan por el lugar en que estamos, nos dé auxilio, si es preciso.

De esta manera se evitó un pánico que habría sido de fatales consecuencias. Casi todos los pasajeros volvieron á sus camarotes fiados en la palabra del Capitán, aunque no tranquilos.

Pero el buque estaba perdido irremisiblemente. Se había roto por el fondo y el agua entraba á torrentes en las bodegas. Las bombas á vapor funcionaban bien pero el mar ganaba terreno á cada momento. Se acudió á las bombas de mano para activar el trabajo pero aún así no se podía evitar la proximación de la catástrofe

Poco á poco los pasajeros volvieron á la cubierta, y acabaron por hacerse cargo de las bombas de mano. El buque se hundía. El Capitán era hombre experto y digno de fé, pero ¿qué valían sus promesas ante lo imposible de la situación?

Mientras tanto, de la casilla de proa se elevan cada minuto, cohetes de señales, y el cañón pedía socorro con su tremenda voz. Pero el socorro no llegaba. El viento desviaba los sonidos y una leve niebla que cubría el horizonte hacía casi inútiles las luces de señales.

La situación era desesperada.

SALIDA DE LAS BOMBAS

El Capitán volvió á la cubierta, y dijo á los pasajeros:

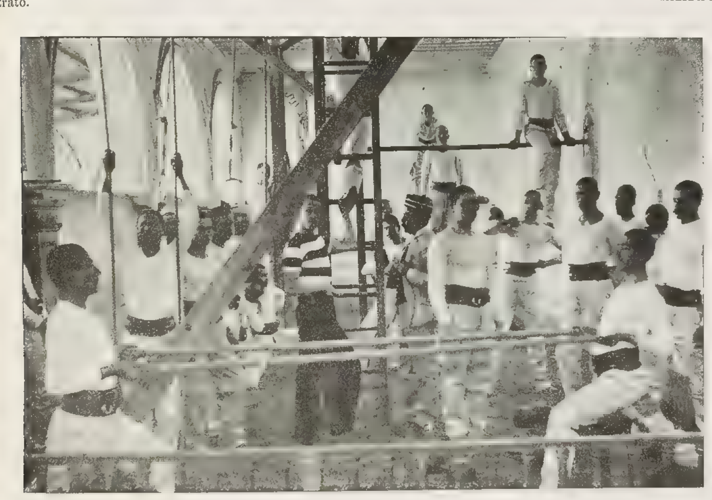
—La situación es grave, pero no desesperada. De un momento á otro nos llegará el socorro deseado, y si asi no fuere, los botes están ya provistos de víveres y agua, velas é instrumentos náuticos. Cada uno estará al mando de un oficial, y no tenéis nada qué temer porque estamos en el camino público del comercio, y porque aunque no estuviéramos, nos hallamos sólo á 250 millas de las Islas Scilly, á cualquiera de las cuales puede arribar el último de nuestros botes en menos de seis dias, al mínimo andar de cinco millas por hora.

Luego se indicó á cada pasajero el bote que le correspondía, se recomendó el órden, que implicaba la salvación de todos, y se continuó trabajando en las bombas.

Al fin el agua subió hasta las hornillas, apagó el fuego y paralizó las máquinas. Las bombas á vapor dejaron de funcionar, y sólo quedaban las de mano, en las que tripulantes y pasajeros trabajaban con la rabia de la desesperación.

Ya se iba á dar la orden de descolgar los botes, cuando no á mucha distancia rompió la niebla y brilló en el aire la luz de un cohete de señales: era el *St. Louis*, el Gran Trasatlántico de la Linea Americana» la "Ciudad Flotante', de que se enorgullece la arquitectura naval de los Estados Unidos. Y al andar de 22 millas por hora, se acercaba á prestar el socorro que se le pedia Volvió á clamar el cañón del «Veendam,»se repitieron las señales de «desastre inminente» y pocos minutos después el primer bote de St. Louis se ponia al costado del buque náufrago. Y tras de el llegaron tres más, y en menos de dos horas, auxiliados por los botes del «Veedam," pusieron á bordo del St. Louis toda la tripulación y todos los pasajeros, sin que ninguno sufriera el más leve mal trato.

SALIDA DE LOS TRENES



EN EL GIMNASIO

Para que se comprenda lo heroico de esto, recuérdese que entre tripulación y pasajeros había 212 personas; que el rescate se hacia en medio de un temporal y que no había más luz que la que el "St Louis" lanzaba á través de la niebla sobre el buque perdido.

Errer Steng, Capitan del "Veendam," cuando hubo puesto á salvo el último de sus pasajeros y tripulantes, bajó al fondo de su buque, rompió con una hacha un tonel de benzina, y le puso fuego, para que aquellos restos flotantes no perdieron otro buque. Los náufragos llegaron á Nueva York el 12 de Febrero.

NOTAS UNIVERSALES

EL KESAGI.

En 1878 se construyó por la primera vez en los Estados Unidos un buque de guerra para una nación extranjera. Tal buque fué el "Zobica" ordenado por el gobierno del Czar poco antes que estallara la guerra Ruso-Turca. De entónces para acá se han equipado en los astilleros de los Estados Unidos varios buques mercantes, que después han ido á otras partes á hacer el papel de leviatanes y monitores invencibles; pero no se habian vuelto á hacer verdaderos buques de guerra más que para el gobierno americano Ahora acaba de echarse al agua en Filadelfia un crucero protegido, de segunda clase, ordenado por el Japón. Tiene 375 piés de largo, 49 de ancho y 30 de puntal. Su mayor calado es de 18 piés y su desplazamiento de 4.900 toneladas. El andar debe ser de treinta nudos por hora. Este es, pues, el segundo buque de guerra, digno de este nombre, que se ha construido en Norte América para una potencia extranjera.

La ceremonia del bautizo del "Kesagi" se celebró el 20 de Enero. Asistieron á ella varios miembros del Cuerpo Diplomático y altos funcionarios públicos de la Nación. La madrina del "Kesagi" fué la hija del Secretario de Estado del Gabinete de Wáshington. Al bautizar el buque no se siguió la costumbre americana, que consiste en romper una botella de champaña sobre la proa, sino la japonesa que es mucho más simbólica y bonita: se colocó de antemano, en la popa del «Kesagi" una preciosa jaula, llena de palomas blancas medio sepultadas entre pétalos de rosas lilas, geranios y claveles y, cuando llegó el momento oportuno, la madrina abrió la puerta y las aves cautivas tendieron el vuelo, regando á su salida hojas de flores sobre las personas que rodeaban la jaula.

En el Japón las palomas se consideran como aves sagradas, y se los mantiene prisioneras en los templos. Cuando se celebra alguna festividad nacional, se les da libertad como ahora, de la manera que hemos dicho.

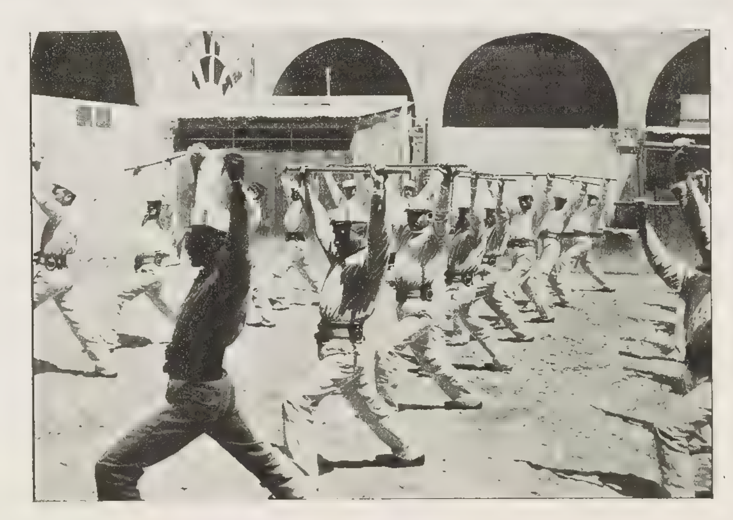
El "Kesagi" partirá de un momento á otro para Yokohama.

UNA CAMPANA FAMOSA.

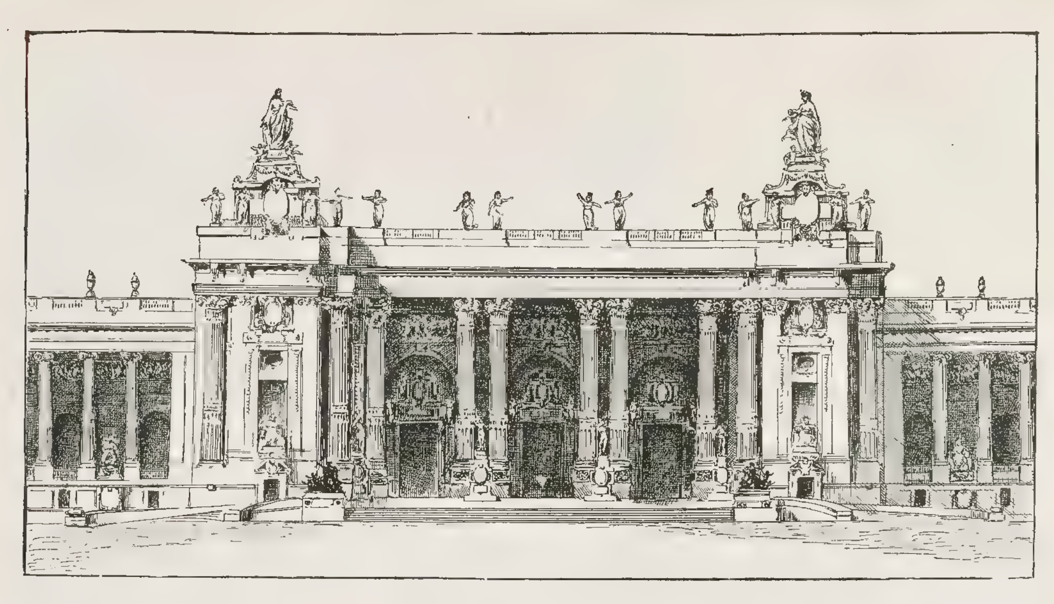
La campana que en el año de 1486 fué fundida en Basilica para el campanario de Schffhouse, y que inspiró al gran poeta Schiller su célebre *Canto de la Campana*, no despertará ya más á los pacíficos habitantes que cifraban su orgullo en ella

El bronce, cuya fundición cantó el poeta en admirables versos, se ha rajado, y la campana, para no dejar oir su voz cascada, permanece silenciosa.

A pesar de su divisa: *vivos voco, mortuos plango, fulgura fradgo*, ya no puede llamar á los vivos para que acudan al templo; doblar en los funerales tristemente, ni auyentar el rayo que se forja en las nubes. Muda y triste en el alto campanario, ve á los fieles, olvidados de la casa de Dios, tomar alegremente el camino de la taberna, ó correr tras las trenzas rubias,



EJERCICIOS CON VARILLAS



EL PÓRTICO DEL GRAN PALACIO DE BELLAS ARTES EN LA EXPOSICIÓN DE PARIS DE 1900

sin que una voz de lo alto les recuerde que van por senderos de perdición y les llame á la iglesia. Los muertos, por su parte, se van en Schaffhouse á dormir el sueño eterno sin que la afónica campana les dé las buenas noches ni les diga por ahí te pudres. No haya miedo de que la campana de Schaffhouse turbe su sueño, y eternamente podrán dormir si la trompeta del Juicio Final no los despierta. Nuestra campana, retirada del servicio activo y encaramada en lo alto de la torre, sentirá rugir la tempestad y retumbar el trueno como quien oye llover y no se moja. Alejada por su cesantía de los asuntos públicos, dejará que á los vecinos de Schaffhouse los parta un rayo, y se lavará las manos cuando el desastre meteorológico ocurra.

Claro es que los buenos habitantes de la ciudad no han podido ver con indiferencia este grave contratiempo. La campana les prestaba un gran servicio y les había inspirado afecto, tanto por su antigüedad como por haber inspirado á un gran poeta

Reunidos los prohombres de Schaffhause para tratar de ese asunto, los que solo ven las cosas por el lado positivo y práctico, pensando lo primero en la economía, empezaron por proponer que se volviese á fundir la campana, á fin de utilizar el metal en la construcción de otra.

Este pensamiento prosáico y ramplón no prevaleció. La mayoría desechó indignada tal proyecto y se resolvió que la campana, «monumento de arte y de literatura» fuese bajada de la torre y piadosamente conservada en las galerías del museo.

Allí podrá desafiar las injurias del tiempo y prolongar tal vez durante muchos siglos su existencia. Pero donde más se perpetuará su memoria será en el inmortal canto de Schiller: son más duraderos que el bronce, los versos del poeta.

GUILLERMO II Y EL PROFESOR FOWLER

Los frenólogos pretenden que el simple examen exterior de la cabeza y del rostro de un individuo les basta para reconocer, de una manera indiscutible, las cualidades predominantes en él. El Profesor Fowler, que se reputa como el más notable de los frenólogos del presente tiempo y que sobre las momias de los Faraones ha trazado el boceto moral de aquellos antiguos y poderosos monarcas de Egipto, ha hecho un estudio de los soberanos hoy reinantes, que no parece muy reñido con la verdad. Refiriéndose al Emperador de Alemania, á quien se tiene por medio loco aunque no lo es para lo que le conviene, el profesor Fowler dice lo siguiente:

«El Emperador Guillermo es un buen tipo para ser estudiado desde lejos. Prefiero estudiar su fotografía que su cabeza real, aunque no por esto voy á decir de él nada malo. Veo una cabeza regular con una individualidad propia marcadísima; y una superabundancia de potencias físicas Los que esperan que Guillermo II morirá pronto se llevarán un chasco, porque en su rostro se revela la tenacidad de la vida.

"No se le puede censurar por su positivismo, porque ese positivismo está en él, como los colores en la luz. El debe ser autoritatorio é imperioso. Sus rasgos militares, mentalmente hablando, son los de Federico primero y Napoleón Bonaparte, pero ciertamente no se le podrá caracterizar por la buena índole de «Alberto el Bueno,» Príncipe Consorte.

"Aunque muchos critican sus facultades administrativas, nadie debe reirse de ellas. En su frente se ve una habilidad no común para dirigir las cosas y para hacer que se cumplan. El rostro corresponde al cráneo, tiene pulmones vigorosos para una buena circulación, como lo demuestran el cuello largo y fuerte, y la cabeza tan bien sentada sobre los hombros.

Tiene una valiosa inteligencia práctica, y sabe como abarcar mucho con una sola rápida mirada. Ve más á primera vista, que mucho despues de una larga atención. Le deleitan los ejercicios corporales y la vida activa. Está en su elemento cuando tiene trabajo fuera de su casa, si es que alguna vez los emperadores tienen trabajo! Es un hombre á quien no se le puede engañar despues de que él ha entrevisto las cosas con sus propios ojos. Tiene el sentido geográfico, y aprecia de un golpe los perfiles, las distancias y el aspecto general de un país

"La cabeza es superior á la de Faraón, que he estudiado recientemente, y revela en Guillermo II un hombre de múltiples recursos. Demuestra una notable habilidad artística, y en la firme contracción de sus labios se ve la resolución. Su labio superior revela el orgullo de la cuna y de la posición, orgullo que denota también amor y celo por la patria, y que considerado en otro sentido, indica excesivo apego á sus derechos políticos. La prominencia del labio inferior acentúa muchas cualidades:

"Ama la lucha y en él se transparenta el espíritu de destrucción, pero estas cualidades morigeradas por su cultivo intelectual, de manera que no se le puede calificar como un hombre camorrista ó mal intencionado, por más que sobresalga su deseo de dominar y sobreponerse.

"El peso de la parte superior de la cabeza es muy notable, y lo he observado desde tiempo atrás. Esto unido á su firmeza, revelan en él un hombre voluntarioso y obstinado. Estas cualidades se confirman por la mejilla maciza y la nariz fuerte. Su ceño habitual indica vigilancia y atención: por sus rasgos fisonómicos se comprende que el Emperador de Alemania es un hombre que vive alerta.

NOTAS DIVERSAS

—El tren más rápido que jamas arrastró locomotora es uno que el dia 22 del mes pasado viajó desde Cheyenne á Omaha en el Estado de Nebraska. La distancia entre esos dos puntos es 518 millas y el tren la recorrió en el increíble breve espacio de 520 minutos, habiéndose detenido seis veces para tomar carbón y agua y perdido en cada parada de tres á cinco minutos! El ferrocarril en que ese viaje se hizo, es el Unión Pacific, el maquinista que se hizo cargo de la locomotora es George Dikinson y el motivo de tan extraordinaria celeridad, hacer que el correo llegase á tiempo para ir en un vapor del Pacífico, sopena de incurrir la compañía del ferrocarril en una fuerte multa.

—Lady Halle ha recibido de las manos del Rey de Suecia, la gran medalla de oro de las Artes, hecha de finos diamantes. Esta dama, que es una consumada violinista, dió varios conciertos, acompañada por Leonardo Borwicick, en la Real Academia de Música de Estokolmo. en presencia de S. M. el Rey Oscar y de su real familia.

—Hablan seriamente los periódicos yankees de una Compañía que se ha organizado con el objeto de explotar un sistema para extraer oro y plata del agua del mar. La empresa espera obtener 1,000 pesos diarios con el nuevo procedimiento, y el inventor asegura que ha rechazado cinco millones de duros oro que se le ofrecian por su *agua filosofal*.

—El Czar Nicolás conoce perfectamente como el más humilde de sus súbditos, el manejo del arado y otros instrumentos de agricultura. Antes de subir al trono se ocupaba personalmente en sembrar sus tierras en el Cáucaso La Reina Victoria, á pesar de sus años borda todavía admirablemente, y cose muy de prisa. El Príncipe de Gales teje muy bien, y su hijo el Duque de York, ha trabajado mucho tiempo con un cordelero. El Emperador Guillermo es excelente tipógrafo. El Rey Oscar de Suecia maneja con mano hercúlea el hacha del labrador. Y para el Rey Humberto la zapatería no tiene secretos.

—Se anuncia en la prensa norte-americana que la señorita Helena Gould, hija del Jay Gould, principiará muy pronto á estudiar Derecho. La futura doctora pesee una fortuna de $125 000 000, parte de su herencia, lo cual le permitirá no estirar mucho en el cobro de honorarios.

—En Alemania se ha abierto campaña contra la moda que prescribe para las damas el uso de pájaros embalsamados como adornos para sus sombreros. A esta moda que hasta hace pocos años se usaba entre los salvajes, se han sacrificado en 25 años al rededor de 300 millones de colibries, aves del paraíso, etc.

—Mrs. Ayer, esposa del Doctor Ayer, inventor de las célebres píldoras aquellas, acaba de morir en París, dejando una colosal fortuna que su difunto esposo hizo con las mentadas píldoras.

—En la Habana se proyecta erigir una estátua á Cánovas del Castillo

—La Emperatriz del Japón que por lo visto ejerce la tiranía de la moda en aquel Imperio, acaba de declarar obligatorios los guantes y el corsé.

En la Exposición de París.

La construcción de los Nuevos Palacios de Bellas Artes se prosigue con una actividad febril en las Canteras de los Campos Elíseos El que va á llamarse *Gran Palacio* está destinado á recibir cada año la multitud que acude al concurso hípico, á la Exposición de pinturas y á todas las fiestas que la industria organiza. Tan importante edificio debía tener una entrada grandiosa y así es la que se ha proyectado y que se puede ver en nuestro grabado de hoy.

Los planos de esta entrada se deben al arquitecto Mr. Deglanne y proponen un vasto pórtico de proporciones gigantescas ámpliamente abierto sobre la nueva avenida y soportado por enormes columnas de orden dórico cuyas proporciones en nada ceden a las de la Iglesia de la Magdalena, pues van á medir nada menos que 2 metros de diámetro en la base y su altura, comprendido el zócalo será de 20 metros!

Este pórtico constituirá en la Nueva Avenida un paseo soberbio en que el público podrá reposar de la fatiga que ocasionará la visita de las exposiciones interiores y tomar el aire y dar expansión á los ojos y al ánimo con el grandioso espectáculo que presentarán los Inválidos y el Puente de Alejandro III.

La fachada del *Gran Palacio de Bellas Artes* está concebida bajo las reglas de una hermosa arquitectura francesa, que recuerda los monumentos elevados por Gabriel durante el reinado de Luis XVI.

El gusto fino y delicado de este edificio colocará con justo título á su autor entre los primeros arquitectos de nuestra época, y dejará á las generaciones futuras un brillante modelo de lo que alcanzó el arte francés al terminarse el siglo XIX.

En Tacubaya, ese ramito de rosas arrojado por no sabemos que hada cariñosa en el paraje más lindo de nuestro valle; esa cestilla perfumada donde son tan misteriosas las noches de luna que dan mágicos efectos de sombra y luz á las avenidas y plata resplandeciente á los jardines; en esa sultanica deliciosa cantada por muchos poetas, en la mansa paz de los hogares, florece también el arte en sus más bellas manifestaciones Ahi nació y vivió por algún tiempo una excelente revista literaria fundada por Juan Sánchez Azcona, se fundó ha tiempo una vasta biblioteca concurrida por todas las clases sociales y se rinde fervoroso culto á la pintura y á la música, teniendo esta última sacerdotisas tan bellas como María González Carrasco, una virtuosa del piano que imprime delicadeza suma y colorido opulento á todo lo que interpreta, y Berta Garmendia que es más que todo una promesa de futuras glorias.

Berta Garmendia es aún muy niña; apenas en los limoneros de su jardin habrán florecido sobre ella quince veces los níveos azahares; tiene ojos claros como un cielo de Tacubaya en las tardes de Abril, y cabellos dorados como un haz de espigas en sazón. La vida le sonríe por todas partes y ella sonríe á la vida con la ingenua confianza de las almas infantiles que creen como Evangelio Las Mil y una Noches y los divinos cuentos de Perrault. El arte empero la ha elegido ya por esposa, y cuando otras deletrean apenas en el teclado los fatigosos ejercicios de los métodos, ella compone filigranitas admirables que subyugan y embelesan.

Hemos oido algunas danzas suyas, de corte elegante y caprichoso, de negligente cadencia costeña, de fresco perfume tropical que nos han hecho presentir para esa niña artista muchos triunfos, si el elogio le sirve de estímulo para el estudio y las dificultades lejos de detenerla en su camino le inspiran la firme resolución de vencer!

Porque entre nosotros, sabido es que el esfuerzo halla poco estimulo y el talento es una flor de invernadero que suele marchitarse temprano Mas por qué no horoscopar á la que llega al Cenáculo toda llena de entusiasmo, que su niñez amable, la mirada diáfana de sus ojos inocentes, la ingenuidad de su espíritu lozano, desarmarán á la vida y domeñarán al porvenir? Por qué no será el botoncito tímido de hoy la corola imperial de mañana, glorificada por el sol del triunfo y besada por las auras del aplauso?

¡Con cuánto afecto deshojaremos un día sobre esa cabecita rubia—si nuestros anhelos se realizan—muchos pétalos de rosa, muchos pétalos de azahar, muchos pétalos de azucena!

CAPRICHOS

Diógenes y Aladino

La realidad suele tener empeño en vencer á la imaginación; pero la realidad no puede hacer mas que parodias torpes de los poemas de la fantasía. Entre lo soñado y lo vivido hay la misma diferencia que entre una estrella y una piedra preciosa.

No es raro que hurtemos á la existencia una joya seguros de que nos llevamos la más grande riqueza de la tierra; la escondemos á las miradas envidiosas, la enterramos en el rincón más sombrío de nuestra vivienda, y sólo en la alta noche ó al despertar del día, cuando el mundo duerme y ninguno puede sorprendernos, abrimos el arca como avaros empedernidos, y nos recreamos en contemplar el tesoro arrebatado á la vida, el que ella nos habia prometido y que tuvimos al fin que arrancarle por la fuerza. Una mañana, el desengaño, siempre en acecho, se acerca á nosotros y nos dice: te han engañado. Y con sus filtros corrosivos ennegrece las placas de oro, y con sus manos rudas desmonta los diamantes para convencernos de que son falsos.

En efecto; nos engañó la vida perversa; nos escamoteó la felicidad que deseábamos; lo que creímos robarle no era nuestra dicha aunque mucho se le parecía; era una nueva tristeza que brillaba desde lejos como el joyel de la ventura.

La infame vida se alejó riendo, sin compadecerse de nuestra desilusión, como la ébria del *Lied* de Heine.

El mundo del sueño no tiene, como nosotros, estas crueldades, cumple sus compromisos; nos da en todos los casos, más de lo que le pedimos; nos satisface, nos contenta, nos mima; hace lo que las madres con los niños; para tenernos en casa, para que no nos separemos de él, para evitarnos que salgamos á la calle,—á la realidad—y que nos atropelle una duda ó nos pervierta un desengaño, nos entretiene con *cuentos de hadas*, nos rodea de juguetes maravillosos, nos asegura que tenemos una estrella en la frente, y no se cansa nunca de mover el kaleidoscopio de las esperanzas. Estamos alegres en su palacio azul, y, sin embargo, el ruido de afuera nos atrae; no quedamos conformes con los lineamientos imprecisos, con los matrices suaves, con los horizontes esfumados, y salimos en busca de lo real, de lo tangible, de lo exacto, no de lo que acaricia sino de lo que hiere nuestros sentidos, no de las formas caprichosas de la bruma, sino de la rígida silueta de la montaña, no de la voluta diafana de la nube, sino del áspero contorno de la roca, no de la lejanía confusa de la nieve, sino de la densa lámina de marmol, de todo lo que podemos tocar sin conmover, de todo lo que se resiste á nuestra voluntad, de lo que es un obstáculo, un tropiezo, de lo que nos encierra con una muralla palpable, en los estrechos límites de la materia Somos ingratos con el ensueño; lo despreciamos sin motivo.

¿Quién como él, nos mece tan dulcemente en el espacio? ¿Quién nos divierte con más cariñosa complacencia? ¿Quién al penetrar en él, no se torna divino, y forja, á su antojo, los más sublimes absurdos?

Y luego...... ¿Es cierto que allá no reside la verdad? ¿Acaso el ave de Platón, el ave errante de lo infinito, no volvió de aquellas libres regiones con un puñado de verdades? Y la misma materia no se idealiza, á veces, frente á nosotros, para convidarnos á la plácida somnolencia de la ilusión? Una puesta de sol, el agua que corre, el pájaro que pasá. ¿No son invitaciones para que el espíritu abra las alas, y se arriesgue á volar por los abismos luminosos de la fantasía?

El ensueño no miente ni es traidor mientras nosotros le somos fieles, y lo preferimos á las hipócritas y malévolas ficciones de la realidad. La mentira que seduce, que acaricia y que alegra, no es mentira, mentira es el mal, mentira es la ingratitud, mentira la muerte. Así vivimos, aferrados á nuestros destinos, algunas pobres almas. ¿Que mas dá? Sigue el Universo su marcha imperturbable en tanto que los fisiólogos revuelven el cieno para encontrar el secreto de la muerte, y los soñadores miran los astros para encontrar el misterio de la vida.

Unos y otros pierden el tiempo desde hace miles de años. Solamente que nosotros los ilusos les llevamos una gran ventaja á los observadores y á los sabios; no hemos perdido la esperanza.

Si queréis ser felices, vivid siempre, almas jóvenes, en el palacio azul del ensueño.

LUIS G. URBINA.

DAMAS MEXICANAS

Srita. Concepción Lascurain y Landa
DE MEXICO
(Fotografía de Valleto.)

EN EL CIRCO.

¡Otro toro! ¡Otro toro! grita la multitud enardecida. Tiene lugar una corrida espléndida. Ya han salido tres hermosos toros y después de diversas suertes del toreo, han dejado el redondel erizados de banderillas, chorreando sangre—en medio de los aplausos, silbidos y gritos del público—llegando el momento de descanso de los diestros.

La multitud espera con ansiedad el toro con gualdrapa llena de monedas que la Empresa había ofrecido á los aficionados.

El toque de corneta se dejó oir, giraron sobre sus goznes las puertas del toril, y dando corcovos, arrojando espuma, lució en el circo un enorme animal que, aunque con los cuernos embolados, infundía terror, ostentando una enorme gualdrapa roja recamada de monedas que brillaban como diamantes heridos por los rayos del sol de la tarde.

Primero con timidez, luégo con más arrojo fueron saltando del tendido de sol unos cuantos entusiastas. Después de un rato de corrida en el que en vano se habían disputado la satisfacción de arrancar la gualdrapo al bicho, corre el animal en persecución de un muchacho y estrellándose contra la barrera pierde las bolas que llevaba en los cuernos—y queda solo—ostentando las agudas astas, bramando, escarbando y envolviéndose en una menuda lluvia de arena.

Hélo ahí dueño del campo; pero en ese momento de estupefacción, cuando menos se esperaba, salta al redondel un joven casi andrajoso, escuálido, cuyas facciones llevaban estampadas las huellas del hambre.

Había pasado la noche anterior soñando con aquella gualdrapa: la había visto entre sus manos, se había sentido sacudido por el animal, y por último, un tanto magullado, se había despertado en el momento en que la entregaba á su anciana madre, con rostro satisfecho y risueño...

El público quedó suspenso, el mozo avanza hacia el animal que, como dominado por tanto arrojo, vacila un momento, pero luego como una flecha se lanza sobre el joven, éste logra esquivar el golpe, el bicho vuelve sobre él, lo lanza por el aire y en el suelo lo ataca con furia; pero al mozo ha logrado coger la gualdrapa y nada sería capaz de hacérsela soltar; entonces un espantoso grito se deja oir lanzado por miles de pechos á la vez; el muchacho ha volado otra vez por el aire, pero llevando entre sus manos crispadas el paño recamado de monedas.

¡Lo mató! ¡Lo mató! se oye por todos lados. Un grupo de gente saca al herido. Luego, los gritos desesperados de una viejecita que cubre con sus besos el cuerpo casi exánime de su hijo, el cual después de entregar á su madre el precioso botín espira

Después, un cortejo fúnebre seguido de la anciana mujer cuyos lamentos son ahogados por los gritos de ¡otro toro! ¡otro toro! que pide la multitud enardecida.

DIEGO URIBE.

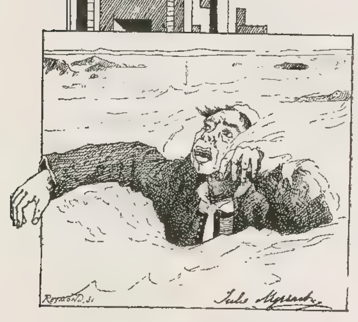
Para la mayor parte de las almas religiosas, la práctica de la vida cristiana consiste en hacer cosas pequeñas con buena voluntad.

PERREYCE

***

Tratándose de virtud se necesita más de la necesaria.

OLIVAINT.



El hígado robado

En aquel tiempo viajaba Jesús con San Pedro por la Croacia y habia tomado por guía á un campesino de la comarca llamado Daniel que con un aspecto de hipocresía trataba de ocultar groseros instintos. Jesús quería sin duda la salvación de esta alma más ruda y simple todavia que mala, porque á diferencia de San Pedro que examinaba á su hombre con mirada de portero implacable, el maestro lo veia con expresión de bondad y le facilitaba su tarea.

Como el camino era largo y el país casi desierto, fué necesario hacer provisiones, por lo cual el ya dicho guía llevaba cargando á la espalda, junto con su gaita de pastor, un carnerito fresco acabado de matar. Y mientras iba caminando el muy goloso, agobiado por el peso de la carga, no mas pensaba en el suculento festín con que debía terminarse la jornada.

Al llegar á la linde de un bosque, Jesús se detuvo y dijo á Daniel:

—Mientras nosotros reposamos un poco, asa el carnero. Y luego al pie de un arbol frondoso, sobre la alfombra de cesped florido, se durmieron el Divino Maestro y el Santo Discípulo.

Sin pérdida de minutos Daniel ensartó el carnero en una vara de avellano que apoyó en caballetes de ramas; y metiéndole debajo yerbas y leña secas, dió fuego á la hoguera y se sentó á un lado para vigilar la cocción. A las caricias de la llama no tardó el carnero en dorarse y el jugo empezó á escapar desprendiendo efluvios olorosos. Daniel no pudo resistir á la tentación, y de una cuchillada hábil arrancó del vientre del animal el hígado (al cual era sumamente aficionado) y se lo comió con gula.

Entonces despertó Jesús.

—Tengo hambre, dijo, y voy á regalarme con el hígado de ese carnero. Dámelo, Daniel.

Daniel finjió sondear las entrañas del animal y exclamó audazmente:

—¡Cosa más rara Maestro! este carnero no tiene hígado....

—Estás bien seguro, Daniel? No conoces á ninguno que haya sido capaz de habérselo comido?

—Oh maestro, no fuí yo, lo juro!

—No jures así, añadió Jesús con tristeza. Por qué no confiesas tu falta? Acaso te sería perdonada.

Pero Jesús había hablado en vano: á sus exhortaciones, y á las más insinuantes y severas todavía de San Pedro, el pastor contestaba siempre:

—Yo no lo robé! No fuí yo, ño fuí yo!

Luego los viajeros volvieron á ponerse en marcha y pronto llegaron á las riberas del Kupa, caudaloso río que cortaba el camino y como no había ni barca ni puente para cruzarlo, Daniel se quedó pensando de qué modo lo irían á hacer; y como había indicado otro camino donde no faltaban medios de pasar, estaba riendo para sí de la aventura.

Jesús sin embargo no manifestó confusión ni sorpresa, y descendiendo por el ribazo levantó sencillamente la mano, y las aguas se apartaron dejando en seco un vado más ancho que los mejores caminos de Agram.

No había salido de su estupefacción Daniel cuando sus compañeros le llamaron desde la otra orilla.

—Estos hombres son hechiceros, pensó; no nos pongamos mal con ellos.

Y se lanzó á su vez en el camino. Pero apenas estaba en la mitad del río, cuando de improviso las aguas se reunieron invadiendo el paso tumultuosamente.

—Socorro......! Socorro.....! gritaba el guía espantado.

—Si quieres salvarte, dijo Jesús, respóndeme sin rodeos: tú robaste el hígado?

Hubiera sido más fácil que una mujer con sus manos delicadas arrancara un clavo del corazón de una encina, que hacer decir á Daniel la verdad cuando

una mentira se le había atravesado en la garganta.

—No, Maestro, gemía entre lágrimas, no fuí yo.... Piedad! Piedad!

El agua, subiendo, casi le llegaba á la boca.

—No fuí yo, Señor; no fuí yo! Piedad!

Sumergido iba á desaparecer y San Pedro encontraba el castigo muy justo, cuando Jesús, lleno de compasión ordenó á las olas que arrojaran intacto á la ribera el cuerpo de Daniel.

Cuando cerró la noche los viajeros fueron á pedir hospitalidad en la próxima posada; y como faltaban alojamientos, Daniel se vió en la necesidad de ir al pajar donde tuvo la imprudencia de hacer fuego para secar sus vestidos que se le emparon en el río. Del brasero mal apagado saltaron algunas chispas mientras él dormía, y la casa fué presa de un incendio. Despertando sobresaltado corrió á la ventana implorando el socorro de sus compañeros. Jesus apareció y le dijo:

—Vamos Daniel. Me dirás ahora quién robó el hígado?

—No fuí yo, Maestro, Maestro, no fuí yo! Salvadme!

Y ya se le estaban chamuscando los cabellos y ya sentía las llamas besándole la piel y seguía gritando:

—No fuí yo, no fuí yo!

Jesús le tuvo lástima por segunda vez y con una señal extinguió las llamas en tanto que San Pedro, no sin refunfuñar, ponía una escala para que saliera de la hornaza el infeliz.

Al día siguiente muy temprano se dirigieron á la aldea cercana, donde había una gran feria á la cual todos los campesinos de los contornos acudían á pie, á caballo ó en carretones.

Jesús y San Pedro paseaban entre la multitud cuando se oyó un grito:

—Ladrón.... Ladrón!

Un mercader levantaba los brazos; se agitaba y vociferaba explicando que acababan de robarle unas arracadas y un prendedor hermosísimo de plata.

La gente se amontonó, y uno de los presentes dijo:

Si fuiste robado, busca al ladrón. Nosotros somos honrados, y nos ofenden hasta las sospechas. ¡Registranos! Todo el mundo aplaudió y cada uno se sometió de buen grado al exámen propuesto. El mercader anduvo registrando á todos, á Jesús á San Pedro y no encontró nada.

—Por última vez—dijo Jesús á Daniel—¿tú robaste el hígado?

—No, Senor, no fuí yo!

—Pues entonces, embustero y ladrón, te abandono á tu infausta suerte.

Y Jesús se alejó con San Pedro mientras que el mercader registraba á Daniel. Con gran asombro de este mismo, todas las joyas robadas fueron descubiertas en su bolsa, y en vano empezó á gritar protestando su inocencia: la multitud apiñada en torno suyo le llenaba de golpes y de amenazas. Uno gritó:

—Es preciso castigarlo en seguida. Vamos á ahorcarlo! Se condujo á Daniel bajo un arbol muy elevado, se le pasó una cuerda por el cuello y á los pocos minutos su pobre cuerpo se balanceaba en el espació.

Pero como viera San Pedro que Jesús se había puesto muy triste, y como á su vez se compadeció del guía, dijo:

Maestro se puede conceder á ese espíritu de

bil una última eventualidad de salvación?

—Sí, siempre que confiese su pecado.

—Está bien: yo se lo haré confesar.

—Jesús volvió la cara. A lo lejos el cuerpo de Daniel seguía estremeciéndose, colgado de la cuerda, haciendo caer de las ramas en flor una lluvia de pétalos.

Jesús le dirigió una mirada y en el acto la cuerda se reventó y Daniel cayó en tierra.

El muy pillo no tardó en recobrar los sentidos; y temiendo volver á caer en manos de sus verdugos, corrió desalado á ponerse al amparo de San Pedro y de Jesús.

El Divino Maestro estaba durmiendo á la orilla del camino cuando el pastor llegó, en tanto que San Pedro arrodillado en el suelo parecía absorvido por una ocupación importante. Daniel se aproximó con cautela y vió á San Pedro que sacaba del pecho una bolsa con monedas de oro y hacía cuatro montones que relucían en el suelo alegremente heridos por los rayos del sol.

—¿Qué es eso? preguntó el pastor con curiosidad.

—Es la cuenta de lo que hemos ganado en el viaje. Vamos á separarnos y estoy haciendo las partes......una para el Maestro, una para mí, una para tí......

—¿Y la otra?

—Ah! la otra? Quisiera yo dársela al que se comió el hígado. Solamente que no lo conozco.

—¡Pero si fuí yo! dijo apresuradamente Daniel: si fuí yo..yo..yo!!

—Fuiste tú! exclamó Jesús levantándose imponente y magestuoso: ¡consientes al fin en confesarlo! Entonces......te perdono....Vete y no peques más!

Y luego, volviéndose á San Pedro, murmuró el Salvador con acento de profunda melancolía:

—Pobres hombres ¿Se dejarán pues atraer siempre mejor por las acechanzas de la astucia, que por los dulces llamamientos del amor?

HENRI NICOLL.

PUERTOS DEL ALMA

(***En el álbum de la Srita. Amparo Franchi Alfaro***)

La vida es una nave abandonando la aurora del augusto misterio de la creación, en tormentoso puerto, para ir en busca del descanso eterno, por los profundos mares de la adversidad

El navegante, perpetuamente asido á los masteleros del error, parece un peregrino, dispuesto á precipitarse en las obscuridades de la duda inmensa.

¡Cuántos arcanos desde la región primaveral hasta el invierno!

¡Cuántos combates terribles entre el puerto de la luz y el puerto de las tinieblas. entre el amor y el dolor, entre la esperanza nítida y el desencanto supremo!

El viaje llega á parecernos bello, mientras dirigimos la vista á las dulces sonrisas del pasado, mas ¡oh corazón humano! ¿por qué tiemblas al sentirte sacudido por el porvenir? ¿No te espera el infinito? ¿No vislumbras los astros y los cielos, aun al través del velo de la noche? ¿No habrá de ampararte Dios ...?

ANDRÉS CLEMENTE VAZQUEZ

Habana, Febrero 26, de 1898

En los momentos de salir el autor para Veracruz, á bordo del vapor español "Santo Domingo"

VIEJOS ROMANTICISMOS

CLARO DE LUNA

Entra, rayo de luna, bien venido,
hace ya mucho tiempo que me faltas,
dejé abierto el balcón y solo entraron
las sombras en mi estancia.

¡Oh ingrato compañero! Eres el mismo,
la transparente ráfaga,
la hermosa cinta de fulgor que tiene
el amarillo diáfano del ámbar.

Entra, ya no está aquí, ya no has de verla,
ya no sorprendes nada,
ya no eres indiscreto, aun cuando arrojes
sob e el lecho nupcial tu luz de nácar.

Derrámate en la alfombra cual si fueras
una lluvia de escarcha;
tiéndete en el obscuro cortinaje
y finge un chal de plata.

¿Ves?.... Todo está polvoso y descuidado;
esta tristeza espanta....!
se columpia en la clave ennegrecida
sin pájaros la jaula.

¿Ves? Sobre el tosco barandal enreda
sus marchitos estambres la campánula,
y está el rosal sin flor, ajado el lirio,
y seca la albahaca.

¡Celestial indiscreto! Yo te amo;
ella también te amaba,
¡quebraste tantas veces tus reflejos
sobre su frente pensativa y casta!

Entra, ya no está aquí la niña rubia,
la soñadora pálida
que viendo tus cambiantes me decía:
es la risa de Dios en nuestra casa.

¡Oh ingrato compañero! Ya no estamos
más que tú y yo en la estancia;
pero si quieres verla.... bien venido,
¡celestial indiscreto! entra en mi alma.

LUIS G. URBINA.

MI PASION.

Dicen que el tiempo todo lo aniquila,
Que echa en el corazón una mortaja:
Que el ideal en su altitud vacila,
Y luego de allí baja,
Hasta que al fin en negro abismo se hunde
Y con las cosas muertas se confunde.

Hay la triste creencia
Que la constancia humana
Un momento es no más de la existencia,
Efímero momento,
Efímero ¡ay! «como el girar del viento.»
Que lágrimas y risas,
Placer, dolor, se tornan en cenizas
Que revuelan y marchan al pasado;
Y que voluble el hombre
«Se olvida con el tiempo hasta del nombre,
Hasta del nombre del objeto amado.»

Y bien! Un año pasa
Y otro más, y otro más llega y sucede
A aquel que ya se ha ido:
Y todavía la pasión me abrasa
Que tu encendiste, sin que nunca ruede
Tu nombre y mi pasión en el olvido.
El tiempo no ha podido
Apagar este incendio que devora
Sin consumirlo nunca
Mi espíritu infeliz; y á toda hora
Estoy mirando, sin contornos, trunca,
La enhiesta mole de los sueños míos,
Que derruiste tú con tus desvíos.

Como la enredadera
Que se va entrelazando y cubre el muro
Hasta formar con él un cuerpo mismo,
Así tu amor perjuro
Ha invadido mi ser de tal manera,
Que vano esfuerzo fuera
Quererlos separar un solo instante;
Porque mi pecho amante
No tiene más latidos
Que para ti; ni más ideas tiene
Sino sólo por ti mi mente loca....
Se ha convertido en inmutable roca
A otro sentimiento
Mi corazón á quien vendría en daño
Cualquier amor para tu amor extraño.

No sabes que he luchado
Por olvidarte; á veces he pensado
Que otra mujer quizá .... más su sonrisa
Nada dice á mi espíritu; otros ojos
No le dan tanta vida al sentimiento;
Escucho de otros labios el acento
Y no hallando la música del tuyo,
En busca del arrullo
Celeste de tu voz, va el pensamiento.

Mis pupilas no miran hacia el mundo
Para mirar mi alma en que reposas.
En mi redor sucédense las cosas
Y á todo soy extraño indiferente;
La nube de mi frente
Sombra es de tu recuerdo, y yo otra sombra
Que por la vida avanza
Sin fe, sin ilusión, sin esperanza.

Vivo amando, mas vivo sin amores;
Mi alma está proscrita
De todo lo que es dulce; no hay más flores
En mi altar, que las mismas que pusiste
Hace ya tanto tiempo; algo muy triste
Como el misterio de la tumba fría
Se extiende en el recinto de mi pecho....
Dime, mujer, qué has hecho?
¿Por qué me amaste un día?
Si el néctar de tu amor jamás hubiera
Caído en mí como una lluvia santa,
Tal vez, tal vez pudiera
Desechar el dolor que me quebranta.
Pero ay! que sólo en mí no se ha cumplido
El decreto del tiempo y del olvido!

Ya mi existencia es tuya
De manera fatal. ¿Qué encanto tienes
Ay! que ni tus desdenes
Han hecho que este lazo se destruya?
¡Cómo quisiera odiarte!
Que este cariño que mi ser devora
Tornárase en venganza matadora:
Y que la espada que mi pecho parte
También hiriera el tuyo;
Que tu inflexible orgullo
Débil rodase al fin, y que mis ojos
No vieran en tu faz sino despojos
De tu belleza rara,
Que innoble ante mis ojos se tornara.
Y luego, ya mirándote en tan poco,
Sin encanto mi vida desgraciada,
Oyeras la espantosa carcajada
Que lanza el triste que se vuelve loco!

Y esta pasión horrible,
Fenómeno de amor incomprensible
Que urde en mi sér su trágico misterio,
Muriera en mi locura desastrosa;
Y la noche en callado cementerio
Abriera á ese cadaver ancha fosa,
Y luégo, ya sin ruido,
Reinara en torno soledad y olvido!

ISAÍAS GAMBOA

BRINDIS.

Alzó la copa; contempló un instante
El verdoso licor que contenía,
Y á los íntimos ruegos del amante
Ofelia contestó, que brindaría.

"Por mi hermosa rival; por el soneto
En que pintaste su belleza indiana;
Y también por el mágico amuleto
Que te diera, pues su único secreto
Es hacerte acudir á......... mi ventana!"

Callóse Ofelia y apuró al instante
El licor que la copa contenía,
Mientras que alegre el triunfador amante,
Otra copa de ajenjo consumía.

EDUARDO MELO Y ANDRADE.

EL SEÑOR MINISTRO BARANDA Y SU COMITIVA EN LAS CERCANIAS DE XOCHIMILCO

LOS MAS FUERTES

POR GEORGES CLEMENCEAU—ILUSTRACIONES GRABADAS EN NUESTROS TALLERES.

Número 13

—¿Que hacer? usted me ama con un sentimiento muy puro, lo sé y sería una miserable si desconociera la nobleza de su corazón. No amo á Montperrier en el sentido que usted entiende esa palabra y voy á hacer una completa confesión. Sin hablar de nuestra antigua amistad he debido inclinarme por usted y me duele hablarle como lo hago. Es necesario sin embargo, que tenga yo la lealtad de razonar conmigo misma si me falta valor para resistir al mundo que me atrae. Sufro más de lo que quisiera decir por usted y por mi padrino que sería feliz dejándome al amparo de usted y siento que hay circunstancias en mi vida que me debían resolver á realizar su ensueño.

—Y bien? preguntó Mauricio ansioso y tomándole la mano.

Y bien, dijo ella desprendiéndose con pena de la dulce presión; esas circunstancias no son de nuestra época: ya no se comprende así el amor y es preciso que yo viva con la vida de mis contemporaneos.

—Y la vida de sus contemporaneos de usted prohibe el amor?

—Lo pone en otro cuadro. Vaya usted al Parque de Versalles y verá lo que queda de la época del pastoreo. Aquello fué un hermoso sueño del cual hemos despertado ya.

—Cambiándolo por qué cosa?

—Por realidades sencillas que nuestros nietos poetizarán tal vez un día. La realidad, si he comprendido bien, es la lucha de todos contra todos y en esta lucha hay que ser vencedor ó vencido. Nosotras las mujeres nacimos para la victoria.

—No todas.... Hay mujeres que....

—El vencedor, ya lo he dicho, tiene sus derechos sobre nosotras. Usted había soñado otra misión para mí y algo en mí ruega por usted; no se lo he ocultado. Sin embargo, el atractivo de la fuerza victoriosa, la gloria de los brillantes triunfos me arrastra con mi siglo á despecho mío y yo me dejo llevar. Usted no se preocupa de esas vanidades, y hace bien pero yo soy mujer y todo me atrae hacia aquellos que marchan al poder. La necesidad de dominación se ha apoderado también de mí y siento á pesar de mis resistencias que nada puedo contra ella.

—Yo soy una fuerza también, el triunfo de que usted habla es ficticio: el mundo llama á usted con la mentira y yo soy la verdad.

—Una mentira que dura tanto como la vida, casi no es mentira.

—Ya se desengañará usted.

—No: porque como no me ciega ninguna ilusión veo claramente donde voy. Para la vida que me preparo no me hace falta un corazón que me ame, sino un brazo que me sirva de apoyo.

—Mi crimen es pues, amar á usted? Esto es demasiado, me parece que me vuelvo loco y usted también. Es usted bella, joven, rica, dueña de sí misma, tiene el alma más elevada de lo que dice y he visto su natural bondad. Tiene usted la dicha inaudita de poder apoyarse desde la cuna en la más tierna afección y en el corazón más grande que he conocido y he aquí que todo lo que hay de mejor en usted, todo lo que ha recibido de la exquisita bondad que la ama y la proteje, se convierte en humo, porque el señor Harlé que es un gran luchador habrá dicho una bravata, porque un Montperrier necesita millones y hace impúdicamente la confesión de su egoismo, porque una vizcondesa de Fourchamps habrá dicho al oido algunos consejos envenenados.

—No: la señora Fourchamps no ha tenido necesidad de decirme nada; me basta el ejemplo de su vida.

—Pues bien; su vida no es la vida: usted toma por el universo un salón ¡y qué salón!

—Al que mi padre me ha traído.

—El señor Harlé no piensa más que en sus negocios, y usted está rodeada solo de apariencias. Oh! si pudiera usted penetrar por los ojos embusteros hasta el abismo de las almas! pero algún día descubrirá lo que son y se acordará de nuestra entrevista de hoy. Ya no hablo en favor mío porque me veo perdido: razona usted mucho para que pueda amar y está usted reservando el amor para cuando su alma esté fatigada, usada, envejecida después de un inmenso esfuerzo para conquistar fantasmas de dicha. A esta locura de aparentar y de engañarse á sí misma con los otros, sacrifica usted la más bella de las realidades: el amor! Usted habla de ese sentimiento sin haberlo conocido y no es culpa suya si nadie se lo ha sabido inspirar, pero usted ignora que con él no se puede andar á medias porque se apodera brutalmente del sér íntegro y lo domina todo, hombres y cosas y hace del impetuoso abrazo de dos vidas, un deslumbramiento que dura hasta la muerte. Usted no sabe, no puede saber eso, y va á pronunciar contra sí misma la más terrible sentencia. ¿Cómo no tiembla usted al solo pensamiento de poner, antes de haber probado la vida, la vida misma fuera de su alcance? ¡Si fuese usted como algunas mujeres que conoce! pero usted tiene corazón y ¡qué torturas le prepara para el porvenir!

—Escucho á usted y lo admiro, y me duele porque dice muy bien muchas cosas que solo tienen un defecto: son fantasías. Yo sé del amor lo que puede verse; que con él, todos quedan ven-

cidos y destrozados quejándose y arrepintiéndose de haberlo sentido, y que siempre se acaba como se empezó, en un rabioso combate de destrucción sin conquistar la suprema belleza del ideal supremo.

—Ah! entonces lo bello y raro del amor es lo que le disgusta y lo hubiera usted preferido así, vulgarcito y al alcance de todos.... Pues no es así y siento que no se anime usted á acometer la aventura de conquistarlo. Suponga usted que en diez mil años solo una pareja de seres humanos realiza ese prodigio. ¡Qué más bello empleo de la audacia humana que consagrarla á tal objeto! Un día dijo usted que me creía más valiente y ahora estoy tentado de volverle su reproche.

—El valor no es la demencia. ¿Se acuerda usted de la parábola de las transformaciones? La flor del manzano es amada de la abeja; luego, convertida en fruta verde es la ilusión de la ardilla y cuando madura viene Pierrot y se la come. Dentro de diez años qué será de mí, qué será de usted?

—El problema sería sufrir juntos las metamorfosis de la vida en las cuales hace el amor el milagro de renovarse.

—O se va...porque es un milagro en efecto que dos vidas diferentes se desarrollen en el mismo cuadro de sentimientos y de voluntades y no es discreto jugar la vida á la eventualidad de un milagro. Usted y yo amigo mío no sentimos del mismo modo y eso es lo que me da miedo porque ya ve usted que pertenezco al mundo y no me puedo arrancar de él. Estoy en el campo de los más fuertes como diría mi padre, y usted por su propia voluntad está en el de los vencidos. La fortuna, el nacimiento, la casualidad, agrupan á los hombres para esas victorias de un día que usted desprecia y en la vanidad de las cuales están mis alegrías. Usted no cree nada de lo que se me ha ordenado creer, ni ama nada de lo que esto y destinada á amar.

—No, no es cierto: yo amo todo lo de la tierra y de la vida y lo del cielo y su luz, amo á toda la humanidad y la existencia por su acción en que se continúan los nobles esfuerzos de las grandes almas del pasado. Amo la vida por la belleza de sus sueños y la muerte porque trae el olvido del dolor de las cosas. No necesito abismarme frente á una palabra ni enloquecerme con el sonido de mi voz. Amo y vivo en mí y no en los otros, y hablo y quiero y soy un vencedor porque todas las fuerzas del mundo vienen á estrellarse contra mi voluntad. Amo lo elevado y no me rebaja el poder universal hasta convertirme en instrumento de la opresión del hombre sobre el hombre, allí donde va usted á buscar sus placeres contra toda justicia y con agravio de la verdad. Amo así, y todo este inmenso amor que es mi locura, lo había yo puesto en los ojos de usted donde quería ver con orgullo, lucir para mí el encanto de la tierra. Usted me castiga. Sea. Sabré sufrir con altivez el castigo. Un sueño tan bello, hasta desvanecido puede dejar aun impresiones deliciosas.

Claudia se callaba abatida y luego añadió en voz baja:

—Quién sabe, tal vez tenga usted razón pero no se tiene razón contra todos. Yo no podría como usted hacer de mi derrota una felicidad amarga. A cada uno su destino: una asociación de intereses como dice Montperrier, es lo que á mi me toca.

—Pero es usted quien se inventa ese destino.

—No, es el mundo que me atrae para que reine yo en él por mi dinero.

—Será mi eterno dolor ver que naufraga usted y que no puedo salvarla. Con las manos juntas imploro á usted para que me ayude á salvarle ahora que es tiempo todavía. Observo en sus ojos de usted que algo interior se revela contra la suerte que se tiene usted preparada.

—Ahogaré mis rebeliones en placeres ya que el mundo lo permite todo á los más fuertes ó acudiré al refugio del olvido.

—No siempre responde el olvido al llamamiento de la voluntad.

Mauricio se había levantado.

—Adios, dijo.

—Hasta la vista. No seguirá usted siendo mi amigo?

—Sí. Desde lejos yo no dispongo del olvido, pero «cuando digo adios, es para siempre.»

Mauricio, tomó la mano que Claudia le tendía y creyó sentir un estremecimiento de dolor. Iba á tentar el último esfuerzo, pero al retirar Claudia su mano con un movimiento desesperado, le pareció que se rompía el último hilo que lo tenía suspendido sobre el abismo y que había caído en los negrores de una noche sin fin.

Claudia se quedó sola, repitiendo esta frase: cuando digo adios es para siempre.

—No, no, dijo después, si cediera á sus insinuaciones y á las de mi padrino mañana me arrepentiría y sufrirían tanto como yo ó más, por haber sido ellos la causa.

La voz de Harlé se oyó al otro extremo del jardín. Los dos paseadores se habían detenido junto á una estátua y Puymaufray devoraba el menor ruido, escuchando nerviosamente una teoría científica sobre el papel. Sin el socorro del cigarro no habría podido disimular su ansiedad, que iba creciendo mientras más tiempo corría. Al fin Claudia apareció sola, y esto le reveló que se había perdido la batalla.

—Se fué Deschars sin despedida? Preguntó Harlé.

—Me suplicó diera yo á ustedes sus escusas; los vió muy entretenidos y no quiso inrerrumpirles.

—En efecto, nuestra conversación era interesante. No hay para aclarar las ideas como ponerlas en batalla frente al enemigo. Porque tú eres el enemigo mi querido Enrique y nunca estaremos de acuerdo.

Harlé se dirigió al salon con alegría y los otros dos le siguieron en silencio, Claudia, con ganas de arrojarse llorando al cuello de su padrino, y Enrique, oprimido, trémulo, desesperado.

Quien sabe lo que hubiera sucedido si en ese momento hubiera podido apoderarse de Claudia, para impedirle que se arrojara en la desgracia. Pero allí estaba el otro, el padre, por la voluntad del mundo y de la ley: el más fuerte.

—Apenas entraron al salón, Harlé preguntó:

—Liquidaste al fin su cuenta á ese enamorado?

—Yo...... cómo saben ustedes?

—Sé siempre cuanto necesito saber.

—Quisiera saber lo que han dicho á ustedes, insinúo Claudia, deseosa de averiguar si la vizcondesa había hablado de Montperrier.

—Estoy al tanto de lo que me conviene.

—Y por qué no me había dicho nada?

—Porque no te hacía la ofensa de dudar de tu buen sentido. Eres mi discípula y te impresionan más los ejemplos de mi vida que los sermones de tu padrino.

—Mi padrino me ama.

—Amalo también pero no le hagas caso.

—Y si tuviera razón?

—No sería él un vencido de la vida y yo un victorioso.

Claudia retirada en su departamento meditaba sobre las palabras paternales y aunque las juzgaba llenas de sabiduría no podía escapar á un oculto temor de lo desconocido. Deschars en su desesperación hablaba con tanta firmeza y parecía sostenido por una fé tan profunda en las virtudes del amor, que ella se detenía á despecho de su voluntad al borde del acto sin remedio que acababa de consumar. "Será verdad que el amor nos lleva hasta las vertiginosas cimas de donde todo lo de la tierra parece pequeño? Tal vez! pero se necesita el amor, y yo no amo puesto que razono. Entonces, por qué esta ansiedad que oculto á todos? Por qué ese terrible *adios* me ha puesto en el corazón el frío de una desesperación eterna?

En tanto que Claudia llamaba vanamente al sueño, Deschars hacia á Puymaufray el funesto relato.

—Ya no tiene más socorro que el de usted repetía Mauricio.

—No: no sé sino amarla y la amaré siempre; pero la han puesto en condiciones de que ella no pueda amar, se le ha matado el corazón para hacerla más bella y más grande.... En cuanto á mí he perdido toda energía y toda fuerza; vine alegre y confiado y aquí estoy ahora sin saber qué hacer, llorando cuando debía volar á su socorro y arrancarla del peligro á despecho suyo.

Llevaban largas horas de estar alli desolados, hundidos mudos, sin pensamientos; cuando al amanecer se oyó en la antecámara un paso precipitado que los llenó de sobresalto. La puerta se abrió bruscamente y Naneta apareció en el dintel.

—Aquí estoy dijo, y no pudo añadir más, espantada al ver á Enrique lívido, deshecho, con ojos despavoridos y grandes arrugas desfigurándole la cara. Comprendió todo: y sin perder tiempo en preguntas inútiles, dijo:

Y bien, si nuestra hija no ha muerto, ya estoy aquí y veremos qué se hace.

Luego cuando ya sola con Enrique este le refirió lo sucedído! observó:

—Bueno: eso quiere decir que no ama al señor Deschars y le doró como pudo su negativa. Es preciso saber todavía lo que piensa en realidad. Vamos á descansar.

Y obligó á Puymaufray á recogerse. Cuando al medio día Enrique abrió los ojos asombrado de haber dormido, ya Naneta se encontraba en casa de Harlé. Claudia hizo una afecuosa recepción á su visita inesperada y no podía ocultar la fatiga y el enervamiento de una noche de insomnio.

No puede usted figurarse como está Santa Radegunda. El señor Harlé ha instalado nuevas máquinas engrandeciendo la fábrica que según se dice produce el doble y á medida que aumenta la riqueza los reglamentos son más duros para los obreros. Hay mucho descontento. No sería malo que fuera usted por allá quince días; á usted también le conviene.

Hablaré á mi padre, pero no puedo dejar París. No es solo en Santa Radegunda donde hay desgraciados y me estoy ocupando de una venta de caridad.

—Usted me dirá que es eso. No podria yo ayudar?

—Sí, me serás muy útil.

—Y cuándo es la cosa?

—Dentro de cuatro días. Será necesario que te pongamos bonita.

—No mucho, para no humillar á los pobres.

—Allí no estarán los pobres.

—Tanto peor. Es un placer de menos.

A los cuatro días Naneta que no sin pena había conseguido de Enrique que dejara su aspecto de entierro, llegó siguiendo á Claudia á los jardínes del baron Oppert maravillosamente decorados para la fiesta. Un sueño de hadas. Tiendas llenas de cintas, de flores y de galas; ejércitos de vendedoras en trajes de fantasía; una explosión de colores y de gritos alegres al son discreto de una orquesta invisible. Naneta admirada decía:

—Oh! Señorita Claudia, así hacen ustedes la caridad en París?

La tienda de Claudia, un gran nicho de flores presentaba como en un trono de primavera el triunfo de la beldad.

Deschars y Puymaufray vinieron pero cuidando de no permanecer demasiado para no interrumpir la venta. Deschars muy sereno; Puymaufray recibió con afectuosa sonrisa las dos flores que le ofrecieron Claudia y Naneta.

Montperrier casi no se detuvo y dejó caer negligentemente dos billetes azules en el plato. ¡Cuenta abierta sobre la dote! Deschars con sus dos monedas de oro pareció mezquino. Naneta escuchaba, admiraba y no comprendía.

Durante el *lunch* se reunieron con Claudia y Harlé la vizcondesa y el barón, la señora Peyrouard y Montperrier. Se buscó en vano á Deschars y Puymaufray se excusó. A la hora del Champagne el barón hizo conocimiento con Naneta, y bebió con ella á la salud del Marqués.

Por la tarde se hizo la cuenta: doscientos diez y ocho mil francos de los cuales más de cuarenta mil provenían del puesto de Claudia. La misma Luciana Preban no habia recojido sino treinta y siete mil. Esto era un triunfo que Claudia y Harlé saborearon con regocijo. Cómo no estar agradecidos á Montperrier que habia hecho desfilar por el puesto á *los hombres del gobierno*.

A él debia Claudia los tres mil francos de ventaja sobre Luciana y asi lo hizo notar la vizcondesa. Harlé especialmente estaba reconocido al joven político que le proporcionó hábilmente una entrevista con el Ministro del Interior, Presidente del Consejo, quien después de una galantería á Claudia declaró que se interesaba por el *Diario Universal* que estaba viendo anunciado desde ocho días antes.

Dejando el arrabal de San Honorato, acompañada de Naneta, Claudia hizo detener el coche en la Rotonda de los Campos Eliseos y propuso seguir á pié hasta el arco de la Estrella para disipar la jaqueca que le habia venido, decia, de tanto hablar. No habían andado diez pasos cuando una anciana se les acercó diciendo palabras indistintas y extendiendo la mano temblorosa. Claudia hizo un signo de que no tenía dinero y Naneta no pudo dejar de notar el contraste entre esta negativa y la fastuosa caridad de hacia un momento y deteniéndose sacó de la bolsa una moneda de plata y la dió.

A la vista del dinero, la vieja súbitamente conmovida rompió á sollozar y gritó con voz ahoga_

da. Oh! señora, gracias! si usted supiera.... si usted pudiera saber! Y echó á correr como una loca.

—Dios mío, dijo Naneta ¿pensar que hay gentes tan desgraciadas que una moneda les produce efectos semejantes!

—Ya ves, dijo Claudia. Se les da. Yo acabo de dar cuarenta mil francos.

—¿A quién?

—Qué se yo! A gentes que no veré jamás.

—Es mejor ver á los infelices, oirles, hablarles eso los consuela y nos dignifica.

—Eso dice mi padrino.

—Y lo hace.

—¿Crees que haya dado algún día cuarenta mil francos.

—Acaso no, pero ha dado más: su amistad, su pena, su compasión y se le ha amado y se le ama. ¿Usted piensa que el bien se pesa en la balanza de los escudos? Acaba usted de ver lo que es el bien. Esa pobre mujer casi se ha desmayado de alegría. Si la hubiera usted regalado uno de sus guantes, si le hubiera usted dirigido una mirada de piedad, tendría con los suyos para tres ó cuatro años de vida.

Claudia contemplaba sus guantes en los que cada botón era una gran perla, refinamiento de lujo que le había censurado su padrino.

—¿Pero por qué,—pensaba Claudia—por que se han de conjurar todos contra mis placeres?

XV

El *Diario Universal* aun no tenia un mes de vida y ya sobrepasaba á las esperanzas de sus fundadores. Los hombres de Estado proclamaban que el rasgo de genio de Harlé era haber comprendido á las multitudes que prefieren ser informadas á ser enseñadas, quedando para los sabios del siglo venidero la tarea de componer el mundo si no lo encuentran de su agrado.

La Fabrica de Santa Radegunda tomaba un desarrollo inaudito. Ciudades de obreros, casas de escuelas y de socorros, almacenes de provisiones, Capillas, emergían del conjunto con rígida harmonía. Todo un pueblo de obreros estaba allí, hombres, mujeres, niños pegados á las máquinas para vivir y por ellas encadenados al que las hacía funcionar, al amo que subvenía á todas las necesidades morales y físicas: obligados á inclinarse por el salario, arrodillarse ante su beneficencia y hasta á bendecir su opresión no menos dolorosa que la de la antigua esclavitud. Cambio de palabras: pero siempre los más fuertes arriba para usar ó abusar de su fuerza.

—Cuando todas las formas del abuso del poder se hayan agotado; decía el barón Oppert, reinará la paz sobre la tierra.

—No tengo tiempo de esperar hasta entonces, decía el papelero cuya actividad volaba de París á Santa Radegunda con furor infatigable. Y no era cruel con sus subalternos ni hallaba placer en los sufrimientos sobre que edificaba su gloria; era solamente insensible y estricto como un matemático que no se preocupa de la suerte que irán á correr las cifras que sirven para sus cálculos.

—Y bien ¿me haces justicia ahora? preguntó á Puymaufray, al verme jefe al fin de las grandes fuerzas sociales que dominan al mundo? Qué es lo que se me escapa? No te hablo del dinero que es solamente la expresión del conjunto. La Sociedad, el Estado, la Iglesia me buscan y me atraen esperando de mi favor el impulso que les da vida, porque soy yo quien pone en marcha según los cánones del progreso moderno el gobierno de los más fuertes.

—Bueno, pero ha de llegar el día de los débiles.

—Si lo tienen. Cada día que corre es su día. Mira en torno suyo. Llega uno por uno y participan al fin de nuestras ventajas, entran en nuestro espíritu, en nuestros intereses y se hacen más fogosos que nosotros en la batalla contra los demás.

—Hablo de la justicia para todos.

—Esa es del cielo y yo no cometo la impiedad de quererla realizar aquí abajo.

Claudia que oía estos discursos y veía las prosperidades crecientes de su padre, se llenaba de un orgullo que deformaba sus cualidades naturales. Deslumbrada por una visión de reinado, se dejaba llevar por la corriente de locura que le arrastraba siempre más y más lejos de su padrino tan tristemente sublevado contra la embriaguez de la dominación. Ella le amaba y quería amarle pero qué hacer si no podían poner sus gustos de acuerdo?

Cosa increíble! Harlé no era todavía más que caballero de la Legión de Honor. El Ministro en persona vino á traerle el Diploma, excusándose de no poder hacer más por esta vez, y siguió una charla amistosa en que el Presidente del Consejo de Administración del *Diario Universal* tuvo á bien ofrecerle su protección al Secretario de Estado, mientras durara en el Poder. La noche de los cuadros vivos fué cuando el gran industrial llegó á su apoteosis. Los ensayos habían languidecido poco á poco y algunos inconvenientes habían venido retardando el día de la representación. Sin embargo llegó el día en que todo quedó listo inclusive el cuadro de las bodas de Canaan que fué preciso apartar del modelo del Verones porque Montperrier descubrió en una visita que hizo al Salón Cuadrado con Alfonso Valbois que en toda esa magnificencia no había más que tres nobles damas al lado del Salvador y de su madre, lo cual los dejó estupefactos.

El genio de Valbois, libre así de las trabas de una copia servil pudo realizar el milagro de poner un Cristo vestido con magnificencia oriental entre un centenar de damas engalanadas como para baile de carnaval.

Aprovechada así mismo para el efecto la ciencia de Morgan, realzándose con trajes adecuados á cada belleza sus gracias naturales, se compuso un espectáculo agradable á los ojos.

Harlé había dado plenos poderes á su arquitecto que es cuanto hay que decir y el lujo de la decoración sobrepasó á cuanto se había visto en esa clase de espectáculos. «La Vejez Desamparada» podía pues, estar orgullosa del magnífico esfuerzo de caridad de que había dado motivo y de que sería la beneficiada.

Desde un principio se distribuyeron todas las localidades disponibles y las solicitudes aumentaban diariamente, pues había circulado el rumor de que iba á haber verdaderas maravillas. El príncipe Lucques había puesto en movimiento á su París y á cuanto viajero ilustre estaba en la gran Capital. Además, era preciso ver á Harlé, el hombre del día, hablarle, felicitarlo, hacerle de paso la corte é incribirse por lo que pudiera convenir, en la lista de sus amigos.

El éxito fué inaudito; gritos de admiración, aplausos, una tempestad en el gran mundo. La reina de Saba y Salomón desencadenaron un huracán de aclamaciones; y los dos cuadros de la India, sobre todo la tentación de Budha suscitaron un entusiasmo superior á toda ponderación. El momento de mayor sensación, fué cuando los artistas después del último cuadro se mezclaron á los espectadores. Se podía admirar de cerca los maravillosos trajes, elogiar su arreglo, tocar las telas, obtener algunos informes sobre ese extraño príncipe Indio que se gozaba en sus miserias en tanto que una brillante tropa de bayaderas proponía cosas muy distintas á su atención. Una nota discreta del programa aclaraba lo que era necesario saber, pero la indiferencia del «precursor» á tantas bellezas no dejó de ser por eso motivo de los más picantes comentarios.

Luciana Preban, fría, un ídolo de oro, paseaba á través de la multitud respetuosa bajo una máscara de indiferencia el enigma de su fastidio. La vizcondesa regiamente ataviada disparaba de una verdadera armadura de pedrerías, una loca insolencia de ráfagas dulcificando con su sonrisa cautivadora el orgullo de una divinidad teatral. Claudia deslumbradora, tras un arco iris de gasa á expensas del cual se revelaban demasiado francamente tal vez las riquezas de la juventud, parecía con su tez oscurecida en que relampagueaban dos soles, una visión del paraiso. Las hipérboles de la multitud la envolvían y la seguían, á veces hasta con indiscreción, y ella sonriente y engreida con tantos homenajes, se embriagaba en el incienso delicioso. Olvidaba todo: á su padrino tristemente perdido entre la muchedumbre, despojo de una dicha nacida y crecida en el misterio; á Deschars que viéndola pasar recordaba que había recorrido un mundo extraño para darse el placer de reunir esas telas conque esperó verla engalanada.

Puymaufray, para no ver la demencia de esos ojos provocadores que le parecían una profanación de los ojos de Clara, se había retirado presa de la desesperación.

—Esta vez ya se perdió todo, decía, y por mi causa; prometí dar mi vida por salvar á mi hija, por librar de los engaños del mundo lo que queda del más hermoso sueño de amor, y no he sabido más que sermonear tontamente; y Claudia, feliz de huirme, se arroja al abismo. ¡Qué había yo de conseguir! Domingo estaba allí y cada día tomaba su revancha diciendo que yo no soy más que un soñador. Ay! Lo que otro tiempo me dió felicidad sublime es motivo ahora de mis infortunios.

Deschars huyó como el criminal que trata de apresurarse para ocultar su vergüenza.

Durante ese tiempo la fiesta desarrolló sus alegrías en la música, la galantería, las risas y las intrigas. La señora de Peyrouard, dama de honor de la reina de Saba, se encontraba por todas partes en que hubiera necesidad de decir una palabra útil y su hermano Montperrier no estaba lejos. Tarea ingrata la que exije siempre al actor en escena, pero que tiene su recompensa tarde ó temprano. Labor y placer confundidos, que en ocasiones no dejan que se distinga la vida real de la teatral!

(Continuará.)

FIESTAS ESCOLARES

A la ilustración de las masas populares deben los pueblos modernos su fuerza y su progreso, y de eso acaba de dar palpitantes muestras el Japón venciendo á China que por su población y elementos de vida, era considerada como una de las naciones más poderosas de la tierra.

Por el camino de la Instrucción pública han llegado los Estados Unidos del Norte al asombroso grado de la prosperidad que causa universal admiración, y por ese mismo camino quiere México abrirse los amplios horizontes de un venturoso porvenir.

El Gobierno de la República, penetrado de la importancia que tiene ese ramo de la Administración, le ha venido consagrando cuidados tan asiduos, que ha realizado en breves años una verdadera transformación, no solo del sistema escolar sino de cuanto con materia tan importante se relaciona.

Por eso es que las fiestas de la Instrucción tienen ahora tanta importancia que, presididas por el Primer Magistrado de la Nación ó por el Ministro del Ramo, constituyen un verdadero acontecimiento por fortuna muy frecuente entre nosotros

Durante los días que van corridos del presente mes, el Sr. Lic. D. Joaquín Baranda, acompañado de los principales empleados de su dependencia, ha estado concurriendo á las poblaciones del Distrito Federal para repartir premios entre los alumnos de las escuelas primarias que más se distinguieron en el año de 1897.

A estas fiestas escolares se ha cuidado de darles toda la importancia que merecen, para bien de la patria y estímulo de la juventud estudiosa. La última ha sido la verificada en el cercano pueblo de Xochimilco, donde lo pintoresco del paisaje y la particularidad de tener que hacerse una parte del viaje por agua, le dieron mayor atractivo. Publicamos las copias de fotografías tomadas en Xochimilco que por fortuna pudimos obtener, y estamos seguros que serán del agrado de los lectores de «El Mundo Ilustrado.»

La fiesta á que nos referimos, no solamente tuvo significación por cuanto á lo oficial y de trascendencia ya referido, sino que despertó verdaderos entusiasmos y regocijos entre los niños educandos y sus mentores.

Después de la ceremonia de Distribución de premios, se sirvió un banquete espléndido no solamente al Sr. Ministro y su comitiva, sino á toda la niñez estudiosa que había acudido á recibir el galardon de sus trabajos escolares.

En ese banquete, como era natural, á las vehementes expresiones de los brindis y á las correctas é inspiradas frases del señor Ministro, respondían los aplausos conmovedores de los niños, manifestación sincera de su alegría. Para ellos, esta fiesta ha sido de las que no se olvidan jamás.

Uno de nuestros grabados representa al Sr. Ministro de Justicia rodeado de los que constituyen en México la plana Mayor de la Instrucción pública, á cuyo ramo consagran sus vigorosos entusiasmos y reconocidas aptitudes. El Sr Miranda que figura también en el grupo, aunque no es empleado, es ardiente simpatizador de la causa de la enseñanza.

Felicitamos sinceramente al Sr. Lic. Baranda por los fructuosos resultados que estan obteniendo sus hábiles y empeñosas labores

EL SR. LIC BARANDA Y SU COMITIVA DESEMBARCANDO EN XOCHIMILCO

OTRO INVENTOR

Tomás A. Edison, el célebre inventor norte-americano ha encontrado un rival nada despreciable en su propio hijo, que acaba de abandonar el hogar paterno para trabajar por su propia cuenta y rivalizar con el autor de sus días en el terreno de los descubrimientos é invenciones.

Desde la edad de once años, el joven Tomás A. Edison ha vivido al lado de su padre, en el laboratorio de que tantas maravillas han salido y ha seguido paso á paso el génisis de los descubrimientos que han asombrado al mundo.

Mas ¿por qué no ha seguido al lado de su padre? ¿por qué se ha hecho rival del gran inventor en vez de ser su socio y cooperador? Es que al hacerlo siguió simplemente el consejo de su padre, quien le había dicho cierto dia:

«Hijo mío, ya sabes casi tanto como yo; pero tus conocimientos no te serán de ninguna utilidad mientras no conozcas el mundo y los hombres. Hazte pues independiente y muéstranos lo que eres. Tienes buenas ideas; pónlas en práctica y que Dios te ayude!»

Edison hijo no dejó repetir esta advertencia; se separó de su padre, y cuatro meses después abrió una oficina técnica en Broadway, la principal avenida de New York.

Mientras tanto, las grandes manufacturas siguen con mucho interés los trabajos del joven inventor, pues saben que el dia menos pensado les sorprenderá con alguna novedad destinada á revolucionar la industria á que se dedican.

Hasta ahora el joven Edison ha inventado una lámpara incandescente que bautizó con el nombre de *Edison junior* y que asegura ser superior á todas las lámparas eléctricas usadas hasta hoy.

Las ventajas de la nueva lámpara consisten principalmente en su vacuo perfeccionado y en el filamento empleado en ella. Para llegar á este fin, ha inventado una máquina neumática especial para extraer el aire del globo.

El filamento es también un invento suyo; es una combinación química carbonizada á una temperatura de elevada del Fahrenheit. Un hecho digno de notarse es que ni la lámpara, ni la máquina neumática han sido patentadas.

"Las experiencias de mi padre, dijo al representante de un diario neoyorkino, me han enseñado á huir de la oficina de patentes. Mi padre ha gastado más dinero en tomar las patentes y sostenerlas, que el que le han aportado. Creo que el secreto ofrece mayor garantía que cualquier patente."

Parece, en efecto, que el joven Edison es hombre capaz de guardar secretos. Las ideas de su lámpara las mantuvo durante cuatro ó cinco años sin revelarlas á nadie. Su padre no tuvo conocimiento del invento, sino cuando la lámpara ya estaba en venta.

Actualmente la lámpara en cuestión es exportada en grandes cantidades á todas partes del mundo, y todo indica que el inventor cuenta con el apoyo de fuertes capitalistas; pero como hombre discreto, se niega á decir quiénes son estos.

A más de esta lámpara, Edison hijo trabaja en el perfeccionamiento de varios otros inventos, y á juzgar por las insinuaciones vagas que hace á sus visitantes, su laboratorio tendrá pronto no menos fama que el de su padre.

"Es facil suponerse, dijo que, tengo algunas ideas de cierto valor. He vivido durante nueve años al lado de mi padre, y sería extraño que no hubiera adquirido alguno que otro conocimiento."

Este joven de veintiun años que la emprende con su propio padre, el inventor más célebre de la actualidad, no ha recibido lo que se llama generalmente una instrucción esmerada Su salud delicada le prohibió estudiar, y á la edad de once años abandonó la escuela y empezó á trabajar en el laboratorio de su padre.

Allí pasó años y años asistiendo al génesis de tantas cosas maravillosas, y estudiando la fuerza de la naturaleza en todas sus faces

Pero espectáculo tal era bastante para despertar en su privilegiada inteligencia la sed de la investigación que es puerta por donde se penetra al palacio de la sabiduría y á fuerza de investigar, empezó á descubrir y es ahora uno de esos pocos que á la cabeza de la humanidad, van llevando el estandarte del progreso,

Dr. Fernando Gayol   Prof. Manuel Cervantes Imaz   Sr. M. Serrano   Dr Luis E. Ruiz   Lic. Joaquin Baranda   Lic. Pedro Miranda   Prof. Ricardo Gómez   Prof. E. Perez Valiente

PAGINAS DE LA MODA

Traje de recepción.

LA MAESTRA

Existe una mujer heróica, que es á la vez madre mentor, hermana de la Caridad, misionera, médico, sacerdotisa del arte, peregrina de la ciencia y tierna amiga de las horas del dolor: esta figura tan santa, tan gigante y sublime, es la maestra.

[illegible] imposible que no fijemos la atención en una figura tan colosal, en una figura que d bía aparecer siempre en primera línea en el gran cueadro de la humanidad

La maestra es madre porque nos guía cariñosamente por la senda del bien, separando de nuestro camino los trabajos que pod an lastimar nuestra débil y vacilante planta y por que nos da la vida moral; es mentor, p[illegible]e nos conduce de la mano al alcázar de la ciencia para iluminar nuestra inteligencia, rasgando las densas brumas que la obscurecian

Hermana de la Caridad, por que con abnegación admirable se olvida de sí misma para atendernos, nos proteje, nos alienta nosconsuela y nos ampara.

Misionero, por que constantemente nos predica los sublimes preceptos del Evangelio abriéndonos los ojos

TRAJES PARA NIÑOS

á la verdad, purificándonos y sanando nuestras almas.

Médico, porque nos cura las heridas del corazón y nos arranca las cataratas del entendimiento, porque nos fortalece y nos da los remedios eficaces contra mil enfermedades peligrosas para el alma y tierna amiga porque llena de solicitud sincera, franca, procura suavizar nuestros pesares; mitigar nuestros dolores, dulcificar nuestras amarguras, y secar nuestro llanto.

Nada más noble y elevado que la misión de la maestra: si es joven, renuncia á su juventud para adquirir la gravedad que exige su alto cargo; si es madre renuncia francamente á los puros goces del hogar para cuidar á sus hijas adoptivas, que son para ella su gran familia: Para ella no hay más mundo que su escuela y sus educandas; fuera de este terreno no lo encontrareis, porque la escuela es la órbita al rededor de la cual gira constantemente

La maestra es más heroina que la mujer-angel que atraviesa los campos de batalla sin más arnés que su sayal, ni más escudo que su sencilla toca: sí, no os asombre, es más heroina que el angel del consuelo llamado hermana de la Caridad, porque sostiene una guerra sin tregua ni descanso, una guerra feroz contra la ignorancia, una guerra sorda y sin brillo contra las malas inclinaciones, los duros impulsos y á veces los malos sentimientos de sus educandas.

Si la maestra sale triunfante en esta lid, para ella no hay coronas, para ella no hay gloria; sus generosos esfuerzos no inspiran la mas leve gratitud, porque las familias, al recibir á sus hijas ilustradas, creen que esto no se debe á la maestra, que esto lo ha hecho por si sola la inteligencia de la discípula. ¡Sin comprender que en cada inteligencia infantil encuentra la maestra un erial que ella, labrador infatigable, convierte más tarde en florido vergel......!

La joven, cuando brilla en un circulo de personas eminentes, por la elegancia de su frase, por la corrección de su estilo, por sus encantos intelectuales, jamás dedica un recuerdo á su segunda madre, á la que debe la vida del espíritu.

Una mujer de salón guarda más elogios para la modista que le hace el talle ceñido y esbelto, que para la maestra que le formó el corazón.

El profesorado es un martirio sin gloria, un heroismo sin palmas del vencimiento.

El dia que se llegue á comprender el importantísimo papel que representa la nuestra, será respetada y estimada en lo que vale. Ella empuja á las sociedades por la pendiente del progreso, ella es el eje de la civilización, ella representa la más augusta de las delegaciones, la delegación de la familia, escudo invulnerable, salvaguardia de los pueblos.

La maestra adquiere fuerzas atléticas para luchar contra el formidable enemigo llamado *error*, la maestra se convierte en titán para matar las malas pasiones de sus educandas: la misión de la maestra es verdaderamente sacerdotal y sagrada.

TRAJE DE CALLE PARA DAMA

La escuela debe ser á los ojos de los pueblos, el tribunal donde se premia y castiga con la severa imparcialidad de la justicia, la cátedra de la verdad, el santuario de la fé, la fortaleza alzada contra los disparos de la ignorancia, el templo de la luz del espiritu, el arca santa de la alianza, donde flotan las almas para librarse de la general inundación, la trinchera que defiende la mansión santa y bendita que nadie debe profanar

Difícil, muy árdua es la empresa de la buena maestra: no basta saber Historia y Aritmética, Gramática y Geografía, Astronomia y otras asignaturas comprendidas en el programa para hacerse simpática é inspirar respeto y confianza.

La maestra está en el deber de seguir una conducta ejemplar para imponerse suavemente por medio de sus virtudes; la maestra debe predicar la virtud con el ejemplo, practicándola.

¡Cuánta cordura, qué elevado criterio, qué reflexion necesita en los más insignificantes actos de su vida, para que no le sean censurados éstos!

¡Qué elevación de alma, qué noble altivez, qué superioridad para despreciar los insultos y calumnias de los seres mezquinos y pequeños!

¡Qué delicadeza, qué inspiración, què acierto, para elegir el sistema más conveniente de educación! Lo que á una niña le afecta, otra lo desprecia, la corrección que á una conmueve, á otra exaspera.

Es preciso, es forzoso elegir un sistema de educación para cada educanda: teniendo en cuenta para esto la atmósfera moral que en su hogar respira, sus hábitos, sus inclinaciones y sobre todo su carácter.

¡Qué responsabilidad tan grande recae sobre la maestra, desde el momento en que una madre le dice entregándole á su hija: Deposito en usted toda mi confianza, entrego á usted mi hija que es el tesoro que más estimo; devuélvamela usted con todas las perfecciones posibles; que su mejor adorno sea una esmerada educación!

NUESTROS GRABADOS

TRAJE DE RECEPCIÓN.

Ofrecemos un encantador modelo, última novedad parisiense para trajes de recepción, de una riqueza y de un gusto supremos. Todo está figurado y se compone de dos grandes partes, el delantero de la falda y la parte posterior de la misma con el cuerpo El primero es de satin acordonado verde nilo pálido con grandes guias de seda; las segundas son del mismo genero más obscur o con estrellas y aplicaciones múltiples de gusanillo de seda blanca. Gran cuello de blonda antigua de

SOMBRERO PARA JÓVENES

Amberes con chifoneado, cubriendo la cerradura de la blusa. Mangas angostas de gran bordado con bullón ligero.

TRAJES PARA NIÑOS.

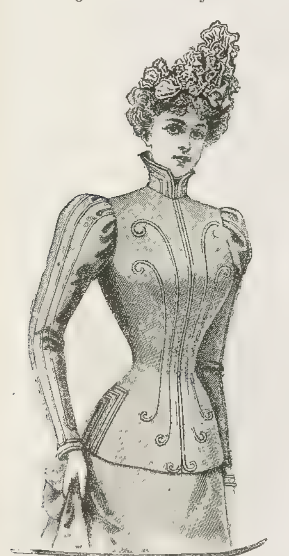
Damos cinco modelos de traje para niños de diversas edades, todos de última novedad, fáciles de hacerse y graciosos en sumo grado. Además, por su ligereza son muy á propósito para la estación.

TRAJE DE CALLE PARA DAMA.

Es de satín obscuro acordonado con elegantes acuchillados crecientes, que parten del talle cerrado por cinturón de raso negro. Sobre el cuerpo del mismo género, moteado de seda, hay una aplicación en forma de elegante coselete, abierta en el centro y bordada en el extremo superior. Mangas angostas de globo, acuchillado en la misma forma que la falda

SOMBRERO PARA JÓVENES.

Este sombrero de fieltro es muy elegante y sencillo. La ala es angosta de adelante y de los lados ancha



SACO ABRIGO PARA CALLE

TRAJE DE PRIMAVERA CON PELERINA

TRAJE DE PRIMAVERA

y muy levantada. Al rededor lleva un listón y al lado izquierdo dos egraittes de pluma como lo representa el grabado.

SACO ABRIGO PARA LA CALLE

La tela que se emplea para este abrigo es de paño y puede hacerse del color que se desea.

Este saco va completamente cerrado, de cada lado está pespunteado de una seda gruesa, figurando los dibujos que se le quieran dar.

Las bolsas son imitadas solamente por los pespuntes.

El cuello es Médicis y tiene tres vueltas de pespuntes.

La manga es angosta y también lleva en todo el largo de la manga cuatro pespuntes, como lo representa el grabado.

TRAJE DE PRIMAVERA CON PELERINA.

Este traje es de tela delgada, está adornado con pasamanería, en el frente y en cada lado de la falda. En la pelerina también lleva una vuelta de pasamanería y en la parte inferior de ésta una franja de seda.

El cuello es una rushe de encaje muy fruncida y tiene un moño de listón grande, como lo demuestra el grabado.

TRAJE DE PRIMAVERA.

El corpiño es entallado va adornado de terciopelo que cae en punta por delante y al rededor de éste lleva un olancito, que figura cabecita de cada lado y plegado en el centro.

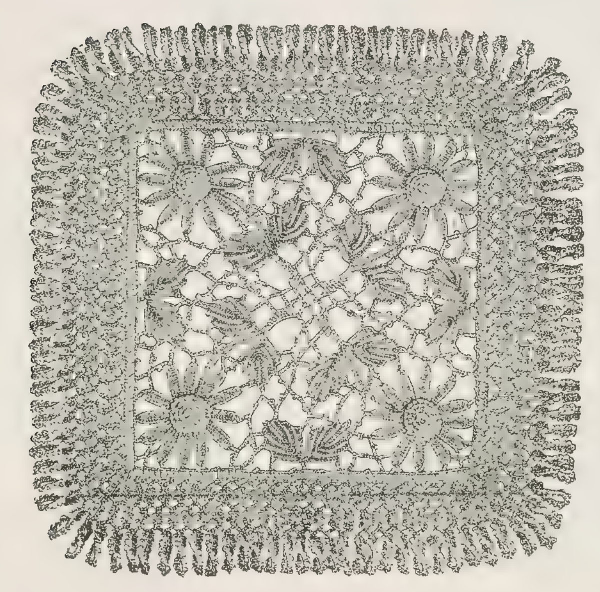
El peto es todo de alforcitas angostas y se abrocha á un lado

El cuello es alto y también lleva á la orilla un olán del mismo género.

La falda lleva en el cubo dos olanes que parten de cada costura del delantero y en la parte inferior lo lleva todo al rededor.

SOBRECOJIN BORDADO

TRAJE DE BAILE PARA JÓVENES



SOBRECOJIN BORDADO

SOBRECOJÍN BORDADO.

Este cojin bordado es hecho de raso, está bordado con sedas de diferentes colores y al rededor tiene un olán fruncido.

Puede servir este cojín para cama ó diván, como lo indíca el grabado.

TRAJE DE BAILE PARA JÓVENES

Este traje es verdaderamente sencillo y muy elegante. Es de seda blanca, y puede hacerse de diferentes colores.

El corpiño está plegado al talle y en el delantero está bordado. La Berta cae en punta y lleva al rededor dos vueltas de bouillonée.

El cinturón es de listón y lleva una hebilla grande.

La manga está toda bouillonée y en la parte de arriba tiene un olán del mismo género tableado.

La falda en la parte inferior lleva un bouillonée de adorno, como lo representa el grabado.

TAPETE DE GANCHO

El tapete de que vamos á hablar es tejido de gancho. Se le puede dar un tamaño más grande. Este tapete es muy bonito para buró ó para mesa.

Con este mismo tejido y dibujos se puede hacer también colchas.

CALZON PAÑAL, CAMISOLITA Y FAJERO PARA NIÑOS

El calsón pañal es muy sencillo y cómodo para los niños, pues se le da la forma de un triángulo y se sostiene por un botón que abrocha en la cintura.

Esta camisola es de linón blanco, el petito es hecho solamente de alforzas.

La manga es ancha y tiene un puñito hecho tambien de alforzas.

Las fajas de que vamos á hablar son hechas de gancho, pueden hacerse también de género.

Se les puede dar diferente figura como lo representa el grabado

CALZÓN PAÑAL, CAMISOLITA Y FAJERO PARA NIÑOS

EL MUNDO.

TOMO I. MEXICO, ABRIL 3 DE 1896. NUMERO 14.

El Cristo crucificado.—de Van Dyck

(De la colección de fotografías del Dr. Flores)

LA SEMANA.

SUMARIO.—Himeneo.—Bien por los que se casan!—Excursiones y paseos.—Especialista en robos.—Fitzsimonds hace escuela.

La Semana de Pascua va á ser fecunda (sic) en bodas. Un enjambre de parejitas enamoradas se prepara, despues de las maceraciones y ayunos de la Cuaresma, á emprender el vuelo hácia nuevos horizontes, á construir nuevos nidos bajo más frondosos ramajes, á fundar, con nuevos hogares nuevas familias, á lanzarse á los azares de la vida cantando y gorgeando, apoyada ella en el brazo de él, mirándose él en los ojos de ella, y derrochando juventud, gracia y amor.

Yo desearía que todo el mundo se casara y no por aquello de "mal de muchos consuelo de tontos" que para mi "mal de muchos" es solo "consuelo de perversos," sino porque no conozco forma más odiosa del egoismo que el celibato. Encerrarse como el caracol en la propia concha; vivir tan sólo para sí mismo; privarse de ser consolado por no tomarse el trabajo ni darse la dicha de consolar; carecer de apoyo, de estímulo, de consejo, por no impartirlo á los débiles, á los lánguidos y á los inocentes; habitar esa residencia helada, desierta y obscura de una casa sin niños, sin mujeres, sin aves y sin flores; tener por confidentes amigos casi siempre desleales; por colaboradores, empleados y servidumbre en general, indiferentes ú hostiles; no contar con un corazón abnegado á quien pedir afecto, ni con una virtud acrisolada de quien tomar ejemplo; vivir solo como el hongo y seco y sin savia como el líquen: ¿puede darse estupidez mayor y menos comprensible egoismo?

Hemos absorbido toda la alta actividad privada y pública; nos hemos apoderado de la ciencia, de la industria, de la política; dominamos y predominamos en el mundo; hemos confinado á la mujer en el hogar, en la maternidad, en las faenas domésticas, la hemos hecho deliberadamente débil, frágil, incapaz de otra cosa que de amar, é inútil para otra cosa que crear y amamantar. Le debemos por consiguiente un hogar, subsistencia, defensa contra la tentación, apoyo en sus desfallecimientos, consejo en sus vacilaciones, consuelo en sus dolores; y el hombre que encerrándose en el celibato, niega su concurso al bienestar y á la felicidad de una mujer y á la posteridad el contingente de su sangre, es un ser pasivo pero positivamente dañino, y se hace digno del reproche severo del moralista y del ceño contraido del pensador.

Por eso á los que se casan los llevamos al altar entre himnos y cantos, regando flores en su camino; por eso celebramos como una fiesta lo que debería tan solo oficiarse como una ceremonia; por eso quemamos inciensos y perfumes en los altares de Himeneo. Los que se casan hacen una buena obra individual y social: ella ofrece sus encantos, sus gracias, sus virtudes para endulzar una existencia, para hacer grata y llevadera una vida, para sustituirse á la providencia, á veces ausente, y hacer feliz á un ser, endulzando sus amarguras y restañando la sangre que manan sus heridas. El, presta su fuerza á la debilidad femenina; con su trabajo gana el sustento de una mujer condenada por la sociedad al ocio y á la miseria; con su energía la defiende del peligro, con su inteligencia la dirige y gobierna, con su nombre la hace respetable y respetada.

Las recompensas de este acto de virtud son los hijos, tiernos, sonrosados, sonrientes, derramando dichas, prodigando la vida, impulsando al trabajo, refrenando arrebatos, imponiendo, inconscientes, el orden, la mesura, el freno á las pasiones, la prudencia á la acción, la corrección á las costumbres, el decoro á la actitud; inspirando las ambiciones nobles, reprimiendo las aspiraciones mezquinas y bajas é irradiando en torno suyo, no sólo dicha, sino tambien virtud.

Bien por los que se casan: el matrimonio es la forma más filantrópica del egoismo y es la conciliación más perfecta del bien propio con el bien ageno.

***

En bandadas, también, se escapan de los sofocantes calores, de los miasmas deletéreos y de la monotonía de la vida social en estos días, los pacíficos habitantes de la capital, en busca de brisas frescas y perfumadas, de bosques umbrosos y embalsamados, de arroyuelos límpidos y arrulladores, de lagos tranquilos y de horizontes indefinidos.

Los ferrocarriles anuncian excursiones hacia los cuatro puntos cardinales, y los trenes comienzan á salir atestados de viajeros, cubre-polvo al hombro, gemelos en tahalí, cesto de provisiones al brazo, bulliciosos, alegres como colegiales que *pintan venado*, como cervatillos en libertad, como aves á quienes se abre las puertas de la pajarera.

A los ferrocarriles debemos entre otros muchos beneficios, el de habernos permitido conocer todo lo que nuestro país tiene de grandioso y de pintoresco. No es necesario emprender un viaje á Veracruz en busca de las barrancas del Infiernillo y de Metlac y de los espléndidos platanares y cafetales de Córdoba; no es preciso internarse en Michoacán y mirarse en el Cuitzeo y el Pátzcuaro y atravesar el imponente cañón del Zopilote; no es indispensable descender la cuesta de Huitzilac y atravesar el puente siniestramente célebre de Escontzin, para admirar los panoramas espléndidos, medir las montañas abruptas, sondear los abismos profundos, y pasear en el fondo de los bosques impenetrables que la Naturaleza ha esparcido en nuestro territorio, haciéndolo más pintoresco que Suiza, más exuberante que Italia, tan accidentado y grandioso como los países andinos.

Ahí, á la otra puerta, á dos pasos, existen sitios pintorescos, bien sombreados, ceñidos de la plata de las corrientes, coronados con la nieve de los volcanes, refugios deliciosos contra las fatigas del trabajo diario, nidos de verdura lozana contra la melancolía, arroyuelos límpidos y ramilletes de boscaje para olvidar dolores, extinguir enfermedades y procurar placeres dulces é idílicos.

En la Cañada, en Santa Fé, en Contreras, se encuentran cada domingo y día festivo, familias enteras que almuerzan sobre la yerba, que bailan á la sombra de los árboles, que cazan en la montaña, que cabalgan en la llanura y que van ahí á hacer provisión de oxígeno, de salud, de vida y de felicidad.

Y luego, ¡qué escenas verdaderamente mitológicas! en el río, abrigadas bajo la roca saliente que forma misteriosa gruta, un enjambre de niñas, haldas en cinta, descalzas, sonrosadas y sonrientes como ninfas, juegan y se bañan en las linfas transparentes, saltan de roca en roca coronadas de flores y salpicadas de diamantes y exitadas por el sol, el aire puro, la vida libre, el agua transparente, rien, juegan, son felices y van á cambiar las transparencias de la camelia por el rojo vivo de la salud, y á acumular vigor y sangre que les falta en las ciudades y que legarán á sus hijos como el mejor patrimonio.

***

Son de preferencia los extranjeros quienes se apresuran á procurarse esos placeres sanos. En México amamos poco la Naturaleza y detestamos la vida activa. No emprenderíamos por gusto esos viajes á pie, con una maletilla á la espalda, que hacen las delicias de los turistas suizos; somos orientales de media sangre, nos gusta el diván, el cojín de plumas, la inacción entre cuatro muros, la siesta bajo la tienda, el palanquín para caminar, nos importunan la lluvia y el sol, huímos de la fatiga y para nosotros la recreación suprema es el descanso. Felizmente la bicicleta comienza á inspirarnos el amor á las excursiones, á los viajes, el gusto por la intemperie y aire libre; la frugalidad del lunch viene á reemplazar la suntuosidad del banquete; los brincos y saltos de la yanta neumática, al tranquilo rodar del carruaje, y los azares y los peligros de la excursión á campo atraviesa, á la seguridad completa del camino real y de la calzada de la Reforma.

No necesitamos menos que todo eso para combatir el raquitismo y la debilidad ingénita de nuestra raza, la susceptibilidad de nuestro organismo á las enfermedades, y la cortedad de nuestra vida media. Para ser vigorosos y sanos, y para vivir mucho y trabajar bien sin peligro, necesitamos sol, aire libre, fatiga física, el chaparrón improvisado que nos inunda, el viento impetuoso que nos sorprende en plena transpiración, el baño involuntario que tomamos al atravesar el arroyo, la noche pasada á la intemperie. Todo esto es gimnástica, no solo de los músculos sino también de la piel que reacciona, de los pulmones que trabajan como fuelles, de la circulación que se acelera, del estómago que pide pan, del riñón que segrega y del hígado que depura; gimnástica que vigoriza, que fortalece, que mantiene el equilibrio de las funciones, que renueva la vida languideciente, que expulsa los gérmenes nocivos y que hace la existencia más duradera, más fructuosa y más feliz.

En las tandas, en los salones, en los bailes de sociedad, no hacemos más que envenenarnos á paso lento, y aspirar á pequeños sorbos la enfermedad y la muerte; en el campo, al sol, al aire y á la intemperie absorbemos á raudales la vida.

***

El señor Brillanti se ha hecho de los grandes robos una verdadera especialidad. No vaya á entenderse por esto que es él quien los practica, sino que él es la víctima, cosa enteramente diversa. Raras personas pueden gloriarse haber sufrido despojos tan cuantiosos como los que han aquejado á dicho señor. Hace ya años, muchos, tantos que los principales culpables han tenido tiempo de extinguir sus condenas, la casa del señor Brillanti fué literalmente saqueada, forzada su caja fuerte y robados en numerario, joyas, mercancías y otros *bibelots*, muchos miles de pesos.

Ahora se ha renovado el hecho y el despojo asciende á ocho ó diez mil pesos. Entonces fueron hombres, hoy fué una mujer la principal autora, y entonces como hoy la policía se manifestó activa, sagaz, rápida en su acción, al extremo de que la primera vez llegó á encontrar en poder de los cacos, una suma superior á la que el señor Brillanti creyó haberle sido robada, juzgando por una primera evaluación aproximativa. En el presente caso se han encontrado ya cuatro mil pesos sobre ocho mil á que parece ascender el robo.

En mis tiempos, se ocultaban y encerraban cuidadosamente en despensas y cómodas, las golosinas capaces de tentar la gula de los niños; con mayor razón debe ocultarse el dinero á los ojos de la servidumbre Qué tentación para el pobre, para el desheredado, para el infeliz condenado al trabajo mal retribuido, el saber que en el cajón de una mesa de noche, en un mal armario cuya llave se olvida en la cerradura, se encierran los placeres á que aspira, los goces que no disfruta, la satisfacción de las necesidades no satisfechas, y la realización de los deseos comprimidos, bajo la forma de un legajo de billetes de banco!

En esas condiciones el robo no se justifica, pero encuentra fácil explicación. La ocasión hace al ladrón, dice la sabiduría de las naciones y es fuerza evitar las ocasiones. Comer frente al hambriento, gozar ante el triste, beber ante el sediento, reposar mientras los otros trabajan y gozar mientras sufren, es imponerles el tormento de Tántalo, exhortarlos á obtener por el camino del mal lo que no pueden alcanzar por el camino del bien; y los criminales para reivindicación del ladrón y del anarquista, encuentran explicación, ya que no disculpa en la ostentación de lujo, en las fiestas mágicas, en la vida públicamente regalada y sibarítica de las clases privilegiadas.

Debe haber algo de pudor, digámoslo así, y mucho de cautela, en el goce de los bienes de la tierra, para no suscitar con el ejemplo, el deseo, con el deseo la envidia y con la envidia el delito. Mientras los principios de moralidad y de virtud no arraiguen en el corazón y no se infiltren en las costumbres del pueblo, hay un medio de imponer la virtud: el candado, y un recurso para hacer respetar la propiedad: la caja fuerte.

Ojalá y para los demás géneros de delito se hubieran inventado esos medios mecánicos de hacer á los hombres honrados y virtuosos, y es sensible que ni la vida ni la honra se puedan defender con engranes y con palancas.

López I.

OBSEQUIO A NUESTROS ABONADOS

Con el presente número repartimos á nuestros abonados en un tomo encuadernado, la 2ª parte de la novela "El gran Margal" como prima que correspende al presente mes de Abril. La 1ª parte se distribuyó con el número de la semana pasada; y con vista de ella, nuestros lectores habrán corregido el error en que incurrimos al anunciar dicho reparto.

Política General.

RESUMEN.—VIENTOS DE MUERTE Y RUMORES DE GUERRA.—LAS LUCHAS DE LA HUMANIDAD.—LA CIVILIZACIÓN Y LA ANGUSTIA HUMANA.—NUESTROS TRIUNFOS Y NUESTRA MISERIA.—LA GUERRA EN ORIENTE.—CHINA DESTROZADA.—LA COMPETENCIA BRITÁNICA Y LAS AMBICIONES RUSAS.—MOVIMIENTOS TEMIBLES DE ESCUADRAS.—ESPAÑA Y LOS ESTADOS UNIDOS.—WÁSHINGTON Y MADRID.—LAS EXIGENCIAS AMERICANAS.—LA INDEPENDENCIA DE CUBA.—EL LEGENDARIO PATRIOTISMO ESPAÑOL.—¡GUERRA?—CONCLUSIÓN.

Vientos de muerte y rachas de tormenta soplan por todas partes en el mundo político. Los cielos se tiñen con los cárdenos fulgores del relámpago, se oye á lo lejos el rodar del trueno, y una atmósfera pesada y caliginosa oprime á todos los pueblos.

La guerra con todos sus horrores, la lucha sangrienta con todas sus catástrofes, el choque de las naciones en espantoso cataclismo, es cuanto se ve al aparecer la hermosa primavera. Al Oriente y al Occidente, al Septentrión y al Mediodía se oye el crujir de instituciones que vacilan, de razas que se agitan, de edificios sociales que se derrumban, y el confuso y tremendo vocerío de la angustiada humanidad, mezclando á los gritos de venganza sus gemidos de dolor.

En vano los filósofos hablan en nombre de la razón, los apóstoles en nombre de la fé los sociólogos en nombre de la conveniencia, los poetas en nombre de sus ideales, los místicos en nombre del supremo bien; en vano se reunen congresos de paz universal y se predican en las ciudades y en los campos máximas de amor y preceptos de concordia: la duda, la terrible duda, víbora venenosa que muerde el corazón de la oprimida raza de Adan, ha derribado los templos y los altares de las viejas teogonías; y el hambre, eterno buitre que corroe las entrañas de los hijos de los hombres, levanta sus fantasmas aterradores y empuja los grupos sociales á luchas tremendas y competencias sin término.

Sed inagotable de poder y de mando en las clases superiores, miseria, tinieblas é ignorancia en las de abajo, forman un conjunto que se ve más inarmónico y paradójico, á explosiones de luz, á los aureos resplandores de la civilización moderna.

***

Hemos podido vencer en desigual pelea al monstruo de la materia en sus obscuros antros, hemos domeñado las fuerzas armipotentes de la Naturaleza, arrebatando el rayo á la nube para servir nuestro pensamiento, el fuego á las entrañas de la tierra para calentar nuestros hogares, y el metal á la roca dura para multiplicar nuestro débil poder.

Hemos registrado entre los ladrillos de Persépolis y los papiros de Tebas y el polvo de las Acrópolis, para descubrir las huellas de las generaciones que fueron.

Hemos sorprendido al astro en su movimiento sidéreo, al átomo en sus vibraciones infinitas, al planeta en sus transformaciones genésicas, á la célula en sus metamorfosis creadoras, al hombre en su primer esfuerzo, á la mujer en su primera pasión, á la sociedad en su vajido primero: y con todos esos datos que nos suministra la leyenda de los siglos y la ciencia en sus evoluciones, ni hemos podido todavía ahorrar una lágrima, ni cegar la fuente del dolor que amarga los días de la raza de Adán.

La civilización ha desgarrado muchas sombras, desecado muchos pantanos, cubierto con bloques gigantescos, arrancados de la empinada sierra, las hondas profundidades de la sima; ha procurado hacer y ha soñado en crear de la humanidad una familia y de las naciones una república: vano intento, el amor, que como el espíritu de Dios se cierne sobre las olas encrespadas del abismo, no ha podido acallar las competencias ni aquietar las incesantes luchas; y si hoy las guerras son menos frecuentes y acaso menos crueles que en los tiempos prehistóricos del hombre troglodita que vivía al lado del mamouth y del oso de las cavernas, no por eso dejan de ser terribles, y de sembrar la ruina y el exterminio sobre todo el haz de la tierra.

***

Allá, en el lejano Oriente se han dado cita las concupiscencias de la vieja Europa. En abierta competencia las naciones coloniales que quieren prevalecer sobre el imperio chino y atarlo al carro de su omnipotente voluntad, luchan á golpes de audacia por alcanzar el triunfo, multiplican sus maquinaciones, aguzan y afiligranan su diplomacia, tejen con hilos de oro sus mentidas promesas, y al fin, el Hijo del Cielo se deja sorprender fascinado por el artificio de la política europea.

Como Alemania se hizo dueña de Kiao-Chau, Rusia se posesionó de Puerto Arturo, desde donde domina todo el Golfo de Petchili; y, señora de la Mandchuria y en su poder los ferrocarriles estratégicos transiberianos, tiene rodeada en cerco de hierro la capital del caduco imperio.

No sin inquietudes ni choques violentos han de pasar estos actos de verdadero despojo: abiertas las puertas de la China á la irrupción europea, allá va la poderosa escuadra de la Gran Bretaña, pretendiendo oponerse, aunque ya tarde, á la cesión de Puerto Arturo, y si no pudo impedir que el Kaiser asentara la planta en el reducido territorio de Kiao-Chau, menos podrá obtener sin choques violentos y sin terribles luchas, que la garra del oso moscovita abandone la presa codiciada.

No sin sorpresa se supo en los pasados días que había inusitada actividad en los arsenales de Francia, y que se aprestaba á marchar hacia las aguas del Mar Amarillo la escuadra de la República. Era que, siguiendo los movimientos de su poderosa aliada, volaba á defender los intereses de Rusia, amenazados por las naves británicas congregadas en Hong Kong y en Chemulpo y dispuestas á mantener las preeminencias de Inglaterra contra las debilidades del Emperador de China, que ha entregado á merced de sus jurados enemigos los puertos principales de Petchili.

No lejos de la escuadra que manda el almirante Seymour se hallan las naves japonesas que vencieron Wey-Hay Wey y los acorazados americanos que pueden ir muy bien al lado de su antigua metrópoli, pero que tal vez se hallen en observación para lanzarse en un momento dado sobre las costas filipinas.

Nada nos asegura que allí el conflicto sea inevitable, pero toda vez que están frente á frente intereses tan contrarios, no es difícil que de allí brote la chispa que encienda universal conflagración.

***

Y si la nube se alza tan amenazadora en el remoto Oriente, aquí muy cerca de nosotros, en las risueñas Antillas que arrulla con sus ondas azules el Seno Mexicano, se levanta más terrible el nimbus de la tormenta.

La excitación que por tres años ha mantenido la prensa en el pueblo americano, sembrando resentimientos contra España y predicando simpatías por la independencia de Cuba, está á punto de dar por amargo fruto una guerra terrible y costosa con la monarquía española.

Previendo todas las emergencias y contando con la cooperación del congreso y del pueblo, el gobierno de Wáshington se ha venido preparando de una manera lenta, pero formidable, para la lucha. El gobierno de Madrid, contando con el inagotable patriotismo del pueblo español, enmedio de las angustiosas penurias que han creado las guerras coloniales en Cuba y Filipinas teniendo que conservar incólume en tan difícil situación la bandera de Lepanto y de Bailén, y que preservar inmaculado el honor nacional y la integridad de la monarquía, hace esfuerzos supremos, y llega hasta el sacrificio y el heroismo, por cumplir la ardua misión que le confiara la Reina Regente, en tan difíciles circunstancias.

En el Senado y en la Cámara de Diputados de Wáshington se han presentado ya proposiciones encaminadas á la independencia de Cuba, aunque haya de pasarse por los horrores de una guerra con España. Están en minoría los jefes de partido que abogaban en el Capitolio por la paz á cualquier precio; el presidente Mc. Kinley, cualesquiera que fuesen sus propósitos pacíficos y sus tendencias por conservar la harmonía entre las dos naciones, ha tenido que ceder, si no á sus propias convicciones, á los clamores de la opinión, mil veces manifestada en las Cámaras, en la prensa, y aun en la cátedra sagrada. Antes de que hicieran explosión las manifestaciones cubanas de otros días, en el seno de la representación nacional, ha pedido una espera para saber lo que contestaba el gabinete de Madrid á las demandas americanas. No se trata ya de la destrucción del «Maine» ni de la indemnización que corresponda, caso de que resulte comprobada alguna responsabilidad á las autoridades de la Habana: se trata de la cesación de la guerra de Cuba, de la independencia concedida por España y de la intervención armada del gobierno americano.

A esas demandas, que no pretendemos calificar, se dice que ha contestado negativamente el gobierno responsable de la monarquía española que preside el señor Sagasta; acaso no ha querido medir las fuerzas del coloso, ni pensar en los elementos de guerra acumulados en pocos dias frente á las costas antillanas, ni considerar la enérgica vitalidad de la gran república: ha oido la voz del patriotismo, ha recojido los acentos más palpitantes de sus antiguas glorias, y ha contestado en tono épico rechazando las proposiciones del gobierno americano.

La guerra es inminente. ¡Que el Dios de los ejércitos dé la victoria—si desgraciadamente estalla la lucha—y corone de lauros al que lleve la justicia!

X. X. X.

1° de Abril 1 de 898.

NUESTROS GRABADOS

OBRAS MAESTRAS

El Sr. Doctor Manuel Flores ha tenido la galantería de poner á nuestra disposición la rica colección de fotografías que formó en su último viaje á Europa, en la que hay copias de los cuadros más notables que figuran en iglesias, museos y galerías particulares. Escojimos para este número el magnífico *Cristo crucificado* de Van Dyck, que es una de las más preciadas joyas del Museo de Ambéres, el imponente y conmovedor *Cristo muerto* de Rubens, que engalana el mismo museo, y los dos cuadros, gloria del arte pictórico, la *Elevación en la cruz* y el *Descendimiento*, de Rubens, que están en la Catedral de Ambéres.

También publicamos hoy una copia del cuadro del Ticiano llamado *El Tributo* y que algunos señalan con el nombre de "Dad al Cesar lo que es del Cesar." En este cuadro, digno por mil títulos de detenido estudio, Ticiano nos presenta un Cristo en que conservándole al mártir del Gólgota los rasgos fisonómicos que le atribuyen la leyenda y la historia, está comprendida la expresión de un modo diferente á como la comprendieron los pintores del Renacimiento y con ellos los de las escuelas sucesivas. ¿Es más bello el Cristo severo, melancólico y dulce, que nos presenta Ticiano, ó lo son los que, resplandecientes de amor, divinos en su tristeza, pintaron otros artistas? Cuestión es esta de apreciación personal, porque en uno y otros hay verdad.

El grupo escultórico de Gustavo Everlein, titulado: *El inmenso dolor* y el cuadro de Rubens, *Cristo entre los ladrones*, son tesoros también de que se ufana con razón el mundo del arte.

AGUA BENDITA.

Ah! no son ya los jóvenes elegantes los que van á los templos. Si orar veis alguno por ahí, frente al altar del Perdón de la Catedral, en una de las naves laterales de la Profesa ó junto á la puerta de Santa Brígida, seguid la dirección de sus miradas y os convenceréis de que no está allí, está muy lejos, su espíritu. perdido en la arcanidad de algunos hermosos ojos.

Los viejos si van á los templos, esas almas llenas ya de sombra, buscan la sombra.

Esas almas á quienes la vida va dejando solas, buscan el nido tranquilo de la nave.

Esas almas tristes solo en el templo se hallan bien.

***

En otro tiempo, los caballeros aguardaban á las damas, cerca de la fuente del agua bendita y cuando las damas se acercaban, ofreciánles galantemente esa agua en el extremo del dedo pulgar humedecido, signando sus frentes marmoreas con una cruz

Aquello ya pasó. Hoy las damas toman el agua bendita solas y los jóvenes no están ahí.

Mas es común todavía ver á un viejo como ese que nos retrata Olvera, sumergiendo los dedos en el líquido "que borra los pecados veniales," y humedecer la frente sobre la cual han caido las escarchas de muchos años y donde la vida posa ya su beso de adios.

"El doloroso encuentro" y "La Virgen al pie de la cruz"

Indudablemente que una de las descripciones más vivas que hay de la «Via dolorosa,» es la que con entusiasmos de creyente y ternezas de enamorado hizo el Sr. Lic. D. José Jesús Cuevas, cuando visitó los Santos Lugares. Esta descripción está *hecha para hacer llorar al mundo* como dice Jorge Isaacs de la *Atala* de Chateaubriand; los creyentes la leen con devoción, como quien reza, y los descreidos sienten sed de creer eso, envidia de sentir así, y todos la riegan con sus lágrimas.

"La Virgen al Pié de la Cruz." obra de D Manuel Carpio que ha sido el primero de los poetas religiosos mexicanos, es una composición imponente y aterradora, que asombra y conmueve con sus estrofas vigorosas que parecen cinceladas en bronce.

Hoy engalanamos *El Mundo Ilustrado* con esas y otras joyas de poesía mística de autores nacionales.

Agua bendita.

POR OLVERA

EL INMENSO DOLOR.—GRUPO ESCULTÓRICO DE GUSTAVO EVERLEIN

La Virgen al pie de la Cruz.

Lanzaba el sol su fuego á medio dia
Sobre las tristes rocas del Calvario.
El campo estaba ardiente y solitario
Y hoja ninguna en su arbol se movia.

Busca el leopardo en medio de arenales
Las tibias aguas del Jordan revuelto.
Busca las sombras el venado esbelto
Entre los deshojados carrizales.

Con el vapor de la caliente arena
El cuello tuerce el espinoso cardo,
Y entre las grietas del peñasco pardo
Se marchita la flor de la verbena.

En tanto el Hombre Dios allá pendiente
En la cumbre del Gólgota gemía,
Y sudaba y temblaba en su agonía
Oyendo las blasfemias de la gente.

Tú, madre del Señor, que cerca estabas
Del patíbulo horrendo y casi muerta,
A ratos lloras con la faz cubierta,
La vista á ratos en el Hijo clavas.

Al mirarle temblar suda tu cuello
Y tu alba frente suda; y te estremeces,
Sus tristes ojos vuelve á tí dos veces,
Y dos veces se eriza tu cabello.

Espectáculo atroz! su sangre roja
Brota caliente y al brotar humea,
Y á proporción que de Jesús gotea
El rostro y manos de su madre moja.

El llanto y el dolor son tu alimento,
Eres pobre y oscura y desgraciada:
No le debes siquiera una mirada
Piadosa al legendario desatento.

A cada grito que el tormento arranca
De la boca sedienta del Ungido,
Exhalas profundísimo gemido
Y el llanto limpias con tu mano blanca.

Aun no acababa algún desapiadado
De blasfemar del inocente Verbo,
Cuando escuchabas con dolor acerbo
La risada insultante del soldado

En tanto el mundo estólido levanta
Hasta el cielo á sus héroes y á sus sabios,
Que no son dignos de poner sus labios
Donde el Hijo de Dios puso la planta.

¿Cómo pudo una mano delincuente
Aplicar en el labio moribundo
Amarga hiel al Hacedor del mundo.
Su misma madre hallándose presente?

¿Cómo no derribó muro y santuario
El furor de estruendoso remolino?
¿Cómo de fuego inmenso torbellino
No derritió las peñas del Calvario?

¿Cómo es, hija de Abraham, que ver pudiste
Los furores de escena tan tremenda?
¿Cómo al tronar la tempestad horrenda
Sin desmayar tu corazón resiste?

Tus lágrimas rodaban á tu seno
Y mojaban tus pechos virginales,
Que nutrieron al Dios de los mortales
Allá de niño en tiempo más sereno.

Cuanto vas con la vista recorriendo
Todo desgarra tu profunda herida,
El muro y torres, la ciudad querida,
El templo augusto, el Olivar tremendo.

En medio del dolor más inhumano,
En contorno buscabas un asilo,
Y en contorno encontrabas muy tranquilo
El semblante del bárbaro romano.

Al espirar el Dios de los judíos
Diste gemidos tristes y dolientes,
Cual suelen las palomas inocentes
En los sauces amargos de los ríos.

Y las manos blanquísimas torcías
Y las alzabas al tremendo cielo,
Y no encontrabas á tu mal consuelo......
¡Cuán otra estabas en mejores dias!

Todo á tu blando corazón aterra;
Cercada estás de pérfidos tiranos;
Se palpan las tinieblas con las manos;
Los muertos se levantan de la tierra.

Un formidable terremoto acaba
De esparcir el terror, y tú entre tanto
Temblabas ¡ay! atónita de espanto
Sobre el Calvario que de horror temblaba.

Tornando al cielo los tus ojos bellos
Y entre las rocas puesta de rodillas,
Enjugas en tus pálidas mejillas
El llanto de dolor con tus cabellos.

Y al recibir al gran Jehová en tus brazos
Todos estremeciéronse tus huesos,
Y en mortal languidez ni darle besos
Ni tampoco pudiste darle abrazos

Pero después le das ósculo ardiente
Y mil abrazos que el amor demanda,
Acariciando con tu mano blanda
Sus muertos ojos y su helada frente.

¿Quién creyera al mirar á este hombre muerto
Reclinado en el seno de su Madre,
Que fuese el mismo resplandor del Padre,
Y el Jehová del Mar Rojo y del desierto?

Del Gólgota no lejos algún día
Para vengar tan bárbaro delito,
Pondrá sus tiendas el romano Tito
Y entonces ¡ay de la nación judía!

¡Ay de Jerusalem, que ya le espera
Hambre y matanza y fuego pavoroso!
La cercarán de inmenso contrafoso,
La ceñirán de sólida trinchera.

La estrechará feroz infantería
Y en medio del furor de la batalla
Por la brecha entrará de la muralla.
¡Virgen, perdona á la nación Judía!

MANUEL CARPIO

Mater tristíma.

Bajo arcada brillante
de estilo gótico,
en altar adornado
de azul mosaico,
de nuestras penas hondas
dulce narcótico
muestra la santa virgen
su rostro hebraico.

Marchita la tristeza
su ebúrnea frente
y salpica de llanto
su negra falda,
y caen sus cabellos,
como un torrente
de sombras en la nieve,
sobre su espalda.

Sus manos juntas dicen
el sufrimiento,
el dolor sus ojeras
y sus miradas,
y en su pecho bendito
—jaspe sangriento—
brillan siniestramente
las siete espadas.

Doliente, solitaria,
dentro el santuario
está la Dolorosa
con sus desdichas,
la Madre cuya vida
—negro Calvario—
jamás el Tabor tuvo
de blancas dichas.

Con polvillo de plata
la luna triste
su perfil nazareno
baña de albura,
y con raros colores
el nicho viste
de Rembrandt recorriendo
la gama oscura.

RUEGO.

¡Virgen de los Dolores,
esas heridas
yo las hice en tu alma
con mis pecados!
¡yo saqué de tus ojos
gotas perdidas
que lloran por los seres
infortunnados!

El bálsamo divino
de tus dolores
Adormezca mis ansias
perturbadoras
derrama en mi camino
luces y flores
y disipa mis noches
con tus auroras!.........

En mi pecho anidaron
la fe y la calma
y hoy solo se acurrucan
las descepciones;
con lluvia de tu llanto
fecunda mi alma
que se ha tornado estéril
por las pasiones!

Has que vuelvan mis creencias
dulces, tranquilas
—palomas dispersadas
que huyen medrosas—
y que sigan la lumbre
de tus pupilas
mis tristes pensamientos
mis mariposas.

Potosí, Marzo del 98.

JOSÉ M. FACHA

Cristo entre los ladrones.--Por Rubens—(de la colección de fotografías del Dr. Flores.)

EL FIN DE SATANAS.

I

Hacía cuatro mil años que iba cayendo en el abismo.

Todavia no había podido agarrar una cima ni levantar una vez siquiera su frente desmesurada Se hundia en la sombra y la bruma, azorado, sólo; y tras él, en las noches eternas, caian lentamente las plumas desprendidas de sus alas.

Cayó fulminado, melancólico, silencioso, triste, abierta la boca, y los piés hacia los cielos, impreso el horror del abismo en su semblante lívido. Y gritó: *Muerte!* tendiendo los puños hacia la sombra vacía. Mas tarde esta palabra fué un hombre y se llamó Caín.

Descendía. De repente una roca le golpeó la mano que él apretó, como la tumba aprieta á un muerto, y se detuvo. Alguien le gritó de arriba:—*¡Cae! ¡las estrellas se extinguirán en torno tuyo, maldito!*—y la voz se perdió en el horror inmenso. Satanás, pálido, miró hacia la eterna aurora. Los soles estaban lejos pero brillaban. Satanás enderezó la cabeza y dijo levantando los brazos:—*¡Mientes!*

Más tarde esa palabra fué el alma de Judas.

Semejante á los dioses de bronce, de pié sobre sus zócalos, Satanás esperó mil años con los ojos fijos en los astros. Las estrellas estaban lejos, pero brillaban aún. El rayo rugia en los mismos cielos fríos y solos. Satanás rió y escupió hacia el trueno. La inmensidad llena de la sombra visionaria, le estremeció. Esa saliva más tarde fué Barrabás.

Un soplo que pasó le hizo caer más abajo.

II

La caida del condenado comenzó de nuevo. Terrible, sombrio y atravesado de agujeros como una criba, el cielo lleno de estrellas se alejaba, la claridad temblaba, y el gran precipitado. desnudo, siniestro y arrastrado por el peso de su crimen, caia, y como una cuña, su cabeza abría el abismo. ¡Más abajo, más abajo, siempre más abajo! Todo le huia: ningún obstáculo de qué poder agarrarse, ni un monte, ni una roca inclinada, ni una piedra: nada, ¡la sombra! Y él cerró los párpados espantados.

Y cuando los abrió, tres soles brillaban solamente, y la sombra habia roído el firmamento: los demás soles estaban muertos.

III

Una roca salía de la bruma negra como un brazo que se extiende. ¡Satanás la agarró y sus pies tocaron las cimas!

Entonces meditó el sér espantoso que se llamaba *Jamás*. Su frente cayó en las manos criminales. Los tres soles, de lejos, semejantes á tres pupilas, le miraban, pero él no los miraba El espacio semejaba á las llanuras de la tierra, cuando en la tarde el horizonte se hunde retrocediendo, sombreado á los ojos blancos del crepúsculo. Largos rayos llegaban hasta las sienes del gran proscrito. A sus espaldas su sombra llenaba el infinito. Las simas del cáos se confundian unas con otras.

De pronto sintió que le nacian unas alas horribles. Comprendió que se volvia monstruo y que en él el angel espiraba, y el rebelde sintió algún fastidio. Dejaba sus espaldas, luminosas en otro tiempo, estremecerse al odioso frio de su ala membranosa. cruzando los brazos, alzando la frente, el bandido, como si se engrandeciese bajo el aprobio, sólo en esas profundidades llenas de ruinas miró y fijamente la caverna de la sombra.

Las tinieblas crecían sin ruido en la nada. La opaca oscuridad cerraba el cielo aterrador. y haciendo más allá del último promontorio una triple aboyadura á ese vidrio negro, tres soles confundian sus tres irradiaciones. Se habría dicho que eran las tres ruedas del carro de fuego, quebrado después de un combate en los altos firmamentos. Los montes salían fuera de las brumas como proas. Y bién! exclamó Satanás. ¡sea! ¡aún puedo ver! El tendrá el cielo azul yo tendré el cielo negro ¿Cree él acaso que yo iré á sollozar á su puerta? Le odio. Tres soles me bastan. ¡Qué me importa! ¡Yo odio el día, el azul, el fulgor, el perfume!

De pronto tembló. No quedaba más que un sol.

VICTOR HUGO.

LOS DIEZ Y NUEVE

El día está lejos aún; ni el más ténue rayo aparece en el oriente frío y negro.

Se adelantan á la hora; y los jueces cuyo orgullo consiste en hacer lenta la marcha de las causas, suben con aspecto tranquilo y amodorrado las gradas del Tribunal.

El gran sacerdote lleva zapatos, los sacerdotes calzan sandalias.

Cada uno de ellos tiene grabado un nombre en el respaldo de su asiento.

El Gabbathá, que también se llama Alto Enlosado; es el palacio lúgubre en donde el tribunal se encuentra situado.

Delante de la puerta está un vaso de bronce con agua; sobre la superficie flota un corcho y este parece decir al que pasa y piensa en ello con espanto:

«El agua es el pueblo y nada puede hacer sumergir á la ley.»

El Sanedrín, bajo el cual la judea se doblega, fué esbozado por Moisés aumentado por Macabeo, y después de haber soportado el examen arrogante del pretor Gabino, es espía del Senado Romano y se refugia como un buitre espantado en una especie de sombra inquieta y sagrada.

En otros tiempos el pueblo vil que hormiguea á los rayos del sol, apercibía á veces ese austero aparato que la ley triste invade con su cólera vaga, las tablas, las gradas, la cámara circular; los doctores en lo alto, sentados en sus sitiales, á los piés de los doctores, el enjambre de los niños con túnicas escarlatas y los levitas sobre esteras, esparcidos por el suelo.

Ahora todo se hace en secreto.

Lejos de todas las miradas, el príncipe preside, espectro misterioso, teniendo al Padre á su derecha al Sabio á su izquierda.

En la obscuridad es donde se trabaja y se siega.

Pudiendo oir Roma, se ocultan los debates.

El Senedrín se cubre con un velo y la ley habla en voz baja.

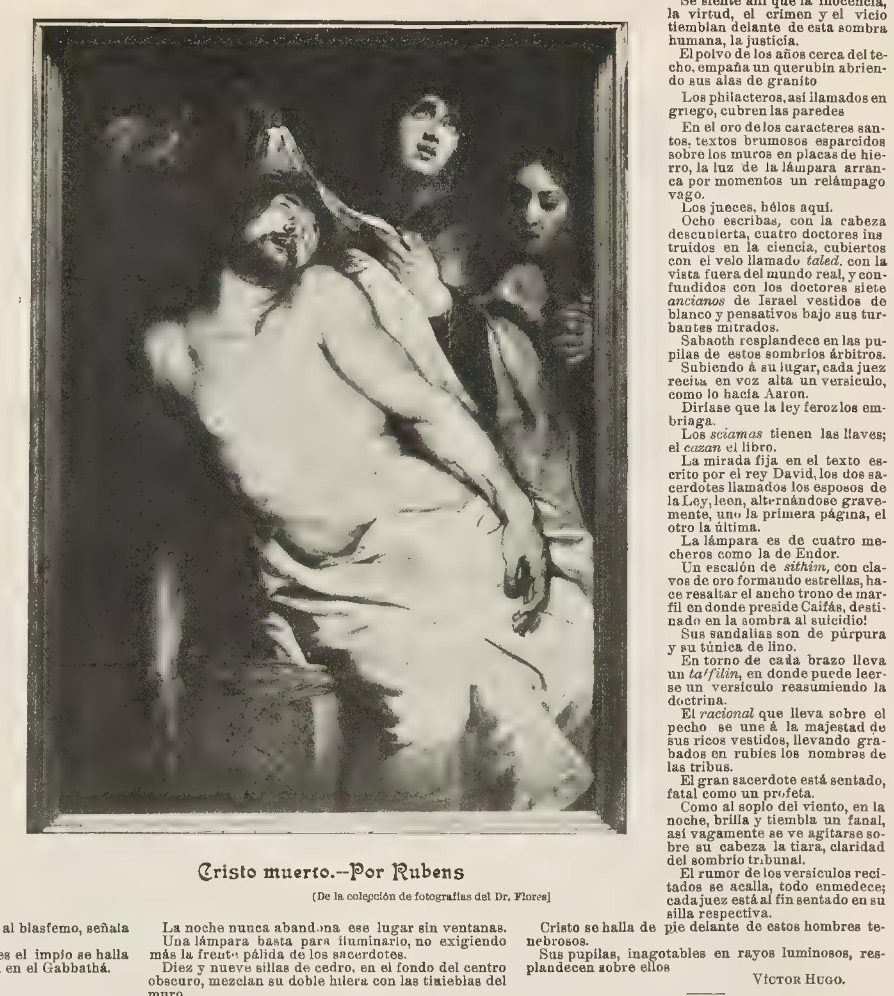
Por lo tanto este Senado de oración, desde Gabino hasta entonces, se reunía en el lugar llamado en hebreo, Liscat-Hagazlt.

Este tribunal, que hace una brecha á la ley y que sabe solo el cómo y el por qué, para castigar al blasfemo, señala diez y nueve jueces.

Estos diez y nueve, ante quienes el impío se halla sin refugio posible, se encuentran en el Gabbathá.

El salón es ancho y alto.

Oliad lo esculpió.



Cristo muerto.—Por Rubens

(De la colección de fotografías del Dr. Flores)

La noche nunca abandona ese lugar sin ventanas.

Una lámpara basta para iluminarlo, no exigiendo más la frente pálida de los sacerdotes.

Diez y nueve sillas de cedro, en el fondo del centro obscuro, mezclan su doble hilera con las tinieblas del muro.

Se siente allí que la inocencia, la virtud, el crimen y el vicio tiemblan delante de esta sombra humana, la justicia.

El polvo de los años cerca del techo, empaña un querubín abriendo sus alas de granito.

Los philacteros, así llamados en griego, cubren las paredes.

En el oro de los caracteres santos, textos brumosos esparcidos sobre los muros en placas de hierro, la luz de la lámpara arranca por momentos un relámpago vago.

Los jueces, hélos aquí.

Ocho escribas, con la cabeza descubierta, cuatro doctores instruidos en la ciencia, cubiertos con el velo llamado *taled*, con la vista fuera del mundo real, y confundidos con los doctores siete *ancianos* de Israel vestidos de blanco y pensativos bajo sus turbantes mitrados.

Sabaoth resplandece en las pupilas de estos sombríos árbitros.

Subiendo á su lugar, cada juez recita en voz alta un versículo, como lo hacía Aaron.

Diríase que la ley feroz los embriaga.

Los *sciamas* tienen las llaves; el *cazan* el libro.

La mirada fija en el texto escrito por el rey David, los dos sacerdotes llamados los esposos de la Ley, leen, alternándose gravemente, uno la primera página, el otro la última.

La lámpara es de cuatro mecheros como la de Endor.

Un escalón de *sithim*, con clavos de oro formando estrellas, hace resaltar el ancho trono de marfil en donde preside Caifás, destinado en la sombra al suicidio!

Sus sandalias son de púrpura y su túnica de lino.

En torno de cada brazo lleva un *tafilin*, en donde puede leerse un versículo reasumiendo la doctrina.

El *racional* que lleva sobre el pecho se une á la majestad de sus ricos vestidos, llevando grabados en rubíes los nombres de las tribus.

El gran sacerdote está sentado, fatal como un profeta.

Como al soplo del viento, en la noche, brilla y tiembla un fanal, así vagamente se ve agitarse sobre su cabeza la tiara, claridad del sombrío tribunal.

El rumor de los versículos recitados se acalla, todo enmudece; cada juez está al fin sentado en su silla respectiva.

Cristo se halla de pie delante de estos hombres tenebrosos.

Sus pupilas, inagotables en rayos luminosos, resplandecen sobre ellos.

VÍCTOR HUGO.

JERUSALEM

Cuando aquesta ciudad delincuente
Se manchó con la sangre del Justo,
Un acento incesante, robusto,
Fatigaba los ecos doquier.

Con proféticas voces revela
Los arcanos del tiempo futuro:
«¡Ay del pueblo, del templo, del muro!»
«¡Ay de tí, desdichada Salem!»

En el aire, de sangre teñido,
Escuadrones de ardientes guerreros
Con clarines, banderas, aceros,
Discurrir combatiendo se ven.

Despeñados después, los recibe
En sus senos el báratro obscuro:
«¡Ay del pueblo, del templo, del muro!»
«¡Ay de tí, desdichada Salem!»

Los levitas oyeron de noche
Dentro el *Sancta Sanctorum* augusto,
De pavor penetrados y susto,
Pasos de hombres huyendo en tropel;

Y una voz que pronuncia: *Salgamos
Presto, presto del sitio inseguro*:
«¡Ay del pueblo, del templo, del muro!»
«¡Ay de tí, desdichada Salem!»

El concento del harpa y salterio,
Y los ecos del gozo callaron:
Los ancianos sus voces alzaron,
Los mancebos gimieron también:

Vanos son de la virgen los lloros,
Es del mago impotente el conjuro:
«¡Ay del pueblo, del templo, del muro!»
«¡Ay de tí, desdichada Sealm!»

De furor el Romano ceñido
A tí viene frenético y ciego:
Le preceden la muerte y el fuego,
El espanto le sigue después:

Y te cerca, y te estrecha, y te intima
Su decreto terrífico y duro:
«¡Ay del pueblo, del templo, del muro!»
«¡Ay de tí, desdichada Salem!

Fuertes lazos te cercan de muerte,
Hambre, espada, dolor te circundan,
Tus recintos de sangre se inundan,
En tí reina mortal palidez:

Estallando tus puertas, dan paso
Al gentil, al profano, al impuro:
«¡Ay del pueblo, del templo, del muro!»
«¡Ay de tí, desdichada Salem!»

Alza el soplo de la ira divina
En tu seno una súbita llama,
El incendio voraz se derrama
Y consume tu vana altivez:

Toda envuelta en torrentes de fuego,
Ya no ofreces un punto seguro:
«¡Ay del pueblo, del templo, del muro!»
«¡Ay de tí, desdichada Salem!»

Con el tiro postrero que lanza
Sobre tí la fatal catapulta,
Al profeta infelice sepulta
Que el estrago anunciábate fiel.

Y al morir, este acento repite,
Que en éter divágase puro:
«¡Ay del pueblo, del templo, del muro!»
«¡Ay de tí, desdichada Salem!»

JOSÉ JOAQUÍN PESADO.

JESUCRISTO

Era bello y gentil como entreabierto
El blanco lirio de fragante aroma,
Y manso como tímida paloma
Que gime solitaria en el desierto.

Y ahora, de sangre y de sudor cubierto
Cual vil esclavo de la altiva Roma,
Sobre la roca de ese monte asoma,
De amor rendido y por nosotros muerto.

Venid, ungidos; férvidos los pechos
Y humilde el corazón, subid al punto
A la sangrienta cumbre del Calvario;

Y contemplad, en lágrimas desechos,
El divino ejemplar cuyo trasunto
Deben ser los ministros del santuario.

MIGUEL JERÓNIMO MARTÍNEZ.

La tempestad en el Tiberiades.

Cruza Jesús el mar de Galilea
Y en las aguas se aduerme blandamente;
Estaya el rayo entre la nube ardiente,
La llama en la tiniebla centellea.

Sonora se enfurece la marea;
Y á Jesús despertando en voz doliente,
—¡Ay, Sálvanos, señor, de la onda hirviente!
Claman los pescadores de Judea.

¡Hombres de poca fé!—dice el monarca
Que al mundo descendió de su alto asiento—
¿Por qué teméis?—y alzándose en la barca,

Al relámpago increpa, al mar, al viento,
Y sopla dulce brisa en la comarca
Y el iris ilumina el firmamento.

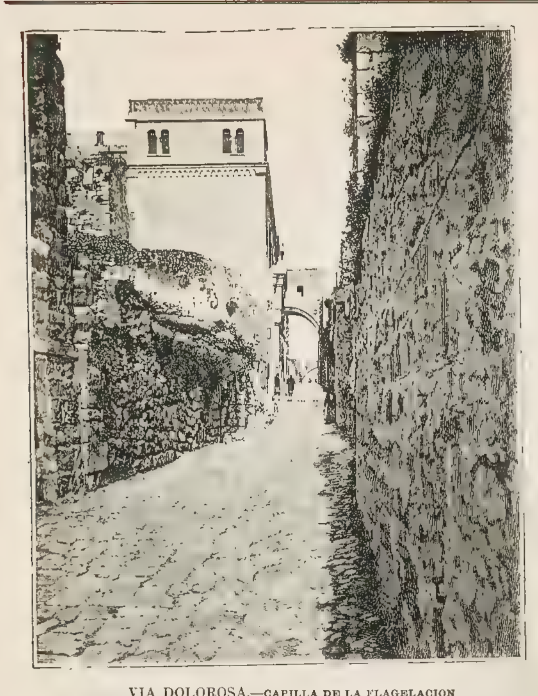
JOSÉ SEBASTIÁN SEGURA.

La elevación en la Cruz.—De Rubens.

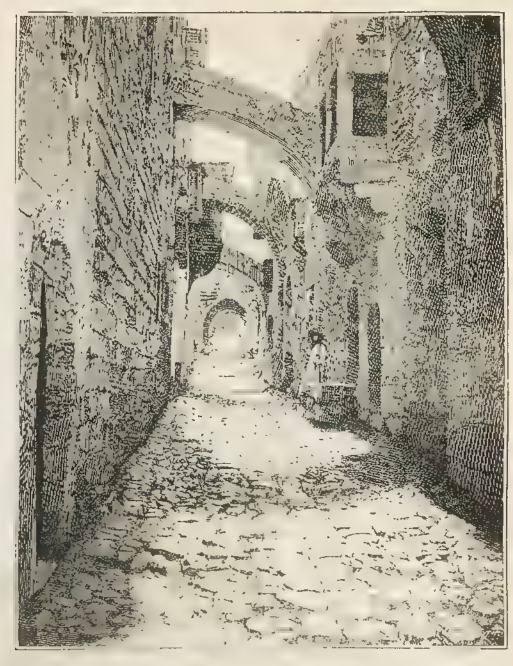
[De la colección de fotografías del Dr. Flores]

El descendimiento.—De Rubens.

[De la colección de fotografías del Dr. Flores]



VIA DOLOROSA.—CAPILLA DE LA FLAGELACION



VIA DOLOROSA.—SITIO EN QUE LA VERÓNICA ENJUGÓ EL ROSTRO AL SALVADOR

El doloroso encuentro

I

Al amanecer llamaba siempre á sus puertas el padre encargado de atender á los peregrinos hospedados en la "Casa Nuova" Aunque no son obligatorios los reglamentos que los padres de Tierra Santa han establecido para el régimen interior de esta vasta y caritativa hospedería donde gratuitamente reciben durante quince dias á los peregrinos católicos ó latinos, como se les llama en el Oriente, dichos reglamentos son observados por todos con la misma exactitud que si lo fueran. Mientras se vive en la "Casa Nuova" es costumbre levantarse con los primeros albores de la mañana

Uno de los más bellos espectáculos que se gozan en Palestina, es la salida del sol. En el cielo del Oriente casi no hay crepúsculos: de la obscuridad de la noche, con rápida transición, se pasa á la claridad del día, y en las tardes el sol no parece declinar, sino extinguirse de repente, como un inmenso fanal que se apagase de un soplo.

Desde las ventanas de la celda donde estábamos hospedados, veíase una cenefa blanca y brillante, cual espuma de olas iluminada por la luna. orlando las alturas del monte de los Olivos. haciendo transparente el ramaje de los árboles de Getsemani, y que hacia destacarse límpidos en el horizonte los contornos del Sepulcro de la Virgen y de la iglesia de la Asunción, de la Mezquita de Omar y de la torre de David.

Era el mes de Enero, y la mañana, sin llegar á ser fria, estaba bastante fresca. El invierno en Judea no es nivoso y húmedo como en Europa. sino penetrante y seco como el de Toluca. Brisas venidas del Mediterráneo soplaban del lado del Occidente, cuando el sol, brotando del horizonte, de golpe, inundó el cielo, en un instante, de luz y de colores. Los cimborrios de la iglesia del Santo Sepulcro y de Santiago el menor brillaron bañados por una lluvia de fuego, se iluminó súbitamente el austero y melancólico panorama de la «Ciudad Santa,» las alturas de Sion y Moria, el Valle de Josafat y el torrente del Cedrón, el pavoroso Haceldama y la triste tumba de los Reyes.

La campana del convento de San Salvador, que raras veces se toca, suele llamar á misa cuando Jerusalem despierta. Las vibraciones de esa campana parecen resonar en lo más íntimo del alma; su tañido no es sólo profundamente triste. sino velado y medroso como si temiera despertar la persecución.

San Salvador, es el convento en Jerusalem, de los padres franciscanos encargados de guardar los Santos Lugares.

II

La iglesia del convento de San Salvador no está en la planta baja, sino en el piso superior y en el centro del edificio. Esta locación del templo, exigida por la necesidad de poner á cubierto de profanaciones el culto católico y de un golpe de mano á los fieles le da mayor recogimiento y acentúa el sentimiento piadoso con una dulce sombra de pavor; las precauciones mismas que se toman, revelan el peligro y recuerdan que aquel augusto sitio ha sido en varias épocas regado con sangre de mártires.

Es profundamente conmovedor asistir al santo sacrificio de la Misa á bordo de un buque en alta mar, ó en medio de un campamento en el que el altar se ve rodeado de un bosque de bayonetas, y la luz de los cirios refléjase en las hojas brillantes de sables desnudos; pero después de asistir al sacrificio incruento sobre la roca misma del Calvario no hay acto tan imponente como el oir la Santa Misa en la capilla interna, casi secreta del convento de San Salvador en Jerusalem. A la Misa que allí se celebra en la mañana asisten muchos padres de la Comunidad, con sus hábitos obscuros y sus luengas barbas: judias católicas vestidas como la Santísima Virgen y la Magdalena con túnicas obscuras y mantos azules ó blancos; fieles con los trajes y fisonomias de las razas todas del mundo. Se ven allí arrodillados junto al rubio alemán, el árabe moreno; junto al francés ó el italiano, el cofto y el absinio, junto al americano, el persia y el armenio. Miranse confundidos á la luz de una fe y al fuego de la misma caridad. las razas más disímbolas del mundo: los pobladores de las regiones más distantes del globo allí se confunden todos bajo el dulce nombre de cristianos.

Después de la misa se suele hacer oración en común, rezando el Rosario ó entonando la letania de la Virgen A los asistentes se les advierte que contesten en latin que es el lenguaje universal de la Iglesia católica Así lo hacen todos al principio; pero conmovidos á las primeras invocaciones de la letanía, ya no son dueños de sí y sojuzgados por la emoción. comienza cada uno á responder en su propia lengua, hasta que entonan todos un himno inmenso en que se mezclan las lenguas de todos los acentos conocidos Al último nadie puede responder ya en acentos articulados, y un sollozo hondísimo un gemido sin fin es el *ora pro nobis* con que invocan á la Madre de su Dios los miseros mortales. El llanto es el solo lenguaje menos indigno de tanta devoción y de tan grande ternura.

Después de haber oido misa en San Salvador, volvimos á "Casa Nuova," á esperar la hora del refectorio para desayunarnos, y á prepararnos, leyendo los pasajes relativos, para recorrer en la mañana de ese dia la "Vía Dolorosa." camino que nuestro Salvador hizo con la Cruz á cuestas. desde el sitio donde lo condenó Pilatos, hasta la cumbre del Calvario.

III.

Las diez de la mañana serian cuando tomando la calle desigual y estrecha que parte de la puerta de Jaffa, dejando á la derecha el muro único resto del antiguo Templo, donde hoy lloran los judíos, por ella seguimos hasta la altura de la mezquita de Omar. y allí torcimos á la izquierda para dirigirnos al palacio de Pilatos, situado en el ángulo Noroeste del atrio del Templo.

El palacio de Pilatos estuvo en el mismo lugar donde se levantaba la torre Antonia: el área que sustentó estos dos monumentos. tan célebres en la historia del mundo, está hoy ocupada por una vasta edificación que los turcos han destinado á cuartel Entendemos que es el único que hay en Jerusalem actualmente, pues sólo allí vimos cuerpo de guardia. y simples retenes algunas veces en la iglesia del Santo Sepulcro y en la torre de David.

Aunque la fachada del cuartel mira hácia el Norte, la entrada está por la parte del Occidente en un ancon que forma hácia ese lado el edificio. Muy dificil es describir con claridad su distribución, pues aun estando allí no es fácil comprenderla: tiene varios patios, galerias, escaleras y pasadizos. que se conoce han sido construidos sin seguir un plan determinado, en diversas épocas y con distintos objetos. Los soldados sólo ocupan el primer patio y los demás están abandonados. Entre las baldosas levantadas brota la hierba, se miran carcomidas sus paredes, y desplomados por el tiempo algunos de sus muros y corredores. Todos los cimientos y algunos de sus muros, son de la época de Nuestro Señor, y entre ellos pasaron muchas de las escenas de su adorable pasión.

El edificio está en el ángulo del atrio del Templo, no lejos de la puerta de San Estéban é inmediato, por tanto, á la Piscina Probática, y al estanque donde se lavaban las ovejas destinadas á los sacrificios simbólicos del antiguo rito.

A poca distancia del de Pilatos, aproximándose á la muralla, estaba el palacio de Herodes. Hoy dia, separada por una callejuela estrecha, frente al palacio de Pilatos, se halla la capilla de la Flagelación, levantada en el sitio donde el Señor fué azotado. Al entrar á ella salió á recibirnos un sacerdote á cuyo cuidado está, y que apenas nos hubo oido cuando se le demudó el semblante y se le arrasaron de lágrimas los ojos. Era un sacerdote mexicano, nacido en Querétaro, quien al oirnos hablar, conoció en el acento que éramos sus compatriotas, y no pudo, á pesar de la austeridad de su virtud y la gravedad de su carácter, dominar la emoción ante ese recuerdo viviente de su patria.

Actualmente el frente del palacio de Pilatos está obstruido por edificaciones privadas y por la capilla de la Flagelación, sin que haya quedado libre mas que el sitio que ocupa la calle de la Amargura. En tiempo de Nuestro Señor habia una gran plaza frente al palacio, y en el centro de ella. el pretorio llamado en hebreo "Gabatta." donde Pilatos pronunció sentencia de muerte contra Jesús En esa plaza se reunió la plebe que vociferando pedia la muerte del Señor y que su sangre cayera sobre ellos y sus hijos

Entónces partian de allí varias calles, entre otras dos con dirección al Calvario; la una amplia, que fué la que siguió pilatos después de haber condenado á Jesús: temiendo que hubiese algún tumulto con motivo de la sentencia, precedido de la caballería y seguido de trescientos infantes, se dirigió en ese dia rodeado de sus oficiales, desde su palacio hasta la puerta de la muralla que daba salida para el Calvario; la otra calle es la misma que hoy existe, y fué la que siguió Nuestro Señor con la Cruz á cuestas, el dia de su crucifixión y muerte.

El lugar, pues, en que Jesús fué cargado con la Cruz, fué el principio de la Vía Dolorosa, y de ese punto partimos nosotros para recorrerla no como viajeros curiosos, sino como creyentes peregrinos.

IV

El Señor fué condenado á las diez de la mañana, Cuando Pilatos hubo pronunciado su inícua sentencia. trajeron unos esclavos la Cruz. que desde la noche anterior. ó más bien en la madrugada de ese día, había sido labrada. Los brazos de ella aún no estaban atados al mástil, y los esclavos pusieron las piezas en el suelo, en medio de la plaza y junto á los piés de Jesús Nuestro Señor se arrodilló y la besó tres veces:

Estaba Jesús desnudo, y trajeron la túnica inconsú-

til que su Santa Madre le había tejido. La corona de espinas era grande, y estrecha la abertura de la túnica, para que pudiera vestírsela, le arrancaron de golpe la corona, y la sangre brotó de nuevo de su cabeza y de su frente. También habían traido las cruces de los ladrones; pero éstos no cargaron más que los travesaños de ellas; sólo el Señor cargó la suya apoyándola en el hombro derecho y sosteniéndola en la misma mano

Veintiocho fariseos se agitaban en la plaza y en las calles adyacentes, mientras los condenados se ponían en marcha. Una parte de los legionarios se quedó en el palacio y la otra se disponía á marchar hasta el Gólgota. La tristísima procesión desfiló llevando á su frente una parte de los fariseos que estaban á caballo; seguían alguaciles, esclavos y gente del pueblo que llevaban cuerdas, escalas, cuñas y todos los demás instrumentos del suplicio. Un joven llevaba colgada sobre el pecho la inscripción que había de ponerse en la cruz, y otro hombre en una lanza la corona de espinas. Seguía el Salvador, al que habían puesto un cinturón con puntas de hierro, del que pendían cuatro cuerdas que las llevaban dos hombres adelante y dos atrás. En pos de Jesús, venían los dos ladrones casi desnudos, pues solo traían un escapulario sin mangas y un gorro de paja en la cabeza. Seguían fariseos y gente del pueblo, y cerraban la marcha los legionarios romanos. Una trompeta sonaba al llegar á cada esquina, y en ellas era proclamada la sentencia.

La muchedumbre, que no podía seguirlos de cerca, porque lo impedía la escolta se amontonaba detrás de ésta ó corría siguiendo otras calles para llegar adonde pudiera verlos; muchos se colocaban á uno y otro lado del camino que debía seguir la triste procesión.

En esa mañana, á intervalos, había estado granizando.

V

La calle de la Amargura que existe hoy, es la misma que el Señor anduvo entonces; es tortuosa, estrecha y desigual. Partiendo del palacio de Pilatos se dirige de Oriente á Occidente, con ligera inclinación al Sur. A poco andar se mira un arco que parece apoyarse en los edificios de una y otra acera que se eleva á poca altura. Ese arco se llama del Ecce Homo, porque desde allí en efecto, pronunciando esas palabras, presentó Pilatos á Jesús coronado de espinas y cubierto con un harapo de púrpura. Los cimientos de la columna derecha del arco, se esconden tras el muro de la iglesia de Señora Santa Ana.

Allí está el convento de las hijas de Sión, fundado por el padre Ratisbona. Las monjas de ese convento son judías convertidas, y el objeto principal de su instituto es pedir por la conversión de sus hermanos. Todos los días, en la misa y después del prefacio, tres veces claman por la conversión de los judíos, pronunciando las mismas palabras de nuestro Salvador: «Perdónalos Señor, que no saben lo que hacen.» La monja con quien hablamos cuando fuimos allí á pedir reliquias de Tierra Santa, era una joven judía, de nacionalidad inglesa, de hermoso rostro, y cuyo padre era uno de los más fuertes banqueros de Londres. También decíase que en su mayor parte son hijas de familias ricas, y que el patrimonio que han renunciado al entrar monjas, sumaria millares de libras esterlinas

Casi al terminar la calle, se ensancha un poco y su piso se eleva. A la derecha hay algunas casas y á su izquierda una bardas de mampostería. Para seguir el camino del Calvario, se tuerce á la izquierda; á la derecha de allí y no á mucha distancia se encuentra la casa de Simón el Fariseo, donde la Magdalena ungió por la primera vez los piés del Señor.

VI

En esa calle, al seguirla el Señor en el día de su Pasión, pasaron episodios terribles, que llenan el alma de pavor y de asombro, y que en los sitios mismos donde se verificaron, el recordarlo eriza los cabellos de terror é inunda el corazón en llanto y amargura, que son inexplicables con palabra humana.

Desde la noche anterior el Señor no había tomado alimento, no había dormido un solo instante y había sido atormentado sin cesar con todo género de afrentas y de dolores; en esa misma mañana había sido coronado de espinas y habían desgarrado con crueles azotes su cuerpo sacratísimo "Varón de dolores." cubierto de oprobio caminaba agobiado con el peso de la cruz, que apenas podía sostener sobre su hombro con la diestra mano, mientras con la izquierda levantaba su larga túnica, que á cada paso le hacía tropezar y tambalear. Los soldados que llevaban las cuerdas que pendían de su cintura, tiraban en distintas direcciones y apenas podía dar paso Jesús ni sostenerse en pie

A uno y á otro lado de la calle se agitaba la multitud al verlo, y los esclavos y gente del pueblo le arrojaban piedras, inmundicias y lodo; de las ventanas le lanzaban palos: y hasta los niños, con una perversidad horripilante, impropia de su edad inocente, á su paso le arrojaban piedras para que tropezase y cayese. Era la hora del poder de las tinieblas, y el infierno y los hombres se habían desencadenado contra el Hijo de Dios, que venía á quebrantar el poder del uno y a salvar á los otros del yugo de Satanás.

En aquel tiempo había un hoyo al fin de la calle, que en la estación de aguas se llenaba de lodo, y habían puesto una piedra grande con el objeto de facilitar el paso. Al llegar Jesús allí, tropezó en ella y cayó á tierra, con la cruz á su lado. Al verlo caer, la multitud lanzó gritos horribles, como de dragones infernales, y los verdugos, alguaciles y fariseos, llenándolo de injurias, de nuevo colocaron sobre su sacrosanta cabeza la corona de espinas y lo obligaron á incorporarse á golpes y á empellones. Jesús suspiraba y gemía, mirando amorosamente á sus verdugos.

Esta fué su primera caída. No es dado expresar con palabras, lo que siente el corazón al besar el sitio en que el Señor cayó!

VII.

Para comprender cual fué el camino del Gólgota, debe saberse que, aunque todo él constituye la "Vía Dolorosa," ésta se compone de diferentes calles que están en distintas direcciones y no son de la misma anchura ni extensión. Saliendo del palacio de Pilatos, recorrió nuestro Salvador la calle de la Amargura, llamada también del Ecce Homo; torció á su izquierda para entrar en la del Parasismo de la Virgen, que no es larga; volvió sobre su derecha para seguir la de la Verónica hasta la Puerta Judiciaria; tomó á la izquierda para seguir por el lado interior de la muralla hasta la puerta del Calvario; salió por ésta, y del lado de afuera siguió caminando á la derecha al pie de la muralla, casi hasta la altura de la Puerta Judiciaria; y de allí, en fín, torció á la izquierda, y ascendiendo, llegó á la cumbre del Gólgota.

Aunque por razón de Jesucristo, que es verdadero Dios y verdadero hombre, todos los pasajes de su pasión santísima sean sublimes y adorables, no es contrario á la piedad cristriana, que para cada corazón sean unos pasos de ella más conmovedores que otros, ni que muevan de distinta manera el ánimo de cada fiel. El episodio de la segunda caida del Señor, la que se verificó en la corta calle llamada hoy del "Parasismo de la Virgen" por unos, y del "Doloroso Encuentro" por otros, es uno de los pasajes de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo que más mueve la devoción y más lágrimas arranca á los peregrinos de todas las naciones del orbe, que siempre se ven recorriendo la "Via Dolorosa."

Los árabes y turcos se separan respetuosamente de los que están rezando el Via Crucis para dejarlos en libertad, y hasta los mismos infieles y judíos se alejan para no interrumpirlos. Se miran allí, rezándolo ó recorriéndolo, á todos los cristianos, lo mismo católicos, que herejes ó cismáticos.

Aun á falta de toda revelación y de todo testimonio histórico, bastaría la cadena viviente de una tradición no interrumpida para comprobar hasta la evidencia, la autenticidad de los lugares y de los sucesos que se verificaron en ellos.

VIII

Mientras Jesús fué azotado, la Virgen Santísima estaba en una especie de éxtasis, sufriendo con un amor y un dolor indecible los tormentos de su Divino Hijo. Estaba sostenida por María de Helí y por María de Cleofas, bañados en lágrimas los ojos, y de su boca se exhalaban leves quejidos: estaba vestida con una túnica azul, una capa blanca de lana y un velo blanco amarillento Las demás amigas de Jesús y de Ella la rodeaban con respeto y ternura, y estaban llorando y temblando como si esperaran su sentencia de muerte. Magdalena, bajo su velo, tenía los cabellos en desorden y estaba palida y abatida de dolor.

Claudia Proela, mujer de Pilatos, esa pagana compasiva que había sido iluminada por la gracia, le envió á la Santísima Virgen una pieza de tela. A las nueve de la mañana que acabarían de flagelar á Jesús, limpiándose la sangre que cubría sus ojos vió á su santa Madre Estaba rodeada de las santas mujeres, que serían como veinte las que entónces la acompañaban; se acercó á la columna en que nuestro Redentor había sido flagelado, tan luego como se apartó el pueblo, y Ella y Magdalena limpiaron la sagrada sangre de Jesús, con los lienzos que Claudia Proela había mandado.

Cuando el Señor fué condenado á muerte, la Santísima Virgen estaba en la plaza, y también cuando la triste comitiva se puso en marcha y el Señor anduvo la calle de la Amargura. Al oir la sentencia de muerte contra su Hijo y su Dios, la Virgen Santísima cayó sin conocimiento, y la retiraron de allí Juan y las santas mujeres que la rodeaban; pero apenas volvió en sí, tuvieron que conducirla a los sitios donde su Hijo había sufrido y donde Ella quería ofrecer el sacrificio de sus lágrimas.

La Dolorosa Madre había salido de la plaza acompañada de Juan y de algunas mujeres Cuando el ruido del pueblo, el sonido de la trompeta y el movimiento de la escolta de Pilatos anunciaron la marcha para el Calvario, no pudo resistir el deseo de ver todavía á su Divino Hijo, y pidió á Juan la condujese á uno de los sitios por donde Jesús debía de pasar.

Tomaron la calle paralela á la de la Amargura, la misma por donde Pilatos había pasado con su escolta con rumbo á la puerta del Calvario, y llegaron á la calle llamada hoy del Parasismo de la Virgen, antes que la triste procesión desemboscase por el extremo opuesto á ella. En la corta calle del Parasismo se señalan hoy: en el fondo, el lugar donde estaba la casa del Rico Avariento; á la derecha el que ocupaba la del pobre Lázaro, y á la izquierda una barda de cal y canto, que marca probablemente el sitio en que se levantaba el palacio de Caifás, no su tribunal que estaba en Sión, sino su habitación privada, rica y suntuosa.

Cuando la Virgen llegó á este sitio, San Juan obtuvo de un criado compasivo el permiso de ponerse en la puerta del palacio con María y los que la acompañaban. Se cree que además de Juan y las santas mujeres, la acompañó otro discípulo, probablemente San Pedro.

La madre de Dios estaba pálida y con los ojos llenos de lágrimas, y enteramente cubierta con una capa parda azulada, que le había puesto sin duda, alguna de las santas mujeres cuando perdió el sentido, al oir la sentencia contra su Divino Hijo.

IX.

Se oía el ruido sordo de la multitud como un mugido de olas alborotadas; se escucharon después el sonido de la trompeta y la voz del pregonero que proclamaba la sentencia. El portero abrió entonces la puerta. Cada vez el ruido se hacía más fuerte y aterrador; entonces la Virgen Santísima oró y le preguntó á Juan ¿cómo podré soportarlo? y salieron al dintel de la puerta: María se paró y miró: no había gente por delante, sino atrás y á los lados.

Cuando los que llevaban los instrumentos del suplicio se acercaron, María juntó las manos y se puso á llorar y temblar, y uno de ellos preguntó: ¿Quien es esa mujer que se lamenta? Otro respondió: «Es la madre del galileo." Entónces, señalándola con el dedo la llenaron de injurias, y el que llevaba los clavos se los presentó á la Virgen burlándose. María miró á Jesús que desembocaba entónces la calle, y poniéndose pálida como un cadáver y con los labios azules, se agarró a la puerta para no caer.

Pasaron los fariseos á caballo, luego el jóven, casi niño, que llevaba la inscripción, y detrás su Santísimo Hijo Jesús, temblando, agobiado bajo el peso de la cruz é inclinada sobre el hombro su cabeza coronada de espinas Al dirigir Jesús una mirada de compasión á su Santa Madre, tropezó y cayó sobre sus rodillas y sus manos. Al verlo caer la Madre de Dios, en la fuerza de su dolor no vió soldados ni verdugos, sino sólo a su Hijo Sacrosanto, y precipitándose desde la puerta por entre los soldados que lo maltrataban, cayó de rodillas á su lado y se abrazó de El. ¡Hijo mio! ¡Madre mia! fueron sus solas palabras.

Hubo entónces un momento de confusión y desorden Los alguaciles injuriaban á la Madre de Dios. Juan y las santas mujeres pugnaban por alejarla de allí: un alguacil le dijo: "Si lo hubieras aleccionado de otro modo, no estaría en nuestras manos." Los soldados la echaron para atrás, y María cayó como muerta en medio de Juan y de las santas mujeres que la rodearon Dos de los discípulos se la llevaron al fin al interior de la casa y cerraron la puerta. Algunos soldados, sin embargo, tuvieron compasión, y entre la multitud que seguía á la escolta lanzando injurias y maldiciones, se veían aquí y allá algunas mujeres cubiertas con sus velos, que iban sollozando y derramando lágrimas.

Esta fué la segunda caída de Jesús, y el doloroso encuentro con su Santa Madre! ¡Gracias, Señor, porque nos concediste contemplar con estos nuestros ojos el lugar mismo donde se verificaron cosas tan grandes y tan increibles, de dolor tan inmenso y de tan infinito amor!

X.

Todos esos sucesos adorables y sublimes, prendas son todos del infinito amor de Dios á los hombres; pero el encuentro doloroso de Jesús con su Santa Madre parece tener el don de conmover de raiz hasta los corazones más depravados y más empedernidos; es el pasaje que más lágrimas arranca á los que recorren el camino de la Cruz, que el Redentor siguió en el tremendo día de su Pasión, para salvar á todos los hombres sus hermanos.

El cuerpo y alma de Jesucristo al unírseles el Verbo, se inundaron de agradecimiento y de amor infinitos, y Dios quedó infinitamente complacido con el agradecimiento y el amor de Jesucristo. Los hombres somos amados de Dios, por tanto, á través de ese infinito amor Las más altas inteligencias no alcanzarían á comprender el amor con que somos amados los hombres: excede á toda alteza de pensamiento y a toda profundidad de razón criada, el amor de Jesucristo á una sola alma

A medida que las almas son más puras, son más amantes y sensibles. El alma de María, libre de toda culpa y en la cual la gracia rebosaba, con indecible amor amaba á su divino Hijo. ¡Qué dolor sentiría y con qué amor ofrecería ese dolor al encontrar á su Hijo en el camino del Calvario! Amandonos á través de su Hijo y por amor á su Dios a un mismo tiempo, ¿qué no alcanzarán en favor de los mortales sus hermanos y sus hijos, las lágrimas que allí y entónces, derramó Ella en el parasismo de su dolor incomparable? Se confunde la inteligencia y el corazón se anonada, al querer penetrar en esos insondables abismos de amor!

XI

¿No es verdad que es un muy grande beneficio de Díos, el que nos haya concedido el postrarnos y llorar en los lugares mismos donde se dignó obrar cosas tan grandes y maravillosas? ¡Ojalá y al reproducir nuestras impresiones y recuerdos, logremos mover á piedad nunque sea un solo corazón, arrancar en compasión del Divino Hijo y de la Madre Santísima una lágrima siquiera!

Hemos descrito lo que hemos visto con nuestros propios ojos: no estamos seguros, sin embargo, de haber sido exactos en todos los detalles, porque, á decir verdad, no medimos distancias ni hicimos allí inquisiciones arqueológicas. A Tierra Santa no fuimos como ilustrados viajeros ni anticuarios eruditos, sino solo como humildes cristianos y compungidos peregrinos. Al referrir los sucesos históricos, merecemos ser creidos, porque estrictamente nos hemos ajustado á las narraciones de la Madre Catalina Emmerich, el libro sobre la Pasión de Nuestro Señor, que más nos ha hecho sentir y llorar, aun despues de haber leido la "Historia de la Pasión" por el padre Palma, esa obra maestra de ese eminenté jesuita

Corriendo el tiempo, quizás nos olvidemos de Madrid, á pesar de todos los encantos de la raza y de la lengua propias; de Lóndres con su Támesis sombrío, el denso humo de sus industrias, el ruido de sus millones de libras y el confuso rumor de aquel hormiguero humano que ensordece y da pavor; de París vomitando en las noches torrentes de luz y haciando crujir en sus amplias avenidas la seda de su lujo espléndido... pero nunca nos olvidaremos de la amarillenta Jerusalem con sus altas murallas y sus desiertas calles, con su honda tristeza de un Viernes Santo inacabable!

¿Cómo olvidarnos del tristisimo camino que el Señor siguió con su cruz hasta el Calvario? Para seguir el sendero más recto á una eternidad feliz, aun esperamos tornar á ver, á la luz del cirio que alumbre nuestra agonía y á través de la última lágrima que brote de nuestros vidriados ojos, el sitio de la humilde callejuela regado con la sangre del Hijo y el llanto de la Madre, cuando allí se encontraron en aquel tremendo día.

José de Jesús Cuevas.

Al Cesar lo que es del Cesar.—Cuadro del Ticiano

LOS MAS FUERTES

POR GEORGES CLEMENCEAU—ILUSTRACIONES GRABADAS EN NUESTROS TALLERES.

Número 14

Montperrier contemplaba de lejos á la bayadera adivinando en el orgullo de sus ojos que en él iba á recaer el provecho de ese triunfo. Claudia, con todos sus sentidos bebía sedienta esta vida encantada marchando en un sueño férico de reinado: festejada por todas esas miradas ávidamente fijas en ella, oyendo susurrar el salmo de las adulaciones interesadas, se decía la loca: «el mundo es mío, yo lo puedo todo» sin comprender que era el mundo el que se había apoderado de ella y que su fuerza imaginaria era la de la corriente que la arrastraba. Ay! cómo escapar á la ilusión común cuando todo conspira á la mentira, cuando la verdad de la dicha desdeñosamente repulsada huía con el hombre que no había ofrecido más que amor!

Ella ni lo veía ni lo buscaba y el padrino se hundía también al peso del inútil tesoro. Lo que hería su vista era la lisonja brillante disfrazada de homenaje de adoración y el único pensamiento que le venía era crecer y crecer más en una ascensión de dominio sin fin. Y la elección del que debía de ser su esposo la rebajaba á calcular la cantidad de poder que debía exigir en cambio de su cantidad de dinero. A este comistrajo (que ni comercio siquiera) iba á sacrificar su juventud, su vida y hasta la esperanza de amar.

La nobleza arruinada le parecía poco y veía á Montperrier en acción alabado y adulado de todos, y le parecía que en efecto sus intereses se podían combinar.—¿Qué podían ofrecer Deschars y el padrino que rivalizara con la mágia de los salones de su padre?

Cuando la reunión terminaba, se aproximó Montperrier á decirle adios.

—Y bien, le dijo, está usted contenta? Todo esto lo hicimos por usted.

—En ese caso, llegaron más allá de mis esperanzas y esta noche la recordaré siempre.

—¡Qué alegría si me asociara usted á ese recuerdo!

—Lo puede usted dudar?

—Señorita, recojo esa palabra. Mi orgullo sabrá resistir al deseo de sacarle ventajas. Nada se ofrece á las reinas y ellas son las que eligen á sus servidores. Si algún día quiere usted elegirme, bastará la más leve señal.

Le tendió la mano y Claudia presentó la suya lentamente, como cohibida por una última vacilación. Al otro lado del salón Harlé tenía aprisionadas las dos manos de la vizcondesa que decía:

—No, no, es preciso esperar hasta mañana.

XVI.

Al día siguiente Puymaufray se hizo anunciar en casa de Claudia, y recibió este billete en respuesta:

—«Querido padrino. No he dormido. Estaré vestida dentro de una hora.»

Aunque vanamente hubiera esperado el sueño, Claudia estaba ya sobre las armas, y acababa de dirigir á Deschars estas palabras:

«Venga usted esta tarde.».

Para la explicación con su padrino, única temible, quería poner en orden sus ideas.

Puymaufray anduvo errando á la ventura y empleó esta hora en revolver el puñal en la herida diciéndose mil veces. «No hice nada» y mil veces agregando «¿y qué podia yo hacer?»

Ahora llegaba el momento supremo, y un resto de esperanza agravaba su angustia con la eterna cuestión: «¿qué palabra, qué grito encontrar que despierte mi sangre y resucite á Clara?» Estaba al fin de sus fuerzas, agotado por el sentimiento, cuando llegó al salón donde Claudia le esperaba con esa tensión nerviosa que se siente al otro dia de una fiesta, aumentada por la emoción de la batalla. Pálido, estremecido, con los ojos brillantes y la voz seca, Puymaufray vió una Claudia enemiga, y después de un abrazo como el de dos gladiadores antes de entrar en combate, presentó el pecho para recibir el golpe.

—Padrino: como comprenderá usted, ya sé lo que viene á decirme. Tuve la desgracia de apenar á Deschars haciéndole ver que no éramos el uno para el otro. Qué quiere usted? No sentimos lo mismo. Usted sabe que sería en vano que se me quisiera violentar y le hago esta justicia, pero no ignoro que le habría sido grato que aceptara

yo la petición de su amigo. Es un buen partido, pero se me deben consentir consideraciones que me son personales. Por qué pues querellarme?

—Pero qué dices desgraciada? te he querellado jamás? Por qué esta agresión antes de mi primera palabra?

—Es que ya sé lo que me va usted á decir y hasta lo que piensa.

—Poco entonces te cuidas de lo que pienso. Pero en lo que has dicho te equivocas, pues no vengo á hablarte de Mauricio aunque tengo hacia él el afecto más vivo, por que es joven, valiente y bueno, cree y te ama. Esto no es bastante puesto que no le amas tú, por lo cual te compadezco, pero no habiéndote dado consejos anteriores sobre el particular, no tengo ahora nada que decirte de eso.

—Entonces dígame usted francamente qué es lo que quiere de mí.

—Pues bien: no quiero que te cases con Montperrier ¿He hablado claro?

—Muy claro; pero es necesario darme las razones.

—Que no quiere mas que tu dinero.

—Diga usted que él me acepta con mi situación como yo lo acepto con la suya. ¿No debe ser así el cálculo de cada uno en esta clase de negocios?

—No!

—Oh! sí. El señor Deschars se casaría conmigo, si fuera pastora y sufriría una equivocación. La vida no se puede pasar exclusivamente diciendo: «te amo» y si esas dos palabras bastaran para la dicha, tendriamos el paraíso en la tierra, pero no es eso lo que hace falta. Hay que entenderse y poner de acuerdo el programa de la vida. Creo que Montperrier tiene un hermoso porvenir que yo puedo aprovechar y al que llegará más pronto con mi dinero. ¿Por qué no casarme con Montperrier?

—Por que no le amas, porque con toda su juventud es viejo del espíritu y del corazón, usado en las farsas, disecado en el cálculo, y que no puede ser bueno puesto que su fuerza nace solo de la agena debilidad.

—Diga usted que no es de sus teorías.

—Yo no tengo teorías. Para excusarte á tus propios ojos, intentas persuadirte de que yo he querido desviarte de los placeres del mundo. No, pobre niña mía! Lo que habría deseado es que los pusieras en el lugar de tu vida que les corresponde; pero se te ha empujado en la funesta pendiente y ya no te puedes detener. El mundo te ha tomado por entero y ves venir el instante en que no seré nada para tí. Esa es la peor desgracia. Porque ese mundo á que te entregas incondicionalmente, es egoista, cruel, malo y cobarde, y corrompe y pervierte todo para hacerlo á su imagen. Cuando lo comprendas, ya serás su víctima y entonces me llamarás y ya habré muerto. Hoy te podrias salvar si me amaras aún.

- Padrino, apesar de esos duros reproches, bien sabe usted que le amo y que sufro resistiéndome á sus indicaciones, pero usted padece un error, se lo aseguro, queriendo hacerme feliz contra mi voluntad á gusto de su filosofía. Yo no soy usted; yo soy yo. Déjeme usted disponer á mi antojo de mi felicidad.

—Lo que llamas tu felicidad, Claudia, es la desgracia irreparable, la miseria de una vida desperdiciada; y será la desesperación cuando los brazos que ahora te estoy abriendo en vano, estén helados bajo la tierra.

—Y si se está usted engañado?

—Y si te estás engañando tú? Yo te amo y veo tu destino.

—Hago mi destino y acepto las consecuencias. ¿Quiere usted que se lo diga? Pues bien; no amo á Mauricio Deschars en el sentido que usted da á esa palabra, pero está lejos de desagradarme y no lo veré partir sin dolor. Déjeme usted la eventualidad de este último día y no me haga decir desde luego la palabra que aun me resisto á pronunciar. Todo ha hablado en su favor; él mismo, usted, algo interior en mí, todo excepto ese mundo que usted detesta, que él detesta también, que habla por mi boca apesar mío tal vez y que siento que es más fuerte.

¿Qué diría usted mañana si me viera desgraciada por haber seguido sus consejos y si le fuera necesario reconocer que usted había causado mi desdicha?

—Yo te digo sencillamente que no te cases con Montperrier.

—Es que hay lógica en mis actos. Si hago el sacrificio del hombre que hubiera podido elegir, á lo menos recojo en opinión del mundo las ventajas, puesto que Montperrier es apropósito para este fin. El y yo aliamos nuestras fuerzas para reinar.

—Y eres tú Claudia, tú la que te atreves á decirme cínicamente que reemplazas el amor con un mercado?

—Un mercado como aquellos de que somos testigos todos los dias y que la indulgencia de usted perdona á sus antepasados y á sus amigos. Usted me encuentra cínica, y ¿qué hago si no razonar mis actos que son los de todo el mundo? Ya sé que en torno mío hay señoritas que tienen una madre para que discuta esas cosas y ellas bajan púdicamente los ojos mientras que se trafica con ellas bajo la capa de fórmulas decentes y se hacen de las novicias sin voluntad propia. Pues bien, yo estoy obligada á pensar y á hablar por mí misma, y mi cinismo no es sino probidad.

—Tu sangre fria me espanta. Ya tú no eres tú y parece que Harlé por su éxito te ha forjado una alma nueva. Si tu madre pudiera revivir en este mismo instante yo te desafiaría á sostener sus miradas. Pues bien: es forzoso que la oigas.

—Padrino, por favor, no haga usted hablar á los muertos, eso es una simpleza, y óigame usted, se lo ruego. Váyase usted sin decir una palabra más y déjeme mi plena libertad hasta esta tarde. Ya sabrá usted por el conducto del señor Deschars lo que él y yo hablemos. Espere usted, se lo pido por piedad para mí y por piedad para nosotros. Yo me diré á mi misma todo lo que usted me podría decir.

Y Puymaufray, mudo, partió sin saber cómo ni porqué, asiéndose todavía á la esperanza de una rebelión de la vergüenza, mortalmente herido por ese corazón duro que se cerraba al corazón de Clara, ahogando difícilmente una cólera cuyo estallido le daba miedo....

La palabra de la señora Fourchamps: "es fuerza esperar hasta mañana" acentuada con un tono de mujer que se rinde, parecía al orgulloso candor del industrial como la palabra mística consagrada para subir al trono. Esto era el coronamiento, el término supremo. Cien veces había estado á punto de arrojarse á los pies de la vizcondesa y recitarle cosas que componía artísticamente á sus solas; pero siempre un no se qué de aquella mirada que no podia afrontar, le dejaba inmóvil la declaración de amor pronta á estallar. Resolvió hacer sus confidencias á Oppert, que lo escuchó sin manifestar demasiada sorpresa y le prodigó consejos, entre los cuales Harlé creyó distinguir no sin alegria, un dejo de la amargura de los celos.

La opinión del Barón se concentraba en una palabra: «paciencia» pero el enamorado industrial no queria esperar más. O era un necio ó aquel «es fuerza esperar hasta mañana» quería decir claramente «amo á usted» Amar, ser amado! iba á conocer esta felicidad suprema á que todos los hombres aspiran y que por lo común los más grandes no han cantado sino para hacerse ilusiones. En el ocaso de su vida, después de la labor inmensa que le ponía por fin en el primer rango de los jefes de acción moderna, encontraba una mujer ideal, la más bella, la más inteligente, la más amorosa, que le comprendía, le amaba, le completaba milagrosamente y haría de él el más feliz, el más dichoso, el más envidiable, el más fuerte de los más fuertes. Esto es lo que él la decía en términos precisos á ella misma, á la hora en que Puymaufray se batía dolorosamente contra la lógica feroz de Claudia, y en verdad que esta perspectiva de hacer la dicha del gran Harlé parecía colmar de alegría á la vizcondesa.

—¿Cómo, son verdad todas esas cosas tan bellas, decia ella en una especie de éxtasis? ¿es posible que un hombre como usted....

El resto se acababa con una dulce presión de la artística mano que el enamorado cubría de sonoros besos!

—Pues bien, la suerte esta echada amigo mío, cuando usted quiera seré la señora de Harlé.

—La condesa de Harlé. Yo no habría consentido en hacer decaer á la vizcondesa de Fourchamps. El Santo Padre me ha concedido el título de conde.

—El secreto fué bien guardado, pero no crea usted que me tientan esas vanidades.

—Ya lo sé, pero no hubiera querido que usted descienda.

—Con usted no hay descenso posible.

—Pero existen tantos tontos.....

—Eso me decía Montperrier cuando le aconsejé revalidar el título que sus antepasados abandonaron en la revolución.

—Es señor de algo?

—Sí, vizconde como Chateaubriand ¿qué le parecería á usted para marido de Claudia?

—Vizconde de Montperrier? No está malo. Y usted cree que Claudia......

—Yo sé que Montperrier tiene por usted la más grande admiración y que ese matrimonio colmaría sus votos. Qué dice usted?

—Lo que usted guste. De qué se rie usted?

—De esos jóvenes que van á casarse como antes lo hicimos los dos, por razones de conveniencia, en tanto que nosotros más felices aún, hacemos un matrimonio de amor.

Apenas salió Harlé, Puymaufray se hizo anunciar á la vizcondesa.

Puymaufray había estado desesperado por lo que le dijo aquella niña cruel sin una lágrima, sin un estremecimiento. Y él, cobarde, no había osado llorar, gritar, imponer su autoridad. No tenía ningún auxilio posible, y ¿cómo admirarse si había quedado burlado, escarnecido, odiosamente ultrajado por una vizcondesa de Fourchamps?

Entonces le vino al pensamiento esta criatura vil que á precio infame le propuso la salvación de Claudia. En vez de dejar hablar al corazón, él debió fingir, ganar tiempo, y una vez conseguida la dicha de Claudia, suicidarse en último caso.

—Y bien, hagamos el último sacrificio, pensó.

Y sin proyecto determinado corrió á casa de la vizcondesa que se estremeció de alegría porque la fortuna le traía al vencido.

—Acaba usted de hablar con Harlé: no es cierto?

—No señora, he querido venir á decirle á usted que conmovido por sus afectuosos ofrecimientos....

—Debo de interrumpir á usted marques, diciéndole que mi palabra está dada y que me caso con el conde Harlé dentro de un mes.

—Mil perdones. Excuse usted mi sorpresa y crea usted que felicito sobre todo á Harlé que no sabía yo fuera conde.

—Suprima usted sus admiraciones á las que no falta algún despecho. Usted me hizo la corte, no hay que negarlo, y su entusiasmo es sospechoso. Pero no puedo oir ni una sola palabra mas, ya que su turbación acaba de hablarme muy claramente.

Después de un diálogo amargo y difícil, Puymaufray salió embrutecido, presa del vértigo, al borde de la locura.

En tanto que Puymaufray vagaba como béstia herida, Domingo, recibia las felicitaciones de su amigo Oppert y cuando regresó á su casa para cenar, se formó la resolución de confesar á Claudia su felicidad; pero cuando iba á abrir la boca fué anunciado Deschars y Harlé lo recibió con cordialidad. Después de algunas vueltas en el jardín, lo dejó con Claudia excusándose por ocupaciones urgentes y ofreciéndole volver.

Los jóvenes se sentaron en un banco y hubo un silencio entre los dos; un silencio de angustia y de pavor como el del reo y el verdugo cuando el hacha está levantada. Entre la vida y la muerte, Mauricio esperaba con la dolorosa voluptuosidad del que ansía lo imposible. Claudia estupefacta sentía en las mudas convulsiones de su garganta estrangulada que su esfuerzo por hablar se transformaría en sollozos, y tuvo la idea de huir; si Deschars hubiera sido ejercitado y audáz, quien sabe qué partido habría sacado de la explosión de aquellas emociones. Pero inmóvil, desvanecido en el abrumamiento de un día de tempestad, Deschars veía la luz de un candelabro en que se venían á quemar sus últimas mariposas. Sin gesto, sin pensamiento, esperaba.

Al fin, Claudia que se había repuesto comenzó á hablar.

—Hizo usted bien al venir, dijo con voz ronca. Aunque pueda ser penoso para los dos, es forzoso que me oiga usted todavía. Debería, si tuviera fuerza de voluntad, no preocuparme del juicio que se haya usted formado de mí despues de nuestra última entrevista, pero no puedo resolverme á quedar mal comprendida.

—Yo comprendo á usted puesto que la amo y la conozco bien y la veo víctima de las malas sugestiones que la rodean, y ahora oigo por boca de usted hablar á su padre y no á usted misma. La conozco más de lo que usted se conoce y es por debilidad, por desconfianza de sus fuerzas, por

lo que se refugia á los recursos extremos, creyendo saber y no sabiendo nada de la vida. Y así cierra usted ciega y violentamente el corazón á las instigaciones de su padrino que son la verdad y el amor y así obra usted contra su pensamiento y contra su voluntad.

—Me juzga usted demasiado bien. Yo soy doble, verdaderamente incomprensible hasta para mi propio criterio y hay horas en que querría alegremente poner mis manos en las de usted y ser feliz á la manera que usted entiende la felicidad, pero se me ha puesto en otras condiciones de vida: mis millones me arrojan en brazos de Montperrier á quien no amo y por quien mañana abrigaré sabe Dios qué sentimientos, puesto que no hallaré á su lado más satisfacciones que las del orgullo á las que ahora sacrifico el amor. Esto no es nuevo, solamente que yo voy al mundo con los ojos muy bien abiertos. No se me obliga: sigo la vía que se me ha trazado porque no tengo fuerzas ni voluntad para abirme otra. Despréciame usted por esta cobardía, ódieme por el mal que le hago, pero compadézcame por la pena que sufro.

—Si verdaderamente sufre usted, rescátese se lo ruego. Es tiempo todavía. Alce usted la frente y resuelva por sí misma de su libertad. Sálvese y sálvenos y no mate, sin tener ni aun la excusa de la ignorancia, la felicidad de toda su vida.

—Ya es demasiado tarde. Mi destino está fijado. Levantada hoy recaería mañana. Sin una resolución irrevocable ¿habría yo podido hablar como lo hice el otro día? ¿habría podido rebelarme como lo hice hoy por la mañana contra la bondad de mi padrino? ¿podría en estos momentos en que estoy avergonzada, quedarme sin recoger las palabras reveladoras de mis malos propósitos y dejarlas en pie? No: todo ha concluido, ya lo dije. Es mejor para usted y para mí el breve sufrimiento de hoy, que tenernos que torturar toda la vida.... Mañana, agregó Claudia después de una pausa, haré conocer *su dicha* al señor de Montperrier. Ni yo misma comprendo por qué he querido antes hablar con usted: tal vez para poner á prueba mi decisión. Pues bien, si fué así, confieso que mi pena es cruel pero la decisión permanece. De consiguiente parta usted, sin decir adios, sin ver lo que deja atrás. Vaya usted á pasear sus ensueños por la tierra y acaso encuentre una mujer digna de realizarlos. Usted me olvidará y será su premio. ¡Quién sabe si no será mi castigo acordarme de usted!

Mauricio quizo besar la mano que le tendió Claudia, pero ella la retiró bruscamente como quemada por las lágrimas que se anticiparon al beso.

—No, dijo, yo no merezco ese dolor! váyase usted.

Y como Mauricio iba á hablar, le cortó la palabra diciéndole:

—Ni una palabra más, se lo suplico: Sea usted generoso hasta el fin. No sería capáz de cambiar y cualquiera insistencia solamente serviría para aumentar mi dolor. Adios! Algo en nosotros se rompe y soy yo quien lo quiere. Perdón. Piedad. Ya ve usted bien que no lo amo!

Y huyó hácia el salón. Deschars, embrutecido quedó allí inmóvil oyendo el ruido de los pasos precipitados sobre la arena, como esperando que Claudia volviera arrepentida, buscando en él alguna resolución más allá de la última derrota y no encontrando otra cosa que su voluntad aniquilada. Un ruido al fin le volvió á la realidad de las cosas; creyó oír á Harlé y se precipitó á la calle. Desde su ventana Claudia le vió partir sin hacer el más leve gesto de emoción por ese amor de su vida que ella había arrojado para siempre. Pero luego, al golpe de la puerta de la reja, semejante al de la losa que cae sobre un sepulcro, Claudia tembló y con las facciones horriblemente contraídas, corrió á la consola cuya ornamentación ocultaba un secreto y haciendo jugar el resorte, tomó una cajita de concha esmaltada de oro que colocó sobre la mesa, y después de correr el cerrojo de su puerta se desvistió con febril precipitación.

Cuando al fin quedó lista para dormir, Claudia se sentó junto á la lámpara, y sacandode la cajita una microscópica jeringa de oro—misterioso, regalo de la vizcondesa,—la cargó de morfina y se hizo la primera inyección!....

Entretanto, Deschars regresaba lentamente al hotel donde desesperaba Puymaufray. No esperando nada de nadie, el ingrato olvidaba á su amigo, cuyas angustias no podia adivinar.

En la puerta, Naneta lo llamó súbitamente á las realidades de la vida.

—Amiga mía, dijo él con voz ahogada, hágame usted el favor de decir al Marqués que me estoy cayendo de fatiga y que lo veré mañana.

No era necesario decir tantas palabras. La vieja, en el sonido de su voz, había comprendido el desastre.

—Parece que eso no marcha, dijo entrando á la habitación de Puymaufray. Esto era facil de adivinarse con un hombre como el señor Mauricio, que no sabe hablar gordo cuando se necesita. Dice que vendrá mañana, ya trataremos de consolarle; pero nosotros tenemos que salvar á nuestra hija. También usted suplica y riñe cuando tendría derecho de mandar.

Y querellando á Enrique inclinó su pensamiento al desastre de Mauricio y lo resolvió á tentar un supremo esfuerzo de salvación.

—Dices bien, le contestó el Marqués; mucho tiempo he retrocedido ante las palabras decisivas Esta vez ella me oirá.

En su cuarto, Deschars iba de un lado al otro con la faz contraida, la mirada do'orosamnete vaga, tratando de recobrar un resto de energía. Al amanecer se sentó á la mesa y con un movimiento resuelto escribió la siguiente carta:

«Al señor Marqués de Puymaufray:

«Perdóneme usted que parta sin despedirme, pero ¿qué podría decirle que no le llenara de aflicción? Ayer recibí de Claudia la declaración definitiva de que no me ama y eso es ya demasiado. Me apresuro á ponerme en camino y en tanto usted siga amándola, pues que tiene derecho para ello. Vuelvo á emprender al azar mis correrías inútiles. Ya le escribiré á usted algún día.

Suyo siempre con creciente cariño

Mauricio.»

Dos horas después estaba en camino para Marsella.

XVII

Al día siguiente, en la mesa, y después de almorzar, Claudia y Harlé se observaban en silencio. Este, febricitante, esperaba la ocasión de hablar preocupado únicamente de ocultar bajo el pretexto de una unión de conveniencia la secreta embriaguez de su matrimonio por amor. Claudia, todavía bajo la obsesión de la morfina, gozaba en un desvanecimiento el emponzoñado encanto de un delicioso estupor. Ella esperaba la interrogación de su padre y presintiendo que se iba á tratar de Montperrier, pensaba vagamente que sería de buen gusto manifestar alguna inclinación hácia su futuro esposo.

Por fin, después de haber asegurado su voz por medio de una tosecilla preliminar, Harlé comenzó su discurso:

—Tengo una gran noticia que darte, hija mía Acabo de recibir un título de conde. El Santo Padre me ha concedido graciosamente este favor que yo no había solicitado, pues sabes que estoy muy por encima de esas vanidades. Supongo que se ha querido recompensar el servicio prestado á la religión con las instituciones piadosas de Santa Radegunda, al mismo tiempo que atraerse la buena voluntad del *Diario Universal* en favor de la buena causa. No podría yo sin ofender á la Santa Sede sustraerme á este honor. Así pues ya soy conde, lo cual en la alta situación á que he llegado, es una sortija en el dedo. No tengo necesidad de nadie, y todo el mundo necesita de mí. ¡Pero qué! Uno de estos días tú te irás en brazos de un gallardo marido y yo estoy en peligro de quedarme solo en este gran palacio, lo cual sería bien triste. De consiguiente no te sorprenderá que me haya venido la idea de formar una nueva familia, por supuesto, cuidando mucho de no herir ni tus intereses, ni tus sentimientos.

—No diga usted mas, papá: se casa usted con la señora Fourchamps.

—Estoy encantado de tus facultades de adivinación. Esto prueba que todo se concilia de la mejor manera del mundo puesto que, sin que yo dijera una palabra de la persona......

—Vamos, papá, usted quiere chancearse. Tengo ojos. Usted está enamorado como un loco.

Harlé enrojeció hasta las orejas.

—¿Qué es lo que dices? La señora Fourchamps es nuestra mejor amiga y ha venido velando por tí desde tu entrada en el mundo; te ha colmado de cuidados afectuosos y tiernos, y yo por este inapreciable servicio tengo hácia ella un reconocimiento sin límites. Es verdad que la admiro como la admira conmigo todo París, pero esto no puede justificar tus tonterías. En la carrera política en que voy á entrar, necesito una mujer que me secunde. Dí que soy ambicioso y estarás más cerca de la verdad porque según comprenderás, es imposible encontrar una auxiliar más feliz.

—Todo lo que usted quiera papá, pero un poco de sentimentalismo no viene mal á la edad de usted! La señora Fourchamps ha sido muy buena para mí y no pueden más que regocijarme cualesquiera que sean, los sentimientos que deciden á usted á aproximarla más cerca todavía de nosotros. Este resultado de su ambición como usted lo llama, estaba previsto por mí desde hace mucho tiempo y como todas las conveniencias son perfectas, si tiene usted una debilidad de corazón no seré yo quien le traicione.

Harlé bajaba los ojos lleno de timidez á la sola idea del amor.

—Y ya que tratamos de esas cosas, añadió Claudia......

No tuvo tiempo de acabar porque algo como un huracán empujó la puerta y se precipitó en el comedor. Antes de que Claudia hubiera podido darse cuenta de lo que pasaba se encontró en los brazos de la señora Fourchamps.

—Soy feliz, querida mía, de que me acepte usted por mamá.

Y risas entrecortadas por la emoción contenida, y abrazos, y besos, y gritos de pajarillo, y lágrimas, verdaderas lágrimas....

Harlé en éxtasis, con los ojos humedecidos de felicidad vaciaba la copa de la dicha. Quería hablar y no encontraba más que exclamaciones monosilábicas cuya elocuencia le parecía sublime. En fin, después de un discurso todo de mímica pudo poner su beso en el guante blanco que palpitaba á la espalda de Claudia, y cada uno se esforzó en recobrar la calma de las puras alegrías de familia.

—Ya sabe usted hija mía, decía la vizcondesa, que su papá de usted y yo no tenemos más que un deseo: hacerla feliz.

—¿Cómo lo podría yo dudar? dijo Claudia muy tranquila y viendo con curiosidad pasar la ola de las emociones desbordantes. Leo en los ojos de ustedes que ambos tienen algo que decirme.

—Oh! La picaruela que quiere hacerme hablar y no me deja el placer de sorprenderla. Pues bien, si su padre de usted me autoriza, hablaré y reivindicaré desde hoy el deber maternal que me será bien dulce.

—Señora, dijo Harlé con tono solemne; puede usted decir todo lo que guste.

—Y bien mis queridos amigos, acabo de recibir la visita del señor Montperrier quien me declaró que la belleza de la señorita Claudia....

—Ruego á usted economice preámbulos; mi resolución está tomada desde ayer y veo que de pleno acuerdo vamos á inaugurar nuestras nuevas familias. Tiene usted algo que objetar padre mío?

—Es muy sencillo: que mi opinión es la de la señora Fourchamps.

—Confieso, dijo ésta, que estoy convencida de las ventajas de esta unión, si la inclinación de nuestra hija le es favorable.

—Ponga usted que la inclinación de su hija es tal como usted la desea, contestó Claudia.

—Estoy encantada, agregó la vizcondesa. La antigua nobleza es *juego viejo* y no puedo ser sospechosa reconociéndolo. Un hombre como su padre de usted está destinado por su génio á poner en movimiento las grandes actividades modernas. La política le reclama y buscando en los campos del gobierno y entre los hombres de la nueva generación, no hay un nombre más rico de realidades adquiridas y más pródigo de esperanzas que el de Montperrier, ¿qué podemos desear para usted niña querida, sino las nobles alegrías del poder soberano que fué en otro tiempo atribución exclusiva de los reyes y que la justa lógica de las cosas reserva hoy......

—A los más fuertes, interrumpió Harlé.

—Es demasiada modestia, dijo la vizcondesa; diga usted, á los más dignos.

—Es lo mismo. Y bien hija mía, qué dices tú?

—Nada. En principio apruebo.

—Observaré solamente, dijo Harlé, que no teniendo ni un centavo de capital el señor Montperrier, me parece discreto no reconocerle nada en el contrato y así dependerá de su esposa: de otro modo ya sé lo que sucedería.

—A mis ojos, exclamó Claudia, esa es una condición necesaria.

—El señor Montperrier, dijo gravemente la vizcondesa, es el hombre más desinteresado del mundo y aunque podría recibir, nada pedirá.

—Y nada tendrá, concluyó Harlé, que acababa de recobrar á este respecto, su ordinaria resolución.

—Antes de decir mi última palabra, reclamó Claudia, tengo solamente necesidad de una entrevista de cinco minutos con el señor Montperrier.

—Me parece bien hija mía: siempre los que van á casarse tienen algo antes qué decirse.

—Esto es maravilloso, exclamó la vizcondesa, riendo á carcajadas. Justamente he dejado en mi coche á Montperrier.

Algunos instantes después, Etienne de Montperrier muy conmovido era introducido al salón donde lo esperaba la familia.

—Es usted pues, señor, le dijo Harlé alegremente quien osa pretender la mano de mi hija? A mí me gusta la audacia, pero no tengo nada que decir porque Claudia es dueña de su mano, y ella será la que decida, para lo cual quiero dejar á usted abogar por su causa. Sea usted elocuente. Buen éxito á la juventud.

Y dicha esta palabra, Harlé se retiró con la vizcondesa dejando á los dos enamorados frente á frente.

—Señorita; comenzó Montperrier, muy pálido, mi suerte está en las manos de usted. Podía muy bien confesarle ahora que—fuera de las cuestiones de conveniencia que podíamos fingir ignorar sin hipocresía,—mi admiración, por el carácter de usted, y permítame añadir la impresión que me causa su belleza, me elevan hasta la posibilidad de hablar como hubiera querido hacerlo.

—En este momento, señor, no veo lugar más que para la elocuencia de los hechos.

—Sin embargo, señorita, crea usted que el amor....

—Queda entendido. Tenemos toda la vida para ensayar, si nos podemos poner de acuerdo en ese punto. Si he querido esta entrevista es porque tengo mis condiciones que poner, porque no quiero para lo porvenir que haya decepciones entre nosotros. Usted me ama como es conveniente y por mi parte veo que usted no me disgustará del todo. Cuando todas las demás condiciones se hayan acordado, con eso es bastante. Diré á usted que pretendo permanecer dueña de mí misma, si tal cosa puede ser compatible con el matrimonio. A lo menos, he resuelto preservar de una eventual tiranía todo lo que sea salvable, y por eso he querido que usted sepa de mi boca que mis deberes tendrán como exacta medida los de usted. Mi padre cree que no debe reconocerse á usted ningún capital en el contrato, y esa sería mi voluntad aunque no fuera la suya.

—Yo rehusaría señorita, pues el desinterés de que he dado tantas pruebas......

—No lo dudo, y si hablo á pesar mío de estas cosas, es porque juzgo leal informar á usted plenamente desde ahora, de un estado de cosas al cual es necesario que se acomoden sus resoluciones del porvenir.

—Lo agradezco mucho señorita. Y ya que hablamos con igual franqueza, permítame usted decirle que sería bueno, siempre en el interés común, y para mantener la autoridad social necesaria á mi situación personal, fijarme una fortuna que me ponga al abrigo de notas desagradables.

—Entonces si daría usted lugar á malos juicios y se diría que había hecho usted un casamiento por dinero. No. Usted encuentra ante sí una voluntad que no es inferior á la suya, y eso constituye una garantía para el porvenir. Tenga usted confianza en mí y en mi plena fidelidad social como yo la tengo en usted. Esto responde á todo y además consiento en que usted procure hacerse amar, y deseo que alcance su propósito.

—No tendré otro afán, que agradar á usted en todo

—Pues bien, nuestra suerte está fijada. Ya le recordaré á usted en caso necesario, las condiciones de nuestro pacto.

—No será necesario, pues las conservo en la memoria.

—Y avanzó hácia ella con la mano tendida. Claudia le contuvo con un gesto, y levantando la cortina llamó á su padre.

Entonces, bajo las miradas enternecidas de la señora Fourchamps agobiada por tantas dichas, y en la plena irradiación de Harlé, incendiado de amor, los dos jóvenes helados sellaron con un gesto de alta corrección el pacto de intereses en que cada uno llevaba la intención de engañar á su socio. Triunfo de un día cuya revancha se encargaría de cobrar el porvenir.

—Lo dominaré, se decía Claudia. Estará sometido á mi voluntad.

—Ya me llegará mi día, pensaba el otro sordamente irritado.

—Sed felices hijos míos! gritaba Harlé embriagado en los ojos de la vizcondesa.

Después de haber leído la carta de Deschars, sin pronunciar una palabra Puymaufray la entregó á Naneta que después de descifrarla lenta y silenciosamente dijo:

—Hizo bien al partir, porque no era una fuerza en este juego, y toda nuestra desdicha consistió en que contábamos con él cuando él lo esperaba todo de nosotros. Vea usted señor Enrique, estos jóvenes del día, aún cuando sean buenos como el señor Mauricio, no son en realidad buenos para nada. He aquí todo lo que se puede decir.

—Y yo? Pienso que no tengo mucho de que vanagloriarme.

—Porque está usted con los brazos cruzados junto á gentes que no dejan de golpear en el yunque. Pero esta vez me ha prometido usted hablar como se debe, y si no lo hace usted, todo ha terminado.

—Claudia me oirá, contestó el marqués.

Puymaufray llegó á la verja de la avenida Friedland en el momento preciso en que Claudia, con su mano en la mano de Montperrier, envolvía con una irónica mirada los pudores espantadizos de la vizcondesa y las llamaradas de los ojos paternales.

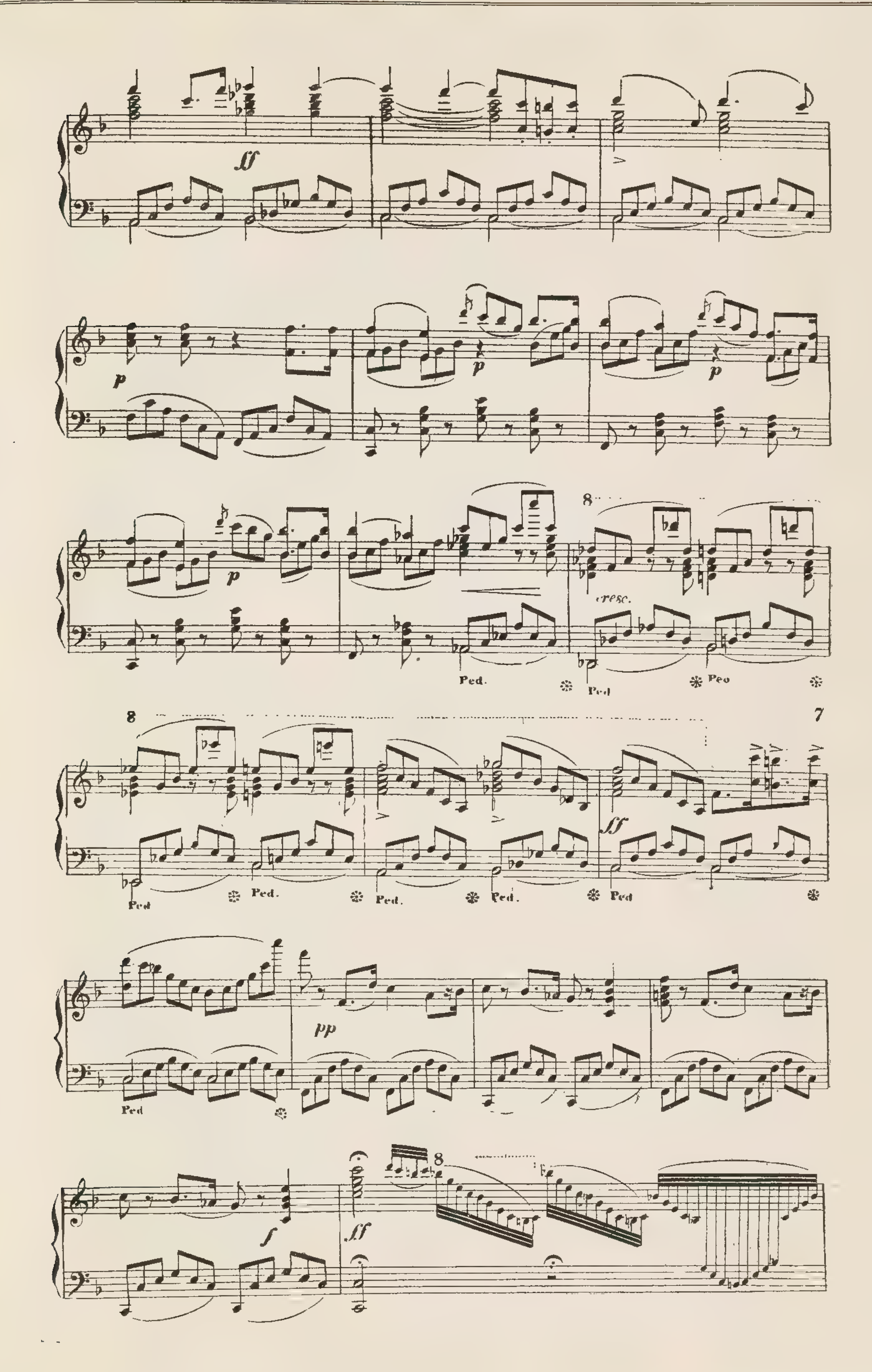
—Me pongo en fuga, exclamó la jóven cuando oyó anunciar al marqués y desapareció sin volver la cara.

—Haga usted entrar al señor marqués en mi gabinete, gruñó Harlé, furioso por el contratiempo que habia venido á interrumpir tan fuera de oportunidad aquella deliciosa expansión.

(Continuará).

CUJUS ANIMAN
STABAT MATER DE ROSSINI
TRASCRIPCION
por H Alberti
Allegro maestoso.
PIANO
ff
pp
tr
p
dolce

fz
fz
f
ff
Ped
Ped
Ped
Ped
Ped.
Ped.
Ped.
Ped.
Ped.
ff
pp
ff
ff
ff
p
p
p
cresc
f


ff
p
p
p
p
8
cresc.
Ped.
Ped
Ped
8
7
ff
Ped
Ped.
Ped.
Ped.
Ped
Ped
pp
f
ff
8

CRISTO

Entre el furor de la caterva impía,
Desfallecido y con la cruz á cuestas,
Llega el Hijo de Dios sobre las crestas
Del monte que de horror se estremecía.

Ya elevada la cruz le sostenía;
Y en las regiones de la tierra opuestas
Cielos y mar y llanos y florestas,
Todo es tiniebla en tan tremendo día!

Del sacro templo se desgarra el velo,
Y la Madre de Dios un ¡ay! profundo
Lanza, cayendo sobre el duro suelo.

Se estremece el abismo en lo profundo;
Y en medio del horror de tierra y cielo
Brota la sangre que redime al mundo!

Luis Gonzaga Ortiz.

Muerte de Cristo

Tras de tanto luchar y sufrir tanto,
Tras de la afrenta y la traición impía,
Se ve enclavado al Hijo de *María*
Sobre un árbol en cruz, hoy signo santo.

La creación, cual presa del quebranto,
Al presenciar de Cristo la agonía,
Cubrió de sombras el fulgente día,
Difundiendo doquier terror y espanto.

El rojo sol, inmenso pebetero,
Apagó triste su fulgor radiante,
Y el mar rugió desenfrenado y fiero.

Bramó la tempestad y en el instante
En que espiró el *Señor*, el mundo entero
Tembló sobre sus ejes de diamante

Joaquin Trejo

La Cruz sola

Negro el altar, la bóveda desierta;
El resplandor del moribundo día
Penetra por la angosta celosía
De la alta nave sobre el muro abierta.

Allá en la triste obscuridad incierta
Se levanta la cruz negra y sombría;
Cristo, la inmensa luz que en ella ardía
Descansa ya bajo la losa yerta.

Ay! Del mundo en el viaje solitario,
Una luz nos ayuda en lontananza
A cargar con la cruz hasta el osario.

Y cuando al mal el corazón se lanza,
Así, de nuestra vida en el Calvario
Queda la cruz y muere la esperanza.

Manuel José Othon.

El beso de Judas

Misión de amor, de redención y vida
Fué la que al mundo predicó humanado
El Verbo Eterno, cuando en vil pecado
Miró la torpe humanidad sumida.

Sembró la paz, y con desdén oída
Fué su palabra, por feroz malvado
Que en mesa santa colocó á su lado,
Al dar su sangre en eternal bebida.

Ansió el maldito, de metal inmundo
La avaricia saciar; y á los furores
Del judáico poder siempre iracundo,

Vendió al que tanto le colmó de amores:
Mónstruo de iniquidad! así en el mundo
La semilla sembró de los traidores.

José R. Garnelo.

EL MUNDO.

TOMO I. MEXICO, ABRIL 10 DE 1896. NUMERO 15

Primeras flores de Abril

LA SEMANA.

RESUMEN—Murió la Semana Santa. - Uniformidad creciente de las costumbres. - El rasero de la civilización. —La antigua Semana Santa. - Su carácter místico y pintoresco.

———

Como el Carnaval, como los paseos de Santa Anita, como las Bendiciones de San Antonio Abad, tambien la Semana Santa ha muerto. Podrán haberse conservado en algunos corazones piadosos los sentimientos que evoca la pasión y la trágica muerte de un apóstol, de un iluminado que predicó la igualdad humana, el amor al prójimo, el imperio de la justicia, la rehabilitación de la mujer, y que la fe católica y el credo cristiano llaman hijo de Dios; pero los usos, las ceremonias, los hábitos con que acostumbraba conmemorar el orbe católico la pasión y muerte de Jesús, han desaparecido para siempre.

Desde luego las leyes y las instituciones, vedando el culto externo, han dado golpe de muerte á las pompas y magnificencias del culto público. Ya no se oficia en calles y plazas; ya no desfilan, interminables y solemnes las procesiones, entre dos líneas de devotos arrodillados; las bóvedas de los templos sofocan los himnos hieráticos; entre los cuatro muros de las basílicas se desenvuelven, se esparcen y se disipan las volutas del incienso; el fervor, á puerta cerrada, no trasciende á las masas aglomeradas; en los campanarios duermen mudas las esquilas, y las matracas descansan en los almacenes de attrezzo de las catedrales.

Ese confinamiento que da mayor severidad al culto y que lo transforma de espectáculo teatral en mera expansión interna, es incontestablemente un bien y un progreso en el orden político y social; pero es un retroceso en el orden estético.

***

No es solo la religión la que padece de ese empañamiento de sus pompas, de ese enfriamiento de sus focos ardientes, de ese esfumamiento de sus vistosidades y de sus magnificencias; toda la vida humana, todos los usos, todas las costumbres, y hasta la moda y la cocina, van perdiendo en caracter local y típico, todo su aspecto pintoresco, y fundiéndose en un matiz opaco y general. La facilidad de comunicaciones, la uniformidad de lecturas, de educación y de modelos, la creciente promiscuidad humana, borran á la larga lo que de característico y de personal tiene cada pueblo; al contacto de los unos con los otros, las asperezas se dulcifican, los ángulos se embotan, las aristas se redondean y acaban todos por presentar la misma monótona moribdez, el mismo insulso pulimento de las peladillas de arroyo sobre las cuales ha pasado durante años la misma corriente.

Ya los árabes no alancean toros, ni los gauchos lazan potros, ni los bohemios danzan al son de guzlas y pífanos; ni se baila el minuet en Francia, ni en España la pavana, ni la farándola en Provenza. Levantinos y Occidentales, Tropicales é Hiperboreos, corren caballos á la inglesa, bailan boston á la americana, concurren á escuchar los mismos *vaudevilles* y los mismos dramas. Ya no circula en el Japón el pintoresco carrito tirado á brazo de hombre, ni las grandes de España se hacen conducir en litera, ni las mandarinas se pasean en palanquín; hoy se viaja en Pullman del Polo al Ecuador, y los mismos landós abiertos arrastran á la princesa de Metternich, á Lilioukalaní y á Chululankorn.

Ya el egipcio no roe cebollas, ni se alimenta con koumis; el chino hace asco á su arroz y á sus palillos; el indio occidental ya no prefiere el mole; hoy las mismas trufas perfuman los mismos manjares y la misma perdiz devora Livingstone en el centro del Africa, que Andrée en la punta helada del planeta.

A la chechia, al turbante, al vistoso birrete vascongado, ha sustituido el mismo sombrero de copa, la reina de Java y las princesas de Lahore se visten en Paris, y todo el sexo feo civilizado lleva el mismo estorboso redingote.

La civilización ha pasado un rasero despiadado sobre todas las peculiaridades, sobre todos los caracteres distintivos de las razas, los climas, la historia; ha golpeado tenaz y cruelmente sobre la pasta humana, revolviéndola, mezclándola, confundiéndola, y ha hecho de todos los hombres un solo hombre y de todos los pueblos una masa desabrida, incolora, informe y uniforme.

***

Por eso ya no tenemos Semana Santa. Hace medio siglo esos siete dias eran un paréntesis abierto en la vida cuotidiana: Durante ellos se vivía de otro modo y otra vida. Paseos, devociones, mesa, vestido, todo era peculiar y especial, y los dias santos resaltaban y se destacaban entre los demas del año, como se destacaría y resaltaria un moro en el Jockey Club, ó un mameluco en el Colegio Militar.

El viernes de Dolores, se inauguraba la temporada con los altares floridos de las casas particulares y con el tradicional Paseo de las Flores en las calles adyacentes al canal. Los altares! qué magnificencia! toda la flora nacional daba el contingente de sus matices y de sus perfumes, para adornar é incensar el ara que servía de pedestal á la madre de Dios; grandes vasos rebosando topacio, rubí, ametista, iluminados suavemente á trasluz, constelaban de pedrería aquel manto y aquellos tapices de flores. Las banderitas de oro y plata voladora ondeaban destellando luz al calor de los mil cirios que iluminaban el altar como estrellas de un firmamento.

Recuerdo uno, el de la familia Sandoval, célebre en México, y que todo el mundo se hacía un deber de visitar. La casa toda, desde los patios hasta las azoteas parecía construida exprofeso para el fin exclusivo del altar de Dolores. Una escalera para subir y otra para bajar, no se necesitaba menos dada la afluencia de visitantes; en el patio, la fuente, las columnas de la arquería, las cornisas, los pasamanos, los barandales de los corredores, todo estaba arreglado para recibir los jarrones, las guirnaldas, las colgaduras, todo el decorado especial para aquel día solemne. Una canalización ad hoc hacía brotar surtidores frescos y perfumados hasta en las habitaciones mismas; estas no parecían dispuestas para vivir en ellas, sino para dar cabida al altar y hospitalidad á los visitantes; había un departamento especial con tablado y pupitres para los músicos y cantores; las camas, los escaparates, los armarios, todo desaparecía para recibir el altar y sus anexos y la familia dormía probablemente en la azotea.

Pero qué suntuosidad, qué magnificencia y qué gusto! y cómo se oprimía y se apiñaba la gente para visitar el altar, á cuyo pié—nota siniestra en medio de tanta luz y de tanta flor—yacía un Santo Entierro, ennegrecido, de una severidad aterradora, cuajado de ex-votos y milagroso hasta lo inaudito.

Hoy ya nadie se arruina levantando un Altar de Dolores, y apenas si alguna coqueta piadosa deposita en el *benitier* al pie de la Purísima, que vela por su virtud, el ramito de orquídeas que un miembro del Jockey le ha regalado al salir del templo.

***

Desde el Miércoles Santo la ciudad revestía un aspecto severo y místico. Quedaba vedada la circulación de carruajes, de carros, de cabalgaduras. Un silencio solemne reinaba en la población, las campanas, los organillos y músicas, todo enmudecía y sólo de cuando en cuando la matraca de Catedral interrumpía con sus graznidos aquel silencio de muerte.

De antemano cada habitante tenía prevenidos dos trajes para estrenarlos el Jueves y Viernes Santo. El del Juéves era de color claro, el del Viernes de riguroso luto; el sombrero de copa en los hombres, la mantilla española en las señoras, eran de rigor. Nada de gorros, capotas, ni sombreros, la mantilla misma, graciosamente prendida con un rico clavillo, adornaba y cubría la cabeza.

Como todo el mundo caminaba á pie, era vistosísimo el desfile de damas y caballeros, rica y elegantemente vestidos, que peregrinaban el Jueves por la mañana á los oficios, por la noche á los Monumentos y que invadía los cafés, los puestos de refrescos, todos de ramaje y flores, y las sillas y bancas de la Plaza Mayor.

El Viernes Santo, por la tarde, las ceremonias de la Pasión, y por la noche las del pésame eran imponentes y grandiosas, sobre todo la última.

A las girandolas y banderolas, á la mágica iluminación y al decorado expléndido de los Monumentos, se substituia por arte de mágia un decorado fúnebre. El templo tapizado todo de negras colgaduras, los altares cubiertos, seis cirios al fondo, y en medio de una masa de tinieblas el divino perfil de Maria Dolorosa, destacándose sobre las negras vestiduras y traspasado el pecho con el agudo puñal, símbolo de su acerbo dolor de madre.

Y en medio de aquella oscuridad, de aquel silencio, de aquel frio de sepulcro, erizaban los cabellos y hacían sentir calosfríos, los acordes imponentes del *Stabat Mater* salidos como de una fosa, emergiendo de las tinieblas del abismo, invadiendo todos los ámbitos en un *crescendo* magestuoso y aterrador, como invaden y envenenan gradualmente el corazón y la vida todos los dolores supremos.

***

Ya no tenemos Semana Santa; pero permítase á un sediento de arte y de grandeza declarar que una buena parte de esa decadencia y de esa muerte se debe á las austeridades y severidades del ritual que han excluido á la mujer de participar de esas ceremonias grandiosas y de cantar himnos á su Dios.

El arte! qué no debe al arte la Religión. Son la pintura, la arquitectura, la poesía y sobre todo la música quienes han despertado en el corazón los fervores adormecidos, los que han difundido el credo, los que han sugerido y mantenido la fe, los que han dado numen al apostol, videncia al profeta, resignación al misionero, heroismo al martir.

Excluir á la mujer del coro, impedir que su voz de angel entone himnos angélicos, vedar el homenaje, á quien mejor ama y á quien más cree, es privar al culto de un resorte supremo y sobre cometer una injusticia, incurrir en una torpeza. Organizad coros de vírgenes en los templos y veréis al hombre transportado y extático adorar á Dios en la mejor de sus obras.

***

El sábado de gloria á las diez de la mañana, al entonarse el *gloria in exelsis*, de un golpe, súbitamente la ciudad recobraba su bullicio y su animación, como si resucitara ella misma al tercero día. Los carruajes se escapaban por todas las puertas cocheras, los carros y bestias de carga, enflorados, cargados de campanillas, entraban por todas las garitas; los cohetes estallaban en las alturas, por todos los balcones se escapaban acordes y arpegios, en todas las esquinas sonaban organillos y guitarras, los pájaros gorjeaban en sus jaulas, un ruido ensordecedor reemplazaba al silencio austero de los días santos, y por donde quiera de balcón á balcón, de acera á acera, pendiente de cuerdas, envuelto en mechas, retacado de bombas, multiforme, multicoloro, ridículo, vilipendiado, se balanceaba el traidor Júdas envuelto en humo y en llamas, y purgaba de nuevo y en efigie su negro y repugnante delito.

***

Despues, la Pascua, el lechoncito asado, los bailes, las bodas, las fiestas, los paseos, y luego.... el tren monótono, pesado y doloroso de la vida ordinaria y prosaica!

¡Oh Semana Santa de otros años y de otras épocas! En medio de los sofocantes ardores del estío, entre los arenales y guijarrales de la enojosa vida diaria, tú eras un Oásis; abrías un paréntesis en el año y en él, encerrabas emociones nobles, placeres inocentes, un poco de olvido y un poco de felicidad.

LOPEZ I.

La Política de Rusia en el Asia
CENTRAL

———

La fijación de la frontera ruso—afgana en 1885, la rápida prosecusión de los trabajos del ferrocarril transcaspiano que en 1889 llegó hasta Samarkanda, y el establecimiento de un Cuerpo de Observación en Kerki, á las puertas mismas del Afganistan, no parecían presagios de que habría paz entre Rusia é Inglaterra dado el estado que por esa causa guardaban sus relaciones diplomáticas, pero á esto siguió una política de moderación de parte del Gobierno del Czar lográndose así una calma bonancible durante los años corridos de 1890 á 1897.

Entre tanto, una grave cuestión estaba en litigio entre los Gabinetes ruso y británico; una causa permanente de conflictos por consecuencia de indecisión en las zonas de influencia reservadas allí á las dos potencias rivales y que llego á su desenlace en circunstancias muy instructivas que es conveniente recordar.

La Convención de 18 de Septiembre de 1885, había fijado la frontera Afgana solamente con las fronteras Persa y Bukhariota; entre el Herind y el Amu-Daria; más al Este, el emir de Bukhara vasallo del Czar había tenido frecuentes desavenencias con los Afganes, sobre todo en la región de los Pamires. Un acuerdo anglo-ruso anterior (1872 y 1873) había señalado aproximativamente los límites de influencia de las dos potencias en una línea que seguía el Amu-Daria de arriba para alcanzar el Sarikul en los montes de Sar-Kul, pero este límite ideal no reposaba sobre un conocimiento exacto del terreno. El Amu-Daria recibe y reune las aguas de tres rios principales que vienen de los Pamires ¿cuál de esos tres debe con siderarse como la fuente del Amu? Solamente por deducción podía reconocerse esta cualidad al más meridional al *Paridj* llamado en su parte superior Wak-kan-Daria.

***

Tres ambiciones se colocan frente á frente en 1890: al Oriente, los *celestes* avanzan por el Turkestán chino hasta los Pamires y reclaman el Pamir Alicar; los ingleses tienen un residente en las posiciones del mehtar de Chitral y poseen desde 1889 un fuerte en Mastudj al pié del Hindu Cuch y empujan al Emir de Afganistan Abdur Rhaman para que se apodere de Chugnan y de Rochan; en fin los rusos entran en lid: su prensa protesta contra la intención de Inglaterra de dividirse con China los Pamires, fundándose en que los jefes de las tribus Pamirianas eran antiguos vasallos del Kanato de Khokand anexado á Rusia por los Czares. Entonces empezaron las célebres excursiones del Coronel *Yonov* rápidos movimientos de verano ejecutados con fuerzas poco numerosas pero aguerridas y que naturalmente fueron duramente condenadas por la prensa inglesa.

En 1891 Yonov detiene (aunque con mucha cortesia) al capitán Younghusband en el valle de Vak-kan y á su segundo, Davidson en Pamir; obliga á los chinos á evacuar el territorio disputado y hace una incursión al Sur del Hindu-Kuch.

En 1892 el mismo Coronel entra en los Pamires á la cabeza de una expedición de mil hombres que fué acometida por horrorosas tempestades y torrenciales lluvias y sin embargo el 23 de Junio bate á los afganes, detiene otra vez á Younghusband y á Davindson y los hace internarse en territorio chino. Después se retira dejando destacamentos en las fronteras de Rochau, Chugnan y Vak kan.

En 1893, después de una expedición de Yonw, sin combates, los rusos construyeron un fuerte en el Gran Pamir á 3,700 metros de elevación sobre el Ak-sou.

En 1894, los afganes retrocedieron ante los 300 hombres de Yonov y abandonaron la margen derecha del Pandj, pero el gobierno ruso le hizo trasladar sus fuerzas á las riberas del Murghab.

***

Las negociaciones entabladas entre China, Inglaterra y Rusia no producían resultado alguno; y en 27 de Abril de 94 se anunció que Rusia y China habían concluido separadamente un *modus vivendi*. En fin, en 25 de Abril, una convención anglo-rusa firmada en *Simla* contenía estas disposiciones esenciales:

«Las esferas de influencia de la Gran Bretaña y de Rusia al E. del Lago Victoria, se dividirán por una línea que partiendo de un punto de este lago situado cerca de su extremo Oriental siga las crestas de la Cadena de montañas que corre al Sur de la latitud del Lago hasta los pasos de Benderski y Orta Bel. De allí la línea seguirá esta misma cadena mientras la dirección de sus aristas siga al Sur del lago Victoria. Luego seguirá un contrafuerte de la Cadena hacia Kizil-Rabat en la margen del Ak-sou. Si este punto no está al Norte de la latitud del lago, la línea de demarcación se trazará dirigiéndose á un punto elegido de preferencia al Sur de Ak-sou, prolongándolo como queda dicho.»

Conforme al art. 5.° el territorio comprendido entre la nueva frontera y el Hindu Kuch hasta la frontera China pertenecerá á Afganistan, no podrá ser anexado por Inglaterra y ningún puerto se construirá en él. Por último; el Pandj servirá de límite entre los Estados Afgan y Bukhariote.

M. de Poncins que ha visitado esos lugares, critica tales disposiciones creyendo que la barrera natural la forma el Indus-Kuch.

La convención de Simla, da preponderancia á los ingleses porque por medio de su vasallo el emir de Afganistan poseen las fuentes del Amu-Daria y del Ak-su, es decir, la llave del sistema fluvial de la región pamiriana. Luego cuando se puso en ejecución, los principados de Rochau, Chugnan y Bakkan cedidos á Rusia, se incorporaron al estado de Bukhara, habiendo numerosas familias emigradas á Rusia. En seguida los rusos instalaron estaciones permanentes en los puntos más saludables de la comarca y construyeron caminos estratégicos y comerciales.

A la política inglesa de invasión y ensanchamiento, Rusia ha opuesto una política moderada, sostenida sin embargo por el poder de su ejército, sin que pueda ponerse á discusión la seguridad metódica con que el gobierno del Czar afirma la propiedad de las posesiciones que cree le pertenecen, sin que la ideal frontera científica pueda hacer prácticos los derechos de Inglaterra.

Abandonando ó aplazando todo propósito de conquistas, el Czar parece consagrarse sobre todo á la organización y explotación de sus posesiones en el Asia Central, siendo esta política una de las más hábiles y fecundas por su abundancia de universales beneficios.

***

Desde 1890 el territorio transcaspiano dejó de ser dependencia administrativa de la Transcaucasia y una nota del Consejo imperial ha confiado la administración local á un Consejo que presida el Comandante militar.

El país es estudiado metódicamente año por año, por comisiones científicas; y los problemas de irrigación y de navegación relacionados con los intereses rusos y la prosperidad de los indígenas, se resuelven con conocimiento paciente de incidentes y causas. Bastan para probarlo los estudios hechos por Mr. N. Kitine en las estepas del Emba, el establecimiento consiguiente de un ferrocarril de Riazan á Uralsk y al mar de Aral, los estudios del General Gloakhouski en los antiguos cauces del Oxus, los del Coronel Kouznetsov sobre las regiones bukhariotas y el viaje del Czar en 1894 al Amu Daria.

Grandes trabajos públicos se han terminado ó están en construcción: trabajos de irrigaciones, puerto de Kradsnovodk, ferrocarril de Merv á Kuchk y ferrocarril de Samarkanda á Djizak que liga todas las vías transcaspianas y transtiberianos.

La colonización rusa encuentra allí sus rivalidades naturales, pero aun estas han sido favorablemente tomadas en cuenta en las reglamentaciones administrativas. Además, el gobierno trabaja en el desarrollo de las producciones indígenas, lucha contra la decadencia de la sericultura, propaga el cultivo del algodón y proteje las manufacturas de este filamento hasta el extremo de que sus cosechas locales proveen á Rusia en más de un tercio de su consumo anual de telas ordinarias.

En fin, se han dictado medidas para extender los cambios más allá de la frontera rusa y una sola tarifa prohibe la importación de mercancías europeas y anglo indianas, con excepción de ciertas telas y artículos de primera necesidad, lo mismo que de toda suerte de drogas y medicinas que tienen derechos proporcionales.

Las mercancías de procedencia persa ó afgana tienen solamente una imposición de cinco por ciento *ad valorem*; y con la ayuda de un sistema de primas, Rusia hace grandes esfuerzos para asegurar á sus nacionales el comercio de las regiones limítrofes de Persia y Afganistan, obteniendo éxito favorable. Hay que tomar en cuenta que Zell-es-Sultán, que pretendía suceder en el trono á Nassr-ed-Dine protegido de Inglaterra, fué vencido por el actual monarca Mozaffer-ed-Dine, adicto partidario de Rusia.

***

La política rusa ha venido produciendo, por civilizada y liberal, resultados favorables que provocan un desarrollo notable en las colonias de aquel vasto imperio que son por lo que respecta á las fronteras de Afganistan, sitio de explotación mercantil y de dominio tropical, donde los naturales y los rusos trabajan de consuno á una rápida transformación del país.

Los rusos practican respecto á los indígenas una tolerancia que da fuerza de persuación á los ejemplos de la civilización; los misioneros han sido descartados después de la conquista; todo acto de proselitismo se ha prohibido al clero ruso; las instituciones locales se han respetado en lo posible; escuelas mixtas reciben niños indígenas y rusos, operando así útiles fusiones, y poco á poco los nómades vienen á las poblaciones adoptando una residencia fija y aun los pueblos sedentarios se transforman. Ciudades importantes prosperan en la línea Transcaspiana y el viajero que recorre sus anchas avenidas bordadas por lo común de cuatro ó seis hileras de árboles, puede creerse en un nuevo Far-west según el espectáculo del esfuerzo humano demuestra confianza en el porvenir.

Esta política firme, civilizada y vigorosa es la que señala la preponderancia de Rusia en el Asia central. Acentuándose las ambiciones Europeas para el reparto de China, Rusia sin grandes esfuerzos y por la voluntad libre de los naturales, obtendrá probablemente la mejor parte.

L. MEILLAC.

La cuestión palpitante.

Como es natural, los Gobiernos de España y los Estados Unidos hacen cuanto dignamente pueden para evitar un rompimiento entre las dos naciones. El Ministro Americano en Madrid, dijo textualmente:

«He venido á España con instrucciones especiales del Presidente Mc Kinley, para asegurar la paz de Cuba y la paz entre España y mi país. He trabajado con ahinco y sin tregua para obtener resultados satisfactorios y jamás he perdido la esperanza de alcanzarlos. Difícil en extremo parece hoy la situación, pero no desistiré de mi empeño para conseguir un arreglo honroso de las dificultades que tanto han amenazado la paz de las dos naciones, hasta el día en que se dispare el primer cañonazo. Me resisto á creer que las últimas horas del siglo XIX sean enrojecidas por la sangre que se derramaría en un conflicto entre España y los Estados Unidos»

A las anteriores frases de suyo optimistas se agrega el hecho revelado por los telegramas de que en el Palacio Real de Madrid no había el dia 4 la agitación que anteriormente y de que despues de entrevistas habidas entre el Ministro Woodford y el embajador de Austria, y el mismo Ministro y el de Relaciones de España, había mayores esperanzas de paz.

Contra estos datos consoladores, deponen los telegramas en que se asegura que el Cónsul general de los Estados Unidos en la Habana, Gral. Lee, ha recibido instrucciones de alistarse para salir de aquella plaza y entregar las llaves del consulado al Representante de Inglaterra, quien deberá tomar bajo su protección á los ciudadanos americanos que se queden en la Isla de Cuba.

En Inglaterra y Francia se piensa que si España reconociera la independencia de Cuba cesaría toda dificultad, y se dice que los Gobiernos de aquellas naciones trabajan privadamente cerca del español para llegar á ese desenlace.

Lo que más hay de temerse es que el mensaje que sobre el particular debe presentar en estos momentos el Presidente Mc Kinley provoque una explosión tal en el Congreso y el pueblo, que ya después se haga inevitable la guerra.

Se ha hablado mucho de la intervención del Papa para procurar la paz, pero no se tiene certidumbre oficial de tal cosa.

Hasta estos momentos ambas naciones continúan aprestándose con actividad para la guerra, y no obstante eso, todo hace creer que á lo menos en la presente semana no se romperán las hostilidades.

Abril 5 de 1898.

Dos páginas de Villasana

En Santa Anita, á la orilla del canal, ó en cualquiera parte del mundo, el amor será siempre el amor. Tendrá relámpagos para las miradas, tentadora irradiación para las sonrisas, profundos estremecimientos, alegrías que duelen como si atormentaran, vagas intuiciones de celos, deliquios apacibles y dulces como un cielo en que rueda lentamente la luna.

Villasana arrancó sus cuadros á la verdad. Paisaje, figuras, expresión, todo tiene un vivificante colorido de juventud y de amor.

Santa Anita luce allí con sus verdores, su canal y su cielo, alegre todo y voluptuoso, lleno de atractivos inolvidables para quienes han gozado allí como los grupos que inspiraron al artista.

El amor en Santa Anita.

POR VILLASANA

El amor en Santa Anita

POR VILLASANA

PASEO DE LAS FLORES.---GRUPOS POPULARES.

EL PASEO DE LAS FLORES.

Todavía no se habian apagado las lamparillas de aceite con que entonces se alumbraba por las noches la ciudad; todavía no se lanzaban por las calles los panaderos con su enorme canasto á la cabeza, ni los sacristanes habian llamado la primera misa, cuando anticipándose al sol, salian las damas, jóvenes y viejas, solteras y casadas, á hacer provisión de flores para el altar de la Dolorosa. Ese viernes sí que se madrugaba! Y con los primeros albores, era de verse la

VISTA DEL CANAL.

apiñada multitud que por la Alhóndiga y en el desembarcadero de Roldan, esperaba la llegada de las chalupas y canoas.

Las jóvenes mexicanas de entonces eran morenitas y sonrosadas, tenian los ojos grandes y los pies pequeños, los dientes muy blancos y los labios muy rojos.

Ahora la raza seguramente ha cambiado, pues en teatros y bailes, tertulias y paseos, no se encuentra una morenita ni para un remedio.

Volvamos á entonces. Aquellos piececitos no se atormentaban en cañuteros puntiagudos ó cubiertas de bayonetas (que así parecen las botillas de estilo americano) sino en curiosos y bien hechos zapatitos de raso que hacian lucir las medias caladas. El esbelto y airoso cuerpo se cimbreaba, apenas oprimido por el rebozo de seda, cruzado con esa gracia conque suelen llevarlo aún las vecinas aristocráticas de las colonias de Guerrero ó Santa María.

Y de las canoas á las manos de las compradoras subian los ramos en profusión extraordinaria, hasta que se agotaba con general beneplácito la fresca y olorosa mercancía. Y las calles de la Acequia y el Puente de la Leña y la Merced, se llenaban con la enflorada y alegre muchedumbre, que pasaba corriendo para tener tiempo de dorar las naranjas y preparar la agua loja

De aquellos tiempos data el «Paseo de las flores» que ahora ha asumido un tinte menos regocijado pero más correcto, como sucede con todo lo que se va puliendo y atildando al contacto de la civilización.

Primero se cambió á la calzada de la Viga el desembarque de las flores que antes se hacia en las calles de Roldan, y con eso ganó la clásica fiesta en lucimiento y comodidad; luego la Reforma fué haciendo caer en desuso los altares á domicilio, y la gente solo compraba las flores por gusto, en vez de comprarlas para actos de devoción, y por último se pensó trasladar á la Alameda el Paseo de las flores, adornándola con gusto, lujo y magnificencia, pero este cambio no produjo favorables resultados.

Verdaderamente que la levantada con la aurora, y la prisa por llegar al lejano y pintoresco desembarcadero, y el canal, y la chalupa y la indita hundida en amapolas hasta el cuello y remando ágil y contenta, son cosas que no se pueden cambiar por más que en la Alameda se pongan estátuas y jarrones alfombras y espejos. El paseo en la Alameda, no nos ofrece nada nuevo. El mismo lujo de Plateros con las mismas bellezas para ostentarlo, el mismo sabor de ciudad, de gran ciudad, que reclama andar majestuoso y cara seria y por último la propia música en el propio kiosko, y la Empresa de sillas con su toldo de lona que ya parece una criba.

En la Viga se ven más amplios horizontes y hay más aire para respirar, puede codearse la fresca y gallarda belleza, gala de su barrio y envidia de su vecindad, con la resplandeciente belleza que es ornamento del bulevar y joya de la calzada de la Reforma.

Aun se ven por allí charros caracoleando en briosos corceles; animados grupos populares al rededor de la mesita en que se ostenta la catedral de hojalata que por puertas y ventanas con grifos, arroja chorros de café ó té ó cocimiento de hojas de naranjo; aun puede distinguirse cómo se va por el centro del canal la enorme canoa en que, al son de flauta, bandolón y bajo, bailan *jarabe*, populares parejas, ella con el rebozo á la cintura, él con el sombrero ancho, calado hasta las cejas.

¡Ultimos residuos visibles del México que se nos esfuma, que se nos desvanece, que se nos va!

Aquel México regocijado y patriarcal, extraña mezcla de los entusiasmos andaluces y de las melancolías aztecas, formó hace años su equipaje y le dejó el lugar á otra ciudad que se parece á Paris, á Viena, á San Petersburgo, á cualquier parte menos al Mexico genuino del Gallo Pitagórico y del Pensador Mexicano.

Con el amor con que se recoje el retrato de un viajero querido que está á punto de partir para siempre, los artistas del *Mundo Ilustrado* tomaron varias fotografías del último «Paseo de las flores» que aparecen hoy en nuestras columnas.

Estas despertarán recuerdos dulces en la generación que está terminando su paso por la tierra y serán para las generaciones que vienen, un dato de donde saque tal vez curiosas leyendas algún Ricardo Palma del porvenir.

LA DUDA

En días pasados dimos breve noticia á nuestros lectores de haberse estrenado con extraordinario éxito en Madrid, la última obra de D. José Echegaray. Ahora les ofrecemos el siguiente juicio crítico, que les dará más completa idea del discutido drama.

Obra es *La duda* que por su propia importancia, desde luego reconocida y proclamada, y por la que tiene su eminente autor en el mundo de las letras, merece esa especie de juicio de revisión á que me refiero y me dispongo con toda sinceridad y buena fé, movido principalmente por el artículo que al asunto ha consagrado D. Juan Valera, este ingenio prócer y supremo juez en litigios literarios que ahora desentraña, analiza y libremente sobresee—aunque no con todos los pronunciantes favorables—en el proceso crítico del último drama del Sr. Echegaray.

El Sr Valera, tan magnánimo y bondadoso de suyo con la generalidad de los escritores, buenos y malos; tan abundante y prolífico de cartas y prólogos para

GRUPO DE CANOAS

autores y libros de todas castas y colores (desde el lila hasta el rojo, pasando por el verde); nuestro insigne D. Juan, que oye embelesado el gorjear de ripios del último sinsonte hispano-americano, solo guarda el rigor de su desdén para nosotros los modestísimos periodistas dedicados al ingrato oficio de revisteros teatrales, «críticos al vuelo» ó lo que sea, que en la noche de *La duda* nos abstuvimos, en obediencia de aquel axioma filosófico que ya «se llevaba» algunas docenas de siglos antes de la guerra de Troya...y de los abonados á los viernes.

EN EL CANAL.—UNA ESTUDIANTINA

Nos abstuvimos, sí señor, como aconsejaba Zoroastro—cuyo es, si los eruditos no mienten, el susodicho y prudente axioma ó proverbio;—nos abstuvimos por eso, y por lo otro y por lo demás allá.

Y lo otro y lo de más allá, respetable y respetado maestro D. Juan, no es más sino lo que ya se dijo oportunamente y de lo cual usted, acaso involuntariamente, prescinde, así como de nuestro humilde nombre, en el artículo crítico con que á guisa de réplica se sirve usted honrar el relato de las primeras impresiones que la obra produjo, pergeñado de prisa y corriendo, minutos después de la representación, con la balumba de las emociones y los contrarios juicios, sin tiempo ni espacio para discernir, ni juzgar, ni casi siquiera para la materialidad de escribir

Triste recurso es, en efecto, como mío, el de salir del paso en que nos metió el drama, acudiendo á las vacilaciones y distingos del cómico personaje de D. Braulio; pero crea usted, maestro, que salir del paso á tales horitas y en condiciones tales con recursos placenteros á los paladares tan finos y delicados como el de usted, *gourmet* incomparable, es tarea tan fácil como hinchar un perro.

Usted, que con la grande autoridad de su nombre estimula y aplaude tantos esfuerzos literarios dignos de mejor causa, *encasillando* en el Parnaso á toda esa cáfila de yernos de las Musas—puesto que como á suegras aborrecibles en su mayoría las tratan,—usted, tan corrosivamente benévolo, por su natural inclinación, con todo el mundo, ¡cómo no guarda un resto de consideración misericordiosa, ya que no de aprecio, para el esfuerzo intelectual que significa y representa la labor del periodismo español contemporáneo, en sus manifestaciones todas, incluyendo esta tan zarandeada de la crítica instantánea?

EN LA VIGA—LA TRIBUNA

No pedimos que, como lo ha hecho otro ilustre académico, D. Eduardo Benot, nos reconozca usted la *beligerancia;* nos contentaríamos con menos, sólo con que no nos mirara usted con malos ojos, y aun el revistero de teatros -último mono sabio destinado sin remisión á ahogarse en cuanto deja de tocar incondicionalmente el bombo y los platillos—le concediese usted siquiera, como diplomático generoso, el trato de poeta chirle menos favorecido. ¡Por Dios, Sr. Valera, que no sea de peor condición un revistero con algo de buen sentido que Pancho Zanguango, el de los ripios al Yumurí, al Yucatán y al Yucucú!

***

Y vamos con el drama, comenzando por descartar del artículo del Sr. Valera las alabanzas y ponderaciones de los talentos del Sr. Echegaray, que con mi modesta firma suscribo, y los aplausos al maravilloso trabajo de María Guerrero por nadie discutidos. Todo esto es tributo rendido á la justicia y lo fuera á la equidad si el Sr. Valera no hubiese preferido en los elogios de la interpretación á la señora Guillén, encargada del papel odioso y repugnante de doña Leocadia y del que hizo una verdadera creación artística. No solo en la dicción, apropiada y justa, sino en la composición total de la figura, en la actitud, la mirada y el gesto, logró la señora Guillén representar con tal verdad el personaje, que los rumores que levantaba siempre que en escena aparecía debió tomarlos, como dijo Ricardo Blasco, por aplausos.

¡Con cuánta avidez esperaba yo de las superiores luces del ilustre crítico; saber, por fin, á qué atenerme! Solo puede compararse á mi desencanto. Ni el artículo del Sr. Valera, que es lo más sustancioso que yo he leído respecto de *La duda*, me saca de la duda.

¿Es bueno ó malo el drama? No se hace sobre ello

EN LA VIGA—CABALGATA

EN EL PASEO DE LAS FLORES—DESAYUNO AL AIRE LIBRE

en el artículo afirmación clara, precisa, rotunda, "terminante y resuelta," que es como de nosotros el Sr. Valera la exigía.

Pero ¡qué más! Si ni siquiera *se sabe aún con certeza si el público gustó o no gustó de la obra* (copio de Valera); *ni vale tampoco atribuir el mucho ó el poco éxito, si le hubo....* (sigo copiando).

Todavía estamos en eso, á estas horas; en si hubo poco ó mal éxito, en si gustó ó no gustó de la obra el público de los viernes en el teatro Español, que es para el Sr Valera "el más culto, inteligente y escogido que en Madrid hay."

¡Oh manes de D Braulio! ¡Verdad y grande la de que no es tarea fácil hinchar esta clase de perros, aun con algunos días de por medio para soplar!

Aparte de eso, sorprendente novedad del espíritu siempre reputado de escéptico de D. Juan Valera hubiese cambiado ahora de naturaleza...... y precisamente cuando de la duda se trata.

Ni ha sido, ni podía ser así, y D. Juan procede, al juzgar de la obra, como el mismísimo D. Braulio, por distingos.

EN LA VIGA—LOS CICLISTAS

La síntesis de su artículo crítico de *La duda* viene á ser esta: como símbolo, podemos aceptar el drama por verosímil, natural y sencillo. Simbolismo aparte, el Sr. Valera opone algunos reparos y censuras, si suaves en la forma, bastante duras en el fondo. Es la misma distinción—aunque naturalmente engarzada en el oro finísimo del ingenio del autor, de *Pepita Jiménez*,—que hizo á su modo *mi* D. Braulio.

Después de haber examinado la contraposición de lo real y lo ideal en el drama, escribe el Sr. Valera:

"Aceptado lo simbólico, convertida doña Leocadia en la "prosopopeya de la calumnia" (el autor quiso que fuera "la encarnación de la duda") y dotada de sobrehumanos é irresistibles poderes, claro está que todo se explica; pero si volvemos á traer y á reducir el argumento del drama á la trivial llaneza de la vida ordinaria, *todavía* sobreviene otra dificultad ó mejor diremos una deficencia."

Esta deficiencia consiste en la facilidad con que convence doña Leocadia á D Baltasar de su deshonra y en la criminal ligereza con que éste se precipita á destruir la razón y la dicha de su hija.

¿Es esta una deficiencia esencial?

¿No la hubiera conjurado el poderoso talento del autor, de haber logrado que siendo los personajes del drama humanos, verosímiles, naturales, se desprendiera lógicamente de ellos el simbolismo apetecido?

¿Debe, en un drama de costumbres modernas, sobreponerse á todo trance la alegoría ó el símbolo como en las antiguas obras basadas en la leyenda, puramente fantásticas, mitológicas ó como quiera llamárselas?

¿No hay que atender para nada á las conveniencias de la escena y llevar al espectador la ilusión de la realidad de las cosas, con la idealidad compatible, cuando este maridaje lo verifica el poder supremo del arte?

Después de la lectura del artículo, en vez de las afirmaciones consoladoras que esperaba, solo me asaltan dudas y más dudas que me es imposible desvanecer.

¿Es recomendable que en una obra bella sea el interés, cuando se va llegando á su grado máximo «más doloroso que puramente estético,» como dice Valera primorosamente, y como decía yo de modo vulgar, que *asustaba* más que *conmovía* el desenlace de la obra?

Amparito, simbólicamente considerada, es hermana ó próxima pariente de Fedra, Prometeo, Edipo, Orestes. Sigo preguntando, y ahora pregunto como un eminente crítico lo hacía en tiempo parecido:—Puesto que el señor Echegaray me hace pensar en esas creaciones sublimes, ¿no ha debido igualar en la suya á Sófocles, Eurípides, Esquilo, Alfieri, Séneca, Voltaire, Racine?...... ¿Los ha igualado?

¿Sería yo un espíritu superior prescindiendo, en las obras de imaginación, de la trivial llaneza de la vida ordinaria hasta el punto, por ejemplo, de dar por bueno, como ocurre en un primorosísimo cuento fantástico recientemente publicado por el propio señor Valera que con una fotografía á la vista se conozca que los que hay retratados en ella están entonando *cantares eróticos*?

¿No sería esta demasiada fantasía?

¿No son dramas simbólicos *Los aparecidos* y *La intrusa*, por ejemplo, y sin embargo, en nada perjudica en ellos el símbolo á lo humano, trivial, ordinario, verosímil, real y grandiosamente bello de la obra *teatral?*

Ya que el señor Valera, como dice con agudo humorismo al fin de su crítica, hubiera querido que por arte de magia se presentara el padre de Amparito, cuando este se halla en vena de ahogar, y Amparito arremetiese con él y le ahogase por insensato, ¿no le parece que también debía de arremeter con su madre y su novio y ahogarles igualmente por simples?

Yo de nada sé nada, estoy como la primera noche, y mi juicio se limita á una perpetua interrogación.

Muy de veras sentiría incurrir por ello en el enojo de D Juan Valera—á quien en esto como en todo pongo sobre mi cabeza.—Aun no he podido salir de la duda, que es, segun Aristóteles y sólo para consolarme lo recuerdo, el principio de la sabiduría.

JOSÉ DE LASERNA

EL CANAL FRENTE Á LAS TRIBUNAS

INDIOS Y LETRAS

Cuando se reflexiona sobre la manera conque los conquistadores impusieron su civilización y su fé á los aborígenes, cuando se recuerdan los horrorosos tratamientos de que los conquistados fueron víctimas y cuando se contemplan, en fin, los restos degenerados de aquella noble raza pordioseándo en las ciudades ó emboscándose en lo más espeso de las montañas ó en lo más escondido de los valles, una profunda tristeza invade el corazón. Viene á la memoria la consulta que á la Santa Sede se hizo en los tiempos coloniales sobre si los indios tenían alma; se recuerda con indignación la regla que á sus colegas daba el Padre Villalpando, de que al *natural* se le debe hablar con el pan en una mano y el palo en la otra, y revive la historia de todas las extersiones é iniquidades de que en todo tiempo ha sido víctima esa raza

Pero también en todo tiempo ha habido espíritus levantados y nobles que aboguen por ella, la amen y la protejan El venerable apóstol Las Casas, el amoroso Gante, el filántropo Rodríguez Puebla, el gran Ocampo consagraron á esa labor lo más fecundo de su vida.

La religión enseñó al indio á respetar á sus amos, resignarse á vivir en el infortunio y esperar la bienaventuranza eterna como premio: la libertad quiere más; arrebatarlo á la fatalidad por el camino de la instrucción; redimirlo, elevarlo, abrirle las puertas de toda prospeiidad y todo progreso y romper con las preocupaciones que lo alejan de las otras razas.

Por eso se multiplican las escuelas y se les consagra part cular atención, y por eso se estiman como triunfos gloriosos de la humanidad los que obtienen los indios en sus ejercicios de instrucción y de educación.

Hoy publicamos con satisfacción verdadera el retrato de la Directora de la Escuela de Xochimilco, acompañada de las niñas que obtuvieron los premios más altos en el último exámen.

Esas ya no son presa de la ignorancia, ni serán esclavas de la depravación. Esas no solo tienen alma: tienen más. La posesión del libro que es para la inteligencia como el espacio para las aves, tesoro de belleza, de aire y de luz.

SHAKESPEARE

La Naturaleza se desborda en los dramas de Shakespeare y los acompaña como una orquesta: escuchamos en ellos el soplo de la brisa ó los silbidos del viento, y se inunda de súbito la escena con ráfagas de penetrantes aromas. Magníficos efectos de luz idealizan los grupos de sus personajes: el alba platea el beso de los amantes de Verona; la luz de la luna ilumina con mágica blancura á Jésica, sentada debajo de los limoneros del jardín de Belmont; los vestidos de Celia y de Rosalinda se enredan en los matorrales de la selva de las Ardenas; la mar baña con cándidas espumas los piés de Desdémona, al tocar en las playas de Chipre, y los vencejos revolotean girando, en torno del pavoroso torreón de Macbeth. Algunas veces el drama se interrumpe como para contemplar, conmovido, la dulzura de una tarde apacible ó la magnificencia de un cielo tachonado de estrellas: á la acción sucede el éxtasis, y la tragedia cede su voz á la melodía: los personajes aplacan en aquel momento la agitación de sus pasiones; templan sus voces como los instrumentos de una serenata religiosa, y suben entonces hasta el firmamento el himno ó las plegarias!

Escuchad al amante de Jésica, en *El Mercader de Venecia:*

—«*¡Cuán dulcemente resplandece la luz de la luna «sobre ese banco!.... La tranquilidad de la noche conviene a los acordes de la dulce harmonía. Siéntate, Jésica! Contempla la inmensa techumbre de los cielos, «sembrada por todas partes con discos de oro luminosos...... no hay uno solo de esos astros, ni siquiera el «más pequeño, que no cante como si fuera un angel, en «acorde perpetuo con los serafines de mirada infantil. «Pues una harmonía semejante resuena en el fondo de «las almas inmortales; pero nosotros no podremos escucharla jamás, en tanto que nos envuelva este barro «mortal con su grosera vestidura!*»

Con el cetro de este mundo, Shakespeare posée la llave misteriosa del otro: el abismo y la tierra le obedecen; evoca los espectros de la misma manera que ha sabido crear seres humanos, y su ciencia secreta es formidable: la sombra del padre de Hamlet y el fantasma de Banquo dominan el mundo de lo maravilloso; las Parcas retrocederían con espanto en presencia de las Hechiceras de Macbeth.

El gran trágico que subyuga á la realidad tan vigorosamente, es, al mismo tiempo, el más lúcido de los soñadores. Por encima de su imperio terrestre se cierne un mundo encantado de islas embalsamadas de selvas vírgenes y de mares profundos, cuya tempestad ó cuya calma rige, en vez del tridente de Neptuno, la vara mágica de los encantadores; mundo maravilloso que refleja, de mil modos distintos, las cosas de la tierra. Allí se ven la Mitología y la Magia. confundidas; la Hechicería en los apriscos de los pastores; rondas de ninfas y danzas de hadas, los amores de los espíritus que se columpian entre la tierra y el cielo, en una tela de araña plateada por la luna; hervideros de intrigas microscópicas que se agitan lentamente en los tallos de la yerba; Puck, que resplandece velozmente, como un fuego fatuo; Cupido entre los genios, como una abeja del Himeto entre los colibríes de las sabanas; la reina Mab huyendo hacia el país de los sueños en una cáscara de nuez; Titania, ciñendo con las verbenas reales que coronan su frente, la cabeza de asno de Botham...... todo un apocalipsis, en fin, pequeño y deforme, grotesco y gracioso á la vez.... el sueño fantástico de un dios, embriagado con néctar! Shakespeare que es un gigante, contempla, sin embargo, con ojos de enano, el mundo microscópico de las leyendas y conoce las querellas domésticas de los duendes, lo mismo que las contiendas civiles de los imperios. Sus manos poderosas que hieren á Macbeth y estrangulan á Desdémona, pueden también coger á los silfos, sin deslucirles el azulado polvo de sus alas, en las corolas de la *dama de noche* Al resplandor de una luciérnaga ve tantas cosas como á los rayos del sol, y sus labios, que hacen resonar con tanto vigor el clarín de la tragedia, saben lanzar por el aire, con leve soplo, diáfanas y brillantes burbujas, teñidas con los colores del iris.

El estilo de Shakespeare, en consonancia con la multiplicidad de su genio creador, es la lengua más extraordinaria que hayan podido hablar los labios del hombre. Reinan en él la exaltación y el delirio, y sin embargo, aparece natural, porque las pasiones de sus personajes son tan vehementes y tan profundas sus sensaciones, que no hay palabras demasiado violentas para expresarlas. Así las Sibilas y los Profetas de Miguel Angel, se retuercen y pugnan por dar salida á la fuerza interior que los agita: revuelven, con ademanes atléticos, las hojas de un libro, ó se inclinan y se voltean bruscamente, con el vigoroso movimiento de los Titanes escalando el Olimpo: crujen sus cuerpos, se estremecen sus huesos: por sus músculos, contraídos enérgicamente, los enlazan y los oprimen, como las serpientes del Laocoonte

Un torrente de inspiración se desborda en los diálogos de Shakespeare, arrastrando confundidos el fango y el oro las trivialidades y las magnificencias la hez y la espuma: magnífica y exhuberante confusión de hipérboles gigantescas y de metáforas atrevidas, explosión de lirismo y de exclamaciones furibudas, hacinamiento de imágenes desenfrenadas y ardientes, que se resumen finalmente en una harmonía deslumbradora, y que nos recuerdan esos grandiosos paisajes del Trópico en que todo se amplifica y se agranda bajo los rayos de un espléndido sol; donde las flores humean como los incensarios, los insectos despliegan alas de dragón, y los guijarros chispean como carbunclos, donde nadan las panteras sobre las plantas acuáticas y las serpientes enroscan sus escamosos anillos en el anchuroso tronco de los árboles centenarios.

En el estilo del gran poeta la gracia y la delicadeza corresponden también á su energía! El gran tallador de colosos es al mismo tiempo un cincelador exquisito de joyas. Los Benvenuto Cellini del soneto italiano no han podido igualar la finura de sus madrigales. Los pasajes de fantasía que intercala en sus dramas, recuerdan por la complicada riqueza de sus detalles, esos arabescos del Renacimiento cuyos festones de follaje rematan con el busto de un sátiro ó con la cabeza de una ninfa. ataviada en vez del gorro frigio, con el cáliz de una flor.

Quién fué pues, ese hombre extraordinario y semidivino que reinará perpetuamente sobre el mundo de los inteligentes? Apenas se sabe. Los orígenes de Shakespeare á semejanza de los del Nilo, no son conocidos sino á medias. La sociedad Shakespeariana, instituida en Lóndres, que paga á peso de oro cualquier noticia inédita de su vida, no ha podido recoger sino raros indicios Shakespeare ha pasado al través de su siglo, guardando el incógnito de su genio, como guardan los reyes el de su majestad cuando viajan. Los rasgos dispersos que de su grande imagen nos quedan, no se prestan absolutamente el énfasis. Tuvo una de esas existencias fáciles y silenciosas que glorifica Montaigne.

El gran sacrificador trágico comenzo, según se dice, por sangrar el ganado en la carnicería de su padre; aparece después, cazando furtivamente en los bosques de Strattford y más tarde como palafrenero, cuidando en la puerta de los teatros los caballos de los espectadores, sin que ninguno de esos groseros oficios lograse mancillar el caracter de aquel *dulce Shakespeare* como le llamaban sus contemporáneos. Ellos sin sospechar su genio proclaman acordes su bondad, y su memoria no les deja sino un perfume de dulzura y simpatía En su dedicatoria al Conde de Pembrocke, dicen los dos comediantes que publicaron por primera vez los dramas de Shakespeare: "*Hemos recogido estas "bagatelas, como un piadoso servicio en favor del muerto, sin ambición de lucro ni de renombre, á fin de procurar protección á sus huérfanos y más principalmente para conservar la memoria de un amigo tan digno "y de un compañero tan bueno como nuestro Shakespeare.*"

Comediante como Molière, como él sufrió también el humillante menosprecio que soportaban ent nces los que seguían la carrera de las tablas; pero tuvo también, como él, el sentido práctico y la sabiduría de la vida Trabaja, estudia, produce, gana dinero y lo economiza, funda un teatro y lo hace prosperar, compra una casa en Strattford su pueblo natal, y planta en ella un árbol......más tarde, á los 50 años, al declinar su vida, se retira tranquilamente para descansar y morir á la sombra de aquel arbol!

He allí toda la vida privada de Shakespeare. La antorcha ha deslumbrado al universo y el hombre que la llevaba permanece en tinieblas. Tan espesa obscuridad amasada en torno de una gloria tan inmensa, hace soñar en esos astros cuya luz no llega á la tierra sino algunos siglos después de su desaparición.

No es, pues, en el claro-obscuro de una vida tan oculta, sino en la plena luz de su teatro, donde debemos buscar y encontrar á Shakespeare. Ni hemos de encontrarle tampoco entre los heroes que se agitan, en primer término, en el proscenio; sino entre los personajes que asisten al drama, en segundo término, sin mezclarse demasiado en él. Confundamos en una sola figura al honrado *Haracio* de *Hamlet* al espiritual *Mercutio* de *Romeo y Julieta*, al leal *Antonio* del *Mercader de Venecia*, y al melancólico *Santiago* de *Como gustéis*, y tendremos acaso un retrato que se parezca á William Shakespeare.

Oh sí! tal es, como yo me lo figuro: lleno de gravedad y de tristeza, harto preocupado con la creación interior de su alma, para poder entregarse á la vida activa, pero discreto entre los discretos, y revelando en su conducta algo de filosofía superior que imperaba en su pensamiento contemplativo sin misantropía, irónico sin amargura; inclinándose un poco para contemplar á los hombres, sin hacerles sentir el peso de su grandeza; elegante en sus costumbres, cortés y tranquilo, benévolo con todas las conveniencias de su siglo y de su país; despreciando de una manera dulce, pero profunda, todo lo que era despreciable, y dotado con esa indeferente bondad que caracteriza á los seres soberanos, y con un espíritu de fuego, cuyo estado normal era una magnífica irradiación....Tal era; tal debió haber sido Shakespeare, á quien puede aplicarse la magnífica alabanza que en su *Julio César*, pronuncia Antonio en honor de Bruto: «*Su vida era pacífica, y era tan harmoniosa la combinación de los elementos que la formaban, que la Naturaleza podía levantarse con orgullo, y decir al Universo: ¡aquel era un hombre!*

Traducido libremente por

FERNANDO JUANES G. GUTIERREZ.

LA PROFESORA DE XOCHIMILCO Y LAS ALUMNAS PREMIADAS

EVA

A ROSARIO DE LA PENA

Era la sexta aurora. Todavía
El ámbito profundo
Del éter, el *Fiat-lux* estremecía;
Era el sereno despertar del mundo
Del tiempo en la niñez.

Amanecia.....
Y del Criador la mano soberana
Ceñia con gasas de topacio y rosa,
Como la casta frente de una esposa,
La frente virginal de la mañana.

Rodaban en la atmósfera ligera
Las olas de oro de la luz primera,
Y levantando púdica su velo
Primavera gentil, rica de galas,
Iba en los campos vírgenes del suelo
Regando flores al batir sus alas.

El monte azul, su cumbre de granito
Dejando acariciar por los celajes
Dispersos en el éter infinito,
En campos desplegaba de esmeralda
La exhuberante falda
De sus bosques tranquilos y salvajes.
Y cortinas de móviles follajes,
Cascadas de verdura
Cayendo en los barrancos,
Daban sombra y frescura
A grutas que fragantes tapizaban
Rosas purpúreas y jazmines blancos.

El denso bosque presintiendo el día
Poblaba su arboleda de rumores,
El agua alegre y juguetona huía
Entre cañas y juncos tembladores.
El angel de la niebla sacudía
Las gotas de sus alas en las flores,
Y flotaba la Aurora en el espacio
Envuelta en sus cendales de topacio.

Era la hora nupcial. Dormía la tierra
Como una virgen bajo el casto velo,
Y el régio sol al sorprenderla amante
Para besarla iluminaba el cielo.

Era la hora nupcial. Todas las olas
De los ríos, las fuentes y los mares,
En un coro inefable preludiaban
Un ritmo del Cantar de los Cantares.
El incienso sagrado del perfume
Exhalado de todas las corolas,
Flotaba derramado en los cefiros
Que al rumor de sus alas ensayaban
Un concierto de besos y suspiros.
Y cuantas aves de canoro acento
Se pierden en las diáfanas regiones,
Inundaban de músicas el viento
Desatando el raudal de sus canciones.

Era la hora nupcial. Naturaleza.
De salir del cäos aun deslumbrada,
Ebria de juventud y de belleza,
Virginal y sagrada,
Velándose en misterio y poesía,
Sobre el tálamo en rosas de la tierra
Al Hombre se ofrecia.

El hombre!.... Allá en el fondo
Más secreto del bosque, do la sombra
Era más tibia del gentil palmero,
Y más mullida la musgosa alfombra
Y más rico y fragante el limonero!
Donde más lindas se tupian las flores
Y llevaba la brisa más aromas,
La fuente más rumores,
Y trinaban mejor los ruiseñores,
Y lloraban más dulce las palomas:
Do más bellos tendía,
Sus velos el crepúsculo indeciso,
Allí el Hombre dormía,
Aquel era su hogar, el Paraiso.

El mundo inmaculado
Se mostraba al nacer grande y sereno;
Dios miraba lo criado
Y veia que era bueno.

Bañado en esplendor, lleno de aurora,
De aquel instante en la sagrada calma,
A la sombra dormido de la palma,
Y del césped florido en el regazo
Estaba Adan, la varonil cabeza
En el robusto brazo,
Y esparcida á la brisa juguetona
La melena gentil; pero la altiva
Frente predestinada á la corona,
La noble faz augusta de belleza
En medio de su sueño, revelaban
Severa y melancólica tristeza.
El aura matinal en blando giro
Su frente acariciaba, y suavemente
Su pecho respiraba,
Pero algo como el soplo de un suspiro
Por su labio entreabierto resbalaba.
¿Sueña?... En aquel retiro
Solo el Criador con el dormido estaba.

Era el hombre primer, era el momento
Primero de su vida, y ya su labio
Bosquejaba la voz del sufrimiento.
La inmensa vida palpitaba en torno,
Pero él estaba solo. El aislamiento
Trasformaba en proscrito al soberano......
Entonces el Criador tendió su mano
Y el costado de Adan tocó un instante.

. . . .

Suave, indecisa, sideral flotante,
Como el leve vapor de las espumas,
Cual blanco rayo de la luna, errante
En un girón de tenebrosas brumas,
Emanación castísima y serena,
Del cáliz virginal de la azucena,
Perla viviente de la aurora hermosa,
Ampo de luz del venidero día
Condensado en la forma voluptuosa
De un nuevo sér que vida recibía,
Una blanca figura luminosa
Alzóse junto á Adán......Adán dormía.

¡La primera mujer! Fúlgido cielo
Que bañó con su lumbre
La mañana primer de las mañanas.
¿Viste luego en la vasta muchedumbre
De las hijas humanas
Alguna más gentil, más hechicera,
Más ideal que la mujer primera?

La misma mano que vistió la tierra
De azules horizontes,
Los campos de esmeralda
Y de nieve la cumbre de los montes
Y de verde oscurísimo su falda;
La que en las olas de la mar sombría
Alza penachos de brillante espuma,
Y corona de arco iris y de bruma
La catarata rápida y bravia;
La que tiñe con mágicos colores
Las plumas de las aves y las flores;
La que tan bellos pinta esos celajes
De oro y ópalo y púrpura que forman
Del cielo de la tarde los paisajes;
La que cuelga en el éter cristalino
El globo opaco de la luna fría,
Y en el zenit espléndido levanta
La corona del sol que lanza el día;
La que al tender el transparente velo
Del ancho firmamento, como rastros
De sus dedos de luz dejó en el cielo
El polvo fulgoroso de los astros;
La mano que en la gran naturaleza
Pródiga vierte perennal hechizo,
La del Eterno Dios de la belleza,
¡Oh primera mujer.........esa te hizo!

La dulce palidez de la azucena
Que se abre con la aurora,
Y el casto rayo de la luna llena,
Dejaron en su faz encantadora
La pureza y la luz. Los frescos labios
Como la rosa purpurina, rojos,
Esa mirada en que fulgura el alma
En los rasgados y brillantes ojos;
Y por el albo cuello
Voluptuoso crespón de sus hechizos,
La opulenta cascada del cabello
Cayendo en olas de flotantes rizos!....

Su casta desnudez iluminaba,
Su labio sonreía,
Su aliento perfumaba
Y el mirar de sus ojos encendía
Una inefable luz que se mezclaba
Del albor al crepúsculo indeciso....
Eva era el alma en flor del Paraiso.

Y de ella en derredor, rica la vida
Se agitaba dichosa;
Naturaleza toda palpitante,
Como á la virgen trémula el amante
La envolvia cariñosa.
Las brisas y las hojas le cantaban
La canción del susurro melodioso
Al compas de las fuentes que rodaban
Su raudal cristalino y sonoroso;
En torno cefirillos voladores
Su cabello empapaban con aromas,
Suspiraban pasando los rumores,
Y trinaban mejor los ruiseñores
Y lloraban más dulce las palomas;
En tanto que las rosas extasiadas,
Húmedas ya con el celeste riego,
Temblando de cariño á su presencia
Su pie bañaban de fragante esencia
Y se inclinaban á besarle luego.

Iba á salir el sol, amanecia,
Y á la plácida sombra del palmero
Tranquilo Adan dormia.
Su frente majestuosa acariciaba
El ala de la brisa que pasaba
Y su labio entreabierto sonreía.

Eva le contemplaba
Sobre el inquieto corazón las manos,
Húmedos y cargados de ternura
Los ya lánguidos, ojos soberanos;
Y poco á poco, trémula, agitada,
Sintiendo dentro el seno, comprimido
Del corazón el férvido latido,
Sintiendo que potente, irresistible,
Algo inefable que en su sér habia
Sobre los labios del gentil dormido
Los suyos atraía,
Inclinóse sobre él....
Y de improviso
Se oyó el ruido de un beso palpitante,
Se estremeció de amor el Paraíso....

Y alzó su frente el sol en ese instante!

MANUEL M. FLORES

LA FUERZA DE LA COSTUMBRE

Su modestia me sorprendía tanto más cuanto que entre esa clase de especialistas generalmente muy pagados de su habilidad, el viejo saltimbanquis me parecía más extraordinario que todos los que hasta entonces había visto.

—Bah! señor, me decía es cuestión de ejercicio y de costumbre, hé ahí todo! Sin duda que es preciso un poco de disposición y cierta habilidad en los dedos, pero lo que se necesita antes que todo es paciencia y trabajo cuotidiano durante largos, largos años.

Efectivamente, yo había visto á menudo, aún en humildes barracas de provincia, ejecutar la suerte que consiste en colocar á un hombre ó á una mujer en cruz contra un blanco de tablas y plantarle desde lejos cuchillos entre los dedos y al rededor de la cabeza. Esta suerte no tiene, en suma nada de particular para el que conozca los artificios, puesto que los cuchillos no tienen absolutamente filo y se clavan á una distancia suficientemente grande de la carne.

Pero en este caso no había nada de mañas, nada de ilusión, nada de apariencias! La cosa se hacía lealmente, con entera sinceridad Los cuchillos estaban afilados como navajas de barbero, y el viejo saltimbanquis los plantaba directamente á flor de epidermis, precisamente en el ángulo de los dedos, aureoléando la cabeza con un círculo estrecho y ciñendo el cuello en una argolla de la que no podría salirse sin cortarse las carótidas.

Habíamos llegado á ser amigos y él me explicaba con mucha modestia en qué consistia el verdadero artificio incomprensible para la multitud; el eterno artificio, resumido en estas sencillas palabras:

—Tener vocación y trabajar durante largos, largos años, todos los dias.

Le había llamado mucho la atención la seguridad en que yo estaba de que á él le habria sido imposible una triquiñuela.

—Sí, sí, me dijo, tiene usted razón, Imposible, absolutamente! Imposible hasta un punto que no se puede imaginar. Si yo le refiriera......... Pero para qué?

Su rostro se tornó sombrío. Lágrimas temblorosas caian de sus ojos. No me atreví á insistír y forzarlo á confidencias; pero sin duda mis miradas fueron menos discretas que mi palabra y le exigían que hablase. Y obedeció á aquella súplica muda.

Después de todo, dijo, por que no contar á usted lo que ocurre?...... Comprende usted?

Y añadió, tornándose de pronto feroz su expresión:

—¡Ella sí que lo ha comprendido, ella!

—Quién? pregunté.

—La infame de mi mujer. Ah! señor, la abominable criatura......... si supiera usted.

Su mujer era la que diaramente se colocaba delante del blanco de tablas, con los brazos en cruz y los dedos extendidos; y el viejo saltimbanquis calzaba estos y nimbaba su cabeza con los cuchillos afilados como navajas de barbero y plantados á flor de epidermis.

La mujer podría tener treinta años; debió haber sido muy bonita, pero con una belleza perversa, con una nariz insolente, ojos crueles, boca á la vez sensual y maligna, el labio inferior demasiado carnudo en contraste con el superior, delgado y seco.

Yo había observado varias veces que cada vez que el cuchillo penetraba en el blanco, ella lanzaba una risilla apenas perceptible pero significativa cuando se la oía; una risilla agria y soberanamente desdeñosa.

—Eh? Ha observado usted su risa? Su malvada risa que se mofa de mí su risa cobarde que me provoca! Cobarde, sí, pues que ella sabe bien que nada puede acontecerle; nada á pesar de todo lo que merece, á pesar de todo lo que yo debería hacerle, á pesar de todo lo que *quiero* hacerle.

—Y que quiere usted?

—Diablo! No la adivina? Quiero...... matarla!

—Matarla por qué....?

Quiere usted saber la historia? Bueno. Algún día había de contarla Oiga usted.

La recogí un día, siendo aun pequeña, en la mitad del arroyo. Se estaba muriendo de hambre, yo no tenía familia y me dió lástima.

El cambio de posición la embelleció y cuando por primera vez la saqué á hacer unos ejercicios sencillos, el público se enloqueció.

Luego le arreglé la escena de la buena ventura que nos dejó mucho dinero. Ella en traje de maga y dos chicos vestidos de angelitos; tiraban las cartas, decían al público algunas simplezas de adivinación que les enseñé y se hacían aplaudir á rabiar.

Pero todo esto no tiene interés. Lo digo para que vea usted que me lo debe todo esa mujer que luego ha sido tan ingrata. Con el tiempo fué creciendo mi cariño y el suyo y me casé. Pero; cuan poco dura la felicidad! Un día, lo de siempre, le sorprendí unas cartas y me llené de furor. Ruegos, juramentos, protestas, lágrimas y tuve la debilidad de perdonar.

Unos cuantos dias después mientras estaba yo en la pista en un acto con la equitadora, me dió un vuelco el corazón, tuve un presentimiento sombrío. Yo nunca, nunca dejaba el trabajo, pero esa vez, como aconsejado por el demonio, corrí á mi cuarto de vestir y allí la ví en brazos del infame que me robaba mi dicha.

Iba yo á saciar mi furor, á vengar la afrenta, á castigar á los culpables cuando oí la tremenda grita del público. Qué lucha! qué horrorosa lucha! Los minutos que duró mi vacilación fueron siglos de dolorosa agonía; pero el público gritaba más y más y al fin me venció la idea del deber. Volví á la pista.

Después me ha engañado, me ha burlado, me ha escarnecido tantas veces!

Pero lo peor es que la primera vez que la perdoné, cuando la dije que si gustara podría cortarle el cuello el mejor día, sin que apareciese como de propósito, sino por un accidente, por torpeza......

—Ah! Le ha dicho usted eso?

—Ciertamente. Y pensaba hacerlo. Sí, pensaba poder hacerlo. Tenía perfecto derecho, vaya! Y era cosa tan sencilla, tan tentadora! Imagínese usted. Un gesto, un movimiento en falso, de un centímetro apenas y héla cortada por la yugular. ¡Cortan tan bien mis cuchillos! Y, una vez cortada la yugular, cuestión de tres flujos de sangre y, vengado!

—Es verdad. Horriblemente cierto.

—Y sin peligro para mí, verdad? Una desgracia, hé ahí todo, un desliz, un error, como acontece cada día en nuestro oficio. De qué se me acusaría? Quién pensaría siquiera en acusarme?. Homicida por imprudencia, no más! Aún se me compadecería antes que acusarme. Mi mujer! mi pobre mujer! diría yo sollozando. Mi mujer que me es tan necesaria, que es la mitad de mi sostén, que hace parte de mi todo! Creo que me compadecerían

—Sin duda alguna.

—Y cómo sería de bella esta venganza, la más bella de todas las venganzas, con la impunidad asegurada!

—Evidentemente.

—Y bien, cuando le he dicho todo esto como os lo digo ahora y más aún, amenazándola, loco de rabia, resuelto á hacerlo tal como lo pensaba, sabe usted que me respondio?

—Que usted era un hombre honrado y que seguramente no tendría el atroz coraje de...... .

—Ta, ta, ta! Yo no soy tan honrado como parece La sangre no me asusta. He tenido ocasión de probarlo. No diré cómo y cuándo, porque sería inútil. Pero á ella no había necesidad de probárselo. Ella no ignora de cuántas cosas soy capaz, aún de un crimen, sobre todo, de un crimen.

—Y no se ha asombrado?

—No Ha contestado simplemente que yo no podría hacer lo que decía. Oiga usted bien! Que no lo podría hacer!

—Y por qué?

—Ah! señor; no comprende usted? Cómo es que no comprende? Pero, no he explicado por medio de cuán largos y pacientes, y cuotidianos ejercicios he llegado á saber clavar mis cuchillos?

—Sí Y bien!

—Y bien: no sospecha usted que ella ha comprendido, terriblemente comprendido, que al presente mi mano no me obedecería si quisiese ejecutar un false movimiento?

—Desgraciadamente nada más cierto! Yo he querido, en efecto, he querido esta venganza soñada y que me parecía tan cómoda. Exasperado por la jactancia de la culpable, por la seguridad, he resuelto varias veces matarla. He concentrado entonces toda mi energía toda mi habilidad, para hacer desviar los cuchillos cuando los he lanzado á bordear el cuello. Quería con todas mis fuerzas obligarlos un centímetro, justamente para cortarle la arteria. Lo quería, lo quiero y nunca lo he conseguido, jamás, jamás! Y siempre la risa insolente de la infame se ha mofado de mí, siempre, siempre!

Y en un diluvio de lágrimas, con estertores de rabia insaciada y reprimida, concluyó, rechinando los dientes:

—Ya me conoce esa serpiente. Está en el secreto de mi trabajo, de mi paciencia, de mi artificio, de mi rutina, vamos! Ve en el fondo de mí mismo, y ve claro. más claro que usted, más claro que yo. Conoce que he llegado á ser una máquina sin defectos, una máquina de la que ella se burla, una máquina bien montada, una máquina inalterable: sabe bien que yo no *puedo* falsear mis movimientos.

El pobre hombre permaneció llorando por algunos minutos, llorando y sollozando, la frente oprimida entre las manos, y el cuerpo tembloroso y la respiración entrecortada.

Después añadió lentamente:

—Y no crea usted, no es verdad que me haya yo connaturalizado con la infamia como esa mujer se lo imagina. Mi corazón es un vaso henchido de amargura y una gota más puede hacerlo rebosar.

—Hay un medio de evitar eso. Abandónela usted.

—Eso es lo que la infame desea para entregarse entonces sin freno á las delicias de la vida de libertad con que ha soñado.

—Y ¿qué remedio?

—No sé Yo lo quiero todo menos dejarla. Porque cuando me imagino que esa vil criatura endeble y repulsiva que saqué del fango, se ha convertido por mis cuidados en una mujer arrebatadora que todos admiran y desean, cuando pienso en que apenas deje yo su lado llorando me sustituirá sonriendo otro hombre venturoso, no sé qué amargos pensamientos me asaltan y no sé qué horrorosas víboras se me enroscan en el corazón.

—Perdone usted, olvide y huya.

—No, eso que yo hice, que yó formé, que yó embellecí, debe ser mío, mío ó de la tumba nada más! Y nunca de otro. Oh! nunca, nunca. Estaba tan exitado el pobre hombre que yo preferí dejarlo solo. Sólo con sus inmensos infortunios.

* * *

Durante algunos días y aún después de que la Compañía de Circo Ecuestre y Variedades hubo salido de la población, tuve presentes en la memoria, conmoviéndome el corazón, los tristes relatos de mi amigo el Clown que con perfección tan rara sabía clavar los cuchillos. Luego lo olvidé todo

Ayer leí en un periódico de América la siguiente breve noticia

"Una dolorosa desgracia acaba de ocurrir en el Circo Metropolitano. El artista que dibujaba con los cuchillos una figura humana, por desgracia erró el golpe y dividió la yugular á su bellísima esposa que servía de blanco. El marido está inconsolable.

Yo sentí que se me erizaban los cabellos y dije:

"Los celos vencieron al fin á la fuerza de la costumbre.

JUAN RICHEPIN.

* * *

Algunas veces se enseña á engañar por temor de ser engañado.

SENECA

LOS AVESTRUCES

Habia en la Arabia una tribu de avestruces renombrada y temida por la fuerza con que, al verse atacada, disparaba con sus grandes y duros piés los guijarros de aquel suelo pedregoso. Citábanse los nombres de cazadores habilísimos que habian salido gravemente descalabrados al intentar osadamente coger y desplumar á aquellos fieros avestruces.

Descansaban éstos en la confianza de que nadie los atacaría y en la rapidez de su carrera, cuando unos árabes astutos y codiciosos resolvieron acometer la empresa, de la cual se premetian considerables ganancias.

A tal fin se guardaron muy bien de ir derechos á su objeto y ensayaron con éxito dichoso el sistema de reducir poco á poco el terreno donde los avestruces podian moverse, y fatigar á éstos, llamando continuamente su atención y llevándolos de un lado para otro, antes de darles sobre seguro la última y decisiva arremetida.

En un principio alborotáronse las indómitas y corpulentas aves, pero en vista de que todo ello no pasaba de un poco de molestia y de ruido, acabaron por no atribuirle gran valor. Para evitarse las inquietudes y los sobresaltos que las correrías de los beduinos por aquellos alrededores les producian, los avestruces más viejos, los que estaban al frente de la tribu, dieron á los demás el ejemplo de meter la cabeza bajo el ala.

Al oir las voces de los árabes y el galope de sus caballos y de sus asnos, los avestruces acudian á aquel recurso y se libertaban así de todo cuidado y todo miedo. De esa manera iban acostumbrándose á no ver peligro alguno en la proximidad de los cazadores y confiándose más y más.

Sin embargo, algunos individuos de la tribu, más recelosos ó más acostumbrados que los restantes, lejos de meter la cabeza bajo el ala, estiraban el cuello cuanto podían y advertian á los otros de la conveniencia de tomar posiciones para afrontar el riesgo y escapar de él si se presentaba. Enojaba la advertencia á muchos, y especialmente á los guias, los cuales consideraban que aquello conducía solo á la alteración de la dulce tranquilidad en que estaban sumidos.

Habia tambien algún avestruz, que presumia saber lo todo, y algún otro que alardeaba de ver más que nadie, quienes juraban y perjuraban que los beduinos sentían grande interés por la tribu, y únicamente impulsados por éste y por la curiosidad llegaban cada dia más cerca. Replicaban los cautelosos señalando las salidas del valle, donde la tribu tenia su habitación, ocupadas por los posibles enemigos, sus correrías cada vez más próximas y los sendos larguísimos garrotes con que venian armados. Ante estas indicaciones metían los demás la cabeza bajo el ala y afirmaban que nada de ello veían ni tenian para qué verlo.

Marcharon así las cosas, hasta que un hermoso dia, que fué muy malo para los avestruces, los cazadores, seguros ya del éxito, pasaron á escape muy cerca de las confiadas aves, y viéndolas con la cabeza bajo las alas, revolvieron sobre ellas con rapidez terrible é hicieron la cacería de la cual aún se habla en el Oriente.

Y es fama que los individuos de la tribu, escapados del peligro merced á la fuerza de sus piés y á las nubes de piedras que lanzaron sobre los beduinos, iban dando rudos aletazos á los guias, los cuales no cesaban de exclamar: ¡Quién lo habia de suponer! ¡Quién lo habia de decir!

Ni es menos cierto haberse observado desde entonces en la tribu, ya rehecha que, cuando un guía mete la cabeza bajo el ala ante el riesgo, lo echan de allí á golpes los demás.

A PIEDAD

Llegas á mi con garbo presumido,
tierna y gentil.—¡Cuán vario es el orgullo!
Ostenta en el león crin y rugido
y en la paloma tornasol y arrullo.

Brillas y triunfas, y á carnal deseo
cierras la veste con seguro alarde;
y en el fulgor de tu mirada veo
sonreir el lucero de la tarde.

Hay minutos de gracia, que suspenden
el dolor, con alivio soberano:
que de la paz divina se desprenden
para cruzar el infortunio humano.

Virtud celeste á la miseria mia
viene contigo y en el antro asoma,
y entra y cunde como una melodía,
como una claridad, como un aroma.

Al triste impartes, como buena maga,
tregua feliz; y en dulce desconcierto,
bendigo por el bálsamo la llaga
y amo por el oasis el desierto.

Y me vuelvo á mi citara, y la enfloro,
y la pulso, y el son que arranco á ella
se va, tinto en la púrpura y el oro
del puesto sol, á la primera estrella.

SALVADOR DIAZ MIRON.

DAMAS MEXICANAS

Srita. Maria Rojas

DE GUANAJUATO.

EL DESPERTAR DEL LEON

Huye la noche tras la selva umbria.
Dibújase en el pálido horizonte
La vaga claridad del nuevo dia....
Cesa la dulce calma de esa hora
Que siempre arrobadora
Marca en el cielo sus radiantes huellas,
Cuando lucha el fulgor de las estrellas
Con la marcha triunfal de cada aurora.
Quedan las secas hojas, sacudidas
Por el ambiente matinal, y ruedan
Las lágrimas de lluvia que se quedan
En los pétalos nuevos suspendidas.
Inunda el Sol la bóveda del cielo
Y baña en oro las tupidas frondas,
En tanto que el riachuelo
Los nidos copia en sus movibles ondas.
Abre el pájaro el ala entumecida
Y el trino vuela alegre en el boscaje,
Mientras Iris derrama en el paisaje
Su paleta de luz y amor enchida.
El himno de la vida
Desde el fondo del bosque se levanta;
Zumba el insecto, el pájaro aletéa
Mientras la debil trepadora planta
Sus campánulas rojas balancea.
Como lejana música, sonora,
Que en el espacio su clamor dilata,
Resuena atronadora
La límpida, espumosa catarata!
Vagos murmullos, ritmos ignorados
De solemne, de gárrula belleza,
Estrofas de los nidos olvidados
Con que canta el amor Naturaleza.
De pronto, se estremece la enramada,
Tiembla la flor, y el pájaro enmudece,
Y al asombrado espíritu, parece
Que ahoga sus estruendos la cascada
Que al entreabrir los ojos, el dormido
Rey de las selvas, el espacio atruena
Con potente rugido,
Y al vagaroso viento, estremecido,
Sacude altivo la imperial melena!
Contempla de sus bosques la espesura,
Por huella humana nunca profanada
Y brillan, á la vez, en su mirada
Celos y amor, y cólera y ternura.
A su paso se inclinan las palmeras
Y derraman las flores sus aromas,
Suspenden sus querellas las palomas
Y medrosas humíllanse las fieras
Después, quietud y magestad: regresa
Al cubil en que duermen sus cachorros,
Y mientras vierte sus candentes chorros
El sol que los juncales atraviesa,
De pie, grandioso, el héroe del desierto,
De la selva olorosa y bosque umbrío,
Revela su soberbio poderío
Viendo al sol, frente á frente. Está despierto

JOSE M. ZAYAS.

EL DECIMO DE LOTERIA

¿La historia de mi boda?

Oiganla ustedes: no deja de ser rara.

Una pálida chiquilla de pelo greñoso de raído mantón, fué la que me vendió el décimo de billete de lotería, á la puerta de un café, á las altas horas de la noche

La di de prima una cantidad enorme, un duro. ¡Con qué humilde y graciosa sonrisa recompensó mi largueza!

—Se lleva usted la suerte, señorito—afirmó con la insinuante y clara pronunciación de las muchachas del pueblo de Madrid

—¿Estás segura?—la pregunté en broma mientras deslizaba el décimo en el bolsillo del gabán.

—¡Vaya si estoy segura! Como que el décimo se lo lleva usted por no tener yo cuartos, señorito. El número ya lo mirará usted cuando salga, es el 1,420; los años que tengo. 14, y los días del mes que tengo sobre los años, 20 justos. Ya ve si compraría yo todo el billetito.

—Pues, hija,—respondí echándomela de generoso, con la tranquilidad del jugador constante que sabe que no le ha caido jamás ni una aproximación, ni un mal reintegro—no te apures: si el billete saca premio la mitad del décimo para tí Jugamos á medias.

Una alegría loca se pintó en las demacradas facciones de la billetera, y con la fe más absoluta, agarrándome una manga, exclamó:

—¡Señorito!—por su padre y por su madre, deme el nombre y las señas Yo sé que de aquí á cuatro días cobramos.

Un tanto arrepentido ya, la dije cómo me llamo y dónde vivía, y diez minutos después, al subir á buen paso por la Puerta del Sol á la calle de la Montera, ya no recordaba el incidente

Pasados cuatro dias, estando en la cama, oí vocear «la lista grande»

Despaché á mi criado á que la comprase y cuando me la subió, mis ojos tropezaron inmediatamente con la cifra del premio gordo; creí soñar: no soñaba: allí decía ésta mente 1 420......mi décimo, la edad de la billetera, la suerte para ella y para mí! Eran muchos miles de duros los que representaban aquellos guarismos....y un deslumbramiento me asaltó al levantarme, mientras mis piernas flaqueaban y un sudor ligero enfriaba todas mis sienes.

Hágame justicia el lector: ni se me ocurrió renegar de mi ofrecimiento.........

La chiquilla me habia traido la suerte, habia sido mi *mascota*......Era una asociación en que sólo figuraba como socio industrial. Nada más justo que partir las ganancias.

Al punto deseo sentir en los dedos el contacto del bienaventurado papelito.

Me acordaba bien: lo había guardado en el bolsillo exterior del gabán, por no desabrocharme.

¿Dónde estaba el gabán? ¡Ah! allí. colgado en la percha.. .A ver....Tienta de aquí, registra de acullá. Ni rastro del décimo.

Llamo al criado con furia, y le pregunto si ha sacudido el gabán por la ventana.........

¡Ya lo creo que lo he sacudido y vareado!

Pero no ha visto caer nada de los bolsillos: nada absolutamente.........

Le miro á la cara: su rostro expresaba veracidad y honradéz.

En cinco años que lleva á mi servicio no le he cogido jamás en un gatuperio chico ni grande.........

Me sonroja lo que se me ocurre. las amenazas, las injurias, las barbaridades que suben á mis labios......

Desesperado ya, enciendo una bujía, escudriño los rincones. desbarato armarios, paso revista al cesto de los papeles viejos, interrogo á la canasta de la basura...........

Nada y nada: estoy sólo con la fiebre de mis manos, la sequedad de mi amarga boca y la rabia de mi corazón.

A la tarde; cuando ya me habia tendido sobre la cama á fumar, para ver de ir dirigiendo la decepción, suena un campanillazo vivo y fuerte. oigo en la puerta discusión, alboroto, protestas de alguien que se empeña en entrar. y al punto veo ante mí á la billetera que se arroja en mis brazos, gritando con muchas lágrimas.

¡Señorito, señorito! ¿Lo ve usted? Hemos sacado el gordo.

¡Infeliz de mí! yo creia haber pasado lo peor del disgusto y me faltaba este cruel y afrentoso trance: tener que decir balbuceando como un criminal, que se habia extraviado el billete, que no lo encontraba en parte alguna, y que por consecuencia nada tenia que esperar de mí la pobre muchacha, en cuyos ojos negros. ariscos, temí ver relampaguear la duda y la desconfianza más infamatoria.

Pero la billetera alzándolos, todavía húmedos, me miró serenamente y dijo encogiéndose de hombros:

¡Vaya por la Virgen! señorito....no nacimos ni usted ni yo para millonarios.

¿Cómo podía recompensar la confianza de aquella desinteresada criatura? ¿Cómo indemnizarla de lo que la debía?—sí, de lo que la debía?

Mis remordimientos y la convicción de mi grave responsabilidad pesaban sobre mí de tal suerte, que la traje á casa, la amparé, la eduqué, y por último me casé con ella.

Lo más notable de esta historia es que he sido feliz.

EMILIA PARDO BAZÁN.

LOS MAS FUERTES

POR GEORGES CLEMENCEAU—ILUSTRACIONES GRABADAS EN NUESTROS TALLERES.

(CONCLUYE)

—Me llevo al señor Montperrier, dijo la vizcondesa, porque no conviene que el marqués nos vea. Pienso que tenía respecto de Claudia y aún creo que respecto de mí ideas que conjugan mal con lo que está sucediendo. No hay que irritarlo presentándole el espectáculo de nuestra alegria.

—Dentro de un momento iré á la casa de usted, dijo Harlé

—Está bien. Será usted esperado.

Apenas el cupé había salido de la puerta:

—Y bien? dijo ella triunfante.

—No sé, señora, como expresar á usted mi reconocimiento, respondió Montperrier, pero parece que tendré la humillación de depender de mi mujer.

—Claudia se asegura contra la ingratitud humana. Sobre todo, no hay que discutir esas miserias y bien sabe usted que yo seré siempre su amiga.

En el fondo la condesa Harlé no se sentía disgustada de tener por la brida al hermoso Montperrier, que necesitaría sin duda algunas veces del castigo del freno. Así lo adivinaba él muy bien y olvidando el servicio prestado ardía en rabia sorda.

Entre tanto Harlé picado en lo más vivo por la insinuación de la baronesa, sobre la supuesta rivalidad de Puymaufray, recibió á su amigo en la más ingrata forma y en esos momentos un lacayo le entregó un mensaje. Harlé lo abrió buscando una ocasión de dar curso á su mal humor y el éxito sobrepasó á sus esperanzas.

—Esto es inaudito, gritó con ojos que relampagueaban. Santa Radegunda está en huelga. Desde hace un mes mi ingeniero me hablaba de descontento y de conciliábulos y era de opinión que había algo que hacer. Yo aplazaba todo á causa de los negocios que me retienen aquí; pero ahora esto ha terminado y ya no puedo ceder.

—Quería hablarte de eso, dijo Puymaufray, pues he recibido hace un instante una carta de Juan Queté. Parece que con las máquinas nuevas, obligado el obrero á una vigilancia incesante y atenta, se fatiga más; y que siendo el rendimiento muy superior se reclama en vano desde hace tiempo un aumento de salario.

—No rehusé yo sino que aplazaba; pero no faltaba más sino que hasta pretendieran obligarme á disminuir mis ganancias.

—Parece que tus gentes á las cuales apresuraba el deseo de obtener la remuneración de un aumento de trabajo, se han declarado en huelga cansadas de no haber recibido contestación.

—Sí. Solamente que han tomado el peor camino. No puedo ceder ahora porque sería incurrir en una debilidad y mañana Dios sabe lo que me pedirían. De pronto, lo que importa es volverlos al orden.

Pero tú mismo reconoces que debiste haber arreglado este negocio desde antes, y no debes por simple capricho entregar á esos desgraciados á las tentaciones de la cólera.

—Las tentaciones de la cólera? Ah! Bien, quisiera ver eso. Es fuerza que vuelvan al orden, lo dije, y cuando tomen otra vez su trabajo ya veré lo que se deba hacer.

—¿Dónde está Claudia?

—Ha salido, contestó Harlé á todo evento para desembarazarse de Enrique. Esta noche vamos á la ópera con la señora Fourchamps y el señor Montperrier. Si quieres reunirte con nosotros....:

—No. Haz el favor de decir á Claudia que la veré mañana.

—Convenido. Ella te esperará después de almorzar. Corro á la plaza de Beauvan para entenderme desde luego con el Ministro del interior y terminar con mi huelga. Que el diablo cargue con esas gentes. ¡Lo que yo voy á hacer con los promotores! Nunca se acaba esa maldita polilla. Dichas estas palabras despide á Enrique. Escribe una esquela ardiente á la vizcondesa y corre derecho al Ministerio.

Puymaufray se detuvo en la primera estación telegráfica y dirigió á Juan Queté este mensaje: "Pueden ceder. Todo se arreglará."

Despues, no sabiendo á donde ir se encaminó al bosque con esperanzas de encontrar á Claudia.

Iba con la vista inclinada, por la avenida que separa el lago del bosque, cuando una voz conocida le hizo levantar la cabeza. El príncipe de Lucques y Melania estaban en conversación íntima. Quiso esquivarse, pero el príncipe le detuvo.

—Cómo! eres tú? exclamó, ¿qué haces por aquí?

—Lo que tú, me paseo, y luego saludó á la joven.

—Melania, te presento á mi antiguo amigo el marqués de Puymaufray.

—Señor, dijo Melania, celebro conocerlo porque me han hablado mucho de usted. Perdon, me encuentra usted un poco nerviosa porque acabo de reñir con el príncipe.

—Regáñelo usted.

—¿Qué va usted á decir señorita? exclamó Lucques que parecía disgustado.

—Llamo al marqués en mi auxilio. Figúrese usted......

—Cortemos eso, dijo el príncipe impaciente.

—No me impedirá usted hablar. Todo el mundo sabe que el príncipe me ha convencido de que la virtud es una mala colocación para la belleza y de que me ha ofrecido su brazo para prosperar por el camino más corto. Acepté y el proyecto fué solamente honorífico por ambas partes.

Lucques parecia contrariado.

—Pues bien, ahora está celoso porque me ha visto cambiar en esta avenida dos palabras con el señor de Montperrier: y toda nuestra conversación era sobre que se va á casar con su pupila de usted.

—¡Mi pupila! dijo Enrique palideciendo.

—O ahijada: la señorita Harlé. Quiero ser una de las primeras en felicitar á usted, pues aunque dicen que la señorita Claudia tiene millones y que tras ellos va el señor Montperrier....

Puymaufray se despidió como pudo y estuvo recorriendo calles hasta que anocheció.

Naneta viéndolo entrar y recogerse sin hablar pensó que la cosa estaba á punto de resolverse.

Por la mañana llegó un telegrama de Juan Queté:

"No me han querido creer. La llegada de tropas exalta los ánimos. Ayer grandes desórdenes. Nada se puede hacer."

—Esta tarde contestaré, dijo, y quedó mirando el reloj como lo había hecho toda la noche. Los minutos iban corriendo con lentitud y él desesperaba porque llegara el desenlace supremo de su terrible drama.

Apenas acababan de almorzar en casa de Harlé cuando se presentó Puymaufray al parecer muy tranquilo, pero con todo el aspecto de quien se ha formado una resolución invariable. Harlé y Claudia estaban sombríos.

—Estarás contento, dijo el industrial. He ahí tus teorías en acción. Los huelguistas intentaron destruir todo en Santa Radegunda. Sin la tropa, yo no sé qué habría sucedido.

—Se me ha telegrafiado que los daños carecen de importancia.

—Tu estás del lado de los revoltosos. Debí preverlo.

—No digas tonterías. Ya sabes como concluirá todo eso.

—Lo sé. Todos volverán al orden, y pronto. El ministro me lo ha ofrecido, pero al principio no quería enviar soldados. Fué preciso que lo convenciera Montperrier. Una vez reducidos, les disminuiré el salario.

—Estás loco!

—No se trata de mí sino de ahogar la revolución que se presenta. Yo represento el órden y por eso el gobierno puso el ejército á mi disposición. Cuando llego al éxito, intentan destruirlo!......

—Verdaderamente, eso es irritante, dijo Claudia con acento provocador.

—Tú tambien!

—Si, ella tambien, exclamó Harlé, violentado y con ella toda la gente de buen sentido que defiende el bien comun.

—Yo seré, agregó Claudia, tan buena como se quiera para con los desgraciados, pero mi padre tiene razón. Nosotros somos los amos.

—Sí, dijo Harlé, yo los mataré, los aniquilaré á todos esos bandidos y si piensan......

En ese momento se presentó su ingeniero de Santa Radegunda.

—Señor, dijo, hay malas noticias en el Ministerio. La situación es grave, el secretario del Ministro viene conmigo. La rebelión crece.

—Yo le diré al Secretario como es necesario obrar.

—Papá, dijo Claudia pálida, es preciso que el Ministerio nos apoye. Debemos defendernos, y no dejar que Santa Radegunda sea presa de esos salvajes. Los soldados no deben dejarse amenazar.... y puesto que tienen fusiles....

Enrique, ciego, se lanzó sobre Claudia.

—Vuelve, vuelve á decir eso, dijo temblando de cólera.

Claudia se calló.

Harlé sin preocuparse más que de la huelga fué con el Secretario á su gabinete. Puymaufray y Claudia quedaron solos para el combate sin cuartel.

—¿Y eres tú, hija mía, la que acaba de hablar así? ¿Tú, mi hija?

—Ahijada, contestó Claudia rectificando.

—Y quieres que se mate?

—Es una palabra que se me escapó.

—Eso piensas? Pues á mí me ha herido en mitad del corazón. Pero ¿qué te importa eso en la vida que te llama? Por conducto de una perdida á quien se lo dijo Monperrier, he tenido noticia de tu próximo enlace.

—Todo se sabe en París. Desde ayer no habia visto á usted.

—Nada de mentiras. Hoy es necesaria la verdad. Quise salvarte y no pude porque me faltó tu ayuda, y todo ha concluído: ya te perdí. Te amo demasiado para maldecírte, y te amo desde que viste la luz; te amo por tí y por tu madre. No digas nada, veo que no te agrada ese recuerdo; sin embargo, mi amor ha sido su amor.

—Siempre me lo reprocha usted.

—La desgracia ha caído sobre tí, y ya sabes tu sentencia. He seguido desde que naciste tus pasos hora por hora; he visto formarse tu alma, y mi deseo era que te parecieras á tu madre, á ese ángel á quien ahora vas á arrojar conmigo de tu presencia, y no puedo evitarlo, porque carezco de autoridad legal y no tengo más virtud que la de amarte. He hablado: no puedo hacer más. He trabajado veinte años para que amaras y fueras amada, y mis predicaciones han tenido la burla por resultado. A despecho de todos y de ti misma, he permanecido fiel.

—Pero padrino ¿por qué se mezcla usted en mis asuntos? Eso corresponde á mi padre.

—Y á tu madre también, de quien recibí esta misión de amor.

—Me lo ha dicho usted cien veces, y mientras para contrariarme tomaba usted el nombre de mi madre, papá sin decir nada me empujaba por el camino de la felicidad

—Yo te quería feliz por el amor y tu padre por el dominio de los demás. Ha triunfado tu padre.

—Diga usted que con buena intención quería usted hacerme á su semejanza; y mientras fuí débil traté de obedecerle, pero luego ya no pude y no ha conseguido usted sino hacerme dolorosa la necesidad que tengo de seguir mi camino. Si he sufrido, si he llorado, lo debo á usted, en tanto que á mi padre, á quien acusa usted en su ausencia, no le debo más que venturas.

—Calla, no sabes lo que dices. Yo podría fulminarte con una sola palabra. He venido aquí para obligarte á la obediencia, para ordenar en nombre de tu madre...! Cuando tu abominable palabra......

—Yo no conocí á la madre de quien usted me habla: y ahora nadie tiene derecho á ese nombre mas que la mujer de mi padre.

Puymaufray fuera de sí, agitaba los brazos en el aire.

—¿La Fourchamps tu madre? gritó desesperado. Tú...! eres tú quien reniegas de... Por esta blasfemia ¡mald.... no! no lo diré....

Lentamente, con la cara descompuesta por el terror, fijando miradas de loco en los ojos atónitos de su hija, Enrique salió retrocediendo como el domador que está amenazado por la fiera. En la puerta se detuvo y pareció que buscaba una palabra, y al fin bruscamente:

—Tú lo has querido, dijo, la tumba se va á abrír!

Y sin saber él mismo lo que había resuelto, corrió á las habitaciones de Harlé, á quien encontró con el sombrero puesto, saliendo de su gabinete.

—Entra, le dijo con autoridad. Es necesario que yo te hable.

El otro, contrariado, como quien desea dar fin á un asunto enojoso, regresó sin decir una palabra.

—Acabo de decir adios á Claudia, comenzó Puymaufray con voz entrecortada... adios! ¿has comprendido?

—Sí, contestó Domingo ¿y luego?

—Luego, nada... He querido hablar de su madre, que al borde de la tumba me encargó velar. por ella... Entonces estabas ausente...

—Sí, pero ahora estoy presente y no necesitamos que nadie nos guíe. En cuanto á la madre... era una desequilibrada.

A estas palabras Puymaufray, súbitamente enfurecido, marchó hácia Domingo.

—Te prohibo insultar á Clara! le dijo en voz baja y con los dientes apretados.

—Clara! exclamó Domingo ¿qué es lo que dices? ¿quien te ha permitido?

—Digo que te prohibo insultar á Clara, repitió Puymaufray, que se había tornado imponente y grave, Oyeme. Ha llegado una hora solemne. Tu me odias y yo te desprecio, pero reconozco que hay villanías que tú no podrías hacer: habla á tu vez y dime si me crees capaz de deshonrar mi nombre con una mentira, de mancharme con la más odiosa de todas las manchas.

—No, dijo el otro, recobrando la calma por un esfuerzo de voluntad. Puedes hablar. Te creeré.

—Pues bien: que el rayo caiga. ¡Claudia es mi hija!

Harlé sintió que una nube de tempestad le empañaba los ojos y luego fuera de sí:

—¿Qué te atreves á decir? gritó. Estás loco. Insultas á una muerta. Eres un cobarde. Mientes!

Inmóvil. Enrique levantó una mano como para poner al cielo por testigo y con voz clara dijo:

—Por mi nombre, por mi honor, por todo lo que respeto y creo, juro que Claudia es mi hija, hija de Enrique de Puymaufray y de Clara Morand á quien tú habías comprado para una especulación industrial y de la que hice yo mi mujer por derecho de amor.

Harlé cayó en un sillón como fulminado y luego, ocultando la frente entre las manos permaneció mudo y con estremecimientos de furor. ¡Haber sido engañado como un imbécil y precisamente por aquellos á quienes tanto había despreciado! Él, el fuerte, burlado por los débiles!

Enrique, lívido, con los brazos cruzados, esperaba, irritado por ese silencio, pero al fin se produjo la explosión. Harlé, con la faz encendida, las ojos fuera de sus órbitas se irguió de pronto en un acceso de ira.

—Y porqué me dices eso ahora que no me puedo vengar? Mentiste veinte años para escapar al castigo, pero no me importa! Tu hablas ahora porque no quieres que Claudia se case con Montperrier, y creiste recobrarla y hacerla obedecerte. ¿Qué querías hacer de mi dinero antes de este desengaño? Me robaste la mujer y ahora querías robarme los millones.

—Este insulto es el único que no me podía esperar. Al dejar que Claudia pasara por hija tuya, he tenido necesidad de escojer entre los riesgos que iba á correr la madre y la humillación de una mentira. He dejado obrar á la fatalidad.

—No es cierto: quisiste robarme por tu hija y para tu hija, y has hecho á la inocente cómplice de tu infamia. ¿Cómo puedes soportar mis miradas?

—Porque tengo conciencia he provocado tú cólera, y te desafío.

—Conciencia! y dices eso cuando te encuentro abriendo mi caja! Si Claudia que me debe su probidad se hubiera dejado corromper por las apariencias de tu falsa virtud, si hubiera consentido en rebajarse casándose con tu Deschars, la hubieras dejado que ella y los suyos gozaran de la fortuna robada. Ladrón! Ladrón!

La rabia ahogaba su voz: quería sangre y buscaba una injuria que valiera lo que una puñalada.

Enrique no había hecho el más leve movimiento.

—Solo el dinero te preocupa, dijo al fin: eres más vil todavía que lo que me había imaginado!

—Pero Claudia no quiso: oh! la hija que ahora es mía, me venga! ¿Me tomaste á mi mujer á quien yo no amaba? pues yo te quito á tu hija á quien amas y no te la volveré. Hay un dios vengador. Tú asaltaste mi hogar en la sombra, y lo que queda del tuyo maldito, lo saqueo á la luz del día. Y he venido haciéndolo sin saberlo.... milagro de la Providencia! ¡Cuánto me han ven-

gado en veinte años mis horas de recitud comparadas con tus horas de infamia! Ahora, de todas las pequeñas alegrías que me habría dado conocer esas sucesivas venganzas, hago una alegría inmensa. Tú querías mi dinero y mi dinero te roba la hija y le cambia el corazón, y ese corazón te repudia. Vé, ve á llamarla, á proponerle á tu gentil desarrapado por esposo y verás con qué gracia te vuelve las espaldas y te arrojará de su presencia como te ha arrojado de su alma, y te voy á arrojar de aquí inmediatamente. De tu hija yo he hecho la hija de mis millones y ella no puede separarse de esos millones que se ha robado sin saberlo. Victoria! la hija de tu crímen se ha vuelto la hija de mi oro, y es á mí á quien necesita, á mí que la he preparado para una vida que solo yo puedo darle y que la he rebelado contra tí á pesar tuyo. Ahora, huye, vete á tus ruinas, testigos de tu ignominia, á filosofar sobre la deshonra. Te echo de mi casa. Vete.

—No: dijo Enrique muy sereno. No es tiempo todavía.... Que el lodo de tu alma caiga todo sobre tí. Yo conozco mis faltas que son grandes, y ya he sufrido mi castigo en la vida misma que me reprochas. Pero hay alguien en cuyo favor debo hablar.

—Mi mujer, no es cierto? No tienes vergüenza! Yo, la víctima, juzgado por el autor del crimen..... Y en cuanto á tu cómplice, á esa......

El insulto no pudo ser proferido. Como fiera sedienta de sangre, Puymaufray se lanzó sobre su enemigo, rugiendo. Si Domingo no hubiera retrocedido habría quedado sin vida, porque Enrique solo en la sangre creía hallar venganza para el ultraje. El relampagueo de la mirada, el rechinar de los dientes, las manos como si blandieran mazas invisibles, todo revelaba al hombre que se contrae para arrojarse luego en impetuoso arranque al asesinato.

Ante la muerte que surgía, Domingo espantado retrocedió....

—Tienes miedo.....! dijo Enrique rehaciéndose. Oye pues, y sobre todo calla, pues al primer movimiento de tus abios te pulverizo. Sábelo: aquí solo hay un ladrón ¡tú! Robaste la dicha de Clara cuyo nombre no te permito pronunciar, su juventud, su candor, su belleza, y para cojer su dinero que codiciabas en el colmo de la ambición, te hiciste entregar todo eso jurando en cambio que la protejerías. Y luego, cuando creiste que faltaban algunos pesos en tu cuenta de estafador, te trasformaste en verdugo de la infeliz despojada. Y te vengaste en la indefensa criat ura, de tu envilecimiento inútil, como un cobarde. Día por día y hora por hora cifraste tu innoble p lacer en flajelarla con tus ultrajes; y hoy te asombras estúpidamente de que llegado el vengador la víctima se libertara! Lo que yo te tomé no era tuyo ni lo fué jamás. Lo único que tú perseguías era tu sueño de dinero á toda costa, aplastando á los débiles porque te crees el fuerte y no es verdad, pues eres el verdaderamente débil, el microscópico, el cero. Te lo digo en el apogeo del triunfo. Yo estaba sin fuerzas en la batalla, vacilante, perezoso por cobardía de amor pues quería salvar á Claudia. Ahora estoy ante tí para decirte que tienes que pagar caras tus victorias. Te casas con la señora Fourchamps ¿podía imaginarse para tí peor castigo? Dejo á Claudia en tus manos, puesto que ella lo quiere en su ceguedad, pero ya la veo desgraciada. Ha llorado y yo he comprendido que ya le roen los remordimientos el corazón. Ahora sin embargo, está implacable. Mañana el dolor, el dolor bendito me la devolverá arrepentida y podré decirle todo, y perdonándola seré perdonado. Tú......me das lástima. Adios! Ve á arrastrar tus miserias doradas entre alegrías contrahechas, mientras voy al más dulce desenlace de mi historia. Ya viví para el amor: voy á vivir ahora para el perdón.

EPILOGO.

Enrique de Puymaufray entre la soledad de sus viejas murallas, pasea sus sombríos pensamientos, pensamientos de derrota y de victoria. El amor vencido no rompía con la esperanza.

El ardor del duelo siniestro con el amo de Clara que luego se convirtió en amo de Claudia, se desvanecía en la paz de la tierra. Claudia regresaría alguna vez.

Débil en el combate se sentia fuerte en la adversidad confiando en que lo que sobrevivía de Clara en su hija, le libraría su corazón de las garras del mundo. Y veía á Claudia en el camino del perdón pronta á volver á sus brazos. Ay! el camino es largo, y difícil tal vez, y la muerte podía llegar anticipadamente. ¡Que se cumpla el destino! Morirá perdonando.

¿Y si no regresa....? También será perdonada porque el amor no se mide por las debilidades de los más fuertes.

Enrique contempla en torno suyo todos aquellos testigos de Clara que, pareciendo inmóviles, le hacen señales, y bendice esta tierra amiga que le quiere, que le llama y le recibirá en su seno. ¡Alegría anticipada del reposo, después de tantos sufrimientos. Todos los días, algo de él va cayendo en el suelo piadoso dulcemente entreabierto, y la indiferencia benevolente de las cosas le adormece en la revancha de su agotamientp bajo el peso de los hombres sin alma.

Vino la primavera. La tierra despertó floreciendo, las aguas vivificadas rodaron de las pendientes esparciendo á las alegrias embriagantes del día, los murmullos de su alegre renacimiento; por todas partes, de las profundidades, se lanza una loca ambición de vivir, ansiando por extender ante los besos de sol las corolas embalsamadas. Todo se conmueve y se extremece, todo quiere sentir la vida llevar su flor y su fruto al amor sin tener miedo de la muerte que está acechando su hora. La tierra misma canta en sus pájaros, feliz de amar y de decirlo. Es el paraiso recobrado en que se reunen todos los dioses que fueron y se extasian en su beldad.

Puymaufray contempla y admira, con el alma inmóvil entre la atracción y la repulsión de las cosas y con el corazón invadido por el empuje universal de las venturas efímeras.

Por la noche, las divinidades castas que danzan en la fantasia le acojen con cariño y lo adormecen con los sueños del Infinito. Loco de amor, el ruiseñor arroja á las tinieblas el reto de que no le agotarán su ventura. Al rayo de la luna aparece la sombra de Clara, y el que la amó y la ama, dice:

«Aquí estoy esperando»

Naneta vigila con su amistad perfecta no menos admirable que el amor.

Y Juan Queté, despedido de la fábrica por haber defendido la causa de los obreros, rechazado por sus compañeros á causa del desastre de la huelga, vino á visitar á Enrique antes de trasladarse á París. Puymaufray le consuela explicándole cómo es necesario compadecer á los que pudiendo ser los más buenos, los más justos, los más grandes, no tienen sino la baja ambición de ser por breve tiempo los más fuertes.

—Señor Enrique, dijo Juan; en sus ojos de usted se ve lo que le han hecho esos sus amigos á quienes defiende. Ya le habíamos anunciado á usted que le iban á hacer mal. Ya lo vé usted: los más fuertes, para serlo, están obligados ante todo á arrancarse el corazón. Pero no serán siempre los más fuertes. Ya verá usted, los débiles lo vengarán.

—Amigo Juan, respondió Enrique. la venganza que realicen no me sacará de la tumba. Ya estoy vengado de antemano. Las derrotas humanas suelen ser preparación de triunfos para el porvenir. Es necesario llenar de muertos el foso para dar el asalto precursor de la victoria. Con existencias extinguidas en flor, se va laborando en las tinieblas el genio de la humanidad viviente.

Georges Clemenceau.

FIN.

A UNA DAMA PROTESTANTE

Inspirados en un viejo soneto francés.

Deja que mi canto brote
para ti como un arrullo
y en tu redor vibre y flote;
¡depón, marquesa hugonote,
tu seriedad y tu orgullo!

Soy hidalgo, amarte puedo
que eres hidalga también;
mis abuelos, con denuedo,
siguieron á Godofredo
luchando en Jerusalen.

Si tú, entre las damas sueles
preponderar, ¡vive Dios!
yo privo entre los donceles;
si ostentas muchos cuarteles,
¡yo tengo sesenta y dos!

Si tu padre combatió
con el mio y se dañaron
de diverso ideal en pro;
¿por qué no amarnos tú y yo
después que ellos se mataron?

¿Temes que el mundo critique
nuestro cariño vitando?
pues yo diré á quien replique:
—¡También el rey don Enrique
amó á las del otro bando!

Y frente al [illegible]
al [illegible]
d[illegible]
[illegible]
—¡Tú, marquesa, vales dos!

Vamos! concede que brote
la voz de mi plectro eólico
y en tu redor vibre y [illegible]
¡Piedad, marquesa hugonote,
para este bardo católico!

Amado Nervo

PAGINAS DE LA MODA

TOCADOS DE BAILE PARA SEÑORITAS

Las reinas del dinero

Entre las mujeres más ricas se halla en primer lugar la Sra. Hetsy Green, avara hasta más no poder. A pesar de que su fortuna se eleva á 70 millones de dollars, vive en una casa de huéspedes, principalmente por economía y con objeto á la vez de despistar á los inspectores de contribuciones directas. Falsificó un testamento para apoderarse de la fortuna de una tía suya. Descubierto el hecho, ofreció transigir á los demás herederos y abonarles los gastos, que ascendían á 160 000 dollars. Convenida la transacción, apeló á la generosidad de su familia, quien le regaló la mitad de dicha suma. Sin embargo, bajo la amenaza de las consecuencias de este proceso, se trasladó á Europa y vive en uno de los barrios peores de París ó bien en Londres en una de las casas más pobres de aquella capital. No da nada á nadie y dice que "su familia nunca creyó en la eficacia de la limosna"

En Nueva York existe otra dama más rica que la anterior, la señora viuda de Gousino, cuyo nombre es Isidora Goyenechea. Forma un contraste muy violento con mistress Green; es tan pródiga aquella como ésta avara.

Los Gousino y los Goyenechea figuran entre los primeros colonos españoles después de la conquista de Chile y la fortuna de ambas casas se halla reunida hoy en manos de la ilustre dama. Su fortuna se eleva, dicen, á descientos millones de dollars y consiste principalmente en minas de plata, cobre y carbón. Sólo las rentas de estas últimas alcanzan á 800,000 dollars.

Esta millonaria administra su inmenso capital con un talento que le envidiarían los mejores hacendistas europeos. Nunca ha querido casarse otra vez. Tiene dos hijas preciosas; ambas solteras.

Miss Garret, de Baltimore, tiene 38 años y una fortuna de 30 millones. En sus salones recibe constantemente á los artistas, hombres políticos y escritores más distinguidos.

Se ha gastado muchos millones en proteger la enseñanza de la mujer, y es una ardiente defensora de su sexo.

Mistress John Gardner, de Boston, es una de las mujeres más notables entre las grandes propietarias del Nuevo Mundo. Sus salones están siempre abiertos para los artistas y escritores. Con gran asombro de sus paisanos, la Sra. Jack, como la llaman los americanos, generalmente, se atrevió á hacer en público *personal examination* de los músculos de los grandes boxeadores de los Estados Unidos. El escándalo fué grande; pero bastantes damas, lejos de indignarse, han preferido después seguir el ejemplo de su compatriota.

Mistress Stearman, fué de soltera un noticiero femenino, una periodista de perseverancia sin límites. Vino á Mexico de corresponsal del *New York World* y publicó unas cartas que llamaron mucho la atención por lo injustas. El primer éxito periodístico lo obtuvo relatando en un artículo sus impresiones sobre un globo.

Poco después obtuvo autorización para ingresar durante una semana en el *City Insane Asylum* de New York, y al salir escribió una serie de artículos muy violentos contra los tratamientos indignos de que eran objeto los pobres locos A consecuencia de esta campaña periodística se instruyó un expediente administrativo que vino á demostrar que todos los abusos revelados existían realmente y para mejorar la situación de los alienados, se concedieron 15 millones de *dollars*.

Nuestros lectores recordarán el famoso ejército de hambrientos mandados por Cotey. La periodista acompañó á los expedicionarios á Washington y describió admirablemente las miserias del pueblo americano.

En Saratoga, el balneario más célebre de los Estados Unidos, visitó todos los garitos y casinos, relatando minuciosamente los males que las casas de juego causan á la sociedad.

Siempre y en todas partes, y constantemente en la brecha en defensa de los pobres desgraciados, tal ha sido la carrera de la antigua redactora del *World*.

Un día el presidente de la *Iron Clad Manufacturing*, Mr. Stearman, concibió el buen pensamiento de ofrecer su mano y su inmensa fortuna á nuestra colega, que ya no escribe buenos artículos, pero hace muchas obras

Las jóvenes solteras son clasificadas como sus padres, según la fortuna que ellas heredarán. Tal *miss (is worth)* "vale uno, dos ó tres millones de duros, así como su padre "vale" 25 ó 50.

La prensa habla de las dotes de estas señoritas como de la cosa más vulgar del mundo, y de los periódicos americanos tomamos los siguientes datos:

Figura en primer lugar miss Perkins con 17 millones de *dollars*, quien heredará una suma mayor al morir su padre; miss Virginia Fair, de California, con 20 millones; miss Grammel, de Providencia, con 7 millones; miss Blanca Havemeyer, con 2 millones; miss Alia Rockefeller (hija del rey del petróleo) con 10 millones; miss Gould, miss Leiter, miss Stonne, con 15 millones cada una, etc.

¡Unas señoritas que, como dicen sus compatriotas, *valen* más que pesan!

Cartera informativa

SON NOCIVOS LOS SOMBREROS DE LAS DAMAS —Sensible es que no haya encontrado ningún médico, nada que decir en contra de los monumentales sombreros que la moda impone á las señoras. Sin embargo, un

TRAJE DE MONTAR TRAJE PARA LA CALLE

Doctor Sonier, dice que tan pesados monumentos prendidos al cabello, son causa de inesperada alopecia, pues sabido es que siempre fué mayor el número de calvos que de *calvas*; es decir, de mujeres calvas, cierto que á las señoras *calvas* les es indispensable apelar á la peluca para ocultar la calvicie, y que el hombre puede tener la coquetería de lucir su calva de «sabio» pero así y todo, es más frecuente la calvicie en el hombre que en la mujer, y esto se atribuye al uso del sombrero.

A la calvicie, como al encanecimiento prematuro, propenden cuantos tienen la costumbre de usar gorra de ino de casa.

El cabello, como planta, necesita lubrificarse en la luz y aereación

Qué perjuicios no acarrearán los sombreros que usan las señoras, sombreros que ofrecen hoy los mismos inconvenientes que los nuestros, mas el inconveniente pe ir prendidos con agujones en los cabellos

Estas son verdades higiénicas muy sencillas...... pero de grande interes.

NUESTROS GRABADOS

TOCADO DE BAILE PARA SEÑORITA.

Este tocado es verdaderamente sencillo, se riza toda la cabeza procurando que quede muy abultada. El molote va casi en la frente y lleva una pluma muy rizada y una aigrette de seda.

TOCADO PARA SEÑORITA.

Este tocado se hace del modo siguiente: se raya en el centro y de cada lado se riza el pelo formando barquillos, el molote está sostenido por una peineta ancha que figura corona y al rededor de esta lleva una trenza gruesa.

TRAJE DE MONTAR.

Este traje puede usarse para la calle. La chaqueta es entallada y abierta de adelante, puede usarse con camisa ó con petos de seda. De cada lado y en la parte inferior está pespunteada, figurando unos picos.

El cuello es Médicis y tiene un moño de plissé con lazos grandes.

La manga es enteramente sencilla solo tiene en la parte superior un olán cortado en picos y pespunteado.

La falda en la parte inferior lleva tres vueltas de pespuntes.

MATINEÉS DE SEÑORA PARA CASA

TRAJE PARA LA CALLE

TRAJE PARA LA CALLE

Este traje es de lana, el corpiño es enteramente liso y derecho, y se abrocha de un lado. Vá adornado con un cordón de pasamanería todo al rededor y sobre el lado derecho tiene tres vueltas de este mismo cordón que termina en punta adornándolo tres borlas.

El cuello es Médicis, y el cinturón de cuero llevando hebillas dobles.

La manga es lisa y en la parte superior lleva un olán adornado del mismo cordón

La misma falda figura olán y va también adornado con este cordón.

MATINÉE DE SEÑORA PARA DENTRO DE CASA.

El matinée de que vamos á hablar es muy sencillo y elegante, pues es hecho de género blanco, cae enteramente suelto por delante y tiene un cuello ancho cortado en picos que cae como pelerina y está adornado con un encaje ancho fino. Lleva en el cuello un moño de listón con lazos largos.

En la parte atrás del cuello tiene un encaje muy truncido y figura Médicis.

La manga es ancha de globo y el puño es angosto.

MATINÉE PARA DENTRO DE CASA.

Este matinée es de género lijero de color. Está entallado por detrás, y por delante tiene la forma de chaqueta abierta, de cada lado de esta lleva un encaje ancho plegado.

El peto es del mismo género con un tablón ancho para abotonarse con mancuernitas ó botones.

El cuello es alto y está adornado con encaje figurando cuello volteado.

La manga es toda fruncida y en lo superior tiene un olán del mismo género adornado con encaje. En la parte inferior también lleva un olán de encaje y un entredos.

TRAJE PARA LA CALLE.

Este traje es hecho de una tela Escocés. El corpiño que figura chaleco es de terciopelo, adornado con un olán tableado, y está abrochado por un botón grande.

El cuello de la camisola es también de terciopelo, y esta abrochada con un botón grande.

La manga es angosta y de terciopelo.

La capa es también de escosés y lleva en el delantero unas patitas con un botón figurando solapas.

La falda tiene en cada lado del delantero dos tiras de terciopelo á lo largo, terminando en la parte superior en punta; y en la parte inferior lleva dos patitas con su botón.

PALETOT PARA SEÑORA.

Este elegante y sencillo paletot de que vamos á hablar es de paño delgado, largo y va entallado. Las solapas están bordadas con una trencilla de seda.

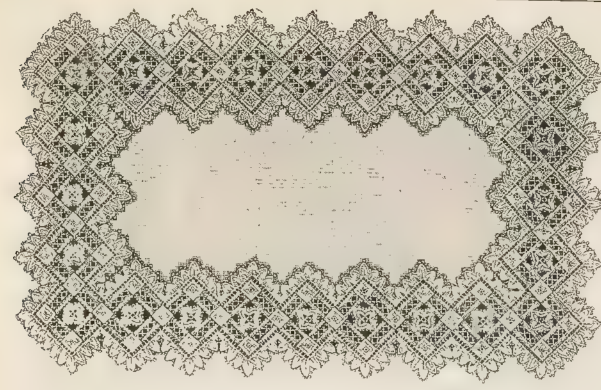
El paletot puede usarse con camisola blanca ó bien de seda.

En la espalda y en cada esquina del paletot lleva un dibujo con la trencilla de seda y en el talle está sujeto por dos hebillas de abalorios.

El cuello está cortado á la Marestnart y esta adornado con el mismo adorno de las solapas.

Las mangas son angostas y llevan en la parte inferior un olán de encaje.

PALETOT PARA SEÑORA



CUBIERTA DE MESA

Sobre el lado derecho tiene un moño grande parado, y sobre el lado izquierdo un moño chico pero enteramente caído.

DELANTAL PARA SEÑORITA.

Este delantal es de género de color, el peto está pegado al talle y cae en punta, lleva como adorno un cuello marino bordado que tambien cae en punta al talle. A la orilla del cuello lleva un olán de la misma tela, bordada con puntada de ojal. El cinturón es angosto de la parte de atrás, y adelante ancho y en punta. El lienzo delantero de la falda es blanco, angosto y bordado en la parte inferior lleva un olán del género de color.

DELANTAL PARA JOVEN.

Este delantal es hecho de género de color, el peto es angosto de la parte inferior y de cada lado lleva una tira bordada á la orilla con puntada de ojal.

La manga está figurada por un

CORBATA PARA SEÑORAS

CUBIERTA DE MESA.

Esta cubierta para mesa, puede servir para buró ó tocador, es hecha de genero crudo, puede hacerse también de género blanco. El encaje que tiene á la orilla es hecho del mismo gènero, se le dá la forma que se desea ya sean picos ú ondas.

CORBATA PARA SEÑORAS.

Este moño corbata es hecho de encajes finos. Tiene colgando dos lazos, los cuales están fruncidos, figurando alforcitas muy angostas; y á un corto espacio está tambien plegado formando bouillonée. En la punta de cada uno de estos lleva un encaje ancho.

CARACOLITOS Y CAMISITAS PARA NIÑA.

Los caracoles de que vamos á hablar son de estambre, pero también pueden hacerse de género, haciéndoles de lo mismo una faja para sostener el talle.

Estas camisitas son de linon blanco y solo llevan de adorno un encaje que la misma jareta frunce y figura una golilla.

CANASTA SACHET PARA COLGAR.

Esta canasta está forrada de una seda verde plegada toda en redondo ménos en el centro En este lugar se le deja un espacio de cinco ó seis centímetros para bordar, ya sea el monograma ó un ramo ú otro dibujo.

De cada lado lleva un moño grande como lo representa el grabado.

TOCA PARA SEÑORA.

Esta toca es sencilla y elegante, es hecha solamente de encaje y listón, la copa está formada con encaje muy fruncida, la ala es también de encaje que cae como olán.

FIGURINES Y OBJETOS DE SPORT PARA EL VERANO (ÚLTIMAS NOVEDADES)

olán de género blanco bordado en máquina

El cinturón es angosto en la parte de atrás y por delante cae en punta.

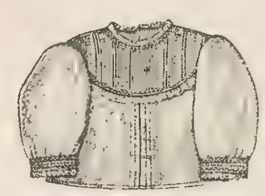
En la parte baja de la falda lleva un entredos.

PUNTA PARA COLCHA.

Esta punta es de gancho y es tejida de hilo grueso, en el centro forma cocoles y estrellas, se le dá el dibujo que se desea.

La punta de la orilla es también de gancho, imita el encaje miñardi.

CANASTA SACHET PARA COLGAR



CARACOLITO PARA NIÑA

TOCA PARA SEÑORA

DELANTAL PARA SEÑORITA

DELANTAL PARA JOVEN

LA RAZON Y EL SENTIMIENTO

La razón ha presidido los actos en que el hombre dignifica las virtudes severas que emanan del esfuerzo contra sí mismo: el sentimiento le dirige inconscientemente al seno de las francas virtudes que nacen del amor á la humanidad.

Por escabrosa vía la razon nos conduce á las grandes conquistas que dan superioridad sobre el vulgo: por fáciles senderos se desliza el sentimiento, y luminoso como un sol, llena con sus resplandores la cabaña y el palacio La razón es Minerva, el sentimiento es Psyquis: la primera interroga, el segundo consuela Siente éste como la violeta y la otra se yergue ante el viento que la azota

Débil el hombre en medio de las fuerzas que se disputan la posesión de su espíritu; incapaz casi siempre de seguir, no los impulsos sino las contrariedades que les suscita la razón, se abandona á la corriente que le arrastra consigo y el sentimiento es la única raíz que le liga á lo bueno y le conserva para el porvenir. El sentimiento es la fuerza del débil, la fuerza que pide y otorga: es la fusión de los elementos creadores de la voluntad, á los que imprime su sello glacial la razón que manda. El sentimiento engendra la simpatía por todo lo bello, lo noble y lo generoso, y despierta la admiración por todo lo grande, con la propia concepción de la grandeza.

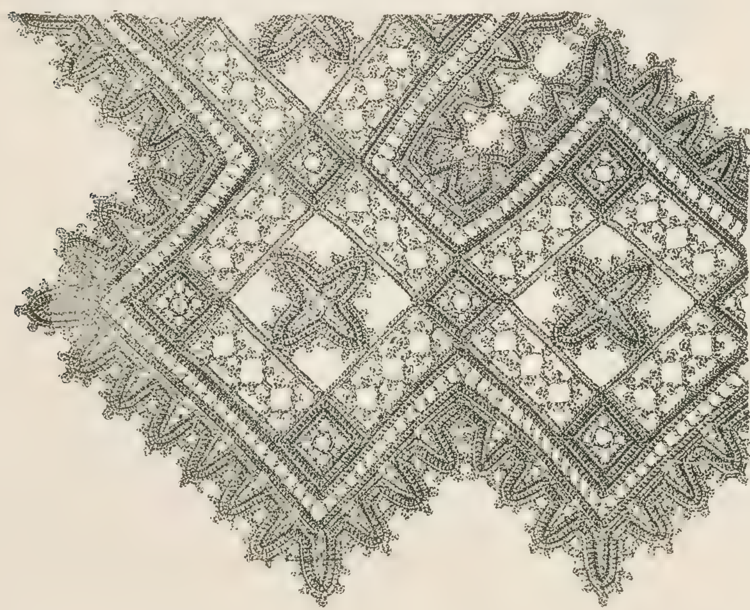
El pecho sensible es también el pecho fuerte que llora la soledad de los muertos, con Becquer, y ruge con Hugo ante el infortunio de los desgraciados. Vertiendo dulces raudales de una poesía desconocida, llorando con las lágrimas del huérfano y desesperando con las amarguras de la viuda, el sentimiento palpita con todas las emociones del alma, como si fuera el inmenso corazón de la naturaleza. Desconocido el clásico aprendizaje de la lira helénica y entona la nota ferviente que inmortalizó la poesía romántica. Su obra es de amor, y al través de sus sonrisas y de sus lágrimas invade y ocupa los corazones, como el manso arroyo que se extiende sin rumores y fecundiza el llano.

Bendito el regalo de los dioses, tú eres ¡oh sentimiento! el contraste de la fría razón, eres como una conciencia dentro del pecho, eres el oro emblemático de la estátua que Daniel interpretó!......todo lo demás, es como el hierro, el cobre y el barro de la simbólica visión de Nabucodonosor.

R. OTERO D.

LAS CASCARAS DE HUEVO.

Muy pocas personas saben, sin duda, que se pueden utilizar ventajosamente las cáscaras de huevos. Generalmente éstas se tiran al basurero, y es un error, pues la gran cantidad de cal que contienen, permite emplearla con buen éxito en la alimentación de los pollos, de los cerdos y de los becerros. Además, favorece en las gallinas la postura de los huevos. Para llegar á estos resultados, es suficiente moler bien las cáscaras y mezclar el polvo con los alimentos.



PUNTA PARA COLCHA

DIBUJO PARA CORTINA

EL MUNDO.

TOMO I. MEXICO, ABRIL 17 DE 1896. NUMERO 16.

Flor de Primavera.

POR VILLASANA

LA SEMANA

RESUMEN—Otro monarca destronado—El rey de las selvas en ridículo. — Superioridad intelectual, moral y social del toro.—Nueva faz del feminismo.—El derecho á la fealdad.—La belleza desterrada del mundo. — Lado bueno de la campaña. — La civilización afemina.—Debilidad física y moral del hombre civilizado.—El suicidio y las enfermedades morales.

El acontecimiento más culminante de la Semana, en el orden interior, ha sido el ridículo completo en que cayó en la Indianilla el rey de los animales, dejándose vencer, por partida doble, por uno de sus humildes súbditos. El caso no es nuevo y viene repitiéndose hace ya tiempo. La verdad de los hechos es que no puede darse reputación más usurpada que la del león. Tiene *coram vobis*, es verdad, una melena hirsuta, fisonomía magestuosa, mirada dominadora, rugido imponente, azota con majestad sus flancos con la borla de la cola, muestra con cierta indiferente fatuidad su colmillo aguzado, el filo y la curvatura de sus garras; pero en el fondo es no más que un *hazañero*, un alevoso y un fanfarrón. Los poetas le han creado una fama que está lejos de merecer y con sus aires de D. Magnífico Pavon y de mata-siete, da idea de esos académicos, de esos hombres políticos y de esos *mata-moros* que deben su reputación á su suficiencia, á su ventripotencia, á su voz campanuda, á su barba en cascada y que, *calados*, resultan vanos, vacíos é incapaces.

Mr. William Mc. Kinley

PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS DEL NORTE

El león es inexorable con el débil y sumiso y cauteloso con el fuerte; ataca, si puede, á traición y se vuelve abstencionista cara á cara y con un adversario poderoso; ruge, rasca la tierra, colea, hecha bravatas y trata de intimidar antes del combate; pero llegado el trance supremo, si no puede *casar su partido* se retira con todos los honores de la guerra.

El toro debería ser el rey de los animales; arrogante, escultural, ágil, impetuoso y poderoso, lleva orgulloso la diadema de la soberanía, y tal parece que la Naturaleza armándolo en la frente quiso pener la fuerza en el sitio mismo de la inteligencia. Como todo ser verdaderamente valiente, es generoso; caido el adversario, le vuelve la espalda con olímpico desprecio y no se ensaña en él; para escapar de un toro, lo mejor es fingirse muerto. Es, además, cándido, bobalicon, de buena fé; se le engaña con cualquier cosa, se le burla con una flámula, se le esquiva con un pañuelo. Su resistencia en el combate y su testarudez en la lucha, no reconocen otro límite que la muerte. No acomete sino cuando está solo y se ve provocado y acosado; he visto no sé en donde una fotografía que representa una niña recostada en la cabeza de un toro, con los brazos descansando en las astas; ese toro era de lidia y dió un *juego* soberbio en la plaza.

Además ¡qué sería de la humanidad sin el toro! Es él quien ofrece á nuestro apetito el jugo suculento de sus filetes y la fibra nutritiva de sus roastbeefs; con sus cuernos se fabrican miles de artefactos; su piel nos calza, de sus huesos se extrae el luminoso fósforo, el carbón animal que purifica, los fosfatos que regeneran la tierra. Elevado á la categoría de buey, ofrece su cervíz al yugo y tira del arado que fecunda los campos; ha redimido al hombre del salvajismo de la vida nómade y haciéndolo pastor primero, y agricultor después, ha fundado la civilización.

Con razón Júpiter para robar á Europa se disfrazó de toro, y con justicia en Egipto se le divinizó y se le tributó culto.

El triunfo brillante alcanzado en la Indianilla, no es más que una revancha que le debía el destino. Al falso rey destronado no le queda más que el *qui' il mourit* del trágico francés y avergonzado, humillado y abatido, morir de dolor y de afrenta en su jaula. No debía sobrevivir á la ruina de su gloria y á la evaporación de su prestigio y de sus ilusiones.

***

Señoritas: tengo la honra de poner en vuestro conocimiento que estais en vísperas de conquistar un nuevo derecho: el de ser feas. Queríais el derecho al voto, á la ingerencia en el manejo de la cosa pública, á la libertad del trabajo, á la igualdad civil con el hombre; pues os quedareis sin todo eso y sin mucho más, pero en cambio se os ofrece el derecho á la fealdad, que vale por todos. El derecho en cuestión no es nuevo y forzoso, si bien triste es confesar que una mayoría respetable del sexo bello lo ejerce y á veces con abusiva amplitud; hay mujeres tan feas, en efecto, que parecen serlo por vocación, por deber, por voto irrevocable, que se *tiran* á la fealdad como los hombres al vicio y que dejarían primero de ser mujeres que de ser feas. Pero tal parece que se trata de generalizar el principio, de instituir una fealdad gratuita y obligatoria, como la enseñanza; de desligaros de todos vuestros deberes estéticos y de emanciparos de la tiranía de la gracia, de la proporción y de la harmonía.

La promotora de este interesante movimiento social, en un *meeting* feminista decía. «¿Por qué se nos obliga á ser bellas? ¿Por qué se nos fuerza á aterciopelar nuestra piel con el polvo de arroz; á dar, con opiata de Kananga, rojo á nuestros labios; con carmín, sonrosado á nuestras mejillas; con humo de ocote, sombra á nuestros párpados? ¿Por qué oprimir, á la usanza china, nuestro pié para hacerlo breve y combado? ¿Por qué emparedarnos en el corsé, so pretexto de talle de avispa y de cadera andaluza? ¿Tiene sentido común el hacernos cargar media tonelada de crepé para fingirnos cabelleras opulentas, rizos de oro, trenzas como cables?

Y la conclusión era fatal y de una lógica irrefutable: «Somos víctimas de un oprobioso despotismo y de una ominosa tiranía; se nos exije la belleza y se nos impone torturando nuestras carnes, bruñendo y tiñendo nuestra piel, acolchando los vacíos y comprimiendo las protuberancias. Vivimos emballenadas, engomadas, pintadas como muñecas; y el hombre, para tener bellezas que admirar, procede como los chinos que encierran á los recien nacidos en jarrones caprichosos, los dejan crecer y los hacen engordar en ellos para tener garrafones y picheles humanos con que adornar los salones de los mandarines; y nos condena á la incomodidad, á la enfermedad y á la muerte, para saciar caprichos y satisfacer extravagancias.»

Y lo peor es que hay muy poco que replicar á eso y que es innegable la realidad de los hechos que se denuncian. Si la doctrina del derecho á la fealdad no tiene otra aplicación ni otra trascendencia, debe reputársele filantrópica y benefactora de la mujer. Darla la libertad de calzar holgado, de no vestir ceñido, de peinar corto, de tener la piel limpia; dejarla, así, más tiempo que consagrar al hogar y á la maternidad; impedir los envenenamientos lentos que ocasiona el afeite y las deformaciones orgánicas que produce el traje de presión; hacerla más vigorosa, más sana y más fecunda, son fines laudables, aspiraciones y tendencias razonables.

Pero lejos de ser ésta una de las primeras conquistas del feminismo me parece que será más bien su cima y su coronamiento. Hablando en su mismo lenguaje, diremos á la propagandista del nuevo evangelio: La mujer no tendrá derecho á ser fea hasta que disfrute de todas las prerrogativas de que el hombre goza. La belleza, real ó artificial, es la única arma, y la más poderosa, de combate por la vida que el hombre ha dejado esgrimir á la mujer. Mientras la mujer no pueda trabajar y luchar en igualdad de condiciones que el hombre, tiene que vivir á sus expensas y para ello que seducirlo y atraerlo ¿con la virtud? no basta: ¿con el talento y el saber? no se dán á la mujer elementos suficientes para adquirirlos: ¿con el amor? tampoco; el hombre no ama porque lo aman como suele suceder á la mujer, sino porque lo atraen, lo seducen, lo ciegan; y la belleza es el principal, si no el único medio de atraerlo, de seducirlo y de cegarlo.

Renunciar la mujer á la belleza y á los artificios que la simulan ó la acrecientan, á tanto equivale como á renunciar David á su honda ó Judith á su espada.

El movimiento amenaza, pues, fracasar, con gran desconsuelo de la mayoría de feas y contentamiento de la minoria de hermosas.

A medida que la humanidad se perfecciona la organización humana se hace más frágil, ménos resistente, más quebradiza, semejante á esos re-

lojes de repetición, con calendario, fases de la luna, campanario, caja de música y teatro de autómatas, que se paran con el frío, se adelantan con el calor, se atrasan con la luz y que no pueden marchar ni funcionar dos horas seguidas.

Los italianos en Abisinia, los franceses en el Tonkin, los ingleses en Suakin y Berber, han combatido con armas modernas, de largo alcance y pequeño calibre cuyos proyectiles, grandes apenas como perdigones, pulverizan si lo tocan á un hombre civilizado. Con aquel poderoso armamento se lanzan á la conquista de tierras nuevas y á la sumisión de pueblos primitivos, y oh sorpresa! aquellos salvajes llegaban á las trincheras de los Europeos clareados de parte á parte, hechos criba con los perdigones de Mauser ó de Lebel pero tan vivos, tan sanos y tan vigorosos como si los hubieran apedreado con *confetti*.

Para matar á un salvaje se necesitan, como para cazar rinocerontes, balas explosivas, bombas de aplaca, sables gigantescos. Semejantes á los lagartos, si se les tira un brazo ó se les arranca una pierna les retoñan á los ocho dias, y partidos en dos, suele cada mitad continuar por su propia cuenta el combate y en vez de un enemigo hay que luchar con dos.

La medida de nuestra civilización la da la fragilidad de nuestra existencia, y una población en la que en una semana muere un hombre de un pescozón, otro asesinado con un lápiz y otro más por el esfuerzo de un estornudo, debe ser y así hay que proclamarlo, un centro de cultura y un ejemplo de alta y refinada civilización.

Exmo. Sr. Don Praxedes Mateo Sagasta

PRESIDENTE DEL CONSEJO DE MINISTROS DE ESPAÑA

*
* *

No menos frágiles que el físico se revelan el intelecto y el corazón de los hombres civilizados. Los salvajes viven en un terror crónico; envueltos en las tenebrosas nebulosidades de la leyenda, para ellos el bosque está poblado de fantasmas y la caverna de monstruos; los muertos salen á cada paso de sus tumbas, los visitan, los amenazan, los maltratan. La vida real es una perpétua emoción, una contínua emboscada, un sobresalto no interrumpido; en medio de un festín pastoril de caníbales se desprende como una avalancha la tribu enemiga, lanzando flechas y piedras, blandiendo azagayas y sembrando la desolación y la muerte. Todas las pasiones, todas las emociones, todos los sacudimientos morales bailan una zarabanda infernal; se suceden en brusco contraste la alegría loca y la iracundia ciega, el entusiasmo bélico y el terror pánico, la orgía desenfrenada y la fiebre lenta y plagada de pesadillas: y en medio de este tumulto y de esta agitación, de tantas explosiones emocionales y de tantos desenfrenos de la pasion, el espíritu obtuso, pero sólido del salvaje permanece intacto, completo, en pié, como la roca inmutable en medio de la tempestad.

Pero que un día un aliado nos venda ó una mujer nos engañe, que una bancarrota destroce nuestro fortuna; que un bromista nos espere tras una puerta y nos haga el gato, y la emoción es tan intensa, la sacudida tan brusca, la vibración tan poderosa, que nuestro débil intelecto se descompone como un relox dentro de un puchero hirviente y perdemos el quicio, el tino y la razón.

Han bastado una tanda de ejercicios, media docena de sermones apocalípticos, unos momentos de oscuridad y tres ó cuatro buenos disciplinazos, para que dos fervientes pierdan el seso en provincia y para que de la casa de Dios pasen á la casa de locos.

Y es que somos de popote, de cera blanda y de alfajor de Puebla; que con la civilización hemos perdido toda resistencia al dolor y toda energía física y moral; y que el hombre moderno, todo inteligencia, podría tener por símbolo un copo de espuma sobre el cual ardiera un faro.

*
* *

Una de las manifestaciones de esa debilidad moral, de ese enervamiento de la voluntad, de esa impotencia para luchar contra el destino, es el suicidio. Cuando el hombre se reconoce impotente para emprender, incapaz de perseverar, falto de fuerzas para rehacerse una segunda existencia cuando otra ha naufragado en el vicio, en el desencanto, en la adversidad, deserta del combate, huye de la lucha y se refugia en la muerte como en un inviolable y eterno retiro.

Tal parece ser el caso del último suicida de la prisión de Belem. Joven, hermoso, inteligente, bien nacido y bien educado, no sabe, no puede, no quiere resistir á las tentaciones del vicio y á las sugestiones del crímen; el placer lo embriaga, la mujer lo seduce, la orgía lo electriza; tal vez lucha, resiste, se subleva; quiere á ratos, acaso, regenerarse, abandonar la extraviada senda, encontrar su camino de Damasco; en vano.... el vicio y el placer se han apoderado de él como el pulpo se apodera del naúfrago, lo envuelven en sus múltiples antenas, le absorven toda su energía por sus innumerables chupadores. Aquel hombre, enajenados su libertad y su albedrío, es ya un esclavo, una cosa, un resto de naufragio flotando al capricho del oleaje y rodando á merced de la corriente.

Un dia, en el camino del vicio, encuentra al crímen; delinque y se hace juzgar y condenar. Secuestrado al ruido de la orgía, á solas consigo mismo, con sus remordimientos y con su desesperación, pide á la morfina el olvido, la modorra, la somnolencia que da tregua al desaliento, al dolor y ¡oh! ironía, en el fondo del abismo en que ha caido, viene á sonreirle la fortuna y una herencia que se dice cuantiosa llega á ofrecer sus ilusiones y sus promesas de placer á ese desencantado.

Es en vano: hace ya tiempo tiene su plan formado y su resolución es irrevocable. Reconociéndose incapaz de regeneración, de trabajo, de virtud; condenado por su organización moral desequilibrada al vicio y al crimen, resuelve darse la muerte y se suprime de entre los vivos como cae expontáneamente el miembro gangrenado.

Son temibles, dolorosísimas, crueles esas enfermedades morales, que dejando en el hombre entera la conciencia é intacta la responsabilidad, lo impelen, lo arastran, lo precipitan al mal sin que haya energía interna ni potencia externa que pueda subyugarlas. Ante tales enfermos, resucita en el espíritu el concepto de la fatalidad trágica, que arroja á Edipo rey á la miseria y al abandono, que hace de Hamlet un asesino y que lleva á Otelo á estrangular en su lecho nupcial á la pura é inocente Desdémona.

LOPEZ I.

Alegar los defectos agenos para justificar los propios, es como pretender lavarse con lodo.

CHARLES.

Política General.

RESUMEN.—ESPAÑA Y LOS ESTADOS UNIDOS.—ESPERANZAS DE PAZ.—EL RETO PRESIDENCIAL.—TREGUA POSIBLE AL ROMPIMIENTO.—LA TREGUA PUEDE CONJURAR LA GUERRA.

En las ocasiones solemne,s como la presente, cuando dos paises amigos se encuentran en el inminente peligro de lanzarse el uno sobre el otro en contienda armada, cuando puede la sangre correr, el incendio alumbrarse y el bombardeo ejercer su siniestra función destructora, palpitan los sentimientos á la vez que la razón discurre, confunden la pasión y la lógica sus sugestiones y no se sabe á ciencia cierta, á ratos, si es el buen deseo el que sugiere soluciones ó si es el análisis frio y desapasionado el que las impone.

Tal puede ser nuestro caso cuando compulsamos las probabilidades de paz ó guerra entre España y los Estados Unidos, cuestión palpitante que absorve todas las otras, crisis inminente que se sobrepone á todas las crisis, y conflicto gravísimo ante el cual palidecen, se esfuminan y se borran todos los que en el resto del mundo dividen hoy á los pueblos.

Que la guerra es inminente, que autoridades competentes la juzgan inevitable, que de un día para otro puede abrirse la Caja de Pandora y sembrar ruina y desolación en las Antillas y el Golfo mexicano, es la opinión dominante y la que tiende á prevalecer en los espíritus más serenos y más reflexivos. El mensaje de McKinley ha sido considerado como un botafuego; el Congreso Americano ha hecho incapié en él para hacer desbordar sus impaciencias; en España, como es natural, ha producido en las masas profundo

descontento y solo falta, al parecer, la fórmula oficial de una declaración, para que las escuadras se movilicen y salgan armadas de punta en blanco al encuentro la una de la otra.

Y sin embargo, todavia nosotros abrigamos una esperanza, todavía creemos posible un arreglo pacífico, no juzgamos enteramente fatal la guerra; y sea que nuestro razonamiento nos imponga esa optimista conclusión, sea que nuestros anhelos de una paz honrosa nos la sugieran, creemos deber nuestro indicar qué paloma trae á nuestra arca esa rama de olivo y cómo hemos llegado á incubar esa esperanza.

***

Si el presidente McKinley quiere la guerra, nos parece evidente que, ahora por lo menos, no la quiere inmediata y acaso ha preferido siempre verla aplazada. Tienden á probarlo el texto mismo de su mensaje y las condiciones de su presentación á las Cámaras americanas. Todo cuanto humanamente fué posible hacer por aplazarlo lo hizo el Presidente americano y que, con motivo bastante ó sin él, trató de ganar tiempo, es innegable.

Cuando ya no le fué posible aplazarlo lo envió; pero entre tanto se había verificado un hecho importante: el sensato Gobierno español decretó un armisticio sin condiciones. El mensaje, escrito sobre otras impresiones y bajo la influencia de otros sucesos, llevaba al calce cláusulas, que de una manera bastante explícita instigaban al Congreso á esperar, á dar tiempo al tiempo, á juzgar de los resultados del armisticio, que de ser buenos, conjurarían por sí mismos la guerra y de no serlo, dice el Presidente Mc Kinley, *sería otra justificación de nuestra actitud futura.*.

Inclinada la opinión del Presidente americano, si no á la paz, si al menos á la tregua, la excitación del Congreso puede encontrar un freno y su neurosis un calmante. Ya que el Congreso no quiso, como á nuestro juicio debió hacerlo, tomar en cuenta la formal recomendación del mensaje de fijar su exámen en el armisticio y sus posibles resultados y de esperarlos para decidir, el Presidente Mc Kinley tiene, constitucionalmente, un recurso para aplazar por unos días la solución del punto: el veto, de que puede legalmente hacer uso. El veto se justifica por no haberse tenido en cuenta la recomendación de analizar la cuestión del armisticio; pero el cable nos informa que el Presidente lo opondrá aún con motivo de otra y más importante consideración. Mc Kinley ha sido tan esplícito como es posible en materia de reconocimiento de la Indepencia de Cuba; cita en su mensaje precedentes y jurisprudencia nacional y concluye que no debe reconocerse. Si, pues, las Cámaras le envían resoluciones en que figure el reconocimiento de la Independencia de Cuba, el Presidente les opondrá su veto y esta imposición supone, lo menos quince días de tregua.

Una de las Cámaras propone, no el reconocimiento, pero si el establecimiento de un gobierno independiente en Cuba. ¿Qué hará Mc Kinley si prevalece esta resolución? Difícil es preveerlo; pero no es absurdo admitir que pudiera también oponerle su veto. Su sumisión á las decisiones del Congreso, no creemos sea bastante á hacerle borrar las declaraciones de su mensaje y desdecirse de ellas. La *intervención neutral*, que prefiere y recomienda, si tiene sentido asignable, es el de pacificación, pero sin favorecer decididamente ni los intereses de España ni tampoco los de los insurrectos. Consecuente con sus considerandos humanitarios, quiere la paz, solo de ella se declara partidario, solo en su favor desea intervenir y deja al tiempo y á las circunstancias decidir si ella ha de ser favorable á los intereses de España ó á los de los insurrectos.

***

Sin extremar mucho nuestras inducciones tal nos parece que el concepto, idiológicamente extravagante, de *intervención neutral*, ha sido políticamente considerado, el medio de que el presidente americano podrá valerse para ganar algunos días así como justificación de su veto. Si así fuere, habrá mostrado una temperancia y una sagacidad solo comparables á la cordura y buen sentido que le ha opuesto el gobierno español.

Ganàr tiempo, en las presentes circuntancias, equivale á tanto como confiar á él el aplacamiento ó la moderación de las pasiones, obligar á propios y extraños á la reflexión y á la calma y quién sabe! acaso á que se llegue un arreglo honroso entre españoles é insurrectos.

Tal vez Mc. Kinley no quiera más que adelantar en sus preparativos de guerra; pero puede muy bien resultar que cesen los motivos que invoca para intervenir.

Un arreglo, sobre bases financieras, entre España y los insurrectos es hoy más fácil, relativamente, que lo era hace días; el gobierno español puede intentarlo hoy, que la cordura y un rasgo de desprendimiento de la Reina Regente, y una activa propaganda de la prensa en favor de la concentración de los partidos al rededor del gobierno, han motivado de parte del pretendiente D. Cárlos, una declaración espontánea en ese sentido y que, periódicos autorizados declaran que la Regente se manifiesta no solo una reina virtuosa y buena, sino una reina verdaderamente española. Máximo Gómez, por su parte, parece menos recalcitrante que antes á ese respecto.

Todo este edificio de bien intencionadas deducciones vendrá por tierra, si, como lo afirma un colega, el armisticio decretado solo durará cinco días, plazo del todo insuficiente para que surja un incidente favorable á la paz y más aún para ultimar un arreglo con los insurrectos. Pero en vano hemos buscado en las noticias del cable y en las discusiones de la Cámara Americana, que hubieran indudablemente aludido al hecho, algo que nos permita aceptar y nos obligue á tener en cuenta esa versión.

Por lo pronto, pues, y deseando se realicen nuestros pronósticos, aun conservamos esperanza de que la guerra se aplace y caso de aplazarse, de que quede conjurada.

X. X. X.

Abril 15 de 1898.

Las Escuelas industriales y mercantiles

Con motivo del largo período de paz que ha reinado en todas las naciones importantes, y que ahora está en tan grave peligro de perturbarse, la energia que antes se gastaba en luchas sangrientas y en combates destructores, se dedica al fomento de la industria, de las artes y el comercio, dando prueba de la influencia que la civilización ejerce en el ánimo de los hombres.

El sostén y el empleo de las masas, la inversión productiva del dinero y las necesidades económicas de las naciones, son y serán siempre los factores más potentes de la cimentación y la prosperidad de los pueblos. El comercio es más potente que el amor á la guerra y el pan cotidiano una necesidad más imperiosa que el capricho del Dios Marte. Por eso es que hoy los hombres más previsores y los más esclarecidos talentos se esfuerzan por establecer el principio de que las disputas internacionales, lo mismo que las individuales, se deben ajustar con la pluma y la palabra y no con el cañón y la espada y al mismo tiempo aconsejan que se establezcan escuelas para enseñar á los jóvenes no solamente cuáles son sus derechos y deberes como hombres y como ciudadanos, sino que también para que cultiven el amor á las artes y á la industria y adquieran habilidad en la carrera del comercio.

Uno de los resultados de esta campaña son las escuelas técnicas, y la consecuencia de ellas la graduación de las labores desde el trabajo puramente manual hasta el cálculo científico, y otro, el que los estadistas consideren de su incumbencia el buscar nuevos mercados para el producto de la industria y ensanchar los que ya existen.

Alemania es por excelencia el pais de las Universidades, habitado por una raza estudiosa que sabe apreciar las ventajas que ofrece la adquisición de las ciencias aplicadas en todos sus ramos. Pero de las Universidades no salen hombres para la industria, sino oficiales para el Gobierno, jueces, abogados, cirujanos, clérigos, etc. Para el estudio de la ciencia aplicada no hay, pues, que ocurrir á éstas, sino á las escuelas técnicas que, en Alemania, han llegado á mayor altura que en ninguna otra parte, y no se limitan como en otros países, á la enseñanza de las obras de costura para las niñas y á los oficios, tales como el de carpintero, herrero, albañil, etc. para los muchachos, sino que van mucho más lejos. Alemanía tiene en la actualidad nueve de esas escuelas, de las cuales, la mayor se encuentra en Charlottemburg, cerca de Berlin, y las otras en Munich, Stuttgart, Hanover, Dresden, Brunswick, Aix la Chapelle, Darmstardt y Carlsruhe. Además, el emperador desea establecer otra en Dantzig Por regla general, cada una de esas escuelas se divide en seis departamentos que, en la de Charlottemburg son: el de arquitectura; el de construcciones en general; el de construcción de maquinaria; el de ingeniería naval; el de química é ingeniería de minas, y el de ciencia aplicada en general. El Politécnico de Munick tiene también un departamento de Agricultura y el de Aix la Chapelle, se dedica con preferencia á la enseñanza de la ingeniería de minas.

En el departamento de maquinaria de todas estas escuelas se incluye la enseñanza de la eléctro técnica, pues se da por entendido que ya hoy esta ciencia es indispensable para todos los que piensan dedicarse á la construcción de máquinas.

La escuela de Charlottemburg, que ha de celebrar su centenario el año que viene, nos da un buen ejemplo de los servicios que están prestando esos establecimientos. Hace diez años, solo asistian á las clases 800 jóvenes, mientras que en la actualidad asisten más de 3,000, una gran parte de los cuales están en el departamento de construcción de maquinaria y el de electro-técnica. El aumento en el número de estudiantes se debe á la gran demanda que tienen en los establecimientos industriales los jóvenes graduados en esas escuelas, así como también al gran desarrollo adquirido por la industria en todas las grandes poblaciones del pais. La ciudad de Berlin da empleo ella sola á varios cientos de ingenieros, y los demás grandes centros alemanes utilizan los servicios de otros muchos, y gran número de ellos encuentran colocaciones muy bien pagadas en Inglaterra y en los Estados Unidos.

A esas escuelas técnicas alemanas van á estudiar también muchos jóvenes extranjeros, principalmente de América, Inglaterra, Francia, Rusia y Escandinavia.

Es incuestionable que, por lo mismo que el porvenir de los hombres se moldea en la infancia las naciones que más esmero ponen en la enseñanza, son las que tienen reservado el más brillante porvenir, mientras que aquellas que la abandonan marchan con paso acelerado á su propia destrucción. Entre gente ignorante no puede haber industria, ni civilización, ni moral, ni patriotismo, ni ninguna de las bellas cualidades que adornan al hombre culto.

Donde no hay gente capaz de explotar la industria fabril, no pueden florecer el comercio ni la agricultura; la gente que no tiene ocupación honrada y provechosa está propensa á dedicarse al desorden, y el gobierno que represente á pueblos tales no podrá nunca disfrutar de crédito y ni hacer siquiera que se respeten sus derechos.

Las escuelas mercantiles son también asunto de interés público y una necesidad cada día más palpable, tanto que no puede tardar ya mucho en formar parte de todas las Universidades, y éstas enseñarán no solamente las asignaturas que corresponden á la ingeniería y otras ciencias, sino que también ejercitarán en los trabajos que se necesitan en talleres, fábricas, laboratorios y casas mercantiles.

En algunas naciones de Europa se ha empezado ya á poner en práctica este plan y se espera que produzca muy brillantes resultados En Inglaterra se ha interesado en él la Cámara de Comercio y se propone presentar muy pronto al cuerpo legislativo de aquel Gobierno la resolución siguiente:

«Resuelto, que ha llegado ya la hora en que debe hacerse un esfuerzo para crear en todo el Reino Unido las facilidades necesarias para dar á los jóvenes estudiantes una carrera mercantil, y para que la enseñanza de esta carrera pueda hacerse con base uniforme, hay que formar un plan de educación mercantil que permita hacer exámenes simultáneos y conceder titulos de eficacia que tengan el mismo valor sea cual fuese el punto del pais en que se obtengan.

Que se pida al Consejo Ejecutivo que nombre una comisión caracterizada para plantear la base en que han de sentarse la educación mercantil y los exámenes, y que se convoque á los representantes de los Consejos provinciales ó sus comisiones encargadas del fomento de la educación técnica, para decidir qué parte de los fondos que ellas tienen se puede dedicar á este objeto »

Es indiscutible que el comerciante requiere hoy conocimientos mucho más vastos que antes; que las grandes empresas mercantiles tienen que ser dirigidas por hombres inteligentes é instruidos, amaestrados en la ciencia del cálculo, y capaces de prever las consecuencias de las mas diversas combinaciones y circunstancias

La laboriosidad y la constancia son cualidades tan necesarias como antes, pero ya hoy se necesita además mucha inteligencia y una educación especial que antes poseían muy pocos.

BANCOS POSTALES.

Si alguien tuviera dudas todavía respecto al beneficio que los Bancos postales reportan á las clases pobres, bastaría para disiparlas consultar el informe publicado últimamente por la Administración General de Correos de Londres. Al efecto, en ese informe consta que para fines del año pasado, el número de personas que tienen cuenta abierta en las oficinas postales había ascendido á 6 862 035 y la cantidad de dinero depositado á $ 540.000,000, ó sean unos $ 72.00 por cada individuo. Esas dos cifras aumentaron durante el año de 1897 en 409 438 y $ 51 000,000 respectivamente, lo cual habla con la mayor elocuencia de la conveniencia de dichos Bancos y prueba que la idea no tardó en ser favarablemente acogida por todas las clases de la sociedad británica.

En otros paises se ha creido que los Bancos postales son innecesarios porque existen los que se llaman Bancos de ahorros que reciben pequeñas cantidades de dinero y pagan por ellas un módico tipo de interés, pero en realidad sucede que esos bancos no aprovechan más que á las personas que viven cerca de ellos, pues las demás tenian que hacer un largo viaje para depositar ó cobrar sus pequeñas economías, mientras que los Bancos postales tienen por oficinas á todas las administraciones de correos. ya sean grandes ó ya pequeñas, están por lo mismo al alcance de todos, y esto induce á las clases obreras á ahorrar dinero que de otro modo gastarian tal vez inútilmente.

Hemos presentado las anteriores consideraciones con el deseo de llamar la atención de los pensadores sobre si en México, seria posible y conveniente en la actualidad la creación de Bancos Postales.

EL PALACIO REAL

Y el pabellón de Flora

De nuevo se están ocupando los organizadores del gran certamen de 1900 en decidir en donde se les dará alojamiento á los potentados de este mundo que honren con su presencia la gran apoteosis del adelanto humano. Después de haber pensado en reconstruir el soberbio palacio de las Tullerías; después de haber pensado igualmente en reconstruir el palacio de la *Cour des Comptes*, que era el proyecto que gustaba más, han sido abandonadas esas dos ideas. El jardín de las Tullerías no verá levantarse en medio de sus árboles el suntuoso palacio que Catalina de Médicis comenzó á construir y que ha servido de teatro á tantos episodios de la historia de Francia.

El hermoso palacio de la *Cour des Comptes*, que sufrió el mismo fin que el de las Tullerías, se va á convertir próximamente en una estación espléndida de ferrocarril. Así es que por esas razones ambos proyectos han sido abandonados.

Después se ha pensado instalar á los jefes de Estado y á los príncipes que vayan á visitar á la Francia en 1900 sea en el pabellón de Flora ó en el *Palais-Royal*. El pabellón de Flora es dependencia del sin igual palacio del Louvre. El pabellón de Flora fué construido por el ilustre Lefuel para el príncipe imperial. Su situación es magnífica: de un lado se ve el Sena que refleja impávido en sus aguas turbias el panorama majestuoso del París antiguo. Nuestra Señora, esa Catedral hermosa que se puede llamar una de las maravillas del arte gótico, sobresale en medio de ese conjunto soberbio.

Al frente del pabellón de Flora se ve el París moderno, espectáculo lindísimo: el jardín de las Tullerías trazado por el célebre Le Notre, teniendo á su entrada del arco de triunfo del Carroussel, construido por órden de Napoleón en honor de la batalla de Austerlitz, y más allá la plaza de la Concordia imponente, y después la avenida de los Campos Elíseos. Esta es una verdadera maravilla, terminando la vista que de allí se tiene por el arco de triunfo. ¡Cuántos recuerdos históricos ¡qué hermosura!

Publicamos hoy copias de las fotografías del Palacio Real y el Pabellón de Flora.

De todos modos, los preparativos que se están haciendo, dan motivo para creer que los Monarcas y Jefes de Estado que vayan á visitar la Exposición Universal, serán recibidos de un modo digno de Francia.

EL PABELLÓN DE FLORA

Las Escuadras del Mundo.

La fiebre de armamentos marítimos que se ha apoderado de las diversas potencias navales en Europa y fuera de ella, se agrava de dia en dia.

Por un *ukase* de fecha de 10 de Marzo, el Czar ha comunicado á su ministro de Hacienda, Mr. Witte, su deseo de emplear 90 millones de rublos, que equivalen á 250 millones de francos, en la construcción de nuevos barcos de guerra.

Hace pocos dias en el Parlamento Inglés, Mr. Goschen, el primer lord del Almirantazgo, ha leido el proyecto del presupuesto de Marina para el ejercicio económico de 1898 99 en el que hay un aumento de un millón cuatrocientas mil libras esterlinas (35 millones de francos) sobre el existente ejercicio.

De suerte que Inglaterra vá á consagrar á su flota en el año financiero que se abrió el 1° de Abril, una suma que se acerca á 590 millones de francos.

Los ingleses anuncian como puestos en construcción en sus astilleros los siguientes barcos: tres acorazados de primer orden y cuatro cruceros acorazados.

El contingente de marinos mantenidos por el Almirantazgo, será este año de 106.390 hombres, ó sea 6.340 más que la cifra anterior.

Los barcos de guerra con que cuenta la Gran Bretaña, entre grandes y pequeños son 258, con los cuales les pasea su poder por todos los mares del globo.

«Cuanto hemos hecho—dice Mr Goschen—lo hemos hecho sin ruido y sin ostentación. El Almirantazgo ha tomado cuidadosamente sus disposiciones.»

Y todavía ha habido quien, como lord Beresford ha declarado en el Parlamento, que los créditos de aumento pedidos por Mr. Goschen, son notoriamente insuficientes. Siempre ha habido y habrá gentes insaciables.

En Alemania, el famoso septenado naval, á pesar de los ataques de que ha sido objeto, va á dar á la Marina, por la que Guillermo II muestra tanta predilección y solicitud, una extensión considerable, puesto que pondrá al imperio en disposición de construir, de aqui al ejercicio de 1901-1902, una flota totalmente nueva de siete acorazados de alta mar y de nueve cruceros.

El total de los créditos necesarios para el septenado se eleva á la suma de un millón de marcos, y los gastos anuales progresarán, según la marcha de los trabajos, de 117 millones y medio de marcos en 1897 98 hasta 146 millones de marcos.

Los Estados Unidos, bajo la presión de las recientes dificultades con España, han votado 50 millones de dollars para la mejora de su poder marítimo.

Los japoneses, ya lanzados en la via de los grandes gastos navales desde su última guerra con China, no esperan siquiera que el ejemplo venga de fuera para encargar la construcción de nuevos navios é hinchar el presupuesto de Marina.

En Francia, por fin se ha votado un crédito extraordinario de 200 millones para la Marina.

Las causas de esta fiebre vienen de muy lejos. De una parte, la paz armada en la que vive Europa desde 1871; de otra, la lucha de los intereses económicos, lucha entablada en los cuatro puntos cardinales del planeta, debian, pronto ó tarde, originar ambiciones, codicias y rivalidades que no podian traducirse de otro modo que por un desarrollo progresivo de los elementos constitutivos del poder marítimo. Por lo que es preciso extender, no solo el número de los barcos, sino aun las colonias y las estaciones mercantiles, sirviendo de base de operación á las escuadras y á las divisiones navales.

Es cierto que se proclama y se repite hasta la saciedad que todas las naciones tienen horror á la guerra

EL PALACIO REAL

Fiesta de árboles en Pachuca

EN LA CORTINA DE LA PRESA

LUGAR DE LA PLANTACION

(Fotografías de Angel M. Maldonado)

y no quieren más que la paz Pero jugando con fuego es fácil que un imprudente, cualquier mañana, prenda fuego á la casa. Y es la reflexión que sugiere la fiebre de armamentos marítimos.

Medítese, á demas, sobre lo que ha dicho Mr. Goschen en la Cámara de los Comunes:

«—Tendremos barcos excelentes y de gran poder y cruceros rápidos. Si la paz se mantiene, será la paz con honor; *pero si la guerra estalla, sera para nosotros la guerra coronada por la victoria.*»

Así el primer lord del Almirantazgo ha pronunciado ya la palabra «guerra», y el *Times*, comentando ese lenguaje, no ha tenido temor de publicar lo que sigue:

«El tono empleado por Mr. Goschen servirá para que se convenzan los órganos serios de la opinión extranjera, que sufren una peligrosa ilusión, y no se imaginen que el gobierno británico no comparte los sentimientos del pueblo inglés, y que estos sentimientos están en favor de la paz á todo trance.»

DIA DE ARBOLES.

Cuando nuestros más remotos antepasados indígenas fijaron su residencia en donde hoy está la Ciudad de México, todo el valle y las montañas que lo circundan, estaban á la sombra de un espeso bosque que se retrataba en las dormidas aguas de los lagos.

Las implacables exigencias de la vida civilizada fueron destruyendo despues aquella vegetación exhuberante y libre, y poco á poco los agrestes pinos y los gigantescos *ahuehuetes* han ido cediendo el puesto á importaciones anémicas de lejanas floras.

Necesitamos árboles que se den tanta prisa para crecer como la que nosotros nos damos para destruir las selvas, y por eso hemos traído de Australia esos eucaliptos que en breve tiempo alcanzan alturas prodigiosas

Y lo que pasa en esta Capital, sucede tambien en toda la República. La insaciable industria alimenta con leña sus máquinas porque aquí la hulla es escasa y cara; por donde los ferrocarriles pasan los bosques caen como barridos por un huracan, y la luz eléctrica que alumbra las ciudades, y las telas que vestimos y hasta el pan que nos alimenta, representan árboles que son sin cesar abatidos por el hacha del leñador.

Nuestros vecinos de la gran república del Norte, tan luego como observaron el estrago que su colosal industria hacía en las selvas, inventaron remediar el mal dando á la siembra de árboles un carácter de fiesta que la hiciera atractiva, uniéndose así la utilidad al placer.

De allí vienen las entusiastas, alegres y bellísimas festividades que en los Estados Unidos se conocen con el nombre de *Arbor Day*.

En México la Secretaría de Fomento, á cuyo cuidado están las selvas y arbolados, ha dictado diversas disposiciones reglamentando el corte de maderas para precaver la extinsión; pero aunque se cumplieran con exactitud, no puede compensar á la actividad destructora del hombre, la labor lenta conque la naturaleza desarrolla los renuevos que se deben dejar en sustitución de las piezas abatidas.

Por eso cada día se observa mayor carencia de árboles, sobre todo, en las cercanís de las ciudades; y el precio de la leña y del carbón vegetal ha subido tanto, que muchos industriales prefieren importar carbón mineral de Europa.

Tanto ha preocupado en nuestro país la cuestión del combustible, que provoca un verdadero entusiasmo general cada descubrimiento que se hace de yacimientos de hulla, y el gobierno ha otorgado liberales concesiones á los ferrocarriles destinados á cruzar las zonas carboníferas.

Correspondiendo á la necesidad que hay de reponer los arbolados en nuestra República, algunos Estados han decretado y otros establecido la *fiesta de árboles* que tan fecundos resultados ha producido entre nuestros vecinos del Norte.

Y estas fiestas son verdaderamente animadas y llenas de atractivos. Con tiempo se hace limpiar, abonar y preparar el sitio que se destina para la siembra; y en el día señalado, van cuantos quieren tomar parte en la fiesta llevando su árbol y los instrumentos necesarios para sembrarlo. Naturalmente que las mujeres y especialmente las jóvenes son quienes mayor empeño toman para la fiesta de árboles y quienes le dan mayor lucimiento. Terminado el acto de sembrar, se reunen por grupos las familias, improvisan banquetes y bailes y todo se vuelve algazara y regocijo.

En algunas partes cada persona que siembra su árbol, lo renueva, poda y riega hasta su desarrollo y en otras poblaciones el Cuerpo Municipal se encarga de estos cuidados. Este último es el sistema que produce resultados más favorables.

Según el cómputo más fidedigno que se ha hecho, las hojas de un solo árbol pueden absorver del aire todo el ácido carbónico que emana de la respiración de unos quince ó veinte hombres, no obstante de que ca-

PREPARADOS PARA LA PLANTACION (Fotografía de Angel M. Maldonado)

da hombre exhala cada veinticuatro horas cerca de cuatrocientos litros de ácido. Un solo metro cuadrado de esas hojas de árbol, contando toda la superficie de las mismas, descompone en un día hasta cuatro litros de dicho ácido.

En las ciudades y en toda suerte de centros de población no solo hay que contar con el consumo de oxígeno y producción de ácido carbónico que se efectua para la vida meramente animal, sino también, la calefacción, confección de alimentos, alumbrado nocturno, y necesidades de la industria que todas se llenan con una función semejante. Ya se verá cuanta importancia tiene para el hombre la conservación del reino vegetal. Hay más todavía. La regularidad de las lluvias y demás fenómenos que con ellos se relacionan, están íntimamente ligados con la existencia de bosques; y está demostrado además que en las localidades donde se ha desarbolado sin consideración ha cambiado la constitución médica y las condiciones climatológicas.

Por todo esto son dignos de tanto aplauso los gobiernos que como el del Señor D. Pedro L. Rodriguez, establecen la fiesta de árboles y tienden á remediar de ese modo un mal que se hace sentir cada día con síntomas más amenazadores.

Nuestras correspondencias de Pachuca nos hacen saber que el referido Señor Gobernador, ha tomado decidido empeño positivo en que se propaguen las fiestas de árboles en el Estado de Hidalgo, y organizó y presidió la que se celebró en aquella capital el día primero del presente mes.

Hoy publicamos en «El Mundo Ilustrado» algunas copias de fotografías tomadas durante la referida fiesta

El aire líquido.

El profesor Berker, encargado del laboratorio químico de la Universidad de Pensylvania, recibió de Nueva York hace poco un objeto dígno, por varias razones, de contarse entre los más curiosos que jamáshan cruzado el umbral de aquel establecimiento científico. Ese objeto era una lata literalmente llena de aire, pero no aire tal cual se encuentra en la atmósfera sino aire líquido que se podía medir y transvasar lo mismo que el agua ú otro líquido cualquiera, pues no se distinguía de estos más que por su extremadamente baja temperatura, que era 320 grados bajo cero, y aun así no se congelaba. Sirviendo en un vaso un poco de ese aire y echando en él un pedazo de hielo, hervía en seguida como pudieran hacerlo unas cuantas gotas de agua en contacto con metal candente, mientras que el hielo se endurecía de tal manera que, golpeándolo con un martillo, saltaba en mil pedazos como si fuera vidrio.

Esto, que no parece sino un cuento de hadas, es una de las grandes proezas realizadas en el siglo que finaliza y tal vez señale el comienzo de otra nueva serie de descubrimientos científicos

Este aire líquido sirvió al Dr. Barquer de tema para una cátedra en la cual describió los métodos que se emplean para producirlo é hizo una relación de los principios que utiliza el inventor para poner en práctica la idea deliquidar el aire atmosférico. Entre otras cosas dijo que hace unos cinco años le había hablado ya del asunto el Dr. Peters, arqueólogo, quien le dijo que el Sr Charles E. Tripler, de Nueva York, estaba trabajando afanosamente por resolver el problema de reducir el costo de la liquidación. Algún tiempo después, supo que el problema estaba prácticamente resuelto y, habiendo ligado correspondencia con el Dr. Tripler, éste le envió la lata á que hemos hecho referencia, y cuyo contenido llegó á Filadelfia en las mismas condiciones en que salió de Nueva York.

El principio en que se basa el descubrimiento es el siguiente:

Todas las diversas clases de materia que existen en el universo es la forma sólida, la líquida ó la gaseosa, según sea su temperatura, su compresión y, por consiguiente, su volumen.

Comprimiendo un gas, se pone más denso, y si se condensa un vapor, se vuelve líquido Si en una vasija exenta de aire se echa agua, ésta se evapora y llena la vasija de vapor cuya cantidad aumenta si se calienta un poco El punto de ebullición del agua es 100 grados centígrados Si el agua se calienta hasta ese grado, la presión del vapor es la misma que la presión barométrica Si la temperatura pasa de ese grado, el agua hierve y se convierte en vapor, mientras que, si no pasa, permanece líquida

Si ese mismo principio se aplica al aire cuya forma natural es la gaseosa; resulta que debe haber también un punto que sirva de límite á la temperatura á que puede llegar sin transformarse.

Ese punto es la temperatura de 191 grados centígrados bajo cero, ó sean 320 grados de la escala Fahrenheit. Al llegar á ese punto, el aire se transforma en líquido y su presión es la misma que la barométrica. Al pasar de los 191 grados para arriba, como sucede exponiéndolo á la atmósfera, se evapora, y la evaporización tiende á mantenerlo fresco, de modo que la transformación es bastante lenta

La gran dificultad conque se habia tropezado para efectuar la transformación consistía en la falta de medios apropiados para reducir la temperatura hasta un punto tan bajo, y en esto es precisamente en lo que estriba la invención del nuevo procedimiento.

DAMAS MEXICANAS

Srita. Otilia Almada.
DE CULIACÁN.
(Fotografía de Donnel.)

Que el aire se puede liquidar se sabia hace ya mucho tiempo y, valiéndose de una larga serie de evaporaciones, el profesor Dewr, de Glasgow, consiguió liquidarlo; pero su procedimiento era tan costoso, que un solo litro de ese líquido hubiera valido $3,000.

Tripler se vale de un procedimiento muy distinto, pues consiste en condensar el aire, pormedios ordinarios, bajo una presión de 2.000 libras por pulgada cuadrada. Enseguida lo hace pasar por un serpentín de cobre y por un agujero del diámetro de una aguja fina. Cuando sale por ese orificio, el aire se dilata y al hacerlo, se enfria considerablemente. Este aire así enfriado pasa por otro serpentín que le enfria más todavía y luego por un tercero que le hace enfriarse hasta 191° C. bajo cero, y por consiguiente sale de él en un chorro líquido sin presión, y sin que se haya empleado más refrigerante que la expansión del aire mismo.

Los experimentos que se han hecho para averiguarlo, prueban que el nitrógeno se oxida á los—193° C y el oxígeno á los—180° C. y por lo tanto, es evidente que al calentarse el líquido, el nitrógeno es el primero que vuelve á gasificarse y el oxígeno se queda solo como lo demuestra el color azulado que toma el líquido cuando ha estado expuesto al aire por un rato.

Esta breve descripción da solo una ligera idea del principio y del procedimiento, ambos de los cuales hemos descrito ya anteriormente

Cuando el aire líquido así obtenido se hecha en un vaso, hierve un poco porque se pone en contacto con una superficie mucho más caliente que él, y el vapor que se desprende enfría la humedad del aire atmosférico hasta el punto de escarcharla Metiendo un huevo en un vaso de ese líquido, la ebullicion es tan rápida á causa del calor que el huevo contiene, que aquél se evapora rápidamente, pero, si se repone, el huevo se congela y se pone tan duro que, golpeándole, se deshace en fragmentos. Esto mismo sucede cuando en vez de un huevo se mete en el líquido un pedazo de zinc ó de estaño Al cobre y al platino no les afecta lo más mínimo, lo cual demuestra la clase de meteles que conviene usar para vasijas.

Echando un poco de ese líquido en una tetera y poniéndola sobre una estufa eléctrica, la evaporación del líquido es tan rápida que literalmente se ve como se escarcha la humedad del aire libre al rededor de la tetera Mientras la tetera estaba sobre la estufa se echó en ella un poco de agua que se congeló al instante. Echando el aire líquido en alcohol, este se congela también y, si se echa en mercurio, lo endurece de manera que se puede usar como martillo para meter un clavo en una tabla. Al hacer estos experimentos se derramó un poco del líquido en la ropa de una señora que estaba presente, pero no obstante de ser la mancha muy visible al principio, poco después había desaparecido por completo cuando el líquido se hubo helado y evaporado después.

Una vela apagada, pero con un poco de carbón encendido en el pabilo, volvió á arder enseguida quese acercó al líquido, dando así pruebas de la evaporización del oxígeno. Un mechón de algodón saturado del líquido ardió explosivamente al acercarle una brasa encendida.

Uno de los más curiosos fenómenos es que, si se mete un pedazo de marfil en el líquido, se acerca después á una luz eléctrica y se lleva enseguida á un cuarto oscuro, se le ve brillar como si fuera un fósforo. Lo mismo se puede hacer también con un pedazo de papel pero la fosforescencia no es tan fuerte.

El agotamiento del aire

Está escrito que los sabios se han propuesto no dejar á la pobre humanidad salir de su susto para darleotro, pues la tienen siempre con el agua al cuello ó con la espada suspendida sobre la cabeza, y al paso que vamos no hay esperanza de que leden sosiego.

Así, por ejemplo, hace poco se anunciaba que un cometa se preparaba á hacernos una visita y, como era ésta la primera y no tenía práctica en el manejo de las riendas, era seguro, irremisible, que había de chochar con nuestro globlo, y no quedarían después del encuentro más que los fragmentos que guardasen como recuerdo los curiosos habitantes de algún otro planeta. Por fortuna, el supuesto visitante llevaba prisa y no pudo detenerse á saludarnos.

Pasó, pues, aquel peligro; pero he aquí que en seguida los sabios dejaron el telescopio con que le vigilaban para echar mano al microscopio y analizar con él el mundo invisible para descubrir allí nuevos enemigos que están siempre en acecho del hombre y aprovechan la primera ocasión que se les presenta para aniquilarle.

Estos enemigos invisibles á ojo descubierto, son tantos y tan temibles y nos los describen de tan realistica manera, que todo ser humano teme ser víctima de ellos á cada instante, y los sabios que se desvelan por conservarnos la existencia, no cesan de darnos la voz de alerta y ponen á nuestro alcance, como armas de defensa, nuevas leyes sanitarias y diversas especies de antitoxinas suministradas por animales cuya salud sacrifican para preservarnos á nosotros de crueles enfermedades.

Cuando se cansan de manejar el telescopio y el microscopio, esos sabios, cuyos recursos son inagotables, dedican su habilidad y su ciencia al estudio de otra rama de la física: la electricidad, que les suministra los rayos X, y con éstos escudriñan el interior del cuerpo humano desde la piel hasta la médula, y no hay secreto que no descubran

Como variante de estos trabajos, se les ocurre de vez en cuando meterse á averiguar de cuántas maneras puede llegar el mundo á su fin y echan mano á la aritmética para demostrarnos que, al paso que vamos, dentro de pocos años habrá tan enorme número de habitantes sobre la tierra que, no pudiendo alimentarse todos con el producto de la agricultura, acabarán por comerse unos á otros ó morirse de hambre, y hasta nos dicen el número de años que ha de tardar en ocurrir eso. Al mismo fin se llega haciendo el cálculo del tiempo que ha de durar el carbón, la leña y demás combustibles, pues amenazan acabarse muy pronto y no podrá entonces haber fábricas, ferrocarriles, vapores, ni cosa alguna de cuanto se ha inventado en el siglo XIX.

Ahora, un afamado médico de Europa anuncia que ha descubierto el gran secreto de la naturaleza y tiene en su mano el medio de conseguir que el embrión de los seres animados tome la forma masculina ó femenina, á voluntad suya.

Si esto es así y como casi todos los matrimonios quieren que su prole sea de varones y no de hembras, tan luego como el secreto sea del dominio público,—y lo será pronto,—no volverán á nacer más mujeres y el mundo se quedará sin encantos, sin gracia, sin flores, sin poesía y la vida se hará insoportable primero y, poco después imposible.

Estos, sin embargo, no son todavía todos los males que nos amenazan, ni tampoco los más graves, pues que hay esperanzas de encontrar algún medio de combatirlos; todavía existe otro; descubierto por el más eminente físico de nuestro tiempo, y es que el aire atmósferico se está agotando á toda prisa porque cada día se gastan enormes cantidades de oxígeno y á ese paso todo el que hay en la atmósfera se ha de acabar muy pronto y todo ser viviente morirá asfixiado. Según sus cálculos, rectificados con el mayor cuidado, la atmósfera solo contiene.............. 1,130 000,000 000,000 de toneladas de ese gas vivificante.

La industria consume anualmente 600 000 000 de toneladas de carbón que, al arder, gastan 1,500.000 000 de oxígeno y la leña que se quema en los hogares domésticos y en ciertas fábricas, en incendios, etc., consume además 900.000 000 de toneladas de oxígeno Esta cifra, sumada á la anterior, da 2 400 000,000 de toneladas anuales, y eso no es todo por mucho que parezca, pues la gente y los animales hacen también un gasto enorme cuando respiran y el cálculo más aproximado que ha podido hacerse, indica que ese gasto no baja de 6 615 000,000 de toneladas anuales.

Tenemos pues, que la combustión consume anualmente 2 400 000,000 de toneladas y la respiración.. 6,615 000,000, ó sea en conjunto unos 9,000.000 000 de toneladas anuales, y como para reponerlo no puede contarse más que con la vegetación y ésta es cada día más escasa, dentro de un plazo relativamente corto, no ha de haber en la atmósfera bastante oxígeno para sostener la vida animal y la población de la tierra tiene que irse acabando gradualmente

La reina del hogar

Mi amor que nunca subyugó el deseo
No sé qué forma celestial reviste:
Cuando á mi lado en el salón te veo
Tan pálida, tan pálida y tan triste,

Medito á veces con profunda calma
Que oculta pena sin cesar te agobia:
"Será un misterio lo que sufre tu alma,
O te hace daño tu papel de novia."

Y ese problema horrible que me aterra
Me hace exclamar doliente:—«¡Estoy proscrito!»
Y levanto los ojos de la tierra
Y con dolor los clavo en lo infinito.

De mi alma las intimas ternezas
Se reviven al verte.... y tú lo ignoras!
Pensando en tus recónditas tristezas
Me sorprenden despierto las auroras.

¡Oh, te adoro mi bien! bendito el cielo
Ya para nuestra unión construye el lazo.
Tú serás mi refugio y mi consuelo,
Y sostén para tí sera mi brazo.

Mi voluntad, para vencer airosa,
Eternamente con mi amor coexiste
Te venero por buena y por hermosa
Y te adoro por pálida y por triste.

QUIRINO ORDAZ.

MADRID

(VERSIÓN LIBRE DE ALFREDO DE MUSSET).

Madrid, princesa de las Españas,
En las floridas verdes campañas
Que el sol que mata sus resplandores
Envuelve en leves, nácares tules,
Brillan radiantes y encantadores
Ojos muy negros y ojos azules.

Ciudad hermosa de las verbenas,
De los romances de amantes penas,
De las tapadas, los galanteos,
¡Cuántos piés blancos como jazmines
Huellan las flores de tus jardines,
Alzan el polvo de tus paseos!

Ven en la plaza tus picadores
Mil rebocillos provocadores,
Mil blancas manos que palmotean
Cuando tus toros embravecidos,
La arena escarban, el lomo arquean,
Braman, embisten, y huyen heridos.

Ven los luceros en tus callejas
Furtivas sombras junto á las rejas,
Ven embozados tus caballeros,
Ven que de prisa y enamoradas
La oscura calle cruzan tapadas
Damas que llevan sus escuderos.

Madrid, asilo de la ventura,
Madrid, emporio de la hermosura,
Calado alcázar que maravillas
Con tus palacios y tus jardines,
Las blancas blondas de las mantillas
Y el negro raso de los chapines;

Todas tus rubias y tus morenas,
Las que caminan de gracia llenas,
Cimbrando el talle, la cara ufana,

Juntas no valen lo que un cabello
De aquellas crenchas que sobre el cuello
Deja caídas mi sevillana.

Es una blanca, rubia española,
Joven y viuda, que vive sola.
—Calle escondida, vetusta casa
Portón ferrado, dueña que cela—
Si el rey la ha visto y amor le abrasa,
No fie en el oro de su escarcela.

Llame, y.... aguarde si asi lo quiere
Llame cien veces, y desespere:
A todas horas silencio grave,
Calle desierta, puerta cerrada;
Pero si llego, mi enamorada
Quita el cerrojo, tuerce la llave;

Porque me arrulla cuando me besa,
Porque es la blanca rubia princesa
Que ha coronado mi fantasía,
Agil, flexible, siempre nerviosa,
Demonio y angel, avispa y rosa,
Donaire y fuego de Andalucía.

Cae en mis brazos y se estremece,
Beso sus ojos y desfallece;
Con soplo ardiente su pecho late,
Rompe violenta los dulces lazos,
Y en las delicias de tal combate
Huye y se escapa de entre mis brazos.

¿Qué me hizo dueño de su hermosura?
¿Qué me ha valido tanta ventura?
Mi árabe y negra cabalgadura,
Su casco de oro su estampa real.......
Mis alabanzas para Sevilla....!
Mis cumplimientos á su mantilla,
Y aquella dulce miel con vainilla
De aquella tarde de Carnaval.

AGUSTÍN F. CUENCA.

MI CARMEN

Eres la Carmen de Bizet, la maja
Que Prosper Merimée soñó en Sevilla:
No tienes la mantilla y la navaja
¿Pero á qué la navaja y la mantilla?

Más que las blancas y sutiles blondas
Luce cualquiera cinta en tus cabellos,
¿Y qué navaja causará tan hondas
Heridas ¡ay! como tus ojos bellos?

Viéndote, se conciben tentaciones
De burlarse de todos los deberes.....
Yo afronto un porvenir de descepciones
A cambio de un instante de placeres.

Tu amor es, dicen, manantial de penas....
Yo penaré dichoso mientras viva!
Mírame más, tus ojos son cadenas,
Mi alma de sus hierros la cautiva.

Por besar una vez, apasionado,
La flor en que tus ósculos pusiste,
Como el José de Carmen, sepultado
Quisiera verme en la prisión más triste.

¿Que mañana tal vez ya no me quieras?
Así es la dicha de fugaz y vana!
¿No es un ave el amor de alas ligeras,
Que viene hoy y que se va mañana?

No lucho con mi amor: es el gitano
Que no conoce voluntad ni yugo;
Ya que darle una ley no está en mi mano
Sea pues mi señor y mi verdugo.

Todo lo acepto por mi dicha breve,
La dignidad y el nombre por el lodo,
Mi vida rota, tu traición aleve
Hasta la befa de tus labios, todo.

Si no me quieres, te amaré; la suerte
Echada está, sigamos adelante,
Aunque caiga en los brazos de la muerte
Matándote también ¡dulce inconstante!

RAFAEL DE ALBA.

Baile de fantasía en Culiacán

Srita Rosario Laseter
DE MÉXICO
[Fotografía de Tapia.]

LA VIDA SOCIAL EN CULIACAN.

Sinaloa es uno de los Estados Mexicanos en que se hace más grata la vida social, por que los habitantes de aquellas comarcas pintorescas acariciadas por las olas del Pacífico, conservan en sus costumbres esa pureza y moralidad que sirven de inquebrantable lazo de unión á las familias

Culiacán, capital del Estado, compite con Mazatlán en cultura y elementos de prosperidad. Allí el teatro, los paseos, los bailes tienen un atractivo especial, por que reina en ellos elegante y cordial animación que dá la mejor idea de la sociedad sinaloense.

Hoy tenemos el gusto de engalanar nuestras columnas con los retratos de varias señoritas de Culiacán, vestidas con los trajes de fantasía que llevaron á uno de los últimos bailes.

El hombre del cerebro de oro

A LA DAMA QUE DESEA HISTORIAS ALEGRES.

Señora: al leer vuestra carta he sentido algo parecido á un remordimiénto. Me he reprochado ese colorido melancólico que afectan mis historietas, y me he prometido que hoy os ofrecería algo alegre...... desmedidamente.

Y por otra parte, ¿por qué he de estar triste? Vivo á mil leguas de las brumas de París, sobre una colina inundada de luz, en este país del tamboril y del vino moscatel.

A mi alrededor todo es sol y música: tengo orquestas enteras de dorados insectos, orfeones completos de alegres abejarucos, por la mañana entonan sus cánticos los jilgueros, á medio día la cigarra es la que domina en el concierto, más tarde los pastores animan la escena con su caramillo, y luego bellas aldeanas cuyas risas escucho á través de las tupidas viñas.... A la verdad que el sitio no es el más apropósito para entregarse á la melancolía, y sin duda debería yo enviar á las damas poemas color de rosa y canastadas de cuentos galantes

Pues bien, no es así, todavía estoy demasiado cerca de París. Todos los días, aun entre mis pinares, siento que me salpica con sus tristezas. En el momento mismo en que escribo estas líneas me llega la noticia de la muerte de Carlos Barbará, y mi molino se encuentra de luto.

¡Adiós jilgueros y cigarras! Mi corazón no responde á vuestras alegrías...... He aquí, señora, por qué en vez del cuento juguetón que me prometía relataros, os hallaréis con una leyenda melancólica.

Existía cierta vez un hombre que tenía el cerebro de oro: sí, señora mía, ¡un verdadero cerebro de oro! Cuando vino al mundo, creyeron que este niño no podría vivir, tal era el desmesurado peso y tamaño de su cráneo Sin embargo vivió—y creció á los rayos del sol como una hermosa planta de olivo—solamente que su hermosa cabeza lo arrastraba algunas veces y daba pena verle darse golpes contra los muebles mientras caminaba. Con frecuencia se caía, y una vez rodando de unos escalones abajo, vino á dar la frente contra los mármoles produciendo su cráneo un sonido semejante al de un lingote metálico. En el primer momento se le creyó muerto, pero así que lo levantaron solo se le hayó una ligera herida y dos ó tres pequeñas gotas de oro coaguladas entre sus rubios cabellos. Guardóse sobre esto el mayor secreto y el pobre pequeñuelo jamás se imaginó lo que le acontecía. Cuando más se reducía á preguntar por qué no lo dejaban correr afuera. «Te robarían tesoro querido» respondía la madre y de ahí resultó que el niño temblaba siempre de que lo robaran y se volvía á jugar solo, sin agregar una palabra más, arrastrándose pesadamente de una sala á otra.

Cuando llegó á los diez y ocho años, sus padres le revelaron el monstruoso don que debía al destino, y como hasta entónces lo habían criado y educado, le pidieron en cambio un poco de su oro.

No titubeó el niño en darlo, y en el instante mismo (la leyenda no dice cómo ni por qué medio) se arrancó del cráneo un pedazo de oro macizo—un hermoso pedazo del tamaño de una nuez—y lo arrojó orgullosamente á los pies de su madre.

En seguida, deslumbrado con la posesión de las riquezas que llevaba en su cabeza, loco de deseos, ébrio de su poder, dejó la casa de sus padres y se lanzó por el mundo derramando su tesoro á manos llenas.

— —

A juzgar por el tren de vida que llevaba y la manera como sembraba el oro sin mirarlo siquiera, se hubiera creido que su cerebro era inextinguible. Sin embargo, el tesoro se agotaba y se podía notar que poco á poco se apagaba el brillo de su mirada y que sus mejillas se descarnaban. Un día por fin, en la mañana siguiente á una loca orgía, solo ante los restos del festín y la mortecina luz de las bujías, advirtió con espanto la enorme brecha que había abierto en su tesoro y creyó era llegado el momento de detenerse.

A partir de aquel día, su vida cambió por completo. El hombre del cerebro de oro se retiró á vivir aislado, del trabajo de sus manos, desconfiado y temeroso como un avaro, huyendo de las tentaciones y tratando de olvidar él mismo esas fatales riquezas que no quería ya más tocar.

Desgraciadamente un amigo le había seguido á su soledad y ese amigo conocía su secreto

Cierta noche nuestro pobre hombre fué despertado súbitamente por un fuerte dolor de cabeza por un dolor verdaderamente horrible: se levantó desatinado y vió al pálido rayo de la luna á su amigo que huía, escondiendo algo bajo la manta que le cubría.

Era todavía un pedazo de cerebro que se le arrancaba.

Después de transcurrir cierto tiempo, el hombre del cerebro de oro llegó á enamorarse y desde aquel momento todo concluyó para él........ Amaba desde lo más íntimo de su alma á una rubiecita, que también lo amaba, pero que prefería sin embargo, los adornos, las plumas blancas y las borlas moradas que iban batiendo las botitas al encantador balanceo de su andar.

Entre las manos de esta preciosa criatura—mitad ave; mitad muñeca—las moneditas de oro se fundían de una manera que daba gozo.

Ella tenía todos los caprichos, y él no sabía jamás decir nó: más aún, por temor de causarle pena le ocultó hasta el fin el triste secreto de su fortuna.

—¿Con que somos muy ricos? decía ella—y él respondía:—¡Ah! sí.... muy ricos! y sonreía con amor á este pequeño pajarillo azul, que le devoraba el cráneo inocentemente. Algunas veces lo asaltaba el miedo y tenía ímpetus de volverse avaro, pero entonces su mujercita se le acercaba revoloteando y le decía:

—Maridito....ya que eres tan rico, cómprame a go caro, muy caro.... y él le compraba algo caro.

Dos años duró este estado de cosas, hasta que una mañana la rubiecita murió...... sin que se supiera de qué;—como mueren los pajarillos.

El tesoro tocaba á su fin. Con lo que aún le quedaba quiso el viudo hacer un brillante entierro á su querida muerta.

Campanas á vuelo, pesadas carrozas cubiertas de paños negros, caballos con penachos, lágrimas de plata sobre el negro terciopelo, nada le parecía suficientemente hermoso

¡Qué le importaba ya su oro!

Dió para la iglesia, para los lacayos, para los enterradores, para las revendedoras de siemprevivas...... dió por todas partes y sin vacilación.... de tal manera, que cuando salió del cementerio, nada quedaba ya de aquel maravilloso cerebro.... sólo algunas partículas de oro se sostenían adheridas á las paredes del cráneo

Viósele entonces vagar por las calles con las manos hacia adelante, vacilando como un ébrio. Por la noche, cuando se iluminan los bazares, se detuvo ante una vidriera en la cual una cascada de sederías y lucientes atavíos brillaban con el explendor de las luces y permaneció durante largo tiempo contemplando dos botitas de satín de seda azul con guarniciones de cisne. «Conozco, se decía sonriendo, alguien, á quien estas botitas harían feliz,» y olvidando que su mujercita había muerto, entró para comprarlas. Desde el fondo de su tienda oyó la dueña un grito terrible: se acercó corriendo y retrocedió espantada al ver delante de sí un hombre que se acercaba mirándola con una expresión de dolor á la vez que de embrutecimiento.

Con una mano tenía las botitas de cisne y le tendía la otra toda ensangretada y con pequeños fragmentos de oro en la extremidad de las uñas.

Tal es, señora, la leyenda del hombre del cerebro de oro.

A pesar de su aspecto de cuento fantástico ella es cierta desde el principio hasta el fin.

Hay en el mundo pobres gentes que se hallan condenadas á vivir de su cerebro, que pagan en oro puro y hermoso que arrancan la médula y sustancia de su cuerpo, las cosas mas triviales de la vida. Para esos desgraciados cada día que pasa es un dolor y finalmente cuando cansados de sufrir......

Pero...... decididamente señora, esta historia es muy triste y será mejor que la termine aquí

ALFONSO DAUDET.

Baile de fantasía de la Sociedad "Crisantema"

Srita. Teófila Peiro
DE CULIACAN
(Fotografía de Buzy)

Lady Godiva.

Refieren la leyenda y la historia que en el siglo XI y en los días en que reinaba en Inglaterra Eduardo el Confesor, había un Duque de Mercia casado con la mujer más hermosa del reino; y aun se decía que dejando la Isla é internándose por todo el cercano continente, no podría ninguno encontrar hermosura á la de esta mujer comparable.

Bella y discreta, tan llena de natural donaire como de arraigadas virtudes, habrían tales prendas bastado para hacerla adorable; pero aun tenía una cualidad que á todas las otras suyas superaba y era la de ser pudorosa y casta como una sensitiva, de modo que se ruborizaba de verse á si misma y nadie podía vanagloriarse, hombre ni mujer, de haber visto de ella otra cosa que su cara y sus manos, pues ni usó jamás vestidos que le descubrieran el cuello ni los brazos, ni aceptó moda alguna que le pareciera deshonesta.

Presentábanla de modelo en aquellos tiempos de corrupción y desenvoltura, los esposos á sus esposas, los padres á sus hijas, y todos la amaban y veneraban, particularmente los menesterosos y los enfermos de quienes era como se dice paño de lágrimas.

Pues una vez á consecuencia de un delito cometido en Coventry y cuyo autor no pudo ser habido, dispuso el Gobernador (que lo era el Duque de Mercia) que todos los habitantes fueran por igual castigados con una cuantiosa multa y los que no pudieran pagarla con un fuerte castigo corporal.

Acudieron los afligidos á quienes aludía tal sentencia á Lady Godiva, y esta, consternado su generoso corazón, acudió con lágrimas á su esposo que por buena y por bella no le había negado nunca merced alguna; pero que en esta vez se manifestó inaccesible á la compasión, sordo á los ruegos é insensible al llanto que perla á perla é hilo á hilo brotaba de los ojos hermosísimos de la dama y rodaba por sus megillas de alabastro.

—Levantaos, señora, dijo el Duque, que no debe estar arrodillada á mis pies quien tiene su trono en mi corazón.

—No, sin que me otorguéis la gracia que os he pedido!

Y tornó el Duque á negar y tornó ella á pedir con mayor y más dolorosa insistencia, hasta que por cortar aquella tan lamentable escena el Duque otorgó gracia, pero á condición de que la casta, la púdica, la ruborosa Lady Godiva había de recorrer, desnuda y á caballo, al medio día, las calles de la ciudad.

El Duque se retiró sonriendo convencido de que había puesto al indulto un precio que no le sería pagado, porque primero moriría su mujer que exhibir en público todos los prodigios de su maravillosa hermosura: y retiróse Lady Godiva llorando y sin acertar á darse cuenta de cómo podría sin espirar de vergüenza cumplir la impuesta condición.

Y hasta aquí el punto en que la historia y la leyenda caminan juntas, y desde aquí los milagrosos sucesos que se siguieron y que ponen admiración en el ánimo de cuantos han tenido noticias de ellos.

Acaeció pues que durante toda esa noche la honesta dama no pudo conciliar el sueño de temor y pena, de vergüenza y rubor, solo al considerar lo que iba á hacer al día siguiente, y que sin dejar de llorar ni de orar la sorprendió la aurora.

Más tarde quiso ocurrir nuevamente á la magnanimidad de su esposo para que impusiera una compensación menos dolorosa; sus joyas, su castillo feudal, sus derechos á la herencia de los Duques, todo quería ofrecerlo si se la libraba del odioso y tremendo compromiso; pero el Duque que había previsto eso y que temía no poder negarse á súplicas de tan linda boca, se ausentó desde muy temprano dejando órdenes terminantes á su servidumbre.

Y entre tanto el tiempo avanzaba; las horas corrían sin detenerse para dar paso á la llegada de aquella tan temida, en que debería ó salir desnuda Lady Godiva ó empezar á cumplirse en el pueblo la sentencia cruel.

Ya estaban listos los recaudadores para ir de casa en casa á recojer la cuantiosa multa; ya se habían levantado en todas las plazas las picotas en que deberían ser ejecutados los remisos, y ya numerosos verdugos preparaban apresurados sus instrumentos de suplicio.

Las mujeres, los ancianos y los niños recorrían como locos las calles pidiendo á gritos piedad, y este espectáculo que contemplaba desde sus ventanas Lady Godiva le partía el corazón.

Ya solo faltaban algunos minutos para el medio día...... Cien veces Lady Godiva había intentado despojarse de sus vestidos, y otras tantas temblando de terror y de angustia había retrocedido ante el sacrificio cruento. ¡Su vida, sí, su vida mejor que la exhibición de sus ocultas bellezas! pero el tiempo corría implacable, y los dolorosos lamentos aumentaban llenando de harmonías lúgubres todos los ámbitos de la ciudad, cuando de pronto una trompeta, más imponente y terrífica que la del juicio final, reclamó el silencio de toda la muchedumbre. Lady Godiva pudo oir desde sus ventanas la voz del pregonero que decía:

—«Esta es la justicia que manda hacer el Duque Nuestro Señor y que se cumplirá sin misericordia si su esposa no recorre desnuda, al mediar el día, las calles de la población.»

El sacrificio era ya inevitable. Lady Godiva enjugó sus últimas lágrimas, recurrió á toda la energía de que le era dado disponer, y después de una breve plegaria ante la Virgen de los Dolores, empezó con ademán resuelto y mano nerviosa á despojarse de sus atavíos. Rodaron sobre la alfombra la diadema de perlas y el collar de brillantes, cayó el manto de púrpura como arrebatado por un huracán, y fué la túnica de damasco, recamada de oro y pedrerías, arrancada á pedazos del cuerpo.

Se había desprendido ya de los brazaletes, de los pendientes y aun de los chapines, cuando una ráfaga de viento enamorada de tan maravillosos hechizos como esos que por primera vez se exhibían á la luz del sol, vino y envolvió á Lady Godiva con un beso de pasion y voluptuosidad. Estremecida la encantadora mujer se vió.... y al contemplar la dulce y palpitante morbidez de sus formas y su límpida diafanidad que irradiaba, tuvo miedo como ante el hacha del verdugo, y perdida toda resolución y llorando á gritos como niño aterrorizado por horrenda pesadilla.

—No puedo, dijo.

Y se refugió amedrentada á su lecho.

—A lo lejos vibró de nuevo la trompeta; y de nuevo, aunque opaca y débil se oyó la voz distante del pregonero:

—«Esta es la justicia que manda hacer».....

Entonces Lady Godiva se levantó lentamente, y con los ojos fijos en el pavimento cruzó sus habitaciones y se dirigió á las cuadras. Allí la aguardaba una nueva sorpresa: el Duque se había llevado todos los caballos y solo quedaba uno, tan bravo y cerril que nadie se atrevía nunca á montarlo.

En esos instantes el sol llegaba á la mitad de su carrera......

Lady Godiva alzó los ojos al cielo: y al querer juntar las manos en ademán de súplica, se le enredaron en algo y observó una cosa milagrosa. Su cabellera había en esos breves minutos crecido tanto, pero tanto, que la cubría todo el cuerpo como manto impenetrable.

El caballo, aquella fiera indómita, se acercó mansamente, dobló las manos como esas bestias que están adiestradas para el circo, se hizo montar y luego orgulloso de su dulce carga salió á la calle.

La plaza, momentos antes invadida por la muchedumbre, estaba solitaria. Lady Godiva recorrió la población entera cruzando calles desiertas. Todos los vecinos, como si se hubieran puesto de acuerdo, inspirados por un mismo sentimiento, habían cerrado sus puertas y ventanas y se habían retirado á lo más oculto de las habitaciones.

Ningunos ojos humanos mancharon con su mirada codiciosa la inmaculada pureza de aquellas formas angélicas: ningunos...... porque un panadero que curioso ó enamorado se atrevió á asomarse á su postigo cuando Lady Godiva pasaba, cegó antes de haber podido contemplarla.

JAVIER SANTA MARIA.

Hay temperamentos musicales por excelencia, como hay aves que cantan siempre, así cuando la mañana extiende triunfal su pabellón dorado como cuando la luna baña la tierra en diáfanas olas de plata. Hay almas en las que cada ritmo de la naturaleza despierta un eco; almas para las cuales no hay una vibración estéril y que como la misteriosa flor avanesa de la leyenda, abren su cáliz solo ante la vibración harmónica y van expandiéndolo más y más á medida que esta crese, siendo posible que mueran si la vibración es demasiado intensa.

Luisa Caballos es una de esas almas.

Ruben Darío le llamara si la conociese, *dulce hermana armoniosa;* su vida ha sido una peregrinación por los espacios de la nota hácia el recóndito ideal y fuera de esto, todo lo demás le ha parecido vano.

El arpa y el piano; dos novios, el uno de ayer, la otra de un pasado de siglos; el uno que divinizó Beethoven; la otra que divinizó David; el uno, mirificado por los heroísmos de Liszt; la otra, sublimada por los consuelos de Saúl, han sido los dos amigos enamorados de esa vírgen que pasa por el valle florido de una existencia discreta y silenciosa, toda entregada al culto del ideal.

Sean ellos también su premio, su gran premio, ungiendo su espíritu de misteriosas venturas.

La paja húmeda

Pasó los primeros años de reclusión sin hacer nada; necesitó todo ese tiempo para habituarse á su nueva existencia, para instalarse, para amoldarse á las costumbres de la casa.

Pero, como aun le quedaban veinte años de huelga, una mañana, al levantarse, pensó que era un bochorno llevar aquella vida de haragán, y que necesitaba idear una ocupación, ya que no digna de un hombre libre, puesto que estaba preso, propia siquiera de un hombre.

Consagró un año á reflexionar, á pesar las diversas ideas que le cruzaron por las mientes, á inquirir cuál sería el objeto definitivo de su existencia.

¿Educar una araña? Eso era ya muy viejo y vulgarísimo ¡Irse ahora á imitar á Pellisson! ¡Quita, quita allá! ¡Puro plagio!

¿Contar por los dedos las rugosidades de las paredes? Eso era una ridiculez, un entretenimiento tonto, sin provecho ninguno.

—Sería menester (se dijo) dar con una cosa que fuese interesante y útil, á la vez que un acto de venganza. Habría que inventar una tarea que ayudase á matar el tiempo que proporcionase algún bienestar y que tuviese el valor de una protesta.

Pasóse otro año en averiguaciones, pero al cabo vino el éxito á coronar tanta perseverancia

Habitaba el preso en un verdadero calabozo, donde apenas entraba el sol más que media hora en todo el día, y reducido, por supuesto, á un tenue rayo, que era como un hilillo de luz La cama en que reposaban los doloridos miembros del infeliz, estaba hecha literalmente de paja húmeda.

—¡Cosa resuelta! (exclamó con energía) Voy á dar en la cabeza á mis carceleros y á embromar á la justicia: ¡secaré la paja!

Empezó por contar las pajas que componían el montón. Había mil trescientas siete. ¡Una cama bien pobrecita!

Acto contínuo hizo un ensayo para saber cuánto tiempo le costaría secar una paja. Se necesitaban tres cuartos de hora. De modo que las mil trescientas siete pajas exigirían en total novecientas ocho horas y quince minutos, ó sea, contando media hora de sol por cada veinticuatro, mil novecientos sesenta y un días.

Suponiendo que el sol no brillase, por término medio, más que un día de cada tres, se llegaba á una suma de diez y seis años, un mes, una semana y seis días.

Era, con diferencia de unos seis meses, todo el tiempo que tenía por delante.

Puso manos á la obra.

Cada vez que entraba el tenue rayo luminoso, exponía una pajita al paso de él, y aprovechaba de esa suerte el sol entero que recibía. Todas las que iba secando las conservaba después al calor de su cuerpo, debajo de la ropa

Trascurrieron diez años. El preso no se acostaba ya más que sobre una tercera parte de la paja húmeda, y llevaba relleno el pecho de los otros dos tercios, secados poco á poco.

Pasaron quince años. ¡Qué alegría! Ya no quedaban más que ciento treinta y seis pajitas húmedas. Cuatrocientos ocho días más, y el preso podía levantar la cabeza, orgulloso de su obra, vencedor de la sociedad y gritar con acento de venganza y con la risa satánica de los rebeldes:

—¡Ah, ah! ¿Me habéis condenado á la paja húmeda de los calabozos? ¡Pues bien! ¡llorad de rabia! Me acuesto en paja seca.

¡Ay! La suerte cruel acechaba á su víctima.

Una noche que el preso soñaba en su futura felicidad, agitándose como un loco en medio de su embriaguez, tiró el cántaro, y se le derramó el agua por el pecho

Toda la paja estaba mojada.

¿Qué hacer ahora? ¿Volver á empezar el trabajo de Sísifo? ¿Pasar otros quince años absorviendo briznas de sol en briznas de paja?

¡Y el desaliento! Vosotros, los afortunados del mundo, que renunciáis á un placer cuando hay que dar cuatro pasos para alcanzarlo, ¿os atreveríais á lanzarle la primera piedra?

¡Pero ya nó tenia que esperar más que año y medio! —diréis.

¿Y os olvidáis del orgullo herido y de las esperanzas defraudadas? ¡Qué! ¡Aquel hombre había trabajado quince años para dormir sobre un montón de paja seca, é iba á resignarse á abandonar el calabozo llevándose enredadas en el pelo las pajas húmedas! ¡Jamás! O somos ó no somos dignos.

Ocho días y ocho noches se revolvió desasosegado, luchando con la desesperación y tratando de hallar asiento en el vacío que lo anonadaba.

Acabó por rendirse y declararse vencido. Había perdido la batalla

Una tarde cayó de hinojos desesperado y agobiado de dolor.

—¡Dios mío! (exclamó llorando,) perdóname si me siento sin ánimos hoy día. He sufrido durante treinta años; he visto adelgazar mis miembros, arrugarse mi piel, gastarse mi vista, palidecer mi sangre, y caérseme los dientes y el pelo; he aguantado el hambre, el frío y la soledad. Para sostener mis fuerzas tenía una esperanza, cuya realización era la ventura de mi vida. Ahora me es imposible satisfacer ese deseo; ahora el objeto se ha desvanecido para siempre; ahora estoy deshonrado. Perdóname si deserto de mi puesto si abandono la batalla, si huyo como un cobarde. No puedo más

Luego se apoderó de él un nuevo acceso de indignación:

—¡No! (gritó.) ¡No, y mil veces nó! No ha de decirse que yo he perdido la vida de cualquier modo. ¡No, no estoy vencido! ¡No desertaré! ¡No soy un cobarde! ¡No he de acostarme ni un minuto más sobre la húmeda paja de los calabozos! ¡No, no ha de dar cuenta de mi la sociedad!

Y el preso murió aquella noche, vencido como Bruto, grande como Catón

Murió de una indigestión heróica: se había comido toda la paja.

JUAN RICHEPIN.

¿Existió ó no existió Homero?

Sabido es que los alemanes, para distraerse de la razón pura y del imperativo categórico, habían inventado la tésis de la no existencia de Homero.

Otros, en cambio, admitían, no ya un Homero sólo, sino dos: uno para la *Iliada* y otro para la *Odisea.*

Ultimamente un sabio inglés sostenía que la *Odisea* había sido escrita por una mujer, y que esta era Nausica, aquella princesa que lavaba la ropa de su papá el rey en un arroyo.

Ahora un sabio francés, Mr. Mesquil, nos sale con otra tésis sorprendente. La de que Homero es Ulises.

Parece que el rey de Itaca, el cual hubo de publicar en verso la relación de sus aventuras, hizo su viaje por el mar de las Indias y paró en Madagascar.

Como la expedición de los Argonautas, según Mr. Mesquil, se hizo recorriendo todas las costas de Africa, la civilización miceniana hubo de extender por toda la tierra sus relaciones comerciales y marítimas, y de todas las naciones que han marcado en Africa sus huellas, ninguna, á juicio de nuestro sabio, ha dejado tan duraderas señales como la raza griega.

¡Quién sabe si los combates cantados en la *Iliada* no ocurrieron en las orillas del Niger!

SONETO

Indo, el triste pastor todo embebido
En la luz de su dulce pensamiento,
Estas quejas mandaba al raudo viento
Con ese suspirar que es un gemido.
Triste en las sombras del dolor perdido
Como tambien se pierde mi lamento
¿A quién hablo? ¿A quién digo mi tormento
Si soy al clamar más, menos oido?
Bella ninfa, ¿por qué no me respondes?
¿Por qué cuando me miras me escarneces?
¿Por qué á mi dulce amor no correspondes?
¡Ay!..¡tu desden apuro hasta las heces!
¡Cuando más te deseo, más te escondes!
¡Y cuanto más me humillo, más te creces!

CAMOENS.

En el vagon.

Imágen de la vida placentera
Es el tren en que voy arrebatado,
Viendo cruzar fogosos á mi lado
Cuantos seres encuentro en mi carrera.
Yo voy en un asiento de *primera,*
Del calor y del viento resguardado,
Y el mismo tren conduce al desgraciado
Que ocupa un duro asiento de *tercera*
Más aunque así suframos ó gocemos
Separados los dos, cualquiera advierte
Que la misma distancia recorremos
É igual al fin y al cabo es nuestra suerte
Pues ambos por desgracia pararemos
En la estación del término: LA MUERTE.

MIGUEL RAMOS CARRIÓN.

Baile de fantasia de la Sociedad "Crisantema"

Señoritas: Luz Peiro, Fanny Cañedo, Teófila Peiro, Rafaela Peiro, Guadalupe del Corte, Dolores Zepeda.

La embriaguez.--Musa trágica.

I

En lo que concierne á la singular, pero al mismo tiempo familiar historia que voy á relatar, yo no espero ni solicito de nadie que me crea. Sería un loco si lo exigiese, pues mis mismos sentidos rechazan su propio testimonio. Esto, sin embargo, no estoy soñando. Pero mañana puedo morir y quiero contarlo todo en descargo de mi conciencia. El objeto que me propongo es colocar ante el mundo, clara, sucintamente y sin comentarios, una serie de hechos que tienen simple y llanamente el caracter de domésticos. Estos hechos —habidas sus consecuencias—me han torturado, aplastado, aterrorizado.

Esto no obstante, no me propongo ocultarlos. A mí solo me han ofrecido el horror; más á ciertas personas les parecerán menos terribles que *barrocos*. Quizá más tarde se dé con una inteligencia que reducirá mi fantasma á una cosa vulgar; una inteligencia mas tranquila, más logica y menos escitable que la mía, que no hallará en los hechos que voy á contar horrorizado, más que una serie de causas y hechos naturalísimos.

II

Cuando yo era niño me distinguía por la docilidad y humildad de mi carácter. La sensibilidad de mi corazón era tan grande, que más de una vez me convirtió en juguete de mis camaradas. Sentía una verdadera pasión hacia los animales, y mis padres me permitían criar de ellos un buen número. Yo pasaba casi todo mi tiempo con ellos, y nunca me sentia tan feliz como cuando les daba la comida ó podía acariciarles. Esta singularidad de mi caracter fué creciendo con la edad, y cuando llegué á hombre, el trato con los animales constituía uno de mis placeres. A los que han profesado cariño á un perro fiel ó inteligente no necesito explicarles la naturaleza é intensidad de los goces que proporciona el trato con ciertos animales. Existe en el amor desinteresado de una bestia, en ese sacrificio de sí misma, algo que va directamente al corazón de aquel que ha tenido ocasión de aquilatar la frágil amistad, la fidelidad quebradiza del *hombre*.

Me casé muy joven y tuve la dicha de hallar en mi mujer un carácter que simpatizaba con el mio. Viendo mi gusto por los animales, hacia cuanto le era dable para proporcionarme aquellos que más me gustaban. Criamos aves, peces de dorada escama, un perro hermosísimo, conejos, un mono y un *gato*.

Este último era un animal preciosísimo, enteramente negro y de una sagacidad maravillosa. Hablando de su inteligencia mi mujer, que en el fondo no era supersticiosa, aludía frecuentemente á la vieja creencia popular de que los gatos negros eran brujos disfrazados. No insistía de un modo serio en este punto; y si yo hago mención de ello, es porque se me viene á la memoria.

Plutón—que este era el nombre del gato—era mi preferido, mi compañero inseparable. Dábale su comida y me seguía dentro de mi casa, allí donde yo iba. Sólo contrariándole mucho podía alcanzar que no me siguiera por la calle.

III

Nuestra amistad subsistió así muchos años, durante los cuales mi carácter, influido por el Demonio de la Intemperancia (debo así confesarlo), sufrió una radical alteración en mal sentido. Volvíme de día en día más triste, más silencioso, más susceptible y cuidadoso, respecto al sentimiento ajeno.

Permitime emplear un lenguaje brutal con mi esposa, hasta que concluí por pegarla. Mis pobres animales sufrieron naturalmente el cambio de mi carácter. No solo los olvidaba, sino que les maltrataba. Pero en lo que se refiere á Plutón, yo le guardaba ciertas consideraciones que me impedían cebarme en él, mientras que descargaba la irascibilidad de mi carácter en los conejos, el mono y hasta el perro, cuando por casualidad, ó por el cariño que me tenían, se cruzaban á mi paso. Pero mi mal se hacía cada día más invasor y terrible—¿qué es lo que se puede comparar á los efectos del alcohol?—y al fin y al cabo Plutón, que se hacía ya viejo y que naturalmente era huraño, Plutón empezó á conocer también los efectos de mi mal carácter.

Cierta noche, al regresar á mi casa muy beodo, como salia de la taberna que yo visitaba con frecuencia, me pareció que el gato me evitaba. Le cogí; pero asustado el animal con mi violencia, mordió ligeramente mi mano. Apoderose de mí toda la rabia del infierno. Me olvidé de mí propio.

Pareció que mi alma volaba de repente de mi cuerpo y una diabólica maldad, saturada de *gin*, penetraba una tras otra las fibras de mi ser. ¡Saqué de mi bolsillo una navaja y la abrí; después cogí al pobre animal por la garganta y le hice saltar con deliberada crueldad, un ojo de su órbita! ¡Al consignar este acto de salvajismo, tiemblo, ardo, me estremezco y me ruborizo!

Cuando á la mañana siguiente volví á recobrar mi juicio, cuando ya no sentí los vapores de la embriaguez, no pude menos de sentir cierto horror y cierto remordimiento á la vez, por el crímen que había cometido; pero este sentimiento era un tanto débil y equívoco para que torturase por mucho tiempo mi alma. Volví á mis excesos y no tardé mucho en ahogar con vino la memoria de aquel acto.

Entre tanto el desgraciado animal iba curando. Cierto que la órbita de su ojo ofrecía un aspecto horrible; mas me pareció que no sufría. Iba y venía; según costumbre, en el interior de mi casa; pero, como se debía esperar, me huía con terror visible. Aún me quedaba suficiente corazón para afligirme con la evidente antipatía por parte de un animal que en otro tiempo tanto me había amado. Pero este sentimiento hubo de ceder al coraje. Y entonces apareció, como fin de mi irrevocable caída, el demonio de la *Perversidad*. De este demonio, de este espíritu, la filosofía no da ninguna idea. Pero tan cierto como que el alma existe, yo creo que la perversidad es uno de los primeros impulsos del corazón humano, una de las primeras facultades ó sentimientos invisibles que imprimen su dirección al carácter del hombre. ¿Quién no se ha sorprendido cien veces cometiendo una acción torpe ó vil, por la sola y única razón de que sabía que *no debía* cometerla? ¿Acaso no tenemos, á pesar de nuestro buen juicio, una perpetua inclinación á violar lo que es la *Ley* por la sencilla y única razón de que comprendemos que es la *Ley*? Este demonio de perversidad ocasionó, según decía, mi caída final.

Ese deseo ardiente, insondable, que tiene el alma de *torturarse á sí misma*, de violentar su propia naturaleza, me impulsaba á continuar y finalmente á consumar el suplicio á que yo había condenado á aquel animal inofensivo.

IV

Me latían las sienes con fuerza como si mi cabeza fuera á estallar; profunda ira me minaba con sus estragos; todo lo veía yo negro con manchas rojas que parecían manchas de sangre; y en mi frenesí de destrucción y aniquilamiento, habría querido reducir á menudo polvo, á voladoras cenizas cuanto tiene vida sobre la tierra, pero particularmente al gato, al odioso Plutón, al horrendo gato grande, negro y tuerto que parecía un trasgo de pesadilla.

Con cierta especie de deleite insano, estuve meditando mi crimen y revisando y pensando todos los medios que podrían conducir á la destrucción del aborrecido animal.

Deseché la idea del veneno porque aunque me halagara la perspectiva del espectáculo que se ofrecería á mi vista con la lenta y dolorosa muerte del gato, temí que mi mujer descubriera el caso y á escondidas le diese algún contraveneno que dejara ilusoriada mi venganza.

Por otra parte, consideraba que aunque siendo *yo* el que daba el veneno, *yo* sería la única y eficiente causa de la muerte y de los sufrimientos que causara, estos sufrimientos no satisfarían mi crueldad, como no la satisfaría un pistoletazo. Mi bárbaro deseo era saborear el placer de herir y que esa voluptuosidad salvaje del asesinato, se trasmitiera por el puñal, desde los miembros sangrientos y palpitantes de la víctima hasta lo más profundo de mis entrañas.

Con incesantes vasos de *gin* ya en la taberna, ya en casa, avivaba yo la hoguera de mis crueles y sanguinarios pensamientos.

Un cuchillo bien filoso, mi navaja estaba muy á propósito, le dividiría el cuello poco á poco, después de haber previamente asegurado al animal en algún mueble para que no pudiera defenderse.

Pero por lentamente que se hiciera esa operación, una vez cortada cualquiera vena del cuello la muerte no tardaría en venir. ¡Mejor era encerrarme en un cuarto con él y matarlo á palos!

Y así lo resolví en definitiva.

Pero ¡qué lucha! ¡qué horrible y fatigosa lucha!

Desde que recibió á traición el primer bastonazo, comprendió seguramente la suerte que le esperaba y empezó su defensa. Yo no lo había querido amarrar para que la persecución por el

cuarto hiciera mi tarea más grata y tardía. Eso me perdió.

Como disparado por el cañón de una escopeta, Plutón daba saltos vertiginosos que lo hacian llegar hasta el techo, se encaramaba en los armarios, se escurría bajo los muebles y me costaba un triunfo sacarlo de cada escondite. Sin embargo, algo había adelantado en mi horrorosa empresa, pues más de treinta veces mi palo habia caído con fuerza brutal sobre la cabeza y costillas del infeliz.

Pero me había entrado el cansancio y ya era tiempo de llegar al fin. Entonces me vino una idea: ahorcarlo! Hice un lazo corredizo, lo coloqué de modo que el gato cayera en él, y poco después llevaba yo á mi víctima casi arrastrándola con dirección al jardín.

Allí escoji un arbol, colgué de una rama la cuerda y el gato, y mi crímen se consumó por fin.

Ya nada faltaba á mi venganza.

En la noche que siguió al día en que estuve tan cruel, fuí interrumpido en mi sueño á los gritos de *¡fuego!* Los cortinajes de mi lecho ardían. La casa era víctima de un incendio. Mi mujer, un criado y yo logramos escapar de él con gran pena. La destrucción fué completa. Quedé arruinado y me entregué á una desesperación sin consuelo. Las paredes habían resistido la acción del fuego y yo lo atribuí á que habian sido frescamente renovadas. Cerca de una de ellas se reunió gran muchedumbre de gente, la cual parecía examinar con grande y viva atención una de aquellas paredes. Todo el mundo exclamaba: «¡Es extraño!».... ¡cosa más singular!.... añadiendo otras expresiones que llamaron mi atención de una manera irresistible. Acerquéme á los grupos y ví, semejante á un bajo relieve esculpido en una superficie blanca, la figura de un gato enorme. La figura se ofrecía á los ojos con una exactitud maravillosa. En torno al cuello, el gato llevaba una cuerda.

Al pronto, viendo esta aparición.—yo solo podía considerar aquello como una aparición—sentí una extrañeza y un terror indescriptibles. Pero la reflexión hubo de calmarme. El gato—según yo perfectamente recordaba—había sido colgado en un jardín adyacente á la casa. Al darse los gritos de alarma, ese jardín había sido invadido por la multitud y alguien, desatando el gato del árbol, lo había lanzado á mi dormitorio por una ventana abierta. Esto se habría arrojado sin más objeto que el de arrancarme al sueño. La caída de otra pared había comprimido la víctima de mi crueldad en el yeso frescamente rebozado, y éste, combinado á las llamas y al amoniaco del cadáver, habia creado aquella imágen, tal como yo la veía.

Aunque yo satisfaciera así mi razón—bien que no mi conciencia—el hecho que acabo de contar no por esto dejó de impresionarme hondamente. Durante muchos meses no pude desembarazarme del fantasma de aquel gato; y durante este período se apoderó de mi alma un triste sentimiento que parecía ser, aunque no lo fuese, el mismo remordimiento. Yo casi deploraba la pérdida del gato, y buscaba en torno mío y en los sitios que frecuentaba, otro favorito de igual especie y que tuviera su mismo color y forma.

Cierta noche, sentado en un antro más que infame, mi atención hubo de fijarse en un objeto negro que permanecía en cuclillas sobre uno de los inmensos toneles de *gin*, ó de ron que componian el principal menaje. Hacía algunos minutos que miraba fijamente la cumbre de aquel tonel, y quedé sorprendido al observar que á pesar de que mis ojos estaban hacía rato fijados en él, yo no habia percibido aún aquel objeto. Me acerqué á él y quise tocarlo con mi mano. Era un enorme gato, por lo menos tan grueso como Plutón que no tenía en su cuerpo un sólo pelo blanco, mientras éste llevaba una mancha larga y blanca, pero de forma indecisa, que le cubría la región del pecho.

No bien le toqué, cuando se levantó con presteza, maulló con fuerza, rozó sus miembros en mi mano y pareció contentísimo de mis caricias. Era el animal que yo buscaba. Hice al tabernero proposiciones, á fin de que me lo vendiese; pero aquel hombre no lo dió por suyo y me dijo que no sabía de quién era y que nunca lo había visto.

Seguí acariciándole, y cuando determiné volver á mi casa, ví que el animal estaba dispuesto á acompañarme. Se lo permití y hasta de cuando en cuando me bajaba hacia él para acariciarle. Cuando llegué á mi casa se encontró en ella como en la suya propia y se hizo en seguida muy amigo de mi mujer.

V.

No tardé mucho en sentir contra él una antipatía invencible. Yo no creía que así sucediese; pero no sé por qué su fiel ternura hácia mí me hastiaba y fatigaba. Este hastío, esta fatiga, se convirtieron poco á poco en un odio invencible.

Yo evitaba al gato: cierto sentimiento de vergüenza y el recuerdo de mi crueldad usada con el otro animal, me impedían maltratarle. Durante algunas semanas me abstuve de pegarle; después gradualmente, por modo casi insensible, terminé por mirarle con indecible horror, y por evitar su odiosa presencia como si fuera el soplo de una peste.

Lo que acrecentó mi odio al animal, fué que al dia siguiente á la noche en que lo llevé á mi casa, ví que, como Plutón, carecía de un ojo. Esto sin embargo, no dió otro resultado que hacerlo más simpático á mi mujer, que según ya dije, poseía en alto grado esa ternura que en otro tiempo había formado el rasgo principal de mi carácter y el frecuente orígen de mis más puros y sencillos placeres.

El cariño del gato hacia mí parecía crecer á medida que mi aversión hácia él se acrecentaba. El animal seguía mis pasos con una tenacidad que sería difícil hacerla comprender al lector. Cada vez que yo me sentaba, se acurrucaba debajo de mi silla ó bien saltaba en mis rodillas, prodigándome sus horribles caricias. Si me levantaba para andar se metía entre mis piernas haciéndome tropezar, ó bien hundía sus largas y afiladas uñas en mi vestido y se encaramaba de este modo hasta mi pecho. En estos momentos aunque yo deseaba matarle de un buen golpe, no me atrevía á ello por el recuerdo de mi primer crímen: pero más principalmente por que no podía vencer el *terror* que aquel gato me inspiraba.

Este terror era, á no dudarlo, el terror á un mal físico No sé calificarlo de otro modo. Me avergüenzo de confesar (aún en la cárcel donde vivo encerrado), me avergüenzo de confesar que ese terror, ese horror que aquel animal me infundía, estaba acrecentado por una de las más singulares quimeras que pueden concebirse.

VI

Mi mujer, en ciertas ocasiones había llamado mi atención sobre la mancha blanca que el gato llevaba en su cuerpo y que constituía la única diferencia visible que había entre él y aquél que yo había matado. El lector sin duda recordará que esta mancha, aunque grande, se hallaba primitivamente indefinida en su forma; pero después lentamente y como por grados—por grados

imperceptibles y que mi razón se esforzó por mucho tiempo en considerar imaginarios—aquella mancha había adquirido una rigurosa limpieza de contornos.

Representaba un objeto cuyo solo nombre me estremece, (esto fué lo que más me hizo odiar á aquél monstruo, y del cual yo me hubiese librado á *atreverme á ello)* aquél objeto representaba la imágen de una cosa terrible, de una cosa espantosa: *¡La horca!* ¡Oh! ¡qué lúgubre y repugnante máquina......¡La máquina del Horror, y del Crímen, de la Agonía y de la Muerte!

A decir verdad, yo era el hombre más miserable que podía haber más allá del círculo de la miseria humana. Un *bruto*, una *bestia*, cuyo hermano ó semejante había destruido, un *bruto* me inspiraba á mí—hombre formado según la imágen del Todo-Poderoso—un terror tan grande, que labraba mi infortunio. ¡Ay! ¡ya no conocí más, de día ni de noche, la tranquilidad y dulzuras del reposo! De día, el gato no me dejaba ni un instante; de noche, cuando me emanicipaba á mis inquietos y angustiosos sueños, sentía el aliento de aquella horrible *cosa* en mi rostro y su inmenso peso—encarnación de una horrible pesadilla que yo me sentía impotente á sacudir—gravitaba sobre mi corazón eternamente!

Bajo la presión de tormento semejante, lo poco bueno que en mí quedaba, fué perdiéndose lentamente. Yo acariciaba los más sombríos y terribles pensamientos. Mi tristeza habitual se convirtió en odio á todas las cosas y hasta á la humanidad entera. A pesar de esto mi mujer no se quejaba. ¡Ay! la desgraciada era mi paño de lágrimas, la paciente víctima de las frecuentes repentínas é indomables explosiones de una furia, á la cual yo me abandoné de un modo ciego.

VII

Un día, para no sé que tarea doméstica, mi infeliz esposa me acompañó á la bodega de una vieja casa donde nos había relegado la miseria. El gato me seguía, bajando lentamente la lisa y húmeda escalera. De pronto dió un brinco y saltó por encima de mi cabeza. Esto me sacó de tino. Cogí una hacha y olvidando en mi coraje el miedo pueril que hasta entonces me había contenido, dirigí al gato un golpe que hubiese sido mortal, si la mano de mi mujer no me hubiese detenido. La intervención de mi esposa acrecentó mi furia: perdida la cabeza, sacudí mi brazo, que mi mujer detenía con el suyo y hundí el hacha en su cráneo. La pobre cayó muerta á mis piés sin exhalar un gemido.

Realizado tan espantoso crímen, me dispuse deliberada é inmediatamente á ocultar el cuerpo. Ví que no lo podía hacer desaparecer de mi casa, ya fuese de día ya de noche, sin correr el riesgo de que me descubrieran los vecinos. En mi espíritu cruzaron mil proyectos. Se me ocurrió por un momento la idea de cortar el cadáver en pequeños trozos y destruirlos por medio del fuego.

Después quise enterrarle en una fosa que se podía abrir en el pavimento de la cueva.

Luego pensé embalarla en una caja como si fuese una mercancía y hacerla sacar por un mozo de cordel fuera de aquella casa.

Por fín opté por un medio que yo consideré el mejor de todos: resolví emparedarla en la bodega, al modo como los frailes de la edad media emparedaban—según se dice—á sus víctimas.

La cueva para ello estaba muy bien dispuesta. Sus paredes se hallaban construidas muy flojamente y habían sido rebozadas no hacía mucho con cal, que no había permitido endurecer la humedad de la atmósfera. En una de aquellas paredes había un sitio algo saliente que en otro tiempo debía haber sido una chimenea, pero que se había rellenado y blanqueado como el resto de la bodega. Ví que no sería difícil quitar de allí los ladrillos, introducir el cuerpo en aquel sitio y volverlo á cubrir de forma que nadie pudiera sospechar que allí se ocultaba un cadáver.

VII.

No me engañé en mi cálculo. Gracias á una escarpicia no me fué difícil quitar de allí los ladrillos, y metiendo con cuidado el cuerpo de mi mujer en aquel hueco, le sostuve en posición vertical hasta que mi obra de albañilería quedó por completo terminada. Luego preparé con cal y arena, un mortero que fuese igual al de las otras paredes y rebocé con él los ladrillos. Cuando hube concluido, ví con satisfacción que todo quedaba perfectamente. La pared no había dejado ni una huella de haber sido reconstruida. Barrí el pavimento, y en seguida, mirando triunfalmente alrededor mío, dije para mi sayo: "¡Aquí no habré perdido cuando menos mi trabajo!"

Lo primero que hice fué buscar al gato, que

había sido el principal autor de aquel crimen, pues me hallaba resuelto á matarlo; pero el muy pícaro, alarmado tal vez por mi coraje, había tenido la precaución de fugarse. Así por lo menos yo lo creía. No es posible describir la honda, la agradable sensación que yo experimenté al ver que no se hallaba ya en mi presencia aquel animal detestable. No le ví tampoco durante toda la noche, y aquella, desde que entró en mi casa, fué la primera en que dormí algo tranquilo, si bien con el peso del reciente crímen en el alma.

Corrieron tres días más, y esto sin embargo, el gato, mi horrible verdugo, no se ofreció á mis ojos. Volví á respirar como el hombre que se siente libre. ¡El monstruo, en su terror, había dejado mi casa para siempre! ¡Ya no le vería más! ¡Mi felicidad era suprema!. . . . . La criminalidad de mi última acción no me inquietaba mucho. La policía había hecho investigaciones; pero no había descubierto lo más mínimo. Consideré mi dicha asegurada.

Dichas investigaciones, como siempre, tuvieron su origen en la chismografía de la vecindad. Alguien creyó verme salir preocupado, luego extrañó no oir la voz de mi mujer y atando cabos nació la sospecha de un crímen.

Cuando llegó la policía me encontró sereno y prevenido. Hablé con mucha seguridad de un viaje inesperado cuya dirección yo mismo ignoraba, y relaté en fin toda una historia que, aunque incoherente, coja y falta de verosimilitud, fué creída seguramente por la cínica naturalidad con que la presenté, y por lo bien que supe representar mi vil comedia.

Luego pensé lo conveniente que me sería huir á un país extranjero ó por lo menos á otra población, puesto que, si no, tarde ó temprano se descubriría mi delito.

Pero le tenía yo mucho amor á la taberna cercana; en mi casa misma no me faltaban algunos toneles de *gin*, y eso me detenía haciéndome ver como ilusorio todo peligro.

Por eso me quedé cada momento más tranquilo y feliz de no ver ni al gato mi eterno verdugo, ni á mi pobre mujer que me martirizaba impíamente con su eterna, dulce y bondadosa resignación.

VIII.

Al cuarto dia después del asesinato, algunos polizontes invadían repentinamente mi casa é hicieron nuevas pesquisas. Fiando sin embargo en la impenetrabilidad del sitio donde se ocultaba el cadáver, yo me mantuve sereno. Los agentes me invitaron á que los acompañara á su registro. Nada dejaron por explorar. Por fin bajaron por tercera ó cuarta vez á la cueva. No se estremeció ni uno de mis músculos. Mi corazón latía lentamente como el del hombre que duerme el sueño de la inocencia. Yo estaba en la bodega con los brazos cruzados y me paseaba lleno de confianza.

El júbilo que sentía era demasiado fuerte para que pudiese contenerlo. Ardía por soltar cuando menos una frase á guisa de triunfo y con el deseo de hacer más palpable mi inocencia.

—Caballeros, dije á los polizontes cuando subían ya á la escalera: celebro el que no tengais ya sospechas. A todos os deseo salud y alguna mayor cortesía. Sea dicho al despedirnos, caballeros; mas es lo cierto que esta casa se halla perfectamente construida.

Y en mi deseo de decir algo que apareciese bien dicho, pero sin saber realmente lo que me decía, proseguí:

—Sí; es una casa *admirablemente* construída. Ved esas paredes: ¡cómo!. . . . ¿ya os marchais, señores? ¡Ved esas paredes cuán sólidas están!

Y aquí, por vía de frenético desafío, herí con mi bastón la parte de la chimenea, tras la cual estaba emparedado el cadáver de mi esposa.

¡Cielo santo! ¡Que Dios me proteja y me libre de las garras del diablo! No bien el eco de mis golpes resonó en el silencio de la bodega, cuando una voz respondió desde el fondo de aquella tumba! Era una voz primeramente velada, entrecortada, parecida al sollozo de un niño, pero luego se convirtió en un grito prolongado, sonoro, contínuo, anormal, y, por decirlo así, anti humano. Era un rugido, un quejido que podía indicar el horror como el triunfo: algo que solo podía brotar del infierno; una terrible harmonía saliendo á un mismo tiempo de la garganta de los condenados á las satánicas torturas y de las risotadas de los diablos!

Sería una locura el describir lo que yo pensé y sentí en aquel instante. Vacilé sobre mis pies y me apoyé en la pared. Durante un momento los agentes permanecieron inmóviles, estupefactos; llenos de miedo y de terror. Pasado un instante, dos robustos brazos se precipitaban en la pared de la chimenea. Esta cayó de un golpe. El cadáver de mi esposa, ya descompuesto y manchado de sangre coagulada, se mantenía en pie en frente de nosotros. Encima de su cabeza, con su boca dilatada y su único ojo echando llamas, se veía la terrible bestia que me había inducido al asesinato, y cuya voz reveladora acababa de entregarme al verdugo. Yo había emparedado también al horrible monstruo en la tumba!

Detalle horroroso.—Acaban de notificarme mi sentencia de muerte, y debo morir ahorcado. En toda mi causa no hablé una sola vez del gato origen de todas mis desdichas, y sin embargo, en la carátula del expediente algún escribano ocioso había dibujado á pluma un gato negro al cual ¡le faltaba un ojo!

———

LIBRO DE MIREYA

PORTADA

¿Donde están mis estrofas, las infieles,
que en vez de amarga hiel y acres resabios,
pusieran en el alma y en los labios
la divina dulzura de sus mieles?
Hoy, en forma de lúgubres rondeles,
los versos, más pulidos y más sabios,
son la expresión de mi odio y mis agravios,
y hablan de cosas tristes y crueles.
Y en vano busco.... Se apagó la luna
de mis noches, ya no hay melancolía
en mi espíritu; y vuelco ante tu bruna
Mirada, el verso—el ánfora vacía—
con el afán de que resbale una
postrer gota de amor y poesía........!

Luis G. Urbina.

THANATOPSIS

(TRADUCCION DE BRYANT)

Para el mortal que reverente admira
La creación, á su visible forma
El entusiasta corazón uniendo
Con vínculos de amor, vario lenguaje
Natura emplea. En horas de alegría
Ecos le brinda de ventura y gozo,
Y en las amargas horas
Que emponzoña la fúnebre tristeza,
Blandamente en el ánima insinúa
De su doliente amigo
Una voz melancólica, suave,
Que, la profunda agitación calmando,
En corriente apacible sus ideas
Plácida mueve.—Cuando el pensamiento
De los instantes últimos del hombre
En tu agobiado espíritu cayere,
Como la escarcha en débil florecilla;
Y el sombrío ataúd, y la agonía
Congojosa, y el hórrido sepulcro
En negra perspectiva te amanecen,
Y temblando de horror ya desfallezcas,
Sal pronto á la campiña, bajo el ancho
Pabellón de los cielos, y allí escucha
La misteriosa voz que se desprende
De la tierra y las aguas, del abismo
De los aires sin fin.
En breve plazo
(Dirá la voz oculta) el sol radiante
Que alumbra todo en su triunfal carrera,
Ya no te alumbrará: bajo el helado
Terruño en que tu forma se escondiere
Por pocos años, ó en la mar salobre
Que un momento la abrigue, al fin tu imagen
Se perderá también. La madre tierra
Que alimentó tu vida, sus derechos
Reclamará, los elementos mismos
Con que el ser material te dió en el mundo
Volverán á su seno; y ya perdida
Tu identidad, con el peñasco rudo,
O el terrón insensible que el labriego
Pisa y rompe tal vez con el arado,
Se irán á confundir. La añosa encina
Con su bronca raíz irá esparciendo
El vano polvo en que estribó tu hechura.
Mas no sin numerosa compañía
Al vasto lecho de eternal reposo
Descenderás, ni un tálamo más regio
Pudieras concebir. En el descanso
Lograrás en unión de los patriarcas
De la edad primitiva, de los reyes
Y grandes de la tierra, de los sabios
Los héroes que los hombres divinizan.
Y las beldades que su pecho encienden;
Los poderosos y los buenos, todos
En un sepulcro inmenso confundidos
Los montes de granítico esqueleto
Antiguos como el sol; los anchos valles
Que yacen pensativos á su falda;
Los bosques venerandos, lentos ríos
Que afluyen majestuosos; arroyuelos
Triscando leves por el verde prado
Que esmalten flores mil; y en torno suyo
Derramado, infinito allá en la bruma,
Del hondo mar el lúgubre desierto—
He aquí la gran decoración, el cuadro
Solemne; inspirador de nuestra tumba,
El astro cuya luz engendra el día,
Los luceros que brillan en la noche,
Clara hueste sin número del cielo,
Ardiendo están cual fúnebres antorchas
En los vastos dominios de la Muerte
Y en tanto vuelan sin rumor los siglos.
¿Qué son sino un puñado,
Qué son los que se agitan en la tierra,
Al lado de las tribus incontables
Que duermen en su seno? A la mañana
Pedid sus alas de oro, y vuestra mente
Vuele atrevida al arenal cruzando
De Barca, ó bien divague en las florestas
Que baña el Oregón, rumor ninguno
Escuchando, á no ser el de sus ondas,
Y allí, en aquellos páramos, los muertos
También encontraréis; miles, millones,
En esas hoy profundas soledades,
De edad remota entre la opaca niebla,
Cansados de vivir la sien doblaron
Al sueño entenebrido y sin memoria
Que duermen todavía. Los difuntos
Allí ocultan su reino solitario,
Y allí reposan. A tu vez inmóvil
Con ellos dormirás, de los vivientes
Silencioso alejándote (¿quién sabe
Si aún falto de un amigo que te llore?)
Y todo cuanto alienta, cuanto vive
Al fin se te unirá. Los venturosos
Continuarán su risa cuando mueras,
Los míseros su llanto, cada uno
Corriendo seguirá tras el fantasma
Favorito; á su torno empero todos,
La ilusión ó el capricho abandonando,
Contigo irán para ocupar su lecho.
En larga procesión los canos siglos
Pasarán, y los hijos de los hombres—
El jóven de la vida en la mañana,
El que toca el zenit de la existencia,
Doncellas y matronas, tierno infante,
O ya caduco y tembloroso anciano,
Sin faltar uno solo,
Tendidos á tu lado, iránse viendo
Por otros y otros más que al fin sucumban.
"Vive, pues, de tal modo que al llamarte
Dios á seguir la caravana inmensa
Que va incesante al reino de las sombras,
Donde cada viajero encuentra lista
Su alcoba en los palacios de la muerte,
No llegues; ay! cual llega á su mazmorra
De noche, por el cómitre azotado,
Criminal infeliz......Y en calma, erguido,
De la esperanza con el dulce apoyo,
Desciendas á la tumba cual se mira
Rendido labrador que llega ufano
A su lecho, tranquilo en él se arropa,
Y duérmese al instante
Olvidado entre plácidos ensueños.

Ignacio Mariscal.

¡STELLA MIA!

Estrella de mi amor, blanca y divina
Desde ese cielo ideal que te recata
Mándame un rayo de tu luz de plata,
Mírame, y mis nostalgias ilumina.
Estoy triste; mi espíritu declina;
Mano extraña las flores arrebata
Del corazón, que aunque en silencio lata,
Siente el hierro que oculto lo asesina.
No me niegues tu luz que es mi tesoro
¡Estrella de mi amor, estrella mia!
Brillas desde muy alto, y yo te adoro!
No tardes más, asoma, y de alegría
Se bañe el alma: tu piedad imploro.
¡No retardes más tiempo mi agonía!

Vicente Acosta.

LEJOS

Apoyado en el mármol de un sepulcro,
La sien febril sobre las manos yertas,
Abandonado y triste
Me halló la noche tétrica.
Vagado había, solo,
Por entre las hileras
De los fúnebres lechos en que duermen
Los que jamás despiertan.
Allí había visto,
Arrodillada ante una cruz de piedra
Una mujer. Y ví caer sus lágrimas
Cuando, apartando algunas flores secas,
Dejó sobre la tumba
Otras, recien abiertas.
Y pensé:—"Es una madre; el hijo ausente
Quizá al morir no tenga
Quien lleve á su ignorada sepultura
¡Ay! una flor siquiera!"
Entonces mis pupilas se llenaron
De lágrimas acerbas.........
Y apoyado en el mármol de un sepulcro,
La sien febril sobre las manos yertas,
Abandonado y triste
Me halló la noche tétrica.

Isaías Gamboa.

PAGINAS DE LA MODA

BLUSA PARA LA CALLE — TRAJE DE BICOLOR — TRAJE DE LANA

LA MODA EN NUEVA YORK

La falda, por tanto tiempo relegada á un puesto secundario, se presenta de nuevo como resuelta á monopolizar la atención. La graciosa falda ceñida, con brillantes diseños, ha estado ya en boga en los trajes de dia, y no queda duda de que los ricos delantales que tan de moda estuvieron en el invierno, reaparecerán en los trajes de la tarde De que está á punto de co- [illegible] inado del fleco es una de las declaracio- [illegible] venidas del centro de todo lo *fashionable* [illegible] empo de protestar contra ella Asi, pues, [illegible] idos para el verano podrán llevar flecos ó vuelos desde la cintura hasta la cabeza, ó desde el ribete hasta cualquier punto intermedio que le convenga á la moda ó al capricho de la persona, con la mayor confianza en el resultado Habrá, de consiguiente [illegible] dos, vuelos de cinta, vuelos guarneci- [illegible] duadas de cintas de terciopelo con encaje ó pa [illegible] vuelos ribeteados con hileras de diston [illegible] ñitos *ruches de chiffon* y flecos [illegible] encillos, según sea el material; pero el [illegible] a forma es inevitable.

[illegible] ueva declaración: que la blusa ya está [illegible], y todos los trajes han de ser ceñidos, con la sola excepción de una lijera amplitud en el frente. Aunque se haya dispuesto en Paris, Nueva York no le da entero cumplimiento, y está por ver si los trajes de verano llevaran blusa ó no. No obstante, los últimos corpiños dejan ver la forma atrás y debajo de los brazos Las mangas de los vestidos para de día se inclican á llevar ricos adornos, muy comunmente los mismos del vestido ya sean bordado, appliqué galón de acero ó de oro, ó pasamanería con azabache. Flecos dobles ó triples desde la charretera, á no ser que se prefiera un pequeño buche, y para los materiales lijeros no hay duda que estas charreteras formarán un adorno conspicuo en el corpiño. Han vuelto á aparecer las fajas, siendo éstas de cinta, chiffon, muselina de seda con extremidades dobladilladas, y crespón de China. Las nuevas chaquetas de primavera en tonos claros tienen todavía el cuello alto y hermosos diseños trenzados. El forro de seda ó raso es crema ó de algún color que forme contraste. Las mangas no presentan diferencia en el corte, si bien están lijeramente infladas en el hombro como antes. Pocas de las chaquetas nuevas son ceñidas, teniendo generalmente el frente medio flojo, ó hecho enteramente en forma de saco.

Para el verano se usa el olán batista adornado con vuelos bordados é inserciones de raso. El heliotropo en todos los tonos imaginables se nota entre los colores nuevos Uno de los recientes diseños para abrigos de primavera es de la forma de medio pañuelo de terciopelo de color, y cubierto con encaje de Venecia. Está guarnicionado con un vuelo y *ruche de chiffon* y tiene el cuello alto de moda

Los materiales que se usan para corpiños son *cheviots*, piqués de color, géneros de algodón y de lino, percales, cambray, madrás, etc. Las mangas son más pequeñas que las del año pasado, y tienen puños pegados, la mayor parte de ellas Los frentes de las camisas están algo inflados [illegible] recogidos se extienden al hombro en lugar [illegible] ar todos directamente en el frente.

Los sombreros con ala de sauz estarán muy de moda. Las violetas blancas se usan mucho para adornarlos, y todo promete que el color blanco será muy preferido. Tocas bajas, anchas y redondas de paja, de raso, con una pluma de mediana longitud, formando curva alta á un lado, y una profusión de violetas ó de plumas son de última moda en Pa[illegible]

Plumas de avestruz color de rosa, verdes ó azules, rociadas de plata, son un bello adorno de cabeza en la noche.

Para el cuello, los nudos de marinero hechos de seda, con los extremos anchos, generalmente adornados con vuelos pequeños

CALZONCILLOS SWEATER

Estos calzoncillos son verdaderamente cómodos para el *sport*, de cada lado de las bolsas está abotonado con cuatro botones.

La parte inferior de la pierna es angosta. La camiseta es también sweater. El cuello es de color y va abotonada en el hombro izquierdo, los puños son del color del cuello y angostos.

SOMBRERO, CORBATA, CUELLOS, BOTAS Y POLAINAS PARA SPORT.

La corbata que se usa para el *sport* es de seda y larga

El sombrero es de fieltro, la copa alta y al rededor lleva un listón y sobre el lado izquierdo tiene un aigrette de plumas y un moño de listón. La ala es ancha y un poco levantada.

El cuello es volteado puede hacerse ancho ó angosto. y también un poco abierto ó enteramente cerrado.

La parte alta de esta bota es género y la parte inferior puede hacerse de cabra ó de charol.

La polaina es de género de lino y va abrochada con nueve hevillas.

SOMBREROS DE PRIMAVERA

Se va el fieltro que tantas formas y novedades trajo en este invierno y empiezan á verse los sombreros y toquetas de primavera, de las formas más graciosas y ligeras. Ofrecemos á nuestras lectoras tres modelos de la más encandora novedad.

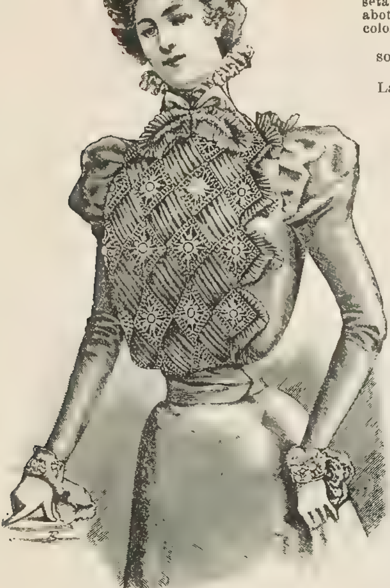
Núm. 1. Una delicada toca de terciopelo negro sin más adorno que una gran aplicación de rosas, levantadas hacia la derecha y tendidas sobre todo al cuerpo posterior de la toca Un gran penacho formado en tres lazos del mismo terciopelo y detenido en su base por un broche de *strass*, completa el adorno.

Núm. 2. Pequeño sombrero de paja negra de la más hermosa factura. Copa cilíndrica de ligera altura y falda anterior levantada De ella parten hacia adentro y hacia fuera cuatro plumas —á elección,—encerrándose graciosamente, y sobre los rizos de la frente, un gran aplicado de muselina de seda blanca, chifoneada presta un novedoso atractivo al sombrero.

Núm. 3 Un sombrero de paja blanca, redondo, de alta copa cilíndrica cubierta por una tira de muselina de seda sobre la cual hay grandes aplicaciones de espigas, hojas y rosas que hacia atrás se levantan en florido penacho, del más hermoso efecto.

TRAJE DE RECEPCION PARA PRIMAVERA

Es de tafetán figurado, paja y blanco, con falda lisa y sobre falda ribeteada de muselina de seda amarilla. El cuerpo es una blusa angosta, ajustada, que se ciñe con anchocinturón bordado. Peto de drapería de seda. Mangas terminadas por aplicaciones de muselina de seda amarilla. La toqueta es de la misma seda que el traje, con adornos también de muselina de seda y gran pluma de pavo.



BLUSA DE TAFETAN

BLUSA PARA SEÑORA

NUESTROS GRABADOS

BLUSA DE TAFETÁN

Es lisa y sencilla salvo en el frente, que forma un hermoso tablero alternado de tafetán acordeón y rombos bordados y ribeteado de volantes del propio tafetán, que forman varios adornos diversos en forma y del mejor gusto. Mariposillas en el hombro y dos hojas bordadas sobre el carrujado haciendo las alas inferiores de la corbata, cuyas alas superiores son de tafetán liso

Cinturón de tafetán liso también, de la más sencilla forma.

TRAJE PARA LA CALLE.

Este traje es de seda, el corpiño abrochado á un lado, y lleva tres botones grandes.

El cuello es ancho de encaje y cae como cuello marino.

La manga es angosta y en la parte inferior, tiene dos vueltas de listón y una de encaje.

En el talle abrocha con dos botones grandes.

La falda es sencilla, y en cada lado del delantero lleva dos tiras de encaje, como lo indica el grabado.

TOILETTE PARA BAILE

Esta toilette es de velo con motas, el corpiño está plegado en el talle y en la parte superior está también plegado y termina en el centro en punta.

El cuello es alto y en la parte de atrás lleva un moño del mismo género

La manga es enteramente corta.

La falda bordada en la parte inferior y la falda interior es de seda blanca como lo indica el grabado.

BLUSA PARA SEÑORA.

Esta blusa es sencilla, y es hecha de género de lana delgada.

En la parte de atrás lleva una Berta que cae en punta, y la blusa va suelta con alforzas. El delantero está plegado al cuello y enteramente suelto y es verdaderamente cómoda para las señoras en estado interesante.

MACETA DE MADERA.

Esta maceta es de madera, tiene la forma de una sopera. tiene una asa de cada lado y al rededor está pintada, de un ramo de rosas y puede hacérsele diferentes dibujos.

TRAJE PARA LA CALLE

TOILETTE PARA BAILE

BLUSA PARA LA CALLE.

Esta blusa es verdaderamente elegante y sencilla, por detrás es entallada y el delantero forma una pechera. De cada lado tiene dos vueltas de olanes fruncidos con tres vueltas plegadas.

El cuello es alto y tiene un olán de encaje figurando el cuello médicis.

La manga es angosta y plegada. En la parte superior tiene un globo, que forma moño y tiene cuatro vueltas de fruncidos, cayendo en punta. El olán es del mismo género como lo representa el grabado.

TRAJE DE BICOLOR.

El traje de que vamos á hablar es de bicolor, el corpiño en la parte de atrás es color gris y figura paletot. En la parte delantera forma un chaleco bordado de género escocés y abotonado con cinco patitas y un botón de cado lado.

El cuello es alto y plegado. En la parte de atrás lleva una roseta de listón.

El cinturón es del mismo género y tiene un moño de este mismo género, como lo representa el grabado.

TRAJE DE LANA.

El traje á que vamos á referirnos es de un paño delgado, y está hecho estilo sastre. En la parte delantera tiene tres vueltas de cinta negra del ancho de un centímetro.

La manga es ancha en la parte superior, angosta en la inferior y lleva un puño que voltea para encima.

El cuello es alto, y también está adornado con una vuelta de cinta

La falda es enteramente sencilla como lo indica el grabado.

EMBUTIDO DE HILO

Este embutido es hecho de hilo crudo, y sirve para sobre cama poniendo una tira de seda roja ú otro color, y se ve muy elegante en una cama.

CUBIERTA PARA MESA.

Esta cubierta es de etámina y está bordada con lilas seda. puede servir para cojín de sala ó para sofá.

MACETA DE MADERA

CUBIERTA DE GANCHO

Esta cubierta es de gancho. En el centro figura del mismo tejido una cruz, y al rededor tiene un encaje hecho de gancho

Los lados van cuadrados y á la orilla de éste, está bordado y adornado de una espiguilla de minlasdí, como lo representa el grabado.

CUBIERTA PARA MESA.

Esta cubierta es de género de seda y está bordada de hilos de seda

A la orilla está bordada con puntada de ojal.

CUBIERTA PARA COJINES

Este sobrecojín es de seda y está bordado con pensamientos de hilos de seda. Estos pensamientos están tan realzados, que parecen naturales.

SACHET PARA CAFETERA.

Este sachet es de gancho, de hilo muy grueso, de cada lado se le deja una abertura, para que sobresalga el puño y el tubo de la cafetera, en la parte superior está recojido por una jareta de listón que termina en un moño.

CALZONCILLOS SWEATER

SOMBRERO, CORBATA, CUELLOS, BOTAS Y POLAINAS PARA SPORT

1 2 3

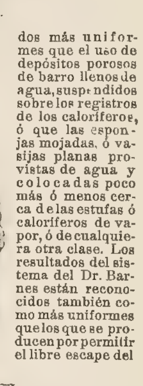
SOMBREROS DE PRIMAVERA.

CONVERSACIONES DEL DOCTOR

EL AIRE SECO EN LAS HABITACIONES.

Desde que el Doctor Henry Barnes publicó, hace unos cuantos meses, su método para proporcionar humedad á la atmósfera de las casas particulares y de otros edificios, se ha empezado á discutir con tan vivo interés la cuestión de respirar aire bueno y puro en lugar del aire viciado y descompuesto, que esta discusión pone de manifiesto que la importancia de aquel método empieza á germinar en el ánimo del público, para su beneficio. Recordaráse que el invento del Dr. Barnes consiste en un tinaco de fierro que contiene como unos doce litros de agua, sobre el cual tinaco se extienden suspendidas varias hojas de género de fieltro con el extremo sumergido en el liquido. La corriente de aire que pasa por entre estas hojas conduce y esparce la humedad por todo el aposento. Asegúrase que este procedimiento ofrece resultados más uniformes que el uso de depósitos porosos de barro llenos de agua, suspendidos sobre los registros de los caloríferos, ó que las esponjas mojadas, ó vasijas planas provistas de agua y colocadas poco más ó menos cerca de las estufas ó caloríferos de vapor, ó de cualquiera otra clase. Los resultados del sistema del Dr. Barnes están reconocidos también como más uniformes que los que se producen por permitir el libre escape del

SACHET PARA CAFETERA.

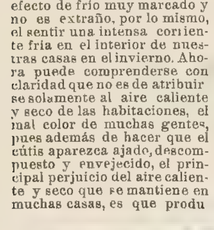


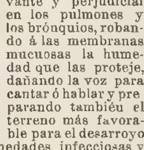
TRAJE DE RECEPCION PARA PRIMAVERA

CUBIERTA PARA COJINES

vapor del calentador ó del caldero común de cocina, en cuyos últimos casos se imparte á la atmósfera una cantidad excesiva de humedad.

No es un hecho generalmente conocido que, al paso que la humedad media del aire afuera es, en invierno, de un 60 á 80 por ciento, y, digamos, de un 44 á un 54 por ciento en los climas secos tales como Arizona y Nuevo México, nosotros vivimos y respiramos, en el interior de nuestras casas en invierno, en una temperatura que con sobrada frecuencia no contiene más humedad que la que se puede encontrar en uno de los hornos para secar madera artificialmente. Se ha calculado, con exactitud casi precisa, que mientras el aire en su constitución normal al exterior, durante el invierno, tiene una humedad media relativa de un 71 por ciento, el aire calentado artificialmente en nuestros hogares tiene solamente, por término medio un 31 por ciento de humedad. El efecto de esto, es, en primer lugar, que los moradores de tales casas se sienten naturalmente con más frío del que en realidad deberían experimentar. Un viajero en Oriente nos asegura que en un día caluroso, cuando el termómetro acusaba casi 100 grados, ha experimentado, por sí mismo, que el aire era tan excesivamente frío en el desierto de Arabia que hacía temblar á todo el mundo, debido este fenómeno á la carencia de humedad en él. El más ligero movimiento del aire, para dar ventilación, en semejantes condiciones de humedad relativa, tiene que hacer sentir un efecto de frío muy marcado y no es extraño, por lo mismo, el sentir una intensa corriente fría en el interior de nuestras casas en el invierno. Ahora puede comprenderse con claridad que no es de atribuir se solamente al aire caliente y seco de las habitaciones, el mal color de muchas gentes, pues además de hacer que el cútis aparezca ajado, descompuesto y envejecido, el principal perjuicio del aire caliente y seco que se mantiene en muchas casas, es que produce una acción enervante y perjudicial en los pulmones y los bronquios, robando á las membranas mucuosas la humedad que las proteje, dañando la voz para cantar ó hablar y preparando también el terreno más favorable para el desarroyo de las enfermedades infecciosas y de las afecciones catarrales.





Afírmase en un informe sobre ventilación de la casa de los Lores, Londres, que, «cuando se producía una evaporación de agua en el aire en una cantidad de unos setenta galones en cada sesión, se observaba que la tos disminuía muchísimo entre los miembros del Parlamento.»

Recientemente se han presentado los planos y modelos de una *planta*, ó maquinaria completa, productora de humedad, que se ha erigido en un gran edificio telefónico de Boston. Informa el ingeniero del edificio que como consecuencia inmediata de enviar á la atmósfera de la Bolsa un término medio de 675 galones de agua en diez horas, la tos, los resfriados y las demás afecciones pulmonares y de la garganta han disminuido considerablemente entre las señoritas empleadas en el salón de los cambios, y que, manteniendo una humedad media no menos que de un 53 por ciento en el aire del edificio, puede hacer ahora verdaderamente cómodos y agradables, sin subir la temperatura, los departamentos que sin la hidrografía artificial eran perfectamente desagradables por lo frío

Cree el Dr. Wynn que el sentido común del pueblo americano efectuará bien pronto una reforma completa y nacional en la nécia costumbre de calentar y secar fuera de medida el aire de las casas habitaciones en el invierno. El resultado de esto no puede dejar de ser el que crezca y se desarrolle una nueva generación, que se distinga por la frescura del cútis, por su fuerza y energía y que será menos suceptible al frío, á los resfriados y á tantas enfermedades de los órganos respiratorios que, una calefacción inmoderada y un aire poco higiénico, como resultado de ésta, han hecho que entren y se mantengan en boga.

CUBIERTA PARA MESA

LA MUJER Y LA GUERRA

El desarme por las mujeres es el objeto que persigue la Nueva Liga que M. Julio Bois ha presentado al público francés en una conferencia que ha dado recientemente.

Con este motivo, un periódico parisiense ha recogido algunas opiniones femeninas que no carecen de interés.

La princesa Wizniewska está llena de fé en los trabajos de la Nueva Liga. El desarme, dice, es una puerta abierta sobre el siglo próximo. A los que pronuncian la palabra utopia, contesta ella, que la utopia es ordinariamente la verdad vista de lejos.

Mad. Flamarión, cuyo esposo vive entre las estrellas, ha declarado que la guerra representa la barbarie, y la fuerza no ha formado jamás nada durable. Grecia, añade, es más grande en la historia que todos los bárbaros que han querido aniquilarla

Una iglesia recomienda entre los medios de propaganda, una recomendación eficáz á las madres de familia para quitar de la caja de los juguetes los kepis las escopetas, los sables y las trompetas.

Por lo visto, se quiere que las pequeñas causas produzcan grandes efectos.

CUBIERTA PARA MESA

CUBIERTA DE GANCHO

EL MUNDO.

TOMO I. MEXICO, ABRIL 24 DE 1896. NUMERO 17.

S. M. ALFONSO XIII.
Rey de España.

LA SEMANA.

SUMARIO.—La Guerra.—Persistencia del salvajismo.—La guerra es un mal eterno.—Enigma de la guerra moderna.—Ya no hay veteranos.—Una heroina.—Honores merecidos.—Pésame

Se respiran en la atmósfera fuego y vapores de sangre; la Guerra, la siniestra Gorgona coronada de víboras, de garra afilada, espumante de iras pálida y demacrada de rencores, sale de su letargo, despierta á los clamores populares que sueñan reivindicaciones y venganzas y se apresta á cebarse en los inocentes, en los irresponsables, en los animosos, en repugnante orgía de sangre y de matanza.

Se sienten á veces impulsos de renegar de la civilización y el espíritu inquieto se pregunta si tanta ciencia tanta labor, tanto bienestar difundido en los pueblos y tanta conquista llevada á cabo sobre la Naturaleza, llegará al fin y al cabo á la meta suprema: á la pacificación universal y al universal imperio de la Justicia. No lo parece por ahora; cualquiera que sea la ilustración de la humanidad aun predominan y predominarán por tiempo indefinido la pasión sobre la reflexión, el interés sobre la justicia, y la fuerza sobre el derecho.

Y no puede—bien que debiera—ser de otro modo; es la Naturaleza misma la responsable de ese mal crónico é irremediable. Ella ha impuesto al hombre necesidades imperiosas, ambiciones desmesuradas, exigencias irrefrenables; y lejos de ofrecerle satisfacciones proporcionadas á sus deseos y á sus necesidades, lo ha vinculado en una tierra avara de sus dones, lo ha rodeado de acechanzas y peligros, le ha distribuido parsimoniosamente el pan, la honra, la gloria y el prestigio, lo ha condenado al suplicio de Tántalo, de morir de sed junto al manantial, de ayunar frente á la mesa del banquete, de concebir la gloria y no alcanzarla, de soñar con la riqueza y no obtenerla, de aspirar á la inmortalidad y no realizarla.

Verdadera madrastra del hombre, la Naturaleza lo hace más sediento á medida que más bebe, más hambriento á medida que más come, más fátuo mientras menos meritorio y más pagado de sí mismo á medida que más impotente. Lo ha sometido á una regla cruel é inexorable: la de gozar más con adquirir que con poseer, y la de más desear mientras más consigue.

Así, siempre hambriento, sediento y anhelante, el hombre individual y colectivo rueda la eterna roca de Sísifo y pide más mientras más obtiene; un látigo despiadado fustiga sus ambiciones, una pica aguda le hiere los riñones impulsándolo, nuevo Judío Errante, á caminar siempre, á ir siempre más allá, y lo arroja ciego, impetuoso, irrefrenable, contra todos los obstáculos, para salvarlos ó estrellarse en ellos. De esa desproporción entre el deseo y los medios de realizarlo, entre la pasión imperiosa y su parsimoniosa satisfacción, nace entre los individuos el crimen y entre los pueblos la guerra.

Sediento de riqueza, el individuo roba; asediado por el rencor, mata; incitado por la envidia, difama y deshonra. Anhelantes de expansión, de gloria y de grandeza, los Bárbaros se desbordan sobre Roma, los Tártaros sobre China, los musulmanes sobre Europa, los españoles sobre America los Prusianos sobre Austria y los Alemanes sobre Francia. Y como esa desproporción entre el deseo y los medios de satisfacerlo es condición misma del progreso humano; como solo progresa quien aspira, en proporción del imperio de sus deseos; como es la codicia la engendradora de la riqueza, como es la ambición la generatriz de la gloria, como es la curiosidad insaciable la madre de la ciencia, el progreso humano en su conjunto. es fruto de pasiones desmesuradas, de ambiciones irrefrenables, de impulsos irresistibles, y la guerra, que es su consecuencia, como el vicio y el crimen, que son sus naturales manifestaciones, durarán lo que el progreso dure, y acompañarán al hombre en su peregrinación sobre la tierra como acompañan los buitres al ejército, y las hienas y los chacales á la caravana en marcha.

Cuando los Estados Unidos acaparen el comercio de América, emprenderán la conquista comercial de Europa; Alemania, satisfecha ó puesta á raya del lado de Francia, ha convertido sus ambiciones del lado de Africa, de Asia; después de Polonia, Rusia tiende la mano del lado de la India, y cuando Inglaterra haya conquistado la tierra, emprenderá la conquista de los planetas.

***

No queda mas que una probabilidad de paz entre los hombres: los progresos mismos del arte y del material de guerra. Estos son tales y tan rápidos, que en estos momentos nadie sabe cómo puede y debe hacerse la guerra. Las armas de larguísimo alcance y de tiro rápido; una artillería que lanza granizadas de proyectiles; explosivos nuevos y formidables; la pólvora sin humo, y en el mar el torpedero y el caza-torpedero, son inventos de ayer, no ensayados aún, capaces de modificar de todo á todo la táctica y la estrategia. Como nadie ha manejado aún esos temibles elementos de destrucción. como hasta la presente no se han encontrado frente á frente dos cañones de dinamita, ni han evolucionado una contra otra dos escuadras de torpederos, nadie sabe prácticamente cuál será la manera actual de combatir. no hay veteranos de la guerra moderna y Federico como Napoleón quedarían perplejos y vacilantes ante el nuevo armamento.

Especialmente en el mar esta incógnita es difícil de despejar. El torpedero y el caza-torpedero no han entrado jamás en línea en un combate naval y la escuadra que primero aprenda á gobernarlos y á servirse de ellos, producirá sobre sus enemigos, la misma impresión de terror, el mismo efecto de pánico que la artillería de Hernan Cortés sobre los inermes combatientes aztecas.

De la guerra que amaga entre españoles y norteamericanos nada se sabe ni se puede preveer que tenga asomos de plausibilidad ni de garantías de certidumbre; no se sabe ni cómo se va á combatir, ni se acierta á valorizar la potencia relativa de los adversarios, ni á deducir de qué lado se inclinará la victoria. Naval de preferencia tiene que ser la guerra y los españoles no han combatido escuadras desde Trafalgar ni los americanos han peleado en el agua desde el heroico episodio del «Monitor» y del «Merrimac.» Son, no guerreros, sino hijos y nietos de soldados, quienes van á encontrarse frente á frente; y puede ser singularmente trágica esa lucha de neófitos manejando máquinas formidables; esa pugna en la que Norteamerica hace entrar en linea toda su riqueza y todo su poderío económico y en la que España opone su tradicional heroismo y sus históricas proezas; no se tiene hasta ahora más noción que la de una tromba que arrasa, ó la de una lluvia de fuego que consume y calcina.

Y si esta guerra, en la que van á ensayarse los medios modernos de destrucción pudiera ser una enseñanza para los pueblos, si fuera bastante á exaltar el temor recíproco que se inspiran, y hacer en lo porvenir imposibles las luchas armadas y á encarrilar á la humanidad en la evolución pacífica y en el progreso dentro del derecho y la justicia, la querríamos cruel, despiadada y aniquiladora que, siendo la última, sería por eso solo misericordiosa y humana.

***

Felices nosotros que hemos podído, como Cincinato, depositar la espada y empuñar el arado, y que en vez de continuar la fabricación de héroes podemos consagrarnos á glorificarlos! Acaba de fallecer en Jalapa una heroina, la Sra. Fermina Zavaleta de Bravo. Dicha señora, como la corregidora Dominguez, sufrió persecusiones por su patria, conspiró por salvarla, fué juzgada y condenada á muerte por una Corte Marcial, conoció el frio y la oscuridad de la bartolina, el hambre y la desnudez de las prisiones, las humillaciones del vencido, y sólo debió la vida á un rasgo de generosidad de la infortunada ex-emperatriz Carlota.

La mujer patriota, la mujer abnegada y sublime que domina las timideces propias de su sexo y las preocupaciones inherantes á su educación y pone su inteligencia, su corazón y su energía al servicio de la patria, merece altares como las diosas, insiensos como las santas, himnos de gloria como las reinas, cánticos de alabanza como las divinidades, y la Historia grabará en sus anales, páginas imborrables que las inmortalicen. En los anales de la nuestra, como en un panteón augusto, el nombre de Fermina Zavaleta de Bravo quedará grabado en marmol y fundido en bronce. Entretanto la Historia le hace justicia y la consagra inmortal, el pueblo y las autoridades veracruzanas han acompañado con gran pompa su cadáver á su última morada, y lo han cubierto con los laureles del triunfo y las siemprevivas de la gratitud.

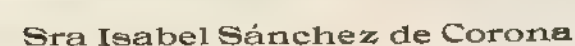
***

La muerte se ha ensañado en estos días sobre las familias de Aristeo y de Manuel Mercado, privando al primero del amor y asistencia de la virtuosa y leal compañera de su vida y arrebatando al otro el hijo predilecto de su corazón.

Ante tamaños desastres, que arrasan la existencia como tempestades y aniquilan, como trombas, la felicidad, no cabe dar un consuelo imposible á las víctimas y solo si desear encuentren en sus antecedentes y hábitos de luchadores las energías bastantes á resistir, sin sucumbir, tan rudas pruebas.

López I.

MARINA DE GUERRA NORTE AMERICANA.



Sra Isabel Sánchez de Corona [MATRIMONIO NOTABLE] Sr. Lic. Ramón Corona

Política General.

RESUMEN.—ESPAÑA Y LOS ESTADOS UNIDOS.—HISTORIA DEL CONFLICTO.—ESPERANZAS FALLIDAS.—LAS PRENDAS DE PAZ Y LAS PROMESAS DESVANECIDAS.— LA INTERVENCIÓN ARMADA Y LA ACTITUD DEL GOBIERNO ESPAÑOL.—LA GUERRA INEVITABLE.—NUESTROS DESEOS.

— —

Por fín, el temido conflicto entre el reino de España y la república Norte americana, está á punto de estallar en bélica explosión.

De nada sirvieron la platónica intervención y amistosos oficios de las potencias europeas que pretendieron interponer el frágil escudo de sus notas diplomáticas entre los Estados Unidos, que llegan según la expresión de Mc Kinley á libertar á Cuba en nombre de la humanidad, y España, que defiende la Isla con todo tesón.

De nada sirvieron las súplicas y las lágrimas, los ruegos y las exhortaciones de León XIII, que interponía su figura blanca de apóstol entre dos pueblos cristianos queriendo evitar un choque, y levantando en alto el estandarte de la cruz. buscar una solución pacífica á una situación desesperada.

Vanas fueron también las concesiones del gobierno de Madrid, que comenzando en las libertades ideadas por Arbazuza, poco antes de que estallara la insurrección cubana, siguen con las liberalidades semi autonómicas de Cánovas, se perfeccionan con la nueva constitución antillana ex pedida por Sagasta, estableciendo un gobierno propio en Cuba y Puerto Rico, hasta concluir con la promesa, que podía haber sido una realidad, de dar á la colonia un verdadero *home rule* semejante al del Canadá, dejando casi nominal la soberanía de la Metrópoli sobre la isla rebelde.

***

Vanas fueron también las promesas de paz y las prendas de confianza, dadas una y otra vez por el gabinete de Washington. En más de una ocasión el Presidente actual de los Estados Unidos, siguiendo la doctrina de sus predecesores, había declarado su actitud pacífica, y considerado improcedente, no sólo el reconocimiento del gobierno insurrecto y de la independencia de la isla, sino hasta el acto más sencillo y menos trascendental de conceder los derechos de beligerantes á los rebeldes de la manigua.

Pero también en ocasión solemne, urgido por la pública opinión manifestada en la prensa y en las cámaras colegisladoras, había dicho que se reservaba para ocasión más propicia la facultad de intervenir en los asuntos cubanos. Y cuando vió que los rebeldes, que han luchado desesperadamente por más de tres años en busca de una patria soñada y de una independencia presentida, han cerrado los oídos á todas las promesas, han resistido á todas las amenazas, han dejado y por su parte contribuido á hacer de la rica y próspera colonia un erial triste y desolado, un montón pavoroso de ruinas humeantes y yermas soledades; cuando ha podido ver que tres años de lucha sin tregua, de combates continuados y de innúmeros sacrificios por parte de España, han sido estériles, y todas esas palpitantes energías se han estrellado contra la tenacidad de los insurrectos, en donde se ve mezclado con el viejo heroismo castellano algo de los informes fetiquismos de las razas africanas, que desafían impávidos la fatalidad y se yerguen serenas entre las sombras de la muerte, esperando los decretos superiores del destino: cuando todo eso ha visto, y cuando la marejada de la opinión en el pueblo americano subía en olas espumeantes y tempestuosas hasta la representación nacional, el Presidente de la Unión Americana, fundado en el poder, apoyado en la fuerza, creyendo obrar en nombre del derecho y juzgando proceder por los fueros de la humanidad, se ha resuelto á intervenir para dar solución á su talante y voluntad al doloroso conflicto cubano.

La desgraciada catástrofe del *Maine* acaecida en la Habana, la fatídica noche del 15 de Febrero, no fué más que la chispa, el botafuego lanzado sobre inmensa cantidad de combustible almacenado hacía tiempo por el pueblo y el gobierno americanos.

El mensaje del Presidente á las cámaras americanas fué el prólogo de una gran agitación que

MARINA DE GUERRA ESPAÑOLA

Perspectiva del Proyecto de Pio Piacontini y Filipo Nataletti, Italianos.. Segundo premio

en onda bélica recorrió con velocidad eléctrica la extensión toda de la Unión Americana, y va á tener por epílogo sangriento una de las guerras más formidables que hayan presenciado los tiempos modernos.

***

España, que vió con dolor la rebelión de sus hijos, y tras porfiada lucha y después de heróicos sacrificios, pensó zanjar las dificultades concediendo la autonomía; España, que un tiempo personificada en Cánovas del Castillo, quiso ahogar todo germen separatista solo por la violencia, aplazando siempre con admirable tenacidad las promesas de libertades y los halagos de nuevas concesiones; España, que se cubrió de duelo viendo derribado al egregio estadista por la mano criminal de un fanático perverso, y que tuvo que abandonar sus viejos propósitos, para ofrecer con el gobierno liberal lo que nunca los conservadores habían imaginado: mírase ahora constreñida á defenderse de una agresión contra su secular dominio, y su gobierno obligado á aceptar una lucha que había esquivado siempre con honor, pero que nunca provocó con temeridad.

***

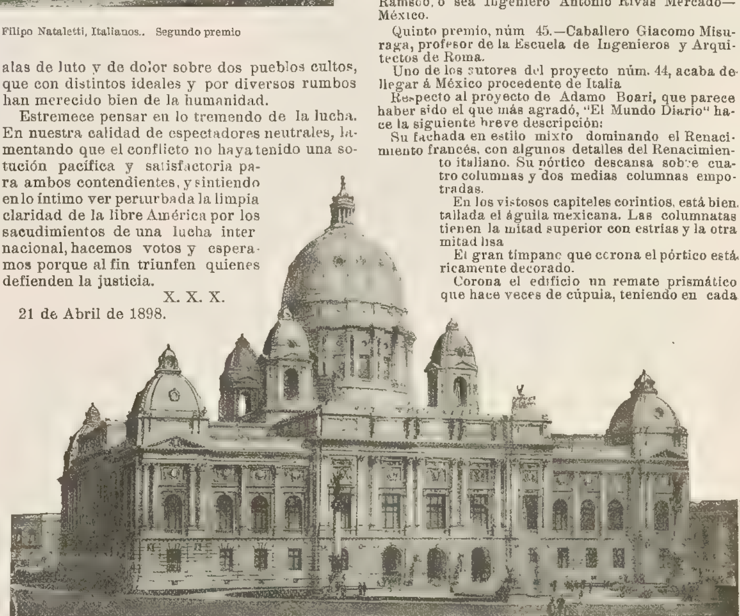
Ya la suerte está echada. Quizá cuando estas líneas vean la luz pública, el temido conflicto sin esperanzas de pacifica solución, habrá estallado en explosión horrenda. Las escuadras americanas, congregadas en los puertos más cercanos de Cuba, tienen sus calderas encendidas y están dispuestas á partir á la primera orden de marcha. Las flotas españolas de cruceros y torpederos á estas horas caminan con rumbo al mar de las Antillas; si acaso la primera flotilla que salió de Cádiz, á mediados del mes anterior no navega ya por las aguas procelosas del Mar Caribe.

No falta más que la grave fórmula diplomática de la declaración de guerra—fórmula que tal vez se ahorre en las presentes circunstancias—para que los enemigos queden frente á frente, y la negra y fatídica sombra de la guerra extienda sus alas de luto y de dolor sobre dos pueblos cultos, que con distintos ideales y por diversos rumbos han merecido bien de la humanidad.

Estremece pensar en lo tremendo de la lucha. En nuestra calidad de espectadores neutrales, lamentando que el conflicto no haya tenido una solución pacifica y satisfactoria para ambos contendientes, y sintiendo en lo íntimo ver perturbada la limpia claridad de la libre América por los sacudimientos de una lucha internacional, hacemos votos y esperamos porque al fin triunfen quienes defienden la justicia.

X. X. X.

21 de Abril de 1898.



Perspectiva del proyecto de P. J. Weber, alemán.—Segundo premio

NUESTROS GRABADOS

El palacio del Poder Legislativo

Habiéndose acordado la construcción de un palacio especial para las sesiones y oficinas del Poder Legislativo Mexicano, se expidió oportunamente una convocatoria para que se presentaran proyectos en la Secretaría de Comunicaciones, fijándose la fecha en que deberia quedar cerrado el registro de recepción.

Varios proyectos vinieron á la Secretaría, y conforme á las bases respectivas, se hizo una exposición de ellos en el Palacio de Comunicaciones y Obras Públicas, á la cual concurrió un gran número de arquitectos, ingenieros y alumnos de la Escuela Nacional de Bellas Artes

Se hacen grandes elogios de la manera correcta, elegante y artística con que se ha hecho la exhibición de modo que pueden ser perfectamente apreciados sin dificultades de luz ni de colocación hasta los menores detalles de cada dibujo.

Hasta el domingo se guardaba una absoluta reserva respecto á los nombres de los opositores que resultaron premiados. Luego se supo que son los siguientes:

Segundo premio, núm 17. contraseña: *St Georgius equitum patronus est in tempestate securitas.*—Autor: *Adamo Boari, de Ferrara* — Italia — recidente en Chicago.

Segundo premio, núm. 26—"Cabeza de Minerva"—Autor P J Weber—remitido de Chicago por la Burtham Company Architects.

Segundo premio—núm. 44 "Roma México,"—autores: Pio Placontini y Filipo Nataletti—Roma.

Tercer premio, núm. 62—"Magestas"—autor: Ingeniero Pietro Paolo Quaglia—Nápoles.

Cuarto premio, núm 18—"Estrella de oro"—Autor Ramsoo, ó sea Ingeniero Antonio Rivas Mercado—México.

Quinto premio, núm 45.—Caballero Giacomo Misuraga, profesor de la Escuela de Ingenieros y Arquitectos de Roma.

Uno de los autores del proyecto núm. 44, acaba de llegar á México procedente de Italia

Respecto al proyecto de Adamo Boari, que parece haber sido el que más agradó, "El Mundo Diario" hace la siguiente breve descripción:

Su fachada en estilo mixto dominando el Renacimiento francés, con algunos detalles del Renacimiento italiano. Su pórtico descansa sobre cuatro columnas y dos medias columnas empotradas.

En los vistosos capiteles corintios, está bien tallada el águila mexicana. Las columnatas tienen la mitad superior con estrías y la otra mitad lisa

El gran tímpano que corona el pórtico está ricamente decorado.

Corona el edificio un remate prismático que hace veces de cúpula, teniendo en cada ángulo una estátua ecuestre. Ese coronamiento es igual al que adorna el soberbio Palacio de Justicia de Bruselas.

Ha celebrado una nueva junta el Jurado, para disponer lo relativo á la publicación de la memoria que ha comenzado á escribir el Sr. Ingeniero D. Manuel Irigoyen.

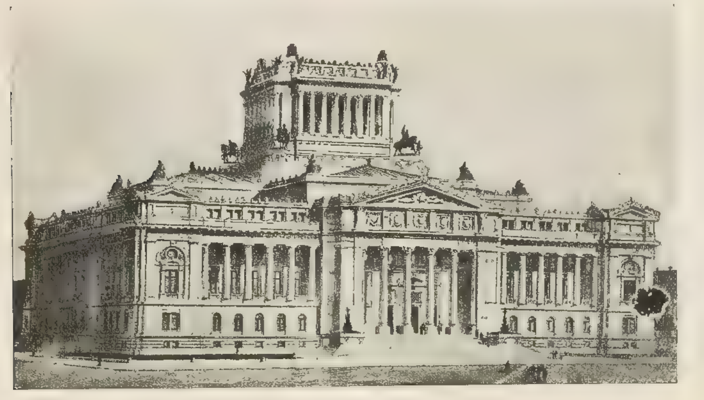
Matrimonio

El miércoles último y en la capilla particular del señor Arzobispo se celebró el matrimonio del señor Lic. Ramón Corona y la señorita Isabel Sánchez, que gozan por sus méritos personales y por su elevada posición social, de justas y merecidas simpatias. Es el primero, hijo del General Ramón Corona que hizo la campaña de Occidente en la guerra contra la intervención francesa y es la señorita Sánchez nieta del Benemérito Benito Juárez. El contrato civil se había formalizado tres días antes figurando en él como testigos la señora viuda de Juárez, la señora viuda de Corona, el señor Presidente de la República, los señores Ministros Mariscal y González Cosío, y los señores D Sebastian Camacho, D José Sánchez Ramos y D. Delfin Sánchez

Los periódicos diarios han hablado ya del exquisito gusto y lujo que se desplegaron para las ceremonias civil y religiosa, del riquísimo traje de la novia; y de los muchos y valiosos regalos de boda que recibió como una muestra del afecto que han sabido conquistar sus altas virtudes.

Los nuevos desposados asistieron el mismo miércoles á un banquete de familia, y breves horas después emprendieron el viaje de novios, en el que visitarán las Ciudades de Puebla y Jalapa.

Se les espera dentro de un mes, de regreso en esta Capital.



Proyecto del italiano Adamo Boarri de Ferrara considerado como el mejor por el jurado.—Primer segundo premio

Sra. Lorenza de Braniff

Sr. Tomás Braniff

Un gran baile

En los momentos en que escribimos estas lineas el señor Don Tomás Branniff y su distinguida esposa reunen en sus aristocráticos salones del Paseo de la Reforma á lo más selecto de la sociedad mexicana para el baile con que obsequian al señor Gral Don Porfirio Díaz Presidente de la República y á la señora Doña Carmen Romero Rubio de Diaz

En el magnífico palacio del señor Braniff como en todas las mansiones verdaderamente opulentas, no hay que hacer preparativo alguno para esta clase de fiestas: se abren las puertas y se encienden las luces como de costumbre, y ya está todo listo para recibir á los invitados, como si hadas ó genios invisibles estuvieran previéndolo todo y correspondiendo á todos los ensueños de la imaginación.

Los salones son en efecto magníficos, pero más que su riqueza artística, más que su lujo exquisito y delicado brilla y resplandece en ellos la señora de Braniff, ejemplar en su cortesía, elegante y simpática, haciendo que las horas que se pasan en su morada parezcan veloces instantes de inolvidable y sano regocijo.

Los artistas de *El Mundo Ilustrado* tomaron fotografias del exterior y de algunos salones del Palacio, que hoy aparecen en nuestras columnas: en el número próximo prometemos darles á los lectores una descripción del baile y algunos grabados que se copiarán del natural.

Hay en la sociedad más distinguida de México verdadero entusiasmo por esta fiesta, sumamente simpática para todos, por las personas respetables y dignas que la dan y por el señor Gral. Díaz y su esposa á quienes está dedicada.

LA EXPOSICION DE TERRACOTAS

Jesús Contreras está alegre. Esto no era raro, en otro tiempo, cuando haciamos excursiones campestres los cortesanos de Justo Sierra, y, al aire libre, en plena montaña, traveseabamos como chicuelos, olvidados de todo, en un contento bucólico, fresco y blanco, que aspirábamos á grandes sorbos, como se bebe la leche en el campo, al rayar el día, y se nos entra por los poros el húmedo aliento de la mañana Salíamos de la ciudad, como los estudiantes salen del colegio, á disfrutar las vacaciones. Volviamos á ella más risueños, más dispuesto al trabajo, y, queriéndonos más. Ahora ya no salimos, somos internos que no han presentado exámen, y la suerte nos tiene castigados Se nos murió el poeta de la Corte, el gentil *Duque*, y unos aquí, otros allá, cada quien en el calabozo de su vida, apenas si logramos una que otra vez vernos reunidos en torno de Justo, de este buen hombre á quien amamos con toda nuestra juventud, y bajo cuya cabeza nimbada, como á la sombra de un árbol opulento, duermen, seguras y confiadas, nuestras esperanzas.

Jesús Contreras está alegre, sin embargo. Ha sufrido mucho está enfermo, lleva su brazo derecho herido de muerte, hace meses que se encuentra inútil para emprender uno de esos proyectos atrevidos, por que es de los artistas que *ven grande*, y no obstante, está contento Te voy á decir por qué, curiosilla, que te interesas por estas cosas fútiles que los hombres serios desdeñan y los tontos fingen despreciar y los comerciantes ¡oh, el gremio del abarrote!— no tienen en cuenta para sus transacciones mercantiles En voz baja te lo diré, aquí en este rinconcito del periódico, antes de que llegues á la página de modas, porque entonces ya no me oirás, y para interrumpir á aquel señor calvo, de lentes de oro y pechera deslumbrante, que habla con énfasis de los supremos problemas sociales, de la politica internacional y del bimetalismo

Oyeme: Jesús Contreras va á inaugurar una exposición de objetos de arte....

—¡Qué tonteria!....

—¿Y quién habla con usted, caballero? Usted es de las personas graves que socarronamente miran á esos pobres diablos de muchachos que andan por ahí soñando en la Belleza, como en la única, divina redentora de la existencia. Yo hablaba con esta señorita que lee libros de Gip recita versos de Coppèe y canta con adorable gracia madrigales de Chaminade. A esta niña suelen interesarle las noticias artisticas, y por eso, le contaba en estos momentos....

PABELLON DE ENTRADA AL PALACIO BRANNIFF

—No hay de qué, caballero; esa no es, en verdad, una grosería, es un desahogo al que estamos acostumbrados los amantes callejeros de las señoritas Apolo. ¿A usted le parece tonto eso de exponer en México objetos de arte? Es una opinión que respeto y que temo, porque de estos granos de desprecio individual se forma la montaña de la indiferencia colectiva.... Pero permítame usted que siga charlando de tan efimeras futilezas con esta curiosilla encantadora de ojos chispeantes y boca de coqueta sonrisa.

Y bien, amiguita; Jesús Contreras, expondrá en el Casino Nacional sus *terracotas*. Te aconsejo que vayas á verlas. Una delicia. La colección de vasos te deleitará, tenlo por seguro: cráteros, ánforas, tazas, modeladas exquisitamente, como tocadas por manos femeninas.

Figúrate en un jardin, donde haya muchas flores, muchas hojas, muchos pájaros, y que cansada de vagar te da el capricho de cortar rosas, lirios, margaritas, campanillas, violetas, espigas, yerbas ramas, racimos de vid: y que entras en tu saloncito de soltera, poniendo todo aquello con la fineza estética de tu nervioso temperamento: á cada jarrón una guirnalda, á cada tibor un collar, á cada canastilla una corona de pétalos.........

Pues así son los vasos de Contreras:—el vaso es un símbolo por sus curvas resbala la flora más sutil y más delicada: y luego como hay muchas reminiscencias helénicas, encontrarás alegorias que son un encanto. Los amorcillos de Tanagra juegan por todas partes; corretean por bordes y cornisas, se deslizan, como por una rampa, por los cuellos enarcados y esbeltos de los ánforas, se asoman, los traviesos, á las bocas obscuras de las jarras, se columpian en las grecas de las asas y retozan en la hojarasca, los muy tunos

Las mayólicas son preciosas. Cuando las veas, vas á quererte llevar una para que sirva de búcaro al ramo de camelias que domingo á domingo te lleva tu novio. Por supuesto que—vamos! no debemos ser modestos, la modestía es un disfráz pasado de moda—por supuesto que los que no son *iniciados* los que no se conmueven con la infinita hermosura de la línea, los que no recrean sus ojos, y bañan sus pupilas en la gama inacabable del color, ni sienten la esbeltéz de la curva ni admiran la rígida solidéz de la recta, no van á gozar, como nosotros, delante de todas estas chucherias. Pasarán sin fijarse en un pormenor, en una insignificancia, en una naderia que es precisamente donde gusta de ocultarse la idea artística, como temerosa de que el vulgo la profane, y, fingiendo curíosidad, se inclinarán más porque los vean que por ver

PALACIO DE LOS SEÑORES BRANIFF

No importa; prométeme que irás á la exposición de terracotas. Verás estatuitas primorosas; bustos, medallones y lindos desnudos de mujer

Jesús Contreras se halló una mina de oro en este barro de la Sierra de Puebla que, maleable, obedece como esclavo sumiso al molde en que el artista lo vacía.

Y el escultor está contento, y nosotros debemos estarlo también, curiosilla, aunque el *caballero grave* nos haya dicho tontos y no nos haga caso el señor calvo, de lentes aureos, que aburre hace dos horas al auditorio con la política internacional y la cuestión cubana.

LUIS G URBINA.

LOS CABLES SUBMARINOS DEL MUNDO

El gabinete internacional de administración telegráfica de Berna, ha publicado un estado de los cables que forman la red submarina del Globo.

Alemania tiene 4,119 kilómetros de cables propiedad del gobierno. Austria, 397: Bélgica 100; Dinamarca, 435; España, 3,230; Francia, 9,325; Inglaterra é Irlanda, 3,679; Grecia, 102; Italia. 1 164; Noruega, 600; Paises Bajos, 114; Portugal 213; Rusia 298; Suecia. 177, Suiza, 18; Turquía, 637; Senegal, 5; Rusia Asiática, 129; Japón 2,792; China. 209; Macao. 3; Cochinchina y Tonkin, 1,436; Indias Británicas, 3,555; Indias neerlandesas, 1,649; Queensland. 105; Nueva Celedonia 1; Nueva Zelandia, 386; Nueva Gales del Sur, 58; Australia. 89: Estados Unidos, 370; Islas Bahamas. 394; Brasil, 109, y República Argentina 110 Total 36,823.

En poder de compañías hay 265,106 kilómetros de cables submarinos, figurando la primera la Eastern Telegraph Company, que tiene 48,087 kilómetros.

La Compañía alemana tiene 2,063; la Direct Spanish Telegraph Company 1,317; la India Rubber Gutta Percha, 269; la Black Sea, 625; la Indo European 26; la Gran Compañía del Norte, 12,952; la Eastern and South African, 16,524; la Eastern Extensionn Australasia,.. 32,201; The Europe and Azores, 1,952; Anglo American 22,665, Direct Unites Stated, 5 740; la Compañía francesa, 15,282; Western Unión. 13,597; The Commercial,.... 16,796; Unites States and Haiti, 2 572; Halifax and Bermudas, 1 574, Brazilain Submarine, 13,680; Soud América, 3,795; African Direct, 5,451; West African, 5,521; Cuba Submarine, 1,942; West India and Panamá, 8,439; Western Brazilian, 11,297; River Plata, 59; Mexican Telegrah, 2,830; Central and South American, 13,890; West Coats of American, 3 640; Compañía Telegrafico Telefónica del Plata, 51, y Compañía del Río de la Plata, 51.

El número de cables en poder de las Compañías es de 318, y de los gobiernos, 1.141. Entre estos se cuentan muchos pequeños interinsulares.

IBSEN SEPTUAGENARIO

Los circulos literarios de la Europa del Norte, la Escandinavia Inglaterra y Alemania, se disponen á celebrar el 70° aniversario del gran dramaturgo Enrique Ibsen

Cristiania prepara un precioso libro de oro precedido de un prefacio del rey Oscar.

Los directores de los principales teatros de Berlín preparan representación de dramas del célebre escritor.

La Sociedad Ibseniana Berlinesa prepara la publicación de un número extraordinario de su Revista con trabajos de los principales literatos, dando en ellos cada uno de sus autores, su opinión crítica acerca de Ibsen, sus obras y su influencia en la literatura moderna.

Se disponen tambien varios entusiastas del autor de *Un enemigo del pueblo* y de *La casa de muñecas* á realizar un banquete "monstruo" en honor del dramaturgo noruego. A dicho banquete asistirán grandes escritores y hombres célebres de todas las naciones.

París ha perdido su entusiasmo y su fe en el autor noruego.... Ya la harmonía de las palabras, ya el lenguaje pintoresco, ó la fe muy cándida ó el escepticismo exagerado, la pasión extrema y ardiente propia de los países meridionales, ha conquistado la atención y halagado el gusto de los franceses, y ha vencido á la literatura austera más crítica y juiciosa que apasionada é imaginadora de la literatura del Norte.....

El sol disipa las nieblas—dijo Sarcey.

Las escuadras rivales.

En este número publicamos algunos grabados de los buques que están listos para entrar en combate; pero como esto no daría á nuestros lectores una idea completa de los elementos conque para la guerra en la mar cuentan las dos naciones que se han lanzado á la pelea, nos parece oportuno darles á conocer cuales son esos elementos.

***

Las flotas española y americana disponen solamente para un primer encuentro, si este tiene lugar dentro del mes y medio, de los barcos siguientes:

ESPAÑA.

CRUCEROS ACORAZADOS.

Nombres.	*Tonelaje.*	*Velocidades.*
"Carlos V"	9,235	20
"Infanta María Teresa"	7,000	18
"Vizcaya"	7 000	20
"Almirante Oquendo"	7,000	20
"Cristóbal Colon"	7,000	18

CRUCEROS PROTEGIDOS.

Nombres.	*Tonelaje.*	*Velocidades.*
"Alfonso XII"	4,800	20

Cañoneros inferiores á 1,500 toneladas, antiguos de dos cañones 4

Cañoneros chicos, antiguos de un cañón....... 25

Torpederos y caza torpedos una excelente flota: doce de lo mejor que hay en el mundo fabricados por Thornycroft. el primer fabricante inglés de torpederos y seis de calidad inferior.

Buques mercantes artillados........................2

***

FLOTA DE LOS ESTADOS UNIDOS.

ACORAZADOS.

Nombres	*Tonelaje.*	*Velocidad.*
"Iowa"	11,410	16
"Oregon"	10,288	15
"Indiana"	10 288	16
"Massachussets"	10,288	16

CRUCEROS ACORAZADOS

Nombres.	*Tonelaje.*	*Velocidad.*
"Nueva York	8,200	21
"Brooklyn"	9 217	20
"Nitheroy"	3 700	14
"Texas"	6 315	17

CRUCEROS PROTEGIDOS

Nombres.	*Tonelaje.*	*Velocidad.*
"Mineapolis"	7,375	23 7
"Columbia"	7 375	22,8
"Chicago"	4,500	16
"Filadelfia"	4 327	24
"San Francisco"	4 098	19 5
"Newark"	4,098	19
"Nueva Orleans"	3,600	22
"Charleston"	3 730	19
"Cincinati"	3 213	19
"Detroit"	2 089	19
"Marblehead"	2,089	18,5
"Montgomery	2,089	19,5
"Kathadin, ariete	2 115	17
"Vesubio dinamitero"	929	21,4

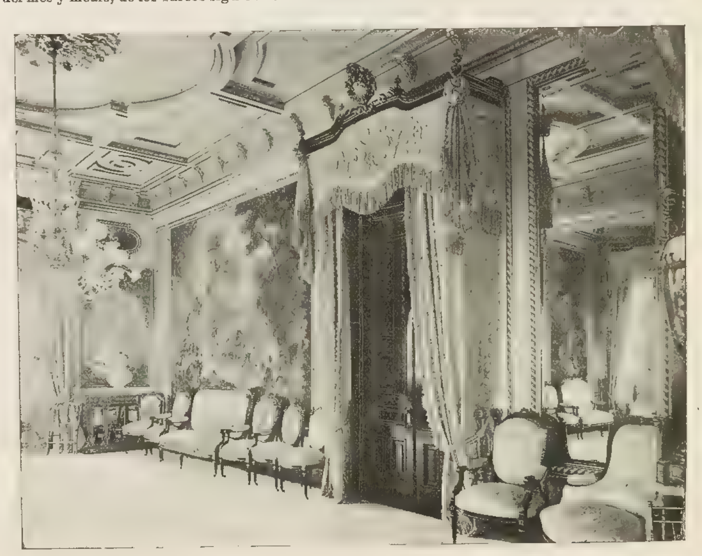
Cañoneros nuevos superiores á 1,500 toneladas... 1

Superiores á 1,000 toneladas, nuevos............... 6

De á mil toneladas.. 6

Torpederos y caza-torpederos Una flota de catorce torpederos y caza torpederos nuevos, inferior en calidad y número á los diez y ocho de la flota española.

Buques veloces grandes mercantes, artillados, 63.



DETALLE DEL SALÓN DE BAILE MOSTRANDO UN TAPIZ DE LANCRET

El niño rey

Malos y calamitosos han sido en verdad, los tiempos en que le tocó venir al mundo y heredar un trono á Su Magestad Alfonso XIII. Su cuna se meció cuando soplaban vientos de revolución: interrumpieron sus juegos de los primeros años los alaridos de la anarquía; luego su reino se conmovió al reclamo de las colonias que pedían libertad, y por último una guerra extranjera que amenaza ser formidable y cruel, ha estallado entre su patria y la República Norte Americana.

Ya los recursos de la diplomacia se agotaron; ya Woodford que tantas esperanzas abrigaba por una solucion pacífica, salió de la península en viaje precipitado entre las muchedumbres que prorrumpían en gritos de guerra; ya Polo Bernabé se despidió del territorio americano; y ya en fin, al vibrante sonido del clarín guerrero se cruzó entre las dos potencias rivales el primer cañonazo.

Dios no quiso que el siglo XIX terminara su tránsito por el mundo coronándose de rosas y ramos de oliva al arrojarse en los abismos de la eternidad ¡No! La humanidad conmovida y absorta se prepara á contemplar el tremendo espectáculo....la sangre va á enrojecer las olas del mar....las asombrosas máquinas modernas van impías á segar muchas existencias, y el genio de la guerra cirniendo sus alas en el espacio, va á nublar la alegre luz del sol.

Entre tanto ¿cuáles serán los pensamientos que se agiten en la mente del niño rey, cuales los sentimientos que le opriman el corazón? ¡Quién sabe!

La lucha ha comenzado y tiene que ser encarniza da y terrible.

Nuestros lectores hallarán oportuna la reproducción que hacemos hoy en nuestras columnas del retrato de Alfonso XIII.

PALACIO BRANIFF — DETALLE DEL SALÓN—CHIMENEA LUIS XV

Francia y Rusia á fines de 1856

Había sonado la hora de que entre Rusia y Francia se celebrara una alianza duradera y definitiva. Por un providencial concurso de circunstancias, los enemigos de la víspera habían venido á ser los amigos del día siguiente Los rusos guardaban mala voluntad á los ingleses y á los austriacos, pero no así á los franceses. Ellos declaraban que la guerra entre el Emperador Nicolás y Napoleón III no había sido más que un funesto error, y que la Francia en Crimea había procurado las ventajas de Inglaterra, más bien que fomentar sus propios intereses. Agradecíase al Emperador de los franceses su actitud durante el Congreso de Paris, y había la resolución de recompensarlo. Con su gran penetración política, el Conde de Morny patentizó que era llegado el momento psicológico para un acuerdo que debía ser igualmente útil á las dos naciones. Observador perspicaz, se apercibió de que en Moscow, quizá más aún que en San Petersburgo, las buenas disposiciones hacía Francia existían, no tan sólo en las esferas oficiales, sino en todas las clases de la sociedad rusa.

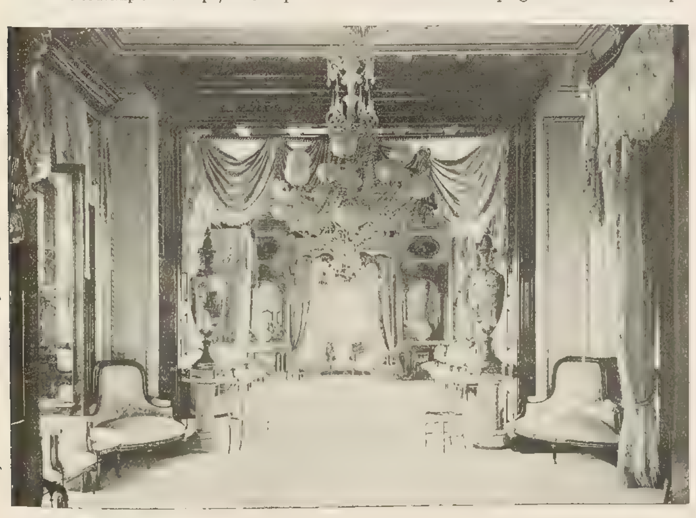
Todos y cada uno decíanse que Inglaterra había querido continuar la guerra para destruir toda la marina rusa y que Napoleón III había sido el único que lo hubiera impedido. Morny escribía desde Moscow al Conde Waleswk' el 3 de Septiembre de 1855: "Dicennos que hemos sido rudos enemigos, pero generosos y humanos. Que no les hemos hecho una guerra de salvajes, y que saben muy bien, gracias á la Moderación de Napoleón III, se debe la conclusión de la paz; pero no pueden decir lo mismo de nuestros aliados. Todo esto nos lo repite el oficial, el comerciante, el pueblo mismo" El Embajador agregaba: Mientras más contemplo la Europa, más adquiero la conviccion de que la reputación de una gran moderación y de una perfecta lealtad, es en estos tiempos lo que puede dar mayor fuerza moral á un gobierno. Así es que puedo asegurar á usted que por aquí se tiene al Emperador de los franceses un respeto muy sincero, grande admiración y una fe absoluta en su palabra. El Príncipe Gortschsk no se cansa acerca de este tema y habla de esto públicamente; dice que está triunfando su política de hace treinta años, que él siempre consideró la alianza de Francia como la más natural y ventajosa para la Rusia—"La Francia, dice él, ya no es cometa revolucionario; sino un planeta gobernado por un soberano hábil y firme "—Este lenguaje, en todas las formas, lo tienen todos. Hácennos la más cordial acogida, fuera de las cortesías oficiales, nuestros oficiales son tratados con amistosa distinción; sin cesar hacen resonar en nuestros oidos las palabras de admiración y simpatía hácia la Francia. ¿No es ésta más que una consigna? Quiero creer que así sea, pero consignas tan bien dadas, y tan generalmente aceptadas y recibidas acaban por convertirse en espíritu público Repito á usted lo que ya le he dicho, que podemos, con una conducta discreta hacer aquí muchas cosas sin lastimar á nadie"

Ninguna nube se interponía en las relaciones de los dos gobiernos. Hubiera podido creerse que el título de Duque de Malakoff dado por Napoleón III al Mariscal Péllissier excitaría en Rusia algunas susceptibilidades. Nada de esto. El Conde Walewki había dirigido á Morny esta nota telegráfica fechada el 14 de Agosto de 1856: "El Emperador ha nombrado al Mariscal Pèllissier Duque de Malakoff. Esperamos que ésto no será mal recibido en San Petersburgo" El embajador contestaba el cinco de Septiembre: "Había olvidado decir á usted, que cuando recibí su nota telegráfica que me anunciaba la creación del ducado de Malakoff, me he preguntado á mi mismo por medio de qué argumentos hábiles podría hacer tragar esa píldora al Gobierno ruso. Y hasta me preparaba á hacer que se considerase la elección de este título como una delicada atención, porque el nombre de Sebastapol habría sido más lógico, más grandioso, más espléndido, pero también más ofensivo para Rusia, mientras que Malakoff no existe, no es más que un punto, un recuerdo más que una acción brillante, etc, etc: Una vez provisto de tales argumentos, decidí no decir palabra alguna á nadie, y nadie me ha hablado de esto, y así es como he conducido esta espinosa negociación Estoy enteramente dispuesto á emplear con frecuencia este procedimiento que es de un éxito casi infalible. Adelantarse á una objeción, equivale á menudo á hacerla surgir

El Conde de Morny veía muy bien que los dolorosos recuerdos entre Francia y Rusia, podrían borrarse para siempre «No puedo impedirme, decía, recordar nuestra situación en 1815. Traigamos á la memoria que algunas potencias nos pusieron entonces el pie en el pezcuezo. Otras, más generosas, nos tendieron la mano. Unas nos dejaron un amargo sentimiento; otras, á pesar de su hostilidad y á despecho de nuestra humillación, nos dejaron sin rencor. La situación casi es la misma para los rusos......Manifestarse equitativo y benevolente sobre ciertos puntos sin importancia es ganarse su gratitud á cierta costa....Así, pues, mi opinión es que sin hacer nada que asuste á Inglaterra, debemos tomar á lo serio las disposiciones amistosas, las preferencias que manifestamos á la Rusia y no descuidar ninguno de los pequeños detalles que se convierten en motivos de reconciliación, tratados de comercio, cambio de miramientos y de cortesías; por último, todos esos pequeños medios de hacerse recíprocamente agradables que los gobiernos manejan, y de los cuales es muy fácil servirse. Cuando sea oportuno, sin que la dignidad respectiva se comprometa, tengo la convicción de que aquí se me darán los testimonios exteriores y públicos de una harmonía más íntima Mucho he cuidado de no dejar traslucir estos deseos, ni una palabra he chistado, pero me sorprendería fracasar si se me encargara que negociase un resultado de esa especie.» Las notas de Morny honran su memoria. Son el lenguaje de un diplomático hábil de un patriota previsor y de un verdadero hombre de Estado.

El Conde de Morny veía el presente con singular golpe de vista y leía en el porvenir como un profeta. El concebía perfectamente que la Francia excitaba grandes envidias; que no podría conservar su situación preponderante sino con una fuerte alianza como la de Rusia; y que para que esta alianza tuviera fecundos resultados, debía tomar un carácter activo sin retroceder ante las iniciativas. «Antójaseme, decía en su nota de 5 de Septiembre, que el continente europeo es un compuesto de elementos químicos de diferentes especies Agitándolo de cierto modo, incorporándole cierta substancia, pueden producirse nuevas combinaciones: pero haciéndolo reposar apacible é indeferentemente, se verá que las afinidades antiguas recobran sus fuerzas de atracción y quizás nos sorprendamos de que algún día, atados de nuevo los viejos hilos, la vieja Europa caiga sobre nosotros. Por que no hay que hacerse ilusiones, el triunfo de nuestras armas, el éxito de nuestra política, nos procuran tantos envidiosos como admiradores.» La conclusión del embajador era que, para prevenir los efectos de esa envidia de las potencias, era preciso unirse á la Rusia por medio de vínculos sólidos é indestructibles.

Tenía razón Morny cuando creía que el Gobierno ruso era el único que podía neutralizar los recelos y los rencores de los alemanes respecto á Francia, y que Napoleón III no conseguiría resultados tangibles si no gracias á la amistad del Tzar. El expresaba verdades incontestables cuando en el mismo despacho agregaba: "A pesar de los recientes desastres, Rusia conserva en Alemania un gran prestigio. El día en



PALACIO BRANIFF—PERSPECTIVA DEL SALÓN DE BAILE

que ésta última crea que existe un acuerdo serio entre los dos emperadores de Francia y de Rusia pasará por el ojo de una aguja Si alguna vez hubiere de recomponerse el mapa de Europa, es de todo punto evidente que una modificación á favor de Francia no se operaría con el asentimiento de Alemania y que solo sería posible con el concurso de la Rusia "

Hace cuarenta y dos años que estoy en el Ministerio de Relaciones Exteriores y muchas notas han pasado por mis ojos. Pues bien, nunca he leido mejores que las de Morny. Ningún diplomático de carrera superó á ese diplomático improvisado. Acabo de recorrer el conjunto de su correspondencía y me he dicho que si siempre se hubieran seguido sus consejos no nos hubieran pasado tantas calamidades Lo que faltó á la diplomacia del segundo Imperio fué una cualidad de Morny, antes y después de su elevación: poseyó en el más alto grado el espiritu de prosecución.

Hasta el fín de su vida, siguió siendo el partidario convencido de la alianza rusa, el amigo del Emperador Alejandro II. Hizo inutilmente pero con una franqueza y una energía de las más loables, supremos esfuerzos para impedir á su soberano disgustarse con el Gabinete de San Petersburgo por su intervención imprudente y estéril en los asuntos de la Polonia. Sin esta intervención poco sagaz que fué un lazo tendido á Francia por el Austria, sobre todo, por Inglaterra, y que no tuvo más resultados que poblar de proscriptos la Siberia y romper el acuerdo franco ruso, los dos imperios habrían quedado indisolublemente unidos, y Alemania, obligada á vigilar su frontera oriental, en lugar de poder desguarnecerla impunemente, no habría podido aventurarse en la guerra que fué tan fatal á la Francia Y puede afirmarse que si las relaciones de Napoleón III y de Alejandro II hubieran sido todavía en 1870 lo que eran en 1856, todos los desastres habrían sido evitados. Pero en 1870 ya no estaba allí Morny para decir toda la verdad á Napoleón III.

IMBER DE SAINT AMAND.

La banda de Payen

El Sr Capitán Encarnación Payen que tantos aplausos ha conquistado en la vecina República dirigiendo bandas militares mexicanas, ha formado una nueva con la que se propone hacer una gira artística por los Estados Unidos.

Los filarmónicos ascienden al número de 48 todos notables ejecutantes, salidos de las principales músicas militares y orquestas de la República.

La mayor parte de estos son michoacanos y jaliscienses.

EL CAPITAN PAYEN Y SU BANDA

STECCHETTI

¿Quién es *Stecchetti*? ¿Cómo es *Stecchetti*? ¿Qué es *Stecchetti*? Al trazar el último signo interrogante he permanecido algunos minutos con la pluma suspendida sobre las cuartillas en la poco gallarda actitud del triste versificador, que, paseando la mirada por el techo, espera la caida de un urgentísimo consonante, *Stecchetti* ..... *Stecchetti* ... ¿A quién se parece para que podamos entendernos? Suponed desde luego un poeta de los que antes eran llamados sensuales, de los que hoy llamamos epidérmicos, y epidérmico ó sensual, poeta mayor en las grandes elegías de amor.

¿Se parece á Ovidio? La carne de *Stecchetti* se estremece en inacabable voluptuosidad, como si en ella reviviese la vigorosa entonación de *Ars amandi* Pero la satyryasis del poeta romano es simplemente brutal á pesar de sus bellas exornaciones y sus gentiles paramentos, y la briosa vitalidad del poeta boloñés lleva rastros de alma, alientos de verdadero amor, ni más ni menos que las arenas de nuestro Darro arrastran partículas de oro......

¿Se parece á los poetas báquicos y desesperados cantores de *Margarita*, de *Ninon* y de *Jarifa* ó *Teresa*? Báquico es tambien y desolado á su modo *Stecchetti* como en la canción á *Emma*; pero mientras Byron y Musset y Espronceda mezclan al vino de la orgía lágrimas de un dolor verdaderamente generoso y poético, este originalísimo *Stecchetti* tiene amargo el Champagne y rencoroso el erotismo. Su palabra es cruel; cruel cuando besa, cruel cuando se hastía

¡Torna cagna furente, al tuo covile
Sotto ai bruti irruenti a spasimar.
Torna all'infamia tua; sei troppo vile,
Sei troppo vile; non ti posso amar!

Leed el *Canto del odio*. Son terribles las contorsiones del placer recordado y muerto; son espantosas las maldidiones caídas sobre el espectro de la Belleza sin altar y sin culto....

Qui rimorir ti faccio o maledetta,
Piano, á colpi di spillo
E la vergogna tua, la mia vendetta,
Tra gli occhi ti sigillo.

¿Se parece á Campoamor? En el idilio *Il Guado*, en los dos grandes sonetos *Penélope* y *A Roma* acaso haya dado *Stecchetti* con la aleación de arte y escepticismo que es como el secreto de la áurea moneda Campoamoriana: pero ese estado de alma es pasajero en el poeta italiano: la insinuación picaresca, la desconfianza elegante adquieren de pronto bajo su pluma tonos enérgicos y sombríos, y su "sadismo" requiere como el auténtico, sangrientos sacrificios, positivos dolores: victimas no solo vencidas, sino deshonradas....

¿Se parece á Heine?

El pobre Heine, con su risa do volteriano y con su carcajada burlesca para todas las cosas, es un espiritu infantil, juguete de cien amores sonrosados; es un hombre que da á pedazos su corazón y cuando lo hace siente dolor desesperado; pero por un milagro bien corriente en la vida, se encuentra cualquier día con el corazón entero y en su sitio y únicamente penetrado de una vaga enervadora melancolia.... Y *Stecchetti* no es eso. ¿Qué ha de ser él, pino del Norte soñando con la palmera de Oriente? Nada de sueños; nada de fantásticas evocaciones....

Collatino non c'e. Bruto é contento
E Lucrezia m'aspeita e mi vuot cene.

¿Se parece á Leopardi?

El amor en Leopardi es estéril, y la lamentación de ese amor en pleno desierto, mal podía ser colocada al lado de este rasgo sarcástico y satisfecho.

Penélope sei tu, che tesser sa!
A mezzogiorno la tua bianca tela,
E meco á mezzanotte la disfai.

El dolor en *Sttecchetti* es morboso. El dolor en Leopardi es una filosofía

¿Se parece? ..¡Extraña semejanza! Yo recuerdo aquella *Lámpara* de Chenier, aquella lámpara que alumbra la alcoba abandonada, el nido sin alondra Todos los triunfos del perdido amor recobran su brillo por un momento.... A la luz de aquella lámpara, protectora de las antiguas embriagueces, aparecia de nuevo la tibia y rosada estatua, ya arqueando los brazos generosos como en iris de gloria, ya vencida y trémula, como Venus yacente, ofreciendo las rosas y las azucenas de su pecho á la mano inquieta y febril y el beso del supremo espasmo, a la boca húmeda y suspirante. Ese Chenier que halla en el recuerdo lúbrico un fondo de sentimiento y un *asunto* de arte, puede bien dejar que su *Lampara* haga buenas amistades con el *Canto del odio*. Pero ese Chenier no es el que ha pasado desde la guillotina á la inmortalidad. El André Chenier consagrado por la gloria, es el que llora por la *Joven Cautiva* y truena y relampaguea en los valerosos yambos....

No, *Stecchetti* no se parece á nadie. Es un poeta aparte Casi es un género de poesía. ¡Y qué género de poesia, y qué poeta! Si no se trata al fin y al cabo de un esfuerzo literario, de un alarde de *composición* como los que llevaran á Verlain hacía la mistica, como los que hoy mismo hacen prorrumpir á Carduci, al autor de *Satana* y de *Ode barbare*, en sublimes himnos religiosos, bien podría decirse que *Stecchetti*, con ser el poeta de la carne, es también el poeta de la dolorosa sinceridad en el amor.

Como hay siempre entrañas que sangran á nuestro nacimiento, todo amor humano abre igualmente para salir al mundo una herida en nuestra carne El amor-ideal puede hacer filósofos y santos: arrancará lágrimas á una Santa Teresa ó á un Pascal; pero el amor-ideal, aun suponiendo que sea sufrimiento por temor ó goce por esperanza, no es fiebre, no es impulsión, no es *celos*, no es ansia, no se sabe cómo se mata, no se sabe tampoco como se engendra.... Ciego, instintivo, cruel, traidor y trágico como es el genio de la especie valiéndose, como dice el grandísimo chusco de Schopenhauer, de cien artes distintas para rendir nuestra voluntad, ello es que eso que por decoro estético podemos llamar *el elemento humano*, siendo, como es la fuerza impulsora del mundo, parece natural que tenga derecho de progenitura en el arte.

Como en *Dafnis y Cloe*, la humanidad sigue curando del mal de amor con la medicina recomendada por el *Doctor Longo*: abrazos y besos. *El caballero de Toyenburgo*, el heroe de aquella balada de Schiller, muerto de amores al pie de una misteriosa ventana jamás abierta, no es el tipo amoroso de la humanidad que anda por el mundo.

Esta humanidad, hecha de arcilla, calcinada por el vivo fuego de las pasiones, no suele prescindir del deseo ni de la posesión, y por la posesión y por el deseo trueca los idilios mas dulces en fiebres que son combustiones, y cambia las comedias más plácidas en dramas terribles, ya desenlazados por el puñal ó el revólver y resueltos en las prosaicas sesiones de un juicio oral, ya terminados con la catástrofe íntima que representan tantos hombres y tantas mujeres acabados por dentro y libres del sepulturero, porque

«¡No mana sangre de la herida,
porque el muerto está en pie!

Stecchetti es un gran caso de este amor en prosa con fondo espantosamente trágico.

No hay que pedirle refinamientos de psicología decadente. Es impulsivo, es agresivo, es sombrío, es brutal: pero también es dulce resignado, melancólico y tierno.... Sabe dar al amor todo lo que es suyo: el espíritu y la carne.

Ya pronto moriré. ¡Tal vez mañana!
¡Mi hora se acerca, todo ha concluido!
Se abre á mis pies la fosa y el tañido
se escucha ya de fúnebre campana.
La primavera volverá lozana.
La golondrina volverá á su nido.
¡Yo también volveré, mas convertido
de mi tumba en la pobre mejorana!
¡Ve por ella! tu amado te convida.
Ve y arranca, mujer, los tallos esos
de la yerba que fué tu preferida....
Bésalos. ¡Son mi sangre! y á tus besos
sentiré —como al dármelos en vida—
temblar de amor mis descarnados huesos.

¿No es este soneto la demostración victoriosa de ese amor complejo que pasa del odio á la ternura?

En la *Noche tempestuosa*, el ejemplo es más elocuente:

..Para curar mi herida
dije á mi corazón ¡olvida, olvida!
En vano fué: desde la noche aciaga
llevo en el corazón como una llaga
que no se cierra nunca; y amarrado
á este eterno dolor que va conmigo,
loco, desesperado,
lo odio todo y maldigo
la tierra, el sol, la vida, cuanto existe.....

No se entrega *Stcechetti* á su dolor puramente "poético." Su voz es de hombre que se revuelve en busca de un pedazo de su propio cuerpo; su canto no es propiamente canto; es como olfateo de la fiera tras la hembra huída del cubil....

¡Te fuiste para siempre! más aún siento
que la lluvia golpea los cristales
y á media noche, el viento
traspasar gemebundo mis umbrales
con ecos de quejido ó de lamento;
y aquí, con la cabeza en la almohada,
escucho los ruidos nocturnales
mientras el alma gime acongojada!
Asi, entre adormecido y desvelado,
en las regiones de la mente veo
de tus formas las blancas redondeces
que ferviente y audáz y enamorado
con lúbrico deseo
estreché tantas veces
apasionado y loco..
Después cesa mi afán y se evapora
el sueño alagador, y poco á poco
siento en el pecho, cuya angustia crece,
el gusano roedor que me devora,
y casi me parece
que te estoy esperando todavía,
cuando vuelve la risa de la aurora
y én el oriente claro resplandece
la perezosa luz del nuevo día!....

¡Pornografía! Esta voz que ya escucho, hay que desecharla en justicia.

Si *Stecchetti* no es un poeta-poético, tampoco es un poeta pornográfico.

El desnudo de su musa no es incitante ni provocativo; es sencillamente doloroso.

Las mujeres que pasan al través de las páginas de *Stecchetti* son de aquellas que, ofreciendo su ternura, brindan el secreto de todo dolor.

JULIO BURELL.

NOVELA.

En las últimas páginas de *El Mundo Ilustrado* y con ilustraciones hechas én nuestros talleres, empezaremos á publicar en la semana próxima una novela de André Theuriet que se llama LIRIO SILVESTRE y que es una verdadera joya de ternura y sentimiento.

La versión española de la obra se está haciendo con el mayor cuidado á efecto de que no pierda ninguna de las delicadas y exquisitas bellezas que contiene.

TENTACION

El Tetrarca magnífico de Oriente
De amor habla á la virgen idumea,
Al borde de un torrente
De la feraz Judea:

«Pastora, escucha de mi amor el ruego;
Oye latir dentro del pecho mío,
Un corazón de fuego
Aterido de frío.

Vente conmigo; que me den tus ojos
Azules de turqueza, luz y abrigo:
Te lo pido de hinojos.
Vente, vente conmigo.

Yo te daré por tus cabellos rubios
Macizos carros de lucientes llantas
Y mis esclavos nubios
Estarán á tus plantas.

En mis palacios de columnas jónicas
Verás, del sol al esplendente rastro,
Las pirámides cónicas;
Los dombos de alabastro.

Se ostenta en medio de marmórea plaza
El baño, al pie de erguido sicomoro;
De mosaico es la taza,
Los surtidores de oro.

Por doquiera los pórticos bruñidos.
De mil colores y dibujos raros,
En ébano esculpidos
Y en pórfido de Paros.

Vasos de jaspe y áureos candeleros,
Rompen el tono del tapiz obscuro
Que cubre los tableros
Del elevado muro.

Y sostienen las cúpulas doradas
Y rojas cual la flor del terebinto,
Columnas repujadas
De cobre de Corinto.

Desde sus urnas de ágata lechosa,
Mis dioses, á los que hago sacrificios,
Te verán tan hermosa
Y nos serán propicios.

La purpurina seda de las Galias
Orna el lecho de nácar que te guardo;
Y hollarán tus sandalias
Mis pieles de leopardo.

Cambiarás por la túnica celeste
La nivea estola recamada en plata;
Por la sencilla veste
El manto de escarlata.

Mis siervas ungirán tu tez morena
Con bálsamo oloroso de lentisco,
Con pastas de verbena,
De nardo y malavisco.

A tu mandato, mis eunucos tracios
Te servirán el Láchryma incoloro
En copas de topacios
Lapizlázuli y oro.

Reina serás en mis nativos lares,
Yo daré mis riquezas, mis honores,
Todo por tus cantares,
Todo por tus amores.

....

Junto á su potro númida que ufano
Aspira el acre olor de la floresta,
El patricio romano
Aguarda de la virgen la respuesta.

Laura Mendez de Cuenca.

San Francisco de California.

NOLI ME TANGERE

Junto al tibio Cedrón que precipita
Su impetuoso raudal por la comarca,
La virgen israelita,
Así dijo al Tetrarca:

«Calle, Señor, tu acento art'ficioso,
Que no llegue á mi mente tu habla loca,
Que es áspid ponzoñoso,
El que habla por tu boca.

¿Piensas que tu poder y tu valía
Harán que yo te quiera? ¡Vano empeño!
Mi voluntad no es mía
Y tiene mi alma dueño.

¿Cambiar yo por tu César á mis reyes!
¿Es posible, romano, que tal oses!
¡Inicuas son tus leyes
Y lúbricos tus dioses!

El sensualismo de tu pueblo exánime,
Se ostenta en lo mezquino de tu traza:
¡Tu estirpe es pusilánime!
¡Varonil es mi raza!

Cambiar por rojo manto que deslumbre
Mi traje azul, mi transparente velo!
¡Por tu rojo que es lumbre,
Mi azul color de cielo!

¡Qué á mi ni tus palacios refulgentes,
Ni tus tapices del remoto Hydaspes;
Tus mármoles turgentes,
Tus irisados jaspes!

Más quiero de mis tórtolas los nidos,
Las violetas azules de Judea,
Mis granados floridos
Y mi rústica aldea.

Tus vinos en elixires disueltos,
No son más que la miel de mis naranjas,
Tus porticos esbeltos,
Son menos que mis granjas.

Cuando en las secas tardes del verano,
Bebe el rojizo sol de Palestina,
Del arroyo cercano,
El agua cristalina;

Y quebrando tomillos y arrayanes,
El triscador rebaño ramonea;
Cloquean los faisanes
Y el ganado sestea:

A la sombra del árbol del incienso
Que exhala su perfume en el Estío,
Pienso en el dueño mío,
En sus amores pienso.

Y en tanto que él me manda sus canciones;
El eco reproduce en las montañas,
Los dulcísimos sones
De su flauta de cañas.

Lejos de mi cabaña y mi alquería,
¿Qué haré en el explendor y en la grandeza?
Morir de nostalgía,
De tedio y de tristeza..........

Ya lo ves, es enorme la distancia
Que separa tu suerte de mi suerte:
Donde pasé la infancia,
Me encontrará la muerte.

....

Puso fin la doncella á la bucólica
Y del patricio á la mirada altiva,
Callada y melancólia
Dejó caer la frente pensativa.

Arturo Beteta.

IDEAL

En el fino cristal de Bohemia
sonríe el champagne;
y quien lleva á sus labios la copa
de fino cristal
donde hierve y retoza la espuma
del rubio champagne,
es hidalgo de nueva prosapia
que viste de frac,
y mantiene una blanca gardenia
prendida al ojal

Del color de la sangre del tigre
que lleva un puñal
enterrado en el tórax, y lucha,
ya pronto á expirar,
por sacarse del pecho la hoja
del largo puñal,
de ese bruno color es el vino
que bebe en su hogar
el obrero jadeante, en vasija
de tosco metal.

Cuando sean las copas iguales
y un vino nomás
el que beban el hombre de blusa
y el hombre de frac;
cuando sean las copas iguales
y un vino nomás,
ah! qué triunfo será para el mundo
poderse embriagar
con el nuevo licor que resulte
del bruno mezclado
con rico champagne.

Andrés A. Mata

RIMAS

Amada, la noche llega,
las ramas que se columpian
hablan de las hojas secas
y de las flores difuntas.
Abre tus labios de ninfa,
dime en tu lengua de musa,
¿recuerdas la dulce historia?
de las pasadas venturas?
¡Yo la recuerdo! la niña
de la cabellera bruna,
está en la cita temblando,
llena de amor y de angustia.
Los efluvios otoñales
van en el aura nocturna,
que hace estremecer el nido
en que una tórtola arruya
Entre las ansias ardientes
Y las caricias profundas,
Ha sentido el galán celos
que el corazón le torturan.
Ella llora, ella maldice;
pero las bocas se juntan......
En tanto los aires vuelan
y los aromas ondulan,
se inclinan las ramas trémulas
y parece que murmuran,
algo de las hojas secas
y de las flores difuntas.

Rubén Darío.

Un beso nada más

Bésame con el beso de tu boca,
Cariñosa mitad del alma mía.
Un solo beso el corazón invoca,
Que la dicha de dos.... me mataría.
Un beso nada más!.... Ya su perfume
En mi alma derramnádose, la embriaga;
Y mi alma por tu beso se consume
Y por mis labios impaciente vaga.
Júntese con la tuya.... Ya no puedo
Lejos tenerla de tus labios rojos....
Pronto!.... dame tus labios!.... tengo miedo
De ver tan cerca tus divinos ojos!
Hay un cielo, mujer, en tus abrazos;
Siento de dicha el corazón opreso....
Oh! sostenme en la vida de tus brazos
Para que no me mates con tu beso!

Manuel M. Flores

VIUDA INCONSOLABLE

La posibi idad de volver del otro mundo puede tener sus ventajas; pero también tiene sus grandes inconvenientes.

Hace ya algunos años, el espiritismo nos llegaba de América, precedido de un catecismo, de un código y de otras muchas obras de moral. La nueva doctrina tuvo pronto aquí sus sectarios, si no sus mártires, é hizo girar más cabezas que mesas.

En aquel a época pasé algunas veladas en el campo, en casa del varón Duchoux descendiente de un antiguo prefecto de Napoleón I (un meridional que dió mucho que decir) y que hubiera querido apellidarse de otro modo; pero Duchoux había sido su padre, y Duchoux debía llamarse. Había en casa del buen Barón un velador muy antiguo, que hasta aquella época había estado arrinconado. Y haciendo pruebas, se puso el velador en movimiento. El Barón Duchoux, espiritista consumado, hacía que el velador girara, revelando cosas extraordinarias á las personas que visitaban la casa, á quienes aquel trataba de convertir con las siguientes máximas:

—"Se puede decir que los espíritus son los seres inteligentes de la creación y que ellos pueblan el universo, fuera del mundo material Los espíritus más que inmateriales, son *incorpóreos.*

"La materia no es obstáculo para los espíritus; porque ellos penetran en el aire, en la tierra, en el agua y hasta en el mismo fuego.

"El espíritu está cubierto de una sustancia vaporosa, aunque imperfecta, y así como el germen de una fruta está rodeado de una substancia espérmica, el espíritu está cubierto por una sustancia que podríamos llamar *espirituosa.*"

En fin, el Barón Duchoux se deleitaba con sus estudios del *otro mundo;* y cuando murió había principiado su obra póstuma sobre *La pluralidad de la Existencia.* Su muerte fué repentina y considerada como gran desgracia para los del gremio, y hasta para su familia. Tenía cuarenta y dos años, y una mañana, al entrar en su cuarto, la Baronesa le encontró muerto en su lecho.

Después de las formalidades legales, se procedió á la inhumación del cadáver. En el cementerio de Villenave se puede ver aún el lindo mausoleo de mármol de los Pirineos: una mujer, con el cabello suelto y reverentemente inclinada llora sobre una urna artísticamente labrada. La urna tiene esta inscripción:

«A la memoria sagrada de
Jacques Auguste, Barón Duchóux,
muerto el 1° de Abril de 1890.
Buen hijo, buen padre y buen esposo.
Antiguo Consejero general,
Su conducta siempre leal
Y la amabilidad de su carácter,
Hicieron que sus numerosos amigos
Estimaran su vida ejemplar.
Le consagra este monumento
Su viuda inconsolable."

Allí descansa aquel amigo. y recordándole en días pasados, se me ocurrió la idea de comunicarme con él.

Era media noche. El viento soplaba con violencia. Yo entraba á mi cuarto y la soledad me fastidiaba. Me senté delante de mi escritorio y escribí: «Barón Duchoux, aquí tenéis papel y lápiz. Si verdaderamente existen los espíritus, deseo tener noticias vuestras. Buena noche.»

Escrito eso, me desnudé, apagué la bujía y me eché en la cama.

Medio dormido, oí ruidos singulares, sollozos y suspiros. Y á la luz vacilante de las estrellas, que penetraba por la ventana, creí ver una sombra delante de mi escritorio. Por último me pareció al despertar que una mano tibia estrechaba ligeramente la mía. Hice luz, me dirigí á mi escritorio y encontré estas cuatro páginas escritas. Esto decían:

—"Yo traté, por todos los medios, de hacerme querer, de hacerme agradable á los que me rodearon.

El mausoleo en que mi esposa hizo esculpir las palabras: "buen hijo, buen esposo y buen padre," resumía el sueño de toda mi vida.

Siempre tuve cariños para los muchachos, atenciones para las mujeres, sonrisas para todo el mundo. Estudiaba el carácter de mis amigos, y procuré en todas ocasiones agradarlos En fin mi testamento es prueba elocuente de mis nobles sentimientos aquí en la tierra.

Cuando solía hablar á mis allegados de mi muerte notaba complacido cómo los entristecía, y me decían que yo era ejemplo viviente de amor y de generosidad.

Yo quise vigilar mi cortejo fúnebre, quise contar los coches de duelo y apreciar de este modo la impresión que mi muerte producía.

El acontecimiento no estuvo á la altura de mis esperanzas. Por eso me resolví, un mes mas tarde, á volver á mi casa de campo. El escudo de armas de los Duchoux (una berza y una hacha) estaba enlutado con un crespón Mi viuda vestía un traje irreprochable; hablaba y lloraba al propio tiempo con un señor vestido de negro, arquitecto con quien trataba sobre la construcción de mi mausoleo. Creía ella, examinando el diseño, que el precio de la obra era muy caro, y ordenó la supresión de tres ó cuatro adornos; y hasta quiso suprimir de la inscripción, para conseguir buen precio las palabras *buen hijo y buen esposo,* lo que me afligió mucho.

Cinco años más tarde quise hacer nueva visita á mi casa. Mi sorpresa fué grande, y con trabajo pude reconocer mis antiguos dominios. Todo estaba transformado: el jardín, la fuente, el lago. Noté á la puerta el bullicio interior de una gran fiesta, los salones estaban artísticamente iluminados. Entré y la magnificencia acabó de sorprenderme. El viejo mueblaje había desaparecido. le reemplazaba uno riquísimo. En fin me persuadí de que en mi casa se daba una gran comida En la mesa, y en medio de los muchos convidados, estaba mi mujer radiante de alegría; vestía, muy descotada, traje de seda azul de agua, primorosamente adornado. De su seno izquierdo pendía un gracioso *bouquet* Observé como había robustecido mi mujer, y como sentada al lado de M Balochard, un vecino antiguo amigo, le hablaba con cariño inusitado al hacer los honores de la mesa.

A los postres mi mujer dijo: Juan, haga venir á los niños Los niños, dije para mí, yo no tengo más que uno. Pero poco después vi entrar un niñito y una niñita, que me eran desconocidos.

A la salud de la Sra. Balochard—dijo uno de los convidados—por su feliz aniversario!

Mi mujer le echó el brazo á Balochard, y apenas habían salido del comedor la dió un sonoro beso.

Hay que confesar—dijo otro, amigo viejo mío—que esta casa está más alegre que en tiempo de aquel imbécil de Duchoux.

El tenía voluntad de agradar—agregó un tercero—pero le faltaba lo esencial: sentido común.

Indudablemente dijo otro amigo, á quien yo acostumbraba sentar á mi mesa dos veces por semana pero era un desgraciado, un sonámbulo.

Desengañado, recorrí toda la casa buscando á mi hijo; pero por una conversación de los criados, que sorprendí, supe que habían querido librarse de él, y que lo habían internado en una escuela.

Los otros dos, los que yo había visto en el salón, jugaban en la ropería, en donde habían encontrado mi retrato, y con un trinche agujereaban los ojos del *hombre feo,* decían ellos.

Salí para no volver. Al pasar por el cementerio, un estremecimiento de indignación se apoderó de mi espíritu. Me fijé en mi mausoleo y leí las palabras aquellas: *Buen esposo, viuda inconsolable."*

AURELIEN SCHOLL.

DAMAS MEXICANAS

Srita. Esther Rovelo
DE COMITAN (CHIAPAS) *Fot. de C. H. Adams.*

La Mentirosa

No he amado más que á una mujer en mi vida, nos decía un día el Pintor D*** Pasé con ella cinco años de dicha perfecta, de alegrías tranquilas y fecundas Puedo decir que la debo mi celebridad de hoy: de tal manera á su lado el trabajo me era fácil la inspiración natural. Me pareció que siempre había sido mía. Su hermosura, su carácter respondían á todos mis sueños. Esta mujer no me dejó nunca; ha muerto en mi casa, en mis brazos, amándome

Y bien! cuando en ella pienso, es con cólera Si trato de representármela tal como la he visto durante cinco años, en todo el brillo del amor, con su gran talle flexible, su palidéz dorada, sus facciones de judía de Oriente, regulares y finas en la redondéz ligera de rostro, su hablar lento. aterciopelado como su mirada: si trato de dar cuerpo á esta visión deliciosa, es para decirla: Te odio....

Se llamaba Clotilde. En la casa amiga en donde nos habíamos encontrado, la conocían bajo el nombre de Mme. Deloche y decían que era viuda de un Capitán de marina, gran viajero. En efecto, parecía que ella había viajado mucho Al platicar acontecía decir de repente: "Cuando estaba en Tampico" ó bien: Una vez en la rada de Valparaiso." Aparte de esto, nada en su apostura, en su lenguaje, dejaba conocer la vida nómade nada traicionaba el desorden, la precipitación de las partidas súbitas y de las llegadas repentinas. Era parisiense, se vestía con un gusto perfecto sin ninguno de esos *Burnous,* ó de esos *zarapès* excéntricos que hacen reconocer á las mujeres de oficiales y marinos, perpetuamente vestidas de viaje.

Cuando supe que la amaba, mi primera y única idea fué pedirla en matrimonio. Alguién le habló por mí. Contestó simplemente que no volvería á casarse nunca. Evité, desde luego. volver á verla; y, como mi mente estaba demasiado herida y ocupada para permitirme el menor trabajo. decidí viajar Hacía mis preparativos de marcha cuando una mañana. en mi propia habitación, entre el desorden de los muebles abiertos y los báules dispersos, vi, con gran estupor mío, entrar á Mme. Deloche

—¿Por qué partís? díjome dulcemente ¿Por que me amais? Yo también os amo. Solamente (aquí su voz tembló un poco) solamente que soy casada.

Y me contó su historia. Toda una novela de amor y de abandono. Su marido bebía y la golpeaba. Se habían separado al cabo de tres años Su familia, de la que parecía estar muy orgullosa, ocupaba una alta posición en París, pero después de su matrimonio no querían ya recibirla. Era sobrina del gran rabino. Su hermana, viuda de un oficial superior, había casado en segundas nupcias con el guarda general del bosque de Saint-Germain. En cuanto á ella, arruinada por su marido, había conservado felizmente de una educación primera, completa y muy cuidada ciertos talentos con los que se proporcionaba recursos. Daba lecciones de piano en casas ricas, Chaussée d'Antin, Faubourg Saint Honoré, y ganaba ampliamente su vida......

Era conmovedora la historia: pero un poco larga, llena de esas agradables repeticiones, de esos incidentes interminables que enmarañan el discurso femenino Así es que tardó varios días en contármela. Alquilé en la Avenida de la Emperatriz, entre calles deliciosas y tranquilos prados, una casita para nosotros dos. Habría pasado allí un año en escucharla, en verla, sin pensar en el trabajo. Ella fué la primera que me devolvió á mi taller y no la pude impedir que volviese á dar sus lecciones Esta dignidad de su vida, de la que era muy celosa, conmovíame en extremo Admiraba en esa calma altiva á la vez que sentíame humillado ante su formal voluntad de no deber nada más que á su trabajo. Todo el día, pues, estábamos separados y sólo la noche nos reunía en la casita.

* * *

¡Con qué gusto entraba á nuestra casa, si impaciente cuando ella tardaba en venir, gozoso cuando la hallaba de vuelta antes que yo! De sus correrías en París me traía ramilletes, flores raras. A menudo la obligaba á aceptar algún obsequio. pero se decía riendo, que era más rica que yo, y el caso es que sus lecciones debían producirle mucho, porque se vestía siempre con una elegancia refinada, y lo negro, con que se cubría por una coquetería de arte y de belleza, tenía matices de terciopelo, lucientes de raso y azabache barullos de encajes sedosos en que maravillaba la vista, descubría mundos de elegancia femenina en los mil reflejos de un color único

Por lo demás su tarea, decía ella, nada tenía de penosa. Todas sus alumnas, hijas de banqueros, de agentes de cambio, la adoraban y respetaban: más de una ocasión me enseñó un brazalete, una joya que la daban en reconocimiento de sus cuidados Fuera del trabajo no nos apartábamos nunca: no íbamos á ninguna parte. Solamente el domingo partía para Saint-Germain con el objeto de ver á su hermana, la mujer del Guarda general; con la que. desde hacía algún tiempo, había hecho las paces. La acompañaba á la estación. Volvía en la misma tarde, y con frecencia, en los días largos, nos dábamos cita en una estación del trayecto, á orillas del agua ó en los Bosques. Contábame su visita, la buena acogida de los niños, el dichoso aspecto de la familia. Alegrábame mucho todo esto por ella, privada por siempre de una familia verdadera, y redoblaba mi ternura á fin de hacerla olvidar esa posición falsa que debía hacer sufrir cruelmente á una alma de su temple

¡Qué tiempo feliz de trabajo y de confianza! Yo nada sospechaba. Tanto lo que ella decía tenía el sello de lo cierto y lo natural! No le reprochaba más que una cosa. A las veces, al hablarme de las casas á que iba, de las familias de sus discípulas, veníale una abundancia de pormenores supuestos, de intrigas imaginarias que inventaba á despecho de todo. Tan tranquila veía siempre la novela á su alrededor, y su vida pasaba en combinaciones dramáticas Esas quimeras turbaban mi felicidad Yo que hubiera querido alejarme del resto del mundo para vivir encerrado cerca de ella, me la encontraba ocupada en demasía por cosas indiferentes Pero bien podía perdonar esa extravagancia á una mujer joven y desgraciada, cuya vida había sido hasta allí una novela triste, sin desenlace probable

Una sola vez tuve una sospecha ó más bien un presentimiento La noche de un domingo no vino á dormir. Estaba yo desesperado. ¿Qué hacer? ¿Ir á Saint-Germain? Podía comprometerla. No obstante después de una noche espantosa estaba resuelto á partir cuando llegó ella, densamente pálida é inquieta Su hermana estaba enferma; había tenido que quedarse para cuidarla. Creí lo que me decía, sin desconfiar de ese flujo de palabras dosbordando á la pregunta más insignificante, oscureciendo siempre la idea principal bajo un cúmulo de inútiles detalles: la hora de la llegada un empleado muy impolítico un retraso del tren.

Dos ó tres veces en la misma semana fuese á pasar la noche á Saint Germain: en seguida, concluida la enfermedad, volvió á su vida regular y tranquila.

* * *

Desgraciadamente, algun tiempo después, tocóle á su turno caer enferma. Un día volvió de sus lecciones temblorosa, mojada, calenturienta Una flucción de pecho se declaró grave de seguida, y pronto díjome el médico, irremediable Tuve un pesar loco, inmenso Después no pensé en otra cosa sino en endulzarle las últimas horas de su vida. Esa familia que ella amaba tanto, de la que tanto se enorgullecía, yo la traería á su lecho de moribunda Sin decirla nada escribí primero á su hermana á Saint Germain, y personalmente me dirigí á la casa de su tio, el gran-rabino. Yo no sé á qué hora importuna llegué Las grandes catástrofes trastornan la vida hasta el fondo, la agitan en sus memorables detalles Creo que el buen rabino se disponía á sentarse á la mesa. Acudió azorado y me recibió en la antecámara.

—Señor, le dije hay momentos en que todos los odios deben apaciguarse.

Su rostro respetable volvíase hácia mí muy asombrado.

Continué:

—Vuestra sobrina va á morir.

—Mi sobrina! Pero si yo no tengo sobrina; os engañáis.

—Oh! señor, os lo ruego, olvidad esos rencores necios de familia. Os hablo de Mme. Deloche, la esposa del Capitán......

—No conozco á Mme Deloche. Os estais confundiendo, hijo mio, os lo aseguro

Y suavemente llevóme hácia la puerta tomándome por un mistificador ó por un loco. En efecto, debía tener un aspecto muy extraño. Lo que sabía era tan inesperado, tan terrible. Ella me había, pues, mentido. ¿Por qué? De repente vínome una idea Me hice conducir á la casa de una de sus alumnas, de quien siempre me hablaba, la hija de un banquero muy conocido

Pregunto al criado:

—¿Mme. Deloche?

—No es aquí.

—Sí, ya lo sé. Es una señora que da lecciones de piano á vuestras señoritas.

—En casa no tenemos señoritas ni piano. No sé lo que quereis decir.

Y mal humorado me dió con la puerta en las narices.

No fuí más lejos en mis pesquisas Estaba cierto de encontrar donde quiera la misma respuesta, igual contrariedad. Al entrar á nuestra pobre casita me entregaron una carta sellada en Saint Germain. La abrí, sabiendo de antemano su contenido. Tampoco el Guarda general conocía á Mme. Deloche. Además no tenia ni mujer ni hijo.

Fué el último golpe. Así, durante cinco años, cada una de sus palabras había sido una impostura. Mil celosas ideas me asaltaban á la vez, y locamente, sin tener conciencia de lo que hacía, entré á la cámara en que ella estaba á punto de morir. Todas las preguntas que me atormentaban cayeron juntas sobre aquel lecho de dolor: "¿Qué íbais á hacer el domingo á Saint Germain? ¿En la casa de quién pasábais vuestros días? ¿En donde dormísteis aquella noche? Vamos, contestadme." Y me inclinaba sobre ella, buscando hasta en lo más hondo de sus ojos aún bellos y altivos, las respuestas que con angustia esperaba; pero ella permaneció muda é impasible. Volví á hablar temblando de rabia "No dábais lecciones. He estado en todas partes. Nadie os conoce. Luego, ¿de dónde venían ese dinero, esos encajes, esas alhajas?" Ella me dirigió una mirada de horrible tristeza, y eso fué todo En verdad que debía haberla tenido consideración, haberla dejado morir en paz, pero la había amado demasiado. Los celos fueron más fuertes que la piedad. Y proseguí: "Me has engañado durante cinco años. Me has mentido todos los días á cada hora. Tú conocías toda mi vida, y yo nada sabía de la tuya. Nada...... ni siquiera tu nombre. Porque no es tuyo ¿verdad? el nombre que llevas ¡Oh, la mentirosa, la mentirosa! Decir que va á morir y que no sé con que nombre llamarla Veamos, ¿quién eres? ¿De donde vienes? ¿qué es lo que has venido á hacer en mi vida? Pero háblame pues! Dime algo."

¡Esfuerzos perdidos! En lugar de contestarme volvía penosamente la cabeza á la pared, como si tuviese temor de que su última mirada me entregase su secreto. ¡Y así fué como murió la desgraciada! ¡Muerta ocultándose, mentirosa hasta el fin!

ALFONSO DAUDET.

TABACO PERFUMADO

"The Lancet," diario inglés que se ocupa de medicina, publica un interesante artículo sobre el tabaco perfumado y sus inconvenientes.

Nuestros lectores encontrarán en este artículo explicadas en parte las razones por las cuales se nota en algunos de los cigarros y cigarrillos que fumamos un gusto más ó menos desagradable, pero que indudablemente no es el del tabaco.

Dice "The Lancet"

"Serias razones tenemos para creer que la agregación en la preparación del tabaco de productos perfumados ó aromáticos, puede ser muy perjudicial á la salud, y que este asunto merece que se le tome seriamente en consideración, teniendo en cuenta la gran cantidad de cigarrillos baratos que se venden entre los jóvenes.

Un corresponsal nos envió recientemente algunos cigarrillos anunciados como del mejor "birdseye" y cuyo precio era de 1/10 de d el ciento. Como debía suponerse, teniendo en cuenta su bajo precio, estos cigarrillos eran detestables, y tenían un gusto aromático completamente distinto al tabaco

Habiendo consultado alguno de esos libros misteriosos, aunque útiles que encierren varios miles de recetas, encontramos gran cantidad de fórmulas variadas para remediar la falta de aroma y corregir el gusto desagradable del tabaco de calidad inferior.

Para operar, he aquí los diferentes productos indicados: raíces de iris, habas de Tonka, bayas de Ginebra, semillas de cilantro, styrax, corteza de cascarilla, raíces de angélica, flores de canela, anís de China, clavo de especia, salitro, cuasia, glicerina, raís de regalíz, palo de rosa, azúcar, hojas de laurel cerezo, hojas de nogal, naranjas verdes, extracto de limón, ámbar, vainilla, bergamota, balsamina cardamomo, cubeba, sasafraz, raíz de caña, extracto de violeta, etc

No es imposible que una ú otra de las substancias de esta lista verdaderamente formidable, sobre todo si el uso del tabaco es algo excesivo, de nacimiento á más de una enfermedad.

DEDICATORIA DE UN LIBRO

Guardaremos los dos con grato empeño
Nuestra historia de amor y bienandanza,
Tú, porque he sido tu primer ensueño,
Yo, porque fuiste mi última esperanza.

Pero como eres jóven y eres pura,
Y te halagan fruiciones deliciosas
Viendo en torno á la flor de tu hermosura
Miriadas de sedientas mariposas.

Al fin alcanzarás la dicha breve
Premio divino de las almas buenas,
Y con rosas de púrpura y de nieve
Tejerás de tus nupcias las cadenas.

Después, cuando al sentir una caricia
Tiembles como al contacto de un cauterio,
Porque te advierta tu alma que se inicia
La dolorosa ruina de tu imperio;

Cuando empiece á caer en tu cabeza
La escarcha del invierno de la vida,
Y se siente á tu lado la tristeza
Y de tí la hermosura se despida;

Cuando á tu esposo, rey de la ventura,
Sol del hogar y de la vida encanto,
Lo separen de tu ávida ternura
La ausencia, el desamor ó el Campo Santo;

Cuando tus hijos sin sentirse opresos
Y sin que la conciencia les arguya,
Cambien por otras bocas y otros besos
Los besos fríos de la boca tuya,

Verás como es la dicha ave que tiene
Delirio por la luz y por las flores......
Con la brillante primavera viene
Y con ella se va, cantando amores!

Y te refugiarás con duelo impío
De tu aposento en la desierta calma,
Y sentirás el espantoso frío
De la espantosa soledad del alma.

Y entonces este libro, tierna historia
De mi pasión inextinguible y pura,
Te aliviará trayendo á tu memoria
Nuestros días de paz y de ventura.

Y en tu alcoba será, junto á tu lecho,
De tus vigilias único testigo,
Y apretándolo á veces en tu pecho
Te dormirás y soñarás conmigo.

Javier Santa María.

La Duda.-Ultimo drama de Don José Echegaray

(Impresiones del actor Enrique Labrada)

Instantáneas tomadas por los artistas de «El Mundo»

Este final es el más delicado — Escabroso, escabrosísimo. . — Pero qué talentazo el de Don José!

En el público, asombro, frenesí, aplausos.... — Pero la prensa va á reventarlo ¡y no lo ha de reventar! — ¡Pues que lo reviente!

El asesinato de Emin Pachá

Acaba de aparecer en Berlín una biografía del célebre esplorador de Africa Emin Pachá escrita por Mr. Georges Schweitzer su ejecutor testamentario y tutor de sus hijos. El biógrafo ha aprovechado para su labor, el diario intimo, las cartas y aún las notas sobre asuntos científicos del viajero. A esta biografía pertenecen los siguientes detalles inéditos de la muerte trágica de Emin Pachá.

El explorador se encontraba en el territorio del principillo Kinena y había dirigido una solicitud á otro jefe, Kibongo, para obtener el derecho de pasar por sus tierras. Kibongo concedió la autorización pero por trasmano hizo llegar á Kinena otra carta en que le ordenaba diera muerte al explorador ene y fecto, tan pronto como recibió la carta de Kibongo, Kinena tomó consigo algunos de sus guerreros y vino al alojamiento de Emin Pachá que estaba ocupado en escribir, y rodeado de varios objetos que debían servirle para sus estudios zoológicos y arqueológicos, teniendo á su lado algunos hombres de su guardia.

Kinena le presentó de pronto la carta de Kibongo en que se le concedía el derecho de transitar por su territorio y le propuso que enviara á sus soldados á la plantación que está á una hora de camino, para que trajeran plátanos y les aconsejó que llevaran sus armas para que tuvieran á raya á las mujeres que estaban trabajando en los campos Después de la partida de la escolta de Emin, manifestó que con sentimiento la había visto partir. De repente á una señal de Kinena, dos de sus hombres, Ismaïli y Mamba que se encontraban cerca de Emin le asieron por ambos brazos; y el explorador sorprendido les preguntó qué intentaban.

Kinena lo vió y le dijo:

—Pachá. vas á morir.

Emin gritó con cólera:

—¿Qué significa esta broma? ¿Qué quiere decir esta farsa y por qué se me retiene de los brazos? ¿Con qué fin me quieres matar y quien eres tú para ordenar la muerte de un hombre?

Kinena, respondió

—Yo no he dado esa orden: la he recibido de Kibongo, mi señor, y la bebo ejecutar.

Tres negros de la Comitiva de Kinena vinieron á reforzar á los dos que contenían á Emin y á impedirle que tomara su pistola de sobre la mesa. Todos los esfuerzos del desgraciado para defenderse fueron vanos, pues los salvajes lo mantuvieron clavado á su silla.

—Vamos, Kinena, dijo al fin. En esto debe haber alguna equivocación porque ya has visto que Kibongo me escribe que puedo ponerme en camino y me ofrece guías que me conduzcan hasta su presencia.

Kinena sin inmutarse contestó;

—Pachá si sabes el árabe, lee.

Y le puso ante los ojos la segunda carta de Kibongo.

Emin la leyó, comprendió que Kinena obedecía una órden superior y exhalando un profundo suspiro dijo:

—Bueno: puedes matarme, sí, yo soy en este momento el único hombre blanco que hay en este país; pero dices bien aún quedan en el mundo muchos hombres blancos. y ellos todos, vengaran mi muerte.

Emin no manifestó ni el menor espanto.

A un nuevo signo de Kinena el Pachá fué levantado de su silla y tendido de espaldas en el suelo. Dos hombres le sugetaban de las piernas; otros dos de los brazos; Ismaïli le tomó la cabeza y Maroba lo degolló. Emin no se defendía: su cabeza fué derribada y casi separada del tronco, su sangre bañó á sus asesinos; murió...... Todavía le conservaron los salvajes por algunos minutos en esta postura: después se fueron dejándolo abandonado

Mas tarde Maroba vino á acabar de desprender la cabeza del cuerpo y Kinena la puso en una caja para enviarla á Kibongo como prueba irrecusable de la puntualidad con que sus órdenes fueron ejecutadas.

Como es ya bien sabido, después de este horroroso atentado las tropas del Congo recibieron órden de tomar por asalto los caseríos de los Niangrés y de los Kassongos y de recobrar los equipajes de Emin Pachá y sobre todo sus papeles. Cuando se capturó á los asesinos, Kibongo logró escapar; pero se lanzó sobre sus huellas al capitán Lothaire y finalmente Kibongo, traicionado por un hombre de su comitiva fué entregado á los blancos.

El Capitán Lothaire lo hizo juzgar en Consejo de guerra y confesado que hubo su crimen, se le fusiló.

Así quedó cumplida la predicción de Emin Pachá. Los blancos vengaron su muerte.

DOÑA LUCIA

Entre mis antiguos recuerdos, recurro ahora á uno que data de época muy distante, cuando era yo niño todavía y que muchas veces ha despertado al calor del sol de la Provenza.

Y vuelvo á ver la vieja casa que habitamos entonces en una ciudad del Oeste, el corredor del primer piso donde leía yo el *Quijote* y la espaciosa escalera de piedra desde la cual espiaba el paso de los inquilinos del piso bajo. Estos estaban muy recien venidos. El marido, un grave señor llamado Pascal dirigía una fábrica en la vecindad y á lo que recuerdo era hombre de unos cuarenta años, brusco, rechoncho, de aliento entrecortado y aspecto vulgar. La señora de Pascal, ó Doña Lucía como se la llamaba familiarmente, hacía contraste con su esposo: joven, viva, inquieta, era Provenzal en toda la extensión de la palabra y tenia una vocecita que sonaba como música al salir de sus labios encendidos y que se harmonizaba de un modo grato con sus ojos oscuros su tez mate y sus cabellos negros y rizados. El marido estaba ausente todo el día y la joven permanecía sola en su departamento, presa seguramente de la nostalgia en esa fría provincia en que el sol se muestra tarde y con daño y en la que parecía fastidiarse de firme.

A veces por alguna puerta entreabierta la distinguía yo, tendida en un sillón, hojeando maquinalmente algún libro, ó extendiendo los brazos en actitud de enervamiento.

A pesar de su aspecto de tristeza, esta morena meridional escitava singularmente mi curiosidad, y la encontraba linda, atractiva, con ese encanto particular que reviste para los niños una persona venida de países desconocidos; por eso me estacionaba constantemente á su puerta, con el afán de verla en el más leve descuido.

Al cabo de algunas semanas mi conducta indiscreta llamó la atención de Doña Lucía; y como no tenía hijos y como se fastidiaba, la divertían mis travesuras y poco á poco me fuí convirtiendo en su favorito, hasta el punto de que cada vez que entraba á su casa me tenia reservada alguna golosina. Me hacía hablar y probablemente mi charla la distraía, pues no dejaba nunca de llamarme al volver de la escuela y hasta obtenía de mi familia que pasara yo á su lado los jueves que eran mis días de asueto.

Estos si que eran días encantadores y que mi corazón los aguardaba con impaciencia! Almorzábamos juntos en el estrecho comedor cuya ventana cubierta por enredaderas caía á un jardín. La vecina era delicada de paladar y se hacía preparar platillos del Mediodía cuyo sabor especial y extraño halagaba más á mi imaginación que á mi gusto. Pero me encantaba ver las extremosas señales de gula conque mi amiga saboreaba su cocina exótica. Colocado frente á ella, me extasiaba con su gracia y gentileza cuando manejaba el cuchillo y el tenedor, con sus labios rojos como guindas sangrientas, y con sus pestañas negras, tan largas que le sombreaban las mejillas. A un lado de la boca tenía un pequeñísimo lunar oscuro que desaparecía en un hoyuelo cada vez que se reía; llevaba en el brazo izquierdo un brazalete del que pendían un medallón y un per fumero que campanilleaban á tiempo que se movía; y todos estos pequeños detalles me tenian hechizado.

Después de almorzar volviamos á la pieza contigua que hacía oficios de sala y de tocador y en la cual había un piano. Ella se extendía en un sillón sin cuidarse de cubrir sus pies pequeños y lindos y me permitía sentarme á su lado en tanto que leía alguna de las novelas que eran de sensacion en aquella época: *Matilde, El Caballero de Armentol ó Las Memorias del Diablo.*

A veces suspendía su lectura, se estiraba lánguidamente y dándome un beso suspiraba;

—¡Oh! Cuánto me fastidio; cuánto me fastidio!

No sabía yo qué decir para consolarla; pero para mi interior, encontraba deliciosa esta manera de manifestar su hastío y deseaba que se descorazonara con más frecuencia para saborear las caricias arrancadas á su disgusto.

II.

Con gran amargura para mí al mes siguiente la vecina pareció fastidiarse mucho menos: sus ojos se habían iluminado y su manera de andar era más firme y rápida; abría á cada momento el piano y cantaba expontáneamente aires sentimentales.

Al mismo tiempo me pareció observar que su ternura hácia mí se entibiaba lentamente y que ocupaba ya un sitio menor en su afecto; á poco noté que casi no me hacía caso, y un secreto despecho se apoderó de mí.

Un jueves, al entrar al tocador, hallé instalado en el sofá, justamente en mi lugar preferido á un señor que yo no conocía; un joven de cabellos oscuros y largos que le caían en bucles por el cuello. Tenía el color amarillento, la barba sedosa y crespa, el traje muy entallado y el aspecto melancólico y sombrio. Doña Lucía, sentada al lado de este hombre parecía muy interesada en su conversación; al verme, se levantó, tomó un album del velador y poniéndolo en mis manos me dijo:

—Buenos dias, chiquitín, toma; instálate con juicio en un taburete y diviértete viendo las estampas.

Volvió en seguida cerca del señor que le preguntó distraidamente acariciando su barba crespa:

—¿Quién es este sinapismo?

—Es, respondió ella, un vecinito muy guapo, y nada embarazoso.

Me mortificó mucho oír que me llamaran «sinapismo» por un desconocido que venía á alterar nuestras dulces entrevistas y le tomé en el acto una gran ojeriza; al mismo tiempo quedé poco satisfecho de la recepción que me hizo Doña Lucía; y aunque en verdad había declarado que era yo muy guapo, también añadió que no era embarazoso y esta manera de ocuparse de mi me hería en el amor propio al disminuir la importancia que en mi fuero interno juzgaba tener.

Agachado en mi rincón como favorito en desgracia, fingía leer pero toda mi atención estaba ocupada en atrapar algo de la conversación de ese intruso de cabellos largos con mi hermosa vecina. Desgraciadamente lo que decían más era cuchicheado que articulado con claridad.

De tiempo en tiempo sorprendía algunas palabras que se les escapaban por descuido. «Tristeza sombría.... soledad del corazón,.... atracción de las almas.... adoración apasionada....» Todo esto era hebreo para mí, pero hebreo que sonaba muy desagradable á mis oidos.

Al fin el señor que doña Lucía llamaba Rodolfo se despidió, ella le tendió las dos manos que fueron largo tiempo estrechadas y luego bruscamente se inclinó el hombre, y la besó. Cuando se fué ví que doña Lucía levantó un extremo de la cortinilla y lo siguió con los ojos hasta que desapareció al volver la esquina de la calle. En seguida vino hacia mí y se apercibió de mi pena,

—¿Qué tienes, chiquitín? me preguntó atrayéndome junto á ella en el sofá.

—Qué no me agrada ese señor que me llama «sinapismo» y que frota sus barbas contra la cara de usted.

Ella se ruborizó y luego rió á carcajadas.

—¡Cómo! ¿Estás celoso? murmuró. Vea usted al picaruelo! Oye, prosiguió acariciándome: el señor Rodolfo es del mismo país que yo y hemos tenido mucho gusto volviéndonos á ver. Cuando vuelva, trátalo con afecto, y sobre todo, si quieres que sigamos siendo buenos amigos, no hables de él á nadie, pero á nadie ¿lo entiendes?

III

La obedecí y no revelé palabra de las visitas del señor de la barba crespa, no por consideración á este personaje cargante que detestaba con todo mi corazón, sino porque el temor de ser arrojado de la casa de doña Lucía ponía una mordaza á mis impulsos de charlar.

Todos los jueves encontraba yo al inevitable señor Rodolfo instalado en el tocador, y cuchicheando desmayadamente con la hermosísima señora de Pascal. A veces ella se sentaba al piano y él en pié á su lado, con una postura melancólica, cantaba haciendo vibrar las erres de las canciones que estaban por entonces en boga. Con la mano sobre el corazón, el aire tétrico, la cabellera flotando al aire libre, emitía las notas altas poniéndose en puntillas y devorando con ardientes miradas á la pianista que parecía cautivada por el encanto de su voz.

Comunmente al hojear en el atril de la música sus manos se encontraban, y yo creía sorprender furtivos apretones que me llenaban de rabia. Mi presencia debía ser cargante para el señor Rodolfo, porque de vez en cuando me lanzaba miradas provocativas y con una pantomima expresiva pa-

recía solicitar que se me despidiera pero Doña Lucía no se apresuraba á proporcionarle ese placer. ¿Me quería conservar allí como un elemento de respeto que la contuviera lo mismo que á su compatriota, ó para evitar las sospechas de fuera y cubrir las apariencias?

No lo sé. Pero siempre me invitaba á continuar mis visitas, y á despecho de las opresiones de corazón que me causaban las asiduidades del cantor de romanzas, por nada de esta vida habría dejado de concurrir los jueves á la casa de mi encantadora vecina.

Sin embargo, cierta semana de Julio fuí amenazado de quedarme sin mi placer hebdomadario. No se porque razón, puesto que yo era muy cumplido y aplicado, el Director de mi colegio anunció que el asueto de los jueves me iba á ser excepcionalmente suprimido y que en esos días quedaba en la obligación de concurrir á las clases como en todo el resto de la semana.

Esta decisión que contrariaba mis proyectos y alteraba mis costumbres me pareció odiosamente arbitraria, pues no podía resignarme á la idea de que al día siguiente solo el señor Rodolfo tendría el privilegio de pasar la siesta en casa de Doña Lucía, en tanto que yo me retorcería en la escuela de celos y de coraje. En consecuencia, para mi fuero interno resolví dejar á mi familia ignorante del tiránico capricho del Director y pasarme mi jueves como de costumbre. Imponiendo pues silencio á mis escrúpulos, que no fueron por cierto ni muchos ni muy tenaces, me tomé con audacia mi día de asueto y me encaminé á las habitaciones de la vecina.

Me acuerdo que el tiempo habia estado muy pesado y que las densas nubes, desde por la mañana amontonadas, descargaron al fin en una lluvia torrencial de tormenta.

En el momento en que llegaba al primer piso me enredé entre las piernas del señor Rodolfo que salía de casa de la vecina con los ojos espantados y los vestidos en desorden. Pareció no haberme visto y se lanzó precipitadamente á la calle.

—Tendrá miedo á la tempestad, pensé ingenuamente y corre á búscar su paraguas.

Muy contento de haber quedado libre de aquel odioso personaje entré con prontitud al interior de la casa, y allí también el tiempo estaba tempestuoso. Una voz encolerizada bramaba; y al abrir la puerta ví al señor Pascal en pié y con los brazos cruzados ante su mujer. Ese hombre grande y gordo, parecía agitado por una viva emoción; su cara ordinariamente roja había palidecido; sus labios temblaban y fruncía con coraje el erizado entrecejo. Abatida, abrumada, hundida en el sofá, Doña Lucía, con la cabeza entre las manos, sollozaba......

Yo me detuve despavorido en el dintel y habiéndose fijado el señor Pascal en mí, me dirigió una mirada furibunda y me gritó brutalmente:

—Fuera.... fuera de aquí!!

No acerté ni aún á moverme; el terror me tenía inmóvil y con la boca abierta. Entonces Doña Lucía separó sus manos (su cara me pareció la de una loca) y con voz quejumbrosa me dijo:

—Vete.... chiquitín. ..déjanos!

Salí muy pálido á mi vez, y todavía por largo tiempo, mientras subía poco á poco la escalera, estuve oyendo el retumbar de la impetuosa voz del señor Pascal. Pasé lleno de angustias todo el resto de mi jueves y por la noche estuvieron interrumpiendo mi sueño horrorosas pesadillas. Lo peor fué que al día siguiente tuve que volver á la escuela donde sufrí una tremenda reprimenda y se me tuvo encerrado y á pan y agua por todo el día.

Pero yo no me afligía por eso de un modo muy profundo, pues mi castigo me elevaba ante mis ojos á la categoría de mártir y lo soportaba yo en actitud caballeresca pensando en que sufría persecusiones por el amor de Doña Lucía.

Por la tarde, cuando volví á casa muy hambriento, ya todos estaban á la mesa; y al servirse la sopa mi tía díjo con naturalidad y brillándole mucho los ojos.

—Hay novedades! ¿No saben ustedes lo que le há pasado al señor Pascal?

—¿Qué? preguntó mi padre.

—Su esposa se ha fugado con un pariente del Director del Colegio....un tal Rodolfo.

—Siempre me imaginé, dijo mi madre, que esta Doña Lucía acabaría mal: era muy coqueta. Pero....¡ay, Dios mío! que tiene este niño?

Yo acababa de caer de mi asiento, como si me hubieran clavado un puñal en mi corazón.

Quince días me duró la fiebre; y en el delirio solamente veía á Rodolfo disfrazado, con las barbas rasuradas y el pelo corto, viajando por el mar en un buque muy grande y á su lado, más bella que nunca, Doña Lucía con los ojos irradiando de felicidad.

Después no volví á oir hablar de la vecina y no sé lo que ha sido de ella. Pero más tarde al pasar los años, después de estos inviernos que han arrojado su ceniza gris sobre aquella aventura de niño, hallo siempre en mi memoria la tentadora figura de Doña Lucía, su fáz pálida, sus ojos oscuros y traviesos, sus cabellos negros y rizados, los hoyuelos que se le hacían al reír y su encantador acento provenzál. Doña Lucia sale de la bruma de los recuerdos como esos cuadros del pintor Bernard cuyas cabezas, exquisitamente sugestivas, emergen de un fino vapor de tintas nacaradas y se ven con ese encanto indefinible que solo hay en el mundo de los sueños.

Andrés Theuriet

¡GLORIA!

Los últimos tintes del crepúsculo dando á las cumbres de la cordillera lejana color de hoguera intensa, comenzaban á desaparecer.... La tarde había sido triste y tempestuosa, el viento no había cesado, y ya cuando el día agonizaba lució un poco el sol que se ocultaba no bien aparecido, y que esfumaba en el fondo de aquel melancólico celaje las últimas tintas del crepúsculo.

En la aldea todo era triste y melancólico también y en la pequeña ermita que junto á la aldea alzaba sus blancos muros y su escueto campanario, entre riscos y breñas, el silencio era sepulcral......

En el reducido huerto de la ermita el único habitante de ésta, el anacoreta que en ella vivía, sentado en un ribazo, dirigía sus ojos llenos de tristezas é impregnados de dolor á aquel punto en que el día expresaba las convulsiones últimas de su existencia, á aquel sitio del horizonte en que moría, lanzando sus postres chisporroteos, la luz del sol.... ¡Cuán hermoso aparecía en aquel instante el firmamento!...... ¡Y más que esto, cuán inmenso se percibía en aquel momento el supremo poder de Dios!...... Terminaba aquel día, triste, melancólico, lleno de sombras de infinita nostalgia, y las notas todas de la Naturaleza se combinaban misteriosamente para expresar un pesar y una agonia que parecían existir en todo, en las nubes que ocultaban el tono celeste y purísimo del firmamento; en las flores que, tronchados sus tallos, se inclinaban, mustias y marchitadas, acercando sus pétalos á la tierra; en el aire que, quebrándose entre las hojas, murmuraba tristísimas melodías; en las aves que surcaban en el espacio en busca de un asilo, sin lanzar un trino ni un gorgeo; en las notas todas de la creación que, como obedeciendo á un misterioso llamamiento, parecían decirse y decir á los demás: «Silencio.... Jesucristo ha muerto! Era efectivamente aquel día, que tan triste y melancólico espiraba, el día de Viernes Santo.

El religioso habitante de la pobre ermita era un anciano de luenga y blanca barba, de aspecto dulcísimo y de tranquila mirada Teníanlo en aquel pueblo, junto á cuyos muros elevaba los suyos la ermita, teníanlo, digo, en opinión de santo; y á fe que parecíalo por su aspecto, porque solo de un iluminado por la divina y redentora gracia podian ser aquellos modales de religiosa mansedumbre, aquel reposado y tranquilo bienestar que inundaba su ser sin duda alguna, y que lleno de unción y de felicidad, asomábase á sus pupilas, dando á sus ojos expresión sublime de suprema dicha.........

Allí—como antes decía—sentado en un ribazo del pequeño huertecito, mudo y absorto en la contemplación de aquella última y tristísima armonía de la naturaleza, el buen ermitaño oraba......Su imaginación no estaba, empero, con él ...... Su espíritu totalmente desligado en aquel instante de la humana envoltura, vagaba por el espacio, y vagaba persiguiendo una idea fundada en la contemplación del supremo dolor de la sublime agonía de aquel Dios tan bueno, que tomando hechura carnal y forma terrena, había muerto vilipendiado, escarnecido, coronado de espinas, clavado en una cruz bajo cuyos abiertos brazos había quedado establecida la religión sublime del corazón y del espíritu la más santa, la más perfecta, la más hermosa de todas las religiones.

En aquel punto mismo y en aquella misma contemplación le sorprendió la noche, y, aunque ésta fué húmeda, fría y lluviosa, no se movió de allí. Su blanca y abundante barba, destacábase magestuosa sobre el tono obscuro de su burdo sayal, y le daba, realmente, en aquella silenciosa y recogida actitud el aspecto de un aparecido...... No dejó su imaginación de vagar por el espacio persiguiendo aquella idea, y sus labios murmuraron débilmente una oración......... ¡Entre sus brazos sostenía un crucifijo, que estrechaba contra su pecho!

....

. .. .

Cuando, por el opuesto lado del horizonte, comenzaban á surgir, teñidas de ópalo de rosa, las primeras emanaciones de la aurora, y el día asomaba tibiamente por entre los perfumados cortinajes de la mañana, aún seguía allí, en el mismo punto y en la actitud misma de contemplación, el pobre religioso habitante de la reducida ermita

Sus ojos, fijos, inmóviles, dirigíanse al mismo sitio; á aquel sitio en que el día había agonizado envuelto en los melancólicos tintes del crepúsculo. Parecía petrificado.

...Algunas horas después, las campanas de la aldea movieron sus lenguas de metal bulliciosamente, como locas muchachuelas á quienes, tras el obligado silencio de dos dias se las permite hablar á su antojo, anunciando la resurrección de Cristo....¡Tocaban á Gloria! Muy luego escuchóse en la aldea rumor de tiros y de alegre algazara....Sólo el pobre ermitaño continuaba inmóvil, sentado allí sobre un ribazo de la pequeña huertecita....

....Hubieron de notar algunos vecinos de la aldea

que la campana de la ermita no había tocado á Gloria, y se dirigieron á aquella, encontrando en el sitio que ya conocemos al infeliz ermitaño ¡Estaba muerto, aprisionando contra su pecho la imagen del Crucificado!

Grande fué la sorpresa de los vecinos al hallarle así, y más grande cuando sintieron, sin que nadie la impulsara, voltear alegremente la pequeña esquila de la ermita y vieron surcar el espacio una forma blanca batiendo las alas y diciéndoles:

«¡Ahí os dejo el cuerpo del ermitaño; no busqueis su alma, que va conmigo, porque Dios quiere que en este día entren con él en el cielo los buenos, los humildes, los resignados, los prudentes, los que han sabido imitarle en la tierra!»

RAFAEL SOLÍS.

La deuda de las naciones

El *Pall Mall Gazette*, de Londres, publicó hace poco una tabla en la que aparecen las deudas de las dieciocho naciones principales durante los últimos veinte años. En 1876 las deudas mayores eran las siguientes: la de Francia. $ 4 500 000 000; Gran Bretaña, $ 3,900 000 000; Estados Unidos .... $ 2 400 000 000; Italia. $ 1 950 000 000; Austria Hungría. $ 1 910 000 000; España................ $ 1,875 000 000; Rusia, $ 1 700 000 000, y Alemania, $ 1,000 000 000

Con excepción de seis, todas las naciones de alguna importancia han aumentado su deuda durante los últimos veinte años Las que se exceptuan son: Gran Bretaña, Estados Unidos, España, Alemania, India y México. En 1896, el orden de las deudas había cambiado notablemente. Francia continuaba figurando á la cabeza con una deuda dos veces mayor que la de cualquier otra nación, y luego le seguían la Gran Bretaña, y Austria Hungría, Italia, Rusia y España Estados Unidos, que era la tercera, pasó á ocupar el séptimo lugar, y las colonias de Australia subieron del décimo sexto grado al octavo cambiando su puesto con Alemania, que pasó del octavo al dieciseisavo. Mexico que era la décima quinta en la lista, pasó á retaguardia y el Canadá avanzó un paso en el sentido inverso En la lista de 1896 figuran algunas naciones que no estaban en la de 1876 Así, por ejemplo, la Argentina y el Japón son las que figuran en el último puesto, en sustitución del Canadá y de México Las naciones cuyas deudas han crecido más son: Francia, $ 1 900 000 000, Austria Hungría, $ 1 120 000 000, Rusia, $ 800 000,000; Italia, $ 620.000,000 y Australia. $ 845 000,000. Las naciones cuya deuda mermó durante esos veinte años, son: Estados Unidos, con $ 955.000 000; Gran Bretaña, $ 675 000,000; Alemania, $ 575 000,000; España,. $ 110.000,000. La deuda de esta última nación ha crecido considerablemente desde 1896 en adelante.

EL VAPOR EN LA ANTIGUEDAD

Cuenta la historia que el vapor se conoce desde tiempos muy antiguos, sin embargo de que no se utilizó como fuerza mecánica hasta hace comparativamente muy poco. Doscientos años antes de Jesucristo, Hero construyó una máquina que, aunque bastante ingeniosa, no tuvo aplicación en la práctica Su forma era la de una esfera metálica hueca, provista de dos tubos laterales encorvados hacia lados opuestos y provistos de una pequeña abertura en la punta. En esta esfera se echaba un poco de agua y, calentándola, el vapor salía por los tubos con fuerza suficiente para hacerla girar sobre el eje en que estaba montada. El mismo individuo inventó también un mecanismo para abrir las puertas de los templos sin que nadie las tocara lo cual servía á los sacerdotes paganos para hacer más imponentes sus ritos religiosos Ese mecanismo se componía simplemente de cilindros con sus émbolos ocultos bajo las puertas y unidos á éstas con cuerdas secretas que las abrían al aplicarles el vapor. Como nadie sabía el por qué del misterio, la gente supersticiosa creía que las puertas se abrían por la voluntad de Dios y se postraban delante de ellas en prueba de sumisión. Los mismos sacerdotes se sirvieron también del vapor para hacer á las beldades parecer furiosas. Al efecto, las imágenes que eran de metal, tenía dentro una vasija de agua y, calentando ésta, el vapor les salía por los ojos, las narices, la boca y los oídos, lo cual indicaba que los dioses estaban ofendidos y era necesario captarse otra vez su buena voluntad á fuerza de ofrendas y oración—principalmente las ofrendas. Felizmente para aquellas gentes, la extraña manifestación de ira divina cesaba cuando las deidades habían hecho un buen acopio de dinero, corderos ó cereales y entonces se celebraban fiestas en prueba del regocijo de que todos participaban.

El primero que logró utilizar prácticamente el vapor como fuerza mecánica fué James Watt, quien ya de muchacho tuvo la curiosidad de averiguar por qué se formaba agua en una taza poniéndola invertida sobre el pitón de una tetera, y sirviéndose después de sus vastos conocimientos de física, química y filosofía ideó la primera máquina de vapor. La prueba de la fertilidad de su ingenio la tenemos en que, no pudiéndo utilizar en su máquina el manubrio porque los planos que hizo para ellos le fueron robados y otro sacó patente por la idea, ideó el movimiento llamado en mecánica de "sol y planeta," que es el que aplicó á la rueda motriz de su máquina. También es de su invención el "movimiento paralelo" otro de los más ingeniosos que se conocen todavía. De la máquina de Watt á las que hoy se construyen hay enorme diferencia, es verdad, pero el principio en que la construcción se basa es prácticamente el mismo en una que en otra, pues todo lo que han hecho los inventores modernos es perfeccionar los detalles que él dejó en estado rudimentario Ese principio ideado por Watt es el mismo que Stevenson aplicó á las locomoras, Fulton y Bell á las máquinas marinas y Corliss á las estacionarias modernas.

El servicio que la aplicación del vapor á la mecánica ha prestado y está prestando á la humanidad es incalculable. En 1877 el vapor hacía solo en Inglaterra el trabajo de 400,000,000 de hombres y, si esto sucedía cuando la mecánica estaba todavía en su infancia, qué será hoy cuando su influencia se hace sentir en todas las ramas de la industria y en todas las ocupaciones del hombre? En efecto, el vapor lo invade ya todo: gracias á él se ha puesto en la más íntima comunicación á todos los pueblos de la tierra; á él se debe que el mundo entero constituya una sola familia; él ha sido el libertador industrial del siglo en que vivimos; y gracias á él el individuo más pobre goza de comodidades y ventajas con que nunca hubieran soñado los más ricos de los tiempos antiguos. El vapor es, en resumen, uno de los principales agentes de la moderna civilización y las máquinas en que el se utiliza las más útiles que el ingenio humano ha podido idear.

Carro alegórico en Laredo, Texas, con motivo de las fiestas del aniversario del nacimiento de Washington.

Sra. Consuelo López de Solano
Actriz Dramática del Teatro Arbeu

EN UN ALBUM.

Arranco á mi dolor el pensamiento
Que me pides te escriba en esta página,
Son el talento y la virtud alfombras
En que se limpia el lodo la canalla.

GERVASIO MÉNDEZ.

EL ARGENTAURO.

Como hemos venido siguiendo en *El Mundo Ilustrado* el proceso del Argentauro, no nos parece fuera de propósito estractar lo más interesante que en su número de 19 del pasado, dice sobre el particular *La Nature* de París.

La opinión de la mayor parte de los hombres de ciencia es desfavorable al descubrimiento de Mr. Emmens, y contribuyen á desacreditarlo las vehementes publicaciones en que sin dar la clave del secreto el *Argentaurum Syndicate* defiende su causa. Llega esta corporación, por defenderse de quienes la combaten, hasta á ofrecer premios por obras que tiendan á demostrar los errores en que han caído los sabios más eminentes de nuestros tiempos.

Abstracción hecha de todas esas disputas, nosotros nos vemos en presencia de hechos afirmados por testigos que no pueden haber sido mistificados y según los cuales, se ha llegado á extraer de la PLATA MEXICANA tratada por procedimientos particulares un metal que tiene todas las propiedades del oro.

Admitiendo la exactitud de este hecho, no debe suponerse que preexista el oro en su estado habitual en la plata de México, porque en este caso lo natural era que se le sacara antes de la fabricación de los pesos fuertes

Podrá ser imprudente afirmar la imposibilidad de la trasmutación de los metales; pero hasta ahora no parece que la ciencia haya alcanzado el punto en que tal transformación pueda verificarse con esperanzas de éxito

Sin embargo: queda una hipotesis por examinar.

"Es posible que el oro se encuentre en la plata mexicana bajo una forma alotrópica todavía desconocida.»

No se negará la posibilidad de esto si se recuerda que durante más de un siglo el argon ha sido confundido con el ázoe y las formas alotrópicas de la plata no se descubrieron sino en estos últimos años

No sería pues, muy difícil admitir que el oro pudiera poseer una forma alotrópica tan parecida á la plata que hubiera podido escaparse á causa de que nada atraía la atención sobre su existencia.

En esta dirección es en la que parece se podrían conciliar más fácilmente, las afirmaciones del Dr Emmens con el conjunto de hechos que son conocidos en la actualidad

MALA COSTUMBRE

La costumbre de los jugadores de mojarse frecuentemente los dedos mientras se reparten las cartas ó en el transcurso del juego, cuando las *roban*, no puede ser más perniciosa, si hemos de creer lo que dice el doctor Rappon.

Este sabio dedicado en su laboratorio de Nantes al estudio químico de las cartas, ha observado en ellas la existencia de microbios productores de la tuberculosis.

Según el doctor Rappon, cada carta contiene 1,160 bacterias por centímetro cuadrado. ¡Un verdadero horror en toda la baraja!

Figura central del carro alegórico

PAGINAS DE LA MODA

CAPOTA CYRANO

LECTURAS PARA LAS DAMAS

UN CIMENTERIO DE INSECTOS.

Á EMILIA.

Voy á conducirte mi dulce amiga á un lugar desconocido, limitado, pero lleno de belleza y atractivo; es un cimenterio poblado de cadáveres insepultos, sin fosas, sin túmulos, y en que los muertos parecen sumergidos en un sueño de ventura y delicias.

Nada de flores ni de cipreses, ni de laureles: nada de cruces ni de inscripciones, ni cantos, ni ruidos, ni lágrimas ni sollozos. En este lugar los cadáveres son incorruptibles y sonrien cubiertos de mantos lumi mosos que los rayos del sol acarician. El sepulturero no está obligado á cavar la tierra para esconder los despojos de la muerte, ni la vanidad ha tenido que esculpir el marmol para conservar la memoria de séres amados, ni la campana funeral toca la última hora de agonía, primera de la Eternidad.

La mortaja de estos séres es el mismo velo de nupcias con que ellos vinieron al mundo, cuando al soplo del amor la sávia alimentó sus corazones, el deseo brilló en sus ojos, y en pos de la dicha, vagaron por los valles y por los collados, y por los rios y por los bosques, y saludaron al sol naciente, y aspiraron al aire perfumado con que los invitaron las flores del desierto.

Posáronse sobre la maleza húmeda y sobre el cedro encanecido por los siglos, bebieron néctar, fertilizaron las flores, y artistas ú obreros de Dios, trabajaron para el hombre. Volaban alegres llenando el aire con sus murmullos, y del valle á la colina, de la cima al precipicio, condujeron sus linternas, estrellas de los bosques. Tuvieron por patria el océano aéreo; por piloto, la luz; y en su vida de amor, edificaron púrpura y seda, laca, cera y miel. Volaban, y cuando ufanos de su belleza y poderío enamoraban al sol y cantaban á la libertad, tropezaron con el hombre, que esclavo de sus pasiones, los hizo prisioneros y los encadenó á un potro de tormento.

Al instante principió á agostarse la sávia que los nutría, el aire que ellos agitaban; sintieron paralizada el ala, inmóvil el cuerpo, y contemplando en su agonía la naturaleza fecunda, murieron de sed y de hambre, de cansancio y de fatiga.

Abre, niña, la puerta de este cimenterio que te envío, y encontrarás á sus moradores tendidos, mudos, impasibles pero ataviados todavía con los colores del íris con que ellos saludaron la vida y el amor.

Que contraste entre cimenterio que cautiva el alma enamorada, y este otro cimenterio en que los despojos de la carne tienen que esconderse bajo la tierra, para no ahuyentar la humanidad dolorida......!

¿Por qué la mujer que tiene del ángel el pudor, del cielo la belleza, y que es de Dios por la abnegación y el sacrificio, tiene que sufrir esta ley terrible al descender á la tumba? ¡Qué abismo entre el velo de nupcias con que recatada, tímida, pudorosa se presenta un día ante el altar como un ángel del cielo, y esa mortaja blanca con que más tarde marcha al sepulcro, corrompiendo á su paso el aire que antes perfumaba......!

No así el insecto que nace rico de colores y de amo-

SOMBRERO DE PIBRAC.

ríos, y que desciende á la tierra envuelto en su velo de piedras preciosas que reciben los besos del sol. Y sin embargo, la mujer y el insecto son hermanos, como el insecto, ella viene al mundo en su crisálida de seda y oro, que es la infancia inconstante, atolondrada, impaciente, vaga más tarde como el insecto; es porque la libertad la estimula, la emoción la agobia, el deseo la precipita al través de los floridos días de su juventud. Sin saber como, llega una mañana á posarse sobre las ramas del árbol que cautiva sus miradas, y una fuerza misteriosa la detiene......... ha sentido, no el amor locura, inconstante y fugaz como la luz; sino el amor apacible, sublime, hijo del sentimiento y de la fé: es el insecto que ha dejado la vida de nómade para continuar en la vida de artista, y el arte es la vida en la historia de la mujer.

Como el insecto, ella ama entonces la naturaleza y la familia: es la abeja del hogar.

Perezosa ó activa, sufrida é intolerante, generosa y egoista, frágil y fuerte, terrible, sublime, angelical, apaga á cada instante la antorcha de sus deseos, de sus vanidades, de sus esperanzas y sueños; más es para fundirla de nuevo y encenderla al fuego de su casto amor y marchar triunfante al sacrificio.

Es entonces previsora como la hormiga, artista como la abeja, constante como el bombix, perspicáz como la araña, y aun picante y cruel en su defensa, como la avispa. Llora, rié, gime, sufre teme y espera, recorre toda la escala de sus deseos, pero siempre digna y altiva contemplando la naturaleza, que es su trono, la luz, que es el espejo de su alma la abnegación que es su gran virtud, y el amor que la hermana con los ángeles.

Sí, el insecto y la mujer son hermanos. El uno abandona su crisálida al nacer, y sigue las evoluciones de la luz y del aire, siempre bello, siempre sublime, armonioso, para continuar después viviendo en la muerte, en su tumba de cristal. La otra sufre su metamórfosis, no en la cuna sino en el ataúd: Al cerrar sus párpados, al marchitarse la rosa de sus mejillas, deja al fango su crisálida corpórea, para emprender ufana y radiante, como sér alado, su vuelo aéreo, al través de los espacios, en solicitud del país de los angeles.

Cuentan, Emilia, que en este país de los ángeles está el lugar en que se realiza la *Esperanza.*

EPILOGO

Seis años hace que escribi estas lineas á Emilia al enviarle un *cimenterio de insectos.* Ella partió y los insectos quedaron. Y un año cumple hoy en que estampé sobre su frente purísima, helada ya por la muerte, el postrer ósculo del esposo.

Cuán corta su peregrinación de madre! ¡Cómo tornáronse en mortaja sus galas nupciales y en alegrías del cielo las esperanzas del hogar. El ser alado ideal de su existencia lo reclamó Dios al nacer, y apenas vió la luz remontose como el ave en solicitud de la aurora. Al instante la luminosa estela cautivó las miradas de la madre y esta fué en pos de su hijo. Y ella y el angel partieron como estaban.... y yo.... solo.. muy solo

A. EMILIA.

Tú que tantas veces inspiraste mi pluma y aplaudiste mis obras, y besaste mi frente como dulce recompensa en mis horas de estudio, recibe el pensamiento de ternura que guia mi pluma y que no debo estampar en estas lineas. Solo tú y yo debemos conocerlo

El egoismo es como una virtud en esos diálogos íntimos del alma dolorida con la sombra.

Déjame continuar á tu lado, sombra querida! Sólo Dios debe escucharnos: Dios que nos unió en la vida, Dios que nos unirá en la eternidad!

ARÍSTIDES ROJAS

ANGULO PARA GABINETE DE TOILETTE

TRAJE DE GRAN SOIRÉE.—FIG. 4

NUESTROS GRABADOS

CAPOTA CYRANO.

Nuestras lectoras deben saber que en París se estrenó hace poco con éxito monumental, una comedia del poeta Marsellés Edmundo Rostand intitulado Cyrano de Bergerac, en la que este personaje histórico, netamente francés, juega el papel principal. Ahora bien. La moda que siempre sigue muy de cerca á los sucesos, acaba de inventar una capota muy original y muy costosa con el nombre de capota Cyrano, que es la que ofrecemos en lugar preferente á nuestras lectoras.

MODELO DE SERVILLETA

TRAJE DE TERTULIA PARA PRIMAVERA

En la capota Cyrano entran solo dos elementos, pero bastan los dos para producir el más sujestivo efecto: un gran chifón de muselina de seda transparente que se enrolla primero en rededor del armazón á guisa de turbante, y un gran pájaro del paraiso, original ó imitado, que extiende su plumaje opulento sobre el chiffón, sirviendo su cabeza de broche delantero á la capota. Esta como se dice en el lenguaje de la moda, *hace furor* actualmente en la capital de Francia.

SOMBRERO DE PIBRAC

Todo de paja con una serie de hojas bordadas de perlas formando tres penachos uno pequeño al frente y dos grandes á los lados, redondo y ribeteado de volantes pequeños de seda obscura en tres órdenes. De la misma está recubierta la falda.

FIGURAS 4, 5 y 6

Tres modelos que son de una encantadora fantasia. La figura cuatro, *traje de gran soirée*, es una de bata princesa, de tafetán glacé ó rosa eglantina, recubierto de encaje blanco, y bordado de aplicación de chantilly negro, bordado también. Mangas de gran novedad retenidas sobre el brazo por espaldetas La espalda está hecha de dos escarpas de chantilly, cruzándose en el talle bajo un bucle y cayendo en grandes *pans*.

TRAJE DE PRIMAVERA PARA CALLE

Es de drap gris azul. Chaleco de terciopelo negro bordado de plata. Pliegues de corpiño y mangas bordadas de plata igualmente. Toda recta, con doble orden de cinta de seda en la forma que se vé en el modelo. Toqueta de paja verde, guarnecida de ramas de cerezas y de un nudo de tafetán cereza.

COJIN PARA CANAPÉ Ó CHAISSE LONGUE

TRAJE DE TERTULIA PARA PRIMAVERA.

Deshabille de muselina blanca sobre transparente rosa. Larga falda de muselina guarnecida de encaje blanco posado de pie sobre un entredós. Túnica larga redondeada delante, formando cauda detrás y fijada sobre el pecho por un nudo de tafetán rosa barbeado en sus extremos.

ÁNGULO PARA GABINETE DE TOILETTE.

Un primoroso rinconcito para un tocador de dama elegante, que puede variarse como plazca á nuestras lindas lectoras y cuya descripción nos parece inútil visto el modelo.

MODELO DE SERVILLETA

Es para gabinete de toilette, de lino bordado, con gran fleco, y de un dibujo abundante y de buen gusto.

COJÍN PARA CANAPÉ Ó CHAISE LONGUE.

Un lindo cojín que servirá de ornato en cualquier sala. Es de seda acordonada, crema ó rosa y está guarnecido de un hermoso encaje; este encaje está coquetamente arreglado en abanico en los ángulos, con un nudo en lo alto. El bordado es de seda obscura que se armonizará con el color del cojín.

FESTIVAL DE LAS LUCES

Debido á la iniciativa y dirección de los ingenieros MM. Dubourg y Kelleri, se ha celebrado en Bélgica una gran cabalgata, en la cual han figurado todos los sistemas de alumbrado empleados desde la creación del mundo hasta nuestros dias.

Formaban en primer lugar en dicha cabalgata, que ha recorrido las principales calles de Bruselas, una carroza con Pierrots representando á Febo, á Diana y á las estrellas, y cantando la popular canción *Au clair de la lune;* seguían después gnomos y hombres prehistóricos con teas encendidas, salvajes adoradores del fuego; egipcios con sus luminarias tumulares; judios portadores de los del candelabro de siete brazos del Tabernáculo; vestales guardadoras del sacro fuego perenne; Diógenes con su linterna filosófica; romanos precedidos de esclavos portadores de braserillos triunfales; luego las antorchas de guerra góticas, y, al fin, los cirios sagrados y las grandes luminarias de caza de los tiempos de Luis XIV.

Los farolillos venecianos y luego los chinescos; las teas revolucionarias del 93, llevadas por feroces demagogos, y, al fin, el petróleo, los mineros y los lampistas.

TRAJE DE PRIMAVERA PARA CALLE

Ajuar Victoria estilo inglés (tan de moda hoy en Europa) ejecutado en encino americano, segun sus propios modelos en la

Fábrica de Muebles etc. de Jorge Unna y Cia-:-San Luis Potosí.

EL MUNDO.

TOMO I. MEXICO, MAYO 1º DE 1896. NUMERO 18.

EN EL PALACIO BRANIFF

Salida del baile

DEL NATURAL POR VILLASANA

LA SEMANA.

SUMARIO.—La exposición de terracotas.—Nueva industria.—Su gran porvenir.—Dos popularidades extinguidas. El P. Plancarte.—Su caracter, sus energías, su papel en sucesos memorables. Pedro Arcaráz. La edad de oro de la zarzuela.—Gratitud que se debe á los artistas.

Jesús Contreras inauguró su tan esperada Exposición de Terracotas el jueves, en los salones del Casino Nacional.

Todo el México artista, y todo el México industrial se han dado cita en aquellas galerías y han admirado las producciones variadas de un ingenio fecundo cuyo fondo son la gracia y la elegancia. Contreras ha hecho grande y buena obra; no solo ha trabajado en pro del arte sino que también ha creado una industria nueva, inexplotada, llamada á un desarrollo inmenso y á llenar una necesidad que se hacía vivamente sentir.

México no puede, aunque mucho lo desee, sostener el arte puro, el arte própiamente dicho y mucho menos aún el gran arte. La gran pintura, la escultura monumental, la arquitectura grandiosa; el poema épico, el drama, la música sinfónica, no tienen demanda ni consumo entre nosotros. El gran arte vive á expensas de las clases ricas, poderosas, privilegiadas y sibaritas: Aristocracia, Burguesía millonaria, Clero; solo ellas pueden pagarse moradas suntuosas, decoraciones mágicas, galerías de cuadros y de estátuas; organizar espectáculos sorprendentes y poner é escote la estética para embellecer y engrandecer la vida. El Estado en Grecia y Roma, la Aristocracia Pagana y el Clero en el Renacimiento; la plutocracia judía y millonaria en nuestra época, son los naturales consumidores de la obra de arte, crean la demanda, provocan el estímulo y si Miguel Angel necesitó de los Médicis, Wagner no pudo prescindir de Luis de Baviera, ni Meissonier, ni Detaille, ni Bouguereau de los Rostchild, de los Reinach, de los Dreyfus de la Banca Moderna.

Fué en México el clero acaudalado quién pagó y estimuló á los Juárez y á los Cabrera é hizo levantar la Cúpula de Santa Teresa; fueron los mineros enriquecidos quienes pagaron el edificio de Minería, y el gobierno colonial quien hizo fundir la estátua de Cárlos IV.

En la actualidad, el clero con sus bienes desamortizados, el gobierno con sus parsimonias democráticas y sus pasadas escaseces no pueden fomentar en grande escala ni en forma sistemática el gran arte, y las clases medias no han enriquecído bastante y las altas han empobrecído lo suficiente, para no colaborar en ese trabajo de renacimiento artístico.

A la vez somos sedientos de arte por temperamento, y entre nuestro afán y su realización se interpone nuestra pobreza. Una solución es la única posible, paliativo á la vez que esperanza de curación: la industria de arte y el arte de género. Ya que no podemos colgar en nuestros muros, grandes telas calzadas con nombres inmortales, recurrimos al cromo que traduce y traiciona, al zinc que remeda y engaña, al yeso frágil ya que no al mármol imperecedero, á la acuarela de pacotilla, á los productos en suma de la industria de arte. Así, en el teatro, vamos á ver á Sardou y á Dumás hijo interpretados por Virginia Fábregas, á Mascagni y á León Cavallo cantados por Labrada, tocamos á Wagner en la guitarra y leemos á Victor Hugo en ediciones de Sans de Juvera.

***

Necesitábamos un redentor, un hombre, á la véz artista y economista, que pudiera conciliar nuestras necesidades estéticas con nuestras posibilidades financieras; que encontrara é implantara en México una industria de arte lucrativa y un arte barato que no pareciera industrial. Ese redentor es Contreras. La Fundición artística cuya dirección técnica le estuvo confiada lo había aleccionado. Sabía que en México lo caro es enemigo de lo bello; que solo priva la hermosura económica; que todo esfuerzo se extingue y todo empuje se atenua ante el presupuesto de gastos, y que hay hombres que prescindirán de inmortalizarse en una estátua por una diferencia de quinientos pesos: y sediento él mismo de arte y hastiado de presupuestar monumentos de á cién pesos con descuento, ideó y encontró en la cerámica de arte, en la terracota, la solución del grave problema.

Don Antonio Plancarte y Labastida
ABAD MITRADO DE LA COLEGIATA DE GUADALUPE
† el 26 del actual

La terracota, al fin arcilla, es una preciosa materia prima de arte, se moldea y se cincela como el bronce, se deja pintar como la tela, dorar y platear como la laca; dócil á la mano del artista, lo mismo se presta á reproducir garras de aguila que alas de mariposa; presta su color sonrosado al pétalo de la flor; da aspecto de madurez y suculencia á la pulpa del fruto; copia con fidelidad el follage y el oleaje; lo mismo se modela en su pasta el busto severo y el ceño contraído del pensador que la sonrisa acariciadora de la niña; lo mismo se puede con ella hacer estatuas griegas que figuritas de Sajonia; vasos etruscos que chucherías de tocador. Siendo una industria, disimula su origen industrial lo bastante para hacer la ilusión del arte puro y no exigiendo grandes instalaciones, ni hornos como bocas de infierno, ni ventiladores habitados por Eolo, ni poleas y motones de arsenal, ni martillos de fragua; bastándole como le bastan un poco de arcilla, agua, una espátula, y un hornito de muñecas, sus productos resultan baratos tanto como bellos y al alcance de todas las fortunas.

***

Hay que visitar la Exposición para formar concepto del valor artístico de los productos exhibidos; hay jarrones monumentales adornados de pámpanos como en Grecia, vasos afiligranados coronados de rosas y de amorcitos como en Roma; medallones del Renacimiento con dioses y con héroes en relieve; bustos como el de Barreda, soberbios de expresión y de vida; estatuitas de Tanagra que rien y cantan; frascos dignos de encerrar esencias del Valle de las Rosas; jardineras atestadas de flores, cestas rebosantes de frutas. En las unas los motivos del decorado se desprenden atrevidamente de la pieza y como que salen al encuentro de la admiración; en las otras apenas se dibujan vaga y delicadamente los contornos de una ninfa en las ondas, ó de un amorcito en acecho; en éstas impera la fuerza, en aquéllas la gracia, en todas la harmonía, y Contreras, con su perfil, su barba y su chambergo á la Rubens se pasea orgulloso y aclamado en aquel mundo que ha creado y que ha hecho salir de la nada del arte nacional.

«El Mundo Semanario» que también se ha esforzado por poner el arte al alcance de todas las fortunas y que cree haberlo conseguido, en parte al menos, se asocia al triunfo del artista y anhela ver coronados sus esfuerzos.

***

La muerte del Abad Mitrado D. Antonio Plancarte y Labastida ha producido honda sensación. Hay dos clases de sacerdotes: los unos humildes, sumisos, resignados, mientras más piadosos y fervientes, más se hunden en obscuridad, se envuelven en sombras; oran, pero no combaten; sufren, pero no luchan; van al martirio, pero no acuden á la polémica, ni al campo de batalla; suelen desterrarse á misiones lejanas, peligrosas, ignoradas y son los *pionners* de la religión y de la fe. El difunto Abad pertenecía á la segunda categoría, á la de los entusiastas, á la de los espansivos, á la de los luchadores; en la Edad Media hubiera figurado al lado de aquellos obispos soldados que revestían la armadura y salían al campo á batallar contra los infieles ó contra los enemigos de la Religión y de la Patria.

Si los primeros hacen más camino en el corazón de los hombres é infiltran la fé en los espíritus, á los segundos se ha debido el imperio político y social de la Religión.

El abad Plancarte vivió en una época poco propicia al ejercicio de su talento y de su carácter; le hubiera convenido más florecer en los tiempos de la Reforma y de la Guerra de Tres Años; hubiera entónces descollado entre los más prominentes luchadores y entre los más enérgicos y activos defensores de su causa y de su partido.

En los tiempos de apaciguamiento que alcanzamos, logró acumular al rededor de sí una popularidad inmensa y hacerse de una notoriedad indiscutible. La obra de la Coronación de la Virgen de Guadalupe y de la reconstrucción de la Colegiata fué suya, y pudo entonces verse cuan inagotables fueron sus recursos, cuan fecunda su imaginación para allegar fondos, cuanta su fortaleza para resistir ataques, cuanta su habilidad para desbaratar complots é intrigas. De aquella lucha de tres años salió quebrantado, enfermo y un si es no es desencantado y acaso entonces contrajo la enfermedad que lo llevó al sepulcro.

Seale la tierra leve!

***

En otra esfera, en otro mundo, por motivos de una índole del todo diferente, Pedro Arcaráz, que acaba también de morir, fué un notorio y un popular. La zarzuela ha tenido una época caballeresca con Catalina de Rusia, La Conquista de Madrid, Los Madgiares; una época romántica con El Juramento, El Relámpago y Marina; una época *Regencia* ó Segundo Imperio con la Gran Duquesa, Barba Azul y la Bella Elena, para llegar á una decadencia absoluta con Los Cocineros y La Marcha de Cádiz.

Pedro Arcaráz fué durante varios años protagonista de las zarzuelas caballerescas y románticas; personificaba héroes de la leyenda ó personajes del poema y les daba colorido brillante con aquella su voz sonora, amplia, robusta, algo estridente y rebelde, que muchos envidiaron y que pocos poséen.

Además de su talento artístico, si no genial si bastante sincero y discreto, tuvo un talento más: el de retirarse á tiempo, doblemente á tiempo, cuando la zarzuela entraba al periodo Regencia, al que no le llamaba la índole de su talento y antes de que su voz comenzara á fatigarse.

Se retiró de la escena dejando gratos recuerdos y se hizo empresario en compañía de su infatigable hermano Luis, hoy sin consuelo.

Debemos, á mi juicio, á los artistas no solo admiración y aplauso, sino también gratitud. Yo de mí sé decir, que en mi espíritu, los grandes sucesos que han conmovido mi vida y las épocas capitales de su evolución quedan marcadas con un tema musical y con el recuerdo de un artista. Tamberlick, quiere para mí decir la adolescencia, la floración de las pasiones caballerescas é impetuosas; Tamagno la edad viril, más poderosa pero menos grata, más calculadora que impulsiva, más reflexiva que generosa; y entre esas fisonomías artísticas que simbolizan una época de mi vida ó una modificación de mi ser intelectual ó moral, la figura de Pedro Arcaráz va indisolublemente asociada á la de esa primavera deliciosa en que se ama y se es amado, en que se hace el *oso* desde la luneta al palco, en que el abanico telegrafía y le responde el bastón, y en la que se entra un día al teatro y se sale por la puerta del Registro Civil.

Años después, siempre que lo veía, recordaba que era él quien con sus romanzas y sus duos de amor me servía de mensajero de amores y de inconsciente intérprete de mis anhelos y que, mientras él cantaba, yo hacia declaraciones y juramentos.

Tal vez por eso, sin haber cruzado con él palabra, me era tan simpático y he sentido tanto su

Contra Almirante Montgomery Sicard,
Comandante de la escuadra americana del Norte del Atlántico.

muerte. Pero esa simpatía y ese afecto á distancia no me son exclusivos; mientras fué artista, el público lo amo y lo aclamó: y lo siguió á la vida privada la simpatia social, como á su tumba el sentimiento general.

***

Según las razas, los climas y los temperamentos, el alcohol, produce en los hombres efectos diversos y acarrea, por consiguiente, efectos morales y sociales diferentes. Mientras el irlandés, borracho duerme, el escocés canta, el francés baila y perora y dice chistes; y para desgracia nuestra el mexicano ébrio riñe, hace escándalo, hiere ó mata. Ebrio, el anglo sajón es una marmota, el francés, una chachalaca y un simiano y el mexicaro, como también el italiano y el corso, un tigre.

En los espiritus fríos del Norte el alcohol acumula brumas y nieblas; en el medio día despierta alegrías, ternuras y expansiones y en México desencadena furias, enciende odios y aviva rencores.

El último asalto y robo de que han dado cuenta nuestras ediciones diarias es un especimen de la seguedad, del salvajismo, del desencadenamiento de instintos animales que caracterizan nuestra embriaguez. Ya ebrios se retiraban á sus casas tres leñadores de San Bartolo Naucalpam cuando encontraron en el camino á una mujer. Verla y desencadenarse en ellos todas las malas pasiones fué todo uno. Lujuria, codicia, sed de sangre, toda la lira de los peores instintos vibró en sus ofuscados espíritus y palpitó en sus pervertidos corazones y se arrojaron sobre la infeliz, sin respetar su sexo, sin descorazonarse por sus años, sin miramiento á su vejez y á su impotencia, para ultrajarla, robarla, golpearla y acaso tambien para matarla.

La heroica resistencia de aquella anciana fustró parte de sus planes; pero consiguieron despojarla y maltratarla. La orgía tuvo en este caso el desenlace obligado entre nosotros: el crimen; y los asaltantes, momentos antes honrados, acaso, y pacíficos se ven amenazados de presidio por culpa tan solo del alcohol.

Yo no conozco pueblo que debiera tener más horror y que lo tenga menos á la embriaguez alcoholica. Se concibe que otros hombres beban, se guros como lo están de gozar los unos, de dormir los otros, de reir cantar y chacotear los más; pero todo mexicano debe saber que cada vaso de licor es para él la inminencia del delito y que el noventa por ciento de nuestros bebedores salen de la taberna por la puerta del presidio ó dejan el mostrador para escalar el patíbulo.

***

Pablo Escandón ha tenido el privilegio de sacudir la modorra en que acostumbra vivir la sociedad mexicana.

Desde que dió su suntuoso baile de Buena Vista se han sucedido otras fiestas expléndidas, parece haberse despertado una noble emulación en nuestros hombres de recursos y á los bailes magníficos de De la Torre y de Braniff, parece que seguirá uno de Delfin Sanchez que á no dudarlo será mágico.

Merece toda mi aprobación esa manera de entender la vida; yo no soy partidario de las leyes suntuarias, ni me inclina el anacoretismo. Si el hombre trabaja y sufre por acumular riqueza, y lo consigue, justo y lógico es que la disfrute en proporción de lo que posee. Quien tiene miles, que gaste miles y quien tiene millones que gaste millones; siempre será algo devuelto al pobre, de donde la riqueza ha salido.

Pero sí vitupero que pasando de un extremo al otro salgamos del aislamiento, del silencio, de la queda á las ocho, precisamente al baile suntuoso á la fiesta ruinosa, al lujo asiático. Esas grándes fiestas no deben ser sino excepcionales, como los platos trufados ó las carnes *faissandees*; como menú diario debe servirse la reunión de sociedad una ó dos veces por semana, al rededor de una mesita de the, con trages sencillos, sin derroche y sin fausto. Estas son las que duran, estas las que nunca fatigan, estas las que jamás arruinan y son el verdadero alimento del trato social y de la vida civilizada.

Confiamos, pues, en que después de que cada millonario dé su gran baile inaugural, cese ese *steaple-chasse* de vanidades, ese afán de hacer cada uno mejor que los demás y que dejando para de tarde en tarde el gran baile, se organicen reuniones más modestas, sin pretensiones, con la mira exclusiva de frecuentarse y no con la de deslumbrar y en condiciones de reobrar contra la enclaustración voluntaria y gratuita de nuestras altas clases sociales.

López I

Política General.

RESUMEN.—La guerra es un hecho.—Ruptura de relaciones.—El bloqueo de Cuba y los movimientos de las Escuadras rivales.—Actitud espectante.—El incidente de Matanzas.—Lo que se disputa.—Opinión de un periódico americano.—Don Carlos.—Actitud de las Potencias.—Conclusión.

La guerra es un hecho. Después de las resoluciones tomadas por el Congreso Americano y sancionadas por el Presidente Mc. Kinley; después del ultimátum lanzado por el Cobierno de Wáshington, que contestó el Gabinete de Madrid declarando suspendidas y rotas todas las relaciones diplomáticas, retirando á su Ministro en Wáshington y expidiendo sus pasaportes al Ministro americano: se dieron órdenes inmediatamente para que la escuadra americana del Atlántico Septentrional, surta en las aguas de Florida, pasara inmediatamente á bloquear los puertos cubanos, situados entre Bahía Honda y Cárdenas al Norte, y Cienfuegos en la costa del Sur.

Estos primeros actos de verdadera hostilidad son los que inician la guerra que se espera formidable, entre la gran República del Norte de América y la Monarquía Española que por cuatro siglos ha ejercido su dominio sobre las tierras antillanas.

El bloqueo de las costas cubanas ha quedado establecido de modo efectivo: á estos actos han seguido capturas insignificantes de buques mercantes en las aguas del Golfo de México, han ocurrido otros episodios del mismo género en el Pacífico del Norte, y se sabe que en las costas europeas los buques españoles se preparan á hacer presa en los del enemigo, que cruzan con bandera americana por aquellas aguas.

La escuadra evolucionaria congregada en las aguas de Hampton Roads, dispuesta tal vez con el propósito de salir al encuentro de las escuadras españolas que se reunen en Cádiz y en las islas de Cabo Verde, está con las calderas encendidas esperando el momento oportuno para hacerse á la mar.

Entre tanto, España acumula formidables elementos de guerra que aun no entran en acción. Sus acorazados más fuertes, sus cruceros más veloces, sus buques torpederos y contra-torpederos de más potente andar, se congregan en Cádiz, se dirigen á las Canarias y á Cabo Verde, mientras llega la ocasión en que, completas las dos divisiones navales, puedan con más probabilidades de éxito buscar en campaña formidable el triunfo de la causa que van á defender.

***

Difícil sería indicar qué causas detienen á las escuadras enemigas en aguas americanas y en africanos mares. Difícil, sin conocer los sendos planes de campaña que han aprobado los gobiernos y han acordado los estratégicos, definir porqué, existiendo ya un ataque franco sobre las posesiones españolas, establecido ya el bloqueo que alguien ha llamado «pacífico,» por qué ni los buques españoles, que cuentan con poderosos elementos de combate, se dirigen á las aguas antillanas á defender los puertos y á hacer levantar el bloqueo, y por qué tampoco las escuadras de Cayo Hueso y de Hampson Roads, no atacan con energía las costas cubanas, y permanecen los buques de la escuadra del Atlántico á distancia respetable, sin atacar los fuertes ni forzar los puertos, y solo impidiendo las comunicaciones con lo posible con el exterior.

El incidente ocurrido últimamente en el puerto de Matanzas no es una excepción á esta actitud general de la escuadra americana. Cierto es que en el corto tiroteo, entre un monitor y dos cruceros americanos contra las baterías del Puerto cubano, pudo haber algún daño sobre las fortificaciones; pero una autoridad en la materia, residente en Wáshington, ha dicho, y con razón, que el episodio de Matanzas más que un hecho de armas era un reconocimiento naval de la bahía; que el almirante Sampson no podía emprender con fruto un ataque formal sobre el puerto y la ciudad, porque, aun obteniendo la victoria, no podría aprovecharse de ella careciendo en aquellos momentos de tropas de desembarque, y no teniendo á su disposición los elementos bastantes para tomar posesión del puerto cubano.

Contra Almirante George Dewey
Comandante de la escuadra americana del Asia.

No han comenzado pues, las hostilidades temibles; aún no se efectúa ninguna de esas batallas eruentas en que, dados los elementos de guerra y destrucción de que pueden disponer las escuadras beligerantes, acaso constituyan episodios históricos de esos terribles, que consignan los anales de la humanidad en sus páginas rojas, y se graban con caracteres de fuego para enseñanza de las generaciones venideras.

***

Es verdad que la guerra se espera formidable; es verdad que dada la efervescencia en que se hallan los dos pueblos: uno que defiende su autoridad legendaria sobre Cuba y su soberanía secular sobre la colonia, y otro que va en ayuda de un pueblo joven para darle la codiciada independencia y libertad; dada la agitación morbosa y la exitación tremenda á que han llegado, merced á las predicaciones de la prensa y á las constantes explosiones del patriotismo, hay que temer que la lucha sea terrible. Pero por más terrible que sea, no es ni puede ser una lucha á muerte. Apartados los dos paises contendientes por la extensión del Océano, no puede soñarse que haya combates de total y completo aniquilamiento, no puede creerse que el uno se lance contra el otro en son de conquista.

Aunque las costas americanas no están completamente libres de todo ataque por parte de los buques españoles, aunque las costas españolas pudieran sufrir en un evento remoto la acción de los cañones americanos que montan los acorazados de la Unión, esos ataques nunca se dirigirán como verdadera conquista, y cualquiera que sea la solución del conflicto, no pueden resultar en cesiones de territorio. Verdaderamente lo que se disputa

es la existencia de Cuba como nación ó Estado independiente, ó como colonia autonómica, sujeta más ó menos á la soberanía de la metrópoli, según las libertades que se le concedan para su régimen interior.

¿Qué tiempo podrá durar una guerra que ha tardado tres años en su periodo de gestación, y que al fin ha estallado en inmensa explosión de patriotismo, pero que, llevada á la práctica camina lentamente y con pasos mesurados, según las exigencias de la estrategia? ¿Quién podrá señalar el término de una lucha, sujeta á tantas eventualidades como pueden ocurrir en la inmensidad de los mares, donde se ha de derimir la contienda? ¿Cuál es la voz profética, que se atreva á predecir en los momentos actuales de parte de quién estará la victoria, cuando el triunfo depende muchos veces de condiciones aleatorias que ni la ciencia prevé ni el cálculo presume?

***

Con razón un periódico americano, que siempre se ha distinguido por su mesura y corrección, que constantemente devoto á los intereses de la gran República, no se ha hecho nunca eco de explosiones patrioteras ni de manifestaciones *jingoistas*, se expresa con prudencia sobre el actual conflicto, y recomienda al pueblo conserve toda sa cordura para salir avante en la gigantesca empresa que ha comenzado. No hay que hacerse ilusiones,—dice,—sobre la seguridad del triunfo; no debemos esperar que la contienda termine en breves dias y que al primer empuje podamos domar todos los bríos del pueblo hispano; no debemos confiar demasiado en la actitud que hasta ahora han asumido las potencias europeas, permaneciendo neutrales ó aparentando esa neutralidad en la deshecha contienda. Europa permanecerá neutral mientras nos considere fuertes; una muestra de debilidad, una señal de derrota, hará cambiar la actitud que ahora nos alhaga; y para estar seguros de nuestro éxito, debemos concentrar todos nuestros esfuerzos y agruparnos sin distinción de partidos, en torno de la bandera nacional que sostiene el Presidente Mc. Kinley.

Cuando estalló la guerra de Secesión,—continúa el diario Neoyorkino,—la Unión era más fuerte y poderosa que los Confederados; creímos posible terminar la rebelión en tres meses, y la guerra duró cuatro años, después de habernos costado sacrificios sin cuento.

Así puede ser ahora. La guerra que hoy emprendemos está sujeta á peripecias, y por consecuencia no podemos asegurar hasta dónde se prolongue. Por nuestro mismo patriotismo, debemos ser cautos y prudentes.

Y si el diario á que aludimos expresa bien la prudencia americana, los que nos llegan de la Península Ibérica nos hablan del acendrado patriotismo, del soplo de unión que pasa por todos los confines de la nación hispana, para unir en derredor del trono los diferentes elementos del organismo social, y resistir hasta lo último en la presente lucha.

Cierto es que asoman las siluetas de los carlistas y se dibuja la sombra fatídica del Pretendiente queriendo turbar esa unión española en torno de la dinastía reinante. Pero aún la voz misma de Don Carlos se deja escuchar para llamar al combate, y aun lanza la amenaza, que en estos momentos parece ridícula, de declarar traidor al que no acuda bajo sus banderas cuando él, Don Carlos, toque el clarín de guerra contra los Estados Unidos, si el gobierno de la Monarquía reinante no aceptara el reto.

***

Observando atentamente cómo se desarrolla el conflicto hispano-americano, y cómo el drama diplomático, que puede considerarse comenzado en el retiro voluntario de Dupuy de Lome, continuado en la separación de Polo Bernabé y terminado su prólogo con la salida de Mr. Woodford, está para tener sangriento desenlace, entre el estruendo horrísono de los cañones y el humo sofocante de la pólvora en las soledades del Oceano ú en las agrestes costas de Cuba, se ve que las potencias guardan una actitud prudente y reservada. Unas declaran sin vacilación su neutralidad; otras, como Alemania, reservan esa declaración; algunas, como la Gran Bretaña, oficialmente aparecen neutral, pero se murmura por lo bajo de ellas y la prensa no oculta sus simpatías por algunas de las dos partes contendientes; en tanto que aquellas la manifiestan de una manera desembozada.

Imposible definir entre esta variada y contraria actitud, la que asumirán en su conjunto las potencias continentales y marítimas del Viejo Mundo. Imposible declarar de una plumada la manera de proceder en los gabinetes extranjeros, cuando la tragedia apenas comienza.

Que la trama se enrede, que comiencen todos á sentir por contragolpe y por esa solidaridad que une á todos los pueblos civilizados en las modernas edades, que comiencen á experimentar los efectos destructores de la guerra en sus intereses lesionados, en su comercio paralizado, en sus cambios y trueques detenidos; y entonces se sabrá con mayores datos, quiénes son los que favorecen á la Unión americana, y quiénes se ligan por simpatía ó por relaciones de interés con la Monarquía española.

Desgraciadamente, antes que esto se sepa y pueda esperarse una intervención pacífica, ya las ondas del Océano se habrán empurpurado con la sangre de los combatientes y habrán amargado sus aguas algunos torrentes de lágrimas. ¡Triste y mísera condición la de la pobre humanidad, que aún tiene que acudir á la contienda armada y á la agresión violenta, para derimir sus contiendas que emprende en nombre del derecho y la justicia!

X. X. X.

29 de Abril de 1898.

EL BAILE EN EL PALACIO BRANIFF.

Los nobles mensajeros del príncipe encantado andan por allí descorazonados y tristes, contemplando con melancolía el chapincito de cristal que debió servirles para reconocer á la reina del baile de Braniff Allí sólo había reinas, el chapín maravilloso les viene á todas, y en la imposibilidad de casarse con todas, el príncipe encantado se va á quedar sin ninguna. Que vayan los mensajeros á otras ciudades del mundo, donde la belleza se haya refugiado en sola una mujer; aquí Pirás se quedaria con su manzana como ellos con el chapín, ó la tendría que dividir en tantas fracciones como mujeres encontrara.

¡Qué combate para el viejo Fausto si acabando de recobrar la juventud hubiera penetrado á los salones del Palacio de la Reforma! ¿Margarita estaba allí? Si, no hay duda: es aquella morenita flexible como un junco, con ojos negros y lucientes, y labios rojos y húmedos "¡ven, amor mio! yo soy la ventura en la tierra. Pero nó, tú eres más bella que mi Margarita....déjame, déjame buscarla." Y habría recorrido el palacio equivocándose cien veces frente á cien supuestas Margaritas ¿Que mucho que á él le sucediera eso si las abejas van á libar miel en esas bocas confundiéndolas con las amapolas, y si las mariposas van á quemar sus alas en esos ojos, creyendo que son llamaradas?

Yo habia visto las fotografías de los salones y oído la descripción de sus riquezas artísticas; me había detenido frentre á la reja del palacio, y había contemplado sus maravillas; conocía el templo, pero no había visto oficiar en él. Penetré...... Como Becquer creyó en Dios desde que vió á su amada, yo creo en Aroun al Raschid desde que asistí á ese bailes.

¿Lujo, riquezas, objetos de arte? Está bien; eso se ve en todas partes, aunque no siempre reunido con gusto tan exquisito y en selección tan discreta: pero cautivaban principalmente los señores del palacio encantado, magos á cuyo conjuro se reunieron las hadas de la comarca. Y aquello fué la felicidad...... horas breves, arrebatadas al paraiso, paréntesis en el discurso monótono de la vida, realización tangible de aquellos cuentos maravillosos que, oídos en la infancia, al calor del hogar, se alojan en lo más noble de la memoria y ya no salen de allí jamás.

Dante viajaba por el cielo llevándole de la mano Beatriz, y escuchaba de su dulce voz el himno de las alabanzas y el relato de las venturas. En tanto, desgranaban los querubines el cristalino repique de sus risas harmoniosas, coros de vírgenes vestidas con girones de nube gorgeaban la canción del eterno amor y entre nimbos de luz tendía sus alas de iris la esperanza.

La esperanza, que es el tesoro de la hermosa juventud.

Todo el que asciende por la montaña de la vida, ve arriba el cielo encendido con los esplendores del sol; pero quien ya traspuso la cumbre sólo tiene ante los ojos, abajo el abismo sin fondo y detrás, la región de la luz que acaba de dejarse para siempre.

Cuando los gnomos encontraron en el bosque á la *Bella Durmiente*, la adoraron recreándose en su hermosura, y pasaban así los años que á ellos les parecían minutos; luego llegó el príncipe, la despertó con un beso, y ella partió risueña y feliz sin volver siquiera os lojos al sitio en que había sido adorada. Los pobrecitos gnomos, enfermos de tristeza, se fueron muriendo uno por uno, hasta que hubo de quedar en ruinas, y sombrío y solitario, el palacio de rubíes y esmeraldas en que habían vivido. Así nos pasa con la juventud; cuando ella se va, mueren poco a poco las ilusiones, hasta que queda en ruinas el palacio del corazón.

Pero suele uno detenerse alguna vez en el camino y entrar en conversación con los que suben; y entonces ¡qué bello el sentir, qué dulce el recordar!

Depositase en el ingrato suelo la pesada carga de las desventuras; y á fuerza de ver reir y gozar y soñar y creer, acaba uno por hacer también todas esas cosas. Y olvidando á Saturno implacable, que empuja, y aplazando á las ávidas parcas que esperan, brota entre las cenizas la chispa del entusiasmo y con voz rejuvenecida se canta la copla de Anacreonte:

«Al son de las castañas
Que saltan en el fuego,
Echa vino, muchacho,
Beba Lesbia y brindemos.»

Después, un apretón de manos, una sonrisa de afectuosa simpâtía, y cada cual prosigue su camino oyéndose por largo tiempo el grito supremo de despedida:

«Salve, oh juventud que subes! Los que van a morir te saludan.»

Pero la juventud no se cuida de esos romanticismos y sigue regocijada—hace bien—por su senda de flores. Allí hube de sorprenderla. En lo más perfumado y glorioso de esa senda, en el palacio Braniff que es mansión de felicidad.

¿Tu amada es alta? le preguntaban á uno de los personajes dramaticos de Shakespeare.—Me llega justamente al corazón, contestaba el interpelado. Así pasa con las reuniones del Palacio Braniff; llegan al corazón, sea este templado en las grandes luchas de la existencia como el del General Díaz, alado y lleno de ilusiones como el de Alonso Mariscal, ó virgen y puro como el de Domitila Hidalgo.

A la media noche, el baile había llegado á su mayor animación y lucimiento: yo me coloqué al pié de la escalera, junto á una estátua de bronce que servía de candelabro á innumerables luces, y contemplé desde allí el aspecto de los salones. Ocupaban todo el piso bajo de la casa, y en ellos y en los corredores, circulaban alegremente los invitados. El Presidente de la República llevando del brazo á la señora de Braniff, recorría el edificio; en un animado grupo, conversaban el Ministro Mariscal y el Diputado Chavero, en otro, el Ministro Baranda, el Magistrado Arredondo y otros elevados personajes del foro y del Congreso.

Entre tanto, la juventud dorada bailaba un vals de Straus ¡Qué espectáculo tan brillante! Causaba á los ojos la sensación de esas estrellas multicoloras que arroja la linterna mágica sobre transparente telón y que giran sin cesar cambiando sin cesar de belleza pero conservándose siempre bellas

Los señores Braniff, reuniendo allí tanto de agradable y deslumbrador lo realzaban más, convirtiendo en verdad la imágen poética de Andrés Bello: *dorando el oro y perfumando las rosas*

Es encantadora la descripción que hace Milton en su Paraiso Perdido, de las impresiones que sintió Eva cuando por primera vez contempló sus ojos en el cristal de una fuente. Recordé esa descripción al ver tantas damas jóvenes y hermosas que se miraban al soslayo al pasar junto á los espejos.

Y las horas corrieron breves como siempre que cuentan el placer: las estrellas soñolientas, empezaron á retirarse del azul profundo de los cielos; sobre las siluetas negras de las casas, extendia el horizonte al Este una faja blanquecina, y entre los arboles se escuchaba el despertar de los nidos.

La primera lluvia de Abril había lavado el cristal de la atmósfera: y empapando la tierra y bañando los renuevos recien brotados, hacía surgir oleadas de aroma penetrante

La primavera había venido. Derramó su cesto de flores en el Palacio Braniff y luego salió por los campos á desatar arroyuelos y á entreabir capullos.

JAVIER SANTA MARIA.

NUESTROS GRABADOS

La armada española

Hoy publicamos varios grabados que copian á cada uno de los torpederos españoles que están listos para el combate. No todos ellos vendrán á las Antillas, á lo menos en estos momentos, si se ha de dar crédito al telegrama fechado en Lóndres él 29 de Abril y en el cual se dice que los cruceros "Infanta María Teresa," "Almirante Oquendo" "Vizcaya" y "Cristóbal Colón," salieron ese dia de San Vicente, en las Islas de Cabo Verde, con rumbo al Oeste, acompañados de los *destroyers* PLUTON, TERROR y FUROR El mismo telegrama dice que se cree que esta escuadra vendrá á Cuba, en tanto que los torpederos AZOR, RAYO y ARIETE, que zarparon con dirección al Norte, van á las Islas Canarias, acompañados de los transportes "San Francisco" y "Ciudad de Cádiz."

La peregrinacion mexicana

Oportunamente publicamos en *El Mundo Ilustrado* un relato del viaje que desde Veracruz hicieron los peregrinos mexicanos hasta Roma.

Ahora encontrarán nuestros lectores en el presente número, la copia de una fotografia en que aparecen retratados dichos peregrinos, y de otras en que se copia su visita á uno de los *cálumbarios* de la Via Appia, su ascenso á la «Scalá Santa,» su visita al Santo Padre en la audiencia que se dignó concederles, y por último su asistencia á la Misa Pontifical que se celebró en la capilla del Colegio Pio Latino-Americano en la mañana del dia 12 de Marzo del presente año.

Los grabados están tomados de la *Ilustracion Española y Americana*

Los jefes de la Escuadra Americana

Publicamos hoy los retratos de Mr. Montgomery Sicard, Comandante de la escuadra Norte americana y el de Mr. George Dewey Comandante de la escuadra de la misma nación en las Aguas Asiáticas

Respecto al primero, debemos advertir que su nombre apareció últimamente entre los de los militares que debian ser jubilados por haber cumplido la edad reglamentaria, pero que al llegar la guerra solicitó de Gobierno continuar prestando sus servicios

No han vuelto á decir los telégramas si el Gobierno accedió ó no á esa solicitud; pero entre tanto, la Escuadra del Norte está bajo las órdenes del Contra Almirante Sampson.

TORPEDEROS EN VIAJE PARA LA ISLA DE CUBA

EL COMERCIO DE SELLOS

¿Quién había de calcular que conjuntamente con la adopción del sello adhesivo para el franqueo de la correspondencia, se echaban los cimientos de una rama de comercio destinada á implantarse en todos los pueblos de la tierra?

En un principio los sellos fueron objeto de curiosidad para los niños. Se guardaron algunas de las primeras emisiones sin conciencia de lo que se hacía, obedeciendo al principio instintivo del ser humano de ser arrastrado por todo lo que constituye para él una novedad

Los cambios dinásticos y de gobierno el adelanto continuo en las formas de preparar los sellos; las filigranas, las perforaciones y hasta la reglamentación de las dependencias de los correos para vigilar el per cibo de la renta, trajeron un cambio continuado de emisiones, con lo cual los primitivos sellos, al cabo de pocos años de haberse agotado las emisiones, llegaron á ser un objeto raro, tanto más deseado cuanto que las colecciones tomaban forma y la afición cundía entre miembros de todas clases de la sociedad.

Los progresos morales y materiales que ha alcanzado la humanidad en el último tercio del siglo que está por fenecer, dieron vuelo á la institución del Correo. El fué extendiéndose por todos los continentes, por todos los Estados, y ahí donde la civilización de un pueblo no halla la necesidad de crear la institución, el espíritu especulativo del hombre brindaba todos los elementos para crearla. Así hemos visto que en el Africa y en el Asia, en estado de civilización rudimentaria, fué creado el correo á instancias de los que, conociendo el valor comercial de los sellos se empeñaban en crear variedades nuevas que podían colectar á su antojo.

Pero sigamos en nuestro camino. Multiplicadas las emisiones en Europa y en América Asia y Oceanía, los coleccionistas, muy numerosos ya, se hallaron en la imposibilidad de procurarse las piezas que le faltaban y acudieron á la compra de ellas Ahí tenemos las primeras manifestaciones del comercio de sellos. Creciendo la demanda los comerciantes elevaron los precios, y siguieron elevándose hasta alcanzar cifras fabulosas. Por dos sellos de Maurtcio se ha pagado en el 87 la respetable cifra de 48,000 francos. Citar esta operación comercial basta para que nuestros lectores se den cuenta de la importancia real que hoy tiene la filatelia, tanto mirada del punto de vista instructivo y recreativo como del comercial.

Sucediéronse los comerciantes. Creáronse casas de mayor ó menor importancia y como sucede en todos los ramos del humano saber, á la par que unas crecían en importancia, realizando pingües ulilidades, grandes fortunas, otras desaparecían impotentes para sostenerse.

Scott y Gibons en Norte América é Inglaterra, Senfs en Alemania y otras casas de no menor importancia en Francia, Bélgica, Austria y en otros estados de todo el orbe, demuestran que la filatelia ha creado un comercio colosal, que sería un verdadero portento, algo grandioso, á no mediar como enemigo de ese comercio la práctica de los canjes, que por el monto de las operaciones que practica, es más importante que el mismo comercio ejercido por casas establecidas con ese objeto.

Y sigue creciendo á pasos agigantados. Los pueblos han reconocido que de todos los estudios que pueden hacerse fuera de los centros de instrucción secundaria ó superior, no hay otro que lleve al hombre una serie de conocimientos más complet s que los obtenidos por su afición á las colecciones.

En un tiempo—no muy lejano aún—muchos coleccionaban á escondidas, como si cometieran un pecado. Hoy se considera un honor figurar como coleccionista adelantado, y en la consideración pública muchos obtienen honores y distinciones que les han llegado por sus estudios filatélicos.

D Claudio Alvargonzález, comandante del torpedero *Azor* — D, Manuel Somoza, comandant del *Ariete* — D Francisco Arderius, ayudante secretario — Don Antonio Rizo comandante del torpedero *rayo*

D. Francisco de la Rocha, comandante del caza-torpedero *Terror* — D. Fernando Villaamil, jefe de la escuadrilla — D Pedro Vázquez comandante del *Plúton* — D. Diego Carlier, comandante del *Furor*

JEFE Y COMANDANTES DE LA ESCUADRILLA DE CAZATORPEDEROS DESTINADA Á LA ISLA DE CUBA

LA HISTORIA ES IMPLACABLE

Ya en días pasados la prensa parisiense nos dió á saber que la encantadora y espiritual Mimí de «La vida bohemia» de Murger, á vuelta de los años se transformó en una pacífica burguesa, subida de color, recia en carnes y propietaria de un establecimiento mercantil en donde hasta hace poco tiempo se vendían objetos de arte y otras chucherías.

Los periódicos italianos informan que se acaba de descubrir en los archivos de un convento veneciano un curioso manuscrito en que están consignados día por día las impresiones que tuvo y los sucesos en que tomó parte un enviado candiota cerca del Gobierno de la República veneciana. En este interesantísimo libro de memorias se relatan con rara discreción y exactitud los sucesos políticos acaecidos en aquellas comarcas al rededor de los años de 1540 á 1550 y algunas anécdotas y aventuras ya ocurridas al mismo embajador, ó ya á los principales personajes de la República.

Una de las partes más interesantes del manuscrito es el [illegible] la vida del Moro de Venecia (Otello) á quien trató y conoció el escritor. Describe minuciosamente la llegada de Otello á la Ciudad de los Duxs, su carrera militar, su casamiento, su partida para Chipre, sus disgustos domésticos y su fin.

Del relato se vé que el Moro no era tan fiero como le pinta Shakespeare, ni su esposa tan ideal é impecable. El diplomático, testigo fiel y sin ilusiones poéticas, revela que el matrimonio, resultado de una aventura vulgar muy usada entonces (y aun ahora) para vencer las resistencias paternas, fué para Otello fuente de largos y frecuentes disgustos y que Desdémona sobrevivió largo tiempo á su marido, sintiéndose acaso más feliz de viuda que de casada.

La muerte de Desdémona á manos del ofendido esposo no pasa, pues, de ser una ficción: la cuerda con que la ahorca la leyenda veneciana, la almohada con que la asfixia Shakespeare para hacer su muerte más lenta y desesperada, y el puñal con que le parte el corazón la versión española, son enteramente imaginarios.

Desdémona murió á edad avanzada y de muerte natural como se dice vulgarmente.

NOTAS UNIVERSALES

—El Capitán Berinez ha presentado recientemente á la Sociedad Geográfica de Quebec un proyecto de viaje al Polo Norte.

Su plan consiste en ir en barco hasta el punto, al Norte de la Siberia, donde el navío de Nansen, el *Fram* cruzó el paralelo 8º Allí dejará su barco y seguirá sobre el hielo con ochenta hombres, cincuenta perros y cincuenta rengíferos llevando provisiones para dos años La expedición irá provista de *skis, de Kayacks* y de una embarcación transportable de madera y aluminio.

El explorador piensa que así podrá alcanzar el polo en cerca de cien días y regresar por Spitzberg ó por la tierra de Francisco José.

La expedición partirá en Junio de Victoria en el mar de Behring para llegar en Septiembre á las islas siberianas.

—Las estadísticas relativas al asunto, demuestran que ya sea por la escaséz de dinero entre las clases obreras y empleados ó ya por otra causa, es lo cierto que el consumo de licores, y especialmente el de los espirituosos, ha ido disminuyendo gradualmente en los Estados Unidos, desde hace unos seis años. En efecto, el consumo de bebidas alcohólicas fué en 1892, uno y medio galones por persona; en 1893, fué de 1.47 galones; en 1894, 1 33 galones; en 1895, 1 12 y en 1896, solo un galón. En tales circunstancias parece natural suponer que haya aumentado considerablemente el consumo de las bebidas suaves, pero en realidad, el consumo de vino ha mermado tambien y el de cerveza, es prácticamente el mismo que antes.

Las artes, las manufacturas y la medicina consumen anualmente unos 11.000 000 de galones de aguardiente, de suerte que descontando esa cantidad, lo que se toma como bebida, se reduce á unos 60.000,000 de galones que en las cantinas producen en promedio.... $270.000 000. Esta es la cantidad que corresponde al año de 1896, mientras que la de 1892 fué de $400 500 000.

La cerveza y el café se disputan la supremacía como bebidas nacionales. Hace veinte años, el consumo de cerveza era apenas la mitad de lo que es hoy. En 1891 y 1893 fué cuando la cantidad llegó al máximo, 16,08 galones por habitante, pero despues ha vuelto á mermar gradualmente y ahora es unos 15 galones. Es evidente que los americanos no tienen afición por el vino, pues la cantidad del doméstico que se consumió en 1896 fué menos de la mitad del que se gastó en 1888, sin embargo de que la población del país aumentó en más de doce y medio millones durante ese tiempo y las importaciones mermaron casi en la misma proporción.

El valor total de los licores alcohólicos que se gastaron en el país durante el año 1896, tomando por base

CAZA TORPEDERO DISPUESTO PARA ATACAR

DESTROYER PLUTÓN.

el precio de menudeo, es como sigue: Cerveza doméstica, $538.662 856; cerveza importada, $3 300.531; aguardiente, excluso el que consumen las artes, $270 000 000. vino del país, $29 199,514; vino importado $20 530 930; total, $861 693,852 En 1893 esa cifra ascendió á...... $934.813.314 y en 1892 á $1 000 884 277.

Respecto al café es razonable suponer que cada libra de grano da dos galones de infusión y, tomando esto por base, el consumo de 1892 subió á 962 088,692 galones que representan un valor de $120 261,086

En cuanto al té, su consumo no aumenta, antes por el contrario, es ahora algo más pequeño que veinticinco años antes. En 1896 el promedio fué de una libra y tres décimas por cada habitante. Su valor de menudeo saca un total de $31.000 000.

En resumen, el gasto que los americanos hacen en bebidas de todas clases, viene á ser de $14 31 por cada individuo.

—Mr. Berlier, ingeniero que tiene probada ya su competencia en obras de importancia reconocida, entre otras las de los túneles bajo el Sena, ha presentado el proyecto para la apertura de un túnel á través del estrecho de Gibraltar que ha merecido el aplauso de los periódicos técnicos europeos.

El largo del túnel, comprendidos los declives de entrada en las costas, no excederá de 41 kilómetros y eligiendo la dirección de Tánger á la bahía de Vaqueros al Oeste de Tarifa, no se encontrarian más que

TORPEDERO RAYO.

fondos inferiores á 400 metros lo cual reduciría las rampas á 25 milímetros por metro.

Según las previsiones de Mr. Berlier el costo total de la obra no pasará de $25.000,000 veinte y cinco millones de pesos oro:

—Es muy prevalente la idea de que la leche de cabra se debe preferir á la de vaca como alimento para los niños y para las personas de estómago delicado, pero el analisis químico y la experiencia han probado, sin embargo, que la leche de cabra no solamente es más difícil de digerir que la de vaca, sino que no es tan alimenticia, no ob-tante de contener mayor cantidad de materias sólidas La leche de cabra es, en realidad, menos digestible que ninguna otra; tiene un olor y un gusto especiales que resultan del ácido hírcico que contiene Además, es demasiado rica en grasa para el estómago de los niños, quienes al tomarla, se exponen á padecer frecuentes ataques de diarrea, vómito y otros síntomas de indigestión. Su mayor inconveniente es que el exceso de grasa que contiene le hace apelmasarse cuando se cuaja y obstruye el canál intestinal. La nata de leche de vaca, esterilizada y disuelta en agua, es muy preferible como alimento á la leche de cabra.

—Mr. Wilson de la Uuiversidad de Cambridge, acaba de hacer experiencias que ponen en evidencia el papel de la luz espectral ultravioleta en la formación de las nubes.

Si se concentra como lo ha hecho Mr. Wilson, en lentículos de cuarza la luz de una lampara de arco y se arroja sobre un recipiente que contenga aire húmedo exento de polvo, se observa la formación de una niebla azulada que se hace visible al cabo de algunos minutos á lo largo del rayo luminoso. La nube permanece en suspensión varias horas después de que la luz ha sido suprimida.

Este fenómeno se manifiesta aún en el aire no saturado, pero en este caso la formación de la niebla es mucho más lenta. Cuando la radiación no es bastante intensa, se puede obtener la formación de una nube espesa provocando una saturación por expansión.

Lo que prueba evidentemente que estas nubes se deben á los rayos ultravioletas es que si se interpone una hoja delgada de vidrio ó de mica [substancias que esos rayos no pueden atravesar porque son para ellos cuerpos opacos] no se observa huella alguna de niebla ni de condensación.

—Se ha descubierto una nueva planta que substituye al cautchuc, mejorándolo, y cuya importancia está fuera de toda discusión ahora que se ha agregado á sus múltiples aplicaciones, la de servir para llanta de bicicletas y coches automóviles.

Esta planta se llama *manicoba (Yatropha cearense)* y es originaria de Ceara y de Pernambuco. Su producción por árbol, es más rápida y más abundante que la del cautchuc pues puede explotarse desde su cuarto año, en tanto que el cautchuc no produce sino después del octavo.

En fin, la manicoba es de una naturaleza más viváz y resistente que el cautchuc comun llamado del Amazonas, y se adaptará por eso mejor á los terrenos más diversos.

El Sr. Dr Pereira Barreto, uno de los más activos viticultores del Brasil, piensa que la *manicoba* podría ser muy utilmente aclimatada en los terrenos de algunas colonias francesas como Madagascar y el Soudan, lo cual cree "La Ilustración" de París que sería una gran fuente de riqueza para la Francia.

En la República de México, en los Estados de Chiapas y Oaxaca, crece silvestre la manicoba, y en otros como Campeche y Yucatán, podria cultivarse fácilmente.

DESTROYER TERROR.

Este cultivo es tan rico en productos como el henequen y supera al café y al tabaco.

—El descubrimiento de la anestesia, una de las más trascendentales conquistas de la ciencia contemporánea, es un timbre de gloria para la Odontología puesto que se debe á un dentista, á Horacio Wells.

Ejercía éste la profesión en Hartford [Estados Unidos.) Según refiere el docto profesor de Fisiología de la Sorbona de París, monsieur A. Dastre, en su interesante obra *Les Anesthésiques*, asistia Wells el 10 de Diciembre de 1844 á una conferencia de química instructiva y recreativa dada por Mr. Colton. Hizo éste al final algunos experimentos de la inhalación del protóxido de ázoe, y Horacio Wells, hombre de viva inteligencia y profundo observador, notó con sorpresa que uno de los concurrentes, sometido á la ihnalación, era presa de la más extraña agitación, hasta el punto de darse fuertes golpes contra los bancos y sillas, causándose heridas que manaban bastante sangre. Vuelto en sí, afirmó que ni había sentido ni sentía dolor alguno. Aquello fué una revelación para Wells, que bien pronto aplicó tan singular descubrimiento á los que en su gabinete habían de sufrir alguna operación dentaria, empezando por aplicarse á sí mismo el gas insensibilizadore antes de hacerse extraer un diente, resultando de la prueba que sólo experimentó como un ligero alfilerazo

Sin embargo, los experimentos en gran escala no

TORPEDERO AZOR.

fueron tan concluyentes; y mientras, aleccionados por aquella tentativa, otro dentista, Morton, y el químico Jakson, asociados, después de asiduos trabajos, daban á conocer otro anestésico, el *letheón*, compuesto secreto que no sólo hacía á los hombres y á los animales insensibles al dolor, sino que además los aletargaba durante la práctica de operaciones quirúrgicas. Este nuevo descubrimiento, que no era otra cosa que el éter desnaturalizado por la esencia de neroli, causó gran sensación en el mundo científico, y en menos de dos años llegó á ser el anestésico por excelencia, que tan inútilmente venían buscando la cirujía y la Odontología. Al presente, el protóxido de ázoe, el éter y el cloroformo reinan sin rival.

—Mr. Perrine, astrónomo del Observatorio de Lic, encontró hace poco el cometa de Vinnecke, cuyo periodo, calculado por Haerdtl, es de 5 años 82 días. Ahora se encuentra en la constelación de *Ofiuchus* y pasará pronto á la del *Escudo de Sobieski* El 27 de Febrero último, estuvo á su más corta distancia de la tierra, á 200.000,000 de kilómetros y pasará al perihelio el 20 de Marzo.

El cometa de Winnecke era casi imperceptible en el momento en que se le descubrió, pero se ha ido haciendo más visible y hoy todavía se le puede descubrir con instrumentos de potencia mediana.

—La perfección á que se ha llegado en la construcción de aparatos micrométricos y en el resultado de sus aplicaciones industriales, se vé cuando se examinan ciertos tejidos y telas de alambre de finura tan extremada que se pueden contar con ellos hasta 40 000 hilos por pulgada cuadrada de superficie. El alambre más fino, que se destina para usarlo en ciertos aparatos científicos, ofrecía antes graves dificultades para medirlo, pero ya ahora el problema está resuelto y los fabricantes se comprometen á entregar alambre que tenga precisamente 14 cien milésimas partes de una pulgada y hasta menos, pues se han hecho ya algunos alambres de ese metal que miden hasta 10,500 yardas de longitud por cada onza de peso. Más admirable aún es el alambre de hierro que mide dos y media millas de largo por cada onza de peso, pero el colmo de la finura en esta clase de productos, es un alambre de oro que solo pesa 24 granos y mide 120 millas de largo.

—De pocos meses á esta parte se ha crecido de una manera sorprendente la cantidad de carnes congeladas que Francia recibe del extranjero, especialmente de Australia. Esa carne llega á Francia muy bien conservada, no obstante de que se pasa en tránsito de tres á cuatro meses. El embarque se hace en cámaras refrigerantes de construcción especial, cuya temperatura se mantiene siempre bajo cero. Al desembarcar, se lleva á los almacenes que la guardan en cámaras semejantes y no se saca de ellas hasta el tiempo de venderla. El único inconveniente que ofrece esta clase de almacenaje es que la carne que ha sido congelada se descompone muy pronto cuando se deja al aire libre y por lo tanto se hace necesario cocerla ó consumirla en seguida que se saca de las cámaras.

Sin embargo, se ha descubierto que, á causa de ser más barata, muchos carniceros la compran para volver á venderla como carne fresca, y por esa razón el Ministro de Agricultura ha propuesto al cuerpo legislativo un proyecto de ley para prohibir la sustitución y obligar á los que expidan carne congelada á que le pongan una rotulata fáhilmente visible, á fin de que el comprador sepa que no es carne fresca lo que se le vende.

DESTROYER FUROR.

CALDERON "VAUDEVILLISTE"

El año pasado se representó en el teatro Odeón, de París, el drama de Moreto, *San Gil de Portugal*. Tuvo buen éxito. Todos los críticos más en moda se ocuparon de esa representación con calurosa alabanza. Sarcey dió una conferencia pública, animando á los literatos jóvenes, y prometiéndoles en la empresa seguras ganancias, para que hojeasen el repertorio clásico español, tan célebre y tan poco conocido: para que, restaurando obras famosas olvidadas, ¡olvidadas hasta en España!, rindieran tributo al arte siempre bello, al arte eterno de los grandes maestros del drama y la comedia: Calderón y Lope.

La recomendación de Sarcey no cayó en tierra estéril, y á *Don Juan de Marana*, sacado de *El Burlador de Sevilla* de *El convidado de piedra*, y adaptado á la escena francesa, ha seguido la *Double Méprise*: arreglo del drama de Calderón, *No siempre lo peor es cierto*.

Y con esta es, cuando menos, la tercera traducción de esa obra que aparece también en francés con las firmas de Linguet y de la Baumelle, bajo los títulos de *Ne pas se fier aux apparences* y de *Il ne fant pas torjous croire au pire*.

¡Quien sabe! Es posible que hayamos visto y aplaudido comedias ó sainetes basados en el argumento del drama de Calderón; pero tomado por los arregladores

TORPEDERO ARIETE.

directamente del francés, creyendo que en la lengua de Molière, fué pensado y escrito originalmente.

Acaso, acaso, si se buscaran con cuidado los orígenes de comedias y sainetes de esos que han hecho furor y que han contado las representaciones por miles, y hasta se han aplaudido por su carácter de actualidad, se hallaría en conclusión esta cosa curiosa: que las ideas de nuestros clásicos, vertidas en obras admirables y con razón llamadas famosas, dieron vuelta por el mundo, engendraron en Francia melodramas, comedias, *vaudevilles*—y vinieron aderezadas y aún estropeadas con las sales y las salsas que olían á la legua á la cocina francesa.

Porque Calderón no es solo progenitor de dramas; maestro incomparable de obras serias y profundas, sino también, según Sarcey, Jules Lemaitre, Henri Fouquier, Catulle Mendes y otros críticos, un *vaudevilliste.*

No hay que escandalizarse. El autor de *La devoción de la Cruz*, de *La vida es un sueño*, de *El alcalde de Zalamea*, de *El médico de su honra*, de *El mayor monstruo los celos*, es á creer á los críticos franceses que juzgan la *Double Méprise*, adaptación de *No siempre lo peor es cierto*, un original, extraordinario y regocijado *vaudevilliste*, un Hennequin ó un Feydeau ó un Lavedan, ó un Meillach de aquellos tiempos.

No lo dice Sarcey en tono de menosprecio, no. En los hilos de la intriga, en los golpes teatrales imprevistos de esa obra, se vé el genio de los *vaudevillistes* contemporáneos. En las comedias de enredo del teatro clásico español está el germen de los *vaudevilles*.—«*A une pièce de Calderón il doit necessairement y avoir un cavalier caché et une dame voilée*».—No podian soñar los autores del llamado «género chico» tan ilustre prosapia.

Claro es que para llegar á esta conclusión tiene que interpretarse un poco extensamente el sentido y la acepción usual de la palabra *vaudeville*. Porque éste, en su origen, fué *une chanson gaie et maligne* y luego, andando el tiempo, ha sido y es realmenete una caricatura, una parodia. Las comedias de Calderón, por mucho enredo que tuviesen, en nada se parecian á la caricatura y á la parodia, sino que eran el más fiel trasunto y el más hermoso espejo de las costumbres de la época.

El mismo Sarcey viene á declararlo y á confesarlo, al reprocharle á la actriz mademoiselle Laparcerie, que hizo de *Doña Leonor*, no haber dado al papel todos sus caracteres propios que son, según el crítico, el de un hermoso orgullo español, el de una ternura exaltada y profunda......¿Son esos, acaso, los sentimientos y las pasiones que suelen predominar en un *vaudeville*?

Pero en fin, sea, y no insistamos en tal digresión. Tomemos á Calderón, al gran Calderón, por un *vaudevilliste*, y deduzcamos de ese título que le dan los críticos franceses, á propósito de la *Double Méprise*, todas las consecuencias y todo el honor que hay en semejante afirmación.

Porque lo que resulta es lo siguiente, que al fin viene en homenaje y gran alabanza de los clásicos, y es que despues de haber inspirado á Corneille y á Molière, despues de haber buscado éstos en Calderón y en Lope asunto para sus obras más celebradas, todavía queda en el teatro español vida bastante para engendrar con la imitación de las comedias de enredo, el moderno *vaudeville*.

En esta vida todo es verdad y todo es mentira. De tal drama de Calderón tomó Corneille una de sus obras más famosas. ¿Qué extraño que si eso hizo Corneille, haya servido despues el repertorio clásico para engendrar á centenares piezas cómicas, que se han aplaudido á rabiar, creyéndolas originales, las generaciones presentes?

Y, en definitiva, eso redunda en gloria, en honor de Calderón, coloso del arte dramático, casi tan grande como Shakspeare, génio y emblema de toda una gran civilización, cuando España era por su cerebro y por su brazo la que imponía la ley en el mundo. ¡El génio que creó *El Alcalde de Zalamea* vive por siempre al traves del drama moderno, hasta en el *vaudeville!*

LUIS MOROTE.

Srita. Carlota Garcilaza y Behn

Srita. María de la Luz Ruiz

La Exposición de Flores, Pájaros y Peces EN COYOACAN

La Sociedad anónima de Concursos, cuyo Presidente Honorario es el señor General D. Porfirio Díaz, inaugura hoy su cuarto concurso de floricultura, omitología y piscicultura, concurso que está patrocinado por conocidas damas de nuestra aristocracia. La exposición de plantas será espléndida, pues muchísimas familias de México han mandado plantas raras y exquisitas, contándose además con el valioso contingente de los floricultores de Mixcoac, San Angel, Coyoacán, Tlalpam y otros pintorescos y risueños pueblos de los alrededores.

La exposición que hoy inaugura el señor Ministro de Fomento, Ingeniero D Manuel Fernández Leal, permanecerá abierta hasta el Domingo 15 del presente Mayo, día en que se verificará la solemne distribución de premios, acto que será presidido por la distinguida señora Doña Luz Acosta de González Cosío, esposa del Señor Ministro de Gobernación.

En la simpática fiesta que comienza hoy á las diez de la mañana pronunciará una poesía la señorita Esperanza Ojeda y darán conferencias las Señoritas Soledad Ramírez y Carlota Garcilazo y Behn. La primera hablará sobre "La Influencia de los agentes atmosféricos en el cultivo de las plantas," y la segunda acerca de "El cultivo de los rosales."

En los domingos siguientes darán conferencias las señoritas María Luisa Ross y María de la Luz Ruiz quienes hablarán, respectivamente, acerca de "Las Aves Canoras" y "Animales útiles y perjudiciales á la Agricultura."

En la distribución de premios pronunciará una poesía la señorita María Horcasitas y dirá el discurso oficial la señorita Mercedes Ferro.

Tenemos el gusto de publicar con estas líneas los retratos de las señoritas María de la Luz Ruiz y Carlota Garcilazo y Behn que hablarán á nombre de la Sociedad Mexicana para el cultivo de las Ciencias

Este certámen floral será indudablemente de gran atractivo por la parte activa que en él han tomado señoras y señoritas de nuestra sociedad elegante.

LAS BODAS DE FIGARO

Plausible en extremo ha sido el propósito, ya que no agradecido.

Sólo á título de curiosidad artística podrá pasar, en estos tiempos de decadentes y estetas, el estreno de «Las bodas de Figaro,» pues nadie había de presumir, ni aun el distinguido literato que ha adaptado á nuestra escena la famosa comedia de Beaumarchais, que su éxito iba á equipararse, ni aun siquiera parecerse al que obtuvo en Francia cuando se representó por vez primera en el teatro de la comedia francesa, de París, en 1784

La tremenda sátira del autor volteriano pareció inocente al público del Español, de Madrid, y este primer acto de la Revolución francesa como llamó un escritor á "Las bodas de Figaro", pareció anoche al respetable concurso, un *vaudeville* sin música ó una mediana comedia de enredo.

Es extraño que existiendo una traducción de *Le mariage de Figaro*, hecha con habilidad suma por el gran Bretón de los Herreros, se haya lanzado D. Luis Valdés á probar fortuna en terreno magistralmente cultivado por el eminente autor de *Muérete y verás.*

Sea de ello lo que quiera, lo cierto es que *Las Bodas de Figaro* que se representaron en el Español, no lograron entretener á los señores, y si algún atrevido osó iniciar algún aplauso, caro pagó su atrevimiento, pues las manifestaciones de protesta ahogaron, apenas nacido, su legítimo y disculpable entusiasmo.

Prescindiendo de la sátira, olvidando la impresión que en Francia produjo la obra de Beaumarchais, no haciendo caso de las circunstancias que concurrieron cuando la obra fué pensada y escrita, debemos reconocer—y los sensatos é imparciales lo reconocerán—que *Las bodas de Figaro*, es una comedia de enredo de *primissimo cartelo*, que para los días de fiesta la desearían ingenios que en el mercado literario gozan hoy fama de sutiles y excelentes

La traducción ó arreglo de D. Luis Valdés está hecho con mucho cuidado, obedeciendo fielmente las demandas del original, y sin españolizar—quizá sea éste el único defecto—los personajes de la obra.

María Guerrero, la eminente actriz, ha leído y no una sola vez, la comedia de Beaumarchais y casi puede aventurarse que no paró su curiosidad inquisitiva en conocer y dominar los tipos de *Le mariage de Fi-*

PEREGRINACIÓN MEXICANA Á ROMA.—*Grupo de los peregrinos que van á Tierra Santa*

garo, sino que leyó y estudió después para empaparse más *El Barbero de Sevilla* y *La madre culpable*.

Solo así se puede encarnar y representar, como ella encarnó y representó la adorable Susana de la comedia.

En el segundo acto cantó la señora Guerrero una lindísima canción con arte incomparable y con gracia verdaderamente arrebatadora.

Como siempre, la señora Guerrero vistió la obra de un modo irreprochable.

Fígaro, obtuvo en Díaz de Mendoza un intérprete excelente, y Querubín un magistral en la señora Ruiz.

Graciosísimo Díaz en el asesor judicial tartamudo, y dignos de aplauso la señora Revilla, señorita Soriano y señores Carsi, Cirera y Robles.

A *Las bodas de Fígaro*, juzgando por el fallo que dictó el público madrileño, no asistirán muchos convidados.

Son bodas, cuya luna de miel dura una noche. Noche de San Bartolomé para el arte y para el buen gusto literario.

HAYDN

Nació en Rhorau, cerca de Viena (Austria) el 31 de Marzo de 1732.—Murió en su casa de Gunpendorf, inmediata á aquella capital, el 31 de Mayo de 1809.

Casi á fines de 1808 se celebró en el palacio del príncipe Lobkowitz, en Viena, una fiesta musical brillantísima. Entre cantores y profesores de orquesta sumaban 160 ejecutantes, y el auditorio lo formaban cerca de 1,500 personas de la selecta sociedad vienense. Toda la nobleza asistía á aquella solemnidad, cuyo programa se reducía á la ejecución del admirable *Oratorio* de Haydn, *La Creación del Mundo*, ejecutado por primera vez durante la Cuaresma de 1800 en el palacio del príncipe Schwartzenberg.—Aquella fiesta era una especie de apoteosis del compositor ilustre, que cerca de cumplir los 77 años, enfermo é impedido, fué llevado en un sillón en medio de aquella multitud, verdaderamente conmovida que deseaba rendirle, previendo su fin próximo aquel tributo de admiración y de cariño. Y ciertamente que merecía aquel honor el buen viejo, llamado por algunos «el padre de la sinfonía».

Su padre, Matías Haydn, era un pobre carretero que ejercía á la vez las funciones de organista, sacristán y juez de la aldea de Rhorau, y su madre, Ana María, era cocinera del conde de Harrach. Los domingos y días festivos los dedicaban á la música para descansar de las fatigas del trabajo diario, y el niño Francisco José, cuando solo contaba cinco años, tomaba ya parte en aquellos conciertos en que su madre cantaba y su padre tocaba el harpa, marcando con un palo el compás con extraña exactitud. Un tío suyo, maestro de escuela y músico también, fijóse en ello y decidió llevarlo consigo á Hamburgo y enseñarle la música. Tres años después, Haydn sabía leer, escribir, latín y música, ésta, lo bastante para cantar con gusto y tocar el violín, los timbales y algunos otros instrumentos. Reüter, maestro de capilla de la catedral de San Estéban, en Viena, pasó por el pueblo, quedó prendado de la voz y de los conocimientos musicales de aquel artista infantil, y logró que su tío le permitiera llevarlo consigo á la capital como niño de coro.

Apenas había cumplido los trece años, y un día se atrevió á hablar á Reüter de una «misa» que había compuesto. El maestro le volvió la espalda diciéndole que antes de componer había que estudiar. El niño, ofendido por el desdén, pero convencido por la observación, se procuró libros y estudió sin descanso.—Una travesura infantil le hizo salir de la catedral, sufriendo severísimo castigo. En aquella época llevábase el cabello recogido detrás de la cabeza y atado con una cinta, formando una pequeña cola. Haydn tenía unas tijeras nuevas y las probó cortando la cola á uno de sus compañeros. Hay quien dice que fué el propio Reüter, lo cierto es que éste, sin más consideraciones, lo despidió á aquella misma hora, y Haydn se encontró sólo y abandonado en medio de las calles de Viena, en una noche crudísima de Noviembre, sin dinero y casi sin ropas. Un pobre peluquero, Keller, que vivía en una buhardilla con numerosa familia, lo encontró por la mañana tránsido de frio, y fué más caritativo que el maestro de capilla de la catedral, á quien había movido, más que la travesura del niño, la envidia con que veía sus maravillosos progresos en el arte musical.

En la pobre vivienda de su caritativo protector, estudió Haydn las obras de Bach, y pasó los días más felices de su vida, aquellos días que nunca olvidó y en los que no envidiaba, según él decía, á los monarcas más poderosos. Para no ser gravoso á Keller, y aun para corresponder á sus favores, tocaba el violín en la iglesia de los PP. de la Misericordia, y los días festivos el órgano en la capilla de los condes de Hanguritz; cantaba en algunas funciones religiosas y daba lecciones de canto y de clavecino. Uno de sus discípulos era sobrino del célebre poeta Metastasio, que vivía en la misma casa y que se interesó por él presentándolo al embajador de Venecia. Este tenía una querida que deliraba por la música, y Haydn pudo asistir á sus reuniones íntimas, donde conoció al maestro Porpora, tan notable por su talento como por su mal genio. Las enseñanzas del viejo Porpora, cuya voluntad supo ganar, fuéronle utilísimas, y sus lecciones de composición las únicas que recibió de un maestro.

La condesa de Thun, á la que agradaron mucho algunas composiciones de Haydn, que en aquella época fueron las primeras publicadas, le nombró su maestro; otras damas siguieron su ejemplo, y algunos ricos *dilletanti*, como el barón de Furnberg, le encargaron tríos y cuartetos. Haynd solo tenía 19 años y ya cobraba lo bastante para vivir con holgura.

Una serenata para tres instrumentos, compuesta por él y tocada bajo los balcones de la casa de Kurtz director de un teatro de Viena, hizo que éste quisiera conocer al autor y le confiase el libreto de una ópera cómica, *El Diablo Cojuelo* que tuvo gran éxito. La fecundidad de Haynd era pasmosa. Sus hermosas sinfonías llamaban especialmente la atención, y por una de ellas logró entrar de maestro de capilla en el palacio del príncipe Sterhazy, donde estuvo veinticinco años.

Cuando ya su posición era buena, se casó con una hija de Keller, más por gratitud al padre, que por amor á ella, cuyo carácter le proporcionó disgustos, de los que se consolaba con la amistad de la señorita Bruelli, cantante tambien al servicio del príncipe, y aunque aquella amistad era honesta, ocasionó la separación de los esposos.

La fama de Haydn había aumentado, extendiéndose por Europa. Para Italia escribió las admirables sinfonías de la "Logia Olímpica," para Cádiz las célebres "Siete Palabras," que le encargaron para ser ejecutadas en la catedral de aquella ciudad andaluza. Su viaje á Londres para dirigir los conciertos de la Sala Hannover Square, fué un continuado triunfo. Sus sinfonías producían entusiasmo delirante: la Universidad de Oxford le nombró "doctor en música," los reyes le otorgaron señaladas muestras de aprecio y un editor le pagó 400 libras esterlinas por poner acompañamiento de piano á dos colecciones de aires escoceses.—Con los pingües provechos obtenidos compró una casita con jardín cerca de Viena. Tranquilo en su retiro, compuso el oratorio *La creación* y el poema *Las cuatro estaciones*. La guerra entre Francia y Austria contribuyó á acabar su vida. Los franceses llegaron cerca de Viena; cuatro balas de sus cañones cayeron junto á la casita de Hayd, que calmó el espanto de sus criados, diciendo: "Donde está Haydn nada malo puede suceder." Pocos días despues murió. Había cumplido setenta y siete años.

MORO DE PRÍNCIPE.

Haydn escribió una sinfonía, que se ejecutó bajo la dirección de Friedberg, en el palacio del príncipe Sterhazy. El autor asistía al concierto. De pronto el príncipe, entusiasmado, interrumpe el concierto preguntando quien era el autor. Friedberg se lo presenta, y el príncipe exclama: ¿"Cómo, este *moro* es el autor? Pues bien, *moro* desde este momento entras á mi servicio. Corre á vestirte de maestro de capilla, ponte traje nuevo, peluca rizada y zapatos con tacones rojos lo más alto posible, porque eres esmirriado y chiquitín, y quiero que tu estatura corresponda á tu mérito."

El *moro*, esto es, Haydn, cuyo rostro justificaba en parte aquel apodo, quedó confundido ante el favor del príncipe y ante aquella extraña manera de recibirlo, que, en términos musicales, tambien podría calificarse de *moro*.

TELLO TÉLLEZ.

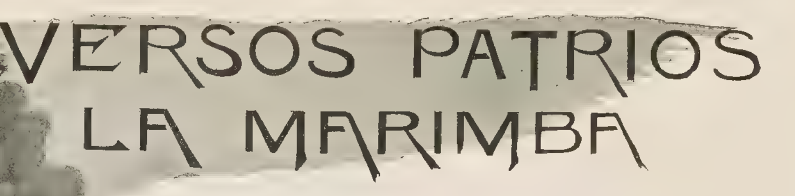
Peregrinos visitando un columbiario en la vía Appia.—Subiendo la «Scala Santa».—Audiencia concedida por Su Santidad León XIII á los peregrinos mexicanos.—Misa pontifical celebrada el 12 de Marzo en la capilla del Colegio Pío Latino-Americano.

LA PEREGRINACIÓN MEXICANA Á ROMA

OBSTINACION

Pisotear el laurel que se fecunda
Con las gotas de sangre de tus venas;
Deshojar, como ramo de azucenas,
Tus sueños de oro entre la pleve inmunda;
Doblar el cuello á la servil coyunda
Y, encorvado por ásperas cadenas,
Dejar que el abismo de las penas
El sol de tu ambición sus rayos hunda.
Tal es ¡oh soñador! la ley tirana
Que te impone la vida en su carrera,
Pero, sordo á esta ley que tu alma asombra,
Pasas altivo entre la turba humana,
Mostrando inmaculada tu quimera,
Como pasa una estrella por la sombra.

JULIÁN DEL CASAL.



VERSOS PATRIOS
LA MARIMBA

I

¡Pobre y triste marimba! rudo instrumento
Que en apacibles horas mandas al viento
Las notas fugitivas de tu teclado,
¿Quién hasta ahora, dime, quién te ha cantado?
Nadie ¡pobre marimba! nadie en el mundo
Porque todos te guardan desdén profundo,
Porque el tosco engranaje de tu estructura
No forja la cadencia flexible y pura
Que ensortijada y habil y culta mano
En salones suntuosos arranca al piano;
Porque apenas balbutes si estás de fiesta,
El vals que cadencioso lanza la orquesta,
Porque tus misteriosas voces dolientes
Los anhelos traducen de humildes gentes,
Porque el numen te ha dado que en tí se encierra
Apartada y distante y obscura tierra.........

Y es por eso que, oculta siempre en la sombra
Solo, ¡pobre marimba! solo te nombra,
En tardes esplendentes, el alma buena
Que fatigada vuelve de la faena;
Solo en noches tranquilas de clara luna,
Cuando al pié de altas rejas buscas fortuna,
Cabecitas inquietas te oyen absortas
Porque á azules regiones tú las trasportas,
Y al rumor de tus tristes quejas hurañas
Voluptuosas se cierran negras pestañas;
Solo ¡pobre marimba! solo estos versos
Te consagran humildes cantos dispersos,
Ignoradas estrofas que nada valen
Pero que desde el fondo del alma salen.

II

¡Cómo no he de adorarte, si desde el día
En que al mundo me trajo la suerte impía
Tus ecos empapados de honda ternura
Han hecho llevadera mi desventura!
La luz que hirió mis ojos por vez primera
Llegó envuelta en tu dulce voz plañidera,
El ambiente más grato que he respirado
Fué por tus vibraciones purificado,
La primera caricia de mis oídos
Fué el arrullo doliente de tus gemidos......

Después, bajo anchurosos cielos brillantes,
Transcurrieron serenos, breves instantes,
Y ora cerca llorando, ora á distancia
Tu constante sollozo veló mi infancia.
Me siguió á todas partes con tal ternura
Que cuantas veces te oigo, se me figura
¡Pobre y triste marimba! que en tu teclado
Todo, todo lo que amo se halla encarnado,
Se me figura entonces que tú conoces
Mis hondos sentimientos, que tienes voces
Que á medida que el viento van emergiendo
Solo á mí me las mandas que las comprendo....

III

Me cuentas, cuando esparces tus harmonías,
Historias de otros tiempos y de otros dias,
Me llevas, cuando escucho tus vibraciones,
A otros cielos distantes, y á otras regiones,
Y conforme á mi alma llegan tus quejas
Parten mis pensamientos cual *las* abejas
A traer sus acopios de otros verjeles
Cuajados de recuerdos que son las mieles,
Y mientras que formulas tu dulce arrullo
Es un mundo el que adentro yo reconstruyo:
La hermosura del valle donde he nacido,
Los primeros afectos que ya he sentido,
La pureza radiante de mis paisanas
que cortaron mis tristes flores tempranas;
Deslumbrantes auroras, tardes rientes,
Cariñosas palabras de buenas gentes,
¡Tiempos de mis primeros castos amores,
Tiempos que ya se fueron, tiempos mejores!

IV

¡Cómo no he de adorarte si fué una tarde
Que de luces formaba pomposo alarde
Cuando, al son plañidero de tus querellas,
Aprisioné en mis manos dos manos bellas!
¡Cómo no ha de ser tuya la vida mia
Pobre y triste marimba! si fué ese día
Que, merced al encanto de tus rumores,
Hablé por vez primera de mis amores!

Me llegaban tus voces tan doloridas
Que hallé para mis penas quejas sentidas,
Conforme al viento dabas tus notas puras
Murmuraban mis labios muchas ternuras,
Y conocí con honda dicha secreta
Que esa vez mi lenguaje fué de poeta,
Porque hicieron mis frases brotar tranquilas
Dos lágrimas brillantes de dos pupilas....

V

Otras veces, al eco de tus plegarias,
Mis ojos se deslumbran con *luminarias*
Y á mis oidos llegan, amortiguados,
Rumores cadenciosos de zapateados;
Miro envueltos en polvo los corredores
Que los *amos* bañaron de resplandores
Y allí, bailando alegre, la gente buena
Que fatigada vuelve de la faena,
Mientras que, entre la sombra que no importuna,
Siempre, ¡pobre marimba! por tu fortuna
Cabecitas inquietas te oyen absortas
Porque á azules regiones tú las trasportas;
Y siempre dominando con tus gemidos
Tantos confusos ecos, tantos rüidos,
Sin tregua ni descanso se alzan tus voces
Porque sabes que colmas sencillos goces,
Hasta que, acongojada de ese martirio,
Fugitivo y sonoro lanzas el *quirio.*

VI

Después me representa tu acento alado
Muchas, muchas escenas que has celebrado:
Las hermosas de fresca risa argentina
Que, en los instantes en que el sol declina
Y agrupadas á orillas del manso rio,
El cántaro sediento, rojo y vacío
Colman con rumorosos chorros de plata
Tarareando en concierto tu serenata;
Los negros que á la selva llegan desnudos,
Y oprimiendo en sus puños toscos y rudos
Las hachas deslumbrantes que al sol provocan
Siegan bosques frondosos que al cielo tocan;
Los *vaqueros* que asoman, firme y escueta,
Sobre los *miradores* su hosca silueta,
Y poblando los aires con su voceo
Que tenáz y paciente llama al *rodeo.*
Ora doman los lomos del potro airado,
Ora el testúz erguido del toro *alzado;*
Las *fierras* tumultuosas, las *tamaladas,*
Las tardes en rojiza llama incendiadas
Que son tras la miseria y el infortunio,
Gratas anunciadoras del mes de Junio;
Las lluvias tempraneras que en son de fiesta
Organizan de truenos vibrante orquesta,
El torrente espumoso que ruje y brama
Cuando la nube negra se desparrama,
El aire humecido que libre yerra
Con los rumores todos que hay en la tierra,
Que perfumado pasa porque su broche
Entreabrió pudorosa *huele de noche;*
El ramaje florido que miel exhala
Cuando rauda y vibrante lo hiere una ala,
Los pájaros que cantan sus esponsales
Cruzando por llanuras y por maizales,
Los *ocotes* de altivo penacho de oro
Que á los cielos elevan himno sonoro.........
Todo ¡pobre marimba! todo este mundo
Que encerró para siempre mi amor profundo
Por arte misterioso lo hallo encarnado
En las notas dolientes de tu teclado,
Y como á veces pienso que lo conoces
Me apartas cuando lloras ocultas voces.

VII.

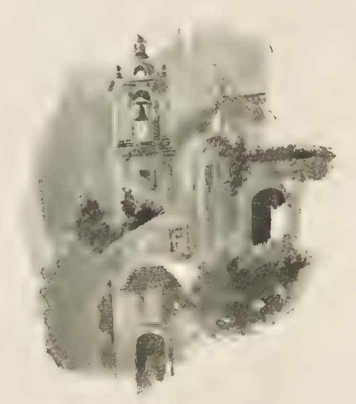
Y en la ermita cuajada de resplandores
¡Cuántas veces tus sacros, graves rumores
Me encontraron, inmóvil y de rodillas,
Con lágrimas gloriosas en las mejillas!

El incienso oloroso que en lo alto flota
Vacilante y sin rumbo como ala rota,
La confusión de voces, incierta y varia,
Que balbute la misma lenta plegaria,
El altar revestido de casta albura,
La lengua incomprensible que dice el Cura,
La campana que alegre repica á vuelo,
Los cohetes que escalan raudos el cielo,
Mientras que sin reposo tu eco apagado
Envuelve entre sus ondas el *alabado*......

Todo esto por sencilla, fácil cadena
A mí memoria enlaza la madre buena,
Me transporta á las tardes esplendorosas
En que el altar ornaba con frescas rosas,
E implorando á la virgen con dulces ojos
Me colocaba ante ella puesto de hinojos;
Me transporta á las noches largas y frías
En que oyendo de lejos tus harmonías
Su regazo buscaba medroso, inerme,
Y ella me acariciaba diciendo: «¡duerme!»

VIII.

Más tarde trascurrieron brumosos años
De vagar bajo obscuros cielos extraños,
Y al buscar la memoria la patria ausente
Siempre ¡pobre marimba! tu voz doliente
A todos mis recuerdos los perseguía
Con enferma y extraña monomanía:
La hermosura del valle donde he nacido,
Los primeros afectos que yo he sentido,
La pureza radiante de mis paisanas
Que cortaron mis tristes flores tempranas,
Deslumbrantes auroras, tardes rientes,
Cariñosas palabras de buenas gentes,
¡Todo aqueste cortejo de mis amores
Lo bañabas sin tregua con tus rumores!



IX.

¡Oh, Dios excelso y bueno! ¡Oh, Dios clemente
Acoje bondadoso mi ruego ardiente
De que entierren mi humilde cuerpo aterido
En el valle de flores donde he nacido!
Y al llegar ese hermoso, deseado día
¡Pobre y triste marimba! que tu harmonía
Desparrame las ondas de su ternura
En el lugar que guarde mi sepultura!

RODULFO FIGUEROA.

Abril de 1898.

NAUSICA

Después que hubo traspasado con sus flechas á los pretendientes, el ingenioso Ulises, lleno de sabiduría y de recuerdos, dejaba correr sus días tranquilos en su palacio de Itaca. Todas las tardes, sentado entre su mujer Penélope, y su hijo Telémaco, les refería sus viajes y, cuando había acabado, tornaba de nuevo á narrarlos.

Una de las aventuras que contaba con más agrado, era su encuentro con Nausica, hija de Alcinóo, rey de los Feacios.

—Nunca olvidaré, decía, cuán bella, graciosa y caritativa se me apareció. Hacía tres días y tres noches que flotaba yo en el vasto mar, afianzado á una tabla de mi balsa destrozada. Por último, una ola me arrebató, llevándome hasta la embocadura de un río. Gané la orilla, un bosque estaba cerca, amontoné hojas y, como me encontrase desnudo, cubrí con ellas mi cuerpo entero. Me dormí. De pronto, un rumor de agua corriente me despertó. Abro los ojos y veo unas jóvenes que juegan á la pelota, en la playa. Me levanté, cuidando de velar mi desnudez con una espesa rama. Me adelanté hácia la más bella de las jóvenes....

***

—Ya nos habéis contado esto, amigo mío, interrumpió Penélope.

—Es posible, dijo Ulises.

—¿Qué importa? exclamó Telémaco.

Ulises continuó:

—La veo todavía, sobre su carreta, conduciendo las mulas con sonoros cascabeles. El vehículo se encontraba lleno de hermosa ropa blanca y vestidos de lana teñida, que la princesa acababa de lavar en el río con sus compañeras. Y, de pié, un poco inclinada y tirando de las riendas, el viento de la tarde desparramaba al rededor de su frente sus cabellos de oro, mal contenidos por unas cintas, y ceñía su vestido sutil á sus piernas derechas y redondas.

—¿Y después? preguntó Telémaco.

—Estaba perfectamente educada, prosiguió Ulises; cuando nos aproximamos á la ciudad, me rogó que la abandonase, para que no se dijera de ella nada malo, al verla con un hombre. Pero en la forma con que fuí acogido en el palacio de Alcinoo, comprendí que había hablado de mí á sus nobles padres. No volví á verla más hasta el momento de mi partida. Me dijo: Os saludo ¡oh, huésped mío! para que en vuestra patria no me olvidéis nunca, porque soy la primera á quien debéis la vida. Y yo la respondí: Nausica, hija del magnánimo Alcinóo, si el fuerte esposo de Hera quiere que goce pronto del regreso y vuelvo á mi hogar, allí, como á una divinidad, te dirigiré votos todos los días, porque tú eres quien me ha salvado.—Niña más hermosa y con mayor juicio no la he encontrado, y puesto que no he de viajar más, estoy seguro de no volverla á ver nunca.

—¿Creeis que se encuentre casada ahora? preguntó Telémaco.

—No tenía más que quince años y no había sido aún prometida á nadie

—¿Le dijisteis que teníais un hijo?

—Sí, y que me consumía el deseo de verlo nuevamente.

—¿Y le hablastéis bien de mí?

—Sí, aunque apenas te conocí, por haber abandonado á Itaca cuando eras un niño, en los brazos de tu madre.

***

Sin embargo. Penélope, que deseaba casar á su hijo, le presentó sucesivamente las más bellas vírgenes del país, las hijas de los príncipes de Dulichios, de Samos y de Zacyntho. Siempre Telémaco la decía:

—No las quiero, porque conozco una más bella y mejor.

—¿Quién?

—Nausica, la hija del rey de los Feacios.

—¿Cómo puedes decir que la conoces, puesto que no la has visto nunca?

—La veré, replicó Telémaco.

Un día dijo á su padre:

—Mi corazón desea, ¡oh mi ilustre padre! que hendiendo en un navío la mar procelosa, bogue hácia la isla de los Feacios, y pida al rey Alcinóo la mano de la bella Nausica. Me consumo de amor por esta virgen que mis ojos no han visto nunca, y si os oponéis á mi deseo, envejeceré sólo en vuestro palacio y no tendréis nietos.

El ingenioso Ulises respondió:

—Sin duda es un Dios quien ha despertado en ti tal deseo. Desde que te hablé de la princesa que lavaba su ropa en el río, desdeñas los manjares suculentos servidos en nuestra mesa y un círculo negro se extiende al rededor de tus ojos. Toma contigo treinta marineros y un barco ligero y parte en busca de aquella á quien no conoces y sin la cual no puedes vivir. Pero es preciso que te advierta de los peligros del viaje. Si el viento te impulsa hácia la isla de Polifemo, guárdate de acercarte á ella; ó si la tempestad te arroja á sus orillas, ocúltate y tan pronto como tu embarcación pueda afrontar el oceano huye y no intentes ver al Cíclope Yo le arranqué su único ojo; pero aunque ciego, es aún temible. Huye también de la isla de los Lotófagos, ó, si llegas á ella, no comas de la flor que ellos te ofrezcan, porque te hará perder la memoria. Teme asimismo la isla de Ea, reino de la rubia Circé, cuya varita cambia á los hombres en cerdos. Si la desgracia quiere que la encuentres en tu camino, he aquí una planta cuya raíz es negra y la flor blanca como la leche. Los dioses la llaman *moly* y á mí me la entregó Mercurio En virtud de ella, podrás hacer ineficaces los maleficios de la ilustre maga

Ulises añadió otros consejos relativos á los peligros de la isla de las Sirenas, de la isla del Sol y de la isla de los Lestrinogos. Terminó diciendo:

—Acuérdate, hijo mío, de mis palabras, porque no quiero que comiences mis funestas aventuras.

—Me acordaré, dijo Telémaco. Por lo demás, todo obstáculo, y aun todo placer, será un enemigo que pretenda retardar mi llegada á la isla del sabio Alcinóo.

***

Telémaco partió pues, con el corazón lleno de Nausica

Una racha de viento lo apartó de su camino, y como su barco pasaba por la isla de Polifemo, sintió la curiosidad de ver el gigante vencido por su padre

Se decía: el peligro no es muy grande, puesto que Polifemo está ciego.

Desembarcó solo, dejando al bajel anclado en una bahía, y se arriesgó en medio de una campiña ondulante, sembrada de ganados y ramilletes de árboles.

En el horizonte, detrás del pliegue de una colina, una cabeza enorme surgió; luego unas espaldas semejantes á estas rocas pulidas que se adelantan hácia el mar; luego, un pecho lleno de matorrales, como un barranco.....

Un instante después, una enorme mano se apoderó de Telémaco y éste vió inclinarse sobre él un ojo tan grande como un escudo.

—¿No estais ya ciego? preguntó al gigante

—Mi padre Neptuno me ha curado, respondió Polifemo. Un hombre pequeño, de tu especie, fué quien me privó de la luz del día, y por eso voy á devorarte.

—No haríais bien dijo Telémaco; porque si me dejáseis vivir, os divertiría contándoos hermosas historias.

—Ya escucho, respondió Polifemo

Telémaco comenzó entonces el relato de la guerra de Troya. Cuando vino la noche,

—Es hora de descansar, dijo el Cíclope. Pero no te devoraré esta noche, porque quiero saber el resto.

......Cada noche, el Cíclope decía lo mismo, y así trascurrieron tres años.

Durante el primer año, Telémaco refirió el sitio de la ciudad de Priam.

El segundo año, el regreso de Menelao y de Agamenon

El tercer año, el regreso de Ulises, sus aventuras y sus astucias maravillosas.

—¡Ah! decía Polifemo, eres muy osado al hablar así, ante mí, del hombrecillo que me causó tanto mal.

—Pero, respondía Telémaco, cuanto más te demuestre el ingenio de este hombre, menos vergonzoso será para tí haberte dejado vencer por él.

—La razón es especiosa, decía el gigante, pero te perdono. Yo hablaría, sin duda, de otro modo, si un Dios no me hubiese devuelto la vista Pero los males pasados no son más que un sueño.

***

Al final del tercer año, Telémaco buscó en vano en su memoria: no encontró ya nada que referir al gigante. Entonces comenzó las mismas historias. Polifemo encontró en ellas el propio placer y el relato duró otros tres años.

Pero Telémaco no se sentía ya con el valor de referir por tercera vez el sitio de Ilión y el regreso de las héroes. Se lo confesó á Polifemo y agregó:

—Prefiero que me devoreis; no echaré de menos más que una cosa; al morir: no haber visto á la bella Nausica

Refirió largamente su amor y sus dolores, y, de pronto, vió en el ojo del Cíclope una lágrima tan gruesa como una esfera.

—Vé, dijo el Cíclope, vé á buscar á la que amas. ¿Por qué no me has hablado antes?.........

—Ya veo, pensó Telémaco, que hubiera debido comenzar por ahí. He perdido seis años por culpa mía. Cierto es que la vergüenza me hubiese impedido, antes, decir mi secreto. Si lo he dicho, es porque creía que iba á morir.

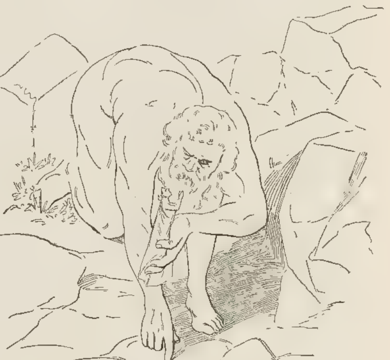
Construyó una canoa—porque el bajel que dejó en la bahía había desaparecido mucho tiempo atrás—y se lanzó de nuevo sobre el mar profundo

***

Otra tempestad lo arrojó á la isla de Ea

Vió, á la entrada de un gran bosque, sobre un columpio formado con lianas y guirnaldas de flores una mujer que se balanceaba blandamente.

Estaba adornada con una mitra incrustada de rubíes; sus cejas se unían sobre sus ojos; su boca era más roja que una herida recién abierta, sus senos y sus brazos eran amarillos como el azafrán; flores formadas de pedrería adornaban su vestido transparente, color de jacinto, y sonreía envuelta completamente en su cabellera salvaje.



Su varita de maga se encontraba atravesada en su cintura como una espada.

Circé miraba á Telémaco. El joven héroe buscó en su túnica la flor del *moly*, la flor negra y blanca que su padre le había entregado en su partida; pero ad virtió que no la tenía

—Estoy perdido, pensó. Va á tocarme con su varita y me veré convertido en un cerdo, comedor de bellotas.

Pero Circé le dijo con voz dulce:

—Sígueme, joven extranjero, y ven á descansar conmigo.

La siguió, y muy pronto llegaron á su palacio, que era cien veces más bello que el de Ulises.

En el curso del camino, de lo profundo de los bosques y de las barrancas, acudían al paso de la maga, cerdos y lobos, que no eran otros sino hombres que habían naufragado en la isla; y por más que Circé se hubiese apoderado de una larga varilla de hierro, con la que los picaba cruelmente, ellos trataban de lamer sus pies desnudos.

***

Tres años permaneció Telémaco al lado de la maga.

Un día, sintiose avergonzado, lleno de fatiga hasta el extremo, y advirtió que no había cesado de amar á la hija de Alcinóo, la virgen inocente de ojos azules, á la que nunca había visto.

Pensaba:

—Si pretendo huir, la maga, irritada me transformará en bestia, y entonces no veré jamás á Nausica

Pero Circé por su parte, estaba cansada de su compañero. Comenzó á odiarlo, porque lo había amado. Así, pues, una noche levantóse del lecho de púrpura, tomó su varita y con ella dióle un golpe en el lugar del corazón.

Pero Telémaco conservó su forma y su rostro Era que en aquel instante pensaba en Nausica y tenía el corazón lleno de su amor

—¡Vete! ¡Vete! gritó la maga.

***

Telémaco encontró su canoa, se hizo al mar, y una tercera tempestad lo arrojó á la isla de los Lotófagos.

Eran hombres finos, llenos de ingenio y de un caracter dulce é igual.

Su rey invitó á Telémaco á que comiese una flor de loto.

—No comeré, dijo el joven héroe; porque esta es la flor del olvido y quiero conservar mis recuerdos

—Sin embargo, olvidar es una gran felicidad contestó el Rey. Merced á esta flor, que es nuestro único alimento estamos libres de las penas, de los deseos y de todas las pasiones que turban á los desgraciados mortales. Por lo demás, no obligamos á nadie á que coma la flor divina.

Telémaco vivió algunas semanas con las provisiones que había salvado de su naufragio. Luego, como no hubiese en la isla frutos ni animales para comer, se alimentó, como pudo, de moluscos y pescados.

***

—Así, dijo un día al Rey, la flor del loto hace olvidar á los hombres aun aquello que desean ó aquello que causa sus sufrimientos?

—Ciertamente, contestó el Rey.

—¡Oh! prorrumpió Telémaco, no me hará olvidar á la hermosa Nausica.

—Prueba pues.

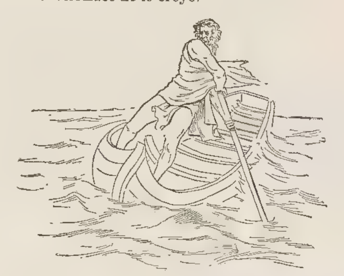
—Si pruebo, es que estoy seguro de que el loto no podrá realizar nunca lo que nunca han logrado los artificios de una maga

Comió la flor y se durmió, es decir, vivió del mismo modo que los dulces Lotófagos; gozando del momento presente y no preocupándose de otra cosa. Únicamente sentía, algunas veces, en el fondo de su corazón como el recuerdo lejano de una antigua herida, sin que pudiese saber con precisión lo que era

Cuando se despertó, no había olvidado á la hija de Alcinóo; pero habían transcurrido veinte años sin que él se diese cuenta: fué preciso á su amor todo este tiempo para vencer la influencia de la flor del olvido.

—Son los veinte mejores años de vuestra vida, le dijo el rey.

Pero Telémaco no lo creyó.



***

Despidióse cortesmente de sus huéspedes, y no os referiré ya todas las aventuras en que se vió envuelto; tan pronto la necesidad, tan pronto la curiosidad de contemplar cosas nuevas, ya en la Isla del Sol, ya en la de las Sirenas, ya en la de Lestrígonos, ni como su amor fué bastante fuerte para arrancarlo de todos estos peligros y de todas estas diversas mansiones

***

Una última tempestad lo llevó á la desembocadura de un río, en la isla deseada en el país de los Feacios. Ganó la orilla; un bosque estaba próximo. Amontonó hojas, y como si se encontrase desnudo, se cubrió con ellas todo el cuerpo. Durmióse...... De pronto un rumor de agua corriente lo despertó......

Telémaco abrió los ojos y vió á unas criadas que lavaban ropa blanca bajo la dirección de una anciana ricamente vestida

Se levantó, teniendo cuidado de velar su desnudez con una espesa rama, y se acercó á aquella mujer. Era ésta un talle grueso y burdo y mechones de cabellos grises se escapaban de sus cintas. Se veía que había sido hermosa, pero ya no lo era.

Telémaco la pidió hospitalidad. Ella le respondió con benevolencia he hizo que sus criados le diesen ropa.

— Y ahora, huesped mío, voy á conduciros al palacio del Rey

—¿Seréis vos la Reina? preguntó Telémaco.

—Lo habéis dicho, ¡oh extranjero!

Entonces Telémaco, sintiendo el corazón regocijado:

—Quieran los dioses—dijo—conceder una larga vida á la madre de la bella Nausica.

—Nausica soy yo! respondió la Reyna.........

¿Pero qué teneis, venerable anciano?

***

En su canoa, reconstruida apresuradamente, sin volver la vista atrás, el viejo Telémaco volvió á lanzarse al vasto océano

JULIO LEMAITRE.

EN LAS NAVES

Una luz de mediodía, tímida é incolora, penetraba por las altas ventanas de los muros y cúpulas del templo.

Un silencio angusto—silencio de mar que descansa—tendía su intangible veste del ara al coro, del bautisterio á la cripta.

En la atmósfera fría y turbia vagaban perfumes místicos de incienso y ceras consumidas.

Recorríamos las naves

Nuestros pasos producían leves resonancias que se apagaban luego en el ancho espacio de las bóvedas

Hablábamos quedo, nuestras palabras apenas si iban más allá de nuestros oídos.

Lo veíamos todo, todo, sin permitir que algo se escapara á la observación.

Vetustos lienzos de fondo obscuro y lustroso de donde á fuerza de combinaciones de luz, lográbamos destacar la carita rechoncha, fresca y sonriente de un serafín flotando entre las gasas de una nube; lienzos, más vetustos aún, en los que, como triunfo estético, se ostentaba una desesperante simetría en las figuras; aquí un torso de mártir chorreando sangre; allí una fisonomía apesarada de virgen anémica que por toda expresión de dolor tiene unidas las cejas formando acento circunflejo; más allá, la estátua de un santo de epidermis tersa y transparente, silencioso tranquilo en su postura afectada y fatigosa; por aquí un *Ecce homo* enflaquecido hasta lo imposible, pero chorreando una sangre roja, sana, bien oxigenada; por acá, un reguero de arte en orfebres, pedrería, oro, relieves, estucados......

Llegamos ante una escena sublime, de irreprochable estatuaria: en un nicho azul, blanco y oro, había una virgen tendiendo las manos á unos desvalidos que la imploraban. En la fisonomía de la santa estaba impresa una dulzura infinita; de sus ojos se desprendía una promesa de consuelo, de sus labios estaba para brotar una frase que vivificaría las almas insensiblemente. Aparté la vista de aquel cuadro y la posé en el rostro de Ethel—mi compañera—......

Me había herido un recuerdo.

La sublime expresión de la fisonomía de la santa, alguna vez la había visto en el semblante de aquella mujer. Esa expresión me fascinó por esa expresión la amaba con toda el alma.

La virgen mujer sentía infinitamente; la mujer-virgen, sentía como Ella.... .

Fué una grata revelación con toda la inocencia hecha por el artista creador de aquella estatua—que cayó como beso de luz en la noche negra de mis esperanzas; por ella palpitó la ilusión del mañana, del porvenir de mi vida.

Y seguimos recorriendo las naves.

Ethel, como siempre, llevando su observación hasta los más mínimos detalles, yo.... incapaz de pensar ya en lo que me rodeaba, absorto en una idea que me hacía vivir la vida sonrosada del ensueño.

Yo miraba siempre á Ethel.

La ví pasear su vista por lienzos, estátuas y decorados, la ví sorprender el arte,—esa apoteosis del sentimiento—y ví como su frente se iluminaba á la luz de las perfecciones y las bellezas.

¡Oh, las almas que sienten! ... Para ellas fueron hechas la vida y la naturaleza, la nota y la palabra, el color y la línea, para ellas brota la idea, cuaja en estrofas el pensamiento, se desenvuelve el contorno, rima la luz sus tonos desde el fulgor á la penumbra, desde la aurora al ocaso.

¡Benditas almas, en vosotras existe Dios! Sois su única manifestación para los que vamos arrollados por la formidable tempestad con que muere el siglo, este viejo que ha sido tan sabio y tan prostituido.

Y continuamos recorriendo las naves augustamente silenciosas—como un mar que descansa—cuando Ethel mi compañera se detuvo.

Estábamos ante el ara. Arrodillóse. Yo me alejé para contemplarla mejor.

¡Qué hermosa estaba así! La cabeza erguida, la frente pálida iluminándose á la luz de los cirios; en la mirada confundiéndose la ternura del amor con la súplica y el respeto, mientras que de los labios se desprendía la oración silenciosa, apacible, blanca.

Así oran las almas puras.

¡Cuánto sentí entonces! ¡Qué explendidamente se desgarró la sombra que envolvía á mi creencia, y se alzó de lo más hondo de mi ser, un grito nunca oido, mientras contemplaba frente á frente aquellas dos grandezas: La Mujer y Dios

—¡Concédemela, Señor, concédemela!.........

¡Ah, pero si Dios concediera siempre lo que se le pide.........

LUIS FRIAS FERNÁNDEZ.

DAMAS MEXICANAS

Srita. Rosa Vogel
DE MAZATLAN

(Fot. Valleto)

ODIO MORTAL.

De vuelta del campo, donde había pasado todo el día trabajando rudamente, entró Juan en el patio de la alquería, con la azada al hombro, llevando suspendida del brazo una cosa que pataleaba y que no podía precisarse á la incierta luz del crepúsculo

—¿Qué traes ahí?—le preguntó el amo, que se lavaba las manos junto al pozo.

—Un lebratillo que he cogido en Clos-Sorbier—contestó Juan.

—¿Y qué diablos te propones hacer con él?

—Quisiera criarle, señor

—¡Criar una liebre! ¡Eso equivaldría á aclimatar un bretón en este país!

—No lo creáis—repuso Juan.—Yo sé lo que es ésto.. He criado animales mucho más difíciles; el gorrión, por ejemplo. ¡Si me permitiérais ponerle al lado de los conejos y darle una gota de leche todas las mañanas, ya veríais!......

—Eso..al ama..hijo mío..Cada uno á su negocio..

—Pues en ese caso todo está arreglado—dijo Juan—pues estoy seguro de que no ha de oponerse......

Pedro, que estaba desenganchando los caballos y que había presenciado la escena, murmuró con voz ronca:

—Un diablo con cuernos que trajera ese bestia, habría de ser bien recibido. ¡Si fuera yo! ....

—Vaya—dijo el amo—parece que Pedro se muestra celoso. ¡Cállate, animal! Ya sabes que no me gustan estas cosas, y que empiezan á cansarme tus malos modales....

Pedro, exasperado y con tono áspero, repuso:

—¡Mis modales!...¡Digo la verdad y á mí no me asusta nadie!....

El amo encogióse de hombros y sin contestar entró en la casa, donde la humeante sopa le esperaba ya en la mesa, dejando á Pedro refunfuñando.

No tardó éste en presentarse despues de dejar los caballos en la cuadra. A poco llegó Juan, que había dejado á su lebratillo en un agujero de la conejera. La comida fué silenciosa. Pedro tenía un aspecto feroz. Con su cara plana, gris, su corta barba roja y sus ojos oblicuos, parecía un gato silvestre. Juan, por el contrario, de aspecto risueño, pensaba, comiendo, en las travesuras y monadas de los animalejos

Cuando llegó la hora de retirarse Pedro esperó á Juan en el patio, y en voz baja, apretando los dientes, le dijo:

—¡Por tí sufro yo tantas afrentas, y esto tiene que acabar! Te lo juro por el santo de mi nombre.

Juan, con calma, contestó:

—No te temo....

***

Pedro odiaba á Juan, porque éste era simpático á todo el mundo Amable, compasivo de modales mas finos que los demás, animoso para el trabajo, sensible al amor, diestro en procurarse sanos recreos, era por todos apreciado. Pedro no podía soportar esa superioridad. Cada cumplido, cada frase halagüeña dirigida á Juan, retumbaba, con sordos golpes de odio, en el cobarde y celoso corazón del carretero. Provocaba continuamente disputas á Juan, que este evitaba en toda ocasión con encantadora ironía. Muchas veces pensó esperarle á la vuelta de la aldea, los domingos por la noche, para arrojarse sobre él, deshacerle la cabeza á pedradas, hundirle la hoz en el vientre, y romperle el cráneo con un mazo; pero temía las consecuencias de un asesinato. En sus insultos no se atrevía á lanzarlos fuera de cierto límite, pues sabía que Juan era más fuerte que él, y además sentía perder la plaza que era buena, toda vez que el amo no habría de vacilar, obligado á despedir a uno de los dos. El odio se acumulaba en él, exasperandole no poder dar á sus energías condensadas otro derivativo que el de insultos solapados y anodinas cuestiones á diario

Aquella noche, en la cuadra se tumbó en su camastro más ahogado que nunca por el odio. Soplaba su pecho como una fragua, y fantasmas de crímenes le persiguieron toda la noche sin dejarle dormir.

¡Matar á Juan!....¡oh! Le parecía que todo dolor había desaparecido de su alma ¡Oh! ¡Matar á Juan! Creía que despues de esto quizá podría amar á sus semejantes; á sus caballos, como en otro tiempo, á aquellos buenos, tranquilos y apacibles caballos, á los que tan duramente castigaba desde que Juan le había filtrado en el corazón, en la carne y en los huesos, el veneno del odio universal. ¡Matar á Juan, oh!

En lugar de rechazar las ensangrentadas visiones de muerte que le asediaban y los rojos y fugaces fantasmas que desfilaban ante él en la obscuridad con extrañas y terribles siluetas, se esforzó en darles un aspecto menos vago, un cuerpo real y vivo, el aspecto y el cuerpo de Juan, aprisionado bajo sus piés y espirante. El malvado experimentó un gran alivio; fué aquello como la vista de un arrollo para el viajero sediento. ¡Oh! ¡Matar á Juan!....

***

El lebratillo creció. Cada vez que Juan volvía del campo, iba á dar un poco de leche al animal, poniéndole paja fresca á su guarida. Haciale mimos y le cantaba, como á los niños, cosas inocentes.

En la alquería profesaban cariño á la liebre, porque allí querían mucho á Juan: Todos le preguntaban con interés:

—¿Qué tal tu lebratillo?

—Anda bien...... bebe mejor...., tiene los ojuelos muy listos y las orejas como las de un borriquillo—contestaba Juan radiante de alegría.

Pedro odiaba a la liebre, porque detestaba á su dueño. Cada vez que se hablaba del animalillo delante de él, un gesto horrible hacía más asquerosa su achatada cabeza y más feroz la expresión de cobardía de sus ojos bizcos.

Con frecuencia se cruzaban en el patio al retirarse á descansar. Pedro repetía á Juan, quien se encogía de hombros:

—¡Esto no puede seguir así! ¡Has de ver quien soy yo!

***

Una noche se levantó Pedro, cansado de no poder conciliar el sueño. Encendió el farol de la cuadra y salió al patio, descalzo, en mangas de camisa. Dirigióse á la parte del edificio en que dormía Juan; detúvose un momento cerca de la ventana y siguió andando. Los perros acudieron á olfatearle, pero conociéndole, no ladraron Al llegar cerca de la conejera se detuvo nuevamente. Tumbóse á lo largo frente á la alambrera, á traves de la cual veíanse, á la luz del farol, la paja y las yerbas que servían de cama á los conejos.

—¡Canalla!... ¡Miserable canalla!—rugió Pedro entre dientes.

Abrió la alambrera, separó la paja é introdujo su mano en el agujero.

—¡Ya te encontraré!—exclamó.—Haces bien de esconderte; pero de nada te ha de servir.. .

Tras de algunos momentos de tanteo, sacó al fin del agujero una cosa caliente, suave y lustrosa, una masa redonda, roja, que presentó á la luz del farol: el lebratillo.

—¡Ea, ya te tengo en mi poder!.. Sí!... Eres mío....¡Dime que tú eres Juan!... Que tú eres Juan....

Los ojos de Pedro brillaron de feroz alegría.

El animalito tenía las orejas plegadas al cuerpo.... Entre su pelo erizado por el miedo, solo se le veía el hocico que removía, y sus pupilas negras en que la vida parecía escapársele de espanto.

—¡Oh! ¡Cómo late tu corazón!.... ¡No latiría así si fuese una marta la que te tuviera entre sus garras!... ¡Dime que tú eres Juan!....¡Juan!.... ¡Juan!....Pedro aproximó el lebratillo á la luz

—¡Quiero verte... verte morir, Juan!...Porque tú eres Juan, ¿verdad? ¡Dímelo!....

El carretero cogió al animal por el pescuezo y apretó la mano.

—¡Sí!..¡Sí! ¡Defiéndete, canalla!..Hace mucho tiempo que deseaba hacerte sufrir, ¡matarte! ¡Porque tú eres Juan!.... Tú eres su alma; su alma, que odio....

Pedro estrujó con fuerza el cuello del animal, cuya cabecita pareció abultarse desmesuradamente. El lebratillo se defendía aún entre los dedos de Pedro, y á medida que la vida se le escapaba que los movimientos eran más débiles, que los ojillos ensangrentados se movían convulsivamente, el carretero gritaba:

—¡Al fin te tengo....tengo tu vida en mi mano!......¡Ya no me harás sufrir más, hechicero de la desgracia! ¡Nadie te querrá ya más, vil animal!....

Cuando el lebratillo estuvo muerto, le arrojó en el agujero, cerró la alambrera, volvió á la cuadra y se acostó Con los huesos molidos y el cerebro vacío se durmió profundamente, feliz, sin remordimientos y como redimido.

Octavio Mirbeau.

Grupo de señoritas de Culiacán.(Fotografía de Tapia)

Isabel Martinez de Castro — Antonia de la Vega — Julieta Telleache — Clementina Vega
Sara Salmón — Elisa Martinez de Castro — Esther Telleache — Luz Almada — María de la Vega — María Martinez de Castro — Dolores Gil Lamadrid

LIRIO SILVESTRE

POR ANDRE THEURIER—ILUSTRACIONES GRABADAS EN NUESTROS TALLERES.

Versión española de "El Mundo Ilustrado"

Número 1.

I.

Hasta hace unos veinte años existía aún en las montañas langresas una costumbre muy grata para los niños: durante los últimos días de la Semana Santa, un grupo de chicos y chicuelas de diez á quince años, elegido por el sacristan de la Parroquia, iba de puerta en puerta y de cortijo en cortijo, para hacer la colecta de huevos cantando una elegía en que la pasión de Nuestro Señor estaba rimada con candorosa sencillez. Los que en sus casas criaban aves de corral no rehusaban nunca algunos huevos á los cantores, y los demás salían del paso dando un pedazo del pastel de Pascuas, una manzana pasa y á veces hasta una rebanada de pan.

Al regreso, esta contribución impuesta á los feligreses se dividía entre los colectores y el sacristán que, como es de rigor, tomaba para sí la parte del león.

Pues bien; aconteció que un Juéves Santo á eso del medio día, los tortolitos y las tortolitas de Auveribive que pasaban por tener las voces más lindas y que Cadet Boucheseiche, sacristán de la Parroquia, había entresacado del palomar, partieron en compañía para visitar las Quintas, Granjas y Cortijos de la selva. Naturalmente figuraban en primera línea los hijos de Boucheseiche que llevaban el cesto para los huevos y eran dos muchachos de doce y catorce años tan diferentes entre sí como un huevo y una castaña. El mayor, Vicente, era pesado de cuerpo y de inteligencia, mofletudo, subido de color y con ojos obscuros y saltones; el menor, Félix, de cara paliducha sembrada de pecas, tenía el cuerpo frágil, cierto aire de astucia, ojos grises y cabellos rubios. Por eso el ingenioso Boucheseiche para acentuar mejor esta diferencia, había llamado al uno Borgoña y al otro Champaña, y tales apodos se les habían quedado. Los dos hermanos eran unos gallitos, riñendo siempre entre sí, menos cuando se ponían de acuerdo para molestar á la pupila de Boucheseiche, Germana Vincart, su prima, que era jorobada por lo cual la atormentaban sin piedad. Esta, á pesar de su talle desviado, sus espaldas salientes y su aspecto delicado, había sido agregada al grupo de cantores porque tenía una voz fresca y bien timbrada que daba valor á las coplas de la cancion que los demás acompañaban en coro. Aunque ya tenía catorce años solo representaba once cuando mucho; ¡así estaba de delicada de cuerpo y de enfermiza! pues toda su vitalidad se habia concentrado en su cara pálida de facciones finas y en sus grandes ojos expresivos de pupilas negras y lucientes que iluminaban el blanco azulado de la cornea.

Inteligente, discreta y dulce, con los cabellos recogidos en una cofia de tela negra con adornos violetas, iba gravemente al lado de Clarisa Yfois una chiquilla de su edad, desmadejada, de modales varoniles y tan descarada y audáz, como Germana parecía reservada, humilde y modesta; esta Clarisa de cabeza desnuda, de cabellos rubios, rebeldes al peine, tenía los ojos atrevidos, las mejillas curtidas por el sol, los labios rojos, siempre listos para reir, y su busto precozmente formado, hacía crugir su corpiño de lana en tanto que la enagüilla que ya le estaba demasiado corta, dejaba ver casi hasta las rodillas sus piernas desnudas cruzadas de arañazos. Carecía absolutamente de recato y coqueteaba ya con un mocetón de quince años sólidamente conformado, moreno como un grillo, listo y esbelto como un gato salvaje, que se llamaba Marcial Seurrot y que tenía el apodo de *el chino* á causa de sus cabellos castaños y crespos. Nadie le ganaba para treparse á los árboles, robar los nidos, hacer silbatos con ramas de sauce y ese era el jefe y conductor de la banda; los otros chicos le obedecían sin chistar, llenos de respeto y de admiración hácia él por su contextura, su fuerza y su destreza.

En este año, las pascuas caían á fines de Abril, y de consiguiente en este país de valles estrechos y colinas boscosas, aunque las noches fuesen todavia muy frescas, la vegetación comenzaba á despertar y á florecer entre los cantos de los pajarillos. Bajo un cielo claro surcado de nubecillas flotantes, las hayas echaban ya sus renuevos y el musgo de los surcos estaba sembrado de violetas. Entre el cielo pálido y la tierra en que las plantas rejuvenecían, esos montones de verdura salpicados de pétalos brillantes, daban á la selva el aspecto de una iglesia engalanada para la misa nupcial. Perfumes de violetas y de jacintos subían como incienso primaveral, en tanto que los trinos de los pinzones, los mirlos y los ruiseñores, se mezclaban como un coro de amor.

—Primero, dijo Marcial Seurrot con voz de mando, iremos á la Quinta de Sellee pasando por Tejería, y en seguida iremos á la Borda Aqcuanova y Allofroy y luego regresaremos por la Granja de Clavin.

Después, dirigiéndose á los que llevaban el cesto, añadió:

—Borgoña y Champaña, atención: ustedes van á guarnecer con musgo el fondo del cesto, á fin de que los huevos no se hagan tortilla por el camino.

—Si se pusieran también ramitos de violetas, dijo Germana, eso sería más lindo.

—¿Y por qué no todas las malas yerbas del campo, dijo Borgoña, de qué te metes tú señorita Corcoba? Cuando nos cansemos de llevar el cesto, no seras tú quien nos ayude.

Intimidada Germana por esta réplica no aventuró una palabra más, y se pusieron nuevamente en camino, una vez recogido el musgo para la canasta. Marcial abría la marcha silbando como un mirlo; Clareta se había instalado al lado suyo y los dos Boucheseiche seguían sacudiendo el cesto.

Germana iba un poco más atrás y cuando le agradaba alguna flor y se inclinaba para recogerla, perdía un tiempo que luego le era necesario recobrar y fatigándose sin que los demás de la partida se ocuparan de ella.

Al fin se llegó á una floresta desde donde se veían los edificios de la Seyes elevar su masa gris sobre los árboles verdes. Los perros ladraron furiosamente en el patio; y los chicos, medrosos, estrechándose unos contra otros, avanzaron con precaución hasta el dintel de la cocina. Su estreno no parecia no ser afortunado porque la señora de la casa estaba ausente y Perdriset el arrendatario, tenía fama de avaro y rudo.

Dándose sin embargo valor con las miradas, se aproximaron á la puerta entreabierta y cantaron la primera copla de la elegía.

La voz grave de Marcial y las voces argentinas y afinadas de las dos niñas subían agradablemente en el aire perfumado; pero Borgoña y Champaña bramaban sin cuidarse de la medida y daban tales alaridos, que los perros, oyéndolos, aullaban de cuando en cuando. Perdriset, que acababa de almorzar no dió lugar á los muchachos de terminar su canción, sino que á media copla, abriendo bruscamente la puerta, apareció en mangas de camisa y con gorro de algodón.

—Parvada de granujas, gritó; ya acabaron de romperme las orejas? ¿Qué vinieron hacer aquí? ¿á pedir huevos? Pues las gallinas no ponen á causa del frío. Mi mujer los hubiera despedido á ustedes á escobazos; pero yo soy un buen chico y les voy á dar algo para hacer las paces. Entró en la cocina, subió en un escabel, registró la alacena y regresó con un puñado de cerezas secas que arrojó en el cesto.

—He aquí el precio de la canción. Ahora á desfilar!

Cerró groseramente la puerta, y los cantores se alejaron con pena, despedidos por el gruñir de los perros.

—Maldito avaro! dijo Marcial ya en el camino. Le deseo tantos ratones en sus graneros, como piedras hay en los campos.

—Es necesario convenir, observó Germana dulcemente, que hemos cantado muy mal. Para lo sucesivo es bueno que me dejen cantar sola las coplas y se contenten con repetir en coro el final como lo tenemos ensayado.

—Bueno, replicó Champaña será necesario obedecer á la mandarina. Nos burlamos de tus órdenes. No estamos aquí en el catecismo ni está aquí el cura que solo vé por tus ojos, jorobada fea!

—La chica tiene razón, interrumpió Marcial, los Bucheseiche cantan como unos sapos y mientras menos se les oiga nos irá mejor. Germana cantará sola y nosotros repetiremos el final.

Dicho esto con un tono imperioso, Borgoña y Champaña callaron; y pensando para sí que no valía la pena viajar con las cerezas empezaron á comérselas á hurtadillas. Champaña por su parte, hallaba gran placer en esta ocupación, pues satisfacía su gula y atormentaba á Germana arrojándole á la cabeza los huesecillos hábilmente disparados por el pulgar y el índice. Desgraciadamente, uno de estos proyectiles, mal dirigido, vino á rozar la oreja de Marcial que volviéndose friamente sobre el culpable le dijo:

—Devora las cerezas si quieres, sabandija de sacristía, pero guarda los hu esos si noquieres que te desbarate de un puntapié. A poco llegaron á la gran-

ja de la Borda y la arrendataria y sus gentes que acababan de comer recibieron á los chicos en la cocina. Les oyeron cantar y les regalaron una media docena de huevos. Después en Aqcuanova no sólo les completaron la docena, sino que les obsequiaron con sabrosísimas golosinas para que comieran allí. Con esta buena impresión siguieron su camino hasta Allofroy donde les esperaba otra agradable sorpresa. La madre Petitot, la arrendataria, resultó que había sido muy amiga de la madre de Germana y desde que vió á la jorobadita corrió á ella y la estrechó entre sus brazos.

—¡Querida niña! exclamó con voz entre amorosa y compasiva ¡Cuánto tiempo sin verte! Pero desde luego te conocí sin vacilar, pues te pareces mucho á tu madre.... en la cara por lo menos. Y dirigió á la niña una piadosa mirada. Luego añadió:

—¿Saben ustedes la canción de Viernes Santo? yo también, pues cuando era chiquilla la cantaba con tu mamá y haciamos una rica colecta.

Entonces con su voz límpida, con un acento penetrante y como empapado en lágrimas, Germana cantó sola las cinco coplas de un colorido vivo y sencillo como el de las vitrinas medio evales, y todos, hasta sus mismos compañeros la oyeron conmovidos y asombrados.

Cuando Germana cantaba no se apercibía uno de su defecto físico; tanto así encantaba su voz, tanto así se transfiguraba y embellecía. Su frágil cuerpo se enderezaba, su rostro pálido parecía irradiar, sus ojos grandes expresaban sucesivamente el amor, el terror, la indignación, como si estuvieran mirando el drama horrendo de la Pasión. Luego su voz se enternecía, se volvía suplicante, y una aureola de éxtasis circundaba su frente cuando decía con entusiasta afirmación:

Y todos subiréis al paraiso
como suben los ángeles de Dios.

Sentada en el banco de piedra, cerca de la puerta, la arrendataria juntaba sus manos contemplando con admiración á la cantatriz; sus párpados se humedecieron, y cuando cesó el canto arrojó sus brazos al cuello de Germana y la cubrió de besos.

—Oh! mi vida, murmuraba. Tú sí, tú sí que eres un angelito de Dios. Buen tiempo hace que no me había conmovido así oprimiéndoseme la garganta y el corazón. Espérense voy á traer mi ofrenda.

Entró en la cocina, y volvio á salir con el delantal lleno de huevos que fué depositando en el cesto uno por uno.

—Eso es para las Pascuas, dijo, y luego sacando de su bolsa un pañuelo de seda de vivos colores añadió:

—Y ésto para tí, Germana, porque te quiero mucho. Y le colocó el pañuelo en el cuello y la abrazó y besó por última vez, conduciéndolos en seguida hasta la puerta y despidiéndolos tiernamente.

Una vez fuera los cantores caminaron un momento silenciosos. El cesto estaba colmado y los dos Boucheseiche los sentían pesar tanto, que empezaron á ponerse de mal humor. Clarisa por su parte parecía descontenta y fastidiada, y echaba miradas de envidia al brillante pañuelo de seda anudado al cuello de Germana; y en tanto que Champaña y Borgoña se quedaban atrás arrastrando los piés, la jorobadita marchaba alegre al lado de Marcial.

—Mírenla, dijo Clarisa dirigiéndose á los retardatarios, qué oronda va con su pañuelo! Se diría que es dueña del mundo.

—En lo que haría bien es en enderezarse, dijo Borgoña; su pañuelo no la priva de estar retorcida como un sarmiento seco.

Acababan de trasponer la loma de Allofroy y llegaban á las ruinas de Santa Clara, donde se alzó en otro tiempo una ermita y una capilla. Los Bucheseiche pusieron el cesto en un montón de piedras y se detuvieron para respirar.

—Ay! dijo, Borgoña tengo todo el brazo despedazado.

—Descansa un momento dijo Germana y pásanos el cesto; lo llevaremos Marcial y yo.

Pero los dos Boucheseiche á quienes su padre había recomendado prudentemente no abandonaran los huevos, se resistieron.

—Vean á la rúbrica: cualquier mosca tiene más fuerza que ella, y habla de cargar el cesto; gritó Champaña.

—Cuando está uno formada como tú, añadió desdeñosamente Clarisa, buen trabajo cuesta cargar consigo misma: conténtate con hacerte de la bonita, porque tienes ese pañuelo que la vieja bruta te echó sobre la joroba.

—Tienes mal corazón Clarisa; te prohibo hablar mal de la señora Petitot.

—Maldita retorcida, no te des aires de reina porque no quedas bien.

—¡Que reina exclamó Borgoña; la reina corcobeta!

Los dos Boucheseiche y Clarisa tomándose por la manos empezaron á dar vueltas al rededor de Germana desvanecida; y sin dejar de correr, Clarisa aprovechó el aturdimiento de su víctima para arrebatarle al paso el pañuelo. Germana se lanzó para recobrarlo, pero Borgoña y Champaña la detuvieron por los brazos y en la lucha su cofia cayó á tierra, se esparcieron los cabellos por las espaldas y la pobrecita estalló en sollozos. En este instante dos magníficos bofetones obligaron á los dos pilletes á dejar su presa: era Marcial indignado que venía en auxilio.

—Son ustedes unos cobardes, dijo, poniéndose entre los tres á atormentar á una chiquilla que no puede vengarse. Váyanse, ó les administro una zurra que dará al diablo que reir.

Arrancó el pañuelo de las manos de Clarisa y lo devolvió á la pobre niña.

—Toma Germana tu pañuelo y no tengas miedo. Al primero que te toque le rompo el alma.

Y amenazaba con el puño á los dos Boucheseiche que, recogiendo el cesto desfilaron prontamente á lo largo del camino. Clarisa furiosa les seguía de mala gana y Germana y Marcial quedaron solos cerca de la capilla que perfilaba sus ruinas grises entre el azul del cielo. La chica se había dejado caer en la yerba y lloraba desconsolada.

Marcial se acercó á ella.

—Cálmate, mi pobre Germana, dijo con voz compasiva, ya corrieron como unas lagartijas; cuando te hayas repuesto, te acompañaré hasta tu casa. Aquí está tu cofia que había caído ¿quieres que te ayude á peinarte?

Germana enjugó sus ojos, se apercibió de que estaba despeinada, y ruborosa sacudió la cabeza y se apresuró con pena á reanudar sus cabellos. En la lucha había perdido su peine que Marcial se puso á buscar entre las yerbas y acabó por descubrirlo, hundiéndolo en seguida él mismo en la opulenta cabellera que no pudo dejar de admirar.

—Qué lindos cabellos tienes.

Germana se ruborizo de nuevo y se cubrió con su cofia.

—Gracias, Marcial, murmuró, tú si eres bueno.

—No, chica, contestó él. Tengo mis hígados tan negros como los otros, pero no consiento que se moleste á una niña. Si ya descansaste, vámonos.

—Aguarda un momento, Marcial; no me siento bien y creo que el fresco de la tarde me recobrará poco á poco.

Germana respiraba con ansiedad los olores de la selva y luego levantando la cabeza contempló el zenit de un azul pálido.

—Que alto está el cielo, suspiró ¿te gusta, Marcial, mirar al cielo?

—No siempre me sucede, respondió Marcial sinceramente; veo más bien la tierra donde hay nidos que coger, fresas que pillar y liebres que caen en los lazos.

—Sí, pero cuando miras allá arriba en qué piensas?

—Si es de noche, pienso en que los guardas estarán dormidos.

—Pues yo cuando levanto la vista recuerdo lo que dice el cura Pechenard; «Vereis el cielo abierto y á los ángeles del Señor subiendo y bajando.» Y me parece oirlos cantar; solamente que no los veo y me imagino que no los veré sino en el paraiso.

—Lo creo, dijo Marcial con indiferencia.

—Si voy al paraiso antes que tú, Marcial, le di-

reá Nuestro Señor que te lleve, y te reservaré un lugar.

—Oh! no tengo prisa. El viento está al Norte y mañana caerá la helada. Hace frío. ¿Vámonos Germana?

—Como gustes, Marcial.

Descendieron la vertiente de la colina y ganaron dulcemente el camino de la aldea. Cuando llegaron á casa de Germana, el crepúsculo estaba á punto de terminar.

—Gracias por tu buena amistad, Marcial. No olvidaré el servicio que me hiciste, y esta tarde rezaré por tí.

—Eso no perjudica, dijo riendo el muchacho. Adios pues, Germana.

II

El alojamiento de Germana era el último de la aldea por el camino que sube hacia Montgerant, y estaba junto al de los Boucheseiche. Las casas, contiguas y semejantes, habían sido construídas al mismo tiempo por el bisabuelo de Germana. Las dos estaban precedidas de un corredor separado del camino por una empalizada y una reja de madera. Un solo pozo redondeaba su brocal de piedra, atravesando el muro; y detrás, los jardines eran regados uno y otro por un estrecho arroyuelo que iba á perderse en la cercana selva. Desde este lugar se dominaba la aldea agrupada en derredor de la iglesia; los bosques de Montavoir y de Charboniere y hácia el Oeste el valle de l'Aube cerraba el horizonte con los arbolados de l'Herbue.

Vincart, padre de Germana había muerto dos años antes y su madre de quien había hablado la arrendataria de Allofroy sobrevivió solo algunos meses á su marido. Germana era su única hija y los dos la amaban y cuidaban de ella. Prometía ser linda y muy inteligente, cuando al cumplir los once años una fiebre tifoidea la puso al borde de la tumba. Su madre la salvó á fuerza de atenciones, pero cuando la niña entró al fin de su convalescencia, se observó que, si en la inteligencia nada había sufrido, le dejó en el cuerpo la enfermedad, penosas huellas de su paso. Una perturbación de la nutrición había detenido de súbito el desarrollo de la convalesciente, y su talle se deformó estrechándose su pecho en tanto que el cráneo crecía desproporcionalmente. La naturaleza luchó por triunfar de esas perturbaciones del organismo, pero demasiado tarde desgraciadamente para que la deformación de los huesos pudiera desaparecer, y Germana quedó contrahecha para toda la vida. La madre, á pesar del pronóstico facultativo continuaba esperando contra toda probabilidad, y con fé viva rogaba á Dios repitiendo como el centurion: «Señor, señor! Una palabra tuya y mi hija quedará curada.» Ella había puesto á la niña bajo el amparo de Jesús y de la Virgen.

Todos estos pobladores de la montaña langresa son muy creyentes, y la madre de Germana era citada como un ejemplo de piedad. Su devoción aumentó después de la enfermedad de su hija y la muerte de su marido. Casi no salía de la iglesia donde ejercía, acompañando á su hermano, Boucheseiche las funciones de sacristán. Para esto llevaba á Germana, y por ese motivo el santuario se hizo para la niña tan familiar como su propia casa.

No solamente Germana vivía en intimidad estrecha con las cosas y las gentes de iglesia, sino que relacionaba con su casa sus prejuicios y sus predilecciones. En su rinconcito había levantado con sus propias manos un altar, y allí entre flores y galas destacaba la imagen de la virgen con el niño Jesús entre los brazos.

A su afición por la vida devota unía Germana una religiosa y excepcional ternura por las cosas de la naturaleza: flores, insectos y pájaros. Al contrario de los demás niños, generalmente inclinados á torturar á los desgraciados animales que caen en sus manos, ella se angustiaba días enteros si los veía sufrir; en su casa no había pájaros enjaulados, y cuando sus camaradas atormentaban á una mariposa, daba cuanto tenía para rescatar á la víctima. Después de las estaciones en la iglesia y las plegarias en el oratorio, su única alegría era pasar las horas en el fondo del jardín paterno entre las flores, los insectos y las aves. A la orilla del arroyuelo Germana se venía á sentar bajo la sombra de un manzano, y las abejas sus amigas se familiarizaron tanto con ella, que venían á posarse sin hacerle daño en sus brazos y en sus cabellos. En medio de estas tiernas efusiones de la adolescencia, la sorprendió la muerte de su madre que la dejaba sola en el mundo.

Cadet Boucheseiche era hermano de la señora Vincart y por eso el consejo de familia reunido por el juez de paz le confió la tutela de la huérfana que el sacristán aceptó con tanta mayor voluntad cuanto que este encargo lejos de serle oneroso le prometía ciertos productos y regocijadoras esperanzas. En ese país pobre de la montaña donde la vida es tan barata, Germana podía considerarse como una rica heredera, pues además de su casa y su jardín tenía propiedades rurales que le producían una renta neta de mil francos.

Después de la muerte de los padres de Germana los Boucheseiche se habían acostumbrado á considerar como suyos esos dominios, y el sacristán había soñado en casar más tarde á Germana con su primogénito Borgoña. En su opinión, Germana ni tendría hijos ni haría huesos viejos, y se veía ya posesor de la fortuna de su sobrina en la persona de su hijo.

A fín de preparar con tiempo esta toma de posesión, indicó á la huérfana que se viniera á vivir á su casa; pero ella dotada de una firmeza superior á su edad se negó obstinadamente, y dijo que quería permanecer en el sitio en que su madre había muerto; en vano Boucheseiche alegando su derecho y su responsabilidad de tutor ensayó obligarla legalmente á instalarse bajo su techo: Germana invocó el arbitraje del cura, y este se pronunció en favor de su feligrés favorita.

Ante la autoridad del cura Boucheseiche que temía perder sus lucrativas funciones de sacristán no osó rebelarse; y haciendo al mal tiempo buena cara, dejó á Germana vivir en paz. Pero como por otra parte era necesaria una compañera que la sirviera de apoyo y la ayudara en sus tareas domésticas, por indicación del cura se contrató para esta misión á la madre Aubriot viuda, ni vieja ni joven, muy amada por sus virtudes, y que ejercía en pueblo el oficio de comadrona. Se la llamaba *La Buena Mujer* ó más lacónicamente *La Buena:* y como no tenía hijos, la compañía de esta niña delicada y dulce, le daba una tardía ilusión de maternidad. Mimaba con efusión á Germana la acariciaba, y sobre todo la defendía contra las tretas interesadas de los Boucheseiche grandes y pequeños. *(Continuará.)*

¡ADORACION!

Como al ara de Dios llega el creyente
Trémulo el labio al exhalar el ruego.
Turbado el corazón, baja la frente,
Así, mujer, á tu presencia llego.
¡No de mí apartes tus divinos ojos!
Pálida está mi frente de dolores;
¿Para qué castigar con tus enojos
Al que es tan feliz con tus amores?
Soy un esclavo que á tus pies se humilla
Y suplicante tu piedad reclama,
Que con las manos juntas se arrodilla
Para decir con miedo.... que ¡te ama!
¡Te ama! Y el alma que el amor bendice
Tiembla al sentirle, como débil hoja;
¡Te ama! y el corazón cuando lo dice
En yo no sé qué lágrimas se moja.
Perdóname este amor; llama sagrada,
Luz de los cielos que bebí en tus ojos,
Sonrisa de los ángeles bañada
En la dulzura de tus labios rojos.
¡Perdóname este amor! A mí ha venido
Como la luz á la pupila abierta,
Como viene la música al oido,
Como la vida á la esperanza muerta.
Fué una chispa de tu alma, desprendida
En el beso de luz de tu mirada,
Que al abrasar mi corazón en vida
Dejó mi alma á la tuya desposada.
Y este amor es el aire que respiro,
Ilusión imposible que atesoro,
Inefable palabra que suspiro
Y dulcísima lágrima que lloro.
Es el ángel espléndido y risueño
Que con sus alas en mi frente toca,
Y que deja perdóname.... ¡es un sueño! —
El beso de los cielos en mi boca.

*

¡Mujer, mujer!.... mi corazón de fuego
De amor no sabe la palabra santa,
Pero palpita en el supremo ruego
Que vengo á sollozar ante tu planta.
¿No sabes que por solo las delicias
De oir el canto que tu voz encierra:
Cambiara yo, dichoso, las caricias
De todas las mujeres de la tierra?
¿Que por seguir tu sombra, mi María,
Sellando el labio á la importuna queja,
De lágrimas y besos cubriría
La leve huella que tu planta deja?
¿Que por oir en cariñoso acento
Mi pobre nombre entre tus labios rojos,
Para escucharte detendré mi aliento,
Para mirarte me pondré de hinojos!
¿Que por sentir en mi dichosa frente
Tu dulce labio con pasión impreso,
Te diera yo, con mi vivir presente,
Toda mi eternidad....por solo un beso?
. . . .

Pero si tanto amor, delirio tanto,
Tanta ternura ante tus pies traida,
Empapada con gotas de mi llanto;
Formada con la esencia de mi vida;
Si este grito de amor, íntimo, ardiente,
No llega á tí....si mi pasión es loca,
Perdona los delirios de mi mente,
Perdona las palabras de mi boca.
Y ya no más mi ruego sollozante
Irá á turbar tu indeferente calma....
Pero mi amor hasta el postrer instante
Te daré con las lágrimas del alma.

AUSENCIA

¡Quién me diera tomar tus manos blancas
Para apretarme el corazón con ellas,
Y besarlas.... besarlas, escuchando
De tu amor las dulcísimas querellas!
¡Quién me diera sentir sobre mi pecho
Reclinada tu lánguida cabeza,
Y escuchar, como enántes, tus suspiros,
Tus suspiros de amor y de tristeza!
¡Quién me diera posar casto y süave
Mi cariñoso labio en tus cabellos,
Y que sintieras sollozar mi alma
En cada beso que dejara en ellos!
¡Quién me diera robar un solo rayo
De aquella luz de tu mirar en calma,
Para tener al separarnos luego
Con que alumbrar la soledad del alma!

LA MUJER DEL MARINERO

¡Oh! quién me diera ser tu misma sombra.
El mismo ambiente que tu rostro baña,
Y, por besar tus ojos celestiales,
La lágrima que tiembla en tu pestaña!
Y ser un corazón todo alegría,
Nido de luz y de divinas flores,
En que durmiese tu alma de paloma
El sueño virginal de sus amores!
Pero en su triste soledad el alma
Es sombra y nada más, sombra y enojos..
¿Cuándo esta noche de la negra ausencia
Disipará la aurora de tus ojos?....

MANUEL M. FLORES.

PAGINAS DE LA MODA

TOILETTE DE CASA PARA SEÑORITA

LA MUJER

Difícil, dificilísimo en extremo es tener que tratar una cuestión de la importancia y gravedad de la presente.

Cuestión que tiene en sí un roce directo y especial, nada menos que con la MUJER.

¿Quién es aquel que pueda explicar satisfactoriamente lo que es la Mujer?

¿Quién puede precisar á punto fijo lo que ésta significa en la balanza de la creación?

Seguramente nadie, pues solo AQUEL que rige los destinos de la obra aún no concluida del Universo, es quien puede resolver estas cuestiones, sin temor de equivocarse en sus respuestas.

A lo más que podemos llegar es, á decir que la Mujer es uno de aquellos seres que por su misma incomprensibilidad se identifica con Dios.

La Mujer es la base indispensable de la familia.

La Mujer es la piedra fundamental de la humanidad.

Mejor dicho, la mujer es la primera piedra del Universo.

La Mujer es la más brillante página que el dedo de Dios haya trazado en el interminable libro de la naturaleza.

Página es en la cual se leen los más nobles y elevados sentimientos.

Y cada uno de esos sentimientos—hijos del corazón—es llevado por la mujer hasta lo más acendrado, hasta lo más noble y hasta lo más sublime de la pasión.

Si Dios es SER×SER la mujer es SER+SER

Por lo tanto, la Mujer abraza toda la poesía, toda la grandeza, toda la sublimidad de ese harmonioso y admirable conjunto que compone la CREACIÓN, obra la más bella y que revela toda la Omnipotencia de un Dios sabio, justo y perfecto por excelencia suprema.

Considerando á la mujer bajo el aspecto psico-fisiológico, veremos en ella desde luego que sus afecciones son más delicadas y sentidas que en el hombre.

Sus instintos son más sagaces y más penetrantes.

En cambio su inteligencia es más débil.

Sin embargo, á la Mujer la vemos resolver cuestiones arduas en un instante, en un momento y con una precisión y exactitud tales, que el hombre jamás haría. no solo en un instante, más ni en un tiempo indefinido.

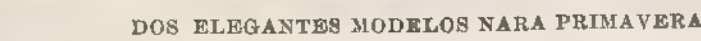
Por esto podemos decir que la Mujer es *repentista* por carácter, puesto que sus decisiones son repentinas é inesperadas.

Oigamos lo que respecto a la Mujer asienta el sabio Alexandro Mayer, médico del Hospicio Imperial de los Quinze Vingts, en su profunda y filosófica obra titulado: *Des Rapports Conjugaux.*

"La anatomía demuestra que las partes anteriores del cerebro—asiento de las facultades intelectuales—están menos desarrolladas en la Mujer que las partes posteriores las cuales corresponden á las cualidades afectivas, á los instintos y á las inclinaciones.

Lo que distingue, pues, á la Mujer, es el sentimiento; lo que caracteriza al hombre, es la razón.

"La Mujer es más pequeña de cuerpo y menos robusta que el hombre. La debilidad de la Mujer se halla lo mismo entre los salvajes que entre los pueblos civilizados. El tejido celular es más abundante en la Mujer, lo cual prueba que su desarrollo personal está retardado aún y menos avanzado, porque debe dar lugar á otras producciones Lo que ella pierde respecto á fuerza lo gana en belleza, porque á consecuencia del tejido celular se levanta la piel produciendo esas suaves inflexiones y esos contornos tan graciosos que seducen nuestras miradas Dicho tejido tiene la pro-


DOS ELEGANTES MODELOS NARA PRIMAVERA

JACQUET DE PRIMAVERA

NUESTROS GRABADOS

TOILETTE DE CASA PARA SEÑORITA.

Es primoroso este modelo de primavera de una adorable sencillez—Todo de tafetán blanco—Lleva por solo adorno en la parte inferior del cuerpo y en la parte inferior de la falda una aplicación de cinta de raso en amplia red romboidal. Cuello alto, cerrado por corbatin de raso, año 30.

DOS ELEGANTES MODELOS PARA PRIMAVERA.

De seda acero el uno todo liso, con capa de blonda excesivamente sutil y ligero y el otro de sarga, con pelo de blonda y aplicación de bordado.—Distínguese el segundo por la forma caprichosa de la casaca blusa, con tableros en los hombros y ribete.

piedad de realizar la voluptuosidad de los movimientos y de lubrificar los órganos de la locomoción. Si el cerebro se halla más desarrollado en el hombre que en la Mujer, en esta vemos mucho más desarrollada la médula espinal.

"La Mujer vive generalmente más largo tiempo que el hombre, no obstante su debilidad; ella cria mas sangre, pero en cambio el hombre produce mas pensamientos En la Mujer es mas rápida la circulación y mas violenta la acción de los órganos respiratorios Su existencia la consagra á la conservación material de la especie. Si el hombre inicia la generación y representa el principio animador y activo, la Mujer da los elementos materiales y trabaja mayor tiempo y con mas pena en la elaboración del acto progenitor. La Mujer emplea su mas florida edad en la propagación y nutrición de la especie. En ella tienen una influencia mas marcada que en nosotros los órganos de la generación. Lo sensaciones que dimanan de este acto, conmueven profundamente todo su *ser* y atormentan toda su existencia. No podemos imaginar aún, bajo qué relación y hasta qué punto el cerebro y los demás órganos se hallen en la Mujer bajo la dependencia del útero Desde que el útero se halla enfermo, ó tan solo en un orgasmo fisiológico. toda la economía se trastorna, sucediendo á veces también que cuando tiene lugar una alteración grave en otro punto del cuerpo. el útero se resiente. Por esto se dice que el útero es uno de los polos de la organización femenina, quedando el alma sometida á su dirección El hombre no tiene para la progenie una ternura y un tacto tan fino como la Mujer. El padre está ligado por simpatías morales á su hijo; la madre ama al hijo como fruto de sus entrañas. como lo más puro de su sangre, como su vida. En el hombre la sustancia del cerebro tiene más consistencia, más densidad; en la Mujer es más blanda y más voluminosa. En estas diferencias orgánicas, reside la causa porque la Mujer es más susceptible de excitabilidad que el hombre, y éste es más recogido y más apto para reflecionar, que ella.

"La Mujer presenta todos los caracteres del temperamento nervioso Extrema en el bien, lo es también en el mal; ella es inconstante, movible, vacilante é irresoluta; ella pasa del amor al odio con una prodigiosa facilidad; en fin, ella está llena de contradicciones y de misterios. Capaz de las acciones más heroicas, no retrocede tampoco ante los crímenes más atroces y horrorosos. En sus venganzas es una fiera de las más terribles.

(Continuará.)

GRUPO DE LA ESTACION

TOCA DE PRIMAVERA

JACQUET DE PRIMAVERA.

De una elegante severidad, sin más adorno que el ribete en las solapas y bordes verticales, de cinta de raso. Puede hacerse de sargas figuradas ó lisas.

GRUPO DE LA ESTACIÓN.

Una bonita peculiaridad la del jacquet de la dama, por el elegante cruzamiento sobre el pecho. Falda absolutamente lisa—descubriendo chaleco figurado de seda con cinturón de raso. Sombreros de paja con gran penacho de pluma negro. Traje de niña hecho de enagua escocesa y jacquet amplio con sobre cuello de lino.

Traje de niñita, de satín claro con capelina bordada y elegante gorrita.

TOCA DE PRIMAVERA.

Es de tafetán chifoneado toda cubierta en la parte posterior de hojas de encina con elegante penacho de plumas azul y blanco.

VESTIDO SASTRE PARA DAMA.

Un lindo modelo para el cual deben escogerse driles obscuros ligeramente rígidos. Falda de amplio vuelo con entredoses angulares guarnecidos de botones—adorno que se repite en el jacquet, al frente. Este se abre con escote cuadrado y en dos solapas sobre la camisa de lino, listada de rosa ó azul y acorbatada con sencillez y elegancia.

TRAJE PARA NIÑA DE 9 Á 10 AÑOS.

Falda de sarga acordeon sin adorno alguno y gran jacquet cruzado, que por solo adorno lleva guías en la parte superior de las solapas y en la inferior de las mangas Es de puño de damas acordonado, y lleva doble hilera de botones.

MODELO DE DOBLE FALDA

MODELO DE DOBLE FALDA.

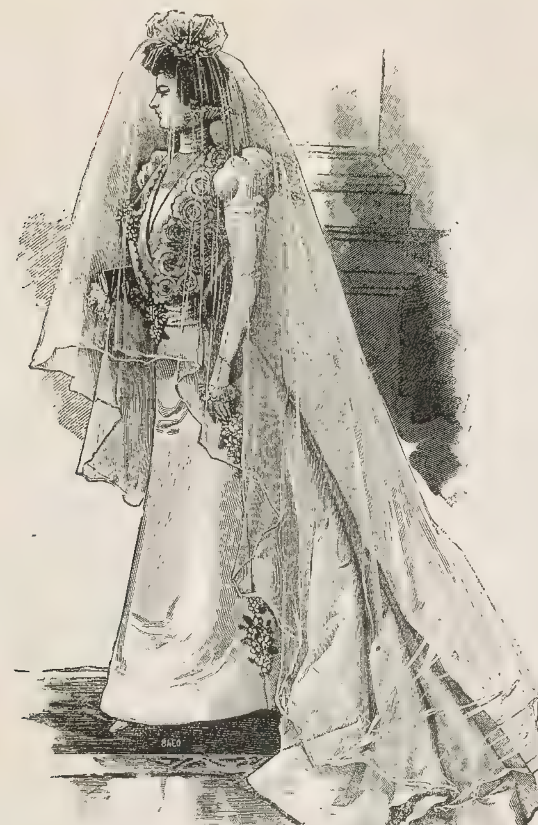
La moda de la doble falda se generaliza cada día más y con razón, pues es de una suprema elegancia Su boga mayor empero es en la estación de lluvias, que ahora por cierto ya se acerca, y esto se explica dado que las damas que frecuentemente deben recoger su falda superior frecuentemente pueden mostrarla por lo común la falda inferior úsase de diverso género que la superior, prefiriéndose la seda obscura; más el modelo que ofrecemos tiene la particularidad de que ambas sean del mismo género, y está muy en boga en París.

CAPELINA PARA PRIMAVERA.

Damos un hermoso modelo de elegante capelina de escoces muy ligera de primoroso efecto para la estación, que es de fácil hechura con la sola vista del modelo.

VESTIDO SASTRE PARA DAMA TRAJE PARA NIÑA DE 9 Á 10 AÑOS

CAPELINA PARA PRIMAVERA



TRAJE DE BODA

UN TRAJE DE BODA.

Simplemente como modelo de actualidad ofrecemos este traje cuya descripción abreviaremos.

Este de satín blanco y tiene esta novedad.

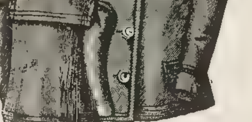
Un bolero bordado que se abre en dos elegantisimas solapas sobre el pecho. En la espalda dos aplicaciones bordadas en forma triangular y en el talle—cerrando el cinturón—un gran lazo de satín con aplicación de muselina de seda.

— —

DOS BONITOS MODELOS DE PRIMAVERA.

Ambos son de falda lisa acordeon. El primero lleva blusa toda avolantada de muselina de seda sobre fondo sarga y gran solapa de la misma, negra, avolantada también, cayendo hacia la izquierda. La segunda, lleva basquina corta y gran chaleco de

DELANTAL Y BATITAS PARA NIÑAS



JACQUET PARA NIÑO DE 7 Á 8 AÑOS

CAPOTE MILITAR PARA NIÑO

piqué de seda á rayas transversales, solapa redonda que da un aspecto del todo nuevo al jacquet y aplicaciones de terciopelo en los extremos de las mangas.

Ambos modelos de última novedad.

MODAS NUEVAS

Ha fallecido en París la Duquesa de Doudeauville, ilustre dama de la aristocracia francesa.

En las esquelas que ha repartido la familia dando cuenta de la desgracia no figuraba para nada el nombre del Duque.

Es esta una costumbre tradicional en el *faubourg* Saint Germain: el nombre del viudo no aparece jamás en las papeletas de defunción

—Cunde mucho la costumbre americana de adornar con cintas y lazos de colores las copitas, jarritas, fruteros y centros de mesa en los *lunchs* que sirven en reuniones y fiestas vespertinas.

Los americanos llevan esta moda hasta el extremo de adornar en tal forma hasta los mismos fiambres, galletas y dulces que en aquellos se sirven.

—A casi todos los teatros del extranjero acuden ya sin sombrero las señoras.

Pero, á cambio de esta concesión, han elevado sus peinados de tal manera y los adornan con tantos lazos, plumas y perifollos, que el remedio va resultando peor que la enfermedad

Y hay quien desea el retroceso al antiguo régimen.

—Acabó felizmente la moda *shoking* de los *bichitos*. Ya las señoras no se prenden al pecho las cadenitas que sujetaban aquellos antipáticos escarabajos, que no ocultaban su fealdad bajo el caparazón de brillantes con que se les cubría.

Hoy han sido substituidos por otros de oro, cubiertos con las mismas piedras, que no presentan los inconvenientes de los naturales.

—En París y en otras capitales de Europa se están poniendo muy á la moda las reuniones y bailes dados en su casa por respetables solterones.

Estos distraen así sus horas de soledad la sociedad encuentra nuevas ocasiones de divertirse, los jovenes bailan y *ttuti contenti.*

DOS BONITOS MODELOS DE PRIMAVERA

EL MUNDO.

TOMO I. MEXICO, MAYO 8 DE 1898. NUMERO 19.

Leyendo los telegramas de "El Mundo"

DEL NATURAL POR VILLASANA

LA SEMANA.

SUMARIO.—El 5 de Mayo.—Su significación.—No es sólo una victoria contra el enemigo extranjero.—Su influencia en la unidad nacional. El viaje presidencial á Jalapa. La popularidad del General Díaz.—El progreso económico del país.—La nueva Bejarano.—El Sadismo.—En qué consiste.—B-11. Su doble beneficio.—El secreto de sus éxitos.

Los pueblos de origen latino, franceses, italianos, latino-americanos, se diferencian de los pueblos sajones y germánicos en que necesitan la expansión, la exterioridad, el bullicio, no solo para expresar sus pasiones sino también para experimentarlas. A un puritano ó á un cuákero le bastan sus propias y silenciosas meditaciones, sus lecturas á solas y la muda contemplación de la Naturaleza, para sentir dentro de su alma la más profunda, la más intensa, la más subyugadora emoción religiosa. En el latino, el sentimiento religioso nace entre las pompas del culto, se delinea en las nubes del incienso, toma cuerpo y forma en las imágenes cuajadas de pedrerías, habla por las mil bocas sonoras del órgano, y su verbo son los majestuosos cantos hieráticos.

Fuera del templo, en ausencia del Santo Patrono, en el silencio y en la obscuridad, ni siente, ni sueña, ni aspira. Dios y la Religión se esfuman y borran en su espíritu para resurgir imponentes y grandiosos á la hora de la misa cantada ó en el desfile de la procesión.

Lo mismo pasa con el sentimiento cívico, solo estalla, solo resplandece y solo impera en medio de los regocijos de las fiestas nacionales, entre las salvas atronadoras, el chisporroteo de los fuegos artificiales, y evocado y caldeado por la elocuencia al rojo blanco de los oradores. El latino no ama sino mientras exhala suspiros, entona cantinelas, da serenatas, baila boston ó hace el oso desde la acera de enfrente. Para nuestra raza no existen ni el amor oculto, ni el odio silencioso, ni el patriotismo solitario, ni el sentimiento religioso íntimo; mientras no expresamos y ostentamos, no sentimos, y suelen sorprendernos los sentimientos ignorados que nuestra oratoria, nuestra conversación ó nuestras acciones nos hacen perceptibles en momentos dados y cuya existencia ni sospechábamos siquiera.

Por eso entre nosotros es forzosa y se impone la fiesta cívica. Para retemplar en nuestros corazones el sentimiento patrio, es indispensable la pompa exterior, el desfile interminable, el brillo y lujo de los uniformes, las salvas, los cohetes, las iluminaciones mágicas. En medio de tanto esplendor, es cuando vemos grande á la patria, cuando más la amamos y mejores propósitos hacemos de servirla; y por eso en los pueblos latinos las festividades y regocijos religiosos y cívicos son más numerosos, frecuentes y suntuosos que en los pueblos de otra raza y de otro origen.

***

Ha habido extrangeros, franceses especialmente, que se preguntan por qué damos tanto brillo á la celebración del 5 de Mayo, que fué una batalla no decisiva, y cómo la celebramos al igual de nuestra Independencia; y alguno de ellos ha llegado á pedir se suprima. Alemania celebra Sedan, pero en *petit comité*, entre soldados, y bien que casi decisiva la batalla, no ha dado á su celebración un caracter de fiesta nacional.

Esa celebración solemne y nacional de una simple batalla tiene su razón de ser, y si el aniversario de esa victoria despierta tanto entusiasmo y tan legítimo orgullo, es porque instintivamente la Nación ve en ese hecho de armas no una simple proeza militar sino un paso decisivo en la constitución de nuestra nacionalidad.

Durante la dominación española dejamos de ser aztecas, pero no fuimos españoles. Gobernados por España hablando en su misma lengua, profesando su misma religión, no habíamos logrado identificarnos con ella en aspiraciones, en tendencias, en ideales. El indio encerrado en su apatía, el mestizo imposibilitado de acción política, constituian un pueblo flotante, indeciso, sin nacionalidad real. Realizada la Independencia, imperó un provincialismo intransigente, y no había nada ó casi nada de común entre el fronterizo, el costeño, el arribeño, y el montañés.

DAMAS MEXICANAS

Sra. Emilia Martinez de Iglesias

(DE PUEBLA)

Para fundir estos provincialismos dispersos y disgregados en una verdadera nacionalidad, eran necesarios un ideal común, un símbolo reconocido y aceptado, una personalidad superior que encarnara el primero y proclamara el segundo, un punto de convergencia de todas las aspiraciones difusas.

La guerra de Reforma comenzó, con Juárez á la cabeza, á forjar ese ideal común de Libertad y de Progreso; y cuando el país, amenazado por la invasión se agrupó al rededor de aquel hombre para rechazarla, bastó una victoria brillante, tanto cuanto inesperada, para hacer de todas las provincias una sola Nación.

No fueron bastantes después las adversidades de una campaña desgraciada, para desunirnos y para volvernos al caos. Juárez inició la unidad nacional que, con la Paz, la solidaridad económica y el prestigio en el exterior, el General Díaz ha consumado, y el cinco de Mayo fué una etapa gloriosa y decisiva en esa peregrinación dolorosa en busca de una positiva y verdadera nacionalidad.

Como victoria, fué gloriosa y grande por la fortaleza y el prestigio del vencido, por la aureola de gloria que lo circundaba; fué grande y gloriosa por la modestia del vencedor, que atribuye su triunfo no á la superioridad de su táctica, no á la bizarría de sus tropas, no al arrojo y pericia de sus generales, sino á graves faltas é imperdonables imprudencias del enemigo; pero como etapa de nuestra evolución política, es inmortal. Celebramos el 15 y 16 de Septiembre nuestra emancipación: el cinco de Mayo conmemoramos simbólicamente la consolidación de la unidad nacional.

***

El Presidente de la República ha hecho un viaje triunfal á Jalapa con motivo de la inauguración del Ferrocarril á Teocelo. Palmas, arcos de triunfo, ovaciones entusiastas, fiestas suntuosas, testimonios populares de simpatía, de admiración y de afecto, son las manifestacines habituales en cada excursión presidencial. Y es que en cada viaje del Supremo Magistrado, va vinculada un mejora material, una conquista de progreso, un incremento perceptible del bienestar local y general. Ya un ferrocarril que abre á la explotación y al tráfico una nueva región y que derrama la riqueza entre los pobladores; ya un puente atrevido que salvando el abismo pone en contacto y sella la unión entre regiones separadas por la Naturaleza, ya una nueva colmena industrial en la que silba el vapor, humean los fogones de los altos hornos, giran los engranes, deslizan las correas de conexión y en donde la materia prima se modifica, se metamorfosea y se transforma en productos ricos, inestimables, beneficiosos á quien los produce y elabora, á quien los trafica y á quien los consume. De paso, se abren nuevas escuelas, focos de luz para las inteligencias oscuras; se crean penitenciarías, asilos de escarmiento y de regeneración del criminal por el trabajo; se inauguran orfanatorios para la infancia desvalida, hospicios para la vejez impotente, hospitales para la asistencia de los desheredados, ó bien se elevan estátuas á nuestros héroes, monumentos á nuestras glorias, palacios suntuosos para la residencia de los Poderes públicos, teatros para recreo de los pueblos, fomento del arte y embellecimiento de las poblaciones.

Al paso del Presidente, maduran como por encanto todos los frutos de la Paz, se abren todas las flores del bienestar y surgen todos los beneficios del Progreso; el General Díaz pronció hace treinta años un *fiat;* y del caos de la Anarquía emergió la Paz, de la miseria nació la riqueza; de la barcarrota, el crédito; de la debilidad, la fuerza; del desprestigio, la consideración; del desaliento, el trabajo y del desencanto, la esperanza.

Admirable política la que, tomando como palanca el progreso económico y dándole como punto de apoyo la Paz, ha removido todo nuestro mundo político, moral y social y lo ha lanzado en una nueva y gloriosa trayectoria, y feliz el hombre que ha encontrado en sí mismo toda la inteligencia, toda la energía, todo el patriotismo necesarios para dar cima á tan portentosa evolución.

***

¡Cómo se van haciendo frecuentes en México los casos siempre horripilantes de niños mártires! El último es más esplicable si bien igualmente punible: la verdugo es la madrastra, pero parece existir la complicidad del padre.

Horroriza pensar que la mujer, ser creado para la maternidad, para el amor y la solicitud por el niño, para el gobierno, la educación y la protección de la infancia, dé á este género de criminalidad tan considerable contingente. Y solo es explicable ese extravío, que convierte á la mártir de la maternidad en verdugo de la infancia, en virtud de un trastorno mental, de una enfermedad moral que transforma las entrañas del angel en entrañas de hiena. Así lo consideran los alienistas, y con el nombre de Sadismo, describen ese impulso irresistible á la crueldad, la voluptuosidad del sufrimiento ageno, los refinamientos infernales de la tortura, el aparato inquisitorial del martirio. Esta clase de seres, los Sadistas, sufren una inversión completa de su sensibilidad fisiológica y de su sentido moral; en condiciones normales nada causa más placer que ver contentos, satisfechos y gozosos á los demás; verlos cantar, reir, bailar, comer si tienen hambre, beber si tienen sed, dormir si los rinde la fatiga. En el Sadista, por el contrario, nada más dulce, más delicioso, más intensamente acariciador, que hacer sufrir y llorar, que lacerar carnes, producir quemaduras, imponer privaciones. Las más intensas emociones y las más voluptuosas, resultan para él del dolor ageno, de la sangre derramada, de los miembros triturados, de las entrañas esparcidas. Los hay que solo se ensañan en cadáveres y los profanan, como aquel soldado francés que fué guillotinado; otros se torturan á sí mismos con el látigo, con el hierro candente, con la tenaza para experimentar placer. El tipo de la especie y de ahí viene su nombre á ese trastorno moral, fué el marqués de Sade que los Sadistas llaman el *divino marqués* y que dejó una obra espantosa en que describe los placeres que resultan de hacer sufrir, en la que enumera sus

incontables víctimas y describe los medios que empleaba para torturarlas.

Enfermedad ó no, nada más digno de castigo que el crímen de martirio á la niñez, y es de esperar que la madrastra-verdugo sea severamente castigada.

***

Bell ha celebrado su doble beneficio anual con la pompa y el éxito de costumbre. Todo México se despobló para asistir á esas funciones de gala que suelen ser las más suntuosas de la temporada.

Con este motivo, se me ocurre investigar cuál es el secreto del éxito no interrumpido y siempre creciente de este artista, que no hostiga, que no hastía, que envejece sin que envejezca su prestigio y que mantiene su popularidad intacta, después de tantos años de hacerse admirar.

Pero Grullo hubiera encontrado la solución en el talento de Bell, en su gracia inimitable, en la naturaleza delicada de su *esprit*, en la índole más bien francesa que sajona de su verba y de su chispa; pero todo esto, que es mérito real y positivo del artista, si explica sus triunfos no explica la persistencia de su prestigio y la duración de su popularidad.

A mi juicio hay una razón que lo hace estimable ante la sociedad mexicana, y que le conservará eternamente su prestigio, y esa razón no hay que buscarla tanto en el talento de Bell cuanto en sus virtudes. Los niños y las mujeres son de toda preferencia el público de Bell; los niños aplauden en él su gracia, la variedad inagotable de sus chistes y de sus invenciones; su espíritu creador de extravagancias, de juegos, de pequeñas escenas impregnadas de gracia y de novedad, sus anécdotas saladas y vibrantes, su fuerza y su agilidad, su capacidad para todos los ejercicios. Bell considerado como artista es él solo todo un circo, es ecuestre, malabarista, mímico, trapecista, se ha creado una orquesta con los más extravagantes é inesperados instrumentos es todo, es todos, es legión.

Si las mujeres lo admiran por artista, lo quieren por pulcro, por honrado, por laborioso, por sobrio, por circunspecto en la calle, por modelo de esposos y de padres, por la gracia infanfil de sus bebés. Para ellas la admiración que les inspira su talento, no se ve nublada por el resabio de los vicios punibles, por la repugnancia que inspiran el desarreglo de la conducta, el mal comportamiento doméstico. Lo quieren también por modesto, por falto de esa impertinente suficiencia que hace insoportables á los más geniales artistas, porque es un talento de artista, ingertado en un corazón de niño, y servido por una energía de atleta.

A los hombres, les inspira respeto, por serio, por emprendedor, porque llegará á acumular una fortuna que legará á sus hijos, por que no mira como deshonroso el trabajo honrado, ni aun en la pista del circo, y por que aunque es un clown es todo un hombre.

Y todos, hombres y mujeres lo amamos porque ama á nuestra patria, porque se ha impregnado de nuestras costumbres, porque de guante blanco, hace la crítica de nuestros vicios, y de nuestras faltas, porque hay á veces un fondo de filosofía docente en sus gracejadas de clown, porque, en suma, es un payaso honorable, honrado y digno de respeto y porque es la felicidad y el encanto de nuestros hijos.

Llegar á tener talento y ciencia, en un ramo cualquiera de la actividad humana, y conservar el corazón y la virtud, es proeza que pocos realizan, y es el secreto de las popularidades sólidas, permanentes é imperecederas

En esferas más altas, en el otro extremo de la escala, en las más difíciles situaciones de la vida, podrian encontrarse ejemplos de que si la popularidad se conquista con el talento, sólo se consolida y se conserva con la virtud.

LOPEZ I

Política General.

RESUMEN.—EL PRIMER COMBATE.—LA VICTORIA INDECISA.—ANTE MANILA Y CAVITE.—FALTA DE NOTICIAS.—IGNORANCIA DE DATOS.—¿A DÓNDE VAN LAS ESCUADRAS?—PROBABLE ATAQUE Á PUERTO RICO. EN LAS COSTAS DEL BRASIL Y EN LAS AGUAS DEL GOLFO.—LA OPINIÓN EN EUROPA.—UNA NUEVA POTENCIA.—RECELOS Y SOBRESALTOS.—EL «TERROR AMARILLO» Y «EL TERROR YANKEE»—EXAGERACIONES.—ESPEJISMO DE LA DISTANCIA.—CONCLUSIÓN.

Después de que escribimos nuestra crónica anterior, graves é importantes acontecimientos se han desarrollado entre las dos potencias beligerantes, que tienen absorto al mundo con el espectáculo espantoso de la guerra. Ya no son episodios sin importancia como la captura de buques mercantes ó el reconocimiento sobre el puerto de Matanzas, que ocasiona un ligero bombardeo; ya no son preparativos formidables que auguran espantosos choques entre las dos partes contendientes: se ha dado la primera batalla naval de importancia, y esta no ha tenido por teatro las costas antillanas ni el litoral norte-americano, ni las aguas del Atlántico. Como si se procurara que el primer golpe tuviera más resonancia, repercutiera de una manera más honda y terrible en el Viejo Mundo, el primer encuentro de importancia acaeció en el remoto Oriente, en las aguas del Mar de China y ante las islas que descubriera Magallanes y pusiera bajo el dominio español el intrépido navegante Legaspi.

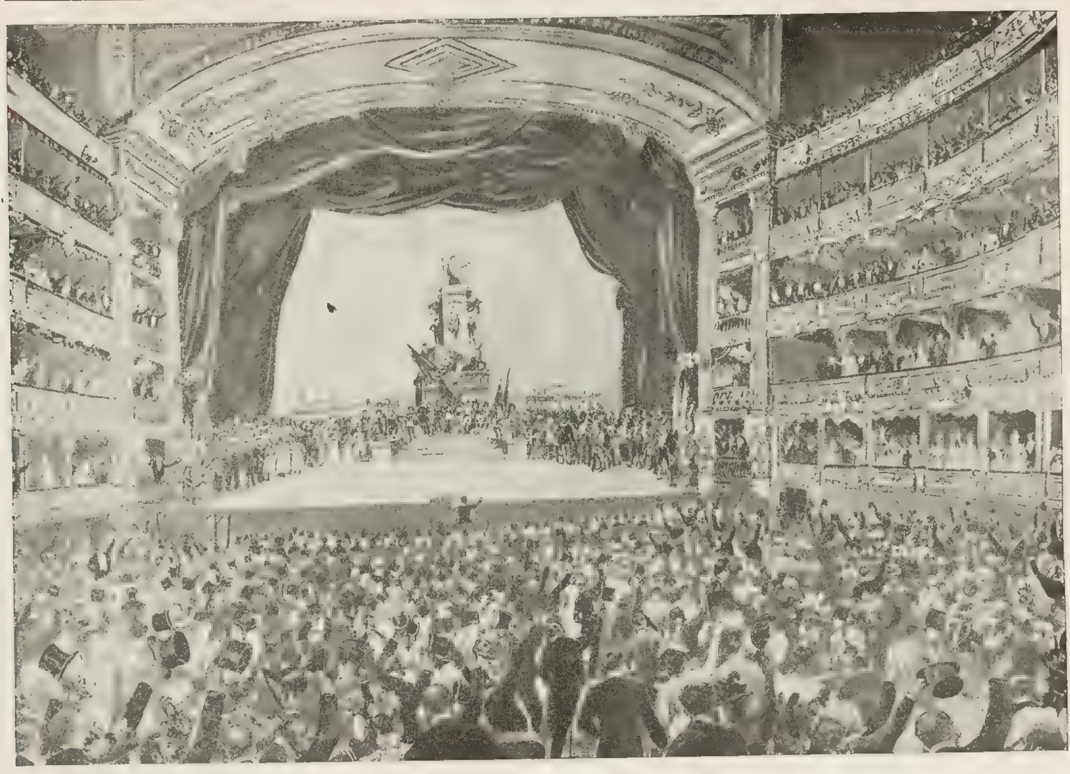
Allí, frente á Manila, capital del Archipiélago, frente á sus fortificaciones defendidas por gruesos cañones, frente á Cavite, que significó un verdadero triunfo para las armas españolas recobrarlo del poder de los insurrectos tagalos, allí llegó, por sorpresa y aprovechando las sombras de la noche, la escuadra americana al mando del comodoro Dewey. La flota española, compuesta en su mayor parte de cruceros de madera no protegidos y cañoneros no blindados, se había dispuesto primero para recibir al enemigo en alta mar; pero el almirante Montejo juzgó más prudente ponerse al amparo de los fuertes que defienden la bahía en la isla del Corregidor y en Manila y Cavite, y allí esperó el choque de los cruceros americanos.

***

Terrible fué ese choque. Las primeras noticias que han llegado á Madrid, y por conducto de los centros noticieros americanos hemos recibido, son todavía muy escasas; faltan los informes oficiales de parte del comodoro Dewey. Cada cual en su afán se atribuye el triunfo. Los españoles confiesan que han tenido lamentables pero honrosas pérdidas, que los buques más importantes de su pequeña flotilla se han hundido, y aún se refieren rasgos heróicos, que recuerdan los buenos tiempos de las leyendas que fueron. Los americanos, por su parte, celebran regocijados el primer triunfo obtenido sobre las fuerzas de España; ayuntamientos de las principales ciudades se apresuran á felicitar al gobierno y la gran Metrópoli del Hudson se engalana y hace un día de fiesta para celebrar la victoria.

Entre tanto, el Gabinete de Washington carece por completo no solo de detalles, sino de la más pequeña noticia oficial. Como si el Comandante americano hubiese quedado cortado de toda comunicación é imposibilitado para moverse, faltan en absoluto mensajes suyos en el departamento de Marina. En apartadas regiones, á muchas millas de las costas patrias, teniendo que economizar con avaricia su limitada provisión de víveres,

EL ACORAZADO FRANCES "ARGEL" DISPARANDO UN TORPEDO



La función patriótica en el Teatro Real de Madrid

de municiones y de carbón, acaso con alguno ó algunos de sus buques mal trechos y averiados después de la refriega, sin tener un puerto amigo donde guarecerse, ni una base de operaciones para llevar á cabo su atrevida empresa, ha tenido que lanzarse con inesperada audacia, contra las fuerzas enemigas que lo rodean y las fortificaciones que le resisten; contra las ciudades que lo rechazan y contra la costa ingrata que no ha querido abrigarlo.

Por eso se ha hablado una y otra vez del bombardeo de Manila y de Cavite; por eso se ha dicho por los centros de noticias, que se ha conjeturado que, deshecha la escuadra española en los primeros combates, el Comodoro americano podía sin obstáculos en el mar, dirigir todos sus tiros contra las ciudades fortificadas, procurando rendirlas en un supremo esfuerzo.

Nada puede afirmarse todavía respecto al resultado de esta empresa. Faltos de noticias é interrumpido el cable, hay que esperar, esperar hasta que lleguen detalles, ya sea por conducto americano ó por conducto español.

***

Si la victoria completa parece hasta ahora indecisa para las dos potencias beligerantes, más indeciso está todavía el porvenir que aguarda en la tremenda lucha que se prepara, á las escuadras que han zarpado ó se disponen á salir rumbo al mar, de Cabo Verde y de Hampton Roads, de Cádiz y del frente de la Habana. El almirante Sampson, sin abandonar enteramente el bloqueo de las costas cubanas, ha enderezado las proas de los principales buques de su escuadra probablemente rumbo á Puerto Rico. La escuadra evolucionaría tal vez á estas horas sigue el mismo rumbo en tanto que, la primera división naval de la escuadra española, surca acaso las aguas del Atlántico frente á las costas del Brasil, quizá con el intento de capturar el acorazado americano «Oregón» que escoltan un cañonero de torpe andar y un crucero desarmado, para hacer de ellos una presa de grande importancia, que en su poder vendría á constituir un elemento de primer orden, fortaleciendo sus elementos de combate.

Acaso es algo atrevido pretender penetrar en los planes generales de campaña, que tienen concertados los gobiernos y que naturalmente guardan con prudente reserva y recatan de las miradas profanas; pero atendiendo á los datos que suministra la información diaria del cable, hay que creer en estas conclusiones, si no completamente en el orden de lo probable, cuando menos en el camino de lo posible.

***

Si así es, no sería extraño que dentro de poco se supiera de un ataque decisivo emprendido contra Puerto Rico, por las escuadras enemigas combinadas, procurando hacer de la Isla una base firme de operaciones en las aguas del Golfo Mexicano, antes que las flotas españolas puedan llegar en su auxilio. Para que este plan pudiera tener probabilidades de realizarse, era necesario que el movimiento fuera decisivo, y que el ataque fuese violento, abrumador, para resolverse en pocos días, antes que la división naval de Cádiz llegue á las aguas antillanas, y que la división de Cabo Verde tenga tiempo de volver de su excursión por las costas brasileñas. No es fácil la empresa, no es tarea sencilla sojuzgar Puerto Rico, defendido por fortificaciones y apoyado por un ejército de refresco como el que guarnece la Isla; y si tal es la comisión confiada á Sampson y á Schley, tienen que hacer verdaderos prodigios para llevarla á cabo, á satisfacción del gobierno y del pueblo americano.

***

Cualquiera que sea la significación que tenga la primera batalla naval dada por los americanos en los mares filipinos, de cualquier modo que pueda influir en el desarrollo de los sucesos, el efecto moral inmediato ha sido resonante en los gabinetes europeos.

Delante de las grandes potencias que se juzgaban á sí mismas dueños y señores del mar, árbitros en los destinos del mundo, repartidoras de la paz y de la guerra, dispensadoras de territorios y capaces de sojuzgar pueblos y naciones, ven con recelo levantarse una nueva potencia, que ha de influir por modo eficáz en el equilibrio de las naciones.

Siempre habían visto ó fingido ver en el pueblo americano, un pueblo mercantil con grandes actividades industriales, de potentes energías productoras, de múltiples fuerzas creadoras en medio de esta actividad febril que agita á las naciones cultas en las edades presentes. Pero con verdadera sorpresa, los Estados Unidos se revelan á los ojos absortos de Europa, que se distribuye el Continente Negro, trafica con la pléyade del Continente Oceánico, y, dueña ya de una parte del mundo asiático, se prepara á la repartición del gran territorio que pueblan los chinos antidiluvianos, los Estados Unidos se ostentan como un pueblo capáz de combatir, capáz de levantar escuadras, de organizar ejércitos y de llevarlos en son de guerra á las Antillas, al Hawaï y á las remotas Filipinas. Su mismo industrialismo, su mismo genio inventor, aplicado á los usos ordinarios de la vida pacífica, son elementos poderosos que, aplicados á las actividades guerreras, los hacen dignos de tomarse en cuenta en ésta edad de la paz armada, de innúmeros ejércitos y de escuadras abrumadoras.

***

Ya se comenta con zozobra la posibilidad de que se adueñen de Filipinas; ya se piensa en la influencia extraña que ejercerán en el Extremo Oriente, allí donde se acumulan tantos intereses rivales, tantos elementos contrarios, tantas naciones enemigas. Imposible prescindir ahora, cuando se trate del reparto de China, imposible prescindir de la opinión que prevalezca en el Gabinete de Washington. Témese que la Casa Blanca que dió abrigo á los jefes de una democracia que buscaba el desarrollo y el engrandecimiento al amor de la paz y del trabajo, busque en la conquista nuevos esplendores, en la agresión nuevos triunfos y nuevas glorias en la guerra. Anúnciase su preponderancia sobre el hemisferio occidental, que ha de excluir por ende toda intervención extraña de los pueblos que viven allende el Atlántico.

Y con todos estos recelos y temores, con todos estos sobresaltos y predicciones, y en medio de estas tenebrosas profecías, mírase también la asombrosa producción de los campos y los talleres

americanos, que inundan los mercados por una parte, y por otra son elementos indispensables para la vida de muchos pueblos á quienes suministran, merced á su gran comercio materias alimenticias que no pueden encontrar en tan gran cantidad y á tan bajo precio en otras partes.

No parece sino que, al *terror amarillo* que provocó en Europa el engrandecimiento del Japón, y sus triunfos sobre el colosal y carcomido Imperio chino, se sustituye ahora el *terror yankee*, despertado en los principios de la presente lucha, y á la vista de los preparativos enormes hechos para combatir con un pueblo como España, so pretexto de crear una nación independiente de entre las huestes de la manigua, que han peleado por tres años en Cuba, tremolando sangrienta la enseña de la estrella solitaria, entre las llamas del incendio y los horrores del exterminio.

Pensamos que hay exageración en tantos recelos, y que se abultan un poco á través de la distancia esos temores. Por encima de ese ardor bélico que ahora cruza como ráfaga de huracán sobre todo el territorio de la Unión Americana, por encima de esa fiebre guerrera y de eso que parece fermentación de conquista, ha de prevalecer, así lo esperamos, la gran tradición democrática de Washington y de Jefferson, suavizada con la devota adhesión á la libertad de Lincoln y de Grant. X. X. X.

5 de Mayo de 1898.

DAMAS MEXICANAS

Srita. Refugio Barreiro
DE MÉXICO
[Fot. Torres Hermanos]

EL LIC. VERDAD

La festividad patriótica.

Nuestra revista de la semana se ocupa de la importancia que tienen las festividades del 5 de Mayo.

La de este año tuvo inusitado lucimiento, sobre todo por la gran parada militar en que se vió el magnifico estado de nuestro ejército, por el personal, la disciplina, la instrucción y el armamento y equipo.

Por lo demás, hubo como siempre visita al monumento del Panteón de San Fernando, reunión oficial y discursos en la Alameda, iluminaciones, serenatas, fuegos artificiales, inauguración de estátuas y otras manifestaciones de regocijo popular.

Publicamos hoy en nuertras columnas, una bonita colección de instantáneas, tomadas por nuestros fotógrafos, y que representan la ceremonia oficial en la Alameda y la gran parada

CUATRO ESTATUAS

El Estado de Aguascalientes acaba de pagar un tributo de gratitud á dos de sus hombres más eminentes y que dejaron un nombre venerando en nuestra historia. El Lic. José Primo Verdad y el Sr. Jesús M.ª Chavez. Fué el primero uno de los más ardientes partidarios de la Independencia Nacional y murió de un modo misterioso en la prisión á que fué llevado por la entereza y valor con que defendió los derechos del pueblo á darse un gobierno según sus propias inspiraciones.

El señor Chávez fué uno de los caudillos de la Reforma, luchó gloriosamente en esta evolución que dió nueva vida á las aspiraciones nacionales y luego defendió al país contra la intervención y el imperio.

El rasgo más prominente de su carácter era su amor práctico al trabajo y á la democracia. Gobernador ya de su Estado nativo, salia del Palacio é iba á su taller de fundición donde se entregaba á las habituales labores del establecimiento.

Traicionado por un infame fué entregado á las fuerzas francesas, que lo fusilaron sin piedad.

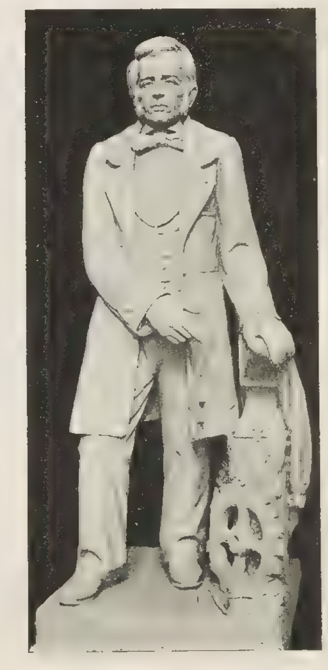
El mismo tributo ha pagado el Estado de Guerrero á sus héroes Don Hermenegildo Galeana y Don Leonardo Bravo, caudillos ambos de la Independencia Nacional.

Galeana fué uno de los colaboradores más ardientes y decididos del Gran Morelos y contribuyó poderosamente á sus principales victorias. Murió de un modo trágico; y su cabeza, separada del tronco, sirvió de trefeo al dragón que le quitó la vida, en el campo de batalla.

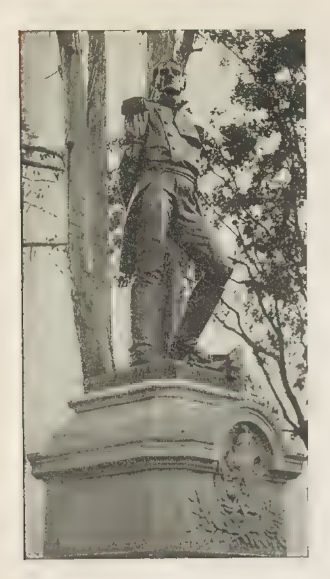
Otro de los poderosos colaboradores de Morelos, hombre de gran corazón y de espartanas cualidades fué Don Leonardo Bravo, que abrazó con entusiasmo la causa de la Independencia.

Cuando aquel caudillo abandonó el sitio de Acapulco, se dirigió á Chilpancingo el 3 de Mayo de 1811, y ahí se le presentaron los hermanos Don Miguel, Don Vicente y Don Leonardo Bravo, con el hijo de este último Don Nicolás Bravo, cuya adquisición fué de gran valia para el insigne cura de Carácuaro.

Conocido es el episodio de la captura y fusilamiento de Don Leonardo; roto una vez el sitio de Cuautla, murió el héroe con una entereza que conmovió á los mismos soldados españoles.



DON JESUS M. CHÁVEZ



DON LEONARDO BRAVO.

LA REPARTICION DE CHINA

La prensa europea se preocupa mucho en estos días de lo que está pasando en China: y hay un periódico francés, "L'Ilustratión," que hace consideraciones muy curiosas y muy dignas de estudio sobre el contraste que presentan los acontecimientos de actualidad en el extremo Occidente donde con la insurrección de Cuba y la guerra entre España y los Estados Unidos la dominación europea está en crisis mortal. y el extremo Oriente donde esta misma Europa echa los cimientos de su dominación. En una parte, los antiguos procedimientos de colonización, agonizan; en la otra, asistimos á la aplicacion de procedimientos nuevos de expansión y anexión.

El sistema que las potencias europeas, y con ellas el Japón, están poniendo en práctica en China. es el de las concesiones á largo plazo de puertos ó depósitos de carbón, con permiso para construir ferrocarriles.

Alemania, llena de afán para dar salida á los productos de su comercio, que cada día adquiere mayor potencia y desarrollo, es la que abrió las puertas para la serie de exigencias á las cuales el gobierno chino no tiene más recurso que ir cediendo poco á poco.

Pero ya los ingleses desde hace algunos años habian tomado la delantera, y ahora Alemania en Kiaotcheu, y Rusia en Port Arthur y TalienWan, no hacen mas que imitar á Inglaterra en Hong-Kong.

A principios de Enero de este año fué cuando el asunto de la ocupación de Kiaot-cheu se arregló entre Alemania y China: "El Monitor" del Imperio, en su número del dia 5 de ese mes, anunció que la cesión había sido acordada definitivamente bajo la forma de un periodo de larga duración, y que comprendia todo el fondeadero interior de la bahía de Kias-theou importantes lenguas de tierra en cultivo y en fin, las islas situadas dentro de la bahia y enfrente de ella.

La diplomacia rusa no tardó en exigir en la China Septentrional compensaciones de las ventajas concedidas á Alemania y el resultado de sus negociaciones fué que el 27 de Marzo se firmó en Pekin un arreglo en virtud del cual Port Arthur y Talien-Wan con sus territorios adyacentes eran cedidos á Rusia en usufructo por un largo plazo prorrogable á su fin por acuerdo común entre ambas naciones

En virtud del mismo arreglo, Rusia adquirió el derecho de construir una via férrea destinada á ligar esos puertos que todo el año estan libres de los hielos, con el gran ferrocarril transiberiano. Ya desde un año antes, "L'Ilustratión" había previsto la construcción de este ramal de la línea de la M ndchouria hacia Port Arthur y al artículo relativo estaba, si mal no recordamos, unido un croquis como el proyectado por Girin y Mohkden

En consecuencia del precitado convenio las tropas chinas evacuaron Port-Arthur el 27 de Marzo y lo ocupó el 28 un destacamento del ejército del Czar.

¿Qué iba á reclamar Inglaterra en vista de estas concesiones? La prensa inglesa emprendió una ruda polémica en la cual se emitieron diversas opiniones y hasta llegó á pensarse en que el imperio británico escojería como objetivo la anexion pura y simple del Changhaï pero ahora se ha visto que. á lo menos por el momento no tiene pretensiones más que sobre Wei-Haï.

Este es un buen puerto aunque inferior á los obtenidos por Alemania y Rusia y se encuentra hoy ocupado por el Japón que tiene derecho de conservarlo en rehenes hasta que se termine y liquide totalmente la indemdización de guerra que le debe China.

La cesión á plazo de Wei Haï quiere Inglaterra que se le haga en los mismos términos obtenidos por Rusia en su negociación sobre Port-Arthur.

Apoderándose de Wei-Haï—dice el *Daily Graphic*, el gobierno de la Reina dá una expresión práctica de su adhesión al principio de la independencia china, puesto que se demuestra cuidadoso de restablecer el equilibrio de las influencias extranjeras en el extremo Oriente y de asegurar al Gobierno de Pekín contra el peligro de una preponderancia exclusivamente rusa.

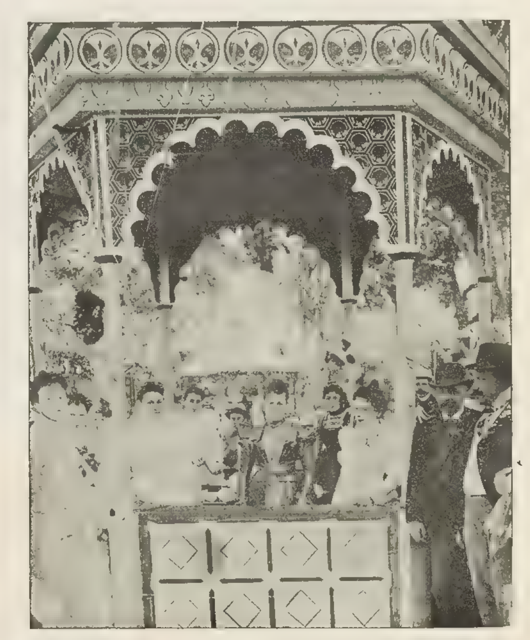
Mientras espera tomar posesión de Wei-Haï, Inglaterra ha considerado conveniente hacer una demostración naval imponente en el Golfo de Petchili y para el efecto ha organizado en Yche-Fou, frente á Port-Arthur, una flota que no comprende menos de veintisiete barcos de primera categoría.

En cuanto al Japón, cuyas victorias sobre China dieron hasta cierto punto la señal de llamada para el desmembramiento del *cadáver amarillo*, parece que tendrá que contentarse, una vez desocupado Wei-Haï con la libertad de acción que Rusia ha decidido dejarle en Corea.

DON HERMENEGILDO GALEANA.

En fin, en el sudeste de la China, la situación de Francia es análoga á la de Rusia en el norte; y según las noticias que han venido de procedencia inglesa, las pretensiones del Gobierno de Mr. Faure son, en primer lugar, compromiso formal de parte de China, de no enagenar á ninguna potencia, ninguna porción de territorio del Imperio, al sur de la bahia de Yang-tsé Kiang, es decir: nada de las cuatro provincias de Kouang-tong, Kouan-si, Yun-nan y Koueï-tcheu; en segundo lugar, cesión á plazo en las condiciones obtenidas por Alemania respecto á Kiao-tcheu de un puerto situado en Konang-tcheu en la costa oriental de la Península de Lei-tchen, cerca de Haï nan, puerto destinado á servir de depósito de carbón; en tercer lugar, concesión á Francia para construir un ferrocarril de Lao Kaï á la ciudad de Yun-nau, en la provincia de este nombre, en las mismas condiciones otorgadas al ferrocarril transmandchouriano y con privilegios exclusivos para explotar la mineria en el territorio concedido; y por último, concesión de parte de

LA KERMESSE EN MIXCOAC.—LA BANCA



LA KERMESSE EN MIXCOAC.—VENTA DE CONFETTI

LA KERMESSE EN MIXCOAC.—PUESTO DE AGUAS NEVADAS

China de elegir siempre un francés como Director General de Correos del Imperio

Si se ha de dar fé á un despacho cablegráfico de Changhay, estas pretensiones han sido favorablemente acogidas por el Celeste Imperio: y á este curso de la política asiática, es á lo que llama L' Ilustración, como dijimos al principio, "los nuevos procedimientos de expansión europea"

Tal es el estado actual de las competencias de Europa en China.

¡Y hay quien hable todavía del peligro de la *invasión amarilla*.

Tal vez venga algun día: por ahora, lo que más bien parece, es que la independencia del Gran Imperio amarillo, es la que está peligrando ya.

P. M.

ENERGIAS DISPONIBLES

Lo hemos dicho ya en otra Crónica: el elemento fundamental de la industria es *el trabajo*. Y esta palabra, en la mecánica y en la industria, tiene un sentido preciso y determinado; no es la palabra vaga é indecisa del lenguaje vulgar, es un concepto incon fundible con ningún otro concepto. Es una magnitud que se mide, y cuya unidad es el kilográmetro en general y en la práctica el caballo de vapor, que son 75 kilográmetros.

Cuando en la industria se dice *un trabajo*, se entiende que es una fuerza actuando á lo largo de un camino, ó lo que es lo mismo, *tantos kilógramos* multiplicados por *tantos metros*, en tanto tiempo.

El trabajo es la vida, es la savia, es la sangre, es lo que circula en todas las industrias, desde el vaivén de la máquina de coser hasta los poderosos giros de la hélice de un trasatlántico; desde la tijera doméstica que corta una tela, hasta el martillo pilón que golpea como cíclope gigantesco sobre una masa rojiza de hierro.

Por eso la industria no vive ni puede vivir sin *la energía*: que no es otra cosa que la suma de trabajos disponibles que se hallan en todo el globo terráqueo, bajo una ó bajo otra forma.

En el lenguaje vulgar se confunde la fuerza con el trabajo, y así se dice que una máquina de vapor tiene la fuerza de tantos caballos. Expresión incorrecta, porque debiera decirse, que tiene una energía ó un trabajo disponible de tantos caballos de vapor.

La industria futura, su potencia latente, lo que le queda de vida, ha de medirse por la energía de que podrá disponer. Empleando la palabra energía en el sentido de trabajos ó fuerzas vivas.

Ahora bien: todas las energías de que la industria dispone, son de dos clases. Las unas vienen *de fuera*, del espacio, de los astros, del sol y de la luna principalmente; son, si se me permite la frase, *energías de importación*, y hasta con sus correspondientes aduanas.

Las energías restantes son *interiores;* pertenecen al globo terráqueo que habitamos, constituyen lo que pudiera llamarse el *comercio interior* de las energías naturales.

La primera categoría de energías disponibles, las que hemos llamado de importación planetaria, se reducen á dos fundamentales, y se presentan bajo la forma de *calor* en la lluvia de fuego que el sol nos manda, y en forma de *marea* producida por el sol y la luna.

Precisamente, estas dos energías ó trabajos disponibles son los que no utilizamos, al menos directamente; y constituyen, sin embargo, un caudal inmenso: es el caudal del porvenir. Porque dia llegará en que el calor del sol y la fuerza de la marea puedan recogerse en condiciones convenientes y centupliquen millares de veces la industria humana.

Día llegará, repetimos, en que el calor que ahora cae en millones de caballos de fuerza sobre los desiertos, consumiéndose estérilmente en tostar arena, se convierta en electricidad y corra por millones de hilos á encender lámparas en las grandes poblaciones; á caldear viviendas en los días de invierno, á mover fábricas en los centros industriales; á prestar velocidades vertiginosas á los trenes en las vías férreas; emancipando al pobre trabajador de la servidumbre material, y dejando á todos los hombres en libertad para que puedan entregarse á ese otro divino trabajo, que se llama el pensamiento.

Y lo que hemos dicho del calor solar podemos decir de la inmensa y periódica ondulación de la marea también ella tendrá que trabajar en vez de tenderse perezosa y estéril sobre las costas deshaciéndose en espuma, con jugueteos de monstruo marino.

Monstruos de la energía son el calor solar y la marea, que ya el hombre domará con el tiempo y convertirá en servidores domésticos.

Pero estas conquistas son para otro siglo: el nuestro está acabando.

Vengamos á la segunda categoría de energías disponibles, á las propias de nuestro globo, á las del mercado interior, á las de casa, por decirlo así.

Y éstas tambien son de dos clases y pueden numerarse en dos grupos.

O son energías químicas, no saciadas todavía, ó son diferencias ó saltos de temperatura. Y no tomo en cuenta otras fuerzas disponibles, como por ejemplo, las caídas de agua y los vientos, porque, en rigor, como ya explicaremos, en ésta ó en otra crónica, son energías creadas por la fuerza solar, y á ella pertenecen por razón de origen.

Pero las nuestras, las propiamente nuestras, son las dos señaladas, á saber: reacciones químicas y diferencias de temperatura en la masa del globo.

Claro es, por lo demás, que como la Naturaleza por darnos gusto no ha de ceñirse á nuestras clasificaciones ridículas de pigmeos ó de estudiantes torpes, mezcla en una elevada síntesis todas estas energías, las exteriores y las interiores, Y así, por ejemplo, en las diferencias de temperatura influyen las que proceden de nuestro propio globo y de su calor interno y las que se derivan de la acción solar.

A las primeras nos referimos únicamente por ahora.

Más para que exista energía disponible, no sujeta á influencias exteriores, es indispensable *un desnivel una desigualdad, un salto.*

La igualdad niveladora, en la Naturaleza es la muerte irremediable.

Si todo estuviera de nivel, no habría arroyuelos cubiertos de espuma ni ríos caudalosos, ni espumantes cataratas.

Si todo estuviera de nivel, no habría picos nevados, ni espléndidos panoramas, ni alegres valles.

Nuestro mundo sería un inmenso pantano ó un inmenso lodazal.

Y de la temperatura no se diga.

La sentencia más formidable de muerte que se ha lanzado sobre el universo es la de la *igualdad de temperatura*. Con la igualdad de temperatura todo acaba. La mayor fuente de energía es el *salto*, la catarata pudiéramos decir, *de calórico*: y para ello es preciso que un cuerpo esté á temperatura elevada, y otro á baja temperatura, y que la ondulación del calórico salte del uno al otro, como en la montaña salta el torrente por un tajo, deshaciéndose en espuma y revolviéndose en borbotones.

El germen de la fuerza siempre reside en esto: *cosas ó elementos que están separados y que quieren unirse con ímpetu de vida;* y al encuentro le sale la industria con sus invenciones y utiliza este ímpetu, que es trabajo disponible, ya sea una masa de agua la que se precipita, ya sea la radiación del calor. En medio de la catarata líquida coloca la industria la turbina. En el camino de la catarata de fuego coloca el hombre la máquina de vapor.

Pero en uno y en otro caso, para colocar la turbina, ó para colocar el hogar y la caldera, es preciso que haya salto y desnivel, ó salto de agua ó desnivel de temperaturas.

De lo contrario, no habrá energía qué aprovechar. —Y lo que decimos de la diferencia de temperaturas, decimos de las reacciones químicas no satisfechas.

JOSE ECHEGARAY.

NUESTROS GRABADOS

Matrimonio en Puebla

El día 30 del pasado se unieron en Puebla con los lazos del matrimonio, el señor Don Tomás Iglesias y la señorita Emilia Martínez, ambos pertenecientes á la mejor sociedad angelopolitana. La señorita Martínez es hija del señor General Don Mucio P. Martínez, Gobernador de aquel Estado.

Las ceremonias civiles y religiosas del matrimonio se celebraron ante una escogida concurrencia, que dió á los desposados vivas muestras de simpatía.

Los efectos de un torpedo

En estos momentos es de oportunidad formarse idea de los formidables estragos que hace esa horrible máquina de guerra llamada torpedo.

Cuando se iniciaba la guerra turco-griega, la escuadra francesa hacía pruebas de combate en el puerto de Tolón donde estaba reunida.

La fotografía adjunta es una de ellas; demuestra el lanzamiento de un torpedo desde el barco "Argel" acorazado de segunda recientemente llegado á Tolón en aquella época.

La prueba fué de gran efecto porque el blanco del torpedo era un barco viejo de madera que servía de ponton, situado á unos 100 metros del "Argel" y que fué destruido completamente.

El torpedo lanzado con algodón pólvora por el tubo de estribor del «Argel» estalló á 15 metros de profundidad y hácia la parte media de babor del blanco.

La función patriótica en Madrid

En la noche del 31 de Marzo último, se dió en el Teatro Real de Madrid un selecto espectáculo en que tomaron parte los más notables artistas de la Villa y Corte, y cuyos productos se destinaron al aumento de la marina española.

Al terminar la función, el numerosísimo público que llenaba todas las localidades, tributó una verdadera ovación á S. M. la Reina Regente.

El momento de dicha ovación, es el que reproduce el grabado que publicamos hoy.

La kermesse en Mixcoac

La prensa diaria ha descrito minuciosamente la Kermesse que hubo en el pintoresco pueblo de Mixcoac, y cuyos productos se dedican á mejoras de la localidad.

Grandes elogios se hacen de los organizadores y del exquisito gusto y corrección de esa fiesta encantadora, y se mencionan con elogio los nombres de todas las damas que en ella tomaron parte.

Hoy publicamos fotografías de algunos de los puestos que más llamaron la atención.

LA KERMESSE EN MIXCOAC.—DULCES, PASTELES Y TABACOS

Instantáneas tomadas de la ceremonia oficial y gran parada del 5 de Mayo

POLICROMA

El ramo en oriental policromía
muestra exúbera flora: la violeta,
la niña consentida del poeta
que sus ojos azules abre al día;
la mística azucena—grave monja—
cuyo límpido albor envidiaría
el cisne inmaculado que se esponja
cuando treme al salir del agua fría;
la rica, la aristócrata camelia
que en el invernadero se consume......
esa pálida Ofelia
que nació sin el alma del perfume;
la histérica, la triste sensitiva
que seguirá con su fatal martirio,
mientras soñando viva
con los rubios estambres de algún lirio;
el grácil azahar, si no más bella,
la flor más casta entre las flores todas;
flor desprendida como blanca estrella
y que guarda la púdica doncella
para el triunfo solemne de sus bodas;
el crisántemo blondo, la ligera
borla que usa en su espléndido atavío
para empolvar su faz, la Primavera
frente al espejo diáfano del río;
la gardenia, la crátera en que escancia
Puck, desgranando risas de contento,
el suave néctar de floral fragancia
con que se embriaga un gran desmelenado,
un viejo ronco y libertino: el viento;
el clavel amarillo y veteado
de púrpura—que tanto me embeleza;
el rizoso clavel disciplinado
que ostenta cada pétalo manchado
cual *rasguñada carne japonesa*;
el cárdeno jacinto llameante
de corola gentil, semi-plegada,
—entreabierta boca de bacante
en borgoña empapada;—
la rosa castellana que vacila
sobre su trono de joyante seda,
reina de los mantones de Manila
que nos dibuja un colorista: Rueda......
Y en el centro de todas, viva y roja
incitando al insecto,
se irgue sanguínea fresa, que se antoja
un pezón femenil, virgen y erecto.
....
. . ..

Que luzca su auroral policromía
este haz friolento de exquisitas flores.....
—desenfrenada orgía
de sedas y perfumes y colores.—

Señora Me retiro. En tu ventana,
nuevo Siebel lo dejo....
Curïosa,
cuando su párpado abra la mañana,
coquetuela y mimosa
tú lo pondrás sobre tu altar de diosa
en el cornete azul de porcelana.

JUAN B. DELGADO.

México, Abril 15 de 1898.

LLAMARADA

I

La escarcha de un invierno prematuro
cuajó sobre mis flores,
mató las galas del follaje obscuro
y auyentó mis canoros ruiseñores......
Oh, fastidio letal que me consumes
hiriendo sin piedad mis ilusiones
—ánforas de perfumes,
de arrullos y canciones—
¿por qué tan pronto sobre mí caiste
con tus vientos helados,
y mi cielo cubriste
con el sudario gris de tus nublados?

II

¿Qué me ha quedado del ayer dichoso?
Los juegos de mi infancia,
mis anhelos de joven y el piadoso
destello de mi fé sencilla y pura,
¿en dónde están? ¿En dónde su fragancia,
que la atmósfera impura
que emponzoña mi vida, purifique?
¿En dónde está su luz para que vierta
sobre el cadáver de mi dicha muerta
su resplándor, y mi alma vivifique?

III

Ah, ¿quién pudiera la veloz corriente
del tiempo detener, cuando propicias
las manos del placer ungen la frente
con el óleo fugáz de sus caricias?
Eternizar el goce de un instante,
la explosión de dos almas que se adoran,
el beso que la amante
nos da, al partir, cuando los ojos lloran....
Pero ¡ay! la dicha es humo que al más débil
soplo se desvanece,
astro que apenas brilla
cuando, muerta su luz, desaparece......
Todo es mudable en la existencia.... Sólo
es eterno el dolor! A sus injurias
¿quien, al cabo, no dobla la cabeza?
¡Qué más......si hasta la flor de la belleza
se marchita al embate de sus furias!

IV

Sin embargo, el oculto sufrimiento
delata que en el cuerpo aún queda vida,
que aún bulle dentro el cráneo el pensamiento
y aún corre sangre por la vena herida.
El pecho que no siente
ni del placer la dulce llamarada
ni del dolor el látigo inclemente,
el alma, para todo indiferente,
que ni llora ni canta enamorada,
es aura sin rumor, flor sin perfume,
alondra que no trina,
llama que en la tiniebla se consume,
autómata inconsciente que camina.........

V

Oh dolor, ven á mi! Sañudo y fiero
hinca tu garra en las entrañas mías;
ha tiempo que te espero!
Si no tengo alegrías,
que pueda al menos derramar mi llanto......
¡Mi propia mano enconará la herida,
por que salgas, león, de tu guarida
rugiendo en el torrente de mi canto!

ANDRÉS CALCÁNEO Y DÍAZ.

RIMAS FRAGILES.

Un delirio de colores

A MIRELLA

Mientras que la fiebre me oprime y me abrasa
y rompe quimeras en mi fantasía,
como en sueños oigo la tropa que pasa
bajo el entreabierto balcón de mi casa
que inundan los claros fulgores del día.

La marcial fanfarria, cantando victorias,
suspende en mi cuarto la paz y el misterio,
y entre mis delirios sacude memorias
de antiguas lecturas, de viejas historias
y heroicos combates del Primer Imperio.

Un brutal y rudo vértigo arrebata
mi mente, y al ruido del paso sonoro
sueño en la bandera—visión escarlata
que va entre los sables—espigas de plata
y entre los clarines—corolas de oro.

Por el horizonte que en tinieblas hierve
cruza un caballero de blanco bridón,
y súbita flama, me deja que observe
por bajo el sombrero bicorne, el imberbe
y ceñudo rostro de Napoleón.

Festival de luces! Se viste de gala
mi cerebro, todo cambia de figura,
se agita, chispea, y bulle y resbala
por el fondo ardiente de luz de bengala
del caleidoscopio de mi calentura.

Baten los tambores su marcha sonora
en tanto que el loco pensamiento mio,
sus extravagancias alumbra y decora
y teje y desteje la multicolora
tela deslumbrante de mi desvarío.

Sobre rotos iris efímeras flores
sus pétalos juntan en el aire leve,
y caen, orlados de vivos fulgores
en la pirotecnia de los resplandores
jacintos purpúreos y rosas de nieve.

De improviso, el juego febril se desploma
y queda un gris turbio de cielo de lluvia,
donde, precedida de luz y de aroma,
cual rompiendo un aro de papel, asoma
tu funambulesca cabecita rubia

Cuando me sonríe, risueña y traviesa,
con el dulce gesto de una Colombina,
parece que un dardo de luz me atraviesa
y siento que unos labios de frambuesa
en mi boca ponen humedad divina.

Y te vas, y entonces que vuelvas suplico,
y apareces como fina miniatura
pintada en el raso de un ocre abanico
que se abre y se cierra, luminoso y rico;
en la policromía de mi calentura.

Y mientras la fiebre me oprime y me abrasa
y rompe quimeras en mi fantasía,
como en sueños oigo la tropa que pasa
bajo el entreabierto balcón de mi casa
que inundan los claros fulgores del día.

LUIS G URBINA.

Abril de 1898

IN PACE

Como muere la gémula en la rama,
soportando del hacha la fiereza,
y truécase del sol bajo la llama,
de follaje en corteza,

Así en tu alma, de—blancura nido—
sangrienta, dolorida,
murió tu casto amor—polluelo herido
al desplegar sus alas á la vida.—

Ay! herido de muerte
en el alba ideal de sus amores,
tu pecho fué trocado por la suerte
en vaso roto de sangrientas flores.

Amor, amor! de cuán extraño modo
resonó en tus oídos
esta palabra, la expresión del Todo,
lazo ardiente del sér y los sentidos!

Era el albor de tu alma, era el momento
en que en vaga inconciencia
iba abriéndose paso el sentimiento
en el espacio azul de tu existencia.

Cual capullo entreabierto,
—coruscante joyel de Primavera,—
que al prístino fulgor de luz incierto,
de tibia aurora la caricia espera,

Botón tu alma, de perfumes lleno,
trémulo de pasión y de alegría,
en despertar sereno
del amor á la aurora se entreabría.

Un vívido fulgor de luz febea
bajó hasta el fondo de tu sér en calma,
y hubo fulguraciones en tu idea
y aleteos en tu alma.

Hálito que surgir enardecido
hace en los corazones,
como brota en las cuerdas el sonido,
nueva fe, nuevo amor, nuevas canciones.

Fué un relámpago breve:
existió solamente tu embeleso
lo que los albos copos de la nieve
viven del sol al aurescente beso.

Hoy que nada de aquella gloria existe,
tu vida mundanal es un desierto:
hoy es un ataúd tu pecho triste
en el que yace un muerto.

Y libre ya de pasionales dudas,
segura de tus penas,
con el baluarte de la fe te escudas
y al madero de un Cristo te encadenas.

En tu vida sin goce ni mudanza
marchas con torpe andar descompasado
siguiendo de tu pálida esperanza
el cadáver helado.

Cuando descansarás? Nadie lo sabe;
desiertos sólo tu mirada advierte,
no hay en tu cielo un ave
ni un astro en tu camino su luz vierte

Ligera como el viento
de tí se aleja la ilusión que adoras,
y retorna á tu sér el desaliento
y á contar vuelves las eternas horas.

Sollozando ante un Dios que no te escucha
de mi lado te alejas,
y obligada á entablar eterna lucha
te cubres con la malla de unas rejas.

Hoy, víctima de penas sin segundo,
pides al claustro su existencia inerte:
hoy vas á dar tu despedida al mundo
y yo á esperar la muerte.

AURELIO GONZALEZ CARRASCO

Las perlas muertas

Clara Terpe tenía veintisiete años cuando emprendió con un mayordomo y una servidumbre numerosa, un viaje á través de las Indias Orientales. Acababa justamente de divorciarse para ser libre y vivir como le aconsejaran las fantasías imperiosas y múltiples que le llenaban el cerebro y los caprichos que aún no había podido satisfacer. Era muy bella, con una "radiosa beldad de emperatriz" que decían los historiógrafos mundanos de entonces.

A punto fijo yo no sé lo que es una beldad ó belleza de emperatriz; ni por qué distintivo especial se la puede diferenciar de la de una reina ó dela de una simple modesta lavandera! De Cleopatra ó Victoria y de Victoria á la Reina del Carnaval, pienso que debe haber sus puntos de discrepancia estética.

De todos modos prefiero para Clara Terpe que tuviera parecido con Cleopatra que fué reina, mejor que con Victoria que es emperatriz hasta de las mismas Indias donde el demonio, inspirador de los viajes, arrojó á nuestra (mía y de los lectores) bella protagonista.

Si ha de darse crédito á los líricos y simbólicos retratos que Mr. Alberto Besnard nos ha conservado de ella, Clara Terpe no se parecía en realidad más que á sí misma, á menos que aún en este caso se pareciera á algo más idealista y visionario y ese algo podía ser el genio de Mr. Besnard.

Uno de esos retratos, el que encabeza estas. líneas nos la da á conocer. alta, flexible, con una cabellera entre rubia y castaña, ojos verdes con relampagueos aureos, un conjunto en fin lleno, ágil, acariciador, voluptuoso y felino. Eso! algo así como una tigre reposando en su selvática mansión. ¿Y qué mansión más terrible que esa habitación femenil con su bosque de cremas y perfumes, donde el pintor nos presenta á las miradas, extrañas flores de tentación y de misterio por encima de esas aguas glaucas y profundas que son los espejos donde se reproducen al infinito?

Así pues, me decido por el retrato.

Clara Terpe además de muy bella era muy rica porque heredó de su padre célebre comerciante en petroleo, una fortuna que los *reporters* de periódicos poseidos de minucioso respeto valuaban en más de sesenta millones.

Esta fortuna, que gracias á la muerte súbita del viejo Marius Terpe, recojió Clara antes de que pudiera esperarlo, fué además de su gusto por la vida libre una de las causas determinantes del divorcio. Le repugnaba mucho partir sus riquezas con un marido estúpido y vano que pasaba los días leyendo de cabo á rabo el *New York Herald* y las noches en jugar al *Pokar* en el *Jockey Club*.

Como no tenían hijos la cosa se arregló muy fácilmente por tanto más cuanto, en oro y algunas acciones de un Banco de California que el marido aceptó filosóficamente emprendiendo desde luego el viaje de rigor

De Cachemira á Columbo Clara Terpe visitó pues las indias en un paseo triunfal: algunos rajhas, magníficamente imaginativos y felices ante la oportunidad de distraerse un póco le ofrecieron fiestas inolvidables

Se refiere que en Benares, donde subsiste todavía una especie de Conservatorio de Bayaderas y Bacantes se hizo que revivieran para conocimiento de Clara los ritos sagrados desde largo tiempo antes abolidos, donde ella vió todo lo que el delirio de las antiguas liturgias Brahmánicas inventó de frenesí salvaje y de cultos abominables.

En una cacería tuvo la complacencia de ver, acostada en palanquín de oro y conducido por un elefante cuya trompa se había pintado de rojo, un indou á quien devoraba un tigre.

Compró las más hermosas perlas de las pesquerías de Ceylán, consultó los oráculos y en fin practicó el amor en sus más gratas manifestaciones.

Después de dos años de ausencia tornó en fin á la fría Europa, un poco fatigada, un poco triste, disgustándole los espectáculos uniformes de estos paisajes áridos lo mismo que nuestros amores. Su alma se había quedado allá abajo, entre las flores gigantescas y venenosas, y sentía la nostalgía de los templos seculares y del calor de ese cielo donde flamean la fiebre, la voluptuosidad y la muerte.

A fin de revivir sus recuerdos magníficos Clara se aisló y pasaba días enteros tendida sobre pieles de tigre y jugando con esos lindos cuchillos de Nepol que disipan los sueños.

***

De improviso se sintió enferma. Sentía en la cabeza invencible pesadez, fuego en el estómago y dolores vivos y desgarradores en los riñones y en los intestinos. y el deseo de la muerte en el alma.

Poco á poco su cuerpo se fué cubriendo de manchitas obscuras, su piel tan aterciopelada y de un nácar tan puro se endureció, se resquebrajó y tomó un color ceniciento. En seguida vino una invasión, una efusión de tubérculos que levantaban la piel rugosa y encallecida que no tardó en empezarse á descascarar como una corteza muerta. Sus manos se convirtieron en dos inmundos paquetes de carne corrompida, su nariz tumefacta se extendió por toda la cara dándole un aspecto espantoso y colgando como una bolsa violácea

Llamados unos en pos de otros todos los grandes médicos de Francia, declararon unánimes que Clara Terpe estaba atacada de una de las formas más peligrosas de la elefanciasis. Sus remedios combinados resultaron inútiles. Cada día el mal progresaba, ganaba los brazos, las piernas hasta que vencedor de todos los esfuerzos humanos y de todos los recursos de la ciencia, se estableció en este cuerpo de mujer antes tan bella y que había sido una obra maestra de la naturaleza.

La infeliz criatura después de ocurrir á los más hábiles prácticos de Inglaterra y á los empíricos más reputados de Europa hizo venir á su lado, á divinos y sacerdotes.

En su locura, llamó del interior de la India esos hechiceros famosos que curan la lepra y resucitan á los difuntos; se bañó en todos los Lourdes del mundo y su tarea fué vana: las aguas milagrosas, las yerbas desconocidas, los pases magnéticos, las plegarias, las evocaciones extraídas de antiguos libros, las reliquias santas guardadas en los templos, todo se puso en juego sin que nada tuviera poder contra el horroroso mal. Y lo más cruel de tan amarga situación, fué que supo que podía vivir así, infecta y espantosa, durante largos y largos años todavía

De pronto pensó en matarse; pero como estaba muy vigilada no lo pudo conseguir, pues habría guardianes que la cuidaban sin abandonarla un minuto, y le evitaban aún los menos peligros accesos de furor. Luego, se acostumbró á su mal; mandó suprimir de todas sus habitaciones, los espejos y todas las superficies pulidas que pudieran reflejar su imágen y se refugió en una constante y única pasión: las perlas.

Clara había tenido siempre una especie de amorosa predilección por las perlas: las adoraba y se mandó hacer brazaletes, collares y cuanto le sugirió su capricho. Nunca se cansaba de tentarlas, de encantarse con los brillos de su oriente, con la mágia viva de sus aguas sutiles y cambiantes, y con sus reflejos irisados y tiernos. Pagaba muy caros agentes entendidos,

y judíos conocedores que estaban encargados de comprar para ella las más lindas perlas de las pesquerías de Ceylán y del Golfo Pérsico.

Pero sucedió una cosa inaudita.

Las perlas morían sobre su piel contaminadas por el infame veneno.

Poco á poco se empañaban, su superficie tan lisa se iba poniendo rugosa y se veteaba de manchas cárdenas; luego los reflejos se desvanecían y de cuanto había sido esta cosa adorable viviente y encantadora que se llama una perla, al cabo de algunos días no quedaba más que una bola de ceniza.

Porque las perlas, viven! Hay en ellas substancia orgánica que mantiene el calor de la vida como la sangre conserva traslúcida la piel y suave la carne: son por decirlo así seres dotados de una sensibilidad desconocida y exquisita, cuerpos vivientes sobre el cuerpo humano que sufren si sufre la carne que embellecen y mueren si ella muere

Entonces la pobre Clara Terpe encerró sus perlas en vitrinas bien cerradas para preservarlas del contagio y apesar de eso no las veía sino con miedo al través de la triple cubierta de cristal tras de la cual las perlas parecían enfermarse y llorar...... como almitas prisioneras condenadas á no ver más el cielo azul ni á sentir el calor de los besos, ni la alegría de los corazones que laten bajo pechos anhelantes de amor ...-

Octavio Mirbeau.

LAS HADAS EN FRANCIA

—Acusada, levántese—dijo el Presidente.

En el disforme banco de las petroleras hubo movimiento, y adelantóse hácia el estrado, apoyándose en la baranda, una cosa temblona y sin figura humana. Era un bulto de guiñapos rotos, remiendos, cintas, flores ajadas, plumas viejas, y debajo de ellas una pobre cara marchita, curtida, rugosa, agrietada, y donde la malicia de dos ojillos negros revolviase ligera entre las arrugas, como una lagartija en la hendidura de un viejo paredón.

—¿Cómo os llamáis?—la preguntaron.

—Melusina.

—¿Cómo decís?.........

—Melusina—repitió con mucha seriedad

—Sonrióse el Presidente bajo sus bigotazos de Coronel de dragones, pero continuó sin pestañear:

—¿Vuestra edad?

—No la sé.

—¿Vuestra profesión?

—¡He sido hada!.........

Al instante, el auditorio, el Consejo, el mismo Comisario del Gobierno, todo el mundo se echó á reirá carcajadas. Pero esto no la perturbó lo más mínimo; y con su vocesilla clara y á saltitos, que se elevaba en la sala y se cernía como una voz de ensueños, replicó la vieja:

—¡Ah! ¿Dónde están las hadas de Francia? Todas murieron, mis buenos señores. Yo soy la última; no queda ninguna más que yo....Y en verdad que es una lástima, pues Francia era mucho más hermosa cuando aún tenía sus hadas. Eramos la poesía del pueblo, su fe, su candor, su juventud Todos los lugares que frecuentábamos, los retiros llenos de malezas los sotos, las piedras de las fuentes, los torreones de los ruinosos castillos, las brumas de los lagos las grandes marismas, recibían con nuestra presencia un nó sé qué de mágico y grandioso A la claridad fantástica de las leyendas, veíasenos pasar á ratos por todas partes, arrastrando nuestros cendales entre un rayo de luna ó corriendo por las praderas sobre los brotecitos de las hierbas. Los aldeanos nos amaban, nos veneraban.

Nuestras frentes coronadas de perlas, nuestras varitas nuestras ruecas encantadas mezclaban un poco de temor con la admiración, en tre las imaginaciones ándidas. Por eso permanecían siempre claras nuestras fuentes Los arados deteníanse en los caminos que guardábamos nosotras; y como nosotras, las más viejas de las gentes inspirábamos respeto á todo lo viejo, de ahí el que de un extremo á otro de Francia se dejaran á los bosques crecer y á las piedras rodar por sí solas.

Pero el siglo ha progresado. Han venido las líneas férreas Se han horadado túneles, cegado lagunas y hecho tantas cortas de árboles, que bien pronto no supimos donde meternos Poco á poco dejaron de creer en nosotras los campesinos Cuando por la noche llamábamos á los postigos de Robín, decía: "es el viento." Y quedábase otra vez dormido. Las mujeres venían á jabonar á nuestros estanques. Desde entonces todo acabó para nosotras. Como sólo vivíamos de las creencias populares, al perderse éstas lo hemos perdido todo Desapareció la virtud de nuestras varitas, y de poderosas reinas que éramos, nos hemos quedado en unas mujeres viejas arrugadas horrorosas, como hadas á quienes se olvida; y con ésto hemos tenido que ganarnos el pan nuestro, con unas manos que nada sabían hacer. Durante algún tiempo se nos ha visto por los bosques, llevando cargas de leña muerta, ó recogiendo espigas á orillas de los senderos. Pero los guardas de montes eran duros para nosotras, y los labriegos nos tiraban piedras. Entonces, como los pobres que no encuentran donde ganar la vida en su pueblo, fuimos á buscar la subsistencia pidiéndola al trabajo de las grandes ciudades

Unas entraron en las fábricas de hilados. Otras vendieron manzanas por el invierno en las esquinas de los puentes, ó rosarios á la puerta de las iglesias. Empujábamos carretones cargados de naranjas, tendíamos á los transeuntes ramitos de á perro chico, y nadie los quería comprar; y los chiquillos se burlaban de nuestra barbilla temblona, y los agentes municipales nos hacían correr., y los ómnibus nos atropellaban. Luego las enfermedades, las privaciones, una sábana de hospital echada á la cara.... Hé aquí como ha dejado Francia morir á todas sus hadas ¡Buen castigo ha tenido por eso!

Sí sí, reíos, intrépidos señores míos. Mientras tanto acabamos de ver un país que ya no tiene hadas. Hemos visto á todos esos campesinos bien cebados y de gramática parda, abrir sus arcas á los prusianos é indicarles los atajos. ¡Ve ahí! Robín, que ya no creía en los sortilegios, pero tampoco creía en la patria mucho más...... ¡Ah! ¡Si nosotros hubiésemos estado allá, de todos esos alemanes que entraron en Francia no sale vivo ni uno solo! Nuestros *draks*, nuestros fuegos fátuos los hubieran conducido á caer dentro de ciénegas En todas esas fuentes puras que llevaban nuestros nombres, hubiéramos mezclado con sus linfas brebajes encantados que los hubiesen vuelto locos; y en nuestras asambleas, al claror de la luna, hubiéramos confundido también las sendas y los ríos, enmarañando con cambroneras y malezas esas montoneras donde iban siempre á agazaparse, que los ojuelos de gato del Barón de Moltke no habrían podido jamás reconocer nada de aquello: con las grandes flores de nuestras lagunas hubiésemos hecho bálsamos para las heridas y los *hilos de la virgen* nos hubieran servido de hilas; y en los campos de batalla, el soldado moribundo nos habría visto al lado de su charca inclinarnos sobre sus ojos medio cerrados para enseñarle un rincocito de bosque, un recodo de sendero, cualquiera cosa que le recordara su país. De este modo se hace la guerra nacional, la guerra santa. Pero ¡ay! en los países que ya no tienen hadas no es posible esa guerra.

Al llegar aquí interrumpióse un momento la vocesita tenue, y el Presidente tomó la palabra:

—Todo esto no nos dice lo que hacía usted con el petróleo que llevaba encima cuando la detuvieron los soldados.

—Buen señor, estaba incendiando París—respondió la vieja con mucha tranquilidad —Quemaba á París porque le odio, porque se ríe de todo, porque él es quien nos ha muerto. París fué quien mandó sabios para analizar nuestras bellas fuentes milagrosas y decir con exactitud cuánto hierro, cuánto azufre tenían sus aguas. París se burló de nosotras en sus teatros. Nuestros encantamientos se han convertido en escamoteos, nuestros milagros en farsas: se han visto tantas caras feas sobre nuestras corpiños de color de rosa, y nuestros carros atados en medio de claros de luna hechos con luces de Bengala, que ya no se puede pensar en nosotras sin echarse á reir.... Había niños pequeñitos que nos conocían por nuestros nombres, nos amaban, nos tenían su poquillo de miedo; pero en lugar de los bonitos libros con oro y estampas, donde aprendían nuestra historia, París ha puesto en sus manos la "ciencia al alcance de los niños," gruesos libracos de donde sale como un polvo gris y borra de los ojos de los pequeños nuestros palacios encantados y nuestros espejos mágicos...... ¡Oh, sí, estoy muy contenta de ver echar llamaradas á vuestro París!.... Yo era quien llenaba los botes de los petroleras y las guiaba por mi misma á los mejores sitios: "¡Andad, hijas mías, quemadlo todo, quemad, quemad!......"

—Pues señor, esta mujer está loca de remate—dijo el Presidente.—Lleváosla.

Alfonso Daudet.

LA NOVIA DE ALEJANDRO

Hacia unos cinco años que yo estaba considerado en Varsovia como el mas guapo oficial de la Guardia Blanca, cuando un joven que acababa de salir de la escuela politécnica vino á reemplazar á uno de mis compañeros muerto en la guerra. Llamábase Alejandro Su figura era magnífica, su nombre ilustre, su fortuna inmensa, su ingenio claro y su bravura admirable. Ademas tenía un caracter encantador, de modo que en pocos días fué el niño mimado del regimiento, Al ver que mi gloria palidecía ante su gloria, comencé á odiarle con toda la fuerza de mis malas pasiones. Cuando el Coronel le estrechaba la mano diciéndole: "eres la perla de mis soldados, Alejandro," yo me ponía pálido de envidia, y cuando Elinia, la cantinera, sonreía al verlo pasar, me daban ganas de sacarle los ojos con la punta de mi sable. Varias veces traté de humillarlo ante los camaradas, pero siempre inútilmente, pues él sabía responder á mis epígramas con otros epígramas de mejor tono. Cuando yo me encolerizaba él sonreía; cuando yo decía una insolencia, él murmuraba una broma; cuando yo me mordía los labios, él se retorcía el bigote. Así transcurrieron varios meses durante los cuales yo no pude ni dormir tranquilamente, pues aun entre la bruma tibia del ensueño aparecía ante mis ojos cerrados la figura graciosa de mi amable rival.

Una noche, al fin, fuimos juntos á un baile. Durante las primeras horas quise sobreponerme á mis perverses instintos y lo dejé bailar, triunfante entre las sonrisas de las mujeres y los aplausos de los hombres, pero cuando vi que mi novia le ofrecía una camelia blanca, me acerqué á él y le grité á voz en cuello, "cobarde!". El respondió á mi insulto diciendo: "mañana á las seis de la madrugada os contestaré en el valle de Riesxif. Capitán."

Al día siguiente, diez minutos antes de la hora señalada, yo me encontraba ya en el lugar de la cita con dos de mis amigos, esperando impacientemente á mi adversario. El sol se había levantado y el calor de los días estivales comenzaba á hacerse sentir. Un arroyo impertinente corría bajo mis botas tarareando una canción tranquila y dulce; los pájaros piaban á dos metros de mi casco y allá, en el infinito, las grandes nubes cenicientas se movían con pausa é iban, unas detrás de otras, huyendo del rey Sol. La indiferencia desdeñosa de los elementos. que no parecían participar de mi estado de ánimo, aumentaba mi cólera mortal. Yo habría querido batirme á sable, en el pico de una colina, bajo una lluvia de nieve. El *cliquetis* de los aceros habría calmado mis nervios, y las manchas rojas de la sangre sobre la blancura inmaculada del hielo, habrían refrescado mi vista.........¡Ah, si la Naturaleza fuera efectivamente nuestra madre, no se burlaría impasiblemente de nuestras penas!......

Al fin vimos aparecer á mi rival entre los árboles de la ruta. Venía á pié, con el dolmán echado sobre el hombro derecho y el sable á rastras. En la mano izquierda traía un racimo de grosellas maduras: en la diestra una pistola. Dos húsares de la guardia lo acompañaban

Los padrinos midieron la distancia y nos colocaron uno en frente de otro A él le tocaba tirar primero. Tiró....La bala rompió el penacho de mi casco sin tocarme la cabeza

—Ahora es vuestro turno—dijo uno de sus compañeros.

En efecto, mi turno había llegado y como yo era entonces el mejor tirador de Rusia, la vida de Alejandro estaba entre mis manos. Yo lo sabía y esa seguridad me regocijaba diabólicamente....Antes de apuntar le miré atentamente tratando de descubrir en su rostro el estremecimiento que siempre causa la proximidad de la muerte. Pero nada....ni parpadeaba siquiera, y su actitud hacía pensar en la bella placidez de los apolos griegos....Entonces me convencí de que ese hombre desdeñaba su propia vida, por lo cual preferí no arrebatársela, y en vez de tirar le dije:

—Yo os odio, caballero; os odio con toda mi alma, y para saciar mi sed de venganza quise arrancaros la existencia, porque creí que era lo que teníais de más precioso Ahora veo que me he equivocado, y puesto que vos la desdeñáis yo quiero hacer lo mismo.

—Está bien—me respondió—acepto lo que me dais, pero no como regalo sino como depósito; el día que os dé la gana, aunque sea dentro de mil años podéis venir á reclamármelo....

*
* *

Al día siguiente pedí mi retiro. y cuando me lo concedieron, fuí á vivir, solo con mi dolor, en un viejo castillo de mi padre. Durante cinco años no oí pronunciar el nombre de Alejandro. Mis criados tenían orden para quemar todas las cartas que para mi trajese el correo Un día, sin embargo, cierto amigo vino á verme y después de comer en mi mesa, pagó mi hospitalidad diciendo:

—¿Sabes que Alejandro se acaba de casar?

—No, no lo sabía....

—Pues sí, si se ha casado.... con tu antigua novia...... con Helena......

Al oir estas palabras mandé ensillar un caballo, cogí mi vieja pistola y me puse á galopar camino do Varsovia. El odio casi apagado de antaño, había renacido de pronto. Durante todo el camino, mis labios no cesaron de decir: "La vida de Alejandro es mía,... es mía.... es mía.... Helena no debe gozar de el..... Helena.... Alejandro.... traidores...."

Al fin llegué á la puerta de su casa después de cabalgar vertiginosamente durante siete horas. Eran las once de la noche Un criado me condujo á su gabinete......... Esperé unos veinte minutos durante los cuales volví á experimentar. más intensamente que cinco años antes, la sensación horrible de la Naturaleza desdeñosa ante la cólera del hombre. La estancia en donde me encontraba era lujosísima. Muebles de terciopelo, colgaduras de Damasco, cuadros dorados...... Los cuadros, sobre todo me desconcertaban. Era una colección de retratos al óleo, pintados en el siglo XVIII, que representaban á los abuelos de mi rival. Sus rostros eran agradables, y sobre sus labios vagaba una sonrisa amable que me iba siendo cada minuto más odiosa. Si hubiese tenido un puñal, habría atravesado uno por uno todos los lienzos. 'Ese caballero—me decía á mí mismo, fijándome en la imagen de un oficial anciano—debe de ser su padre. Sus ojos se parecen...... sus labios son iguales.... Si yo no estuviese en el mundo, un Capitán del porvenir.... hijo de Helena, vendría á colgar dentro de veinte años el retrato de Alejandro al lado de ese cuadro.... Pero no, ahora es imposible. Yo soy el mejor tirador de Rusia como voy á probarlo pronto ..."

Un hombre que entró en la estancia interrumpió mi monólogo. Era Alejandro. Al principio no me reconoció y me dijo:

—Perdonad, caballero, que os haya hecho esperar tanto tiempo.... ¿Queréis decirme quién sois?

—Para vos—le respondí—soy la muerte que viene á reclamar un antiguo depósito... ¿Os acordáis..?

—Sí, si me acuerdo. Tenéis derecho á disparar vuestra pistola frente á mi pecho.... hacedlo, pero no tardéis porque mi esposa viene detrás de mí y dentro de un momento va á entrar por esa puerta.

Dijo, y se puso de pié en un extremo del cuarto.

Yo estaba ciego. El también debe de haberlo estado, pues ninguno de los dos nos fijamos en una sombra blanca que avanzaba hácia mí, mientras mi mano tiraba del gatillo de la pistola.... Sonó el tiro y al mismo tiempo un grito de mujer.... Era Helena que caía muerta por defender á su marido.

Enrique Gómez Carrillo.

INVERNAL

I

El cierzo del invierno sopla inclemente,
Arroja su humo negro la chiminea,
Rebosan las estufas de aire caliente
Y en el hogar la leña chisporrotea.

Sobre ricos cojines de pluma henchidos,
Entre persas alfombras y sederías,
Al amor de la lumbre se hallan reunidos
En las tardes de invierno largas y frías.

La niña dulces notas al piano arranca,
Mil rumores confusos el viento trae,
En tanto que del cielo menuda y blanca
Como plumón deshecho la nieve cae....

¡Ay del que siente el hambre cual buitre interno,
Ay de aquel que consuelo busca en el río,
Ay de los que en harapos cogió el invierno,
Ay de los que en la calle mueren de frío!

II

El cierzo del invierno sopla inclemente;
Bello tronco sujeto del aurea brida,
Bien cubierta de mantas la piel luciente,
Lleva rico carruaje por la avenida.

Suenan las campanillas de los plumajes,
Se ve sobre dos tordos el bamboleo,
Se oye el sordo gemido de los herrajes,
Entre surco de nieve pasa el trineo.

¡Qué lujosos cocheros y postillones,
¡Qué espesos los cristales de los postigos,
¡Qué profusión de plumas y de vellones
¡Qué envueltas van las damas en sus abrigos!

¡Ay del que siente el hambre cual buitre interno,
Ay de aquel que consuelo busca en el río,
Ay de los que en harapos cogió el invierno,
Ay de los que en la calle mueren de frío!

III

El cierzo del invierno sopla inclemente;
A repartir la cena van los gañanes,
La cena que en vasijas rebosa hirviente,
A la perrera llena de hermosos canes

Colmado el apetito, con grata holgura,
Entre sus gruesas mantas y ricas pieles,
En estancia de tibia temperatura
Duermen los terranovas y los lebreles.

¡Qué abundante la sobra, que hirviente humea,
¡Qué lejos está de ellos la noche fría!
El hornillo la estancia ¡qué bien caldea!
¡Qué reposado el sueño de la jauría!

Ay del que siente el hambre cual buitre interno,
Ay de aquel que consuelo busca en el río,
Ay de los que en harapos cogió el invierno,
Ay de los que en la calle mueren de frío!

Diego Uribe.

LA LECCION DE GUITARRA.

LIRIO SILVESTRE

POR ANDRE THEURIET—ILUSTRACIONES GRABADAS EN NUESTROS TALLERES.

Versión española de "El Mundo Ilustrado"

Número 2.

La tarde del Jueves Santo, cuando Germana se despidió de Marcial en la puerta del patio, la madre Aubriot había sido llamada á Bay para un alumbramiento, y la casa estaba solitaria. Así pues, la niña como lo hacía en estos casos, tomó la llave que estaba oculta bajo una teja, abrió, entró en la cocina y allí halló la cena lista y la mesa preparada.

Encendió una vela; y á su luz, la estancia presentó su aspecto hospitalario y confortable. Luego rezó el *benédicite* y se sentó á cenar; pero con todo y el ejercicio y el aire puro del campo, resultó que no tenía apetito. Bebió unos vasos de vino aguado para refrescarse la garganta y sintió que tenia fiebre. Presa de esta excitación volvió á ver confundidos, pero con lucidéz intensa, todos los incidentes del día: la selva comenzando á florecer; la granja de Allofroy donde la madre Petitot la había recibido con tanto afecto y regalado el pañuelo de seda, causa de las ansias de Clarisa y de las burlas de los Boucheseiche; la capilla de Santa Clara alzando sus muros grises y su campanario vacío; y veía otra vez á los chicos girando en torno suyo, y oía las injurias y temblaba su cuerpecillo al recuerdo de su lucha con Clarisa. De pronto le vino una sensación de alegría consoladora, al recordar la intervención de Marcial y la energía con que supo defenderla contra la agresión brutal de los otros. ¡Con qué dulce amistosa compasión la consoló, y cómo la ayudó alegremente á peinarse!

Estaba contentísima de que Marcial le hubiera hecho esos favores, y sin embargo en medio de su satisfacción esperimentaba un movimiento de vergüenza al pensar en la que vió con el cabello suelto. Pero sus escrúpulos se desvanecieron rápidamente y eran sucedidos de una dulce quietud al recordar aquella hora de reposo, al lado de Marcial, en el cesped florido, tan blando, tan impregnado del aroma de la pimpinela, mientras el cielo obscurecía poco á poco sobre sus cabezas. ¿Por qué la personalidad de Marcial le había empezado á inspirar tan vivo interés? Aparte del servicio que le prestó protegiéndola contra sus agresores, nada le dijo de extraordinario ni le dió muestra alguna especial de adhesión, y sin embargo Germana gozaba repasando los menores detalles de su permanencia junto á la capilla de Santa Clara y de su regreso al través del camino solitario.

A pesar de la fatiga, no sentía necesidad de dormir, y cuando hubo arreglado todo en la cocina bajó al jardín. El primer cuarto de la luna de Abril bañaba con tímida claridad los vergeles adormecidos y hacia brillar los cristales en las vidrieras de las casas y en las pizarras del Campanario. El aire de la noche era demasiado frio aún para que el ruiseñor se decidiera á cantar, pero se oía el rumor del arroyuelo que corria por los huertos tranquilos.

Germana recorrió una estrecha avenida en que florecían ya las prímulas y los narcisos y llegó á su lugar favorito cerca del colmenar que en esos momentos dormía. El silencio era tan profundo que podía percibirse á lo lejos el golpe del agua del rio en la rueda del Molino de Bay; y más solemne todavía que el silencio, era el cielo redondeándose por encima de su cabeza. El cintilar de las estrellas transparentes y blancas como lirios de cristal y el polvo luminoso del *Camino de Santiago* prolongando su huella misteriosa, aumentaban esta sensación de profundidad. En el huerto oscuro, las blancuras leves de los cerezos y los manzanos florescientes, parecían como un reflejo de la vía lactea; y su acre perfume subía como las emanaciones del incienso desde la tierra á la bóveda estrellada.

Esta paz de la noche límpida llenaba á Germana de conmoción religiosa, y antes de ir á recogerse resolvió rezar sus plegarias de la noche en medio de la tranquilidad de los jardines y los bosques, que le inspiraba un recogimiento mayor aun que el mismo interior de la iglesia. Entonces recordó que había prometido á Marcial rezar por él; y levantó la cabeza y con las miradas fijas en las estrellas recitó el *Pater noster* y el *Ave Maria*, é intercaló tanto y tan bien en cada versículo el nombre de Marcial, que insensiblemente la figura despabilada y audaz del muchacho acabó por interponerse entre sus ojos y el cielo constelado.

Por la primera vez en esta alma virginal de adolescente, despertaba dulce inquietud con ocasión de una persona del otro sexo; pero su inocencia era tan grande y la suavidad de esta desazón era tan penetrante, que no la alarmó la persistencia de su profana preocupación; y atribuyendo el desorden de su espíritu á las fatigas del día, volvió á su habitación para terminar sus oraciones.

III

Cuando Germana regresó de la Iglesia el Viernes Santo, ya la madre Aubriot estaba de regreso. La "Buena mujer" había pasado la noche en blanco para atender á su cliente, y se reconfortaba tomando un vaso de café con leche. Pequeña, viva y pulcra la Madre Aubriot á pesar de su medio siglo conservaba bajo su cofia de lino blanca una fisonomía joven y despierta. Sus ojos negros y chicos relumbraban como ojos de ratón; su nariz de fosas moviles se alzaba con aire provocador y esta expresión agresiva se acentuaba con un lunar de pelos erizados que tenía á un lado de la nariz. Su particularidad especial era sentir hondo y firme y tener la lengua lista para decir lo que sentía.

Sentada á la extremidad de la mesa, con un pañuelo al cuello para no manchar el corpiño, mojaba delicadamente en el café sus rebanadas de pan y las saboreaba sin que pareciera cuidarse del ayuno que prescribe la iglesia para tan Santo Dia.

Leyó sin duda un reproche vago en la mirada de la niña, porque se apresuró á decirla:

—Vamos, mi vida, no te escandalices. Nuestro Señor que dió la vida por salvar á tantos cristianos, no ha de querer condenarme porque me reconforto después de haber pasado la noche en ayudar á venir al mundo á un cristiano más.

Y como Germana no contestó, agregó la Buena:

—Por otra parte; ayunar cuando se sabe que por la tarde abundará la comida, no es muy grande privación; á quienes hallo meritorios es á esos pobres que ayunan á mañana y tarde todos los dias, porque no tienen nada en la despensa. Yo conozco gentes á quienes pasa eso, y no lejos de aquí; y que quien les diera un pedazo de pan, haría una obra más meritoria que todos los ayunos y todas las abstinencias.

—¿De quiénes habla usted, Buena?

—De la madre Seurrot á quien el marido abandonó desde hace dos años. Esta mañana, al volver de Bay, oí llorar á los niños en el horroroso cubil que los Seurrot alquilaron en la Fragua Vieja; entré y ví la miseria, la verdadera miseria.... La madre en el lecho, con fiebre; los tres chicos arrastrándose por el suelo y gritando de hambre, y no había ni pan en la alacena ní fuego en el hogar. Eso me retorció el corazón y les prometí que te lo diría.

La jorobadita estaba conmovida y se le humedecieron los ojos.

—¿La Seurrot no es madre de Marcial, ese á quien le dicen *el chino?*

—Sí, pues: el muchachón de quince años que está de aprendiz con el zapatero de Charboniere donde no gana ni para vestirse. De vez en cuando atrapa una liebre, la va á vender y le trae el dinero á su madre, pero eso no se ve todos los dias, sin contar con lo arriesgado del lance puesto que *el Chino* corre peligro de que lo cojan los guardas.

Germana estaba silenciosa y pensaba en que Marcial después de haberla protegido la víspera y acompañado galantemente hasta su puerta, regresó sin duda á la Fragua Vieja donde él y su familia se acostaron sin cenar.

Y se reprochaba de no haber adivinado esas angustias y de haberse despedido de él sin sospechar su oculta miseria y las penalidades de los suyos.

Entonces corrió vivamente á la alacena. Habia allí un pernil una hogaza de pan y una docena de huevos: arregló estas provisiones en un cesto y vino á ponerlo sobre la mesa.

—Tuvo usted razón, Buena, dijo, al referirme la pena de los Seurrot. ¿Sabe usted? Cuando acabe de desayunarse, llevará usted esto á la Fragua Vieja y dirá á la enferma que mañana le mandaré el primer caldo de la olla.

Luego fué á un cajoncito, tomó una moneda de plata y la entregó á la Buena.

—Le dará usted también este dinero; es poca cosa, pero siquiera le servirá para carbón.

—Eres una buena chiquilla, dijo la madre Aubriot; voy á dejar eso á la Fragua.

Ya estaba en la puerta cuando le gritó Germana:

—Guarde usted el cesto bajo su detantal; los Boucheseiche se burlan de todo desde su agujero y es inútil que vean lo que lleva usted y que se mezclen en mis asuntos.

—Estarás tu tranquila; no se apercibirán de nada, y si me preguntan será tal la respuesta que no les queden ganas de abrir el pico otra vez.

Poco tiempo después, el Domingo de Cuasimodo, cuando estaba Germana en el jardín sentada cerca de su colmenar, la madre Aubriot le gritó desde la cocina:

—Germana, aquí hay una visita para tí.

Ella se levantó sorprendida porque con excepción del Cura y de Cardet Boucheseiche casi no recibía visitas; por otra parte, para anunciar al uno ó al otro de estos personajes la Buena habría tomado una entonación más ceremoniosa ó más gruñona, mientras que ahora puso en la voz algo de alegremente familiar. La chiquilla dió algunos pasos por la avenida en donde los racimos de peonía alternaban con los copos de los manzanos floridos, y de improviso se llenó de contento al ver al Chino que descendía las gradas de la escalera.

Marcial, cubierto con un mal sombrero de paja avanzaba con desparpajo, llevando algún objeto misteriosamente escondido entre su blusa corta.

Bajo los rayos de oro del sol, cernidos al través del follaje, á lo largo de la senda florida, los dos adolescentes marchaban uno junto del otro, ofreciendo un extraño contraste: Marcial saludable, ágil de apostura, con la mirada jovial y atrevida, parecía encarnar toda la savia y el verdor de la selva de Abril;—Germana, hundida en su traje negro de lana con el seno estrecho, el talle corto y desviado alzaba por encima de sus hombros salientes, la cabeza encuadrada en dos bandas de cabellos negros; su carita delicada, de líneas puras, tenía la palidez del lirio; y entre esta blancura, sus grandes ojos negros vertían llamaradas húmedas.

—Buenos días, Germana, dijo el muchacho con franca alegría.

—Buenos días, Marcial. ¿Como están por tu casa?

—Mejorando.... Mi madre, se levantará hoy. El buen caldo y el buen vino que le mandas le han devuelto las fuerzas.

—¡Cuánto me agrada saber que va de alivio!

Hubo un momento de silencio; luego añadió la niña:

Yo estaba sentada cerca de las abejas; pero no te conocen y el lugar sería peligroso para tí. Vamos mejor bajo las avellanas que ya echaron hojas; la Buena ha puesta un banco allí y podrás descansar.

Marcial la siguió bajo la bóveda de nogales desde donde se distinguía el valle de l'Aube verdeando; y aunque Germana le instaba para sentarse, él no se decidía, conservando con obstinación una de sus manos hundidas entre la blusa cuyos pliegues se inflaban saliendo de debajo un sordo rumor de alas.

—Qué ocultas bajo la blusa? preguntó Germana con curiosidad.

—Es una sorpresa. Mira, Germana: tú has sido muy buena para con los míos y me había prometido recompensarte; sabía que había entre unas yedras cerca de la Fragua un nido de gilgueros y tomé los dos más hermosos de la cría. Los he estado alimentando con mil trabajos y ahora que ya están grandes y fuertes, te los traigo: mira.

Al mismo tiempo descubrió una estrecha jaula de mimbres donde saltaban dando gritos de espanto dos gilguerítos ya plumados.

—Pobrecitos! exclamó Germana compadecida. ¿Como tuviste corazón para sacarlos del nido?

—No es la primera vez ni será la última, contestó el Chino riendo á carcajadas. Pero ¡diablos! ¿que tienes? Se diría que no te gusta el obsequio. ¿Acaso no gozas con el canto de los gilgueros?

—Sí, me gustan mucho, pero cuando están libres en los árboles.

—Divierten más en la jaula....y luego, si se les enseña, sacan el agua en cubitos para beber. Con ese objeto se hacen unas garruchas especiales; si quieres te haré una en el momento.

—Nunca en la vida! dijo Germana contrariada. ¿Te gustaría á tí que te encerraran en una jaula para sacar cubos de agua?

—Qué gracia! Yo no soy pájaro y ni un poco me conviene la prisión.

—Eso....! Pues á los pajaritos les agrada menos que á tí. Yo te agradezco tu buena intención; pero ¿quieres darme un placer muy grande, mucho muy grande?

—Ya lo creo! Pide por esa boca

—Tus gilguerítos ya comen solos y pueden volar?

—Como su papá y su mamá.

—Pues bueno; déjame abrir la jaula. ¿No te enojas si les doy la libertad?

—Como quieras, dijo Marcial asombrado.

Germana que había puesto la jaula sobre el banco, tiró de la cuerdecilla que sujetaba la puerta y los gilgueros la ganaron á saltitos; luego, esponjaron las plumas y al fin....zas! se fueron volando derechitos á los manzanos más próximos mientras la vista de Marcial los seguía con expresión de sentimiento.

—Gracias, dijo Germana, radiosa, eres un buen muchacho, Marcial.

—Y tú eres una guapa bribonzuela, contestó Marcial, balanceando la jaula vacía.

—No por eso dejaremos de ser grandes amigos....

Y fijó en él sus grandes ojos húmedos; y á pesar de su indolencia, el Chino se sintió conmovido por el poder de esta mirada penetrante y enternecida. Germana le llevó á la cocina y le sirvió una colación de mantequilla y pan que Marcial devoró de buena gana; y como á fuerza de verlo comer ella sintió apetito, hicieron ambos honor á las tostadas que iba preparando la madre Aubriot.

Cuando el muchacho se despedía, Germana le dijo:

—Si tu madre ó tus hermanitos carecen de algo, dimelo y cuenta conmigo.

—Gracias, Germana! A tu vez, cuando me necesites, sabes que soy tuyo. Todo el día me encontrarás en casa del zapatero Raffaut, cerca del prado de la Vaquería. Por las noches....me desparezco! A esas horas trabajo deveras. Si alguna vez deseas una liebre, no tienes más que avisar.

—Gracias! Luego Germana sacudió gravemente la cabeza y murmuró: ¿No les tienes miedo á los guardas?

—Los guardas....se duermen cuando yo trabajo....Adios, Germana; adios, Buena. Hasta más ver!

De un brinco se puso en el patio; y siempre columpiando su jaula vacía, sa alejó silbando como un mirlo.

Habían prometido volver á verse; pero la promesa era más fácil de hacerse que de cumplirse. Marcial ocupado de día en casa del zapatero, pasaba la mayor parte de las noches en el campo, solo ó en compañía de los peores vagos de la comarca, y casi no se le veía en Auberive. En cuanto á Germana, aunque él le hubiera dado las señas más minuciosas del Distrito donde se encontraba el taller de Raffaut, era demasiado reservada y discreta para atreverse á ir á buscarlo y más por instinto que por deliberación, ella comprendía que no es propio de una niña ponerse en persecución de un muchacho. Es verdad que Clarisa se permitía semejantes libertades, pero justamente por eso tenía en el país una no envidiable reputación de desvergonzada. Al solo pensamiento de escandalizar á la gente y de ser pesada en la misma balanza que esa locuela, Germana se ruborizaba hasta en lo blanco de los ojos y permanecía honestamente en su casa pensando sin cesar en el Chino y ardiendo en su corazón el deseo de encontrarse con él.

Los días seguían corriendo y llegaba ya el estío, esa estación en que los sotos y los tallares están rojos de fresas y en que la recolección y la venta de frutos silvestres, constituyen una de las industrias de la población campesina. Hácia San Juan, casi todas las mujeres y las niñas van al bosque y por cestos envían su cosecha á los mercados de Langres y de Chatillon.

Una tarde, Cadet Boucheseiche que no descuidaba ningun ganancia por menuda que fuera, anunció que al día siguiente, temprano, toda la casa iría «á las fresas» en los sotos de la Charbonniere y propuso á su sobrina que fuera de la partida. El primer movimiento de Germana fué negarse, porque no creía hallar distracción con semejante compañía; pero cuando reflexionó en que la Chabonniere era el punto en que se encontraba el taller de Marcial, la tentación fué tan fuerte que se le quedó en los labios la negativa.

Se pusieron en camino al alba, con el fresco; y como Boucheseiche estaba gordo y andaba con paso de canónigo, apenas habían alcanzado las lindes del bosque cuando salió el sol. Se apresuraron entonces á entrar bajo el arbolado.

Como hacía más de dos semanas que no llovia, el suelo se resquebrajaba, las hojas pendían de las ramas como lenguas de ahorcado y la yerba de las colinas amarillaba.

En la tierra seca y en el aire caliente el olor de las fresas impregnaba los follajes y se mezclaba blandamente á los acres perfumes del campo.

Los niños se regocijaban en los tallares y se les veía atareados precipitarse á los prados donde los fresales espesaban su alfombra; la vista de las fresas en medio de la verdura les arrebataba y se disputaban con calor la primacía de llenar el cesto y tanto influía en todos el medio ambiente, que Borgoña y Champaña, de ordinario agresivos como las moscas, se olvidaron de atormentar á su prima.

Cadet de Boucheseiche á quien la dignidad y el buen parecer impedían inclinarse, se limitaba á sobrevigilar la cosecha y á dar buenos consejos. Mascullando algún tallo de yerba, se secaba la frente, se pavoneaba lentamente por los senderos y buscaba la sombra con tanta avidéz como los demás buscaban las fresas.

Cuando, dos horas después, quedaron llenos los cestos, se declaró fatigado y anunció que iría á reposar al borde de una fuente que brotaba en las cercanías. Se cubrieron las frutas con hojas frescas, y luego todos sentados en círculo al rededor de un arbol almorzaron pan y queso.

Hicieron alto en la vertiente que cae sobre el

Prado del Vaquero: y masticando su pan Germana pensaba en que debía estar muy cerca el taller de los zapateros, pero no distinguía más que los lienzos de verdura atravesados por puntos luminosos y no oía sino el rumor de las frondas y el sordo crujido de las ramas. Este rum-rum adormecedor convidaba al sueño y muy pronto se oyó un ronquido sonoro reproducido por el eco. Era que Boucheseiche dormía, después de haberse abrigado prudentemente las narices con su pañuelo de algodón.

—Magnífico, dijo Champaña, ya papá está en el otro mundo. Tenemos para una hora larga. ¿En qué podríamos divertirnos?

Ya conocía Germana las diversiones de sus primos, que consistían únicamente en poner los medios para maltratarla.

Así pues, tomando la delantera les propuso jugar á las escondidillas: ellos se ocultarían y Germana se pondría á buscarlos, lo cual aceptaron sin desconfianza y se internaron en pleno bosque. Cinco minutos después se oyó la voz gruesa de Borgoña que gritaba: "¡ya!" Pero en vez de ponerse docilmente en busca de sus bobos y crueles parientes, la muchacha se apresuró á tirar del lado opuesto y dejándolos desesperar se hundió en una senda que descendía al Prado del Vaquero.

Viéndose cerca de Marcial no había podido resistir al deseo de asistir á la fábrica de zuecos. Apenas se orientó tomó con presteza y resuelta el camino de Vivey. El Prado del Vaquero debía estar próximo á la vertiente, un poco más allá del arroyuelo. En efecto, habiéndolo franqueado por un puente de madera, vió la casa de tejas y tembló al oir en ese mismo instante juramentos y amenazas que salían del patio.

—Te voy á hacer bailar, mentecato! gritaba una voz irritada.

El corazón de Germana se sobresaltó; pero luego, tomando valor, la niña atravesó el cercado y se dirigió al taller donde un espectáculo inesperado la sorprendió dejándola clavada en el sitio, pálida y espantada.

En medio de las pilas de zuecos y de los troncos de madera, un obrero de cerca de cuarenta años, en mangas de camisa, con la cabeza descubierta y los ojos furibundos, blandía una recia vara de abedul y procuraba cimbrarle las piernas á un mocetón de cabeza crespa que no era otro que Marcial.. Pero cuando la vara llegaba cerca de las pantorrillas del rapaz, rebotaba él como una pelota elástica; y saltando para un lado decía con tono burlesco: Falló padre Raffaut! A empezar otra vez.....

El zapatero sudadaba, resoplaba y rabiaba sin poder castigar al culpable que le provocaba. Levantó rápidamente su vara y estaba á punto de dejarla caer esta vez sobre las espaldas de Marcial, cuando una exclamación de Germana le detuvo.

—Ruego á usted que no le haga daño!

El padre Raffaut se volvió, vió á la jorobadita y dijo:

—¿Qué te importa á tí? ¡Bueno está para que lo defiendas, este farsante que pasa el tiempo en cojer liebres y no gana el pan que le doy!

—Y una vez que lo haya usted estropeado, replicó vivamente Germana ¿lo ganará mejor?

Sorprendido el zapatero examinó á la recíenvenida y le interesó seguramente su expresión á la vez indignada y suplicante, pues arrojando á un rincón la vara dijo con voz conciliadora:

—Es posible que no. ¿Pero de donde sales tú, chiquilla, y como te llamas?

—Soy hija del finado Vincart.

—Traté mucho con él con motivo de mis compras de madera. Era un valiente que trabajaba mucho y en nada se parecía á este Chino bribón. ¿Es acaso pariente tuyo?

—Marcial es mi amigo, afirmó ella con audacia.

—Tu amigo? exclamó él mientras que su mirada pasaba con admiración del desgarbado cuerpo de la jorobadita al ágil y gallardo de Marcial; es una graciosa elección, pero deveras te compadezco porque nada bueno puede sacarse de semejante animal.

—Es que usted lo toma por donde corta y no sabe convencerlo, respondió Germana. Permítame usted conversar un momento con él.

—Como quieras, hija mía; guárdalo si así lo quieres, que á mí maldita la falta que me hace y no lloraré por él. Y no es que sea desaplicado, al contrario es: maligno como un mono y hace de sus manos lo que desea; solamente que prefiere despellejar un conejo á hacer un par de zuecos. Esa es su desgracia.... Esa es su desgracia.

Siempre refunfuñando el padre Raffaut se puso á horcajadas sobre su banco de trabajo y continuó puliendo y arreglando las extremidades de un zueco. Germana tiró de Marcial por una manga.

—Vente conmigo, le dijo.

Y lo llevó á la orilla del arroyuelo donde se sentaron juntos dejando colgar los piés. El Chino pesaroso y un tanto contrariado por la intervención de la jorobadita, permanecia silencioso y desmigajaba maquinalmente costras de tierra sobre la corriente que atravesaban ligeras las arañas de agua.

—Marcial, le dijo dulcemente Germana ¿no vas á ser nunca discreto?

—Por qué? exclamó el otro malhumorado; es el padre Raffaut quien carece de toda discreción. He llegado hoy en la mañana con tres horas de retardo, con motivo de que fuí á vender un par de ardillas al mercado de Augeres. Hay cosa mas razonable? Si el viejo no está contento.... sin novedad! Me meto de aprendiz en casa de Machin el mejor fabricante de yugos del país. Ese es un oficio agradable en que se gana mucho más que en la zapatería.

Germana, abrazada al tronco de un arbol y con la cabeza inclinada hacia el arroyuelo nada respondía, pero las lágrimas se iban acumulando lentamente en sus ojos y luego caían en gruesas gotas una por una sobre la corriente, donde formaban círculos semejantes á los que producen las gotas de lluvia. El Chino, agachándose para verle la cara, observó su tristeza.

—Tonta! le dijo. Estás llorando..... Por qué?

—Por tí. Tú me apenas, Marcial, porque no es un oficio honrado ese de ir á los campos ajenos á cazar con liga. Un día ú otro, eso hará que te lleven á la carcel, y tu madre y yo nos quedaremos á sufrir.

—Oh! ¿tú? acentuó Marcial irónicamente encojiéndose de hombros. ¡Para la falta que te haré! Eso no te quitará el apetito......

—Te equivocas, suspiró ella tristemente, sería un golpe doloroso para mí.

A pesar de sus bravatas, el Chino se conmovió en el fondo al sentirse objeto de tan tierna solicitud.

—Vamos, vamos! dijo Marcial por fin, dando amistosos golpecitos en el brazo á su amiga. Consuélate! no ves que me estoy chanceando? Mira.... por poco agradable que me sea, voy á contentar al padre Raffaut y á volver con él al trabajo. ¿Así te pondrás contenta?

—Sí!.... Vuelve á trabajar á la zapatería, y te querré mucho.

El muchacho se puso á reir, y más admirado que satisfecho se decía para su fuero interno. ¡Qué diablo de chiquilla!

En el mismo momento, del otro lado, en la vertiente de la selva, resonaron agudos llamamientos. "Germana.... oh! Germana!"

—Son los Boucheseiche que me buscan exclamó la jorobadita, y es necesario que vaya yo á su encuentro. Adios, Marcial. Cumplirás tu palabra. No es cierto?

—Cosa prometida, cosa debida!

—Y no tendrás más ligas?

—Oh! En cuanto á eso, replicó él guiñando el ojo, quien viviere lo verá.... No me pidas demasiado.

Y en tanto que Germana franqueaba el puente Marcial tomó con paso perezoso el camino del taller.

VI

Aunque el tiempo parecia marchar con pesada lentitud en ese país pequeño de Auberive en el que todos los días se parecen y en que nada de imprevisto cambia la monotonía, sin embargo el hecho es que marchaba. Los meses de invierno envolvían ya la aldea, el monte y la selva, con una sábana de nieve.

La Semana Santa se acercaba y otros chicos

caminarían por los campos reverdecidos para hacer la colecta de los huevos de pascua, cantando la elegía de la pasión á las puertas de las granjas y cortijos.

Los de los años pasados habían dejado el lugar á otros más jóvenes y se consideraban demasiado grandes personajes para encontrar gusto en este paseo.

Champaña era todavía de la partida pero Borgoña se daba aires de hombre y pensaba entrar de aprendiz en el taller de un carpintero. Clarisa núbil ya llevaba vestido largo y sus padres la colocaron en una quinta donde se dejaba cortejar por los mozos de servicio. Marcial dividía su tiempo entre la zapatería y la caza en vedado y no dejaba nunca la selva; y en cuanto á Germana, aunque su cuerpo no hubiera crecido gran cosa, su inteligancia había madurado con precocidad.

Era séria como una mujer, vivía cada día más aislada, bajo los árboles de su jardín ó al abrigo de los pilares de la iglesia y no se mezclaba en las diversiones gratas á las niñas de su edad. No se la veia ni en las *veladas* en invierno, ni tampoco se la veía en Estío bajo los tilos del paseo de Entre dos Ríos, donde sus antiguas compañeras gustaban de reunirse y caminar juntas los domingos, después de la misa, seguidas á distancia por los mozos de la aldea que las cortejaban.

Por tranquila y apacible que, sin embargo pareciera la vida de Germana tenía sus emociones y sus tormentos. Aún en sus más solitarias profundidades la selva no está nunca totalmente muda; mil rumores menudos, crujimientos de ramas, temblores de hojas, caidas de gotas de agua, interrumpen el silencio relativo.

Así en la monótona existencia de la adolescente muchos pequeños incidentes, insignificantes en apariencia, tomaban para ella un interés muy vivo y encantaban ó inquietaban su corazón. Noticias recientes recibidas de una visita á la Fragua Vieja; de tiempo en tiempo una liebre misteriosamente aparecida en la cocina al alcance de las manos de la Buena; ó bien á la llegada del invierno un par de zuecos pequeñitos, de nogal pulidos y lucientes como la caoba, engalanados con flores grabadas con curiosidad: á veces también, durante la noche, un tiro de fusil detonando en la selva vecina; todas estas cosas le hablaban de Marcial y durante largas horas sobreexitaban su imaginación ó alarmaban su solicitud.

El tiempo, al pasar, la rozaba delicadamente con sus alas marcando para ella la fuga de los días, ya por un temor ó ya por una sorpresa alegre ó melancólica.

Un lúnes de Pentecostés, los Boucheseiche la llevaron con ellos á una romería que se emprendió á la selva de la Carbonera: la señora de Boucheseiche tenía verdadera debilidad por esas fiestas medio religiosas y medio profanas, que reunían los atractivos de una peregrinación y los placeres de una feria.

Las romerías se celebran anualmente á los alrededores de una fuente más ó menos milagrosa. En ese antiguo país selvático en que se ven todavía piedras Celtas coronando la cima de las montañas y formando cercos de abandonadas y secas pilas, el culto de las fuentes se ha venido conservando religiosamente. Y no pudiendo destruirlo la iglesia, se lo apropió sábiamente poniéndolo bajo el patrònato de algún santo del calendario.

La romería de la Estrella Linda en la Carbonera era una de las más frecuentadas por los vecinos de Vivey de Praslay y de Auberive. La vasta rotonda formada en pleno bosque por la intersección de seis anchos caminos, permiten á los comerciantes foraneos instalar á su antojo sus barracas en que venden tortas, confites, juguetes para niños y rosarios.

No lejos de la fuente que hay allí y que pasa por la fama de curar las enfermedades de los ojos una tienda de campaña abriga á los vendedores de cerveza ó de vino clarete. Enfrente, bajo los árboles, tocadores de violín y de clarinete trepados en un estrado lanzan á la juventud su llamamiento y la invitan á bailar sobre el fino cesped de la rotonda.

Desde el medio día la multitud afluye y se ve á lo largo de cada camino emerger grupos engalanados con sus trajes de día de fiesta.

No solamente las aldeas de los contornos sino las fincas rurales enclavadas en la selva envían su contingente de romeros. Y empiezan las idas y venidas de la fuente á las barracas, y de las barracas á la cantina al aire libre y empiezan los reconocimientos entre gentes que habían dejado de verse desde la romería del último año, y besos devueltos sonoramente con todos los labios y exclamaciones de mujeres y alboroto de muchachos soplando en trompetas de hojalata, dominando en este ruidero insoportable el rasgueo de los violines y el chillido gangoso de los clarinetes modulando preludios de contradanzas.

La clientela de la fuente no se componía casi más que de viejas; la mayor parte de los hombres maduros, se dirigian á la cantina donde se menudeaba la cerveza; pero en cambio, los jóvenes se amontonaban en derredor del sitio reservado á los bailadores. Habiéndose cuidadosamente inclinado el sacristán del lado de la taberna, la señora de Boucheseiche, Germana y Borgoña se aproximaron al baile donde se entonaban ya algunas coplas. Muchos jóvenes danzaban unos con otros en tanto que las muchachas, todavía vacilantes, permanecían en torno del círculo por que los curas prohibian severamente el baile á los feligreses del sexo bello y las que infringían la prohibición eran generalmente censuradas.

(Continuará.)

PAGINAS DE LA MODA

TRAJE PARA NIÑOS

TRAJE MARINERO

ESPEJOS MAGICOS DE PATENTE DE BAYER

Estos espejos se destinan para ponerlos en el lado de afuera del antepecho de las ventanas para que dejen ver la calle desde el interior de la habitación, sin que pueda uno ser visto desde afuera.

No solamente dejan ver la parte de la calle que está inmediatamente debajo de ellos, sino también una distancia considerable hacia uno y otro lado y son por lo tanto muy apreciados por las señoras, porque pueden ver sin ser vistas, así como por los inválidos que pueden ver la gente que pasa por la calle sin acercarse á la ventana. Estos espejos se ponen fácilmente en las ventanas de cualquier piso; son tan pequeños y compactos que no estorban para nada, y como son de bonita hechura, constituyen un adorno para las ventanas. Se hacen de varios estilos.

Nuestros Grabados

TRAJE PARA NIÑOS.

Este trajecito es muy elegante para los niños de dos á tres años. Está hecho de paño azul obscuro.

La falda es toda tableada al rededor formando tablones anchos.

El paletot es largo y va abierto para ponérselo con camisola.

La camisola es de género blanco delgado, en el delantero tiene tablón y de cada lado un olán tableado.

El cuello es marino ancho, y de cada lado, lleva tres botones.

La manga es de globo angosta y en el puño tiene dos alforzas.

TRAJE MARINO PARA NIÑOS.

El traje de que vamos á hablar es para niños de tres á cinco años.

La blusa es marina, y el cuello es ancho, lleva seis vueltas de cinta.

La manga es ancha en la parte superior, y en la inferior angosta llevando tres alforzas.

El pantalón es angosto.

TRAJE PARA NIÑAS.

Este traje es muy sencillo y elegante para niñas de cuatro á seis años, es hecho de género delgado y floreado.

El corpiño está plegado al talle y la berta es hecha de alforcitas y de cada lado tiene una patita de listón con su roseta.

La falda lleva en la parte inferior de atrás dos vueltas de listón con su roseta, que vienen á terminar en cada costura del delantero, como lo representa el grabado.

TRAJE PARA NIÑAS.

Este traje es de paño azul, estilo marinero, el paletot

TRAJE PARA SEÑORITA

TRAJES PARA NIÑA

TRAJE PARA SEÑORITA

TRAJE PARA NIÑO

TRAJE RARA SEÑORITA

TRAJE PARA LA CALLE

TRAJE PARA LA CALLE

es largo y de cada lado tiene cuatro botones.
El cuello es ancho, y figura solapas.
La manga es ancha de la parte superior, en la inferior angosta y tiene dos botones
La falda está tableada en toda la parte de atrás y el lienzo delantero figura un tablón ancho, como lo indica el grabado

TRAJE PARA SEÑORITA.

El corpiño está plegado por delante, en cada lado de la parte superior lleva ocho alforzas y en el centro tiene un peto de pasamanería.
El cuello es alto y en la parte de atrás tiene un moño de listón.
El talle está sostenido por una cintura de listón ancho. llevando un moño grande como lo representa el grabado.

TRAJE PARA NIÑO.

Este traje es para niños de cinco á siete años.
El saco es estilo marinero, atrás está entallado y adelante va abierto, lleva además cinco botones de cada lado.
El cuello es ancho, el peto tiene tres vueltas de pasamanería trensada. La manga es angosta y lleva dos botones.
El pantalón es ancho en la parte superior, y en la inferior angosto.

TRAJE PARA SEÑORITA.

El corpiño es entallado por detrás, la parte delantera figura bolero y está sujetado en el centro por una patita y dos botones.
El chaleco es blanco y está bordado. Las solapas son anchas y voltean sobre el boléro. El cuello alto y la parte de atrás tiene la forma Médicis. La manga es enteramente sencilla y angosta.
La sobrefalda está cortada en forma onda, algo más abajo del centro lleva una patita con dos botones, al rededor de cada una de estas ondas tiene cuatro pespuntes gruesos.

TRAJE PARA SEÑORITA

Este traje es bicolor, pues la Berta es de género blanco y negro rayado, la parte inferior de la blusa es de terciopelo negro.
El cuello es alto formando Médicis.
La manga es también del mismo género que la Berta. y en la parte superior tiene un olán de terciopelo.
La sobrefalda es de terciopelo y la falda interior es del mismo género rayado de que hablamos más arriba. En la parte inferior de cada lado, se ve una cuchilla de este género rayado, como lo representa el grabado.

TRAJE PARA LA CALLE.

Este traje es sencillo y elegante, pues es hecho de paño, la chaqueta está adornada con dos vueltas de

BLUSA PARA NIÑA DE 7 Á 8 AÑOS.

TRAJE PARA LA CALLE

pasamanería. El cuello es redondo volteado formando solapa.

La corbata es de gasa blanca y figura una rushe.

La falda está adornada en la parte superior de atrás con tres vueltas de cinta de pasamanería que vienen á terminar en cada costura del delantero.

BLUSA PARA NIÑA DE 7 Á 8 AÑOS.

De sarga gris bordada de valencianos negros, encuadradillos El bordado es pleno en la parte anterior de la blusa y fragmentario en la falda, (del mismo género) á derecha é izquierda y en las mangas de globo. Boina catalana y cinturón de cuero.

TRAJE PARA LA CALLE.

El corpiño está adornado en el delantero con pasamanería, y en el centro con dos vueltas de nutria.

El cuello es Médicis y también tiene al rededor nútria.

El cinturón es ancho de listón y lleva hevilla:

La manga es angosta, y en todo el largo lleva una tira de nútria.

La falda tiene sobre el lado derecho dos vueltas de nútria y figura una cuchilla, como se ve en el grabado.

TRAJE PARA LA CALLE

Este traje es de seda, el corpiño es todo entallado. En cada lado del delantero tiene un olán de encaje, y en cada hombro una roseta de listón

El peto es de gaza y va todo plegado figurando chaleco.

En la parte delantera de la falda lleva dos vueltas de encaje, que llegan hasta abajo.

TOCA PARA SEÑORITA

Esta toca es de paja, está adornada por delante con una aigrette y tiene dos hevillas de avalorio.

En un lado lleva un ramo de rosas, como lo indica el grabado.

PELERINA PARA SEÑORA.

Esta pelerina es de seda otomán, está adornada en el delantero con dos solapas de encaje miniardi, figurando una corbata plissé Al rededor de la capa tiene dos olanes del mismo género.

En el talle tiene un moño de listón grande.

TOCA PARA SEÑORITA.

TRAJE DE SEÑORA.

El corpiño es entallado por atrás y la parte delantera figura bolero, y bajo ese bolero lleva un peto de encaje. que está sostenido en la cintura por un listón.

La manga es enteramente angosta.

La falda es derecha y lisa, como lo indica el grabado.

TRAJE PARA SEÑORA.

La chaqueta tiene corte de sastre.

El chaleco es negro y el cuello alto fruncido todo, figurando boullonê muy menudito, y á la orilla de éste lleva un encaje.

La manga es ancha en la parte superior y en la inferior tiene un puño volteado.

La falda es de género escocés, como lo representa el grabado.

EL AZUCAR

En una de las últimas reuniones de los Fabricantes de azúcar alemanes, se propuso como tema para la deliberación el papel que el azúcar desempeña en el organismo físico. Ya antes se había hablado mucho de las ventajas que el azúcar ofrece como agente para el desarrollo muscular; pero varios profesores han llevado sus experimentos aún más lejos, y en vista de los descubrimientos hechos, declaran que el azúcar es la única fuente de donde el hombre deriva todas sus fuerzas, y que todas las substancias que se toman como alimento, tienen que ser transformadas en azúcar durante el procedimiento de la digestión para que puedan ser absorvidas y asimiladas. Por eso es que varios gobiernos de Europa están discutiendo la conveniencia de aumentar la cantidad de azúcar que entra en las raciones de los soldados y, para que el ensayo no deje de hacerse por consideraciones económicas, los fabricantes alemanes ofrecen dar gratis al gobierno cuanta se necesite para alimentar á dos mil hombres, según el nuevo régimen que se propone. Como ejemplo de las ventajas que el azúcar ofrece se citan á los empleados de varias fábricas rusas, quienes están siempre más contentos y trabajan con más interés cuando se les da azúcar en la comida.

PELERINA PARA SEÑORA

TRAJES PARA SEÑORA

EL MUNDO.

TOMO I. MEXICO, MAYO 15 DE 1898. NUMERO 20.

S. M. la Reina Regente de España

Y SU AUGUSTO HIJO DON ALFONSO XIII

Fotografía de Valentín Gómez.—Madrid.

DE «LA ILUSTRACION» DE PARIS

LA SEMANA.

SUMARIO—Cambio de tiempo.—Lluvias y truenos.—Lo que gana la salubridad.—Las últimas víctimas.—Morir joven.—Los que se van.—Cordial despedida. -El trapecio y la barca de Caronte.—Una desgracia en Orrin.—La esclavitud moderna.

Viviamos en el Senegal y en unos cuantos dias hemos pasado á Londres. Al calor sofocante, á la atmósfera reseca y polvorosa, á los importunos é indiscretos ventarrones de la semana anterior, han sucedido las nieblas de Holanda, las lluvias del Támesis, interrumpidas, para variar, con granizadas y tempestades tropicales. Negar que *per troppo variare Natura e bella* es incurrir en un desatino y desconocer todo lo que de pintoresco tiene esa sucesión, en unos cuantos días, de todas las estaciones del año: es cerrar los ojos á la evidencia. Pero á la vez puede exclamarse parodiando al poeta: Lástima grande que sea tan importuna esa belleza. Tener que preguntar por la mañana, como el Ollendorf, ¿Qué tiempo hace? es fatigoso para gentes que están habituadas á que siempre haga buen tiempo. Y no contraria menos salir de paletot, bufanda, paraguas y zapatos de hule en la hipótesis de que llueve y hace frío, para momentos después, no saber que hacer de tanto trebejo. En México, en estos dias, no hay que creer en el tiempo que hace, porque cinco minutos después ya hace otro diferente. El que sale en la mañana de pantalón claro, saco de alpaca y sombrerillo de paja, suele tiritar á medio día y circular aterido, con el exiguo chaquetín abrochado hasta el cuello, las manos en los bolsillos y los sabañones en pepitoria. Pero ¡ay de aquel que vuelve á casa y se abriga! no tarda en derretirse vivo, á los dos fuegos combinados del sol y del asfalto.

Los ingleses tienen una máxima que les basta para ponerse á cubierto de las inclemencias del tiempo: *Si hace buen tiempo, no olvides el paraguas; si llueve, haz lo que te parezca.* Pero es que en Inglaterra la única acechanza que hay que temer es la de la lluvia; los demás componentes de la climatología local, son permanentes: niebla, lodo y frío. Nosotros para precaver todas las eventualidades, necesitaríamos, como los trenes de pasajeros, adscribirnos un carro de equipajes, ó por lo menos llevar á cuestas una mochila en la que figuraran el paletot, un abanico, un salvavidas, un alpenstock, un juego de paraguas y quitasoles, un velo verde de quitar y poner para el sombrero y contra el polvo, algunos kilógramos de lastre contra los ventarrones, un traje de estío, otro de invierno y otro de entretiempo, un panamá, un fieltro y una gorra de pelo, zapatos de hule, alpargatas y botas fuertes, una botella de cognac y otra de limonada, hielo machacado y una estufa de gasolina....y aún así no estaríamos á salvo de catarros é insolaciones, de tabardillos y reumatismos.

Y al menos si todo esto fuera simplemente molesto, sería tolerable; pero media hora de conversación en el Registro Civil y una visita de cortesía al Administrador del Panteón de Dolores, prueban no solo lo importuno sino lo peligroso de esa danza macabra de las cuatro estaciones y de ese girar vertiginoso de la rosa de los vientos.

***

Una procesión interminable de carrozas conduce á su última morada á las numerosas víctimas de la inclemencia. La muerte siega sin tregua y sin piedad, lo mismo el tierno botón primaveral, que la flor ya abierta, y lo mismo desprende el fruto maduro que desarraiga el añoso tronco. Niñez y esperanza, juventud é ilusiones, madurez y triunfos, vejez y desengaños, todo lo aniquila y todo lo destruye; y nada más triste que esos cofrecitos minúsculos que las madres van á sepultar, como se entierra un tesoro que ya no ha de disfrutarse.

Y cuando asistimos á esos siniestros y lúgubres cortejos de esposas doloridas, de huérfanos abandonados, de madres inconsolables, tras de un ataúd, nos causa calosfríos considerar que tanta ruina, tanto dolor, desgracia tanta, sean el fruto de las conjunciones de los astros, y que la dicha humana esté á merced del paso de un planeta por el meridiano ó de la aparición de una nueva mancha en el disco del sol.

***

No solo nos abandonan los que mueren; otras golondrinas tienden tambien el vuelo, y dejan estas regiones, inclementes para el arte y para la gloria, en busca de nidos más tibios en donde incubar sus ensueños y en donde hacer brotar á la vida estética nuevas creaciones de su espíritu. El estro poético, como la inspiración artística, son flores raras, exquisitas, cuya eclosión exije medio luminoso y ardiente, oxígeno estimulador, vida intensa y agitación tumultuosa al rededor; orquídeas espléndidas, solo abren sus vistosas corolas al arrimo de añosas y corpulentas civilizaciones. El silencio, el quietismo, la media luz, las matan en germen y les impiden colorear sus pétalos y llenar sus nectarios.

Un artista y un poeta que sienten germinar en sus espíritus creaciones estupendas; llena de lineamientos harmoniosos la pupila del uno, atestado de rimas sonoras y de estrofas suntuosas el espíritu del otro, van á buscar en el seno de una civilización superior y refinada el terreno adecuado á la florescencia de su talento, van en pos de moldes nuevos y más amplios en que vaciar la lava ardiente de su inspiración, van á la vieja Europa á admirar para mejor crear, á estudiar para mejor concebir, á vivir para mejor soñar, y se prometen y nos prometen, á su vuelta, el uno, una estátua, el otro, un poema, dignos de ellos y que podrán inmortalizarlos.

Con cuánta envidia nos hemos despedido de Contreras y de Urueta, en banquete fraternal, noches pasadas! Cómo hubiéramos querido seguirlos á esos países maravillosos en que florece el arte, entona himnos la poesía, prospera la industria é impera la ciencia! Todos los comensales formulábamos el mismo voto ferviente, expresábamos el mismo anhelo, bosquejábamos la misma aspiración: la de verlos volver, ungidos en el Gran Templo, admitidos al Gran Cenáculo, y coronados de los lauros del triunfo y del encino de la victoria, trayéndonos como fruto de sus fatigas el uno, bosquejado al menos, un espléndido monumento á la civilización, el otro un himno inmortal á la humanidad.

Dichosos los que parten! Hay algo más grande que admirar el Oceano, la cordillera, el volcán humeante, el abismo insondable, el desierto sin límites, el valle umbroso, y eso más grande y más grato, es contemplar á la Humanidad triunfante por la Ciencia, por la Industria y por la Libertad, y extasiarse en las exelsitudes de la Civilización.

Ese gran espectáculo quisiéramos contemplar acompañando al poeta que puede cantarlo y al artista que sabrá simbolizarlo. *Farewell!*

***

Siempre nos han producido la más desagradable impresión esos ejercicios de audacia, esos paseos y cabriolas sobre el abismo, ese diletantismo del peligro en que se complace habitualmente el público de los Circos. Blondin atravesando el Niágara, los hermanos Alemán haciendo trapecio en las altas régiones *á bordo* de un globo aereostático, el artista semi-salvaje que se hacía despedir como un proyectil por medio de una colosal catapulta, han sido siempre espectáculos desagradables, que erizan los cabellos de horror, abren en el estómago un hueco insondable y que propia, genuinamente no son placeres ni goces sino instantes de angustia y de trasudor. Pero de desagradables pasan á repugnantes, cuando no es el hombre sino la mujer y el niño quienes los ejecutan.

La misión de lucha y de brega que al hombre ha tocado en suerte en la vida, hace explicables y tolerables su amor al peligro, su indiferencia á la muerte; desde el momento que se le exige que sea soldado ó marino, ya no hay razón plausible para impedirle que sea cirquero, equilibrista, pugilista ú hombre cañón. Admitido que está condenado al combate y siempre expuesto á la muerte violenta, lo mismo da que luche en el circo con la fiera, que en el campo con el enemigo, ó que se mida á *brazo partido* con la gravitación universal.

Pero el niño! pero la mujer! Ante los pasos del niño deben regarse pétalos de rosa para que no sienta las asperezas del camino; los brazos de la madre deben sostenerlo para evitarle tropiezos y caídas, el pecho del padre debe ser coraza protectora de su debilidad; á la mujer deben ofrecerse tapices de Persia, y cojines de pluma donde reposen sus formas mórbidas y harmoniosas; debe el velo defenderla contra la intemperie, el vestido abrigarla amorosamente y protegerla contra el cierzo, el abanico prodigarle brisas y el quitasol envolverla en sombra; no debe, dicen los persas maltratarse á la mujer ni con un ramillete de flores; y á estos seres todos debilidad, delicadeza, tersura; hechos de seda y de nácar, nacidos para vivir agenos al peligro, alejados del riesgo, defendidos y protegidos por la fortaleza y la rudeza del hombre, se les disloca para dar elasticidad á sus articulaciones, se les deforma para procurar vigor á sus músculos, y lejos de apartarlos del peligro y de precaverlos del daño y de la muerte, se les hace salvar abismos sobre frágiles alambres, oscilar en trapecios, montar en caballos indómitos, y se les obliga á arriesgar la vida so pretexto de ganarla honradamente.

Cuando veo aparecer en la arena á toda la familia, al padre, un Hercules, á la madre, una Juno, á las hijas, las Gracias y á los niños, querubines; cuando los miro luchar, saltar, dar saltos mortales, oscilar sobre el abismo bajo la sonrisa complaciente del padre, la mirada plácida y resignada de la madre y el aplauso entusiasta del público; cuando comprendo que ese trabajo, en general, no es voluntario, que solo á fuerza la mujer y los niños se exponen á perder la vida; cuando me represento los sufrimientos de los niños durante el aprendizaje, sus frecuentes caidas y lastimaduras, su terror y sus lágrimas, experimento una dolorosa impresión y acabo por reconocer que no estan abolidas todas las esclavitudes, que aun hay inocentes condenados á trabajos forzados, que el derecho feudal y real de vidas y haciendas no ha sido caducado enteramente, y que acaso las leyes y las autoridades no protejen lo bastante al débil y que bajo el manto protector de la patria potestad, se ocultan muchos abusos, muchas tiranías y muchas injustas servidumbres.

Tales han sido mis reflexiones al saber la caida y la grave lesión que sufrió noches pasadas una estimable artista del circo Orrin, caída y lesión que acaso signifiquen para ella la deformidad, la invalidez y la miseria. Y tanto es más sensible un accidente de esta naturaleza, cuanto está probado que las artistas de circo, á diferencia de las de baile y arte dramático, son mujeres virtuosas, en general, que no piden á la galantería placeres, triunfos ni recursos, que son esposas fieles damas honestas, y madres cariñosas y que hay una repugnante injusticia en que sea la virtud quien corra más peligros, y sea el vicio quien esté más á cubierto de ellos.

Si la civilización fuera consecuente consigo misma; si no se viera muy á menudo que á cada refinamiento de cultura corresponde como un contrapeso, un regreso á la barbárie, si no existieran á la vez las corridas de toros y las sociedades protectoras de animales, si no coexistieran las libres instituciones con la esclavitud de la mujer y si el hombre no supiera cohonestar el ágio desmedido con la limosnas, y la explotación del proletario con la filantropía de su patrón; si no se hiciera en ocasiones la guerra para asegurar la paz y si las naciones pacíficas no se armaran hasta los dientes; si no se comprobara tanta paradoja, tanto contrasentido en la conducta humana, sería inexplicable que la sociedad, que ha emancipado á los negros, tolere aún el estado de esclavitud de tantas mujeres y de tantos niños; y que abolida la Inquisición, todavía subsista para ellos la tortura obligatoria y gratuita.

Será esta una incongruencia permanente é irremediable? Deseamos que no y ojalá surja una nueva Miss Beecher Stowe que lance el grito de redención en favor de las mujeres y de los niños que aun viven en estado de esclavitud en las arenas de los circos.

LOPEZ I

EL CULPABLE

Este es el título de una de las más bellas producciones del popular y elegante novelista francés François Copeé, cuya obra distribuye EL MUNDO ILUSTRADO entre sus suscritores, junta con el número correspondiente al día de hoy.

Política General.

RESUMEN.—Los disturbios de Italia.—El hambre y la miseria.—Los que lloran y los que sufren.—La monarquía de Saboya.—Triunfo de la ley.—La República Argentina y Chile.—Cuestión de límites.—La mania del kilómetro cuadrado.—Temores de guerra.—Confianza en lo porvenir—La guerra entre España y los Estados Unidos.—La batalla de Manila.—El porvenir del Archipiélago Filipino.—Temores y recelos.—La intervención de Alemania.—Actitud de las potencias.—Los motines en España.—El patriotismo del pueblo español.—El presente sombrio—Formidable choque.—La tormenta se aproxima.—Conclusión.

Siempre la miseria, levantando su sombra fatídica y batiendo sus alas de luto, ha de ocasionar trastornos á los pueblos, revoluciones á los gobiernos, sacudimientos á las instituciones y ha de traer, por modos variados, lágrimas amargas á sus tristes víctimas.

Ayer el hambre y la peste asolando las fértiles regiones del Indostán, provocaba á vuelta de algunas complicaciones con los pueblos vecinos, el terrible levantamiento de los hindus primero y de los afridas después, que han costado buenos sacrificios á la Gran Bretaña, para sofocar las manifestaciones violentas y agresivas de las bordas fanáticas en las orillas del Ganges y de las tribus guerreras y de las huestes belicosas en los desfiladeros del Afganistan. Hoy la carestía del pan, la falta de granos, la pérdida de las cosechas, la pobreza general en las comarcas menos opulentas del reino de Italia, han provocado motines y levantamientos en Nápoles, en Milán, en Liorna, en la misma imperial Roma, que han necesitado la proclamación de la ley marcial y la declaración del estado de sitio para acudir con la fuerza pública á someter á los amotinados.

***

En algunas partes el motín no ha tenido ningunas consecuencias, ha tomado simplemente la forma agresiva del hambre; el grito desgarrador del necesitado se ha encarnado en el proletario de la calle, y ha puesto en sus manos la piedra y el palo para agredir á la autoridad en quien mira, dadas sus concepciones embrionarias de los hechos y de los fenómenos sociales, en quien mira la causa primordial de los males y de los bienes, ya sea que caigan en lluvia fecundante sobre las multitudes, ó que desciendan como una plaga sobre los que sufren y los que lloran.

Pero en otros puntos, la rebelión parece formidable; la policía busca cuidadosa y encuentra en ciertas ocasiones documentos comprometedores que anuncian que el motin no es una manifestación aislada del dolor; que á los sufrimientos populares se asocian torpes ambiciones políticas y pérfidas maquinaciones contra la constitución del reino; se vislumbra entre las sombras el chispazo de la explosión republicana, y se comprende la obra de los demagogos sembrando el descontento, aconsejando la rebelión, aprovechándose del dolor público, para buscar por cualquier medio el modo de dar un golpe á la monarquía.

***

Pero la monarquía está muy firme. Pudieron sus aventuras coloniales y sus desastres en Eritrea concitarle aflicción y descontento en las masas del pueblo, que veían con pena á las huestes italianas destrozadas por las hordas del fiero Menelik, contemplaban con tristeza los desaciertos de Baratieri, que hicieron olvidar, borraron para siempre de la memoria del pueblo, los triunfos de Menabrea. Hoy puede resistir con mayor fuerza la tormenta que se desata; tiene en su mano elementos suficientes para conseguir una espera, para imponer su voluntad omnímoda de una manera temporal, en tanto llega de los mercados lejanos y de las plazas extranjeras el grano necesario que entrará libre de derechos por todos los puertos italianos, para saciar la hambre impaciente de las masas.

DAMAS MEXICANAS

Srita. Guadalupe Machaen

DE GUADALAJARA

Fot. Lupercio.

La revolucion socialista, que otras veces se ha erguido amenazadora, ha podido ser domeñada en Cicilia, donde se alzaba omnipotente; se han aislado las otras provincias para evitar el contagio, se han puesto los cordones sanitarios de la fuerza armada para sofocar la general conflagración, y así ha podido el aliado de Guillermo II, el sostenedor *de la Triple Alianza*, en el Sur, seguir sereno y victorioso en su marcha de unificar la Italia, en su tarea de constituir aquella agregación heterogénea de reinecitos y de pueblos, en una potencia vigorosa y fuerte, digna de figurar en el concierto de las naciones europeas, que deciden con su voto y definen con su voz la suerte de los pueblos.

Difícil será la brega, pero por difícil que parezca, consideramos todavía al poder constituido, con los elementos suficientes, y con la fuerza bastante para dominar la situación.

***

Tiempo ha que en las dos grandes repúblicas que con el Brasil comparten el principal dominio en la América Meridional, han surgido diferencias por cuestión de fronteras y dificultades que pacificamente se han podido transferir, sin encontrar todavía completa solución. Hace tiempo que Chile y la Argentina, con el pretexto de sus terrenos limítrofes, pero en realidad sintiendo impulsos secretos de predominio, deseos de encabezar una especie de hegemonía y ejercer algo como una tutela sobre las otras pequeñas entidades soberanas de la América latina meridional, se buscan y se acosan en silencio, se desafían entre las sombras y tratan por diversos modos de hacer palpables sus hondas rivalidades.

El Chile, nación eminentemente marítima cuya larga extensión de costas la constituye en emporio mercantil, no puede preocuparse por un kilómetro cuadrado de más ó de menos en las abruptas gargantas de los Andes, que forman su límite natural en el interior del continente. Para la República Argentina, vasto país bañado por caudalosos ríos, dueño de grandes extensiones en las feraces Pampas, capaz de mantener con los productos de su suelo una población diez veces más numerosa que la que ahora puebla las márgenes del Paraná y del Paraguay, no puede ser motivo de rencilla ni ocasión de contienda armada el poseer un palmo más de territorio. Y sin embargo, la cuestión de límites está otra vez sobre el tapete, otra vez se agitan los gobiernos de Santiago y Buenos Aires, y aun parece que se lanzan —si hemos de dar crédito á nuestras informaciones cablegráficas— abiertas provocaciones para definir por la violencia, lo que no ha podido resolverse por la justicia.

***

Como en las dificultades anteriores, como en las rencillas de los pasados años, estamos seguros de que esta vez el buen sentido de los pueblos, el juicio sereno de los gobiernos, han de prevalecer sobre la pasión; han de acallar esas manifestaciones morbosas de mal entendido patriotismo, y buscar en los ámplios recursos de la diplomacia los medios adecuados para resolver el conflicto.

¡Qué triste espectáculo sería para la libre América, ver á dos naciones queridas, ver á dos pueblos hermanos, que caminan á la cabeza de la civilización latina en la América meridional, verlos envueltos entre las sombras del ódio y los cárdenos relámpagos de la guerra y las atronadoras explosiones del exterminio, sin un motivo fundado, sin una causa racional, que explicara siquiera, ya que no podía justificar, la contienda á mano armada! ¡Qué mal juicio se formarían las naciones del Viejo Mundo de nuestra inquieta raza! ¡Cómo se burlarían de nuestras instituciones democráticas, de nuestras hermosas repúblicas, si vieran que por motivos tan fútiles, dos naciones comprometían su bienestar presente y su porvenir seguro!

No! Las repúblicas latino americanas no pueden dar al mundo civilizado espectáculos de conflictos internacionales, sino cuando se hallen comprometidos el honor y la dignidad de los pueblos.

***

Los que vimos con íntimo dolor que dos pueblos, grandes por su historia y nobles por su tradición, se vieron comprometidos en una guerra cruel; los que acariciábamos la hermosa esperanza de que la insurrección de Cuba no habría de ser motivo y ocasión de un conflicto armado, entre España que desea retener su colonia y quiere conservar su autoridad secular sobre la revuelta Isla, y Estados Unidos que por modos directos é indirectos busca la redención de un pueblo, no podemos menos de sentir honda tristeza al ver que la contienda toma los perfiles de un conflicto á muerte, y que cada episodio de la guerra, cada vida tronchada, cada gota de sangre derramada, vierte con la amargura y el dolor el rencor y el odio en el corazón de los beligerantes.

***

La batalla de Manila, en la que quedó destruída, según el parte oficial del comodoro Dewey, la escuadra española, arrasadas las fortificaciones de Cavite y la expedición americana dueña de la bahía, ha dado ocasión no solo á los recelos de las potencias europeas de que hablábamos en nuestra crónica anterior, sino también á explosiones de bárbara crueldad, que han producido en los alrededores de Manila terribles matanzas de mujeres y de niños, en que los insurrectos tagalos han esgrimido el traidor puñal, para vengar ofensas pasadas en seres indefensos.

No trataremos de discutir si la situación de Dewey en el arsenal del Cavite es firme y sólida, suficientemente para poder esperar los refuerzos de armas, municiones y soldados, que han de enviarle de las costas americanas. Tampoco trataremos de definir si la resistencia que opone en

DAMAS MEXICANAS

Sra. Sofia Osio de Landa.
DE MÉXICO
Fotografía de Valleto

la actualidad el Gobernador y Capitán General de las Islas Filipinas á la invasión americana, es bastante para rechazar la agresión y resarcirse en combates por tierra, de la pérdida de la escuadra española. El desarrollo de los acontecimientos nos dará á conocer la firmeza y vigor de cada uno de los beligerantes en aquellas apartadas regiones, y la parte que han de tomar indudablemente, en no lejano día los inquietos elementos de la insurrección, rebeldes, impacientes, indomables, que no se sujetan ni al dominio español ni á las órdenes del Almirante americano.

* * *

Pero si está todavía lejos de considerarse como conquistada para las armas americanas, la tierra descubierta por Magallanes y sujeta á la corona de España por Legazpi, ya es bastante lo hecho para que se perfilen con claridad las ocultas ambiciones de las potencias europeas, y sus deseos de tomar parte en lo que ya consideran una victoria de los Estados Unidos. La prensa alemana en más de una ocasión ha declarado que el gobierno del emperador Guillermo se reserva el derecho de tomar parte en el porvenir del Archipiélago, cualquiera que sea la suerte de los Estados Unidos en los mares asiáticos. Ha insinuado una y otra vez que no sin protestas por parte de Alemania, que acaba de asentar su poderosa planta en Kiao Chao y de tomar un punto de apoyo para extender su influencia en el Extremo Oriente, consentirá en que una potencia extraña intervenga en esa complicada cuestión y agregue su influjo en los mares asiáticos, donde él no reconoce ni superiores ni entrometidos en el embrollo oriental.

Lástima que el órgano semi oficial del Gabinete de Berlín haya desautorizado las declaraciones de la prensa oficiosa, y dado á conocer la prudencia del Emperador, para no intervenir por ahora en el conflicto hispano-americano, sino esperar el fin de los acontecimientos con estricta neutralidad.

* * *

Y así las demás potencias: ni Francia por católica, ni Inglaterra por protestante, ni Rusia por griega ortodoxa, ninguna da muestras de intervención activa; y hoy que existe la guerra en toda su plenitud, lo mismo que antes que aparecía en forma de amenaza aterradora, se limitan á dar muestras de su simpatía y su devota adhesión á la monarquía española, sin dar trazas de tomar parte en pró ó en contra de alguno de los beligerantes. Solo Austria, ligada con los vínculos de familia con la monarquía reinante de España, toma empeño y aún se anuncia que trabaja secretamente en favor de los intereses ibéricos. Se habla de que anda en negociaciones para allegar á la escuadra española algunos acorazados de Grecia, que serían muy útiles y de grande importancia en la presente crisis.

Hasta alguno, que se cree bien informado en los secretos más recónditos de los gabinetes, ha hablado de un apoyo material más decidido: del envío de tropas austriacas á territorio español, para proteger personalmente á la Reina Regente y á su augusto hijo. Es mucho avanzar, es adelantar demasiado afirmar semejante intervención. Si es cierto que han estallado motines y asonadas en algunos puntos de la Península y que el gobierno se ha visto obligado á proclamar la ley marcial y declarar el estado de sitio en algunas provincias, esas manifestaciones tienen hasta ahora el carácter de lamentos dolorosos de las localidades, y hasta hoy no se ve que vayan empujadas por ambiciones antidinásticas.

Los republicanos carecen de organización, se hallan faltos de elementos para asaltar el poder; los carlistas, que pudieran tener á mano elementos sediciosos, que en otras ocasiones han ensangrentado el suelo de España y hundido el país en los horrores de la guerra civil, no dan hasta ahora señales de vida activa, y contra esos elementos de disturbio, contra esas masas disolventes, caso de que llegaran á conglomerarse enarbolando la bandera roja de la República ó el aborrecido estandarte de D. Carlos, contra esas masas se erguiría enhiesto el patriotismo del pueblo español, más que nunca como ahora, congregado en torno del trono, y suministrando todas sus energias al gobierno constituido.

* * *

Después de la tragedia de Manila, las miradas todas se vuelven á las aguas del Atlántico, en donde se buscan las escuadras enemigas y se espera de un momento á otro el formidable choque. Nada son ante los graves acontecimientos del tiempo porvenir, los combates parciales de Cárdenas y de Cienfuegos, en que han sido rechazados los buques americanos que han intentado en vano los primeros desembarques; nada significa un buque español hundido en las aguas antillanas y un terpedero americano que se retira maltrecho y averiado á buscar refugio en aguas de Cayo Hueso.

Apenas el asedio de San Juan de Puerto Rico, y el principio del bombardeo de la ciudad, noticia que parece confirmada según telegramas de última hora, es el prólogo del tremendo drama cuyo teatro han de ser las aguas del Atlántico. Alguien ha anunciado que por las costas de la Nueva Inglaterra se han avistado algunos buques españoles, en tanto que con tesón se repetía que la escuadra española de Cabo Verde había vuelto al Puerto de Cádiz. Hoy nadie duda que los buques españoles se hallan muy cerca de sus aborrecidos enemigos.

Imposible entresacar de entre las noticias y rumores que corren en estos momentos en que cerramos nuestra crónica, entresacar la verdad de los sucesos.

* * *

Lo cierto es que algo terrible y grave se prepara y que no han de tardar muchos días sin que sepamos de algún encuentro decisivo, de algún combate mucho más formal, de más graves y serias consecuencias que el de Manila, ya sea provocado por el intento de desembarque de tropas americanas en el territorio de Cuba, por el ataque formal á Puerto Rico, por el encuentro de las escuadras ó por el bombardeo de algún puerto americano.

Esos relámpagos de tormenta que cruzan el espacio, esos truenos que retumban en el cielo, anuncian el choque formidable. ¡Ay de los vencidos! ¡Ay de los que encuentran su mortaja en el manto impacible del Oceano! Siquiera que después de la refriega y por encima de la sangre y el exterminio, resplandezca al fin el sol de la justicia.

X. X. X.

18 de Mayo de 1898.

Nuestros Grabados.

Los jefes de las naciones beligerantes

L' Ilustratión de París ha publicado en uno de sus últimos números, los retratos cuya reproducción ofrecemos hoy á nuestros lectores, y que representan, uno á Su Magestad la Reina Regente de España con su augusto hijo y el otro á Mr. Mc Kinley Presidente de la República Norte Americana

Interesante y artístico resulta el grupo, asi como el retrato de Mr. Mc Kinley elegante y correcto. Por eso los hemos copiado, ahora que se ve con tanto y tan natural interés en nuestro país todo lo que más principalmente se relaciona con las dos naciones que han emprendido sangrienta y terrible guerra.

Recuerdos de la última fiesta cívica.

Un grabado que representa al señor Presidente de la República dirigiéndose á hacer su visita al monumento de Zaragoza y otros dos con detalles de la Columna de honor en el sitio que ocupaban los alumnos del Colegio Militar, y en el que ocupaban los Cuerpos de Rurales engalanan hoy nuestra columnas.

El Colegio Militar es una institución tan simpatica para todos los mexicanos, y está atendido de un modo tan brillante, que siempre su presentación es saludada en las formaciones con aclamaciones de entusiasmo.

Penetrado el señor General Diaz de los mismos sentimientos de simpatía dá al plantel decidida protección realizando asi su propósito de seguir mejorando día por día y para bien de la Patria el Ejército Mexicano.

Embarque de tropas para Cuba.

Con plectro de oro han venido cantando los poetas españoles desde hace ya tres años, ese paso doloroso que representa nuestro grabado de hoy: el embarque de tropas españolas para la Isla de Cuba.

Y no han cesado ni la guerra cruel ni el clima implacable de consumir vidas en la ya muy cara antilla, ni ha cesado en sus sacrificios de sangre y de dinero la patriótica España.

Ahora la guerra actual hace más necesarios esos sacrificios y España no los escasea.

El teatro en Paris en 1900.

Se ha hablado mucho del proyecto que había de reconstruir en el lugar de la Exposición el antiguo bulevar del Temple, tal como era, con su pintoresca aglomeración de teatros fielmente reproducidos y que en cada uno de ellos se repetirían las representaciones que en sus homónimos causaban hace cincuenta años las delicias de los buenos parisienses.

A primera vista la idea pareció ingeniosa, pero luego se reflexionó en que tendría un interés escaso para la mayoría de los visitantes, no resultando en realidad más que una aglomeración de edificios insignificantes en los que las representaciones y sobre todo, el decorado, la maquinaria y el vestuario, si eran fieles también, iban á sufrir la gran silba.

Los que con formalidad hablan del establecimiento de un teatro propiamente dicho en el local de la Exposición, no tienen, dice el *Petit Journal*, ni la menor idea de lo que podia costar una instalación semejante conforme á las exigencias del refinado gusto moderno.

Por eso no habrá más que exhibiciones fáciles, menos costosas, como los panoramas por ejemplo, para los cuales hay ya centenares de solicitudes, seguramente porque los peticionarios recuerdan el éxito colosal que en 1889 tuvo "El Barco trasatlántico," panorama sencillísimo que produjo á los empresarios una ganancia líquida de un millón de francos.

RECUERDOS DE LAS FIESTAS DEL 5 DE MAYO

EL SEÑOR GENERAL DIAZ DIRIGIÉNDOSE Á VISITAR EL MONUMENTO DE ZARAGOZA
(Instantánea tomada para «El Mundo»)

La muerte sobre el campo de batalla

Praskukin había llegado en compañía de Mikhaïlov á un sitio menos peligroso, y empezaba á volver en sí, cuando vió brillar detrás de él un repentino relámpago, y oyó gritar al centinela:

—¡Bomba!

Y á uno de los soldados que venían detrás, añadir:

—Va á llegar justamente al bastión.

Mikhaïlov miró. El punto brillante de la bomba parecía haberse detenido en su zenit, precisamente en el momento en que era imposible adivinar la dirección que iba á seguir. Pero aquello no duró más que un momento; la bomba, cada vez más rápida, se iba aproximando más y más. Ya se veían volar las chispas de la mecha y se oía el silbido fatal; precisamente venía á caer en medio del batallón.

—¡Echate!—Gritó uno.

Mikhaïlov y Praskukin se echaron al suelo. El segundo cerró los ojos, y oyó que la bomba chocaba en una parte, muy cerca de él, con la tierra dura. Transcurrió un segundo que le pareció una hora y la bomba no estallaba. Praskukin tuvo miedo, pero tal vez se asustaba sin motivo; tal vez había caído más lejos, y se imaginaba falsamente que oía chisporrotear la mecha junto á sí. Abrió los ojos y vió con satisfacción á Mikhaïlov echado en tierra á sus piés; pero á cosa de una arcina de distancia, sus ojos se encontraron por un momento con la mecha encendida de la bomba que daba vueltas.

Un terror glacial que mataba toda idea y todo sentimiento, se apoderó de su ser, y tuvo que taparse la cara con las manos.

Transcurrió otro segundo, un segundo durante el cual pasó por su imaginación todo un mundo de pensamientos, de esperanzas, de sensaciones y de recuerdos

—¿A quién matará? ¿A mí ó á Mikhaïlov, ó á los dos á un tiempo? Y si es á mí, ¿dónde me herirá? Si me da en la cabeza, hemos concluido, si en el pié me lo amputarán.... En tal caso, pediré que me den sin remedio cloroformo, y podré quedar con vida, y quizá mate solo á Mikaïlov, y entonces contaré yo cómo íbamos juntos, cómo murió, cómo me salpicó de sangre. ¡No! está más cerca de mí! ¡A mí va á ser!

En aquel momento se acordó de los doce rublos que debía todavía á Makhaïlov, y de otra deuda de Petersburgo que hacía largo tiempo debía haber pagado; vínosele á la memoria un aire tzigano que cantaba la víspera. Se le apareció la mujer amada, con una toca con cintas color de lila, y también el hombre que le había ofendido cinco años antes y de quien no se había vengado; pero en medio de estos recuerdos y de otros mil la conciencia del presente y la espera de la muerte no le abandonaban un instante: "Por otra parte, pensó, quizá no estalle!" y estuvo tentado á abrir los ojos con audacia desesperada; pero en aquel instante, á través de sus párpados aún cerrados, hirió sus pupilas un rojo resplandor; una cosa le empujó con espantoso estrépito en medio del pecho: lanzóse corriendo á la ventura, se enredó los piés en el sable, tropezó y cayó sobre el costado.

—¡Alabado sea Dios! ¡No tengo más que una contusión!

Esto fué lo primero que se le ocurrió.

Quiso tocar el pecho, pero tenía las manos atadas y un tornillo le apretaba el cráneo Delante de él corrían varios soldados que contaba maquinalmente.

"Uno, dos, tres soldados, y ahora un oficial con el capote remangado."

Luego un relámpago lo deslumbró y pensó: "¿Con qué han tirado? ¿Con mortero ó con cañón? Con cañón sin duda."

Otra vez tiran y otra vez pasan soldados; cinco, seis, siete soldados. Seguían pasando, y de repente le dió un temor horrible de que lo aplastaran. Quiso

LA GRAN PARADA.—LOS CUERPOS DE RURALES (Instantánea)

LA GRAN PARADA.—LOS ALUMNOS DEL COLEGIO MILITAR (Instantánea)

gritar, decir que estaba contuso, pero su boca estaba seca, la lengua se le pegaba al paladar, tenía una sed ardiente, sentía mojado el pecho la sensación de esta humedad le hacía pensar en el agua, y hubiera querido beberse lo que le mojaba.

"Me habré herido y me habré hecho sangre al caer," pensaba. y cada vez más espantado ante la idea de ser aplastado por los fugitivos que seguían desfilando ante él, reunió sus fuerzas y quiso gritar:

"¡Cogedme!"

Pero en lugar de esto, lanzó un quejido tan espantoso, que él mismo se espantó al oirse. En seguida, vió danzar ante sus ojos chispas rojas, y le parecía que los soldados amontonaban piedras sobre su cuerpo.

Luego las chispas danzaron más lentamente, las piedras amontonadas sobre él le fueron sofocando más y más, hizo un supremo esfuerzo para apartarlas, se estiró y no vió más, ni oyó ni pensó más, ni sintió más. Había quedado muerto en el sitio, herido en mitad del pecho por un casco de bomba.

Mikhailov, al ver la bomba, se había echado al suelo como Praskukin. También por su imaginación habían pasado un número incalculable de pensamientos durante los dos segundos que tardó en estallar la bomba. En tanto rogaba á Dios mentalmente, diciendo:

"¡Hágase tu voluntad!"

Y al mismo tiempo pensaba:

"¡Y yo que pasé á infantería para hacer esta guerra! ¿Por qué no me habré quedado en el regimiento de hulanos en el Gobierno de T.... al lado de mi amada Natacha? Y no que ahora, he aquí lo que me espera."

Púsose á contar: uno, dos, tres, cuatro, diciéndose que si la bomba estallaba en número par, él quedaría con vida, y si en impar, lo mataría.

"¡Todo acabó! ¡muerto soy!" pensó al oir la explosión, sin acordarse si había ocurrido en número par ó impar, y sintió en la cabeza un choque y un dolor atroces.

—¡Señor, perdóname mis pecados!—murmuró cruzando las manos.

Luego se levantó; pero en seguida cayó boca arriba, desmayado.

Lo primero que sintió al volver en sí, fué la sangre que le corría por la nariz; el dolor de la cabeza era mucho menos fuerte

Es el alma que se va: ¿qué habrá allá abajo? ¡Dios mío! recibid mi alma en paz!.... «Es singular, sin embargo, reflexionaba: me estoy muriendo y oigo claramente los pasos de los soldados y el ruido de la fusilería.»

¡Aquí una camilla! ¡Eh! ¡El jefe de la compañía está muerto!—gritó por encima de él una voz que conoció la del tambor Ignatiev.

Uno le levantó por los hombros. Abrió trabajosamente los ojos y vió sobre su cabeza el cielo, de un azul obscuro, grupos de estrellas y dos bombas que volaban por encima de su cuerpo, como si se tratasen de reunirse la una con la otra; vió á Ignatiev, á los soldados cargados con las camillas y los fusiles, el talud, las trincheras y de repente tuvo la certidumbre de estar aún vivo.

Una piedra le había herido ligeramente en la cabeza. Su primera impresión fué casi de pesar. Se había encontrado tan bien, tan tranquilamente al ir á pasar á la otra banda, que al volver á la realidad, la vista de las bombas, de las trincheras y de la sangre, le fueron desagradables. La segunda impresión fué una alegría inconsciente de sentirse con vida, y la tercera, alejarse cuanto antes del bastión. El tambor vendó la cabeza á su comandante, y lo llevó á la ambulancia, sosteniéndole por debajo del brazo.

....

Centenares de cuerpos, recientemente ensangrentados, y á los que dos horas antes agitaban diversos deseos, esperanzas sublimes y mezquinas, yacían con los miembros rígidos en el valle florido y bañado de rocío, que separaba el bastión de la trinchera, ó sobre el terso pavimento de la capilla de las muertos en Sebastopol.

Centenares de hombres, con maldiciones ó ruegos sobre sus labios secos, se arrastraban, se retorcían y se lamentaban. unos abandonados entre los cadáveres del florido valle, otros sobre las camillas, las camas ó el suelo húmedo de la ambulancia. Y á pesar de esto, el cielo, como en días anteriores, se iluminaba con los resplandores de la aurora por encima del monte Sapum; las rutilantes estrellas empezaban á palidecer y una niebla blanquecina se elevaba sobre el mar sombrío y ruidoso La púrpura de la aurora enrojecía el Oriente: largas nubes encendidas volaban por el horizonte, de un azul claro, y como en los días precedentes, el globo magnífico y poderoso del sol seguía subiendo por los cielos, prometiendo la alegría, el amor y la dicha á la tierra reanimada.

LEON TOLSTOI

ESPAÑA.- EMBARQUE DE TROPAS PARA CUBA

LA CIENCIA AL DIA.

Los tranvías eléctricos que toman su corriente en una línea de alambre lateral establecida sobre postes, son económicos y su uso se extiende más cada día.

La mayor parte de tranvías que se han proyectado para los alrededores de París, serán de esa clase. La explotación es sencilla y se hace á poco costo, pero pocos serán todos los cuidados de la autoridad y de los hombres y sociedades de ciencias para recomendar instalaciones muy escrupulosas y una vigilancia constante de las líneas sobre todo durante las tempestades y poco tiempo después de ellas. Sucede á veces que uno de los hilos de la línea aerea se revienta y cae sobre la vía pública y entonces si toca en tierra determina lo que se llama «circuito corto.» La electricidad en ese caso lo encuentra más expedito y cómodo, se precipita por él y la intensidad de la corriente se hace tan considerable que el alambre se incendia al rojo candente. Si un transeunte toca del modo más leve este alambre, cae fulminado como por el rayo más poderoso.

Esto ha sucedido ya en varios puntos de Europa, de los Estados Unidos y de México y no debe olvidarse que los hilos de la luz eléctrica y de los tranvías son siempre una amenaza contra la que deben todos precaverse. En Bâle, Francia acaba de ocurrir un accidente mortal muy singular y que conviene dar á conocer.

Un joven obrero iba á su trabajo muy de mañana. Iba preocupado y rápidamente, cuando de pronto fué detenido por el cuello; el obstáculo era un hilo telefónico que desprendido del poste estaba apoyado en un hilo de tranvía y cruzado en la calle á la altura de un hombre Por consecuencia del circuito corto formado entre la línea del tranvía á 500 volts y la tierra, la temperatura del alambre telefónico había subido al rojo y el joven recibió una quemadura y además un formidable golpe eléctrico. Para colmo de desdichas se asió al caer del mismo alambre que acabó por degollarle. Cuando se vino en su socorro, la cabeza estaba ya desprendida del tronco.

La responsabilidad de este accidente correspondió á la Dirección de los teléfonos, y la autoridad, de acuerdo con el dictamen facultativo resolvió que «no deben establecerse alambres telefónicos en los mismos postes de los alambres de tranvías» porque esta promiscuidad, en caso de ruptura, no solo pone en peligro á los transeuntes como en el caso de Bâle sino también á los que dentro del circuito corto quieran usar de un aparato telefónico.

La electricidad avanza rápidamente por todo el mundo En la última sesión de la Sociedad internacional de Electricistas de Berlín se acaba de estudiar el asunto de la distribución de energía eléctrica y se dió cuenta de los progresos realizados en las estaciones centrales de Francfort, Colonia, Dusseldorf, Hamburgo, Berlín, Leipsig, Munich, Nuremberg y Estrasburgo. Todo se hace allí en grande escala, las fábricas son espaciosas y las máquinas tremebundas. En 56 ciudades la tracción de wagones es eléctrica y hay ya 958 kilómetros de vía utilizando una potencia de 21,465 kilowats. Existen 265 estaciones centrales con una fuerza motora total de 67,900 kilowats, y estas estaciones distribuyen luz y fuerza motriz á talleres y tranvías, pues en Alemania como en los Estados Unidos la electricidad se emplea para dar movimiento á toda suerte de maquinaria Esto sí es cómodo! En París el uso aún no se ha extendido porque todavía el precio de la unidad eléctrica resulta caro, por consecuencia principalmente de los impuestos municipales.

En Alemania el carbón vale de 12 á 18 francos ($2 40 cs á 3 60 cs.) la tonelada y gastan los centros productores de electricidad 3 kilos de carbón por *kilowatt* en una hora. La energía eléctrica se vende en Berlín y otras grandes ciudades á razón de 8 céntimos (menos de 2 centavos), el hectowatt durante cada hora para el alumbrado y para la fuerza motriz 2 centimos (2/5 de centavo por hectowatt y por hora) para la fuerza motriz, con rebajas de 10 á 50 por ciento según el tiempo de utilización.

***

Ya hemos hablado en números anteriores de la gigantesca locomotora construida en los Estados Unidos y que debía considerarse ahora como lo más grande del mundo, según lo afirman los periódicos Norte Americanos tanto en las hojas volantes como en las publicaciones técnicas. Así lo habíamos aceptado también nosotros, pero ahora viene Mr. Henri de Parville en *Le Journal des debats* de París diciendo que tal afirmación carece de exactitud. Despues de hacer de la locomotora Americana la descripción que ya conocen nuestros lectores y despues de convenir en que es un brillante espécimen de la industria moderna, dice textualmente el escritor francés:

El *Record* de las locomotoras pertenece sin discusión á la vieja Europa y es Bélgica la que posee el gigante mecánico de esa especie desde el año último de 1897, y que es del tipo francés.

La más grande locomotora del mundo es, en consecuencia, esa, Compound. articulada; sistema del Ingeniero frances Mailet; fué construida para los ferrocarriles belgas pertenecientes al Estado. con el fin de utilizarla en los planos inclinados de Liega y figuró en la Exposición de Bruselas

Esta máquina, como la americana es conducida sobre seis ejes y pesa con su provisión completa 108 000 kilógramos completamente utilizados para la adherencia siendo su disposición tal, que cada eje no carga el riel sino con el peso de 18 000 kilos, en tanto que la

Museo de Bruselas.-Lectura prohibida.-Cuadro de C. Oems.

De la colección de fotografías del Dr. Flores

ocomotora americana menos pesada y de menor potencia lo carga con un peso de 19,500 kilos.

Los Estados Unidos quedan pues en segundo lugar: pero tal es el espíritu de sus industriales que es más que probable que en la Exposición de 1,900 conquisten el puesto que tanto les halagaba y que acaba de escapárseles de las manos.

Para dicha Exposición va á presentarse de seguro una edición de la Rueda de Chicago correjida y aumentada. Las piezas han llegado recientemente á París no sin gran trabajo porque son enormes y están ya en vía de montaje en la Avenida Suffreu, cerca del Campo de Marte. La gran Rueda de París elevará á los curiosos á 110 metros de altura y la originalidad del procedimiento consistirá solamente en las dimensiones.

Dos pilotes de 60 metros, lo que ya es una construcción tan alta como las torres de Nuestra Señora de París, soportarán el eje de la rueda que tendrá trece metros de largo entre un pilote y el otro, y pesará 42 toneladas: La rueda, como todas está constituida por una llanta y rayos. La llanta tendrá tres metros y medio de espesor y muy cerca de ocho metros de anchura.

Llevará cuarenta vagones simétricamente sostenidos con capacidad para 1,680 viajeros. Los rayos se formarán con cables de acero flexible, cuya tensión se hará y sostendrá con el peso mismo de la rueda. El diámetro de esta es de 120 metros, la construcción, toda de acero y el peso total de unas 800 toneladas.

El movimiento se imprimirá por medio de cables adheridos á la llanta y conectados con una máquina de vapor. Diez minutos durará la ascención y diez el descenso de los wagonés

El *Journal des debats* de donde tomamos extractándolos los datos anteriores termina con esta frase humorística:

La rueda hará furor. Los globos ya pasaron de moda; la torre de Eiffel es muy alta......... pero la rueda giratoria? Eso es justamente lo que nos faltaba en París: representa el estado de nuestro espíritu.

El libro prohibido

Las audaces predicaciones de Martín Lutero habían producido ya su efecto: la nueva doctrina invadía la Europa entera, cundía por el seno mismo de la nobleza y aún solía subir los escaños de algunos tronos.

Alarmada entonces la iglesia, desplegó toda la plenitud de su poder, redobló la vigilancia que ejercía sobre todas las clases sociales, reiteró las prohibiciones de leer la Biblia y revistió sus actos de la más vigorosa energía.

Pero la Biblia era no solamente el libro en que apoyaba sus dogmas la religión luterana: también hallaban en ella los judíos, los antiguos enemigos de la iglesia, el texto mosaico base y fundamento de su culto condenado y abominado por los Santos Padres.

En el último cuarto del siglo XIX, cuando en la mayor parte de las naciones civilizadas existe la tolerancia de cultos, suavizadora del trato entre los hombres y los pueblos, no se comprende esa fiebre de fervor religioso que encendía los corazones en la época de las guerras de los hugonotes.

A esa época corresponde el cuadro que aparece hoy en el *Mundo Ilustrado* y que representa á un viejo israelita que lee la Sagrada Escritura en compañía de su joven y bella hija. Un ruido en el exterior de su habitación les despierta la sospecha de que van á ser sorprendidos.

La expresión de angustía de sus fisonomías y la verdad maravillosa de todo el cuadro en su conjunto y detalles convierten esta obra en una de las más preciadas joyas de la escuela alemana contemporanea.

Mr. William Mc Kinley

PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS DE NORTE AMÉRICA.

DE «LA ILUSTRACION» DE PARIS

LA DOLORES

(NOTAS PARA UNA ACUARELA.)

Mientras se paraba el tren
á refrigerar sus bofes
cantáronme en Sariñena
la copla de la Dolores.
Era un ciego guitarrero
con el gaznate de bronce
la cara llena de muecas
y el cantar de miel y arrope
plantado junto al carril
con un guitarrón enorme
necesitado de primas
y sobrado de bordones.
—"*Si vas á Calatayud,*
pregunta por la Dolores,
que es una chica muy guapa
y amiga de hacer favores."
Le eché dos cuartos al ciego,
volví á mi rincón del coche,
silbó la locomotora
y mientras yo á sorbetones
iba sacándole el gusto
á la copleja del pobre,
se entraba dando pitidos,
el tren, corre que te corre
por la tierra aragoneza,
perseguido por la noche.
—¿Moza calatayuteña,
dadivosa y de buen porte,
que anda en coplas y convida
con albricias y alboroque?
Cosa justa es que la fama
la recomiende y pregone.
Me voy á Calatayud
más derecho que un bodoque,
y pues que lo canta un ciego
y la copla lo dispone,
en cuanto que llegue allá
pregunto por la Dolores.

II

¡Ya llegué y ya pregunté!
¡Ya la conocí señores!
Al que quiera conocerla
yo le daré los informes.
En España está Aragón,
Que es tierra de sangre noble,
donde los toros son bravos
aunque nunca son traidores,
El vino zaragatero,
florecientes los terrones,
parlanchinas las guitarras,
enamorados los hombres,
las mujeres hechiceras
y reñidos los amores.
En Aragón está el Ebro
que copioso le recorre;
junto al Ebro, Zaragoza
tocada de mil verdores;
más alto Calatayud,
que aún con moros tiene entronque,
en Calatayud un lío
de calles y callejones,
en una calle un mesón
y en el mesón la Dolores.
Atiendan á mi cantar,
forasteros y españoles.
Quien vaya por Aragón,
no pierda dos ocasiones:
la Pilarica primero,
que es madre de pecadores;
la Doloricas después,
que apaga las devociones,
y hay que verla, porque dicen

las guitarras y las voces,
que es una chica muy guapa
y amiga de hacer favores

III

Ni Gerineldo, ni el Cid,
ni el Conde de Partinobles,
Ni todos los Amadises,
ni Roldán, ni don Quijote,
tuvieron quien les sirviera
con más gracia y atenciones,
que á la parroquia plebeya
de gañanes y pastores
servía la buena moza
que todo Aragón conoce.
Era una chica de libras,
más recia que un mazacote,
más ligera que un flechazo
y más fina que un estoque;
desenvuelta, decidora,
ruidosa como un alboque,
que gu-taba de piropos
y de servir pescozones.
Tenía en cada mejilla
un vergel de rojas flores,
mil sonrisas en la boca,
y en los ojos dos tizones
que ardían entre tinieblas,
y tras de cuyos ardores
asomaban dos mocitas
pregonando perdiciones.
Era su pelo más negro
que las horas de la noche,
trenzado sobre la nuca
y partido en dos mechones
sobre las sienes, lo mismo
que se vierten por los bordes
las ondas de arroyo bravo
mal tenido en sus prisiones.
Mostraba el brazo desnudo
hecho en primoroso molde,
tostadito como un trigo,
nervudo como un garrote;
y entre pliegues de un pañuelo
de pintas multi colores
y un jubón mal arropado
porque tendía el escote,
rebujaba la chiquilla
yo no sé qué tentaciones
que no las vieron mis ojos
y me causaron hervores.
Vila allí triscando airosa
lo mismo que un saltamontes,
entre la gárrula turba
de arrieros y labradores,
rebosándole los oídos
piropejos retozones
y esquivando con las manos
larguezas de bienhechores.
Iba, en lo alto la cazuela,
de la mesa á los fogones,
mostrando su talle airoso,
sus caderas y su porte,
ó de la mesa á la cueva
con los jarros de jarope,
como una plebella Vénus
que sirviera las raciones
de nectar y de ambrosía
á aquellos dioses menores.
—¡Voto á mí, que en Sariñena
no me zumbaron moscones,
y que es el mismo Evangelio
la copla de la Dolores!
¡Viva quien hizo el cantar
y viva el rincón del orbe
donde ha nacido esa chica
tan guapa y de tanto nombre!

IV.

Lo demás que allí pasó
averigüenlo doctores;
que yo para no decirlo
tengo muy buenas razones.
La llamé para pedirle
que me sirviera y sirvióme;
la invité á que se sentara
muy juntito á mí, y sentóse,
la convidé á Cariñena
y aceptómelo y bebióle;
lo demás que allí pasó
averigüenlo doctores.
Sepa tan solo quien guste
de hacer averiguaciones,
que al volver por Sariñena
le dí las gracias al pobre,
y que dice una verdad
como un templo y como un monte,
el cantar aragonés
que en todo Aragón se oye:
—*Si vas á Calatayud,*
pregunta por la Dolores,
que es una chica muy guapa
y amiga de hacer favores.

José Feliu y Codina.

TO JENNY

(LORD BYRON)

Hay una virgen de alma cariñosa
Tan tiernamente al corazón unida,
Que separar su vida de mi vida
Fuera lo mismo que romper las dos.

Hay un semblante pálido y hermoso
Que siempre miro, porque está en mi alma,
Y que en la sombra de la noche en calma
Vela con mi ángel cuando duermo yo.

Hay unos ojos negros, adormidos
A la sombra ideal de la pestaña,
Cuya mirada celestial empaña
La tristeza dulcísima de amar.

Ojos que buscan en los ojos míos
El idioma del alma silencioso,
Ojos dichosos si me ven dichoso,
Ojos que lloran si me ven llorar.

Hay la flor de una boca purpurina
Que tan solo mis labios han opreso .....
Allí temblaba el inefable beso
Del alma casta en su primer amor.

Hay una voz más grata á mis oídos
Que el eco de una música del cielo,
Voz de vaga ilusión, voz de consuelo
Para el alma cansada de dolor.

Hay un cabello derramado en rizos
Que entreteje mi mano cariñosa;
Una cabeza lánguida y hermosa
Que dulcemente desmayando va.

Hay un seno de amor, tibio y tranquilo,
Donde reclino pálida mi frente,
Cuando la copa del dolor, ardiente,
El alma martir apurando está.

Hay un amor tan grato como el sueño
Que tuviera un arcángel en la gloria,
Un amor para el mundo sin historia,
Un amor que no se cómo llamar.

Dos vidas que antes de encontrarse fueron
Mitades de una alma desprendidas....
Hoy, al hallarse, para siempre unidas,
¿Quién las puede de nuevo separar?

Dos corazones hay que á un tiempo mismo
Palpitan de placer ó se entristecen,
Y cuanto más en adorarse crecen
Más ávidos se sienten de pasión.

Dos almas de ventura tan suprema,
Que cruel, al separarlas, la fortuna....
¿Al separarlas?.... No!.... solo son una
Que eterna vive de su eterno amor.

Manuel M. Flores.

UN SANTO

Vive, bajo el sayal del franciscano,
En la lóbrega celda de un convento,
Donde tiene, por único contento,
La dulce paz del corazón cristiano.

Entre las ondas del cabello cano
Que sombrean su rostro macilento,
Brillar se ve su puro pensamiento
Como un astro entre nubes de verano.

Frente al disco de fúlgida custodia
Cántico celestial su voz salmodia,
O, como exangüe monje de Rivera,

Que siempre á la tortura está propicio
Ciñéndose á las carnes el cilicio
Medita ante sagrada calavera.

Julian del Casal.

El cuento de las tres duquesas

I.

Apenas empezaba á amanecer, cuando las tres hijas del Gobernador se asomaron á la ancha ventana que daba para el campo, y aún estaban allí á la hora solemne en que el sol, hundiéndose en una explosión de nubes rojas, carmines y doradas, desparece del horizonte.

En la vasta cámara, tapizada de colgaduras de seda, un grupo de hermosísimas doncellas de la servidumbre del castillo hería con dulzura las cuerdas de theorbas y arquilaudes, y toda la torre octágona estaba llena de un vago y delicado murmurio que las tres hermanas ni siquiera oían.

Sus miradas como sus pensamientos estaban muy más allá de las murallas almenadas de la ciudad, más allá de los fosos y contrafosos escamados de cunetas de agua, más allá de los campos de trigo y de los huertos cultivados de las aldeas vecinas; miradas y pensamientos fijados lejos, muy lejos, hácia las montañas azules por donde se habían desvanecido con sus carros de ruedas macisas, sus caballejos flacos de crines erizadas y sus bandas andrajosas de chiquillos gesticuladores y ladrones, los Bohemios que pasaron por última vez por la ciudad.

Hacía ya un mes que estaban desfilando por grupos de veinticinco á cien compañeros, fuera de la ciudad bien resguardada por sus triples murallas entre las que se veía surgir un hervidero de cabezas de burgueses asomadas para verlos pasar.

Las tres jóvenes duquesas, mejor guardadas aun en la alta ciudadela que gobernaba su padre, habían visto pasar ya á pié ya á caballo, irguiendo el cuerpo y levantando la cabeza, á más de un señor Egipcio, de oscura y encrespada cabellera, de grandes pupilas doradas como las de los tigres y de piel de bronce verde.

Desde hacía un mes, divertidas con las muecas y payasadas de la turba famélica, abandonaron los grandes balcones del salón que dan á la plaza del Mercado enfrente de la Catedral y adoptaron la doble ojiva del oratorio para pasar allí la mañana, la siesta y la tarde de todos los días, acechando el camino del otro lado de los fosos de agua estancada, por donde debían aparecer las miradas de reflejos metálicos y la sonrisa de dientes blanquísimos de los jóvenes bohemios.

II.

En toda la ciudad, las mujeres, tanto las de los artesanos como las de los burgueses, tenían por estos paganos de Egipto la misma curiosidad que las tres duquesas. Y así sucedía en la primavera de todos los años, cuando esas cabalgatas y esas infames procesiones descendían no se sabe si de las fronteras de Bulgaria ó de las provincias de Bohemia ó tal vez de mas lejos como su abuelo el emperador Atila y caían sobre el país á semejanza de nubes de langostas.

Sus caras largas de herejes, y sus grandes ojos oblicuos sublevaban á las mujeres que abandonando todas la rueca y el huso, el lavadero, la iglesia ó la cocina, iban á treparse á las murallas y allí se ponían de codos y se deshacían como higos maduros al aspecto de los rapazuelos desnudos, hijos de esos bandidos, cuando no se aventuraban, dándose por libres al modo de las perdidas, á ir al centro mismo donde acampaban, y penetrar entre las tiendas y los carros.

Ellos, los infieles entregaban al pillaje las granjas y los cortijos, dejaban pastar á sus caballos en los trigales, degollaban á los puercos en sus chiqueros y á las gallinas en el corral, decían la buena ventura á las mujeres en cinta que luego daban á luz cristianos morenos como aceitunas y velludos á la manera de los machos cabríos; vendían filtros á los muchachos para seducir á las niñas y sustraían á las mujeres el dinero de sus maridos dándoles en cambio de hermosos escudos sonantes groseras halajas de plata forjada, anillos para evitar agenos tropiezos y encadenar la fidelidad y amuletos contra la fiebre con los cuales reventaban más pronto los pacientes; vendían horóscopos embusteros viejas de bocas desdentadas que sacaban de un caldero en que humeaba quién sabe que menjurge hediondo y negro, paquetes de yerbas secas ó que tiraban las cartas ó hacían otras mil bribonadas con que se fundía como en un crisol el buen oro de los burgueses, tanto el amonedado como el labrado, que desde luego desaparecía todo de los baules y maletas de los burgueses, para transportarse en un mes, y hundirse con las asquerosas alforjas de esos obscenos bandidos.

III

Así sucedía desde años atrás. No bien aparecían las pimpinelas y las vincas en los recodos y en los setos, cuando los bohemios emergían por los campos á caballo, á pie, hambrientos y fieros, con una mochila en el arzon de sus sillas; el caldero, el tenedor de hierro y el plato de estaño, toda su fortuna, en fin, sobre la espalda doblada de las hembras; los viejos abrazando á los chiquillos desnudos como dioses impuros, amontonados en las carretas, y toda esa turba, cantaba y bailaba gozosa, bajo la lluvia, el viento, y el sol, tañendo la guzla, haciendo piruetas, rebotando, las chicas sobre todo, como chispas que brotan de la fragua.

Sus estridentes carcajadas y sus locos pataleos, hechizaban las encrucijadas desde la primera estrella que aparecía en el cielo; y hacían fogatas y escandalizaban en torno de ellas y no quedaba durante la noche camino seguro á causa de estos vagabundos que infestaban el país.

Al fin, en la última primavera á instancias de los munícipes y de los comerciantes, el Duque Gobernador prohibió á todos que pusieran un pie fuera de sus puertas mientras durase el paso de esos paganos malditos, y todo el mes de Abril estuvieron desfilando del otro lado de los fosos y acampando bajo las murallas espiados desde lo alto de ellas en los caminos de ronda y en las atalayas y garitones de los centinelas, por las codiciosas miradas de las mujeres de los burgueses y las hijas de los artesanos, todas en su interior despechadas y mohinas contra el duque y su edicto.

Todo el hermoso mes de Abril en que hasta los espinos florecen y en que los caminos y los senderos se embalsaman con el aroma de los manzanos que parecen coronados por copos de algodón, todo este mes

en que el sol inunda cielos y tierra y dardea lo mismo las linfas del estanque que los renuevos frescos del sauce, les fué necesario á las mujeres permanecer en casa sentadas en un rincón del hogar cosiendo ó hilando, en lugar de correr por los prados recogiendo primulas, y la consternación reinaba tanto en las casas nobles de la ciudad alta como en las chozas y tugurios de los arrabales. También había penetrado al palacio en que las duquesas tenían la costumbre de hacer venir una vez durante el paso á los más finos músicos de los nómades y de oir durante todo un día sus sonatas y sus canciones. Ahora el duque inflexible había prohibido la entrada á los bohemios á la ciudad, lo mismo que prohibió toda salida de los habitantes hácia sus tiendas y sus campamentos, y por eso las duquesas habían concebido contra su padre y Señor, un resentimiento que crecía día por día á medida que las hordas de Egipto se hacian más raras en los caminos, pues había venido de los campos á la ciudad y se había esparcido y circulado la noticia de que los bohemios disgustados de la interdicción, darian en adelante un gran rodeo desde su viaje próximo para evitar su paso por la ciudad que ahora les cerraba sus puertas; que esta era la última vez que acampaban al pié de las murallas y que ya no se les volvería á ver más.

Hacia ya dos días que el último carro de la última tribu se había desvanecido en el oro del crepúsculo y el azul del paisaje, con sus endiablados rasgueos de guitarra y sus contorsiones de adolescentes desnudos......Luego, el silencio interrumpido solo por el piar de los nidos, el silencio abrumador de los campos que no despertaran mas que con la hoz de los segadores; el camino desierto serpenteando y puntuándose á lo lejos con la sombra de un transeunte raro apareciendo como una hormiga retrasada; y más distantes, mucho más distantes, las montañas, de pié, vigilando siempre, destacadas sobre el azul del cielo como inmutables centinelas.

Corría la tercera tarde desde la ausencia de los bohemios, cuando las hijas del Gobernador, despiertas desde el alba se conservaban en la ventana abierta que da frente al campo; y en la vasta cámara un momento antes llena de la charla y las canciones en sordina de las doncellas de servicio, los arquilaudes y las thorbas se habían callado porque había llegado ya la hora de comer y el sol llevaba dos horas de haberse hundido detrás de las cimas violadas, y la luna montante surgía al fin de un bosquecillo de cipreses, bañando de viva plata las descoloridas tapicerías del gineceo ducal donde las tres hermanas habian permanecido tristes y desoladas

IV

La mayor de las duquesas que se llamaba Berenguela, y era muy blanca, muy alta y muy seria, con cabellos castaños y bellísimos ojos negros, se volvió lentamente hacia sus hermanas Ivelaina la rubia y Merilda la morena y sin decirles una palabra, poniéndose un dedo en la boca, les hizo una señal, señal misteriosa porque las tres acometidas de un estremecimiento de emoción palidecieron y se estrecharon; pero en este momento un sonido de viola provocativo y encantador vibró alegremente en el campo y luego una voz pero una voz de ensueño (así era de pura, conmovedora y triste) una voz de hilo de agua, una voz de luna, una voz de flor si las flores cantaran, lloró á lo lejos y las dos más jóvenes bajaron la cabeza dóciles y siguieron á su hermana.

Juntas descendieron á la gran sala de bóvedas blasonadas donde su padre comía hundido hasta el cuello en una silla maciza, á la luz de los cirios fijados en albortantes contra el muro y con sus perros consentidos recargado el cuello contra sus rodillas. Criados y asistentes uniformados y con armaduras de hierro, formados como en una gran parada, esperaban sus órdenes.

Las duquesas entraron semejantes á tres hadas, y la vieja sala obscura se iluminó como con fulgores aurorales Estaban apenas medio veladas sus formas de diosas paganas por largas y leves túnicas rumorosas de seda blasonadas y bordadas de pedrerías, y sus cabelleras oleadas con perfumes exquisitos, negra la de Merilda, rubia la de Ivelaina, lucian como aureolas entre los hilos de perlas y diamantes Apoyaron su seno en el respaldo del sillón, pasaron sus brazos desnudos al rededor del cuello del duque y oprimidas contra él en actitudes suplicantes, con sonrisas, y mimos de gatas y palabras acariciadoras, llenaron su copa de un brevaje que la silenciosa Berenguela habia traido y en el cual y como jugando humedecieron ellas mismas sus labios carmines; y luego con mil besos Ivelaina de rodillas ante él, Merilda sentada casi en un brazo del sillón, dieron al duque hasta tres dosis en tanto que Berenguela con su ánfora en la mano se conservaba en pié y pálida detrás de él.

Cuando el duque se adormeció circuló la copa en torno de la mesa, ofrecida á los capitanes y á los soldados por las manos finas de las duquesas, y los ojos relucian bajo los duros yelmos de fierrro, y las cicatrices se avivaban en los rostros, por que las jóvenes duquesas con sus trajes ligeros y provocativos reían á todo reir y echaban miradas incendiarias á los lacayos lo mismo que á los señores; y con sus gestos atrevidos y con sus tentativas de abrazos, tenian en verdad el aspecto de unas cortesanas....A lo lejos, entre la solemnidad de la noche límpida la viola seguía vibrando y la maravillosa voz sollozaba.

V

Poco á poco todos los hombres de armas de la comitiva del duque se fueron quedando adormecidos y roncaban, quién con la cabeza reclinada en la mesa, quién con el busto hundido en un ángulo del muro, y quién en fin de pié y erguido como si fuera una estatua de hierro. En el cuerpo de Guardia los centinelas dormian tambien embriagados con el brevaje que les llevaron las duquesas, y flotaba en toda la Ciudadela un vapor que había sumergido á todos los hombres en mágico sueño.

A lo lejos, muy lejos, por los vallecitos irisados, por los senderos luminosos, y entre la selva argentada por la luna, se escucharon después los relinchos y el galope sonoro de tres caballos que corrian....hop! hop!.. bajo los árboles. Y era un dolor el destrozo de ramas y el piar de nidos despertados, y el azoramiento de pobres insectos medrosos, en tanto que voces humanas varoniles hablaban alegremente y les respondian como trinos, canciones y risas de mujeres.

Y cuando las primeras claridades del alba envolvieron acariciándolo el Castillo Ducal, los criados se detuvieron asombrados ante el dintel del Gineseo: las tres duquesas habían desaparecido.

Abierta de par en par estaba la poterna que da para el campo, y el centinela de pié todavia, con la espalda apoyada contra el muro, permanecía mostrando una gran daga clavada en el corazón.

¡Quién sabe si fué Berenguela ó Ivelaina ó Merilda la que dejó sin vida al infeliz!

Ademas, una mano desconocida había adornado como por befa provocadora el escudo Ducal de la poterna, con un gajo de retama y una guzla bohemia.

Todos los hombres de la guarnición se lanzaron á batir el bosque y el país entero, sin que les hubiera sido dable hallar las huellas de las tres duquesas, y nunca tampoco tornaron á pasar por la ciudad las bandas de bohemios.

Pocos días después de la fuga de sus hijas, murió el Duque Gobernador, de pesar y de vergüenza, y el Castillo quedó abandonado.

Desde el año siguiente, al abrirse las prímulas y despertar los nidos y brotar los nacientes retoños, aparecian en la ancha ventana del Gineseo las sombras malditas de las tres duquesas, ya no bellas y jóvenes sino horrendas y en esqueleto: y fijaban sus cuencas vacias, de donde brotaban siniestras fosforescencias en el camino que años atrás acostumbraban traer los bohemios.

JEAN LARRAINE.

El perdon de Cain

Las Puertas del Paraiso se habian inexorablemente cerrado. La hoja de fuego del angel vengador habia arrojado para siempre del jardín de las Delicias á la pareja engendradora del mundo. La primera lágrima habia rodado y el primer grito de desesperación resonaba en la inmensidad de la tierra desierta; la humanidad quedaba sellada para lo futuro de los siglos: el dolor, su único patrimonio en lo sucesivo, habia sido creado.

***

Adan y Eva, inclinados por el peso de lo que desconocian, caminaron días y noches; erraron á lo largo de las llanuras, treparon á las montañas para ver si sus ojos lograban descubrir el Eden recien perdido Las aguas de los rios reflejaron sus rostros, sus cuerpos, y se vieron, no hermosos y serenos como en los primeros tiempos de su llegada, sino miserables y feos avergonzándose de su majestuosa desnudez La caida trastornó radicalmente su primitiva belleza. Adan perdió por completo la arrogancia de sus formas y la suavidad de su piel, sus facciones se endurecieron, se hicieron ásperas y repulsivas, sus movimientos fueron torpes y su cansancio constante.

En su mirada que perdió la dulzura y la calma se retrataba á cada momento la tristeza, cuando no la rebelión, y en el fondo de su alma, como las emanaciones venenosas en el fondo de un pozo, echaba raíces el odio. Conoció á la par que la compañera, los calores abrasantes, los mediodías que abruman y las noches largas é inclementes; sus miembros temblaron de frio y de espanto; se abatieron á la fatiga, se inclinaron al trabajo. Sus manos conocieron las asperezas de la tierra, se endurecieron, sangraron. Eva perdió la gracilidad de sus movimientos y la pureza inmaculada de sus contornos Sus ojos tranquilos, reflejo de un alma, agua muy mansa, se humedecieron siendo circundados por dos lineas amoratadas, imborrable señal de las lágrimas que á cada momento, al recordar lo perdido, derramaba; toda la castidad de su desnudez desapareció; y ella, la que habia nacido para recibir su mitad en el jardin de las Delicias, murió para dar nacimiento á la mujer, á la hembra, y conoció las torturas del parto.

***

A lo largo de la llanura Cain y Abel, caminaban. La tarde caia; y en lo lejano, en el horizonte, alrededor del sol, una inmensa franja roja se extendia. Los dos hermanos marchaban silenciosos; Abel miraba sonriendo el cielo, Cain con la mirada baja é indecisa, dejaba dibujar de cuando en cuando en su frente el trazo de una arruga.

Al llegar á determinado punto, á un tiempo se arrodillaron; descargaron sus espaldas, formaron dos monticulos de arena, los cubrieron con maderas y ramas perfumadas é hicieron fuego.

En la solemnidad de la noche que se acercaba, las llamas se avivaban, se encendían tronando, mientras el humo despidiendo agradables olores, se remontaba al cielo.

Pero hubo un momento cuando el fuego era más vivo en el que la llama de Caín se opacaba mientras más clara y dorada era la de su hermano Abel, y hubo un momento en que la columna de aromático humo del hermano menor ascendía más y más, al tiempo que la del mayor se debilitaba, se adelgazaba subiendo apenas; y la arruga que en la frente de Caín se dibujaba, iba haciéndose poco á poco más profunda.

La oración concluida extinguidas las llamas juntos, los hermanos volvieron á emprender su camino El sol se había ocultado y solo quedaban unos cuantos rayos dibujándose como espadas en el rojo más encendido aún del horizonte.

La marcha no duró mucho tiempo. De improviso, el mayor se detuvo; por sus ojos pasó una expresión huraña, sus labios se plegaron con extraño gesto; y levantando la masa que para defensa contra las fieras llevaba en la mano, la agitó un momento, la balanceó en el espacio, dejándola caer sobre la nuca de Abel quien sin una palabra, sin un grito, con una mirada de piedad tan solo, cayó á sus pies.

En el horizonte, el relámpago razgó la franja rojiza.

***

Avanzada la noche, más furiosos eran á cada instante los rugidos del rayo y los de las bestias. Cain llegó á la choza paterna, formada de piedras ramas y pieles. Eva estaba á la puerta iluminada por las hornazas que por temor de los animales se encendian. Al ver acercarse á uno solo de sus hijos, su inquietud prolongada desde hacia muchas horas, estalló en un gemido; clavó luego los ojos en Caín, lo interrogó, mientras él, con la mirada levantada y llena de soberbia señalaba un punto, allá lejos.

***

Crecieron los dos círculos amoratados del rostro de Eva, ajose su cutis, enblanquecieron sus cabellos. Diariamente, al caer de la tarde, de pié á la entrada de la choza volvía sus ojos humedecidos hacia el lugar que una noche, á la luz de las fogatas, señalara con soberbio gesto, Cain.

Y en las sombras de la cabaña, oyendo los rugidos, sintiendo el paso del viento, ella se revolvia sin poder dormir, recordando al primer muerto, al que había visto inánime, medio roido, sordo á sus llamamientos é indiferente á sus lágrimas. Diariamente lo reveía en la misma postura en que lo había visto cuando las antorchas le alumbraban, y cada dia su llanto corría más abundante

Afuera, Cain erraba en el peligro y la crudeza de la noche. La choza se le hacía insoportable, porque allí constantemente el recuerdo de su hermano flotaba. Sus noches se asemejaban á las de su madre solo que el ignoraba el consuelo de las lágrimas.

Desde que la masa abatió la cabeza fraterna, algo habia entrado dentro de él que ningún esfuerzo lograba arrancar. Vivía en una constante inquietud y á los sollozos de su madre, reproche que resonaba á toda hora en sus oidos, preferia el resoplido del León ó la silueta amenazadora del Elefante primitivo.

***

Así, los tiempos pasaron y Eva comenzó á inquietarse por Cain. Cuando la tempestad empapaba las pieles y hacía temblar las piedras de la choza, ella buscaba con la vista al que afuera, con los cabellos al aire y el alma á la desesperación rondaba sin cansancio; le buscaba secando las lágrimas que sabia le eran amargas y saliendo llamaba: Cain! Cain! y de lo profundo de la noche el eco le devolvia su grito prolongado Ca....in! Ca....in!

Si este llegaba, ella lo miraba fijamente y sentía que otra vez el llanto la ahogaba. Cain estaba flaco, encorvado, envejecido. Su rostro tenía el gesto de rebelión que pasaba por los ojos de Adán en los momentos más duros, tenía ese mismo gesto, pero al mismo tiempo, todo él dejaba ver una inmensa fatiga, un inmenso abatimiento, un inmenso espanto. Los días le parecían bien largos pero no podía tolerar las noches y cuando su madre lo llamaba, solo unos cuantos momentos lograba tenerlo quieto; cesada la tormenta, de nuevo volvía á su constante errar y Eva que mucho lloraba por el muerto, comenzaba á preocuparse hondamente por el vivo.

***

Y era que había tenido singular sueño Habia visto á su hijo Abel, sonriente, hermoso, á la derecha del Creador. Lo había visto rogando por ella, por Adán, por sus descendientes, y había visto el gesto de condenación que siguiera al nombre de Caín. El muerto era felíz, había alcanzado lo que ellos habian perdido, mientras que el otro era el réprobo, el abandonado para toda la eternidad. Lo vió errando siempre, tal como erraba ahora, condenado á llevar su tormento después de esta vida más cruelmente aun de lo que ya lo llevaba. Lo vió expulsado, maltratado él y los hijos que de él nacieran. Y ella, culpable, sintió debilidad por el culpable, ella que había sido tentada, lloró por la falta del tentado: se sintió la madre del maldito, del pária sin goce ni descanso, y sintió que su pecho se cerraba y que sus brazos querían abrirse para acojerlo La madre del que nada ni nadie tendría, del que nadie llamaría ni alcanzaría nunca el perdón, comenzó á sentir algo como piedad.

***

Una gran lucha empezó entónces para Eva. Para ella sabia encontrar Abel, todas las caricias y todas las ternuras, para ella buscaba las aguas más claras y las frutas más ricas, para ella reía tratando de apartarle el llanto.

La vista de Caín le era repulsiva, porque comprendía que él odiaba lo que ella había amado tanto; acariciar al mayor, tenerlo á su lado, se le figuraba una ingratitud, una falta para con el muerto, y de ahí sus luchas y sus zozobras.

Efectivamente Caín sufría, Caín sufriría eternamente, y Caín necesitaba una palabra de consuelo, un refugio. ¿Pero es que el otro no velaba en la sombra, contento, amoroso al ver el lugar que en el corazón de la madre conservaba, y al ver correr el llanto?

Y cada día la lucha recomenzaba. Ella veía al predilecto tendido en la llanura, medio roido, y oia los pasos del mayor inquieto siempre, hosco, oprimido por ese peso que llevaba dentro, grande y doloroso como si la maza le golpeara constantemente el corazón; oía los rugidos feroces y temblaba por Caín, entrecerraba los ojos y veía el cuadro de la muerte de Abel.

***

La tarde caía, y en lo lejano, en el horizonte, al rededor del sol, una inmensa franja roja se extendía. Eva, con paso tardo, inquieta, avanzaba penosamente por la llanura. Sus ojos interrogaban unas veces al cielo y otras se extendian buscando algo á su alrededor. Al llegar al punto donde años atrás cayera Abel, se detuvo, se arrodilló sintiendo de nuevo vacilaciones al recordar el cuadro.

Bajó la vista, oyó un rugido y vió á Caín, á Caín maldito y condenado por todas las generaciones y por todas las razas; lo vió eterno rondador sin amor ni acogida, y después de orar largamente clamó sollozando en el silencio de la noche:

"Señor! Señor! Perdón para Caín!

En el horizonte, el relámpago rasgó la franja rojiza.

Bernardo Couto Castillo.

Abril de 1898.

Srita. María de Jesús Magaña

(DE GUADALAJARA)

De Guadalajara nos vienen siempre las alas. Esa linda Capital es un nido de predestinaciones artísticas.

De allá nos vino—aunque ahí no nació—Gustavo Bernal, quien, el año entrante debutará probablemente en el primer teatro del mundo: en la Scala de Milán, gracias á los buenos oficios de Jesús Contreras, que lo protegió de la manera más decidida y generosa para que hiciese su viaje á Italia.

María de Jesús Magaña nació en Guadalajara y lleva en su espíritu un poderoso fermento de arte. Casi niña, á pesar de su desarrollo físico que hace pensar en la exhuberancia y lozanía con que en el trópico se dan las flores y las mujeres, desconocida aún en su tierra, donde ha cantado bien poco, vino á demandar á la métrópoli un puesto en el Cenáculo y ese puesto le será sin duda concedido; porque para abrir todas las puertas tíene la mágica llave de su garganta.

Su voz es de un poder y de un encanto poco comunes y de una espontaneidad admirable.

Y hay sobre todo un firme y abnegado amor al arte en esa alma de diez y seis años, tan intenso que nada bastará á quebrantarlo y tan impetuoso que de ahí han de surgir blancas alas amigas de todas las cimas.

Así sea pronto en bien del arte mexicano.

EN LAS RUINAS DE UNA ABADIA

[VICTOR HUGO]

¡Solos y con el alma satisfecha
Amándose los dos!
¡Cómo la primavera se cosecha
Cuando la siembra Dios!
¡Qué risas tan alegres y tan francas,
Bajo esas galerías
Donde hubo en otro tiempo tocas blancas,
Frentes y almas sombrías!
Son dos enamorados corazones
Que á la ventura van,
Y se envían las castas expresiones
De su amoroso afán.
Aleteos mezclados en el viento
Que gime entre la nave;
Dulces ecos que va el negro convento
Guardando en su arquitrave.
Deshójanse las flores amarillas
Sobre la fría losa,
En donde la abadesa de rodillas
Rezaba fervorosa.
Y las tumbas por cruces señaladas
prestan su sombra amiga
A este juego, sus piedras ya escaladas
Por la implacable ortiga.
Ellos en tanto ríen sin reproche.
Van y vienen sin tino,
Y ven tu aurora, amor, entre la noche
Del claustro bizantino.
Y se buscan, se abrazan á porfía
Se aman con afan loco,
Y vuelven á abrazarse.... y todavía
Presumen que es muy poco.
Bajo las sombras de las altas naves
Que hasta la torre llegan:
Esta es la eterna historia de las aves
Que en los árboles juegan.

Martí-miquel

LIRIO SILVESTRE

POR ANDRE THEURIET—ILUSTRACIONES GRABADAS EN NUESTROS TALLERES.

Versión española de "El Mundo Ilustrado"

Número 3.

Casi todas las bailadoras eran de las casas de campo y como vivían lejos de la aldea, escapaban fácilmente á la vigilancia pastoral. Como no se confesaban sino una vez al año, consideraban con razón que de Pentecostés á la Pascua hay un buen espacio de tiempo, y que les quedaban algunos meses del año para arrepentirse.

Entre las más entusiasmadas era de notarse á Clarisa Pitois que aunque todavía no contaba diez y seis años, parecía de veinte, según se le habian desarrollado las formas dándole la apariencia de una mujer. Su corsé reventaba, su talle esbelto se redondeaba con curvas tentadoras. Desafiando á las malas lenguas estaba con la cabeza descubierta, mostrando atrevidamente la cascada de sus cabellos blondos que el peine dominaba con trabajo sugetando los rizos rebeldes que caín en desorden sobre los ojos claros y lucientes, haciendo resaltar la nariz remangada y la boca sensualmente entreabierta con dientes blancos vendiendo salud.

Marcial, pasándole las dos manos al rededor del talle bailaba con ella y la estrechaba con ardor y la hacía girar tan fuertemente, que la falda roja de algodón, levantándose á cada instante, descubría las robustas y sólidas pantorrillas, calzadas con medias azules, de la bailadora.

Interesada y azuzada por la curiosidad, Germana les veía valsar, y el girar rítmico de los dos cuerpos enlazados que no parecían más que uno, la embriagaba y la enfurecía al mismo tiempo. Sus párpados se cerraban púdicamente y luego se abrian otra vez, bajo el poder de una atracción secreta.

¡Eso, eso era el baile condenado por la iglesia y colocado en el número de las diversiones más pecaminosas!

Ante el espectáculo de las libertades que se permitía el Chino estrechando á Clarisa contra su pecho, la joven estaba más conmovida aún que escandalizada, y sus ojos no podían apartarse de la pareja. Ella observaba que Marcial tenía quien sabe qué de más viril en la fisonomía y en la apostura; sus espaldas se habian ensanchado, sus brazos se habían puesto más vigorosos y un bozo naciente sombreaba ya su labio superior. Germana seguía con avidez los movimientos de esos dos bailadores, y notaba el cadencioso balanceo del cuerpo de Clarisa esbelto ágil y bien conformado; y aunque se reprochaba en lo íntimo sus intimas tentaciones, deseaba ser arrebatada á su vez por esos brazos musculosos y que la oprimieran columpiándola rítmicamente en el giro embriagador del vals. En este momento sus ojos se encontraron con los del Chino y se ruborizó, trastornada con la idea de que podía haber leído en sus ojos el deseo reprensible que la agitaba.

Terminado el wals los músicos preludiaron una cuadrilla y todos los muchachos se lanzaron á sacar á sus parejas. De repente Germana vió ante sí á Marcial que la saludaba con afecto.

—¡Cuánto tiempo sin verte! Me alegro de que hayas venido á la romería y pienso que estarás dispuesta á divertirte puesto que te veo en el baile.

—Oh! respondió ella, feliz y confusa á la vez, vine no más á ver.

—Bah! Es mejor que goces como las demás. ¿Quieres bailar conmigo?

—¿En qué piensas, Marcial? Eso no debe hacerse.

—Vamos, insistió él, cariñoso, no me desaires.

Germana se sentía halagada porque el Chino había pensado en ella, pero se puso á temblar pensando en que era un enorme pecado lo que se la proponía.

—Gracias, contestó. Me dá vergüenza.

—¿Y por qué? interrumpió la señora Boucheseiche que estaba encantada con el baile. Puesto que Marcial te invita, debes aceptar.

—Pero si no he bailado nunca.

—Alguna vez había de ser la primera. Esto es tan fácil como dar los buenos días. vamos.

—Sí, repitió la señora Boucheseiche, decídete.

Mitad de grado y mitad por fuerza, el Chino se llevó á Germana entre los bailadores. Desde la segunda figura Germana se aturdió y lo enredaba todo en la cuadrilla, sobre todo, mortificada al observar por todos lados miradas burlescas.

Marcial á despecho de su buena voluntad empezaba á lamentar haber elegido tal compañera, y para disimular sonreía pero su sonrisa era forzada. Germana notándolo, sufría y se detuvo de pronto, y pálida y con ojos suplicantes, dijo:

—Marcial, te advertí que no sé bailar. No quiero seguir poniéndote en ridículo; déjame sentar.

Esta vez Marcial no insistió, y Germana se fué entre las burlas y risas de todos.

Atravesó rápidamente la rotonda y se refugió en una de las sendas más solitarias, ocultándose detrás de los árboles. Sofocada de vergüenza, con la conciencia inquieta por haber pecado y el sentimiento de su desgracia, se dejó caer en la yerba y hundió la cabeza entre sus manos. Menos cruelmente la torturaba su propia pena que la mortificación causada á Marcial, que estaría ya arrepentido de haberla sacado á bailar y acaso hasta le guardaba rencor. Esta idea era el castigo peor de su falta: le parecía como que estaba más sola que nunca en la tierra, y pensaba en que Dios mismo la había abandonado, y se puso á llorar mientras la música lanzaba sus acordes regocijados y mientras bailadores y bailadoras con creciente animación reían y gritaban.

V

Despuntaba un día de Septiembre. El sol no había salido ni había esperanzas de que luciera porque estaba nublado; y bajo un leve vapor de finísima lluvia, la selva silenciosa dormía. Ni murmurar de hojas ni piar de pajarillos: se podía pensar que animales y plantas, previendo un mal día hubieran resuelto no despertar.

De pronto, en lo profundo de los tallares se levantó un ruido, primero como de ráfaga de viento, y luego, como si una tropa de ciervos viniera huyendo de perros y cazadores.

Este tumulto crecía como el de un torrente que llega; y bruscamente, entre los árboles, apareció un joven con la cabeza descubierta y la blusa desgarrada, saltó por el sendero enlodado corrió sin detenerse hasta el patio de la casa Vincart, empujó la puerta y penetró desalado hasta la cocina.

La Buena, sorprendida le vió llegar y le dijo:

—¡Cómo! ¿Eres tú, Chino, de donde vienes á esta hora?

—Apresúrense á cerrar la puerta y á pasar el cerrojo si no soy perdido. Los guardas vienen pisándome los talones.

—¡Santa Madre de Dios! gritó Germana que entraba en ese momento en la cocina.

Pronta á salir como de costumbre para la primera misa, estaba peinada y con su devocionario en la mano. Despavorida y temiendo una nueva travesura del Chino, empezó á temblar y se apoyó contra el aparador.

—Los guardas! exclamó: pobre Marcial ¿qué les has hecho?

—De pronto, escóndame en algún lugar donde no pueda ser visto desde afuera.

—Entra en mi cuarto, dijo la Buena; allí no es fácil que se te descubran.

Ya en la habitación de la madre Aubriot que tenía vista para el jardín y adonde le siguieron las dos mujeres, el Chino respiró y contó su aventura.

—Anoche puse unas trampas en el manantial de la Germinelle y estaba seguro de que nadie me había visto, porque la obscuridad era profunda. Hoy temprano volví y hallé un cervatillo que cayó en el lazo al ir á beber agua. ¡Buen negocio! Cargaba ya mi res, cuando he aquí que el Brigadier Jacquel y su guarda Girardot me caen de improviso.... Yo no me atonté; y arrojando mi cervatillo á la cara del Brigadier y dando en tierra con el guarda de un empellón, arranqué á correr. Pero no bien se repusieron corrieron tambien y como yo sentía que estaban bastante cerca, tomé para despistarlos, la dirección de esta casa. Perdóname Germana; no tenía yo donde escoger, á no ser que hubiera entrado á casa de los Boucheseiche que me habrían vendido.

—Dios mío! dijo Germana. ¿Serás pues incorregible? En fin: no son estos momentos de sermonear. Estate aquí tranquilo, y la Buena y yo vamos á recibir, si vienen, á los guardas. En último caso, si no podemos evitar que entren aquí saltarás por la ventana y ganarás la selva.

En esto se oyó llamar á la puerta de la cocina. La madre Aubriot pasó primero; y para dar tiempo á la niña de reponerse, comenzó á hablar sin correr el cerrojo.

—Quién va? preguntó lentamente, quién está allí?

—El Brigadier Jacquot, contestó desde afuera una voz: y vengo á intimar á ustedes á fin de que se abra á los Agentes de la Administración de Bosques.

Otros dos golpes sonaron en la puerta, que la Buena se decidió á entreabrir.

¡Vaya una prisa! exclamó atrevidamente. ¿Qué quieren ustedes? Se está incendiando la selva?

La puerta, violentamente empujada, dió paso á los guardas, jadeantes aun, y entonces el brigadier observó á la jorobadita que le veía con sus grandes ojos asombrados.

—Dispense usted señorita, dijo Jacquot quitándose el kepí. Estamos en persecución de un cazador furtivo y tenemos la creencia de que se ha ocultado aqui.

—¿Aquí, aquí? replicó la Buena con audacia. Esta casa no es posada donde todos entran á cualquier hora. ¿Está usted bobo, brigadier?

—No afirmo, contestó el brigadier irritado: Girardot y yo hemos visto huellas frescas que acaban junto al corredor de ustedes, y estamos en facultad de suponer que el prófugo está aquí.

—Puede! dijo la madre Aubriot. Se habrá colado por algún agujero de ratón ó por el cañón de la chimenea, porque las puertas estaban cerradas y á menos que se haya vuelto murciélago, no comprendo como haya podido entrar.

—Lo que es seguro es que entró hasta el pátio, afirmó Girardot.

—¿Y eso que prueba? Pudo entrar en el patio y por encima del pozo pasar á casa de los Boucheseiche. Por otra parte, agregó con aplomo, si dudan ustedes, no tienen más que registrar la casa de la cueva al granero; y si encuentran á su hombre, me comprometo á buscar y obsequiarles el mirlo blanco.

Los guarda bosques quedaron perplejos. Luego el brigadier dijo á Germana:

—Señorita Vincart; no haremos á usted la ofensa de registrar su casa, y fiamos en la palabra de usted. ¿Es cierto lo que dijo esta mujer?

Germana se vió sometida á una ruda prueba: piadosa y honrada odiaba la mentira y se encontró entre la espada y la pared. Pensó en el calabozo donde meterían á Marcial si le delataba, y pidiendo perdón á Dios, dijo con voz serena:

—No he visto á nadie, señores: la puerta no se ha abierto más que para dar paso á ustedes, en el momento en que iba yo á salir para la iglesia.

—Basta. El bribón habrá hecho una cueva en el bosque y se habrá enterrado. Ya le descubriremos. Perdone usted el disgusto, Señorita.

Y los guardas se fueron, y en el acto las dos mujeres corrieron el cerrojo y acudieron á ver al delincuente.

—Partieron, dijo Germana, y espero que no regresarán; tú vas á estar todavía algún tiempo con nosotras, y luego escaparás por el jardín.

Marcial, angustiado por el susto sufrido, comprendió todo el valor del servicio; y muy conmovido tomó las manecitas de la jorobada y las estrechó con efusión.

—Gracias, Germana: no sé cómo podría recompensarte lo que has hecho por mí.

—Marcial, contestó séria y conmovida la jorobada. Tienes un medio fácil de mostrarme tu reconocimiento: corrígete. Acabo, para alejar á los guardas, de decir una mentira y esa es la prueba más grande de amistad que podía darte, pues he cargado mi conciencia con un pecado mortal. Pero no siempre estaré á tu lado para salvarte. y más peligras desde que los guardas tienen ya los ojos sobre tí. Yo te lo ruego: no vuelvas á empezar.

—De fijo que si me atrapan no me soltarán y tendré que renunciar por algún tiempo á lo prohibido: pero estar en el bosque y no cazar, es muy duro. A veces pienso que si cambiara de aires cambiaría de género de vida y hasta me viene un propósito halagador. Voy á rumiarlo bien y luego te lo diré y pienso quedarás contenta de mí.

—¡Que Dios te oiga, Marcial! Pero la Buena ha estado trabajando toda la noche y debe tener hambre. Vamos hacer que almuerce.

Se desayunaron alegremente con jamón, tortilla y vino, y á poco el Chino se despidió y salió por el jardín. Germana lo siguió con la vista hasta que desapareció en el bosque y luego fué á la iglesia y terminada la misa, se arrodilló temblando junto al confesionario y se acusó de su mentira.

La aventura del Chino ocultándose en la casa de la Vincart, permaneció secreta y sirvió á Germana para alimentar el culto de sus recuerdos durante semanas enteras.

Las palabras enigmáticas que le había dicho sobre sus ideas de cambiar de aires la inquietaban, y ansiaba que llegara el día de la prometida explicación.

No esperó mucho tiempo. Un domingo se presentó Marcial en su casa después de la misa mayor, muy vestido de limpio y muy alegre, con su bigote oscuro empezando á nacer sobre el labio sonriente, sus cabellos castaños naturalmente rizados, sus ojos traviesos y sus mejillas frescas. Al lado de este mocetón despabilado y de apostura resuelta, la jorobadita aparecia más fea y delicada que de costumbre.

—Buenos días, Germana. Quisiera decirte algo.

Muy conmovida lo llevó al jardín y cuando se sentaron bajo el bosquecillo de avellanos, dijo Marcial:

—La última vez que nos vimos, te conté que rumiaba un plan y te prometí que lo sabrías la primera. Pues bien: hace ya tiempo, mi situación es insostenible, los gendarmes me miran de través y los guarda-bosques no me perdonan el caso del cervatillo, y no puedo dar un paso sin ver á

unos y otros sobre mis huellas. En consecuencia, he pensado que dentro de dos años me llegará mi tiempo de servir á la patria; que tarde o temprano tengo que tomar el fusil; y que puesto que ello ha de ser, más vale que sea ahora y no después. Esto me obligará á cambiar de aires; y dentro de tres años regreso á fabricar zuecos.... y en paz. Con estas ideas fuí á Langres y me enganché para el batallón 112° de infantería que está de guarnición en Troyes.... y esto es lo que quería decirte. ¿qué te parece?

La jorobadita permaneció silenciosa y bajó los ojos para que no se viera que estaban húmedos. Esta imprevista resolución la sorprendía y le apretaba el corazón, pero no dejaba de comprender que era razonable; y violentándose para no romper á llorar, respondió con dulzura:

—Eres un bravo chico, Marcial, y has pensado bien. Tres años es un tiempo largo, pero al fin pasará. Solamente que....¿y si no vuelves más?

—No hay cuidado; amo mis bosques más que los cuarteles. No tengo ganas de verme en la cárcel, y en estos momentos ya esa lumbre me llega donde quema; pero en tres años ya habrá corrido agua bajo el puente; Jacquot y Girardot tendrán su remplazo y me habrá olvidado todo el mundo.

—No todos, Marcial: No faltará quien piense en tí y te tenga presente en sus plegarias. ¿Cuándo te vas?

—El sábado deberé llegar á Langres, pero no partiré sin decirte adios.

—No, replicó ella tímidamente; es preciso que no vuelvas por aquí; los Boucheseiche te han visto hoy y si regresas, ya tendrán de qué murmurar. Más vale que nos veamos en otra parte. El sábado iré tempranito á la Capilla de Santa Clara y allí podremos conversar tranquilamente.

—Como te parezca, dijo el Chino, y dió por terminada su visita.

El sábado al amanecer, Germana se dirigió al sitio en que las ruinas de la Capilla de Santa Clara limitaban el bosque de Montavoir. La mañana era fresca y brumosa; pero detrás de la niebla, muy altas, en el cielo, se distinguían transparencias azules. Cuando la joven alcanzó la cima de la colina, los vapores se desgarraban ya y dejaban pasar largas ráfagas de sol sobre el arbolado.

Germana se sentó en una piedra. A causa de la frescura matinal se envolvió en una capa cuyos pliegues le disimulaban la joroba; su carita pálida y expresiva se destacaba sobre lo negro de su traje, y las clemátides silvestres y los tilos formaban en torno suyo una especie de nicho verde.

En medio de las ruinas, entre la penumbra vaporosa, Germana tenía el místico y vago aspecto de la Santa aparecida allí en otro tiempo. Al rededor, las brisas de Otoño hacían caer las hojas muertas..

De pronto, el corazón de la niña latió fuertemente. Marcial acababa de desembocar en un sendero, y cortando el camino de Vivey se dirigió á Santa Clara. Durante un momento desapareció en los repliegues de la vertiente, pero luego se le vió emerger de nuevo y avanzar alegremente en un claro de sol. Algunos segundos después estaba al lado de su amiga.

—Buenos días, Germana, dijo: aquí estoy ya listo y equipado para el viaje. No voy muy elegante que digamos, pero como el gobierno me va á dar ropa nueva, dejé lo mejorcito en casa para los chicos.

—Pobre Marcial! exclamó Germana aproximándose. ¡Qué dura te va á parecer al principio la vida de cuartel, lejos de tu país y de los tuyos!

—No digo que no: algo me ha de impresionar verme en la cuadra; pero á todo se acostumbra uno y hasta pienso que me va á ser grata la vida militar.

—Y si vas á la guerra? suspiró ella....,

Al mismo tiempo sus labios se crisparon dolorosamente, y sus ojos empezaron á parpadear con rapidez.

—Bah! No tendré mucho embarazo para servirme del fusil. La guerra es una cacería como cualquiera otra; y ya que por cazador estoy asi..

Luego añadió conmovido:

—Cuando esté yo allá abajo, Germana, te recomiendo á la madre Seurrot y á los chiquillos. Tú les has sido muy benéfica; y si me voy seguro de que no les dejarás perecer, me habituaré mejor á mi oficio de soldado.

—Ve tranquilo, pues nada les faltará.

—Gracias: tu eres muy buena; y aunque nada

valgo, siempre has sido una gran amiga para conmigo.

—Si, contestó la niña con voz insegura: mi amistad comenzó aquí mismo cuando me defendiste contra la crueldad de los Boucheseiche y de Clarisa, y por eso quise venir á despedirme cerca de esta capilla donde por primera vez me demostraste tu afecto ......Oye, Marcial.... Prométeme una cosa....

Y sacó con mano trémula de su seno una medallita de plata pendiente de un cordón de seda.

—Mira, dijo, esta medalla fué bendita en Fourviéres....Prométeme llevarla siempre al cuello.

Si eso puede serte grato, lo haré.

Y tomó el regalo de la niña y lo hizo saltar sobre su mano.

—Será gracioso deveras un soldado con su medallita en el pecho!.... No importa: te juro no dejar nunca de llevarla.

Después agregó con tristeza.

—Ahora Germana, mira el sol que ya sale y tengo aun seis leguas delante de mí. Adios...... ¿quieres que te dé yo un beso?

—Si, Marcial.

Y le presentó sus mejillas teñidas de castísimo rubor.

Marcial le tomó las dos manos; posó sus labios sobre la carita ardiente de la pobre criatura que temblaba, y luego dijo tomando su bastón:

—Adiós, Germana, esto me augura dichas para el porvenir.

Giró luego vivamente sobre sus talones y se precipitó por el sendero que baja al valle.

Germana tendiendo el cuello y con ojos anhelantes acechaba el momento en que debía aparecer el Chino bajo la colina. Se le vió después atravesar el puente de Vivey, y entrar al fín en el camino de Langres. Esperaba aún que Marcial se volvería para enviarle una última señal de despedida, pero no pasó así y la silueta del joven se desvaneció entre la sombra de los árboles.

Entonces Germana se dejó caer sobre los escombros de la capilla y se envolvió toda trémula entre los pliegues de su capa. Le pareció que de improviso el sol se había velado y que una densa bruma cubría los campos......Ay! el sol brillaba claro y bello como nunca, y eran las lágrimas de la niña las que ponían una niebla desolada entre ella y la selva empurpurada por el Otoño.

SEGUNDA PARTE

I

Hacía ya más de dos años que Marcial había partido y Germana entraba entonces en los diez y nueve de su edad. Aunque su talle no se había casi desarrollado, el paso de la adolescencia á la juventud se había marcado en ella por notables modificaciones. Los rasgos de su fisonomía tenían un no se qué de firme y decidido; súbitos rubores teñían sus mejillas y daban más animación á su rostro virginal; sus ojos de pupilas negras que hasta hacia poco se iluminaban con cándido asombro, iban perdiendo algo de su inmutable y tranquila limpidéz. Misteriosos arrobamientos les invadían por intervalos, y otras veces ardían en ellos llamaradas como relampagueos sobre el agua soñolienta de un estanque.

Su sensibilidad había aumentado lo mismo que la vivacidad de su imaginación; y aunque vivía en un medio positivista y poco culto, su inteligencia se había refinado. En el dominio de las verdades morales y del ideal religioso, tenía intuiciones y adivinaciones que maravillaban á su confesor el cura Pechenart.

Pero por metamorfoseada que estuviera su alma de joven, un sentimiento le quedaba inalterable: la afección hacia Marcial Seurrot. Y sin embargo: esta afección se alimentaba en si misma, porque Marcial desde que partió casi no había dado noticias suyas. De tarde en tarde escribía á la madre Seurrot cartas que acababan así: «mis recuerdos á los buenos amigos.» De aquí tomaba Germana su parte, y esta frase banal le bastaba para encantarla con el miraje de dulces esperanzas.

Por otra parte, aunque Marcial hablara poco, á ella todo le hablaba de Marcial. Y hasta á las menores palabras de su despedida junto á la capilla, les daba una tierna significación una amistosa dulzura que acaso no tuvieron al ser pronunciadas. El espíritu soñador de Germana acabó por atribuir el Chino una solicitud y afectuosas intenciones por lo menos exageradas.

Ella lo poetisaba á distancia, y la selva con sus embriagueces primaverales, ó sus melancolías de invierno, la mantenía en esta deliciosa ilusión.

Esta joven de cuerpo enfermizo y alma ardiente era admiradora y entusiasta; acaso su defecto avivaba en ella el sentimiento de la belleza y la harmonía de las cosas. En esta criatura tan delicada que parecía inmaterial, una sensualidad mística se desarrollaba inocentemente. Sentía éxtasis ante las florescencias de la selva y con infinita delectación acariciaba los tallos nacientes; y cuando bajo la nieve marchaba entre los troncos grises de los árboles, como entre las columnas de un templo, se penetraba de tan exaltado fervor que alarmaba á la madre Aubriot.

En la iglesia la encantaban las ceremonias ostentosas del culto: cuando había funciones solemnes y encabezaba á la congregración del Rosario, gozaba de un modo indecible.

Así pues, tanto las maravillas de la religión como los encantos del campo la exaltaban; y su alma pura abierta á todas las admiraciones, no establecía diferencias entre las fiestas del templo y las de las selva; y con un candor perfecto asociaba sin escrúpulos á estas emociones religiosas el recuerdo de Marcial.

Gracias pues á esta actividad mental, encontraba menos lento el transcurso del plazo que faltaba para que el Chino cumpliera su servicio.

A pesar de todo, el tiempo corria.... De vez en cuando las campanas de la iglesia repicaban por unas bodas, y Germana veía á sus hermanas de Congregación irse casando de una en una, con esta sola excepción: Clarisa. Pero su celibato no tenía nada de edificante; su reputación era detestable y las gentes honradas la señalaban con el dedo. Las demás ya tenían marido y algunas iban á misa con el heredero en los brazos.

Germana las envidiaba, y una espina de pena le entraba en el corazón. Cuando asistía á una boda su soledad le parecía más triste, y con mirada melancólica contemplaba á los desposados pensando que también ella sería feliz apoyándose en el brazo de un marido ú oyendo en su casa, ahora tan vacía y silenciosa, los gritos de un chiquitín.

Entonces se angustiaba con el tormento de esta duda: ¿Volvería Marcial? ¿Y si volvía, se acordaría de ella? Su confianza en el porvenir disminuía y le entraban temores de morir soltera.

Sin embargo, se le había presentado un partido. Una tarde que tomaba el fresco en su jardín, Cadet Boucheseiche saltó la barda divisoria y llevando aparte á su sobrina le preguntó sin preámbulos si no había pensado en casarse. Germana presintiendo algún incidente desagradable, se puso en guardia.

—¿Por qué lo pregunta usted, tío?

—Pues por saberlo.... Ya estás en edad de establecerte, y si acaso algún pretendiente me consulta sobre tus intenciones, quisiera yo saber que contestarle.

—Pues bien, tío: si le preguntan á usted sobre eso, responderá que no pienso en casarme.

Y sin más ceremonia le volvió la espalda y entró en su habitación.

Por supuesto que Boucheseiche no se dió por derrotado; y suponiendo que la madre Aubriot tendría influencia sobre la muchacha, resolvió dirigirse á ella é inclinarla en su favor.

Una mañana estuvo aguardando el paso de la Buena y con voz confidencial le suplicó se sirviese concederle un rato de conversación.

—¿Qué me quiere usted? preguntó bruscamente la Buena Mujer, á quien el tono acaramelado del sacristán había puesto en desconfianza. ¿La señora de Boucheseiche está para tener otro niño?

—Oh! eso no sería de desear.... La Buena siempre con sus chanzas.... con sus amables y alegres chanzas! Hablemos en serio: se trata de nuestro borgoñés. Ya corre Vicente para sus veinte y dos años; entró en el sorteo y su servicio ha sido aplazado; si lo caso, ya podemos dormir tranquilos.

—Seguramente ¿y cuenta usted conmigo para buscarle mujer?

—Tal vez, porque usted es una persona muy discreta y puede ser gran apoyo para Vicente cerca de la persona en quien hemos pensado y que está muy ligada con usted.

—Oh sí! dijo irónicamente la Buena. ¿Y quién es esa persona tan ligada conmigo?

—Germana, mi sobrina.

—Germana! ¿Quiere usted casar á Germana con su hijo?

La indignación de la Buena irritó al sacristán.

—Es inútil gritar como una gallina que ha visto al gavilán, gruñó Boucheseiche. Mi Vicente es un guapo mozo, tiene un oficio, nuestras tierras colindan con las de Germana y el matrimonio sería conveniente bajo todos puntos de vista.

—Si no he comprendido mal, lo que usted quiere es casar las tierras de Germana con las de usted. En cuanto á saber si los jóvenes se agradan, es lo de menos. ¿O va usted á sostenerme que su borgoñés está enamorado de la chica?

—Vicente sería un buen marido, y Germana no lo puede querer mejor.

—¿Eso piensa usted? Pues bueno: si usted cuenta conmigo para arreglar esa boda, ya habrá tiempo de morderse un codo, mi pobre amigo. Germana es mucha miel para esa boca.

—Se diría que es una princesa! Con su talle como lo tiene ¡ya habrá tiempo de encontrar marido!

—¡Déjela usted! Así y todo vale mucho más que Vicente, grosero como la lija y bruto como la piedra.

—Basta! dijo Boucheseiche jadeante y ahogado por la cólera. Es usted una insolente: he ahí lo que es usted. En cuanto á mi sobrina, ya veré al señor Cura para que le haga entrar en razón.

En efecto, esa misma tarde fué al curato y encontró al abad Péchenart refrescando las avenidas de su jardín y leyendo el breviario para descansar.

El sacerdote seco, alto, un poco inclinado aunque no contaba más de cincuenta años, tenía cara de pocos amigos. Sus dos ojos oscuros, relucían en una cara pálida señalada por las viruelas.

—Que hay, Boucheseiche? preguntó con el tono de quien no gusta de ser interrumpido en sus meditaciones.

El sacristán que conocía las maneras de su pastor, no se desconcertó y expuso con acento meloso el objeto de su visita. Desde que hizo alusión al proyecto de unión entre su primogénito y Germana, una sonrisa de piedad contrajo los labios finos del cura Péchenart.

—Qué me cuenta usted! interrumpió. No es Germana la mujer que conviene á su hijo de usted.

—¿Y por qué, Señor Cura? Desde el momento en que se presta á aceptarla tal como es....

—Tontería! Yo no ayudaré á unión tan deplorable.

—Sin embargo....si Germana....

—Germana no se casará. La Providencia la guarda para otros destinos. Ni una palabra más. Basta! Váyase usted, añadió con un tono imperioso que no admitía réplica.

Y Cadet Boucheseiche, desairado por la segunda vez se alejó contristado, en tanto que el Cura inclinado sobre su breviario, volvía á recorrer las avenidas de su jardín.

A pesar de los esfuerzos que hacía para concentrar su atención sobre el texto sagrado, el Cura Péchenart permanecía distraído y no podía dejar de pensar en la solicitud del sacristán. Mientras más lo reflexionaba, más necesario le parecía tratar del asunto con Germana, y decidió que al día siguiente se entendería con ella. Ese día, sábado, la jóven debería, como de costumbre, ir á la iglesia para el aseo y compostura del altar de la Virgen. Cuando el Cura terminó la misa, se dirigió á la capilla del Rosario y allí encontró á Germana como lo había esperado.

Cuando la joven vio al sacerdote dirigirse á donde ella estaba, presintió que la iba á hablar de los propósitos de Cadet Boucheseiche, sobre los cuales ya la Buena le había hecho confidencias, y se puso intensamente pálida. Como agitada por un soplo misterioso tembló en su mano la rama de flores artificiales que iba á poner en el altar.

—Germana! murmuró el padre.

—Señor Cura....

—Deja un momento el trabajo: tengo que conversarte.

Ella obedeció y le siguió á la sacristía que atravesaron, pasando al jardín del curato. Mientras caminaban el cura contemplaba silencioso á la niña; y viéndola pálida y conmovida, se compadeció.

—Hija mía, le dijo dulcemente. Ayer vino Boucheseiche á hablar conmigo.

De pálida que estaba Germana se tornó lívida, y sus miradas expresaban la mayor ansiedad.

—Señor Cura, dijo. Ya sé con qué intenciones vino y no comprendo porque me persigue así....

—Te ha comunicado pues, sus proyectos? Buena prisa tenía. Por tu aspecto adivino tu contestación.

—No lo quise oir hasta el fin, y le volví las espaldas.

—Como te lo presumías, tu negativa me valió su visita. Me pidió que interpusiera mi autoridad pastoral para decidirte al casamiento.

—¡Señor Cura: no se ponga usted de su parte, se lo suplico!

—No tengas cuidado. Lejos de alentarlo le dije que renuncie á su proyecto.

—Gracias, gracias, señor!

—Obré así por dos razones: primero, porque supongo que los Boucheseiche al desear esta unión lo hacen no por cariño á tí sino por un impulso de feos cálculos de interés: luego, porque no creo que tengas vocación para el matrimonio.

Germana que se había sentido como aliviada de un gran peso, sintió nuevos cuidados y temores al oír esas últimas palabras; y el sacerdote que tenía fijas en ella sus miradas penetrantes leyó en su cara una vaga decepción y dijo descorazonado y con acento duro:

—¿Me habré tal vez equivocado?

—Dios mío! Señor Cura, yo no sé: nunca me he puesto á pensar en eso.

—Pues es fuerza pensarlo, insistió el cura con un acento autoritario...... Escúchame: Ya no eres una chiquilla y se puede razonar contigo. Debes, según la expresión de la Santa Escritura, sondear tu corazón á fin de descubrir con la ayuda de Dios, cuál sea la resolución que has de tomar. Yo soy tu director espiritual y tengo obligación de guiarte en este exámen. Pues bien, hija mia, el estado delicado de tu salud no te hace apta para el cumplimiento de los deberes del matrimonio. Para hablar más claro, tu vocación no está por allí.

Germana lo escuchaba con una medrosa estupefacción, y sus grandes ojos levantados al cielo parecían buscar el fin á que la llamaba su vocación.

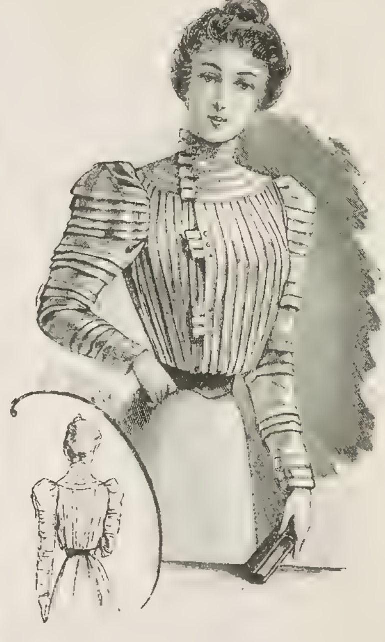
—Sí, continuó el sacerdote, la Providencia tiene miras más altas con respecto á tí. Yo te vengo estudiando desde tus más tiernos años; educada por una madre piadosa has tenido una piadosa infancia y, por una gracia especial, tu fervor no se ha entibiado cuando pasaste de la adolescencia á la juventud, sino que por el contrario se ha reconfortado y crecido á la sombra tutelar de nuestros santos tabernáculos. El Señor ha querido demostrar así de un modo palpable el camino hácia el cual se digna conducirte. Estás llamada por El, y no es por consiguiente con los lazos de un matrimonio profano como podrás cumplir la misión que te ha reservado, de renunciar á las alegrías deprimentes de los afectos carnales, convirtiéndote en una casta y pura esposa de Jesucristo.

El cura Péchenard estaba hablando con una emoción que no le era habitual; y arrebatada por esta palabra, á la vez insinuante y vigorosa, Germana sufría apesar suyo el poder de aquella autoridad é inclinaba dulcemente la cabeza.

(Continuará.)

PAGINAS DE LA MODA

TOILETTE ELEGANTE



BLUSA PARA SEÑORITA

TRAJE MARINERO PARA NIÑAS.

Esta blusita es de género escocés, el cuello es ancho y volteado. El peto es de género rayado y lleva el cuello parado. La parte inferior del cuello es ancho y va adornado con un moño de listón.

En cada lado de la blusa lleva una tira de género blanco, y cada una de éstas está adornada con cuatro patitas atravesadas con un botón en cada punta de éstas.

El cinturón es de listón ancho y lleva un moño á un lado

La manga es angosta, solo está adornada con un puño angosto del mismo género igual al del cuello.

TRAJE MARINERO PARA NIÑA

NOTAS PARA LAS DAMAS

LILAS EN INVIERNO.

Procedimientos: En el paraje mejor alumbrado de una cámara bien caliente, colóquese un vaso lleno de agua. Unas ramas de lilas cortadas muy oblicuamente con una longitud de 50 á 60 centímetros, se ponen en ese recipiente. Todas las semanas se renueva el agua, teniendo cuidado de servirse de preferencia de agua un poco tibia, con la cual se riega además las ramas. Manténgase esas ramas en su posición natural hasta donde es posible.

Cuanto más caliente está la atmósfera de la pieza y saturada de humedad, más rápida será la floración que. generalmente tendrá lugar despues de tres ó cuatro semanas

GALLINAS QUE PIERDEN SUS PLUMAS

A causa del invierno. las gallinas son susceptibles de perder sus plumas. Esto depende de la nutrición forzosamente mala que reciben durante la mala estacion.

Un periódico aconseja para oponerle á esas pérdidas de plumas, darles á los volátiles si se les mantiene encerrados, nabo cortado en finas partículas y en cantidad.

Es bueno hacer ingerir tambien á las gallinas un poco de aceite de recina.

NUESTROS GRABADOS

TOILETTE ELEGANTE.

El paletot es entallado en la parte de atrás. En la parte delantera está abierto y lleva un peto de surah fruncido.

El cuello es médicis y muy alto. La manga es angosta y en la parte superior lleva ocho vueltas de alforzas anchas.

La falda está adornada en la parte inferior con tres vueltas de nutria.

BLUSA PARA SEÑORITA.

Esta blusa es de género claro, y es hecha toda de alforzas anchas. La berta está adornada por un gabeado de hilo.

La manga también es hecha de alforzas y en la parte inferior tiene un puño ancho que voltea para encima y está adornada con el mismo gabeado de la Berta.

El cinturón es de listón negro.

SOMBRERO RARA SEÑORITA.

Este sombrero es muy sencillo y al rededor está adornado con gasa boulloné. En la parte delantera tiene un moño de listón angosto, figurando papillón, y una hebilla de avalorio en el centro.

Atrás tiene dos plumas grandes.

TOCA PARA JÓVENES.

Esta toca está adornada toda al rededor con gasa de color Sobre el lado izquierdo lleva un penacho de plumas, y sobre el derecho otro penacho, que viene á caer sobre el peinado.

En la parte delantera levanta un poco.

TOILETTE PARA CONCIERTO.

La blusa está toda cubierta con un encaje de abalorios figurando bolero.

El cuello es alto y á la orilla lleva un olán de muselina de seda.

La manga es angosta y también va adornada toda con encajes de avalorio.

La falda es toda tableada de arriba abajo, y va adornada con tres vueltas de abalorios.

SOMBRERO PARA SEÑORITA TOCA PARA JÓVENES

TRAJE ESTILO SASTRE.

Este paletot está entallado en la parte de atrás, por delante va abierto. lleva tres solapas en la parte inferior y tiene tres botones en cada lado.

El chaleco está todo adornade con pasamanería.

La manga es angosta en la parte inferior, en la superior algo ancha.

TRAJE DE CASA PARA SEÑORA JOVEN.

Este traje de casa es elegante y sencillo, pues la berta es hecha de alforzas. En la parte inferior lleva un olán del mismo género adornado con un encaje ancho á la orilla.

El cuello es alto y lleva un olán de encaje que cae en rushe hasta el talle.

La manga es angosta, y en la parte inferior lleva un encaje.

TOILETTE PARA CONCIERTO

TRAJE ESTILO SASTRE

ULTIMOS MODELOS DE SOMBREROS PARA PRIMAVERA

BLUSA PALETOT.

Esta blusa paletot, está toda adornada con cadenilla de máquina y en el lado derecho tiene tres botones grandes. Las solapas son anchas y cuadradas

El cuello es Médicis, y la corbata de gaza, formando una rushe.

El cinturón es de listón otomán. El delantero de la blusa cae sobre el cinturón figurando blusa marinera.

VESTIDO DE FOULARD.

Esta blusa de Foulard es sencilla y elegante.

En la parte superior lleva dos olanes tableados del mismo género y están sujetados por un entredos de Guipure. Sobre el lado izquierdo y en el primer olán lleva un moño de listón.

El cuello es alto y en la parte de atrás va adornado con un olán tableado figurando cuello Médicis

El cinturón es de listón de moiré y sobre el lado izquierdo lleva una roseta de este mismo listón.

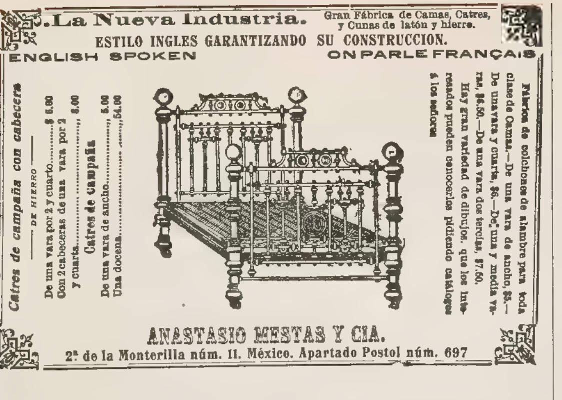
La manga es angosta, va enteramente plegada y en la parte inferior tiene un olán tableado llevando un entredos de Guipure.

La falda está toda adornada con los entredoses de que hablamos más arriba.

TRAJE DE CASA PARA SEÑORA JOVEN

BLUSA DE PALETOT

VESTIDO DE FOULANR



-THE MEXICAN COLUMBIA-

PHONOGRAPH Co.

Fonógrafos, Grafófonos y toda clase de útiles para los mismos.

El poseedor de un aparato de esta especie dispone en su propia casa de banda, orquesta, cantante, orador; en fin, puede él mismo tomar piezas de música ejecutadas en cualquier instrumento musical, ó bien cantados, trozos de oratoria voces queridas, etc

Tubos en limpio, listos para grabarse

$4.00 DOCENA

HERNANDEZ HERMANOS, Gante 12 D. F

-PIDANSE-

Catálogos Ilustrados

CABAL SALUD

Pueden alcanzarla todos aquellos que siguen el ejemplo de la Sra. Lizzie W. De Veau, del 262 15th St., Brooklyn, Nueva York, E. U. A.

"Por años, en todas las primaveras he padecido de dolores de cabeza inaguantables, acompañados de falta de actividad; de modo que la estación que anhelaba ver llegar era por mi temida, porque á medida que se presentaba el tiempo caliente y agradable sentía el cansancio y el dolor.

El boticario de quien me servía hablame conocido desde la niñez y hubo de aconsejarme que tomara en la primavera la Zarzaparrilla del Dr. Ayer. Así lo hice y desde que la probé no he experimentado ningún síntoma de dolor de cabeza; mi apetito es excelente y atiendo á todos mis quehaceres diarios con tal contentamiento y energía que me sorprenden."

La Zarzaparrilla del Dr. AYER

HA CURADO Á OTROS Y LE CURARÁ Á USTED

[SAINT GERMAIN]

No hay remedio tan agradable, tan seguro tan pronto.

Con su uso desaparece la anemia, raquitismo, parálisis ó senilidad. El Vino de SAN GERMAN destruye todas estas enfermedades que provienen de una debilidad parcial ó general del organismo. De todos los medicamentos es el único para curar rápidamente las enfermedades de la médula espinal, la extenuación y las enfermedades contagiosas, único que rejuvenece y prolonga la vida dando á la sangre fuerza nueva y nueva riqueza.

"Habiendo experimentado en algunos enfermos el **Vino de San German**, lo recomiendo como un buen tónico y reconstituyente."

DR. RAFAEL LAVISTA

Subdirector y Profesor de Clínica Externa en la Escuela N. de Medicina de México

De venta en todas las DROGUERIAS y BOTICAS.

Un Remedio Externo é Interno.

PERRY DAVIS PAIN KILLER

(MATA-DOLOR.)

PAIN KILLER es un Remedio Seguro para las CALENTURAS, FIEBRES, COLICOS, DISENTERIAS, CALAMBRES, COLERA y todas las enfermedades de los intestinos.

PAIN-KILLER es sin duda el MEJOR LINIMENTO FABRICADO. Dará pronto y permanente alivio en todas clases de CONTUSIONES, CORTADURAS, QUEMADURAS, etc

De venta en todas las Droguerias y Boticas.

EXCESO de CABELLO

Las mujeres que sufren á consecuencia de tener demasiado cabello en la cara, se alegrarán mucho al saber que recientemente se ha descubierto un tratamiento que para siempre destruye la crecida de tales cabellos, sin dolor ni causar algún daño al cutis. Esto lo garantizamos nosotros. No es una preparación para quemar el cabello, sino que lo mata por absorción, es un procedimiento enteramente nuevo. Enviaremos un completo tratamiento por correo y en cajas muy bien arregladas recibiendo seis pesos oro, los que remitirán por órdenes postales ó por cartas certificadas

The Monogram Co. No. 107 Pearl Str. NEW YORK

Los principales Dentistas y Peritos piden un LÍQUIDO (que destruya los gérmenes entre los dientes y en la boca) y unos POLVOS (que limpien el esmalte de los dientes) que *Usados juntamente* preserven propiamente la dentadura. He aquí pues el

Sozodonte que es el único dentrífico perfecto, pues que cada caja contiene Líquido Antiséptico y Polvos. Uno de los mas antiguos de América.

La notable Actriz

Madame BERNHARDT dice:—

"Estimo su SOZODONTÉ como el dentrífico mas delicioso é indispensable para el cuidado de la dentadura y el único de reputacion internacional."

Vendido por los Drogueros, Perfumistas y Farmacéuticos de todas partes.

Pedid por carjeta postal "Dentisteria Popular," un libro que dice la manera de cuidar la dentadura. HALL & RUCKEL, New York, EE. UU.

EL MUNDO.

TOMO I. MEXICO, MAYO [illegible] DE 1896. NUMERO 21.

Una cabeza artística.--Cuadro de Benjamin Constant.

LA SEMANA.

SUMARIO.—Heroismo filial.—Los dramas de México.—Huérfana.—Su historia—Sus dolores.—Sus verdugos.—Desenlace práctico.—Suicidio frustrado.—La morfina.—Placeres que matan.—La muerte de Gladstone.—Sus virtudes y su talento.—Lo que pierde Inglaterra.

Los Ponson du Terrail, los Enrique Pérez Escriche, los Paul Feval del país, pueden empezar á tajar sus plumas y á vaciar en el papel las innumerables aventuras de una huérfana sin padre ni madre, secuestrada, perseguida, arruinada, torturada por los autores de sus días, aventuras que nos han ocupado ya en nuestra edición matutina y cuyo desenlace se espera con la consiguiente ansiedad.

Huérfana de un rico capitalista español radicado en la metrópoli, vino la desdichada á manos de una parienta, la señora X, quien la confinó en un convento so pretexto de educación. Poco inclinada á la vida monástica, como lo probarán más tarde los hechos, la huérfana llora, sufre, sacude desolada las rejas del claustro como si quisiera desarraigarlas, sin que una voz responda á sus lamentos, ni un eco á sus quejas, sin que una lágrima acompañe á sus lágrimas, sin que una alma compasiva venga á impartir consuelo á sus dolores. Logra al fin, á fuerza de ruegos, conmover á la señora X ó hacer variar el rumbo á sus proyectos y sale del convento para venir á caer en una nueva celada. La señora X la invita á venir á Puerto Rico á presenciar el bombardeo, y se embarcan.... para Veracruz. Sospechas y desconfianzas de la víctima, subterfugios y ardides de la señora X. De repente, zas! le presentan á un desconocido que la señora dice ser su esposo y que servirá de padre, ya veremos cómo, á la infeliz desterrada. Llegados á México, comenzaron para la niña los malos tratos, los amagos, los golpes; el padre adoptivo no se separaba del cuchillo de trinchar, para tener en respeto á la niña.

Esta, qué había de hacer! cuando se sufre y se llora sin consuelo, cuando se vive bajo extraño cielo alejada de las risueñas y floridas campiñas y de los valles amenos de la madre patria, cuando se es joven y huérfana no queda más que un refugio, una esperanza, un consuelo: el amor.... Y amó, amó como aman las mujeres de su raza y de su suelo, con ardor intenso, con inmaculada pureza, con la irrevocable decisión de no amar más que una sola vez y eternamente.

Redoblan entonces los presuntos verdugos las torturas y sufrimientos de la joven; y la vida ya dura y penosa que llevaba, se hizo completamente intolerable. Aquí se precipitan los acontecimientos: la joven desesperada huye del hogar paterno (?) y se refugia en casa de una familia amiga. Los supuestos padres acusan de rapto al novio; el Juez ordena su aprehensión; los enamorados piden amparo, y el Juez de Distrito en turno manda suspender el auto reclamado. El padre putativo, furioso, acomete un día cuchillo en mano contra el novio; se interpone la novia, la golpea el ogro, y en última instancia la huérfana presenta acusación contra sus fingidos padres ante el tribunal correccional, que tramita ya el asunto y dicta los autos conducentes.

Pero aún suponiendo falso el hecho concreto á que nos venimos refiriendo, es inconcuso que todavía, en el seno de la civilización más refinada, en pleno reinado del derecho y de la justicia, existen aún víctimas de la especie indicada; huérfanas oprimidas por sus madrastras, maridos *victimizados* por sus suegras, niños torturados por sus mayores en edad, sirvientes esclavizados por sus amos. ¿De quién es la culpa? Descartando á los niños, inconscientes é ignorantes por gracia de estado, nos parece que la mitad, por lo menos, de esos males dependen de la ignorancia de las víctimas y la otra mitad de su falta de energía.

Sólo ignorando que hay justicia, tribunales, autoridades públicas protectoras del oprimido; sólo careciendo de valor y de entereza se concibe que haya quien, como la huérfana del cuento, si la hay, sufra vejámenes, se deje imponer yugos, infligir tormentos sin protestar, sin clamar y sin poner de su parte á la fuerza pública que está llamada á suplir las deficiencias de la energía privada.

* * *

¿Hay ó no hay canevá para un drama? ¿Se puede ó no se puede bordar sobre él una novela sentimental, accidentada, patética? ¡Lástima grande que los tiempos legendarios hayan pasado para no volver más! ¡Cómo hubiéramos querido ver á Orlando, á lomo de un Pegaso acudir lanza en ristre y visera calada á librar de sus cadenas á la nueva Angélica! ¡Qué brillante oportunidad para que un paladín, un caballero novel con armas blancas y cimera flotante, viniera á matar á los monstruos carceleros de la ideal prisionera! Pero, nada! en los tiempos que corren, á ese género de epopeyas se les llama litigios y querellas; ya no se dirimen en campo abierto y en singular combate; los paladines se arman tan solo de timbres y de papel de oficio, se flanquean, no de un escudero que los asista en el combate, sino de un agente de negocios que los asesore en el procedimiento, y los testigos son simples testigos de asistencia. Hoy se acude al gendarme, quien por cordillera lleva el hecho y á los quejosos á la Comisaría respectiva, se consigna el caso al Agente del Ministerio Público, se *turna* á un juez, quien, tarde ó temprano, acaba por fallar entre un matorral de *considerandos* y de *resultandos*.

No sabemos nada de cierto respecto al suceso, hemos calificado *á priori* de monstruos á los padres y de víctima á la joven, sin prejuzgar la cuestión y por conformarnos á la tradición. Vaya usted á averiguar si no resultarán invertidos los términos del problema y alterados los datos fundamentales. Nosotros ni quitamos ni ponemos rey, nos lavamos las manos, y esperamos tranquilos el fallo del Tribunal. Para enristrar pluma en favor de la víctima, si lo es, nos basta saber que es mujer, que es joven y que es bella; con esas grandes virtudes se conquista todas nuestras simpatías.

* * *

Más punzante y doloroso es el drama que estuvo á punto de desenlazarse días pasados entre los trucs y los rieles del ferrocarril del Valle. Una señora, joven aún, enlutada y acompañada de una niña, su hija, pretendió arrojarse bajo las ruedas de un tren en marcha. La niña, heroica, con la incalculable fortaleza que emana de las grandes pasiones, olvidando su propio peligro, se interpone, forcejea, pide á gritos y bañada en lágrimas socorro, y logra impedir la realización del siniestro intento.

¿Qué dolor profundo, qué desesperación ciega qué desengaño irremediable, que pasión burlada impelían á esa madre á darse la muerte en presencia de su propia hija, á riesgo de matarla también de dolor? ¿La miseria? ¿la viudez inconsolable? ¿el amor sin esperanza? ¿la enfermedad incurable que roe las entrañas y atenacea las carnes, sin esperanza de curación ó alivio? No; la morfina! Qué cara se paga la conquista efímera de esos paraisos artificiales que duran un minuto para convertirse eternamente en un infierno! El primer día que por la imperceptible picadura se infiltra en las venas el tósigo, un sopor delicioso, una languidéz infinita invaden el organismo. El cuerpo parece flotar en el espacio sin límites y huír de la tierra hacia horizontes más amplios y más bellos.

El espíritu, envuelto en nubes, vaga en el espacio, recorre órbitas inmensas, visita países desconocidos y lejanos; giran en rededor las ilusiones, toman cuerpo y realidad las esperanzas; ante la vista se desenvuelven lineamientos vagos y harmoniosos, formas esbeltas y aereas; cantan las sirenas, sonríen las ninfas, juegan y giran vagamente los efebos; se oyen aletear alas de ángeles, se aspiran perfumes exquisitos......

Más tarde y á medida que la dosis del veneno se acrecienta por inevitable fatalidad, aquel ensueño se convierte en pesadilla, aquella fruición en delirio. Ya no cantan sirenas, aullan monstruos; ya no acarician ninfas, atenacean verdugos; ya no murmura la brisa, ruge la tempestad. A la voluptuosidad sucede el vértigo; visiones pavorosas hacen erizar los cabellos y cubrirse de sudor frío la piel; todo gira en rededor en vertiginoso movimiento; lo siniestro, lo terrorífico, lo macabro oscilan, se mezclan, se confunden produciendo espantosa sensación de angustia; entre las sombras se abren bocas de infierno; se sienten quemaduras en las carnes, amarguras de hiel en la garganta; una nausea seca y convulsiva contrae el vientre y anuda las entrañas; ruidos estridentes desgarran el tímpano. Se quiere huír, y un sopor pesado maniata é inmoviliza; se quiere orar y en la memoria entorpecida no queda huella de una plegaria; se quiere meditar, reflexionar, discernir, y el pensamiento se escapa del cerebro, vago, informe, inconsistente, como se escapa el perfume de una ánfora cascada.

Cuando se vuelve en sí, el terrible dilema se yergue imperioso insoluble. ¿Prescindir? Imposible; la voluntad narcotizada es incapáz de esfuerzo y de empuje; ya no hay valor para emprender, prudencia para obrar, constancia para persistir. Renunciar supone una lucha de todos los momentos, una resistencia obstinada y perseverante, una energía indómita contra el hábito adquirido y contra el vicio arraigado, y faltan las energías para dar cima á tal empresa. Además, establecido el hábito, prescindir de él es tambien una tortura; es el abismo en el estómago, el vacío en el cerebro, el frio en el corazón, la ofuscación en el espíritu, la impotencia en el músculo. Privados de su exitante artificial, los órganos rehusan funcionar, no se come, no se duerme, no se trabaja; un hastío profundo é infinito invade la vida; ya no se ama, ni se odia, ni se aspira, ni se emprende, y no queda más conciencia que la del dolor crónico de ya no poder ni gozar ni sufrir, y la del horror infernal de seguir viviendo cuando en realidad se ha muerto ya.

* * *

A esta altura, se impone el suicidio; el cuerpo, cubierto de úlceras, plagado de abcesos, corroido por repugnantes erupciones, pálido, enflaquecido, inerte, es un harapo; el alma, entenebrecida, estúpida, seca como un bagazo, incapaz de pensar ni de sentir, es un despojo; la vida, árida, esteril, sin flores, sin frutos, sin perfumes y sin oasis, es un erial. No queda más refugio que la muerte, y el morfinómano, como el alcoholico son suicidas de necesidad, ya que se den la muerte con la perseverancia en el vicio, ya que aprovechando un instante de lucidez y de fugitiva energía de la voluntad, destruyan de modo violento una existencia insoportable.

¡Oh! no hay que dejarse tomar ni la punta del cabello por ese engrane que atrae, absorve y destruye la vida entera y toda la felicidad. Los compañeros de Ulises, tapaban sus oídos y se hacían atar á los mástiles para no oir el canto de las sirenas que los atraerían al abismo. Así con el alcohol y la morfina: hay que taparse cuidadosamente ojos y oidos y atarse sólidamente al mástil de la temperancia para no caer en el insondable é incolmable abismo.

* * *

Gladstone ha muerto. La idea liberal, la idea progresista pierden con él un colaborador infatigable, un luchador casi invencible; el derecho, la justicia, la humanidad, un paladín brillante y osado, un adalid invicto. Ayer aún, después de las luchas parlamentarias y políticas en que ya con Cabden hacía sus primeras armas en pró de la libertad del comercio ó ya con el partido liberal avanzado reclamaba el *Home Rule* irlandés, cuando tantos de su temple y de su empuje caian rendidos y extenuados de fatiga, todavía tenía energías para desarraigar encinas en sus bosques ó para medirse cuerpo á cuerpo con un atleta, con Spencer, en memorable polémica filosófica y política.

Era un inglés de piés á cabeza. Inglés por la inteligencia práctica, inglés por la voluntad vigorosa, inglés por la constancia infatigable, inglés por la corrección de sus costumbres privadas, inglés por su adhesión á su patria y á su familia, inglés por su laboriosidad inaudita, inglés por su respetabilidad incólume.

Retirado de la vida política, porque no quiso su país seguirlo en sus ambiciones de emancipación de pueblos que ahí como en todas partes se juzgan siempre prematuras, se retiró á la vida privada, no intrigó, no conspiró; como Cincinato dejó la espada de combate y el bastón de mando, para empuñar el hacha del leñador.

Inglaterra está, y justamente, de duelo. Ella que es un almácigo de hombres de Estado, que ha dado al mundo grandes guerreros, grandes políticos, grandes financieros, sabe estimar en lo mucho que valen un gran talento y una gran voluntad al servicio de una intención honrada y de una virtud acrisolada, y acompañará llorosa los restos del Grand Old man, del Gran Viejo, como le llamaban cariñosa y admirativamente, á su última morada, que es para los hombres eminentes la mansión de la gloria serena é inmortal.

LOPEZ I.

Política General.

RESUMEN.—La muerte de Gladstone.—Su resonancia en el mundo civilizado. La obra del estadista, del apostol y del pensador.—Un discurso alarmante. -Las declaraciones de Mr. Chamberlain. -La alianza anglo-americana.—Su origen.—Su historia.—Condiciones de su posibilidad.—Recelos fundados.—El equilibrio europeo y el equilibrio americano.—Profecías sin fundamento.—Conclusión.

Aunque desde hace tiempo era esperada la muerte del ilustre estadista, que por más de medio siglo ha encarnado el movimiento político de la Gran Bretaña; aunque todos veían con sobresalto esa puesta magnífica del gran sol, que ha brillado con resplandores deslumbrantes en la tribuna parlamentaria, y á cada momento esperaban la infausta nueva que anunciara la muerte de Gladstone, la noticia ha producido un hondo estremecimiento en el pueblo y en el gobierno del Reino Unido, y, transmitida con celeridad asombrosa por esos hilos que unen la gran metrópoli inglesa con todas las poblaciones del mundo, en la gran extensión del poderoso Imperio colonial, ha producido hondo pesar en todas partes, ver como cae en la sombra el formidable atleta, el vigoroso gladiador de la palabra, el sabio hombre de Estado, que lleva tras sí los votos de todos los que anhelan días de libertad para los oprimidos, horas de redención para los esclavos, raudales de luz para los que gimen en la sombra.

William E. Gladstone baja al sepulcro entre las bendiciones del pueblo inglés y las de los liberales de todo el mundo civilizado. Fué un luchador incansable; quiso ser, y lo logró, el porta-estandarte de las ideas más avanzadas en esa admirable constitución política de Inglaterra, y paso á paso, recorriendo lentamente todas las etapas que apartan el escaño humilde del estudiante de Oxford, del dorado sillón en que se sienta el jefe del gobierno del gran Imperio Británico, recorrió todos los espacios, venció todos los obstáculos, se hallanaron en su camino todas las dificultades.

Por raza, por educación, quizá hasta por temperamento, Gladstone era conservador; sus primeras armas en el Parlamento, fueron á favor del antiguo partido *tory;* pero sediento de saber, abierta su inteligencia á los raudales de luz, que suministra el estudio y la experiencia, fué evolucionando poco á poco aquel espíritu escogido y superior, fué dejando hacia atrás el opulento ropaje de los viejos *tories,* desdeñando las galas ostentosas y las brillantes pompas en que había nacido y se había educado, y entró de lleno en las ideas de transformación lenta y gradual; rompió los antigos moldes á que se había acomodado su espíritu, y, águila caudal, se cirnió en espacios purísimos, á donde no pueden ascender sino los génios superiores.

***

Bosquejar en unas breves líneas la vida del Grande *Old man* que acaba de extinguirse en el castillo de Hawarden, sería tarea muy superior. Fuera necesario condensar en breves expresiones toda la historia de Inglaterra en el presente siglo, ó por lo menos hacer el resumen del largo y glorioso reinado de la actual soberana, pues en todas las luchas entre la tradición y la libertad, en todos los combates para efectuar los avances á que ha llegado el Imperio Británico, allí se ha encontrado Gladstone, unas veces acaudillando las oposiciones, otras sosteniendo con admirable energía el programa político de su partido en el ejercicio del poder supremo.

Cuando se piensa y se considera en el *espléndido aislamiento* en que, según la expresión de Lord Salisbury, se ha colocado en estos últimos años la Gran Bretaña; cuando se analiza ese alejamiento, esa separación en que el gobierno conservador se ha puesto, hay que pensar, como algunos políticos ingleses, que falta vigor á las filas liberales, falta el soplo que las animaba, la voz que las enardecía, el espíritu superior que las alentaba; que á la retirada del gran estadista, la carga ha sido pesada, la tarea superior para los jefes de ese partido: ni Rosebery ni Balfour han podido seguir las huellas de su antecesor, y en medio de la tormenta deshecha que se ha desatado contra la política inglesa, en medio de lo que pudieran llamarse fracasos en Armenia y en los Balkanes, en Constantinopla y en Pekín, se echa de menos la presencia de Gladstone, apóstol para los cristianos de Oriente, escudo inquebrantable opuesto contra los avances de Rusia en las conferencias de Berlín, campeón de la manumisión de Creta y de la preponderancia helénica, sobre las tendencias inícuas del Sultán de Turquía.

***

Pero el sol ya declinaba: las fuerzas habían abandonado al atleta, la voz se apagaba en la garganta del orador. el brazo firme que en otro tiempo embrazó la fuerte lanza y la potente adarga, se rendía ya al peso de los años. Tuvo que abandonar el poder en manos de Lord Rosebery y retirarse á su hermita de Hawarden, dedicando sus ocios á estudios teológicos que nunca habían sido extraños á las lucubraciones del pensador. Y la edad avanzaba; el roble gigantesco se doblegaba al peso de los años; la roca enhiesta se veía arrancada de cuajo por el oleaje de la vida; la lámpara de la inteligencia, que fué un faro en las tormentas políticas, se extinguía poco á poco en las soledades de aquel jardín cultivado por las manos del hombre y poetizado por las vigilias últimas del filósofo..... y llegó la muerte, y el hombre se reclinó como en un lecho perfumado para tomar el último descanso. Lo merecía bien, había luchado hasta lo último. Tiene derecho á la inmortalidad.

Para juzgar la obra del estadista y del pensador, aún no es tiempo; todavía no se acallan los gritos de la pasión, las protestas de las rivalidades, las exclamaciones de los que fueron vencidos. Esperemos; pero entre tanto, hay que rendir un tributo á su grandeza, al ver esa ofrenda de lágrimas y de flores que riegan el sepulcro del *Grand Old man.*

***

Inmensa resonancia ha tenido, aquende y allende el Atlántico, el discurso pronunciado últimamente en la ciudad de Birmingham por el H. Joseph Chamberlain, ministro de las Colonias en el gabinete conservador del gobierno británico. Podrá no tomarse como una declaración oficial del gobierno inglés, lo aseverado por uno de los miembros del gabinete; pero es indiscutible que dada la gravedad del asunto, las palabras del ministro tienen que ser pesadas, analizadas y estudiadas profundamente en todos los gabinetes europeos.

Apuntar como aceptable una franca alianza anglo americana, indicar como conveniente la íntima unión de los dos grandes pueblos anglo-sajones: del Gran Imperio Británico que después de las suntuosas fiestas del Jubileo, acaba de apretar los lazos que lo unen á sus colonias, acaba de estrecharse íntimamente con todos sus pueblos extendidos sobre la haz de la tierra y en vigoroso nudo presentarse ante el mundo como la primera potencia marítima, por la unidad de su colosal Imperio, y la gran República norte americana que pretende ser el porta-estandarte de la civilización en el Nuevo Continente: es un punto tan serio, tan delicado, que, aunque no es nuevo, ha alarmado y con razón á las potencias de Europa.

***

Desde el famoso mensaje de Mr. Cleveland dirigido al congreso de los Estados Unidos sobre la cuestión de Venezuela, pendiente con el gobierno inglés, defendiendo y sosteniendo con todo vigor y energía la casi olvidada doctrina del presidente Monroe, las relaciones de los dos pueblos anglo-sajones han sido cada vez más estrechas, se han ido desenvolviendo poco á poco, y lo que entre otros pueblos y otras razas habría podido ser motivo de desavenencias y dificultades, ha servido, por lo contrario, para entablar nuevas y más cordiales inteligencias, y para hablar de la gran misión que tienen que desempeñar esos pueblos en el desarrollo de la civilización universal.

No fué ni pudo ser para los gobiernos, objeto de discusión la doctrina Monroe, por más que aplicada á la cuestión anglo-venezolana, humillaba en cierto modo el orgullo británico, obligándole á someter á arbitraje los que él consideraba derechos inalienables á la posesión de ciertos territorios en las riveras del Orinoco y del Uruán.

Zanjadas las dificultades, desvanecidas las diferencias, calmada la exitación patriótica que en el primer momento hizo explosión entre los dos pueblos y hasta llegó á amenazar con un conflicto armado, se encontró una hermosa coyuntura para celebrar un tratado que se presentaba como modelo ante las naciones civilizadas. En él se prometía que todas las dificultades, todas las diferencias que pudieran surgir entre los dos paises ó entre los dos gobiernos, siempre que no afectaran la dignidad y el honor nacional, fueran sometidas á arbitraje, para alejar por siempre jamás, todo conflicto armado entre pueblos de la misma raza y de los mismos intereses, de idénticas aspiraciones y de iguales tendencias en la marcha del mundo. Aprobado este tratado en Londres, fue desautorizado por el Senado de los Estados Unidos: rivalidades de partido, rencillas de política, acaso el cambio verificado en la marcha general del Gobierno de Washington por las elecciones de 1896 fueron las causas que influyeron para desautorizarla.

***

Pero la idea había sido sembrada, el germen había sido fecundo; en la Gran Bretaña lo mismo que en los Estados Unidos, se habló mucho en la prensa, en la tribuna y hasta en la cátedra sagrada, sobre la perpetua unión que debía reinar entre los dos pueblos; se anunció que al tratado de arbitraje permanente había de seguir el de una alianza efectiva; se pesaron todas las conveniencias, se analizaron todas las ventajas; se llegó á la conclusión de ser aceptable la idea como doctrina, y todos quedaron esperando el momento en que tomara forma viviente.

¿Qué ha hecho Mr. Chamberlain al dar forma retórica en sus declaraciones de Birminghan, qué ha hecho si no cristalizar en un solo pensamiento algo de lo que flota en la opinión pública de su país? No ahora, desde que comenzaron las dificultades europeas en el Extremo Oriente, desde que Alemania puso un pié en territorio chino, tomando posesion del puerto de Kiao-Chao, y Rusia extendió sus dominios al golfo de Petchilí, y Francia pretendió extender su influjo más allá del Tonkin, y el Japón se vió amenazado de perder todos los frutos de sus victorias de 1895, desde entonces, se ha hablado por lo bajo de una alianza tripartita formada por la Gran Bretaña, el Mikado y la República Norte Americana.

Temíase que en la concurrencia de rivalidades y ambiciones sobre el Extremo Oriente, estallara la temida conflagración europea, y por eso se apuntaban esas nuevas coaliciones que hicieran contrapeso á las viejas, claras y evidentes en cuanto á la política interior de Europa, pero distintas y embozadas en cuanto se refiere á las posesiones coloniales.

***

No es, pues, una novedad lo declarado por el ministro británico, y si no fuera por las actuales circunstancias de guerra en que se halla empeñada la república americana, tal vez habrían pasado inadvertidas. Pero se ha hablado tanto últimamente de intervención de las potencias en el conflicto hispano americano, se ha dicho tanto de algo más que un simple apoyo moral prestado por algunas naciones á España, que, al indicar la adhesión de Inglaterra á la política americana, en los momentos en que la presente lucha entra en un periodo verdaderamente activo que casi se acerca á los momentos críticos, sólo de ese modo se comprende por qué se reciben con general alarma las posibilidades de esa alianza anglo-americana.

Ciertamente que la Gran Bretaña, uniéndose de una manera efectiva á los Estados Unidos en la actual guerra, sería un inmenso contrapeso que solo podría equilibrar la influencia directa de una ó más potencias continentales. La Gran Bretaña, en medio de las últimas crisis ha podido conservarse sola y aislada á través de todas sus dificultades; ha acudido á sofocar la insurrección de la India, á interponer su influencia, de acuerdo con las otras naciones, para evitar que el turco borrara del mapa el reino de Grecia; ha seguido lentamente su marcha triunfal sobre las márgenes del Nilo y á través de los desiertos del Soudán, acercándose cada vez más á la plaza inexpugnable de Jartún; y á pesar de todas las protestas no ha retrocedido ni un punto en su política ya conocida sobre el Continente Negro. Hoy que las potencias europeas ante el conflicto hispano-americano se limitan á la observación prudente, y declaran la neutralidad efectiva ó se la

reservan para más tarde, la decisión en favor de los Estados Unidos inclinaría la balanza de un lado, y no creemos que los partidarios del equilibrio permanecieran inactivos ante esta conducta.

* *
*

Pero hasta ahora no es más que una voz autorizada la que se ha hecho escuchar; tal vez en predicción de esas declaraciones, se habló ha poco de una guerra posible entre Francia é Inglaterra. Será esta guerra ocasionada por la eterna cuestión africana? ¿No habrán alcanzado los diplomáticos los medios suficientes para dirimir las diferencias, y el choque que se ha evitado cuando estaban frente á frente los propios intereses, tendrá lugar acaso por causa de intereses agenos?

No lo creemos. La profecia no ha recibido confirmación. Esperemos á que se desarrolle la gran tragedia hispano-americana, cuyo prólogo tuvo lugar en Manila, en las aguas del Mar Caribe, y según sea el resultado del formidable combate que hemos de presenciar entre las dos escuadras enemigas, así será también la actitud que asuman los gabinetes europeos.

Entre tanto, nos parece prematuro la anticipación de alianzas é intervenciones.

X. X. X.

19 de Mayo de 1898.

LA EXPOSICION DE COYOACAN

No es él país en que florecen los naranjos, sino la tierra de prodigio y maravilla en que florece todo con extraordinaria profusión; ríen las fuentes, murmuran los arroyos, canta sus eternos himnos el viento enamorado de las eternas frondas, repica á vuelo en las nidadas el piar de pajarillos; y todo este derroche de perpetua primavera, reluce bajo un cielo siempre azul con ese azul que lleva los pensamientos al amor y el alma al éxtasis.

La Ciencia, la grave y observadora ciencia, dice que todo cuanto en el mundo alienta y vive es enteramente adecuado al medio en que nace y se desarrolla. Por eso hay peces ciegos en el fondo de las aguas sin luz, águilas grises en las crestas de los nevados montes y aves de irisado plumaje en los bosques tropicales. La leyenda y la poesía poblaron el mar de sirenas y tritones, la selva de ninfas y faunos; de ondinas y náyades los lagos y los ríos, y de silfos el aire.

En los helados mares del Norte, retozan y se bañan las hijas de Ryan, blancas y transparentes como los *ice fields*; y con cabellos de un rubio pálido como los resplandores de la luna polar.

La Selva Negra es la mansión de todos los endriagos y de todos los vestiglos; bajo la bóveda sombría que forman aquellas frondas obscuras, se celebran todos los aquelarres y graznan y croquean todos los buhos y murciélagos que por la noche salen del profundo abismo.

Todo en la tierra, lo ideal como lo real, es adecuado á su mansión ordinaria; y por eso en Coyoacán que es, como si dijéramos, el Cuartel General de la Primavera, flores y pájaros se dividen el imperio de la vida. La Primavera, así que ve que en Coyoacán todas sus cosas andan bien, sale á expedicionar y á llevar por otros campos del mundo (¡pobres! tambien es necesario darles algo) brotes perfumados, savia ardiente, rayos de sol y horizontes límpidos; pero luego vuelve, después de rápida ausencia, llena de temores de que no hayan sido suficientes los botones y los nidos que dejó listos y hayan faltado rosas ó gorriones

Pero ¡qué iban á faltar! Allí hasta las mujeres son flores y aves, sus ropas se antojan plumaje, sus mejillas corolas. Al encontrarse con una niña de esa feliz población, dan ganas de decirle como Victor Hugo á Deruchette: "Buenos días señorita ruiseñor," ó bien siente uno impulsos de tomarla por la cintura y prendérsela como una camelia en el ojal de la levita.

Pues en ese jardín de Semiramis, en esa isla de Calipso, en esa Arcadia feliz, hicieron una exposición de flores, frutas, pájaros y peces, y resultó lo que debía resultar: El deslumbramiento!

En el local de la exposición, pocos adornos, flámulas y banderas de los colores nacionales, heno y guirnaldas de rosas y gardenias, espejos y caprichos florales. La concurrencia abundante y distinguida; muchas mujeres hermosas, deliciosas músicas, animación y alegría.

Del 1° al 8 de este mes estuvo abierta la exposición, se clausuró el dia 9 y se hizo la distribución de premios el 15. En las ceremonias oficiales de apertura, clausura y premios, se pronunciaron magnificos discursos é inspiradas poesías que arrancaron aplausos entusiastas, siendo las señoritas oradoras objeto de una verdadera ovación.

El jurado calificador, presidido por la Señorita Emilia Gonzalez Cosío, la formaron la señora Luz González Cosío de López y señoritas Angela O' Gorman, Leonor y Juana Torres Rivas.

El jurado calificador acordó los diplomas de honor y medallas conmemorativas, á las señoras, señoritas y señores siguientes:

Carmen Romero Rubio de Díaz, Dolores Camacho de Landa. Josefina Torres, María Elena Borneque de la Barra, Guadalupe Terreros de Algara, Isabel W. de de Dublán. Guadalupe Camacho de Icaza, Susana Elguero de García Pimentel, Teresa Campero de García Granados. Elvira V. de Zepeda, Luisa Rincón de Cortina. Dolores Malo de Zamora, Guadalupe Crespo viuda de Iturralde. Señoritas, Bendfeld María Echeverría niña Guadalupe López y González Cosío, Señoritas, Minie Frisbie Magdalena Frisbie. Dolores Valdez Caraveo, Esther Brito, Carmen Brito, María Breier, Josefina Breier, Leonarda Tolsa. Angela O' Gorman, Paz Tornel y María Mendez Señores Eduardo Liceaga, Luis P. Gloner, Pedro Suinaga, José Arce. Guillermo Uhink y Juan B Parcache

Floricultores.— Vidal Nájera, primer premio y 60 pesos.

Jesús M. Nájera, segundo premio y 40 pesos.
Pedro Lambert, segundo premio y 30 pesos.
Eliseo Herrera segundo premio y 20 pesos
Eduardo Vázquez, mención honorífica y 10 pesos.

Por ramos de flores, Lauro Ariscorreta, destinado á sus obreros del tiradero de Zoquiapa primer premio y 25 pesos.

Refugio Jiménez, primer premio y 15 pesos.
Juana Domínguez, segundo premio y 10 pesos.
Juana Rodríguez, segundo premio y 5 pesos.

Modesta Espinosa, segundo premio y 5 pesos.
Emilia Rodriguez, segundo premio y 5 pesos

Horticultura.— «Sociedad particular» de Xochimilco, primer premio y 20 pesos.
J. Romero, primer premio y 15 pesos.

Piscicultura- Señor Esteban Cházari, primer premio.

Cerámica —Señor Jesús F. Contreras, primer premio.

Ornamentación de jardines —Pédro Lambert, primer premio y 25 pesos.
Tomás Pérez, mención honorífica y 5 pesos.

Publicaciones.—Señor Luis G. León, primer premio.

Premios adicionales.—Diplomas de primera clase á la Sra. de Zamora y Duque, Srita. Mercedes Uhink, Sritas Hope, Sr. Carlos Rivas, José Montes de Oca, diploma de primera clase y 10 pesos, así como también Miguel Espinola.

Premios de á 5 pesos; Martinez, Gerarda Montes de Oca, Jesús Ramirez Sabina Bravo, Andrés Ramirez, Ramón Espinola, Cármen Ramirez, Trinidad Luna, Pioquinto Ramírez Marcelina Bravo y Emilio García.

Todos presentaron piezas artísticas decoradas con flores jardineras, coronas, grandes palmas, etc, haciendo llamar la atención la jardinera de las Señoritas Torres Rivas, un cojín forrado de raso azul con camelias, lirios del japón, azaleas y otras flores, formado por Angel Montes de Oca, un zenzontle que silba á la perfección, el Himno Nacional, y un cacatúa raro por sus colores, enviados á la Exposición por la Sra. Carmen Romero Rubio de Díaz

También se hizo notable por su originalidad una pescera compuesta artísticamente con flores naturales, algunas de ellas parafinadas, flores artificiales y aves disecadas.

Pero lo que ante todo mereció vivos y entusiastas elogios, fué un bellísimo retrato á colores, de la Sra. Romero Rubio de Díaz, hecho con rara perfección en la hoja de una magnolia

Hoy publicamos copias de algunas fotografias de la Exposición de Coyoacán.

LA EXPOSICION EN COYOACAN

Sritas. Juana y Leonor Torres Rivas

Srita. Angela O'Gorman

ROMA GLORIOSA

Dejemos refunfuñar á los estoicos de cabeza calva y barba crecida; dejémosles decir que la corrupción de las costumbres públicas y privadas hizo de Roma la cloaca Máxima del mundo. Dejémosles catonizar contra las sectas nuevas encaminadas á roer por la base el culto de los antiguos Dioses protectores de nuestra gloria y scipionar contra los bárbaros destinados á borrar poco á poco las fronteras del imperio! Dejemos á todos esos pájaros de mal agüero pregonar que la fortuna de la Ciudad de las siete colinas ha llegado á su término! Dejémosles hacer y vivamos! Porque los oráculos Sibilinos nos aseguran la eternidad, porque los Bárbaros están lejos, porque las costumbres son lo que siempre han sido, porque los Dioses nos aman aún, porque el imperio se sostiene apesar de todo y porque Roma existirá en tanto que exista el Gran Circo construido por Julio Cesar reconstruido por Neron, embellecido por Tito, restaurado por Domiciano, acabado por Trajano y en el cual las carreras se apuestan hoy en presencia de trescientos ochenta y cinco mil espectadores.

¡Por Epona, diosa de los caballos! ¿No basta á nuestra gloria este arte de las carreras que entusiasma al pueblo entero, desde las más altas clases hasta las más humildes y famélicas de la plebe? ¿Este arte maravilloso que ha contado en el número, no solo de sus admiradores sino de sus cultivadores, emperadores en persona, como Calígula Neron, Vitelio, Lucio Vero. Cómodo, Caracalla, Domiciano y Heliogábalo?

Recuérdese el prestigio que le dan los hechos históricos:

Vitelio en su juventud fué curandero de las cuadras del partido de los azules; Calígula hizo un obsequio de dos millones de sextercios al cochero Eutycho del partido de los verdes; el mismo Calígula hizo Cónsul á su potro Incitatus, y en fin, el cochero Hiercles acabó por ser favorito del divino Heliogábalo.

¿No será pues razonable afirmar que para negar la grandeza de las carreras es necesario estar ciego, puesto que el gran Circo es por sí solo como una gran ciudad y puesto que Roma posee cerca de mil doscientas estatuas de cocheros del Circo?

Oh! grandeza de las carreras! Y sus delicias, y su embriaguez, y los esplendores de espectáculo semejante y los encantos sin límites que le acompañan y le sirven de primicias! ¡Quién podría pintaros, á no contar á la vez con el aliento épico del viejo Eneas, la gracia descriptiva de Virgilio, la facundia de Ovidio, la precisión de Manilio y el ingenio de Marcial?

Y sin embargo...... ¡oh suaves y formidables placeres! ¿quién puede haberos probado sin que le quede el deseo de describiros?

Desde la llegada al Circo, en las puertas mismas, bajo el vestíbulo de corredores en arcadas, empieza la fiesta de la alegría en la multitud charlatana y tumultuosa que se apiña ante los puestos humeantes de las frituras, los mostradores de los vendedores de vinos, los acróbatas que hacen prodigios de fuerza y destreza, los astrólogos y los hechiceros que hacen pronósticos, las cohortes volantes de hermosas Sirias provocativas, los danzantes gaditanos con sus castañuelas y tamboriles.....

Ah! cómo mienten los que afirman que están cayendo en olvido los antiguos Dioses! No tienen más que venir aquí y ver con qué fervor se hacen sacrifi

cios á Baco, á Céres, á Venus y á su mofletudo chiquitin......

Pero ya estamos en el Circo donde se penetró con trabajo entre la multitud de concurrentes. ¡Qué inmenso hormigueo de cabezas en las gradas del anfiteatro, que las últimas colindan con el cielo!

Bajo la luz tamizada por el velario color de azafrán, se creería que hay una inmensa canasta de flores humanas dispuestas en forma de cráter. Y de cráter en erupción, de risas, de gritos, de canciones; en explosión contínua de llamamientos sonoros y crepitantes que estallan como una fanfarria de trompetas cuando los Consulares ó las Vestales, ó tal personaje célebre ó cual cortesana admirablemente bella hacen su aparición y sobre todo, cuando el César se sitúa en su localidad donde con su esplendor deslumbrante de pedrería, parece el sol descendido sobre la tierra.

Y decir que todos esos ruidos se apagan, primero en un sordo rumor como el de las olas de la lejana mar, luego que un murmullo lijero y en fin en un profundo silencio que no deja oir más que los latidos de los corazones, desde que se ve aparecer en el balcón que domina la entrada principal al Presidente de las carreras, que va á arrojar á la arena el sudario blanco, señal solemne de la partida!

¡Qué graves están entonces todas las fisonomias; los cuerpos inmóviles en actitud de estátuas, las miradas fijas en las barreras tras de las cuales piafan impacientes las cuádrigas!

He ahí la paz, la concordia entre los ciudadanos, la unión perfecta en que trescientas ochenta y cinco mil almas se funden para convertirse en una alma sola: el alma inmensa de Roma....

Y bruscamente vuela el sudario; los cerrojos se corren, las barreras se abren, las cuádrigas se precipitan en el espacio libre y con ellas en un arrebato semejante, estalla el clamor unánime de todo el pueblo saludando á los competidores, esos heroes, esos Dioses, esos cocheros sublimes.

No más los filósofos ó los pontifices, hábiles para penetrar al arcano de las cosas, podrian decir lo que significan los colores de las facciones. En su origen no habia más que blancos y rojos, pero por un misterio se les añadieron los verdes y las azules, y en vano Domiciano intentó agregar púrpura y oro; por último, se resolvió quien sabe por qué ley que solo quedaran verdes y azules en representación de la tierra y del cielo.

En cuanto á mí, yo no sé mas que una cosa y es que frenético é inquebrantable, orgulloso de imitar en esto á los divinos emperadores Calígulas, Nerón, Lucio Vero, Cómodo y Heliogábalo, soy partidario decidido de la facción verde. Y si algún dia Roma debe perecer, será cuando se vea en definitiva el triunfo de los azules!

¡Tal es mi manera de entender mis funciones de ciudadano romano y mi amor por la gloria de Roma!

Demos tregua á las disertaciones y continuemos describiendo la carrera, que sigue loca y desalada entre torbellinos de polvo. Verdes ó azules, los sublimes cocheros son lo más bello que ojos humanos puedan contemplar; sobre sus carros pequeños y ligeros, de ruedas vertiginosas, con sus túnicas cortas y sin mangas, sus gorras oprimiéndoles frentes, sus látigos reventando, sus anchos cinturones en que se sujetan las riendas y de donde pende el cuchillo destinado á cortarlas en caso de caída, los cocheros son imágenes vivas de Apolo ó por mejor decir sus encarnaciones vivientes.

Quien no ha visto á los cocheros correr en el Gran Circo, desconoce lo que es el verdadero esplendor de los juegos Olímpicos.

Cuando les toca dar la vuelta interior, es cuando más cautivan el entusiasmo; en ese esfuerzo siete veces renovado en cada carrera con peligro cada vez mayor, á medida que los caballos arrebatados por su propio impulso y azuzados por el golpe de la fusta se precipitan ciegos, y los clamores del Circo se exaltan ante las maravillas del giro.

¡Cual espectáculo más admirable que el del cochero entonces, inclinándose hacia el caballo de mano para retenerlo mientras que hace volar á los otros para que la meta sea alcanzada por el carro sin que la rueda se desprenda! ¡Y qué de más trágico y conmovedor para el corazón, que el choque de la rueda contra la marca final y la caída rapida del carro y la del cochero entre los piés de los caballos, en tanto que llega otro carro y otro más y tropezando con estos obstaculos inesperados se precipitan también al fracaso y al desastre; y en unos cuantos segundos, los atalajes, las ruedas, los carros, las bestias y los hombres no hacen más que una masa espantosa y magnífica, convulsa, inextricable, multicolora, disforme, que se revuelca entre una nube de polvo de oro sobre el tapiz de la arena empurpurado de sangre y semejante á una piel de leon constelada de grandes manchas rojas......!

¿Y qué de más sublime en fin que el delirio del momento augusto en que se decide la victoria y la muchedumbre de pie gesticula, vocifera, aulla, y desencadena huracanes de cólera y de entusiasmo?

Entónces, agitanse en el cerebro locas ideas de entusiasmo, circula en la sangre calor febril que precipita los latidos del corazón, brota ronca la voz de la garganta seca y asoman á las pupilas y ruedan de las pestañas, las lágrimas, última expresión del sentimiento. Luego esas lágrimas se evaporan sobre los labios que sonrien de felicidad.

Oh! Entonces, qué súbito enorme y pródigo derroche de todas las energías del alma exhaladas en un espasmo más intenso, más profundo, más fulgurante, más apoteótico que el mismo espasmo del amor!

¡Vengan pues si han de venir los dias anunciados por los pájaros de mal agüero! ¡Que las sectas nuevas sigan royendo el pedestal de nuestros dioses! ¡Qué los bárbaros traspongan la frontera y los destinos de la ciudad de las siete colinas lleguen á su fin!

Mientras ese siniestro hundimiento llega, Roma es Roma, la única, la prestigiada, la prodigiosa donde se alzan mil doscientas estátuas de cocheros, la Roma en fin, donde hay Carreras en el Gran Circo que con sus trescientos ochenta y cinco mil espectadores, es una colosal rosa de mármol con pétalos vivientes.

JEAN RICHEPIN.

Srita. Encarnación O'Gorman

RETRATO DE LA SEÑORA ROMERO RUBIO DE DIAZ HECHO EN UNA MAGNOLIA.

UNA CACATUA ENVIADA POR LA SRA. ROMERO RUBIO DE DIAZ.

LA DENTADURA DE RODGER.

Yo os confieso ingenuamente que siempre habia conservado para mi compañero de habitación una secreta repugnancia—mezcla de temor y odio—expontánea hasta cierto punto.

Jorge Rodger—tal era su nombre—durante los dos años transcurridos desde su ingreso al Instituto, no habia logrado de mí la más insignificante intimidad, por más que en ello se hubiese empeñado de continuo, y aunque mi carácter adusto se manifestara más y más á su presencia el tal no daba señales de advertirlo sino que, por el contrario aprovechaba la menor oportunidad para hacerme objeto de sus atenciones que me exasperaban.

Habia nacido en Texas, donde su familia se hallaba establecida, y ésta, llegado el muchacho á cierta edad, resolvió educarle enviandole al Instituto de que yo era alumno, como pudiese haber mandádolo á otro punto cualquiera.

Rodger era alto y fornido como un carretero irlandés. Pálido, de una palidez mate y cadavérica, á su semblante rara vez asomaba emoción alguna, y solamente en sus raptos de furor ó en sus momentos de bochorno las sombras leves de sus ojeras ensanchábanse adquiriendo notable intensidad á través del cristal de roca de sus espejuelos.

No era un individuo extraordinario para la generalidad; reia poco, lo que no es extraño para nosotros en tratándose de sajones; su inteligencia clara le habia permitido ocupar desde el principio de su internado uno de los primeros lugar de las cátedras, y aún diez meses despues de su ingreso habia dedicádose con tal ahinco al aprendizaje, que al año siguiente estudiábamos al par las materias del curso.

Mi cuarto fué entonces removido: se ausentó el compañero del año precedente é instalose en su lugar, á despecho mio, el yanke Rodger *ó el de la dentadura*, como en general era llamado por carecer completamente de la propia.

No es del todo inoportuno el confesaros aquí la mala impresión que me causaba este individuo, por su aspecto que á mí me parecia repugnante, por su nacionalidad y, sobre todo, por sus dientes artificiales, de una igualdad y de una blancura irritantes.

Tenia yo diez y ocho años, y mi salud quebrantose por aquel entonces al grado de obligarme á guardar cama por muchos dias; una fiebre lenta me debilitaba; interrumpí mi asistencia á las clases y el médico del Instituto encargose de mi curación.

Me limité á recomendar que no se alarmara á mis padres con la noticia de mi mal, dispuesto á pasar á la enfermería, pero mi compañero, sin que yo le supusiese, habia hecho desistir de esta idea al facultativo y permanecí en cura sin cambiar de sitio.

Pasaba los dias y las noches sumergido en un profundo abatimiento de los sentidos, sin darme, más que á pequeños ratos, cuenta de mi situación, me visitaba el doctor Cunning dos veces al dia, por mañana y tarde, me hacia sacar la lengua, preguntábame cómo me encontraba y se despedía en seguida, acompañado hasta el corredor por el texano á quien señalaba la práctica que para combatir la enfermedad se debia seguir.

Según el doctor Cunning, mi mal databa de la niñez: se me habia hecho estudiar demasiado temprano y mi cerebro no estaba en aptitud de continuar labores tan rudas; necesitaba yo descansar por algún tiempo y volver durante varios meses al lado de mi familia, lo cual habia de contribuir notablemente á mi alivio.

—No sólo hay que luchar contra la enfermedad física, añadía el médico: esto es una complicación de anemia y nostalgia muy común en los muchachos extranjeros.

Cuando esto me contó Rodger, sentado cerca de mi lecho, me sentia acometido de una pujante indignación. ¿Qué quería? ¿Probarme que para él era cosa natural doblar años? ¿Burlarse de mi sensiblería y de mi poca aptitud para los estudios?

Ambas cosas seguramente: no en vano gozaba de

ADORNOS FLORALES Y PLANTAS Y FLORES LAURO ARISCORRETA

la fama de envidioso, que los compañeros le atribuían.

Sin embargo, no le dirigí una sola palabra: cuando hubo concluido me concreté á dar media vuelta sobre el catre y hundí entre las almohadas la cabeza.

El sajón había acabado por ser una pesadilla para mí; en todos mis delirios culminaba siempre el semblante de Rodger; aparecía á mis ojos rodeado de cierto satanismo terrorífico y odioso; su figura pálida é impasible iba y venía, pasaba y repasaba en el rojo horizonte de la fiebre con las repeticiones de un kaleidoscopio; á veces la fantasma sonreía mostrando los dientes luminosos, se acercaba hasta mí, que poseído de inquebrantable embarazo permanecía inmóvil bañado de frío sudor, y sus enormes manos de esqueleto apoderábanse de mi cabeza enardecida elevándola sobre los almohadones del lecho.

En las primeras horas de la mañana, al despertar, me acometía el deseo de irme lejos de aquel personaje fantaseado por la calentura, y ponerme al cuidado del enfermero general, pero deteníame siempre la idea de dejar adivinar mis terrores y pasar por cobarde ó pusilánime á los ojos de mi vecino; procuraba en los momentos en que la fiebre no me poseía penetrarme de serenidad, hacer acopio de ánimo para combatir las perturbaciones de mi imaginación, y abandonaba por risible mi primer impulso.

No me propongo ocultar los sentimientos que en mi interior fueron desarrollándose lentamente hasta dar al traste con mi relativa serenidad. Las medicinas llegaron á hacérseme insoportables servidas por *el de la dentadura* y resolví no volver á tomarlas. Aprovechaba los descuidos de éste para verter debajo del lecho las cucharadas y las pociones; mezclaba con los cigarros y los borradores del profesor de álgebra los papeles y las píldoras, en el cajón de la mesa de noche, y mi irritación crecía al par que los desequilibrios de la naturaleza.

Mi carácter agrióse en alto grado, hasta hacer que disminuyesen las visitas de los condiscípulos interesados por mi salud; repetidas veces había dejado con la palabra en la boca al Director ó contestado á sus preguntas de manera inadecuada, y todo esto por mi odio á Rodger, mi odio que crecía por instantes sugiriéndome diabólicos proyectos.

ADORNOS FLORALES Y ORNAMENTACIÓN DE JARDINES.—PABLO JIMÉNEZ

Un detalle vino por fin á trazar el sendero á mis indecisiones: creo que fue en Septiembre, cuando la conmemoración de las gloriosas jornadas de 1847 establecida entre otras por la colonia latina del Instituto, fué abolida aquel año por causas que se ignoraban.

Srita. Leonor Torres Rivas.

Atribuí el origen de esta falta á Jorge Rodger, no sé por qué; pero mi convicción era íntima, inexpugnable, no existía duda de que el texano había procurado que la costumbre fuese condenada, y desgraciadamente había logrado sus propósitos.

Esto me hizo decidirme. Principié á madurar mis designios, procurando hallar la mejor manera de suprimir á Rodger; le hice suponer artificiosamente mi mejoría y dejé transcurrir una semana, regocijándome íntimamente con los detalles más minuciosos de mi proyecto.

Probé á solas mi vigor que yo juzgaba amenguado por la enfermedad, y me embargó una enorme alegría cuando vi la facilidad de remover el guardarropa de mi habitación. (La ventana del cuarto—un segundo piso—asomaba sobre el extenso patio del Instituto, frecuentado sólamente en las horas de recreo y pavimentado con pulidas baldosas de granito).

Llegada la noche elegida por mí para la realización de mis deseos, esperé tranquilamente y fingiendo dormir, la llegada del texano.

Este penetró por fin, andando de puntillas, echó cuidadosamente la llave á la puerta, encendió una bujía y se acercó en silencio hasta el catre en que yo, vuelto hácia la pared, presentaba las señales de un hombre que duerme en calma.

Sentí después, que se alejaba satisfecho quizá de su exámen; le oí desvestirse, deslizar su cuerpo bajo las ropas de la cama, y dar por último, un soplo á la luz.

Transcurrida una media hora á lo más, dejé salir de mi garganta un ronquido que minutos después me fué contestado; tosí, dí una vuelta en mi lecho, mas el sueño de mi vecino no sufrió alteración alguna. Resbaleme entonces del colchón al suelo; con un tacto maravilloso apoyé mis dos manos en el pasador de la ventana y fuí poco á poco levantando éste sin que produjera el menor chirrido.

Sin embargo, no abrí. ¿Habeis visto? Siempre olvida uno algún detalle! ¿Cómo fuí en mi entusiasmo á dejar de pensar que las enmohecidas bisagras de la ventana podrían delatarme?......Está probado! todo aquel que carezca de una magnífica memoria, no podrá jamás preparar acertadamente sus redes.

No hay que confiar al acaso el más pequeño acontecimiento Conceptúo más racionales á los hombres que marchan por su pié, con toda lentitud, que aquellos que se confían á la peligrosísima velocidad de un caballo ó de un ferrocarril, ó cifran su salvación en la fragilidad de un barco á merced de las ondas.

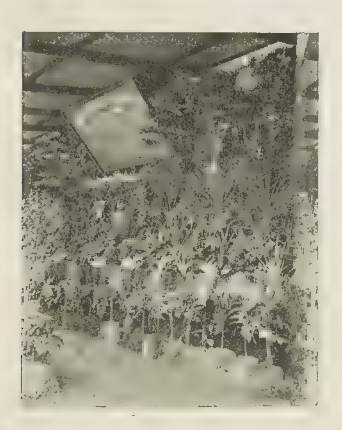
Si yo hubiese aceitado préviamente los goznes de las vidrieras, mi tropiezo no habría tenido causa. Esto es claro! No cabría duda así mismo, de que al apartar yo las hojas, Rodger, en su papel de cuidadoso enfermero, despertaría alarmado al instante, y entonces ¿cómo se explicaría mi actitud? Tal vez provocaría sus sospechas, y de ser así, todo estaba perdido.

Me quedé por un momento perplejo, pero al cabo, una idea iluminó mi cerebro. Abriendo lentamente las vidrieras, era lo más fácil que despertara el durmiente: pero apartándolas de improviso, el ruido que produjeran sería insignificante en razón de la rapidez, porque mi catre, nada menos, lanzaba al moverme, rumores muy semejantes......

Quedé altamente complacido una vez que el procedimiento fué seguido por mí.

Poco faltaba, pues, para coronar mi obra: la luz de la luna creciente difundía una cómplice claridad en el interior del cuarto, y Jorge Rodger iba á morir en una hermosa noche.

......Creo tener ciertos puntos de contacto con el tigre: no de otro modo se explica la *limpieza* con que me aproximé á mi víctima. Hice más aún: procuré desviar el aliento, evité así mismo la sujestión, pensando en mil cosas extrañas al caso, me incliné, y rápida y vigorosamente envolví en las sábanas á mi hombre, le oprimí con energía entre mis brazos y acerqueme en dos saltos á la ventana.



COLECCIÓN DE PLANTAS.—ZAMORA Y DUQUE

Oh, qué ventura! Un segundo, sólo un segundo más y todo había terminado.

Me anegó una voluptuosidad extrema en ese momento, trepé sobre el escalón de la ventana, icé el cuerpo envuelto y lo apoyé ¡oh, no fué más que un instante! sobre el alféizar.

Por desgracia para mí, esto fué suficiente para que Rodger, en la suprema desesperación, aferrase los dientes en mi oreja izquierda. Había apretado la boca tenazmente, y yo procuraba desasirme golpeándole el rostro con la cabeza; sentía sus resoplidos de buey y el dolor del mordisco, pero nada me hizo cejar: abrí los brazos en el vacío, y Rodger, lanzando un ahullido desgarrador, fué á estrellarse en el pavimento....

....

Empero, yo sufro hoy casi lo mismo que antes: es verdad que murió Jorge Rodger, pero sus dientes no han dejado de sacudir mi oreja izquierda. Las gentes dicen que no, que la dentadura de aquel ha tiempo me fué desprendida, pero esto no es más que una mentira odiosa: los dientes están aquí. miradlos! aquí sacudiendo eternamente mi oreja izquierda......

AURELIO GONZÁLEZ CARRASCO.

LA VELADA A VASCO DE GAMA

Siempre la sed insaciable de saber, la ansiedad de descubrir remotos países, el deseo de ver nuevos horizontes, han empujado á la humanidad. En un principio tribus numerosas, pueblos enteros, ejércitos temibles, eran los que trasponían las montañas, vadeaban los ríos y cruzaban los desiertos, ya llevando por mira la conquista de otras comarcas, ya pretendiendo propagar por todo el mundo su religión y su civilización.

LA SRITA. CONCEPCIÓN RUIZ, LEYENDO SU DISERTACION.

Pero llegó el día en que la mar como barrera insuparable se atravesó entre el hombre y sus ambiciones y entonces se impuso como una necesidad imperiosa la navegación.

Desde el buque de Argos en que se navegó para la conquista del Vellocino de Oro hasta las carabelas de

ADORNOS FLORALES.—PEDRO LAMBERT

Cristóbal Colón ¡cuántas luchas contra los desencadenados elementos, cuántas audacias hijas de los ensueños del genio, cuánto sacrificio y cuánta víctima!

Pero enmedio de todo esto, el Progreso de la humanidad, impasible y sereno haciendo su camino sobre la tierra....

Los fenicios, los griegos y los cartagineses surcando el Mediterráneo, fundaron colonias que llegaron á ser emporios de comercio y de civilización; y Génova, Venecia y Constantinopla, llevaron el poder de su marina por todo el mundo, multiplicándose con el cambio de productos la riqueza universal.

Mientras así avanzaba el comercio, la ciencia no estaba ociosa; los geógrafos recogiendo datos enmendaban los errores que sobre la extensión de las tierras y los mares se tenían; surgió el problema de la redondez de nuestro planeta y se inventó la brújula.

El descubrimiento de América y el viaje de circunnavegación de Magallanes, completaron esa obra que ahora está próxima á tener su epílogo en la conquista del Polo.

Pero siempre que á la memoria vienen todas las grandezas de la marcha humana, se sienten en el corazón nobles impulsos de respeto y de gratitud por los sábios heroicos que han venido presidiendo á estas evoluciones del progreso.

Inspirada en estos sentimientos la más conspicua Sociedad Científica del país, en su género, la Sociedad de Geografía y Estadística, celebró antenoche una Sesión pública y solemne en la Cámara de Diputados del Congreso de la Unión, y la consagró á la memoria de Vasco de Gama en el 4° Centenario de su descubrimiento del camino á las Indias Orientales.

El Señor Presidente de la República asistió á este justo homenaje rendido á un navegante ilustre, y la velada resultó verdaderamente digna de su objeto, tanto por la parte literaria encomendada á distinguidísimos oradores cuanto por la musical que estuvo á cargo de la Orquesta del Conservatorio Nacional y otros notables artistas.

La imponente y selecta velada terminó ejecutándose en la orquesta el Himno Constitucional portugués.

Toda la concurrencia al escucharlo se puso de pié, tributando así un justo homenaje de simpatía á la nación amiga en que nació el famoso navegante Vasco de Gama.

Habíanse distribuido invitaciones artísticas de mucho gusto, entre las más distinguidas familias de la sociedad, los miembros prominentes de sociedades científicas y literarias y los representantes del Cuerpo Diplomático. Dichas invitaciones, sujetas con cordoncillos de seda rojos, tenían un magnífico grabado que representaba la figura de Vasco de Gama sobre un pedestal, con el escudo de la nación portuguesa y algunas palmas, signos del triunfo.

Bajo un arco se ve una carabela sobre las ondas del mar encrespado, y en la parte superior del grabado el águila mexicana.

La concurrencia fué numerosa: los palcos primeros y segundos estaban ocupados por señoras y señoritas que lucían trajes de gran lujo; en los asientos destinados á los representantes del pueblo estaban distinguidos caballeros, como funcionarios y empleados públicos de categoría, profesores, representantes de la prensa, etc. En los Palcos del frente los Ministros Plenipotenciarios de las naciones extranjeras, entre los cuales vimos á los de Portugal, España Estados Unidos, Bélgica el Japón é Italia y casi todos los cónsules.

Las galerías se vieron inundadas por estudiantes.

***

Ahora que los grandes trasatlánticos movidos por enormes máquinas, forrados de planchas de cobre y divididos en compartimentos que alejan el peligro de las vías de agua, cruzan serenos y magestuosos el océano desafiando á la tempestad; ahora que los marinos cuentan con aparatos perfeccionados de observación astronómica y con mapas rigurosamente exactos; ahora que se rompen las trombas á cañonazos y se iluminan las nieblas con proyectores eléctricos: ahora que hay faros en los puertos y campanas de alarma sobre los escollos, se llena el ánimo de asombro y de respeto al pensar en Vasco de Gama, en Colón y en Magallanes que se lanzaron á las vastas soledades del Océano en barquichuelos que nosotros los de la generación actual, tendríamos miedo de usar para un paseo á la orilla de la costa.

Ahora, si el Dr. Nansen proyecta una visita al Polo, sabe de antemano que va á resistir bajísimas temperaturas, que hay por allí noches que duran meses y días tan largos que enferman la retina; sabe que en la tierra tal hay depósitos de carbón, y en la cual almacenes de provisiones; que hallará hombres hospitalarios y trineos y perros, y que hay que buscar focas para proverse de grasa y que huir de los osos blancos.

Entonces, los marinos se lanzaban á la ventura, sin idea del clima ni de los peligros que iban á afrontar, y hubo entre los tripulantes de Vasco de Gama quien creyera que se estaba incendiando el firmamento cuando vieron la aurora boreal al doblar el Cabo de Buena Esperanza.

Las tempestades tropicales estuvieron á punto de hacer fracasar la expedición de Colón, y el calor de las islas antillanas despertaba supersticiosos recelos en el ánimo de sus marinos. No menores fueron los sufrimientos de Magallanes en las costas de la América del Sur; y si se comparan las gratas y deliciosas emociones de Cabral en el Amazonas con los peligros que corrió, resulta que estos últimos fueron mayores.

Por eso mientras más vá aumentando en cultura la humanidad, más reconoce los servicios que debe á los grandes luchadores del progreso.

En la infancia de la humanidad, los hombres audaces y resueltos inspiraban terror supersticioso: la civilización griega y la romana los elevó á la categoría de semi dioses y les consagró himnos y les levantó altares; el mundo moderno, pesa, aquilata, analiza las virtudes de sus bienhechores y les ofrece el incienso de su gratitud.

Ese deber acaba de cumplir la Sociedad de Geografía y Estadística mexicana, al celebrar con una velada solemne, el 4° Centenario del descubrimiento del Camino Marítimo de la India.

La lección de piano.

En "Huelga ae hijos"

En "La loca de la casa"

En" Kean"

Virginia Fabregas.

Que Dorotea López, Sofía Calderón, Chucha Servín, Concha Padilla y Mariana Rivero, han sido gala y prez de la escena en México, no está á discusión; pero todas tropezaron con iguales inconvenientes para el completo desarrollo de sus facultades: la falta de una Escuela técnica, la escasez de buenos modelos y la incipiencia del público en materias artísticas.

Raros, rarisimos en el mundo son los genios extraordinarios que como nuestro inolvidable actor Merced Morales, deben á su propio genio, á su sola inspiración y á sus facultades naturales, el total de los elementos que los convierten en artistas; por lo común es á fuerza de estudios, de vigilias y de contemplación atenta y persistente de los grandes actores, como se obtiene el dominio de la escena.

Virginia Fábregas, embarcada en el esquife de su hermosura se lanzó al mundo del arte, y desde luego conquistó aplausos y simpatías; pero como sus antecesoras en la escena mexicana, tampoco ha tenido á la vista de un modo consistente y fijo modelos que imitar.

Como una exhalación han pasado por nuestro teatro en los últimos años, Virgínia Reiter, Juana Hading y María Tubau, esas potencias de la gran escuela, hijas mimadas del genio, creadoras de tipos y dispensadoras de gloria. Virginia las vió y no tuvo tiempo más que para deslumbrarse

Y sin embargo, Virginia no ha permanecido estacionaria, sino que adelanta cada día más, y hay obras en que se eleva á una altura verdaderamente notable, como *en La Dolores, en Demi-Monde y la Loca de la Casa.*

Una de las cosas que más la abonan es la propiedad conque pone las piezas, pues viste con positiva corrección sin adulterar los trajes, ni falsear los caracteres, ni calumniar la indumentaria con joyas ó adornos ó peinados exóticos, como les pasa por lo común á otras artistas. Tampoco suprime escenas, ni corta parlamentos, á pretexto de mejorar á los autores. Tiene pues una conciencia exacta de su deber de actriz.

EN "KEAN"

Por ese camino es por donde se avanza, y Virginia ha avanzado cuanto es posible para nuestro país, porque aquí la necesidad de poner tres obras distintas por semana, mata al actor y esteriliza sus estudios

Eleonora Dusse para estrenar en Milán una obra de d' Anunzio, se retiró cuatro meses à una casa de campo donde no se ocupaba más que de repasar su papel; Sahara Bernard, tuvo tiempo de hacer un viaje á Italia y domesticar una serpiente, antes de comenzar los sesenta y cuatro ensayos que precedieron á la representación de *Cleopatra*, y la célebre Rachel, que hasta ahora no ha sido superada por trágica alguna estudió más de dos años el papel de *Roxana.*

Así se puede lucir, brillar, adquirir fama universal y firmar contratos por centenares de miles de francos. Pero hacer tres obras por semana, cada una con pocos días de estudio, es una cosa que supera á las fuerzas humanas y ese milagro lo lleva á cabo Virginia Fábregas haciéndose aplaudir

No es pues un arrebato del momento el que nos ha movido á escribir este pequeño artículo en elogio de la hermosa actriz, sino un sentimiento de justicia, por que tenemos conciencia exacta de las dificultades que ha vencido y sigue venciendo para llegar al puesto artístico que ocupa, y conservarse en él.

Canten á su talento y á su belleza los poetas y los inspirados, cubran de rosas y laureles sus admiradores la senda del triunfo: nosotros, cumplimos un deber al dejar aquí consignado que Virginia Fábregas merece los aplausos con que el público recompensa sus labores.

Por eso la actual temporada del Teatro Arbeu está recibiendo el favor de la buena sociedad mexicana Cansado ya de la sal y pimienta de la tanda, el ánimo busca esparcimientos mas dulces y emociones más sanas; y se prescinde sin pesar de Chueca y Valverde para ir á sentir con Sardou ó con Feliu y Codina.

Virginia es el imán del Teatro Arbeu. la Compañía Dramática, trabaja con empeñoso afán de complacer al público y la elección de obras es generalmente acertada.

VIRGINIA FABREGAS.

Papel de Doña Inés en «Don Juan Tenorio.»

Por la Patria.

Sobre la recién arada tierra, y tendido á través de los surcos, está el soldado Juan, vuelta la cara al cielo, abiertos en cruz los brazos y el pecho agujereado de un balazo. A su alrededor se extinguen lentamente los mil ruidos de la batalla. Sombras azuladas se extienden por la llanura, y á lo lejos, en la línea del horizonte que enrojece el sol poniente, asciende una columna de humo que dejan escapar los escombros de una granja incendiada

Al medio día, Juan y sus compañeros del 12 Batallón de cazadores á pie, estaban detrás de la línea de árboles que bordea el pie de la colina, apoyados en el fusil y esperando órdenes Allá arriba, en la cumbre del cerro, aparecían de vez en cuando algunas nubecillas blancas y se oía un silbido apenas perceptible. Eran las balas que pasaban por cima de sus cabezas; pero los cazadores no les hacían caso....

Cuando un oficial de Estado Mayor llegó al galope de un caballo cubierto de espuma y dijo algunas palabras al Comandante.

—¡Vamos hijos míos! —gritó éste señalando con el sable la altura que se veía en frente—¡Por la patria!

El batallón se puso en marcha

La compañía de Juan, desplegada en guerrillas, precedía al resto del batallón. Juan marchaba resueltamente, fija la vista en aquella cima codiciada, ahora envuelta en humo, y echando rápidamente una visual á derecha é izquierda cada seis pasos, para no perder la alineación con sus compañeros.

Tocaban á la carga los cornetas hasta echar el pulmón, y mezclado este ruido con el que producía la fusilería en lo alto del monte, ruido que aumentaba á medida que el batallón ganaba terreno, formaban una música de todos los diablos..

Juan seguía marchando. Vió caer uno tras otro á sus dos compañeros más próximos, pero no se detuvo.

—¡Por la patria! ha dicho el Comandante; y si la patria quiere que muramos por ella, moriremos.

Y cuando decía esto, sintió en el pecho un dolor agudo El fusil se le escapó de las manos y Juan cayó á tierra.

¿Cuánto tiempo estuvo sin sentido? Lo ignora Muchas horas, sin duda; porque cuando recobró el conocimiento, el sol estaba ya muy bajo Juan se encuentra sólo; sus camaradas están lejos ¡Con tal que hayan tomado las posiciones enemigas! Eso honraría al batallón. Pero Juan no puede volverse para verlo con sus propios ojos; cada movimiento que intenta le causa horribles sufrimientos Tampoco le es posible alcanzar la bota de vino, con el que mitigaría los tormentos de la sed. Siente en la garganta un fuego abrasador....y es que con la violencia de la caida rodó el kepis lejos de él, y los rayos del sol caveron á plomo sobre su cabeza durante toda la tarde. Imposibilitado para moverse continúa tendido de espalda, mirando las nubes de color de rosa que vagan lentamente por el cielo azul

Fuera de esto, comprende que se le acaba la vida. El balazo fué certero. Sin embargo, morir á los veintidos años, es algo duro....Pero ha cumplido con su deber. Muere por la patria, y éste es un consuelo.

***

Bajo la influencia de un delirio incipiente, le parece que la vida abandonó su cuerpo, y que el alma, desprovista de la envoltura mortal, se cierne en el espacio Pero ha sobrevivido en él la facultad de pensar, y por un extraño fenómeno asiste como testigo invisible á las escenas siguientes á su muerte.

Primeramente se ve tendido entre cuatro tablas, al bordo de un hoyo abierto recientemente. Al rededor de él forma el cuadro su batallón, con los oficiales en el puesto de batalla. Se adelanta el comandante y en alta voz pronuncia el elogio fúnebre del cazador Juan Rabot, que murió por la patria como un valiente. Luego, desenvainando el sable, manda: ¡Tercien, armas!...... Y mientras las cornetas emiten por su boca de cobre una tocata vibrante se inclina el Jefe y deposita la medalla militar sobre el ataud del pobre soldado de cazadores.........

¡La medalla! ¡Ah! ¡Si los padres estuvieran allí! ¡Si al menos lo supieran!

Lo sabran...... Lo que ve ahora es la casita paterna, una pobre vivienda construida de tapiales revocados de blanco Detrás se extiende un pequeño campo de alforfón cercado por el seto de espino blanco, cubierto de pitirrojos en esta época del año. Más allá está el huerto donde jugaba siendo niño, y en el que todos los árboles le son familiares De pié sobre el umbral, abarcando con escrutadora mirada la carretera, tan lejos como la vista se lo permite, está su madre esperando al cartero, muerta de inquietud

Hace ya muchos dias que no recibe noticias del muchacho, que como buen hijo escribió siempre con regularidad á sus padres y está tan intranquila porque llegó á sus oidos que se han dado grandes batallas donde murió mucha gente......Dentro de la casa, el padre, tan preocupado como ella, pero procurando no aparentarlo, echa un mango nuevo al azadón, con retendida indiferencia......

Se oyen pasos á lo lejos, resonando en el camino polvoriento......Lánzase fuera el padre y alcanza á su mujer, que va ya al encuentro del que llega. Pero ambos se detienen vacilantes y turbados. El recién venido no es el cartero; es el cabo de gendarmes que lleva en la mano un gran pliego amarillo. Algunos pasos detrás le siguen cuatro ó cinco aldeanos, los vecinos con semblante de ansia y de curiosidad á la vez..—Tio Rabot—dijo el cabo—una carta del Ministro de la Guerra para usted Seguramente contiene noticias de Juan, pero se me figura que no deben de ser muy buenas. Después de todo, puedo equivocarme......En fin, tenga usted ánimo, ¡qué diablo! También usted fué al servicio......

El padre coge la carta, ábrela con temblorosa mano, y luego que leyó los primeros renglones:—¡Pobre mujer!—dijo volviéndose hacia la madre, que se arrojó en sus brazos sollozando........ Los dos mezclaron sus lágrimas silenciosamente... ..

Hizo sentar en el banco de piedra á su infeliz compañera que, que muerta de dolor, continuaba llorando con la cabeza entre las manos, y prosiguió la lectura. De pronto se iluminó su rostro..—Oid— exclama con poderosa voz—oid lo que me escribe el Ministro de la Guerra: "Su hijo de usted, el soldado de cazadores Juan Rabot, ha muerto por su patria de la muerte de los valientes, frente al enemigo. Sobre su tumba se ha depositado la medalla á que se hizo acreedor y que ostentaría sobre su pecho si hubiera sobrevivido á sus heridas" Y levantando con orgullo la cabeza:— ¡Vamos, mujer seca tus lágrimas! ¡Nuestro Juan era un valiente! ¡Bendigamos su memoria!....

***

El pobre Juan se vió después á la entrada de un palacio inmenso, resplandeciente de luz. A lo largo de los muros, que brillan como el oro, y se elevan tan alto, tan alto, que la vista no alcanza el fin, millares de ángeles suben y bajan desplegadas las aéreas alas y flotando al viento los largos pliegues de sus túnicas blancas. En la parte más elevada de una gran escalera, sobre una nube, está en su trono el Dios Padre, envuelto en un manto azul, blancos como la nieve la barba y los cabellos. A su derecha, y algo más abajo, se halla sentado Jesucristo, sangrando aún en su desnudo pecho la herida que abrió la lanza del Gólgota; y cerca de Él su divina Madre la Virgen María, juntas las manos en oración por los hombres. Sobre ellos se cierne el Espíritu Santo en forma de paloma, y detrás ve más ángeles en número infinito, escalonados unos sobre otros, con arpas en las manos y formando algo así como la trompetería de un órgano gigantesco, cuyo remate se pierde en la bóveda del cielo......

—Vamos, entra—le dice San Pedro empujándole suavemente.

Pero Juan está muy confuso, encontrándose tan pequeño, tan humilde con su modesto uniforme en presencia de tantos esplendores......¡Todavía si tuviese galones de plata en las bocamangas, para realzar más su traje! Pero no los tiene; es un pobre soldado raso. ..

Jesucristo sale á su encuentro diciéndole:—¡Que venga á ocupar su puesto entre los elegidos aquel que ha muerto por la patria!....Que se acerque sin temor quien, como yo, fue herido en el pecho....Pero Juan no se atreve á moverse, y dice en voz muy baja: —¡Oh, no! ¡Es demasiado, es demasiado!....

Entonces Jesús le coge de la mano, y con una divina sonrisa le lleva delante de Dios Padre; al mismo tiempo se oye una música admirable....Son los ángeles, que acompañándose con las arpas, cantan en coro:

»¡Gloria á Dios en las alturas y gloria en la tierra á los hombres de buena voluntad que mueren por su patria!»

....

—Otro cazador del 12º—dice una voz en la obscuridad de la noche

Y un hombre que lleva un brazal blanco, dondecampea la cruz roja, aproxima su linterna al cuerpo tendido en tierra

—Ya está frio—añade otro, bajándose y levantando una de las manos del cadáver, que vuelve á caer inerte.— Un balazo en medio del pecho....No ha debido sufrir mucho.

—¿Sufrir?—repite el primero—Mire bien esa cara y observe qué aspecto de felicidad presenta.......Parece que se sonrie......

El sargento que manda el destacamento se impacienta.

—Oigan ustedes—dice con voz ruda —si vamos á charlar así delante de cada cuerpo que encontremos, nos estaremos aquí hasta mañana por la noche.

Arriba con ese hombre, y de prisa...

Los dos camilleros acercan la camilla cuya tela presenta ya grandes manchas de sangre; la levantan en peso después de haber cargado el cuerpo del pobre Juan, y el fúnebre cortejo se aleja entre las sombras á traves de la llanura silenciosa.

Ch. Corbín.

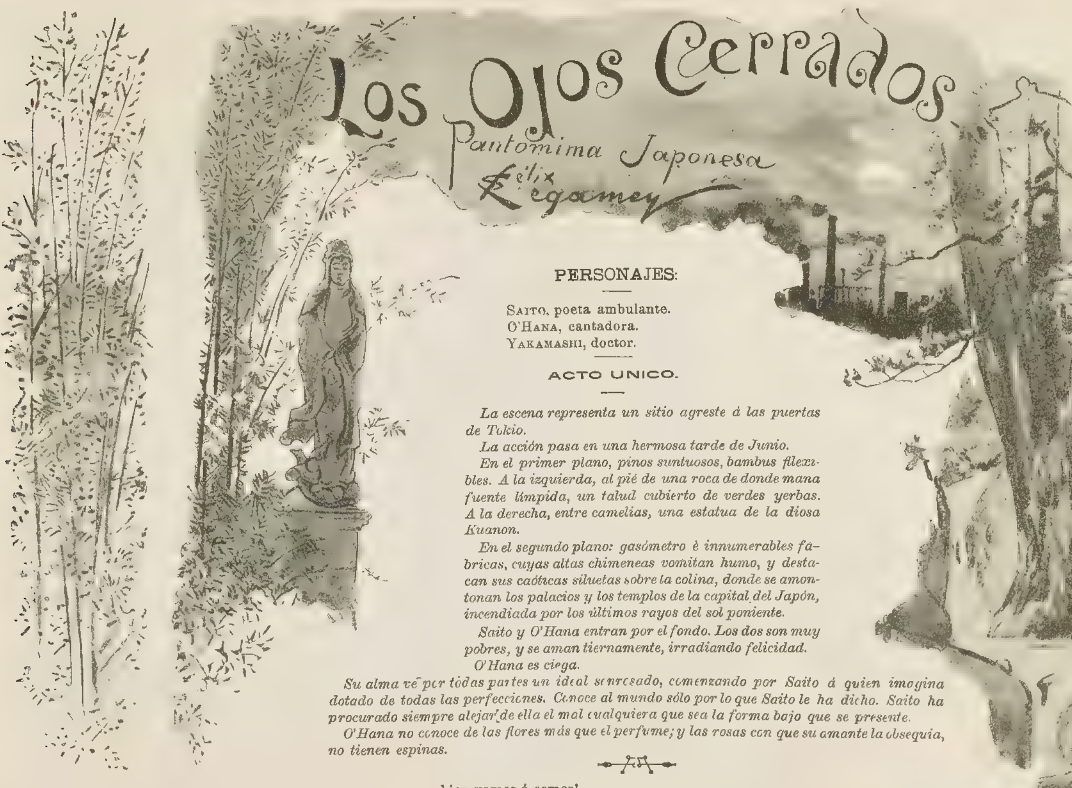
UN ASTRO

(Victor Hugo)

Una tierra infeliz, áspera y dura
Donde trabajan tristes los vivientes
Empapadas las almas de amargura
Y de sudor las abatidas frentes:
Campos de sol y estériles arenas
Que en cambio de trabajo y de quebranto
A una raza maldita dan apenas
Pan miserable que humedece el llanto:
Los hijos del oprobio engrandeciendo;
Orgullosas ciudades delincuentes
De donde las virtudes van huyendo
Y las manos torciéndose dolientes;
El orgullo infernal hallando abrigo
Lo mismo del magnate bajo el techo
Que dentro del tugurio del mendigo;
El odio y el dolor en cada pecho:
Sobre las cumbres las espesas nieblas;
La inocencia y justicia prostituidas,
La muerte, espectro ciego, en las tinieblas
Riendo feróz y arrebatando vidas;
Aquí las soledades abrazantes,
Allá, del polo los eternos hielos,
Océanos que rebraman espumantes
Escupiendo su cólera á los cielos;
Y todas las pasiones engendrando
Todos los males todos los dolores;
Las grutas á las fieras abrigando,
Ocultando á los áspides las flores;
Continentes cubiertos de humo y ruido
Donde la guerra infame centellea;
Luto crimen y llantos y rugido
Salvaje del furor de la pelea;
Pueblos que se desgarran palpitantes
Del odio de Satán, de rábia y celo,
Sangrientos, rencorosos, blasfemantes....

¿Y todo esto es un astro allá en el cielo?

Manuel M. Flores



PERSONAJES:

Saito, poeta ambulante.
O'Hana, cantadora.
Yakamashi, doctor.

ACTO UNICO.

La escena representa un sitio agreste á las puertas de Tokio.

La acción pasa en una hermosa tarde de Junio.

En el primer plano, pinos suntuosos, bambus flexibles. A la izquierda, al pié de una roca de donde mana fuente límpida, un talud cubierto de verdes yerbas. A la derecha, entre camelias, una estatua de la diosa Kuanon.

En el segundo plano: gasómetro è innumerables fábricas, cuyas altas chimeneas vomitan humo, y destacan sus caóticas siluetas sobre la colina, donde se amontonan los palacios y los templos de la capital del Japón, incendiada por los últimos rayos del sol poniente.

Saito y O'Hana entran por el fondo. Los dos son muy pobres, y se aman tiernamente, irradiando felicidad.

O'Hana es ciega.

Su alma vé por todas partes un ideal sonrosado, comenzando por Saito á quien imagina dotado de todas las perfecciones. Conoce al mundo sólo por lo que Saito le ha dicho. Saito ha procurado siempre alejar de ella el mal cualquiera que sea la forma bajo que se presente.

O'Hana no conoce de las flores más que el perfume; y las rosas con que su amante la obsequia, no tienen espinas.

ESCENA PRIMERA.

O'Hana, Saito.

O'Hana.—¿Dónde estamos?

Saito.—El sitio es encantador. Sentémonos á la sombra, junto á esta fuente. Estemos á gusto Dejemos aquí nuestros equipajes, que pesan bien poco Dame tu guitarra. Aquí la estera; mi baston, mi sombrero, y después nuestras provisiones, que vamos á almorzar No te impacientes, dentro de un momento todo estará listo.

O'Hana.—Cuando estoy contigo nada deseo.

Saito.—Bien...... No digas más.

O'Hana —Llega á mí el perfume de las flores ¿No están aquí, de este lado?......... Deben ser muy hermosas......... quiero cortarlas.

Saito.—*(Aparte)* ¿Pero qué va á hacer? Se lastimará. Cortemos esa rama á que su mano se dirige. Quitemos las espinas. Toma las rosas corazón mio.

O'Hana.—¡Qué perfume tan delicioso!

Saito —Ven; siéntate junto á mí ¡Qué hermosa eres!

O'Hana.—¡Qué bello eres! Me lo dicen mis manos cuando las paso por tu frente.

Saito.—Y cómo te amo.... *(Aparte)* ¡Es ciega qué desgracia!

O'Hana.—¿Por qué callas?

Saito —Te contemplo...Te adoro. Déjame besarte [*la besa*].

O'Hana.—Me besas mucho. Vas á romper las flores. Mejor comamos, y sé menos exagerado.

Saito.—Un beso más, y á la mesa.

O'Hana.—¡Qué bien vamos á comer!

Saito.—*(Aparte)* Apenas hay para alimentar á un pajarillo. Todo será para ella.

Toma esta fruta.

O'Hana —Te daré la mitad.

Saito.—*(Aparte)* ¡Oh buen corazoncito! No, no te privaré de ella.

O'Hana.—¿Verdad que está muy buena?

Saito.—*(Finge que está masticando)* Sí; está muy buena. Pero, toma, aquí hay más *(le devuelve la mitad que ella le dió.)* Tiende tu piquito: come este pedazo, este otro. este otro más......... Ya se acabó.

O'Hana —¡Qué bien he almorzado!

Saito —Recompénsame con un beso

O'Hana.—Glotón. Mejor harías en darme agua.

Saito.—*(aparte)* Mi bota está vacia. ¿Qué hacer?..

¡Ah! aquí hay una fuente...

O'Hana.—Sí; dame de esa agua que corre cerca, cantando cristalina canción.

Saito.—Sí. Bebe en el hueco de mi mano.

O'Hana.—Abriste los dedos, y el agua ha escurrido por mi seno.

Saito —Perdóname, O'Hana *(la besa)*.

O'Hana.—¿Quiere usted aquietarse, señor?

Saito.—Reparo mi torpeza......... ¿Ya? .... ¿Qué te falta? De la Naturaleza, todo te pertenece. Dí, qué deseas?

O'Hana.—Quiero mi guitarra.

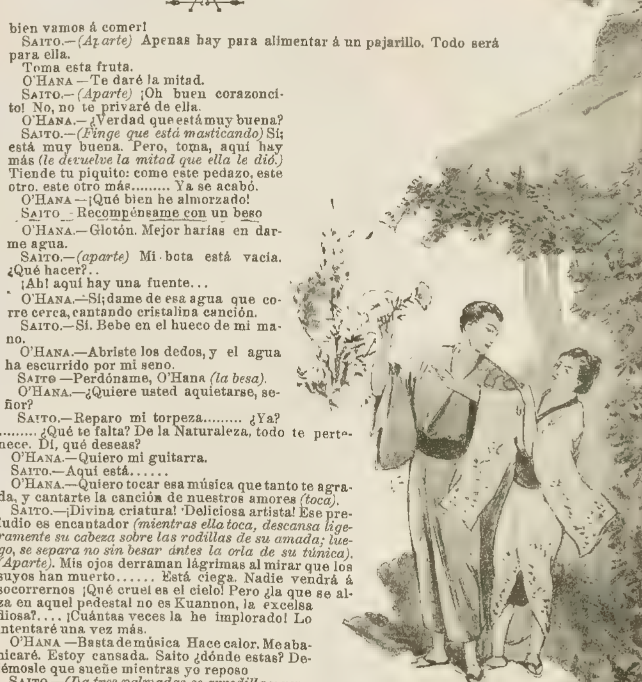
Saito.—Aquí está......

O'Hana.—Quiero tocar esa música que tanto te agrada, y cantarte la canción de nuestros amores *(toca)*.

Saito.—¡Divina criatura! ¡Deliciosa artista! Ese preludio es encantador *(mientras ella toca, descansa ligeramente su cabeza sobre las rodillas de su amada; luego, se separa no sin besar ántes la orla de su túnica)*. *(Aparte)*. Mis ojos derraman lágrimas al mirar que los suyos han muerto...... Está ciega. Nadie vendrá á socorrernos ¡Qué cruel es el cielo! Pero ¿la que se alza en aquel pedestal no es Kuannon, la excelsa diosa?.... ¡Cuántas veces la he implorado! Lo intentaré una vez más.

O'Hana —Basta de música Hace calor. Me abanicaré. Estoy cansada. Saito ¿dónde estas? Dejémosle que sueñe mientras yo reposo

Saito —*(Da tres palmadas se arrodilla y reza. Levanta los ojos hacia Kuannon y retrocede horrorizado: la diosa levantó la cabeza y la movió en señal de denegación)*. No, siempre, no...... Gracia......gracia......! *(se arrodilla nuevamente)*.



ESCENA SEGUNDA.

LOS MISMOS, EL DOCTOR.

(Pasa el famoso doctor Yakanashi, metido en un macfarlane á cuadros y cubierta la cabeza con un estropeado sombrero de copa alta. Entra por la derecha leyendo un libro de ciencias, llega á la concha del apuntador, advierte que se ha apartado del camino, y al volver al fondo advierte á Saito que reza. Se burla de su devoción).

El doctor.—¿Habremos de tropezar siempre con la superstición y con el error? ¡Qué triste espectáculo este para un espíritu superior! Vamos, lo mejor es reírse. *(A Saito)* ¡Eh, buen hombre! ¿Qué haces ahí?

Saito.—Ya lo veis, noble señor: rezo.

El doctor.—¡Infeliz! ¡Reza! *(rié estrepitosamente).*

Saito.—La diosa me ha hablado. Rehusa concederme la gracia que le pido.

El Doctor.—¡Cuánta estupidez.. Esos son ensueños

de otra época. Hoy la ciencia ha vencido á la superstición. Mira el caso que hago yo de tu Kuannon *(con ademan brutal derriba á la diosa.)*

Saito.—¡Sacrilegio!

O'Hana.—¿Qué ruido tan horroroso es ese? Saito ¿dónde estás?

Saito.—Aquí Nada temas. Es un transeunte que se divierte.

El doctor.—¡Uf!...¿quién es esa muchacha tan hermosa?

Saito.—Mi amada.

El doctor.—¿Y qué se les puede pedir á los dioses cuando se posee tesoro semejante?

O'Hana.—Saito, no me dejes....Esa voz me causa miedo.

Saito.—No temas; aquí estoy *(unidos uno al otro forman un hermoso grupo que el doctor examina con interés)*

El doctor.—Como lo dije: la muchacha es hermosa....¿Por qué ese miedo?

Saito.—Es ciega, noble señor. Por ella rezaba hace un momento.

El doctor.—¡Ciega!....y que no lo dijeras ántes en vez de perder el tiempo en suplicar á esa piedra mal tallada!....Yo soy el famoso doctor Yakamashi, hombre filantrópico y progresista....Tengo aquí justamente, lo que es indispensable para disipar tu pena, un precioso remedio de que soy inventor *(saca un frasco de la bolsa.)*

Saito.—Con lo que hay dentro ese frasco ¿podreis devolverle la vista?

El doctor.—No lo dudes. La ciencia es omnipotente.

Saito.—¿Haríais ese milagro?

O'Hana.—¡Qué dice! ¿Se abrirán mis ojos?

El doctor.—Inmediatamente.

Saito.—¿Verá la hermosa niña el cielo y podrá leer en mi mirada el amor que por ella siento?....

El doctor.—Tan pronto como quieras

O'Hana.—¿Y podré correr, podré bailar? *(salta y palmotea)*

Saito.—¿Y no me costará nada?

El doctor.—Nada.

Saito.—¡Oh, ídolo mío! Deja que me arroje á los pies de este noble señor....

El doctor.—Levántate joven. Eso no se hace.

Saito.—Besaré, entonces, las manos de mi bienhechor.

El doctor.—Tampoco. Estrechémonos las manos. Eso es más moderno....Además, nada debe creerse sin exámen y ya tendrás tiempo para darme las gracias y para regocijarte despues de que cure á tu amada.

O'Hana.—¡Pronto, pronto!....Comenzad.

Saito.—¡Qué alegría!

O'Hana.—¿No me hareis sufrir?

El doctor.—Absolutamente. Nada sentirás.

Saito.—Es fuerza obedecer. No temas.

O'Hana.—Obedeceré. Saito, no me dejes.

El doctor.—Siéntate, hermosa

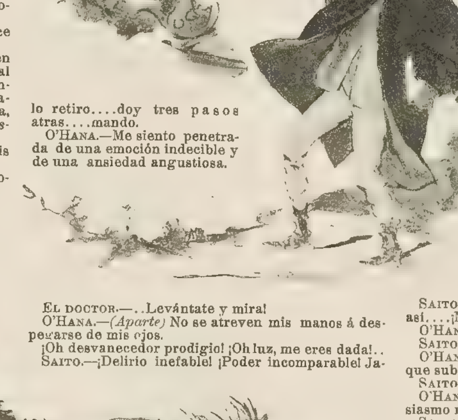
Saito.—¿Estás bien así?

El doctor.—Tú, joven, aléjate un poco. Ten mi paraguas y mi sombrero....Ahora silencio ....La operación va á comenzar.

O'Hana.—Palpito de emoción

El doctor.—*(Aparte)* Me molesta el mac-farlane Quitémoslo.

Este frasco para la mano izquierda Apoyo un dedo en la frente..acerco el frasco á tus ojos..



lo retiro....doy tres pasos atras....mando.

O'Hana.—Me siento penetrada de una emoción indecible y de una ansiedad angustiosa.

El doctor.—..Levántate y mira!

O'Hana.—*(Aparte)* No se atreven mis manos á despegarse de mis ojos.

¡Oh desvanecedor prodigio! ¡Oh luz, me eres dada!..

Saito.—¡Delirio inefable! ¡Poder incomparable! Jamás tú, Kuannon, habrías hecho otro tanto. ¡Viva el progreso! ¡Viva la ciencia! Hénos á vuestros pies, sabio maravilloso y desinteresado.

El doctor.—Tregua al agradecimiento. Los dejo porque aun tengo mucho que hacer, y el día ya concluye. Amense, si el corazón así lo exije; pero no olviden nunca que en este mundo todo es despreciable, menos la ciencia. *(estornuda).*

O'Hana—Estoy extasiada.

Saito.—Aquí está vuestro sombrero, vuestro paraguas.

El doctor.—Cubrámonos y volvamos á la ciudad. Adios *(saluda gravemente y sale mostrando con gesto de triunfo las chimeneas que, simbólicamente, humean en el horizonte.)*

ESCENA TERCERA.

O'Hana, Saito.

O'Hana.—*(Salida del éxtasis se asombra de todo lo que ve. Sigue con interés el gesto del doctor Pregunta el porqué de ese feo humo negro y el porqué de esos edificios tan horrorosos. Designando al doctor que se aleja)* ¡Saito! ¡Qué hombre tan feo! Y qué manera de vestir! Pero ¿donde estoy ¡Oh felicidad! Saito ¿eres tú?.... ¡Oh día tres veces feliz!......

Saito.—Ven á mis brazos....Aquí contra mi corazón....Tenemos ya el paraiso en la tierra.

O'Hana.—*(Su frente se ha ensombrecido súbitamente. Se separa de Saito y lo observa con curiosidad). (Aparte).* Lo creía más hermoso.

Saito me parece que tu mano es un poco tosca.

Saito.—¡Hum!

O'Hana.—¡Qué! ¿Tus piés no son un poco grandes?

Saito.—¡Hum, hum!

O'Hana.—Mira Saito....Camina....quiero verte...

Saito.—*(Caminando)* ¿No me veo bien?

O'Hana.—Vaya un espinazo cómico....y vaya un modo raro de caminar.

Saito.—*(Aparte)* ¿Qué dice? No bien se han abierto sus ojos, se apartan ya de mí....

O'Hana, amor mío! Pensémos sólo en amarnos. Toma estas flores que he cortado para ti.

O'Hana—Quiero aspirar su perfume y se deshojan.....

Saito.—*(Aparte)* ¿Qué hacer? ¿Qué decirle?

Escucha cantar los pájaros.........

O'Hana.—Los escucho. ¡Qué bien cantan! *(detonación entre bastidores; un pájaro herido cae á los piés de O'Hana)* Un pájaro....está herido *(lo recoge).* Cómo tiembla....va á morirse....Ya murió....Y qué ¿ahora seguirán matando pájaros? *(el pájaro cae de sus manos, manchadas de sangre. Solloza)*

Saito.—Amor mío, olvida todo. No te entristezcas así....¡Maldito cazador!

O'Hana.—El cielo se oscurece....Caen las sombras.

Saito.—Es que el día va á concluir. Tranquilízate.

O'Hana.—¿Y esa cosa redonda, roja, sangrienta, que sube en el horizonte?....

Saito.—Es la Luna.

O'Hana.—¡Cómo! La Luna de que con tanto entusiasmo me hablabas ¿no es más que eso?

Saito.—¡Ay!

O'Hana.—Qué negro se pone todo....¿Me quedo ciega otra vez? Tengo miedo, mucho miedo....Todo esto es horroroso....Mi alma se llena de pavor. ..

Saito.—Tranquilízate, tesoro mío. Es la noche, la hermosa noche que nos trae el sueño que consuela. Mañana reaparecerá la luz.

O'Hana—Nada quiero ver. Ocúltame en tus brazos. Nada me digas. Mis ojos se cierran....quiero dormir *(rechaza débilmente á Saito desolado; desfallecida se tiende en la tierra ocultando el rostro entre las manos, Saito la arrulla como si fuera un niño; se quita sus vestidos y la cubre para que no sienta el frío de la noche.)*

Saito.—Duerme. ¿Qué será de nosotros cuando vuelva el día? Hija del ideal, lo real la agobia. Gracias

á mí. nunca sufrió. Ajena al mal, el mal se desborda y la rodea ahora que el velo se ha desgarrado. Duerme. ¿Con qué soñara? ..¿Con la felicidad que huye?.... ¡Ah! Ahora comprendo por qué Kuannon no quería escucharme (*tiernamente y con mil precauciones se aparta de su amada; y triste, suplicante, va á prosternarse ante la estatua derribada,* Perdóname Kuannon he blasfemado....Soy un pecador arrepentido... Haz que cuando O'Hana despierte, sus ojos queden cerrados....Aun podemos ser felices Creerá que fué sueño esta visión de un mundo odioso, volverá á la tranquilidad y la dicha de su ignorancia, y mi amor hará lo demás (*en ese momento, á la luz de un rayo de Luna, aparece la diosa de pie en su pedestal*). ¡Oh Kuannon! ¿vuelves para perdonarme? (*la frente de la diosa se abate tres veces. Saito ha sido escuchado*) Gracias te sean dadas, diosa amiga, indulgente y serena. Que tu nombre sea bendito para siempre (*la noche concluye. Vuelve el día*). Mi amada despierta....

O'Hana.—Saito ¿dónde estás?

Saito—Junto á tí.

O'Hana.—Me estremezco......Ha mucho tiempo que estamos aquí....? ¡Cuanto he soñado!

Saito.—Amor mio ¿qué dices?

O'Hana—No, Saito ¿verdad que no he soñado ...? Aquel doctor tan feo, aquellas flores que se deshojaron, aquel trueno, aquel pájaro herido ¿fué todo sueño? A tí, Saito; á tí mismo, te vi con mis ojos....y no eras hermoso......

Saito—¡Ay!

O'Hana.—Estoy cerca de tí y no te veo. .... Y tu mano cuya caricia es para mí tan deliciosa, y tu rostro tan bello ... no eran así en mi sueño......

Saito.—Qué locura! ¡Qué sueño tan raro!....

O'Hana—Raro, sí...... Y muy triste.... Si la vida fuera tal como la ví en mis sueños.

Ay! Cuanto tendria yo que sufrir......! Figúrate: murió en mis manos un pajarillo

Saito.—No pienses en eso......

O'Hana.—De la herida que le hizo un cazador, le salia sangre á borbotones y chorreaba caliente por mis manos......

Saito—Horrible sueño!

O'Hana.—Luego abrió su piquito como para beberse de una vez todo el aire del campo, me vió con ojos muy tristes ¡nunca olvidaré esa mirada! y murió.

Saito.—¿Para qué sigues haciendo recuerdos tan tristes?

O'Hana.—¡Qué frio tan extraño es el frio de la muerte......!

O'Hana se cubre la cara con las manos y se pone á llorar. Saito la contempla profundamente conmovido.

Saito—¡Pobre niña!

O'Hana.—¡Qué horrorosa pesadilla! Jamás la olvidaré.

De pronto. O'Hana que seguía cubriéndose la cara con las manos, empieza á reir á carcajadas

Saito.—(*Aparte.*) Maldición! se habrá vuelto loca?

O'Hana.—¡Muy chusco, deveras, muy chusco!

Saito.—¿De qué te ries?

O'Hana.—De la extraña figura que te ví en mi sueño.........

Saito.—(*Aparte.*) ¡Cómo se imaginará que soy!

O'Hana—Pero todo el resto de mi sueño fué triste, muy triste.

Saito.—Que desaparezca tu tristeza.... Yo te amo; sábelo, yo te amo.........

O'Hana—Tú eres bello...... tú eres bueno. Serás siempre mio y yo seré siempre feliz.

Saito.—Prosigamos nuestra marcha.... Cantemos nuestras canciones y démosle gracias á Kuannon, que mientras dormíamos, velaba por nosotros.

O'Hana envia besos á la estátua que le señala Saito. Los árboles y las flores del primer plano recobran su lozanía perdida en la noche Sobre las fábricas se tienden nubes de bruma sonrosada como solamente se ven en el Japón, y de entre ellas surge la ciudad envuelta en vapores gris de perla.

El rostro de la joven recobra la calma; y sonrientes, en la misma actitud con que entraron, Saito y O'Hana prosiguen su camino

LIRIO SILVESTRE

POR ANDRE THEURIET—ILUSTRACIONES GRABADAS EN NUESTROS TALLERES.

Versión española de "El Mundo Ilustrado"

Número 4.

Tú no estas hecha para vivir en el mundo, agregó el Cura redoblando su energía; dentro de diez meses llegarás á la mayor edad y podrás disponer libremente de tu persona.

En espera de ese momento, si quieres creerme, conviene que te prepares para retirarte á la edificante condición de sierva del Señor, Si me autorizas, en mi próximo viaje á Langres hablaré de tí á la Madre Superiora del Convento de las Ursulinas, que estoy seguro de que no opondrá dificultad alguna para admitirte entre las ovejas de su rebaño. Comenzarás tu noviciado en esa piadosa Casa, y si Dios lo permite, pronunciarás más tarde los votos que te consagrarán para siempre Esposa del Esposo celeste. ¿Está convenido?

Mientras el sacerdote hablaba, Germana inquieta parecía luchar contra esta sugestión del claustro, como un pájaro que quisiera escapar á irresistible fascinación. Miraba maquinalmente más allá de los muros del jardin cural, las cimas de las montañas, y derrepente tuvo la visión de Marcial que volvía del servicio y buscaba en vano á su amiga en la casita del lindero del bosque, junto á la colmena, bajo el bosquecillo de avellanos.

La esperanza de reanudar aquella amistad de otros tiempos y encontrar luego, tal vez, en el amigo recobrado, el marido que soñaba, le dió fuerzas para resistir á la voluntad que casi la había subyugado. Se rehizo; y en un rápido examen de su corazón, reconoció que no tenía vocación para el convento.

—No, señor Cura, respondió bajando los ojos, mi idea no es hacerme religiosa. Yo creo que puede uno buscar su salvación en el mundo lo mismo que en el claustro. Perdóneme usted, pero prefiero seguir sirviendo á Dios como le sirvo ahora.

El Cura Pechenart se mordió los labios y sacudiendo la cabeza dijo:

—Vamos....eres presa aun del orgullo mundano....No quiero obligarte, pero un día volverás sobre tus pasos. Anda en paz, pobre hija mía y Dios te acompañe.

II

Tres años habían corrido desde la mañana de otoño en que Germana se despidió de Marcial, cerca de la capilla de Santa Clara, y la joven esperaba ya de un momento á otro el regreso de su amigo; y como no recibía noticia alguna se llenaba de inquietud Pasó todavía todo el invierno y el Chino no parecía, por lo cual Germana impaciente enviaba frecuentemente á la Buena para que recojiera noticias en casa de la madre Seurrot, pero esta no sabía sino que su hijo cambió de guarnición sin decirle adónde.

Una tarde de Mayo, la Buena entró alegre á la casa.

—Vengo de la fragua, dijo, y allí he sabido una cosa: ya regresó el Chino.

—Ya regresó! exclamó Germana palideciendo.

—Sí, llegó anoche, tan fresco y gallardo como cuando se fué. Tempranito salió á ver á su antiguo patrón, el zapatero Raffaut. La madre está contentísima.

—Creo que nos vendrá á visitar..dijo Germana, y luego corrió al jardin á su lugar favorito, junto al colmenar.

La joven aguardó impaciente esa visita y la semana pasó sin que se presentara el Chino: pero el domingo, cuando ella se dirigía á misa, le vió de improviso en un grupo de aldeanos y el corazón le bailó en el pecho. Ya en la iglesia no pensó más que en Marcial, la misa le pareció muy larga, y al salir buscó con ojos ávidos á su amigo, al que vió al fin frente á la posada del *Caballo Blanco*, conversando animado y fumando un cigarrillo. Tenía mucho aplomo y cierto aspecto de conquistador; sus facciones se habían acentuado y reía á carcajadas, mostrando unos dientes muy blancos bajo sus bigotes obscuros.

Para volver á su casa, Germana tenía que pasar por *El Caballo Blanco*, y toda ruborosa y con los ojos bajos, iba á atravesar la calle, cuando Marcial que la había reconocido, se desprendió del grupo y arrojó al suelo su cigarro.

Temblando y casi desfallecida Germana se detuvo en tanto que él le gritaba con tono familiar:

—Buenos días, Germana. ¿Estás contenta y bien? ¿Cómo vá la Buena?

—Todo bien por casa; gracias Marcial. ¿Y vá usted á permanecer por algun tiempo en la aldea?

—Ah! Ahora resulta que ya no nos tuteamos. Como ha pasado tanto tiempo. ¡Tres años!

—Tres años y medio, rectificó Germana.

—Cierto. Y luego añadió evasivamente: he estado por allá seis meses más de lo que pensaba.

Pero calló respecto de que esos seis meses los pasó en prisión por escándalo nocturno y golpes á un paisano.

—En fin dijo: ya estoy aquí, contento de haber finiquitado mis cuentas con el cuartel y contento de ver á todos mis amigos. Y á propósito de amistad Germana, le agradezco á usted mucho sus bondades para con mi madre y los chiquitines.

No hay que agradecer, Marcial, al obrar así con ellos me acordaba de usted. Confio en que irá usted á casa.

—De seguro Adios Germana, hasta muy pronto.

Luego se separaron; y al llegar Germana al extremo de la calle, se volvió furtivamente y vió á Marcial que reunido otra vez con sus amigos encendía otro cigarro y entraba á la taberna.

Volvió la joven á su casa muy contenta por la visita que le habian prometido, pero el tiempo corrió y la promesa no se cumplía En cambio, con frecuencia se hablaba de él, pues al volver la Buena de sus correrías traía el relato de las proezas del joven: andaba de fiesta en fiesta por las aldeas vecinas y parece que al venir del cuartel trajo refinada su predilección por las disipaciones y el placer. Aun se decía que otra vez estaba cazando en vedado, pero militaba en su favor el hecho de que el padre Raffaut le había contratado como operario y trabajaba en un taller en el bosque de Amorey.

Aquellas historias inquietaban á Germana. Despues de haber esperado con tanta confianza el regreso de Marcial, se le escapaba para recomenzar su vida de vagabundo, y hasta lamentaba que hubiera pasado el tiempo en que estando Marcial en el cuartel, vivía ella siquiera con la esperanza.

Mientras más avanzaba el estío, más triste en su soledad lloraba el fracaso de sus ensueños y su piedad amenguaba al considerarse abandonada de Dios y de todos los Santos.

Por este tiempo, la Buena anunció que iba á pasar tres días con una sobrina suya que vivía en Lamargelle, aldehuela del otro lado del llano de Vivey.

—Por el momento, dijo á Germana, ningun chico me reclama para ayudarle á venir al mundo y puedo darme estas lijeras vacaciones. En caso urgente, me mandas llamar y pronto estaré aquí.

Esa misma tarde partió y contra sus previsiones, al día siguiente se la vino á buscar para una mujer que estaba con los primeros dolores en la posada del *Caballo Blanco*. El caso urgía y la mujer pedía á gritos que la trajeran á la comadrona. Desgraciadamente el correo había salido ya; y no habiendo quien quisiera ir, Germana compadecida emprendió el viaje.

Conocía el camino y pasada la Treue comenzó á subir por el sendero á través del bosque; al cabo de una media hora apercibió las primeras ondulaciones del llano, con una vaga inquietud, y se lanzó en el dédalo de veredas que lo cruzaban en todas direcciones.

Le sucedió al cabo de pocos minutos una cosa muy natural: se extravió, y al fin ahogada por el sol, muerta de sed, agotada más por la inquietud que por la fatiga, se dejó caer al pié de un árbol.

Dirigía desesperadas miradas en torno suyo, y la más grande angustia le oprimía el corazón. Y el tiempo corría y la caída de la tarde multiplicaba sus congojas aumentando las dificultades de la situación.

Se levantó, caminó penosamente durante un cuarto de hora y de pronto se detuvo toda medrosa y estremecida: un extraño canto de pájaro acababa de vibrar cerca entre los árboles. Era un canto claro, á veces agudo como el de la alondra y aterciopelado á veces como el del ruiseñor

Germana escuchaba asombrada esta cantinela que no podía atribuirse á ningun pájaro, porque en esa estación el ruiseñor no canta ni la alondra tampoco.

A medida que avanzaba la canción se hacía más sonora y alegre y de pronto cesó de un golpe como había empezado y en el mismo momento apareció en un claro del bosque la simpática figura de Marcial.

III

Germana lanzó un débil grito de sorpresa; y su amigo reconociéndola le dijo:

—¿Usted aquí Germana? Oyendo á usted venir entre la ojarasca, me temí que fueran los guardabosques.

—¿Era usted pues quien silbaba?

—Sí, para atraer la caza. Pero que me ahorquen si esperaba este encuentro. ¡Qué hace usted por aquí!

Germana explicó todo lo que había pasado.

—Nada hay perdido, dijo él. Estaba usted muy en sentido contrario, pero voy á ponerla en buen camino

—Sí Marcial, acompáñeme un rato. Es una fortuna el haber encontrado á usted. Vamos.

Dió algunos pasos al lado de Marcial y derrepente palideció y se reclinó junto á un árbol.

—¿Qué le pasa? preguntó Marcial alarmado.

—Estoy como desvanecida y tengo mucha sed.

—El arroyuelo no está lejos. Voy á traer agua.

Cuando volvió con la vasija llena, encontró á la joven sentada al pié de un árbol y se espantó viendo la alteración de su rostro y la manera conque le tendía la mano para tomar el agua.

—Un minuto, le dijo Marcial, el agua sola le haría mal. Déjeme usted componérsela.

Y tomando su botella, mezcló al agua un poco de aguardiente, se arrodilló y dió de beber poco á poco á Germana. Ella abrió los ojos, pero sintiéndose sin fuerzas todavía, recargó de nuevo la cabeza contra el árbol.

—Siento la cabeza como vacía, murmuró.

El Chino la contempló unos momentos preocupado, y luego dándose un golpe en la frente exclamó:

—No es la cabeza. Es la plaza de armas la que está vacía. Apostemos á que no ha almorzado usted....

— Una taza de café y un pedazo de pan, antes de partir.

—¿A qué hora salió usted de Auberive?

—A las diez.

—Ahora ya son más de las tres y el café debe estar ya bien lejos. Lo que tiene usted es hambre. Felizmente aquí tengo algo para comer. Enciendo una fogata y en dos por tres....

—¿Pero y la Buena? ¿y mi comisión? ¿A qué hora llegaré á la Margelle?

Antes de anochecer y allí puede usted tomar una carriola que la lleve á Auberive por el camino de Vivey. Tenga usted paciencia mientras preparo el banquete.

Se internó por el bosque y minutos despues volvió trayendo una provisión de moras y de frambuesas silvestres que esparcían un exquisito perfume.

—Tenga usted, le dijo, dándole además una rebanada de pan; con esto se puede esperar la comida.

—Gracias, Marcial. Tiene usted un hermoso corazón. ¿Qué hubiera sido de mi si no encuentro á usted aquí?

En tanto que ella con buen apetito mordía el pan y picoteaba las moras, Marcial riendo sacó un par de perdices.

—Vea usted, dijo, dos pájaros que se recomiendan solos. Mientras enciendo el fuego ¿los quiere usted desplumar?

—Lo procuraré, contestó la joven. ¡Pobres animales! Usted las mató, Marcial?

—Esta mañana las cacé y estoy encantado de poder compartirlas con usted.

Amontonó en seguida algunas ramas secas, hizo hábilmente una fogata y empezó desde luego á asar las perdices.

—Usted sería un excelente cocinero.

—Ya lo creo. Cuando se ha hecho el servicio tres años y es uno además cazador entusiasta, se sabe un poco de todos los oficios.

Registró su morral y sacó hasta diez papas que sepultó entre las cenizas calientes.

—No contamos con mucho pan, dijo, y las papas no vendrán mal.

Bajo la acción de las llamas las perdices se doraban exhalando un olor que despertaba el apetito. El morral del joven parecía un saco de encantador: cada vez sacaba nuevos ingredientes. Un paquete de sal, un tenedor, un cuchillo, una botella vacía y un plato de estaño.

Tendió algunas hojas á guisa de mantel y corrió á traer agua en la botella. Cuando todos los preparativos estuvieron terminados, puso las perdices en el plato, desenterró las papas y dijo con alegría.

—Está usted servida, Germana.

—¿Y me quiere usted hacer comer sola?

—No. Haré á usted compañía. Solamente que como no tenemos más que un tenedor y un vaso. En fin, si usted quiere......

—Ya lo creo! contestó la joven con efusión. Y luego se ruborizó temiendo haber, con esta respuesta irreflexiva, traicionado sus sentimientos intimos.

Alegremente comieron los dos bajo la fresca sombra de los fresnos, y Germana recobraba las fuerzas con rapidéz, pues el bienestar á la vez que los alimentos, la entonaban. Jamás, ni aún entre sueños, había vislumbrado una felicidad más completa que la que experimentaba en ese momento.

—Y bien, dijo Marcial, tomando un vaso de aguardiente. ¿Está usted contenta, Germana?

—¡Muchísimo!

—¿De las perdices?

—¡Oh! no es sólo eso. Estoy contenta de haber hallado oportunidad de conversar tranquilamente con usted después de tanto tiempo sin vernos. Y me había usted prometido una visita!

—Es cierto, pero no siempre es uno dueño de sus días. Tengo tantas ocupaciones ahora!

—¿Volvió usted á su oficio de zapatero?

—Sí. Trabajo con el padre Raffaut, cerca de la granja de Amorey.... Y luego, como he encontrado en la selva buenos amigos para emprender partidas de caza á la luz de la luna......

—Oh! Otra vez lo vedado! Eso está mal!

—Mal.... Sin embargo, acabamos de ver que proporciona muy buenas comidas.

— Lo cual no impide que sea un oficio feo. Yo pensé que al volver del Batallón cambiaría usted de vida.

— Cambiar, no es fácil, cuando está uno hecho como yo. Ese oficio está en mi sangre, es fuerza que yo cace y como soy pobre, no tengo con que comprar un permiso como los burgueses de Auberive.

—Podría usted, insinuó ella después de un momento de silencio, establecerse en la aldea y hacerse burgués.

—Ah! dijo él irónicamente; si conoce usted la receta para eso, no me la tenga guardada.

La joven se había quedado callada y bajando los ojos arrancaba maquinalmente briznas de yerba. De pronto levantó la cabeza y dijo poniéndose muy colorada:

—Cásese usted!

—Casarme! bah! bah! Suponiendo que me entrara el capricho de hacer semejante barbaridad, ¿quién es la desgraciada que cargaría con un arrancado como yo?

La ligereza con que el Chino abordó esta cuestión y el hecho de llamarle barbaridad, decepcionaron hondamente á la pobre jorobada y consideró que si Marcial tuviera por ella la más leve afición, no se hubiera mostrado tan rebelde á tomar mujer. Sin embargo; al través de su desencanto reflexionó que orgulloso en su pobreza no quería acaso aparecer cortejando á una joven de su posicion, y consideró cándidamente que sería eportuno ayudarlo en el primer paso.

—Hay mujeres, dijo, que no se preocupan de si su futuro tendrá dinero.

—¿Sabe usted de alguna?

—Sí; contestó ella con voz débil y bajando los ojos, yo conozco á lo menos una, que en un negocio semejante no consultaría sino su corazón, y se casaría con el que le gustara, así fuese zapatero ó cazador de vedado.

Marcial la contemplaba con asombro, y de súbito la emoción y el embarazo de la joven le revelaron el secreto que estaba á cien leguas de sospechar.

Diablo, dijo para sí. La chica me amará? he

aquí una conquista que no me esperaba y que no da mucho de que vanagloriarse. Tener por novia una jorobada no es muy lucido, pero la cosa vale la pena de pensarse.

Y en efecto, mientras más se fijaba en la perspectiva que tan inopinadamente se le presentaba, más se inclinaba á aprovechar esta oportunidad llovida del cielo. Después de todo, Germana era huérfana, tenía buenas propiedades, y el que se casara con ella se daría la gran vida. Marcial no la daba ni por las delicadezas ni por las grandezas de alma, y no veía en todo esto más que una mina buena para su explotación. Acaso las gentes se reirían de él, pero en el fondo le tendrían envidia. Y como la chica no había sido nunca agasajada, con unas cuantas caricias la haría feliz como una reina; y una vez casado, nada le impediría seguir gozando á su satisfacción, y buscando compensaciones fuera del hogar.

—Germana, dijo: ¿la joven de quien me acaba usted de hablar, sería usted misma?

Sin responder, la jorobada confusa, ocultó el rostro entre las manos; y Marcial audazmente y viéndola con adoración agregó:

—¿Para que se calla usted Germana? ¿Su corazón ha guardado algo de afecto para este antiguo amigo?

—Oh! Marcial ¿y ha podido usted dudarlo?

Y al mismo tiempo se atrevía á levantar sus ojos enternecidos; luego, avergonzada ocultó de nuevo la frente entre sus manos.

—Y bien, amiga mía, exclamó Marcial con aire de vencedor: su afecto de usted está correspondido, pues Marcial Seurrot tiene para usted el mejor lugar en el fondo de su corazón.

Al hablar y siguiendo su costumbre militar de comprender el amor, le pasó el brazo en torno del cuello y apretó.

—Marcial, dijo ella ofendida y encantada á la vez, déjeme usted. Es tarde y quiero llegar á Lamargelle antes de que anochezca. No le parece amigo mío, que debemos emprender el camino?

—En efecto, contestó él, el sol desciende ya y conviene partir desde luego.

En un abrir y cerrar de ojos guardó en el morral los utensilios de la comida, y ayudando á Germana á ponerse de pié emprendió con ella la marcha.

Mano entre mano, caminaron en la dirección de Champ Carré sin decirse nada. Germana era demasiado feliz para hablar, y Marcial atontado todavía por la aventura, no sabia que lenguaje emplear con esta novia caída de las nubes. Muy bien comprendía que no debía tratarla con el desenfado que usaba en sus habituales conquistas, y no le venía á los labios ninguna de esas palabras tiernas que brotan de un corazón en realidad cautivado. Sin embargo, cuando transpuestos los límites de Champ Carré descendían los primeros declives de la vertiente, Marcial distinguiendo los techos humeantes de las chozas de una aldea, y un campanario puntiagudo tras del cual se levantaba la luna en creciente, creyó que había llegado el instante de romper el silencio.

—He aquí la Morgelle, amiga mía. No tiene usted más que descender. Aunque me cause pena, tengo precisión de regresarme; pero nos veremos pronto, ¿no es verdad?

—Sí Marcial. El domingo vaya usted á visitarme despues de la misa, y de aquí á entonces no deje de pensar en que su amistad me hace feliz.

—No tanto como á mí, contestó él, y á guisa de juramento, permítame usted abrazarla.

Paso entonces sus brazos al rededor del talle frágil de la jorobada, le dió dos besos en las mejillas y partió deteniéndose luego para gritar desde lejos:

—Hasta el domingo!

Cómo llegó Germana á la Margelle, cómo encontró á la Buena y qué le dijo mientras la carriola corría camino de Auberive no habría la joven podido referirlo. Era demasiado feliz para pensar en otra cosa que en su ventura y se acordaba con delicia hasta de los menores incidentes del día. Le ardía aún en la cara el sitio que tocaron los labios de Marcial y esta caricia tan dulce, tan nueva para ella, le hacia circular una encendida languidez por las venas.

Cuando la carriola la dejó en la puerta de su casa en compañía de la Buena, le pareció que despertaba de un sueño voluptuoso; y una vez allí no quiso comer á pesar de las exhortaciones de la Buena y se encerró en su cuarto para que no se la interrumpiera el encanto de sus recuerdos.

IV

Para un corazón de veinte años no hay regocijo comparable al de despertar con la certidumbre de que se tiene un amor correspondido. El suave frescor de las auroras de estío no es nada comparado con la aurora de este amor. Desde la tarde de su encuentro con Marcial, la joven gozaba de inexplicable alegría y desde que se levantaba en su alcoba modesta, toda adornada con imágenes de santos, la dicha cantaba en ella como una música de pajarillos matinales.

Marcial me ama, pensaba, y esta convicción iluminándola, la metamorfoseaba. Los rasgos de su fisonomía se impregnaban de ternura y llamaradas de alegría relampagueaban en sus ojos negros. Parecía como más alta y más ligera; tenía expansiones súbitas, accesos de alegría, preocupaciones de coqueterías que maravillaban á la Buena: «¿Qué yerba has pisado tú, hija mia?» le decía ésta. Mírate traviesa y feliz como una golondrina!

Germana se ruborizaba por toda respuesta, saltando al cuello de la madre Aubriot y besándole las mejillas, y estaba la pobre joven hasta bonita.

Como lo tenía prometido, el Chino vino el domingo después de la misa con su blusa nueva de cintas flotantes. El bigote retorcido daba á su fisonomía un aspecto militar.

Al llegar á la casa sacó de bajo de su blusa un lebratillo y lo entregó á la Buena.

—Diablo, dijo ésta. Has regresado del servicio más montaraz que antes de irte, segun que no te habías presentado por aquí: pero más vale tarde que nunca. ¿Vienes á ver á la chica? Acaba de regresar y la encontrarás en el jardín. Entra.

La joven estaba en efecto al extremo de la avenida en donde las plantas esparcían un suave aroma otoñal. Al ver á Marcial, Germana se llenó de visible contento y lo llevó al mismo bosquecillo de tilos bajo el cual tuvieron su entrevista el domingo de Cuasimodo.

Germana, feliz, en esta soledad sombría en que tantas veces había estado suspirando por Marcial ausente, abría con ingenuidad su alma pura, y ponía á Marcial al corriente de lo que le pasó con los Boucheseiche mientras el Chino estaba en servicio. Este la escuchaba sonriendo y de tiempo en tiempo, sin dejar de prestar atención á su novia, tomaba de las ramas cercanas alguna avellana, la partía y se la comía sin ceremonia.

—Ya comprenderá usted, Marcial, que debemos desconfiar de esos malignos Boucheseiche y no exponernos dando qué decir á su mala lengua. Será pues necesario que guardemos en reserva nuestras relaciones hasta que cumplidos mis 21 años, quede yo enteramente dueña de mis acciones. No tendremos mucho que esperar porque en el mes de Noviembre próximo los cumpliré.

Quedó pues convenido que hasta entónces no dirían una palabra de sus proyectos y que el Chino escasearía sus visitas para no dar pasto á la murmuración. Esto salió muy á gusto de Marcial que conservaba así más libertad de acción y resultaba dispensado de hacer la corte en regla á su novia.

—Pero, añadió gallardamente ésta; si quedamos privados de vernos aquí, eso no evita que podamos encontrarnos algunas veces en el bosque. ¿No me ha dicho usted que el taller nuevo del padre Raffaut está instalado en las cercanías de la granja de Amorey? De vez en cuando daré

mis paseos por allí con la Buena y le iré á sorprender.

Una ligera nube pasó por la frente de Marcial.

—Cuidado! dijo. Eso sería peor y las gentes lo sensurarían más y no sin motivo. Es preferible que seamos prudentes y tengamos paciencia mientras llega el día de nuestra unión.

—Amigo mío, haremos lo que usted con su buen juicio considere más razonable y quedaré contenta de obedecer á usted en todo. Pero no deje usted de asistir los domingos á la misa mayor. Si no puedo verle en mi casa ó en el taller, me conformaré con encontrarle á lo menos en la iglesia, ó en la plaza.

La hora de la siesta corrió rápidamente para Germana; y al obscurecer, Marcial tomó el camino de la selva después de haber comido alegremente con su novia y con la Buena.

No volvieron á verse sino los domingos en la iglesia, y durante la semana entera, Germana no vivía más que de la esperanza de este breve encuentro dominical. Desde que entraba á la iglesia, su corazón palpitaba ansioso; y si Marcial tardaba en presentarse, sentía desgarradoras angustias pensando en que acaso lo había retenido algún accidente y esto la hacía padecer notables distracciones.

Más de una vez durante *la Gloria* ó *el Credo* sus ojos se apartaban del altar y trataba de descubrir por encima de las cabezas de los devotos, la cabeza gallarda y el bello perfil de su amigo. Lo distinguía al fin, se ruborizaba y volvía con afán á su devocionario en tanto que una embriaguez deliciosa la invadía. Al salir lo veía otra vez paseando por la plaza entre sus amigos y llevaba con esto, la pobre jorobadita, una gran provisión de dicha para toda la semana.

A veces engañaba su impaciencia con ayuda de largas correrías por la selva; pero obedeciendo las recomendaciones del Chino, no se atrevía á llegar á las inmediaciones de la fábrica de zuecos, pero había descubierto un sitio elevado en lo más espeso del bosque desde donde se dominaba el valle de Amorey y se veía entre los árboles humear la choza del padre Raffaut. Este hilo azulado de humo subiendo por encima de la enramada, amarillenta ya por el otoño, le parecía como un testimonio de la presencia de Marcial en el taller y le saludaba con ojos enternecidos y permanecía horas enteras siguiendo los caprichos espirales que se disolvían poco á poco en el aire.

El día iba cayendo insensiblemente; la pradera sembrada entonces de colchicos se teñía de un verde más intenso, las vacadas buscaban mugiendo la senda del establo, y con el crepúsculo descendía el silencio por las vertientes de la montaña. Entonces dejaba Germana el observatorio y por senderos sombríos volvía á su casa, viendo al través de las arboledas de Montgeránd, iluminarse las ventanas.

Luego, terminada la comida, se reclinaba melancólicamente junto á la ventana abierta y contemplaba las estrellas que cintilaban aquí y allá entre la gasa de nubes fugitivas y luego suspiraba pensando en esos espacios tan grandes de selva y de cielo que la separaban de Marcial.

La Buena, que sentada junto á la lámpara tejía calceta ó repasaba ropa blanca, oía este suspiro é interrumpía sus tareas preocupándose de las melancolías de la joven.

La Buena, muy fina y perspicas, había ya adivinado lo que había entre Germana y el Chino y traspasando los anteojos con la mirada penetrante de sus ojos grises, se fijaba en el deformado cuerpo de la jorobada, y en su cabecita apoyada contra los hierros de la ventana. Comparaba entonces imaginariamente la varonil apostura de Marcial y la figurilla desviada de Germana y un sentimiento de piedad y de desconfianza en el porvenir le oprimía el corazón.

Transcurrieron así Septiembre y Octubre y se llegó al invierno rápidamente como sucede en esas comarcas boscosas.

En los años fecundos esta es la época en que se recojen los frutos de las hayas que desprendidas de sus cápsulas rugosas caen á millares en el suelo. Estos ayucos tienen mucha demanda por ser oleaginosos y su cosecha es una de las principales ganancias de las aldeas de la selva.

Los Boucheseiche que no dejaban pasar provecho alguno grande ni pequeño, partieron á la selva; y aunque sus relaciones con Germana estuvieran un tanto resfriadas, consistieron ésta y la Buena en acompañarlos como todos los años.

Cada uno daba su escote para hacer en común los gastos de la comida y se señaló para lugar de cosecha el cantón de Amorey donde abundaban las mejores hayas. De mañana se trabajaba firme y los sacos se llenaban pronto, pero despues de comer disminuía el celo de todos. Cadet y sus hijos se acostaban á dormir; la Buena y la señora de Boucheseiche cerraban y cosían los sacos llenos y Germana bajo el pretexto de buscar setas se internaba en la selva que descendía hacia la granja de Amorey.

Una tarde tibia, bajo los rayos del sol claro; Germana separada de los demás erraba por el bosque con el alma llena de todos las grandezas solemnes de la naturaleza y se había despertado en ella una sorda eclosión de sentimentalismo. Un deseo confuso la atormentaba con la tentación de derramar en algún corazón amigo algo de las ternuras que rebosaban de su corazón.

En estos momentos, embriagada por las caricias de ese sol tibio que como una corriente de oro fluido pasaba entre las ramas, habría querido sentir su mano estrechada por otra mano, su rostro halagado por caricias delicadas y se ruborizaba con estos pensamientos que quería rechazar como pecaminosos, pero la imágen de Marcial, persistía imperiosa en su cerebro. Recordaba que el taller del zapatero estaba en el límite del bosque y que apenas algunos centenares de pasos le separaban de su amigo y un impulso irresistible la precipitó en aquella dirección.

En efecto, Marcial le había prohibido exponerse á los comentarios y á las habladurías de los zapateros, pero esta vez se trataba de una corta y excepcional visita que quedaba naturalmente explicada con la cosecha que estaba haciendo en compañía de los Boucheseiche.

Por otra parte, Noviembre estaba próximo, ya que solo faltaban unos días para que ellos mismos divulgaran su proyectado matrimonio y de aquí á entonces, decía ella, los comentarios que se hicieran no podían ser peligrosos. Esta reflexión la animó y tomó con paso resuelto el camino de la granja.

No conocía de un modo exacto el lugar en que estaba el taller y no más sabía que estaba á la orilla del bosque, á un tiro de fusil de la granja y mientras caminaban Germana iba dándose esas excusas y haciéndose esos razonamientos que son tan comunes en los que quieren capitular con su conciencia. «Si caigo directamente al camino del taller, será señal de que mi visita no traerá consecuencias desagradables; pero si por el contrario equivoco la dirección no me obstinaré en buscarla y regresaré.»

Mientras se imponía en su inocencia tales condiciones, la senda se alargaba y súbitamente desembocó en un tallar desde donde se oía el rumor de una fuente.

«Entonces, se dijo Germana descepcionada, me he equivocado y el cielo no quiere que vea yo á Marcial,» Y se disponía á volver sobre sus pasos, cuando distinguió á la izquierda una estrecha senda que salía del tallar y se aventuró por allí; en un recodo brusco sintió de improviso que le saltaba el corazón, y descubrió á la orilla del arroyuelo el techo cónico de la choza y los útiles del taller. Centenares de zuecos apilados á lo largo de las paredes no le dejaron duda alguna de que allí estaban los obreros.

Se detuvo, y se puso á escuchar. Ni un ruido, exceptuando el que hacían las aguas al correr. La choza estaba desierta, obreros y maestros estaban tal vez también en la cosecha de las hayas. La joven, á pesar de esta descepción, respiró más á gusto. Si la Providencia se había opuesto á que viera á Marcial, ninguna ofensa ni pecado había en ver el taller vacío. Por otra parte, Germana no se sentía con valor de resgresar sin haber entrado estando ya allí.

Lentamente la joven penetró en el taller que estaba solo, en efecto, con los útiles de trabajo metódicamente colocados en sus sitios correspondientes, pero se notaba que había tarea y que los obreros estaban fuera. Iba á retirarse, cuando oyó cuchicheos en el cuchitril que servía de cocina. Se aproximó y pudo convencerse de que en efecto había allí quienes hablaban y de que la conversación se animaba por momentos; al fin las palabras de los interlocutores llegaron distintas y tembló toda al reconocer la voz de Marcial, y luego un dolor agudo le despedazó el corazón.

Acababa de oir que era una voz de mujer la que le contestaba, una voz fresca, vibrante, cuyas entonaciones á veces ingénuas y á veces irritadas, no le eran desconocidas.

Una violenta curiosidad la empujó más cerca de la cocina; y pálida y atormentada por angustia cruel, recargó su mejilla contra la frágil pared. Colocada así no solo oía perfectamente, sino que como la pared era de ramas, separadas en algunos puntos, podia ver á los interlocutores.

Uno de ellos era Marcial; la otra como lo había presentido era una mujer, y le bastó un segundo para cerciorarse de que esta mujer era su antigua condiscípula Clarisa Pitois.

—Sí, decía Clarisa. Tú eres un pillo, y solamente dices lo que te conviene, pero á mí no me la das, también soy maligna y no se me hace tragar gato por liebre. Repito que ya te cogí en tus picardías y que yo te preparo una que suene, pues veo en tí algo que no me gusta, no me gusta....

—En ganarte yo, Clarisa! No sé como podría ser eso, ni cuando podría hacerlo si ni yo salgo del bosque nunca ni tu te separas de mí.

—¿Y qué haces los domingos, pícaro y vil embustero?

—Es posible que haya yo estado alguna vez en Auberive tomando con mis amigos en la taberna. Por otra parte, si tienes dudas, puedes hacerme espiar.

Justamente te he espiado, y lo que ví es lo que me ha metido la pulga dentro de la oreja. Te has vuelto muy devoto, se te ve siempre en misa mayor telegrafiándote con quien sabe que muchacha. ¿Te atreves á negarlo?

—Cierto. He estado dos ó tres veces en la iglesia con los muchachos de Auberive.... Pero de eso á telegrafiar con las chicas, te aseguro que hay distancia. No conozco á ninguna tan bien formada ni tan provocativa como Clarisa Pitois del Valle de Amorey.

—Cállate monstruo! No intentes cubrir la herida restirando la piel, porque es tiempo perdido. ¿Y cuando vas, maldito, á casa de la jorobada también es por acompañar á tus amigos?

—¿Qué jorobada?

—Date del sorprendido....! la mosquita muerta, la Germana

– Esa infeliz! Me haces reir! No vas á sostener que me supones enamorado de ella.

(Continuará.)

PAGINAS DE LA MODA.

BLUSA PARA LUTO.

LA MUJER.

(Continúa.)

"Los celos transforman á la Mujer en una furia. Las conmociones populares, los terrores supersticiosos, la embriaguez de la política, se propagan entre las Mujeres como un incendio. En la Mujer dominan el sentimiento, el instinto y la maternidad. El mundo material subyuga á la mujer. Ella es mas piadosa que el hombre, su corazón es un santuario que el hombre de bien respeta siempre. La dulzura de carácter propia de la Mujer, corrige la rudeza de nuestras costumbres."

Todos estos pensamientos de Mayer son hijos de la observación, y creemos que nadie habrá que los desmienta.

La Mujer es el más hermoso de los seres de la creación.

El más bello.

El más puro.

La Mujer es la verdadera inspiración de Dios.

Y Dios puso en ella todas sus complacencias.

Sin la Mujer, el hombre nada sería en la tierra.

Así lo comprendió el Creador cuando dijo para *inter se*, que no era bueno que el hombre estuviese solo.

Adan sin Eva parecía á Dios una obra trunca.

Y para llenar esta necesidad que al mismo Dios pareció tan indispensable, formó á la Mujer.

No para regalo del hombre, sino para que fuese su compañera en el amargo tránsito de esta vida.

Por esto le dió todos los encantos, toda la belleza, todas las gracias que en ella vemos.

La Mujer es el faro, es la luz que guia al hombre en todas y cada una de sus acciones.

PALETOT PARA SEÑORITA.

TRAJE DE BODA Y TOILETTE DE CORTEJO.

En la mujer está ese noble sentimiento y tierno á la vez, que llamamos AMOR.

El hombre también ha comprendido todo lo que ella vale.

Desde los tiempos más remotos, se ha levantado á la Mujer un altar en donde la humanidad ha tenido que adorarla; si no por deber si por deferencia.

Adoración que bien merece, porque es la mejor y más perfecta de las obras del Omnipotente.

La más grande, si se nos permite decirlo así, porque ella fue el complemento de la creación.

Ella es la sultana del Universo.

En donde quiera que se encuentre una Mujer, allí estan la vida y la felicidad.

La dicha suprema, el ensueño más puro de la vida.

Sin la Mujer, volvemos á repetir, el hombre nada sería en la tierra.

Por ella se emprenden los más rudos trabajos.

Por ella las acciones más sublimes se llevan á cabo.

En ella también están depositadas las más tiernas afecciones del corazón.

Cuando una Mujer ama, puede asegurarse sin vacilar que ella siente el amor con toda su fuerza, con toda su grandeza, con toda su abnegación.

La Mujer nació para el Amor.

El Amor existe para la mujer.

Son dos principios incontrastables que nadie pondrá en duda.

Eloisa Amando á Abelardo; es una prueba de lo que acabamos de decir

¿Quién no recuerda aquellas sublimes expresiones aquellas sentidas palabras que dirigía á Abelardo cuando por sus votos de religión les era imposible unirse?

"¿Qué es el cielo viviendo tú en la tierra?
... ...
¿Qué vale que mi voz ciertos momentos
El olvido pronuncie en apariencia,
Si amor, y nada más constantemente
Profiriendo está el alma con firmeza?"

¡Cuánta, cuánta abnegación dejan ver estas exclamaciones arrancadas por el dolor de esa pasión!

La mujer que ama, todo lo sacrifica á su amor.

Este sacrificio es sin duda el más acepto á Dios.

Porque es hecho por el amor y el amor es la emanación de Dios.

La Mujer jamás dejará de ser la fuente de la más dulce inspiración.

De la más tierna, de la más ardiente.

Todos los poetas la han cantado

Y en todas partes se la ve brillar como la luz del sol

La Mujer es el centro común de todas las afecciones. de la humanidad

Nada hay que no sea hecho por la Mujer.

Testigo de ello es esa misma humanidad que á cada momento invocamos

¿Por quién existe este, sino por la Mujer?

¿Quién es aquél que no haya sentido en su pecho una dulce emoción, una vaga inquietud que lo aduerme en ilusiones, en placeres y en venturas, al ver la faz angelical de una mujer?

Todavía más.

Quién es aquel que en los ensueños de su infancia, en sus horas de inocencia y en sus tiernos y puros pen-

samientos, no ha acariciado en su mente, no ha soñado con la imagen de una Mujer?

Nadie, absolutamente nadie.

Porque nadie existe sin corazón, sin alma.

¡Cuán insensatos parecen aquellos que acusan á la Mujer de ser el origen de la maldición del Eterno sobre la raza humana!

(Continuará.)

Nuestros grabados.

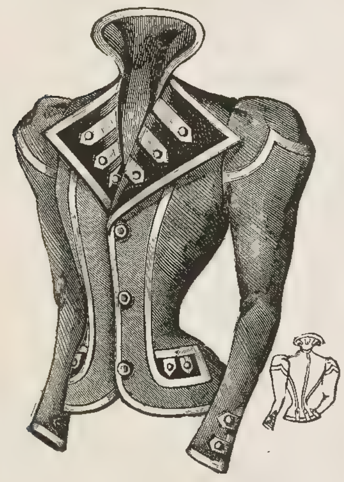
BLUSA PARA LUTO.

Esta blusa es muy sencilla y elegante. Está formada de crespón; el talle va fruncido y está sujeto por un cinturón del mismo género.

El delantero está adornado con una solapa de pasamanería.

El cuello es alto, en la parte de atrás tiene un olán de crespón y figura cuello Médicis.

La manga es ancha en la parte superior, tiene un olán y en la parte inferior está cortada en punta, como se ve en el grabado.



JACQUETTE CRUZADA.

PALETOT PARA SEÑORITA.

Este paletot es de paño, va todo cerrado y está adornado en el delantero con dos vueltas de entredos.

Las solapas son anchas y solo la parte de atrás del cuello está adornada con entredoses.

La manga es angosta en la parte inferior, y ancha en la superior, y lleva una vuelta de entredos.

TRAJE DE BODA Y TOILETTE DE CORTEJO.

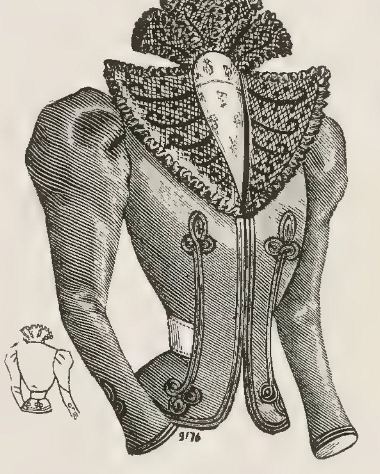
Puesto que el matrimonio es asunto de perpetua actualidad, nos permitimos de cuando en cuando ofrecer á nuestras lectoras un nuevo modelo que les muestre el rumbo que la moda va siguiendo en lo relativo á los trajes de boda. El que ahora les mostramos va unido á otro de cortejo, de una elegancia suprema, pensado y ejecutado para la más ideal de las madrinas.

JACQUETTE CRUZADO. FRENTE Y ESPALDA.

Es en drap mastic, guarnecido de tiras de drap blanco punteadas y abotonadas de acero; revés y bolsas de terciopelo Habana, ornados de pequeñas tiras de drap blanco, fijadas por botones de acero.

BABERITOS PARA NIÑOS.

BLUSA MARINERA BLUSA PARA NIÑAS TRAJE PARA NIÑA



JACQUET ULTIMA NOVEDAD

BABERITOS PARA NIÑOS.

Estos baberitos son de piqué, puede dárseles la forma que se desea.

Se pueden también bordar á mano ó en máquina.

BLUSA MARINERA

Esta blusita es de género de lana. En cada lado de la blusa lleva cuatro patitas estando adornadas cada una de ellas con dos botones

El cuello es ancho y á la orilla tiene tres vueltas de cinta.

La manga es angosta en la parte inferior y lleva en el puño cinco vueltas de cinta, y la parte superior es puf.

BLUSA PARA NIÑAS DE 9 A 10 AÑOS

Esta blusita es de punto y en el delantero está adornada con galón de pasamanería.

La manga es angosta en la parte inferior y en la superior lleva puf.

TRAJE PARA NIÑA

Este traje es para niñas de doce á trece años.

La blusa tiene en el delantero un tablón ancho, y en cada hombro lleva cinco patitas

El cuello es alto, y tiene tres vueltas de alforzas.

El cinturón es ancho, y en la parte de atras lleva un choux.

La manga es de puf, el puño es muy ajustado.

La falda es derecha.

JACQUETTES DE ÚLTIMA NOVEDAD.

De satín obscuro, lisos, el primero con dos grandes espigas á derecha é izquierda, y un gran cuello florentino bordado, con ribetes de muselina avolantada. El segundo con presillas en los brazos, cuello Médicis de amplio y rico bordado y abertura á la izquierda abotonada sencilla y elegantemente.

TRAJE PARA SEÑORITA DELANTERO Y ESPALDA.

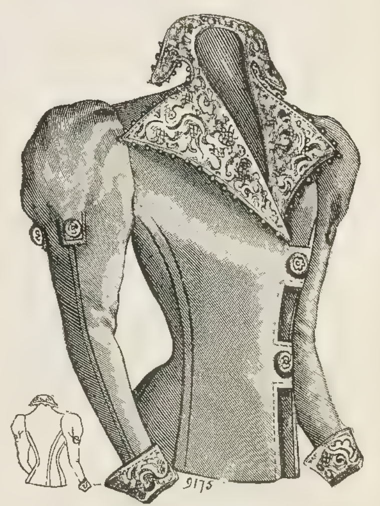
Falda corselete de falla grano grues verde capilar, ornado de aplicaciones de guipure crema rebrodée. La falda está recortada en la parte inferior sobre un volante recortado en forma en tafetán cambiante, rosa y verde, guarnecido de un bullonado en la parte baja. El corselete está recortado también sobre un peto de gajos, de tafetán cambiadizo. Mangas de falla de grueso grano guarnecidas de guipure rebrodée y cortadas en largos guanteletes sobre un bullonado de tafetán cambiadizo. Moño de cinta verde al rededor del cuello.

TOILETTES DE PRIMAVERA PARA SEÑORITAS.

Ofrecemos dos cuerpos blusas de los que más boga alcanzan en la actualidad en París y que la casa *Jeanne d' Ark* ha lanzado con éxito hace poco.

BLUSA PARA SEÑORITA.

Esta blusa es hecha de género delgado, y va adornada con entredos bordado. En el delantero está plegada y cae sobre el cinturón figurando blusa marinera.



JACQUET ULTIMA NOVEDAD.

TRAJE PARA SEÑORITA

TOILETTES DE PRIMAVERA PARA SEÑORITA

COLLET PARA JOVENCITA

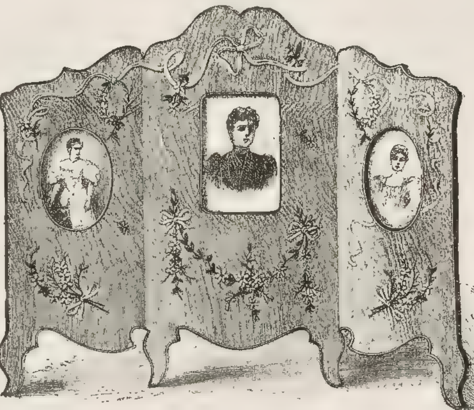
El cuello es alto y es hecho de listón. En el lado izquierdo está adornado con un moño y con una hevilla grande.
El cinturón también es de listón y á un lado tiene un choux de esto mismo.
La manga es angosta, en la parte inferior forma punta, y solo esta adornada con un entredos.

BLUSA DE SURAH.

Esta blusa es de género delgado y todo el cuerpo está hecho de alforzas. En la parte delantera lleva solamento en la derecha una solapa de encaje y á la orilla de ésta tiene un olán tableado.
El cuello es alto, y en la parte de atrás lleva un olán del mismo género, que la blusa figurando cuello médicis.
La manga también lleva alforzas, y en la parte superior tiene un olán que cae sobre la manga.

MATINÉE GASHA. DELANTERO Y ESPALDA.

Es de cachemira ó surah de matiz claro La forma, recta, está ornada de tres pliegues delante y de un pliegue Watteau detrás; todo lo alto es plissé de pliegues de lino. Las mangas son rectas y fruncidas en los puños Corbata plissé estilo mariposa.


BIOMBO DE SEDA BORDADO

COJINES PARA CAMA.

Estos cojines son de etamina, y están bordados con sedas de color. Sirven para piés de cama ó bien para respaldo de divanes.

BIOMBO DE SEDA BORDADO.

Este biombo que sirve para mesa de sala y para colocar retratos es hecho de un género de seda y está bordado con sedas de color, puede hacerse de etamina.

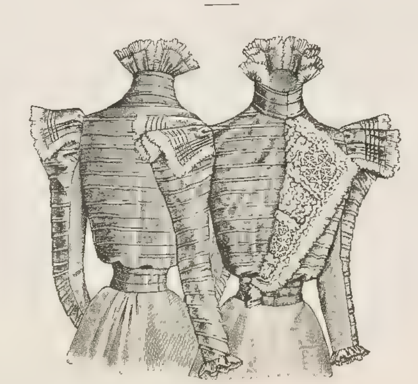
VESTIDO PARA NIÑOS.

Este vestido es hecho de tejido de gancho con el objeto de ponerle el fondo del color que se desee.
En el talle lleva un olán del mismo tejido el cual cae sobre la falda
En cada manguita lleva un moño de listón. En el centro del cuello va adornado de un moño, lo mismo que en la parte de atrás.

LA SENSIBILIDAD INFANTIL.

La sensibilidad tiene en el niño los mismos límites que su inteligencia. El niño no se refiere en su pensamiento más que á las cosas actuales, su memoria no alcanza más allá del minuto que acaba de transcurrir y no sabe estender sus inducciones hasta el porvenir. Asimismo, sus placeres y sus penas están, por decirlo así, encerrados en el instante presente.
De aquí la viveza y la fugitiva variedad de las emociones del niño. Su vida sensible se compone de cortas cóleras, de llantos y risas repentinas, de penas violentas, de súbitas ternuras y sentimientos, en una palabra tan ardientes como pasajeros. Se concibe en efecto, que el sentimiento del niño, producido sola-

BLUSA PARA SEÑORITA


BLUSA DE SURAH

MATINÉE GASHA. DELANTERO Y ESPALDA

VESTIDO PARA NIÑAS

COJINES PARA CAMA

mente por la presencia de los objetos, se despierte pronto, y que; en cambio, no eche raíces profundas, permanezca superficial y no se fije en el alma El niño se exalta por nada y se entrega por entero á la alegría ó al dolor, con todo el impulso de sus fuerzas ágiles y jóvenes. Ríe á carcajadas llora á mares ó patalea de impaciencia y de cólera, pero todo este fuego se apaga tan pronto como se ha encendido. Cuando el objeto se aleja ó desaparece, el sentimiento no le sobrevive, porque no hay aún en el niño fuerza suficiente de pensamiento para retener y hacer duradera la emoción En cuanto se le presentan nuevos objetos ó nuevas impresiones, dice M. Sully, se detiene el torrente de su pasión.

GABRIEL COMPAIRÉ.

***

Un famoso usurero que tiene un puñado de onzas en vez de corazón, es padre de un hijo, vivo retrato suyo.

Un amigo de la casa le pregunta un día al muchacho, para ver sus inclinaciones:

—¿Qué harías si tu padre se muriese?

—Heredar.

***

—¿Qué edad tenía usted, marqués, cuando se casó?

—No lo recuerdo á punto fijo; pero todavía no tenía uso de razón.

EL MUNDO.

TOMO I. MEXICO, MAYO 29 DE 1898. NUMERO 22.

LA GUERRA HISPANO-AMERICANA

Las tropas españolas desfilando por las calles de San Juan (Puerto Rico.)

LA SEMANA

SUMARIO.—Una harpía desencadenada.—La soldadera —Escuela de vicio y de crimen.—Un tipo que tiende á desaparecer.—Esas señoras.— La policía y el escánd lo de las mesalinas.—Hábitos reprensibles.—Nuestro impudor.—Calaveras y perdularios.

El corazón humano es una casa de fieras. Dormitan y se esperezan dentro de sus jaulas las pasiones tigres; bostezan voluptuosamente; interrumpen su sueño para afilar sus garras y sacudír de tiempo en tiempo los barrotes de sus prisiones. Un día la ira, los celos, la embriaguéz abren las jaulas y las fieras se precipitan ávidas de libre expansión, hambrientas de carne humana, sedientas de sangre y siembran en derredor la desolación y la ruina.

El ligero barníz con que la educación ha recubierto las tenebrosas propensiones humanas se tiende á cada paso al choque de la pasión ó corroído por el vicio, y por las grietas se escapan, la envidia en emanaciones mal sanas, la ira en corrientes de lava, los celos en negros nubarrones preñados de tempestad, la lujuria en vapores exitantes y embriagadores. El hombre ha dejado de serlo; un lamentable regreso á la vida animal lo instiga á todos los extravios, lo atrae á todos los excesos y lo impele á todos los crímenes. Y es triste y doloroso el espectáculo que da el rey de la creación emancipado de toda coerción moral, de toda presión social y de todo respeto, encenegándose en el vicio ó lanzándose ciego, brutal y desenfrenado á la repugnante orgia del delito.

Cuando es la mujer la que se olvida, se extravía y delinque; el espectáculo es aun más repugnante y aún desconsolador. Pedimos á la mujer gracia y harmonía, recato y pudor, modestia y dulzura, virtud acrisolada y resignación sumisa, amor eterno pero apacible y consagración exclusiva al débil, al oprimido, al inocente. Son estas sus cualidades de madre. Cuando arrebata de sus sienes la corona de rosas de la virtud, cuando desgarra y arranca de su cuerpo los velos del pudor, cuando ostenta los vicios de su alma desnudos como los encantos de su cuerpo, cuando arroja la rueca, para empuñar la copa de la orgía ó el puñal de la matanza, sentimos nausea, vértigo, vacío en el corazón, profundo y doloroso desconsuelo en el alma.

Laura Veraza, viciosa y asesina, puede gloriarse de haber producido en nuestra sociedad esa invencible repugnancia con sus escándalos y con sus crimenes. Exitado su cerebro por los vapores del hatchis, arrastrada por no se qué torbellino de pasiones irrefrenables, empuña el arma homicida, penetra á un cuartel, mata á un oficial y hiere de muerte á otro, á un cabo y á una mujer que pasaba. Su fuerza es herculea, su iracundia ciega, de su boca de furia se escapa la blasfemia y en su cabeza se yergen las serpientes que coronaban la cabeza de Gorgona. Presa de furioso delirio no oye intimaciones, no atiende súplicas, no la intimidan amenazas y hiere y mata cuanto encuentra al paso sin que se pueda contenérla ni refrenarla. Su delito parece una explosión por lo súbito por lo brutal y por la futilidad del motivo que lo determina. Aquello no es una mujer, ni siquiera una hembra, es un volcán en erupción.

* * *

Para llegar á ese grado de exitabilidad se necesita una escuela de malas pasiones, un foco de vicios y de delitos y un curso profesional de maldad. No ha faltado quien pretenda idealizar el tipo de la soldadera; quien la pinte heroica y abnegada acompañando á su hombre en el combate, sosteniéndolo en la derrota, alimentándolo y vistiéndolo en la campaña, representando el papel de providencia del soldado, siendo colaboradora efectiva de todas nuestras glorias militares por su iniciativa, sus recursos, su auxilio eficaz y sus servicios de proveedora de nuestras fuerzas públicas de combate. Pero para formarse una idea menos poética y más real de ese tipo de mujer hay que verla en el campo de batalla afrontando la muerte para despojar al cadáver, saqueando, en marcha, la ranchería para procurarse víveres, embriagándose, en la etapa, con el aguardiente de la tienda de raya, deletreando durante el vivac el bocabulario de todas las obcenidades y de todas las blasfemias, amamantando y golpeando al hijo, infiel á su hombre por hábito y solo sumisa y leal por la fuerza, viviendo en inaudita promiscuidad con todo el regimiento, llevando en su cuerpo el foco de todos los contagios y en el alma el sedimento de todos los vicios, pendenciera por hábito profesional, heridora, asesina, y ostentando con inaudito cinismo todas sus degradaciones.

La intendencia y el alto mando militar han hecho prodigiosos esfuerzos por estirpar ese cáncer roedor, por regularizar la vida conyugal del soldado, por sanear ese foco de epidemias, por apartar á la soldadera del cuartel. Mucho se ha logrado; grandes mejoras se han realizado, pero el mal aunque atenuado subsiste y no se extinguirá sino con el tiempo y con una reforma fundamental en el modo de reclutamiento y de asistencia y de vida del soldado.

* * *

La Policía se ha decidido ya, por orden de su Inspector General, á emprender una cruzada activa contra los desórdenes y escándalos á que ciertas mujeres acostumbraban entregarse en los lugares públicos, en los teatros, en los paseos, en las calles mismas de la ciudad.

Ya era tiempo. Llama la atención, en efecto, que en centros de prostitución más vastos y más activos, como lo son en general las grandes capitales europeas no se perciba ese descaro, ese desparpajo, esa turbulencia, esa insoportable ostentación de malas costumbres, y que en México, en donde, dígase lo que se quiera, no hemos llegado en cantidad ni en calidad á la corrupción que impera en otros países, sea á veces intolerable la gala que hacemos de nuestras malas costumbres. A menos de no frecuentar ciertos barrios y determinados centros, puede estarse seguro en París, en Lóndres ó en Viena, de no presenciar espectáculos que ofendan el pudor, de poderse codear con toda clase de mujeres, de circular sin ser importunado y de concurrir con mujer é hijas por todas partes sin asistir á escenas que ruborizan ó causan horror.

En aquellos pueblos, la mujer de mala vida observa en la calle la compostura y la severidad de una mujer correcta; viste de cierto modo y su mirar y modales tienen para los iniciados mucha significación y elocuencia; pero las mujeres honradas, los niños, las personas serias y de buena conducta las distinguirían dificilmente de las verdaderas damas. Jamás rien á carcajadas, ni instalan lineas telegráficas en los teatros, ni cuchichean maliciosamente entre sí, ni llaman ni atraen ostensiblemente á nadie, ni tienen palabras, actitudes ó ademanes inconvenientes. La policía reprimiría el menor desmán y las haría castigar á la menor falta.

Pero, en obsequio de la verdad, la mitad de la causa del descaro y del indecoroso proceder que se observa entre nosotros, son no tanto las mujeres cuanto los hombres mismos. En el extranjero, por regla general, y en los paises anglo-sajones, en particular, la primera preocupación del hombre cuando tiene un vicio es ocultarlo.

La honorabilidad, aún cuando solo sea aparente, y la respetabilidad, aún cuando no sea efectiva, son en esos paises una condición de éxito en la vida, de conservación y mejoramiento de la posición conquistada; hay que ser ó parecer recatado y correcto, so pena de no encontrar empleo, de ver cerradas ante sí todas las puertas y cortados todos los caminos. Los hombres, pues, aún los de costumbres menos pulcras aparentan corrección, educación, virtud; para prostituirse ó se encierran ó se confinan á los lugares en que no puedan ser vistos sino de sus iguales. Se embriagan á puerta cerrada, juegan ó galantean con la cortina corrida y en todos los teatros hay palcos cerrados en donde pueden pasar horrores, pero en donde quedan al abrigo de las miradas inocentes ó de las indiscretas.

Nosotros tenemos nuestros vicios, no en la bodega, sino en el balcón. Nos gusta lucirlos y ostentarlos; calaverada oculta y discreta no es calaverada. Solo nos gloriamos de la preferencia de una mujer, si es pública y notoria; gustamos de hacer el D. Juan hasta con mujeres pagadas. No bien nos sentimos ebrios salimos á la calle á ostentar nuestra embriaguez. ¡Con qué fruición jugamos albures en la plazuela de la feria y paseamos del brazo á una meretriz! Esa ocultación del vicio que en el extranjero se llama pudor, decencia ó decoro, la llamamos nosotros hipocresía, y como tal la repugnamos y la repudiamos.

Naturalmente, con este proceder, exitamos á las mujeres perdidas al escándalo que nosotros mismos provocamos, solicitamos y anhelamos; el escándalo forma, por decirlo así, parte del pacto mismo. Tan cierto es así, que no bien un hombre se muestra correcto, recatado y honorable, así pueda ser el diablo, las mujeres lo dejan tranquilo, respetan su modo de ser, cuidan de disimular que lo conocen y con él no hay escándalo posible.

* * *

La represión, pues, para ser eficáz debe hacerse no solo del lado de la mujer, sino del lado del hombre. La tolerancia que se ha tenido con los hombres que figuran en los escándalos y desórdenes de las mujeres, éstos fomentan y los generalizan. A nuestro modo de ver, tanto ó más culpable es el hombre que se luce, se ostenta y escandaliza al público en un teatro ó paseo como la mujer que le hace segunda y la policía debe castigar á uno y á otro.

Las mujeres honradas pueden también influir en la represión de esos excesos que tanto daño les hacen y tantos enojos les causan. Si amamos la ostentación del vicio, influye en ello, en parte al menos, la preferencia que multitud de mujeres honestas ostentan por el calavera. No las hace en general felices el hombre metódico, pulcro, aplicado y modesto. En cambio qué orgullo el de dominar, subyugar y encadenar á un Lovelace! Fijar el vuelo de la inconstante mariposa; ser la flor en cuyo cáliz ha de venir á descansar en definitiva el brillante insecto, saber á ciencia cierta que esa preferencia ha de suscitar celos, exitar envidias, causar desesperaciones á muchas rivales, es un placer de dioses de que pocas mujeres saben privarse. Y eso también nos estimula, nos provoca á ostentar un *calaverismo* de la peor ley, especie de moneda falsa que haremos pasar por buena.

El calavera! pase; pero; el perdulario! Enamoraos en buena hora de Don Juan, pero no olvideis que Don Juan no asistía á los palcos segundos reservados de la zarzuela. Hacerse amar de un hombre que ha sido amado, a quien ninguna mujer ha llegado realmente á cautivar y á subyugar, puede ser sublime; pero ¡qué vergonzante resulta la conquista de un ser que ha pagado y no ha hecho más que pagar sus efímeros amores!

LOPEZ I.

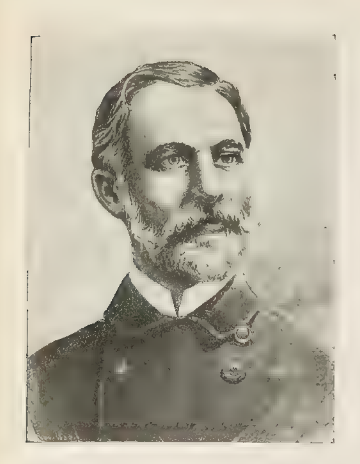
Política General.

RESUMEN.—La solidaridad de los pueblos.—La insurrección de Cuba, y el conflicto hispano americano.—Antecedentes y consecuentes.—La intervención americana y la intervención europea.—Temores y esperanzas.—Rivalidades y ambiciones.—Murmuraciones de paz.—En la tardanza esta el peligro.—¡Ay de las vencidos!—Conclusión.

Están tan íntimamente ligados los intereses de los pueblos y se traban y unen entre sí de modo tan natural y firme, que no es posible que haya un trastorno, una perturbación notable en uno de ellos, sin que se comunique la conmoción y repercuta hondamente á todos los extremos de ese gran conjunto que se llama el mundo civilizado.

Así como los grandes fenómenos atmosféricos no se aislan ni se limitan á determinadas zonas, sino antes bien se propagan y, para restablecer el equilibrio, ocasionan en puntos distantes fenómenos de reacción; así también en la solidaridad de las naciones nada puede efectuarse que perturbe profundamente su estabilidad y su marcha regular, que no se resienta entre sus congéneres con manifestaciones activas que rompen la general armonía.

No eran la insurrección de Cuba y el levantamiento de Filipinas, por más que alteraban en primer término la paz interior de España y sus colonias, no eran hechos aislados que dejaran de afectar los intereses de los pueblos vecinos y la tranquilidad de los remotos. Una guerra terrible que siega de un golpe todas las fuentes de riqueza y producción de una comarca exhuberante; una agitación tremenda que se ilumina con los resplandores del incendio, que se mancha con escenas espantosas de sangre y exterminio; una revolución que pugna por manumitir á un pueblo y crear de entre un grupo de colonos un organismo social autonómico, libre, soberano, sin las trabas legendarias de pasadas dominaciones; un sacudi-



CONTRA-ALMIRANTE SAMPSON

Jefe de la escuadra americana del Norte del Atlántico

CONTRA-ALMIRANTE CERVERA Y TOPETE

Jefe de la escuadra española en las Antillas

COMODORO SCHLEY

Jefe de la escuadra evolucionaria americana

miento extraordinario que tiende á disgregar las posesiones de una potencia para constituir con sus restos un Estado independiente: no podrían considerarse como fenómenos aislados, ni verse como problemas puramente interiores por aquellos que más directamente resentían perjuicios y daños con la agitación.

***

Aun apartándose de las consideraciones puramente especulativas; aun alejando las miradas de las ideas incubadas por los insurrectos y defendidas á sangre y fuego en la manigua enmarañada; aún sin pensar en la nueva patria que ha sido el ideal de esos tenaces luchadores, acariciada entre las nubes negras del combate y las llamas rojizas del incendio, basta solo fijarse en las fuentes de riqueza agotadas, en los campos yermos, en las transacciones suspendida,s en los cambios mercantiles perturbados, en la fecunda producción esterilizada, para comprender que habría protestas de diversos géneros, unas tranquilas y serenas en nombre de la diplomacia, otras firmes y agresivas en nombre de la fuerza.

Y así sucedió. Después de tres años de lucha, los Estados Unidos se decidieron á intervenir en nombre de sus propios intereses, para hacer cesar el incendio que se desarrollaba á las puertas de su territorio. España, fundada en su derecho tradicional y en su autoridad secular, desechó la intervención armada y la guerra fué.

***

Si lo que simplemente se llamaba revolución interior ha dado ocasión á un choque internacional, cuyo prólogo apenas hemos presenciado y sobre cuyo epílogo se hacen ya los pronósticos más sombríos, natural es que esta guerra provoque temores y recelos por todas partes, encienda resentimientos en unos, rivalidades en otros, zozobras en éstos, ambiciones en aquéllos y ansiedad en todos.

No es la guerra hispano americana, á lo que parece, un encuentro simple de las fuerzas colosales de la unión americana y las inagotables energías de la monarquía española; no es sólo el choque apocalíptico entre la república de ayer representada por los Estados Unidos, y la realeza histórica, encarnada en la gloriosa España. Los menos avisados ven en el actual conflicto una rivalidad de razas, una competencia de instituciones y hasta pudiera decirse la concurrencia de dos mundos: el mundo europeo circundado de rayos de gloria y envuelto en los nimbos resplandecientes de la historia y de la tradición y el mundo americano que se levanta orgulloso de sus triunfos recientes, ufano de sus modernas conquistas y de sus instituciones avanzadas.

***

Ante esa competencia no han de permanecer indiferentes las naciones europeas, no han de quedar inactivas ante tal conflagración, y si es verdad que antes de estallar el conflicto se manifestaron frías y reservadas, y si acaso hicieron algo fué apuntar platónicas simpatías en favor de España, cediendo en parte al sentimentalismo popular, que siempre se inclina en favor del debil y se deslumbra con los rosicleres de una tradición gloriosa, hay que comprender que al estado á que han llegado las cosas, no es facil la abstención, ya se mire desde el punto de vista puramente especulativo, ó se considere prácticamente según los intereses.

La batalla de Manila en que quedó destruida la escuadra española, después de los inauditos heroismos de sus marinos, ha sido una revelación verdadera para Europa. España acude y llama en su favor todas sus viriles energías, todos sus viejos heroismos; el toque de rebato se escucha en toda la península; hay madres que con sublimidad espartana, empujan sus hijos al combate, damas que se despojan de sus joyas; el pueblo entero corresponde al llamamiento de la patria, el rico ofrece sus tesoros, el pobre sus ahorros y en su conjunto todos, el corazón como escudo á los golpes del enemigo.

***

Por eso se habla ya de intervenciones europeas, se murmura por lo bajo de combinaciones diplomáticas, comienzan é circular en estos momentos críticos, en que se temen formidables encuentros, vientos de conciliación, y se pronuncia por primera vez la palabra *paz*, con el loable objeto de evitar que España llegue al extremo de su tremendo sacrificio. Comunican algunos la existencia de alianzas efectivas á favor de España, en tanto que otros anuncian como posible una coalición general, para hacer cesar en nombre de la fuerza el conflicto que la fuerza ha provocado.

Aunque hasta ahora estas versiones carecen de seguro fundamento y necesitan confirmación efectiva para juzgarlas con criterio sano, hay que considerarlas, si no como probables por lo menos en el orden de lo posible, pues revelan en sí mismas la inquietud general que ha provocado en Europa el conflicto hispano-americano.

***

Ya se han desvanecido en remotas lejanías los perfiles de los insurrectos; ya apenas se dedica un recuerdo á la lucha que duró más de tres años. Lo palpitante ahora, lo que interesa á todos es el rumbo que va tomando la cuestión, los temores que nacen por el resultado de un combate en las aguas antillanas, entre las fuertes escuadras enemigas, que se buscan, se acosan, se persiguen en las soledades del Oceano, sin encontrarse hasta ahora, pero con la certidumbre de que en no lejano día, han de llegar á formidable combate, en donde ha de decidirse el obscuro problema.

Y precisamente porque ese combate puede ser decisivo acaso se recelan los jefes de las escuadras. No quieren, no deben, no pueden comprometer en los azares de una batalla los intereses que se han confiado á su pericia, que serían de graves consecuencias para sus gobiernos respectivos.

Desgraciadamente para nosotros y para todos los que como nosotros, espectadores neutrales en la contienda y amigos sinceros de entrambos beligerantes, no podemos dejar de comprender que por más que se apresuren las combinaciones pacíficas ó bélicas de las potencias, por más que se festinen las lucubraciones de los gabinetes y se den prisa los soberanos á interponer su influencia entre los combatientes, llegarán tarde tal vez para evitar el temido choque; y ó bien servirán sus buenos oficios para aplacar las iras del vencedor, para restañar la sangre del vencido y para imponer una paz honrosa y aceptable, ó habrán de resolverse á encender una general conflagración los que han querido evitar un conflicto relativamente limitado.

***

¿Cómo podrían y con qué pretexto intervenir las potencias en la contienda actual, cuando, aparte de la batalla de Cavite, no han ocurrido todadía serios combates? ¿En favor de cuál de los beligerantes se habrían de presentar en estos momentos en que ambos tienen á su disposición sus fuerzas íntegras? Habremos de convenir en que la guerra con todos sus horrores, es un alud que se desata, una catarata que se despeña, un huracán que ruge asolador, é iniciada en sus terribles movimientos, apenas se concibe una fuerza capáz de detenerla, antes de que haya agotado todas sus energías, sembrando por todas partes la ruina y el exterminio. La guerra, como esas deidades crueles y sanguinarias de la antigüedad, solo se sacia con las víctimas que se consumen en cenizas en sus tremendas aras. El sacrificio que exige no ha de ser parcial; cuando la espada flamígera se ha levantado en alto, no hay un ángel bueno que la detenga en su caída; cuando se ha encendido el fuego en el altar de sus holocaustos, no siempre hay un soplo divino que lo apague.

Y ¿continuará hasta el fin, continuará hasta que los beligerantes caigan rendidos en la arena envueltos en el sudario de su pabellón? Feliz la humanidad si logra nuevas enseñanzas y extrae de tanta amargura el néctar de la experiencia. ¡Felices las naciones si guiadas por el amor y la justicia ó aguijoneadas por los propios intereses, logran limitar nuevas catástrofes y no dan lugar á general conflagración!

X. X. X.

Mayo 27 de 1898.

Las guerras sirven para afirmar la paz, la libertad y el derecho, como las carnicerías para mantener á los hombres. No llenan su función sino á fuerza de matar.

VICTOR HUGO.

Flores de recuerdo

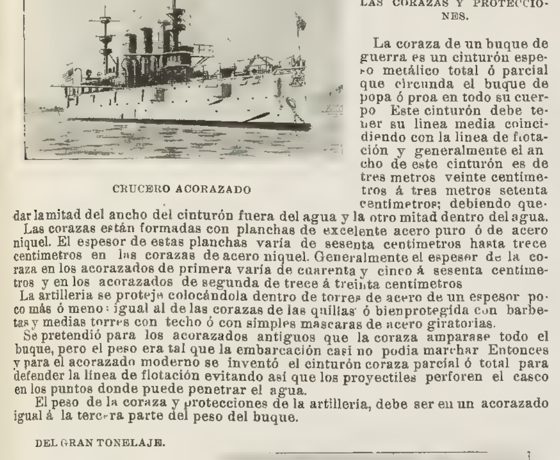
Elementos de combate en una batalla naval

Un barco de guerra debe satisfacer el axioma militar: causar el mayor daño posible en el menor tiempo posible y recibiendo el menor perjuicio posible. En tal concepto un barco de guerra debe llegar al máximum de cualidades ofensivas y defensivas, ó lo que es lo mismo. de agresión y resistencia.

Las cualidades ofensivas son el armamento, la velocidad de la marcha y el gran radio de acción Las cualidades defensivas son las corazas, las protecciones, el gran tonelaje y también la velocidad.

Se notará desde luego que *la velocidad* es cualidad inmensa puesto que figura en primer término tanto entre las cualidades ofensivas como en las defensivas.

Nos ocuparemos primero de las cualidades defensivas de los barcos de guerra que como hemos dicho son las corazas, las protecciones el gran tonelaje y la gran velocidad.



CRUCERO ACORAZADO

LAS CORAZAS Y PROTECCIONES.

La coraza de un buque de guerra es un cinturón espeso metálico total ó parcial que circunda el buque de popa ó proa en todo su cuerpo Este cinturón debe tener su linea media coincidiendo con la linea de flotación y generalmente el ancho de este cinturón es de tres metros veinte centimetros á tres metros setenta centimetros; debiendo quedar la mitad del ancho del cinturón fuera del agua y la otro mitad dentro del agua.

Las corazas están formadas con planchas de excelente acero puro ó de acero niquel. El espesor de estas planchas varía de sesenta centimetros hasta trece centimetros en las corazas de acero niquel. Generalmente el espesor de la coraza en los acorazados de primera varía de cuarenta y cinco á sesenta centimetros y en los acorazados de segunda de trece á treinta centimetros

La artilleria se proteje colocándola dentro de torres de acero de un espesor poco más ó menos igual al de las corazas de las quillas ó bienprotegida con barbetas y medias torres con techo ó con simples mascaras de acero giratorias.

Se pretendió para los acorazados antiguos que la coraza amparase todo el buque, pero el peso era tal que la embarcación casi no podia marchar Entonces y para el acorazado moderno se inventó el cinturón coraza parcial ó total para defender la línea de flotación evitando así que los proyectiles perforen el casco en los puntos donde puede penetrar el agua.

El peso de la coraza y protecciones de la artillería, debe ser en un acorazado igual á la tercera parte del peso del buque.

DEL GRAN TONELAJE.

El gran tonelaje como cualidad defensiva se comprende inmediatamente, porque mientras más grande es un barco, más se asemeja á una fortaleza de acero flotante, contiene mas baterías, almacena más proyectiles y es servido por un personal más numeroso; en suma, es más fuerte y de consiguiente más difícil de ser vencido. El tonelaje de un acorazado es de 14 900 toneladas hasta cinco mil en los de segunda clase.

DE LA VELOCIDAD.

CRUCERO PROTEGIDO.

La velocidad como cualidad defensiva consiste en poder retirarse fácilmente del combate á la hora que convenga, sin estar obligado á la destrucción completa, á dejarse capturar ó hacer saltar el buque.

DE LAS CUALIDADES OFENSIVAS.

La primera de las cualidades ofensivas es la buena artillería, consistente en cañones de gran calibre con proyectiles llamados de ruptura ó perforación porque estrellan ó agujerean las corazas Estos proyectiles de acero-niquel y punta de niquel llegan á pesar hasta seiscientos cincuenta kilógramos.

La artilleria de mediano calibre, lanza proyectiles explosivos que perforan todo lo que no es acorazado y las corazas delgadas, y además desbastan la obra muerta del buque y aniquilan el personal. Esta artillería, llamada de tiro rápido, puede lanzar hasta veinte tiros por minuto. De manera que un acorazado de veinte cañones de tiro rápido, puede disparar cuatrocientos proyectiles explosivos por minuto.

La artillería de pequeño calibre, cañones Hotkchins y ametralladoras, sirve para lanzar una verdadera tempestad de proyectiles á los torpederos ó á un buque que se acerque mucho.

Un buen acorazado de primera debe disparar en cuatro horas de fuego por valor de un millón de pesos (oro) de proyectiles. De manera que una escuadra de veinte acorazados como la francesa, tiene que gastar en cuatro horas de reñido combate, veinte millones de pesos, oro, de municiones.

ACORAZADO.

DE LA VELOCIDAD.

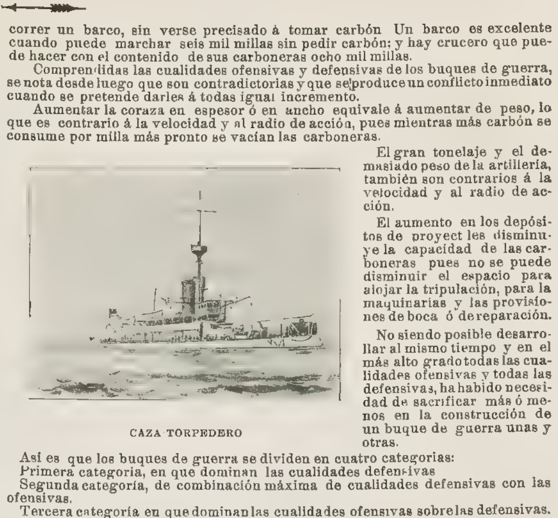
La volocidad como cualidad defensiva es de la mayor importancia, pues dominando en velocidad al enemigo se le obliga á dar batalla si quiere escapar y comenzada la batalla si se triunfa, los buques que no han sido destruidos no pueden huir y tienen que ser capturados.

DEL RADIO DE ACCIÓN.

Se llama radio de acción, la distancia que puede recorrer un barco, sin verse precisado á tomar carbón Un barco es excelente cuando puede marchar seis mil millas sin pedir carbón; y hay crucero que puede hacer con el contenido de sus carboneras ocho mil millas.

Comprendidas las cualidades ofensivas y defensivas de los buques de guerra, se nota desde luego que son contradictorias y que se produce un conflicto inmediato cuando se pretende darles á todas igual incremento.

Aumentar la coraza en espesor ó en ancho equivale á aumentar de peso, lo que es contrario á la velocidad y al radio de acción, pues mientras más carbón se consume por milla más pronto se vacían las carboneras.



CAZA TORPEDERO

El gran tonelaje y el demasiado peso de la artillería, también son contrarios á la velocidad y al radio de acción.

El aumento en los depósitos de proyectiles disminuye la capacidad de las carboneras pues no se puede disminuir el espacio para alojar la tripulación, para la maquinarias y las provisiones de boca ó de reparación.

No siendo posible desarrollar al mismo tiempo y en el más alto grado todas las cualidades ofensivas y todas las defensivas, ha habido necesidad de sacrificar más ó menos en la construcción de un buque de guerra unas y otras.

Asi es que los buques de guerra se dividen en cuatro categorias:

Primera categoria, en que dominan las cualidades defensivas

Segunda categoría, de combinación máxima de cualidades defensivas con las ofensivas.

Tercera categoría en que dominan las cualidades ofensivas sobre las defensivas.

Cuarta categoria en que solo hay cualidades ofensivas.

PRIMERA CATEGORIA

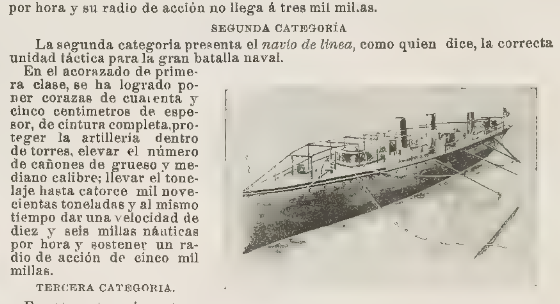
A esta corresponden los monitores y los guardacostas. Son buques de coraza completa y espesa, con cañones dentro de grandes torres de acero, que cargan proyectiles de perforación muy grandes y que en virtud de su gran peso, su velocidad es corta y pequeño su radio de acción.

La velocidad de un monitor moderno es excelente cuando alcanza diez millas por hora y su radio de acción no llega á tres mil millas.

SEGUNDA CATEGORÍA

La segunda categoria presenta el *navío de línea*, como quien dice, la correcta unidad táctica para la gran batalla naval.

En el acorazado de primera clase, se ha logrado poner corazas de cuarenta y cinco centimetros de espesor, de cintura completa, proteger la artilleria dentro de torres, elevar el número de cañones de grueso y mediano calibre; llevar el tonelaje hasta catorce mil novecientas toneladas y al mismo tiempo dar una velocidad de diez y seis millas náuticas por hora y sostener un radio de acción de cinco mil millas.



TORPEDERO

TERCERA CATEGORIA.

En esta categoría entran los *cruceros*, buques en que debe dominar la velocidad como primera cualidad y al mismo tiempo deben presentar resistencia hasta para batirse, aunque con desventaja, contra un acorazado

Los cruceros son, acorazados ó protejidos El crucero es acorazado cuando tiene una coraza parcial que sólo le abriga el delantero hasta poco atrás de la mitad de su longitud. Esta coraza alcanza por lo general á treinta centímetros de espesor, reforzada en la proa hasta cuarenta y cinco. Los cruceros acorazados tienen como maxima una velocidad de veinte millas por hora.

El crucero de combate más ligero es el protegido, que tiene una coraza delgada ó blindaje de siete á doce centimetros y además un puente abajo de la cubierta del buque, colocado á un metro abajo de la línea de flotación, con la forma de lomo de tortuga de acero y con un espesor que varía de cincuenta y siete á setenta y cinco milímetros. Estos cruceros llegan á tener una velocidad de veintitres millas por hora y un radio de acción de siete mil millas.

CUARTA CATEGORIA.

Es la de los torpederos, sin resistencia para el combate, pero eminentemente ofensivos Su velocidad llega hasta treinta y dos millas por hora, con un tonelaje de doscientas cuarenta; su radio de acción, es muy pequeño pues apenas alcanza á ochocientas millas y sus máquinas son muy poderosas pues alcanzan á nueve mil caballos de vapor para un tonelaje insignificante como lo es el de doscientas y tantas toneladas.

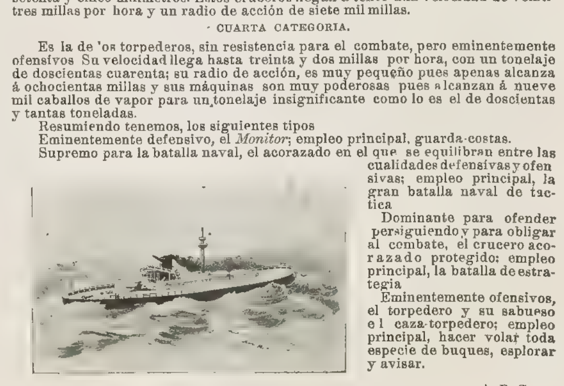
Resumiendo tenemos, los siguientes tipos

Eminentemente defensivo, el *Monitor*; empleo principal, guarda-costas.

Supremo para la batalla naval, el acorazado en el que se equilibran entre las cualidades defensivas y ofensivas; empleo principal, la gran batalla naval de tactica

Dominante para ofender persiguiendo y para obligar al combate, el crucero acorazado protegido; empleo principal, la batalla de estrategia

Eminentemente ofensivos, el torpedero y su sabueso el caza-torpedero; empleo principal, hacer volar toda especie de buques, esplorar y avisar.



MONITOR GUARDA-COSTAS

A. B. C.

Nuestros grabados

Las tropas españolas en Puerto Rico

Vuelven de la gran revista las tropas de guarnición en San Juan de Puerto Rico. Su paso por las calles de la ciudad no es una fiesta militar, es un triunfo estruendoso; de todos los balcones llueven flores sobre los aguerridos veteranos del ejército español de las Antillas, que con brio y heroica serenidad. se aperciben para la lucha.

Bien saben los habitantes del Puerto que esos soldados cumplirán con su deber, y por eso los vivas y las exclamaciones de júbilo popular, saludan á su paso á la brillantísima columna en su marcial desfile.

Los jefes de las flotas beligerantes

Publicamos en este número los retratos de los tres marinos de cuya pericia dependerá el resultado de la campaña naval que tiene por teatro los mil vericuetos del Archipiélago Antillano

Al frente de sus flotas, el Contra Almirante y el Comodoro americanos porfían desde hace más de un mes por sostener la dificilísima posición de los Estados Unidos como potencia agresora, en el conflicto que tiene suspensos los ánimos en ambos Continentes. La responsabilidad que sobre ellos pesa es enorme, y solo el tiempo y los sucesos nos dirán si ha hecho bien ó mal el Gobierno de los Estados Unidos, confiándoles las fuerzas en que descansa su poderío naval.

Muy por el contrario, el Almirante Cervera ha dado la medida de su valer, puesto que los movimientos estratégicos del marino español, sin producir aún resultados definitivos, indican tanta pericia como profundidad de concepciones, y tanta previsión como patriotismo.

Esperemos que los acontecimientos confirmen los juicios de respeto y admiración que ha merecido el plan estratégico de Cervera aun por parte de los mismos americanos.

MADRID. MANIFESTACIÓN ANTE LA LEGACIÓN DE FRANCIA

Las manifestaciones de Madrid y Sevilla

Siempre igual á sí mismo el pueblo español manifestó su entusiasmo patriótico en todas los ciudades del Reino, ora como en Sevilla precipitándose sobre el Consulado de los Estados Unidos para romper en mil pedazos el escudo de la Nación enemiga, á raiz de la declaración de guerra; ora como en Madrid, presentándose en grupo compacto ante la Legación de Francia para hacer ruidosísima y muy significativa declaración de simpatías hácia la Nación Francesa, la cual á su vez, por todos los medios que la neutralidad le permite, pone de parte de España el peso enorme de su fuerza moral.

Correcto y reservado, el Gobierno de la República elude para Francia los riesgos de una actitud hostil contra los Estados Unidos; pero la prensa, reflejando el sentimiento popular, responde á los llamamientos con que España solicita para su causa el concurso de las Naciones Latinas.

Los indios Sioux alistándose como voluntarios

Al convocar el Gobierno Americano á los voluntarios para la guerra actual, aprestáronse entre los primeros los bravos indios Sioux que de enemigos sanguinarios y terribles de los Norte-Americanos, hanse convertido en leales servidores de la Nación cuya bandera proteje sus posesiones del Far West.

Partida de los soldados para Canarias

Nada más dramático y conmovedor que la despedida del soldado al partirse para la guerra remota. Ante esas explosiones de dolor de la madre abandonada y de esposa sin consuelo ¿qién no siente la injusticia del deber que manda á los hombres sacrificar su vida, y lo que es más caro aún, los afectos del alma? Y aún hay quien legitime la guerra concediéndole una moralidad superior.

Preparativos para el combate.

Contradictorios en apariencia, los dos elementos morales que debe poseer un alto grado el soldado de mar, nuestro grabado da una imágen precisa de la actividad infatigable y de la serena impavidez que muestran los soldados de mar en los momentos críticos del combate.

Cada hombre en su puesto, cada movimiento ejecutado con la regularidad de una máquina, como si no tronara la muerte con estampidos furiosos, como si de un momento á otro no fuera á abrirse el casco del buque para entregar al mar tantos mudos y obscuros heroísmos

La escuadra española en Cabo Verde

Próxima á partir la escuadra española, va á llevarse todas las eperanzas y todos los votos de la Nación que le confía la defensa de su amenazada dominación colonial en América.

Nada se conoce y mucho se conjetura sobre el destino probable de la flota, y aun hoy que sabemos que se encuentra en aguas de América todo lo que á ella se refiere es un misterio.

"Flota misteriosa" se le ha llamado á la que dirije el Contra-Almirante Cervera Y bien, eso que hoy es un secreto nos dirá mañana si al salir Cervera de Cabo Verde, llevaba, como muchos creen, un plan artificiosamente premeditado para salvar su flota y con ella la respetabilidad de España ante la Diplomacia europea.

LA ESCUADRA ESPAÑOLA AL SALIR DE CABO VERDE

Vista de Matanzas

Nuestro grabado da una idea clara de la situación de Matanzas, la segunda poblacion de la Isla de Cuba, capital de una de las provincias más ricas de la Isla.

Durante la campaña se ha hecho notable Matanzas por la intentona de que fué objeto por parte de los americanos.

Es de advertir que las noticias relativas á esa acción, aparecieron con toda oportunidad en nuestra edición diaria, y antes de veinticuatro horas los telegramas respectivos que nos comunicó la Prensa Asociada, dieron la más completa y exacta narración de los hechos, sobre los cuales dijimos la verdad y toda la verdad.

LA SUPERSTICION Y LOS COMETAS

El 20 de Marzo fué descubierto en el observatorio de Monte Hamilton un nuevo cometa Según M. Bizoudan, astrónomo parisiense, ese cometa no puede distinguirse todavía á la simple vista, pero si con ayuda de un anteojo común y corriente. Aparece á las dos de la mañana, en el Oriente, un poco hacia el Norte, encaminándose á la constelación del Cisne; pero no es posible observarlo sino hasta las tres y media; á esa hora se encuentra exactamente al Oriente y permanece visible hasta la alborada Es de notarse en el nuevo cometa el gran contraste que presenta la extraordinaria brillantez del núcleo con la opacidad de la cauda, apenas visible.

No hace dos siglos todavía, antes del descubrimiento de la gravitación newtoniana y antes de que el movimiento de los cometas hubiese sido referido á las leyes que rigen el curso de los planetas, los sabios mismos, los astrónomos más distinguidos, creian en la influencia de estos astros extraños sobre los acontecimientos de la humanidad.

PREPARATIVOS PARA EL COMBATE EN UN BUQUE DE GUERRA.

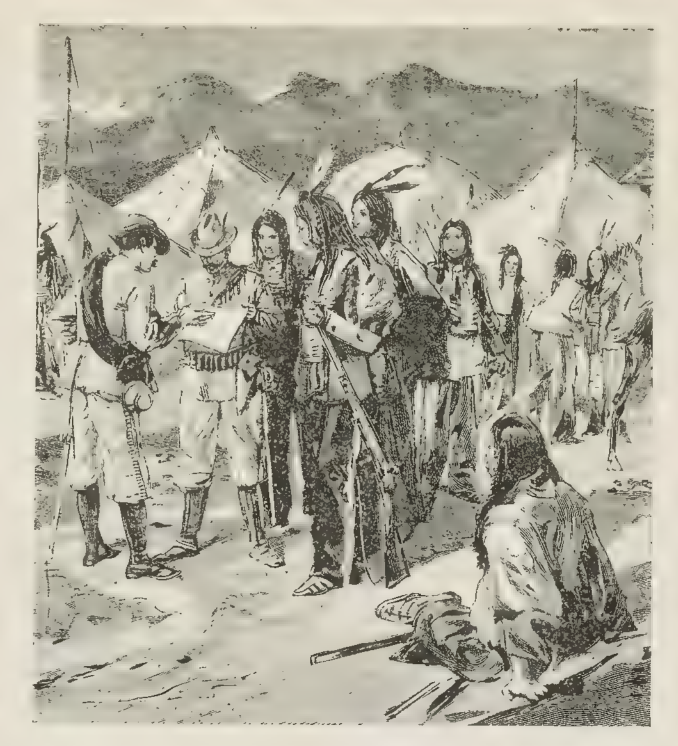
Ya en el siglo pasado la gente de cierta cultura se reia cuando le hablaban de la influencia misteriosa de los cometas; pero no dejaba de sentirse atemorizada con la idea de un choque posible entre nuestro planeta y alguno de esos vagabundos del cielo.

Los sabios de aquel tiempo no eran extraños á tales aprehensiones, pues aún considerando el hecho como poco posible, creian en una catástrofe final para los habitantes de la tierra en caso de una colisión sideral.

Así puede uno explicarse los pánicos causados en aquél tiempo por la aparición de las cometas.

A principios de 1773 corrió el rumor de que un cometa iba á encontrarse en el camino de la tierra, que chocaría con ella produciendo fatalmente su destrucción. La alarma cundió en París no obstante las burlas de Voltaire y las memorias tranquilizadoras de Lalande el célebre astrónomo de aquél tiempo.

En la actualidad, la ciencia dice que los cometas cruzan el cielo en todas direcciones y penetran al interior de las órbitas de los planetas hasta las regiones comprendidas entre Mercurio y el Sol, siendo por lo mismo un contacto de la tierra con un cometa perfectamente posible. La posibilidad es, no obstante, remota: Arago calculó que las probabilidades eran de 1 contra 280,000,000. Por otra parte ni la historia de la humanidad ni la geología,- que permite ascender demasiado en el tiempo,—han indicado la realización de ese acontecimiento. Además, el ether es un oceano tan vasto, son tan profundos sus abismos, tan prodigiosamente extensos, en comparación de los planetas más grandes, que toda posibilidad de colisión entre esos navíos siderales, tan bien dirigidos, parecería un verdadero prodigio.



LOS INDIOS SIOUX ALISTANDOSE COMO VOLUNTARIOS DE LOS ESTADOS UNIDOS.

No faltan astrónomos que hayan afirmado que la tierra penetró en la cauda del cometa de 1861 ¿Qué resultó? A lo más una luz fosforescente sobre la bóveda del cielo; pero nadie sintió eso, y con excepción de algunos sabios nadie lo vió. Esto no es sorprendente pues ya se sabe que la densidad de la cauda es ínfima. Esa materia nebulosa que camina por el cielo casi no tiene peso: su volumen suponiéndolo equivalente al de la tierra pesará á lo sumo 400 kilos.

No se ha demostrado que el encuentro fuera tan inofensivo así, si nuestro globo se pusiera en contacto con el núcleo de un cometa. Desde luego, si es sólido y de densidad igual á la tierra, el choque sería espantoso; pero si, aun suponiéndolo sólido, es su masa tan débil que la acción que determinara sobre la tierra, no fuese mecánicamente apreciable, falta saber si su materia no dañaría á los séres humanos. Aquí nos hemos reducido á conjeturas, porque ignoramos absolutamente la composición de los núcleos de los cometas.

Consideremos, pues, la misma hipótesis de un cometa de núcleo sólido, con una masa y una densidad comparables á la de nuestro globo y que choque con él en cualquiera dirección Según el principio científico, el movimiento aparentemente anulado en un choque, se tranforma íntegramente en calor.

Al chocar la tierra y el cometa se detendrian en su movimiento al rededor del sol y la suma de las cantidades de movimiento de que estuvieran animados se convertiria en calor.

Esta cantidad enorme de calor se ha calculado ya y podría citarse las cifras. Bastará decir que el calórico desarrollado sería suficiente no sólo para fundir la tierra sino para reducirla á vapor en una porción considerable.

No debemos, pues, ni podemos saber con precisión lo que sucedería, si la tierra llegara chocar con un cometa.

MADRID.—PARTIDA DE SOLDADOS PARA LAS CANARIAS

LA EXPEDI.ION DE ANDREE

PROBABLE MUERTE DEL AEREONAUTA

El mundo sabio continúa preocupándose por la suerte de Andree, el intrépido viajero, partido, como recordarán nuestros lectores, á la conquista del Polo. ¿Vive Andree (y sus dos compañeros) Kant Fraenkel y Nils Strinberg) ó bien estos tres excursionistas de los espacios han encontrado blanca sepultura bajo los bancos de hielo de las regiones hiperbóreas?

Por desgracia todas las probabilidadas son de que esto último haya sido el desenlace de la arriesgada aventura.

Para inclinarse á esta dolorosa solución, es necesario recordar algunos hechos:

El 11 de Julio de 1897, despues de algunos días de fuertes vientos contrarios, el globo, detenido durante algún tiempo en una barraca construida apropósito en la isla de Amsterdam, aprovechando un tiempo favorable se lanzó á los aires, en dirección noroeste. Primeramente, dice un testigo presencial de aquella escena, el aerostato se inclina hacia el mar y su barquilla roza las olas, pero algunos sacos de lastre arrojados oportunamente, lo hacen ascender á una altura de mil piés. Muy pronto, franquea el cabo norte de Fogelsang, deriva hacia el Oeste y se pierde en la bruma, una hora despues de su ascención.

Cuatro días han trascurrido desde aquél; los que han permanecido en tierra y vieron al *Ornen*, (así se llama el globo) borrarse rápidamente en el horizonte, se pierden en conjeturas de toda especie. Pero el cuarto dia, 15 de Julio, un navio, el *Alken*, que navegaba en las inmediaciones de Spitzberg, advierte á una paloma viajera posada en uno de sus mástiles. Se le dispara un tiro y se encuentra, atado en una pata, un tubo, en el que hay una inscripción: "De la espedición polar Andree al diario *Aftonbladet*, en Stokolmo. Abrase la cubierta y sepáranse dos mensajes. Telegrafiése el que está en lenguaje corriente al periódico y enviése el otro, el que está en abreviaturas, á la misma publicación, por el primer correo "

Se abrió la envoltura; no contenia ningún mensaje abreviado, había solamente uno, en el que se habian trazado estas lineas:

„13 Julio 12 y media.—Latitud, 82 grados, 2 minutos; longitud, 15 grados 5 minutos. Gran camino recorrido hacia el Este; 10 grados Sur. Todo sigue bien á bordo. Esta es la tercera paloma enviada."

La letra era de Andree y la paloma llevaba en sus alas las señas características que se habian impreso á todas las embarcadas en el *Ornen*; no podía, pues, dudarse de la autencidad del mensaje. Los otros dos mensajeros alados no han parecido

Estas son las únicas noticias que han llegado de los osados excursionistas.

Ahora bien: tres hipótesis se presentan acerca de la suerte del *Ornen*. La primera es que el globo haya podido alcanzar la tierra de Francisco José; entonces Andree hubiese comprendido la imposibilidad de seguir adelante, y se habría decidido á descender En este caso hubieran llegado fácilmente al cabo Flora, hacia el 80 paralelo, en que hay una casa confortable, con abundantes provisiones para pasar en ella el invierno.

Si les hubiese sido imposible llegar hasta allá, habrian podido matar un buen número de osos y de focas para subsistir en alguna casa de hielo, fabricada por ellos.

En virtud de la segunda hipótesis, el *Ornen* habría descendido en el mar al sudeste de Spitzberg. Cuando pocos días antes de su partida, le preguntaron lo que sucedería si el descenso se efectuase en el mar, Andrée contestó friamente: Nos ahogaríamos.

La tercera hipótesis es como sigue: El globo pudo haber sido arrebatado por los vientos al Este o al Norte de la tierra de Francisco José. En este caso los viajeros habrán perecido probablemente. Aun admitiendo que hayan llegado sanos y salvos á la costa de hielo que cubre el Oceano Polar, con todos sus equipos y sus fusiles, habrían podido llegar á tierra firme en ocho semanas de marcha, y ya se habria oido hablar de ellos.

En resúmen: si el *Ornen* ha descendido en el mar los viajeros se han ahogado; si han invernado en los bancos flotantes del sudeste de Spitzberg, han perecido; pero si han sido empujados á la tierra de Francisco José, Andrée y sus compañeros han tenido la probabilidad de salvarse. Entonces se les encontrará este verano en la casa de Cabo Flora

Por desgracia, esta última hipótesis es la que menos verosímil parece al mundo sabio.

Pero cualquiera que haya sido la suerte de estos tres intrépidos excursionistas, sus nombres pertenecen por siempre á la gloria, porque es imposible hacer más heroicamente el sacrificio de su vida en este oceano inexorable que se llama la ciencia.

PANORAMA DEL PUERTO DE MATANZAS

SEVILLA.—EL PUEBLO DESPEDAZA EL ESCUDO DEL CONSULADO AMERICANO.

JOYAS MEXICANAS
JOAQUIN ARCADIO PAGAZA.

IDILIO.

En la estación del céfiro y las flores,
cuando los bosques la calina empaña
y salpica, doblando sus rumores,
el arroyo su cerco de espadaña;
ya que se encuna en nubes de colores
Apolo, trasponiendo la montaña,
entré anhelante en la cañada amiga
un alivio buscando á mi fatiga.

De rama en rama tímidas las aves
volaban, su postrera melodía
dejando oir en las agrestes naves
que á trechos forma la arboleda umbría;
las florecillas del laurel suaves
desbriznaba al hurtarles su ambrosía
el colibrí, luciendo en pecho y alas
su pedrería y deslumbrantes galas.

Plateada una nube y purpurina
cruzaba el monte en gigantesca zona
y pálida la estrella vespertina
le servía de trémula corona;
tardo el Sol, á través de la cortina
de brumas que la brisa juguetona
ajironaba, en el peñón bermejo,
tibio quebraba su postrer reflejo.

Sobre las selvas del azul Oriente,
tras leve gasa de amarillo y rosa,
alzaba adusta la rojiza frente,
del almo Febo la arrogante esposa;
le seguía temblando y cautamente
con pasos y aire de mujer celosa,
al ver que Tétis con sin par encanto
le brindaba su tienda de amaranto.

¡Cuánta belleza, cuánta poesía
en su inmensa extensión el campo encierra
la tarde al expirar! Muda, sombría
destácase en el cielo el alta sierra;
se encoje el río, triunfa la osadía
de las tinieblas en la torpe guerra
que mueven á la luz, y mudo el viento
en las ramas se mece soñoliento.

Del hondo lago el límpido oleaje
que lamía la arena, aquel ruido
misterioso que forma en el boscaje
el avecilla cuando torna al nido,
y el variado magnífico paisaje
de la fértil campiña, embebecido
contemplaba de un álamo á la sombra
tendido encima la campestre alfombra.

En grupos los indóciles rebaños
y en nube de blanquizca polvareda
hincando el diente en vides y castaños
seguían de su aprisco la vereda;
ó por los verdes, rústicos escaños
trepaban retornando á la arboleda,
sin atender del látigo al chasquido
ni á los clamores del pastor garrido.

El labrador hollando los helechos
que trenzó en la mañana despiadado,
cruzaba taciturno los barbechos
llevando al hombro el fecundante arado;
en espiral de los pajizos techos,
á la esfera lanzábase azulado
y denso el humo, y en la parda cumbre;
del hogar divisábase la lumbre.

Acá risueña joven aldeana,
ágil trepando la feraz ladera,
al céfiro, al volver de la fontana
su cantar confiaba vocinglera;
del Sol hermoso, ronca la campana
se despedía; y junto á la pradera
un viejo mayoral de aspecto grato,
al encerrarle recontaba el hato.

Allá mugían las medrosas vacas
husmeando las brisas, y los cerros
revelan oyendo en las opacas
agrias cuestas la voz de sus becerros;
en las humosas híspidas barracas
resonaba el ladrido de los perros,
al brillar la luciérnaga en los flancos
del monte y profundísimos barrancos.

¡Dichosos campesinos! La escondida
próvida selva, de la varia suerte
os liberta en su seno, donde anida
la paz amable y sus tesoros vierte.
¡Ah! ¡Quién me diera sosegada vida
entre vosotros y tranquila muerte,
á mí, que bogo en piélago cubierto
por negras nubes sin hallar el puerto!

Una cabaña humilde ya que otoña,
un terreno, un rebaño, una cacera
de aguas limpias; un huerto que retoña
cuajándose de flor en primavera;
un horizonte claro, una zampoña,
una sombra en la púbera ribera
de undoso río, y un frugal sustento....
¿qué pudiera faltar á mi contento?

Más ya la noche lóbrega, importuna,
allí marcaba sus tediosas huellas
en cruda lid con la apacible Luna
y su coro de lúcidas estrellas.
El céfiro al juncal de la laguna
se replegaba, al son de las querellas
del cárabo que encima un árbol seco,
á mi vecino, fatigaba el eco.

De ese árbol en el árida cubierta
al húmido fulgor de Cintia pura,
hallé que de un zagal la mano experta
grabó con pedernal esta escritura,
que por ser de su amor imágen cierta
y documento de sin par finura,
que pregona de un mísero la historia,
indeleble conservo en la memoria:

"Cuando la suerte con airada mano
enturbie, Filis, de tu dicha el cielo
y el desamor con hálito de hielo
el fuego extinga de tu pecho insano;

"cuando demandes compasión en vano
de quien no alcance tu inefable duelo,
y sola cruces erizado el suelo,
enjuto el rostro y el cabello cano;

"ven, Filis ven á mí. La sierra erguida
no ha de negarnos en su seno frío
algún rincón donde acabar la vida;

"y tu lloro al mezclarse con el mío,
dirás, ¡ingrata! de mi cuello asida:
¡fué más grande tu amor, que mi desvío!...."

¡Triste pastor! en medio á dos alheños
otra inscripción con noble gentileza
grabó inflexible el ángel de sus sueños,
de un espino venciendo la dureza.
De mústias flores y áridos beleños
un hacecillo atado á su corteza
tosca y raída, el árbol ostentaba
y la cruel respuesta publicaba:

"Cuando Filis encuentra en su camino
á un pastorcillo que de amor le trata,
y no escucha, ó si escucha no aquilata
los versos de su amante peregrino;

"cuando no teme que el falaz destino
trueque en luto su cielo de escarlata,
no es pérfida, ni es dura, ni es ingrata:
Es.... que está muerto el corazón, Alcino.

"¡Quisiera amarte! ¡Sobre el monte alzado
morar contigo!.... ¡Mísera locura!
¿Quién puede, Alcino, contrastar el hado?

"¡Nunca! ¡jamás! Refrena la ternura
de tu alma virgen: huye ¡desgraciado!
y no acrezcas tu horrible desventura."

Lorenzo amigo, en memorable día
y con vivas instancias, un soneto
en género vedado, me pedía
tu amor (como de joven) indiscreto.
Por complacerte, vióse el alma mía
en duro lance y riguroso aprieto.
Pagan aquella deuda, mal su agrado,
las trovas de ese amante desdeñado.

EL TIO TONCHI

¡Pobre viejo Antonio! Me acuerdo de su cara llena de arrugas; de sus ojitos pardos con un ligero cerco blanquecino en el iris á manera de *halos;* con su cabeza cubierta con la gorra de cuartel, de la que salían los alborotados y espesos mechones de canas; de su cuerpo encorvado y trémulo; de su bigote amarillento por el humo del cigarro; de su levitón azul obscuro y de sus pantalones también azules con dos vivos amarillos, á guisa de franjas.

De todo aquel viejecito me acuerdo como si lo estuviera mirando, y tendría yo de ocho á diez años cuando le trataba constantemente.

Todas las buenas almas que poblaban mi hogar de niño, ya volaron á mundos desconocidos; y cuando me encuentro en mi camino á algún ser que en lo exterior se les asemeja un poco, las recuerdo y me complace hablar de ellas.

Hoy por la mañana me encontré á un soldado inválido que me obligó con su aspecto á suspirar por mi viejo Antonio.—¡Cómo se le parece el pobre cojo con quien topé en la calle del Empedradillo!—Pero ¡cómo se le parece! Lo he ido siguiendo hasta la calle de la Cadena, y varias ocasiones me ví tentado á preguntarle.

—Qué, ¿No es usted un resucitado?

¿No se llama usted Antonio? ¿No estuvo usted de asistente hace treinta y seis ó treinta y ocho años, en una casa donde había un chiquillo que se llamaba Juan y al cual quería usted mucho?

Pero era imposible preguntarle estas cosas. El viejo Antonio tendría en aquella época cerca de setenta años, y si los sumamos con los que van corridos hasta la fecha, resultan cien poco más ó menos. ¡Qué diablo! Cómo se parece ese inválido al otro! Y lo fuí siguiendo al compás de su pierna de palo y no quitaba mis ojos de los mechones blancos que salían airosos de cada lado de la gorra.

El viejo Antonio me dijo un día:—pregúntale á mi Jefe (se refería á mi padre) si hay algún general que tenga la gloria que yo tengo.

—¿Cuál es esa gloria, Tío Tonchi? Así le llamábamos familiarmente.

—Pregúntalo, no seas curioso.

Tanto me lo dijo, que al fin, un día en que estaba mi padre conversando acerca de algunos soldados de mérito, le pregunté sin preámbulos.

—Cual es la gloria del tío Tonchi, papacito?

—Ah! Ah! no lo sabes! Pues es preciso que lo sepas, para que lo trates con mayor miramiento; Antonio fué asistente del señor Morelos, quien lo quiso mucho y le tuvo gran confianza. Ya que él te ha de haber dicho que me preguntes cual es su gloria, dile que yo quiero que te enseñe su reliquia, su más rico tesoro.

Volando más que corriendo, bajé al patio, entré al cuarto del veterano y le dije con ese tono autoritativo tan peculiar en los muchachos.

—Tio Tonchi, que dice mi papá que me enseñes tu mejor reliquia.

—¿Eso quiere el Jefe? Bueno; pero antes te habrá dicho quién he sido yo en otros tiempos.

—Sí, me dijo, que eras asistente de Morelos.

—Mira, no trates con tanta confianza al Señor Generalísimo; piensa en que no nacen muchos como él, ni nacerán acaso. — Oye, en los últimos años en que yo le serví, había engordado mucho le creció el vientre y no se podía poner las botas.... ¿sabes quién se las ponía todas las mañanas con mucha destreza y arrodillado delante de él, como si estuviera rezando?

—¿Quién se las ponía tío Tonchi?

—Pues yo, y nada más yo, y solo yo; ¡qué gloria tan grande! y él me decía muchas veces:—Antonio, que no te maten, porque al día siguiente tendré que salir descalzo; nadie me sabe poner las botas tan pronto y tan bien como tú.... y el tío Tonchi se limpió con el dorso de la mano las lágrimas que habían salido de sus ojos.

—Bueno, repuse, sin apreciar el noble orgullo ni la sensibilidad del viejo....pero ¿en donde está la reliquia que vas á enseñarme?

El asistente abrió un antiguo baúl de aquellos forrados con cuero de res café y blanco, y sacó una banderola de dos puntas, la mitad roja y la mitad negra, en la cual había sobrepuestas y hechas de paño blanco una calavera con sus canillas y este letrero que no olvidaré nunca: «Independencia ó muerte.»

Me quedé contemplando absorto aquél trofeo cuya historia me era desconocida y pregunté impaciente:

—¿Y esa es la reliquia? ¿Por qué tiene esa calavera?

—Ah niño: tú no sabes lo que quiere decir esto.—Así eran todas las banderolas amarradas á nuestras lanzas de el *Veladero;* cuando hicimos pedazos á las fuerzas de Carreño, y derrotamos á París al comenzar el año de 1811.—Ya le he dicho á tu papá que si me ve morir, permita que me sepulten desnudo, pero jamás sin esta reliquia.

El asistente ató la bandera á una caña y la inclinó para mirarla á su satisfacción durante un largo rato.

¡Qué tropel de recuerdos asaltarían su mente! ¡Qué mundo de cosas idas se desplegaría ante sus ojos!

Después de algunos instantes movió la cabeza y exclamó: —no ha nacido otro Jesucristo ni nacerá otro Morelos....

Cuando seas hombre y ya me haya tragado la tierra, verás muy clarito quién era el cura de Carácuaro.—No hay otro, ni puede haber otro así.. tan grande, tan grande, tan grande!.................

....

El tió Tonchi me llevaba á la escuela; me compraba golosinas; me aconsejaba que fuera yo soldado y que muriera defendiendo la libertad de la patria y que siempre que tratara de héroes no pensara en otro que en Morelos, porque ese lo fué de verdad y hasta la muerte.

Cuando me detenían en la escuela por no haber dado la lección sin un punto, el tio Tonchi inventaba un recado de mi padre para que me levantaran el castigo; cuando algún compañero díscolo me ofendía en la calle, el tio Tonchi lo amenazaba con tales frases que le obligaba á huir de nosotros; cuando yo estaba enfermo, en la cama, me acompañaba todo el dia sin fastidiarse, y noche por noche me refería en sencillo estilo y sin hi-

pérboles ni metáforas, los episodios de aquella inmortal epopeya de que fué actor y testigo y que me infundieron en el alma este amor inmenso al suelo en que he nacido.

¡Pobre tío Tonchi! Nunca pidió un premio ni solicitó un ascenso. Herido en una pierna por los soldados de Añorve, se la amputaron en Chilapa y quedó sufriendo dolores toda la vida.

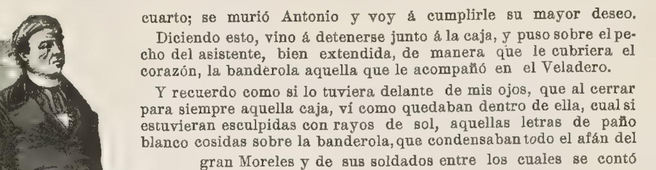
Una tarde llegó tosiendo y con un dolor en el pecho que le obligó á guardar cama.—Le atacó una pulmonía que se lo llevó al otro mundo en menos de una semana.

Y me acuerdo que al volver de la escuela lo encontré ya cadáver, y no se me olvida el cuadro que presenciaron mis ojos.

En el ataúd y sobre una sábana limpia y blanca como el armiño, estaba tendido el viejecito, con los ojos cerrados, las manos sobre el pecho, su uniforme muy bien cepillado; los mechones blancos, rebeldes como siempre, el bigote caído sobre el labio superior y una sonrisa de bondad en el semblante.

—Papá, papá, grité con desesperación; ya se murió el tío Tonchi....

—Calla, hijo, calla, me respondió mi padre, á quien yo no había visto, desde un ángulo de aquel cuarto; se murió Antonio y voy á cumplirle su mayor deseo.



Diciendo esto, vino á detenerse junto á la caja, y puso sobre el pecho del asistente, bien extendida, de manera que le cubriera el corazón, la banderola aquella que le acompañó en el Veladero.

Y recuerdo como si lo tuviera delante de mis ojos, que al cerrar para siempre aquella caja, ví como quedaban dentro de ella, cual si estuvieran esculpidas con rayos de sol, aquellas letras de paño blanco cosidas sobre la banderola, que condensaban todo el afán del gran Moreles y de sus soldados entre los cuales se contó aquel pobrecito viejo:

«Independencia ó muerte,»

Al caer la tapa, mi padre dijo con profunda melancolía:

—Adios Antonio, gracias por tu fidelidad á mí y por tu cariño á mi hijo.

Y haciéndome una caricia agregó mirándome: quédate unos momentos acompañando á Antonio, porque no te has de encontrar muchos tíos Tonchis en la vida.

Juan de Dios Peza.

Hay una cosa más dulce que el amor: la gratitud. Por eso la mujer que se casa con un hombre á quien le debe reconocimiento, saborea las más deliciosas ternuras y labra su felicidad.

Introducción á un poema

Todo sér lleva una cruz
De la conciencia en el seno:
Unos, cubierta de cieno,
Otros, radiante de luz.

* * *

¡Oh humanidad irrisoria!
Fecundas en tu delirio.
Con la sangre del martirio
Los laureles de la gloria.

....

Vive de eterno baldón
Quien combate en torpe lidia,
Al mérito, con la envidia
Con la injuria, á la razón;
Y escarneciendo tenaz
De las virtudes la palma,
El crimen tiene en el alma
Y la ignorancia en la faz.
Viles Cresos y tiranos
Que en vuestro orgullo profundo,
Llenas ostentais al mundo,
De sangre y oro las manos.

....

De la lid en el fragor
Yo venceré en la pelea:
Tengo por arma la idea
Y por escudo el honor.

* * *

Aliento fé que me impele,
Y nunca temo al desastre:
Es ley que el reptil se arrastre
Y que el ave cante y vuele.

* * *

Y si perezco en mi anhelo
Por el bien apetecido,
No es mengua para el caído
Cuando cae desde el cielo.

Felipe N. Bertrand.

TROVA

Siempre que con la mía
se encuentra tu mirada
resurgen mis recuerdos
del fondo de mi alma,
cantando de otros días
las dichas olvidadas;
como al romper las sombras
la clara luz del alba,
dando al aire el torrente
de sus alegres cántigas,
se alza el alado coro
de las hojosas ramas.

Andrés Calcáneo y Díaz.

LOTO

Noche, silente Noche! yo te imploro
Y tu llegada bienhechora ansío;
Sólo en tu seno, misterioso y frío,
Hallo el consuelo del dolor que lloro.
No amo el destello de tus luces de oro
Con que esmaltas el piélago sombrío,
Las que forjaron, para engaño mío,
De almos ensueños fugitivo coro.
Amo tu sombra cuando densa, obscura,
El mundo cubre con luctuoso manto
De honda desolación y de pavura.
Amo tu sombra, á cuyo dulce encanto,
Trémula flor de virginal blancura,
Surge del Nilo de mi acerbo llanto....

E. Fernández Granados.

DAMAS MEXICANAS

Srita. Cármen Rincón Gallardo

DE MEXICO.

Fotografía de Valleto.

SONETO

Venid ¡oh! corazones que piadosos
Veis el dolor de que me siento herido;
Venid á oir el eco condolido
De mis tristes suspiros dolorosos.

Están mis ojos húmedos, llorosos,
Y aunque de muchas penas siempre ha sido
Consuelo el llanto, al justo cielo pido
Treguas á mis lamentos angustiosos.

¡Venid! y oiréis mi enamorado acento
Llamando á la mujer idolatrada
Que de un mundo mejor recibe aliento.

¡Venid y oireis la voz acongojada
Del que á vivir sin ella ni un momento,
Prefiere las tinieblas de la nada.

Dante.

GRITOS CLASICOS

VESPERTINA III

Más, apóyate más, que sienta el peso
de tu brazo en el mio; estás cansada,
y se durmió en tu boca el postrer beso
y en tus pupilas la última mirada.
¡Qué fatiga tan dulce, la fatiga
que precede á los éxtasis; pereza
del cuerpo y del espíritu, que obliga
á mezclar el amor con la tristeza.
Se va la luz.
Y la Naturaleza
parece que nos dice: Soy amiga
de todos los que se aman; los amparo
Ya os dí alcobas de flores, ya os di asilos
misteriosos....descansad tranquilos
en la estrellada sombra que os preparo.
¡Oh, buena amiga!—El alma de las cosas
sigue de nuestro espíritu las huellas;—
primero, para amar, nos diste rosas,
después, para soñar, nos das estrellas.
La luz se duerme en el zafir, lo mismo
que en los profundos ojos de mi amada;
mas aun queda un fulgor en el abismo
y un toque de pasión en la mirada.
¡Sutil y misterioso panteismo!......
......Más, apóyate más; vienes cansada....

Luis G. Urbina.

Mayo de 1898.

JULIETA

¡Oh noche, ven á mi: Trae á Romeo,
Noche querida y triste;
Virgen sagrada de la frente negra
Que ya juntos nos viste.
¡Oh noche, ven á mi! Trae á Romeo!
Y de tu niebla fría
Luz y calor será!....Que su presencia
Haga en la noche, dia!
¡Oh noche, ven á mi!....Trae á Romeo!
Y entre tu densa bruma
Como la nieve brillará, del cuervo
Sobre la negra pluma.
¡Oh noche, ven á mi!....Trae á Romeo!
Y su ceniza fría,
Cuando llegue á morir, dispersa en astros,
Te alumbre como el dia!

W. Shakespeare

SIEMPRE AMAR.........!

... ¿Qué me importa la muerte?.. qué la vida?...
Quiero amar y de amor palidecer!
Tan solo por un beso, yo daría
La idea que siento en mi cerebro arder.
Quiero por mi mejilla enflaquecida
De la pasión las lágrimas sentir!
Quiero gozar la inexplicable dicha
De, por amar con frenesí, sufrir!
Quiero contar que herido de un engaño
Juró no amar mi corazón jamás....
Y ahora es el juramento que hago
No vivir un instante sin amar.
Corazón desbordado de amargura,
Despójate de orgullo y de desdén!
Rasga ya la mortaja que te enluta,
Vuelve á la vida y al amor tambien.
Despues de haber sufrido—es el destino—
¡Ay! es preciso sin cesar sufrir,
Después de haber amado ¡ay! es preciso
Amar.... y siempre amar.... hasta morir!

Alfredo de Musset.

Nuestras artistas.

CAROLA GONGORA

Carola Góngora muy temprano hizo presentir lo que debía ser. Desde sus primeros años reveló un talento poco común y sus padres, al contrario de lo que por desgracia acontece frecuentemente, no tuvieron reparo en alentarla, buscando para aquellas nacientes facultades la atmósfera más idónea y estimuladora, á saber, uno de los primeros centros artísticos del mundo.

La histórica ciudad de Gante, en Bélgica, fué el lugar destinado para que Carola hiciese sus estudios, desde la línea recta, hasta llegar con esfuerzo propio á crear obras que como el *Mauricien* hemos admirado en los aparadores de Pellandini en unión de muchos artistas que hallan un primor de valentía en su colorido, una intachable corrección en su dibujo é infinidad de toques tan *personales* y valientes que parece mentira hayan brotado del pincel de una mujer.

El *Mauricien* es una de las últimas creaciones de Carola, y hace presentir una pomposa sucesión de obras maestras, pues la artista cuenta apenas veinte años.

Sabemos que va á concurrir á la exposición de Bellas Artes que se celebrará en esta metropoli á fines del corriente año y que exhibirá varios estudios al pastel, entre los que se encuentran algunos retratos

Es probable que exhiba también un hermoso cuadro que ella ha denominado *El taller de los sastres*, primorosa creación en que domina el tono gris de un invierno europeo y en la que abundan las figuras perfectamente estudiadas. En general en todos sus cuadros adviértese un *caché* netamente francés al mismo tiempo que una originalidad notable.

EL METRO DE DOCE

La estrofa de doce: son cuatro donceles,
donceles latinos de rítmica tropa;
son cuatro hijos-dalgos en cuatro corceles;
el metro de doce galopa, galopa.

Eximia cuadriga de casco sonoro
que arranca al guijarro sus chispas dë oro;
caballos que en crines de seda se arropan
ó al viento las tienden como pabellones;
pegasos-fantasmas, los cuatro bridones
galopan, galopan, galopan, galopan....

Oh, verso potente, doncel soberano
que montas nervioso bridón castellano
cubierto de espumas perladas y blancas,
apura la fiebre del viento en la copa,
y luego galopa, galopa, ga'opa....
llevando el Ensueño prendido á tus ancas!

La estrofa de doce son cuatro garzones,
garzones latinos de rítmica tropa;
son cuatro hijos-dalgos en cuatro bridones;
el metro de doce galopa, galopa....

AMADO NERVO.

POMPAS DE JABON

—En su informe pericial, los facultativos afirman que usted está en el pleno uso de su razón.

—Así es, señor Presidente

—¿Y nunca ha sufrido usted perturbaciones mentales?

—Nunca, Señor

—Diga usted, pues, los motivos que lo impulsaron á cometer ese borroroso crimen que parece debido á un ciego arrebato de locura.

—Seré breve, señor Presidente. Cuando conocí á la madre del niño, ella contaría trece años y yo diez y ocho; ya desde entonces tenía ese cuerpo gallardo y esa tez aterciopelada que la hacen tan atractiva, ya sus ojos relampagueaban con llamaradas de amor y había en sus labios guindas una perpetua é irresistible invitación al beso. La amé! Nos juramos muchas cosas para toda la vida; y como era yo muy pobre, partí para engancharme en la marína de guerra. En cinco años, si se trabaja mucho y se gasta poco asciende uno y junta dinero suficiente para casarse y para abrirse un porvenir. Ni en la guerra ni en la paz, ni en la tempestad ni en la calma, hubo marino más resuelto, ni más cumplido ni mas honrado que yo: quería ascender y ascendí, quería tener dinero y lo tuve

¿Por qué eres tan avaro, Julián? me preguntó el Comandante del Crucero un dia que me vió guardando unas monedas.

—Porque tengo una novia, la amo mucho y me voy á casar al salir del servicio. Cuanto guardo, es para ella

El viejo Comandante me sonrió afectuosamente, y á los pocos días tuve mi primer ascenso. Nunca bajé á tierra en los puertos, ni jugué el baccarat en la cantina con los compañeros, ni compré ropa ni prenda alguna; por eso á los cinco años, al despedirme del barco, tenia muchas esperanzas de ventura y un capital.

Cuando llegué aquí me dijeron que mi novia se había casado á los pocos días de mi partida; que tenía un hijo más lindo que ella y que era muy feliz. Tres semanas me duró la fiebre; y como Dios no me quiso para sí, pensé que debia resignarme y vivir.

Pero un día, el 21 de Agosto, ya sabe usted, el día del crimen, la volví á ver, más bella y más arrebatadora que nunca. Tenia al niño en los brazos, estaba junto á la ventana y se entretenia haciendo pompas de jabón que se elevaban unos momentos en el aire, se irisaban con reflejos mágicos y reventaban después esparciendo un menudo rocío. El niño las veia y agitaba, loco de contento, sus manecitas: la madre no tenía ojos más que para el niño y lo contemplaba con miradas que eran caricias; y tenia toda ella, celeste expresión de plenitud de dicha.

Entonces fué cuando concebí el crimen; penetré á la casa, subí sin ruido la escalera, atravesé varias habitaciones y llegué con flexibilidad silenciosa de gato, hasta donde estaba con su hijo aquella mujer. Lo demás, ya lo sabe usted....dí un salto de tigre, arrebaté al niño, y con mis grandes manos de marinero apreté, apreté hasta que reventó como las pompas de jabón......

Y extinguí en el acto a ese niño que momentos antes palpitaba en expansiones irradiantes de ternura. ¡Pero qué facil es matar, y cómo se ensancha el espíritu después que uno ha matado!

Si supiera usted, Señor Presidente......... Antes de mi crimen, tenia yo como hinchado el corazón, como vacio el cerebro y como secos los ojos. Coja usted un arbol desarráiguelo y arrójelo á un arenal: así estaba yo. Ahora me siento otra vez con suficiente vida, mucha vida, toda la necesaria para que el verdugo sienta placer al arrancármela

Y en cuanto á esa mujer, ya no la veré reir como reia esa mañana, ni veré brotar de sus ojos miradas asi, de las que expresan plenitud de felicidad.

Estrangulé á su hijo, y lo boté como un harapo—Ahora ya se lo habrán comido los gusanos, poco á poco, como los celos me comieron las entrañas á mí.

Pero ella, sabe olvidar...... ¡Vaya si sabe olvidar! Y después de algunas lagrimitas en el cementerio, le nacerá otro chico y será igualmente bello y hará para divertirlo pompas de jabón...

Ah! Si yo pudiera....

El Presidente del Jurado le mandó callar y ordenó á los gendarmes que lo retiraran de la sala

Cuando se discutió la culpabilidad de ese infeliz todos opinaron que estaba loco.

Sin embargo dijo el Presidente: hay que fusilarlo: Son muy peligrosos los locos que matan.

Y Julián murió en el patíbulo, algunos días después.

Como lo había previsto su novia acabó por olvidar al muertecito, tuvo otros muchos hijos y vivió con ellos y su esposo largos años de felicidad......

LIRIO SILVESTRE

POR ANDRE THEURIET—ILUSTRACIONES GRABADAS EN NUESTROS TALLERES.

Versión española de "El Mundo Ilustrado"

Número 5.

—Oh, no! Enamorado de esa fea, de seguro que no, porque es peor que la estampa de la heregía; flaca como una escoba y sin otras redondeces que la de la giba. Pero tú le haces ojitos á sus escudos; y como se ve que ella bebe los vientos por tí, te has metido en la mollera casarte como si dijéramos, con los terruños y las casas de la tía corcova. Confiesa que tengo olfato de perro y que te cogí en tu picardía.

Hubo un momento de silencio y luego la voz del Chino vibró atrevida y truhanesca.

—Bueno. Y si eso fuera?

—Si eso fuera! gritó Clarisa exasperada. ¿Y tienes hígados para decírmelo en mi cara? Entonces, después de haberme engatusado para divertirte un poco de tiempo, me arrojarás al arroyo como un trapo. Si eso fuera? Haz la prueba y verás de lo que soy capaz!

—Cállate, loca! No harás nada, porque nada hay que hacer.

—No me desafíes, animal!

—En fin qué harías? Desembucha de una vez.

—De pronto, le iría á preguntar á la jorobada con qué derecho me quita mi hombre; y si insiste en quedarse con tan maldita prenda, me hallarán ustedes dos el día de la boda á la puerta de la iglesia, y armaré la gorda y temblará toda la aldea.

—Eso no más harías? Pues cuidado con los gendarmes. A ellos, ni un poco les gustan esos temblores.

—Los gendarmes... serías capaz....? Ah! descorazonado! No más eso me faltaba oir!

Hubo entonces en la cocina una explosión de lágrimas. Clarisa sollozaba ruidosamente, y entrecortaba los sollozos con lamentaciones de su desdicha y desahogos contra el miserable que la había engañado. Marcial callaba, dejando sábiamente que pasara el aguacero, previendo que esta crisis reaccionaría la tensión nerviosa de su amada, y luego sería fácil entenderse con ella. Pasados unos minutos, le dijo con voz acariciadora.

—Vamos, terroncito de azúcar, entra en razón y no sigas disparatando; tú sabes bien, atontada, que siempre te he de amar. Tú eres demasiado linda; y juntos estamos tan bien, que no hay para qué separarnos. Suponiendo que me casara yo, nada cambiará por eso....

—Oh! oh! sollozaba Clarisa, pero ya con menos violencia. Nada cambiará? No entiendo.

—Pues sí, nos seguiríamos amando como ahora. No serán las bendiciones del cura ni los garrapatos del notario los que me impidan mimarte y darte gusto. Vamos, abrázame y conversemos con formalidad. Tú eres un lince y me has adivinado; yo me agarro de Germana como de un clavo ardiendo, por que estando boba por mí, buen imbécil sería despreciando este casamiento ventajoso que á nada me compromete y que me deja lugar de camelarte á mi satisfacción. La pobre no sabrá qué es amor; será mi mujer de derecho, pero tú serás la preferida y tendrás la mejor parte. Así quedas también asegurada, y esto es mejor que seguir trabajando aquí como estamos, muriéndonos de hambre como ratas de iglesia.

—¡Qué bien sabes engañarme, bribón! ¿Me juras que yo seré siempre tu verdadera mujer?

—Te juro que no tendré alegría sino contigo, ni caricias más que para ti; tu sola eres mi amor y no hay más dicha en mi mundo que la de estrecharte en mis brazos y apretar mis labios con tus labios y besarte mucho, así...... así!

En la cocina poco antes llena de sollozos se oyó el estallido de múltiples besos de pasión, interrumpidos por risas y ternezas.

Esto era más de lo que la infeliz Germana podía soportar. Su cabeza le parecía que giraba y sentía doblársele las piernas. Derepente cayó de rodillas y arrastró en su caída una pila de zuecos que se derrumbó con estruendo.

—Diablo! dijo Marcial estupefacto. Hay álguien en el taller.

Y salió bruscamente de la cocina seguido de Clarisa despeinada, y prorrumpiendo en una insolente exclamación.

—Al reconocer á su prometida gritó Marcial:

—Germana!

—Esta, por un doloroso esfuerzo de la voluntad se puso en pié, y dijo con voz ahogada:

—Sí..y lo he oído todo. Adios, Marcial.

Pálida como una agonizante huyó de allí, perseguida por las groseras burlas y carcajadas de Clarisa.

V

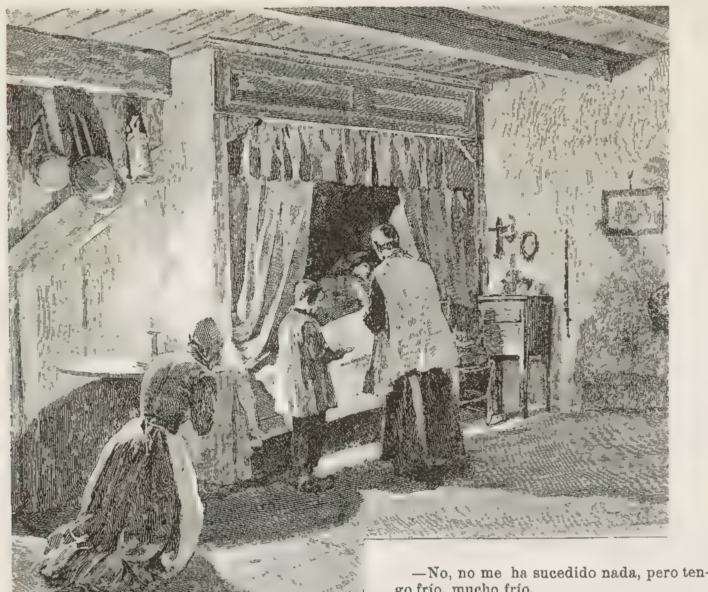
Al través del bosque, sobre las sendas húmedas y resbalosas, la jorobada apresuraba el paso é inclinaba la cabeza. El choque violento que acababa de recibir la había aturdido de tal manera, que estaba inconsciente de su desgracia y no se preocupaba sino de huir lejos, muy lejos del horrible lugar donde había sido tan cruelmente tratada. La risa impía de aquella mujer resonaba aún en sus oídos, y parecía que iba con ella. En la cima de la vertiente se detuvo jadeante, sintió que flaqueaban sus piernas y se dejó caer al suelo. Las arterias le palpitaban con un ruido sordo; un círculo de hierro le oprimía las sienes; apoyó en las manos heladas su frente que ardía, y permaneció por algunos momentos inerte, casi inanimada.

Al rededor, la selva se iba quedando solitaria; con el sol que descendía, subían vapores de la tierra mojada; las voces de los colectores de hayasse iban perdiendo á lo lejos, y el silencio cundía bajo las arboledas. Solo las hojas marchitas continuaban desprendiéndose con murmurios apenas perceptibles; y lentamente, y con suavidad, rozaban al caer, el cuerpo inmóvil de Germana.

Estas misteriosas caricias de las hojas caídas sobre el cuello y las manos de la pobre niña despertaron poco á poco su sensibilidad y le devolvieron la facultad de pensar; pero al recobrar la conciencia de sí misma, le vino necesariamente el sentimiento de su desdicha. Sus ojos, hasta entonces secos se llenaron de lágrimas, y empezó á sollozar sin consuelo.

Las celosas recriminaciones de Clarisa y las cínicas respuestas del Chino, estallaron en su memoria como otras tantas balas explosivas y le parecía al mismo tiempo que garras agudas le penetraban en el pecho.

El dolor la volvía clarividente. ¡Cuánto se había abusado de su situación y de su amor! Juzgando el corazón de Marcial por el suyo propio creyó en la sinceridad, en el desinteres de su afecto. La ilusión del amor la había llevado en



un instante á pleno cielo en una región de delicias semejante al paraíso de que hablan los Libros Sagrados. Ah! Había bastado un cuarto de hora para precipitarla desde aquellas alturas siderales á un abismo de espinas y de fango,

Y allí estaba muerta, desgarrada, humillada, y sin embargo, en medio de su dolor y de su vergüenza no tenía fuerzas para odiar al que le había hecho tanto daño; y aunque lo veía indigno de ella, todavía no dejaba de amarle. Esto le parecía un signo de depravación moral que aumentaba sus lágrimas, y tenía ganas de decir á gritos su desolación á la selva, en la cual, silenciosamente, lentas y suaves las hojas secas continuaban cayendo en el crepúsculo.

La obscuridad se extendía; y medrosa de errar de noche por el campo, tomó ánimos para levantarse y seguir la dirección de Auberive: Cuando salió del bosque ya era muy tarde: las nieblas se arrastraban sobre los pantanos que preceden á la aldea, y en lo alto las estrellas guiñaban sus ojos de oro.

Después de una marcha penosísima, cuando llegó á su casa encontró en la puerta á la Buena que la esperaba con ansiedad.

—Hasta que al fin llegas! exclamó tomándole las manos. Te extraviaste en la selva? Ya estaba alarmada no viéndote venir, y hasta pensé que podías haber tenido un mal encuentro. Dios mío! Estás helada, hijita, entra pronto á sentarte junto al fuego.

Cuando entraron á la cocina, y ya en la luz, la Buena vió á Germana, lanzó una nueva exclamación.

—Santos ángeles custodios! Mira como estás, con la ropa despedazada y los cabellos en desorden.

Levantó luego la lámpara y llevando á Germana frente al espejo, continuó diciéndole:

—Mírate, mírate; da miedo tu palidez. Acaso algún malvado te espantó en el bosque. De fijo que te ha ocurrido alguna desgracia.

Maquinalmente Germana vió el espejo que le devolvió la imagen de su pobre carita paliducha, sus párpados hinchados, sus hombros salientes y su talle retorcido. ¡Ay, si....! Era fea y contrahecha.... un verdadero aborto....! Cómo había sido suficientemente loca, cómo se dejó cegar por el orgullo y el pecado, hasta el punto de creer que álguien podía enamorarse de ella?

Cerró entonces los ojos, retrocedió y con voz enronquecida respondió á las lamentaciones de la Buena:

—No, no me ha sucedido nada, pero tengo frío, mucho frío.

Se aproximó lentamente al fuego y tendió sus manecitas hacia las llamas. Todo su cuerpo temblaba y estaba dando diente contra diente. Viéndola en tal estado la Buena se alarmó más y más.

—Tu me ocultas algo, Germana, y de fijo estás enferma. Quiéres un poco de caldo?

Germana hizo un signo negativo. La sola idea de la comida, la contrariaba.

—Sabes? Acuéstate y te prepararé una infusión de borraja. Eso es muy bueno; hace sudar y mañana ya estarás bien.

Pero al día siguiente, cuando Germana quiso levantarse para ir á misa se sintió muy débil, tanto, que no podía levantar la cabeza; le dolían mucho los globos de los ojos, le zumbaban los oídos y su cuerpo á ratos ardiente, se quedaba de pronto como un trozo de hielo.

Alarmada la Buena, corrió á llamar al Dr. Brocaral que cuando llegó halló á la enferma sumergida en una pesada somnolencia, y presa de una violenta fiebre. Movió la cabeza con aire de desaliento, pronunció la palabra «meningitis» y recetó la aplicación de sanguijuelas á la nuca y de sinapismos en las pantorrillas.

Durante quince dias, el mal se agravó pasando cien veces Germana del agotamiento al delirio, y entonces la Buena necesitaba de todas sus fuerzas para conservarla en el lecho, pues la pobre quería levantarse y correr á la selva. El nombre de Marcial le venía con frecuencia á los labios, y esto hizo comprender á la madre Aubriot que el Chino era la causa de tanta desventura. Todas las tardes venía el médico y se mostraba muy intranquilo, en tanto que los Boucheseiche instruidos de la enfermedad de su sobrina se hacían presentes, con la cara hipócritamente afligida, pero animadísimos por dentro con la perspectiva de una herencia próxima. La Buena les daba por lo común con la puerta en las narices, y solo consentía al cura Péchenart á la cabecera de la enferma que, por otra parte, á nadie reconocía.

Una tarde juzgando su estado desesperado le dió la absolución *in articulo mortis*, y el domingo siguiente en el sermón, recomendó á sus feligreses rezaran por una hermana que estaba en agonía.

Pero apesar de los pronósticos del médico y de las aprehensiones del sacerdote, los fieles pudieron atribuir á sus oraciones una gran eficacia, porque al cabo de tres semanas la fiebre cesó y la enferma entró en convalescencia.

Germana salió de las pesadillas de la fiebre, como Lázaro debió salir de la tumba; despierto, pero inconsiente. Parecía haber perdido la memoria de lo que le había pasado antes de su enfermedad y se admiraba de todo como un niño que entra en la vida, y avivada su sensibilidad lloraba ó reía por los más fútiles motivos. Las fuerzas le volvian lentamente, y las sombras que ofuscaban su cerebro, se disipaban con trabajo. Poco á poco no obstante, y gracias á los cuidados de la Buena, se restáblecía en lo físico, pero su inteligencia permanecía como envuelta en un velo.

Durante esta larga convalescencia llegó el invierno y la nieve caía sobre los troncos deshojados; pronto una capa de copos cubrió la selva, los campos y los techos; la naturaleza parecía sumida en el mismo sopor que la enferma. Esta suspensión de la vida en el campo dura semanas enteras; luego el viento sopla del sudeste, gruesas nubes se precipitan sobre el valle y toda la blancura se funde en un diluvio que llena los bosques con su rumor.

A medida que los ventarrones de Febrero se multiplicaban azotando las vidrieras, despertaba la inteligencia dulcemente en el cerebro de Germana, que iba prestando ya más atención á las cosas y aún pedía noticias de la aldea.

Una mañana vió la ventana iluminada por un rayo de sol que se colaba á traves de las cortinas de muselina y paseaba por la pared sus ondas doradas y móviles. Le pareció que este sol se deslizaba hasta el fondo de su sér y la inundaba de luz; sus ideas empezaron á sucederse con orden y fijeza, y bruscamente recobró la memoria.

Como quien asciende por los peldaños de una escalera tenebrosa, subió por las pesadillas del delirio hasta una región clara en que los incidentes de su vida anterior reaparecieron con un relieve doloroso.

Volvió á ver la selva poblada por los que cosechaban frutos de haya, los senderos alfombrados de hojas caídas, la pared agujereada de la cocina donde sorprendió la entrevista de Clarisa y Marcial, y entonces se reavivó el sentimiento de su soledad y abandono.

Abierta otra vez la herida de su corazón, Germana se puso á llorar silenciosamente, y ese mismo dia suplicó á la Buena fuese á llamar al Cura Péchenart.

El Cura la encontró levantada, y sentada en un sillón cerca del fuego. El cuerpo enflaquecido de la convalesciente flotaba dentro de su ropa obscura haciendo resaltar la palidez mate de su rostro y el brillo melancólico de sus grandes ojos.

—Y bien, hija mía, dijo el sacerdote esforzándose en dulcificar su voz áspera y severa por lo comun. Agradezco á Dios que se dignó oir las plegarias de todos mis feligreses.

—Sí, señor Cura, Dios no me quiso para sí. ¡Hágase su voluntad!

Despues Germana murmuró algunas palabras al oído de la Buena que se retiró discretamente.

—¡Cómo! exclamó el Cura fijando sus ojos escrutadores en los ojos tristes de la jorobada: se diría que no estas contenta de tu alivio. ¿Qué te pasa?

—La salud de mi cuerpo es mejor, pero no sucede lo mismo con la de mi alma....

—¿Qué significa ésto? Tu hablas como quien no tiene tranquila su conciencia. ¿Quieres que te oiga en confesión?

—Si, señor Cura.

—Pues bien hija: reza el *Confiteor*.

Entonces Germana inclinando la cabeza balbuceó la plegaria usual y deteniéndose cuando dijo, «y á vos padre mío» empezó la desgarradora historia de su amor á Marcial. Confesó las ansiedades que consumian su corazón desde la vuelta del joven soldado, su encuentro en la Roserelle, las promesas cambiadas en la selva, la loca ilusión en que había vivido, y por último, la cruel escena de Amorey que le había despedazado el alma y abierto los ojos.

Reclinado en el brazo de su sillón, cubriendo con una mano la parte inferior de su rostro, el cura escuchaba todo esto exhalando suspiros ahogados. Cuando Germana terminó y quedó con la frente inclinada como para ocultar su vergüenza y su pena, dijo el Cura con voz solemne:

—Hija mía! Pecaste doblemente por concupiscencia y por orgullo, y Dios te ha castigado á la vez en el orgullo y en la carne. De antemano te había yo prevenido sobre los peligros á que te exponías obstinándote en vivir en un mundo para el cual no estás hecha en lo físico ni en lo moral, y desdeñaste mis consejos entregándote á un hombre indigno de ese corazón que no debió pertenecer más que á Dios. Este hombre, cegado

por malos pensamientos, no podía estimar tus cualidades ni pensaba mas que en tu dinero. Se burló de tí y te sometió á una dura prueba. Esto sucede cada vez que se olvida uno del Creador para preocuparse de las criaturas. No debiste pensar en el amor carnal y Dios te ha castigado flagelándote, pero es misericordioso y está presto á tenderte sus brazos. Humíllate, arrepiéntete y vuelve á Dios que es el único digno de tu amor. Para tu penitencia te voy á enviar unos libros piadosos que leerás diariamente. Arrodíllate: te voy á dar la absolución.

Pronunciada la fórmula de ritual, el cura se levantó para irse.

—Buenas tardes, hija mía, dijo al partir. Piensa en que perteneces á Dios, y que solo en Él hallarás paz y consolación; cuida tu cuerpo y tu alma y si tienes necesidad de mi ministerio, llámame y vendré.

Esa misma tarde remitió los libros. Eran varias historias místicas y una traducción de los *Evangelios*.

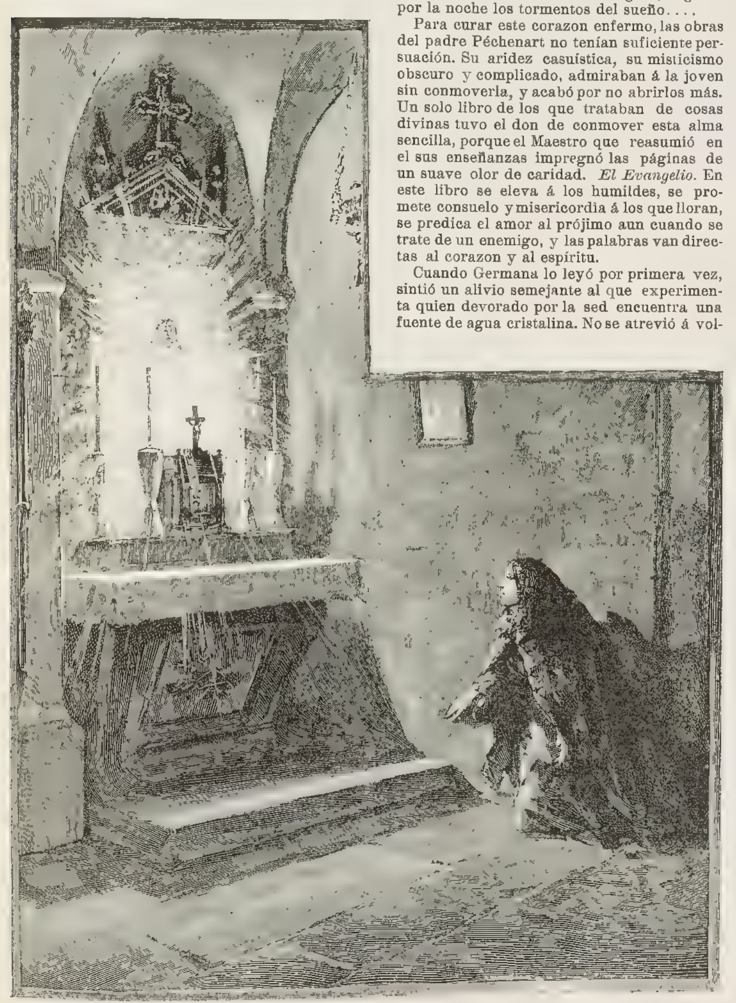
Apesar de la absolución recibida, Germana seguía sintiendo en su corazón el peso de la misma pena; y confiando en los consejos del sacerdote, abrió una de las obras y empezó á leer, con una concienzuda atención, pero las frases místicas del libro no apaciguaron su alma. Los sacrificios y la abnegación que prescribian, eran motivo de comentarios demasiado sutiles para la sencillez de su corazón, y mientras sus ojos repasaban las páginas, su espíritu erraba por otra parte, persiguiendo la imagen siempre presente y siempre fugitiva de Marcial. El libro aconsejaba el desprendimiento de todo, y la pobre niña, apesar de los reproches de su conciencia, deseaba locamente el retorno de esa única caricia de su vida, saboreada con tanto deleite.

Mientras más se imponía como penitencia esas lecturas que nada decian á su corazón, mientras con más desaliento abandonaba el libro, mayores remordimientos sentía; y corrían las semanas y la primavera comenzaba á reverdecer los campos.

Pasó Marzo con sus vientos y sus chubascos, Abril con sus escarchas y sus soles ardientes, y ahora Mayo desplegaba todas sus magnificencias esplendorosas.

A despecho de sus escrúpulos, Germana sentía sus fuerzas retornar, y cansada de su reclusión y sedienta de aire y sin haber hallado en los libros el esperado consuelo, se refugió á la selva deseando que aquella soledad fuese menos triste que la de su casa y buscando esa paz que tanta falta le hacia.

La primavera estaba en toda su plenitud; las ramas se doblaban al dulce peso de hojas y flores y pobladas de nidos; la naturaleza toda estaba ebria de voluptuosidad y Germana se sentía presa de una amarga nostalgía de amor. Pensaba, atenaceada por los celos, que á esa misma hora y bajo ese mismo bosque, Clarisa y Marcial estarían acariciándose y que entre todas las criaturas ella era la única enteramente abandonada. Entonces su corazón latía de una manera desordenada, ardía su sangre, las lágrimas subían á sus ojos; y después de estos combates en la vigilia, seguían por la noche los tormentos del sueño. . . .



Para curar este corazon enfermo, las obras del padre Péchenart no tenían suficiente persuación. Su aridez casuística, su misticismo obscuro y complicado, admiraban á la joven sin conmoverla, y acabó por no abrirlos más. Un solo libro de los que trataban de cosas divinas tuvo el don de conmover esta alma sencilla, porque el Maestro que reasumió en el sus enseñanzas impregnó las páginas de un suave olor de caridad. *El Evangelio.* En este libro se eleva á los humildes, se promete consuelo y misericordia á los que lloran, se predica el amor al prójimo aun cuando se trate de un enemigo, y las palabras van directas al corazon y al espíritu.

Cuando Germana lo leyó por primera vez, sintió un alivio semejante al que experimenta quien devorado por la sed encuentra una fuente de agua cristalina. No se atrevió á volver á la selva donde la embriaguez voluptuosa de la Naturaleza le despertaba sentimientos exaltados y se amparó á la iglesia.

Una tarde, despues de un ardiente día de sol, entró bajo las augustas naves, á la hora en que estaban mas solitarias, y se arrodilló en un rincón sombrío de la Capilla de la Virgen, en una de cuyas paredes, sobre el altar, había un cuadro que representaba á Jesucristo en la cruz.

Como ya no había suficiente claridad para leer en el devocionario, y como las oraciones impresas no le distraían el ánimo de sus ideas pecaminosas, sintió mas confianza en las plegarias que le dictaba su propio corazon, que expresaban mejor su deseo y eran una efusión mas personal.

Poco á poco encontró palabras apropiadas al fin que se proponía; y acordándose de haber leído en el Evangelio: «Bienaventurados los que lloran, porque serán consolados » se dirigió cándidamente á Jesús diciéndole: «¡Dios mío! Ya que ves desde el cielo mi angustia, ten piedad y acude en mi ayuda.» Entonces le pareció que los ojos del Cristo se abrían y la contemplaban con mirada de compasión.

Desde esa tarde comenzó á multiplicar sus estaciones solitarias en la capilla desierta y se fué acostumbrando á conversar familiarmente con el Crucificado del cual distinguía en la penumbra el corazon sagrado y la cabeza coronada de espinas. A fuerza de fijar los ojos en el cuadro creía ver que se animaba la pálida figura, y el arranque de la oración llevaba su pensamiento lejos de las preocupaciones corporales, haciendo que se sintiera como elevada de la tierra y aproximada al Dios misericordioso.

Cuando salía de la iglesia iba físicamente enferma, pero penetrada en lo interior de una misteriosa y refrescante alegría. Ya en su hogar, no aspiraba mas que á renovar las emociones de este éxtasis, y cada día sus visitas á la capilla se prolongaban más. Insensiblemente un amor ideal sustituía en su alma los arrebatos del amor terreno, y sus pláticas con Jesús se hacian mas íntimas tomando cuerpo de milagrosa realidad.

Arrodillada frente á la imagen de corazon ensangrentado, le decía:

—¡Yo te amo, Señor, te amo! Ven á mí.

Una tarde en que oraba así, ardientemente, creyó ver los labios del Cristo entreabirse y oyó un tierno y melancólico suspiro. Los ojos extasiados de Germana no podían separarse de aquella faz divina que expresaba la mas honda compasión, y en Germana y en torno suyo, algo de celeste palpitaba entre el silencio del santuario ensombrecido.

De súbito percibió el susurro de una voz muy dulce que penetraba á lo íntimo de su ser y le decía:

«Pide y te daré, llama y se te abrirá. Si quieres ser perfecta, vuelve á tu casa, vende lo que posees, distribúyelo á los pobres y tendrás un tesoro en el cielo. Toma tu cruz, y sígueme.»

Maravillada, fuera de sí no podía soportar su alegría sobrehumana, y cayó desvanecida sobre las losas húmedas del pavimento, para despertar, tarde ya, al ruido de los pasos del sacristán que venía á cerrar las puertas.

TERCERA PARTE.

I

En el mes de junio, el estudio del Sr. Ormancey notario de Auberive, parecía tomar parte en la alegria luminosa de toda la aldea, apesar de estar pintado de color obscuro. Situado en el piso bajo de un patio que daba al camino de Langres tenía todas sus ventanas abiertas á causa del calor. Los rumores del campo: rodar de carros, estallar de látigos, mugir de vacas, cantar de gallos y piar de golondrinas, penetraban en esa pieza tristona, y proporcionaban distracción á los tres jóvenes que trabajaban allí.

El primer pasante, vestido con un traje de paño moreno, estaba sentado junto á una mesa de doble pupitre, frente á un mozo de diez y seis años que usaba blusa de algodón azul y que desempeñaba las funciones de segundo pasante.

Colaboraban ambos para la expedición de un contrato matrimonial, mientras que en el ángulo opuesto, parado ante una mesa de madera blanca, un pilluelo de doce años y cabellera rubia y encrespada, ordenaba papeles y mordía de tiempo en tiempo un pedazo de pan

Como el señor Ormancey estaba ocupado con

unos clientes, cerró la puerta de comunicación de su gabinete, de suerte que los tres dependientes estaban libres del oído y las miradas del patrón y se entregaban con frecuencia á reflexiones absolutamente extrañas á su tarea. Despues de volver una hoja, el Sr. Saturnino Sauvageot, pasante principal, hizo una pausa, se peinó los bigotes con un peinecillo de bolsa y dijo:

—Esta mañana el calor ha sido sofocante y no parece disminuir.... Podría muy bien haber tempestad antes de la noche....¿qué le parece á usted, Berloquin?

—Pienso, respondió éste, que está abierta la pesca y que si estuviera yo libre, este es un tiempo inmejorable para pescar.

—Si, en efecto....Yo conozco por allí, más arriba de la Fragua, un excelente sitio donde hay truchas. ¿Cómo toma usted las truchas Berloquin?

—Como se me den. Eso es lo más expedito.

—Pues yo las tomo con la mano que es más expedito aun, dijo el chiquitín guiñando el ojo.

—Claudinet, tú no tienes la palabra, dijo severamente el señor Saturnino: arregla tus papeles y pronto. Tienes que ir á algunos encargos. De pronto, cuando hayamos concluido este contrato, lo llevarás á Jacquin para su registro.

—Al paso que van ustedes, murmuró Claudinet con irreverencia, ya hay para buenas horas....

—Cállate el hocico! exclamó el señor Saturnino.

El chico que no era de los que se quedan callados, iba á responder, cuando la puerta del estudio se entreabrió tímidamente y apareció Germana Vincart.

—Entre usted! dijo el señor Saturnino sin levantarse de su sitio.

Rápidamente había examinado á la recien venida y juzgándola una cliente sin consecuencias en vista de su aspecto y su traje, añadió negligentemente:

—¿Qué desea usted?

—Hablar al señor Ormancey.

—El patrón está ocupado, yo soy su primer pasante, y si quiere usted decirme su negocio...

—Perdón, respondió Germana con tono firme. Es al señor Ormancey mismo á quien quiero hablar.

—Ah! respondió secamente el joven, picado en su amor propio profesional. Entonces, tome usted una silla y siéntese.

Germana obedeció y se sentó á poca distancia de las mesas, no lejos de la puerta de comunicación.

El señor Saturnino no era galante mas que con las mujeres bonitas y Germana no entraba en esa categoría: vestida de negro, con una pelerina del mismo color que ocultaba mal su defecto físico, no tenía nada de seductora; y su cofia blanca de lino hacía todavía más pálida su cara enfermiza.

Desde que se sentó, los dos pasantes no le volvieron á hacer caso, pero Claudinet la contemplaba con aire irónico. El pilluelo malicioso examinaba la espalda de la joven, hacía signos significativos, y con boca risueña, cuchicheo en la dirección del segundo pasante:

—Una conquista para tí, Berloquín.

—Claudinet, gritó el principal; á tu negocio.

Luego, comprendiendo que por exigua que fuera la cliente, era preciso por el crédito del estudio estar con formalidad delante de una extraña, añadió:

—Berloquín, continuemos el contrato.

—«En caso de supervivencia, dictó Berloquín, la futura tendrá derecho á sus ropas, adornos, joyas y demás objetos de uso pasional.

—Ponga usted atención, interrumpió el señor Saturnino, allí dice: «personal»....Pasional sería un desatino, amigo mio. Está usted desfigurando los conceptos.

—Efecto de la simpatía, dijo el chiquitín, haciendo una mueca con que señalaba á la cliente.

—Claudinet, dijo el primer pasante reprimiendo una sonrisa: cierra el pico, ó iré á tirarte de las orejas. Conque......á su uso personal ¿Y luego?

En eso estaban cuando se abrió al fin la puerta del gabinete del notario y apareció el señor Ormancey escoltando á dos señoras enlutadas y dos campesinos de blusa, que seguían disputando sobre una herencia.

—Vamos, dijo el notario conduciéndolos hasta la puerta del patio: arréglense ustedes juntos si es posible, y cuando estén de acuerdo me avitarán para preparar el acta.

Al volverse vió á Germana que se había levantado.

—Ah! Buenos días, señorita Vincart, exclamó: perdón por haber hecho á usted esperar. Estoy á sus órdenes. Pase usted.

La hizo pasar delante de él y luego cerró nuevamente la puerta de comunicación.

—Demonio! exclamó Berloquín: van á permanecer solos....!

—El patrón es capáz de arrebatártela. Abre el ojo! dijo el chiquillo.

Y los tres soltaron carcajada tal, que Ormancey abrió bruscamente la puerta, lanzó una ojeada furibunda á sus dependientes y dijo:

—Silencio señores!

Después entró en su gabinete, señaló un sillón á Germana, y dirigiéndole una mirada interrogativa, se sentó también frente á su escritorio.

—Señorita Vincart, empezó; estoy muy complacido por haber visto á usted ya enteramente saludable. ¿A qué debo el honor de su visita?

Al mismo tiempo soplaba la ceniza de su pipa y la colocaba en la orilla de la mesa, pues el señor Ormancey era un formidable fumador y no dejaba la pipa sino cuando los clientes del sexo femenino en rabau en su gabinete; y así y todo, mientras duraba la visita no dejaba de ver con ojos amorosos el envidiable depósito de tabaco.

De talla mediana, vivo, insinuante, tenía la mirada perspicáz, la tez sanguínea y los cabellos todavía negros y alborotados.

—Señor Ormancey, contestó Germana, yo quisiera pedir á usted una cosa: ya soy mayor de edad y usted asistió á la rendición de cuentas de mi tutela. ¿Puedo ahora disponer de mis bienes como me parezca?

—Enteramente, señorita.

—Usted sabe que esos bienes consisten en un terreno arrendado en mil francos al padre Aubertin.

—En efecto, doce hectáras de tierra y además construcciones para habitacion y explotación. Todo situado en Cude......uno de los mejores terrenos del país.

—El contrato expira precisamente para el próximo día de San Miguel.

—¿Tendría usted la intención de cambiar de arrendatario? Eso sería un error, pues no los hay mejores ni más cumplidos en la comarca.

—No; replicó ella. Tengo idea de vender todas mis propiedades, y no conservar mas que la casa de Montgerand.

—Tiene usted acaso un proyecto, alguna mejor colocación para sus fondos?

—Mucho mejor, respondió Germana levantando al cielo sus miradas.

—Podría usted equivocarse. Por otra parte, enajenando de un golpe sus inmuebles se expone usted á obtener un precio inferior á su valor real y luego, aunque el dinero alcance un rédito de tres y medio por ciento, siempre tendrá usted una renta inferior á la que le producen sus tierras.

—No importa, yo quiero vender.

—Eso es diferente, dijo el notario observándola con sorpresa. Lo que yo decía, señorita, era en interés de usted: mi deber era iluminarla, y su derecho de usted, disponer de sus bienes á su antojo.

Quiere usted vender en conjunto, ó en detalle?

—Desearía sobre todo vender al contado.

—Ah! dijo el notario más y más admirado; desea usted realizar inmediatamente. En ese caso, un remate es lo más expedito.

—Sea. ¿Se necesita mucho tiempo para eso?

—De pronto se debe notificar á Aubertin que no piensa usted renovar el contrato, y luego podemos fijar la época de la adjudicación para Septiembre. Es decir, después de la cosecha. De aqui á entonces haremos la publicación en todas las Comunas del contorno á fin de atraer más licitadores; y suponiendo que todo marche bien, no podría usted disponer de sus fondos sino hasta la primera quincena de octubre.

—Está bien, mil gracias señor Ormancey. Tenga usted la bondad de dar los pasos necesarios. Me pongo en las manos de usted.

—Voy á poner los hierros al fuego, señorita. Y luego añadió:

—No puedo dejar de sorprenderme con la determinacion de usted, y si no temiera parecer indiscreto, diría que se necesita un motivo verdaderamente serio para obrar con esta precipitación.

—Tengo, en efecto un motivo serio.

—Pensaría usted de salir del país.

—Tal vez.

El señor Ormancey quedó sorprendido por la firmeza de tono y la resolución con la cual la joven pronunció las últimas palabras, y la examinó con mayor atención. En los ojos negros de su cliente brillaba una llama que parecia salir de las profundidades del espíritu.

—Sí, continuó Germana animándose: tengo que hacer un largo viaje, pero hasta el día de la venta, ruego á usted no hable á nadie de mis proyectos.

Esté usted tranquila, señorita; mi estudio es como un confesionario. Nadie sabrá nada.

Acompañó á Germana hasta la puerta, y luego volviendo al gabinete y encendiendo la pipa, exclamó:

—Demonio de chiquilla!

Cumplió su palabra y no dijo nada á nadie del proyectado viaje de la señorita Vincart; pero por bien guardado que estuviera el secreto, llegó el día en que fué necesario notificar que no se renovaría el contrato y en que se prepararon los autos para el remate, y los pasantes del estudio fueron los primeros en ponerse al tanto de la venta próxima de aquellos terrenos. El rumor se propagó para afuera, y pronto los pregones impresos en papel de color y repartidos por la comarca no dejaron duda respecto á la determinación de Germana.

Una mañana, saliendo de la iglesia, Cadet Boucheseiche vió un anuncio que le llamó la atención y en el cual leyó que se iban á vender en remate las propiedades de la señorita Germana Vincart y se hacía de ellas una descripción pormenorizada.

(Continuará.)

PAGINAS DE LA MODA.

Traje parisiense de paseo

Toilette de baile para señorita

LA MUJER

(Continúa)

¡Cuán necios los que la acusan de haber sido la causa del pecado original, cuyas funestas consecuencias aún hoy palpamos y resentiremos hasta la consumación de los siglos!

Estos tales no han reflexionado, no han analizado los hechos.

Ven las cosas en globo, sin determinar las causas.

Solo atienden á los efectos.

¿Quién será más culpable, Eva cediendo á las astucias de la serpiente, ó Adán dejándose creer de las palabras de Eva?

La respuesta es más clara que la luz del día.

Eva es inocente, porque no hizo sino lo que toda otra mujer hubiera hecho en su lugar.

Esto es, ceder en fuerza de su debilidad, al engaño.

Culpa no era de ella, sino de su organización.

De su constitución.

De su ser.

Nadie ha puesto en duda aquella verdad, reconocida de todo el mundo, que la mujer es débil por naturaleza.

Verdad demostrada por la experiencia de miles de años.

Desde que el mundo fué formado.

Mas Adan si era culpable, porque él estaba dotado de un espíritu reflexivo y de una fuerza de inteligencia tal, que jamás disculparán su crimen.

El pudo muy bien haber hecho conocer á Eva los engaños de que ella era víctima.

Entónces ¿para qué esa penetración? ¿para qué esa superioridad que tenia sobre la creación?

Por lo dicho, vemos que el hombre es quien tuvo la culpa del pecado original.

Y él solo debe imputársele el crimen.

Por qué inculpar a la mujer?

El hombre, injusto como es siempre, se lava las manos descargando toda su falta sobre la criatura más débil

Se atiene á esta misma debilidad, porque sabe que no se ha de contradecir, y que la Mujer tiene que callar ante la fuerza brutal del hombre.

No faltan algunos que han defendido á la Mujer, pero estos son raros.

Rarísimos

¡Cuán ingratos juzgamos á aquellos que sin considerar que á la mujer deben lo que son, solo se ocupan en deturparla.

Estos tales bien merecen el nombre de monstruos, y quien no obedece á los instintos de la gratitud, debe borrarse del catálogo de la humanidad.

Los poetas, esos hijos de la inspiración, esos hermanos de la idealidad y del sentimiento, adoran á la mujer porque saben comprenderla.

Su corazón no siente sino respeto y amor por ella.

Ellos son los que más han combatido la idea vulgar de querer dominar á la Mujer solo porque lo és.

Ellos son los que la han identificado con Dios.

Con la naturaleza.

¡Benditos ellos!

Sì, porque la mejor y más noble causa que puede defenderse, es sin duda la de la Mujer.

La mayor prueba que puede darse á un ateo de la existencia de Dios, es enseñarle una Mujer

Los sentimientos más puros, los mas sublimes están en ella.

Si rié, ¡cuánta gracia no se deja ver á través de su sonrisa!

Si llora, ¡cuán conmovedoras y tiernas nos parecen sus lágrimas!

¿Quién es aquél que puede resistir al llanto de una Mujer?

Si ama, entonces nada hay que pueda igualar á ese sentimiento tan dulce que abriga en su corazón.

¡Cuánta abnegación y cuánta grandeza de alma hay en la pasión de una Mujer!

Ella lo sacrifica todo por su amor.

Todo lo vende: su belleza, su honor.

Pero jamás su corazon.

Este siempre lo conserva virgen y puro á aquél á quien lo ha dado.

El fango de la prostitución parece que más lo depura

¿Qué le importa la sociedad?

Nada.

Nunca es más hermosa una Mujer que cuando ama.

Porque su amor toca á lo imposible.

(Continuará)

TOILETTE DE SEÑORITA

CHAMBRITA DE BEBÉ

Nuestros grabados

TRAJE PARISIENSE DE PASEO.

Es un elegantísimo modelo de la casa Worth, que ha sido recibido con mucho entusiasmo.

Es de cachemira clara amarillo plata. La falda, muy larga tiene bordados, el frente y la parte inferior del talle hacia la parte posterior, éste bordado puede variar desde el cordoncillo de seda hasta la blonda vieja. El jacquet es bolero, de solapa redonda con aplicación de felpa clara de seda y se abre sobre un peto de satín claro que concuerda con la falda. Las mangas son muy largas, contra el uso establecido últimamente, el cuello ancho, de satín obscuro. El jacquet abierto deja ver un cinturón muy elegante.

TOILETTE DE BAILE PARA SEÑORITA.

Ofrecemos á nuestras lindas lectoras uno de los modelos más en boga para bailes. Falda de satín con gran aplicación inferior de volantes coquetamente decrecentes. Cinturón de raso negro y medio cuerpo del mismo género figurando en graciosos pliegues prendidos en los hombros con hermosos nudos de blonda.

TOILETTE DE SEÑORITA.

Collet compuesto de dos volantes de chantilly montados por un empiezamiento doble, recubierto de un gran cuello de piel de seda negra con delantero recortado atando dos fajas de estola. Estas fajas están bordadas como el cuello y terminadas por un volante de chantilly. Cuello recto con *ruches* de encaje.

Materiales: 1m 75 de piel de seda; los bordados se ejecutan en el tejido. 2m 25 de cinta; 12 metros de al-

SOMBRERO CARLIX

DOS MODELOS DE TRAJES PARA ESPECTÁCULOS

ELEGANTE TRAJE INTERIOR

to volante de encaje y seis metros de volante pequeño.

SOMBRERO CARLIX.

Sombrero levantado en la parte anterior, de paja de seda castor clara. Al rededor de la faldeta un turbante de tul de malinas blanca, entorsado de una trenza de la misma paja castor.

Sobre la parte levantado un nudo de alas de pato silvestre anudadas por un moño de tul.

CHAMBRITA PARA NIÑO.

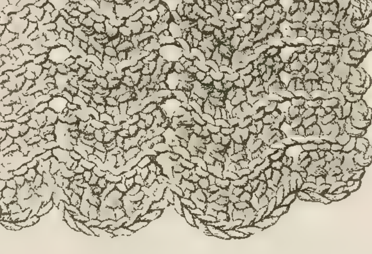
Un bonito modelo y de fácil ejecución

TOILETTE DE PASEO PARA SEÑORITA

COJIN PARA CAMA

DOS MODELOS DE TRAJES PARA ESPECTÁCULOS VESPERTINOS.

Damos dos modelos de los de última novedad en cuestión de trajes para espectáculos vespertinos. El primero es de cauda, en falla verde musgo abierta por un delantero bordado de negro, oro y verde. Lo



DETALLE DEL TEJIDO PARA CHAMBRA

alto de falda es muy plana, y la parte abierta figura volante en forma redondeada en estilo *redingote*. Corpiño de falla bordada como la falda y guarnecida de otra. Perlas de encaje negro, rebordado de oro y verde. Este corpiño se abre sobre un plastron de guipure crema. Mangas estrechas con triples jockes en forma, ornados de bordados. Cuello y manguitas de guipure. Guantes de cabritilla gris. Toca de paja verde musgo, guarnecida de plumas verde-musgo y de flores rosas. La segunda toilette es de tafetán cambiadizo gris y rosa, ornado de bordados grises y acero sobre terciopelo rosa. Esta falda es muy plana de lo alto y sobre el delantero, en tanto que la cauda se avolanta en toda forma. Cuerpo con pequeñas basquiñas recortadas y bordadas gris y acero sobre terciopelo rosa. El delantero es cruzado y abotonado por botones de acero. Cuello, cinturón y mangas bordadas de gris acero sobre terciopelo rosa. Guantes de cabritilla crema. Sombrero de paja de seda gris, guarnecido de flores rosas y muselina de seda blanca.

ELEGANTE TRAJE DE INTERIOR.

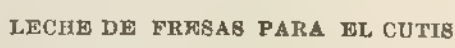
Jacquet bolero de satin negro con dos grandes aplicaciones de blonda. Una aplicada á la parte inferior del bolero y la otra formando una media capelina que hacia adelante figura solapa. A ambos lados un botón antiguo. Peto de tul acordeon y gran cuello de tul formando elegante moño. Cinturón de raso. Extremo de las mangas con aplicación de blonda. Falda lisa.

TOILETTE DE PASEO PARA SEÑORITAS

Es de tafetán glacé azulado, guarnecido de franja negra de seda. El corpiño tiene tres volantes alternados con bandas y el peto es bordado sobre terciopelo negro. Los volantes están á su vez ornados de franjas. Las mangas están ornadas por el mismo estilo. Cinturón de terciopelo con elegantes nudos y falda acordeon clara.

TOILETTE DE VISITAS PARA SEÑORITA.

Es de pekin de seda azulado y blanco. Fichú María Antonieta, de chantilly crema guarnecido de un volante. Este fichú está ajustado bajo el pecho y en el talle por botones antiguos. Sobre el pecho un cruzamiento de tul rematado por el collar; grandes solapas de blonda con un gajo sobre cada solapa. Sombrero de paja fluido.



LECHE DE FRESAS PARA EL CUTIS.

Es uno de los cosméticos más benéficos que se conocen.

Exprímase por un lienzo limpio y no muy tupido, una buena cantidad de fresas mondadas para sacar medio vaso de zumo, un pellzco de borax en polvo y 5 ó 6 gotas de alcohol, ó mejor de agua de la colonia á fin de que se conserve mejor.

Mézclese despues, revolviendo con una cuchara, una cuarta parte de vaso de leche fresca, y si esta leche pudiese ser de almendras en lugar de leche animal, sería mejor. Hecho el cosmético se enfrasca.

Se emplea empezando por abluciones con agua cuando la piel está enjuta, y si seca, se humedece ligeramente con el dedo ó una esponja fina mojada con el licor embalsamado, el cual comunicará un fresco y un tono delicadisimo á la piel.

TOILETTE DE VISITA PARA SEÑORITA

EL MUNDO.

TOMO I. | MEXICO, JUNIO 5 DE 1896. | NUMERO 23.

Entre santa y santo. . . . POR VILLASANA.

LA SEMANA

— - —

SUMARIO. Dos dramas frustrados.—¡Qué toro hemos perdido.!—Las niñas histéricas.—Su papel en sociedad.—Origen moral y social de la histeria. Su curación. Suicidios y homicidios.—La temperatura y el delito.

———

Los amantes de escándalos y acontecimientos de sensación, los reporters y los comentadores de tabaquería, las gacetas de sociedad, que viven de llevar á sus amistades las espeluznantes noticias de crímenes, las historias *non sanctas* de fugas de solteras y de divorcios de casadas y los chascarrillos de todas procedencias que circulan en el mercado, están de duelo. Dos dramas, de Bouchardy el uno y de Peréz Escrich el otro, se les han frustrado quemando el pasto á sus comentarios atrevidos, á sus apreciaciones á la violeta y á sus máximas campanudas de moral: el de *La Huérfana Rica* y el de *La Joven Raptada* que estuvieron en el programa días pasados.

La huérfana rica ha resultado hija de sus padres y la joven *raptada* amante de su violador; una y otra se han valido de una estratajema atrevida y peligrosa, la primera para forzar el consentimiento de sus padres en una boda que no aprobaban, y la otra para explicar y disculpar un extravío imputable al amor y disculpable por él. Aunque cronistas, nos alegraremos de que éstas, que son las últimas versiones, se corroboren y que en uno y otro caso el drama termine en boda, como las comedias de Calderón.

Si mucha repugnancia nos causaban las supuestos verdugos de una huérfana; más odioso, sin comparación, nos resultaba ese raptor audaz de una enferma, inconsciente, durante una crisis nerviosa, de la vergüenza á que se la condenaba y condenada á una irreparable y eterna desgracia, por obra del más criminal de los hombres, y ya nos aprestábamos á enristrar la pluma y á pedir justicia y castigo para los delincuentes, cuando nuevas versiones dan un giro más satisfactorio á esos asuntos y permiten esperar que ni en uno ni en otro caso tengan la Naturaleza y la Sociedad que avergonzarse de haber producido monstruos semejantes.

***

Por una inevitable asociación de ideas pasa el espíritu de la hipótesis de que esos sucesos sensacionales son simples ardides femeninos á la consideración de cuán frecuentes son esos dramas imaginados por mujeres y en los que no suele haber una sola escena verdadera, y con cuanta facilidad una perversión intelectual y del criterio moral, producen alarma en la sociedad, conmoción popular, desastres públicos y privados.

Son las mujeres nerviosas, y particularmente las histéricas, quienes tienen el *record* de la intriga, del chisme, del enredo, quienes suelen sembrar la desgracia en las familias, el dolor en los individuos y el escándalo en la sociedad. Las hay legendarias, dignas de la epopeya por el ruido que meten, por el tragín que traen, por el incesante mareo que provocan, por los crímenes de que se fingen víctimas, por los vicios y delitos que atribuyen á los demás, y porque traen al retortero á sus parientes, amigos y personas de estimación, á la prensa, á la policía, á la justicia, al clero, al ejército y á los partidos políticos. Una buena histérica caída en una sociedad apasible y tranquila, la pone en el acto en plena efervescencia y la hace fermentar, como un grano de levadura una cuba de malta.

Hubo una que dió en la cárcel sucesivamente con el alcalde municipal de su pueblo por atentados al pudor, con él juez de paz por tentativa de seducción, con su propio abogado por cohecho, con su notario por falsificación, y sabe Dios con cuantos más por diversos motivos; aquel pueblo, antes tranquilo y habitado por vecinos honorables y respetados, volvióse de un día para el siguiente un verdadero infierno, los matrimonios divorciaban á porrillo, los novios mejor avenidos quebraban, las mejor sentadas reputaciones venían por tierra, no había ya mujeres castas ni hombres honrados, ni funcionarios probos; y ella, la histérica, la autora de tanta calamidad, imperaba magestuosa, bellísima, interesante y admirada sobre aquel montón de escombros. De su solio vino á bajarla una junta de médicos que la reconoció, la declaró histérica y dió el hilo por donde se sacó el ovillo enmarañado de sus chismes, de sus calumnias, de sus maquinaciones, de sus intrigas y poco faltó para que la población la apedreara. Casados todos los veredictos condenatorios, rectificados los hechos y expulsada la autora de tanto desastre, volvió el pueblo á recobrar su tranquilidad y el tren monótono, pero tranquilo de su vida comun despues de que estalló el aparato con qne el Dr. Ox le inhalaba oxijeno.

***

No todas las histéricas son de éste tipo; las hay como Luisa Michel petroleras por filantropía, otras, como Mad. Severine, son filantrópicas por espíritu revolucionario; las hay como Santa Teresa de Jesús, místicas, extáticas, poetisas inspiradas, y no faltan algunas, minadas por las enfermedades, aniquiladas por el dolor, siempre suspirando, gimiendo y llorando; y á la vez gordas, coloradas, mofletudas, que comen como lobos, duermen como marmotas y beben como lasquenetes.

Pero todas ellas tienen un vidrio de aumento en el espíritu; no hay para ellas ni enfermedad leve, ni suceso insignificante, ni dolor mitigado; todo lo ven y lo sienten grande, desmesurado, colosal; con una palabra se las asesina, con una mirada se las resucita, con un suspiro se las enamora, con una lágrima se las subyuga.

Aman como locas, odian como malvadas, proceden como heroinas, sufren como condenadas; sus nervios son una harpa eólica que vibra poderosamente al menor soplo de la brisa; toman actitudes trágicas para encargar el mandado, empuñan la aguja como una espada flamígera, caen en síncope á la vista de un ratón, las embriaga el perfume de una rosa. Visten con extravagancia y mal gusto: pelo suelto, larga cauda, gasas, crespones y flores; gastan ojeras y toman ácidos para palidecer.

Como hijas; son abnegadas y rebeldes, adoran á mamá y la r gañan; como amantes, son heroicas y cargantes, celosas é intransigentes, sublimes y ridículas; como esposas son pendencieras y leales, exigentes y tumultuosas, siempre desengañadas del marido y siembre buscándolo y rebuscándolo; como madres son idólatras y severas, consentidoras y regañonas; en sociedad son tan simpáticas como peligrosas. Son, en suma, una plaga y un encanto, una seducción y una amenaza; como el abismo atraen y hunden, como las sirenas subyugan y matan.

***

Los médicos están de acuerdo en que la educación frívola, superficial, inconsistente de la mujer es la causa de esa peligrosa é importuna enfermedad. Hacer de la mujer una muñeca, no enseñarla á trabajar, poner en sus manos á Lamartine antes que á Ganot, enseñarle la música antes que la aritmética, llevarlas al teatro antes que á la escuela, exaltar en ella las pasiones antes que fortalecer el cuerpo y nutrir el espíritu, hacerla vivir por el corazón y no por la razón, codearla con los poetas antes que con los sabios y dar ocasión á que tenga novio antes que maestro, tal es el origen de esa sensibilidad enfermiza, de ese desequilibrio mental que se llama histeria.

En Inglatera, en Alemania, en Suiza es donde se educa seriamente á la mujer, en donde se nutre bien, hace ejercicio, trabaja y estudia, la histeria y el neurosismo, en general, son menos frecuentes y menos graves. En España, Italia, Francia y la América latina es más frecuente, casi general, y reviste formas más alarmantes.

Los internados, la educación mística, literaria y artística, la fomentan; la vida de familia, la educación seria y la vida ac iva la precaven, la mitigan y la curan.

Oido á la caja! madres de familia que os preocupais del bienestar de vuestras hijas. La histérica es siempre desventurada y no irradia en torno suyo sino desventura.

***

La temperatura sofocante que ha reinado en esta primavera, comienza á producir sus naturales frutos.

Se ha observado que la criminalidad oscila en el mismo sentido que la temperatura, y sube y baja con el termómetro; se acrecienta en la primavera y el estío; y desciende en el otoño y el invierno. Es triste pensar que la vida, la honra, la felicidad y el porvenir puedan depender de un grado mas de Farenheit ó de Reaumur y que ilusiones, esperanzas, prestigio y fortuna estén comprendidos en el mezquino espacio que separa dos rayas del termómetro. Pero triste ó no, es el hecho que así sucede, y el criminal, si fuera instruido, á la pregunta: ¿Por qué mataste á ese hombre? no dejaría á menudo de contestar: Porque tenemos 32° grados á la sombra.

Tal parece en efecto, que así como bajo la influencia del calor asciende la savia hasta el retoño, lo hincha de jugos, hace fermentar los gérmenes y estallar en capullos y en frutos; así mismo hace hervir la sangre, fermentar las pasiones y las hace estallar en crímenes. Por una parte una mujer, que extrangula á su hijo, por otra dos suicidios, más allá una riña ó agresión mortal para un hombre distinguido y estimable: Juan M. Betancourt. luego.... vaya usted á saber cuantas otras riñas, lesiones, homicidios, tal es el balance criminológico de la semana.

Betancourt cayó en Jalapa á los disparos de su adversario; agresor ó agredido, su muerte es lamentable por tratarse de un hombre distinguido, ilustrado, de gran talento, de carácter rectísimo y de gran porvenir. Tanto más cuanto que la riña brutal y sangrienta confinada en toda la República á las esferas oscuras y humildes y patrimonio exclusivo de las clases bajas del pueblo, ha invadido en ciertas localidades á las clases medias ilustradas y sensatas y que hace en ellas más estragos por tratarse, en general, de hombres más valiosos para la sociedad y por verse privada, de hombres más capaces de serle útiles.

***

Dentro de la más estricta justicia la represión debe ser enérgica. Son, dígase lo que se quiera, las clases medias y altas las que tienen el deber moral de dar ejemplo de mesura, de ponderación, de virtud, de sumisión á la ley y á la autoridad. Mas claramente conscientes de sus deberes privados y públicos, más capaces de discernir el bien y el mal, mejor penetrados de la necesidad de respetar la vida y la propiedad agenas y mejor dotados de medios, reprimir sus arrebatos y de refrenar sus pasiones, los hombres de cierta categoría social son más criminales cuando se olvidan, se ciegan y delinquen y el castigo debe ser para ellos más severo, en igualdad de circunstancias, que para el ignorante ó el pobre de espíritu.

El pueblo veracruzano es pasional, ardiente, irreflexivo; allí las pasiones son más impetuosas, los odios más vehementes, los rencores más profundos; allí se necesita para encauzar la conducta un dique más poderoso, para gobernar al potro impetuoso un freno mejor forjado, para tener en respeto al posible delincuente, una ley más dura. En tanto la propensión al delito, sea más enérgica, la represión debe ser más severa, si no se quiere verlo generalizado ó imperante, y es seguro, que penetrados de esta verdad los magistrados veracruzanos investigarán con imparcialidad, fallarán en justicia y si ha lugar, castigarán con inexorable severidad al delincuente.

El Estado de Veracruz es inmensamente rico y puede ser colosalmente próspero; pero una condición se impone para que cumpla los grandes destinos á que está llamado; que ya que la seguridad pública es satisfactoria, sea efectiva y real la seguridad privada, que pueda estarse igualmente al abrigo del asalto, lo mismo en el camino que en la ciudad; que no baste un pretexto fútil para que las manos se armen en lucha homicida; que todo el mundo esté seguro de disfrutar las libertades de conciencia, de emisión del pensamiento, de circulación, de uso y abuso de la propiedad legítima, sin temor á agresiones salvajes de adversarios políticos, religiosos, de prensa ó de negocios.

Y poca cosa se necesitará para reducir á la nada los casos de agresión y de riñas entre hombres cultos que, si no frecuentes, son allí menos raros que en el resto del país. Bastará en la escuela combatir las preocupaciones del falso honor que aún hoy imperan en aquel medio y castigar sin consideración y conforme á la ley á los delincuentes.

Logrado este objeto, y el último lamentable caso estimulará á ello, puede el Estado de Veracruz estar seguro no solo de figurar entre los más ricos sino también entre los más ilustrados y moralizados del país.

LOPEZ I.

Política General.

RESUMEN.—La guerra hispano-americana.—Otra vez el discurso de Mr. Chamberlain.—La liga anglo-americana y el equilibrio europeo.—Nuevos factores y nuevos pueblos.—Europa antigua y América moderna.—Las monarquicas tradicionales y las democracias americanas.—Rumores y comentarios.—Las negociaciones de paz.—La guerra hasta el fin.—Conclusión.

En medio de la agitación constante y de la inquietable excitación en que se encuentran los ánimos por los sucesos de la guerra, en lugar de advertirse señales de una pronta solución y arreglo honorable entre las dos potencias beligerantes, llegan á la continua noticias que siembran nuevas alarmas, nuncios de futuros disturbios y ocasión de nuevos conflictos.

Desde que el H. Chamberlain, ministro de la Corona británica, expresó su opinión en ocasión solemne sobre la conveniencia de una alianza anglo-americana, la Europa entera se ha sentido conmovida ante esa unión que juzga casi una amenaza. Se ha discutido en todos los gabinetes, se ha analizado en los órganos más caracterizados de la opinión pública el alcance que pudiera tener esa alianza; unos censurándola, otros desatándose en notas laudatorias, convienen en que, si hasta ahora no es un hecho la liga formal de los pueblos anglo-sajones, si todavía no están atados por tratados expresos, existe entre ellos una comunidad de intereses y aspiraciones que, unidos á los vínculos de la raza y de la sangre, han de acabar por juntarlos estrechamente. Otros miran en esa misma comunidad de aspiraciones el germen de serias rivalidades y de inagotables competencias, que han de provocar en no lejano dia su separación y alejamiento, si no llegan á crear hostilidades abiertas y franca concurrencia.

***

Sea de ello lo que fuere y sin dejar de considerar esa alianza como posible, hay que ver, sin embargo, el recelo creciente y la zozobra en aumento con que se mira en el viejo continente el orto de una nueva y gran potencia, que viene indudablemente á cambiar, al formidable peso de su producción enorme, de sus potentes energías, de su ingente vitalidad, el equilibrio tradicional en que han vivido las naciones de Europa, juzgándose señores absolutos de todos los mercados, dueños de todos los continentes nuevos, dispensadores de la paz y creadores de la guerra, árbitros de la humana actividad, sin reconocer nunca rivales en los estados jóvenes que se levantan en América, recojiendo, á su entender, sólo los desperdicios de su civilización.

***

De hoy en más, pese al orgullo secular de Europa, hay que atender no sólo á las maquinaciones de los gabinetes monárquicos, no sólo á los deseos é impulsos de los soberanos, que dominan más ó menos efectivamente las manifestaciones populares en los parlamentos, solo concedidas como válvulas de seguridad á la expansión creciente de las fuerzas nacionales; sino también á las decisiones y á las tendencias de las democracias americanas larvadas todavía, pero en hermoso y admirable génesis, desarrollándose cada día más vigorosa entre los pueblos neo-latinos, y espléndidas de poder, magníficas de grandeza entre los pueblos anglo sajones.

No puede prescindirse con real ó finjido desdén de estas naciones del mundo de Colón, venidas ayer á la vida política, y sin embargo, mostrando ya á los ojos absortos del viejo continente, campos abiertos á toda la humana actividad, espacios serenos á todas las libertades, horizontes amplísimos á todas las aspiraciones. Imposible dejar de considerar, en la marcha general del humano linaje, siempre en pos de su perfeccionamiento y progreso, el papel que representan estas nacionalidades nuevas, no corroidas todavía por la polilla que ataca los viejos organismos sociales, jóvenes y vigorosas, que abren sus brazos de amor á todos los que gimen y padecen, que ofrecen sus campos dilatados á todos los que trabajan, y llaman á sí para acrecentar sus fuerzas vivas, á todos los que tengan fe en el progreso humano, y á todos los que crean en la renovación de los pueblos y de las razas. De ahí vienen los estremecimientos, de ahí las zozobras y recelos que sienten las viejas monarquías. Ayer era el Japón quien los causaba; hoy es Estados Unidos quien los provoca. Ayer era la raza amarilla, que en poco tiempo ha sabido asimilarse los elementos sanos de la civilización occidental; hoy es ese agregado heterogéneo, formado por la selección de razas diversas qne constituyen la Unión Americana, quien crea esos sobresaltos y temores.

General Nelson A. Miles.

***

Por eso á la unión anglo-americana que se anuncia, se opone una alianza franco-española, posible en nuestro concepto, pero en cuya realidad no podemos creer todavía; á la unión anglo-americana, agrégase por lo bajo la adhesión de Alemania, hecho que constituiría sin duda una agregación formidable, si llegara á existir, capáz de desafiar todas las combinaciones posibles.

Pero semejantes murmuraciones, nos parecen extemporáneas; creemos que no pasan de simples rumores sin consistencia positiva y sin una base en que apoyarse. La única cosa que puede afirmarse hasta ahora, sin temer una rectificación, es la simpatía que une á los gobiernos y los pueblos de la Gran Bretaña y los Estados Unidos: muy clara y manifiesta se ha visto en el actual conflicto, sin que por esto pueda acusarse al Imperio Británico, de haber violado las leyes internacionales de la neutralidad. Lo demás es la expresión de buenos y filantrópicos deseos, de los que quieren ver terminado á toda costa el actual conflicto hispano-americano.

***

En estos mismos deseos se inspiran acaso los que atribuyen al embajador de España en París una misión especial, para solicitar la paz en nombre de la Monarquía española, por intervención de las grandes potencias. Semejantes gestiones estarían en abierta pugna con recientes declaraciones puestas en boca del señor Sagasta, presidente del gabinete español; estarían en contradicción con los hechos que provocan una crisis parcial en el mismo Gabinete, cuyo objeto al parecer ha sido activar las operaciones de la guerra, y estarían, por fin, en discordancia con la opinión general manifestada en las Cortes, que tienen oficialmente la representación del pueblo español, y están obligadas á velar por los intereses generales que se les han confiado.

No ha habido todavía ningún hecho de armas en el campo del combate que pueda decidir la contienda; nada hay que autorice á esperar una pronta solución, y los preparativos que se hacen por ambas partes, lo mismo en España, que trata de lanzar un empréstito cuantioso para los gastos de la guerra, que en los Estados Unidos, que autorizan créditos enormes y no calman la agitación febril en sus arsenales y astilleros, inducen á creer, que las negociaciones de paz desgraciadamente están todavía muy lejos.

¡Triste espectáculo para los que sólo anhelamos la humana perfección, por medio de las luchas incruentas del trabajo y de la idea!

X. X. X.

3 de Junio de 1898.

CRONICA CIENTIFICA

Transmisión eléctrica de imágenes.

Se transmite el pensamiento por medio de signos convencionales, que transporta la corriente eléctrica entre los puntos más apartados del globo.

Se trasporta la palabra á centenares de kilometros, no va por medio de signos sino tal como la palabra es, con todas sus notas, con todos sus matices, con todas sus vibraciones.

Se transporta la fuerza por un hilo, como el hilo del telégrafo, y á cien y doscientos kilómetros de distancia van por el conductor, como pudiera ir un telegrama, ochenta y ciento ochenta caballos de vapor.

Ahora se anuncia un nuevo triunfo del flúido eléctrico: *el transporte de las imágenes.*

Cuando esto se consiga, no sólo podremos conversar con el amigo ausente, sino que estando nosotros en Madrid y él en Barcelona—pongo por caso—al mismo tiempo que nos hablamos nos veremos.

¡Verse y hablarse á quinientos ó seiscientos kilómetros de distancia! ¡Lo admirable, lo estupendo, lo inconcebible! Y no será por arte de magia ó por obra del diablo, sino por arte y por obra del hombre y de su genio inmortal.

Veremos á las personas queridas; veremos un espectáculo; veremos un paisaje, con lo cüal habremos suprimido casi el espacio, al menos en nuestro globo, y seremos á modo de pequeños dioses terrenales que podremos estar con la vista y el oido en todas partes.

Pues bien; algunas revistas extranjeras anuncian la resolución de este problema: *transporte eléctrico de imágenes* Y afirman que se ha constituido una Sociedad poderosa para dar al invento carácter práctico é industrial.

Dícese que el inventor es un pobre maestro de Viena; pero en cuanto á la invención, la Sociedad explotadora guarda gran reserva. Y en lo poco que se sabe hay algo que á decir verdad, no es nuevo.

Hace ya muchos años que algunos ingenieros intentaron la solución del mismo problema. Y, si no recuerdo mal, en uno de los tomos de mi obra *Teorías modernas de la Física*, di cuenta de varias experiencias muy notables y de algunas ideas que en aquella época eran nuevas.

Fundábase el antiguo procedimiento en esta propiedad del selenio: la conductibilidad eléctrica de dicho cuerpo varía con la cantidad de luz que recibe.

En este mismo principio parece que se funda la nueva invención.

Constrúyase una especie de tablero de damas con trozos cúbicos de selenio, perfectamente aislados unos de otros: algo así como un mosaico.

Establézcanse gran número de conductores eléctricos, haciendo que cada uno pase por una casilla del tablero.

Hágase pasar asímismo, por cada conductor una corriente eléctrica.

Y sólo con esto, tendremos ya preparada la plancha receptora ó el tablero receptor de la imágen.

Porque, en efecto, si un espejo recoge y proyecta sobre el tablero cualquier imágen, la cabeza de una mujer, por ejemplo, las pequeñas piezas de selenio del encasillado general recibirán distinta cantidad de luz.

En plena luz estarán unas: en plena sombra estarán otras. Muchas solo recibirán una media tinta Y estas sombras y estas luces formarán, como en la fotografía, por su variedad é intensidad y por su distribución geométrica, la imagen del objeto.

Pero si la cantidad de luz es distinta sobre cada casilla, su conductibilidad eléctrica será distinta tambien Y las varias corrientes que por las casillas del tablero pasan, y que podemos suponer que al principio eran iguales, al encontrar en cada trozo de selenio distinta resistencia, cambiarán de intensidad: donde la resistencia sea grande, la corriente será pequeña: donde la resistencia sea pequeña, alcanzará la corriente mayor fuerza.

Y de este modo y en este manojo de conductores, la imagen primitiva se habrá convertido en una especie de imagen eléctrica, en que sombras y luces, con todas sus graduaciones, estarán representadas por corrientes eléctricas de intensidad distinta.

Será verdaderamente una imagen eléctrica, que va caminando por unos alambres. Por unos irá el cabello con sus ondulaciones, sus sombras y sus luces. Por otros irán los ojos con sus puntos brillantes y sus pupilas azules ó negras. Por otros los labios sonrosados ó las suaves mejillas.

Una imagen dividida en pequeños pedazos tantos como pedazos de selenio comprende el cuadro general

Un mosaico que se ha convertido en flúido eléctrico y corre por varios hilos.

Esto hacian en la primitiva invención los primitivos inventores; y algo de esto debe hacer el maestro de Viena; porque segun parece, tambien emplea el selenio.

Pero se afirma que no solo recoge las sombras y las luces del objeto, sino tambien sus colores Y esto si que es verdaderamente nuevo. Cómo lo consigue, si es que en efecto lo consigue, nadie más que el inventor, y en todo caso, la Sociedad que explota la invención lo saben.

Queda un segundo punto, y es el de reducir el número de hilos; porque no es práctico mandar cuatro ó seis mil conductores eléctricos, uno por cada cuadrillo de selenio, desde la estación de partida á la de llegada

En la invención primitiva, en la de hace muchos años, esto se conseguía por una pieza giratoria dotada de movimiento rapidísimo; uno de esos movimien-

tos vertiginosos á que ha conseguido llegar la industria moderna. Y esta pieza giratoria iba poniendo en comunicación los centenares de hilos del cuadro de selenio con unos cuantos conductores generales en número reducido. De suerte que las corrientes no marchaban todas á la par, sino por turno: pero un turno tan breve como el que exige la persistencia de la sensación en la retina. Una cosa así sucede en el cinematógrafo en cuanto á la persistencia de la sensación.

' Respecto á este punto, nada se dice en las revistas extranjeras y nada se sabe.

Queda, finalmente, el aparato receptor: el de punto del llegada.

Los ingenieros inventores á que antes me refería, ó no resolvieron ó resolvieron mal este problema. El modo de convertir la totalidad de las corrientes eléctricas diferenciadas en una imágen total, era por toda manera imperfecto.

Puede decirse que el aparato receptor se componía de un conjunto de pequeñas lámparas, establecidas en un cuadro que se correspondía geométricamente con el cuadro de selenio. Y las lámparas daban más ó menos luz, según la intensidad de la corriente que á ellas llegaba, un cristal deslustrado fundía todas estas luces parciales unas en otras.

También empleaban obturadores de luz ó pantallas puestos en movimiento por cada una de las corrientes.

Medios todos inaceptables, y que si resuelven el problema en teoría, no lo resuelven seguramente en la práctica, á menos que no hayan sufrido grandes modificaciones, de las que no tenemos noticias.

El inventor moderno, según parece, acude á otro sistema. Emplea prismas de cristal que descomponen la luz, como es sabido, en los siete colores del iris. Estos prismas de cristal giran más ó menos, según la intensidad de la corriente y proyectan unos ú otros colores en las casillas de un cuadro general.

Sin duda, por esto afirma el inventor que no sólo transporta la imagen con sus sombras y sus luces, sino también con sus colores propios.

Aunque la noticia es muy vaga, no cabe duda que aquí hay una idea. Y ¡quien sabe si el maestro de Viena habrá realizado un prodigioso descubrimiento! Descubrimiento tal, que pondría término glorioso en el terreno de la ciencia y de la invención al siglo de la máquina de vapor y del dinamo.

JOSÉ ECHEGARAY.

Estátua ecuestre del General González Ortega, en Zacatecas.

El libro y el periódico

Mr. James Bryce sostiene que ya no hay quien lea libros porque todo el mundo lee periódicos.

Después de todo, esta doctrina es consoladora.... para los periodistas.

Es notorio que desde hace algún tiempo los negocios de librería no prosperan en Inglaterra, y al lanzar su tesis Mr. Bryce, parece que fué su objeto consolar á los comerciantes en libros, poniéndolos al mismo tiempo en camino de aprovechar la lección

Pero ¿qué partido pueden sacar los libreros de esta situación? Si realmente la decadencia del libro procede del auge del periódico, es de suponerse que la causa será permanente, porque es improbable que el público deje de leer periódicos,—más que improbable, imposible El apetito crece con la satisfacción que recibe

En algunos países se ha desarrollado en tales proporciones el gusto por el periódico, que algunos y aún muchos, leen periódicos que no dan noticias.

Más todavía: son muy leídos los periódicos cuyas noticias son en su mayor parte puras invenciones

Lo saben, ó mejor dicho, ignoran cuando la notidia es verdadera y cuando fábrica de mentiras, y sin embargo, las leen, sin tomarse el trabajo de analizarlas. Esta disposición de espíritu es ya una enfermedad.

La fiebre del noticierismo es tal, que la sed que produce con nada se sacia.

La generalidad de los que leen habitualmente, no está en condiciones de leer todo lo que se escribe. Disponen de cierto tiempo y una suma dada de energía mental para la lectura, y natural es que si consumen ese tiempo y agotan esa energía en leer periódicos, de nada servirá que tengan libros á la mano: no los leerán,

En este orden de consideraciones huelgan los consejos de algunos publicistas que desearían sobre todo en los Estados Unidos, que abaratase el precio de los libros. ¿Y para qué si ni aún baratos los compraría el público?

Pero no hay que extremar la verdadera situación: sin negar en lo absoluto la tésis de Mr. Bryce, puede afirmarse que ni *el libro mató al monumento* (Víctor Hugo), ni el periódico mataría al libro.

Ciertamente la generalidad de los alfabetas no tendra tiempo ni humor para leer otra cosa que periódicos,—y no la parte séria de éstos, sino sólo la que trae noticias, por absurdas que sean, y mientras más absurdas mejor; pero un buen número de los lectores de periódicos hallarán en ellos la ocasión y el estímulo para otras lecturas más substanciosas.

El periodismo pervierte y contrahace los espíritus, pero esto sólo puede decirse del mal periodismo, y en todas las naciones,—aún en las menos favorecidas por la cultura intelectual,—hay perdidos entre la masa enorme de periódicos que corrompen la opinión pública algunos que la educan y no faltan tampoco los que saben ilustrarla.

Esto es lo que no quieren ver los pesimistas.

Un esqueleto de Mammouth]

Hasta hoy los museos no habían logrado procurarse un esqueleto íntegro de mamouth, ni siquiera un craneo entero, que pudieran darnos una idea precisa de ese animal antidiluviano.

Viajando por la Península de Imala, en el país de los Samoyedos, M. Nosilow, redactor de un periódico ruso, supo que dos años antes los indígenas habían encontrado un mammouth completo.

El animal es enorme. Se había deslizado de una colina minada por el río Jouribei y conservaba aun la piel y la lana

El mammouth estaba todavía á últimas fechas tendido á la orilla del río, sin que le faltara aún ninguna parte del cuerpo, pues un indígena que quiso mutilarlo no consiguió su intento por la extraordinaria solidez del valioso animal.

De todos los sentimientos la admiración es el que ilumina más nuestra vida.

VALLERY RADOT.

Caridad

Huelgan explicaciones sobre la ilustración artística del número de hoy.

El mérito de ella es indiscutible, y tanto el asunto, como la composición y el dibujo, que revelan la maestría del artista, hacen de esta obra un cuadro de primer orden que con justicia ha llamado la atención de los inteligentes.

Vista panorámica de Zacatecas

La mujer americana

No existe criterio más sólido relativo al valor moral de la mujer que el modo como interviene en esta terrible prueba que se llama el matrimonio. El matrimonio es el fin, el objeto, el destino de la mujer. Si vive es para esta función social, que constituye á la vez la tendencia de sus aspiraciones y el término de sus deseos. A esta función está preparada desde su infancia, no solo por la educación sino por el instinto; como, salvo muy raras excepciones su dicha conyugal es su obra, más aún que la de su marido tenemos el derecho de concluir que los hechos recogidos en pro ó en contra de la esposa ó de la madre redunda en contra ó en pro de la mujer.

Uno de los hechos que más llama la atención en los Estados Unidos es la extraordinaria frecuencia del divorcio. La ley del divorcio varía en su aplicación y en sus disposiciones de un Estado á otro. En los del Norte, donde el divorcio se obtiene fácilmente, la educación de las jóvenes no se parece en nada á la que reciben en los segundos, en los que la indisolubilidad del matrimonio no ha sufrido aún ningún ataque serio. Las jóvenes del Norte reciben en las escuelas que frecuentan una educación más pulida. Los ejercicios de *sport* tienen en ella un lugar importante, al igual que las ciencias más áridas como las matemáticas. En el Sur, las jóvenes están educadas á la europea; la coquetería florece allí como en París ó en Viena.

Las costumbres han obrado naturalmente en las leyes, que por lo demás no son más que una de las formas de expresión de aquellas. En todas partes en que el divorcio se ha convertido en un hecho familiar, se ha concedido más fácilmente; de tal modo, que los matrimonios mal avenidos de Estado en que existe la indisolubilidad conyugal, no hacen sino abandonar sus comarcas natales, para dirigirse á aquellas en que el divorcio es concedido ampliamente por los tribunales.

Así es como Dakotah en donde las leyes sobre el divorcio son muy expeditas, es en extremo frecuentado por los deseosos de romper los lazos matrimoniales. Un hecho que llama mucho la atención es que de 100 casos de divorcio 80 son intentados por las mujeres, lo que prueba que para la ruptura del lazo matrimonial, el papel del hombre en la América del Norte es perfectamente pasivo.

***

En semejantes condiciones, el matrimonio pierde toda clase de valor, y los mismos jueces lo consideran como desprovisto de interés. Hace poco tiempo una señora presentó una demanda de divorcio ante el tribunal de Brooklin; el juez envió inmediatamente la demanda á un abogado que funcionaba como árbitro, quien instruyó la causa aquella misma tarde y rindió su informe al otro día por la mañana. El Juez aprobó dicho informe inmediatamente y pronunció en seguida su fallo.... Todo había terminado en menos de veinticuatro horas.

En todos los casos análogos, que son muy frecuentes, se ve con claridad el poco caso que el americano hace del matrimonio, puesto que su ruptura es tan fácilmente concedida como obtenida. Este desdén influye en el matrimonio, y la celebración de esta ceremonia se convierte en un juego en que las mayores excentricidades se admiten con entusiasmo.

Los periódicos de Texas refieren que en Diciembre del año último, se celebró allí un matrimonio por telégrafo; los prometidos se encontraban en el fuerte de Hill, localidad en que no hay ni magistrados ni ministros de la religión. Se dirigieron al juez del condado por telégrafo, el que les contestó por la misma vía declarando su unión.

En cuanto á excentricidades he aquí algunas de ellas:

Cerca de Lexinton en Kentuchi se celebró un matrimonio en la cima de una montaña muy elevada; inmediatamente otra pareja de la misma ciudad, decidió celebrar el suyo á una gran profundidad de tierra, trasladándose á la gruta de Mammouth, en compañía del pastor y de los invitados.

LOS TUMULTOS EN MILAN

En Indianópolis un actor y una cómica se casaron en la escena durante la representación de una pieza, el matrimonio se había anunciado en el cartel, como un atractivo de espectáculo.

En Chicago un espirita tiene la especialidad de los matrimonios por medio de los espíritus: cualquiera puede casarse con intervención del espíritu de Jesucristo ó de Mahoma, á su gusto.

Una multitud considerable se encontraba reunida en la Iglesia de Mont Hope para asistir al matrimónio de Julián Shearer con Miss Moran. En el momento en que comenzaba la ceremonia Shearer cayó muerto á la ruptura de una aneurisma. Entre los asistentes se encontraba un joven llamado Guillermo Langley que había cortejado á Miss Moran, pero á quien la joven había rechazado por casarse con Shearer. En medio de la confusión causada por la muerte de éste, Langley se aproximó á la joven y la propuso que se casase con él en lugar del difunto. La joven consintió, y las ceremonias del entierro y de la boda tuvieron lugar al mismo tiempo.

—¿Qué puede ser una familia constituida por matrimonios anulados de un modo tan grotesco y desatados con tanta facilidad? Nada sólido ni edificante por cierto.

***

En Europa, en los países de más diferentes costumbres, en Francia, como en Inglaterra, en Alemania como en Italia ó en España la joven está minuciosamente preparada, desde su infancia á la gran función social que debe llenar un día.

La familia se preocupa ante todo por perfeccionar su educación y la madre la vigila con un cuidado á veces exagerado en los Estados Unidos por lo contrario la joven carece de educación. El jefe de la casa no tiene tiempo de ocuparse en lo que pasa en ella. Se ausenta del hogar desde muy temprano y vuelve muy tarde, fatigado, con la cabeza llena de las cifras á que ha pasado revista durante el día y las especulaciones que ha realizado y las que medita realizar. ¿Qué le importa lo que haga la hija? El paga su instrucción y á los maestros corresponde esta tarea. A menudo ignora las cantidades gastadas por la señora y por la niña, en las atenciones de la casa y en las personales.

Los pedagogos franceses han hablado con admiración de los colegios de jóvenes americanas y no han dejado de tener razón. Los estudios son en extremo fuertes y se inicia á las alumnas de un modo magistral en los ramos más abstractos de los conocimientos humanos. Pero estos establecimientos parecen haber sido creados más bien para las jovenes que desean obtener de su instrucción resultados prácticos: hacerse doctoras ó profesoras. Si los estudios son brillantes, la educación es muy mediana. Se enseña á fondo la química, la física la matemática, pero muchas de estas jóvenes laureadas, rellenas de todas las materias del programa, son de una gran ignorancia en los hechos más elementales de la vida doméstica.

Así pues las atenciones del matrimonio, que son el orgullo y la preocupación constante de la mujer europea no inspiran á la americana más que una suerte de repugnancia que no se toma el trabajo de disimular.

Y en esto pueden presentar una escusa plausible: no trata de convertirse en mujer de hogar, sino que pretende poder bastarse á sí misma en la lucha por la vida, y sería perder el tiempo consagrarse á tareas de costuras y cocinas.

Pero la joven educada en familia y que cuenta con un marido para proveer á su subsistencia ¿qué razón podría dar en pro de sus hábitos de ociosidad? Si sus conocimientos como ama de casa son nulos, su instruccion general, aun en las familias más acomodadas es á menudo de las rudimentales.

No lee, no cose, ni aun piensa muchas veces; la toilette y el *flirt* son sus ocupaciones exclusivas. Alentada á la coquetería por el amor propio materno, cuenta con su elegancia para seducir al príncipe millonario que le dará algún día el derecho legal de introducir sus manos en una caja respetablemente llena de dollars para satisfacer sus gustos de lujo.

***

Puédese definir á la mujer americana como una especie de anarquista mental, enemiga de toda regla, de toda disciplina, de toda contrariedad: sus placeres son sus únicas leyes. Fáltanla en efecto, dice un publicista americano, aquellas tradiciones que son el privilegio de las razas antiguas y de las viejas civilizaciones. La sangre corre por sus venas en una mezcla de todas las sangres diversas, azules ó encarnadas, de la antigua Europa. Se ha dicho con razón que es el producto natural de la democracia experimental.

La americana es una niña mimada que considera su personalidad como la única cosa realmente importante que existe en el mundo. Así, cuando reconoce que el hombre á quien ha unido su suerte, no tiene las cualidades que pensaba encontrar en él, se apresura á abandonarlo y á volver á comenzar su vida. La resignación le es desconocida como la religión que la inspira. No va á buscar al templo el consuelo de la oración, sino á los admiradores de su vestido nuevo ó de su vestido inédito.

El pasado no la importa y el presente tampoco la preocupa, no piensa más que en el porvenir y en un porvenir enteramente propio. Tiene el egoismo inseparable de su estado anarquista y salta buenamente por encima de todos los prejuicios sociales, cuando su impaciencia se lo dicta. Las hijas de los millonarios que llevan á las nobles familias europeas el dinero suficiente para volver á dorar sus blasones, no tardan en lamentar el haber perdido su independencia en las manos de un marido imbuido en las viejas tradiciones de familia, y á menudo abandona ruidosamente un hogar que pugna con sus gustos y su educación.

***

Pero para ser verdaderamente imparcial con la mujer americana debemos mencionar todos los hechos consoladores que atestiguan la redención femenina en un porvenir muy cercano.

Al lado de las jovenes pertenecientes á las clases ricas, educadas en los establecimientos á que nos hemos referido, todos los años salen por millares de las

UN PUESTO DE TORPEDOS

Universidades, muchachas provistas de un respetable bagaje de conocimientos y dispuestas al ejercicio de las profesiones liberales.

Entre estos grupos se va formando una familia que contrasta con la de las otras clases.

Las estadísticas de 1896-1897, nos hacen saber que antes de dejar las Universidades se casan la mayor parte de las mujeres que á ellas concurren. Las demás no tardan en seguir el mismo camino, aún á las que se dedican al profesorado. Esto se explica muy fácilmente. puesto que cualquier hombre que no ha hecho todavía fortuna, y que por consecuencia vacila antes de casarse con un objeto de lujo ruinoso, como las jóvenes á que hemos aludido anteriormente, se considera feliz al unirse á una colaboradora de su trabajo, que contribuya á los gastos y presupuesto conyugal.

Los tribunales americanos cuentan en este momento 120 abogadas y ocho mujeres figuran entre los jueces de la Suprema Corte.

El último censo nos hace saber que cerca de 5 000 mujeres están incluidas entre los funcionarios de diversas categorías; la literatura cuenta cerca de 3.000 representantes del sexo femenino, y el periodismo 888 redactoras.

Una Asociación de las antiguas alumnas de los establecimientos universitarios, que cuenta doscientos miembros, todas provistas de diplomas, acaba de publicar una estadística acerca de las funciones que desempeñan las asociadas. De los datos que allí se presentan resultan que de 461 mujeres que contestaron al cuestionario, 169 son profesoras, 47 bibliotecarias, 28 estenógrafas, 22 enfermeras, 19 periodistas, 19 colocadas en diversos empleos Entre las demás hay una artista, una agente de anuncios, una astrónomo, una agente de compañía de seguros, una química, varias telegrafistas bibliotecarias y correctoras de pruebas de imprenta.

***

Si la mujer americana repugna en ocuparse por sí misma en asuntos de la casa, en convertirse en la mujer del hogar, ha encontrado cuando menos el medio por su trabajo, sea de vivir independiente ó de aportar un elemento serio á la prosperidad material de su matrimonio.

La misma estadística á que acabamos de aludir nos indica los sueldos que tiene el derecho de esperar una mujer americana. En efecto: un 78 p% más de las tres cuartas partes de las mujeres que han contestado á las preguntas del cuestionario, ganan lo suficiente para bastarse á sí mismas: una tercia parte del número total gana de 50 á 75 pesos mensuales; una sexta parte de 25 á 50 pesos. otra sexta de 75 á 100 pesos y por último la última tercia parte de cien á doscientos pesos.

Cada día se ve aumentar en los Estados Unidos esta legión intelectual femenina. marcando el camino que conduce á la verdadera emancipación de la mujer. La elevación del alma por el trabajo y la elevación moral por la educación conducirá á la mujer americana á un brillante porvenir.

DEFENSAS SUBMARINAS

Los últimos acontecimientos y algunos que todavía pueden desarrollarse en la presente contienda naval, requieren para su exacta inteligencia cierto conocimiento. siquiera sea somero. de la organización defensiva de las costas. Efectúase esta organización por medio de torpedos y se la designa en la moderna ciencia de la guerra con el nombre de defensa submarina.

En los puertos militares, á cierta distancia de la rada y á la orilla del mar puede verse una casita de aspecto singular. Fórmala una sola fachada, muy baja, que mira á tierra: las partes laterales y la posterior así como el techo desaparecen bajo un montículo cubierto de vegetación, que del lado del mar en nada se diferencia de las sinuosidades y protuberancias circunvecinas

En la parte más alta del montículo. entre los iris y cardos que lo cubren, hay un arbusto extraño, una especie de espino, que muy de cerca se vé que está hecho de barras metálicas y puntiagudas como si fueran muchos para rayos agrupados. Es efectivamente un para-rayo preservador.

¿Qué hay detrás de la fachada blanca de la casita?

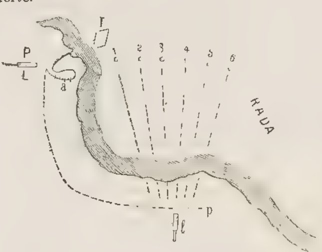
Al trasponer la única puerta de entrada vemos dos piezas hechas á lo ancho de la casita: la primera nos hace el efecto del clásico cuerpo de guardia. La siguiente es algo más complicada.

En la muralla del fondo, á través del talud de tierra vegetal que lo oculta exteriormente, hay estrechas aberturas, de forma rectangular, dispuestas en el sentido longitudinal y enfrente de las aberturas en un soporte que ocupa todo lo ancho del cuartito, aparatos complicados de precisión cuya pieza principal es un anteojo marino en el mismo plano de la tronera.

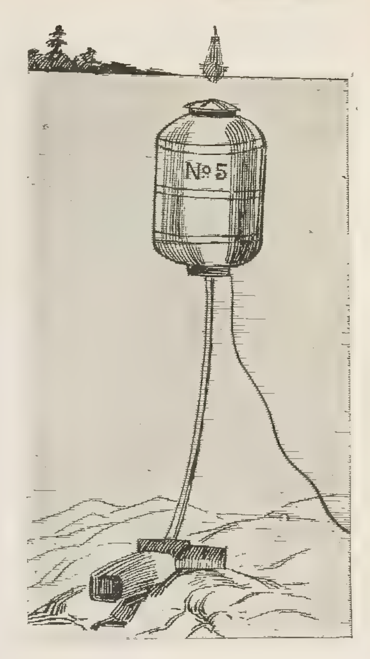
Los muros están cubiertos de una malla de hilos eléctricos protegidos con envolturas de seda de diversos colores.

En uno de los ángulos hay un teléfono, más allá una mesa con un aparato telegráfico.

Estamos en un puesto de torpedos; algo como un depósito que almacena el rayo, la tempestad y la muerte.



P Puesto interior —*p*. Puesto interior.—*L* y *l*. Anteojos.—*A* Pila —7. Placa de tierra sumergida.—*1, 2, 3, 4. 5 6* Torpedos.



Mina submarina

***

Estos puestos de torpedos son factores importantísimos de la defensa fija y la defensa fija es la parte de las defensas submarinas que proteje los pasos que dan acceso á la bahía.

Empléanse torpedos de fondo y torpedos vigilantes Estos son, por decirlo así, automáticos; se hallan inmergidos en una línea que ampara la entrada del paso, y en la noche se ponen en comunicación con una pila. Cuando los toca un buque, la inclinación que les imprime cierra el circuito eléctrico y hacen explosión Este es el motivo porque se les emplea sólo en los lugares á donde no llega la marea.

***

Más complicada es la maniobra de los torpedos de fondo. Colócance en una línea recta á través del paso que se quiere defender, espaciándolos á distancias de treinta metros próximamente, de tal suerte que toda embarcación que entre á la rada tenga por fuerza que franquear esa línea.

Los torpedos están numerados del 1 al x, porque cada uno de ellos se une aisladamente, por medio de un hilo, al puesto situado en lo costa en un punto tal que coincida con la perpendicular tirada sobre la mitad de la línea de torpedos Este es el *puesto interior.*

Hay otro puesto en otro lugar de la costa y situado sobre la prolongación de la línea de torpedos. Es el *puesto exterior* y en él se encuentran las pilas destinadas á producir la explosión.

Los dos puestos están unidos entre sí por un hilo llamado *hilo de inflamación.*

***

El circuito de cada torpedo se forma por la pila del *puesto exterior*, una placa de tierra sumergida en el mar, cerca del puesto, el mar, el torpedo, el hilo particular que une á éste con el *puesto interior* y el hilo de inflamación.

En el puesto exterior hay un anteojo *fijo*, exactamente dirigido sobre la línea de torpedos, y en el puesto interior hay otro anteojo *móvil* que puede dirigirse á todos los puntos de dicha línea.

Se presenta un buque enemigo: el puesto interior dirige sobre él su anteojo. Supongamos que la visual pasa por el torpedo número 3, inmediatamente se cierra el circuito del torpedo 3.

Avanza el navío: desde el puesto interior lo sigue el observador, manteniendo cerrado el circuito del torpedo cuyo plano ha de pasar, avisando al puesto exterior el número del torpedo.

Al atravesar el navío la línea torpedera, es decir, cuando llega al campo visual del anteojo fijo del puesto exterior. en el momento oportuno, el observador del puesto cierra á su vez el circuito y el torpedo estalla......

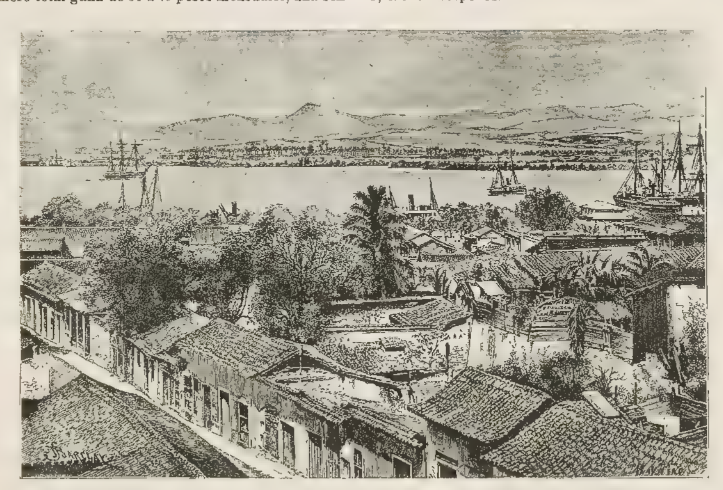
***

Durante la noche la terrible instalación se sirve de poderosísimos aparatos luminosos

Un proyector fijo dirige de una manera permanente su haz luminoso sobre la línea de torpedos Hay además proyectores situados cerca del puesto interior y que sirven para explorar el paso y descubrir los navíos asaltantes.

***

Lo dicho basta para que se comprenda la necesidad de conservar intacta esta instalación, y al efecto hay indicadores que señalan los lugares practicables á los buques de servicio que circulan en la rada.



El Puerto de Santiago de Cuba

Sabido es que no hace muchos dias, varios buques europeos infringieron en New York los reglamentos del puerto, alterando sensiblemente la instalación de las defensas submarinas. En vista de esto, se dió orden á los buques de guerra para que vigilasen la entrada de la Bahía, disparando sobre las embarcaciones que se desvien de las canales de libre tránsito.

NUESTROS GRABADOS

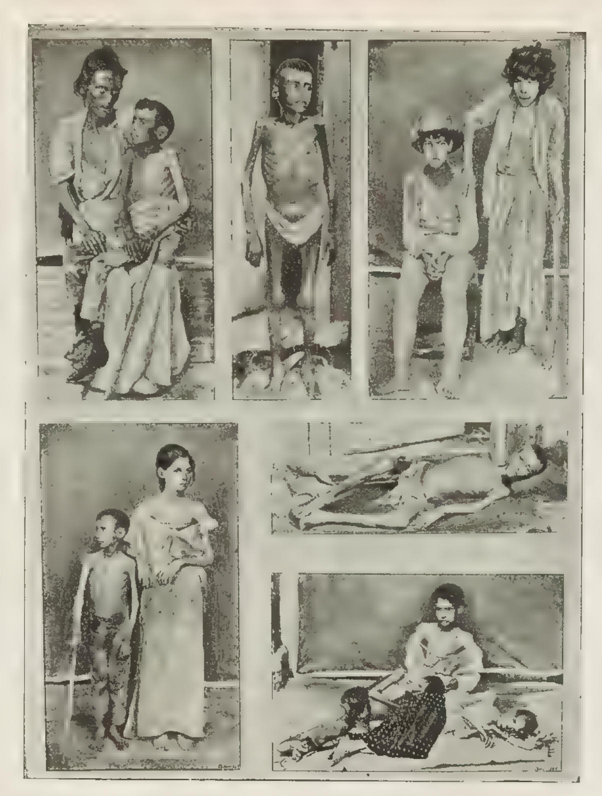
Los tumultos de Milán.

Atribúyase al socialismo ó al partido republicano, dénsele por explicación los sentimientos de antipatia hácia el Austria ó el deseo de un régimen más conforme con el espíritu de autonomía local, el hecho es que un estado de agitación como el que reina en Italia obedece á causas múltiples; pero todas ellas actúan y se robustecen bajo la impulsión de este supremo instigador: el hambre.

Milán no es una ciudad pobre; su industria y sus progresos la colocan en la categoria de las capitales florecientes de Europa. Hay en ellas miserias como en todos los grandes centros, pero no las miserias generales y de proporciones espantosas que hacen de Sicilia y Calabria tierras de crimen y maldición Y acaso por su relativo bienestar ha podido Milán recojer los gritos desesperados de los hambrientos, concertar en un movimiento politico las reivindicaciones de los miserables y formular en un programa la aspiración de todos: vivir

El movimiento, politico ó socialista, fué un fracaso, y el fracaso una hecatombe "El gobierno habia tomado serias determinaciones El General Bava, comandante de Milán, tenía facultades omnímodas; proclamóse el estado de sitio y la ciudad fué ocupada militarmente El movimiento revolucionario estaba organizado en un plan de convergencia de los barrios al centro de la ciudad, para reunirse en la Plaza del Domo; pero, la tropa cortó el paso á los amotinados y en vez de avanzar levantaron barricadas, saquearon las viviendas, desempedraron las calles, y cuando era preciso ceder, la inerme multitud se guarecía en los tejados ó interponia para su defensa la barrera de un incendio El General Bara, enloquecido por la resistencia, agotados los medios inofensivos de represión, dispuso la artillería en linea de combate ¿y qué combate igualará ese duelo trágico, entre la metralla infalible y la chusma impotente que dejó en las calles centenares de muertos?

El episodio de Milán tuvo el único desenlace posible: quedó dueña del campo la legalidad victoriosa; pero ¿qué fuerzas habrá bastantes á debelar un pueblo que pide pan y no encuentra ni mieses en los campos ni trabajo en los talleres ni recursos para emigrar, ni resignación paro dejarse morir?



EL HAMBRE EN CUBA

Nada detiene, nada refrena los impetus "del dictador despótico y terrible que se alza con la boca abierta y los puños crispados, y á quien ni se satisface con laureles, ni se desagravia con discursos, ni se ahoga con silencios. Ese dictador es S. M el hambre."

"Ese caudillo trágico que tiene la desesperación por guia y el calambre por banderín de enganche, se dispone á dar la batalla. No hay cuidado de que le falte ejército, ni lo hay tampoco de que su ejército flaquee ó le traicione. Cada entraña que se contrae inútilmente. buscando alimentos que esprimir, es un recluta; cada día en ayunas, un estimulante, cada basca angustiosa un juramento de fidelidad. El tirano conoce el oficio; lleva á los hombres en pos de sí, no sujetos por el corazón, engarfiados por el estómago y si el corazón retrocede en sus entusiasmos, el estómago no retrodece en sus apetitos"

"El entusiasmo puede extinguirse con la derrota; el hambre. no; el que pelea por la gloria, cuando es vencido, capitula; el que pelea por la vida, apenas pierde una batalla. presenta otra más formidable."

"S. M. el Hambre no lo ignora. Sabe que le basta presentarse para levantar sus legiones cubiertas de harapos. No necesita plan estratégico para conducirlas. Les grita señalando á este ú otro sitio "Ahí está el pan que os hace falta;" y hacia allí embisten los hambrientos con el impetu ciego de la fiera que ventea su presa, con la irresponsabilidad salvaje del animal que quiere comer......

Entre santa y santo.........

El noviazgo oficial! ...Este grabado no necesita explicaciones.

Quien haya pasado por esas ordalias sabe ya lo bastante para que avivemos cruelmente sus recuerdos y los que aún ignoran las delicias de *la visita oficial*, despues sabrán por la experiencia lo que sugiere á los iniciados la escena agri-dulce que aparece hoy en nuestra primera plana.

El General Nelson Miles

Este distinguido jefe del ejército americano llama la atención pública en los actuales momentos, y á ese titulo damos en este número su retrato.

Larga y honrosa ha sido la carrera militar del Gral. Miles y á esos brillantísimos antecedentes debe la posición que ocupa como jefe de operaciones de un importante cuerpo de ejército de los Estados Unidos.

Descubrimiento de la Estátua del General González Ortega.

El pueblo zacatecano ha erigido un monumento á la memoria del General González Ortega, y el 15 del mes pasado, celebró con ocasión del descubrimiento de la estátua que aparece en nuestro grabado, una fiesta cuya significación nobilísima aplaude con entusiasmo el patriotismo.

Hay hombres que nacen para la popularidad: saben ganarla con triunfos y afianzarla con derrotas: los acaricia cuando son poderosos, y los sigue al destierro, y los envuelve con su protección en el infortunio; la muerte misma los perdona, pues para ellos no hay olvido, ni ingratitud, ni desapasionamento en la posteridad. Formada en el éxito ruidoso, su gloría surge hecha leyenda de la tumba en que duermen.

El General González Ortega se vió aclamado como un semi-dios de la República y probó todos los reveses de las grandes caídas; pero fué siempre un ídolo popular, un magnetizador de las multitudes para las que era su nombre, emblema de esperanzas y poderoso evocador de guerreros entusiasmos.

Vista de Santiago de Cuba

Justamente al mes de haberse librado la batalla naval de Cavite, las aguas de Santiago de Cuba han sido teatro de la primera acción de alguna importancia en los mares antillanos

El mundo entero sigue con ansia el curso de los acontecimientos que encontrarán, tal vez solución en el resultado que tengan los planes de los jefes adversarios que se acechan frente á Santiago de Cuba.

El hambre en Cuba

Al romperse las hostilidades entre los Estados Unidos y España desvanecióse como la imágen de un cinematógrafo el antes formidable ejército cubano Y aún muchos, irónicamente se preguntan si hay en Cuba un verdadero ejército insurrecto.

Y sin embargo, de los horrores de esa revolución nos habla España con sus inmensos sacrificios: la Isla con sus riquezas esterilizadas Y la cruel *reconcentración* también presenta como luctuoso testimonio de la guerra insurreccionista, á un pueblo moribundo.

En nombre de ese pueblo lucha contra España la Nación del Norte. ¿obra por móviles de humanidad?

Europa lo niega enfáticamente, y Europa tiene razón para ser escéptica porque la palabra *humanidad* no despertó sino inútiles protestas y deseos platónicos cuando pedian reparación trescientos mil asesinatos la Armenia.

Tipos cubanos

Más que la guerra hacen de actualidad los tipos cubanos de nuestros grabados los "Bufos habaneros," que en breve actuarán en el Circo Orrin.

Nuestro público olvidará por unos dias los acontecimientos tristísimos de la cuestión hispano-americana para presenciar y comentar los trabajos de los Bufos de la Habana.

Tipo cubano

Tipo cubano

Caridad.—Cuadro de Julio Schmid.

NOCHE DE INVIERNO

—¿No escuchas?....
—Es la lluvia que roza los cristales.
—¿No escuchas?......
—Nada temas. Es el rumor del Rhin.
Son las heladas brisas, las brisas invernales
Que juegan con las flores marchitas del jardín.
Los pinos cabecean; el cielo está sombrío,
Y el viento aúlla, aúlla con tétrico rumor,
Afuera todo es muerte y soledad y frío....
¡Ay de las almas tristes, las almas sin amor!
—¿Leemos?
Lée, bien mio, como en lejanos días,
Los cantos del poeta de tu país natal.
¡Mas no!....Tiene más dulces y vagas harmonías
Tu voz, que del poeta el cántico inmortal
Sobre el cojín de raso do apoyas tu cabeza,
De la rosada lámpara al trémulo fulgor,
En vivos resplandores irradia tu belleza
Cubierta con el blanco y holgado peinador.
¡Oh carne, oh carne mórbida, oh carne sonrosada,
Oh labios que he besado con loco frenesí,
Sois mios....Sólo mios! ¿Verdad, mi bien amada,
Verdad que es tu hermosura tan solo para mí?
Corra la vida aprisa, destelle en el oriente
El sol para las almas esclavas del dolor,
Y siga en noche eterna mi corazón ardiente
Soñando con la dicha, soñando con tu amor!
Riega sobre mis hombros tu blonda cabellera,
Unamos nuestros labios en ósculo sin fin....
Y déja que la lluvia sacuda la vidriera
Y rumore á lo lejos entre la bruma el Rhin.

ISMAEL ENRIQUE ARCINIEGAS.

EL HEROE

Hay vértigos de gloria en el que sube
Desde el fondo ciclópeo del abismo,
Y en el espacio azul del heroismo
Puede volar con alas de querube.
Será acaso la larva en que se incube
El engendro fatal del egoismo,
Cuando en sus sueños vagos de lirismo
Sienta poner el pie sobre la nube.......
Pero la eterna evolución creadora,
No ve la forma humana que alardea
Ni el orgullo que surge y se evapora;
Como no vió en el drama de Judea,
Más que la luz sublime y redentora
Del esplendente triunfo de una idea!

CLARO OBSCURO.

La esfinge moderna

Teresa.

El misticismo de la celda:
brilla
En la sombra el reflejo de la lámpara,
Oscilando como una moribunda
Pupila que se estrecha y se dilata.
¡Qué tristeza en la llama que agoniza!
¡Qué blancas las paredes de la estancia!
¡Qué implacable silencio de sepulcro
En la indecisa claridad!
La santa
Reposa sobre el lecho inmaculado,
El lecho que se eleva como un ara
En uno de los ángulos sombríos....
Por su frente que han hecho torva y pálida
Tanta meditación y tanto ayuno,
Corre el sudor en abundantes lágrimas.
Sus ojos siempre abiertos por el extásis
Se entornan abatiendo sus pestañas.
En sus labios enjutos y apacibles
Hechos para el suspiro y la plegaria
Se despiertan los besos voluptuosos,
Y sus brazos más blancos que las sábanas—
Queriendo rodear algo invisible
Se retuercen se agitan y se enlazan
Sueña!
Sueña que el Cristo macilento,
El cuerpo exangüe y celestial que ama,
Sonríe tras su mueca de amargura;
Que sus frescas heridas se restañan,
Y sus pálidos miembros se coloran
Y se cierran las bocas de sus llagas.
Sueña que su mirada se ilumina,
Y del madero ignominioso baja
Más radiante que un ángel y más bello
Al lecho que se eleva como un ara,
Y que mezclan y juntan sus suspiros
Y que sus cuerpos vírgenes se enlazan,
Y que en un beso trémulo y sonoro
Se confunden sus bocas inviolàdas.

EFRÉN REBOLLEDO.

ESTROFAS.

Eres un imposible La fortuna
me condena al suplicio de no verte.
Cuando hay distancias entre *cuna* y *cuna*
Media como el abismo de la muerte.

Ni me abate este amor ni te degrada:
Cuando su beso ardiente el sol fulmina,
El agua, del pantano evaporada,
Sobre los altos montes se reclina.

No quieras que te olvide ni te afanes
Por convencerme, que es luchar en vano.
¡Sofoca la erupción de los volcanes!
¡Estorba las mareas del oceano!

Hay reptiles que tienen sus guaridas
Junto á los pedestales de las diosas,
Y orugas que se arrastran seducidas
Por los matices de las mariposas.

Tu juventud con su atracción me llama
Y no puedo impedir que me deslumbre.
El insecto atraído por la flama
Deja siempre sus alas en la lumbre.

Pero hay grandes pasiones que no mueren..
Mi alma te inmolará sus energías,
Mientras las fuerzas de atracción imperen
Y domine la ley de simpatías.

MEDARDO FERNÁNDEZ.

TEMPESTAD

La luz se apaga en la flotante bruma;
El viento ruge como leona herida.
Y el mar se agita en brusca sacudida
Y desfallece en explosión de espuma.

La débil barca que el destino abruma
Flota á merced de la ola embravecida,
Y el hombre siente el vértigo de vida
Que la tiniebla de la muerte esfuma.

....

¡La tempestad del alma es la sombría
Convulsión de dolor de los que gimen;
El ímpetu rabioso del que ansía,

Y que lo arrastra, en círculos que oprimen,
A estallar en sollozos de agonía
O á hundirse en las vorágines del crimen

CLARO-OBSCURO.

EL AUXILIO DEL ODIO

Al salir el luminar
De la estrella vespertina,
Se halló una vela latina
Parada en medio del mar.

Viendo el fulgor del lucero
Tan puro que alegra su alma,
"—Mal tiempo, noche de calma!—
Dijo á bordo un marinero.

—"Mucha carga que hace lastre
Y el velámen nada presta:
Hay grandes calmas como ésta
Que equivalen á un desastre."

***

Vino la noche. En el muro
Del horizonte lejano,
Espiando el triste oceano
Fosforescente y obscuro,

Una Ráfaga, asomada,
en el firmamento inerme
A la caverna en que duerme
La tempestad sosegada,

Apercibió que en aquellas
Soledades, oscilaba
Una vela, que blanqueaba
Al temblor de las estrellas.

El mal viento, al descubrirla
Varada sobre el abismo,
Habló así consigo mismo:
—No anda! pues yo voy á hundirla!

Y en el silencio reacio.
Del cielo á los puros brillos,
Desataba á dos carrillos
Su soplo sobre el espacio.

La vela, oscilante, sola,
Serena y grande, veía
Que cada vez más subía
El vértice de cada ola,

Hasta que en la oscuridad
Y por las rachas herida,
Se halló, de fuerzas henchida
Volando en la inmensidad

***

Cuando, hecha la travesía,
Al amanecer, anclaron
Los marineros, y hablaron
Con la gente de la ría,

—La barca, les dicen, vuela,
No se esperó en tal momento;
Y ellos: —Es que hizo buen viento..
—Buen odio! sonó en la vela.

FRANCISCO GAVIDIA.

LA ENCINA MILAGROSA.

Desde que principió el otoño, Bruno estaba desolado en las landas inmensas, bajo las arboledas que llegan hasta el mar, porque Juanita, su esposa, morena y linda como las noches estrelladas, graciosa como un pino nuevo cuya cabellera se estremece, Juanita desmejoraba visiblemente. Débil y enflaquecida, cargaba con trabajo los haces de ramas, recojidas aquí y allá por Bruno cuando podaba los árboles del terreno que estaba á su cuidado. Su cara adelgazaba lentamente y le aparecían los pómulos, ligeras arrugas surcaban su tez antes tan tersa y se la veía languidecer seguramente á causa de su ausencia de Chalosse, país llano donde se cultivan, el maíz el trigo y la cebada.

Bruno trataba en vano de distraerla contándole sucesos de los tiempos antiguos, cuando en las landas no se habían sembrado pinos y los lobos y las brujas celebraban sus aquelarres en medio de las dunas, los sábados á la hora de las sombras. Le refería sus labores del día, las sangrías que practicaba en los pinos, la cosecha de goma que se obtiene aplicando una vasija bajo el lugar de la sangría en el tronco del árbol y le hablaba de la sobriedad que forzosamente hay que guardar en el bosque, lo cual les permitiría formar en breve tiempo una fortuna con que adquirir alguna propiedad.

Juanita le sonreía y repetía como un eco sus últimas palabras de esperanza. Amaba mucho á este hombre á quien un domingo de feria, en su aldea de Mugrón, escojió impresionada por su cuerpo vigoroso, la altivéz de sus miradas y la pulcritud de su traje.

Desde la primavera vivían juntos y Juanita casi no veía más que á él, bajo los árboles rectos que susurraban en el espacio tiñendo de verde los horizontes sin fin. Gracias á él tan habituado á la soledad de las llanuras y á la fantasía de las sombras que parecen perseguirse de bosque en bosque, Juanita no se había tornado medrosa en su cabaña de tablas y de rastrojo, entre los juncos y los brezos donde serpentean arroyuelos invisibles y aparecen aquí y allá charcos de agua azul circundados de rosales.

Pero apesar de todo, Juanita extrañaba mucho su país de Mugrón, los dorados maizales, los plátanos de argentada cáscara la túnica luciente de los viñedos.

Ya no escuchaba la risa ingénua de los abuelos en el umbral de la puerta, ni el parloteo de los chicos que retozaban en la plaza, ni la voz encantadora de sus compañeras que los domingos en la iglesia vibraba en la harmonía de los cánticos.

Ahora era necesario ir á los oficios divinos á Labouheyre, allá abajo, muy lejos en el límite de la selva, y de donde era necesario salir muy pronto sin ver siquiera la populosa aldea para poder regresar temprano al cortijo......... Ah! la Chalosse!......... la casita levantada allí de piedras sin argamasa, como un nido de pájaros que no tiene más que briznas puestas una junto á otra!......

El domingo de Pascua mientras un rayo de sol doraba el interior de la cabaña, Bruno dijo á Juanita:

—¿Quiéres que vayamos para curarte á la encina de Quillacq?

—¿La encina fatídica?

—Sí; la encina vieja, la más vieja de las landas.

—Ni creas que la encina me tenga buena voluntad.

—¿Por qué? ¿no amas acaso al país?

Ella le contempló alarmada temiendo que adivinara las angustias de su alma, y como Bruno la estrechó con efusión contra su pecho, se estremeció de dicha y de ternura y dijo con voz sincera:

—Si vieras, no es que quiera yo regresar á Chalosse, pero á pesar mío pienso siempre en mi país Nunca pensé que cabrían tantos insectos en un grano de trigo maduro...... Quisiera amar tus pinos puesto que te amo, y cuando durante el día no estás aquí ni oigo siquiera á lo lejos los golpes de tu hacha, mientras acaso estas encaramado en la horquilla de un pino haciéndole incisiones, yo busco tus huellas entre los helechos, espio el matorral por donde te alejaste y eso es mi sola distracción y mi único placer...... Nuestras conversaciones nocturnas duran bien poco; para ver las estrellas es necesario ir hasta algún claro del bosque ó á la orilla de algún estanque, y por la mañanita me dejas sola cuando todavía no ha empezado á aclarar.

Yo ensayo cantar y reir cuando regresas.... solo que este rumor de pinos, tan triste, parece traerme de muy lejos una voz que me dice que estoy condenada á languidecer aquí como una flor efímera y delicada.......

Y esa es la voz de mi Chalosse, la voz de las hadas de mi aldea; la reconozco. Fué la que me aconsejó amarte y acercarme á tí en aquel domingo de feria, cuando me pareció que ya te había visto otras veces y que nos amábamos desde tiempo lejano.... .

Bruno anhelante escuchaba á su esposa melancólica y linda y la apretaba contra su pecho, posando su boca ruda sobre aquellos labios adorables.

—Vamos á tu Chalosse, le dijo, vamos.

—Te morirías tú.

—A tu lado...... ¡imposible!

—No: á tu vez extrañarías tus landas y tus selvas. Mira, no podemos nada contra esto. La fatalidad es la que nos ha condenado.

A poco Juanita se tranquilizó y fué desapareciendo la contracción de sus facciones, como desaparecen con el alba entre las frondas las tinieblas de la noche. Contempló á su esposo, gallardo, que le sonreía enseñando dos hileras de dientes blancos, y quién sabe qué sorprendió en la expresión de su mirada que inclinó la frente con pudorosa alegría. El la sintió más enamorada y dispuesta á las esperanzas, tesoro que enriquece aun á los más humildes y desvalidos.

Las campanas de Labouheyre vibraron allá á lo lejos y Juanita se levantó de un salto con su gracia de otros días.

—Oyes? Llaman á misa. No te parece que esas campanas hablan más directamente ahora con nosotros, que las oímos mejor en esta soledad?

—Sí, vamos á misa. Y un día próximo á la encina milagrosa.

—Como quieras ...... Eso nos consolará.

Y se alejaron, con paso rápido bajo las frondas.

II

La primavera había sido agradable: las lluvias renovaron la hierba y lavaron los pinos. ¡Qué hermosa debía estar la Chalosse perfumada por sus vergeles y sus plantíos!

Bruno que veía rejuvenecer á la tierra y pasar las bandadas de pájaros, recobró sus esperanzas pensando en que Juanita reviviera también y como el sol se aficionaría al país de las landas.

—En Junio, dijo á su esposa, saldremos del bosque y nos reuniremos á la romería que va á Quillacq: ¿quieres?

—Sí......

Pero su pensamiento seguía preocupado con la idea de una muerte muy próxima. Solamente que ya que debía morir, quería á lo menos que Bruno nada tuviera que reprocharle y por eso le quiso dar esta nueva prueba de su ternura.

Desde aquel domingo de pascua, concurrieron con mayor frecuencia al borde de los estanques entre los rosales, para ver por las tardes la ascención de la noche hacia el firmamento sereno, y oír las voces maravillosas de los bosques profundos.

Cuando se recojían, la luz vaga de la noche penetraba en la choza á través de los cristales de las ventanas, y los rayos de la luna cuando entraban iban á la vez á besarlos en las mejillas, y los sueños que entonces les acariciaban eran de esos que no pueden relatarse porque se contraen á una dicha que la miseria hace temer

La víspera de San Juan se desató una tempestad. Por el llano inmenso los bosques vibraron al empuje del huracán que penetraba aun á las más ocultas cavernas. El agua cayó a torrentes inundando las dunas y las praderas. Bruno en la cabaña no osaba levantar la voz, y Juanita se estrechaba contra él llena de terror imaginándose que había llegado su última hora y que el cielo se oponía á su viaje á la encina de las hadas. Dulcemente abrazados se durmieron y mientras la tempestad se alejó.

Al día siguiente, la tierra estaba alegre, y el cielo azul y dorado resplandecía.

Los dos esposos se pusieron sus vestidos de gala.

Vamos, dijo Bruno, es largo el camino de aquí á Dax

—Tengo valor, contestó Juanita.

Bruno que se sabía orientar aun en lo más espeso de la selva, marchaba con su esposa confiado y alegre.

Por el camino encontraron una manada de caballos que pastaban cerca de un guardian, el cual calzado con largos zancos y formándose tripié con el callado, estaba ocupado en hacer calceta.

Antes de salir del bosque tropezaron con un campamento de carboneros, especie de salvajes negros que acomodaban en carriolas las ramas arrancadas por el huracán. Vieron en fin cortijos, casas coquetonas, molinos á la orilla de las cascadas, y luego la ciudad de Dax levantándose en el fondo de un valle.

Penetraron á los arrabales. La multitud endomingada de las comunas de Maresin, la Chalosse y las Landas se unió á la de la ciudad. Flotaban cortinajes y gallardetes en las ventanas, músicas de clarinetes, tamboriles y castañuelas recorrían las calles alborotando, y las campanas de la iglesia repicaban á vuelo.

Las gentes al reconocerse se saludaban, se felicitaban con emoción, y cada uno hablaba de la encina; éste para curar una enfermedad, aquel para que cambiara la mala suerte de su casa.

Después de misa, los campesinos que llevaban víveres fueron á comer á los alrededores en los sitios más pintorescos; luego volvieron á la iglesia, al rosario, y todos con el pensamiento fijo en la próxima evocación, oraban con fervor y las mujeres hasta lloraban.

Las puertas se abrieron de par en par. La multitud se apartó en el centro de la iglesia formando un surco semejante al foso que corta un campo de trigo en dos partes iguales, y en este surco, el cura, precedido de los acólitos con la cruz y los ciriales, avanzó. Luego la multitud le siguió en procesión, y descendiendo al camino tomaron á lo largo del Adour magestuoso donde se balanceaban los barcos amarrados y templaban su sed las vacas y los potros, á la sombra de los platanares.

La procesión cantaba: enfermos agobiados por sus achaques, viudas enlutadas por la reciente muerte de sus maridos, jovencitas alarmadas por la infidelidad de sus amantes........

Bruno y Juanita, marchaban los últimos; él con la cara contraida por la angustia y sin que pudiera ocurrírsele cantar, y Juanita mirándolo, turbada de verlo tan conmovido, pero aspirando á la vez el aire perfumado que le parecia venir de sus maizales.

III

La encina fatídica apareció de pronto y un clamor de alegría se elevó dominando el rumor del río.

Desde hacia siglos, la encina de Quillacq se elevó allí en el límite de la selva, con abundante fronda, con un tronco de nueve metros de circunferencia. Sus siete ramas principales más resistentes que el hierro, se entrecruzaban dando una sombra fresca al suelo húmedo en que no brotaba ni una brizna de hierba.

Las tempestades, lo mismo que las aves de rapiña revoloteaban dando alaridos y sin acercarse á sus ramas y el rayo no se atrevia á herirlas nunca. Los pájaros anidaban allí constantemente y sus cantos parecían la voz siempre bella de la encina perpetuamente joven.

En el bosque sagrado, en torno de la encina milagrosa, se dice que las hadas y los hechiceros se reunian en las noches tranquilas; se dice que son criaturas humanas muertas hace millares de siglos, que vienen en la hora de las tinieblas para amar á la tierra, madre común de las plantas y de los seres animados: se dice que ruegan por la humanidad y que oyen en el seno de la soledad las quejas y las lamentaciones de los vivientes: se dice que Dios por privilegio los conserva en el país de las landas y que se acuerdan siempre de los maizales dorados, de los horizontes de arena y de las dunas llenas de melancolía.

Son quienes rezan de rodillas, al pié de la encina de Quillacq sobre las raíces semejantes á gradas de altar; y de sus ojos profundos, corren lágrimas que se recojen como agua bendita en las cavidades de las raíces. Esas lágrimas así depositadas purifican los ojos, el cuerpo y el alma de los enfermos y de los pobres que creen en la encina de las hadas.

En esta vez á que nos referimos, el pueblo desfilaba bajo los follajes siguiendo la cruz de oro que el acólito llevaba en las manos muy alta. Cada cual pronunciaba su voto y se mojaba los ojos y los labios, en tanto que el sacerdote bendecía á los creyentes. Pasada la última cofradía el cortejo remontó de nuevo el Adour con una alegría más expansiva y bulliciosa y entonando salmos.

IV.

Sobre las raices del árbol, Juanita y Bruno se quedaron solos. Bruno amaba el lenguaje misterioso de las agrestes soledades.

—Juanita, dijo después de haber tomado agua maravillosa y clara en las cavidades de la encina: Juanita, mójate los ojos y las manos.

Ella obedeció y hundio la carita de cielo entre las manos callosas y empapadas de su marido. La tempestad de la noche anterior había renovado sin duda las lágrimas de las hadas y los hechiceros, y el agua estaba fresca como el rocío de otoño.

Luego Juanita se arrodilló al lado de Bruno; y con las manos entrelazadas permanecieron largo tiempo orando con la frente apoyada contra el árbol. De pronto el esposo levantó á su esposa con delicadeza y ella se enderezó lentamente en una especie de éxtasis, con los ojos fijos en el cielo que se entreveía á través de las ramas

Y como transfigurada, radiosa, esbelta con ese traje de campesina blanco y leve, se parecía á los ángeles de mármol que decoran las iglesias

Miró en torno suyo la tierra y la selva, oyó la voz vigorosa del río, y enjugando sus párpados que le pareció estaban libres ya de sombras y de tristezas, contempló á su hombre con avidez y lo besó con regocijo

—Descansemos dijo él. A la tarde, cuando el calor haya disminuido regresaremos.

Pero estaba lleno de zozobra. Tenía que en el fervor de sus plegarias Juanita pensara en la muerte, en el camino del paraiso, en la ruta celeste que resplandece ante la tierra cubierta de flores y de frutos; y ella, sospechando su aprehensión, le tomó las manos y le dijo con adorable dulzura:

—Estoy mejor. Te amo más, y amaré tus árboles y tu llanura monótona, en que estaremos solos los dos.

En el exceso de su alegría, Bruno no pudo hablar; veia la selva más espesa, más bella y que cantaba á lo lejos salmos como los de la multitud que acababa de alejarse.

Así permanecieron bajo la sombra de la encina hasta que llegó la tarde: y Juanita, reclinada en el pecho de Bruno, recuerda los dias en que se apoyaba así en el seno de su madre para escuchar al dormirse, los cuentos del abuelo. La sombra era grata y venia de los pinares un viento tibio y acariciador como aliento maternal.

Después de haber tomado pan y castañas, Juanita se reclinó otra vez en el seno de su esposo y cerró los ojos.

Durmió con sueño de niño, haciendo con su respiración menos ruido que el pétalo de una rosa movido por el aura; y Bruno apenas veía su rostro pálido, sus labios de rosa, sus ojos parecidos á conchas cerradas. El la sentía vivir en sus brazos y probando deliciosa felicidad creyó amarla más que nunca.

Luego se durmió también

La voz libre de la tierra subía al cielo, el murmurio amigo de la encina se juntaba con el del río; bajo las frondas por momentos entreabiertas, entre claridades súbitas, aparecieron formas jóvenes de mujeres veladas de claridad y lánguidas que pasaban y repasaban en torno del árbol repitiendo los cantos populares Eran las hadas benéficas que venían hácia los esposos adormecidos.

Cuando estos abrieron los ojos deslumbrados, las hadas se desvanecieron como en un sueño; y el espacio se llenó de más luz por encima del bosque y por encima del río.

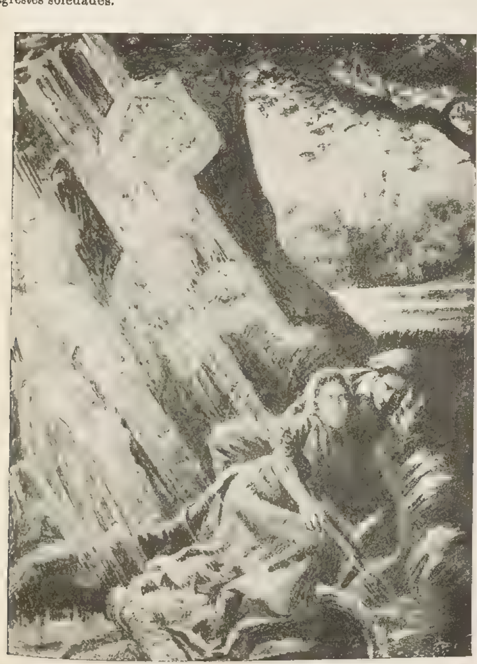
Juanita y Bruno se levantaron con alegría tan extraña, que no sabian ni que decir.

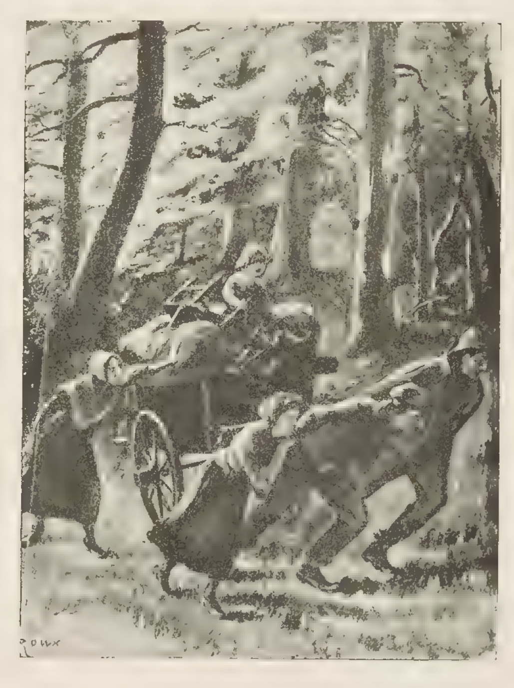
—He dormido, exclamó ella ¿Y tu selva donde está? Y luego añadió con voz insinuante y dulce:

—Vamos á tu selva

V

Cuando llegaron las cercanias á su casa, empezaba á amanecer y los dos esposos caminaban rápidamente á causa del frío matinal.





De pronto, un ruido más formidable que el de la mar embravecida hirió sus oidos. Bruno espantado examinó el campo en todas direcciones, y reconoció en esa voz siniestra los bramidos del incendio que corria retorciéndose como una serpiente monstruosa.

Entonces arrojó un grito y una exclamación de cólera.

—Dices bien, Juanita, la desgracia ha caido sobre nosotros

—Cállate...! Ahora tengo miedo por tu selva!

Valiente y atrevida á su vez, tomó por la mano á su marido.

—Si nuestra cabaña está destruida le dijo, levantaremos otra......

Las llamas en enormes montones cabalgaban sobre los pinos que crepitaban y caian con un estruendo que repercutia en la inmensidad.

De súbito, hombres, mujeres, niños, surgieron como ganado despavorido Eran los carboneros que huian del fuego que á veces corria con tanta lijereza como ellos. Llevaban sus carriolas, sus tiendas, sus bestias y gritaban de terror y de rabia.

—Estos brutos exclamó Bruno, incendiaron el bosque por hacer las iluminaciones de San Juan.

Y los esposos caminaban con paso precipitado.

Juanita tenia prisa de volver á la cabaña donde quedaron sus trajes de soltera, sus santas imágenes y los regalos de su madre, tesoros todos valiosísimos para ella. Así es que temblaba al aproximarse.

En fin, al volver un repliegue del terreno vieron su cabaña en pié. Las llamas la respetaron por milagro.

—¿Lo ves, dijo ella? El cielo nos favorece.

Bruno estaba muy fatigado y no concurrió á su trabajo ese dia. Ella se puso á coser y cantaba por la primera vez junto á la puerta. La brisa venia de Chalosse y arrojaba al mar el olor de las yerbas quemadas y de los árboles destruidos Bruno y Juanita eran tan felices, que olvidados del mundo hablaban bajo, en la religiosidad de la selva con el alma conmovida.

—¿Qué te pasa, preguntó él, estás soñando?

Hubo unos momentos de silencio

Luego Juanita, pálida, temblorosa, indecisa, pero con los ojos irradiantes de felicidad, se acercó á su esposo y le dijo:

—Vieras? ahora con el susto he descubierto que....

Lo demás se lo dijo en voz tan baja que Bruno más bien lo adivinó en vez de oirlo: y arrojándose el uno en brazos del otro lloraron de felicidad.

Después ya no fué posible la tristeza, porque en aquella cabaña se cantaba siempre para arrullar al niño recién nacido.

CABEZA ALTIVA

En las inmensas y luminosas regiones del éter donde todo ruido es harmonia y plegaria todo pensamiento, forman bandadas y círculos de adoración hermosísimas cabezas llenas de viva luz, y por luz intensa rodeadas.

De sus ojos brota la mirada serena y pura, como claridad de amanecer, en sus labios palpita la frase de oración con ese estremecido y suave rumor del árbol cuyas ramas mueve vientecillo de Mayo; sus cabellos son como huellas luminosas que retratan direcciones de pensamientos, y sus frentes, que ninguna arruga cruza, ni ninguna pena mancha, tienen la majestad de la lápida de mármol en que se ha escrito la palabra "Dios" y la gracia atractiva de la frente del niño, donde quedan los besos de una madre, como los pájaros al dormirse en el nido.

Cuando la palabra creadora cae sobre esas cabezas para bajar despues á convertir las nebulosas en soles y los soles en mundos, todas ellas se inclinan y un estremecimiento luminoso traduce su adoración sublime; luego, aquella luz trémula, aquel deslumbrador parpadeo se condensa en sonido, y una música dulcísima rodea á las hermosas cabezas del mismo modo que á la masa de árboles que un sol de primavera ilumina, rodea el suave rumor de sus hojas que tiemblan, cerniendo al temblar la luz y envolviéndose de este modo los árboles á la vez, en reflejos y músicas.

Sucedió que al bajar la palabra creadora, todas las cabezas se inclinaron menos una. Su altivez, su delirio, trazó una linea negra en medio de aquella vivísima y deslumbradora luz, y por esa linea negra descendia rápida la cabeza altiva desde las inmensas y deleitosas regiones del éter á las prisiones y miserias de este mundo.

Unióse al llegar á él hermoso cuerpo de mujer, y la cabeza altiva quedó prisionera en un erecto cuello, blanco si, pero duro como el mármol.

Y al verificarse esa unión, los labios de la rebelde y hermosa cabeza, murmuraban:

—¡No me inclinaré nunca!

***

Poderosa al principio, y altiva siempre aquella mujer de indecible hermosura, paseó por el mundo su satánico orgullo, su supremo desdén, sin compadecer nunca á las víctimas ni doblar la cabeza para contemplar á los que se rendian á su belleza ó á su imperio.

Persiguiéronla después en apretado haz las adversidades, y cuanto más dura le afligia la desgracia, más se erguia aquella cabeza hermosa y rebelde

Desde los esplendores de un trono cayó en la lobreguéz de una prisión, y para saciar en ella su ira sin límites, determinaron los perseguidores que el carcelero afligiese á aquella desgraciada mujer con la más brutal de las injurias.

Todas las pruebas, todos los martirios, todos los horrores no pudieron hacer que su soberbia desmayase, que su cabeza se inclinara.

Mas transcurrido un año de su prisión, la infeliz, en la miseria de la cárcel, dió vida á una desdichada criatura; y así como la tenia en su regazo con esa cariñosa y solemne actitud de las madres que parece que á la vez amparan y acarician, el niño lloró

Quebráronse rápidas las durezas de mármol en el cuello de aquella mujer, y la hermosa y altiva cabeza se inclinó por vez primera, para dejar un beso

Y de este modo, quien fué de angel, rebelde á Dios; quien de mujer desafió las iras y las persecuciones de los hombres, de madre se rindió á su hijo, y todo le fué perdonado.

José Roure

DAMAS MEXICANAS

Sritas. Cármen Solórzano y Dolores Gómez Pliego.

DE MÉXICO

Fotografía de Torres.

¡EL AVE MARIA!

¡El Ave Maria! ¡Bendita sea la hora del crepúsculo! ¡Benditos sean el tiempo, el clima y los sitios en que tantas veces he sentido como bajaba sobre la tierra, con todos sus encantos, esta hora tan dulce y tan bella! Mientras que la campana sonora se balanceaba en lo alto de la torre lejana, subian flotando al cielo las espirantes vibraciones del himno de la tarde: ni un soplo de viento agitaba los vapores de color de rosa esparcidos por el aire, y sin embargo, las hojas de la selva se estremecian como para unir sus murmullos al acento de los sagrados cánticos

....¡El Ave Maria es el instante de la Oración!.... ¡El Ave Maria es la hora del amor!.... ¡El Ave Maria! Permite, oh Maria, que nuestras almas vayan hasta tu hijo y hasta ti— ¡Maria!.... ¡Cuán hermoso es tu rostro!...... Cuán hermosos tus ojos inclinados bajo las alas de la paloma que lleva el Espíritu del Todo-poderoso!.... ¿Qué importa que nuestras miradas se fijen absortas en una imágen?.... Aquella pintura no es un idolo.... es la realidad.

Caritativos casuistas han tenido la amabilidad de escribir folletos anónimos para decir de mí que soy impio. Que vengan á rezar conmigo, y ya verán quién conoce mejor el camino mas corto para llegar al cielo Yo tengo por altares las montañas, el oceano, la tierra, el firmamento, las estrellas, esas emanaciones del inmenso todo, que ha creado el alma y á quien el alma ha de volver.

¡Oh Véspero! ¿De cuántos bienes no te somos deudores?.... Tú devuelves al doméstico hogar al hombre fatigado; das la comida de la noche al hambriento, al pajarillo tierno el abrigo que le presta el ala maternal, y al buey cansado del trabajo el apetecible establo; la hora del reposo cuya llegada anuncias, reúne en torno nuestro á cuanto respira paz en la casa, á cuantos amados objetos son por nuestros penates recogidos; tú, en fin, devuelves tambièn al niño el pecho de la madre.

Hora suave, que infundes melancolía y enterneces el alma del viajero lanzado al Océano, recordándole el instante en que se separó de sus amigos queridos, tú llenas de amor el corazón del peregrino que se estremece cuando escucha á lo lejos el sonido vespertino de la campana que parece como que llora la muerte del día ¿Es ilusión de que la razón se mofa? ¡Ay! Para mi no hay duda alguna, nada muere sin que algo llore

Lord Byron.

CAPRICHOS

ALMAS SOLAS Y CASAS VACIAS

Ayer pasé por la solitaria plazuela, y, como en otros tiempos, en mis buenos tiempos de amoríos callejeros, me senté en la banca de palo, despintada y polvosa, bajo el fresno raquitico que parece un abierto paraguas verde, enterrado por la flaca empuñadura en medio de aquel zaguan de barrio. Habia llovido por la mañana. Heridos por el sol, entre las chispeantes arenas, sobre los montículos de húmeda basura, á orilla de las charcas color de sepia, centelleaban fulgores de cobre, relampagueos de vidrio, púas de plata, súbitas ráfagas de esmaltes azules, repentinas vetas irisadas, todo un museo pirotécnico desparramado por el suelo, todo un deslumbrante juego de bengala, encendido por la picaresca luz del poniente.

El cuadrilátero de casucas, cuyas fachadas, recien lavadas por la lluvia entonaban en el aire fresco la blancura de sus muros enjabelgados, formaba un cerco alegre á la plazoleta; las angostas ventanas, de mochetas pringosas, rotas al capricho con deliciosa asimetría semejaban abiertas de par en par ojos guiñadores—y, entrecerradas—bocas maliciosas y risueñas.

¡Qué cariñosamente nos acarician las cosas después de muchos años de olvido! ¡Con qué dulzura nos saludan los lugares vueltos á ver tras una ausencia alargada por la intensa fiebre de la vida!

La inanimada fidelidad, la constancia inmovil de todos los objetos que nos rodearon en épocas felices, nos produce, cuando volvemos del país azul, una gozosa melancolía.

La ilusión, el amor, la vida, ¡qué pronto huyeron! El espíritu es descontentadizo y caprichoso: jamás quiere quedarse con las cosas que amamos. ¡Ata tus alitas, abeja de oro, ilusión de cariño bueno, con esa cinta de musgo—hilo de esmeralda—que se balancea en la roja cornisa de la casa! ¡Prende tu fragante ramilete, beso blanco, del viejo muro de la vidriera!

Pero ya todas habeis huido, voladoras mariposillas que anidabais en estas piedras......No es cierto que la memoria, ese almacén de guiñapos descoloridos, os preste abrigo, sueños juveniles? ¿De qué me sirven los recuerdos empolvados que habitan las negras cavernas del cerebro, como toneles exaustos en los rincones de la solitaria taberna?

***

......Y nada hay muerto aquí: el brocal desgastado de la fuente, el fresno, la banca, la ventana, me dan las buenas tardes como se tiende la mano al antiguo camarada.

Solo que ya no asoma, por sobre el alfeizar verdinegro, el pálido rostro, angélicamente vulgar de la primera musa.

Un poco borrado, desvaneciéndose en la azulosa neblina que cubre lo pasado, como brumoso horizonte, aparece en mi alma. No tiene facciones precisas este semblante que veo dentro de mí. Cerrando los ojos, intento seguir con el fino pincel de mi deseo el contorno de esta miniatura apagada. Imposible! La guardo en el fondo de mis tristezas y de mis goces, pero ya sin colores ni perfiles, como el abuelo guarda en el fondo de la gabeta de caoba el retrato de la amada de su corazón, dentro de la caja de palisandro, sobre el cristal opaco que ya no mas conserva el muriente rubor de las mejillas y la mancha obscura de la florida cabellera.

Las pupilas empapadas en lágrimas vuelven á poner las líneas que se borraron; más ¡ay! qué tarea tan difícil, qué labor tan pesada esta de dibujar los perfiles de los retratos que se descoloran y de retener las impresiones que se van!.........

***

Yo he oido, no sé dónde, tocar un wals: se llamaba "el wals de las horas." Tras un preludio, lento y cansado, con algo de marcha funeral, se precipitaba un vértigo de notas, una catarata de melodias, una extraña carrera de compases en fuga.

Los sonidos, impacientes, encabritados, rabiosos, corrian como libreles locos en una fantástica cacería.—*Halalí!*...... *Halalí!*...... Allá iban, tendidos, jadeantes, salteando sotos, brincando arroyos, deslizándose por entre las intrincadas ramazones de las selvas, persiguiendo al ciervo invisible que creian ver sobre la línea siempre remota del horizonte.

El wals terminaba con un golpe seco; el derrumbamiento de las notas, la caida al abismo de las desenfrenadas harmonias.

Y así, como esa música oida no sé dónde, tal vez en la soledad de una noche de pena, tocada por el martillo del pensamiento sobre la sonora lámina de las sienes á compás vertiginoso, á galope tendido van pasando mis horas en persecución del recuerdo fugitivo.

¡Toca, tu wals, memoria, pero no tan aprisa! Quiero contemplar esos deslumbrantes minutos de gloria que llevan palmas, ese instante de dicha que cruza sonando besos, ese rato de meditación que pasa cantando estrofas, esas noches azules de las citas, esas puestas de sol de los juramentos! ¡Qué aceleración la de mi vida!

¡Qué precipitada carrera la de mis recuerdos!

***

Y mientras cayó la sombra, sentado en la banca polvosa, bajo el paraguas del fresno raquítico, frente á la ventana vacía, procuré, en vano, delinear con el fino pincel del deseo en el vaho azulino de lo pasado, el pálido semblante, angélicamente vulgar de mi primera musa.

Luis G. Urbina.

LIRIO SILVESTRE

POR ANDRE THEURIET—ILUSTRACIONES GRABADAS EN NUESTROS TALLERES.

Versión española de "El Mundo Ilustrado"

Número 6.

Tuvo un desvanecimiento y creyendo soñar releyó dos ó tres veces el texto del aviso; y luego con la cabeza al aire, la boca abierta, los ojos saltados, corrió como un gran pájaro irritado hacia la casa de su sobrina.

—Germana! Dónde está mi sobrina Germana? preguntó despavorido á la Buena que barría la cocina.

—Eh! señor.... que está usted rojo como una langosta cocida! gritó la madre Aubriot; cuidado con atrapar una congestión ¿Qué le quiere usted á la señorita? Si es todavia para calentarle la sangre con los proyectos de que sea esposa del muchachon, puede usted volverse por donde vino.

Pero Germana había oído la voz estridente del sacristán y acudió á su encuentro.

—Aquí estoy tío, dijo con mucha calma. ¿En qué puedo servir á usted? ¿Qué hay?

—Hay, rugió Boucheseiche, que tú eres una embaucadora, una hipócrita y una mala mujer. ¿Es posible que hayas pensado en vender las tierras de Cude?

—Esa es mi resolución, en efecto.

—Y has tomado ese loco partido sin consultar á nadie!

—Perdone usted, consulté á mi notario.

—Esa es una mala acción...... Tú sabes que mis tierras están enclavadas en las tuyas y puesto que eres bastante imbécil para vender, debiste haberme prevenido...... Antes que ver esos terrenos divididos, me habría sangrado por los cuatro costados para comprarte.

—He preferido rematar. Está usted libre para ser postor, querido tío.

—Sí, para que se me haga pagar el doble de lo que valen ¿no es eso? Vamos...... se razonable y dame la preferencia. ¿Quiéres unos buenos seis mil francos?

—Usted sabe mejor que yo que valen mucho más......

No tío. El notario me aconsejó el remate y voy á seguir su consejo.

—Eso es una locura, gritó Cadet exasperado, una gran locura. Pero yo estoy aquí, yo tu tío y te haré entredichar porque no tienes derecho de disponer de tu patrimonio.

—He consultado el punto; soy mayor de edad, dueña de mis bienes y tengo el derecho de hacer lo que me plazca.

Sabes lo que eres? Una mala mujer. Pero ya nos veremos...... nos veremos......!

El sacristán dió la vuelta y corrió á la casa del señor Ormancey á quien encontró con la pipa en la boca y á punto de partir á una cacería.

—Qué ocurre, señor Boucheseiche? exclamó el notario viendo entrar al sacristán como un conejo perseguido por los perros; tiene usted el aire de un exasperado.

—Y lo estoy, señor, estoy furioso: Mi sobrina se ha vuelto loca y me veo en la necesidad de hacerla entredichar.

—Oh! oh! una demanda de interdiccion es grave, dijo el notario sonriendo y haciendo entrar al sacristán en su gabinete.

—Qué se necesita hacer?

—En primer lugar establecer los hechos que reclaman esa medida. Mire usted—añadió ojeando el Código – aquí está la ley. El mayor que se encuentre en un estado habitual de imbecilidad, de demencia ó de furor, debe ser entredichado, aun cuando goce de intervalos lúcidos. ¿La señorita Vincart se ha vuelto idiota ó demente?

—Todavía no, pero es lo mismo, ¡Quiere vender la Cude!

—Dispense usted, pero el hecho de que un propietario venda sus inmuebles, no es caso de locura.

—Quiere vender la Cude por lotes, poniéndolos en remate.

—Eso es más bien una prueba de habilidad y de buena administración. El remate se verifica al contado y permite obtener precios más altos; yo mismo aconsejé este medio y añadiré que tuve una larga entrevista con la señorita Vincart y la encontré perfectamente sensata y firme en sus ideas. De consiguiente, si no tiene usted otros argumentos que presentar, lo mejor sería que deje usted en paz á su sobrina.

—Pero es que perjudica mis intereses, insistió Boucheseiche.

—Eso no tiene nada que ver con la interdicción. Perdóneme usted, me esperan y no tengo un minuto que perder. Adios amigo. Le queda á usted un recurso; hacerse postor.

Ya Boucheseiche había oído de boca de su sobrina este consejo irónico y su irritación se redoblaba y le parecía que la hoja de un cuchillo le penetraba en las entrañas. Se le hacía cuesta arriba dar dinero por unos terrenos que siempre había tenido por suyos, pues al fin Germana no haría huesos viejos.

¡Adios herencia ahora que la jorobada iba á vender! Era este un golpe cruel que las gentes de la aldea se empeñaban en amargar, pues á cada momento hallaba quien le dijera:

—Y bien, Cadet, se va á vender la Cude que es un buen negocio para tí porque redondeas tu propiedad comprándole á tu sobrina.

—Yo? replicaba con desdén ¿comprar la Cude? Tengo bastanté con mis tierras para echarme en la espalda otras más malas.

Y se ingeniaba para depreciar la propiedad de Germana: los campos no producían en relación con lo que sembraba, los prados eran devorados por las musarañas y las tusas, y cada año el rio se llevaba un pedazo; de tal modo que ya los Aubertín se habían rehusado á renovar su contrato de arrendamiento. Podía la Cude dividirse en lotes y venderse; le era indiferente, y no sería él quien hiciera subir las posturas.

Con todo y sus declamaciones se agitaba bien y trabajaba como los topos por debajo de la tierra. Se le veía por el camino de Langres y los maliciosos pretendían que no era cauto fiarse de sus *diceres* porque estaba urdiendo en el misterio alguna picardia.

El día de la adjudicación afectó encerrarse en su casa y no se le vió en efecto concurrir á la posada de «El Sol de Oro,» donde se obsequiaba á los postores por cuenta de la vendedora. Esta ausencia del sacristán, inquietaba y resfriaba á todos, porque si en realidad, Boucheseiche que debía interesarse por tierras enclavadas en las suyas no acudía, esto significaba que el negocio era malo. Se pujó muy débilmenete por el primer lote, y el notario admirado aprovechó las estipulaciones del pregón para retirarlo provisionalmente de la adjudicación. Los cuatro lotes siguientes no corrieron mejor suerte, pues las posturas no subían del monto del avalúo. Entonces Ormancey desconcertado anunció que iba á reunir todos los lotes y á poner en remate el conjunto sobre la base de ocho mil francos.

—Ocho mil quinientos, aventuró el arrendatario de La Fragua.

—Nueve mil, dijo el dueño del molino del Bay.

—Nueve mil quinientos!

Hubo unos instantes de silencio.

—No hay quién dé más? Dijo el pregonero.

En este momento la puerta del estudio se abrió y un personaje vestido de negro que tenía la facha de un burgués vestido de abogado, dijo tímidamente:

—Diez mil.

—Los concurrentes observaron al intruso, se consultaron con la mirada, vacilaron un punto y luego el molinero exclamó:

—Diez mil quinientos.

—Once mil dijo el intruso con voz apacible.

Desde luego ya no se habló más.

—Está convenido? preguntó el notario. No hay lugar á reclamación...... A la una, á las dos, á las tres...... Adjudicado.

Despues, dirigiéndose al último postor añadió:

—Si no me equivoco, es usted el señor Jobert, abogado de Langres.

—En efecto, replicó el recien venido con acento acaramelado: y me declaro adjudicatario en nombre y representación de mi cliente el señor Cadet de Boucheseiche.

Así fué como los postores descubrieron que habían sido burlados por el maquiavelismo del sacristán.

Quince dias después, el notario llevó á Germana el precio de la venta, que, deducidos los gastos, llegaba á diez mil seiscientos francos que el Señor Ormancey colocó sobre el escritorio. Ni Germana ni la Buena habían visto nunca junto tanto dinero: al aspecto de las monedas de oro, los billetes azules y las piezas de cinco francos, la madre Aubriot abría mucho los ojos y enclavijaba las manos; Germana permanecía casi indiferente, alzando al cielo sus miradas, y una leve sonrisa jugaba en sus labios.

—¡Dios mío! gritó la Buena después que salió el notario ¿donde vamos á esconder tanto dinero? La casa es aislada y ahora que se conocen tus riquezas, vamos á ser el punto de mira de los ladrones y salteadores. Deveras que no estoy tranquila.

Deberías colocar este capital en la casa de un banquero.

—Tranquilízate, contestó la joven con misteriosa sonrisa, ya encontré para esos fondos colocación segura. El buen Dios á cuyo servicio están destinados, velará por ellos y los defenderá contra los ladrones.

La Buena hizo un signo de incredulidad y al fin consiguió que el dinero fuera encerrado en un cajón y cubierto de trapos viejos; pero desde el día siguiente Germana, fiel á sus resoluciones, comenzó á dar al dinero la buena colocación de que había hablado.

Al oscurecer se dirijió á casa de la madre Seurrot en la Fragua Vieja y la encontró más miserable que nunca. El Chino la tenía abandonada y malgastaba sus salarios y los productos de la caza en vedado, sin llevar nada á su pobre madre. Esta, atacada por el reumatismo no podía dejar su lecho y los hijos rodaban hambrientos por cualquier parte. Cuando Germana entró, empezaron las lamentaciones de aquella infeliz.

—Ay! señorita Vincart, desde que no nos vemos me ha perseguido la desgracia. Los niños no tienen que comer y desde ayer no hemos probado nada. Yo esperaba ganar algo buscando setas en el bosque pero la enfermedad me tiene sin movimiento y no me queda más recurso que morir aquí como un perro.

—¿Y su hijo de usted? preguntó Germana con voz opaca. ¿Marcial no viene en ayuda de su familia?

—Marcial......! hace meses que no pone los pies aquí. Desde que está comprometido con esa loca de Clarisa, no nos dá ni un céntimo. Y los pobres niños...... Estoy abandonada, enteramente abandonada como la última de las mujeres!.. ...

—Pero no está usted abandonada del buen Dios replicó Germana, y vea usted cómo yo le traigo esto de su parte.

Al mismo tiempo sacó de su bolsa un puñado de monedas de cinco francos y las puso en el jergón de la Seurrot deslumbrada. La desgraciada mujer abría desmesuradamente los ojos y frotaba con mano tímida el dinero murmurando:

—Dios mío, Dios mío! ¿Y todo esto es para mí?

—Si: guárdelo usted y compre lo que necesite para usted y para sus hijos, pero no le diga á nadie quien se lo dió.

Mientras que la Seurrot se deshacía en expresiones de gratitud, la jorobada se alejó sintiendo una sorda alegria al pensar que la madre de Marcial habia sido el objeto de su primera buena obra.

Desde ese dia, todo mendigo que llamaba á la puerta de Germana, obtenía una fuerte limosna y como la noticia de las larguezas de la señorita Vincart corrió naturalmente con rapidéz por toda la comarca, durante tado el invierno los pobres acudieron sin cesar á la casa de Montgerand.

El país, testigo de esta prodigalidad empezaba á murmurar; y Cadet Boucheseiche vivía en perpetua irritación, porque estas limosnas hechas con el valor de la Cude, le parecía que se las tomaban de su propio bolsillo. Cada vez que encontraba á la madre Aubriot le gritaba que Germana se había vuelto loca; y la Buena misma con su espíritu práctico y positivo, se preguntaba si Cadet de Boucheseiche no diría la verdad.

II

Una mañana de Mayo una mujer de unos cuarenta años, medio burguesa y medio campesina se presentó solicitando hablar con Germana. Aunque llevaba traje laico, el arreglo y color de sus vestidos tenían algo de austero y de uniforme que le daban un falso aspecto de religiosa. Su sombrero de tela negra avanzaba como una cofía sobre la frente estrecha y no dejaba ver los cabellos; su enagua bajaba en pliegues rígidos y en el corpiño no había más adornos que una cruz de plata colgada de una cinta. Suspendido de la cintura llevaba un rosario. Llevaba los zapatos llenos de polvo como prueba de que había camínado á pié y levantaba una cara ascética y pálida con ojos bajos de donde salían los brillos fugaces de unas pupilas negras y lucientes. Hablaba con tono humilde y dulzarrón.

Buenas ganas habría tenido de despedirla la madre Aubriot, pero llegando á tiempo Germana la hizo entrar y le preguntó el objeto de su visita.

Entonces con voz insinuante y baja como la de una penitente en el confesionario, refirió que venía de muy lejos y que iba peregrinando hacia un lugar donde Dios se manifestaba á los fieles con milagros indiscutibles.

Comunmente se veian cruces luminosas aparecer en las vidrieras de las casas y todos los dias los vecinos atraidos á un llano cerca de la aldea podían contemplar igualmente cruces de fuego que surgian de la tierra y se dibujaban en el cielo.

En su parroquia, la peregrina había recibido de lo alto el consejo de visitar aquel milagroso punto y había hecho votos de ir á pié viviendo de las limosnas que recojiera en el camino. Esa mañana le habían hablado de la señorita Vincart como sierva de Dios y caritativa, y venía á solicitar un viático para proseguir su viaje.

Germana, muy interesada por esta historia, no solo le dió una generosa ofrenda sino que quiso

—Sí, declaró resueltamente Germana: quiero ir con usted y hacer como usted el viaje á pié, humildemente, ofreciendo al Señor mis fatigas y mis privaciones.

Esta declaración pareció arrojar una sombra en la pálida faz de la peregrina, que dijo con voz meliflua:

—No, hija mia, la salud de ustéd es muy delicada para imponerse esa penitencia. No resistiría usted y enfermaría antes de llegar al fin. Por ir con usted, modificaría una parte de mi voto: iría á pié solamente hasta Langres y allí tomaríamos el ferrocarril á Bourmont desde donde solo faltan algunos cuantos kilómetros para llegar á Vrecourt. Y todavía, si quiere usted creerme, no sería malo llevar algún dinero, pues no siempre hay almas piadosas que socorran á una, y á veces hasta llega la ocasión de socorrer.

—Seguiré el consejo y mi viaje no se limitará á Vrecourt que será mi primera jornada.

Por la tarde, cuando regresó la Buena, le anunció Germana la resolución que había tomado y apesar de que puso el grito en el cielo no pudo contrariar el viaje. Germana tomó de su depósito un paquete de billetes de banco que colocó en un saquito suspendido al cuello, encargó á la Buena que depositara el resto en poder del señor Ormancey y le suplicó que cuidara la casa en su ausencia.

La madre Aubriot dijo que este viaje con una desconocida no tenía sentido común, pero todo fué trabajo perdido por que no se la escuchó, y no tuvo más recurso que manifestar su desaprobación con faz adusta y modales violentos. Sin embargo, al día siguiente, cuando Germana estaba ya vestida de viaje y con su maleta en la mano,

albergarla hasta el siguiente día, lo cual aceptó la señora Chapelaude (así se llamaba) sin hacerse del rogar. Durante la comida, y en presencia de la Buena, la conversación giró únicamente sobre las apariciones de cruces milagrosas y sobre ese lugar á donde acudian millares de devotos.

—Betlem—decía en tono profético la señora Chapelaude—era un oscuro caserío, pero el nacimiento de Jesús lo hizo célebre para el mundo. Así pasará con Vrecourt: pronto su nombre será tan glorioso como los de la Saletta, Santa Ana de Auray y Lourdes. Se acudirá de las cinco partes de la tierra....

Desde hacía meses, Germana estaba preocupada con la idea de visitar los principales santuarios afamados por sus virtudes milagrosas, pues le parecía que en estos santos lugares estaría más directa é íntimamente en contacto con Cristo y la Virgen inmaculada.

Desde el remate de sus tierras acariciaba el proyecto de un largo viaje á través de Francia para ir visitando sucesivamente las iglesias cuyas virtudes especiales había oido ponderar: Fourviéres, Santa Ana, la Saletta y Lourdes. Así es que cuando oyó que la señora de Chapelaude añadió con exaltación que creía haber oido voces que le ordenaban emprender el viaje, la joven permaneció algunos minutos sumida en honda meditación y luego exclamó como iluminada por una luz interior:

—Señora: quisiera pedir á usted un gran favor.

—Cual, hija mía?

—Que me permitiera usted acompañarla en su peregrinación.

—¡Cómo no! Sería para mí una alegría inefable y un motivo de edificación guiar á usted hacia la aldea testigo de tantos prodigios.

su bravura se fundió como la nieve con el sol y se arrojó al cuello de la jorobadita y le rogó no la privara de noticias suyas.

Las dos viajeras emprendieron el camino cuando el sol matinal teñía de rosa el firmamento. El viento era fresco, la arboleda las envolvía de tiempo en tiempo en una sombra azulada y los pájaros las saludaban con sus canciones de estío.

Cuando pasaban frente á la capilla de Santa Clara, Germana no pudo reprimir un hondo suspiro y dirigiéndose á su compañera le preguntó si no quería unirse con ella en la intención y rezar un rosario por la salud de una alma descarriada y pecadora.

Consintió la señora Chapelaude y á la sordina los *pater* y los *ave* salian alternativamente de sus labios: Cuando terminó el rezo caminaron algún tiempo silenciosas y luego á su turno la peregrina propuso las letanías de la Virgen:

—*Virgo veneranda*, *Virgo clemens*, *Virgo fidele* decía la vieja con acento monótono y Germana le contestaba:

—Ora pro nobis, con su voz clara y harmoniosa.

Las viajeras atravesaron la colina y empezó á desvanecerse tras ellas el bosque. En la llanura que precede á Langres veían salir del surco á las alondras y lanzarse al cielo azul pálido; y como caminaban con lentitud, tarde llegaron á la ciudad descendiendo en el acto al barrio en que se encuentra la estación. El último tren para Bourmont había partido y por consecuencia tuvieron que alojarse en un hotel cercano y reservar el viaje para la mañana siguiente.

Mientras llegaba la hora de comer volvieron al centro de la población, Germana para orar en la catedral y la Chapelaude para ir á visitar

según dijo, á varias personas piadosas de quien se le había dado la dirección. Por la noche se encontraron en la mesa de la posada y Germana no pudo impedir la impresión de pena que le causó observar la visible y golosa delectación con que comía su compañera de viaje.

Al partir fué la jorobada quien pagó la cuenta sin objeción alguna de parte de la peregrina, y también la jorobada pagó los billetes de pasaje en momentos en que la otra, absorvida en la lectura de un libro piadoso, no se dignaba preocupar su imaginación con detalles profanos.

Al medio día llegaron á Saint Thiebaut y luego subieron á pié la cuesta de Bourmont y allí declaró la señora Chapelaude que no siendo sino por las mañanas los milagros de Vrecourt, lo más discreto era ir á comer y pasar la noche en la posada para ponerse de nuevo en camino al rayar el día. La tarde se pasó como la del día anterior, pues Germana, atravesando las estrechas calles de Bourmont, formadas por antiguas construcciones, se dirigió á la iglesia de Nuestra Señora y allí permaneció largas horas rezando, mientras la Chapelaude fué á hacer su colecta en algunas casas de ricos y devotos burgueses que se le habían señalado de antemano. En la noche comió con singular apetito y se durmió masculando padres nuestros y ave marías.

Al otro día se levantaron muy temprano y descendieron orando el camino que pasa al través de los viñedos, con dirección á Soulacourt. Los grupos que encontraban al paso eran generalmente de mujeres y niños que guiaban y precedián sacerdotes de sotanas empolvadas. Pronto, á dos kilómetros del río, se distinguió el campanario de Vrecourt y los cánticos empezaron. La Chapelaude, sintetizando el entusiasmo de los peregrinos entonó un salmo en acción de gracias y Germana, exaltada por estas demostraciones edificantes sentía que su corazón palpitaba como á la aproximación de algo solemne.

Vrecourt, á donde la procesión de peregrinos acababa de entrar, es una aldea poblada de aceiterías, curtidurías y fábricas de alambre, y la multitud atravesó por allí y tomó á la izquierda en dirección á un erial en que se distinguía desde lejos un amontonamiento de cabezas inclinadas. Allí, sobre una especie de meseta pedregosa, algunos eclesiásticos y mujeres oraban arrodillados y con los ojos fijos en un zarzal de enebros situado al lado y que era donde de ordinario se manifestaba el milagro.

La Chapelaude vino á arrodillarse en primera fila y Germana la siguió.

Toda esta multitud, procedente de las aldeas circunvecinas, parecía sacudida por una religiosa conmoción que se avivaba por la impaciencia: voces susurrantes se elevaban aisladas recitando el Ave María, y luego, de grupo en grupo como al impulso de una ráfaga piadosa se repetían las palabras de la salutación angélica.

El sol apareció de pronto sobre el pinar de Graffigny y la meseta pedregosa quedó bañada por un río de luz. En ese instante, una niña pálida que tendría quince años y que estaba arrodillada delante de los fieles, echó la cabeza para atrás gritando presa de una violenta exaltación:

—Allí está la Cruz, allí, encima de los enebros!

Entonces una voz dulce, muy dulce exclamó:

—Sí, sí, ya la estoy mirando.

Era la Chapelaude que confirmaba la revelación de la niña. El busto levantado, la cabeza erguida, los brazos en cruz y toda ella en actitud de éxtasis repetía con convicción:

—La veo, la veo, ¡Gloria á Jesús y á María!

La multitud transportada por estas afirmaciones seguía con admiración ciega los brazos de estas dos mujeres tendidos hacia aquella cruz milagrosa todavía invisible, y cada cual acabó por declarar que también la estaba mirando.

Solo Germana abría mucho los ojos inquieta, porque nada veía y temiendo no estar en perfecto estado de gracia puesto que no más á ella se le reusaba el milagro. Durante este tiempo, á una señal dada por un sacerdote, numerosas voces en coro cantaron:

Creator alme siderum,
Æterna lux credentium,
Jesu redemtor omnium,
Intende votis suplicum....

La niña pálida que había anunciado el milagro cayó medio desvanecida con los ojos cerrados, la boca anhelante y en un estado de postración visible.

—La sagrada aparición ha cesado! gritó con voz convencida la Señora Chapelaude. Demos gracias á Nuestro Señor y pidámosle su bendición.

Volvieron á dejarse oír los murmullos de las plegarias; luego los grupos comenzaron á dispersarse y á poco la meseta quedó solitaria.

Germana y su compañera se habían albergado en la mejor posada de la localidad y se hicieron servir la comida en un rincón de la sala comun. Como de costumbre, la Chapelaude comia con apetito formidable y Germana por el contrario, con aire pensativo y melancólico probaba apenas de los platos.

A los postres y cuando quedaron solos en la sala obscura, Germana dijo en voz baja y mirando fijamente á su compañera:

—Y es verdad que vió usted aparecer la cruz, señora Chapelaude?

—Como usted y como todo el mundo, contestó ella evasivamente.

—Es que yo no ví nada.

—Cuidado con decirlo! exclamó rápidamente su compañera alarmada.

—Por qué no, puesto que así me ha pasado?

—Porque es inútil quebrantar la fe de los fieles que fueron testigos del milagro.

—Pero si se invoca mi testimonio, yo no puedo en conciencia engañar á mi prójimo con una mentira.

—Son mentiras piadosas, replicó la Chapelaude en tono de oráculo.

Cuando se levantaron de la mesa, Germana llamó á la posadera para el arreglo de la cuenta y se admiró mucho al observar que esta mujer charlaba familiarmente con la señora Chapelaude como con una vieja amiga cuyo trato se frecuenta y le preguntaba si le había ido bien desde la ultima visita. Así pues, en contradicción con sus anteriores afirmaciones, la peregrina había venido antes á Vrecourt; y si mentía en esto era facil que lo mismo mintiera en lo relativo al milagro.

Esa consideración causó á Germana un penoso desencanto; y cuando la Chapelaude le aconsejó permanecer en Vrecourt para asistir otra vez al milagro, ella le respondió que prefería alcanzar la estación de Neufchâteau á pie, para seguir su proyectado viaje. Se despidieron friamente y Germana tomó el camino de la ciudad que solo distaba de allí cinco leguas.

III

Germana se sentía descorazonada y decaída. La experiencia poco satisfactoria de su primera

peregrinación, le había introducido en el espíritu la confusión y casi vacilaba en su resolución de continuar el viaje. En la sala de espera de la estación de Nenfchateau, vió un aviso en que se ostentaba una prodigiosa pirámide de torres y naves de iglesia superpuestas, alzándose sobre una roca aislada en medio de un mar encrespado.

Abajo se leía en gruesos caracteres.

Peregrinación barata al monte de San Miguel.

El grandioso y atractivo paisaje del anuncio la entusiasmó, y encontró como una indicación providencial en él, resolviéndose á visitar ese monte de San Miguel del cual había oído hablar como de un santuario de elección. Esa misma tarde tomó pasaje para París, viajó toda la noche; cruzó la Capital sin detenerse y subió en la estación de Montparnasse á un tren matinal que al caer la tarde de ese día, la dejó en la estación de Pontorson.

Cuando llegó á la extremidad del malecón ya había anochecido; y la luna que acababa de salir, arrojaba sobre la mar y las arenas luces fosforescentes. Entre esta indecisa claridad lunar, la masa imponente del monte se recortaba en negro con sus construcciones, sus torres, su vasto Monasterio, su *Merveille* y su iglesia aerea.

Subyugada por piadosa admiración, Germana se arrodilló devotamente y dió gracias al cielo por haberla guiado sin obstáculos hasta ese venerable santuario levantado bajo la inspiración del Arcangel San Miguel, y luego penetró en el recinto.

Como las posadas estaban llenas, le costó gran trabajo encontrar alojamiento en una de ellas; se la hizo comer en la esquina de una mesa y se la condujo á una celda donde creyó que al fin podría recojerse y reposar, pero había contado sin los huéspedes bulliciosos del hotel: durante una gran parte de la noche, la pobre viajera estuvo despierta y medrosa á causa de los cantos profanos y las risas escandalosas.

Fué peor al día siguiente, pues para llegar hasta la iglesia, tuvo que mezclarse con la multitud de turistas que se introducian por grupos en las torres, las escaleras y los claustros. Estos viajeros llegaban allí como simples curiosos, llenaban la abadía con su regocijo vulgar; y sus conversaciones mal sonantes fueron objeto de escándalo para Germana, pues ni un momento la dejaron en oportunidad de recojerse y orar. En la cripta misma, no pudo aprovechar ningún minuto de calma ni arrodillarse delante de la Virgen. Un continuo vaiven de guias y de excursionistas, turbaba con su ruido las santas bóvedas, y cuando al caer la tarde se regocijaba de que ya se iba quedando sola, vinieron á avisarle que la visita había terminado y era necesario salir.

En una obscura capilla de arrabal, levantada á la sombra de la colosal abadía, fué donde Germana pudo orar, confesarse y comulgar en honor de San Miguel. Al cabo de tres días salió del monte, poco edificada al pensar que ese maravilloso cúmulo de edificios no servía más que para satisfacer la vana curiosidad de los mundanos que allí menos aun que en cualquiera otra parte, estaban en aptitud de comunicarse con Dios.

Desilusionada, con la frente abatida y su maletín en la mano iba por el camino de Pontorson, cuando fué sacada de sus meditaciones por una voz gutural que murmuraba:

—Una limosna, á nombre del Arcangel San Miguel!

Levantó la cabeza y vió al lado del camino una campesina bretona que usaba el traje azul claro y la cofia blanca de los alrededores de Douarnenez. Aunque sexagenaria la mendiga tenía una cara alegre y rubicunda y grandes ojos azules muy animados. Tendía su mano hacia la viajera y repetía su plegaria. Germana le dió una moneda de plata y esto le valió las más vivas demostraciones de gratitud; luego como llevaban el mismo camino, entraron en conversación y la bretona informó á la viajera que ella era viuda y visitaba cada año las principales iglesias del litoral, lo cual constituía su modo de ganar la vida, no solo pidiendo caridad sino encargándose de cumplir los votos de las personas piadosas de su país á quienes motivos de salud ó de otra clase impedían ir por sí mismas á encender los cirios ó pagar las misas en determinado santuario.

Interrogada Germana á su vez confesó que había emprendido una larga peregrinación y que intentaba dirigirse á Santa Ana d'Auray.

—Yo también voy allá, dijo la mendiga que se llamaba Yvona Quemenec, pero antes necesito detenerme en Guingamp, San Pol, Quinperlé y la fuente Scaër para cumplir varias comisiones que me han sido dadas por mis clientes. Si me quiere usted creer, le conviene visitar esos lugares pues las oraciones que rece usted en ellos y las velas que encienda le producirán indulgencias y gracias especiales y verá usted además que nuestras iglesias bretonas valen más que ese Monte de San Miguel visitado solo por gente vacia y pagana.

Aunque su primera expedición con la Chapelaude había puesto á Germana en desconfianza se dejó sin embargo tentar porque el aspecto jovial de Yvona le era grato y predisponía en favor suyo su fisonomía abierta y franca. Se convino pues en que Yvona le serviría de guía, y que en compensación Germana costearía los gastos del viaje.

En efecto, por el camino, así como en las estaciones piadosas que iban haciendo, Germana no tuvo motivos mas que para estar complacida de su compañera. A veces viajaban en ferrocarril, á veces á pie, y el buen humor y las complacencias de Yvona, aligeraban los pequeños inconvenientes del camino. En las parroquias de León y de la Cornouville, donde casi no se habla mas que breton, la guía servía de intérprete, conocía las posadas buenas donde daban asistencia á precios bajos, y enseñaba á su compañera todas las iglesias notables de aquel devoto país.

(Continuará.)

PAGINAS DE LA MODA

Traje parisiense de paseo

LA MUJER

(Continúa)

¿Y el hombre, cómo paga estos sacrificios, estos arranques inmensos del corazón?

Nadie ignora cómo: con el desprecio, con la burla, con la indiferencia, con la infidelidad.

La sonrisa del hombre es un velo con que cubre su falsedad

Sus lágrimas son comedia.

Sus juramentos y promesas, humo.

Si estas son cualidades y no defectos, desde luego protestamos contra ellas, y no las ambicionamos.

....

Deben de confundirse y llenarse de vergüenza los que reniegan de la Mujer.

A esos que por todos los medios quieren deturparla

Quien tal hace, no debe haber conocido madre.

Decid, ¿acaso el amor de un hombre para con sus hijos es tan tierno y tan inmenso como el de la Mujer que los ha concebido y alimentado en su seno?

Decid, ¿quién es aquel que enamorado no haya sentido en su pecho nacer la santa inspiración?

Orfeo hacia vibrar las cuerdas de su citara más dulces que los zéfiros, solo por Eurídice.

El Dante, por Beatriz, se sintió poeta, y cantando nuestro infierno legó su nombre á las futuras generaciones, quienes jamás lo olvidarán.

Y el Petrarca, ¿por quién se inmortalizó sino por Laura de Noves, esposa de Hugues de Sade?

Los pinceles de Rafael jamás fueron tan delicados como cuando se hallaba frente á frente de la Fornarina.

¿Y á quien debe Murillo su gloria sino á Blanca?

Por Teresa hizo Espronceda resonar su lira, tan armoniosa como el canto del querube.

Y así mil y mil génios lo han sido nada mas que por la Mujer.

¿Y qué decimos?

¿Tú mismo, Adolfo Isaac, no eres una prueba de ello?

¿No es una Mujer—que para tí llamaré ANGEL DESCONOCIDO—quien ha inspirado tus obras?

¿No son por ella y para ella, tu alma, tu vida y tu pensamiento?

La Mujer ha sido siempre la fuente de todas las acciones heróicas.

Judith de Betulia, Arthemisa de Halicarnaso y Juana d'Arc y Arria, esposa de Poetus, son ejemplos imperecederos de lo que vale la Mujer en este punto.

Como Mujeres de sentimiento, la historia nos enseña á Safo, á Lucrecia, á Corina, á Arthemisa, reina de Caria, á Mad. Staël, á Mad. Cottin

La Mujer, repetimos, ha sido criada para hacer la felicidad del hombre sobre la tierra.

Y no ha faltado, sin embargo, quien haya escrito contra ella.

El inmortal Lope de Vega, Carpio, llamado el Fénix de los Ingenios, la consideraba como una espada de dos filos al escribir el siguiente soneto:

«Es la mujer del hombre lo más bueno;
Es la mujer del hombre lo más malo;
Su vida suele ser, y su regalo;
Su muerte suele ser, y su veneno.
Es vaso de bondad y de virtud lleno;
A un áspid libio su ponzoña igualo;
Por bueno al mundo su valor señalo;
Por falso al mundo su valor condeno.
Ella nos dá su sangre, ella nos cría:
No ha hecho el Cielo cosa más ingrata;
Es un ángel, y á veces una arpía.
Tan pronto tiene amor, como maltrata:
Es la mujer, en fin, como sangría,
Que á veces da salud, y á veces mata.»

Y Espronceda decía tambien en su poema del *Diablo Mundo:*

«La mujer y las flores
Son parecidas;
Mucha gala á los ojos
Y al tacto espinas.»

Perdón pedimos á estos caballeros si nos atrevemos á decir que tenian poca filosofía, y que solo por una reprencible rutina trataban de zaherir al mas hermoso, al más bello y al mas delicado de los seres creados.

Decir que la Mujer es del hombre lo más bueno, es un hecho incontrovertible; pero decir que «es la Mujer del hombre lo más malo,» no pasamos á creerlo.

(Continuará).

NUESTROS GRABADOS

TRAJE PARISIENSE DE PASEO.

Los trajes de paño claros, prometen mucha boga en este verano.

Generalmente se buscan paños especiales que son excesivamente ligeros y que sin embargo, abrigan lo necesario en estas noches frescas que suceden regularmente á las tardes lluviosas. El modelo que ofrecemos hoy á nuestros lectores, está hecho de cachemira azul. La falda está cortada de manera que dá el efecto más completo de una doble falda.

Está bordada en el frente y al rededor de la falda por bandas de paño obscuro. La espalda y los lados están arreglados de manera que finjan una polonesa abierta, ribeteada con una línea caprichosa que forma cadenas.

El cuerpo se abre graciosamente en ovalo sobre peto que forma ruche de muselina de seda blanca.

TOILETTE DE VISITA

TRAJE DE PASEO

TOILETTE DE PASEO

Es de terciopelo azul y se cierra en un cuello de raso.

Hay una hermosa capota que cortada en forma de media muceta, cae sobre los hombros. Es de satín acordonado con ribetes de seda.

TOILETTE DE VISITA PARA SEÑORITA.

Este traje simula una toilette princesa, pero es de un corte severísimo; el cuerpo con delantero y espalda drapeados, entra bajo un cinturon perfectamente unido; este cinturón se drapea de cada lado por detrás y se cierra enmedio de la espalda. La falda es de amplísimo vuelo y cauda formada con siete pliegues elegantes. El cuerpo drapeado se cierra bajo el brazo derecho, manga de una sola pieza. Cuello recto con corbata de tul rosa rey. Sombrero de paja negra guarnecido de rosas con follaje.

TRAJES DE PASEO.

Ofrecemos un hermoso modelo para traje de verano, y propio para paseo. Es de paño gris rayado y de hechura severa. Jacquet fantasía.

TOILETTE DE PASEO.

Traje estilo sastre, de paño gris, compuesto de una falda de medio vuelo y media falda.

Jacquet rígido, cerrado por tres botones de fantasía que tienen su pendant. Solapas triangulares con aplicación de seda.

TRAJES DE PRIMAVERA PARA SEÑORAS Y NIÑAS.

Damos un modelo muy elegante de traje para matrona, estilo princesa, de seda, figura matiz y verde claro, tirando á amarillo. El frente se abre con plenitud con un tablero obscuro de tafetán verde oro con un ribete del mismo tafetán carrujado que baja á lo largo de la bata, gira en el cuello y borda en el centro del frente. De este escapa un cinturón negro de suprema elegancia.

El traje de la niña es de escocés de seda blanco y negro. Blusa suelta y cuello volteado, de lino, con adorno de blonda.

TRAJES DE CALLE PARA PRIMAVERA.

Figuras 1 2 3 y 4.—El número 1.—Es un redingote elegantísimo, hecho de paño muy delgado, tabaco claro, sin más adorno que varias tiras de bordado, paralelas. Abrese sobre un tablero de satin, volviéndose las solapas dobladas de seda graciosamente y levantándose hacia atrás en cuello de forma florentina.

El número 2—Es un traje sastre de paño Oxford mezclilla de blanco y negro, sin más adorno que alamares gusanillo de seda.

En cuanto á los modelos para niñas el 3 es un bolero de seda acordonada abierto sobre un cuerpo lleno de muselina de seda acordonada y falda de gajos, del mejor efecto, y el 4, es un sencillo jacquet de sobria y elegante forma.

TRAJE DE CASA PARA SEÑORA Y NIÑA

TRAJES DE CALLE PARA PRIMAVERA

A. SCHMIDT Y CO.

COMISIONISTAS IMPORTADORES

LAREDO TEXAS Y MEXICO

1ª Calle de San Francisco No. 14, altos

APARTADO CORREO NUMERO 618

REPRESENTANTE GENERAL DE LA CASA

Rosskam, Gerstley y Co.

PHILADELPHIA

FABRICANTES

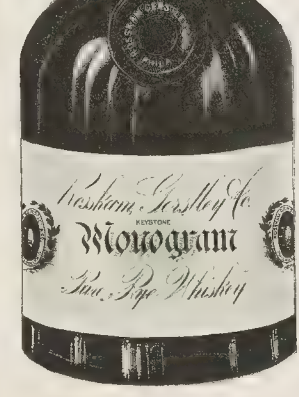
DEL REY DE LOS WHISKIES

MARCAS DEPOSITADAS

Monogram

Oll Saratoga

Faust Own 1868.



Para pedidos al por mayor dirigirse á

A. SCHMIDT Y COMPAÑIA.

—Primera de San Francisco Número 14.—

En las principales Cantinas y Almacenes de Abarrotes se venden nuestros WHISKIES

Depósitos:

"La Fama Italiana." Remolina y Echeverria. Esquina de San Francisco y Vergara.

"El Congreso Americano." Keffe Bros. Esquina Betlemitas y Primera San Francisco.

PUEBLA: W. E. Spooner.

DURANGO: Benson y Swauk.

MONTERREY: Hellion y Carpanell. (Hotel Iturbide).

EL MUNDO.

TOMO I. MEXICO, JUNIO 12 DE 1898. NUMERO 24.

Medio millon de dote.

POR VILLASANA

LA SEMANA

RESUMEN.—¡Los Dioses se van!—El antiguo Corpus.—Desfile medioeval.—Los marinos del Geier.—Fiestas de la Colonia Alemana.—La Kermesse de Tlalpam.—Por un altar.—Estaciones veraniegas.—Su necesaria decadencia.

Los Dioses se van! ó por lo menos, si se quedan, las grandiosidades y magnificencias del culto desaparecen. El rasero democrático parece haber pasado sobre todo género de pompas públicas empequeñeciéndolas, desfigurándolas y hasta aplastándolas.

Ya me figuro los bostezos de su Alteza Serenísima en un día de Corpus fin de siglo. Antes era otra cosa; todo lo que de ruidoso, imponente, brillante y espléndido puede ostentarse en una ceremonia oficial con el concurso de los poderes públicos, del alto clero, del ejército, se ofrecía á los ojos atónitos de la multitud, para deslumbrarla y conmoverla, en interminable y grandiosa procesión.

Bajo la interminable vela del Corpus, orgullo de la ciudad, veíanse desenvolver los anillos dorados y recamados de pedrería de una inmensa serpiente mitológica. El clero revestido de doradas casullas, de mitras resplandecientes de riquísimas y vistosas capas pluviales, envuelto en nubes de incienso, entonando himnos hieráticos, rodeaba la custodia, de dos tercias de altura y de cientos de miles de valor, en la que en medio de los reflejos del oro y de los destellos de la pedrería se destacaba, blanca y pura, la hostia consagrada. Precediánla y la seguían el Ayuntamiento en cuerpo, y la magistratura en traje de ceremonia, el cuerpo diplomático, los ministros, el Presidente de la República revestidos de sus uniformes é insignias, las cofradías y corporaciones con sus pendones, los alumnos de las escuelas con sus distintivos, los gremios de artesanos con sus instrumentos de trabajo y la escoltaba el ejército de gran gala.

Esta era entonces, la parte más vistosa del desfile: los granaderos y gastadores, con sus grandes delantales blancos de piel, sus altas gorras de pelo, sus palas y azadones tenían un continente á la vez elegante, marcial y feroz; los coraceros hacían lucir las escamas de sus vistosas corazas y los penachos de sus cascos, el regimiento de guías, petrimetres armados de punta en blanco, bordados y recamados de oro y plata; los artilleros envueltos en sus largos levitones; los húsares dejando flotar al viento la chaquetilla prendida en sus hombros. Esto sí era ejército, de ópera ó de drama militar, pero elegante, vistoso, imponente, á la vez museo de artillería y de indumentaria y ya hemos visto rodar lágrimas como tejocotes sobre mejillas cruzadas de cicatrices y bigotes encanecidos en la campaña, al aspecto burgés, monótamente azul de nuestros batallones actuales!

En aquella procesión del Corpus se celebraba simbólicamente y sin conciencia de ello, el doble triunfo de la autocracia clerical y de la dictadura militar, el gobierno de los pueblos por todo lo que brilla, lo mismo el oropel que la espada, y se oponían, en contraste preñado de profundas enseñanzas, la opulencia del clero, la ostentación de la aristocracia, la petulancia burocrática, el lujo de Asia y el desbarajuste oriental del Gobierno desfilando en medio de los andrajos, de las miserias y de la abnegación del pueblo fanatizado y subyugado.

Y francamente, así mirado, prefiero nuestro Corpus sin procesiones, sin ceremonias y sin magnificencias á trueque de ver en la calle más camisas limpias, semblantes más satisfechos y pueblo más levantado y más digno.

* * *

Si las solemnidades religiosas estan de capa caída, en cambio no podemos quejarnos de la suntuosidad de las fiestas mundanas. Entre ellas han descollado las de la bien venida de la Colonia Alemana á los tripulantes del Geier. Al ver á los marinos del buque alemán, nos hemos explicado *de visu* muchas cosas de las que solo teníamos vaga idea, y entre ellas la grandeza y el poderío germánicos. Con hombres como esos se va á donde quiere y se hace cuanto viene á las mientes. ¡Qué hombres! Sanos, vigorosos, corpulentos, en plena vitalidad, para ellos no deben existir la fatiga ni la enfermedad. Cuando se tiene la fortuna de poseer un metro setenta centímetros de estatura; espaldas de Alcides, brazos de Hércules, músculos de acero y esqueleto de bronce, ya se puede como los argonautas, lanzarse á la conquista del Vellocino de Oro, engrandecer su país, cercenar los agenos, fundar colonias, pesar en la balanza del Mundo y hacer y desbaratar el concierto europeo.

Pues bien, admirables como son, físicamente considerados, los hijos de la raza germánica, no son menos estimables en lo intelectual y en lo moral. El pueblo germánico es instruido, inteligente y aplicado. La enseñanza pública, distribuida con extensa profusión, nutre los espíritus alemanes de conocimientos prácticos, positivos, precisos, útiles y perfumados dulcemente de una vaga y nebulosa metafísica que eleva el alma á consideraciones altas, trascendentales y la redime del *terre á terre* de la vida cotidiana. El carácter germánico es dulce y cándido; á los ojos de nuestra precocidad y de nuestra malicia, los alemanes adultos nos traen la impresión de adolecentes y hasta de niños. Son perseverantes y sufridos, enérgicos y maleables, y descuella entre sus dotes un espíritu de disciplina, de voluntaria sumisión a toda superioridad reconocida que los hace facilmente gobernables.

Los marinos del Geier, como por lo demás los marinos en general, son especímenes escojidos de lo que aquel país produce en punto á hombres, y da idea de la excelente materia prima sobre la que han trabajado sus estadistas y sus capitanes. Merecían la acogida de que fueron objeto y correspondieron á ella con una elegancia de modales, una corrección de conducta y una cordialidad y buena fé dignas de su país y de su profesión.

La Colonia Alemana se prodigó en su obsequio y el banquete y el baile que organizó en honor suyo figurarán entre las fiestas más suntuosas de estos últimos dias.

Los marinos partieron ya. Sabe Dios con qué rumbo y á qué destino. Cuántos de ellos están llamados á la gloria, á la fortuna, á imperecedero renombre y á cuántos otros los espera tan solo la imponente é ignorada tumba que les abre entre sus olas el oceano. Los unos y los otros conservarán, á no dudarlo, las gratas impresiones que les ha producido nuestro clima, nuestro cielo, nuestra naciente prosperidad y las manifestaciones de simpatia con que fueron acogidos por propios y extraños.

* * *

En otro orden de ideas la Kermesse de Tlalpam ha sido tambien importante acontecimiento mundano. El pretexto?. . . Cualquiera, un altar quemado y que se quería reparar. Cuando se tiene buen humor, juventud y dinero y se ama la sociedad no se necesita tanto para reunirse, bailar, y olvidar unas cuantas horas los enojos y contratiempos de la vida. El éxito fué completo, los fondos recaudados cuantiosos y si todos los altares se aperciben de la cuenta que les tiene quemarse, no tardarán en procurarlo para verse asi renovados y embellecidos.

A este propósito deslizaremos una observación. Todo el mundo ha podido notar que los pueblecitos más ó menos pintorescos de los alrededores de la Capital tienen como los Grandes Imperios un apogeo y una decadencia. Hace años Tacubaya era el centro veraniego por excelencia; cedió á poco su cetro á San Angel, de ahi la voga pasó á Tlampan y hoy es muy acentuada en Coyoacán. En la actualidad ya nadie veranea en Tacubaya, San Angel es un centro aristocrático en el que unas cuantas familias veranean á puerta cerrada y han trazado al rededor suyo un cordón sanitario; es tan dificil hacerse admitir en San Angel, hoy como en Versalles en tiempo del Rey Sol y se circula por la pintoresca villa bostezando y dormitando. Ya nadie se desayuna en El Cabrío, ni los mismos dueños de las cabras; ni se organizan paseos en burro á la Magdalena ó á Tetelpa. Todas las persianas están corridas; todas las verjas cerradas, un silencio de muerte y una soledad de cementerio reinan en la ciudad y todo esto precisamente cuando ya hay en San Angel, como en Tacubaya, pavimentos, alumbrado, policía, trenes cada diez minutos y hasta coches de sitio.

Esta coincidencia entre el progreso de la localidad y la pérdida de su voga y de su prestigio es por lo menos extraña. Mientras en una población foranea no hay un farol, ni donde comprar un paquete de carbonato, ni un mal albeitar para un accidente de salud; mientras no se come sino pan frío y retazos informes de una res vieja; mientras se camina en el polvo y sobre el fango y se está expuesto al asalto en despoblado, todo el mundo acude y se instala, veranea y se divierte, y no bien el ayuntamiento pavimenta, alumbra y vigila las calles, se instala un boticario, se radica un médico, se abren una panadería y una recaudería, todo el mundo echa á correr como si viera al diablo, emigra como en tiempo del cólera y el pueblo ve abandonados los nidos de sus antiguas golondrinas!

En esta paradoja está, á nuestro juicio la esplicación del hecho. Aldea que se civiliza ya no es aldea, campo con gendarmería y municipio ya no es campo, estación veraniega con hotel, restaurant y cantina ya no es estación veraniega. «Si

DAMAS MEXICANAS

Srita María Múgica Leyva.

(DE CELAYA.)

hemos de emigrar á San Angel ó á Tlalpam se dicen las familias, para vestir de seda, llevar todo el día á cuestas el sombrero, calzar guantes, hacer visitas en landó y bailar de frac rojo como en el Jockey, no vale la pena de salir de la Capital. Buscábamos el campo para variar y para descansar de la ceremoniosa vida de la corte, para vestir blusa y sombrero de paja, para comer bajo los árboles y no bajo los artesones, para improvisar tamaladas y no saraos, para vivir de dia y dormir de noche, para reducir á un mínimun el número de impertinentes que nos visitan. Todo eso lo conseguimos mientras esto fué un poblacho, no hubo tranvías, ni familias de México; mientras que hoy salimos de la Capital para venir á la Capital, nuestras exigencias son las mismas que en ella; vestimos, comemos, nos divertimos y nos desvelamos lo mismo, y la verdad no valía la pena de haber emprendido el viaje.»

Las familias, y hay muchas, que veranean por economía se llevan un chasco soberano; la subsistencia en esos pueblos es carísima por que el mercado local se provee de México, los alquileres son fantásticos, la ropa, sombreros, guantes no dejan de usarse como aquí y además del abono del tren llueven los escotes: para la fuente pública, para la estátua de Alcayaga, para el altar de la Divina Infantita, para el puesto de la Kermesse, para la tamalada de caridad etc.

De ahí que una vez civilizado se despueble el pueblo y sus antiguos moradores veraniegos vayan á buscar un erial más completo y más consecuente consigo mismo, una ranchería más abandonada, cuatro tapias de adobe circundando un *pirú*, un corral en donde duermen cerdos, picotean gallinas, cualquier cosa en suma peor, menos sana, más incómoda, más peligrosa que la Capital pero que no sea la Capital ni tenga sus inconvenientes y sus exigencias.

Remedio: Volver á la simplicidad de los tiempos patriarcales; apechugar francamente con el percal y el chilapeño; divertirse en el jardín y no en el salón, prescindir de ridículas competencias de lujo y de ostentación, montar en burro y no en matil-coach, bañarse en el río y no en el turco, comer legumbres y no trufas, acostarse á las ocho y no á la madrugada etc. etc. Por lo demás la simple enunciación del tratamiento deja percibir que el mal es incurable; la aplicación del tópico es imposible en gentes vanidosas, ostentosas, casquivanas y tarambanas como nosotros.

López I.

Politica General.

RESUMEN.—Las Cortes españolas.—Su misión actual.—El conflicto exterior de España y las crisis interiores.—El patriotismo y los partidos políticos.—La patria antes que todo.—La ansiedad pública.—Esperanzas y temores.—Rumores de paz.—Conclusión.

Desde las Cortes españolas de Cádiz, que abrieron sus sesiones bajo el fuego nutrido de las baterías francesas, y entre la hornaza de la guerra deshecha, dieron al mundo el asombroso espectáculo de formular la primera constitución política sobre las ruinas de la monarquía tradicional, fundaron los cimientos del dogma democrático de la soberanía nacional, y sobre las prerrogativas de la realeza de derecho divino, enaltecieron los eternos principios del derecho humano; nunca habían tenido las asambleas constituyentes ni las cámaras legislativas misión tan ardua como les ha tocado en suerte á las actuales Cortes, que han inaugurado sus trabajos constitucionales, á raíz de haberse declarado la guerra entre la vieja España y la moderna Unión americana.

Iniciado el pais en guerra formidable, con una nación fuerte y poderosa, amenazado en el interior de serios trastornos ocasionados por una crísis económica, roídas las masas populares por la miseria y el hambre que las lanzan al motín, las empujan á la asonada y las arrastran á la violencia, dispuestas las facciones políticas dinásticas y antidinásticas á entrar en batalla con el gobierno liberal que preside con el señor Sagasta, las unas, y acaso contra las instituciones de la Restauración las otras, pásmase el ánimo al contemplar las dificultades presentes y los obstáculos futuros que tienen que vencer las cámaras colegisladoras.

***

Por un lado han de acudir los representantes del pueblo, de los altos institutos y de la nobleza, á las ingentes necesidades de la guerra. Para ello, tienen que cerrar sus oídos á toda sugestión de las pasiones políticas, tienen que ahogar en lo más hondo de su espíritu, todos sus resentimientos personales, y animados del pariotismo más puro, vincular todas sus energías en los esfuerzos del gobierno responsable, y agruparse en derredor de los que sostienen la bandera de la patria en el actual conflicto.

Así ha sido. Sin protestas, sin discusiones ociosas, sin atender más que al grito de la patria en peligro, las cámaras colegisladoras han votado todas las autorizaciones, todos los créditos, todas las facultades extraordinarias que ha solicitado el gabinete; apenas si se ha oído la voz de alguna de las minorías, protestando contra esa suma de poder depositada en manos de un gabinete desconocido.

***

Pero si esta resolución prudente de las Cortes, en cuanto se refiere á armamentos y créditos necesarios pára los gastos de guerra, ha fortalecido al gabinete de Sagasta, la tempestad política suscitada en el seno de las cortes, por las fracciones conservadoras, por carlistas y republicanos, minó un tanto su prestigio, provocó una crísis ministerial, que se resolvió en un cambio parcial del gabinete, dejando intacta la figura del jefe del partido liberal.

¡Cuántas recriminaciones por los sucesos pasados! ¡cuántos lamentos por las desgracias sufridas se han escuchado en la Cámara popular española! Desde la frase incisiva y amarga en lo más hondo que pronunció un diputado carlista, al que hubo que expulsar de la asamblea á moción del señor Sagasta, hasta la elocuente peroración del señor Salmerón, jefe de la fracción republicana, que hizo la historia crítica de todos los gobiernos de la Restauración, lanzando tremendas acusaciones sobre sus jefes y muy especialmente sobre el señor Cánovas, que fué alma y vida del partido conservador, han pasado por la tribuna parlamentaria, los conceptos más opuestos, las ideas más contradictorias, y en espléndidos fuegos de artificio, en que se han derrochado todas las galas retóricas, todos los lujos de la elocuencia parlamentaria, se pasaron las primeras sesiones que ocasionaron la crísis parcial del ministerio.

***

Pero eso sí, el problema más arduo estaba resuelto; para contrarrestar la intervención extranjera en la cuestión cubana, todos los partidos se unieron al gobierno constituído, en inmensa explosión de amor patrio. Nadie negó su cooperación en el conflicto, todos acudieron á la defensa de la bandera nacional y procuraron allegar recursos para rezarcirse de la derrota de Cavite y evitar nuevos desastres á la nación que los alienta.

Mas ¡ay! que no es solo de la guerra extranjera de donde vienen las angustias para España: también en el interior la escaséz del trigo hace erguirse fatídica la sombra del hambre, que arroja combustibles en la abrasada hoguera del motín; á esa crísis interior que junta con vicisitudes ya pasadas ha ocasionado la crísis económica, habrá de acudir también para salvarla la representación nacional.

No son de temer por ahora conflictos armados provocados por el fantasma del carlismo. Todos en España, presa de mortal ansiedad, siguen con vivo interés el desarrollo de la tragedia que tiene por teatro las aguas antillanas y la enmarañada manigua; todos en España, fijos los ojos en las escuadras y puesto el corazón en el ejército esperan el momento anhelado en que se les anuncien triunfos y victorias sobre el enemigo extranjero y el insurrecto aborrecido; todos en España, atento el oido á los más leves rumores, atienden cuantos llegan de Cuba ó de Filipinas, siempre suspirando por ver enhiesta la bandera gualda y rojo por encima de las huestes enemigas.

En esa tensión de los espíritus, ¡qué efecto tan desastroso habría de causar el anuncio de una catástrofe! Los pueblos en sus grandes angustias y en sus grandes crísis no atienden las sugestiones de la razón; se guían solo por los impulsos del sentimiento. Sienten los aguijones del dolor, y no investigan las causas remotas, lanzan sus tremendas acusaciones contra las personalidades más visibles á quien atribuyen la catástrofe, y como huracán desencadenado caen contra todo lo que se opone á su ciega venganza.

La dinastía napoleónica cayó en Francia con espantoso estruendo, después de la jornada de Sedán; Jorge de Grecia estuvo á punto de perecer á manos del pueblo, después de los desastres de Lariza.

***

Por eso se vuelve á hablar de paz, y corren persistentes los rumores de intervención extraña entre las dos potencias beligerantes. En tanto que los Estados Unidos parecen apresurar la campaña con un ataque formal sobre Santiago de Cuba y envío de refuerzos y municiones al Contra-Almirante Dewey; pudiera suceder, aunque no lo creemos, que España, para satisfacer la pública ansiedad, dispusiera la salida de la escuadra de reserva al mando del Almirante Cámara, pero dejara trabajar en secreto á las potencias para las negociaciones de la paz.

A esto último, ya lo hemos dicho, se oponen las declaraciones del señor Sagasta; pero ¿quién puede ufanarse de conocer los obscuros secretos de la diplomacia?

X. X. X.

Junio 9 de 1898.

La Guerra Hispano-Americana.

El Coronel Cody.

(BUFFALO BILL)

En Tierra Yankee.

NOTAS A TODO VAPOR

POR BALTIMORE

Baltimore en mis recuerdos de infancia (mi padre tenía una cariñosa afición por esta ciudad y hablaba mucho de ella) era una especie de Venecia, pero en un plano inclinado, y aunque esto resulta un modo muy singular de ser Venecia, así me lo figuraba, con sus calles abigarradas y estrechas surcadas en vez de góndolas, por navíos de alto bordo que mediante el juego constante de las exclusas subían y bajaban por aquellas laderas coronadas de árboles y estriadas de amplios canales de cristal vivo. No es esto Baltimore, es otra cosa. más esa otra cosa es muy simpática y muy interesante. No á primera vista, por el lado del ferrocarril Baltimore-Ohio-et B. O. como aquí se dice. Una gran mancha rojiza que, á medida que está más cercana, se divide en muchas otras como coágulos que al cabo toman la forma de altísimos bloques de casas perfectamente iguales y perfectamente feas; esta es la impresión, al llegar. Cuando desembarcamos era de noche; los reverberos eléctricos encendían en la sombra su constelación de astros efímeros, admirablemente regular y triste. La ciudad se había vuelto negra bajo su gran velo de luz blanca; y muda y silente hasta provocar las lágrimas; era domingo y los domingos anglo-sajones, hijos de los sábados judíos, no son fiestas nel nuevo testamento, sino del viejo. Los colmenares del trabajo humano enviudan de sus abejas zumbadoras; todo rumor calla y la ciudad protestante reza en voz alta y se emborracha en voz baja; pero aun en las cantinas la cerveza se bebe con religiosa unción.

Nos alojamos en un inmenso hotel y una vez lavados, acepellidos y *planchados*, salimos á vagar por esas calles de Dios, desiertas y bien iluminadas, otras obscuras, éstas eran las más simpáticas: en la obscuridad suelen tomar los brutales edificios que de día aplastan con sus moles al que los contempla, no se qué de ligero y fantástico é impalpable como la sombra Parecen (¿lo he dicho ya?) ilustraciones del *Infierno* del Dante, de Gustavo Doré; lo nuevo y lo crudo se desvanece y la noche les da un pasado, una historia. una leyenda casi; vamos, los pierde en la noche del tiempo. Parecen torres babélicas ó palacios-fortalezas italianas medio-evales, infladas por el soplo de Miguel Angel

En aquel torreón redondo, altísimo, de raíces de granito de almenas negras, incrustradas acá y allá de ventanas que semejan enormes gemas fulgurantes deben realizarse expléndidos y frenéticos dramas de amor y odio, de pasión y muerte. De esa corniza va á colgar la escala de Romeo, junto á esa ventana de fierro devora Ugolino á sus hijuelos, el fru frú de los besos de Paolo y de Francesca, se escucha por aquella claraboya. Allá arriba se balancea la jaula de hierro en que agoniza Napoleón de la Torre y sobre la plataforma desafía á los verdugos de sus hijos Catarina Sforza, mostrándoles con impudor soberano el fecundo vientre. La verdad es que todo esto se ve ahí: no hay más que quererlo ver; si no se quiere entonces puede uno imaginar que abajo hay un restaurant y arriba una serie de departamentos en que los buenos yankees atiborrados de *cokuaus* dominicales duermen un sueño muy distinto de las vigilias sublimes de los grandes pecadores italianos.

* * *

Quería yo ir no muy lejos de la calle de Calvert en que estaba nuestro hotel, á la calle de Lafayette en donde se ve el sepulcro de Edgar Poe, en un jardín á flor de calle. El nombre de este fantasista maravilloso que hizo arder su genio como la mecha de una lámpara de alcohol explicará á muchos el estado de ánimo que me obligaba á convertir en una ciudad siniestra y lívida la honrada ciudad fundada por Lord Baltimore hace cerca de doscientos años en el estuario del Patapsco en la tierra de la Reina María (Enriqueta, mujer de Carlos I) es decir en la *Maryland* ¡Ay! cuán triste nos pareció aquella noche puritana; las aceras largas, largas corrían ante nosotros monótonamente tableadas por los reflejos de los grandes aparadores iluminados que espejeaban en el gris de las piedras humedecidas por una llovizna fría como prédica protestante. Por ellas nos lanzamos, pero pareciendo a mi compañero demasiado lejano é incierto el objeto de mi fúnebre visita, emprendimos la vuelta por una calle paralela, vimos un solitario mercado, continuamos escudriñando escaparates repletos de telas muy ricas unos, de objetos muy vulgares otros, de zapatos aquí, de ropa hecha allá, de muebles finos acullá.

Música, canto; ¡oh dicha! Entramos. Era un templo, es decir, un salón protestante, una reunión dominical de *metodistas* En el fondo un estrado, en el estrado una tribuna, en la tribuna una Biblia, en la Biblia un hombre (esta es una figura) y en el hombre un par de buenos bigotes negros y lustrosos como escarpines de charol. Muchas bancas, muchas señoras en las bancas, junto de la entrada un órgano y unas jóvenes, ó por lo menos unas voces jóvenes que cantaban cuando el señor de los bigotes no predicaba.

Tomamos un cómodo asiento; nadie se fijo en nosotros. Mi amigo y allegado Genaro Fernández, compañero de excursión que había aprendido el inglés en el viaje y que lo hablaba como castellano, se indignaba á fuer de católico sin reservas, de que un protestante hablase tan bien de la caridad cristiana. Cuando llegó la hora de la cuesta su conciencia religiosa lo obligó á salir y á mi tras él. ¡Ay! entonces si nos vieron todos y creo que nos vieron mal.

* * *

Llevaba en mi cartera excelentes recomendaciones para el arzobispo Gibbons. Este hombre grande de alma y cuerpo grande, por su candor de lirio evangélico, por su fe en cristo y en la democracia, este *Embajador de Dios* (así intitula un libro en que exalta la misión social del sacerdocio católico) ejercía sobre mi espíritu de hombre emancipado, pero nacido y crecido á la sombra del altar, un soberano influjo, Gibbons y Ireland las dos columnas magnas del catolicismo anglo-americano, son personalidades apasionantes. Sus contornos hieráticos, pero luminosos; destacándose en la inmensa mancha de sombra de la irreligiosidad de nuestro tiempo, parecen prefigurar al misionero del porvenir, al hombre de concordia, de caridad y de pueblo (déjeseme decirlo así) destinado á resucitar la religión. limpiándola del parasitismo gigantesco de la superstición y de la nimia y microbica devoción que no es más que una forma de la irreligiosidad, y encendiendo en las almas muertas un calor de amor hácia el supremo ideal de justicia simbolizado en la cruz y que será lo único (yo no veo otro) será lo único que podrá convertir en unánime *sursum* el terrible choque de los grupos humanos en el siglo que llega.

Todo esto pensaba, mientras me vestía muy temprano para hacer una matinal visita al ilustre cardenal. La simpática solicitud de Ireland por la enseñanza laica, la de ese señor Gibbons cuando al recibir el capelo, declaraba en su iglesia titular en Roma misma, que el evangelio y la constitución de los Estados Unidos eran los dos libros más santos que había visto la humanidad, su benevolencia hácia las sociedades de trabajadores (aún las secretas) y la serenidad de su actitud augusta, casi divina, en el congreso de las religiones de Chicago, invitando á católicos, protestantes, judíos, mahometanos y budistas á dirijir á Dios una plegaria humana, la oración dominical, que todos oyeron y repitieron con unción profunda, me atraían hácia el prelado. ¡Qué distinto es esto de lo que estamos acostumbrados á ver y á oir; cuán distante—parece la distancia de un mundo á otro—es esta conducta, de la estrechez de miras, del formalismo, de la impotencia absoluta para ponerse de veras en contacto con las entrañas de la sociedad moderna y fecundarlas con el verbo de Cristo, que advertimos en nuestra nación, en los doctos y virtuosos, pero ensimismados é incurablemente rutineros jefes de la iglesia de nuestro país!

¡Oh! mi mala estrella! Nos encaminamos hácia la catedral y á espaldas de aquel grandote é insignificante edificio, subimos la escalinata, llamamos á una puertecita, entramos, invitados por un sirviente, en una modesta pieza de recibo y ahí un secretario nos manifestó que el día anterior en un tren nocturno, monseñor Gibbons había salido para una población lejana con objeto de consagrar á un obispo.

Muy conpungido puse en manos del joven levita, que nos había cortesmente recibido, la carta del señor Romero y la de una de las católicas más eminentes de Nueva York, y después de habernos expresado la contrariedad que el cardenal experimentaría, pues ya esperaba la visita, aunque ignoraba cuándo se verificaría, nos hizo prometerle que volveríamos á los cinco ó seis días; como buenos mejicanos prometimos, por mortificación, lo que sabíamos que no nos sería dado cumplir.

Decidimos visitar la catedral, de feas torres, que teníamos bien cerca. Mientras pensaba en Gibbons (y pensé en él desde que llegué á Baltimore) se mantuvo fuera de foco en mi cerebro, pero hallé frente á mi otra figura de arzobispo de Baltimore que me era muy simpática y que es curiosísima; me refiero al célebre domínico mexicano Fray Servando Teresa de Mier; tan erudito, aunque su erudición resulta á veces indigesta; tan inteligente, aunque falta con frecuencia á su inteligencia el lastre del juicio; de un carácter tan bien templado, aunque sin serenidad, este personaje es el protagonista por todo extremo interesante y singular de una historia cómico trágica que parece obra de un novelista de imaginación exaltada.

MANILA.—Vista de la Ciudad y del Puerto

Era por temperamento un inquieto y un emancipado; las reglas de su orden, las tradiciones piadosas de la Iglesia nacional, las máximas ultramontanas de la curia romana, todo le era una cadena que más ó menos disimuladamente trató de romper. Y estrelló su espíritu, sin rendirse ni abatirse, contra las paredes del calabozo teológico social y político de su época; pasó del púlpito en que puso la mano sobre la leyenda de la aparición guadalupana á las prisiones inquisitoriales y así empezó el drama de su vida Prisionero en España, Cura en París, en tiempo del Consulado, observador irónico en Roma, conspirador negociante en Baltimore, compañero de Mina, prisionero de guerra en Soto la Marina, evadido de todas sus prisiones fugitivo en todos los países, republicano impertérrito frente á Iturbide, adversario profético de la federación pura en 23, y aún después de muerto, llevado en forma de momia quién sabe por quién, quién sabe á dónde, la vida de Fray Servando tiene todo el atractivo de una novela cómico heróica.

Pensaba en él porque quería saber de Monseñor Gibbons, en cuál título se fundaba nuestro compatriota para llamarse en sesión solemne (cuando invitó para su entierro) arzobispo de Baltimore? Quedéme con mi duda.

***

La catedral es, como decoración y monumento, cualquier cosa; interesante por extremo, sin embargo.

Desnuda y fría, en su amplitud severa, las alas de su crucero están constituidas por dos capillas con sendos órganos El altar mayor, pobrísimo de ornamentación y estilo, nada dice á mi recuerdos; á la derecha estaba el trono de su eminencia el cardenal arzobispo compuesto de un sitial feo y casi ridículo y de un dosel con el capelo bordado en el fondo bajo. Sobre las bancas que llenaban toda la nave, había multitud de papeles impresos; tomé uno: era la letra de un himno en honor de la Virgen.

Cuando entramos no había nadie; la luz fría que se colaba por los vastos *ventanales* hacía más triste todo aquello; una anciana negra, el sacristán mayor de la catedral, sin duda, quitaba algunos floreros y lampadarios del altar mayor, restos de la fiesta que en honor de María se había celebrado la víspera. ¿Y en dónde está el interés de que hablais? diréis para vosotros, lectores míos. Pues en todo está; en esta falta de interés artístico, estético; ese es el interés de la catedral de Baltimore.

¡Ah! Monseñor, vuestro templo católico es un templo puritano; San Agustín y otros santos obispos vuestros predecesores, no más santos quizás que vos, ¡oh! augusto apóstol de la religión de los humildes y de los puros, os asisten en la celebración de los sagrados ritos con sus sombras y en el desempeño de vuestra misión con sus ejemplos, pero allá, en el ángulo más obscuro de vuestra basílica lee su biblia Juan Calvino. Vuestro templo nada valdría ni en Italia, ni en España, ni en México. Los instintos de estas razas que viven en la voluptuosidad peremne de la luz, del color y del relieve, no se avendrían con vuestra plástica religiosa, monseñor. Pero los hermanos de los protestantes y los que en vuestro país conviven con ellos, esos sí; para ellos esta hecha esta iglesia, de ellos viene la austeridad simple y grave que aquí se ve; vos, monseñor, creeis como católico, pero sentís como protestante y teñís vuestros ritos del color melancólico y noble de vuestro sentimiento. Se ve que aquí triunfa la música, que es la voluptuosidad subjetiva la que mejor comprenden y gustan los hombres de vuestro medio ¿no es verdad, monseñor? Aquí la voz del órgano y el canto de los niños, que es la música del sentimiento religioso, se funden en una salmodia sublime y pura, la que creían oir en el cielo los profetas hebreos, los autores de las apocalipsis, no el profeta italiano Alighieri....... Monseñor ¿nunca ha resonado en vuestros magníficos órganos, aun cuando haya sido con letra latina, el salmo divinamente bíblico de Martín Lutero?

***

Baltimore es una de las pocas ciudades americanas hechas para ser paseadas no solo para nuestra sorpresa, sino para nuestro encanto Instalados en nuestro cómodo landó, bajamos á lo largo de las principales calles, muy animadas ahora, de esta simpática ciudad Vimos muchas escuelas; por todas partes escuelas é iglesias, algunas de bien bonito aspecto; no hay que olvidar que Baltimore fundada por un lord católico, es una de las capitales del catolicismo en los países anglo-americanos. Vimos la Casa de la Ciudad, notable edificio municipal y por desgracia no vimos ni el instituto Peabody, ni el hospital Hopkins, uno de los primeros del mundo, ¡ay! ni la Universidad que lleva este mismo gran nombre de Hopkins, venerado por cuantos amen el progreso intelectual.

El puerto ó los puertos, admirablemente dispuestos para hacer de Baltimore en el fondo de la bahía magnífica y suculenta de Chesapeake, uno de los mejores abrigos marítimos de las costas del Atlántico. Visitamos en una de las dársenas un vapor que iba á salir para Nueva-York, tan coqueto y bien dispuesto, que por poco tomamos pasaje en él En la boca de la bahía está el famoso fuerte Henry, heroicamente defendido en 1814 contra los ingleses, defensa que dió motivo á la erección de un monumento militar que está en la ciudad y que no me hizo feliz y á la composición del gran himno *Star splanged banner*, que cuantos en estos meses hayan asistido á los *meetings* de simpatía por Cuba, habrán escuchado cantar.

Tomamos de nuevo asiento en el carruaje y subimos por el *Riverside Park* á la parte más densa de la ciudad en donde hierve materialmente la población mercantil y navegadora, y en donde nuestra negligente actitud de desocupados, hacía cierta impresión Decidimos hacer votos (ya que no podíamos dárselos) por un Mr. Masson, postulado en enormes lienzos que colgaban de las cornisas altas al través de las calles, para gobernador de *Maryland*, pasamos frente á la altísima columna austera, elevada en honor de Washington, y ya á buen trote entramos en la ciudad del gran tono. Una avenida bordada de deliciosas casas no tan lujosas, pero si tan elegantes como las de la *quinta avenida*, y en la cual dos ó tres sinagogas indican que es aquel un barrio de opulentos y de ahitos.

Por la suave pendiente llegamos á un lago extenso y bien rizado por la brisa en menudas olas de seda azul y oro, circundado por una cintura de blanca y fina arena, que acotan las *platabandas* de grama lustrosa y los árboles de un bosque soberbio que desde ahí parecía inmenso Desde el terrapien (ó terraza como diríamos á la inglesa los mexicanos) que borda toda la orilla del lago que mira á la ciudad, la vista es sorprendente. Toda erizada de campanarios, la ciudad desciende hasta las orillas del Patapsco envuelta en sutilísimo vaho color de rosa que el perezoso sol no ha prendido bien esta mañana en su malla de fuego, para trasladarlo al cielo en forma de nubecilla blanca. Surgen entre los ángulos incesantemente quebrados por la dirección irregular de las calles, masas monumentales de colores sombríos ó brillantes, pero no grises, con ese amarillento gris muerto que dá á nuestra México, vista á quinientos metros de altura, el aspecto de un bloque de *tepetate* roto en pedazos regulares

Estos parques americanos ¡qué envidia! El que recorriamos lentamente como quienes no quisieran salir de ahí nunca, es una porción de la cintura boscosa que rodea la parte alta de Baltimore y se llama el *Druid-hill-park* El bosque estaba vestido con el riquísimo traje de otoño, con que aquí se aderezan los árboles antes de encerrarse en sus camarines de cristal, para dormir el sueño de invierno. Como van las señoras á los grandes saraos de la estación fría, así estos árboles opulentos parecían cubiertos de sedas, terciopelos y aureos brocados. Una que otra mancha de musgo envolvía un tronco de felpa verde. Todo era matiz, medio color, tintas suaves, rojas, amarillentas: sobre el cielo color de turquesa enferma, se destacaban dolorosamente las ramas sanguíneas de los álamos, mostrando ya sin hojas sus nervios de coral vivo, trémulos aún y susurrantes El fondo de todo esto era una tinta azulina, translucida, frecuentemente velada por girones de encaje níveo, como algunos cielos de las acuarelas encantadoras de Ramos Martínez.

Por aquellas interminables naves de árboles, corrían familias enteras en bicicletas; una vimos compuesta de la abuela, la mamá, las tías y cuatro muchachas que pedaleaban con una agilidad capaz de dar envidia á los Sarre, los Pastor ó los Zaldívar. Las mujeres de Baltimore tienen fama de hermosas; previo un exámen cuidadoso de las que pudimos ver en el *Druid Park*, declaramos que esa fama era muy merecida.

Esa misma noche hablábamos de todo ello en nuestro hotel neo-yorquino.

JUSTO SIERRA

MANILA.—Calle principal del barrio del Comercio

Tropas americanas embarcándose en Cayo Hueso

LO QUE CUESTA LA GUERRA

La guerra moderna no es más que una empresa, ruinosa ciertamente, pero que requiere capital. La nación beligerante que cuenta con mayores recursos tiene de su parte más probabilidades de éxito.

Hasta hace poco más de una centuria no se calculaba con exactitud lo que perdían las naciones en sus empresas militares.

Durante los 22 años que siguieron al de 1793, Napoleón costó á ingleses, franceses y otros pueblos, aproximadamente $ 13 000 000 y 2 000,000 de vidas humanas, cifra esta igual á la que representa la población masculina actual de Londres y París. Solo en la batalla de Waterloo perecieron 51,000 hombres; de los cuales 29,000 eran ingleses.

La guerra de Crimea cuya duración fué de dos años, costó á las naciones beligerantes $ 3,000 000,000 y 600,000 hombres. Los ingleses perdieron 22 000 soldados de 98.000 que componían su ejército; los franceses 96 000 de un efectivo de 300 000; Turquía 45 000; y Rusia que puso en armas un expléndido ejército de 888,000 hombres, no vió regresar á sus hogares sino la mitad de ellos. Colocadas una junto á otra, 600 000 tumbas ocuparían una extensión de 450 millas.

***

No menos ruinosa fué la guerra franco-prusiana. Francia envió á los campos de batalla un ejército de 710 000 soldados, de los cuales murieron 77 000 á consecuencia de heridas y 45.000 de diversas enfermedades. Los alemanes con un millón de combatientes sufrieron la pérdida de 46 000 en el campo ó en los hospitales y 89.000 quedaron inutilizados

Aquella breve guerra destruyó 200.000 vidas y tuvo un costo de algo más de $3.000 000.000. La indemnización que pagó Francia y los territorios que perdió á consecuencia de su derrota pueden estimarse en $6.000 000 000.

***

Las guerras de un siglo á esta parte en Europa y América significan una pérdida de 5.000.000 de hombres útiles y una destrucción de capitales de más de $45 000 000.000 cifra que representa las ganancias de 1.000.000 de hombres en cien años y la riqueza actual combinada de Suecia, Noruega, Dinamarca, Portugal, Suiza, Turquía y Grecia.

Las deudas de las naciones principales del mundo importan sobre unos $60 000 000.000 de los cuales lo menos las tres cuartas partes deben cargarse á gastos de guerra. Los pecados de los padres caen sobre los hijos hasta la tercera ó cuarta generación.

***

En los Estados Unidos la lucha por la independencia requirió un gasto de $180,000 000. Actualmente la nación podría tener esa suma del oro almacenado en la Tesorería; pero entonces el gasto recayó sobre una población que no es sino la vigésima de la actual y cuya riqueza era menor todavía. Los Estados Unidos comenzaron su vida autonómica con una déficit de.... $75.000.000. oro.

La guerra separatista encontró al país con una deuda de $65 000 000 oro y con la necesidad de gastar $2.500.000 oro diarios hasta que volvió á ondear en todo el territorio la bandera de la Unión Los...... 3,400 000.000. que importó la lucha al Norte. más lo que gastó la Confederación, sumadas á la destrucción de propiedades, pérdidas para la industria etc. los perjuicios totales para los Estados Unidos hacen estimar en $8 000.000000 oro ó lo que es lo mismo la mitad de la riqueza de la Nación al romperse las hostilidades Lo que ha pagado el país en amortizar su deuda de guerra, intereses de ésta y pensiones para los soldados sube á $5 000.000000. oro y aún faltan muchos desembolsos por ese capítulo Durante los seis últimos años los gastos originados con motivo de guerras pasadas y futuras son algo más de $250 000000.

***

El costo total de la guerra de seseción había sido suficiente para rescatar á los esclavos, sobrando una cantidad suficiente para pagar el presupuesto del Gobierno Federal durante medio siglo.

El capital inutilizado en aquel conflicto habría sido suficiente para comprar: las 185,000 millas de ferrocarriles de los Estados Unidos con su material, estaciones, aguas etc. las 2 300 millas de canales con todos los botes y embarcaciones que los surcan; todos los buques de bandera americana que hay en los mares lagos y ríos del mundo entero; las líneas de telégrafos y teléfonos; todas las minas de la Unión Norte-americana y aún habría sobrante para adquirir todos los edificios escolares y las iglesias del país entero.

***

Ahora si se tiene en cuenta que las guerras no diezman la población inútil, compuesta de niños, ancianos, enfermos, sino que buscan sus víctimas entre los hombres sanos, vigorosos y trabajadores, se podrá calcular cuán insignificantes y débiles son las cifras de la estadística para apreciar las pérdidas que una guerra ocasiona.

No hablemos de los sufrimientos físicos y morales de los que combaten y de sus familias abandonadas, ni nos detengamos á calcular el déficit de producción agrícola é industrial de un país conmovido por una lucha, pues hay algo que vale más todavía, ya se considere desde un punto de vista humanitaria ó puramente económica. Por una parte el progreso moral de la especie se detiene y aun opera una lamentable regresión al tipo de la animalidad, y por la otra y es lo más funesto, la juventud en vez de máximas sanas, recibe como enseñanza, en el hogar y en la escuela, incitasiones al odio, á la crueldad, á la rapiña y á la glorificación de la fuerza, incitaciones que más tarde obedecerá en perjuicio propio y en el de sus semejantes, á los que no verá nunca como tales, sino como á enemigo , en tanto que sean de otra raza, de otra nación ó de otro credo político.

NUESTROS GRABADOS

Vistas de Manila.

Manila es una población de 300,000 habitantes de los cuales, por lo menos, 50 000 son chinos y 5,000 europeos. La ciudad antigua con sus fosos, puentes levadizos, puertas herradas, con sus cañones en los parapetos y sus macizas murallas, trae á la memoria la época en que fué fundada

A un lado del río Pasig está la ciudad fortificada de los primeros pobladores; á la izquierda el barrio del comercio y el barrio chino, y más arriba detras de la «Puerta de España," las residencias y el palacio del gobernador.

Sólo la parte antigua de la ciudad lleva el nombre de Manila; algunos de los barrios tienen otro distinto, tales como Bandacán, Binondo, Mandeloien, Malate y Nagtajan.

Las Filipinas son "el rico jardín de Oriente;" pero su dominación no es tan sencilla ni fácil Si los españoles pierden el archipiélago ¿tendrán los americanos paciencia y voluntad de apoderarse de las 400 islas.

Transporte de tropas americanas en Ferrocarril

CASINO ALEMAN.—Grupo de tripulantes del «Geier» [De fot. para «El Mundo»]

Filipinas para hacer en ellas su primer ensayo colonial?

¡¡No sin razón dice un publicista de la vecina República: "Las piedras preciosas del Pacífico son diamantes en bruto y cuesta más pulirlos que adquirirlos."

Las tropas expedicionarias americanas

Nada más significativo ni que revele mejor el carácter del soldado norte-americano que los tres grabados de nuestro número de hoy.

La escena del tren es típica. El flemático norte-americano va á la guerra como va al taller, como va á Klondike, sin precipitaciones ni nerviosidades. Instalado lo más cómodamente posible en su carro de ferrocarril, los voluntarios fuman, leen periódicos y comentan las últimas noticias, ó duermen plácidamente en espera de los acontecimientos....

El mismo orden, la misma seriedad reflexiva con que celebran y firman un contrato, ponen en sus faenas de embarque al hacerse á la mar.

Dicen algunos que el norte-americano no es un buen soldado porque no es fogoso ni bullanguero y le reprochan que lleve á sus expediciones militares alimentos vestidos y buenas camas.

Los que sin apasionamiento estudian el carácter de las diversas razas humanas, juzgan, mejor inspirados, que la cachaza del norte americano, bien vale el impulso de un patriotismo más impetuoso.

Estos soldados no van á luchar por la gloria, buscan acaso algo más positivo, y si así fuere, como se dice acaso tengan razón

¿Qué gloria reservan las guerras á la multitud de víctimas que voluntariamente ó á la fuerza, perecen en ellas? Ese anonimato *en montón* no puede seducir á nadie que piense un poco.

Una fiesta en el Casino Alemán

Hace poco el Casino Alemán de esta ciudad celebró su 50 aniversario.

El Casino Alemán es uno de los centros de reunión más atractivos de México, y sus fiestas se ven siempre muy concurridas por el elemento mexicano. La galantería de los miembros de esa sociedad le grangea justamente las simpatías de nuestros compatriotas.

El baile en obsequio de la oficialidad del «Geier" buque de guerra alemán que visitó el Puerto de Veracruz, nos proporcionó la ocasión de tomar para nuestro Semanario algunas fotografías del Casino Alemán, así como del grupo de marinos alemanes que verán en otro lugar nuestros lectores. De la fiesta del Casino Alemán dieron cuenta ampliamente nuestros diarios, y eso nos dispensa de hablar de ella, limitándonos á señalar una vez más la cariñosa acogida que recibieron aquí los señores capitán y oficiales del "Geier »

En las Cortes españolas

Tachan algunos de bizantinismo á las Cortes de España, porque en estos momentos de peligro supremo para la nacionalidad, entretiénense los oradores en estériles luchas de parlamento.

Si es cierto que por más de veinte años los esfuerzos de los partidos políticos han tenido por únicos fines la conquista ó el afianzamiento del poder, á la hora presente, las Cortes proporcionan elementos para un proceso histórico que fijará las responsabilidades que á cada uno correspondan en los reveses de la guerra, preparándose así la reorganización que no dejará de operarse cuando queden disipados los errores, sofocados los fanatismos y abiertos los espíritus á las realidades de la situación del país

No todos los oradores parlamentarios de España son en estos últimos debates, agentes de pasiones é intereses de partido: entre ellos algunos hay, para honra y bien de España, que buscan solo una resolución al conflicto y bases para una nueva política amplia, sincera, inspirada en la justicia y en el bien público.

El señor Sagasta, Jefe del Gabinete, es un viejo luchador; apoyado por una mayoría compacta, sostiene su programa de gobierno y lo apoya con estas palabras: "¿Es culpa del régimen monárquico que seamos un pueblo de diez y siete millones de habitantes, pobre y agotado por dos guerras, mientras los Estados Unidos cuentan con una población de setenta millones y están en su apogeo?"

"En las actuales circunstancias es muy sensible que no estén unidos los españoles. Si es un crimen atentar contra la patria, es doblemente criminal atentar contra ella en estos momentos "

Desde que Castelar se ha retirado bajo su tienda, tomando una actitud de resignación melancólica, el señor Salmerón es de hecho el jefe del partido republicano. El fué quien interpeló al Ministerio sobre el desastre de Cavite, pidiendo que se hicieran efectivas las responsabilidades sean quienes fueren los culpables. El orador republicano no cambia de tono para decir las palabas más violentas: su dialéctica vigorosa toma mayor autoridad en su mímica mesurada. Es un adversario siempre temible.

El señor Canalejas es un maestro de la palabra en esas Cortes en donde hay tantos oradores de nota. Es independiente y subrayen su actitud las siguientes palabras con las que reprocha al gobierno su inercia en presencia de los propósitos claros y de los preparativos del Gabinete de Washington: "Es vergonzoso el decreto que separó de sus funciones á nuestro Ministro de los Estados Unidos señor Dupuy de Lome, sin una frase de agradecimiento por sus largos servicios.

Navarro Reverter, ministro de hacienda en el gabinete conservador, defiende la memoria de su amigo Cánovas del Castillo contra los ataques del señor Canalejas.

El señor Romero Robledo, es el jefe de los antiguos "canovistas." Qué temperamento! gestos, gestos y solo gestos.... Una catarata de palabras, molinete de brazos y alzamiento de hombros, esa es su orataria. Hostil á la autonomía, acusa también al gobierno y le reprocha su imprevisión.

CASINO ALEMAN.—Ornato en los corredores

El señor Silvela, más discreto que elocuente, habla porque es preciso que todos bablen.

El señor Moret es el verdadero orador que tuvo el Ministerio: defendió su política de ultramar con elocuencia patética.

El Señor Vázquez Mella, jefe del partido carlista, tribuno atlético, violento, infalible, voluntarioso y obstinado, toma como texto las palabras de Isaías:

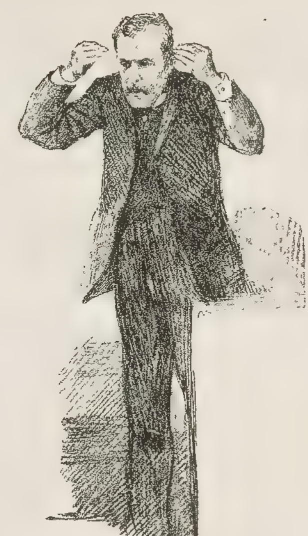
"Desgraciados los pueblos, exclama, que están gobernados por una mujer y por un niño!"

CASINO ALEMAN.—El Salón

CASINO ALEMAN.—El Patio

ORADORES PARLAMENTARIOS DE ESPAÑA

SEÑOR MORET



SEÑOR ROMERO ROBLEDO

SR. SAGASTA, Presidente del Consejo

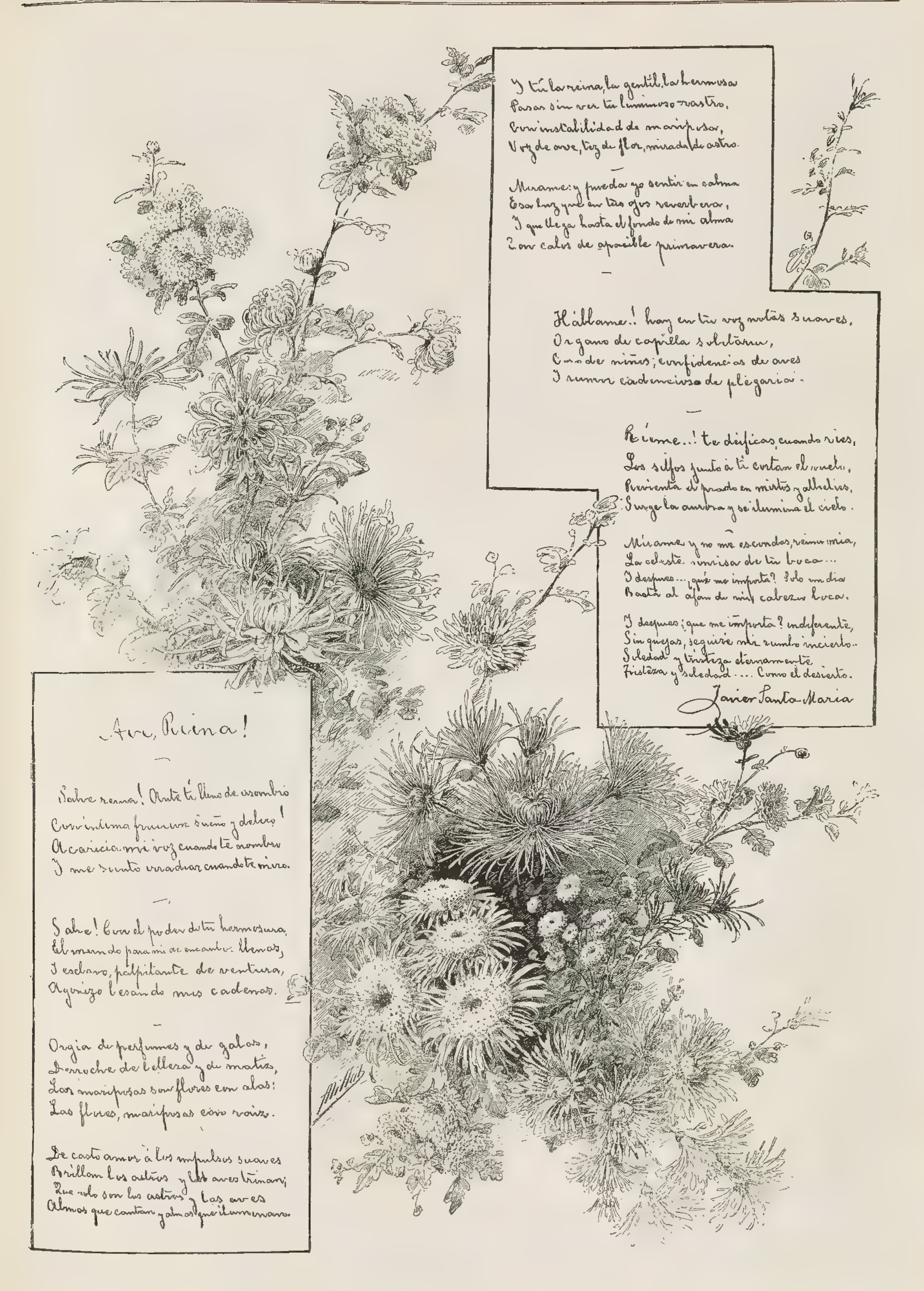
SEÑOR SALMERON

SEÑOR SILVELA

SEÑOR J. NAVARRO REVERTER

SEÑOR VÁSQUEZ MELLA

SEÑOR CANALEJAS



¡Ave, Reina!

¡Salve reina! Ante ti lleno de asombro
Con íntima fruición sueño y deliro!
Acaricia mi voz cuando te nombro
Y me siento irradiar cuando te miro.

¡Salve! Con el poder de tu hermosura
El mundo para mí de encantos llenas,
Y esclavo, palpitante de ventura,
Agonizo besando mis cadenas.

Orgía de perfumes y de galas,
Derroche de belleza y de matiz,
Las mariposas son flores con alas:
Las flores, mariposas con raíz.

De casto amor á los impulsos suaves
Brillan los astros y las aves trinan;
Que sólo son los astros y las aves
Almas que cantan y almas que iluminan.

Y tú la reina, la gentil, la hermosa
Pasas sin ver tu luminoso rastro,
Con instabilidad de mariposa,
Voz de ave, tez de flor, mirada de astro.

Mírame: y pueda yo sentir en calma
Esa luz que en tus ojos reverbera,
Y que llega hasta el fondo de mi alma
Con calor de apacible primavera.

¡Háblame..! hay en tu voz notas suaves,
Órgano de capilla solitaria,
Coro de niños; confidencias de aves
Y rumor cadencioso de plegaria.

¡Ríeme..! te deificas cuando ríes,
Los silfos junto á ti cortan el vuelo,
Revienta el prado en mirtos y alhelíes,
Surge la aurora y se ilumina el cielo.

Mírame y no me escondas, reina mía,
La celeste sonrisa de tu boca...
Y después... ¿qué me importa? Sólo un día
Basta al afán de mi cabeza loca.

Y después ¿qué me importa? indiferente,
Sin quejas, seguiré mi rumbo incierto..
Soledad y tristeza eternamente
Tristeza y soledad.... Como el desierto.

Javier Santa María

Mala suerte! Oscar era su nombre de pila y Lapissotte el de su familia; era pobre, sin talento, y se creía un hombre de genio.

Su primer cuidado, al entrar en la vida, había sido adoptar un pseudónimo; el segundo, adoptar otro; y así sucesivamente, durante diez años, hizo uso de todos los vocablos fantásticos que pueden imaginarse para despistar la curiosidad de sus contemporáneos.

Pero esta curiosidad que fingía él temer y que, por el contrario, ansiaba con todas sus fuerzas, no llegaba á despejar las espesas nieblas de su existencia. Con todos sus nombres de adorno, ora se llamase *Jacques de la Mole, Antoine Guirland, Tildy Bob, Gregorius Hanpska*, bien se ocultase bajo desinencias nobles ó villanas, extranjeras, románticas ó modernas, no por eso dejó de permanecer el más desconocido de los plumíferos, el mas obscuro de los desconocidos y el más pobre de los literatos.

La gloria no venía á él.

E pur si muove! Tengo aquí algo! se decía con convicción, hiriendo con su dedo en el armazón huesoso de su cráneo, que encontraba profundo porque sonaba hueco.

No se podría decir á que aberraciones suele llevar la vanidad literaria. Hay hombres de verdadero talento á quienes ha arrojado en inconcebibles ridiculeces, y aún á quienes ha inducido á cometer actos vergonzosos y odiosos. ¿Qué será pues, cuando atormenta á un miserable de nulidad patente? La paciencia agotada, el orgullo herido, la impotencia demostrada, una existencia perseguida por una esperanza inútil y tenaz: no hace falta tanto para producir la idea de acabar por un suicidio ó por un crimen.

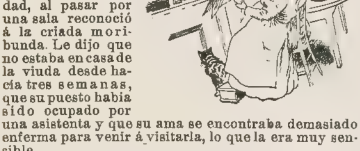
Oscar Lapissotte no era bastante valiente para elegir la suerte Por otra parte, sus pretensiones á la superioridad intelectual, encontraron pasto en la resolución de un crimen.

Se dijo, en efecto, que su genio había elegido hasta entonces un mal camino al dedicarse á los sueños del arte, y que estaba destinado á las violencias de la acción. Además, el crimen traería consigo una fortuna, y la riqueza pondría, al fin, de relieve este espíritu trascendente que vegetaba en la pobreza. Artística y moralmente, el desconocido se convenció pues, de que era necesario cometer un crimen.

Lo cometió. Y como si la realidad hubiera querido darle la razón, por la primera vez en su vida hizo una obra maestra.

II.

Diez años antes del día en que se convirtió en un malvado, Oscar Lapissotte había vivido en el sexto piso de una casa de la calle de San Dionisio. Perdido en medio de una treintena de inquilinos, conocido únicamente por uno de sus numerosos pseudónimos, había sido el amante de una criada charlatana que le refería todos sus asuntos y que servía á una viuda muy anciana, enferma y bastante rica. Por lo demás, él no permaneció en esta casa más de un mes.



Una tarde que acababa de dejar á uno de sus amigos, interno en la Piedad, al pasar por una sala reconoció á la criada moribunda. Le dijo que no estaba en casa de la viuda desde hacía tres semanas, que su puesto había sido ocupado por una asistenta y que su ama se encontraba demasiado enferma para venir á visitarla, lo que la era muy sensible.

—Ya me lo explico, dijo Oscar Tendrás muchas ganas de verla ¿no es así?

—Oh! no es por eso. Es que tengo miedo, si muero aquí, de que la señora lea todas las cartas que he dejado en su casa y me desprecie después de muerta.

—¿Y por qué había de despreciarte?

—Escuche usted. Le voy á decir toda la verdad. Usted fué mi amante, pero hace mucho tiempo que todo esto pasó. Puedo decirle que he tenido otros amores. ¿No me ha de tener usted rencor, verdad? Además usted sabe que yo no era la que necesitaba. Usted es un artista, un hombre de mundo. Fuí su amante de paso, sin importancia. Pero hay en la casa un hombre que es de mi misma condición, un cochero, y si la señora lo supiese sería mi perdición. He cometido por él tantas malas acciones! Ah, miserable! Yo estaba loca El es el padre de mi hijo! por éste he pasado por donde él ha querido. Me prometía siempre reconocer al niño y casarse conmigo. Ahora vee que todo era una burla, pero no importa! Mi niño no será desgraciado con lo que yo le dejo, y la señora es bastante buena para cuidarlo. Porque he escrito á la señora que tengo un niño Tengo la carta aquí bajo mi almohada, y quiero que se la entreguen cuando yo ya no exista, pero únicamente si se queman antes mis papeles. Porque de lo contrario me tragaría mejor mi carta. No quiero que la señora sepa todo lo que he hecho. No tendría compasión por el pequeño, si supiese que es el hijo de una miserable, de una ladrona.

—Vamos, vamos, querida amiga, dijo bruscamente Oscar; explíqueme usted mejor la situación. Habla usted demasiado precipitadamente, baraja usted todo y es necesario que me ponga al corriente con claridad, si es que quiere usted que le haga algún servicio. Yo no pido otra cosa, si es posible; pero necesito entenderlo todo bien

En este momento, Oscar Lapissotte no pensaba en crimen alguno. Se dejaba sencillamente arrebatar por la curiosidad de un hombre de letras, olfateando una novela, y se preparaba á la *copia*.

—Y bien! continuó la enferma: he aquí lo que ocurre. Trataré de ser clara. He caído enferma repentinamente de un ataque de apoplegía. en la calle, y me han traido al hospital. La señora me ha dejado aquí porque no ha podido hacerme transportar. La he escrito y me ha respondido. Su asistenta ha venido á verme de parte suya. Pero ni á la señora, ni á la criada he podido hablar de lo que me atormenta. Tengo un paquete de cartas del cochero, ya sabe usted, del padre. Las cartas están llenas de malas acciones, robos que me aconsejaba y palabras de reconocimiento cuando yo los había cometido Si, por él he robado á mi señora!

Hubiera hecho bien en quemar estas cartas malditas. Pero tambien había dentro de ellas caricias y promesas de matrimonio, y seguridades de que reconocería al pequeño. Por eso las guardaba. Un día, el tunante me amenazó con cogérmelas para comprometerme. Le negué dinero y me dejó entender que, una vez dueño de los papeles, haría de mí todo lo que él quisiera. Tuve un miedo horrible, y por lo mismo, no quise separarme de mis cartas. Para ponerlas en lugar seguro, pedí permiso al ama para confiarla algunos papeles de familia, que tenía yo en mucha estima, y de este modo conseguí guardar mis cartas en su *secretaire*. La señora me dió un cajón para mí con su llave. Sé muy bien que podría decirla que tengo necesidad de estos papeles. Pero desconfío de la asistenta. Por palabras que ha soltado, creo adivinar que ella está ahora en relaciones con el cochero. Es un embustero, le digo á usted. Y si la engaña á ella, es para tener el paquete, que sabe en donde se oculta. Ya comprende usted mi situación. ¡Oh, si usted fuese tan bueno!...... No lo merezco, es verdad: pero sería muy hermoso por parte de usted, si me quisiera hacer este favor?

—¿Cuál favor?

—Traerme mis cartas.

—¿Pero cómo quiere usted que las tenga?

—Es muy sencillo. Todas las noches, á las diez, la señora toma su cloral para dormirse y en este momento duerme muy bien. Durante este tiempo, la asistenta no está allí porque se vá á las siete despues de la comida. Ya comprenderá usted que la señora no le ha dicho que toma cloral, por temor á ser robada. No me lo ha dicho más que á mí, en quien tenía plena confianza la pobre! Y bien, usted entra entonces, ella no oirá nada, y puede usted salir, trayéndome las cartas. La casa tiene dos puertas. Por la escalera de servicio, el portero no se enterará de nada. ¡Oh! Haga usted esto por mí, dígame que sí!

—¡Pero usted está loca! Y el *secretaire*, ¿cómo abrirlo? ¿Y la puerta del departamento, cómo pasar?

—Tengo otra llave del *secretaire*. La hice fabricar para robar á la señora ¡qué vergüenza!

Aquí está la llave con la de mi cajón. Aquí tiene usted también la llave para entrar por la cocina, por la escalera de servicio. Se lo ruego á usted. No sé por qué, pero tengo confianza en usted; estoy segura de que hará esto para que yo muera en paz.

Oscar Lapissotte tomó las llaves. Tenía los ojos fijos. Una repentina palidez cubrió su rostro. Contracciones nerviosas agitaban el pliegue de sus labios delgados. Repentinamente se le aparecía la ocasión del crimen. Muerta aquella mujer, todo era fácil de llevar á cabo.

—¡Me ahogo! ¡me ahogo! prorrumpió la enferma. á quien su larga confidencia había agotado. ¡Déme usted algo de beber!

La pieza se encontraba en la sombra, vagamente iluminada por una veladora.

En las camas vecinas todo el mundo dormía. Oscar levantó la cabeza de la enferma, tomó la almohada y se la puso en la boca, en donde la mantuvo con puño de hierro durante diez minutos. Tuvo el horrible valor de aguardar con el reloj en la mano.

Cuando le descubrió el rostro, la enferma estaba asfixiada. No había podido hacer un movimiento ni dar un grito Parecía haber sucumbido á un golpe de sangre. Volvió á poner la almohada bajó la cabeza, arregló la ropa de la cama debajo del cuello El cadáver tenía el aspecto de una persona dormida.

La cama de la criada se encontraba bastante cerca de la puerta; el asesino salió sin hacer ruido. Deslizóse por el corredor de los internos, pasó por una poterna de la calle de la Piedad y se encontró afuera, sin haber sido visto por nadie.

Eran las nueve y veinte minutos.

Sin pérdida de tiempo enardecido por ejecutar su plan, el miserable se dirigió á grandes pasos á la calle de San Dionisio.

En el camino maduró el plan.

Penetró primero en la cuadra, en donde deberían encontrarse todos los arreos del cochero. Tomó una corbata, desgarró un pedazo y se lo puso en el bolsillo.

Después subió por la escalera de servicio, salvando los escalones de cuatro en cuatro. Era en el primer piso y podía franquear los dieciocho escalones sin temor de ser visto

Abrió la puerta, entró sin ruido, llegó á la recámara é inmediatamente estranguló á la vieja que dormía. También allí tuvo la sangre fría de mantener la garganta apretada durante un cuarto de hora

Abrió en seguida el *secretaire*. En el cajón grande de enmedio había acciones y obligaciones; en el cajón de la izquierda, billetes de banco, en el de la derecha, rollos de luises Hizo un paquete de los títulos al portador y dejó los demás En junto, títulos, oro y billetes, había ciento cuarenta mil francos, que se los metió en el bolsillo.

Se ocupó en seguida de las cartas. Las encontró en un rincón, en lo alto, en donde la criada le dijo que estaban.

Las quemó en la chimenea, pero quedando intactos los fragmentos mas comprometedores para la criada y para el cochero. Algunos solamente, bien escojidos, bastaban para reconstruir toda la historia del niño, de las exhortaciones al robo, de los hurtos cometidos. Los puso á la vista, admirablemente arreglados para hacer creer que las cartas habían sido quemadas apresuradamente y que el autor del crimen se había alejado antes de que estuviesen completamente consumidas.

Colocó —desgarrándolo—el pedazo de corbata en la mano derecha, cerrada y crispada de la muerta.

Salió entonces, se lanzó como un relámpago hasta la calle, y en seguida se puso á caminar con el paso tranquilo y distraido de un transeunte pensativo.

III.

Un crimen, en efecto, no es verdaderamente una obra maestra sino cuando el autor queda impune. Por otra parte, la impunidad no es completa sino cuando la justicia condena á un falso culpable.

Oscar Lapissotte obtuvo la impunidad completa.

La justicia no vaciló un instante para encontrar al asesino. Evidentemente era el cochero. Los fragmentos de las cartas eran indicios infalibles. ¿Quién otro sino el cochero, amante de la criada, podía conocer tan bien las circunstancias favorables al crimen? ¿Quién otro sino él podía tener las llaves? ¿No había comenzado por robar á la viuda, de acuerdo con la criada? ¿No era lógico que hubiera franqueado el paso que separa el robo del asesinato? Por otra parte, el pedazo de corbata lo acusaba con toda claridad. Para colmo de desdichas, el cochero tenia malos antecedentes. Como última circunstancia agobiante, no pudo justificar el empleo de su tiempo en la hora fatal. En vano negó, protestó su inocencia: todo estaba contra él, nada hablaba en favor suyo.

Fué juzgado, condenado á muerte, ejecutado; y los jueces, los jurados, el defensor, los periódicos, el público estuvieron de acuerdo, conservando la conciencia tranquila á este respecto. No quedó más que un punto obscuro en este asunto: la fortuna, que nunca se pudo encontrar. Se creyó que el miserable la habia ocultado en lugar seguro, pero nadie dudó de que él la hubiese robado.

En suma, si alguna vez ha existido criminal reconocido como culpable de su crimen, fué éste.

IV.

Se dice que la conciencia de una buena acción da una paz profunda. Pero pocas gentes han tenido el atrevimiento de decir que la impunidad de una mala acción procure también la felicidad. Barbey d'Aurevilly, entre sus admirables *Diabólicas*, no ha temido escribir una novela titulada "La dicha del crimen," y ha tenido razón, porque los malvados conocen la serenidad. Oscar Lapissotte pudo gozar en toda paz de su doble asesinato y saborear los frutos de él, en una absoluta tranquilidad. No experimentó remordimientos ni terrores. La única cosa que lo turbaba y que se acrecentó poco á poco, fué un inmenso orgullo.

Orgullo de artista, sobre todo. Lo que le hizo olvidar toda consideración moral, fué precisamente la perfección de su obra y el sentimiento que tenia de no haberse hecho acreedor á ningún reproche.

En esto, únicamente, encontró su sed de superiodad motivo de beber hasta la embriaguez.

En todo lo demás, permaneció un hombre mediocre, obscuro, justamente desconocido. Trataba en vano de aprovecharse de su fortuna para abrir la puerta de los periódicos y de las revistas; en vano también se esforzaba en obsequiar á la crítica; no conseguía hacerse escuchar del público. Sus versos, su prosa, sus ensayos escénicos, tenian el sello de la nulidad. Las personas del oficio conocian á Anatolio Desroses, el aficionado á las letras que tenía más rentas que talento; pero los lectores se burlaban de todas sus revistas, y todo el mundo estaba de acuerdo en negarle la más pequeña brizna de ingenio. Estaba él plenamente convencido de su impotencia.

Y sin embargo, se decia muchas veces con un relámpago en los ojos, y sin embargo, si yo quisiera....

Si yo refiriese mi obra maestra! porque yo he hecho una obra maestra. No hay duda en esto. Anatolio Desroses es quizas un cretino, sea; pero Oscar Lapissotte es un hombre de genio. Es terrible pensar que una cosa tan bien imaginada, tan poderosamente concebida, tan vigorosamente ejecutada, realizada de modo tan completo, ha de permanecer desconocida eternamente. ¡Ah! Aquel día sí tuve inspiración, la verdadera, la inspiración de las cosas perfectas. ¡Dios mio! El Abate Prevost ha garrapateado más de cien novelas detestables y no ha escrito más que una "Manon Lescaut." Bernardino de Saint Pierre no dejará más que "Pablo y Virginia." Hay muchos de estos genios singulares que no producen más que una sola obra. Pero también ¡qué obra! como un brillante monumento en la literatura. Yo pertenezco á esta familia de espíritus. No he hecho más que una cosa hermosa. ¿Por qué la he vivido, en vez de haberla escrito? Si la hubiese escrito sería célebre. No tendría sino un cuento que enseñar, pero todo el mundo lo desearía leer, porque sería el único en su género. He hecho "la obra maestra del crimen."

Esta idea se convirtió á la larga en una obsesión.

Durante diez años luchó con ella. Se dejó devorar, primeramente, por la pena de no haber substituido la imaginacion á la acción: después por el deseo de referir la acción como producto de la imaginación. Lo que le perseguia no era el demonio de la perversidad, este poder singular que impulsa á los personajes de Edgar Poe á gritar su secretos, era únicamente una preocupación literaria: la necesidad de fama, el deseo de gloria.

Como un pertinaz consejero que rechaza una á una todas las objeciones y que hace valer los argumentos capciosos, su idea fija le perseguía con mil razonamientos.

¿Por qué no escribes la verdad? ¿Que temes? Anatolio Desroses se encuentra al abrigo de la justicia. El crimen es viejo. Ha sido olvidado por todo el mundo. Su autor es conocido; murió, y fué enterrado con la cabeza separada del cuerpo. Tú aparecerás como el arreglador artístico de una antigua historia judicial. Delinearás todas tus ideas obscuras, todos los horrores que has combinado para cometer el hecho, todas las circunstancias que te ha facilitado este maravilloso inventor que se llama el azar. Tú solo estás en el secreto de la obra y nadie adivinará que has ido á tomarla á la realidad. No se verá en tu cuento más que el esfuerzo de una imaginación extraordinaria. Entonces serás el hombre que quieres ser; el gran escritor que se revela tarde, pero por un golpe de maestro. Gozarás de tu crimen, como criminal alguno ha gozado del suyo...... Te habrás atraido no solamente la fortuna, sino también los laureles. ¿Y quién sabe? Después de éste primer exito, cuando tengas un nombre, harás que se lean tus demás obras, y se modificará sin duda, la injusta opinión que de ti se tiene. En el camino de la celebridad del primer paso es el que cuesta. ¡Valor! Recobra algo de esta maravillosa osadía que has tenido un día en tu existencia. Observa qué buen éxito has tenido con ella. Pues tampoco dejaría de darte resultados ahora. Una vez has sabido tomar á la ocasión por los cabellos. La tienes nuevamente, hoy, entre tus manos. ¿Le dejarás escapar? Tú sabes demasiado bien que la obra es hermosa ¿no es verdad? Y bien, cuéntala sin miedo, sin ambajes, orgullosamente, en todo su magestuoso horror. Y, si quieres creerme, ve hasta el fin de tu orgullo, renuncia al pseudónimo que aparece como nombre tuyo, y firma con tu nombre que aparecerá como un pseudónimo. Jacques de la Mole, Antoine Guirland, ni Anatolio Desroses, no es este montón de individuos sin talento á quienes harás célebres; eres tú, únicamente tú Oscar Lapissotte.

Y un día, Oscar Lapissotte, se sentó enfrente de un pliego de papel en blanco, con la cabeza ardiente, la mano febril, como un gran poeta, dispuesto á crear una gran cosa, y escribió la historia de su crimen.

Refería los miserables comienzos de Oscar Lapissotte, su vida de bohemio, sus multiplicados fracasos, su triste medianía, sus terribles rencores, las ideas de suicidio y de crimen que se agitaban en su cerebro; las rebeldías de un corazón que la quimera ha engañado y que desea vengarse de lo real, toda una novela de psicología penetrante, la anatomía de su espíritu. Después, en rasgos sobrios y de una terrible claridad, describía la escena de la calle de San Dionisio, la muerte del falso culpable, el triunfo del verdadero asesino. Entónces con una sutileza de detalles, curiosa y satánica, analizó las causas que habían decidido al autor á publicar su crimen, acabando por la apoteosis de Oscar Lapissotte, cuyo nombre escribió abajo de esta confesión.

V.

La "Obra maestra del crimen" apareció en la *Revue des Deux Mondes* y obtuvo un éxito prodigioso. La prensa habló de ella con extraordinario calor. Sevar dió una conferencia en *el boulevard* de los Capuchinos, á propósito de la obra. Estableció comparaciones con Tot-Hoffmann y Edgard Poe; dijo dos palabras acerca del arte dramático con motivo de las preparaciones psicológicas que precedian á la escena del crimen; hizo una digresión acerca del *vaudeville*, otra sobre la escuela normal; otra tercera sobre la ciencia de la digresión, y últimamente, llamó al autor *cuarto de genio*, dándole un golpecito familiar en el estómago.

En suma, hubo un concierto de elogios, aparte de las vociferaciones indispensables de los envidiosos, de los tontos y de las insignificancias del periodismo.

VI.

Sin embargo, en todos los artículos, aún en los más encomiásticos había dos cosas, que irritaron profundamente á Oscar Lapissotte.

La primera era que el público se obstinaba en tomar su verdadero nombre por un pseudónimo, y seguía llamándole Anatolio Desroses.

La segunda que se hablaba demasiado de su imaginación sin hacer resaltar la verosimilitud de su relato.

Estas dos cosas le atormentaron á tal punto, que dió al olvido toda la fortuna de su naciente gloria. Los artistas están de tal modo hechos, que aun cuando la crítica los coloque en un lecho de rosas, sufren cuando una hoja forma el menor plieguecillo.

Así, un dia, cuando un *quidam* felicitaba al autor de la "Obra maestra del crimen", llenándolo de incienso de arriba abajo, el gran hombre le respondió intempestivamente:

—¡Ah, señor! Usted me felicitaría de muy distinto modo, si supiese la última palabra del asunto. Mi novela no es cuento, es un sucedido. Se cometió el crimen tal como yo lo refiero, y fuí yo quien lo cometió. Mi verdadero nombre es Oscar Lapissotte.

Decía esto friamente, con aire de convicción, fijando bien sus palabras como quien desea ser creido.

—¡Encantador! ¡Encantador!—exclamó el otro—la broma es deliciosa.

Y al dia siguiente, todos los periódicos contaban la anécdota. Se encontraba también encantadora la tentativa de satisfacción, por la que Anatolio Desroses quería hacerse pasar por un asesino. Decididamente, era original y digno de ocupar la atención de París.

Oscar Lapissotte se puso furioso. Al hacer esta confesión terrible había obrado, por algún modo, maquinalmente. Ahora, tenía realmente necesidad de ser creido por alguien.

Renovó su confesión á todos los amigos con quienes tropezó en la vía pública. El primer dia, pareció divertido, el segundo, se dijo que la broma era monótona. El tercero, la tuvieron por absurda. Al cabo de una semana, acabó por pasar por un imbécil.

No sabia mantenerse á la altura de su reputación de hombre de talento. Sus partidarios más ardientes lo hicieron á un lado.

Este comienzo de hundimiento, lo exasperó.

—¡Ah! Esto es demasiado! decía á los incrédulos. Así, ¿nadie quiere dar crédito á lo que es la verdad exacta? ¿nadie quiere reconocer que no solamente he escrito, sino ejecutado, la *obra maestra del crimen*

Y bien, tendré el corazón limpio. Mañana, todo París sabrá quién es Oscar Lapissotte.

VII.

Fué en busca del juez de instrucción que tuvo á su cargo el proceso de la calle de San Dionisio

Señor, le dijo: vengo á constituirme preso. Soy Oscar Lapissotte!

—Es inútil que usted continué, le contestó el juez con aire amable. He leído la novela de usted y lo felicito sinceramente. Tambien sé la exentricidad á que se entrega usted desde hace ocho dias. Otro que no fuera yo, se enfadaría, tal vez, al verle llevar la broma hasta la magistratura. Pero á mi me gustan las letras y no le impediría que tratase de convencerme de la espiritual broma, puesto que ella me proporciona el placer de conocerle.

—¡Eh, señor! dijo Oscar impaciente ante semejantes manifestaciones de política. No se trata de una broma! Le juro á usted que soy Oscar Lapissotte, que he cometido el crimen y lo voy á probar.

—Bueno, caballero, replicó el magistrado; va usted á ver cuán complaciente soy. En vista de lo curioso del hecho, me prestaré á esta farsa. Aun debo confesar á usted que de antemano me regocijo al ver cómo un espíritu tan discreto como el suyo, podrá gobernarse para demostrar lo absurdo.

—¿Lo absurdo? ¡Pero si lo que he confesado es la verdad absoluta! El cochero no fué culpable. Yo fuí quien......

—Creo haber dicho á usted que he leido su novela. Si es á usted agradable referírmela por sus propios labios, tendré un placer infinito. Pero esto no me probará más que una cosa que estaba ya probada, y es que usted tiene una imaginación singularmente rica y rara.

—No he tenido imaginación sino para cometer un crimen.

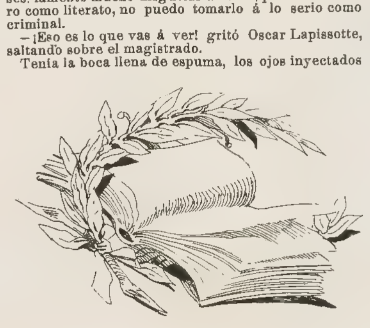
—Para escribirlo. Para escribirlo, señor, para escribirlo. Y ¡vaya! déjeme usted decirle todo lo que pienso á este respecto. Ha dado usted pruebas de mucha imaginación, pasó usted los límites permitidos á la fantasía del escritor, inventó usted ciertas circunstancias que pecan contra lo verosímil.........

—Pero si le digo á usted que.........

—Déjeme acabar. Usted ha de convenir en reconocerme alguna competencia en materia de crímenes. Bueno, pues yo le aseguro con la mano en la conciencia, que el crimen de usted no ha sido ideado con naturalidad. El encuentro con la criada en la Piedad es demasiado casual. El cloral, es inadmisible. Y aun otros detalles. En tanto que la obra de arte, la novela, es encantadora, original, bien desarrollada, lo que se llama palpitante; y admito que usted hace bien, como escritor, en modificar de este modo la realidad. Pero el crimen, el famoso crimen que dice usted haber cometido, es en sí mismo imposible. Querido Sr. Desroses, lamento mucho disgustar á usted; pero si lo admiro como literato, no puedo tomarlo á lo serio como criminal.

—¡Eso es lo que vas á ver! gritó Oscar Lapissotte, saltando sobre el magistrado.

Tenía la boca llena de espuma, los ojos inyectados de sangre, el cuerpo agitado por un acceso de cólera. Hubiera estrangulado al juez, si no hubiese acudido gente al ruido de los gritos.



Se apoderaron de este furioso, y lo condujeron á Charenton como loco.

—He aqui donde conduce la literatura! escribía al día siguiente no recuerdo qué cronista Anatolio Desroses hizo una vez, por casualidad algo bello. Se ha conmovido de tal modo, que ha acabado por creer en la realidad de su sueño. Es la vieja fábula de Pigmalión enamorado de su estátua. Este pobre de Murger me decía un dia....etc.....etc.

VIII

Y lo que había de más horrible es que Oscar Lapissotte no estaba loco. Gozaba de toda su razón, lo que lo torturaba cruelmente.

Así, pensaba, tengo todas las desgracias. No se quiere creer en mi nombre, ni en mi crimen. Cuando haya muerto, pasaré sencillamente por Anatolio Desroses, un escritorzuelo que tuvo la suerte de escribir un solo cuento bonito; y se tomará como un personaje de novela á este Oscar Lapissotte, á este sér que soy yo, al hombre de sangre fría, de decisión, de acción, al héroe de la ferocidad, á la negación viva del remordimiento. ¡Oh! que se me guillotine, pero que se sepa la verdad. Aun cuando no fuese más que un minuto, antes de poner mi cuello en el tajo; aun cuando no fuese más que un segundo, durante el tiempo que la cuchilla cayese; aun cuando fuera un relámpago, quiero tener la certeza de mi gloria y la visión de mi inmortalidad.

Se trató esta exaltación por duchas.

En fin, á fuerza de vivir con su idea fija y en compañía de los locos, se volvió tambien loco.

Oscar Lapissotte había acabado por creer que era Anatolio Desroses y que nunca había cometido tal asesinato.

Murió con la convicción de haber *imaginado* su obra y no haberla ejecutado.

JUAN RICHEPIN.

PIERROT Y SUS GATOS

El invierno se presentaba excesivamente frío, y más que frío desagradable. Las rachas heladas soplaban á cada momento barriendo la nieve, azotándola sobre los transeuntes, golpeando cristales, arrancando pedazos de pizarra en los tejados, levantando las faldas y haciendo volar los paraguas.

Pierrot, desolado por la frialdad y el abandono de su buhardilla, se había lanzado en plena calle cuando los mecheros de gas comenzaban á encenderse. Llenó sus bolsillos de castañas calientes y metió en ellas las manos para abrigarlas; luego, haciendo una mueca desdeñosa á la temperatura echó á andar apartándose de los lugares bulliciosos.

Sin saber por qué sentía aversión á lo que diariamente frecuentaba. Los cafés encendidos, repletos de gente, llenos de risas, frases y voces, de colores y de ruidos, de faldas y de *fracs*, se le hacian antipáticos. Difícilmente hubiera soportado la conversación de un *clubman*, un *cabotin* ó una *cocotte*.

Pierrot sentía *spleen*.

Bajó hacia los muelles El Sena profundamente negro reflejaba las luces de sus bordes que cintilaban y serpenteaban produciendo un cuadro feérico: parecian inmensas flores fosforescentes, crysantemas del amarillo mas exelso, hostias de oro, soles caidos en el agua donde navegaban culebras luminosas, arrastrándose y desarrollándose entre flores, astros y soles. De cuando en cuando todo aquello era roto por el paso de un vaporcillo, una *golondrina* blanca que huía desapareciendo entre las arcadas de los puentes.

Pierrot caminaba preocupado mirando los árboles secos, escuetos, mostrando sobre sus ramas áridas que se levantaban como brazos que imploran algo como boas extendidas y que solo era la nieve reposando en el lugar de las hojas Bajo sus piés todo era blanco y blando; sus zapatillas se hundian, su cuerpo parecía una de esas ráfagas que el viento levantaba. Y Pierrot algo halagado por la pureza del color, considerando á la naturaleza vestida con su propio traje, continuaba su marcha con los ojos fijos en la silueta de "Notre Dame" que á lo lejos se recortaba en la negrura.

Pierrot estaba triste Sentia una de esas melancolías inmotivadas que caen sobre nosotros como una lluvia negra y hacen pensar en una enlutada que se obstinara en agarrarse á nuestro brazo siguiéndonos por todos lados. En esos momentos, él, que siempre reía, él que todo desdeñaba, él que había alcanzado la suprema filosofía y la más completa impasibilidad, sentía que en su vida faltaba algo: era uno de los raros momentos en que echaba de menos las caricias de Colombina y Colombina reía sin duda en alguna salita donde hubiera luces parecidas á estrellas, risas parecidas á cascabeles y frases parecidas á besos. Pierrot que no creía en el amor, necesitaba algo que le amara, algo que le hiciera salir de su aspereza y de su desprecio por todo lo humano. Se irritaba contra los pasantes, contra el frío, contra el ruido, contra sí mismo; se irritaba al pensar en su carácter, al considerar el vacío que su indeferencia le formaba, se irritaba contra su mueca burlona. Hubiera querido ser el primer venido que frente á él pasara, sentir como él, pensar, llorar y reir como él En el alma de Pierrot se levantaba una de esas amarguras sordas y silenciosas que consumen á los payasos, á los cómicos, á los humoristas, á los vendedores de risas que constantemente tienen que llevar una máscara.

La mancha blanca de la túnica de Pierrot seguia avanzando como una ráfaga de nieve que el viento fuera empujando. Levantó la vista para buscar á su amada y su consoladora, sin encontrarla. La luna también le era esquiva esa noche y su tristeza iba en aumento.

Al llegar á la estátua de Enrique IV se sintió fatigado; miró al Rey galán, recordó sus hazañas y sus penalidades y otra vez el pliegue desdeñoso de su labio apareció; llevando la tristeza de la miseria humana atravesó para sentarse en el umbral de una de las puertas de «Notre Dame»

El sueño comenzó á rendirle y soñó cosas caprichosas y pierrotescas: vió infinidad de *fracs* pendiendo de los árboles como ramilletes, y vió infinidad de cuervos picando cerebros vacíos y vió cuerpos desnudos de mujeres hermosas de los que las carnes caían en podredumbre mientras los labios rosados reían, reían en constante é histérica carcajada y su sueño fué siendo más denso, más denso.

Un maullido débil, cariñoso, ligeramente agudo, como nota escapada de una cuerda demasiado tirante, le despertó; á ese maullido siguió otro, y luego otro

Pierrot miró asombrado y dos, cuatro seis ojillos redondos y luminosos se clavaron sobre él mientras los maullidos continuaban lánguidos como suspiros de mujer. Tres gatos negros resaltando como manchas de carbón sobre el pavimento cubierto de nieve, lo rodeaban: tres gatos que avanzaban tímidos, con coquetería de señorita, tres gatos que parecían preguntarle: ¿Nos quieres á tu lado? y Pierrot quedó absorto.

"El carácter de los gatos.........—se dijo—cosa mas singular! nunca había yo pensado......Tienen razón en buscarme pues algunos puntos de contacto tenemos Como yo son esquivos, desdeñosos y afectos á lo suntuoso. Sus mantos son suaves, ricos, blancos á menudo; sus actitudes son distinguidas Gustan de la noche y se aman á la claridad de la luna. Son caprichosos. A una caricia responden hurañamente con un araño, son soberbios y difíciles de domar, son orgullosos y despreciativos, son desinteresados, Acompañan al hombre, lo toleran mientras les placer cuando se cansan vuelven el rostro y se alejan con pisadas lentas y señoriles. Venid y alegrad con vuestras voces mi buhardilla, regocijadme con vuestras posturas elegantes y con vuestros gestos dignos. Sereis mis compañeros, y en mis momentos de debilidad me enseñaréis á recordar el orgullo»

Pierrot se levantó, y cuentan que algunos parisienses pudieron ver el singular espectáculo de Pierrot caminando en pleno invierno, parecido á una ráfaga de nieve y seguido de tres gatos negros cuyas miradas fulguraban como chispas de carbón encendido.

BERNARDO COUTO CASTILLO.

LIRIO SILVESTRE

POR ANDRE THEURIET—ILUSTRACIONES GRABADAS EN NUESTROS TALLERES.

Versión española de "El Mundo Ilustrado"

Número 7.

Germana, ante el espectáculo nuevo para ella de tantos templos dominando el mar sin horizontes, de tantos oratorios sembrados enmedio de las landas, de tantos campanarios asomando sus agujas por encima de los bosques y á la orilla de los ríos, se sentía dominada por el más vivo entusiasmo.

La devoción á las fuentes, las indulgencias en nombre de una multitud de santos de advocaciones raras y desconocidas, todos los detalles de ese culto popular, la conmovian maravillándola. Su fervor más ardiente se traducía por numerosas limosnas á los mendigos que en tierra bretona abundan tanto como las iglesias, y su humor caritativo era causa de un constante deslumbramiento para Ivona Quemenec.

Le censuraba á veces tanta prodigalidad y veía con ojos de asombro los luises de oro y las piezas de plata, que danzaban en el fondo del saquito de cuero que llevaba Germana atado á la cintura.

Después de un mes de viajes edificantes y de estaciones piadosas, llegaron por fin á la plaza sombreada de castaños donde en cauce de piedras corre la fuente consagrada á Santa Ana. Durante toda una tarde Germana paseó muy conmovida y guiada por Ivona por el patio de la capilla á lo largo de las galerias llenas de tiendas ó bajo las arcadas del altar aereo desde donde se dice una misa que puede ser oida por diez mil peregrinos.

Luego regresaron abrumadas de fatiga y llenas de admiración á la posada; y allí después de una comida en que reinó la mayor jovialidad, se recogieron en dos lechos que estaban muy cercanos uno de otro en un cuarto reducido.

Germana durmió de un solo sueño hasta la mañana siguiente, si bien notó al despertar que ya su compañera se había levantado y no estaba allí. Avergonzada de su pereza, se apresuró á vestirse, pero cuando buscó el saquito de su dinero que llevaba en la cintura, no lo pudo encontrar.

En vano revolvió el lecho y registró en todos sentidos: el saco que contenía todo su dinero había desaparecido al mismo tiempo que la mendiga. Una vaga sospecha germinó en su cerebro: ¿Ivona la había robado? Bajó alarmada, preguntó por su compañera de viaje y supo que desde el alba había partido. Corrió á la Piscina, erró por las galerías, visitó la iglesia y no encontró huella alguna de la fugitiva.

Consternada y afligida regresó á la posada intentando dudar todavía; la pérdida del dinero la contrariaba menos que la pérdida de sus ilusiones y se resistía á creer en semejante infamia.

Sin embargo, pronto se convenció y ruborizada contó á la hostelera su desventura que ésta oyó con una sonrisa de incredulidad; sonrisa que se cambió en una mueca de indignación cuando la joven confesó que de pronto se encontraba sin un céntimo.

—Hija mía, dijo, á mí no se me viene con historias. Estoy muy acostumbrada á estas farsas para dejarme enternecer con lamentaciones. Sería muy conveniente regalarse en un hotel y luego irse sin pagar.

—Pero, protestó Germana desolada yo no quiero irme así, lo que pido es que se me conserve aquí mientras ocurro á mi país para que se me mande con qué continuar el viaje.

—Conozco el procedimiento. El dinero vendrá la semana de los cuatro jueves, y mientras engordara usted aquí á mis costillas. Usted es una perdida con sus aires de mosquita muerta. No mi bien, ó paga en el acto ó llamo á los gendarmes.

—Señora, no haga usted eso, suplicó Germana deshaciéndose en lágrimas, juro á usted que soy una joven honrada.

Esta escena tenía lugar en presencia de un anciano sacerdote, que le prestaba atento oído al mismo tiempo que se desayunaba con un vaso de leche.

—Señora Le Clainche, dijo interviniendo de pronto, no sea usted tan lijera para juzgar á su prójimo. Esta joven no tiene cara de aventurera y parece de buena fe. Veamos, hija mía, añadió paternalmente acercándose á Germana ¿de donde es usted?

Ella dijo que de Auberive, y dió la dirección de señor Ormancey, luego hizo una relación de cómo encontró á la viuda de Quemenec en el Monte de San Miguel y en qué condiciones viajaron juntas.

—Pues bien, añadió el eclesiástico: va usted á escribir á su notario en mi presencia y yo me encargo de poner la carta en el correo...... Y usted, señora Le Clainche admitirá á esta niña durante ocho dias; si es sincera, como lo creo, el dinero no tardará en llegar, y en todo caso yo respondo por el valor del hospedaje.

La posadera que conocía al sacerdote se conformó desde luego y Germana escribió á su notario para explicarle su situación y para suplicarle le enviase sus fondos.

Transcurrieron algunos dias durante los cuales la posadera siempre con sus sospechas, no perdía de vista á Germana que impaciente, ansiosa y viéndose vigilada, permanecía en su cuarto sin aprovecharse casi de la vecindad del santuario milagroso. Sentada cerca de la ventana desde donde se distinguía el campanario, pasaba largas horas rezando al buen Dios para que la sacara de sus apuros.

Al fin llegó el dinero; y calmada la posadera ante el espectáculo de los billetes de banco insistía en que la joven permaneciera unos días más, siquiera los necesarios para hacerle una novena á Santa Ana, pero la reciente aventura había dejado á Germana disgustada contra Bretaña y los bretones y su pensamiento era visitar á Lourdes buscando así una compensación á sus contrariedades.

Dió pues las gracias al sacerdote que tan oportunamente vino en su auxilio, se despidió de la posadera y partió á pié con dirección á Vannes donde pensaba tomar el ferrocarril.

Pasó la noche en una posada de aldea y al día siguiente se dió prisa para dirigirse á la ciudad; y cuando le faltaba para llegar, una media legua, distinguió los campanarios que brillaban con el sol de Julio. Casi llegaba á las primeras casas, cuando vió á la orilla del camino una campesina que estaba acostada, gimiendo y con los vestidos en desorden. Suponiendo que alguna enfermedad la habría atacado, Germana compadecida se aproximó y ¡cuál no sería su sorpresa cuando reconoció á la viuda Quemenec!

Un movimiento de indignación la sacudió de pronto, aumentándose al ver que la ladrona no estaba enferma sino ebria y sintió impulsos de castigarla entregándola á la autoridad; pero al pensar en el ignominioso estado de aquella infeliz se avergonzó de sus impulsos vengativos, y pensó que el cielo le estaba presentando ocasión de mostrarse verdaderamente cristiana perdonando á la que la había ofendido.

Con estos pensamientos sacó de su bolsa un pañuelo, cubrió religiosamente la cara enrojecida de la mendiga y luego siguió su camino.

IV.

Era una mañana alegre y luminosa cuando Germana descendió por primera vez la larga calle inclinada que conduce á la gruta de Lourdes. El cielo de un azul obscuro brillaba por encima de las casas, la brisa de la montaña llegaba

fresca y pura, una especie de regocijo se desprendía de todas las cosas y Germana se regocijaba también en lo íntimo de su corazón porque iba á ver al fin el lugar santo cuyas maravillas había oido tantas veces ponderar y al cual iban peregrinos de todo el mundo, ávidos de llegar á la fuente milagrosa que purifica y de la cual se sale curado de las miserias del cuerpo y del alma.

Durante el viaje, Lourdes le causaba el efecto de una nueva Jerusalen sobre la cual lucieran en su gloria Jesús, la Virgen y los Santos, y soñaba con que oiría, como una música divina, el batir de alas de los ángeles, siendo ella como Pedro y Jacob transportada á la cima de una alta montaña donde vería al Cristo transfigurado, vestido de esplendores y más blanco que la nieve.

Toda se estremecía al pensar en esa niña, en Bernardetta, elegida para ver la primera en las rocas de Lourdes á la Santa Virgen y recibir la revelación del mérito de aquellas aguas, y se remontaba á los primeros tiempos de la devoción en la gruta, á las hostilidades de los gobernantes, á la incredulidad de los impíos que acabó por fin en que millares y millares de peregrinos, vinieran de todas partes del mundo á lavarse en el agua sagrada, mientras los milagros florecían como rosales bajo la mirada virginal de la madre del Salvador.

Ahora este lugar se había convertido en el punto de cita de los fieles; y la que anunció estas maravillas estaba en el fondo de un claustro sin haber vuelto á contemplar la gruta en sus días de esplendor. Germana se enternecía pensando en Bernardetta que, como Moisés, no había podido vislumbrar sino de lejos la tierra de promisión.

Sumida en estas piadosas meditaciones, la jorobada recorria la extensa calle; y cuando sus ojos, absortos por las visiones interiores, se abrieron con curiosidad, sintió una ligera descepción. A los dos lados del camino se alzaban filas de tiendas donde se vendían cirios, estampas y toda suerte de baratijas de iglesia dando al sitio un aspecto de bazar vulgarote é impío.

Por todas partes se veían letreros religiosomercantiles, en que se anunciaban establecimientos de los hermanos, tios y demás parientes de Bernardetta, vendiendo toda suerte de efectos bajo advocaciones sagradas que dejaban á la jorobada llena de asombro; pero su indignación subió de punto cuando al pié de la colina se vió perseguida, molestada, asediada por un ejército de desvergonzadas vendedoras de velas que le proponian su mercancia.

Al fin pudo desprenderse y llegar al fondo del valle. y sintió que palpitaba conmovido su corazón cuando distinguió las rocas grises de la gruta y los edificios de la piscina. Sus ojos deslumbrados contemplaban alternativamente los conventos y la gigantesca basílica cuya blancura resplandecía sobre la verdura del paisaje, pero aun allí su piedad no se satisfizo.

Habría deseado para circundar la gruta de Bernardetta, más humildad, una paz más íntima, una devoción más discreta. Además, á poca distancia de los edificios religiosos acababa de descubrir una extensa rotonda en torno de la cual se leía en gruesos caracteres: *Diorama de la aparición; Panorama de Lourdes*, y la escandalizó esta extraña mezcla, esta promiscuidad de lo sagrado y lo profano.

Pero luego este primer sentimiento de reprobación se disipó cuando llegó al frente de la gruta legendaria y la distinguió toda constelada de cirios, y tapizada de *exvotos*. Se arrodilló emocionada frente á la verja de entrada y reprochándose sus malos pensamientos, rogó á la Virgen que se los perdonara. Poco á poco su alma se pacificó, la alegría brotaba de lo íntimo de su sér y sentía la aproximación de ese éxtasis que la ponía en comunicación con su divino Jesús. Feliz al probar otra vez esas efusiones que tanto la consolaron en la iglesia de Auberive, se sentó en una de las bancas y no quitaba los ojos del interior del santuario, donde el contínuo cintilar de los cirios acabó por fascinarla, de modo que sin darse cuenta de lo que pasaba en torno suyo, se sentía como levantada del suelo por una fuerza misteriosa.

Entre tanto la mañana avanzaba, los alrededores de la gruta, hasta entonces solitarios se hacian más ruidosos y el vaiven de curiosos interrumpió á Germana en su extático recogimiento. Detras de ella, las bancas se llenaron de peregrinos que recitaban plegarias en voz alta; y luego procesionalmente hombres, mujeres y niños desfilaban, penetraban en la gruta, frotaban contra las rocas rosarios y objetos de piedad, ó encendian nuevos cirios.

Siguiendo el ejemplo, la jorobada entró en la gruta y posó sus labios en las paredes húmedas; vió un cepo y dejó una buena limosna, y luego se halló otra vez entre los bancos donde la multitud se revolvía tumultuosa. Extrañando entonces su soledad de la mañana, se refugió en la iglesia; y como había proyectado confesarse y comulgar, buscó un confesionario vacio y se arrodilló cuando el padre maquinalmente se inclinaba contra la rejilla.

Con infantil candor Germana confesó tímidamente las repugnancias que le causó la obsesión de los vendedores y se acusó como de un pecado de la indignación que no pudo reprimir ante el bazar sacro-profano. El padre que sin duda por la afluencia de penitentes despachaba con rapidez, le respondió que no se inquietara con esas puerilidades y viniera diariamente á la gruta á edificarse con el espectáculo de la devoción de los peregrinos. Luego la despidió dándole una presurosa absolución.

Obedeciendo estas prescripciones, al día siguiente despues de comulgar, Germana se puso en camino de la gruta y ese día fué notable la afluencia de devotos. Varias peregrinaciones llegaron del Este y tomaban la dirección de la gruta, entorando cánticos. Polvorosos, fatigados por una noche pasada en el ferrocarril, los peregrinos marchaban con aire abatido; las mujeres llevaban cestos de provisiones y los hombres las vasijas destinadas á recojer el agua santa. Un monje les guiaba y cuando la comitiva se instaló en las bancas, éste con voz nasal los exhortó á presentarse humildemente ante la Virgen. Durante tres cuartos de hora, el rezo del rosario se estuvo escuchando como el zumbido de una gran colmena.

Insensiblemente la exaltación se fué apoderando de algunos y las mujeres se lanzaban á la gruta y caían de rodillas, golpeándose el pecho é implorando á la Virgen con gritos dolorosos.

La atención de Germana se fijó particularmente en una de estas mujeres que se había arrodillado muy cerca de la gruta, en una actitud que

le era conocida. La cabeza echada para atras; los brazos en cruz; el rosario en una de sus manos extendidas, permanecía como en éxtasis. Derrepente un rumor se eleva en torno del edificio de las piscinas: varios aparecieron gritando: «un milagro, un milagro!» y toda la gente se precipitó por ese lado, precedida por la mujer del rosario que repetía con vehemencia «un milagro.»

Germana reconoció á la señora Chapelaude que sin duda la reconoció á su vez porque se ruborizó, volvió la cabeza y se perdió entre el compacto grupo de peregrinos.

Acabadas las devociones, todos se esparcieron bajo los árboles y se pusieron á almorzar, cambiando así la escena bruscamente. Los cestos se desocuparon, y un olor apetitoso se extendió bajo la fronda. Hombres, mujeres y niños, recostados en el suelo colocaban las provisiones sobre periodicos viejos y comían y bebían con regalo.

Una familiaridad animada reemplazó á la seriedad de las oraciones y el espectáculo de estas profanaciones conmovió el corazón de Germana que se alejó de allí escandalizada, sintiendo que un soplo ardiente pasaba sobre su alma y esterilizaba sus piadosas disposiciones de la víspera.

Cansada regresó á la ciudad encontrando otra vez por todas partes á los vendedores de sagradas baratijas; y cuando pasó por la Casa de Correos entró, pues esperaba noticias de Auberive. Encontró, en efecto, una carta de la Buena en que le anunciaba que hastiada ya de correr los caminos ejerciendo su oficio de comadrona había proyectado retirarse al lado de su sobrina en La Margalle; y como no quería dejar sola la casa de Germana, rogaba á ésta que apresurara su viaje.

Como las limosnas dadas con largueza habían devorado la mayor parte de su capital, la prudencia le dió los mismos consejos que la madre Aubriot, y al dia siguiente dijo su adios á Lourdes y tomó el camino de la estación del ferrocarril.

V

Insensible al paisaje luminoso que la rodeaba, Germana decaida y desorientada erraba por la estación esperando el tren que la debía conducir. Desde aquella tarde otoñal en que cerca del arroyuelo de Amorey sus ilusiones y sus ensueños tuvieron tan horroroso fin, nunca se había sentido tan cruelmente deprimida. Semejante á un cierzo implacable, la duda desoladora le disecaba el corazón; se preguntaba si la madre Aubriot no tuvo razón cuando al dejar á Auberive le dijo que era el demonio del orgullo quien inspiró su viaje, pues de él no había sacado más que un decrecimiento de su fe y sus impulsos caritativos no habían producido sino frutos llenos de cenizas.

La paz y la confianza en que vivía antes de su salida de Auberive habían desaparecido como el agua que se va al traves de un vaso poroso. Extranjera entre la multitud que llenaba la estación, sentía la nostalgia de las selvas de su país y otra vez el reclamo de las afecciones carnales le subía á la cabeza; creía haber olvidado al Chino, y de un solo golpe, al soplo de este viento árido que desecaba en ella el amor divino, la imágen tentadadora de Marcial surgia obseséndola.

En su desolación, habría querido gritar como Jesús en el Calvario: «¡Dios mío! ¿por qué me has abandonado?» Su corazón hinchado parecía próximo á estallar; y mientras con los pies en el polvo y la cabeza dolorida iba y venía ansiosamente, parecía una alma en penas entre los grupos de peregrinos que se apresuraban tumultuosos á penetrar en la estación, y contenía difícilmente sus lágrimas.

Para escapar á los brutales empujones de la multitud, se refugió á un puesto donde se veía un revoltijo de rosarios, medallas y libros viejos y sus ojos llorosos contemplando aquello maquinalmente fueron atraídos por el título de uno de los volúmenes arrojados al azar sobre un extremo de la mesa. Se inclinó y leyó: *Florecillas de San Francisco de Asis;* y como conocía ya el nombre del Seráfico Padre fundador de la orden de los Franciscanos, este título le fué llamativo; hojeó rápidamente las amarillentas páginas del volúmen y encontrando en él algunas frases sugestivas, sintió la refrescante sensación de quien aspira un ramo de flores silvestres. Una voz interior le indicaba que debía comprarlo; é informándose del precio obtuvo el libro á cambio de unos cuantos céntimos y se lo llevó precipitadamente porque ya estaba entrando el tren en la estación, y apenas tuvo tiempo para subir á uno de los coches. Ya instalada alli, Germana hizo amplio conocimiento con el volúmen que era una traducción francesa de las *Fioretti;* y desde las primeras paginas quedó encantada por la poesía y el candor, por la fé ingenua y pura del narrador, anónimo.

A medida que proseguía su lectura encontraba entre Francisco Bernardon y ella misma, curiosos rasgos de semejanza. Como ella, el hijo del vendedor de paños había empezado por ocuparse más de las criaturas que del Creador y se habia dejado poseer por las vanidades del mundo; como ella, había amado á los animales y las plantas y como ella en fin, detenido de improviso en medio de las disipaciones profanas por una repentina enfermedad, abrió los ojos, se humilló ante Jesús, se hundió en éxtasis y resolvió vivir entre los pobres y servirlos á fin de aproximarse así á Aquel que fué ante todo el Dios de los humildes y de los desgraciados.

El espíritu de Germana se exaltó con la lectura del pasaje en que Francisco, sobreponiéndose á su repugnancia dió un beso á un leproso; y su corazón llegó al colmo del enternecimiento cuando llegó al episodio en que la bella Clara Saffi en la frescura de sus diez y ocho años, vino á pedir al Santo de Asis que la consagrara al servicio de Cristo. El nombre de Santa Clara recordó á la jóven la capilla en ruinas de la Colina de Allofroy y este fué un motivo más para inclinarla á admirar á la virginal amiga de Francisco de Asis que había querido ofrecerse en holocausto en el altar del divino amor.

Todo el día se absorvió en esta lectura que la entusiasmaba y le parecía que estaba como Santa Clara viviendo al lado del Santo; se transportaba en espíritu á la colina de Asis, bañada de luz, y todos los incidentes milagrosos del apostolado de San Francisco, se sucedían ante sus ojos deslumbrados. Le veia predicando á «sus hermanos los pájaros» en las orillas de Bavagna y oía su voz dulce y elocuente que les decía: "El creador os nutre sin que tengais necesidad de sembrar ni de cosechar; os ha dado el agua de las fuentes para apagar vuestra sed, las montañas y los valles para serviros de refugio y los árboles para hacer vuestros nidos......» Y los pájaros se agrupaban rodeando al servidor de Dios, alargando el cuello y batiendo las alas; y él les daba la bendición y á una señal de su mano todos se alejaban cantando.

Más adelante asistió á la valerosa resolución del Apostol á quien devoraba la fiebre y que ben-

decía á su hermanito el sufrimiento afirmando que el fuego de la enfermedad era mil veces preferible al de las tentaciones de la carne.

Luego venía la aventura del lobo de Gubbis en la Montaña Pedregosa donde el feroz animal atacaba á los hombres y á los ganados. El Santo movido á compasión fué hacia la fiera, hizo sobre ella la señal de la cruz y la apostrofó con voz vibrante: «Ven acá hermano lobo, y en nombre de Cristo no me hagas daño ni lo hagas á persona alguna.» Súbitamente apaciguado el lobo bajó la cabeza y Francisco regresó á la ciudad con el lobo que le seguía como un perro.

Germana admiraba esta comunión del Santo con la naturaleza entera, esta amistad que lo ligaba con los animales y las plantas, y esta misteriosa fascinación que ejercía sobre cuanto le rodeaba. En la cara enflaquecida del Patriarca, las criaturas adivinaban la celeste inspiración, y le obedecían dócilmente.

Las liebres se guarecían bajo los pliegues de su hábito, los toros levantaban la coronada frente y acudían á él, y las bulliciosas golondrinas se callaban para no interrumpir el sacrificio de la misa.

Hasta la noche fué cuando interrumpió la lectura que siguió á la siguiente mañana, sintiendo que con ayuda de las palabras del Santo comprendía mejor los fines de la creación y de la vida, que Dios está en nosotros y no hay necesidad de ir á buscarle afuera.

A la vuelta como á la ida no hizo más en París que atravesarlo para ganar la estación del Este y llegó por la tarde á Langres abrumada de fatiga. Durmió en una posada cercana al camino y al día siguiente partió á pié internándose en la selva.

Cuando llegó á la Mancieme el sol se levantaba entre nubes rosadas por encima de los bosques de Montavoir.

Germana abrió su libro y leyó á través de las lágrimas el adorable cántico del sol.

"El sol es bello y brillante y de gran esplendor: él es, Señor, el símbolo de vuestra grandeza."

"Alabado seais, Señor, por nuestra hermana la luna y por las estrellas. En el cielo vos las habéis hecho claras, bellas y preciosas."

"Alabado seais, Señor, por nuestro hermano el viento y por el éter y las nubes, por el cielo y por todas las estaciones con las que dais á vuestras criaturas la vida y la nutrición."

"Alabado seais, Señor, por nuestro hermano el fuego que nos alumbra en las tinieblas y que es brillante, hermoso, poderoso y fuerte.

"Alabado seais Señor, por nuestra madre la tierra, que nos sostiene y nos mantiene, que nos da los frutos de todas las especies, las flores de todos los matices y la yerba."

"Alabado seais, Señor, por todos aquellos que, por amor á vos se perdonan los unos á los otros, y soportan debilidad y tribulación, y benditos sean todos los que con resignado corazón, pasan por la prueba. Vos sois, Señor Altísimo, quien les daréis una corona."

En tanto que Germana leía, la sonrosada luz de Oriente besaba las páginas del libro, los pajarillos piaban en el arbolado y el camino se aclaraba. Ya se distinguían los blancos muros de la capilla en ruinas, perfilándose sobre la cresta de la colina de Allofroy, y un poco más lejos, el campanario de Auberive alzándose sobre un macizo de árboles. La tierna música de la campana llamando á misa, arrojaba en el aire matinal la alegría de sus notas familiares que por tanto tiempo habian sido dejadas de oir.

La jorobada apresuró el paso, cruzó la ruta que atraviesa los pantanos, y vió por fin, palpitándole violentamente el corazón, alzarse su casita en el lindero del bosque.

La madre Aubriot sentada á la sombra en los escalones de la cocina, estaba con la costura entre las manos, cuando percibió á Germana que empujaba la puerta del patio; y levantando los brazos al cielo se lanzó al encuentro de la viajera.

—Al fin, gritó abrazándola, al fin ya estás aquí pobre hija mía.

Lloraron juntas un rato y luego la Buena llevó á Germana á la cocina, la hizo sentarse y la contempló con solicitud maternal.

Los viajes no te han engordado, pues tienes una figurita desmejorada.

—Te aseguro, contestó Germana, que nunca he estado mejor de salud.

—Bueno, bueno.... Felizmente ya volviste y supongo que han concluido tus viajes.

—Sí, ya no viajaré más, pues he aprendido que uno puede servir á Dios y hacer el bien en su casa mejor que en ninguna otra parte.

—Amén! respondió brebemente la Buena.... Pero hablemos de otra cosa. Debes estarte muriendo de hambre y voy á prepararte que comer.

Pronto y hábilmente confeccionó una tortilla de huevos una taza de caldo y un poco de jamón, y colocando á Germana frente á un mantel muy blanco procedieron ambas á su almuerzo frugal. Cuando terminaron, la Buena dijo con tono compasivo:

—Hija mia, me duele el corazón porque voy á dejarte muy pronto, pero no esperaba más que tu vuelta para irme á La Margelle, donde ya mi sobrina me está esperando; pero como no puedes pasarte sin alguien que te ayude y acompañe ya he buscado á una mujer que te conviene.

Gracias Buena, replicó dulcemente la jorobada, es inútil...... Me serviré á mí misma y el buen Dios me acompañará.

—Malo! Exclamó la madre Aubriot ¿Pretendes vivir sola, en una casa casi aislada?

—Por qué no? No les tengo miedo á los ladrones y estoy bastante grande para poder pasarme sin sirvientes. Por otra parte, mis medios no me permiten ya ese lujo.

—¿Es posible, Dios mío, que hayas gastado ya todo el dinero de la Cude?

—Casi. No me resta á lo que creo arriba de un millar de francos, pero esto basta para mis nececidades.

—Pero desgraciada niña, si en algunos meses has sembrado por el camino casi todo tu patrimonio ¿crees que tus últimos mil francos van á durar eternidades? ¿Y qué harás cuando no tengas ni un céntimo, puesto que es necesario alojarse, comer y vestir?

—¿No tengo, agregó Germana tranquilamente, una casa para abrigarme? Las legumbres y las frutas de mi jardín bastarán para nutrirme, y encontraré aquí, en los cofres de mi difunta madre con que vestir decentemente...... En cuanto á lo demás Dios proveerá.

La Buena, espantada, juntaba las manos y sacudía la cabeza, pensando en que los Boucheseiche, después de todo, podían tener razón, pues este absoluto desprecio del dinero indicaba en la jorobaba un principio de locura y la contemplaba con una estupefacción llena de piedad.

Germana pálida, ostentando en el rostro una quieta luz de serenidad, sonreía indulgentemente á las recriminaciones y á los temores de la madre Aubriot y sus ojos puros se fijaban con expresión de confianza en los árboles de su jardín.

Este tranquilo desprendimiento de las cosas, esta despreocupación por el porvenir, parecían á la Buena incomprensibles é inquietantes y en consecuencia, cuando al dia siguiente se despidió de Germana para subir á la carriola que debía transladarla á la Margelle, fué presa de un nuevo acceso de sensibilidad. Estrechó fuertemente á la jorobada contra su pecho y besándola y llórando murmuraba:

—No me voy tranquila, hijita mía; no me voy tranquila...... En fin, si te sucede algo, acuérdate de que allá abajo está tu vieja y que con ella tendrás en todo tiempo un cuarto en que puedas refugiarte y en donde se te recibirá con los brazos abiertos.

Pero Germana no temía nada y permaneció sin turbarse pues no la inquietaba el porvenir, ya que su pobreza futura la aproximaría al gran Santo de Asis que tenía la resolución de tomar por modelo. Y aceptaba alegremente la miseria y tenía el corazón penetrado de las frases evangélicas:

«No os inquietéis diciendo: ¿qué comeremos, que beberemos, cómo nos vestiremos? Buscad primeramente el reino de Dios y todo lo demás se os dará como aumento.»

Ese reino de Dios prometido á los humildes lo buscaba ella, no al través de las ciudades bulliciosas ni en el interior de los oratorios pomposos sino en si misma, en su propio corazón santificado por la práctica de las virtudes teologales. Y pensaba en que sin capital alguno, San Francisco había podido edificar conventos, recojer abundantes limosnas y derramarlas entre los necesitados como una bendición del cielo y estaba resuelta á imitarlo en la medida de sus fuerzas.

De pronto resolvió no tocar el dinero que le quedaba, sino para aliviar á los pobres y asistir á los enfermos; y en cuanto á su propia subsistencia resolvió procurársela con el sudor de su frente: los pobres del país hallaban en el bosque, en toda estación con que ganar la vida. En invierno, los árboles les daban ramas caídas, en primavera y en estío fresas, frambuesas y otras frutas silvestres, en otoño, setas y trufas que iban á vender al mercado próximo y ella no se avergonzaría de hacer lo que los demás pobres de la comarca.

Las ganancias de este tráfico serían cortas, algunos céntimos apenas, pero lé asegurarían el pan de cada día y como estaba sola, con poco podía contentarse: huevos de su gallinero y legumbres que cultivaría ella misma bastarían y aún sobrarían para el caso.

Las discípulas de la Porciúncula Santa Clara y sus Pobres Señoras del Monasterio de San Damián no tenían más.

Desde los primeros dias se trazó una regla como si viviera en un convento: se levantaba á las seis y se dirigía á misa á la iglesia de Auberive luego á la selva donde según la estación encontraba siempre algo que recojer, y al medio día regresaba, comía una rebanada de pan y algunas papas cocidas y consagraba la tarde á trabajar en su jardín, trabajo entrecortado por plegarias y meditaciones.

(Continuará.)

PAGINAS DE LA MODA

Modelos parisienses para verano

LA MUJER.

(Continúa)

Si el abuso que el hombre hace del más grandioso y preciado don que el Criador le concedió, es la causa de sus males, ¿Por qué inculpar á la Mujer?

¡Ah! lo hemos dicho ya, porque es más débil que él, y ella tiene que doblegarse ante la ley del más fuerte.

«Su vida suele ser, y su regalo»

Ahí está el mal precisamente.

El hombre sin atender más que á la materia, no ve en la mujer sino un medio para saciar sus brutales pasiones.

Jamás reflexiona que Dios le dió en ella tan solo una compañera, pero jamás una esclava.

¡Qué lástima es que después de confesar el susodicho poeta que ella nos da su sangre y que ella nos cría, la acuse de ser ingrata!

José de Espronceda la mide con el mismo cartabón; pero ya lo hemos dicho: los males causados por un abuso no son sino originados por quien los comete.

Porque el hombre se haga acreedor á un castigo, ¿debemos decir que Dios es injusto por haberlo criado?

De ninguna manera.

Así, es lo que pasa con la Mujer, tanto abusa el hombre de su bondad, de su debilidad, de su gracia, de su belleza, en fin, de sus cualidades físicas y morales, que después se queja de ella.

¡Insensatos!

No han faltado pueblos que han considerado á la Mujer como una esclava, y como tal la han tratado.

Y lo que menos se comprende todavía, es que esto sucede entre aquellos que por su índole y por su carácter esencialmente poético, debían levantarle á ella un altar para admirarla.

Debían venerarla.

Tales son los pueblos orientales, en donde el sentimiento y la poesía residen por excelencia

Y sin embargo, ahí es donde se trafica con la Mujer, y en donde se hace de ella el más monstruoso y horrendo comercio.

TRAJE DE CACHEMIRA

Ahí es donde se la priva de su libertad y su belleza.

Y si algunas consideraciones bien mezquinas por cierto, se le guardan, es solo cuando se sirven de ella para el placer, para la voluptuosidad y la lujuria.

Inclinen estos pueblos la cerviz y llénense de vergüenza ante la caballerosidad y galantería española, que siempre ha protegido á la más débil de las criaturas.

No hay duda que el cristianismo ha restablecido á la Mujer sus derechos y sus libertades.

Verdad es esta muy repetida y muy antigua; más no por esto dejaremos de sentarla aquí, tanto más cuanto que esta obra está escrita con el objeto de decir las verdades, sean viejas ó nuevas, inéditas ó conocidas tristes ó alegres, oscuras ó claras.

Aun no hace mucho tiempo que se negaba á la mujer el derecho de pensar.

Se le negaba la inteligencia.

Y esto no obstante el *mentís* que los hechos daban y dan á ta es absurdos.

Cuando la Mujer quiere, no le falta energía para defender los derechos ultrajados de una sociedad.

Judith en Betelia, y Juana d' Arc frente á los muros de Orleans, de quienes hemos hecho ya mención.

Matilde de Plantagenet.

Juana de Toledo defendiendo el paso de Montemayor contra los portugueses; Carlota Corday.

Y otras mil y mil, son testigas de lo que hemos dicho.

Cuando la Mujer quiere, también cultiva con éxito las bellas letras y las artes

Margarita de Valois.
Santa Teresa de Jesús.
Isabel de Farnesio.
Sor Juana Inés de la Cruz.
Margarita de Newcastle.
Eloisa.

Y en nuestros tiempos, Gertrudis de Avellaneda, Mad. Dudevant, Mad, Cottin, E. Serrano de Wilson y Guillermina Rojas, son un ejemplo palpable de que la inteligencia en la Mujer es un hecho real y positivo.

Los griegos, que en medio de su pasión por lo bello oprimían á la Mujer, ¿de quién sino de ella formaron sus mitos?

Sus nueve musas, ¿qué fueron sino Mujeres?

Y de una Mujer, de MINERVA hicieron la Diosa de la Sabiduría.

A ella dieron todos los atributos de esta rara cualidad que llegan á adquirir los mortales.

¿Por qué, pues, se ha gritado tanto contra la inteligencia de la Mujer?

Y algunos han llegado aún á negarle todo sentimiento.

¡Cuán necios!

Si alguna de las criaturas tiene corazón, es la Mujer.

Ella está por lo mismo dotada de una ternura y delicadeza sin iguales.

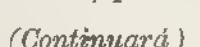
Cuando siente, solo Dios comprende la fuerza de su sentimiento.

Porque como ya lo hemos dicho antes, la Mujer se identifica con Dios.

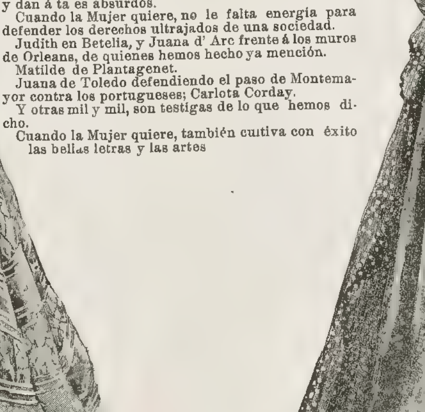
Y Dios en compensación de la debilidad que le dió, la dotó con esa gracia propia de ella, que es toda su fuerza

Si al hombre lo ha formado con un corazón más duro, y por consiguiente menos sensible, á la Mujer le ha dado las lágrimas, como una arma contra esa dureza é insensibilidad del hombre.

La inteligencia de éste es más energica que la de la Mujer, más reflexiva, más profunda, por decirlo así.



(Continuará)



ESPALDA DEL SEGUNDO DE LOS MODELOS PARISIENSES PARA VERANO

ESPALDA DEL PRIMERO DE LOS MODELOS PARISIENSES PARA VERANO

Nuestros grabados

MODELOS PARISIENSES PARA VERANO

Los trajes que se hacen hoy para verano, especialmente para estancia en quintas y villas, son extremadamente distinguidos, no solo en el color sino tambien en el estilo. El primero de los que hoy mostramos á nuestros lectores es de muselina azul obscuro figurada de blanco. La falda está cortada en punta hacia el frente y en la espalda concluye en dos largos apéndices avolantados de efecto primoroso. Los lados y la espalda son de gaza bordada con gusanillo en lasos caprichosos. La gaza es acordonada y sin figuras.

El principal adorno de este traje es un collar gracioso que se extiende sobre los hombros, azul tambien y tambien bordado. Hay tambien un obscuro entredos bordado que da el efecto de un Yoke.

El otro traje está hecho de malva siciliana. La falda, amplísima tiene cinco aplicaciones bordadas cuyo dibujo se repite en el jacquet cerrado sobre un peto plomo con alamares dejando ver una zona de este último, adornada con cinta de seda. Sencillo cinturón de raso negro. Manga ajustada de bordado remate inferior.

Damos la espalda de cada uno de estos dos modelos.

TRAJE DE CACHEMIRA

Es de cachemira verde. La falda está bordada con bandas de guipure puestas sobre satín violeta, y estas bandas son de dimensiones graduadas.

El cuerpo se cierra á la izquierda con elegante ala triangular abrochada con dos botones fantasía y ribeteada de la propia cinta drapeada, que adorna la falda. Solapas triangulares drapeadas sobre terciopelo violeta obscuro, dejando ver un peto acordeón de muselina de seda.

Mangas angostas y completamente lisas.

Cinturón de cuero con hebilla de plata.

SOMBRERO BRANDES

Sombrero directorio en paja de Italia azul turquesa, de falda levantada al frente, ligeramente simbreada y rodeada de nudos de terciopelo negro, los cuales proporcionan las bridas que vienen á atarse coquetamente á la derecha, bajo la barba. De lo alto de la falda se escapa una soberia amazona azul turquesa. A la izquierda, bajo la falda y un hermoso lazo fijado con un broche.

SOMBRILLAS, ÚLTIMA NOVEDAD

Damos un hermoso grupo de sombrillas, última novedad, muy en boga este verano y que nuestras lindas lectoras encontrarán fácilmente en los almacenes.

ELEGANTE SOMBRERO

Es un hermoso sombrero *conotier*, de paja de Suecia. Drapería de tafetán escocés, fondo ligeramente obscuro con rayas blancas recortadas de hilillos negros. Delante dos fruncidos: el alto de satín maiz, el inferior de cinta de satin mordoreado, del cual se escapan dos alas de angel blancas, falda levantada detrás por un chifoneado del mismo tafetán.

TRAJES DE PASEO PARA EL VERANO

Figuras 1, 2 y 3

1 *Toilette de estío* Falda de piel de seda verde almendra, ornada de entredos de guipure y de un alto volante cortado en forma. Cuello de tafetán cambiadizo, verde y negro, guarnecido de pequeños galones de seda negros, y de plissés de muselina de seda negra. Sombrero de paja blanca, guarnecido de muselina de seda blanca y de plumas negras

Guantes de cabra gris perla.

SOMBBERO BRANDES

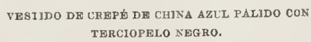
SOMBRERO ELEGANTE

Materiales principales: piel de seda, 9 metros, tafetan, 2 metros.

Otra toilette de estío.—Falda de velo gris plata toda unida. Pequeño accesorio de satin negro recubierto de un tejido de perlas de acero con pajitas! Unos plisses de tafetán negro ornan el delantero y dos plissés igualmente de tafetán negro, guarnecen todo el rededor Guantes de Suecia claros. Sombrero de paja de seda malva guarnecido de tul sombreado, malva, y de rosas blancas. Materiales: Satin negro, 1 metro; tafetán, cuatro metros.

Toilette de paseo.—Falda de paño de estío, rosa viejo, bordado de negro y rosa, cuello de seda rosa viejo bordado de negro y acero, ornado de tres volantes de muselina de seda rosa viejo, á rayas satinadas negras. Collarete acc nchado, de tafetán cambiante, negro y rosa. Sombrero de paja rosa viejo, ornado de plumas y de muselina de seda negra. Guantes de cabritilla color de trigo. Materiales: paño 3m 50, seda rosa viejo 1 metro; muselina de seda 12 metros.

— —



VESTIDO DE CREPÉ DE CHINA AZUL PALIDO CON TERCIOPELO NEGRO.

Los vestidos de crepé de china están otra vez en boga y el material es tan ligero que no hay nada más apropósito para la estación.

El modelo que damos tiene una preciosa falda sin más adorno que tres dibujos bordados al frente y á los lados y remate de dos grandes volantes. Jubón de tres acuchillados con el mismo dibujo de la falda y ribete de terciopelo negro que liga los tableros. Peto de muselina de seda acordeón Mang"s ajustadas con volante de blonda y tres ti ·as de terciopelo sobre la muñeca. Cuello de crepé del mismo color que el vestido, adornado también con dos banditas de terciopelo.

———

JACQUET DE PAÑO AZUL Y FALDA AMARILLA

Este traje no tiene más fantasía que la del jacquet cuyas cuatro solapas rectangulares formadas de satin y orladas de cadeneta de seda. Una graciosa corbata de blonda punteada cubre todo el pecho. Cuello alto y rígido. Mangas angostas excesivamente sencillas.

VESTIDO DE CREPÉ DE CHINA AZUL PÁLIDO

———

En literatura, en arte, en política,—lo mismo que en la calle,— seguimos á alguien y alguien sigue nuestros pasos.—DELAFOREST

VESTIDOS DE PASEO PARA VERANO.—FIGURAS 1, 2 Y 3

JACQUET DE PAÑO AZUL Y FALDA AMARILLA

EL MUNDO.

TOMO I. MEXICO, JUNIO 19 DE 1898. NUMERO 25.

La guerra Hispano-Americana.—En la batería—Episodio de combate.

LA SEMANA

SUMARIO.—Las inundaciones.—Por carta de más y por carta de menos.—Banquete y ayuno.—El drama sensacional.—Dos mártires.—¡Que no sea verdad!—El fusilado y La Chumina.—El crimen y la disciplina militar.

Los cielos se han desplomado dias pasados sobre las serranías pintorescas que rodean el Valle, con gran lujo de rayos, truenos y granizo; las aguas se precipitan impulsadas y encrespadas sobre Xola, Mixcoac, la Piedad y San Pedro de los Pinos, arrasando sembrados, derribando casas, acarreando viguetas, durmientes y puntales de los ferrocarriles, y amenazándonos con nuevos desastres parecidos á los que hace años asolaron la industrial y riquísima León. A la vez, en las faldas de la Malintzin, cerca de Puebla, una gran tromba vertió sus líquidas cataratas y barrió, ó por mejor decir, lavó, poblachos, haciendas y rancherías, causando tan graves daños materiales y produciendo tanta miseria, que ha sido necesario enviar maíz á una hacienda, lo que á tanto equivale como enviar pulque á Apam, para que no pereciera de hambre la peonada.

Estos lamentables sucesos nos ponen en la triste necesidad de llamar á cuentas á la Madre Naturaleza, de formularla una idterpelación y de acusarla de manirota, destorlongada y mala administradora de nuestros intereses y tal vez también de los suyos. Primero cinco ó seis años de sequía: las cañas tostadas y torcidas por un sol inclemente; las espigas calcinadas; los pozos, presas y aguajes, secos y polvorosos, el ganado macilento, enfermo y moribundo; el hambre imperando en todo el territorio seguida de su siniestro cortejo de epidemias é infecciones. Cinco años de sequía acumulan una deuda de agua considerable y la Madre Naturaleza parece dispuesta á pagarnos de un solo golpe en el presente año el capital y los réditos. Este sistema de privaciones seguidas de hartazgos, parece revelar la malévola intención de matar por el banquete á los que sobrevivieron al ayuno, es conducta de jugador que despilfarra cuando gana y y empeña lo comprado cuando pierde y justifica el título de madrastra que sabemos aplicar á la madre común. ¿Querían agua? Pues tengan agua; hasta la saciedad, hasta la inundación, hasta la asfixia por inmersión. Y cuando ya estamos hartos y satisfechos ¿No quieren agua? Pues sequía, hasta el apergaminamiento y la momificación; y así la vamos pasando, unas veces sofocados y otras empapados, pasando sin transición del arenal á la laguna, y tan arruinados y hambrientos por el exceso de lluvias como por la total carencia de ellas.

***

Si aplaudimos á dos manos que los dramas sensacionales de hace dias resultaran sainetes y que no hubiera tal huérfana torturada ni tal joven ultrajada, con cuanto placer no celebraremos el que el nuevo y espeluznante de las jóvenes Laguna resulte del género chico y no como amenaza, del género grande.

Y no puede ser de otro modo; ya hemos lamentado que en plena civilización, en el seno de sociedades cultas y bien constituidas, frente á una justicia recta y una policía activa y vigilante, se pueda aún martirizar al niño, ultrajar á la doncella, tiranizar á la huérfana, despojar al pupilo, estafar al menor. Pero los hechos toman proporciones monstruosas cuando los delincuentes pertenecen á esas categorías sociales superiores encargadas de velar por la moral, de predicar la virtud, de combatir el vicio y de anatematizar el crimen. El abogado á quien se confian los intereses y la honra; el médico en cuyas manos se pone la vida; el magistrado, intérprete del derecho y oráculo de la justicia; el sacerdote, apóstol del bien, foco de caridad, consuelo de afligidos y amparo de débiles, tienen tremendas obligaciones y enormes responsabilidades morales. Deber ser modelos de virtud, ejemplos de conducta, sanos de corazón y sanos de espíritu, inaccesibles á las sugestiones del vicio, á las tentaciones del crimen, probos, abnegados, solícitos, esclavos del deber, orientados al bien, varones fuertes y hombres buenos. De ellos han de emanar el ejemplo y el consejo, en sus procederes debe inspirarse la masa del pueblo para morigerarse y ennoblecerse, de ellos han de irradiar como de ardiente y luminoso foco, la caridad, el amor al prójimo, el respeto al derecho ageno, el culto á la justicia; y cuando delinquen, cuando se olvidan de sí mismos, cuando se dejan seducir y arrastrar al mal, su delito es doble, y doble debe ser su castigo: han delinquido como hombres y como depositarios de la moral social y de la virtud pública y privada.

Sin prejuzgar la cuestión y hablando sin atingencia directa al caso de las jóvenes Laguna, tenemos que afirmar que no hay á nuestro juicio delitos más graves que los delitos en que incurre el sacerdote. La fe se mantiene, se propaga é impera no por las disertaciones de los teólogas, no por las disquisiciones de los filósofos, no por la asidua propaganda del misionero y del predicador, sino por la virtud indiscutible, la corrección intachable y la abnegación nunca desmentida del alto y del bajo clero. En las almas sencillas, en el espíritu de las masas populares, la religión no es dogma árido, ni misterio incomprensible, ni razonamiento metafísico; en ellas, la religión es sed de consuelo, es necesidad de esperanza, es anhelo de protección y amparo. El hombre, en sus miserias y dolores, busca guía en su camino, apoyo en su peregrinación, oasis en que descansar de sus fatigas, hombres caritativos que lo socorran, espíritus sensatos que lo aconsejen, corazones leales que lo amen. En los pueblos latinos, especialmente, la religión popular tiene una encarnación y una fórmula viva, animada, palpitante: el sacerdote; á él recurre el creyente en sus aflicciones, en sus sugestiones busca inspiración, bajo su manto protector se acoje en sus desgracias. Cuando el sacerdote delinque, cuando de pastor se convierte en lobo, hiere de muerte la fe popular; el pueblo no acierta, en su ignorancia, á discernir que bajo el sacerdote hay un hombre frágil y falible como los demás y susceptible de error y de extravío y su fe se resiente de las faltas, de las flaquezas, de las debilidades de los encargados de propagarla y de mantenerla. Un clero corrompido mina una religión, y un sacerdote delincuente atenta, á la vez, contra la moral, contra la sociedad y contra la religión, y se hace reo de un triple delito como hombre, como funcionario y como apóstol.

Así lo ha comprendido el clero de todos los pueblos civilizados y cada día la conducta del sacerdote es más recta y su virtud más sólida. Y si el escepticismo no ha hecho mayores progresos y si la religión se mantiene é impera, si aun sostiene heroica lucha contra el espíritu investigador moderno, y si aun resiste á la propaganda antirelígiosa que viene en parte de la evolución natural del espíritu y en parte de la propaganda activa de nuevos principios y de nuevas doctrinas, atribúyase á que el clero cada día más virtuoso, á que se ha elevado, cuanto la fragilidad humana lo permite, á la altura de su misión, á que ya no se entrega á los lamentables extravíos que vieran otros pueblos otros y tiempos. En el amenazante naufragio de la fé, la virtud es una tabla de salvación.

Por honra del clero nacional, por prestigio de una corporación que, si no predica la verdad, puede consagrarse al bien, deseamos y esperamos que se disipen las sospechas y se desvanezcan los cargos que actualmente pesan sobre un sacerdote y que el drama de las Sritas. Laguna, que se entreve tremendo se desvanezca en charla y humo. Pero si hay un culpable y si este es sacerdote, la justicia debe hacer su deber, no sólo por bien público, sino también por el de la corporación á que pertenece el acusado.

***

Francisco Escobedo, el soldado asesino de su compañero de armas Jesús Quevedo y heridor por accidente, de una mujer en cinta, Dolores Miranda, que debió haber sido fusilado en la semana, ha visto suspendida su ejecución por haber pedido amparo.

Su crimen es odioso, premeditado, alevoso y traidor según la sentencia, y militarmente considerado no tiene atenuantes por haber sido cometido en formación y frente á la bandera.

Escobedo tiene, por lo menos, algunos días de vida y puede consagrarlos al amor de su perrita *La Chumina*, único sér que le queda que amar.

Cuando un criminal se encuentra como Escobedo, entre la vida y la muerte, se entabla una lucha interior, en cada hombre, entre la razón y el sentimiento. Este encuentra repugnante la pena de muerte, odioso el sacrificio, que juzga estéril, de una vida más; se subleva á la idea de que el hombre *usurpe* derechos de la Naturaleza y sacrifique á un ser en plena vida, en perfecta salud, en completo vigor. Tal parece que el hombre debe morir tan sólo fulminado por la apoplegía, asfixiado por la congestión, envenenado por la secreción del microbio, consumido por la tisis, y que á la cabecera de un moribundo no debe haber nadie á quien hacer responsable de su muerte. Cuando la voluntad y la deliberación se encargan de sacrificar á un hombre, se siente una repugnancia irremediable, un desconsuelo invencible, una tristeza profunda; la vida es tan valiosa que se pretende que la muerte haya de venir tan sólo de lo alto, de lo obscuro y de lo desconocido.

Pero en casos como el de Escobedo, la razón debe imponerse y hacer aceptar la siniestra ejecución que le aguarda. También el soldado tiene alta misión y altísimos deberes; la disciplina es imprescindible regla de su vida, el respeto á la gerarquía su dogma, la obediencia su regla; tolerar infracciones, disculpar faltas, atenuar delitos es disolver el ejército, es sembrar la anarquía, es comprometer el orden y la tranquilidad públicas, es provocar el pánico en la sociedad. Si dormimos tranquilos, si paseamos descuidados, si nos entregamos á nuestras ocupaciones y placeres con perfecta tranquilidad de espíritu, es porque hay una fuerza pública que vela por nuestras vidas y nuestra hacienda; el arma que la nación ha puesto en manos del soldado ha de servir para hacer respetar y no para violar el derecho; para intimidar criminales y no para cometer delitos, para inspirar confianza y no para sembrar la alarma; y el soldado que viola estos preceptos, que durante una ceremonia militar en presencia de sus jefes y ante su bandera, hiere ó mata á su compañero de armas, debe ser ruda, severa, inexorablemente castigado. Rosas Landa, Calápiz, tantos otros llenos de porvenir, sucumbieron así, arteramente, á traición, asesinados por sus mismos soldados y es fuerza que estos casos no se repitan, que el soldado respete las vidas que está llamado á conservar y que no esgrima sus armas sino contra los trastornadores del orden y contra los enemigos de la Patria.

Ignoramos si prosperará ó no el amparo interpuesto por los defensores del reo y si acabará ó no por expiar en el patíbulo el crimen que cometió; si la justicia encuentra coyuntura legal para salvar su vida, que la salve en buena hora; que es peor castigar al inocente ó extremar el rigor fuera de la ley, que dejar impune al criminal. Pero si, como es de preveerse, fuese confirmado el fallo inexorable que lo condenó, no queda á Escobedo ni á nadie más que inclinar la cabeza ante la augusta magestad de la Justicia.

López I.

Política General.

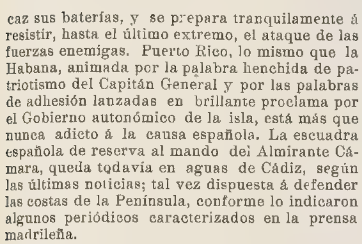
RESUMEN.—La guerra hispamo-americana.—Estado actual.—Calma al presente y actividad en lo porvenir.—Las expediciones á Cuba y Filipinas.—Nuncios de grandes acontecimientos.—La opinión en Europa.—Otros rumores.—La intervención de Alemania.—Los intereses europeos y los intereses americanos.—La fuerza y el derecho.—Los fuertes y los débiles.—No hay concierto.—Nueva política americana.—La anexión de Hawai.—Los antiguos y los modernos americanos.—Expansiones coloniales.—Necesidades y ambiciones.—Conclusión.

Aunque se han registrado algunos episodios en la marcha de la guerra hispano-americana, no han tenido bastante importancia para cambiar el aspecto general del conflicto. El desembarco de un puñado de marinos de la escuadra de Sampson en la bahía de Guantánamo, y los rudos y tenaces combates que han tenido que librar contra las guerrillas españolas, para sostener sus posiciones, no significan nada en el desenvolvimiento del gran drama. Cervera continúa con su escuadra en el puerto de Santiago de Cuba; las flotas unidas de Sampson y de Schley siguen frente á la entrada de la bahía, dispuestas á impedir la salida de los españoles, y á proteger el próximo desembarco de la expedición americana. Entre tanto, la Habana ha aumentado notablemente sus fortificaciones, ha reforzado de una manera efi-

CONTRA-ALMIRANTE CAMARA,
Comandante de la flota española de reserva.

GENERAL AUGUSTI
Capitán general de las Filipinas.

DON RAMÓN DE AUÑON,
Ministro de Marina del Gabinete español.



caz sus baterías, y se prepara tranquilamente á resistir, hasta el último extremo, el ataque de las fuerzas enemigas. Puerto Rico, lo mismo que la Habana, animada por la palabra henchida de patriotismo del Capitán General y por las palabras de adhesión lanzadas en brillante proclama por el Gobierno autonómico de la isla, está más que nunca adicto á la causa española. La escuadra española de reserva al mando del Almirante Cámara, queda todavía en aguas de Cádiz, según las últimas noticias; tal vez dispuesta á defender las costas de la Península, conforme lo indicaron algunos periódicos caracterizados en la prensa madrileña.

Mientras la numerosa y fuerte expedición que ha salido de Cayo Hueso al mando del General Shafter, escoltada por numerosos buques de guerra, no llegue á las aguas cubanas, no se podrá sin embargo, decir que entra la campaña en un periodo de actividad. Cuando ese desembarco se afectúe y las huestes americanas se dirijan sobre Santiago de Cuba, solas ó auxiliadas por los insurrectos, que al mando de Calixto García y de Rabí se han congregado en derredor de plaza. entonces podrá decirse que la guerra entra en su periodo formal, casi suspendido desde que el Comodoro Dewey destruyó la escuadra española de Filipinas frente á las fortificaciones de Cavite.

Y mientras la primera expedición americana en auxilio de Dewey no llegue á su destino, habrá en aquellas remotas regiones una relativa calma, solo interrumpida por los movimientos de Aguinaldo y sus fuerzas rebeldes que se adelantan asoladoras, indomables, casi sin reconocer freno ni ley, frente á los muros de Manila.

* * *

Pero si las operaciones de la guerra siguen su curso regular conforme á las necesidades de la campaña y según los planes discutidos y aprobados en las juntas superiores de guerra y de marina, instaladas en Washington; si los movimientos ofensivos contra las costas antillanas, en donde se concentran los elementos principales con que cuenta la causa española, y á donde se dirigen de preferencia los movimientos del ejército y la marina americana, van progresando lentamente en su desarrollo regular; los recelos y zozobras en los gabinetes europeos, se hacen cada vez más manifiestos, y se habla nuevamente de intervenciones amistosas unas veces y de reclamaciones hostiles en otras.

Después de las declaraciones de Lord Salisbury que tanto alarmaron al gobierno español, y estremecieron al pueblo de la Península por sus alusiones embozadas á las naciones debilitadas y moribundas, presa fatal de las grandes potencias; despues del discurso de Mr. Chamberlain, abogando con toda franqueza por la alianza anglo-americana que haga salir á la vieja Inglaterra de su espléndido aislamiento, después de los rumores persistentes sobre negociaciones de paz iniciadas por el gabinete de Madrid de modo secreto, ó nacidas expontáneamente en alguna oculta cancillería, toda la semana ha corrido persistente la noticia, con más ó menos fundamento, de una actitud hostil y manifiestamente antiamericana por parte del gobierno de Alemania.

* * *

Provocada por la cruzada que ha emprendido la prensa del Imperio en favor de España, engendrada por los que se sienten heridos en sus intereses desde que estalló la guerra; nacida en el cerebro del Emperador, siempre dispuesto á nuevas aventuras y ufano con sus recientes triunfos en la bahía de Kiao-Chao, la idea ha corrido por toda la prensa, ha tomado diferentes formas, se ha presentado bajo diversas fases, siempre llegando á esta conclusión: el imperio de los Césares germánicos se ha de oponer á que los Estados Unidos tomen posesión de las Islas Filipinas. Se habla de buques de guerra enviados á Manila, y se indica al príncipe Enrique de Prusia, con su escuadra triunfadora, como al encargado de hacer una manifestación naval en las aguas filipinas, después de haber ido á plantar con gloria meramente diplomática el pabellón imperial en territorio chino.

Nada tendría de extraño semejante intervención, si Alemania pudiera contar en su empresa con el apoyo de las demás potencias. Pero muy claro se ha visto hasta ahora, desde que se inició el conflicto hispano-americano, que ninguna quiere obrar por cuenta propia.

Convencidas están de que á pesar de todos los pactos internacionales, á pesar de todas las leyes que se han dado en conferencias y congresos de la paz, por encima de todos los platonismos y de todos los arranques poéticos de los publicistas teóricos, se oye la voz solemne de Bismarck, hablando por la boca de los cañones que fulminaron en Sadowa y en Sedán, proclamando el apotegma de las relaciones modernas entre las gentes y naciones: *la force prime le droit.*

Y mientras ese terrible lema brille con caracteres de fuego en las banderas de los poderosos de la tierra, mientras exista el predominio del que tiene la fuerza y la riqueza, y se cuente en cada pueblo el número de soldados, de barcos, de fusiles y cañones de que cada uno dispone; mientras en la balanza de la justicia internacional pese más la fuerza que el derecho: cautos andarán los gobiernos antes de lanzarse á aventuras internacionales, que puedan provocar la temida conflagración universal.

No hace mucho que el único objetivo de soberanos y gabinetes era el equilibrio, un equilibrio trabajoso é instable: hoy todos los conatos, todos los anhelos se dirijen á mantener la paz. Con culpable frialdad y muda indiferencia, vieron que los ejércitos turcos arrollaban á Grecia infeliz; con muda indiferencia también han visto hasta ahora desarrollarse la tragedia hispano-americana.

Por eso es que, si antes no creíamos en negociaciones de paz prematuras, porque las considerábamos contrarias á los propósitos del gobierno español y á las tendencias del pueblo, tampoco juzgamos probable la intervención aislada de Alemania, aunque se hable por lo bajo de aceptación por parte de España.

Rompiendo con la tradición republicana, apartándose de las enseñanzas admirables que dejara á su pueblo Jorge Washington, padre de la patria y creador de las libertades americanas, la Cámara de representantes acaba de aprobar, después de reñido debate, un decreto en que se admite la anexión de las islas Hawai á la república de Jeferson y Lincoln. No es difícil que después de aprobado ese decreto en la Cámara baja, pase con toda rapidez, se discuta con festinación en la Cámara federal, y contando como cuenta con el apoyo directo del Poder Ejecutivo, se inicie en la Unión americana una nueva política que abre nuevos campos de actividad, nuevos horizontes de conquista, nuevos elementos de expansión al pueblo y al gobierno de los Estados Unidos.

Las primeras adquisiciones de principios del siglo que hicieron los trece Estados primitivos, que proclamaron su independencia de la dominación inglesa el 4 de Julio de 1776, explicábanse perfectamente por ingentes necesidades, viendo incrustadas entre sus territorios colonias extranjeras pertenecientes é diversas potencias. La adquisición de las islas Hawai en la actualidad no se explica por las mismas exigencias; indica un nuevo rumbo, señala una nueva etapa en la historia del pueblo americano.

* * *

Después de un siglo de acumular elementos de trabajo, de atesorar increibles energías, de multiplicar de una manera asombrosa sus fuerzas productoras, siéntese ya vigoroso y fuerte, trátase de inscribir en el catálogo de las grandes potencias, y al hacerlo, inicia una política semejante á la que han seguido esos pueblos que se engrandecen por la conquista y se deslumbran con la manía del kilómetro cuadrado. Más de un año hace que la iniciativa de anexión se presentó al Congreso americano; se ha necesitado una incubación de doce meses para que el proyecto se convierta en ley, y el patrimonio de la desventurada reina Liloukalani pase á formar parte de la Unión americana. Nada ha importado el veto que quiso imponer el Japón, á las indicaciones del presidente Dole y á las tendencias del gabinete de Washington. No parece sino que el humo de la batalla de Cavite ha provocado una especie de desvanecimiento, que el rumor de la victoria lo ha conmovido, y el brillo de su fácil triunfo lo ha deslumbrado, y una vez iniciado en ese camino, para continuar su marcha triunfal, se apresura á adquirir una base de operaciones, colocada casi á igual distancia de las costas de California y del archipiélago que para España descubrió Magallanes y conquistó Legaspi.

GENERAL ELWEL OTIS
Comandante de las tropas americanas enviadas á Filipinas.

Si antes podía dudarse de los planes ulteriores de los Estados Unidos respecto á Filipinas, la reciente actitud del Congreso americano aclara todas las sombras y puede verse cuál será su marcha en lo futuro. Lanzada en ese camino la república americana, tendrá que imitar á las potencias coloniales, que seguir las huellas de sus pasos, que mantener formidables escuadras para vigilar sus nuevos territorios.

Fruto de la natural evolución de los pueblos, ó de las circunstancias últimamente desarrolladas, ¡cuánto se aleja esta nueva actitud, sin embargo, de la que crearon con amor y alentaron con su espíritu, los padres de la independencia americana!

X. X. X.

16 de Junio de 1898.

La Italia contemporanea

Impresiones y recuerdos

Después de los horrores del Monte Cenís, la inmensa llanura lombarda En tiempos remotos, los bárbaros se sintieron atraidos por su irresistible seducción. Creo que era entonces lo que es hoy: siempre cultivada, siempre fértil, irrigada con admirable habilidad. Qué frescura emana de esos canales que cubren el campo en el tejido de su malla azul! Atraviesan los prados, cortan los caminos, se aproximan y sepáranse luego, caen sobre un ancho foso que arrastra á lo lejos el agua fecundante, utilizada hasta su última gota. Los prados dan cuatro ó cinco cortes de heno, los arrozales se cargan de espigas, los campos de maiz semejan cañaverales, en esta tierra de maravillosa fecundidad. Y sin embargo, la población que la habita es pobre....

Este problema desconcertador se levanta en todas las regiones de Italia; pasais de una á otra ciudad, y sin deteneros, ni interrogar á nadie, podeis observar el contraste entre el suelo pródigo y el campesino miserable que lo cultiva, comido por la *pelagra* como en Lombardía ó buscando el escape de la emigración, como en Calabria. A la orilla del camino no encontrareis esas aldeas sonrientes que hay en Suiza y Francia. A lo lejos, aparecen sobre la cumbre de una colina, con sus tejas rojizas resplandecientes. Mientras va corriendo el tren sentís deseos de visitar esos pueblecillos apenas entrevistos, recorrer sus misteriosas callejuelas, penetrar al casillo que domina la cañada. Yo los he visitado, prefiriendo los más ignorados, los más medioevales. Qué tristes son vistos de cerca, qué miserables! La impresión pintoresca, soberana un instante, se desvanece ante la compasión que inspira la miseria de los hombres.

Porque ese mundo de hambrientos es un mundo de trabajadores incansables. No conozco idea más falsa que esa preocupación según la cual los italianos son un pueblo de "lazaroni," vestidos de harapos multicolores, acostados al sol, mendigando su pan al extranjero que pasa. Mirad esos campesinos que saltan las acequias de los arrozales, á lo largo del camino; esos otros que barbechan la tierra para sembrar trigo; los de más allá, que en grupos de veinte, hombres y mujeres, cuelgan de los portales de la granja las espigas rojas del maiz y el "gran turco" para hacer la "polenta." Se distraen de su trabajo? Semejan campesinos de opereta? Los he visto en los grandes dominios, al pié de las montañas; los he encontrado después en la campiña romana, cerca de Nápoles, en Reggio de Calabria: en Sicilia, un francés, administrador de los viñedos del Duque d'Aumale, me aseguraba que son más laboriosos, más constantes, más pacientes que los campesinos franceses: alguien me afirmó que los de la Romaña son los mejores labradores del mundo Siempre que he viajado por Italia encontré el mismo testimonio que se eleva en favor de esa raza fuerte y desgraciada.

No ha habido hasta hoy novelista ó poeta que pinte con amor los sufrimientos y el temple de alma de esos humildes; las aldeas casi desiertas en los meses de invierno y primavera, la vida, con sus dramas ignorados, de las bandas acampadas en el "Agro Romano," bajo el mando del "Caporale," y lo que se dice por las noches en la cabaña de los pastores nómades. Sin este silencio de la poesía y del arte, indiferentes al campesino italiano, ocuparía éste un lugar entre el *moujik* de nuestros sueños y el *tacheron* de las tierras de Francia.

Y la cuestión es imperiosa: de qué procede esta miseria? Para resolverla habia que ver cada provincia, estudiar las causas locales,—régimen de cultivo, división de la propiedad, clima, salubridad, higiene, diferencias profundas de razas y temperamentos,—todas esas causas múltiples y complicadas cuya acción permite, por ejemplo, al campesino de Toscana y Emilia, crear y educar una familia vinculada al suelo natal, y que hace tan precaria la condición de las clases rurales en otras regiones. Pero la gran razón de este malestar intenso y general se encuentra en el exceso de los impuestos que pesan sobre la población de los campos.

***

—¿No es esto lamentable? me decía un agricultor del norte de Italia —¿Qué prosperidad, qué espíritu de empresa, qué progresos pueden esperarse de un país en donde el suelo paga un impuesto correspondiente al 33 p% del producto liquido? Y no hablo de las casas por las cuales, y gracias á los avalúos caprichosos del fisco,—pagamos hasta un 50 ó un 60 p% del producto real

El conde Iacini ha podido escribir con toda verdad que el Estado, las provincias y las municipalidades no cobran impuestos sobre la tierra sino que la despojan

Agregad á esto la usura, muy generalizada aún—á pesar de los bancos populares;—la insuficiencia y la mala calidad de los alimentos que engendran en el norte la espantosa enfermedad llamada «pelagra»; el deplorable estado de una infinidad de habitaciones rurales que los propietarios no reparan por falta de recursos ó de humanidad y sin insistir más sobre las causas comprenderéis por lo dicho por qué el socialismo ha reclutado en sus primeros adeptos en las clases agrícolas, de ordinario pasivas y conservadoras.

El campesino no fué partidario de la derrocación de los regímenes anteriores: la propaganda republicana de los mazzinianos no lo halló entusiasta. Era y es indiferente á sus derechos políticos; pero desde hace veinte años escucha con mayor atención cada dia las predicaciones de las doctrinas socialistas, que le hablan en este lenguaje apropiado á su educación rudimentaria: "Tú no tienes nada y ellos lo tienen todo: ocupa su lugar." En Lombardía, en el Véneto, en Emilia hay grupos rurales fuertemente imbuidos de socialismo, el cual se extiende, y en uno ú otro lugar lo manifiestan anualmente los desórdenes de que tenemos noticia: Y no son los periódicos, poco leidos por esas multitudes ignorantes, ni son tampoco los discursos de los jefes, como los diputados Costa y Maffei, los factores principales de la propaganda: los verdaderos, los mas activos agentes del socialismo rural son los maestros de primeras letras

A pesar de la porción enorme que sustraen del producto del suelo, ni el Estado, ni las provincias, ni las municipalidades tienen elementos de riqueza. No es necesario ser economista para observar y comprender esto. Un sud secretario de Estado del Ministerio de instrucción pública declaró recientemente, ante el cuerpo electoral de Gallarete, que trescientas cuarenta y ocho municipalidades en treinta y un provincias pagan irregularmente á sus maestros de escuelas, y que mil cuarenta y cinco de éstos no percibian con regularidad su haber. Este es un dato oficial. Y la vida cuotidiana presenta otros muchos por el estilo que no son menos significativos. Recuerdo que hace dos años un empleado de los telégrafos italianos me pagó un giro en oro; le hice presentes mis testimonios de reconocimiento, á los que él contestó sonriéndose. Esta vez he sido menos afortunado y no ví más monedas de oro que las que yo tenia. La moneda de plata de cinco liras no se encuentra en ninguna parte, la de una y dos liras no abunda, y á veces en los lugares pequeños no se puede cambiar un billete sino por moneda divisionaria Así es como me vi cargado de sueldos por valor de diez francos. Eso es pesado!

Podría multiplicar los ejemplos; pero de qué serviria? Los italianos confiesan de buena gana su pobreza Incesantemente tienen á la vista la comparación entre Francia rica é Italia que no lo es; y aún esa comparación entra por mucho en el sentimiento de celo,—mas que enemistad que anima contra nosotros á algunos de nuestros vecinos. Siéntense detenidos ó estorbados en sus empresas, en sus grandes trabajos de interés general, por la falta de capitales suficientes, y esta herida del amor propio se aviva por la conciencia que tienen de su propio mérito.

Impresiona en Italia la suma considerable de trabajo é inteligencia que vé uno á cada paso, el número de proyectos que se suceden y el valor moral de los hombres de aquel país. Ciertamente, una Italia que organiza ejércitos y se agota para sostenerlos está muy lejos de ser un factor insignificante; pero una Italia que se recogiera y ahorrara sería temible. Todo está allí dispuesto para un desarrollo inmenso Sólo le falta dinero. Si supiera!

***

Regresaba ya á Francia. Había tomado el camino de la Cornisa y me hallaba entre Génova y Ventimilla, cerca de la frontera. Habíamos tomado un tren ómnibus que se detenia en cada estación, y fastidiado de aquel travecto interminable, deseoso de encontrarme en tierra francesa, miraba distraido los setos

«PATRIA» «RÁPIDO» «ALFONSO XIII» «EMPERADOR CARLOS V» «GIRALDA» «PELAYO» «PROSERPINA» «OSADO»

LA FLOTA DE RESERVA DEL CONTRA-ALMIRANTE CAMARA

exquisitos y las montañas tan bellas é interesantes desde San Remo. Entraban y salían del wagón viajeros de todas clases sin que hubiese cambiado con ellos una sola palabra, cuando de pronto, al llegar el tren á una estación, instalóse frente á mi asiento un anciano de largos cabellos enmarañados y vestido con una levita que casi le llegaba á la pantorrilla. No había empezado á andar el tren sin que aquel viajero comunicativo, iniciase conversación, preguntándome mi nacionalidad.

—Inglés?

—No.

—Eslavo?

—No, francés.

—Ah!—dijo alzando las manos—los franceses eran muy populares aquí en Piamonte cuando yo era joven. Soy médico.

—Ah!

—Presencié la entrada de las tropas francesas á Milán, unidas á las nuestras. No podeis imaginaros aquel entusiasmo. Vuestros soldados cambiaban kepí con los soldados italianos. Y las señoras—grandes señoronas cuyos nombres podría mencionar, los abrazaban y los besaban. Las flores caían en lluvia desde las ventanas. Y luego las banderas, y los arcos triunfales, y los gritos repetidos mil veces: "Viva Francia" "Viva Italia" Qué hermoso era aquello! Yo atendí á algunos franceses heridos.

Al azar le pregunté:

—¿Conocéis al General F......?

—¿Al Capitán F......?

—No, después ha llegado á General.

—Si lo conozco! Yo tenía la comisión de llevar un convoy de heridos á Brescia y al llegar bajé en persona al capitán, lo coloqué en su camilla. El me dijo: "Me llevais como si fuera un niño; ya no sufro" Creimos que sería preciso llevar á los heridos al hospital, pero todos los ricos de la ciudad se disputaban el honor de atenderlos en sus casas. ¿Veréis al General?

—Ciertamente.

—Creo que no me habrá olvidado. Decidle que encontrasteis al viejo Doctor S que vive obscuramente en Pieve de Tico, pero que recuerda los días de Palestro, Magenta y Solferino. Oh! señor aquellos tiempos en que italianos y franceses se comprendían y se amaban, no volverán

Yo le dije:

—*Chi lo sa.*

El me miró sorprendido con una emoción que le hacía abrir y cerrar los párpados y cuando el tren se detuvo y él iba á bajar en la penúltima estación italiana, me estrechó las manos:

—Tal vez tenéis razón, señor, *chi lo sa?*

René Bazin'

LOS MOTOCICLOS

Es verdaderamente extraordinario el resultado que se ha obtenido últimamente en las experiencias hechas con un automóvil que corrió entre Chartres y Estampes, Francia.

En 1 hora, 57 minutos, 49 segundos, recorrió 100 kilómetros, lo que equivale á una velocidad de 51 kilómetros por hora

Jamás se había alcanzado tal velocidad ni en camino ni en pista de velódromo. No sólo, sino que muchos ferrocarriles caminan con menor rapidez.

La prueba ha sido sorprendente. Quién habría dicho hace cinco años que un coche llegaría á andar más de doce leguas por hora.

Puede llegarse á una velocidad de 60 kilómetros por hora, igual á la de los expresos de 1880.

No hubo accidente ni contratiempo en la primera experiencia. Con todo, para caminar en uno de esos coches es preciso hacer antes el testamento. Un camino carretero no es como una vía férrea; el error más pequeño en la conducción del vehículo puede ser fatal y aún más peligroso en realidad que un descarrilamiento.

Tanta velocidad emborracha. Comienza uno por andar á razón de 25 kilómetros, sigue con 30, luego con 40 y acaba por romperse la cabeza y despedazar la del prójimo.

Ya en París los motociclos y los automóviles han aplastado á más de un transeunte descuidado.

Decía un cronista parisiense que en el Bosque de Boulogne, imponen su ley los automóviles y que ya no hay quien se atreva á pasearse. Las bicicletas han capitulado, retirándose prudentemente del teatro de las operaciones: el cincuenta por ciento de las que circulaban por las avenidas del Bosque hace dos años, han desaparecido.

A los que preguntan: ¿Por qué ya no sale usted á dar su paseo matinal? se les contesta: Las avenidas han sido tomadas por asalto; los automóviles no dejan á nadie andar tranquilamente, como antes."

Con razón dice un festivo escritor francés al definir los automóviles: Coches hechos de petroleo, ruido y audacia."

¡Qué lástima que no haya más que la palabra coquetería para expresar el deseo de ser agradable!

Gaston Deschamps.

***

Las grandes enfermedades del alma la vigorizan; las convalescencias del espíritu no son menos interesantes que las del cuerpo.

G. D' Annunzio.

UNA PALOMA MENSAJERA ENVIADA Á CAYO HUESO CON UN MENSAJE DEL BUQUE DESPACHO "ANITA."

Cuentos de los siglos futuros

LAS GUERRAS Y LOS EJERCITOS

Parece cosa averiguada que durante muchos siglos antes del advenimiento de la civilización, los hombres consagraban su inteligencia rudimentaria á buscar medios eficaces de destruirse los unos á los otros. Daban á esas operaciones criminales el nombre de "guerras" y por mucho tiempo la guerra tuvo un carácter glorioso y respetable.

El asesinato era reprimido severamente en su manifestacion individual; pero cuando tomaba el nombre de guerra y se aplicaba sistemáticamente á la supresión de millares de existencias humanas, constituía una de las más nobles profesiones y los que en ella se distinguían llamábanse héroes. Esta es una contradicción sobre la cual no tendremos acaso una explicación suficiente, y por lo mismo debemos colocarla entre los problemas irresolubles.

Pero á falta de explicación tenemos hechos y de éstos el más cierto y general es que los recursos humanos de aquel tiempo se empleaban de preferencia en empresas guerreras Destinábanseles sumas enormes, se fabricaba una infinidad de aparatos destructores llamados armas y constantemente construían y reparaban los gobiernos unos edificios extraños, conocidos con el nombre de fortificaciones; por último, se obligaba por fuerza á todos los trabajadores de esas tribus á que representasen durante algunos años la comedia de matarse entre sí, á fin de que llegado el momento lo hiciesen de veras.

La organización del mundo no era lo que existe en nuestros días La tribu se llamaba "nación," ó "pueblo" ó "país" El amor de la tribu implicaba un odio á las tribus vecinas, y á esto se llamaba patriotismo. Algunas de ellas llevaban el nombre de "repúblicas," otras el de "monarquías," pero bajo esas denominaciones distintas, las instituciones eran idénticas y se fundaban en los mismos errores.

No había ninguna idea de la federación del globo, cosa tan natural sin embargo, no se comprendía que una tribu pudiese ser feliz fuera del infortunio de las extrañas, y consecuentes con su creencia, los niños eran educados en sentimientos de odio y de horror contra todo lo existente más allá de las fronteras. Y era tanto más curioso esto cuanto que las fronteras variaban frecuentemente y por efecto de las mismas guerras; así pues para ser patriota, era obligatorio hablar y obrar al día siguiente de una manera contraria á la de la víspera.

***

En cuanto á los motivos ó pretextos de las guerras, la cuestión es de muy difícil solución.

Invocábanse en apariencias razones de interés común ó de *honor nacional*. según una expresión favorecida de aquellos tiempos remotos Pero la verdad es que algunas veces los jefes que veían amenazada su autoridad, declaraban la guerra, otras, los comerciantes hacían lo posible por desencadenarla temiendo los efectos de la competencia, y con la esperanza de obtener buenos lucros después de los combates. Lo curioso sobre todo es que los jefes de las naciones no iban á la guerra sino muy raras veces, los comerciantes nunca. La masa de los combatientes llamados en conjunto *ejército* é individualmente *soldados*, jamás se daban cuenta de los motivos por los cuales se les enviaba al degolladero. Por esto un escritor de aquella era define así á los soldados: «matan y se dejan matar por intereses que ignoran.»

Además de las divisiones ocasionadas por intereses materiales, los hombres se odiaban por instinto de *raza*. Esta palabra nada significa ya, sino en lo que se refiere á los animales domésticos; pero en aquellos tiempos tenía una gran importancia y bastaba no pertenecer á la misma raza para odiarse de muerte.

Como se necesitaban ochenta días por lo menos para dar la vuelta al mundo, los pobres habitantes del planeta vivían adheridos al suelo como la ostra en la roca, y no veían nada, ni sabían otra cosa que lo que los jefes, no menos ignorantes, creían de su interés enseñarles.

Los matrimonios se hacían entre miembros de la misma tribu, salvo muy raras excepciones; y como estaban siempre sometidos á las mismas influencias climatéricas, las razas formadas así se conservaban secularmente, para degenerar al fin cediendo el paso á otras razas nuevas.

Había otra circunstancia que favorecía la institución de las guerras y la conservación de los ejércitos La religión no era asunto individual, de fuero interno; por el contrario era con frecuencia determinante de aquellas espantosas contiagraciones Esto dependía de que casi todos los habitantes de una misma tribu practicaban con pocas diferencias una sola religión: era, pues, muy fácil persuadir á las incultas multitudes de que la guerra contra los practicantes de otra religión no podía menos de recomendarse como una acción concienzuda y meritoria.

***

A pesar de todo esto llegó un momento en que las guerras se hicieron más y más raras, gracias á la perfección de los instrumentos de matanza. Sin embargo, en los periodos de paz la organización de los ejércitos era para las naciones objeto de atención preferente Sobre todo en la provincia de Europa se produjo este hecho de una manera sorprendente. Está demostrado que transcurrió medio siglo sin que estallara ninguna guerra de importancia; pero mientras menos batalla. había mas preparativos guerreros hacían las naciones; gastaban cuanto oro había á mano para la construcción de grandes buques, torpes para la navegación y armados de cañones formidables.

Como todas las tribus obraron de igual modo, las situaciones relativas eran sensiblemente iguales. Cada nación pretendía ser más poderosa que su vecino, para aniquilarla á la mejor oportunidad; pero jamás llegaba esto y entre tanto la ruina avanzaba con rapidéz. Por fin los gobernantes menos necios reconocieron un día que habían vuelto al punto de partida, es decir, á una situación de equilibrio aproximativo, sin contar con la ruina y el hambre como perspectiva para los pueblos. Espíritus mejor dotados habrían visto esto muchos años antes; pero qué esperar de aquellos trogloditas!

***

Justamente en aquel tiempo Europa estaba llena de zozobras por lo que dió en llamarse «la cuestión de Oriente» Esa famosa cuestión consistía en lo siguiente: «Hay en el país del sol una tribu en plena descomposición, todos quisieran acabar con ella para apoderarse de los despojos; pero el día de la repartición habría una guerra espantosa como de perros que se disputan un hueso. Si cada uno de los ambiciosos estuviera seguro de la victoria, se podría precipitar el acontecimiento, pero había tantas probabilidades de éxito como de fracaso. En tales condiciones la prudencia es ley, y debe resolverse la cuestión de Oriente prolongando la existencia del enfermo por medios artificiales. No teniendo seguridad de un buen resultado sólo cabe impedir á los demás que se declaren la guerra»

Esta prudencia á medias, aunque inspirada en sentimientos mezquinos, produjo buenos resultados y otros pésimos. El jefe de la tribu oriental hallábase enfermo; en la creencia de que se atentaba contra su vida, decretaba para salvarse la muerte del mayor número posible de habitantes de su imperio; además de esto, era un codicioso que atesoraba oro y plata en grandes cantidades. Aprovechando la libertad relativa en que lo dejaban los otros pueblos hizo asesinar á millares de personas, algunas de ellas pertenecientes á una raza pequeña, que ocupaba un territorio insignificante y que disponía de un ejército despreciable. No obstante, no quiso tolerar los asesinatos del llamado Sultán y en parte por esto, en parte por móviles interesados, creyendo que su misma debilidad le protegería y que al fin y al cabo le tocaría algo de los despojos de la gran tribu agonizante, declaró á ésta la guerra.

Sufrió un fracaso: Las grandes "potencias," (la expresión era entonces muy usada) se interpusieron impidiendo que los acontecimientos llegaran ó sus últimas consecuencias. La solución era provisional, imperfecta, pero no obstante trajo consigo un principio benéfico, el del arbitraje. Por defectuosa que haya sido su aplicación, debemos ver en ella una de las manifestaciones del paso de la humanidad de su estado de salvajismo al de civilización.

Algunos siglos antes sólo la fuerza habría sido invocada para resolver el problema; pero ya se veía entonces que la fuerza no produce resultados sólidos y durables, y como niño que dan sus primeros pasos, trabajosa y torpemente, ensayaron los pueblos la aplicación de otro principio.

Era efectivamente el primer paso que llevaba á la supresión de los ejércitos y al fin del estado de discordias que originan las guerras.

Natalis.

Matadero. Ciudad Navío Soberano. Punta Blanca. Punta de Sal. Punta de Racey. Cayo Ratones. Punta de Limeta. Ensenada del Níspero. Faro del Vigía. Fuerte del Morro. El Morrillo.
Puerto. Casa de Beneficencia. Pa. de los Soldados. Batería de la Estrella.
Buena Vista. Punta Gorda. Cayo Smith. Fuerte Sta. Catalina. Punta de los Cañones
La Socapa.

BAHIA DE SANTIAGO DE CUBA

Nuestros grabados

La flota española de reserva.

No creemos extemporáneo ni ocioso dar á conocer á nuestros lectores los elementos de combate con que cuenta el Contra-Almirante Cámara para desarrollar los planes estratégicos que le haya dictado el Gobierno de Madrid.

Su flota se compone de los siguientes buques: El *Pelayo*, acorazado de 105 metros de longitud, 9:50 toneladas de desplazamiento, de una potencia de 8,500 caballos y una velocidad de 16 nudos La potencia defensiva está asegurada por una coraza de 450 milímetros de espesor que se extiende de delante atrás, por 4 torres defendidas por 400 milímetros de acero, por una batería entre las dos torres y protegida por 150 milímetros de coraza y por un puente acorazado de 90 milímetros.

Su artillería consta de 2 cañones de 230 milímetros y 2 de 280 repartidos en las cuatro torres, de las cuales una está atrás otra delante y los dos restantes á los lados, en medio del buque: de 11 piezas de 140 milímetros y de tiro rápido; de 20 piezas ligeras y de 4 tubos torpederos.

El *Pelayo* es el acorazado más poderoso de la flota española.

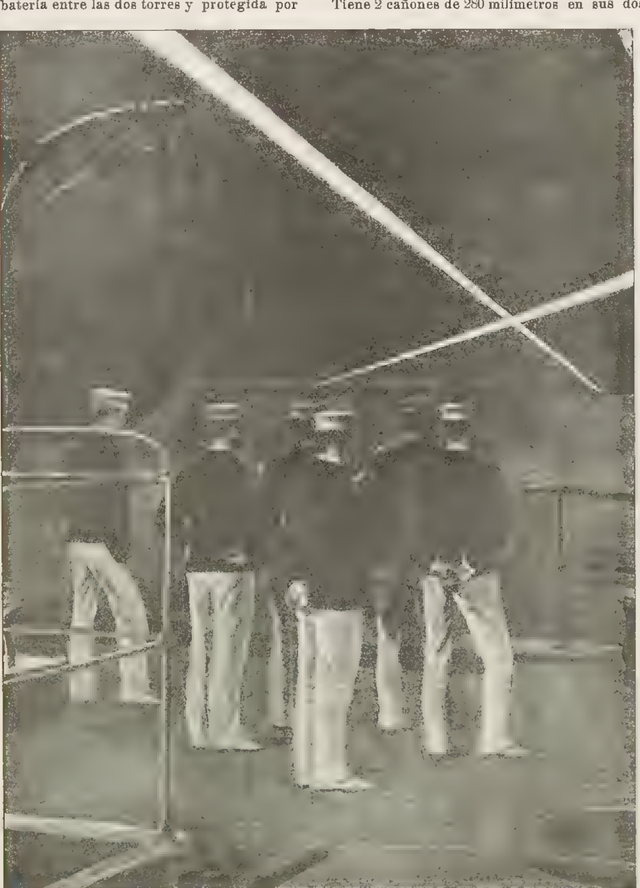
El *Emperador Cárlos V*, crucero acorazado, de 120 metros, 9 236 toneladas, potencia de 18,500 caballos, 21 nudos de velocidad y un radio de acción de 12 000 millas Lo defienden: un puente acorazado de 1.0 milímetros de espesor: dos torres centrales con un resguardo de 2 0 milímetros de acero y las placas de la batería de 50 milímetros, también de acero.

Tiene 2 cañones de 280 milímetros en sus dos torres, 10 cañones de 140 milímetros y de tiro rápido, 4 cañones de 100 milímetros y tiro rápido, 2 piezas de 75 milímetros y 12 ligeras ó ametralladoras; cuenta más con 6 tubos lanza-torpedos.

El *Alfonso XIII*, crucero de 98 metros, 4 600 toneladas, 12.000 caballos y una velocidad de 20 nudos. Está protegido por un puente de 112 milímetros y artillado con 4 cañones de 200 milímetros protegidos con máscaras, 6 cañones de 120 milímetros, 2 de 70 milímetros, 13 piezas ligeras y 5 tubos torpederos.

Los caza-torpederos *Osado* y *Proserpina*, del tipo *Furor*: tienen aproximadamente 400 toneladas, 3 800 caballos de fuerza, 30 nudos de velocidad, 2 cañones de 80 milímetros, 2 de 57, 2 ametralladoras y 2 tubos de lanzamiento cada uno de ellos.

Están igualmente al mando del Contra-Almirante Cámara el aviso *Giralda*, que era yate inglés; el *Rápido* y el *Patriota* cruceros auxiliares, que completan la flota cuyo poder hemos reseñado.



EL BLOQUEO DE CUBA.
Oficiales norteamericanos, observando la proyección eléctrica de la Habana.

Servicio de correo de palomas mensajeras.

Sabido es que la Compañía General Trasatlántica francesa organizó un servicio de correo aéreo entre los buques en marcha y los fuertes, por medio de palomas viajeras. Las experiencias que se han hecho en este sentido son interesantes y satisfactorias. De hoy más los pasajeros podrán enviar durante una travesía trasatlántica noticias que serán telegrafiadas á su destino en la estación a donde llegue la paloma mensajera. Pero hay otra aplicacación todavía más útil del instinto y de la educación especial de las palomas viajeras: en caso de accidente ó de avería grave del buque, á cualquier distancia de la costa que esto ocurra, podrá comunicarse la noticia y demandar auxilio. Si está el buque demasiado lejos del puerto á donde se envia la paloma, buscará ésta refugio en algún otro buque, que recojerá la carta. El 26 de Marzo á las siete de la mañana un velero inglés el *Bothnia*, completamente perdido recibió en alta mar auxilio del *Bretaña* salvándose á bordo de éste los naúfragos. Inmediatamente se envió la noticia con 7 palomas viajeras, una de las cuales llegó algunas horas después al golfo de Gascuña, cayendo á bordo del *Chatterton* en donde se recogió la carta haciéndola llegar á su destino, Al día siguiente toda Europa y América tenían conocimiento del retardo del *Bretaña* y del salvamento de la tripulación del *Bothnia*

Estas y otras experiencias han tenido su resultado inmediato Los americanos se adueñaron en la idea y han dotado sus cruceros de palomas mensajeras, como lo indica nuestro grabado, en el que se ve la paloma viajera en el acto de ser lanzada del buque-despacho «Anita» con rumbo á Cayo Hueso.

Interior de la bahía de Santiago.

Los acontecimientos que van á desarrollarse en el interior de la Bahía de Santiago, prestarán amplio margen para los comentarios de todo orden, y el grabado que hoy damos por su minuciosidad de pormenores será un auxilio indispensable que consultarán con interés nuestros lectores, cuando las conversaciones del hogar se deslicen á los asuntos de la guerra.

Hasta hoy no se ha señalado más que un hecho de importancia frente á Santiago; la empresa del Teniente Hobson llama la atención no sólo por el valor de los marinos que la llevaron á buen término, sino porque el hundimiento del "Merrimac" imponía á la campaña un nuevo sesgo que pondrá á prueba las aptitudes militares, la astucia y la serenidad de Cervera al tratar de resolver el dificilísimo problema de la salvación de su flota

En cuanto al bombardeo de los fuertes, varias veces intentado por las fuerzas americanas, ha dado ocasión, como otros bombardeos de la actual campaña, á observaciones más ó menos picantes y despectivas para el Almirante Sampson.

No es éste el caso de discutir la conducta del jefe americano, criticada tan ásperameramente por los malquerientes del Gobierno de la Casa Blanca, pero no podemos eximirnos de reproducir algunas líneas, escritas por M Malo, defensor en algunas ocasiones de la política española y de los planes estratégicos del Gabinete de Madrid Dice éste escritor de guerra:

"Hace mucho tiempo que Napoleón pretendía que *los bombardeos no deben tenerse en cuenta en una campaña*, y más recientemente el General Borguis Desbordes dijo que "esa operación de cuarto ó quinto orden, *simple manifestación militar*, ocupa un lugar injustificable en concepto del público." Ya es tiempo de que se comprenda que aún en las condiciones más propicias, los bombardeos de mar y tierra no producen otro resultado que el efecto moral que se espera de ellos con anterioridad. En cuanto á sus consecuencias materiales, ordinariamente no guardan relación con el esfuerzo que demandan y con el peligro que corre el agresor, el cual se verá casi siempre obligado á abandonar su empresa si el efecto de intimación que esperaba no se manifiesta."

"Tal vez las reflexiones que ha hecho en este orden de ideas el Comandante de la escuadra que bloquea á Manila, sea el motivo por el que ha escapado esa ciudad, á lo menos temporalmente, á la suerte más ó menos triste que le estaba reservada. Esta suposición es más bien un elogio para el espíritu americano tan práctico y tan sentimental. No creemos, pues, que Dewey haya obrado á impulsos de móviles "humanitarios."

Lo anterior indica suficientemente hasta qué punto deben tomarse en consideración, como decisivos de la campaña, los bombardeos de los fuertes de Santiago de Cuba.

La flota bloqueadora frente á la Habana.

Uno de los aspectos más interesantes de un bloqueo es el movimiento nocturno de vigilancia de los buques, tanto para su propia defensa contra los torpederos enemigos como para impedir el cruzamiento de la linea bloqueadora.

A su vez los defensores de la costa, exploran la mar con sus poderosas proyecciones de luz, atisbando la llegada de los buques enemigos. En los puestos de torpedos la espectación es incesante, meticulosa, delicada: de ella depende que en un momento propicio no penetre la flota enemiga á la bahía "forzando el paso." Pero no es fácil que esto suceda en un puerto defendido con todos los elementos modernos,—torpedos "vigilantes" y de fondo en los canales, poderosísima artillería en los fuertes con obuses de melinita y "de ruptura"...... Empresas como la del célebre almirante Farragut para forzar con éxito "un paso" de puerto, ya no son factibles sino en lugares mal defendidos como Manila; pero en una bahía bien acondicionada para la defensa, la intentona de arribo sería una empresa loca, un suicidio culpable que no acometería ningún marino medianamente entendido.

El gran cuidado de los bloqueadores es la vigilancia defensiva. Provistos de un número suficiente de próyectores eléctricos, exploran los vigías del puerto, las sombras nocturnas, empleando mil precauciones.

Ya lanzan su proyector desde un lugar, lo apagan, encienden otro, y mientras el anterior ocupa lugar distinto para que al encenderse de nuevo no caigan sobre él los fuegos enemigos

Tarea ingrata, que requiere tanta paciencia como habilidad técnica! Nada ha fatigado tanto á los marinos de la flota americana,—ni el clima, ni las maniobras, ni las correrías por el mar,—como esa insomne lucha contra el ataque que se agazapa en las sombras, que atisba y que amenaza de muerte.

En la batería.

Un cañón ha sido desmontado por los obuses del enemigo. En la batería reina por algunos momentos la confusión de las agonías trágicas. Varios hombres quedan hechos pedazos junto al cañón desmontado, y el choque terrible, al repercutir, echa por tierra á los artilleros del cañón próximo.

Pero todo esto dura un instante nada más; la batería, con un cañón menos, sigue funcionando como movida por un mecanismo Sólo las manchas de sangre de las víctimas y los fragmentos esparcidos de los cañanes inútiles dan testimonio de la escena trágica. Los que sobreviven vuelven á sus puestos, obedientes á la voz de la consigna, serenos, concentrado el pensamiento en su tenaz tarea de destrucción.

¡Singular presencia de ánimo la de estos hombres que por matar á los demás todo lo olvidan, hasta la conservación de la propia existencia.

Escena de aldea

Como pintores de interior, los alemanes son inimitables. ¡Con qué ternura, con qué amorosa delicadeza tratan esos asuntos sencillos, triviales si se quiere, pero iluminados por una luz suavísima de sentimiento y de verdad!

Los pueblos del norte embellecen, poetizan y dignifican la vida del hogar, y la aman intensamente Por eso han sido los maestros por excelencia en todas las manifestaciones artísticas que nacen del hogar y á ennoblecerlo y alegrarlo se encaminan.

Nuestros lectores verán con gusto en su colección la hermosa «escena de aldea» que hoy les ofrecemos.

LOS MOLINOS DE VIENTO Y LA ELECTRICIDAD.

Desde los primeros tiempos en que se usaron máquinas para producir corrientes eléctricas hasta nuestros días, los ingenieros y los inventores han tratado por diversos medios de utilizar los molinos de viento para mover dichas máquinas, mas las constantes variaciones de la fuerza de ese elemento habían sido hasta hace poco un obstáculo insuperable, toda vez que impedía ocurrir á ese medio para producir una corriente de fuerza constante como la que se necesita para el alumbrado, los motores y otros aparatos. Hoy, sin embargo, existen ya acumuladores tan bien construidos y tan seguros que permiten utilizar la fuerza de dichos molinos en muchos casos, pues se puede almacenar en ellos gran cantidad de energía eléctrica y utilizar gran parte de ella largo tiempo después de haberlos cargado. El único inconveniente que los acumuladores presentan es que su costo es demasiado elevado en comparación con el trabajo que puede hacerse con la corriente que de ellos se toma.

El primer molino de viento destinado á mover máquinas eléctricas se construyó el año 1887 y, aunque era del antiguo sistema inglés, con velas y sin regulador sirvió para demostrar que con él se podía mover un dínamo y cargar con éste varios acumuladores en las horas de buen viento para usar la corriente en las horas de calma. Los nuevos molinos compuestos de una rueda y provistos de regulador son mucho más seguros y uniformes en su movimiento, de suerte que no se necesitan con ellos tantos acumuladores.

EL AGUA COMO BEBIDA.

Uno de los principales componentes del cuerpo humano es el agua, y por lo mismo se comprende fácilmente cuan importante es que ese líquido no falte en el alimento si se quiere disfrutar de buena salud.

Muchos creen que el beber más agua de la absolutamente necesaria para apagar la sed es nocivo y fundándose en esa creencia, se pasan tal vez días enteros sin probarla.

Lejos de ser bien fundada esa teoría, la experiencia demuestra que es absolutamente falsa y el ponerla en práctica, muy peligrosa El agua tomada en abundancia, si es pura ó no contiene materias extrañas que hagan daño, es no solamente muy útil para conservar la salud, sino que, en muchos casos, sirve también para recobrarla.

Todos los tejidos del cuerpo necesitan agua y por lo mismo esta es indispensable para el desempeño de todas las funciones vitales. El aseo de los tejidos del cuerpo es tan necesario para su salud y bienestar como el aseo de la piel, y el agua contribuye á la obtención del primero tanto como á la del segundo, pues disuelve el material supérfluo que, de otro modo se acumularía en el cuerpo, y lo expele de diversos modos. Dicho material es, á veces, de naturaleza muy nociva y, si no se disuelve y expele, produce dolor de cabeza, reumatismo, insomnio y malestar general, que podría curarse fácilmente aumentando la cantidad de agua que se toma á la hora de la comida.

Hay quien dice que el agua tiende á producir obecidad y las personas robustas se abstienen de ella por esa causa, por más que no hay razón para eso, como no sea que facilita la digestión y contribuye á conservar la salud del cuerpo.

Cañonero «Newport» — Crucero «New York»

LA FLOTA AMERICANA ANTE LA HABANA.—EL PROYECTOR DEL MORRO EXPLORANDO EL HORIZONTE.

Karl Gussow.—Una escena en la aldea.

LA TRANSFUSION DEL ALMA

CUENTO PERSA

Hubo en el Indostán un rey tan justo, que su reino era una especie de paraíso; y entre sus virtudes descollaba principalmente la hospitalidad, de forma que había hecho construir junto al suyo un palacio para alojar gratuitamente á los viajeros. Cuando se presentaban personas de distinción como sabios y artistas, se les llevaba á la presencia del rey, que los admitía en su intimidad y se informaba así de lo que pasaba en todos los países extranjeros.

Un día llegó un huésped cuya barba, del color de la nieve, anunciaba el invierno de una vida bien empleada y en la frente del cual viajero podía leerse la historia de los siglos. Este viejo venerable había viajado por todo el mundo y estaba al corriente de todas las conquistas del espíritu humano. Vivamente interesado el rey por los relatos de este sabio, lo retuvo muchos días; y cierta ocasión en que hablaban de cuestiones filosóficas, se fijaron de un modo particular en las cosas del otro mundo y sobre todo en lo relativo á vida y muerte.

El rey emitió ciertas dudas sobre la inmaterialidad y la inmortalidad del alma y el viejo no pudo menos que sonreir, lo cual notado por la augusta persona, fué motivo para que el sabio recibiera orden terminante de expresarse con toda claridad.

—Sire, vuestras dudas me hacen sonreir; pero como os observo ansioso de conocer la verdad, quiero afirmar vuestra fé por medio de pruebas indiscutibles puestas por Dios á mi disposición. Desde la juventud, el amor al estudio me despertó la sed de la verdad y el deseo de descubrir si ella existía realmente en el mundo. He pasado mi vida viajando de país en país, relacionándome con los sabios y llevando una existencia aventurera. En una isla conocí á un Maestro que creía en el alma y tenía en las manos pruebas de su inmaterialidad; admitido á su servicio me porté con él como un hijo cariñoso, hasta que exhaló en mis brazos el último suspiro. Antes de morir me reveló el secreto de la transfusión del alma y por eso puedo demostraros que cualquier alma, por ejemplo la mía, puede dejar su envoltura material sin correr el riesgo de fundirse en la Nada, y entrar en seguida en el cuerpo que sea de su agrado

Diciendo estas palabras el filósofo se apoderó de una mosca que revoloteaba por allí; la mató sin despedazarla y la arrojó á los piés del rey, á quien recomendó fijara su atención en lo que iba á suceder. Hizo en seguida un esfuerzo sobre sí mismo y arrancó el alma de su cuerpo, que cayó inanimado sobre la alfombra; y desembarazado así de su cuerpo, se introdujo en el de la mosca que empezó á voltigear frente al rey. Luego dejó el cuerpo de la mosca, volvió al suyo y la mosca cayó inanimada otra vez, en tanto que el viejo revivía preguntando al rey si estaba satisfecho de la experiencia.

Varias veces se repitió la misma prueba hasta que no quedó lugar á dudas, y entonces el monarca pidió al sabio que lo iniciara en el conocimiento de su misterio, ofreciéndole en cambio la mitad de su reino y de sus riquezas.

—El hombre que sube valerosamente por la escala de la verdad al mundo inmaterial y de la dicha eterna y que conoce á fondo el misterio del alma, no se vuelve sino para arrojar una mirada de desdén á todo lo que deja en pos de sí. Yo he resuelto Sire, enseñaros mis secretos sin aspirar á la menor recompensa, aunque nadie podría recompensar suficientemente el valor de la revelación que voy á dejaros como un recuerdo de mi paso por vuestro reino.

Después de una explicación y de un corto ejercicio, el discípulo quedó tan hábil como el maestro, que se despidió del monarca sin que nadie supiera que éste tenía tan importante secreto á excepción de la joven reina su favorita y el primer ministro que gozaba de todas sus confianzas.

Un día de caza el rey se encontraba muy lejos de su comitiva con la única compañía de su primer Ministro y mató un hermoso antílope que pasaba al alcance de sus flechas. Entonces el Ministro dijo al rey:

—Sire! He aquí un antílope cuya alma ha volado. En este lugar estamos solos y me haría Vuestra Majestad Egregia señaladísimo favor si quisiera hacer delante de mí la experiencia que tantas veces me ha explicado y que quiero ver á lo menos una vez en mi vida.

El rey, no sospechando que bajo la piel de su primer Ministro se ocultaba el alma de uno de los traidores más peligrosos, accedió sin temores al deseo expresado; pero acababa apenas de entrar al cuerpo del antílope, cuando el Ministro, sacando precipitadamente su propia alma de su cuerpo, tomó posesión del que el rey su amo acababa de dejar; y entonces el rey convertido en antílope, vió con rabia á su siervo transformado en rey, pero pronto, por el temor de ser exterminado por el traidor, huyó con toda la velocidad de sus nuevas piernas hacia los llanos más distantes y las montañas más inaccesibles.

El traidor llegó pronto al lugar en que estaba la comitiva real, y los cortesanos al observar su aspecto desolado, sospecharon que había acaecido alguna desgracia. En efecto, el falso rey refirió con aire consternado que acababa de ver á su primer Ministro caer muerto del caballo sin que sospechase la causa de su muerte Todos se dirigieron al sitio indicado y hallaron el cuerpo inerte de aquel á quien se suponía víctima de un accidente; se recojió luego el caballo que vagaba suelto por las cercanías y se condujo el cadáver al palacio.

Entretanto el traidor recorría la selva en todos sentidos, sin poder encontrar ni la más leve huella del antílope que perdió de vista al realizar su transformación. Fatigado y obligado interiormente, resolvió abandonar la persecución y regresó á la ciudad donde concedió ricos dones para las exequias del difunto que fué, decía, su más leal servidor, á quien había querido como hermano y que perdió de tan trágica manera; no olvidó sobre todo venir en auxilio de los herederos á los cuales con razón consideraba como hijos propios. Luego hizo cuanto fué de su capricho, no se privó de nada y bendecía el instante en que se le ocurrió la odiosa estratagema, felicitándose de su alta perfidia y de su innoble traición.

Sin embargo, desde el primer día resintió con pena que existía un lunar en su ventura usurpada, porque al anochecer, cuando pasó á los aposentos de la reina, ésta se mostró fría y reservada con él y no le hizo la acojida que esperaba. Era que la enamorada joven notó algo extraño en las maneras rudas del supuesto rey y no tardó en concebir justas sospechas en su contra y le repulsaba instintivamente, alegando cada día para alejarlo de ella, motivos de salud ó excusas que pudieran ser admitidas.

Y la reina seguía siempre enferma, el rey siempre antílope y el traidor siempre rey.

Sin embargo, el rey antílope no tardó, á pesar de su aspecto sospechoso y de sus brincos extravagantes, en hacerse admitir á la sociedad de sus congéneres y después de un corto estudio, se acostumbró fácilmente á su vida Pasaba el tiempo entre estos nuevos compañeros, haciendo deliciosas excursiones apesar de que su corazón se fundía en sangre y esta sangre corría sin tregua bajo la forma de lágrimas, á lo largo de sus mejillas.

Un día, casualmente, vió caer á sus piés un papagayo de un verde tan fresco como el del césped, donde el pobre pájaro acababa de estirarse para exhalar el último suspiro. Rápidamente el rey dejó su piel de antílope para introducirse bajo el plumaje del papagayo y volar por los aires. Pronto se unió con otros de su especie; y como pasaba á los ojos de todos sus semejantes como el más inteligente, fué proclamado su jefe y director de todos sus actos.

Sucedió que cierto día un vendedor de pájaros tendió redes que no fueron vistas por los papagayos y todos ellos, inclusive su jefe y director quedaron prisioneros, pero éste no perdió su sangre fría y viendo á todos sus súbditos hundidos en la más profunda desolación, reanimó su valor con este pequeño discurso. «Hénos aquí amigos míos, caídos en el lazo de un cazador que no tardará en venir: una muerte cierta, ó lo que es peor una cautividad perpétua nos aguarda, pero hay un medio de salvarnos: muramos, es decir, hagámonos de los muertos, pues solo así lograremos la salvación. Sólo por el camino de la muerte podremos recobrar la libertad perdida, es decir, la vida verdadera. Yo acecharé únicamente la llegada del verdugo, daré la voz de alarma y vosotros os dejaréis todos caer en un estado de muerte aparente y el perseguidor, engañado por nuestra estratagema, os dejará dueños de nuestras acciones, arrojando vuestros cuerpos á la tierra como una mercancía sin valor; pero ante todo, es necesario tener sangre fría.... ¡valor y al peligro!

Los papagayos adoptaron el consejo y al oir la señal convenida quedaron en tal inmovilidad que deveras parecían muertos.

El cazador llegó á su red, la entreabrió lleno de esperanzas y no encontró más que un pájaro vivo; el rey-papagayo

—¡Pobres pájaros! gritó admirado. Sin duda habrán muerto de miedo..... y los arrojó á todos sobre la yerba.

Los papagayos volaron en el acto lanzando gritos de burla, en tanto que el cazador sorprendido escuchaba á su único cautivo que le decía:

—No hay que desanimaros! permaneced con el corazón lleno de alegría, con el espíritu sin cuidado y el pecho sin opresión ni desasosiego, porque lo que perdéis con los que se fueron, lo ganaréis centuplicado con el que quedó

No sabía que pensar el hombre tan original aventura, pero plegó su red, se la echó á la espalda y tomó con su pájaro sabio y dócil el camino de la ciudad.

Una multitud enorme rodeaba en el Bazar á una joven de costumbres ligeras, cuyos ojos languidecientes, orlados de espesas pestañas negras hacían morir con una sola de sus miradas á los enamorados infelices, sus largos cabellos de ébano caprichosamente arreglados, arrojaban el desorden en todos los corazones, y sus maneras encantadoras trastornaban el juicio de las personas más discretas.

Esta mujer acababa de acercarse á un joven elegante, hijo de uno de los más ricos comerciantes de la ciudad, y le decía á gritos:

—Anoche soñé que desde por la tarde estuvisteis en mi casa y que os concedí todos los favores que es posible conceder. Soñé así mismo que luego os separasteis de mi lado poco antes de que despertara yo de mi sueño Os reclamo en consecuencia mil *denarios*, pues bella como soy, está fuera de toda discusión que merezca esa suma. Sed hoy prudente y generoso; págueme de buena voluntad ó de lo contrario os obligaré á pagarme por la fuerza.

Y luego defendía tan bien su causa y formaba tal escándalo que el joven estaba perplejo ante sus reclamaciones inesperadas. La multitud crecía más y

más y cada cual cambiaba sus observaciones y sus reflexiones. El cazador por su parte oyendo á su pájaro decirle al oido: «Vamos, avancemos, pongamos fin á su proceso, estoy pronto á ser juez y dirimir la contienda,» comunicó á las dos partes lo que le acababa de decir su papagayo, que añadió en voz alta:

—Plaza, plaza! Dadme camino si os parece. Voy á hacer una justicia ta' que la aprobará todo el mundo siempre que los interesados presten juramento de acoger con resignación absoluta el fallo que voy á dar con entera buena fe y conocimiento de causa.

No habiéndose presentado objeción alguna; y prestado por los contendientes el juramento respectivo, el papagayo se volvió hacia el joven y apostrofándolo con vehemencia le ordenó que abriera la bolsa y contara en el acto los *denorios* sin faltar uno solo, lo cual hizo á pesar suyo á causa del juramento dado; y mientras se contaban las monedas el papagayo declaró que para que la justicia fuera completa, se necesitaba un espejo.

Casualmente la joven llevaba uno consigo y se apresuró á ofrecerlo al juez que le dijo:

—Pues bien, hermosa, se os va á presentar frente á este espejo la suma que reclamais y todo lo que veais dentro del cristal es vuestro y da entera satisfacción á vuestra querella, porque no habeis recibido á ese joven sino en el mundo de las imágenes, y en consecuencia vuestra paga debe ser también por medio de imágenes.

La multitud fué presa de un entusiasmo indescriptible; aplaudía con furor á juez tan sabio y equitativo. Todo el mundo quería comprar el pájaro y el número de compradores fué tan considerable que ya ni podían moverse en el Bazar. Si se ofrecía un precio, siempre había otro aficionado que ofreciera mayor cantidad.

Pronto corrió la noticia por toda la ciudad y llegó hasta el harem del rey y á oidos de la joven reina que bajo el velo de su fingida enfermedad, ocultaba una tristeza y una desolación de las más profundas y pasaba los días y las noches agobiada por el dolor, en los puntos más solitarios de su jardín, llorando la pérdida irremediable de su pobre marido el rey.

Con la esperanza de agradar á la reina y distraerla si era posible, se mandó comprar el pájaro singular dando por él un precio fabuloso, y ella lo encontró verdaderamente encantador porque la divertía con sus salidas espirituales y sus conversaciones ingeniosas. La princesa hizo que lo pusieran en una jaula de oro macizo incrustada de pedrerías preciosas y lo instaló en su propia cámara que sola ya á la media noche era el sitio donde más libremente lloraba antes de que el sueño la rindiera.

Cuando el pájaro se vió á solas con su ama y en seguridad, la llamó por su nombre, se dió á conocer y le refirió su historia: la partida de caza; la entrada en el cuerpo del antílope, la transmigración al papagayo, sus ingeniosas decisiones de juez y por último la dicha que sintió viéndola fiel á su recuerdo.

La joven reina no podía creer en tan grande felicidad; toda la noche pasó besando el pico y las patas de su papagayo, y lágrimas de alegría brotaban abundantes de sus ojos. Se apresuró á consultar con él los medios de volverlo á su ser primitivo en el cual le gustaba más que ahora, y este le dió desde luego las instrucciones necesarias

Al día siguiente, al amanecer, la reina que parecía haber recobrado toda su belleza y salud se levantó antes que los demas y el serrallo se declaró de fiesta con la noticia del restablecimiento tan deseado y tan inesperado de aquella que tenía en si el depósito universal de la gracia y el talento.

El falso rey recompensó pródigamente á los que le llevaron la noticia y se apresuró á ir á ver á la reina tan pronto como esta lo mandó llamar.

La reina lo hizo sentarse á su lado y le prodigó todas las muestras de una acojida llena de benevolencia.

—En buena hora! gritó él transportado de alegría.

¿Qué he hecho para merecer tantos favores y ser admitido tan amorosamente en vuestra grata sociedad?

—Nada, amigo mio: solamente que restablecida ya quería invitaros á venir á visitarme esta noche, solamente que—añadió con coquetería—os pido de antemano un pequeño favor que estoy segura de que no me será negado

El contrato fué pronto concluido y ambos se separaron con el corazón lleno de dicha, satisfechos el uno del otro y diciéndose con ternura:

—Adios! Hasta la noche!

A la hora de recojerse, cuando la reina quedó sola en la cámara con el rey y el papagayo, se vió vivamente instigada para que dijera á su real consorte cuál era el favor que de él esperaba y de que le habló por la mañana, afirmándola de nuevo que sería complacida.

Entonces la reina habló al traidor en los términos siguientes:

—Sire! Así los piés de vuestro trono sean puestos sobre las estrellas!

Sabed que yo enfermé de tristeza desde que observé que Vuestra Magestad antes tan pródigo de bondades con su humilde sierva no se dignaba darme el testimonio especial de distinción que en otro tiempo era la prueba de su alta simpatía por mí. Vuestra Magestad queriendo probarme su perfecta y sublime amabilidad para conmigo no me rehusaba, como recordará, cambiar también de forma con el solo fin de divertirme y encantarme á lo cual ya me había acostumbrado; pero desde hace tiempo no me creo tan bella ni tan amada como antes, puesto que Vuestra Magestad no me ha dado el espectáculo que tanto me recrea. Si Vuestra Magestad aún me ama un poco, no me podrá dar prueba más convincente que hacer ante mí la transfusión del alma como otras veces.

El traidor estaba tan enloquecido por los encantos de la reina y lo engañaron tan bién sus palabras, que no tuvo más vacilación que la de que no había sugeto de operación, pero la reina le sacó de la dificultad mostrándole el papagayo.

Sacarlo de la jaula, estrangularlo sin destruir el bello plumaje, introducirse y hacer oir un alegre canto fué para el bandido asunto de un instante: pero en el mismo momento el cuerpo real dejado inerte se endereza bajo la influencia del alma que había salido del papagayo extendió los brazos, se apoderó del traidor que estaba en el pajaro, le torció el pescuezo y lo mató y remató.

Desde entonces el rey, desembarazado de su temible enemigo y entrado en la justa posesión de su personalidad, amó más y mas á la reina, hizo acuñar medallas con la efigie del antílope y del papagayo, no se vistió más que de verde y pobló sus jardines de estas dos especies de animales, por los que demostraba siempre particular predilección.

Dr. Mirza Khalil-Khan.

De M. José María de Heredia.

FLORIDUM MARE.

En la feráz llanura la mies dorada ondea
como la mar, al soplo del aire que la mece,
y un rápido rastrillo que surge y desparece,
simula, á la distancia, bajel que cabecea.
El mar hasta el ocaso que brilla y purpurea,
violado, azul ó rosa sus aguas adormece,
ó blanco de corderos que forma y desvanece,
se agita y como un prado sin límites, verdea.
Los pájaros marinos se agrupan, en bandadas,
y hácia la mies que ondula con aureas oleadas,
en torbellino baten las alas presurosas;
Al par que de los campos embalsamado el viento,
sobre las crespas aguas del mar en movimiento,
esparce densa nube de blancas mariposas.

SOL PONIENTE.

Esplenden las aulagas en el crestón erguido;
colora el sol poniente la niebla que le esfuma,
y aun brilla á la distancia, cubierto por su espuma,
donde las costas mueven el mar indefinido.
La noche silenciosa va descendiendo. El nido
se calla; entra el labriego bajo el hogar que ahuma,
y el toque de oraciones, meciéndose en la bruma
resuena, al ronco estruendo de la pleamar unido.
Como de ignotos antros, de las angostas hoces,
de sendas y barrancas, surgen distintas voces
de tardos campesinos que vuelven hácia el valle
Extiéndese las sombras por montes y campañas,
y el sol agonizante traspone las montañas
y pliega bajo el cielo su cárdeno ventalle.

F. García Rodriguez,

EL SILFO.

[Victor Hugo.]

Estaba la noche muy negra, muy fria;
Y ya moribunda la luz del hogar
Tras góticos vidrios apenas lucía.
Adentro una niña ... velaba? dormia?... ...
Alguno por fuera llamaba al cristal.

—«Soy en la límpida esfera
El hijo vago y risueño
Del sol y la primavera,
Un silfo. .. menos que un sueño.
Soy el espíritu errante
Que desprende del rocío
La mañana al despertar,
Soy del éter habitante,
Y en la noche, por el frío,
Soy el huésped del hogar
Esta tarde, entre las flores,
Una pareja dichosa
Estaba hablando de amores
En voz baja y cariñosa.
Yo de muy cerca la oia.
Cuando de pronto en un beso
Que su palabra cortó,
Cogieron una ala mía . .
Y aun estaba yo allí preso
Cuando la noche llegó
Es ¡ay! demasiado tarde
Para que yo entre á mí broche.
Estoy solo.... soy cobarde.....
¡Abreme por esta noche!
Deja que duerma en tu lecho,
Y cuando vierta la aurora
Su luz primera. me iré.
Tendré lugar muy estrecho,
Y te prometo señora,
Que muy poco ruido haré.
Mis hermanos han hallado
Un albergue en el rocío,
Solo y fuera me he quedado....
Tengo miedo.. .. y tengo frio.
¿A dónde encontrar mi broche?
No hay una luz en el cielo,
En los campos una flor. ...
¡Abreme por esta noche!
No tengas ningún recelo ....
Si yo soy..... todo candor!
¡Abreme! Sus densos flancos
Pavorosa la tiniebla
De horribles espectros blancos
Y negros fantasmas puebla.
Entre el follaje sombrío
Como lívidas miradas
Los fuegos fatuos se ven,
Y sobre el agua del río
Claridades azuladas
Lívidas flotan también.
Abreme, señora mía!
Porque en los campos desiertos,
Tras la colina sombría
Están bailando los muertos.
A sus almas desveladas
Da la noche pavorosa
Un sudario de vapor.
Si esas fantasmas heladas
Por divertirse, á su fosa
Me arrebatarán......¡qué horror!

Si desoyes mi gemido,
¿Buscaré los musgos viles
Y disputaré su nido
Miserable á los reptiles?
¡Abreme por un momento!......
Son cariñosos mis ojos
Y mi palabra de miel.
Sé remedar el acento
Que oye, con dulces sonrojos
La niña de su doncel.

Además....soy tan hermoso!
Si vieras temblar lucientes
Mis alas al sol radioso
Blancas, puras, transparentes!....
Tengo los bellos colores
Del lirio que me escondía
Del tenebroso capuz,
Y se disputan las flores
Mi aliento, todo ambrosía,
Y mi cuerpo, todo luz.
La ligera mariposa
Es pesada junto á mí,
Y sin perfume la rosa
Ni belleza el colibrí.
Cuando de gala vestido
Con reflejos de topacios
Y záfiro brillador.
Voy en la luz escondido
Visitando mis palacios
Como rey, de flor en flor.
Mas ¡ay! en vano te imploro!....
Aquí nada tengo mio,
Ni mis corolas de oro,
Ni mis copas de rocío.
Yo te las diera, señora,
Porque abrieras tu ventana
Un instante para mí;
Y no que vendrá la aurora
Y triste verá mañana
Que ante tu puerta morí.

En cambio del hospedaje
Que en esta noche me dieres,
De una hada ¿quiéres el traje?
¿El velo de un angel quiéres?
Haré de tu noche, día;
Y sin que corte el desvelo
Tu deleite embriagador,
Pasará tu fantasía
De los ensueños del cielo
A los ensueños de amor

Pero en vano está mi aliento
Empañando tu vidriera.
¿Crees que pérfido mi acento
La voz de un amante fuera?
No soy más que Silfo errante
A quienléjos de su broche
Un osculo aprisionó,
Pero no soy un amante ...
¡Abreme por esta noche!
Porque soy el Silfo yo."

El Silfo lloraba. De pronto, sonora,
Cual dulce reclamo del alma que llora,
Se alzó una voz triste, que luego calló.
¿Qué voz era aquella?
La niña, sin miedo,
Abrió la ventana, muy quedo, muy quedo....
Mas nadie ha sabido si al Silfo la abrió.

MANUEL M. FLORES.

DAMAS MEXICANAS

Srita. Maria Martinez de Castro
[DE CULIACAN] Fotografia de Valleto

Amargo es el vino del amor y solo se dulcifica y se hace grato al paladar, tomándolo en copa de oro

María Rosales.

Nadie olvidará su entrada al escenario, en la *Hija de Jefté*. Llevaba entre los brazos, cruzados sobre el pecho, un gran haz de flores; sonreía con una ingenuidad incomparable y no se desconcertaba ante el grande y querido monstruo, del que partían rumores significativos.

—Y no tenía usted miedo?....le preguntamos después.

—Ni tantico así.

—Cuáles fueron sus emociones durante la velada?

—Antes de salir á la escena, estaba muy nerviosa; mas cuando pisé las tablas y ví la sala tan bonita, sentí gusto, mucho gusto.

El público por su parte, se deja cortar las uñas, como el viejo león de la fábula, enamorado de una linda pastora; y premió aquella candorosa confianza de niña, que *no tenia ni tantico así de miedo.*

Hay algo que embriaga en esos triunfos ostentosos de la escena, tan inmediatos y tan fugitivos. Si alguna vez la *gloria* ha sido verdad, fué sin duda en el proscenio.

Mañana todos conservarán de la mágia que los dominó, un recuerdo pálido, como de algo que se ha soñado: pero ahí, frente al escenario, pasa por los espíritus un gran soplo de locura, una gigantesca ráfaga de entusiasmo.

Se adora al actor que supo revelarnos sensaciones nuevas, con el mismo ímpetu devoto, con la propia unción maravillada con que los hombres primitivos al sol que se levanta en toda la gloria del azul.

La palabra escrita no disfruta de ese divino privilegio de la palabra hablada. Aquella se abre paso lentamente y se perpetúa por la firme conquista de las almas; pero ésta es un verbo que tiene Tabor y ahí se baña en todas las luces de la Transfiguración.

Qué importa que mañana se olvide al que fué rey tantas veces? No se quejará él por eso de la vida. Fué algunas horas el dominador, el *Imperator*, el Dios; la admiración le pagó su tributo.. eso basta..la muerte ya no necesita aplausos, ni necesita gloria.

—

Alcanzará María Rosales esa meta del arte en que la actriz se glorifica por el talento?

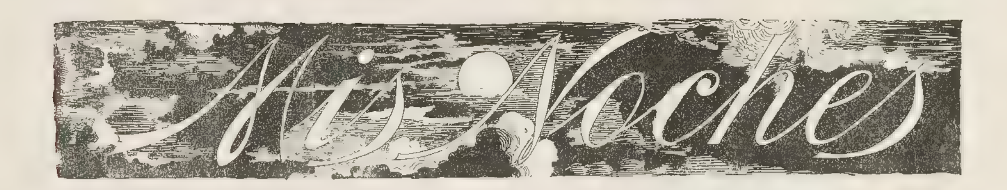
Por qué no si estudia, si estudia mucho, si estudia siempre?

La cuesta es hostil, pero allá arriba, en la cumbre de la montaña, nunca se pone el sol.

SILIETUM

A los aires de marzo la arboleda
tórnase á revestir de verde hoja;
de sus marchitas flores se despoja
y donde una sucumbe, un fruto queda.
En los desvueltos campos en que aun rueda
del fenecido invierno la seroja,
la mies despunta y la amapola roja
abre sus blandos pétalos de seda.
Y en torno á los frutales verdecidos,
de leves frutos en agraz cubiertos,
y entre la verde mies que ha de ser rubia,
En sus bohordos gráciles erguidos,
alzándose al azul, recien abiertos,
los blancos lirios le demandán lluvia.

F. GARCÍA RODRIGUEZ.



VIEJOS ROMANTICISMOS.

De Luis G. Urbina

¿Cómo eran? Azules y tibias,
transparentes, profundas, calladas....
en el fondo del cielo sin nubes
un reguero de puntos de plata;
mucha luz en el amplio horizonte,
como esmalte turquí, las montañas,
esplendores de nieve, en los campos,
y en las selvas, penumbras lejanas;
en los nidos, las aves dormidas
en mis manos, los *Cuentos de Hadas*,
en las flores abiertas, perfumes,
y la alegre inocencia en mi alma.
Así fueron mis noches de niño,
así eran mis sueños de infancia,
y así son las memorias que guardo.
frescas, puras, radiantes y blancas.

—

Plenilunio!.... En el cielo tranquilo,
trasponiendo montañas sombrías,
como pálida esfera de oro
lentamente la luna ascendía.
¡Qué contraste de luces y sombras!
La ciudad ¡qué callada! ¡qué limpias
en la bóveda azul las estrellas
cual brillante reguero de chispas!
A lo lejos, bañada de luna,
explendente, la selva vecina,
y los pinos, cual seres insomnes
agitando sus copas erguidas.
¿Dónde voy? Voy á ver á mi novia
que ya espera, temblando, la cita,
á besar unos ojos azules,
á escuchar confidencias de niña.
Quiero ver si es posible que huyan
estas ansias inquietas de dicha,
al sentir el amor, puro y casto
de una alma inocente y sencilla.
¿Donde estoy? en los brazos de Venus;
cual Tanhauser, gastando la vida,
estoy viendo flotar cabelleras
y cubrir, desnudeces olímpicas.
Aquí están los deseos que vuelan
y que van de pupila á pupila,
las palabras que saben á besos
y los besos que suenan á risas.
¿Y qué espero, leyendo, en la estancia,
al fulgor de la triste bugía,
entretanto que en luz argentada
el abierto balcón se ilumina?
¡Ah! Dejadme, que espero á la Musa,
la que pone en mis manos la lira,
me da un beso en la frente, y me dice,
que me ama, que canta, que es mía.
¡Oh. Musset, oh Musset, oh poeta!
Tus sublimes estrofas me animan,
quiero hundir mis rebeldes dolores
en el mar de tu grande poesía.
Así fueron mis noches de joven,
muy ardientes y muy intranquilas;
soñador incansable, yo tuve
para el sueño, una sed infinita.
Y así son los recuerdos que guardo
como flores que no se marchitan,
indecisos, confusos, flotantes,
pero llenos de luz y de vida

—

Ya llegaron las negras, las tristes,
las que hojas y flores arrancan,
las que tienen por sola blancura,
las estrellas, la nieve, la escarcha.
Ya no hay lunas, ni cielos radiosos,
ya no hay novias; ya no hay esperanzas,
ni los astros alumbran las sombras,
ni los sueños alegran el alma
Me despido por siempre ¡oh mis noches!
las azules, las tibias, las blancas,
plenilunios hermosos que ardían
en regueros de puntos de plata.
Adios, pues á la niña inocente,
al amor, á la dicha que pasa,
á la Musa, á la estrofa encendida,
al deseo, al dolor, á la lágrima.
Nada queda.... Llevadme al olvido
á que espere la noche más larga,
la tranquila, la dulce, la buena,
la del sueño que nunca se acaba....

México, 1898

LIRIO SILVESTRE

POR ANDRE THEURIET—ILUSTRACIONES GRABADAS EN NUESTROS TALLERES.

Versión española de "El Mundo Ilustrado"

Número 8.

Por la noche, después de una cena tan frugal como la comida, se acostaba rendida de fatiga, pero contenta del día, dándole gracias á Dios que le había dado fuerzas para concluirlo bien.

La primera vez que se la vió bajar á Auberive llevando en cada brazo un canasto lleno de setas acabadas de recoger, hubo en las calles un murmullo de admiración. ¡Cómo! ¿Germana Vincart á quien se la había conocido en holgada posición estaba reducida á pregonar de puerta en puerta el producto de su cosecha?

¡He ahí á donde la había conducido la prodigalidad de sus limosnas y de sus fantasías religiosas!

Las personas á quienes primero ofreció sus mercancías la acogieron con repulsas y burletas, pero ella no se desanimó porque estaba preparada de antemano y aceptaba todo con cristiana resignación. Al fin su humildad y su dulce paciencia conmovieron á la hostelera del *Caballo Blanco* que era una buena persona y le compró sus setas: más aun, viéndola tan razonable y tan contenta de un precio ínfimo, le encargó otros cestos para los días subsecuentes.

Su clientela limitada al principio á un solo comprador, creció insensiblemente al pasar el primer arranque de admiración y las gentes se acostumbraron poco á poco á ver á Germana convertida en vendedora de legumbres. A las burlas siguió la compasión y todos se sintieron conmovidos de un modo simpático por su mansedumbre y su dulzura; luego se observó que era muy escrupulosa en asuntos de conciencia y que lo que vendía siempre era barato y de muy buena calidad, y entonces los compradores se multiplicaron, primero atraidos por una egoista curiosidad y luego retenidos por el bajo precio de la mercancía.

Germana, en efecto, llevaba á su nuevo oficio, no solamente su sentimiento del deber, sino inteligencia y gusto natural por las cosas de la selva. Conocía los lugares donde las setas abundaban y eran más sabrosas, y donde se encontraban las mejores nueces y las trufas más exquisitas, y nadie mejor que ella sabía arreglar esos ramilletes que tanto agradan á los ricos para adornar sus salones.

Además, era industriosa: cuando llegó el invierno y no quedaron en la selva frutos ni flores, se proporcionó mimbres y juncos y lianas y con sus tallos finos y flexibles confeccionó canastillas elegantes, cestos finos y otras baratijas que tuvieron mucha aceptación.

Su clientela empezó á extenderse entonces por las aldeas circunvecinas, y pudo así pasar la mala estación sin grandes privaciones. Las ramas caidas que juntaba en el bosque le permitieron defenderse del frío en su casa solitaria, y por las noches, junto á un fuego bien encendido, tejiendo sus canastas, daba gracias al cielo que se mostraba tan cuidadoso de su sustento y casi no gozaba á gusto de ese calor que á tantos infelices hacía falta, y su celo caritativo aumentaba y para compensar lo que le parecía bienestar sobrado, entraba en sus reservas de dinero y daba limosnas á los pobres.

Un día Cadet Boucheseiche que husmeaba á su puerta la vió bajar del bosque abrumada bajo un haz de ramas secas que acababa de recojer, y para sus adentros el sacristán se regocijaba de la humillación de su antigua pupila, cuando acertó á pasar junto á la jorobada un mendigo harapiento.

Entonces el sacristán observó que su sobrina depositando la carga en tierra dió al vagabundo una moneda de plata. Esto era demasiado fuerte, y el sacristán entró á su casa indignado. ¿Cómo? esta hambrienta que deshonraba á la familia vendiendo cestos de puerta en puerta tenía con qué favorecer á los vagabundos! Decididamente estaba loca y era necesario encerrarla.

El sacristán se desahogaba diciendo tempestades contra la jorobada; y todos los Boucheseiche, machos y hembras, jóvenes y viejos le hacían coro. Cuando encontraban á Germana al paso, no dejaban de testificarle su desprecio con alguna mueca ó con alguna demostración ofensiva, pero ella no parecía oir ni ver nada, pues recordaba que San Francisco de Asis había sido injuriado y flagelado por su propio padre, y esta nueva semejanza de su destino con el del Seráfico Padre le era dulce al corazón. Recordando las palabras del Santo, comparaba su alegría interior con la que «se prueba respirando el perfume de los campos recién segados ó de la viña en flor.»

ULTIMA PARTE.

I

Abrigada con su manta de capuchón que le daba aire de viejecita, Germana cruzaba la senda que conduce al bosque de los Fosos. Había sabido la víspera que uno de los leñadores, el padre Arbillot se encontraba en la mayor aflicción, con su mujer tullida y su hijo gravemente enfermo. Este Arbillot tenía muy mala fama: hábil obrero, pero ébrio, brutal y trasnochador, llevaba una vida poco recomendabler y varias veces fué condenado por robo de madera; sin domicilio fijo no poseía otro albergue que las chozas que levantaba pasajeramente en los lugares en que se le contrataba para derribar á rboles. La mujer se le enfermó á consecuencia deuna paliza, y su hijo estaba con fiebre perniciosa.

Con estos antecedentes quedaban paralizadas las intenciones caritativas; y de consiguiente la Junta de Beneficencia, las Hermanas de la caridad y aun el Cura mismo estaban más dispuestos á condenar á los Arbillot que á compadecerlos.

Pero Germana pensó que la caridad cristiana manda auxiliar á los que sufren, y se dirigió á la barraca del leñador llevando algun dinero, pan, azúcar y una botella de vino.

La selva ya no la impresionaba desagradablemente; la oración y el trabajo habían curado sus penas y apagado sus instintos carnales, y ya no se acordaba de Marcial más que para lamentar sus faltas de pecador endurecido.

El bosque con sus árboles y sus pájaros no era ya para ella sino un conjunto de seres á quienes amaba fraternalmente como criaturas del Padre que está en el cielo; y sentía las bellezas de la tierra recien florecida y del agua límpida esparciéndose en alegres arroyuelos, como un anticipo de los esplendores del reino de Dios.

En el declive de una vertiente entre pilas de madera cortada, Germana distinguió la choza de la cual salía un hilo de humo azul. A medida que se aproximaba percibía una voz grosera que respondía con palabras duras á quejas ahogadas.

—Pues bien: ¡que reviente! gritaba el padre Arbillot: ya me cansé de tener sobre las costillas á una mujer y un muchacho que no ganan lo que comen......

Germana conmovida por la indignación y la piedad hasta el fondo de las entrañas, apareció

en este momento á la puerta de la choza y chocó contra el cuerpo robusto de Arbillot que volvía á su trabajo. El leñador retrocedió, contempló la figurilla que tenía enfrente y gruñó:

—Qué quiere usted, niña?

He sabido, dijo ella con voz trémula, que tiene usted un chico enfermo, y vengo para cuidarlo.

—No hay necesidad: basta con su madre. No son cuidados lo que le falta sino medicinas que cuestan muy caras. ¿Las trae usted?

—Tal vez......en todo caso, permítame usted ver al niño.

—Véalo usted cuanto quiera......eso no le hará ni bien ni mal.

Entró Germana en la barraca miserable y desnuda, donde un fuego de ramas acababa de consumirse exhalando un humo acre que un boquete abierto en el techo no bastaba para expulsarlo.

Cuando sus ojos se acostumbraron á esta semiobscuridad, distinguió en un camastso á un chiquillo como de doce años acostado y conservando sus ropas puestas. En el suelo, sobre la tierra lodosa, una mujer de cabellos despeinados y encanecidos gemía acurrucada.

Germana tomó las manos del enfermito que estaban ardientes lo mismo que la cara; la fiebre le hacía tiritar y se quejaba con voz ronca como si un dolor muy vivo le oprimiera la garganta.

—Pobrecito! murmuró la jorobada: se está ahogando. Es necesarío llamar al médico.

—Al médico....al médico!! Y es usted la que lo va á pagar?

—Sí: replicó ella con energía, y yo misma iré á llamarle en el acto; pero antes es necesario consolar al enfermo haciéndole beber una tisana que le desembarace la garganta. Ponga usted agua al fuego mientras busco flores para la infusión.

Hablaba con tanta firmeza que dominó al leñador, el cual echando á la lumbre una brazada de ramas, se puso á soplar hasta que se levantó la llama y luego colocó una vasija llena de agua que á poco comenzó á hervir. Cuando Germana volvió con las flores, hizo cuidadosamente la infusión.

—Usted, dijo á la mujer que la contemplaba con aire atónito, esperará que se enfríe un poco la tisana y la hará tomar poco á poco al enfermo. Entre tanto, voy á traer al Dr. Brocart.

Con ligereza de pájaro atravesó el bosque y descendió la colina de Montaubert: el médico vivía á la orilla del camino y Germana llegó á su casa cuando acababa de comer y estaba saboreando su café.

—Doctor, sería usted tan bondadoso que viniera conmigo á ver á un niño muy enfermo?

—En cuanto acabe de beber mi café. ¿Dónde vamos?

—Al bosque de los Fosos. Se trata del hijo de los Arbillot.

—Malo, malo. Eso está muy lejos. Crees que tengo mis piernas de los veinte años para trepar á pie el cerro de Montaubert?

—Doctor, el niño se está ahogando....!

Y le contó, profundamente conmovida, el estado en que halló al enfermo, la miseria de los Arbillot, y añadió:

—Por el amor de Dios! vamos pronto. Mande usted poner su carruaje.

—El camino es detestable y tardaríamos mucho. Voy a disponer que ensillen mi caballo. Irás á la grupa.

Abrochándose la levita y poniéndose el sombrero el doctor, murmuraba contra las mujeres que siempre hacen á uno obedecer sus caprichos. Y tan pronto como estuvo listo el caballo, montaron los dos y se pusieron en camino.

Los vecinos que les vieron partir no volvían de su admiración. Era en efecto, risible el espectáculo del Doctor, largo y flaco llevando á la jorobada hecha un ovillo á sus espaldas.

—Agárrate bien, dijo el Doctor, y luego le preguntó con interés:

—Y esos Arbillot son tus amigos?

—Hoy los conocí.

—Sabes que tienen mala fama?

—Cuando se trata de servir al prójimo, basta saber que es desgraciado.

—En efecto. Si no debiera socorrerse más que á los honrados, el oficio sería una canongía. Sabes que tienes talento? Pero eres una buena niña y eso vale más.

—Procuro cumplir mis deberes de cristiana.

—Puede ser: pero hay muchos cristianos que no hacen lo que tú.

Llegaron por fin á la choza y encontraron al

enfermo en el mismo estado. El Doctor le examinó la garganta.

—Angina membranosa, dijo á Germana. Tenías razón; casi no queda tiempo de salvarle.

Sacó de su estuche un lápiz de nitrato de plata y se puso á quemar las falsas membranas que como tela de araña se atravesaban en la garganta.

—Mira bien como lo hago, dijo dirigiéndose á la jorobada, ¿te sientes con bastante valor para practicar por tí misma esta operación? El niño necesita curaciones frecuentes con este lápiz, mientres observes que hay membranas falsas. Si pide que beber dale la tisana caliente. Yo volveré al anochecer. Ustedes, agregó dirigiéndose á los leñadores, sacarán al campo esos tizones que hacen humo perjudicial y el enfermo queda al cuidado de la señorita. Queda convenido? Hasta la tarde!

Cuando el Doctor se fué, Arbillot volvió á su trabajo y Germana se ocupó en poner en orden la cabaña. La mujer casi no servía para nada; los malos tratamientos la habían embrutecido y no sabía sino gimotear. De tiempo en tiempo la jorobada examinaba la garganta del niño que incensantemente pedía qué beber. Parecía haber agravado. Germana lo cubrió con su capa y se puso á quemarle las membranas, pero sea que obrara con desacierto ó que el mal se hubiera hecho rebelde, la respiración se hacía más difícil. Enrojecido y con las pupilas dilatadas volvía hacia la jorobada unas miradas suplicantes que la afligían. Al obscurecer vino el Doctor; se llevó aparte á Germana y le dijo:

—Esto ha terminado. No vivirá más que unas horas; y como sabes que el mal es contagioso harías bien viniéndote conmigo.

—No, Doctor: aquí estoy en mi sitio y esperaré hasta el fin.

Mientras el Doctor se alejaba, ella volvió á entrar y arrodillándose juntó al moribundo:

—Oremos, dijo gravemente á la madre.

—No puedo. He olvidado las plegarias.

—Entonces únase usted á mí en intención, porque sólo Dios puede salvarlo.

Y en voz alta, con profunda piedad se puso á orar.

Pero el cielo y los santos no quisieron oirla, y como lo había anunciado Brocart, el enfermo murió en la noche.

La madre al saber que todo había terminado, llenó la choza con sus lamentos; y Arbillot, silencioso un momento ante el cadáver, se puso á jurar como un pagano porque los gritos no lo dejaban dormir. Al fin aquella mujer agotada por el dolor se durmió y empezó á roncar.

Sola Germana velaba junto al muertecito y rezaba de nuevo para que su alma se fuera al Paraíso.

Al amanecer cortó flores, adornó con ellas el cadáver, dió á los Arbillot el dinero que había traído y descendió á Auberive para mandar hacer el ataúd y encargar á la iglesia un servicio fúnebre.

Caminaba lentamente, entristecida por la ineficacia de sus plegarias, pero se decía que seguramente Dios había preferido salvar esa alma de las miserias del mundo. Había pasado ya los últimos árboles de la selva, cuando oyó una queja humana resonar á lo lejos. Esta queja desgarradora se exhalaba á veces en notas agudas, á veces se ahogaba como entrecortada por sollozos, y luego vibraba otra vez más fuerte y más desolada.

Sin duda había por allí algún infortunio que socorrer y Germana sin vacilar se dirigió al lugar de donde salían los gemidos, llegando á un pradito donde vió á una campesina tendida de

cara al suelo entre las hojas secas, presa de una violenta desesperación. En el paroxismo de su dolor ni se apercibió siquiera de la llegada de una extraña; y sacudida por estremecimientos nerviosos hundía la despeinada cabeza entre sus manos y repetía obstinadamente las mismas palabras: ¡Dios mío! ¡Dios mío! y su lamentación parecía un alarido de fiera.

Germana se inclinó sobre aquella infeliz y le dijo.

—Qué tiene usted, amiga mía?

La desesperada tembló, se incorporó, mostró su cara y Germana quedó sobresaltada viendo á su antigua rival Clarisa Pitois; ésta reconoció á su vez á la jorobada y le dijo con expresión hostil:

—Vete...... ¡quiero que se me deje!

—No, replicó Germana con voz firme y dulce: yo no te dejaré en el estado en que estás. Eres mi hermana en Jesucristo, estás sufriendo y eso basta para que no te abandone. Clarisa estupefacta por tan inesperada consideración se había apoyado sobre sus codos; y al través de sus lágrimas contemplaba á la jorobada con desconfianza todavía.

—Tú, Germana, tú, balbucía?

—Si: parece que te agobia un gran dolor, háblame de él y procuraré venir en tu ayuda.

—Nada puedes hacer, y tú menos que nadie.

—Qué sabes tú? Porqué no me haces tus confidencias?

—Porque, replicó la infeliz con salvaje irritación, tú eres la causa de mi desgracia y te alegrarías mucho si supieras lo que me ha sucedido.

—Te equivocas!...... Nunca me han alegrado las desdichas de los demás y si te he hecho daño sin saberlo, esta es razón de más para que te expliques á fin de que repare yo mi falta involuntaria.

Esta mansedumbre que no podía comprender, conmovió á la infeliz haciéndola más expansiva; y en parte por despecho y en parte por desahogar su corazón, acabó por arrojar al rostro de Germana como un reproche estas palabras:

—Pues bien: Marcial me ha abandonado. ¿Estás contenta?

Las lágrimas humedecieron los ojos de la jorobada que murmuró con sincera compasión.

—¡Pobre niña!

—Te doy lástima, verdad? gritó Clarisa con amargura. ¡Sólo esta afrenta me faltaba! Guárdate tu piedad que para nada me sirve...... Sí! me ha dejado, á mí que dejé mi colocación por irme á vivir con él y le servía como un perro. Me ha cambiado por una asquerosa carbonera y ha partido con ella hoy para los bosques de Grancey. Nadie lo amará como yo! Y se ha ido como un miserable sin inquietarse de lo que me sucedería. Ah! Dios mio! Por qué no prefirió matarme?

Los gritos comenzaron otra vez más desgarradores, Clarisa boca abajo se golpeaba la cara contra el suelo.

—Hace tiempo, añadió, que me preparaba ese golpe. Desde aquella escena contigo en el taller de Amorey, su casamiento frustrado le revolvía la bilis y me reprochaba haber sido causa de que ustedes rompieran; cambió de humor, y empecé á notar que no me amaba como antes. Entonces esa bribona de Brunilla vino á rondarlo con sus gazmoñerías de gata loca y se lo llevó y ya no volverá más...... ya no volverá!......

—Marcial, dijo gravemente Germana, es un corazón extraviado; te engañó como á tantas otras porque no ama á nadie. ¡Que el buen Dios le tenga misericordia!

—Déjame en paz con tu buen Dios. Sea Marcial lo que fuere, le he querido, le amo todavía y ya no está conmigo y no puedo vivir sin él. ¿Seguir así mientras la corre con otra? No; jamás. Me arrojaré al rio y así terminará todo.

—Tú no harás eso, gritó Germana con vehemencia, tú no te condenarás...... tú no perderás tu alma.

—Y quién me lo impedirá? dijo Clarisa con burla nerviosa.

—¡Yo!

—Ensaya un poco para ver!...... No comprendes que lo he perdido todo? No tengo ni pan, ni casa, ni amante. Me vas á dar todo eso?

—Te daré un amigo que no engaña nunca.

—Cuál?

—Ya te explicaré eso más tarde. Entre tanto, ven conmigo: mi casa será tuya y partiremos mi pan.

Clarisa contemplaba á la jorobada con aire estupefacto é incrédulo.

—Es serio eso que me dices? No te estás burlando? Vas á vivir en unión de una perdida como yo? No me guardas, pues, rencor?

—No! A Dios gracias yo no he tenido nunca para mi prójimo más que amor en el corazón. Vamos..... insistió obligando á Clarisa á levantarse y besándola tiernamente, se razonable y buena; ven, yo te amaré como se debe amar á los que sufren y estarás conmigo el tiempo que quieras.

Y tomó de la mano de la abandonada que tornándose obediente la siguió hasta su casa llorando como un niño.

II

En el jardín de Germana, cerca del bosque de Montgerand, el sol de Abril terminaba su obra de germinación y enverdecimiento. Los tallos de tulipanes, jacintos y lirios se lanzaban ya hinchados y erectos de la tierra recientemente removida; los manzanos y los perales ostentaban sus copos de flores blancas y las abejas atareadas zumbaban en torno de los colmenares. Los pajarillos cantaban y una riente alegría se esparcia por los rios, los prados y las colinas arboladas.

Clarisa que arreglaba en compañía de la jorobada un cuadrado para sembrar legumbres, arrojó la pala al suelo, estiró los brazos con un movimiento que hizo tronar un vestido de lana negro que fué de la difunta señora Vincart y estaba estrecho para los robustos senos de la trabajadora; luego suspiró dolorosamente y enclavijó las manos.

Dilatábase su nariz como para husmear mejor los aromas primaverales esparcidos y su mirada salvaje seguía la curva cintilante del río que serpenteaba á lo lejos antes de desaparecer en un recodo de la selva. Germana que la estaba examinando con mirada inquieta le preguntó:

—Y bien, Clarisa, ya no trabajas?

—No puedo, dijo ella con decaimiento; se diría que me corre plomo por las venas; tengo los brazos y las piernas adoloridos como si se me hubiera golpeado; el sol me emborracha; y luego cuando distingo las lomas de Colmiers y pienso que Marcial está allá abajo, del otro lado dèl bosque, me vienen ganas de escaparme para ir á verlo otra vez.

—Es fuerza arrojarlo de tu pensamiento y pedir á Dios que no te deje sucumbir á la tentación.

—No es posible, porque la tentación es más fuerte que yo.

Tengo siempre la imagen de ese hombre en mi corazón y en mi memoria y mientras pienso en él se me quema el cuerpo y siento ansiedad rabiosa de correr á apretarlo en mis brazos hasta que yo me sacie.

—Oh! Clarisa....! exclamó Germana escandalizada.

—Qué quieres? replicó con energía la joven; yo he sido siempre así. Desde que tenía quince años, cuando me gustaba un muchacho, no podía abstenerme de correr á él como una loca. Te avergüenzo, no es verdad? Y sientes haber traído á tu casa á una mujer tan sin pudor.

—No siento nada, murmuró tristemente Germana, sino que cuento con la bondad y el poder de Dios y espero que me concederá la gracia de arrancarte á tus malos pensamientos y librarte como á mí del pecado.

Clarisa hizo un signo de incredulidad.

—Oh! tú eres diferente...... Tú no sabes lo que es tener el amor en la sangre. Hablas de eso, como un ciego de los colores.

Una sonrisa melancólica crispó los labios de la jorobada y en tanto que las tintas del rubor subían á su rostro respondió con humildad.

—No hay criatura por deforme que sea que no haya sufrido las tentaciones de la carne. Si pudieras leer en mí, verías que he padecido como cualquiera otra y me he acusado á Dios y lo confieso delante de tí: sí, yo he sido acosada por la tentación como una liebre que cae en poder de perros hambrientos; me he sentido trastornada y torturada como tu á la vuelta de cada primavera y gritaba mi desesperación á las bestias del campo, y á las plantas y á los árboles y me arrojaba á tierra y besaba las yerbas y las flores. ¡Tan atormentada así estaba yo por la necesidad pecaminosa de oprimir mis labios contra cualquiera cosa viviente......Dios ha tenido al fin piedad de mí, y después de haberme castigado en el cuerpo, ha cambiado mi amor bestial por otro más grande y más puro.

—Otro amor?

Clarisa asombrada abría desmesuradamente los ojos y su mirada curiosa penetraba en las pupilas negras de Germana como para buscar las huellas de ese amor obscurecido é incomprensible.

—Si, añadió Germana, un amor que une en una sola afección á las criaturas y al Creador. El que en sí mismo es todo amor puesto que por

adhesión á los hombres descendió á la tierra para salvarnos.

Clarisa sacudía la cabeza haciendo poderosos esfuerzos para camprender lo que se la decía.

Ah! vamos, dijo después de un momento: me quieres decir que te hiciste devota; eso no me sucederá en mucho tiempo. Lo primero que los curas piden á los que se confiesan, es que renuncien á las galanterías y al amor y yo sé muy bien que no podría prescindir.

—Y sin embargo, mi pobre amiga, de todo eso no has sacado más que penas.... Marcial te ha engañado, los demás te engañarán igualmente porque las afecciones de los hombres son por naturaleza pasajeras. Todas las cosas del mundo están destinadas á terminar y cuando nos dejan padecemos de soledad y de abandono en el corazón y en el cuerpo.

Es necesario, pues ligarnos á lo que no muere, á Jesús y en amor infinito y dulce.

—Cómo! dijo Clarisa. ¿Podré amar á alguien que sea invisible? ¿Has visto tú alguna vez á Nuestro Señor?

—Sí......Una vez, por los días en que cargaba aún con el peso de mi pecado, oraba en la Capilla del Sagrado Corazón donde hay una imagen de Cristo Crucificado: le decía mi pena y le pedía que la aliviara y de improviso vi positivamente sus ojos volverse hacia mí y moverse sus labios; y dulce como un suspiro oí su voz que murmuraba: «Ven á mí.»

Clarisa escuchaba con creciente atención el milagroso relato de Germana y los rasgos de su fisonomía expresaban una mezcla de respeto y admiración, porque lo maravilloso ha tenido siempre gran acción sobre las almas sencillas, y Clarisa tenía la simplicidad ingénua de una joven salvaje. De consiguiente, con ojos asombrados contemplaba á su antigua compañera de catecismo, y sentía por ella cierta especie de veneración.

—Qué....? tú has visto á Nuestro Señor!

—Como lo verás tú si quieres humillarte y arrepentirte de tus pecados.

—Siempre fuistes una niña piadosa, Germana, y por eso te ama el Señor; pero yo he hecho más picardías que milagros y soy una desvergonzada.

—La Samaritana vivía también en la impureza y no obstante Jesús se reveló á ella y se dignó beber del agua que llevaba; pues lo mismo se volverá á tí cuando le hayas sacrificado las alegrías del mundo sin reserva y sin compensación, y quedará tu corazón tan puro como el de un niño recién nacido.

Cuando acababa de pronunciar Germana estas palabras se oyó una voz que partía de la cocina y apareció en el dintel de la puerta la escuálida silueta negra del Cura Pechenart.

—Germana, Germana Vincart, dónde estás?

Ella corrió á la escalera que subió ágilmente, entró en la cocina y después de la reverencia debida exclamó:

—Aquí estoy, Señor Cura.

El Cura Pechenert se había sentado y se abanicaba con su sombrero porque al rayo del sol había subido la cuesta de Montgerand y ya el calor empezaba á hacerse sentir. Con un signo indicó á la joven que tomara asiento á su vez frente á él y le dijo con voz severa:

—Germana, préstame atención; tengo que hablarte de cosas graves.

Luego se secó la frente con un pañuelo, tosió y comenzó de esta manera:

—Germana: desde que regresaste, tu conducta es inconsiderada y ha parecido condenable, no sólo á las gentes mundanas sino aún á las piadosas y caritativas; no te hablaré de la inprevisión con que disipaste tu patrimonio, ni de la manera que has adoptado para ganarte el sustento ejerciendo oficios que te obligan á andar por todas partes, cosa que no conviene á una niña de tu edad, porque hay en eso un orden de consideraciones puramente profanas en las cuales no quiero entrar ya que no atañen á la religión.

No sucede lo mismo con ciertas prácticas tuyas que incurren en el error de que son inspirados por la caridad y que no solamente son pecaminosas en sí mismas, sino que pueden ser nocivos á la iglesia porque tienen lugar bajo la capa de la religión y escandalizan á los fieles de mi parroquia. Personas respetables me han traido sus quejas á ese respecto y me he sentido mortificado cruelmente.

—Y de que se me acusa, Señor Cura?

—Primero, de que tienes la presunción de ocuparte en obras caritativas sin tomar consejo ni de tu pastor ni de las personas oficialmente destinadas para la distribución de limosnas; eso es un acto de orgullo que pone en peligro tu alma y te deja expuesta á groseras equivocaciones. De tu propia iniciativa y sin tomar en cuenta tu inexperiencia, se te ha metido en la cabeza socorrer á las gentes menos recomendables y prodigas tus dádivas á los mendigos y vagabundos sin reflexionar que recayendo á veces sobre malas personas, comprometes la religión por tu falta de criterio.

—Nada me sería más cruel, señor Cura, que verme convertida en motivo de escándalo.... pero recuerdo que Nuestro Señor vivía entre los leprosos y demoniacos y que los curaba y socorría sin indagar si habían vivido ó no en el pecado; y recuerdo más todavía y es que dijo á los Fariseos: "En verdad os digo que los publicanos y los pecadores entrarán antes que vosotros en el reino de los cielos."

Como al Cura no le gustaba que se le contradijera, frunció el entrecejo y dijo en tono de reproche:

—Ya te he dicho que eres una orgullosa y tanto más cuanto que te metes á citar los Santos Evangelios atreviéndote á interpretarlos. Y qué resulta de eso? Que no teniendo ni la sabiduría ni la discreción necesarias, los comprendes al revés y arreglas tu conducta á esta falsa interpretación. No me han informado en estos últimos días que has recogido de en medio del arroyo una de esas pecadoras de que hablas, y que habiéndola traído á tu casa no te avergüenzas de que viva á tu lado? De pronto no lo quise creer; pero esta mañana tu mismo tío, el sacristán Boucheseiche me aseguró que en efecto, has tomado bajo tu protección á Clarisa Pitois.... una perdida que es el oprobio de la parroquia!

La jorobada se levantó y abriendo la puerta mostró á Clarisa que habiendo tomado nuevamente la pala, trabajaba en pleno sol.

—Es cierto. Véala usted trabajando en nuestro jardín.

—El rubor de la cólera subió al rostro del Cura Pechard que levantando la indignada voz, gritó de forma que los ecos lejanos la repitieron.

—Es posible! Y has echado en olvido tu dignidad hasta el punto de vivir al lado de la última de las perdidas?

—La encontré en la selva, abandonada de todos, muriendo de dolor y de hambre y sin abrigo, qué debía yo hacer?

—Conducirla al asilo ó al cuarto: hay refugios para las prostitutas; si la habría remitido á una de esas prisiones y la parroquia se habría desembarazado de ella.

—No se habría dejado conducir y todo estaria perdido, yo preferí traerla á mi casa á fin de salvar al mismo tiempo su cuerpo y su alma.

—No se pone impunemente un fruto podrido al lado de un fruto sano.... Mándame en el acto á esa perdida!

—Señor Cura: me va usted á reprochar de nuevo por citar fuera de oportunidad las Santas Escrituras, pero es bueno recordar que usted mismo fué quien me envió el libro y que según su recomendación me he nutrido en esa lectura procurando normar mi vida conforme á los divinos preceptos, pensando que los mejores modelos son los del Evangelio. Pues bien, allí he leído: «Los Escribas y los Fariseos trajeron á Jesús una mujer adúltera y le dijeron: —Maestro, la ley de Moisés nos ordena lapidar á esta mujer. Cuál es tu opinión?—Jesús guardó silencio é inclinándose escribía con el dedo sobre la arena; y como ellos insistieran, se levantó y les dijo: Aquel de entre vosotros que esté sin pecado, tire la primera piedra. Y luego volvió á su escritura sobre la arena.»

Cuando los fariseos se alejaron, se levantó de nuevo y dijo á la mujer: No se han atrevido á castigarte y yo no te castigaré. Vete y no peques más. Señor Cura, en la parroquia nadie está sin pecado y nadie tiene derecho de apedrear á Clarisa Pitois. No le parece á usted preferible que imitáramos á Cristo procurando que no peque ya más? Dios no quiere la muerte del pecador sino que se convierta y viva. Embarazado por esta argumentación, el sacerdote se mordía los labios y estudiaba curiosamente la expresión estática de los brillantes ojos negros y del rostro pálido de su interlocutora, diciéndose para sus adentros: «La chiquilla tiene razón.» Pero sus principios autoritarios le prohibían demostrar perplejidad y levantándose dijo con voz seca é imperiosa.

—No estamos ya en los tiempos de la Iglesia primitiva, y no he venido aquí para discutir sino para cumplir mis deberes de pastor. Ya estás advertida: á tí te toca examinar si en interés de tu reputación y tu salud debes atender los consejos de las personas discretas y piadosas ú obrar á tu capricho.

—Gracias, señor Cura, dijo simplemente Germana.

—Lo que debes hacer es ser dócil y humilde. «Dios eleva á los humildes y abate á los soberbios.»

Habiendo lanzado esta cita como una flecha destinada á traspasar el orgullo de su feligrés, el cura se retiró y Germana lo fué á acompañar hasta la puerta del patio, siguiéndole con mirada curiosa en tanto que descendía la cuesta. El sacerdote posaba el pie con energía sobre los guijarros como si hubieran sido otros tantos espiritus rebeldes. Cuando desapareció, la joven regresó á la cocina y quedó sorprendida porque desde la puerta no vió á Clarisa en el lugar donde la había dejado. Un suspiro quejumbroso que salió derrepente de un maciso de arbustos, atrajo su atención y vió entonces á su amiga llorando desolada.

—Qué te pasa, Clarisa? Estás enferma?

—Perdóname. Cuando el cura levantó la voz, sospeché que se trataba de mí y me acerqué á escuchar......

—Por qué te desconsuelas así? Qué es lo que has creido?

—Creo que me vas á enviar al asilo.... El cura tiene razón, yo soy la última de las perdidas, y una niña honrada no me debe conservar en su casa.

—Una dulce claridad iluminó el somblante de Germana que se inclinó hácia Clarisa, le tomó las manos y la obligó á levantarse.

—Mi poore amiga, le dijo, no te atormentes... el señor cura tiene sus razones y yo tengo las mías. Es posible que el mundo se vuelva contra mí, pero ya estoy dispuesta á sufrir por Jesús que nos manda amar y socorrer al prójimo. Este es, continuó exaltándose, este es el amor de que te hablaba yo y que supera á todas las afecciones terrestres; él me da fuerzas para no oir más que mi conciencia, para despreciar los juicios humanos y desprenderme de toda tendencia interesada á fin de servir al Señor como quiere ser servido.

(Continuará.)

PAGINAS DE LA MODA

LA MUJER

[Concluye.]

En cambio, la inteligencia de la Mujer tiene más alma, más expresión, más ternura, más poesía.

Se sublima más.

El hombre todo lo ve al través de la razón, que suele ser á veces sin razón.

La Mujer todo lo ve al través de sus ilusiones.

Algunos autores, apoyándose en hechos aislados y excepcionales, dicen que la Mujer tiene un corazón falso y cruel.

Nosotros no podemos concebir tal cosa en ellas.

Que la Mujer tenga ó haga acciones malas, lo comprendemos bien; pero que de esto quiera deducirse que el mal está arraigado en su corazón, es una necedad.

Los mismos que hacen estas aseveraciones las acusan de débiles.

Entónces, ¿En dónbe está la culpa?

Volvemos á repetir lo que alguna vez hemos dicho, que la humanidad no es responsable de las faltas originadas á causa do su organización fisiológica.

El fuego no es culpable porque quema.

Ni el frío porque congela.

Está ya en la naturaleza del uno quemar, y en la del otro congelar.

Así, si la Mujer tiene sus faltas, son debidas á esa debilidad que la caracteriza y que le es propia

Orgánica—permitasenos la frase.—

Y sin embargo de esta debilidad, en la Mujer es en donde se encuentra la virtud más acendrada, la piedad más selecta la más sublime abnegación, la inocencia, la modestia.

En la Mujer existe esa noble sensación que llamamos pudor.

Y este sentimiento tan propio de ella, ¡cuánto atractivo, cuánto encanto no nos comunica!

¡Cuánto respeto no nos infunde!

El pudor en la Mujer es un freno que nos detiene ante ella

Es como el dedo de Dios que marca el "hasta aquí."

¿En dónde se halla la verdadera modestia, sino en la Mujer?

Esta es una virtud desconocida también para el hombre.

La finge, es cierto. pero pronto se descubre la falsedad

Pronto deja ver la hipocresía.

La Mujer es humilde de corazón.

En fuerza de verse subyugado en todos tiempos, ha llegado á hacerse un hábito en ella, y en silencio llora su opresión.

No se queja

En silencio llora.

Y en silencio sus lágrimas tiernas y ardientes suben hasta el trono del Hacedor.

¡Oh cuán sublime es esta abnegación!

¡Cuán grande es la Mujer!

En la Mujer siempre se encuentra lo bello del sentimiento y lo sublime del arte.

En este punto nada deja que desear.

SOMBRERO ELZA

TOILETTE DE PASEO

Cuando el hombre está agobiado por el peso del dolor y de la amargura, en ninguna parte encuentra un consuelo tan dulce á sus angustias como en la Mujer.

La familia la constituye verdaderamente la Mujer y no el hombre.

Ella es quien cuida de él y le presta fuerzas para sobrellevar los trabajos de esta vida.

Por eso la naturaleza la ha formado tan hermosa como sensible, y por eso también le ha dado una voz meliflua y cadenciosa.

¿Qué cosa hay que pueda igualar á la dulzura del acento de una Mujer?

¡Ah! también es una de sus más poderosas armas.

Con ella vence mil obstáculos.

¿Quién no recuerda á la célebre artista Mad. Desgarcieux, cuando con el acento de su voz desarmó á los asesinos que furtivamente introducidos en su alcoba pretendían ejecutar en ella una venganza de muerte.

¿Quién no ha sentido en lo íntimo de su alma una extraña agitación al escuchar el suspiro de una mujer?

¿Quién es aquél que no se siente dominado por la mirada de una Mujer?

¿Quién no ha sentido conmoverse su corazón de una manera violenta ante las lágrimas de una Mujer?

¿Quién no ha visto paralizarse sus sentidos al encontrarse frente á frente de la Mujer que en la niñez soñamos?

¿Quién no recuerda las caricias de una madre?

¿Quién no admira la abnegación de las Hijas de la Caridad?

¡Ah! la más brillante página en la historia de la humanidad la ocupa la Mujer.

Ella es el más hermoso de los séres de la creación, el más grande, el más puro.

Jamás olvidaremos las siguientes palabras de Moreau:

El hombre piensa y la mujer siente. La fuerza del uno consiste en la reflección y la fuerza de la otra está en el sentimiento"

¡Cuánta filosofía y cuánta verdad encierran estas palabras!

«Dios, ha dicho otro eminente publicista, no quiso formar á la Mujer del barro grosero y vil, sino de una materia más perfeccionada como es el hombre.»

Para que fuera su compañera, y como tal, mútuamente se ayudasen en la peregrinación que todo mortal tiene que hacer en este valle de lágrimas.

¿Qué hiciera el hombre solo y abandonado sobre el haz de la tierra?

¿A quién comunicaría sus alegrías?

¿Con quién participaría esos goces íntimos del alma?

¿Y á quién daría á conocer su acerba aflicción?

¿En dónde desahogaría sus penas?

¡Cuán grato es el encontrar quien pueda comprender las dichas del corazón!

Cuánto alivio siente el alma cuando ha encontrado también quien consuele sus desdichas!

¿Y quién mejor puede hacer esto que la Mujer?

Nadie, porque es la única que está dotada de esa sensibilidad tan delicada y de esa ternura tan expresiva, que la hacen aparecer como el Angel de la felicidad

Por esto es ELLA la más perfecta criatura que ha salido de la mano del Omnipotente.

Es lo más grande de su obra, lo más sublime, y en donde quiera brilla.

Mírese á la Mujer en el hogar doméstico, y ahí sus virtudes la elevan en la sociedad.

Mírese á la mujer en el vicio, y ahí mismo la vemos grande y magestuosa.

Porque es la LUZ EN LAS TINIEBLAS LA PERLA EN EL LODAZAL.

El vicio mancha su cuerpo, mas nunca su corazón.

Este se conserva siempre virgen.

Jesús cuando deja de condenar á la Mujer adúltera, es porque ha visto su corazón puro y sin mancha.

A la joven del castillo de Mágdalo, conocida vulgarmente con el nombre de la *Magdalena*, que va á arrogarse á los piés del mismo Salvador, la levanta de ahí, porque si su cuerpo había pecado, en su alma nada había que reprender

¡Cuántas veces estas faltas son cometidas por un exceso de sentimiento!

Entonces la Mujer no es culpable.

Jamás puede concebirse en ella la perversidad del corazón.

La más pura y dulce emanación de Dios, nunca puede conocer el lujo del crimen.

El refinamiento de la malicia.

No faltará quien nos enseñe en prueba de lo contrario, una Athalia.

Una Locusta.

Una Herodias.

Una María de Padilla.

Una Catalina de Médicis.

Una Margarita, marquesa de Brinvilliers, y otras mil y mil que se han dejado arrastrar por el torrente del crímen y de la crueldad

Mas á estos respondemos que si existen Mujeres que se complacen en hacer el mal, sin temor alguno puede asegurarse que el cerebro de estas desgraciadas no se halla en su estado normal.

Estas son las excepciones que jamás faltan en los hechos de la humanidad.

No porque el corazón de una Mujer obedezca naturalmente á los perversos instintos de un desarreglado cerebro, debemos decir que la Mujer es mala.

Y sobre todo, nosotros hablamos aquí de la Mujer

SOMBRERO DE PRIMAVERA.

tal cual ella se nos presenta, gozando de su entero juicio y conocimiento.

Hablamos de la Mujer como la identificación de ella con Dios.

No de los casos excepcionales producidos por la la locura y por el extravío de las facultades mentales.

Mas tarde, tal vez, nos ocuparemos de ellos.

Por ahora, basta.

LA LECHE

La leche es el alimento por excelencia para el niño desde su nacimiento hasta el segundo año.

Durante largo tiempo sus órganos no pueden sobrellevar otro y cuando llega el instante en que se le empieza á hacer comer otras cosas, todavía sigue siendo la leche el mejor alimento que para él existe.

La ciencia ha demostrado que existen en la leche todos los principios que sustentan el cuerpo humano, en una proporción y bajo una forma perfectamente adecuadas á la organización del niño.

La leche resume los principales alimentos y es el tipo del alimento perfecto.

Ella sola reune las condiciones fisiológicas que se desean, de ser un alimento perfecto y de digestión fácil.

En ella se encuentran, igualmente que en el huevo, todos los alimentos necesarios para la nutrición del pequeño; todo lo que entra en la estructura de los diferentes órganos del cuerpo

El simple examen de los hechos igualmente que los experimentos de químicos y anatómicos, demuestran esta doble verdad:

1.ª Que la leche contiene todos los principios necesarios al niño y 2.ª que es el único alimento que conviene á sus órganos aun rudimentarios.

En la mujer, como en las hembras de los animales, la leche está compuesta de los mismos elementos, pero distribuidos en proporciones tan diferentes, que al analizarla, el sabio Gyonz, no se equivoca acerca de su procedencia, aun cuando no conozca el animal que la ha producido

La mayor parte de los médicos fundándose en los resultados obtenidos, juzgan que basta igualar artificialmente las cantidades para hacer idénticas, leches diferentes

Pero el doctor Bouchut es de parecer que la leche de la madre por más que se haga, no puede ser suplida por otra leche, aun cuando se procure hacer por medio de adiciones, etc: que esta otra se acerque en lo posible á la leche de la mujer

Tres razones justifican á sus ojos esta opinión. Helas aquí.

En primer lugar, la crema de la leche humana da poca manteca y hasta puede asegurarse que no da ninguna.

Además, su *caseum*, vulgarmente queso, en lugar de presentarse como una masa compacta del modo que sucede con la leche de vaca, por ejemplo, queda suspenso en la parte acuosa, en ligeros copos desprovistos de toda coherencia.

Por último, el sabio Bechamp ha descubierto que el fermento de la leche de mujer tiene la propiedad de azucarar la fécula y los principios feculentos, propiedad que no se encuentra ni en la leche de vacas ni en la de ningún otro mamífero.

MEDICINA DOMESTICA

El conocimiento de las enfermedades no depende tanto de los principios científicos como algunos creen más principalmente es efecto de la experiencia y de lo observación. Con la asistencia del enfermo y atención cuidadosa á las diferentes ocurrencias de las enfermedades, se adquiere una gran práctica para distinguir los síntomas de ellas, y aplicar las medicinas. Por eso las amas y todas las personas que asisten enfermos, conocen muchas veces mejor las enfermedades que los médicos: no queremos persuadir por eso que el estudio de éstas no sea útil, es sin duda alguna de la mayor importancia; pero nunca puede suplir el lugar de la observación y la experiencia.

Cada enfermedad se puede considerar como un conjunto de síntomas, y se debe distinguir por los que son más claros y permanentes En vez de dar una relación arreglada de todas las enfermedades, según el sistema metódico, es más útil en una obra de esta naturaleza, hacer una descripción exacta de cada una en particular, como sucede; y cuando los síntomas de una, fueren semejantes á los de otra, daremos noticia de aquella circunstancia, y al mismo tiempo de los síntomas peculiares y característicos que puedan distinguirla. Con la debida atención á éstos, se verá que el conocimiento de las enfermedades es materia menos dificultosa de lo que a primera vista creen la mayor parte de las gentes.

Una exacta observación á la edad, sexo, temperamento de ánimo, constitución y método de vida del paciente, contribuyen mucho para conocer y curar las enfermedades

En los niños las fibras son laxas y blandas, los nervios sumamente irritables y los fluidos muy sutiles; pero en los viejos están las fibras rígidas, los nervios casi insensibles y algunos de los vasos impenetrables Estas y otras particularidades hacen muy diferentes las enfermedades de los unos y de los otros, y de un curso que requiere distinto método.

Las mujeres están sujetas á algunas enfermedades que no padecen los hombres, y como el sistema nervioso en aquellas es más irritable que en estos, pide mayor cuidado la curación de sus males; no pueden sufrir grandes evacuaciones, y todas las medicinas estimulantes se les han de dar con mucha economía.

TRAJE PARISIENSE DE LA CASA LAFERIERE

FIG. 1

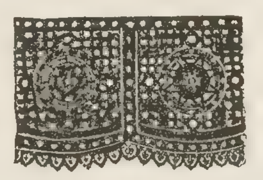


FIG 2

Las constituciones particulares no sólo disponen las personas á enfermedades peculiares, pero hacen precisa la cura de éstas de un modo también peculiar. Una persona delicada, por ejemplo, de nervios débiles, que está siempre en casa, no se ha de tratar cuando está enferma, de la misma manera que la que es fuerte y robusta, y vive expuesta al aire.

El temperamento de ánimo merece particular atención en las enfermedades: el temor, la inquietud y el pesar las cansan y las agravan, y en vano aplicaríamos al cuerpo remedios para curarlas si la causa está en el ánimo: cuando éste padece, la mejor medicina es lisonjear las pasiones divertir el espíritu para que no cavile y tener al enfermo alegre y contento cuanto se pueda.

MUJERES CON BARBA

De una ley de las doce tablas parece deducirse que entre las romanas del primer siglo no faltaban algunas que hicieran á los hombres competencia en lo tocante á tener pelos en la cara. Es decir que no se paraban en pelillos.

La Venus de Chipre, que los helenos representaron con barba, viene á indicar que tampoco entre las griegas faltó semejante extravagancia.

Las germanas no se quedaron atrás, y en Stocard admírase aún el retrato de una hermosa mujer de 25 años, llamada Barten Groetje, y con una barba magnífica. El retrato fué pintado en 1787.

Carlos XII tuvo en su ejército una granadera con más barba que todos los granaderos juntos, la cual cayó prisionera en Pu'tawa, y llevada á San Petersburgo mereció llamar poderosamente la atención del Czar.

Margarita Farnesio, gobernadora de los Países Bajos en nombre de su padre Carlos V, y de Felipe II después, llevaba una deliciosa barba, que era su gran orgullo.

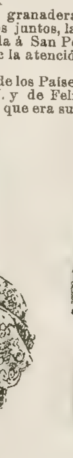
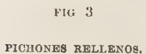


FIG 3



TRAJES DE SEÑORITA Y DE NIÑAS

PICHONES RELLENOS.

Se abren los palominos por el lomo, se pica su hígado con carne de salchicha y un poco de tocino, miga de pan, setas y dos yemas de huevo. Las setas se sustituyen ventajosamente por trufas. Píquese todo y añádase pimienta y especias. Rellénase con esta pasta el pecho y vientre de las aves. Pónganseles encima de un plato de asar untado de manteca y métase en el horno. Añádase zumo de limón á la salsa, viértase ésta sobre los palominos y sírvase.

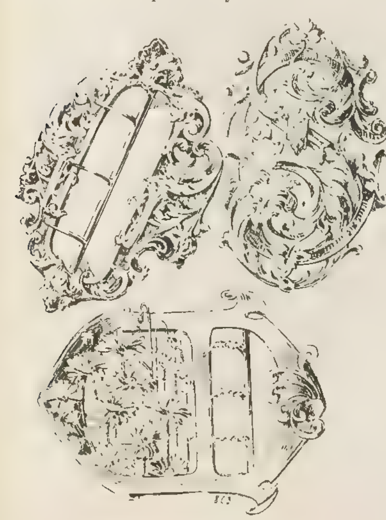


FIG. 4

ENSALADA DE AVE.

Se toma un ave entera ó á medio gastar, guisada la víspera, y se retiran todas las carnes en forma de filetes; arréglense simétricamente estos filetes con una lechuga picada que se pone en el fondo del plato ó de la fuente de ensalada, arréglense otras lechugas en divisiones con condimentos y filetes de anchoas.

Sazónase con las demás ensaladas.

Si hay un pueblo que aprecie en menos la justicia que el labrador su cosecha, el artesano su pedazo de pan, el mercader sus riquezas, el marinero el descanso, y el soldado la gloria, levantad en torno á ese pueblo una gigantesca muralla, á fin de que su aliento no infeste el resto de la tierra.

Cuando venga el juicio final de los pueblos, serále dicho. ¿Qué has hecho tú de tu alma? No se ha visto de ella ni señal ni traza. Los goces del bruto han sido todo para tí. Has vivido en el cieno, anda á podrirte en el cieno.

Y por el contrario, el pueblo que en su corazón haya colocado los verdaderos bienes por encima de los bienes materiales; que para conquistarlos no haya perdonado ninguna pena, ninguna fatiga, oirá estas palabras:

A los que tienen un alma, las recompensas de las almas, tú has amado sobre todas las cosas la libertad y la justicia, ven y posee para siempre la justicia y la libertad.

El hombre está muerto en la embriaguez de vino, y loco en la del amor.

Pitágoras.

En la actualidad, la gloria es un retrato que se cuelga en los kioskos durante ocho días.

Tournade.

SOMBRERO VIVIANE

FIG. 5

TRAJE PRINCESA DE MUSELINA DE SEDA

Nuestros grabados

TOILETTE DE PASEO.

Traje estilo sastre, de paño gris. La falda se compone de un delantero en forma y de dos pliegues que le dan especial carácter. La jaquette está formada de una espalda sin costuras enmedio, con delanteros ajustados. Al frente dos tiras paralelas. Cerradura vertical á la izquierda. Aldetas con aplicación de blonda lo mismo que la cerradura.

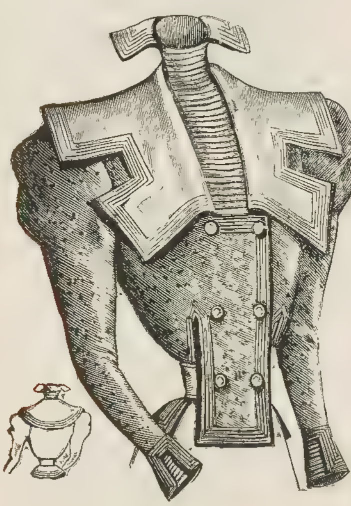
Gran corbata de satín negro.

SOMBREROS VIVIANE, ELZA Y PRIMAVERA.

Damos tres de los modelos principales de sombreros que privan en la actualidad en París, siguiendo nuestro propósito de ofrecer á nuestras lectoras todo aquello que tenga el mérito de la novedad. Los tres son de factura sencilla y de material barato.

TRAJE PARISIENSE DE LA CASA LAFERIÈRE.

Es un modelo estilo princesa hecho de moiré verde obscuro y que tiene algunos detalles que lo hacen verdaderamente atractivo. La parte superior del cuerpo está drapeada y sobre los hombres hay una escarpa de verde claro. Toda la drapería está fijada á un lado por un moño de cinta de terciopelo. Las mangas son muy estrechas. El corpiño y collar que son también de un efecto pleno son de guipure. El sombrero es de paja negra con doble airon de avestruz y levantado en el medio, á derecha é izquierda sobre hermosos moños de terciopelo negro. Este traje es tan gracioso y elegante en su simplicidad que está llamado á una gran boga en la presente estación.



CUERPO BLUSA

TBAJES DE SEÑORITA Y DE NIÑAS

1.° TRAJE PARA NIÑA DE SEIS AÑOS.

Falda fruncida de foulard rojo guarnecida de aplicaciones de guipure. Corpiño blusa de foulard rojo, ornada de aplicaciones de guipure encuadrando una camiseta bullonada de surah crema. Mangas justas, ornadas de guipure. Cinturón anudado detrás, de cinta de satín crema Sombrero de gasa roja, bordado de terciopelo negro.

2.° TRAJE PARA SEÑORITA DE 16 Á 18 AÑOS.

Falda de lana graneada verde-sauce, ornada bullonadito de satín verde-sauce. Cuerpo-blusa cerrado de un lado, guarnecido de bullonados de satín verde-sauce y abierto sobre un plastrón plisado de través, de seda verde-sauce. Mangas plisadas de través, guarnecidas de la misma manera. Collarcito, manguetas y corbatas de muselina de seda. Sombrero de paja verde-sauce cubierto de rosas y ornado detrás de un abanico de muselina de seda.

3.° TRAJE PARA NIÑITA DE 6 Á 8 AÑOS

Falda plisada de lana escocesa. Jaquette recto, cerrado por dos filas de botones, en paño *beige*, ornado de un gran cuello de linón guarnecido de guipure. Mangas sastre, sombrero de paja amarilla, guarnecido de cintas rosas y de un ala negra. Medias negras. Botitas de cuero amarillo. Guantes de Suecia claros.

4.° TRAJE PARA NIÑITA DE 6 AÑOS

Traje americano de Foulard azul pálido aguzanillado de blanco y ornado de una bertha pelegrina de fular azul claro unido, bordado de encaje. Mangas cortas con volante de encaje. Capota de paja de oro guarnecida de plissés de tafetán azul claro y de un nudo azul claro muy alto.

DOS CUERPOS-BLUSAS

Ambos cruzados de lana mosqueda el primero y de surah paja el segundo. (Abertura recta el primero y ondulada el segundo). Plastrones de fantasía Gran cuello y cinturones anchos, cubierto el primero por un prolongamiento de la solapa; el segundo hornado de un hermoso broche.

TRAJE PRINCESA DE MUSELINA DE SEDA.

Es de estilo princesa, de muselina de seda blanco marfil.

El material no es el que se usa generalmente para trajes de este estilo, pero de todas suertes el efecto es primoroso. Está hecho sobre tafetán de matiz cambiante, de seda, que va del verde al violeta, y que naturalmente se transparenta tras la muselina. El vestido está bordado con anchos puffs negros. Este bordado que parte de los hombros, cubre el frente del cuerpo, y sigue luego hasta la falda, que deja abierta en el frente, rodeándola en la parte de atrás. Una elegante corbata de muselina blanca, completa el atavío.

TRABAJOS PARA LAS DAMAS.—Figs. 1, 2, 3, 4 y 5.

Damos una nueva colección de trabajos para las damas, comprendidos en los números indicados. Consisten en una corbata, una cubierta de libro, tres evillas para cinturones y una corbata "Regencia"

RECETA CONTRA EL HIPO.

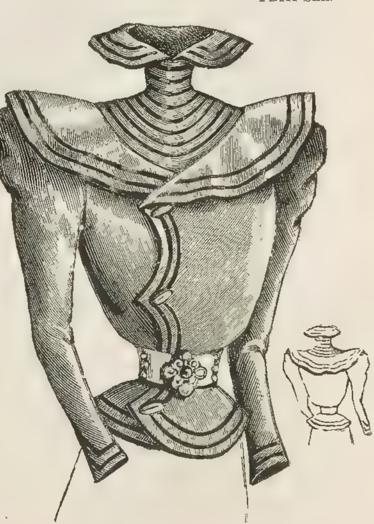
No deja de ser curiosa la siguiente que, como se verá nada cuesta, dando siempre un resultado satisfactorio: la persona atacada de tan molesto accidente, debe colocarse de rodillas, y luego inclinar el cuerpo hacia adelante colocando la cabeza al nivel de las rodillas; basta estar en esta posición dos ó tres minutos para que el hipo desaparezca.

FILETE Á LA NAPOLITANA.

Se pica un pedazo de filete y se le hace cocer en la brasa. En otra cacerola se pone jugo de carne, dulce de grosellas ú otro cualquiera según el gusto de cada uno, y granos de uva madura. Hágase reducir y se cuela. Échase la salsa sobre la carne, que se espolvorea con coclearia (rábano negro) rallada muy finamente y se sirve caliente.

Invocar las males acciones ajenas para justificar las propias es lavarse con cieno.

PETIT-SEM.



CUERPO BLUSA

EL MUNDO.

TOMO I. MEXICO, JUNIO 26 DE 1898. NUMERO 26

¡Pro Patria!

LA SEMANA

SUMARIO.—Una novela de Gaboriau.—La tarjeta de visita de los asesinos.—¿Quién es el matador?—La regeneración de la mujer.—Una tentativa original.—El trabajo femenino.—Talleres para mujeres desvalidas.

El crimen de que fué víctima Vicenta Morales cerca de la garita de Vallejo, amenaza asumir las proporciones y la estructura de una novela de Gaboriau. En una casa ruinosa y deshabitada yacía días pasados el cadáver de una mujer apuñaleada; de las pesquisas de la policía resultó: en la bolsa de la enagua que vestía la occisa un retrato suyo con este letrero al dorso "Retrato de Vicenta Morales, mujer del soldado Brígido Hernández" en el suelo un puño de celuloide de los que usa la tropa y por último, las heridas tenían el aspecto de haber sido inferidas con bayoneta.

El caso no podía ser más llano; la identidad de la víctima era clara como la luz del día: el puño de camisa olvidado por el heridor, así como la clase de las heridas revelaban que el asesino había sido el marido; celos, una riña consiguiente á ellos y un homicidio. La cadena de las inducciones parecía continua y sólida; el asesino había dejado en el lugar del crimen su tarjeta de visita, como dicen en Francia. Fácil sería atraparlo, juzgarlo y condenarlo y á ello se consagró la policía.

Pero cátate ahí que Brígido Hernández, con testimonios que parecen fehacientes, prueba que no ha salido del cuartel ni el día del crimen, ni los anteriores y la policía se ve obligada á seguir una nueva pista. Diversas personas han visto á Vicenta el día de los sucesos con un soldado por aquellos rumbos; se averigua que la víctima sostenía relaciones amorosas simultáneas con varios soldados de distintos cuerpos, y uno de ellos, con el cual paseaba Vicenta el día del crimen, ha desaparecido. Tan natural como la anterior es la sospecha de que es éste, y no Brígido Hernández el matador.

No obstante, el asunto puede complicarse y la investigación de la verdad hacerse por todo extremo difícil. Veamos un ejemplo: cuando María Regnault, su doncella y una niña fueron asesinadas en París, la policía encontró en el lugar del crimen dos puños de camisa marcados con las iniciales G. G. y un cinturón de cuero, en el cual estaba escrito con todas sus letras el nombre Gaston Geissler.

Al parecer no podía darse identificación más completa del asesino; en un hotelito miserable se encuentra una maleta abandonada por un huésped que llegó el día del asesinato, salió por la noche y no se le volvió á ver más; la maleta contenía prendas de ropa de confección alemana, marcadas con las iniciales G. G. y un pedazo de salchichón envuelto en un fragmento de manifiesto socialista, impreso en alemán. Los primeros indicios se corroboraban y la policía se lanzó sobre la pista de Gastón Geissler; se le buscó en Francia, en Bélgica, en Holanda, y en Alemania se vino á averiguar, por sus mismos padres, que el hombre de la maleta no era Gastón Geissler sino Georges Guttentag y que se encontraba.... dónde se figura el lector? pues en París, y nada menos que en la carcel, detenido por vago, y en espera de recursos para volver á su patria! La hora de su aprehensión, anterior á la del crimen y el descubrimiento del verdadero asesino, del famoso Pranzini, lo pusieron á salvo de un lamentable error judicial.

Hechos de esta clase son tan frecuentes, que la policía Francesa y Gaboriau su Homero, establecen que de nada se debe desconfiar tanto como de lo plausible y que sólo lo absurdo es aceptable en materia de policía. La nuestra va á necesitar de toda su sagacidad para aclarar el misterio; la tarjeta de visita de Brígido Hernández es demasiado elocuente para dejar sospechar que no es la suya y la fuga del otro soldado es demasiado sugestiva para pensar que acaso no es él el matador. No siempre quien pasea con la víctima es su asesino ni es siempre el que huye el responsable del delito.

Entre nosotros felizmente este exceso de cavilosidad no es, en general, necesario; aquí los crímenes, casi siempre pasionales, motivados por el arrebato y la ceguedad de un momento, no se combinan con arte y maquiavelismo, no se preparan y urden de antemano, no se traman como en el teatro; el delincuente no toma más precaución que la de huir y esconderse, no siembra indicios falsos para despistar á la justicia, no se prepara coartadas hábiles, ni arregla sábiamente el escenario para desviar las sospechas. Un bofetón, una mala palabra, una puñalada y al avío; á huir, como Entrambasaguas. Pero precisamente por eso, el día en que nuestros criminales comiencen á maquinar sus delitos, á urdir tramas delicadas y finas han de dar mucho quehacer á la policía.

Felizmente el crimen maquinado es propio de países muy cultos, de pueblos muy refinados y el nuestro no puede gloriarse de haber alcanzado tan alto grado de cultura.

* * *

Una dama de la aristocracia, preocupada y con razón, de resolver el problema de regenerar á la mujer perdida, ha tenido una idea original y cuyo ensayo todo el mundo debe estimular. Hasta aquí se ha tratado de regenerar á la mujer, poniéndola al abrigo de la miseria que la impele al vicio, secuestrándola de las malas compañías, poniendo en juego el principio religioso é imponiéndole disciplinariamente otras costumbres, otros hábitos que los del ocio y la disipación. Los resultados no han correspondido á las esperanzas y en general se registran dentro de ese sistema tantos fracasos cuantos han sido los ensayos.

La noble dama ha pensado de otro modo y acaso más profundamente. Su propósito es crear en la mujer perdida sentimientos nuevos, tiernos, honestos, contrarios á los que abriga su corazón encallecido en la orgía, y el medio á que piensa recurrir es seductor y puede a nuestro juicio ser eficáz.

La virtud, en la forma en que la sugieren los tratados de moral las enseñanzas de los pedagogos y las predicaciones de los apóstoles, tiene poco de seductor, de atractivo, de dominador; es áspera como el cardo, seca como el guijarro, empañada y opaca como la niebla; no seduce sino á los corazones nobles, no inspira sino á los caracteres elevados, no atrae sino á los espíritus ilustrados. Así presentada, con toda su austeridad y todos sus sacrificios, formulada secamente á las almas perversas, antes asusta que atrae, antes inspira hastío que anhelo y para los criterios extraviados es más bien caricaturesca que noble y elevada.

No hay pues, que presentar el anzuelo con ese cebo insípido, hay que revestir la teoría de lo bueno con las galas del arte y de la literatura, hay que envolver la virtud no en su sencilla túnica blanca, sino revestirla de magníficos y deslumbradores atavíos, hay que presentarla, no como una matrona severa y ceñuda, sino como una explendente semi-diosa y sobre todo, hay que dar vida, acción, argumento, peripecias á la máxima estéril para hacerla fecunda y que disimular la predicación con el pretexto del recreo.

Escojer entre las obras maestras de la literatura aquellas, sanas, moralizadoras, sugestivas en que la castidad encarna en Graziella, la fidelidad en Desdémona, la pureza en Julieta, la abnegación del amor filial en Cordelia; encarnar cada virtud en un personaje digno de interés y de amor; despertar por la acción romanesca ó dramática, el odio al vicio en tipos como el de Yago ó Lady Macbeth; formar, previa selección, una biblioteca en que no figuren, bien que obras maestras, ni la Dama de las Camelias, ni Nana; hacer absorver por la lectura todo ese sentimentalismo y esa idealidad, proceder por pequeñas dosis primero y por transiciones graduales después, puede ser un modo ingenioso y fecundo de sembrar la buena semilla allí donde crecía la mala yerba y de operar la substitución del buen sentimiento al malo.

Ya que á tantas mujeres las pervierten la novela y el drama, no será imposible por el mismo medio regenerar á muchas. La virtud es cuestión de sentimiento antes que de razonamiento y se pueden crear buenos sentimientos por medio del arte como tambien, por él, degradarlos ó pervertirlos.

Tal es el fondo de la idea que piensa implantarse y cuya evolución seguiremos con interés acompañándola de votos fervientes por que realice la obra de regeneración á que aspira.

* * *

En el mismo orden de ideas consignaremos el sentimiento nobilísimo de la Sociedad mutualista «El Renacimiento» de fundar talleres donde las mujeres desvalidas puedan encontrar medios honestos de subsistencia. La condición de la mujer no es envidiable, en general, y lo es sensiblemente menos entre nosotros que en países más ricos y poderosos. Jornales mezquinos, exclusión de muchos géneros de actividad, preocupaciones que vinculan desdoro en ciertos géneros de trabajo femenino, todo coopera á hacer más precaria y aflictiva la condición de la mujer. Pero la verdad se impone, y fuerza es convenir en que no es la mujer del pueblo, la de ínfima categoría social la que más sufre por las privaciones y la miseria. Para encontrar el tipo acabado de ese género de desgracia hay que buscarlo en las clases medias.

La viuda del empleado, la huérfana del comerciante en pequeño, la niña mimada, acostumbrada á las comodidades y al ocio y educada en un medio más refinado, es una mártir cuando cae en la pobreza; sus exigencias subsisten cuando sus recursos se han acabado, no puede prescindir del sombrero, del corsé, del calzado fino, del manjar bien cocinado de la casa decentemente amueblada, no puede tampoco *servir* en casa agena, hacer vida común con las demas criadas; no se resigna ni al mostrador ni al obrador y cuando asoma la miseria, cuando falta el varón sostén de la familia, las privaciones la atenacean, las humillaciones la fustigan y más sensible é ilustrada que la mujer del pueblo, llora y sufre ahí donde la otra sería feliz y viviría contenta.

El problema del trabajo de la mujer se plantea, verdaderamente, para la mujer de la clase media y no para la del pueblo. Esta última tiene gran demanda en el servicio doméstico, en la cigarrería, en la rebocería, en la fabricación de cajas y útiles de cartón, en multitud de industrias y de pequeños comercios, en tanto que la mujer de la clase media no tiene, en suma, más que la enseñanza, las modas y el mostrador que casi acaparan las extranjeras, menos preocupadas y menos vanidosas.

Es ésta última clase de mujeres á la que hay que suministrar trabajo honrado y nada sería más fácil si olvidáramos ranciedades que se oponen á que la mujer explote las fuentes de trabajo y de lucro que están á su alcance.

Debe para esto comenzarse por predicar muy alto y con insistencia, que el trabajo da honra y no la quita, que explotar una industria honesta es acto que eleva y no que degrada y que hay más virtud, como más sensatéz en buscar la vida por el trabajo que en ocultar y disimular la miseria ociosa y *honorable*.

LOPEZ I.

Política General.

RESUMEN.— La cuestión palpitante es el conflicto hispano americano.—Crisis en Italia y en Francia.—Escaso interés que despiertan. — Su pronta solución.—Alianzas imposibles.—La eterna rivalidad de Francia y Alemania.—Aislamiento de España.—Sola con su heroismo. — Actividad en la campaña.—Las expediciones americanas. — Principio de la invasión. —La resistencia de los españoles. — Futuros combates.— Conclusión.

Ante el gran interés que despierta en el mundo el conflicto hispano-americano insoluto, nada son, pierden su importancia y son considerados como meros episodios, las angustias socialistas que se levantan fatídicas en Italia, que arman el brazo iracundo del pueblo, que empujan á los miserables y desheredados á buscar en medio de su desesperación suprema, la satisfacción de su hambre y su miseria en los horrores del motin y en los sombríos resplandores de la asonada. Nada son las crisis ministeriales, primero parcial y después total, que sacuden el gabinete Rudini y obligan al rey Humberto á buscar entre las clases directoras á los personajes de más significación, capaces de dominar una situación comprometida.

Casi en silencio pasa una crisis semejante efectuada en el gabinete que por buenos años y con aplauso general de propios y de extraños, había presidido M. Meline al lado del presidente Faure. Constituida la nueva Cámara, en donde se acrecentaron los elementos socialistas y se fortelecieron un tanto las filas de los radicales, el Gobierno netamente republicano, que sorteaba siempre con felicidad las sirtes espantosas del anarquismo que á su paso se abrian, que acallaba

con medidas de buen régimen los clamores socialistas y enfrenaba las impaciencias de los radicales en las Cámaras, tuvo que ceder el paso al choque combinado de los elementos de la oposición.

* *

Con qué satisfacción, con cuánta apacible calma zurcaba tranquilamento la República Francesa el mar borrascoso de la política extranjera, sin dificultades, sin zozobras, sintiendo el verdadero apoyo moral de todo el pueblo, después de haber hecho patente á todos los países europeos la alianza franco-rusa! Cómo se consolidó y aún se creía perdurable, entre las olas movedizas de la pública opinión, un gabinete que había logrado, tras una lucha de veinticinco años de república, restablecer el nombre francés á la altura y con el esplendor que tuvo en los buenos tiempos del imperio na-poleónico, cuando el último de los Bonaparte se hallaba en el apogeo de su grandeza.

Pero todo es mudable y tornadizo: los pueblos y los gobiernos, los ideales y las instituciones políticas. M. Hanotaux, aclamado frenéticamente por haber intervenido de una manera eficaz en la alianza con el poderoso imperio moscovita; el que logró después del abrazo de Cronstant, las manifestaciones espléndidas de Tolón, y luego ante la absorta Europa la unión efectiva de un magistrado burgués y de un emperador autocrático, descendiente de cien reyes y soberano y pontífice de un gran pueblo, mírase ahora desechado y lejos de un ministerio que con tanto tino supo dirigir.

* *

Hasta el momento en que escribimos estas líneas, la crisis no se ha resuelto. En vano el Presidente ha acudido á los jefes y corifeos de las agrupaciones que predominan en la Cámara; reciente todavía la instalación del nuevo Congreso, aun no se dibuja con claridad la fisonomía que debe asumir, queda siempre una mayoría republicana, fiel á las tradiciones del ministerio que ha caído, pero que, por uno de esos accidentes de la política francesa, negó un voto de confianza al gobierno que lo solicitaba.

De cualquiera manera que se constituya el nuevo gabinete, no creemos que haya un cambio radical en la marcha general de la República, especialmente en cuanto se refiera á sus relaciones con las grandes potencias: seguirá siempre pesando la Francia al lado del Imperio moscovita, en el equilibrio europeo; del otro lado quedará firme la triple Alianza, á pesar de los sacudimientos que últimamente han conmovido el suelo italiano; y cautos y recelosos todos los poderosos de la tierra, se prepararán para una lucha que todos temen y que ninguno desea.

La paz armada, con su cortejo de innúmeros ejércitos y poderosas flotas que gravitan sobre los abrumados hombros de los contribuyentes, seguirá desgraciadamente siendo un hecho, sin que alcancen á modificarla ni los clamores sofocados de los oprimidos, que á veces estallan en manifestaciones morbosas, ni las angustias que también han de sentir los soberanos, cuando se ven constreñidos por la fuerza de las circunstancias que artificialmente se han creado, á pedir nuevos créditos, á solicitar nuevos sacrificios, á exigir nuevos tributos de los pueblos oprimidos, á fin de completar el pomposo aparato de la paz, más costoso quizá, por su larga duración, que una guerra efectiva.

FILIPINAS—CAMINO REAL DE NAGZUBU Á CAVITE

* *

Pasarán estos incidentes. Pronto las dos crisis, la francesa y la italiana, serán un simple recuerdo. Lo que no encontrará tan pronta y fácil solución será el problema hispano-americano, sujeto todavía á cambios múltiples, á variaciones inesperadas, que parten lo mismo del campo de la guerra, que de las crisis interiores que amenazan á cada paso al gobierno español.

En vano se habla una y otra vez de intervención europea; en vano se repite el nombre de esta ó aquella potencia, dispuesta á tomar parte en la contienda de modo activo en favor de España: lo cierto es que ninguna de ellas, aisladamente, podrá decidirse en este sentido, por temor de verse envuelta en una guerra, en que poco provecho había de sacar, y pudiera ser ocasión de lanzar la chispa al combustible almacenado en los veinticinco años de paz armada; pudiera ser la causa eficiente de que estallara en inmensa explosión el formidable volcán en que se asienta Europa, con sus ejércitos que hacen temblar la tierra á su paso, y sus inmensas flotas que enturbian, al desplegar sus velas, las aguas mismas del Océano.

* *

Con visibles temores y recelos no ocultos, hace poco daba una agencia cablegráfica la estupenda noticia fundada en datos semi-oficiales, de haberse concluido una especie de alianza entre España, la República Francesa y el Imperio Alemán. Concediase la realización posible del sueño que han acariciado por largos años los hijos de la Galia: la devolución de la Alsacia y la Lorena. Y á qué precio? Mediante el apoyo que hubiera de prestar Francia á las pretensiones de Alemania hácia las islas Filipinas, las que, para no caer en poder de los Estados Unidos, serían cedidas por España como un feudo temporal para purificarlas, primero, de la gangrena revolucionaria, y evitar que el invasor americano se apoderase de la rica y populosa colonia.

Si el corresponsal que se atrevió á dar esta noticia se hubiera propuesto reunir las extravagancias más insensatas, no habría logrado, como en esta ocasión, dar á la estampa una nota tan falta de sentido. Ceder Alemania lo que obtuvo por derecho de conquista, quemar en un momento sus lauros de Sedán, olvidar sus triunfos de Gravelottes, dejar en la sombra su transfiguración en Versalles, y hacer por amor á España lo que no han logrado los trabajos diarios, las amenazas contínuas de veinticinco años; cegar de una plumada el abismo qus separa á las dos naciones rivales; hacer desaparecer por arte de encantamiento las sombras que vagan en las riberas del Rhin, clamando por las fronteras naturales que en otro tiempo han dividido los dos paises; hablar de reconciliaciones, de odios irreconciliables y de ligas entre pueblos que se aborrecen cordialmente, que se acechan en la sombra, se buscan en las tinieblas para herirse en mitad del corazón.... son quimeras qua á nadie pudieran ocurrirse.

* *

Las declaraciones posteriores del Embajador alemán en Wáshington y del Ministro de Relaciones en ol Gobierno de Berlin ante el Embajador americano, las continuadas muestras que ha dado el gobierno alemán de permanecer neutral en el actual conflicto, no dejan ningún lugar á la duda, y puede afirmarse, sin que los acontecimientos ulteriores rectifiquen la afirmación, que esa pretendida alianza hispano-franco-alemana es imposible según las bases que se le dan.

Hoy por hoy, la monarquía española, que siente en el interior las agitaciones que produce una crisis agrícola, enmedio de las angustias de

FILIPINAS—CALLE DEL ARSENAL EN CAVITE

De verano en la ciudad

POR VILLASANA

De verano en el campo.

POR VILLASANA

la guerra, tiene que contar con su esfuerzo propio y nada más. Un tiempo fué en que, cuando la crisis no había estallado en conflicto armado entre ella y la Unión americana, volvióse con insistencia hacia los gabinetes extranjeros, buscando un apoyo moral para resistir en la contienda. Si alguna vez lo esperó de alguna parte, los acontecimientos que se han desarrollado deben haber sido un cruel desengaño. Solo el soberano de Austria-Hungría, ligado por los vínculos de sangre con la Reina Regente, es quien ha manifestado sus simpatías formales en favor de la causa española; los otros gobiernos han permanecido indiferentes en nombre de la neutralidad, sin hacer caso de las manifestaciones que por la prensa hacían los simpatizadores de España y enemigos de la preponderancia americana.

*
* *

Entre tanto, la campaña parece entrar en un verdadero período de actividad. La primera expedición americana al suelo antillano acaba de desembarcar al mando del general Shafter, amparada por los cañones de Sampson y de Schley, que desde los numerosos buques que rodean la entrada á Santiago de Cuba, han bombardeado las fortificaciones y protegido eficazmente el desembarco. Las huestes insurrectas que al mando de Rabí y Calixto García merodeaban en las provincias orientales de Cuba, se mueven y se agitan, se concentran en torno del pabellón de las estrellas, cooperan al desembarco, acuden al reclamo, y servirán eficazmente como tropas auxiliares, en el cerco con que se amenaza á la ciudad y al puerto de Santiago.

Pronto también recibiránse noticias del arribo á Filipinas de la primera expedición que fué en auxilio del almirante Dewey. Teniendo el jefe americano fuerzas de desembarco á su disposición y habiendo logrado encender la insurrección al mando de Aguinaldo de una manera formidable, crítica será la situación que guarde en Manila el general Augusti. Así lo ha comprendido el mis Capitán General del Archipiélago, si hemos de creer los que se dicen partes oficiales que publican las agencias cablegráficas.

*
* *

En su incesante actividad de apresurar la campaña, el gobierno de Washington prepara nuevas expediciones; pronto partirán auxilios efectivos, para el general Shafter en las costas de Santiago, para Dewey en las remotas Filipinas, en tanto que se organiza un cuerpo invasor competente para atacar de modo eficaz la Isla de Puerto Rico, hasta ahora apartada de la conflagración, después del reconocimiento hecho á mediados del pasado mes por la escuadra del almirante Sampson.

En tanto España llamando al patriotismo de todos sus hijos, allega nuevos recursos, acude con medios que considera eficaces á salvar la crisis económica; organiza la escuadra del almirante Cámara que ya marcha rumbo á las Islas Filipinas por el camino de Suez, y en las costas antillanas, acuden los generales Blanco y Macías y se preparan á oponer tenaz y denodada resistencia á las fuerzas de desembarco.

Pronto sabremos de nuevos combates librados en tierra de Cuba, en esa tierra empapada de sangre, calcinada del incendio, herida de desolación, después de la tremenda lucha de tres años.

¡Hasta cuándo alumbrará el sol de la paz y la justicia en la tierra!

X. X. X.

24 de Junio de 1898.

EL CORONEL CORTIJO Y LOS DEMAS ESPAÑOLES HECHOS PRISIONEROS Á BORDO DEL «PANAMA»

En Tierra Yankee

NOTAS A TODO VAPOR

ARTE

Escenario. -Un ascensor de nogal con reja dorada, espejo. sofa, alfombras, lámpara; vá á subir. *Personas.* Un cubano mexico-yankee; tres primos (nosotros); el conductor, personaje mudo.

—El Cub-mexi-yank.—¿Pero vdes. no han ido al museo metropolitano?......

Efectivamente no habiamos ido.—El conductor cierra la puerta, toca un botón eléctrico ...

Nosotros á una.—No. (El ascensor parte).

El *C. M. Y.* —Pues pasado mañana se cierra

Nosotros.—Iremos mañana. (Llegamos á nuestro tercer piso), iremos (salimos del ascensor con profunda emoción.—Estábamos á punto de no visitar el Metropolitano. ¡Horror!) Gracias, amigo, gracias, sin usted.......

El *C. M Y.*—Hay riquisimas colecciones de arte aquí. en Boston, en Filadelfia, en Chicago mismo. Los *yankees* han encarecido prodigiosamente el artefacto artistico [perdonen vdes.] pagándolo con el equivalente en oro de sus insolentes vanidades de advenedizos. Para estos hombres lo mejor es lo más caro y cubren de millaradas de dollars una tela, para ponerla fuera del alcance del millonario de enfrente. Pues bien, este mismo *fascistol* que, por darse tono, aglomera en sus galerías los mejores cuadros de las escuelas modernisimas y algunos excelentes de las escuelas de antaño y que, gracias á que los modelos supremos del arte están ya recogidos y puestos fuera del comercio, no los ha traido á los Estados Unidos remolcados por sus billetes de banco; este mismo palurdo sumergido ayer en el gran oceáno de la humanidad que suda y trabaja con sus manos y que, todavia negro con el carbón de su mina ó hediendo á petróleo ó chorreando grasa de puerco, se iergue de improviso en plena civilización y en pleno lujo y en plena dominación; y se encasqueta su corona de rico, dorada á fuego en los resplandores divinos del arte; éste, no tiene inconveniente, por una furibunda pero admirable vanidad, en regalar su galería á un Museo en su ciudad natal. Y por estos regalos el *Metropolitano* de Nueva York es el mejor montón de obras de arte que hay en América. Allí tienen vdes. colecciones que han costado centenares de miles de dollars donadas por Miss Hellen Gould, por Catarina Lorillard etc., con espléndida y noble longanimidad. Cuadros hay entre los regalados al Museo, que han costado bastante más que sesenta mil pesos, como el *Friedland* de Meissonier.

Supóngase cuánta sería nuestra nerviosidad cuando al dia siguiente á las ocho de la mañana nos encontramos en una ala del *Central Park* al pie de un obelisco de sienita, amarillento de siglos y cacarizo de rojizos hieroglifos se llama *la aguja de Cleopatra.* (hicimos una libación mental) en honor de esta señora que á pesar de ser fea, fué la mujer de más gancho que ha coqueteado en la historia, y, armados de sendos catálogos, penetramos en el *Museo*

¿Vimos el salón de escultura moderna? No sé. Me fijé en el S. Juan de Rodin que habia sido la última recomendación de Jesús Contreras cuando partí de México! No recuerdo; una vaga mancha blanca producida por un mármol enérgico y doloroso, es todo cuanto guardo en mi memoria

Un olor de tumba muerta (¡ay de mí, que frase absurda acabo de estampar!) un olor de tumba muerta me atraía; entramos en el departamento de arqueología oriental: momias, ataúdes de momias con la imagen del muerto en sendas tapas pintarrajeadas, ¡qué ojos los de esas imágenes! blanca como la eternidad la esclerótica, negra como el abismo la pupila! Y sarcófagos, reliquias, talismanes, idolillos, vasos, vasijas de barro, de opaco vidrio verde, esmaltes de todos los colores, perfumeros de todos los estilos, todo eso estaba allí, todo robado al sepulcro Hace cuatro ó cinco mil años que las tumbas egipcias están siendo saqueadas por los bandidos de la barbarie y los de la civilización, y no se agotan. Aquel adorable pueblo reía y bailaba pensando sin cesar en la muerte y eternizándola en todas las formas de la materia y del arte; digo mal, lo que pretendía eternizar era la vida. Todo su afan de momificar los cadaveres, de rodearlos de los utensilios y de las representaciones de esta vida; tenían por objeto perpetuarlos en ultratumba por medio de fórmulas mágicas; ¡oh! no morir, seguir viviendo, prolongar indefinidamente la existencia, eso era lo que el egipcio quería y por ello suspiraba desde el *amenti* una bella señora cuyo epitafio ha sido reproducido en cuanto libro se ocupa en la historia religiosa del Valle del Nilo.

Magnifica, única es la colección de cacharros, idolillos y objetos fenicios recogidos por Cesnola en Cypre y donados al *Metropolitan*; pasamos En casi ninguno de ellos hay arte, hay industria; han sido reproducidos por la estampa todos, en un volumen de la monumental *Historia del Arte* de Perrot y Chipiez, pueden encontrarse. Allí se observa la transmisión entre el arte oriental y el helénico, constante en documentos de barro y de metal.

En un salón, especie de patio muy bien iluminado que almacena luz para las galerías altas, nos detuvimos, á pesar de lo medido que teníamos el tiempo, para poder salir á las cinco de la tarde. Ni podía ménos; ahí hay puras reproducciones; la de las cariátides divinas del Erecteión de Athenas, hecha sobre moldes directos de yeso, del tamaño original por ende; la de algunos templos antiguos y medioevales; descuella, entre todas, la del Partenón (restaurado) hecha por Chipiez; ahí se comprende la dulce y tranquila emoción que aquel prodigio dórico de sencillez y de armonía debía causar en cuantos lo veían. Nada más puro. nada mejor; nada podía producir en el ánimo ese contentamiento esquisito de uno mismo que causa la posesión de la belleza como la contemplación de aquel templo de mármol, cromado y ceñido de oro, que parecía etéreo por la atmósfera de zafiro fluido que lo rodeaba y lo impregnaba, en la ciudad santa; las estrofas del himno de Renan en el Acrópolis, hechas de una prosa tan cantante como los versos de Leconte de Lisle, me venían á la memoria y á los labios.........

Las figurinas en terracotta de Tanagra, allí estaban también, primorosamente copiadas......... Después de verlas, todo parece falto de gracia y de verdadero arte...... Mucho oriental, mucho griego y mucho romano había que ver, habrá que volver ¡*chi lo sá*! A la altura del piso superior y haciéndose frente, dos enormes lienzos: el *Justiniano*, inmóvil, hierático, de ojos

esmaltados y embelesada figura, de B Constans, y la *Diana* de Hans Makart, no solo colosal sino grandioso lienzo, lleno de figuras muy bien puestas en irreprochables academias; no dice ó no me dijo nada; me gusta más este cuadro en el grabado (que es conocidísimo) que en el original.

* * *

Sólo me falta para coronar la copiosa historia de mis desmanes literarios que, sin conocer la técnica del arte pictórico, como diría nuestro Peñita, y sin haber visto mas que unos cuantos cuadros del señor Piña y del señor Clavé, y manoseado tres ó cuatrocientas estampas quisiera yo sentar aquí plaza de *crítico de arte.*

No lectores míos, dormid tranquilos, yo no quiero ser crítico de nada ni de nadie; os cuento mis impresiones, rehago este rápido viaje al través de ellas y nada más; os diré lo que se me ocurrió acá y allá mientras desfilaban delante de mí, ó mejor dicho, mientras yo desfilaba delante de los cuadros de todos los pintores conocidos ó por conocer.

Todo me gustó: ántes de ver los cuadros veía yo los nombres de los autores ¡y qué lista de gloria aquella desde Pollaiuolo, un cuatrocentista, hasta el viejo M. Harpignies, que acaba de obtener la medalla de oro en el *Salón* en París! Y en viendo el nombre ya me gustaba la cosa. Llegaba frente á la tela y antes de verla me decía á mí mismo ¡oh! admirable, admirable! Este es el diabólico efecto de nuestra educación enminentemente libresca, sin movimiento, sin viajes, sin contacto directo con la civilización: «dijo Vinckelman; dijo Gautier, dijo Taine, dijo Fromentin, dijo Michel, dice Lafenestre, me dijo Juan Gamboa ¡oh! mi pobre y genial Juan Gamboa Guzmán; me dijo Contreras, me dijo la señora R. con su admirable instinto artístico.....» Y con esto ya no sirven los cuadros, sino para confirmar opiniones.

Corría yo desolado de los prerrafaelitas (los verdaderos) á los prerrafaelitas de hoy (los falsos) y.............. Necesito ir á ver á Boticelli á Roma y á Fra Angélico, á Florencia y á Rafael, á todas partes; aquí no hay nada de eso. ¿No hay tampoco un Leonardo de Vinci, cuyos cuadros he visto largas, largas horas......... con la imaginación?

¡Hay quien diga que no valen gran cosa! Magnífico; á mí me horrorizan los indiscutidos, la perfección me pone nervioso! Y seguía, seguía, seguía en pos de los grandes, de los *iguales* que llama Hugo Por ejemplo Velázquez, Rubens, dos grandes pintores, dos amigos, dos cortesanos..... Del primero hay aquí algunos retratos; confieso que á mí me gustan por igual los paisajes, las composiciones históricas, religiosas, de fantasía y las militares y las anecdóticas..... Todas, todo Yo soy un pintor; me falta la mano; por eso no hay cuadros míos. Pero á todo prefiero el *retrato*; por ese camino le entro yo á un artista hasta el alma; es un placer único este de conocer cuándo un retrato se parece, aun cuando no se haya visto jamás el original.

Los príncipes aquí retratados por Velázquez, me dejaron fríos; mucha ropa negra y tiesa, unas caras tiesas y negras. Su retrato sí me pareció una gran cosa y unas frutas....¡oh! en suma: Velázquez es para mí un pintor de frutas ¡Pero y los Borrachos y las Hilanderas y los... ...! No los he visto; Velázquez es un pintor de frutas, admirable para decorar comedores. ¡Me odio á mí mismo sólo por haberme atrevido á estampar esta herejía!

Eso se saca con admirar de antemano incondicionalmente por conducto de otros, desengaños. ¡Y Rubens! Tengo á la vista una Vuelta de Egipto, un retrato de la señora Rubens, un *Píramo y Thisbe*. Repitamos con Taine: opulencia de carne y de color, composición de una naturalidad completa y sin embargo perfectamente no vulgares, no se si esto lo dice Taine, ya no recuerdo, pero me figuro.... En estos cuadros que estoy viendo parecen las figuras haber perdido la epidermis y los colores, á flor de dermis, estallan en sangre y grasa. Tengo que ir á París á ver á Rubens. Queda convenido que no lo ví á él ni ví á Velásquez. Y soy más filisteo de lo que ustedes creen. Tenía yo los ojos llenos del colorido de azucena y rosa de unos retratos de Reynolds y de Gainsborough; tánta suavidad, tan láctea dulzura hay en esas pieles inglesas, tan luminosa transparencia húmeda en esos ojos ingleses, que Rubens y Velázquez me parecieran brutales. No, no, vean ustedes *la niña y el gato* de Gainsborough y después el retrato de Baltazar Carlos—no hace bien.

El ilustre Bonnat, admirador y discípulo de aquende los siglos del gran pintor español, me diría sencilla y sinceramente: "es usted un ignorante" ó tal vez "es usted un animal." Hay aquí algunos cuadros de Bonnat; es la misma manera sólida que va derecha por la actitud, el colorido, el pliegue de la boca, la expresión de los ojos al carácter, al temperamento del retratado, que es admirable en Velázquez, solo que Velázquez es un rey y M. Bonnat es un duque. Esta nota está tomada delante de un retrato del artista español por él mismo, y después de adivinar el «M Lorillard» del pintor francés. Me retracto solemnemente de mi opinión: á Velázquez hay que verlo dos veces; no sólo es un pintor de frutas, es un pintor de hombres. Ahora bien. ¿D Baltazar Cárlos es un hombre? Tampoco es una fruta.

Sigamos picoteando. He aquí una imponente galería: cuarenta ó cincuenta nombres de pintores franceses, ingleses, americanos y españoles (un delicioso *sketch* de Mariano Fortuny) todos conocidos, al pie de las telas. Aquí una inmensa: la Feria de los caballos de Rosa Bonheur. Lo más exacto, lo más admirable de realidad: lo mejor compuesto el total; estos caballos son caballos, no son corceles que se mueren en verso; ¡hay ahí unos grupos de tordillos rodados! Dan ganas de pasarles la mano por el lustroso pelo. ¿Y aquí? ¡Ah! *C'est ici.* Bajo un cristal un lienzo de un metro de latitud y de poco más de medio metro de altura; dentro un mundo de color y de movimiento; el cuadro se titula «Friedland 1807» lo firma Meissonier. Costó á Mr. Hilton, el donador que lo compró á la sucesión del archi-millonario Stewart 66,000 duros. Se sienta uno enfrente del cuadro, emplea uno en verlo un cuarto de hora: Napoleón hace centro; sus grandes generales hacen coro, los soldados hacen marco; aquí, hácia nosotros, los dragones que vienen pisoteando los trigales en un gran galope de carga épica, dan ganas de gritar *Hurrah*....Y vuelve uno á ver á Napoleón, y repasa los mariscales y los guías y los soldados y los dragones y todo, todo está sorprendentemente estudiado y admirablemente acabado, no falta un detalle, eso es lo único que sobra, que no falta un detalle. Y vuelve uno á ver á Napoleón....Lo vería uno sin cansarse veinticuatro horas seguidas...... Por lo demás Napoleón es uno de esos hombres que cuando nos han sido presentados en el primer curso de historia tienen el don de hacer volver siempre la vista hacia él; empieza uno en Egipto, ahí está al pié de las pirámides y desde ese momento, en esa gigantesca cabalgata de los siglos, que vemos llegar hasta nuestro momento, en alud, en torrente, en catarata, en río, en desembocadura inmensa en el mar del tiempo, arrastrando todos los rojos de la sangre y de la púrpura, todos los oros del poder y del vicio, todos los topacios del llanto y del vino, todos los negros del crimen y de la noche, todos los azules de la agonía y del cielo, todas las blancuras de la carne desnuda y de los ideales sin mancha, la figura del *Corso* hace centro; parece que pasa revista á todas las batallas y que ante él se inclinan todas las banderas de todos los triunfos. ¡Mentira óptica! fenómeno de *obsesión* de los habitantes de la *ciudad humana* en este fin de siglo; pero si yo hubiera tenido doscientos mil pesos (palabra de honor que no los tengo) habría dado..... 66 000 porque me hubieran dejado recortar esta figura de Napoleón y llevármela á mi casa.

Frente del cuadro de Meissonier está «la defensa de Champigni» de Detaille. Como cuadro me hace más impresión este del discípulo que el del maestro; como hechura, como factura, digo, el maestro no tiene rival posible. Por ahí anda, no muy lejos de aquí un cuadrito de otro discípulo "el cazador dormido" de Eduardo de Zamacois, que es una maravilla. Este sí habría llegado á codearse con el maestro de la pintura anecdóctica, de *género*, como decimos; pobre Zamacois!

Con franqueza os diré que las vastas telas decorativas, las que contienen asuntos históricos, sobre todo, son mi flaco; será éste un arte facticio y oratorio, pero suele ser magnífico; además y esto sí va á escandalizaros, yo veo la historia como una ópera con que me regalo á mí mismo. Veo muy claro el escenario, las decoraciones, los escotillones, los bastidores; oigo la partitura, escucho á los cantantes, al coro: de cuando en cuando pasa por delante de mí el zig-zag negro de la battuta..¿y el Director? Hay un Director; no sé dónde está. Y como así veo yo espontáneamente, como así veo con mi temperamente la historia, aunque luego la reflexión y los libros me ayuden á modificar y trastornar esta impresión, me encantan los cuadros históricos por más que sean pomposamente fríos como este de Piloty "Thusnelda en el séquito triunfal de Germánico," pintado expresamente para Stewart y que todos conocemos grabado en Alemania. No hay aquí una figura que carezca de interés: Tiberio, Germánico, sus hijos, guirnaldas de flores vivas de su carro de victoria y sobre todo la mujer del gran Hermann (Arminius) la escultural, uraña y bella Thusnelda Todo esto es en verdad teatral y facticio, pero magnificentísimo y elocuente; para proyectarlo en una pantalla por el procedimiento de Molteni en una cátedra de historia, sería de primer orden este cuadro; os convidaré, lectores, á verlo en la Escuela Preparatoria cuando se pueda hacer algo de esto á través de los siglos.

Lo mismo digo del "Atentado de Agnani" de Maignau; así nos hemos figurado todos á aquel soberbio Bonifacio VIII que se creía no solo Jefe de la cristiandad sino emperador del Universo, á aquel á quien pregunta un colega suyo en el Infierno del Dante:

Se tu sì tosto di quell' aver sario
Per lo cual non temes ti torre a inganno
La bella donna e poi di farne strazio

y así al glacialmente feroz Nogaret y al bandido Colonna que, cuando el Papa pedía la muerte y el martirio, erguido bajo la tiara en lo alto de su solio, le contestó con una bofetada y le dejó petrificado de odio y de cólera

Unas *mises* (españolicemos por escrito lo que en México españolizamos de palabra) unas mises que van que vuelan para pintoras copiando acá y acullá algunos cuadros paisajes generalmente de maestros modernos; bastante mal, en honor de la verdad. Dos ó tres de ellas en las galerías de la señorita Lorillard, estudiaban una pintura de Cabanel *¡proh, pudor!* "El nacimiento de Venus." Tres ó cuatro telas de este artista hay aquí. Cómo debe de gustar este artista á las señoras; es un Bouguereau en crema. Este nacimiento de Venus, es deleitoso. De un baño de leche, rodeada de amores, iluminada, besada por una luz de aurora color de rosa de listón de muchacha bonita, surge Afrodita, mostrando todo el cuerpo musical y voluptuoso teñido todo de color de nácar pálido de amor. Es, como diríamos, una Venus Luis XV, pintada por un Boucher relamido y para el *boudoir* de una mujer galante. ¡Cómo me gustó! Pero cuánto más, una *Virgen y el niño*, que estaba á doscientos pasos de ahí; una de esas pinturas *incunables*, por decirlo así, como que era de Van Eick; hasta allí fuimos á parar; remontamos á la fuente para beber en un hilo del manantial puro y fresco de donde fluyó el inmenso río de la pintura moderna. Qué divina virgen, casi fea, pero indeciblemente dulce y cándida, viendo al niño como debe verse á Dios, sentada en su nicho gótico y envuelta en su manto rojo que aún conserva su brillo sanguíneo.

Me gusta mucho Cabanel y esta escuela de lo bonito; esta es la pintura metódica que canta con el color una de esas fáciles *baladas ó serenatas* que no se olvidan Pero aquí me encuentro un italiano Carlo Maratto—no conocía yo;—firma un retrato de un Papa, protector suyo Clemente IX que murió de pesar como Bonifacio VIII de cólera; pues me parece que yo conocí á ese Papa desde que he visto su retrato, todo lo que piensa me lo dice con sus ojos grandes y buenos, y yo doy todos los cuadros de los señores Cabanel y Bouguereau, por este retrato colorado.

Y seguí mi excursión: mira, me dijo mi compañero. Ví el catálogo: número 280 *Retrato de un hombre*, por Rembrandt van Ryn. Alcé los ojos.... ¡Diablo!

JUSTO SIERRA.

Nuestros grabados

¡Pro Patria!

El heroismo del que se va y el heroismo de los que se quedan; aquél es de los que se cantan en verso, y se pagan con *hurras* en desfiles de ópera; éste, es de los que no se mencionan sino en la estadística bajo un título sombrío: «Mendicidad» ó uno mas sombrío aún: «Criminalidad.»

La guerra tiene, como todo lo malo, sus oropeles que deslumbran y sus explosiones que entusiasman; pero tiene una contrapartida que desalienta. ¿Quién se acuerda de esas inocencias infantiles abandonadas?

Pro Patria....qué eco lúgubre tiene esa frase, que inmola la ventura de los hogares ante una deidad cruel cuya sonrisa disfraza el ceño iracundo de los ambiciosos. Involuntariamente viene á la memoria de los que piensan, la frase admirable del que dijo: "los soldados son hombres que pelean por intereses que ignoran."

Dos vistas de Manila.

Al entrar á la bahía de Manila, dice un viajero, el espectáculo es indescriptible; bajo un cielo de fuego, el mar chisporrotea; las aguas enrojecidas, brillan con resplandores de pedrería. Al Oriente la sierra, iluminada con las ardientes proyecciones del sol en su ocaso, burila en un fondo tumultuoso de púrpura y oro sus cimas caprichosas y atormentadas."

"En frente y de relieve bajo las montañas azuladas, vaporosas,—como de un cuadro de Correggio,—se yerguen los techos rojos de Manila, la vieja ciudad de Felipe II. Antiguas murallas grises, cubiertas con esa pátina ideal del tiempo, fórmanle un estrecho circuito; la coronan innúmeros, macizos campanarios y una orgía de verdura cubre el inmenso anfiteatro de las alturas En el último término del cuadro, con belleza de ensueño, las lejanías, perdidas en una atmósfera de luz blanca,—como plata fluida."

De verano

"En la ciudad" veis á la niña consentida de casa pudiente que gusta de un sport tan divertido como higiénico. Corre por las afueras, galopa en su elegante caballo, sigue delante de sí las calzadas hasta llegar á algún pueblo de las cercanías, y cuando ya se siente algo fatigada, regresa, teniendo cuidado de pasar por la Reforma para que los pollos del café y las damas de los coches tengan ocasión de admirar sus mejillas rosadas y sus ojos abrillantados por el aire vivo que cortó en su rápida marcha.

"En el campo;" sí, realmente estamos en el campo . Observad con cuidado todos los detalles; examinad la figura central y las demás figuras y decidme luego si no encontrais esa escena en vuestros recuerdos de algún día de campo

El coronel Cortijo y sus compañeros.

El 29 de Abril fue hecho prisionero por los americanos á bordo del vapor "Panamá" de la trasatlántica española, el Coronel Cortijo, jefe español que se encaminaba en ese buque á la Habana, llevando consigo algunos compañeros.

Los prisioneros de guerra fueron conducidos al fuerte Macpherson, Estado de Georgia, y poco después se le canjeó con otro oficial español por dos periodistas americanos, presos en Cabañas.

Al volver á la Habana el Coronel Cortijo contó horrores de su cautiverio, quejándose de vejaciones que según afirma le hicieron sufrir en la prisión de Macpherson.

La batalla naval de Cavite.

Este episodio de la batalla de Cavite es hondamente conmovedor. Flota en los mástiles del Reina Cristina la bandera española y flotará hasta que el buque desaparezca entre oleadas de fuego y oleadas de naufragio. La insignia del almirante irá á ondear en el «Isla de Cuba» por que en la guerra hay un deber para el que manda y otre para el subalterno: éste á perecer con su buque, aquél á conservar la cohesión de sus elementas de lucha.

Con este número repartimos á nuestros abonados la prima que corresponde al mes de Junio.

Hemos preferido en esta ocasión, á la novela que teníamos preparada y que repartiremos el mes entrante, un primoroso y útil libro del Sr. Dr. Silva, que seguramente nos agradecerán nuestros lectores.

Ha costado bien caro comprar la edición, pero ningún gasto deja de estar justificado si es para agradar á nuestras favorecedoras.

«Antonio de Ulloa» «Marquéz del Duero» Don Juan de Austria» Reina Cristina «Boston» Raleigh» «Baltimore»

BATALLA NAVAL DE CAVITE.—EL ALMIRANTE MONTEJO ABANDONA EL «REINA CRISTINA» Y LLEVA SU PABELLÓN AL «ISLA DE CUBA»

PSIQUIS AUGUSTA!

Forma resplandeciente y alba, atraviesas
sobre el torvo oceano de mis dolores;
vas, almo sol, abriendo purpúreas flores
en el estéril campo de mis tristezas.

Oh! tiende á mí tus brazos omnipotentes,
cual dos voraces flamas; dame en tu boca
el hidromel de una caricia loca,
tesoro de tus labios adolescentes!

Oh! volver á la vida, con un latido,
al corazón en triste llanto deshecho:
sentir que fructifica junto á tu pecho
como al calor del ave florece el nido....

Dame el ver cuál se ocultan en tu cabello
desatado torrente de lluvia espesa
tu rostro erubescente que me embelesa,
el terso y albeante marfil del cuello.

A tu astral hermosura mirar contiguo
mi cuerpo eternamente; sentirnos plenos
de amor, y ver que emergen tus albos senos
dos cúpulas marmoreas de templo antiguo.

Brilla en mi noche austera con los dos rayos,
que encienden tus pupilas de vírgen mora;
recuesta en mi hombro, pálida y soñadora,
tu cabeza turbada por los desmayos.

Y hasta mi sér descienda tu alma errante,
de volar fatigada, como descienden
de improviso, las garzas que el aire hienden,
al cristal de los lagos espejeante.

Oh! guardarte en mis brazos, bajo la impía
mordedura del celo torvo y candente!
Oh! resbalar mil besos desde tu frente
hasta el pié que sustenta tu gallardía!....

Ven á mí, y á tu oido mi acento grave
repetirá los himnos que amor emprende,
en tanto que en tu rostro lilial se enciende
un esplendor de alba tímido y suave....

Aurelio G. Carrasco.

AL SER SUPREMO

Cuando al mundo dejaste señalada
Esa esfera de acción en que gravita
Y ardieron en la bóveda infinita
Las estrellas y el sol con tu mirada,
Yo pude ser arista inanimada
De verde espiga que la lluvia agita,
O roca cuando más que se limita
A servirle de lecho á la cascada
Pero tú lo ordenaste de otra suerte,
Misión más alta por favor me diste,
Que en rey, siendo vasallo me convierte.
A todo, á todo superior me hiciste,
Cuando para adorarte y conocerte
El inmortal espiritu me diste.

Argos.

¿DONDE ESTA LA DICHA?

Yo, por ti subyugado, guardé en mi impío
corazón, una llama de fe sincera,
y oré porque en tu alma vibrante y fiera
un amor abrigarás igual al mio.
Cariño por desprecio! Tu cruel desvío
de mujer imposible, me hirió doquiera,
y en el fuego de amores que me envolviera
sentía el alma á veces morir de frío.
Hoy que los azahares ornan tu frente,
hoy que vas á ser mía perpetuamente
y el pasado á tus ojos es torpe y necio,
trocara mi futura dicha posible
por ver en ti, como antes, un imposible,
y sentir el azote de tu desprecio.

Aurelio G. Carrasco.

SU PIE

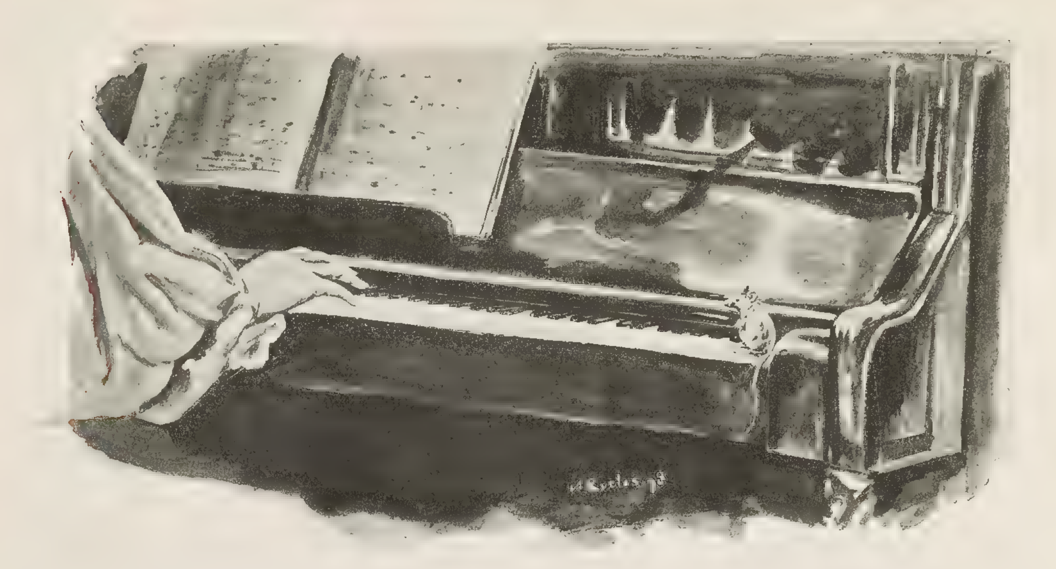
I

De la naturaleza entre los dones
Que recibiste con largueza tanta
Uno es tu pie divino, de Atalanta
Envidia, y de Calipsos y Dïones
En curvas elegantes inflexiones
Desde el tarso desciende, y la garganta
De coral de Parténope á la planta
Que termina de rosas en botones.
Y es por lo breve y albo el pie de un niño
O de un Hada gentil.... Mas no su armiño
Hollar debiera nuestro inmundo cieno
Sino los verdes campos de la Italia,
Entre cintas de jónica sandalia
O aprisionado en el coturno heleno.

II

Cuando como por mágico portento
Sosteniendo tu olímpica estatura
Tu pié avanza.... adorable miniatura
En rítmico, gracioso movimiento,
Tal me imagino. que el terrestre asiento
Palpita sustentando tu hermosura,
Flores brotar parece la llanura
Cual fecundada por eliseo viento.
Y en derredor de tu beldad enhiesta
Más viva lumbre siéntese difusa
Y notas vagan de invisible orquesta....
Como al salir de entre sus selvas Diana,
O del Himeto una inspirada Musa,
O de los mares Venus soberana!

Numa Pompilio Llona.



LA UNICA MENTIRA.

(A Enrique Hernandez González)

I.

Aquello era todas las noches.

Apenas apagábamos la vela, principiaba el ruido, un ruidito leve, cauteloso, tímido, como el que haria un enano de Swift, que, á obscuras y de puntillas, temeroso de graves peligros, explorase el terreno. A lo que imagino, primero reconocía el campo, iba y venía, subía y bajaba, se paseaba á su gusto por todas partes, retozaba entre las jaboneras de mi lavabo, revolvía los papeles de mi humilde escritorio escolar, profanando las odas de Horacio y las églogas de Virgilio; se trepaba al buró, y, claro, muy clarito, oía yo cerca de mí los pasos del audáz, el roce de sus uñas en la fosforera, en el libro y en el sonoro platillo de la palmatoria. Una vez quise sorprenderle, y encendí rápidamente una cerilla: estaba encaramado en el extremo de la bugía, como un equilibrista japonés en una pértiga de bambú.

Chiquitín como era, el molesto visitante me causaba miedo atroz. Solo de pensar que, aprovechándose de mi sueño, iría á mi cama, se instalaría en las almohadas, saltaria á mi cabeza y arrastraría en mis labios aquella colita instable y helada, me daba calosfrío. Y hétenos en vela, como escucha en víspera de combate, contenido el aliento, atento el oido, y abiertos los ojos para ver á mi osado enemigo. La imaginación me lo pintaba,—tanto así le temía yo— colosal, horrible, hambriento, feroz como una tigre hostigada que ha perdido los cachorros. En esta inquietud, nervioso, sobresaltado, asustadizo, pasaba yo dos ó tres horas, mientras en el otro lecho dormía mi padre el sueño dulce y tranquilo que nunca falta á las personas de buena conciencia.

A la mañana olvidaba yo mis temores y recelos de la víspera, sin pensar durante el día en el ratoncillo aquel que hacía de nuestra alcoba el teatro de sus correrías.

Un día, al volver del colegio, encontré á mi padre disgustado y mohino, revolviendo papeles de música y sacudiendo pliegos carcomidos Había descubierto que los ratones penetraban en el *sancta sanctorum* de sus amores artísticos, y cometían allí muy graves delitos, crímenes de lesa majestad. La requisitoria fué terrible. Habían roído obras de raro mérito, de subidísimo valor: una ópera de Mozart *La Flauta Encantada*; tres sonatas de Beethoven, y la *Pastoral*, y la *Sinfonía Heróica* y qué sé yo qué más. El proceso había sido breve y como no iban á fallar populares jueces, fué la sentencia draconiana: pena de muerte, garrote vil.

No tuvieron defensor los acusados. Nadie se atrevió á abogar por ellos. Me permití aconsejar un medio infalible para ahuyentar á los bandoleros y evitar crímenes mayores.

—¡Un gato!—dije—Uno de esos caballeros que gastan por la noche luminosas gafas, prestará oportunos servicios en esta ocasión Los malhechores tomarán el portante, y emigrarán á tierras más propicias, al comedor, á la cocina, á la despensa. Allí no se atracarán de sinfonias clásicas, ni se ahitarán de solfas inmortales; pero podrán encontrar algo más substancioso y nutritivo. Confieso humildemente que al tratar de castigar á mis enemigos,—que lo eran y muy temibles para mí los tales ratoncillos,—me halagaba la idea de un escarmiento ruidoso de una ejecución pública y solemne como esas tan graves del periodismo informador, pero acaso porque desde niño aprendí á no hacer daño alguno á los animales, yo prefería los medios preventivos: la policía. Me ocurrió que era más llano y conveniente traer á la casa un gendarme felino, hábil, experimentado y listo, que con su presencia ahuyentara á los bandidos. Me repugnaba tender lazos ocultos y traidores, y convertirnos en verdugos, por mucho que eso y más mereciesen los perjuiciosos.

¡*El Morrongo* de mi tía Pepa! —exclamé.

—¿Un gato?—prorrumpió mi padre, sacudiendo un legajo de valses viejos —¿Qué dices? ¿Un gato? ¿Para que tengamos que lamentar mayores fechorías? No; esos caballeros de la raza felina, esos descendientes de Micifuf, no han entrado aún—que yo lo sepa— por las novedades de la incineración; siguen siendo inhumadores, y con huéspedes así no habrá planta á vida, ni habrá en el jardín sitio en que no rasquen ni almáciga que no destruyan.

—Pero papá....

—Nada de peros ...Además esa gentezuela es por extremo galante, y han de obsequiar a la señora de sus pensamientos con tales serenatas y tales trovas..

Música del porvenir.... —pensé replicar —echándola de satírico, pero no tuve valor para burlarme de las aficiones de mi padre, vagneriano incipiente, novel, y como tal un tanto apasionado.

—¿Un gato, dices? ¡Quia! ¡Una ratonera! Vete á comprarla.

II

Yo no quise comprar de esas en que las víctimas mueren aplastadas ó sucumben cogidas entre agudos dientes. Elegí una que parecía un juguete, una jaulita cilíndrica, de alambre niquelado, montada horizontalmente en un eje, y que giraba al menor movimiento de quien por su mala ventura caía en ella. Así nos ahorraríamos suplicio, sangre y muerte espantosa.

En la noche pusimos la ratonera en el lugar conveniente, después de colocar en el garfio un pedacito de jamón. Nos acostamos precipitadamente, apagamos la vela, y quedé en asecho.

De fijo que el nocturno visitante andaba corriendo la tuna con sus amigos y compañeros, porque esa noche vino muy tarde, dada la una, pasito á pasito, como si recelara del peligro. Caminaba un poco y se detenía, avanzaba volvía á detenerse. Algo extraño encontraba en aquel aposento perfectamente conocido para él.

—¿De dónde vendrá?—pensaba yo—¿De algún convite? ¿De algún monipodio donde se conspira contra los engafados caballeros? ¿De rondar el recóndito alcázar donde mora cautiva la beldad que le tiene herido de amores? Este doncel trasnochador, tan aficionado á la música sabia, debe ser un calavera de lo fino! ¡Ah picaro! Buena suerte te espera! ¡Quiera tu destino que vengas ahito y no cedas á las tentaciones de la gula!

El ratoncillo, confiado y seguro, saltó á una silla, de allí al buró y dióse á ensayar sus ejercicios acrobáticos, brincando de la cerillera á la palmatoria, por burla, sin duda, por el deseo de reirse de nosotros.

Le oía bajar y correr hacia el estante. En el camino tropezó con un pedazo de periódico, con un fragmento de cierto diario. Allí se entretuvo largo rato. ¿Estaria leyendo? No; los roedores no han de gustar de esa literatura. Fuese luego hasta la ratonera, atraído tal vez por el jamón, y....¡zás! ¡preso!

¡Qué ruido! ¡La jau ita giraba vertiginosamente.... rin ...rin....rin.........

Encendí la bugía, y corrí al sitio del suceso. El pobre animalito pugnaba por salir y pretendía forzar los hierros de su cárcel

Despertó mi padre:

—¿Cayó?

—No escapará...... Y.........ahora?
—Mátale!
—Cómo!
—¿Le tienes miedo?
—No:—contesté avergonzado—pero me dá lástima!

—Confiesa que le tienes miedo, que te causa repugnancia...... Sumerge la jaula en una cuba, y ahógale!

III

—Héme convertido en un verdugo, en otro Carrier......—me dije—¡Yo no le mato!

El trasnochador se revolvía en la jaula como un loco. Pretendía huir y no conseguia más que acelerar la rotación de su cárcel

—¡Ah bribón! ¿Volverás á quitarme el sueño?

¡Y qué bonito era! Gris. de color de pizarra nueva, bien dispuesto, ligero, elegante, lustrosa la piel, negros los ojitos como dos cuentas de azabache. Me miraba atentamente: parecia lloroso acongojado, suplicante, como implorando clemencia y pidiendo perdón.

Traje la cuba y la llené de agua. Iba yo á sumergir la ratonera.... y el valor me faltó El prisionero no merecia tan duro castigo. Acaso no era autor de las fechorías, tal vez era inocente. ¡Qué sabe un pobre ratoncillo de esas cosas de *Don Juan* y de *Fidelio*! Además, mi víctima tendría padres, hermanos, hijos....¡Tal vez el hambre le habría arrastrado al crimen!

Dejé la ratonera y volví á la alcoba

—Le mataste?—preguntó mi padre.
—La verdad....no! me dió lástima.
—Le tuviste medio......y le abriste la jaula...... ¿no fué así?

—No, señor:—contesté—dejé la ratonera en el patio. Mañana....

—No; al instante vas y le ahogas!—repuso el anciano con el tono imperioso de quien siempre ha sido obedecido.

¡Pobre ánimo cobarde! Si yo le hubiera dicho á mi padre que me faltaba valor para obedecerle; que aquello me parecia inicuo, atróz se habria reido de mi sensiblería.

Me resolví á cumplir lo mandado.

Pero al fin no lo hice. Salí á la calle, y puse en libertad al *prisionero*.

—Vete, vete y no vuelvas; no vuelvas nunca á esta casa, donde si hay deliciosos platillos clásicos, hay también ratoneras y cubas. No vuelvas, que morirías ahogado. Huye y no vengas á quitarnos el sueño, ni á ser causa de penas como esta que ahora me oprime el corazón.

Huyó el ratoncillo, y yo respiré aliviado, tranquilo, dichoso y feliz.

V

¿Qué sentirá el juez cuando toma la pluma para firmar una sentencia de muerte? ¿Qué pasará en el alma del magistrado que por muy altos y poderosos motivos no puede conceder la vida á un reo condenado á la última pena? ¡Sépalo Dios!

Esa noche me ví obligado á decir á mi padre una mentira,—la primera y la última—la única que oyó de mis labios en toda su vida. Esa noche viví muchos años en unos cuantos minutos. ¡Tonterías de muchacho!........

Y desde entonces no puedo oir música de Mozart ó de Beethoven, sin acordarme del prisionero á quien di libertad.

Un dia estaba mi novia tocando *La Pastoral*, y mientras ella ejecutaba la maravillosa sinfonía, yo creia mirar, acurrucadito en un rincón del teclado, al ratoncillo aquel. que me miraba con sus brillantes ojos negros, alegre y festivo, como si me quisiera decir: *¡Gracias! Muchas gracias!*

RAFAEL DELGADO.

MANUELITA.

Los jardines de Mustafá tienen en la primavera un aspecto de paraíso. Protegidos contra el viento del Norte por leves muros, los naranjos producen el encantador tesoro de sus frutos y de sus flores; los geranios alcanzan dimensiones de arbustos con tal esplendor de pintura, que irradiando como mariposas que vuelan, se destacan de sus corolas y vienen á herir la pupila.

Y al rededor de los claveles y de las rosas y de los jeranios, árboles de esencias desconocidas, hijos de los trópicos aclimatados en esta comarca tibia del Mediterráneo, cunden, surgen, embalsaman, y muestran recortes de cielo con los árabescos fantásticos de sus ramas! Se diría que ya en pleno aire y plena luz, se vengan de la infantil docilidad con que en un tiempo dejaban al jardinero guiar sus brotes y sus retoños.

Ese cuadrado de flores bajo ese cuadrado de cielo y entre cuatro edificios de un solo piso, es el jardin del director del Establecimiento Penal.

—Por qué, Señor Director, se han puesto persianas cerradas á todas las ventanas que dan al jardín y se han cegado todas las que dan al mar?

Aunque esta casa se llama "El Lazareto" no es un hospital sino un presidio en el que las mujeres sentenciadas expían sus faltas, y no es por la ventana por donde deben irse sus miradas, sino que deben fijarlas en su interior y ver sus remordimientos. A pesar de este rigor, créame usted, no faltan enamorados que cubiertos con el calañés español ó el turbante musulmán, vengan al pié de estas murallas, por el camino de la orilla del mar, á entonar canciones que ellas reconocen y que les testifican la persistencia del recuerdo. ¿Quiere usted ver en el trabajo á mis pobres pupilas? No es la raza la que las divide en categorías de detenidos sino la duración de su condena. Cuando entra uno al taller y se levantan, son tan semejantes con sus trajes de estameña obscura, con sus gorros blancos y sus pañuelos de pecho negros, que viéndo as de espalda se juraría que son huérfanas congregadas en algún plantel benéfico. Pero en cuanto vuelven la cara, se ve bajo la blancura de la cofia caras diversas como las razas y como los crímenes.

—¿Qué delito, Señor Director, cometió aquella negrita cuyos veinte años se transparentan al través del pañuelo de lana y cuya gracia cerril sale victoriosa del uniforme de la prisión, como la madreselva brota de entre esas piedras?

—Es del Senegal y fué traída en uno de los últimos vapores para cumplir en el Lazareto su condena de trabajos forzados.........

—Porque manejó con éxito el puñal?

—Porque robó á sus vecinas una chiquilla y trataba de venderla á un mercader de esclavos, negocio que está severamente prohibido.

—¿Y aquella otra, señor Director?

—Esa es una vieja árabe de Casbah...... Una de las cabezas más duras de la casa y que agotados con ella todos los medios de dulzura, conoce más el calabozo que el pan. Es una rebelde. Ha matado y robado y su cuenta está completa.

Contemplé á esta reincidente indomable que así, vestida de estameña, adornada con su cofia blanca, parecía escapada de su tribu y causaba lástima como un árbol desarraigado. Su palidez de otros tiempos que le servía de signo aristocrático cuando velada bajo el *Kaik* amarillo y con las pupilas dilatadas por el *Koehul* andaba custodiada por una matrona, había tomado en el Lazareto el matiz de los marfiles viejos.

El Director le puso la mano en un hombro y le dijo:

—¿Por fin vas á enmendarte, Zora?

Se oyó entonces un sollozo bajo aquella cofia blanca y luego palabras indistintas en dialecto *sabir*.

—¿Qué dice esta mujer, señora Vigilante?
—Se doblega. Oígala usted gemir.
—Y la mujer seguía sollozando
—¿Y ésta, señor Director?

—Ah! Esta es Manuelita, Manuelita lo española. ¿No conoce usted su aventura? Hace cuatro años la publicaron todos los periódicos, pero usted tal vez ya la olvidó. Pues bien, mírela usted con atención y cuando hayamos salido del taller le contaré á usted su historia.

En su fina cabeza parecia amoldarse la cofia que desde los tiempos de Manon cubre á las penitentes del amor, y arrojaba la paz monacal de su sombra sobre los recuerdos que queman como el sol. Tenía inclinados los párpados y sus cejas muy puras evocaban en la memoria á las Vírgenes de Murillo. Bajo los cuadros del pañuelo, sus senos rebeldes se levantaban como cálices de oro llenos más de una vez con el néctar de la maternidad.

Cuando nos acercamos, levantó los ojos y fijó en nosotros una mirada profunda. Bajo sus párpados, las pupilas brillaban como las llamas de dos cirios en la obscuridad de un oratorio.

Frisaba en los treinta años y en la plenitud de su medio día, Manuelita cautivaba desde luego por una dulzura decente que irradiaba de sus ropas, que formaba como aureola en torno de la cofia, que caminaba con ella y trazaba á su alrededor un círculo de pureza. Con dedos ágiles, Manuelita fabricaba como sus compañeras cajitas para cerillas.

El director se aproximó y mostrándole las mangas de lustrina que se había quitado de los brazos poniéndolas en la mesa, le dijo:

—¿Por qué se quita usted las mangas durante el trabajo? Usted es una obrera sumisa y la señora Vigilante no tiene queja alguna en contra. Sujétese usted pues á la regla.

Confusa como una novicia que ha pecado por distracción y ha sido sorprendida por la abadesa, Manuelita se ruborizó y con docilidad se puso las mangas de lustrina

—¿Y bien? me preguntó el director cuando estuvimos fuera del taller.

—Como debe usted imaginárselo, estoy esperando la historia prometida.

El Director sonrió.

—Manuelita, dijo, estaba casada con un español de su provincia, Murcia, y tenía cuatro hijos de su matrimonio, el mayor de los cuales tiene ahora doce años. El hogar no era feliz y ella tomó por amante á un Maltés que no estaba conforme con tener su amor á medias y avisó á Manuelita que la abandonaría si continuaba perteneciendo á otro Entonces ella le dijo: «Sea; yo no seré más que tuya.» La misma noche esperó á que se durmiera su marido y cuando el sueño era ya profundo, tanteó en la obscuridad y con una hacha le despedazó la cabeza; y como el amante estaba á la puerta esperando, lo llamó y lo hizo entrar. Entre los dos pusieron al muerto entre la paja y el colchón y juntos aguardaron la llegada del dia. Cuando los chicos se fueron á la escuela, el Maltés regresó y ayudó á Manuelita á cortar en fragmentos el cuerpo de su marido, contando conque podrían deshacerse fácilmente de estos despojos Consiguieron en efecto, arrojar algunos al albañal y los demás al mar, pero fueron confundidos por el testimonio del hijo mayor que había visto entrar á su padre en la noche y nadie lo vió volver á salir.

En los momentos en que iba yo á manifestar mis sentimientos de horror por el crimen, se abrió la puerta del taller y Manuelita en persona salió llevando en la mano una cubeta vacía.

No: ni aún ahora que sabía yo ya la historia espantosa pude ver su huella en aquella carita serena y cautivadora. Se desprendía de toda ella esa seducción de fuente límpida que tienen las honradas madres de familia.

Seguramente el director comprendió mi pensamiento porque exclamó:

—No se equivoca usted La Señora Vigilante puede decirle que esta mujer es aquí la dulzura misma y el ejemplo para sus compañeras. Desde que entró al Lazareto no ha dado motivo ni para un reproche, y sus hijos continuán amándola! La han perdonado todos; hasta el mayor, y vienen á verla en los dias que lo permite el reglamento.

Como ya hubiera llenado su cubeta en el grifo cercano, regresaba al taller con lentitud; el Director la llamó:

—Manuelita!

Ella se acercó y sus magníficos ojos obscuros nos vieron con dócil tranquilidad.

—Manuelita: ¿En qué fecha quedará usted libre si cumple toda su condena?

Ella respondió con voz como lejana:

En 1914.... en el mes de Octubre.... fui sentenciada á veinte años....!

Y desprendió su mirada que había tenido fija en el Director al contestarle y la clavó en mí como para interrogarme, para adivinar si habría alguna esperanza de que por mi intervención ó por alguna otra pudiera aproximarse aquella salida tan distante. Luego, bajando sus párpados de seda orlados de larguísimas pestañas, murmuró melancólica pero resignada, como un eco de su pensamiento continuo:

—Veinte años...... es mucho tiempo.... mucho tiempo.... mucho tiempo....!

Y con paso lento penetró en el taller y volvió afanosa al trabajo.

HUGUES LE ROUX.

Mañana tropical

A mi distinguido amigo y paisano, el Sr. Lic. Manuel José Othón

Ondulan en el llano los maizales,
Se mecen suavemente los trigales;
Suspira el viento en las tupidas frondas,
Y en el lago sucédense las ondas
Quebrando entre los juncos sus cristales.

Pulsa su lira el ruiseñor, y canta;
El sol por el Oriente se levanta
Y prende al bosque con sus flechas de oro;
El himno de los bosques se agiganta
Y con eco triunfal vibra sonoro.

El firmamento tíñese de gualda,
Y de la sierra la soberbia falda
De corpulentos árboles vestida,
Semeja hervor de plata derretida
En un crisol enorme de esmeralda.

La mariposa sin cesar se mueve,
La abeja, néctar en las flores bebe,
Grazna el cuervo, de pié sobre la roca,
Ya la torcaz la compañera evoca
Con monótono canto que conmueve.

Trina el turpial en la hondonada; grita
El pájaro perdido en la espesura;
El gavilán recorre la llanura,
Y acurrucado el tecolote, imita
Un ídolo de barro en grieta obscura.

Surca la garza silenciosa el lago;
En el cristal pulido se recrea
Y su plumón de nieve balancea;
Mientras del viento al cariñoso halago,
El juncal en la orilla cabecea.

En los remansos mojan los sabinos
Sus viejos troncos; bordan los caminos
Los naranjos en flor y limoneros,
Y arriba de la sierra, por los pinos,
Trabajan con afán los carpinteros.

En los esteros brillan los pescados;
Sin ruido, paso á paso los venados
Se acercan á la orilla; las culebras
En el légamo bullen, y en los prados
La araña tiende sus plateadas hebras.

Ruge el tigre; se para; se endereza;
Orgulloso sacude la cabeza
Y tranquilo penetra en el boscaje,
Ondulando con gracia de princesa
La piel rayada de su pinto traje.

Las cotorras en grupo merodean
Por milpa y sembradío, revolotean
A gran altura; de volar cansadas,
Bajan como langostas, en bandadas,
Y los bambús con furia picotean.

Pueblan los chupa-mirtos la montaña;
En las verdes alfombras de espadaña
El lustroso ganado se recrea;
La débil choza del pastor humea,
Y sale el labrador de su cabaña.

Suena la voz alegre del ranchero;
El arado sujeta el boyero;
Aperan los arrieros el atajo,
Y en la fragua las chispas del acero
Anuncian el concierto del trabajo.

Mientras la sierra por el sol herida
Extiende al llano su soberbia falda
De corpulentos árboles vestida,
Como el hervor de plata derretida
En un crisol enorme de esmeralda.

Heriberto Aguirre y Fierro.

LA MADRE ODILIA

Una tarde, á mediados de Octubre, regresábamos, el guarda campestre Martelot y yo, por el bosque de Charbonnière. Martelot, alto, seco y derecho como un varejón, bigotes y barba roja, la nariz al aire, con el kepí sobre la oreja, fumaba taciturnamente su pipa, siguiendo un senderillo abierto en plena espesura Yo le pisaba los talones, prestando oído á los confusos rumores que alegraban el bosque, en aquella estación en que los habitantes de las aldeas vecinas acababan de recoger las castañas de las hayas. Ora resonaban prolongados gritos de labios femeninos, ya un estrépito de ramas golpeadas, luego la lluvia de los frutos que descendían menudamente como el granizo sobre los blancos lienzos extendidos al pié de los árboles. Aquel ruido ligero, alado, incesante, harmonizaba plácidamente con la caída de la tarde, con la bruma de otoño que velaba con un humo azulado la fuga lejana de las nubes medio desvanecidas.

En el momento en que llegamos á la encrucijada de la "Belle-Etoile", tropezamos con dos hermanas de la carariđad, quienes también debían haber tomado parte en la recolección de castañas y que volvían llevando sendos zurrones llenos de estos obscuros fabucos triangulares de los que se extrae un aceite excelente. Con gran sorpresa mía, Martelot, que es poco comunicativo, se detuvo á saludar á las dos religiosas y cambiar con ellas algunas palabras.

Cuando se me volvió á unir, los dos gorros blancos y negros se esfumaban ya en la brumosa obscuridad de la avenida.

DAMAS MEXICANAS

Sra. Dolores Diaz, viuda de Velasco
[DE GUADALAJARA]
Fot. Lupercio.

Matelot encendió de nuevo su pipa apagada, y luego me dijo, en las pausas de cada chupada:

—Yo no soy un traga-misas, pero profeso una seria estimación hacia estas buenas hermanas y no dejo nunca de saludarlas, recordando á una de sus compañeras que me ofreció el más hermoso ejemplo de sacrificio y fuerza de voluntad.

Una extraña ventura!.....Cuando pienso en ella, siento que se me pone carne de gallina.

El hecho ocurrió no lejos de aquí, en la guerra con los prusianos. Yo vivía entonces en Fontaine-Française, en la casa de mis padres y formaba parte de los reclutas de Cote-d'Or. El 21 de Enero de 1871, Manteuffel, que preparaba su reunión con Weder, había lanzando sobre Dijon las tropas del general Kessler. Durante el combate, que se libró á un kilómetro del resguardo, me vi envuelto en una malla y hecho prisionero con unos cincuenta reclutas de Yvonne.

Nos encaminaron, primeramente, á Mesigny, en donde se hallaba acampado uno de los regimientos de Kessler, y allí pasamos la noche tiritando, en una pradera removida por los caballos Los que habían conservado algo en el fondo de su escudilla, trituraban una torta de pan para matar el tiempo; los demás se apretaban el estómago Al amanecer llegó la orden de que nos dirigiéramos á Chatillón, bajo la escolta de una treintena de soldados y dos subtenientes.

Aquellos westfalianos de barba rubia, con los fusiles cargados, las bayonetas en los cañones, marchaban en apretada hilera á ambos lados del lodoso camino, en medio del cual nos debatíamos nosotros en los charcos, corridos, empapados en lamentable estado, semejantes á un rebaño que se conduce al matadero.

A veces el camino se encajonaba entre los linderos de un bosque en donde los encinos conservaban aún sus hojas secas. Entonces las dos hileras de la escolta nos estrechaban desde más cerca; aquellos hombres, temerosos de alguna emboscada de guerrilla, arrojaban á derecha é izquierda miradas de inquieta ferocidad y nos daban orden de apretar el paso, en medio de horribles juramentos alemanes. Un viento de Noroeste impelía por encima de nosotros enormes masas de nubes grises, y de tiempo en tiempo, algunos copos de nieve nos azotaban las mejillas. De en medio de los campos desnudos, parvadas de cuervos se elevaban con un breve graznido, giraban lentamente en el aire, y luego iban á posarse cien metros más lejos. Los lúgubres vuelos de aquellas aves, aquel cielo empapado de nieve contribuían á acrecentar nuestra ansiosa angustia. Las aldeas que atravesábamos parecían desiertas: apenas, si detrás de unas cortinillas tímidamente levantadas, entreveíamos aquí y allá un semblante pegado á los vidrios, que desaparecía á la vista de los uniformes alemanes.

Después de tres horas de marcha, hicimos alto en Recey y nos acomodaron en la plaza del lugar, en frente de la alcaidía y de la escuela Algunos campesinos, mujeres sobre todo, se agrupaban detrás del cordón de los centinelas, enviándonos silenciosamente miradas impregnadas de compasión; los más osados trataban de dirigirnos la palabra; pero los westfalianos los rechazaban con rudeza. Estaba prohibida toda comunicación con la gente del país, y por más que estuviesen muertos de hambre, se impedía a los habitantes que nos ofrecieran un vaso de vino ó un pedazo de pan.

Se había hecho, sin embargo, una excepción en favor de las religiosas. Estas podían únicamente facilitar á los prisioneros de guerra los socorros enviados por algunas almas buenas. Las hermanas del convento de Recey no dejaron de aprovecharse de este permiso, y tan pronto como fueron advertidas de nuestro tránsito, se trasladaron á la plaza. encorvadas bajo el peso de grandes cestas llenas de provisiones.

Eran dos y llevaban el traje de hermanas en la Doctrina Cristiana: un gran gorro puntiagudo, blanco, sobre una toca negra; ancha estola almidonada, cubriendo en cuadro el pecho; vestido negro con mangas y sayas muy amplias. La más joven, que parecía la superiora y á quien su compañera llamaba respetuosamente "hermana Odilia," tenía la tez blanca como su gorro, facciones finas, ojos obscuros, velados por largas pestañas y modestamente bajos. Su cara enérgica y dulce, inteligente, con no sé qué de castamente ingenuo que le daba la impresión de una delicada flor silvestre.

Una vez, enmedio de nosotros, las dos religiosas hicieron rápidamente su distribución, ahorrando sus palabras; pero de modo alguno su buena voluntad Muy pronto nuestra miserable comitiva tuvo con qué apaciguar su hambre: pan tierno y carne fría, y las escudillas se tendían en redondo hacia las botellas de vino clarete que destapaba la religiosa de mayor edad Con excepción de los centinelas apostados para custodiarnos, el resto de la gente se había diseminado en la plaza y la vigilancia se descuidaba. Los subtenientes habían entrado en la posada, algunos soldados bromeaban ante el escaparate del relojero, devorando con la vista los relojes expuestos, otros, se atropellaban en derredor de una barrica de aguardiente, propinándose copiosos tragos de *schnapps*. Por nuestra parte, hacíamos jugar con toda fuerza las mandíbulas. Uno solo parecía carecer de apetito: un pequeñuelo delgado y pálido, que flotaba dentro de su capote gris Ni aún había tocado el pan, y parecía extenuado de cansancio: las facciones fatigadas, los ojos febriles y como extraviados; miraba alternativamente á las bayonetas brillantes y á la hermana Odilia que vaciaba sus cestos de provisiones.

De pronto, y cuando los centinelas se encontraban vueltos de espaldas, invenciblemente hipnotizados por el barril de aguardiente, vi á aquel muchacho, rápido como un lagarto, arrastrarse hacia la hermana, levantar las amplias sayas de ésta y desaparecer dentro de ellas. Todo esto no duró el tiempo de decir un "¡ah!" y nadie lo advirtió, salvo algunos camaradas á quien el asombro dejó inmóviles y con la boca abierta.

Yo mismo estaba aturdido. Pensaba, con un violento latido de corazón: "Desgraciado!......La hermana va á gritar y los prusianos lo fusilarán. .. No aman burlar á la disciplina y la decencia, y no han de perdonar á este tuno que haya tratado de escapárseles, buscando como escondrijo las enaguas de una religiosa."

Esperaba, pues una explosión repentina, é involuntariamente cerré los ojos; pero, al no oír nada. volví á abrirlos y los dirigí á la madre Odilia. No se había movido; únicamente un ligero rubor encendía sus mejillas pálidas. Sus ojos bajos no dejaban transparentar lo que pasaba en su alma. Pero la inmovilidad de su rostro contrastaba con la nerviosa precipitación con que registraba el fondo de su cesta vacía y el lienzo que cubría su pecho se agitaba con un temblor interior.

Con una mezcla de estupor y de admiración, contemplé á la pobre joven. Me decía que por delgado que fuese aquel muchacho y por amplias que fuesen las sayas de la religiosa, no había mucho lugar dentro de este vestido de pliegues rectos: y que para mantenerse en este escondrijo. el recluta debía rodear con sus brazos las piernas de la hermana Odilia. Me imaginaba la cruel turbación que este estrecho contacto masculino debía provocar en el alma de esta virgen, los terribles y místicos sobresaltos de la mujer y de la religiosa, todo el tiempo que durase esta violación de lo que en ella había de pudor más íntimo. Una mujer de mundo habría exhalado grandes gritos ó hubiese creido deber suyo encontrarse mal.

La hermana permaneció impasible, diciéndose, indudablemente, que se trataba de salvar una vida, é imponiéndose un heroico silencio á los terrores de su sexo, á los escrúpulos de su fe religiosa. Me parece verla todavía, en medio de la plaza lodosa—pálida, con los párpados velados, perfilando su casta silueta obscura sobre el fondo verde de la tienda del relojero. A fe mía! mis camaradas y yo estábamos confusos de admiración y de respeto ante esta maravillosa fuerza de alma.

"*Vorswaerts* (Adelante!) gritó el *feldwebel* que salía de la posada. Hubo rumor de armas, la filas volviéronse á formar y nos pusimos apresuradamente en marcha, porque estábamos retrasados. Al extremo de la calle, me volví en dirección de la plaza. La hermana Odilia no se había movido, abrigando aún bajo sus enaguas al fugitivo que le debía la libertad y la vida. Cuando el último prusiano hubo desaparecido, al volver de la calle, condujo, ruborosa, á su protegido á la casa de un campesino que le prestó un traje de paisano, y pudo trasladarse á Dijon á través de los bosques....

Desde aquel día, mire usted, agregó Martelot, tengo en veneración á estos valientes gorros blancos.

Andrés Theuriet.

LIRIO SILVESTRE

POR ANDRE THEURIET—ILUSTRACIONES GRABADAS EN NUESTROS TALLERES.

Versión española de "El Mundo Ilustrado"

Número 9.

Tranquilízate: en tanto que yo viva, mi casa será tuya y partiremos el mismo pan. No temas nada.... y ahora, vamos á volver á trabajar los dos.

Mientras la jorobada estaba pronunciando estas frases, una transformación brusca se operaba en la persona de Clarisa: cierta emoción que no había sentido nunca, sacudía ese cuerpo femenino que antes sólo la voluptuosidad pudo conmover; sus facciones perdían la acostumbrada expresión de sensualidad animal y lágrimas de arrepentimiento inundaban sus ojos. Enlazó los brazos al cuello de Germana y la estrechó contra su pecho.

—Tú eres una santa! gritó. Cuando pienso lo mala que he sido contigo que eres tan buena, me muero de verguenza.... Ahora sí veo claro, qué criatura tan miserable he sido y detesto mi vida anterior. ... Sí, tú eres una santa! Gracias á tí comprendo al fin ese amor que te hace perfecta y que supera á todos los demas. Con este amor es con el que mi corazón quiere amarte. Tómame, consérvame, seré tu perro, tu esclava. . Me doy á tí en cuerpo y alma!

—Y yo te tomo, dijo Germana besándola, te guardo y así como te das á mí, yo te daré á Dios.

III.

Germana y Clarisa acababan de recoger setas bajo las hayas del bosque de Allofroy y se detuvieron junto á las ruinas de la capilla de Santa Clara. Era cerca del medio día; la luz de Mayo caía blanca y directa sobre la yerba nueva, los arbustos en flor y las piedras lustrosas donde las lagartijas se embriagan al sol. El silencio sólo era interrumpido por las tortolitas que lanzaban sus dos notas melancólicas de tiempo en tiempo.

Clarisa se sentó en una piedra poniendo á su lado el cesto de las setas y Germana se puso á examinar la capilla cuyos derruidos muros habían sufrido bastante con las últimas heladas. Cada vez que sus excursiones la llevaban á este sitio, no podía arrojar de su pensamiento el recuerdo de Marcial, á quien allí había empezado á amar y allí le había dicho adios al partir para el servicio militar. Un suspiro se escapó de su pecho, se arrodilló sobre las gradas de la puerta y empezó á orar y como siempre la plegaria le salió expontánea del corazón. Pidió con fervor á Santa Clara intercediera por la salvación de Marcial que vivía en pecado y luego quedó sumida en una profunda meditación.

Clarisa, asombrada de ver á su amiga tanto tiempo de rodillas, sentía inquieta admiración.

—¡Cuánto rezaste, Germana!

—No rezaba, oía. Cada vez que paso por aquí, me entristece la vista de estas ruinas y pienso con dolor en que ya Santa Clara no es honrada entre nosotros, puesto que hemos dejado crecer las malezas en su oratorio abandonado.

—¿Quién era Santa Clara?

—Era una hija de familia noble, un ángel de inocencia y de piedad. A los dieciocho años resolvió retirarse del mundo, y pidió al santo de Asís que la consagrara á Dios. Dió sus ricos vestidos á los pobres y vestida con una túnica de burda estameña, fundó la orden de las Señoras Pobres. Una vez San Francisco convidó á Santa Clara á comer con él en el monasterio de Nuestra Señora de los Angeles, y al partir el pan juntos, la Iglesia y el Convento, bañados de una luz divina, parecian como incendiados. Por la noche regresó la vírgen á su Convento y no volvió á salir hasta su muerte, después de la cual la canonizaron dándole el glorioso título de Princesa de los pobres. Ahora, te voy á decir lo que acabo de soñar. Quisiera reparar esta capilla, renovar sus muros y reconstruir la bóveda, porque es fuerza que Santa Clara tenga un Santuario digno de ella, como en los tiempos pasados. Haré consagrar el altar, lo cubriré de flores, y el día de la Santa, que cae el 12 de Agosto, haré decir la primera misa.... Más tarde las gentes del país acudirán en peregrinación y Santa Clara será otra vez la protectora de los campos y de los bosques de Auberive.

Clarisa la escuchaba, asombrándose de su exaltación; examinaba el pórtico lleno de agujeros, la bóveda cuarteada y las paredes vacilantes y movía la cabeza con aire de duda.

—Es un hermoso sueño, murmuró ella, pero para pagar á los albañiles y los carpinteros y todos los demás gastos, se necesitará mucho dinero......¿Tendrás lo suficiente?

—Creo que no.

—Entónces, mi pobre Germana, ¿en dónde lo tomarás?

—Mujer de poca fé! respondió la jorobada mirando al cielo. Dios proveerá. Cuando San Francisco fundó su orden de Los Angeles, el antiguo convento era un montón de ruinas y fué de puerta en puerta pidiendo limosna para reconstruirlo. Nosotros imitaremos á San Francisco y llamaremos en nuestra ayuda á las gentes de buena voluntad. Para empezar, mañana pasaré á casa de Sausseret, el maestro albañil, y le pediré consejo.

En el invierno anterior, Benigno Sausseret había tenido reumatismo y como era viudo, se encontró reducido á los cuidados intermitentes y poco hábiles de una comadre de la vecindad. Muy ordenado y cuidadoso de sus bienes sufría y desesperaba, tanto más cuanto que su mal le tenía condenado á no moverse mientras su casa yacía en el abandono. Sabiendo Germana su desdicha vino á auxiliarlo, y tenía todo tan limpio y tan bien cuidado y le curó con tanto empeño, que á las pocas semanas estaba restablecido y no cesaba de cantar las alabanzas de su enfermera.

Un domingo Germana se presentó á Sausseret, después de misa le rogó que la acompañara al bosque de Allofroy y le refirió sus proyectos por el camino. El albañil la escuchaba en silencio, limitándose á manifestar por medio de monosílabos su sorpresa. Muy práctico, muy entendido

en su oficio pero muy tacaño, no aflojaba voluntariamente los cordones de la bolsa.

Cuando llegaron junto á la capilla dijo Germana al maestro:

—Hemos llegado y aún no me ha dicho usted lo que piensa de mi proyecto:

Sausseret apartó con su bastón las malezas que cubrian el dintel, examinó los muros, los midió, dió una vuelta al rededor de la capilla y luego vino junto á Germana que lo esperaba ansiosa!

—El muro de la fachada y el campanario están bien conservados; es una buena construcción la suya; y los muros laterales no están muy destruidos, pero la rotonda de atrás no es más que una ruina y será necesaro reconstruirla lo mismo que una parte de la bóveda. El altar, no hay más que quitarle las malezas y retocarlo.

—Cuánto costará todo eso?

—En cuanto á la mano de obra los principios no serán caros pues hay sólo que arrancar las yerbas; si me dejas hacerlo en mis ratos perdidos no te costará nada. También te reconstruiré gratis lo que se necesite; pero lo que no es de mi oficio costará unos mil doscientos francos, los tienes?

—Estoy todavía lejos de eso.

—Entonces no hay que hablar. Sin capilla se la han pasado muchos años los de Auberive y se la seguirán pasando sin capilla.

—Yo encontraré dinero, pero necesito un plazo para pagar.

—Te doy un año, pero nada más.

Permaneció un instante pensativo y luego añadió:

—Si tuviéramos gratis la madera, serían cuatrocientos francos de menos.

Mientras hablaba así, un leñador salió del bosque y Germana reconoció al padre Arbillot, que no había vuelto á ver desde el entierro del muertecito; tambien él la reconoció porque acercándose le dijo:

—Buenos días, señorita Vincart. Habría debido ir á dar á usted gracias por sus bondades, pero el oficio no me deja. Sin embargo, no soy desagradecido; y si algún día me necesita usted.....

Sausseret se mezcló á la conversación.

—Pues amigo, llega usted á tiempo. La señorita Vincart quiere reconstruir esto, pero no es rica. Conoce usted á álguien que pueda proporcionarnos la madera á precio bajo?

—Ese seré yo. Tendrá usted señorita la madera que necesite y de primera calidad y como soy también carpintero ayudaré en la obra. Y no me pagará usted nada.... ó nos disgustaríamos,

—Pero, dijo Germana escrupulosa, usted es tan pobre como yo, y cómo se proporcionaría la madera?

—Eso es cuenta mía. El señor Sausseret no hará más que decirme cuando la necesite y estará lista.

—Convenido, se apresuró á decir el carpintero. Yo avisaré.

Sin dar tiempo á Germana de manifestarla su gratitud, Arbillot desapareció por el bosque con dirección á Montaubert.

Se ocupaba el albañil de rectificar sus medidas cuando se dió un manazo en la frente exclamando:

—Canastos! en una cosa no habiamos pensado...... Hemos empezado á disponer de la capilla y de los escombros como si fueran nuestros, cuando todo esto tiene un dueño y nada podemos hacer sin su permiso.

—Y quién es? preguntó Germana palideciendo, pues no había pensado en esa dificultad.

—La señora Petitot, de Allofroy.

—El cielo sigue protegiéndonos; fué amiga de mi madre y no me negará esto. Voy á la quinta, y mañana le llevaré á usted la resolución.

Se separaron en seguida, y Germana tomó con resolución el camino de Allofroy.

La arrendadora regresaba de la misa mayor y se ocupaba en servir á sus gentes en la cocina la olla de los domingos con el lomo de carnero y la ensalada obligatoria. Al ver á la señorita Vincart la señora Petitot lanzó una exclamación de alegría y enternecimiento, y después de múltiples abrazos añadió un cubierto é hizo sentarse á Germana muy oportunamente porque en la preocupación que le causaba *su obra* estaba en ayunas y mareada de debilidad. Cuando terminaron todos de comer, la arrendadora llevó á la joven aparte para informarse del objeto de su visita; aunque no había visto á Germana después de sus viajes, conocia por la voz pública sus aventuras y su abnegación, y aunque condenaba esa locura, no por eso dejaba de apiadarse y compadecerla. Grande fué, pues, su sorpresa cuando la jorobada le expuso su solicitud y le anunció el proyecto de reconstruir la capilla.

—Vamos! exclamó: dicen bien al afirmar que los niños no dudan de nada. Seguramente que esta idea prueba tu buen corazón, pero es un fardo muy pesado para fuerzas como las tuyas. Por cuanto á nuestro campo de Santa Clara que no tiene más que piedras y malezas, aunque no es un gran regalo te lo abandono de buena voluntad.

Se hizo venir al padre Petitot que no se hizo del rogar, y Germana quedó autorizada para servirse de los escombros y empezar cuando quisiera los trabajos.

Cuando la señora Petitot la acompañó hasta dejarla en el camino, le dijo:

—Y si necesitan algunos ornamentos para el altar, cuenta conmigo, chiquilla. Todavía tengo algunas piezas de cinco francos que ofrecer á Santa Clara y al buen Dios.

La jorobada regresó alegremente á su casa y en el acto se apresuró á pasar una revista del estado de sus fondos y vió que aún le quedaban unos cien escudos.

—Mañana, dijo á Clarisa, llevaré esto á Sausseret para que empiecen los trabajos y desde luego comenzaremos á pedir, porque ya hay labor que hacer, pobre amiga mía, para ganar nuestro pan y cubrir los gastos de la capilla.

IV

—Cómo? Eres tú, hija mia! En semejante compañía y con trazas de ir pidiendo de puerta en puerta? ¿Es posible que Dios me haya dado vida para ver á la hija de los Vincart obligada á mendigar el pan?

Con estas bruscas palabras fué como recibió la madre Aubriot á Germana, en la mitad de la única calle que hay en la Margelle, porque acababa de sorprender á poca distancia de su casa á la jorobada y á Clarisa en los momentos en que una de las más sucias comadres del país repulsaba á las dos muchachas con una lluvia de injurias y groserías. La Buena después de haber lanzado á Clarisa una mirada de desprecio, abrazó efusivamente á su antigua ama acogiéndola y llevándola á casa de su sobrina sin cuidarse de la otra infeliz que se sentó en la calle á esperar á su compañera.

Durante este tiempo, la Buena sacaba pan, queso y vino y decía á Germana:

—Refréscate! Estarás ahogándote de sed con este sol de Julio......Pero es verdad lo que me han dicho? Has derrochado tu patrimonio y ahora vives de la caridad pública en compañía de esa perdida?

—De pronto sepa usted, Buena, que no pido mi pan porque aún puedo trabajar y ganarlo; pido para una buena obra á que me he dedicado y Clarisa, á quien ha dejado usted afuera de un modo tan poco cristiano, se ha asociado valientemente á mi empresa. Si ha cometido faltas, las ha lavado ya con sus lágrimas y expiado con su arrepentimiento. Dios la puso en mi camino cuando era muy desgraciada y la tomé y la he consagrado á Dios. No hace usted bien en condenarla: no lo merece.

La Buena, aunque no era muy flexible se sintió conmovida con el reproche de Germana.

—Supongamos, dijo, que estoy equivocada, pero eso de encontrarte en esa compañía y ser testigo de las afrentas que reciben ustedes por las calles, no es para ponerle á uno buen corazón. Explícame al menos qué obra es esa.

Germana la puso al corriente de su proyecto y la Buena no cabía en sí de admiración.

¡Qué atrocidad! Tú estás loca. Nunca llevarás ese asunto á su fin. Después que te desengañes, habrás recibido más insultos que monedas de cobre.

—Sí, dijo la jorobada con dolor, más de una vez hemos sido como ahora denostadas y arrojadas á la calle, pero nunca ha sido fácil practicar el bien y ya nos esperábamos estas mortificaciones, que ofrecemos á Dios y nos da fuerzas para seguir sirviéndole......

Por otra parte, también hay almas buenas que se interesan por nuestra obra y se muestran generosas. Y usted misma, Buena, no rehusará contribuir á la reparación del santuario.

—No, no, no. Yo no soy devota y aún pienso que hay más iglesias de las necesarias. No cuentes conmigo, hija mía.

—Si cuento, dijo Germana sonriendo. El primer movimiento de usted es siempre rudo, el segundo es bueno como su corazón. Vamos, no se defienda usted, pues estoy segura de que no me escatimará el dinero para mi capilla.

Al mismo tiempo abrazó á la Buena y la besó tiernamente en las mejillas, pero ella hundió las manos en sus bolsillos jurando y perjurando que no soltaría una peseta.

—Vamos, Buena, por el amor de Santa Clara.

—Nada......nada.

—Entonces por el amor mío, dijo la joven redoblando sus caricias.

—Eres una engatusadora. Toma esto, para que hagamos las paces, y le dió veinte centavos.

—Gracias, Buena. Y ahora, adios. Todavía tengo que andar mucho.

—Adios pues... y vas á llamar á las puertas y á recibir malas razones?

—Ahora y mañana y todos los días bajo la lluvia y bajo el sol, en invierno ó en estío hasta que reuna todo el dinero para la obra.

Los ojos de la madre Aubriot se humedecieron.

—Pero, tú, tan delicadita.... te vas á matar!

—Si así lo dispone Dios, Buena, le guardaré á usted un lugarcito en el cielo.

Y se fué á reunir con Clarisa y continuaron pidiendo de puerta en puerta.

Y así lo venían haciendo desde aquel lunes de Mayo en que Germana llevó á Sausserot el dine-

ro que le quedaba y dispuso que se comenzaran los trabajos. Se necesitaba la angélica dulzura de Germana y la dócil resignación de Clarisa para sostener su valor, pues generalmente se les recibía de un modo injurioso y duro. A veces, en las casas de solteros, éstos, intrigados por los cabellos blondos, los ojos insinuantes y el cuerpo gallardo de Clarisa, la dirigían frases de mal género y aún se lanzaban á abrazarla y á hacerle indicaciones que ponían en precipitada fuga á las jóvenes. Comunmente, después de tantas fatigas, al regresar á su casa quedaban desoladas por lo mezquino de la colecta.

Felizmente Germana estaba sostenida por una vivísima fe, y después de la derrota de un día emprendían al siguiente nueva batalla. Habiendo agotado las aldeas de las cercanías llevaron más lejos sus expediciones y llegaron á Recey, Grancey le Chateau y Are-en Barrois. El éxito fué más favorable y las animó de manera que ya no tenían cortedad al dirigirse á las habitaciones lujosas.

Un día divisaron un castillo en el fondo de un parque.

—Entremos, dijo Germana.

Y palpitándoles el corazón atravesaron la reja, la larga avenida de tilos y siguieron hasta una terraza llena de flores. En un aposento inmediato vieron asombradas á damas y caballeros elegantes que estaban tomando café y que se fijaron en las intrusas.

—Qué quieren ustedes, hijas mías? dijo con voz dulce una de las damas que parecía la castellana.

Germana de pronto intimidada había recobrado su aplomo y contestó:

—Señora, venimos de Auberive y pedimos para reconstruir una capilla que está en ruinas y que en otro tiempo se dedicó á Santa Clara: y hemos importunado á ustedes creyendo que les movería á piedad el nombre glorioso de la Santa.

La castellana pidió más amplias explicaciones, sobre todo, del punto histórico, y Germana con la elocuencia ingénua de su convicción, contó de forma encantadora toda la vida de la discípula de San Francisco.

Las damas escuchaban divertidas y los hombres contemplaban con gusto la gallardía y frescura de Clarisa.

—Sí, hija mía, dijo la castellana.—Vamos á agregar algunas piedras á tu capilla.

Y tomando un plato dió la vuelta al salón y empezó á colectar donativos previniendo que debían ser precisamente en oro. Dió lo reunido á la jorobada, ordenó á un criado que llevaran á las dos jóvenes y les dieran que comer y siguió con sus amigos la interrumpida conversación.

Cuando volvieron á Montgerand ya había obscurecido, y no bien encendieron la lámpara se pusieron á contar el dinero que traían.

—Mas de doscientos francos! dijo Germana. Arrodillémonos hija mía y demos gracias á Dios.

A fines del invierno hubo de completarse la suma convenida con Sausseret para los trabajos todos de reconstrucción y ornamentación, y los carpinteros y los pintores dieron el último golpe al embellecimiento interior. Blanca y como nueva, la capilla se destacaba sobre el fondo verde del bosque con sus formas esbeltas, su airosa cúpula y su campanario terminando por una giralda. Pero el campanario estaba vacío; carecía de la esquila necesaria para repicar á vuelo en las fiestas de la inauguración. Germana estaba desolada. Ya no podía pedirse más porque estaba ya agotada la prodigalidad de la comarca, y las últimas excursiones hechas durante los malos tiempos del invierno, tenian enfermiza á la jorobada y el doctor Brocart le había prohibido salir.

Viéndola en ese estado, Clarisa le dijo bruscamente una tarde:

—No te desconsueles; puesto que no puedes salir á pedir, saldré yo; y no te alarmes si no vengo á dormir, pues como ya no hay quien nos auxilie en las cercanías, tendré que extender más el viaje. Y así sucedió, pues no hubo de regresar sino cinco días más tarde, pero con el dinero suficiente para la adquisición de una magnífica campana.

Ay! sólo allá arriba en el cielo podría saberse si se había cometido algún pecado para reunir este dinero, pero de todos modos, lo noble de la intención acabaría por borrar cualquiera culpa. Lo importante sobre todo era dejar á la Vincart en el candor de sus ilusiones y asi quedó sin duda sin tener una sospecha contra su amiga, ni pensar que toda la madera de la capilla fué robada de los bosques por el padre Arbillot.

V.

Acababa el Cura Pechenart de decir su primera misa, cuando Germana llamó á la puerta de la sacristía y preguntó si se le podía recibir. Las diferencias sobrevenidas á propósito de Clarisa habían enfriado entre ambos las amistades, pues aunque había seguido siempre bajo su dirección espiritual, casi no lo había visto la jorobada más que en el altar y el confesionario.

Al verla llegar, el Cura terminó presurosamente su desayuno y dijo con un tono ceremoniosamente glacial.

—Ah! es usted señorita Vincart? sírvase entrar en mi biblioteca.

Luego señaló un asiento á la joven y añadió:

—Siéntese usted. A qué circunstancia debo su visita?

—Tengo que pedir á usted un favor, señor Cura.

—Un favor....!

—Sí.... ya sabe usted seguramente que por medio de limosnas que he recojido, hice restaurar la capilla de Santa Clara....

—En efecto, he oído hablar de eso.

En la manera con que el sacerdote dijo esto, se transparentaba una desdeñosa indiferencia más estudiada que real, pues el Cura sabía á qué atenerse sobre la Capilla, pero le contrariaba el espíritu de independencia orgullosa de la joven y creyó necesario humillarla. Esta obra debida á la simple iniciativa de una niña le parecía un atentado contra su autoridad y una invasión de sus atribuciones.

—Si, continuó: se me ha dicho que colectó usted limosnas sin proveerse del permiso de su pastor, y eso es irregular y peligroso: pero la obediencia nunca ha sido su fuerte de usted. En fin, pasemos esto por alto.... Qué desea usted?

—Quisiera, dijo Germana bajando la frente ante los duros reproches del sacerdote, rogar á usted me diga cuándo puede hacer la consagración de la Capilla. A usted es, señor, á quien toca bendecir el santuario y decir la primera misa, y le agradecería yo mucho que me fije día para eso.

—¿Y piensa usted, dijo el Cura encojiéndose de hombros, que voy á dar una resolución á tontas y á locas? Es preciso una consulta prévia al Señor Obispo y ver ante todo si el edificio se encuentra en las condiciones prescritas por las leyes litúrgicas. Como á nadie consultó usted sobre el particular, tengo derecho para pensar que puede la obra no estar apropiada á su destino.

—Al venir así, tempranito, mi intención era rogar á usted que si no tiene otras ocupaciones me acompañara á examinar el interior de la capilla.

Ese era el mayor deseo del Cura, pues esperaba encontrar motivos de censura y aprovechar la ocasión para rebajar la soberbia de esta chiquilla presuntuosa. Su dignidad no le permitía tomar la iniciativa, y por eso le agradó que Germana le saliera al encuentro. Por otra parte, la actitud sumisa y la humildad de la jorobada lo iban desarmando poco á poco.

Vamos...... le dijo. Iré leyendo mi breviario por el camino.

Se puso su sombrero, y con aspecto adusto aún, dijo á Germana abriendo una puerta que daba al patio:

—Vaya usted; ya la sigo.

Caminaron en silencio por las calles y Germana iba confiada en que por el camino el Cura le haría preguntas, prometiéndose que gracias á la familiaridad que se establece entre quienes caminan juntos podría disipar las prevenciones de su confesor y traerlo á más dulces sentimientos, pero su esperanza se frustró. Desde la salida de la aldea el sacerdote abrió su breviario y no levantó los ojos de él hasta que llegaron á la cuesta de Allofroy donde la joven tocándole el brazo respetuosamente, le mostró el sendero que se debía subir. El Cura indicó en un movimiento de cabeza que conocía el camino y siguió musitando sus oraciones hasta que al llegar á la cumbre levantó la cabeza.

Los escombros y malezas habían desaparecido y en su lugar avenidas enarenadas rodeaban un prado frente á las gradas que daban acceso á la capilla. Blanca y bañada por el sol ésta recorta-

ba sobre el azul pálido del cielo, su fachada de aristas pronunciadas y su esbelto campanario. Los árboles que se habían sembrado al rededor empezaban á retoñar. Sobre el frontón de la portada se leía grabado en la piedra: *Santa Clara: ruega por nosotros.*

Germana sacó una llave de su bolsa, abrió y dijo humildemente:

—Pase usted, señor Cura.

En el interior, á la luz de las vidrieras de colores se veían las paredes limpias, la bóveda elegante que consolidaban arcadas pintadas de gris y bajo la cúpula el altar revestido de encina tallada y barnizada. Un tabernáculo coronaba la gradería en la cual, candelabros de bronce dorado alternaban con vasos de porcelana antigua de Agrey extraídos por Germana del depósito de las curiosidades de familia. Todo esto, sencillo y sobrio causaba una impresión de virginal frescura; la luz tamizada al través de los cristales se esparcía serena y dulce como lluvia de nieve. Un rayo de sol único venía del campanario al altar y hacía resplandecer el dorado de los candelabros y el gris de las porcelanas.

—Ay! suspiró el Cura; cuando se trata de dar, las gentes de los palacios tienen por lo común el corazón más duro que los campesinos. ¡Cuánto has debido hacer para enternecer sus ánimos!

—Les relataba la historia de Santa Clara, les hablaba de la antigua capilla derruida: y cuando reían me obstinaba en convencerlos, y cuando me despedían con injurias partía rezando á Dios para que los perdonara y fueran muy felices....... y á veces ellos mismos, avergonzados de su rudeza me llamaban de nuevo y me daban su limosna. Y yo no más recibía, y el buen Dios era el que lo hacía todo.

El sacerdote penetrado de emoción, levantaba las manos al cielo.

—Dios mío, exclamaba: alabado seais por haber colocado vuestra confianza en esta niña y perdonadme por haber dudado de ella! Alabado seais en los cielos por haber renovado en esta alma pura el ardor de los santos de los primeros siglos! ¡Germana Vincart, la bendición de Dios ha caido sobre tí. Arrodíllate á mi lado, y demos gracias al Señor!

Y los dos juntos entonaron el *Te Deum laudamus.*

Aunque el cura buscaba con empeño algo que censurar no encontró nada y su rostro demostraba agradable sorpresa; se acercó al tabernáculo, se inclinó sobre la mesa del altar, y observó la piedra simbólica marcada con las cuatro cruces.

—No hay detalle alguno olvidado, murmuró entre dientes. Esta chiquilla ha pensado en todo.

Y volvió junto á Germana que fijaba en él sus pupilas negras ansiosamente interrogadoras. En este instante una ráfaga de viento se coló por la puerta entreabierta y se pudo notar que bajo la acción de la corriente de aire, una nota metálica había vibrado en el campanario.

—Una campana! exclamó el Cura. Ni la campana se le olvidó. Y maravillado fijó sus miradas en la altura.

Los bajó luego lentamente sobre la jorobada, la miró con cariño y una leve sonrisa pasó por sus labios.

—¿Y eres tú sola Germana quien con tus débiles recursos has podido reconstruir así la capilla? dijo volviendo al *tuteo* familiar.

—Oh! no sola, señor Cura; soy demasiado pobre para eso, pero personas de buena voluntad como el padre Sausseret y el leñador Arbillot me han ayudado; y he recojido abundantes limosnas.

—Las gentes de aquí no son ricas y habrás necesitado ir á muchos puntos y llamar á muchas puertas antes de reunir el dinero neceserio...

—Santa Clara ha venido en ayuda mía.. Iba yo por todas partes acompañada de Clarisa, á quien aun no perdona usted y que ha redimido sus faltas con el arrepentimiento y la enmienda; entrábamos en las cabañas lo mismo que en los palacios y pedíamos á todos.

Cuando terminó la acción de Gracias, el Cura poniéndose en pié dijo á Germana.

—Hija mía, mañana iré al Obispado y daré cuenta á Monseñor de lo que has hecho; obtendré la autorización de bendecir el oratorio y te fijaré el dia de la inauguración.

A los pocos días, Germana recibió aviso de que la fiesta sería el próximo jueves y esta noticia llegó cuando la jorobadita estaba enferma y en cama. Las excursiones fatigosas del último invierno, y las emociones de la semana anterior la habían producido una fiebre que la agotaba; pero el aviso le dió tal alegría que le volvió las fuerzas. El Miércoles se vistió tempranito y apesar de las observaciones de Clarisa fué á la selva y la hizo ir para recojer flores y adornar la capilla.

El sol ascendía en un cielo claro; pero como suele suceder en Abril, de pronto las nubes se amontonaron y cuando las jóvenes volvieron con sus cestos henchidos, estaba preparada la tempestad. Colmaron de ramilletes las gradas del altar, un suave olor de primavera se esparció por el oratorio, y luego dejaron todo listo para la solemnidad del siguiente día.

Cerraron la puerta y tomaron el camino de Auberive; pero estaban al fín de la cuesta cuando cayó una fuerte lluvia acompañada de granizo y volvieron empapadas á su habitación. En tanto que Clarisa hacía fuego, Germana se acostó sacudida por la fiebre y luego fué preciso llamar al Dr. Brocart que cuando llegó encontró á la jorobada delirando.

—Siempre lo mismo, dijo: le recomendé que no saliera y va al campo bajo la lluvia. Tiene pulmonía fulminante. Que Santa Clara la salve si quiere. Yo ya no puedo más...............

El jueves por la mañana el sol apareció radiante y bello; las campanas parroquiales repicaron anunciando la ceremonia de la inauguración y sus vibraciones volaban por el aire luminoso y del otro lado del valle del Aube entre la arboleda de Allofroy la voz argentina de la campana de Santa Clara les respondia, pero Germana no escuchaba ya este concierto.

Mientras las hermanas del Rosario se encaminaban en procesión al oratorio; mientras que bajo el palio de terciopelo con franjas de oro el Cura las seguía; mientras los acólitos balanceaban sus incensarios y la masa de los fieles entonaba cánticos, aquella que había reunido toda esta multitud y suscitado todas estas demostraciones yacía moribunda en su lecho presa de la fiebre y el delirio. Junto á su cabecera Clarisa desesperaba. Esta cruel agonía la sublevaba y su naturaleza instintiva y su alma ruda se revelaban contra la incomprensible injusticia del cielo. Por la ventana el viento traía el eco de los cánticos, el repique de las campanas, y un hervidero de cólera le subía al cerebro. Esta alegría esparcida en el aire le parecía un insulto á su única amiga, á la que había tenido todos los trabajos, y ahora un Dios cruel la privaba del triunfo.

Hácia el medio día, cuando terminó la ceremonia, Germana pareció recobrar su lucidez. Habiendo sabido el Cura su gravedad, acudió y cuando ella lo vió entrar sonrió y le saludó con un movimiento de los ojos.

—Hija mía, he dicho la primera misa por tu alma; la ceremonia ha sido edificante y tu nombre estaba en todos los labios.

—Lo sé, Padre, he visto todo en sueños. No me llore usted: he llegado al Tabor.

Su carita, en efecto, enstaba transfigurada y sus ojos negros brillaban con apacible y mística luz, cuando con voz vibrante dió gracias á Santa Clara que vino por ella para llevarla al Paraiso. Luego, volviéndose á Clarisa le dijo como la Santa al morir!

—"No llores, regocíjate porque estoy mirando al Rey de la Gloria,»

Resurgieron ante sus ojos los recuerdos de la infancia, los de cuando con Marcial y Clarisa iba á pedir por las quintas los huevos de pascuas; luego vislumbró visiones encantadoras; y ante sus ojos, abiertos sobre el más allá, apareció la Reina de los cielos seguida de un ejército de vírgenes las cuales le enseñaban un camino de flores que subía por el firmamento......Hácia la puesta del sol sus miradas tuvieron una última irradiación y dijo con inefable sonrisa las palabras de San Francisco:

—«Amor, amor! Jesús deseado, Jesús, esposo mío, quiero morir en tus brazos....»

Y Jesús accedió á su ruego y ella suspiró y murió.

Con el cuerpo que había recobrado su rectitud y esbeltez, la faz inmaculada como la corola de un lirio silvestre y como inundada de alegría sobre humana, yacía inmóvil en su lecho cuando de improviso una ráfaga de viento abrió las hojas de la ventana y esparcidas por este soplo de Abril las flores del cerezo y del peral, cayeron como lluvia de nieve sobre el lecho de su hermanita Germana como para celebrar sus bodas místicas con el esposo de sus sueños.

FIN.

PAGINAS DE LA MODA

FIG. 1—TRAJE PARISIENSE.

PAGINAS PARA LAS MADRES

I

¡Cuan hermosa. brillante y despidiendo rayos de luz, es la aureola que circunda á la casta esposa, á la mujer esclava de sus deberes, á la que levanta la frente con orgullo; porque nada empaña, nada marchita ni descolora la flor de su virtud, de su pureza, de su reputación!

¡Qué noble satisfacción ilumina el semblante de la digna madre, cuando en la vida conyugal se ve halagadora por el respeto, el amor la estimación del hombre que ha sido el compañero de su vida, y encuentra la suave y cariñosa mirada de sus hijos fija en la suya, solicitando una palabra, una caricia de aquella que es su guía y amorosa consejera!

El mejor juez es la conciencia y esa lógica opinión debe ser la base de nuestras acciones, así como la fe

es la celeste protección que jamás abandona á quien el camino de la virtud sigue.

II

La mujer, para ser buena, tiene necesariamente que aprender de la que le dió el sér, y seguir sus huellas; ese buen ejemplo la acompañará de la cuna á la tumba.

Las madres tienen que ser ilustradas para que sus hijos lo sean.

Tienen que ser virtuosas, para que en sus hijos se reflejen sus virtudes.

Deben ser amantes, para que ese tesoro de ternura haga sensibles y amorosos á los ángeles de su vida conyugal.

Bondadosas y humanitarias, porque la caridad es el aroma que transmitirán á los tiernos capullos que son savia de su vida.

La madre hacendosa, la madre económica, cuidadosa de sus intereses, centinela contra los abusos, amable á la par que severa con sus criados, inexórable en la moralidad y buenas costumbres, prepara el camino para que sus hijos sean más tarde dignos imitadores, pues la niña moralmente hablando, parece que no se fija demasiado en detalles domésticos, pero se graban sin que ella forme empeño en su corazón, y dan forma á sus ideas y principios

Una mujer es el alma de la sociedad, y la imprime su sello. La mujer es la balanza en el universo, la fotografía de la civilización de los pueblos.

La pedantería es el reverso de la ilustración; y el lujo y el despilfarro no son el modelo de la elegancia y el buen gusto.

Una mujer pobre, puede brillar por su distinción más que otra que arrastre una larga cola de terciopelo sobre rica alfombra de Persia.

Una madre debe enseñar á sus hijos á ser aseados en alto grado y á tener elegancia de la sencillez, pero acostumbrarlos nunca al lujo.

Un vestido blanco hará valer más á una joven que otro costosísimo; y un hombre sensato que admira en el hogar á una mujer juiciosa, digna y sin ostentación, creará en su mente el paraíso de una dicha al enlazarse con la hija de tal madre.

La ligereza de carácter puede acarrear graves consecuencias, y una esposa debe medir sus acciones y sus palabras, porque la sociedad juzga siempre por las apariencias.

La esposa del sol

Hace algunos años había en Montmartre, en casa del Doctor Blanche, que cura toda clase de demencias al revés de sus demás colegas de la medicina, esto es, prodigando á sus enfermos las más exqisitos cuidados y dejándolos gozar de la libertad, había, decimos, una mujer cuya locura era singular é interesante.

Esta infeliz, joven aún, de rostro dulce y angelical, no tenía otra manía que la de figurarse casada con el sol, y decía que éste, cubierto su

FIG. 3.

FIG. 2 —ESPALDA DE LA FIG 1.

velo con un transparente de nubes, le había prometido ser suyo enteramente en un hermoso día de Otoño.

Desde entonces ella pertenecía al sol, como el sol le pertenecía á ella pues había sentido sobre la mano el ardiente ósculo de esposo y desde entonces ya no existía más que para él. El sol era su gloria, su placer y su triunfo; levantábase por las mañanas antes de que aquel despidiese sus primeros destellos desde el cielo y fijaba en él la vista esperando á que saliese su esposo, al que saludaba como los pájaros le saludaban con su cántigo; como el río le saluda con su murmullo; como la rosa le saludaba con su perfume.

Cuanto más hermosa estaba la naturaleza al salir el sol, cuanto más sereno aparecía el cielo, cuanto más placentera estaba la creación entera tanto más feliz era la pobre loca. ¿No era su divino esposo el que por doquier arrojaba su luz y su calor?...... ¿No era el rey del mundo? ¿No había pasado ella toda la noche soñando con el vivificador de la creación?... El alma del mundo era también su alma. Así, en éxtasis perpétuo y celestial, seguía el curso del sol y procuraba recoger hasta sus menores rayos; cuando más se remontaba aquél al firmamento, tanto más crecía en entusiasmo poético.

Apenas se podía lograr de la loca que hiciese las comidas acostumbradas; tan ocupada estaba con su pasión.

Y aun para hacerla tomar algún alimento, preciso era decirle que su divino esposo había dorado aquellos manjares, madurado el trigo y sazonado los frutos, vertía en su honor una gota de leche por la mañana, y vaciaba después el vaso á su salud; luego, cuando comenzaba á perderse el rayo luminoso detras del Sena, la tierna esposa se ponía tan inquieta como puede estarlo la mujer de pobre pescador, que tiene á su marido ausente hace dos meses, y que oye mugir el mar.—¿Qué será de mi esposo?—decía la loca—Con tal que no se hiele en el camino, gran Dios, consiento en perderle.—Poco á poco iba haciendo lugar el sol á la noche, entonces juntaba sus manos sobre el pecho la pobre loca y con un tono misterioso y con una voz dulcísima decía á su esposo: *—¡Espérame, Espérame!......* En seguida entraba en su cuarto á toda prisa, porque no quería hacerlo aguardar. ¡Feliz y singular locura! ¡Dichoso delirio! Tener unida su alma al cielo por un rayo de ese astro vivificador; no sentir otra pasión que la de un cielo sereno; no temer sino á las nubes que velan al astro del día; ser feliz siempre que la naturaleza es feliz, abrir su alma al dulce calor, como hace la tierra, y recibir de él su benéfica influencia; entonar por lo bajo un cántico á su amor, y no tener celos más que de la hierba de los campos......Tal fué la vida de esta pobre loca por espacio de dieciseis años.

Y no por eso dejó de tener también pesares lo mismo que si no estuviese demente; pues así que venía el invierno y miraba palidecer el rostro de su esposo y temblar bajo la nieve como haría un joven herido de muerte; así que veía aquella gloria inmensa obscurecida por espesas nubes, lo mismo que sucede á los más grandes hombres, cuya gloria obscurece el orgullo; entonces la desgraciada mujer era en efecto la más triste de las criaturas; entonces no había reposo, cántigo y alegría en su alma. ¡Cuán largos le parecían los días de invierno, cuando veía que su esposo decaía y temblaba, apoyando su cabeza fatigada sobre las montañas cubiertas de hielo! Aquellos eran padecimientos efectivos, era un amor como el que sienten de siglo en siglo las compañeras privilegiadas de algunos genios desgraciado .

Así cuando en la primavera la pobre loca del doctor Blanche encontraba á su esposo como lo había dejado en el mes de Mayo; cuando veía que las hojas de los árboles anunciaban su venida, entonces la pobre mujer se quitaba el luto y vestía su rico traje, y cantaba su más dulce himno: "Regocijaos, el cielo y la tierra, los astros del firmamento y las hondas del manso río; regocijaos todos: regocijaos ángeles de los cielos y hombres de la tierra.... mi esposo estaba ausente y enfermo y ya ha vuelto con salud; el sol se hallaba ausente, pero ahora, regocijaos, ya está de vuelta." Y en efecto, la naturaleza se regocijaba con la vuelta del esposo de la infelíz loca.

Un día, hace pocos años, el sol á la mitad de su carrera, lanzaba sus rayos más puros sobre la tierra.

Sentada sobre la hierba, seguía los pasos de su augusto esposo en el cielo. Nunca había estado tan lleno de amor el corazón de aquella pobre mujer; nunca había estado tan cerca de la realidad. Entendíanse tan bien ella y su esposo, que marchaba éste muy lentamente sobre ese manto azul del firmamento, para tener tiempo de verla de rodillas delante de él.

Pero de repente, ese poderoso rayo de la naturaleza se detiene y obscurece, de repente desaparece el sol, no como otras veces, por grados, sobre las orillas del río, después de haber sacudido el polvo brillante de su túnica y de sus pies, sino que se detiene súbitamente, se oculta y no se ve ya ¿Dónde se ha escondido?

—Sí;—exclama la desventurada—sí; mi esposo está en casa de mi rival, sí, me es infiel.... véole que parte á la mitad del día, y no por eso á la noche vendrá.

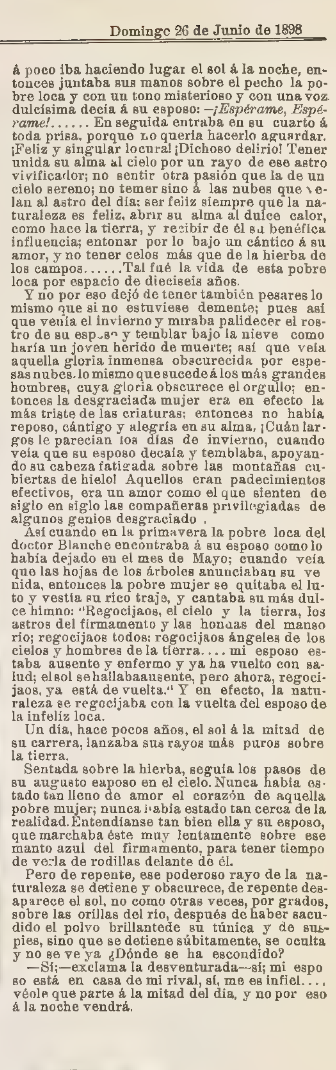


FIG. 4

FIG 9

Y como ella no vivía sino para verle durante el día, más que para esperarle durante la noche, para saludarlo á la aurora, para cantarle en la primavera, para admirarle en estío, para bendecirle en otoño, para llorarle en invierno, para amarle en todos tiempos, al verle desaparecer así, sin saber dónde, ni saber si volvería, murió la pobre mujer durante el eclipse, murió de celos, de desesperación y de amor.

Apenas hacía un segundo que no respiraba, cuando el sol, libre de un inocente paso tras la luna, proseguía tranquilamente su camino; pero ya era demasiado tarde; todo aquel drama se había terminado, y el inmortal esposo, objeto de violento cariño, no hirió ya con sus rayos más que unos ojos cerrados y extinguidos Si . . si: la pobre mujer era cadáver, porque el triste y calmoso auxilio que el sol la envió en un rayo, y que se detuvo sobre ella como para pedirle perdón de su involuntaria ausencia no fué capaz de despertarla, ni de reanimar su corazón helado.

JULIO JANIN.

Reglas de conducta para niños y adultos.

1.ª Buscad buena compañía ó ninguna.
2.ª Nunca seais perezosos; si vuestras manos no pueden estar bien ocupadas, atended al cultivo de vuestra inteligencia.
3.ª Hablad siempre la verdad
4.ª Sed parcos en las promesas, y esas cumplidlas.
5.ª Cuando hableis á una persona, miradla de frente.
6.ª La buena compañía y la buena conversación, fomentan la verdad y el bien.

FIG 5

7.ª El buen carácter es preferible á todo lo demás.
8.ª Si alguna persona habla mal de vosotros, haced vuestra vida tal, que nadie le crea.
9.ª Nunca bebais licores embriagantes.
10. Cuando os acosteis, pensad en lo que habeis hecho durante el día
11. Nunca jugueis á juegos de azar.
12. Evitad la tentación, no sea que no la podais resistir.
13. Ganad el dinero antes de gastarlo.
14. Nunca pidais prestado, si os es posible evitarlo.
15 Nunca hableis mal de nadie.
16 Conservaos inocentes, si quereis ser felices.

Nuestros grabados

FIG. 1.—TRAJE PARISIENSE.

El *ecru* y las muselinas están adquiriendo mucha boga en esta estación y no sólo las nutridas sino las excesivamente transparentes. Casi todos los trajes son elaborados con ellas y el *ecru* claro es el más usado. Frecuentemente se emplean colores contrastantes en combinaciones más ó menos felices; pero más frecuentemente un solo tono general hay para todo el traje. Uno lindísimo de *ecru* es el que ofrecemos hoy á nuestras lectoras. Está hecho sobre un fondo del mismo género, combinándose asi dos diafanidades de la manera más bella

La falda entera esta formada de entredoses de blonda colocados en rombos, que dan un precioso efecto. Al rededor del remate inferior de la falda hay tres órdenes de volantes ribeteados de blonda. El cuerpo está hecho exactamente como la falda, con la sola diferencia de que los rombos de blonda son más pequeños. La espalda muy entallada y el frente en forma de blusa.

Es un precioso aditamento de este traje, la capa, excesivamente ligera y más que todo, de adorno, como para estos días de verano, y de mucho efecto. Es de finísima cachemira obscura con un gran yoke bordado que cubre los hombros, asciende en la parte posterior del cuello y desciende romboidalmente hasta la medianía de la espalda.

Además, otra gran aplicación bordada, orla todo el vuelo de la capa. Gran solapa smoking de muselina blanca plissé.

FIG. 2.—ESPALDA DE LA FIG. 1.

FIGS. 3, 4, 5, 6, 7, 8 y 9.—PEINADOS, PELUCAS Y POSTIZOS

No todo el mundo tiene una cabellera opulenta y sin embargo todas las mujeres sueñan en peinados adorables, tales cual los que reproducimos hoy en nuestro semanario.

Gracias á una habilidad netamente femenina podemos no obstante, realizar peinados de un primoroso efecto; porque si la naturaleza no nos ha dotado á todas de una bella cabellera ó bien la edad lleva á cabo su obra de destrucción, el arte lo remedia todo, con sus postizos maravillosos.

Muy recientemente, por ejemplo, se inventó en París un tul de mallas cerradas, que da á los postizo doble duración de los que hasta hoy se han hecho con los tules conocidos.

FIG. 6

FIG. 8

Los modelos que ahora publicamos están estudiados de acuerdo con el color de los cabellos.

FIG. 3.—EL PEINADO.

Levantando todos los cabellos hácia atrás y conservando algunos anillos sobre los lados de la frente es delicioso para una rubia. El peinado número 4, está destinado á una dama de edad La parte del frente está peinada con cabellos naturales ondulados, soportando sin perder su gracia todas las intemperies. Su precio varía según la calidad de los tules y de los cabellos.

La figura número 5, es una de las peinetas más en boga para el peinado *número* 8

La figura número 6 muestra todos los cabellos levantados, formando aureola sobre la frente. Para formar el lindo nudo que corona todo el peinado, se añade una mata de pelo de 70 centimetros de largo.

La figura número 7 es una peineta de alta novedad para la figura numero 6.

Figura número 8. Esta es una transformación del peinado á raya lateral, destinada á una persona que haya perdido por completo su cabellera.

Figura 9. Estilo 1830.—Sobre el delantero hay un pequeño postizo y detrás una mata de pelo, formando penacho elevado.

Estos peinados pueden hacerse también con poztizos, llamados *transformaciones.*

FIG 7

En amor poseer no es nada; la dicha consiste en entregarse.

DUMAS (HIJO.)

***

La mujer es un perfume que sólo dá su perfume en la obscuridad.

LAMENNAIS.

CABAL SALUD

Pueden alcanzarla todos aquellos que siguen el ejemplo de la Sra. Lizzie W. De Veau, del 262 15th St., Brooklyn, Nueva York, E. U. A.

"Por años, en todas las primaveras he padecido de dolores de cabeza inaguantables, acompañados de falta de actividad; de modo que la estación que anhelaba ver llegar era por mi temida, porque á medida que se presentaba el tiempo caliente y agradable sentía el cansancio y el dolor.

El boticario de quien me servía habíame conocido desde la niñez, y hubo de aconsejarme que tomara en la primavera la Zarzaparrilla del Dr. Ayer. Así lo hice y desde que la probé no he experimentado ningún síntoma de dolor de cabeza; mi apetito es excelente y atiendo á todos mis quehaceres diarios con tal contentamiento y energía que me sorprenden."

La Zarzaparrilla del Dr. AYER

HA CURADO Á OTROS Y LE CURARÁ Á USTED

Cia Manufacturera

DENTAL MEXICANA

Fabricantes de instrumentos para medicos

—Y DENTISTAS—

Agentes Generales de Fabricantes Americanos y Europeos

APARTADO NUMERO 101

Sr. COLIN MACKENZIE — SECRETARIO Y TESORERO

Dr. C. A. YOUNG. — PRESIDENTE Y GEREN GENERAL

CALLE DE VERGARA Núm. 18

J. M. AMEZCUA MORENO.

Habiendo adquirido mucho mayor prestigio mi acreditada medicina

Curación radical de la Impureza de la sangre,

deseando generalizar más en beneficio de tantos como lo necesitan, desde esta fecha la venderé á

$1.50 CS. EL POMO.

mitad del precio que antes tenía.

No obstante esta notable rebaja, la Medicina será la misma en cantidad y calidad. Se garantizan N siempre sus excelentes efectos, comoo olvidar que cura en un término, no menor de 15 dias, ni mayor de 30, las afecciones siguientes: Enfermedades de la señora. Reumatismo, Gota, Mal venéreo, Gonorrea, Escrófulas, Anginas, Tumores, Erupciones herpéticas, Hervor de sangre. El mejor reconstituyente, el mejor aperitivo. Establecida en 1870 Pídanse folletos.

De venta en todas las Droguerías y Boticas. **Depósito General: Alcaicería núm. 11.**

WARNER'S **SAFE CURE**

Antiguo y Eficaz.

Enfermedad es efecto, no causa. Lleva en sí misma su origen; sus manifestaciones son exteriores. Por consiguiente, para curar una enfermedad la causa debe ser curada ante todo y de lo contrario ninguna enfermedad puede ser curada. "Warner's SAFE Cure," funda su gran reputacion en ese principio. Demuestra que el.

95 POR CIENTO

de todas las enfermedades proceden de desórdenes en los riñones y del hígado, y ataca directamente la raiz de la enfermedad. Sus componentes obran directamente sobre aquellos órganos, tanto como alimento como restaurador, y poniéndolos en buenas condiciones de salud alejan enfermedades y dolores del sistema general.

Para las innumerables dolencias causadas por sufrimientos en los riñones hígado y órganos urinarios; para los sufrimientos de las mujeres, para toda afeccion nerviosa y desarreglos físicos en general este gran remedio no tiene precio, ni igual. Su gran éxito pasado es una garantía para su futuro

WARNER'S SAFE CURE CO.
Rochester, New York, U. S. A

SE VENDE EN TODAS LAS BOTICAS.

Reservado

GRAN OFERTA.

Preciosa VAGILLA DE PLATA, Gratis.

Para presentar nuestro inmejorable remedio CASCARA DE TE DEL DR HART, al público de México DAREMOS ABSOLUTAMENTE GRATIS un valioso servicio de plata, consistente en un CUCHILLO PARA MANTEQUILLA, una AZUCARERA y una CUCHARILLA Están hermosamente grabados y muy bonitos para el caso.

La medicina CASCARA DE TE DEL DR. HART es la mejor y más segura en el mundo para la cura de Constipación, Dispepsia, Indigestión, Abatimiento del Corazón, Dolores de Cabeza, Nervosidad, Afecciones del Hígado ó de los Riñones y todos los desórdenes de los órganos de la digestión y nutrición. Es puramente vegetal y absolutamente inofensiva. Su acción es agradable y efectiva; no causa molestias ni desagradables efectos ES USADA POR LOS MEDICOS DE LOS ESTADOS UNIDOS Y DE GRAN REPUTACION EN TODO el MUNDO.

Como un aliciente para que la gente de México trate este maravilloso remedio, enviaremos las tres piezas de servicio de plata descrita arriba con cada paquete de CASCARA DE TE DEL DR. HART

PRECIO DEL TE, DOS PESOS. Todas las órdenes se despacharán pronta y cuidadosamente.

Envíen el dinero Mexicano por correo Certificado á Franklin Hart Remedy Co., Warren St., NEW YORK U.S.A.

Extractos para el pañuelo

VIOLETA BLANCA
FLORES DE AUVERNIA
LUCRECIA — GRACIOSA
LUIS XV — ASCANIO
ROSINA — MELATI
CYPIRUS — YLANG
LILAS DE PERSIA
PERFUMES DE BIRMANIA

JABON de las ACTRICES

JABONES y POLVOS de ARROZ Á LOS MISMOS OLORES

PARIS, 8, rue Vivienne, y en las Droguerías y Perfumerías.

"LA MUTUA"

Puente de San Francisco número 1, Casa propiedad de la Compañía Pagado á sus tenedores de Pólizas más de $437 000,000. Director Médico, Eduardo Liceaga. Director General, D. de Chapeaurouge. Gerente General, Juan Hatfield.
Compañía de Seguros Sobre la Vida de Nueva York.
Activo, mas de 254.000,000 de pesos, oro americano